

GUY DE MAUPASSANT

*Cuentos completos*

Abandonado .....	11
La abuela Sauvage .....	17
I .....	17
II .....	17
¡Adios! .....	22
El afeminado .....	26
A las aguas .....	29
Ahogado .....	35
I .....	35
II .....	36
El albergue .....	40
Alexandre .....	48
Los alfileres .....	52
Algo sobre los gatos .....	56
I .....	56
II .....	57
III .....	57
Allouma .....	61
I .....	61
II .....	68
El amigo Joseph .....	76
El amigo Patience .....	80
Amor .....	84
Amorosa .....	88
Antón .....	92
I .....	92
II .....	93
III .....	95
Aparición .....	97
Un ardid .....	102
El armario .....	106
Arrepentimiento .....	110
I .....	110
II .....	110
III .....	111
IV .....	112
V .....	113
El asesino .....	114
El asunto de madame Luneau .....	117
La aventura de Walter Schnaffs .....	120
Una aventura parisiense .....	125
Un bandido corso .....	129
La baronesa .....	132
El barrilito .....	135
El bautismo (I) .....	139
El bautismo (II) .....	142
La becada .....	146
Las becasas .....	148
La belleza inútil .....	153
I .....	153
II .....	157
III .....	159
IV .....	163
Berta .....	166
El beso .....	172
El bicho de Belhomme .....	175
El bigote .....	181
Blanco y azul .....	184
La boda del lugarteniente Laré .....	188

Boitelle .....	191
Bola de sebo .....	196
El borracho .....	219
En el bosque .....	223
Broma normanda .....	226
El bromazo (Memorias de un guasón).....	230
El buhonero .....	234
El burro.....	238
A caballo .....	245
La cabellera .....	250
La cama .....	255
La cama 29 .....	258
¡Camarero, un «bock»!.....	265
Campanilla .....	270
Campeños .....	273
I .....	273
II .....	275
Cantó un gallo .....	277
I .....	277
II .....	277
III.....	278
IV.....	279
V.....	279
Las caricias .....	281
Una carta .....	284
Carta de un loco.....	288
Carta que se encontró a un ahogado .....	292
La casa Tellier .....	296
I .....	296
II .....	299
III.....	310
Un caso de divorcio.....	313
Una cena de Nochebuena .....	316
Ese cerdo de Morin.....	320
I .....	320
II .....	321
III.....	324
El cerrojo .....	327
Châli .....	330
I .....	330
II .....	335
El ciego.....	337
La cita.....	340
Claro de Luna (I).....	344
Claro de luna (II).....	347
Un cobarde .....	351
Coco .....	356
El colono .....	359
El collar .....	365
¡Condecorado!.....	371
El condenado a muerte .....	375
El conejo.....	378
La confesión (I) .....	384
La confesión (II).....	389
La confesión (III).....	393
La confesión de Teodulio Sabot.....	396
Confesiones de una mujer .....	401
La confidencia .....	404
Un cordelillo.....	408
Correspondencia.....	413

La criatura .....	418
El crimen del tío Bonifacio.....	423
Crónica .....	427
El cuarto 11 .....	430
Cuento de Navidad .....	435
La declaración .....	439
Denis .....	443
I .....	443
II .....	445
III.....	446
La desconocida.....	448
I .....	448
II .....	448
Descubierta.....	452
Después .....	455
El desquite.....	459
I .....	459
II .....	460
III.....	464
Un día de campo.....	465
Día festivo .....	473
El Diablo .....	476
Diario de un enfermo.....	481
Diario de un viajero.....	487
La dicha.....	490
Divorcio.....	494
El doctor Heraclius Gloss.....	500
I. Cómo era, moralmente, el doctor Heraclius Gloss.....	500
II. Cómo era, físicamente, el doctor Heraclius gloss.....	500
III. En qué empleaba el doctor Heraclius las doce horas del día.....	501
IV. En qué empleaba el doctor Heraclius Gloss las doce horas del día.....	502
V. De donde se deduce que el ilustre decano lo esperaba todo del eclecticismo, el doctor de la revelación, y el honorable rector de la digestión.....	502
VI. De lo cual se deduce que el camino de Damasco del doctor resultó ser la callejuela de Vieux pigeons y de cómo la verdad le iluminó bajo la forma de un manuscrito de metempsicosis.....	504
VII. De donde se deduce que un verso de Corneille puede interpretarse de dos maneras.....	506
VIII. De donde se deduce que, por el mismo motivo que se puede ser más monárquico que el rey y más papista que el papa, también se puede llegar a ser más adepto de la metempsicosis que Pitágoras.....	507
IX. Cara y cruz.....	507
X. Donde se comprueba que un saltimbanqui puede ser más astuto que un sabio doctor.....	508
XI. Donde se demuestra que Heraclius Gloss no estaba exento de todas las debilidades del sexo fuerte .....	509
XII. Donde se comprueba que domador y doctor no son en absoluto sinónimos.....	510
XIII. Donde el doctor Heraclius Gloss se vio exactamente en la misma situación que el buen rey Enrique IV, quien habiendo oído pleitear a dos maeses abogados, consideraba que ambos tenían razón .....	510
XIV. De cómo Heraclius estuvo a punto de comer un pincho de bellas damas de tiempos remotos ...	511
XV. De como interpreta el ilustre rector los mandamientos de Dios.....	512
XVI. Cómo la 42ª lectura del manuscrito alumbro un nuevo día en la mente del doctor.....	512
XVII. De cómo se las ingenió el doctor Heraclius Gloss para encontrar al autor del manuscrito.....	513
XVIII. Donde el doctor Heraclius reconoce con estupor al autor del manuscrito.....	513
XIX. De cómo el doctor se encontró ante la alternativa mas terrible.....	514
XX. Donde el doctor tiene una pequeña conversación con su criada.....	515
XXI. Donde se demuestra que basta con tener un amigo a quien se quiere tiernamente para aliviar el peso de las penas mas grandes.....	515
XXII. Donde el doctor descubre que su mono se le parece aún más de lo que él pensaba.....	516
XXIII. De cómo el doctor se dio cuenta de que su mono le había engañado indignamente.....	517
XXIV. Eureka.....	517
XXV. Ego sum qui sum.....	518

XXVI. De lo que se decía alrededor del mostrador de la señora Labotte, frutera, en el número 26 de la calle De La Maraicherie .....	519
XXVII. Donde se ve que el doctor Heraclius no pensaba en absoluto como aquel delfín que, tras haber sacado del agua a un mono, .....	520
XXVIII .....	521
XXIX. De cómo nos libramos a veces de Caribdis y caemos en escila.....	524
XXX. Donde resulta que el proverbio "cuantos más locos haya, más nos reiremos" no siempre es del todo verdad.....	526
Los domingos de un burgués en París .....	527
Preparativos de viaje .....	527
Primera salida.....	530
En casa de un amigo.....	535
Pescadores de caña .....	538
Dos hombres célebres.....	542
Preparativos de fiesta.....	546
Una historia triste .....	549
Intento amoroso.....	552
Un banquete y algunas ideas .....	555
Sesion pública.....	559
El doncel de madame Husson.....	563
La dormilona .....	573
Dos amigos.....	579
La dote.....	584
Un drama verdadero .....	588
Duchoux .....	590
Un duelo .....	595
¿Él?.....	599
Encuentro .....	603
La enseñanza del latín .....	608
Enfermos y médicos .....	614
La enrejilladora.....	618
El ermitaño .....	623
La espera .....	628
Mi esposa.....	631
¡Esto se acabó!.....	636
En familia .....	640
Una familia.....	657
Un fracaso .....	661
Un golpe de estado .....	666
Grito de alarma.....	673
El guarda .....	677
Un haragán .....	682
Hautot, padre e hijo .....	686
La herencia .....	694
I .....	694
II .....	700
III.....	705
IV.....	715
V.....	725
VI.....	728
VII .....	735
VIII.....	736
Las hermanas Rondoli .....	741
I .....	741
II .....	743
III.....	755
La herrumbre .....	759
I .....	759
II .....	759
III.....	761

IV.....	761
V.....	762
El hijo.....	764
Un hijo.....	768
Historia corsa.....	774
Historia de un perro.....	778
Historia de una moza campesina.....	781
I.....	781
II.....	784
III.....	786
IV.....	790
V.....	791
Historia verdadera.....	793
El hombre de Marte.....	796
El Horla (I).....	801
El Horla (II).....	816
La horquilla.....	822
Lo horrible.....	826
El huérfano.....	830
Humilde drama.....	834
Las ideas del coronel.....	837
Idilio.....	840
Imprudencia.....	844
El inglés de Etretat.....	848
El invernadero.....	851
Jadis.....	855
Joseph.....	858
Las joyas.....	862
Julie Roman.....	867
Junto al lecho.....	873
Junto a un muerto.....	878
El Ladrón.....	881
El legado.....	884
El leño.....	889
La leyenda del Monte Saint-Michel.....	892
El lisiado.....	895
El llanto de André.....	899
El lobo.....	903
La loca.....	907
Loco.....	910
¿Loco?.....	915
¿Un loco?.....	918
Luna de miel.....	922
Madame Baptiste.....	925
Madame Hermet.....	929
Madame Paise.....	934
I.....	934
II.....	935
III.....	937
IV.....	938
Mademoiselle Cocotte.....	939
Mademoiselle Fifi.....	943
La madre de los monstruos.....	951
Magnetismo.....	955
Mahomed-Fripouille.....	958
La mano.....	963
La mano disecada.....	967
En el mar.....	971
El marqués de Fumerol.....	975
Marroca.....	980

La Martina.....	986
La máscara.....	990
El método de Roger.....	996
El miedo (I).....	999
El miedo (II).....	1004
Un millón.....	1008
Minué.....	1012
Miseria humana.....	1015
Miss Harriet.....	1019
I.....	1019
II.....	1023
III.....	1026
Misti (Memorias de un soltero).....	1030
La modelo.....	1033
Moiron.....	1037
Mosca (Recuerdos de un remero).....	1041
La muerta.....	1047
La mujer de Paul.....	1050
El niño.....	1061
Noche de Navidad.....	1065
Noche de Primavera.....	1068
La noche.....	1072
Una noche.....	1075
Un normando.....	1086
Nuestras cartas.....	1090
Nuestros ingleses.....	1094
Odissea de una moza.....	1100
El olivar.....	1104
I.....	1104
II.....	1107
III.....	1111
Opinión pública.....	1120
El ordenanza.....	1123
El Oriente.....	1126
El padre (I).....	1129
El padre (II).....	1137
El padre de Simón.....	1140
Palabras de amor.....	1146
Pan maldito.....	1149
I.....	1149
II.....	1150
El paraguas.....	1153
Un parricida.....	1159
Paseo.....	1163
Una pasión.....	1167
El pastel.....	1172
La patrona.....	1175
El pecio.....	1180
La pequeña Roque.....	1183
I.....	1183
II.....	1191
El perdón.....	1203
Pierrot.....	1207
La pira.....	1211
El pordiosero.....	1216
El pozo.....	1220
La primavera.....	1225
Primera nevada.....	1230
Los prisioneros.....	1236
El protector.....	1243

La prueba.....	1247
I.....	1247
II.....	1249
III.....	1251
La puerta.....	1254
El puerto.....	1258
I.....	1258
II.....	1259
La querida.....	1264
¿Quién sabe?.....	1269
I.....	1269
II.....	1273
La rabia.....	1277
Recuerdo (I).....	1282
Recuerdo (II).....	1285
Recuerdos.....	1290
El regreso.....	1293
I.....	1293
II.....	1294
La reina Hortensia.....	1297
La reliquia.....	1302
El repartidor de agua bendita.....	1305
Los restos del naufragio.....	1308
Un retrato.....	1315
Los reyes.....	1318
La roca de los pájaros bobos.....	1326
Rosalía Prudent.....	1329
Rose.....	1332
Un sabio.....	1336
El salto del pastor.....	1340
Las sepulcrales.....	1343
¡Salvada!.....	1349
San Antonio.....	1353
La seña.....	1358
El señor Parent.....	1362
I.....	1362
II.....	1374
III.....	1378
El señor Yocasta.....	1384
La señorita Perla.....	1387
I.....	1387
II.....	1388
III.....	1390
IV.....	1394
Sobre el agua.....	1397
Sobre las nubes.....	1401
El soldadito.....	1405
Soledad.....	1410
Una sorpresa.....	1413
Un sueño (Despertando).....	1418
Sueños.....	1422
Suicidas.....	1425
El sustituto.....	1428
El testamento.....	1431
El tic.....	1434
El tío Amable.....	1438
I.....	1438
II.....	1443
III.....	1449
El tío Judas.....	1452



Mi tío Jules .....	1455
El tío Mongilet.....	1460
Mi tío Sosthène.....	1464
La tos.....	1469
En el tren .....	1472
Tribunales rústicos .....	1477
Truco .....	1481
La tumba.....	1485
Tombouctou .....	1488
El vagabundo.....	1493
Vanos consejos.....	1501
Una vendetta.....	1504
Los veinticinco francos de la superiora .....	1507
Una velada (I).....	1511
Una velada (II).....	1517
I .....	1517
II .....	1518
III.....	1518
IV.....	1519
V .....	1519
VI.....	1520
En venta.....	1522
La ventana .....	1526
El vengador .....	1530
Velando el cadáver .....	1534
Viajando .....	1537
Viejas cosas .....	1541
De viaje (Aventura en el tren) .....	1544
I .....	1544
II .....	1546
Viaje de salud.....	1548
El viaje del Horla.....	1552
El viejo .....	1560
Un viejo.....	1566
El viejo Milon.....	1569
Una viuda .....	1573
Yveline Samoris .....	1576
Yvette (El vicio amoroso) .....	1579
I .....	1579
II .....	1582
III.....	1587
IV.....	1593
V .....	1601
VI.....	1607
VII .....	1611
VIII.....	1617
Los zuecos.....	1622
La novela: Prólogo a Pedro y Juan .....	1626
Biografía.....	1634
Bibliografía.....	1638
A .....	1638
B .....	1638
C .....	1639
D .....	1640
E .....	1640
F .....	1641
G .....	1641
H .....	1641
I .....	1642
J .....	1642

L .....	1642
M .....	1642
N .....	1643
O .....	1643
P .....	1643
Q .....	1644
R .....	1644
S .....	1644
T .....	1645
V .....	1645
Y .....	1645
Z .....	1646

# *Abandonado*

---

*L'abandonné*

—Es preciso estar loca para salir al campo a estas horas con un calor insufrible. De dos meses a esta parte, se te ocurren ideas muy extrañas. A la fuerza me haces venir a la orilla del mar, cuando en cuarenta y cinco años que llevamos de matrimonio jamás tuviste semejante fantasía. Sin pedirme parecer, eliges como residencia de verano esta población triste, Fècamp, y te invade un deseo furioso de hacer ejercicio (¡eso tú, que nunca dabas dos pasos!), al extremo de querer salir al campo a estas horas en el día más caluroso del año. Dile a nuestro amigo Apreval que te acompañe, puesto que se presta amablemente a todos tus caprichos. Yo, por mi parte, me quedo a dormir la siesta.

La señora Cadour dijo:

—¿Quiere usted acompañarme, Apreval?

Este se inclinó, sonriendo con una galantearía de los tiempos pasados, mientras decía:

—Iré a donde usted vaya.

—Bueno; idos a coger una insolación —exclamó el señor de Cadour.

Y se metió en su cuarto del hotel de los Baños para echarse un par de horas en la cama.

Cuando la respetable señora y su antiguo compañero quedaron solos, se pusieron en marcha. Ella dijo con voz muy baja y apretándole una mano:

—¡Al fin! ¡Al fin!

El murmuró:

—Se ha vuelto usted loca. Estoy convencido en absoluto de que se ha vuelto usted loca. Piense cuánto arriesga. Si ese hombre...

Ella le interrumpió, sobresaltada:

—¡Oh, Enrique! No diga usted nunca *ese* hombre cuando hablemos de él.

El prosiguió bruscamente:

—¡Bueno! Si nuestro hijo sospecha cualquier cosa, y receloso descubre la verdad, nos tiene cogidos para siempre. Pudo usted pasar cuarenta años alejada, sin conocerle siquiera, ¿qué antojo es el de hoy?

Habían seguido la calle que va de la playa al pueblo. Volvieron a la derecha para subir el repecho de Etretat. El camino blanco se inundaba con los abrasadores rayos del sol.

Andaban despacio, sofocándose, a paso corto. Ella se apoyaba en el brazo de su amigo, mirando hacia adelante, con los ojos fijos, insistentes.

Preguntó:

—¿De manera que tampoco usted le ha visto nunca?

—¡Jamás!

—Pero ¿es posible?

—No comencemos nuevamente la eterna discusión. Yo tengo mujer y tengo hijos, como usted tiene un marido; como usted, debo guardarme de murmuraciones.

Ella no respondió. Pensaba en su juventud lejana, en las cosas que ya pasaron. Todo era triste.

Se había casado, como se casan muchas mujeres, a instancias de la familia, con un hombre al que apenas conocen. Su marido era diplomático; vivió con él como viven todas las mujeres de buena sociedad.

Pero sucedió que un joven, Apreval, casado también, la quiso con un amor profundo, y durante una larga ausencia del señor Cadour, que había ido a las Indias, enviado por el Gobierno, la señora sucumbió.

¿Le hubiera sido posible resistir más? ¿Negarse? ¿Pudo resolverse a no ceder, adorándole como le adoraba? ¡No! ¡Ciertamente, no! ¡Era pedirle demasiado! Era demasiado sufrir. ¡La vida es tan miserable y engañosa! ¿Puede uno evitar ciertas asechanzas de la suerte, huir su destino? Siendo mujer, abandonada, sola, sin ternuras que la remedien, sin hijos que la defiendan, ¿se puede, un día y otro día, evitar una pasión que arrastra la existencia? ¿Se puede huir del sol, para encerrarse hasta la muerte en la oscuridad?

Entonces, después de tanto tiempo, recordaba ella todos los detalles, las caricias, las ansias, las impaciencias aguardándole. ¡Qué días tan felices! Los únicos felices. Y ¡qué pronto acabaron!

Luego se sintió embarazada. ¡Qué angustias!

—¡Oh! Aquel viaje al Mediodía, un viaje largo, doloroso; los temores incesantes, la vida misteriosa, oculta en la casita solitaria, cerca del mar, en el fondo de un jardín del que nunca se atrevió a salir.

¡Cómo recordaba los días eternos que pasó al pie de un naranjo, con los ojos fijos en el fruto redondo y rojo, escondido casi entre verdes hojas! Deseaba salir, acercarse al mar, cuya brisa fecunda recibía por encima de la tapia, cuyo constante vaivén oía sin cesar, cuya superficie azul, brillante al sol, y salpicada por blancas velas, era su encanto. Pero tenía miedo hasta de asomarse a la puerta. Si alguien la hubiese reconocido en aquel estado, con aquella cintura deforme y vergonzosa...

Y los días de inquietud, los últimos días torturadores; y la espantosa noche del suceso. ¡Cuántas miserias había padecido!

¡Qué noche aquella! ¡Cuánto gimió, cuánto gritó! No se borraba de su memoria el rostro pálido de su amante, besándole a cada minuto las manos; la cabeza calva del médico, la cofia blanquísima de la enfermera.

Y la sacudida violenta de su corazón al oír el débil gemido de la criatura, aquel primer esfuerzo de una voz de hombre.

Y al día siguiente... ¡Ah! ¡Al día siguiente, único de su vida en que lo tuvo cerca y besó a su hijo! Porque jamás volvieron a verle sus ojos.

Y desde entonces, ¡qué larga, penosa y vacía existencia, en la cual siempre, siempre flotaba el recuerdo imborrable de aquella criatura! ¡Y jamás volvió a verle, ni una sola vez, a aquel pedazo de sus entrañas, al hijo de sus amores!

Lo cogieron, lo llevaron, lo escondieron. Ella supo solamente que unos campesinos normandos lo educaban, que vivía como campesino, que se casó, bien casado, y que fue bien establecido por su padre.

¡Cuántas veces, durante cuarenta años, ella quiso ir a verle, para besarle! ¡No imaginaba que se habría desarrollado! Le suponía siempre como aquella larva humana que sólo un día cogió en brazos, apretándole contra su cuerpo dolorido.

Cuántas veces dijo a su amante: «No aguardo más, quiero verle, voy a verle», siempre la convencía, la contenía. Ella no sabía reprimirse, callarse, y el otro adivinaría y exploraría, comprometiéndolos.

—¿Cómo es?—preguntaba la señora.

—No lo sé. Tampoco le conozco.

—¿Es posible? ¡Tener un hijo y no conocerle! ¡Rechazarle con temor, ocultarle como una vergüenza!

Iban camino adelante, fatigados por el calor, ganando poco a poco el inacabable repecho.

Ella prosiguió:

—Parece un castigo. Jamás tuve otro. Y a aquél, no verle... No. Era imposible resistir al deseo de verle, que hace tantos años me obsesiona. Los hombres no comprenden eso. Piense usted que no está lejos el día de mi muerte.

Y ¿era posible morir sin volverle a ver?

—¿Cómo pude aguantar tanto tiempo? He pensado en él durante toda mi vida. ¡Qué horrorosa vida, con este pensamiento constante! ¡No he despertado una sola vez, ni una sola vez, sin que mi primer pensamiento no fuese para él, para el hijo mío! ¿Cómo estará? Me siento culpable, culpable de su abandono, de mi cobardía. ¿Se debe temer al mundo en tales casos? Debí dejarlo todo para no dejarle a él; conservarle, cuidarle y educarle. Hubiera sido más dichosa. Y no me atreví. ¡Bien lo pagué con mi sufrimiento; ¡Ah! Esas pobres criaturas abandonadas... ¡cómo deben de odiar a sus madres!

De pronto se detuvo, ahogada por los sollozos. El valle estaba desierto y mudo bajo la luz abrumadora del sol.

—Descanse usted un poco; siéntese un rato —dijo Apreval.

Ella se dejó conducir hasta la cuneta, y, después de sentarse, ocultó el rostro entre las manos. Sus cabellos canosos, formando rizos, caían sobre sus mejillas, mezclándose con su llanto. Lloraba, herida por un dolor profundo.

El estaba en pie, frente a ella, inquieto, no, sabiendo qué decirle, repetía:

—Vamos..., valor...

Ella se levantó de pronto:

—¡Lo tendré!

Y secándose los ojos, avanzó nuevamente con su paso inseguro de anciana.

El camino se hundía, más adelante, bajo un grupo de árboles, que ocultaban algunas casas. Oyeron el choque vibrante y regular de un martillo en un yunque.

Bien pronto vieron, a su derecha, una carreta parada junto a un cobertizo, y a la sombra dos hombres ocupados en herrar un caballo.

El señor de Apreval se acercó preguntando:

—¿La masía de Pedro Benedicto?

Uno de los hombres respondió:

Tome usted el camino a la izquierda, y siga derecho; es la tercera pasando el café. Tiene un pino junto a la valla. No es fácil equivocarse.

Volvieron a la izquierda. Ella estaba más tranquila, pero con las piernas cansadas y el corazón palpitante. A cada paso, murmuraba como un rezo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Y oprimía su garganta una emoción terrible, haciéndola vacilar como si le hubiesen cortado las corvas.

El señor de Apreval, nervioso, algo pálido, le dijo bruscamente:

—Si no sabe usted moderarse, todo se descubrirá en seguida. Trate de contenerse y disimular.

Ella balbucía:

—¿Puedo hacer más de lo que hago? ¡Hijo mío! ¡Cuando pienso que voy a ver al hijo mío!

Avanzaban por una senda, entre los corrales de las masías, a la sombra de una doble fila de hayas.

Y, de pronto, se hallaron frente a la valla junto a la cual crecía un pino.

—Aquí es.

Ella se detuvo y observó.

La corralada, llena de manzanos, era grande. La casa, pequeña. Se veían también allí la cuadra, el establo, el gallinero. Bajo un cobertizo de pizarra, los carros, las carretas y una tartanita. Cuatro bueyes pastaban a la sombra de los árboles. Las gallinas iban y venían.

La puerta de la casa estaba abierta. No se veía a nadie; no se oía ningún ruido.

Entraron. Un perro negro salió de su casita, ladrando con furor.

Junto a la pared había cuatro colmenas en fila.

El señor de Apreval gritó:

—¿Hay alguien?

Apareció una chiquilla de diez años aproximadamente, vestida con una camisa de algodón y una falda de lana, con las piernas desnudas y sucias, con la expresión tímida y desconfiada. Se paró delante de la puerta como para impedir la entrada, preguntando:

—¿Qué buscan ustedes?

—¿Está en casa tu padre?

—No.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Y tu madre?

—Con las vacas.

—¿Vendrá pronto?

—No lo sé.

Y bruscamente la señora, como si temiera que se la llevaran de allí a la fuerza sin conseguir su propósito, dijo con voz precipitada:

—No me voy sin verle.

—Le aguardaremos, amiga mía. Y vieron que una campesina se acercaba con dos cántaros de hojalata que parecían muy pesados, y que lucían como espejos reflejando el sol.

Era coja la campesina; llevaba el pecho cruzado por una toquilla de lana oscura, lavada por las lluvias, deslucida por el calor, y tenía el aspecto de una criada pobre y sucia.

—Ahí viene mi madre —dijo la niña.

Acercándose la mujer, miraba recelosamente a los forasteros. Luego entró en la casa como si no los hubiera visto.

Parecía vieja, con el rostro arrugado, amarillento, duro; la cara de pavo de las campesinas.

El señor de Apreval la llamó.

—Diga usted, señora, ¿podría usted vendernos dos vasos de leche?

La mujer refunfuñó, apareciendo en su puerta después de haberse descargado los cántaros:

—No vendo leche.

—Nosotros entramos porque teníamos bastante sed. La señora es anciana y se fatigó. ¿No hay manera de que hallemos algo que beber?

La campesina, observándola con ojos inquietos y desconfiados, al fin se decidió:

—Ya que vinieron ustedes aquí, les daré leche.

Y volvió a entrar en su casa.

Luego salió la chicuela con dos sillas y las puso a la sombra de un manzano, y la mujer compareció al poco rato con dos tazones de leche, que ofreció a los forasteros.

Y se quedó cerca, vigilándolos, como si pretendiese adivinar o descubrir sus intenciones.

—¿Son ustedes de Fécamp? —preguntó la campesina.

El señor de Apreval respondió:

—Sí; venimos de Fécamp, donde pasamos el verano.

Y después de un silencio prosiguió:

—¿Podría usted vendernos pollos todas las semanas?

Después de algunas vacilaciones, la campesina dijo:

—Sí podré. ¿Los quieren ustedes tiernecitos?

—Tiernecitos.

—¿A cómo los pagan ustedes en el mercado?

Apreval no lo sabía, y se volvió hacia la señora.

—¿Cuánto cuestan los pollos en el mercado?

Ella balbució con los ojos llenos de lágrimas:

—Cuatro francos, o cuatro cincuenta.

La campesina miraba de reojo, visiblemente extrañada, y luego preguntó:

—¿Está enferma esta señora?

Apreval, viendo que su amiga lloraba, no sabía qué decir.

—No, no... Es que... ha perdido el reloj en la carretera. Un magnífico reloj, y por eso... lo siente. Si alguien lo encuentra, nos avisará usted.

La campesina guardaba silencio; de pronto dijo:

—¡Miren a mi hombre!

Los forasteros no le habían visto entrar porque estaban de espaldas al postigo.

Apreval se inmutó; la señora de Cadour estuvo a punto de caer al suelo desmayada.

Un hombre apareció tirando de una vaca, encorvado, jadeante.

Sin saludar a los forasteros decía:

—Maldito animal, ¡qué penco!

Y pasó de largo para entrar en el establo.

El llanto de la señora se había secado repentinamente y estaba confundida, muda, espantada. «¡Su hijo! ¡Aquél era su hijo!»

Apreval, preocupado por la misma idea, preguntó:

—¿Es el señor Benedicto?

La campesina, desconfiada, a la pregunta contestó con otra:

—¿Quién le ha dicho a usted su nombre?

Y el caballero prosiguió:

—El herrador que hay en la carretera.

Todos callaban, con los ojos fijos en la puerta del establo, que aparecía como una mancha negra en el muro. No se veía nada; se oían ruidos leves de movimientos, de pasos, amortiguados en la paja.

El hombre apareció al fin, secándose la frente, y se dirigió a la casa con lentitud, con perezoso balanceo.

Tampoco esta vez atendió a los forasteros, y dijo a su esposa:

—Tráeme un jarro de sidra, tengo sed.

Luego entró en el portal, y la campesina fue a la bodega, dejando solos a los parroquianos.

La señora Cadour, desconsolada, murmuró:

—Vámonos, Enrique. Vámonos en seguida.

El señor de Apreval, sosteniéndola como pudo, la fue llevando para que no se cayera, después de dejar cinco francos sobre una silla.

Cuando estuvieron en el camino, ella rompió a llorar, sacudida por el dolor, y balbuciendo:

—¡Ah! ¿Qué hizo usted con aquella criatura?

El, palideciendo, respondió secamente:

—Hice lo que pude hacer. Su masía vale ochenta mil francos. Es un dote que no tienen la mayor parte de los hijos de familias acomodadas.

Y volvieron despacio, sin hablar. Ella seguía llorando; sus lágrimas corrían por su rostro, continuas, interminables.

Al fin se calmó. Entraban ya en el pueblo.

El señor Cadour los aguardaba para comer. Se echó a reír al verlos llegar.

—¡Bravísimo! ¡Perfectamente! Mi testaruda mujer ha cogido una insolación. ¡Cuando yo digo que de un tiempo a esta parte se ha vuelto loca!

Nada contestaron el uno ni la otra.

Y cuando el marido preguntó, frotándose las manos:

—¿Se les hizo, al menos, agradable su caminata?

El señor de Apreval le respondió:

—Sí, muy agradable; muy agradable.

*Le Figaro, 15 de agosto de 1884*



# *La abuela Sauvage*

---

*La mère Sauvage*

*A Georges Poucher*

## I

Hacía quince años que no volvía por Virelogne. Regresé a cazar, en otoño, a casa de mi amigo Serval, que por fin había reconstruido su palacio, destruido por los prusianos.

Me gustaba extraordinariamente aquella tierra. Hay en el mundo deliciosos rincones que tienen para los ojos un encanto sensual. Los amamos con un amor físico. Quienes sentimos la seducción del campo conservamos tiernos recuerdos de ciertos manantiales, ciertos bosques, ciertas albuferas, ciertas colinas, vistos a menudo y que nos han enternecido a la manera de felices acontecimientos. A veces incluso la mente regresa hacia un rincón de bosque, ó un trozón de ribera, ó un vergel salpicado de flores, divisados una sola vez, en un día gozoso, y que han quedado en nuestro corazón como esas imágenes femeninas encontradas por la calle, una mañana de primavera, con trajes claros y transparentes, y que nos dejan en el alma y en la carne un deseo insatisfecho, inolvidable, la sensación de haber rozado la felicidad.

En Virelogne, me gustaba toda la campiña, sembrada de bosquecillos y cruzada por arroyos que corrían por el suelo como venas, llevando la sangre a la tierra. ¡En ellos se pescaban cangrejos, truchas y anguilas! Felicidad divina! Había sitios dónde bañarse, y a menudo se encontraban agachadizas entre las altas hierbas que crecían a orillas de aquellos minúsculos cursos de agua.

Iba yo, ligero como una cabra, mirando cómo mis dos perros rastreaban delante de mí. Serval, a cien metros a mi derecha, batía un campo de alfalfa. Rodeé los arbustos que sirven de límite al bosque de Saudres, y vi una choza en ruinas.

De repente, la recordé tal como la había visto por última vez, en 1869, cuidada, cubierta de parras, con gallinas ante la puerta. ¿Hay algo más triste que una casa muerta, con su esqueleto en pie, deteriorado y siniestro? Recordaba también que una buena mujer me había invitado a un vaso de vino allá dentro, un día que iba yo muy cansado, y que Serval me había contado entonces la historia de sus habitantes. El padre, un viejo cazador furtivo, había muerto a manos de los gendarmes. El hijo, a quien yo había visto en tiempos, era un mozo alto y seco que pasaba igualmente por un feroz destructor de caza. Les llamaban los Sauvage.

¿Era un apellido ó un apodo?<sup>1</sup>

Llamé a gritos a Serval. Acudió con su largo pasó de zancuda.

Le pregunté:

«¿Qué se ha hecho de esa gente?»

Y me narró esta aventura.

## II

Cuando se declaró la guerra, el hijo Sauvage, que contaba entonces treinta y tres años, se alistó, dejando a su madre sola en casa. Nadie compadecía demasiado a la vieja, porque tenía dinero, y se sabía.

---

<sup>1</sup> Sauvage = salvaje; puede ser también apellido.

Se quedó pues sola en aquella casa aislada, tan lejos del pueblo, en la linde del bosque. No tenía miedo, por otra parte, pues era de la misma raza que sus hombres, una anciana dura, alta y flaca, que no reía con frecuencia y con quien no se gastaban bromas. Las mujeres del campo no ríen mucho, además. ¡Eso es cosa de hombres! Tienen un alma triste y limitada, al llevar una vida lúgubre y sin grandes perspectivas. El campesino aprende un poco de alegría ruidosa en la taberna, pero su compañera es seria, con una fisonomía constantemente severa. Los músculos de su cara no han aprendido los movimientos de la risa.

La abuela Sauvage prosiguió con su existencia ordinaria en su choza, que pronto quedó cubierta por las nieves. Iba al pueblo una vez a la semana, a buscar pan y algo de carne; después regresaba a su casucha. Como decían que había lobos, salía con la escopeta al hombro, la escopeta de su hijo, herrumbrosa, con la culata gastada por el roce de la mano; y resultaba curioso verla, a aquella mujer tan alta, un poco encorvada, mientras marchaba a lentas zancadas por la nieve, con el cañón del arma que sobresalía por encima de la cofia negra que le ceñía la cabeza y aprisionaba sus blancos cabellos, que jamás había visto nadie.

Un día llegaron los prusianos. Los distribuyeron entre los habitantes, según la fortuna y los recursos de cada cual. A la vieja, a quien se sabía rica, le enviaron cuatro.

Eran cuatro mocetones de carnes rubias, barba rubia, ojos azules, que seguían siendo gordos a pesar de las fatigas que habían soportado ya, y eran buenos chicos, aunque en país conquistado. Solos en casa de aquella mujer de edad, se mostraron llenos de atenciones con ella, evitándole, en la medida de lo posible, trabajo y gastos. Por la mañana se les veía a los cuatro hacer su aseo alrededor del pozo, en mangas de camisa, mojando en agua abundante, en los días más crudos de nieve, su carne blanca y rosada de hombres del Norte, mientras la abuela Sauvage iba y venía, preparando la sopa. Después se les veía limpiar la cocina, frotar los cristales, cortar leña, pelar patatas, lavar ropa, realizar todas las faenas de la casa, como cuatro buenos hijos en torno a su madre.

Pero ella pensaba sin cesar en el suyo, en aquel hijo alto y flaco de nariz ganchuda y grandes bigotes que formaban sobre sus labios un burlete de pelo negro. Preguntaba todos los días, a cada uno de los soldados instalados en su hogar:

«¿Saben ustedes dónde ha ido el regimiento francés, el número veintitrés de infantería? Mi hijo está en él.»

Ellos respondían: «No, no safer, no safer nada.» Y, comprendiendo su pena y sus inquietudes, ellos que tenían madres allá lejos, le hacían mil pequeños servicios. Ella los quería, por otra parte, a sus cuatro enemigos, pues los campesinos no sienten odios patrióticos; eso queda para las clases superiores. Los humildes, los que pagan más porque son pobres y cualquier carga nueva los abrumba, los que se dejan matar en masa, los que constituyen la verdadera carne de cañón, porque son los más numerosos, los que, por último, sufren más cruelmente las atroces miserias de la guerra, porque son los más débiles y los menos resistentes, no entienden nada de esos ardores belicosos, de ese punto de honor excitable y esas pretendidas combinaciones políticas que agotan en seis meses a dos naciones, a la victoriosa tanto como a la vencida.

En la comarca se decía, hablando de los alemanes de la abuela Sauvage:

«Esos cuatro han encontrado un nido.»

Ahora bien, una mañana en que la anciana estaba sola en casa, divisó a lo lejos en la llanura un hombre que se dirigía hacia su morada. Pronto lo reconoció, era el peatón encargado de repartir las cartas. Le entregó un papel doblado y ella sacó del estuche las gafas que utilizaba para coser; después leyó:

*«Señora Sauvage, la presente es para darle una triste noticia. Su hijo Víctor fue matado ayer por una bala de cañón, que mismamente lo cortó en dos partes. Yo estaba muy cerca, pues nos encontrábamos uno al lado del otro en la compañía y él me hablaba de usted para avisarla el mismo día que le ocurriera una desgracia.*

*He cogido el reloj de su bolsillo para llevárselo cuando acabe la guerra.*

*La saluda amistosamente.*

*CESAIRE RIVOT,*

*Soldado de 2.a clase del 23 de Infantería.»*

La carta estaba fechada hacía tres semanas.

No lloró. Se quedó inmóvil, tan sobrecogida y alelada, que ni siquiera sufría aún. Pensaba: «Ya está; han matado a Víctor.» Después poco a poco las lágrimas subieron a sus ojos, y el dolor invadió su corazón. Una tras otra acudían las ideas, espantosas, torturadoras. ¡No volvería a besar nunca a su hijo, a su muchacho, nunca jamás! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos habían matado al hijo... Una bala de cañón lo había cortado en dos. Y le parecía verla, aquella cosa tan horrible: la cabeza cayendo, con los ojos abiertos, mientras él se mordía la punta de su gran bigote, como hacía en los momentos de cólera.

¡Qué habrían hecho con su cuerpo, después? ¡Si al menos le hubieran devuelto a su hijo, como le habían devuelto a su marido, con una bala en medio de la frente!

Oyó un ruido de voces. Eran los prusianos que regresaban del pueblo. Escondió rápidamente la carta en el bolsillo y los recibió muy tranquila con la cara de costumbre, pues había tenido tiempo de secarse los ojos.

Reían los cuatro, encantados, porque traían un hermoso conejo, robado sin duda, y le hacían gestos a la vieja de que iban a comer algo bueno.

Se puso al punto a la tarea para preparar el almuerzo; pero, cuando hubo que matar al conejo, le faltaron las fuerzas. ¡No era el primero, sin embargo! Uno de los soldados acabó con él de un golpe detrás de las orejas.

Una vez muerto el animal, ella desprendió la piel del cuerpo rojo; pero la vista de la sangre que manejaba, que le cubría las manos, de la sangre tibia que sentía enfriarse y coagularse, la hacía temblar de pies a cabeza; y veía siempre a su mocetón cortado en dos, y también todo rojo, como aquel animal todavía palpitante.

Se sentó a la mesa con sus prusianos, pero no pudo comer, ni siquiera un bocado. Ellos devoraron el conejo sin preocuparse de ella. Los miraba de través, sin hablar, madurando una idea, con un rostro tan impasible que no percibieron nada.

De repente preguntó: «Ni siquiera sé sus nombres, y hace ya un mes que estamos juntos.» Ellos comprendieron, con bastante trabajo, lo que quería, y le dijeron sus nombres. No le bastaba: hizo que se los escribieran en un papel, con la dirección de sus familias y, volviendo a ponerse las gafas sobre su gran nariz, examinó aquella escritura desconocida, después dobló la hoja y se la metió en el bolsillo, junto a la carta que le comunicaba la muerte de su hijo.

Cuando acabaron de comer, les dijo a los hombres:

«Voy a trabajar para ustedes.»

Y empezó a subir heno al granero donde dormían.

Ellos se asombraron de esta tarea; les explicó que tendrían menos frío, y se pusieron a ayudarla. Amontonaban las gavillas hasta el tejado de paja, e hicieron así una especie

de gran habitación con cuatro paredes de forraje, cálida y perfumada, donde dormirían de maravilla.

A la hora de la cena, uno de ellos se preocupó al ver que la abuela Sauvage seguía sin comer. Afirmó que le dolía el estómago. Después encendió un buen fuego para calentarse, y los cuatro alemanes subieron a su alojamiento por la escalera de mano que utilizaban todas las noches.

En cuanto la trampilla quedó cerrada, la vieja retiró la escalera, después abrió sin hacer ruido la puerta de fuera, y fue a buscar más gavillas de paja con las que llenó la cocina. Marchaba descalza por la nieve, tan despacito que no se oía nada. De vez en cuando, escuchaba los ronquidos sonoros e irregulares de los cuatro soldados dormidos.

Cuando juzgó suficientes los preparativos, arrojó al fuego uno de los haces y, cuando se encendió, lo distribuyó sobre los demás; después volvió a salir y se quedó mirando.

Una claridad violenta iluminó en unos segundos todo el interior de la choza, después hubo un espantoso brasero, un gigantesco horno ardiente, cuyo resplandor brotaba por la estrecha ventana y lanzaba sobre la nieve un deslumbrante rayo.

Después un gran grito partió de lo alto de la casa, luego se produjo un clamor de chillidos humanos, de llamadas desgarradoras de angustia y de temor. Luego, al derrumbarse en el interior la trampilla, un torbellino de fuego se introdujo en el granero, atravesó el tejado de paja, ascendió al cielo como una inmensa llama de antorcha; y toda la choza ardió.

Sólo se oía allá dentro el crepitar del incendio, el crujido de las paredes, el derrumbarse de las vigas. El tejado se hundió de repente, y la armazón ardiente de la casa lanzó al aire, entre una nube de humo, un gran penacho de chispas.

La campiña, blanca, iluminada por el fuego, brillaba como un mantel de plata teñido de rojo.

A lo lejos, empezó a sonar una campana.

La abuela Sauvage seguía de pie, ante su morada destruida, armada con su fusil, temerosa de que alguno de los hombres escapara.

Cuando vio que se había acabado, arrojó su arma a la hoguera. Resonó una detonación.

Llegó gente, campesinos, prusianos.

Encontraron a la mujer sentada en un tronco de árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán, que hablaba francés como un hijo de Francia, le preguntó:

«¿Dónde están sus soldados?»

Ella extendió el flaco brazo hacia el amasijo rojo del incendio que se apagaba, y respondió con voz firme:

«¡Allá dentro!»

Se agolpaban en torno a ella. El prusiano preguntó:

«(Cómo se prendió fuego?)»

Ella pronunció:

«Fui yo la que lo prendí.»

No la creían, pensaban que el desastre la había vuelto loca de pronto. Entonces, mientras todos la rodeaban y la escuchaban, contó la cosa de cabo a rabo, desde la llegada de la carta hasta el último grito de los hombres quemados con su casa. No omitió detalle de cuánto había sentido ni de cuánto había hecho.

Cuando acabó, sacó del bolsillo dos papeles y, para distinguirlos a los últimos resplandores del fuego, volvió a ajustarse las gafas, y después pronunció, mostrando uno: «Este, es la muerte de Victor.» Mostrando el otro agregó, mientras señalaba las rojas ruinas con un ademán de la cabeza: «Esto, son sus nombres, para que escriban a

sus casas.» Tendió tranquilamente la hoja blanca al oficial, que la sujetaba por los hombros, y prosiguió:

«Escriba usted cómo ha ocurrido, y dígame a sus padres que fui yo quien lo hizo. ¡Yo, Victoire Simon, la Sauvage! No se le olvide.»

El oficial gritó unas órdenes en alemán. La cogieron, la arrojaron contra las paredes todavía calientes de su casa. Después doce hombres se colocaron rápidamente frente a ella, a veinte metros. Ella no se movió. Había comprendido; y esperaba.

Resonó una orden, seguida al punto por una larga detonación. Un disparo retrasado partió solo, después de los otros.

La vieja no cayó. Se desplomó como si le hubieran segado las piernas.

El oficial prusiano se acercó. Estaba casi cortada en dos, y en su mano crispada tenía su carta bañada en sangre.

Mi amigo Serval añadió:

«En represalia los alemanes destruyeron el palacio del pueblo, que me pertenecía.»

Yo pensaba en las madres de los cuatro apacibles muchachos quemados allí dentro; y en el heroísmo atroz de aquella otra madre, fusilada al pie de aquella pared.

Y recogí una piedrecita, ennegrecida todavía por el fuego.

*Le Gaulois, 3 de marzo de 1884*

# *¡Adios!*

---

*Adieu*

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café veían el bulevar muy animado. Acariciábanles el rostro esas ráfagas tibias que circulan por las calles de París en las apacibles noches de verano y obligan a los transeúntes a erguir la cabeza, incitándolos a salir, a irse lejos, a cualquier parte en donde haya frondosidad, quietud, verdor... y hacen soñar en riveras inundadas por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de los dos—Enrique Simón—dijo, suspirando profundamente:

—¡Ah! Envejezco. Antes, hace años, en noches como ésta, el mundo me parecía pequeño, era yo capaz de cualquier diablura, y ahora, sólo siento desilusiones y cansancio. ¡Es muy corta la vida!

Estaba ya un poco ventrudo. Tenía una esplendorosa calva y cuarenta y cinco años, aproximadamente.

Su acompañante—Pedro Carnier—algo más viejo, pero también más ágil y decidido, respondió:

—Para mí, amigo mío, la vejez llegó sin avisarme; no lo noté siquiera. Yo vivía siempre alegre; siempre fui vigoroso, divertido, emprendedor, y continué siéndolo. Como nos miramos al espejo todos los días, no advertimos los estragos de la edad, porque su obra es lenta, incesante, acompasada, y modifica el rostro de una manera tan suave, tan continua, que resulta para cada cual imperceptible; no hay en su labor transiciones apreciables. Por eso no morimos de pena, como sin duda moriríamos advirtiendo en un instante los desmoches que sufre nuestra naturaleza en dos o tres años solamente. No podemos apreciarlos. Para que uno se diese cuenta de lo que pierde, sería necesario que pasara sin mirarse al espejo seis meses.

¡Oh! ¡Qué sorpresa tan desoladora recibiría!

¿Y las mujeres, amigo mío? Son más dignas de compasión que nosotros. Yo compadezco mucho, con toda mi alma, compadezco sinceramente a esas pobres criaturas llamadas mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su gloria, todo su orgullo, toda su vida se reducen a su belleza, que dura diez años.

Yo envejecí sin darme cuenta, me creía un adolescente aún, mientras andaba ya rondando la cincuentena. No padeciendo ningún achaque, ninguna dolencia, ninguna debilidad, vivía como siempre, dichoso y tranquilo.

La revelación de mi vejez ofrecióseme de una manera sencilla y terrible, que me dejó anonadado, aturdido, macilento durante una temporada. Luego, acabé resignándome, y aquí me tienes otra vez tan fresco.

Como nos acontece a todos, los amores turbaron con frecuencia mi tranquilidad, pero un amor, uno principalmente, llegóme a lo vivo.. ¡Qué mujer aquella!

La conocí a la orilla del mar, en Etretat, un verano, hará doce años aproximadamente, poco después de terminada la guerra.

Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los rudos embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado.

Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reúnen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonrío a los ojos.

Plácidamente sentados junto al agua, vemos a las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán, en cuanto llegan a la franja espumosa de las olas tranquilas. Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndolas una breve sofocación.

Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga, se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas las imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias.

La primera mañana que vi en el baño a la mujer que debía enamorarme como ninguna, dejome ya encantado y seducido. Sus líneas eran perfectas y sus formas bien pronunciadas y firmes. Además, hay rostros cuyo encanto nos penetra y nos domina bruscamente, invadiéndonos, conquistándonos de pronto. Imaginamos que aquella mujer es la que debe hacernos felices, que sólo nacimos para quererla y adorarla. En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida que nos dice: «Aquí está la única, la deseada.»

Me hice presentar a ella, y bien pronto me hallé apasionado como nunca—ni hasta entonces, ni después—lo estuve. Sus encantos me abrasaban el corazón.

Es a un tiempo delicioso y terrible verse de tal modo poseído, dominado por una mujer. Es casi un suplicio, y asimismo es una dicha incomparable. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca oscilando traviosos, los menores detalles de su rostro, sus gustos más insignificantes me desconcertaban, me arrebatában, mi enardecían. Ella era mi dueño, mi voluntad era suya y suyo todo mi ser; me atraía, esclavizándome, con sus palabras, con sus ojos, con sus ademanes, hasta con sus vestidos y con sus adornos; todo lo que la hermozeaba, ejercía sobre mí una influencia diabólica.

Me hacía suspirar su velillo puesto sobre un mueble, me desconcertaban sus guantes abandonados sobre un sillón. La hechura y la elegancia de sus vestidos me parecían inimitables. Ninguna mujer llevaba sombreros como los suyos.

Era una mujer casada. Su marido iba todos los sábados a verla para volverse los lunes. Aquellas visitas no me apuraron: vi siempre al marido con la mayor indiferencia. No me daba celos. Ignoro el motivo; pero jamás hombre alguno de los que traté, o influyó tan poco, tuvo tan poca importancia en mi vida, ni ocupó menos mi atención.

¡Cuánto la quería! ¡Qué apasionado estaba yo por aquella mujer! Y ¡qué bonita era! ¡Qué graciosa! ¡Qué joven! Era la juventud, la elegancia, la frescura misma. Nunca pude convencerme, como entonces, de que la mujer es una criatura deliciosa, fina, elegante, delicada, hecha con todos los encantos y todos los primores. Nunca pude convencerme, como entonces, de la belleza seductora encerrada en la curva de una mejilla, en el mohín de unos labios, en los repliegues de una oreja, en la forma del órgano estúpido que se llama nariz.

Aquello duró tres meses, al cabo de los cuales me fui a los Estados Unidos con el corazón traspasado. Su recuerdo no me abandonaba, persistente y triunfante.

Aquella mujer me poseía de lejos como de cerca me había poseído. Pasaron los años, pero no la olvidé. Su encantadora imagen se ofrecía constantemente a mis ojos, no se borraba ni un solo instante de mi pensamiento. Aquel amor inextinguible me dominaba; era un cariño constante y fiel, una ternura tranquila, como la memoria

venerada y dulce de lo más hermoso, de lo más encantador que había conocido yo en mi vida.

\*\*\*

¡Doce años representan muy poco en la existencia de un hombre! Tanto es así, que apenas podemos darnos cuenta de que pasan. Uno tras otro, los años transcurren a la vez apacible y atropelladamente, lentos y precipitados; parecen interminables y se acaban en seguida. Se van sumando con tanta rapidez, empújense y sucedense de tal modo, que no dejan casi un rastro perceptible. Desvanecidos a la sombra de nuestros deseos, de nuestros afanes, pasan de continuo. Y si queremos volver atrás los ojos para discurrir acerca del tiempo que ha pasado, no podemos darnos clara explicación de cómo envejecimos. La vejez sorprende al hombre un día, y el hombre se pregunta de dónde sale aquella triste compañera, que no le abandonó un solo instante.

Al cabó de doce años, me pareció que habían pasado sólo algunos meses desde aquel verano delicioso en la encantadora playa de Etretat.

De regreso en París, un día de la última primavera, fuíme a Malsons—Laffitte, para comer con unos amigos.

En la estación, casi al momento de ponerse en marcha el tren, subió al vagón una señora obesa, escoltada por cuatro niñas. Apenas me digné mirar a la madre llueca, tan abultada, tan redonda, tan mofletuda, tan poco interesante, que remolcaba con dificultad su respetable mole y su numerosa descendencia.

Respiró agitada, como si estuviese ahogándose, fatigada por la prisa que se dio para llegar a tiempo.

Las niñas comenzaron a charlar. Yo, desdoblado un periódico, empecé a leer.

Acabábamos de pasar la estación de Asnières, cuando mi compañera de viaje me interrogó de pronto:

—Dispense usted la pregunta, caballero: ¿No es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella soltó la risa; una risa franca de mujer tranquila y modesta. Pero noté en su acento un asomo de triste desencanto, al preguntarme:

—¿No me conoce usted?

Dudé de contestar. En efecto, creí haber visto en alguna parte aquella cara: sus facciones me recordaban algo, alguien... Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo las había visto?

Y respondí:

—Efectivamente... Creo..., si... no... Yo la conozco a usted; no hay duda... Si me diera usted su nombre...

Ella, ruborizándose un poco, pronunció:

—Julia Lefèvre.

Nunca he recibido impresión tan violenta. Me pareció que todo acababa para mí en un segundo, como si de pronto se hubiera desgarrado ante mis ojos un velo tras el cual se me revelarían desventuras amenazadoras y terribles.

¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella! Y habla lanzado al mundo aquella nidada, ¡cuatro niñas!, durante mi ausencia. Las criaturas me asombraban tanto como su madre. Obra suya; eran los retoños de su vida. Crecieron y ocupaban ya un lugar en el mundo; mientras la deliciosa hermosura, la maravilla de gracia y belleza que yo conocí, se había desvanecido, ya no inspiraba ningún entusiasmo. ¿Cómo se realiza una transformación tan espantosa en tan breve tiempo? En un día..., porque hubiera jurado que horas antes la vi como era... ¡y la encontraba de pronto cambiada! ¿Es posible? Un



sufrimiento, una congoja me oprimía el corazón, y también una protesta indignada, rebelándome contra la Naturaleza, contra esa obra infame de brutal destrucción.

La contemplé angustiado. Luego, al oprimir su mano, acudieron lágrimas a mis ojos. Lloré su juventud perdida; lloré su muerte. Había muerto la que yo conocí, la señora mofletuda y abultada que se me presentó era otra; ¡yo no la conocía!

También ella, emocionándose, balbució:

—He cambiado mucho, ¿no es verdad? Así es el mundo; ¡todo pasa! Ya lo ve usted; ahora soy una madre solamente, una madre cariñosa, una madre buena. Lo demás, pasó, acabó, no volverá. ¡Oh! Ya supuse que usted no me reconocería si por casualidad nos encontráramos, como ha sucedido. También usted ha cambiado bastante. Tuve que fijarme bien, que reflexionar mucho, que discurrir algo, para estar segura de no engañarme. Tiene usted ya el pelo blanco. Naturalmente. ¡Hace mucho tiempo! Mi niña mayor, tiene diez años. ¡Hace ya doce años!

Miré a la niña y descubrí en ella un encanto semejante al que tuvo su mamá en otro tiempo; las facciones, las formas de la criatura, recordando las de su madre, aún eran de contornos indecisos, de una expresión vaga, pero anunciaban un delicioso porvenir.

Y la vida se me apareció rápida, como un viaje en ferrocarril.

Llegamos a Maisons — Laffitte. Besé la mano de mi amiga. En mi conversación con ella, sólo se me habían ocurrido vulgaridades; no encontré ni una frase feliz. Estaba demasiado aturdido para reflexionar.

Por la noche, y aprovechando un cuarto de hora que mis amigos me dejaron solo, contemplé detenidamente mi rostro en un espejo. Y acabé recordando mi fisonomía como era en otro tiempo; imaginé mis bigotazos y mis cabellos negros, mis facciones juveniles, mis ojos penetrantes...

Ya todo había cambiado. Me hallé viejo.

¡Adiós!

*Gil Blas, 18 de abril de 1884*

# *El afeminado*

---

*L'homme fille*

Cuántas veces oímos decir: "Es encantador este hombre, pero es una mujer, una mujer auténtica".

Vamos a hablar del afeminado, la peste de nuestro país.

Ya que nosotros, en Francia, somos todos afeminados, es decir, cambiantes, antojadizos, inocentemente pérfidos, sin orden en las convicciones o la voluntad, violentos y débiles como las mujeres.

Pero el más irritante de los afeminados es seguramente el parisino y de los bulevares, en el que las apariencias de inteligencia son más acusadas y que reúne en sí mismo, exageradas por su temperamento de hombre, todas las seducciones y todos los defectos de las encantadoras mujerzuelas.

Nuestra Cámara de Diputados está poblada de afeminados. Ellos forman el gran partido de los oportunistas amables que podríamos llamar los "hipnotizadores". Estos son los que gobiernan con palabras suaves y promesas engañosas, que saben dar la mano de forma que se creen afectos, decir "querido amigo" de una manera delicada a las personas que menos conocen, cambiar de opinión sin ni siquiera sospecharlo, exaltarse ante cualquier idea nueva, ser sincero en sus creencias cambiantes como veletas, dejarse engañar de la misma forma que ellos engañan, no recordar al día siguiente lo que dijeron la víspera.

Los periódicos están llenos de afeminados. Tal vez sea aquí donde más los encontramos, pero es también aquí donde son más necesarios. Hay que exceptuar algunas voces como "Los Debates" o "La Gaceta de Francia".

Evidentemente, todo buen periodista debe ser un poco mujer, es decir, estar a las órdenes del público, servil aceptando inconscientemente los regueros de la corriente de opinión pública, voluble y versátil, escéptico y crédulo, malvado y servicial, bromista y necio, entusiasta e irónico y siempre convencido pero sin creer en nada.

Los extranjeros, nuestros anti—modelos como decía la Sra. Abel, los tenaces ingleses y los pesados alemanes, nos consideraron y considerarán hasta el final de los siglos, con un cierto asombro mezclado de desprecio. Nos ven superficiales. No es eso, nosotros lo que somos son mujeres. He aquí el por qué se nos ama a pesar de nuestros defectos, que regresan a nosotros a pesar de todo lo malo que de nosotros se dice; son discusiones amorosas....!

El afeminado, tal y como lo encontramos por el mundo, es tan encantador que os engancha en una charla de cinco minutos. Su sonrisa parece hecha para vosotros; no podemos dejar de pensar que su voz no tiene, en honor a vosotros, más que entonaciones particularmente amables. Cuando nos abandona, tenemos la sensación de conocerle hace veinte años. Estamos totalmente dispuestos a prestarle dinero, si nos lo pide. Nos ha seducido como una mujer.

Si tiene modales dudosos, no se le puede guardar rencor, ¡tan gentil como es él cuando volvemos a verle! ¿Que se disculpa? ¡Nos entran ganas de pedirle perdón! ¿Que miente? ¡No podemos creerle! ¿Que os engaña indefinidamente con promesas siempre falsas? Le sabemos tan convencido de sus propias promesas como si hubiera removido el mundo para haceros un favor.

Cuando admira algo, se emociona con expresiones tan sentidas que os mete en el alma sus convicciones. Ha adorado a Victor Hugo y hoy día lo trata de vulgar. Se

hubiera batido en duelo por Zola y lo abandona por Barbey d'Aurevilly. Y cuando admira, no admite restricciones de ningún tipo; os abofetearía por un palabra; pero cuando se pone a despreciar no conoce límites en su desdén y no acepta que se proteste.

En suma, no comprende nada.

Escuchen charlar a dos mujeres:

—"Entonces, ¿estás enfadada con Julia? Te creo, yo la abofeteé.

—¿Qué te había hecho?

—Le había dicho a Paulina que yo estaba en la miseria trece meses de cada doce. Y Paulina se lo dijo a su vez a Gontran. ¿Entiendes?

—¿Vivíais juntas en la calle Clauzel?

—Hemos vivido juntas durante cuatro años en la calle Bréda; después nos enfadamos por un par de medias, que ella pretendía que yo había puesto, —no era verdad—, unas medias de seda que ella había comprado a la madre Martin. Entonces le largué un guantazo. Y me abandonó allí. La reencontré hace seis meses y me dijo que fuera a su casa ya que había alquilado una casa dos veces más grande."

No escuchamos el resto, pasamos.

Pero como íbamos el domingo siguiente a Saint—Germain, dos jovencitas subieron en el mismo vagón. Reconocimos a una de ellas enseguida, la enemiga de Julia. ¿La otra...? ¡¡Es Julia!!!

Y se hacían carantoñas, caricias, proyectos.

"— Dime, Julia.

—Escucha, Julia etc"

El afeminado tiene amistades de esta naturaleza. Durante tres meses no puede dejar a su viejo Jacques, su querido Jacques. No existe nadie más que Jacques en el mundo. Solo él tiene ingenio, sensatez, talento. Solo él es alguien en Paris. Se les encuentra por todas partes juntos, cenan juntos, van juntos por las calles, y cada tarde se trasladan juntos diez veces de la puerta de uno a la de otro sin decidirse a separarse.

Tres meses más tarde, así habla de Jacques:

"Ya está ese crápula, ese vago, bribón. He aprendido a conocerlo, vamos. Ni siquiera honesto, y mal educado, etc., etc."

De nuevo tres meses después, y viven juntos; pero una mañana sabemos que se han batido en duelo y después abrazado, llorando, sobre el campo.

Ellos son, conviviendo, los mejores amigos del mundo, enfadados hasta la muerte la mitad del año, calumniándose y queriéndose a ratos, con profusión, apretándose las manos hasta romperse los huesos y listos para partirse el vientre por una palabra mal entendida.

Ya que las relaciones de los afeminados son inciertas, su humor sufre altibajos, su exaltación nos sorprende, su ternura gira, su entusiasmo se eclipsa. Un día, os quieren, al día siguiente os miran con pena, porque tienen, en suma, una naturaleza femenina, una seducción femenina, un temperamento femenino; y todos sus sentimientos se parecen al amor femenino.

Ellos tratan a sus amigos como las cursis a sus perritos.

Ese perrito adorado que abrazamos infinitamente, que alimentamos de azúcar, que acostamos sobre la almohada de la cama, pero que arrojaemos enseguida por la ventana en un movimiento de impaciencia, que hacemos girar como una honda sujetándolo por la cola, que apretamos con los brazos hasta estrangularlo y que zambullimos, sin razón, en un cubo de agua fría.

Por eso qué extraño espectáculo la ternura de una verdadera mujer y la de un afeminado.

El le pega y ella le araña, se detestan, no pueden verse y no pueden dejarse, enganchados el uno al otro por no se sabe qué lazos misteriosos del corazón. Ella le engaña y él lo sabe, solloza y perdona.

El acepta la cama que paga otro y se cree, de buena fe, irreprochable. Él la desprecia y la adora sin distinguir que ella tendría el derecho de devolverle su desprecio. Sufren los dos atrocemente el uno por el otro sin poder desunirse; se lanzan de la mañana a la noche a la cabeza sacos de injurias y reproches, acusaciones abominables, después nerviosos en exceso, vibrantes de rabia y de odio, caen en los brazos el uno del otro y se abrazan perdidamente, enredando sus bocas temblorosas y sus almas de locas.

El afeminado es valiente y cobarde al mismo tiempo; tiene, más que cualquier otro, el sentimiento exaltado del honor, pero le falta el sentido de la simple honestidad, y, si las circunstancias ayudan, tendrá flaquezas y cometerá infamias de las que no se dará cuenta alguna; ya que él obedece, sin discernimiento, a las oscilaciones de su pensamiento siempre arrastrado.

Engañar a un acreedor le parecerá cosa permisible y casi impuesta. Para él, no pagar su deudas es honorable, a menos que sean de juego, es decir, un poco sospechosas; timará en ciertas condiciones en que la ley del mundo admite; si se encuentra escaso de dinero, pedirá prestado por todos los medios no teniendo escrúpulos por jugar un poco con los préstamos; pero mataría de un sablazo, con una indignación sincera, al hombre que pusiera en duda solamente su falta de delicadeza.

*Gil Blas, 13 de abril de 1883*

# *A las aguas*

---

*Aux eaux*

## DIARIO DEL MARQUÉS DE ROSEVEYRE

12 DE JUNIO 1880.— ¡A Loèche! ¡Quieren que vaya a pasar un mes a Loèche! ¡Misericordia! ¡Un mes en esta ciudad que dicen ser la más triste, la más muerta, la más aburrida de las villas! ¡Qué digo, una ciudad! ¡Es un agujero, no una ciudad! ¡Me condenan a un mes de baño..., en fin!

13 DE JUNIO.— He pensado toda la noche en este viaje que me espanta ¡Sólo me queda una cosa por hacer, voy a llevar una mujer! ¿Podrá distraerme esto, tal vez? Y además yo aprenderé, con esta prueba, si estoy maduro para el matrimonio.

Un mes a solas, un mes de vida en común con alguien, de una vida en pareja completa, de conversación a todas las horas del día y de la noche. ¡Diablos!

Estar con una mujer durante un mes, es verdad, no es tan grave como tenerla de por vida; pero es de por sí mucho más serio que estar con ella por una noche. Sé que podré devolverla, con algunos cientos de lises; ¡pero entonces permaneceré solo en Loèche, lo que no es nada divertido!

La elección será difícil. No quiero ni una coqueta ni una espabilada. Es necesario que no me sienta ni ridículo ni orgulloso de ella. Quiero que se diga: “El Marqués de Roseveyre está de buena suerte”; pero no quiero que se cuchichee: “Ese pobre Marqués de Roseveyre!”. En suma, tengo que exigir a mi pasajera compañera todas las cualidades que exigiría a mi compañera definitiva. La única diferencia que se puede establecer es aquella que existe entre el objeto nuevo y el objeto de ocasión. ¡Bah!, ¡se puede encontrar, voy a pensar en ello!

14 DE JUNIO.— ¡Berthe!... He aquí mi acompañante. Veinte años, guapa, recién salida del Conservatorio, esperando un papel, futura estrella. Buenos modales, altivez, carácter y... amor. Objeto de ocasión pudiendo pasar por nuevo.

15 DE JUNIO.— Está libre. Sin compromiso de negocios o de corazón, ella acepta, yo mismo he encargado sus vestidos, para que no tenga aspecto de jovencita.

20 DE JUNIO.— Basilea. Duerme. Voy a comenzar mis notas de viaje.

De hecho, ella es encantadora. Cuando llegué a la estación delante de mí, no la reconocía, hasta tal punto tenía aspecto de mujer de mundo. Verdaderamente tiene porvenir esta niña.... en el teatro.

Me pareció cambiada en sus modales, en su andar, en su actitud y sus gestos, en la forma de sonreír, en la voz, en todo, irreprochable, en fin. ¡Y peinada! ¡Oh! Peinada de una forma divina, de una manera encantadora y sencilla, en una mujer que ya no tiene que atraer las miradas, que ya no tiene que agrandar a todos, cuyo papel ya no es seducir, a primera vista, a los que la vean, sino que quiere gustar a uno solo, discreta y únicamente. Y esto se dejaba ver en todo su aspecto. Se mostraba tan finamente y tan completamente, la metamorfosis me pareció tan absoluta y hábil, que le ofrecí mi brazo como hubiera hecho con mi mujer. Ella lo tomó con soltura como si se tratara de mi mujer.

Frente a frente en el portalón permanecemos en un primer momento inmóviles y mudos. Después ella levantó su velo y sonrió... Nada más. Un sonreír de buen tono. ¡Oh! Me daba miedo besarla, la comedia de la ternura, el eterno y banal juego de las jóvenes. Pero no, ella se contuvo. Es fuerte.

Más tarde hemos charlado un poco como dos jóvenes esposos, un poco como dos extraños. Era amable. Muchas veces sonreía mirándome. Era yo ahora quien tenía ganas de abrazarla. Pero permanecí tranquilo.

En la frontera, un funcionario abrió bruscamente la puerta y me preguntó:

—¿Su nombre, señor?

Me sorprendió. Respondí:

—Marqués de Roseveyre.

—¿A dónde se dirige usted?

—A las termas de Loèche, en le Valais.

Escribió en un registro. Respondió:

—¿La señora es su mujer?

¿Qué hacer? ¿Qué responder? Levanté los ojos hacia ella dudando. Ella estaba pálida y miraba a lo lejos...

Sentí que iba a ofenderla muy gratuitamente. Y además, en fin, sería mi compañía durante un mes.

Dije:

—Sí, señor.

De repente la vi enrojecer. Me sentí feliz.

Pero en el hotel, llegando aquí, la propietaria le tendió el registro. Ella me lo pasó muy rápidamente; me di cuenta de que ella me estaba mirando mientras escribía. ¡Era nuestra primera noche de intimidad!... ¿Una vez pasada la página, quien leería este registro? Yo escribí: “Marqués y marquesa de Roseveyre, dirigiéndose a Loèche.”

21 DE JUNIO.— Seis de la mañana. Bâle. Salimos para Berne. Decididamente tengo buena mano.

21 DE JUNIO.— Diez de la noche. Jornada singular. Estoy un poco emocionado. Esto es tonto y divertido.

Durante el trayecto, hemos podido hablar un poco. Se había levantado un poco temprano; estaba cansada; dormitaba.

Tan pronto estuvimos en Berne, quisimos contemplar ese panorama de los Alpes que yo no conocía en absoluto; y he aquí que salimos por la ciudad, como dos recién casados.

Y de repente percibimos una llanura desmesurada, y allá abajo, allá abajo, los glaciares. De lejos, así, no parecían inmensos; sin embargo, aquella vista me produjo un escalofrío en las venas. Un resplandeciente sol poniente caía sobre nosotros; el calor era terrible. Fríos y blancos permanecían ellos, los montes helados. El Jungfrau, el Vierge, dominando a sus hermanos, extendía su ancha falda de nieve, y todos, hasta perderse de vista, se alzaban a su alrededor, los gigantes de cabeza blanca, las eternas cimas heladas que el agonizante día hacía más claras, como plateadas, sobre el azul oscuro de la noche.

Su infinidad inerte y colosal daba la sensación de comienzo de un mundo sorprendente y nuevo, de una región escarpada, muerta, petrificada pero atrayente como el mar, llena de un poder de seducción misteriosa. El aire que había acariciado sus cimas siempre heladas parecía venir hacia nosotros por encima de los campos estrechos y floridos, muy diferente al aire fecundante de las llanuras. Tenía algo de desapacible y de poderoso, de estéril, como un aroma de espacios inaccesibles.

Berthe, ensimismada, observaba sin cesar, sin poder pronunciar ni una palabra.

De repente me cogió la mano y la apretó. Yo mismo sentía en el alma esa especie de fiebre, esa exaltación que nos sobrecoge delante de ciertos espectáculos inesperados. Agarré esa pequeña mano temblorosa y la llevé a mis labios; y la besé, a fe mía, con amor.

Permanecí un poco turbado. ¿Pero por quien? ¿Por ella o por los glaciares?

24 DE JUNIO.— Loèche, diez de la noche.

Todo el viaje ha sido delicioso. Hemos pasado medio día en Thun, contemplando la ruda frontera de montañas que debíamos franquear al día siguiente.

Al amanecer, atravesamos el lago, el más hermoso de Suiza tal vez. Unas mulas nos esperaban. Nos sentamos sobre sus lomos y partimos. Después de haber desayunado en un pueblecito, comenzamos a escalar, entrando lentamente en la garganta que sube poblada de árboles, siempre dominada por las altas cumbres. De territorio en sitio, sobre las pendientes que parecen venir del cielo; se distinguen puntos blancos, chalets contruidos allí no se sabe cómo. Atravesamos torrentes, percibimos, a veces, entre dos puntiagudas cimas y cubiertas de abetos, una inmensa pirámide de nieve que parecía tan próxima que hubiéramos jurado alcanzarla en diez minutos, pero que apenas habríamos llegado en veinticuatro horas.

A veces atravesábamos caos de piedras, estrechas llanuras tapizadas de rocas desprendidas como si dos montañas se hubieran enfrentado en esta contienda, dejando sobre el campo de batalla los restos de sus miembros de granito.

Berthe, extenuada, dormía sobre su animal, abriendo de vez en cuando los ojos para ver de nuevo. Acabó por adormecerse, y yo la sujetaba por una mano, feliz de su contacto, de sentir a través de su vestido el suave calor de su cuerpo. Llegó la noche, todavía subíamos. Nos paramos delante de la puerta de un pequeño albergue perdido en la montaña.

¡Dormimos! ¡Oh! ¡Dormimos!

Al amanecer, corrí a la ventana, y prorrumpí en un grito. Berthe llegó a mi lado y se quedó estupefacta y embelesada. Habíamos dormido en la nieve.

Todo a nuestro alrededor, montes enormes y estériles cuyos huesos grises sobresalían bajo su abrigo blanco, montes sin pinos, sombríos y helados, se elevaban tan alto que parecían inaccesibles.

Una hora después de estar en ruta de nuevo, percibimos, al fondo de este embudo de granito y de nieve, un lago negro, sombrío, sin una onda, que durante largo tiempo habíamos seguido. Un guía nos trajo algunos edelweiss, las flores blancas de los glaciares. Berthe hizo un ramillete para su blusa.

De repente, la garganta de peñascos se abrió delante de nosotros, descubriendo un horizonte sorprendente: toda la cadena de los Alpes piemonteses más allá del valle del Ródano. Las enormes cumbres, de lugar en lugar, dominaban la multitud de cimas menores. Eran el monte Rose, arduo y macizo; el Cervin, recta pirámide donde muchos hombres han muerto, el Dent—du—Midi; otros cientos de puntos blancos, relucientes como cabezas de diamantes, bajo el sol.

Pero bruscamente el sendero que seguíamos se detuvo al borde de un precipicio, y en el abismo, en el fondo del agujero negro de dos mil metros, encerrado entre cuatro muros de rectos peñascos, sombríos, salvajes, sobre una capa de hierba, percibimos algunos puntos blancos con bastante parecido a corderos en un prado. Eran las casas de Loèche.

Fue necesario dejar las mulas, siendo el camino tan peligroso. El sendero desciende a lo largo de la roca, serpentea, gira, va, vuelve, sin jamás perder de vista el precipicio, y siempre también el pueblo que crece a medida que nos acercamos. Es a lo que se llama el pasaje de la Gemmi, uno de los más bellos de los Alpes, si no el más bello.

Berthe, apoyándose en mí, prorrumpía gritos de alegría y gritos de pavor, feliz y temerosa como un niño. Como estábamos a algunos pasos de los guías y ocultos por un voladizo de la roca, me abrazó. Yo la abracé...

Yo me había dicho:

—En Loèche, pondré cuidado en hacer entender que no estoy con mi mujer.

Pero por todos lados yo la había tratado como tal, en todas partes la había hecho pasar por la Marquesa de Roseveyre. No podía ahora inscribirla bajo otro nombre. Y además la habría herido en el corazón, y verdaderamente era encantadora.

Pero le dije:

—Querida amiga, llevas mi apellido, la gente me cree tu marido; espero que te comportes con todo el mundo con una extrema prudencia y una extrema discreción. Nada de conocidos, de charlas, de relaciones. Que te crean noble, actúa de forma que nunca tenga que reprocharme lo que he hecho.

Ella respondió:

—No tenga miedo, mi pequeño René.

26 DE JUNIO.— Loèche no es triste. No. Es salvaje, pero muy hermosa. Este muro de rocas altas de dos mil metros, de donde se deslizan cientos de torrentes semejantes a hilillos de plata; este ruido eterno del agua que discurre; este pueblo sepultado en los Alpes desde donde se ve, como desde el fondo de un pozo, el sol lejano atravesar el cielo; el glaciar vecino, muy blanco en la escotadura de la montaña, y ese pequeño valle lleno de arroyos, lleno de árboles, pleno de frescura y de vida, que desciende hacia el Ródano y deja ver en el horizontes las cimas nevadas del Piémont: todo esto me seduce y me encandila. Tal vez si... si Berthe no estuviera aquí?...

Es perfecta, esta niña, reservada y distinguida más que nadie. Yo escucho decir:

—¡Qué hermosa es, esta marquesita!...

27 DE JUNIO.— Primer baño. Descendemos directamente de la habitación a las piscinas, donde veinte bañistas tiemblan, ya vestidos con largos vestidos de lana, juntos hombres y mujeres. Unos comen, otros leen, otros charlan. Mueven delante de sí pequeñas tablas flotantes. A veces juegan al anillo, lo que no siempre es decoroso. Vistos a través de las galerías que rodean el baño, tenemos aspecto de gruesos sapos en una tinaja.

Berthe ha venido a sentarse a esta galería para charlar un poco conmigo. La han mirado mucho.

28 DE JUNIO.— Segundo baño. Cuatro horas de agua. Las tomaré de ocho en ocho horas. Tengo por compañeros bañistas el Príncipe de Vanoris (Italia), el Conde Lovenberg (Austria), el barón Samuel Vernhe (Hungría u otra parte), además una quincena de personajes de menor importancia, pero todos nobles. Todo el mundo es noble en las villas termales.

Ellos me piden, uno tras otro, ser presentados a Berthe. Yo respondo: “¡Sí!” y me retiro. Me creen celoso, ¡qué tontería!

29 DE JUNIO.— ¡Diablos! ¡Diablos! La Princesa de Vanoris ha venido ella misma en persona a buscarme, deseando conocer a mi mujer, en el momento en que entrábamos en el hotel. Yo le presenté a Berthe, pero le he rogado con delicadeza que evitara encontrarse con esta dama.

2 DE JULIO.— El Príncipe nos ha agarrado del cuello para llevarnos a su apartamento, donde los bañistas insignes tomaban el té. Berthe era, sin duda alguna, mejor que todas las damas; ¿pero qué hacer?

3 DE JULIO.— ¡A fe mía, qué le vamos a hacer! Entre estos treinta hidalgos, ¿no se encuentran al menos diez de fantasía? ¿Entre estas dieciséis o diecisiete mujeres, están más de doce seriamente casadas, y de estas doce, más de seis irreprochables? ¡Tanto peor para ellas, tanto peor para ellos! ¡Ellos lo han querido!

10 DE JULIO.— Berthe es la reina de Loèche! ¡Todo el mundo está loco por ella; la celebran, la miman, la adoran! Por otra parte, ella es soberbia en gracia y distinción. Me envidian.



La Princesa de Vanoris me ha preguntado:

—¡Ah!, Marqués, ¿dónde ha encontrado este tesoro?

Yo tenía deseos de responder:

—¡Primer premio del Conservatorio, curso de comedia, contratada en el Odeón, libre a partir del 5 de agosto de 1880!

¡Qué cara hubiera puesto, Dios mío!

20 DE JULIO.— Berthe es realmente sorprendente. Ni una falta de tacto, ni una falta de gusto; ¡una maravilla!

10 DE AGOSTO.— París. Se acabó. Tengo el corazón hecho polvo. La víspera de la partida creí que todo el mundo iba a llorar.

Decidimos ir a ver amanecer sobre el Torrenthon, luego de volver a descender a la hora de nuestra partida.

Nos pusimos en marcha hacia media noche, sobre unas mulas. Los guías portaban faroles: y la larga caravana se extendía por el camino sinuoso del bosque de pinos. Luego atravesamos los pastos donde rebaños de vacas erraban en libertad. Después alcanzamos la región de las rocas, donde la misma hierba desaparecía.

A veces, en la sombra, se distinguía, sea a derecha, sea a izquierda, una masa blanca, un amontonamiento de nieve en un agujero de la montaña.

El frío llegaba a ser mordiente, pinchaba los ojos y la piel. El viento desecante de las cimas soplabá, quemando las gargantas, aportando los hálitos helados de cien lugares de picos congelados.

Cuando llegamos a nuestro destino era ya de noche. Desembalamos todas las provisiones para beber el champán al amanecer.

El cielo palidecía sobre nuestras cabezas. Vimos de pronto un obstáculo a nuestros pies; luego, a unos cientos de metros, otra cima.

El horizonte entero parecía lívido, sin que se distinguiera nada todavía a lo lejos.

Pronto descubrimos, a la izquierda, una enorme cima, el Jungfrau, después otra, después otra. Aparecían poco a poco como si fueran levantándose a lo largo del nacimiento del día. Y nosotros quedábamos estupefactos de encontrarnos así en el medio de estos colosos, en este país desolado de nieves eternas. De repente, en frente, se nos mostró la desmesurada cadena del Piémont. Otras cumbres aparecieron al norte. Realmente era el inmenso país de los grandes montes de frentes helados, desde el Rhindenhorn, pesado como su nombre, hasta el fantasma apenas visible del patriarca de los Alpes, el Mont Blanc.

Unos eran orgullosos y rectos, otros acucillados, otros deformes, pero todos homogéneamente blancos, como si algún Dios hubiera arrojado sobre la jorobada tierra un sábana inmaculada.

Unos parecían tan cerca que habríamos podido saltar sobre ellos; otros estaban tan lejos que apenas los distinguíamos.

El cielo se volvió rojo; y todos enrojecieron. Las nubes parecían sangrar sobre ellos. Era maravilloso, casi pavoroso.

Peró pronto la nube encendida palideció, y toda la armada de cumbres insensiblemente se volvió rosa, de un rosa suave y tierno como los vestidos de una jovencita.

Y el sol apareció por encima de la capa de nieves. Entonces, de repente, el pueblo entero de los glaciares se hizo blanco, de un blanco brillante, como si el horizonte estuviera lleno de una multitud de cúpulas de plata.

Las mujeres, extasiadas, miraban.

Se estremecieron; un tapón de champán acababa de saltar; Y el Príncipe de Vanoris, ofreciendo un vaso a Berthe, gritó:

—¡Bebo por la Marquesa de Roseveyre!  
Todos clamaron: “ ¡Yo bebo por la Marquesa de Roseveyre!”  
Ella montó encima de su mula y respondió:  
—¡Yo bebo por todos mis amigos!  
Tres horas más tarde, cogimos el tren para Ginebra, en el valle del Ródano.  
Tan pronto estuvimos a solas Berthe, tan feliz y contenta hace un rato, se puso a sollozar, el rostro entre sus manos.  
Yo me lancé a sus rodillas:  
—¿Qué tienes? ¿Qué tienes? Dime, ¿qué tienes?  
Ella balbuceó entre sus lágrimas:  
—¡Es... es... es pues que se ha acabado ser una mujer honesta!  
¡Verdaderamente, en ese momento estuve a punto de cometer una tontería, una gran tontería...!  
No la hice.  
Dejé a Berthe entrando en París. Tal vez más tarde habría sido demasiado débil.  
(El diario del Marqués de Roseveyre no ofrece ningún interés durante los dos años siguientes. En la fecha 20 de julio de 1883 encontramos las líneas siguientes).  
20 DE JULIO DE 1883.— Florencia. Triste recuerdo dentro de poco. Me paseaba por los Cassines cuando una mujer hizo parar su coche y me llamó. Era la Princesa de Vanoris. Tan pronto me tuvo al alcance de la voz:  
—¡Oh!, Marqués, mi querido Marqués, ¡qué contenta estoy de reencontrarlo! Rápido, rápido, deme noticias de la Marquesa; es realmente la mujer más encantadora que he visto en toda mi vida!.  
Me quedé sorprendido, no sabiendo qué decir y golpeado en el corazón de una forma violenta. Balbuceé:  
—No me hable nunca de ella, Princesa, hace tres años que la he perdido.  
Ella me cogió la mano.  
—¡Oh! ¡Cómo lo siento, amigo mío!  
Se fue. Me sentí triste, descontento, pensando en Berthe, como si acabáramos de separarnos.  
¡El Destino muy a menudo se equivoca!  
Cuántas mujeres honestas habían nacido para ser mujerzuelas, y lo demuestran.  
¡Pobre Berthe! Cuántas otras habían nacido para ser mujeres honestas...y ésta... más que las demás... tal vez.... En fin, no pensemos más.

*Le Gaulois, 24 de julio de 1883*

# Ahogado

---

*Le noyé*

## I

Todos conocían en Fècamp la historia de la tía Patin. Era una mujer que no había sido feliz, ni mucho menos, con su marido; porque su marido la apaleaba lo mismo que se apalea el trigo en las granjas.

Era patrón de una lancha de pesca, y se casó con ella, de esto hacía tiempo, porque era bonita, aunque pobre.

Buen marinero, pero hombre violento, el tío Patin era cliente asiduo de la taberna del tío Aubán, en la que se echaba al cuerpo, los días en que no pasaba nada, cuatro o cinco copas, y los días en que se le había dado bien la pesca, ocho, diez o más, si se le pedía el cuerpo, como él decía.

Servía el aguardiente a los parroquianos la hija del tío Aubán, una morena de buen ver, que si atraía a la clientela era únicamente por su buen palmito, porque jamás había dado que hablar con su conducta.

Cuando Patin entraba en la taberna, le producía satisfacción el verla, y le dirigía piropos corteses, frases moderadas de mozo formal. Después de la primera copa, ya la llamaba bonita; a la segunda, le guiñaba el ojo; a la tercera, se le declaraba: «Si usted quisiese, Deseada...», pero nunca acababa la frase; a la cuarta copa, intentaba sujetarla por la falda para darle un beso, y cuando llegaba a la décima, tenía que encargarse de seguir sirviéndole el mismo tío Aubán.

El tabernero, práctico en todos los recursos del oficio, hacía que Deseada tratase con la clientela, para que ésta hiciese más gasto; y Deseada, que por algo era hija del tío Aubán, se rozaba con los bebedores y bromeaba con ellos, siempre con la sonrisa en los labios y una expresión de picardía en los ojos.

A fuerza de beber copas de aguardiente, acabó Patin por hacerse a la cara de Deseada, y pensaba ya en ella hasta en el mar, cuando tiraba las redes, muy lejos de la costa, lo mismo en las noches de viento que en las de calma, lo mismo si era noche de luna que si era noche cerrada. Y mientras sus cuatro compañeros dormitaban con la cabeza apoyada en el brazo, Patin, a popa, con el timón en la mano, pensaba en Deseada. La vela sonriéndole siempre, y que le servía el aguardiente amarillo con un ligero movimiento del hombro, diciéndole antes de retirarse:

—¡Así! ¿Quiere algo más?

De tanto tenerla dentro de sus ojos y dentro de sus recuerdos, le entraron tales ansias de casarse con ella, que ya no pudo dominarse, y pidió su mano.

El era rico; la embarcación y los aparejos eran de su propiedad, y tenía una casa al pie de la colina, frente al rompeolas; el tío Aubán, en cambio, no poseía nada. Fue acogida su petición con la mayor solicitud, y la boda tuvo lugar lo antes posible, porque las dos partes tenían prisa, aunque por diferentes razones.

Pero a los tres días de la boda Patin estaba hecho un lío, y se preguntaba a si mismo cómo había podido metérsele en la cabeza aquella idea de que Deseada era diferente de las demás mujeres. Si que había hecho el idiota preocupándose por una que no tenía una perra, y que seguramente lo había embrujado con su aguardiente! Eso era, por su aguardiente, en el que habría mezclado algún asqueroso bebedizo!

Desde que empezaba la pesca no dejaba de blasfemar; rompía la pipa a fuerza de morderla, maltrataba de palabra a su tripulación, y después de jurar a boca llena contra

todo lo habido y por haber, valiéndose de todas las fórmulas conocidas, descargaba las heces de su rabia contra todos los peces y crustáceos que iba sacando uno a uno de las redes, y no los echaba a los canastos sin dedicarles un insulto o una frase sucia.

Y como, al volver a su casa, era su mujer, la hija del tío Aubán, quien estaba al alcance de su boca y de su mano, pronto acabó tratándola como a la mujer más arrastrada. Ella, que ya estaba acostumbrada a los malos tratos de su padre, le oía con resignación, y esta tranquilidad exasperaba a su marido, que una noche pasó de las palabras a los golpes. Y desde entonces la vida en aquella casa fue espantosa.

No se habló de otra cosa durante diez años en el muelle que de las palizas que Patin pegaba a su mujer, y de las palabrotas y blasfemias que soltaba cuando le dirigía la palabra. Era, en efecto un especialista en hablar mal, poseyendo una riqueza de vocabulario y una sonoridad de voz superiores a todo lo conocido en Fècamp. En cuanto su barca aparecía a la entrada del puerto, de regreso de la pesca, ponía todo el mundo atención, esperando oír la primera andanada que siempre lanzaba desde el puente de su embarcación contra el rompeolas así que divisaba el gorrillo blanco de su compañera.

Hasta en los días de mar gruesa, en pie en la popa, atento a la vela y al rumbo, y a pesar del cuidado que tenía que tener con aquella boca de entrada, estrecho y difícil, y con las olas de mucho fondo que se precipitaban como montañas por el estrecho corredor, se esforzaba por descubrir entre las mujeres de los marineros que esperaban a éstos, entre salpicaduras de espuma de las olas, a la suya, la hija del tío Aubán, la pordiosera.

Y en cuanto la descubría sin importarle el ruido de las olas y del viento, le largaba una rociada de insultos con voz tan estentórea que hacía reír a todos, aun que todo el mundo compadeciese a la mujer. Luego, cuando atracaba al muelle, tenía un modo de descargar su lastre de galantería, según frase suya, al mismo tiempo que el pescado, que atraía alrededor de su puesto de amarre a todos los pilluelos y desocupados del puerto.

Unas veces como cañonazos, secos, estrepitosos; otras veces como truenos que retumbaban durante cinco minutos, descargaba por su boca un huracán tal de palabrotas, que parecía tener en sus pulmones todas las tormentas del Padre Eterno.

Después, ya en tierra, al verse con ella cara a cara, en medio de los curiosos y de las sardineras, revolvía en lo más hondo de la bodega para sacar a flote todos los insultos que se le habían olvidado, y así por todo el camino hasta casa: ella delante, él detrás; ella llorando, él gritándole.

Y ya a solas con ella y a puerta cerrada, la golpeaba con el menor pretexto. Cualquier cosa le daba motivo para levantar la mano, y todo era empezar para no acabar ya, escupiéndole a la cara las verdaderas razones de su odio.

Cada bofetada, cada golpe, iba acompañado de una imprecación ruidosa: «¡Toma, zarrapastrosa! ¡Toma, arrastrada! ¡Toma, muerta de hambre! ¡Bonito negocio hice el día que me enjuagué la boca con el veneno del canalla de tu padre!»

La pobre mujer vivía siempre asustada, con el alma y el cuerpo en vilo, en una expectativa enloquecedora de injurias y de palizas.

Y así diez años. Era tan asustadiza que se ponía pálida para hablar con cualquiera, y ya no podía pensar en otra cosa que en los golpes que la esperaban, acabando por ponerse seca, amarilla y delgada como un pescado ahumado.

## II

Una noche, estando su hombre en el mar, la despertó de pronto el gruñido de fiera que el viento deja escapar cuando llega como perro lanzado contra su presa. Se incorporó en la cama, emocionada; pero como ya no se oía nada volvió a acostarse; pero casi en seguida entró por la chimenea un bramido, que hizo estremecer toda la casa, y

que llenó luego todo el espacio, como si cruzase por el cielo una manada de animales furiosos, resoplando y mugiendo. Se levantó y se dirigió hacia el puerto. Otras mujeres llegaban también de todas partes con sus linternas. Los hombres acudían corriendo, y todos se quedaban mirando en la noche hacia el mar, viendo rebrillar las espumas en la cresta de las olas. Quince horas duró la tempestad. Once marineros no regresaron, y uno de los once era Patín.

Restos de su barca, la *Joven Amelia*, fueron encontrados hacia Dieppe. Cerca de Saint—Valéry se recogieron los cadáveres de los hombres de su tripulación; pero jamás apareció el suyo. La quilla de la embarcación daba lugar a suponer que había sido partida en dos, y esto hizo que su mujer esperase y temiese durante mucho tiempo su regreso; porque si había habido un abordaje, era posible que el otro barco lo hubiese recogido a él solo y lo hubiese llevado lejos.

Después, y poco a poco, se fue haciendo a la idea de considerarse viuda, aunque bastase para sobresaltarla el que una vecina, un pobre o un vendedor ambulante entrasen de pronto en su casa.

\*\*\*

Habrían pasado cuatro años desde la desaparición de su marido. Una tarde, caminando por la calle de los Judíos, se detuvo delante de la casa de un antiguo capitán de barco que había fallecido hacia poco, y cuyos muebles estaban subastándose.

En aquel mismo instante se sacaba a la puja un loro, un loro verde, con la cabeza azul, que miraba a la concurrencia con disgusto e inquietud.

—¡Tres francos! — gritaba el vendedor—. Un pájaro que habla tan bien como un abogado, ¡tres francos!

Una amiga de la viuda de Patin le dio un golpecito con el codo:

—Usted, que es rica, debería comprarlo —le dijo—. Le serviría de compañía este pájaro, y vale más de treinta francos. Puede revenderlo cuando quiera en veinte o veinticinco.

—¡Cuatro francos, señoras. Cuatro francos!—repetía el subastador—. Canta vísperas y predica como el padre cura. ¡Es un fenómeno..., un prodigio!

La señora Patin pujó cincuenta céntimos, y le fue entregado aquel bicho de nariz corva dentro de una pequeña jaula que se llevó a casa.

Lo instaló en su sitio, pero al abrir la puerta de alambre con intención de darle de beber, recibió un picotazo en el dedo que le atravesó la piel e hizo brotar sangre.

—¡Vaya si es un mal bicho! —exclamó la mujer.

Sin embargo, después que ella le dio cañamones y maíz, consintió en que le alisase las plumas, aunque miraba con aire receloso su nueva casa y a su nueva dueña.

Empezaba a despuntar el día siguiente, cuando, de pronto, la la señora Patin oyó con toda claridad una voz fuerte, sonora, retumbante, la voz mismísima de Patin, que gritaba:

—¿Te vas a levantar o no te vas a levantar, mala pécora?

La acometió un terror tan grande, que se tapó la cabeza con la ropa de cama. Conocía bien aquellas palabras, porque eran precisamente las que todas las mañanas, desde que abría los ojos, le gritaba a la oreja su difunto marido.

Temblorosa, acurrucada, preparando la espalda a la paliza que veía encima, murmuraba entre las sábanas:

—¡Señor, Dios mío, ahí está! ¡Ahí está, Señor! ¡Ha vuelto, santo Dios!

Transcurrían los minutos; ningún ruido turbaba el silencio de la habitación. Sacó la cabeza, toda trémula, segura de que estaba allí, acechándola, dispuesto a pegarla.

Y no vio nada; tan sólo un rayo de sol que pasaba a través del cristal de la ventana. Entonces pensó:

—Seguramente que se ha escondido.

Espero largo rato, y acabó por recobrar la tranquilidad, pensando:

—Habré soñado, porque no se le ve por ninguna parte.

Volvía ya a cerrar los ojos, tranquilizada casi, cuando estalló muy próxima la voz furibunda, la voz de trueno del ahogado, que vociferaba:

—¡Recontra, recrisma, recáspita! ¿Te levantas o no, puerca?

Saltó de la cama movida por el resorte de la obediencia, de su obediencia pasiva de mujer vapuleada, que no ha olvidado en cuatro años los palos, ni los olvidará nunca, y que se acordará siempre de aquella voz. Y contestó:

—Voy en seguida, Patin. ¿Qué es lo que quieres?

Pero Patin no contestó.

Aterrada, miró a su alrededor, buscó por todas partes: en los armarios, en la chimenea, debajo de la cama, pero no encontró a nadie, y entonces se dejó caer en una silla, loca de angustia y convencida de que era el espíritu de Patín el que había vuelto para atormentarla, y que lo tenía allí, junto a ella.

Se acordó súbitamente del granero, que tenía acceso por el exterior por medio de una escalera. De fijo que se había escondido allí para pillarla de sorpresa. Seguramente que habría ido a parar a alguna costa habitada por salvajes, y no había podido escapar antes de entre sus manos; pero había vuelto, y con peores intenciones que nunca. No le cabía duda alguna, después de oír el timbre de aquella voz suya.

Levantó la cabeza hacia el techo y preguntó:

—¿Estás ahí arriba, Patin? Patin no contestó.

Entonces ella salió de casa, y poseída de un miedo espantoso, que aceleraba los latidos de su corazón, subió por la escalera, se asomó a la lumbrera, miró al interior, sin ver nada; entró, registró, sin encontrar nada.

Se sentó encima de un haz de paja, y rompió a llorar; pero mientras sollozaba, oyó, tras pasada de un terror angustioso y sobrenatural, en su habitación, debajo de donde ella estaba, la voz de Patín, que conversaba en tono menos colérico, más tranquilo, y que decía:

—¡Puerco de tiempo! ¡Y ese condenado mar! ¡Puerco de tiempo! ¡y yo sin desayunarme aún... carámbanos!

Ella le gritó a través del techo:

—Voy en seguida, Patin: te prepararé la sopa. No te enfades, que en seguida estoy ahí.

Y bajó comiendo.

No había nadie dentro de la toda casa.

Se sintió desfallecer, como si la hubiese tocado la mano de la Muerte, e iba ya a echar a correr para pedir socorro en la vecindad, cuando estalló junto a su misma oreja la voz:

—¡Que no me he desayunado, ree.....contra!

Y el loro la contemplaba desde jaula con sus ojos redondos, en los que había una expresión de astucia y malignidad.

También ella le miró, fuera de sí, murmurando:

—¡Ah! ¿Conque eras tú?

Y entonces él agregó, moviendo la cabeza:

—Espera, espera, espera, que te voy a enseñar a estarte mano sobre mano.

¿Qué ocurrió entonces en el interior de aquella mujer? Tuvo la clara sensación y el convencimiento de que era él en persona, el muerto, que se le aparecía, que se había

escondido bajo las plumas de aquel animal para volver a atormentarla; que no haría más que blasfemar de la mañana a la noche, como en otro tiempo, y morderla e injuriarla para que viniesen los vecinos y se riesen a costa suya. Entonces la señora Patin se abalanzó, abrió la jaula, cogió al pájaro, que se defendía con pico y garras, arrancándole la piel. Pero ella lo sujetaba con toda la fuerza de sus dos manos, y se tiró al suelo encima de él, y se revolvió una vez y otra vez con frenesí de poseída, lo aplastó, lo dejó convertido en una piltrafa, en una cosita blanda, verde, que ya no se movía, que ya no hablaba, de miembros flácidos; cogió un trapo de cocina y lo envolvió en él como en un sudario; salió de su casa en camisa, con pies descalzos, cruzó el muelle en el que se estrellaban las pequeñas olas del mar, sacudió el trapo y dejó caer aquella cosa muerta que parecía un puñado de hierba verde; volvió a su casa, se puso de rodillas delante de la jaula vacía, y pidió perdón al Señor, trastornada por lo que había hecho, sollozando como si acabase de cometer un horrendo crimen.

*Le Gaulois, 16 de agosto de 1888*

# *El albergue*

---

*L'auberge*

Semejante a todas las hospederías de madera construidas en los altos Alpes, al pie de los glaciares, en esos pasadizos rocosos y pelados que cortan las cimas blancas de las montañas, el albergue de Schwarenbach sirve de refugio a los viajeros que siguen el paso de la Gemmi.

Durante seis meses permanece abierto, habitado por la familia de Jean Hauser; después, en cuanto las nieves se amontonan, llenando el valle y haciendo impracticable la bajada a Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos se marchan, y dejan al cuidado de la casa al viejo guía Gaspard Han con el joven guía Ulrich Kungsi, y Sam, un gran perro de montaña.

Los dos hombres y el animal se quedan hasta la primavera en aquella cárcel de nieve, teniendo ante los ojos solamente la inmensa y blanca pendiente del Balmhorn, rodeados de cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, sepultados bajo la nieve que asciende a su alrededor, envuelve, abraza, aplasta la casita, se acumula en el tejado, llega a las ventanas y tapia la puerta.

Era el día en que la familia Hauser iba a volver a Loèche, pues el invierno se acercaba y la bajada se volvía peligrosa.

Tres mulos partieron delante, cargados de ropas y enseres y guiados por los tres hijos. Después la madre, Jeanne Hauser, y su hija Louise subieron a un cuarto mulo, y se pusieron en camino a su vez.

El padre las seguía acompañado por los dos guardas, que debían escoltar a la familia hasta lo alto de la pendiente.

Rodearon primero el pequeño lago, helado ahora en el fondo del gran hueco de rocas que se extiende ante el albergue, y después siguieron por el valle, blanco como una sábana y dominado por todos los lados por cumbres nevadas.

El sol inundaba aquel desierto blanco resplandeciente y helado, lo iluminaba con llamas cegadoras y frías; ninguna vida aparecía en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella desmesurada soledad; ningún ruido turbaba su profundo silencio.

Poco a poco Ulrich Kungsi, el guía joven, un suizo muy alto de largas piernas, dejó atrás al padre Hauser y al viejo Gaspard Han, para alcanzar el mulo que llevaba a las dos mujeres.

La más joven lo veía llegar, parecía llamarlo con ojos tristes. Era una campesinita rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos parecían descoloridos por las largas estancias entre los hielos.

Cuando hubo alcanzado al animal que la llevaba, posó la mano en la grupa y aflojó el paso. La señora Hauser empezó a hablarle, enumerando con infinitos detalles todas las recomendaciones para la invernada. Era la primera vez que él se quedaba allá arriba, mientras que el viejo Han ya había pasado catorce inviernos bajo la nieve en el albergue de Schwarenbach.

Ulrich Kungsi escuchaba, sin tener pinta de entender, y miraba sin cesar a la joven. De vez en cuando respondía:

«Sí, señora Hauser.» Pero su pensamiento parecía lejos y su rostro tranquilo seguía impassible.



Llegaron al lago de Daube, cuya gran superficie helada se extendía, muy lisa, al fondo del valle. A la derecha, el Daubehorn mostraba sus peñascos negros cortados a pico cerca de las enormes morrenas del glaciar de Loemmern que dominaba el Wildstrubel.

Cuando se acercaron al puerto de la Gemmi, donde comienza la bajada hacia Loèche, descubrieron de repente el inmenso horizonte de los Alpes del Valais, de los que los separaba el profundo y ancho valle del Ródano.

Había, a lo lejos, cumbres blancas sin cuento, desiguales, achatadas o picudas y brillantes bajo el sol: el Mischabel con sus dos cuernos, el poderoso macizo del Wissehorn, el pesado Brunnegghor, la alta y temible pirámide del Cervino, asesino de hombres, y la Dent Blanche, esa monstruosa coqueta.

Después, debajo de ellos, en un agujero inmenso, al fondo de un abismo espantoso, divisaron Loèche, cuyas casas parecían granos de arena arrojados a esa hendidura enorme que limita y cierra la Gemmi, y que se abre, allá al fondo, sobre el Ródano.

El mulo se detuvo al borde del sendero que avanza, serpenteando, con incesantes vueltas y revueltas, fantástico y maravilloso, a lo largo de la montaña recta, hasta la aldehuela casi invisible, a sus pies. Las mujeres desmontaron en la nieve.

Los dos viejos se habían reunido con ellos.

«Vamos, dijo el viejo Hauser, adiós y ánimo, amigos míos, hasta el año próximo.»

El viejo Han repitió: «Hasta el año próximo.»

Se besaron. Después la señora Hauser, a su vez, les ofreció las mejillas; y la joven hizo otro tanto.

Cuando le llegó el turno a Ulrich Kungsi, murmuró al oído de Louise: «No se olvide de los de aquí arriba.» Ella respondió un «no» tan bajo que él lo adivinó sin oírlo.

«Vamos, adiós, repitió Jean Hauser, a seguir bien.»

Y, pasando ante las mujeres, empezó a bajar.

Pronto desaparecieron los tres por el primer recodo del camino.

Y los dos hombres regresaron hacia el albergue de Schwarenbach.

Marchaban lentamente, uno junto a otro, sin hablar. Se había acabado, se quedarían solos, frente a frente, cuatro o cinco meses.

Después Gaspard Han empezó a contar su vida durante el invierno pasado. Se había quedado con Michel Canol, demasiado anciano ahora para volver a hacerlo, pues durante la prolongada soledad puede ocurrir cualquier accidente. No se habían aburrido, por lo demás; todo estribaba en resignarse desde el primer día; y se acababa por inventar distracciones, juegos, muchos pasatiempos.

Ulrich Kungsi lo escuchaba, los ojos bajos, siguiendo con el pensamiento a los que bajaban hacia el pueblo por todas las ondulaciones de la Gemmi.

Pronto divisaron el albergue, apenas visible, tan pequeño, un punto negro al pie de la monstruosa ola de nieve.

Cuando abrieron, Sam, el gran perro rizado, empezó a brincar en torno a ellos.

«Vamos, hijo, dijo el viejo Gaspard, ya no tenemos mujeres ahora, hay que hacer la cena; monda patatas.»

Y los dos, sentándose en taburetes de madera, empezaron a preparar la sopa.

La mañana del siguiente día le pareció larga a Ulrich Kungsi. El viejo Han fumaba y escupía al lar, mientras que el joven miraba por la ventana la resplandeciente montaña frontera a la casa.

Salió por la tarde y, repitiendo el trayecto de la víspera, buscaba en el suelo las huellas de los cascos del mulo que había llevado a las dos mujeres. Después, cuando estuvo en el puerto de la Gemmi, se tumbó sobre el vientre el borde del abismo y miró hacia Loèche.

El pueblo, en su pozo de rocas, aún no estaba anegado bajo la nieve, aunque ésta llegase muy cerca, detenida en seco por los bosques de abetos que protegían sus alrededores. Sus casas bajas parecían, desde allá arriba, adoquines en un prado.

La hija de los Hauser estaba allí, ahora, en una de aquellas grises moradas. ¿En cuál? Ulrich Kungsi se hallaba demasiado lejos para distinguirlas por separado. ¡Cómo le hubiera gustado bajar, mientras aún estaba a tiempo!

Pero el sol había desaparecido tras la gran cima del Wildstrubel, y el joven regresó. El viejo Han fumaba. Al ver entrar a su compañero, le propuso una partida de cartas; y se sentaron uno frente a otro a ambos lados de la mesa.

Jugaron mucho tiempo, a un juego sencillo que se llama brisca, y después, habiendo cenado, se acostaron.

Los días siguiente fueron parecidos al primero, claros y fríos, sin nuevas nieves. El viejo Gaspard se pasaba las tardes acechando a las águilas y a los pocos pájaros que se aventuran por aquellas cumbres heladas mientras que Ulrich volvía regularmente al puerto de la Gemmi para contemplar el pueblo. Después jugaban a las cartas, a los dados, al dominó, ganaban y perdían pequeños objetos para dar interés a las partidas.

Una mañana, Han, que se había levantado el primero, llamó a su compañero. Una nube movediza, profunda y ligera, de espuma blanca, se abatía sobre ellos, a su alrededor, sin ruido, los sepultaba poco a poco bajo un espeso y sordo colchón de nieve. Duró cuatro días y cuatro noches. Hubo que despejar la puerta y las ventanas, cavar un pasillo y tallar peldaños para escalar aquel polvo helado que doce horas de escarcha habían vuelto más duro que el granito de las morrenas.

Entonces vivieron como prisioneros, sin aventurarse ya lejos de su morada. Se habían repartido las tareas, que realizaban con regularidad. Ulrich Kungsi se encargaba de fregar, de lavar, de todos los cuidados y tareas de limpieza. También era el que partía la leña, mientras que Gaspard Han cocinaba y mantenía el fuego. Sus quehaceres, regulares y monótonos, eran interrumpidos por largas partidas de cartas o de dados. Nunca reñían, pues los dos eran tranquilos y plácidos. Tampoco nunca se mostraban impacientes, de mal humor, ni se decían palabras agrias, pues habían hecho provisión de resignación para la invernada en las cumbres.

A veces el viejo Gaspard cogía su escopeta y marchaba en busca de gamuzas; mataba alguna de vez en cuando. Entonces era día de fiesta en el albergue de Schwarenbach, con un gran banquete de carne fresca.

Una mañana, salió así. El termómetro de fuera marcaba dieciocho bajo cero. Como el sol aún no había salido, el cazador esperaba sorprender a los animales en las proximidades del Wildstrubel.

Ulrich, solo, se quedó hasta las diez en cama. Era de natural dormilón; pero no se hubiera atrevido a abandonarse así a su inclinación en presencia del viejo guía, siempre activo y madrugador.

Almorzó lentamente con Sam, que también se pasaba los días y las noches durmiendo junto al fuego; y después se sintió triste, casi asustado por la soledad, y asaltado por la necesidad de la cotidiana partida de cartas, como suele ocurrir con el deseo de un hábito invencible.

Entonces salió para ir al encuentro de su compañero, que debía regresar a las cuatro.

La nieve había nivelado todo el profundo valle, colmando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas; formaba sólo, entre las inmensas cumbres, una inmensa concavidad blanca regular, cegadora y helada.

Hacía tres semanas que Ulrich no había vuelto al borde del abismo desde donde miraba el pueblo. Quiso regresar allá antes de subir las pendientes que conducían al

Wildstrubel. Loéche estaba ahora plantado en la nieve, y ya no se reconocían casi las casas, sepultadas bajo aquel manto pálido.

Después, girando a la derecha, llegó al glaciar de Loemmern. Avanzaba con su paso largo de montañés, golpeando con su bastón herrado la nieve, dura como una piedra. Y buscaba con su aguda vista el puntito negro y móvil, a lo lejos, sobre aquella alfombra desmesurada.

Cuando estuvo a la orilla del glaciar se detuvo, preguntándose si el viejo habría tomado aquel camino; después se puso a bordear las morrenas con pasos más rápidos e inquietos.

La luz disminuía; la nieve se volvía rosada; un viento seco y helado corría con bruscas ráfagas sobre su superficie de cristal. Ulrich lanzó una llamada aguda, vibrante, prolongada. La voz se perdió en el silencio de muerte en el que dormían las montañas; corrió a lo lejos, sobre las olas inmóviles y profundas de espuma glacial, como un grito de pájaro sobre las olas del mar; después se extinguió sin que nada le respondiese.

Reanudó la marcha. El sol se había hundido, allá abajo, tras las cimas que los reflejos del cielo teñían de púrpura aún; pero las profundidades del valle se estaban poniendo grises. Y el joven tuvo miedo de repente. Le pareció que el silencio, el frío, la soledad, la muerte invernal de aquellos montes entraban en él, iban a detener y helar su sangre, a entumecer sus miembros, a convertirlo en un ser inmóvil y helado. Y echó a correr, huyendo hacia la casa. El viejo, pensaba, habría regresado durante su ausencia. Había tomado otro camino; estaría sentado al amor de la lumbre, con una gamuza muerta a sus pies.

Pronto divisó el albergue. No salía ningún humo. Ulrich corrió más de prisa, abrió la puerta. Sam se abalanzó a hacerle fiestas, pero Gaspard Han no había regresado.

Asustado, Kungsi giró sobre sí mismo, como si hubiera esperado descubrir a su compañero escondido en un rincón. Después encendió el fuego y preparó la sopa, esperando siempre ver aparecer al anciano.

De vez en cuando, salía para ver si llegaba. Había caído la noche, la macilenta noche de las montañas, la pálida noche, la lívida noche que iluminaría, al borde del horizonte, una media luna amarilla y fina a punto de ocultarse tras las cumbres.

Después el joven volvía a entrar, se sentaba, se calentaba los pies y las manos imaginando todos los posibles accidentes.

Gaspard había podido romperse una pierna, caer en un hoyo, dar un paso en falso que le había torcido el tobillo. Y permanecía tendido en la nieve, presa del frío, entumecido, angustiado, perdido, quizás pidiendo auxilio, llamando con toda la fuerza de sus pulmones en el silencio de la noche.

Pero ¿dónde? La montaña era tan vasta, tan dura, tan peligrosa en las cercanías, sobre todo en esta estación, que habrían sido precisos diez o veinte guías y caminar durante ocho días en todas las direcciones para encontrar a un hombre en aquella inmensidad.

Ulrich Kungsi, sin embargo, se decidió a salir con Sam si Gaspard Han no había vuelto entre la medianoche y la una de la madrugada.

E hizo sus preparativos.

Metió víveres para dos días en una bolsa, cogió sus garfios de hierro, se arrolló a la cintura una cuerda larga, delgada y fuerte, comprobó el estado de su bastón herrado y de la hachuela que sirve para tallar escalones en el hielo. Después esperó. El fuego ardía en la chimenea; el gran perro roncaba bajo la claridad de la llama; el reloj palpitaba como un corazón con golpes regulares en su caja de madera sonora.

Esperaba, la oreja aguzada a los ruidos lejanos, estremeciéndose cuando el leve viento rozaba el tejado y los muros.

Sonó la medianoche; él se estremeció. Después, como se notaba tembloroso y acobardado, puso agua al fuego, con el fin de tomar un café muy caliente antes de ponerse en camino.

Cuando el reloj dio la una, se levantó, despertó a Sam, abrió la puerta y echó a andar en dirección al Wildstrubel. Durante cinco horas trepó, escalando las rocas con ayuda de los garfios, cortando el hielo, avanzando siempre y a veces izando, con la cuerda, al perro que se había quedado al pie de una escarpadura demasiado abrupta. Eran cerca de las seis cuando llegó a una de las cumbres donde el viejo Gaspard solía ir en busca de gamuzas.

Y esperó a que amaneciera.

El cielo palidecía sobre su cabeza; y de pronto un extraño resplandor, nacido no se sabe dónde, iluminó bruscamente el inmenso océano de las pálidas cimas que se extendían en cien leguas a la redonda. Hubiérase dicho que aquella vaga claridad brotaba de la propia nieve para difundirse por el espacio. Poco a poco las más altas cumbres lejanas se volvieron todas de un rosa tierno como la carne, y el rojo sol apareció tras los pesados gigantes de los Alpes berneses.

Ulrich Kungsi reanudó su camino. Marchaba como un cazador, inclinado, rastreando huellas, diciéndole al perro: «Busca, pequeño, busca.»

Bajaba la montaña ahora, registrando con la mirada las simas, y a veces, al llamar, lanzando un grito prolongado, muerto muy pronto en la inmensidad muda. Entonces pegaba la oreja al suelo, para escuchar; creía percibir una voz, echaba a correr, llamaba de nuevo, no oía ya nada y se sentaba, agotado, desesperado. Hacia mediodía almorzó y le dio la comida a Sam, tan cansado como él mismo. Después reanudó su búsqueda.

Cuando anocheció, seguía caminando, habiendo recorrido cincuenta kilómetros de montaña. Como se hallaba demasiado lejos de la casa para volver a ella, y demasiado fatigado para arrastrarse más tiempo, cayó un hoyo en la nieve y se agazapó en él con su perro, bajo una manta que había llevado. Y se acostaron uno junto al otro, aunque helados hasta la médula.

Ulrich apenas durmió, la mente obsesionada por visiones, los miembros sacudidos por escalofríos.

Iba a amanecer cuando se levantó. Tenía las piernas rígidas como barras de hierro, el alma tan débil que casi gritaba de angustia, el corazón tan palpitante que casi se desplomaba de emoción en cuanto creía oír el menor ruido.

Pensó de pronto que también él se iba a morir de frío en aquella soledad, y el espanto de aquella muerte, fustigando su energía, despertó su vigor.

Descendía ahora hacia el albergue, cayendo, levantándose, seguido de lejos por Sam, que cojeaba de una pata.

Llegaron a Schwarenbach sólo hacia las cuatro de la tarde. La casa estaba vacía. El joven encendió lumbre, comió y se durmió, tan embrutecido que ya no pensaba en nada.

Durmió mucho tiempo, mucho tiempo, con un sueño invencible. Pero de pronto una voz, un grito, un nombre «Ulrich», sacudió su profundo letargo y lo hizo erguirse. ¿Había soñado? ¿Era una de esas llamadas extrañas que cruzan por los sueños de las almas inquietas? No, lo oía aún, aquel grito vibrante, metido en sus tímpanos y que seguía en su carne hasta la punta de sus nerviosos dedos. Sí, habían gritado; habían llamado: «¡Ulrich!» Alguien estaba allí, cerca de la casa. No cabían dudas. Abrió la puerta y chilló: «¿Eres tú, Gaspard?» con todo el poder de sus pulmones.

Nada respondió; ni el menor sonido, ni el menor murmullo, ni el menor gemido, nada. Era de noche. La nieve estaba descolorida.

Se había levantado viento, ese viento helado que raja las piedras y no deja nada vivo en aquellas alturas abandonadas. Pasaba con ráfagas bruscas más agostadoras y mortales

que el viento de fuego del desierto. Ulrich gritó de nuevo: «¡Gaspard! ¡Gaspard! ¡Gaspard!»

Después esperó. ¡Todo seguía mudo en la montaña! Entonces el espanto lo sacudió hasta los huesos. De un salto entró en el albergue, cerró la puerta y corrió los cerrojos; después cayó tiritando en una silla, seguro de que su camarada acababa de llamarlo en el momento en que entregaba su espíritu.

De esto estaba seguro, como se está seguro de vivir o de comer pan. El viejo Gaspard Han había agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en un hoyo, en uno de esos hondos barrancos inmaculados cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los subterráneos. Había agonizado durante dos días y tres noches, y acababa de morir ahora mismo pensando en su compañero. Y su alma, apenas libre, había volado hacia el albergue donde dormía Ulrich, y lo había llamado con la virtud misteriosa y terrible que tienen las almas de los muertos para hostigar a los vivos. Había gritado, esa alma sin voz, dentro del alma abrumada del durmiente; había gritado su postrer adiós, o su reproche, o su maldición al hombre que no había buscado lo bastante.

Y Ulrich la sentía allí, muy cerca, detrás del muro, detrás de la puerta que acababa de cerrar. Merodeaba, como un ave nocturna que roza con sus plumas una ventana iluminada; y el joven, enloquecido, estaba a punto de gritar de horror. Quería huir y no se atrevía a salir; no se atrevía ni se atrevería ya en adelante, pues el fantasma se quedaría allí, día y noche, alrededor del albergue, mientras el cuerpo del viejo guía no fuera hallado y depositado en la tierra bendita de un cementerio.

Llegó el día y Kungsi recobró parte de su seguridad con el brillante retorno del sol. Preparó su comida, hizo la del perro, y después se quedó en una silla, inmóvil, el corazón torturado, pensando en el viejo tendido en la nieve.

Después, en cuanto la noche cubrió la montaña, nuevos terrores lo asaltaron. Caminaba ahora por la cocina oscura, apenas iluminada por la llama de una candela, caminaba de un extremo a otro de la pieza, a grandes pasos, escuchando, escuchando por si el grito espantoso de la otra noche iba a cruzar de nuevo el lóbrego silencio del exterior. Se sentía solo, el desdichado, ¡solo como ningún hombre había estado jamás! Estaba solo en aquel inmenso desierto de nieve, solo a dos mil metros sobre la tierra habitada, sobre las casas humanas, sobre la vida que se agita, bulle y palpita, ¡solo en el cielo helado! Lo atenazaban unas ganas locas de escapar a cualquier sitio, de cualquier manera, de bajar a Loéche arrojándose al abismo; pero ni siquiera se atrevía a abrir la puerta, seguro de que el otro, el muerto, le cerraría el camino, para no quedarse también solo allá arriba.

Hacia medianoche, harto de caminar, abrumado de angustia y de miedo, se amodorró por fin en una silla, pues temía la cama como se teme un lugar frecuentado por aparecidos.

Y de pronto el grito estridente de la otra noche le desgarró los oídos, tan agudo que Ulrich extendió el brazo para rechazar al aparecido, y cayó de espaldas con su asiento.

Sam, despertado por el ruido, empezó a aullar como aullan los perros asustados, y daba vueltas alrededor de la vivienda buscando de dónde venía el peligro. Al llegar junto a la puerta, olfateó por debajo, resoplando y husmeando con fuerza, el pelaje erizado, la cola tesa, gruñendo.

Kungsi, enloquecido, se había levantado y, sujetando la silla por una pata, gritó: «No entres, no entres o te mato.» Y el perro, excitado por aquella amenaza, ladraba con furia contra el invisible enemigo que desafiaba la voz de su amo.

Sam, poco a poco, se calmó y volvió a tumbarse cerca de la lumbre, pero seguía inquieto, la cabeza alzada, los ojos brillantes y gruñendo entre los colmillos.

Ulrich, a su vez, recobró los sentidos, pero como se sentía desfallecer de terror, fue a buscar una botella de aguardiente a la alacena, y tomó, uno tras otro, varios vasos. Sus ideas se volvían vagas; su valor se afirmaba; una fiebre de fuego se deslizaba por sus venas.

Casi no comió al día siguiente, limitándose a beber alcohol. Y durante varios días seguidos vivió así, borracho como una cuba. En cuanto volvía el pensamiento de Gaspard Han, empezaba a beber hasta el instante en que caía al suelo, abatido por la embriaguez. Y allí se quedaba, de bruces, borracho perdido, con los miembros rotos, roncando, la frente en el suelo. Pero apenas había digerido el líquido enloquecedor y ardiente, el grito, siempre el mismo de «¡Ulrich!», lo despertaba como una bala que le perforase el cráneo; y se erguía tambaleándose aún, extendiendo las manos para no caer, llamando a Sam en su auxilio. Y el perro, que parecía volverse loco como su amo, se precipitaba a la puerta, la arañaba con las patas, la roía con sus largos dientes blancos, mientras el joven, el cuello hacia atrás, la cabeza alzada, sorbía a grandes tragos, como si fuera agua fresca tras una carrera, el aguardiente que en seguida adormecería de nuevo su mente, y su recuerdo, y su pavoroso terror.

En tres semanas se bebió toda su provisión de alcohol. Pero aquella borrachera continua no hacía sino adormecer su espanto, que se despertó con mayor furia cuando fue imposible calmarlo. Entonces la idea fija, exasperada por un mes de embriaguez, y creciendo sin cesar en la total soledad, penetraba en él a la manera de una barrena. Caminaba ahora por su morada como un animal enjaulado, pegando la oreja a la puerta para escuchar si el otro estaba allí, y desafiándolo, a través de los muros.

Después, cuando se adormilaba, vencido por la fatiga, oía la voz que le hacía ponerse en pie de un salto.

Por fin, una noche, semejante a un cobarde sacado de sus casillas, se precipitó hacia la puerta y la abrió para ver al que lo llamaba y para obligarlo a callarse.

Recibió en pleno rostro un soplo de aire frío que lo heló hasta los huesos y volvió a cerrar la hoja y corrió los cerrojos, sin fijarse en que Sam se había lanzado al exterior. Después, temblando, arrojó leña al fuego, y se sentó ante él para calentarse; pero de pronto se estremeció, alguien arañaba el muro llorando.

Gritó enloquecido: «Vete.» Le respondió una queja, larga y dolorosa.

Entonces todo lo que le quedaba de razón fue arrastrado por el terror. Repetía «Vete» girando sobre sí mismo para encontrar un rincón donde ocultarse. El otro, sin dejar de llorar, pasaba a lo largo de la casa frotándose contra el muro. Ulrich se lanzó hacia el aparador de roble lleno de vajilla y provisiones, y, levantándolo con una fuerza sobrehumana, lo arrastró hasta la puerta, para defenderse con una barricada. Después, amontonando unos sobre otros todo lo que quedaba de muebles, los colchones, los jergones, las sillas, tapó la ventana como se hace cuando el enemigo nos sitia.

Pero el de fuera lanzaba ahora grandes gemidos lúgubres a los que el joven empezó a responder con gemidos similares.

Y transcurrieron días y noches sin que cesaran de aullar uno y otro. El uno giraba sin cesar en torno a la casa y clavaba sus uñas en las paredes con tanta fuerza que parecía querer derribarlas; el otro, dentro, seguía todos sus movimientos, encorvado, la oreja pegada a la piedra, y respondía a todas sus llamadas con espantosos gritos.

Una noche, Ulrich no oyó ya nada; y se sentó tan destrozado por el cansancio que se durmió al punto.

Se despertó sin un recuerdo, sin una idea, como si toda la cabeza se le hubiera vaciado durante aquel sueño agotador. Tenía hambre, comió.

\*\*\*

El invierno había acabado. El paso de la Gemmi volvía a ser practicable; y la familia Hauser se puso en camino para regresar a su albergue.

En cuanto llegaron a lo alto de la cuesta las mujeres se encaramaron al mulo, y hablaron de los dos hombres a quienes iban a ver enseguida.

Les extrañaba que uno de ellos no hubiera bajado unos días antes, en cuando el camino se había vuelto transitable, para dar noticias de la larga invernada.

Por fin divisaron el albergue, todavía cubierto y acolchado de nieve. La puerta y la ventana estaban cerradas; un poco de humo salía por el tejado, lo cual tranquilizó al viejo Hauser. Pero al acercarse vio, sobre el umbral, un esqueleto de animal descuartizado por las águilas, un gran esqueleto tendido sobre un costado.

Todos lo examinaron: «Debe ser Sam», dijo la madre. Y llamó: «¡Eh, Gaspard!» Un grito respondió en el interior, un grito agudo, que se hubiera dicho lanzado por un animal. El viejo Hauser repitió: «¡Eh, Gaspard!» Otro grito semejante al primero se dejó oír.

Entonces los tres hombres, el padre y los dos hijos, trataron de abrir la puerta. Resistió. Cogieron en el establo vacío una larga viga para usarla como ariete, y la lanzaron con todo su peso. La madera crujió, cedió, las tablas volaron en pedazos; después un gran ruido estremeció la casa y vieron, dentro, detrás del aparador derribado, a un hombre de pie, con el pelo que le caía por los hombros, una barba que le caía sobre el pecho, ojos brillantes y jirones de tela sobre el cuerpo.

No lo reconocían, pero Louise Hauser exclamó: «¡Es Ulrich, mamá!» Y la madre comprobó que era Ulrich, aun cuando su cabello era blanco.

Los dejó acercarse; se dejó tocar; pero no respondió a las preguntas que le hicieron; y hubo que llevarlo a Loèche, donde los médicos comprobaron que estaba loco.

Y nadie supo jamás qué había sido de su compañero. La joven Hauser estuvo a punto de morir, aquel verano, de una enfermedad de postración que se atribuyó al frío de la montaña.

*Les Lettres et les Arts, 1 de setiembre de 1886*

# *Alexandre*

---

*Alexandre*

Igual que todos los días, a las cuatro de la tarde, Alexandre llevó frente a la puerta de la casita del matrimonio Marambaile el coche de paralítico, de tres ruedas, en el cual paseaba hasta las seis, por prescripción del médico, a su anciana y lisiada señora.

Cuando hubo colocado el ligero vehículo junto al escalón, en el lugar exacto donde podía subir fácilmente a la voluminosa señora, entró en la vivienda; pronto se oyó en el interior una voz furiosa, una voz enronquecida de viejo soldado, que vociferaba reniegos: era la del amo, el capitán de infantería retirado Joseph Marambaile. Después hubo un ruido de puertas cerradas con violencia, un ruido de sillas empujadas, un ruido de pasos agitados, después nada más, y al cabo de unos instantes Alexandre reapareció en el umbral de la puerta, sosteniendo con todas sus fuerzas a la señora Marambaile, extenuada por el descenso de las escaleras. Cuando estuvo instalada, no sin trabajo, en la silla de ruedas, Alexandre pasó detrás, agarró la barra torneada que servía para empujar el vehículo, y lo puso en marcha hacia la orilla del río.

Cruzaban así todos los días la pequeña ciudad en medio de respetuosos saludos que se dirigían tal vez tanto al criado como a su señora, pues si ella era querida y estimada por todos, él, el veterano de barba blanca, de barba patriarcal, pasaba por un modelo de servidores.

El sol de julio caía brutalmente sobre la calle, anegando las casas bajas con su luz triste a fuerza de ardiente y cruda. Algunos perros dormían en las aceras dentro de la línea de sombra de las paredes, y Alexandre, resoplando un poco, apretaba el paso para llegar cuanto antes a la avenida que lleva al agua.

La señora Maramballe dormitaba ya bajo su blanca sombrilla, cuya contera abandonaba iba a veces a apoyarse en el rostro impassible del hombre. Cuando llegaron al paseo de los Tilos se despertó del todo bajo la sombra de los árboles, y dijo con voz benévola:

«Vaya más despacito, mi pobre muchacho, se esta usted matando con este calor.»

No pensaba, la buena señora, en su ingenuo egoísmo, que si deseaba ahora ir menos de prisa era justamente porque acababa de llegar al abrigo de las hojas, junto a aquel camino cubierto por los viejos tilos podados en forma de bóveda, el Navette corría por un lecho tortuoso entre dos hileras de sauces. Los gluglúes de los remolinos, de los saltos sobre las rocas, de las bruscas revueltas de la corriente, desgranaban a lo largo de aquel paseo una dulce canción de agua y un frescor de aire mojado.

Tras haber respirado y saboreado un buen rato el encanto húmedo de aquel lugar, la señora Maramballe murmuró:

«¡Ea!, esto va mejor. Pero hoy no se levantó de buenas.»

Alexandre respondió:

«Ah, no, señora.»

Desde hacía treinta y cinco años estaba al servicio de la pareja, primero como ordenanza del oficial, después como simple criado que no ha querido separarse de sus amos; y desde hacía seis años empujaba todas las tardes a su señora por los estrechos caminos de los alrededores de la ciudad.

De aquel prolongado y abnegado servicio, de estar todos los días a solas, había nacido entre la anciana señora y el viejo servidor una especie de familiaridad, cariñosa en ella, deferente en él.



Hablaban de los asuntos de la casa como se habla entre iguales. Su principal tema de conversación y de inquietud era, por lo demás, el mal carácter del capitán, agriado por una larga carrera iniciada brillantemente, proseguida después sin ascensos y rematada sin gloria.

La señora Maramballe prosiguió:

«Como levantarse de malas, sí que se levantó. Le ocurre con demasiada frecuencia desde que se retiró del servicio. »

Y Alexandre, con un suspiro, completó el pensamiento de su ama.

¡Oh! La señora podría decir que le ocurre todos los días y que le ocurría también antes de dejar el ejército.

—Es cierto. Pero tampoco ha tenido suerte, el hombre. Empezó con un acto de bravura que le valió una condecoración a los veinte años, y después, de los veinte a los cincuenta, no pudo llegar más que a capitán, siendo así que contaba al principio con ser al menos coronel cuando se retirase.

—La señora podría decir también que, después de todo, la culpa es suya. Si no hubiera sido siempre tan suave como una fusta, sus jefes lo habrían querido y protegido más. No sirve de nada ser duro, hay que agradar a la gente para estar bien visto.

«Si nos trata así a nosotros la culpa es nuestra, porque nos gusta quedarnos con él, pero, con los demás, es diferente».

La señora Maramballe reflexionaba. ¡Oh! Desde hacía años y años, pensaba así cada día en las brutalidades de su marido, con quien se había casado antaño, hacía mucho tiempo, porque era un guapo oficial, condecorado muy joven, y lleno de futuro, decían. ¡Cómo se engaña uno en la vida!

Murmuró:

«Parémonos un poco, mi pobre Alexandre, y descanse en su banco.»

Era un pequeño banco de madera semipodrido situado en un recodo de la vereda para los paseantes domingueros. Cada vez que iban por aquella parte, Alexandre tenía la costumbre de respirar unos minutos en aquel asiento.

Se sentó y cogiéndose entre las manos, con un gesto familiar y lleno de orgullo, la hermosa barba blanca abierta en abanico, la apretó y después la hizo deslizarse entre sus dedos hasta la punta, que retuvo unos instantes sobre el hueco del estómago como para sujetarla allí y comprobar una vez más la gran largura de aquella vegetación.

La señora Maramballe prosiguió:

«Yo me casé con él; es justo y natural que soporte sus injusticias, pero lo que no entiendo es que usted lo haya aguantado también, mi buen Alexandre.»

El hizo un vago movimiento de hombros y se limitó a decir:

«¡Oh!, yo... señora.»

Ella agregó:

«Pues sí. Lo he pensado a menudo. Usted era su ordenanza cuando me casé con él y no tenía más remedio que soportarlo. Pero, después, ¿por qué se quedó con nosotros, que le pagamos tan poco y lo tratamos tan mal, cuando habría podido hacer como todo el mundo, establecerse, casarse, tener hijos, crear una familia? »

El repitió:

«¡Oh!, yo, señora, es diferente.» Después calló; pero tiraba de la barba como si hubiera tocado una campana que resonaba en su interior, como si hubiera tratado de arrancarla, y revolvía unos ojos asustados de hombre puesto en un aprieto.

La señora Maramballe seguía su pensamiento.

«No es usted un campesino. Recibió una educación... »

El la interrumpió con orgullo:

«Había estudiado para perito topógrafo, señora.

—Y entonces, ¿por qué se quedó a nuestro lado, para echar a perder su existencia?»

El balbució:

« ¡Así son las cosas! ¡Así son las cosas! La culpa es de mi manera de ser.

—¿Cómo, de su manera de ser?

—Sí, cuando le cojo cariño a alguien, se lo cojo, y se acabó».

Ella se echó a reír.

«¡Vamos!, no me irá usted a hacer creer que los buenos modos y la dulzura de Maramballe le hicieron cogerle cariño para toda la vida».

El se agitaba en su banco, perdiendo visiblemente la cabeza, y masculló entre los largos pelos de sus bigotes:

«¡No es a él! ¡Es a usted! »

La anciana señora, que tenía un semblante muy dulce, coronado entre la frente y el sombrero por una línea nevada de cabellos rizados a diario con el mayor esmero y lustrosos como plumas de cisne, hizo un movimiento en el coche y contempló a su sirviente con ojos sorprendidos.

« ¿A mí, pobre Alexandre? ¿Y cómo es eso?

El se puso a mirar al aire, después a un lado, después a lo lejos, volviendo la cabeza, como hacen los hombres tímidos obligados a confesar secretos vergonzosos. Después declaró con un valor de veterano a quien le ordenan que marche hacia el fuego:

«Así es. La primera vez que le llevé a la señorita una carta del teniente, y que la señorita me dio un franco dirigiéndome una sonrisa, quedó decidido así.»

Ella insistía, sin entender muy bien.

«Veamos, explíquese».

Entonces él se lanzó, con el espanto de un miserable que confiesa un crimen y se pierde.

«Sentí un sentimiento por la señora. ¡Eso es!»

Ella no respondió, dejó de mirarlo, bajó la cabeza y reflexionó. Era buena, estaba llena de rectitud, de dulzura, de razón y de sensibilidad. Pensó, en un segundo, en la inmensa abnegación de aquel pobre ser que había renunciado a todo para vivir a su lado, sin decir nada. Y le dieron ganas de llorar.

Después, adoptando una expresión un poco grave, aunque nada enojada, dijo:

«Regresemos.»

El se levantó, se puso detrás de la silla de medas, y volvió a empujarla.

Cuando se acercaban al pueblo, distinguieron en el centro del camino al capitán Maramballe, que iba hacia ellos.

En cuanto los alcanzó, dijo a su mujer con un visible deseo de enfadarse:

«¿Qué tenemos de cena?

—Un pollito con habichuelas».

Se enfureció.

«¡Pollo, más pollo, siempre pollo, maldita sea! Estoy harto de pollo. ¿Es que no tienes ni una idea en la cabeza? ¡Todos los días me das de comer lo mismo! ».

Respondió, resignada:

«Pero querido, ya sabes que el médico te lo tiene ordenado. Es lo mejor para tu estómago. Si no estuvieras enfermo del estómago, te daría de comer muchas cosas que no me atrevo a servirte.»

Entonces él se plantó, exasperado, delante de Alexandre.

«Si estoy enfermo del estómago, la culpa es de este animal. Hace treinta y cinco años que me envenena con sus asquerosos guisos».

La señora Maramballe, bruscamente, volvió la cabeza casi del todo para mirar al viejo criado. Sus ojos entonces se encontraron y se dijeron, el uno al otro, con esa sola mirada:

«Gracias.»

*L'Echo de Paris, el 2 de septiembre de 1889.*

# *Los alfileres*

---

*Les épingles*

" ¡Ay, amigo mío, qué marrajas son las mujeres!

—¿Por qué dices eso?

—Es que me han jugado una pasada abominable.

—¿A tí?

—Sí, a mí.

—¿Las mujeres o una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos mujeres al mismo tiempo?

—Sí.

—¿Qué pasada!"

Los dos jóvenes estaban sentados delante de un gran café del bulevar y bebían licores mezclados con agua, esos aperitivos que parecen infusiones hechas con todos los matices de una caja de acuarelas.

Tenían más o menos la misma edad: de veinticinco a treinta años. Uno era rubio y otro moreno. Tenían la semielegancia de los agentes inmobiliarios, de los hombres que van a la Bolsa y a los salones, que entran en todas partes, viven en todas partes, aman en todas partes. El moreno prosiguió:

"Te conté mis relaciones, ¿verdad?, con aquella burguesita encontrada en la playa de Dieppe.

—Sí.

—Amigo mío, ya sabes lo que pasa. Yo tenía una amante en París, alguien a quien amo infinitamente, una vieja amiga, una buena amiga, una costumbre, en fin, y la quiero conservar.

—¿Tu costumbre?

—Sí, mí costumbre y a ella. Está casada también con un buen muchacho, a quien quiero igualmente, un chico muy cordial, ¡un auténtico camarada! En fin, una casa donde había alojado mi vida.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Ellos no pueden salir de París, y me encontré viudo en Dieppe.

—¿Por qué ibas a Dieppe?

—Por cambiar de aires. Uno no puede estar todo el tiempo en el bulevar.

—¿Y entonces?

—Entonces encontré en la playa a la chiquilla de la que te he hablado.

—¿La mujer del jefe de negociado?

—Sí. Se aburría mucho. Su marido, además, sólo iba los domingos, y es un tipo horroroso. La comprendo perfectamente. Conque nos divertimos y bailamos juntos.

—¿Y el resto?

—Sí, más adelante. En fin, nos encontramos, nos gustamos, yo se lo dije, ella me lo hizo repetir para entenderlo mejor, y no puso muchos obstáculos.

—¿La amabas?

—Sí, un poco; es muy bonita.

—¿Y la otra?

—¡La otra estaba en París! En fin, durante seis semanas la cosa marchó muy bien y volvimos aquí en los mejores términos. ¿Es que tú sabes romper con una mujer cuando esa mujer no tiene nada que reprocharte?

—Sí, muy bien.

—¿Cómo haces?

—La abandono.

—Pero ¿cómo te las arreglas para abandonarla?

—No vuelvo por su casa.

—Pero ¿y si ella viene a tu casa?

—Pues... no estoy.

—¿Y si vuelve?

—Le digo que estoy indispuerto.

—¿Y si te cuida?

—Pues..., pues le hago una faena.

—Escribo cartas anónimas a su marido para que la vigile los días en que la espero.

—¡Eso es grave! Yo no tengo tanta resistencia. No sé romper. Las colecciono. Las hay a las que sólo veo una vez al año, a otras cada diez meses, a otras una vez al trimestre, a otras los días que tienen ganas de cenar en un cabaret. Las que he espaciado no me molestan, pero con frecuencia tengo problemas con las nuevas, para distanciarlas un poco.

—Entonces...

—Entonces, amigo mío, la pequeña funcionaria era puro fuego, puras llamas, sin un reproche, ¡como te he dicho! Como su marido se pasa los días en el Ministerio, ella se ponía en plan de llegar a mi casa de improviso. Dos veces estuvo a punto de encontrarme con mi costumbre.

— ¡Diablos!

—Sí. Por lo tanto, le señalé a cada cual sus días, días fijos para evitar confusiones. Lunes y sábados para la antigua. Martes, jueves y domingos para la nueva.

—¿Por qué esa preferencia?

—¡Ay, amigo mío!, es más joven.

—Eso te daba sólo dos días de descanso a la semana.

—Me basta.

—¡Felicitaciones!

—Ahora bien, figúrate que me ha ocurrido la historia más ridícula del mundo, y la más fastidiosa. Desde hace cuatro meses todo marchaba perfectamente; dormía a pierna suelta y era verdaderamente feliz, cuando de pronto, el lunes pasado, todo se derrumba.

"Yo esperaba a mi costumbre a la hora convenida, la una y cuarto, fumando un buen cigarro.

"Soñaba despierto, muy satisfecho de mí mismo, cuando advertí que la hora había pasado. Me sorprendió porque ella es muy puntual. Pero pensé en un pequeño retraso accidental. Sin embargo, pasa media hora, después una hora, hora y media, y comprendí que cualquier causa la había retenido, quizá una jaqueca o un importuno. Son muy fastidiosas esas cosas, esas esperas... Inútiles, aburridísimas e irritantes. En fin, me resigné, después salí de casa y, no sabiendo qué hacer, fui a verla.

"La encontré leyendo una novela.

""¿Qué ocurre?" —le dije.

"Respondió tranquilamente:

""Querido, no he podido, algo me lo impidió.

"¿El qué?

"Pues mis... ocupaciones.

"Pero... ¿qué ocupaciones?"

"Una visita muy pesada."

"Yo pensaba que no quería decirme la verdadera razón y, como estaba muy tranquila, me inquietaba aún más. Contaba con recuperar el tiempo perdido, al día siguiente, con la otra.

"El martes, pues, estaba muy..., muy emocionado y enamorado, a la espera de la pequeña funcionaria, y hasta me extrañó que no se adelantase a la hora convenida. Miraba el reloj a cada momento, siguiendo la aguja con impaciencia.

"La vi pasar el cuarto, después la media, después las dos... No podía estarme quieto, cruzaba a grandes zancadas mi habitación, pegaba la frente a la ventana y la oreja a la puerta para escuchar si subía la escalera.

"Dieron las dos y media, ¡después las tres! Cogí el sombrero y corrí a su casa. ¡Estaba leyendo una novela, amigo mío!

""¿Qué ocurre?" —le dije con ansiedad.

"Respondió, tan tranquilamente como mi costumbre:

""Querido, no he podido, algo me lo impidió.

"¿El qué?"

"Pues... mis ocupaciones.

"Pero... ¿qué ocupaciones?"

"Una visita pesada."

"Supuse inmediatamente, claro, que lo sabían todo; pero ella parecía tan plácida, no obstante, tan pacífica, que acabé desechando mi sospecha, para creer en una extraña coincidencia, pues no podía imaginar semejante disimulo por su parte. Y tras una hora de amistosa charla, interrumpida además por veinte entradas de su hijita, tuve que marcharme muy fastidiado.

"Y figúrate que al día siguiente..."

—¿Pasó lo mismo?"

—Sí... y también al otro día. Y la cosa duró así tres semanas, sin una explicación, sin que nada me revelase el porqué de esa extraña conducta cuyo secreto sospechaba, no obstante.

—¿Lo sabían todo?"

— ¡Pues claro! Pero ¿cómo? ¡Ah! Fue un suplicio hasta que lo averigüé.

—¿Cómo lo supiste por fin?"

—Por carta. El mismo día, en los mismos términos, me despidieron definitivamente.

—Pero..."

—Ahora verás... Ya sabes, amigo mío, que las mujeres llevan siempre encima un ejército de horquillas y alfileres. Las horquillas las conozco bien, desconfío de ellas, y vigilo, pero los otros son mucho más péfidos, esos malditos alfileritos de cabeza negra que nos parecen todos iguales, porque somos muy brutos, pero que ellas distinguen como nosotros distinguimos un caballo de un perro.

"Ahora bien, parece que un día mi pequeña funcionaria había dejado uno de esos chismes reveladores pinchado en una colgadura, junto al espejo.

"Mi costumbre, al primer vistazo, había visto en la tela ese puntito negro como una pulga, y sin decir nada lo había cogido, y después había dejado en el mismo sitio uno de sus alfileres, también negro, pero de un modelo diferente.

"Al día siguiente, la funcionaria quiso recoger el suyo, y enseguida reconoció la sustitución; entonces le entró una sospecha, y puso dos, cruzados.

"La costumbre respondió a esta señal telegráfica con tres bolas negras, una encima de otra.

"Una vez iniciado este trato, siguieron comunicándose, sin decirse nada, sólo para espiarse. Después parece que la costumbre, más osada, enrolló a lo largo de la puntita de acero un delgado papel donde había escrito:

"Lista de Correos, bulevar Malesherbes, C.D."

"Entonces se escribieron. Yo estaba perdido. Comprenderás que eso no fue lo único entre ellas. Se comportaban con precaución, con mil ardides, con toda la prudencia precisa en tales casos. Pero la costumbre tuvo una idea audaz y le dio una cita a la otra.

"Lo que se dijeron, lo ignoro. Sé sólo que pagué las consecuencias de su conversación. ¡Y aquí me tienes!

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No las sigues viendo?

—Sí, como amigo; no hemos roto del todo.

—Y ellas, ¿se han vuelto a ver?

—Sí, amigo mío, se han hecho íntimas.

—Vaya, vaya. ¿Y eso no te da una idea?

—No, ¿cuál?

—Pedazo de bobo, la idea de hacerles clavar alfileres dobles..."

*Gil Blas, 10 de enero de 1888*

# *Algo sobre los gatos*

---

*Sur le chats*

## I

Estaba yo días pasados sentado en un banco fuera de la puerta de mi casa, en pleno sol, delante de un encañado de anémonas fondas, leyendo un libro publicado últimamente, un libro honrado, cosa rara y también encantadora: *El tonelero*, de Jorge Duval. Un gran gato blanco que tiene el jardinero saltó a mis rodillas y con su impulso cerró el libro, que yo coloqué a mi lado para acariciar al animal.

Hacía calor; un aroma de flores nuevas, tímido aún, intermitente, ligero, cruzaba la atmósfera, que se estremecía también de cuando en cuando con escalofríos que llegaban de las altas cumbres nevadas que yo distinguía a lo lejos.

Pero el sol quemaba, pinchaba como uno de esos días en que hurga en la tierra y la hace vivir, como cuando hiende el grano de semilla y estimula los gérmenes dormidos y las yemas de las plantas, para que se abran las hojas nuevas. El gato se retorció encima de mis rodillas, tumbado de espaldas y con las patas en alto, abriendo y cerrando las zarpas, entreabriendo los labios para enseñar sus puntiagudos colmillos y con la línea de su pupila apenas perceptible en los ojos verdes. Yo acariciaba y manoseaba a aquel animal perezoso y nervioso, flexible como tela de seda suave, tibio, encantador y peligroso. Ronroneaba de gusto, pero dispuesto a morder, porque es tan aficionado a arañar como a que le acaricien. Estiraba el cuello, se retorció y si yo alzaba la mano él se levantaba y alargaba la cabeza hacia arriba hasta tocármela.

Yo excitaba sus nervios, y él también excitaba los míos, porque estos animales encantadores y pérfidos me inspiran cariño y también repulsión. Me gusta tocarlos y sentir cómo resbala debajo de mi mano su pelo sedoso que cruje, su piel caliente, delicada y fina. No hay cosa más suave ni que produzca en la epidermis una sensación más exquisita, más refinada, más extraña que la envoltura tibia y vibrante del gato. Pero esa envoltura viva despierta en mis dedos una comezón rara y feroz de estrangular al animal que estoy acariciando. Tengo la plena sensación de que él rabia por morderme y desgarrar mi carne, y ese anhelo suyo que yo siento plenamente pasa a mí como un fluido que él me transfiere y que penetra por la punta de mis dedos al contacto de su pelo cálido, y sube, sube a todo lo largo de mis nervios y de mis miembros, hasta mi corazón, hasta mi cerebro y me impregna, y corre por toda mi piel dándome dentera. Constantemente, sin interrupción, siento en los pulpejos de mis diez dedos el cosquilleo vivo y suave que me cala y me invade.

Y si el animal empieza, si me muerde o me araña, lo agarro del cuello, lo hago girar en el aire y lo lanzo a lo lejos como piedra con una honda, con tal rapidez y brutalidad, que no le dejo tiempo para vengarse.

Recuerdo que siendo niño me inspiraban ya los gatos este cariño, alternado con súbitos impulsos de ahogarlos con mis manecitas. Estando cierto día en un extremo del jardín, a la entrada del bosque, distinguí de pronto una cosa gris que se retorció entre las hierbas altas. Me acerqué a ver lo que era, y me encontré a un gato gris que había metido el cuello en un lazo, y que se ahogaba, que estaba en los últimos estertores, que se moría. Se retorció, arañaba el suelo, saltaba, caía inerte, repetía la maniobra y su respiración ronca, apresurada, semejaba el ruido que hace una bomba aspirante; me parece estar oyendo todavía aquel ruido horrible. No hubiera tenido ninguna dificultad en coger un azadón y cortar el lazo; hubiera podido también llamar a un criado o a mi



padre. No, señor; permanecí inmóvil, con el corazón palpitante, y le vi morir con un regocijo tembloroso y cruel. ¡Era un gato! Si se hubiese tratado de un perro, habría sido yo capaz de cortar con mis dientes el alambre de cobre, antes que permitir que padeciese un solo momento más. Y cuando estuvo muerto, completamente muerto, caliente todavía, le palpé el cuerpo con mis dedos y le tiré de la cola.

## II

A pesar de todo, son encantadores, y lo son más que nada porque al acariciarlos cuando se refriegan en nuestra carne y ronronean retorciéndose encima de nosotros y nos miran con sus ojos amarillos haciendo como que no nos ven, se siente la certidumbre de la falsía de su ternura y del pérfido egoísmo que hay en su satisfacción.

Hay mujeres que nos producen también esta misma sensación; mujeres deliciosas, tiernas, de ojos claros y falsos, que nos han elegido para darse un baño superficial de amor. Cuando se está a su lado y vienen a nosotros con los brazos abiertos y ofreciéndose al beso; cuando las estrechamos contra nosotros con el corazón palpitante y paladeamos el gozo sensual y sabroso de su caricia delicada, nos damos perfecta cuenta de que tenemos entre nuestras manos una gata, una gata con uñas y colmillos; una gata pérfida, astuta, amante y enemiga, que morderá en cuanto se hastíe de los besos.

Todos los poetas han sido aficionados a los gatos. Baudelaire los exaltó maravillosamente. Es conocido aquel admirable soneto suyo:

*Mansos al par que fuertes, son los gatos queridos  
de los enamorados y los sabios austeros  
que, con la edad madura, se hacen también caseros  
y buscan, friolentos, tibio calor de nidos.  
Amigos de la ciencia y el amoroso arrullo,  
gustan de los silencios, y a la noche son fieles.  
A Erebo le sirvieran de fúnebres corceles  
si acaso ellos al freno doblegarán su orgullo.  
Toman, cuando meditan, actitudes serenas  
de Esfinge del desierto que, sobre las arenas,  
se adormece en ensueños de eternas dimensiones.  
Sus lomos tan fecundos dan mágicas centellas,  
y en sus pupilas místicas, minúsculas estrellas,  
como arenillas de oro, forman constelaciones.*

## III

Yo experimenté una vez la rara sensación de habitar en el palacio encantado de la Gata Blanca, en un mágico castillo en el que reinaba uno de estos animales ondulantes, misteriosos, desconcertantes, el único, tal vez, al que jamás se siente caminar.

Fue el pasado verano, en esta misma costa del Mediterráneo.

Hacía en Niza un calor espantoso, y pregunté si no había en las montañas próximas algún valle fresco al que acostumbrasen ir, para poder respirar, los habitantes del país.

Me dijeron que sí, el de Thorenc, y quise ir allí.

Tuve que trasladarme, en primer lugar, hasta Grasse, la ciudad de los perfumes, de la que hablaré algún día para contar cómo se fabrican las esencias quintaesencias de flores, que valen hasta dos mil francos el litro. Pasé la velada y la noche en un viejo hotel de la población, albergue mediocre, en el que la calidad de la comida es tan dudosa como la limpieza de las habitaciones. A la mañana siguiente seguí viaje.

La carretera se metía en plena montaña, bordeando profundos barrancos, dominada por picachos estériles, puntiagudos, salvajes. Empezaba a pensar en que me habían recomendado un sitio sorprendente para veraneo; estuve casi tentado de volverme atrás y de regresar a Niza aquella misma tarde, cuando se ofreció de pronto a mi vista un monte que parecía cerrar por completo la cañada, y sobre el monte unas ruinas enormes y admirables, cuyas siluetas formaban sobre el firmamento torres, muros derruidos y toda una extraña arquitectura de ciudadela muerta.

Era una antigua encomienda de los Templarios, que en otros tiempos gobernaban la región de Thorenc.

Siguiendo el contorno de aquel monte; descubrí de improviso un verde valle, alargado, fresco y tranquilo. En lo más hondo, praderas, corrientes de agua, sauces; en las vertientes, hasta perderse en el cielo, pinos.

Frente por frente de la encomienda, del otro lado del valle, se alza un castillo que está habitado, el castillo de las Cuatro Torres, que fue construido hacia el año mil quinientos treinta. No tiene, sin embargo, la más ligera huella del Renacimiento.

Es un pesado y sólido edificio cuadrado, de aspecto imponente, flanqueado por cuatro torres guerreras, de las que toma el nombre.

Llevaba una carta de recomendación para el propietario de esta casa solariega, y no consintió que fuese a alojarme al hotel.

Todo el valle es, en efecto, encantador, y no se puede soñar con sitio más ideal para pasar el verano. Estuve paseando hasta atardecer, y después de cenar subí al departamento que me habían reservado.

Crucé, en primer término, por una especie de salón que tenía la paredes tapizadas de viejo cuero de Córdoba, y después, por otro, habitación en cuyos muros distinguí rápidamente, a la luz de mi vela, cuando pasaba, antiguos retratos de señoras, algunos de esos cuadros a los que se refería Gautier cuando escribió:

*¡Con qué placer os veo sobre los entrepaños,  
en marcos ovalados, oh retratos de hermosas  
de otro tiempo; en las manos tenéis pálidas rosas,  
cual conviene a unas flores que han cumplido cien años!*

Y, por fin, entré en la habitación en que estaba mi cama.

Una vez a solas, me puse a recorrerla. Se hallaba tapizada de antiguas telas pintadas, en la que se veían torreones color de rosa sobre un fondo de paisajes azules y grandes pájaros fantásticos entre una fronda de piedras preciosas.

Dentro de una de las torretas, estaba mi cuarto de aseo. Las ventanas, anchas hacia el interior y estrechas hacia afuera eran, en fin de cuentas, las antiguas troneras desde las que mataban al asaltante. Cerré la puerta, me acosté y me quedé dormido.

Y soñé... Nuestros sueños tienen siempre algo de los acontecimientos del día. Iba de viaje, entré en un albergue y en él vi sentados a la mesa, junto al fuego, a un lacayo de lujosa librea y a un albañil, sorprendente emparejamiento, que a mí no me causó extrañeza alguna. Estaban hablando de Victor Hugo, que acababa de morir, y yo me mezclé en su conversación. Por último, marché a acostarme en una habitación cuya

puerta no cerraba bien, y vi de pronto que el criado y el albañil se acercaban de puntillas a mi mesa, armados de ladrillos.

Desperté bruscamente y transcurrieron algunos momentos sin que cayese en la cuenta de dónde estaba. Pero me acordé en seguida de los acontecimientos de la víspera, de mi llegada a Thorenc, del amable recibimiento que me había dispensado el dueño del castillo... Iba ya a cerrar otra vez los párpados, cuando vi, si, señores vi en la oscuridad, en las tinieblas, en el centro de mi habitación, poco más o menos a la altura de la cabeza de un hombre, dos ojos de fuego que me miraban.

Eché mano a una cerilla y mientras la frotaba oí un ruido, un ruido muy ligero, un ruido blando como el que produce al caer un trapo húmedo y retorcido...Al encender la luz no vi en el centro del cuarto más que una mesa muy grande.

Me levanté, registré las dos habitaciones, miré debajo de mi cama, en los armarios, ¡nada!

Pensé que todo aquello no había sido otra cosa que una prolongación, ya despierto, del sueño que había tenido dormido, y volví a conciliar el sueño, aunque no sin dificultad.

Y volví a soñar. También ahora viajaba, pero era por Oriente, en el país de mi predilección. Llegué a casa de un turco que vivía en pleno desierto. Era un turco magnífico; no era un árabe, sino un turco voluminoso, atento, simpático, vestido de turco, con turbante y una verdadera tienda de sederías sobre sus espaldas, un auténtico turco del Teatro Francés, que me dirigía toda clase de cumplidos; estábamos sentados en un muelle diván y me obsequiaba con confituras.

Un negrito me condujo a mi habitación —todos mis sueños terminaban, pues, del mismo modo—. Era una habitación azul celeste, perfumada, con pieles de animales por alfombras; delante del fuego —también esta idea del fuego me perseguía hasta en el desierto—, sentada en una silla baja, me esperaba una mujer muy ligera de ropa.

Era del más puro tipo oriental, con estrellas pintadas en las mejillas, en la frente y en la barbilla, unos ojos inmensos, cuerpo admirable, algo moreno pero de un moreno cálido que subía a la cabeza.

Mientras ella me miraba, yo decía para mí mismo: «Así es como yo entiendo la hospitalidad. No recibiríamos de esta manera a un extranjero en nuestros estúpidos países nortños, en nuestros pueblos de gazmoñería idiota, de pudor repugnante y moral imbécil.»

Me acerqué a ella y le hablé pero me contestó por señas, porque no conocía ni una sola palabra de mi idioma, que su amo, turco, sabía a la perfección.

Más dichoso aún porque ella hablaría, la tomé de la mano y conduje hasta mi lecho, en donde me tendí a su lado... ¡Siempre despierta uno en lo mejor! Me desperté, pues, y no fué demasiado grande mi sorpresa al sentir debajo de la palma de mi mano una cosa cálida y suave, que yo acariciaba amorosamente.

Al aclararse mis ideas, comprendí que se trataba de un gato, de un gato rollizo, que dormía tranquilamente, enroscado junto a mi cara. Lo dejé estar e hice lo mismo que él.

Cuando amaneció, ya no se encontraba allí; llegué a pensar que todo había sido un sueño, porque no comprendía cómo pudo entrar y salir de mi habitación estando cerrada la puerta con llave.

Relaté mi aventura, aunque no en todos sus detalles, a mi amable anfitrión, que se echó a reír, y me dijo:

—Entró por la gatera —y levantando una cortina, me enseñó un agujero pequeño, negro y redondo, que había en la pared.

Me enteré entonces que en las paredes de casi todas las casas antiguas de la región existen esos pasadizos largos y estrechos, que conducen desde la bodega hasta el

granero, del cuarto de la criada a la habitación del señor, pasadizos que hacen del gato el rey y el señor de la casa.

Va y viene por donde le da la gana, visita sus dominios a su capricho, puede acostarse en todas las camas, verlo y oírlo todo, estar al tanto de todos los secretos, costumbres y vergüenzas de la casa.

Todas las habitaciones son suyas, a todas tiene acceso; es el animal que circula sin que lo sientan, el rondador silencioso, el que se pasea de noche por la oquedad de los muros.

Me acordé de aquellos otros versos de Baudelaire:

*Es el espíritu familiar.*

*Juzga, inspira, preside*

*a todo lo que hay, donde él reside.*

*¿Es un dios? ¿Es un hada tutelar?*

*Gil Blas, 9 de febrero de 1886*

## I

Si en tu viaje a Argel —me había dicho mi amigo— te acercases por casualidad a Bordj Ebbaba, no dejes de hacer una visita a mi antiguo camarada el colono Auballe.

Había olvidado el nombre de Ebbaba y el del colono Auballe, cuando, por pura casualidad, llegué a su casa.

Hacia cerca de un mes que recorría a pie toda esa magnífica región que se extiende entre Argel y Cherchell, Orleansville y Tiaret, árida a trozos y a trozos poblada de árboles, grandiosa e íntima. Se encuentran allí entre dos montes, en angosto valle, frondosos pinares que los torrentes cubren en invierno. Enormes árboles, cruzados sobre la torrentera, sirven de puente a los árabes y también a los bejucos que, enroscándose a los troncos muertos, les procuran el adorno de una vida. Hállanse en desconocidos pliegues de montaña parajes de una belleza aterradora y arroyuelos cuyas orillas cubiertas de adelfas tienen un encanto indescriptible.

Pero lo que dejó en mi corazón los más gratos recuerdos de esta excursión, fueron las caminatas de por la tarde a lo largo de los senderos, casi sin árboles, que atraviesan aquellas ondulaciones de la costa, desde donde se domina un inmenso país montañoso y rojizo entre el azulado mar y la cordillera del Ouarsenis, que ostenta en sus cimas el bosque de cedros de Tenlent-et-Haad.

Aquel día me extravié. Acababa de trepar a la cresta de un monte desde donde había divisado, por encima de una serie de colinas, la larga planicie de la Mitidja, y detrás, en la cumbre de otra cordillera, tan distante que apenas se veía, el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana. sepulcro, según se cuenta, de una familia de reyes mauritanos.

Descendía, encaminándome hacia el Sur, divisando frente a mi, limitada por las cimas que a la entrada del desierto se yerguen hacia aquel cielo clarísimo, una comarca montañoso y aleonada, como si todas sus colinas estuviesen cubiertas de pieles de león cosidas unas a otras. De trecho en trecho, en medio de aquellos montes, uno más alto que los que tenía al lado, elevaba su cumbre puntiaguda y amarilla, semejante al encrespado lomo de un camello.

Yo andaba de prisa, más ligero cada vez, como se camina cuando se baja de lo alto de una montaña por sus tortuosos senderos.

Nada pesa en estas ligeras caminatas animadas por el vivo aire de las alturas; nada pesa: ni el cuerpo, ni el corazón, ni los pensamientos, ni siquiera las preocupaciones.

Aquel día no sentía en mi nada de cuanto aplasta y tortura nuestra existencia, y notaba tan sólo el placer de aquel descenso.

Divisaba a lo lejos campamentos árabes, tiendas negruzcas, puntiagudas, agarradas al suelo como los mariscos a las rocas, y chozas, cabañas de ramas y madera de las que salía un humo gris. Formas blancas, hombres o mujeres, vagaban con lentitud en torno de ellas, y la brisa de la tarde llevaba a mis oídos el tintineo de las esquilas de los ganados.

Los madroños del sendero que yo seguía se inclinaban extraordinariamente cargados con sus frutos color púrpura, que esparcían por el camino. Parecían árboles mártires; se hallaban enteramente bañados en un sudor sangriento; del tronco de cada una de sus ramas pendía un grano encarnado semejante a una gota de sangre.

En torno de ellos, la tierra estaba completamente roja, y el pie, aplastando el redondo y rojizo fruto, dejaba en el suelo huellas de asesinato. A veces, pegando un brinco, cogía al paso los más maduros para comérselos.

Los valles iban envolviéndose en un vapor que surgía lentamente, como el vaho de la piel del buey; y en la cordillera que cerraba el horizonte en la frontera del Sáhara, resplandecía un cielo maravilloso. Largos regueros dorados alternaban con regueros de sangre—¡más sangre!, sangre y oro, toda la historia humana—, y entre ellos se abría a veces una angosta grieta de un azul verdusco, infinitamente lejano como el sueño.

¡Oh, qué lejos! ¡Qué lejos estaba de todas las cosas y de todas las gentes que son objeto de las conversaciones en los bulevares; y hasta de mí mismo, convertido en una especie de ser errante, sin conciencia y sin pensamiento; y qué lejos también de mi camino, en el cual ya no pensaba, pues al acercarse la noche me di cuenta de que me había extraviado!

Sobre la tierra caía la sombra como un alud de tinieblas, y ya no descubría frente a mí más que la montaña, que se perdía a lo lejos.

Como de pronto divisara unas tiendas en un vallecito, bajé y traté de hacer comprender al primer árabe que me salió al paso la dirección que yo buscaba.

¿Me entendió? Lo ignoro; ello es que me habló largo rato sin que yo comprendiese nada.

Desesperado, me disponía a pasar la noche sobre una alfombra junto al campamento, cuando creí oír, entre las extrañas palabras que salían de su boca, el nombre de Bordj-Ebbaba.

Repetí:

—Bordj-Ebbaba. ¡Sí; eso es!

Y le enseñé dos francos: una fortuna. El echó a andar; le seguí. ¡Oh! Seguí mucho tiempo, en la noche oscura, a aquel pálido fantasma que corría descalzo delante de mí por los senderos pedregosos donde yo tropezaba sin cesar.

De repente brilló una luz. Llegábamos delante de la puerta de una casa blanca, especie de fortín de paredes rectas y sin ventanas exteriores. Llamé; varios perros aullaron dentro. Una voz francesa preguntó:

—¿Quién está ahí?

Respondí:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Esta es su casa.

Abrieron y me hallé en presencia del propio señor Auballe, un buen mozo rubio, con aspecto de hércules bonachón, calzado con babuchas y con su pipa en la boca.

Le di mi nombre, y él me tendió ambas manos, diciéndome:

—Está usted en su casa, caballero.

Un cuarto de hora más tarde comía con avidez frente a mi huésped, que seguía fumando.

Yo conocía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había empleado los restos de su fortuna en tierras argelinas y se dedicaba al cultivo de la vid.

Los viñedos marchaban bien; era dichoso, y tenía la tranquila expresión del hombre satisfecho. No podía yo comprender cómo aquel parisiense, calavera, había podido acostumbrarse a una vida tan monótona en aquella soledad, y pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

—Y ¿no ha sentido usted grandes tristezas?

—No; se acostumbra uno a este país y se acaba por amarlo. Usted no sabe cómo va apoderándose de las gentes por una porción de pequeños instintos animales que desconocemos en nosotros. Nos aficionamos a él, en primer término, por nuestros órganos, a los cuales procura secretas satisfacciones que no razonamos. El aire y el clima conquistan nuestra carne a pesar nuestro, y la alegre luz que lo inunda mantiene a poca costa el espíritu claro y satisfecho. Entra en nosotros a torrentes, sin cesar, por los ojos, y diríase que lava todos los rincones sombríos del alma.

—Pero ¿y las mujeres?

—¡Ah! ... Escasean algo.

—¿Algo nada más?

—Caramba, si...; algo. Porque siempre hay, en las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un mocetón moreno, cuyos negros ojos brillaban bajo el turbante, y le dijo:

—Vete, Mohamed; te llamaré cuando te necesite —luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Comprende el franués, y voy a contarle a usted una historia en la cual ha desempeñado él un papel importantísimo.

Y cuando aquel hombre hubo salido, el señor Auballe principió en los siguientes términos:

—Llevaba yo aquí unos cuatro años sin estar completamente instalado bajo todos conceptos en este país cuya lengua empezaba a silabear, y me veía obligado, para no romper por entero con pasiones que me han sido fatales, a hacer de cuando en cuando un viaje de varios días a Argel.

Había comprado esta, grania, este *bordf*, antiguo puesto fortificado, a unos centenares de metros del campamento indígena, cuyos hombres empleo en mis cultivos. En esa tribu, fracción de los Oulad-Taadja, escogí cuando llegué, para mi servicio particular, a un gallardo mozo, el mismo que acaba de ver usted, Mohamed ben Lam'har, que muy pronto empezó a tomarme gran cariño. Como no quería dormir en una casa a la cual no estaba acostumbrado, levantó su tienda a pocos pasos de mi puerta, con el fin de que pudiese yo llamarle desde la ventana.

¿Adivina usted mi existencia?

Pasaba todo el día recorriendo desmontes y plantaciones, cazaba algo, iba a comer con los oficiales de los vecinos puestos o bien venían ellos a comer a mi casa.

En cuanto a... placeres, ya le hablé a usted de los míos; Argel me ofrecía los más refinados; y de cuando en cuando un árabe complaciente y compasivo me detenía en mitad de un paseo para hacerme la proposición de llevar a mi casa, por la noche, una mujer de la tribu. Aceptaba en ocasiones, pero generalmente rehusaba, por temor a los enemigos que aquello pudiera proporcionarme.

Y una noche, al principiar el estío, regresando de dar un vistazo a mis posesiones y teniendo necesidad de decir algo a Mohamed, entré en su tienda sin llamarle. Esto me ocurría a cada paso.

Sobre una de esas grandes alfombras rojas de larga pelambre, de Djebel-Amor, espesas y suaves como un colchón, una mujer, una muchacha, desnuda casi, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco, de una blancura que relucía bajo el rayo de luz de la cortina levantada, se me apareció como una de las más perfectas muestras de la raza humana que en mi vida habla visto.

Las mujeres son aquí hermosas. altas y de una rara armonía de rasgos y líneas.

Algo confuso, dejé caer la cortina que cerraba la tienda y me fui a casa.

Me gustan las mujeres. El rayo de aquella visión me había atravesado y quemado, reanimando en mis venas el antiguo y temible ardor al cual debo el estar aquí. Hacia

calor, corría el mes de julio y pasé casi toda la noche en la ventana, fijos los ojos en la sombría mancha que dibujaba en el suelo la tienda de Mohamed.

Cuando al siguiente día éste penetró en mi aposento, le miré cara a cara, y él bajó la cabeza, como hombre confuso, culpable ¿Adivinaba lo que yo sabía?

—Por ventura, ¿estás casado. Mohamed?—le pregunté bruscamente.

Le vi ponerse encarnado, y balbució:

—No, señor.

Le obligaba a hablar francés y a darme lecciones de árabe, lo que producía con frecuencia una lengua Intermedia de las más incoherentes.

Repuse:

—Entonces, ¿por qué hay una mujer en tu casa?

El murmuró:

—Es del Sur.

—¡Ah! ¿Es del Sur? Pero eso no explica su estancia en tu tienda.

Sin responder a mi pregunta. Mohamed me dijo entonces:

—Es muy bonita.

—¡Ah! ¡Es verdad! Pues bien: otra vez, cuando te llegue una bella mujer del Sur, procura hacerla entrar en mi casa y no en la tuya. ¿Oyes. Mohamed?

El respondió con mucha seriedad:

—Sí, señor.

Confieso que pasé todo el día bajo la emoción agresiva del recuerdo de aquella muchacha árabe tendida sobre una alfombra roja, y que, al regresar a casa a la hora de comer, tuve un deseo inmenso de atravesar nuevamente la tienda de Mohamed. Durante la velada, éste prestó su servicio como de costumbre, moviéndose en torno mío con su impasible rostro, y varias veces estuve a punto de preguntarle si tenía intención de conservar mucho tiempo bajo su techo de piel de camello a aquella señorita del Sur, tan linda.

A eso de las nueve, acosado siempre por la afición a la mujer, tenaz, como el instinto de la caza entre los perros, salí para tomar el fresco y pasear un poco alrededor del cono de tela negruzca, a través del cual distinguía el brillante punto de una luz.

Luego me alejé, para no ser sorprendido por Mohamed en los alrededores de su habitación.

Al regresar, una hora más tarde, vi claramente el perfil del moro bajo su tienda. Sacando del bolsillo mi llave, penetré en el *bordj* donde se acostaban, haciéndome compañía, mi intendente, dos labradores franceses y una vieja cocinera traída de Argel.

Subí la escalera, quedando sorprendido al ver luz por las rendijas de mi puerta. Abriendo al punto, distinguí delante de mí, sentada en una silla de paja, al lado de la mesa, sobre la cual ardía una bujía, una muchacha de rostro de ídolo, que parecía esperarme tranquilamente, adornada con todas las chucherías de plata que las mujeres del Sur llevan en las piernas, en los brazos, en la garganta y hasta sobre el vientre. Sus ojos, agrandados por el *khol*, se fijaban en mí con insistencia, y cuatro pequeños signos azules, delicadamente tatuados sobre la carne, estrellaban su frente, sus mejillas y su barba. Los brazos, cargados de pulseras, descansaban sobre los muslos, que recubría, pendiendo de los hombros la especie de *gebba* de seda roja que vestía.

Al verme entrar, se levantó y quedó en pie delante de mí, cubierta por sus joyas salvajes, en actitud de altiva sumisión.

—¿Qué haces ahí? — le dije en árabe.

—Me encuentro donde estoy porque se me ha mandado venir

—¿Quién te lo ha mandado?

—Mohamed.



—Bien está. Siéntate.

Obedeció, bajando los ojos, y yo permanecí enfrente, examinándola.

El semblante era extraño, regular, fino y algo bestial, pero místico cual el de un buda. Los labios eran duros y estaban coloreados por una especie de florescencia encarnada que se encontraba además en su cuerpo, indicando una ligera mezcla de sangre negra, aunque las manos y los brazos fuesen de una blancura irreprochable.

No sabía qué hacer, y me sentía turbado, tentado y confuso. A fin de ganar tiempo y poder reflexionar, le hice otras preguntas acerca de su origen, su llegada al país y sus relaciones con Mohamed. Pero ella no respondió sino a las que menos me interesaban, y me fue imposible saber por qué habla venido, con qué propósito. de orden de quién, en qué momento ni lo que había ocurrido entre ella y mi servidor. Cuando ya me disponía a decirle: «Vuelve a la tienda de Mohamed», ella, adivinándolo quizá, se irguió bruscamente, y levantando los dos brazos descubiertos, cuyos sonoros brazaletes resbalaron hacia sus hombros, cruzó las manos detrás de mi cuello, atrayéndome con expresión de voluntad suplicante e irresistible.

Sus ojos, encendidos por el deseo de seducir, por esa necesidad de vencer al hombre, que hace que la impura mirada de las mujeres sea tan fascinadora como la de los felinos, me llamaban me llamaban, me encadenaban, me dejaban sin valor para resistir, despertaban en mí un ardor impetuoso que me sublevaba. Fué aquélla una lucha corta, sin palabras, violenta, entre las pupilas solamente, la eterna lucha en que forcejean los dos brutos humanos, el macho y la hembra, y en la cual el macho es siempre vencido.

Sus manos, cruzadas sobre mi nuca, me atraían con presión lenta, creciente, irresistible; como una fuerza mecánica, hacia la sonrisa animal de sus labios rojos, donde posé de pronto los míos, abrazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de adornos de plata, que resonaron, de la garganta a los piés, bajo mi presión.

Se mostraba ligera y sana como una bestia y tenía expresiones, movimientos, gracias y una especie de olor de gacela que me hicieron encontrar en sus besos un raro sabor desconocido, extraño a mis sentidos como el sabor de una fruta de los trópicos.

Muy pronto..., digo muy pronto y fué tal vez a la madrugada, la quise despedir, pensando que se marcharía como había venido, y sin preguntarme qué haría yo de ella o qué haría ella de mí.

Pero en cuanto comprendió mi intención, murmuró:

—Si me echas de aquí, ¿adónde iré? Por la noche tendré que dormir en el suelo. Déjame quedarme sobre la alfombra, al pie de tu cama.

¿Qué podía contestarle? ¿Qué podía hacer? Pensé que Mohamed miraría sin duda a su vez por la ventana iluminada de mi aposento, y preguntas de toda especie, que no me había hecho en la turbación de los primeros instantes, se formularon con claridad.

—Quédate— le dije—, y hablemos.

Un segundo me había bastado para tomar mi resolución.

Puesto que aquella muchacha fue echada en mis brazos, la conservaría, haría de ella una especie de querida esclava, teniéndola oculta en el fondo de mi casa, a la manera de las mujeres del harén.

El día que me cansara me sería muy fácil deshacerme de ella de cualquier modo, pues, bajo el sol africano, estas criaturas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

Le dije:

—Quiero ser bueno para ti; te trataré de modo que no seas desgraciada, pero quiero saber de quién eres y de dónde vienes.

Ella comprendió que era preciso hablar, y me contó su historia, o, mejor dicho, una historia, porque debió mentir del principio al fin, como mienten siempre todos los árabes, con o sin motivo.

Es la mentira uno de los rasgos más sorprendentes e incomprensibles del carácter indígena. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta formar parte de ellos, hasta modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y diferenciarla de las demás en lo moral, tanto como el color de la piel diferencia al negro del blanco, son embusteros hasta la medula. Tan embusteros, que no se puede nunca hacer caso de sus palabras. ¿Deben esto a su religión? Lo ignoro. Es necesario haber vivido entre ellos para saber hasta qué punto la mentira forma parte de su ser, de su corazón, de su alma, habiéndose convertido en ellos en una especie de segunda naturaleza, una necesidad en de la vida.

La joven me contó que era hija de un caíd de los Ouled Sidé Chelk y de una mujer robada por él en una *razzia* a los touaregs. Esta mujer debía de ser una esclava negra, o proceder al menos de un primer cruce de sangre árabe y sangre negra. Sabido es que las negras son muy apreciadas en el harén, donde desempeñan el papel de afrodisíacas.

Nada de este origen aparecía, por otra parte, fuera del color purpurino de los labios y los sombríos pezones de sus senos alargados, puntiagudos y recios, como levantados por medio de resortes. No podía engañarse en esto una mirada inteligente. Pero todo lo demás pertenecía a la hermosa raza del Sur, blanca, esbelta, cuya fina cara la forman líneas rectas y sencillas, como una cabeza de imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban todavía el aspecto algo divino de aquella vagabunda del desierto.

De su existencia verdadera nada supe con precisión. Me la refirió con detalles incoherentes que parecían surgir por el azar en una memoria en desorden; y los mezclaba con observaciones deliciosamente pueriles, toda una virgen del mundo nómada nacida en un cerebro de ardilla que ha saltado de tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

Y todo ello lo decía con la expresión severa que siempre tuvo ese pueblo zaherido, con gestos de ídolo que chismorrea y una gravedad algo cómica.

Cuando acabó, noté que no había retenido nada de aquella larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su ligero seso, y me pregunté si no se había sencillamente limitado a burlarse de mí con aquella charla hueca y seria que nada me decía acerca de su persona ni sobre ningún hecho de su vida.

Y pensaba en ese pueblo vencido en medio del cual campamos, mejor dicho, que campa en medio de nosotros, cuyo idioma empezamos a hablar, que a diario vemos vivir bajo la tela transparente de sus tiendas, al que imponemos nuestras leyes, nuestros reglamentos y nuestras costumbres, y del cual lo ignoramos todo, todo, ¿oye usted? Como si no estuviésemos únicamente ocupados en mirarle desde hace ya cerca de sesenta años.

No sabemos lo que sucede bajo esa cabaña de ramas y bajo ese pequeño cono de tela sujeta al suelo por medio de estacas, a veinnte metros de nuestras puertas; como no sabemos tampoco lo que hacen, lo que piensan, lo que son esos árabes llamados civilizados de las viviendas moriscas de Argel. Detrás de la pared enyesada de su vivienda en las ciudades, detrás del tabique de ramas de su choza o detrás de la delgada cortina de piel de camello que sacude el viento, viven junto a nosotros desconocidos, misteriosos, embusteros, disimulados, sumisos, sonrientes, impenetrables. ¿Qué me diría usted si le asegurase que, mirando desde lejos con mi lente el vecino campamento, adivino que tienen supersticiones, ceremonias, mil costumbres que nosotros ignoramos todavía, cuya existencia ni siquiera sospechamos?

Tal vez nunca un pueblo conquistado a viva fuerza supo sustraerse tan por completo a la dominación real, a la influencia moral y a la investigación encarnizada, pero inútil, del vencedor.

Pues bien: esta infranqueable y secreta barrera que la Naturaleza, incomprensible, ha levantado entre las razas, la sentía súbitamente, como nunca la había sentido, levantarse entre aquella muchacha árabe y yo, entre aquella mujer que acababa de darse, de entregarse, de ofrecer su cuerpo a mis caricias, y yo, que la había poseído.

Le pregunté, pensando en esto por vez primera:

—¿Cómo te llamas?

Había estado unos instantes sin hablar y la vi estremecerse cual si hubiese olvidado que yo estaba allí, junto a ella. Entonces, en sus ojos clavados en mí, adiviné que aquel minuto había bastado para que el sueño la acometiese, un sueño irresistible y brusco, casi instantáneo, como todo lo que se apodera de los sentidos movibles de las mujeres.

Respondió negligentemente, teniendo en la boca un bostezo:

—Allouma.

—¿Tienes ganas de dormir?—agregué.

—Sí —me contestó.

—Pues bien: duerme.

Se estiró tranquilamente al lado mío, tumbada boca abajo y con la frente apoyada en sus brazos, y sentí casi en seguida que su fugitivo pensamiento de salvaje se había extinguido en el reposo.

Echado junto a ella, me puse entonces a reflexionar, tratando de explicarme lo ocurrido. ¿Por me la habría dado Mohamed? ¿Obró como servidor magnánimo que se sacrifica por su amo hasta cederle la mujer por él atraída a su tienda, o había obedecido a un pensamiento más complejo, más práctico, menos generoso, echando en mi cama aquella muchacha que me había agradado? Tratándose de mujeres, tiene el árabe todos los rigores pudibundos y todas las complacencias inconfesables; y su moral rigurosa y débil no es más comprensible que sus otros sentimientos. Probable es que me anticipase, penetrando casualmente en su tienda, a las benévolas intenciones de aquel previsor criado que me destinaba aquella mujer, su amiga, su cómplice, tal vez su amante.

Todas estas suposiciones me asaltaron y me fatigaron de tal modo, que poco a poco caí a mi vez en un sueño profundo.

Me despertó el chirriar de mi puerta; Mohamed entraba, según costumbre, a despertarme.

Abrió la ventana, por donde penetró una oleada de claridad, iluminando sobre la cama el cuerpo de Allouma, que continuaba dormida, y a continuación recogió de la alfombra mi pantalón, mi chaleco y mi chaqueta, a fin de cepillarlos. No miró a la mujer tumbada a mi lado; no pareció saber o notar que estaba allí; conservaba su gravedad ordinaria; los mismos modales, idéntica fisonomía. Pero la luz, el movimiento, el ligero ruido de los descalzos pies del hombre y la sensación del aire puro en la piel y en los pulmones, sacaron a Allouma de su entorpecimiento. Estiró los brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró, miró a Mohamed con la misma indiferencia y se incorporó, quedando sentada. Luego murmuro:

—Tengo hambre.

—¿Qué quieres comer?—le pregunté.

—Kahoua.

—¿Café y pan con manteca?

—Sí.

Mohamed, en pie junto a la cama y con la ropa mía bajo el brazo, esperaba órdenes.

—Trae el desayuno para Allouma y para mí —le dije.

El salió del cuarto sin que su rostro revelase la más leve sorpresa o el menor enfado.

Cuando estuvimos solos, pregunté a la joven árabe:

—¿Quieres habitar en mi casa?

—Sí, lo quiero.

—Tendrás una habitación para tí sola y una mujer a tus órdenes.

—Eres generoso, y yo te lo agradezco.

—Pero si no te portas bien, te arrojaré de aquí.

—Haré cuanto me mandes.

Tomó mi mano y la besó en señal de sumisión.

Volvió a entrar Mohamed, trayendo el desayuno en una bandeja. Le dije:

—Allouma se queda en casa. Alfombrarás la habitación que hay al final del corredor, y harás venir, para que la sirva, a la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

—Sí, señor.

No hubo más.

Una hora después mi hermosa árabe estaba instalada en una habitación amplia y clara; y como yo fuera a cerciorarme de que todo marchaba bien, la joven se me acercó para pedirme, en tono de súplica, que le regalase un armario de espejo. Se lo prometí, dejándola luego sentada sobre una alfombra de Djebel-Amor, con un cigarrillo en la boca y charlando con la vieja árabe que mandé llamar, como si se conocieran de muchos años.

## II

Durante un mes fui muy dichoso con ella, habiéndome aficionado de un modo extraño a aquella criatura de raza distinta a la mía, que se me antojaba casi de otra especie, como nacida en un lejano planeta.

No la amaba, no; no se ama a las muchachas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, nunca se abre la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón demasiado rudimentario, una sensibilidad muy poco refinada para despertar en nuestras almas esa exaltación sentimental que constituye la poesía del amor. Nada intelectual, ninguna embriaguez ideal se une a la sensual embriaguez que en nosotros provocan esos seres encantadores y nulos.

Nos dominan, sin embargo; nos sujetan como las otras, pero de un modo distinto, menos tenaz, menos cruel, menos doloroso.

No podría explicar con precisión lo que sentía por aquella mujer. Le decía a usted, hace poco, que este país, esta África desnuda, sin artes, exenta de todos los goces intelectuales, conquista poco a poco nuestra carne con un encanto desconocido y poderoso, con la caricia del aire, con la constante dulzura de sus crepúsculos, con su luz deliciosa, con el discreto bienestar en que baña todos nuestros órganos. Pues bien: Allouma me conquistó de igual manera, con mil atractivos ocultos, poderosos y físicos, con la penetrante seducción, no de sus besos, pues la adornaba una negligencia verdaderamente oriental, sino con sus dulces abandonos.

La dejaba en libertad de entrar y salir a su antojo, y cada dos días iba a pasar una tarde en el campamento vecino con las mujeres de mis agricultores indígenas. Se paseaba también mañanas enteras mirándose en la luna del armario de caoba que le había hecho traer de Miliana. Se admiraba a conciencia, en pie, ante la gran puerta de cristal, donde seguía sus movimientos con atención profunda y grave. Caminaba con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, para examinar sus caderas; se volvía, se alejaba y se acercaba, y después, cansada al fin de moverse, se sentaba en un cojín y

permanecía frente a si misma, con los ojos en los ojos, grave el semblante y absorta el alma en aquella contemplación.

Muy pronto observé que salía casi todos los días después del almuerzo, para no volver hasta por la noche.

Algo inquieto, pregunté a Mohamed si sabía lo que podía hacer durante aquellas largas horas de ausencia. Me respondió tranquilamente:

—No te preocupe eso. Es que se acerca el Ramadán. Debe de ir a hacer oración.

El también parecía encantado con la presencia de Allouma en la casa; pero ni una sola vez sorprendí entre ellos la menor señal sospechosa; ni una sola vez parecieron esconderse de mí, entenderse, ocultarme algo.

Yo aceptaba la situación tal como la describo, sin comprenderla, dejando que obrasen el tiempo, la casualidad y la vida.

Muchas veces, después de inspeccionar mis tierras, mis viñas, mis desmontes, daba a pie largos paseos. Ya conoce usted los hermosos bosques de esta parte de Argel, esos barrancos casi impenetrables donde los abetos derribados obstruyen los torrentes y esos vallecitos cubiertos de adelfas que, desde lo alto de las montañas, parecen tapices orientales extendidos a lo largo de los arroyos. Sabe usted que a cada momento, en esos bosques y esas orillas donde se diría que nadie ha penetrado aún, se encuentra de pronto la blanca cúpula de una *koubba* en que se hallan encerrados los huesos de un humilde morabito, de un morabito aislado, a quien visitan apenas algunos fieles llegados del próximo aduar con un cirio en el bolsillo para encenderlo sobre la tumba del santo.

Pues bien: una tarde, al volver de mi paseo, acerté a cruzar por delante de una de esas capillas mahometanas; y dirigiendo una mirada por la puerta constantemente abierta de par en par, divisé una mujer que oraba delante de la reliquia. Era un delicioso cuadro aquella árabe sentada en el suelo del destartalado recinto en que el aire penetraba libremente, reuniendo en los rincones, en montoncitos amarillentos, las finas hojas secas caídas de los pinos. Me acerqué para mirar mejor. Y reconocí a Allouma. Ella no me vio ni me sintió, entregada por completo a sus oraciones al santo. Hablaba a media voz, le hablaba, creyendo estar sola con él, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba unos segundos para meditar, para recordar lo que aún tenía que decirle, para no olvidar ninguna de las confidencias que debía hacerle; y se animaba a veces también como si él la hubiese respondido, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que combatía con razones.

Me alejé sin hacer ruido, de igual modo que me había acercado, y me fui a comer.

Al anoecer la llamé a mi aposento, viéndola entrar en él con una expresión de inquietud que de ordinario no tenía.

—Siéntate ahí —le dije, haciéndole sitio a mi lado en el sofá.

Obedeció. Mas como yo me inclinara hacia ella con intención de darle un beso, apartó la cabeza vivamente.

Quedé estupefacto, y le pregunté:

—¿Qué significa eso?

—Estamos en el Ramadán.

Yo me eché a reír.

—¿Y te prohíbe el morabito que te dejes abrazar durante el Ramadán?

—¡Oh, sí! ¡Tú eres rumí y yo soy árabe!

—¿Y fuera un pecado grave hacer lo que te pido?

—¡Oh, si!

—Según eso, ¿no comiste hoy nada hasta ponerse el sol?

—No; nada.

—Pero ¿comiste una vez puesto el sol?

—Sí.

—Pues bien: ya que es completamente de noche, no puedes ser más severa para la boca que para lo demás.

Ella parecía crispada, ofendida, herida, y me replicó con una altivez que nunca le había visto emplear:

—Si una muchacha árabe se dejase tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

—Y ¿durará esto todo el mes?

Ella respondió con convicción:

—Si; todo el mes del Ramadán. Tomé una expresión irritada, y le dije:

—Pues bien: puedes irte a pasar con tu familia ese Ramadán.

Ella tomó mis manos en las suyas, estrechándolas contra su pecho.

—¡Oh, no seas malo — exclamó—, te lo ruego! ¡Ya verás qué bien me porto contigo! Haremos juntos el Ramadán, ¿quieres? Te cuidaré, te mimaré; pero no seas malo.

No pude menos de sonreír; tan chocante era en su desolación; y la envié a dormir a su cuarto.

Una hora después, al ir a acostarme, dieron en mi puerta dos golpecitos tan ligeros, que apenas los oí.

—¡Adelante!—dije, y vi aparecer a Allouma con una gran bandeja llena de golosinas árabes: de croquetas azucaradas, fritas y salteadas, con toda una extraña pastelería nómada.

La muchacha reía, mostrando sus hermosos dientes, y repitió:

—Vamos a hacer juntos el Ramadán.

Ya sabe usted que al ayuno, comenzado con la aurora y terminando con el crepúsculo, en el momento en que la vista no distingue un hilo blanco de uno negro, siguen todas las noches pequeñas fiestas íntimas, en que se come hasta la madrugada. Resulta de esto que, para los indígenas poco escrupulosos, el Ramadán consiste no más en hacer del día noche y de la noche día. Pero Allouma llevaba más allá la delicadeza de conciencia. Depositó su bandeja entre los dos, sobre el sofá, y tomando con sus finos dedos una azucarada bolilla, me la puso en la boca, murmurando:

—Es muy bueno; cómetelo.

Mastiqué el ligero pastel, que era excelente, en efecto, y le pregunté:

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Para mí?

—Si; para ti.

—¿Para hacerme soportar el Ramadán?

—Sí. ¡No seas malo! Todos los días haremos lo mismo.

¡Oh, qué mes tan terrible pasé! Un mes azucarado, dulzarrón, irritante; un mes de cariñitos y tentaciones, de cóleras y vanos esfuerzos contra una invencible resistencia.

Luego, cuando llegaron los tres días del Beiram, los celebré a mi manera y no volví a acordarme del Ramadán.

Transcurrió el estío, que fue muy caluroso. Al comenzar el otoño, Allouma me pareció preocupada, distraída, indiferente a todo.

Y, una noche, habiéndola hecho llamar, no la encontraron en su aposento. Pensé que vagaría por la casa y di orden de que la buscasen al punto. Había salido y no había vuelto. Abrí la ventana y grité:

—¡Mohamed!

La voz del hombre acostado bajo su tienda respondió:

—¡Mande el señor!

—¿Sabes dónde está Allouma?

—No, señor. Pero ¿qué dice usted? ¿Ha desaparecido?

Pocos segundos después el árabe entraba en mi aposento, tan trastornado, que no podía dominar su turbación. Me preguntó:

—¿Ha desaparecido Allouma?

—Sí; ha desaparecido.

—No es posible.

—Búscala, pues —le dije entonces.

Permanecía en pie, pensativo, buscando en su imaginación, sin comprender.

Entró después en la habitación donde la ropa de Allouma cubría el suelo, en un desorden oriental. Todo lo examinó como un policía, lo oliscó, mejor dicho, como un perro; en seguida, incapaz de hacer un esfuerzo profundo, murmuró con resignación:

—¡Se ha marchado; sí, se ha marchado!

Yo temía un accidente, una caída al fondo de un precipicio, e hice que se levantasen cuantos hombres había en el campamento, con orden de recorrerlo todo hasta encontrarla.

Se la buscó toda la noche, todo el día siguiente, toda la semana. No se descubrió ni una sola huella que pusiera sobre su pista. Yo sufría, la echaba de menos; mi casa me parecía vacía, y desierta mi existencia. Ideas inquietantes cruzaban al propio tiempo mi cerebro. Temía que la hubiesen robado, asesinado tal vez. Pero, siempre que trataba de interrogar a Mohamed y de comunicarle mis aprensiones, él respondía invariablemente:

—No; se ha marchado.

Luego agregaba la palabra árabe *r'ézale*, que significa «gacela», como para dar a entender que corría mucho y estaba muy lejos.

Pasaron tres semanas y ya no esperaba volver a ver a mi querida árabe, cuando una mañana Mohamed, con el semblante radiante de alegría, penetró en mi aposento y me dijo:

—¡Señor, Allouma ha vuelto!

Salté de la cama, y le pregunté:

—¿En dónde está?

—¡Allá abajo, al pie del árbol! ¡No se atreve a venir!

Y con el brazo extendido me mostraba por la ventana una mancha blancuzca al pie de un olivo.

Me vestí y salí. Al acercarme a aquel lío de ropa blanca, que parecía tirado contra el retorcido tronco, reconocí los grandes ojos sombríos, las estrellas tatuadas, el semblante alargado y regular de la muchacha que me había seducido. A medida que avanzaba, se apoderaba de mí la cólera, sentía un fuerte deseo de golpearla, de hacerla sufrir, de vengarme.

Desde lejos grité:

—¿De dónde vienes?

Ella no respondió, y permaneció inmóvil, inerte, como si viviese apenas, esperando los efectos de mi furia, pronta a recibir mis golpes.

Yo estaba en pie junto a ella, contemplando con estupor los harapos que la cubrían, aquellos pingajos de seda y lana cubiertos de polvo, desgarrados, miserables.

Repetí con la mano alzada como sobre un perro:

—¿De dónde vienes?

Ella murmuró:

—De allá abajo.

—¿De dónde?

—De la tribu.

—¿De qué tribu?

—De la mía.

—¿Por qué te marchaste?

Viendo que no le pegaba, cobró algunos ánimos, y en voz baja añadió:

—Era necesario..., era necesario... No podía seguir viviendo en la casa.

Vi lágrimas en sus ojos, y en seguida me enternecí como un animal. Me incliné sobre ella, y distinguí, al volverme para sentarme, a Mohamed, que nos acechaba desde lejos.

Añadí, con mucha dulzura:

—Vamos a ver: ¿por qué te marchaste?

Entonces me contó que desde hacía mucho tiempo sentía en su corazón de nómada el irresistible deseo de volver bajo las tiendas, de tumbarse, de correr, de arrastrarse sobre la arena, de vagar con los rebaños de llanura en llanura, de no sentir sobre la cabeza, entre las estrellas amarillas del cielo y las estrellas azules de su rostro, más que la delgada cortina de tela gastada y recosida, a través de la cual se distinguen puntos de fuego cuando por la noche se despierta.

Me hizo comprender esto con términos sencillos y enérgicos, tan justos, que me cercioré de que no mentía; sentí piedad por ella, y le pregunté:

—¿Por qué no me dijiste que deseabas ausentarte por algún tiempo?

—Porque no habrías querido...

—Prometiéndome volver, te hubiera dejado.

—No me habrías querido creer. Se reía al observar que ya no estaba enfadado, y añadió:

—Ya ves, esto ha concluido; he vuelto a mi casa: heme aquí. Me hacía falta pasar unos días allá abajo. Ya tengo bastante; ya estoy curada. He vuelto y me siento bien. Estoy satisfecha. Tú no eres malo.

—Vamos a casa —le dije.

Se levantó. Cogí su mano, su fina mano de largos y torneados dedos; y triunfante con sus harapos, bajo la música de sus anillos, de sus brazaletes, de sus collares y sus placas, se encaminó gravemente hacia mi vivienda, donde nos aguardaba Mohamed.

Antes de entrar, repetí:

—Allouma, siempre que quieras volver a tu país, pídeme permiso para ello; te lo daré.

Ella me preguntó con desconfianza:

—¿Me lo prometes?

—Si; te lo prometo.

—Pues yo también te lo prometo. Cuando me sienta mal —y se llevó las manos a la frente con un gesto magnífico —te diré: «Necesito ir allá abajo.» Y tú me dejarás marchar.

La acompañé a su aposento, seguido de Mohamed, que llevaba agua, pues todavía no se había podido comunicar a la mujer de Andel-Kader-el-Hadara que su ama había vuelto.

Allouma entró, vio el armario de espejo y, con el rostro iluminado, corrió a él como se corre hacia una madre a quien se ve después de creerla perdida. Se miró breves segundos, hizo una mueca, y luego, con voz en que se notaba algún enfado, dijo al claro cristal:

—Aguarda; tengo vestidos de seda en el armario. Muy pronto seré hermosa.

La dejó sola, haciendo la coqueta ante sí misma.



Nuestra vida volvió a ser como antes, sufriendo yo más cada vez el atractivo singular, enteramente físico, de aquella mujer por quien sentía al propio tiempo una especie de desdén paternal.

Durante seis meses todo marchó bien; un día observé que volvía a estar nerviosa, agitada, algo triste. Le dije entonces:

—¿Qué te pasa? ¿Quieres volver a tu tribu?

—Sí, quiero ir allá.

—¿No te atrevías a decírmelo?

—No me atrevía.

—Pues márchate cuando quieras; te lo permito.

Cogió mis manos y las besó, cosa que hacía en todos sus impulsos de agradecimiento, y, al siguiente día, ya no la encontré en casa.

Regresó como la otra vez, al cabo de tres semanas aproximadamente, y como entonces, andrajosa, renegrida por el polvo y el sol; harta de vida nómada, de arena y de libertad. En dos años fue cuatro veces a su país.

Recibía yo siempre alegremente, sin celos, porque para mí los celos no pueden nacer más que, del amor tal como lo comprendemos nosotros. Ciertamente que la habría podido matar si la hubiera sorprendido engañándome; pero la habría matado casi como se mata por pura violencia a un perro que desobedece. No hubiera sentido esos tormentos, ese fuego roedor, esa enfermedad horrible: los celos del Norte.

Acabo de decir que hubiera podido matarla como se mata a un perro desobediente. La amaba, en efecto, casi como se ama a un animal rarísimo, perro o caballo, imposible de reemplazar. Era una bestia admirable, una bestia sensual, una bestia de placer con cuerpo de mujer.

No podría decir a usted qué distancia inconmensurable separaba nuestras almas, aunque nuestros corazones se hubiesen tal vez rozado en ciertos momentos y dado calor el uno al otro. Era Allouma algo de mi casa, de mi vida, una necesidad para mí, hombre materializado que no tiene más ojos y sentidos.

Una mañana, Mohamed entró en mi alcoba con una extraña expresión en el semblante, con esa mirada inquieta de los árabes, que se asemeja a la mirada medrosa del gato frente al perro.

Viéndole de aquel modo, le pregunté:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Allouma se ha marchado.

Yo me eché a reír.

—¿Se ha marchado! Y ¿adónde?

—¿Se ha marchado para siempre, señor!

—¿Cómo! ¿Para siempre?.

—Sí, señor.

—Tú estás loco, muchacho.

—No, señor.

—¿Por qué se ha de haber marchado? Y ¿cómo? A ver, explícate.

El permanecía inmóvil, no queriendo hablar; después, de repente, tuvo una de esas explosiones de cólera árabe que nos obligan en las calles de las ciudades a pararnos ante dos energúmenos, cuyo silencio y gravedad orientales dan bruscamente lugar a las extremadas gesticulaciones y a las vociferaciones más escandalosas.

Y comprendí en medio de sus gritos que Allouma había huido con mi pastor.

Tuve que calmar a Mohamed e irle arrancando uno a uno los detalles de lo ocurrido.

Larga fue la tarea; por fin supe que, desde hacía ocho días, espiaba a mi querida, que tenía citas en el vecino bosque de cactus o en el barranco de las adelfas, con una especie de vagabundo recibido como pastor por mi intendente, a fines del mes anterior.

La pasada noche, Mohamed la había visto salir y no la volvió a ver; y repetía, exasperándose:

—¡Se ha marchado, señor; se ha marchado!

No sé por qué; pero su convicción, la convicción de aquella fuga con el vagabundo, se apoderó de mí en un instante, absoluta, irresistible. Aquello era absurdo, inverosímil y cierto, en virtud de lo irracional, que es la única lógica de las mujeres.

Encolerizado, con el corazón oprimido, trataba de representarme las facciones de aquel hombre; y recordé de pronto que la semana anterior le había visto en pie sobre un montón de piedras en medio de su rebaño y mirándome fijamente.

Era una especie de beduino, alto, en quien el color de los miembros desnudos se confundía con el de sus harapos; un tipo de bruto bárbaro, de pronunciados pómulos, nariz encorvada, barba saliente y secas piernas; un alto esqueleto vestido de harapos y con traidores ojos de chacal.

No me cabía duda; sí, había huido con aquel miserable. ¿Por qué? Porque era Allouma una hija de la arena. Otra, en París, hija de la acera, hubiera huido con mi cochero o con cualquier holgazán del arroyo.

—Está bien —dije a Mohamed—. Si se ha marchado, peor para ella.

Tengo que escribir unas cartas.

Déjame solo.

Se retiró, sorprendido por mi calma. Yo me levanté, abrí la ventana y aspiré grandes bocanadas, que me llegaban al fondo del pecho, el asfixiante aire del Sur, pues el, siroco soplaba.

Luego me dije:

¡Qué remedio! Es una..., mujer como tantas otras. ¿Sabe alguien lo que les hace amar, seguir o abandonar a un hombre?

Si se sabe en ocasiones..., generalmente nadie lo adivina. A veces, se sospecha.

¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? ¿Por qué? Tal vez porque desde hace algún tiempo el viento viene del Sur casi de ordinario.

¡Eso basta! ¡Un soplo! ¿Sabe ella, saben ellas, generalmente, aun las más listas y perspicaces, por que obran? ¡Cómo lo sabe la veleta girando al viento! Una brisa insensible mueve la flecha de hierro, de cobre, de palastro o de madera, lo mismo que una influencia imperceptible, una impresión inexplicable agita e impulsa a las resoluciones el mudable corazón de las mujeres, ya sean de la ciudad, del campo, del arrabal o del desierto.

Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron aquello y no lo otro; pero lo ignoran por el momento, porque son juguete de su caprichosa sensibilidad; aturdidas escalvas de los acontecimientos, del medio ambiente, de las emociones, de los encuentros y de todos los rozamientos que estremecen su alma y su carne.

\*\*\*

El señor Auballe se había pueto en pie. Dio unos pasos, me miró y dijo sonriendo:

—¡Ahí tiene usted un amor del desierto!

Le pregunté:

—¿Y si volviera?

—¡Indecente muchacha!—murmuró—. ¡Mucho lo celebraría, a pesar de todo!

—Y ¿perdonaría usted al pastor?

—Naturalmente. Tratándose de mujeres, el hombre debe siempre perdonar... o ignorar.

*L'Echo de Paris, 10 de febrero de 1889*

## *El amigo Joseph*

---

*L'ami Joseph*

Todo el Invierno se habían tratado íntimamente en París. Después de dejar de verse, como siempre ocurre, al salir del colegio, los dos amigos se habían encontrado nuevamente una tarde en sociedad, ya viejos y canosos, soltero el uno y el otro casado ya.

El señor de Mérout pasaba seis meses en París y seis en su castillito de Tourbeville. Habiéndose casado con la hija de un castellano de los alrededores, había llevado una vida buena y sosegada en la indolencia del hombre que no tiene ninguna ocupación. De temperamento tranquilo y cerebro limitado, sin audacia de inteligencia, sin rebeldías independientes, transcurría para él todo el tiempo recordando dulcemente el pasado, deplorando las costumbres y las instituciones de ahora y repitiendo a cada instante a su mujer, que elevaba los ojos al cielo y en ocasiones también las manos en señal de asentimiento enérgico:

—¿Bajo qué Gobierno vivimos, Dios mio?

La señora de Mérout se parecía intelectualmente a su marido como una hermana a su hermano. Sabía, por tradición, que se ha de respetar sobre todo al Papa y al rey.

Y los amaba y los respetaba desde el fondo del corazón con exaltación poética, con fidelidad hereditaria, con ternura de mujer bien nacida. Era buena hasta los repliegues del alma. No había tenido hijos, y lo lamentaba sin cesar. Cuando el señor de Mérout encontró en un baile a José Mouradour, su antiguo camarada, experimentó una alegría profunda y sencilla, porque se habían querido mucho en su juventud.

Después de las exclamaciones de sorpresa ocasionadas por los cambios que la edad había producido en su cuerpo y en su rostro, se habían informado recíprocamente acerca de sus existencias.

José Mouradour, un meridional, se había hecho consejero general en su país. De francos modales, hablaba vivamente y sin vacilaciones, emitiendo su parecer como quien desconoce los miramientos. Era republicano, pertenecía a esa raza de republicanos bonachones para quienes la llaneza es una ley y que llevan la independencia de palabra hasta la brutalidad.

Se presentó en la morada de su amigo, e inmediatamente fue amado por su cordialidad nada exigente, a pesar de sus avanzadas opiniones. La señora de Mérout exclamaba:

—¡Qué desdicha! ¡Un hombre tan encantador!

El señor de Mérout decía, dirigiéndose a su amigo, en tono sentido y confidencial:

—No puedes figurarte el daño que hacéis a nuestro país.

Le amaba, sin embargo; porque nada es más sólido que las amistades infantiles reanudadas en la edad madura. José Mouradour se burlaba de la mujer y del marido; les llamaba "amables tortugas", y a veces se deshacía en sonoras exclamaciones contra las gentes atrasadas, contra los prejuicios y las tradiciones.

Cuando dejaba correr así el torrente de su elocuencia democrática, el matrimonio, contrariado, se callaba, por conveniencia y consideración; luego el esposo trataba de cambiar de asunto para evitar las discusiones. No se veía a José Mouradour más que en la intimidad.

Llegó el estío. La mayor alegría de los Mérout consistía en recibir a sus amigos en su posesión de Tourbeville. Era aquélla una alegría íntima y sana, una alegría de buenas

gentes y de propietarios campesinos. Salían hasta la vecina estación a recibir a los invitados, y los llevaban en un coche, no escaseando las alabanzas sobre su país, sobre la vegetación, sobre el estado de los caminos en la provincia, sobre la limpieza de las casas de los labriegos, sobre la gordura de los ganados, sobre todo lo que se distinguía en el horizonte.

Hacían observar que su caballo trotaba de un modo admirable, para ser un animal empleado, gran parte del año, en los trabajos campestres; y esperaban con ansiedad la opinión del recién llegado sobre su dominio, sensibles a la menor palabra, agradecidos a la menor intención favorable.

José Mourador fue invitado, y anunció su viaje.

La mujer y el marido habían acudido a la estación, encantados de poder hacer los honores de su casa.

En cuanto les echó la vista encima, José Mouradour saltó de su coche con una vivacidad que aumentó su satisfacción. Les estrechó la mano, los felicitó, les llenaba de cumplidos.

A lo largo de la carretera fue encantador; se admiró de la altura de los árboles, del espesor de los sembrados, de la rapidez de su cabalgadura.

Cuando echó pie a tierra, en el vestíbulo del castillo, el señor de Mérout le dijo con cierta amistosa solemnidad:

—Estás en tu casa.

José Mouradour respondió:

—Gracias, querido; ya lo sabía. Por otra parte, yo no gasto ceremonias con los amigos. No comprendo la hospitalidad de otra manera.

Luego subió a su aposento, para disfrazarse de aldeano, según dijo, y volvió a bajar vestido de azul, con sombrero de anchas alas y botas amarillas, en un abandono completo de parisiense en el campo. Parecía también haberse vuelto más ordinario, más jovial, más familiar; Diríase que había tomado con aquel traje campestre una despreocupación y una desenvoltura que juzgaba de acuerdo con las circunstancias. Su nuevo aire chocó algo a los señores de Mérout, que continuaban siempre serios y dignos, hasta en sus tierras, como si la partícula que precedía a su nombre les hubiese obligado a usar de ciertas ceremonias, aun en la intimidad.

Después del desayuno fueron a visitar las granjas. Y el parisiense confundió a los respetuosos labriegos con su llaneza de expresión.

Por la noche cenaba en la casa el cura, el viejo y corpulento cura, convidado de todos los domingos, y a quien se había invitado aquel día, excepcionalmente, en honor del recién llegado.

Al reparar en él, José Mouradour hizo un gesto, y después le miró con admiración, como si se hubiese tratado de un raro ser de una casta especial que nunca había visto tan de cerca. Refirió, en el transcurso de la comida anécdotas libres, propias de la intimidad, pero que los Mérout no creían convenientes en presencia de un eclesiástico. No decía nunca "señor abate", sino "señor", a secas, y puso en grandes aprietos al sacerdote con consideraciones filosóficas acerca de las diversas supersticiones reinantes en la superficie del globo. Decía:

—Su Dios de usted, señor, es de aquellos que hay que respetar, pero también de los que han de discutirse. El mío se llama Razón; fue en todo tiempo el enemigo del de ustedes.

Los Mérout, desesperados, se esforzaban para cambiar de conversación. El cura se marchó muy pronto.

Entonces el marido dijo suavemente:

—Tal vez hayas ido algo lejos con ese sacerdote.

Pero José exclamó en seguida:

—¡Esta es buena! ¿Me iba yo a molestar por un ensotinado? Pues mira, pensaba decirte que me dieras el gusto de no imponerme ese buen hombre durante las comidas. Tratadle vosotros cuanto queráis, los domingos y días laborables, mas no se lo sirváis a los amigos, ¡recórcholis!

—Pero, querido, su carácter sagrado...

José Mouradour le interrumpió:

—Sí, ya sé que es necesario tratarlos como si fueran doncellitas. ¡Lo sé, lo sé! Mas cuando esas gentes respeten mis creencias, entonces respetaré yo las suyas.

Y no pasó más aquel día.

Cuando la señora de Mérout entró en su salón, divisó encima de la mesa tres periódicos, que la hicieron retroceder: El Voltaire, La República Francesa y La Justicia.

En seguida José Mouradour, siempre vestido de azul, apareció en el umbral, leyendo con atención el Intransigente, Y exclamó:

—Viene aquí un hermoso artículo de Rochefort. Este mozo es admirable.

Leyó aquel trabajo en voz alta, subrayando los conceptos enérgicos, tan entusiasmado que no vio que entraba su amigo.

El señor de Mérout tenía en la mano El Galo para él y El Clarin para su señora.

La ardiente prosa del magistral escritor que derribara el Imperio, declamada con violencia, cantada con el acento del Mediodía, resonaba en el pacífico salón, sacudía los viejos cortinajes de rectos pliegues, parecía descargar sobre la pared, sobre los grandes sillones de tapicería, sobre los graves muebles colocados desde hacia un siglo en los mismos lugares, una granizada de palabras chillonas, desvergonzadas, irónicas y ruidosas.

El hombre y la mujer, en pie el uno, sentada la otra, escuchaban con estupor, tan escandalizados, que no hacían un gesto.

Mouradour lanzó la frase final como se despide un cohete, y en seguida declaró con triunfante tono:

—¿Eh? ¿No es bueno esto?

De pronto reparó en los dos periódicos que llevaba su amigo, y quedó lleno de sorpresa. Luego avanzó hacia él a grandes zancadas, preguntando con tono furibundo:

—¿Qué vas a hacer de esos papeles?

El señor de Mérout respondió, titubeando:

—Pues son..., son mis..., mis periódicos.

—¡Tus periódicos! ... ¡A ver eso! ¿Te burlas de mí? Vas a hacerme el favor de leer los míos, que te despabilarán las ideas; en cuanto a los tuyos..., he aquí lo que hago yo de ellos...

Y, antes que su amigo, lleno de asombro, pudiera defenderse, había cogido las dos hojas y las tiraba por el balcón. Luego depositó gravemente La Justicia en manos de la señora de Mérout, dió El Voltaire al marido y se arrellanó en un sillón para acabar de leer El Intransigente.

El hombre y la mujer, por delicadeza, aparentaron leer un poco; luego dejaron las hojas republicanas, que tocaban con la punta de los dedos como si hubieran estado llenas de veneno.

Entonces volvió él a echarse a reír y declaró inmediatamente:

—Ocho días de esta alimentación, y os convierto a mis ideas.

En efecto, al cabo de ocho días gobernaba la casa. Había cerrado la puerta al cura, a quien la señora de Mérout visitaba en secreto; había prohibido la entrada en el castillo de El Clarin y El Galo, que un criado iba misteriosamente a buscar al correo,

escondiéndolos, al entrar, bajo el canapé; lo ordenaba todo a su guisa, siempre encantador, bonachón siempre, tirano, jovial y topoderoso.

Mientras tanto, otros amigos, gente piadosa y legitimista, habían de llegar. Los castellanos juzgaron imposible un encuentro y, no sabiendo qué hacer, anunciaron un día a José Mouradour que se veían obligados a ausentarse algunos días, con motivo de un pequeño asunto, y le rogaron se quedase allí solo. El no se inmutó, y les dijo:

—Muy bien; me es igual; os esperaré hasta que volváis. Ya os lo he dicho: entre amigos no debe haber ceremonias. Hacéis bien en ir a despachar vuestros asuntos ¡qué diantre! No me molestaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con vosotros. Marchaos, amigos míos; os espero.

El señor y la señora de Mérroul se fueron al día siguiente.

Aún los aguarda.

*Le Gaulois, 3 de junio de 1883*

# *El amigo Patience*

---

*L'ami Patience*

- ¿Qué se hizo Leremy?
- Es capitán en el sexto de Dragones.
- ¿Y Puisón?
- Subprefecto.
- ¿Y Racollet?
- Murió.

Buscábamos en los rincones de la memoria nombres de los compañeros de nuestra juventud, los cuales no hablamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia, ya calvos o encanecidos, con mujer propia y abundante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

- ¿Y Patience, el gran Patience?

Lancé una especie de alarido

—¡Ah! En cuanto a ése... La historia es larga. Escucha. Fui en visita de inspección a Limoges, hace cuatro años, y mientras aguardaba la hora de comer, me aburría solemnemente sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres o cuatro, a tomar el vermut o el ajenjo; hablaban en voz alta de los negocios, reían estrepitosamente y bajaban el tono para comunicarse cosas importantes o delicadas.

Yo me decía: "¿Qué haré después de comer?" Y me horrorizaba pensar en lo interminables que resultan las noches en una capital de provincia, en el vagar pausado y siniestro a través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeúntes, extraños a él en todo y por todo, por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco a poco el paso como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho induce a reflexiones y provoca estremecimientos, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía multiplicarse mi desolación y mi angustia a medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fue a sentarse junto a la mesa próxima, y ordenó con voz formidable:

- Mozo, mi witter.

El mi sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí en seguida que todo era suyo, muy suyo, en la existencia, y no de otro; que tenía su carácter, su apetito, su pantalón, su "no importa qué", de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

- Mi periódico.



Yo me preguntaba: "¿Cuál puede ser su periódico?" El título bastaría para revelarme sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simplezas.

El mozo le llevó *Le Temps*, y quedé sorprendido, porque *Le Temps* es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: "Será un hombre prudente, de buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués, en fin."

Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Al advertir mi presencia, se puso a examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía a interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante a Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra.

Se levantó bruscamente y me tendió los brazos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Algo sorprendido, porque no le reconocía, dije:

—Bien..., gracias... ¿Y usted?

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No..., la verdad... Y, sin embargo, me parece...

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Patience Robert; soy tu amigo, tu camarada.

Entonces lo reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le di cuenta de mi visita de inspección.

—¿No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú?

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; soy muy rico. Mañana, si quieres, te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, número diecisiete. Ya verás qué instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?

—No he variado.

—¿No te casaste?

—No.

—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?

Me iba resultando deplorablemente vulgar. A pesar de todo, le respondí:

—Me gustan como siempre.

—¿Y las guapas mozas?

—Más que nunca.

Se rió muy satisfecho, y dijo:

—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Burdeos? ¡Qué noche!

En efecto, recordé aquella y otras posteriores. Reímos. El golpeaba la mesa con los puños; yo le pregunté bruscamente:

—Y tú, ¿no te casaste?

—Si; hace diez años, y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana, y a su madre también.

Hablábamos a voces; los parroquianos del café nos observaban sorprendidos.

De pronto mi amigo miró la hora en su reloj, un cronómetro inmenso, y exclamó:

—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte, porque tengo que hacer esta noche.

Se levantó, estrechándome las manos, y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:

—Hasta mañana, ya lo sabes; a mediodía.

Pasé la mañana trabajando con el Interventor de Hacienda, que me invitó a almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome, y le pregunté:

—¿Sabe usted dónde está la calle del Gallo?

—Si; está un poco lejos. Yo le guiaré.

Y nos pusimos en camino.

Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número 17 correspondía a una especie de hotel con jardín. La fachada, adornada con pinturas al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Se veían diosas reclinadas sobre cojines, otras entre nubes, que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.

—Esta es la casa.

Sorprendido al oírme, el interventor de Hacienda hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada. Nos despedimos con un apretón de manos.

Llamé a la puerta. Salió una criada.

—El señor Robert, ¿vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban a la sombra de las palmeras, bañadas en rojiza claridad. Un farol oriental y antipático pendía del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo cortinajes llamativos.

Pero lo que más me chocaba de todo era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora, como la de las estufas. Subí, siguiendo a la criada, por una escalera de mármol, revestida con una alfombra de género oriental, y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo ya, miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes, y denotaban una presunción excesiva. Grabados del siglo XVIII representaban mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho desordenado daba con el pie a un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente a su amante, cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos se adivinaban, ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dio en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué a la ventana para mirar el jardín que se extendía a espaldas del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura, en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron tres damas; andaban lentamente, cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos recargados de encajes.

Dos eran rubias y la otra morena. Luego volvieron a desaparecer entre los árboles. Quedé sobrecogido, encantado ante aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mi todo un mundo poético. Se habían mostrado apenas, a una conveniente luz entre los verdores del ramaje, en jardín secreto y delicioso, evocando en mi memoria las hermosas damas del siglo XVIII que vagaban a la sombra de los álamos, aquellas hermosas damas cuyos ligeros amores reproducían los grabados galantes del salón.

Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual, perversamente ingenuo, en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

Una voz atronadora me hizo estremecer. Patience había entrado en la sala, radiante como siempre, y me tendía las manos. Mirándome a los ojos, con solapada expresión, propia de ciertas confidencias, y haciendo un gesto napoleónico, me hizo reparar en el lujo, en su jardín y en las tres mujeres, que volvieron a dejarse ver; luego, con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empecé con mi esposa y mi cuñada solamente!

*Gil Blas, 4 de septiembre de 1883*

# *Amor*

---

*Amour*

Páginas del «Diario de un cazador»

...En la crónica de sucesos de un periódico acabo de leer un drama pasional. Uno que la ha matado y se ha matado después; es decir, uno que amaba. ¿Qué importan él y ella? Sólo su amor me importa; y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva ni me haga soñar, sino porque evoca en mí un recuerdo de la mocedad, recuerdo extraño de una cacería en que se me apareció el Amor como se aparecían a los primeros cristianos cruces misteriosas en la serenidad de los cielos.

Nací con todos los instintos y las emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto.

Aquel año, al final del otoño, se presentó impetuosamente el frío, y mi primo Karl de Ranyule me invitó a cazar con él a la alborada; había patos magníficos en los pantanos de su posesión.

Mi primo, un buen mozo de cuarenta años, encarnado, con mucha vida en el cuerpo y muchos poles en la cara, semibruto y semicivilizado, de alegre carácter, dotado de ese esprit gaulois que tan agradablemente vela las deficiencias del ingenio, vivía en una especie de cortijo con aires de castillo señorial, escondido en un amplio valle.

Coronaban las colinas de la derecha y de la izquierda hermosos bosques señoriales, con árboles antiquísimos y poblados de caza excelente. Algunas veces se abatían allí águilas soberbias, y esos pájaros errantes, que raramente se aventuran en países demasiados poblados para su azorada independencia, encontraban en aquella selva secular asilo seguro, como si reconocieran en ella alguna rama que en otros tiempos los acogiera durante sus excursiones sin rumbo.

El valle estaba cubierto de exuberantes pastos regados abundantemente, que señalaban, con la gradación en el calor, el camino del pantano allá a lo lejos, casi en el fondo de la finca.

Mi primo lo cuidaba con esmero digno del mejor de los parques, y con razón, pues era aquel pantano la mejor región de caza que he conocido. Entre aquellos innumerables islotes verdes que le daban vida había arroyuelos estrechos por los que se deslizaban las barcas. Mudas sobre el agua muerta, frotando los juncos, ahuyentaban a los peces y a los pájaros que desaparecían, éstos entre las espigas, aquellos entre las raíces de las altas hierbas.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y, singularmente, con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte a los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz; pero más aterrador a veces que el estruendo de los cañones de los

hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué tendrán en común los pantanos de los países del ensueño y esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutables y peligroso?

Un misterio profundo, grave, flota sobre aquellas brumas: ¡el misterio mismo de la creación! ¿No fue en el agua sin movimiento y fangosa, en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los colores del sol, donde vibró y surgió a la luz el primer germen de vida?

\*\*\*

Llegué por la noche a casa de mi primo. Hacía un frío que helaba las piedras.

Durante la comida en la vasta sala, donde los muebles y las paredes y el techo estaban cubiertos de pájaros disecados, y donde hasta mi primo, con aquella chaqueta de piel de foca, parecía un animal exótico de los países helados, el buen Karl me dijo lo que había preparado para aquella misma noche.

Debíamos ponernos en marcha a las tres de la madrugada, con objeto de llegar a las cuatro y media al punto designado para la cacería. Allí nos habían construido una cabaña para abrigarnos de ese viento terrible de la mañana que rasga las carnes como una sierra, la corta como una espada, la hierde como una aguja envenenada, la retuerce como tenazas y la quema como el fuego.

Mi primo se frotaba las manos.

—Nunca he visto una helada como esta —me decía.

Y a las seis de la tarde teníamos 12 grados bajo cero.

Apenas terminada la comida, me eché en la cama y me quedé dormido, mirando las llamas que regocijaban la chimenea.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de coñac abrasador, nos pusimos en camino acompañados por un guarda y por nuestros perros Plongeon y Pierrot.

Al dar los primeros pasos me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial hace tanto daño que parece palpable; no lo agita soplo alguno; diríase que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida para el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y se estaba allí arriba inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagadiza y triste, esa luz amarillenta y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo. Nuestro calzado, envuelto en lana a fin de que pudiéramos caminar sin resbalar por la escurridiza tierra helada, no hacía ruido: yo iba contemplando el humo blancuzco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos a la orilla del pantano y nos internamos por una de las avenidas de juncos que la rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó a que me sintiese poseído, como nunca, por la singular y poderosa emoción que hace siempre nacer en mí la proximidad de un pantano.

Aquel en el cual nos encontrábamos estaba muerto, muerto de frío.

De pronto, al revolver una de las calles de juncos, apareció a mi vista la choza de hielo que habían levantado para ponernos al abrigo de la intemperie. Entré en ella, y

como todavía faltaba más de una hora para que se despertaran las aves errantes que íbamos a perseguir, me envolví en mi manta y traté de entrar un poco en calor.

Entonces, echado boca arriba, me puse a mirar a la luna, que, vista a través de las paredes vagamente transparentes de aquella vivienda polar, aparecía ante mis ojos con cuatro cuernos.

Pero el frío del helado pantano, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento, se metió hasta mis huesos de una manera tan terrible que me puse a toser.

Mi primo Karl, alarmado por aquella tos, me dijo lleno de inquietud:

—Aunque no matemos mucho hoy, no quiero que te resfríes; vamos a encender lumbre.

Y dio orden al guardia para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo; y cuando la llama rojiza empezó a jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron a fundirse suavemente y muy poco a poco, como si aquellas piedras de hielo echaran a sudar. Karl, que se había quedado fuera, me gritó:

—Ven a ver esto.

Salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros que se estaban calentando.

Un graznido extraño, graznido errante, perdido, se oyó allá en lo alto, por encima de nuestras cabezas. El reflejo de nuestra hoguera despertaba a las aves salvajes.

No hay nada que me conmueva tanto como ese primer grito de vida que no se ve y que corre por el aire sombrío, rápido, lejano, antes de que se aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. Me parece, a esa hora glacial del alba, que ese grito fugitivo, escondido entre las plumas de un pajarraco, es un suspiro del alma del mundo.

—Apaguen la hoguera —decía Karl—, que ya amanece.

Y, en efecto, comenzaba a clarear, y las bandadas de patos formaban amplias manchas de color, pronto borradas en el firmamento.

Brilló un fogonazo en la oscuridad; Karl acababa de disparar su escopeta; los perros salieron a la carrera. Entonces, de minuto en minuto, unas veces él, otras yo, nos echábamos la escopeta a la cara en cuanto por encima de los juncos aparecía la sombra de una tribu voladora. Y Pierrot y Plongeon, sin aliento, gozosos, entusiasmados, nos traían, uno tras otro, patos ensangrentados que, moribundos, nos miraban melancólicamente.

Había amanecido un día claro y azul; el sol iba levantándose allá, en el fondo del valle. Ya nos disponíamos a marcharnos cuando dos aves, con el cuello estirado y las alas tendidas, se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas. Tiré. Una de ellas cayó a mis pies. Era una cerceta de pechuga plateada. Entonces se oyó un grito en el aire, grito de pájaro que fue un quejido corto, repetido, desgarrador; y el animalito que había salvado la vida empezó a revolotear por encima de nuestras cabezas mirando a su compañera, que yo tenía muerta entre mis manos.

Karl, rodilla en tierra, con la escopeta en la cara, la mirada fija, esperaba a que estuviese a tiro.

—¿Has matado a la hembra? —dijo—. El macho no escapará.

Y, en efecto, no se escapaba. Sin dejar de revolotear por encima de nosotros, lloraba desconsoladamente.

No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado el alma tanto como el reproche lamentable de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.

De cuando en cuando huía bajo la amenaza de la escopeta, y parecía dispuesto a continuar su camino por el espacio. Pero no pudiendo decidirse a ello, pronto volvía en busca de su hembra.

—Déjala en el suelo —me dijo Karl—. Verás como se acerca.

Y así fue. Se acercaba, inconsciente del peligro que corría, loco de amor por la que yo había matado.

Karl tiró: aquello fue como si hubiera cortado el hilo que tenía suspendida al ave. Vi una cosa negra que caía; oí el ruido que produce al chocar con las juncos, y Pierrot me la trajo en la boca.

Metí al pato, frío ya, en un mismo zurrón... y aquel mismo día salí para París.

*Gil Blas, 7 de diciembre de 1883*

# *Amorosa*

---

*Etrennes*

Después de comer en su casa, Jacobo de Randal dio permiso al criado para salir, y se puso a despachar su correspondencia.

Tenía costumbre de acabar así la última noche del año, solo, escribiendo; recordaba cuanto le había ocurrido en doce meses, todo lo acabado, todo lo muerto, y al surgir entre sus meditaciones la imagen de un amigo, escribía una frase afectuosa, el saludo cordial de Año Nuevo.

Se sentó, abrió un cajón y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó una carta:

"Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti..."

No pasó adelante; dejando la pluma, se levantó; iba y venía...

Desde marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera o mundana; era una mujer a la que había pretendido y logrado con verdadero amor. El ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas a través de un prisma positivo y práctico.

"Hizo balance" de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia.

Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores.

Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimiento, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo le hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir a un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo.

Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vio en el descansillo a su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared.

Sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo!

—¿No me verá nadie?

—Absolutamente nadie.

—¿Ibas a salir?

—No.

Entró —como quien tiene muy conocida la casa— y desplomándose, casi desmayada, en el diván del gabinete, rompió a llorar, con la cara entre las manos.

El, arrodillado junto a ella, procuraba suavemente descubrir y ver sus ojos, repitiendo:

—Irene, Irene mía, ¿por qué lloras? Te lo suplico. ¡Dime por qué lloras!

La mujer balbució entre sollozos:

—¡No puedo..., vivir así!



No la comprendía.

—¿Vivir así? ¿Cómo?

—No puedo vivir así... en mi casa. No quise decírtelo nunca, pero es horrible... No puedo..., sufro demasiado... Me atormenta... Me ha maltratado!...

—¿Tu marido?

—Sí...

—¡Ah!...

Le sorprendió, porque no imaginaba— ¡cómo imaginarlo! —que fuera brutal con su querida el marido; un hombre de finos modales, que frecuentaba el casino, la sala de armas, paseos y escenarios; jinete y tirador; muy conocido y estimado en sociedad, correcto y cortés; hombre de pocos alcances y de limitados conocimientos, pero con la inteligencia indispensable para discurrir como todas las gentes de su mundo y respetar las preocupaciones y rutinas elegantes.

Parecía ocuparse de su mujer, como debe hacerlo un hombre acaudalado y aristócrata: atendiendo a sus caprichos, a su salud, a sus trajes y dejándola perfectamente libre.

Desde que Randal fue presentado a Irene y ella le recibió con agrado, tuvo derecho a las deferencias que todo marido culto sabe guardar a los contertulios de su mujer. Cuando Randal pasó de ser amigo a ser amante, las deferencias del esposo aumentaron, es natural.

Y como nada le hizo sospechar de que hubiese tempestades íntimas en aquel matrimonio, le sorprendía mucho esta revelación inesperada.

¡Te ha maltratado! No llores y dime cómo fue.

Irene contó una historia muy larga: sus desavenencias, al principio triviales, más hondas de día en día, la incompatibilidad de sus temperamentos.

Empezaron las disputas, acabando en una separación completa; el marido se mostró suspicaz, violento. Más adelante, celoso, celoso de Randal; y acababa de maltratarla.

—... No vuelvo a mi casa, no. Dime lo que debo hacer.

Jacobo se había sentado muy cerca, y le cogió las manos.

—Piénsalo mucho, y no lo hagas ciegamente; que todas las culpas caigan sobre tu marido; tu salva tu posición de mujer irreprochable.

Mirándole con inquietud, Irene le preguntó:

—¿Qué me aconsejas?

—Vuelve a tu casa y sufre con resignación hasta encontrar un pretexto para separarte con todos los honores.

—¿No es algo cobarde tu consejo?

—Es prudente. No puedes arrojar por la ventana tu honra y las atenciones que debes a tu familia. ¡Qué dirán de ti si renuncias a todo en un momento de locura!

Irene se levantó excitada, violenta:

—No puedo más. Todo acabó. ¡Se acabó, se acabó y se acabó!

Luego, apoyando ambas manos en el pecho de su amante, le miró a los ojos.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues bien; viviremos juntos en tu casa.

Randal exclamó asombrado:

—¿En mi casa? ¿Conmigo? ¿Te has vuelto loca? ¿Comprometerte, deshonorarte para toda la vida?

Ella repuso, lentamente, con seriedad, midiendo las palabras:

—Oye, Jacobo. Me ha prohibido que te vea. Yo no soy mujer de las que mienten y engañan. Si vuelvo a mi casa, no volveré más a la tuya. Elige.

—Si te divorciases, nos casaríamos.

—Era necesario esperar dos o tres años... Tu cariño, ¿tiene tanta paciencia? ¿No se sublevaría en ese tiempo?

—Reflexiona. Si te quedas hoy aquí, mañana te reclamará; es tu marido: el derecho le asiste, le ampara la ley.

—No me interesa quedarme aquí, lo que yo quiero es ir contigo a cualquier parte. Si me quieres, vámonos a donde tu digas, y si no me quieres, adiós.

Jacobo la detuvo:

—Irene, ten calma;

Ella no quería oírle; con los ojos llenos de lágrimas, repetía:

—Déjame..., déjame..., déjame...

La hizo sentar a la fuerza y se arrodilló de nuevo a sus pies. Trató —acumulando reflexiones y consejos— de hacerle comprender lo irreparable de aquella resolución. Estuvo elocuente, y hasta en su mismo cariño halló argumentos convincentes.

Le suplicó una y mil veces que le atendiera, que razonara como él, que no se ofuscara.

Fría, serena, cuando Jacobo calló, Irene dijo:

—Está bien; permite que me levante y que me vaya

—No; eso, no.

—Déjame. Tú me rechazas, me voy

—Te vas, pensando que no te quiero.

—Me rechazas.

—¡Dime si tu resolución, si tu loca resolución, de la cual te arrepentirás luego, es irrevocable!

—Sí... Pero ¡déjame!

—No; si estás decidida, mi casa es tu casa. Nos iremos lo antes posible a un lugar seguro; te acompañaré, te seguiré...

—No; no quiero que te sacrifiques. Comprendo... que te sacrificas.

—Espera; hice cuanto pude para convencerte; no quise contribuir a perjudicarte. Pero lo que tú hagas, yo lo acepto.

Irene volvió a sentarse, le miró a los ojos fijamente y dijo:

—Habla; explícame cómo te convenciste cuando te proponías convencerme; dime lo que has pensado.

—No he pensado nada. Te advierto que haces una locura, una terrible y dolorosa locura. Insistes, y te pido mi parte; lo de cada uno debe ser de los dos: tu locura, como todo.

—Tampoco me convences.

—Oyeme bien. No se trata ni de sacrificio ni de abnegación. Cuando comprendí que te amaba, pensé lo que debieran pensar todos los amantes en situaciones parecidas: "El hombre que pretende a una mujer, que la enamora, que la consigue, contrae un sagrado compromiso. Naturalmente, cuando se trata de una como tú y no de una mujer fácil y casquivana.

El matrimonio, que tiene mucha importancia social, un gran valor legal, a mi juicio, vale poco, moralmente, por las condiciones que lo determinan.

Así, cuando una mujer sujeta por ese lazo jurídico, pero que no quiere a su esposo, que no puede quererle, cuyo corazón es libre, siente cariño por un hombre y se hace suya, ese hombre se compromete más en ese mutuo consentimiento que formalizando legalmente un matrimonio.

Y si ella y él son personas honradas, la unión debe ser más íntima y estrecha que si la consagraran todas las ceremonias.

En tales circunstancias, la mujer se arriesga mucho. Y, porque no lo ignora, porque lo da todo, su corazón, su cuerpo, su alma, su honor, su vida; porque se ha resignado a sufrir todas las miserias y todas las derrotas; porque realiza su amor heroicamente; porque se ha resuelto a desafiar las iras de su marido, que puede matarla, y el desprecio del mundo, que puede perderla, ¡es digna de respeto! Por eso también su amante, al pretenderla, debió pensarlo y prevenirlo todo, preferiría siempre a todo, en cualquier circunstancia. No tengo nada que añadir. Advertí primero —como un hombre prudente; ahora ya puedo hablar como un hombre apasionado. ¡Soy tuyo!

Radiante de alegría, Irene selló sus labios con un beso.

—Viviremos como siempre; no ha pasado nada: he fingido... Quise ver cuánto me querías... Una prueba muy arriesgada... Ya la hice... ¡Qué feliz Año Nuevo me ofreces!

*Gil Blas, 7 de enero de 1887*

# *Antón*

---

Toine

## I

Se le conocía en diez leguas redonda. Triple Antón, Antón a secas o Antón Pepino, que de tantas maneras llamaban las gentes al señor Antonio Machablé, posadero en Tournevent, famoso aquel pobre lugarejo, perdido en un repliegue del valle que se prolonga hasta el mar. Las diez casuchas que lo forman se han guarecido en la hondonada como se guarecen las alondras en un surco para librarse del huracán y eran una especie de feudo para el señor Antón, apodado también Triple Antón, aludiendo a su excesiva gordura y a este dicharacho que no se le caía de la boca:

—Mi triple anís, es el primero de Francia.

Otros le apodaron Antón Pepino porque, además de parecerlo por lo rechoncho y abotargado a cuantos le preguntaban:

—¿Qué podríamos tomar?

Invariablemente respondía:

—Para hacer boca, tengo pepinos en vinagre que no los hay mejores: tómalos, yerno.

Solía llamar yerno a todos, él, que nunca tuvo hija casada ni por casar.

Sí; conocía todo el mundo a Antón, Triple Antón o Antón Pepino, el hombre más obeso, no sólo de la comarca, sino de la región. Su casa parecía irrisoriamente pequeña para hospedarle, y cuando se le veía en pie, junto a la puerta, donde pasaba horas y horas, la gente se preguntaba cómo podía entrar y salir sin gran esfuerzo. Entraba cada vez que aparecía un a parroquiano, porque todos los que saboreaban el triple anís de Antón solían invitarle a vaciar la dado primera copa.

Su establecimiento lucía este rotulo: Tertulia de los Amigos; y, en verdad, el señor Antón era un amigo de toda la comarca. Iban desde Fécamp y desde Montivilliers algunos desocupados para oír sus bromas, pues tenía tanta gracia, que hubiera hecho reír a una lápida sepulcral aquel triple gordo. Tenía un modo particular de hacer burla de todo el mundo sin enfadar a nadie, una manera propia de guiñar los ojos indicando lo que no decía; y sus accesos de risa, retorciendo el corpachón y golpeándose los muslos, alegraban al más hipocondríaco. Además, bebía cuanto le daban, con los ojos alegres, con la doble satisfacción de aumentar la venta y darse un gusto.

Lo más gracioso era verle regañar con su mujer. Una comedia. Y en treinta y un años de matrimonio no tuvieron un día de paz, andando siempre a la greña; pero Antón se guaseaba mientras ella se ponía furiosa. Era una campesina forzuda, flaca, insolente; ocupándose de sus gallinas y de sus pollos, adquirió fama de saber engordarlos.

Cuando había comilona en alguna casa principal de Fécamp, nunca faltaban unos pollos comprados en la Tertulia de los Amigos.

Era desapacible por naturaleza y ninguna cosa la contentaba. Quejosa de todo, lo estaba principalmente de su marido. La molestaba su alegría, su fama de hombre campechano, su inquebrantable salud, su obesidad. Le miraba despreciativamente al verle ganar dinero sin hacer nada y al verle comer y beber por ocho; no pasaba día sin que le dijera:

—¿No estarías mejor en el establo de los cerdos? Me repugna verte con tantísima grasa.

Y otras veces:

—Aguarda, lo hemos de ver; reventarás cuando menos lo pienses, como un saco viejo. Antón, riendo con ganas y dándose golpes en el vientre, respondía:

—¡Eh, señora llueca; procura engordar así tus pollos. A ver si lo consigues.

Y arremangándose y luciendo su brazo desnudo proseguía:

—Aquí tienes un alón; míralo, ¿te gusta?

Los parroquianos manoteaban muertos de risa, escupiendo y atragantándose, locos de cijo.

La mujer, furiosa, gritaba:

—Espera..., espera... Ya reventarás como un saco viejo.

Y entraba en el corral cerrando la puerta, porque la molestaba oír las carcajadas.

En realidad, la gordura de Antón era sorprendente y aumentaba de día en día, cada vez más colorado, más rollizo, con apariencias de una salud sobrehumana.

—Espera un poco..., ya veremos lo que sucederá.

## II

Y sucedió que Antón tuvo un ataque de parálisis. Metieron al coloso en una alcobita detrás del mostrador, para que pudiese oír las conversaciones de los parroquianos y hablar con los amigos, porque su cerebro y su lengua estaban expeditos, mientras el enorme corpachón dormía, inmóvil siempre. Al principio se creyó que sus musculosas piernas recobrarían algo del vigor perdido; pero desvanecida toda esperanza, pasó la vida en aquel rincón, del cual una vez a la semana solían sacarle cuatro vecinos para dar lugar a que le hiciesen la cama.

No perdió su jovialidad, pero se mostraba tímido y humilde, temeroso como una criatura de su mujer, la cual repetía constante:

—Ahí lo tenéis... Inútil para todo... Comías como un cerdo... ¡No podía suceder otra cosa!

Él no replicaba; solamente guiñaba sus ojos cuando ella no lo veía. Su distracción única era oír las conversaciones y dialogar a través del tabique.

—Hola, mi yerno, ¿eres Celestino?

—Sí. ¿Qué haces en esa pocilga? ¿Cuándo echas a correr?

—Correr precisamente, no; pero ni adelgazo ni se me ablandan las carnes; ¡buena madera!

Más adelante hizo entrar a sus íntimos, aun cuando le desconsolaba que bebieran sin poder acompañarlos.

—Mi único duelo, no catarlo, ¡ni siquiera olerlo!

Y la voz chillona de la mujer gritaba:

—Ya le veis, ¡hay que darle de comer, hay que lavarle como a un cerdo!

A veces un gallo de plumas rojas entraba por la ventana observándolo todo y lanzando un cacareo; y otras veces los pollos persiguiéndose y revoloteando, subían a la cama o buscaban por el suelo migas de pan.

Todos los amigos, poco a poco, sin distinción, fueron entrando y sentándose alrededor del gordo. Paralítico y todo, el famoso guasón los divertía. ¡Hubiera hecho reír al diablo! Tres, no faltaban jamás: Celestino Maloisel, muy seco y algo torcido, como un tronco de manzano; Próspero Horslville, pequeño, flaco, muy zorro, con las narices como un hurón, y Cesáreo Paumelle, que no hablaba nunca, pero que, sin embargo, se divertía grandemente.

Entraban una tabla del patio y sobre la cama jugaban al dominó, desde las dos hasta las seis.

Pero la mujer se ponía insoportable. No podía tolerar que su marido continuara divirtiéndose y que los otros jugaran allí. En lo más interesante de una partida, como

podría daba un meneo a la tabla, recogía las fichas y las ponía en una mesa del establecimiento, diciendo que ya era bastante mantener un vago, sin buscarle distracciones, lo cual parecía un insulto para las pobres gentes que trabajan sin cesar ganando lo que se comen.

Celestino y Cesáreo bajaban la cabeza; pero Próspero, divertido con las cóleras de la mujer, las provocaba.

Un día, viéndola más furiosa que de costumbre, dijo:

—¿Sabes lo que haría yo en tu pellejo?

Ella esperó que se lo explicara, clavando en él sus verdes ojos de lechuza.

—Pues como Antón Pepino tiene tanto calor en la cama, le haría empollar huevos.

Ella quedó indecisa, temiendo la burla, y observando el rostro del campesino, el cual prosiguió:

—Yo le pondría cinco debajo de cada brazo, al mismo tiempo de apartar una llueca. Y nacerían igual. En cuanto salieran del cascarón los pollos que Antón hubiese incubado, mezclándolos con los de la llueca se criarían perfectamente.

La mujer, algo incrédula, preguntó:

—¿Es posible?

—¿Por qué no ha de ser posible? Lo mismo que salen pollos de una incubadora, de un cajón caliente pueden salir de una cama. Todo es que haya calor.

Este razonamiento fue bastante para convencerla.

Y a los ocho días entró en el cuarto de su marido con el delantal lleno de huevos.

—Acabo de apartar a la parda con diez huevos; ahí tienes otros diez para ti. ¡Cuidadito con romper alguno!

Antón, asombrado, preguntó:

—Pero ¿qué piensas?

—Que sirvas de algo: incuba.

El parálítico reía, y acabó por enfadarse al ver la insistencia de su esposa; resistió, negándose resueltamente a consentirlo, hasta que la furia declaró:

—No comerás mientras no lo hagas; veremos lo que sucede.

Antón callaba, inquieto.

A mediodía gritó:

—¿No está hecho el guisado?

La mujer dijo a voces desde la cocina:

—No hay guisado para los cerdos.

Antón supuso que sería una broma, y después de aguardar inútilmente, suplicó, amenazó, se desesperó, dio golpes en la pared con la cabeza... y, al fin, tuvo que resignarse, que admitir los cinco huevos en cada sobaco.

Entonces ella le dio la comida.

Cuando sus amigos entraron por la tarde, creyeron que se agravaba la dolencia de Antón; estaba quieto, sofocado.

Pusieron la tabla y jugaron al dominó como todos los días. Pero Antón movía los brazos con mucha dificultad, con precauciones infinitas.

—¿Se te ha corrido arriba la parálisis?—preguntó Próspero.

—Siento una pesadez en la espalda...

Entraban dos hombres en el establecimiento; los jugadores callaron. Eran el señor alcalde y un concejal. Pidieron dos copas del triple y continuaron la conversación que traían. Como hablaban muy bajo, Antón quiso levantar la cabeza para oír mejor, hizo un movimiento brusco sin acordarse de los huevos y... ¡no fue mala tortilla!

Sintiendo la humedad, soltó un taco redondo, la mujer acudió, adivinando en seguida la catástrofe. Un momento estuvo inmóvil, demasiado sofocada para expresar su indignación; luego, acercándose más al paralítico, empezó a golpearle.

Antón callaba, y no se movía por no estropear los cinco huevos del otro lado que no se habían roto; además, creía necesaria mucha prudencia; pero sus tres amigos reían a mandíbula batiente, chillando, tosiendo, sonándose como locos.

### III

La mala pécora le venció; Antón se vio obligado a prescindir del juego y atender sólo a la incubación. Su esposa le castigaba duramente, dejándole sin comida, y, para no pasar hambre, el desdichado ni se movía, ni alzaba la voz, temeroso a cada instante de un contratiempo. Le preocupaba mucho la gallina parda, llueca entonces, ¡cómo él!, y decía:

—¿Hoy, come?

La mujer no paraba: del gallinero al cuarto de Antón, y del cuarto al gallinero, poseída por la reocupación de los huevos incubados en la cama y en el nido.

Los campesinos de la comarca iban a preguntar por Antón, curiosos y serios; Entraban despacio decían:

—¿Sigues bien?

—Muy bien; pero el calor me sofoca y me dan hormigueos...

—¿Cuándo sales de tu cuidado?

—No lo sé, no lo sé.

Una mañana entró la mujer en el cuarto, diciendo muy conmovida:

—¡La parda tiene siete polluelos!

Antón preguntó con ansia, con angustia, como una primeriza en vísperas de ser madre:

—¿De manera que falta poco? La mujer, temerosa de un mal resultado, respondió con dureza:

—¡Ya lo veremos!

Aguardaron. Los amigos que sabían la proximidad del suceso, llegaban con alguna inquietud.

Se hablaba de lo mismo en todas las casas. Iban los vecinos enterándose de puerta en puerta.

El gordo se amodorró a eso de las tres. Dormía. Le despertó un cosquilleo inexplicable en el sobaco derecho. Llevó al sitio la mano izquierda y palpó un animalillo cubierto de plumas.

Emocionado profundamente, gritó de tal modo que invadieron su alcoba todos los parroquianos que llenaban a tal hora el establecimiento; hicieron círculo alrededor como si fuesen a presenciar unos títeres, y la mujer, acercándose, cogió al animalito sobre las propias barbas de Antón.

Reinaba entre los presentes un silencio profundo. Era un día caluroso de abril, y por la ventana se oía el cloqueo de la gallina parda llamando a los recién nacidos.

Antón, que sudaba de angustia, de afán y de inquietud, murmuró:

—Ya siento salir otro en el brazo izquierdo.

La mujer hundió en la cama su mano descarnada y sacó el segundo pollito con precauciones de comadrona.

Todos los vecinos querían ver aquello y contemplaban el pollo de gallina como si fuera un fenómeno.

Durante veinte minutos no pasó nada; luego, cuatro picaron a la vez el cascarón.

Hubo rumores de asombro entre los que presenciaban el extraño suceso, y Antón sonrió, empezando a enorgullecerse de aquella paternidad inesperada.

Lo cierto es que no se había visto nada semejante.

El gordo anunció:

—Ya llevo seis; ¡qué bautizo! Y le rieron mucho la gracia.

Desde que asaltaron la alcoba los que se hallaban reunidos en el establecimiento, poco a poco se había ido llenando la tienda otra vez y al aire libre aguardaban muchos más. Todos repetían:

—¿Cuántos han salido?

— ¡Ya tiene seis!

La mujer llevó a la llueca este incremento de la familia y la pobre llueca erizaba sus plumas y extendía las alas para dar abrigo a la prole que de tal modo aumentaba.

—¡Ya tenemos otro!—gritó, regocijándose, Antón.

Pero se había equivocado. No era otro, eran tres más. ¡Un triunfo! El último rompió su cascarón a las siete. ¡Los diez habían salido! Y el gordo, borracho de alegría, besó al último con tanta efusión, que a poco más lo espachurra entre sus labios. Quería quedárselo en la cama toda la noche, dominado por una ternura de madre hacia el pobre ser que debía la vida; pero la mala pécora se lo llevó, como se había llevado los otros, desoyendo la súplica del marido.

Los testigos de aquel suceso iban retirándose, comentándolo; Próspero quedó el último, e hizo al gordo esta pregunta:

—¿Me convidas, para cuando estén ya cebados, a comer uno con tomate?

La idea sublime de comer un pollo con tomate iluminó el semblante de Antón, el Triple Antón, con sincero entusiasmo repuso:

—¡Vaya si te convido! Quedas convidado para lo que dices, yerno.

*Gil Blas, 6 de enero de 1885*



# *Aparición*

---

*Apparition*

Se hablaba de secuestros a raíz de un reciente proceso. Era al final de una velada íntima en la rue de Grenelle, en una casa antigua, y cada cual tenía su historia, una historia que afirmaba que era verdadera.

Entonces el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años, se levantó y se apoyó en la chimenea. Dijo, con voz un tanto temblorosa:

Yo también sé algo extraño, tan extraño que ha sido la obsesión de toda mi vida. Hace ahora cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa ni un mes sin que la reviva en sueños. De aquel día me ha quedado una marca, una huella de miedo, ¿entienden? Sí, sufrí un horrible temor durante diez minutos, de una forma tal que desde entonces una especie de terror constante ha quedado para siempre en mi alma. Los ruidos inesperados me hacen sobresaltar hasta lo más profundo; los objetos que distingo mal en las sombras de la noche me producen un deseo loco' de huir. Por las noches tengo miedo.

¡Oh!, nunca hubiera confesado esto antes de llegar a la edad que tengo ahora. En estos momentos puedo contarle todo. Cuando se tienen ochenta y dos años está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Ante los peligros verdaderos jamás he retrocedido, señoras.

Esta historia alteró de tal modo mi espíritu, me trastornó de una forma tan profunda, tan misteriosa, tan horrible, que jamás hasta ahora la he contado. La he guardado en el fondo más íntimo de mí, en ese fondo donde uno guarda los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las debilidades inconfesables que tenemos en nuestra existencia.

Les contaré la aventura tal como ocurrió, sin intentar explicarla. Por supuesto es explicable, a menos que yo haya sufrido una hora de locura. Pero no, no estuve loco, y les daré la prueba. Imaginen lo que quieran. He aquí los hechos desnudos.

Fue en 1827, en el mes de julio. Yo estaba de guarnición en Ruán.

Un día, mientras paseaba por el muelle, encontré a un hombre que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. Hice instintivamente un movimiento para detenerme. El desconocido captó el gesto, me miró y se me echó a los brazos.

Era un amigo de juventud al que había querido mucho. Hacía cinco años que no lo veía, y desde entonces parecía haber envejecido medio siglo. Tenía el pelo completamente blanco; y caminaba encorvado, como agotado. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una terrible desgracia lo había destrozado.

Se había enamorado locamente de una joven, y se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de una felicidad sobrehumana y de una pasión inagotada, ella había muerto repentinamente de una enfermedad cardíaca, muerta por su propio amor, sin duda.

Él había abandonado su quinta el mismo día del entierro, y había acudido a vivir a su casa en Ruán. Ahora vivía allí, solitario y desesperado, carcomido por el dolor, tan miserable que sólo pensaba en el suicidio.

—Puesto que te he encontrado de este modo —me dijo—, me atrevo a pedirte que me hagas un gran servicio: ir a buscar a mi quinta, al secreter de mi habitación, de nuestra habitación, unos papeles que necesito urgentemente. No puedo encargarle esta misión a un subalterno o a un empleado porque es precisa una impenetrable discreción y

un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo volvería a entrar en aquella casa.

»Te daré la llave de esa habitación, que yo mismo cerré al irme, y la llave de mi secreter. Además le entregarás una nota mía a mi jardinero que te abrirá la quinta.

»Pero ven a desayunar conmigo mañana, y hablaremos de todo eso.

Le prometí hacerle aquel sencillo servicio. No era más que un paseo para mí, su quinta se hallaba a unas cinco leguas de Ruán. No era más que una hora a caballo.

A las diez de la mañana siguiente estaba en su casa. Desayunamos juntos, pero no pronunció ni veinte palabras. Me pidió que le disculpara; el pensamiento de la visita que iba a efectuar yo en aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, me dijo. Me pareció en efecto singularmente agitado, preocupado, como si en su alma se hubiera librado un misterioso combate.

Finalmente me explicó con exactitud lo que tenía que hacer. Era muy sencillo. Debía tomar dos paquetes de cartas y un fajo de papeles cerrados en el primer cajón de la derecha del mueble del que tenía la llave. Añadió:

—No necesito suplicarte que no los mires.

Me sentí casi herido por aquellas palabras, y se lo dije un tanto vivamente.

Balbuceó:

—Perdóname, sufro demasiado.

Y se echó a llorar.

Me marché una hora más tarde para cumplir mi misión.

Hacia un tiempo radiante, y avancé al trote largo por los prados, escuchando el canto de las alondras y el rítmico sonido de mi sable contra mi bota.

Luego entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro; y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba ávidamente, en una de estas alegrías de vivir que nos llenan, no se sabe por qué, de una felicidad tumultuosa y como inalcanzable, una especie de embriaguez de fuerza.

Al acercarme a la quinta busqué en el bolsillo la carta que llevaba para el jardinero, y me di cuenta con sorpresa de que estaba lacrada. Aquello me irritó de tal modo que estuve a punto de volver sobre mis pasos sin cumplir mi encargo. Luego pensé que con aquello mostraría una sensibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido cerrar la carta sin darse cuenta de ello, turbado como estaba.

La casa parecía llevar veinte años abandonada. La barrera, abierta y podrida, se mantenía en pie nadie sabía cómo. La hierba llenaba los caminos; no se distinguían los arriates del césped.

Al ruido que hice golpeando con el pie un postigo, un viejo salió por una puerta lateral y pareció estupefacto de verme. Salté al suelo y le entregué la carta. La leyó, volvió a leerla, le dio la vuelta, me estudió de arriba abajo se metió el papel en el bolsillo y dijo:

—¡Y bien! ¿Qué es lo que desea?

Respondí bruscamente:

—Usted debería de saberlo, ya que ha recibido dentro de ese sobre las órdenes de su amo; quiero entrar en la casa.

Pareció aterrado. Declaró:

—Entonces, ¿piensa entrar en... en su habitación?

Empecé a impacientarme.

—¿Por Dios! ¿Acaso tiene usted intención de interrogarme?

Balbuceó:

—No..., señor..., pero es que... es que no se ha abierto desde... desde... la muerte. Si quiere esperarme cinco minutos, iré... iré a ver si...

Le interrumpí colérico.

—¡Ah! Vamos, ¿se está burlando de mí? Usted no puede entrar, porque aquí está la llave.

No supo qué decir.

—Entonces, señor, le indicaré el camino.

—Señáleme la escalera y déjeme sólo. Sabré encontrarla sin usted.

—Pero.... señor... sin embargo...

Esta vez me irrité realmente.

—Está bien, cálese, ¿quiere? O se las verá conmigo.

Lo aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos pequeñas habitaciones que ocupaba aquel hombre con su mujer. Franqueé un gran vestíbulo, subí la escalera, y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin problemas y entré.

El apartamento estaba tan a oscuras que al principio no distinguí nada. Me detuve, impresionado por aquel olor mohoso y húmedo de las habitaciones vacías y cerradas, las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi laramente una gran pieza en desorden, con una cama sin sábanas, pero con sus colchones y sus almohadas, de las que una mostraba la profunda huella de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse en ella.

Las sillas aparecían en desorden. Observé que una puerta, sin duda la de un armario, estaba entreabierta.

Me dirigí primero a la ventana para dar entrada a la luz del día y la abrí; pero los hierros de las contraventanas estaban tan oxidados que no pude hacerlos ceder.

Intenté incluso forzarlos con mi sable, sin conseguirlo. Irritado ante aquellos esfuerzos inútiles, y puesto que mis ojos se habían acostumbrado al final perfectamente a las sombras, renuncié a la esperanza de conseguir más luz y me dirigí al secreter.

Me senté en un sillón, corrí la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno a rebosar. No necesitaba más que tres paquetes, que sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

Intentaba descifrar con los ojos muy abiertos lo escrito en los distintos fajos, cuando creí escuchar, o más bien sentir, un roce a mis espaldas. No le presté atención, pensando que una corriente de aire había agitado alguna tela. Pero, al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo que un pequeño estremecimiento desagradable recorriera mi piel. Todo aquello era tan estúpido que ni siquiera quise volverme, por pudor hacia mí mismo. Acababa de descubrir el segundo de los fajos que necesitaba y tenía ya entre mis manos el tercero cuando un profundo y penoso suspiro, lanzado contra mi espalda, me hizo dar un salto alocado a dos metros de allí. Me volví en mi movimiento, con la mano en la empuñadura de mi sable, y ciertamente, si no lo hubiera sentido a mi lado, hubiera huido de allí como un cobarde.

Una mujer alta vestida de blanco me contemplaba, de pie detrás del sillón donde yo había estado sentado un segundo antes.

¡Mis miembros sufrieron una sacudida tal que estuve a punto de caer de espaldas! ¡Oh! Nadie puede comprender, a menos que los haya experimentado, estos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde; no se siente el corazón; todo el cuerpo se vuelve blando como una esponja, cabría decir que todo el interior de uno se desmorona.

No creo en los fantasmas; sin embargo, desfallecí bajo el horrible temor a los muertos, y sufrí, ¡oh!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, bajo la irresistible angustia de los terrores sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, probablemente ahora estaría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atreveré a decir que

recuperé el dominio de mí mismo y que la razón volvió a mí. No. Estaba tan extraviado que no sabía lo que hacía; pero aquella especie de fiereza íntima que hay en mí, un poco del orgullo de mi oficio también, me hacían mantener, casi pese a mí mismo, una actitud honorable. Fingí ante mí, y ante ella sin duda, ante ella, fuera quien fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de todo aquello más tarde, porque les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensé en nada. Tenía miedo.

—¡Oh, señor! —me dijo—. ¡Podéis hacerme un gran servicio!

Quise responderle, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un ruido vago brotó de mi garganta.

—¿Querréis? —insistió—. Podéis salvarme, curarme. Sufro atrocemente. Sufro, ¡oh, sí, sufro!

Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miraba.

—¿Querréis?

Afirmé con la cabeza incapaz de hallar todavía mi voz.

Entonces ella me tendió un peine de carey y murmuró:

—Peinadme, ¡oh!, peinadme; eso me curará; es preciso que me peinen. Mirad mi cabeza... Cómo sufro; ¡cuanto me duelen los cabellos!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros, me parecieron, colgaban por encima del respaldo del sillón y llegaban hasta el suelo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué recibí con un estremecimiento aquel peine, y por qué tomé en mis manos sus largos cabellos que dieron a mi piel una sensación de frío atroz, como si hubiera manejado serpientes? No lo sé.

Esta sensación permaneció en mis dedos, y me estremezco cuando pienso en ella.

La peiné. Manejé no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la anudé y la desanudé; la trencé como se trenza la crin de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De pronto me dijo «¡Gracias!», me arrancó el peine las manos y huyó por la puerta que había observado que estaba entreabierta.

Ya solo, sufrí durante unos segundos ese trastorno de desconcierto que se produce al despertar después de una pesadilla. Luego recuperé finalmente los sentidos; corrí a la ventana y rompí las contraventanas con un furioso golpe.

Entró un chorro de luz diurna. Corrí hacia la puerta por donde ella se había ido. La hallé cerrada e infranqueable.

Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí bruscamente los tres paquetes de cartas del abierto secreter; atravesé corriendo el apartamento, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me hallé fuera no sé por dónde, y, al ver a mi caballo a diez pasos de mí, lo monté de un salto y partí al galope.

No me detuve más que en Ruán, delante de mi alojamiento. Tras arrojar la brida a mi ordenanza, me refugié en mi habitación, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no habría sido juguete de una alucinación. Ciertamente, había sufrido una de aquellas incomprensibles sacudidas nerviosas, uno de aquellos trastornos del cerebro que dan nacimiento a los milagros y a los que debe su poder lo sobrenatural.

E iba ya a creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Mis ojos, por azar, descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dormán estaba lleno de largos cabellos femeninos que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno por uno y los arrojé fuera por la ventana con un temblor de los dedos.

Luego llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado trastornado Para ir aquel mismo día a casa de mi amigo. Además, deseaba reflexionar a fondo lo que debía decirle.

Le hice llevar las cartas, de las que extendió un recibo al soldado. Se informó sobre mi. El soldado le dijo que no me encontraba bien, que había sufrido una ligera insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Fui a su casa a la mañana siguiente, poco después de amanecer, dispuesto a contarle la verdad. Había salido el día anterior por la noche y no había vuelto.

Volví aquel mismo día, y no había vuelto. Aguardé una semana. No reapareció. Entonces previne a la justicia. Se le hizo buscar por todas partes, sin descubrir la más mínima huella de su paso o de su destino.

Se efectuó una visita minuciosa a la quinta abandonada. No se descubrió nada sospechoso allí.

Ningún indicio reveló que hubiera alguna mujer oculta en aquel lugar.

La investigación no llegó a ningún resultado, y las pesquisas fueron abandonadas.

Y, tras cincuenta y seis años, no he conseguido averiguar nada. No sé nada más.

*La Gaulois, 4 de abril de 1883*

## *Un ardid*

---

*Une ruse*

El médico y la enferma charlaban junto al fuego de la chimenea.

La enfermedad de Julia no era grave; era una de esas ligeras molestias que aquejan frecuentemente a las mujeres bonitas: un poco de anemia, nervios y algo de esa fatiga que sienten los recién casados al fin de su primer mes de unión, cuando ambos son jóvenes, enamorados y ardientes.

Estaba media acostada en su chaise-longue y decía:

—No, doctor; yo no comprendo ni comprenderé jamás que una mujer engañe a su marido. ¡Admito que no lo quiera, que no tenga en cuenta sus promesas, sus juramentos!... Pero, ¿cómo osar entregarse a otro hombre? ¿Cómo ocultar eso a los ojos del mundo? ¿Cómo es posible amar en la mentira y en la traición?

El médico contestó sonriendo:

—En cuanto a eso, es bien fácil. Crea usted que no se piensa en nada de eso; que esas reflexiones no le ocurren a la mujer que se propone engañar a su marido. Es más: estoy seguro que una mujer no está preparada para sentir el verdadero amor sino después de haber pasado por todas las promiscuidades y todas las molestias del matrimonio que, según un ilustre pensador, no es sino un cambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche. Nada más cierto. Una mujer no puede amar apasionadamente sino después de haber estado casada. Si se pudiera comparar con una casa, diría que no es habitable hasta que un marido ha secado los muros. En cuanto a disimular, todas las mujeres lo saben hacer de sobra cuando llega la ocasión. Las menos experimentadas son maravillosas y salen del paso ingeniosamente en los momentos más difíciles.

La joven enferma hizo un gesto de incredulidad y contestó:

—No, doctor; sólo después se le ocurre a una lo que debió haber hecho en las circunstancias difíciles y peligrosas; y las mujeres están siempre mucho más expuestas que los hombres a aturdirse, a perder la cabeza.

El médico exclamó con acento asombrado:

—¡Al contrario, señora! Nosotros somos los que tenemos la inspiración después... ¡pero ustedes!... Mire usted, voy a contarle una aventura que le sucedió a una clienta mía, a la que yo creía impecable, una verdadera virtud salvaje. El suceso ocurrió en una capital de provincia.

Una noche dormía profundamente y entre sueños me parecía oír que las campanas de una iglesia próxima tocaban a fuego. De pronto me desperté; era la campanilla de la puerta de la calle que sonaba desesperadamente; como mi criado parecía no responder, agité a mi vez el cordón que pendía junto a mi cama y a los pocos momentos el ruido de puertas al abrirse y cerrarse precipitadamente, y el de unos pasos en la habitación inmediata a la mía, vino a turbar el silencio de la casa. Juan entró en mi cuarto y me entregó una carta que decía: "Madame Selicre ruega con insistencia al doctor Sileón que venga inmediatamente a su casa, calle de... número..."

Reflexioné unos instantes; pensaba: Crisis de nervios, vapores, ¡bah... bah!... tengo mucho sueño. Y contesté: "El doctor Sileón, encontrándose enfermo, ruega a su madame Selicre tenga la bondad de dirigirse a su colega el doctor Bonnet".

Puse la carta dentro de un sobre, se la entregué a Juan y me volví a dormir.

Apenas había transcurrido media hora cuando la campanilla de la calle sonó de nuevo y mi criado entró diciéndome:

—Ahí está una persona que no sé a punto fijo si es hombre o mujer, tan tapada viene, que desea hablar en el acto con el señor. Dice que se trata de la vida de dos personas.

—Que entre quien sea —dije, sentándome en la cama. Y en aquella postura esperé.

Una especie de negro fantasma apareció, y cuando Juan hubo salido se descubrió. Era madame Berta Selicte, una mujer joven, casada desde hacía tres años con un rico comerciante de la ciudad, que pasaba por haberse unido a la muchacha más bonita de la provincia.

Aquella mujer estaba horriblemente pálida y tenía ese semblante crispado de las personas dominadas por el más profundo terror: sus manos temblaban; dos veces trató de hablar: ningún sonido salió de su garganta. Al fin balbuceó:

—Pronto... pronto... doctor... venga usted. Mi amante acaba de morir en mi propia habitación...

Medio sofocada se detuvo; después repuso:

—Mi marido va... va a volver del casino...

Salté de la cama sin pensar que estaba en camisa y en pocos segundos me vestí.

—¿Es usted misma quien ha venido hace un rato?

Ella, de pie como una estatua petrificada por la angustia, murmuró:

—No... ha sido mi doncella... ella lo sabe...

Después de un silencio, continuó:

—Yo me quedé a su lado...

Y una especie de grito de horrible dolor salió de sus labios y rompió a llorar desconsoladamente, con sollozos y espasmos, durante dos o tres minutos; de pronto sus suspiros cesaron, sus lágrimas cesaron de brotar como si las hubiera secado un fuego interior; y con un acento trágico dijo:

—Vamos pronto.

Yo estaba ya vestido, pero exclamé:

—Demonio, no me he acordado de dar la orden de enganchar la berlina...

Ella respondió:

—Yo he traído coche... El suyo que lo esperaba a la puerta de mi casa.

Berta se envolvió, ocultando la cara bajo su abrigo, y salimos.

Cuando estuvo a mi lado en la oscuridad del coche me cogió una mano, y oprimiéndola entre sus finos dedos balbuceó con sacudidas en su voz, que reflejaban la angustia de su corazón destrozado:

—¡Oh, amigo mío! ¡Si usted supiera cuánto sufro! Lo quería, lo adoraba con locura, como una insensata, desde hace seis meses!

Yo le pregunté:

—¿Están despiertos en su casa de usted?

Berta contestó:

—No, nadie, excepto Rosa, que está enterada de todo.

El carruaje se detuvo a la puerta de su casa; todos dormían, en efecto; entramos por una puerta excusada y subimos hasta el primer piso sin hacer ruido. La doncella, azorada, estaba sentada en el piso, en lo alto de la escalera, con una vela encendida y colocada sobre el suelo, no habiéndose atrevido a permanecer al lado del muerto.

Penetramos en la habitación, que se encontraba en el mayor desorden, como después de una lucha. La cama estaba completamente deshecha y una de las sábanas caía sobre la alfombra; toallas mojadas, que habían servido para frotar las sienes del amante, yacían en tierra al lado de un cubo y de un jarro de agua. Un singular olor de

vinagre mezclado a esencia de Loubin se esparcía por la atmósfera. El cadáver estaba extendido boca arriba en medio de la habitación. Me acerqué a él, lo observé, lo pulsé, abrí sus ojos, palpé sus manos; después, volviéndome hacia las dos mujeres que temblaban en un rincón del cuarto, les dije:

—Ayúdenme ustedes a llevarlo hasta la cama.

Lo colocamos suavemente sobre el lecho: le ausculté el corazón, coloqué un espejo junto a su boca y murmuré:

—No hay nada que hacer, vistámoslo pronto.

Fue aquella una escena terrible. Yo iba cogiendo uno tras otro sus miembros y los dirigía hacia los vestidos que acercaban las dos mujeres. Le pusimos las botas, los pantalones, el chaleco, después el frac, donde nos costó mucho trabajo lograr hacer entrar los brazos. Las dos mujeres se pusieron de rodillas para abrocharle los botones de las botas: yo las alumbraba con una vela, pero como los pies se habían hinchado un poco, aquella tarea se hizo horriblemente difícil. La dificultad era mayor porque no habían encontrado a mano el abrochador, las mujeres tuvieron que hacer uso de sus horquillas.

Tan pronto como estuvo terminada la horrible toilette, contemplé nuestra obra y dije:

—Convendría peinarlo un poco.

La doncella trajo el peine y el cepillo de su ama; pero como temblara y arrancase, con movimientos involuntarios, los cabellos largos y desordenados del cadáver, madame Selicre se apoderó violentamente del peine y alisó la cabellera con suavidad, con dulzura, como si estuviera acariciando una cabeza viva.

Le sacó la raya, le cepilló la barba y retorció los bigotes con sus manos, como tenía costumbre, sin duda, de hacerlo en sus amorosas familiaridades.

De pronto, arrojando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y clavó una intensa y desesperada mirada en aquella cara inmóvil; después, dejándose caer sobre él, comenzó a abrazarlo y a besarlo furiosamente. Sus besos caían como golpes sobre su cerrada boca, sobre sus apagados ojos, sobre sus sienes y su frente... Y acercándose a su oído, como si hubiera podido escucharla, balbuceó, repitiendo diez veces seguidas con un acento desgarrador:

—Adiós, amor mío; adiós, amor mío...

Un reloj dio las doce.

Ye sentí un estremecimiento:

—¡Las doce ya!..., la hora en que cierran el casino... ¡Vamos, señora, energía!

Madame Selicre se puso en pie.

—Llevémoslo al salón —ordené a las dos mujeres; lo trasladamos entre los tres y lo sentamos en un sillón. Después encendí las luces.

Apenas había terminado esta operación, cuando la puerta de la calle se abrió y se cerró pesadamente. Era el marido que volvía.

—¡Rosa —grité—; traiga usted las botellas y el cubo y arregle usted un poco el cuarto de la señora; pronto, despáchese usted que ya llega M. Selicre...

Yo oía los pasos que subían, que se acercaban... Unas manos en la sombra palpaban los muros... Entonces dije en alta voz:

—Por aquí, por aquí, M. Selicre; ha ocurrido un accidente desgraciado.

Bajo el dintel de la puerta apareció el marido, estupefacto, con un cigarro en la boca y preguntando:

—¿Qué? ¿Qué es?... ¿Que sucede?...

Fui hacia él y le dije:



—Querido amigo, aquí me tiene usted en una gran incertidumbre. He venido algo tarde con X... a charlar un rato con su mujer de usted. De pronto X... se ha desmayado, y, a pesar de nuestros cuidados, hace dos horas que permanece sin conocimiento. No he querido llamar a nadie estando yo aquí... Ayúdeme usted a bajarlo hasta el coche; voy a llevarlo a su casa y allí podré cuidarlo mejor...

El marido, sorprendido, pero sin la menor desconfianza, se quitó el sombrero y tomó por debajo de los brazos a su rival, ya inofensivo. Yo lo cogí por las piernas y comenzamos a bajar la escalera alumbrados por la mujer.

Cuando llegamos delante de la puerta procuré enderezar el cadáver, hablándole para engañar al cochero:

—Vamos, amigo mío, esto no será nada. Se siente usted ya mejor, ¿verdad? Vamos, un poco de valor, haga usted un esfuerzo...

Como yo comprendía que se iba a desplomar, como sentía que se escurría entre mis manos, le di un empujón con el hombro que lo echó hacia delante, cayendo dentro del coche; yo subí tras él.

El marido, inquieto, me preguntó:

—¿Cree usted que será grave?

—No —contesté sonriendo para tranquilizarle, y miré a su mujer. Ésta había apoyado su brazo en el de su marido legítimo y tenía la mirada fija en el fondo oscuro del coche.

Les dije adiós y di al cochero orden de partir. Durante todo el camino llevé apoyada sobre mi hombro la cabeza del muerto.

Cuando llegamos a su casa dije que había perdido el conocimiento dentro del coche.

Lo ayudé a subir a su cuarto, donde certifiqué la defunción. Allí tuve que representar otra comedia ante la familia acongojada del dolor... Después me volví a mi casa y me metí en la cama, renegando de los enamorados.

\*\*\*

El doctor calló, siempre sonriente.

La joven, crispada, preguntó:

—¿Por qué me ha contado usted esa historia tan horrible?

El médico, saludando galantemente, contestó:

—Para ofrecerle a usted mis servicios, si llega el caso.

*Gil Blas, 25 de septiembre de 1882*

# *El armario*

---

*L'armoire*

Hablábamos de mujeres galantes, la eterna conversación de los hombres.

Uno dijo:

—Voy a referir un suceso extraño.

Y era como sigue:

\*\*\*

Un anochecer de invierno se apoderó de mí un abandono perturbador; uno de los terribles abandonos que dominan cuerpo y alma de cuando en cuando. Estaba solo, y comprendí que me amenazaba una crisis de tristeza, esas tristezas lánguidas que pueden conducirnos al suicidio.

Me puse un abrigo y salí a la calle. Una lluvia menuda me calaba la ropa, helándome los huesos. En los cafés no había gente. Y ¿Adónde ir? ¿Dónde pasar dos horas? Decidíme a entrar en Folies-Bergère, divertido mercado carnal. Había escaso público; los hombres vulgares, y las mujeres, las mismas de siempre, las miserables mozas desapacibles, fatigadas, con esa expresión de imbécil desdén que muestran todas, no sé por qué.

De pronto descubrí entre aquellas pobres criaturas despreciables a una joven fresca, linda, provocadora. La detuve y brutalmente, sin reflexionar, ajusté con ella el precio de la noche. Yo no quería volver a mi casa.

Y la seguí. Vivía en la calle de los Mártires. La escalera estaba oscura. Subí despacio, encendiendo cerillas.

Ella se detuvo en el cuarto piso, y cuando entramos en su habitación, echando el cerrojo de su puerta, me preguntó:

—¿Piensas quedarte aquí hasta mañana?

—Eso me propongo; eso convinimos.

Bien, mi vida, lo pregunté por curiosidad. Aguárdame un minuto que enseguida vuelvo.

Y me dejó a oscuras. Oí cerrar dos puertas; luego me pareció que aquella mujer hablaba con alguien. Quedé sorprendido, inquieto. La idea de un chulo me turbó, aun cuando tengo bastante fuerza defenderme.

"Veremos lo que sucede", pensé.

Y afinando el oído, escuchaba. Se movían con grandes precauciones para no hacer ningún ruido. Luego sentí abrir otra puerta y me pareció que hablaban, pero muy bajo.

La moza volvió al fin con una bujía, diciéndome:

—Ya puedes entrar.

Entré, y pasando por un comedor donde sin duda nunca se come, me condujo a un gabinete alcoba.

—Ponte cómodo, mi vida.

Yo lo inspeccionaba todo y no encontraba cosa que pudiera causarme inquietud.

Ella se desnudó tan de prisa, que ya estaba en la cama cuando yo no me había quitado aún el abrigo.

Y riendo, prosiguió:

—¿Qué te ocurre? ¿Te has convertido en estatua de sal? Acaba y ven.

Así lo hice.

A los cinco minutos me daban intenciones de vestirme y escapar. Pero el maldito abandono que me amenazó en mi casa con tristezas crueles, me quitaba las energías, reteniéndome, a disgusto mío, en aquella cama pública. El encanto sensual que me había hecho sentir aquella criatura en el teatro, desapareció cuando la vi tan cerca y deseosa de complacerme. Su carne vulgar, semejante a la de todas, y sus besos insípidos, me desilusionaron.

Para entretenerme le hice varias preguntas:

—¿Hace mucho que vives en esta casa?

—El quince de febrero hará seis meses.

—Y antes, ¿en dónde vivías?

—En la calle Clauzel. Pero la portera la tomó conmigo y tuve que despedirme.

Relatóme con detalles minuciosos aquella historia.

De pronto sentí ruido cerca de nosotros; así como un suspiro; después un roce ligero, como si alguien se removiera sobre una silla.

Me senté con viveza en la cama, preguntando:

—¿Qué significa ese ruido?

Ella respondió tranquilamente:

—No te importe, mi vida; es en el otro cuarto. Como son tan delgadas las paredes, todo se oye. ¡Hacen unas casas! ¡De cartón!

Mi abandono era tan grande, que me arrebuqué de nuevo entre sábanas. Y proseguimos la conversación. Movido por la estúpida curiosidad que induce a todos los hombres a conocer la primera falta de las mujeres galantes, como para encontrar en ellas un rastro de inocencia, tal vez evocada por una frase ingenua que ofrece la imagen del pudor perdido, pues aun cuando mienten se descubre alguna vez entre mentiras algo conmovedor, le dije:

—Vaya, cuéntame cómo cediste al primer amante.

—Yo era criada en el restaurante Marinero de Agua Dulce, y un señorito me forzó mientras le hacía la cama.

Recordé la teoría de un médico amigo, un observador filósofo que, por hacer servicio en un hospital de mujeres, conoce todas las flaquezas de las pobres criaturas víctimas de la embestida brutal del macho errante con dinero en el bolsillo.

—Siempre —me decía—, siempre una moza es vencida por un hombre de su clase o condición. Tengo anotadas muchas observaciones acerca del asunto. Se acusa a los ricos de coger la flor de la inocencia entre las niñas pobres. No es verdad. Los ricos pagan luego las flores tronchadas; las cogen en la segunda floración, pero no cortan jamás el primer capullo.

Reí, mirando a mi compañera.

—Ya sabes que conozco tu historia. El señorito no era el primero. Hubo antes otro.

—Te lo juro, mi vida.

—Mientes, mi cielo.

—No, no; te lo juro.

—Mientes... Vaya, dime la verdad.

Ella dudó, asombrada; yo continué.

—Soy adivino, somnábulo. Ahora no me dices la verdad. Cuando te duermas yo haré que la digas.

Tuve miedo; era estúpida como todas, balbució:

—¿Cómo lo has adivinado?

—Vamos, dilo.

—¡Ah! La primera vez casi no fué nada. Para una fiesta contrataron a un gran cocinero. Desde que Alejandro llegó, dispuso de toda la fonda. El amo, el ama, estaban

a sus órdenes, como si fuera un rey. Desde la cocina gritaba: "¡Manteca! ¡Huevos! ¡Coñac!" Y era necesario llevarle corriendo lo que pedía, porque si no se incomodaba mucho y daba miedo.

Cuando hubo acabado, sentóse a fumar su pipa frente a la puerta, y al pasar yo con una pila de platos, me dijo:

—Muchacha, vente conmigo a la ribera para enseñarme la campiña.

Fui con él como una tonta, y apenas llegamos a la orilla del río, me forzó con tal prisa, que apenas me di cuenta de lo que hizo. Luego se fue en el tren de las nueve. No le vi más.

—Y ¿así acabó todo?

—Creo que Angel es hijo suyo.

—¿Quién es Angel?

—Mi nene.

—¡Ah! Muy bien. Y luego dijiste al señorito que te había hecho la criatura, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Tenía dinero el señorito?

—Algo. Me dejó una renta de trescientos francos.

Aquellas confianzas me divertían. Proseguí.

—Muy bien, mi cielo; muy bien. Sois menos tontas de lo que parece. Y ¿cuántos años tiene Angel?

—Doce. Hará su primera comunión en primavera.

—Bravo. Y desde que te ocurrió esa... desgracia... te dedicaste al oficio...

Suspiró, resignada.

—Se hace lo que se puede...

Un ruido, bastante fuerte, me hizo saltar de la cama. No me cabía duda; era el ruido que produce un cuerpo que se desploma y luego se levanta de nuevo agarrándose a la pared.

Cogí la bujía y miré alrededor, furioso. Ella se había levantado también, y trataba de contenerme, repitiendo:

—No es nada, mi vida; te aseguro que no es nada.

Pero yo, que sabía ya dónde se produjo el ruido, me dirigí a un armario que había junto a la cabecera de la cama y lo abrí de par en par...

Tembloroso, aterrado, con los ojos muy abiertos y brillantes, apareció un chiquillo anémico y débil agarrado a los barrotes de una silla, de la cual había caído, sin duda.

Al verme rompió a llorar, tendiendo los brazos hacia su madre.

—Yo no tengo la culpa, mamá; yo no tengo la culpa. Estaba dormido y me caí. No me castigues; yo no tengo la culpa.

Acercándome a la mujer, dije:

—¿Qué significa esto?

Ella, confusa y desalentada, respondió entre dientes:

—Ya lo ves. No gano bastante para tenerlo pensionista y no puedo pagar un cuarto mayor. Duerme conmigo cuando no hay nadie, y cuando alguien viene por una hora o dos, lo escondo en el armario. Pero cuando hay cliente para toda la noche se cansa y le duelen los riñones de dormir en la silla... Tampoco él tiene la culpa. Quisiera verte durmiendo en una silla, metido en un armario... Ya veríamos...

Irritándose, gritaba.

El niño seguía llorando.

Yo también sentía ganas de llorar.

Y volví a mi casa tristemente.

*Gil Blas, 16 de diciembre de 1884*

# *Arrepentimiento*

---

*Regret*

## I

El señor Saval acaba de levantarse. Llueve. Es un triste día de otoño; las hojas caen. Caen lentamente con la lluvia, formando también una lluvia más apretada y más lenta. El señor Saval no está satisfecho. Va de la chimenea a la ventana y de la ventana a la chimenea. La vida tiene días tristes, y para el señor Saval en adelante sólo tendrá días tristes, porque ha cumplido sesenta y dos años. Está solo, soltero, sin familia, sin nadie que se interese por él. ¡Es muy triste morir aislado sin dejar un afecto profundo!

Piensa en su vida sin encantos y sin atractivos. Y recuerda en el pasado, en su niñez lejana, la casa paterna, el colegio, las vacaciones, la Universidad. Luego, la muerte de su padre.

Vive con su madre; viven los dos, el joven y la vieja, tranquilamente, sin desear nada. Pero la madre muere también. Qué triste vida!

Y el hijo queda solo. Envejece y morirá, cualquier día. Desapareciendo él, todo habrá terminado; todo, ni rastro de Pablo Saval sobre la tierra. ¡Qué terrible cosa! Y otros vivirán, amarán, reirán. Si, habrá siempre quien se divierta, y él no se divierte nunca. Es raro que se pueda reír y estar alegre con la certeza de la muerte. Si la muerte fuera sólo probable, aún habría esperanza; pero no, es tan segura como la noche después del día.

¡Y aún si la vida tuviera encantos! Desde que nació no hizo nada. No tuvo aventuras, ni grandes goces, ni éxitos, ni satisfacciones de ninguna especie. Nada, no había hecho nada; su vida se redujo a levantarse, vestirse, comer y acostarse; todo a horas fijas. Y así pasó en este mundo sesenta y dos años. Ni siquiera se había casado, como la mayor parte de los hombres. ¿Por qué? Si, ¿por qué no se había casado? Pudo hacerlo, pues tenía bastante renta para mantener a una familia. ¿Tal vez no se le había presentado la ocasión?... Acaso. Pero se buscan las ocasiones. Era un poco negligente, abandonado... Eso fue la causa de todo: su daño, su defecto, su vicio. ¡Cuántas gentes malbaratan su vida por abandono! ¡Es tan difícil para ciertas naturalezas moverse, agitarse, hablar, insistir!

## II

Nadie le había querido. Ninguna mujer durmió sobre su pecho en completo abandono de amor. Desconocía las deliciosas angustias del que aguarda, el divino estremecimiento de una mano sintiendo la opresión de otra, el éxtasis de la pasión triunfante. Qué dicha sobrehumana debe de inundar el corazón cuando los labios de dos bocas se acarician por vez primera, cuando cuatro brazos, oprimiéndose, forman de dos seres uno solo, un ser inmensamente feliz, un alma de dos almas, ansiosas la una de la otra!

El señor Saval se había sentado junto a la chimenea, envuelto en su bata.

Ciertamente su vida estaba frustrada, en absoluto frustrada. sin embargo, una vez tuvo un amor; había querido a una mujer secretamente, dolorosamente y descuidadamente, como lo hacia todo. Sí, había querido a su amiga la señora de Sandres, mujer de un antiguo camarada. ¡Oh, sí la hubiese conocido soltera! Pero la

conoció tarde, cuando ya estaba casada. El también se hubiera casado con aquella mujer que le inspiró amor desde el primer instante, y a la cual siempre quiso.

Recordaba sus emociones de cada vez que la veía, sus tristezas .de cuando se apartaba, las veces que no pudo en toda la noche descansar pensando en ella.

Por la mañana se sentía menos apasionado que por la noche. ¿Qué motivo habría?

¡Qué bonita, qué rubia, qué rizada era en sus años floridos! Sandres no era el hombre que aquella mujer necesitaba. Sin embargo, a los cincuenta y ocho años ella parecía dichosa.

¡Oh, si le hubiera querido en otro tiempo! ... ¡Si le hubiera querido! Y ¿quién sabe si le había querido?

Si hubiese adivinado aquel amor profundo... Y ¿quién sabe si lo adivinó alguna vez? Y sí lo adivinó, ¿qué pensaría entonces? Y si él hablara, ¿qué hubiese contestado ella?

Y Saval se hacía mil preguntas más, reviviendo su pasado, interesándose por buscar y recoger una porción de sucesos insignificantes.

Recordaba las horas que pasaron en casa de Sandres, jugando a las cartas, cuando la mujer era bonita y joven. Y recordaba cuantas palabras le había dicho ella y las entonaciones que usó para decírselas; recordaba las mudas sonrisas que significaron tantas cosas.

Recordaba los paseos de los tres a la orilla del Sena, los almuerzos campestres en domingo siempre, porque Sandres estaba empleado en la Subprefectura. Y de pronto le sorprendió la imagen clara de una hora pasada con ella en un bosque, junto al río.

### III

Habían salido por la mañana, llevando sus provisiones en paquetes. Era un día de primavera, uno de esos días en que hasta el aire embriaga. Todo estaba perfumado y brindando goces. y los pájaros cantaban mejor y volaban con más ligereza.

Habían comido sobre la hierba, a la sombra de un sauce, cerca del agua adormecida por el sol. El aire tibio, impregnado en perfumes de savia, se respiraba con delicia. ¡Qué dulzuras las de aquel día!

Después de almorzar, Sandres se había dormido al pie de un árbol.

—El mejor sueño de su vida —según dijo cuando despertó.

La señora de Sandres, del brazo de Saval, paseaba por la orilla del río.

Apoyándose mucho en él, reía diciendo:

—Estoy un poco borracha, bastante borracha.

Saval, mirándola fijamente, sentía estremecimientos y palpitaciones; palidecía, temiendo que sus ojos no se mostraran con exceso atrevidos, que un temblor de su mano revelara su secreto.

Ella se había hecho una corona con flexibles tallos y con lirios le agua, y le preguntó:

—¿Le gusto a usted así?

Como él no contestó nada —no se le ocurría nada que contestar, y más fácil hubiérale sido caer a sus pies de rodillas—, ella soltó la risa, una risa casi burlona y despechada, gritándole:

—¡Tonto, más que tonto! Hable usted al menos.

El estuvo a punto de llorar, sin que acudiese ni una sola palabra en su ayuda.

Y todo esto lo recordaba como el primer día.

¿Por qué le había dicho ella: "Tonto, más que tonto; hable usted al menos"

Recordaba de qué modo, con cuánta dulzura le oprimía, apoyándose en él. Y al inclinarse para pasar por debajo de un árbol de ramas caídas, la oreja de la señora

Sandres había rozado la mejilla del señor Saval, ¡su mejilla!, y él había retirado la cabeza con un movimiento brusco para que no creyera ella voluntario aquel contacto.

Cuando él dijo: "¿Le parece si es hora de que volvamos?", ella le arrojó una mirada singular. Ciertamente; le miró entonces de un modo extraño. De pronto no lo tomó en cuenta y al cabo de los años lo recordaba minuciosamente.

Ella le había dicho:

—Como usted quiera; si está usted cansado ya, volveremos.

Y él había contestado:

—Yo no me fatigo, señora; pero es posible que Sandres haya despertado.

Y ella replicó, encogiéndose de hombros.

—Si teme usted que haya despertado mi marido, es otra cosa; volvamos.

Al volver ella silenciosa, ya no se apoyaba en el brazo de su amigo. ¿Por qué?

Este "porqué" no había encontrado respuesta y era una preocupación constante. Al cabo de los años, el señor Saval creyó entrever algo que no había entendido nunca.

Acaso ella...

#### IV

Ruborizándose, se levantó conmovido, emocionado, como si treinta años antes hubiera oído en labios de la señora Sandres un "¡te quiero!"

¿Sería posible acaso? Esta sospecha que despertaba en su espíritu le torturó. ¿Era posible que a su tiempo no viese, no adivinase nada?

¡Oh, si eso fuera cierto, si hallándose tan cerca de la dicha no hubiera sabido aprovecharla!

Se resolvió. Le ahogaban las dudas. Quería saber la verdad. ¡La verdad!

Se vistió de prisa, de cualquier modo, pensando: "He cumplido sesenta y dos años; ella tiene cincuenta y ocho. Bien puedo permitirme la pregunta."

Y salió.

La casa de Sandres estaba en la otra acera de la misma calle, casi frente a la casa de Saval.

La criada se extrañó de verle tan temprano.

—¡Usted por aquí a estas horas, señor Saval! ¿Ha ocurrido algo?

Saval contestó:

—Nada, hija mía. Pero dí a la señora que necesito hablar con ella lo antes posible.

—La señora está en la cocina preparando confituras para el invierno y no está presentable para visitas, como usted puede suponer

—Bueno; dile que necesito hacerle una pregunta importante.

La muchacha se fue y Saval recorría el salón con pasos nerviosos. Se sentía desligado, resuelto en semejante ocasión. ¡Oh! Iba entonces a preguntarle aquello como le hubiera preguntado por una receta de cocina. ¡Tenía ya sesenta y dos años!

Se abrió la puerta y entró la señora. Era ya una matrona muy abultada, con las mejillas redondas y la risa fácil y sonora. Su gordura no le permitía fácilmente acercar los brazos al talle y llevaba los brazos desnudos y salpicados de almíbar. Al entrar preguntó con inquietud:

—¿Qué le ocurre a usted, amigo mío; está enfermo?

Y él respondió:

—No estoy enfermo, amiga y señora; pero me escarabajea una duda, para mí de mucha importancia, que me oprime el corazón, y vengo a que usted me la resuelva. ¿Promete contestarme con sinceridad?

Ella sonrió, diciendo:

—He sido siempre muy sincera. Pregunte.



—Pues ahí va. Yo he vivido enamorado, queriendo a usted siempre, desde que la vi por vez primera. ¿Usted lo sospechaba?

Ella contestó, riendo, con algo de la ternura que impregnó en otro tiempo sus palabras:

—¡Tonto, más que tonto! Lo supe desde el primer día.

Saval, temblando, balbució:

—¿Usted lo sabía? Entonces...

Y se contuvo.

Ella preguntó:

—Entonces... ¿qué?

Saval, decidiéndose, continuó:

—Entonces, ¿qué pensaba usted? ¿Qué..., qué..., qué me hubiera contestado?

Ella, riendo mucho, mientras una gota de almíbar se deslizaba por sus dedos, le dijo:

—Como usted nada preguntó... ¡No era cosa de que yo me declarase!

Avanzando hacia ella, Saval insistía:

—Dígame, dígame... ¿Recuerda usted una tarde, cuando Sandres se durmió sobre la hierba, después de almorzar, y nos fuimos juntos, del brazo, lejos?...

Se detuvo. La señora no dejaba de reír, mirándole fijamente a los ojos.

—¡Vaya si me acuerdo!

Saval prosiguió, estremeciéndose:

—Pues, bueno; si aquel día yo hubiera sido..., yo hubiera sido... algo más osado..., ¿qué hubiera hecho usted?

Ella, sonriendo como una mujer dichosa, que no tiene de qué arrepentirse ni desear nada, respondió francamente, con voz clara y una punta de ironía:

—Hubiera cedido seguramente.

Y dejándole plantado volvió a la cocina.

## V

Saval salió a la calle aterrado como después de un desastre. Andaba como impulsado por un instinto en dirección al río, sin pensar adónde iba, mojándose, porque llovía mucho. Su traje chorreaba; su sombrero, deformado parecía un canal. Y andaba sin descanso hasta llegar al sitio donde almorzaron aquella mañana.

El recuerdo lejano le torturaba el corazón.

Se sentó al pie de los árboles, desnudos ya de hojas, y lloró.

*Le Gaulois, 4 de noviembre de 1883*

# *El asesino*

---

*L'assassin*

El culpable era defendido por un jovencísimo abogado, un novato que habló así:

—Los hechos son innegables, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honesto, un empleado irreprochable, bondadoso y tímido, ha asesinado a su patrón en un arrebato de cólera que resulta incomprensible. ¿Me permiten ustedes hacer una sicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuar nada, sin excusar nada? Después ustedes juzgarán.

Jean-Nicolas Lougère es hijo de personas muy honorables que hicieron de él un hombre simple y respetuoso. Este es su crimen: ¡el respeto! Este es un sentimiento, señores, que nosotros hoy ya no conocemos, del que únicamente parece quedar todavía el nombre, y cuya fuerza ha desaparecido. Es necesario entrar en determinadas familias antiguas y modestas, para encontrar esta tradición severa, esta devoción a la cosa o al hombre, al sentimiento o a la creencia revestida de un carácter sagrado, esta fe que no soporta ni la duda ni la sonrisa ni el roce de la sospecha.

No se puede ser un hombre honesto, un hombre honesto de verdad, con toda la fuerza que este término implica, si no se es respetuoso. El hombre que respeta con los ojos cerrados, cree. Nosotros, con nuestros ojos muy abiertos sobre el mundo, que vivimos aquí, en este palacio de justicia que es la cloaca de la sociedad, donde vienen a parar todas las infamias, nosotros que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores consagrados de todas las miserias humanas, el sostén, por no decir los defensores de todos los bribones y de todos los desvergonzados, desde los príncipes hasta los vagabundos de los arrabales, nosotros que acogemos con indulgencia, con complacencia, con una benevolencia sonriente a todos los culpables para defenderlos delante de ustedes, nosotros que, si amamos verdaderamente nuestro oficio, armonizamos nuestra simpatía de abogado con la dimensión del crimen, nosotros ya no podemos tener el alma respetuosa. Vemos demasiado este río de corrupción que fluye de los más poderosos a los últimos pordioseros, sabemos muy bien cómo ocurre todo, cómo todo se da, cómo todo se vende. Plazas, funciones, honores, brutalmente a cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de lotes de reparto en las empresas industriales, o simplemente por un beso de mujer. Nuestro deber y nuestra profesión nos fuerzan a no ignorar nada, a desconfiar de todo el mundo, ya que todo el mundo es sospechoso, y quedamos sorprendidos cuando nos encontramos enfrente de un hombre que tiene, como el asesino sentado delante de ustedes, la religión del respeto tan arraigada como para llegar a convertirse en un mártir.

Nosotros, señores, hacemos uso del honor igual que del aseo personal, por repugnancia a la bajeza, por un sentimiento de dignidad personal y de orgullo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como este hombre.

Déjenme contarles su vida.

Fue educado, como se educaba antaño a los niños, dividiendo en dos clases todos los actos humanos: lo que está bien y lo que está mal. Se le enseñó el bien, con una autoridad tan irresistible, que se le hizo distinguir del mal como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a esa raza de espíritus superiores que, mirando desde lo alto, ven los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde nacen estas distinciones.

Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta e íntegro.

Con veintidós años se casó. Se le hizo casar con una prima, educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo cierta suerte inestimable de tener por compañía una honesta mujer virtuosa, es decir, lo que hay de más escaso y respetable en el mundo. Tenía hacia su madre la veneración que rodea a las madres en las familias patriarcales, el culto profundo que se reserva a las divinidades. Trasladó sobre su madre un poco de esta religión, apenas atenuada por las familiaridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la picardía, en un estado de rectitud obstinada y de tranquila dicha que hizo de él un ser aparte. No engañando a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar a él.

Algún tiempo antes de su boda había entrado como contable en la empresa del señor Langlais, asesinado por él hace unos días.

Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano, el señor Perthuis, asociado de su marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de este banco, que Lougère fue un empleado modelo, ejemplo de probidad, de sumisión, de dulzura, de deferencia hacia sus jefes y ejemplo de regularidad.

Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su conducta ejemplar. Estaba acostumbrado a este respeto y a la especie de veneración manifestada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en boca de todos.

Unos días después, ella murió de unas fiebres tifoideas.

Él sintió seguramente un dolor profundo, pero un dolor frío y tranquilo en su corazón metódico. Sólo se vio en su palidez y en la alteración de sus rasgos hasta qué punto había sido herido.

Entonces, señores, ocurrió algo muy natural.

Este hombre estaba casado desde hacía diez años. Desde hacía diez años tenía la costumbre de sentir una mujer cerca de él, siempre. Estaba acostumbrado a sus cuidados, a esta voz familiar cuando uno llega a casa, al adiós de la tarde, a los buenos días de la mañana, a ese suave sonido del vestido, tan del gusto femenino, a esta caricia ora amorosa, ora maternal que alivia la existencia, a esta presencia amada que hace menos lento el transcurrir de las horas. Estaba también acostumbrado a la condescendencia material de la mesa, a todas las atenciones que no se notan y que se vuelven poco a poco indispensables. Ya no podía vivir solo. Entonces, para pasar las interminables tardes, cogió la costumbre de ir a sentarse una hora o dos a la cervecería vecina. Bebía un bock y se quedaba allí, inmóvil, siguiendo con una mirada distraída las bolas de billar corriendo una detrás de la otra bajo el humo de las pipas, escuchando, sin pensar en ello, las disputas de los jugadores, las discusiones de los vecinos sobre política y las carcajadas que provocaban a veces una broma pesada al otro extremo de la sala. Acababa a menudo por quedarse dormido de lasitud y aburrimiento. Pero tenía en el fondo de su corazón y de sus entrañas, la necesidad irresistible de un corazón y de un cuerpo de mujer; y sin pensarlo, se fue aproximando, un poco cada tarde, al mostrador donde reinaba la cajera, una rubia pequeña, atraído hacia ella invenciblemente por tratarse de una mujer.

Pronto conversaron, y él cogió la costumbre, muy agradable, de pasar todas las tardes a su lado. Era graciosa y atenta como se tiene que ser en estos amables ambientes, y se divertía renovando su consumición lo más a menudo posible, lo cual beneficiaba al negocio. Pero cada día Lougère se ataba más a esta mujer que no conocía, de la que ignoraba toda su existencia y que quiso únicamente porque no veía otra.

La muchacha, que era astuta, pronto se dio cuenta que podría sacar partido de este ingenuo y buscó cuál sería la mejor forma de explotarlo. Lo más seguro era casarse.

A esta conclusión llegó sin remordimiento alguno.

Tengo que decirles, señores del jurado, que la conducta de esta chica era de lo más irregular y que la boda, lejos de poner freno a sus extravíos, pareció al contrario hacerla más desvergonzada.

Por juego natural de la astucia femenina, pareció cogerle gusto a engañar a este honesto hombre con todos los empleados de su despacho. Digo "con todos". Tenemos cartas, señores. Pronto se convirtió en un escándalo público, que únicamente el marido, como todo, ignoraba.

Al fin esta pícara, con un interés fácil de concebir, sedujo al hijo del mismísimo patrón, joven de diecinueve años, sobre cuyo espíritu y sentido tuvo pronto ella una influencia deplorable. El señor Langlais, que hasta ese momento tenía los ojos cerrados por la bondad, por amistad hacia su empleado, sintió, viendo a su hijo entre las manos, —debería decir entre los brazos de esta peligrosa criatura— una cólera legítima.

Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablarle impelido por su indignación paternal.

Ya no me queda, señores, más que leerles el relato del crimen, formulado por los labios del mismo moribundo y recogido por la instrucción:

"Acababa de saber que mi hijo había donado, la misma víspera, diez mil francos a esta mujer y mi cólera ha sido más fuerte que mi razón. Verdaderamente, nunca he sospechado de la honorabilidad de Lougère, pero ciertas cegueras son más peligrosas que auténticas faltas.

Le hice pues llamar a mi lado y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios.

Él permanecía de pie delante de mí, azorado, sin comprender. Terminó por pedir explicaciones con cierta vivacidad.

Yo rechacé dárseles, afirmando que mis razones eran de naturaleza íntima. Él creyó entonces que yo tenía sospechas de su falta de delicadeza, y, muy pálido, me rogó, me requirió que me explicara. Convencido de esto, se mostró arrogante y se tomó el derecho de levantarme la voz.

Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegó a tal grado de exasperación que yo temía que pasara a la acción.

Ahora bien, de repente, con una palabra hiriente que me llegó a pleno corazón, le dije toda la verdad a la cara.

Se quedó de pie algunos segundos, mirándome con ojos huraños; después le vi coger de su despacho las largas tijeras que utilizo para recortar el margen de algunos documentos; a continuación le vi caer sobre mí con el brazo levantado, y sentí entrar algo en mi garganta, encima del pecho, sin sentir ningún dolor."

He aquí, señores del jurado, el sencillo relato de su muerte. ¿Qué más se puede decir para su defensa? Él ha respetado a su segunda mujer con ceguera porque había respetado a la primera con la razón.

Después de una corta deliberación, el acusado fue absuelto.

*Gil Blas, 1 de noviembre de 1887*

# *El asunto de madame Luneau*

---

*Le case de Madame Luneau*

El juez de paz, hombre panzudo, con un ojo cerrado y el otro abierto apenas, oía de mala gana las declaraciones de los comparecientes, lanzando a veces una especie de gruñido que podía interpretarse como una opinión, y otras veces interrumpía para dirigir preguntas, con voz aguda, semejante a la de un chiquillo.

Acababa de juzgar la denuncia presentada por el señor Joly contra el señor Petitpás, con motivo de una divisoria entre dos campos que, arando y por descuido, rebasó un jornalero del señor Petitpás.

Y pasaron al juicio de conciliación entre Hipólito Lacour, sacristán y cacharrero, y la señora Luneau, Celeste Cesarina, viuda de Isidoro Luneau.

Hipólito Lacour era un hombre de cuarenta y cinco años; seco, larguirucho, con el pelo bastante largo, la cara completamente afeitada, como un cura; su voz era una especie de canturreo.

La señora Luneau, a juzgar por las apariencias, tendría cuarenta años; robusta, carnosa, retenía malamente sus protuberancias en las estrecheces de su ropa ceñida. La redondez enorme de sus caderas se acentuaba por delante con un vientre descomunal que sostenía las ubres gelatinosas, rematando por detrás en las nalgas, tan llamativas y oscilantes como sus pechos. Tenía el cuello ancho, las facciones muy acentuadas y la voz rotunda; una voz que al producirse hacia vibrar los cristales. Los testigos de descargo, aguardaban.

El juez de paz abordó el asunto:

—Hipólito Lacour, precise usted su queja.

El hombre expuso:

—Voy a ello, señor juez de paz, con su permiso. Hará por San Miguel nueve meses que la señora Luneau me aguardó una tarde, y al salir yo de la iglesia después de tocar el Angelus, me dijo que no había quedado nunca embarazada...

—Entre de lleno en el asunto, sin preámbulos.

—Así lo haré, señor juez de paz. Ella quería una criatura y me invitaba, ofreciéndome cien francos, a realizar sus deseos. Todo fue lo mejor posible. Ahora me niega lo que me prometió. Y vengo a reclamar los cien francos por justicia.

—Más claro. "Quería una criatura." ¿Cómo? ¿Adoptar una criatura?

—No, señor juez; una criatura... nueva.

—Y ¿a qué llama usted unacriatura nueva?

—Pues a una criatura que nace cuando yo hubiera hecho con la señora lo que hace un marido con su mujer.

—No salgo de mi asombro. ¿Qué ventajas tenía para ella ese ofrecimiento?

—Al principio me dejó también algo confuso; como no hago nunca nada sin fundamento, quise conocer las razones que tenía esta señora para pedirme aquel servicio, y supe que, habiendo muerto su marido, Isidoro Luneau, a quien todos tratamos ocho días antes, pasaban sus bienes a la familia por no tener descendencia. Era una contrariedad; y un picapleitos la instruyó de que los conservaría si tuviera un hijo antes de diez meses; es decir, si paría en el décimo mes, a partir de la muerte del hombre. Resolvió probar fortuna, y fue a buscarme al salir yo de la iglesia, eligiéndome acaso porque soy padre de ocho hijos robustos, al mayor de los cuales tengo ya colocado en Caen...

—Suprima detalles inútiles. Al hecho.

—Voy, señor juez de paz. Esta señora me dijo: "Si lo consigues te daré cien francos así que pueda certificar un médico mi situación." Yo hice cuanto supe, señor para no errar el golpe. Ahora me niega los cien francos. Me los niega siempre que se los pido y hasta me insulta llamándome impotente y embustero. Ahí está la prueba de todo lo contrario.

—Usted, señora Luneau, ¿tiene que alegar?

—Digo, señor juez —adujo la señora—, que Hipólito es un embustero.

—¿No hizo lo posible..., como asegura?

—Sí; pero no tuvo resultado.

—¿Puede usted probar su afirmación? ¿Tiene usted una prueba convincente?

—¿Una prueba? ¿Qué prueba? ¿Cómo voy a tener una prueba de que la criatura no es del sacristán?—exclamó, sofocándose—. Y, sin embargo, juraría por la cabeza de mi difunto marido, que no, que no, ¡y que no!

—¿De quién es?

—¿Lo sé acaso?—masculló rabiosamente—. Puede ser... de cualquiera. Pregunte a mis ocho testigos y ellos le contestarán...

—Cálmese, y responda tranquilamente. ¿Qué razones tiene usted para dudar que sea este hombre el padre de la criatura?

—¿Qué razones? ¡Ciento, señor juez! ¡Doscientas!, ¡mil!, ¡un millón! Porque después de haberle buscado, atendiendo a su numerosa familia, he sabido que su mujer se divierte con otros, y que los hijos de su mujer son de los amantes; ¡los ocho!, ¡del primero al último!

—Son habladurías —insinuó el sacristán con mucha calma.

—¿Que son habladurías?... ¿Habladurías?—vociferaba la señora Luneau—. Su mujer tiene tratos con todo el mundo. Interrogue a mis testigos y verá el señor juez si son habladurías.

—No son más que habladurías —insistió Hipólito sin perder la tranquilidad.

—Y los rubios, de ojos azules, ¿también son obra tuya, los rubios de ojos azules?

—No puedo permitir esas indagaciones —dijo el juez—, y si usted insiste, me verá obligado a multarla.

—Recelosa de su capacidad —continuó la viuda, más templada —y pensando que no estorban las precauciones, recurrí a Cesáreo, mi primer testigo, el cual se puso inmediatamente a mi disposición. Divulgándose la noticia, tuve un centenar de pretendientes. Mi segundo testigo, Lucas Chandeller, me advirtió que no debía darle a Hipólito Lacour los cien francos, porque los otros hicieron tanto como él, sin reclamarme nada.

—Que no me los hubiera ofrecido —indicó el sacristán—. Yo los he ganado, señor juez.

—¡Cien francos! ¡Cien francos!—voceaba la señora Luneau—. ¡Cien francos por eso! Ninguno me ha pedido nada, y tú, ¡cien francos! Míralos: ocho mocetones como castillos y ninguno me ha pedido nada. Pude tener ciento si quisiera, ¡ciento, doscientos, quinientos de balde!

—¡Aunque tuviese cien mil!

—¡Y cien mil!

—Yo hice lo que ofrecí... Lo demás no me importa; lo prometido es deuda.

—Bien; ¡pruébame que lo que traigo aquí es tuyo!—y al decir esto la viuda, se golpeaba el vientre con las dos manos—. ¡Pruébalo si puedes!

—Tal vez será mío, tal vez de otro —dijo el sacristán con mucha calma—. Lo cierto es que me prometió cien francos por mi parte, si resultaba. Si usted quiso asegurarse,

recurriendo a otros, no es mía la culpa. El trato es trato; yo no pedí que me ayudasen; me bastaba solo.

—¡Mentira! ¡Embustero! ¡Ahora lo dirán mis testigos!

El juez de paz los interrogó. Eran ocho mocetones robustos y desgachados.

—Lucas Chandeller, ¿tiene usted motivos para suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

—Pedro Celestino Sidoin, ¿tiene usted motivos para suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

Los restantes respondieron de igual modo a la misma pregunta. El juez de paz, habiendo meditado la sentencia, dictó:

*"Considerando que, si bien Hipólito Lacour tiene motivos para suponerse padre de la criatura que solicitaba la señora Luneau, los llamados Lucas Chandeller, etcétera, etc., tienen idénticos motivos para poder atribuirse cada uno de por sí la paternidad;*

*"Considerando que la señora Luneau había solicitado primeramente los auxilios de Hipólito Lacour, prometiéndole una indemnización de cien francos, en el caso de que resultasen fecundas las aproximaciones.*

*"Considerando que, aun comprobada la buena fe y el acierto de Hipólito Lacour, no podía encargarse del asunto, por ser casado y, por consiguiente, hallándose por la ley sujeto a fidelidad legítima;*

*"Considerando, además, etcétera, etcétera.*

*"Considero a la señora Luneau a pagar veinticinco francos por daños y perjuicios a Hipólito Lacour, indemnizándole de esta manera del tiempo empleado indebidamente.*

*Gil Blas, 21 de agosto de 1883*

# *La aventura de Walter Schnaffs*

---

*L'aventure de Walter Schnaffs*

Desde su entrada en Francia con el ejército invasor, Walter Schnaffs se consideraba el más desdichado de los hombres. Era gordo, le costaba andar, respiraba con dificultad y le dolían espantosamente los pies, que tenía muy planos y gruesos. Amén de eso era pacífico y bondadoso, nada magnánimo o sanguinario, padre de cuatro hijos a los cuales adoraba y casado con una joven rubia cuyas ternuras, cuidados y besos echaba desesperadamente de menos todas las noches. Le gustaba levantarse tarde y acostarse pronto, comer lentamente cosas buenas y tomar cerveza en las cervecerías. Pensaba además que todas las dulzuras de la existencia desaparecen con la vida y encerraba en su corazón un odio espantoso, instintivo y racional al mismo tiempo, hacia los carones, los fusiles, los revólveres y los sables, pero sobre todo hacia las bayonetas, sintiéndose incapaz de manejar ágilmente esa arma rápida para defender su grueso vientre.

Cuando se acostaba en el suelo, llegada la noche, envuelto en su capote junto a sus camaradas que roncaban, pensaba largamente en los suyos, dejados allí lejos, y en los peligros que alfombraban su camino: «Si lo mataban, ¿qué sería de los niños? ¿Quién los alimentaría y los educaría? Incluso ahora no eran ricos, pese a las deudas que él había contraído al marchar para dejarles algún dinero.» Y Walter Schnaffs lloraba a veces.

Al comenzar una batalla sentía tal debilidad en las piernas que se habría dejado caer, si no hubiera pensado que el ejército entero pasaría sobre su cuerpo. El silbido de las balas le ponía los pelos de punta.

Desde hacía meses vivía así, aterrorizado y angustiado.

Su cuerpo de ejército avanzaba hacia Normandía, y un día lo enviaron de reconocimiento con un reducido destacamento que debía limitarse a explorar parte de la comarca y replegarse a continuación. Todo parecía calmo en la campiña; nada indicaba una resistencia preparada.

Ahora bien, cuando los prusianos bajaban con tranquilidad a un vallecito cortado por profundos barrancos, una violenta descarga de fusilería los detuvo en seco, derribando a unos veinte; y una tropa de francotiradores, saliendo repentinamente de un bosquecillo del tamaño de la palma de la mano, se lanzó hacia adelante, con la bayoneta calada.

Walter Schnaffs se quedó inmóvil al principio, tan sorprendido y enloquecido que ni se le ocurrió huir. Después, lo asaltó un loco deseo de salir a escape; pero pensó al punto que corría como una tortuga en comparación con los delgados franceses que llegaban saltando como un rebaño de cabras. Entonces, divisando a seis pasos de él una ancha zanja llena de malezas, cubiertas de hojas secas, saltó a ella a pies juntillas, sin pensar siquiera en su profundidad, como se salta desde un puente al río.

Pasó, como una flecha, a través de una espesa capa de bejucos y de espinos puntiagudos que le desollaron la cara y las manos, y cayó pesadamente sentado sobre un lecho de piedras.

Al levantar los ojos, vio el cielo por el agujero que había hecho. Aquel agujero revelador podía traicionarlo, y se arrastró con precaución, a cuatro patas, hasta el fondo de aquel hoyo, bajo el techo de ramajes entrelazados, yendo lo más deprisa posible, alejándose del lugar del combate. Después se detuvo y se sentó de nuevo, agazapado como una liebre entre las altas hierbas secas.



Oyó durante cierto tiempo detonaciones, gritos, que jas. Después los clamores de la lucha se debilitaron, cesaron. Todo volvió a estar mudo y calmo.

De pronto algo se removió cerca de él. Tuvo un espantoso sobresalto. Era un pajarito que, habiéndose posado en una rama, agitaba las hojas secas. Durante casi una hora el corazón de Walter Schnaffs palpitó con latidos acelerados.

Caía la noche, llenando de sombras el barranco. Y el soldado se puso a meditar. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué sería de él? ¿Reunirse con su ejército?... Pero ¿cómo? ¿Y por dónde? ¿Tendría que volver a empezar la horrible vida de angustias, de espantos, de fatigas y de sufrimientos que llevaba desde el inicio de la guerra! ¡No! ¡Se sentía ya sin valor para eso! No tendría la energía necesaria para soportar marchas y afrontar peligros a cada minuto.

¿Qué hacer? No podía quedarse en aquel barranco y ocultarse allí hasta el final de las hostilidades. No, claro. Si no hubiera tenido que comer, aquella perspectiva no le hubiese aterrado demasiado; pero había que comer, y todos los días.

Se encontraba, así, solo, con armas, de uniforme, en territorio enemigo, lejos de quienes podían defenderlo. Leves temblores corrían por su piel.

De repente pensó: «¡Si al menos me hubieran hecho prisionero!», y su corazón se estremeció de deseo, de un deseo violento, inmoderado, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! Estaría a salvo, alimentado, alojado, a cubierto de las balas y los sables. Sin el menor recelo, en una buena cárcel bien custodiada. ¡Prisionero! ¡Qué sueño!

Y de inmediato tomó una resolución:

«Voy a entregarme prisionero.»

Se levantó, resuelto a ejecutar su proyecto sin perder un minuto. Pero se quedó inmóvil, asaltado de pronto por enojosas reflexiones y por nuevos terrores.

¿Dónde entregarse prisionero? ¿Cómo? ¿Hacia qué lado—? Y espantosas imágenes, imágenes de muerte, invadieron su alma.

Iba a correr terribles peligros aventurándose solo, con su casco puntiagudo, por la campiña.

¿Y si se encontraba con unos campesinos? Los campesinos, al ver un prusiano perdido, un prusiano indefenso, ¡lo matarían como a un perro vagabundo! ¡Lo destrozarían con sus horquillas, sus picos, sus hoces, sus palas! Lo harían papilla, picadillo, con el ensañamiento de vencidos exasperados.

¿Y si se encontraba con francotiradores? Los francotiradores, insensatos sin ley ni disciplina, lo fusilarían para divertirse, por pasar el rato, sólo por reírse viendo su cara. Y se veía ya pegado a un muro frente a doce dones de fusil, cuyos agujeritos redondos y negros parecían mirarlo.

¿Y si se encontraba con el propio ejército francés? Los hombres de la vanguardia lo tomarían por un explorador, por un atrevido y astuto soldado que había salido solo de reconocimiento, y tirarían sobre él. Y oía ya las detonaciones irregulares de los soldados tumbados en las zarzas, mientras él, de pie en el centro de un campo, caía, agujereado como un colador por las balas que sentía entrar en su carne.

Volvió a sentarse, desesperado. Su situación le parecía sin salida.

La noche había caído del todo, la noche muda y negra. No se movía, estremeciéndose con todos los ruidos desconocidos y ligeros que cruzan por las tinieblas. Un conejo, al golpear con el culo el borde de una madriguera, a punto estuvo de hacer escapar a Walter Schnaffs. Los chillidos de las lechuzas le desgarraban el alma, invadiéndola con miedos repentinos, tan dolorosos como una herida. Desencajaba sus grandes ojos para tratar de la ver en las sombras, y a cada momento se imaginaba que oía pasos cerca.

Tras interminables horas y angustias de condenado vio, a través de su techo de ramas, que el cielo clareaba. Entonces lo inundó un inmenso alivio; sus miembros se relajaron, descansados de pronto, su corazón se apaciguó; se le cerraron los ojos y se durmió.

Cuando despertó, le pareció que el sol había llegado más o menos al centro del cielo; debía de ser mediodía. Ningún ruido turbaba la taciturna paz de los campos; y Walter Schnaffs se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

Bostezaba, la boca se le hacía agua al pensar en el salchichón, en el buen salchichón de los soldados; y el estómago le dolía.

Se levantó, dio unos pasos, sintió flojera en las piernas, y volvió a sentarse para reflexionar. Durante dos o tres horas más pesó los pros y los contras, cambiando a cada momento de decisión, dudoso, desgraciado, atraído por las razones más encontradas.

Por fin una idea le pareció lógica y práctica; consistía en acechar el paso de un aldeano solo, sin armas, y sin aperos peligrosos, y en correr hacia él y ponerse en sus manos, haciéndole comprender claramente que se rendía.

Entonces se quitó el casco, cuya punta podía traicionarlo, y sacó la cabeza por el borde del hoyo, con infinitas precauciones.

Ningún ser aislado aparecía en el horizonte. Allá abajo, a la derecha, un pueblecito enviaba al cielo el humo de sus tejados, ¡el humo de las cocinas! Allá, a la izquierda, distinguía, al final de los árboles de una avenida, un gran castillo flanqueado por torrecillas.

Esperó hasta la noche, sufriendo horrorosamente, sin ver más que vuelos de cuervos, sin oír más que los sordos lamentos de sus tripas.

Y la noche volvió a caer sobre él.

Se tendió en el fondo de su refugio y se durmió con un sueño febril, poblado de pesadillas, con un sueño de hombre hambriento.

La aurora se alzó de nuevo sobre su cabeza. Reanudó su observación. Pero el campo seguía tan vacío como la víspera; un nuevo temor penetró en el espíritu de Walter Schnaffs: ¡el temor de morir de hambre! Se veía extendido en el fondo de su hoyo, de espaldas, con los ojos cerrados. Después los animales, animalillos de todas clases, se acercaban a su cadáver y empezaban a comerlo, atacándolo por todas partes a la vez, deslizándose bajo las ropas para morder su piel fría. Y un gran cuervo le sacaba los ojos con su pico afilado.

Entonces enloqueció, imaginándose que iba a desmayarse de debilidad y que no podría caminar. Y ya se disponía a lanzarse hacia el pueblo, resuelto a atreverse a todo, a desafiarlo todo, cuando vio tres campesinos que iban hacia los campos con sus horquillas al hombro, y volvió a hundirse en su escondrijo.

Pero cuando la noche oscureció la llanura, salió lentamente de la zanja y se puso en camino, encorvado, temeroso, con el corazón palpitante, hacia el lejano castillo, prefiriendo entrar allí que en el pueblo, que le parecía tan temible como una guarida llena de tigres.

Las ventanas de la planta baja brillaban. Incluso una estaba abierta; un intenso olor de carne guisada se escapaba por ella, un olor que penetró bruscamente por la nariz y hasta el fondo del vientre de Walter Schnaffs, lo crispó, le hizo jadear, atrayéndolo irresistiblemente, infundiéndole en su corazón una desesperada audacia.

Y bruscamente, sin reflexionar, apareció, con su casco, en el marco de la ventana.

Ocho criados cenaban en torno a una gran mesa. Pero de repente una sirvienta se quedó con la boca abierta, dejando caer el vaso, con los ojos fijos. ¡Todas las miradas siguieron a la suya!

¡Y vieron al enemigo!

¡Señor! ¡Los prusianos atacaban el castillo!...

Resonó primero un grito, un único grito, formado por ocho gritos lanzados en ocho diferentes tonos, un grito de horrible espanto; después hubo un tumultuoso levantarse, un atropellarse, una barahúnda, una enloquecida huida hacia la puerta del fondo. Las sillas caían, los hombres derribaban a las mujeres y pasaban por encima de ellas. En dos segundos la estancia quedó vacía, abandonada, con la mesa cubierta de condumio frente a un Walter Schnaffs estupefacto, que seguía de pie ante su ventana.

Tras unos instantes de vacilación, salvó el antepecho y avanzó hacia los platos. Su hambre desesperada le hacía temblar como un calenturiento; pero el terror lo retenía, lo paralizaba aún. Escuchó. Toda la casa parecía estremecerse; se cerraban puertas, rápidos pasos corrían por el entarimado del piso de arriba. El prusiano, inquieto, prestaba oídos a aquellos confusos rumores; luego oyó ruidos sordos, como si unos cuerpos hubiesen caído en la tierra blanda, al pie de los muros, cuerpos humanos que saltaban desde el primer piso.

Después cesaron los movimientos, la agitación, y el gran castillo quedó silencioso como una tumba.

Walter Schnaffs se sentó ante un plato que había quedado intacto, y empezó a comer. Comía a grandes bocados como si temiera que lo interrumpiesen pronto, no poder engullir bastante. Con las dos manos se metía los trozos en su boca abierta como una trampa; y bultos de comida bajaban uno tras otro al estómago, hinchando su garganta al pasar. A veces se interrumpía, a punto de reventar como un tubo demasiado lleno. Cogía entonces la jarra de sidra y se desatrancaba el estómago como quien limpia una cañería atascada.

Vació todos los platos, todas las fuentes y todas las botellas; después, borracho de líquido y de comida, embrutecido, colorado, sacudido por hipos, con el ánimo turbado y la boca grasienta, se desabrochó el uniforme para respirar, incapaz de dar un paso, por otra parte. Sus ojos se cerraban, sus ideas se embotaban; posó la pesada frente sobre sus brazos cruzados sobre la mesa, y perdió suavemente la noción de las cosas y de los hechos.

Una media luna iluminaba vagamente el horizonte por encima de los árboles del parque. Era esa hora fría que precede al día.

Unas sombras se deslizaban por la espesura, numerosas y mudas; y a veces un rayo de luna hacía relucir en la oscuridad una punta de acero.

El tranquilo castillo erguía su gran silueta negra. Sólo dos ventanas brillaban aún en la planta baja.

De repente una voz tonante gritó:

«¡Adelante! ¡Maldita sea! ¡Al asalto, hijos míos!

Entonces, en un instante, las puertas, las contraventanas y los vidrios se hundieron ante una marea de hombres que se abalanzó, lo rompió y destrozó todo, invadió la casa. En un instante cincuenta soldados armados hasta los dientes se lanzaron a la cocina donde descansaba pacíficamente Walter Schnaffs y, poniéndole en el pecho cincuenta fusiles cargados, lo derribaron, lo arrastraron, lo apresaron, lo ataron de pies y manos.

El jadeaba de aturdimiento, demasiado embrutecido para entender nada, apaleado, maltratado y loco de miedo.

Y de pronto un grueso militar recargado de oros le plantó el pie en el vientre, vociferando:

«Es usted mi prisionero, ¡ríndase!»

El prusiano sólo entendió una palabra, «prisionero», y gimió: «ya, ya, ya».

Sus vencedores, que resoplaban como ballenas, lo levantaron, lo ataron a una silla y lo examinaron con curiosidad. Varios de ellos se sentaron, pues no podían más de emoción y de cansancio.

El sonreía, sonreía ahora, ¡seguro de estar por fin prisionero!

Otro oficial entró y pronunció.

«Mi coronel, los enemigos han huido; parece que hemos herido a varios. Quedamos dueños de la plaza.» El grueso militar, que se enjugaba la frente, vociferó:

«Victoria!»

Y escribió en una pequeña agenda comercial que sacó del bolsillo:

«Tras encarnizada lucha, los prusianos han tenido que batirse en retirada, llevándose sus muertos y sus heridos, que evaluamos en cincuenta hombres fuera de combate. Varios han quedado en nuestras manos.»

El joven oficial prosiguió:

«¿Qué disposiciones debo tomar, mi coronel?»

El coronel respondió:

«Vamos a replegarnos para evitar un contraataque con artillería y fuerzas superiores.»

Y dio la orden de marcharse.

La columna se formó en la oscuridad, bajo los muros del castillo, y se puso en movimiento, rodeando por todas partes a un Walter Schnaffs agarrotado, sujeto por seis guerreros con el revólver empuñado.

Se enviaron exploradores a reconocer el camino. Avanzaban con prudencia, haciendo alto de vez en cuando.

Al rayar el día llegaron a la subprefectura de La Roche-Oysel, cuya guardia nacional había realizado aquel hecho de armas.

Los aguardaba una población ansiosa y sobreexcitada. Cuando divisaron el casco del prisionero, estallaron formidables clamores. Las mujeres alzaban los brazos; las viejas lloraban; un abuelo le lanzó su muleta al prusiano e hirió en la nariz a uno de sus guardianes.

El coronel chillaba:

«Velen por la seguridad del cautivo.»

Por fin llegaron a la casa consistorial. Abrieron la cárcel y arrojaron en su interior a Walter Schnaffs, libre de sus ligaduras.

Doscientos hombres armados montaron guardia en torno al edificio.

Entonces, a pesar de los síntomas de indigestión que lo atormentaban desde hacía tiempo, el prusiano, loco de alegría, empezó a bailar, a bailar desenfrenadamente, alzando los brazos y piernas, a bailar lanzando gritos frenéticos, hasta el momento en que cayó, agotado, al pie de una pared.

¡Era prisionero! ¡Estaba salvado!

Es así cómo el castillo de Champignet fue reconquistado al enemigo después de sólo seis horas de ocupación.

El coronel Ratier comerciante de paños, que realizó la hazaña al frente de los guardias nacionales de La RocheOysel, fue condecorado.

*Le Gaulois, 11 de abril de 1833*

# *Una aventura parisiense*

---

*Une aventure parisienne (o Une épreuve)*

¿Existe en la mujer un sentimiento más agudo que la curiosidad? ¡Oh! ¡saber, conocer, tocar lo que se ha soñado! ¿Qué no haría por ello? Una mujer, cuando su curiosidad impaciente está despierta cometerá todas las locuras, todas las imprudencias, tendrá todas las audacias, no retrocederá ante nada. Hablo de las mujeres realmente mujeres, dotadas de ese espíritu de triple fondo que parece, en la superficie razonable y frío, pero cuyos compartimentos secretos están los tres llenos: uno de inquietud femenina siempre agitada; otro de astucia coloreada de buena fe, de esa astucia de beato, sofisticada y temible; el último, por fin, de sinvergüencería encantadora de trapacería exquisita, de deliciosa perfidia, de todas esas perversas cualidades que empujan al suicidio a los amantes imbécilmente crédulos, pero que arroban a los otros.

Aquella cuya aventura quiero contar era una provinciana, vulgarmente honesta hasta entonces. Su vida tranquila en apariencia, discurría en su hogar, entre un marido muy ocupado y dos hijos a los que criaba como mujer irreprochable. Pero su corazón se estremecía de curiosidad insatisfecha, de un prurito de lo desconocido. Pensaba en París, sin cesar, y leía ávidamente los periódicos mundanos. La descripción de las fiestas, de los vestidos, de los placeres, hacía hervir sus deseos; pero sobre todo la turbaban misteriosamente los ecos llenos de sobreentendidos, los velos levantados a medias en frases hábiles, y que dejan entrever horizontes de disfrutes culpables y asoladores.

Desde allá lejos veía París en una apoteosis de lujo magnífico y corrompido.

Y durante las largas noches de ensueño, acunada por los ronquidos regulares de su marido que dormía a su lado de espaldas, con un pañuelo en torno al cráneo, pensaba en los hombres conocidos cuyos nombres aparecen en la primera página de los periódicos como grandes estrellas en un cielo sombrío; y se figuraba su vida enloquecedora entre un continuo desenfreno, orgías antiguas tremendamente voluptuosas y refinamientos de sensualidad tan complicados que ni siquiera podía figurárselos.

Los bulevares le parecían una especie de abismo de las pasiones humanas; y todas sus casas encerraban con seguridad prodigiosos misterios de amor.

Se sentía envejecer mientras tanto. Envejecía sin haber conocido nada de la vida, salvo esas ocupaciones regulares, odiosamente monótonas y triviales, que constituyen dicen, la felicidad del hogar. Era aún bonita, conservada en aquella existencia tranquila como una fruta de invierno en un armario cerrado; pero estaba roída, asolada, trastornada por ardores secretos. Se preguntaba si moriría sin haber conocido todas esas embriagueces pecaminosas, sin haberse arrojado una vez, una sola vez, por entero, a esa oleada de voluptuosidades parisienses.

Con larga perseverancia preparó un viaje a París, invento un pretexto se hizo invitar por unos parientes, y, como su marido no podía acompañarla partió sola.

En cuanto llegó, supo imaginar razones que le permitirían en caso necesario ausentarse dos días o mejor dos noches, sí era preciso, pues había encontrado, decía, unos amigos que vivían en la campiña suburbana.

Y buscó. Recorrió los bulevares sin ver nada, salvo el vicio errante y numerado. Sondeó con la vista los grandes cafés, leyó atentamente los anuncios por palabras de Le Figaro, que se le presentaba cada mañana como un toque de rebato, una llamada al amor.

Y nunca nada la ponía sobre la pista de aquellas grandes orgías de artistas y de actrices; nada le revelaba los templos de aquellos excesos, que se imaginaba cerrados por una palabra mágica como la cueva de Las Mil y una noche y esas catacumbas de Roma donde se celebraban secretamente los misterios de una religión perseguida.

Sus parientes, pequeños burgueses no podían presentarle a ninguno de esos hombres conocidos cuyos nombres zumbaban en su cabeza; y, desesperada, pensaba ya en volverse, cuando el azar vino en su ayuda.

Un día, bajando por la calle de la Chaussée d'Antin, se detuvo a contemplar una tienda repleta de esos objetos japoneses tan coloreados que constituyen una especie de gozo para la vista. Examinaba los graciosos marfiles grotescos, los grandes jarrones de esmaltes llameantes, los bronce raros, cuando oyó, en el interior de la tienda, al dueño, que, con muchas reverencias, mostraba a un hombrecito grueso de cráneo calvo y barba gris un enorme monigote ventrudo, pieza única según decía.

Y a cada frase del comerciante el nombre del coleccionista, un nombre célebre, resonaba como un toque de clarín. Los otros clientes, jóvenes señoras, elegantes caballeros, contemplaban con una ojeada furtiva y rápida, una ojeada como es debido y manifiestamente respetuosos, al renombrado escritor, quien, por su parte, miraba apasionadamente el monigote de porcelana. Eran tan feos uno como otro, feos como dos hermanos salidos del mismo seno.

El comerciante decía: "A usted, don Jean Varin, se lo dejaría en mil francos; es exactamente lo que me cuesta. Para todo el mundo sería mil quinientos francos; pero aprecio a mi clientela de artistas y le hago precios especiales. Todos vienen por aquí, don Jean Varin. Ayer, el señor Busnach me compró una gran copa antigua. El otro día vendí dos candelabros como estos (son bonitos, ¿verdad?) a don Alejandro Dumas. Mire, esa pieza que usted tiene, señor Varin, estaría ya vendida si la hubiera visto el señor Zola."

El escritor vacilaba, muy perplejo, tentado por el objeto, pero calculando la suma, y no se ocupaba más de las miradas que si hubiera estado solo en un desierto.

Ella había entrado temblando, con la vista clavada descaradamente sobre él, y ni siquiera se preguntaba si era guapo, elegante o joven. Era Jean Varin en persona, ¡Jean Varin!

Tras un largo combate, una dolorosa vacilación, él dejó el jarrón sobre una mesa. "No, es demasiado caro", dijo.

El comerciante redobló su elocuencia: " ¡Oh, don Jean Varin! ¿demasiado caro? ¡Vale muy a gusto dos mil francos."

El hombre de letras replicó tristemente, sin dejar de mirar la figurilla de ojos de esmalte: "No digo que no; pero es demasiado caro para mí."

Entonces ella, asaltada por una enloquecida audacia, se adelantó: "Para mí, dijo, ¿cuánto vale este hombrecillo?"

El comerciante, sorprendido, replicó:

"Mil quinientos francos, señora.

—Me lo quedo".

El escritor, que hasta entonces ni se había fijado en ella, se volvió bruscamente, y la miró de pies a cabeza como un buen observador, con los ojos un poco cerrados; después, como un experto, la examinó en detalle.

Estaba encantadora, animada, iluminada de pronto por aquella llama que hasta entonces dormía en ella. Y, además, una mujer que compra una chuchería por mil quinientos francos no es una cualquiera.

Ella tuvo entonces un movimiento de arrobadora delicadeza; y, volviéndose hacia él, con voz temblorosa:

"Perdón, caballero, quizás me mostré un poco viva; acaso usted no había dicho su última palabra."

El se inclinó: "La había dicho, señora."

Pero ella, muy emocionada: "En fin, caballero, hoy o más adelante, si decide cambiar de opinión, este objeto es suyo. Yo lo compré sólo porque le había gustado."

El sonrió, visiblemente halagado: "¿Cómo? ¿Me conoce usted?", dijo.

Entonces ella le habló de su admiración, le citó sus obras, fue elocuente.

Para conversar, él se había acodado en un mueble y, clavando en ella sus ojos agudos, intentaba descifrarla.

A veces el comerciante, encantado de poseer aquel reclamo viviente, cuando entraban clientes nuevos gritaba desde el otro extremo de la tienda: "Oiga, mire esto, don Jean Varin, ¿verdad que es bonito?" Entonces todas las cabezas se alzaban, y ella se estremecía de placer al ser vista así, en íntima conversación con un Ilustre.

Por fin, embriagada, tuvo una audacia suprema, como los generales que van a emprender el asalto: "Caballero, dijo, hágame un favor, un grandísimo favor. Permítame que le ofrezca este monigote en recuerdo de una mujer que lo admira apasionadamente y a quien usted ha visto diez minutos."

El se negó. Ella insistía. Se resistió, divertido, riéndose de buena gana.

Ella, obstinada, le dijo: "¡Bueno! Voy a llevárselo a su casa ahora mismo; ¿dónde vive usted? "

Se negó a dar su dirección; pero ella, preguntándosela al comerciante, la supo y, una vez pagada su adquisición, escapó hacia un coche de punto. El escritor corrió para alcanzarla, sin querer exponerse a recibir aquel regalo, que no sabría a quién devolver. Se reunió con ella cuando saltaba al coche, y se lanzó, casi cayó sobre ella, derribado por el simón que se ponía en camino; después se sentó a su lado, muy molesto.

Por mucho que rogó, que insistió, ella se mostró intratable. Cuando llegaban delante de la puerta, puso sus condiciones: "Accederé, dijo, a no dejarle esto, si usted cumple hoy todos mis deseos."

La cosa le pareció tan divertida que aceptó.

Ella preguntó: "¿Qué suele hacer usted a esta hora?"

Tras una leve vacilación: "Doy un paseo", dijo.

Entonces, con voz resuelta, ella ordenó: "¡Al Bosque!"

Se pusieron en marcha.

Fue preciso que él le nombrara a todas las mujeres conocidas, sobre todo a las impuras, con detalles íntimos sobre ellas, sus vidas, sus hábitos sus pisos, sus vicios.

Atardeció "¿Qué hace usted todos los días a esta hora?", dijo ella.

El respondió riendo: "Tomo un ajenjo." Entonces, gravemente agregó ella: "Entonces, caballero, vamos a tomar un ajenjo."

Entraron en un gran café del bulevar que él frecuentaba, donde encontró a unos colegas. Se los presentó a todos. Ella estaba loca de alegría. Y en su cabeza sonaban sin cesar estas palabras: " ¡Al fin! ¡al fin! "

Pasaba el tiempo, y ella preguntó: "¿Es su hora de cenar?"

El respondió: "Sí, señora.

—Pues entonces, vamos a cenar".

Y, al salir del café Bignon: "¿Qué hace usted por la noche?", dijo.

Ella miró fijamente: "Depende: a veces voy al teatro.

—Pues bien, caballero vamos al teatro".

Entraron en el Vaudeville, gratis, gracias a él, y, gloria suprema, toda la sala la vio a su lado, sentada en una butaca de palco.

Terminada la representación, él le besó galantemente la mano: "Sólo me queda, señora, agradecerle el delicioso día..." Ella lo interrumpió: "A esta hora, ¿qué hace usted todas las noches?"

—Pues..., pues..., vuelvo a casa".

Ella se echó a reír, con una risa trémula. "Pues bien, caballero..., volvamos a casa." Y no hablaron más. Ella se estremecía a ratos, temblorosa de pies a cabeza, con ganas de huir y ganas de quedarse, con, en lo más hondo de su corazón, una voluntad muy firme de llegar hasta el final.

En la escalera, se aferraba al pasamanos, tan viva era su emoción; y él subía delante, sin resuello, con una cerilla en la mano.

En cuanto estuvo en el dormitorio, ella se desnudó a toda prisa y se metió en la cama sin pronunciar una palabra; y esperó, acurrucada contra la pared.

Pero ella era tan simple como puede serlo la esposa legítima de un notario de provincias, y él más exigente que un bajá de tres colas. No se entendieron en absoluto.

Entonces él se durmió. La noche transcurrió, turbada solamente por el tictac del reloj, y ella, inmóvil, pensaba en las noches conyugales; y bajo los rayos amarillos de un farol chino miraba, consternada, a su lado, a aquel hombrecillo, de espaldas, rechoncho, cuyo vientre de bola levantaba la sábana como un globo de gas. Roncaba con un ruido de tubo de órgano, con resoplidos prolongados, con cómicos estrangulamientos. Sus veinte cabellos aprovechaban aquel reposo para levantarse extrañamente, cansados de su prolongada fijeza sobre aquel cráneo desnudo cuyos estragos debían velar. Y un hilillo de saliva corría por una comisura de su boca entreabierta.

La aurora deslizó por fin un poco de luz entre las cortinas corridas. Ella se levantó, se vistió sin hacer ruido y ya había abierto a medias la puerta cuando hizo rechinar la cerradura y él se despertó restregándose los ojos.

Se quedó unos segundos sin recobrar enteramente los sentidos, y después, cuando recordó su aventura preguntó: "¿Qué? ¿Se marcha usted?"

Ella permanecía en pie, confusa. Balbució: "Pues sí, ya es de día."

El se incorporó: "Veamos, dijo, tengo, a mi vez, algo que preguntarle."

Ella no respondía, y él prosiguió: "Me tiene usted muy extrañado desde ayer. Sea franca, confíeseme por qué ha hecho todo esto, pues no entiendo nada."

Ella se acercó despacito, ruborizada como una virgen:

"Quise conocer..., el... vicio..., y, bueno... y, bueno, no es muy divertido."

Y escapó, bajó la escalera, se lanzó a la calle.

El ejército de los barrenderos barría. Barrían las aceras, los adoquines, empujando toda la basura al arroyo. Con un movimiento regular, el mismo movimiento de los segadores en un prado, empujaban el barro en semicírculo ante sí; y, calle tras calle, ella los encontraba como juguetes de cuerda, movidos automáticamente por el mismo resorte.

Y le parecía que también en ella acababan de barrer algo, de empujar al arroyo, a la cloaca, sus ensueños sobreexcitados.

Regresó a casa, sin resuello, helada, guardando sólo en la cabeza la sensación de aquel movimiento de las escobas que limpiaban París por la mañana.

Y, en cuanto estuvo en su habitación, sollozó.

*Gil Blas, 22 de diciembre de 1881*



## *Un bandido corso*

---

*Un bandit corse*

El camino ascendía suavemente hacia el centro del bosque de Al-tone. Los desmesurados abetos formaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír algo así como un lamento continuo y triste, mientras que a derecha e izquierda sus delgados y rectos troncos semejaban un ejército de tubos de órgano, de los que parecía salir la monótona música del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, el número de aquellos largos y juntos maderos disminuyó; de trecho en trecho un árbol gigantesco, apartado de los demás, y abierto como una sombrilla enorme, ostentaba su copa de un sombrío verde; y de pronto llegamos al límite del bosque, a unos cien metros por debajo del desfiladero que conduce al inculto valle de Niolo.

En las dos altas cumbres que dominan este paraje, algunos viejos árboles disformes parecen haber subido penosamente, como exploradores enviados delante de una compacta muchedumbre. Volviéndonos, divisamos todo el bosque, extendido a nuestros pies, semejante a una inmensa cubeta de madera cuyos bordes, que parecían tocar el cielo, eran desnudas rocas que lo cerraban por todas partes.

De nuevo nos pusimos en marcha, y diez minutos después llegábamos al desfiladero.

Entonces contemplé un país sorprendente. A la conclusión de otro bosque un valle, pero un valle como no los había yo visto, una soledad de piedra de diez leguas de longitud, extendida entre dos montañas de dos mil metros de altura y sin un sembrado, sin un árbol a la vista. Es el Niolo, la patria de la libertad corsa, la inaccesible ciudadela de donde nunca los invasores pudieron expulsar a los montañeses.

—Ahí es también donde están refugiados todos nuestros bandidos-me dijo mi acompañante.

Pronto llegamos al fondo de aquel agujero inculto y de indescriptible belleza.

Ni una hierba, ni una planta; granito, nada más que granito. Delante de nosotros, hasta donde alcanza la vista, un desierto de granito resplandeciente, calentado como un horno por un furioso sol que parece expresamente suspendido sobre aquel desfiladero de piedra. Cuando se alzan los ojos hacia las cuestas, se queda deslumbrado y estupefacto. Se muestran rojas y labradas como festones de coral; todas las cimas son de pórvido; y el cielo, por encima de ellas, parece violeta, lila, descolorido por la vecindad de aquellos extraños montes. Más abajo el granito es gris chispeante, y a nuestros pies parece raspado, molido: caminamos sobre un polvo reluciente. A nuestra derecha, en un largo y tortuoso carril, un tumultuoso torrente ruge y corre. Y se tambalea uno bajo aquel calor, entre aquella lava, en aquel valle ardiente, árido, inculto, cortado por aquel arroyo turbulento, que parece tener prisa por huir, impotente para fecundar las rocas, perdido en aquel horno que se lo bebe ávidamente sin verse nunca por él atravesado y refrescado.

Pero de pronto apareció a nuestra izquierda una cruz de madera clavada en un pequeño montón de piedras. Un hombre había sido muerto allí. Dije a mi acompañante:

—Hábleme usted de sus bandidos.

El me contestó:

—He conocido al más célebre, al más terrible de todos ellos, al llamado Santa Lucía, y voy a referir a usted su historia.

Al ser muerto su padre en una disputa, por un joven del país, según se dijo, Santa Lucia quedó solo con su hermana. Era un muchacho débil y tímido, pequeño, enfermizo, sin ninguna energía. No prometió la vendetta al asesino de su padre. Todos sus parientes le fueron a ver, le suplicaron que se vengase; él permanecía sordo a sus amenazas y sus ruegos.

Entonces, siguiendo la vieja costumbre corsa, la hermana, llena de indignación, le quitó su ropa negra, a fin de que no llevase luto por el fallecimiento de una persona muerta sin venganza. Pues también insensible a este ultraje, y, por no descolgar la escopeta, aún cargada, de su padre, se encerró en un aposento de la casa, dejando de salir en absoluto, incapaz de arrostrar las desdeñosas miradas de los mozos del país.

Transcurrieron dos meses. Parecía haber olvidado hasta el crimen, y vivía con su hermana en el fondo de su casa.

Y, un día, aquel en quien recaía la sospecha del asesinato, se casó. A Santa Lucia no pareció impresionarle la noticia; mas he aquí que, para desafiarle sin duda, el supuesto criminal pasó, al ir a la iglesia, por delante de la morada de los huérfanos.

El hermano y la hermana comían, asomados a la ventana, unos pastelillos fritos, cuando el joven divisó a la gente de la boda desfilando delante de su casa. De repente empezó a temblar; se incorporó, sin decir una palabra; se santiguó; tomó la escopeta, qué tenía colgada en el hogar, y salió a la calle.

Cuando, más adelante, hablaba de esto, decía:

—No sé lo que sentí; fue como un calor súbito en la sangre; y comprendí que era necesario hacer aquello; que, a pesar de todo, yo no hubiera podido resistir, y fui a esconder la escopeta en el bosque del camino de Corte.

Una hora después regresaba sin nada en las manos, con su aire habitual, fatigado y triste. Su hermana se creyó que no tenía ninguna idea.

Pero, al anochecer, desapareció.

Su enemigo debía ir a Corte aquella noche misma, a pie y con sus dos testigos de boda.

Avanzaban por el camino cantando; Santa Lucía se irguió de pronto ante ellos, y, mirando frente a frente al asesino, exclamó:

—¡Ha llegado tu hora!

Luego, a quema ropa, disparó sobre él su escopeta.

Uno de los testigos escapó; el otro miraba al joven, murmurando:

—¿Qué has hecho, Santa Lucía? ¿Qué has hecho?

Después quiso ir a Corte a buscar quien auxiliase al herido.

Pero Santa Lucía le gritó:

—Si das un paso más, te rompo una pierna.

El otro, que conocía su timidez, le replicó:

—No eres capaz.

Y siguió corriendo.

Más no tardó en caer con el muslo roto de un balazo.

Y Santa Lucía, acercándose a él, agregó:

—Voy a examinar tu contusión. Si no es grave, me contentaré con eso; si es grave, te remataré.

Miró detenidamente la herida; juzgándola mortal, volvió a cargar lentamente la escopeta, invitó al herido a rezar una oración y le partió el cráneo.

Al siguiente día estaba en el monte.

—¿Y sabe usted lo que el tal Santa Lucia hizo luego?

Toda su familia fue detenida por los gendarmes. Su tío el cura, quien se sospechaba le había incitado a la venganza, fue también encarcelado y acusado por los parientes del

muerto. Pero se escapó, cogió a su vez una escopeta y se reunió con su sobrino en el bosque.

Entonces Santa Lucía mató, uno tras otro, a los acusadores de su tío, sacándoles los ojos para enseñar a los demás a no afirmar lo que no hubiesen visto.

Mató a todos los parientes, a todos los aliados de la familia enemiga. Mató además a catorce gendarmes, incendió las casas de sus adversarios y fue hasta su hasta su muerte el más terrible de todos los bandidos de que se tiene memoria.

\*\*\*

El sol desaparecía detrás de Monte Cinto y la sombra inmensa de la montaña de granito se extendía sobre el granito del valle. Apretamos el paso para llegar antes que anoheciera al pueblecillo de Albertacce, especie de montón de piedras pegadas a los costados de piedra del árido desfiladero. Y dije pensando en el bandido:

—¡Qué terrible costumbre la de vuestra vendetta!

Mi acompañante replicó con resignación:

—¿Qué quiere usted? ¡Se cumple con un deber!

*Gil Blas, 25 de mayo de 1882*

# *La baronesa*

---

*La baronne*

"Podrás ver antigüedades interesantes —me dijo mi amigo Boisrené—, ven conmigo."

Me llevó, pues, al primer piso de una hermosa casa, en una gran calle de París. Nos recibió un hombre de excelente porte, de modales perfectos, que nos paseó de estancia en estancia enseñándonos objetos raros cuyo precio decía con negligencia. Las grandes sumas, diez, veinte, treinta, cincuenta mil francos salían de sus labios con tanta gracia y facilidad que no cabía duda de que la caja fuerte de aquel comerciante hombre de mundo encerraba millones.

Yo lo conocía de nombre desde hacía tiempo. Muy hábil, muy flexible, muy inteligente, servía de intermediario para toda clase de transacciones. Relacionado con todos los coleccionistas más ricos de París, e incluso de Europa y América, conocedor de sus gustos, de sus preferencias del momento, los avisaba con un billete o un despacho, si vivían en una ciudad lejana, en cuanto sabía de un objeto en venta que pudiera convenirles.

Hombres de la mejor sociedad habían recurrido a él en trances apurados, bien para conseguir dinero para el juego, bien para pagar una deuda, bien para vender un cuadro, una joya de familia, un tapiz e incluso un caballo o una finca en los días de crisis aguda.

Decían que jamás negaba sus servicios cuando preveía una posibilidad de ganancia.

Boisrené parecía íntimo de aquel curioso comerciante. Habían debido de tratar juntos más de un negocio. Yo miraba al hombre con mucho interés.

Era alto, delgado, calvo, elegantísimo. Su voz suave, insinuante, tenía un encanto particular, un encanto tentador que daba a las cosas un valor especial. Cuando tenía un objeto en sus dedos, le daba vueltas y más vueltas, lo miraba con tanta maña, agilidad, elegancia y simpatía que el bibelot parecía al punto embellecido, transformado por su tacto y su mirada. Y de inmediato se le valoraba mucho más que antes de haber pasado de la vitrina a sus manos.

"¿Y su Cristo —dijo Boisrené—, ese hermoso Cristo renacentista que me enseñó el año pasado?"

El hombre sonrió, y contestó:

"Se ha vendido, y de una forma muy rara. Se trata de una historia parisiense, faltaría más. ¿Quiere que se la cuente?"

—Claro que sí.

—¿Conoce usted a la baronesa de Samoris?"

—Sí y no. La he visto una vez, ¡pero sé quién es!

—Lo sabe... ¿del todo?"

—Sí.

—Quiere decírmelo, para que vea si no se equivoca usted.

—De muy buena gana. La señora Samoris es una mujer de mundo que tiene una hija sin que jamás se haya conocido a su marido. En cualquier caso, sí no ha tenido marido, tiene amantes de forma discreta, pues la reciben en cierta sociedad tolerante o ciega.

"Frecuenta la iglesia, recibe los sacramentos con unción, de forma que eso se sepa, y no se compromete jamás. Espera que su hija haga una buena boda. ¿Es eso?"

—Sí, pero completaré sus informes: es una man tenida que se hace respetar por sus amantes más que si no se acostara con ellos. Y eso es un raro mérito, pues, de esta forma, se consigue de un hombre lo que se quiera. Aquel que ha elegido, sin que él lo sospeche, la corteja mucho tiempo, la desea con temor, la solicita con pudor, la obtiene con asombro y la posee con consideración. No se da cuenta de que la paga, pues ella se desenvuelve con un gran tacto; y mantiene sus relaciones en tal tono de reserva, de dignidad, de conveniencia, que al salir de su cama él abofetearía al hombre capaz de desconfiar de la virtud de su amante. Y lo haría con la mejor fe del mundo. "

"He prestado algunos servicios a esa señora, en varias ocasiones. Y no tiene secretos para mí.

"Ahora bien, en los primeros días de enero vino a verme para pedirme prestados treinta mil francos. No se los di, por supuesto; pero, como deseaba servirla, le rogué que me expusiera muy detalladamente su situación con el fin de ver lo que podría hacer por ella.

"Me dijo las cosas con tales precauciones de lenguaje que no me habría contado más delicadamente la primera comunión de su hijita. Comprendí al final que los tiempos eran duros y que se hallaba sin un céntimo.

"La crisis comercial, las inquietudes políticas que el actual Gobierno parece mantener a propósito, los rumores de guerra, la penuria general han hecho que el dinero escasee, incluso en manos de los enamorados. Y además aquella honrada mujer no podía entregarse al primero que llegase.

"Necesitaba un hombre de mundo, de la mejor sociedad, que consolidase su reputación al tiempo que proveyera a las necesidades cotidianas. Un vividor, incluso riquísimo, la habría comprometido para siempre, haciendo problemática la boda de su hija. Tampoco podía pensar en las agencias galantes, en los intermediarios deshonorosos que habrían podido, durante algún tiempo, sacarla del aprieto.

"Ahora bien, tenía que sostener el tren de su casa, que continuar recibiendo a todo el mundo para no perder la esperanza de encontrar, entre la multitud de visitantes, el amigo discreto y distinguido que esperaba, que elegiría.

"Yo le hice observar que mis treinta mil francos tenían pocas posibilidades de volver a mí; porque, cuando se los hubiera comido, tendría que conseguir, de una sola vez, por lo menos sesenta mil para devolverme la mitad.

"Parecía desolada, al escucharme. Y ya no sabía yo qué inventar cuando cruzó por mi mente una idea, una idea realmente genial.

"Acababa de comprar ese Cristo renacentista que le enseñé, una pieza admirable, la más hermosa de ese estilo que he visto nunca.

"Mi querida amiga —le dije—, voy a mandar que lleven a su casa ese marfil. Invente usted una historia ingeniosa, conmovedora, poética, lo que quiera, para explicar su deseo de deshacerse de él. Es, por supuesto, un recuerdo de familia heredado de su padre.

"Yo le enviaré compradores, y se los llevaré yo mismo. El resto es asunto suyo. La informaré de su posición con un billete, la víspera. Ese Cristo vale cincuenta mil francos; pero lo dejaré en treinta mil. La diferencia será para usted."

"Reflexionó unos instantes con aire profundo y respondió: "Si, quizá sea buena idea. Se lo agradezco mucho."

"Al día siguiente, mandé llevar mi Cristo a su casa, y esa misma noche le envié al barón de Saint-Hospital.

"Durante tres meses le remití clientes, los mejores que tengo, lo más escogido de mis relaciones de negocios. Pero no volví a oír hablar de ella.

"Ahora bien, habiendo recibido la visita de un extranjero que hablaba muy mal francés, me decidí a presentarlo yo mismo en casa de la Samoris, para ver.

"Un lacayo vestido de negro nos recibió y nos hizo pasar a un bonito salón, oscuro, amueblado con gusto, donde esperamos unos minutos. Apareció ella, encantadora, me tendió la mano, nos hizo sentar; y cuando le hube explicado el motivo de mi visita, llamó.

"Reapareció el lacayo.

" "Vea, dijo ella, si la señorita Isabelle puede dejarnos entrar en su capilla."

"La jovencita trajo en persona la respuesta. Tenía quince años, un aire modesto y bondadoso, toda la frescura de su juventud.

"Quería conducirnos ella misma a la capilla.

"Era una especie de camarín piadoso donde ardía una lámpara de plata delante del Cristo, mi Cristo, tendido en un lecho de terciopelo negro. La decoración era encantadora y muy hábil.

"La niña hizo la señal de la cruz, después nos dijo:

"Miren, caballeros. ¿Verdad que es hermoso?"

"Cogí el objeto, lo examiné y declaré que era muy notable. El extranjero también lo consideró, pero parecía mucho más interesado por las dos mujeres que por el Cristo.

"Oía bien en la casa, olía a incienso, a flores y a perfumes. Uno se encontraba a gusto. Se trataba realmente de una morada confortable que invitaba a quedarse.

"Cuando regresamos al salón, abordé, con reserva y delicadeza, la cuestión del precio. La señora Samonis pidió, bajando los ojos, cincuenta mil francos.

"Después agregó: "Si desea volver a verlo, caballero, nunca salgo antes de las tres; y se me encuentra todos los días."

"En la calle, el extranjero me preguntó detalles sobre la baronesa, a quien había encontrado exquisita. Pero no volví a oír hablar ni de él ni de ella.

"Transcurrieron tres meses más.

"Una mañana, hace apenas quince días, ella llegó a mi casa a la hora del almuerzo y, poniéndome una cartera entre las manos, dijo: "Querido, es usted un ángel. Ahí tiene cincuenta mil francos; soy yo la que compro el Cristo, y pago veinte mil francos más del precio convenido, a condición de que me siga enviando., nuevos clientes..., pues mi Cristo.. .está aún en venta..."

*Gil Blas, 17 de mayo de 1887*

## *El barrilito*

---

*Le petit fût*

*A Adolphe Tavernier*

El amo Chicot, mesonero de Épreville, paró su cochecito delante de la granja de la tía Magloire. Era un hombre robusto, de cuarenta años, colorado y ventrudo, y pasaba por ser algo malicioso.

Ató su caballo al poste de la barrera y luego penetró en el patio de la granja. Poseía una finca contigua a las tierras de la vieja, que codiciaba desde hacía mucho tiempo. Veinte veces había intentado comprárselas, pero la tía Magloire se había negado con obstinación.

—Donde he nacido, moriré —decía.

La encontró mondando patatas a la puerta de casa. Tenía setenta y dos años de edad, y estaba seca, arrugada y encorvada, pero era infatigable como una joven. Chicot le dió unos golpecitos amistosos en la espalda, y se sentó en un escabel, junto a ella.

—¡Qué!, ¿cómo va esa salud, tía Magloire? ¿Bien?...

—No va mal, ¿y la suya, amo Prosper?

—Vaya, con algunos dolores; por lo demás, perfectamente.

—Bueno, pues está bien.

Y no dijo más. Chicot se quedó contemplando cómo hacía faena. Sus dedos corvos, nudosos y duros como patas de cangrejo, cogían, como si fuesen unas pinzas, los tubérculos grisáceos que estaban en un capacho, y vivamente empezaba a darles vueltas con una mano, y la iba pelando con la hoja de un viejo cuchillo que tenía en la otra mano, sacando largas cáscaras. Y cuando la patata quedaba toda amarilla, la tiraba en un cubo lleno de agua. Tres gallinas atrevidas se aproximaban una tras de la otra hasta su falda a recoger las mondaduras, y luego se echaban a todo correr de sus patas, llevando en el pico su botín.

Chicot parecía estar preocupado, indeciso y como con ganas de decir algo que tenía en la punta de la lengua y que no se atrevía a soltar. Al fin, se decidió:

—Dígame, tía Magloire...

—¿Qué se le ofrece?

—Esta granja..., nunca ha querido vendérmela...

—No, ni piense usted en ello. Ya se lo he dicho, y no vuelva a las mismas.

—Es que he encontrado un arreglo que nos beneficiaría a los dos.

—¿Cuál es?

—Mire, usted me la vende y, sin embargo, se queda en ella. ¿No acierta usted? Siga mi razonamiento.

La vieja cesó de mondar sus legumbres y fijó en el mesonero sus ojos vivos bajo sus párpados arrugados.

—Me explicaré —continuó él—. Le doy todos los meses ciento cincuenta francos. ¿Me entiende? Cada mes yo llevo aquí, en mi cochecito. Y le entrego treinta escudos de cien sueldos. Y después nada ha cambiado; nada en absoluto; usted continúa aquí, no se preocupa de mí lo más mínimo, pues no me debe nada. Usted no hace más que coger mi dinero. ¿Está de acuerdo?

Y la miraba con una cara sonriente, de muy buen humor.

La vieja lo examinaba con desconfianza, buscando la trampa. Le preguntó:

—Eso es para mí; pero, la granja, ¿no tengo que dársela a usted?

—No se preocupe por eso —añadió—. Usted permanecerá en ella tanto tiempo como Dios la deje vivir. Usted en su casa. Únicamente me firmará un papelito ante notario para que, después que usted haya muerto, sea mía. Usted no tiene hijos, sólo unos sobrinos que apenas se preocupa de ellos. ¿De acuerdo? Conserva su propiedad durante toda su vida, y yo le doy treinta escudos de cien sueldos al mes. Para usted todo son ganancias.

La vieja se quedó sorprendida, inquieta; pero se sintió tentada.

—No diga nada —replicó—. Solamente quiero pensarlo un poco. No me vuelva a hablar de esto hasta la próxima semana. Entonces, le daré una respuesta definitiva.

Y el amo Chicot se fue más contento que un rey que acaba de conquistar un imperio.

La tía Magloire se quedó pensativa. Aquella noche no durmió, y durante cuatro días estuvo en una constante vacilación. Presentía alguna mala consecuencia para ella, pero el pensamiento de los treinta escudos mensuales, de ese hermoso dinero contante y sonante que entraría en su faltriquera, como llovido del cielo, sin hacer nada, la llenaba de deseo.

Entonces fue a casa del notario y le contó su caso. Le aconsejó que aceptase la proposición de Chicot, pero que le pidiese cincuenta escudos de cien sueldos en vez de treinta, pues su granja valía, evaluándola al más bajo precio, sesenta mil francos.

—Si usted vive quince años —le decía el notario— no le pagaría aún, de esta manera, más que cuarenta y cinco mil francos.

La vieja se estremeció ante la perspectiva de cincuenta escudos de cien sueldos al mes; pero desconfiaba aún, temiendo mil cosas imprevistas, astucias ocultas, y se estuvo hasta el anochecer haciéndole preguntas, sin decidirse a marchar. Por fin, le ordenó que preparase el acta, y regresó a su casa como si hubiese bebido cuatro jarros de sidra de cosecha reciente.

Cuando fue Chicot a enterarse de la respuesta, se hizo mucho de rogar, y le declaró que no quería, pero estaba temblando de miedo por si él no consentía en darle los cincuenta escudos de cien sueldos. Como insistía tanto, le dijo al fin sus pretensiones.

El mesonero sufrió un sobresalto de contrariedad y rehusó.

Entonces, para convencerle, ella se puso a razonar sobre la probable duración de su vida.

—No tengo más que cinco o seis años de vida, lo más seguro. Voy para los setenta y tres, y ya estoy poco valiente. La otra noche, creí que iba a morirme; me parecía que se me vaciaba el cuerpo, y tuvieron que llevarme a la cama.

Pero Chicot no se dejaba engañar.

—Vamos, vamos, vieja práctica, está usted más firme que el campanario de la iglesia. Vivirá por lo menos cien años, y seguro que será usted quien me entierre a mí.

Se pasaron todo el día en discusiones. Pero como la vieja no cedió, el mesonero tuvo que consentir, al fin, en dar los cincuenta escudos.

Al día siguiente firmaron el acta de propiedad. Y la tía Magloire exigió diez escudos de cántaros de vino.

\*\*\*

Transcurrieron tres años. La buena mujer estaba que era un encanto; parecía que no había pasado ni un solo día, y Chicot se desesperaba. Le parecía que estaba pagando esta renta desde hacía medio siglo, que habla sido engañado, estafado, arruinado. De cuando en cuando, iba a hacerle una visita a la granjera, como se va en el mes de julio al campo a ver si los trigos han madurado para la siega. Lo recibía con una mirada



maliciosa. Se diría que se felicitaba de la buena trastada que le había jugado; y él se volvía en seguida a su cochecito, murmurando:

—¡No reventarás ya, carcamal!

Chicot no sabía qué hacer; le hubiese gustado estrangularla al verla. La odiaba ferozmente, con un odio socarrón de campesino robado.

Entonces trató de buscar otros procedimientos. Por fin, un día fue a verla frotándose las manos de satisfacción, como la primera vez que le propuso el trato.

Y después de haber charlado unos minutos:

—Dígame, tía Magloire, ¿por qué no va a comer al mesón, cuando vaya a Épreville? Charlamos, y así se dice que somos amigos, y eso no causa pena. Ya usted sabe que en mi casa no necesita pagar nada, y no me duele una comida más o menos. Vaya por allí cuando quiera, sin ninguna reserva, me causará gran placer verla.

La tía Magloire no se le hizo repetir, y a los pocos días, cuando iba al mercado en su calesa conducida por su criado Célestin, dejó su caballo, sin ningún apuro, en la cuadra del amo Chicot, y reclamó su comida.

El mesonero, lleno de alegría, la trató como a una señora, le sirvió pollo, unas morcillas de sangre y de carne de cerdo, cordero asado y coles con tocino. Pero no comió casi nada, pues era sobria desde la infancia y se había alimentado sólo de un poco de sopa y una tostada untada de manteca.

Chicot insistía, contrariado. Como tampoco bebía, rehusó tomar café.

—Al menos, tomará una copita——le dijo con cierta exigencia.

—¡Ah, eso sí! No digo que no.

Y el mesonero gritó a pleno pulmón, desde allí mismo:

—Rosalie, trae aguardiente del más fino, del refinado.

Y la criada apareció con una botella larga y adornada con una hoja de parra en su etiqueta.

El mesonero llenó dos vasos.

—Pruébela tía Magloire, es excelente.

Y la buena mujer bebió muy despacio, a traguitos, saboreándolo agradablemente. Cuando vació su vaso, lo escurrió, y luego declaró:

—Sí, es excelente.

No había acabado de hablar y ya Chicot le servía otro vaso. Quiso rehusar, pero era demasiado tarde, y lo saboreó tanto como el primer vaso.

Quiso entonces hacerle aceptar otro más, pero se resistió.

—Esto es como leche —insistía él—, beba usted; mire, yo bebo diez o doce sin ninguna dificultad. Pasa como si fuese azúcar; no se siente nada ni en el vientre ni en la cabeza; es como si se evaporase en la lengua. No hay nada mejor para la salud.

Como le gustaba mucho, cedió, pero le rogó que sólo lo llenase por la mitad.

Entonces Chicot, en un arranque de generosidad, exclamó:

—Mire, puesto que le gusta, le voy a regalar un barrilito, para demostrarle que somos buenos amigos.

La buena mujer no dijo que no, y se fue un poco achispada.

Al día siguiente, el mesonero entró en el patio de la tía Magloire, y sacó del fondo de su coche una pequeña barrica, rodeada de aros de hierro. En seguida quiso hacerle probar el contenido, para demostrarle que era del mismo; y, después de haberse bebido cada uno sus tres buenas copas, Chicot le dijo, al marcharse:

—Y ya sabe usted que cuando se acabe, hay más; no se apure, que a mí no me pesa dárselo. Cuando más pronto lo acabe, más contento estaré.

Y se metió en su cochecito.

Volvió cuatro días más tarde. La vieja estaba delante de la puerta, ocupada en cortar el pan para la sopa.

Se acercó, le dio los buenos días, le habló aproximándose a su nariz, a fin de oler su aliento; reconoció un hálito de alcohol, y entonces su rostro se iluminó.

—Ofrézcame una copita de aguardiente —dijo.

Y se trincaron dos o tres copas.

Mas, en seguida se corrió por toda la comarca el rumor de que la tía Magloire se embriagaba a solas. Tan pronto la tenían que recoger borracha en la cocina, como en el patio de su granja o por los caminos de los alrededores, y era preciso llevarla a su casa, inerte como un cadáver.

Chicot no iba por su casa y, cuando se le hablaba de la campesina, contestaba con cara triste:

—Es una desgracia haber cogido esa costumbre a su edad. Ya saben ustedes que cuando se es viejo, no se tiene resistencia. ¡Eso acabaré por jugarle una mala trastada!

Y, en efecto; le jugó una mala pasada. Murió al invierno siguiente, hacia navidad, pues se cayó borracha entre la nieve del camino y allí sé quedó.

Y el amo Chicot, al heredar la granja, declaró:

—Si esa palurda no se hubiese entregado a la bebida, hubiera vivido aún diez años más.

*Le Gaulois, 7 de abril de 1884*

# *El bautismo (I)*

---

*Le baptême*

*A Guillemet*

Los hombres, vestidos con sus trajes de día de fiesta, esperaban a la puerta de la granja. El sol de mayo derramaba su luz esplendorosa sobre los manzanos en flor, que parecían enormes ramos redondos, blancos, rosáceos y perfumados, que cubrían todo el patio con un techo florido. De todos ellos caía constantemente una nieve de pequeños pétalos, formando remolinos y ondulaciones en el aire, antes de posarse en la hierba alta, en la que brillaban como llamas los dientes del león, y las amapolas semejabán gotas de sangre.

Una cerda madre, de vientre enorme y ubres abultadas, dormitaba al borde del estercolero, y una multitud de cerditos corría a su alrededor con el rabo ensortijado como una cuerda.

De pronto empezó a sonar la campana de la iglesia, a lo lejos, más allá de los árboles de las granjas. Su metálica voz lanzaba en los cielos gozosos su débil llamada lejana. Las golondrinas cruzaban como flechas por el inmenso espacio azul encuadrado en las grandes hayas inmóviles. De cuando en cuando pasaba una vaharada de establo y se mezclaba con el aroma suave y dulzón de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban en pie delante de la puerta, se volvió hacia la casa y gritó:

—Ea, Melina, vamos ya, que están tocando.

Tendría unos treinta años. Era un campesino fornido, al que todavía no habían conseguido deformar, ni encorvar, los muchos años de trabajo en la tierra. Un viejo, su padre, avellanado como un tronco de haya, de muñecas abultadas y piernas torcidas, sentenció:

—Está visto, nunca acaban de prepararse las mujeres.

Los otros dos hijos del viejo se echaron a reír; uno de ellos se volvió hacia el hermano mayor, que era quien primero había hablado, y le dijo:

—Ve en su busca, Polito; de otro modo, no estarán antes del mediodía.

El joven entró en su casa.

Una bandada de patos, que se había detenido cerca del grupo de campesinos, empezó a graznar sacudiendo sus alas; después se alejaron hacia la charca con calmoso contoneo.

En la puerta de entrada de la casa, que había quedado abierta, apareció una voluminosa mujer, que llevaba en brazos un niño de dos meses. Las cintas blancas con que sujetaba su alto gorrito, le caían sobre un mantoncillo rojo, deslumbrante como llamarada, y el niño, envuelto en telas blancas, descansaba sobre la joroba que formaba el vientre de la comadrona. Salió detrás, fresca y sonriente, cogida del brazo de su marido, la madre, mujer alta y fuerte, que apenas tendría dieciocho años, y a continuación seguían las abuelas, ajadas como manzanas viejas, encorvadas de cintura por efecto del trabajo rudo y continuo, aunque haciendo ahora un esfuerzo por enderezarse, que se traslucía en su expresión de dolor. Una de ellas era viuda; se cogió del brazo del abuelo, que había permanecido delante de la puerta, y se pusieron al frente del cortejo, inmediatamente después del niño y de la comadrona. Los demás de la familia siguieron detrás. Los más jóvenes llevaban bolsas de papel llenas de caramelos.

La campanita sonaba a lo lejos sin descanso, llamando con toda su fuerza al chiquillo esperado. Los muchachos se subían a las cercas; los mayores se asomaban a las vallas; algunas criadas de granja se detenían con un cubo de leche a cada lado, para contemplar el bautizo. La comadrona llevaba con orgullo su carga viviente, y evitaba con cuidado los charcos de agua en los caminos, que cruzaban por entre ribazos plantados de árboles. Seguían después los ancianos, muy solemnes, aunque caminaban con alguna irregularidad por efecto de los años y de los achaques; los jóvenes sentían ganas de bailar, y miraban a las mozas que acudían para verlos pasar; y el padre y la madre marchaban muy formales, más serios que los demás, detrás de aquel hijo que tomaría, andando el tiempo, su puesto en la vida, y que había de perpetuar en la región su apellido Dentu, que era conocido en todo el distrito.

Salieron al llano, y siguieron a campo traviesa para ahorrarse el largo rodeo que daba el camino.

Ya se distinguía la iglesia, con su puntiagudo campanario. Debajo mismo del techo de pizarra, tenía una abertura que lo cruzaba de parte a parte; y en su interior se movía algo, que pasaba y repasaba con rápido vaivén, por detrás de la angosta ventana. Era la campana que no dejaba de tocar, invitando al recién nacido a que fuese por vez primera a la mansión del Señor.

Un perro echó a andar tras el cortejo. Le tiraban confites, y él daba saltos alrededor de las personas.

La puerta de la iglesia estaba abierta. El sacerdote aguardaba junto al altar: era un mocetón de cabellos rojos, seco y fuerte, también Dentu de apellido, y tío del niño, porque era hermano del padre. Bautizó, cumpliendo todos los ritos, a su sobrino Próspero César, y éste rompió a llorar cuando sintió el sabor de la simbólica sal.

Terminada la ceremonia, la familia esperó en el umbral de la puerta, mientras el sacerdote se quitaba la sobrepelliz; y, a continuación, echaron a andar. Ahora caminaban aprisa, pensando en la comida. Iba tras ellos toda la chiquillería del pueblo, y a cada puñado de caramelos que les tiraban se entablaba un furioso revoltijo, luchas cuerpo a cuerpo, y alguno se llevaba de un tirón los cabellos de otro. También el perro se lanzaba al montón, en busca de algún confite, y aunque le tiraban del rabo, de las orejas, de las patas, se mostraba más obstinado que los mismos muchachos.

La comadrona, un poco cansada, se dirigió al cura, que caminaba a su lado.

—Dígame, señor cura, ¿le importaría llevar un rato a su sobrino, mientras yo descanso un poco? Estoy sintiendo casi calambres en el estómago. Tomó el sacerdote al niño, y la albura de las ropas de éste formó como un manchón luminoso sobre la negra sotana; lo besó; aquella carga tan liviana le embarazaba, porque no sabía cómo tenerlo, ni de dónde agarrarlo. Todos se echaron a reír. Una de las abuelas le preguntó desde lejos:

—Oye, curita, ¿no te da tristeza el pensar que no tendrás nunca uno como ése, que sea tuyo?

El sacerdote no contestó. Caminaba dando grandes zancadas, con la vista clavada en el arrapiezo de ojos azules, sintiendo ganas de besar otra vez sus carrillos mofletudos. No pudo resistir más, lo alzó hasta la altura de su boca, y le dio un beso muy largo.

—El padre le gritó:

—Eh, señor cura. ¡Si quieres otro como ése, no tienes más que pedirlo!

Y empezaron las cuchufletas, al estilo campesino.

Así que se sentaron a la mesa, estalló, como una tormenta, la alegría pesadota de la gente del campo. También los otros dos hijos iban a contraer pronto matrimonio; allí estaban sus novias, que únicamente habían sido invitadas a la comida; y todo era hablar los comensales acerca de las futuras generaciones que de tales bodas se esperaban.

Se lanzaban frases gruesas, muy cargadas de pimienta, que hacían reír por lo bajo a las mozas y retorcerse de risa a los hombres. Golpeaban con el puño en la mesa, al mismo tiempo que dejaban escapar exclamaciones. El padre y el abuelo eran una fuente inagotable de dichos picarescos. La madre se sonreía; también las abuelas tomaban su parte en el regocijo y lanzaban alguna que otra chocarrería.

El sacerdote, acostumbrado a aquella clase de excesos campesinos, no se daba por enterado; estaba sentado junto a la comadrona y hacía a su sobrino cosquillas con el dedo en la boca para hacerle reír. Parecía sorprendido a la vista de aquel niño, como si fuese el primero que veía. Lo miraba con atención pensativa, con una seriedad soñadora, con la ternura que de pronto se había despertado en lo íntimo de su ser; una ternura nueva, extraña, viva y algo triste, hacia aquella frágil criatura nacida de un hermano suyo.

No escuchaba ni veía nada, absorto en la contemplación del niño. Se sentía conmovido ante aquella larva de hombre, como un misterio inefable en el nunca había pensado; un misterio augusto y santo: el de la encarnación de un alma nueva, el gran misterio de la vida que empieza, del amor que se despierta, de la raza que se perpetúa, de la Humanidad que sigue siempre adelante.

La comadre comía con cara congestionada y ojos brillantes, y el niño la molestaba, porque la alejaba de la mesa.

El cura le dijo:

—Démelo. Yo no tengo ganas de comer.

Volvió a cogerlo en brazos. Todo cuanto le rodeaba desapareció para él, como si se borrara; no tenía ojos sino para aquella carita sonrosada y mofletuda; poco a poco, a través de las mantillas y de la sotana, el calor de aquel cuerpecito le fue llegando a las piernas, le fue calando como una caricia muy leve, muy agradable, muy casta; era una caricia deliciosa que le empañaba los ojos de lágrimas.

El barullo de los comensales se iba haciendo terrible. El niño, desasosegado por aquel vocerío, rompió a llorar.

Alguien gritó:

—Oye, tú, curita; dale de mamar.

La explosión de carcajadas hizo retemblar el comedor. La madre se levantó, cogió a su hijo y se lo llevó a la habitación de al lado. Al cabo de algunos minutos volvió, diciendo que el niño dormía tranquilo en su cuna.

Siguieron comiendo. Hombres y mujeres salían de cuando en cuando al corral, y al rato volvían a la mesa. Los platos de carne, de legumbres, la sidra y el vino desaparecían en las bocas como en una sima, hinchaban los estómagos, encandilaban los ojos, ponían en delirio las cabezas.

Empezaba a hacerse de noche cuando se sirvió el café. Hacía rato que el cura había desaparecido, sin que a nadie llamase la atención su ausencia.

La joven madre se levantó, al fin, para ir a ver si el pequeño seguía dormido. Estaba ya oscuro. Entró a tientas en la habitación; se adelantó, extendiendo hacia adelante los brazos, para no tropezar con los muebles. Un ruido extraño la detuvo en seco y se volvió atrás asustada, con la certeza de haber oído que alguien se movía. Entró en el comedor, pálida y temblorosa, y lo contó. Todos los hombres se levantaron con estrépito, ebrios y amenazadores; el padre cogió una lámpara y se precipitó dentro de la habitación.

De rodillas junto a la cuna, con la frente apoyada en la almohada en que descansaba la cabeza del niño, el señor cura sollozaba.

## *El bautismo (II)*

---

*Le baptême*

Vamos, doctor, un poco de coñac.

—Con mucho gusto.

Y el viejo médico de marina, después de alargar el brazo para presentar su copita, vio cómo ésta se iba llenando hasta los bordes con la deliciosa bebida de reflejos dorados.

Luego se la puso a la altura de los ojos, para mirar a través la luz de la lámpara; se la acercó a las narices y aspiró; se la llevó a los labios, vertió algunas gotas en ellos, los paladeó delicadamente y dijo:

—¡Oh, el precioso veneno, el seductor asesino, el delicioso destructor de los pueblos! Vosotros no lo conocéis. Leísteis seguramente el admirable libro que se llama *L'Assomenoir*; pero no habéis visto, como yo, de qué manera exterminaba una tribu de salvajes el inhumano alcohol, llevado en toneles panzudos y desembarcado tranquilamente por los marineros ingleses de barbillas rojas.

Y he visto también, con estos ojos míos, un drama producido por el alcohol, bien extraño y conmovedor, muy cerca de aquí, en Bretaña, en un villorrio de las cercanías de Pont l'Abbé.

Habitaba yo entonces, durante una licencia de un año, una casa de campo que me había dejado mi padre. Ya conocéis esa región plana, con la costa arenosa donde el viento sopla en los juncales de noche y de día, donde a trechos aparecen de pie o echadas esas enormes piedras que fueron dioses y que han guardado algo de alarmante en su postura, en su aspecto y en su forma. Siempre me parece que han de animarse de pronto y recorrer la campiña con paso lento y pesado, con paso firme de colosos de granito, o volar con alas inmensas, con alas de piedra también, hacia el paraíso de los druidas.

El mar cierra y domina el horizonte; el mar agitado, lleno de escollos rodeados siempre de espuma, como negras cabezas de perros que aguardan a los pescadores.

Y los hombres se lanzan a ese mar terrible que vuelca sus traineras con una sacudida de su lomo verde y las traga como píldoras. Se lanzan en sus barquichuelos de día y de noche, atrevidos, afanosos y borrachos. Borrachos lo están con mucha frecuencia, y lo disculpan con estas palabras: "Mientras la bota está llena se ven los escollos, pero en cuanto la vaciamos, ya no vemos nada amenazador."

Entrad en sus cabañas. Nunca encontraréis al hombre. Y si preguntáis a la mujer dónde se halla el marido, tenderá su brazo hacia el mar terrible que ruge y salpica la costa con sus blancos salivazos. El hombre naufragó una noche, borracho. El hijo mayor, también. Quedan aún cuatro muchachotes crecidos, robustos y rubios. Pronto les llegará su vez.

En mi casa de campo, cerca de Pont L'Abhé, vivía yo solo con mi criado, un viejo marinero, y una familia bretona que guardaba la finca en mi ausencia y se componía de tres individuos: dos hermanas y un hombre casado con una de ellas, que me servía de hortelano.

Aquel año, hacia Navidad, la casada parió, y me hicieron padrino de la criatura. No pude negarme; y el padre, al exponerme su pretensión, me pidió diez francos para los gastos de la parroquia.

La ceremonia debía celebrarse el 2 de Febrero. Desde ocho días antes la tierra estaba cubierta de nieve, como si una inmensa alfombra blanca y dura se hubiera extendido sobre la campiña. El mar ennegrecido contrastaba con la playa, y alzaba su lomo deshecho en olas amenazadoras, como si quisiera arrojarse sobre su vecina, que parecía muerta: de tal modo se mostraba silenciosa, fría y pálida la playa.

A las nueve de la mañana Kerandec llegó a mi puerta con su cuñada Kermagan; tras ellos iba la comadrona con el niño envuelto en una colcha.

Y nos dirigimos a la iglesia. El frío era glacial, bastante para hendir los dólmenes; uno de esos fríos desgarradores que cuartejan la piel y hacen padecer horriblemente con su contacto que hiela y abrasa. Yo iba preocupado por el pobre recién nacido y pensaba que la raza bretona debía ser de hierro, puesto que sus hijos resistían aquellas temperaturas desde la hora de nacer. No habían abierto aún la puerta de la iglesia. El párroco se retrasaba.

Sentada la comadrona en un pozo cerca del umbral, empezó a desenvolver al niño. Creí que lo hacía para doblar el pañal mojado, pero dejó desnudo al infeliz, completamente desnudo, y a merced del aire helado. Me indignó tal imprudencia, y la dije:

—¿Se ha vuelto usted loca o se propone matarlo?

La mujer respondió plácidamente:

—No, señor amo; debe presentarse a Dios completamente desnudo.

El padre y la tía miraban aquello con tranquilidad. Era la costumbre. De no hacerlo así, hubieran, supuesto que sería desgraciado el niño.

Me incomodé, insulté al hombre y amenacé con irme si no abrigaban a la tierna criatura. Todo fué inútil; la comadrona huía de mí, corriendo sobre la nieve, y el cuerpo de mi ahijado se amorataba. Ya me había resuelto a retirarme para no ser cómplice de aquellas bestias, cuando apareció el párroco seguido del sacristán y de un muchachuelo.

Corrí hacia él para darle cuenta 'de mi justa indignación en tono violento. Ni sorprendido, ni apresurado, se limitó a responderme con tranquilidad:

—Qué quiere usted, caballero; es la costumbre. Como lo hacen todos, no es posible impedir que lo hagan éstos.

—Pues ya que ha de ser así, apresure usted la ceremonia —le dije.

El repuso:

—No puedo ir más de prisa.

Y entró en la sacristía mientras nosotros quedábamos en el umbral de la iglesia. Yo padecía más que mi pobre ahijado, el cual no dejaba de berrear al dolerse de las mordeduras del frío.

La puerta se abrió al fin, y entramos. Tuvieron desnudo al niño durante la ceremonia, que fue interminable.

El párroco mascullaba las frases latinas que salían de su boca deshechas contra sentido. Se movía con lentitud con una lentitud de tortuga sagrada, y la sobrepelliz blanca helaba mi corazón como otra nieve en que se envolviera para hacer sufrir en nombre de un Dios inclemente y bárbaro a la pobre larva humana torturada por el frío.

Terminados todos los ritos bautismales, la comadrona envolvió nuevamente en la colcha, al niño helado que no dejaba de lamentarse con voz aguda y dolorida.

El sacerdote me preguntó:

—¿Quiere usted firmar el registro?

Dirigiéndome a mi hortelano, exclamé:

—Pronto, a casa de prisa; y calentad bien a esa criatura.

Le di algunos consejos para evitar —si era tiempo aún— la pulmonía.

El hombre prometió obedecerme, y se fue con su cuñada y la comadrona. Yo entré con el párroco en la sacristía.

Cuando hube firmado me pidió cinco francos por los derechos.

Como había dado ya diez para este objeto, seguro que los derechos estaban pagados me negué a satisfacerlos. El cura me amenazó con rasgar la hoja del registro y anular la ceremonia. Yo le amenacé con recurrir al Juzgado.

Después de una querrela muy larga y desagradable, acabé por pagar.

Apenas llegado a mi casa quise enterarme de si había ocurrido algún contratiempo a la criatura.

Pero ni Kerandec, ni su cuñada, ni habían vuelto aún.

La parida estaba sola; temblaba en la cama y decía tener hambre, por no haber comido nada desde el día anterior.

—¿A dónde demonios habrán ido? —pregunté.

Y ella respondió, como la cosa más natural del mundo:

—Habrán ido a celebrar el acontecimiento.

Era la costumbre.

Me acordé al punto de mis diez francos pedidos para pagar los derechos de la parroquia, y sin duda empleados en alcohol.

Envié un caldo a la madre y mandé preparar abundante fuego en su chimenea. Ansioso y furioso, me prometía echar de casa a tales bestias, y me preguntaba con terror qué sería del miserable pequeñuelo.

A las seis de la tarde no habían comparecido aún. Dije a mi criado que los aguardara y me acosté.

Dormíme pronto, con el sueño pesado de un marinero.

A la madrugada me despertó mi criado con el agua caliente para afeitarme.

Al abrir los ojos, pregunté:

—¿Y Kerandec?

Mi criado, después de dudar un momento balbuceó:

—Ah, señor amo; ha vuelto después de media noche, borracho como una cuba; tan borracho que apenas podía moverse! Y su cuñada también; y la comadrona también. Creo que han dormido en el campo. De manera que la criatura se ha muerto sin que ninguno de los tres lo notara.

Levantándome de un salto, exclamé:

—¿Ha muerto el niño?

—Sí, señor. Lo han llevado muerto a su madre.

Cuando lo ha visto se ha puesto a llorar, y para consolarla la han hecho beber.

—¿Cómo?. ¿La han hecho beber?

—Sí, señor. Acabo de saberlo ahora mismo. Como Kerandec no tenía ni aguardiente, ni dinero, cogió la botella del petróleo y bebieron los cuatro hasta la última gota. La parida está grave.

Apresuradamente me vestí; eché mano a un bastón, resuelto a castigar la bestialidad de aquellas gentes, y fuí a la casa del hortelano.

La madre agonizaba, borracha de petróleo, junto al cadáver del niño.

Kerandec, la comadrona y la cuñada, roncaban tendidos en el suelo.

Tuve que cuidar a la enferma, la cual murió a las pocas horas.

Cuando el médico hubo acabado su narración, cogió de nuevo la botella del coñac, y alzando su copita, observó cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados; y después de mirar al trasluz aquel jugo transparente, semejante a un topacio derretido, tragó de un sorbo el veneno pérfido y ardiente.



*Gil Blas, 13 de enero de 1885*

# *La becada*

---

*La bécace*

El anciano barón de Ravots había sido durante cuarenta años el rey de los cazadores de su provincia. Pero hacia ya cinco o seis que una parálisis de las piernas lo tenía clavado en su sillón, y tenía que contentarse con tirar a las palomas desde una ventana de la sala o desde la gran escalinata de su palacio.

El resto del tiempo lo pasaba leyendo.

Era hombre de trato agradable, que había conservado mucho de la afición a las letras que distinguió al siglo pasado. Le encantaban las historietas picarescas, y también le encantaban las anécdotas auténticas de que eran protagonistas personas allegadas suyas. En cuanto llegaba de visita un amigo le preguntaba:

—¿Qué novedades hay?

Tenía la habilidad de un juez de instrucción para interrogar.

En los días de sol se hacía llevar en su amplio sillón de ruedas que parecía una cama, a la puerta del palacio. Detrás de él se situaba un criado con las escopetas, las cargaba y se las iba pasando a su señor. Otro criado, oculto en un bosquecillo, daba suelta a un pichón de cuando en cuando, a intervalos regulares, para que le cogiese de sorpresa, obligándolo a estar en constante alerta.

Se pasaba el día tirando a aquellas aves ligeras, se desesperaba si conseguían burlarle y se reía hasta saltársele las lágrimas cuando el animal caía a plomo o daba alguna voltereta extraña y cómica. Se volvía entonces hacia el mozo que le cargaba las armas y le preguntaba con espasmódica alegría:

—¡A ése le di lo suyo, José! ¿Viste cómo cayó?

Y José respondía indefectiblemente:

—El señor barón no marra uno.

Al llegar el otoño, y con él la temporada de caza, invitaba como en sus buenos tiempos a sus amigos y disfrutaba oyendo a lo lejos las detonaciones. Iba contándolas y le llenaba de felicidad el que se repitiesen aceleradamente. Por la noche exigía a cada cazador un minucioso relato de las incidencias del día.

Y los contertulios y el barón permanecían tres horas de sobremesa contando lances de caza.

Los cazadores son gente verbosa y relataban complacidos cien aventuras extrañas e inverosímiles. Algunas se han hecho clásicas y se repetían con toda regularidad. La del conejo que el vizcondesito de Bourril falló en el vestíbulo mismo de su palacio no perdía gracia, y todos los años les hacía retorcerse de risa. No se pasaban cinco minutos sin que surgiese un nuevo narrador.

—Oigo un "¡Biiiiirrrr!... ", y se levanta un bando magnífico a diez pasos de distancia. Encañono: "¡Pif, paf!", y veo que llueven como botas. ¡Siete cayeron!

Relatos así los dejaban extáticos, porque era norma el prestarse fe mutuamente. Pero, además, era de tradición en aquella casa lo que se conocía con el nombre de "el cuento de la becada". Todos los años, coincidiendo con el paso de estas aves, que constituyen la presa más apetecible, se repetía idéntica ceremonia.

Todas las noches se servía en la cena una de estas aves por barba, porque el barón era aficionadísimo al incomparable bocado; pero las cabezas se dejaban aparte, en un plato.

Después de esto, el barón, con toda la gravedad de un obispo que oficia en el altar, mandaba que le trajesen otro plato con grasa, y ungía cuidadosamente las preciosas cabezas, sosteniéndolas de la punta del pico, delgado y largo como una aguja. Le ponían al alcance una vela encendida y se callaban todos, esperando con ansiedad.

Tomaba a continuación una de las cabezas así preparadas, la pasaba con un largo alfiler, pinchaba en el otro extremo un corcho y equilibraba los respectivos pesos con palitos colocados como balancines; después, y con mucho tiento, plantaba aquel chirimbolo sobre el gollete de una botella, como un palillo de barquillero.

Todos los comensales contaban al unísono y en alta voz:

—¡Una..., dos..., tres!

El barón, dándole un golpecito con un dedo, hacía girar el juguete.

El convidado al que apuntaba el pico puntiagudo al dejar de girar quedaba dueño de todas las cabezas, bocado exquisito que hacía poner los ojos en blanco a sus compañeros de mesa.

El agraciado las iba cogiendo una a una, y las asaba en la llama de la vela. La grasa chisporroteaba, la piel dorada humeaba y el favorecido por la suerte hacía crujir entre sus dientes la cabeza grasienta, sosteniéndola por el pico, dejando escapar exclamaciones de placer.

A cada cabeza levantaban los restantes convidados sus vasos y bebían a su salud.

Para final, después de comérselas todas, estaba obligado, en el momento que el barón se lo indicase, a relatar una historia, para indemnizar de este modo a los que no habían tenido su suerte.

*Gil Blas, 5 de diciembre de 1882*

# *Las becas*

---

*Les bécasses*

Mi adorable amiga: Me preguntas por qué no regreso a París; te asombra y casi te disgusta mi retraso. El motivo que te voy a indicar tal vez no te parezca conveniente ni galante, pero es de peso. ¿Imaginas que un cazador puede volver a París precisamente al pasar las becas?

Mucho me gusta, ya lo sabes, la vida en una ciudad populosa, la casa y la calle; pero en otoño, prefiero la vida ruda y libre del cazador.

En París, me parece que nunca salgo de un interior, porque las calles, en suma, no son más que habitaciones comunes, largas y sin techo. Andamos entre paredes, pisando un suelo de piedra o de madera, y los edificios limitan la mirada que no puede nunca extenderse hasta un horizonte de verdura, bosques o sembrados. Millares de personas, codeándose con nosotros, nos tropiezan, nos saludan o nos hablan, y el hecho de tener que librarse de la lluvia con un paraguas, no es bastante para dar la sensación del "aire libre".

Aquí distingo perfectamente, deliciosamente, las diferencias entre lo interior y lo exterior... Pero, no era esto lo que me proponía tratar.

Las becas emigran, vienen de paso.

Vivo en un caserón de Normandía, en un valle cerca de un riachuelo, y salgo de caza desde que amanece, casi todos los días.

Cuando no cazo, leo a veces obras que nuestros amigos de París no pueden conocer por falta de tiempo; lectura seria, de observación profunda, labor meditada y minuciosa de un sabio que pasa la vida estudiando el mismo asunto y observando los mismos hechos, para deducir cómo el funcionamiento de nuestros órganos modifica nuestras facultades intelectuales.

Vuelvo a las becas. Mis dos amigos los hermanos Ormegol estarán conmigo aquí hasta que apunten los primeros fríos. Entonces nos iremos a la finca de Cannetot, cerca de Fécamp, donde hay un bosquecillo delicioso, encantador, en el cual hacen alto, al pasar, todas las becas.

Ya conoces a los Ormegol, esos gigantes normandos, varones de la vieja y poderosa raza de conquistadores que invadieron la Francia, sometieron a Inglaterra y extendieron su dominio sobre todas las costas de Europa. Construyeron ciudades, pasaron como una ola sobre Sicilia y crearon un arte admirable; derrotaron a los reyes y se apoderaron de sus riquezas; fueron más ladinos que los papas, y sobre todo, fecundaron con su vitalidad a todas las mujeres de la tierra. Los Ormegol son dos ejemplares perfectos de su raza; tienen la voz, la expresión y el alma de sus antecesores, los cabellos dorados como las mieses, y los ojos azules como el mar.

Reunidos, hablamos el dialecto de la tierra, vivimos y pensamos como normandos y sentimos el terruño más que nuestros gañanes.

Hace quince días que aguardamos el paso de las becas.

Cada mañana, el mayor de los Ormegol me decía:

—Sopla viento del Este. Nevará, y las tendremos aquí dentro de dos días.

El otro, más exacto en sus apreciaciones, anuncia solo una cosa cuando acaba de verla.

Pero el jueves último, al amanecer, entró en mi alcoba dando voces:

—¡Ya está blanca la tierra! Dos días como éste y en marcha, camino de Cannetot.

En efecto, al tercer día salimos para Cannelot. Si llegas a vernos te ríes de nosotros. Nos colocamos en un coche de caza que mi padre hizo construir hace tiempo, una especie de almacén con cuatro ruedas enormes que hacen temblar el suelo cuando avanzan. Todo tiene su lugar allí dentro: hay departamentos para municiones, armas, comestibles y ropa; los hay con rejillas para los perros; todo está resguardado, atendido, menos los cazadores, que han de encaramarse en unas banquetas altas como un tercer piso.

Encaramarse no es cosa muy sencilla; nos valemos de los pies, de las manos y hasta de los dientes en ocasiones, porque nadie se preocupó de poner escalera ni estribos que facilitaran el acceso a tales alturas.

Los dos Ormegol escalaron conmigo aquel edificio tan original como nuestra vestimenta: zamarras de pastor, medias gruesas de lana, por encima de los pantalones, y polainas por encima de las medias; gorras negras de pelo y guantes blancos de pelleja. Cuando estamos instalados, Juan, mi criado, nos tira nuestros tres perros, Pif, Paf y Duc. Pif es el de Simón; Paf, el de Gaspar, y Duc el mío; parecen tres cocodrilos peludos, largos de cuerpo y cortos de talla, patosos y menudos. Apenas asoman sus ojos negros y sus colmillos blancos entre las marañas del pelo que parece un felpudo, y nunca los encerramos en la perrera. Cada uno de nosotros lleva su basset sobre los pies, como un abrigo.

¡En marcha! espantosamente sacudidos por el traqueteo del infame coche. Nieva, nieva de firme, y esto nos alegra. Llegamos a las cinco. El colono Picot nos espera en la puerta. Es achaparrado, resistente, torzudo, —zorro; siempre sonrío, todo le alegra.

El paso de las becasas, para Picot, es la mayor fiesta del año.

La casa es grande y de construcción antigua; la rodean cuatro filas de hayas que la resguardan contra el viento del mar y una pomareda.

Entramos en la cocina y nos acercamos al hogar donde arden gruesos leños; allí está servida la mesa; gira el asador, y las llamas doran un capón jugoso, cuya grasa cae gota a gota en un plato.

La mujer de Picot se acerca y nos saluda.; es alta, prudente, hacendosa, callada; los asuntos domésticos la ocupan sin cesar; tiene la cabeza llena de cifras: los precios de los granos, de las aves de corral, de los huevos, de las cabras, de los bueyes.

Una mujer inteligente, ordenada, infatigable, de cuya laboriosidad y buen juicio se cuentan maravillas en toda la comarca.

En el centro de la cocina vemos la mesa grande y los dos bancos donde irán a sentarse todos los criados y trabajadores de la casa, carreteros, labradores, hortelanos, mozos, criadas y pastores; y todos comerán en silencio, bajo la vigilancia del ama, viéndonos comer en compañía de su amo, Picot, el cual nos hará reír con sus observaciones ingeniosas.

Luego, cuando todos acaben, la mujer comerá sola, rápida y frugalmente, sin quitar ojo de lo que haga la cocinera.

En los días ordinarios, ella y él comen con los demás en la cabecera de la mesa grande.

Los tres cazadores dormimos en una habitación blanqueada, limpia y espaciosa; pero sin otros muebles que tres camas, cuatro sillas y un lavabo.

Gaspar despierta el primero y toca una diana estridente. A la media hora ya estamos todos en disposición de salir.

Picot se une al grupo: caza con nosotros y me prefiere a sus amos. ¿Por qué? Seguramente porque no soy su amo. El y yo nos dirigimos hacia la derecha del bosque, mientras Gaspar y Simón se dirigen hacia la izquierda. Vamos a cazar conejos, convencidos ya de que no hay que buscar las becasas; hay que encontrarlas. Salen al

paso y se ponen a tiro. Esto es todo. Cuando el cazador se propone descubrirlas, no da con ellas.

Me gusta oír, vibrando en el aire fresco de la mañana, una detonación, y luego la voz formidable de Gaspar que grita: —"¡Becada! ¡Ya cayó una!"

Yo soy más redomado; si mato una becada grito: "¡Un conejo!" —y al mostrar, cuando nos reunimos a medio día, las piezas cobradas, gozo al ver el asombro de mis amigos. Alegra mi almuerzo aquel engaño inocente.

Picot me acompaña. Cruzamos el bosquecillo; caen de las ramas las hojas marchitas, con su murmullo continuado, suave y seco; es algo triste la reposada lluvia de hojas muertas. Hace frío, un frío penetrante que hormiguea en la nariz, en los ojos, en las orejas, y que ha cubierto de un polvillo helado y brillante las hierbas incultas y los terrenos labrados.

Gracias a las pieles de oveja que nos dan un calorcito muy agradable, vamos bien. Da gusto cazar en los bosques durante las mañanas del invierno.

Un perro ladra. Es Pif; le reconozco. Luego calla. Otro ladrido, otro y otro. Ahora Paf le refuerza. ¿Qué hace Duc en silencio? ¡Ah! Gime sin atreverse a ladrar, gime como una gallina estrangulada. Levanta un conejo. Cuidado, Picot...

Se alejan, vuelven, y otra vez se van y otra vez se aproximan. Seguimos todos las evoluciones que hacen, con los ojos y el oído alerta y el dedo en el gatillo.

Se dirigen a la llanura; nosotros detrás. De pronto, un bulto gris, una sombra, cruza el sendero. Apunto y disparo. El humo se disipa en el aire azul; y entre la hierba se agita un copo blanquecino. — "¡Conejo! ¡Conejo! ¡Cayó!" —y lo señalo a los perros, a los tres cocodrilos peludos que agitan la cola felicitándome; luego se van a levantar otro.

Duc no dejaba de gimotear. Picot me dice: "Acaso husmea una liebre: avancemos"

Pero en el límite del bosque, a diez pasos de mí, veo de pie, con su gorro de lana, envuelto en su tapabocas amarillo y haciendo media, como la mayoría de nuestros pastores, a Gargán el mudo, que guarda su ganado. Le digo, como tengo por costumbre: —"Buenos días, pastor"— y él echa mano al gorro y da un alarido. Aun cuando no me oye, comprende que me dirijo a él.

Hace quince años que le conozco; hace quince años que le veo todos los otoños, de pie, haciendo calceta, parado entre el bosque y la llanura. Su rebaño le sigue, obediente a su mirada y a los movimientos de sus brazos.

Picot me hace un guiño y dice:

—Mató a su mujer este pastor. La noticia me produjo asombro:

—¿Gargán? ¿El sordomudo?

—Sí; a principios de invierno. Le procesaron.

Y ocultándonos detrás de unos matorrales, para que Gargán no sorprendiera con los ojos las palabras de Picot al salir de los labios, como Picot adivinaba los pensamientos de Gargán en sus acciones, en sus gestos y en la expresión de su mirada, me lo refirió todo.

Verás la historia; es un suceso trágico y sencillo.

Gargán, sordomudo de nacimiento, y de familia humilde, desde la niñez era pastor, inteligente y honrado en su oficio. A los treinta y tres años parecía un viejo: tenía buena estatura y una barba patriarcal.

Hace tiempo, al morir una pobre mujer, dejó una hija de quince años, a la cual apodaban "La Gota" por su afición al aguardiente.

Picot recogió a la muchacha; la daba de comer a cambio de alguna faena en la corraliza o en el pajar, donde todas las noches dormía, porque darle cama y salario ya hubiera sido mucho. Sucedió que simpatizaron el sordomudo y ella de tal modo que iban siempre juntos. ¿Cómo se comprendieron y estimaron aquellos dos miserables?

¿Había conocido a otra mujer, antes que a la vagabunda, el hombre que a nadie trataba?  
¿Acaso la muchacha le sedujo y encadenó, como Eva tentadora, entregándose a la orilla de un camino? No es posible averiguarlo; pero vivieron juntos como marido y mujer.

Nadie lo extrañaba y a Picot le parecía bien aquello.

Pero el cura, indignado, al dar sus quejas a los colonos auguró misteriosos y providenciales castigos por su escandalosa tolerancia.

¿Qué hacer? Muy sencillo: casarlos. Ni él ni ella tenían cosa que perder; unos pantalones remendados y una saya llena de jirones eran el único patrimonio de los dos. Nada se oponía en ese caso a que la religión y el decoro quedaran satisfechos. La boda se hizo.

En adelante, los mozos creyeron muy divertido ponerle cuernos a Gargán. Mientras no estuvieron casados a nadie se le ocurrió acercarse a "la Gota"; pero luego todos la pretendían. Hay que divertirse con algo. Un vaso de aguardiente a espaldas del marido, y... como una seda. Tuvo tal resonancia la risible aventura que acudieron señores de Gordeville para cerciorarse.

Por medio litro de aguardiente "la Gota" daba el espectáculo a todos con el primero que se prestaba, en un ribazo, arrimados a una pared, en cualquier parte desde donde se viera la figura de Gargán, de pie, haciendo media. Y los hombres reían como locos en todos los cafetines y tabernas de la comarca; no se hablaba de otra cosa en los hogares, y las gentes se paraban en los caminos para decirse: —"¿Has pagado unas copas a la mujer de Gargán?" Sabían todos lo que aquello significaba.

El pastor, indiferente, no había observado nada; pero una tarde, un mozo de Gareville hizo señas a "la Gota" para darle una botella detrás de un paredón. Ella fue corriendo, muerta de risa; y cuando se hallaban más atareados en su empresa criminal, apareció junto a ellos el sordomudo. El mozo escapo, sujetándose los pantalones con las manos, mientras el pastor, con alaridos feroces, agarrotaba el cuello de su mujer.

Acudieron los que trabajaban en las tierras próximas. Era tarde para salvarla; tenía la lengua negra, los ojos fuera de las órbitas; un hilo de sangre la salía de las narices y la manchaba el rostro.

El pastor fue conducido a la cárcel y se vio el proceso ante la Audiencia de Ruen. Como era mudo, Picot le servía de intérprete. Los detalles del sumario entretuvieron mucho al auditorio.

Picot se había propuesto salvarle, y refirió a los jueces la historia del sordomudo, su matrimonio, y al llegar a las causas del crimen, interrogó al asesino.

En la sala se hizo un silencio profundo. Picot hablaba despacio, dirigiéndose a Gargán, y al mismo tiempo le hacía señas con los ojos:

—¿Sabías que te burlaba?

El mudo hizo que "no" con la cabeza.

—¿Estaban echados junto a la tapia cuando los sorprendiste?

Al decir esto, Picot hacía una mueca desapacible, como al ver una cosa repugnante, y el mudo hizo que "sí" con la cabeza.

Entonces, el colono, imitando los movimientos del cura cuando echa la bendición, preguntó al sordomudo si mató su mujer porque se había unido a él ante Dios y ante los hombres.

El pastor hizo que "sí" con la cabeza.

Picot expresó claramente:

—Danos a entender cómo sucedió.

Entonces, el sordomudo, por señas, declaró lo que había visto, y, erguido entre los dos gendarmes que le guardaban, imitó la obscena postura de la pareja criminal, enlazada en sus goces.

Alborotó la sala una risa tumultuosa, pero se apagó repentinamente, cuando el pastor, con los ojos encendidos y la barba estremecida rechinaba los dientes como si mordiera, y con los brazos tendidos y los dedos agarrotados, imitaba la terrible actitud del asesino al estrangular a su víctima. Aullaba furiosamente y su cólera era tan grande como si aún tuviese a la mujer entre las manos y la matara de nuevo.

Los gendarmes le hicieron sentar a viva fuerza y fue difícil calmarle.

Un temblor de angustia se comunicó a la sala entera. Picot apoyó una mano en la cabeza del sordomudo, y dijo:

—"¡Es un hombre honrado!"

Le absolvieron.

Por lo que me incumbe, te aseguro que oí la historia con emoción profunda, y si te la refiero un poco groseramente ahora, es porque juzgo necesario conservar su rudeza campesina.

Sonó un disparo, y la voz formidable de Gaspar como un cañonazo, surgió en el aire.

¡Becada! ¡Ya cayó!

Así empleo mis días, persiguiendo a los conejos y esperando que las becasas pasen cerca de mí, como tú esperas, al salir a paseo en tu coche, que pasen cerca de ti las nuevas modas que pensáis lucir este invierno.

*Gil Blas, 20 de noviembre de 1885*



# *La belleza inútil*

---

*L'inutile beauté*

## I

Delante de la escalinata del palacio esperaba una victoria muy elegante, tirada por dos magníficos caballos negros. Era a fines del mes de junio, a eso de las cinco y media de la tarde, y por entre el recuadro de tejados del patio principal se distinguía un cielo rebosante de claridad, luz y alegría.

La condesa de Mascaret apareció en la escalinata, en el momento mismo en que su marido, de regreso, entraba por la puerta de coches. Se detuvo unos segundos para contemplar a su mujer, y palideció ligeramente. Era muy hermosa, esbelta, y el óvalo alargado de su cara, su cutis de brillante marfil, sus rasgados ojos grises y negros cabellos le daban un aire de distinción. Subió ella al carruaje sin dirigirle una mirada, como si no lo hubiese visto, con actitud tan altanera que el marido sintió en el corazón una nueva mordedura de los celos que lo devoraban desde hacía mucho tiempo. Se acercó y la saludó, diciendo:

—¿Sale usted de paseo?

Ella dejó escapar cuatro palabras por entre sus labios desdeñosos:

—Ya lo ve usted.

—¿Al Bosque?

—Es probable.

—¿Me permitirá acompañarla?

—Usted es el dueño del carruaje.

Sin manifestar extrañeza por el tono en que ella le contestaba, subió al coche, tomó asiento junto a su mujer y ordenó:

—Al Bosque.

El lacayo saltó al pescante, junto al cochero, y los caballos, siguiendo su costumbre, piafaron y saludaron con la cabeza, hasta que pisaron la calzada de la calle.

Los dos esposos permanecían uno al lado del otro, sin despegar los labios. El marido buscaba la manera de trabar conversación, pero era tal la dureza del semblante de su mujer, que no se arriesgaba a ello.

Deslizó disimuladamente su mano hacia la mano enguantada de la condesa, y tropezó con ella como por casualidad; pero su mujer retiró el brazo tan vivamente y con un gesto de tal repugnancia, que lo dejó desconcertado, a pesar de sus hábitos autoritarios y despóticos.

Entonces dijo en voz baja:

—¡Gabriela!

Ella le preguntó, sin volver la cabeza:

—¿Qué quiere usted?

—La encuentro a usted adorable.

Ella no contestó, y siguió arrellanada en el coche con aire de reina irritada.

Subían por la cuesta de los Campos Elíseos hacia el Arco de Triunfo de la Estrella. A un extremo de aquella larga avenida, el inmenso monumento abría su arco colosal sobre un cielo rojo. Parecía que el sol, cayendo sobre él, levantaba por todo el horizonte un polvillo de fuego.

Los carruajes, salpicados de destellos luminosos en los cobres, en la plata y en la cristalería de sus arneses y linternas, formaban un río de doble corriente, una hacia el Bosque, la otra hacia la ciudad.

El conde Mascaret volvió a decir:

—¡Mi querida Gabriela!

Ella, entonces, sin poderse contener más, le replicó con voz exasperada:

—Le ruego que me deje en paz. Ya no me queda ni la libertad de pasear sola en mi coche.

Hizo él como que no la había oído, e insistió:

—Está usted hoy más hermosa que nunca.

La mujer, que había llegado al límite de su paciencia, le contestó, abandonándose a su cólera:

—Hace usted mal en fijarse en mi hermosura, porque yo le juro que jamás volveré a ser de usted.

Esta vez sí que el marido quedó estupefacto y desconcertado; pero, dejándose llevar por sus hábitos de violencia, lanzó un "¿Cómo dice usted?", que delataba, más que al hombre enamorado, al amo brutal.

Aunque sus servidores no podían oírlos, por el ruido ensordecedor de las ruedas, ella repitió en voz baja:

—¡Ya está ahí el de siempre! ¿Cómo dice usted? ¿Cómo dice usted? Pues bien: ¿se empeña en que se lo diga?

—Sí.

—¿En que yo se lo diga todo?

—Sí.

—¿Todo lo que llevo como un peso encima del corazón desde que vengo siendo la víctima de su egoísmo feroz?

El marido se había puesto rojo de asombro y de irritación; y gruñó con los dientes cerrados:

—Sí, hable usted.

Era hombre de mucha estatura, hombros anchos, poblada barba roja; un hombre apuesto, un caballero del gran mundo, reputado de marido modelo y padre excelente.

Por vez primera desde que habían salido del palacio se volvió ella para mirarlo cara a cara:

—Sea, pues. Va usted a oír cosas muy desagradables; pero sepa que estoy dispuesta a todo, que lo desafiaré todo, que no temo a nada y a usted menos que a nadie.

También él la miraba a los ojos, alterado ya por la ira, y resolló:

—¡Está usted loca!

—Lo que no estoy es dispuesta a seguir siendo la víctima del suplicio odioso de perpetua maternidad que me viene usted imponiendo desde hace once años. Quiero vivir alguna vez como mujer de sociedad, porque tengo derecho a ello, como lo tienen todas las mujeres.

El marido volvió a palidecer súbitamente, y balbuceó:

—No entiendo lo que quiere decir.

—Sí que me entiende usted. Hace tres meses que di a luz a mi último hijo, y ya le parece a usted que es hora de que vuelva a estar encinta, porque soy todavía muy hermosa, y, a pesar de todo lo que usted hace, no pierdo mis formas, como usted mismo ha advertido hace un momento, el verme en la escalinata.

—¡Usted desvaría!

—No. Tengo siete hijos y treinta y dos años; hace sólo once que nos casamos y usted echa cuentas de que seguiremos así diez años más. Hasta entonces no dejará usted de estar celoso.

El marido la agarró del brazo y se lo oprimió:

—No le tolero que siga usted hablándome de ese modo.

—Pues yo estoy resuelta a no callar hasta que le haya dicho todo lo que tengo que decirle. Como trate usted de impedírmelo, alzaré la voz para que me oigan los criados que van en el pescante. Si consentí en que subiese al coche fue por eso, porque aquí tengo testigos que le obligarán a escucharme y a dominarse. Óigame bien. Siempre me fue usted antipático, y se lo demostré en toda ocasión, porque yo no miento nunca, caballero. Me casé con usted contra mi voluntad; violentó usted la de mis padres, aprovechando que es usted rico y que ellos se hallaban en situación difícil. Después de muchas lágrimas, tuve que ceder.

"Usted me compró, y luego, cuando me tuvo en su poder, cuando yo empezaba a ser una compañera dispuesta a quererle, a olvidar sus procedimientos de intimidación y de coerción, acordándose únicamente de que tenía el deber de portarme como esposa abnegada, dándole todo el cariño de que yo era capaz, usted se convirtió en un marido celoso, celoso como nadie lo ha sido jamás, con unos celos de espía: bajos, innobles, degradantes para usted y ofensivos para mi persona. No llevaba casada ocho meses y ya usted me creyó capaz de todas las perfidias. Hasta llegó a dármele e entender. ¡Qué ignominia! Como no podía usted impedirme ser hermosa y agradar, que me calificasen en los salones y en los periódicos como una de las mujeres más hermosas de París, se dio usted a buscar un medio para apartar de mi persona los homenajes que me dedicaban, y se le ocurrió la idea execrable de hacerme pasar la vida en una preñez perpetua, hasta que mi cuerpo inspirase repugnancia a todos los hombres. No; no lo niegue usted. Mucho tardé en comprenderlo; pero, al fin, lo adiviné. Llegó usted a jactarse de ese propósito delante de su hermana, que me lo repitió, porque me quiere y porque le indignó semejante grosería, propia de un hombre zafio.

"¡Acuérdese de las veces que hemos reñido! ¡De las puertas rotas y de las cerraduras forzadas! Me ha tenido usted condenada durante once años a una existencia de yegua madre, recluida en una casa de remonta. En cuanto se manifestaba mi preñez, usted mismo se alejaba de mí, y se pasaba meses sin que lo viese. Me expedía usted al campo, al castillo de la familia, al verde, al prado, para que fuese gestando a mi hijo. Y cuando yo reaparecía, hermosa y lozana, indestructible, siempre seductora y siempre asediada de homenajes, y cuando yo esperaba poder llevar por algún tiempo la vida de una mujer rica, joven y relacionada en sociedad, despertaban otra vez los celos de usted y se iniciaba de nuevo la persecución a que lo empujaba ese anhelo infame y rencoroso que ahora mismo lo aguijonea al verse a mi lado. No es el anhelo de poseerme —nunca me negaría yo a ese deseo—, es el anhelo de deformar mi cuerpo.

"Ha habido más. Ha habido una táctica abominable y misteriosa que me ha costado mucho tiempo descifrar —pero en su escuela he aprendido a ser astuta—: el cariño que siente usted por sus hijos arranca de que ellos constituían la seguridad suya cuando yo los llevaba en mis entrañas. El amor a los hijos lo ha forjado usted con todo el aborrecimiento que por mí sentía, con los viles recelos momentáneamente calmados, con el gozo de ver cómo mi talle se deformaba.

"¡Cuántas veces he tenido la sensación de ese gozo suyo, y lo he descubierto en sus ojos, y lo he adivinado! Quiere usted a sus hijos como a otras tantas victorias conseguidas, no porque lleven su sangre. Son victorias obtenidas sobre mí, sobre mi juventud, sobre mi belleza, sobre mis encantos, sobre las galanterías que me dirigían y sobre las que, sin decírmelas directamente, se susurraban en voz baja a mi alrededor.

Por eso está usted orgulloso de ellos, y los pasea en break por el Bosque de Bolonia o los hace cabalgar en borriquitos por Montmorency. Y los lleva usted por la tarde al teatro para que, viéndolo rodeado de sus hijos, diga la gente: '¡Qué padre modelo!', y lo vayan repitiendo por..."

El marido la había cogido de la muñeca con brutalidad salvaje, y se la estrujaba con tal violencia que ella se calló, ahogando un lamento que reventaba en su garganta.

Al fin le dijo, en tono muy bajo:

—Quiero a mis hijos, ¿lo oye usted? Es vergonzoso oír a una madre expresarse como lo ha hecho usted. Pero usted me pertenece. Soy el señor..., su señor..., y puedo exigirle lo que quiera y cuanto quiera... La ley..., está de mi parte.

Apretaba con las tenazas de su puño musculoso, como queriendo destrozarle los dedos. Ella, lívida de dolor, hacia esfuerzos inútiles por liberar la mano de aquel torno que se la estrujaba; respiraba fatigosamente y se le saltaban las lágrimas.

—Ya ve usted que soy yo quien manda, y que soy el más fuerte —le dijo el marido.

Aflojó un poco la presión, y entonces ella le dijo:

—¿Cree usted que soy una mujer creyente?

—Sí —balbuceó él, sorprendido.

—¿Está usted convencido de que creo en Dios?

—Desde luego.

—¿Me supone capaz de jurar en falso delante de un altar en el que está guardado el cuerpo de Cristo?

—No.

—¿Quiere usted acompañarme a una iglesia?

—¿Para qué?

—Ya lo verá. ¿Quiere?

—Si usted se empeña, sí.

Ella llamó en voz alta:

—Felipe.

El cochero, inclinando un poco el cuello, pero sin apartar la vista de los caballos, pareció que volvía únicamente la oreja hacia su señora. Ésta siguió diciendo:

—A la Iglesia de San Felipe de Roule.

La victoria, que estaba ya llegando al Bosque de Bolonia, volvió a tomar la dirección de París.

Marido y mujer no cambiaron entre sí una sola palabra en todo este trayecto. Cuando el carruaje se detuvo delante de la puerta del templo, la señora de Mascaret saltó al suelo, y entró en él, seguida a pocos pasos por el conde.

Avanzó sin detenerse hasta la verja del coro, se arrodilló en una silla y oró. Oró largo rato, y el marido, que permanecía en pie a sus espaldas, advirtió, por fin, que lloraba. Lloraba silenciosamente, como suelen llorar las mujeres en los momentos de pena desgarradora. Era un estremecimiento ondulatorio de todo su cuerpo, que terminaba en un débil sollozo, oculto, ahogado; entre sus dedos.

El conde de Mascaret juzgó que la situación se prolongaba con exceso, y la tocó en el hombro.

Este contacto la hizo volver en sí como si hubiese recibido una quemadura. Se irguió y clavó sus ojos en los de él.

—Lo que tengo que decirle es esto. No me asusta nada y puede hacer usted lo que mejor le parezca. Puede matarme si le parece bien. Uno de sus hijos no es suyo. Lo juro delante de Dios que me está escuchando. Era la única venganza que podía tomarme de usted, de su execrable tiranía de macho, de los trabajos forzados de perpetua preñez a que me tiene condenada. ¿Que quién fue mi amante? No lo sabrá usted jamás.

Sospechará usted de todos, pero no logrará descubrirlo. Me di a él sin amor y sin placer, sólo por engañarle a usted. Y también él me hizo madre, como usted. Son siete los que tengo, ¡busque! Pensaba habérselo dicho más adelante, mucho más adelante, porque la venganza de engañar a un hombre no es tal mientras él no lo sabe. Usted me ha obligado a que se lo confesase hoy. No tengo más que decir.

Huyó hacia la puerta de la iglesia, que estaba abierta, calculando oír detrás de ella el peso presuroso del marido así provocado y esperando caer de un momento a otro al suelo bajo el golpe aplastador de su puño.

Pero nada oyó, y fue hasta su coche. Subió a él de un salto, crispada de angustia, jadeante de miedo, y gritó al cochero:

—¡Al palacio!

Los caballos arrancaron a trote ligero.

## II

Encerrada en su habitación, la condesa de Mascaret esperaba la hora de la cena, lo mismo que un condenado a muerte espera la del suplicio. ¿Qué haría su marido? ¿Había regresado a casa? ¿Qué habría meditado, qué prepararía, qué tendría resuelto aquel hombre despótico, arrebatado, dispuesto siempre a la violencia? En el palacio no se oía el menor ruido, y ella miraba a cada instante las agujas del reloj. Vino la doncella para vestirla de noche, y después se marchó.

Dieron las ocho, y casi en el acto dieron dos golpes en la puerta.

—Adelante.

Apareció el mayordomo, y dijo:

—La señora condesa está servida.

—¿Ha vuelto el señor conde?

—Sí, señora condesa. El señor conde está en el comedor.

Tuvo por un instante el pensamiento de armarse de un pequeño revólver que había comprado hacía poco, en previsión del drama que se preparaba en su corazón. Pero se le ocurrió pensar que estarían allí todos los niños, y sólo se armó de un frasco de sales.

Cuando entró en el comedor, su marido esperaba en pie junto a su silla. Cruzaron un ligero saludo y tomaron asiento. Después de ellos, se sentaron los hijos. Los tres varones, con su preceptor, el abate Marín, a la derecha de la madre; las tres niñas, con el aya inglesa, la señora Smith, a la izquierda. El más pequeño, de tres meses, era el único que se quedaba en la habitación con su nodriza.

Las tres niñas, completamente rubias, la mayor de diez años, y con vestidos azules adornados de puntillitas blancas, parecían otras tantas muñecas exquisitas. La más pequeña no había cumplido aún los tres años. Todas eran bonitas y prometían llegar a ser tan hermosas como su madre.

Los tres niños, dos de pelo castaño claro y el otro, de nueve años, castaño oscuro, presentaban perspectivas de desarrollarse como hombres vigorosos, de mucha estatura y anchos hombros. Toda la familia parecía de la misma raza, fuerte y llena de vida.

El señor abate rezó la bendición según tenía por costumbre cuando no había invitados, porque cuando había gente extraña a la casa no se sentaban los hijos a la mesa. Después se pusieron a comer.

La condesa, atenazada por una emoción que no había previsto, no levantaba los ojos. El conde miraba tan pronto a los tres niños como a las tres niñas; sus ojos, inseguros, enturbiados por la angustia, examinaban una a una aquellas cabezas. De pronto, al colocar su copa en la mesa, se le quebró, y el liquido rojizo se corrió por el mantel. Bastó aquel ligero ruido para que la condesa se levantase, sobresaltada, de su

silla. Se miraron por vez primera marido y mujer. Y siguieron cruzando a cada momento sus miradas; a pesar suyo, a pesar del encrespamiento de su carne y de su corazón que provocaba cada uno de aquellos encuentros, las pupilas de uno buscaban las del otro como se buscan las bocas de dos pistolas.

El sacerdote se daba cuenta de que algo embarazoso ocurría, y se esforzaba en insinuar una conversación. Iba desgranando temas, sin que sus inútiles tentativas hiciesen brotar una idea o arrancasen una palabra.

Dos o tres veces intentó contestarle la condesa, por delicadeza femenina, obedeciendo a sus instintos de mujer de mundo; pero fue en vano. En el desconcierto de su espíritu le fallaban las frases apropiadas, y casi le daba miedo oír su voz en medio del silencio del gran salón, en el que sólo se oía el tintineo de los cubiertos de plata y de la porcelana.

De pronto se inclinó su marido hacia ella y le dijo:

—¿Me jura usted aquí, en medio de sus hijos, que lo que hace un rato me dijo era sincero?

El rencor fermentado dentro de sus venas la sacudió con una súbita rebelión, y contestando a la pregunta con igual energía que contestaba a sus miradas, alzó las dos manos, la derecha hacia la frente de sus hijos, la izquierda hacia la de sus hijas, y dijo con acento firme resuelto, y sin vacilaciones:

—Juro sobre la cabeza de mis hijos que lo que le he dicho es la verdad.

El conde se levantó, tiró la servilleta a la mesa con gesto irritado; al darse la vuelta dio un empujón a la silla, enviándola contra la pared, y salió sin agregar palabra.

Ella, entonces, dejó escapar un profundo suspiro, como si hubiese obtenido la primera victoria, y siguió hablando con mucha tranquilidad.

—No le den importancia, hijitos. Su papá ha tenido hace un rato un gran disgusto, y sufre mucho todavía. En cuanto pasen unos días ya no le importará nada.

Conversó con el abate; conversó con la señora Smith; tuvo para todos sus hijos palabras tiernas, cariñosas, y mimos de madre que ensanchan de felicidad los corazoncitos de los pequeños.

Terminada la cena, pasó al salón con toda su pollada. Hizo charlar a los mayores, contó cuentos a los más pequeños, y cuando llegó la hora de acostarse todos, les dio un beso muy largo, los envió a dormir, y se retiró sola a su habitación.

Aguardó, porque estaba segura de que él vendría. Y como ya sus hijos estaban lejos de ella, se aprestó a defender su vida de ser humano, del mismo modo que había defendido su vida de mujer de mundo, y ocultó en un bolsillo el pequeño revólver cargado que había adquirido unos días antes.

Las horas pasaban; sonaban las horas en el reloj. Se apagaron todos los ruidos del palacio. Únicamente se oía a lo lejos, a través de las tapicerías de los muros, el retumbo suave y lejano de los coches en las calles.

La condesa aguardaba, enérgica y nerviosa. Ya no le temía; estaba dispuesta a todo, y se consideraba triunfante, porque el suplicio a que lo tenía sometido duraría toda la vida, sin darle un momento de tregua.

Las primeras luces del día se deslizaron por debajo de los flecos de las cortinas, y el conde no había aparecido todavía en el cuarto. Entonces ella comprendió que no volvería nunca más, y se quedó estupefacta. Cerró la puerta con llave y corrió el cerrojo de seguridad que ella había hecho colocar; luego se acostó y permaneció en la cama con los ojos abiertos, meditando, sin acabar de comprender, sin poder adivinar qué haría su marido.

### III

Fue en el teatro de la Ópera durante un entreacto de Roberto el Diablo. Los caballeros estaban en pie en el patio de butacas, con el sombrero en la cabeza, vistiendo chaleco de ancha boca, que dejaba ver la camisa blanca, en la que brillaban el oro y las piedras preciosas de las abotonaduras; miraban a los palcos, cuajados de mujeres escotadas, llenas de diamantes y de perlas, como flores de un invernadero en el que la belleza de los rostros y el esplendor de los hombros desnudos abriesen sus cálices a todas las miradas, con un acompañamiento de música y de conversaciones.

Dos amigos, vueltos de espaldas a la orquesta, charlaban, mirando al mismo tiempo aquella colección de elegancias, aquella exposición de encantos, verdaderos o falsos, de joyas, de lujo, de jactancia, que se explayaban en círculo alrededor del gran teatro.

Roger de Salins, que era uno de los dos, dijo a su compañero, Bernardo Grandin:

—Fíjate qué hermosa sigue siempre la condesa Mascaret.

Entonces el otro miró con fijeza a un palco de enfrente, en el que había una señora alta muy joven, y que atraía todas las miradas de la sala con su deslumbrante belleza. Su tez pálida, con reflejos de marfil, le daba un aire de estatua; y sus cabellos, negros como la noche, ostentaban una estrecha diadema de diamantes, que brillaba como una vía láctea.

Bernardo Grandin, después de mirarla un buen rato, contestó con acento juguetón, en el que se transparentaba un sincero convencimiento:

—¡Vaya que si es hermosa! ¿Qué edad puede tener?

—Espera. Te lo voy a decir con exactitud. La conozco desde su niñez. Estuve presente cuando debutó en sociedad, de jovencita. Tiene..., tiene... treinta..., treinta..., treinta y seis años.

—No es posible.

—Estoy completamente seguro.

—Aparenta veinticinco.

—Ha tenido siete hijos.

—Es increíble.

—Viven los siete y es una buena madre. Visito de cuando en cuando su casa, que resulta agradable, muy tranquila y de un ambiente sano. Esta mujer ha realizado el fenómeno de vivir en familia sin dejar la vida social.

—¿Te parece extraordinaria? ¿Y nunca ha dado motivo a que se hable de ella?

—Nunca.

—Y ¿qué me dices de su marido? Es un tipo extraño, ¿verdad?

—Sí y no. Tal vez hay entre ellos un pequeño drama, uno de esos pequeños dramas del matrimonio cuya existencia se sospecha, que no llegan a clarearse bien, pero que se adivinan con bastante aproximación.

—Y ¿cuál es?

—Yo no sé nada. Mascaret, que era antes un marido perfecto, es hoy un gran juguista. Cuando era buen marido, tenía un carácter infernal, siempre suspicaz y áspero. Desde que se dedica a divertirse, se ha hecho muy tratable; pero se diría que oculta una preocupación, un pesar, un gusano que lo roe. Y envejece mucho, al revés de su mujer.

Los dos amigos dedicaron entonces unos minutos a filosofar acerca de las penas secretas, misteriosas, que pueden surgir en una familia como consecuencia de la diversidad de caracteres o de antipatías físicas inadvertidas al principio.

Roger de Salins, que seguía con la atención fija en la señora de Mascaret, agregó:

—¿Quién va a creer que esa mujer ha tenido siete hijos?

—Pues los ha tenido, sí señor, en once años. Cuando llegó a los treinta, cerró su período de producción, para entrar en el de exhibición, cuyo final no se adivina todavía.

—¡Pobres mujeres!

—¿Por qué las compadece?

—¿Por qué? Ponte a pensar un poco, amigo mío. ¡Once años de preñez para una mujer como ésa! ¡Qué infierno! Es la juventud entera, es toda la belleza, son las esperanzas de triunfo, todo el ideal poético de una vida brillante lo que se sacrifica a esa ley odiosa de la reproducción, que convierte a una mujer normal en una simple máquina de hacer hijos.

—Y ¿qué le vas a hacer? Es la Naturaleza.

—Sí; pero yo sostengo que la Naturaleza es nuestra enemiga, que debemos luchar siempre contra ella, porque tiende siempre a reducirnos a la vida animal. Lo que hay en la tierra de limpio, de bonito, de elegante y de ideal no es obra de Dios, sino del hombre, del cerebro humano. Somos nosotros los que nos hemos apoderado de la creación, cantándola, interpretándola, admirándola como poetas, idealizándola como artistas, explicándola como sabios, que se equivocan, es cierto, pero que encuentran razones ingeniosas y un poco de gracia, de belleza, de encanto oculto y de misterio a los fenómenos. Dios no hizo sino unos seres groseros, llenos de gérmenes de enfermedades, y que, después de unos pocos años de florecimiento animal, envejecen con todas las dolencias, fealdades y decrepitudes humanas. Parece que no los hubiera hecho sino para reproducirse asquerosamente y morir a continuación, como los efímeros insectos de las noches otoñales. He dicho "para reproducirse asquerosamente" y lo sostengo, e insisto. ¿Hay, en efecto, algo más innoble y repugnante que el acto indecente y ridículo de la reproducción de los seres, acto contra el cual se rebelan y se rebelarán eternamente todas las almas delicadas? Este Creador económico y malévolos que a todos los órganos ideados por Él dio dos finalidades distintas, ¿por qué no confió esta misión sagrada, la más noble y la más sagrada de las actividades humanas, a otros órganos menos desaseados y sucios? La boca, que nutre al cuerpo con los alimentos materiales, derrama también la palabra y el pensamiento. Sana la carne, al mismo tiempo que comunica la idea. El olfato, que proporciona el aire vital a los pulmones, lleva al cerebro todos los perfumes del mundo: el de las flores, el de los bosques, el de los árboles, el de la mar. La oreja, con la que recibimos la comunicación de nuestros semejantes, nos ha permitido asimismo inventar la música, y con ella el ensueño, la dicha, el infinito, además del placer físico del sonido. Pero cualquiera diría que el Creador, astuto y cínico, quiso privar para siempre al hombre de la posibilidad de ennoblecer, revestir de belleza, idealizar su unión con la mujer. Sin embargo, el hombre ha descubierto el amor, lo cual ya es algo, como réplica al Dios marrullero, y ha sabido ataviarlo tan bien de poesía literaria, que consigue que la mujer olvide a veces los contactos a que se ve sometida. Y aquellos de nosotros que sienten su impotencia para engañarse exaltándose, han inventado el vicio y refinado el libertinaje, lo cual constituye igualmente una manera de chasquear a Dios y de rendir homenaje a la belleza, aunque sea un homenaje impúdico. Pero el ser normal hace hijos a estilo de bestia apareada por la ley. ¡Fíjate en esa mujer! ¿No da grima pensar que semejante alhaja, que una perla como ésa, nacida para ser hermosa, admirada, festejada y adorada, haya tenido que pasar once años de su vida dando herederos al conde de Mascaret?

Bernardo Grandin contestó, riéndose:

—Hay mucho de verdad en lo que has dicho; pero hay muy pocas personas capaces de comprenderte.

Salins se fue animando.



—¿Sabes cómo concibo yo a Dios? —dijo—. Como a un monstruoso órgano creador, desconocido de nosotros, que siembra por el espacio millones de mundos, de la misma manera que un pez sembraría sus huevos en la mar si estuviese solo. Crea, porque crear es la función de Dios; pero no sabe lo que hace, es estúpidamente prolífico y no tiene conciencia de toda la serie de combinaciones a que da lugar con la difusión de sus gérmenes. Uno de los pequeños accidentes imprevistos de sus fecundidades ha sido el pensamiento humano; accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra, para resurgir aquí o en otra parte, igual o distinto, en alguna de las combinaciones nuevas del eterno recomenzar de las cosas. Este pequeño accidente de la inteligencia tiene la culpa de que nos sintamos tan incómodos en lo que no había sido hecho ex profeso para nosotros, en lo que no estaba preparado para recibir, alojar, alimentar y dar satisfacción a seres dotados de pensamiento; y él también nos obliga a luchar constantemente, una vez que hemos llegado a ser verdaderamente refinados y civilizados, contra eso que se sigue llamando los designios de la Providencia.

Grandin, que lo escuchaba con atención, porque conocía de tiempo atrás las deslumbradoras paradojas de su fantasía, le preguntó:

—Según eso, ¿el pensamiento humano es un producto espontáneo de la ciega fecundidad divina?

—¡Desde luego! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, por el estilo de las reacciones químicas imprevistas producidas por nuevas mezclas por el estilo también de una producción de electricidad creada por frotamientos o yuxtaposiciones inesperadas, parecidas, en fin, a todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia viva. Amigo mío, basta mirar a nuestro alrededor para que se nos entre la prueba por los ojos. Si un creador consciente hubiese previsto que el pensamiento humano había de llegar a ser lo que es hoy, una cosa tan distinta del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, investigadora, agitada, inquieta, ¿hubiera creado para recibir al hombre de hoy este incómodo recinto de animaluchos, este campo de hortalizas, esta huerta de legumbres silvestres, rocosa y esférica, que nuestra imprevisora Providencia nos preparó para que viviésemos en él desnudos, dentro de grutas o en los árboles, alimentándonos con la carne de los animales, hermanos nuestros, qué matásemos, o con hierbas crudas que crecen a la intemperie del sol o de la lluvia?

"Basta un segundo de reflexión para comprender que este mundo no ha sido hecho para criaturas como nosotros. El pensamiento, que brotó y se desarrolló por un milagro nervioso de las células de nuestro cerebro, hace de todos nosotros, los intelectuales, unos lamentables y perpetuos desterrados en la tierra, porque es y será siempre impotente, ignorante y lleno de confusiones.

"Contéplala, a esta tierra nuestra, tal y como Dios la ha entregado a los que en ella habitan. ¿No es evidente que está dispuesta, con sus plantas y bosques, únicamente para que vivan en ella animales? ¿Qué se encuentra en ella para nosotros? Nada. Ellos, en cambio, lo tienen todo: las cavernas, los árboles, el follaje, los manantiales, el cobijo, el alimento y la bebida. Por eso las personas exigentes como yo se encuentran siempre en ella a disgusto. Tan sólo aquellos que se parecen mucho al bruto están aquí contentos y satisfechos. Los demás, los poetas, los exquisitos, los soñadores, los investigadores, los inquietos... ¡Ah, qué pobres diablos!

"Comemos repollos y zanahorias, sí señor, y cebollas, nabos y rábanos, porque no hemos tenido más remedio que acostumbrarnos a comer todas esas cosas y hasta a aficionarnos a ellas, porque es lo único que aquí se cría; pero lo cierto es que se trata de una comida de conejos y de cabras, lo mismo que la hierba y el trébol son alimentos de caballos y de vacas. Cuando contemplo las espigas de un campo de trigo maduro, no

pongo ni por un momento en duda que aquello ha brotado del suelo para que se lo coma el pico de los gorriones o de las alondras, pero no mi boca. Por consiguiente, cuando mastico el pan, no hago otra cosa que robar lo suyo a los pájaros, lo mismo que les robo a la comadreja y a la zorra cuando como gallinas. La codorniz, la paloma y la perdiz, ¿no son la presa natural del gavilán? El carnero, el corzo y el buey, ¿no lo son de los grandes animales carniceros? ¿O es que creemos que están destinados al engorde, para que nos sirvan a nosotros su carne asada, con trufas que los cerdos desentierran ex profeso para nosotros?

"Los animales no tienen aquí abajo otra preocupación que la de vivir. Están en su propia casa, alojados y alimentados, y no tienen que ocuparse más que de pacer, cazar o comerse entre ellos, de acuerdo con sus instintos, porque Dios no previó jamás la benignidad y las costumbres pacíficas; lo único que Él ha previsto es la muerte de los seres, que se destruyen unos a otros y se devoran con encarnizamiento.

"En cuanto a nosotros, ¡qué de trabajo, esfuerzos, paciencia, inventiva, imaginación; qué de habilidad, talento y genio han sido necesarios para hacer casi habitable este suelo pedregoso y salvaje!

"Piensa por un momento en todo lo que hemos tenido que llevar a cabo, a pesar de la Naturaleza o contra la Naturaleza, para instalarnos de una manera menos que mediana, con muy poca comodidad y elegancia, en condiciones indignas de nosotros.

"Cuanto más civilizados, inteligentes y refinados seamos, más obligados estamos a vencer y domar el instinto animal, que es la representación dentro de nosotros de la voluntad de Dios.

"Piensa en que hemos tenido necesidad de inventar la civilización, conjunto que tantas cosas abarca, tantas, tantísimas, desde los calcetines hasta el teléfono. Piensa en todo lo que tienes delante de los ojos todos los días, en todas las cosas de que nos servimos de una manera u otra.

"Para hacer más llevadero nuestro destino de brutos, hemos descubierto y fabricado toda clase de objetos, empezando por las casas y siguiendo por los alimentos más exquisitos, bombones, pastelería, bebidas, licores, telas, vestidos, adornos, camas, colchones, carruajes, ferrocarriles y toda suerte de máquinas; hemos descubierto, además, las ciencias y las artes, La escritura y los versos. Sí; hemos creado las artes, la poesía, la música, la pintura. De nosotros, los hombres, arranca todo el ideal, y también toda la coquetería de la vida, el atavío de las mujeres y el talento de los hombres, cosas todas que han acabado por adornar, por hacer menos árida, monótona y dura esta existencia de simples reproductores, única para la que nos infundió aliento la divina Providencia.

"Fíjate en este teatro. ¿Qué ves aquí dentro sino un mundo no previsto por los destinos inmortales, ignorado por ellos, que sólo nuestras inteligencias son capaces de comprender; una distracción agradable, sensual e inteligente, inventada ex profeso para nosotros, bestezuelas descontentadizas e inquietas?

"Observa a esa mujer, la señora de Mascaret. Dios la hizo para vivir en una caverna, desnuda o arrebujada en pieles de animales. ¿No está mucho mejor tal como la vemos? Y, a propósito: ¿se sabe cómo y por qué su marido, teniendo a su lado una compañera como ella, la abandonó de pronto y se dio a correr detrás de cualquier perdida, sobre todo después de haber sido lo bastante patán para hacerla siete veces madre?

Grandin le contestó:

—¡Alto ahí, querido! Esa es probablemente la única razón, su cazurrería. Acabó descubriendo que el dormir en casa le salía demasiado caro. Llegó, por cálculos de economía doméstica, a las mismas conclusiones a que tú llegas con la filosofía.

Sonaron los tres golpes que indicaban que iba a empezar el tercer acto. Los dos amigos se volvieron de cara al escenario, se descubrieron y tomaron asiento.

#### IV

El conde y la condesa de Mascaret, sentados el uno al lado del otro dentro del cupé que los llevaba a casa, no despegaban los labios. Pero, de pronto, dijo el marido a su mujer:

—¡Gabriela!

—¿Qué me quiere usted?

—¿No le parece que esto ha durado ya bastante?

—¿A qué se refiere?

—Al suplicio ignominioso a que me tiene sometido desde hace seis años.

—Yo nada puedo hacer.

—¿Cuál de ellos es? Dígamelo de una vez.

—Jamás.

—Piense usted que ya no puedo mirar a mis hijos ni sentirlos a mi lado sin que la duda me destroce el alma. Dígame cuál de ellos es, y yo le juro que perdonaré y que lo trataré igual que a los demás.

—No tengo derecho a obrar de esa manera.

—¿No ve usted que ya no puedo soportar más esta vida, esta idea que me corroe, esta pregunta que me formulo constantemente y que constituye mi tormento cada vez que los miro? Acabaré por volverme loco.

—Entonces, ¿ha sufrido usted mucho?

—De un modo espantoso. Sin ese sufrimiento no me habría resignado yo al horror de vivir al lado de usted ni al horror, más grande todavía, de saber que hay entre ellos uno, que yo no puedo saber cuál es, que me impide querer a los otros.

Ella insistió:

—¿De modo que ha sufrido usted, real y verdaderamente?

El marido le contestó con acento que delataba su dolor:

—¿No le vengo repitiendo todos los días que ya no puedo soportar más semejante suplicio? Si yo no quisiese a mis hijos, ¿habría vuelto, habría seguido viviendo en esta casa, a su lado y al lado de ellos? Se ha portado usted conmigo de una manera execrable. Sabe usted perfectamente que todas las ternuras de mi corazón son para mis hijos. Soy para ellos un padre a la antigua, lo mismo que he sido para usted un marido por el estilo de las antiguas familias, porque yo sigo siendo un instintivo, un hombre primitivo, de otros tiempos. Sí, lo reconozco; usted despertó en mí unos celos atroces, porque es una mujer de otra raza, de otra alma, con otras necesidades. No olvidaré jamás sus palabras, no las olvidaré jamás. A decir verdad, a partir de aquel día no me he preocupado ya de lo que usted pudiese hacer. Si no la maté fue porque, matándola, desaparecería para mí toda esperanza de saber cuál de nuestros..., de los hijos de usted, no es mío. He esperado, pero he sufrido más de lo que usted podría imaginarse, porque ya no me atrevo a quererlos, con excepción quizá de los dos mayores; no me atrevo a mirarlos, ni a llamarlos, ni a besarlos, ni a coger a uno sobre mis rodillas, sin que en seguida me pregunte: "¿No será éste?" Y desde hace seis años me he conducido correctamente con usted, y hasta he sido cariñoso y complaciente. Dígame la verdad, y yo le juro que no haré nada malo.

A pesar de la oscuridad del carruaje, creyó él adivinar que su mujer estaba conmovida, y tuvo la sensación de que, por fin, iba a hablar. Por eso insistió:

—Se lo ruego, se lo suplico a usted.

Ella dijo con voz muy queda:

—Quizás he sido más culpable de lo que usted me supone; pero yo no podía, se lo aseguro, continuar con aquella vida odiosa de perpetua preñez. Sólo un recurso tenía para alejarlo a usted de mi lecho. Mentí delante de Dios, y mentí cuando juré con la mano levantada sobre la cabeza de mis hijos, porque jamás lo he engañado.

Él la agarró del brazo en la oscuridad y se lo estrujó de la misma manera que el día terrible de su paseo al Bosque, diciéndole:

—¿Es cierto?

—Es cierto.

Pero él, estremecido de angustia, gimió:

—¡Ahora me voy a ver envuelto en nuevas dudas, y no saldré de ellas jamás! ¿Cuándo mintió usted: entonces o en este momento? ¿Cómo voy a creerle lo que me dice? ¿Cómo dar fe, después de esto, a las palabras de una mujer? No conseguiré nunca saber a qué atenerme. Hubiera preferido que me dijese: "Es Santiago o es Juana..."

El carruaje entraba en el patio del palacio. Como siempre, cuando aquél se detuvo delante de la escalinata, descendió el conde el primero, y ofreció el brazo a su mujer para subir las escaleras.

Cuando llegaron al primer piso, volvió a decirle:

—¿Puedo hablar algunos instantes más con usted?

Ella le contestó:

—Con mucho gusto.

Entraron en un salón pequeño y un lacayo encendió las luces, sorprendido.

Cuando estuvieron a solas, siguió hablando:

—¿Cómo voy a saber la verdad? Mil veces le pedí que hablase, y usted se encerró en su mutismo, permaneció impenetrable, inflexible, inexorable, y ahora, de pronto, me dice usted que mintió. ¡Y me ha mantenido usted por espacio de seis años en semejante creencia! No; cuando miente es hoy; no sé por qué razón, por compasión quizá.

Ella le contestó con expresión sincera y convencida:

—Si no hubiese procedido así, habría tenido en estos seis años cuatro hijos más.

Entonces él exclamó:

—¿Es ése el lenguaje de una madre?

—¿Cómo? —contestó ella—. Yo no me siento madre de los hijos que aún no han nacido; me basta con serlo de los que ya tengo, y con amarlos con todo mi corazón. Yo soy..., nosotras somos mujeres de un mundo civilizado, caballero. No somos ya, y nos negamos a serlo, simples hembras destinadas a repoblar la tierra.

La condesa se puso en pie, pero él le agarró las manos.

—Una palabra, Gabriela; una sola palabra. ¡Dígame la verdad!

—Acabo de hacerlo. Jamás lo engañé.

Él la miró a la cara y la vio muy hermosa, con sus ojos grises como un cielo frío. Brillaba en su oscuro peinado, en la opaca noche de sus negros cabellos, la diadema salpicada de diamantes, semejante a una vía láctea. Y sintió de pronto, lo sintió por una especie de intuición, que aquel ser que tenía delante no era una simple mujer destinada a perpetuar su raza, sino el producto extraño y misterioso de tantos complicados anhelos que los siglos han ido amontonando en nosotros, anhelos que, apartándose de su primitiva y divina finalidad, persiguen una belleza mística, entrevista e inalcanzable. Así son algunas mujeres, flores de ensueño únicamente, ataviadas de todo cuanto la civilización ha puesto de poesía, de lujo ideal, de coquetería y de encanto estético en torno a la mujer, estatua de carne que despierta apetitos inmateriales en tanto grado como la fiebre de la sensualidad.

El esposo permanecía en pie delante de ella, estupefacto de aquel tardío descubrimiento, palpitando confusamente la causa de sus antiguos celos y sin ver claro todavía en aquel problema. Y, al fin, dijo:

—Creo lo que me dice. Me doy cuenta de que ahora dice usted la verdad. En aquella ocasión, efectivamente, tuve siempre el recelo de que mentía.

Ella le alargó la mano:

—Entonces, ¿quedamos amigos?

Él se la tomó y se la besó, contestándole:

—Quedamos amigos. Gracias, Gabriela.

Se retiró, sin dejar de mirarla, maravillado de lo hermosa que era todavía, sintiendo nacer en su interior una emoción extraña, más temible quizá que su antiguo y sencillo amor.

*L'Echo de Paris, 2 de abril de 1890*

# *Berta*

---

*Berthe*

Mi viejo amigo — solemos tener a veces amigos de bastante más edad—, mi viejo amigo el doctor Bonnet, me había invitado varias veces a pasar unos días en su casa de Riom. Yo no había estado nunca en la Auvernia, y me resolví, avanzado ya el verano de mil ochocientos setenta y seis, a conocer aquella tierra.

Llegué en el tren de la mañana, y la primera figura que se ofreció a mis ojos, en el andén de la estación, fué la de mi amigo. Vestía un traje gris y cubría su cabeza un sombrero negro de fieltro blando, cuya copa, bastante alta, iba estrechándose como un tubo de chimenea; un verdadero sombrero de auvernés, que le daba aspecto de carbonero. Vestido así, el doctor parecía un joven avejentado, con su cuerpo endeble y su abultada cabeza con el pelo blanco.

Me abrazó, con la visible alegría que sienten los provincianos al ver llegar a un amigo cuya visita esperaban impacientes; luego levantó el brazo derecho y lo hizo girar con la mano extendida, satisfecho y orgulloso al decir: "¡Esta es la Auvernia!" Pero yo no veía más que una cadena de montañas, cuyas cúspides, cual cono truncados, debieron de ser antiguos volcanes. Y, por último, con el índice levantado hacia el nombre de la estación puesto en la fachada, dijo:

—Riom; patria de magistrados, orgullo de la magistratura, que más bien debería llamarse patria de médicos.

En seguida le pregunté:

—¿Por qué?

Y él me respondió sonriente:

—¿Por qué? Lea "Riom, empezando por el final esa palabra, y resultará morir. Esta es la razón, mi joven amigo, que me indujo a instalarme en esta tierra.

Y satisfecho de su broma, guío mis pasos hacia su casa.

En cuanto hube ingerido una taza de café, salimos para que viera yo la población. Admiré la farmacia y otros edificios famosos con preciosas fachadas de piedra esculpida, ennegrecidas por el tiempo y admirables como joyas. Contemplé la imagen de la Virgen, patrona de los carniceros, y acerca del particular oí el relato de una interesante aventura que reservo para otra ocasión. Luego el doctor Bonnet me dijo:

—Permitame que le deje durante cinco minutos: he de visitar a una enferma, y cuando termine subiremos a la colina de Châtel-Guyon para mostrarle antes de la hora de comer el aspecto general de la población y la cadena de montañas del Puy de Dome. No se mueva de aquí, porque subo y bajo al momento.

Estábamos frente a una vieja casa de las que abundan en provincias, tristes, cerradas, silenciosas, lúgubres; pero aquélla me pareció de aspecto más acentuadamente misterioso, porque todos los ventanales del piso alto estaban cubiertos, en su mitad inferior, por tablas que impedían asomarse, como si se tratara de que desde aquellas habitaciones fuera imposible ver la calle.

Cuando el doctor volvió a reunirse conmigo, le comuniqué mi suposición, y sus palabras confirmaron mi sospecha:

—No se ha equivocado usted. Una infeliz persona que vive ahí dentro no ha de ver nunca lo que ocurre fuera. Es una loca; más bien una imbécil; mejor aún sería llamarla simple. Se trata de una lúgubre historia y de un singular caso patológico. ¿Le interesaría conocerlo?

Ante mi afirmativa respuesta, prosiguió:

—Han transcurrido veinte años desde que los propietarios de la casa que dejamos atrás tuvieron una hija, que al nacer fue una criatura como todas. Pero pronto advertí que, si bien el cuerpo de la niña se desarrollaba normalmente, no se manifestaba la inteligencia. Pronto soltó los andadores, pero no hubo manera de que pronunciase una palabra. La creí sorda, y me convencí pronto de que oía, pero no comprendía. Los ruidos violentos la sobresaltaban, sin darse cuenta de su origen.

Con los años creció hermosa y muda. Muda por falta de inteligencia. Traté por todos los medios imaginables de sugerirle un pensamiento, y fueron inútiles mis atenciones. Imaginé que reconocía el pecho de su madre; pero desde que la destetaron esa idea mía se desvaneció. No hubo manera de que asomase a sus labios esa palabra que los niños pronuncian casi al nacer, en la cuna, y los soldados al morir en el campo de batalla: "¡Madre!" Inició algún balbuceo, algún vagido: nada más.

Al aire libre, y al ver el sol, reía y lanzaba chillidos alegres, comparables a los gorjeos de los pájaros en los días de lluvia, lloraba y gemía de una manera lúgubre, semejante al gruñido de los perros que olfatean la muerte.

Le complacía revolcarse por la hierba como lo hacen los animalitos. Correr velozmente. Y palnoteaba todas las mañanas al sentir desde su lecho la caricia de los rayos del sol. Cuando abrían la ventana de su alcoba se alegraba su rostro, ansiosa de que la vistiesen.

No diferenciaba unas personas de otras.

No reconocía a los que la rodeábamos; no diferenciaba a su madre de la cocinera, del cochero, de su padre o de mi. Como es mucho mi afecto a esa familia, yo los visitaba diariamente, y con frecuencia me quedé a comer, lo cual me permitió advertir que Berta —le habían puesto ese nombre al bautizarla— parecía reconocer los manjares y preferir unos a otros.

A los doce años ya tenía el desarrollo de los dieciocho y era tan alta como yo.

Se me ocurrió entonces cultivar su gula, y por este medio imponer a su dormida inteligencia distinciones que la obligaran por la diferencia de los gustos, ya que no a razonar, por lo menos a diferenciar instintivamente unas impresiones de otras, y esto constituiría ya un trabajo material del pensamiento.

Teniendo en cuenta sus pasiones y eligiendo las que juzgáramos convenientes, sería fácil obtener después algo así como una contraposición de lo corporal sobre lo inteligente y aumentar poco a poco el funcionamiento insensible del cerebro.

Le puse un día en la mesa dos platos: uno con sopa y otro de crema de vainilla, muy dulce. Le di a probar del uno y del otro alternativamente, y cuando lo dejé a su libre elección, tomó la crema.

En poco tiempo la hice muy golosa; tan golosa, que parecía no tener otro propósito ni otro deseo que la satisfacción de su apetito. Distinguía ya perfectamente unos platos de otros y se apoderaba del que fuera más de su gusto para saborearlo ávidamente. Y lloraba si no se le consentía comerlo.

Entonces quise acostumbrar su oído a comprender la relación del toque de la campana con la hora de la comida. Me costó mucho trabajo, pero logré mi propósito. Seguramente supo establecer, en su rudimentario entendimiento, una correlación entre su oído y su gusto, una llamada hecha por un sentido a otro, y, por tanto, una especie de encadenamiento de ideas... Si puede considerarse idea lo que une instintivamente dos funciones orgánicas.

Llevé más adelante mi experimento y la enseñé, ¡a fuerza de enorme trabajo!, a conocer la hora de la comida en el reloj de pared.

Durante mucho tiempo me fue imposible fijar su atención sobre las saetas; sin embargo, llegué a lograr que distinguiera las horas por el sonido. El recurso empleado consistió en suprimir el toque de la campana y que todos fuesen al comedor al dar las doce. Pero ella corría hacia la mesa en cuanto sonaba el reloj. Poco a poco fue dándose cuenta de que no todas las horas tenían la misma importancia respecto a la comida, y sus ojos, guiados por el oído, se fijaban con frecuencia en las saetas.

Al advertirlo yo, diariamente, a las doce y á las seis, puse un dedo sobre la cifra indicadora del momento esperado por ella; y noté pronto que seguía muy atentamente la marcha de las saetas.

¡Lo había comprendido!, aunque más bien debiera yo decir: ¡lo había cogido! Yo había logrado imponer en ella el conocimiento, mejor dicho, la sensación de la hora; como se consigue con las carpas, dándoles a comer todos los días metódicamente, pero sin el recurso del reloj.

Una vez obtenido este resultado, Berta fijó su atención, casi de un modo exclusivo, en todos los relojes que había en la casa. Los observaba con insistente atención en espera de las horas. Llegó a ocurrir algo en extremo curioso. El timbre de un bonito reloj Luis XVI, colgado sobre la cabecera de su cama, se había estropeado. Berta llevaba ya veinte minutos en observación del movimiento de las agujas, que habían pasado sobre la cifra indicadora sin que sonaran las diez; y su estupefacción fue tanta en aquel silencio, que decidió sentarse, abrumada, sin duda, por una emoción violenta, como las que sobrecogen el ánimo ante una espantosa catástrofe. Y tuvo la santa paciencia de aguardar a que la saeta señalara, las once, para ver lo que ocurría. Pero como, naturalmente, no sonó tampoco esa hora, colérica por el engaño sufrido y decepcionada, sea por el espanto que produce un misterio temible, sea por la impaciencia furiosa del apasionado que tropieza en una imprevista dificultad, cogió las tenazas de la chimenea, y a fuerza de golpes hizo pedazos el precioso reloj.

Luego su cerebro funcionaba, calculaba, ciertamente de manera confusa y entre límites muy estrechos, al punto de que no logré hacerle distinguir unas personas de otras. Era, pues, necesario, para obtener un funcionamiento de la inteligencia, recurrir a las pasiones en el sentido material de la palabra.

Se nos ofreció pronto una prueba más, una prueba terrible.

Su figura era encantadora; un modelo de la raza; una especie de Venus admirable y estúpida.

Acababa de cumplir dieciséis años, y no puede concebirse más perfección de formas en el cuerpo y de facciones en el rostro. La he comparado a Venus y era, en realidad, una Venus rubia, maciza, vigorosa, con hermosos ojos, claros y fríos, de pupilas azules; boca de labios carnosos, glotona, sensual; boca incitante al beso.

Una mañana entró en mi despacho su padre, con aspecto meditabundo, y después de sentarse, como si estuviese abatido, sin contestar a mis corteses atenciones, me sorprendió con la siguiente pregunta:

—He de consultar con usted algo muy grave. ¿Podríamos..., podríamos casar a Berta?

—¡Casar a Berta! —dije con asombro—. ¿Casar a Berta? Pero... ¡es absurdo!

Y él insistió:

—Si... Ya sé... Hay que reflexionar... Acaso... Tal vez... Es posible... Tener un hijo sería para ella un sacudimiento... Una sorprendente ventura... ¡Quién sabe si su inteligencia despertaría en el misterio de la maternidad!

Me obligó a discurrir. Acaso estaba en lo justo. Puede acontecer que algo tan asombroso como el instinto maternal que arraiga en el corazón de las mujeres, como en el de las bestias, que lanza valientemente a la gallina contra la fiereza del zorro para



defender a sus polluelos, causaría una revolución, un trastorno favorable para poner en marcha el mecanismo del pensamiento en la cabeza inerte de aquella hermosa criatura.

Y al punto recordé un ejemplo personal. Tuve, años atrás, una perrita de caza tan estúpida que no me fue posible instruirla en su oficio; pero en cuanto crió, no diré que se volviera muy cazadora, pero si comparable a los perros de mediana utilidad.

Apenas vislumbré algún buen resultado posible, me obsesionó el propósito de casar a Berta, no tanto en beneficio de la pobre criatura y de sus padres como por curiosidad profesional. ¿Qué ocurriría? Se planteaba un interesante problema.

Y contesté al padre:

—Acaso tenga usted ratón... Se puede intentar... Intentar... Pero... Pero... Lo difícil es buscarle marido.

Con la voz apagada, el padre dijo:

—Sé de alguno.

Estupefacto al oír esto, balbucí:

—Alguno... ¿digno? ¿Alguno de la sociedad que ustedes frecuentan?

El afirmó:

—Sí; un hombre correcto.

—¿Puedo saber su nombre?

—He venido, precisamente, a consultarlo con usted. Se trata de Gastón de Lucelles.

A punto estuve de gritar: "¡Ese canalla! " Pero me contuve, y, después de un silencio, dije:

—Sí. Muy bien. Por mi parte, no veo inconveniente.

Y el Infeliz padre me oprimió la mano al decir:

—La casaremos el mes próximo.

\*\*\*

Gastón de Lucelles era un calaverón de noble familia, que derrochó la herencia paterna y contraía deudas por indelicados procedimientos. En busca de nuevos recursos para procurarse dinero, había encontrado éste.

Buen mozo, de modales distinguidos, pero de la clase odiosa de calaveras provincianos, lo consideré para la prueba un marido suficiente, del que nos libraríamos pronto con asignarle una pensión.

Frecuentó el trato de la familia para galantear y pretender a la bella idiota, que al parecer le agradaba de veras. La llevaba flores, le besaba las manos, y sentado a sus pies la miraba con ternura; pero Berta no reparaba en sus atenciones y no le distinguía en modo alguno de las demás personas que vivían junto a ella. A pesar de todo, se realizó el matrimonio.

Comprenda usted hasta qué punto sentí despierta mi curiosidad.

Al día siguiente visité a Berta, para ver si descubría en su rostro algo que reflejara una emoción sentida; pero la encontré como siempre: sólo preocupada por el reloj y por la comida. En cambio, el marido parecía muy satisfecho y trataba de provocar alegría y cariño en su esposa con los arrumacos y los juegos que se les hacen a los gatitos.

No había encontrado un recurso más propio.

Visitó asiduamente a los recién casados y pronto advertí que Berta distinguía de las demás personas a su marido y le miraba con ávidos ojos, como solamente había mirado hasta entonces las golosinas. Imitaba sus movimientos, distinguía sus pasos en la escalera y en las habitaciones contiguas; al verle aproximarse, palmoteaba y en su transfigurado rostro se transparentaban la felicidad y el deseo. Le quería con todo su ser, con toda su alma, su pobre alma enferma; con todo su corazón, su pobre corazón de bestia agradecida.

Era, en verdad, un trasunto admirable de la pasión ingenua, de la pasión carnal, que no dejaba de ser pudorosa, como la Naturaleza la impuso a sus criaturas antes que el hombre la complicara y desfigurase con todas las variaciones del sentimiento.

Pero el esposo no tardó en sentirse fatigado por las ansias de aquella hermosa mujer muda y ardiente. Se alejaba del hogar la mayor parte de las horas del día, dando por supuesto que bastaba dedicar las de la noche a la esposa.

Y ella empezó a sufrir.

Le aguardaba mañana y tarde con los ojos fijos en el reloj, sin que la preocupara siquiera la comida, porque su marido comía siempre fuera, en Châtel-Guyon, en Clermont, en Royat, en cualquier parte, sin más objeto que verse libre de su presencia.

La pobre criatura enflaquecía visiblemente.

Cualquiera otra inclinación, cualquier otro deseo, cualquiera otra confusa esperanza se borraron en su ansiedad; y las horas en que no le veía llegaron a ser para ella un suplicio atroz.

Más adelante dejó el marido hasta de dormir en su casa, y después de pasar la noche con mujeres galantes en el Casino de Royat, solamente al amanecer comparecía.

Berta se negaba a dormir antes que su marido llegase. Sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la esfera del reloj, se abstraía con el avance lento de las saetas sobre el cuadrante donde las horas estaban escritas.

Al oír, lejos aún, el trote del caballo, se levantaba precipitadamente, y al entrar el marido en la alcoba, con un gesto fantasmal, señalaba con el índice de su mano derecha la hora en la esfera del reloj como para decirle. "¡Mira qué tarde vienes! "

Llegó él a sentirse temeroso ante aquella imbécil enamorada y celosa, que manifestaba sus exaltaciones como los brutos, y una noche la golpeó.

Fueron a buscarme. La encontré desesperada, en una horrible crisis de dolor, de cólera, de apasionamiento, ¡qué sé yo! ¿Pueden adivinarse las manifestaciones de un cerebro rudimentario? La calmé con inyecciones de morfina y prohibí en absoluto que la viera su marido, cuyo trato sería para ella mortal.

\*\*\*

Enloqueció. Si, amigo mío, la imbécil enloqueció.

Pensaba en el esposo constantemente, y le aguardaba. Le aguardaba de día y de noche despierta y dormida; en cada momento, sin cesar. Y enflaquecía, enflaquecía... Siempre con los ojos clavados en la esfera de los relojes.

Ordené que retirasen todo lo que había en las habitaciones para evitar que, al paso de las horas, buscara en oscuras reminiscencias el momento en que antes el marido comparecía. Me propuse apagar pacientemente aquella sensación, extinguir aquel reflejo de idea que yo había logrado con tanta dificultad.

Y días atrás hice una experiencia: le presenté mi reloj de bolsillo. Berta lo miraba y remiraba en silencio; y por fin articuló espantosos gritos, como si aquel objeto hubiese despertado la emoción adormecida.

Enflaquece cada día más, de modo que ya me angustia verla, con los ojos hundidos y brillantes. Va y viene sin descanso, como una bestia enjaulada.

No sólo mandé poner enrejado a las ventanas, sino que hice colocar en su parte inferior esas tablas y que fijasen los asientos en el suelo; todo para impedir que se asome y vea la calle por donde llegaba él. Sin duda le aguarda todavía.

¡Oh los infelices padres! ¡Qué vida la suya!

\*\*\*

En esto habíamos llegado a la cumbre de la colina. El doctor se detuvo y me dijo:  
—Contemple usted a Riom desde aquí.

La población ofrecía el triste aspecto de las viejas ciudades. A la espalda, y hasta perderse de vista, una extensa llanura verde, con arboledas, pueblos y caseríos, todo bañado en una transparente neblina que azuleaba el horizonte. Y por la derecha, a lo lejos, grandes montañas con una serie de cumbres cónicas y como descabezadas con una espada gigantesca.

Nombraba el doctor los lugares y me refería la historia de cada uno.

Pero yo no le atendía. Con el pensamiento fijo en la pobre loca, sólo su imaginaria figura se mostraba en mi presencia, y como un espíritu lúgubre invadía toda la extensión del paisaje.

Bruscamente hice al doctor esta pregunta:

—¿Qué fue del marido?

El doctor, que no esperaba esa curiosidad mía, se decidió a satisfacerla:

—Vive en Royat, en donde recibe la pensión asignada por su suegro. Es feliz y se divierte.

Cuando regresábamos a paso lento, entristecidos y silenciosos, un tálburi, tirado por un hermoso caballo, pasó rápidamente.

Mi amigo me apretó el brazo al decir:

—¡Ahí le tiene usted!

Sólo vi un sombrero de fieltro gris, inclinado sobre la oreja izquierda, sobre dos hombros robustos que desaparecieron entre nubes de polvo.

*Le Figaro*, 20 de noviembre de 1884

# *El beso*

---

*Le baiser*

Encanto mío: De modo que te pasas el día y la noche llorando, porque te abandonó tu marido; no sabes qué hacer y solicitas consejo de tu anciana tía, a la que, por lo visto, supones muy experta. No estoy tan enterada como tú te lo imaginas; pero desde luego que no soy del todo ignorante en el arte de amar o, más bien, de hacerse amar, que a ti te falta un poco. A mis años creo que me debe estar permitido confesarlo.

Me cuentas que no tienes para él otra cosa que atenciones, cariños, caricias y besos. De ahí tal vez procede el daño; creo que te excedes en besarlo.

Tenemos en nuestras manos, querida, la potencia más terrible que existe: el amor.

El hombre, dotado de su fuerza física, la ejerce por la violencia. La mujer, dotada del encanto, domina por la caricia. Es nuestra arma, arma temible, incontrastable, pero que es preciso saber manejar.

Somos, sábelo bien, las dueñas de la tierra. Narrar la historia del Amor desde los orígenes del mundo, equivaldría a narrar la historia del hombre mismo. Todo arranca del Amor: las artes, los grandes acontecimientos, las costumbres, la moral, las guerras, el derrumbamiento de los imperios.

En la Biblia tropiezas con Dalíla y Judit; en la Leyenda, con Onfala y Helena; en la Historia, con las Sabinas, Cleopatra y tantas más.

Reinamos, pues, como soberanas omnipotentes. Pero es indispensable que empleemos, lo mismo que los reyes, una diplomacia refinada.

El Amor, pequeña mía, está hecho de primores, de sensaciones imperceptibles.

Sabemos que es fuerte como la muerte; pero es también tan frágil como el vidrio. El choque más insignificante lo quiebra y nuestro dominio se derrumba, sin que podamos ya reconstruirlo.

Tenemos el poder de hacernos adorar, pero necesitamos una cualidad minúscula: el discernimiento de matices en la caricia, la percepción sutil de lo excesivo en la manifestación de nuestra ternura.

En las horas del abrazo perdemos el sentido del matiz, mientras que el hombre, al que nosotras nos imponemos, no pierde el dominio de sí mismo, conserva la capacidad de apreciar lo ridículo de ciertas frases, lo desorbitado de determinadas actitudes.

Encanto mío, permanece siempre en guardia sobre este punto, que es donde falla nuestra coraza, que es nuestro talón de Aquiles.

¿Sabes de dónde nace nuestro verdadero poder? ¡Del beso, sólo del beso! Sabiendo presentar y entregar nuestros labios, podemos llegar a ser reinas.

Y, sin embargo, el beso no es sino un prefacio. Pero es un prefacio encantador, más delicioso que la obra misma, un prefacio que se lee una y otra vez, mientras que no siempre es posible... releer el libro.

Sí, el unirse de dos bocas es la sensación más perfecta, más divina que ha sido concedida a los seres humanos; el límite último y supremo de la dicha.

Es en el beso, y únicamente en el beso, donde a veces creemos percibir la imposible fusión que vamos persiguiendo de dos almas, el confundirse en uno dos corazones desfallecientes.

¿Recuerdas los versos de Sully-Prudhomme:

*Es la caricia inquieto desvarío;*

*del pobre Amor, el infructuoso empeño  
de unir, cosa imposible, nuestras almas,  
uniendo uno con otro nuestros cuerpos.*

Una caricia tan sólo produce esa sensación íntima, inmaterial. de dos seres convertidos en uno, y eso es el beso. Todo el frenesí violento de la posesión completa no iguala a ese trémulo acercamiento de las bocas, a ese primer contacto, húmedo y lleno de frescor, seguido de la conjunción inmóvil, ardorosa y larga, larguísima, de una y otra.

Es, pues, encanto mío, el beso nuestra arma más poderosa; pero guardémonos de embotar su filo. No olvides que su eficacia es relativa, de puro convencional. Cambia con las circunstancias el estado de ánimo del momento, el sentimiento de espera o de éxtasis del espíritu. Voy a basarme en un ejemplo.

Todas nos sabemos de memoria un verso debido a otro poeta, un verso que nos parece encantador, que nos causa estremecimientos que nos llegan al alma.

Después que el poeta ha descrito la espera del enamorado, en una habitación cerrada y en las primeras horas de una noche de invierno, sus inquietudes, sus impacencias nerviosas, su miedo horrible de que ella no venga, pinta la llegada de la mujer amada, que entra, por fin, en la habitación, apresuradísima, jadeante trayendo el frío en sus faldas, y exclama:

*¡Oh, qué primeros besos al través del velillo!*

¿Verdad que hay en este verso un sentimiento exquisito, una observación fina y encantadora, una exactitud perfecta? Todas las mujeres que han corrido a una cita clandestina, aquellas a las que la pasión ha lanzado en los brazos de un hombre, conocen bien esos deliciosos primeros besos al través del velillo del sombrero, y sienten escalofríos con sólo recordarlos. Sin embargo, su encanto depende únicamente de las circunstancias. del retraso, de la espera anhelante; pero la verdad es que, desde el punto de vista pura o impuramente sensual, como prefieras, son detestables.

Fíjate. En la calle hace frío. La mujercita ha caminado de prisa, el velillo está húmedo del vaho frío ya, de su respiración. Brillan gotitas en las mallas del encaje negro. El amante se precipita y pega sus labios a este vaho condensado de los pulmones. El vaho húmedo, que destiñe y está impregnado del sabor repugnante de los colorantes químicos, entra en la boca del joven, le moja el bigote. No son los labios de la bien amada los que el joven saborea; saborea el tinte del encaje impregnado de aliento que se ha enfriado.

Sin embargo, todas nosotras decimos con un suspiro, lo mismo que el poeta:

*¡Oh, qué primeros besos al través del velillo!*

Siendo, pues, completamente convencional la eficacia de esta caricia, debemos guardarnos de que pierda su valor.

Quiero decirte a este propósito, encanto, que he sido testigo en muchas ocasiones de tu torpeza, aunque no constituyas a este respecto una excepción. La mayor parte de las mujeres pierden su autoridad sin más motivo que el abuso del besar, del besar intempestivo. Si ven que el marido o el amante da señales de un poco de fatiga, porque hay horas de laxitud en las que el corazón, lo mismo que el cuerpo, piden reposo, ellas, en vez de comprender lo que a él le ocurre, se obstinan en caricias inoportunas, lo hastian con su obstinación de ofrércerle los labios, lo cansan al estrecharlo entre sus brazos sin medida ni razón.

Presta fe a mi experiencia. Para empezar, no beses nunca a tu marido en público, en un vagón, en un restaurante. Es un acto del peor gusto. Aguántate las ganas. Él creería hacer el ridículo, y te guardaría siempre rencor.

Desconfía sobre todo de los besos inútiles, prodigados en la intimidad. Tengo la certeza de que haces un espantoso consumo de ellos.

Y para citarte un caso, te diré que un día estuviste verdaderamente desagradable.

Nos hallábamos los tres en tu saloncito, y como mi presencia no os embarazaba, tu marido te tenía sentada en sus rodillas y te daba largos besos en la nuca, oculta su boca entre los rizados cabellos de tu cuello. De pronto exclamaste: "¡El fuego!" No os acordabais del fuego, y estaba a punto de consumirse. Todo lo que brillaba en el hogar eran unos tizones mortecinos y a punto de apagarse. Tu marido se levantó en el acto, se precipitó hacia el arcón de la leña y sacó del mismo dos troncos grandísimos, que llevaba con gran dificultad al hogar; y en ese preciso momento fuiste hacia él con tus labios mendicantes y le dijiste: "Bésame". Tu marido volvió la cabeza haciendo un gran esfuerzo para no dejar caer los maderos. Y tú posaste tu boca suave, lentamente, en la de aquel desdichado, que tuvo que aguantar, con el cuello doblado, la cintura en torsión, los brazos doloridos, temblando de cansancio y de esfuerzo violento. Y tu, sin ver ni comprender, eternizaste aquel beso martirizador. Después, cuando lo dejaste en libertad, te pusiste a refunfuñar con gesto de enojo: "¡No sabes besarme!..." ¡Era mucho pedirle encanto!

Ten cuidado con eso. Raya en estúpida manía, en impulso inconsciente tonto, nuestro afán de lanzarnos al beso en los momentos peor elegidos: Cuando él lleva en la mano un vaso de agua; cuando se está poniendo el calzado; cuando se hace el nudo de la corbata, en fin, cuando se encuentra en alguna postura incómoda, entonces lo inmovilizamos con alguna caricia molesta que le fuera a permanecer un minuto en una actitud iniciada, sin sentir, otro deseo sino el de desembarazarse de nosotras.

Sobre todo, no tomes esta crítica como insignificante y mezquina. El amor es cosa delicada, pequeña mía; un nada lo lastima; ten presente que todo depende de nuestro tacto en las zalamerías. Un beso torpe puede ocasionar un gran daño.

Pon en práctica mis consejos.

Tu tía que te quiere, Collette

POR LA COPIA FIEL  
MAGNIFREUSE

*Gil Blas, 14 de noviembre de 1882*

# *El bicho de Belhomme*

---

*La bête à Mait' Belhomme*

Se disponía a salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador a que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas —con indelebles incrustaciones de barro—, pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas e hinchadas rodillas —dos enganchados en varas y uno delantero— debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecito panzudo y sin embargo ligero — gracias a la obligada costumbre de subir al pescante y a la baca trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la lluvia y el aguardiente se asomó a la puerta del parador enjugándose los labios con el dorso de su manaza. Canastos redondos y achatados llenos de gallinas alborotadas, yacían a los pies de los campesinos inmóviles. Cesáreo Harloville los cogió unos tras otro, para encaramarse una y otra vez a dejar su carga en lo alto del coche. Luego colocó, sin traquetearlas, con el mayor cuidado posible, las cestas de huevos. Tiró desde abajo, para no subir una vez más, los morrales de los piensos, paquetes y líos: todas las menudencias. Luego abrió la portezuela, y sacó un papel del bolsillo y empezó a llamar a los viajeros:

—El señor párroco de Gorgeville.

Avanzó el cura, hombre fornido, alto, grueso, violáceo y de maneras afables. Se recogió la sotana para levantar el pie, como se recogen el vestido las mujeres, y subió en la diligencia.

—El señor maestro de Rollebose-les-Grinets.

Se apresuró, larguirucho, tímido, enlevitado; y desapareció a su vez, al entrar en la caja.

—El señor Poiret, dos asientos.

Se acercó Poiret, encorvado por la labranza, enflaquecido por la abstinencia, consumido; anguloso, con la piel resquebrajada y sucia. Le seguía su mujer, insignificante y encogida, oprimiendo entre ambas manos un colosal paraguas verde.

El señor Rabot, dos asientos.

Vaciló, por ser en todo indeciso, y mientras avanzaba dijo:

—Me has llamado, ¿no es cierto?

El mayoral, que tenía fama de brusco, se disponía a soltarle una desvergüenza, cuando Rabot fué a dar en la portezuela empujado por su mujer, una cuarentona metida en carnes, de vientre abultado, semejante a un tonel y de manos enormes.

Rabot se coló en el coche como un ratoncillo en su madriguera.

— El señor Caniveau.

Más pesado que un buey, al subirse al estribo se achataron las ballestas; y a su vez se acomodó en la caja.

—El señor Belhomme.

Belhomme, alto, acartonado, se aproximó con el rostro contraído, como si le angustiara un dolor agudo; apretaba un pañuelo sobre la oreja.

Todos llevaban, sobre sus trajes domingueros, de paño verdoso o negro, blusas azules que se quitarían al llegar al Havre; y cubrían su cabeza con gorras de seda altas como torres: la suprema elegancia del campesino normando.

Cesáreo Harloville cerró la portezuela del coche y subió al pescante, y al restallar su látigo, los tres rocinantes, como si despertaran, erguidos, hicieron sonar los cascabeles de las colleras. Entonces el mayoral, sacudió las bridas y gritó con todo el brío de sus pulmones: "¡Ooé! ¡Ooé! ¡Ooé!", para animar a los pobres animales. "¡Ooé!... ¡Ooé!... ¡Ooé!...".

Sacando fuerzas de flaqueza arrancaron con un trote inseguro y lento. Y al rodar el coche retemblaban los cristales, crujían las maderas, rechinaban los hierros —como si todo aquel artefacto fuese a desquiciarse— con un ruido estruendoso, mientras las dos filas de viajeros traqueteados y sacudidos se agitaban con el vaivén tumultuoso de las olas.

Al principio, todos callaban porque les imponía respeto la presencia del sacerdote; pero como era éste de carácter expansivo y franco, no tardó en provocar la conversación.

—¿Qué me dice usted de bueno, señor Caniveau?

El voluminoso campesino, ligado con el sacerdote por una simpatía de naturaleza robusta y exuberante, respondió sonriente:

—Nada de particular, señor párroco: y usted, ¿cómo sigue?

—Perfectamente. Yo no puedo quejarme. ¡Vaya! ¡Vaya! y el señor Poiret, ¿de qué se duele ahora?

— ¡Nunca me faltan motivos!. La cosecha es medianeja este año, y los negocios... Ya no hay negocios.

—Cada vez se hace más difícil todo.

—Sí; cada vez se hace más difícil todo —repitió la señora Rabot, con acento de marimacho.

Como no era de su parroquia, el sacerdote la conocía sólo de referencias.

—¿Es usted la Blondel?

—Sí, la Blondel; casada Rabot.

Rabot, endeble y tímido, inclinó la cabeza, y sonrió como si dijera: "Si; la Blondel se casó conmigo."

De pronto, el señor Belhomme, que seguía sujetándose contra la oreja el pañuelo, comenzó a gemir de una manera lamentable; daba alaridos y pataleaba para desahogar su horrible sufrimiento.

El sacerdote le preguntó:

—¿Le duelen a usted las muelas?

El campesino dejó un momento de gemir para responder:

—No; no son las muelas...; no me duele ninguna muela... Es el oído...; es dentro del oído...

—Y ¿qué tiene usted en el oído? ¿Un absceso?

—Lo que tengo es un bicho que se me introdujo mientras yo dormía en el pajar.

—¿Un bicho? ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? ¡Como de que hay cielo y purgatorio, señor párroco! Estoy seguro, porque me hurga y me roe constantemente. Me devora, me da calentura... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

Comenzó de nuevo a patalear y a dar alaridos.

Interesaron sus desdichas. Cada uno expresaba su parecer. Poiret suponía el tal bicho una araña; el maestro se inclinaba creerlo una oruga. En Campemuret —donde había regentado la escuela siete años— presencié un caso muy semejante: la oruga, que



había entrado por la oreja, salió por la nariz, y como para ello, tuvo que romper el tímpano, dejó sordo al paciente.

—Más creíble me parece que sea una lombriz —dijo el sacerdote.

El señor Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado en la portezuela, no dejaba de gemir.

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... Muerde como un lobo... Se abre camino... ¡Me come! ... ¡Huy! ... ¡Huy!...

—¿No has consultado al médico?—le preguntó Caniveau.

—No, no he consultado al médico.

—¿Por qué no fuiste a su casa?

El miedo al médico pareció aliviar a Belhomme.

Se enderezó, pero sin apartar la oreja de la mano, con que sostenía el pañuelo.

—¡A casa del médico! Y en cuanto un médico te coge, te de arruina. ¡Si bastara verle una vez! Pero a nada que tenga uno, hace una visita, y otra, y otra; no se cansa de visitar. Luego hay que darle diez francos, o veinte francos, o treinta francos... Y ¿Qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes tú?

Caniveau reía.

—No lo sé. Pero ¿adónde vas así?

—Voy al Havre, a que me vea Chambrelán.

—¿Quién es Chambrelán?

—Un curandero.

—Y ¿te curará?

—Sí. A mi padre lo curó.

—¿A tu padre?

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Qué tenía tu padre?

—Un mal de aire, que no le dejaba mover el brazo, ni la pierna.

—Y ¿qué le hizo el curandero?

—Le sobó el costado, como soban el pan cuando amasan, y en un par de horas lo puso bueno.

Belhomme sabía que Chambrelán aseguraba el efecto de sus curas con ciertas frases mágicas; pero no se atrevió a decirlo en presencia del sacerdote.

Caniveau insistía risueño:

—¿No será un conejo lo que se te ha entrado en el oído? Al ver la maraña de pelo que asoma, semejante a un zarzal, pudo confundirlo con su madriguera. Voy a espantarlo; verás cómo sale.

Y sirviéndole de tornavoz las palmas de las manos comenzó a imitar la estridente algarabía de perros de caza cuando persiguen a una res. Aullaba, ladraba, chillaba, gruñía, gemía. Y todos los viajeros, incluso el maestro, que no se reía nunca, se hartaron de reír.

El sacerdote comprendió que a Belhomme le molestaba ya servir de pretexto para tan ruidosa broma, y para dar a la conversación otro giro, dirigió a la hercúlea señora Rabot esta pregunta:

¿Tiene usted muchos hijos?

Muchos; demasiados — respondió la mujerona—. ¡Cuesta mucho criar tanta familia!

Rabot inclinó la cabeza como para reforzar el razonamiento de su mujer.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Con arrogancia, con voz firme y segura, dijo la señora Rabot:

—¡Quince! Catorce de mi marido.

El tal marido sonreía expresivamente, satisfecho. Tenía catorce hijos, a pesar de su aparente insignificancia. La mujer lo confesaba; nadie lo pondría en duda. Estaba orgullosa de tener catorce hijos.

Pero ¿de quién era el otro, si tenía quince? La mujer no lo dijo entonces y a nadie sorprendió; conocerían la historia: un hijo anterior al matrimonio, un desliz de soltera. Ni Caniveau, que reparaba en todo, hizo comentarios ni preguntas; nada.

Belhomme volvió a gimotear:

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

—¡Me hurga! ¡Me come! ¡Qué desgracia la mía!

La diligencia se detuvo en una posada. El sacerdote dijo:

—Tal vez con un poco de agua saldría. ¿Por qué no lo prueba? ¿Quiere usted probarlo?

—¡Bueno, sí; lo probaré! Se apearon todos para presenciar la operación.

El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y medio vaso de agua, y encargó al maestro que sujetara la cabeza del paciente para mantener la oreja en posición horizontal, y cuando el agua hubiese penetrado bien, le volviera de pronto para verterla de un golpe.

Pero Caniveau, que tenía los ojos clavados en la oreja de Belhomme, procurando a simple vista descubrir el bicho, exclamo:

—¡Rediós, qué mermelada! Es necesario destapar la madriguera para que pueda salir el conejo. Se le pegarían las patas en esa confitura.

El sacerdote, al ver el orificio completamente cegado, también opinó que allí no era posible intentar nada. El maestro se encargó de la limpieza valiéndose de un palitroque y de un trapo.

Entre la general ansiedad, el sacerdote vertió en el pabellón de la oreja medio vaso de agua, que, al rebosar corría por la cara, por el pelo, por el cogote del paciente. Después, el maestro hizo girar violentamente la cabeza, como si fuese a desatornillarla. Cayeron algunas gotas de líquido en la jofaina. Todos los viajeros se acercaron a ver lo que había salido; pero no vieron bicho alguno.

Sin embargo, Belhomme dijo:

—Ya no siento nada; ya nada me duele.

Y el sacerdote, satisfecho, exclamó:

—¡Es posible que haya muerto ahogado!

Volvieron todos a la diligencia, pero apenas comenzaron a trotar los rocinantes, Belhomme lanzó nuevamente ayes horribles. El bicho se había despertado con más furia; ya le roía, le devoraba el cerebro. Chillaba y se retorció de tal modo, que la señora Poiret, creyéndole poseído por el demonio, comenzó a llorar y hacer cruces. Luego el dolor se calmó algo; el paciente notaba que había vuelto hacia fuera el bicho. Imitaba con los dedos la marcha del animal, y como si lo viera, decía:

—¡Ya sube otra vez!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Qué desdichado soy!

Caniveau empezaba a impacientarse.

—Con el agua se ha exasperado. No le gustará sin duda el agua... Echadle vino.

Volvieron todos a reír estrepitosamente.

—Cuando lleguemos a una venta echadle un trago de lo añejo y se calmará. Es lo que pide.

Pero, entre tanto, Belhomme sentía mordeduras inaguantables, Comenzó a gritar como si le arrancasen el alma. El sacerdote le sostenía la cabeza y el mayoral accedió a detenerse para pedir auxilio en cualquier casa de labor.

Así lo hicieron. Entre todos bajaron a Belhomme de la diligencia y lo tendieron sobre un banco de la cocina para preparar la operación. Caniveau aconsejaba se hiciera

con aguardiente aguado el nuevo lavatorio, con objeto de adormecer al bicho emborrachándole, y matarlo así tal vez. El sacerdote prefirió vinagre.

Lo dejaba caer gota a gota para que penetrase hasta el fondo, y así estuvo algún rato. Era imposible que resistiera el bicho tan prolongada y desagradable inundación. Después de preparar como antes una jofaina para recibir en ella lo que saliese del orificio, el sacerdote y Caniveau —dos celosos— volvieron a Belhomme y lo sostuvieron en vilo mientras el maestro le golpeaba en la oreja sana para que se vaciase completamente la otra.

Hasta Cesáreo Harloville estaba presente, atraído por la curiosidad, con el látigo en la mano.

De pronto, repararon que había en la jofaina una mota negra, ¡una pulga que se ahogaba en el vinagre! Hubo exclamaciones de sorpresa primero y después, gritos y risas ruidosas. ¡Una pulga! ¡Tenía gracia, muchísima gracia! Caniveau se golpeaba las rodillas con las manos. Cesáreo Harloville hizo chascar su látigo; el sacerdote soltó la carcajada; el maestro desahogaba su alegría la con una especie de estornudo, y las dos mujeres chillaban de un modo semejante al cacareo de las gallinas.

Belhomme se había sentado, y con la jofaina sobre las rodillas contemplaba con odio y placer al bicho, que forcejeaba por librarse de las gotas de vinagre que no le permitían saltar.

Masculló:

—¡Al fin caíste, roña!—y la envolvió en un salivazo escupido furiosamente.

Cesáreo, loco de alegría, exclamaba:

—¡Una pulga! ¡Una pulga! ¡Ya caíste, animal feroz, animal feroz!

Pero calmándose de pronto, exclamó:

—¡Señores, al coche! Nos hemos entretenido ya demasiado ¡Al coche!

Y los viajeros iban hacia la diligencia sin dejar de reír.

Belhomme, rezagado, insinuó:

—Me quedo aquí para volverme a pie. Ya no tengo que hacer nada en el Havre.

Cesáreo le dijo:

—Está bien. Págame tu asiento.

—Te daré la mitad, pues no he llegado a medio camino siquiera.

—No puede ser; pagarás el asiento hasta el Havre, porque así lo encargaste.

Hubo réplicas insistentes, y la discusión degeneró en disputa furiosa: Belhomme decía que sólo pagaría un franco, y el mayoral que le cobraría dos.

Vociferaban, acercándose mucho el uno al otro, mirándose amenazadores, topando casi nariz contra nariz.

Caniveau intervino:

—De todos modos, Belhomme, debes al sacerdote dos francos por la cura, y a todos una convidada por los auxilios; en junto, dos francos y medio, más uno que debes a Cesáreo, son tres francos y medio. Paga.

El mayoral se regocijaba seguro de que Belhomme se vería obligado a soltar aquel dinero, y dijo:

—Me conformo.

—Paga —insistió Caniveau.

—No pago y no pago —sostuvo el otro—. No pago. El sacerdote no es médico.

—Si no pagas en seguida, te meto en la diligencia y te llevaré al Havre.

Cogió a Belhomme por la cintura y lo alzó como a un chiquillo.

Belhomme, al ver que sería inútil su resistencia, sacó la bolsa y pagó.

El coche siguió hacia el Havre, mientras Belhomme desandaba lo andado por la carretera, pesaroso y a pie; y los viajeros reían aún a carcajadas al ver cómo se balanceaba al compás de sus largas piernas.

*Gil Blas, 22 de septiembre de 1885*

# *El bigote*

---

*La moustache*

Una dama de la nobleza, hace toda una apología del bigote, argumentando las excelencias de este cúmulo de pelos sobre el labio, en las actitudes galantes, amorosas y viriles de los hombres de Francia.

Castillo de Solles, lunes 30 de julio de 1883.

Querida Lucía, nada nuevo. Vivimos en el salón viendo como cae la lluvia. No se puede salir con este tiempo horroroso; entonces hacemos teatro. Que estúpidas son, querida, las obras de teatro del repertorio actual. Todo es forzado, todo es grosero, pesado. Las bromas impactan como las balas de cañón, rompiéndolo todo. Ni rastro de espíritu, de naturalidad, ningún humor, ninguna elegancia. Estos literatos por cierto no saben nada del mundo. Ignoran por completo como pensamos y como hablamos nosotros. Toleramos perfectamente que desprecien nuestras costumbres, nuestras convenciones y nuestros modales, pero no les permito en absoluto que no los conozcan. Para ser finos, hacen juegos de palabras que podrían servir para alegrar un cuartel militar; para ser joviales nos sirven un ingenio que han debido cosechar en las alturas del bulevar exterior, en esas cervecerías llenas de artistas en las que se repiten, desde hace cincuenta años, las mismas paradojas de estudiante.

En fin, hacemos teatro. Como sólo somos dos mujeres, mi marido desempeña los papeles de doncella, y para ello se afeitó. No te imaginas, querida Lucía, que cambiado está, ya no lo reconozco... ni de día ni de noche. Si no dejase crecer enseguida su bigote creo que le sería infiel, de tanto que me disgusta así.

En serio, un hombre sin bigote deja de ser un hombre. No me gusta mucho la barba que casi siempre da un aspecto desaliñado, pero el bigote, ¡ay, el bigote!, se hace imprescindible en una fisonomía viril. No, nunca podrías imaginar cuán útil resulta para la vista y... las relaciones entre esposos este pequeño cepillo de vello en el labio. Se me han ocurrido un montón de reflexiones sobre este tema que apenas me atrevo a contarte por escrito. Te las diré de buena gana... en voz baja. Pero las palabras que expresan ciertas cosas son tan difíciles de encontrar, y algunas palabras insustituibles, resultan tan feas sobre el papel, que no puedo escribirlas. Y además, el tema es tan complejo, tan delicado, tan escabroso, que necesitaría una ciencia infinita para abordarlo sin peligro.

¡En fin! da igual si no me entiendes. Y además, querida, procura leer entre líneas.

Sí, cuando mi marido me llegó afeitado, enseguida supe que jamás sentiría debilidad por un comediante, ni por un predicador, aunque fuese el padre Didon, el más seductor de todos. Y cuando más tarde estuve a solas con él (mi marido), fue mucho peor. ¡Oh! querida Lucía, nunca te dejes besar por un hombre sin bigote; sus besos no tienen ningún sabor, ninguno, ninguno! ya no tiene ese encanto, esa suavidad y esa...pimienta, sí, esa pimienta del auténtico beso. El bigote es su guindilla.

Imagínate que te apliquen en el labio un pergamino seco...o húmedo. Esa es la caricia del hombre afeitado. Desde luego ya no merece la pena.

¿De dónde viene pues la seducción del bigote, me preguntarás? ¿Acaso lo sé?

Primero te produce un delicioso cosquilleo. Te roza la boca y sientes un escalofrío agradable por todo el cuerpo, hasta la punta de los pies. Es él el que acaricia, el que estremece y sobresalta la piel, el que otorga a los nervios esa vibración exquisita que te arranca ese pequeño "¡Ah!", como si una tuviese mucho frío.

¡Y en el cuello! Sí, ¿has sentido alguna vez un bigote en tu cuello? Eso te embriaga y te cripa, te baja por la espalda, te llega hasta la punta de los dedos. Te retuerces, mueves los hombros, echas la cabeza hacia atrás. Una desearía huir y quedarse; ¡es adorable e irritante! ¡Pero qué sensación tan agradable!

Hay más todavía...¡de verdad, ya no me atrevo! Un marido que te quiere del todo sabe encontrar un montón de recónditos lugares donde esconder sus besos, de los cuales una no se percataría nunca sola. Pues bien, sin bigote esos besos también pierden mucho de su sabor; ¡sin contar que se vuelven casi indecentes! Explícalo como puedas. En cuanto a mí, ésta es la razón que lo justifica. Un labio sin bigote está igual de desnudo que un cuerpo sin ropa; y, la ropa siempre hace falta, muy poca si tú quieres, ¡pero es necesaria!

El Creador (no me atrevo a escribir otra palabra al hablar de estas cosas), el Creador tuvo el detalle de velar todos los amparos de nuestra carne donde tenía que esconderse el amor. Una boca afeitada se me parece a un bosque talado alrededor de alguna fuente a donde se va a comer y dormir.

Eso me recuerda una frase (de un político) que desde hace tres meses me está dando vueltas en la cabeza.

Mi marido, que lee los periódicos, me leyó, una noche, un discurso singular de nuestro ministro de agricultura que se llamaba entonces el Señor Méline, ¿habrá sido sustituido por otro? Lo ignoro.

No estaba escuchando, pero el nombre de Méline me llamó la atención. Me recordó, no sé muy bien porqué, las escenas de la vida de Bohemia. Creí que se trataba de una modistilla. Así fue cómo memoricé unos fragmentos de este discurso. Entonces el Señor Méline les hacía a los habitantes de Amiens, creo, esta declaración cuyo significado llevaba buscando hasta la fecha: "No hay patriotismo sin agricultura". Pues ese significado, lo he hallado hace un rato; y he de confesarte que no hay amor sin bigote. Cuando uno lo dice de este modo suena raro, ¿verdad?.

¡No hay amor sin bigote!

"No hay patriotismo sin agricultura", afirmaba el Señor Méline; y tenía razón ese ministro, ¡ahora lo entiendo!

Desde otro punto de vista, el bigote es esencial. Determina la fisonomía. Te da un semblante dulce, tierno, violento, de rudo, de golfo, ¡de atrevido! El hombre barbudo, realmente barbudo, el que lleva todo el pelo (¡oh!, ¡qué palabra más fea!) en las mejillas no tiene finura en la cara, pues quedan ocultos sus rasgos; y la forma de la mandíbula y del mentón revelan muchas cosas a quien sabe ver. El hombre con bigote conserva su aspecto propio y su elegancia al mismo tiempo.

¡Y que variados son esos bigotes! Tanto son solapados, rizados, como coquetos. ¡Estos parecen querer a las mujeres por encima de todo!

Tanto son puntiagudos, como agujas, amenazadores. Éstos prefieren el vino, los caballos y las batallas.

Tanto son enormes, caídos, espantosos. Éstos enormes suelen disimular un carácter excelente, una bondad que linda con la debilidad y una dulzura que se confunde con la timidez.

Además, lo que primero me encanta del bigote es que sea francés, muy francés. Procede de nuestros padres los galos y luego perduró como señal de nuestro carácter nacional.

Es fanfarrón, galante y bravo. Se empapa graciosamente de vino y sabe reír con elegancia, mientras que las anchas mandíbulas barbudas son pesadas en todo lo que hacen.

Por cierto, me acuerdo de una cosa por la que lloré con fuerza y que me hizo también, ahora me doy cuenta de ello amar el bigote en los labios de los hombres.

Fue durante la guerra, en casa de papá. Era jovencita por aquel entonces. Un día hubo un combate cerca del castillo. Llevaba toda la mañana oyendo cañonazos y disparos, y por la noche un coronel alemán entró y se instaló en nuestra casa. Luego, al día siguiente se marchó. Fueron a avisar a mi padre de que había muchos muertos en los campos. Los mandó traer a casa para enterrarlos juntos. Los tumbaban a lo largo de la gran avenida de abetos, por ambos lados, a medida que iban llegando; y como empezaban a oler mal, se les echaba tierra en el cuerpo mientras se esperaba a que hubieran cavado la fosa común. De este modo ya no se veía más que sus cabezas que parecían salir del suelo, igual de amarillas, con sus ojos cerrados. Quise verlos; pero cuando descubrí aquellas dos largas líneas de horribles caras, pensé que iba a perder el sentido; y me puse a examinarlas, una tras otra, procurando adivinar lo que habían sido esos hombres.

Los uniformes estaban enterrados, ocultos bajo la tierra, y sin embargo de repente, sí querida, de repente reconocí a los franceses, ¡por su bigote!

Unos se habían afeitado el día mismo del combate, ¡como si hubiesen querido ser coquetos hasta el último momento!. No obstante, su barba había crecido un poco, pues sabes que la barba sigue creciendo aún después de la muerte. Otros parecían tenerla de ocho días, pero todos al fin llevaban el bigote francés, muy distinto, el orgulloso bigote, que parecía estar diciendo: "No me confundas con mi vecino barbudo, pequeña, soy de los tuyos". Y lloré, ¡oh!, lloré mucho más que si no los hubiese reconocido de esta manera, a esos pobres muertos.

Hice mal en contarte esto. Ahora estoy triste y me siento incapaz de charlar por más tiempo.

Venga, adiós, querida Lucía. Te envió un abrazo con toda mi alma. ¡Viva el bigote!

JEANNE.

*Gil Blas, 31 de julio de 1883*

# *Blanco y azul*

---

*Blanc et blue*

Mi pequeña barca, mi querida barquita, toda blanca con una red a lo largo de la borda, iba suavemente, suavemente sobre la mar en calma, en calma, adormilada, densa, y también azul, azul de un azul transparente, líquido, donde la luz se hundía, la luz azul, hasta las rocas del fondo.

Los chalets, los hermosos chalets blancos, todos blancos, observaban a través de sus ventanas abiertas el Mediterráneo que venía a acariciar los muros de sus jardines, de sus hermosos jardines llenos de palmeras, de áloes, de árboles siempre verdes y de plantas siempre en flor.

Le dije a mi marinero, que remaba despacio, que se detuviera delante de la puerta de mi amigo Pol. Y grité con todos mis pulmones:

—¡Pol, Pol, Pol!

Apareció en su balcón, asustado como un hombre que uno acaba de despertar. El enorme sol de la una, deslumbrándolo, le hacía cubrirse los ojos con la mano.

Le grité:

—¿Quieres dar una vuelta?

—Voy, respondió

Y cinco minutos más tarde subía en mi barquita.

Le dije a mi marinero que se dirigiera hacia alta mar.

Pol había traído su periódico, que no había podido leer por la mañana, y, tumbado al fondo del barco, se puso a ojearlo.

Yo miraba la tierra. A medida que me alejaba de la orilla, toda la ciudad aparecía, la hermosa ciudad blanca, tendida totalmente al borde de las olas azules. Después, por encima, la primera montaña, la primera grada, un gran bosque de abetos, lleno también de chalets, de chalets blancos, aquí y allá, parecidos a orondos huevos de pájaros gigantes. Se esparcían a medida que nos aproximábamos a la cima, y sobre la cumbre se veía uno muy grande, cuadrado, un hotel, tal vez, y tan blanco que parecía que se había vuelto a pintar la misma mañana.

Mi marinero remaba apáticamente, en meridional tranquilo; y como el sol que quemaba en el medio del cielo azul me cansaba los ojos, miré hacia el agua, el agua azul, profunda, a la cual los remos destruían su reposo.

Pol me dijo:

—Siempre nieva en París. Hay helada todas las noches a 6 grados.

Yo aspiraba el aire tibio inflando mi pecho, el aire inmóvil, adormilado sobre el mar, el aire azul. Y volví a levantar los ojos.

Y vi detrás la montaña verde, y por encima, allá, la inmensa montaña blanca aparecía. No se la descubría en un instante. Ahora, comenzaba a mostrar su gran pared de nieve, su alta pared brillante, cercada por una tenue cintura de cimas heladas, de cimas blancas, agudas como pirámides, a lo largo de la orilla, la suave orilla cálida, donde crecen las palmeras, donde florecen las anémonas.

Le dije a Pol:

—Aquí está la nieve, mira. Y le mostré los Alpes.

La extensa cadena blanca se extendía hasta perderse de vista y crecía en el cielo con cada golpe de remo que azotaba el agua azul. La nieve parecía tan vecina, tan próxima, tan espesa, tan amenazante que me daba miedo, me daba frío.



Luego descubrimos más abajo una línea negra, derecha, cortando la montaña en dos. Allá donde el sol de fuego dijo a la nieve de hielo: «Tú no irás más lejos».

Pol, que sujetaba siempre su periódico, pronunció:

—Las noticias de Piémont son terribles. Las avalanchas han destruido dieciocho pueblos. Escucha esto; y leyó: «Las noticias del valle de Aoste son terribles. La población enloquecida no tiene ya descanso. Las avalanchas sepultan una y otra vez los pueblos. En el valle de Lucerna los desastres son también graves. En Locane, siete muertos, en Sparone, quince, en Romborgogno, ocho, en Ronco, Valprato, Campiglia, que la nieve ha cubierto, contamos treinta y dos cadáveres. En Pirronne, en Saint-Damien, en Musternale, en Demonte, en Massello, en Chiabrano, los muertos son igualmente numerosos. El pueblo de Balzégliha ha desaparecido completamente bajo la avalancha. Nadie recuerda haber visto semejante calamidad.

»Detalles horribles nos llegan de todas las costas. He aquí una entre mil:

»Un valiente hombre de Groscavallo vivía con su mujer y sus dos niños. La mujer estaba enferma desde hacía mucho tiempo.

»El domingo, día del desastre, el padre cuidaba a su mujer, ayudado por su hija, mientras que su hijo estaba en casa de un vecino.

»De repente, una enorme avalancha cubre la choza y la destruye. Una gruesa viga, al caer, corta casi en dos al padre, que muere en el instante. La madre fue protegida por la misma viga, pero uno de sus brazos queda cortado y triturado debajo.

»Con su otra mano podía tocar a su hija, prisionera igualmente bajo el montón de madera. La pobre pequeña gritó “Socorro” durante casi treinta horas. De vez en cuando decía: “Mamá, dame tu almohada para mi cabeza. Me duele.”

»Sólo la madre ha sobrevivido.»

Nosotros observábamos ahora la montaña, la enorme montaña blanca que siempre crecía, mientras que la otra, la montaña verde, no parecía más que una enana a sus pies.

La ciudad había desaparecido en la lejanía.

Nada más que la mar azul alrededor de nosotros, bajo nosotros, delante de nosotros, y los Alpes blancos detrás de nosotros, los Alpes gigantes con su pesada capa de nieve.

Por encima de nosotros, el cielo ligero ¡de un suave azul dorado de luz!

¡Oh! ¡Hermoso día!

Pol continuó:

—¡Debe de ser horroroso esta muerte, bajo esta pesada espuma de hielo!

Y suavemente llevado por el mar, acunado por el movimiento de los remos, lejos de tierra, de la que no veía más que la cresta blanca, pensaba en esta pobre y pequeña humanidad, en esta insignificancia de vida, tan modesta y tan hostigada, que se movía sobre este grano de arena perdido en la polvareda de los mundos, en esta miserable tropa de hombres, diezmado por las enfermedades, aplastado por las avalanchas, sacudido y perturbado por los temblores de tierra, en estos pobres pequeños seres invisibles desde un kilómetro, y tan locos, tan vanidosos, tan pendencieros, que se matan unos a otros, no teniendo más que unos días para vivir. Yo comparaba las moscas que viven unas horas con los animales que viven algunos años, con los universos que viven algunos siglos. ¿Qué es todo esto?

Pol dijo:

—Sé una buena historia de nieve.

Le dije:

—Cuenta.

Él siguió:

—¿Te acuerdas del gran Radier, Jules Radier, el guapo de Jules?

—Sí, perfectamente

—Tú sabes cómo estaba orgulloso de su cabeza, de sus cabellos, de su torso, de su vigor, de sus bigotes. Él tenía todo mejor que los demás, pensaba. Y era un destroza corazones, un irresistible, uno de esos buenos mozos de media estopa que tienen mucho éxito sin que uno sepa realmente por qué.

»Ellos no son ni inteligentes, ni finos, ni delicados, pero tienen un temperamento de galantes chicos carniceros. Esto es suficiente.

»El pasado invierno, estando París cubierto de nieve, fui a un baile a casa de una galante mujer, que conoces, la bella Sylvie Raymond.»

—Sí, perfectamente.

—Jules Radier estaba allí, llevado por un amigo, y yo vi cómo él agradaba mucho a la señora de la casa. Yo pensé: «He aquí uno al que la nieve no molestará en absoluto para irse esta noche».

»Luego me ocupé yo mismo de buscar alguna distracción entre el montón de bellas disponibles.

»No tuve éxito. No todo el mundo es Jules Radier y me fui, completamente solo, hacia la una de la mañana.

»Delante de la puerta, una decena de simones esperaban tristemente a los últimos invitados. Parecían tener ganas de cerrar sus ojos amarillos, que miraban las aceras blancas.

»Como no vivía lejos, quise volver a pié. Y al girar la calle percibí una cosa extraña: una gran sombra negra, un hombre, un gran hombre, se meneaba, iba, venía, patinaba en la nieve levantándola, arrojándola, esparciéndola delante de él. ¿Era un loco? Me acerqué con precaución. Era el bello Jules.

»Sujetaba con una mano sus botines de charol y de la otra sus calcetines. Su pantalón estaba subido por encima de sus rodillas, y corría en redondo, como en una doma, empapando sus pies desnudos en esta espuma helada, buscando los lugares donde permanecía intacta, más espesa y más blanca. Se movía, daba coces, hacía movimientos de encerador de suelo.

»Permanecí estupefacto.

»Murmuré:

»—¡Pero qué! ¿Perdiste la cabeza?

»Él respondió sin pararse:

»—En absoluto, me lavo los pies. Figúrate que he seducido a la bella Sylvie. ¡Hay una oportunidad! Y creo que mi buena suerte va a materializarse esta misma noche. Al hierro candente hay que batir de repente. Yo no había previsto esto, sino habría tomado un baño.»

Pol concluyó:

—Como puedes ver la nieve es útil para alguna cosa.

Mi marinero, cansado, había dejado de remar. Permanecimos inmóviles sobre el agua serena.

Le dije al hombre:

—Volvamos. Y él retomó los remos.

A medida que nos aproximábamos a tierra, la alta montaña blanca disminuía su altura, se hundía detrás de la otra, la montaña verde.

La ciudad volvió a aparecer, semejante a una espuma, una espuma blanca, al borde del mar azul. Los chalets se mostraron entre los árboles. Ya no percibíamos más que una línea de nieve, por encima, la línea labrada de cimas que se perdía a la derecha, hacia Niza.

Después, una única cumbre quedó visible, una gran cumbre que desaparecía poco a poco ella misma, comida por la costa más próxima.

Y pronto no vimos nada más que la orilla de la ciudad, la ciudad blanca y el mar azul sobre el que se deslizaba mi barquita, mi querida barquita, al suave ruido de los remos.

*Gil Blas, 3 de febrero de 1885*

# *La boda del lugarteniente Laré*

---

*Le mariage du lieutenant Laré*

Desde el comienzo de la campaña, el lugarteniente Laré arrebató a los prusianos dos cañones. Su general le dijo: "Gracias, lugarteniente", y le entregó la cruz de honor.

Como él era tan prudente como valiente, sutil, inventivo, lleno de astucias y recursos, se le confió un centenar de hombres y organizó un servicio de exploradores que, en las retiradas, salvó muchas veces a la armada.

Pero como un mar desbordado, la invasión penetraba por toda la línea fronteriza. Se trataba de enormes oleadas de hombres que llegaban, unos a continuación de los otros, dejando tras ellos un desecho de merodeadores. La brigada del general Carrel, separada de su división, retrocedía sin cesar, batiéndose día tras día, pero se mantenía casi intacta, gracias a la vigilancia y celeridad del lugarteniente Laré, que parecía estar por todas partes al mismo tiempo, desbarataba todas las artimañas del enemigo, burlaba sus previsiones, desorientaba a sus ulanos, asesinaba sus avanzadillas.

Una mañana, el general lo hizo llamar:

—Lugarteniente —dijo— tengo aquí un despacho del general de Lacère que está perdido si nosotros no llegamos en su auxilio mañana al amanecer. Está en Blainville, a ocho horas de aquí. Usted partirá al caer la noche con trescientos hombres que irá relevando a lo largo del camino. Yo los seguiré dos horas después. Estudie la ruta con atención; temo encontrar una división enemiga.

El frío era intenso desde hacía ocho horas. Dos horas antes la nieve comenzó a caer; por la noche la tierra estaba cubierta y densos remolinos blancos hacían volar los objetos más próximos. A las seis, el destacamento se puso en marcha. Dos hombres iban en avanzadilla, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres bajo las órdenes del propio lugarteniente. El resto avanzaba a continuación en dos largas columnas. A trescientos metros sobre el flanco de la pequeña tropa, a derecha e izquierda, algunos soldados iban de dos en dos. La nieve, que caía sin parar, los cubría de un blanco polvo en la sombra; ésta no se derretía sobre sus ropas, de forma que, a medida que oscurecía, apenas manchaban la palidez uniforme del campo.

Hacíamos una parada de vez en cuando. En esos momentos no escuchábamos más que el innumerable arrugamiento de la nieve que cae, más sensación que ruido, suave murmullo, siniestro y vago. Una orden se comunicaba en voz baja, y, cuando la tropa volvía a ponerse en marcha, dejaba detrás de ella como una especie de fantasma blanco por encima de la nieve. Poco a poco se iba borrando y terminaba por desaparecer. Eran los escalafones jerárquicos los que debían guiar a la armada.

Los exploradores ralentizaron su marcha. Algo se alzaba delante de ellos.

—Giren hacia la derecha —dijo el lugarteniente— es el bosque de Ronfé; el castillo se encuentra más hacia la izquierda.

Rápidamente la palabra: "¡Alto!" circuló. El destacamento se paró y esperó al lugarteniente que, acompañado solamente de diez hombres, llevaba a cabo un reconocimiento hasta el castillo.

Avanzaban, arrastrándose bajo los árboles. De repente todos se quedaron inmóviles. Una calma horrorosa planeó sobre ellos. Después, muy cerca, una vocecita clara, musical y joven atravesó el silencio del bosque. Decía:

—Padre, vamos a perdernos en la nieve. No llegaremos jamás a Blainville.

Una voz más fuerte respondió:

—No temas nada, hijita, conozco el país como la palma de mi mano.

El lugarteniente dijo algunas palabras, y cuatro hombres se alejaron, como sombras, sin hacer ruido.

De repente un grito de mujer, agudo, se elevó en la noche. Dos prisioneros comparecieron ante él: un anciano y una niña. El lugarteniente los interrogó, siempre con voz baja.

—¿Nombre?

—Pierre Bernad.

—¿Profesión?

—Bodeguero del conde de Ronfé.

—¿Es su hija?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es costurera del castillo.

—¿A dónde se dirigen?

—Huimos.

—¿Por qué?

—Doce prusianos han pasado esta noche. Han fusilado a tres guardas y colgado al jardinero; yo he tenido miedo por la pequeña.

—¿A donde van?

—A Blainville.

—¿Por qué?

—Porque allí hay un ejército francés.

—¿Conocen el camino?

—Perfectamente.

—Muy bien, sígannos. Reunimos a la columna y comenzó la marcha campo través. Silencioso, el anciano se mantenía a los lados del lugarteniente. Su hija iba cerca de él. De repente se paró: —Padre —dijo— estoy tan cansada que no iré más lejos. Y se sentó. Temblaba de frío y parecía dispuesta a morir. Su padre quiso llevarla. Era demasiado viejo y débil.

—Mi lugarteniente —dijo sollozando—, nosotros entorpeceríamos su marcha. ¡Francia ante todo! Déjennos.

El oficial había dado una orden. Algunos hombres habían partido. Volvieron con ramas cortadas. Entonces, en un minuto, fue hecha una litera. El destacamento entero las había reunido.

—Allá hay una mujer que se muere de frío —dijo el lugarteniente— ¿quién quiere donar su abrigo para cubrirla?

Doscientos abrigos se quitaron a la vez. Unos veinte de ellos fueron arrojados sobre la camilla.

—¿Y ahora, quién quiere llevarla?

Todos los brazos se ofrecieron. La joven fue envuelta con estas cálidas capotas de soldado, acostada suavemente sobre la litera y después cuatro robustas espaldas la levantaron; y, como una reina de Oriente llevada por sus esclavos, fue colocada en el medio del destacamento, que retomó su marcha con más intensidad, más ánimo, más alegría, estimulado por la presencia de una mujer, esta soberana musa que ha hecho llevar a cabo tantos prodigios a la vieja sangre francesa.

Al cabo de una hora nos paramos de nuevo y todo el mundo se acostó sobre la nieve. Allá abajo, en el medio de la llanura, se extendía una gran sombra negra. Era como un monstruo fantástico que se alargaba como una serpiente y después, de repente, se encogía en una bola, cogía impulsos vertiginosos, se paraba, volvía a partir sin cesar.

Las órdenes circulaban en murmullos entre los hombres y, de vez en cuando, un ruidito seco y metálico crujía. La forma errante se aproximó bruscamente, y la vimos venir al trote, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche. Un fulgor terrible les mostró de repente doscientos hombres acostados delante de ellos. Una detonación rápida se perdió en el silencio de la nieve, y los doce, con sus doce caballos, cayeron.

Esperamos mucho tiempo. Después retomamos la marcha. El anciano que habíamos encontrado servía de guía.

Por último, una voz muy lejana gritó: "¡Quién vive!" Otra más próxima respondió con una orden. Esperamos de nuevo; se entablaron conversaciones. La nieve había dejado de caer. Un viento frío barría las nubes, y detrás de ellas, más alto, innombrables estrellas centelleaban. Palidieron y el cielo se volvió rosa hacia el Oriente.

Un oficial de rango mayor vino a recibir al destacamento. Pero como él preguntaba a quién llevábamos en la litera, ella se movió; dos manecitas apartaron los gruesos capotes azules, y, rosa como la aurora, con unos ojos más claros que las estrellas que habían desaparecido, y una sonrisa luminosa como el sol que se levantaba, una bonita figura respondió:

—Soy yo, señor.

Los soldados, locos de alegría, aplaudieron y llevaron a la joven triunfalmente hasta el medio del campo, donde se custodiaban las armas. Poco después el general Carrel llegaba.

A las nueve los prusianos atacaban.

Éstos se batieron en retirada a medio día.

Por la tarde, como el lugarteniente Laré, muerto de cansancio, se quedaba dormido sobre un haz de paja, vinieron a buscarlo de parte del general. Lo encontró bajo su tienda, charlando con el anciano que había encontrado en la noche.

Tan pronto como hubo entrado, el general lo tomó por la mano y dirigiéndose al desconocido:

—Querido conde —dijo— he aquí al joven del que me hablaba hace un rato; uno de mis mejores oficiales.

Sonrió, bajó la voz y añadió:

—El mejor.

Después, girándose hacia el estupefacto lugarteniente, le presentó "al Conde de Ronfé-Quédissac".

El anciano le tomó las dos manos:

—Mi querido lugarteniente —dijo—, usted ha salvado la vida de mi hija, yo no tengo más que un medio de darle las gracias... en unos meses venga a decirme... si ella le gusta...

Un año después, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el capitán Laré se casaba con la señorita Louise-Hortense-Geneviève de Ronfé-Quédissac. Ella aportaba seiscientos mil francos de dote y era, se decía, además, la boda más hermosa que pudimos ver aquel año.

*Le mosaiïque, 25 de mayo de 1878*

# *Boitelle*

---

*Boitelle*

*A Robert Pinchan*

El viejo Boitelle (Antonio) tenía en la zona la especialidad de las tareas sucias. Cada vez que había que limpiar una letrina, un estercolero, un pozo negro, que vaciar una cloaca, cualquier agujero fangoso, iban a buscarlo a él.

Llegaba con sus instrumentos de pocero y sus zuecos embadurnados de mugre, y se ponía a la tarea renegando sin cesar de su oficio. Cuando le preguntaban entonces por qué hacía aquel trabajo repugnante, respondía con resignación: "¡Pardiez!, tengo bocas a las que alimentar. Y esto rinde más que otras cosas."

Tenía, en efecto, catorce hijos. Si alguien le preguntaba qué era de ellos, decía con aire indiferente:

"Me quedan ocho en casa. Hay uno en la mili y cinco casados."

Cuando alguien quería saber si estaban bien casados, proseguía con vivacidad:

"No les llevé la contraria. No les llevé la contraria para nada. Se casaron con quien quisieron. No hay que oponerse a las inclinaciones, la cosa sale mal. Si vivo entre basuras es porque mis padres se opusieron a mis gustos. De no ser por eso, habría sido un obrero como los otros."

He aquí en qué sus padres contrariaron sus gustos.

Era entonces soldado, y hacía el servicio en El Havre, no más burro que otros, ni más espabilado tampoco, aunque, eso sí, un poco simple. Durante las horas libres, su mayor placer consistía en pasear por los muelles, donde se congregan los vendedores de pájaros. Unas veces solo, otras con un paisano, marchaba lentamente a lo largo de las jaulas donde los loros de dorso verde y cabeza amarilla del Amazonas, los loros de dorso gris y cabeza roja del Senegal, los guacamayos enormes con pinta de pájaros cultivados en invernadero, con sus plumas floridas, sus penachos y sus copetes, las cotorras de todos los tamaños, que parecen coloreadas con minucioso cuidado por un Dios miniaturista, y los pequeños, pequeñísimos pajarillos saltarines, rojos, amarillos, azules y abigarrados, al mezclar sus gritos con el ruido del muelle, aportan al estruendo de la descarga de los barcos, de los transeúntes y de los carruajes, un ruido violento, agudo, piante, ensordecedor, de bosque remoto y sobrenatural.

Boitelle se detenía, los ojos muy abiertos, la boca abierta, risueño y encantado, enseñándoles los dientes a las cacatúas prisioneras que saludaban con su moño blanco o amarillo el resplandeciente rojo de sus pantalones y el cobre de su cinturón. Cuando encontraba un pájaro parlero, le hacía preguntas; y si el animal estaba ese día dispuesto a responder y dialogaba con él, se quedaba alegre y satisfecho hasta la noche. También al contemplar a los monos pasaba muy buenos ratos, y no imaginaba en los ricos un lujo mayor al de poseer esos animales, lo mismo que otros tienen gatos y perros. Esa afición, esa afición a lo exótico, la llevaba en la sangre como otros llevan la de la caza, la medicina o el sacerdocio. Le era imposible, cada vez que se abrían las puertas del cuartel, dejar de volver al muelle como si se hubiera sentido atraído por un ardiente deseo.

Una vez, habiéndose detenido casi extasiado ante un arara monstruoso que hinchaba sus plumas, se inclinaba, se erguía, parecía hacer las reverencias cortesanías del país de los loros, vio abrirse la puerta de un pequeño café contiguo a la pajarería, y aparecer una

joven negra, tocada con un pañuelo rojo, que barría hacia la calle .los tapones y la arena del establecimiento.

La atención de Boitelle se distribuyó al punto entre el animal y la mujer, y nadie habría podido decir en verdad cuál de los dos seres contemplaba con más asombro y placer.

La negra, tras haber echado fuera la basura de la taberna, alzó los ojos y se quedó a su vez deslumbrada con el uniforme del soldado. Permanecía en pie, frente a él, con la escoba en las manos como si estuviera presentando armas, mientras el arara seguía inclinándose. Ahora bien, al cabo de unos instantes, el sorche se sintió molesto con aquella atención, y se marchó a pasitos cortos, para no semejar batirse en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por delante del Café de las Colonias, y con frecuencia divisó a través de los cristales a la criadita de piel negra que servía cañas o aguardiente a los marineros del puerto. A menudo también ella, al verlo, salía; pronto, incluso, sin haberse hablado nunca, se sonrieron como conocidos; y Boitelle sentía el corazón agitado, al ver relucir de repente, entre los labios oscuros de la moza, la resplandeciente línea de los dientes. Por fin un día entró, y se quedó muy sorprendido al ver que ella hablaba francés como todo el mundo. La botella de gaseosa, de la cual ella aceptó un vaso, perduró, en el recuerdo del sorche, como algo memorablemente delicioso; y cogió la costumbre de ir a tomar, a aquella tabernucha del puerto, todas las líquidas dulzuras que le permitía su bolsa.

Constituía para él una fiesta, una felicidad en la que pensaba sin cesar, ver la mano negra de la criadita sirviendo algo en su vaso, mientras los dientes reían, más brillantes que los ojos. Al cabo de dos meses de trato, se habían hecho muy buenos amigos, y Boitelle, tras el asombro inicial al ver que las ideas de la negra eran similares a las buenas ideas de las chicas de su pueblo, que respetaba el ahorro, el trabajo, la religión y la buena conducta, la amó aún más, se prendó de ella hasta el punto de querer casarse.

Le comunicó este proyecto, que la hizo bailar de alegría. Ella tenía, por otra parte, algo de dinero, heredado de una vendedora de ostras que la había recogido cuando la dejó en El Havre un capitán americano. Este capitán la encontró cuando ella contaba unos seis años, acurrucada entre las balas de algodón en la cala de su navío, unas horas después de salir de Nueva York. Al llegar al Havre, confió a los cuidados de aquella ostrera compasiva el animalillo negro oculto a bordo, no sabía por quién ni cómo. La vendedora de ostras murió, y la joven negra entró a servir en el Café de las Colonias.

Antoine Boitelle agregó:

"Lo haremos si mis padres no se oponen. Nunca les llevaría la contraria, ¿comprendes? ¡Nunca! Les diré dos palabritas la primera vez que regrese al pueblo."

A la semana siguiente, en efecto, habiendo conseguido veinticuatro horas de permiso, fue a casa de su familia, que cultivaba una pequeña granja en Tourteville, cerca de Yvetot.

Esperó al final de la comida, a la hora en que el café, bautizado con aguardiente, abría más los corazones, para informar a sus mayores de que había encontrado una chica que se ajustaba tan bien a sus aficiones, a todas sus aficiones, que no debía existir en la tierra otra que le conviniera tan a la perfección.

Los viejos, ante esta frase, se pusieron también circunspectos, y pidieron más explicaciones. No ocultó nada, por lo demás, salvo el color de su piel.

Era una criada, sin gran capital, pero laboriosa, ahorrativa, limpia, de buena conducta y muy sensata. Todas esas cosas valían más que el dinero en manos de una mala ama de casa. Tenía algunos cuartos, por lo demás, heredados de la señora que la había criado, un dinerillo, casi una pequeña dote, mil quinientos francos en la caja de ahorros. Los viejos, conquistados por sus palabras, confiando también en su juicio,



cedían poco a poco, hasta que llegó al punto delicado. Riéndose con una risa un poco forzada:

"Sólo hay una cosa, dijo, que podría no gustaros. No es blanca del todo."

No lo comprendían, y tuvo que explicar largamente, con muchas precauciones, para no desanimarlos, que pertenecía a la raza oscura de la cual sólo habían visto muestras en las estampas de Epinal.

Entonces se quedaron inquietos, perplejos, temerosos, como si les hubiera propuesto una unión con el diablo.

La madre decía: "¿Negra? Pero ¿cuánto? ¿Por toas partes? "

Respondía: "Pos claro: Por toas partes, lo mismo que tú eres blanca por toas partes."

El padre proseguía: " ¿Negra? ¿Tan negra como el alquitrán? "

El hijo respondía: "A lo mejor un poquito menos. Es negra, pero no es desagradable. ¡Y la sotana del señor cura es negra, y no es más fea que una sobrepelliz blanca!"

El padre decía: "Y en su tierra, ¿las hay más negras que ella?"

Y el hijo, convencido, exclamaba:

"¡Pos claro!"

Pero el buen hombre meneaba la cabeza.

"¡Debe ser desagradable!"

Y el hijo:

"No es más desagradable que otra cosa, ya que uno se acostumbra en seguida."

La madre preguntaba:

"¿Y no manchan la ropa más que otras, esas pieles?"

—No más que la tuya, ya que es su color."

Así, pues, tras otras muchas preguntas, se convino que los padres verían a la muchacha antes de decidir nada, y que el mozo, que acabaría el servicio militar al mes siguiente, la traería a casa con el fin de que pudieran decidir, charlando con ella, si no era demasiado oscura para entrar en la familia Boitelle.

Antoine anunció entonces que el domingo 22 de mayo, día en que lo licenciaban, saldría para Tourteville con su amiguita.

Para este viaje a casa de los padres de su enamorado se había puesto sus ropas más bonitas y más vistosas, en las que predominaban el amarillo, el rojo y el azul, de forma que parecía empavesada para una fiesta nacional.

En la estación, al salir del Havre, la miraron mucho, y Boitelle estaba orgulloso de dar el brazo a una persona que atraía así la atención. Después, en el vagón de tercera donde se sentó a su lado, provocó tal sorpresa entre los aldeanos que los de los departamentos vecinos se subieron a las banquetas para examinarla por encima del tabique de madera que dividía la caja con ruedas. Un niño, ante su aspecto, se puso a gritar de miedo, otro ocultó el rostro en el delantal de su madre.

Sin embargo, todo fue bien hasta la estación de llegada. Pero cuando el tren aflojó la marcha al aproximarse a Yvetot, Antoine se sintió a disgusto, como en el momento de una inspección cuando no se sabía bien la teoría. Después, asomándose a la portezuela, reconoció de lejos a su padre que sujetaba las riendas del caballo enganchado a la carreta y a su madre que se había acercado a la empalizada que contenía a los curiosos.

Bajó el primero, alargó la mano a su amiguita y, tan tieso como si escoltase a un general, se dirigió hacia su familia.

La madre, al ver llegar a aquella dama negra y abigarrada en compañía de su hijo, se quedó tan estupefacta que no podía abrir la boca, y el padre se las veía y se las deseaba para contener al caballo, encabritado a la vez por la locomotora y la negra. Pero

Antoine, asaltado de pronto por la sincera alegría de ver a los viejos, se precipitó con los brazos abiertos, besuqueó a su madre, besuqueó a su padre, a pesar del susto de la jaca, y después, volviéndose hacia su compañera, a quien los transeúntes atónitos examinaban deteniéndose, se explicó:

"¡Ya está! Os había dicho que a primera vista es una pizca rara, pero en cuanto se la conoce, de verdad, no hay nada más agradable en este mundo. Decidle hola, para que no se aturda."

Entonces la señora Boitelle, intimidada también hasta casi perder la cabeza, hizo una especie de reverencia, mientras el padre se quitaba la gorra murmurando:

"Buenos días tenga usted". Después, sin demora, se encaramaron a la carreta, las dos mujeres atrás en unas sillas que las hacían saltar por el aire a cada bache de la carretera, y los dos hombres delante, en la banqueta.

Nadie hablaba. Antoine, inquieto, silboteaba una canción del cuartel, el padre azotaba a la jaca, y la madre miraba de soslayo, con miradas de garduña, a la negra, cuya frente y cuyos pómulos relucían bajo el sol como zapatos bien embetunados.

Queriendo romper el hielo, Antoine se volvió.

"¿Qué?, dijo, ¿no habláis?"

—Hace falta tiempo", respondió la vieja.

Él prosiguió:

"Vamos, cuéntale a la chica la historia de los ocho huevos de tu gallina."

Era una broma célebre en la familia. Pero como su madre seguía callada, paralizada de emoción, tomó él la palabra y contó, riéndose mucho, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, desfrunció el ceño con las primeras palabras; su mujer pronto siguió su ejemplo, y la propia negra, en el pasaje más gracioso, saltó de pronto una carcajada tal, una carcajada tan ruidosa, arrolladora, torrencial, que el caballo, excitado, emprendió un corto galope.

Habían trabado conocimiento. Conversaron.

Apenas llegados, cuando todos bajaron, después de que él acompañó a su amiga a su cuarto para quitarse el traje, que podría manchar al hacer un buen guiso preparado a su manera, destinado a conquistar a los viejos por el estómago, él se llevó a sus padres a la puerta, y les preguntó, con el corazón palpitante:

"Bueno, ¿qué os parece?"

El padre calló. La madre, más atrevida, declaró:

"¡Es demasiao negra! No, de veras, es demasiao. Me se ha revuelto la sangre.

—Os acostumaréis, dijo Antoine.

—Pué ser, pero no de momento." Entraron, y la buena mujer se emocionó al ver a la negra cocinar. Entonces la ayudó, con las faldas remangadas, activa a pesar de su edad.

La comida fue buena, fue larga, fue alegre. Cuando a continuación dieron una vuelta, Antoine se llevó aparte a su padre.

"Bueno, padre, ¿qué te decía yo?"

El campesino no se comprometió.

"No tengo opinión. Pregúntale a madre."

Entonces Antoine dio alcance a su madre y, quedándose rezagado con ella:

"Bueno, madre, ¿qué te decía yo?"

—Probe hijo mío, de veras, es demasiao negra. Con sólo un poquito menos, no me opondría, pero es demasiao. ¡Paece Satanás! "

No insistió, sabiendo que la vieja era obstinada, pero sentía que en su corazón entraba un huracán de pesar. Buscaba qué tendría que hacer, qué podría inventar, sorprendido además de que no los hubiera conquistado ya como lo había seducido, a él. Y marchaban los cuatro a pasos lentos a través de los sembrados, cada vez más

silenciosos. Cuando pasaban junto a una cerca, los granjeros aparecían en la barrera, los chavales trepaban a los taludes, todos se precipitaban al camino para ver pasar a la negraza que se había traído el joven Boitelle. Se distinguía a lo lejos gente que corría a campo traviesa como se acude cuando redobla el tambor que anuncia los fenómenos vivos. El señor y la señora Boitelle, espantados con la curiosidad difundida en la campiña al acercarse ellos, apresuraban el paso, uno junto a otro, precediendo de lejos a su hijo, a quien su compañera preguntaba qué pensaban de ella sus padres.

Respondió vacilando que aún no se habían decidido.

Pero en la plaza del pueblo se produjo una salida masiva de todas las casas, sobresaltadas, y ante la creciente aglomeración, los viejos Boitelle emprendieron la huida y llegaron a su alojamiento, mientras Antoine, sublevado por la cólera, con su amigo del brazo, avanzaba con majestad ante los ojos agrandados por el pismo.

Comprendía que se había acabado, que no cabían esperanzas, que no se casaría con su negra; y también ella lo comprendía; y al acercarse a la granja ambos se echaron a llorar. En cuanto hubieron entrado, ella se quitó de nuevo el traje para ayudar a la vieja en las tareas; la siguió por todas partes, a la lechería, al establo, al gallinero, ocupándose de la mayoría del trabajo, repitiendo sin cesar: "Déjeme a mí, señora Boitelle", hasta el punto de que, al caer la noche, la vieja, conmovida e inexorable, le dijo a su hijo:

"De tos modos, es una buena chica. Lástima que sea tan negra, pero de veras, lo es demasiao. No podría acostumbrarme, tié que marcharse, es demasiao negra."

Y el joven Boitelle le dijo a su amiguita:

"Ella no te quiere, te encuentra demasiao negra. Tiés que irte. Te llevaré al tren. No importa, no te desanimes. Les hablaré cuando te hayas marchao."

La acompañó a la estación, pues, dándole todavía esperanzas, y tras haberla besado, la ayudó a subir al vagón, que miró alejarse con los ojos hinchados por el llanto.

Por mucho que imploró a los viejos, jamás accedieron.

Y cuando había contado esta historia, que todo el pueblo conocía, Antoine Boitelle agregaba siempre:

"A partir de entonces, no tuve ganas de na, de na. Ningún oficio me gustaba, y me convertí en lo que soy, un basurero."

Le decían:

"Pero, de todos modos, usted se casó."

—Sí, y no puedo decir que mi mujer no me guste, ya que le he hecho catorce hijos, pero no es la otra, ¡oh no, pos claro! ¡Oh, no! La otra, ya ve usted, mi negra, sólo tenía que mirarme, y yo me sentía como transportao... "

*Le Echo de Paris, 22 de enero de 1889*

# *Bola de sebo*

---

*Boule de suif*

Durante varios días los restos del ejército derrotado habían cruzado la ciudad. No era tropa: eran hordas desbandadas. Los hombres tenían la barba larga y sucia, uniformes en harapos, y avanzaban con paso blando, sin bandera, sin regimiento. Todos parecían abrumados, extenuados, incapaces de un pensamiento o de una resolución. Caminaban únicamente por costumbre y caían de fatiga en cuanto se detenían. Sobre todo, los movilizados, gente pacífica, rentistas tranquilos, se doblaban bajo el peso del fusil; pequeños voluntarios alertas, fáciles para el espanto y rápidos para el entusiasmo, prontos al ataque como a la huida. Luego, en medio de ellos, algunos pantalones rojos, despojos de una división diezmada en una gran batalla, artilleros sombríos alineados con esos infantes diversos; y a veces, el casco brillante de un dragón de pie lerdos que seguía con dificultad la marcha más liviana de los infantes.

Legiones de francotiradores con apodosos heroicos: "los Vengadores de la Derrota", "los Ciudadanos de la Tumba", "los Compartidores de la muerte", pasaban a su vez con aspecto de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes en telas o en granos, ex vendedores de sebo o de jabón, guerreros de circunstancias, ascendidos a oficiales por su peso o por el tamaño de sus bigotes, cubiertos de armas, de franela y de galones, hablaban con voz retumbante, discutían planes de campaña, y pretendían sostener, solos, la Francia agonizante sobre sus hombros de fanfarrones, pero temían a veces a sus propios soldados, gente de horca y cuchillo, temerarios hasta la exageración, saqueadores y libertinos.

Los prusianos iban a entrar en Rouen, se decía.

La guardia nacional, que desde hacía dos meses efectuaba reconocimientos muy prudentes en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas, y preparándose al combate cuando un conejito se movía entre las malezas, ya había regresado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todo el equipo mortífero con el cual aterrorizaban otrora a tres leguas a la redonda los límites de las rutas nacionales, había desaparecido súbitamente.

Los últimos soldados franceses acababan, en fin, de cruzar el Sena para llegar a Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y caminando a la zaga, el general desesperado, que no podía intentar nada con esos pingajos informes, desesperado él también ante la gran catástrofe de un pueblo acostumbrado a vencer y desastrosamente vencido a pesar de su valor legendario, se iba a pie entre dos oficiales de orden.

Luego, una paz profunda, una espera aterrada y silenciosa había caído sobre la ciudad. Muchos burgueses barrigones, embotados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando de que sus asadores o sus grandes cuchillos de cocina fueran considerados como armas.

La vida parecía detenida; las tiendas estaban cerradas; la calle silenciosa. A veces un habitante, intimidado por ese silencio, se deslizaba rápidamente a lo largo de las paredes.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

En la tarde del día que siguió a la partida de las tropas francesas, algunos ulanos salidos no se sabe de dónde atravesaron rápidamente la ciudad. Luego, un poco más tarde, una masa negra bajó de la barranca Santa Catalina, mientras otros dos ríos invasores aparecían por las rutas de Darnetal y de Boisguillaume. Justo en el mismo

momento las avanzadas de tres cuerpos se unieron en la plaza de la Municipalidad, y por todas las calles cercanas llegaba el ejército alemán, desparramando sus batallones, que hacían sonar el empedrado bajo su paso rítmico y duro.

Ordenes gritadas por una voz desconocida y gutural subían a lo largo de las casas, que parecían muertas y desiertas, mientras, tras los postigos cerrados, los ojos espiaban a esos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las fortunas y de las vidas por el "derecho de guerra". Los habitantes, en sus cuartos ensombrecidos, sentían el enloquecimiento que dan los cataclismos, los grandes trastornos mortíferos de la tierra, contra los cuales resultan inútiles toda fuerza y toda sabiduría. Pues la misma sensación vuelve a aparecer cada vez que el orden establecido de las cosas es subvertido, que todo lo que protegían las leyes de los hombres o de la naturaleza se encuentra a la merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El temblor de tierra que aplasta a un pueblo entero bajo las casas derrumbadas; el río desbordado que mezcla a los campesinos ahogados con los cadáveres de bueyes y las vigas arrancadas a los techos, o el ejército victorioso que asesina a los que se defienden, lleva prisioneros a los otros, saquea en nombre de la espada y da gracias a Dios al son del cañón, son otras tantas plagas espantosas que desconciertan toda creencia en la justicia eterna, toda la confianza que nos ha sido enseñada en la protección del cielo y en la razón de los hombres.

Pero a cada puerta golpeaban pequeños destacamentos y luego desaparecían en las casas. Era la ocupación después de la invasión. Empezaba para los vencidos el deber de mostrarse amables con los vencedores.

Luego de algún tiempo, una vez desaparecido el primer terror, una nueva paz se estableció. En muchas familias el oficial prusiano comía a la mesa. A veces era bien educado y por cortesía compadecía a Francia; decía su repugnancia en tomar parte en esa guerra. Le quedaban agradecidos por ese sentimiento; además, un día u otro podían necesitar su protección. Quizás halagándolo podrían alimentar a algunos hombres menos. ¿Y por qué herir a alguien de quien se depende completamente? Obrar así no sería coraje, sino temeridad. Y la temeridad ya no es un defecto de los burgueses de Rouen, como en los tiempos de las defensas heroicas, cuando se hizo ilustre la ciudad. Se decía, por fin, razón suprema, sacada de la urbanidad francesa, que era permitido ser cortés en el interior, con tal de no mostrar familiaridades en público con el soldado extranjero. Afuera ya no se conocían, pero en la casa se conversaba con gusto, y el alemán permanecía mucho tiempo, cada noche, calentándose en el hogar común.

La ciudad poco a poco recobraba su aspecto habitual. Los franceses todavía no salían, pero los soldados prusianos hormigueaban en las calles. Por otra parte, los oficiales de los húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus grandes instrumentos mortíferos sobre el empedrado, no parecían tener mucho más desprecio por los simples ciudadanos que los oficiales de cazadores que el año anterior bebían en los mismos cafés. No obstante, había algo en el aire, algo sutil y desconocido, una intolerable atmósfera extraña, como un olor desparramado, el olor de la invasión. Llenaba las viviendas y las plazas públicas, cambiaba el gusto de los alimentos, daba la impresión de estar de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero; bastante dinero y los habitantes pagaban siempre. Por lo demás eran ricos. Pero cuanto más opulento es un comerciante normando, más sufre por cualquier sacrificio, por cualquier partícula de su fortuna que ve pasar a manos de otros.

Sin embargo, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del arroyo hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores sacaban a menudo del fondo del agua el cadáver de algún alemán, hinchado en su uniforme, muerto de una puñalada o de un golpe, la cabeza aplastada por una piedra o arrojado al agua de un

empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba estas oscuras venganzas, salvajes y legítimas, heroísmos desconocidos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas en pleno día y sin la resonancia de la gloria.

Pues el odio por el extranjero arma siempre a algunos intrépidos dispuestos a morir por una idea. En fin, como los invasores, aunque avasallaban la ciudad con su inflexible disciplina, no habían cometido ninguno de los horrores que la fama les hacía cometer a lo largo de su marcha triunfal, la gente empezó a animarse, y la necesidad del negocio trabajó de nuevo el magín de los comerciantes del país. Algunos tenían importantes intereses comprometidos en El Havre, entonces ocupado por el ejército francés, y resolvieron tratar de llegar a ese puerto yendo por tierra a Dieppe, en donde se embarcarían.

Emplearon la influencia de los oficiales alemanes con los cuales se habían relacionado y obtuvieron del general en jefe la autorización para partir. Por lo tanto, habiendo reservado una gran diligencia de cuatro caballos para el viaje, e inscrito en la cochería diez personas, se resolvió partir un martes por la mañana antes del alba para evitar cualquier aglomeración.

A las cuatro de la mañana los viajeros se reunieron en el patio del hotel de Normandía, donde tomarían el coche.

Estaban aún adormilados y tiritaban de frío bajo sus mantas. Se distinguían mal en la oscuridad; y las pesadas ropas de invierno hacían que todos esos cuerpos se pareciesen a curas obesos con largas sotanas. Pero dos hombres se reconocieron; un tercero se acercó; conversaron:

—Llevo a mi mujer.

—Y yo también.

El primero agregó:

—No volveremos a Rouen, y si los prusianos se acercan a El Havre, pasaremos a Inglaterra.

Todos tenían los mismos proyectos, pues compartían ideas semejantes.

Sin embargo, no enganchaban el coche. Una pequeña linterna, llevada por un mozo de establo, salía de tanto en tanto de una puerta oscura para desaparecer inmediatamente en otra. Cascos de caballos golpeaban la tierra, amortiguados por el estiércol de las pajazas, y se oía en el fondo del edificio una voz de hombre que hablaba a los animales y profería insultos. Un ligero murmullo de cascabeles anunció que movían los arneses; ese murmullo fue pronto un estremecimiento claro y continuo, ritmado por el movimiento del animal, deteniéndose a veces, volviendo a empezar en una brusca sacudida que acompañaba el ruido sordo de una herradura que golpeaba el suelo.

La puerta se cerró súbitamente. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, habían callado; permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de copos blancos reverberaba sin cesar, descendiendo hasta la tierra; velaba las formas, empolvaba las cosas de una espuma de hielo; y sólo se oía en el gran silencio de la gran ciudad apacible y amortajada bajo el invierno ese susurro vago, innombrable y flotante de la nieve que cae; más bien sensación que ruido, enlazamiento de átomos ligeros que parecían llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció con su linterna, llevando en el extremo de una cuerda a un caballo triste que no parecía seguirlo con gusto. Lo colocó contra la lanza, lo ató a los tiros, dio muchas veces vuelta a su alrededor para asegurar los arneses, pues únicamente podía utilizar una mano, por llevar la luz en la otra. Cuando iba en busca del segundo animal advirtió a todos esos pasajeros inmóviles, ya blancos de nieve:

—¿Por qué no suben al coche? Por lo menos estarán al abrigo.

No habían pensado en ello, sin duda, y se apresuraron. Los tres hombres instalaron a sus mujeres en el fondo y subieron luego; después las otras formas indecisas y veladas tomaron a su vez los últimos lugares sin cambiar una palabra.

El piso estaba cubierto de paja, en la cual se hundieron los pies. Las damas del fondo, que habían traído pequeños braseros de cobre con un carbón químico, encendieron esos aparatos, y durante algún tiempo, en voz baja, enumeraron las ventanas, repitiéndose cosas que sabían desde hacía tiempo.

Cuando la diligencia estuvo uncida con seis caballos en lugar de cuatro, a causa del tiro más penoso, una voz preguntó desde fuera:

—¿Ha subido todo el mundo?

Una voz respondió desde adentro:

—Sí.

Partieron.

El coche avanzaba lentamente, lentamente. Las ruedas se hundían en la nieve; el cofre entero gemía con sordos crujidos, y el látigo gigantesco del cochero chasqueaba sin descanso, revoloteaba por todos lados, enrollándose y desenrollándose como una serpiente delgada, y pegando bruscamente alguna grupa rolliza que se alargaba entonces bajo un esfuerzo más violento.

Pero el día crecía imperceptiblemente. Esos copos livianos, que un viajero ruenés de pura sangre había comparado con una lluvia de algodón, ya no caían. Un resplandor sucio se filtraba a través de grandes nubes oscuras y pesadas que hacían más brillante la blancura del campo en donde aparecían, tan pronto una hilera de grandes árboles vestidos de escarcha, tan pronto un rancho con una capucha de nieve.

En el coche, la gente se miraba curiosamente bajo la triste claridad de esa aurora. Completamente al fondo dormitaban en los mejores asientos el señor y la señora Loiseau, comerciantes en vino al por mayor de la calle Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un patrón arruinado en los negocios, Loiseau había comprado el fondo del comercio y había hecho fortuna. Vendía muy barato muy malos vinos a los vendedores minoristas del campo, y era considerado entre sus relaciones y sus amigos como un pillo astuto, un verdadero normando lleno de picardías y de jovialidad.

Su reputación de tramposo estaba tan bien establecida, que una noche en la prefectura el señor Tournel, autor de fábulas y de canciones, espíritu fino y mordaz, una gloria local, propuso a las señoras, que veía un poco soñolientas, jugar un partido de Loiseau vole. El chiste voló a través de los salones del prefecto; luego, introduciéndose en los de la ciudad, hizo reír durante un mes todas las mandíbulas de la provincia.

Loiseau era célebre, además, por sus bromas de toda naturaleza, sus bromas buenas o malas; y nadie podía hablar de él sin agregar inmediatamente: "Es impagable este Loiseau...".

De estatura exigua, presentaba un vientre como una pelota, dominado por un rostro rijozo entre dos patillas canosas.

Su mujer, grande, fuerte, resuelta, tenía la voz alta y la decisión rápida; era el orden y la aritmética de la casa de comercio, que él animaba con su alegre actividad.

Al lado de ellos se encontraba, más digno, pues pertenecía a una casta superior, el señor Carré Lamadon, hombre considerable, comerciante en algodón, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Durante todo el imperio había permanecido como jefe de la benevolente oposición únicamente para hacerse pagar más caro su unión a la causa que combatía con armas corteses, según su propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia enviados a Rouen en guarnición.

Junto a su marido parecía muy pequeña, muy graciosa, muy bonita, apelotonada, acurrucada en sus pieles, y miraba con ojos desolados el interior lamentable del coche.

Sus vecinos, el conde y la condesa Huberto de Breville, llevaban uno de los nombres más antiguos y más nobles de Normandía. El conde, viejo gentilhomme de gran apariencia, se esforzaba en acentuar por los artificios de su toilette su parecido natural con el rey Enrique IV, que, según una leyenda gloriosa para la familia, había dejado encinta a una señora de Breville, cuyo marido, por ese hecho, había sido conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Huberto representaba el partido orleanista en el departamento. La historia de su casamiento con la hija de un pequeño armador de Nantes había permanecido siempre misteriosa. Pero como la condesa tenía gran apariencia, recibía mejor que nadie, y hasta pasaba por haber sido amada por uno de los hijos de Luis Felipe, toda la nobleza la agasajaba y su salón seguía siendo el primero del país, el único en donde se conservaba la vieja galantería y cuya entrada era difícil.

La fortuna de los Breville, toda en bienes raíces, alcanzaba, se decía, a unas quinientas mil libras de renta.

Esas seis personas formaban el fondo del coche, el lado de la sociedad rentista, serena y fuerte, de la gente honrada, autorizada, que tiene religión y principios.

Por un extraño azar, todas las mujeres estaban en el mismo banco; y la condesa tenía además por vecinas a dos hermanitas que desgranaban largos rosarios, murmurando Pater y Ave. Una era vieja y tenía el rostro comido por la viruela, como si hubiera recibido una descarga de metralla en plena cara. La otra, muy endeble, tenía un rostro lindo y enfermizo sobre un pecho de tísica carcomida por esa fe devoradora que hace mártires e iluminados.

Frente a las dos religiosas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido, era Cornudet, el demócrata, el terror de las personas respetables. Desde hacía veinte años mojaba su gran barba roja en los bocks de todos los cafés democráticos. Habíase comido con sus hermanos y amigos una fortuna bastante abultada que le venía de su padre, ex confitero, y esperaba impacientemente la República para obtener, por fin, el lugar merecido por tantas consumiciones revolucionarias. El cuatro de septiembre, a consecuencia de una broma, quizá, se había creído nombrado prefecto, pero cuando quiso entrar en funciones, los escribientes, únicos dueños del lugar, rehusaron reconocerlo, lo que lo obligó a retirarse. Muy buen muchacho, por otra parte, inofensivo y servicial, se había ocupado con un fervor incomparable de organizar la defensa. Había hecho cavar agujeros en las praderas, voltear todos los árboles jóvenes de los bosques vecinos, sembrar trampas en todas las rutas, y al acercarse el enemigo, satisfecho de sus preparativos, se había replegado rápidamente hacia la ciudad. Ahora pensaba ser más útil en El Havre, donde iban a ser necesarios nuevos destacamentos.

La mujer, una de esas llamadas galantes, era célebre por su precoz gordura, que le había valido el sobrenombre de Bola de Sebo. Baja, redonda por todas partes, gorda a reventar, con dedos hinchados, estrangulados en las falanges, semejantes a rosarios de pequeñas salchichas, de piel brillante y tensa, un pecho enorme que resaltaba bajo el vestido, era todavía apetitosa y buscada, pues su frescura era agradable a la vista. Su rostro era una manzana roja, un pimpollo de peonía pronto a brotar; y en todo eso se abrían, arriba, dos ojos negros, magníficos, sombreados por grandes pestañas espesas que ponían una sombra dentro de ellos. Abajo, una boca encantadora, angosta, húmeda para el beso, adornada por dientes brillantes y menudos.

Poseía, además, según se decía, cualidades inapreciables.



En cuanto fue reconocida, corrieron susurros entre las mujeres honradas, y las palabras "prostituta", "vergüenza pública", fueron susurradas tan alto que ella alzó la cabeza. Entonces paseó sobre sus vecinos una mirada tan provocativa y osada, que inmediatamente reinó un gran silencio y todo el mundo bajó los ojos, a excepción de Loiseau, que espiaba con aire socarrón.

Pero pronto se reanudó la conversación entre las tres señoras súbitamente amigas, casi íntimas, por la presencia de esa mujer. Tenían que hacer, les parecía, como un haz con sus dignidades de esposas frente a esa vendida sin vergüenza, pues el amor legal siempre mira de arriba a su libre colega.

También los tres hombres, que el aspecto de Cornudet acercaba a un instinto conservador, hablaban de dinero con un cierto tono desdeñoso para los pobres. El conde Huberto decía los destrozos que le habían causado los prusianos, las pérdidas que resultarían del ganado robado y de las cosechas perdidas, con una seguridad de gran señor diez veces millonario a quien esos estragos molestarían apenas un año. El señor Carre-Lamadon, muy golpeado en la industria algodonera, había tenido cuidado de mandar seiscientos mil francos a Inglaterra, una pequeña reserva para cualquier ocasión. En cuanto a Loiseau, se había arreglado para vender a la intendencia francesa todos los vinos comunes que le quedaban en la bodega, de manera que el Estado le debía una suma formidable que pensaba cobrar en El Havre.

Y los tres se lanzaban miradas rápidas y amistosas. Aunque de distinta condición, se sentían hermanos por el dinero; de la masonería de los que poseen, de los que hacen sonar el oro poniendo la mano en el bolsillo del pantalón.

El coche iba tan lentamente que a las diez de la mañana no habían andado cuatro leguas. Los hombres bajaron tres veces para subir las cuestas a pie. Empezaban a inquietarse, pues pensaban almorzar en Tótes y ya estaban perdiendo la esperanza de llegar antes de la noche. Todos acechaban para descubrir un mesón en el camino, cuando la diligencia se empantanó en un amontonamiento de nieve y hubo que perder dos horas para sacarla.

El apetito crecía, turbaba los ánimos; y ningún boliche, ninguna venta de vino aparecía. La cercanía de los prusianos y el paso de las tropas francesas hambrientas habían asustado a los comerciantes.

Los señores corrieron a buscar provisiones a las chacras de la vera del camino, pero no encontraron ni siquiera pan, pues el campesino, desconfiado, escondía sus reservas por temor a ser saqueado por los soldados, que al no tener nada que ponerse bajo el diente tomaban por la fuerza lo que descubrían.

Hacia la una del día Loiseau anunció que decididamente sentía un, fuerte vacío en el estómago. Desde hacía tiempo todo el mundo sufría como él; y a medida que aumentaba el violento deseo de comer, morían las conversaciones.

De cuando en cuando, alguno bostezaba; otro lo imitaba casi en seguida. Y cada uno por turno, según su carácter, su educación y su posición social, abría la boca con estruendo o modestamente, poniendo una mano ante la entrada abierta, de la cual salía como un vapor.

Bola de Sebo, en diversas ocasiones, se había inclinado como si buscara algo bajo sus faldas. Titubeaba un minuto, miraba a sus vecinos; luego se enderezaba tranquilamente. Los rostros estaban pálidos y crispados. Loiseau afirmó que pagaría mil francos por un jamón. Su mujer hizo un ademán como para protestar; luego se calmó. Siempre sufría cuando oía hablar de dinero despilfarrado y ni siquiera comprendía las bromas a ese respecto.

—La verdad es que no me siento bien —dijo el conde—. ¿Cómo no pensé en traer provisiones?

Cada cual se hacía el mismo reproche.

Sin embargo, Cornudet tenía una botella llena de ron. Ofreció; rechazaron fríamente. Sólo Loiseau aceptó dos gotas, y cuando devolvió la botella agradeció:

—Es bueno; caliente y engaña el apetito.

El alcohol lo puso de buen humor y propuso que se hiciera como en el pequeño navío de la canción: comer al más gordo de los viajeros. Esta alusión indirecta a Bola de Sebo chocó a la gente bien educada. Nadie contestó; sólo Cornudet esbozó una sonrisa. Las dos hermanitas habían dejado de desgranar sus rosarios, y las manos sumergidas en sus grandes mangas, permanecían inmóviles, los ojos bajos obstinadamente, ofreciendo sin duda al cielo el sufrimiento que les mandaba.

Por fin, a las tres, cuando se encontraban en medio de un valle interminable, sin un solo pueblo a la vista, Bola de Sebo, agachándose rápidamente, sacó de abajo del asiento una gran canasta cubierta por una servilleta blanca.

Sacó primeramente un plato pequeño de porcelana y un fino vaso de plata; luego una vasija, en la cual dos pollos enteros, cortados, se conservaban bajo la gelatina; además, se veían en la canasta muchas otras cosas apetecibles: pasteles, frutas, golosinas; provisiones preparadas para un viaje de tres días a fin de no tener que probar la comida de las posadas. Cuatro cuellos de botellas pasaban entre los paquetes de alimentos. Tomó un ala de pollo y delicadamente se puso a comerla con uno de esos pancitos que en Normandía se llaman "Regencia".

Todas las miradas convergían en ella. Luego el olor se desparramó, ensanchando las narices, llenando las bocas de una saliva abundante, con una contracción dolorosa de las mandíbulas junto a las orejas. El desprecio de las señoras por esa mujer se volvía feroz; sentían como ganas de matarla o de tirarla del coche en la nieve, a ella, su vaso, su canasto y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la cazuela de pollo. Dijo:

—Me alegro; la señora ha sido más precavida que nosotros. Hay personas que piensan siempre en todo.

Ella alzó la cabeza hacia él:

—¿Desea un bocado el señor? Es duro ayunar desde la mañana.

El saludó:

—Francamente, no digo que no; ya no puedo más. Hay que hacer de la necesidad virtud; ¿no es verdad, señora?

Y echando una mirada circular, agregó:

—En momentos como éste uno se alegra de encontrar gente servicial.

Tenía un diario que extendió para no manchar su pantalón, y con la punta de un cuchillo que llevaba en el bolsillo sacó un muslo barnizado de gelatina, lo cortó con los dientes, y luego lo masticó con una satisfacción tan evidente que hubo en el coche un gran suspiro de angustia.

Pero Bola de Sebo, con voz humilde y dulce, propuso a las dos hermanitas que compartieran su colación. Las dos aceptaron instantáneamente, y sin alzar los ojos se pusieron a comer muy rápido después de haber balbuceado las gracias. Cornudet tampoco rechazó los ofrecimientos de su vecina y formaron con las religiosas una sola mesa, desplegando diarios sobre las rodillas.

Las bocas se abrían y se cerraban sin cesar; tragaban, masticaban, engullían ferozmente. Loiseau, en su rincón, trabajaba firme, y en voz baja convencía a, su mujer que lo imitara. Ella resistió largo rato; luego, después de una crispación que le recorrió las entrañas, cedió. Entonces su marido, redondeando la frase, pidió a su "encantadora compañera" que le permitiera ofrecer un pedacito a la señora Loiseau.

Ella dijo:

—Pero sí, sin duda, señor.

Y con una sonrisa amable, tendió la cazuela.

Un malestar se produjo cuando descorcharon la primera botella de bordeaux: había sólo un vaso. Se lo fueron pasando después de haberlo limpiado. únicamente Cornudet, por galantería, sin duda, posó sus labios en el lugar todavía húmedo por los labios de su vecina.

Entonces, rodeados de gente que comía, sofocados por las emanaciones de los alimentos, el conde y la condesa de Breville, así como el señor y la señora de Carré-Lamadon, sufrieron ese suplicio odioso que ha conservado el nombre de Tántalo. De pronto, la joven esposa del fabricante lanzó un suspiro que hizo volver las cabezas; estaba blanca como la nieve de afuera; sus ojos se cerraron, su frente cayó: había perdido el conocimiento. Su marido, enloquecido, imploraba el socorro de todo el mundo. Todos perdían la cabeza, cuando la mayor de las dos hermanitas, sosteniendo la cabeza de la enferma, deslizó entre sus labios el vaso de Bola de Sebo y le hizo tragar algunas gotas de vino. La linda señora se movió, abrió los ojos, sonrió y declaró con una voz moribunda que ahora se sentía muy bien. Pero a fin de que esto no se repitiese, la monja la obligó a beber un gran vaso de bordeaux, y agregó:

—Es el hambre, nada más.

Entonces Bola de Sebo, roja y avergonzada, balbuceó, mirando a los cuatro viajeros que habían permanecido en ayunas:

—¡Dios mío, si me atreviera a ofrecerles a estos señores y a estas señoras!...

Calló, temiendo un ultraje. Loiseau tomó la palabra:

—Bueno, caramba, en casos semejantes todo el mundo es hermano y debe ayudarse. Vamos, señoras mías, nada de ceremonias; acepten, ¡qué diablos! ¿Sabemos siquiera si encontraremos una casa para pasar la noche? De la manera como vamos no estaremos en Tôtes antes de mañana a mediodía.

Titubeaban; nadie se atrevía a asumir la responsabilidad del "sí".

Pero el conde resolvió la situación. Se volvió hacia la muchacha gorda, intimidada, y tomando su gran aire de gentilhombre le dijo:

—Aceptamos con gratitud, señora.

Sólo el primer paso costaba. Una vez pasado el Rubicón se entregaron resueltamente. El canasto fue vaciado. Contenía, además, un pâté de foie gras, un pastel de liebre, un pedazo de lengua ahumada, peras de Crassane, un Pont-l'Évêque, acaramelados, y una taza llena de pepinos y de cebollas en vinagre. Bola de Sebo, como todas las mujeres, adoraba lo crudo.

No era posible comer las provisiones de esa muchacha sin hablarle. Por lo tanto se conversó, primeramente con reservas; luego, como ella se mantenía en su lugar, se abandonaron un poco más. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían mucho mundo, fueron amables con delicadeza. La condesa, sobre todo, mostró esa amable condescendencia de las señoras muy nobles que no pueden ser ensuciadas por ningún contacto, y fue encantadora. Pero la fuerte señora Loiseau, que tenía un alma de sargento, permaneció hosca hablando poco y comiendo mucho.

Se habló de la guerra, naturalmente. Contaron hechos horribles de los prusianos, rasgos de coraje de los franceses; y todas esas personas que huían rindieron homenaje al valor de los demás. Las historias personales empezaron pronto, y Bola de Sebo contó con verdadera emoción, con ese calor en la palabra que tienen a veces las rameritas para expresar sus arrebatos naturales, cómo había salido de Rouen.

—Primeramente creía que podría quedarme —decía—. Tenía mi casa llena de provisiones y prefería alimentar a algunos soldados a expatriarme no sé dónde. Pero cuando vi a esos prusianos, fue más fuerte que yo. Me hicieron hervir la sangre de rabia;

y lloré de vergüenza durante todo el día. ¡Ah, si yo fuera hombre, verían! Miraba desde mi ventana a esos grandes puercos con sus cascots en punta, y mi criada me sujetaba las manos para impedirme que les arrojara los muebles encima. Luego vinieron algunos para hospedarse en casa; entonces salté sobre el primero. ¡No son más difíciles de estrangular que otros! Y habría muerto a ése si no me hubieran arrancado por el cabello. Después de eso fue preciso esconderme. En fin, cuando encontré una oportunidad me fui y aquí estoy.

La felicitaron mucho. Crecía en la estima de sus compañeros, que no se habían mostrado tan valientes; y Cornudet, escuchándola, conservaba una sonrisa aprobadora y benevolente de apóstol; así escucha un sacerdote a un devoto alabar a Dios, pues los demócratas de barba larga tienen el monopolio del patriotismo, así como los hombres de sotana tienen el de la religión. Habló a su vez en tono doctrinario, con el énfasis aprendido en las proclamas que pegaban todos los días en las paredes, y acabó con un trozo de elocuencia en el cual zarandeaba magistralmente a ese "crápula de Badinguet".

Pero Bola de Sebo se enojó porque era bonapartista. Se ponía más roja que una guinda, y tartamudeaba de indignación:

—Hubiera querido verlos en su lugar a ustedes. Sí, cómo no. ¡Ustedes lo han traicionado a ese hombre! No nos quedaría más que salir de Francia si estuviéramos gobernados por pícaros como ustedes.

Cornudet, impasible, conservaba una sonrisa desdeñosa y superior; pero se presentía que iban a llegar a insultarse, cuando el conde se interpuso y calmó, no sin trabajo, a la mujer exasperada, proclamando, con autoridad, que todas las opiniones sinceras son respetables. No obstante, la condesa y la manufacturera, que tenían en el alma el odio irracional de la gente bien por la República y esa ternura instintiva que alimentan todas las mujeres por los gobiernos de galones y despóticos, se sentían a pesar de ellas, atraídas por esa prostituta llena de dignidad, cuyos sentimientos se parecían tanto a los propios.

La canasta estaba vacía. Entre diez la habían vaciado sin dificultad, lamentando que no fuera más grande. La conversación continuó algún tiempo, un poco enfriada, no obstante, desde que habían terminado de comer.

La noche caía; poco a poco la oscuridad se hizo profunda, y el frío, más sensible durante las digestiones, hacía estremecer a Bola de Sebo a pesar de su grasa. Entonces la señora de Breville le propuso su brasero, cuyo carbón había sido renovado varias veces desde la mañana, y la otra aceptó en seguida porque tenía los pies helados. Las señoras de Carré Lamadon y de Loiseau dieron los suyos a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles. Éstos iluminaban con un vivo resplandor una nube de bruma sobre las grupas sudorosas de los caballos, y a ambos lados de la ruta de nieve parecía desenrollarse bajo el movable reflejo de las luces.

En el coche ya no se distinguía nada; pero de pronto hubo un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, cuyos ojos hurgaban las sombras, creyó ver al hombre de larga barba apartarse vivamente como si hubiera recibido algún buen golpe dado sin ruido.

Pequeñas puntas luminosas aparecieron adelante, en el camino. Era Tótes. Habían andado once horas, lo cual, con las dos horas de descanso dadas en cuatro etapas a los caballos para comer avena y resollar, sumaban catorce horas. Entraron en el hurgo y se detuvieron ante la Bolsa de Comercio.

La puerta se abrió. Un ruido muy conocido hizo estremecer a todos los viajeros: eran los choques de una vaina de espada contra el suelo. En seguida la voz de un alemán gritó alguna cosa.

Aunque la diligencia estaba inmóvil, nadie se apeaba, como si temieran ser asesinados a la salida. Entonces el conductor apareció llevando en la mano una de las linternas, que iluminó súbitamente hasta el fondo del coche las dos hileras de cabezas aterradas, cuyas bocas estaban abiertas y los ojos muy abiertos de sorpresa y de espanto.

Junto al cochero se hallaba, en plena luz un oficial alemán, un gran muchacho excesivamente delgado y rubio, apretado en su uniforme como una mujer en un corsé y llevando ladeada su gorra chata y lustrosa que lo hacía parecerse al mensajero de un hotel inglés. Su desmesurado bigote de largos pelos lacios, adelgazándose indefinidamente de cada lado y terminado por un solo hilo rubio tan delgado que no se veía el fin, parecía pesar sobre las comisuras de su boca, y estirando la mejilla imprimía a los labios una arruga en descenso.

En un francés con acento invitó a los viajeros a que salieran, diciendo en tono seco:

—¿Quieren "pajar", señores y señoras?

Las dos hermanitas fueron las primeras en obedecer con una docilidad de santas mujeres acostumbradas a todas las sumisiones. El conde y la condesa aparecieron después, seguidos por el manufacturero y su mujer; luego Loiseau, empujando ante él a su gran mitad. Éste, apeándose, dijo al oficial: "Buenos días, señor", por un sentimiento de prudencia más que por cortesía. El otro, insolente como las personas omnipotentes, lo miró sin contestar.

Bola de Sebo y Cornudet, aunque estaban cerca de la puerta, fueron los últimos en bajar, graves y altivos ante el enemigo. La muchacha gorda trataba de dominarse y de estar serena; el demócrata atormentaba con una mano crispada y un poco temblorosa su larga barba rojiza. Querían conservar la dignidad, comprendiendo que en esos encuentros cada uno representa un poco a su país; e igualmente sublevados por la flexibilidad de sus compañeros, ella intentaba mostrarse más altanera que sus vecinas, las mujeres honradas, en tanto él, sintiendo que debía dar el ejemplo, continuaba con su actitud la misión de resistencia empezada en los baches de los caminos.

Entraron en la vasta cocina de la posada, y el alemán, habiéndose hecho presentar la autorización de partida firmada por el general en jefe y en donde estaban mencionados los nombres, la filiación y la profesión de cada viajero, examinó largamente a todo ese mundo, comparando a las personas con los informes escritos.

Luego dijo bruscamente:

—Están bien. —Y desapareció.

Entonces respiraron. Todavía tenían hambre; encargaron la comida. Era necesaria una media hora para prepararla, y mientras dos sirvientas se ocupaban de ella, fueron a visitar las habitaciones. Daban todas a un largo corredor que terminaba en una puerta con cristales marcada con un número sugestivo.

Por fin iban a sentarse a la mesa cuando apareció el patrón de la posada. Era un antiguo vendedor de caballos, un gordo asmático que tenía siempre silbidos, ronqueras, cantos de flemas en la laringe. Su padre le había transmitido el nombre de Follenvie.

Preguntó:

—¿La señorita Elisabeth Rousset?

Bola de Sebo se estremeció; se volvió:

—Soy yo.

—Señorita, el oficial prusiano quiere hablarle inmediatamente.

—¿A mí?

—Sí, si usted es la señorita Elisabeth Rousset.

Ella se turbó; reflexionó un segundo; luego declaró abiertamente:

—Es posible, pero no iré.

Hubo una agitación a su alrededor. Cada cual discutía, buscaba la causa de esa orden. El conde se acercó:

—Hace mal, señora, pues su rechazo puede traer considerables dificultades, no solamente para usted, sino para todos sus compañeros. Nunca hay que oponerse a los más fuertes. Seguramente, este paso no puede entrañar ningún peligro; sin duda, es para alguna formalidad olvidada.

Todo el mundo se unió a él; le rogaron, la instaron, la sermonearon, y terminaron por convencerla, pues todos temían las complicaciones que podrían resultar de un capricho. Al fin ella dijo:

—Es por ustedes que lo hago, ¡seguro!

La condesa le tomó la mano:

—Y se lo agradecemos.

Salió. La esperaron para sentarse a la mesa. Cada cual se desolaba de no haber sido requerido en lugar de esa muchacha violenta e irascible, y preparaba mentalmente bajezas para el caso de ser llamado a su vez.

Pero al cabo de diez minutos ella reapareció, resoplando, roja como si fuera a estallar, exasperada. Balbuceó:

—¡Oh, el canalla, el canalla!

Todos la rodearon para saber, pero ella no dijo nada; y como el conde insistía, respondió con una gran dignidad:

—No, esto no les incumbe, no puedo hablar. Entonces se sentaron alrededor de una gran sopera de la cual salía un aroma de repollo. A pesar de ese alerta, la comida fue alegre. Era buena la sidra que el matrimonio Loiseau y las hermanitas tomaron por economía. Los demás pidieron vino; Cornudet reclamó cerveza. Tenía una manera particular de destapar las botellas, de hacer espumar el líquido, de considerarlo inclinando el vaso, que luego levantaba entre la lámpara y sus ojos para apreciar bien el color. Cuando bebía, su gran barba, que había tomado el tono de su amado brebaje, parecía estremecerse de ternura; sus ojos bizqueaban para no perder de vista su chop y parecía llenar la única función para la cual había nacido. Parecía que establecía en su espíritu un acercamiento, y como una afinidad entre las dos grandes pasiones que ocupaban toda su vida: el Pale Ale y la Revolución, y seguramente no podía saborear el uno sin pensar en la otra.

El señor y la señora Follenvie comían en un extremo de la mesa. El hombre, jadeando como una locomotora gastada, tenía demasiado tiraje en el pecho para poder hablar mientras comía; pero la mujer no callaba nunca. Contó todas sus impresiones de la llegada de los prusianos, lo que hacían, lo que decían, aborreciéndolos, primeramente porque le costaban dinero, y además porque tenía dos hijos en el ejército. Se dirigía siempre a la condesa halagada de conversar con una señora de su calidad.

Luego bajaba la voz para decir las cosas delicadas, y su marido, de tiempo en tiempo, la interrumpía:

—Harías mejor en callarte, señora Follenvie. Pero ella no lo tomaba en cuenta y continuaba:

—Sí, señora, esta gente no hace sino comer papas y cerdo. No hay que creer que son limpios. ¡Ah, no! Se ensucian por todos lados, perdone la palabra. Y si los viera hacer ejercicios durante horas y días... Están allí todos en un campo; y marcha adelante y marcha atrás, y vuelta para aquí y vuelta para allí. ¡Si cultivaran la tierra, al menos, o si trabajaran en los caminos de su país!... Pero, no señora, ¡estos militares no son provechosos para nadie! El pobre pueblo los alimenta para que aprendan a asesinar. Yo no soy sino una pobre mujer, una vieja sin educación, es verdad, pero al ver que se estropean el carácter en patear de la mañana a la noche, me digo: "¡Cuando hay

personas que hacen tantos descubrimientos para ser útiles, es necesario que otros se den tanto trabajo para ser nocivos! Verdaderamente, ¿no es una abominación matar gente, sean prusianos, o bien ingleses, o bien polacos o franceses?" Si uno se venga de alguien que lo ha perjudicado está mal, puesto que lo condenan; pero cuando exterminan a nuestros muchachos como presas de caza, con fusiles, está bien, puesto que dan condecoraciones al que destruye más. No, créame usted, ¡nunca comprenderé esto!

Cornudet alzó la voz:

—La guerra es un acto de barbarie cuando se ataca a un vecino apacible; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

La vieja bajó la cabeza:

—Sí, cuando uno se defiende es otra cosa, pero no sería mejor matar a todos los reyes que hacen eso por placer?

La mirada de Cornudet se inflamó.

—¡Bravo, ciudadana! —dijo.

El señor Carré-Lamadon reflexionaba profundamente. Aunque era un fanático de los ilustres capitanes, el sentido común de esa campesina le hacía pensar en la opulencia que traerían a un país tantos brazos desocupados, y por consiguiente ruinosos; tantas fuerzas que se mantienen improductivas, si se emplearan en los grandes trabajos industriales que haría falta siglos para terminar.

El señor Loiseau, levantóse y fue a hablar en voz baja con el posadero. El gordo reía, tosía, escupía; su enorme abdomen saltaba de alegría al oír las bromas de su vecino y le compró seis toneles de bordeaux para la primavera cuando los prusianos ya se hubiesen ido.

En cuanto hubieron terminado de comer, como estaban rendidos de cansancio, se acostaron. Sin embargo, Loiseau, que había observado las cosas, mandó a su mujer a la cama, y luego pegó, ora una oreja, ora un ojo, al agujero de la cerradura para tratar de descubrir lo que él llamaba "el misterio del corredor".

Al cabo de una hora, más o menos, oyó un crujido, miró rápidamente y vio a Bola de Sebo, que parecía más gorda todavía bajo su batón de casimir azul ribeteado de puntillas blancas. Llevaba un candelero en la mano y se dirigía hacia el gran número al fondo del corredor. Pero una puerta, al lado, se entreabrió, y cuando ella volvió al cabo de algunos minutos, Cornudet, en camiseta, la seguía. Hablaban en voz baja; luego se detuvieron, Bola de Sebo parecía defender la entrada de su cuarto con energía. Loiseau, desgraciadamente, no oía las palabras, pero al fin, como alzaban la voz, pudo atrapar algunas. Cornudet insistía con vivacidad. Decía:

—Vamos, no sea tonta; ¿qué le importa?

Ella parecía indignada, y contestó:

—No, hijo; hay momentos en que esas cosas no se hacen; y además, aquí sería una vergüenza.

Él no comprendía, sin duda, y preguntó por qué. Entonces ella se enojó, alzando aún más el tono:

—¿Por qué? ¿No comprende por qué? ¿Cuándo hay prusianos en la casa, en el cuarto de al lado, quizá?

Él se calló. Ese pudor patriótico de ramera que no se dejaba acariciar cerca del enemigo; debió de despertar en su corazón la dignidad desfalleciente, pues después de haberla besado, volvió a su cuarto de puntillas.

Loiseau, muy encendido, se alejó de la cerradura, hizo una cabriola en su cuarto; se puso su madrás, alzó la sábana bajo la cual yacía el duro esqueleto de su compañera, a quien despertó con un beso, y murmuró:

—¿Me quieres, querida?

Entonces toda la casa quedó silenciosa. Pero pronto se alzó en algún lado, en una dirección indeterminada que podía ser lo mismo la bodega que el altillo, un ronquido poderoso, monótono, regular, un ruido sordo y prolongado con temblores de caldera con presión. El señor Follenvie dormía.

Como había quedado decidido que saldrían al día siguiente a las ocho, todo el mundo se juntó en la cocina; pero el coche, cuya capota tenía un estrato de nieve, se erguía solitario en medio del patio, sin caballos y sin conductor. Buscaron en vano a este último en las caballerizas, en los forrajes, en las cocheras. Entonces todos los hombres resolvieron hacer una batida por el pueblo y salieron. Se encontraron en la plaza con la iglesia al fondo, y de ambos lados, casas bajas donde se veían soldados prusianos. El primero que vieron pelaba papas. El segundo, más lejos, lavaba el negocio de un peluquero. Otro barbudo hasta los ojos, besaba a un chiquilín que lloraba y lo acunaba sobre sus rodillas para tratar de calmarlo; y las fornidas campesinas, cuyos hombres estaban en "el ejército de la guerra", indicaban por señales a sus obedientes vencedores el trabajo que debían comenzar: cortar madera, preparar la sopa, moler el café; uno de ellos lavaba la ropa de la dueña de casa, una vieja inválida.

El conde, asombrado, interrogó al bedel, que salía del presbiterio. El viejo guardián de la iglesia le contestó:

—¡Ah, éstos no son malos, no son prusianos!, según se dice. Son de más lejos; no sé bien de dónde, y todos han dejado una mujer y chicos en su país; no les divierte la guerra, ¡vaya! Estoy seguro de que allá también se llora por los hombres; y esto traerá una linda miseria allá como entre nosotros. Aquí no somos muy desgraciados por el momento, porque no nos hacen ningún mal y trabajan como si estuvieran en sus casas. ¿Comprende, señor? Entre los pobres hay que ayudarse... Son los poderosos quienes hacen la guerra.

Cornudet, indignado por el entendimiento cordial establecido entre los vencedores y los vencidos, se retiró, prefiriendo encerrarse en la posada. Loiseau dijo una palabra chistosa: "Repueblan". El señor Carré-Lamadon dijo una palabra grave: "Reparan". Pero no encontraban al cochero. Por fin, lo descubrieron en el café del pueblo, sentado fraternalmente a una mesa con el ordenanza del oficial. El conde le interpeló:

—¿No le habían dado orden de enganchar para las ocho?

—Ah, sí, claro, pero me dieron otra después.

—¿Cuál?

—La de no enganchar.

—¿Quién le ha dado esa orden?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué?

—No sé nada. Vaya a preguntárselo. Me prohíben enganchar, yo no engancho. Ya está. —¿Él mismo le ha dicho eso?

—No, señor, es el hotelero que me ha dado la orden de su parte.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando iba a acostarme.

Los tres hombres volvieron muy inquietos. Mandaron llamar al señor Follenvie, pero la sirvienta contestó que el señor, a causa de su asma, no se levantaba nunca antes de las diez. Había prohibido formalmente que se le despertara más temprano, excepto en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero eso era absolutamente imposible, aunque vivía en la posada. Solamente el señor Follenvie estaba autorizado a hablarle para los asuntos civiles. Entonces esperaron. Las mujeres subieron a sus cuartos y se ocuparon en futilidades.



Cornudet se instaló junto a la alta chimenea de la cocina, donde ardía un gran fuego. Se hizo traer allí una de las mesillas del café, una copa, y sacó su pipa, que gozaba entre los demócratas de una consideración casi igual a la suya, como si sirviera a la patria, sirviendo a Carnudet. Era una espléndida pipa de espuma admirablemente curada, tan negra como los dientes de su dueño, pero perfumada, curva, reluciente, acostumbrada a su mano y complemento de su fisonomía. Permaneció inmóvil, los ojos fijos tan pronto en la llama del hogar, tan pronto en la espuma que coronaba su chop; y cada vez que había bebido pasaba con un aire satisfecho sus largos dedos flacos por sus largos cabellos grasientos mientras chupaba sus bigotes ribeteados de espuma.

Loiseau, bajo el pretexto de estirar las piernas, fue a colocar sus vinos entre los compradores del país. El conde y el manufacturero se pusieron a hablar de política. Preveían el porvenir de Francia. El uno creía en los Orleáns; el otro en un salvador desconocido, un héroe que se revelaría cuando todo pareciera desesperado: ¿un du Guesclín, una Juana de Arco, quizá? ¿U otro Napoleón I? ¡Ah, si el príncipe imperial no fuera tan joven!... Cornudet, escuchándolo, sonreía como hombre que sabe la palabra del destino. Su pipa perfumaba la cocina.

Al dar las diez, el señor Follenvie apareció. Lo interrogaron bien pronto; pero sólo pudo repetir dos o tres veces, sin una variante, estas palabras:

—El oficial me dijo así: "Señor Follenvie, usted prohibirá que enganchen mañana el coche de esos viajeros. No quiero que salgan sin mi orden. ¿Oye? Esto basta".

Entonces quisieron ver al oficial. El conde le mandó su tarjeta en la cual el señor Carré-Lamadon agregó su nombre y todos sus títulos. El prusiano mandó contestar que aceptaría hablar con esos dos hombres luego de haber almorzado, es decir, alrededor de la una.

Las señoras reaparecieron y comieron un poco a pesar de la inquietud. Bola de Sebo parecía enferma y visiblemente turbada.

Acababan de tomar el café cuando el ordenanza vino a buscar a los señores.

Loiseau se unió a los dos primeros; pero como intentaban arrastrar a Cornudet para dar más solemnidad a la entrevista, éste declaró altivamente que esperaba no tener nunca cuestiones con los alemanes. Y volvió a su chimenea pidiendo otra cerveza.

Los tres hombres subieron y fueron introducidos en la más hermosa habitación de la posada, donde los recibió el oficial, tendido en un diván, fumando en una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata llameante, escamoteada sin duda en la vivienda abandonada de algún burgués de mal gusto. No se levantó, no los saludó ni siquiera los miró. Era una magnífica muestra de la grosería natural del militar victorioso.

Por fin, al cabo de algunos instantes, dijo:

—¿Qué "quierren"?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, señor.

—No.

—¿Osaré preguntarle la causa de esa negativa?

—Porque no "quierro".

—Le haré observar respetuosamente, señor, que su general en jefe nos ha otorgado permiso de partida para llegar a Dieppe; y pienso que nada hemos hecho para merecer sus rigores.

—No "quierro"... Esto es todo... Pueden "pajar".

Los tres se retiraron, después de haberse inclinado. La tarde fue lamentable. No comprendían el capricho del alemán; y las ideas más extrañas turbaban las cabezas. Todo el mundo estaba en la cocina y se discutía sin cesar, imaginando cosas inverosímiles. Tal vez querían guardarlos como rehenes —pero ¿con qué fin?— o

llevarlos prisioneros. ¿O más bien pedirles un rescate considerable? Al pensar en esto, fueron presa de pánico. Los más ricos eran los más aterrados; ya se veían obligados para rescatar sus vidas a volcar bolsas llenas de oro entre las manos de ese soldado insolente. Se devanaban los sesos para descubrir mentiras aceptables, disimular sus riquezas, hacerse pasar por pobres, por muy pobres. Loiseau sacó la cadena de su reloj y la escondió en su bolsillo. La noche que caía aumentó las aprensiones. La lámpara fue encendida, y como aún quedaban dos horas antes de comer, la señora Loiseau propuso una partida de treinta y uno. Sería una distracción. Aceptaron. Hasta Cornudet, que había apagado su pipa por cortesía, tomó parte en ella.

El conde mezcló las barajas. Dio. Bola de Sebo tenía treinta y uno de un golpe; y pronto el interés del partido aplacó el temor que llenaba los espíritus. Pero Cornudet se dio cuenta de que el matrimonio Loiseau se entendía para hacer trampa.

Cuando iban a sentarse a la mesa, el señor Follenvie apareció; y con su voz cascada pronunció:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Elisabeth Rousset si aún no ha cambiado de opinión.

Bola de Sebo permaneció de pie, muy pálida. Luego, volviéndose súbitamente escarlata, tuvo tal ahogo de rabia que ya no podía hablar. Por fin estalló:

—¡Le dirá a ese crápula, a ese cochino, a esa carroña de prusiano, que nunca querré! ¿Entiende bien?, ¡jamás, jamás, jamás!

El macizo posadero salió. Entonces Bola de Sebo fue rodeada, interrogada, solicitada por todo el mundo para que revelara el misterio de su visita. Ella se resistió al principio: pero pronto la exasperación venció:

—¡Lo que quiere?... ¿Lo que quiere? ¡Quiere acostarse conmigo! —gritó.

A nadie le chocó esa palabra, a tal punto fue la indignación. Cornudet rompió su chop al colocarlo violentamente sobre la mesa. Era un clamor de reprobación contra ese soldado innoble, un soplo de ira, una unión de todos para la resistencia, como si le hubieran pedido a cada uno una parte del sacrificio exigido de ella. El conde declaró con asco que esas gentes se conducían a la manera de los antiguos bárbaros. Las mujeres, sobre todo, demostraron a Bola de Sebo una conmiseración enérgica y acariciadora. Las hermanitas, que sólo aparecían para las comidas, habían bajado la cabeza y no decían nada.

No obstante, cuando se aplacó el primer furor, comieron; pero hablaban poco; pensaban.

Las señoras se retiraron temprano; y los hombres, fumando, organizaron un écarté al cual fue convidado el señor Follenvie, pues tenían la intención de interrogarlo hábilmente sobre los medios que emplear para vencer la resistencia del oficial.

Pero sólo pensaba en sus cartas, sin escuchar nada, sin contestar nada; y repetía sin cesar: "Al juego, señores, al juego". Su atención estaba tan tensa que se olvidaba de escupir, lo que le ponía a veces notas de órgano en el pecho. Sus pulmones silbantes daban toda la gama del asma, desde las notas graves y profundas hasta los ronquidos agudos de los jóvenes gallos que intentan cantar.

Hasta rehusó subir cuando su mujer, que se caía de sueño, vino a buscarlo. Entonces ella se fue sola, pues era de "la mañana", siempre levantada antes que el sol, mientras su hombre era de "la noche", siempre listo a pasar la noche con amigos. Él le gritó:

—¡Coloca mi caldo de gallina sobre el fuego! Y volvió a su partida.

Cuando se dieron cuenta de que no podrían sacarle nada, declararon que era hora de irse y cada cual se fue a su cama.

Se levantaron también bastante temprano al día siguiente con una esperanza indeterminada, un deseo más grande de irse, un terror del día que habría que pasar en esa horrible posada.

¡Ay!, los caballos permanecían en la caballeriza, el cochero continuaba invisible. Fueron, por desocupación, a dar vueltas alrededor del coche.

El almuerzo fue muy triste; se había producido como un enfriamiento con respecto a Bola de Sebo, pues la noche, que trae consejo, había modificado un poco los juicios. Estaban casi resentidos ahora con esa muchacha, por no haber ido a buscar secretamente al prusiano a fin de prepararles al despertar una buena sorpresa a sus compañeros. ¿Hay algo más sencillo? Por otra parte, ¿quién lo hubiera sabido? Hubiera podido salvar las apariencias haciendo decir al oficial que se apiadaba de ellos. ¡Para ella eso tenía tan poca importancia!

Pero nadie confesaba todavía esos pensamientos.

A la tarde, como se morían de aburrimiento, el conde propuso dar un paseo por los alrededores del pueblo. Cada cual se abrigó con cuidado, y la pequeña compañía partió, a excepción de Cornudet, que prefería permanecer junto al fuego, y de las hermanitas, que pasaban sus días en la iglesia o en casa del cura.

El frío, cada vez más intenso, lastimaba cruelmente la nariz y las orejas; los pies se ponían tan dolorosos que cada paso era un sufrimiento; y cuando el campo se abrió ante ellos les pareció tan atrozmente lúgubre bajo esa blancura ilimitada que todo el mundo regresó rápidamente con el alma helada y un nudo en el corazón.

Las cuatro mujeres caminaban delante, los tres hombres seguían un poco atrás.

Loiseau, que comprendía la situación, preguntó de pronto si esa "loca" los haría permanecer por mucho tiempo todavía en un lugar semejante. El conde, siempre cortés, dijo que no se podía exigir de una mujer un sacrificio tan penoso y que debía nacer de ella. El señor Carré-Lamadon hizo notar que si los franceses hacían, como se decía, un regreso ofensivo por Dieppe, el encuentro sólo podía tener lugar en Tôtes. Esta reflexión preocupó a los otros.

—¿Si nos escapamos a pie? —dijo Loiseau.

El conde se encogió de hombros.

—Ni pensarlo. ¿Con esta nieve? ¡Con nuestras mujeres? Además, seríamos inmediatamente perseguidos, alcanzados en diez minutos y traídos prisioneros a la merced de los soldados.

Era verdad: callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero un cierto estiramiento parecía desunirlas.

De pronto, al extremo de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su gran talle de avispa en uniforme, y caminaba, las rodillas separadas, con ese movimiento particular de los militares que se esfuerzan por no ensuciar sus botas cuidadosamente lustradas.

Se inclinó al pasar junto a las señoras, y miró desdeñosamente a los hombres, que tuvieron, por otra parte, la dignidad de no descubrirse, aunque Loiseau esbozó un ademán para retirar su sombrero.

Bola de Sebo se había puesto roja hasta las orejas; y las tres mujeres casadas sentían una gran humillación al ser vistas por ese soldado en compañía de esa mujer a quien había tratado tan libremente.

Entonces se habló de él, de su aspecto, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había conocido a muchos oficiales y que los juzgaba como experta, no lo encontraba nada mal; hasta sentía que no fuera francés, porque sería un lindo húsar por quien todas las mujeres estarían locas.

Una vez de vuelta ya no supieron qué hacer. Hasta cambiaron palabras agrias a propósito de cosas insignificantes. La comida, silenciosa, duró poco, y cada cual subió a acostarse, esperando dormir para matar el tiempo.

Al día siguiente bajaron con el rostro cansado y el corazón exasperado. Las mujeres hablaban apenas con Bola de Sebo.

Una campana repiqueteó. Era para un bautismo. La muchacha tenía un chico, que vivía con unos campesinos de Yvetot. No lo veía sino una vez al año y nunca pensaba en él; pero la idea de que iban a bautizar le llenó el corazón de una ternura súbita por el suyo, y quiso absolutamente asistir a la ceremonia.

En cuanto hubo salido, todo el mundo se miró; luego acercaron las sillas porque sentían que por fin había que decidir algo. Loiseau tuvo una inspiración: su opinión era proponer al oficial que guardara solamente a Bola de Sebo y dejara partir a los demás. El señor Follenvie volvió a encargarse del mandado, pero bajó casi en seguida. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había echado del cuarto. Pretendía retener a todo el mundo mientras su deseo no fuera satisfecho.

Entonces el temperamento vulgar de la señora Loiseau estalló:

—¡Sin embargo, no vamos a morirnos aquí de vejez! ¡Puesto que es el oficio de esa ramera hacer eso con todos los hombres, considero que no tiene derecho a rechazar a uno y no a otro!... ¡Hay que ver! ¡Ha tomado todo lo que ha encontrado en Rouen, hasta los cocheros! ¡Sí, señora, el cochero de la prefectura! Bien lo sé; compra vino en casa. Y hoy, que se trata de sacarnos de apuros, se hace la remilgada, ¡esa mocosa!... Yo creo que hace muy bien el oficial. A lo mejor hace tiempo que se siente privado; y aquí somos tres que él hubiera preferido, sin duda. Pero no, se contenta con la de todo el mundo. Respeta a las mujeres casadas. Pero piensen, pues, que es el amo. Le bastaba decir: "Quiero", y podía tomarnos a la fuerza con sus soldados.

Las dos mujeres tuvieron un pequeño estremecimiento. Los ojos de la bonita señora Carré Lamadon brillaban, y estaba un poco pálida como si ya se sintiera tomada a la fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían un poco apartados, se acercaron. Loiseau, furibundo, quería entregar a esa miserable atada de pies y manos al enemigo. Pero el conde, descendiente de tres generaciones de embajadores y dotado de un físico de diplomático, era partidario de la habilidad.

—Habría que convencerla —dijo.

Entonces conspiraron.

Las mujeres se acercaron, bajaron el tono de las voces y la discusión se hizo general; cada cual daba su opinión. Por otra parte, era muy correcto. Las señoras, sobre todo, encontraban delicadezas de giros, sutilezas de expresión encantadoras, para decir las cosas más escabrosas. Eran tan observadas las precauciones de lenguaje, que un extraño no hubiera comprendido nada. Pero la ligera capa de pudor con la cual está barnizada toda mujer de mundo cubre sólo la superficie, y ellas se encendían en esa aventura pícaro, se divertían locamente en el fondo, sintiéndose en su elemento, manoseando el amor con la sensualidad de un cocinero goloso que prepara la comida de otro.

Al fin la historia les pareció tan graciosa, que la alegría volvió sola. El conde encontró bromas un poco subidas, pero tan bien dichas, que hacían sonreír. A su vez Loiseau largó algunas picardías más crudas, pero nadie se sintió herido; y el pensamiento, brutalmente expresado por su mujer, dominaba todos los espíritus. "Puesto que es el oficio de esa mujer, ¿porqué va a rechazar a éste y no a otro." La gentil señora Carré-Lamadon parecía pensar que en su lugar ella rechazaría menos a este que a otro. Prepararon largamente el bloqueo como para una fortaleza defendida. Cada cual eligió

el papel que representaría, los argumentos en los cuales se apoyaría, las maniobras que tendría que ejecutar. Se dispuso el plan de los ataques, los ardides a emplear, y las sorpresas del asalto, para forzar a esa ciudadela viviente a recibir al enemigo en la plaza.

Cornudet, no obstante, permanecía apartado, completamente ajeno a ese asunto.

Una atención tan profunda tendía los espíritus, que no oyeron entrar a Bola de Sebo. Pero el conde sopló un ligero "chut", que hizo alzarse todos los ojos. Ella estaba allí. Callaron bruscamente, y una cierta incomodidad impidió al principio hablarle. La condesa, más ágil que los demás en las duplicidades de los salones, la interrogó:

—Era divertido ese bautismo'

La muchacha, todavía conmovida, contó todo, las caras, y las actitudes, y hasta el aspecto de la iglesia. Agregó:

—Es bueno rezar a veces.

Sin embargo, hasta la hora del almuerzo las señoras se contentaron con ser amables con ella para aumentar su confianza, y su docilidad para aceptar consejos.

En cuanto estuvieron en la mesa comenzaron las aproximaciones. Primeramente fue una conversación vaga sobre la abnegación. Citaron ejemplos antiguos: Judit y Holofernes; luego, sin razón alguna, Lucrecia con Sixto; Cleopatra haciendo pasar por su lecho a todos los generales enemigos y reduciéndolos a servilismos de esclavos. Entonces se desarrolló una historia fantástica nacida de la imaginación de esos millonarios ignorantes, en que las ciudadanas de Roma iban a Capua a adormecer a Aníbal entre sus brazos, y con él a sus tenientes y a las falanges de sus mercenarios. Citaron a todas las mujeres que han detenido a los conquistadores, que han hecho de su cuerpo un campo de batalla, un medio de dominar, un arma; que han vencido a seres horribles y detestados con sus caricias heroicas y han sacrificado su castidad a la venganza y a la abnegación.

Hasta se habló en términos velados de esa inglesa de gran familia que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitirla a Bonaparte, salvado milagrosamente por una debilidad súbita, en la hora de la cita fatal.

Y todo esto fue contado de una manera correcta y moderada, en donde estallaba a veces un entusiasmo forzado apto para excitar la emulación. Al fin, habría podido creerse que el único papel de la mujer sobre la tierra era un perpetuo sacrificio de su persona, un abandono continuo a los apetitos de las soldadescas.

Las dos hermanitas no parecían oír, perdidas en pensamientos profundos. Bola de Sebo no decía nada.

Durante toda la tarde la dejaron reflexionar. Pero en lugar de llamarla "señora", como habían hecho hasta entonces, le decían simplemente "señorita", sin que nadie supiera muy bien por qué, como si hubieran querido hacerla bajar un escalón en la estima que había escalado, hacerle sentir su vergonzosa situación.

En el momento en que sirvieron la sopa, el señor Follenvie reapareció repitiendo su frase de la víspera:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Elizabeth Rousset si todavía no ha cambiado de opinión.

Bola de Sebo respondió secamente:

—No, señor.

Pero en la comida la coalición se debilitó. Loiseau dijo tres frases desgraciadas. Cada uno se rompía la cabeza por descubrir nuevos ejemplos, y nadie encontraba nada cuando la condesa, sin premeditación, quizá, experimentando una vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, interrogó a la mayor de las hermanitas sobre los grandes hechos de la vida de los santos. Muchos habían cometido actos que serían crímenes a nuestros ojos; pero la Iglesia absuelve sin dificultad esos pecados cuando son cometidos

por la gloria de Dios o para el bien del prójimo. Era un argumento poderoso; la condesa aprovechó. Entonces, sea por una de esas comprensiones tácitas, de esas complacencias veladas en las que se destacan los que llevan ropas eclesiásticas, sea simplemente por el efecto de una feliz ininteligencia, de una auxiliadora tontería, la vieja religiosa aportó un formidable apoyo a la conspiración. La creían tímida: se mostró osada, verbosa, violenta. Ella no estaba turbada por los titubeos de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe nunca dudaba; su conciencia no tenía escrúpulos. Le parecía muy simple el sacrificio de Abrahán, pues ella hubiera dado muerte inmediatamente a su padre y madre por una orden venida de lo alto; y nada a su entender podía disgustar a Dios cuando la intención era loable. La condesa, aprovechando la autoridad sagrada de su inesperada cómplice, le hizo hacer como una paráfrasis edificante de este axioma de moral: "El fin justifica los medios".

La interrogaba:

—Entonces, hermana, ¿usted piensa que Dios acepta todos los caminos y perdona el hecho cuando el motivo es puro?

—¿Quién podría dudarlo, señora? Una acción condenable en sí se vuelve a menudo meritoria por el pensamiento que la inspira.

Y continuaban así desenredando las voluntades de Dios, previendo sus decisiones, haciéndolo interesarse por cosas que verdaderamente no tenían nada que ver con Él.

Todo esto era velado, hábil, discreto. Pero cada palabra de la santa mujer con cofia abría una brecha en la resistencia indignada de la cortesana. Luego la conversación se desvió un poco y la mujer de rosarios colgantes habló de las casas de su Orden, de su superiora, de sí misma, y de su encantadora vecina, la querida hermana San Nicéforo. Habían sido llamadas a El Havre para cuidar, en los hospitales, a centenares de soldados atacados de viruela. Describió a esos miserables, detalló la enfermedad. Y mientras ellas estaban detenidas en su ruta por el capricho de ese prusiano, un gran número de franceses podía morir, cuando quizá hubieran podido salvarlos. Era su especialidad cuidar militares; había estado en Crimea, en Italia, en Austria, y contando sus campañas, se reveló de pronto como una de esas religiosas de armas llevar que parecen hechas para seguir los campamentos, recoger los heridos en los remolinos de las batallas y, mejor que un jefe, domar con una palabra a los soldados indisciplinados; una verdadera hermana "Rataplán", cuyo rostro devastado, cribado de agujeros sinnúmeros, parecía una imagen de los estragos de la guerra.

Nadie dijo nada después de ella, a tal punto parecía excelente el efecto causado. Cuando terminaron de comer subieron a sus cuartos para no bajar hasta el día siguiente bastante entrada la mañana. El almuerzo fue tranquilo. Daban a la semilla, sembrada la víspera, tiempo para germinar y dar sus frutos.

La condesa propuso dar un paseo por la tarde. Entonces el conde, como estaba convencido, tomó del brazo a Bola de Sebo y se quedó atrás con ella.

Le habló con ese tono familiar, paternal, un poco desdeñoso que los hombres serios emplean con las ramerías; la llamaba "mi hija querida", la trataba desde lo alto de su posición social, de su honorabilidad indiscutida. Entró inmediatamente en lo vivo del asunto:

—Entonces, ¿prefiere dejarnos aquí, expuestos, así como usted, a todas las violencias que resultarían de una derrota de las tropas prusianas, antes que consentir en una de esas complacencias que ha tenido tan a menudo en su vida?

Bola de Sebo no contestó nada.

Trató de convencerla por la dulzura, por

—¿Y sabes, querida? Se podrá jactar de el razonamiento, por los sentimientos. Supo permanecer el "señor conde" mostrándose asimismo galante cuando fue preciso,

piropeador, amable, en fin. Exaltó el servicio que ella les haría, habló de la gratitud de ellos. Luego, pronto, tuteándola alegremente: haber probado una linda muchacha como no encontrará muchas en su país.

Bola de Sebo no contestó y se unió al resto del grupo.

En cuanto estuvo de regreso subió a su cuarto y no volvió a aparecer. La inquietud era extrema. ¿Qué iba a hacer? Si se resistía, ¡qué complicación!

La hora de la comida sonó; la esperaron en vano. Entonces el señor Follenvie entró anunciando que la señorita Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a la mesa. Todo el mundo paró la oreja. El conde se acercó al hotelero, y en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por corrección no dijo nada a sus compañeros, pero les hizo solamente una ligera señal con la cabeza. En seguida un gran suspiro de alivio salió de todos los pechos, una viva alegría apareció en los rostros. Loiseau gritó:

—¡Caramba, pago champaña si lo hay en el establecimiento!

Y la señora Loiseau sintió una angustia cuando el patrón volvió con cuatro botellas en las manos. Todos se habían vuelto súbitamente comunicativos y ruidosos; una alegría chispeante llenaba los corazones. El conde pareció notar que la señora Carré Lamadon era encantadora; el manufacturero dijo piropos a la condesa. La conversación fue viva, jovial, llena de rasgos de ingenio.

De pronto, Loiseau, la faz ansiosa y alzando los brazos, gritó:

—¡Silencio!

Todo el mundo calló, sorprendido, casi asustado ya. Entonces tendió la oreja haciendo "chist" con las dos manos, alzó los ojos hacia el cielo raso, escuchó de nuevo, y agregó con su voz natural:

—Tranquilícense, todo va bien.

No se atrevían a comprender, pero pronto corrió una sonrisa.

Al cabo de un cuarto de hora hizo la misma broma y la repitió a menudo durante la velada; y fingía interpelar a alguien en el piso de arriba dándole consejos de doble sentido, con su ingenio de viajante de comercio. A ratos tomaba un aire triste para suspirar: "¡Pobre muchacha!", o bien murmuraba entre dientes con aire rabioso: "¡Prusiano sinvergüenza!" A veces, cuando ya nadie pensaba en eso, lanzaba con una voz vibrante varios: "¡Basta, basta!" Y agregaba como hablándose a sí mismo: "Con tal que volvamos a verla... ¡que no la mate el miserable!"

Aunque esas bromas eran de un gusto deplorable, divertían y no herían a nadie, pues la indignación, como el resto, depende de los ambientes, y la atmósfera que poco a poco se había creado alrededor de ellos estaba cargada de pensamientos maliciosos.

En el postre, hasta las mujeres hicieron alusiones espirituales y discretas. Las miradas brillaban; habían bebido mucho. El conde, que conservaba aún en sus desvíos su gran apariencia de gravedad, encontró una comparación muy apreciada sobre los inviernos en el Polo y la alegría de los naufragos que ven abrirse una ruta hacia el Sur.

Loiseau, lanzado, se levantó con un vaso de champaña en la mano:

—¡Bebo por nuestra liberación!

Todo el mundo se puso de pie; lo aclamaban. Hasta las hermanitas, solicitadas por las señoras, consintieron en mojar sus labios en ese vino espumoso que nunca habían probado. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero que, sin embargo, era más fino.

Loiseau resumió la situación:

—Es una lástima no tener piano porque hubiéramos podido bailar una cuadrilla.

Cornudet no había dicho una palabra; no había hecho un gesto; hasta parecía sumido en pensamientos muy graves; y tiraba a veces con ademán furioso su gran barba como si quisiera alargarla aún más. Por fin, a eso de medianoche, cuando iban a separarse, Loiseau, que tambaleaba, le golpeó de pronto el estómago y le dijo farfullando:

—Esta noche usted no está para bromas. ¿No dice nada ciudadano?

Pero Cornudet alzó bruscamente la cabeza y recorrió al grupo con una mirada brillante y terrible.

—¡Les digo a todos que acaban de cometer una infamia!

Se levantó, llegó a la puerta, repitió una vez más:

—¡Una infamia!

Y desapareció.

Primeramente esto produjo una sensación de frío. Loiseau, sorprendido, se quedaba como tonto; pero recobró su aplomo y de golpe se echó a reír, repitiendo:

—Están verdes, mi viejo, están verdes...

Como nadie comprendía, contó los "misterios del corredor". Entonces hubo una repetición de alegría formidable. Las señoras se divertían como locas. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban a fuerza de reír. No podían creer.

—¿Cómo? ¿Está seguro? ¿Quería...?

—Les digo que lo he visto.

—¿Y ella se negó...?

—Porque el prusiano estaba en el cuarto de al lado.

—¡No es posible!

—Lo juro.

El conde se ahogaba. El industrial se comprimía el estómago con las dos manos, Loiseau continuaba:

—Y ustedes comprenden, esta noche no le parece chistosa, pero ni un poquito.

Y los tres volvían a empezar, enfermos, jadeantes.

Después de eso se separaron. Pero la señora Loiseau, que tenía naturaleza de ortiga, hizo notar a su marido en el momento en que se acostaba que "esa mala pécora", la pequeña Carré-Lamadon, se había reído sin ganas, durante toda la noche.

—¿Sabes? A las mujeres, cuando les gusta el uniforme, que sea francés o prusiano les es igual, te aseguro. ¡Si no es vergonzoso, señor Dios!...

Y durante toda la noche en la obscuridad del corredor corrieron como estremecimientos, ruidos leves, apenas sensibles, semejantes a soplos, rozamientos de pies desnudos, crujidos imperceptibles.

Y seguramente no se durmieron hasta muy tarde, pues hilos de luz se filtraron durante mucho tiempo por debajo de las puertas. El champaña causa esos efectos; según dicen, turba el sueño.

Al día siguiente un claro sol de invierno hacía brillar la nieve. La diligencia, enganchada por fin, esperaba ante la puerta, mientras un ejército de palomas blancas, engalladas en sus espesas plumas, con ojos rosa manchados en el centro por un punto negro, se paseaban gravemente entre las patas de los seis caballos y se buscaban la vida en la bosta humeante que desparramaban.

El cochero, envuelto en su piel de carnero, encendía una pipa en el pescante, y todos los viajeros, radiantes, hacían empaquetar rápidamente provisiones para el resto del viaje.

Sólo esperaban a Bola de Sebo. Apareció. Parecía un poco turbada, avergonzada; y se adelantó tímidamente hacia sus compañeros, quienes, todos con un mismo



movimiento, le volvieron la espalda como si no hubieran reparado en ella. El conde tomó con dignidad el brazo de su mujer y la alejó de ese contacto impuro.

La fornida muchacha se detuvo, estupefacta. Entonces, empleando todo su coraje, abordó a la mujer del manufacturero con un "buenos días, señora", humildemente murmurado. La otra hizo con la cabeza un pequeño saludo impertinente que iba acompañado de una mirada de virtud ultrajada. Todo el mundo parecía ocupado y se mantenía lejos de ella como si hubiera traído una infección en sus faldas. Luego se precipitaron hacia el coche, donde ella llegó sola, la última, y tomó en silencio el lugar que había ocupado durante la primera parte de la ruta.

Parecían no verla, no conocerla. Pero la señora Loiseau, considerándola de lejos con indignación, dijo a media voz a su marido:

—Felizmente, no estoy al lado de ella.

El pesado carruaje se movió y reanudaron el viaje.

Al principio nadie habló, Bola de Sebo no se atrevía a alzar los ojos. Se sentía al mismo tiempo indignada contra todos sus vecinos y humillada por haber cedido, mancillada por los besos de ese prusiano entre cuyos brazos la habían arrojado hipócritamente.

Pero la condesa, volviéndose hacia la señora Carré-Lamadon, rompió de pronto ese penoso silencio:

—¿Usted conoce, según creo, a la señora de Etrelles?

—Sí, es una de mis amigas.

—¡Qué mujer encantadora!

—¡Maravillosa! Una verdadera naturaleza de élite; muy instruida, por otra parte, y artista hasta la punta de los dedos. Canta espléndidamente y dibuja que es una perfección.

El manufacturero conversaba con el conde, y en medio del estruendo de los vidrios surgía a veces una palabra: "Cupones, vencimientos, prima, a término".

Loiseau, que había substraído el viejo juego de cartas de la posada, grasiento por cinco años de roce sobre las mesas mal secadas, empezó una partida de béciga con su mujer.

Las hermanitas tomaron de sus cinturas el largo rosario que colgaba, hicieron a un tiempo la señal de la cruz y, pronto, sus labios empezaron a moverse rápidamente, apresurándose cada vez más, precipitando su vago murmullo como para una carrera de oremus: y de cuando en cuando besaban una medalla, se persignaban de nuevo y reanudaban su rápido y continuo susurro.

Cornudet soñaba, inmóvil.

Al cabo de tres horas de viaje, Loiseau recogió sus cartas:

—Tengo apetito —dijo.

Entonces su mujer alcanzó un paquete bien atado del cual hizo salir un pedazo de ternera fría. Lo cortó limpiamente en rebanadas delgadas y firmes, y ambos se pusieron a comer.

—Si hiciéramos otro tanto... —dijo la condesa.

El conde accedió y ella desenvolvió las provisiones preparadas para las dos parejas. Era, en uno de esos potes alargados cuya tapa lleva una liebre de porcelana para indicar que una liebre en pasta yace ahí abajo, un fiambre succulento, en el cual blancas lagunas de panceta atraviesan la carne morena de la presa, mezclada con otras carnes picadas. Un hermoso pedazo de gruyère, envuelto en un diario, conservaba impreso: "Información general", sobre su pasta untuosa.

Las dos hermanitas desarrollaron un salchichón que olía a ajo: y Cornudet hundiendo las dos manos en los amplios bolsillos de su sobretodo, sacó de uno cuatro

huevos duros y del otro un pedazo de pan. Desprendió la cáscara, la tiró bajo sus pies, en la paja, y se puso a morder los huevos, haciendo caer sobre su vasta barba partículas de amarillo claro que allí adentro parecían estrellas.

Bola de Sebo, en la prisa y en el azoramiento de su despertar, no había podido pensar en nada; y miraba exasperada, sofocada de rabia, a toda esa gente que comía plácidamente. Una ira tumultuosa la crispó al principio y abrió la boca para gritarles la verdad con un borbotón de injurias que le subía a los labios; pero la exasperación la ahogaba tanto que no podía hablar.

Nadie la miraba ni pensaba en ella. Se sentía ahogada en el desprecio de esos honestos canallas que la habían sacrificado primeramente, rechazado luego, como una cosa sucia e inútil. Entonces pensó en su gran cesta llena de cosas buenas que ellos habían devorado golosamente; en sus dos pollos brillantes de gelatina; en sus pasteles, en sus peras, en cuatro botellas de bordeaux; su dolor cayó de pronto como una cuerda demasiado tensa que se rompe, y se sintió a punto de llorar. Hizo esfuerzos terribles, se contrajo, tragó sus sollozos como los chicos, pero el llanto subía, brillaba en el borde de sus párpados, y pronto dos grandes lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaron lentamente sobre sus mejillas. Otras las siguieron más rápidas, fluyendo como gotas de agua que se filtran de una roca, y caían regularmente sobre la curva rolliza de su pecho. Ella permanecía erguida, la mirada fija, la faz rígida y pálida, con la esperanza de que no la vieran.

Pero la condesa lo advirtió y enteró con una seña a su marido. Él se encogió de hombros, como para decir: "¿Qué quieres? No es culpa mía". La señora Loiseau tuvo una risa muda de triunfo y murmuró:

—Llora su vergüenza.

Las dos hermanitas habían vuelto a rezar después de haber envuelto en el papel el resto del salchichón.

Entonces Cornudet, que digería sus huevos, extendió sus largas piernas bajo el asiento de enfrente, se echó hacia atrás, cruzó los brazos, sonrió como un hombre que acaba de inventar una buena broma y se puso a silbar la Marsellesa.

Todos los rostros se ensombrecieron. Seguramente, el canto popular no gustaba a sus vecinos. Se sintieron molestos, irritados y parecían listos a aullar como perros que oyen un organito. Él se dio cuenta y ya no se detuvo. A veces hasta tarareaba las palabras:

*Amour sacré de la patrie,  
Conduis, soutiens, nos tiras vangeurs;  
Liberté, liberté chérie,  
Combats avec tes défenseurs.*

Huían más rápido, pues la nieve estaba más dura; y hasta Dieppe, durante las largas y tristes horas del viaje, entre el traqueteo del camino en la noche que caía, luego en la oscuridad profunda del coche, continuó con una obstinación feroz su silbido vengador y monótono, obligando a los espíritus cansados y exasperados a seguir el canto de un extremo al otro, a recordar cada palabra que aplicaban a cada nota.

Y Bola de Sebo lloraba siempre. Y a veces un sollozo que no había podido retener pasaba entre dos estrofas, en las tinieblas.

*Ediciones Charpetier, 16 de abril de 1880*

# *El borracho*

---

*L'ivrogne*

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo enormes nubes invernales, pesadas y negras, que arrojaban al pasar sobre la tierra furiosos chaparrones.

El mar encrespado bramaba y azotaba la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que se desplomaban con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, igual que el sudor de un monstruo.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía andar sujetándose a las paredes, y capaces de levantar a un niño como si fuera una hoja y de arrojarlo al campo por encima de las casas.

Las barcas de pesca habían sido sirgadas hasta el pueblo, por miedo al mar que iba a barrer la playa cuando subiese la marea, y algunos marineros, ocultos tras el redondo vientre de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban a aquella cólera del cielo y del agua.

Después se marchaban poco a poco, pues la noche caía sobre la tormenta, envolviendo en sombras el océano enloquecido, y todo el estruendo de los irritados elementos.

Quedaban aún dos hombres, las manos en los bolsillos, encorvados bajo la borrasca, el gorro de lana calado hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos, con una sotabarba áspera, con la piel quemada por las saladas ráfagas de alta mar, de ojos azules con una pinta negra en el centro, esos ojos penetrantes de los marinos que ven a lo lejos en el horizonte, como un ave de presa.

Uno de ellos decía:

«Hala, vente, Jérémie. ¿Qué tal si echamos una partida de dominó? Yo pago.»

El otro vacilaba aún, tentado por el juego y el aguardiente, sabiendo perfectamente que iba a emborracharse una vez más si entraba en la taberna de Paumelle, contenido también por la idea de su mujer, que se había quedado completamente sola en la casucha.

Preguntó:

«Casi que diría que has apostao a emborracharme toas las noches. Dime, ¿qué gusto le sacas?, porque siempre corres con el gasto...».

Y se reía de todas maneras ante la idea de todo aquel aguardiente bebido a expensas de otro; se reía con la risa satisfecha de un normando aprovechado.

Mathurin, su camarada, seguía tirándole del brazo.

«Hala, vente Jérémie. No está la noche pa volver a casa sin algo caliente en la barriga. ¿De qué tiés miedo? ¿No te va a calentar la cama tu costilla?»

Jérémie respondía:

«La noche pasada, ni pude encontrar la puerta... ¡Casi casi me pescaron en el arroyo delante de casa!»

Y se reía aún con aquel recuerdo de borrachín, y marchaba despacito hacia el café de Paumelle, cuyos cristales iluminados brillaban; marchaba, arrastrado por Mathurin y empujado por el viento, incapaz de resistirse a aquellas dos fuerzas.

La sala baja estaba llena de marineros, de humo y de gritos. Todos aquellos hombres, vestidos de lana, acodados en las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más bebedores entraban, más había que chillar entre el estruendo de voces y de fichas de dominó batidas contra el mármol, como para hacer más ruido todavía.

Jérémie y Mathurin fueron a sentarse a un rincón y empezaron una partida, y las copas desaparecían, una tras otra, en la profundidad de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas, tomaron otras copas. Mathurin servía sin parar, guiñándole el ojo al dueño, un gordo tan rojo como el fuego y que se lo pasaba en grande, como si estuviera en el secreto de alguna broma; y Jérémie tragaba el alcohol, balanceaba la cabeza, lanzaba carcajadas que parecían rugidos, mirando a su compadre con un aire alelado y contento.

Todos los clientes se marchaban. Y cada vez que uno de ellos abría la puerta de fuera para salir, una ráfaga de viento entraba en el café, agitaba tempestuosamente el pesado humo de las pipas, balanceaba las lámparas suspendidas de cadenas y hacía vacilar las llamas; y de repente se oía el choque profundo de una ola que se desplomaba y el bramido de la borrasca.

Jérémie, con el cuello desabrochado, adoptaba actitudes de curda, con una pierna extendida, un brazo colgante; y con la otra mano sujetaba sus fichas.

Ahora se habían quedado solos con el dueño, que se acercó, lleno de interés.

Preguntó:

«¿Qué, Jérémie, cómo va la cosa por ahí dentro? ¿Te has refrescao con tanto riego?»

Y Jérémie farfulló:

«Cuanto más corre, más seco se pone ahí al fondo.»

El tabernero miró a Mathurin con aire ladino. Dijo:

«Y tu hermano, Mathurin, ¿por dónde anda a estas horas?»

El marinero tuvo una risa muda:

«Está bien calentito; tú, tranquilo.»

Y ambos miraron a Jérémie, que colocaba triunfalmente el seis doble, anunciando:

«Ahí va el ataúd.»

Cuando hubieron acabado la partida, el dueño declaró:

«¿Sabéis, chicos?, yo me voy a la piltra. Os dejo una lámpara y un caneco de litro. Hay hasta cuatro reales a bordo. Cierra la puerta por fuera, Mathurin, y mete la llave por debajo del tejadillo, como hiciste la otra noche.

Mathurin replicó:

«Tú, tranquilo. Entendido.»

Paumelle estrechó la mano de sus dos clientes rezagados, y subió torpemente la escalera de madera. Durante unos minutos, sus pesados pasos resonaron en la casita; después un gran crujido reveló que acababa de meterse en cama.

Los dos hombres siguieron jugando; de vez en cuando, una racha más fuerte del huracán sacudía la puerta, hacía temblar las paredes, y los dos bebedores alzaban la cabeza como si fuera a entrar alguien. Después Mathurin cogía el caneco y llenaba el vaso de Jérémie. Pero de pronto, el reloj colgado sobre el mostrador dio las doce. Su timbre ronco parecía un choque de cacerolas, y los golpes vibraban mucho tiempo, con una sonoridad de chatarra.

Mathurin se levantó al punto, como un marinero que ha acabado su guardia:

«Hala, Jérémie, hay que largarse.»

El otro se puso en marcha con más trabajo, recuperó el equilibrio apoyándose en la mesa; después se dirigió a la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Mathurin cerró el establecimiento; luego dijo:  
«Hala, buenas noches, hasta mañana.»  
Y desaparecieron en las tinieblas.

\*\*\*

Jérémie dio tres pasos, después se bamboleó, extendió las manos, encontró una pared que lo sostuvo en pie y volvió a ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga, precipitándose en la estrecha calle, lo lanzaba hacia adelante, le hacía correr unos pasos; después, cuando cesaba la violencia de la tromba, se paraba en seco, habiendo perdido el empuje, y volvía a vacilar sobre sus caprichosas piernas de borracho.

Iba instintivamente hacia su casa, como los pájaros van hacia el nido. Por fin reconoció su puerta y empezó a palparla para descubrir la cerradura y meter la llave. No encontraba el agujero y blasfemaba a media voz. Entonces la emprendió a puñetazos con ella, llamando a su mujer para que viniera a ayudarle:

«¡Mélina! ¡Eh! ¡Mélina!»

Como se apoyaba en la hoja para no caerse, ésta cedió, se abrió, y Jérémie, perdiendo apoyo, entró en su casa rodando, fue a caer de narices en el centro de su hogar, y sintió que cosa pesada pasaba sobre su cuerpo, y después huía en la noche.

No se movía, pasmado de miedo, enloquecido, con terror al diablo, a los aparecidos, a todas las cosas misteriosas de las tinieblas, y esperó un buen rato sin atreverse a hacer un movimiento. Pero cuando vio que nada se movía ya, recobró un poco de razón, la razón enturbiada del borrachín.

Se sentó, muy despacito. Esperó todavía un rato, y, dándose por fin ánimos, pronunció:

«¡Mélina!»

Su mujer no respondió.

Entonces, de repente, una duda cruzó por su cerebro nublado, una duda indecisa, una vaga sospecha. No se movía; permanecía allí, sentado en el suelo, en la oscuridad, buscando sus ideas, aferrándose a reflexiones tan incompletas y bamboleantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

«Dime quién era, Mélina. Dime quién era. No te haré nada.»

Esperó. Ninguna voz se alzó en las sombras. Ahora razonaba en voz alta.

«Estoy bebido, claro, ¡estoy bebido! El me hizo beber así, ese desgraciao; fue él, pa que no volviera. ¡Estoy bebido!»

Y proseguía:

«Dime quién era, Mélina, o voy a hacer una barbaridad.»

Tras haber esperado de nuevo, continuaba, con una lógica lenta y porfiada, de borracho:

«Como que él me entretuvo en casa de ese gandul de Paumelle; y las otras noches, lo mismo, pa que no volviese. Es vuestro cómplice. ¡Ah!, ¡qué mamón!»

Lentamente se puso de rodillas. Una cólera sorda lo asaltaba, mezclándose con la fermentación de las bebidas.

Repitió:

«Dime quién era, Mélina, o te voy a zurrar, ¡te aviso!»

Ahora estaba de pie, estremeciéndose con una cólera fulminante, como si el alcohol que tenía en el cuerpo se hubiera encendido en sus venas. Dio un paso, tropezó con una silla, la agarró, siguió andando, encontró la cama, la palpó y sintió en su interior el cuerpo cálido de su mujer.

Entonces, enloquecido de rabia, gruñó:

«¡Ah! ¡Estabas ahí, puerca, y no contestabas!»

Y levantando la silla que sostenía en su robusto brazo de marino, la dejó caer ante sí con exasperada furia. Un grito brotó de la cama; un grito enloquecido, desgarrador. Entonces empezó a golpear como un batidor de lana. Y pronto, nada se movió ya. La silla volaba hecha pedazos; pero le quedaba una pata en la mano, y él seguía golpeando, jadeante.

Después de repente se detuvo, para preguntar:

«¿Me dirás ahora quién era?»

Mélina no respondió.

Entonces, roto de cansancio, embrutecido por su violencia, volvió a sentarse en el suelo, se estiro y se durmió.

Cuando se hizo de día, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vio a Jérémie que roncaba en el suelo, donde yacían los restos de una silla y en la cama, una papilla de carne y de sangre.

*Le Gaulois, 20 abril de 1884*

## *En el bosque*

---

*Au bois*

El alcalde iba a sentarse a la mesa para almorzar cuando lo avisaron de que el guarda rural lo esperaba en el Ayuntamiento con dos presos.

Se dirigió allá de inmediato, y divisó en efecto a su guarda rural, el tío Hochedur, de pie y vigilando con aire severo a una pareja de maduros burgueses.

El hombre, un tipo gordo, de nariz roja y pelo blanco, parecía abrumado; mientras que la mujer, una abuelita endomingada, muy rechoncha, muy gorda, de mejillas brillantes, miraba con ojos de desafío al agente de la autoridad que los había cautivado.

El alcalde preguntó:

"¿Qué pasa, tío Hochedur?"

El guarda rural hizo su declaración.

Había salido por la mañana, a la hora de costumbre, para realizar su ronda por los bosques de Champioux hasta el límite de Argenteuil. No había observado nada insólito en la campiña, salvo que hacía buen tiempo y que los trigos iban bien, cuando el hijo de los Bredel, que binaba su viña, le había gritado:

"¡Eh, tío Hochedur!, vaya a ver en la linde del bosque, en el primer bosquecillo, encontrará un par de pichones que muy bien pueden tener ciento treinta años entre los dos."

Había salido en la dirección indicada; había entrado en la espesura y había oído palabras y suspiros que le hicieron suponer un flagrante delito de malas costumbres.

Así, pues, avanzando a gatas como para sorprender a un furtivo, había apresado a la presente pareja en el momento en que se abandonaba a sus instintos.

El alcalde examinó estupefacto a los culpables. El hombre contaba unos sesenta años y la mujer por lo menos cincuenta y cinco.

Se puso a interrogarlos, empezando por el varón, que respondía con una voz tan débil que apenas se le oía.

"¿Su nombre?"

—Nicolás Beaurain.

—¿Profesión?"

—Mercero, calle de los Mártires, en París.

—¿Qué hacía usted en ese bosque?"

El mercero permaneció mudo, los ojos bajos sobre su grueso vientre, las manos pegadas a los muslos.

El alcalde prosiguió:

"¿Niega usted lo que afirma el agente de la autoridad municipal?"

—No, señor.

—Entonces, ¿confiesa?"

—Sí, señor.

—¿Qué tiene que alegar en su defensa?"

—Nada, señor.

—¿Dónde encontró usted a su cómplice?"

—Es mi mujer, señor.

—¿Su mujer?"

—Sí, señor.

—Entonces..., entonces..., ¿no viven ustedes juntos... en París?"

—Perdón, señor, ¡vivimos juntos!

—Pero... entonces... está usted loco, loco de remate, mi querido señor, al venir a que lo pesquen así, en pleno campo, a las diez de la mañana."

El mercero parecía a punto de llorar de vergüenza.

Murmuró:

"¡Es ella la que quiso! Yo le decía que era una estupidez. Pero cuando a una mujer se le mete algo en la cabeza..., ya sabe usted..., no hay manera... "

El alcalde, a quien le gustaban las bromas picantes, sonrió y replicó:

"En su caso, parece que ocurrió lo contrario. No estarían ustedes aquí si sólo se le hubiera metido algo en la cabeza."

Entonces el señor Beaurain, encolerizado, se volvió hacia su mujer:

"¿Ves adónde hemos llegado con tu poesía? ¿Eh? ¡Estamos frescos! Nos llevarán a los tribunales, ahora, a nuestra edad, ¡por atentado contra las buenas costumbres! ¡Y tendremos que cerrar la tienda, perder la clientela y cambiar de barrio! ¡Estamos frescos! "

La señora Beaurain se levantó y, sin mirar a su marido, se explicó sin cortedad, sin vanos pudores, casi sin vacilar.

"¡Dios mio!, señor alcalde, ya sé que somos ridículos. ¿Me permite usted defender mi causa como un abogado o mejor dicho, como una pobre mujer? Espero que accederá a dejarnos volver a casa, y a evitarnos la vergüenza de un proceso.

"En tiempos, cuando yo era joven, conocí al señor Beaurain en este pueblo, un domingo. El estaba empleado en una mercería; yo era dependienta de un almacén de confección. Lo recuerdo como si fuera ayer. Yo venía a pasar aquí los domingos, de vez en cuando, con una amiga, Rose Levéque, con quien vivía en la calle Pigalle. Rose tenía un amiguito, yo no. Eso era lo que nos traía por aquí. Un sábado, él me anunció, riendo, que vendría con un camarada al día siguiente. Comprendí perfectamente lo que quería; pero respondí que era inútil. Yo era muy formal, caballero.

"Conque al día siguiente nos encontramos con el señor Beaurain en el ferrocarril. Tenía buen tipo en aquella época. Pero yo estaba decidida a no ceder, y no cedí.

"Llegamos a Bezons. Hacía un tiempo magnífico, de esos días que hacen cosquillas en el corazón. Yo, cuando hace bueno, lo mismo ahora que entonces, entontezco, y cuando estoy en el campo pierdo la cabeza. El verdor, los pájaros que cantan, los trigos que se agitan con el viento, las golondrinas que vuelan tan rápido, el olor de la hierba, las amapolas, las margaritas, ¡todo eso me vuelve loca! ¡Es como el champán cuando una no está acostumbrada!

"Así, pues, hacía un tiempo magnífico, y suave, y claro, que se metía en el cuerpo por los ojos al mirar y por la boca al respirar. ¡Rose y Simon se besaban a cada momento! Me daba no sé qué verlos. El señor Beaurain y yo caminábamos tras ellos, sin hablar. Cuando uno no se conoce, no se le ocurre nada que decir. Tenía una pinta tímida, el chico, y me gustaba verlo cohibido. Llegamos al bosquecillo. Estaba fresco como un baño, y todo el mundo se sentó en la hierba. Rose y su amigo me gastaban bromas sobre mi aspecto serio; ya comprenderá usted que yo no podía ser de otra manera. Y después volvieron a besarse sin importarles que estuviéramos allí; y después se hablaron en voz baja; y después se levantaron y se metieron entre el follaje sin decir nada. Imagínese el papel tan bobo que yo hacía, frente a aquel mozo a quien veía por primera vez. Me sentí tan confusa al verlos marcharse así que me infundieron valor; y me puse a hablar. Le pregunté qué hacía; era dependiente de una mercería, como le he dicho hace un rato. Charlamos, pues, unos instantes; eso lo envalentonó, y quiso tomarse unas libertades, pero lo puse en su lugar, estuve inflexible. ¿No es cierto, señor Beaurain?"



El señor Beaurain, que se miraba los pies confuso, no respondió.

Ella prosiguió: "Entonces el chico comprendió que yo era formal, y empezó a cortejarme amablemente, como un hombre de bien. A partir de ese día regresó todos los domingos. ¡Estaba muy enamorado de mí, caballero! ¡Y yo también lo quería mucho, pero mucho! Era un guapo mozo, en tiempos.

"En resumen, se casó conmigo en septiembre y pusimos un comercio en la calle de los Mártires...

"Fue muy duro durante años, caballero. Los negocios no marchaban; y no podíamos permitirnos partidas de campo. Y, además, habíamos perdido la costumbre. Uno tiene otras cosas en la cabeza; en el comercio, uno piensa más en la caja que en los requiebros. Envejecíamos, poco a poco, sin darnos cuenta, como gente tranquila que no piensa ya en el amor. No se añora nada mientras uno no percibe que eso le falta.

"Y después, caballero, los negocios fueron mejorando, ¡y ya no tuvimos que preocuparnos por el futuro! Entonces, fíjese, no sé muy bien lo que ocurrió en mí interior, no, de veras, ¡no lo sé!

"El caso es que volví a soñar como una colegiala. La visión de los carritos de flores que pasan por la calle me daba ganas de llorar. El olor de las violetas venía a mi encuentro en mi sillón, detrás de la caja, ¡y hacía latir mi corazón! Entonces me levantaba y me acercaba al umbral de la puerta para mirar el azul del cielo entre los tejados. Cuando se mira el cielo en una calle, parece un río, un largo río que desciende sobre París retorciéndose; y las golondrinas pasan por él como peces. ¡Son de lo más idiotas, esas cosas, a mi edad! ¿Qué quiere usted, señor? Cuando una ha trabajado toda su vida, y llega un momento en que se da cuenta de que habría podido hacer otra cosa, entonces la echa de menos, ¡oh, sí! , la echa de menos. Imagínese que, durante veinte años, yo habría podido ir a coger besos en los bosques, como las otras, como las otras mujeres. ¡Pensaba en lo hermoso que es estar acostada bajo el follaje amando a alguien! ¡Y soñaba con eso todos los días, todas las noches! Soñaba con claros de luna sobre el agua hasta que me entraban ganas de ahogarme.

"No me atrevía a hablarle de eso al señor Beaurain al principio. Sabía perfectamente que se burlaría de mí y me mandaría a vender mis hilos y mis agujas. Y además, a decir verdad, el señor Beaurain ya no me decía gran cosa; pero al mirarme al espejo comprendía también que tampoco yo decía nada a nadie.

"Conque me decidí, y le propuse una partida de campo en el pueblo donde nos habíamos conocido. Aceptó sin desconfianza, y llegamos aquí, esta mañana, a las nueve.

"Me sentí muy trastornada cuando entré en los trigales. ¡El corazón de las mujeres no envejece! Y, de veras, ya no veía a mi marido como es, ¡sino como era entonces! Se lo juro, caballero. De verdad de las buenas, estaba embriagada. Empecé a besarlo; él se quedó más extrañado que si lo hubiera querido asesinar. Me repetía: "Pero estás loca. Pero estás loca esta mañana. ¿Qué es lo que te ha dado?..." Yo no lo escuchaba, sólo escuchaba a mi corazón. Y le hice entrar en el bosque... ¡Y ahí tiene! ..., he dicho la verdad, señor alcalde, toda la verdad."

El alcalde era un hombre de ingenio. Se levantó, sonrió y dijo: "Váyase en paz, señora, y no peque mas... bajo el follaje."

*Gil Blas, 22 de junio de 1886*

# *Broma normanda*

---

*Farce normande*

*A A. de Joinville*

El cortejo avanzaba por un camino profundo, sombreado por árboles corpulentos que crecían en las escarpas de las granjas. Iban delante los recién casados; luego, los parientes; después, los invitados; detrás, los pobres del pueblo; los chiquillos, que rondaban como moscas, cruzaban por entre las parejas y se encaramaban a las ramas para ver mejor.

El novio era Juan Patu, un buen mozo y el granjero más rico del pueblo. Pero era, por encima de todo, un cazador frenético; en tratándose de cazar perdía la cabeza y tiraba el dinero en perros, guardas, hurones y escopetas.

La novia, Rosalía Roussel, había sido muy solicitada por todos los mozos de los alrededores, porque la encontraban bien parecida y sabían, además, que llevaba buena dote; pero ella se había decidido por Patu, quizá porque le gustase más que los otros y quizá también porque tenía la bolsa más repleta, y ella era una normanda calculadora.

Cuando abrieron la puerta de la empalizada de la granja que les pertenecía, estallaron cuarenta disparos, sin que se viese a los tiradores, que estaban ocultos en las zanjas. Al oír semejante estrépito, se apoderó de los hombres una alegría palurda y empezaron a saltar desmañadamente con sus ropas de día de fiesta; Patu, que vio detrás de un árbol a un criado con una escopeta, saltó sobre él, se la quitó, hizo un disparo y se puso a dar saltos como un potro.

Después reanudaron la marcha, pasando por debajo de los manzanos, Cargados ya de fruto; por los prados, ya crecidos; entre los novillos que miraban con sus ojos abultados, se levantaban del suelo y alargaban el testuz hacia el cortejo de boda.

Conforme se acercaba la hora de la comida, los hombres se volvían serios. Unos, los ricos, lucían altos sombreros lustrosos de seda, que desentonaban un poco en aquel sitio; otros llevaban antiguos artefactos de largo pelo que parecían de piel de topo; la gente más modesta se cubría con gorras.

Todas las mujeres lucían sobre la espalda manteletas sueltas, cuyos dos extremos llevaban recogidos en el brazo con mucha afectación. Eran rojas, llamativas, brillantes aquellas manteletas; las gallinas negras parecían contemplarlas desde el estercolero con asombro; los patos, desde la orilla de la charca, y las palomas, desde los tejados de bálago.

El verde del campo, el color verde de la hierba y de los árboles parecía aún más verde, apareado a aquel rojo de fuego, y el sol del mediodía daba brillantez enceguedora a los dos colores yuxtapuestos. La gran casa de labor parecía estar esperando al final de aquella bóveda de manzanos. De la puerta y de las ventanas abiertas salía una especie de vaho, y el extenso edificio exhalaba por todos sus huecos y hasta de los muros mismos un espeso olor de comida preparada.

El cortejo de invitados se estiró por el patio como una serpiente. Los que iban en cabeza rompían filas al entrar en la casa, y todavía seguían llegando más por la puerta de la empalizada exterior. La chiquillería se apiñaba en las zanjas, con la pobre gente curiosa; los disparos no cesaban: partían de todos lados al mismo tiempo, llenando la atmósfera de humo de pólvora y de su olor característico, que emborracha como el ajenjo.

Las mujeres se sacudían el polvo de la ropa delante de la puerta, soltaban los oriflamos con que se sujetaban el sombrero, se quitaban de encima las manteletas, colocándose las en el brazo, y entraban en la casa para desembarazarse definitivamente de tales atavíos.

Habían puesto la mesa en la cocina grande, capaz para un centenar de personas.

Tomaron asiento a las dos de la tarde; a las ocho seguían comiendo todavía. Los hombres, con la cintura desabrochada en mangas de camisa congestionados, engullían como simas. La sidra amarilla lanzaba destellos, alegre, límpida y bruñida, en los grandes vasos, junto al vino tinto, de subido color de sangre.

Entre plato y plato se hacía un paréntesis o, como dicen en Normandía, un agujero, echándose al cuerpo un vaso de aguardiente que encendía el estómago y enloquecía las cabezas.

A cada rato, uno cualquiera de los comensales que estaba a punto de estallar, se perdía entre los árboles próximos a la casa, se aliviaba de su peso y volvía a la mesa como si no hubiera comido todavía.

Ellas, en cambio, no se movían de la mesa por pudor, aunque tenían las caras de color escarlata y no cabían dentro de sus corpiños, que parecían globos en tensión, cortadas en dos por el corsé, hinchadas arriba e hinchadas abajo. Pero al ver que una, incapaz de aguantar, salió de la Cocina, siguieron todas su ejemplo. Regresaban a la mesa más alegres y dispuestas a la risa. Empezaron entonces las bromas pesadas.

De todos los lados de la mesa se disparaban verdaderas andanadas de obscenidades, todas a propósito de la noche de bodas. El ingenio campesino agotó por completo su arsenal. Eran dicharachos picarescos centenarios, que salían siempre a relucir en ocasiones parecidas, y aunque se los sabían todas de memoria, no por eso dejaban de surtir efecto, arrancando carcajadas estrepitosas a la doble hilera de convidados.

A un extremo de la mesa, cuatro mozos de la vecindad tramaban bromas pesadas a costa de los novios, y, a juzgar por sus cuchicheos y pataleos de regocijo, les preparaban una sonada.

Aprovechando un momento de calma, gritó uno de los cuatro:

—Los que la van a gozar en grande esta noche con la luna que hay son los cazadores furtivos... Oye, Juan, no serás tú quien esté al acecho en una noche como ésta, ¿verdad?

El novio se volvió con brusquedad:

—¡Que se atrevan a venir por aquí!

El otro rompió a reír:

—Y aunque vengan, ¿qué? ¿Vas a dejar tu tarea por ellos?

Corrió por toda la mesa un reguero de alegría estrepitosa. Retembló el suelo, tintinearón los vasos.

Pero el pensamiento de que los cazadores furtivos se aprovecharan de su boda para cazar en sus posesiones, sacó de quicio al novio:

—Yo no te digo más que esto ¡Que se atrevan a venir!

Llovió sobre él una granizada de frases picarescas de doble sentido, que obligaron a la novia a sonrojarse un poco, sacándola de la emoción temblorosa de la espera.

\*\*\*

Y después de haber consumido barriles enteros de aguardiente, se desperdigó la concurrencia en busca de su casa y de su cama. Los recién casados entraron en su habitación, situada en la planta baja, como lo están todas en las granjas; y como hacía un poco de calor, abrieron la ventana y cerraron las persianas. Sobre la cómoda ardía una lamparilla de mal gusto, regalo del padre de la desposada; la cama esperaba ya a la

nueva pareja, que no gastaba en su primer abrazo tantos melindres como los habitantes de la ciudad.

La joven esposa se había desembarazado ya de los adornos de la cabeza y del vestido, quedando en enaguas, y se aflojaba los zapatos; Juan la miraba de reojo, acabando de fumar un cigarro.

En el brillo de los ojos del novio había más de sensualidad que de ternura; más que amor expresaban deseo; de pronto, con un brusco arranque de hombre que se dispone a la tarea, se quitó la chaqueta.

Ella se había quitado ya los zapatos y procedía a hacer lo mismo con las medias; luego, acostumbrada a tutearlo desde que eran pequeños, le dijo:

—Escóndete un momento detrás de las cortinas, mientras me meto en la cama.

El hizo como que se resistía, pero acabó dirigiéndose al escondite con expresión astuta, y se ocultó, dejando fuera la cabeza. Ella se reía, pugnaba por tapanle los ojos, en un jugueteo de alegres enamorados, desprovistos de falsos pudores y cortedades.

Acabó él por ceder, y ella se soltó en un abrir y cerrar de ojos la enagua interior, que se deslizó por sus piernas y cayó a sus pies, plegándose en círculo en torno suyo. Se quedó solamente con la camisa, y, pisando la enagua, se deslizó en la cama, haciendo chirriar los muelles con su peso.

Se acercó él entonces, descalzo, en pantalones, y se inclinó sobre su mujer, buscando sus labios, que ella ocultaba en la almohada. Se oyó en aquel momento un tiro de escopeta, que a él le pareció que venía de hacia el bosque de Rapées.

Se incorporé, inquieto, con una punzada en el corazón, corrió a la ventana y miró.

La luna llena bañaba el patio con luz amarillenta. Las ramas de los manzanos proyectaban en su pie manchas oscuras; el campo, cubierto de mieses maduras, brillaba en toda su extensión.

Juan, que había echado el cuerpo hacia afuera, al acecho de todos los ruidos de la noche, sintió que dos brazos desnudos le rodeaban el cuello; era su mujer que, esforzándose por retirarlo de la ventana, le susurraba:

—Déjalos, ¿qué importa eso? Ven.

Se dio vuelta, le echó las manos, la estrechó contra sí, palpándola por debajo de la delgada tela, la levantó en sus robustos brazos y fue con ella hacia la cama.

En el instante mismo en que la colocaba en la cama, que cedió bajo el peso, resonó una nueva detonación, ésta más cercana.

Juan, entonces, presa de un violento acceso de ira, lanzó un juramento:

—¡Dios de Dios! ¿Se habrán creído que no voy a salir por causa tuya?... ¡Ahora veréis!

Se calzó, descolgó la escopeta, que tenía siempre al alcance de su mano y aunque su mujer se había echado a sus pies, suplicándole llorosa que no saliese, la apartó enérgicamente, y saltó de la ventana al patio.

Ella se quedó esperándole, y pasó una hora, y pasaron dos, y llegó la mañana. Su marido no volvió. Fuera ya de sí, llamó a la gente, contó la indignación de Juan y cómo había salido en persecución de los cazadores furtivos.

Todo el mundo: criados, carreteros, zagalones, salieron en busca del amo.

Dieron con él a dos leguas de la casa de labor, atado a un árbol de los pies a la cabeza, medio muerto de ira, con la escopeta doblada, el pantalón con la bragueta atrás, tres liebres muertas colgadas del cuello y un letrero en el pecho que decía: "Quién va de caza, pierde su plaza."

Andando el tiempo, y cuando relataba esta aventura de su noche de bodas, solía agregar:

—Como broma, reconozco que no estuvo mal pensada. Me cazaron del cuello como a un gazapo, los muy cochinos, y me taparon la cabeza con un saco... Pero si caen en mis manos algún día ¡me la van a pagar!

Así se divierten, los días de boda, en el país normando.

*Gil Blas, 8 de agosto de 1882*

# ***El bromazo (Memorias de un guasón)***

---

*La farce (Mémoires d'un farceur)*

Alcanzamos una época en la cual tienen los guasones apariencias fúnebres y se llaman políticos.

Ya no se usa entre nosotros la verdadera guasa, la guasa fina, la guasa retozona y alegre de nuestros padres.

Y, sin embargo, ¿sabéis de algo en el mundo más divertido, más picaresco, más ingenioso, que una buena guasa?

No hay cosa tan entretenida y alegre como chasquear a los crédulos, mofarse de los bobalicones, engañar a los maliciosos, preparar contra los astutos lazos ofensivos y risibles. ¿Hay algo más delicioso que burlar a las personas de talento, hasta obligarlas a reír de su propia simpleza, o bien, cuando se disgustan, vengarse de su tirantez con una guasa nueva?

¡Oh! He dado muchos bromazos, muchos, muchos, en esta vida. Y no son pocos los que recibí, ¡caracoles! ¡Me los dieron buenos! Yo he dado algunos despampanantes y terribles. Una de mis víctimas —la más desdichada— murió de resultas de uno de ellos.

No fue para nadie una pérdida sensible. Con el tiempo y en ocasión oportuna, lo contaré: pero sería difícil ahora, teniendo que usar muchas reticencias, porque se trata de un bromazo bastantee sucio, bastante indecoroso. Tuvo lugar en un villorrio, a poca distancia de París. Los que fueron testigos de aquel suceso trágico, lloran aun... de risa. ¡Cómo cada vez que lo recuerdan, a pesar de haberse muerto la víctima del chasco! ¡Paz a su alma!

Hoy referiré dos bromazos. El último que me han dado y el primero que di.

Empecemos por el que me hace menos gracia: el que me dieron. Tal vez mi condición de paciente no me permita apreciar todo su chiste.

\*\*\*

Fui un otoño a cazar con unos amigos, en sus posesiones de Picardía. Eran muy guasones, casi es ocioso advertirlo siquiera; no me gusta el trato de otras gentes.

Cuando llegué, me hicieron un recibimiento magnífico; tanto agasajo me dio mala espina. Hubo salvas, aclamaciones, zalamerías; me lisonjeaban, como si todo lo esperasen de mí..., como si fueran a divertirse mucho conmigo. Yo me dije al punto: "Cuidado, viejo lagartón; estos malditos preparan algún bromazo de los buenos."

Durante la comida, reinó el júbilo en la mesa. Todo fue alegría y algazara. No viendo motivo para tanto, reflexioné: "Sin duda, lo que piensan los divierte mucho, y les rebosa la satisfacción. Aquí hay algo que se me oculta y que, naturalmente, se fragua contra mí. Cuidado, mucho cuidado."

Durante la velada, todos rieron bárbaramente. Me dio en la nariz que ya estaba dispuesto un bromazo muy gordo; lo sentía como si lo respirase, como si lo viera flotar en el aire, como los perros olisquean la caza.

Pero ¿qué? Yo estaba prevenido ya, dispuesto a defenderme. No dejaba escapar ni una frase, ni una intención, ni un gesto. Hasta los ademanes. de los criados me preocupaban; todo me parecía sospechoso.

Llegó la hora de acostarse y me acompañaron a mi alcoba en procesión. ¿Por qué? Desde la puerta me dieron las buenas noches a gritos. Entré, cerré y quedé inmóvil, con la bujía en la mano, alerta.

Oí risas apagadas y murmullos en el pasillo. Se quedaban, sin duda, en acecho. Inspeccioné las paredes, los muebles, el techo, las colgaduras, el piso. Mas no advertí nada sospechoso. Andaban junto a mi puerta. Seguramente se acercaron a mirar por el ojo de la cerradura.

De pronto se me ocurrió: "Puede apagárseme la vela, y si me quedo a oscuras..." Entonces encendí todas las bujías de los candelabros que había sobre la chimenea. Luego volví a mirar en torno mío, sin descubrir nada.

Con mucha calma recorrí todo el aposento. Nada. Observé minuciosamente uno por uno todos los objetos. Nada. Me acerqué a los postigos, de tabla gruesa, estaban abiertos. Los cerré asegurándome; corrí los cortinajes, unos enormes cortinajes de terciopelo, y los sujeté con una silla pesada para estar seguro de que por allí no me sorprenderían.

Entonces me senté, con desconfianza. El sillón era bastante fuerte.

No me atreví a acostarme. Avanzaba la noche y acabé por sentirme ridículo. Si me acechaban, como, supuse, ya empezarían a reírse de mi temor, aguardando el éxito de la burla dispuesta, muy satisfechos.

Resolví acostarme. Pero la cama era el mueble que me gozaba de confianza me ofrecía. Di unos tirones a las colgaduras; resistieron; estaban fuertes. Y, sin embargo, en la cama debía de estar el peligro.

Tal vez me despertarían con una ducha helada, o bien así que me hubiese acostado. se hundiría el suelo, arrastrándome y poniéndome a disposición de los guasones en el piso de abajo. Repasé todos los recuerdos que guardaba en la memoria de solemnes bromazos. Yo hubiera querido librarme a toda costa de que me dieran uno.

—¡Ah! Lo procuraría por todos los medios imaginables.

De pronto, discurrí una precaución que me pareció muy oportuna. Cogí cuidadosamente los colchones y la ropa de la cama, colocándolos en el centro de la estancia, frente a la puerta. Después apagué todas las bujías, y, a tientas, me acosté, arropándome lo mejor que pude.

Aún seguí por lo menos una hora desvelado, inquieto, estremeciéndome al menor ruido. Sin duda ya dormían todos tranquilamente. Y me dormí.

Debió de ser largo y profundo mi sueño; pero de pronto me desperté sobresaltado, sintiendo que se desplomaba un cuerpo sobre mí.

Al instante recibí en el rostro, en el cuello, en el pecho, un liquido abrasador que me hizo gritar dolorosamente, y un estruendo espantoso, como el de toda una vajilla que rodara por una escalera, ensordeció mis oídos.

La masa inerte y silenciosa que había caído sobre mi cuerpo, me sofocaba. Tendí las manos para reconocer la naturaleza de aquel objeto, y encontré una cabeza, una nariz, unas patillas. Entonces di un puñetazo con toda mi fuerza en aquella cara, y recibí al punto una lluvia de arañazos que me hicieron saltar precipitadamente, huyendo en camisa, lanzándome al pasillo por la puerta que había abierto ya.

— ¡Oh estupor! Estaba muy avanzado el día. Todos acudieron a mis gritos, viendo en el suelo de mi alcoba, despavorido, a un ayuda de cámara.

Había entrado completamente a oscuras, llevándome un servicio de té, y tropezó en los colchones, cayendo sobre mi vientre y abrasándome, bien a su pesar, con mi desayuno.

Las precauciones tomadas, cerrando herméticamente maderas y colgaduras y acostándome, además, en el suelo, eran la causa única del bromazo.

¡Apenas dio que reír aquel día!

\*\*\*

La otra burla que me propongo referir, data de mi primera juventud.

Tenía yo quince años y pasaba las vacaciones con mis padres. El suceso también se desarrolla en un castillo, y en Picardía también.

Con frecuencia nos visitaba una señora de Amiéns, una vieja insoportable, antipática, entrometida, chismosa, colérica, rencorosa y malintencionada. La tomé conmigo —yo no sé por qué— y no cesaba de urdir embrollos y de presentar quejas contra mí, dando siempre una torcida interpretación a mis palabras más sencillas y a mis acciones más insignificantes. ¡Oh! ¡La vieja arpía!

Se llamaba señora Dufour, lucía una peluca del más hermoso y brillante color negro —aun cuando tuviera muy cumplidos los sesenta— y se tocaba con pequeñas cofias ridículas, adornadas con cintas de color de rosa. Todos la respetaban, porque tenía mucho dinero; pero yo la odiaba de todo corazón y resolví tomar venganza de los agravios que me hacía constantemente con su desleal y abusivo proceder.

Acababa yo de aprobar el penúltimo curso del bachillerato, y estudiando Química me había chocado muy singularmente, por sus propiedades raras, un cuerpo llamado fosforo de calcio, el cual, arrojado en una vasija llena de agua, se inflama, crepita, se dispara describiendo círculos y desprende coronas de vapor blanco de un olor infecto.

Yo había reunido —tomándola a hurtadillas, naturalmente, para divertirme durante las vacaciones— una buena cantidad de aquel producto, semejante a simple vista, por hallarse cristalizado, al azúcar piedra.

Tenía yo un primo de mi edad; le comuniqué misteriosamente mi proyecto y se asustó de mi audacia; pero su asombro no me hizo desistir.

Y una noche, mientras toda la familia se hallaba reunida en el salón conversando, me escurrí precipitada, y sigilosamente hasta el aposento en donde hospedábamos a la señora Dufour, y cogí —perdón, señoras— un receptáculo de forma redonda que se oculta generalmente a poca distancia de la cabecera de la cama por si necesitamos servinos de él a media noche. Me cercioré de que se hallaba completamente seco y esparcí en su fondo un puñado, una cantidad bastante considerable de fosforo de calcio.

Luego, subí a ocultarme en un desván, aguardando el momento. Pronto un rumor de pasos y de voces, me anunció que subían a las alcobas. Después la casa quedó en silencio, y entonces, con los pies descalzos, bajé sin hacer el más pequeño ruido, conteniendo la respiración hasta colocarme junto a la puerta de mi enemiga y enfilar una mirada por el ojo de la cerradura.

La señora Dufour preparaba cuidadosamente su tocado nocturno. Luego fue despojándose una por una de todas las prendas de vestir, y se puso un peinador blanco, muy tenue, que dibujaba sus descarnadas formas, adhiriéndose a su osamenta como el propio pellejo. Cogió un vaso, lo llenó de agua, se hundió luego en la boca una mano — como si hubiera querido arrancarse la lengua—, y sacó un objeto semicircular blanco y sonrosado que sumergió al momento en el agua. Sentí un escalofrío de miedo, como si acabara de presenciar un misterio vergonzoso, repugnante y terrible.

Aquello era una dentadura postiza.

Inmediatamente, quitándose la peluca, negra como el azabache, mostró una cabeza pelada, un cráneo pequeño donde aparecían desperdigados algunos pelos blanquecinos. Era tan cómico aquel espectáculo, que me fue difícil contenerme y no soltar la carcajada. Por fin, rezó sus oraciones de rodillas. Se levantó, agarró el instrumento de mi venganza y lo dejó en el suelo, tomando posiciones en él, agachada, cubriéndolo enteramente con el peinador.

Aguardé, ansioso; mi corazón palpitaba. La señora Dufour se mostraba tranquila, satisfecha, dichosa. Yo también me sentía dichoso acechando. La venganza es muy sabrosa.



Oí al pronto un ligero murmullo, una tenue crepitación: luego una serie de ruidosas detonaciones, como lejanas descargas de fusilería. En un segundo, transformó el rostro de la señora Dufour un gesto espantoso; una emoción inexplicable la poseía.

Cerró los ojos, los abrió enormemente, volvió a cerrarlos y abrirlos, como si hubiera soñado; luego se levantó, irguiéndose con una soltura de que no la creí capaz, y se volvió para mirar el receptáculo...

Una materia blanca flotaba, crepitaba en él, girando sobre la superficie del dorado líquido, fosforescente, arrojando llamas y humo; un humo espeso que se retorció y elevaba como una columna salomónica; un humo asfixiante y misterioso, terrible como un sortilegio.

¿Qué debió de imaginar la infeliz? ¿Supuso que aquello era una burla infernal del mismísimo demonio? ¿Una enfermedad espantosa? ¿Creyó que aquel fuego salía de su vientre, que abrasaría sus entrañas, que la convertiría en una especie de volcán proyectándose al exterior continuamente, o la haría estallar como estalla un cañón cargado hasta la boca?

Se quedó en pie, inmóvil, enmudecida por el espanto, con los ojos clavados en aquel fenómeno incomprensible. Luego, de pronto, articuló un grito agudo, penetrante, y cayó al suelo desmayada, inerte.

Huí; llegué a mi alcoba, me metí y me arropé bien en la cama; cerré los ojos con fuerza como para convencerme de que dormía, de que yo no tuve culpa, de que no hice nada malo, de que no salí al pasillo siquiera.

Sin querer, pensaba:

"Se ha muerto! ¡Se ha muerto! ¡La he matado! ¡Se ha muerto del susto!"

Y aguzando el oído, atento, ansiosamente, deseaba percibir todos los rumores de la casa.

Iban y venían, hablaban; me pareció que reían, y, al cabo, recibí una lluvia de azotes. No abrí los ojos, pero reconocí la mano de mi padre.

Al día siguiente, la señora Dufour apareció muy pálida, cadavérica, bebiendo agua sin cesar. Tal vez, a pesar de todas las razones aducidas por el médico para convencerla, insistía en apagar el incendio interior, el fuego que supuso encerrado en su vientre.

Desde aquel día, cuando se habla en presencia de la señora Dufour de alguna enfermedad, suspira hondamente, murmurando:

—¡Ah! ¡Si usted supiera, señora que hay enfermedades terribles y extrañas, si, muy extrañas!...

Pero nunca pasa de ahí su indicación.

*Gil Blas, 18 de diciembre de 1883*

## *El buhonero*

---

*Le colporteur*

Breves memorias, asuntos insignificantes, dramas humildes presenciados, adivinados, tal vez sospechados, para mi alma joven e ignorante aún, son como hilos que me arrastran poco a poco hacia el conocimiento de la desconsoladora verdad.

A cada instante, cuando vuelvo atrás la vista en mis largas divagaciones, aparecen, risueños o terribles, recuerdos aislados que revolotean a poca distancia de mí como los pájaros en los matorrales.

Caminaba yo en verano por la carretera que domina el hermoso lago Bourget, recreando los ojos en el agua tranquila y azul, de un azul abrigado con los últimos destellos del sol poniente. Al otro extremo de la inmensa llanura líquida, elevábanse las crestas de las montañas, y a los dos lados del camino, se extendían las viñas enlazadas en los árboles, como guirnaldas suspendidas para engalanar los campos, luciendo varios colores: verde, amarillo y rojo, con golpes negros de abundantes y maduros racimos.

Yo estaba solo en la carretera blanca y polvorosa. De pronto, entre los árboles del bosquecillo que limita el pueblo de Saint—Innocent, apareció un hombre abrumado por el peso de su carga y dirigiéndose hacia mí apoyado en un bastón; al verle de cerca, le supuse buhonero; y surgió en mí una memoria casi olvidada, un encuentro que tuve regresando a París desde Argenteuil, cierta noche, a los veinticinco años. Entonces me apasionaba solamente bogar en mi canoa. Tenía un cuarto alquilado a un posadero de Argenteuil, y cada tarde tomaba el tren de los oficinistas que avanzaba lentamente dejando en cada estación una muchedumbre de hombres poco ligeros porque no tienen costumbre de andar, con muchos paquetes en las manos y no pocas rodilleras en los pantalones. Aquel tren que me parecía oler a legajos y a expedientes viejos, me dejaba en Argenteuil, donde ya estaba dispuesta mi canoa. Remando, iba muy satisfecho a comer un día en Bezons, otro en Chatou; ya en Epinay o en Baint-Ouen. Luego regresaba tranquilamente, y dejando mi canoa, si era noche de luna solía volver a París a pie.

Cierta noche, sobre la carretera blanca, vi a un hombre. ¡Oh! No era cosa rara tropezar con esos miserables de los arrabales, que tanto pavor infunden a los burgueses de París. Aquel hombre avanzaba lentamente, abrumado por su carga.

Como yo andaba de prisa, le alcancé. Se detuvo al sentirme, y echándose a un lado, me dejó pasar. Luego dijo:

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches —le contesté.

—¿Va usted muy lejos? —me preguntó.

—A París.

—No tardará usted mucho en ir. Anda muy ligero. Mi fardo pesa mucho para permitirme ir tan de prisa. No puedo.

Acorté un poco el paso. ¿Por qué me daba conversación aquel hombre? ¿Qué llevaría en su fardo? Sospechas vagas de algún crimen excitaron mi curiosidad. Las gacetillas de los periódicos refieren tantos diariamente, haciendo siempre mención de aquellos lugares, que algunos deben de ser verdaderos. No se inventa de tal modo para satisfacer la curiosidad inagotable del suscriptor. Pero la voz de aquel hombre me parecía más temerosa que imponente, y su facha le acreditaba más de infeliz que de agresivo. Le pregunté:

—¿Va usted muy lejos?

—Más allá de Asnières; allí tengo mi casa.

Y saltando la cuneta, pasó del senderito por donde caminaban los peatones, buscando la sombra de los árboles, al centro de la carretera. Nos mirábamos el uno al otro con cierta desconfianza, empuñando cada cual su bastón. Cuando le vi más cerca no me dio cuidado alguno. También él se tranquilizó completamente, y me dijo:

—¿Le sería igual ir más despacio?

—¿Por qué?

—Porque no me gusta este camino de noche cuando llevo mercancías. Yendo los dos juntos, no es tan fácil que se atrevan.

Comprendí que hablaba con sinceridad y que tenía miedo. Acorté mis pasos, y a la una de la noche caminaba lentamente con mi desconocido compañero por la carretera.

Le pregunté:

—¿Cómo vuelve a esas horas habiendo peligro de que le roben sus mercancías?

Me contó su historia.

Tenía dispuesto no volver a su domicilio aquella noche, habiéndose llevado al salir de su casa objetos para tres días.

Pero presentándose bien las ventas y habiéndosele agotado algunas baratijas indispensables, se vio obligado a volver para cargar con ellas.

Me comunicó, muy satisfecho que se daba maña y convencía fácilmente a los compradores engolosinándolos con su charla, y dijo al acabar:

—En Asnières tengo una tienda y allí despacha la mujer.

—¡Ah! ¿Es usted casado?

—Hace quince meses: tengo una hermosa mujer. Y llegando noche le daré una sorpresa.

Me refirió su matrimonio. Quería mucho a su novia, pero no acababa de decidirse. Así estuvieron dos años. La mujer tenía de sus padres una tiendecilla donde vendía de todo: cintas, flores en verano, hebillas y muchos objetos, algunos de los cuales sólo se hallaban en su tienda por favor especial del fabricante. La conocían muchos en Asnières y la llamaban Celeste, porque gustaba mucho vestirse de claro. Sabía ganar dinero y era muy hacendosa. En aquellos días la encontraba enferma, tal vez a causa del primer embarazo, pero esto no era seguro. Su comercio producía bastante, y al ir de un pueblo a otro el buhonero, además de las mercancías para el público, llevaba muestras de géneros para los humildes tenderos que no estaban en relaciones directas con los fabricantes; así era también una especie de comisionista.

—Y ¿usted a qué se dedica? —me preguntó:

Me vi algo comprometido para contestarle; y le dije que tenía en Argenteuil una lancha de vela y dos canoas de regatas; que iba casa todas las tardes a hacer ejercicios de remo, y que volvía todas las noches a París, adonde me llamaba mi profesión; dándole a entender que mi profesión era bastante lucrativa.

El buhonero replicó:

—¡Caramba! Si yo tuviese dinero como usted, no me divertiría por estos caminos de noche y solo. No hay seguridad ninguna.

Como vi que me miraba de reojo, llegué a sospechar si sería un malhechor precavido, que no quería arriesgarse inútilmente. Pero me tranquilizo, diciendo:

—Si le fuese lo mismo andar menos aprisa... Este fardo pesa mucho.

Divisamos las primeras casas de Asnières.

—Ya casi estoy en casa —dijo—; no dormimos en la tienda. De noche la guarda un perro que vale por cuatro hombres. Como los alquileres en el centro de la población son crecidos, vivo en el arrabal. Usted me ha hecho favor muy grande, y quisiera que

aceptase un vaso de vino, despertaré a mi mujer para que nos lo sirva. Y después le acompañaré a usted hasta las puertas de Paris, porque sin llevar mercancías y empuñando mi garrote, no temo a nadie.

Se lo agradecí, excusándome, pero insistió; yo me defendía, pero él se obstinaba con tal sinceridad y tal expresión de agradecimiento, diciéndome contristado "que sin duda yo no me dignaba beber con un hombre como él", que me obligó a complacerle y le seguí hasta uno de esos caserones grandes y destartalados que forman los arrabales de los arrabales.

Todavía dudé; aquello me pareció un refugio de vagabundos, un cuartel general de ladrones y rateros. Me hizo pasar delante, empujando la puerta que no estaba cerrada, y cogiéndome por los hombros, en una oscuridad completa, me condujo hacia una escalera, que yo buscaba con los pies y las manos, temiendo caer en la boca de una cueva.

Cuando pusimos un pie en el primer escalón, me dijo:

—Vaya usted subiendo; es arriba del todo.

Registrando mis bolsillos, encontré una caja de fósforos, y encendiendo uno pude ver dónde pisaba. El buhonero me seguía sofocándose bajo su carga, y repitiendo:

—Es arriba, muy arriba.

Cuando estuvimos en el último descansillo, buscó la llave que llevaba atada a un ojal del chaleco, y abriendo la puerta me hizo entrar.

Vi las paredes blanqueadas, una mesa, un armario y seis sillas.

—Voy a despertar a mi mujer —dijo—; luego bajaré a la cueva para sacar vino. Aquí no lo podemos tener; hace mucho calor, y se agriaría.

Se acercó a una de las dos puertas, que lo eran sin duda de las alcobas y de la cocina, y llamó:

—¡Celeste! ¡Celeste!

Pero como Celeste no respondía, fue subiendo el tono:

—¡Celeste! ¡Celeste! ¡Celeste!

Nada. Y después de golpear fuertemente las maderas, gritó:

—Celeste, no te despertarás, ¡caramba!

Todo fue inútil. Aplicó el oído a la cerradura, y resignado, me dijo:

—¡Bah! La dejaremos dormir, puesto que duerme tan profundamente. Voy a buscar el vino; aguárdeme usted dos minutos.

Y salió a la escalera. Me senté para esperarle pacientemente.

Me pareció que hablaban bajo en la alcoba, que se removían sin hacer casi ruido.

—Diablo. ¿Me habrían dado una encerrona? ¿Por qué no había contestado Celeste a las llamadas de su marido? ¿Sería ésta una señal para decir a los cómplices "ya cayó uno en la ratonera; estad prevenidos"? Se removían sin duda; se acercaron a la puerta; recorrieron el cerrojo. Sentí un estremecimiento. Arrimándome a la pared, pensé: "Me defenderé como pueda", y cogiendo una silla me puse en guardia.

Se entreabrió la puerta de la alcoba y apareció primero una mano, luego una cabeza de hombre con sombrero de fieltro blando, y vi que dos ojos me miraban. Pero, tan rápidamente, que no pude hacer ni un movimiento de defensa. El individuo, el presunto malhechor, un joven robusto, descalzo, vestido con desorden, sin corbata y con los zapatos en la mano; un guapo mozo a fe mía, de buena facha, se abalanzó a la puerta de salida y desapareció en la escalera. Volví a sentarme, pues el asunto tomaba otro cariz bastante más agradable.

Aguardé al marido, que tardó en volver. Le oí subir la escalera y me dio risa pensar que se acercaba.

Entró con dos botellas, diciendo:

—¿Seguirá durmiendo todavía?

Comprendí que la mujer tenía el oído pegado a la puerta, y dije para tranquilizarla:

—No la he oído resollar.

La llamó de nuevo.

—¡Celeste! ¡Celeste! Pero ella ni respondió ni dio señales de vida. Entonces el pobre hombre, acercándose a mí dijo:

—No contesta, porque le disgusta que traiga de noche a un amigo a beber unas copas.

—¿Pero usted supone que no duerme?

—Seguro estoy de que no duerme.

Aquello le disgustaba; pero se resignó y dijo:

—Bebamos.

Comprendí que tenía intención de vaciar las dos botellas. Bebí un vaso y me levanté dispuesto a salir, con firme resolución. Trató de acompañarme, y mirando con una expresión dura, irritada en el fondo, hacia la puerta de su alcoba, dijo casi en tono de amenaza:

—Será preciso que abra después.

Le miré comprendiendo que aquel hombre bonachón iba enfureciéndose a pesar de ignorarlo todo; y que sentía tal vez un oscuro presentimiento de macho celoso que no gusta de hallar cerradas las puertas.

Me habló antes de su mujer con mucha ternura, y sin embargo, al quedar solo con ella era indudable que la pegaría una paliza.

Delante de mí volvió a golpear la puerta, gritando:

—¡Celeste!

Una voz soñolienta respondió:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿No me oíste venir y llamarte?

—No; déjame.

—Abre la puerta.

—Cuando no haya nadie contigo. Ya sabes que no me gusta que vengan de noche hombres a beber a casa.

Me fui, lanzándome a la escalera rápidamente, como el otro cuando huía; y hallándome ya cerca de Paris, reflexioné que acababa de presenciar en aquel tugurio una escena del eterno drama que se repite sin cesar todos los días bajo todas las formas en todos los mundos.

*(Desconocida), 1 de enero de 1900*

## *El burro*

---

*L'âne*

En la espesa niebla dormida encima del río no calaba el más leve soplo de aire. Parecía una nube de algodón mate posada sobre el agua. Ni siquiera se distinguían las orillas, envueltas en vapores de formas raras que tenían perfiles de montañas. Pero al empezar a alborear fue descubriéndose a la vista la colina. Al pie de la misma, a los nacientes resplandores de la aurora, fueron apareciendo poco a poco las grandes manchas blancas de las casas revocadas de yeso. Cantaban los gallos en los gallineros.

A lo lejos, en la otra orilla del río sepultada en la bruma, delante mismo de La Frette, ruidos ligeros turbaban de cuando en cuando el profundo silencio del cielo sin brisa. Se oía a veces un confuso palmoreo, como de una lancha que avanzase con cuidado; otras, un golpe seco, como de un remo que chocase en la borda, y otras, un ruido como de objeto blando que cayese al agua. Y de pronto, el silencio.

De cuando en cuando, unas palabras dichas en voz baja, sin que se pudiese precisar el sitio, quizá muy lejos, quizá muy cerca, perdidas en las brumas opacas, nacidas tal vez en la tierra, tal vez en el río, se deslizaban tímidas, pasaban como esos pájaros salvajes que han dormido entre los juncos y levantan el vuelo con las primeras claridades del día para seguir huyendo, para huir siempre; se los distingue un segundo, cuando atraviesan de parte a parte la bruma, lanzando un grito suave y tímido que despierta a sus hermanos a lo largo de las riberas.

De pronto, cerca de la orilla, al lado del pueblo, se perfiló sobre el agua una sombra, borrosa al principio, pero que fue agrandándose, dibujándose. Saliendo de la cortina nebulosa que envolvía el río, una embarcación de fondo plano, tripulada por dos hombres, atracó en la orilla cubierta de hierba.

El que iba remando se levantó y cogió del centro de la embarcación un cubo lleno de peces, echándose luego a la espalda el esparavel, que todavía chorreaba agua. El compañero suyo, que no se había movido, le indicó:

—Tráete tu fusil; vamos a darle a algún conejo por la orilla del río. ¿Qué te parece, Mailloche?

El otro le contestó:

—Conforme. Espérame, que vuelvo ahora mismo.

Se alejó para poner a buen recaudo su presa.

El que quedó en la barca atacó muy despacio su pipa y la encendió.

Su apellido era Labouise, pero lo llamaban Tocón; estaba asociado con su compañero Maillochón, vulgarmente conocido por Mailloche, para ejercer el oficio, turbio y genérico, de rebuscadores de río.

Marineros de baja estofa, sólo navegaban con regularidad en los meses de escasez. El resto del año rebuscaban. Merodeaban de día y de noche por el río, al acecho de cualquier clase de presa, viva o muerta; eran pescadores furtivos, cazadores nocturnos, piratas de albañal, al acecho unas veces de los corzos del bosque de Saint-Germain, y a la caza otras de algún ahogado cuyo cadáver se deslizaba entre dos aguas, para despojarlo de lo que llevase en los bolsillos; recogían harapos flotantes, botellas vacías que van a la deriva con el gollete fuera del agua y con balanceos de borracho; trozos de madera que arrastraba la corriente. Con estos recursos, Labouise y Maillochón se daban la gran vida.

De tiempo en tiempo salían a pie, hacia el mediodía, y marchaban camino adelante, como para pasar el rato. Comían en algún mesón de la ribera, y seguían luego caminando, el uno al lado del otro. Estaban ausentes uno o dos días, y una buena mañana aparecían merodeando en aquella inmundicia de barco que tenían.

Y, entre tanto, aguas abajo, en Joinville o en Nogent, algún batelero desconsolado buscaba su embarcación, que había desaparecido de noche, porque algún ladrón la había desamarrado llevándosela; y a veinte o treinta leguas de allí, en el Oise, un propietario burgués se frotaba las manos extasiado en la contemplación del batel que había comprado la víspera por cincuenta francos a dos buenos hombres que se lo haban vendido sin más ni más, cuando pasaban por allí, habiéndoselo ofrecido espontáneamente por su linda cara.

Maillochón reapareció con su escopeta envuelta en unos harapos. Era un hombre de cuarenta o cincuenta años, alto, seco, de mirada aguda, como de persona a la que hostigan fundadas inquietudes o como de animal que se ha visto perseguido muchas veces. La camisa desabrochada dejaba ver los grises mechones de su pecho velludo. Sin embargo, parecía no haber tenido nunca más pelos en la cara que los de un bigote corto, como cepillo, y una mosquita de pelos tiesos debajo del labio inferior. Estaba calvo en las sienes.

Cuando se quitaba la torta de mugre que le servía de gorra, descubría un cráneo cubierto de la pelusilla vaporosa de un asomo de cabello, como el de un pollo desplumado cuando se le va a chamuscar.

Tocón, por el contrario, era de cara rubicunda y granujienta, grueso, pequeño y velludo; parecía un bistec crudo tapado con un gorro de zapador. Llevaba siempre cerrado el ojo izquierdo, como si estuviese tomando la puntería, y si alguien, a propósito de esta costumbre, le gritaba en broma:

"Abre el ojo, Labouise", él replicaba tranquilamente: "No tengas miedo, hermanita, que ya lo abro cuando hace falta." Eso de tratar a todo el mundo de "hermanita" era una de sus costumbres; daba ese tratamiento hasta a su compañero de rebusca.

Se puso él al remo, y la barca se hundió de nuevo en la bruma, que seguía inmóvil sobre el río, pero que iba tomando un tinte lechoso, a medida que el cielo se iluminaba de resplandores rosáceos.

Labouise preguntó:

—¿Qué munición has cogido, Mailloche?

Maillochón contestó:

—Perdigón menudo, del nueve, lo que requiere el conejo.

Se fueron acercando a la otra orilla con tal tiento, que ni el más leve ruido denunciaba su presencia. Esa orilla forma parte del bosque de Saint-Germain y sirve de barrera al coto de conejos. Está llena de madrigueras, ocultas bajo las raíces de los árboles; los animalitos retozan allí al amanecer, van y vienen, entran y salen.

Maillochón, de rodillas en la proa, acechaba, con la escopeta disimulada en la borda. De improviso la cogió, apuntó, y una detonación repercutió largo rato por el campo silencioso.

Labouise arrimó la lancha a la orilla con dos golpes de remo, y su compañero saltó a tierra, recogiendo un conejito gris que todavía palpitaba.

La barca se hundió otra vez en la niebla, para alcanzar la otra orilla, poniéndose a salvo de los guardas.

Parecían dos hombres que se paseaban tranquilamente por el río. El arma había desaparecido debajo de una tabla que ocultaba el escondrijo, y el conejo, dentro de la camisa, fuerte y hueca, de Tocón.

Al cabo de un cuarto de hora, preguntó Labouise:

—¿Vamos por otro, hermanita?

Maillochón contestó:

—Me conviene. Andando.

Y volvió a ponerse en marcha la barca, yendo rápidamente río abajo. La bruma que lo cubría empezaba a levantarse. Se distinguían, como a través de un velo, los árboles de las orillas, y la niebla en jirones se deslizaba formando nubecillas sueltas al hilo del agua.

Al aproximarse a la isla, que termina en punta frente a Herblay, redujeron la marcha y se pusieron a acechar. No tardó en caer otro conejo.

Siguieron bajando hasta mitad de camino de Confians; allí se detuvieron, amarraron a un árbol la barca, se tumbaron en el fondo de la misma y se durmieron.

De cuando en cuando Labouise se incorporaba y recorría el horizonte con el ojo abierto. Las últimas nieblas de la mañana se habían evaporado y un sol magnífico de verano avanzaba, deslumbrador, por el cielo azul.

Al otro lado del río se curvaba en semicírculo una colina cubierta de viñedos. Una sola casa se alzaba en la cumbre, en medio de un bosquecillo. Todo estaba en silencio.

Sin embargo, algo se movía suavemente por el camino de sirga, y avanzaba poco a poco. Era una mujer que llevaba del ronzal a un borrico. El animal, anquilosado, rígido y reacio, daba de tiempo en tiempo un paso, cuando ya la mujer, a fuerza de tirones, podía más que él; y así, con el cuello extendido, las orejas gachas, avanzaba con tal lentitud que no se podía calcular el tiempo que tardaría en perderse de vista.

La mujer, doblada por la cintura, daba tirones, y a veces se revolvía para pegar al burro con una vara.

Labouise, que la vio, llamó a su compañero:

—¡Eh, tú, Mailloche!

Y Mailloche contestó:

—¿Pasa algo?

—¿Quieres un poco de juerga?

—Yo estoy a todo.

—Despabilate entonces, hermanita; hay risa de largo.

Tocón cogió los remos, cruzó el río, y cuando estuvieron frente a la pareja, gritó:

—¡Eh, tú, hermanita!

La mujer aflojó el ronzal y se quedó mirando. Labouise siguió diciendo:

—¿Lo llevas a la feria de locomotoras?

La mujer no dijo nada, y entonces Tocón prosiguió:

—Escucha. ¿Ha ganado muchas carreras tu borrico? ¿Adónde lo llevas con tanta velocidad?

La mujer contestó, al fin:

—Lo llevo a casa de Macquart, en Champioux, para que lo mate. No vale ya para nada.

Labouise comentó:

—No hacía falta que me lo dijese. Y ¿cuánto crees que te pagará Macquart?

La mujer, que se estaba enjugando el sudor de la frente con el revés de la mano, se quedó titubeando:

—¿Lo sé yo acaso? Quizá tres, quizá cuatro francos.

—Te doy cinco, y así has terminado tu tarea, que no es pequeña.

Después de un instante de pensarlo, dijo la mujer:

—Hecho.

Los rebuscadores atracaron la barca. Labouise cogió al burro por el ronzal. Mailloche le preguntó, sorprendido:



—Pero ¿qué vas a hacer con este esqueleto?

Esta vez abrió Tocón el otro ojo para expresar su regocijo. Su cara rubicunda se contorsionó con muecas de alegría, y cloqueó:

—No te asustes, hermanita; tengo mi plan.

Pagó los cinco francos a la mujer, y ésta se sentó en un reborde para ver en qué paraba aquello.

Labouise, entonces, con muestras de estar muy satisfecho, fue y trajo la escopeta, ofreciéndosela a Maillochón.

—Por turno, vieja; vamos a cazar caza mayor, hermanita; pero no tan cerca, ¡maldita sea!, que lo matarás del primer tiro. Tenemos que alargar todo lo que se pueda la diversión.

Colocó a su compañero a cuarenta pasos de la víctima. El asno, que se vio libre, se puso a ramonear en la crecida hierba del ribazo, aunque estaba tan extenuado que se tambaleaba como si se fuese a caer.

Maillochón afinó despacio la puntería, y dijo:

—Ahí va, Tocón; tiro de sal a las orejas.

Y tiró, en efecto.

El perdigón menudo acribilló las orejas del burro, y éste se puso a moverlas con mucha viveza, sacudiéndolas primero una y luego otra, o las dos al mismo tiempo, para librarse del picor que sentía.

Los dos hombres se torcían de risa, se doblaban, pataleaban. Pero la mujer se lanzó hacia ellos, indignada, protestando al ver cómo martirizaban a su burro, ofreciendo devolver los cinco francos, quejumbrosa y colérica.

Labouise la amenazó con darle una buena soba, y hasta hizo mención de remangarse la camisa. ¿No le había pagado? Pues ¡chitón! Le tiraría una perdigonada a las faldas para que viese que no hacía ningún daño.

La mujer se alejó, amenazándolos con dar parte a los gendarmes. Estuvieron oyendo un buen rato los insultos que les lanzaba, y que eran cada vez más violentos a medida que ponía tierra por medio.

Maillochón alargó la escopeta a su camarada:

—A ti ahora, Tocón.

Labouise apuntó y disparó. El burro recibió la descarga en las patas; pero los perdigones eran tan pequeños y el disparo se había hecho desde una distancia tan grande, que debieron de parecerle picaduras de tábanos, porque empezó a sacudir la cola de un lado a otro, golpeándose la grupa y los corvejones.

Labouise tuvo que sentarse para reírse a su gusto, mientras Maillochón cargaba otra vez el arma con tal placer que parecía que fuese a estornudar dentro del cañón de la escopeta.

Se acercó algunos pasos más, apuntó al mismo sitio que su compañero e hizo fuego otra vez. Ahora la bestia sufrió un estremecimiento, amagó un par de coces, volvió la cabeza. Por fin le corría un poco de sangre. Las heridas eran profundas y le produjeron agudos dolores porque huyó por la orilla con un galope lento, cojitranco y violento.

Los dos hombres salieron persiguiéndolo; Maillochón a grandes zancadas, Labouise con paso precipitado, con el trote jadeante con que corre un hombre pequeño.

El burro se había detenido, agotado, y veía acercarse a sus asesinos con miradas de espanto. De súbito estiró la cabeza y se puso a rebuznar.

Labouise, jadeante, había cogido la escopeta. No tenía ganas de tirarse otra carrera y se colocó muy cerca. Cuando acabó el jumento de lanzar su queja lastimera, como un llamamiento de socorro, como el último grito de impotencia, aquel hombre, que se había trazado un plan, gritó:

—¡Eh, tú, Mailloche, hermanita; acércate!; voy a darte la medicina.

Y mientras éste hacía, a viva fuerza, que el animal abriese la boca, le metió Tocón hasta el gaznate el cañón de la escopeta, como si fuese a darle una medicina. Y después dijo:

—¡Cuidado, hermanita, que le doy la purga!

Y apretó el gatillo. El burro retrocedió tres pasos, cayó sobre las patas traseras, intentó levantarse y, finalmente, se desplomó de costado, cerrando los ojos. Todo su viejo cuerpo, caduco, vibraba estremecido, y sus patas se movían como si quisiese correr.

Un torrente de sangre le corría por entre los dientes. No tardó en quedarse inmóvil. Estaba muerto.

Ya no se reían aquellos dos hombres; aquello había durado poco; se creían estafados.

Maillochón preguntó:

—Y ¿qué hacemos ahora?

Labouise contestó:

—No te preocupes, hermanita; ahora lo embarcaremos y la juerga será cuando llegue la noche.

Fueron en busca de la barca. Colocaron el cadáver de la bestia en el fondo de aquélla, lo taparon con hierbas recién cortadas, y los dos merodeadores se tumbaron encima, volviendo a dormirse.

A eso del mediodía sacó Labouise de los secretos recovecos de su barca sucia y carcomida un litro de vino, un pan, manteca y cebollas crudas, y se pusieron a comer.

Acabado el banquete, se tumbaron otra vez encima del burro muerto y siguieron durmiendo. Labouise se despertó cuando anochecía, dio unas sacudidas a su camarada, que roncaba, y ordenó:

—¡Eh, hermanita; andando!

Maillochón se puso a remar. Subieron río arriba muy despacio, porque tenían mucho tiempo por delante. Pasaban a lo largo de las orillas cubiertas de lirios de agua en plena floración, perfumadas por los ojia cantos que inclinaban sobre la corriente sus hacecillos de flores blancas; la pesada barca del color del fango se deslizaba entre las anchas hojas planas de los nenúfares, doblando sus flores pálidas, redondas y hendidas como cascabeles, que en seguida volvían a enderezarse.

Cuando llegaron a la altura del muro de L'Eperon, que divide el bosque de Saint-Germain del parque de Maisons-Laffitte, mandó Labouise a su camarada que hiciese alto y le expuso su proyecto, que Maillochón escuchó riéndose por lo bajo con una risa prolongada.

Tiraron al agua las hierbas que tapaban el cadáver, lo alzaron en vilo de las patas, lo desembarcaron y lo ocultaron en la maleza.

Volvieron a su barca y llegaron hasta Maisons-Laffitte.

Era noche cerrada cuando entraron en casa del tío Julio, bodegonero y vendedor de vinos. Así que los vio, fue hacia ellos, les dio sendos apretones de manos y se sentó a su mesa. Se habló un poco de todo.

A eso de las once, después de marcharse el último consumidor, el tío Julio guiñó el ojo a Labouise, diciéndole:

—¿Qué? ¿Hay género?

Labouise movió enigmáticamente la cabeza y contestó:

—Puede que lo haya y puede que no. Depende.

El mesonero insistió:

—¿Conejos tal vez? ¿Nada más que conejos?

Entonces Tocón metió la mano en su camisa de lana, mostró las orejas de uno y sentenció:

—Te cuesta tres francos la pareja.

Se inició una larga discusión acerca del precio, y al fin se pusieron de acuerdo en dos francos sesenta y cinco. Entonces le entregaron los dos conejos.

Al ver que los merodeadores se levantaban, el tío Julio, que no los perdía de vista, dijo:

—Ustedes tienen algo más, pero se lo callan.

Labouise contestó:

—Tal vez sí, pero no te lo llevarás tú, porque eres un hueso.

El mesonero, muy interesado, los apremió:

—¿Qué? ¿Pieza mayor? Ea, suelten; acaso nos entendamos.

Labouise, que parecía perplejo, simuló consultar con la mirada a Maillochón, y después contestó con mucha lentitud:

—El asunto es éste. Estábamos al acecho en L'Eperon y de pronto vemos algo que nos pasó por delante y se metió en el primer bosquecillo, a la izquierda, junto al final de la cerca. Maillochón dispara y el animal se desploma. Nos largamos de allí a escape, por miedo a los guardas. No puedo decirte qué animal era, porque ni yo mismo lo sé. Grande sí que lo era; pero ¿qué era? Si te lo dijese, te engañaría, y ya sabes, hermanita, que nuestros tratos son con el corazón en la mano.

El otro preguntó, trémulo de emoción:

—¿No será un corzo?

A lo que replicó Labouise:

—Puede muy bien serlo, un corzo u otra cosa... ¿Un corzo?... Sí... Quizá de cuerpo algo mayor... algo así como una cierva... ¡Bueno! No es que yo te asegure que era una cierva, porque no lo sé; pero es posible.

El figonero insistió:

—¿No será un ciervo?

Laouise extendió la mano:

—¡Eso, no! Ciervo no es, seguramente; yo no te engaño; no es un ciervo. Lo habría conocido por la cornamenta. No; como ciervo, no es un ciervo.

—Y ¿por qué no cogieron la pieza?

—Hermanita, porque ahora hacemos la venta sobre el terreno. Tengo comprador. La cosa es sencilla; pasa él por allí como quien no quiere la cosa, descubre la pieza y le echa mano, y el hijo de mi madre, en coche. Así trabajamos ahora.

El guisandero dijo, receloso:

—¿Y si ya no estuviese allí?

—De que está yo te respondo y te lo juro. En el primer bosquecillo a mano izquierda. La clase de animal que sea, lo ignoro. Eso sí, estoy seguro de que no es un ciervo. En cuanto a lo demás, no tienes sino que ir por él. Son veinte francos, tomándolo donde está muerto. ¿De acuerdo?

El individuo titubeaba todavía:

—¿No podrías traérmelo?

Maillochón tomó la palabra:

—En ese caso, como ya no hay riesgo, nuestras condiciones son: si es un corzo, cincuenta francos; si es una cierva, setenta.

El bodegonero se decidió:

—Cerrado el trato en veinte francos. No hablemos más.

Se dieron un apretón de manos.

Sacó luego de un cajón cuatro gruesas monedas de cinco francos, y los dos amigos se las embolsaron.

Labouise se levantó, vació su vaso y se marchó; cuando iba a desaparecer en la oscuridad, se volvió para dejar las cosas bien claras:

—Ciervo no es, de eso estoy seguro; pero ¿quién sabe lo que es? Como estar, allí está, y si no encuentras nada, te devolveré el dinero.

Se perdió en la oscuridad de la noche.

Maillochón, que iba tras él, le daba fuertes puñetazos en la espalda para expresarle su regocijo.

*Le Gaulois, 15 de julio de 1883*

## *A caballo*

---

*A cheval*

Aquellas personas vivían pobremente. Los ingresos del marido eran escasos. Dos niños les habían nacido después de su casamiento; y las primeras dificultades se habían convertido en una de esas miserias calladas, encubiertas, vergonzantes, en una miseria de familia noble que quiere cuando menos mantener su rango.

Héctor de Gribelin había sido educado en una provincia, en la casa solariega de su padre, por un viejo abate preceptor. No eran ricos, pero iban viviendo, guardando las apariencias.

Luego, a los veinte años, se le había buscado un empleo, y entró en un ministerio estatal, con un sueldo de mil quinientos francos. Había naufragado en ese escollo como todos los que no se han preparado desde muy pronto para el rudo combate de la vida, como todos los que ven la existencia a través de una nube, los que ignoran las dificultades y los medios de superarlas, como todos aquellos en quienes no se han desarrollado desde la infancia aptitudes especiales, unas facultades particulares y una recia energía para la lucha; como, en fin, todos los que no se les ha puesto un arma o una herramienta en la mano.

Sus tres primeros años de oficina fueron horribles.

Después encontró a algunos amigos de su familia, gente vieja y poco afortunada también, que vivían en las calles nobles, en esas tristes calles del arrabal de Saint-Germain, y se había hecho un círculo de amistades.

Ajenos a la vida moderna, los humildes y aristócratas indigentes habitaban los pisos más altos de esas casas que parecen pertenecer a otros tiempos. Los inquilinos de esas viviendas de arriba abajo, todos tenían título nobiliario; pero el dinero era tan raro en el primer piso como en el sexto.

Los eternos prejuicios, la preocupación del rango y la inquietud por no descender, obsesionaba a esas familias, antaño brillantes y arruinadas hoy por la inactividad de los hombres. Héctor de Gribelin encontró en ese ambiente a una joven, noble y pobre como él, y se casó con ella.

Tuvieron dos hijos en cuatro años.

\*\*\*

Durante otros cuatro años, este matrimonio, hostigado por la miseria, no conoció más distracciones que el paseo del domingo por los Campos Elíseos y un par de veces el teatro, en dos noches del invierno, gracias a unas entradas de favor regaladas por un colega.

Mas he aquí que hacia la primavera, su jefe le confió un trabajo suplementario, por el que recibió una gratificación extraordinaria de trescientos francos.

Al entregarle el dinero, le dijo a su mujer:

—Mi querida Henriette, tenemos que celebrarlo con algo, por ejemplo, una jira al campo con los niños.

Y después de una larga discusión, decidieron que se irían a comer al campo.

—¡Bueno. — exclamó Héctor— por una vez...! Alquilaremos un coche para ti, los niños y la doncella, y yo llevaré un caballo del picadero. Eso me sentará bien.

Y durante toda la semana no sé habló más que de la proyectada excursión.

Todas las tardes, al volver de la oficina, Héctor cogía a su hijo mayor, lo ponía a horcajadas sobre su pierna Y, haciéndole saltar con todas sus fuerzas, le decía:

—Así galopará papá el próximo domingo, por el paseo.

Y todos los días el chico cabalgaba sobre las sillas y las arrastraba alrededor de la habitación, gritando:

—Este es papá a caballo.

Y hasta la doncella miraba al señor con ojos asombrados, pensando que iría a caballo, al lado del coche; y en todas las comidas, le oía hablar de equitación y contar sus éxitos de otro tiempo, en casa de sus padres. ¡Oh!, él había ido a una buena escuela, y una vez que tuviera al caballo entre sus piernas, no temería nada, ¡pero que nada!

Repetía a su mujer, frotándose las manos:

—Si me dieran un caballo algo difícil, estaría encantado. Verás cómo lo monto; y si quieres volveremos por los Campos Elíseos a la hora del regreso del Bois. Como tendremos muy buena facha, me gustaría encontrarme con alguien del ministerio. No es preciso más para hacerse respetar de sus jefes.

El día señalado, llegaron al mismo tiempo ante la puerta el coche y el caballo. Bajó en seguida para examinar su montura. Se había hecho coser unas trabillas en el pantalón, y manejaba una fusta comprada la víspera.

Levantó y palpó una tras otra las cuatro patas del animal, le tanteó el cuello, los lomos, los corvejones, experimentó con el dedo los riñones, le abrió la boca, examinó sus dientes, dictaminó su edad, y cuando bajó toda la familia, les dio breve curso teórico y práctico sobre el caballo en general y, en particular, sobre aquél, que reputó excelente.

Cuando todos estuvieron ya colocados en el coche, comprobó las cinchas de la silla; después, elevándose sobre un estribo, se dejó caer sobre el animal, que se puso a caracolear bajo su carga y le faltó muy poco para descabalgarse a su jinete.

Héctor, alterado, intentaba calmarlo:

—Vamos, calma, amiguito, calma.

Luego, cuando el caballo recobró su tranquilidad y el jinete su aplomo, éste preguntó:

—¿Listos?

Todos respondieron a una:

—Sí.

Entonces ordenó:

—¡En marcha!

Y la cabalgata partió.

Todas las miradas estaban pendientes de él. Trotaba a la inglesa, exagerando los rebotes. Apenas había caído sobre la silla, volvía a rebotar como para subir al espacio. A menudo parecía dispuesto a echarse sobre la crin del caballo y mantenía los ojos fijos ante sí, con la cara crispada y las mejillas pálidas.

Su mujer, que tenía sobre sus rodillas a uno de sus niños, y la doncella, que llevaba al otro, repetían sin cesar:

—¡Mirad a papá! ¡Mirad a papá!

Y los dos chiquillos, excitados por el movimiento, la alegría y el aire puro, iban dando chillidos y gritos. El caballo, asustado por estos clamores, acabó por tomar el galope, y mientras el jinete se esforzaba por detenerlo, su sombrero rodó por tierra. El cochero tuvo que descender de su pescante para recogerlo, y cuando se lo entregó a Héctor, éste se dirigió desde lejos a su mujer:

—¡Vamos, no dejes que los niños griten así, o harás que me enfade!

Comieron, sentados sobre la hierba del bosque del Vésinet, las provisiones que habían llevado en sus cestas.

Aunque el cochero estuviese al cuidado de los tres caballos, Héctor, a cada momento, se levantaba para ir a ver si al suyo le faltaba algo, y acariciándole el cuello, le hacía comer pan, pasteles y azúcar.

—Tiene un trote muy duro —declaró—. Al principio me ha dado unas sacudidas, pero has visto cómo en seguida me he hecho con él; ahora ya no se asustará.

Y tal como habían decidido, regresaron por los Campos Elíseos.

Las amplias avenidas hormigueaban de coches. Y los paseos estaban tan llenos de gente que parecían dos cintas negras que se desenroscaban desde el arco del Triunfo hasta la plaza de la Concorde. Un sol espléndido caía sobre todo el mundo, haciendo rebrillar el charol de las calesas, el acero de los arneses y los pestillos de las portezuelas.

Una locura de movimiento, una embriaguez de vida parecía agitar a toda esa muchedumbre, los carruajes y los animales. Y allá abajo, el obelisco se alzaba envuelto en una vaporosidad de oro.

En cuanto hubo pasado el arco del Triunfo, al caballo de Héctor le entró repentinamente una agitación y un ardor nuevos, y enfiló a través de las calles, a un trote vivo, hacia la cuadra, pese a todas las tentativas de su jinete para apaciguarlo.

El coche se había quedado atrás, muy atrás; y de pronto, al llegar frente al palacio de la Industria, el animal, viéndose libre, torció a la derecha y arrancó al galope.

Una mujer vieja, vestida modestamente, y que llevaba una cofia, atravesaba la calzada, con paso tranquilo; se hallaba exactamente en medio del camino que traía Héctor a todo correr. Incapaz de dominar su montura, se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Eh, eh, vieja, ésa, eh!

Posiblemente era sorda, pues continuó apaciblemente su ruta hasta el momento en que, golpeada por el pecho del caballo, que iba lanzado como una locomotora, fue rodando diez pasos más lejos, con las faldas al aire, después de haber dado tres vueltas de campana.

Unas voces gritaban:

—¡Detenedlo!

Héctor, enloquecido, se agarraba fuertemente a la crin, gritando:

—¡Socorro!

Una terrible sacudida le hizo pasar como una bala por encima de las orejas de su corcel y caer en los brazos de un agente de policía, que se había lanzado a su encuentro.

En un instante se formó alrededor de él un grupo furioso, gesticulando y vociferando. Sobre todo, un señor viejo, que llevaba una gran condecoración redonda y tenía unos enormes mostachos blancos, parecía exasperado:

—¡Demonio! —repetía—, cuando se es tan torpe, se queda uno en su casa! ¡No se viene a matar a la gente en la calle cuando no se sabe llevar un caballo!

En seguida aparecieron cuatro hombres que traían a la pobre mujer. Parecía muerta, con su cara amarilla y la cofia de través, toda llena de polvo.

—Llevad a esta mujer a una farmacia —ordenó el señor viejo— y vamos nosotros a la comisaría de policía.

Héctor, entre los dos agentes, se puso en marcha; otro agente llevaba su caballo, y una multitud le seguía. De pronto, apareció el coche. Su mujer salió y se abrazó a él impetuosamente; la criada perdía la cabeza, los chiquitines chillaban asustados. Le explicó que regresaría en seguida a casa, que había derribado a una mujer, pero que no era nada; y su familia, trastornada, se alejó.

En la comisaría, la declaración fue breve. Dio su filiación: "Héctor de Grinbelin, empleado en el ministerio". Después tuvieron que esperar a tener noticias de la lesionada. Llegó el agente que había ido a enterarse. La señora se estaba recuperando,

pero sufría espantosamente de un dolor interior, según decía ella. Era una asistenta, de sesenta y cinco años de edad, y se llamaba madame Simón. Cuando supo que no había muerto, Héctor recobró la esperanza y prometió sufragar los gastos de su curación. Después corrió a la farmacia.

Había un verdadero tumulto ante la puerta. La buena mujer derrumbada en un sillón, gemía, con las manos inertes y la cara embrutecida. Dos médicos la examinaban aún. No tenía ningún miembro roto, pero se quejaba de una lesión interna.

Héctor le habló:

—¿Sufre usted mucho?

—¡Oh, sí!

—¿Dónde le duele?

—Aquí, es como si tuviese un fuego en el estómago.

Un médico se acercó:

—¿Es usted, caballero, el autor del accidente?

—Sí, señor.

—Hay que enviar a esta mujer a un sanatorio; conozco uno donde la admitirían por seis francos al día. ¿Quiere usted que me encargue de ello?

Héctor, encantado, le dio las gracias y regresó a su casa aliviado.

Su mujer le esperaba, deshecha en lágrimas. La tranquilizó:

—No es nada, la señora Simón está mejor y dentro de tres días estará bien; la he enviado a un sanatorio no es nada.

—¡No es nada!

Al día siguiente, al salir de su oficina fue a enterarse cómo se hallaba madame Simón. La encontró tomándose un substancioso caldo, con semblante satisfecho.

—¿Qué tal?

—¡Oh, mi buen señor!—respondió— esto no cambia. Me siento casi anonadada. No va mejor esto.

El médico declaró que era preciso esperar, pues podía sobrevenir alguna complicación.

Esperó tres días, y luego volvió. La vieja mujer, que tenía la tez clara y los ojos límpidos, se puso a gimotear en cuanto lo vio:

—No puedo moverme, mi buen señor, no puedo. Tengo con esto hasta el fin de mis días.

Héctor sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Le preguntó al médico, que le dijo, echándose las manos a la cabeza:

—¿Qué quiere usted, señor? Ni yo mismo lo sé. Aúlla como una condenada cuando intento levantarla. Ni siquiera se puede cambiar de sitio su sillón sin hacerle lanzar unos gritos desgarradores. Debo creer lo que me dice, señor; yo no estoy dentro de ella. Y en tanto que no la haya visto andar, no tengo derecho a suponer que miente.

La vieja escuchaba, inmóvil y con ojos socarrones.

Pasaron ocho días; después quince, y luego un mes. Madame Simón no abandonaba su sillón. Comía de la mañana a la noche, engordaba, charlaba alegremente con los demás enfermos, parecía estar acostumbrada a la inmovilidad, como si el reposo hubiese sido bien ganado después de sus cincuenta años de subir y bajar escaleras, de volver y ahuecar colchones, de llevar carbón de piso en piso, de dar escobazos y limpiar a golpes de cepillo.

Héctor, desesperado, iba todos los días por el sanatorio. Siempre la encontraba tranquila y serena, pero le decía:

—No puedo moverme, mi buen señor, no puedo. Todas las tardes, madame Gribelin le preguntaba, devorada por la angustia:



—¿Y madame Simón?

Y siempre respondía con un abatimiento desesperado:

—¡No ha cambiado nada, absolutamente nada!

Tuvieron que despedir a la criada, pues su salario llegó a ser una carga demasiado pesada. Se economizó aún más; pero la gratificación se gastó por completo en madame Simón.

Entonces Héctor convocó a cuatro médicos famosos que se reunieron alrededor de la enferma. Se dejó examinar, tantear, palpar, mirándolos con ojos astutos.

—Hay que hacerle andar —dijo un médico.

Y ella exclamó:

—¡No puedo, mis buenos señores, no puedo!

Entonces la cogieron por los sobacos, la levantaron, y la arrastraron unos pasos; pero se les escurrió de las manos y se desplomó en el suelo, lanzando unos clamores tan espantosos que la volvieron a llevar a su asiento con unas precauciones infinitas.

Emitieron una opinión discreta, pero afirmando, sin embargo, que estaba imposibilitada para el trabajo.

Y cuando Héctor llevó esta noticia a su mujer, ésta se dejó caer sobre una silla, balbuciendo:

—Preferiría tenerla aquí, nos costaría menos.

—¡Aquí —replicó indignado—, en nuestra casa! ¿Tú piensas eso?

Pero ella respondió, resignada ya a todo, y con lágrimas en los ojos:

—¿Qué quieres, hijo? ¡No es mía la culpa...!

*Le Gaulois, 14 de enero de 1883*

# *La cabellera*

---

*Le chevelure*

La celda tenía paredes desnudas, pintadas con cal. Una ventana estrecha y con rejas, horadada muy alto para que no se pudiera alcanzar, alumbraba el cuarto, claro y siniestro; y el loco, sentado en una silla de paja, nos miraba con una mirada fija, vacía y atormentada. Era muy delgado, con mejillas huecas, y el pelo casi cano que se adivinaba había encanecido en unos meses. Su ropa parecía demasiado ancha para sus miembros enjutos, su pecho encogido, su vientre hueco. Uno sentía que este hombre estaba destrozado, carcomido por su pensamiento, un Pensamiento, al igual que una fruta por un gusano. Su Locura, su idea estaba ahí, en esa cabeza, obstinada, hostigadora, devoradora. Se comía el cuerpo poco a poco. Ella, la Invisible, la Impalpable, la Inasequible, la Inmaterial Idea consumía la carne, bebía la sangre, apagaba la vida.

¡Qué misterio representaba este hombre aniquilado por un sueño! ¡Este Poseso daba pena, miedo y lástima! ¿Qué extraño, espantoso y mortal sueño vivía detrás de esa frente, que fruncía con profundas arrugas, siempre en movimiento?

El médico me dijo: —Tiene unos terribles arrebatos de furor; es uno de los dementes más peculiares que he visto. Padece locura erótica y macabra. Es una especie de necrófilo. Además, ha escrito un diario que nos muestra de la forma más clara la enfermedad de su espíritu y en el que, por así decirlo, su locura se hace palpable. Si le interesa, puede leer ese documento.

Seguí al doctor hasta su gabinete y me entregó el diario de aquel desgraciado.

—Léalo —dijo—, y deme su opinión.

He aquí lo que contenía el cuaderno:

Hasta los treinta y dos años viví tranquilo, sin amor. La vida me parecía sencillísima, generosa y fácil. Yo era rico. Me gustaban tantas cosas que no podía sentir pasión por ninguna en concreto. ¡Es estupendo vivir! Me despertaba feliz cada día, dispuesto a hacer las cosas que me gustaban, y me acostaba satisfecho, con la apacible esperanza de un mañana y un futuro sin preocupaciones.

Había tenido algunas amantes sin haber sentido nunca mi corazón enloquecido por el deseo o mi alma herida por el amor después de la posesión. Es estupendo vivir así. Es mejor amar, pero es terrible. Los que aman como todo el mundo deben experimentar una felicidad apasionada, aunque quizás menor que la mía, porque el amor vino a mí de una manera increíble.

Como era rico, buscaba muebles antiguos y objetos viejos; y a menudo pensaba en las manos desconocidas que habían palpado esas cosas, en los ojos que las habían admirado, en los corazones que las habían querido, ¡porque se quieren las cosas! A menudo permanecía durante horas y horas mirando un pequeño reloj del siglo pasado. Era una preciosidad, con su esmalte y su oro cincelado. Y seguía funcionando como el día en que lo compró una mujer, encantada de poseer esa fina joya. No había dejado de latir, de vivir su vida mecánica, y seguía siempre con su tictac regular, desde una época pasada.

¿Quién sería la primera en llevarlo sobre su pecho, entre los tejidos tibios, mientras el corazón del reloj latía junto a su corazón de mujer? ¿Qué mano lo habría tenido entre la punta de los dedos cálidos, mirándolo por ambas caras una y otra vez y limpiando luego los pastores de porcelana empañados un segundo por el trasudor de la piel? ¿Qué

ojos habrían acechado en la esfera florida la hora esperada, la hora querida, la hora divina?

¡Cómo me habría gustado ver, conocer a aquella mujer que había elegido este objeto exquisito y raro! ¡Pero está muerta! ¡Estoy poseído por el deseo de las mujeres de antaño, amo, desde lejos, a todas aquellas que han amado! La historia de los cariños pasados me llena el corazón de pesar. ¡Oh, la belleza, las sonrisas, las jóvenes caricias, las esperanzas! ¿No debería ser eterno todo esto?

¡Cuánto he llorado, durante noches enteras, pensando en las pobres mujeres de otro tiempo, tan bellas, tan tiernas, tan dulces, cuyos brazos se abrieron para el beso, y ya muertas! ¡El beso es inmortal! ¡Va de boca en boca, de siglo en siglo, de edad en edad; los hombres lo recogen, lo dan y mueren!

El pasado me atrae, el presente me asusta porque el futuro es muerte. Lamento todo lo que se ha hecho, lloro por todos los que han vivido; quisiera detener el tiempo, detener la hora. Pero ella pasa, se va y me quita segundo tras segundo un poco de mí para la nada de mañana. Y no volveré a vivir nunca más.

Adiós, mujeres de ayer. Os amo.

Pero no tengo de qué quejarme. Encontré a aquella a la que yo esperaba; y gracias a ella he disfrutado de placeres increíbles.

Una mañana soleada iba vagabundeando por París, con el alma alegre y el pie ligero, mirando las tiendas con un vago interés de paseante ocioso. De pronto, en una tienda de antigüedades vi un mueble italiano del siglo XVII. Era hermoso y muy raro. Se lo atribuí a un artista veneciano llamado Vitelli, muy famoso en su época.

Y seguí mi camino.

¿Por qué me persiguió el recuerdo de ese mueble con tanta fuerza, haciéndome volver atrás? Me detuve ante la tienda para verlo de nuevo y sentí que me tentaba.

La tentación es algo tan singular... Miramos un objeto y éste, poco a poco, nos seduce, nos turba, nos invade como lo haría un rostro de mujer. Su encanto entra en nosotros; extraño encanto que viene de su forma, de su color, de su fisonomía de cosa; y ya lo amamos, lo deseamos, lo queremos. Una necesidad de posesión nos invade, una necesidad débil al principio, como tímida, pero que crece, se hace violenta, irresistible.

Y los comerciantes parecen adivinar en la llama de la mirada ese deseo secreto y creciente.

Compré el mueble e hice que me lo llevaran inmediatamente a casa, poniéndolo en mi habitación.

¡Oh, cómo compadezco a quienes desconocen esa luna de miel entre el coleccionista y el objeto que acaba de comprar! Lo acaricia con la mirada y la mano como si fuera de carne; vuelve a su lado en cualquier momento, piensa siempre en él vaya donde vaya, haga lo que haga. Su recuerdo vivo le sigue en la calle, por el mundo, en todos los lados; y cuando vuelve a casa, antes incluso de quitarse los guantes y el sombrero, corre a contemplarlo con una ternura de amante.

Realmente, durante ocho días adoré ese mueble. Abría en todo momento sus puertas, sus cajones; lo tocaba extasiado, disfrutando de todos los placeres íntimos de la posesión.

Pero una tarde, mientras palpaba el espesor de un panel, me di cuenta de que debía de ocultar un escondite. Los latidos de mi corazón se aceleraron y me pasé la noche buscando el secreto sin llegar a descubrirlo.

Lo conseguí al día siguiente, al introducir la hoja de una navaja en una hendidura del entablado. Una plancha se deslizó y percibí, extendida sobre un fondo de terciopelo negro, una maravillosa cabellera de mujer. Sí, una cabellera: una enorme trenza de

cabellos rubios, casi pelirrojos, que debían de haber sido cortados junto a la piel y estaban atados por una cuerda de oro.

¡Me quedé estupefacto, aturdido, temblando! Un perfume casi insensible, tan antiguo que parecía ser el alma de un olor, se escapaba del misterioso cajón y de la sorprendente reliquia.

La cogí, despacio, casi religiosamente, y la saqué de su escondite. Entonces se liberó, derramándose en un torrente dorado que cayó hasta el suelo, espeso y ligero, ágil y brillante como la cola de fuego de un cometa.

Una extraña emoción se apoderó de mí. ¿Qué era aquello? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué habían ocultado esos cabellos en el mueble? ¿Qué aventura, qué drama escondía ese recuerdo? ¿Quién los había cortado? ¿Un amante en un día de despedida? ¿Un marido en un día de venganza? ¿O la que los había llevado en su frente en un día de desesperación? ¿Fue antes de entrar en un convento cuando se arrojó ahí esa fortuna de amor, como una prenda dejada al mundo de los vivos? ¿Fue en el momento de cerrar la tumba de la joven y hermosa muerta cuando quien la adoraba se había quedado el cabello que embellecía su cabeza, lo único que podía conservar de ella, la única parte viva de su carne que no podía pudrirse, la única que podía amar todavía y acariciar y besar en sus momentos de rabia y de dolor? ¿No resultaba extraño que esa cabellera hubiera permanecido incólume, cuando ya no quedaba ni un ápice del cuerpo del que había nacido?

Fluía entre mis dedos, me hacía cosquillas en la piel con una caricia singular, una caricia de muerta. Me sentía conmovido, como si fuera a llorar.

La conservé largo tiempo entre mis manos, y me pareció que se movía como si una parte de su alma se hubiera quedado escondida en ella. Entonces la volví a poner sobre el terciopelo deslustrado por el tiempo, cerré el cajón y el mueble y me fui a recorrer las calles para soñar.

Caminaba siempre de frente, preso de tristeza, y también de desconcierto, de ese desconcierto que se nos queda en el corazón tras un beso de amor. Me parecía que ya había vivido antaño, que debía de haber conocido a aquella mujer

Y los versos de Villon subieron a mis labios como lo haría un sollozo.

*Decidme dónde, en qué país está Flora, la bella romana*

*Archipiade y Taís que fue su prima hermana.*

*Eco, voz que lleva la fama*

*bajo río o bajo estanque ; cuya belleza fue más que humana.*

*Mas, ¿dónde están las nieves de antaño?*

*La reina Blanca como un lis*

*que cantaba con voz de sirena,*

*Berta la del gran pie, Beatriz, Alix*

*y Haremburgis, que obtuvo el Maine,*

*y Juana, la buena Lorena*

*que los ingleses quemaran en Ruán...*

*¿Dónde están, Virgen soberana?*

*Mas ¿dónde están las nieves de antaño!*

Cuando regresé a casa, sentí un deseo irresistible de volver a ver mi extraño hallazgo; y lo cogí de nuevo, y sentí, al tocarlo, un largo escalofrío que me recorría el cuerpo.

Durante unos días, sin embargo, permanecí en mi estado habitual, aunque ya no me abandonaba el vivo recuerdo de aquella cabellera.

En cuanto volvía a casa, necesitaba verla y tocarla. Daba la vuelta a la llave del armario con ese estremecimiento que tenemos al abrir la puerta de nuestra amada, ya que sentía en las manos y en el corazón una necesidad confusa, singular, continua, sensual de bañar mis dedos en aquel arroyo encantador de cabellos muertos.

Luego, cuando había acabado de acariciarla, cuando había cerrado de nuevo el mueble, seguía sintiéndola allí como si fuera un ser viviente, escondido, prisionero; y la sentía y la deseaba otra vez; tenía de nuevo la necesidad imperiosa de volver a tocarla, de palparla, de excitarme hasta el malestar con aquel contacto frío, escurridizo, irritante, enloquecedor, delicioso.

Viví así un mes o dos, ya no lo sé. Ella me obsesionaba, me atormentaba. Estaba feliz y torturado, como en una espera de amor, como después de las confesiones que preceden al abrazo.

Me encerraba a solas con ella para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, morderla. La enroscaba alrededor de mi rostro, la bebía, ahogaba mis ojos en su onda dorada, con el fin de ver el día rubio a través de ella.

¡La amaba! Sí, la amaba. Ya no podía pasar sin ella, ni estar una hora sin volver a verla.

Y esperaba... esperaba... ¿qué? No lo sabía. La esperaba a ella.

Una noche me desperté bruscamente con el pensamiento de que no me encontraba solo en mi habitación.

Sin embargo, estaba solo. Pero no pude volver a dormirme; y como me agitaba en una fiebre de insomnio, me levanté para ir a tocar la cabellera. Me pareció más suave que de costumbre, más animada. ¿Regresan los muertos? Los besos con los que la excitaba me hacían desfallecer de felicidad; y me la llevé a mi cama, y me acosté, oprimiéndola contra mis labios, como una amante a la que se va a poseer.

¡Los muertos regresan! Ella vino. Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído, tal como era cuando estaba viva antaño, alta, rubia, exuberante, los senos fríos, la cadera en forma de lira; y he recorrido con mis caricias esa línea ondeante y divina que va desde la garganta hasta los pies siguiendo todas las curvas de la carne.

Sí, la he tenido, todos los días y todas las noches. Ha vuelto, la Muerta, la bella Muerta, la Adorable, la Misteriosa, la Desconocida, todas las noches. Mi felicidad fue tan grande que no pude esconderla. Junto a ella experimentaba un arrobamiento sobrehumano, ¡la alegría profunda, inexplicable de poseer lo Inasequible, lo Invisible, la Muerta! ¡Ningún amante ha disfrutado nunca de gozos más ardientes, más terribles!

No supe esconder mi felicidad. La amaba tanto que ya no quería estar sin ella. La llevaba conmigo, siempre, a todas partes. La paseaba por la ciudad como si fuera mi esposa, y la llevaba al teatro en palcos con rejas, como si fuera mi amante... Pero la vieron... adivinaron... me la quitaron... Y me han metido en la cárcel, como un malhechor. Me la quitaron... ¡Oh! ¡Miseria!...«

El manuscrito se detenía ahí. Y de pronto, mientras dirigía una mirada despavorida hacia el médico, un grito espantoso, un aullido de furor impotente y de deseo exasperado se alzó en el manicomio.

—Escúchelo —dijo el doctor—. Hay que duchar cinco veces al día a ese loco obscuro. El sargento Bertrand no fue el único en amar a las muertas.

Balbuocé, emocionado de asombro, horror y piedad: —Pero... esa cabellera... ¿existe realmente?

El médico se levantó, abrió un armario lleno de frascos y de instrumentos y me lanzó, de una punta a otra de su gabinete, una larga centella de cabellos rubios que voló hacia mí como un pájaro de oro.

Me estremecí al sentir entre mis manos su tacto acariciador y ligero. Y me quedé con el corazón latiendo de repugnancia y de deseo, de repugnancia como al contacto de los objetos arrastrados en crímenes, de deseo como ante la tentación de algo infame y misterioso.

El médico prosiguió encogiéndose de hombros: —La mente del hombre es capaz de cualquier cosa.

*Gil Blas, 13 de mayo de 1884*

## *La cama*

---

*Le lit*

El vasto edificio de las Ventas parecía adormecido bajo aquel sol tórrido, a las primeras horas de la tarde del último verano, y los peritos tasadores iban adjudicando las ventas con voz desfallecida. Allá al fondo, en una sala del primer piso, yacía en un rincón un lote de antiguas sederías de iglesia.

Eran solemnes capas fluviales, de prelados y prestes, y ricas casullas, cuyas guirnaldas bordadas se enrollaban alrededor de unas letras simbólicas sobre un fondo de seda algo amarillenta y de aspecto cremoso, de blanca que debió ser en otro tiempo.

Estaban esperando unos revendedores: dos o tres hombres de sucias barbas y una gruesa y ventruda mujer, una de esas vendedoras llamadas à la toilette<sup>2</sup>, consejeras y protectoras de amores prohibidos, que cambalachean lo mismo en carne humana, joven y vieja, que con trapos nuevos y viejos. De pronto, se puso en venta una preciosa casulla Luis XV, bonita como un vestido de marquesa, que se había conservado muy nueva y que tenía una procesión de lirios en torno a la cruz, largos y azules, subiendo hasta el pie de este emblema sagrado, y en las esquinas, unas coronas de rosas. Cuando la compré, percibí que había quedado vagamente olorosa, como impregnada de un resto de incienso, o mejor aún, como si conservase todavía esos olores tan suaves y finos de antaño, que parecen recuerdos de perfumes, el alma de esencias evaporadas.

Cuando la tuve en casa, quise cubrir con ella una sillita de la misma época encantadora; y, al manejarla para tomar las medidas, sentí que mis dedos estrujaban unos papeles. Descosí el forro, y cayeron a mis pies unas cartas. Estaban amarillas, y la tinta, borrada por el tiempo, parecía herrumbre. Una mano fina había trazado en una cara de la hoja doblada a la moda antigua: "Al señor abate de Argencé."

Las tres primeras cartas se limitaban simplemente a fijar las citas. Y he aquí la cuarta:

"Mi querido amigo: Estoy enferma, muy doliente y no abandono la cama. La lluvia golpea en los cristales, y permanezco cálida y dulcemente soñadora en la tibieza del colchón de plumas. Tengo un libro, un libro que me gusta y que parece escrito como si hablara un poco de mí misma. ¿Te diré cuál es? No, pues me regañarías. Luego, cuando he leído, pienso, y quiero decirte en qué.

"He colocado detrás de mi cabeza unas almohadas, que me sostienen sentada, y te escribo encima del bonito atril que me regalaste.

"Después de los tres días que llevo en cama, es en mi cama en lo que pienso, e incluso durmiendo sueño con ella.

"La cama, amigo mío, es toda nuestra vida. En ella se nace, en ella se ama y en ella se muere.

"Si yo tuviese la pluma de monsieur de Crébillon, escribiría la historia de una cama. ¡Y qué de aventuras tan graciosas unas, como enternecedoras otras! ¡Cuántas enseñanzas se podrían sacar de ellas, y cuántas deducciones morales para todo el mundo!

"Conoces mi cama, amigo mío. No te puedes imaginar la cantidad de cosas que he descubierto en estos tres días, y cómo la quiero aún más. Me parece habitada, frecuentada, diría, por un montón de gentes de las que no sospechaba nada en absoluto y que, sin embargo, han dejado algo de sí mismas en este lecho.

---

<sup>2</sup> Marchande à la toilette: mujer que compra y vende toda clase de objetos de belleza.

"¡No, no comprendo a quienes compran camas nuevas, camas sin recuerdos! La mía, la nuestra, tan vieja, tan usada y tan espaciosa, ha debido contener muchas existencias desde su nacimiento hasta su muerte. Pienso en ello, amigo mío; sí, pensar en todo, revisar vidas enteras entre estas cuatro columnas, bajo este tapiz con personajes tendidos sobre nuestras cabezas, que ha visto tantas cosas. ¿Qué no habrá visto en los tres siglos que está ahí?

"Mira, he aquí a una joven esposa tendida en la cama. De cuando en cuando lanza un suspiro, luego un gemido; sus ancianos padres la rodean, y da a luz a un pequeño ser, maullando como un gato, todo crispado y arrugado. Es un hombre que empieza. La joven madre se siente dolorosamente gozosa; se ahoga de dicha al primer grito, y tiende los brazos y se sofoca toda, mientras en torno se llora de alegría; pues ese trocito de criatura viviente separado de ella es la continuación de la familia, la prolongación de la sangre, del corazón y del alma de los viejos, que lo contemplan temblorosos.

"Mira, ahora son dos amantes que por vez primera se hallan desnudos en este tabernáculo de la vida. Tiemblan, pero, transportados de gozo, se sienten deliciosamente uno junto a otro, y poco a poco sus bocas se aproximaban. Un beso divino los une, el beso, puerta del cielo terrestre, el beso que canta las delicias humanas, que las promete siempre, las anuncia y anticipa. Y su cama se agita como un mar revuelto, se encorva y susurra; parece como si ella misma se sintiese viva y gozosa, porque sobre ella se realiza el delirante misterio del amor. ¿Qué hay más dulce y más perfecto en este mundo que esos abrazos en que dos seres se confunden en uno solo, sintiendo a cada uno, al mismo tiempo, el mismo pensamiento, la misma espera y la misma alegría desatinada que se desborda por ellos como un fuego devorador y celeste?

"¿Te acuerdas de estos versos que me leíste el año pasado, de un poeta antiguo, no sé cuál, tal vez del dulce Ronsard?

...y cuando en el lecho estemos

*enlazados, gozaremos  
de lujuriosas caricias;  
que en la cama, libremente,  
los amantes, locamente  
suelen hacer mil delicias...*

"Me gustaría tener estos versos bordados en el techo de mi cama, desde donde Píramo y Tisbe me contemplan sin cesar con sus ojos de tapicería.

"Y piensa también en la muerte, amigo mío, en todos los que han exhalado hacia Dios su último suspiro en esta cama. Pues es también la tumba de las esperanzas consumadas, la puerta que cierra todo después de haber sido la que abre el mundo. ¡Cuántos gritos, angustias, sufrimientos, desesperaciones espantosas, gemidos de agonía, brazos tendidos hacia las cosas ya idas y llamadas convulsas a los momentos de felicidad terminados para siempre! ¡Cuántas convulsiones, estertores, gestos, bocas torcidas y ojos en blanco en esta cama en que te escribo a lo largo de los tres siglos que ha servido de abrigo a los hombres!

"La cama, piénsalo bien, es el símbolo de la vida, me he dado cuenta de ello en estos tres días. Sí, no hay nada mejor que la cama.

"¿No es también el sueño uno de nuestros mejores Instantes?

"¡Pero también es en ella donde sufre! Es el refugio de los enfermos, un lugar de dolor para los cuerpos extenuados.



"La cama es el hombre. Nuestro señor Jesucristo, para demostrar que no tenía nada de humano, parece no haber tenido necesidad de una cama. Nació entre unas pajas y murió en la cruz, dejando a las criaturas como nosotros su lecho de mollicie y reposo.

"¡Y cuántas cosas mas se me ocurren aún! Pero no tengo tiempo de escribírtelas, y, además, ¿recordaría todas? Estoy ya tan fatigada que voy a apartar mis almohadas, tenderme cuan larga soy y dormir un poco.

"Ven a verme mañana, a las tres; acaso me halle mejor y podré decirtelos de palabra.

"Adiós, amigo mío; ten mis manos para que las beses, y también mis labios."

*Gil Blas, 16 de marzo de 1882*

## *La cama 29*

---

*Le lit*

Cuando el capitán Epivent pasaba por la calle, todas las mujeres se volvían. Era el auténtico prototipo del gallardo oficial de húsares. Por ello se exhibía pavoneándose siempre, orgulloso y atento a sus piernas, a su cintura y a su bigote. Y, verdaderamente, eran admirables su bigote, su cintura y sus piernas. El primero era rubio, muy fuerte, y le caía marcialmente sobre los labios, denso, con su bello color de trigo maduro, pero fino, cuidadosamente recortado, descendiendo a ambos lados de la boca en dos poderosas e intrépidas guías. La cintura era delgada, como si llevara corsé, y más arriba surgía un vigoroso pecho masculino, abombado y amplio. Sus piernas eran admirables, unas piernas de gimnasta, de bailarín, cuya carne musculosa dibujaba todos sus movimientos bajo la tela ajustada del pantalón rojo.

Andaba tensando las corvas y separando pies y brazos, con ese pequeño balanceo de los jinetes que tanto favorece a las piernas y al torso, y que parece airoso bajo el uniforme, pero vulgar bajo una levita.

Como muchos oficiales, el capitán Epivent no sabía llevar un traje civil. Vestido de gris o de negro, tenía aspecto de dependiente. Pero en uniforme era un ejemplar. Tenía, además, una hermosa cabeza, la nariz delgada y curva, los ojos azules, la frente estrecha. Es cierto que era calvo, sin que nunca hubiera logrado saber la causa de la caída del pelo. Se consolaba pensando que un cráneo un poco pelado no resulta mal si se tienen unos buenos bigotes.

En general, despreciaba a todo el mundo, aunque establecía muchos grados en su desprecio.

Ante todo, los burgueses no existían para él. Los miraba como se mira a los animales, sin concederles mayor atención que la que se concede a los gorriones o a las gallinas. Sólo los oficiales contaban en el mundo, pero no tenía la misma estima por todos los oficiales. No respetaba más que a los gallardos, pues pensaba que la verdadera, la única cualidad del militar, debía ser la arrogancia. Un auténtico soldado, qué diablos, debía ser un temerario nacido para la guerra y el amor, un hombre de lucha, de pelo en pecho, fuerte, y nada más. Clasificaba a los generales del ejército francés según su estatura, su porte y la rudeza de su rostro. Bourbaki le parecía el mejor militar de los tiempos modernos.

Se reía de los oficiales de infantería bajos y gordos y que jadean al andar, pero, sobre todo, sentía un invencible desprecio que rayaba en repugnancia por los pobres diablos salidos de la Escuela Politécnica, esos hombrecillos flacos, con gafas, torpes y desmañados, que parecen hechos para el uniforme como un conejo para decir misa, afirmaba. Se indignaba de que en el ejército se tolerara a esos abortos de piernas frágiles que andan como cangrejos, que no beben, que comen poco y que prefieren las ecuaciones a las mujeres.

El capitán Epivent tenía éxitos constantes, triunfaba con el bello sexo.

Cada vez que cenaba con una mujer se sentía seguro de acabar la noche a solas con ella, sobre el mismo colchón, y si obstáculos insuperables le impedían lograr la victoria aquella misma noche, no dudaba de que lo conseguiría al día siguiente. A sus compañeros no les gustaba presentarle a sus queridas, y los tenderos cuyas bellas mujeres estaban al mostrador de la tienda lo conocían, le temían y lo odiaban a muerte.

Cuando pasaba la tendera cambiaba con él, a su pesar, una mirada a través de los cristales del escaparate, una de esas miradas que valen más que las palabras tiernas, que contienen una incitación y una respuesta, un deseo y una confesión. Y el marido, a quien una especie de instinto advertía, se volvía bruscamente y lanzaba una mirada furiosa a la silueta altiva e hinchada del oficial. Cuando el capitán había pasado, sonriente y contento de la impresión causada, el tendero, revolviendo nerviosamente los objetos que tenía delante, declaraba:

—Ahí va un pavo presumido. ¿Cuándo acabaremos de mantener a todos esos inútiles que arrastran su sable de lata por las calles? Yo prefiero a un carnicero antes que un soldado. Si tiene sangre en su delantal, al menos es sangre de animal; y sirve para algo. El cuchillo que lleva no está destinado a matar hombres. No comprendo por qué se tolera que esos asesinos públicos se paseen con sus instrumentos de muerte. Ya sé que hacen falta, pero que se los oculte, por lo menos, y que no se les vista como en una mascarada con pantalones rojos y chaquetas azules. Normalmente, los verdugos no llevan uniforme, ¿no?

La mujer, sin contestar, se encogía imperceptiblemente de hombros, mientras el marido, adivinando el gesto sin verlo, exclamaba:

—Hace falta ser imbécil para ir a ver pavonearse a esos fantasmones.

La fama de conquistador del capitán Epivent era conocida en todo el ejército francés.

\*\*\*

En 1868 su regimiento, el 102 de húsares, fue de guarnición a Rouen.

Pronto fue conocido en toda la ciudad. Todas las tardes, hacia las cinco, aparecía en el paseo Boieldieu para ir a tomarse su ajénjo en el café de la Comedie, pero, antes de entrar en el establecimiento, se daba una vuelta por el paseo para lucir sus piernas, su cintura y su bigote.

Los tenderos ruaneses, que también se paseaban, con las manos a la espalda, preocupados por los negocios y hablando del alza y de la baja, le lanzaban, no obstante, una mirada y murmuraban:

—¡Buen ejemplar de hombre!

Luego, cuando ya le conocieron:

—¡Mira, el capitán Epivent! Desde luego, es un buen mozo.

Las mujeres, al verlo, hacían un pequeño movimiento de cabeza, que era una especie de estremecimiento de pudor, como si se sintieran débiles o desnudas ante él. Agachaban un poco la cabeza con una sombra de sonrisa en los labios y un deseo de que las encontrara encantadoras y les concediera una mirada. Cuando se paseaba con un compañero, éste no dejaba nunca de murmurar con envidia, cada vez que se daba cuenta de este manejo:

—¡Tiene suerte, este maldito Epivent!

Entre las mantenidas de la ciudad se había establecido un combate, una carrera, a ver quién se lo llevaba. Todas acudían a las cinco, la hora de los oficiales, al paseo Boieldieu, y arrastraban sus faldas, de dos en dos, de una punta a la otra del paseo, mientras los tenientes, capitanes y comandantes, de dos en dos también, arrastraban sus sables por la acera, antes de entrar en el café.

Una tarde la bella Irma, querida, según se decía, del señor Templier-Papon, el rico fabricante, mandó parar su coche enfrente de la Comedie. Bajándose, pretextó ir a comprar papel o a encargar tarjetas de visita al impresor Paulard, tan sólo para poder pasar ante las mesas de los oficiales y lanzar al capitán Epivent una mirada que quería

decir: Cuando usted quiera, tan claramente que el coronel Prune, que estaba bebiendo el líquido verde con su teniente coronel, no pudo evitar gruñir:

—¡Tiene suerte ese maldito!

Se difundió la frase del coronel; y el capitán Epivent, conmovido por aquella aprobación superior, paseó en uniforme de gala al día siguiente bajo las ventanas de Irma.

Ella lo vio, se mostró, sonrió.

Aquella misma noche se hizo su amante.

Se mostraron en público, llamaron la atención, se comprometieron mutuamente, orgullosos ambos de su aventura.

Los amores de la bella Irma con el oficial eran la comidilla de toda la ciudad. El único que los ignoraba era el señor Templier-Papon.

El capitán Epivent estaba radiante de gloria. Y, a cada instante, repetía:

—Me acaba de decir Irma...

—Irma me decía anoche...

—Ayer, cenando con Irma...

Durante más de un año paseó, lució y ondeó por Rouen sus amores, como una bandera cogida al enemigo. Se sentía crecido por aquella conquista, envidiado, más seguro de alcanzar la cruz que tanto deseaba, pues todo el mundo tenía puestos los ojos en él y no hay nada mejor que ser muy conocido para que no olviden a uno.

\*\*\*

Pero estalló la guerra, y el regimiento del capitán fue uno de los primeros en ser enviados a la frontera. La despedida fue muy triste. Duró toda una noche.

El sable, los pantalones rojos, el quepis, el dormán, habían caído del respaldo de una silla al suelo; los vestidos, las enaguas, las medias de seda, estaban esparcidas, caídas también, mezcladas con las prendas del uniforme, en desorden sobre la alfombra, y toda la habitación revuelta como después de una batalla. Irma, enloquecida, con los cabellos sueltos, arrojaba sus brazos desesperados al cuello del oficial, lo estrechaba, y luego, soltándolo, se dejaba caer, arrastrando los muebles, desgarraba los sillones, le mordía los pies, mientras el capitán, muy emocionado, pero incapaz de consolarla, repetía:

—Irma, mi pequeña Irma, tranquilízate. Tengo que irme.

Y le enjugaba de cuando en cuando, con la punta de un dedo, una lágrima que le brotaba en el rincón de los ojos.

Se separaron al amanecer. Ella siguió en coche a su amante durante la primera etapa. Lo besó casi delante del regimiento en el instante de la separación. A todos les pareció esto muy noble y digno, y los compañeros estrecharon la mano del capitán diciéndole:

—¡Enhorabuena! Esa pequeña tiene corazón.

Verdaderamente, veían en aquel gesto algo de patriótico.

\*\*\*

El regimiento fue sometido a muchas pruebas durante la campaña. El capitán se comportó heroicamente y al fin fue condecorado con la cruz. Luego, terminada la guerra, volvió a Rouen de guarnición.

Nada más regresar pidió noticias de Irma, pero nadie pudo decirle nada concreto.

Según unos, se había divertido con todo el estado mayor prusiano.

Según otros, se había retirado a vivir con sus padres, que eran labradores en las cercanías de Yvetot.

Mandó incluso a su ordenanza al ayuntamiento para que mirara en el registro de defunciones. Pero el nombre de su querida no aparecía en él.

Y se sintió invadido de una gran pesadumbre, de la que también hizo gala. Acusaba al enemigo de su desgracia y atribuía a los prusianos que habían ocupado Rouen la desaparición de la joven, declarando:

—¡Me las pagarán en la próxima guerra, esos miserables!

Una mañana, al entrar en el comedor de oficiales a la hora del almuerzo, un recadero, un viejo con blusón y gorra de plato, le entregó un sobre. Lo abrió y leyó: Querido mío: Me encuentro en el hospital, muy enferma. ¿No vas a venir a verme? ¡Me darías una alegría tan grande!... Irma.

El capitán se puso pálido y, apiadado, exclamó:

—¡Dios mío, pobrecilla! En cuanto termine de comer voy a verla...

Y a lo largo de toda la comida no paró de contar a los oficiales que Irma estaba en el hospital; pero que él la sacaría aquella misma mañana. La culpa era de esos malditos prusianos. Debía de haberse encontrado sola, sin dinero, en plena miseria, pues seguramente le robaron todos sus bienes.

—¡Ah, los muy canallas!

Todos se emocionaron al oírle.

Apenas hubo metido su servilleta enrollada en el aro de madera, se levantó. Recogió el sable del perchero, abombó su pecho para poder abrocharse el cinturón, y partió a toda prisa para ir al hospital civil.

Pero la entrada al edificio, contra lo que él esperaba, le fue negada terminantemente, y tuvo que ir a ver a su coronel, a quien explicó el caso, para que le diera una recomendación para el director. El cual, tras haber hecho esperar cierto tiempo al apuesto capitán en su antesala, le dio al fin una autorización, con un saludo frío y desaprobador.

Ya en la puerta se sintió molesto en aquel asilo de la miseria, del sufrimiento y de la muerte. Un mozo de servicio lo guió.

Iba de puntillas para no hacer ruido en los largos corredores en los que flotaba un repugnante olor a moho, enfermedad y medicamentos. De cuando en cuando un murmullo de voces turbaba el impresionante silencio del hospital.

A veces, por una puerta abierta, el capitán entreveía un dormitorio, una hilera de camas cuyas ropas estaban abultadas por la forma de los cuerpos. Mujeres convalecientes, sentadas en sillas al pie de sus camas, cosían, vestidas con un traje de uniforme en tela gris, y tocadas con un gorro blanco.

De pronto, su guía se detuvo ante una de aquellas galerías llenas de enfermos. Sobre la puerta se leía en grandes letras: Sifilíticas. El capitán se sobresaltó; luego se puso colorado. Una enfermera estaba preparando un medicamento en una mesita de madera, a la entrada.

—Yo lo llevaré —dijo la enfermera—. Es en la cama veintinueve —y empezó a caminar delante del oficial—. Es aquella —dijo, señalando una cama.

Sólo se veía un bulto bajo las mantas. Hasta la cabeza estaba oculta por las ropas.

De todas las camas se incorporaban caras pálidas, extrañadas, que miraban el uniforme; rostros de mujeres, jóvenes y viejas, pero que parecían todas feas y vulgares con el humilde uniforme reglamentario.

El capitán, muy turbado, con el sable en una mano y el quepis en la otra, murmuró:

—Irma.

Un gran movimiento se produjo en la cama, y el rostro de su querida surgió, pero tan cambiado, tan fatigado, tan flaco, que no lo reconoció.

Ella jadeaba, sofocada de emoción, y exclamó:

—¡Albert!... ¡Albert!... ¡Eres tú!... ¡Oh!... Gracias...

Y se le llenaron los ojos de lágrimas.

La enfermera trajo una silla.

—Siéntese, caballero.

Se sentó, y miró la cara pálida, tan miserable, de aquella muchacha a la que había dejado tan bella y tan fresca.

Dijo:

—¿Qué tienes?

Ella, llorando, respondió:

—Ya lo has visto: está escrito en la puerta.

Ocultó sus ojos bajo el embozo de las sábanas.

Y él, fuera de sí, avergonzado, siguió:

—Pero ¿cómo has cogido eso, mi pobre Irma?

—Esos cerdos prusianos —murmuró—. Me violaron y me dejaron envenenada.

No supo qué decir. La miraba y hacía girar su quepis sobre las rodillas.

Las otras enfermas lo examinaban, y él creía sentir un olor a podredumbre, un olor a carne corrompida y a infamia en aquel dormitorio lleno de mujeres con aquella innoble y terrible enfermedad.

Irma murmuró:

—No creo que escape de ésta. El médico dice que es muy grave —luego, al ver la cruz sobre el pecho del oficial, exclamó—: ¡Si te han condecorado! ¡Cuánto me alegro! ¡Cuánto me alegro! ¡Si pudiera besarte!

Un estremecimiento de miedo y repugnancia recorrió la piel del capitán sólo de pensar en aquel beso.

Sentía ya ganas de marcharse, de estar al aire libre, de perder de vista a aquella mujer. Pero se quedaba porque no sabía qué hacer para levantarse, para despedirse. Balbució:

—Entonces, no te cuidaste.

Una llamarada pasó por los ojos de Irma:

—No. Quise vengarme, aun a riesgo de morir. Y los envenené a ellos también, a todos, todos, a todos los que pude. Mientras estuvieron en Rouen no me cuidé.

Con un tono turbado, en el que se percibía cierta alegría, el capitán declaró:

—En ese aspecto, hiciste bien.

Ella, animándose, con los pómulos encendidos, dijo:

—Puedes estar seguro de que más de uno morirá por mi causa. Te garantizo que me he vengado.

Él dijo aún:

—Muy bien.

Luego, levantándose:

—Bueno, tengo que dejarte, porque debo estar a las cuatro con el coronel.

Ella se emocionó mucho:

—¡Tan pronto! ¿Ya me dejas? ¡Si acabas de llegar...!

El capitán quería marcharse a toda costa. Dijo:

—Ya has visto que vine en seguida, pero es que tengo que estar sin falta con el coronel a las cuatro.

—¿Sigues siendo el coronel Prune? —le preguntó.

—El mismo. Fue herido dos veces.

—¿Y entre tus compañeros? —siguió ella—. ¿Hubo muertos?

—Sí. Saint-Timon, Savagnat, Poli, Sapreval, Robert, De Courson, Pasafil, Santal, Caravan y Poivrin, murieron. Sahel perdió un brazo y a Courvoisin le tuvieron que amputar una pierna; Paquet perdió el ojo derecho.

Ella escuchaba llena de interés. Luego, de pronto, balbució:

—Me besarás antes de marcharte, ¿verdad? Ahora no está la señorita Langlois.

Y, a pesar de la repugnancia que sentía, puso sus labios sobre aquella frente pálida, mientras ella, rodeándolo con sus brazos, llenaba de besos enloquecidos el paño azul de su dormán.

—¿Volverás? ¿Volverás? Prométeme que volverás.

—Sí, te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿El jueves?

—Sí, el jueves.

—¿A las dos?

—El jueves a las dos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Adiós, querido mío.

—Adiós.

Y se marchó, confundido, entre las miradas de todo el dormitorio, encogiéndose un poco para pasar inadvertido. Al sentirse en la calle, respiró.

\*\*\*

Por la noche, sus compañeros le preguntaron:

—Bueno, ¿qué tal está Irma?

Él, con un tono embarazado, respondió:

—Ha tenido una pulmonía. Está muy mal.

Pero un teniente joven, oliéndose algo, pidió informes y, al día siguiente, cuando el capitán entró en el comedor de oficiales, fue acogido por una descarga de risas y bromas. Al fin se vengaban.

Supieron, además, que Irma había participado en las juergas del estado mayor prusiano, que había recorrido la región a caballo con un coronel de húsares azules y con muchos otros, y que, en Rouen, no la conocían más que por la mujer de los prusianos.

Durante ocho días el capitán fue la víctima del regimiento. Recibía por correo frases alusivas de las ordenanzas, recetas de médicos especialistas, incluso paquetes de medicamentos cuyas indicaciones estaban escritas en el exterior.

Y el coronel, puesto al corriente, declaró con un tono severo:

—Bien, bien, el capitán tenía buenas amistades. Tengo que felicitarlo.

Doce días después fue llamado por una nueva carta de Irma. La rompió, con rabia, y no la contestó.

Ocho días más tarde le escribió de nuevo que se encontraba muy mal, y que quería despedirse de él.

No contestó.

Pasaron unos días aún, y recibió la visita del capellán del hospital.

La señorita Irma Pavolin, en su lecho de muerte, le suplicaba que fuera a verla.

No se atrevió a negarse a seguir al capellán, pero entró en el hospital con el corazón lleno de perverso rencor, de vanidad herida, de orgullo humillado.

Apenas la encontró cambiada y pensó que se había burlado de él.

—¿Qué quieres? —dijo.

—He querido despedirme de ti. Parece que me muero.

—Escucha: me has convertido en el hazmerreír de todo el regimiento, y esto no puede continuar.

—¿Yo? —preguntó ella—. Pero ¿qué te he hecho yo?

Él se sintió irritado de no saber qué contestarle.

—¡No pienses que voy a volver aquí para que se ría de mí todo el mundo!

Ella le miró con sus ojos apagados, en los que empezaba a encenderse la cólera, y repitió:

—¿Qué te he hecho yo? ¿Es que no me he portado bien contigo? ¿Te he pedido alguna vez algo? De no haber sido por ti, yo habría seguido con el señor Templier-Papon y hoy no me encontraría aquí. Si alguno de los dos tiene reproches que hacer, no eres tú.

Él continuó, con tono vibrante:

—No te hago reproches, pero no puedo seguir viniendo a verte, porque tu comportamiento con los prusianos ha sido la vergüenza de toda la ciudad.

En un arranque, Irma se sentó en la cama:

—¿Mi comportamiento con los prusianos? Pero si te he dicho que me violaron y que no me cuidé porque quise envenenarlos. De haber querido curarme no habría sido difícil, pero yo quería matarlos, y los he matado.

Él se mantenía de pie:

—De todas formas, es vergonzoso —dijo.

Ella tuvo una especie de ahogo, y luego continuó:

—¿Qué es lo que es vergonzoso? ¿Dejarme morir para exterminarlos? ¿Eh? ¡Di! ¡No hablabas así cuando venías a mi casa de la calle Jeanne d'Arc! ¡Vergonzoso! ¡Tú no habrías sido capaz de hacerlo, con toda tu cruz de honor! ¡Me la he merecido yo más que tú, sí, más que tú, y he matado a más prusianos que tú!

Estaba estupefacto ante ella, temblando de indignación:

—¡Cállate!... ¡Cállate!..., porque... no te consiento... que hables... de ciertas cosas...

Pero ella no lo escuchaba:

—¡Mucho daño le hicieron ustedes a los prusianos! Esto no habría ocurrido si ustedes les hubieran impedido llegar hasta Rouen. Eran ustedes quienes tenían que detenerlos, ¿me oyes? Y yo les he hecho más daño que tú, yo, sí, más daño, porque voy a morir, mientras tú sigues presumiendo y luciéndote para embaucar a las mujeres...

De cada cama se había alzado una cabeza y todas las miradas coincidían en aquel hombre de uniforme que tartamudeaba:

—¡Cállate!... ¡Cállate!...

Pero ella no se callaba. Gritaba:

—¡Sí! ¡No eres más que un guapo presumido! Te conozco, claro que te conozco. Te digo que yo les he hecho más daño que tú, sí, yo, y que he matado más que todo tu regimiento junto... ¡Anda, vete!... ¡Gallina!

Y, en efecto, se marchó, huyó, a grandes pasos, por entre las dos filas de camas donde se agitaban las sifilíticas. Y oía la voz jadeante, sibilante, de Irma, que continuaba:

—¡Más que tú, sí, he matado más prusianos que tú, más que tú...!

Bajó la escalera de cuatro en cuatro y corrió a encerrarse en su casa.

Al día siguiente se enteró de que había muerto.



## *¡Camarero, un «bock»!*<sup>3</sup>

---

*Garçon, un bock!...*

¿Por qué se me ocurrió entrar esa noche en aquella la cervecería? Lo ignoro. Hacía frío. Una llovizna, remolinos de polvillo de agua envolvían los faroles de gas como una neblina transparente y brillaban en las aceras, cruzadas por las luces de los escaparates que iluminaban el barro líquido del suelo y los pies sucios de los transeúntes.

No llevaba ningún rumbo. Estiraba las piernas, después de cenar. Atravesé por delante del Crédit Lyonnais, crucé la calle Vivienne y otras más. Vi de pronto una gran cervecería que estaba medio llena de gente y, sin motivo especial, entré en ella. No tenía sed.

Eché una ojeada, buscando sitio en que no estuviese excesivamente apretado, y me fui a sentar al lado de un hombre que me pareció de edad y que fumaba en una pipa de barro de las de perra gorda, negra como el carbón. Seis u ocho platillos de cristal, apilados delante de él en la mesa, indicaban el número de “bocks» que llevaba consumidos. No me fijé en su persona. Comprendí, al primer golpe de vista, que se trataba de un bebedor de cerveza, de uno de esos parroquianos de cervecería que llegan por la mañana, cuando se abre el establecimiento, y se marchan por la noche, cuando se cierra. Era desaseado, tenía calvo el centro del cráneo, pero una cabellera entrecana, grasienta, le caía por detrás sobre el cuello de la levita. La ropa le venía ancha, como si se la hubiese hecho cuando tenía el vientre abultado. Se adivinaba que el pantalón se le caería al andar y que no podría dar diez pasos sin levantárselo de la cintura, porque le venía muy holgado. ¿Llevaría chaleco? Me asusté sólo con pensar en sus botines y en lo que contendrían. Llevaba los puños deshilachados y tan negros en los bordes como las uñas.

—¿Cómo estás? —me dijo con toda naturalidad aquel individuo, no bien me senté a su lado.

Me volví bruscamente y le miré con atención a la cara. Y él siguió preguntando:

—Pero ¿no me conoces?

—¡No!

—Soy Des Barrets.

Me quedé de una pieza. Era el conde Juan des Barrets, antiguo compañero mío de colegio.

Le di un apretón de manos; pero estaba tan sobrecogido, que no supe qué decir.

Logré, al cabo, balbucear:

—Y tú, ¿cómo sigues?

Me contestó con gran sosiego:

—Voy tirando como puedo.

No dijo más. Yo quise mostrarme afectuoso y se me ocurrió la frase:

—Y... ¿en qué te ocupas?

Me contestó con resignación:

—En lo que ves.

Sentí que se me salían los colores a la cara, e insistí:

—Pero ¿todos los días?

Y él, lanzando espesas bocanadas de humo, contestó con firmeza:

—La misma vida un día tras otro.

---

<sup>3</sup> Jarra de cerveza.

Golpeó en el mármol de la mesa con una moneda de cobre que había quedado por allí y gritó:

—¡Camarero, dos “bocks»!

Una voz lejana repitió:

—¡Dos “bocks» al cuatro!

Y otra, todavía más lejos, lanzó en tono sobreagudo:

—¡Como éstos!

Apareció a continuación un hombre con delantal blanco que llevaba en la mano las dos “bocks», y que en su prisa iba regando el suelo enarenado con gotas amarillentas.

Des Barrets vació de un trago su vaso y volvió a colocarlo sobre la mesa, al mismo tiempo que aspiraba con los labios la espuma que había quedado en su bigote.

Luego me preguntó:

—Y ¿qué hay de nuevo?

A decir verdad, no se me ocurría novedad alguna que contarle, y no hice otra cosa que decir, por decir algo:

—¿Novedad? Ninguna, amigo mío. Yo estoy en el comercio.

—Y... ¿te divierte eso? —me preguntó con el mismo tono sosegado.

—No me divierte; pero en algo hay que ocuparse, ¿no te parece?

—¿Con qué objeto?

—Por hacer algo... —digo yo.

—Y ¿qué se adelanta con ello? Ya me ves tú, yo no hago nunca nada, absolutamente nada. Comprendo que quien no dispone de dinero no tiene más remedio que trabajar; pero cuando se dispone de medios de vida, me parece inútil. ¿Qué se saca con trabajar? ¿Trabajas para ti o para los demás? Si lo haces para ti, es que te divierte, y en tal caso, ¡bien va! Pero si trabajas para los demás, te digo que eres un simple.

Colocó su pipa sobre el mármol y volvió a gritar:

—¡Camarero, una “bock»! —Luego reanudó el hilo del discurso—: El hablar me da sed, porque no tengo costumbre. Yo, como ves, no trabajo en nada; voy tirando adelante, voy dejando correr los años. Moriré sin echar de menos nada. No me asaltarán ningún recuerdo, fuera del de esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni preocupaciones, ni pesares, ¡nada! Es lo mejor.

Vació la “bock» que le habían traído, se relamió los labios y echó otra vez mano a su pipa.

Yo lo contemplaba estupefacto. Le dije:

—En otro tiempo no eras tú el mismo de ahora.

—Perdona, he sido siempre igual, desde el colegio.

—Pero esto no es vida, querido amigo. Es horrible. No me digas, en algo te ocuparás; tendrás algún cariño, y, desde luego, no te faltarán amigos.

—Nada de eso. Me levanto a las doce, vengo aquí, almuerzo, voy bebiendo “bocks», dando tiempo a que anochezca, ceno, sigo bebiendo “bocks» y como cierran a la una y media de la madrugada, a esa hora me vuelvo a mi casa y me acuesto. Es lo que más me contraría. En los últimos diez años habré pasado seis en este banco, en mi rincón; y los otros seis en la cama, y en ningún otro sitio. Alguna vez converso con otros parroquianos.

—Pero, al principio, de recién llegado a París, ¿qué hiciste?

—Pues verás: cursé leyes... en el café Médicis.

—¿Y después?

—Después... crucé el río y me instalé aquí.

—¿Y para qué te tomaste esa molestia?

—¡Qué quieres! No puede uno pasarse toda la vida en el Barrio Latino. Los estudiantes son demasiado bullangueros. Pero ya no me moveré de aquí. ¡Camarero, una “bock»!

Creí que me estaba tomando el pelo. Insistí:

—¡Ea!, sé franco. ¿Has tenido algún pesar muy grande? Probablemente se trata de algún grave desengaño amoroso. Se ve a las claras que eres hombre al que ha dejado malparado una desgracia. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres, pero represento por lo menos cuarenta y cinco.

Lo examiné con detenimiento. Arrugada, desaliñada, su cara parecía la de un viejo. En la bóveda del cráneo ondulaban sobre la piel, de una limpieza discutible, algunos cabellos largos. Tenía unas cejas desmesuradas, fuerte bigote y barba cerrada. Inconscientemente, vi con la imaginación un barreño lleno de líquido negruzco, como si en aquella agua hubiese lavado toda aquella pelambre.

—Desde luego —le dije— representas más edad de la que tienes. Estoy seguro de que has tenido graves disgustos.

El me contestó:

—Te aseguro que te equivocas. Estoy envejecido, porque nunca salgo al aire libre. Nada estropea tanto a las personas como la vida de café.

No me convencía:

—Habrás sido también un juerguista. Por algo estás tan calvo. Esa es una prueba de que has amado mucho a las mujeres.

Se pasó tranquilamente la mano por la calva, y cayeron de sus últimos cabellos, esparciéndose por la espalda, muchas partículas blancas:

—Pues no. Siempre fui casto.

Levantó la vista hacia la lámpara, cuyo calor nos daba en la cabeza:

—El gas tiene la culpa de que esté calvo. Es el enemigo del cabello... ¡Camarero, una “bock»!.. ¿No sientes sed?

—No, gracias. Tu caso me interesa mucho. ¿De cuándo arranca ese decaimiento? No es cosa normal, no es cosa natural. Algún secreto se esconde en todo eso.

—Sí; esto me viene de cuando era niño. Recibí entonces un golpe que me volvió tétrico para toda la vida.

—¿Cómo fue eso?

—Escucha, puesto que quieres saberlo. Te acordarás del castillo en que me crié, ya que estuviste cinco o seis veces en él durante las vacaciones. Recordarás que era un gran edificio gris, situado en medio de un parque que tenía, abiertas a los cuatro puntos del horizonte, largas avenidas de hayas. Recordarás también a mis padres, los dos muy ceremoniosos, solemnes y severos.

Yo sentía adoración por mi madre, temía a mi padre, y respetaba a los dos, porque estaba acostumbrado a ver cómo todo el mundo se doblegaba ante ellos. En la región se los conocía como el señor conde y la señora condesa.

También los aristócratas de los alrededores, los Tannemares, los Ravalet, los Brenneville, trataban a mis padres con el respeto que se debe a los que ocupan una posición superior.

Tenía yo entonces trece años. Era de genio alegre, todo me satisfacía, y, como ocurre a esa edad, desbordaba en mí la dicha de vivir.

A fines de septiembre, días antes de la vuelta al colegio, jugaba yo a los lobos por los bosquecillos del parque, metiéndome por entre las ramas y el follaje. Al cruzar una de las avenidas, descubrí a papá y mamá que se paseaban.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Era un día de mucho viento. Toda la hilera de árboles se doblaba por la fuerza de las ráfagas, gemía, parecía lanzar gritos, esos gritos sordos, profundos, que salen de los bosques durante las tempestades.

Las hojas caídas, amarillas ya, volaban como pájaros, se levantaban en remolinos, caían otra vez, y luego corrían avenida adelante, como rápidos animalitos.

La noche se venía encima. Las sombras habían envuelto el bosque. Aquel alboroto del viento y de las ramas me excitaba, haciéndome galopar como enloquecido y aullar imitando a los lobos.

Al ver a mis padres, fui hacia ellos con paso furtivo, ocultándome entre las ramas, para cogerlos de sorpresa, como si fuese un verdadero lobo al acecho.

Pero cuando ya estaba a pocos pasos de ellos, me detuve, sobrecogido de miedo. Mi padre, en un acceso terrible de cólera, gritaba:

—Tu madre es una estúpida; pero aquí no se trata de tu madre, sino de ti misma. Necesito dinero, y estoy resuelto a que firmes.

Mamá le contestó con voz segura:

—No firmaré. Esa es la herencia de Juan. Para él la guardo, porque no estoy dispuesta a que también te la gastes, como has hecho con tu patrimonio, con mujeres alegres y con criadas de la casa.

Mi padre, entonces, trémulo de ira, se volvió, cogió a mi madre del cuello con una mano y se puso a golpearla en plena cara con la otra, con toda su fuerza.

El sombrero de mamá cayó por el suelo, se le soltaron los cabellos; procuraba detener los golpes, sin conseguirlo. Mi padre, enloquecido, golpeaba y golpeaba. Ella rodó por tierra, ocultando su rostro con los brazos. Y mi padre la puso boca arriba y se los apartó para seguir pegándole en la cara.

Amigo mío, me pareció que el mundo se venía abajo, que se habían trastrocado las leyes eternas. Estaba trastornado, como lo estamos ante las cosas sobrenaturales, en presencia de las catástrofes monstruosas y de los desastres irreparables. Mi cerebro infantil se extraviaba, enloquecía. Rompí a gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un dolor, de un asombro terribles. Mi padre me oyó, se dio vuelta, me vio, se incorporó y vino hacia mí. Pensé que iba a matarme, y escapé, como una bestia perseguida, en línea recta y me metí en el bosque. Estuve andando una hora, dos tal vez, no sé a punto fijo. Llegó la noche, me tumbé en la hierba, y allí quedé, muerto de miedo, desatinado, devorado por un dolor capaz de hacer saltar para siempre en pedazos el pobre corazón de un niño. Sentía frío, y tal vez sentía también hambre. Amaneció. No me atrevía a levantarme, ni a caminar, ni a volver a casa, ni a seguir huyendo, temeroso de tropezar con mi padre, al que no hubiera querido ver más.

Quizá me habría muerto de pena y de hambre al pie de aquel árbol si el guarda no me hubiese encontrado, obligándome a regresar a viva fuerza.

Hallé a mis padres como si no hubiera pasado nada. Únicamente mi madre me dijo:

—¡Qué susto me has hecho pasar, ingrato! Toda la noche la he pasado sin dormir.

No le contesté, pero me eché a llorar. Mi padre no dijo una sola palabra.

A los ocho días de aquello, volví al colegio. Pues bien, querido amigo, para mí había acabado todo. Había visto la otra cara de las cosas, la mala; desde entonces ya no tuve ojos para ver la cara buena. ¿Qué ocurrió en mi alma? ¿Qué extraño fenómeno dio vuelta a todas mis ideas? No lo sé. Ya no le encontré gusto a nada, no tuve deseos de nada, no sentí amor por nadie, se acabaron anhelos, ambiciones y esperanzas. Tengo siempre delante de mis ojos a mi pobre madre, tirada en medio de la avenida, y a mi padre pegándole... Mi madre murió algunos años después. Mi padre vive todavía. No he vuelto a verlo... ¡Camarero, una “bock»!

Le trajeron una “bock» y se lo echó al cuerpo de un solo trago. Pero como sus manos temblaban, rompió la pipa al ir a cogerla. Hizo un gesto de desesperación y exclamó:

—Esto sí que es un verdadero dolor. Un mes voy a tardar en poner otra a punto.

Y volvió a lanzar a través de la amplia sala, que se había llenado de humo y de bebedores, su grito eterno:

—¡Camarero, una “bock»... y una pipa nueva!

*Gil Blas, 1 de enero de 1884*

# *Campanilla*

---

*Clochette*

¡Son extraños, esos antiguos recuerdos que nos obsesionan sin que podamos desprendernos de ellos!

Este es tan viejo, tan viejo, que no puedo comprender cómo ha permanecido tan vivo y tenaz en mi mente. He visto después tantas cosas siniestras, emocionantes o terribles, que me asombra que no pase un día, ni un sólo día, sin que la figura de la tía Campanilla aparezca ante mis ojos, tal como la conocí, en tiempos, hace mucho, cuando yo tenía diez o doce años.

Era una vieja costurera que venía una vez a la semana, todos los martes, a reparar la ropa en casa de mis padres. Mis padres vivían en una de esas casas de campo llamadas castillos y que son simplemente antiguas mansiones de tejado puntiagudo, de las cuales dependen cuatro o cinco granjas agrupadas a su alrededor.

El pueblo, un pueblo grande, una villa, aparecía a unos cientos de metros, agolpado en torno a la iglesia, una iglesia de ladrillos rojos ennegrecidos por el tiempo.

Así, pues, todos los martes la tía Campanilla llegaba entre seis y media y siete de la mañana y subía enseguida al cuarto de costura para ponerse al trabajo.

Era una mujer alta y flaca, barbuda, o mejor dicho peluda, pues tenía barba en toda la cara, una barba sorprendente, inesperada, que crecía en penachos inverosímiles, en mechones rizados que parecían diseminados por un loco en aquel gran rostro de gendarme con faldas. Los tenía sobre la nariz, bajo la nariz, alrededor de la nariz, en el mentón, en las mejillas; y sus cejas, de un espesor y de una largura extravagantes, completamente grises, tupidas, erizadas, parecían enteramente un par de bigotes colocados allí por error.

Cojeaba, no como cojean los lisiados normales, sino como un barco anclado. Cuando asentaba sobre la pierna sana el gran cuerpo huesudo y desviado, semejaba tomar impulso para remontar una ola monstruosa, y después, de repente, se lanzaba como para desaparecer en un abismo, se hundía en el suelo. Su marcha despertaba la idea de una tempestad, de tanto como se balanceaba al mismo tiempo; y su cabeza, siempre tocada con un enorme gorro blanco, cuyas cintas flotaban a su espalda, parecía atravesar el horizonte, del norte al sur y del sur al norte, a cada uno de sus movimientos.

Yo adoraba a esta tía Campanilla. Tan pronto como me levantaba subía al cuarto de costura, donde la encontraba instalada cosiendo, con un estufilla bajo los pies. En cuanto yo llegaba, me obligaba a coger la estufilla y a sentarme encima para que no me acatarrase en aquella vasta pieza fría, situada bajo el tejado.

«Eso te hace circular la sangre», decía.

Me contaba historias, mientras zurcía la ropa con sus largos dedos ganchudos, que eran muy vivos; sus ojos, tras unas gafas con cristales de aumento, pues la edad había debilitado su vista, me parecían enormes, extrañamente profundos, dobles.

Tenía, por lo que puedo recordar de las cosas que me decía y que conmovían mi corazón de niño, un alma magnánima de pobre mujer. Sus juicios eran lisos y llanos. Me contaba los acontecimientos del pueblo, la historia de una vaca que se había escapado del establo y a la que habían encontrado, una mañana, ante el molino de Prosper Malet, viendo cómo giraban las alas de madera, o la historia de un huevo de gallina descubierto en el campanario de la iglesia sin que nadie entendiera nunca qué animal había ido a ponerlo allí, o la historia del perro de Jean-Jean Pilas, que había ido a

recuperar a diez leguas del pueblo los calzones de su amo robados por un transeúnte mientras se secaban frente a la puerta después de una mojadura. Me contaba estas ingenuas aventuras de tal forma que adquirían en mi mente proporciones de dramas inolvidables, de poemas grandiosos y misteriosos; y los ingeniosos cuentos inventados por poetas y que me narraba mi madre, por la noche, no tenían el sabor, la amplitud, la potencia de los relatos de la aldeana.

Ahora bien, un martes en que me había pasado toda la mañana escuchando a la tía Campanilla, quise volver a subir a su lado por la tarde, después de haber ido con el criado a coger avellanas en el bosque de Hallets, detrás de la granja de Noirpré. Lo recuerdo todo tan claramente como las cosas de ayer.

Ahora bien, al abrir la puerta del cuarto de costura, vi a la vieja costurera tendida en el suelo, al lado de su silla, boca abajo, con los brazos extendidos, sujetando aún la aguja en una mano y, en la otra, una de mis camisas. Una de sus piernas, la larga sin duda, con una media azul, se estiraba bajo la silla; y las gafas brillaban junto a la pared, habiendo rodado lejos de ella.

Escapé lanzando agudos gritos. Acudieron; y me enteré al cabo de unos minutos de que la tía Campanilla había muerto.

No sabría expresar la emoción profunda, punzante, terrible, que crispó mi corazón de niño. Bajé a pasitos cortos al salón y fui a esconderme en un rincón oscuro, hundido en una inmensa y antigua butaca donde me arrodillé para llorar. Sin duda me quedé allí mucho tiempo, pues cayó la noche.

De repente entraron con una lámpara, aunque no me vieron, y oí a mi padre y mi madre conversar con el médico, cuya voz reconocí.

Habían ido a buscarlo a toda prisa y él explicaba las causas del accidente. No entendí nada, por lo demás. Después se sentó, y aceptó una copa de licor y unas galletas.

Seguía hablando; y lo que dijo entonces se me quedó y se me quedará grabado en el alma hasta la muerte. Creo que incluso puedo reproducir casi exactamente los términos que utilizó.

—¡Ah!, decía, ¡pobre mujer! Fue mi primera cliente. Se rompió la pierna el día de mi llegada y ni siquiera había tenido tiempo de lavarme las manos al bajar de la diligencia cuando vinieron en mi busca a toda prisa, pues era grave, muy grave.

Ella tenía diecisiete años y era una chica guapísima, ¡muy guapa, mucho! ¡Quién lo diría! En cuanto a su historia, jamás la conté; y nadie, salvo yo y otra persona que ya no está en la comarca, la supo nunca. Ahora que ha muerto, puedo ser menos discreto.

En aquella época acababa de instalarse en la villa un joven maestro que tenía un hermoso rostro y el esbelto talle de un suboficial. Todas las muchachas corrían tras él, y se hacía el interesante, pues además le tenía mucho miedo al director de la escuela, su superior, el señor Grabu, que no todos los días se levantaba de buenas.

El señor Grabu empleaba ya entonces como costurera a la hermosa Hortense, que acaba de morir en su casa y a la cual bautizaron más adelante como Campanilla, después de su accidente. El maestro se fijó en la guapa chiquilla, quien sin duda se sintió halagada por la elección del inexpugnable conquistador; el caso es que lo amó, y que él consiguió una primera cita, en el desván de la escuela, al final de todo un día de costura, al llegar la noche.

Ella fingió regresar a casa, pero en lugar de bajar la escalera al salir de casa de los Grabu, la subió, y fue a ocultarse entre el heno, para esperar a su enamorado. El se reunió en seguida con ella, y empezaba a galantearla cuando la puerta del desván se abrió de nuevo y apareció el maestro de escuela, preguntando:

«¿Qué hace usted aquí arriba, Sigisbert?»

Viéndose cogido, el joven maestro, azarado, respondió estúpidamente:

«Subí a descansar un rato en las gavillas, señor Grabu . »

El desván era muy grande, muy vasto, estaba absolutamente negro; y Sigisbert empujaba hacia el fondo a la desconcertada joven, repitiendo: «Váyase, escóndase. Voy a perder mi puesto, ¡escape, escóndase! ».

El maestro de escuela, al oír susurros, prosiguió: «¿No está usted solo?

—¡Claro que sí, señor Grabu!

—Claro que no, puesto que está hablando.

—Le juro que sí, señor Grabu.

—Pronto voy a saberlo» prosiguió el viejo; y, cerrando la puerta con doble vuelta de llave, bajó a buscar una vela.

Entonces el joven, un cobarde como hay muchos, perdió la cabeza y repetía, enfurecido de repente: «Escóndase, que no la encuentre. Por su culpa voy a perder mi pan. Va usted a destrozar mi carrera.. ¡Escóndase de una vez!»

Se oía la llave que giraba de nuevo en la cerradura.

Hortense corrió al tragaluz que daba a la calle, lo abrió bruscamente, y luego, con voz baja y resuelta:

«Venga usted a recogerme cuando él se haya marchado», dijo.

Y saltó.

El señor Grabu no encontró a nadie y volvió a bajar, muy sorprendido.

Un cuarto de hora después, Sigisbert entraba en mi casa y me contaba su aventura. La joven se había quedado al pie del muro, incapaz de levantarse, porque había caído de dos pisos. Fui a buscarla con él. Llovía a cántaros, y me llevé a mi casa a la pobre infeliz, cuya pierna derecha se había roto por tres sitios, y los huesos habían desgarrado la carne. No se quejaba, y se limitaba a decir con admirable resignación: «¡Justo castigo! ¡Justo castigo!»

Mandé en busca de ayuda y de los padres de la costurera, a quienes les conté la fábula de un carruaje desbocado que la había atropellado y lisiado ante mi puerta.

Me creyeron y los gendarmes buscaron en vano, durante un mes, al responsable del accidente.

¡Y eso es todo! Y afirmo que esta mujer fue una heroína, de la raza de las que realizan las más nobles acciones históricas.

Aquel fue su único amor. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma hermosa, ¡una abnegada sublime! Y si yo no la admirase totalmente no les habría contado su historia, que nunca quise decirle a nadie en vida de ella, ya comprenderán ustedes por qué razón.

El médico había enmudecido. Mamá lloraba. Papá pronunció unas palabras que no entendí bien; y después se marcharon.

Y yo me quedé de rodillas en mi butaca, sollozando, mientras oía un extraño ruido de pasos pesados y de choques en la escalera.

Se llevaban el cuerpo de Campanilla.

*Gil Blas, 21 de diciembre de 1886*



# *Campesinos*

---

*Aux champú*

## I

Las dos cabañas juntas, al pie de una colina, cerca de un balneario; los dos campesinos hacían el mismo esfuerzo para buscar en la tierra infecunda el pan de los suyos; las dos familias eran numerosas el padre, la madre y cuatro hijos. Frente a las dos puertas, la chiquillería piaba desde la mañana hasta la noche, Los dos mayores tenían seis años y los dos pequeños quince meses. Los dos matrimonios y los nacimientos de cada criatura se habían verificado, simultáneamente casi, en los dos hogares.

Cuando los niños jugaban juntos, apenas distinguían las dos madres cuáles eran los propios y cuáles los del vecino; los dos. padres los confundían absolutamente; los ocho nombres bailaban en sus cabezas, mezclándose a todas horas, y cuando querían llamar a uno, con frecuencia llamaban a tres antes de acertar con el verdadero.

Dejando a la espalda el balneario de Rolleport, la primera de las dos viviendas que aparecía era la de los Tubaches, que tenían tres hembras y un varón; la segunda era la de los Vallin, que tenían una hembra y tres varones.

Todos vivían trabajosamente con sopitas, patatas y aire puro. A las siete de la mañana, al mediodía y a las seis de la tarde, cada matrimonio llamaba a los suyos para repartir la comida, como los que guardan patos reúnen a los animalitos. Las criaturas se colocaban alineadas junto a una mesa, barnizada por el roce de medio siglo. El menor de todos apenas llegaba con la boca al nivel de la mesa. Les ponían delante un plato con pan remojado en el agua en que se habían cocido patatas, media col y tres cebollas, y todos lo devoraban como hambrientos; la madre daba de comer al menor. Un poco de carne cocida los domingos era un regalo para todos, y aquel día el padre mascaba reposado. repitiendo:

—Así comería yo siempre.

Una tarde de octubre se detuvo bruscamente ante las dos cabañas un ligero cochecillo, y una señora joven, que le guiaba, dijo al caballero que iba con ella:

— ¡Oh! ¡Mira, Henry; mira qué grupo de niños!

El hombre no contestó, acostumbrado a semejantes admiraciones, que para él eran un dolor y casi un reproche.

La mujer seguía:

—Quiero besarlos. ¡Ah! ¡Cuánto me gustaría uno como aquel pequeño!

Y apeándose de un salto, se acercó a los niños, cogiendo, a uno de los más pequeños, el de los Tubaches, alzándolo entre los brazos, acariciándolo apasionadamente, cubriéndole de besos la cara sucia, el pelo ensortijado y rubio y lleno de tierra, y las manecitas, que agitaba el infeliz para librarse de aquel ataque.

Luego la señora subió al coche, alejándose al trote largo de los caballos. Pero volvió a la semana siguiente, se apeó, acarició al niño, se sentó junto a él, en el suelo, le atiborró de dulces, repartiendo algunos a los demás, y jugó con todos como una chiquilla, mientras que su marido la esperaba pacientemente, sin abandonar su frágil cochecillo.

Repitió la visita, conoció a los padres y acabó yendo todas las tardes, repartiendo muchas golosinas y algunas monedas.

Era la esposa de Henry de Hubières.

Una mañana su marido se apeó del coche tras ella, y sin pararse con los niños entraron en la cabaña de los Tubaches.

La mujer y el marido estaban cortando leña y encendiendo lumbre para el almuerzo. Quedaron muy sorprendidos, ofrecieron sillas y aguardaron silenciosos. La señora, con voz entrecortada y temblorosa, dijo:

—Buenas gentes; vine a su casa porque deseo..., deseo llevarme al chiquitín...

Los campesinos, de pronto, no haciéndose cargo de la cosa, no dijeron nada.

La señora, ya más tranquila, prosiguió:

—No tenemos hijos ni familia; estamos enteramente solos mi marido y yo. Si nos lo dieran, le cuidaríamos... ¿Quieren?

La mujer iba entendiendo, y habló:

—¿Quiere usted llevarse a nuestro Carlos? No; eso, no. Entonces intervino el señor de Hubiérés con estas razones:

—Mi mujer no se ha expresado claramente. Queremos adoptar al niño; pero el niño podía venir a ver a sus padres. Si es bueno con nosotros, como esperamos, heredará toda nuestra fortuna. Y si llegásemos a tener hijos, la repartiría con ellos como un hermano. Pero si no fuese agradecido a nuestras atenciones, al llegar a su mayoría de edad dispondría de veinticinco mil francos, que desde hoy estamos dispuestos a dejar depositados a su nombre. Como también hemos de atenderlos a ustedes, les daríamos una pensión vitalicia de cien francos mensuales. ¿Me comprenden?

La campesina se había levantado furiosa.

—¿Quiere usted que le vendamos a Carlos? ¡Ah! Esas cosas no se le piden a una madre. No, no; eso es una infamia.

El hombre no decía nada, grave y reflexivo; pero aprobaba con un movimiento de cabeza lo que decía su mujer.

La señora de Hubiérés, contrariada y triste, arrancó en llanto, y volviéndose hacia su marido, con la voz entrecortada entre sollozos, una voz de niña mimada, balbució:

— ¡No quieren, Henry, no quieren! Entonces el marido insistió:

—Pero no es lo que ustedes imaginan; el hijo no lo venden y aseguran su porvenir, su felicidad, su...

La campesina exasperada, le interrumpió.

—Sí, ya lo sabemos todo; ya lo hemos oído todo; ya lo imaginamos todo. Váyanse ustedes y que no volvamos a verles en esta casa. No es honrado querer quitar un hijo a su madre de ese modo.

Al salir, la señora de Hubiérés notó que había dos pequeñuelos, y preguntó entre lágrimas, con la tenacidad propia de una mujer mimada:

—Pero el otro pequeñito, ¿no será también de ustedes?

Tubache respondió:

—Es de los vecinos; entren ustedes a ver si ellos quieren.

Y el hombre se retiró al interior de su vivienda, en la que resonaban aún las exaltadas voces de su mujer.

Los Vallin estaban en la mesa, comiendo tranquilamente rebanadas de pan con un poco de manteca, la cual tomaban con la punta del cuchillo de un plato colocado entre los dos.

El señor de Hubiérés hizo de nuevo sus proposiciones, pero más insinuante, con más precauciones oratorias y más astucia.

Los dos campesinos bajaron la cabeza, negándose; pero cuando se fijaron en que les darían cien francos mensuales, reflexionaron un poco, sobrecogidos, consultándose con la mirada.

—¿Qué dices tú a eso? —preguntó la mujer El hombre dijo, sentenciosamente:

—No es una bicoca.

Entonces la señora de Hubiéres, que temblaba de angustia, les habló del porvenir del chiquillo, de su felicidad futura, de cuanto podía darles con el tiempo. El campesino preguntó:

—Y esta renta de cien francos mensuales, ¿quedará por escritura hecha ante notario?

El señor de Hubiéres contestó:

—Seguramente; mañana mismo. La mujer, que meditaba, dijo:

—Cien francos al mes no es bastante para que me prive del gusto de ver al niño; además, el niño, dentro de algunos años, trabajaría, nos ayudaría, ganaría también algo. Han de ser ciento veinte.

La señora de Hubiéres, saltando impacientemente, lo concedió en seguida. Y como quería llevarse al niño, dio cien francos de regalo, mientras el caballero extendía y firmaba un documento provisional. El alcalde y un vecino, a los cuales llamaron aprisa, hicieron de testigos complacientes.

Y la señora, satisfecha, radiante, se llevó a la criatura, que berreaba, como se llevaría de un almacén el juguete deseado.

Los Tuhaches, desde la puerta, los vieron alejarse, y quedaron severos, mudos, arrepentidos acaso de su negativa.

## II

No se habló más —del pequeño Juanito Vallin. Sus padres iban cada mes a cobrar sus ciento veinte francos a casa de un notario, y vivían poco satisfechos de sus vecinos, porque la mujer de Tubache los llenaba de improperios, repitiendo sin cesar, de puerta en puerta, que se necesitaba ser criminal para, vender a un hijo; aquello era un horror, a su juicio y al de las gentes honradas; una torpeza, una porquería.

Y luego alzaba entre sus brazos a su Carlitos, gritándole, como si la criatura estuviera en el caso de comprenderlo, y para que todos la oyesen:

—Yo no te vendí; no soy capaz de venderte, ángel mío. Yo no vendo a mis hijos. No soy rica, pero no vendo a mis hijos.

Durante algunos años repitió lo mismo todos los días; cada hora, las alusiones groseras fueron vociferadas para que llegasen a casa de los vecinos. La Tubache terminó por juzgarse muy superior a todas las madres de aquellos contornos, porque no había querido ceder a su Carlos como la Vallin cedió a su Juan.

Y los que hablaban del asunto decían:

—Claro que la proposición era tentadora; rechazándola, se portó como una buena madre.

La citaban como un modelo, y Carlitos llegó a los dieciocho años con esta idea repetida sin cesar, considerándose muy superior a los otros muchachos, porque su madre no quiso venderlo.

Los Vallin, algo aislados, vivían tranquilamente, gracias a la pensión. Esto .enardecía más los odios y los furores de la familia Tubache, que luchaba contra la miseria.

Su hijo mayor fue soldado. El segundo murió. Sólo quedaba Carlos para ayudar a su padre, para procurar el sustento de su madre y dos hermanas.

Tenía veintiún años, cuando una mañana vio llegar un lucido coche que se paraba frente a las cabañas. Un caballero joven, con su cadena de oro, se apeó, ayudando luego a bajar a una señora de pelo blanco.

La señora le dijo:

—Es ahí, en la segunda casa. Hijo mío. Y el joven entró en la de los Vallin.

La mujer levantaba los manteles. y el hombre dormitaba en un rincón. Ambos alzaron los ojos. y el joven les dijo:

—Buenos días, papá; buenos días. mamá. Se irguieron los dos, como espantados.

La mujer balbució:

—¿Es nuestro hijo? ¿Es mi Juan? ¿Eres tú?

El joven la estrechó entre sus brazos, besándola Y repitiendo:

—Buenos días, mamá.

En tanto el hombre, tembloroso, decía con la calma propia de su carácter:

—¿Ya está el chico de vuelta? —como si lo hubiera visto un mes antes.

Pasados los primeros momentos, los padres quisieron lucir al chico; que todos lo vieran. Lo llevaron a casa del alcalde, a casa del cura y a casa del maestro.

Carlos, desde la puerta de su cabaña los vio pasar.

Por la noche, cenando, les dijo a sus padres:

—Fueron ustedes muy tontos dejando que se llevaran al hijo de los Vallin.

La madre respondía obstinadamente:

—No quisimos vender a un hijo nuestro.

El padre callaba. El hijo insistió:

—No es muy desagradable que le sacrifiquen a uno como a Juan.

Entonces el padre dijo, encolerizado:

—¿Nos reprochas que no te vendiésemos?

Y el joven respondió, brutalmente:

—Si; lo reprocho. Fueron ustedes unos mentecatos. Padres como ustedes hacen la desgracia de sus hijos. Merecían ahora que yo los abandonase.

La buena mujer lloraba, gemía, tragando cucharadas de sopa, vertiendo la mitad.

—¡Y una se mata por criar a sus hijos!

Entonces el mozo exclamó:

—Para lo que soy, me valiera más no haber nacido. Viendo al otro, me ha dado un vuelco el corazón y he pensado: "¡Así podría ser yo!". Se levantó, prosiguiendo:

—Lo mejor que puedo hacer es largarme de aquí. No quiero reprochar a todas horas la conducta de mis padres, que me hundieron en la miseria. ¡Nunca, nunca se lo perdonaré!

Los dos viejos callaban, aterrados, llorosos.

El muchacho seguía:

—No: esta idea es demasiado triste; prefiero irme a otra parte, buscar mi vida lejos de aquí.

Abrió la puerta; resonaron voces alegres en el exterior: los Vallin festejaban a su hijo afortunado. Entonces Carlos, apretando los puños y dando una fuerte patada en el suelo, miró a sus padres con ojos llenos de ira, diciéndoles:

—¡Miserables! ¡Eh!

Y desapareció entre las negruras de la noche.

*Le Gaulois, 31 de octubre de 1882*

# *Cantó un gallo*

---

*Un coq chanta*

## I

Berta de Avancelles había desatendido hasta entonces todas las súplicas de su desesperado admirador el barón Joseph de Croissard. Durante el invierno en París, el Barón la había perseguido ardorosamente, y después organizaba diversiones y cacerías en su residencia señorial de Carville, procurando agradar a Berta.

El marido, el señor de Avancelles, no veía nada ni entendía nada, como siempre acontece. Según pública opinión, estaba separado de su mujer por impotencia física, motivo suficiente para que la señora lo despreciase. Además, tampoco su figura lo recomendaba: era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de brazos, de piernas, de cuello, de nariz, de todo.

Berta, por el contrario, era una arrogante figura, una hermosa mujer, morena y decidida, riendo siempre con risa franca y sonora. Sin preocuparse jamás de la presencia de su marido, quien públicamente la llamaba "señora puches", miraba con cierta expresión complacida y cariñosa los robustos hombros, los bigotes rubios y soberbios de su admirador invariable y tenaz, el barón Joseph Croissard.

Sin embargo, Berta no había hecho aún concesión alguna.

El Barón se arruinaba por ella, proyectando sin cesar fiestas campestres, cacerías, placeres nuevos, a los cuales invitaba a las más distinguidas personas que veraneaban en aquella comarca.

Todos los días los perros aullaban por el bosque, persiguiendo al zorro y al jabalí; cada noche deslumbrantes fuegos artificiales mezclaban sus resplandores fugaces con los de las estrellas, mientras que las ventanas del salón proyectaban sobre los paseos ráfagas de luz cruzadas a cada punto por movibles sombras.

Era otoño. Las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el césped como bandada de pajarillos. El aire estaba impregnado con perfumes de tierra húmeda, como el olor de la carne cuando se despoja una mujer, después de una fiesta, de los vestidos que la cubrieron.

## II

Cierta noche, al principio del verano, la señora de Avancelles había respondido al señor de Croissard, quien la hostigaba con sus ruegos:

—Si he de caer, amigo mío, será cuando caigan las hojas de los árboles. Por ahora no tengo tiempo; estoy muy distraída.

Él recordó siempre aquella frase burlona y atrevida, y a fuerza de insistir un día tras otro, acortaba las distancias y conquistaba el corazón de la mujer que, sin duda, sólo resistía ya por cierto respeto a las conveniencias mundanas.

Se trataba de una gran cacería, y la víspera la señora de Avancelles le había dicho al Barón, riendo:

—Si mata usted a un jabalí, me obligo a premiarle.

Desde antes de amanecer, el Barón estaba ya en el monte reconociendo todos aquellos lugares en que la fiera podía ocultarse; acompañó a sus monteros, dispuso la trailla, lo organizó todo, preparando su triunfo, y cuando los cuernos de caza dieron

aviso para la partida, compareció embutido en un estrecho traje, rojo y oro, irguiéndose con tantas energías como si en aquel instante acabase de abandonar la cama.

Salieron los cazadores. El jabalí, perseguido por los perros, corrió a través de las malezas; los caballos galopaban por los angostos senderos del bosque, mientras que por los caminos más anchos, algo distantes, rodaban sin ruido los coches del acompañamiento.

Berta, maliciosamente, retenía lo más posible al Barón en un paseo interminable, bordeado por doble fila de encinas que lo cubrían formando bóveda.

Estremeciéndose de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la conversación burlona de su adorada, y con el otro escuchaba sin cesar el trompeteo de los ojeadores y los ladridos de los perros que se alejaban.

—¿Ya no me quiere usted? —decía ella.

—¿Cómo puede usted imaginarlo? —contestaba él.

—Porque la caza le interesa más que yo —proseguía Berta.

—¿No me ha ordenado usted que mate un jabalí? —suspiraba el Barón.

—Sí, pero es necesario que lo mate usted estando yo presente —añadió ella con seriedad.

Entonces el Barón, estremecido, clavó la espuela y dijo, impacientándose:

—Pero, señora, es imposible si no salimos de aquí.

—Nada; como dije ha de ser —añadió Berta, riendo—, y si no es como dije..., peor para usted.

Entonces ella le habló con ternura, apoyando una mano en el brazo del hombre o acariciando, como distraída, las crines de su caballo.

### III

Torcieron a la derecha, por un camino estrecho, y de pronto, para evitar una rama que le impedía el paso, ella se inclinó sobre su acompañante de tal modo que le hizo cosquillas en la cara con su abundante y rizado cabello. Entonces él no pudo contenerse y, apoyando en la mejilla de la mujer sus bigotazos rubios, la besó con fiereza.

Ella no se rebeló de momento, quedando inmóvil bajo aquella caricia abrasadora; pero al poco rato se sacudió violentamente, y, sea por casualidad, sea de intento, sus labios encontraron los del hombre.

Luego el caballo de Berta salió al galope y el Barón la siguió; así fueron mucho rato en silencio y sin dirigirse ni una mirada.

El tumulto de la cacería estaba ya próximo; la espesura parecía estremecerse, y de pronto, rápido, tronchando las ramas de los arbustos, ensangrentado, sacudiendo a los perros que lo hacían presa, el jabalí apareció.

Entonces el Barón, riendo triunfalmente, dijo:

—Quien me quiera, que me siga.

Y desapareció entre los matorrales como si el bosque se lo hubiera tragado.

Cuando Berta llegó, minutos después, a una calva del bosque donde no había malezas ni árboles que privaran la vista, el Barón se levantaba del suelo, manchado, con la chaquetilla rota y las manos ensangrentadas; el jabalí, tendido a sus pies, mostraba en el cuello el cuchillo de caza del Barón, hundido hasta el puño. Regresaron de noche, con antorchas encendidas, en un ambiente suave y melancólico. La luna plateaba los resplandores rojizos de las teas; columnas de humo ennegrecían el azul del cielo. Los perros comían las entrañas y tripas del jabalí, saltando y ladrando. Los ojeadores y los monteros hacían ruidosa música, turbando el silencio del bosque, repetida por los ecos ocultos de lejanos valles, despertando a los ciervos y turbando en sus madrigueras a los conejos.

Las aves nocturnas revoloteaban sorprendidas, y las damas, alteradas por tantas emociones dulces y violentas, apoyándose en el brazo de los caballeros se apartaban por las avenidas arenosas, antes de que los perros acabaran su festín.

#### IV

Dominada por los entusiasmos y placeres del día, Berta dijo al Barón:

—¿Quiere usted que demos un paseo por el parque?

Y él, sin responder, tembloroso, emocionado y desfallecido, la siguió.

Se besaron bajo las ramas, casi desprovistas de hojas, que dejaban paso a la claridad suave de la luna, y su amor, sus deseos, sus ansias de caricias adquirieron tal vehemencia, que a punto estaban de caer al pie de un árbol.

Los cuernos de caza habían enmudecido. Los perros no ladraban ya.

—Retirémonos —dijo Berta.

Cuando se hallaron frente a la casa, ella murmuró con voz temblorosa:

—Amigo mío, estoy fatigada; quiero acostarme.

Y mientras él abría los brazos para estrecharla dándole el último beso, ella escapaba murmurando:

—No, no...; voy a dormir. ¡Quien me quiera que me siga!

Pasada una hora, cuando toda la casa, en silencio, parecía muerta, el Barón salió de su cuarto y se acercó a paso de lobo a la puerta de su amiga. Llamó dulcemente; pero como ella no respondía, se resolvió a entrar. El pestillo no estaba echado.

Ella deliraba, de codos en la ventana.

Él se arrojó a sus pies, besando el cuerpo de la mujer a través de la bata de noche; Berta callaba, hundiendo sus dedos finos en la cabellera del Barón.

Y de pronto, desligándose, como si hubiera tomado una importante resolución, murmuró con expresión atrevida, pero en voz baja:

—Vuelvo en seguida; aguárdeme usted aquí.

Entonces, a tientas, confundido, con las manos temblorosas, el Barón se desnudó de prisa y se hundió entre las sábanas; se revolvía y se estiraba con delicia; casi olvidaba sus amores al sentir su cuerpo rendido acariciado por el suave lienzo.

#### V

Ella no volvía; acaso tardaba expresamente para que languideciera su esperanza. El Barón cerraba los ojos, se hundía gozoso en un bienestar exquisito; soñaba dulcemente, aguardando con delicia la cosa deseada. Pero poco a poco se entumecía toda su carne; su pensamiento se oscurecía, incierto, borroso. La fatiga poderosa lo venció al fin; se quedó dormido.

Dormía con un sueño pesado; el invencible sueño de los cazadores. Durmió hasta la aurora.

De pronto, como había quedado abierta la ventana, resonó en la habitación el canto de un gallo. Bruscamente sorprendido por aquel grito penetrante, abrió los ojos el Barón.

Sintiendo junto a su cuerpo el de una mujer, hallándose en un lecho que no era el suyo y no recordando nada, sorprendido, preguntó al despertar:

—¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?

Entonces Berta, que no había dormido en toda la noche, mirando a aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos y los labios secos, respondió, con la misma implacable altivez que usaba para tratar a su marido:

—No es nada. Que ha cantado un gallo. Vuelva usted a dormirse, caballero, y no le importe; ya no tiene usted nada que hacer.

*Gil Blas, 5 de julio de 1882*



## *Las caricias*

---

*Les caresses*

No, amigo mío, no piense usted más en ello. Lo que me pide es una cosa que me subleva y me repugna. Diríase que Dios..., porque yo creo en Dios..., se propuso estropear cuanto había hecho de bueno, agregándole algo que fuese horrible. Nos hizo el don del amor, que es la cosa más agradable que existe en el mundo; pero, pareciéndole demasiado hermoso y demasiado puro para nosotros, inventó los sentidos, esa cosa innoble, sucia, indignante, brutal: los sentidos; disponiéndolos de tal manera que pareciesen una burla, entremezclándolos con las inmundicias del cuerpo, para que no podamos pensar en ellos sin sonrojarnos, ni hablar de ellos sino en voz baja. La horrible función de los sentidos está toda ella envuelta en vergüenza. Se esconde, subleva el alma, lastima los ojos y, desterrada por la moral, perseguida por la ley, no se realiza sino en la oscuridad, como si fuese un crimen.

¡No me hable usted jamás de cosa semejante, jamás!...

Ignoro si lo amo a usted, pero sí sé que me agrada estar a su lado, que su mirada es para mí una dulzura y que el timbre de la voz de usted me acaricia el corazón. Desde el instante mismo en que consiguiese usted de mi debilidad lo que desea, me resultaría usted odioso. Se quebraría el lazo delicado que hoy nos une a los dos. Se abriría entre nosotros un abismo de infamias.

Sigamos siendo lo que somos. Y... ámeme usted, si ése es su gusto; yo se lo permito.

Su amiga,  
Genoveva.

\*\*\*

¿Me permite usted, señora, que yo, a mi vez, le hable brutalmente, sin miramientos galantes, lo mismo que hablaría a un amigo que me declarase su propósito de pronunciar los votos perpetuos?

Yo no sé tampoco si estoy enamorado de usted. Únicamente lo sabría después de esa cosa que de tal modo la subleva. ¿Ha olvidado usted los versos de Musset?

*Recuerdo aun el impetuoso espasmo,  
los besos húmedos, los fogosos músculos,  
la palidez, el apretar los dientes  
de aquel ser, todo absorto. Son instantes  
atroces, si no fueran tan divinos.*

También experimentamos esta sensación de horror y de invencible repugnancia cuando, arrastrados por la impetuosidad de la sangre, nos abandonamos a ciertos apareamientos de ocasión. Pero cuando se trata de una mujer que es lo que usted es para mí, el ser elegido, de encanto perdurable, de seducción infinita, la caricia llega a ser la felicidad más ardiente, la más completa, la más sublime.

La caricia, señora, es el contraste del amor. Si después del abrazo se apaga nuestro ardor, quiere decir que nos habíamos equivocado. Cuando ese ardor aumenta, es que nos amamos.

Cierto filósofo, que no practicaba estas doctrinas, nos dió el alerta contra esa trampa de la Naturaleza. La Naturaleza busca que nazcan seres —dice—, y para forzarlos a crearlos ha colocado cerca de la trampa el doble cebo del amor y de la voluptuosidad. Y agrega: «En cuanto nos hemos dejado engañar, así que ha pasado la locura del momento, se apodera de nosotros una inmensa tristeza, porque nos damos cuenta del ardid que ha servido para hacernos caer; vemos, sentimos, palpamos la razón secreta y oculta que nos ha empujado a pesar nuestro.»

Con frecuencia, con mucha frecuencia, esto resulta cierto. Entonces nos volvemos a poner en pie, descorazonados. La Naturaleza nos ha vencido, nos ha precipitado, a su capricho, en unos brazos que se abrían, porque es voluntad suya que haya brazos que se abren.

Si, yo sé de besos fríos y violentos sobre labios desconocidos, de miradas intensas y ardientes en ojos no vistos antes y que no volverán a verse jamás, y tantas cosas que yo no puedo decir, tantas cosas que nos dejan en el alma una amarga melancolía...

Pero cuando esa especie de nube que se llama el amor ha envuelto a dos seres, cuando éstos han pensado el uno en el otro durante largo tiempo, siempre, cuando durante las ausencias vela siempre el recuerdo, de día, de noche, presentando al alma los rasgos de la cara, la sonrisa y el timbre de la voz; cuando se ha vivido obsesionado, poseído por la forma ausente y siempre visible, ¿no es natural que los brazos se abran al fin, que se unan los labios y que se mezclen los cuerpos?

¿No ha sentido usted jamás el deseo de besar?

¿Nunca ha sentido usted, señora, el deseo de besar? ¿No es cierto que los labios atraen a los labios y que la mirada brillante que parece filtrarse en las venas enciende ardores furiosos, irresistibles?

Naturalmente, dice usted; ésa es la trampa, la trampa inmunda. ¿Qué importa? Ya lo sé; caigo en ella, la adoro. La Naturaleza nos otorga el don de la caricia para ocultarnos su ardid, para obligarnos a eternizar las generaciones, aun a pesar nuestro. Pues bien: robémosela, hagámosla nuestra, refinémosla, transformémosla, idealicémosla, si quiere usted. Engañemos a nuestra vez a la engañadora Naturaleza. Vayamos más allá de lo que ella quiso, más allá de lo que pudo o se atrevió a enseñarnos. Hagamos de la caricia una materia preciosa que ha salido en bruto de la tierra; apoderémonos de ella para trabajarla y perfeccionarla, despreocupándonos de las finalidades primitivas, de lo que fue la voluntad disimulada de eso que usted llama Dios. Y como el pensamiento es lo que poetiza todo, poeticémosla, señora, hasta en sus brutalidades terribles, en sus combinaciones más impuras, hasta en sus hallazgos más monstruosos.

Amemos la caricia sabrosa como amamos el vino que embriaga, la fruta en sazón que perfuma la boca, como todo lo que impregna de dicha nuestro cuerpo. Amemos la carne porque es bella, porque es blanca y tersa, mórbida y suave, delicia de los labios y de las manos.

Cuando los artistas buscaron la forma más rara y más pura para dársela a las copas en que el arte había de beber la embriaguez, eligieron la curva de los senos, que a flor de piel parecen rosas.

En un libro erudito, que se titula Diccionario de Ciencias Médicas, he leído yo esta definición de la garganta de las mujeres, que se diría ideada por el señor Prud'homme<sup>4</sup>, convertido en doctor de Medicina:

---

<sup>4</sup> Como se comprenderá, el señor Prud'homme, a que alude ahí Maupassant, no ha existido sino en la fértil imaginación del escritor francés Enrique Monnier, y, desde que este lo creó, pasó a ser en Francia lo que en España el vulgar Perogrullo. El señor Prud'homme es un maestro de caligrafía, pero al propio tiempo es un necio y un bobalicón majestuoso, del cual se apoderaron los caricaturistas para utilizarlo como portavoz de sus sátiras. He aquí algunas de sus frases célebres: « ¡Esa es mi opinión...,

«El seno en la mujer puede ser considerado, como un objeto de utilidad y de placer al mismo y tiempo.»

Suprimamos, si os parece, la utilidad, y quedémonos con el placer. Si sólo estuviese destinado a suministrar alimento a los niños, ¿tendría esa forma encantadora que invita irresistible a la caricia?

Señora, dejemos que los moralistas nos prediquen el pudor, y los médicos la prudencia; dejemos que los poetas..., engañadores —engañados siempre— canten la unión casta de las almas y la dicha inmaterial; dejemos a las mujeres feas entregadas a sus deberes, y a los hombres razonables entregados a sus ocupaciones inútiles. Dejemos a los doctrinarios entregados a sus doctrinas, a sacerdotes entregados a sus mandamientos, y amemos nosotros por encima de todo la caricia que embriaga, enloquece, enerva, agota y reconforta; es más suave que los perfumes, más ingrátida que la brisa, más penetrante que una herida, rápida y devoradora, que nos hace rezar, llorar, gemir, gritar; que es capaz de empujar a todos los crímenes y a todos los heroísmos.

Amémosla; pero no tranquila, normal, legal, sino violenta, furiosa, desatada. Busquémosla como se busca el oro y el diamante, porque vale más que ellos, puesto que es inestimable y pasajera. Persigámosla sin cesar, y muramos por ella y de ella.

Voy a decirle, señora, una verdad que no encontrará en ningún libro, o a lo menos así lo creo yo, y es que las únicas mujeres felices que hay sobre la faz de la tierra son aquellas que no se han privado de ninguna caricia. Estas son las que viven sin ningún cuidado, sin pensamientos torturadores, sin otro anhelo que el del beso próximo, que ha de resultarles tan delicioso y aplacador como el último que dieron.

Las demás mujeres, aquellas que reciben las caricias con tasa, incompletas, poco frecuentes, viven acosadas por mil inquietudes miserables, por anhelos de dinero o de vanidad y por todas las realidades que se truecan en pesares.

En cambio, las mujeres acariciadas hasta la saciedad no sienten necesidad de nada, no desean nada, no echan en falta nada. Ensueñan, tranquilas y sonrientes, y lo que para las otras serian catástrofes irreparables, apenas si las rozan a ellas, porque la caricia sustituye a todo, lo cura todo, consuela de todo.

¡Tantas cosas más tendría que decirle!...

Enrique.

\*\*\*

Estas dos cartas, escritas en papel japonés de paja de arroz, fueron encontradas ayer, domingo, después de la misa de una, dentro de una carterita de piel de Rusia, debajo de un reclinatorio de la iglesia de la Magdalena por

MAUFRIGNEUSE

*Gil Blas, 14 de agosto de 1883*

---

y la comparto! » « ¡Quitad al hombre la sociedad... y vivirá aislado! » «El carro del Estado navega sobre un volcán » « Napoleón I era un ambicioso. Si se hubiera conformado con seguir siendo simple oficial de Artillería, estaría tal vez aún en el trono.» «Este sable me convierte en el más feliz de los franceses. ¡Sabré utilizarlo para defender nuestras instituciones, y, si fuera preciso..., para combatir las!»

# *Una carta*

---

*Una leerte*

En nuestro oficio, recibimos a menudo cartas y no hay cronista que no haya comunicado al público alguna epístola de estos lectores desconocidos.

Veremos un ejemplo.

¡Oh! Estas cartas son de muchos tipos. Unas nos halagan, otras nos lapidan. Tan pronto somos el único gran hombre, el único inteligente, el único genio y el único artista de la prensa contemporánea, como no somos más que un vil hombre, un bribón innombrable, digno a lo menos de presidio. Es suficiente para merecer estos elogios o estas injurias, tener o no tener la opinión de un lector sobre la cuestión del divorcio o del impuesto proporcional. Ocurre a menudo que sobre el mismo asunto recibimos al mismo tiempo las más afectuosas felicitaciones o las reprobaciones más virulentas; así que, es muy difícil, a fin de cuentas, hacerse uno mismo una opinión.

A veces estas cartas contienen veinte palabras, y a veces diez páginas. Sobra con leer diez líneas para comprender el valor y conservarla o arrojarla al cesto, cementerio de papeles viejos.

Por momentos también, estas epístolas dan mucho que pensar: así, ésta, transmitirla al público, me causa un problema de conciencia.

Conciencia no es tal vez la palabra justa, y no hay duda que mi lectora, (es una mujer la que me escribe) no me supone un grave problema. Yo mismo doy prueba, haciendo ver que me cargan de comisiones parecidas, de una ausencia de sentido moral que tal vez me reprocharán.

Yo me he preguntado también, con cierta inquietud, por qué había sido seleccionado entre tantos otros; por qué se me había juzgado más apto que todos para hacer el servicio solicitado, ¿cómo había podido creer que yo no me ofendería?

Después pensé que la naturaleza ligera de mis escritos bien podía haber influido sobre el dubitativo juicio de una mujer, y le eché la culpa de ello a la literatura. Pero antes de transcribir aquí unos fragmentos, todos los fragmentos esenciales de la carta que me han dirigido, es necesario prevenir a mis lectores de que no me burlo de ellos, que esta carta la he recibido, por correo, con sello en el sobre, que llevaba mi nombre, y que estaba firmada, sí, firmada, muy legiblemente.

No busco aquí divertir o abusar de los espíritus ingenuos. Yo hago de intérprete, poco escrupuloso, repito de un deseo de mujer.

Este es el documento:

*“Señor,*

*Dudé durante mucho tiempo antes de escribirle: No me arriesgaba a confiar enteramente en usted. Sin embargo creo que usted es bueno, generoso, pero lo que tengo que decirle es tan extraño...En fin, acabo de echar por tierra mi último temor y debía haber sido así. Ante el infortunio, siempre creciente, ante la negra miseria no debe haber timidez. La desgracia, como el peligro, dan entereza a los menos valientes.*

*Ante todo, no vaya a creer, hojeando esta carta, que estoy un poco loca o simplemente exaltada. Tengo mis muy buenas razones, se lo aseguro. En cuanto a mi carácter, en absoluto es*

*novelesco, sino por el contrario serio y muy prosaico, si me permite decirlo.*

*Para superar la pena no veo más que un modo, ese modo yo lo intento. ¿No es muy natural y sensato?*

*He aquí primeramente de qué se trata: a pesar de mi pobreza soy honesta y pertenezco a una honrada familia. Todavía soy joven (acabo de cumplir veintidós años) y bien, señor, le confesaré francamente, desearía casarme y lo más pronto posible.*

*No es que la vida de soltera me pese, lejos de ello. Pero escuche un poco mis razones y verá como de hecho tengo razón en querer renunciar a mi libertad.*

*Nuestra familia se compone de...*

A continuación, unos detalles muy tristes sobre su vida íntima. El mismo rigor de esos detalles me impide transcribirlos, ya que si cayeran bajo los ojos de los padres de mi interlocutora, esto sería suficiente tal vez, para que ellos la reconocieran. Todo lo que ella dice es, por otra parte, muy lamentable y muy creíble. Continúo contando.

*Si yo estuviera sola, no me quejaría, encontraría siempre cómo ganarme la vida; necesito muy poco para mi personalmente, pero, no estoy sola, debo de cuidar a mi familia.*

...

*El año pasado conocí a una joven, una huérfana sin ninguna fortuna, que llegó a casarse con un viejo millonario.*

*No apruebo la conducta de esta joven. Tenía diecinueve años, era muy guapa y un hombre encantador la amaba, un periodista, que ella también amaba, creo.*

*Por ello la censuro y la compadezco al mismo tiempo; ella ha, sin estar obligada a ello, sacrificado la felicidad por la riqueza.*

*Para mí, ya que no tengo felicidad que sacrificar (nadie me ha querido nunca) también sería muy feliz si encontrara un hombre que quisiera encargarse de mí y de mi familia, esto es obvio..*

*Que este hombre sea viejo o feo no me importa. Solo pido una cosa, que sea rico. A cambio de su dinero yo le daría mi juventud y mi fidelidad, incluso tal vez mi gratitud si él es bueno.*

*Señor, he pensado que, conociendo tanto mundo, usted debía tratar un buen número de solteros. Si entre estos últimos usted encuentra uno que no supiera que uso darle a su fortuna y que no fuera un enemigo demasiado encarnizado del matrimonio, ¿quisiera usted hablarle de mí?. Tomándome por esposa hará además una acción tan buena como dando dote a doncellas virtuosas o fundando hospitales para los gatos y los perros.*

*Se lo ruego, señor, concédame los servicios que le pido, es decir, recomiéndeme a todos los solterones que usted conoce y dígame a el que sea lo suficiente loco o lo bastante generoso para querer desposarse conmigo( ¡ay! Tengo mucho miedo de quedarme solterona), dígame que se dirija a Señorita...*

El apellido aparece con todas las letras. Después me ruega que no sea indiscreto, para que sus padres ignoren siempre su decisión.

¡Ya está!

Ninguna fotografía acompañaba a esta carta,

Estaba escrita con papel corriente común. La letra era muy fina, muy clara, muy derecha, admirablemente formada, una letra de institutriz y de mujer decidida.

Después de haber recibido esta singular proposición, como se dice entre gente de negocios, pensé en un primer momento: “¡Verdaderamente, para ser una broma, es bastante divertida!” Hay bastantes posibilidades, en efecto, para que se trate de una simple broma. ¿Pero de quien? ¿De un amigo, tal vez, o de un enemigo que no se enfadaría por saber la cifra de la comisión que yo cuento deducir de la fortuna del novio, a menos que me gustara reclamar este derecho de porcentaje sobre el capital de la joven?

Pensaron que respondería pronto, y es siempre bueno tener en el bolsillo documentos de esta naturaleza. Es verdad que doy a este amigo o a este enemigo desconocido una idea bastante limitada de mi delicadeza. Pero es necesario estar convencido, en principio, de que los demás nos juzgan siempre peores o mejores de lo que nosotros somos. Este me juzga peor, eso es todo.

Sin embargo sería necesario que también me considerara muy tonto. ¡Ante esta reflexión me han aparecido dudas! El creía pues que yo iba a caer ciegamente en una trampa tan burda. ¿Esperaba tal vez que le pidiera una cita? Pero entonces por qué no utilizar la vieja fórmula que siempre es la mejor.

*“Señor, usted es el más grande escritor de este siglo. ¡No sabría explicarle la enardecida admiración que siento por su genio! ¡Cómo me gustaría verle, tocarle las manos, mirar sus ojos! Diga, ¿usted quiere? Tengo veinte años, ¡soy hermosa! Responda a la lista de correos al despacho de la Madelaine.*

“L.N.”

Por muy duro que uno sea, no se resiste a este tipo de cosas, sin embargo uno puede dudar delante de una fórmula nueva, tan extraña, tan equívoca como la empleada en este caso.

Así que, ¿la carta misteriosa viene tal vez de una mujer? ¿Pero por qué dirigirla a mi? Yo no tengo agencia matrimonial, no conozco más solterones que otros, no pienso tampoco que tenga una reputación de acudir en ayuda de las vírgenes en desamparo.

Entonces...si..entonces...Tal vez mi interlocutora desconocida haya dado a la palabra “casarme” un sentido mucho más amplio que el que se le atribuye generalmente en la burguesía. Eso explicaría todo, en efecto. Pero ¡Dios mío! ¡Este es un encargo muy poco digno! ¡Los agentes de esta naturaleza tienen un nombre especial! ¡Es realmente duro de creer que esta sea la opinión de los lectores sobre las cronistas que les interesan!

Una soltera o una mujer joven se encuentra en una situación delicada, busca un marido o un amante, no sabe a quien dirigirse; cuando, de repente, le asalta una idea: “ Ya sé, voy a escribir a mi cronista favorito, él me lo encontrará,; él debe de conocer a mucha gente.” Y añade mentalmente: “Y ese tipo de gente tienen muy pocos escrúpulos”.

Esperen pues ustedes, queridos colegas, recibir cualquier día alguna carta de esta naturaleza:

“Señor, tengo necesidad de conocer una inteligente mujer discreta que no tenga nada más esencial en la vida que traer al mundo niños vivos. He pensado que con sus numerosas relaciones...”

¡Y bien! No, señorita, si hay que leer entre líneas su carta, yo no puedo encargarme de este trabajo, y mis medios personales no me permiten tampoco venir en ayuda de su familia.

¡Pero también es posible que esta pobre chica haya escrito esta carta sinceramente! Que empujada por la miseria, no sabiendo ya qué hacer, perdiendo la cabeza, no viendo a nadie que pueda ayudarla se diga a sí misma: “¿Es tal vez este periodista un valiente hombre que comprender mi situación y me tenderá la mano?”

¡Las mujeres tienen almas tan complicadas, reflexiones tan inauditas, posibilidades tan inverosímiles impulsos tan espontáneos! Las raíces de sus combinaciones son tan profundas, y a veces también sus maquinaciones tan simples que ellas nos desconciertan por su candidez. Verdaderamente, es posible, muy posible que esta joven, después de haber leído alguno de estos artículos en los que nosotros parece que tenemos un gran corazón, se haya dicho: “he aquí mi salvador”.

Es en esta hipótesis en la que me he quedado. No es la más creíble pero sí la más generosa.

He pues intentado socorrer a mi singular interlocutora, y he hecho la misma pregunta a todos los solteros de mi alrededor.

—¿No querría usted contraer matrimonio? Conozco una joven que le iría bien.

Y todos han respondido:

—¿La dote es buena?

Entonces me dirigí a los más viejos, a los más feos, a los deformes. Estos hacían ademanes interesantes y murmuraban con una sonrisa:

—¿Es rica?

Fue entonces cuando me vino la idea.

Esperanza suprema y supremo pensamiento, como habría dicho Víctor Hugo, con un llamamiento público a los solterones.

No nombro a mi soltera, nada puede darla a conocer; permanezco absolutamente discreto y le transmitiré, sin abrirlas, las proposiciones lacradas que me envíen para ella.

Veamos, señores, ¿hay alguno entre ustedes que tenga un corazón verdaderamente generoso? ¡No importa que sea jorobado, retorcido u octogenario!

No puedo hacer nada mejor, para terminar, que citar la propia frase de mi interlocutora...

*”A cambio de su dinero yo le entregaré mi juventud y mi fidelidad, incluso tal vez mi reconocimiento, si es bueno... Tomándome por esposa hará además una acción tan buena como dando dote a doncellas virtuosas o fundando hospitales para los gatos y los perros.”*

¡Ánimo señores!

*Gil Blas, 12 de junio de 1885*

# *Carta de un loco*

---

*Lettre d'un fou*

Querido doctor, me pongo en sus manos. Haga usted de mi lo que guste.

Voy a decirle con toda franqueza mi extraño estado de ánimo, y juzgue si no sería mejor que cuidasen de mí durante algún tiempo en una casa de salud, en vez de dejarme presa de las alucinaciones y sufrimientos que me atormentan.

Ésta es la historia, larga y exacta, de la singular enfermedad de mi alma.

Vivía yo como todo el mundo, mirando la vida con los ojos abiertos y ciegos del hombre, sin sorprenderme ni comprender. Vivía como viven las bestias, como vivimos todos, cumpliendo todas las funciones de la existencia, analizando y creyendo ver, creyendo saber, creyendo conocer lo que me rodea, cuando un día me di cuenta de que todo es falso.

Fue una frase de Montesquieu la que súbitamente iluminó mi pensamiento. Es ésta: «Un órgano de más o de menos en nuestra máquina nos hubiera dado una inteligencia distinta.

En una palabra, todas las leyes asentadas sobre el hecho de que nuestra máquina es de una determinada forma serían diferentes si nuestra máquina no fuera de esa forma.»

He pensado en esto durante meses, meses y meses, y poco a poco ha penetrado en mí una extraña claridad, y esa claridad ha creado ahí la oscuridad.

En efecto, nuestros órganos son los únicos intermediarios entre el mundo exterior y nosotros. Es decir, que el ser interior que constituye el yo se halla en contacto, mediante algunos hilillos nerviosos, con el ser exterior que constituye el mundo.

Pero, además de que ese ser exterior se nos escapa por sus proporciones, su duración, sus propiedades innumerables e impenetrables, sus orígenes, su futuro o sus fines, sus formas lejanas y sus manifestaciones infinitas, nuestros órganos, sobre la parcela que de él podemos conocer no nos suministran otra cosa que informes tan inseguros como poco numerosos.

Inseguros, porque únicamente son las propiedades de nuestros órganos las que determinan para nosotros las propiedades aparentes de la materia.

Poco numerosos, porque al no ser nuestros sentidos más que cinco, el campo de sus investigaciones y la naturaleza de sus revelaciones se hallan necesariamente muy restringidos.

Me explico: la vista nos indica las dimensiones, las formas y los colores. Nos engaña en esos tres puntos.

No puede revelarnos otra cosa que los objetos y seres de dimensión media, proporcionados a la estatura humana, lo cual nos lleva a aplicar la palabra grande a determinadas cosas y la palabra pequeño a otras, sólo porque su debilidad no le permite conocer lo que es demasiado vasto o demasiado menudo para él. De ahí resulta que no se sabe ni se ve casi nada, que el universo casi entero le queda oculto, la estrella que habita el espacio y el animalculo que habita la gota de agua.

Incluso aunque tuviera cien millones de veces su potencia normal, aunque viese en el aire que respiramos todas las especies de seres invisibles, así como los habitantes de los planetas próximos, todavía quedarían numerosos infinitos de especies de animales más pequeños y mundos tan lejanos que jamás alcanzaría.

Así pues, todas nuestras ideas de proporción son falsas porque no hay límite posible en la magnitud ni en la pequeñez.



Nuestra apreciación sobre las dimensiones y las formas no tiene ningún absoluto al venir determinada únicamente por la potencia de un órgano y por una comparación constante con nosotros mismos.

Hemos de añadir que la vista todavía es incapaz de ver lo transparente. Un cristal sin defecto la engaña. Lo confunde con el aire que tampoco ve.

Pasemos al color.

El color existe porque nuestra vista está hecha de modo que transmite al cerebro, en forma de color, las diversas formas en que los cuerpos absorben y descomponen, siguiendo su constitución química, los rayos luminosos que dan en ellos.

Todas las proporciones de esa absorción y de esa descomposición constituyen matices.

Así pues, este órgano impone a la inteligencia su modo de ver, mejor dicho, su forma arbitraria de constatar las dimensiones y de apreciar las relaciones de la luz y la materia.

Analicemos el oído.

Somos juguetes y víctimas, más todavía que en el caso de la vista, de ese órgano fantasioso.

Dos cuerpos, al chocar, producen cierta vibración de la atmósfera. Ese movimiento hace estremecerse en nuestra oreja cierta pielecilla que trueca inmediatamente en ruido lo que en realidad no es otra cosa que una vibración.

La naturaleza es muda. Pero el tímpano posee la propiedad milagrosa de transmitirnos en forma de sentidos, y de sentidos diferentes según el número de vibraciones, todos los estremecimientos de las ondas invisibles del espacio.

Esa metamorfosis realizada por el nervio auditivo en el breve trayecto de la oreja al cerebro nos ha permitido crear un arte extraño, la música, la más poética y precisa de las artes, vaga como un sueño y exacta como el álgebra.

¿Qué decir del gusto del olfato? ¿Conoceríamos los perfumes y la calidad de los alimentos sin las propiedades peregrinas de nuestra nariz y nuestro paladar?

Sin embargo, la humanidad podría existir sin oído, sin gusto y sin olfato, es decir, sin ninguna noción del ruido, del sabor y del olor.

Así pues, si tuviéramos algunos órganos menos, desconoceríamos cosas admirables y singulares, pero si tuviéramos algunos más, descubriríamos a nuestro alrededor una infinidad de otras cosas que nunca supondremos por falta de medio para constatarlas.

Por lo tanto, nos equivocamos cuando juzgamos lo Conocido, y estamos rodeados de Desconocido inexplorado.

Por lo tanto, todo es inseguro, y puede apreciarse de diferentes maneras.

Todo es falso, todo es posible, todo es dudoso.

Formulemos esta certidumbre sirviéndonos del viejo proverbio: «Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado.»

Y decimos: verdad en nuestro órgano, error en el de al lado.

Dos y dos no deben ser cuatro fuera de nuestra atmósfera.

Verdad en la tierra, error más lejos, de donde deduzco que los misterios vislumbrados como la electricidad, el sueño hipnótico, la transmisión de la voluntad, la sugestión y todos los fenómenos magnéticos sólo siguen ocultos para nosotros porque la naturaleza no nos ha proporcionado el órgano o los órganos necesarios para comprenderlos.

Después de haberme convencido de que todo lo que me revelan mis sentidos sólo existe para mí tal como yo lo percibo, y de que sería totalmente diferente para otro ser organizado de otro modo, después de haber llegado a la conclusión de que una humanidad hecha de otra forma tendría sobre el mundo, sobre la vida y sobre todo ideas

absolutamente opuestas a las nuestras, porque el acuerdo de las creencias sólo deriva de la similitud de los órganos humanos, y las divergencias de opiniones provienen únicamente de ligeras diferencias de funcionamiento de nuestros hilillos nerviosos, he hecho un esfuerzo de pensamiento sobrehumano para suponer lo impenetrable que me rodea.

¿Me he vuelto loco?

Me he dicho: «Estoy rodeado de cosas desconocidas.» He supuesto al hombre desprovisto de orejas y he supuesto el sonido como suponemos tantos misterios ocultos; el hombre constata fenómenos acústicos cuya naturaleza y procedencia no podría determinar. Y he tenido miedo de todo lo que me rodea, miedo del aire, miedo de la oscuridad. Desde el momento en que no podemos conocer casi nada, y desde el momento en que todo es ilimitado, ¿qué es el resto? ¿No es el vacío? ¿Qué hay en el vacío aparente?

Y ese terror confuso de lo sobrenatural que acosa al hombre desde el nacimiento del mundo es legítimo, porque lo sobrenatural no es otra cosa que lo que permanece velado para nosotros.

Entonces he comprendido el espanto. Me ha parecido que rozaba constantemente el descubrimiento de un secreto del universo.

He intentado aguzar mis órganos, excitarlos, hacerles percibir por momentos lo invisible.

Me he dicho: «Todo es un ser. El grito que pasa en el aire es un ser comparable a la bestia, puesto que nace, produce un movimiento y se transforma incluso para morir. Por lo tanto, el espíritu pusilánime que cree en seres incorpóreos no se equivoca. ¿Quiénes son?»

¡Cuántos hombres los presienten, se estremecen cuando se acercan, tiemblan con su imperceptible contacto! Uno los siente a su lado, alrededor, pero es imposible distinguirlos, porque no tenemos los ojos que los verían, o mejor dicho el órgano desconocido que podría descubrirlos.

Así pues, sentía en mí, más que nadie, a esos transeúntes sobrenaturales. ¿Seres o misterios? ¿Lo sé acaso? No podría decir lo que son, pero siempre podría señalar su presencia. Y he visto —he visto un ser invisible— hasta donde puede verse a esos seres.

Permanecía noches enteras inmóvil, sentado ante mi mesa, con la cabeza entre las manos y pensando en esto, pensando en ellos. De pronto creí que una mano intangible, o más bien un cuerpo inasequible, rozaba ligeramente mi pelo. No me tocaba, por no ser de esencia carnal, sino de esencia imponderable, incognoscible.

Pero una noche oí crujir el entarimado a mis espaldas. Crujió de un modo singular. Me estremecí. Me volví. No vi nada. Y no volví a pensar en ello.

Pero al día siguiente, a la misma hora, se produjo el mismo ruido. Tuve tanto miedo que me levanté, seguro, completamente seguro de que no estaba solo en mi cuarto. No se veía nada sin embargo. El aire estaba límpido y transparente en todas partes. Mis dos lámparas iluminaban todos los rincones.

El ruido no se repitió y fui calmándome poco a poco; sin embargo, permanecía inquieto y me volvía a menudo.

Al día siguiente me encerré a hora temprana, buscando la forma en que podría conseguir ver lo Invisible que me visitaba.

Y lo vi. Estuve a punto de morir de terror.

Había encendido todas las bujías de mi chimenea y de mi lustro. La habitación estaba iluminada como para una fiesta. Sobre la mesa ardían mis dos lámparas.

Frente a mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, mi chimenea. A la izquierda, la puerta, con el cerrojo echado. A mi espalda, un grandísimo armario de luna. Me miré en él. Tenía unos ojos extraños y las pupilas muy dilatadas.

Luego me senté como todos los días.

La víspera y la antevíspera el ruido se había producido a las nueve y veintidós minutos. Esperé. Cuando llegó el momento preciso, percibí una sensación indescriptible, como si un fluido, un fluido irresistible hubiera penetrado en mí por todas las parcelas de mi carne, sumiendo mi alma en un espanto atroz. Y se produjo el crujido, justo a mi lado.

Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Se veía como en pleno día, ¡pero yo no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Yo no estaba dentro, y sin embargo me hallaba enfrente. Lo miré con ojos enloquecidos. No me atrevía a avanzar hacia él, sintiendo que entre nosotros se interponía él, lo Invisible, y que me tapaba.

¡Qué miedo pasé! Y he aquí que empecé a verlo envuelto en bruma en el fondo del espejo, en una bruma como a través del agua; y me parecía que aquella agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviéndome más preciso segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no tenía contornos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

Y finalmente pude verme con claridad, como hago todos los días cuando me miro.

¡Lo había visto!

Y no he vuelto a verlo.

Pero lo espero sin cesar, y siento que mi cabeza se extravía en esa espera.

Permanezco horas, noches, días y semanas delante del espejo esperándole. ¡Ya no viene!

Ha comprendido que yo le había visto. Mas yo sé que le esperaré siempre, hasta la muerte, que le esperaré sin descanso, delante de ese espejo, como un cazador al acecho.

Y en ese espejo empiezo ver imágenes locas, monstruos, cadáveres horribles, toda clase de bestias espantosas, de seres atroces, todas las visiones inverosímiles que deben acosar la mente de los locos.

Ésta es mi confesión, querido doctor. Dígame qué debo hacer.

*Gil Blas, 17 de febrero de 1885*

## ***Carta que se encontró a un ahogado***

---

*Lettre trouvée sur un noyé*

¿Me pregunta usted, señora, si me burlo? ¿No puede usted creer que un hombre no haya sentido jamás amor? Pues bien: no, no he amado nunca, nunca.

¿De qué depende eso? No lo sé... Pero no he sentido jamás ese estado de embriaguez del corazón que llaman amor. Jamás he vivido en ese ensueño, en esa locura, en esa exaltación a que nos lanza la imagen de una mujer, ni me vi nunca perseguido, obsesionado, calenturiento, embebecido por la esperanza o la posesión de un ser convertido de pronto para mí en el más deseable de todos los encantos, en la más hermosa de todas las criaturas, más interesante que todo el universo. En mi vida he llorado ni he sufrido por ninguna de ustedes. Tampoco he pasado las noches en vela pensando en una mujer. No conozco ese despertar que su pensamiento y su recuerdo iluminan. No conozco tampoco la excitación enloquecedora del deseo, cuando se le espera, y la divina melancolía sentimental, cuando ella ha huido, dejando en el cuarto un perfume sutil de violeta y de carne.

Jamás he amado.

Muy a menudo me he preguntado a qué es esto debido y, verdaderamente, no lo sé muy bien. Aunque llegué a encontrar varias razones, se refieren a la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

Analizo demasiado a las mujeres para dejarme dominar por sus encantos. Pido a usted mil perdones por esta confesión que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase a mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

La inteligencia que tenemos el derecho de exigir a una mujer para amarla no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primerísima cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revelan mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar a un amigo o a una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose a una simpatía íntima, profunda y encantadora.

Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto a adorar las debilidades tanto como las bellezas y, para esto, renunciar a todo juicio, a toda reflexión, a toda perspicacia.

Soy incapaz de cegarme hasta ese punto y muy rebelde a la seducción no razonada.

Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted a tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, a mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén

perfectamente de acuerdo. Quiero decir que las personas que tienen la nariz de una forma especial no pueden pensar de cierto modo. Los gruesos no tienen el derecho de usar las mismas palabras que los delgados. Señora: usted, que tiene los ojos azules, no puede observar la existencia, juzgar las cosas y los acontecimientos como si tuviera los ojos negros. Los matices de su mirada deben corresponder fatalmente con los matices de su pensamiento. Para comprender todo esto tengo el olfato de un perro perdiguero. Ríase si le place, pero es tal como lo digo. Creí, sin embargo, haber amado un día durante una hora. Me dejé dominar tontamente por la influencia de las circunstancias que nos rodeaban. Me había dejado seducir por un espejismo boreal. ¿Quiere usted que le refiera esta historia?

Una noche me tropecé con una encantadora personita, muy exaltada, la cual, para satisfacer una fantasía poética, quería pasar la noche conmigo en una lancha, en medio del río; yo hubiera preferido un cuarto y una cama, pero, a pesar de todo, acepté la barca y el río.

Estábamos en el mes de junio. Mi amiga había escogido una noche de luna para dar rienda suelta a su exaltación.

Comimos en un ventorrillo, a la orilla del agua, y a las diez nos embarcamos. La aventura me parecía estúpida; pero como mi compañera me gustaba, no me enfadé. Sentándome en el banco frente a ella, cogí los remos y partimos.

No podía negar que el espectáculo era encantador. Bordeábamos una isla montañosa, llena de ruiseñores, y la corriente nos impulsaba rápidamente por el agua, cubierta de reflejos plateados. Por doquiera oíamos el grito monótono y claro de los sapos; croaban las ranas en las orillas, y los rumores del agua corriente formaban alrededor nuestro un sonido confuso, casi imperceptible, inquietante, que nos daba una vaga sensación de miedo misterioso.

El encanto de las noches cálidas y de las aguas brillantes con el reflejo de la luna nos invadía.

Daba gusto vivir y, navegando de aquel modo, soñar y sentir al lado de una mujer tierna y hermosa.

Encontrábame algo conmovido, emocionado, embriagado por la claridad de la luna y con la obsesión de mi compañera. "Siéntese usted a mi lado", me dijo. Obedecí. Ella repuso: "Dígame versos". Pareciéndome demasiado, me negué a complacerla. Insistió. Decididamente le gustaban las cosas por todo lo alto; quería que se tocara la cuerda del sentimiento a toda orquesta. desde la luna hasta la rima. Acabé por ceder y le recité, por burla, una deliciosa composición de Luis Bouilhet, cuyas estrofas dicen:

*Odio ante todo al lacrimoso vate  
que frente al estrellado firmamento  
musita un nombre, al que sin Lisa o Juana  
le parece vacío el universo.  
¡Oh, qué graciosa gente la que cuelga  
faldas sobre la fronda de los llanos,  
y en la verde colina cofias blancas  
para que el mundo tenga algún encanto!  
¿Qué sabe de la música divina,  
vibrante voz de la Natura eterna,*

*quien no gusta de ir solo en las cañadas  
y al susurrar del bosque sueña en hembras?*

Creí se enfadaría, mas no fue así.

—¡Qué verdad es eso! —murmuró.

Quedéme estupefacto. ¿Habría comprendido?

Poco a poco nuestra barca se acercó a la orilla, penetrando bajo un sauce, que la detuvo. Cogiendo a mí compañera por el talle, acerqué con dulzura los labios a su cuello. Pero me rechazó con un movimiento irritado y brusco, diciendo:

—¡Suélteme! ¡Es usted un grosero!

Procuré atraerla. Ella se defendía y, agarrándose al árbol; por poco vamos al agua. Juzgué prudente desistir de mis pretensiones. Entonces ella dijo:

—Le ruego que siga remando. ¡Estoy tan bien aquí! ¡Sueño! ¡Es tan agradable!

Después, con un poco de ironía en el acento, añadió:

—¿Tan pronto ha olvidado usted los versos que acaba de recitar?

Era justo. Callé.

—Vamos, reme usted —me dijo, y cogí de nuevo los remos.

Empezaba a parecerme la noche muy larga, y ridícula mi actitud.

Mi compañera me preguntó:

—¿Quiere usted hacerme una promesa?

—Sí. ¿Cuál?

—Permanecer tranquilo y correcto, discretamente, mientras yo...

—¿Qué?

—Verá usted. Quisiera echarme en el fondo de la barca, a su lado, mirando las estrellas.

—Comprendo —exclamé.

—No, no comprende usted —replicó ella—. Vamos a echarnos uno al lado del otro; pero le prohíbo que me toque, que me abrace; en fin..., que..., que me acaricie...

Prometí. Entonces ella advirtió:

—Si hace usted un movimiento inconveniente, haré zozobrar la barca.

Y nos echamos en el suelo, uno al lado del otro. Los vagos balanceos de la canoa nos mecían. Los ligeros rumores de la noche, llegando más distintos al fondo de la embarcación, nos hacían vibrar, estremeciéndonos. ¡Sentía crecer en mí una extraña y punzante emoción, una ternura infinita, algo como una necesidad de abrir los brazos para estrechar en ellos alguna cosa, y el corazón para amar, de entregarme a alguien, de entregar mis pensamientos, mi cuerpo, mi vida, todo mi ser!

Mi compañera murmuró como en un sueño:

—¿En dónde estamos? ¿Dónde vamos que parece que abandono este mundo? ¡Qué dulzura más grande! ¡Oh! Si me amara usted... un poco.

El corazón me latía con violencia. Nada pude responder; me pareció que la amaba. No sentía ningún deseo violento. Estaba muy bien de aquel modo a su lado; me parecía suficiente aquello.

Y permanecemos largo rato, largo rato, inmóviles. Nos habíamos cogido una mano; una fuerza misteriosa nos contenía: una fuerza desconocida, superior, una alianza pura, íntima, absoluta de nuestros cuerpos que eran el uno del otro sin tocarse. ¿Qué significaba aquello? ¿Lo sé yo? ¿Amor quizá?

El día clareaba poco a poco. Eran las tres de la madrugada. Lentamente una inmensa claridad invadía el cielo. La canoa tropezó con algo. Me incorporé: habíamos llegado a un islote.

Permanecía en éxtasis, encantado. Frente a nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes a un humo dorado. El río estaba de color purpúreo y tres casas de la orilla parecían arder.

Inclinéme hacia mi compañera para decirle:

—Mire usted.

Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi a ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos y sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era del color de rosa. Y tan enloquecido estaba que creí tener a la aurora ante mí.

Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Inclinéme hacia ellos, estremecido, delirante; sintiendo muy bien que iba a besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido a la humanidad.

Pero entonces ella me dijo:

—Tiene usted una oruga en el pelo.

¡Y por esto sonreía!

Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto sentíme como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?

El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta fue sacado ayer del Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo que lo había registrado para saber su nombre presentó el papel que acabamos de copiar.

*Gil Blas, 8 de enero de 1884*

# *La casa Tellier*

---

*La maison Tellier*

## I

Se iba allá, cada noche, alrededor de las once, como se va a un café, simplemente.

Se encontraban seis a ocho, siempre los mismos, no eran juerguistas sino hombres honorables, comerciantes, jóvenes funcionarios de gobierno; tomaban su chartreuse alegremente con alguna de las muchachas, o bien charlaban seriamente con "Madame", a quien todos respetaban.

Luego se recogían a dormir antes de la media noche. Los jóvenes algunas veces se quedaban.

La casa era de familia, pequeña, pintada de amarillo, en la esquina de una calle detrás de la iglesia de Saint-Etienne; por las ventanas se veía la bahía llena de barcos que descargaban y el gran pantano salado llamado "La traba"; detrás, el costado de la Virgen con su vieja capilla completamente gris.

Madame provenía de una buena familia de campesinos del departamento del Eure. Había aceptado esta profesión igualmente como hubiera sido modista o sirvienta. El prejuicio de deshonor asociado a la prostitución, tan violento y tan vivo en las ciudades, no existe en la campiña Normanda. El campesino dice "Es una buena profesión" y enviarían a sus hijos a mantener un harén de mujeres como los enviarían a dirigir un internado de señoritas.

Esta casa, por lo demás, provenía de herencia de un viejo tío de la cual era propietario. Monsieur y Madame, anteriormente proxenetas cerca de Yvetot, lo habían inmediatamente liquidado pensando que el negocio de Fécamp era más ventajoso para ellos; habían llegado una bonita mañana a tomar la dirección de la empresa que colapsaba en ausencia de sus dueños.

Eran buena gente, que se hicieron querer inmediatamente por su personal y sus vecinos.

El señor Tellier murió de un ataque dos años más tarde. Su nueva profesión lo mantenían entre la molicie y el sedentarismo; engordó demasiado y dañó su salud.

Madame, después de enviudar, era deseada, sin éxito, por los parroquianos del establecimiento; se la reconocía como una persona absolutamente prudente, y las propias asiladas no habían llegado a descubrir nada.

Era alta, entrada en carnes, bien parecida. Su tez, pálida por la oscuridad de ese albergue siempre cerrado, brillaba como bajo un barniz grasiento. Un delgado adorno de rulos, falsos y enroscados, rodeaban su frente y le daban un aspecto juvenil, que contrastaba con la madurez de su figura. Siempre alegre y de cara animada, atraía fácilmente, con un matiz de moderación que sus nuevas ocupaciones no habían podido aún hacerla perder. Las palabras soeces le chocaban siempre un poco; y cuando un muchacho mal educado se refería por su nombre propio al establecimiento que ella dirigía, se enojaba y sublevada. En fin, tenía un alma delicada, y, aunque trataba a sus mujeres como amigas, repetía a menudo que ellas "no eran harina de un mismo costal".

Algunas veces durante la semana, partía en coche de arriendo con una fracción de su tropa; y se iban a retozar en la hierba en la orilla del riachuelo que corre en los extramuros de Valmont. Eran entonces un grupo de señoritas internas fugadas, con carreras locas, con juegos infantiles, toda una alegría de reclusas intoxicadas por el aire libre. Se comía la merienda sobre el césped bebiendo cidra, se volvía a la caída de la



noche con un cansancio delicioso, una dulce emoción; y en el coche besaban a Madame como a una muy buena madre llena de indulgencia y complacencia.

La casa tenía dos entradas. En la esquina, una suerte de café de mala fama se abría en la noche a la gente del pueblo y los marineros. Dos de las personas encargadas del especial comercio del lugar eran exclusivamente destinadas a las necesidades de esta parte de la clientela. Servían, con la ayuda de un camarero llamado Frédéric, un rubiecito imberbe y fuerte como un buey, las botellas de vino y los jarros de cerveza sobre las mesas de mármoles inestables, y, con los brazos lanzados al cuello de los bebedores, sentadas a través de sus piernas, fomentaban el consumo.

Las otras tres damas (eran solo cinco) formaban una suerte de aristocracia, y permanecían reservadas a la clientela del primer piso, a menos que fueran requeridas abajo y que el primero estuviese vacío. El salón Júpiter, donde se reunían los burgueses del lugar, estaba tapizado de papel azul y ornamentado de un gran dibujo representando a Leda extendida bajo un cisne. Se llegaba a este lugar por medio de una escalera de caracol terminando en una puerta estrecha, humilde de apariencia, dando a la calle, y sobre ella brillaba toda la noche, detrás de una celosía, un pequeño farol como aquellos que alumbran aún en ciertas ciudades a los pies de vírgenes empotradas en los muros.

El edificio, húmedo y viejo, olía ligeramente a moho. Por momentos, un aroma de agua de colonia pasaba por los pasillos, o bien una puerta entreabierta en el piso bajo hacía escuchar en toda la casa, como una explosión de trueno, los gritos populacheros de los hombres del piso bajo, y ponían en la cara de los señores del primero una mueca inquieta y de disgusto.

Madame, amable con sus clientes y amigos, no se movía del salón, y se interesaba de las murmuraciones de la ciudad que les atañía. Su conversación sería contrastaba con los temas sin sentido de las tres mujeres; ella era como un descanso de los chistes pícaros, de los peculiares panzones que se decían cada noche en esta orgía decente y mediocre de beber un vaso de licor en compañía de mujeres públicas.

Las tres damas del primero se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa la Jaca.

Como el personal era poco, habían tratado que cada una de ellas fuera como una muestra, un compendio del tipo femenino, a fin de que todo consumidor pudiera encontrar allí, un poco más o menos, la realización de su ideal.

Fernanda representaba a la bella rubia, muy gorda, casi obesa, fofa, hija del campo cuyas pecas se rehúsan a desaparecer, y cuyo pelo ondea, corto, claro y sin color, parecido a un cáñamo peinado, le cubría insuficientemente el cráneo.

Rafaela, una Marsellesa, puta de puertos, jugaba el rol indispensable de la bella Judía, delgada, con los pómulos salientes enlucidos de maquillaje rojo. Sus cabellos negros, brillantes como el espinazo de un buey, formaban unos ganchos sobre sus sienes. Sus ojos hubiesen sido bellos si el derecho no hubiese estado marcado por una nube. Su nariz arqueada caía sobre una mandíbula prominente donde dos dientes nuevos, en alto, desentonaban al lado de aquellos, abajo, que habían tomado al envejecer un tinte oscuro como las maderas viejas.

Rosa la Jaca, una pequeña bola de carne toda en el vientre con dos piernas minúsculas, cantaba de la mañana a la noche, con una voz cascada, unos versos alternativamente obscenos o sentimentales, contaba unas historias interminables y triviales, no cesaba de hablar callando sólo para comer y de comer sólo para hablar. Siempre agitada y ágil como una ardilla, a pesar de su gordura y la exigüidad de sus patas; y su risa, una cascada de gritos agudos, estallaban sin cesar, aquí, allá, en el dormitorio, en la despensa, en el café, por todos lados, sin ningún motivo.

Las dos mujeres de abajo, Luisa, apodada Cocote, y Flora, la columpio porque cojeaba un poco, la una siempre vestida como La Libertad con una cinta tricolor, la otra

como Fantasía Española con unos cequíes de cobre que danzaban en su pelo zanahoria con cada uno de sus pasos desnivelados, tenían el aire de cocineras vestidas para un carnaval. Parecidas a todas las mujeres del pueblo, ni más feas ni más bonitas, verdaderas sirvientas de posada, se les apodaba en el puerto bajo el sobrenombre de las dos bombas.

Una paz celosa, pero raramente perturbada, reinaba entre estas cinco mujeres, gracias a la sabiduría de conciliación de Madame y a su inextinguible buen humor.

El establecimiento, único en la pequeña ciudad, era frecuentado asiduamente. Madame había dado al lugar una dignidad como si la tuviera; se mostraba tan amable, tan atenta hacia todo el mundo; su buen corazón era tan conocido, que una suerte de consideración la rodeaba. Los clientes la invitaban por cuenta de ellos, exultados cuando ella les expresaba una amistad más marcada; y cuando se encontraban durante el día por sus quehaceres, se decían "Esta noche, donde tú sabes", como diciendo "En el café, ¿no es cierto?, después de comida".

En fin, La Casa Tellier era una costumbre, y raramente alguno se perdía la cita cotidiana.

Sin embargo, una noche, hacia fines del mes de mayo, el primero en llegar, el señor Poulin, comerciante de maderas y ex alcalde, encontró la puerta cerrada. El farolito, detrás de su reja, no estaba encendido; ningún ruido salía del hospedaje, que parecía muerto. Golpeó suavemente la puerta, luego con más fuerza; nadie respondió. Caminó por la calle lentamente y cuando llegó a la plaza del mercado se encontró con el señor Duvert, el armador, que se dirigía en la misma dirección. Regresaron juntos sin mayor éxito. Pero una gran batahola se escuchó repentinamente detrás de ellos, y a la vuelta de la casa, vieron un grupo de marineros ingleses y franceses que aporreaban a golpes de puño las persianas del café.

Los dos burgueses se fueron inmediatamente para no verse comprometidos, pero un apagado "psst" los contuvo: era el señor Tournevau, el salador de pescado, que habiéndoles reconocido, los llamó. Le dijeron la novedad. No había nadie más afectado que él, casado, padre de familia y muy dominado. No venía más que los sábados, "securitatis causa", decía, haciendo referencia a una medida de control sanitario, que el doctor Borde, su amigo, le había revelado se efectuaba periódicamente. Era precisamente su noche y de esta manera estaría contenido por toda la semana.

Los tres hombres hicieron un gran rodeo hasta el muelle, encontrando en el camino al joven señor Philippe, hijo de un banquero, un parroquiano, y el señor Pimpesse, el recaudador de impuestos. Todos juntos regresaron por la calle "de los Judíos" para hacer una última tentativa. Pero los marineros enardecidos sitiaban la casa, lanzaban piedras, dando alaridos; los cinco clientes del primer piso, retornando a su camino lo más pronto posible, comenzaron a vagar por las calles.

Se encontraron con el señor Dupuis, agente de seguros, después al señor Vasse, juez de los tribunales de comercio; e iniciaron un largo paseo que los llevó primero al rompeolas. Se sentaron en línea sobre el pretil de granito y miraban rizarse el oleaje. La espuma sobre la cresta de las olas hacía, en la sombra, blancuras luminosas, extinguiéndose inmediatamente que aparecían, y el ruido monótono del mar rompiendo contra las rocas se prolongaba en la noche a todo lo largo del acantilado. Cuando los tristes caminantes hubieron descansado por un rato, el señor Tournevau dijo:

— Esto no es divertido.

— No lo es —respondió el señor Pimpesse, y regresaron abatidos.

Después de bordear la calle que domina la costa y que se llama "Sous-le-Bois", regresaron por el puente de madera sobre el "Retenue", luego atravesaron la línea del ferrocarril y desembocaron nuevamente en la plaza del mercado, donde comenzó de

repente una discusión entre el recaudador, el señor Pimpesse, y el salador, el señor Tournevau, a propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber encontrado en los alrededores.

Los ánimos estaban agriados por el tedio, quizás habrían llegado a los puños si los otros no hubiesen intervenido. El señor Pimpesse, furioso, se retiró. Y un nuevo altercado se produjo entre el ex alcalde, el señor Poulin, y el agente de seguros, el señor Dupuis, acerca del sueldo del recaudador y los beneficios que podría procurarse. Los correspondientes insultos volaban de ambos lados, cuando una tempestad de gritos formidables se desencadenó, y la tropa de marineros, cansados de esperar en vano ante una casa cerrada, desembocaron en la plaza. Se tomaban por el brazo, de dos en dos, formando una larga procesión, vociferando furiosamente. El grupo de burgueses se ocultó bajo un portal, y la horda aulladora desapareció en dirección a la abadía. Largo tiempo aún se escuchó el clamor disminuyendo como un trueno que se aleja; y el silencio se restableció.

El señor Poulin y el señor Dupuis, indignado el uno con el otro, se fueron cada uno para su lado sin despedirse.

Los otros cuatro reanudaron la marcha y volvieron a bajar instintivamente hacia el establecimiento Tellier. Estaba completamente cerrado, mudo, impenetrable. Un borracho, tranquilo y obstinado, daba pequeños golpes en la vitrina del café, luego se detenía para llamar en voz baja al camarero Federico. Viendo que no le contestaban, decidió sentarse en el umbral de la puerta y esperar los acontecimientos.

Los burgueses iban a retirarse cuando un grupo bullicioso de hombres del puerto apareció al final de la calle. Los marineros Franceses berreaban la Marsellesa, los Ingleses la Rule Britania. Hubo una pateadura general contra los muros, después la marea de rufianes reanudó su carrera hacia el muelle, donde una batalla se declaró entre los marinos de ambas naciones. En la reyerta, un inglés se quebró el brazo y un francés se partió la nariz.

El borracho, que permanecía delante de la puerta, lloraba ahora como lloran los borrachines o los niños contrariados.

Finalmente, los burgueses se dispersaron.

Poco a poco se restableció la calma en la ciudad perturbada. De vez en cuando, aún por momentos, un ruido de voces se elevaba, para extinguirse en lontananza.

Sólo un hombre continuaba vagando, el señor Tournevau, el salador, afligido de esperar hasta el próximo sábado; esperaba algún incidente, no comprendía; lo exasperaba que la policía dejara cerrar así un establecimiento de utilidad pública, que supervisa y tiene bajo su tuición.

Regresó husmeando los muros, buscando el motivo; se dio cuenta de que sobre el toldo estaba pegado un cartel. Encendió rápidamente una cerilla que alumbró unas palabras en una letra grande y desigual: "Cerrado por primera comunión".

Entonces se fue, comprendiendo que no había caso.

El borracho ahora dormía, tendido a lo largo y atravesado en la inhóspita puerta.

Al día siguiente, todos los parroquianos, uno después de otro, encontraron motivos para pasar por la calle con unos papeles bajo el brazo para despistar; con una mirada furtiva, todos leyeron el anuncio misterioso: "Cerrado por primera comunión".

## II

Es que Madame tenía un hermano carpintero radicado en su pueblo natal, Virville, en el Eure. En los tiempos que Madame era aún posadera en Yvetot, había sostenido en la pila baustimal a la hija de este hermano que nombraron Constanza, Constanza Rivet; siendo ella misma una Rivet por su padre. El carpintero, que sabía a su hermana en

buena posición, no la perdía de vista, aunque no se encontrasen a menudo, retenidos ambos por sus ocupaciones y viviendo además lejos uno de otro. Pero como la niña cumplía doce años y hacía este año su primera comunión, él cogió la ocasión para un reencuentro, y escribió a su hermana que contaba con ella para la ceremonia. Los ancianos padres habían muerto, ella no podía negarse a su ahijada; aceptó. Su hermano, que se llamaba José, esperaba que a fuerza de atenciones llegaría a obtener quizás que dejara un testamento a favor de la pequeña, porque Madame no tenía niños.

La profesión de su hermana no le turbaba en absoluto sus escrúpulos y el resto, las personas del pueblo, no sabían nada. Se decía solamente, cuando se hablaba de ella, "La señora Tellier es una burguesa de Fécamp", asumiéndose que podía vivir de sus rentas. De Fécamp a Virville se contaban menos de veinte leguas; veinte leguas de tierra para los campesinos son más difíciles de cruzar que el océano para alguno de la ciudad. La gente de Virville no había jamás pasado más allá de Rouen; nada atraería a los de Fécamp a un villorrio de quinientos hogares, perdido en medio de la llanura y que era parte de otro departamento. En fin, no se sabía nada.

A medida que la época de la comunión se acercaba Madame sentía una gran inquietud. No tenía un relevo, y no osaría de ninguna manera dejar su casa, ni siquiera durante un día. Todas las rivalidades entre las damas de lo alto y de los bajos estallarían infaliblemente; luego Federico se emborracharía sin duda, y cuando estaba achispado, fastidiaba a la gente por nimiedades. Por fin se decidió a llevar a todo el mundo, excepto al camarero, a quien le dio dos días de licencia.

Consultado, el hermano no hizo ninguna objeción, y se encargó de alojar a la compañía completa por una noche. Así las cosas, el sábado por la mañana el tren expreso de las ocho llevaba a Madame y sus compañeras en un vagón de segunda clase.

Hasta Beuzeville fueron solas y parlotearon como cotorras. Pero en esta estación subió una pareja. El hombre, un viejo campesino vestido con una blusa azul, con un cuello plisado, las mangas amplias ajustadas en los puños y adornadas de un pequeño bordado blanco, tocado de un antiguo sombrero de copa alta donde el pelo rojizo parecía cerda, tenía en una mano un inmenso paraguas verde, y en la otra un canasto grande que dejaba asomar las cabezas alarmadas de tres patos. La mujer, rígida en su atavío rustico, tenía fisonomía de gallina con una nariz puntiaguda como un pico. Se sentó al frente de su hombre y permaneció sin moverse, impresionada de encontrarse en medio de una compañía tan elegante.

Había, en efecto, dentro del vagón, un resplandor de colores brillantes. Madame toda en azul, en seda azul de pies a cabeza, llevaba encima un chal de falsa cachemira francesa, roja, relumbrante, fulgurante. Fernanda resoplaba dentro de un vestido escocés cuyo corpiño apretado a toda fuerza por sus compañeras levantaba sus caídos pechos en una doble cúpula siempre agitada que parecía líquido bajo la ropa.

Rafaela, con un tocado emplumado que simulaba un nido lleno de pájaros, llevaba un vestido lila, con lentejuelas doradas, con un aire oriental que se ajustaba a su fisonomía de judía. Rosa la Jaca, con falda rosa de amplios vuelos, parecía una niña demasiado gorda, una enana obesa; las dos bombas parecían estar envueltas en ropas extrañas hechas de viejas cortinas de ventanales, de esas viejas cortinas rococó de la época de la Restauración.

Tan pronto las damas dejaron de estar solas en el compartimiento, tomaron una expresión grave, y se pusieron a hablar de cosas relevantes para dar una buena impresión. Pero en Bolbec apareció un señor con patillas rubias, con unas sortijas y una cadena de oro, que puso en el portaequipaje sobre su cabeza muchos paquetes envueltos en tela de hule.

Tenía un aspecto de bromista y niño bueno. Saludó, sonrió y preguntó con desenfado:

—¿Las damas cambian de guarnición?

Esta pregunta dejó en el grupo una confusión embarazosa. Madame, una vez recuperado el aplomo, respondió secamente, para vengar el honor del gremio:

—Usted podría ser más educado.

Él se excusó:

—Perdón, debí decir de convento.

Madame no encontró nada que replicar, o juzgó que la rectificación era suficiente. Hizo un saludo digno apretando los labios.

Entonces el señor, que se encontraba entre Rosa la Jaca y el viejo campesino, se puso a guiñarles los ojos a los tres patos cuyas cabezas salían del canasto; luego, cuando sintió que había interesado a su público, comenzó a hacer cosquillas a los animales bajo el pico, acompañándolo de dichos jocosos para divertir a la concurrencia:

—Nos han quitado nuestra la-lagunita ¡Cua! ¡cua! ¡cua! Para encontrarnos con el asa-asador, ¡Cua! ¡cua! ¡cua!

Los pobres animales torcían el cuello para evitar las caricias, haciendo ingentes esfuerzos para salir de su prisión de mimbre; luego, repentinamente, los tres al mismo tiempo lanzaron un miserable grito de aflicción: "¡Cua! ¡cua! ¡cua! ¡cua!" Entonces hubo una explosión de risas entre las mujeres. Se agachaban, se empujaban para ver; se interesaron locamente en los patos; y el señor redoblaba su gracia, su ingenio y sus bromas.

Rosa se cruzó y se recostó entre las piernas de su vecino, besó a los tres animales sobre el pico. Inmediatamente cada mujer quiso besarlos a su turno; y el señor las sentaba sobre sus rodillas, las hacía saltar, las piñizcaba; pronto ya las tuteaba. Los dos campesinos, más espantados que sus aves, movían sus ojos enloquecidos sin osar hacer el menor movimiento y sus viejos rostros arrugados no hacían una sonrisa o una mueca.

Entonces el señor, que era vendedor viajero, ofreció como broma unos tirantes a las damas, y, tomando uno de sus paquetes, lo abrió. Era una artimaña, el paquete contenía ligas.

Las había en seda azul, en seda roja, en seda violeta, en seda malva, en seda esкарлата, con unas hebillas de metal formadas por dos cupidos enlazados y dorados. Las chicas lanzaron gritos de alegría, luego examinaron el muestrario, imbuidas de la gravedad natural de toda mujer que palpa un objeto de vestir. Se consultaban con la mirada o con una palabra cuchicheada, se respondían a sí mismas, y Madame manipulaba con ansia un par de ligas naranjas, más grandes, más imponentes que las otras: verdaderas ligas de patrona.

El señor esperaba, alimentando una idea:

—Vamos, mis gatitas, debemos probarlas —dijo.

Fue una tempestad de exclamaciones; y ellas se tiraron sus faldas entre sus piernas como si hubiesen temido una violación. Él, tranquilo, esperaba su hora. Dijo:

—Si ustedes no quieren, yo reempaco.

Luego finalmente:

—Yo regalaría un par, a elección, a las que se probaran.

Pero ellas no querían, muy dignas, con el talle levantado. Las dos Bombas, sin embargo, parecían tan tristes que renovó la proposición. Flora Columpio sobre todo, torturada de deseo, dudaba visiblemente. Él la presionó:

—Vamos, mi hija, un poco de coraje, toma, el par lila, irá bien con tu vestido.

Entonces se decidió y, levantando su falda, mostró una robusta pierna de vaquero, con una media burda mal estirada.

El señor se agachó, abrochó la liga bajo la rodilla primero, después más arriba; le hacía cosquillas suavemente a la muchacha, para hacerle emitir grititos con unos bruscos estremecimientos. Cuando terminó, le dio el par lila y dijo:

—¿A quién le toca?

Todas gritaron al mismo tiempo:

—¡A mí! ¡a mí!

Comenzó por Rosa la Jaca, que descubrió una cosa informe, completamente redonda, sin tobillo, una verdadera "salchicha de pierna", como decía Rafaela.

Fernanda fue felicitada por el vendedor entusiasmado de sus poderosas columnas. Las flacas tibias de la bella judía fueron menos exitosas. Luisa Cocote, por broma, cubrió al señor con su falda, y Madame se sintió obligada a intervenir para terminar con esa farsa embarazosa. Por fin la propia Madame estiró su pierna, una bella pierna Normanda, gruesa y musculosa; y el vendedor, sorprendido y encantado, se sacó galantemente su sombrero para saludar aquella ejemplar pantorrilla, como un verdadero caballero francés.

Los dos campesinos, paralizados, inmovilizados por el estupor, miraban de lado, con un solo ojo; se parecían tanto a los pollos que el hombre de las patillas rubias, parándose, les hizo en la nariz "Co co ro có", desatándose de nuevo un huracán de risas.

Los viejos se bajaron en Motteville, con su canasto, sus patos y su paraguas; y se escuchó a la mujer decir a su marido al alejarse:

—Son pécoras que van a ese diabólico París.

El simpático vendedor Porteballe se bajó en Rouen, después de comportarse tan grosero que Madame se vio obligada a ponerlo bruscamente en su lugar. Agregó como moraleja:

—Nos enseña a no hablar con el primero que venga.

En Oissel cambiaron de tren, y en la estación siguiente encontraron al señor José Rivet que les esperaba con una carreta grande llena de asientos y tirada por un caballo blanco.

El carpintero besó educadamente a todas las damas y les ayudó a subir en su carreta. Tres se sentaron sobre las tres sillas del fondo; Rafaela, Madame y su hermano sobre los tres asientos de adelante; y Rosa no halló dónde sentarse, instalándose como pudo en las rodillas de la gran Fernanda; luego el equipaje se puso en marcha. Pero muy pronto, el trote brusco del caballo sacudía tan violentamente el vehículo que las sillas comenzaron a bailar, tirando las pasajeras al aire, a la derecha, a la izquierda, con unos movimientos de peleles, de muecas de alarma, de gritos de terror, combinado de vez en cuando con unas sacudidas más fuertes. Se aferraron a los costados del vehículo; los sombreros caídos en la espalda, sobre la nariz o hacia los hombros; y el caballo blanco iba siempre, alargando la cabeza, la cola erecta, una colita de ratón sin pelo con la cual se golpeaba las ancas de vez en cuando. José Rivet, con un pie apoyado en el pescante, la otra pierna replegada sobre sí mismo, los codos muy elevados, sostenía las riendas, y de su garganta escapaban constantemente una suerte de cloqueo que hacía parar las orejas al jaco, y apurar su trote.

De ambos lados del camino la campiña verde se desbordaba. Las colzas en flor mostraban de trecho en trecho un mantel amarillo ondulante de donde se elevaba un saludable y fuerte aroma, un perfume penetrante y dulce, transportado desde muy lejos por el viento. Entre el centeno ya crecido unos arándanos mostraban sus pequeñas cabezas azul celeste que las mujeres quisieron recoger, pero el señor Rivet no quiso detenerse.

Luego, de vez en cuando, un campo todo entero parecía regado de sangre de tanto que las amapolas lo habían invadido. Y al medio de esas praderas coloreadas así por las

flores de la tierra, la carreta, que pasaba llevando ella misma un ramo de flores de colores más ardientes, pasaba al trote del caballo blanco, desapareciendo detrás de los grandes árboles de una granja, para reaparecer al fondo del follaje y caminar de nuevo a través de los campos amarillos y verdes, salpicados de rojo o de azul, la brillante carretada de mujeres que huían bajo el sol.

Dieron la una cuando llegaron a la puerta del carpintero.

Estaban exhaustas y pálidas de hambre, no habían tomado nada desde la salida. La señora Rivet se abalanzó, las hizo descender una después de la otra, las besaba inmediatamente que tocaban tierra; y no perdía oportunidad de besar a su cuñada, que quería acaparar. Comieron en el taller desocupado de las mesas de trabajo por el almuerzo del día siguiente.

Una tortilla francesa casera seguida de una carne asada, regada de buena sidra burbujeante, devolvió la alegría a todo el mundo. Rivet, para brindar, tenía tomado un vaso, y su mujer servía, cocinaba, traía los platos, los retiraba, murmuraba en la oreja de cada una "¿No quiere un poco más?" Una pila de tablas apoyadas en las paredes y unos montoncitos de virutas barridos en la esquina despedían un perfume de madera cepillada, un olor a carpintería, esa inhalación resinosa que penetra al fondo de los pulmones.

Preguntaron por la pequeña pero estaba en la iglesia, no regresó hasta la tarde.

El grupo salió para hacer un paseo por el pueblo. Era un pueblito atravesado por una calle ancha. Una decena de casas en fila a lo largo de esta única vía cobijaba a los comerciantes del lugar, el carnicero, el abacero, el carpintero, el tabernero, el zapatero y el panadero. La iglesia al fondo de esta suerte de calle estaba rodeada de un estrecho cementerio; y cuatro tilos inmensos, plantados delante de su portal, la ensombrecían completamente. Estaba construida en pedernal tallado, sin ningún estilo, y coronada de un campanario de pizarra. Detrás de ella la campiña volvía a aparecer, recortada, aquí y allá por arboledas escondiendo las granjas.

Rivet, por etiqueta, aunque vestía ropa de trabajo, daba el brazo a su hermana que paseaba majestuosamente. Su mujer, muy emocionada por el vestido de lentejuelas doradas de Rafaela, se ubicó entre ella y Fernanda. Rosa la glotona trotaba detrás con Luisa la Cocote y Flora Columpio, que cojeaba, extenuada.

Los vecinos salían a las puertas, los niños detenían sus juegos, una cortina levantada dejó entrever una cabeza tocada de un gorro de indiana; una vieja con muleta y casi ciega se santiguó como al paso de una procesión; y todos seguían mirando por largo tiempo a las hermosas damas de la ciudad que habían venido de tan lejos para la primera comunión de la pequeña de José Rivet. Una inmensa consideración recaía sobre el carpintero.

Al pasar delante de la iglesia, escucharon los cantos de los niños: un cántico gritado hacia el cielo por unas vocecitas agudas; pero Madame les impidió entrar, para no perturbar a aquellos querubines.

Después de un paseo por la campiña, y después de enumerar las principales propiedades, el rendimiento de la tierra y la producción de ganado, José Rivet retornó a su rebaño de mujeres y lo instaló en sus alojamientos.

Como el lugar era muy pequeño, se les había repartido de dos en dos en las habitaciones.

Rivet, por esta vez, dormiría en el taller sobre las virutas; su mujer compartiría su cama con su cuñada, y en el dormitorio del lado, Fernanda y Rafaela descansarían juntas, Luisa y Flora se encontraban instaladas en la cocina sobre unos colchones tirados en el suelo y Rosa ocupaba un pequeño clóset negro al lado de la escalera, encontrado con un armario estrecho donde yacería esa noche la comulgante.

Cuando la niña regresó, le llegó una lluvia de besos; todas las mujeres la querían acariciar, con esa necesidad de expansión tierna, esa actitud profesional de cariño, que en el vagón les había hecho a todas besar los patos. Cada una la sentó en sus rodillas, manosearon sus finos cabellos rubios, la estrecharon en sus brazos con ímpetus de afección vehemente y espontáneos. La niña muy prudente, compenetrada de piedad, como inmovible por la absolución, se dejaba hacer, paciente y contemplativa.

Como la jornada había sido agotadora para todos, se acostaron muy pronto después de cenar. Ese silencio infinito de los campos envuelve al pueblito de una manera casi religiosa, es un silencio quieto, penetrante y extenso hasta las estrellas. Las muchachas, acostumbradas a las tumultuosas veladas del hotel galante, se sentían emocionadas por este silencio de descanso de la campiña dormida. Tenían escalofríos en la piel, no de frío, sino estremecimientos de soledad que provenían de un corazón inquieto y turbado.

En seguida que se acostaron, de dos en dos, se abrazaron como para protegerse de esta invasión de calma y profundo sueño de la tierra. Pero Rosa la Jaca, sola en su clóset negro, y poco acostumbrada a dormir con los brazos vacíos, se sentía embargada por una emoción vaga y dolorosa. Se revolvía en su cama sin poder dormir, cuando escuchó, detrás del tabique de madera pegada a su cabeza, unos débiles sollozos como los de un niño que llora. Temerosa, llamó débilmente, y una vocecita entrecortada la respondió. Era la niña que dormía siempre en el dormitorio de su madre; tenía miedo en su desván estrecho. Rosa, encantada, se levantó, y suavemente, para no despertar a nadie, fue a buscar a la niña. La trajo a su cama cálida, la apretujó contra su pecho en un abrazo, la mimó, la envolvió de su ternura de manifestaciones exageradas, luego, ya calmada, se durmió. Al amanecer la comulgante reposaba su frente sobre el seno desnudo de una prostituta.

A las cinco, al Ángelus, la pequeña campana de la iglesia sonando a todo repique despertó a estas damas que dormían normalmente la mañana entera, único descanso de sus fatigas nocturnas. Los campesinos de la aldea estaban ya en pie. Las mujeres del lugar iban afanosas de puerta en puerta, charlando animosamente, llevando con cuidado unos vestidos cortos de muselina almidonada como cartón, o unos cirios enormes, con un lazo de seda con franjas de oro en el medio. El sol ya alto brillaba en un cielo completamente azul que mantenía en el horizonte un tinte un poco rosado, como una huella tenue de la aurora. Familias de gallinas se paseaban delante de sus casas, y, de vez en cuando, un gallo negro de cuello brillante levantaba su cabeza coronada de púrpura, batía las alas, y lanzaba al viento su canto de bronce que repetían los otros gallos.

Llegaron unos carruajes de los municipios vecinos, descargando en las pisaderas de las puertas las altas normandas en vestidos oscuros, con el chal cruzado sobre el pecho afirmado por una joya de plata antiquísima. Los hombres habían puesto el guardapolvo azul sobre la levita o sobre el viejo vestido de tela verde cuyos faldones asomaban por debajo.

Cuando los caballos estuvieron en las pesebreras, había a lo largo de todo el ancho camino una doble línea de cacharros rústicos, carretas, cabrioles, tílburis, carros con asientos, coches de todas las formas y de todas las edades, apoyados de punta o bien con el culo por tierra y los varaes al cielo.

La casa del carpintero estaba llena de una actividad de colmena. Las damas en bata y enagua, el pelo suelto sobre la espalda, unos cabellos ralos y cortos que se diría descoloridos y raídos por el uso, se ocupaban de vestir a la niña.

La pequeña, de pie sobre una mesa, no se movía, mientras que madame Tellier dirigía su batallón volante. La lavaron, la peinaron, le pusieron la toca, la vistieron y con la ayuda de muchos alfileres ordenaron los pliegues del traje, ajustaron el talle



demasiado ancho, arreglaron la elegancia del atuendo. Luego que terminaron, se hizo sentar la paciente recomendándole no moverse; y la tropa de mujeres nerviosas corrieron a ataviarse a su vez.

La pequeña iglesia volvía a llamar. Su tañido débil de campana pobre ascendía perdiéndose en el cielo, como una voz demasiado feble, rápidamente ahogada en la inmensidad azulada.

Las comulgantes salían de sus casas, dirigiéndose hacia el edificio comunal que contenía las dos escuelas y la alcaldía, situado a un extremo del pueblo, mientras que "la casa de Dios" estaba al otro extremo.

Los parientes, de gala pero con una expresión incómoda y unos movimientos torpes de cuerpos siempre encorvados sobre el trabajo, seguían a sus retoños. Las niñas desaparecían en una nube de tul blanco parecido a la crema batida, mientras que los niños parecían embriones de camareros de café, caminaban con las piernas separadas para no manchar sus pantalones negros.

Era un honor para la familia cuando un gran número de parientes, venidos de lejos, rodeaba al niño: de esta manera el triunfo del carpintero era completo. El regimiento Tellier, patrona a la cabeza, seguía a Constanza; el padre daba el brazo a su hermana, la madre caminaba al lado de Rafaela, Fernanda con Rosa, y las dos Bombas juntas, la tropa se desplegaba majestuosamente como un estado mayor en uniforme de parada.

El efecto en el pueblo fue pasmoso.

En la escuela las niñas se organizaron bajo la toca de la monja y los muchachos bajo el sombrero del profesor, un hombre buen mozo que se las traía; partieron atacando un cántico.

Los niños a la cabeza formaban sus dos filas entre las dos líneas de coches sin caballos; las niñas seguían en el mismo orden; como todos los vecinos habían cedido el paso a las damas de la ciudad por respeto, ellas quedaron inmediatamente detrás de los pequeños, prolongando aún más la línea de la procesión, tres a la izquierda y tres a la derecha, con sus atavíos brillantes como un ramillete de fuegos artificiales.

Su entrada en la iglesia enloqueció a la población. Se empujaban, se daban vuelta, se empinaban por verlas. Y las devotas hablaban demasiado alto, estupefactas por el espectáculo de estas damas más engalanadas que las casullas de los cabildos. El alcalde ofreció su banca, la primera banca a la derecha junto al coro, y madame Tellier se ubicó junto a su cuñada, Fernanda y Rafaela. Rosa la Jaca y las dos Bombas ocuparon la segunda banca junto al carpintero. El coro de la iglesia estaba lleno de niños de rodilla, las niñas a un lado y los niños al otro, y los largos cirios que sostenían en sus manos parecían lanzas inclinadas en todas direcciones.

Ante el facistol, tres hombres de pie cantaban a toda voz. Prolongaban interminablemente las sílabas del latín sonoro, eternizando los amén con unas a-a indefinidas que el serpentón sostenía con su nota monótona impelida sin fin, bramado por el instrumento de cobre de ancho hocico. La voz aguda de un niño replicaba, y de vez en cuando, un sacerdote sentado en un sitial y tocado con una birreta cuadrada se levantó, barbullando alguna cosa y sentándose de nuevo, mientras que los tres cantores comenzaban nuevamente, los ojos fijos sobre el grueso libro de cantos abierto ante ellos y sostenido por las alas desplegadas de un águila de madera montada sobre el pedestal.

Luego se hizo un silencio. Todos los presentes al mismo tiempo se pusieron de rodillas, apareció el oficiante, anciano, venerable, con su pelo blanco, inclinado sobre el cáliz que sostenía en su mano derecha. Delante de él caminaban los dos monaguillos en sotanas rojas, y detrás apareció una muchedumbre de cantores con gruesos zapatos que se alinearon a ambos lados del coro.

Una campanilla sonó en medio de un gran silencio. El oficio divino comenzaba. El sacerdote circuló lentamente delante del tabernáculo de oro, hizo unas genuflexiones, salmodió con una voz cascada, temblorosa de vejez, las oraciones preparatorias. En cuanto se callaba, todos los cantores y el serpentón rompían al unísono, y los hombres también cantaban en la iglesia, con una voz más callada, más humilde, como deben cantar los feligreses.

De pronto el Kyrie Eleison saltó hacia el cielo, empujado por todos los pechos y los corazones. Unos granitos de polvo y fragmentos de madera carcomida cayeron incluso de la antigua bóveda sacudida por esta explosión de gritos. El sol que golpeaba sobre las tejas del techo hacía un horno de la pequeña iglesia; una gran emoción, una expectante ansiedad, la proximidad del inefable misterio, oprimía el corazón de los niños, apretando la garganta de sus madres.

El sacerdote, que se había sentado un rato, volvió hacia el altar, y, la cabeza descubierta, cubierta de sus cabellos de plata, con unos gestos trémulos, se acercaba al acto sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles, y, con las manos extendidas hacia ellos, pronunció: "Orate, fratres, orad mis hermanos". Todos oraron. El anciano cura balbucía las palabras misteriosas y supremas; la campanilla tintineó repetidamente, la muchedumbre prosternada clamaba a Dios; los niños caían en una intensa ansiedad.

Fue entonces cuando Rosa, la frente en sus manos, se acordó de repente de su madre, la iglesia de su pueblo, su primera comunión. Se creyó de vuelta a aquel día cuando era pequeña, toda envuelta en su vestido blanco, y se puso a llorar. Lloró quedamente primero; las lágrimas lentamente salían de sus párpados, luego con sus recuerdos, su emoción en aumento, y, el cuello hinchado, el pecho palpitando, sollozó. Había sacado su pañuelo, secado sus ojos, se tapaba la nariz y la boca para no gritar; todo fue en vano; una especie de gemido salió de su garganta, y otros dos suspiros profundos, desgarradores, le respondieron; porque sus dos vecinas, abatidas junto a ella, Luisa y Flora, cogidas de los mismos recuerdos lejanos gemían también con torrentes de lágrimas.

Como las lágrimas son contagiosas, Madame, a su vez, sintió pronto sus párpados húmedos, y se volvió hacia su cuñada. Vio que toda su banca lloraba también.

El sacerdote engendraba el cuerpo de Dios. Los niños ya no pensaban, lanzados sobre las baldosas por una especie de miedo devoto, y, en la iglesia, de tanto en tanto, una mujer, una madre, una hermana, tomada por la extraña simpatía de tiernas emociones, perturbadas también por estas hermosas damas de rodillas que se estremecían de emoción e hipos, empapaban sus pañuelos de indiana a cuadros y con la mano izquierda apretaban violentamente su corazón desbocado.

Como la pavesa que salta esparce el fuego a través de un sembrado maduro, las lágrimas de Rosa y sus compañeras se extendieron a toda la concurrencia. Hombre, mujeres, viejos, jóvenes en blusón nuevo, todos pronto sollozaban, y sobre sus cabezas parecía flotar una cosa sobrehumana, un alma expandida, el hálito prodigioso de un ser invisible y todopoderoso.

Entonces, en el coro de la iglesia, un pequeño golpe seco sonó: la monja, golpeando sobre su libro, dio la señal de la comunión; y los niños, temblando de una fiebre divina, se aproximaron a la santa mesa.

Toda una fila se arrodilló. El anciano cura, sosteniendo en la mano el cáliz de plata dorado, pasaba delante de ellos su ofrenda: entre dos dedos, la hostia sagrada, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Ellos abrían la boca con unos espasmos, unas muecas nerviosas, los ojos cerrados, la cara totalmente pálida; y la lengua plana extendida sobre sus barbillas temblorosas como el agua que corre.

Súbitamente en la iglesia una suerte de locura, un rumor de muchedumbre en delirio, una tempestad de suspiros con unos gritos contenidos. Pasaba como esas ráfagas de viento que abaten los bosques; y el sacerdote permanecía de pie, inmóvil, una hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciendo:

—Es Dios, es Dios que está entre nosotros, que manifiesta su presencia, que desciende a mi voz sobre su pueblo arrodillado.

Y balbució unas oraciones atolondradas, sin encontrar las palabras; unas plegarias del alma, en un ímpetu furioso hacia el cielo.

Terminó de dar la comunión con tanta sobreexcitación de fe que sus piernas casi no lo sostenían, y cuando él mismo bebió la sangre del Señor, se sumergió en un acto de agradecimiento desesperado.

Detrás de él la gente, poco a poco, se calmó. Los cantores, elevados por la dignidad de la sobrepelliz blanca, replicaban con una voz menos segura, aún húmeda; y el serpentón también parecía ronco como si el instrumento mismo hubiese llorado.

Entonces el sacerdote levantó las manos, en un signo de que se quedaran quietos, y pasando entre las dos filas de comulgantes perdidos en éxtasis de bondad, se aproximó a la baranda del coro.

La asamblea estaba sentada en medio de un ruido de asientos, y todos se sonaban con fuerza. Cuando percibieron al cura, se hizo un silencio. Comenzó a hablar en un tono muy bajo, vacilante, velado.

—Mis queridos hermanos, mis queridas hermanas, mis niños, estoy agradecido desde el fondo del corazón: Me han dado la más grande alegría de mi vida. Sentí que Dios descendió sobre nosotros a mi llamado. Él vino, está presente, llenó vuestras almas, hizo desbordar vuestros ojos. Soy el más antiguo sacerdote de la diócesis, soy también, hoy día, el más feliz. Un milagro se ha hecho entre nosotros, un verdadero, un gran, un sublime milagro. Mientras Jesucristo penetraba por primera vez en el cuerpo de estos pequeños, el Espíritu Santo, la paloma celeste, el soplo de Dios, cayó sobre vosotros, se apoderó de vosotros, ustedes se abrazaron, doblegados como cañas ante la brisa.

Luego, con una voz más clara, se volvió hacia las dos bancas donde se encontraban las invitadas del carpintero:

—Gracias sobre todo a ustedes, mis queridas hermanas, que han venido de tan lejos, y cuya presencia entre nosotros, cuya fe visible, cuya piedad tan viva ha sido para todos un saludable ejemplo. Ustedes han sido la edificación de mi parroquia; vuestra emoción ha enfervorizado los corazones; sin ustedes, puede ser, esta gran jornada no habría sido de este carácter verdaderamente divino. Ha sido suficiente algunas veces sólo de una pequeña elite para decidir al Señor a descender sobre el rebaño.

Se le quebró la voz. Agregó:

—Es la gracia que yo anhelo. Así sea.

Y se volvió hacia el altar para terminar el oficio.

Ahora todos tenían prisa por salir. Los propios niños se movían, cansados de la prolongada tensión espiritual. Estaban famélicos, por lo demás, y los parientes, poco a poco, se iban, sin escuchar el último evangelio, para terminar los preparativos de la comida.

Era una muchedumbre a la salida, una muchedumbre bulliciosa, una mezcla de voces ruidosas donde cantaba el acento normando. La gente formaba dos filas, y cuando aparecían los niños, cada familia se precipitaba al suyo.

Constanza se encontró tomada, rodeada, abrazada por toda la familia de mujeres. Rosa, sobre todas, no dejaba de abrazarla. Finalmente ella la tomó de una mano, madame Tellier se apoderó de la otra; Rafaela y Fernanda levantaban su larga falda de

muselina para que no la arrastrara por el polvo; Luisa y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet; y la niña, recogida, penetrada totalmente por el Dios que ella portaba, se puso en camino en medio de esta escolta de honor.

El banquete estaba servido en el taller sobre grandes planchas sostenidas por unos caballetes.

La puerta abierta, dando sobre la calle, dejaba entrar toda la alegría del pueblo. Se festejaba en todas partes. En cada ventana se veía unas mesas de gente endomingada, y unos gritos salían de las casas en fiesta. Los campesinos, en brazos de camisa, bebían sidra vaciando las copas al seco, y en medio de cada reunión se veían dos niños, aquí dos niñas, allá dos muchachos, comiendo en cada una dos familias.

De vez en cuando, bajo el pesado calor de mediodía, una carreta de bancos atravesaba el lugar al trote saltarín de un viejo rocín, y el hombre en blusón que conducía lanzaba una mirada de envidia sobre todo este despliegue de fiesta.

En la casa del carpintero la alegría guardaba un cierto aire de reserva, un resto de la emoción de la mañana. Rivet bebía sin medida. Madame Tellier miraba la hora a cada rato, porque para no tomar dos días seguidos sin trabajar debían tomar el tren de las 3:55 que las dejaría en Fécamp por la noche.

El carpintero hacía toda clase de esfuerzos para distraer la atención y mantenerlas hasta el día siguiente; pero Madame no se dejaba distraer; ella nunca bromeaba cuando se trataba de negocios.

Inmediatamente terminado el café, ordenó a sus asiladas se prepararan rápidamente; luego se volvió a su hermano:

—Tú, te vas a aparejar ahora —y se fue a terminar sus últimos preparativos.

Cuando bajó, su cuñada la esperaba para hablar acerca de la pequeña; y mantuvieron una larga conversación en la cuál nada se resolvió. La campesina astuta, falsamente enternecida, y madame Tellier, que tenía a la niña en sus rodillas, no se comprometía a nada, prometía vagamente; se ocuparía de ella, había tiempo, se volverían a ver.

Mientras tanto el coche no llegaba, y las mujeres no bajaban; se escuchaban grandes risotadas, empujones, explosiones de gritos, aplausos. Entonces, mientras la esposa del carpintero se dirigía al establo para ver si el vehículo estaba listo, Madame finalmente subió.

Rivet, muy borracho y a medio desvestir, trataba, pero en vano, de violentar a Rosa que se moría de la risa. Las dos Bombas lo retenían por los brazos, tratando de calmarlo, espantadas por esta escena después de la ceremonia de la mañana; pero Rafaela y Fernanda lo incitaban, retorcidas de jolgorio, se mantenían a los lados; lanzaban gritos agudos a cada uno de los esfuerzos inútiles del borrachín. El hombre furioso, la cara roja, todo desguañangado, sacudía con violentos esfuerzos las dos mujeres aferradas a él, y tiraba con toda sus fuerzas las faldas de Rosa farfullando "¿Putá, no quieres?" Pero Madame, indignada, saltó, tomó a su hermano por los hombros, y lo tiró hacia atrás tan violentamente que fue a golpear contra el muro.

Un minuto más tarde, se le escuchó en el patio, bombeándose agua en la cabeza; cuando subió a su carreta, estaba totalmente calmado.

Se pusieron en camino como en la víspera, y el caballito blanco comenzó su paso vivo y danzarín.

Bajo el sol ardiente, la alegría dormida durante la comida se liberó. Las muchachas se divertían ahora de las sacudidas del cacharro, empujando ellas mismas las sillas de sus vecinas, estallando de risa en todo momento, recordando las vanas tentativas de Rivet.

Una luz salvaje llenaba los campos, una luz que enceguecía los ojos; y las ruedas levantaban dos polvaredas que volaban largo tiempo detrás de la carreta sobre la gran vía.

De repente Fernanda, que amaba la música, suplicó a Rosa que cantara; ella entonó vigorosamente "El gordo cura de Meudon". Pero Madame inmediatamente la hizo callar, encontrando que era una canción poco conveniente para ese día. Agregó:

—Cántanos mejor alguna cosa de Béranger.

Entonces Rosa, después de haber dudado algunos segundos, hizo su elección y con una voz cansada comenzó "La abuela":

*Mi abuela, una noche de su santo  
había bebido dos dedos de vino puro  
Nos decía, meneando la cabeza:  
Qué de amores yo tuve en aquellos tiempos  
Cuánto extraño  
Mi brazo tan relenito  
Mi pierna bien torneada  
Y el tiempo ido*

Y el coro de muchachas, que Madame personalmente dirigía, replicaba:

*Cuánto extraño  
Mi brazo tan relenito  
Mi pierna bien torneada  
Y el tiempo ido*

—¡Eso está bueno!—dijo Rivet, entusiasmado por el ritmo; y Rosa continuó:

Cómo, mamita, tú no tenías recato

—¡No verdaderamente! y mis encantos

Sola a los quince años, aprendí a usarlos

Porque, en la noche yo no dormía

Todos juntos coreaban el estribillo; Rivet golpeaba con el pie el pescante, llevaba el ritmo con las riendas sobre las ancas del caballito blanco quien, como si hubiera sido impulsado por el ritmo, se puso al galope, un galope tempestuoso, precipitando a las damas unas sobre las otras en el fondo de la carreta.

Ellas se pusieron a reír como unas locas. Y la canción continuó, vociferada a grito pelado a través de la campiña, bajo un cielo abrasador, en medio de unos cultivos maduros, al paso furioso del caballito que aceleraba ahora a cada repetición del estribillo, y picaba cada vez cien metros de galope, con gran alegría de los viajeros.

De vez en cuando, algún cantero se enderezaba, y miraba a través de su máscara de alambres a esta carreta furiosa y rugiente, seguida por la polvareda.

Cuando descendieron en la estación, el carpintero se emocionó:

—Es una pena que ustedes se vayan, lo habríamos pasado muy bien.

Madame le respondió sensatamente:

—Cada cosa a su tiempo, no puede ser siempre solo diversión.

Entonces una idea iluminó la mente de Rivet.

—Vean, yo las iré a ver a Fécamp el mes próximo —dijo.

Miró a Rosa con un aire astuto, con ojos brillantes y de granuja.

—Vamos —concluyó Madame—, hay que ser bueno: Puedes venir si tú quieres, pero no hagas tonterías.

No respondió, y como se escuchó silbar al tren, se puso a besar a todas. Cuando le tocó a Rosa, se empeñó en encontrar su boca que ella, riendo detrás de sus labios cerrados, lo evitaba cada vez con un rápido movimiento de lado. La tenía abrazada; pero no podía lograrlo, debido a su gran látigo que tenía en su mano y que en sus esfuerzos agitaba desesperadamente tras la espalda de la muchacha.

—Los pasajeros para Rouen, embarcarse —gritó el asistente del conductor. Se subieron.

Un corto pitido se escuchó, repetido enseguida por el resoplido potente de la locomotora que escupió ruidosamente su primer chorro de vapor mientras las ruedas comenzaban a rodar lentamente con gran esfuerzo.

Rivet, solo en el interior de la estación, corrió al andén para ver una vez más a Rosa; y a medida que el carro lleno de mercancía humana pasaba delante de él, se puso a restallar el látigo, saltando y cantando con toda sus fuerzas:

Cuánto extraño

Mi brazo tan rellenito

Mi pierna bien torneada

Y el tiempo ido

Luego miraba perderse a lo lejos un pañuelo blanco que alguien agitaba.

### III

Durmieron hasta que llegaron, con un sueño apacible de conciencias satisfechas; y cuando entraron al albergue, refrescadas, descansadas para el trabajo de la noche, Madame no tuvo empacho en decir:

—Es lo de menos, ya me aburría esa casa.

Cenaron pronto, y cuando se hubieron puesto los trajes de combate esperaron a los clientes habituales; y el pequeño farol iluminaba, el pequeño farol de virgen, indicando a los transeúntes que en la majada estaba de vuelta el rebaño.

En un abrir y cerrar de ojos la noticia se difundió, no se supo cómo, no se supo por qué el señor Philippe, el hijo del banquero, tuvo la amabilidad de avisar por un mensajero al señor Tournevau, prisionero en su familia.

El salador tenía justamente cada domingo varios primos a cenar, estaban en el café cuando un hombre se presentó con un mensaje en la mano. El señor Tournevau, muy nervioso, rompió el sobre y se puso pálido: No había más que estas palabras trazadas con un lápiz: "El cargamento de bacalao regresó; el barco entró a puerto; buen negocio para usted. Venga rápido".

Buscó en sus bolsillos, dio veinte centavos al mensajero y enrojeciendo hasta las orejas dijo:

—Es necesario, debo salir.

Le entregó a su mujer la esquila lacónica y misteriosa. Llamó, luego, cuando apareció la sirvienta:

—Mi abrigo, pronto, rápido y mi sombrero.

Apenas estuvo en la calle se puso a correr silbando una melodía, y el camino le parecía dos veces más largo de tanto que era su impaciencia.

El establecimiento Tellier tenía un aire festivo. En el piso bajo las voces ruidosas de los hombres del puerto hacían un ensordecedor griterío. Luisa y Flora no sabían a quién atender, bebían con uno, bebían con otro, mereciendo más que nunca sus sobrenombres de "las dos Bombas". Se las llamaba de todas partes a la vez; no daban abasto para el trabajo, y la noche para ellas se anunciaba ajetreada.

La tertulia del primero estuvo completa a las nueve. El señor Vasse, el juez del tribunal de comercio, el pretendiente habitual pero platónico de Madame, conversaba muy bajito con ella en una esquina; y sonreían ambos como si a un entendimiento se hubiera llegado esta vez. El señor Poulin, el ex alcalde, tenía a Rosa a caballo en sus piernas; y ella nariz con nariz con él, pasaba sus manos cortas por las patillas blancas del viejecillo. Un extremo de muslo desnudo sobresalía por debajo de la falda de seda amarilla levantada, cortando el paño negro del pantalón, y las medias rojas estaban sujetas por unas ligas azules, regalo del vendedor viajero.

La gorda Fernanda, tendida sobre el sofá, tenía los dos pies sobre la barriga del señor Pimpesse, el recaudador de impuestos, y el torso sobre el chaleco del joven señor Philippe, del cual colgaba al cuello su mano derecha, mientras en la izquierda tenía un cigarrillo.

Rafaela parecía estar en tratos con el señor Dupuis, el agente de seguros, y ella terminaba la conversación con estas palabras:

—Sí, mi amor, esta noche, está bien.

Luego hizo sola un pie de vals rápido a través del salón:

—Esta noche todo lo que quieran —gritó ella.

La puerta se abrió bruscamente y el señor Tournevau apareció. Unos gritos de entusiasmo estallaron: ¡Viva Tournevau! Y Rafaela, que seguía girando, fue a caer sobre su corazón. Él la tomó en un abrazo formidable, y sin decir una palabra, la levantó del piso como a una pluma, atravesó el salón, llegó a la puerta del fondo, y desapareció en las escaleras a los dormitorios con su fardo viviente, en medio de aplausos.

Rosa que excitaba al ex alcalde, lo besaba una y otra vez y le tiraba sus dos patillas al mismo tiempo para mantener derecha su cabeza, aprovechando el ejemplo:

—Vamos, haz como él —decía.

Entonces el viejecillo se levantó y, ajustándose el chaleco, siguió a la muchacha buscando en su bolsillo donde dormía su dinero.

Fernanda y Madame quedaron solas con los cuatro hombres, y el señor Phillippe gritó:

—Yo pago la champaña. Madame Tellier, envíe a buscar tres botellas.

—Entonces Fernanda, abrazándolo, le dijo al oído:

—¿Bailemos, quieres?

Él se levantó, y, sentándose delante de la espineta centenaria, dormida en una esquina, hizo salir un vals, un vals ronco, lloroso, del vientre plañidero del instrumento. La muchacha gorda abrazó al recaudador, Madame se abandonó en los brazos del señor Vasse, y las dos parejas giraban intercambiándose besos. El señor Vasse, que había sido antaño un gran bailarín, hacía figuras, y Madame le miraba con ojos cautivadores, con esos ojos que responden "sí, un sí", más discreto y más delicioso que una palabra.

Federico trajo el champaña. El primer corcho saltó y el señor Phillippe hizo la invitación a una contradanza.

Los cuatro bailarines la danzaron a la manera acostumbrada, adecuadamente, dignamente, con afectación, reverencias y saludos.

Después se pusieron a beber. Entonces el señor Tournevau volvió, satisfecho, confortado, radiante. Gritó:

—No sé qué le pasa a Rafaela, pero ella está perfecta esta noche.

Luego, cuando le pasaron una copa, lo bebió de un trago murmurando "Caramba, esto sí que es lujo".

Sobre la marcha, el señor Phillippe inició una ágil polca, y el señor Tournevau se abrazó con la bella judía que tenía en el aire, sin dejar que sus pies tocaran el suelo. El señor Pimpesse y el señor Vasse habían vuelto con un renovado impulso. De vez en

cuando una de las parejas se paraba delante de la chimenea para embucharse una copa de vino espumoso; el baile amenazaba con eternizarse, cuando Rosa entornó la puerta con una palmatoria en la mano. Estaba con el pelo suelto, pantuflas, en bata de noche, animadísima, toda arrebolada:

—Quiero bailar —gritó.

Rafaela preguntó:

—¿Y tú tío?

Rosa exclamó:

—¿Él? Duerme ya, él se duerme enseguida.

Cogió al señor Dupuis que estaba libre sobre el diván, y la polca se reanudó.

Pero las botellas estaban vacías. "Yo pago una", dijo el señor Tournevau. "Yo también", anunció el señor Vasse. "Lo mismo yo", concluyó el señor Dupuis. Entonces todos aplaudieron.

La fiesta estaba armada. De vez en cuando, Luisa y Flora subían rápidamente, hacían una apresurada vuelta de vals, mientras que sus clientes, abajo, se impacientaban; luego volvían corriendo a su café, con el corazón henchido de pena.

A medianoche se bailaba aún. Algunas veces una de las muchachas desaparecía, y cuándo se la buscaba para un frente a frente, se daban cuenta en ese momento que un hombre también faltaba.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó graciosamente el señor Phillippe, justo en el momento que el señor Pimpesse entraba con Fernanda.

—De ver dormir al señor Poulin —contestó el recaudador.

La frase tuvo un éxito enorme y todos sucesivamente subían a ver dormir al señor Poulin con una u otra de las señoritas que se mostraron de una complacencia inusual. Madame cerraba los ojos; tenía largo ratos privados con el señor Vasse como para ultimar los detalles de un affaire ya acordado.

Finalmente, a la una, los dos hombres casados, el señor Tournevau y Pimpesse, dijeron que se retiraban, y querían saldar sus cuentas. Se les cargó solamente el champaña, y, más aún a seis francos la botella en vez de diez francos, el precio de costumbre. Y como ellos se asombraron de esta generosidad, Madame, radiante, les respondió:

—Porque no todos los días es fiesta.



# *Un caso de divorcio*

---

*Un cas de divorce*

El abogado de la señora Chassel tiene la palabra y dice:

"Señor presidente:

Señores magistrados:

El pleito de cuya defensa estoy encargado constituye más bien una cuestión medica que jurídica; es un caso patológico más que un caso de derecho. Los hechos origen de esta causa son evidentes.

Un hombre joven, rico, de alma noble y exaltada y corazón generoso, se enamora de una joven extraordinariamente hermosa, adorable, encantadora, graciosa, linda, buena... y se casa con ella.

Durante algún tiempo la conducta de este hombre para con su mujer fue la del esposo lleno de ternura y de cuidados; después su cariño va enfriándose hasta el punto de sentir hacia ella una repulsión indecible, un extraordinario desamor. Llegó a pegarle un día, no solamente sin razón, sino sin pretexto.

No pienso, señores, pintarles el cuadro de esos procederes extraños, incomprensibles para todos. Tampoco he de esforzarme en describirles la triste vida de aquellos dos seres, ni la horrible tortura de la mujer. Para convencerlos de la razón que a ésta asiste, bastará con que les lea algunos fragmentos del diario escrito por aquel desgraciado loco.

Helos aquí:

¡Qué triste! ¡Qué monótono! ¡Qué ruin y qué odioso es todo! Soñé una tierra más bella, más noble, más variada.

¡Siempre bosques; ríos que se parecen a otros ríos, llanuras que se parecen a otras llanuras!... ¡Todo igual!... ¡Todo monótono!... ¡Y el hombre!... ¿Qué es el hombre? Un animal malo, orgulloso y repugnante...

Preciso es amar, pero amar locamente, sin ver lo que se ama: porque ver es comprender y comprender es despreciar...

¿He encontrado ese amor?... Creo que sí.. Esa mujer tiene en toda su persona algo de ideal que no parece de este mundo y que da las alas a mi sueño.

Mi amada es rubia, con matices maravillosos en los cabellos... ¡Qué azules son sus ojos!... Sólo los ojos azules embargan mi alma... La mujer que existe en el fondo de mi corazón aparece en su mirada, sólo en su mirada... ¡Oh! ¿Qué misterio existe en los ojos? Todo el universo está en ellos, puesto que lo ven y lo reflejan. Sí... en los ojos se contiene el universo, las personas y las cosas, los bosques y los mares, los hombres y las bestias, las puestas del sol, las estrellas, las artes... Todo... Todo lo ven, todo lo recogen... Pero en los ojos aun hay más. Allí está el alma, el ser que quiere, el ser que ama, el ser que ríe, el ser que sufre... ¡Oh!... Contemplan los ojos azules de las mujeres... profundos como el mar, inundados de luz como el cielo, tan dulces como las brisas, como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros, que tras ellos se ve el alma, el alma azul que los colora, los anima y diviniza.

¡Sí! El alma tiene el color de los ojos... El alma azul, sólo él alma azul lleva dentro el ensueño... Ha tomado su color a las ondas del mar y al éter del espacio.

Los ojos, piensen en los ojos... Beben la vida aparente para nutrir con ella el pensamiento. Beben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros... todo lo hermoso y todo lo ruin... De allí salen las ideas... Y si los ojos nos miran, nos producen

una felicidad que no es terrena. Nos hacen presentir lo que siempre ignoraremos... Nos hacen comprender que la realidad es una miseria despreciable...

La amo también por su aire gentil, porque, como ha dicho el poeta:

—Hasta cuando el pájaro anda parece de otra raza más superior que la de las mujeres ordinarias; más ligera y más divina...

Mañana me caso con ella... Tengo miedo... ¿Miedo de qué?... ¡De tantas cosas!

Ya es mi mujer. Mientras la he deseado, idealmente fue para mí el poético ensueño, próximo a realizarse; después se ha convertido en el ser de que la Naturaleza se ha servido para truncar todas mis esperanzas.

¿Pero las ha truncado? No... Y, sin embargo, estoy cansado de ella. Cansado hasta no poder tocarla ni con mi mano ni con mis labios, sin que mi corazón sienta un desagrado inexplicable...

¡No! No puedo ver a mi mujer venir hacia mi llamándome con su mirada, con su sonrisa o con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me transportaría a los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estuvo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el soplo ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas...

¡Oh! ¡La carne! Estercolero seductor y viviente... ¡Putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonríe; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma!

Porque en realidad sólo las flores huelen bien. Lo mismo las de vistosos colores que las pálidas, impresionan mi espíritu y turban mis ojos... ¡Son tan hermosas! ¡De estructura tan delicada! ¡Tan variadas y tan sensibles! Son más tentadoras que las mismas bocas, y hasta parecen tenerla.

Ellas... ellas solas se reproducen en el mundo sin dejar huella que manche, y evaporando en torno el divino incienso de su amor, el sudor oloroso de sus caricias, la esencia de sus incomparables cuerpos, adornados de todas las gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tiene la coquetería, de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los aromas...

### SEIS MESES DESPUÉS

...Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como a las mujeres en el harén... Nadie, fuera de mí; conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras... Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores.

Tengo estufas donde no penetra nadie más que yo y el encargado de cuidarlas. Entro allí como si entrase en un retiro de secretos placeres... Por la alta galería de cristales paso entre dos masas de corolas; unas cerradas, otras entreabiertas o abiertas del todo y dispuestas en declive. Es el primer beso que me envían... Estas flores que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas, no son aun mis favoritas, sino mis sirvientas. Me saludan al paso con sus brillantes matices y sus frescas exhalaciones. Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas a la derecha y ocho a la izquierda, formando dos jardines que vienen a morir a mis pies.

Al verlas, mi corazón palpita, mi mirada se ilumina, mi sangre se agita, mi alma se exalta y mis manos tiemblan con el deseo de tocarlas... En el fondo de aquella alta galería hay tres puertas cerradas... Puedo elegir el que más me plazca de aquellos tres harenes.

Generalmente entro donde están las orquídeas, mis adormideras preferidas. Proceden de los países arenosos, ardientes y malsanos. Atraen como sirenas, matan como venenos... Enervan. Son terribles.. Semejan grandes mariposas con sus alas

enormes, sus patas, sus ojos... Porque tienen ojos... Me miran, me ven... Aquellos seres prodigiosos, inverosímiles, hijos de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, de esa madre del mundo... Sí... Tienen alas, y ojos, y matices que ningún pintor podría imitar... y todas las formas, todas las gracias, todos los encantos que se pueden soñar.

Los extraños dibujos de sus pequeños cuerpos sumergen el espíritu en el paraíso de las imágenes y voluptuosidades ideales... Tiemblan sobre sus tallos como si quisieran volar... ¿Volarán y vendrán hacia mí?... ¿No es mi corazón el que vuela sobre ellas, como un místico torturado de amor?

Estamos solos ellas y yo en la clara prisión que les he construido. Las miro, las contemplo y las adoro una por una.

¡Cuánto las amo! El borde de su cáliz está rizado, más pálido que su garganta, y la corola oculta en él como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desarrollando los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches.

Cojo a la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas de! Pacífico. Y allí, junto a ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando cómo se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia.

Después de terminar la lectura de estos fragmentos, añadió el abogado:

—La decencia, señores, me impide continuar la lectura de las singulares confesiones de este hombre, vergonzosamente idealista. Los fragmentos que acabo de someter a la consideración de ustedes creo que serán suficientes para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera creerse en la época que atravesamos, de histerismo y de decadencia. En mi opinión, pues, a mi representada le asiste un perfecto derecho a reclamar el divorcio, dada la excepcional situación en que la ha colocado la perturbación de los sentidos de su esposo.

*Gil Blas, 31 de agosto de 1886*

# *Una cena de Nochebuena*

---

*Un réveillon*

No sé exactamente el año. Llevaba todo un mes cazando por aquellos lugares con un brío impetuoso y una alegría salvaje, con ese ardor que se tiene para las pasiones nuevas.

Me hallaba en Normandía, en casa de un pariente soltero, Jules de Banneville; y éramos solamente nosotros dos, una doncella, un doméstico y el guarda del castillo señorial. Este castillo, viejo edificio grisáceo rodeado de pinos, en cuyo interior había unas largas avenidas de castaños azotados por el viento, parecía abandonado desde siglos. Un mobiliario antiguo era lo único que contenían aquellos salones siempre cerrados, donde antaño unos personajes, cuyos retratos se veían colgados en un corredor tan desahucado como las avenidas, recibían ceremoniosamente a los nobles vecinos.

Pero nosotros nos habíamos refugiado en la cocina, único rincón habitable de la mansión, una inmensa cocina, cuyas paredes, perdidas en las tinieblas, se iluminaban cuando se arrojaba un nuevo haz de leña en la amplia chimenea. Todas las noches, después de despabilar una dulce modorra ante el fuego, y una vez que de nuestras botas se había evaporado la humedad, subíamos a nuestra habitación, mientras que los podencos, allí mismo, como sonámbulos, soñando escenas de caza, lanzaban ladridos amortiguados.

La habitación era la única pieza del castillo que se había techado y enyesado completamente, a causa de los ratones. Pero la habían dejado sin muebles, blanqueada de cal, y, en las paredes, solamente colgaban unas escopetas, varios látigos y algunos cuernos de caza. Colocadas en los dos rincones de esta choza siberiana había dos camas, en las cuales nos deslizábamos tiritando.

Frente al castillo, a una legua de distancia, el acantilado caía a pico sobre el mar; y, noche y día, los poderosos vientos del océano arrancaban suspiros de los recios árboles encorvados, gemidos al techo y a las veletas, y hacían rechinar todo el venerable edificio, invadido por el viento que entraba por entre sus tejas sueltas, sus chimeneas grandes como abismos y sus ventanas, que no cerraban ya.

\*\*\*

Aquel día había helado de una manera horrible. Al llegar la noche nos sentamos a la mesa, ante el gran fuego de la alta chimenea, donde asaban un lomo de liebre y dos perdices, que olían muy bien.

Mi primo levantó la cabeza, y dijo:

—No hará calor cuando nos acostemos. Indiferente, repliqué:

—No, pero tendremos patos en los estanques mañana por la mañana.

La sirvienta, que ponía nuestros cubiertos en un extremo de la mesa y los de los domésticos en el otro, preguntó:

—¿Saben los señores que esta noche es Nochebuena?

Seguramente no nos habíamos enterado, pues apenas mirábamos el calendario. Mi compañero contestó:

—Entonces esta noche es la misa del gallo. ¡Y por eso las campanas han estado sonando todo el día! La sirvienta replicó:

—Sí y no, señor; también han tocado porque ha muerto Fournel padre.

Fournel padre, anciano pastor, era una celebridad del país. Tenía ochenta y seis años de edad, y nunca había estado enfermo hasta el momento en que, un mes antes, había cogido un frío al caerse dentro de una charca en una noche oscura. Al día siguiente, se había quedado en cama, y desde entonces estaba agonizando.

Mi primo se volvió hacia mí:

—Si quieres —dijo—, iremos dentro de un rato a ver a esas pobres gentes.

Quería hablar de la familia del viejo, de su nieto, que tenía cincuenta y ocho años de edad, y de su nieta política, que era un año más joven. La generación intermedia no existía ya desde hacía mucho tiempo. Vivían en un miserable chamizo, a la entrada de la aldea, a la derecha.

Pero no sé por qué esta idea de la Nochebuena, en medio de nuestra soledad, nos dio ganas de charlar. A solas los dos, nos contábamos antiguas historias de Nochebuena, aventuras de esta noche loca, los pasados lances amorosos y los despertares del día siguiente, acompañados de otra persona, con sus sorpresas imprevistas, y el asombro de los descubrimientos.

De esta manera, nuestra cena duró mucho tiempo, fumando numerosas pipas; y embriagados por esas alegrías de los solitarios, alegrías contagiosas que nacen de repente entre dos amigos íntimos, hablamos sin parar, rebuscando en nuestros propios casos para comunicarnos éstos recuerdos confidenciales del corazón que se escapan en las horas de efusión.

La doncella, que se había ido un buen rato antes, volvió:

—Voy a la misa, señor.

—¡Ya!

—Son las once y cuarto.

—¿Y si fuésemos también a la iglesia?—me preguntó Jules—; esta misa de Nochebuena es muy curiosa en el campo.

Acepté, y nos fuimos, envueltos en nuestras pieles de caza.

Un filo agudo pinchaba el rostro y hacía saltar las lágrimas en los ojos. El aire crudo entraba de golpe en los pulmones y secaba la garganta. El cielo profundo, limpio y duro, estaba tachonado de estrellas, que parecían pálidas por la helada; brillaban no como si fuesen unos astros de fuego, sino de cristal, como unas cristalizaciones brillantes. A lo lejos, sobre la tierra de acero, seca y retumbante, resonaban los chanclos de los campesinos; y por todo el horizonte, las campanitas de los pueblos tañían, lanzaban sus sonos penetrantes, como friolentos también, en la vasta noche helada.

En el campo no dormía nada. Los gallos, engañados por esos ruidos, cantaban; y cuando se pasaba por delante de los establos, se sentía rebullir a los animales, turbados por esos rumores de vida. Al aproximarse a la aldea, Jules se acordó de repente de los Fournel.

— ¡Aquí está su choza! —dijo—. ¡Entremos!

Aporreó largo tiempo en vano. Entonces una vecina, que salía de casa para ir a la iglesia, al vernos, dijo:

—Están en misa, señores; han ido a rezar por el padre.

—Los veremos al salir —dijo mi primo.

La luna, en su ocaso, perfilaba a ras del horizonte su forma de hoz en medio de una siembra infinita de granos de luz, arrojados a puñados en el espacio. Y por la campiña negra, unas lucecitas temblorosas se encaminaban desde todas las partes hacia el puntiagudo campanario, que repicaba sin descanso. Entre los patios de las granjas, salpicadas de árboles, en medio de las llanuras sombrías, esas lucecitas daban pequeños saltos, a medio metro del suelo. Eran farolillos de cuerno que llevaban los campesinos para alumbrarse en la noche, caminando delante de sus mujeres, tocadas con un gorro

blanco y envueltas en largos mantos negros, y seguidas de rapazuelos medio dormidos y cogidos de la mano.

Por la puerta abierta de la iglesia, se divisaba el coro iluminado. Una guirnalda de velas de sebo, de las más baratas, daba una vuelta completa alrededor de la nave de la iglesia; y en el suelo, en una capilla, a la izquierda, un gran niño Jesús, sobre paja verdadera, en medio de ramas de abeto, enseñaba su desnudez sonrosada y amanerada.

La misa había comenzado. Los hombres, agachados, y las mujeres, de rodillas, rezaban. Estas gentes sencillas, reanimadas por la noche fría, contemplaban muy conmovidas la imagen torpemente pintada, y juntaban las manos tan cándidamente convencidas como intimidadas por el humilde esplendor de esta representación pueril.

El aire helado hacía palpitar las llamas. Jules me dijo:

— ¡Salgamos, se está mejor fuera!

Y por el Camino abierto, mientras que los toscos campesinos se prosternaban y tiritaban de frío devotamente, nos pusimos a charlar otra vez de nuestros recuerdos, y durante tan largo rato, que había terminado la misa cuando llegábamos a la aldea.

Un hilo de luz se veía bajo la puerta de los Fournel.

—Velan al muerto —dijo mi primo—. Entremos en casa de esta pobre gente, eso les agradará.

Agonizaban unos tizones en la chimenea. La pieza, negra, cubierta de un barniz de suciedad y con sus vigas carcomidas y ennegrecidas por el tiempo, estaba llena de un olor sofocante a morcillas asadas en una parrilla. En el centro de la gran mesa, debajo de la cual el arcón del pan alzaba su tapa abombada como un vientre, una vela, en una palmatoria de hierro retorcido, desenroscaba hasta el techo el humo acre de su pabilo. Y los dos Fournel, el marido y la esposa, cenaban a solas.

Taciturnos, con un aire afligido y sus caras de campesinos embrutecidos, comían gravemente sin decir una palabra. En un solo plato, colocado entre los dos, un gran trozo de morcilla despedía un olor pestilente. De cuando en cuando arrancaban un pedazo con la punta del cuchillo, lo aplastaban en el pan, que comían a bocados y después lo masticaban lentamente.

Cuando el vaso del marido estaba vacío, la mujer, cogiendo la cántara de sidra, se lo llenaba.

Al entrar nosotros, se levantaron, nos hicieron sentar, nos ofrecieron que "hiciésemos como ellos", y, ante nuestra negativa, siguieron comiendo.

Al cabo de unos minutos de silencio, mi primo preguntó:

—Pero, Anthime, ¿vuestro abuelo ha muerto?

—Sí, mi buen señor, ha muerto ya.

Tomó el silencio. La mujer, por cortesía, despabiló la vela. Entonces, por decir algo, añadió:

—Era muy viejo ya...

Su nieta política, de cincuenta y siete años, continuó:

—Sí, su tiempo habla terminado; ya nada tenía que hacer aquí.

De repente, me entraron ganas de ver el cadáver de ese centenario, y les rogué que me lo enseñasen.

Los dos campesinos, plácidos hasta entonces, se conmovieron bruscamente. Sus ojos inquietos se interrogaron, y no respondieron.

Mi primo, viendo su turbación, insistió.

Entonces el hombre, con aire desconfiado y cazurro, preguntó:

—¿Y de qué les servirá eso?

—De nada —dijo Jules—, pero eso se hace siempre. ¿Por qué no queréis enseñarlo?

El campesino se encogió de hombros:

— ¡Oh, yo, yo sí quiero! Sólo que a estas horas es penoso.

Mil suposiciones nos pasaban por la mente. Y como los nietos del muerto no se movían, y permanecían frente a frente, con los ojos bajos, con esa cara de palo de las gentes descontentas, que parece decir: "Marchaos", mi primo le habló con autoridad:

—Vamos, Anthime, levantaos y conducidnos a su habitación.

Pero el hombre, que había tomado su resolución, respondió con gesto enfurruñado:

—Ésa es la pena, señor, no ha podido estar allí.

—Pero entonces, ¿dónde está?

La mujer atajó a su marido:

—Se lo voy a decir: lo hemos puesto hasta mañana en el arcón, porque no teníamos ningún sitio.

Y retirando el plato de morcilla, levantó la tapa de su mesa, se inclinó con la vela para iluminar el interior del gran cofre abierto, en cuyo fondo distinguimos una cosa gris, una especie de paquete largo del que salía por una punta una cabeza descarnada, con unos cabellos blancos desgreñados, y por la otra, dos pies desnudos.

Era el viejo, muy enjuto, con los ojos cerrados, enrollado en una manta de pastor, durmiendo allí su último sueño en medio de unos mendrugos de pan casi tan viejos como él.

¡Y habían cenado allí, encima del muerto!

Jules, indignado y temblando de cólera, gritó:

—¿Por qué no lo habéis dejado en su cama? ¡Palurdos!

Entonces la mujer se puso a lloriquear, y en seguida:

—Se lo voy a decir, mi buen señor; no tenemos más que una cama en la casa. Antes nos acostábamos con él, puesto que sólo éramos tres. Desde que cayó enfermo, nos acostamos en el suelo; y es muy duro, mi buen señor, en este tiempo. Pues bien, cuando murió, en seguida nos hemos dicho: "Puesto que no sufre ya, ¿de qué le sirve dejarlo en la cama? Podemos muy bien ponerle en el arcón hasta mañana"; pues ¡no podíamos dormir con el muerto, mis buenos señores!...

Mi primo, exasperado, salió bruscamente dando un portazo, y yo le seguí riendo nerviosamente entre lágrimas.

*Gil Blas, 5 de enero de 1882*

# *Ese cerdo de Morin*

---

*Ce cochon de Morin*

*A M. Oudinot*

## I

—Eso, amigo mío —dije a Labarde—; ¡esas cuatro palabras que acabas de pronunciar, “ese cerdo de Morin”! ¿Por qué diablos nunca he oído hablar de Morin sin que se le tratase de cerdo?

Labarde, hoy diputado, me miró con ojos de gato asustado.

—Pero ¡cómo! ¿No sabes la historia de Morin? ¿Y tú eres de La Rochelle?

Confesé que no sabía la historia de Morin. Entonces Labarde se frotó las manos de satisfacción, y comenzó su relato.

—Tú has conocido a Morin y recuerdas su gran almacén de mercería en el muelle de La Rochelle, ¿no?

—Sí, perfectamente.

—Pues bien, en mil ochocientos sesenta y dos, o sesenta y tres, Morin fue a pasar quince días a París, un viaje de placer, o de placeres, pero con el pretexto de renovar las existencias de su comercio. Tú sabes lo que es, para un comerciante de provincias, quince días en París. Eso les enciende la sangre. Todas las noches espectáculos, roces de mujeres, una continua excitación anímica. Se vuelven locos. No ven más que bailarinas con vestidos de malla, actrices descotadas, piernas redondas, hombros soberbios, y todo esto casi al alcance de la mano, sin que se atrevan o puedan tocarlo; pues apenas si disfrutaban, una o dos veces, de algunos manjares inferiores. Y se van con el corazón conmovido y el alma toda alegre, con unas ansias de besos que aún les cosquillean en los labios. Morin se hallaba en este estado cuando tomó su billete para La Rochelle en el expreso de las ocho cuarenta de la noche, y se paseaba lleno de confusos sentimientos por la gran sala de la estación de Orléans cuando se paró en seco ante una joven mujer que besaba a una anciana señora. Se había levantado el velo y Morin, maravillado, murmuró:

—¡Oh, qué mujer más guapa!

Cuando se despidió de la señora anciana, entró en la sala de espera, y Morin la siguió también; luego subió a un vagón vacío, y Morin la siguió hasta allí. Había pocos viajeros para el expreso. La locomotora silbó y el tren arrancó. Iban solos. Morin se la comía con los ojos. Tendría de diecinueve a veinte años; era rubia, alta y de porte desenvuelto. Se enrolló a las piernas una manta de viaje y se extendió sobre los asientos intentando dormir. Morin se preguntaba:

“¿Quién será?”

Y mil suposiciones y proyectos pasaban por su mente. Se decía:

“Ocurren tantas aventuras en el tren... Tal vez se me presente una a mí. ¿Quién sabe? Ha llegado tan rápidamente esta buena suerte... Quizá me bastaría con ser un poco audaz. ¿No fue Danton quien dijo: 'Audacia, audacia y siempre audacia?' Y si no fue Danton, fue Mirabeau; ¡qué más da! Sí, pero yo carezco de audacia; ahí está la dificultad. ¡Oh, si supiese, si pudiese leer el pensamiento de los demás! Apuesto a que pasamos todos los días, sin darnos cuenta, al lado de ocasiones magníficas. Sin embargo, le sería suficiente un gesto para indicarme que no desea otra cosa...”



Entonces se planteó una infinidad de combinaciones que lo conducían al triunfo. Imaginaba una entrada de aspecto caballeresco; pequeños favores que le hacían; una conversación viva, galante, que terminaba con una declaración que a su vez terminaba en... lo que estás pensando. Sin embargo, la noche transcurría y la hermosa joven seguía durmiendo, mientras Morin tramaba su ruina. Amaneció, y muy pronto el primer rayo del sol, un buen rayo luminoso que venía del horizonte, cayó sobre el dulce rostro de la viajera dormida. Se despertó, se sentó, miró el campo, miró a Morin y sonrió. Sonrió como una mujer feliz, con un aire atractivo y alegre. Morin se estremeció de repente. Sin duda esa sonrisa era para él, era una invitación discreta, el indicio soñado que esperaba. Y esa sonrisa quería decir:

“Es usted un estúpido, un necio, un memo; estarse ahí, como un palo, en su asiento desde anoche. ¡Vamos, míreme! ¿No estoy bien? ¡Y usted se queda así toda la noche a solas, con una mujer bonita, sin atreverse a nada, gran tonto!”

Sonreía siempre que la miraba, e incluso comenzaba ya a reír, y Morin perdía la cabeza buscando una palabra de circunstancias, un cumplido, algo, en fin, que decir, fuese lo que fuese. Pero no encontraba nada, nada. Entonces, presa de una audacia de cobardón, pensó: “Bueno, arriesgo todo”; y bruscamente, sin decir ni pío, se dirigió hacia la joven, con las manos tensas y los labios ansiosos, la estrechó entre sus brazos y la besó. Ella, de un brinco se puso en pie, gritando: “¡Socorro!”, llena de terror. Y abrió la ventanilla dando unos chillidos espantosos, y sacó los brazos fuera, loca de miedo, mientras Morin, desesperado y convencido de que se iba a tirar a la vía, la retenía cogiéndola por la falda, y farfullaba:

—¡Señora..., pero, señora!

El tren disminuyó la marcha, y paró. Dos empleados echaron a correr hacia la desesperada joven que cayó en sus brazos, balbuciendo:

—Este hombre me ha querido..., me...

Y se desvaneció. Estaban en la estación de Mauzé. El gendarme de servicio detuvo a Morin. Cuando la víctima de su brutalidad recobró el conocimiento, prestó declaración. La autoridad formalizó su atestado. Y el pobre mercero no pudo regresar a su domicilio hasta la noche, por la tramitación de un juicio por ultraje a las buenas costumbres en un lugar público.

## II

—Yo era entonces redactor jefe del Fanal des Charentes, y veía a Morin, todas las noches, en el Café del Comercio. Al día siguiente de su aventura, vino a buscarme, pues no sabía qué hacer. No le oculté mi opinión:

—No eres más que un cerdo. Un caballero no se comporta de esa manera.

Se echó a llorar; su mujer le habla pegado; veía su comercio arruinado, su nombre por el fango, deshonorado, y a sus amigos, indignados, que no lo saludaban ya. Acabó por darme compasión, y llamé a mi colaborador Rivet, un hombre guasón y de buen juicio, para consultarle sobre el caso. Me comprometió para que fuese a ver al fiscal imperial, que era uno de mis amigos. Le dije a Morin que regresase a su casa, y yo me dirigí a la de ese magistrado. Allí supe que la mujer ultrajada era la señorita Henriette Bonnel, quien acababa de obtener en París su diploma de institutriz y, como no tenía padre, estaba pasando sus vacaciones en casa de sus tíos, unos honrados pequeñoburgueses de Mauzé. Lo que había complicado la situación de Morin era que el tío había presentado una querrela contra él. El ministro fiscal estaba dispuesto a echar tierra sobre el asunto, si se retiraba la querrela. Y esto era lo que había que conseguir. Volví a casa de Morin. Lo encontré en cama, enfermo de emoción y de pensar. Su

esposa, una buena mujer, huesuda y con pelos en la barbilla, lo maltrataba sin descanso. Me condujo a su alcoba, gritándome a la cara:

—¿Viene usted a ver a ese cerdo de Morin? ¡Mírelo, ahí lo tiene!

Y se plantó delante de la cama, con los brazos en jarras. Le expuse la situación, y me suplicó que fuese a ver a la familia de la joven. La misión era delicada; y, sin embargo, acepté. El pobre diablo no cesaba de repetir:

—Te aseguro que ni siquiera la he besado, no, ni siquiera eso. ¡Te lo juro!

—Es igual —le respondí—, no eres más que un cerdo.

Y cogí los mil francos que me dio para emplearlos como juzgase conveniente. Pero como no me aventuraba a entrar solo en la casa de los tíos de la joven, le rogué a Rivet que me acompañara. Aceptó con la condición de que se se marcharía inmediatamente, pues tenía, al día siguiente, por la tarde, un asunto urgente en La Rochelle. Y, dos horas más tarde, estábamos llamando a la puerta de una bonita casa de campo. Una hermosa joven vino a abrirnos. Era ella seguramente. Le dije por lo bajo a Rivet:

—¡Caramba, comienzo a comprender a Morin!

El tío, monsieur Tonnelet, era precisamente un abonado al Fanal, un ferviente correligionario político, y nos recibió con los brazos abiertos, nos felicitó, nos estrechó la mano, entusiasmado de tener en su casa a los dos redactores de su periódico. Rivet me dijo al oído:

—Creo que podremos arreglar el asunto de ese cerdo de Morin.

La sobrina se había retirado, y yo abordé la delicada cuestión. Le representé el espectro del escándalo, le hice ver el descrédito inevitable que sufriría la joven después del ruido de semejante asunto, pues nunca se creería que sólo había sido un simple beso. El buen hombre parecía indeciso; pero no podía decidir nada sin su mujer, que volvería demasiado tarde para la reunión. De repente lanzó un grito de triunfo:

—¡Tengo una idea excelente! Se quedan ustedes aquí, en casa. Pueden cenar y acostarse aquí los dos; y cuando regrese mi mujer, espero que nos entendamos.

Rivet se resistía, pero el deseo de resolver el asunto de ese cerdo de Morin lo decidió, y aceptamos la invitación. El tío se levantó lleno de alegría, llamó a su sobrina y nos propuso dar un paseo por su finca, declarando:

—Los asuntos serios para la noche.

Rivet y él se pusieron a charlar de política. Y muy pronto yo me encontré al lado de la joven, a algunos pasos detrás de ellos. ¡Era verdaderamente deliciosa, deliciosa, deliciosa! Con infinitas precauciones, comencé a hablarle de su aventura para intentar ganarme una aliada. Pero parecía que no se hallaba nada confusa, y me escuchaba con el aspecto de una persona que se divierte mucho. Le decía:

—Piense, pues, señorita, en todas las molestias que tendría que soportar. Tendría que comparecer ante el tribunal, afrontar las miradas maliciosas, hablar delante de todo el mundo y contar públicamente esa triste escena del vagón. Bueno, entre nosotros, ¿no hubiese sido mejor no decir nada, hacer volver a su sitio a ese desvergonzado, sin llamar a los empleados, y cambiar simplemente de coche?

Se echó a reír.

—Sí, es verdad lo que dice! Pero ¿qué quiere usted? Tuve miedo, y cuando se tiene miedo, no se razona. Después de hacerme cargo de mi situación, sentí haber gritado; pero ya era demasiado tarde. Además, piense usted que ese imbécil se arrojó sobre mí, sin decir ni una palabra y con una cara de loco furioso. Yo no sabía ni siquiera lo que deseaba de mí.

Me miraba de frente, sin sentirse turbada ni intimidada. Y yo me decía:

“Pero si esta chica es una bribona! No me extraña que ese cerdo de Morin se haya equivocado.”

—Vamos, señorita —proseguí bromeando—, confiese usted que es excusable, pues, en fin, no se puede uno hallar frente a una persona tan guapa como usted sin experimentar el deseo absolutamente legítimo de besarla.

Se rió más fuerte aún, enseñando los dientes.

—Entre el deseo y la acción, señor, hay sitio para el respeto.

La frase era original, pero poco clara. Y bruscamente le pregunté:

—Y si yo la besase a usted ahora mismo, ¿qué haría?

Se detuvo para mirarme de arriba abajo y luego dijo tranquilamente:

—¡Oh, usted, no es lo mismo!

Bien sabía yo, ¡pardiez!, que no era lo mismo, pues tenía entonces treinta años y no en balde se me conocía en toda la provincia por el “guapo Labarde”. Pero le pregunté:

—¿Por qué?

Se alzó de hombros y respondió:

—¡Toma, porque usted no es tan estúpido como él!

Y añadió, mirándome de soslayo:

—Ni tan feo.

Antes que pudiese hacer ningún movimiento para evitarlo, le planté un beso en la mejilla. Se apartó hacia un lado, pero ya era demasiado tarde. Y después me dijo:

—¡Vaya! Usted tampoco ha podido contenerse. Pero no lo haga otra vez.

Puse un aspecto sumiso y le dije a media voz:

—¡Oh, señorita, si tengo algún anhelo en mi corazón es el de verme ante un tribunal por la misma causa que Morin.

—¿Y eso por qué? —me preguntó.

La miré al fondo de sus ojos seriamente.

—Porque es usted una de las más bellas criaturas que existen; porque sería para mí un título de honor, una gloria haber querido violentarla. Porque se diría, una vez que la hubiesen visto a usted:

—¡Vaya con Labarde, no coge lo primero que se le presenta, sino que sabe elegir! —

Y la joven se echó a reír con todas sus ganas.

—¡Es usted un pillo!

Pero no había acabado de pronunciar la palabra pillo cuando ya la tenía entre mis brazos y la besaba ávidamente en todos los sitios donde podía, en los cabellos, en la frente, en los ojos, a veces en la boca, en las mejillas, por toda la cabeza, allí donde descubría, a pesar suyo, un rincón al intentar defender los demás. Por fin, se desembarazó de mí, ruborizada y ofendida.

—Es usted un grosero, señor, y ha conseguido que me arrepienta de haberlo escuchado.

Le cogí la mano, un poco confuso, balbuciendo:

—¡Perdón, perdón, señorita! La he ofendido; he sido brutal. No me tome odio. ¡Si usted supiese...!

Buscaba en vano una excusa. Al cabo de un momento, la joven declaró:

—No tengo nada que saber, señor.

Pero yo había dado con una excusa, y exclamé:

—¡Señorita, estoy enamorado de usted desde hace un año!

Se quedó realmente sorprendida, y no pude por menos de alzar los ojos.

—¡Sí, señorita —proseguí— escúcheme! No conozco a Moría, y me burlo de él; ni me importa que vaya a la cárcel, ni que tenga que pasar ante los tribunales. La vi a usted aquí el año pasado; estaba allá abajo, delante de la verja. Recibí tal impresión al verla, que su imagen no se ha borrado de mi mente desde entonces. No importa que me crea o

que no me crea. Es usted adorable. Su recuerdo me obsesionaba, he querido volver a verla, he aprovechado el pretexto de ese estúpido de Morin, y aquí estoy. Las circunstancias han hecho que me haya sobrepasado. ¡Perdóneme, se lo suplico, perdóneme!

Me miraba atisbando la verdad en mis ojos, dispuesta ya a sonreír de nuevo; pero rnmuró:

—¡Embustero!

Levanté una mano, y con tono sincero, incluso a mí mismo me pareció sincero, exclamé:

—¡Le juro que no miento!

Y dijo, simplemente:

—¡Hum!

Estábamos solos, completamente solos, pues Rivet y el tío habían desaparecido al doblar el paseo entre los árboles de la alameda. Le hice una verdadera declaración, larga, tierna, cogiéndole y besándole los dedos de las manos. Me escuchaba como si fuese algo agradable y nuevo para ella, sin saber qué pensar de todo ello. Acabé por sentirme turbado, por sentir lo que le estaba diciendo; me había puesto pálido, tenía opresión al respirar y todo mi ser temblaba; y suavemente la cogí por el talle. Le hablé muy bajito al oído, entre los rizos de su cabello. Y cayó, enajenada, en tal ensueño, que parecía como si estuviese muerta entre mis brazos. Después cogió mi mano y me la estrechó con fuerza; apreté lentamente su cintura en un abrazo tembloroso que iba siendo cada vez más fuerte; no se movió; rocé ligeramente su mejilla con mi boca y de repente mis labios, sin querer, se encontraron con los suyos. Nos dimos un beso largo, muy largo; y hubiera durado aún mucho más tiempo, si no hubiese oído un “¡hum, hum!” a unos pasos detrás de mí. Se escapó corriendo a través de un macizo. Me volví y divisé a Rivet que venía hacia mí. Se plantó en medio del camino y muy serio, sin reírse, me dijo:

—¿Es así como tú arreglas el asunto de Morin?

Le respondí con fatuidad:

—Amigo, se hace lo que se puede. ¿Has conseguido tú algo del tío? Yo respondo de la sobrina.

Rivet declaró:

—Yo he tenido menos suerte con el tío.

Lo cogí del brazo y entramos en la casa.

### III

—Durante la cena acabé de perder la cabeza. Estaba sentado al lado de ella, y mi mano siempre encontraba la suya bajo el mantel; apretaba mi pie contra el suyo, y nuestras miradas se unían y se confundían en una sola. Al terminar de cenar, salimos en seguida a dar un paseo a la luz de la luna, y le susurré al oído todas las frases cariñosas que se me ocurrieron. La llevaba estrechamente contra mí; la besaba a cada instante, humedeciendo mis labios en los suyos. Delante de nosotros, iban discutiendo el tío y Rivet, cuyas sombras se proyectaban tras de ellos en la arena del camino. Regresamos a casa, y poco después un empleado del telégrafo vino a traernos un telegrama de la tía, en el que anunciaba que no regresaría hasta el día siguiente por la mañana, en el tren de las siete. El tío, entonces, nos dijo:

—Pues bien, Henriette, vete a enseñarle a los señores dónde están sus habitaciones.

Y nos estrechó la mano al darnos las buenas noches, y subimos una escalera conducidos por la sobrina. Nos llevó primero al aposento de Rivet, quien me dijo al oído:

—No hay cuidado de que nos hubiese conducido primero al tuyo.

Después me guió hasta mi cama. En cuanto estuve a solas con ella, la cogí de nuevo entre mis brazos intentando nublar su razón y vencer su resistencia. Pero cuando se sintió a punto de desfallecer, se me escapó. Me deslicé entre las sábanas, muy contrariado, muy sofocado y corrido, sabiendo que no dormiría apenas, y estaba pensando en qué torpeza podía haber cometido, cuando llamaron muy bajito a mi puerta.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

—Yo —respondió una voz leve.

Me vestí apresuradamente, abrí y entré.

—Me he olvidado —dijo— de preguntarle lo que toma para desayunar: ¿chocolate, té o café?

La había enlazado impetuosamente, y la devoraba a caricias, balbuciendo:

—Yo tomo..., yo tomo..., yo tomo...

Pero se me escurrió de entre los brazos, me apagó la luz y desapareció. Me dejé solo y furioso en la oscuridad. Me puse a buscar unas cerillas y no las encontré por ninguna parte; por fin, las hallé y salí al corredor, medio loco, con la palmatoria en la mano. ¿Adónde iba? Ya no razonaba; quería encontrarla; la deseaba. Y di algunos pasos sin reflexionar en nada. De pronto, pensé:

“Pero y si me cuelo en la habitación del tío, ¿qué le diría?...”

Y me quedé inmóvil, con el cerebro vacío y el corazón palpitante. Al cabo de unos segundos, se me ocurrió la respuesta: “¡Pardiez! Le diría que andaba buscando la habitación de Rivet para hablar con él de un asunto urgente.” Y me puse a inspeccionar las puertas esforzándome en descubrir la de ella. Pero no sabía cómo orientarme. Al azar, tropecé con una llave y la giré. Abrí, entré... Henriette, sentada en la cama, me estaba mirando, toda azarada. Entonces corrí lentamente el cerrojo, y acercándome de puntillas, le dije:

—He olvidado, señorita, pedirle algo para leer.

Se resistió; pero abrí muy pronto el libro que buscaba. No te diré su título. Era realmente la más maravillosa de las novelas, el más divino de los poemas. Una vez leída la primera página, ya me dejó recorrerlo todo a mi capricho; y deshojé tantos capítulos que nuestras bujías se consumieron hasta el final. Nos teníamos que separar; me despedí de ella, y ganaba ya mi habitación, caminando con mucho tiento para no hacer ruido, cuando una mano brutal me paró y una voz, la de Rivet, me cuchicheó en la punta de la nariz:

—¿Pero no has acabado de arreglar el asunto de ese cerdo de Morin?

A las siete de la mañana, ella misma me llevó una taza de chocolate. No he probado jamás nada parecido. Un chocolate para morirse, suave, fino, perfumado y embriagador, que no podía quitar la boca de los bordes deliciosos de la taza. Apenas la joven acababa de salir, cuando entró Rivet. Parecía que estaba nervioso, irritado, como quien no ha dormido apenas. Me dijo en un tono muy áspero:

—Si sigues así, ya me entiendes, acabarás por echar a perder el asunto de ese cerdo de Morin.

A las ocho, llegó la tía. La discusión fue breve. Aquella buena gente retiraba su querrela y yo entregaría quinientos francos para los pobres del pueblo. Entonces nos invitaron a pasar el día con ellos, y organizaríamos un excursión para a visitar las ruinas. Henriette, que estaba detrás de sus tíos, me hacía gestos con la cabeza como diciéndome: “¡Sí, quédese!”, y acepté; pero Rivet se empeñó en marcharse y no lo podíamos hacer desistir de esta idea. Lo llamé aparte, le rogué, le supliqué y nada. Entonces le dije:

—Vamos, amigo Rivet, hazlo aunque sólo sea por mí.

Pero estaba tan desesperado, que me respondió a la cara:

—Ya tengo bastante, ¿entiendes?, con el asunto de ese cerdo de Morin.

Me vi obligado a marchar también. Fue uno de los momentos más duros de mi vida. Yo me hubiese quedado arreglando el asunto de ese cerdo de Morin durante toda mi vida. Nos despedimos con unos enérgicos y mudos apretones de manos, y ya en el vagón le dije a Rivet:

—Tú no eres más que un grosero.

—Amigo mío —me respondió— ya me estás provocando demasiado.

Al llegar ante la puerta de las oficinas de Fanal, divisé una muchedumbre que nos estaba esperando. En cuanto nos vieron, comenzaron a gritar:

—¡Eh! ¿Arreglaron el asunto de ese cerdo de Morin?

Toda La Rochelle estaba revuelta con esta cuestión. Rivet, a quien se le había disipado el mal humor en el camino, a duras penas pudo contener la risa al declarar:

—Sí, está arreglado, gracias a Labarde.

Y nos fuimos a casa de Morin. Estaba tendido en un sillón; le habían puesto unos sinapismos en las piernas y unas compresas de agua fría en la cabeza, y desfallecía de agobio. Tosía sin parar, con una tosecita de agonizante, sin que se supiese dónde había cogido ese catarro. Su mujer lo miraba con ojos de tigre dispuesta a devorarlo. En cuanto nos vio le entró un temblor que le sacudía las muñecas y rodillas. Le dije:

—Eso está arreglado, puerco, pero no lo vuelvas a hacer.

Se levantó muy agitado, me cogió las manos y me las besó como si fuesen las de un príncipe; lloró, estuvo a punto de perder el conocimiento, abrazó a Rivet, y abrazó incluso hasta a madame Morin, quien dándole un empujón, al rechazarlo, lo arrojó de nuevo en su asiento. Pero su emoción había sido demasiado fuerte, y las impresiones recibidas dejaron tales huellas en su espíritu, que ya no se rehizo jamás de aquel golpe. En toda la comarca ya sólo le llamaban “ese cerdo de Mona”, y siempre que oía este epíteto era como si le atravesasen el corazón con una espada. Cuando un golfillo de la calle gritaba: “¡Cerdo!”, volvía la cabeza por instinto. Sus amigos lo acribillaban a bromas de todo género, y le preguntaban cada vez que comían jamón:

—¿Es del tuyo?

Dos años más tarde había muerto. En mil ochocientos setenta y cinco, cuando me presenté a las elecciones, fui a hacer una visita interesada al nuevo notario de Tousserre, monsieur Belloncle, y me recibió una mujer hermosa y opulenta.

—¿No me reconoce usted? —preguntó ella.

Yo balbucí:

—Pues..., no..., señora.

—Henriette Bonnel.

—¡Ah!

Y sentí que me ponía pálido. Me pareció que se alegraba de verme, y me sonreí al mirarme. Cuando me dejó a solas con su marido, éste me cogió las manos tan fuerte, al estrecharlas, que me las magulló.

—¿Cuánto tiempo hace, querido señor, que deseo conocerlo! Mi mujer me ha hablado tanto de usted... Sí, sé... en qué dolorosas circunstancias la conoció usted, y sé también con cuánta delicadeza, tacto y abnegación remató el asunto.

Vaciló, y después pronunció muy bajito, como si hubiese articulado una palabra grosera:

—El asunto de ese cerdo de Morin.

## *El cerrojo*

---

*Le verrou*

Los cuatro vasos que había delante de los comensales estaban llenos hasta la mitad en aquel momento, lo que indica, por lo general, que los invitados lo están del todo. Se comenzaba a hablar sin escuchar las respuestas, no preocupándose cada uno más que de lo que le sucedía a él mismo; y las voces eran estridentes, los gestos exagerados todos tenían los ojos encendidos.

Era una cena de solteros, de solteros empedernidos. Habían fundado esta comida de una manera regular unos veinte años antes, y la bautizaron con el nombre de "el celibato". Entonces eran catorce, y decididos a no casarse jamás. Ahora quedaban sólo cuatro. Tres habían muerto, y los otros siete se habían casado.

Estos cuatro se mantenían firmes, y observaban escrupulosamente, tanto cuanto les era posible, las reglas establecidas al principio de esta curiosa asociación. Habían jurado, mano sobre mano, desviar de lo que se llama el camino del honor y de la virtud a todas cuantas mujeres pudiesen, preferentemente a la de los amigos, incluso a la de los amigos más íntimos. Por eso, en cuanto uno de ellos abandonaba su sociedad para fundar una familia, tenía buen cuidado de romper de una manera definitiva con todos sus antiguos compañeros.

Además, cada vez que se reuniesen para cenar, debían confesarse mutuamente sus aventuras, y contarse todos los detalles, los nombres y los datos más precisos de sus últimas aventuras. Por lo que se había hecho familiar entre ellos esta especie de refrán: "Mentir como un célibe."

Profesaban, por otra parte, el desprecio más completo hacia la mujer, a la que trataban de "bestia de placer". Citaban a cada momento a Schopenhauer, su dios; reclamaban el restablecimiento de los harenes; habían mandado bordar en el mantel y en las servilletas para la cena del celibato, este precepto antiguo: *Mulier perpetuus infans* (La mujer es un eterno niño), y debajo, este verso de Alfred de Vigny:

"Mujer, niña perversa y doce veces impura."

Y así a fuer de despreciar a las mujeres, no pensaban más que en ellas, ni vivían más que para ellas, y hacia ellas tendían todos sus esfuerzos y deseos.

Quienes habían pertenecido al grupo y se habían casado, los llamaban viejos galancetes, y se burlaban de ellos y al mismo tiempo los temían.

En el momento de beber el champaña era precisamente cuando debían comenzar las confidencias en la cena del celibato.

Aquel día, estos viejos, pues ya eran viejos, y cuanto más envejecían, más sorprendentes lances de amor contaban, fueron inagotables. Cada uno de ellos, desde hacía un mes, había seducido por lo menos, a una mujer por día. ¡Y qué mujeres, las más jóvenes y nobles, las más ricas y bellas!

Cuando hubieron terminado sus relatos, uno de ellos, precisamente el que había hablado el primero y luego tuvo que escuchar a los demás, se levantó, y comenzó a hablar.

—Ahora que hemos acabado de decidir mentiras —dijo—, me propongo contaros no mi última, sino mi primera aventura, y entiendo por la primera aventura de mi vida, mi primera caída, pues es una caída, entre los brazos de una mujer. ¡Oh, no voy a narraros mi..., ¿cómo diré?, mi realmente primer estreno, no. La primera vez que se salta el foso, digo foso en sentido figurado, no tiene nada de interesante. Está por regla

general fangoso, y uno se levanta un poco ensuciado y con una encantadora ilusión menos, un vago disgusto, una pizca de tristeza. La primera vez que se toca la realidad del amor, repugna un poco; se la imaginaba uno diferente, más delicada, más fina. Nos deja una sensación moral y física de descorazonamiento, como cuando se ha puesto la mano, por azar, en cosas pringosas y no se tiene agua para lavarse. Por más que se frote, no se quita. ¡Sí, pero cómo se acostumbra uno a ello, y qué rápidamente ¡¡Ya lo creo, y está uno perdido! Sin embargo..., sin embargo, por mi parte, yo he lamentado siempre no haber podido aconsejar al creador en el momento en que organizó esta cosa. No sé con exactitud qué hubiera imaginado, pero creo que lo hubiese dispuesto de otra manera. Habría buscado una combinación más conveniente y más poética, sí, más poética. A mí me parece que Dios se ha mostrado realmente demasiado..., demasiado... naturalista. Ha carecido de poesía en su invención. Pues bien, lo que quiero contaros es mi primera mujer de tono, la primera mujer de tono que he seducido. Perdón, quiero decir que me ha seducido. Pues, al principio, somos nosotros quienes nos dejamos cazar, mientras que más tarde..., ocurre lo mismo. Era una amiga de mi madre, una mujer encantadora por lo demás. Esas mujeres, cuando son castas, lo son por necesidad comúnmente, y cuando se enamoran, son furiosas. ¡Y nos acusan de corromperlas!, ¡Ya, ya! Con ellas, es siempre el conejo el que comienza, y jamás el cazador. ¡Oh, sí, tienen aspecto de no tocarlo, lo sé, pero lo tocan; hacen de nosotros lo que quieren sin que lo parezca! Y luego ellas nos acusan de haberlas hecho unas perdidas, de haberlas deshonorado y envilecido, ¿qué sé yo? La mujer de quien os hablo, alimentaba sin duda unos deseos furiosos de hacerse envilecer por mí. Tendría Unos treinta y cinco años; yo apenas contaba veinte. Pensaba en seducirla tanto como en hacerme trapense. Pero un día fui a visitarla, y me quedé mirando con asombro su vestido, un peinador extremadamente abierto, tan abierto como la puerta de una iglesia cuando tocan a misa; me cogió la mano, me la estrechó como sabéis la estrechan ellas en esos momentos, y dando un suspiro medio desmayado, uno de esos suspiros que vienen de lo más hondo, me dijo: "¡Oh, no me mires así, hijo mío!" "Me puse más rojo que un tomate y me quedé más tímido que de costumbre, naturalmente. Sentí deseos de marcharme pero seguía cogiéndome la mano, y muy fuertemente. La colocó sobre su pecho, un pecho bien desarrollado, y dijo: "Mira. ¿sientes cómo late mi corazón?" Ciertamente, lo sentía latir y comenzaba a asirlo, pero no sabía cómo cogerlo, ni por dónde empezar. Después he cambiado. Como seguía con la mano apoyada en la redonda curvatura de su pecho, mientras con la otra sostenía mi sombrero. y como continuaba mirándola con una sonrisa confusa, necia y tímida, se levantó de repente y, con voz irritada, dijo: "¡Oh! ¿Pero qué hace usted, joven? ¡Es usted un indecente y un mal educado!" Retiré mi mano rápidamente, dejé de sonreír, balbucí unas excusas, me levanté y me fui con las orejas calientes y la cabeza trastornada. Pero ya estaba cogido. Soñaba con ella; me parecía encantadora, adorable, y me imaginaba que la quería, que la había amado siempre. ¡Y resolví ser atrevido, temerario incluso! Cuando la volví a ver, tuvo para mí una sonrisita de medio lado. ¡Y cómo me trastornó esa sonrisita! Su apretón de mano fue largo y tenía una insistencia significativa. A partir de ese día le hacía la corte, al parecer. Por lo menos ella me afirmó después que la había seducido, cautivado, deshonorado con un extraño maquiavelismo, una habilidad consumada, una perseverancia de matemático y unas astucias de apache. Pero había algo que me molestaba sobre manera. ¿Dónde, en qué lugar iba a realizar mi triunfo? Yo vivía con mi familia, y a este respecto mi familia era intransigente. Yo no tenía la audacia de franquear la puerta de un hotel en pleno día con una mujer del brazo; y tampoco sabía a quién pedir consejo. Mas, en cierta ocasión. hablando conmigo en tono burlón, mi amiga me dijo que todo joven debía tener una habitación en la ciudad. Nosotros vivíamos en París. Aquello fue un rayo de luz: me



hice con una habitación, y fui a verla. Fue allí un día de noviembre. Pero esta visita que yo había querido diferir, porque no tenía fuego en la casa, me causó mucho trastorno. Y no tenía fuego en casa porque la chimenea despedía humo; precisamente la víspera le había promovido un altercado a mi propietario, un antiguo comerciante, y me había prometido ir él mismo con el fumista, antes de dos días, para examinar atentamente los trabajos que había que realizar. En cuanto entró en la habitación le manifesté: "No tengo fuego porque no sale bien el humo por la chimenea." Pareció no escucharme, y balbució: "No importa, yo tengo..." Y como me quedé sorprendido, ella se paró muy confusa; luego añadió: "Ya no sé ni lo que digo..., estoy loca..., pierdo la cabeza... ¡Qué estoy haciendo, señor! ¡Por qué he venido aquí, desdichada! ¡Oh, qué vergüenza!". Y se dejó caer sollozando en mis brazos. Creí en sus remordimientos y le juré que la respetaría. Entonces ella se desplomó en mis rodillas gimiendo: "¡Pero no ves que te amo, que me has conquistado, que estoy loca por ti!" En seguida juzgué que era oportuno comenzar a acariciarla. Pero se estremeció toda, se levantó y huyó hacia un armario para esconderse, gritando: "¡Oh, no me mire, no, no! Hoy me da vergüenza. Si al menos no me vieses, sí estuviésemos a la sombra, si fuese por la noche, los dos solos. ¿Te das cuentas? ¿Piensas en ello? ¡Qué sueño! ¡Oh, ese día!" Me lancé corriendo hacia la ventana, cerré las contraventanas, corrí las cortinas, colgué un abrigo sobre un hilillo de luz que pasaba entre ellas y, luego, con el corazón palpitando y las manos extendidas para no tropezar con las sillas, la busqué, la encontré. Luego, a tientas, abrazándonos y besándonos, llegamos al otro rincón, donde se encontraba la alcoba. No íbamos derechos, sin duda, pues primero dimos con la chimenea, luego con la cómoda y, al fin, con lo que buscábamos. Entonces olvidé todo en un éxtasis frenético. Fue una hora de locura, de arrebato, de alegría sobrehumana; después, nos invadió una deliciosa lasitud, y, abrazados, nos dormimos. Y tuve un sueño. Pero he aquí que, en mi sueño, creí oír que me llamaban, que gritaban socorro, y después recibí un golpe violento. ¡Abrí los ojos...! ¡Oh...! El sol poniente, rojo, magnífico, que entraba por completo a través de la ventana abierta, parecía mirarnos desde el confín del horizonte, iluminaba con un resplandor apoteósico la cama toda revuelta y en la que una mujer acostada gritaba desesperadamente, se debatía, se retorció, y agitaba pies y manos para coger una sábana, una cortina, no importa qué, en tanto que, el dueño, en el centro de la habitación acompañado del conserje y de un fumista negro como un diablo, nos contemplaba con unos ojos estúpidos. Me levanté furioso, dispuesto a saltarle al cuello, y grité: "¿Qué hace usted en mi casa, voto a...". El fumista, de quien se había apoderado una risa irresistible, dejó caer la placa de hierro laminado que llevaba en la mano. El conserje parecía que se había vuelto loco; y el propietario balbució: "Pero, señor, era..., era... que la chimenea..., la chimenea.. ." Le grité: "¡Lárguese, imbécil!" Entonces se quitó el sombrero con aire confuso y cortés, y, mientras iba retrocediendo, murmuró: "¡Perdón, señor, dispéñeme usted, si hubiera sabido que le molestaba, no hubiese venido! El conserje me había dicho que usted había salido. Dispéñeme." Y se fueron. Desde entonces, como comprenderéis, no cierro jamás las ventanas pero echo siempre el cerrojo.

*Gil Blas, 25 de julio de 1882*

El almirante de la Vallée, que parecía amodorrado en su sillón, pronunció con su voz de viejecita: "También yo tuve, sí, una pequeña aventura de amor, muy singular. ¿Quieren que se la cuente?"

Y habló, sin moverse, hundido en su ancho asiento, conservando en sus labios la sonrisa arrugada que jamás lo abandonaba, esa sonrisa volteriana que le hacía pasar por un terrible escéptico.

## I

Tenía yo entonces treinta años, y era teniente de navío, cuando me encargaron una misión astronómica en la India Central. El gobierno inglés me proporcionó todos los medios necesarios para llevar a cabo mi empresa y pronto me interné con un puñado de hombres por ese país extraño, sorprendente, prodigioso.

Se necesitarían veinte volúmenes para narrar aquel viaje. Cruzé comarcas de una magnificencia inverosímil; me recibieron príncipes de sobrehumana belleza y que vivían con increíble esplendor. Durante dos meses me pareció viajar por un poema, recorrer un reino de hadas a lomos de elefantes imaginarios. Descubría en el medio de bosques fantásticos ruinas inverosímiles; encontraba, en ciudades de una fantasía de sueño, prodigiosos monumentos, finos y cincelados como joyas, leves como encajes y enormes como montañas, esos monumentos fabulosos, divinos, de una gracia tal que uno se enamora de sus formas al igual que puede enamorarse de una mujer, y que se experimenta, al verlos, un placer físico y sensual. En fin, como dice Víctor Hugo, yo marchaba, despierto en pleno sueño.

Después alcancé por fin el término de mi viaje, la ciudad de Ganhara, antaño una de las más prósperas de la India Central, hoy en día muy venida a menos, y gobernada por un príncipe opulento, autoritario, violento, generoso y cruel, el rajá de Maddan, un auténtico soberano oriental, delicado y bárbaro, afable y sanguinario, de una gracia femenina y de una ferocidad despiadada.

La ciudad está en el fondo de un valle a orillas de un pequeño lago, rodeado por un pueblo de pagodas que bañan sus muros en el agua.

La población, de lejos, forma una mancha blanca que crece al aproximarse, y poco a poco se descubren las cúpulas, las agujas, las flechas, todos los remates elegantes y esbeltos de los graciosos monumentos indios.

Más o menos a una hora de las puertas, encontré un elefante soberbiamente enjaezado, rodeado por una escolta de honor que me enviaba el soberano. Y me condujeron al palacio con gran pompa.

Me hubiera gustado tomarme tiempo para vestirme con lujo, pero la impaciencia real no me lo permitió. Quería ante todo conocerme, saber lo que podía esperar de mí en cuanto a distracciones; y luego ya se vería.

Me introdujeron, entre soldados bronceados como estatuas y cubiertos de uniformes deslumbrantes, en una gran sala rodeada de galerías, donde aguardaban de pie hombres vestidos de trajes resplandecientes y constelados de piedras preciosas.

En un banco semejante a nuestros bancos de jardín sin respaldo, pero revestido con una admirable alfombra, distinguí una masa reluciente, una especie de sol sentado: era el rajá, que me esperaba, inmóvil, con unos ropajes de un amarillo canario. Llevaba

encima diez o quince millones en diamantes, y aislada, sobre su frente, brillaba la famosa Estrella de Delhi, que ha pertenecido siempre a la ilustre dinastía de los Parihara de Mundore, de la cual descendía mi huésped.

Era un mozo de unos veinticinco años, que parecía tener sangre negra en las venas, aunque perteneciera a la más pura raza hindú. Tenía ojos rasgados, fijos, un poco perdidos, pómulos salientes, labios gruesos, barba rizada, frente estrecha y unos dientes brillantes, agudos, que mostraba a menudo en una sonrisa maquinal.

Se levantó y vino a tenderme la mano a la inglesa, después me hizo sentar a su lado en un banco tan alto que mis pies apenas tocaban el suelo. Se estaba bastante mal allá arriba.

Y en seguida me propuso una cacería de tigres para el día siguiente. La caza y los combates eran sus grandes ocupaciones y no entendía que nadie pudiera ocuparse de otra cosa. Evidentemente, estaba persuadido de que yo había llegado de tan lejos sólo para distraerlo un poco y para acompañarlo en sus placeres.

Como tenía una gran necesidad de él, traté de halagar sus inclinaciones. Quedó tan satisfecho de mi actitud que quiso mostrarme inmediatamente un combate de luchadores, y me arrastró a una especie de circo situado en el interior del palacio.

A una indicación suya, aparecieron dos hombres, desnudos, cobrizos, las manos armadas con uñas de acero; y se atacaron de pronto, tratando de herirse con aquellas armas cortantes que trazaban en su negra piel largas desgarraduras, por las que corría la sangre.

La cosa duró mucho tiempo. Los cuerpos ya no eran sino una pura llaga, y los combatientes seguían labrándose las carnes con aquella especie de rastrillo de hojas agudas. Uno de ellos tenía una mejilla destrozada; la oreja del otro estaba rajada en tres pedazos.

Y el príncipe contemplaba aquello con una alegría feroz y apasionada. Se estremecía de felicidad, lanzaba gruñidos de placer e imitaba con gestos inconscientes todos los movimientos de los luchadores, gritando sin cesar: "Dale, dale ya."

Uno de ellos cayó sin conocimiento; hubo que llevárselo de la palestra roja de sangre, y el rajá lanzó un largo suspiro de lástima, de pena de que hubiese ya acabado.

Después se volvió hacia mí para saber mi opinión. Yo estaba indignado, pero lo felicité vivamente; y él ordenó al punto que me condujeran al Cuch-Mahal (palacio de placer), donde viviría.

Crucé los inverosímiles jardines que se encuentran allá, y llegué a mi residencia.

El palacio, una joya, situado en un extremo del parque real, bañaba en el lago sagrado de Vihara todo un lado de sus muros. Era cuadrado, y presentaba en sus cuatro caras tres filas superpuestas de galerías con columnatas divinamente labradas. En cada esquina se erguían unas torres, ligeras, altas o bajas, o emparejadas, de tamaño desigual y fisonomía diferente, que parecían flores naturales crecidas sobre esta graciosa planta de arquitectura oriental. Todas estaban coronadas por raros tejados, semejantes a coquetones peinados.

En el centro del edificio, una poderosa cúpula elevaba hasta un encantador pináculo, esbelto y totalmente calado, su curva alargada y redonda semejante a un seno de mármol blanco tendido hacia el cielo.

Y todo el monumento, de arriba a abajo, estaba cubierto de esculturas, de esos exquisitos arabescos que embriagan la mirada, de procesiones inmóviles de personajes delicados, cuyas actitudes y ademanes de piedra contaban los usos y costumbres de la India.

Las habitaciones estaban iluminadas por ventanas de arcos dentados, que daban a los jardines. En el suelo de mármol, ónices, lapislázulis y ágatas dibujan graciosos ramilletes.

Apenas había tenido tiempo de rematar mi aseo, cuando un dignatario de la corte, Haribadada, encargado especialmente de las relaciones entre el príncipe y yo, me anunció la visita de su soberano.

Y apareció el rajá de azafrán, me estrechó de nuevo la mano y se puso a contarme mil cosas, preguntándome sin cesar mi parecer, que me costaba mucho darle. Después quiso enseñarme las ruinas del antiguo palacio, en la otra punta de los jardines.

Era un auténtico bosque de piedras, poblado por una legión de grandes monos. Al acercarnos, los machos empezaron a correr por los muros haciéndonos horribles muecas, y las hembras escapaban, mostrando su trasero pelado y llevándose a las crías en los brazos. El rey se reía locamente, me pellizcaba en el hombro para testimoniarme su placer, y se sentó entre los escombros, mientras a nuestro alrededor, en cuclillas en lo alto de las murallas, colgados de todos los salientes, una asamblea de animales de patillas blancas nos sacaba la lengua y nos amenazaba con el puño.

Cuando se hartó de este espectáculo, el soberano amarillo se alzó y se puso gravemente en marcha, arrastrándome siempre a su lado, feliz de haberme enseñado semejantes cosas el mismo día de mi llegada, y recordándome que una gran cacería de tigres se celebraría al día siguiente en mi honor.

Asistí a esa cacería, y a una segunda, una tercera, a diez, veinte más. Perseguimos sucesivamente a todas las bestias que nutría la comarca: la pantera, el oso, el elefante, el antílope, el hipopótamo, el cocodrilo, qué sé yo, a la mitad de los animales de la creación. Yo estaba derrengado, asqueado de ver correr la sangre, harto de aquel placer siempre igual.

Al final, el ardor del príncipe se calmó, y me dejó, ante mis angustiosas súplicas, un poco de tiempo para trabajar. Ahora se contentaba con colmarme de presentes. Me enviaba joyas, magníficas telas, animales amaestrados, que Haribadada me presentaba con grave respeto aparente, como si yo hubiera sido el propio sol, aunque en el fondo me despreciara mucho.

Y cada día una procesión de servidores me traía en bandejas tapadas una porción de cada plato de la comida real; cada día era preciso aparecer en cualquier nueva diversión organizada para mí, y disfrutar enormemente con ella: danzas de bayaderas, juegos malabares, revistas de tropas, todo lo que podía inventar aquel rajá hospitalario, aunque importuno, para mostrarme su sorprendente patria en todo su encanto y en todo su esplendor.

En cuanto me dejaban un rato solo, yo trabajaba o bien iba a ver a los monos, cuya sociedad me complacía infinitamente más que la del rey.

Pero una tarde, cuando regresaba de un paseo, hallé ante la puerta de mi palacio a Haribadada, solemne, que me anunció, en términos misteriosos, que un regalo del soberano me esperaba en una habitación; y me presentó las excusas de su amo por no haber pensado antes en ofrecerme una cosa que yo debía de echar en falta.

Tras este oscuro discurso, el embajador se inclinó y desapareció.

Entré y vi, alineadas contra la pared por estaturas, seis niñas, una junto a otra, inmóviles como truchas ensartadas en un asador. La mayor contaba acaso ocho años, la más pequeña seis años. Al principio no entendí muy bien por qué habían instalado aquel colegio en mi casa, pero después adiviné la delicada atención del príncipe: era un harén lo que me regalaba. Lo había elegido muy joven por un exceso de amabilidad. Pues en aquellas tierras, cuando más verde es el fruto, más estimado es.

Me quedé totalmente confuso y molesto, avergonzado frente a aquellas crías que me miraban con sus grandes ojos graves, y que ya parecían saber lo que podía exigir de ellas.

No sabía qué decirles. Me daban ganas de rechazarlas, pero no se devuelve un presente del soberano. Hubiera sido un insulto mortal. Conque era preciso conservar aquel hato de niñas, instalarlas allí.

Permanecían inmóviles, sin dejar de mirarme, esperando mis órdenes, intentando leerme el pensamiento en los ojos. ¡Oh, maldito regalo! ¡Cuánto me molestaba! Al final, sintiéndome ridículo, le pregunté a la mayor:

—¿Cómo te llamas, tú?

Respondió:

—Cháli.

Aquella chiquilla de linda piel, un poco amarilla, como de marfil, era un encanto, una estatua con su cara de líneas largas y severas.

Entonces, pronuncié para ver qué podría responder, acaso para ponerla en un aprieto:

—¿Por qué estás aquí?

Ella dijo con su voz dulce, armoniosa:

—Vengo para hacer lo que te plazca exigir de mí, señor.

La chiquilla estaba informada.

Le hice la misma pregunta a la más pequeña, que articuló claramente con una voz más débil:

—Estoy aquí para lo que te plazca pedirme, amo.

Esta parecía un ratoncito, era sumamente linda. La alcé en mis brazos y la besé. Las otras hicieron ademán de retirarse, pensando sin duda que yo acababa de elegir, pero les ordené que se quedasen y, sentándome a lo indio, las hice disponerse en corro a mi alrededor, y después empecé a contarles una historia de genios, pues hablaba pasablemente su lengua.

Escuchaban con toda atención, se estremecían con los detalles maravillosos, temblaban de angustia, agitaban las manos. Ya no pensaban, las pobrecillas, en la razón por la cual habían venido.

Cuando terminé el cuento, llamé a mi criado de confianza, Latchman, y le mandé traer golosinas, mermeladas y pasteles, que comieron hasta ponerse enfermas, y después, como empezaba a divertirme mucho con la aventura, organicé juegos para divertir a mis mujeres.

Una de esas diversiones, en especial, tuvo un enorme éxito. Yo hacía un puente con mis piernas, y mis seis criaturas pasaban corriendo por debajo, la más pequeña abriendo la marcha y la mayorcita empujándome un poco porque nunca se bajaba lo bastante. Eso les hacía lanzar ensordecedoras carcajadas, y aquellas jóvenes voces, al sonar en las bajas bóvedas de mi suntuoso palacio, lo despertaban, lo poblaban de alegría infantil, lo llenaban de vida.

Después puse un gran interés en la instalación del dormitorio donde se acostarían mis inocentes concubinas. Y por último las encerré allí custodiadas por cuatro sirvientas que el príncipe me había enviado al mismo tiempo para cuidarse de mis sultanas.

Durante ocho días, disfruté enormemente haciendo de papá con aquellas muñecas. Jugábamos admirables partidas al escondite, a las cuatro esquinas y a adivina quién te dio, que las sumían en una felicidad delirante, pues yo les revelaba cada día uno de esos juegos desconocidos, tan llenos de interés.

Mi mansión tenía ahora el aspecto de una clase. Y mis amiguitas, vestidas con sedas admirables, con telas recamadas de oro y plata, corrían como animalitos humanos a

través de las largas galerías y de las tranquilas salas en las que penetraba por los arcos una luz débil.

Después, una noche, y no sé cómo ocurrió, la mayor, la que se llamaba Châli y que parecía una estatuilla de viejo marfil, se convirtió de veras en mi mujer.

Era un ser adorable, dulce, tímido y alegre, que me amó pronto con ardiente cariño y al que yo amaba extrañamente, avergonzado, vacilante, con una especie de miedo a la justicia europea, con reservas y escrúpulos, y sin embargo con una apasionada ternura sensual. La quería como un padre, y la acariciaba como un hombre.

Perdón, señoras, voy demasiado lejos.

Las otras seguían jugando en aquel palacio, semejante a una cuadrilla de jóvenes gatos.

Châli ya no se separaba de mí, salvo cuando yo iba a ver al príncipe.

Pasábamos juntos horas exquisitas en las ruinas del antiguo palacio, entre los monos, que se habían hecho amigos nuestros.

Ella se recostaba en mis rodillas y allí se quedaba dándole vueltas a alguna cosa en su cabecita de esfinge, o quizás sin pensar en nada, pero conservando esa hermosa y encantadora postura hereditaria en esos pueblos nobles y soñadores, la postura hierática de las estatuas sagradas. Yo había llevado en una gran bandeja de cobre provisiones, pasteles, frutas, y las monas se acercaban poco a poco, seguidas por las crías, más tímidas; después se sentaban en círculo en torno a nosotros, sin atreverse a acercarse más, esperando que yo hiciese mi reparto de golosinas.

Casi siempre, entonces, un macho más osado llegaba a mi lado, con la mano alargada como un mendigo; y yo le entregaba un trozo que él llevaba a su hembra. Y todas las demás empezaban a lanzar furiosos gritos, gritos de celos y de cólera, y sólo podía yo hacer cesar el horrible estrépito lanzándole a cada una su parte.

Como me encontraba muy a gusto en las ruinas, quise llevar a ellas mis instrumentos de trabajo. Pero en cuanto vieron el cobre de los aparatos de precisión, los monos, tomándolos sin duda por artefactos mortíferos, huyeron en todas direcciones lanzando espantosos clamores.

También pasaba a menudo mis noches con Châli, en una de las galerías exteriores que dominaba el lago de Vihara. Contemplábamos, sin hablar, la luna resplandeciente que se deslizaba al fondo del cielo lanzando sobre el agua un manto de plata temblorosa, y allá abajo, en la otra orilla, la línea de las pequeñas pagodas, semejantes a graciosas setas que hubieran crecido en el agua. Y cogiendo entre mis brazos la cabeza seria de mi pequeña amante, yo besaba lentamente, largamente, su frente pulida, sus grandes ojos llenos del secreto de esa tierra antigua y fabulosa, y sus labios tranquilos que se abrían bajo mi caricia. Y experimentaba una sensación confusa, poderosa, y sobre todo poética, la sensación de que yo poseía a toda una raza en aquella chiquilla, a esa bella y misteriosa raza de la que parecen surgidas todas las demás.

El príncipe, mientras tanto, seguía abrumándome a regalos.

Un día me envió un objeto muy inesperado que provocó en Châli una apasionada admiración. Era simplemente una caja de conchas, una de esas cajas de cartón recubiertas con caracolillos y conchitas encolados. En Francia, habría valido como mucho un par de francos. Pero allá lejos, el precio de aquella joya era inestimable. Sin duda era la primera que había entrado en el reino.

La coloqué sobre un mueble y allí la dejé, sonriendo ante la importancia atribuida a aquella fea chuchería de bazar.

Pero Châli no se cansaba de examinarla, de admirarla, llena de respeto y extasiada. Me preguntaba de vez en cuando: "¿Me dejas que la toque?". Y cuando la había autorizado, levantaba la tapa, volvía a cerrarla con grandes precauciones, acariciaba con

sus finos dedos, muy suavemente, la superficie de las conchitas, y parecía experimentar, con ese contacto, un gozo delicioso que penetraba hasta su corazón.

Entretanto yo había terminado mi trabajo y me era preciso regresar. Tardé mucho en decidirme, retenido ahora por mi ternura hacia mi amiguita. Pero al final tuve que tomar una determinación.

El príncipe, desolado, organizó nuevas cacerías, nuevos combates de luchadores; pero, tras quince días de esos placeres, declaré que no podía quedarme más, y me devolvió la libertad.

La despedida de Châli fue desgarradora. Lloraba, tendida sobre mí, con la cabeza en mi pecho, sacudida por la pena. No sabía qué hacer para consolarla, pues mis besos no servían de nada.

De repente tuve una idea y, levantándome, fui a buscar la caja de conchas, que puse en sus manos. "Es para ti. Te pertenece."

Entonces, la vi sonreír de pronto. Todo su rostro se iluminó con una alegría interior, con esa alegría profunda de los sueños imposibles y de repente realizados.

Y me abrazó con furia.

De todas maneras, lloró muy fuerte en el momento del adiós definitivo.

Distribuí besos de padre y pasteles entre el resto de mis mujeres, y partí.

## II

Transcurrieron dos años, y después los azares del servicio marítimo me llevaron a Bombay. A consecuencia de unas circunstancias imprevistas me dejaron allí, encargado de una nueva misión, para la cual me señalaba mi conocimiento del país y de la lengua.

Terminé mis trabajos lo antes posible, y como aún me quedaban tres meses por delante, quise hacer una pequeña visita a mi amigo, el rey de Ganhara, y a mi querida mujercita Châli, a la cual iba a encontrar muy cambiada, sin duda.

El rajá de Maddan me recibió con frenéticas demostraciones de alegría. Hizo que se degollaran ante mí tres gladiadores, y no me dejó solo ni un segundo durante el primer día de mi regreso.

Por la noche, al fin, al encontrarme libre, mandé llamar a Haribadada, y tras muchas preguntas diversas, para confundir su perspicacia, le pregunté:

—Y ¿sabes qué se ha hecho de la pequeña Châli, que el rajá me había dado?

El hombre puso una cara triste, molesta, y respondió muy fastidiado:

—¡Más vale no hablar de ella!

—¿Y por qué? Era una mujercita encantadora.

—Se echó a perder, señor.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

—Quiero decir que acabó mal.

—¿Que acabó mal? ¿Ha muerto?

—Sí, señor. Había cometido una mala acción.

Yo estaba muy emocionado, sentía latir el corazón y que la angustia me oprimía el pecho. Proseguí:

—¿Una mala acción? ¿Qué hizo? ¿Qué le ocurrió?

El hombre, cada vez más turbado, murmuró:

—Más vale que no lo pregunte.

—Sí, quiero saberlo.

—Había robado.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿A quién robó?

—A usted, señor.

—¿A mí? ¿Y cómo?

—Le quitó, el día de su marcha, el cofre que el príncipe le había regalado. ¡Lo encontraron en sus manos!

—¿Qué cofre?

—El cofre de conchas.

—Pero... ¡si se lo di yo!

El indio alzó hacia mí sus ojos estupefactos y respondió:

—Sí, ella juró, en efecto, con todos los juramentos sagrados, que usted se lo había dado. Pero nadie creyó que usted hubiera podido regalarle a una esclava un presente del rey, y el rajá la mandó castigar.

—Castigar, ¿cómo? ¿Qué le hicieron?

—La metieron en un saco, señor, y la arrojaron al lago, desde esta ventana, desde la ventana de la habitación donde estamos, donde ella había cometido el robo.

Me sentí atravesado por la más atroz sensación de dolor que jamás he experimentado, e hice un gesto a Haribadada para que se retirase, para que no me viese llorar.

Y pasé la noche en la galería que dominaba el lago, en la galería donde había tenido tantas veces a la pobre niña en mis rodillas.

Y pensaba que el esqueleto de su bonito cuerpo descompuesto estaba allí, debajo de mí, en un saco de tela atado con una cuerda, en el fondo de aquella agua negra que mirábamos juntos en tiempos.

Volví a partir al día siguiente, pese a los ruegos y el vehemente pesar del rajá.

Y hoy creo que jamás he amado a otra mujer que a Châli.

*Gil Blas, 15 de abril de 1884*



# *El ciego*

---

*L'aveugle*

¿Qué será esta alegría del primer sol? ¿Por qué esta luz caída sobre la tierra nos llena así de la dulzura de vivir? El cielo está todo azul, la campiña toda verde, las casas todas blancas; y nuestros ojos embelesados beben esos colores vivos a los que convierten en júbilo para nuestras almas. Y nos entran ganas de bailar, ganas de correr, ganas de cantar, una dichosa ligereza del pensamiento, una especie de ternura por todo; quisiéramos abrazar al sol.

Los ciegos de las puertas, impasibles en su eterna oscuridad, permanecen tan tranquilos como siempre en medio de esta nueva alegría y, sin comprender, apaciguan a cada minuto a su perro que quisiera brincar.

Cuando regresan, terminado el día, del brazo de un hermano más pequeño o de una hermanita, si el niño dice: "¡Ha hecho muy bueno hoy!", el otro responde:

"Ya me he dado cuenta de que hacía bueno, Loulou era incapaz de quedarse en su sitio".

He conocido a uno de esos hombres, cuya vida fue uno de los más crueles martirios que imaginarse pueda.

Era un campesino, el hijo de un granjero normando. Mientras vivieron su padre y su madre, cuidaron más o menos de él; apenas sufrió por su horrible invalidez; pero en cuanto los viejos desaparecieron, se inició una atroz existencia. Recogido por una hermana, todos en la granja lo trataban como a un mendigo que come el pan de los otros. En cada comida, le echaban en cara su alimento; le llamaban holgazán, patán; y aunque su cuñado se había apoderado de su parte de la herencia, le daban a regañadientes la sopa, lo justo para que no muriera.

Tenía un rostro muy pálido, y dos grandes ojos blancos como obleas; y permanecía impasible ante los insultos, tan encerrado en sí mismo que se ignoraba si los oía. Por lo demás, nunca había conocido la menor ternura, ya que su madre lo había maltratado siempre, pues no lo amaba; en el campo los inútiles son un estorbo, y los campesinos harían de buen grado lo que las gallinas, que matan a las inválidas.

En cuanto había engullido la sopa, iba a sentarse ante la puerta en verano, pegado a la chimenea en invierno, y no volvía a moverse hasta la noche. No hacía un gesto, un movimiento; sólo sus párpados, que agitaba una especie de dolencia nerviosa, caían a veces sobre la mancha blanca de sus ojos. ¿Tenía un alma, un pensamiento, una conciencia clara de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante unos años, las cosas marcharon así. Pero su impotencia para hacer nada, así como su impasibilidad, acabaron exasperando a sus parientes, y se convirtió en el hazmerreír de todos, en una especie de bufón-mártir, de pieza entregada a la ferocidad natural, a la alegría salvaje de los brutos que lo rodeaban.

Se idearon todas las crueles bromas que su ceguera podía inspirar. Y, para cobrarse lo que comía, se convirtieron sus comidas en horas de esparcimiento para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los campesinos de las casas cercanas acudían a tal diversión; se lo comunicaban de puerta en puerta, y la cocina de la granja se encontraba llena cada día. A veces colocaban sobre la mesa, ante su plato, donde él empezaba a tomar el caldo, un gato o un perro. El animal olfateaba por instinto la invalidez del hombre y, muy suavemente, se acercaba, comía sin ruido, lamiendo con delicadeza; y cuando un chapoteo de la

lengua un poco más ruidoso despertaba la atención del pobre diablo, se alejaba prudentemente para eludir el golpe de la cuchara que él lanzaba al azar ante sí.

Entonces se producían risas, empujones, pataleos de los espectadores apretujados a lo largo de las paredes. Y él, sin decir jamás una palabra, volvía a ponerse a comer con la mano derecha, mientras que, con la izquierda adelantada, protegía y defendía su plato.

Otras veces le hacían mascar corchos, maderas, hojas e incluso desperdicios, que no podía distinguir.

Después se cansaron incluso de estas chanzas; y el cuñado, siempre furioso por tener que alimentarlo, le pegó, lo abofeteó sin cesar, riéndose de los inútiles esfuerzos del otro para parar los golpes o devolverlos. Hubo entonces un juego nuevo: el juego de las bofetadas. Y los mozos de labranza, el criado, las sirvientas, le ponían a cada momento la mano en la cara, lo cual imprimía a sus párpados un movimiento precipitado. No sabía dónde esconderse y permanecía sin cesar con los brazos extendidos para evitar que se le acercaran.

Por último, lo obligaron a mendigar. Lo apostaban en las carreteras los días de mercado, y, en cuanto oía un ruido de pasos o el rodar de un carruaje, alargaba su sombrero balbuciendo: "Una caridad, por favor".

Pero el campesino no es pródigo, y, durante semanas enteras, no consiguió una perra chica.

Hubo entonces un odio desenfrenado, despiadado, contra él. Y he aquí cómo murió.

Un invierno, la tierra estaba cubierta de nieve, y helaba horribilmente. Ahora bien, su cuñado, una mañana, lo llevó muy lejos, a una carretera principal para que pidiera limosna. Lo dejó allí todo el día y, cuando llegó la noche, afirmó ante su gente que no lo había encontrado. Después agregó: "¡Bah! No hay que preocuparse, alguien se lo habrá llevado porque tenía frío. No se habrá perdido, ¡pardiez! Volverá mañana a comer su sopa".

Al día siguiente, no regresó.

Tras largas horas de espera, asaltado por el frío, sintiéndose morir, el ciego había echado a andar. No pudiendo reconocer el camino sepultado bajo aquella espuma blanca, había errado al azar, cayendo en las cunetas, levantándose, siempre mudo, buscando una casa.

Pero el torpor de las nieves lo había invadido poco a poco y, como sus débiles piernas ya no podían sostenerlo, se había sentado en el centro de una llanura. No se levantó más.

Los blancos copos que seguían cayendo lo sepultaron. Su cuerpo rígido desapareció bajo la incesante acumulación de su muchedumbre infinita; y nada indicaba ya el lugar donde el cadáver estaba tendido.

Sus parientes fingieron averiguar y buscarlo durante ocho días. E incluso lloraron.

El invierno era duro y el deshielo tardaba en llegar. Ahora bien, un domingo, al ir a misa, los granjeros observaron un gran revuelo de cuervos que giraban sin fin sobre la llanura, después se dejaban caer como una lluvia negra amontonados en el mismo lugar, volvían a alzarse y seguían regresando.

A la semana siguiente aún estaban allí, los sombríos pajarracos. En el cielo había una nube de ellos, como si se hubieran congregado de todos los rincones del horizonte; y descendían con grandes graznidos a la nieve resplandeciente, que manchaban de forma extraña, hurgando en ella con obstinación.

Un chaval fue a ver lo que hacían, y descubrió el cuerpo del viejo, semidevorado ya, desgarrado. Sus ojos pálidos habían desaparecido, picoteados por los largos picos voraces.

Y jamás puedo sentir la viva alegría de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico hacia el pordiosero, tan desheredado en la vida que su horrible muerte fue un alivio para todos los que lo habían conocido.

*Le Gaulois, 31 de marzo de 1882*

## *La cita*

---

*Le rendez-vous*

Con el sombrero en la cabeza, el abrigo puesto, un velo negro sobre la nariz, otro en el bolsillo con el cual cubriría el primero cuando hubiera subido al simón culpable, ella golpeaba con la contera de la sombrilla la punta de la botina y permanecía sentada en su habitación, sin poder decidirse a salir para acudir a aquella cita.

¡Cuántas veces, empero, desde hacía dos años, se había vestido así, durante las horas de Bolsa de su marido, un agente de cambio muy mundano, para reunirse en su piso de soltero con el guapo vizconde de Martelet, su amante!

El reloj, a su espalda, marcaba los segundos con viveza; un libro semileído estaba entreabierto sobre el pequeño escritorio de palo de rosa, entre las ventanas, y un intenso perfume de violeta, exhalado por dos ramilletes metidos en dos graciosos jarrones de Sajonia sobre la chimenea, se mezclaba con un vago olor a verbena que despedía levemente la puerta del cuarto de aseo, que había quedado entornada.

Sonó la hora —las tres— y se puso en pie. Se volvió para mirar la esfera, después, sonrió, pensando: "Me espera ya. Va a ponerse nervioso." Entonces salió, advirtió al lacayo de que regresaría dentro de una hora, a lo sumo —una mentira—, bajó las escaleras y se aventuró por la calle, a pie.

Eran los últimos días de mayo, esa estación deliciosa en la cual la primavera del campo parece poner sitio a París y conquistarlo por encima de los tejados, invadir las casas, a través de los muros, hacer florecer la ciudad, y difundir una alegría sobre la piedra de las fachadas, el asfalto de las aceras y el pavimento de las calzadas, bañarla, embriagarla de savia como un bosque que verdea.

La señora Haggan dio unos cuantos pasos a la derecha con intención de seguir, como siempre, la calle de Provenza, donde llamaría a un simón, pero la suavidad del aire, esa emoción del verano que nos entra en la garganta en ciertos días, penetró en ella tan bruscamente que, cambiando de idea, cogió la calle de la Chaussée d'Antin, sin saber por qué, atraída oscuramente por el deseo de ver árboles en los jardincillos de la Trinidad. Pensaba: " ¡Bah! Me esperará diez minutos, más." Esta idea, de nuevo, la regocijaba, y mientras caminaba a pasitos cortos, entre el gentío, creía verlo impacientarse, mirar la hora, abrir la ventana, escuchar a la puerta, sentarse unos instantes, levantarse y, no atreviéndose a fumar, pues ella se lo había prohibido los días de sus citas, lanzar desesperadas miradas a la caja de los cigarrillos.

Marchaba despacito, distraída por cuanto encontraba, por las caras y por las tiendas, aflojando el paso cada vez más y tan poco deseosa de llegar que buscaba, en los escaparates, pretextos para detenerse.

Al final de la calle, delante de la iglesia, el verdor de los jardincillos la atrajo con tanta fuerza que cruzó la plaza, entró en el jardín, esa jaula de niños, y dio dos vueltas al estrecho césped, en medio de nodrizas rozagantes, llenas de cintas, abigarradas, exuberantes. Después cogió una silla, se sentó, y levantando los ojos hacia la esfera redonda como una luna del campanario, miró marchar la aguja.

En ese mismo momento sonó la media, y su corazón se estremecía de gusto al oír tañer las campanas del carillón. Media hora ganada, más de un cuarto de hora para llegar a la calle Miromesnil, y unos minutos más de callejeo — ¡una hora! —. ¡Una hora robada a la cita! Se quedaría apenas cuarenta minutos, y se habría acabado una vez más.

¡Cielos! ¡Cómo le aburría acudir allá! Al igual que un paciente que sube al dentista, llevaba en su corazón el recuerdo intolerable de todas las citas pasadas, una a la semana por término medio desde hacía dos años, y el pensamiento de que iba a producirse otra, dentro de nada, la crispaba de angustia de pies a cabeza. No es que fuera dolorosa, dolorosa como una visita al dentista, pero era tan aburrida, tan aburrida, tan complicada, tan larga, tan penosa, que todo, todo, hasta una operación, le habría parecido preferible. Y sin embargo acudía a ella, muy lentamente, a pasitos cortos, deteniéndose, sentándose, callejeando por todas partes, pero acudía. ¡Oh! Le habría gustado mucho faltar a ésta, pero había dejado plantado al pobre vizconde dos veces seguidas, el mes pasado, y no se atrevía a recomenzar tan pronto. ¿Por qué regresaba allí? ¡Ah! ¿Por qué? ¿Porque había cogido la costumbre, y no tenía ninguna razón que esgrimir con aquel infeliz de Martelet cuando quisiera conocer ese por qué? ¿Por qué había empezado? ¿Por qué? ¡No lo sabía! ¿Lo había amado? ¡Era posible! No con mucha intensidad, pero sí un poco, ¡hacía tanto tiempo! El estaba bien, refinado, elegante, galante, y representaba estrictamente, al primer vistazo, el amante perfecto de una mujer de mundo. El cortejo había durado tres meses —tiempo normal, lucha razonable, resistencia suficiente—, después ella había consentido, y con qué emoción, qué crispación, qué miedo horrible y encantador, en aquella primera cita, seguida de otras muchas, en aquel pequeño entresuelo de soltero, en la calle Miromesnil. ¿Su corazón? ¿Qué experimentaba entonces su corazoncito de mujer seducida, vencida, conquistada, al cruzar por vez primera la puerta de aquella casa de pesadilla? ¡No lo sabía ya, de veras! ¡Lo había olvidado! Una se acuerda de un hecho, de una fecha, de una cosa, pero no se acuerda para nada, dos años después, de una emoción que se ha esfumado muy pronto, porque era muy ligera. ¡Oh!, por ejemplo, no había olvidado las otras, ese rosario de citas, ese vía crucis del amor, con sus estaciones tan fatigosas, tan monótonas, tan similares, que la náusea ascendía a sus labios en previsión de lo que pasaría dentro de un rato.

¡Cielos! Esos simones que había que llamar para acudir allá no se parecían a los otros simones que una utiliza para las compras corrientes. Los cocheros adivinaban algo, con certeza. Por la simple forma en que la miraban lo notaba, ¡y esos ojos de los cocheros de París son terribles! Cuando una piensa que a cada momento, ante los tribunales, reconocen, al cabo de varios años, a criminales a los que han llevado una sola vez, en plena noche, de una calle cualquiera a una estación, y que tienen que vérselas con casi tantos viajeros como horas hay en el día, y que su memoria es lo bastante segura para que afirmen: "¡Se trata del hombre que cogí en la calle de los Mártires, y dejé en la estación de Lyon, a la una menos veinte de la noche, el 10 de julio del año pasado!", ¿no hay motivos de sobra para temblar, cuando una arriesga lo que arriesga, una joven casada yendo a una cita, al confiar su reputación al primer cochero que aparece? Desde hacía dos años ella habría empleado, para esa carrera a la calle Miromesnil, por lo menos cien o ciento veinte, contando uno a la semana. Eran otros tantos testigos que podrían declarar contra ella en un momento crítico.

Una vez en el simón, sacaba del bolsillo el otro velo tupido y negro como un lobo, y se lo aplicaba sobre los ojos. Eso le tapaba el rostro, sí, pero el resto, el vestido, el sombrero, la sombrilla, ¿no podían fijarse en ellos, haberlos visto ya? ¡Oh! ¡Qué suplicio en aquella calle de Miromesnil! Creía reconocer a todos los transeúntes, a todos los criados, a todo el mundo. Apenas se detenía el carruaje, saltaba de él y pasaba corriendo delante del portero, siempre de pie en el umbral de su portería. Ese era otro que debía de saberlo todo, todo —su dirección, su nombre, la profesión de su marido—, todo, ¡pues esos porteros son los más sutiles de los policías! Desde hacía dos años quería comprarlo, darle, arrojarle, un día u otro, un billete de cien francos al pasar

delante de él. ¡Ni una vez se había atrevido a hacer ese pequeño movimiento de lanzar a sus pies el trocito de papel enrollado! Tenía miedo —¿de qué?—. ¡No sabía! ¿De que la llamara, si no comprendía? ¿De un escándalo! ¿De una aglomeración en la escalera? ¿Acaso de un arresto? Para llegar a la puerta del vizconde apenas había que subir medio piso, ¡y le parecía tan alto como la torre Saint-Jácques! En cuanto se adentraba en el vestíbulo se sentía cogida en una trampa, y el menor ruido, ante ella o detrás, le daba ahogos. Imposible retroceder, con aquel portero y la calle que le cerraban la retirada; y si alguien bajaba en ese preciso momento, ¡no se atrevía a llamar en casa de Martelet y pasaba ante la puerta como si fuera a otra parte! ¡Subía, subía, subía! ¡Habría subido cuarenta pisos! Después, cuando parecía imperar de nuevo la calma en el hueco de la escalera, volvía a bajar corriendo, con el alma angustiada por si no reconocía el entresuelo.

Allí estaba él, esperando con un elegante traje de terciopelo forrado de seda, muy coqueto, pero algo ridículo, y desde hacía dos años nada había cambiado en su manera de acogerla, ¡nada de nada, ni un gesto!

En cuanto había cerrado la puerta, le decía: "¡Déjeme besar sus manos, querida, mi querida amiga!" Después la seguía al dormitorio, donde, con los postigos cerrados y las luces encendidas, tanto en invierno como en verano, por distinción, sin duda, se arrodillaba ante ella mirándola de abajo arriba con aire de adoración. El primer día, ¡ese movimiento había sido muy amable, muy logrado! Ahora ella creía estar viendo a Delaunay interpretando por centésimo vigésima vez el quinto acto de una pieza de éxito. Era necesario cambiar de efectos.

Y después, ¡oh!, ¡Dios mío!, ¡después!, ¡era lo más duro! No, no cambiaba de efectos, el pobre muchacho. ¡Qué buen chico, pero qué trivial!

¡Cielos! ¡Qué difícil era desvestirse sin doncella! Por una vez, pase, ¡pero todas las semanas, resultaba odioso! No, de veras, ¡un hombre no debería exigir de una mujer semejante tarea! Pero si era difícil desvestirse, vestirse resultaba casi imposible y ponía los nervios de punta, era tan exasperante que daban ganas de abofetear al caballero que decía, girando a su alrededor con aire torpe: "¿Quiere usted que la ayude?" ¡Ayudarla! ¡Ah, sí! ¿A qué? ¿De qué era capaz? Bastaba verlo con un alfiler entre los dedos para saberlo.

Quizá fue en ese momento cuando ella había empezado a tomarle tirria. Cuando decía: "¿Quiere usted que la ayude?", lo habría matado. Y, además, ¿era posible que una mujer no acabase detestando a un hombre que, desde hacía dos años, la había obligado más de ciento veinte veces a vestirse sin doncella?

Cierto que no había muchos hombres tan inhábiles como él, tan poco despabilados, tan monótonos. Desde luego el baroncito de Grimbal no habría preguntado con pinta de bobo: "¿Quiere usted que la ayude?" La habría ayudado, él, tan vivo, tan gracioso, tan ingenioso. ¡Eso es! Era diplomático; había corrido el mundo, rodado por todas partes, desvestido y vestido sin duda a mujeres ataviadas con arreglo a todas las modas de la tierra...

El reloj de la iglesia dio los tres cuartos. Se levantó, miró la esfera, se echó a reír murmurando: "¡Oh! ¡Debe de estar agitado!" y después echó a andar con más viveza, y salió de los jardincillos.

Aún no había dado diez pasos por la plaza cuando se encontró de manos a boca con un señor que se inclinó profundamente.

"¡Vaya! ¿Es usted, barón?" dijo, sorprendida. Acababa justamente de pensar en él.

"Sí, señora".

Se informó de su salud, y después, tras unas cuantas frases vagas, prosiguió:

"¿Sabe usted que es la única de mis amigas (me permite que le dé ese nombre, ¿verdad?) que no ha venido aún a visitar mis colecciones japonesas?"

— Pero, mi querido barón, ¡una mujer no puede ir así como así a casa de un soltero!

— ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Gran error, cuando se trata de visitar una colección rara!

— En cualquier caso, no puede ir sola.

— ¿Y por qué? ¡He recibido montones de mujeres solas, nada más que para ver mi galería! Las recibo todos los días. ¿Quiere usted que se las nombre? No, no lo haré. Hay que ser discreto incluso cuando no hay culpa. En principio, no es indecoroso entrar en casa de un hombre serio, conocido, de cierta posición, ¡salvo cuando se va por una causa inconfesable!

— En el fondo, tiene usted razón en lo que dice.

— Entonces venga a ver mi colección.

— ¿Cuándo?

— Pues ahora mismo.

— Imposible, tengo prisa.

— ¡Vamos, vamos! Hace media hora que está usted sentada en los jardincillos.

— ¿Me espiaba usted?

— La miraba.

— De veras, tengo prisa.

— Estoy seguro de que no. Confíese que no tiene mucha prisa.

— La señora Haggan se echó a reír y confesó:

"No..., no..., no mucha..."

Un simón pasaba rozándolos. El baroncito gritó: "¡Cochero! " y el carruaje se detuvo. Después, abriendo la portezuela:

— Suba, señora.

— Pero, barón, no, es imposible, hoy no puedo.

— Señora, es una imprudencia lo que está haciendo, ¡suba! Empiezan a mirarnos, va usted a hacer que se forme un grupo; creerán que la rapto y nos detendrán a los dos. ¡Suba, por favor!

Subió, asustada, aturdida. Entonces él se sentó a su lado, diciéndole al cochero: "Calle de Provenza."

Pero de repente ella exclamó:

"¡Oh, Dios mío! Olvidaba un despacho muy urgente. ¿Quiere usted llevarme, antes de nada, a la primera oficina de Telégrafos? "

El simón se detuvo algo más adelante, en la calle de Châteaudun, y ella dijo al barón:

"¿Puede usted comprarme una tarjeta de cincuenta céntimos? Prometí a mi marido invitar a Martelet a cenar mañana, y lo había olvidado por completo."

Cuando el barón regresó, con su tarjeta azul en la mano, ella escribió a lápiz:

*"Mi querido amigo, estoy indispuesta; tengo una neuralgia atroz que me mantiene en cama. Imposible salir. Venga a cenar mañana por la noche para que yo me haga perdonar. "*

*"JEANNE."*

Mojó la goma, cerró cuidadosamente, puso la dirección: "Vizconde de Martelet, calle de Miromesnil, 240", y después, devolviéndole la tarjeta al barón, le dijo:

"Y ahora, ¿quiere usted tener la bondad de echar esto en el buzón de telegramas?"

## *Claro de Luna (I)*

---

*Claire de lune*

La señora Julia Roubére esperaba a su hermana mayor, la señora Enriqueta Letoré, que regresaba de un viaje a Suiza.

La familia Letoré se había marchado hacia cosa de cinco semanas. Enriqueta había dejado a su marido volver solo a su posesión de Calvados, donde le llamaban sus intereses, e iba a Paris a pasar unos días en casa de su hermana.

Anochece. En el pequeño salón burgués, oscurecido por el crepúsculo, la señora de Roubére leía, distraída, dejando de mirar el libro al menor ruido.

Por fin sonó el timbre y se presentó su hermana, envuelta en un amplio vestido de viaje, Y en seguida, sin reconocerse casi, se abrazaron con violencia, descansando para volver a empezar al punto.

Hablaron luego, interrogándose acerca de su salud, su familia y otras mil cosas, charlando, pronunciando frases rápidas, entrecortadas, saltando alternativamente mientras Enriqueta se despojaba del sombrero.

Era ya de noche. La señora de Roubére llamó para que trajeran un quinqué, y en cuanto la luz estuvo allí miró a su hermana, pronta a abrazarla nuevamente. Pero quedó cohibida, asustada, sin hablar. La señora de Letoré tenía dos grandes mechones de cabellos blancos. Todo el resto de su cabeza era de un negro sombrío y reluciente; pero allí, sólo allí, a los dos lados, se extendían como dos ríos de plata que iban pronto a perderse en la masa sombría del peinado. Tenía, sin embargo, veinticuatro años apenas, y aquel cambio se había operado desde su marcha a Suiza. Inmóvil, la señora de Roubére, la miraba estupefacta, pronta a llorar, como si una desgracia misteriosa y terrible hubiese acontecido a su hermana, y le preguntó:

—¿Qué te sucede, Enriqueta? Esbozando una triste sonrisa, una sonrisa de enferma, la otra le respondió:

—Nada, te lo aseguro. ¿Miras mis canas?

Pero la señora de Roubére la asió impetuosamente por los hombros y, clavando en ella una mirada investigadora, repitió:

—¿Qué te sucede? ¡Dime qué te sucede! Y te advierto que veré si me engañas.

Permanecían la una frente a la otra, y Enriqueta, que palidecía como si fuese a desmayarse, tenía lágrimas en las extremidades de sus ojos bajos.

La hermana volvió a repetir:

—¿Qué te sucede? ¿Qué tienes? ¡Respóndeme!

Entonces, con voz ahogada, la otra murmuró:

—Tengo..., tengo un amante.

Y ocultando la cara en el hombro de su hermana menor, rompió en sollozos profundos.

Luego, cuando se calmó un poco, cuando la agitación de su pecho disminuyó, se puso a hablar de pronto, como para echar fuera de sí aquel secreto y depositar aquel dolor en un corazón amigo.

Y cogiéndose de las manos, que se oprimían, las dos hermanas fueron a sentarse en un canapé en el fondo sombrío del salón, y la más joven, pasando su brazo por bajo del de la otra, recostándola sobre su corazón, se dispuso a escuchar.

—¡Oh, sé que no tengo excusa; yo misma no me comprendo, y desde aquel día estoy loca! ¡Cuidado, hijita, cuidado! Si supieras cuán débiles somos, cuán velozmente



cedemos, con qué prontitud se cae!... Basta cualquier cosa, ¡tan poco, tan poco! ... Un enternecimiento, una de esas melancolías súbitas que cruzan el alma, una de esas necesidades de abrir los brazos, de acariciar y estrechar contra el pecho que en determinados instantes sentimos todas.

Ya conoces a mi marido y sabes hasta qué punto le amo; pero él es sesudo y razonable, y no comprende las tiernas vibraciones de un corazón de mujer. Es siempre, siempre el mismo, siempre bueno, risueño, complaciente, siempre perfecto. ¡Oh!, ¡cuánto celebraría yo en ocasiones que me cogiera entre sus brazos y me estrechase contra su pecho con aquellos besos lentos y dulces que confunden dos seres, que son como mudas confidencias! Cuanto celebraría que tuviese abandonos, debilidades también, y necesidad de mí, de mis caricias, mis lágrimas!

Todo esto es estúpido; pero así somos nosotras. ¿Qué podemos contra ello?

Y, sin embargo, nunca la idea de engañarle me hubiera acometido. Hoy, en cambio, es cosa hecha, sin amor, sin razón, sin nada; porque la luna brillaba una noche sobre el lago de Lucerna.

Desde hacia un mes que viajábamos juntos, mi marido, con su tranquila indiferencia, paralizaba mis entusiasmos, daba al traste con mis exaltaciones. Cuando bajábamos las montañas a la luz del sol naciente, al galope de los caballos de la diligencia, y divisando, entre las nieblas la mañana, extensos valles, bosques, ríos y pueblos, yo me ponía a palmotear, entusiasmada, y le decía:

—¡Qué hermoso es esto, amigo mío! ¿Por qué no me abrazas?

El me respondía con una sonrisa fría y benévola, encogiéndose ligeramente de hombros:

—El que un paisaje guste, no es una razón para abrazarse.

Y esto me helaba el corazón. Me parece que cuando se ama se debieran tener deseos de amar más ante los espectáculos que deleitan.

Ello es que yo sentía en mí poéticos impulsos que él no dejaba crecer. ¿Qué te diría? Estaba casi, casi como una caldera llena de vapor y cerrada herméticamente.

Una noche —llevábamos cuatro días en un hotel de Fluelen—, Roberto, un poco indispuesto por la jaqueca, subió a acostarse después de cenar, y yo fui a pasearme sola a orillas del lago.

Hacia una noche deliciosísima. La luna brillaba en el cielo; las elevadas montañas, con sus nieves, parecían cubiertas de plata, y el morado líquido del lago tenía pequeños temblores relucientes. El aire era suave, tenía una de esas tibiezas penetrantes que nos hacen desfallecer, que nos enternecen sin motivo. ¡Pero cuán sensible y vibrante es el alma en esos momentos! ¡Con cuanta rapidez y con qué fuerza se estremece!

Tomé asiento sobre la hierba y miré aquel gran lago melancólico y encantador; y tenía lugar en mí una cosa extraña: me acometía una insaciable necesidad de amor, me sentía rebelarme contra la lúgubre insulsez de mi vida. ¡Cómo! ¿No iría nunca del brazo de un hombre amado a lo largo de un paisaje iluminado por la luna? ¿No sentiría nunca descender en mí esos besos profundos, deliciosos y enloquecedores que se cambian en las dulces noches que Dios parece haber hecho para las ternuras? ¿No sería febrilmente oprimida por brazos extraviados, entre las claras sombras de una noche de estío?

Y me puse á llorar como una loca.

Oí ruido a mi espalda. Un hombre estaba en pie detrás de mí y me miraba atentamente. Cuando volví la cabeza me reconoció y avanzó:

—¿Llora usted, señora? — me dijo.

Era un joven abogado que viajaba con su madre y a quien habíamos encontrado muchas veces. Sus ojos me habían seguido con frecuencia.

Tan trastornada estaba, que no supe qué responder ni qué pensar. Me levanté y me confesé enferma.

El se puso a andar a mi lado de un modo natural y respetuoso y me habló de nuestro viaje. Todo lo que yo había sentido, él lo traducía; todo lo que me hacía estremecer, él lo comprendía como yo, mejor que yo. Y de repente me recitó versos, versos de Musset. Yo me ahogaba, presa de una emoción indescriptible. Me parecía que las mismas montañas, el lago y la luz de la luna entonaban cantos inefablemente dulces...

Y ocurrió la cosa no sé cómo, no sé por qué, en una especie de alucinación...

En cuanto a él..., no le volví a ver hasta el día siguiente, en el momento de marchar. ¡Me dió su tarjeta!...

\*\*\*

Y la señora de Letoré cayó desfallecida en brazos de su hermana, dejando oír hondos gemidos, gritos casi.

Entonces la señora de Roubére, recogida, grave, comentó suavemente:

—Mira, hermana mía, en ocasiones no es al hombre a quien amamos, sino al amor. Y aquella noche, tu verdadero amante fue el claro de luna.

*Le Gaulois, 1 de julio de 1882*

## *Claro de luna (II)*

---

*Claire de lune*

El padre Marignan llevaba con gallardía su nombre de guerra. Era un hombre alto, seco, fanático, de alma exaltada, pero recta. Decididamente creyente, jamás tenía una duda. Imaginaba con sinceridad conocer perfectamente a Dios, penetrar en sus designios, voluntades e intenciones.

A veces, cuando a grandes pasos recorría el jardín del presbiterio, se le planteaba a su espíritu una interrogación: "¿Con qué fin creó Dios aquello?" Y ahincadamente buscaba una respuesta, poniéndose su pensamiento en el lugar de Dios, y casi siempre la encontraba. No era persona capaz de murmurar en un transporte de piadosa humildad: "¡Señor, tus designios son impenetrables!" El padre Marignan se decía a sí mismo: "Soy siervo de Dios; debo, por tanto, conocer sus razones de obrar, y adivinar las que no conozco."

Todo le parecía creado en la naturaleza con una lógica absoluta y admirable. Los principios y fines se equilibraban perfectamente. Las auroras se habían hecho para hacer alegre el despertar, los días para madurar el trigo, las lluvias para regarlo, las tardes oscuras para predisponer al sueño, y las noches para dormir. Las cuatro estaciones correspondían totalmente a las necesidades de la agricultura; y jamás el sacerdote sospecharía que no hay intenciones en la naturaleza, y que todo lo que existe, al contrario de lo que él pensaba, se sometió a las duras necesidades de las épocas, de los climas y de la materia.

Sin embargo, el padre Marignan odiaba a las mujeres, las odiaba inconscientemente y las despreciaba por instinto. Repetía casi siempre las palabras de Cristo: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?" Y entonces añadía: "Se diría que el mismo Dios estaba descontento de aquella creación suya." Para él, la mujer era la criatura doce veces impura de que habla el poeta. Era el ser tentador que había arrastrado al pecado al primer hombre y que continuaba la obra infernal, el ente flaco, peligroso, misteriosamente perturbador. Y más aún, que su cuerpo de perdición detestaba a su alma amorosa.

En alguna ocasión había sentido esa ternura femenina envolviéndole, y aunque se supiese inexpugnable, se exasperaba ante la necesidad de amar que palpitaba incesantemente en tales criaturas.

En su opinión, la mujer sólo existía para tentar al hombre y probarlo. Nadie debería aproximarse a ella sin las precauciones defensivas y los celos que se tienen ante las celadas. Y en verdad se parecía a una celada, de labios suplicantes y brazos abiertos, tendida al hombre.

El padre Marignan apenas tenía indulgencia para las religiosas, cuyo voto las hacía inofensivas; pero, a pesar de ello, las trataba con rudeza, porque sentía que, latente en el fondo de sus corazones enclaustrados, tenían aquella perpetua ternura, alcanzándolo a él, aunque fuese cura.

La presentía en aquellas miradas más húmedas de piedad que las de los frailes, en aquellos éxtasis donde se transparentaba siempre la mujer, en aquellos transportes de amor a Cristo que lo indignaban, porque en ellas todo era materia; veía la maldita ternura en la propia docilidad, en la dulzura de la voz cuando le hablaban, en los ojos puestos en el suelo, en las lágrimas resignadas, si él las reprendía con dureza.

Sacudía la sotana en las puertas del convento y salía de allí rápidamente como si huyese de un peligro.

Tenía el cura una sobrina que vivía con su madre en una casita próxima. Se le había metido en la cabeza hacer de ella una hermana de la caridad.

Era bonita, alegre y zalamera. Cuando el padre la reprendía se limitaba a reír, y cuando la regañaba de veras lo besaba con vehemencia, apretándolo contra su corazón, mientras el sacerdote, involuntariamente, procuraba deshacerse de aquel abrazo, que al mismo tiempo le proporcionaba una dulce alegría y despertaba en él la sensación de paternidad que yace en el fondo de todo hombre.

Muchas veces le hablaba de Dios, de su Dios, mientras caminaban por los campos; pero la joven no lo escuchaba y miraba el cielo, las hierbas, las flores, con una alegría de vivir que se le asomaba a los ojos. En algunas ocasiones corría para coger una mariposa, exclamando al traerla consigo: "Mire tío, ¡qué linda es! ¡Hasta siento deseos de besarla!" Y esta necesidad de besar insectos o flores encorajinaba, irritaba y revolvía al padre, que una vez más tropezaba con la enraizada ternura que germina siempre en el corazón femenino.

Pero un día, la mujer del sacristán, que cuidaba de las faenas domésticas de la casa del padre Marignan, le comunicó cautelosamente que su sobrina tenía un enamorado.

Sintió un asombro tan grande que quedó sofocado, sin poder hablar, con la cara llena de jabón, pues en aquel momento empezaba a afeitarse.

Tan pronto como se halló en estado de reflexionar y de poder pronunciar alguna palabra, exclamó:

—¡Está usted mintiendo, Melania! ¡Eso no es verdad!

Mas la campesina juró solemnemente:

—¡Que Nuestro Señor no me dé más de una hora de vida si yo le miento, señor cura! Ella se entrevista con él todas las noches después que su señora hermana está acostada. Se encuentran en las márgenes del río. Si quisiera verlos e ir allá, es entre las diez y la media noche.

El párroco dejó el afeitado de su cara y púsose a pasear de un lado para otro, como hacía siempre en las ocasiones de grave meditación. Cuando volvió a afeitarse, se cortó tres veces entre la nariz y la oreja.

Durante todo el día se mantuvo silencioso, lleno de indignación y de cólera; a su indignación de eclesiástico ante el invencible amor, se unía una exasperación de padre moral, de tutor, de director espiritual engañado, eludido por una criatura; esa cólera egoísta de los padres a quienes la hija anuncia que hizo sin ellos y sin su consentimiento la elección del marido.

Después de comer intentó leer un rato, pero no lo consiguió; se sentía cada vez más indignado. Al sonar las diez tomó el bastón, una enorme rama de árbol que llevaba siempre en sus caminatas nocturnas cuando iba a llevar los Sacramentos a algún moribundo. Contempló sonriendo la enorme garrota con sólido puño campesino mientras la agitaba amenazadoramente, y, de repente, la levantó y, con los dientes apretados, golpeó una silla, cuyo respaldo roto cayó al suelo.

Al abrir la puerta para salir, se detuvo sorprendido por la extraordinaria luz de la luna, bella como casi nunca suele verse.

Poseedor de un espíritu entusiasta, espíritu que todos los padres de la iglesia, esos poetas soñadores, deberían tener, se sintió repentinamente distraído de lo que tanto le preocupaba, impresionado por la grandiosa y serena belleza de la pálida noche.

En el jardincillo del presbiterio, bañado por suave luz, los árboles en flor alineados en filas dibujaban sobre el paseo sus sombras de frágiles ramos de hojas que nacían, en

tanto la madre selva gigante, unida al muro de la casa, exhalaba deliciosos aromas como azucarados, que vagaban en la noche fresca y clara como un alma perfumada.

El párroco respiró hondo, bebiendo el aire como los ebrios beben vino, y fue caminando a pasos lentos, feliz, maravillado, olvidándose casi de la sobrina.

Cuando llegó al campo se paró para contemplar la llanura inundada por la luna acariciadora, sumergida en el encanto suave y lánguido de las noches serenas.

Las ranas lanzaban al espacio, incesantemente, sus notas cortas y metálicas, y ruiseñores lejanos dejaban oír una música que provocaba los sueños y no obligaba a pensar; esa música leve y vibrante que parece creada para los besos, bajo la seducción de la luna.

El cura continuó su camino con el corazón turbado sin que supiese el porqué. Sentíase de repente débil y agotado; tenía deseos de sentarse, de quedarse allí a contemplar y admirar a Dios a través de su obra.

A lo lejos, siguiendo las ondulaciones del riachuelo, serpenteaba la línea extensa de los chopos. Una neblina fría, un vapor blanco que atravesaban los rayos de luna, tornándolo plateado y brillante, estaba suspendido alrededor y encima de sus márgenes y envolvía el curso tortuoso de las aguas en una especie de algodón leve y transparente.

Una vez más se detuvo el padre Marignan, empapado hasta el fondo de su alma de un enternecimiento creciente, irresistible. Y una vaga inquietud lo iba invadiendo; sentía nacer dentro de sí una de sus habituales interrogaciones:

¿Con qué fin había creado Dios semejante noches? Pues, si estaban destinadas al sueño, a la inconsciencia, al reposo, al olvido de todo, ¿para qué hacerlas más bellas que los días, más dulces que las auroras y las tardes? Y ¿por qué razón ese astro lento y seductor (más poético que el sol y que parece destinado, de tal manera es discreto, a iluminar cosas demasiado deliciosas y misteriosas para la luz del día) transformaba las tinieblas en transparencia?

¿Por qué razón el más hábil de los pájaros cantores no descansaba como los otros y se hacía oír en la sombra perturbadora?

¿Para qué envolvía el mundo aquel fino velo?

¿Y porqué los estremecimientos del corazón, la emoción del alma y la languidez del cuerpo?

¿A quién estaba destinado aquel desdoblamiento de encantos que los hombres no contemplaban, porque reposaban en sus lechos?

¿Para quién, entonces, ese espectáculo sublime, esa abundancia de poesía lanzada del Cielo a la tierra?

Y el párroco no encontraba explicación. Pero he aquí que distantes, a la orilla del prado, bajo la bóveda de los árboles húmedos y brillantes de rocío, habían aparecido dos sombras caminando muy unidas.

El hombre era más alto e iba abrazado al cuello de su compañera; de vez en cuando la besaba en la cabeza. Sus figuras animaron de repente el paisaje inmóvil que los rodeaba como un marco divino creado para ellos.

Se diría que no eran más que un solo ser para quien se destinaba aquella tranquila y silenciosa noche; venían en dirección al sacerdote como una respuesta viva, la respuesta que el Señor concedía a su pregunta.

Él continuó allí con el corazón palpitante, turbado, imaginando ver una escena bíblica como los amores de Ruth y Booz o la realización de un designio de Dios en uno de aquellos grandes cenáculos de que hablan las Escrituras. Se acordó de los versículos del Cantar de los cantares, de las llamadas de amor, de todo el calor de ese poema ardiente de ternura.

Y se dijo a sí mismo: "Tal vez Dios hiciese estas noches para velar de ideal los amores de los hombres."

Iba retrocediendo frente a la abrazada pareja que avanzaba siempre. Era la sobrina, sin duda. Sin embargo, el sacerdote se preguntaba a sí mismo si no iría él a desobedecer a Dios. Pues, ¿no era que Dios permitía el amor al rodearlo de un esplendor así?

Y el cura huyó, desorientado, casi con vergüenza, como si acabase de penetrar en un templo en el que no tuviera derecho de entrar.

*Gil Blas, 19 de octubre de 1882*

## *Un cobarde*

---

*Un lâche*

Le llamaban las gentes "el guapo mozo", y era su nombre José Gontrán de Signoles.

Huérfano y dueño de una fortuna bastante considerable, <hacía papel>, como suele decirse. Tenía buena figura y elegantes maneras; bastante labia, para dar a entender que no le faltaba ingenio; una gracia natural, un empaque digno y noble, los bigotes largos y los ojos dulces; todo lo necesario para gustar a las mujeres.

Era solicitado en los salones y deseado por las aficionadas al vals; inspiraba en los hombres singular antipatía que se siente por los caracteres dominantes. Se le achacaban aventuras amorosas de las que dan fama. Vivía feliz, tranquilo, en el bienestar moral más absoluto. Se sabía que tiraba muy bien la espada y pistola.

—Cuando me provoquen —decía— escogeré la pistola. Con una pistola estoy seguro de matar un hombre.

Pero una noche, habiendo acompañado al teatro a dos de sus amigas, escoltadas por sus maridos, al salir del espectáculo, las invitó a tomar un helado en Tortoni. Acababan de sentarse cuando reparó que un caballero, desde una mesa próxima, contemplaba obstinadamente a una de sus amigas, la cual, molestada, nerviosa, bajó la cabeza.

Pero como el impertinente insistiera, la señora dijo a su esposo:

—Ese hombre me mira fijamente. No le conozco. ¿Es amigo tuyo?

El marido, que no había reparado nada, se volvió a mirarle y contestó:

—Jamás lo vi.

La mujer, a un tiempo sonriente y disgustada, prosiguió:

—Es molesto: no me deja tomar a gusto mi sorbete.

El marido, encogiéndose de hombros, añadió:

—No hagas caso; como si no existiera. Si fuéramos a preocuparnos de todos los necios, no acabaríamos nunca.

Pero Gontrán se había levantado violentamente, no pudiendo soportar que un cualquiera intentase turbar la digestión de un helado ofrecido por él.

A él iba directa la provocación, pues a su ruego habían entrado allí sus amigas. El asunto, pues, era de su incumbencia.

Acercándose al otro, le dijo:

—Tiene usted un modo intolerable de mirar a una señora. Le ruego que no insista.

El otro replicó:

—Déjeme usted en paz.

Gontrán, apretando los dientes, y estremecido por la cólera, dijo:

—¡Caballero! ¡Yo no tolero impertinencias!

El otro solamente pronunció una palabra, una palabra malsonante, que repercutió de punta a punta del café, y, como por efecto de un resorte, hizo volver la cabeza a todos los concurrentes. Los ojos de todos quedaron fijos en un mismo punto; los mozos que servían se detuvieron para mirar; la señora del mostrador echaba el cuerpo fuera, estremecida y curiosa.

Reinó un solemne silencio. De pronto sonó un chasquido. Gontrán había dado al otro una bofetada. Varios de los presentes se lanzaron a separarlos. Hubo cambio de tarjetas.

\*\*\*

Cuando Gontrán llegó a su casa estuvo algunos minutos paseando por su habitación. Se hallaba muy agitado para reflexionar. Una sola idea se cernía sobre su espíritu: "El duelo inevitable", sin que semejante idea despertase todavía ninguna especie de emoción. Había cumplido con su deber. Sería objeto de conversaciones, aprobarían su actitud, le aplaudirían, le felicitarían. Y en voz alta, interrumpiendo sus vanas y superfluas reflexiones, hablando como se habla en los instantes de gran turbación y desconcierto intelectual, decía:

—¡Qué hombre tan bestia!

Luego, sentándose, discurrió más lógicamente. Necesitaba salir muy temprano en busca de padrinos. ¿A quién escogería? Buscaba entre todas sus relaciones los hombres más conocidos y mejor reputados. Se fijó, al fin, en el marqués de la Tour-Noire y en el coronel Bourdin; un aristócrata y un militar; resultaba muy bien. Los diarios publicarían juntos los nombres de los tres. Sintió la garganta seca y bebió, uno tras otro, tres vasos de agua. Luego volvió a pasear. Se sentía lleno de energías, atrevido, resuelto a todo, exigiendo condiciones rigurosas, un duelo serio, muy serio, terrible; su adversario, seguramente, viendo su actitud, le daría explicaciones.

Cogió la tarjeta que había dejado sobre la mesa al sacarla del bolsillo, y la releyó. Ya en el café la había visto por vez primera, y luego en el coche que le llevaba a su casa, muchas veces, a cada mechero de gas; pero por más que la miraba y remiraba, sólo decía:

**JORGE LAMIL**  
**51, CALLE DE MONCEY**

Estos dos renglones le parecían misteriosos; quería descubrir en ellos, aclarar, mejor dicho, ideas confusas que a su ver encerraban aquellas letras. ¿Jorge Lamil? ¿Quién era ese hombre? ¿A qué se dedicaba? ¿De qué vivía? ¿Por qué miró de tal modo a la señora? ¿No es insufrible que un desconocido turbe nuestra vida cuando se le antoje, porque le plazca de pronto clavar los ojos en una mujer?

Y Gontrán repitió una vez más en alta voz:

—¡Qué hombre tan bestia!

Luego quedó inmóvil, en pie, reflexionando, con la mirada fija en la tarjeta. Una cólera se despertó en él contra la cartulina; una cólera terrible, con la que se mezclaba un extraño sentimiento de malestar. Era estúpido aquello. Clavó un cortaplumas en medio del nombre impreso, como si hubiera dado una puñalada a alguno.

¡No había más remedio que batirse! ¿Elegiría la espada o la pistola? Pensaba en elegir armas, creyéndose provocado. Con la espada se corre menos peligro; pero eligiendo la pistola tenía más probabilidades de que su adversario cediera, temeroso de ir al terreno en condiciones tan duras. Un duelo a espada no es posible que resulte mortal, porque la prudencia de los combatientes los mantiene a tal distancia, que nunca se produce una herida honda. Con la pistola se corre un inevitable peligro; pero, proponiéndola, se libraria, seguramente, de tan estúpido lance, y su adversario, dando explicaciones, temeroso, le dejaría en buen lugar.

Entonces dijo en alta voz:

—Conviene mostrarse decidido para infundir miedo.

Su propio acento le hizo estremecer y miró en derredor. Estaba muy nervioso. Bebió nuevamente y comenzó a desnudarse. Ya en la cama, después de apagar la vela, cerró los ojos.

Y pensaba: "Mé queda todo el día para ocuparme del asunto. Puedo aún dormir tranquilamente"



Tenía calor, se desvelaba. Volviéndose a un lado y a otra no encontraba postura cómoda. Se revolvía como un condenado.

Sintió reseca la garganta. Se incorporó para encender luz y beber agua. Una inquietud le sobrecogió:

"¿Tendré miedo?", se dijo.

¿Por qué su corazón palpitaba con violencia? ¿Por qué todos los ruidos le hacían temblar? Cuando el reloj apuntaba una hora, el escape de la campana le producía frío.

Tuvo que abrir la boca; se ahogaba, un peso le oprimía.

"¿Tendré miedo?", repitió.

No; él no podía tener miedo; estaba decidido; él no podía tener miedo, porque su resolución era firme: se batiría; ¡ya lo creo que se batiría!

Pero, sintiendo una turbación profunda, se preguntó:

"¿Es posible tener miedo, cuando no se quiere tener? ¿El miedo vence a la voluntad? "

Y le sobrecogió esta duda, esta inquietud, este espanto; si una fuerza más poderosa que su voluntad, una fuerza irresistible, e imperante, le dominara, ¿qué sucedería? El estaba seguro de ir al terreno, puesto que lo había decidido. Pero ¿lo estaba de no temblar? ¿Y si se desmayaba? ¿Si perdía el conocimiento? Y se preocupó de su compromiso, de su fama, de su nombre.

De pronto, sintió ansía de levantarse, de mirarse al espejo. Encendió la bujía. Cuando vio reflejado en el espejo su rostro desencajado, apenas lo reconoció; nunca se había visto de tal modo. Sus ojos le parecieron enormes y tristes. Su cutis, como la cera. Estaba pálido, muy pálido; amarillo.

Estaba inmóvil, en pie, delante del espejo. Sacó la lengua, como si quisiera enterarse del estado de su salud; y de pronto le hirió, como un balazo, este pensamiento:

"Pasado mañana, a estas horas, acaso estaré muerto"

Y su corazón palpitaba furiosamente.

"Pasado mañana, a estas horas, acaso estaré muerto. Esta imagen que ante mí se refleja, este yo que veo en el cristal, no existirá. ¿Es posible? Ahora me contemplo, sintiéndome vivir, y pasado mañana, a estas horas, mi cuerpo estará echado en esa cama, inmóvil, rígido, muerto, con los ojos cerrados. Frío, muy frío... "

Dirigió los ojos hacia la cama, y se vio realmente como decía, tendido. cadáver, con las manos inertes...

Le dio miedo acostarse, y pasó al gabinete para distraerse. Cogió maquinalmente un cigarro, lo encendió y se puso a pasear. Tenía frío; se acercó a la campanilla para llamar a su criado, pero se detuvo cuando tenía ya el brazo levantado para tirar del cordón

—Notaría que tengo miedo.

Y encendió lumbre.

Sus manos temblaban al tocar los objetos, con temblor nervioso. Su cabeza se desvanecía, sus pensamientos eran bruscos o dolorosos, pero tenues y sin consistencia. Sentía una embriaguez extraña, una inseguridad, como si hubiese bebido.

Y se preguntaba sin cesar: usted "¿Qué haré? ¿Qué será de mi?"

Todo su cuerpo vibraba, sacudido por estremecimientos de angustia. Luego, acercándose a la ventana, abrió las maderas.

Amanecía; un amanecer de verano. El cielo, enrojecido, bañaba en su luz naciente la ciudad y el campo. Un fulgor semejante a una caricia del sol que asomaba, envolvía el despertar de la vida. Y con aquella luz, entró en el alma de Gontrán una esperanza brutal, alegre, avasalladora. ¿Estaba loco, dejándose dominar por el terror antes que nada se decidiese, antes que sus padrinos vieran a Jorge Lamil, antes de saber si era forzoso batirse?

Se lavó, se vistió y salió resueltamente.

\*\*\*

Andando, pensaba: "Es preciso demostrar energía y resolución; muchas energías; probar que no me apuro, que no temo"

Los padrinos designados por él se ofrecieron a servirle, y después de estrecharle afectuosamente la mano, discutieron las condiciones.

El coronel preguntó:

—¿Desea usted batirse de veras?

Gontran dijo:

—Muy de veras.

El marqués preguntó:

—¿Tira usted bien a la pistola?

—Sí.

—¿Nos deja en libertad para escoger las condiciones?

Gontrán, con voz seca y entrecortada, articuló:

—Veinte pasos a lo más y guardia baja. Cambiar disparos hasta resulte un herido grave.

El coronel dijo satisfecho:

— Son condiciones excelentes, y como tira usted bien, son para usted todas las ventajas.

Los padrinos fueron a cumplir su misión, y Gontrán volvió a su casa, donde los aguardaría. Su intranquilidad, vencida un momento, aumentaba de minuto en minuto. Sentía correrle por los brazos, por las piernas, por el pecho, un estremecimiento, una vibración continua; no podía estar quieto, ni en pie, ni sentado. Se le reseca la boca, y a cada punto movía ruidosamente la lengua, como para despegarla del paladar.

Quiso desayunar, pero le fue imposible; no podía tragar. Entonces, pensando en beber para fortalecerse, pidió una botella de ron, tomando, una tras otra, seis copitas.

Un calor, semejante a una quemadura, le abrasaba las entrañas; la cabeza se le aturdía, y pensó: "Ya tengo el remedio. Esto marcha bien."

Pero al cabo de una hora se había bebido toda la botella, y, sin embargo, su agitación era intolerable. Sentía una loca necesidad de tirarse por el suelo, de grita de morder.

Avanzaba la tarde.

Un campanillazo le sofocó de tal modo, que le faltaron fuerzas para levantarse y recibir cortésmente a sus padrinos.

No se atrevió a pronunciar un sola palabra, temiendo que notaran su alteración profunda.

El coronel dijo:

—Aceptadas todas las condiciones que usted propuso. Nuestro adversario reclamaba la condición de ofendido; pero en seguida se ha conformado a todo. Su padrinos son dos militares.

—Gracias —murmuró Gontrán.

El marqués dijo:

—Excúsenos usted de que no le acompañemos un rato; pero aún queda mucho que preparar. Hace falta un médico, pues del combate ha de resultar un herido, y ya sabe usted que las balas no son cosa de juego. Hay que ver adónde vamos; un sitio que tenga próxima una casa para conducir a la víctima... Los detalles imprescindibles que faltan aún han de ocuparnos algunas horas.

—Gracias — murmuró por segunda vez Gontrán.

El coronel preguntó:

—¿Está usted seguro, tranquilo?

—Sí. muy tranquilo. Gracias.

Los padrinos se retiraron.

Al hallarse de nuevo solo, creyó enloquecer. El criado había encendido luces, y Gontrán fue a sentarse para escribir cartas. Después de escribir en un pliego de papel: "Este es mi testamento", sintiendo una sacudida se levantó, incapaz de poner en orden sus ideas, de tomar una resolución, de decidir alguna cosa. ¡Batirse! ¡Y no poder evitarlo! ¿Qué le sucedería? Estaba resuelto a batirse; su intención y su resolución eran irrevocables. Y, a pesar de todo, estaba seguro de no tener la fuerza necesaria para ir al campo y ocupar honrosamente su puesto. Imaginaba el combate, su actitud y la de su adversario, y se veía desmayado, inútil, cobarde.

Castañeteaban sus dientes. Quiso distraerse leyendo, y cogió el Código del duelo, de Chateauvillard. Luego se hizo esta pregunta:

"Mi adversario, ¿es un tirador? ¿Es persona conocida? ¿Es hombre de posición social? ¿Aristócrata? ¿Cómo saberlo?"

Recordó que tenía un libro del barón de Vaux, donde figuraban los nombres de todos los buenos tiradores de Francia. Lo examinó, sin encontrar citado a Jorge Lamil. Pero si ese hombre no estuviera seguro de su puntería no hubiese aceptado inmediatamente el arma exigida en condiciones tan duras.

Abrió una caja de Gastinne Renette y sacó una de las pistolas. Perfilándose como si fuese a tirar, levantó el brazo. Pero temblaba de pies a cabeza y hacia oscilar el cañón de la pistola.

Observándolo, se dijo: "Es imposible. No me puedo batir así."

Miró a la boca del cañón —el pequeño agujero profundo que vomita muertes— pensando en su deshonra, en las murmuraciones humillantes de los casinos, en las burlas irónicas de los salones, en el desprecio de las mujeres, en las reticencias de los periodistas, en los insultos de los cobardes.

Miraba la pistola, y levantando el gatillo descubrió el pistón, brillante como un clavo puesto al rojo. Estaba cargada por casualidad, por olvido. y esto le produjo un goce inexplicable y extraño.

Si él no mantuviese ante su adversario la correcta y noble actitud necesaria en tales ocasiones, quedaría perdido para siempre. Sería tachado, señalado con un signo de infamia y arrojado como un vil de "su mundo". La correcta y noble actitud indispensable no la conservaría; lo sospechaba. No. Era una seguridad más que una sospecha; ¡no la conservaría! Y, sin embargo, no le daba miedo la muerte; de su decisión era imposible dudar. Pero...

El pensamiento que imaginó fue interrumpido por una resolución instintiva, y, abriendo la boca, se hundió en ella bruscamente hasta la garganta el cañón de la pistola, y disparó...

Al entrar su criado, atraído por la detonación, le halló muerto. Un chorro de sangre había salpicado el papel en que poco antes Gontrán escribía:

"Este es mi testamento...."

*Le Gaulois, 27 de enero de 1884*

# *Coco*

---

*Coco*

En toda la región llamaban a la hacienda de los Lucas El Cortijo. Nadie sabía por qué. Acaso los campesinos atribuían a la palabra cortijo una idea de riqueza y extensión, pues aquella finca era seguramente la más grande, la más opulenta y ordenada de la comarca.

El inmenso cercado, rodeado por cinco hileras de magníficos árboles para resguardar contra el fuerte viento de la llanura los manzanos bajos y delicados, contenía pabellones cubiertos de tejas para conservar los forrajes y los granos, buenos establos construidos con piedra, cuadras para treinta caballos y una casa para vivienda en ladrillos rojos, que parecía un pequeño castillo.

Los estercoleros estaban bien cuidados; los perros guardianes tenían sus casetas, y toda una población de volátiles circulaba por entre la alta hierba.

A mediodía, quince personas, entre amos, mozos y criadas, se sentaban en torno a la larga mesa de la cocina, donde humeaba la sopa en una gran fuente de loza adornada con flores azules.

Los animales, caballos, vacas, puercos y corderos, estaban todos gordos, bien cuidados y limpios; y Lucas, el amo, un hombretón que empezaba a echar barriga, daba una vuelta por sus propiedades tres veces al día, vigilando todo y pensando en todo.

Conservaban, por caridad, al fondo de la cuadra, a un viejo caballo blanco, al que el ama quería mantener hasta su muerte natural, porque le había criado y tenido siempre con ella, y le evocaba muchos recuerdos.

Un zagal de quince años, que se llamaba Isidore Duval, pero a quien todo el mundo conocía por Zidore, era el encargado de cuidar a aquel animal inválido; en invierno le daba su medida de avena y su forraje, y en verano tenía que ir cuatro veces a cambiarle de sitio en la ladera, donde le dejaban atado, para que tuviera abundancia de hierba fresca.

Al animal, casi impedido, le costaba trabajo alzar sus pesadas patas, gordas por las rodillas e hinchadas sobre los cascos. Su pelo, que ya no le almohazaban nunca, estaba como canoso, y unas pestañas muy largas daban a sus ojos una expresión triste.

Cuando Zidore le llevaba a pastar, tenía que ir estirando de la cuerda, tan despacio andaba el animal; y el chico, encorvado jadeante juraba contra él, furioso de tener que cuidar a aquel viejo jamelgo.

Las gentes de la finca se divertían viendo la cólera del muchacho contra Coco y le hablaban continuamente del caballo para exasperar a Zidore. Sus compañeros le tomaban el pelo. En el pueblo le llamaban Coco-Zidore.

El chico rabiaba, y sentía nacer en su interior el deseo de vengarse del caballo. Era un muchacho alto y delgado, con las piernas muy largas, Sucio, con el pelo rojizo, espeso, duro y de punta. Parecía estúpido, hablaba tartamudeando, con mucha dificultad, como si las ideas no pudieran llegar a formarse en su alma grosera y embrutecida.

Hacía ya mucho tiempo que se asombraba de que conservaran a Coco, indignándose de ver el gasto que se hacía por aquel animal inútil. Puesto que no trabajaba, le parecía injusto alimentarle, y le fastidiaba malgastar la avena, que costaba tan cara, en aquel jaco tullido. A menudo, incluso, a pesar de las órdenes del amo Lucas, escatimaba en la alimentación del caballo, dándole sólo media medida y escatimándole la pajaza y el

heno. Y el odio iba creciendo en su confuso espíritu de niño, un odio de campesino rapaz, de campesino cazurro, feroz, brutal y cobarde.

Al llegar el verano, tuvo que empezar a ir a cambiar al animal en la pradera. Estaba lejos. El zagal, más furioso de día en día, se encaminaba con su paso desganado por entre los trigos. Los hombres que trabajaban en las tierras le gritaban para tomarle el pelo:

¡Eh, Zidore! ¡Saluda en mi nombre a Coco! No les contestaba pero, de camino, arrancaba una vara de un seto y, una vez que había dejado atado al viejo caballo en otro sitio, le dejaba que empezaba a pacer, y en seguida, acercándose traidoramente, le azotaba las corvas. El animal trataba de huir, de cocear, de escapar a los golpes, y daba vueltas al extremo de su cuerda como si estuviera encerrado en una pista. El chico le golpeaba con rabia, corriendo detrás de él, encarnizado, con los dientes apretados por la cólera.

Luego se marchaba lentamente, sin volverse, mientras el caballo le miraba partir con sus ojos de viejo, las costillas salientes, sofocado por el trote. Y no agachaba hasta la hierba su cabeza huesuda y blanca hasta que veía desaparecer a lo lejos el blusón azul del joven campesino.

Como las noches eran cálidas, ahora dejaban a Coco que durmiera al raso, a orillas del torrente, más allá del bosque. Sólo Zidore iba a verle.

El niño se divertía tirándole piedras. Se sentaba a diez pasos de él, sobre un repecho, y permanecía allí media hora, lanzando de cuando en cuando un guijarro cortante al penco, que se mantenía de pie, encadenado ante su enemigo, mirándole sin cesar, sin atreverse a pacer antes que se marchara.

El muchacho siempre le daba vueltas en su cabeza al mismo pensamiento: "¿Para qué alimentar a este caballo que no hace ya nada?" Le parecía que aquel miserable penco le robaba la comida a los otros, robaba a los hombres los bienes de Dios, le robaba también a él, Zidore, que tenía que trabajar en balde.

Poco a poco el muchacho fue disminuyendo diariamente la zona de pasto que le concedía, acortando la cuerda sujeta a la estaca.

El animal casi no comía, y adelgazaba, consumiéndose. Demasiado débil para romper su atadura, tendía su cabeza hacia la alta hierba, verde y brillante, tan cercana, cuyo olor llegaba hasta él sin que pudiera alcanzarla.

Una mañana, Zidore tuvo una idea: no volver a cambiar a Coco. Ya estaba harto de tener que ir tan lejos por aquel carcamal.

No obstante, fue a verle para saborear su venganza. El animal le miraba inquieto. Aquel día no le pegó. Se limitó a dar vueltas a su alrededor, con las manos en los bolsillos. Incluso fingió que iba a cambiarle de sitio, pero no hizo más que hundir más la estaca en su agujero, y se marchó, encantado con su ocurrencia.

El caballo, al verle partir, relinchó para llamarle; pero el zagal echó a correr, dejándole solo, completamente solo en su barranco, bien atado, y sin una brizna de hierba al alcance de su boca.

Hambriento, trató de alcanzar la lustrosa hierba que rozaba su hocico. Se puso de manos, extendió el cuello, alargó sus grandes labios babeantes. Fue inútil. Durante todo el día, el viejo animal se agotó en esfuerzos inútiles, en esfuerzos terribles. El hambre le devoraba, y aún la hacía más terrible el ver todo aquel verde alimento que se perdía hasta el horizonte.

El zagal no volvió aquel día. Vagó por los bosques buscando nidos.

Al día siguiente se presentó. Coco, extenuado se había tumbado. Al ver al muchacho se levantó, esperando que, a! fin, le cambiaran de sitio.

Pero el pequeño campesino ni siquiera tocó el mazo caído en la hierba. Se acercó, miró al animal, le lanzó al hocico una bola de tierra, que se deshizo contra el pelo blanco, y volvió a marcharse silbando. El caballo permaneció de pie mientras pudo verle; luego, dándose cuenta de que sus intentos para alcanzar la cercana hierba serían inútiles, se tendió de nuevo sobre un costado y cerró los ojos.

Al día siguiente, Zidore no acudió.

Cuando, al otro día, se acercaba a Coco, que seguía tumbado, descubrió que estaba muerto.

Permaneció de pie, contemplándole, contento de su obra Y asombrado de que todo hubiera terminado. Le tocó con el pie, alzó una de sus patas, la dejó caer, se sentó encima de él y allí se quedó, con los ojos fijos en la hierba, sin pensar en nada.

Volvió a la granja, pero no dijo lo que había ocurrido, pues aún quería tener dos horas libres para vagar por donde solía ir a cambiar de sitio al caballo.

Fue a verle al día siguiente, Volaban cuervos en torno al cadáver. Innumerables moscas se paseaban sobre él, zumbando a su alrededor.

Al regresar, dijo lo que había pasado. El animal era tan viejo, que nadie se extrañó. El amo dijo a dos criados:

—Coged las palas y haced un hoyo en el mismo sitio en que está.

Los hombres enterraron al caballo en el mismo lugar donde había muerto de hambre.

Y la hierba creció espesa, verde y vigorosa, alimentada por el pobre cuerpo.

*Le Gaulois, 21 de enero de 1884*

## *El colono*

---

*Le fermier*

El barón de Treilles me había dicho:

—¿Quiere usted inaugurar conmigo la temporada, cazando en mi finca de Marinville? Se lo agradeceré mucho. Allí estoy solo, generalmente, por dos razones: por lo difícil que resulta cazar en aquellas tierras, y porque mi casa es tan reducida, que sólo me permite hospedar en ella dos amigos a lo sumo, y han de ser de mucha confianza.

Yo acepté.

Salimos en el tren del sábado hacia Normandía. Nos apeamos en la estación de Alvimare, donde, señalando un viejo faetón al cual habla enganchado un caballo asustadizo, cuya brida sujetaba un labriego, ya canoso, el barón me indicó:

—Ahí está nuestro coche; no hay por aquí otro, amigo mío, de más lujo.

El labriego alargó la mano, y el señor se la estrechó amablemente, preguntando:

—¡Bravo, Lebrümet! ¿Nos vamos defendiendo?

—Siempre lo mismo, señor barón.

Subimos al coche, que parecía una jaula de gallinas suspendida y sacudida entre dos ruedas descomunales. Y el potro, después de un arranque violento, salió al galope, haciéndonos botar en los asientos como pelotas; cada golpe que me daba en la madera dura, me producía una impresión desagradable y dolorosa.

El viejo campesino repetía con su voz tranquila y monótona:

—¡La! ¡La! Despacio, despacio, Mostaza; despacio.

Pero Mostaza no le atendía, y continuaba saltando como una cabra.

Los dos perros, detrás de nosotros, junto al asiento vacío del faetón, asomaban la cabeza, oliscando el aire de la llanura, donde hallarían tal vez rastros de caza.

El barón miraba a lo lejos, con ojos entristecidos, la campiña normanda, ondulante y melancólica, semejante a un inmenso parque inglés; a un parque desmesurado, en donde los patios de las masías, rodeados por dos o cuatro filas de árboles y poblados de manzanos rechonchos que no permiten ver las casas, dibujan en una extensión inmensa las perspectivas de bosque, los grupos de los árboles y los macizos que proyectan los jardineros artistas al trazar los perfiles de las propiedades suntuosas.

René de Treilles murmuró de pronto:

—Me agradan estos parajes; en estas tierras tengo yo mis raíces.

Era un normando hecho y derecho, de buena estatura y fornido, un descendiente de la vieja raza de aventureros que iban fundando reinos en las orillas de todos los océanos. Tendría aproximadamente cincuenta años, y al campesino que nos acompañaba le faltaría muy poco para cumplir sesenta. Era éste un hombre fuerte y enjuto; uno de esos labriegos que parecen una osamenta revestida con piel dura, sin carne; uno de esos hombres que viven un siglo.

Después de avanzar durante dos horas por caminos pedregosos, a través de aquella llanura siempre igual, entró el vehículo en uno de aquellos patios poblados de manzanos, y se detuvo ante un viejo edificio, ruinoso, donde una criada vieja esperaba junto a un mozetón, que sujetó por las bridas el caballo.

Entramos en la casa. La cocina era espaciosa y de techo muy ennegrecido por el humo, como las paredes. Las cacerolas y los cacharros de loza, brillaban, reflejando las llamas del hogar. Un gato dormía sobre una silla; un perro estaba echado bajo la mesa. Se oía allí a leche, a manzanas, a humo, y se notaba también ese olor característico de

las viejas casas de labranza; olor del suelo, de las paredes; olor de potajes derramados en el transcurso del tiempo, de coladas hechas periódicamente, de las personas que habitaron allí; olor de corrales y establos, de bestias y de hombres; de todas las cosas y de todos los seres; olor del tiempo que pasó.

Volví a salir para observar el patio. Era muy grande, y en él abundaban los manzanos viejos, chaparrados y retorcidos, llenos de fruta, que dejaban caer sobre hierba del suelo en torno suyo. En aquel patio el perfume normando, el perfume de las manzanas, era tan penetrante como el del azahar en las costas del Mediodía.

Cuatro hileras de hayas envolvían a quel cercado. Eran tan altas que parecían tropezar en las nubes en aquella hora del amanecer, y sus copas, donde tropezaba el viento de la tarde, se agitaban, cantando una canción quejumbrosa, interminable y triste.

Me metí de nuevo en la cocina.

El barón se calentaba los pies, sentado al amor de la lumbre, oyendo al colono que le refería las novedades del país. Hablaba de casamientos, de bautizos, de muertes, de la paja de los cereales y de las alteraciones habidas en los ganados. La Veularda —una vaca comprada en Veules— había tenido un choto a mediados de junio. La cosecha de sidra no fue cosa mayor. La casta de las manzanas reinetas iban desapareciendo en aquellos contornos.

Después, comimos. Nos dieron una excelente comida rústica, sencilla y abundante, plácida y duradera. Mientras comíamos, observé la familiaridad amistosa que desde luego me había sorprendido en cuanto nos apeamos del tren y el campesino tendió la mano al barón.

Afuera, las hayas continuaban gimiendo al impulso del viento, que por la noche arrecia; y nuestros dos perros, encerrados en una cuadra, lloriqueando, aullaban de un modo siniestro. El fuego del hogar se extinguía poco a poco. La vieja criada se había ido a dormir.

Al poco rato, Lebrumet insinuó:

—Si usted no manda otra cosa y no me necesita ya, señor barón, me iré a la cama. Como no tengo costumbre de trasnochar, me caigo de sueño a estas horas.

El barón, tendiéndole una mano, le dijo:

—Acuéstese; acuéstese usted, amigo mío.

Su tono era tan amable y cordial, que, apenas nos hubo dejado solos el labriego, no pude contener esta pregunta:

—¿Lo sirve a usted muy bien su colono?

—No le distingo solamente porque me sirve; mi estimación tiene otra causa. Es una historia vieja, sencilla y triste; una dramática historia lo que me une a ese hombre. Se la voy a contar.

\*\*\*

Ya sabe usted que mi padre fue coronel de caballería. Tuvo de ordenanza a ese hombre, mozo entonces, hijo de un colono. Cuando mi padre se retiró del servicio, se llevó de criado a su ordenanza, que tendría en aquella época unos cuarenta años. Yo tenía treinta. Vivíamos en nuestras posesiones de Valrenne, próximas a Caudebec-en-Caux.

La doncella que tenía entonces mi madre era una de las mozas más bonitas que se pueden ver: delgada, esbelta, rubia, inteligente, vivaracha; una doncellita modelo, como ya no las hay. Ahora, las mujeres de su condición y de sus condiciones, al momento se lanzan a la vida galante. París las atrae, las llama, las absorbe por medio de los ferrocarriles que atraviesan los más humildes lugares, comunicándolos con la capital. París prostituye a esas mozuelas que antes no pasaban de ser labradoras o criadas



humildes. Los hombres que ahora frecuentan los más recónditos lugares, con pretextos mercantiles —gracias a lo fáciles que resultan las comunicaciones—, las descubren cuando empiezan a lucir, las engatusan y las desfloran; luego las encaminan hacia la galantería militante; por eso queda sólo para el servicio doméstico el desecho de la raza femenina: las torpes, las feas, las desapacibles, las ordinarias, las que no sirven para el vicio.

Aquella criatura era encantadora, y a veces le daba yo un achuchón o un beso al tropezarla en los pasillos. Pero no pasaba de ahí, podría jurarlo; no pasaba de ahí. Tal vez, aun proponiéndomelo, no lo hubiese logrado. La moza era muy decente; yo respetaba la casa de mamá, respetaba familia, cosa que no suelen hacer los truhanes de ahora.

Pero sucedió que el criado de mi padre, su antiguo ordenanza —mi viejo colono, a quien ha conocido usted hoy—, se enamoró como un loco de la muchacha, con un amor de novela, un amor inverosímil, absoluto, un amor ciego.

Notamos al principio que se olvidaba de todo, que no hacía nada con acierto.

Mi padre le repetía constantemente:

—Pero, Juan, ¿qué te ocurre? ¿Qué tienes? ¿En qué piensas? Dilo. ¿Estás enfermo?

Y el criado respondía:

—No, no, señor barón. Yo no tengo nada.

Enflaquecía, desmejorándose horriblemente; y destrozaba el servicio de mesa, las copas, los platos. Al llevarlas, dejaba caer las fuentes y las bandejas. Le creíamos víctima de una enfermedad nerviosa y se llamó a un médico para que le asistiera. El médico advirtió síntomas de un reblandecimiento medular. Entonces mi padre, que se interesaba mucho por su antiguo y fiel ordenanza, decidió enviarle a una casa de salud.

Al enterarse de lo que proyectaban hacer con él, Juan confesó de plano.

Un día, mientras mi padre se afeitaba, le dijo tímidamente:

—Señor barón...

—¿Qué Quieres?

—Lo que yo necesito, señor barón, lo que yo necesito no está en la farmacia ni lo recetan los médicos. Lo que yo necesito...

—¡Acaba, con dos mil diablos!

—Lo que yo necesito es casarme, señor barón.

Mi padre volvió la cabeza estupefacto:

—¿Qué has dicho? ¿Qué significa eso? ¿Qué has dicho?

—Casarme; dije "casarme", señor-barón.

—¿Casarte? Luego..., ¿luego estás enamorado..., animal?

—Sí, enamorado, señor barón.

Y mi padre dio tales risotadas, que mi madre le dijo desde su cuarto, a través de la pared:

—¿Qué te ocurre, Góntrán?

El respondió:

—Ven, ven, Catalina.

Y cuando la tuvo delante, le refirió, sin dejar de reír —con tanta risa que le hacía saltar las lágrimas— que su criado, el imbécil ordenanza, estaba sencillamente muerto de amor.

En vez de burlarse y reírse, mi madre se compadeció, preguntándole con ternura:

—¿Y ¿a qué mujer quieres de tal modo?

El criado se apresuró a decir:

—A Luisa, señora baronesa.

Mi madre replicó seriamente:

—Trataremos de arreglarlo del mejor modo posible.

Luisa fué luego interrogada por mi madre, y respondió que no desconocía el apasionamiento de Juan, que Juan se lo había declarado muchas veces, pero que no había pensado ella en casarse, no se casaría. Se negó a decir la causa.

Durante dos meses, mi padre y mi madre intentaron con frecuencia convencer a Luisa, proponiéndole que se casara con Juan. ¿Qué motivo tenía para rechazarle? Como ella juraba no querer a otro, no pudo apoyar su negativa en motivos atendibles. Y mis padres insistían. Al fin, vencieron su resistencia prometiéndole una cantidad en metálico de bastante consideración, como regalo de boda, y, además, los pusieron de colonos en esta finca.

Una vez hecha la boda, dejaron el servicio de mi casa y vinieron a ocuparse en las labores del campo.

No los vi durante mucho tiempo.

Al cabo de tres años supe que Luisa murió tísica. Pero mi padre y mi madre murieron también por entonces, y pasé lo menos otros dos años aún sin ver a Juan.

Al cabo, un otoño, a fines de octubre, se me ocurrió venir a cazar en esta propiedad, cuidadosamente administrada por mi colono, y donde, al decir del mismo, había caza muy abundante.

Llegué una tarde a esta casa; una tarde lluviosa. Me sorprendió encontrar al antiguo ordenanza de mi padre con los cabellos todo blancos. No era viejo; tendría entonces de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años.

Le hice sentar a la mesa, frente a mi, como esta noche. Llovía sin cesar, a cántaros; oíamos golpear el agua en el tejado, en los cristales, en los muros; el patio se hallaba convertido en un lago, y mi perro aullaba en la cuadra, como lo hacen el de usted y elmío ahora.

De pronto, cuando la criada se hubo retirado a dormir, el hombre murmuró:

—Señor barón...

—¿Ocurre algo, Juan?

—Tengo que decirle al señor una cosa.

—Dígame, Juan; dígame lo que quiera.

—Es que..., no sé cómo decirlo... Es una cosa que... me disgusta.

—Diga lo que sea, Juan.

—¿Se acuerda usted de Luisa, mi mujer?

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien, ella me hizo un encargo para usted.

—¿Un encargo?

—Sí... Como si dijéramos..., una confesión.

—¡Ah! Veamos.

—Yo no quisiera..., no quisiera decírselo... Pero es necesario. Luisa no murió enferma del pecho..., murió de tristeza... ¡Ya lo dije!... Murió de tristeza...

Desde que llegamos, comenzó a enflaquecer, a desmejorarse. Cambió de tal modo, que al poco tiempo se puso desconocida., señor barón. Como yo, antes de casarme con ella; pero, por lo contrario. Ella, por haberse casado conmigo.

Llamé al médico, y me dijo que todo era del hígado...; una enfermedad apática. Entonces comenzamos a comprar muchas drogas, muchas drogas, muchas drogas. Gasté más de trescientos francos en botica. Pero ella no tomó ningún remedio, no quiso tomar nada. Y me decía:

—¿Para qué voy a tomar tantas medicinas, mi pobre Juan? Si no estoy enferma; si todo pasará.

Yo vi aquello muy malo, a pesar de sus palabras consoladoras. Un día la encontré llorando. ¿Qué hacer? No supe qué hacer; no era posible que yo lo supiera. Le compré vestidos, cofias, pomadas para el cabello, unos pendientes de oro para las orejas. Nada la reanimó. Y comprendí que se moría sin remedio.

Una tarde, a fines de noviembre, me llamó desde la cama, porque no se había levantado aquel día, y me rogó que avisase al cura.

Estaba nevando y salí.

Al volver yo a casa, ella me dijo:

—Juan, he de hacerte una confesión. Eres bueno conmigo; quiero que sepas la verdad. Escúchame. Yo no he sido mala nunca, ¡nunca! ni antes, ni después de casarme contigo. El señor cura, que ha penetrado en mi conciencia, te lo podrá decir. Pues bien, Juan: muero de tristeza; muero porque me apartasteis de la casa de los señores, porque allí estaba mi vida... Es un cariño que nadie conoce... un cariño que se complacía sólo con verle..., con ver al hijo del señor barón... Con verle nada más... Cuando vine, comprendí que me moría... Viéndole, sólo viéndole, puedo vivir. Me hace falta su presencia..., su sombra..., nada más que su sombra. Nada más... Quiero que tú se lo digas..., cuando yo haya muerto... ¿Se lo dirás...? Júrame que se lo dirás... Júramelo... Juan... Es un consuelo para mí suponer que algún día él sabrá que yo no pude vivir..., que no pude vivir sin verle... Júramelo... Júramelo...

Se lo juré, señor barón; y cumplo mi promesa como un hombre honrado.

\*\*\*

¡Cáspita! No puede usted imaginar la emoción que me produjeron esas palabras en boca de un pobre diablo como Juan, cuya felicidad yo había destruido sin darme cuenta.

El mismo lo refería tristemente aquí, en esta cocina, mientras diluviaba.

Profundamente conmovido, balbucí:

—¡Qué desdicha, Juan, qué desdicha!

Y él murmuró:

—Eso ha sucedido, señor baón. Ya nadie puede remediarlo. Nadie..., No hay manera...

Oprimiéndole ambas manos, me puse a llorar, enternecido por aquella enorme desdicha.

El me dijo:

—¿Quiere usted ver la tumba?

Hice un signo de afirmación con la cabeza, porque me ahogaba el llanto y no pude hablar. Se levantó, encendió un farol y salimos los dos aguantando la lluvia torrencial que no cesaba, y cuyas gotas oblicuas, rápidas como flechas, reflejaban resplandores tenues de la luz que nos acompañaba.

Juan abrió una puerta y vi cruz de madera pintada de negro.

El me dijo entonces:

—Allí está.

Y acercó el farol a una losa de mármol que había en el suelo, para que yo leyese la inscripción:

A  
LUISA HORTENSIA MARINET,  
ESPOSA DE JUAN FRANCISCO LABRUMET,  
LABRADOR,  
FUE FIEL Y VIRTUOSA.  
QUE DIOS LA TENGA EN GLORIA

Estábamos los dos en el barro, de rodillas, con la linterna delante, y veía yo cómo rebotaba la lluvia en aquella losa de mármol. Se deshacían las gotas al chocar, escurriéndose después el agua por los cuatro perfiles de la piedra impenetrable y dura.

Yo pensaba en el corazón de la muerta... ¡Oh! ¡Pobre corazón! ¡Pobre corazón!

\*\*\*

He seguido viniendo todos los años. Y no sé por qué me turbo como un culpable viéndome junto a ese hombre, que no me guarda rencor alguno, que me perdona.

*Le Gaulois, 11 de octubre de 1886*

## *El collar*

---

*Le parure*

Era una de esas lindas y deliciosas criaturas nacidas como por un error del Destino en una familia de empleados. No tenía dote, ni esperanzas de cambiar de posición; no disponía de ningún medio para ser conocida, comprendida, querida, para encontrar un esposo rico y distinguido; y consintió que la casaran con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

No pudiendo adornarse, fue sencilla, pero desgraciada, como una mujer obligada por la suerte a vivir en una esfera inferior a la que le corresponde; porque las mujeres no tienen casta ni raza, pues su belleza, su atractivo y su encanto les sirven de ejecutoria y de familia. Su nativa firmeza, su instinto de elegancia y su flexibilidad de espíritu son para ellas la única jerarquía, que iguala a las hijas del pueblo con las más grandes señoras.

Sufría constantemente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría contemplando la pobreza de su hogar, la miseria de las paredes, sus estropeadas sillas, su fea indumentaria. Todas estas cosas, en las cuales ni siquiera habría reparado ninguna otra mujer de su casa, torturábanla y la llenaban de indignación. La vista de la muchacha bretona que les servía de criada despertaba en ella pesares desolados y delirantes ensueños. Pensaba en las antecámaras mudas, guarnecidas de tapices orientales, alumbradas por altas lámparas de bronce y en los dos pulcros lacayos de calzón corto, dormidos en anchos sillones, amodorrados por el intenso calor de la estufa. Pensaba en los grandes salones colgados de sedas antiguas, en los finos muebles repletos de figurillas inestimables y en los saloncillos coquetones, perfumados, dispuestos para hablar cinco horas con los amigos más íntimos, los hombres famosos y agasajados, cuyas atenciones ambicionan todas las mujeres.

Cuando se sentaba, a las horas de comer, delante de la mesa redonda, cubierta por un mantel de tres días, frente a su esposo, que destapaba la sopera, diciendo con aire de satisfacción: "¡Ah! ¡Qué buen caldo! ¡No hay nada para mí tan excelente como esto!", pensaba en las comidas delicadas, en los servicios de plata resplandecientes, en los tapices que pueblan las paredes de personajes antiguos y aves extrañas dentro de un bosque fantástico; pensaba en los exquisitos y selectos manjares, ofrecidos en fuentes maravillosas; en las galanterías murmuradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladea la sonrosada carne de una trucha o un alón de faisán.

No poseía galas femeniles, ni una joya; nada absolutamente y sólo aquello de que carecía le gustaba; no se sentía formada sino para aquellos goces imposibles. ¡Cuánto habría dado por agradar, ser envidiada, ser atractiva y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la cual no quería ir a ver con frecuencia, porque sufría más al regresar a su casa. Días y días pasaba después llorando de pena, de pesar, de desesperación.

Una mañana volvió a su casa el marido con expresión triunfante y agitando en la mano un ancho sobre.

—Mira, mujer —dijo—; aquí tienes una cosa para ti.

Ella rompió vivamente la envoltura y sacó un pliego impreso que decía:

"El ministro de Instrucción Pública y señora ruegan al señor y la señora de Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del Ministerio".

En lugar de enloquecer de alegría, conforme pensaba su esposo, tiró la invitación sobre la mesa, murmurando con desprecio:

—¿Qué he de hacer yo de eso?

—Creí, mujercita mía, que con ello te procuraba una gran satisfacción. ¡Sales tan poco, y es tan oportuna la ocasión que hoy se te presenta!... Te advierto que me ha costado bastante trabajo obtener esa invitación. Todos las buscan, las persiguen; son muy solicitadas y se reparten pocas entre los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Clavando en su esposo una mirada llena de angustia, le dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres que me ponga para ir allá?

No se había preocupado él de semejante cosa, y balbució:

—Pues el traje que llevas cuando vamos al teatro. Me parece muy bonito...

Se calló, estupefacto, atontado, viendo que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, lentamente, para rodar por sus mejillas. El hombre murmuró:

—¿Qué te sucede? Pero ¿qué te sucede?

Mas ella, valientemente, haciendo un esfuerzo, había vencido su pena y respondió con tranquila voz, enjugando sus húmedas mejillas:

—Nada; que no tengo vestido para ir a esa fiesta. Da la invitación a cualquier colega cuya mujer se encuentre mejor provista de ropa que yo.

El estaba desolado, y dijo:

—Vamos a ver, Matilde. ¿Cuánto te costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones; un traje sencillito?

Ella meditó unos segundos, haciendo sus cuentas y pensando asimismo en la suma que podía pedir sin provocar una negativa rotunda y una exclamación de asombro del empleadillo.

Respondió al fin, titubeando:

—No lo sé de fijo; pero creo que con cuatrocientos francos me arreglaría.

El marido palideció algo, pues reservaba precisamente esta cantidad para comprar una escopeta, pensando ir de caza en verano, a la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras los domingos.

Dijo, no obstante:

—Bien. Te doy los cuatrocientos francos. Pero trata de que tu vestido luzca lo más posible, ya que hacemos el sacrificio.

El día de la fiesta se acercaba, y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, el vestido estuvo hecho a tiempo. Su esposo le dijo una noche:

—¿Qué te pasa? Te veo desatinada y pensativa desde hace tres días.

Y ella respondió:

—Me disgusta no tener ni una alhaja, ni una sola joya que ponerme. Pareceré, de todos modos, una miserable. Casi, casi me gustarla más no ir a ese baile.

—Ponte unas cuantas flores naturales —replicóle él—. Eso es muy elegante, sobre todo en este tiempo, y por diez francos encontrarás dos o tres rosas magníficas.

Ella no quería convencerse.

Eso le parecía humillante como parecer una pobre en medio de mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

—¡Qué tonta eres! Ve a ver a tu compañera de colegio, la señora de Forestier, y ruégale que te preste unas alhajas. Eres bastante amiga suya para tomarte esa libertad.

La mujer dejó escapar un grito de alegría.

—Tienes razón. No había pensado en ello.

Al siguiente día fue a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora de Forestier fue a un armario de espejo, cogió un cofrecillo, lo sacó, lo abrió y dijo a la señora de Loisel:

—Escoge, querida.

Primero vio brazaletes; luego, un collar de perlas; luego, una cruz veneciana de oro, y pedrería primorosamente construida. Probábase aquellas joyas ante el espejo, vacilando, no pudiendo decidirse a abandonarlas, a devolverlas. Preguntaba sin cesar:

—¿No tienes ninguna otra?

—Sí, mujer. Dime qué quieres. No sé lo que a ti te agradaría.

De repente descubrió, en una caja de raso negro, un soberbio collar de brillantes, y su corazón empezó a latir de un modo inmoderado. Sus manos temblaban al ir a cogerlo. Se lo puso, rodeando con

él su cuello, y permaneció en éxtasis contemplando su imagen.

Luego preguntó, vacilante, llena de angustia:

—¿Quieres prestármelo? No quisiera llevar otra joya.

—Sí, mujer.

Abrazó y besó a su amiga con entusiasmo, y luego escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora de Loisel tuvo un verdadero triunfo. Era más bonita que las otras y estaba elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, trataban de serle presentados. Todos los directores generales querían valsar con ella. El ministro reparó en su hermosura.

Ella bailaba con embriaguez, con pasión, inundada de alegría, no pensando ya en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de aquel triunfo, en una especie de dicha formada por todos los homenajes que recibía, por todas las admiraciones, por todos los deseos despertados, por una victoria tan completa y tan dulce para un alma de mujer.

El le echó sobre los hombros el abrigo que había llevado para la salida, modesto abrigo de su vestir ordinario, cuya pobreza contrastaba extrañamente con la elegancia del traje de baile. Ella lo sintió y quiso huir, para no ser vista por las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retuvo diciendo:

—Espera, mujer; vas a resfriarte a la salida. Iré a buscar un coche.

Pero ella no le oía, y bajó rápidamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle no encontraron coche, y se pusieron a buscar, dando voces a los cocheros que veían pasar a lo lejos.

Anduvieron hacia el Sena desesperados, tiritando. Por fin pudieron hallar una de esas vetustas berlinas que sólo aparecen en las calles de París cuando la noche cierra, cual si les avergonzase su miseria durante el día.

Llevólos hasta la puerta de su casa, situada en la calle de los Mártires, y entraron tristemente en el portal. Pensaba el hombre, apesadumbrado, en que a las diez había de ir a la oficina.

La mujer se quitó el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, delante del espejo, a fin de contemplarse aún una vez más ricamente alhajada. Pero de repente dejó escapar un grito.

Su esposo, ya medio desnudo, le preguntó:

—¿Qué tienes?

Ella volvióse hacia él, acongojada.

—Tengo..., tengo... —balbució— que no encuentro el collar de la señora de Forestier.

El se irguió, sobrecogido:

—¿Eh?..., ¿cómo? ¡No es posible!

Y buscaron entre los adornos del traje, en los pliegues del abrigo, en los bolsillos, en todas partes. No lo encontraron.

Él preguntaba:

—¿Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

—Sí; lo toqué al cruzar el vestíbulo del Ministerio.

—Pero si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer. Debe de estar en el coche. —Sí. Es probable. ¿Te fijaste qué número tenía?

—No. Y tú, ¿no lo miraste?

—No.

Contempláronse aterrados. Loisel vistióse por fin.

—Voy —dijo— a recorrer a pie todo el camino que hemos traído, a ver si por casualidad lo encuentro.

Y salió. Ella permaneció en traje de baile, sin fuerzas para irse a la cama, desplomada en una silla, sin lumbre, casi helada, sin ideas, casi estúpida.

Su marido volvió hacia las siete. No había encontrado nada.

Fue a la Prefectura de Policía, a las redacciones de los periódicos, para publicar un anuncio ofreciendo una gratificación por el hallazgo; fue a las oficinas de las empresas de coches, a todas partes donde podía ofrecérsele alguna esperanza.

Ella le aguardó todo el día, con el mismo abatimiento desesperado, ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche con el rostro demacrado, pálido; no había podido averiguar nada.

—Es menester —dijo— que escribas a tu amiga enterándola de que has roto el broche de su collar y que lo has dado a componer. Así ganaremos tiempo.

Ella escribió lo que su marido le decía.

Al cabo de una semana perdieron hasta la última esperanza.

Y Loisel, envejecido por aquel desastre, como si de pronto le hubieran echado encima cinco años, manifestó:

—Es necesario hacer lo posible por reemplazar esa alhaja por otra semejante.

Al día siguiente llevaron el estuche del collar a casa del joyero cuyo nombre se leía en su interior. El comerciante, después de consultar sus libros, respondió:

—Señora, no salió de mi casa collar alguno en este estuche, que vendí vacío para complacer a un cliente.

Anduvieron de joyería en joyería, buscando una alhaja semejante a la perdida, recordándola, describiéndola, tristes y angustiados.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, un collar de brillantes que les pareció idéntico al que buscaban. Valía cuarenta mil francos, y regateándolo consiguieron que se lo dejaran en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se lo reservase por tres días, poniendo por condición que les daría por él treinta y cuatro mil francos si se lo devolvían, porque el otro se encontrara, antes de fines de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil que le había dejado su padre. Pediría prestado el resto.

Y, efectivamente, tomó mil francos de uno, quinientos de otro, cinco luises aquí, tres allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con toda clase de prestamistas. Comprometiéndose para toda la vida, firmó sin saber lo que firmaba, sin detenerse a pensar, y, espantado por las angustias del porvenir, por la horrible miseria que lo aguardaba, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue en busca del collar nuevo, dejando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.



Cuando la señora Loisel devolvió la joya a su amiga, ésta le dijo un tanto displicente: —Debiste devolvérmelo antes, porque bien pude yo haberlo necesitado.

No abrió siquiera el estuche, y eso lo juzgó la otra una suerte. Si notara la sustitución, ¿qué supondría? ¿No es posible que imaginara que se lo cambiaron de intento?

La señora de Loisel conoció la vida horrible de los menesterosos. Tuvo energía para adoptar una resolución inmediata y heroica. Era necesario devolver aquel dinero que debían. Despidieron a la criada, buscaron una habitación más económica, una guardilla.

Conoció los duros trabajos de la casa, las odiosas tareas de la cocina. Fregó los platos, desgastando sus uñitas sonrosadas sobre los pucheros grasientos y en el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños, que ponía a secar en una cuerda; bajó a la calle todas las mañanas la basura y subió el agua, deteniéndose en todos los pisos para tomar aliento. Y, vestida como una pobre mujer de humilde condición, fue a casa del verdulero, del tendero de comestibles y del carnicero, con la cesta al brazo, regateando, teniendo que sufrir desprecios y hasta insultos, porque defendía céntimo a céntimo su dinero escasísimo.

Era necesario mensualmente recoger unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo.

El marido se ocupaba por las noches en poner en limpio las cuentas de un comerciante, y a veces escribía a veinticinco céntimos la hoja.

Y vivieron así diez años.

Al cabo de dicho tiempo lo habían ya pagado todo, todo, capital e intereses, multiplicados por las renovaciones usurarias.

La señora Loisel parecía entonces una vieja. Habíase transformado en la mujer fuerte, dura y ruda de las familias pobres. Mal peinada, con las faldas torcidas y rojas las manos, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en el Ministerio, sentábase junto a la ventana, pensando en aquella fiesta de otro tiempo, en aquel baile donde lució tanto y donde fue tan festejada.

¿Cuál sería su fortuna, su estado al presente, si no hubiera perdido el collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué mudanzas tan singulares ofrece la vida! ¡Qué poco hace falta para perderse o para salvarse!

Un domingo, habiendo ido a dar un paseo por los Campos Elíseos para descansar de las fatigas de la semana, reparó de pronto en una señora que pasaba llevando a un niño cogido de la mano.

Era su antigua compañera de colegio, siempre joven, hermosa siempre y siempre seductora. La de Loisel sintió un escalofrío. ¿Se decidiría a detenerla y saludarla? ¿Por qué no? Habiéndolo pagado ya todo, podía confesar, casi con orgullo, su desdicha.

Se puso frente a ella y dijo:

—Buenos días, Juana.

La otra no la reconoció, admirándose de verse tan familiarmente tratada por aquella infeliz. Balbució:

—Pero.... ¡señora!..., no sé... Usted debe de confundirse...

—No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito de sorpresa.

—¡Oh! ¡Mi pobre Matilde, qué cambiada estás!...

—Sí; muy malos días he pasado desde que no te veo, y además bastantes miserias.... todo por ti.. .

—¿Por mí? ¿Cómo es eso?

—¿Recuerdas aquel collar de brillantes que me prestaste para ir al baile del Ministerio?

Sí; pero...

—Pues bien: lo perdí...

—¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

—Te devolví otro semejante. Y hemos tenido que sacrificarnos diez años para pagarlo. Comprenderás que representaba una fortuna para nosotros, que sólo teníamos el sueldo.

En fin, a lo hecho pecho, y estoy muy satisfecha.

La señora Forestier se había detenido.

—¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir el mío?

—Sí. No lo habrás notado ¿eh? Casi eran idénticos.

Y al decir esto, sonreía orgullosa de su noble sencillez. La señora de Forestier, sumamente impresionada, le cogió ambas manos:

—¡Oh! ¡Mi pobre Matilde! ¡Pero si el collar que yo te presté era de piedras falsas!... ¡Valía quinientos francos a lo sumo!...

*Le Gaulois, 17 de febrero de 1884*

# *¡Condecorado!*

---

*Decoré!*

Hay personas que nacen con un instinto, una vocación o, sencillamente, un deseo especial que despierta en cuanto principian a balbucir y a pensar.

El señor Sacrement, desde su infancia, tuvo una idea fija: ser condecorado. Muy niño aún, prefería siempre a los quepis, a los fusiles y espadas, las cruces de la Legión de Honor, hechas de plomo, y saludando a su mamá como un caballero, arqueaba mucho el pecho para lucir el colgajo.

No bastándole su aplicación —o su inteligencia— para conseguir el título de bachiller y queriendo emplear en algo su vida, siendo rico pudo casarse con una hermosa muchacha.

Vivían en París como burgueses distinguidos, pero sin trato social, orgullosos de conocer a un diputado, a su entender futuro ministro, y a dos o tres jefes de sección.

Pero la idea fija que Sacrement concibió en su infancia no le abandonaba, y sentíase humillado no pudiendo lucir en el ojal de su levita el menudo lazo rojo.

Los caballeros condecorados que se cruzaban con Sacrement en el bulevar le angustiaban. Al mirar sus ojales adornados, le roía un desasosiego celoso. Algunas tardes, mientras paseaba sus constantes ocios, se decía:

"A ver cuántos encuentro desde la Magdalena hasta la calle Drouot".

Despacio, inspeccionaba todos los pechos con ojos perspicaces, muy acostumbrados a descubrir la cinta roja desde lejos. Llegando al fin de su camino, se asombraba siempre de las cifras.

"¡Nueve oficiales y dieciséis caballeros! ¡Me resultan muchos! ¡Prodigan estúpidamente las condecoraciones! A ver cuántos encuentro ahora".

Y volvía lentamente, desesperándose cuando una muchedumbre apresurada interrumpía su minuciosa investigación, haciéndole tal vez pasar alguno por alto.

Sabía en qué barrios abundan más. En el del Palais Royal son frecuentes. En la avenida de la Opera no hay tantos como en la calle de la Paz. La derecha del bulevar está mejor frecuentada que la izquierda.

También era indudable que los condecorados preferían ciertos cafés y ciertos espectáculos. Cuando el señor Sacrement veía un grupo de señores de cierta edad, parados en las aceras, interrumpiendo el paso, imaginaba:

"Son oficiales de la Legión de Honor".

Y lanzábase al arrollo con deseo de saludarlos.

Los oficiales —había hecho esta observación mil veces— tienen otro porte que los sencillos caballeros; yerguen la cabeza de un modo particular. A la legua se nota que su categoría es muy diferente, que disfrutan de una consideración más elevada.

En algunas ocasiones también le acometía el furor contra todos los condecorados, manifestando una especie de odio socialista.

Y al volver a su casa, rabioso de haberse tropezado con tantísimo cintajo —como lo estaría un hambriento después de pasar frente a las vitrinas llenas de manjares— decía descomponiéndose de gesto y de voz:

—¿Cuándo nos veremos libres de un Gobierno tan cochino?

Su mujer, sorprendida, le preguntaba:

—¿Qué te sucede?

Y él respondía:

—Me sucede, que ya estoy harto de ver tanta injusticia. ¡Oh, cuánta razón tenían los comunalistas!

Después de comer salía. .. y se paraba, contemplando las cruces en los escaparates de los comercios. Detenidamente, iba examinando todos aquellos emblemas de formas distintas y variados colores. Hubiera querido tenerlas todas y, en una ceremonia pública, en un salón inmenso, ante una muchedumbre maravillada, lucirlas a la cabeza de un cortejo prendidas todas en los delanteros de una casaca, resplandeciendo como una estrella y entre los rumores de admiración y respeto.

Pero ¡ay! ¡No tenía un miserable título que le hiciese acreedor a ser condecorado!

Meditaba:

"La Legión de honor es muy difícil de conseguir para un hombre que no desempeña cargos públicos. ¿Y si me propusiera obtener las Palmas académicas?"

No sabiendo cómo intentarlo, confió a su mujer aquellos proyectos. Al oírlo, quedóse la señora estupefacta.

—¿Oficial de Academia, tú?... ¿Qué méritos hiciste?

Él se descompuso:

—¡Precisamente! Quiero saber qué méritos he de hacer para lograrlo. Antes de contestar, reflexiona lo que te dicen. Hay momentos en que pareces una estúpida.

Ella sonrió:

—Es verdad. Pero ignoro eso que tú no sabes tampoco.

El llevaba su propósito:

—Si lo preguntases al diputado Rosselin, acaso nos diese una idea luminosa. Comprenderás que no sería decoroso en mí abortar esas conversaciones. En cambio, una mujer puede preguntarlo todo; nadie lo extraña.

La señora cumplió el encargo. El diputado Rosselin prometió recomendar el asunto al ministro. Y como el señor Sacrement no le dejaba en paz, el diputado Rosselin, harto de soportar sus impertinencias, le dijo que hiciera una instancia enumerando sus méritos.

¿Qué méritos? Era preciso justificar algunos.

Y preparó un folleto acerca del Derecho del pueblo a ser instruido. No lo pudo acabar por falta de conocimientos.

Buscó asuntos más fáciles, intentando sucesivamente dos o tres. El primero: Instrucción de los niños por la simple vista. Proponía que se fundaran en los barrios pobres una especie de teatros gratuitos para las criaturas. Los padres los acompañarían desde la más tierna edad, y valiéndose de proyecciones de linterna mágica, se les facilitarían las nociones de todos los conocimientos humanos. Los ojos, instruyendo al cerebro, fijarían las imágenes en la memoria.

¿No sería bien sencillo enseñar así la Historia, la Geografía, la Botánica, la Física, la Zoología, la Anatomía, etc.

Hizo imprimir el folleto y envió un ejemplar a cada diputado, diez a cada ministro, cincuenta al presidente de la República, diez a los diarios de París y cinco a los de provincias.

En otro estudio, trató de las Bibliotecas ambulantes, proponiendo al Estado la fundación de un servicio a domicilio, hecho en carros muy semejantes a los que llevan los verduleros y fruteros.

Cada ciudadano tendría derecho a que le sirvieran para su lectura diez volúmenes mensuales, pagando cinco céntimos nada más.

"El pueblo —sostenía el señor Sacrement en su folleto— sólo se molesta para sus placeres. Puesto que no busca la instrucción, la instrucción ha de ir a buscarle".

Nadie se ocupó de sus opúsculos. Pero el autor hizo su instancia y le contestaron diciendo que se tomaría nota y se instruiría el expediente.

Aguardó creyéndolo cosa hecha...

Nada le comunicaban.

Dicióse a presentarse y solicitó audiencia del ministro de Instrucción Pública. Fue recibido por un oficial de secretaría, el cual auguró al solicitante que su pretensión era bien acogida y que la fortaleciese con estudios nuevos y nuevas publicaciones. Así lo hizo el señor Sacrement.

Al mismo tiempo, el diputado Rosselin —que por lo visto iba interesándose ya por su gloria— le dio algunos consejos prácticos y excelentes. También él estaba condecorado, lucía en el ojal un lacito rojo, sin haberse dado cuenta de los motivos que determinaron una distinción tan apetecida.

El diputado Rosselin, frecuentando mucho la casa del señor Sacrement, le indicó estudios nuevos, le presentó en sociedades especialmente consagradas a dilucidar oscuros problemas científicos para obtener honoríficas recompensas. Hasta en el Ministerio lo apadrinó.

Y un día que almorzaba con el matrimonio —lo cual era ya frecuente—, dijo el diputado Rosselin al señor Sacrement, estrechándole una mano:

He conseguido para usted algo de mucha importancia. El Comité de trabajos históricos le comisiona para que busque documentos relativos a un asunto en varias bibliotecas de Francia.

El señor Sacrement, emocionado, ya no pudo seguir comiendo.

A los ocho días emprendió su viaje.

Fue de ciudad en ciudad estudiando los catálogos, rebuscando en los desvanes de las bibliotecas atestados de libretos polvorientos, víctima de la odiosidad de los bibliotecarios.

Pero hallándose en Ruán una noche, sintió de pronto ansias de acariciar a su mujer, y tomó el tren de las nueve, que le permitiría llegar antes del amanecer a su casa.

Llevaba una llave de la puerta. Entró con sigilo, estremeciéndose de placer, gozoso de la sorpresa que preparaba. Su mujer se había cerrado por dentro en su alcoba. ¡Qué fastidio!

Entonces el señor Sacrement gritó, golpeando la puerta:

—¡Yo soy! ¡Juana!

Ella debió de sentir una impresión muy terrible, porque la oyó saltar de la cama y hablar en voz alta como cuando se padece una pesadilla. Luego, entró en su tocador, abriéndolo y cerrándolo precipitadamente, hizo muchas evoluciones por el cuarto, yendo y viniendo con los pies desnudos.

Al fin, preguntó:

—¿De veras eres tú, Alejandro?

—Sí, mujer; yo soy. ¡Abre!

Abrióse la puerta, y la mujer se arrojó en brazos del marido, balbuciendo:  
—¡Ah! ¡Qué miedo! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

El señor Sacrement, como de costumbre, comenzó a desnudarse metódicamente.

Luego descubrió, sobre una silla, el abrigo, que solía dejar en el perchero, y cogiéndolo, se quedó asombrado al ver lucir una cinta roja en el ojal de la solapa.

Tartamudeó:

—Este... este..., este abrigo... ¡está... condecorado!

Su mujer, de un brinco, lanzóse hacia él queriéndole quitar de las manos aquella prenda:

—No; deja; te equivocas... Dámelo.

Pero el señor Sacrement, teniéndolo bien agarrado, como un loco, repetía:  
—¿Por qué? ¿Por qué? Tú lo sabes; ¿qué abrigo es éste? No es el mío, puesto que lleva la cinta de la Legión de Honor.

Ella procuraba por todos los medios arrancárselo, descompuesta y turbada:

—Óyeme... Atiéndeme... Déjalo... No me hagas hablar... Es un secreto... Un secreto...

El, incomodándose, palidecía:

—¡Necesito saber qué hace aquí ese abrigo, que no es el mío!

La mujer, entonces, le dijo al oído:

—Sí... Calla..., júrame ser prudente... Escucha... ¡Sí!... ¡Estás condecorado!

Sacudióle de tal modo su emoción que, soltando el abrigo, fue a desplomarse sobre un sofá. —Que yo estoy... ¿Dices que... me han condecorado?

—Sí... Es un secreto... Un secreto.

Entre tanto, guardaba el abrigo en un armario, bajo llave, y volviéndose hacia su marido, temblorosa y pálida, prosiguió:

—Sí; es un abrigo que te mandé hacer para sorprenderte. Pero había jurado no decirte nada. Tu nombramiento no será oficial hasta que pase un mes o mes y medio, cuando termines tu comisión histórica. No debía decírtelo hasta entonces. El diputado Rosselin ha obtenido para ti ese honor.

El señor Sacrement, desfallecido, balbuceó:

—Rosselin... Rosselin... Condecorado... Me ha condecorado... A mí..., él... ¡Ah!

Tuvo que beber agua para calmarse.

Una tarjeta yacía en el suelo. El señor Sacrement la recogió, leyendo en ella:

Armando Rosselin

Diputado

—¡Lo estás viendo! ¡Inocente! —dijo la mujer. Entonces él rompió a llorar de alegría.

Y a la semana siguiente anunciaba el Diario Oficial que el señor Sacrement era nombrado caballero de la Legión de Honor, en virtud de los servicios excepcionales prestados por él mismo.

*Gil Blas, 13 de noviembre de 1883*

# *El condenado a muerte*

---

*Le condamné à mort*

*La verdad resulta a veces inverosímil.*

Y hete aquí un ejemplo.

Todos los parisienses, aquellos que regresan a París en esta estación, conocen ese largo rosario de pueblos encantadores que van de Marseilles a Génes. Llegan a esas graciosas ciudades al dejar las playas del Norte; parten de ellas en los primeros días de abril, precisamente en este momento cuando van a convertirse en verdaderos ramilletes, cuando toda la campiña es un jardín, cuando las rosas y los naranjos florecen.

Entre todos esos lugares, hay uno particularmente agradable; pero es algo más que una ciudad, es un reino, un pequeño reino, verdaderamente, un gran ducado de Gerolstein.

Colocado en lo alto de una roca arbolada que sostiene en sus espaldas un conjunto de casas blancas y su palacio principesco, el minúsculo Estado de Mónaco obedece a un soberano más independiente que el rey Makoko<sup>5</sup>, más autoritario que S. M. Guillermo de Prusia, más ceremonioso que Luis XIV de Francia.

Sin temor a las invasiones o a las revoluciones, reina en paz, con etiqueta, sobre su dichoso y pequeño pueblo, en medio de las ceremonias de una corte que todavía le saluda con una reverencia.

Tiene su general y sus ochenta soldados, su obispo, su clero, su introductor de embajadores, como el señor Grévy<sup>6</sup>, y toda la serie de funcionarios con magníficos títulos que se encuentra siempre alrededor de los soberanos absolutos convencidos de Su Majestad.

Sin embargo, este monarca no es sanguinario ni vengativo; cuando destierra, pues suele hacerlo, la sanción es aplicada con infinitos cuidados.

¿Es necesario aportar pruebas?

Un jugador obstinado, en un día de mala suerte, insultó al soberano. Fue expulsado por decreto.

Durante un mes vagó alrededor del paraíso prohibido, temiendo que la espada del arcángel se transformara en el sable de un gendarme. Un día, por fin, se atreve, atraviesa la frontera y se cuelga en treinta segundos en el corazón del país, penetrando en el Casino. Pero en seguida, un funcionario lo detiene.

—¿No está usted desterrado, señor?

—Sí, señor, pero me marcharé en el primer tren.

—En ese caso muy bien, señor, puede usted entrar.

Cada semana volvía, y cada vez el mismo funcionario le hacía la misma pregunta, a la que respondía de la misma manera.

¿Puede haber justicia más blanda?

Pero durante los últimos años, un caso muy grave y completamente nuevo se produjo en el reino.

Tuvo lugar un asesinato.

Un hombre, un monegasco, no uno de esos extranjeros errantes que se encuentran con abundancia en estas costas, un marido, en un momento de cólera, mató a su esposa.

---

<sup>5</sup> Makoko: rey de Africa, en el siglo XIX.

<sup>6</sup> Monsieur Grévy: político francés del siglo XIX.

¡Oh!, la mató sin razón, sin razón plausible. Se produjo una conmoción unánime en todo el principado.

La Corte Suprema se reunió para juzgar este caso excepcional (nunca había ocurrido un asesinato), y el miserable fue condenado a muerte por unanimidad.

El soberano, indignado, ratificó la decisión.

No faltaba más que ejecutar al criminal. Entonces surgió una dificultad. El país no poseía ni verdugo ni guillotina.

¿Qué hacer? Aceptando el consejo del ministro de Asuntos Exteriores, el príncipe entabló negociaciones con el gobierno francés para obtener en préstamo un cortador de cabezas con su aparato.

Largas deliberaciones tuvieron lugar en el Ministerio de París. Se respondió, al fin, enviando la nota de gastos por desplazamiento de maderas, andamios y del práctico. El total alcanzaba los seis mil francos.

Su Majestad monegasca pensó que la operación le costaba demasiado cara; el asesino no valía ciertamente ese precio. ¡Seis mil francos por el pescuezo de un pillito! ¡Ah, no podía ser!

Se dirigió entonces la misma demanda al gobierno italiano. Un rey, un hermano, no se mostraría sin duda tan exigente como una República.

El gobierno italiano envió una memoria que ascendía a doce mil francos.

¡Doce mil francos! Sería necesario aplicar un impuesto nuevo, un impuesto de dos francos por cada ciudadano, y esto bastaría para provocar disturbios desconocidos en el estado.

Se pensó hacer decapitar al reo por un simple soldado. Pero el general, consultado, respondió diciendo que dudaba mucho que sus hombres poseyeran la práctica suficiente en arma blanca como para desempeñar una tarea que exigía una gran experiencia en el manejo del sable.

Entonces el príncipe convocó otra vez a la Corte Suprema y le sometió este caso embarazoso.

Se deliberó largo tiempo, sin encontrar un medio factible. Al fin el primer presidente propuso conmutar la pena de muerte por la de prisión perpetua; la medida fue adoptada.

Pero se carecía de prisión. Era preciso instalar una, y fue nombrado un carcelero, quien se hizo cargo del prisionero.

Durante seis meses todo fue bien. El cautivo dormía todo el día sobre un jergón, en su reducto, y el guardián hacía lo mismo sobre una silla, ante la puerta, mirando pasar a los transeúntes.

Pero el príncipe es ahorrativo, éste es su único defecto, y se hace rendir cuentas de los más pequeños gastos de su estado (la lista no es muy larga). Se le remitió, pues, la relación de los gastos que entrañaba la creación de esa nueva función, el mantenimiento de la prisión, del prisionero y del guardián. El sueldo de este último gravaba pesadamente el presupuesto del soberano.

El soberano puso mala cara; pero cuando pensó que esto podía prolongarse largo tiempo (el condenado era joven), advirtió a su ministro de Justicia para que tomara medidas, a fin de suprimir este gasto.

El ministro consultó al presidente del tribunal, y ambos convinieron en suprimir el cargo del carcelero. El prisionero, invitado a custodiarse a sí mismo, no dejaría escapar la oportunidad de evadirse, lo que resolvería la cuestión a satisfacción de todos.

El carcelero fue devuelto, pues, a su familia, y un pinche de cocina quedó encargado simplemente de llevar la comida al reo por la mañana y por la noche. Pero el prisionero no hizo ningún intento de recuperar su libertad.



Por el contrario, un día en que habían olvidado suministrarle sus alimentos, se le vio llegar tranquilamente a reclamarlos; desde entonces, adquirió el hábito (a fin de evitarle el trabajo al cocinero) de presentarse a la hora de las comidas y compartir las viandas con la gente de servicio, de quienes se hizo amigo.

Después de desayunar, iba a dar un paseo hasta Montecarlo. A veces entraba en el Casino a arriesgar cinco francos sobre el tapete verde. Cuando ganaba, se obsequiaba con una buena comida en un hotel de renombre, luego volvía a su prisión, teniendo mucho cuidado en cerrar bien la puerta.

No pasó la noche fuera ni una sola vez.

La situación se tornó difícil, no para el condenado, sino para los jueces.

La Corte se reunió de nuevo y se decidió invitar al criminal a abandonar el estado de Mónaco.

Cuando se le comunicó esta decisión, él contestó simplemente:

—Sois muy agradecidos. ¿Qué va a ser de mí? No tengo medios de subsistencia. Carezco de familia. ¿Qué pretendéis que haga? Yo fui condenado a muerte. No me quisisteis ejecutar. No dije nada. Después, fui condenado a cadena perpetua y puesto en manos de un carcelero. Me quitasteis a mi guardián. Tampoco dije nada. Ahora me queréis obligar a abandonar el país. ¡Ah, no! Yo soy un prisionero, vuestro prisionero, juzgado y condenado por vosotros. Yo he cumplido mi pena fielmente. Permaneceré aquí.

La Corte Suprema se aterrorizó. El príncipe se encolerizó terriblemente y ordenó tomar medidas.

Se pusieron a deliberar.

Finalmente, se decidió que se ofrecería al culpable una pensión de seiscientos francos para que fuera a vivir al extranjero.

El aceptó.

Alquiló un pequeño huerto a cinco minutos del estado de su antiguo soberano y vivió feliz de su tierra, cultivando algunas legumbres y despreciando a los poderosos.

Pero la corte de Mónaco, aleccionada un poco tardíamente por este ejemplo, decidió llegar a un acuerdo con el gobierno francés; ahora nos entrega a sus condenados que nosotros ponemos a la sombra, mediante una pensión módica.

Se puede ver, en los archivos judiciales del Principado, el sorprendente decreto que regula la pensión del reo obligándolo a salir del territorio monegasco.

Certificado verdadero, sin garantía del gobierno para los detalles menores.

*Gil Blas, 10 de abril de 1884*

# *El conejo*

---

*Le lapin*

Maese Lecacheur salió a la puerta de su casa a la hora de costumbre, entre cinco y cinco y cuarto de la mañana, con objeto de vigilar a sus criados, que se disponían a emprender las diarias tareas.

Encarnado, semidormido, con el ojo derecho abierto y el izquierdo casi cerrado, se abrochaba con mil trabajos los tirantes sobre su grueso vientre, examinando, con una mirada experta, todos los rincones conocidos de su granja. Los oblicuos rayos del sol, atravesando las copas de las hayas y de los redondos manzanos del patio, hacían cantar a los gallos en el estercolero y arrullarse en el tejado a las palomas. El olor del establo salía por la puerta abierta, mezclándose el aire fresco de la mañana con el acre olor de la cuadra, donde los caballos relinchaban con la cabeza vuelta hacia la luz.

Cuando su pantalón hubo quedado sólidamente sujeto, el señor Lecacheur se puso en marcha, yendo en primer lugar al gallinero, para contar los huevos de la mañana, pues, desde hacía algún tiempo, tenía la sospecha de que le robaban.

De pronto la criada de la granja corrió a él levantando los brazos y gritando:

—¡Maese Cacheur, maese Cacheur, esta noche se han llevado un conejo!

—¿Un conejo?

—Sí, maese Cacheur; el grande gris, el de la jaula de la derecha.

El campesino abrió del todo el ojo izquierdo y dijo sencillamente:

—Veamos eso.

Y fué a verlo.

La jaula había sido despedazada y el conejo no estaba en ella.

El hombre, en quien la inquietud hizo al punto presa, volvió a cerrar el ojo derecho y se rascó la nariz. Al cabo de unos instantes de reflexión dijo a la criada, que permanecía en estúpida actitud delante de su amo:

—Ve en busca de los gendarmes. Diles que los espero inmediatamente.

Maese Lecacheur era alcalde del lugar, Pavigny-le Gras, y daba en él como amo absoluto, gracias a su dinero y posición.

En cuanto la criada desapareció, corriendo hacia el pueblo, situado a medio kilómetro de la granja, el campesino entró nuevamente en su casa, con objeto de tomar el café y hablar del suceso con su mujer.

La encontró arrodillada delante del hogar, soplando la lumbre con la boca.

Desde la puerta dijo:

—Nos han robado un conejo: el grande gris.

Ella se volvió con tal rapidez, que quedó sentada en el suelo, y mirando a su esposo con expresión desolada, exclamó:

—¿Qué dices, Cacheur? ¿Qué nos han robado un conejo?

—El grande gris.

—~El grande gris?

Y suspiró:

—¡Qué desgracia! Y ¿quién ha podido robarnos ese conejo?

Era una mujer bajita, delgada y vivaracha, limpia, muy hacendosa y entendida en los cuidados de la explotación.

Lecacheur tenía su idea.

—Ha debido de ser Pólito.

La campesina se levantó bruscamente y exclamó con furiosa voz:

—¡El ha sido! ¡El ha sido! ¡No pienses en echar la culpa a otro ¡El ha sido!  
¡Acertaste, Cacheur!

En su enjuto e irritado rostro, todo su furor campesino, toda su avaricia, toda su rabia de mujer económica contra el criado siempre sospechoso, contra la criada, sospechosa siempre, aparecían marcándose en la contracción de la boca, en las arrugas de las mejillas y de la frente.

—Y ¿qué has hecho?—le preguntó.

—He enviado en busca de los gendarmes.

Este Pólito era un jornalero que estuvo empleado durante algunos días en la granja y despedido por Lecacheur a consecuencia de una réplica insolente. Antiguo soldado, tenía fama de haber conservado de su campaña en Africa ciertas costumbres de rapiña y libertinaje. Desempeñaba para vivir toda clase de oficios. Era albañil, cavador, carretero, segador, picapedrero, leñador; pero sobre todo era holgazán; de modo que en ningún sitio estaba mucho tiempo y a cada instante debía cambiar de comarca para encontrar trabajo.

Desde el día en que entró en la granja, la mujer de Lecacheur le había detestado; ahora estaba segura de que él era el autor del robo.

A la media hora, aproximadamente, llegaron los dos gendarmes. El sargento Sénateur era alto y flaco; el gendarme Lenient, bajo y grueso.

Lecacheur les hizo tomar asiento y les enteró de lo ocurrido. Luego fueron a ver el lugar del suceso a fin de comprobar el destrozo de la jaula y recoger todas las pruebas posibles. Cuando volvieron a la cocina, el ama llenó unos vasos de vino, y al ofrecerlos a los gendarmes, les preguntó con desconfianza:

—¿Le cogerán ustedes?

El sargento, con el sable entre las piernas, se mostraba inquieto.

Ciertamente, estaba seguro de cogerle si querían decirle quién era. De lo contrario, no respondía de descubrirle por sí solo.

Después de reflexionar un buen rato, formuló esta sencilla pregunta:

—¿Conocen ustedes al ladrón?

Un gesto de malicia normanda contrajo la enorme boca de Lecacheur, que respondió:

—Conocerle, no lo conozco; pues no le vi robar. Si le hubiese visto le habría hecho comerse el conejo crudo, carne y pellejo, sin un trago de sidra para desengrasar. En cuanto a decir quién ha sido, ya es otra cosa, pues me parece que el golpe lo ha dado ese inútil de Pólito.

Y a continuación explicó extensamente sus cuestiones con Pólito, la marcha de este criado, su mirada rencorosa, lo que después había dicho de él, acumulando minuciosas e insignificantes pruebas.

El sargento, que había escuchado con mucha atención bebiéndose el contenido de su vaso, volviendo a llenarlo, miró, con gesto indiferente, a su compañero, y le dijo:

—Habrá que ir a visitar a la mujer del pastor Severino.

El gendarme sonrió, y respondió moviendo tres veces la cabeza.

La dueña de la granja se acercó entonces, y despacito, con habilidad de campesina, interrogó a su vez al sargento. Este pastor Severino era un simple, una especie de bruto, educado entre las ovejas; habiendo crecido en el campo, en medio de estos animales, no conociendo más que a ellas en el mundo, había conservado, no obstante, en el fondo del alma, el instinto de ahorro del aldeano. Debía de haber ocultado durante años y más años, en los huecos de los árboles o en los agujeros de las rocas, todo lo que ganaba, ya guardando rebaños o bien curando, con tocamientos y palabras, los esguinces de los

animales, por haberle comunicado un viejo pastor a quien reemplazara el secreto de los algebristas.

De este modo pudo comprar en pública subasta una pequeña propiedad, casa y terrenos, que valdrían tres mil francos.

Pocos meses después se supo que se casaba. Se casaba con una muchacha conocida por sus malas costumbres, criada del tabernero. Los mozos referían que esta chica, al enterarse de que el pastor tenía la bolsa bien repleta lo había seducido, conquistado, llevándole poco a poco, de noche en noche, al matrimonio.

Después, habiendo pasado por la alcaldía y por la iglesia, ella habitaba en la casa comprada por su hombre, mientras él seguía guardando sus rebaños, marchando día y noche a través de las llanuras.

El sargento añadió:

—Hace tres semanas que ese merodeador, careciendo hogar, se acuesta con ella.

El gendarme quiso hacer frase:

—Roba su cobertor a Severino.

La dueña de la granja, presa nuevamente por la rabia, por rabia acrecentada, por la cólera de mujer casada contra el desvergonzado apareamiento, exclamó:

—¡Ella ha sido, estoy segurísima! ¡Corran ustedes! ¡Ah infames, ladrones!

Pero el sargento no se movió.

—Calma — dijo—. Esperemos hasta las doce, pues él va a comer con ella todos los días. Los cogeré con las manos en la masa.

El gendarme sonreía seducido por la idea de su jefe; y Lecacheur sonreía también porque la aventura del pastor le parecía chistosa. Los maridos engañados hacen reír siempre.

\*\*\*

Acababan de dar las doce, cuando el sargento Sénateur, seguido de su compañero, dio tres suaves golpes en la puerta de una aislada casita levantada a la conclusión de un bosque, a quinientos metros del pueblo.

Se habían pegado a la pared para no ser vistos desde dentro, y esperaban. Transcurrido un minuto o dos, como no respondiera nadie, el sargento volvió a llamar.

La casa parecía deshabitada, tan profundo era el silencio; pero el gendarme Lenient, que tenía el oído fino, dijo que dentro se movía alguien.

Sénateur se enfadó entonces. No admitía que se resistiera un segundo a la autoridad, y, dando en la pared con el pomo de su sable, gritó:

— ¡Abran, en nombre de la ley!

Como la orden resultase inútil, aulló:

—Si no obedecen, descerrajo la puerta. ¡Soy el sargento de gendarmes, voto a mil diablos! Atención, Lenient.

No había acabado de hablar, cuando se abrió la puerta, y Sénateur se encontró delante de una muchacha gruesa, coloradota, mofletuda, despechugada, ventruda, ancha de caderas, una especie de hembra sanguínea y bestial; la mujer del pastor Severino. Entró.

—Vengo a visitar a usted con motivo de un pequeño proceso —dijo.

Y miró a su alrededor. Sobre la mesa, una fuente, un jarro de sidra y un vaso a medio llenar, indicaban los comienzos de una comida. En el suelo había dos cuchillos. El gendarme hizo un guiño malicioso a su jefe.

—¡Qué bien huele! —dijo el sargento.

—¡Juraría que es a conejo asado!—añadió alegremente Lenient.

—¿Quieren ustedes un vaso de lo bueno?—preguntó la campesina.

—No, gracias. Quisiera únicamente la piel del conejo que se comen ustedes.

Ella se hizo la tonta; pero temblaba.

—¿Qué conejo?

El sargento se había sentado, y se enjugaba la frente con serenidad.

—¡Vaya, vaya, patrona; no quiera hacernos creer que se alimenta con grama! ¿Qué estaba usted comiendo ahí sola para almorzar?

—¿Yo? Nada, ¡se lo juro a ustedes! Un poco de pan con manteca.

—¡Me hace usted gracia, burguesa! ¡Un poco de pan con manteca!... Se equivoca usted. Lo que ha de decir usted es un poco de conejo con manteca. ¡Mil rayos! La manteca de usted tiene un aroma exquisito. ¡Voto al infierno! Es manteca selecta; manteca superior; manteca de festín; manteca, sí, pero no manteca con pelo; estoy seguro.

El gendarme se echó a reír a carcajadas, repitiendo:

—Ya se puede apostar a que no es manteca casera.

Siendo bromista el sargento Sénateur, todos los gendarmes se habían hecho chistosos.

Añadió:

—¿Dónde esta la manteca de usted?

—¿Mi manteca?

—Sí; su manteca.

—Pues..., en el tarro.

—Y ¿en dónde está el tarro?

—¿Qué tarro?

—¡El tarro de la manteca, pardiez!

—Aquí lo tiene usted.

Y fué a buscar una vieja taza en el fondo de la cual había una capa de manteca rancia y salada. El sargento la oliscó, y, arrugando el ceño, dijo:

—No es la misma. Necesito la manteca que huele a conejo asado. ¡Ea, Lenient, abramos el ojo; mira en el aparador; yo miraré debajo de la cama.

Después de cerrar la puerta, se acercó al lecho y quiso arrastrarlo; pero no habiendo sido cambiado de sitio, al parecer, desde hacia más de medio siglo, el lecho estaba pegado a la pared. El sargento se agachó, en vista de ello, haciendo crujir su uniforme. Un botón acababa de desprendérsele.

—¡Lenient! —dijo.

—¡Mi sargento!

—Ven, muchacho; entiéndetelas con esta cama; yo soy demasiado alto para ver debajo de ella. Tomo, en cambio, a mi cargo el aparador. Levantándose, esperó, en pie, a que su subordinado ejecutase la orden.

Lenient, que era bajo y regordete, se quitó el quepis, se echó boca abajo, y con la frente pegada al suelo, miró largo rato entre el pavimento y la cama, y exclamó de pronto:

—¡Ya le cogí; ya le cogí!

—El sargento Sénateur se inclinó hacia el gendarme.

—¿Qué es lo que has cogido? ¿El conejo?

—No. ¡El ladrón!

—¿El ladrón? ¡Venga, venga!

El gendarme, estirando los brazos debajo del lecho, había agarrado algo, y tiraba con toda su fuerza. Un pie, calzado con un grueso zapatón, apareció al fin, prisionero en su mano derecha.

El sargento le asió a su vez.

—¡Hala, hala! ¡Tira!

Lenient, ya de rodillas, había agarrado la otra pierna. Pero la tarea era ruda, porque el cautivo resistía por mil medios, y últimamente apoyando las posaderas en la travesía del lecho.

—¡Hala, hala! ¡Tira!—gritó Sénateur.

Y tanto y tanto tiraron, que la barra de madera cedió y el hombre salió todo menos la cabeza de la cual aún siguió valiéndose para hacer fuerza en su escondrijo.

Apareció por fin el rostro, el furioso y consternado rostro de Pólito, cuyos brazos permanecían extendidos bajo la cama.

—¡Tira! —seguía gritando sargento.

Entonces se produjo un ruido extraño; y como los brazos seguían a los hombros, a los brazos siguieron las manos, en las cuales se vio el mango de una cacerola, y, al final del mango, la cacerola misma, que contenía un conejo asado.

— ¡Voto a cien mil legiones de demonios ¡—gritó el sargento, lleno de alegría, en tanto que Lenient sujetaba al hombre.

Y la piel del conejo, indicio aplastante, última y terrible prueba del delito, fue encontrada en el jergón.

En vista de lo cual, los gendarmes regresaron triunfalmente al pueblo con el prisionero y sus hallazgos.

Este suceso dio mucho que hablar; y ocho días después, al entrar en la alcaldía maese Lecacheur, que debía celebrar una conferencia con el maestro de escuela, supo que el pastor Severino le esperaba hacía una hora.

El hombre estaba sentado en una silla arrimada a un rincón con el cayado entre las piernas. Al ver al señor alcalde se levantó, se quitó la gorra, saludó con "Buenos días, maese Cacheur", y permaneció en pie temeroso, inquieto.

—¿Qué desea usted?—le dijo al campesino.

—Ahora lo verá, maese Cacheur. ¿Es cierto que la semana pasada le robaron a usted un conejo?

—Sí; es cierto, Severino.

—¡Ah! Muy bien. Entonces ¿la cosa es verídica?

—Sí, amigo mío.

—Y ¿quién se lo robó a usted?

—Pólito Ancas, el jornalero.

—Bien, bien. ¿Es igualmente cierto que fue encontrado debajo de mi cama?

—¿Quién? ¿El conejo?

—El conejo, y además Pólito, uno al extremo del otro.

—Sí, mi pobre Severino. Es cierto.

—Entonces ¿también eso es verídico?

—Sí. Pero ¿quién le ha contado a usted esa historia?

—Entre todos, y un poco cada uno. Yo me entiendo. Por otra parte, usted, que por ser alcalde casa a las personas, ha de saber mucho acerca del matrimonio.

—¿Cómo acerca del matrimonio?

—Sí; en lo tocante al derecho

—¿Cómo en lo tocante al derecho?

—En lo tocante al derecho del hombre, y además al derecho de la mujer.

—¡Ah, vamos! Sí, algo puedo decirte.

—Entonces, una pregunta: ¿Tiene mi mujer derecho a acostarse con Pólito?

—¿Cómo a acostarse con Pólito?

—Sí. ¿Tiene derecho, según la ley, y siendo esposa mía, a acostarse con Pólito?

—No, de ningún modo; no tiene ese derecho.

—En tal caso, si los vuelvo a coger, ¿tengo derecho a molerla a palos y a pegarle a él también?

—¡Es... es claro que sí!

—Muy bien. Nada más tenía que preguntarle. Y voy a decirle ahora por qué quería saber esto: un día de la semana pasada, sospechando algo, fui a casa de noche, y allí los hallé acostados, y no espalda con espalda ciertamente. Envié a Pólito a dormir fuera; mas no pasé de ahí porque no conocía mis derechos. En esta ocasión no los vi. Me he enterado de lo ocurrido por los demás. Hecho está lo hecho; no volvamos a hablar de la cuestión. Pero si los encuentro otra vez... ¡voto al diablo, si los encuentro! ¡Les quitaré la afición a la cosa, maese Cacheur, tan cierto como me llamo Severino!

*Gil Blas, 17 de julio de 1887*

## *La confesión (I)*

---

*La confesion*

Todo Véziers-le-Réthel había asistido al duelo y al entierro del señor Badon-Leremince, y las últimas palabras del discurso del delegado de la Prefectura se grabaron en la memoria de todos: «¡Era un modelo de honradez!»

Modelo de honradez lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su ejemplo, en su actitud, en su comportamiento, en sus negocios, en el corte de su barba y la forma de sus sombreros. Jamás había dicho una palabra que no encerrara un ejemplo, jamás había dado una limosna sin acompañarla con un consejo, jamás había tendido la mano sin que pareciera una especie de bendición.

Dejaba dos hijos: un varón y una hembra; el hijo era diputado provincial, y la hija, casada con un notario, el señor Poirel de la Voulte, una de las más encopetadas damas de Véziers.

Se mostraban inconsolables por la muerte de su padre, pues lo amaban sinceramente.

En cuanto terminó la ceremonia, regresaron a la casa del difunto y, encerrándose los tres, el hijo, la hija y el yerno, abrieron el testamento que debían conocer ellos solos, y sólo después de que el ataúd hubiera recibido tierra. Una anotación en el sobre indicaba esta voluntad.

Fue el señor Poirel de la Voulte quien rompió el sobre, en su calidad de notario habituado a estas operaciones, y, ajustándose las gafas en la nariz, leyó, con su voz apagada, habituada a detallar los contratos:

Hijos míos, queridos hijos, no podría dormir tranquilo el sueño eterno si no os hiciera, desde el otro lado de la tumba, una confesión, la confesión de un crimen cuyos remordimientos han desgarrado mi vida. Sí, he cometido un crimen, un crimen espantoso, abominable.

Tenía yo entonces veintiséis años y hacía mis primeras armas en el foro, en París, llevando la vida de los jóvenes de provincias que van a parar, sin relaciones, sin amigos, sin parientes, a esa ciudad.

Tuve una amante. Mucha gente se indigna ante esa mera palabra, «una amante», pero hay seres que no pueden vivir solos. Yo soy de esos. La soledad me llena de una terrible angustia, la soledad en el hogar, junto a la chimenea, por la noche. Me parece entonces que estoy solo en la tierra, espantosamente solo, pero rodeado por vagos peligros, por cosas desconocidas y terribles; y el tabique que me separa de mi vecino, de un vecino al cual no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que vislumbro desde mi ventana. Me invade una especie de fiebre, una fiebre de impaciencia y de temor; y el silencio de las paredes me asusta. ¡Es tan profundo y triste ese silencio de la habitación donde uno vive solo! No se trata solamente de un silencio en torno al alma, y cuando un mueble cruje, uno se estremece, hasta lo hondo del corazón, pues no espera el menor ruido en ese tétrico albergue.

Cuántas veces, nervioso, atemorizado por esa inmovilidad muda, no me habré puesto a hablar, a pronunciar palabras, sin orden ni concierto, para hacer ruido. Mi voz entonces me parecía tan extraña que también me daba miedo. ¿Hay algo más espantoso que hablar solo en una casa vacía? La voz parece de otro, una voz desconocida, que habla sin motivo, con nadie, en el aire vacío, sin ningún oído que la escuche, pues ya se sabe, antes de que se escapen en la soledad del piso, las palabras que van a salir de la



boca. Y cuando resuenan lúgubrementemente en el silencio, ya sólo parecen un eco, el eco singular de palabras pronunciadas muy bajito por el pensamiento.

Tuve una amante, una joven como todas esas jóvenes que viven en París de un oficio insuficiente para alimentarlas. Era dulce, buena, sencilla; sus padres vivían en Poissy. Ella iba a pasar unos días en su casa de vez en cuando.

Durante un año viví bastante tranquilo con ella, decidido a abandonarla cuando encontrase una señorita que me agradara lo bastante para casarme. Le dejaría a la otra una pequeña renta, puesto que está admitido, en nuestra sociedad, que el amor de una mujer debe pagarse, con dinero cuando es pobre, con regalos cuando es rica.

Pero he aquí que un día me anunció que estaba encinta. Quedé aterrado y percibí en un segundo todo el desastre de mi existencia. Se me presentó la cadena que arrastraría hasta mi muerte, por todas partes, en mi futura familia, en mi vejez, siempre: cadena de la mujer ligada a mi vida por el niño, cadena del niño que habría que criar, vigilar, proteger, al mismo tiempo que me ocultaba de él y lo ocultaba al mundo. Mi espíritu quedó trastornado con la noticia; y un confuso deseo, que no formulé, pero que sentía en mi corazón, a punto de mostrarse, como esa gente escondida detrás de las cortinas esperando a que le digan que aparezca, ¡un deseo criminal vagó por lo más hondo de mi pensamiento!

—¿Y si ocurriera un accidente? ¡Hay tantos de esos pequeños seres que mueren antes de nacer!

¡Oh! Yo no deseaba la muerte de mi amante. ¡Pobre chica, la quería mucho! Pero deseaba, quizás, la muerte del otro, antes de haberlo visto.

Nació. Tuve una familia en mi pisito de soltero, una falsa familia con un hijo, una cosa horrible. Se parecía a todos los niños. Yo no lo quería. Los padres, ya sabéis, sólo aman más adelante. No tienen la ternura instintiva y violenta de las madres; es preciso que el cariño se despierte poco a poco, que su espíritu vaya cobrando afecto mediante los lazos que se anudan cada día entre los seres que viven juntos.

Transcurrió un año más; yo huía ahora de mi casa, demasiado pequeña, donde tropezaba a cada paso con pañales, con mantillas, con calcetines del tamaño de guantes, con mil cosas de todas clases dejadas en un mueble, sobre el brazo de un sillón, en todas partes. Huía sobre todo para no oírlo gritar, pues gritaba a cada momento: cuando lo mudaban, cuando lo lavaban, cuando lo tocaban, cuando lo acostaban, cuando lo levantaban, sin cesar.

Había entablado algunas amistades y encontré en un salón a la que sería vuestra madre. Me enamoré y el deseo de casarme con ella despertó en mí. La cortejé; la pedí en matrimonio; me la concedieron.

Y me encontré cogido en una trampa. —Casarme, teniendo un hijo, con aquella joven a la que adoraba— o bien decir la verdad y renunciar a ella, a la felicidad, al futuro, a todo, pues sus padres, personas rígidas y escrupulosas, no me la hubieran entregado, de haberlo sabido.

Pasé un horrible mes de angustias, de torturas morales; un mes en el que me obsesionaron mil ideas espantosas; y sentía crecer en mi interior el odio contra mi hijo, contra aquel pedacito de carne viva y chillona que obstaculizaba mi camino, cortaba mi vida, me condenaba a una existencia en la que no podía esperar nada, sin todas esas vagas esperanzas que constituyen el encanto de la juventud.

Pero he aquí que la madre de mi compañera cayó enferma, y me quedé solo con el niño.

Estábamos en diciembre, hacía un frío terrible. ¡Qué noche! Mi amante acababa de marcharse. Yo había cenado solo en mi angosta sala y entré despacito en la habitación donde el pequeño dormía.

Me senté en un sillón al amor de la lumbre. El viento soplaba, hacía crujir los cristales, un viento seco de helada, y yo veía, a través de la ventana, brillar las estrellas con esa luz aguda que tienen en las noches gélidas.

Entonces, la obsesión que me perseguía desde hacía un mes penetró de nuevo en mi cabeza. Mientras yo seguía inmóvil, descendía sobre mí, entraba en mí y me consumía. Me consumía como consumen las ideas fijas, como los cánceres deben consumir las carnes. Estaba allí, en mi cabeza, en mi corazón, en mi cuerpo entero, me parecía; y me devoraba, como hubiera hecho un animal. Yo quería expulsarla, rechazarla, abrir mi pensamiento a otras cosas, a esperanzas nuevas, como se abre una ventana al viento fresco de la mañana para expulsar el aire viciado de la noche; pero no podía, ni siquiera un segundo, hacerla salir de mi cerebro. No sé cómo expresar esta tortura. Me roía el alma; y yo sentía con un espantoso dolor, un verdadero dolor físico y moral, cada una de sus dentelladas.

¡Mi existencia estaba acabada! ¿Cómo saldría de esta situación? ¿Cómo retroceder, y cómo confesar?

Y yo amaba a la que iba a convertirse en vuestra madre con una pasión loca, que el insuperable obstáculo exasperaba aún más.

Una cólera terrible crecía dentro de mí, me oprimía la garganta, una cólera que rozaba con la locura... ¡con la locura! ¡Sí, estaba loco, aquella noche!

El niño dormía. Me levanté y lo miré dormir. Era él, aquel aborto, aquella larva, aquella nadería lo que me condenaba a una infelicidad sin remedio.

Dormía con la boca abierta, enterrado bajo las mantas, en una cuna, junto a mi cama, ¡donde yo no podría dormir!

¿Cómo realicé lo que hice? ¿Acaso lo sé? ¿Qué fuerza me empujó, qué maléfico poder me poseyó? ¡Oh! La tentación del crimen me llegó sin que la sintiera anunciarse. Recuerdo solamente que el corazón me latía espantosamente. Latía con tanta fuerza que lo oía como se oyen unos martillazos detrás de los tabiques. ¡Sólo recuerdo eso! ¡Mi corazón latía! En mi cabeza había una extraña confusión, un tumulto, un desorden de toda razón, de toda sangre fría. Estaba en una de esas horas de pavor y de alucinación en las que el hombre ya no tiene conciencia de sus actos ni rige su voluntad.

Levanté suavemente las mantas que tapaban el cuerpo de mi hijo; las eché a los pies de la cuna, y lo vi, desnudo. No se despertó. Entonces me dirigí a la ventana, despacio, muy despacito, y la abrí.

Un soplo de aire helado entró como un asesino, tan frío que retrocedí ante él; y las dos velas palpitaron. Y me quedé de pie junto a la ventana, sin atreverme a darme la vuelta, como para no ver lo que ocurría a las espaldas, y sintiendo sin cesar deslizarse sobre mi frente, sobre mis mejillas, sobre mis manos, el aire mortal que seguía entrando. Esto duró mucho tiempo.

No pensaba en nada, no reflexionaba en nada. De repente una tosecita hizo que un horrible escalofrío me recorriera de pies a cabeza, un escalofrío que siento aún en este momento, en la raíz de los cabellos. Y con un movimiento asustado cerré bruscamente las dos hojas de la ventana, y después, volviéndome, corrí hacia la cuna.

El seguía durmiendo, con la boca abierta, completamente desnudo. Toqué sus piernas; estaban heladas, y las tapé.

Mi corazón de pronto se enterneció, se rompió, se llenó de piedad, de ternura, de amor hacia aquel pobre inocente que había querido matar. Besé un buen rato, sus finos cabellos; y después volví a sentarme ante el fuego.

Pensaba con estupor, con horror, en lo que había hecho, preguntándome de dónde provienen esas tormentas del alma en las que el hombre pierde toda noción de las cosas,

toda autoridad sobre sí mismo, y actúa con una especie de enloquecida embriaguez, sin saber lo que hace, sin saber a dónde va, como un barco en un huracán.

El niño tosió una vez más, y me sentí desgarrado hasta el fondo del alma. ¿Y si se muriese? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué sería de mí?

Me levanté para ir a mirarlo; y, con una vela en la mano, me incliné sobre él. Al verlo respirar con tranquilidad, me serené; pero tosió por tercera vez; y sentí tal sacudida, hice tal movimiento de retroceso, como cuando estamos trastornados ante la vista de algo horroroso, que dejé caer la vela.

Al ponerme en pie tras haberla recogido, me di cuenta de que tenía las sienes bañadas en sudor, ese sudor caliente y helado al mismo tiempo que producen las angustias del alma, como si algo del espantoso sufrimiento moral de esa tortura inefable que es, en efecto, ardiente como el fuego y fría como el hielo, transpirase a través de los huesos y de la piel del cráneo.

Y me quedé hasta que se hizo de día inclinado sobre mi hijo, calmándome cuando estaba un buen rato tranquilo, y traspasado por abominables dolores cuando una débil tos salía de su boca.

Se despertó con los ojos rojos, la garganta obstruida, un aire doliente.

Cuando entró mi asistenta, la envié en seguida a buscar un médico. Llegó al cabo de una hora, y pronunció, tras haber examinado al niño:

«¿No habrá cogido frío?»

Me puse a temblar como tiemblan las personas muy viejas, y balbucí:

«No, no creo.»

Después pregunté:

«¿Qué tiene? ¿Es algo grave?»

Respondió:

«Aún no lo sé. Volveré esta tarde.»

Volvió por la tarde. Mi hijo había pasado casi todo el día en una modorra invencible, tosiendo de vez en cuando.

Por la noche se declaró una pleuresía.

Y la cosa duró diez días. No puedo expresar lo que sufrí durante esas interminables horas que separan la mañana de la noche y la noche de la mañana.

Murió.

Y desde... desde ese momento, no he pasado una hora, no, ni una sola hora, sin que el recuerdo atroz, punzante, ese recuerdo que roe, que parece retorcer el espíritu al desgarrarlo, no se agitate en mí como un animal furioso encerrado en el fondo de mi alma.

¡Oh! ¡Si hubiera podido volverme loco!...

El señor Poirel de la Voulte se sacó las gafas con un movimiento que le era familiar cuando había acabado la lectura de un contrato; y los tres herederos del muerto se miraron, sin decir una palabra, pálidos, inmóviles.

Al cabo de un minuto, el notario prosiguió:

«Hay que destruir esto.»

Los otros dos bajaron la cabeza en señal de asentimiento. Él encendió una vela, separó cuidadosamente las páginas que contenían la peligrosa confesión de las páginas que contenían las disposiciones sobre el dinero, después las acercó a la llama y las arrojó a la chimenea.

Y contemplaron cómo se consumían las hojas blancas. Pronto no formaron sino una especie de montoncitos negros. Y como se veían aún algunas letras que se dibujaban en blanco, la hija, con la punta del pie, aplastó a golpecitos la ligera costra del papel chamuscado, mezclándola con las cenizas viejas.

Después se quedaron aún los tres algún tiempo mirando aquello, como si temieran que el secreto quemado escapase por la chimenea.

*Le Figaro, 10 de noviembre de 1884.*

## *La confesión (II)*

---

*La confesión*

Cuando el capitán Héctor Marie de Fontenne se casó con la señorita Laurine de Estelle, padres y amigos juzgaron que serían una mala pareja.

La señorita Laurine, bonita, menuda, frágil, rubia y atrevida, tenía a los doce años la seguridad de una mujer de treinta. Era una de esas pequeñas parisienses precoces que parecen nacidas con toda la ciencia de la vida, con todos los ardides de la mujer, con todas las audacias de la mente, con esa profunda astucia y esa flexibilidad de espíritu que hacen que ciertos seres parezcan fatalmente destinados, hagan lo que hagan, a burlar y engañar a los demás. Todas sus acciones parecen premeditadas, todos sus pasos calculados, todas sus palabras cuidadosamente pesadas, su existencia no es sino un papel que representan de cara a sus semejantes.

Era también encantadora; muy risueña, tanto que no sabía contenerse ni calmarse cuando una cosa le parecía graciosa y divertida. Se reía en la cara de la gente de la manera más imprudente, pero con tanta gracia que nadie se enfadaba nunca.

Era rica, muy rica. Un sacerdote sirvió de intermediario para la boda con el capitán De Fontenne. Educado en una casa de religiosos, de la forma más austera, este oficial había aportado al regimiento unas costumbres conventuales, principios muy rígidos y una intolerancia total. Era uno de esos hombres que se convierten infaliblemente en santos o en nihilistas, en quienes las ideas se instalan como dueñas absolutas, cuyas creencias son inflexibles y las resoluciones inquebrantables.

Era un mozo alto y moreno, serio, severo, ingenuo, de espíritu simple, corto y obstinado; uno de esos hombres que pasan por la vida sin comprender jamás sus entresijos, matices y sutilezas, que no adivinan nada, no sospechan nada, y no admiten que otros piensen, juzguen, crean o actúen de otro modo que ellos.

La señorita Laurine lo vio, lo caló de inmediato y lo aceptó por marido.

Formaron una excelente pareja. Ella fue flexible, hábil y prudente, supo mostrarse tal como debía ser, siempre propensa a buenas obras y a fiestas, asidua a la iglesia y al teatro, mundana y rígida, con un airecillo de ironía, con un resplandor en los ojos cuando charlaba gravemente con su grave esposo. Le contaba sus actos caritativos con todos los curas de la parroquia y de los alrededores, y aprovechaba esas piadosas ocupaciones para estar fuera de casa de la mañana a la noche.

Pero algunas veces, en pleno relato de alguna acción benéfica, la asaltaba de repente una risa loca, una risa nerviosa imposible de contener. El capitán se quedaba sorprendido, inquieto, algo chocado frente a su mujer que se ahogaba. Cuando se había calmado un poco, le preguntaba: "¿Qué es lo que le pasa, Laurine?" Ella respondía: "¡No es nada! El recuerdo de una cosa muy chusca que me ocurrió." Y contaba cualquier historia.

Ahora bien, durante el verano de 1883, el capitán Héctor de Fontenne participó en las grandes maniobras del 32 cuerpo de Ejército.

Una noche que acampaban en las cercanías de una ciudad, después de diez días de tienda y de campo raso, diez días de fatiga y privaciones, los camaradas del capitán resolvieron ofrecerse una buena cena.

El señor De Fontenne se negó al principio a acompañarlos; después, como su negativa los sorprendía, accedió.

Su vecino de mesa, el comandante De Favré, mientras conversaba sobre las operaciones militares, única cosa que apasionaba al capitán, le servía de beber copa tras copa. Había hecho mucho calor durante el día, un calor pesado, agostador, excitante; y el capitán bebía sin pensar en ello, sin darse cuenta de que poco a poco una alegría nueva penetraba en su interior, cierta alegría viva, ardiente, una dicha de existir llena de deseos despertados, de apetitos desconocidos, de esperas indecisas.

A los postres estaba achispado. Hablaba, reía, se agitaba presa de una embriaguez ruidosa, una embriaguez loca de hombre ordinariamente prudente y tranquilo.

Alguien propuso ir a rematar la velada en el teatro; acompañó a sus camaradas. Uno de éstos reconoció a una actriz a la que había amado, y se organizó una cena a la que asistió parte del personal femenino de la compañía.

El capitán despertó al día siguiente en una habitación desconocida y en los brazos de una mujercita rubia, que le dijo, al verle abrir los ojos: " ¡Buenos días, gatito!"

Al principio no comprendió; después, poco a poco, los recuerdos regresaron, aunque un poco enturbiados.

Entonces se levantó sin decir una palabra, se vistió y vació su bolsa sobre la chimenea.

Lo asaltó la vergüenza cuando se vio de pie, de uniforme, el sable al costado, en aquel alojamiento amueblado, de cortinas ajadas, cuyo sofá, salpicado de manchas, tenía una pinta dudosa, y no se atrevía a irse, a bajar la escalera, en la que se encontraría con gente, a pasar por delante del portero, y sobre todo a salir a la calle, ante los ojos de transeúntes y vecinos.

La mujer repetía sin cesar: "¿Qué es lo que te pasa? ¿Has perdido la lengua? ¡Pues ayer la tenías bien larga! ¡Vaya patán!"

La saludó ceremonioso y, decidiéndose a huir, se dirigió a su domicilio a grandes zancadas, persuadido de que se adivinaba por sus modales, por su aspecto, por su rostro, que salía de casa de una moza.

Y lo atenazó el remordimiento, un remordimiento agobiador de hombre rígido y escrupuloso.

Se confesó, comulgó; pero seguía incómodo, perseguido por el recuerdo de su caída y por la sensación de una deuda, de una deuda sagrada contraída con su mujer.

Sólo volvió a verla al cabo de un mes, pues había ido a pasar con sus padres la temporada de las grandes maniobras.

Fue hacia él con los brazos abiertos, la sonrisa en los labios. La recibió con una embarazada actitud de culpable; y se abstuvo casi de hablarle hasta la noche.

En cuanto se encontraron a solas, ella le preguntó:

" ¿Qué tiene usted, amigo mío? Lo encuentro muy cambiado. "

Respondió, con tono fastidiado:

"Nada, querida, absolutamente nada.

—Perdón, lo conozco bien, y estoy segura de que le pasa algo: una preocupación, un pesar, una molestia, ¡yo qué sé!

—Pues bien, sí, tengo una preocupación.

—¡Ah! ¿Cuál?

—Me es imposible decírselo.

—¿A mí? ¿Y por qué? Me inquieta usted.

—No puedo darle razones. Me es imposible decírselo."

Ella se había sentado en un confidente, y él caminaba de arriba abajo, las manos a la espalda, evitando la mirada de su mujer. Esta prosiguió:

"Veamos, tengo que confesarlo, es mi deber, y que exigirle la verdad, estoy en mi derecho. No puede usted tener secretos para mí, al igual que no puedo tenerlos yo con usted."

El articuló, dándole la espalda, enmarcado en la alta ventana: "Querida, hay cosas que más vale no decir. La que me inquieta se cuenta entre ellas."

Ella se levantó, cruzó la habitación, lo cogió del brazo y, forzándolo a volverse, le puso las dos manos en los hombros; después, sonriente, mimosa, los ojos alzados:

"Vamos, Marie (lo llamaba Marie en las horas de ternura), no puede ocultarme nada. Creería que había hecho usted algo malo."

El murmuró: "He hecho algo muy malo."

Ella dijo con alegría:

" ¡Oh! ¿Tan malo? ¡Me extraña mucho en usted! "

El respondió vivamente: "No le diré nada más. Es inútil insistir."

Pero ella lo atrajo hasta el sillón, lo obligó a sentarse, se sentó en su pierna derecha, y besando con un besito ligero, con un beso rápido, alado, la punta rizada de su bigote:

"Si no me dice nada, nos enfadaremos para siempre."

Murmuró, desgarrado por los remordimientos y torturado de angustia: "Si le dijera lo que he hecho, no me perdonaría jamás.

— Al contrario, amigo mío, le perdonaré en seguida.

—No, es imposible.

—Se lo prometo.

—Le digo que es imposible.

—Le juro que le perdono.

—No, querida Laurine, no podría.

—¡Qué ingenuo es usted, amigo mío, por no decir bobo! Al negarse a decirme lo que ha hecho, me dejará creer en cosas abominables; y pensaré siempre en ello, y le guardaré rencor, tanto por su silencio como por su desconocida fechoría. Mientras que si usted habla con toda franqueza, mañana ya lo habré olvidado.

—Es que...

—¿Qué? "

Se ruborizó hasta las orejas, y con voz seria:

"Me confieso con usted como me confesaría con un sacerdote, Laurine. "

Apareció en sus labios la rápida sonrisa que adoptaba a veces al escucharlo, y en tono levemente burlón:

"Soy toda oídos."

El prosiguió:

"Usted sabe, querida, lo sobrio que soy. Sólo bebo vino con agua, y licores nunca, ya lo sabe.

—Sí, lo sé.

—Pues bien, figúrese que, hacia el final de las grandes maniobras, me dejé llevar a beber un poco, una noche, cuando estaba muy alterado, muy fatigado, muy cansado y...

—¿Se achispó un poco? ¡Huy, qué feo!

—Sí, me achispé."

Ella había adoptado un aire severo:

"Pero, ¿borracho del todo, confíeselo, borracho hasta no poder dar un paso?"

—¡Oh! No, no tanto. Había perdido la razón, pero no el equilibrio. Hablaba, reía, estaba loco."

Como enmudecía, ella preguntó:

"¿Eso es todo?"

—No.

—¡Ah! Y..., ¿después?

—Después... cometí... cometí una infamia."

Ella lo miraba inquieta, un poco turbada, también conmovida.

"¿Qué infamia, amigo mío?

—Cenamos con... con unas actrices..., y no sé cómo ocurrió, ¡pero la engañé, Laurine!

Había pronunciado esto con un tono grave, solemne. Ella tuvo una pequeña sacudida, y sus ojos se iluminaron con una brusca alegría, una alegría profunda, irresistible.

Dijo: "Usted..., usted..., usted me ha..."

Y una risita seca, nerviosa, entrecortada, se deslizó entre sus dientes por tres veces, dejándola sin palabras.

Intentaba recuperar la seriedad; pero cada vez que iba a pronunciar una palabra, la risa temblaba en el fondo de su garganta, brotaba, al punto detenida, volvía a salir, salía como el gas de una botella de champán destapada, cuya espuma no se puede contener. Se ponía la mano en los labios para calmarse, para hundir en su boca esta desdichada crisis de gozo; pero la risa se le escapaba entre los dedos, le agitaba el pecho, brotaba a su pesar. Tartamudeaba:

"Usted..., usted... me ha engañado... ¡Ja! ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja! "

Y lo miraba con un aire singular, tan chancero, a su pesar, que él permanecía cortado, estupefacto.

Y de repente, no aguantando más, ella estalló... Entonces se echó a reír, con una risa que parecía un ataque de nervios. Grititos entrecortados salían de sus labios, llegados, al parecer, del fondo del pecho; y con las dos manos apoyadas en la boca del estómago, le daban largos accesos de tos que la ahogaban, como los accesos de la tos ferina.

Y cada esfuerzo que hacía para calmarse provocaba un nuevo ataque, cada palabra que quería decir la hacía desternillarse más.

"Mí... mi... mi... pobre amigo... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja! "

El se levantó, dejándola sola en el sillón, y poniéndose de pronto muy pálido, dijo:

"Laurine, está usted más que inconveniente."

Ella balbució, en un delirio de gozo:

"¡Qué... qué quiere... no... no... no puedo... qué... qué gracioso es usted! ... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ... "

El se ponía lívido y la miraba ahora con los ojos fijos, en los que despertaba una idea extraña. De repente abrió la boca como para gritar algo, pero no dijo nada, giró sobre sus talones y salió batiendo la puerta.

Laurine, doblada en dos, agotada, desfalleciente, seguía riéndose con una risa agonizante, que se reanimaba a veces, como la llama de un incendio casi apagado.

*Gil Blas, 12 de agosto de 1884*



## *La confesión (III)*

---

*La confesion*

Marguerite de Thérèlles iba a morir. Aunque no contaba sino cincuenta y seis años, aparentaba al menos setenta y cinco. Jadeaba, más blanca que sus sábanas sacudida por espantosos temblores, el rostro convulso, los ojos despavoridos, como si viera una horrible aparición.

Su hermana Suzanne, seis años mayor que ella, sollozaba de rodillas junto a la cama. En una mesita contigua al lecho de la agonizante había, sobre una servilleta, dos velas encendidas, pues esperaban al sacerdote que debía administrar la extremaunción y la última comunión.

El piso tenía ese aspecto siniestro que tienen las habitaciones de los moribundos, ese aire de desesperado adiós. Frasquitos desparramados sobre los muebles, ropas desparramadas en los rincones, empujadas de un puntapié o de un escobazo. Los mismos asientos en desorden parecían asustados, como si hubieran corrido en todas las direcciones. La temible muerte estaba allí escondida, a la espera.

La historia de las dos hermanas era enternecedora. Se la citaba muy lejos; había hecho llorar muchos ojos.

Suzanne, la mayor, había sido locamente amada, antaño, por un joven a quien ella también amaba. Estuvieron prometidos, y sólo se esperaba el día fijado en las capitulaciones, cuando Henry de Sampierre murió de repente.

La desesperación de la joven fue horrorosa, y juró que nunca se casaría. Mantuvo su palabra. Se vistió con ropas de viuda y ya no se las quitó nunca.

Entonces su hermana, su hermana pequeña, Marguerite, que no tenía aún más de doce años, acudió una mañana a arrojarle en brazos de la mayor, y le dijo:

—Hermanita, no quiero que seas desgraciada. No quiero que llores toda tu vida. No te abandonaré jamás, ¡jamás, jamás! Tampoco yo me casaré. Me quedaré a tu lado siempre, siempre, siempre.

Suzanne la abrazó enternecida por aquella abnegación infantil, y no creyó en ella.

Pero también la pequeña mantuvo su palabra y, a pesar de los ruegos de sus padres, a pesar de las súplicas de la mayor, no se casó nunca. Era bonita, muy bonita; rechazó a muchos jóvenes que parecían amarla; nunca se separó de su hermana.

Vivieron juntas todos los días de su existencia, sin separarse ni una sola vez. Caminaron una al lado de otra, inseparablemente unidas. Pero Marguerite pareció siempre triste, abrumada, más taciturna que la mayor, como si su sublime sacrificio la hubiese destrozado. Envejeció más pronto, tuvo canas desde la edad de treinta años y, con frecuencia indispuesta, parecía afectada por un desconocido mal que la consumía.

Ahora iba a morir la primera.

Ya no hablaba desde hacía veinticuatro horas. Había dicho solamente, con las primeras luces de la aurora:

—Id a buscar al señor cura, llegó el momento.

Y a continuación se había quedado de espaldas, sacudida por espasmos, con los labios agitados como si terribles palabras ascendieran desde su corazón, sin poder salir, con mirada enloquecida de espanto, tremenda a la vista.

Su hermana, desgarrada por el dolor, lloraba desconsoladamente, con la frente apoyada en la cama, y repetía:

—Margot, mi pobre Margot, ¡pequeña mía!

Siempre la había llamado "pequeña mía", lo mismo que la menor la había llamado siempre "hermanita".

Se oyeron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Apareció un monaguillo, seguido por un anciano sacerdote con sobrepelliz. En cuanto lo vio, la moribunda se sentó con una sacudida, abrió los labios, balbució dos o tres palabras y empezó a rascar la sábana con las uñas como si hubiera querido hacer un agujero.

El padre Simon se acercó, le cogió la mano, la besó en la frente y, con voz dulce:

—Dios la perdone, hija mía; tenga valor, ha llegado la hora, hable.

Entonces Marguerite, tiritando de pies a cabeza, agitando toda la cama con sus movimientos nerviosos, balbució:

—Siéntate, Hermanita, escucha.

El sacerdote se inclinó hacia Suzanne, que seguía desplomada junto al lecho, la levantó, la sentó en un sillón y, cogiendo en cada mano una mano de ambas hermanas, pronunció:

—¡Señor, Dios mío! Dadles fuerzas, manifestadles vuestra misericordia.

Y Marguerite empezó a hablar. Las palabras salían de su garganta una a una, roncadas, medidas, como extenuadas.

—Perdón, perdón, ¡hermanita, perdóname! ¡Oh! Si supieras cuánto miedo he tenido de este momento, ¡durante toda la vida!...

Suzanne balbució, entre lágrimas:

—¿Qué tengo que perdonarte, pequeña? Me lo diste todo, me lo sacrificaste todo; eres un ángel...

Pero Marguerite la interrumpió:

—¡Calla, calla! Déjame hablar..., no me detengas... Es espantoso... déjame contarlo todo..., hasta el final, sin moverte... Escucha... ¿Te acuerdas..., te acuerdas... de Henry..?

Suzanne se estremeció y miró a su hermana. La menor prosiguió:

—Es preciso que lo oigas todo para comprenderlo. Yo tenía doce años, sólo doce años, lo recuerdas perfectamente, ¿verdad? Y estaba muy mimada, ¡hacía todo lo que quería!... ¿Te acuerdas de cómo me mimaban?... Escucha... La primera vez que vino, llevaba unas botas de charol; bajó del caballo delante de la escalinata, y se disculpó por su atuendo, pero venía a traerle una noticia a papá. Te acuerdas, ¿verdad?... No digas nada..., escucha. Cuando lo vi, quedé muy impresionada, tan guapo lo encontré, y permanecí en pie en un rincón del salón todo el tiempo que él estuvo hablando. Los niños son singulares... y terribles... ¡Oh!, sí... ¡me hizo soñar!

"Regresó... varias veces... yo lo miraba con los ojos muy abiertos, con toda mi alma... yo estaba crecida para mi edad... y era mucho más astuta de lo que pensaba. Regresó a menudo... Yo no pensaba más que en él. Pronunciaba en voz muy baja:

"—Henry... ¡Henry de Sampierre!

"Después se dijo que iba a casarse contigo. Me dio una pena... ¡oh!, Hermanita... una pena... ¡una pena! Lloré durante tres noches, sin dormir. Él volvía todos los días, por la tarde, después del almuerzo... ¿te acuerdas, verdad? No digas nada..., escucha. Le hacías pasteles que le gustaban mucho... con harina, mantequilla y leche... ¡Oh, sé perfectamente cómo!... Podría hacerlos aún si fuera preciso. Él los tragaba de un solo bocado, y después tomaba un vaso de vino..., y después decía: "Deliciosos". ¿Te acuerdas de cómo lo decía?

"Yo estaba celosa, ¡celosa!... Se acercaba el momento de tu boda. Sólo quedaban quince días. Me volvía loca. Me decía:

"No se casará con Suzanne, no ¡no quiero!... Se casará conmigo, cuando sea mayor. Jamás encontraré a nadie a quien ame tanto..? Pero una noche, diez días antes de la fecha fijada, te paseaste con él por delante de la casa, al claro de luna... y allá... bajo el

abeto, bajo el gran abeto... te estrechó... estrechó... entre sus brazos... tanto tiempo... ¿Te acuerdas, verdad? Probablemente era la primera vez..., sí... ¡Estabas tan pálida al entrar en el salón!

"Yo os vi; estaba allí, detrás de un macizo. ¡Me dio una rabia! ¡De haber podido, os hubiera matado!

"Me dije: "No se casará con Suzanne, ¡jamás! No se casará con nadie. Yo sería demasiado desgraciada. Y de repente empecé a odiarlo espantosamente.

"Y entonces, ¿sabes lo que hice?... escucha. Había visto al jardinero preparar unas albóndigas para matar a los perros vagabundos. Aplastaba una botella con una piedra y metía el vidrio triturado en una albóndiga de carne.

"Le quité a mamá un frasquito de medicinas, lo machaqué con un martillo, y me guardé los cristales en el bolsillo. Era un polvo brillante... Al día siguiente, cuanto tú acababas de hacer los pastelillos, los rajé con un cuchillo y metí dentro el polvo... Se comió tres... y yo también me comí uno... Tiré al estanque los otros seis... los dos cisnes murieron tres días después... ¿No te acuerdas?... ¡Oh!, no digas nada... escucha, escucha... Sólo yo no morí... pero siempre he estado enferma... escucha... Él murió..., lo sabes muy bien... escucha... pero eso no es nada... Lo más terrible vino luego, más tarde... siempre... escucha...

"Mi vida, toda mi vida... ¡qué tortura! Me dije: "No me separaré nunca de mi hermana. Y le diré todo, en la hora de la muerte... Eso es". Y a partir de entonces, pensé siempre en este momento, en el momento en que te lo diría todo... Ya ha llegado... Es terrible... ¡Oh!... ¡hermanita!

"Siempre he pensado, día y noche, mañana y tarde: "Tendré que decírselo, una vez..." Esperaba... ¡Qué suplicio!... Ya está hecho... No digas nada... Ahora tengo miedo... tengo miedo... ¡oh! ¡tengo miedo! Si volviera a verlo, ahora mismo, cuando haya muerto... Volver a verlo... ¿Te imaginas?... ¡La primera!... No me atrevería... Es preciso... Voy a morir..., Quiero que me perdones. Lo quiero... No puedo irme sin eso delante de él. ¡Oh! Dígale que me perdone, señor cura, dígaselo... se lo ruego. No puedo morir sin eso...

Se calló, y se quedó jadeando, rascando siempre la sábana con sus uñas crispadas.

Suzanne había escondido la cara entre las manos y no se movía. ¡Pensaba en aquel al que hubiera podido amar tanto tiempo! ¡Qué gran vida hubieran tenido! Volvía a verlo, en el ayer desvanecido, en el viejo pasado extinguido para siempre. ¡Muertos queridos! ¡Cómo nos desgarran el corazón! ¡Oh!, y aquel beso, ¡su único beso! Lo había guardado en su alma. Y después nada más, ¡nada más en toda su existencia!...

El sacerdote se irguió de pronto y, con voz fuerte, vibrante, gritó:

—Señorita Suzanne, ¡su hermana va a morir!

Entonces Suzanne, apartando las manos, mostró un rostro bañado en lágrimas y, precipitándose sobre su hermana, la besó con todas sus fuerzas, mientras balbucía:

—Te perdono, pequeña, te perdono...

*Le Gaulois, 21 de octubre de 1883*

# *La confesión de Teodulio Sabot*

---

*La confession de Théodule Sabot*

Al entrar Sabot en la taberna del pueblo se alegraba el cotarro. Le reían las gracias antes que abriese la boca. Sus burlas eran de lo más chusco. Y ¡que odio a la clericalla! ¿Transigir con el clero? No, no y no. ¡Comerse crudos a los curipastros! ¡La carne de sacristía es tierna y jugosa!

Teodulio Sabot, carpintero en Martinville, representaba en el pueblo las ideas radicales más avanzadas. Era un hombre alto, de pocas anchuras, con los ojos grises y malicioso, los labios delgados y el pelo muy lacio, caído sobre la frente. Al oírle decir con tono picaresco: "Nuestro santísimo padre... curda", nadie podía contener la carcajada. Nunca dejaba de trabajar en domingo durante la hora de la misa. Mataba un cerdo todos los años el miércoles de ceniza para comer carne todos los viernes de Cuaresma y toda la Semana Santa, y cuando se cruzaba en la calle con el cura, decía siempre, acentuando la mofa: "Vedle: tan satisfecho porque acaba de tragarse a Dios".

El cura, hombre corpulento y gordo, temía esas chuscadas que, haciendo reír a los indiferentes, quitaban devoción. Era un diplomático habilidoso, y a un ataque franco, prefería una estratagema. Pasaban los años. Teodulio era concejal, con muchas probabilidades en su favor para que le nombraran alcalde.

Se aproximaban las elecciones, y el partido católico de Martinville temía un desastre, cuando el cura participó a su ama que se iba dos o tres días a Ruán, para ver al señor arzobispo.

Volvió con el semblante alegre y victorioso, y al día siguiente circulaba por todo el pueblo una importante noticia: monseñor había dado al cura, de su peculio, seiscientos francos para reconstruir el coro de la iglesia.

La madera de pino sería reemplazada por encina; Era un trabajo de importancia para un carpintero y dio asunto a todas las conversaciones.

Teodulio Sabot, preocupado y serio, ni asomó a la taberna.

Cuando le vieron muy de mañana dirigirse a la ciudad, los vecinos le salían al encuentro preguntándole con sorna:

—¿Te han encargado ya de las obras del coro?

No se le ocurría ningún oportuno denuesto para contestar a la pregunta impertinente, y rabiaba desazonado, furioso.

Los vecinos añadían:

—Es una obra como no hay muchas; dejará. limpios, dos o trescientos francos.

Corrieron voces de que haría el trabajo Celestino Chamberlán, él carpintero de Percheville. Se desmintió la noticia, y se dijo que la obra era ya de mayor importancia, porque se mudarían todos los bancos de la Iglesia. Cosa de un par de miles de francos. La emoción fue inmensa.

Teodulio Sabot, inquieto, ni dormía. Jamás ningún carpintero de la comarca hizo una obra semejante. Hubo nuevos informes, asegurando que al cura le entristecía no tener en el pueblo quien pudiera encargarse de tan lucrativo trabajo; todo por aquellas malditas ideas que profesaba Sabot.

Este lo supo, y al anochecer, se llegó al presbiterio. El ama le dijo que podía ver al cura en la iglesia. Y Sabot entró en la iglesia.

Dos hijas de María, solterotas, arrugadas, bajo la dirección del sacerdote, adornaban el altar de la Virgen.

Sabot se hallaba cohibido en aquel ambiente, como si hubiera entrado en una cueva de alimañas feroces; pero el ansia de lucro le aguijoneaba. Dándole vueltas a la gorra entre las manos, se acercó al cura, sin preocuparse de las hijas de Maria, las cuales al verle quedaron sin aliento, como petrificadas.

El carpintero balbució:

—Buenas noches tenga usted, señor cura.

El sacerdote respondió, sin volver la cabeza, solamente atento al adorno del altar:

—Buenas y santas noches.

Desconcertado, Teodulio no sabía cómo pegar la hebra; al fin dijo:

—¿Preparan el mes de María? El sacerdote respondió:

—Sí; hay que prepararlo.

Teodulio siguió murmurando:

—Bueno, bueno...

Ya no supo qué decir.

Fracasaban sus proyectos, y tenía intenciones de retirarse, cuando la vista del coro le detuvo. Dieciséis poltronas; un trabajo bien retribuido. Costarían, a lo más, trescientos francos, y, con alguna maña, no era difícil ganar doscientos francos en la obra.

Entonces, animándose, balbució:

—Vengo a ver si me da ese trabajo.

El sacerdote, fingiendo sorpresa, le dijo:

—¿Qué trabajo?

Sabot, completamente aturdido, repetía:

—Ese trabajo.

Entonces, el cura, encarándose con él, le miró frente a frente:

—¿Habla usted acaso de la reforma del coro?

Lo dijo de una manera, que Sabot estuvo a punto de largarse a toda prisa. Pero, conteniéndose, masculló:

—Si, la reforma del coro, señor cura.

El sacerdote, cruzando los brazos, erguido, como si le dejase atónito aquella petición, reflexionaba:

—¡Y viene usted..., usted..., usted..., el carpintero Teodulio Sabbot! ... Viene usted a pedirme trabajo en la iglesia..., ¿Usted, el único impío de mi parroquia? ¡Si no fuera un escándalo..., un escándalo publico...! Es posible que monseñor me reprendiese..., tal vez, hasta que me trasladase.

Y, respirando fuertemente, prosiguió con más calma:

—Comprendo que le resulte a usted doloroso ver que un trabajo tan importante lo aprovecha un forastero. Yo quisiera., si pudiese. No; no es posible... Hay una solución., que un hombre de sus ideas no aceptará nunca.

Sabot contemplaba. Los bancos puestos en fila desde el altar mayor hasta la puerta. ¡Cristo! ¡Si le mandaran hacer otros tantos con buena encina!

Y preguntó:

—¿Por qué no he de aceptarla., si me conviene?

Muy severo, el sacerdote dijo:

—Sería necesario que diese usted una prueba patente de su buen deseo.

Teodulio murmuró:

—Diga cuál; acaso nos entenderemos.

El sacerdote añadió:

—Sería necesario que todos mis feligreses le vieran comulgar en la misa del próximo domingo.

El carpintero, pálido como la cera, se lanzó a preguntar:

—¿Y se hacen también los bancos?

El sacerdote pronunció con mucha entereza:

—Sí. Pero más adelante.

Teodulio dijo:

—No me niego... No me niego... No soy un réprobo..., no me disgusta la religión...; lo que me disgusta es... practicarla... Sin embargo...

Las hijas de Maria, ocultas detrás del altar, escuchaban, temblorosas de santa emoción.

El sacerdote, seguro de su victoria, tomaba un tono familiar y apacible:

—Bien, bien; así me gusta. Es usted un hombre muy razonable. Confió en su buena voluntad.

Sabot, sonriendo, turbado, hizo una pregunta:

—¿No podría retrasarse algo... la comunión?

El sacerdote recobró su tono severo:

—No le confiaré la obra del coro sin estar seguro de su conversión.

Y añadió con dulzura:

—Mañana venga usted a confesar. Es preciso confesarle por lo menos dos veces.

Teodulio se asombró.

—¿Dos veces?

El sacerdote sonreía:

—Comprenderá usted que se impone una limpieza minuciosa; un buen fregado. Es preciso restregar mucho. Venga mañana.

El carpintero, conmovido, preguntó:

—¿Dónde hace usted eso?

—En el confesionario.

—¿En ese cajón? La verdad... No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque..., no tengo costumbre... Además, me da vergüenza... Soy algo sordo...

Entonces el cura se mostró complaciente:

—Bueno; vaya usted a mi casa. ¡Nadie le verá; nadie podrá oírle. ¿Conformes?

—Conformes. En su casa, ¡perfectamente! Pero, en el confesionario..., no.

—Mañana, después de trabajar, por la tarde.

—Sí. Hasta mañana, Estamos conformes en todo, y que le zurzan al que se arrepienta.

Presentó su mano callosa y el sacerdote chocó ruidosamente con la suya:

—Lo dicho, dicho.

Al día siguiente, Teodulio Sabot estaba inquieto, desasosegado. Sentía una excitación semejante a la que sentimos cuando nos hemos de hacer arrancar una muela. A cada punto se repetía:

"Es preciso que me confiese hoy." Este pensamiento le obsesionaba. Y sus débiles convicciones de ateo, de ateo ignorante, no le defendían, temblando ante la proximidad inaplazable del misterio religioso.

En cuanto hubo acabado sus faenas, se encaminó hacia el presbiterio. El cura le aguardaba en el jardín leyendo tranquilamente su breviario. Al ver tan mustio al carpintero, le salió al paso, radiante de alegría, y le dijo riendo:

—¡Bien! Aquí estamos ya. Entre, Sabot, entre, que no me lo comeré.

Sabot entró en la casa, balbuciendo:

—Si a usted le fuera igual, yo le agradecería que principiásemos lo antes posible.

—En seguida. Voy a ponerme la sobrepelliz —dijo el cura—, La tengo aquí preparada.

El carpintero, emocionado y confuso, le veía cubrirse con la rizada y blanca vestidura. El cura hizo un signo, indicándole que se acercara:

—Póngase de rodillas en el almohadón.

Sabot continuaba en pie. Al cabo, masculló:

—¿No hay otro remedio?

El cura dijo en actitud solemne:

—Sólo de rodillas puede acercarse un cristiano al tribunal de la penitencia.

El carpintero se arrodilló.

—El sacerdote dijo:

—Ahora, el Yo pecador.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, repita una por una mis palabras.

Y el sacerdote iba diciendo el Yo pecador, despacio y claramente, para que Teodulio pudiera repetirlo palabra por palabra.

Una vez terminado, el sacerdote dijo:

—Confiese.

Pero el carpintero callaba, ignorante de cómo debería empezar.

El sacerdote lo comprendió y quiso ayudarle.

—Vamos a ver, Puesto que no parece usted muy enterado, seguiremos uno por uno los Mandamientos de la ley de Dios. Óigame y responda tranquilamente. Diga la verdad y no me oculte nada. Sepa que Dios lo ve todo y es inútil pretender engañarle.

Primero: Amar a Dios sobre todas las cosas. ¿Ha preferido usted al amor de Dios el amor de sus criaturas? ¿Ha olvidado usted a Dios para entregarse a los afectos mundanales?

Teodulio sudaba del esfuerzo que hizo para reflexionar su respuesta:

—No; eso no, señor cura, Yo quiero a Dios tanto como el que más. Decir que soy capaz de no querer a mis hijos por quererle, ya es otra cosa. Si me obligaran a elegir entre mis hijos y Dios..., habría que verlo. Si me dijeran que perdiese cien francos por amar a Dios..., habría que verlo. Aparte de lo que digo, le amo como el que más.

El sacerdote repuso con gravedad:

—Sobre todas las cosas. Procure usted amarle sobre todas las cosas.

Y Sabot, de buena fe, dijo:

—Haré lo posible, señor cura.

El sacerdote prosiguió:

—Segundo: No jurar, su Santo Nombre en vano, ¿Tiene usted costumbre de jurar?

—¡Nunca! Eso, no. ¿Jurar? ¡Nunca! Si acaso, en un arranque de cólera, digo: "¡Rediós!" O "¡Me paso en Dios!" Pero lo que se dice jurar, nunca.

El sacerdote advirtió:

—No debe usted repetir esas blasfemias, que ofenden a Dios.

Tercero: Santificar las fiestas. ¿Qué hace usted los domingos?

El carpintero se rascó la oreja:

—Los domingos..., trabajo en mi casa...

El cura le interrumpió, viéndole turbado:

—En adelante, santificará usted las fiestas de otro modo, ¿eh? Oyendo misa, como corresponde a una persona honrada y que teme la justicia del Señor. Bien, El tercero, el cuarto, el quinto y el sexto... los dejaremos para mañana. Veamos ahora el séptimo, el octavo y el noveno. Séptimo: No hurtar. Dígame si tiene algo de qué acusarse respecto a este punto. ¿Se apoderó usted en alguna circunstancia de los bienes de otro?

El carpintero dijo, indignándose:

—¡Nunca! ¡Eso, nunca! ¡Jamás! ¿Lo entiende usted, señor cura? ¡Soy un hombre honrado! Eso, lo juro. Alguna vez que otra puse jornales de más en las cuentas, o me llevé a casa un tablón; pero ¡robar! Eso, nunca, nunca.

El sacerdote pronunció sentenciosamente:

Apropiarse un céntimo, nada más que un céntimo, de otra persona, constituye un robo: No lo haga usted. Octavo: No levantar falsos testimonios ni mentir. ¿Ha mentido usted?

—No; eso no, señor cura; no soy embustero. Naturalmente, a veces me ocurre contar alguna invención para reírme de alguien. Y si me conviene que se crea una cosa, la digo y la pruebo con razones que puedan convencer...sólo cuando me conviene. ¿Pero mentiroso? Le aseguro que no soy mentiroso.

El sacerdote se limitó a decir:

—El engaño es una mentira; la burla es un engaño... Piénselo usted con algún detenimiento. Noveno: No deseas la mujer de tu prójimo. ¿Ha deseado usted o ha conseguido alguna mujer que no sea la suya?

Teodulio exclamó con sinceridad:

—¡No! De ninguna manera. ¡Engañar a mi pobre mujer! ¡Faltarle! Ni por asomo, ¿Ni pensarlo! Estoy seguro.

Calló, reflexionando, como si una duda le sobrecogiera, y luego dijo, menos calurosamente:

—Cuando voy a la ciudad, a veces, me llaman unas mujeres de una casa... y me hacen subir... Todo en broma..., para divertirme un poco... y hacer comparaciones... Pero pago, pago, señor cura, ¡pago siempre! Y en cuanto doy la moneda..., ni visto ni oído... Allí no ha pasado nada.

El sacerdote, creyendo prudente no insistir, le absolvió.

\*\*\*

Teodulio Sabot, carpintero, hace la obra del coro y comulga todos los meses.

*Gil Blas, 9 de octubre de 1883*



# *Confesiones de una mujer*

---

*Confession d'une femme*

Amigo mío, me ha pedido usted que le cuente los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy vieja, sin parientes, sin hijos; puedo, pues, libremente confesarme con usted. Prométame sólo que jamás desvelará mi nombre.

He sido muy amada, usted lo sabe; y a menudo amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy, cuando ya nada queda. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiera preferido morir a existir sin ternura, sin un pensamiento siempre clavado en mí. Las mujeres pretenden con frecuencia no amar sino una sola vez con todo el poder de su corazón; con frecuencia me ocurrió que amaba tan violentamente que me parecía imposible que aquellos transportes finalizasen. Y sin embargo se extinguían siempre de una forma natural, como un fuego falto de leña.

Le contaré hoy la primera de mis aventuras, en la que yo fui muy inocente, aunque determinó las otras.

La horrible venganza de ese espantoso farmacéutico de Le Pecq me ha recordado el terrible drama al cual asistí muy a mi pesar.

Estaba casada desde hacía un año, con un hombre rico, el conde Hervé de Ker..., un bretón de vieja cepa al cual, por supuesto, no amaba. El amor, el verdadero, necesita, o por lo menos así lo creo, libertad y obstáculos al mismo tiempo. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal nunca vale lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegante y todo un gran señor de aspecto. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones cortantes como cuchillos. Se le notaba una mente llena de ideas preconcebidas, infundidas en él por sus padres que a su vez las habían recibido de sus antepasados. No vacilaba jamás, daba sobre todo una opinión inmediata y limitada, sin el menor embarazo y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Se notaba que aquella cabeza estaba cerrada, que por ella no circulaban ideas, esas ideas que renuevan y sanean un espíritu como el viento que atraviesa una casa cuyas puertas y ventanas se abren.

El castillo donde vivíamos se encontraba en plena región desierta. Era un gran edificio triste, enmarcado por árboles enormes cuyo musgo hacía pensar en las blancas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero bosque, estaba rodeado por un profundo foso de esos que llaman salto de lobo; y al final, del lado del páramo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de hierbas flotantes. Entre los dos, a orillas de un arroyo que los unía, mi marido había mandado construir una pequeña choza para tirar sobre los patos salvajes.

Teníamos, amén de nuestros criados normales, un guarda, una especie de bruto adicto a mi marido hasta la muerte, y una doncella, casi una amiga, locamente ligada a mí. Yo la había traído de España cinco años antes. Era una niña abandonada. Se la hubiera tomado por una gitana a causa de su tez morena, de sus ojos oscuros, de sus cabellos profundos como un bosque y siempre encrespados en torno a la frente. Contaba entonces dieciséis años, pero aparentaba veinte.

Comenzaba el otoño. Cazábamos mucho, unas veces en las propiedades de los vecinos, otras en la nuestra; y yo me fijé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo se volvían singularmente frecuentes. Después dejó de venir, y no pensé más en él; pero me di cuenta de que mi marido cambiaba de actitud conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, ya no me abrazaba; y aunque casi no entraba en mi dormitorio, que yo había exigido separado del suyo con el fin de vivir un poco sola, a menudo oía, de noche, unos pasos furtivos que llegaban hasta mi puerta y se alejaban tras unos minutos.

Como mi ventana estaba en la planta baja, a menudo creí también oír merodeos en la sombra, en torno al castillo. Se lo dije a mi marido, que me miró fijamente durante unos segundos y después respondió:

—No es nada, es el guarda.

Ahora bien, una noche, cuando acabábamos de cenar, Hervé, que parecía muy alegre, contra su costumbre, con una alegría socarrona, me preguntó:

—¿Le gustaría a usted pasar tres horas al acecho para matar un zorro que viene por las noches a comerse mis gallinas?

Me quedé sorprendida; vacilaba; pero como él me examinaba con singular obstinación, acabé respondiendo:

—Claro que sí, amigo mío.

Tengo que decirle que yo cazaba como un hombre lobos y jabalíes. Conque era muy natural que me propusiera aquel acecho.

Pero mi marido de repente adoptó un aire extrañamente nervioso; y durante toda la velada estuvo agitado, levantándose y volviéndose a sentar febrilmente.

Hacia las diez me dijo de pronto:

—¿Está usted preparada?

Me levanté. Y cuando él me trajo mi escopeta, pregunté:

—¿Hay que cargar con bala o con posta?

Pareció sorprendido, y después prosiguió:

—¡Oh!, sólo con posta, bastará, puede estar segura.

Después, tras unos segundos, agregó con singular tono:

—¡Puede usted alabarse de su sangre fría!

Me eché a reír:

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Sangre fría para ir a matar un zorro! Pero, ¡qué ideas tiene usted, amigo mío!

Y henos aquí en marcha, sin hacer ruido, a través del parque. Toda la casa dormía. La luna llena parecía teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo tejado de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanqueaban ostentaban en su cima dos placas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de aquella noche clara y triste, dulce y pesada, que parecía muerta. Ni el menor soplo de aire, ni un grito de un sapo, ni un gemido de lechuza; un lúgubre entorpecimiento se había abatido sobre todo.

Cuando estuvimos bajo los árboles del parque me asaltó su frescura, y un olor a hojas caídas. Mi marido no decía nada, pero escuchaba, espiaba, parecía olfatear en las sombras, poseído de pies a cabeza por la pasión de la caza.

Pronto llegamos al borde de los estanques.

Su cabellera de juncos permanecía inmóvil, ningún soplo la acariciaba; pero por el agua corrían movimientos apenas sensibles. A veces un punto se agitaba en la superficie, y de allí partían leves círculos, semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

Cuando llegamos a la choza donde debíamos emboscarnos, mi marido me dejó pasar delante, después armó lentamente su escopeta y el chasquido seco de las piezas me produjo un extraño efecto. Me sintió temblar y me preguntó:

—¿Es, acaso, que ya le basta a usted con esta prueba? Pues márchese.

Respondí, muy sorprendida:

—Nada de eso, no he venido para regresar. ¿Está usted de broma esta noche?

Murmuró:

—Como usted quiera.

Y permanecimos inmóviles.

Al cabo de una media hora, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, dije, en voz baja:

—¿Está usted seguro de que pasa por aquí?

Hervé tuvo una sacudida, como si lo hubiera mordido, y, con la boca pegada a mi oído:

—Estoy seguro, escuche.

Y volvió a reinar el silencio.

Creo que empezaba a amodorrarse cuando mi marido me apretó el brazo; y su voz silbante, cambiada, pronunció:

—¿No le ve usted, allá abajo, entre los árboles?

Por mucho que miraba, yo no distinguía nada. Y lentamente Hervé apuntó, mientras me miraba fijamente a los ojos. Yo misma estaba preparada para disparar, cuando de pronto, a treinta pasos de nosotros, apareció a plena luz un hombre que avanzaba a pasos rápidos, con el cuerpo inclinado, como si viniera huyendo.

Me quedé tan estupefacta que lancé un violento grito; pero antes de que pudiera volverme, ante mis ojos pasó una llama, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe una bala.

Lancé agudos clamores, espantada, asaltada por la locura; y entonces una mano furiosa, la de Hervé, me asió por la garganta. Fui derribada, y después alzada en sus robustos brazos. Corrió, llevándome en vilo, hacia el cuerpo tendido sobre la hierba, y me arrojó sobre él, violentamente, como si hubiera querido romperme la cabeza.

Me sentí perdida; iba a matarme; y ya alzaba sobre mi frente su tacón, cuando a su vez fue sujetado y derribado, sin que yo hubiese entendido aún lo que estaba ocurriendo.

Me alcé bruscamente y vi, de rodillas sobre él, a Paquita, mi criada, que, aferrada a él como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del rostro.

Después, como asaltada bruscamente por otra idea, se levantó y, arrojándose sobre el cadáver, lo estrechó entre sus brazos, besándolo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en ellos un hálito, y la profunda caricia de los amantes.

Mi marido, en pie, la miraba. Comprendió y, cayendo a mis pies:

—¡Oh! perdón, querida mía; sospeché de ti y he matado al amante de esta muchacha; mi guarda me ha engañado.

Yo, por mi parte, miraba los extraños besos de aquel muerto y aquella viviente; y los sollozos de ella, y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y en ese momento comprendí que le sería infiel a mi marido.

*Gil Blas, 28 de junio de 1882*

# *La confidencia*

---

*La confidence*

La baronesita de Grangerie dormitaba en su chaise longue cuando la marquesita de Rennedon entró bruscamente, con aire agitado, el corpiño un poco chafado, el sombrero algo torcido, y se desplomó en una silla diciendo:

"¡Uf! ¡Ya está! "

Su amiga, que sabía que de ordinario era tranquila y dulce, se había incorporado muy sorprendida. Preguntó:

"¿Qué? ¿Qué es lo que está?"

La marquesa, que parecía incapaz de estarse quieta, se levantó, empezó a caminar por la habitación, y después se arrojó al pie de la chaise longue donde reposaba su amiga y, cogiéndole las manos:

"Escucha, querida, ¡júrame que no repetirás lo que voy a confesarte!

—Te lo juro.

—¿Por tu salvación eterna?

—Por mi salvación eterna.

—¡Pues bien! Acabo de vengarme de Simon."

La otra exclamó: "¡Oh! ¡Has hecho muy bien!

—¿Verdad? Imagínate que, desde hace seis meses, se había vuelto aún más insoportable que antes; pero insoportable en todo. Cuando me casé con él, sabía perfectamente que era feo, pero lo creía bueno. ¡Cómo me he engañado! Había pensado, sin duda, que lo amaba por sí mismo, con su barrigón y su nariz roja, porque empezó a hacerme arrullos como un tortolito. A mí, ya comprendes, eso me hacía reír, y de ahí que lo llamara Pichón. Los hombres, realmente, tienen ideas muy raras sobre sí mismos. Cuando comprendió que sólo sentía amistad por él, se volvió desconfiado, empezó a decirme cosas agrias, a calificarme de coqueta, de libertina, de no sé qué. Y luego, la cosa se puso más seria a consecuencia de..., de...; es muy difícil de contar... En fin, estaba enamorado de mí..., enamorado..., y me lo probaba a menudo, demasiado a menudo. ¡Oh!, querida, menudo suplicio ser amada por un hombre grotesco... No, realmente, yo no podía más..., no podía más...; es como si te arrancaran un diente todas las noches..., ¡peor que eso, mucho peor! En fin, figúrate entre tus amistades a alguien muy feo, muy ridículo, muy repugnante, con una gruesa panza (eso es lo horrible) y gruesas pantorrillas velludas. Lo ves, ¿no? Bueno, pues figúrate que ese alguien es tu marido..., y que... todas las noches..., ya entiendes. No, ¡es odioso! ..., ¡odioso! A mí me daban náuseas, verdaderas náuseas..., náuseas en mi jofaina. De veras, no podía más. Debería de existir una ley que protegiera a las mujeres en esos casos. Pero, ¡figúrate eso, todas las noches! ... ¡Puaf! ¡Qué asco!

"No es que yo haya soñado con amores poéticos, no, jamás. Ya no se encuentran. Todos los hombres, en nuestro mundo, son palafreneros o banqueros; sólo les gustan los caballos o el dinero; y si les gustan las mujeres, es a la manera de los caballos, para exhibirlas en sus salones como quien exhibe en el bosque un par de alazanes. Nada más. La vida es hoy tal que el sentimiento no puede desempeñar en ella el menor papel.

"Vivimos, pues, como mujeres prácticas e indiferentes. Los mismos amoríos no son sino encuentros regulares, en los que se repiten cada vez las mismas cosas. ¿Por quién podríamos, además, sentir un poco de cariño o de ternura? Los hombres, nuestros hombres, no son en general sino maniqués correctos que carecen de toda inteligencia y

de toda delicadeza. Si buscamos un poco de ingenio, como quien busca agua en el desierto, llamamos a nuestro lado a los artistas; y vemos llegar a unos presumidos insoportables o a unos bohemios mal educados. Yo busco un hombre, como Diógenes, un solo hombre en toda la sociedad parisiense; pero ya no estoy muy segura de encontrarlo y no tardará en soplar mi farol. Volviendo a mi marido, como me daba auténtica repugnancia verlo entrar en mis habitaciones en camisa y calzoncillos, empleé todos los medios, todos, lo que oyes, para alejarlo y para... desaficionarlo de mí. Al principio se puso furioso; y luego le entraron celos; se imaginó que lo engañaba. En los primeros tiempos, se contentaba con vigilarme. Miraba con ojos de tigre a cuantos hombres venían por casa; y después se inició la persecución. Me siguió por todas partes. Empleó métodos abominables para sorprenderme. Luego no me dejó charlar con nadie. En los bailes se quedaba plantado detrás de mí, alargando su cabezota de perro en cuanto yo decía una palabra. Me perseguía al buffet, me prohibía bailar con éste o aquél, se me llevaba en pleno cotillón, me volvía estúpida y ridícula y me hacía pasar por lo que no soy. Es entonces cuando dejé de mostrarme en sociedad.

"En la intimidad, la cosa se puso aún peor. Imagínate que ese miserable me calificaba de..., de..., no me atrevería a decir la palabra..., ¡de ramera!

"¡Sí, amiga mía! ... Me decía por las noches: "¿Con quién te has acostado hoy?" Yo lloraba y él estaba encantado.

"Y después aún se puso peor. La semana pasada me llevó a cenar a los Campos Elíseos. El azar quiso que Baubignac estuviera en la mesa vecina. Y entonces Simon empieza a aplastarme los pies con furia y rezonga, por encima del melón: "Tú le has dado una cita, bestia inmundas; espera y verás." Entonces, jamás te figurarías lo que hizo, querida: quitó suavemente el alfiler de mi sombrero y me lo clavó en el brazo. Yo lancé un grito enorme. Todos acudieron. Y entonces representó una horrorosa comedia de pena. Ya sabes.

"En ese momento, me dije: "Me vengaré, y además sin tardar" ¿Tú qué hubieras hecho?

— ¡Oh! ¡Me habría vengado!

—Bueno, pues ya está.

—¿Cómo?

—¿Qué? ¿No comprendes?

—Sí, querida...; sin embargo...

—Bueno, pues sí...

—Sí, ¿qué?

—Vamos, piensa en su cabeza. La ves bien, ¿no?, con su gorda cara, su nariz roja y esas patillas caídas como orejas de perro.

—Sí.

—Piensa que, con todo eso, es más celoso que un tigre.

—Sí.

—Bueno, pues me he dicho: "Voy a vengarme por mí solita y por Marie", pues contaba con decírtelo, aunque sólo a ti, faltaría más. Piensa en su cara, piensa también que..., que..., que es...

—¿Cómo?... ¿Le has...?

—¡Oh! Sobre todo no se lo digas a nadie, querida, ¡júramelo de nuevo! ... Pero ¡Piensa qué cómico es! Piensa... ¡Me parece totalmente cambiado desde ese momento! ... y me río yo sola..., yo sola... ¡¡Piensa en su cabeza!!! "

La baronesa miraba a su amiga, y la loca risa que ascendía a su garganta brotó entre sus dientes; se echó a reír, pero a reír como si le diera un ataque de nervios, y, con las

dos manos sobre el pecho, el rostro crispado, la respiración entrecortada, se doblaba hacia adelante como para caer de bruces.

Entonces la marquesita soltó el trapo a su vez, sofocándose. Repetía, entre dos cascadas de gritos: "Piensa..., piensa..., ¿no es divertido?..., dime..., ¡piensa en su cabeza! ..., ¡piensa en sus patillas! ..., ¡en su nariz! piénsalo..., ¿no es divertido?..., pero sobre todo... no lo digas..., no... lo... digas... ¡nunca!

Estaban casi sofocadas, incapaces de hablar, llorando con lágrimas auténticas en aquel delirio de alegría.

La baronesa se calmó primero; y, palpitante aún, dijo:

" ¡Oh! ... Cuéntame cómo lo hiciste..., cuéntame..., es tan divertido..., ¡tan divertido!..."

Pero la otra no podía hablar: balbucía:

"Cuando tomé mi decisión... me dije... "Vamos..., deprisa..., tiene que ser enseguida..." Y lo he... hecho... hoy..."

—¡Hoy!

—Sí..., hace un rato..., y le dije a Simon que viniera a buscarme a tu casa para divertirnos... Va a venir... ¡ahora mismo! ... ¡Va a venir! ... Piensa..., piensa..., piensa en su cabeza al mirarlo... "

La baronesa, un poco calmada, resollaba como después de una carrera. Prosiguió:

—¡Oh! Dime cómo has hecho..., ¡dímelo!

—Es muy sencillo... Me dije: "Está celoso de Baubignac; ¡pues bien: será Baubignac! Es tonto de capirote, pero muy honrado; incapaz de decir nada." Entonces fui a su casa, después de almorzar.

—¿Fuiste a su casa? ¿Con qué pretexto?

—Una colecta... para los huérfanos...

—Cuéntame..., rápido..., cuéntame...

—Se quedó tan extrañado al verme que no podía hablar. Y después me dio dos luises para mi colecta; y luego, cuando me levantaba para irme, me preguntó por mi marido; entonces fingí no poder contenerme más y le conté todo lo que me pesaba en el corazón. ¡Lo pinté con tintas más negras de las que tiene, eso sí! ... Entonces Baubignac se emocionó, buscó algún medio de ayudarme... y yo empecé a llorar..., pero como se llora... cuando se quiere... Me consoló..., me hizo sentarme... y después, como yo no me calmaba, me besó... Yo decía:

"¡Ay! ¡Pobre amigo mío..., pobre amigo mío!" El repetía: "¡Pobre amiga mía..., pobre amiga mía! " Y seguía besándome..., seguía... hasta el final. Así fue.

"Después tuve una terrible crisis de desesperación y recriminaciones. ¡Oh!, lo traté, lo traté como al mayor de los miserables... Pero sentía unas ganas locas de reír. Pensaba en Simon, en su cabeza, en sus patillas... ¡Imagínate! ¡Imagínate! ... ¡Ya está! ... Ocurra lo que ocurra ahora, ¡ya está! ¡Y él, que tenía tanto miedo de eso! Puede haber guerras, terremotos, epidemias, podemos morir todos..., ¡pero ya está! ¡Nada puede ya impedirlo! Piensa en su cabeza... y dite... ¡ya está! "

La baronesa, que se ahogaba, preguntó:

" ¿Volverás a ver a Baubignac...?"

—No. Nunca, faltaría más..., he tenido bastante..., no valdría más que mi marido..."

Y recomenzaron a reír las dos con tanta violencia que tenían sacudidas de epilépticas.

Un timbrazo detuvo su alegría.

La marquesa murmuró: "Es él..., míralo... "

Se abrió la puerta; apareció un hombre gordo, un hombretón de tez rubicunda y labios gruesos, con patillas caídas; revolvía unos ojos irritados.

Las dos jóvenes lo miraron un segundo, después se dejaron caer bruscamente sobre ha chaise longue, en tal delirio de risas que gemían como entre horribles sufrimientos.

Y él repetía con voz sorda: " ¿Qué? ¿Están ustedes locas?... ¿Están ustedes locas?... ¿Están ustedes locas?..."

*Gil Blas, 20 de agosto de 1885*

## *Un cordelillo*

---

*La ficelle*

Era día de mercado; los campesinos y sus mujeres se dirigían a Goderville por todos los caminos que conducen al pueblo. Los varones caminaban con paso tranquilo, echando el cuerpo hacia adelante cada vez que movían sus largas piernas torcidas, deformados por los rudos trabajos; por la presión sobre la manquera, que levanta el hombro izquierdo y desvía el talle; por la siega del trigo, que fuerza a separar las rodillas para mejor afirmarse en una tierra; en una palabra: por todas las tareas lentas y fatigosas del campo. Sus blusas azules, tiesas, brillantes, como barnizadas, adornadas con un pequeño dibujo blanco en el cuello y en los puños, se ahuecaban alrededor de su torso huesudo y parecían globos, a punto de elevarse, de los que salían una cabeza, dos brazos y dos pies.

Unos conducían, atada a una cuerda, una vaca o un ternero. Detrás del animal iban sus mujeres, y para acelerar su marcha le sacudían en los lomos con una rama que conservaba todavía el follaje. Llevaban también las mujeres grandes cestas, de las que sobresalían cabezas de pollos por un lado, cabezas de patos por el otro. Caminaban con paso más menudo y vivaracho que los hombres; eran de busto delgado, erguido, envuelto en un mantoncito raquítrico, sujeto a su pecho plano, y llevaban la cabeza ceñida con una tela blanca, pegada a los cabellos y coronada con un gorrito.

Pasó también un faetón, tirado por un caballejo que trotaba de una manera brusca, zarandeando de modo raro a dos viajeros que iban sentados el uno al lado del otro y a una mujer que iba en el fondo del coche y que se había agarrado al respaldo para amortiguar las sacudidas.

En la plaza de Goderville había una multitud, una verdadera barahunda de personas y de animales entremezclados. Sobresalían por encima de aquella reunión los cuernos de los animales vacunos, los altos sombreros de pelo largo de los campesinos ricos y los gorritos de las campesinas. Las voces agudas, chillonas, penetrantes, se fundían en un clamoreo continuo y violento, en el que de cuando en cuando sobresalía una carcajada salida del pecho robusto de algún campesino alegre, o el largo mugido de alguna vaca atada a la pared de una casa.

Todo aquello tenía un tufillo de establo, de leche, de estercolero, de heno, de sudor y despedía un saborcillo agrio, repelente, humano y bestial, propio de las gentes del campo.

Maese Hauchecorne, de Breauveté, acababa de llegar a Goderville, y se dirigía hacia la plaza, cuando de pronto, distinguió en el suelo un cordelillo. Maese Hauchecorne, económico como buen normando, pensó que, todo lo que puede servir para algo merece recogerse, y se agachó con mucha dificultad, porque padecía de reuma. Alzó del suelo el trozo de cuerda delgada, y ya se preparaba a enrollarlo cuidadosamente, cuando advirtió que, desde el umbral de su puerta, le contemplaba maese Melandain, el guarnicionero. Tiempo atrás tuvieron sus más y sus menos por cuestión de un cabestro, y desde entonces seguían enfadados, porque los dos eran rencorosos. A maese Hauchecorne le dio vergüenza que su enemigo lo hubiese visto rebuscando entre el barro un cordelillo. Escondió rápidamente su hallazgo debajo de la blusa y después en el bolsillo del pantalón; de súbito se puso a mirar al suelo con como si estuviese buscando alguna cosa que no acababa de encontrar y, finalmente, se dirigió hacia el mercado con la cabeza echada hacia adelante, doblado de cintura por efecto de



sus dolores. Pronto se perdió entre la muchedumbre vocinglera y sin prisas. Los campesinos palpaban las vacas, se alejaban, volvían otra vez, perplejos, recelando siempre que se la pegasen, sin acabar de decidirse nunca, espiando la expresión del rostro del vendedor, esforzándose por descubrir, a fuerza de tenacidad, la trampa del hombre y el defecto del animal.

Las mujeres, después de colocar en el suelo sus grandes canastos, habían sacado de los mismos sus aves de corral, que estaban tiradas por tierra, con las patas atadas, la mirada asustada y las crestas color de escarlata. Escuchaban las ofertas que les hacían, se afirmaban en los precios que habían dado, con acento seco y cara impasible o se decidían de improviso a aceptar la rebaja propuesta, y gritaban al comprador, que ya se alejaba de allí lentamente:

—¡Hecho, maese Antino. Lléveselo.

Poco a poco se fue vaciando la plaza, y al sonar al mediodía el toque del Angelus, los que vivían lejos se distribuyeron por los mesones.

En el de Jourdain estaba el gran comedor lleno de comensales, lo mismo que el ancho corral lo estaba de vehículos de toda clase: carretelas, cabriolés, faetones, tílburis y carricoches indefinidos, amarillos de barro, deformados, recompuestos; los unos con sus dos varas apuntando a lo alto, como dos brazos, y los otros con la delantera en el suelo y la parte trasera al aire.

La inmensa chimenea, en la que ardía un buen fuego, muy próxima a las mesas, lanzaba su vivo calor sobre la espalda de los que comían en la hilera de la derecha. Sobre la brasa giraban tres asadores, ensartados con pollos, pichones y piernas de carnero; un delicioso aroma de carne asada y de jugo, que chorreaba por la piel dorada, se desparramaba desde el hogar, alegraba los ánimos y hacía agua las bocas.

Toda la aristocracia del arado comía allí, en casa del tío Jourdain, mesonero y chalán, un vividor que tenía muchos escudos.

Circulaban las fuentes con los distintos manjares y se vaciaban, igual que los jarros de sidra amarilla. Todos contaban sus negocios, las compras y las ventas que habían hecho. Se informaban del estado de las cosechas. Hacía buen tiempo para los forrajes; pero algo húmedo para los cereales.

De improviso, redobló un tambor en el patio, delante de la casa. Todos se levantaron, salvo algunos indiferentes, y corrieron a la puerta o a las ventanas, con la boca llena y la servilleta en la mano. Cuando acabó de redoblar, el pregonero público lanzó con voz entrecortada y recalando las frases a contrapelo, el siguiente pregón:

"Se hace saber a los habitantes de Goderville, y en general a todas las personas presentes en el mercado, que esta mañana se ha perdido en el camino de Beuzeville, entre... las nueve y las diez de la mañana, una cartera de cuero negro que contenía quinientos francos y papeles de negocios. Se ruega la entreguen... en la Alcaldía inmediatamente o en la casa de maese Fortunato Houlbrèque, de Manneville. Se recompensará con veinte francos al que la entregue."

El pregonero siguió su camino. Se oyeron otra vez a lo lejos los sordos redobles del instrumento y la voz, debilitada por la distancia, del pregonero.

Se pusieron a hablar de aquel suceso, enumerando las probabilidades que tenía maese Houlbreque de volver a entrar en posesión de su cartera.

Acabaron de comer. Estaban apurando el café, cuando apareció en el umbral de la puerta el sargento de gendarmes, y preguntó:

—¿Se encuentra aquí maese Hauchecorne, de Breaté?

El interesado, que estaba sentado al otro extremo de la mesa, contestó:

—Aquí estoy.

El sargento le dijo:

—Maese Hauchecorne, tenga la amabilidad de acompañarme a la Alcaldía. El alcalde quiere hablar con usted.

Sorprendido e inquieto el campesino, se echó al cuerpo de un trago su copa de licor, se levantó y echó a andar, más encorvado todavía que por la mañana, porque después de estar sentado un rato encontraba mayor dificultad en dar los primeros pasos. Repitió varias veces:

—Aquí estoy, aquí estoy.

Se fue con el sargento.

El alcalde le esperaba, repantigado en su sillón. Era el notario de la localidad, hombre grueso, solemne y de frases pomposas.

—Maese Hauchecorne —le dijo—, alguien le ha visto recoger esta mañana, en la carretera de Beuzeville, la cartera que ha perdido maese Houlbrèque, de Manneville.

El campesino miraba sobrecogido al alcalde, asustado ya por aquella sospecha que pesaba sobre él, sin que se explicase la razón.

—¿Yo? ¿Yo?... ¿Que yo he recogido la cartera?

—Sí, usted en persona.

—Mi palabra de honor que ni siquiera me había enterado del asunto.

—Hay quien lo ha visto.

—¿Que me han visto a mí? Y ¿quién es el que me ha visto?

—Maese Malandain, el guarnicionero.

El viejo, entonces, hizo memoria, cayó en la cuenta de todo y dijo, rojo de indignación:

—¿Conque es esa mala persona quien me ha visto? ¡Ya lo creo que sí. ¡Aquí tiene usted, señor alcalde, lo que él me ha visto recoger! ¡Este cordelillo!

Registró en su bolsillo y sacó el pedazo de cuerda.

El alcalde movió la cabeza con incredulidad.

—No conseguirá usted hacerme creer, maese Hauchecorne, que maese Malandain, que es un hombre digno de fe, ha tomado este bramante por una cartera.

El campesino, furioso, levantó la mano y escupió de lado, como testimonio de su honradez, repitiendo:

—Sin embargo, señor alcalde, ésa es la verdad delante de Dios; la verdad purísima. Por mi alma y por mi salvación eterna, se lo juro.

El alcalde volvió a decir:

—Después de recogida la cartera, estuvo usted buscando mucho rato entre el barro, por si quedaba por allí alguna moneda, que se hubiese caído de la cartera.

La indignación y el miedo ahogaban a aquel buen hombre.

—Pero ¿es posible? ¿Es posible que haya quien invente tales embustes para calumniar a un hombre honrado?... ¿Es posible?

No le creyeron, por mucho que protestó.

Se celebró un careo entre él y maese Malandain, y éste sostuvo su anterior afirmación. Estuvieron insultándose por espacio de una hora. Registraron, a petición suya, a maese Hauchecorne, sin encontrarle nada.

El alcalde, muy perplejo en vista de aquello, lo dejó en libertad, advirtiéndole que iba a dar parte al juez, pidiéndole instrucciones.

Entre tanto, se había corrido la noticia. Cuando el anciano salió de la Alcaldía la gente le rodeó, sometiéndole a un interrogatorio, que en unos era serio y en otros, zumbón; pero sin que nadie se hiciese el indignado.

Contó a todos la historia del cordelillo. Nadie se la creyó. La gente se reía.

Iba de un lado a otro; todos lo detenían y él detenía a todos sus conocidos, y una vez y otra repetía su relato y sus protestas de inocencia, dando la vuelta a sus bolsillos para demostrar que no llevaba nada en ellos.

Todos le decían:

—¡No estás tú mal pícaro!

El viejo se enfadaba, se irritaba, febril y desconsolado, al ver que no le creían; no sabía qué hacer e insistía en su relato.

Llegó la noche. No había más remedio que marcharse. Se puso en camino, acompañado de tres de su mismo pueblo, y mostró el sitio en que había encontrado el cordelillo; no hizo cosa durante el trayecto que hablar de su aventura.

Antes de acostarse, dio una vuelta por el pueblo de Breauté, contársela a todo el mundo. Sólo tropezó con incrédulos.

Pasó la noche enfermo.

Al día siguiente, a eso de la una tarde, Mario Paumelle, criado de la la granja de maese Bretón, labrador de Ymauville, devolvía la cartera con su contenido a maese Houibrèque, de Maneville.

Afirmó que, en efecto, se había encontrado aquello en la carretera: pero, como no sabía leer, se lo había llevado a casa, entregándoselo a su amo.

La noticia se extendió pronto por aquellos alrededores, y llegó a oídos de maese Hauchecorne. Salió en seguida a dar una vuelta por el pueblo, y volvió a contar su historia, completándola con el desenlace. Estaba radiante.

—Lo que me llegaba al alma —decía— no era el hecho en sí mismo, ¿comprenden ustedes?, sino su falsedad. No hay cosa más dolorosa que verse mal mirado por una cosa que es falsa.

No dejó de hablar de su aventura en todo el día; se la refirió en los caminos a los transeúntes; en la taberna, a los bebedores, y al domingo siguiente, a los que salían de la iglesia. Detenía a personas que le eran desconocidas, sólo por contársela. Ahora se sentía tranquilo; pero, sin embargo, le quedaba un resquemor, sin que supiese exactamente en qué consistía. No lo tomaban en serio. No parecían convencidos. Algo hablaban a espaldas suyas.

El martes de la siguiente, espoleado únicamente por la necesidad de contar su caso, fue al mercado de Goderville.

Malandain, que estaba en el umbral de su puerta, se echó a reír al verlo pasar. ¿Por qué?

Se acercó a un colono de Criquetot, y éste ni siquiera le dejó acabar; le dio una palmadita en el hueco del estómago, y le soltó en su misma cara:

—¡Buen pícaro está usted hecho!—y le volvió la espalda.

Maese Hauchecorne se quedó sobrecogido, y su inquietud subió de punto. ¿Por qué le habla llamado "pícaro"?

En el mesón de Jourdain, a la hora de comer, volvió a explicar el hecho.

Un tratante de ganado de Montevilliers le gritó:

—¡Ya, ya, viejo parroquiano! ¡Estamos al cabo de tu cordelillo!

Hauchecorne balbució:— ¿No le digo que ha aparecido la cartera?

Pero el otro siguió diciendo:

¡A otro perro con ese hueso! Uno la encuentra y otro la devuelve. Aquí no ha pasado nada y el asunto queda en el misterio.

El campesino se quedó boquiabierto. Al fin, lo comprendía todo. Le acusaban de haber hecho devolver la cartera por un compinche, por mediación de un cómplice.

Intentó protestar, y toda la mesa se echó a reír. No pudo acabar de comer y se marchó de allí, entre las cuchufletas de los comensales.

Abochornado, lleno de indignación, ahogado de cólera y de vergüenza, regresó a su casa; lo que aumentaba su terror era el sentirse muy capaz, dada su socarronería de normando, de haber hecho aquello de que lo acusaban, y aún de jactarse después, como una buena jugarreta. Como todo el mundo lo tenía por un taimado, llegó a la confusa convicción de que le sería imposible probar su inocencia. La injusticia de aquella sospecha era para él como una puñalada en el corazón.

Y de nuevo empezó a contar la historia, alargando cada día su relato, y cada vez le agregaba nuevas razones; protestas de inocencia más y más enérgicas, los juramentos más solemnes que él ideaba, que él preparaba en sus horas de soledad, porque en su cabeza ya no había lugar sino para la historia del cordelillo. Y cuanto más complicada era su defensa y más sutil su argumento, menos le creían.

—Son razonamientos de embustero — decían cuando no estaba él delante.

Maese Hauchecorne lo barruntaba, se repudría la sangre, se agotaba en esfuerzos inútiles.

Desmejoraba a ojos vistas.

La gente de broma le hacía contar la historia del "trozo de cuerda" para divertirse, lo mismo que se hace contar sus aventuras al soldado que estuvo en la guerra. Su inteligencia, profundamente afectada, iba debilitándose.

A fines del mes de diciembre, tuvo que guardar cama. Murió en los primeros días de enero, y en los delirios de la agonía hacía protestas de inocencia, repitiendo a menudo:

—Un cordelillo... Era un cordelillo... Aquí está, señor alcalde.

*Le Gaulois, 25 de noviembre de 1883*

# Correspondencia

---

Correspondence

## DE LA SEÑORA DE X\*\*\* A LASSEÑORA DE Z\*\*\*

*Etretat, viernes*

*Mi querida tía: Poco a poco me acerco a usted. Estaré en ésa el dos de septiembre, víspera de la apertura de la caza, a la cual no faltaré; quiero mortificar a esos hombres. Es usted demasiado buena, adorada tía, les permite el día ese, cuando está sola con ellos, que coman sin cambiar de ropa y hasta sin afeitarse, bajo pretexto de fatiga.*

*Así que celebran infinito que yo no esté ahí. Pero estaré y pasaré revista, como un general, a la hora de comer, y al que encuentre un poco descuidado, nada más que un poco, le enviaré a la cocina con la servidumbre.*

*Los hombres de hoy día tienen tan pocos miramientos y poseen tan mal la ciencia de bien vivir, que es menester mostrarse severa con ellos. Estamos verdaderamente en el reinado de la ordinariéz. Cuando disputan se provocan con insultos de mozo de cordel, y en presencia de nosotras se conducen muchísimo menos bien que nuestros criados. En los baños de mar es donde hay que verlos. Se encuentran allí en compactos batallones y puede juzgárselos en masa. ¡Oh! ¡Que seres tan groseros son!*

*Figúrese usted que en el tren uno de ellos, un señor que ofrecía a primera vista buen aspecto, gracias a su traje, se quitó en mi presencia las botas para reemplazarlas por unas zapatillas. Otro, un viejo que debe de ser un palurdo enriquecido —son los más mal educados—, y que iba sentado frente a mi, puso con delicadeza ambos pies sobre el asiento, casi encima de mis ropas. Eso está bien visto.*

*En los balnearios es un desencadenamiento de grosería. Debo agregar una cosa: mi indignación obedece tal vez a que no tengo la costumbre de tratar comúnmente a las personas que aquí se ven, pues su género me chocaría, sin duda, menos, si lo observase con más frecuencia.*

*En el despacho de la fonda fui casi derribada por un joven que tomaba su llave por encima de mi cabeza. Otro me dio un tropezón tan fuerte, sin decir "¡Dispense usted!", ni descubrirse, al salir de un baile del Casino, que me quedó dolorido el pecho. He ahí cómo son todos. Mirémosles abordar a las mujeres en la terraza; apenas si las saludan. Llevan sencillamente la mano al sombrero. Por otra parte, como todos están calvos, más vale que así lo hagan.*

*Pero hay una cosa que me exaspera y me choca sobre todo, y es la libertad que se toman de hablar en público, sin ninguna índole de precauciones, de las aventuras más escabrosas. Cuando dos hombres están juntos, se refieren, con las más crudas palabras y las reflexiones más abominables, historias verdaderamente horribles, sin inquietarse en modo alguno aunque les oiga una mujer. Ayer mismo, en la playa, me vi en la necesidad de marchar de donde estaba para no ser por más tiempo la confidente involuntaria de un sucedido picante, contado en términos tan violentos, que me sentía tan humillada como enfurecida de haber tenido que oír aquello. La más elemental ciencia de la vida, ¿no debía enseñarles a hablar bajo de esas cosas cerca de nosotras?*

*Etretat es, al propio tiempo, el país de los chismes, y, además, la patria de las comadres. De cinco a siete se las ve vagar en busca de maledicencias, que llevan de grupo en grupo. Como usted, querida tía, me tenía dicho, el chismorreó es un síntoma de raza en las gentes ruines y en los espíritus pequeños. Es también el consuelo de las mujeres que ya no son amadas ni cortejadas. Me basta mirar a las que se designa como más charlatanas para persuadirme de que no se equivoca usted.*

*El otro día asistí a una velada musical en el Casino, dada por una artista notable, la señora Massón, que canta deliciosamente. Tuve ocasión de aplaudir también al admirable Coquelin, así como a dos encantadores alumnos del Vaudeville, M\*\*\* y Metlet. Y con tal motivo pude ver juntos a todos los veraneantes que este año han venido a Etretat. No hay muchas personas distinguidas.*

*Al siguiente día fui a almorzar a Yport. Reparé allí en un hombre barbudo que salía de una gran casa construida en forma de ciudadela. Era el pintor Juan Pablo Laurens. Según parece, no tiene bastante con enumerar sus personajes; quiere enumerarse él mismo.*

*Luego me encontré sentada en la playa, junto a un hombre todavía joven, de aire apacible y fino, de aspecto reposado, que leía versos. Y los leía con atención tal, con tanta pasión, mejor dicho, que ni siquiera me miró.*

*Esto me chocó algo, y pregunté a nuestro bañista, sin aparentar mucho desde luego gran interés, el nombre de aquel caballero. Interiormente me reía un poco de aquel lector de rimas; me parecía algo atrasado, para ser un hombre. "Es —me decía interiormente— alguna cándida criatura." Pues bien, querida tía; ahora estoy loca por el desconocido. Figúrate que se llama Sully Prudhomme. Volveré a sentarme junto a él para mirarle detenidamente. Su cara, sobre todo, tiene un gran carácter de tranquilidad y de finura. Habiéndose presentado alguien preguntando por él, oí su voz, que es suave, casi tímida. Este sí que no ha de decir groserías en público, ni tropezará con*

*las mujeres sin excusarse. Debe de ser un delicado, pero un delicado casi enfermizo, un vibrante. Este invierno procuraré que me lo presenten.*

*No sé nada más, querida tía, y la dejo a usted a toda prisa por no perder la hora del correo. Le beso a usted las manos y las mejillas.*

*Su fiel sobrina,*

*Berta de X\*\*\**

*P. S.—Debo no obstante agregar, en favor de la cortesía francesa, que nuestros compatriotas son en viaje modelos de atención, si se los compara con los abominables ingleses, que parecen haber sido educados por mozos de cuadra, pues tanto se cuidan de no molestar y de molestar a sus vecinos.*

**DE LA SEÑORA DE Z\*\*\* A LA SEÑORA DE X\*\*\***

*Les Fresnes, sábado.*

*Mi querida nena: Me dices muchas cosas razonables; pero eso no impide que no tengas razón. Como a ti, en otro tiempo me indignó mucho la descortesía de los hombres, que me parecía ,me faltaban a cada instante; mas, envejeciendo y pensando en todo, perdiendo mi coquetería, y observando, sin preocuparme para nada de mí, me he convencido de que, si los hombres no son siempre corteses, las mujeres, en cambio son siempre de una grosería incalificable.*

*Creemos nosotras que todo nos está permitido, estimando a la vez que todo se nos debe, y cometemos voluntariamente actos desprovistos de esa elemental ciencia de la vida de que tú hablas con pasión.*

*Encuentro hoy, por el contrario, que los hombres tienen muchos más miramientos para con nosotras que nosotras para con ellos. Por otra parte, querida, los hombres deben ser, y son, lo que les hacemos ser. En una sociedad en que las mujeres fuesen verdaderas grandes señoras, todos los hombres serian verdaderos hidalgos.*

*Vamos a ver; observa y reflexiona.*

*Dos mujeres se encuentran en la calle. ¡Qué actitud! ¡Qué miradas tan ofensivas! ¡Qué desprecio en los ojos! ¡Qué movimiento de cabeza de arriba abajo para examinar y condenar! Y si la acera es estrecha, ¿crees que una de ellas cederá el paso y pedirá se le dispense? ¡De ningún modo! Cuando dos hombres se tropiezan en una calleja angosta, ambos se saludan y desaparecen al propio tiempo; mientras que nosotras nos precipitamos vientre contra vientre, nariz contra nariz, mirándonos con insolencia.*

*Dos mujeres que se conocen se encuentran en una escalera delante de la puerta de una amiga a quien la una acaba de ver y*

*que la otra va a visitar. Y se ponen a hablar obstruyendo el paso. Si alguien sube detrás de ellas, hombre o mujer, ¿crees que se molestarán en apartarse un poco? ¡De ningún modo!*

*El pasado invierno esperé, reloj en mano, veintidós minutos a la puerta de un salón. Y detrás de mí dos caballeros aguardaban también, sin parecer tan prontos a enfadarse como yo lo estaba. Y es que desde hacia tiempo se hallaban acostumbrados a nuestras inconscientes insolencias.*

*El otra día, antes de salir de Paris, iba yo a comer, con tu marido precisamente, a una fonda de los Campos Elíseos para tomar el fresco. Todas las mesas estaban ocupadas. El mozo nos rogó que esperásemos.*

*Divisé entonces en el salón a una anciana señora de noble aspecto que acababa de pagar su gran cuenta y se disponía a salir. Me vio, me miró de pies a cabeza, y no se movió. Durante más de un cuarto de hora permaneció allí, inmóvil, poniéndose los guantes, recorriendo con las miradas todas las mesas, considerando con quietud a los que esperaban como yo. Pues bien: dos jóvenes que acababan de comer, habiendo reparado en mí, llamaron a toda prisa para pagar y me ofrecieron su sitio, llegando hasta esperar en pie la vuelta del camarero.*

*Ya ves cómo es a nosotras a quienes debiera enseñarse la cortesía, y que la tarea sería tan ruda que ni el mismo Hércules podría con ella.*

*Me hablas de Etretat y de las gentes que chismorrean en esa linda playa. Es un país acabado, perdido para mí, pero donde me divertí mucho en otro tiempo.*

*Éramos allí unos pocos, gente de la buena sociedad y artistas, fraternizando. No se chismorreaba entonces.*

*Y como no teníamos el insípido casino donde se presume, se cuchichea y se baila estúpidamente, donde se fastidia la gente hasta la profusión, buscábamos la manera de pasar alegremente las veladas. Y ¿adivinas qué imaginó entonces uno de nuestros maridos? Pues ir a bailar todas las noches a una de las granjas de las cercanías.*

*Partíamos en tropel con un piano de manubrio, que ordinariamente hacía funcionar el pintor —Le Poittevin, cubierta la cabeza— con un gorro de algodón. Dos hombres llevaban linternas. Íbamos en procesión, riendo y charlando como locas.*

*Se despertaba al dueño de la granja, a las sirvientas, a los criados. Nos hacíamos preparar sopa de cebolla—¡horror!—, y bailábamos bajo los manzanos, a los acordes de la caja de música. Los gallos, despertándose, cantaban en la profundidad de los edificios; los caballos se agitaban sobre la paja de los*



*establos. El fresco aire de la campiña nos acariciaba la piel, trayéndonos el aroma de las hierbas y el de las mieses segadas.*

*¡Qué lejos, qué lejos queda esto! ¡Han pasado treinta años desde entonces!*

*No quiero, amada sobrina, que vengas para la apertura de la caza. ¿Por qué matar la alegría de nuestros amigos imponiéndoles tocados mundanos en ese día de placer campestre y violento?*

*Un abrazo de tu vieja tía,*

*Genoveva de Z\*\*\**

*Gil Blas. 30 de agosto de 1882*

## *La criatura*

---

*Le petit*

Lemonnier se había quedado viudo con un hijo. Durante los años de su matrimonio, consagró a su esposa un cariño fanático, ciego, una ternura sin igual, un amor exaltado, sin desfallecimientos, creciente de día en día. Era un hombre bondadoso y honrado, sencillo, muy sencillo, sin doblez alguna; sincero hasta la exageración, sin desconfianzas y sin malicias.

Enamorándose de una vecina suya, bastante necesitada, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Era dueño Lemonnier de un comercio de telas muy bien acreditado; ganaba dinero, tenía fama de rico, y, a pesar de todo, ni siquiera sospechó que la muchacha le aceptase por interés, creyéndola gustosa de unirse a un hombre honrado y bueno.

Ella supo hacerle feliz. Lemonnier vivía sólo para ella, pensando a todas horas en ella, mirándola sin cesar con ojos de adorador humilde y prosternado. Mientras comían tropezaba en todo a cada instante, cometiendo repetidas torpezas y estropicios; por no apartar ni un instante sus miradas, fijas en el adorado rostro de la mujer, echaba el vino en los manteles y el agua en el salero; y al darse cuenta, reía como un simple, repitiendo:

—Te quiero demasiado; el cariño me ciega; sólo verte me agrada y por tener puestos en ti los ojos hago muchas torpezas; tropiezo en todo, me olvido de todo. No importa.

Ella sonreía, con expresión tranquila y resignada. Luego, sintiéndose fatigada por la insaciable adoración de su marido, procuraba distraerle provocando cualquier conversación, haciéndole hablar de algo que no fuera su apasionamiento. Pero él, cogiéndole una mano por encima de la mesa, la oprimía suavemente murmurando:

—¡Juanita mía! ¡Encanto mío! ¡Amor mío!

Ella, impacientándose al fin, acababa diciendo:

—¡Vaya! Estáte quieto; sé razonable. Come y déjame comer en paz.

Lemonnier suspiraba y partía con los dientes una corteza de pan que iba mascando lentamente.

Durante los cinco primeros años, aquel matrimonio feliz no tuvo hijos. Luego, cuando menos lo esperaba ya, ella quedó embarazada. Fue un goce delirante para el marido, el cual no hubiera querido apartarse ni un momento de su mujer durante los meses últimos del embarazo; pero la criada, una vieja que sirvió en su mocedad a la madre de Lemonnier y que habiéndole conocido y cuidado mucho cuando era niño tenía con él cierto ascendiente, le hacía salir algunas veces a la fuerza, para que tomara un poco el aire.

\*\*\*

Lemonnier había intimado mucho con un caballero, buen mozo, que había conocido a Juana desde que la vistieron de largo y era oficial primero en las oficinas de la Prefectura.

El señor Duretour comía tres veces por semana en casa de los señores de Lemonnier, llevando ramos de flores a la señora y a veces un palco de teatro. Con frecuencia, el bondadoso Lemonnier, sumergido en su propia dicha, se enternecía a los postres, y, dirigiéndose a su mujer, exclamaba:

—Con una compañera como tú y un amigo como él, soy perfectamente dichoso. ¿Qué puedo ambicionar en la tierra?

Ella murió de sobreparto; él estuvo también a punto de morirse de tristeza y desesperación; pero la existencia del niño le infundió alientos; le pareció que la criatura, crispada y quejumbrosa, reclamaba su auxilio.

Le quiso de todo corazón, apasionada y dolorosamente, con un cariño lastimado y triste; donde palpitaba el recuerdo imborrable de la muerta y en el cual también sobrevivía, consolándole a veces algo de su amor inextinguible.

Aquella criatura era carne de su esposa, una prolongación de aquel ser desaparecido, una quinta esencia de su Juana. Era su propia vida retoñando en otro cuerpo; Juana murió para que la criatura existiera.

Y el padre lo besaba con ansia, con delirio.

Pero aquel niño habla matado a la mujer encantadora y adorada; para vivir, el retoño había marchitado el tronco, alimentándose a sus expensas, robándole toda su vida...

Y pensando en esto, el señor Lemonnier dejaba el niño en la cuna, sin acariciarle más, contemplándolo de cerca, sentándose junto a él.

Así pasaba horas y horas, con los ojos fijos en la criatura, imaginando mil pensamientos, dolorosos unos, consoladores otros, dulces o amargos, risueños o tristes.

Cuando el niño dormía, inclinando la cabeza sobre la cuna, el padre lloraba, humedeciendo con su llanto las ropas que lo envolvían.

\*\*\*

El niño iba creciendo. El padre no podía vivir sin verlo constantemente. Le vestía, le lavaba, le hacía comer, le sacaba de paseo; se había convertido en su constante preocupación.

También el señor Duretour parecía querer de veras al niño, mimándole, regalándole, acariciándole mucho, con verdaderos arranques de ternura, con frenesí paternal. Y le llevaba en brazos; le montaba en sus rodillas haciéndole saltar a las voces de "¡Arre, caballo; arre!"; le destapaba de pronto echándole sobre sus rodillas y besaba las piernas rosadas, rollizas y suaves del muñeco.

El señor Lemonnier, encantado, murmuraba:

—¡Da gusto! ¡Es tan precioso! ¡Tan precioso!

Y el señor Duretour oprimía entre sus brazos a la criatura, haciéndole cosquillas en el cuello con los bigotes.

Sólo Celeste, la criada vieja, no parecía tenerle mucho apego. La exasperaban las manifestaciones apasionadas e incesantes de los dos hombres y la pusieron, fuera de sí las travesuras del niño en cuanto llegó a la edad en que todos las hacen.

Y exclamaba:

—¡Cómo le están educando entre los dos! ¡Bueno saldrá con tanto mimo!

Pasaba el tiempo, y al cumplir nueve años Juanito apenas sabía leer y sólo hacía su gusto, no habiendo junto a él una voluntad que se le impusiera. Tenía obstinaciones tenaces, resistencias inconcebibles, iras rabiosas. El padre cedía siempre, concediéndoselo todo. El señor Duretour compraba y llevaba sin cesar los juguetes deseados por el capricho de la criatura, y le hartaba de pasteles, de caramelos, de toda clase de golosinas.

Celeste, indignándose al verlo, exclamaba:

—Es una vergüenza, señor; es una vergüenza lo que hacen ustedes. Por su culpa, ese niño será un desdichado; por su culpa, sí, señor; ustedes tendrán la culpa; sí, señor. Pero esto no puede seguir así; yo no me resigno a verlo, y si continúa, tomaré una

resolución muy pronto, sí, señor; se lo aseguro a usted; tomaré una resolución; acaso antes de lo que usted imagina.

El señor Lemonnier contestaba sonriendo:

—¡Vaya! Tú sabrás lo que haces. Le quiero tanto, que no sé contradecirle. Por lo demás, cuando te disguste mi manera de vivir, eres libre para resolver lo que te plazca.

\*\*\*

Juanito enfermaba, debilitándose, y el médico, diagnosticando en la criatura una devoradora y terrible anemia, recetó preparados de hierro, carne cruda y caldos de gallina.

Pero al niño le gustaban solamente las golosinas, negándose a tomar toda clase de alimento restaurador; y el padre, desesperado, le atracaba de pasteles de chantilly o de crema y de bizcochos bañados con chocolate.

Una noche, hallándose ya sentados a la mesa el padre y el hijo, Celeste puso la sopera sobre los manteles, con un gesto de plomo y despreocupación casi provocativa que nunca tuvo hasta entonces. Destapó la sopera y metiendo el cucharón, dijo:

—Vea un caldo riquísimo, como no lo han tomado nunca; el niño no tendrá más remedio que resignarse a que se lo dé o decidirse a que le guste.

Y el señor Lemonnier, aterrado, bajó la cabeza, comprendiendo que aquel desplante de la criada traería cola.

Celeste sirvió la sopa en un plato y lo puso delante del señor.

Lemonnier probó una cucharada y dijo:

—En verdad, es una sopa excelente.

La criada sirvió entonces otro plato y lo puso delante de Juanito, Echándose atrás, se cruzó de brazos y aguardó.

Juanito bajó la cabeza, olió la sopa y, como si le repugnase tenerla cerca, empujó el plato con gesto desapacible, articulando una interjección desagradable:

—¡Puf!

Celeste, palideciendo de coraje, se acercó bruscamente, cogió la cuchara, la llenó de sopa y se la hizo tragar al niño a viva fuerza.

El niño se atragantó, escupió, tosió, estornudó, chilló, y al fin, agarrando el vaso que tenía delante y revolviéndose con furia, se lo tiró a la criada. Entonces la mujer, descompuesta y rabiosa, le sujetó la cabeza, obligándole a tomar cucharada tras cucharada toda la sopa que había en el plato. El niño escupía, manoteaba, gesticulaba, se retorció sofocado, angustioso, encendido, como si fuese a morir estrangulado.

Lemonnier se quedó al pronto inmóvil, dominado por la sorpresa, no habiendo previsto, ni por asomo, aquel incidente. Luego, levantándose furioso, cogió a la criada por el cuello, empujándola contra la pared, con rabia de loco y balbuciendo:

—¡Fuera de mi casa!... ¡Fuera de aquí!... ¡Animal!... ¡Vete!... ¡Vete al punto!...

Pero ella, repuesta en un instante, se libró de sus manos, y con el peinado caído, la cofia colgando a la espalda y los ojos encendidos, gritó:

—¿Qué repente le ha dado? ¿Qué significa esto? ¡Me maltrata porque obligo a la criatura, porque le hago tomar a la fuerza un caldo sustancioso! Usted le mata con tanto mimo y con tantas golosinas.

Lemonnier, agitado, tembloroso de pies a cabeza, repetía furiosamente:

—¡A la calle!... ¡Animal!..., ¡Fuera de mi casa!... ¡Vete!...

Y entonces la mujer, descompuesta, acercándose a él, mirándole provocativa frente a frente, balbució estas palabras:

—Pero... ¿es posible... que me trate usted así?... ¿Es posible... yo lo tolere?... ¡Ah! ¡No!... mil veces, no!... Y el motivo.. ¡Eso es lo que me indigna más!... ¡El motivo es...

un mocososo... un intruso, que ni siquiera es hijo de usted!... ¡No!..., ¡No es hijo de usted!... ¡No lo es!... ¡No lo es!... ¡Todos lo saben!... ¡Todos lo dicen!... ¡Y usted lo ignora!... Pregúnteselo usted al tendero...al carnicero..., al panadero... A todos..., a todos...

Tartamudeaba, enloquecida por su cólera; después calló, y sus ojos continuaban clavados en Lemonnier, anonadándole, sosteniendo sus atrevidas revelaciones.

Lemonnier no chistaba ni se movía, lívido, macilento, con los ojos caídos. Al cabo de unos instantes, balbució con la voz angustiada, temblorosa, débil, en la cual vibraba, sin embargo, la emoción terrible, formidable, que le tenía sobrecogido:

—¿Qué dices?... ¿Qué dices?... Pero ¿qué dices?

Ella continuó en silencio. La aterró de pronto la expresión que se reflejaba en el rostro de Lemonnier. Este avanzaba despacio, diciendo:

—¿Qué dices?... Pero... ¿tú sabes lo que dices?

Entonces ella respondió, ya calmada:

—Yo digo. lo que sé; lo que saben todos.

Lemonnier levantó las dos manos, arrojándose contra la mujer un impulso brutal, furioso, decidido a castigarla; pero Celeste, aunque vieja ya, era robusta y ágil. Se deslizó, huyéndole, corriendo en torno de la mesa, y nuevamente, dominada por la ira, vociferaba:

—¡Mírele! ... ¡Si basta mirarle! ... Por muy estúpido que usted sea, verá en él un retrato del señor Duretour... ¡Mírele! ... Su corte de cara, su nariz, sus ojos... ¿Tiene usted esos ojos? ¿Tiene usted esa nariz? ¿Y el cabello? ¿Se ha fijado en el color del cabello?... ¡Cuando yo le digo que todos lo advierten..., que todos lo comentan..., que todos lo saben...! Todos menos usted. ¡Usted! El hazmerreír de cuantos le conocen... ¡Mírele!

Y al pasar junto a la puerta, la empujó y salió corriendo.

Juanito, aterrado, se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la sopera.

\*\*\*

Al cabo de una hora, la vieja a se acercó al comedor, muy despacio y sin hacer ningún ruido, para enterarse de lo que sucedía. El niño, después de haber devorado los pasteles, un plato de crema y otro de peritas en dulce, metía la cuchara de la sopa en un tarro de almíbar.

Lemonnier había salido.

Celeste cogió al niño en brazos, y sin decir ni una palabra, llevándolo a la alcoba, lo acostó. Luego volvió al comedor, quitó los platos, alzó el mantel y lo puso todo en orden, desasosegada, inquieta.

No se oía ningún ruido en la casa; ni el más pequeño murmullo. Se acercó la vieja, de puntillas, al cuarto del señor; no se oía nada. Miró por el ojo de la cerradura, y lo vio sentado a su mesa, escribiendo tranquilamente.

Volvió a la cocina y quedóse aguardando, sentada, previendo de que allí ocurriría cualquier cosa imprevista, y dispuesta, desde luego, a todo lo que fuese necesario.

Se durmió, y era ya de día cuando se despertó.

Como de costumbre, hizo el arreglo de la casa, barrió, aireó, sacudió los muebles en varias habitaciones, y a las ocho próximamente preparó el desayuno del señor Lemonnier.

Pero, ya con el café servido, aún dudaba, no atreviéndose a entrárselo, temerosa, con razón, de que le hiciese un mal recibimiento. Se resolvió a esperar que la llamara. La campanilla no sonó. En cambio, sonaron las horas. Las nueve. Las diez. Nada.

Celeste, aturdida, calentó de nuevo el café, y poniendo el desayuno en una bandeja, decidió entrarbo. Iba inquieta, con el corazón palpitante.

Se detuvo a escuchar junto a la puerta. Ningún ruido; ni el más ligero murmullo. Dio con los nudillos en la madera; nadie contestó. Entonces, revistiéndose de valor, sacando fuerzas de flaqueza, abrió, entró resueltamente..., lanzando un grito agudo, espantoso, dejó caer la bandeja que llevaba en la mano.

El cuerpo del señor Lemonnier se hallaba colgado en el centro de la habitación, pendiente de una cuerda pasada por el gancho puesto para sostener los aparatos de luz. Tenía la lengua horriblemente sacada. La zapatilla derecha se le había caído; la izquierda se mantenía calzando el pie. Tumbaba en el suelo, se veía una silla, que sin duda le sirvió para realizar su propósito.

Aturdida, la vieja huyó chillando.

Todos los vecinos acudieron. El médico certificó que Lemmonier se había suicidado a medianoche.

Sobre la mesa del ahorcado encontraron un sobre dirigido al señor Duretoru. Dentro del sobre, un papel con estas lacónicas palabras:

*"Dejo a su cuidado la criatura."*

*Le Gaulois, 19 de agosto de 1883*

# ***El crimen del tío Bonifacio***

---

*Le crime au père Boniface*

Aquel día repasando la correspondencia el peatón Bonifacio, al salir de correos, alegróse al calcular que su caminata sería más corta que de costumbre. A su cargo estaba toda la extensa campiña de Vireville, y al volver a su casa muchas noches llevaba recorridos más de cuarenta kilómetros.

Por ventura, aquel día el reparto era fácil, y sin apresuramiento podría estar en su casa, descansando, a las tres de la tarde.

Salió por el camino a seunemare, y empezó su recorrido. Era en pleno Junio, el mes verde y fecundo, el mes de las cosechas.

Con su blusa azul, y su quepis negro galoneado de rojo, atravesaba por veredas angostas los campos de verduras, de avena o de trigo, asomado por menos de medio cuerpo sobre las mieses; su cabeza parecía flotar en el mar de espigas que una brisa ligera ondulaba.

Entrando por las puertas de las corralizas, generalmente sombreadas por dos filas de cipreses, saludaba por su nombre a cada campesino: "Buenos días, señor Chicot", y le alargaba su periódico, *Le Petit Normand*. El campesino se limpiaba la mano en la trasera de los pantalones, cogía el papel y se lo guardaba en el bolsillo para leerlo tranquilamente de sobremesa, durante la velada. El perro, atado a un manzano junto a un tonel que le servía de caseta, ladraba furiosamente haciendo esfuerzos por desasirse; y el peatón, sin volver la cabeza, emprendía su cammino en apostura marcial, sugetando con el brazo izquierdo la cartera y balanceando el derecho al compás de sus zancadas.

Distribuía los periódicos y las cartas en el caserío de Seunemare, y luego, a través de los campos, le llevaba el correo al recaudador, que vivía en una casita aislada.

El nuevo recaudador, Chapatis, era recién casado y se había establecido allí ocho días antes.

Recibía un diario de Paris, y el peatón Bonifacio, cuando no tenía mucha prisa, daba un vistazo al impreso, antes de entregarlo al suscriptor.

Así, pues, como nada le apresuraba, sacó el periódico y, quitándole con cuidado la faja, lo desdobló para leerlo sin dejar de andar. La primera plana le interesaba poco, la política le dejaba frío; pasaba por encima los asuntos de bolsa y administración; pero las noticias y sucesos le apasionaban.

Los había muy sensacionales en aquella fecha. De tal modo le conmovió un crimen cometido en la barca de un guardia campestre, que se detuvo en un campo de trébol para saborear los detalles de su lectura. Eran horrorosos. Al pasar un leñador muy de mañana por delante de la barraca, reparó en unas manchas de sangre que había junto a la puerta, como si le hubiera sangrado a uno la nariz. "El guardia habrá matado un conejo esta noche", pensó; se acercó y observó que la cerradura estaba forzada.

Entonces corrió asustado para avisar al alcalde del pueblo, el cual se acompañó del alguacil y del maestro. Cuando entraron en la barraca, vieron al guardia degollado junto a la chimenea, a su mujer estrangulada en la cama, y una criatura de seis años ahogada entre los colchones.

El peatón Bonifacio se impresionó de tal manera, pensando en aquel espantoso crimen cuyas terribles circunstancias imaginaba, que sintió un temblor en las piernas, y dijo en voz alta:

—¡Cristo! ¡Hay en el mundo personas muy criminales!

Luego volvió a meter el periódico en la fajilla y avanzó con la cabeza llena de visiones criminales.

Llegó a casa del recaudador Chapatis, y abriendo la reja del jardincillo, se acercó a la puerta.

Las habitaciones estaban todas en el piso bajo. El peatón subió los dos escalones de piedra, y al coger el picaporte, advirtió que la puerta estaba cerrada. Tampoco estaban abiertos los postigos de las ventanas, y esta le hizo suponer que nadie había salido todavía.

Esta idea le intranquilizó, porque Chapatis tenía por costumbre madrugar. Bonifacio sacó su reloj. Eran las siete y media solamente, había llegado una hora más pronto que de costumbre. Sin embargo extrañó que no se hubieran levantado los habitantes de aquella casa.

Anduvo en torno con muchas precauciones y sin hacer ningún ruido, como si temiera; nada extraordinario notó, a no ser unas huellas de pisadas en un cuadro de fresones.

Luego, quedó inmóvil, petrificado por una terrible angustia, delante de una ventana. Oía tenues gemidos.

Intrigado y curioso, se acercó más y aplicó el oído a los cristales. No había duda: eran gemidos, y percibía después claramente suspiros dolorosos, un estertor, un ruido de lucha. Los gemidos aumentaban, se repetían, se acentuaban más; ya eran gritos agudos.

Entonces, Bonifacio, seguro de que allí se cometía un crimen, corrió desesperadamente, atravesando el jardín; se lanzó a través de la llanura pisando las mieses, corrió cuanto pudo hasta llegar extenuado, palpitante, frenético, a la casa-cuartel de los gendarmes.

El sargento Malautour arreglaba una silla rota, clavándole algunas puntas con un martillo. El gendarme Bautier sostenía el mueble averiado y ponía la punta en el sitio donde hacía falta, esperando el martillazo del sargento, que algunas veces le daba en los dedos.

En cuanto los vio, el peatón, gritó:

—¡Corran ustedes! ¡Asesinan al recaudador! ¡Corran, corran ustedes!

Los dos hombres interrumpieron su trabajo y levantaron la cabeza, mostrando en sus rostros la expresión de personas que se ven de pronto molestadas.

Bonifacio, viéndolos más sorprendidos que apresurados, insistió:

—¡De prisa! ¡Los ladrones aún están allí! ¡He oído los gritos! ¡Pronto!

El sargento, después de soltar el martillo, preguntó:

—¿Cómo te has enterado de lo que dices?

El peatón repuso:

—Iba a llevar el periódico y dos cartas, cuando reparé que todo estaba cerrado y que el recaudador no había salido aún. Dando la vuelta a la casa para cerciorarme bien, oí gemidos, como si ahogaran o degollaran a una persona. Y vine corriendo a dar aviso. No hay tiempo que perder.

El sargento preguntó:

—¿Y no se te ha ocurrido auxiliar a la víctima?

—Temí no ser suficiente por el número...

Entonces el sargento pausadamente, añadió:

—Voy a vestirme y a armarme.

Y entró en la casa-cuartel seguido por el gendarme, que llevaba la silla.

Pronto salieron, y los tres se encaminaron hacia el lugar del crimen a paso ligero.



Y cerca de la casa tomaron precauciones; el sargento empuñó su revólver, y entrando en el jardín sigilosamente, llegaron a la puerta. No había el menor indicio de que los criminales hubiesen huido; todo estaba cerrado aún.

—¡Ya los tenemos! —insinuó el sargento en voz baja.

El peatón, los hizo aproximar a la ventana donde se oían los gemidos.

—Allí es.

Y el sargento se adelantó solo, aplicando a los cristales el oído. Los otros dos aguardaron, dispuestos a todo, con la vista clavada en él.

Escuchaba, inmóvil. Se había quitado el tricornio para poder acercar más la cabeza.

¿Qué oía? Su rostro impasible no revelaba nada; pero, de pronto, sus bigotes se erizaron, sus mejillas se contrajeron como para contener la risa, y abandonando su espionaje, se acercó a los dos hombres, que le miraban asombrados.

Luego les indicó que le siguieran, andando de puntillas, y , acercándose a la fachada principal, dijo al peatón que metiese por debajo de la puerta el periódico y las cartas.

El peatón, asombrado, ejecutó dócilmente lo que le ordenaban.

—Y ahora volvámonos tranquilamente.

Cuando estuvieron en la carretera, encarándose con Bonifacio, con expresión burlona, con un gesto malicioso y los ojos brillantes de alegría exclamó:

—¡La cosa tiene gracia!

—¿Qué? Juro haber oído sollozos y estertores de angustia. ¿Qué pasa?

Pero el sargento soltó el trapo, riéndose a carcajadas. Reía sofocándose, con las dos manos en el vientre; reía con toda su alma, gesticulando, llorando, sonándose. Y los otros dos le miraban con asombro.

Y como la risa no le permitía hablar, ni dejaba de reír, para dar a entender lo que sucedía en casa del recaudador recién casado y recién establecido, hizo un movimiento popular y canallesco.

Tampoco le comprendieron, y lo repitió varias veces , designando con la cabeza la casa cerrada.

El gendarme comprendió al fin, y rió, como su jefe, a todo trapo.

El peatón estaba como estúpido entre aquellos dos hombres que se retorcían de risa.

Cuando el sargento pudo hablar dando una palmada en el vientre de Bonifacio dijo:

—¡Bromista! ¡No me olvidaré nunca del crimen de Bonifacio!

El peatón, abriendo los ojos desmesuradamente, repetía:

—¡Juro haber oído sollozos y estertores de angustia!

El sargento, ante aquella cómica gravedad, soltó de nuevo el trapo, y el gendarme se sentó en la cuneta para reír más a gusto.

—¡Ah! Juras haber oído sollozos... Y, cuando asesinas a tu mujer, ¿No solloza?

—¿Mi mujer?...

Reflexionó, y luego dijo:

—Sí; cuando le zurro la badana, grita; pero son otros gritos. ¿Acaso zurraba el recaudador a la suya?

Entonces el sargento, delirante ya de alegría ruidosa, le hizo girar como un muñeco y le dijo al oído algunas palabras que acabaron de sorprender a Bonifacio, el cual, pensativo, murmuró:

—No...; así, nunca... La mía no dice nada... Yo no hubiera supuesto jamás que... Será posible... Pero me pareció que ahogaban a uno...

Y, confuso, avergonzado, prosiguió su camino por las veredas, a través de las mieses, mientras el sargento y el gendarme dejaban de reír algún momento para lanzarle a gritos bromas de cuartel, en tanto que se alejaba su quepís negro, galonado de rojo, sobre aquel mar de doradas espigas.

*Gil Blas, 24 de junio de 1884*

# Crónica

---

*Chronique*

¡En fin! ¡En fin!... Demos la bienvenida a la justicia de nuestro país, que llega a ser casi asombrosa. En quince días ha hecho dos arrestos sorprendentes.

Ha condenado a un año de prisión a una joven brutal que había destrozado con ácido sulfúrico el rostro de su rival.

Después, ocho días más tarde, castigó con la misma pena a un marido, complaciente primero, celoso a continuación, que había alojado una bala de revólver en el vientre de su feliz rival.

Esta nueva manera de apreciar este género de delitos es seguramente preferible a la antigua. Sin embargo, deja mucho que desear.

En el primer caso, un médico, pasando de la morena a la rubia, es la causa de esta horrible venganza que es peor que la muerte. Una pobre chica, desfigurada, llegando a ser horrorosa, llevará hasta sus últimos días las horribles marcas de la infidelidad, muy excusable, de un hombre.

¿Cual es pues el culpable, si es que hay uno? ¡Indudablemente el hombre!

Sin embargo él viene como testigo a declarar sobre los hechos.

Ahora bien, la única, la auténtica condenada, la gran castigada, es la inocente.

Un año de prisión., muy bien. Eso no es nada. Así que, por un año de prisión, podemos arrancar la nariz y las orejas y quemar los ojos de una rival cuya belleza nos molesta. La única manera de castigar esta confusión en la elección de la víctima y este error sobre el culpable, ¿no sería condenar a reparaciones pecuniarias, las únicas que realmente afectan profundamente a la humanidad? ¿No deberíamos ordenar que, durante seis años, veinte años, hasta la muerte, puesto que las atroces heridas quedarán hasta la descomposición final, que la que ha mutilado así a su rival, en lugar de castigar a la amante, le pague una pensión, le pase una renta, le de, si es obrera, la mitad de lo que gane y, si es rica, una suma considerable?

La otra podrá ofrecérsela a los pobres si quiere.

En el segundo caso, el marido, un obrero, había tolerado todas las escapadas de su mujer. Diez veces él la había perdonado, diez veces ella se volvió a marchar. El mismo ha llegado al extremo de la complacencia hasta abrir la puerta diciendo: " Te doy ocho horas, no más. En ocho horas tienes tiempo de saciar tu capricho. Después volverás y te comportarás de forma muy honesta".

Ella respondió: " Sí, mi hombre". Hizo su bolsita para una semana, luego se puso en marcha, el corazón contento, en la creencia de la palabra jurada.

Entrando en casa de su amigo, le dijo sin dudar: "¿Sabes?..., tengo ocho días".

Él debió de responder: " ¡Vale, mucho mejor! Tu marido es muy gentil. Le ofreceré una copa la próxima vez que nos encontremos."

Este hombre también dormía tranquilo. Ahora bien, una mañana, se encuentra frente al esposo. Va hacia él, la mano extendida, para proponerle entrar en la taberna de en frente. ¿Qué podía temer? ¡Todavía le quedaban tres días!

Pero el marido, violando su palabra, violando el trato hecho con su mujer, traidor como un general, que, durante el armisticio, mientras que la bandera blanca se balancea sobre los muros, dispara sobre el enemigo confiado y sin defensa, el marido le da la mano armada con un revólver y dispara.

Veamos, ¿es esto honesto y leal?¿esto?

Y la culpable, la única culpable, la verdadera culpable, la esposa infiel, vuelve tranquilamente al domicilio conyugal. Además, ¡ella va a tener un año de libertad!

¡Los señores del jurado la recompensan, al fin! El marido daba ocho días; ¡ellos dan un año! ¡Pero en estas condiciones, todo favorece la infidelidad a su marido! Yo sé de esto, mujeres, que van a reflexionar...y tal vez...

Sin embargo, deducimos que, desde hace seis meses, la moral ha cambiado en Francia. Las chicas que usan ácido sulfúrico y los maridos que usan pistola están expuestos ahora a ir a dormir durante algún tiempo sobre la paja húmeda de los calabozos. Bueno, ¡tanto mejor!

¿Quién sabe? Dentro de un año tal vez les condenarán a trabajos forzosos, y, en cinco años, al ya no estar el señor Grévy, les aguilotinarán.

Así que, lo que era perfectamente excusable no hace mucho, ya no lo es. No caigamos jamás bajo la mano de la justicia, hermanos.

Lo interesante, por ejemplo, sería saber qué detenciones dictarían, ante los mismos hechos y las mismas circunstancias, los jueces de los principales pueblos del mundo.

¿Cómo sería tratado este marido contradictorio por un tribunal inglés, por un tribunal español, por los tribunales italianos, alemanes, rusos, musulmanes, daneses o escandinavos?

Apostaría uno contra cien a que el mismo hombre, por este mismo crimen, sería condenado a muerte aquí, absuelto allá, amonestado simplemente bajo tal latitud y felicitado bajo tal otra.

El acto es el mismo, pero la manera de juzgar difiere tanto, por tantas razones, a través de las tierras y las costumbres que el Juez errante, por ejemplo, no debe saber nunca si ha hecho algo bien o mal, si merece un estímulo o un castigo.

Recuerdo haber leído un día el relato de un crimen espantoso, de un crimen contra natura, cometido en Italia, y me vino este pensamiento, recorriendo los horribles detalles: ese crimen es muy italiano, es perfectamente el producto que la herencia de una raza puede hacer nacer.

Un criminal inglés, un criminal francés, todos también crueles, pero diferentes, éste con un escepticismo insolente, aquel con un cinismo oscuro, no habrían tenido este tipo de fanatismo supersticioso, esta crueldad convencida.

Yo iba de Gênes a Marsella, solo en mi vagón. Era primavera, hacía calor. Los soplos deliciosos de los naranjos, de los limoneros, y de los rosales de los cuales esta costa está cubierta, entraban por las portezuelas bajadas, adormecedoras y embriagadoras.

Dos señoras, que se habían bajado en Bordighera, habían dejado sobre el banco un viejo periódico roto, un periódico italiano, del mes de agosto de 1882.

De casualidad lo cogí y le eché un vistazo. Y hete aquí lo que encontré en el informe de los tribunales:

En los alrededores de San Remo vivía una viuda con su único hijo. La mujer era mayor y no era rica, y amaba a su pequeño como a la única cosa que tenía en el mundo.

Cayó enfermo, de una enfermedad desconocida que los médicos no determinaron. Se debilitaba, cada día estaba más pálido y más débil. Se moría.

Por fin fue desahuciado, juzgado perdido, sin esperanza. La madre, loca de dolor, había llamado a todos los curanderos del país, rogado a todas las madonnas, rezado rosarios en todas las capillas.

Al final, fue a encontrar a una especie de hechicero, un viejo hombre temible que echaba suertes, practicaba la magia y la medicina, daba a la gente todos los servicios ocultos que la ley perseguía, y que poseía, decían, secretos maravillosos.

Ella le suplicó que viniera, prometiendo darle todo lo que él quisiera de ella si curaba a su pobre hijo, todo, incluso su vida, prodigando las ofertas exaltadas, tan fáciles en las horas de perturbación, y naturales, por otra parte, del amable pueblo italiano, que usa en toda ocasión los adjetivos calificativos más expresivos.

El brujo la siguió. Y, fuese que él hubiera sido más clarividente que los médicos, fuese el azar que le ayudó, el niño se curó, gracias a sus cuidados o, tal vez, a pesar de sus cuidados.

Cuando ella lo vio de nuevo levantado, caminando, corriendo y contento como antaño, la madre, delirante de alegría, volvió a junto su salvador: —

—Vengo a mantener mi promesa —dijo— ¿Qué quiere que yo le dé?

Él exigió todo lo que ella poseía, todo. Campo, jardín, casa, mobiliario, dinero, todo, sin exceptuar nada salvo los trapos que la mujer y su pequeño llevaban puestos.

Ella se quedó aterrada delante de esta pretensión imprevista y feroz.

—¡Pero yo no puedo darle todo! Soy vieja, no puedo trabajar. Él, él es demasiado joven para hacer algo todavía. Así que, nos haría falta mendigar.

Ella le suplicó, le mostró como esto sería la muerte para ellos: para ella debilitada, para el niño apenas todavía curado; que ella no podía llevarle así por los caminos, tomándole la mano, sin un techo por la noche, sin una silla para sentarse, sin una mesa para comer.

Ella le ofreció la mitad de sus bienes, las tres cuartas partes, reservándose únicamente de qué vivir durante algunos años, hasta que el hijo fuera mayor.

El hombre, obstinado, inflexible, rechazó y la despidió amenazándola con su próxima venganza— "que le haría llorar sangre"— le decía.

Regresó a su casa horrorizada.

Algunos días más tarde, le trajeron a su hijo agonizante, retorciéndose de horribles dolores. Murió después de haber balbuceado que el hechicero, habiéndole encontrado en la calle, le había hecho tomar unas pastillas.

El hombre fue arrestado. Confesó su crimen con seguridad, con orgullo.

—Si —dijo— yo le envenené. Me pertenecía ya que yo le había salvado. ¿Qué se me puede reprochar? La madre no mantuvo su promesa; entonces yo deshice lo que había hecho, yo he cogido la vida de su niño que ella me debía. Era mi derecho.

Se intentó hacerle comprender que acción horrible, monstruosa, había cometido.

Permaneció inquebrantable en su razonamiento.

"El niño me pertenecía, puesto que yo lo había salvado".

.....  
El tribunal, había aplazado para dentro de ocho días su decisión. No he sabido la sentencia.

Una causa parecida, en Francia, habría llegado a ser una causa célebre, como la de La Pommerais o de la Sra. Lafarge. En Italia, ha pasado desapercibida. Aquí, este hombre habría sido sin duda condenado a muerte. Allá, tal vez ha sido condenado a un año de prisión como el que se le ha adjudicado a la del sulfúrico o al marido este mes aquí.

*Gil Blas, 14 de abril de 1884*

## *El cuarto 11*

---

*Le chambre 11*

"¿Cómo? ¿No sabe usted por qué han trasladado al señor Amandon, el primer magistrado?

—No, en absoluto.

—Tampoco él, por lo demás, lo supo nunca. Pero es una historia de lo más peregrina.

—Cuéntemela.

—¿Se acuerda usted de la señora Amandon, esa morenita guapa y delgada, tan distinguida y fina, a quien llamaban doña Marguerite en todo Perthuis-le-Long?

—Sí, perfectamente. "

\*\*\*

Pues bien, escuche. Se acordará también de cómo era respetada, considerada y querida en la ciudad, más que nadie; sabía recibir, organizar una fiesta o una obra de caridad, encontrar dinero para los pobres y distraer a los jóvenes de mil maneras.

Era elegantísima y muy coqueta, no obstante; pero con una coquetería platónica y una encantadora elegancia de provincias, pues era una provinciana esa mujercita, una exquisita provinciana.

Los escritores, que son todos parisienses, nos cantan a la parisiense en todos los tonos, porque sólo la conocen a ella; pero yo declaro que la provinciana vale cien veces más, cuando es de calidad superior.

La provinciana fina tiene un garbo muy particular, más discreto que el de la parisiense, más humilde, no promete nada y da mucho, mientras que la parisiense, la mayoría del tiempo, promete mucho y a la hora de la verdad no da nada.

La parisiense es el triunfo elegante y descarado de la mentira. La provinciana es la modestia de la verdad.

Una provincianita espabilada, con su aire de burguesa alerta, su candor engañoso de colegiala, su sonrisa que nada dice y sus pasioncillas expertas, pero tenaces, tiene que mostrar mil veces más astucia, agilidad, invención femenina que todas las parisienses juntas, para lograr satisfacer sus gustos, o sus vicios, sin despertar la menor sospecha, el menor cotilleo, el menor escándalo en la pequeña ciudad, que la mira con todos sus ojos y todas sus ventanas.

La señora Amandon era el prototipo de esta raza rara, aunque encantadora. Jamás habían sospechado de ella, jamás habría pensado nadie que su vida no era tan límpida como su mirada, una mirada castaña, transparente y cálida, ¡pero tan honesta! — ¡para que veas!

Pues bien, tenía un truco admirable, de una invención genial, de un ingenio maravilloso y de increíble sencillez.

Escogía todos sus amantes en el ejército, y los conservaba tres años, el tiempo de su estancia en la guarnición. —Ahí tiene. —No tenía amor, tenía sentidos.

En cuanto llegaba a Perthuis-le-Long un nuevo regimiento, se informaba sobre todos los oficiales entre treinta y cuarenta años, pues antes de los treinta uno no es todavía discreto, y después de los cuarenta a menudo fallan las fuerzas.

¡Oh! Conocía a los mandos tan bien como el coronel. Lo sabía todo, todo: las costumbres más íntimas, la instrucción, la educación, las cualidades físicas, la

resistencia a la fatiga, el carácter paciente o violento, la fortuna, la tendencia al ahorro o a la prodigalidad. Y después hacía su elección. Cogía con preferencia hombres de aspecto tranquilo, como ella; pero los quería guapos. También quería que no se les hubiera conocido ningún amorío, ninguna pasión que hubiera podido dejar rastros o suscitar rumores. Pues el hombre cuyos amores se citan no es nunca un hombre discreto.

Tras haber distinguido a aquel que la amaría durante los tres años de estancia reglamentaria, sólo quedaba echarle el anzuelo.

¡Cuántas mujeres se habrían visto en aprietos, habrían adoptado los medios ordinarios, las vías seguidas por todas, se habrían hecho cortejar marcando todas las etapas de la conquista y la resistencia, dejándose un día besar los dedos, al siguiente la muñeca, al otro la mejilla, y después la boca, y después el resto!

Ella tenía un método más rápido, más discreto y más seguro. Daba un baile.

El oficial elegido invitaba a bailar a la señora de la casa. Ahora bien, al valsar, arrastrada por el rauda movimiento, aturdida por la embriaguez de la danza, ella se apretaba contra él como para entregarse, y le estrechaba la mano con una presión nerviosa y continua.

Si él no comprendía, es que era un idiota, y ella pasaba al siguiente, clasificado con el número dos en la baraja de su deseo.

Si comprendía, la cosa estaba hecha, sin alharacas, sin galanterías comprometedoras, sin visitas frecuentes.

¿Hay algo más simple y más práctico?

¡Todas las mujeres deberían utilizar un procedimiento semejante para darnos a entender que les agradamos! ¡Cuántas dificultades, vacilaciones, palabras, movimientos, inquietudes, turbaciones, equívocos eliminarían así! ¡Cuán a menudo pasamos al lado de una dicha posible sin percatarnos! Porque, ¿quién puede adentrarse en el misterio de los pensamientos, los secretos abandonos de la voluntad, las llamadas mudas de la carne, toda la incógnita de un alma de mujer, cuya boca permanece silenciosa y sus ojos impenetrables y claros?

En cuanto él había comprendido, le pedía una cita. Y ella lo hacía esperar siempre un mes o seis semanas para espiarlo, conocerlo y abstenerse si él tenía algún defecto peligroso.

Durante este tiempo él se devanaba los sesos para saber dónde podrían encontrarse sin peligro, imaginaba combinaciones difíciles y poco seguras.

Después, en cualquier fiesta oficial, ella le decía bajito:

"Vaya el martes por la noche, a las nueve, al hotel del Caballo de Oro, cerca de las murallas en la carretera de Vouziers, y pregunte por la señorita Clarisse. Lo esperaré, pero, sobre todo, vaya de paisano."

Desde hacía ocho años, en efecto, tenía una habitación alquilada en esa posada desconocida. Era una idea de su primer amante que ella había juzgado muy práctica, y desaparecido el hombre conservó el nido.

¡Oh! un nido mediocre: cuatro paredes revestidas de papel gris claro con flores azules, una cama de abeto, cortinas de muselina, un sillón comprado por el posadero por orden suya, dos sillas, una alfombra de pie de cama y los pocos cacharros necesarios para el aseo. ¿Qué más necesitaba?

En las paredes, tres grandes fotografías. Tres coroneles a caballo: ¡Los coroneles de sus amantes! ¿Por qué? Al no poder guardar la propia imagen, el recuerdo directo, ¿había querido acaso conservar así, de rebote, sus recuerdos?

Y, dirá usted, ¿nunca había sido reconocida por nadie en todas sus visitas al Caballo de Oro?

¡Nunca! ¡Por nadie!

El medio empleado era admirable y simple. Había ideado y organizado una serie de reuniones benéficas y piadosas a las que iba a menudo y a las cuales a veces faltaba. Su marido, condecorador de sus obras pías, que le salían muy caras, vivía sin sospechas.

Pues bien, una vez convenida la cita, decía, a la hora de la cena, delante de los sirvientes:

"Voy esta noche a la Asociación de Fajas de Franela para Viejos Paralíticos".

Y salía hacia las ocho, entraba en la Asociación, volvía a salir al punto, pasaba por varias calles, y al encontrarse sola en alguna calleja, en algún rincón oscuro y sin quinqué, se quitaba el sombrero, lo sustituía por una cofia de criada que llevaba bajo la manteleta, desplegaba un delantal blanco disimulado de la misma manera, se lo anudaba a la cintura y, llevando en un pañolón su sombrero de calle y la prenda que hacía un instante cubría sus hombros, echaba a andar taconeando, atrevida, las caderas al viento, como una criadita que hiciera un recado; y a veces incluso corría como si tuviera mucha prisa.

¿Quién iba a reconocer en aquella sirvienta menuda y viva a la señora del primer magistrado Amandon?

Llegaba al Caballo de Oro, subía a su cuarto, cuya llave tenía; y el gordo dueño, el señor Trouveau, al verla pasar desde recepción, murmuraba:

"Ahí va la señorita Clarisse, a sus amores."

Había adivinado algo, sí, el pícaro gordo, pero no pretendía saber más, y con toda seguridad se habría quedado de una pieza al enterarse de que su clienta era la señora de Amandon, doña Marguerite, como la llamaban en Perthuis-le-Long.

Ahora bien, he aquí cómo se produjo el horrible descubrimiento.

La señorita Clarisse jamás acudía a sus citas dos noches seguidas, jamás, pues era demasiado avisada y demasiado prudente. Y el señor Trouveau lo sabía muy bien, pues ni una sola vez, en ocho años, la había visto llegar al día siguiente de una visita. E incluso a menudo, en días de agobio, había dispuesto del cuarto por una noche.

Ahora bien, durante el verano pasado el señor Amandon se ausentó una semana. Era en julio; la señora sentía ardores, y como no podía temer que la sorprendieran, preguntó a su amante, el guapo comandante de Varangelles, un martes por la noche, al despedirse, si quería volver al día siguiente; él respondió:

"¡Cómo no!"

Y convinieron que se encontrarían el miércoles, a la hora de costumbre. Ella dijo en voz baja:

"Si llegas tú primero, querido, espérame acostado."

Se besaron, y después se separaron.

Ahora bien, al día siguiente, a eso de las diez, cuando el señor Trouveau leía las Tablettes de Perthuis, órgano republicano de la ciudad, gritó desde lejos a su mujer, que desplumaba un ave en el corral:

"Hay cólera en la región. Ayer murió un hombre en Vauvigny. "

Después no volvió a pensar en ello, pues la posada estaba llena de gente y los negocios marchaban muy bien.

A mediodía se presentó un viajero, a pie, una especie de turista que se hizo servir un buen almuerzo, tras haber bebido dos ajenjos. Y como hacía mucho calor, ingirió un litro de vino y por lo menos dos litros de agua.

Tomó a continuación un café, una copita, o mejor dicho tres copitas. Después, sintiéndose un poco pesado, pidió una habitación para dormir una o dos horas. No había ninguna libre, y el dueño, tras consultar con su mujer, le dio la de la señorita Clarisse.



El hombre entró en ella, y después, hacia las cinco, como no lo habían visto salir, el dueño fue a despertarlo.

¡Qué sorpresa! ¡Estaba muerto!

El posadero bajó a buscar a su mujer:

"Oye, el artista al que metí en el cuarto once creo que está muerto."

Ella se llevó las manos a la cabeza.

"¡No es posible! ¡Virgen Santísima! ¿Será el cólera?"

El señor Trouveau meneó la cabeza:

"Más bien diría que una gestión cerebral, en vista de que está negro como las heces del vino."

Pero su costilla, asustada, repetía:

"No hay que decirlo, no hay que decirlo, creerían que es cólera. Vete a dar parte y no hables de eso. Lo sacaremos por la noche para que no lo vean. Y si te he visto no me acuerdo."

El hombre murmuró:

"La señorita Clarisse vino ayer; el cuarto está libre esta noche."

Y se fue a buscar al médico, quien comprobó la defunción, por congestión después de una copiosa comida. Luego convinieron con el comisario de Policía que se llevarían el cadáver a medianoche para que los huéspedes no sospecharan nada.

Eran apenas las nueve cuando la señora Amandon penetró furtivamente en la escalera del Caballo de Oro, sin que la viera nadie ese día. Llegó a su cuarto, abrió la puerta, entró. Una vela ardía sobre la chimenea. Se volvió hacia la cama. El comandante estaba acostado, pero había corrido las cortinas.

Ella dijo:

"Un minuto, querido, ya voy."

Y se desvistió con febril brusquedad, tirando las botas al suelo y el corsé sobre el sillón. Después, cuando su traje negro y sus enaguas cayeron en círculo a su alrededor, apareció con una camisa de seda roja, cual una flor que acabara de abrirse.

Como el comandante no había dicho ni pío, preguntó:

"¿Duermes, rico mío? "

No respondió, y ella se echó a reír, murmurando:

"¡Vaya, está dormido! ¡Tiene gracia! "

Llevaba puestas las medias, unas medias caladas de seda negra, y corriendo hacia la cama se deslizó en su interior con rapidez, ¡agarrando con los dos brazos y besando en plena boca, para despertarlo bruscamente, el cadáver helado del viajero!

Durante un segundo permaneció inmóvil, demasiado asustada para entender nada. Pero el frío de aquella carne inerte hizo penetrar en la suya un espanto atroz e irracional antes de que su mente hubiera podido comenzar a reflexionar.

Había dado un salto fuera de la cama, temblando de pies a cabeza; después corrió a la chimenea, agarró la vela, ¡regresó y miró! Y distinguió un rostro espantoso que no conocía de nada, negro, hinchado, los ojos cerrados, con una horrible mueca en la mandíbula.

Lanzó un grito, uno de esos gritos agudos e interminables de las mujeres cuando enloquecen, y dejando caer la vela, abrió la puerta, escapó desnuda por el pasillo, mientras seguía chillando de forma espantosa.

Un viajante de calcetines, que ocupaba el cuarto número 4, salió inmediatamente y la recibió en sus brazos.

Preguntó asustado:

"¿Qué sucede, guapita? "

Ella balbució enloquecida:

"Han..., han... han... han matado a alguien... en... en mi cuarto... "

Aparecieron otros viajeros. El propio dueño acudió corriendo.

Y de pronto la alta estatura del comandante asomó por un extremo del pasillo.

En cuanto lo vio se arrojó hacia él gritando:

"Sálvame, sálvame, Gontran... Han matado a alguien en nuestro cuarto."

Las explicaciones fueron difíciles. El señor Trouveau, sin embargo, contó la verdad y pidió que soltaran inmediatamente a la señorita Clarisse, de quien respondía con su cabeza. Pero el viajante de calcetines, habiendo examinado el cadáver, afirmó que había habido un crimen, y decidió a los otros viajeros a impedir que dejaran marcharse a la señorita Clarisse y a su amante.

Tuvieron que esperar la llegada del comisario de Policía, que les devolvió la libertad, pero que no fue discreto.

Al mes siguiente, el primer magistrado, Amandon, recibía un ascenso, con un nuevo destino.

*Gil Blas, 9 de diciembre de 1884*

# *Cuento de Navidad*

---

*Conte de Noël*

El doctor Bonenfantes forzaba su memoria, murmurando:

—¿Un recuerdo de Navidad?... ¿Un recuerdo de Navidad?...

Y, de pronto, exclamó:

"—Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

"Comprendo que admire oír hablar así a un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

"¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar a la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia.

"Confesaré, por lo pronto, que si lo que voy a contarles no fue bastante para convertirme, fue suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

"Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville.

"Aquel invierno fue terrible. Después de continuas heladas comenzó a nevar a fines de noviembre. Amontonábanse al norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca.

"En una sola noche se cubrió toda la llanura.

"Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

"Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, a bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve.

"Sólo se oía el roce tenue y vago al caer los copos de nieve.

"Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso.

"Y, durante cerca de un mes, el cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul y, por la noche, tan estrellado como si lo cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

"La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

"De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera más quebradizas las ramas, y a veces desgajábase una, cayendo como un brazo cortado a cercén.

"Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Vivíase malamente; cada uno en su encierro. Sólo yo salía para visitar a mis pacientes más próximos, y expuesto a morir enterrado en la nieve de una hondonada.

"Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oír de noche silbidos agudos, voces

pasajeras. Aquellas voces y aquellos silbidos los daban, sin duda, las aves migratorias que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias y se aguardaban sucesos extraordinarios.

"La fragua de Vatinel hallábase a un extremo del caserío de Epívent, junto a la carretera intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir a buscarlo. Entretúvose algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que formaban el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anoheciera.

"De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve, un huevo muy blanco; inclinose para cerciorarse; no cabía duda; era un huevo. ¿Cómo sé hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero, absorto, no se lo explicaba, pero cogió el huevo para llevárselo a su mujer.

"—Toma este huevo que encontré en el camino.

"La mujer bajó la cabeza, recelosa:

"—¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado?

"—No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto a un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómetelo esta noche.

"Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó a referir lo que se decía en la comarca.

"La mujer escuchaba, palideciendo.

"—Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea.

"Sentáronse y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza.

"—¿Y si tuviese algún maleficio?

"—¿Qué maleficio puede tener?

"—¡Toma! ¡Si yo supiera!

"—¡Vaya! Cómetelo y no digas bestialidades.

"La mujer abrió el huevo; era como todos, y se dispuso a tomárselo con prevención, cogiéndolo, dejándolo, volviendo a cogerlo. El hombre decía:

"—¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?

"Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos y, convulsa de pies a cabeza, cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles.

"Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla.

"Y la mujer, sin reposo, vociferaba:

"—¡Se me ha metido en el cuerpo! ¡Se me ha metido en el cuerpo!

"Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dio resultado. Estaba loca.

"Y, con una increíble rapidez, a pesar del obstáculo que ofrecían a las comunicaciones las altas nieves heladas, la noticia corrió de finca en finca: 'La mujer de la fragua tiene los diablos en el cuerpo.'

"Acudían los curiosos de todas partes; pero sin atreverse a entrar en la casa, oían desde fuera los horribles gritos, lanzados por una voz tan potente que no parecían propios de un ser humano.

"Advirtieron al cura. Era un viejo incauto. Acudió con sobrepelliz, como si se tratara de auxiliar a un moribundo, y pronunció las fórmulas del exorcismo, extendiendo

las manos, rociando con el hisopo a la mujer, que se retorció soltando espumarajos, mal sujeta por cuatro mocetones.

"Los diablos no quisieron salir.

"Y llegaba la Nochebuena, sin mejorar el tiempo.

"La víspera, por la mañana, el cura fue a visitarme:

"—Deseo —me dijo— que asista la infeliz a la misa de gallo. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo la salve, a la hora en que nació de una mujer.

"Yo respondí:

"—Me parece bien, señor cura. Es posible que se impresione con la ceremonia, muy a propósito para conmover, y que sin otra medicina pueda salvarse.

"El viejo cura insinuó:

"—Usted es un incrédulo, doctor, y, sin embargo, confío mucho en su ayuda. ¿Quiere usted encargarse de que la lleven a la iglesia?

"Prometí hacer para servirle cuanto estuviese a mi alcance.

"De noche comenzó a repicar la campana, lanzando sus quejumbrosas vibraciones a través de la sombría llanura, sobre la superficie tersa y blanca de la nieve.

"Bultos negros llegaban agrupados lentamente, sumisos a la voz de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con su tibia claridad todo el horizonte, haciendo más notoria la pálida desolación de los campos.

"Fui a la fragua con cuatro mocetones robustos.

"La endemoniada seguía rugiendo y aullando, sujeta con sogas a la cama. La vistieron, venciendo con dificultad su resistencia, y la llevaron.

"A pesar de hallarse ya la iglesia llena de gente y encendidas todas las luces, hacía frío; los cantores aturdían con sus voces monótonas; roncaba el serpentón; la campanilla del monaguillo advertía con su agudo tintineo a los devotos los cambios de postura.

"Detuve a la mujer y a sus cuatro portadores en la cocina de la casa parroquial, aguardando el instante oportuno. Juzgué que éste sería el que sigue a la comunión.

"Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado pidiendo a Dios que los perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el misterio divino.

"Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y acercáronse a la endemoniada.

"Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces y el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse que a duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tranquilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

"Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer.

"La llevaron a las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

"Cuando el cura la vio allí, sujeta, se acercó cogiendo la custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, y alzando por encima de su cabeza la sagrada forma, la presentó con toda solemnidad a la vista de la endemoniada.

"La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante; y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

"La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la custodia; presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras.

"Aquello duró bastante.

"Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

"La muchedumbre se había prosternado con la frente en el suelo; y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse a contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

"Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada..., ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

"Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar.

"La muchedumbre, desconcertada, entonó un tedeum.

"Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertar, no conservaba ni la más insignificante memoria de la posesión ni del exorcismo.

"Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié.

Hubo un corto silencio y, luego, añadió:

—No pude negarme a dar mi testimonio por escrito.

*Le Gaulois, 25 de diciembre de 1882*

# *La declaración*

---

*L'aveu*

El sol del mediodía cae en amplia lluvia sobre las praderas, que se extienden, ondulantes, entre los bosquecillos de las granjas y los diversos sembrados; los centenos maduros y los trigos amarillentos; las avenas, de un verde claro, y los tréboles, de un verde sombrío, cubren, con una gran colcha rayada, inquieta y suave, el desnudo vientre de la tierra.

Lejos, en la cima de una ondulación, alineadas como los soldados, una interminable fila de vacas: las unas tendidas, en pie las otras, guiñando sus ojos bajo la ardiente luz, arrancan y desmenuzan con los dientes el trébol de un montón tan vasto como un lago.

Y dos mujeres, madre e hija, avanzan, balanceándose, la una delante de la otra, por un angosto sendero abierto entre los sembrados, hacia aquel regimiento de animales.

Cada una lleva dos cubos de cinc, que mantienen a distancia de su cuerpo con ayuda de un aro de cuba; y el metal, a cada uno de sus pasos, despide una llama deslumbrante y blanca, bajo el sol que lo hiere.

No hablan. Van a ordeñar las vacas. Llegan, depositan el cubo en el suelo y se acercan a los dos primeros animales, que se levantan al sentir en sus costillas el golpe de los zuecos de las mujeres. La bestia se yergue con lentitud: primero sobre sus patas delanteras y alzando luego, con más trabajo, su ancha grupa, que parece entorpecida por la enorme ubre de carne rubia y colgante.

Y las dos Malivoire, madre e hija, de rodillas bajo el vientre de la vaca, estiran con un vivo movimiento de sus manos la hinchada carne, que hace caer, a cada opresión, un delgado chorro de leche en el cubo. La espuma, algo amarilla, sube a los bordes; y las mujeres pasan de un animal a otro hasta la conclusión de la larga hilera.

En cuanto han acabado de ordeñar una la pasan a otro sitio, dándole para comer un montón de pastura verde. Luego echan a andar otra vez más lentamente ya, entorpecidas por el peso de la leche; delante, la madre; la hija, detrás.

Pero ésta se detiene bruscamente, deja en el suelo su carga, se sienta y se echa a llorar con amargura.

La abuela Malivoire, no oyendo sus pasos, se vuelve y queda estupefacta.

—¿Qué tienes? —dice.

Y la hija, Celeste, una moza alta, rubia, de cabellos tostados, de mejillas quemadas y manchadas de pecas, como si en el rostro le hubiesen caído gotas de fuego mientras se peinaba un día al sol, murmuró, gimoteando nuevamente, cual gime el niño a quien se pega:

—¡No puedo llevar la leche!

La madre la miraba con aire inquieto. Repitió:

—¿Qué tienes?

Celeste agregó sentada en el suelo entre sus dos cubos y tapándose el rostro con el delantal:

—Esto me duele demasiado. No puedo.

La madre repitió por segunda vez:

—¿Qué tienes?

Y gimió la muchacha:

—Creo que estoy encinta.

Y sollozó.

La vieja soltó a su vez los cubos de leche, tan asombrada, que no sabía qué decir. Por último, balbució:

—¿Que..., que estás encinta, haragana? ¿Es posible?

Los Malivoires eran ricos labriegos, gente apañadita, ordenada, respetada, maliciosa y pudiente.

La chica tartajeó:

—Me parece que no me engaño.

Asombrada, la madre miraba a su hija, que lloriqueaba a sus pies. Al cabo de unos segundos, exclamó:

—¡Conque estás encinta! ¡Encinta! ¿Y dónde has cogido eso, mala pécora?

Y Celeste, sacudida por la emoción, murmuró:

—Me parece que fue en el coche de Pólito.

La vieja trataba de comprender, trataba de adivinar, trataba de saber quién habría podido hacer a su hija aquel mal servicio. Si era un mozo riquejo y bien mirado, se trataría de arreglar la cosa: el mal no existiría entonces más que a medias; no era Celeste la única a quien le había ocurrido aquello; pero le contrariaba el hecho de todos modos, en vista del giro que tomaba el asunto.

Agregó:

—¿Y quién te hizo eso, estúpida?

Celeste, resuelta a decirlo todo, se atrevió a murmurar:

—Creo que fue Pólito.

Entonces la tía Malivoire, enloquecida por la cólera, se arrojó sobre su hija y se puso a pegarle con tanta furia que se le cayó el gorro.

Descargaba recios puñetazos sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre todo el cuerpo, y Celeste, tumbada por completo entre los dos cubos, que la protegían algo, se limitaba a ocultar el rostro entre las manos bien abiertas.

Todas las vacas, sorprendidas, habían cesado de comer y, habiéndose vuelto, miraban con sus grandes ojos. La última bramó, alargando el hocico hacia las mujeres.

Después de golpear hasta cansarse, la tía Malivoire, sofocada, se detuvo; y, recobrando algo el uso de sus facultades, quiso darse la más exacta cuenta de la situación.

—¡Pólito! —dijo—. ¿Es posible? ¿Cómo te dejaste coger por un cochero de diligencia? ¿Habías perdido el seso? ¡Menester será que te haya dado un filtro aquel holgazán!

Y Celeste, tumbada siempre en el suelo, murmuró de cara al polvo:

—¡No le pagaba el asiento!

La vieja normanda comprendió entonces.

\*\*\*

Todas las semanas, el miércoles y el sábado, Celeste iba al pueblo con los productos de la granja, la volatería, la crema y los huevos.

Salía a las siete con sus dos cestos del brazo, los quesos y demás en el uno, las gallinas en el otro, e iba a esperar en la carretera la diligencia de Yvetot.

Dejaba en tierra sus mercancías y se sentaba en la zanja, mientras las gallinas de corto y agudo pico y los patos de pico largo y ancho, sacando la cabeza por entre los mimbres, miraban con su ojo redondo, estúpido y lleno de asombro.

Pronto el carruaje, especie de cofre amarillo protegido por un toldo de cuero negro, llegaba allí sacudiendo su trasera, movida por el trote aparatoso de una blanca yegua.

Y Pólito, el cochero, un robusto y alegre muchacho, barrigudo, aunque joven, y tostado por el sol, curtido por el viento, mojado por las lluvias y teñido por el



aguardiente, que tenía el rostro y el cuello de color de ladrillo, gritaba a lo lejos, haciendo sonar su látigo:

—¡Buenos días, señorita Celeste! ¿Cómo va de salud?

Ella le tendía, uno tras otro, sus cestos, que él colocaba sobre la imperial; luego subía la moza, levantando la pierna para alcanzar el estribo, y enseñando la pantorrilla, cubierta por una media azul.

Y cada vez tenía Pólito la misma broma: “¡Caramba, no ha enflaquecido!”

Y ella se echaba a reír, encontrando graciosa la frase. Luego él lanzaba un: “¡Arre, Capitana!”, que hacía arrancar al flaco animal. Entonces Celeste sacaba el portamonedas del fondo del bolsillo y de él diez sueldos, seis por ella y cuatro por los cestos de mercancías, y se los daba a Pólito por encima del hombro.

Él los cogía, diciendo al alargar la mano:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Y se reía de la mejor gana, volviéndose hacia la joven para mirarla con más comodidad.

Mucho le costaba a ella el dar cada vez aquel medio franco por tres kilómetros de camino. Y cuando no tenía sueldo sufría más aún, no pudiendo decidirse a alargar una moneda de plata.

Un día, en el momento de ir a pagar, no pudo contenerse.

—Tratándose —dijo— de una buena parroquiana como yo, no debiera cobrarme usted más que seis sueldos.

Él se echó a reír.

—¿Seis sueldos, hermosa mía? Vale usted más que eso, seguramente que vale usted más.

Ella insistió:

—Vienen a resultarle a usted más de dos francos mensuales.

Y él gritó, arreando al animal:

—Para que vea usted que soy amable, no le cobraré nada si consiente en la fiesta.

Ella preguntó con sencillez:

—¿Qué quiere decir eso?

Él se divertía tanto, que tosía a fuerza de reír.

—Una fiesta es una fiesta. ¡Caramba! Una fiesta entre moza y mozo, un dúo sin música.

Ella comprendió, se ruborizó y dijo:

—No me conviene el trato, señor Pólito.

Pero él no se intimidó, y repetía riendo más y más:

—Ya le convendrá a usted ¡una fiesta entre moza y mozo!

Y a partir de entonces, todos los días, cuando ella le iba a pagar, el cochero le preguntaba:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella bromeaba también, y respondía:

—Tampoco, señor Pólito; pero será el sábado, se lo aseguro.

Y él gritaba, riendo:

—Muy bien; ¡vaya por el sábado!

Y ella calculaba interiormente que, en los dos años que duraba la cosa, había pagado cuarenta y ocho francos a Pólito, y cuarenta y ocho francos son una cantidad en el campo; y calculaba también que dentro de dos años más, le habría dado cerca de cien francos de plata.

Y tanto calculó que un día, un día de primavera que estaban solos, cuando él le preguntó, según costumbre:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella le respondió:

—Como usted guste, señor Pólito.

A él no le sorprendió la cosa y saltó dentro del coche, murmurando con satisfacción:

—Sea hoy, pues. ¡Ya sabía yo que acabaríamos por entendernos!

Y la vieja yegua blanca se puso a trotar tan suavemente que parecía bailar sin dar un paso, indiferente a la voz que te gritaba desde el fondo del coche:

—¡Arre, Capitana, arre!

\*\*\*

Tres meses después, Celeste se dio cuenta de que estaba encinta.

Había dicho todo esto con voz lacrimosa. Y su madre, pálida de ira, le preguntó:

—¿Cuánto ha valido eso, según tu cuenta?

Celeste dijo:

—Cuatro meses, a diez sueldos viaje... Pues ocho francos.

Al oír esto, la rabia de la campesina se desencadenó espantosamente, y, cayendo otra vez sobre la muchacha, la golpeó hasta perder el resuello. En seguida, levantándose:

—¿Y le has dicho —exclamó— que estás encinta?

—¿Qué le he de decir?

—¿Por qué no?

—¿Para que me hubiese hecho pagar? ¡No soy tan tonta!

La vieja meditó luego, tomando otra vez los cubos:

—¡Vamos! —dijo—, levántate y trata de seguirme.

Pasado un instante agregó:

—Por otra parte, no le digas nada mientras él no lo note; ¡así podrás ir de balde seis u ocho meses!

Y habiéndose puesto en pie, la moza, llorando aún, despeinada y cubierta de polvo, echó a andar con tardo paso tras de su madre, murmurando:

—¡Es claro que no se lo diré!

*Gil Blas, 22 de julio de 1884*

## I

El señor Marambot abrió la carta que le entregaba Denis, su criado, y sonrió.

Denis, que llevaba veinte años en la casa, un hombrecillo rechoncho y jovial, al que se citaba en toda la comarca como modelo de doméstico, preguntó:

"¿El señor está contento? ¿El señor ha recibido una buena noticia?"

El señor Marambot no era rico. Ex farmacéutico de pueblo, soltero, vivía de unas pequeñas rentas ganadas penosamente vendiendo drogas a los campesinos.

"Sí, hijo mío. Malois se echa para atrás ante el proceso con que le amenazo; mañana recibiré mi dinero. Cinco mil francos no vienen mal en la caja de un solterón."

Y el señor Marambot se frotaba las manos. Era un hombre de carácter resignado, más triste que alegre, incapaz de un esfuerzo prolongado, descuidado en sus negocios.

Ciertamente habría podido alcanzar una holgura más considerable aprovechando la defunción de los colegas establecidos en centros importantes, para ir a ocupar su lugar y recoger su clientela. Pero la molestia de las mudanzas, y la idea de todos los pasos que habría que dar, lo habían disuadido siempre; y se contentaba con decir tras dos días de reflexión:

"¡Bah!, la próxima vez será. No pierdo nada esperando. Acaso encuentre algo mejor."

Denis, por el contrario, empujaba a su amo a la acción. De carácter dinámico, repetía sin cesar:

"¡Oh! Lo que es yo, si hubiera tenido el capital inicial, habría hecho fortuna. Sólo mil francos, y asunto concluido."

El señor Marambot sonreía sin responder y salía a su jardincito, por donde se paseaba, con las manos a la espalda, soñando despierto.

Denis estuvo cantando todo el día, como un hombre satisfecho, coplas y romances del país. Desplegó incluso una actividad inusitada, pues limpió todos los cristales de la casa, secando los vidrios con ardor, entonando a pleno pulmón sus estribillos.

El señor Marambot, asombrado por su celo, le dijo en varias ocasiones, sonriente:

"Si trabajas así, hijo mío, no te dejarás nada para mañana. "

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, el cartero entregó a Denis cuatro cartas para su amo, una de ellas muy pesada. El señor Marambot se encerró en seguida en su habitación hasta media tarde. Confió entonces a su criado cuatro sobres para el correo. Uno de ellos iba dirigido al señor Malois, era sin duda un recibo del dinero.

Denis no hizo preguntas a su amo; ese día parecía tan triste y sombrío como la víspera había estado alegre.

Llegó la noche. El señor Marambot se acostó a la hora de costumbre y se durmió.

Lo despertó un ruido singular. Se sentó de inmediato en la cama y escuchó. Pero su puerta se abrió bruscamente, y Denis apareció en el umbral, con una vela en una mano, un cuchillo de cocina en la otra, los ojos muy abiertos y fijos, los labios y las mejillas contraídos como los de alguien agitado por una horrible emoción, y tan pálido que semejava un aparecido.

El señor Marambot, sobrecogido, lo creyó sonámbulo, e iba a levantarse para correr a su encuentro, cuando el criado sopló la vela lanzándose hacia la cama. Su amo extendió las manos para protegerse del choque que lo derribó de espaldas; y trataba de agarrar las manos de su criado, a quien creía ahora víctima de un ataque de locura, con el fin de evitar los precipitados golpes que le asestaba.

El cuchillo le alcanzó la primera vez en el hombro, la segunda en la frente, por tercera vez en el pecho. Se debatía enloquecido, agitando las manos en la oscuridad, lanzando también patadas y gritando:

"¡Denis! ¡Denis! ¿Estás loco? ¡Vamos, Denis!"

Pero el otro, jadeante, se encarnizaba, seguía golpeando, rechazado ya por una patada, ya por un puñetazo, e insistiendo furiosamente. El señor Marambot fue herido aún dos veces en la pierna y una vez en el vientre. Pero de pronto una rápida idea cruzó por su mente y empezó a gritar:

"Déjalo, déjalo, Denis, no he recibido el dinero."

El hombre se detuvo al punto; y su amo oía, en la oscuridad, su respiración sibilante.

El señor Marambot prosiguió en seguida:

"No he recibido nada. El señor Malois se vuelve atrás, el proceso se celebrará; por eso llevaste las cartas al correo. Puedes leer las que están en mi escritorio."

Y, con un último esfuerzo, cogió las cerillas en su mesa de noche y encendió su vela.

Estaba cubierto de sangre. Ardientes chorros habían salpicado la pared. Las sábanas, las cortinas, todo estaba rojo. Denis, también ensangrentado de pies a cabeza, permanecía en pie en el centro de la habitación.

Cuando vio aquello, el señor Marambot se creyó muerto, y perdió el conocimiento.

Se reanimó al despuntar el día. Estuvo algún tiempo sin recobrar sus sentidos, sin entender, sin acordarse. Pero de pronto el recuerdo del atentado y de sus heridas volvió a él, y lo invadió un miedo tan vehemente que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de unos minutos su espanto se calmó, y reflexionó. No había muerto en el acto, y por lo tanto podría reponerse. Se sentía débil, muy débil, pero no sufría mucho, aunque experimentaba en diversos puntos del cuerpo una sensible molestia, como pellizcos. Se sentía también helado, y completamente mojado, y oprimido, como enrollado en vendajes. Pensó que la humedad procedía de la sangre derramada; y lo sacudían estremecimientos de angustia ante el espantoso pensamiento de aquel líquido rojo brotado de sus venas y que cubría la cama. La idea de volver a ver tan horroroso espectáculo lo trastornaba y cerraba los ojos con fuerza, como si fueran a abrirse a su pesar.

¿Qué sería de Denis? Se había escapado, probablemente.

Pero ¿qué iba a hacer ahora él, Marambot? ¿Levantarse? ¿Pedir auxilio? Ahora bien, si hacía un solo movimiento, sus heridas sin duda volverían a abrirse; y caería muerto, desangrado.

De repente, oyó que empujaban la puerta de la habitación. Su corazón casi dejó de latir. Era Denis que venía a rematarlo, ciertamente. Contuvo la respiración para que el asesino lo creyera muerto, y terminada su obra.

Sintió que le quitaban las sábanas, después que le palpaban el vientre. Un vivo dolor, junto a la cadera, lo hizo estremecerse. Ahora lo lavaban con agua fresca, muy suavemente. Así, pues, alguien había descubierto la fechoría y lo estaban cuidando, lo salvaban. Le asaltó una alegría loca; pero, por un resto de prudencia, no quiso mostrar que había recobrado el conocimiento, y entreabrió un ojo, sólo uno, con las mayores

precauciones. Reconoció a Denis de pie a su lado, ¡a Denis en persona! ¡Misericordia! Volvió a cerrar el ojo con precipitación.

¿Denis! ¿Qué estaba haciendo ahora? ¿Qué quería? ¿Qué espantoso proyecto alimentaba aún?

¿Qué hacía? ¡Lo estaba lavando para borrar las huellas! ¿Iría ahora a enterrarlo en el jardín, a diez pies bajo tierra, para que no lo descubriesen? ¿O a lo mejor en el sótano, bajo las botellas de vino fino?

Y el señor Marambot se puso a temblar tan intensamente que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: "Estoy perdido, ¡perdido!" Y apretaba desesperadamente los párpados para no ver llegar la última cuchillada. No la recibió. Denis, ahora, lo levantaba y lo vendaba con un lienzo. Después se puso a curar la herida de la pierna con cuidado, como había aprendido a hacerlo cuando su amo era farmacéutico.

No cabía la menor duda para un hombre del oficio: su criado, tras haber querido matarlo, intentaba salvarlo.

Entonces el señor Marambot, con voz desfallecida, le dio este consejo práctico:

"¡Añade al agua de los lavados y las curas un poco de carbón!"

Denis respondió:

"Es lo que hago, señor."

El señor Marambot abrió los dos ojos.

Ya no quedaban rastros de sangre en la cama, ni en la habitación, ni sobre el asesino. El herido estaba tendido entre sábanas blanquísimas.

Los dos hombres se miraron.

Por fin, el señor Marambot pronunció con suavidad:

"Has cometido un gran crimen."

Denis respondió:

"Estoy reparándolo, señor. Si usted no me denuncia, le serviré fielmente como en el pasado."

No era el momento de disgustar a su criado. El señor Marambot articuló, volviendo a cerrar los ojos:

"Te juro que no te denunciaré."

## II

Denis salvó a su amo. Pasó noches y días sin dormir, no salió de la habitación del enfermo, le preparó drogas, tisanas, pociones, le tomaba el pulso, contaba ansiosamente las pulsaciones, lo manejaba con una habilidad de enfermero y una abnegación de hijo.

Le preguntaba a cada momento:

"¿Qué, señor? ¿Cómo se encuentra?"

El señor Marambot respondía con voz débil:

"Un poco mejor, hijo mío, muchas gracias."

Y cuando el herido se despertaba, por la noche, veía a menudo a su guardián que lloraba en un sillón y se enjugaba los ojos en silencio.

Nunca el exfarmacéutico había estado tan bien cuidado, tan mimado, tan atendido. Al principio se había dicho:

"Cuando esté curado, me desembarazaré de este granuja. "

Entraba ahora en la convalecencia y retrasaba de un día para otro el momento de separarse de su asesino. Pensaba que nadie tendría con él tantas consideraciones y atenciones, que dominaba a aquel hombre gracias al miedo; y lo previno de que había depositado en un notario un testamento en el que lo denunciaba a la justicia si le ocurría algún nuevo accidente.

Esta precaución le parecía suficiente para preservarlo en el futuro de todo nuevo atentado; y se preguntaba entonces si no sería incluso más prudente conservar al criado a su lado, para vigilarlo atentamente.

Como antaño, cuando vacilaba entre adquirir o no alguna farmacia más importante, no podía decidirse a adoptar una resolución.

"Siempre habrá tiempo" se decía.

Denis seguía mostrándose un incomparable servidor. El señor Marambot estaba curado. Y lo conservó.

Ahora bien, una mañana, cuando acababa de almorzar, oyó de pronto un gran ruido en la cocina. Corrió a ella. Denis se debatía, agarrado por dos gendarmes. El sargento tomaba gravemente unas notas en un cuaderno.

En cuanto vio a su amo, el sirviente empezó a sollozar, gritando:

"Me ha denunciado usted, señor; eso no está bien, después de lo que me prometió. ¡Ha faltado usted a su palabra de honor, señor Marambot! ¡No está bien, no está nada bien!..."

El señor Marambot, estupefacto y desolado al ver que sospechaba de él, alzó la mano:

"Juro ante Dios, hijo mío, que no te he denunciado. Ignoro totalmente cómo han podido enterarse los gendarmes de tu intento de asesinato contra mi."

El sargento tuvo un sobresalto:

"¿Dice usted que ha querido matarlo, señor Marambot?"

El farmacéutico, aturdido, respondió:

"Pues, sí... pero yo no lo he denunciado... No he dicho nada... Juro que no he dicho nada... Me servía muy bien desde ese momento..."

El sargento articuló severamente:

"Tomo nota de su deposición. La justicia apreciará ese nuevo motivo que ignoraba, señor Marambot. Estoy encargado de detener a su criado por el robo de dos patos hurtados subrepticamente por él en casa del señor Duhamel, de cuyo delito hay testigos. Le pido perdón, señor Marambot. Daré cuenta de su declaración. "

Y, volviéndose hacia sus hombres, ordenó:

"¡Vamos, en marcha!"

Los dos gendarmes se llevaron a Denis.

### III

El abogado acababa de alegar locura, relacionando los dos delitos entre sí para reforzar su argumentación. Había probado claramente que el robo de los dos patos provenía del mismo estado mental que las ocho cuchillas inferidas a Marambot. Había analizado finamente todas las fases de ese estado transitorio de enajenación mental, que cedería, sin la menor duda, ante un tratamiento de unos meses en una excelente casa de salud. Había hablado en términos entusiastas de la continua abnegación de aquel honrado servidor, de los incomparables cuidados que prodigó a su amo herido por él en un instante de extravío.

Enternecido profundamente con aquel recuerdo, el señor Marambot sintió que se le humedecían los ojos.

El abogado se dio cuenta, abrió los brazos en un amplio gesto, desplegando sus largas mangas negras como las alas de un murciélago. Y, con tono vibrante, exclamó:

"Miren, miren, miren, señores del jurado; miren esas lágrimas. ¿Qué me queda por decir sobre mi cliente? ¿Qué discurso, qué argumento, qué razonamiento valdrían lo que esas lágrimas de su amo? ¡Hablan con más elocuencia que yo, con más elocuencia que la ley! Están gritando:

"¡Perdón para el insensato de una hora! ¡Imploran, absuelven, bendicen!"

Se calló, y se sentó.

El presidente, entonces, volviéndose hacia Marambot, cuya deposición había sido excelente para su criado, le preguntó:

"Pero, vamos a ver, señor, aún admitiendo que usted haya considerado demente a este hombre, eso no explica que lo haya conservado a su lado. No dejaba de ser peligroso."

Marambot respondió, enjugándose los ojos:

"¿Qué quiere usted, señor presidente? ¡Es tan difícil encontrar un criado con los tiempos que corren!... No habría hallado ninguno mejor."

Denis fue absuelto e internado, a expensas de su amo, en una casa de locos.

*Le Gaulois, 28 de agosto de 1883*

# *La desconocida*

---

*L'inconnue*

## I

Hablábamos de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias a lances amorosos.

Goutrán, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—Paris ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en Paris acontecen extrañas aventuras.

Se calló un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Échense a la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele a violeta, porque los carritos de las vendedoras ambulantes van cargados de fragantes violetas.

Todo alegre; y miramos a las mujeres. ¡Dios de Dios, qué tenadoras se muestran con sus vestidos claros de telas muy sutiles que transparentan —él color de piel! Divagamos sin rumbo fijo y con el alma ansiosa; la esperanza nos conduce; ¡qué mañanas tan felices!

La vemos venir a distancia, la contemplamos, la reconocemos cuando se acerca; — es la que nos agrada. Una flor de su sombrero, —un mohín de su cabeza, sus andares; basta un detalle cualquiera para que la adivinemos. Y al devorarla con los ojos decimos: "¡Hermosa mujer!"

Es una empleadita de almacén, —una señora que vuelve de la iglesia o que acude a una cita amorosa? ¡Qué más da! Su pecho redondo vibra bajo su blusa transparente. ¡Ah! Si fuera posible poner allí los dedos..., los dedos y los labios. ¿La mirada es tímida o atrevida? ¿El pelo negro o rubio? ¡Qué importa! Al rozarnos con su vestido aquella mujer que pasa nos produce una sensación, un cosquilleo agradable. Y ¡cómo deseamos todo el día a la que sólo vimos un momento! Yo guardo el recuerdo de bastantes criaturas vistas al pasar, una vez, diez veces, y me hubiera enamorado como un loco de ellas en un trato íntimo.

Sucedan así las cosas; aquellas mujeres que más deseamos nunca las conocemos. ¿Lo han observado ustedes? No cabe duda y tiene cierta gracia. Descubrimos de cuando en cuando mujeres cuya sola presencia nos hace concebir deseos apasionados; pero éstas pasan junto a nosotros y desaparecen para no volver jamás. Cuando pienso en todas las criaturas adorables que se han codeado conmigo en las calles de Paris, me enfurezco, me dan tentaciones de ahorcarme. ¿Dónde paran? ¿Quiénes son? ¿En qué lugar podría yo encontrarlas? ¿Cómo verlas de nuevo? Un proverbio dice que pasamos con frecuencia junto a la dicha sin advertirlo. Pues bien: yo estoy seguro de que más de una vez he pasado junto a la que pudo hacerme suyo con el cebo de su carne deliciosa.

## II

Roger de Annettes había escuchado sonriente, y dijo:



—Conozco eso bien, y voy a referir lo que me ocurrió hará cosa de cinco años: Encontré por vez primera, en el puente de la Concordia, a una hermosa mujer airoso y lozana, que me hizo un efecto..., un efecto... sorprendente. Morena, de un moreno acentuado, con los cabellos relucientes y las cejas unidas, como si formaran un solo arco entre las sienes. Un ligero bozo sombreaba el labio y hacia imaginar..., como se imaginan bosques adorables al ver un ramo verde sobre una mesa. Tenía el talle muy esbelto, el pecho muy saliente y casi provocativo, que se ofrecía como una tentación. Los ojos parecían dos manchas de tinta en esmalte blanco. No eran ojos, eran abismos negros y profundos abiertos en aquella cabeza, en aquella mujer, por donde se entraba en ella. Oh, qué mirada tan extraña, opaca y vacía, sin pensamiento... y tan hermosa!

Me pareció judía. La seguí. Muchos hombres se volvieron para contemplarla. Ella se balanceaba un poco al andar, sin elegancia. pero insinuante. Subió a un coche en la plaza de la Concordia, y como un estúpido, pegado al Obelisco me abrasó el más violento deseo que sentí en mi vida.

Estuve preocupado bastantes días; luego la olvidé.

Al medio año volví a encontrarla en la calle de la Paz, y sentí al verla una sacudida en el corazón, como cuando se tropieza impensadamente con una que fue nuestra querida y a la cual adoramos locamente. Me detuve para contemplarla. Cuando me rozó al pasar, creí que me hallaba en la boca de un horno. Cuando se alejó noté la sensación de un aire frío que me acariciaba el rostro. No la seguí, temeroso de hacer alguna simpleza.

Se me apareció repetidas veces en sueños. No era para mí novedad esta clase de obsesiones.

Estuve un año sin encontrarla; y una tarde, a la puesta del sol. en el mes de mayo, la reconocí en la avenida de los Campos Elíseos.

El Arco de la Estrella se dibujaba sobre la cortina roja del cielo. Un polvillo dorado y una roja y brillante, neblina, invadían el espacio: era una de esas deliciosas tardes que son las apoteosis de Paris.

La seguí con furiosos deseos de decirle algo, de arrodillarme a sus pies, de proclamar la pasión que me devoraba.

Dos veces, al acercarme a ella, me adelanté, sin atreverme a interrogarla, y retrocedí al sentir de nuevo el calor del horno que me había impresionado en la calle de la Paz.

Me miró. Luego la vi entrar en una casa de la calle de Presbourg. Aguardé dos horas en el portal de enfrente. No salió. Entonces me decidí a preguntar al portero. No la conocía:

—Debe de ser una visitante— me dijo.

Y estuve sin verla otros ocho meses.

Pero una mañana de enero, con un frío siberiano, andaba yo por el bulevar Malesherbes, muy de prisa para entrar en calor, y al revolver de una esquina tropecé con una señora, la cual dejó caer, efecto del choque, un paquetito que llevaba.

Quise disculparme de pronto ¡Era ella!

Quedé sobrecogido, estúpido: luego, al entregarle su paquete, le dije con brusquedad:

—Estoy pesaroso y satisfecho de haber dado a usted un encontrón, señora. Dos años hace que la conozco a usted, que la admiro, que me siento ansioso de tratarla, sin hallar manera de presentarme, sin conseguir siquiera saber dónde vive. Perdone mi franqueza y atribúyala solamente al deseo irreprímible de contarme entre el número de los que tienen derecho a saludarla. Un amor como éste no puede molestar a usted, ¿verdad? Usted no me conoce. Soy el barón Roger de Annettes. Infórmese antes de recibirme. Y

si usted se niega, si no atiende a mi súplica, seré el más desdichado de los hombres. Muéstrase bondadosa conmigo; consienta y ayúdeme para que alguna vez pueda verla.

Fijó en mí sus ojos extraños y adormecidos y respondió sonriente:

—Deme usted su tarjeta. Iré a su casa.

Quedé tan sorprendido, que debió de conocerse la estupefacción que me produjeron aquellas palabras. Pero nunca tardo en reponerme y en recobrar mi serenidad. Me apresuré a poner en sus manos una tarjeta que guardó en su portamonedas con el movimiento rápido de una mano acostumbrada a escamotear cartitas.

Entonces dije:

—¿Cuándo nos veremos?

Dudó, como si tuviera que hacer un cálculo muy complicado: trataba sin duda de recordar, hora por hora, la distribución de su tiempo; luego dijo:

—El domingo por la mañana. ¿Le conviene?

—¡Ya lo creo que me conviene!

Y se alejó, después de haberme observado, juzgado, pesado, medido, analizado, con aquella mirada extraña, que parecía dejar huella sobre la piel: como si derramara sobre las gentes un líquido viscoso y negro como el que sueltan los calamares para adormecer a los pececillos que serán su presa.

Me entregué hasta el domingo a un terrible trabajo intelectual, con el propósito de adivinar quién sería la mujer aquella, y fijarme una regla de conducta para la entrevista.

¿Debía pagarla? ¿Cómo?

Me decidí a comprar una joya, una bonita joya, que dejé, con el estuche abierto, sobre la chimenea.

Y después de pasar la noche inquieto y sin dormir apenas, aguardé a que llegase la desconocida.

Llegó a eso de las diez, muy despacio, muy tranquila, y me tendió la mano como si fuésemos de antes amigos. La hice sentar y le quité el sombrero, el velo, el abrigo, el manguito, Luego empecé con alguna turbación a mostrarme galante, muy galante, pues no era cosa de perder el tiempo.

No se hizo rogar ni mostró extrañeza, y no habíamos cruzado aún veinte palabras, cuando empecé a desnudarla. Ella prosiguió hábilmente esa faena que yo no hubiera terminado jamás. Soy algo torpe; me pincho con los alfileres; al quitar lazadas hago nudos imposibles; todo lo dificulto y todo lo retardo, todo lo embrollo y pierdo la serenidad.

¡Ay amigo mío! ¿Existen acaso en la vida momentos más deliciosos que cuando se mira, por discreción a cierta distancia y con cierto disimulo para no espantar el pudor de buitre que tiene todas, a la que se desnuda para nosotros y deja caer en círculo a sus pies todas sus crujientes envolturas, una tras otra?

¿Hay algo más hermoso que los movimientos de la mujer para librarse de las suaves telas que se desprenden, blandas y vacías, como si cayeran heridas de muerte?

¡Es tan conmovedora, tan atractiva, la aparición de la carne, de los brazos desnudos del pecho! ¡Tan perturbador el perfil del cuerpo que se adivina bajo el último velo!

Pero de pronto reparo en una cosa sorprendente; una mancha negra entre los dos hombros, una mancha bastante grande, de relieve, y muy negra. La mujer estaba de espaldas, y yo había prometido no mirar.

¿Qué era aquello? El bozo, las cejas unidas a la cabellera abundante, debieron de prepararme a recibir tal sorpresa.

Pero quedé bruscamente impresionado por visiones y reminiscencias singulares. Me pareció que tenía cerca de mí una maga de Las mil y una noches, uno de esos seres

peligrosos y pérfidos, cuya misión se reduce a conducir a los hombres hasta el fondo de abismos desconocidos. Recordé que Salomón hizo andar sobre un espejo a la reina de Saba, para convencerse de que no tenía pezuñas como el diablo.

Y... cuando llegó el momento de cantarle una canción amorosa, noté... que me faltaba la voz en absoluto; ni siquiera un hilillo de voz, amigo, ¡nada! Y ella, después de aguardar inútilmente, se disgustó, se apartó de mi, se vistió de prisa y dijo desdeñosa:

—Para esto, pudo usted ahorrarme tanta molestia.

Me atreví a ofrecer la sortija que había comprado para ella, y oí decir con sequedad:

—¿Por quién me toma usted, caballero?

Me ruboricé hasta las orejas, confundido por tantas y tales humillaciones.

Y sin añadir media palabra, se fue.

A esto se redujo mi aventura. Pero lo peor, lo más triste del caso, es que me siento enamorado de aquella mujer, y desde entonces la deseo locamente.

No puedo ver a ninguna sin pensar en ella. Todas me desagradan si no se le parecen algo. No puedo besar una mejilla sin ver su mejilla junto a la que beso y sin padecer horriblemente con el ansia que me tortura.

Ella está presente, la veo en todas mis citas, y toma parte, amargándolos, en todos mis goces. La tengo siempre delante, vestida o desnuda, como si fuese mi verdadera querida. Está siempre junto a la que acaricio, en pie o echada, visible siempre y siempre inabordable. Y comienzo a sospechar si realmente sería una hechicera, y el manchón de la espalda su misterioso talismán.

¿Quién es? Lo ignoro. Dos veces más la he visto en la calle. No ha contestado a mi saludo: como si no me conociera. ¿Quién es? ¿De dónde? ¿Acaso asiática? ¿O judía de Oriente? Debe de ser judía. Tengo la preocupación de que será judía. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Por qué? No lo comprendo.

*Gil Blas, 27 de enero de 1885*

# *Descubierta*

---

*Decouverte*

El barco estaba lleno de gente. Se pronosticaba un feliz viaje; los havreses iban a dar un paseo a Trouville.

Soltaron las amarras; un silbido anunció la partida; un estremecimiento sacudió el barco, mientras se oía en torno un rumor de agua removida.

Giraron las ruedas, se detuvieron y giraron de nuevo suavemente. Cuando el capitán dijo en el portavoz que le servía para dar sus órdenes a los maquinistas: "¡En marcha!", las ruedas comenzaron a girar con rapidez.

Nos apartábamos del muelle.

Los viajeros agitaban sus pañuelos, como si se despidiesen para América, y los amigos que se quedaban en tierra hacían otro tanto.

El sol de julio cala sobre las sombrillas, sobre los trajes claros, sobre los rostros alegres, sobre las aguas del Océano en calma. Cuando hubo salido del puerto el vaporcito, trazó una curva rápida para dirigir su proa puntiaguda hacia la costa lejana entrevista vagamente a través de la bruma matinal.

A nuestra izquierda se abría la embocadura del Sena, de veinte kilómetros de ancho. De trecho en trecho, grandes boyas indicaban los bancos arenosos y se distinguían a lo lejos las aguas dulces y cenagosas del río, que, sin mezclarse con el agua salada, señalaban grandes franjas amarillentas en la superficie verde y pura del mar.

En cuanto me veo en una embarcación, siento la necesidad de pasear de arriba abajo, como un marino que hace guardia.

¿Por qué? Lo ignoro. Pero lo cierto es que, según mi costumbre, comencé a pasearme, procurando evitar encontrones con los viajeros.

Me llamaron. Volví la cabeza. Reconocí a un antiguo compañero, Enrique Sidoine, al cual no había visto en diez años. Después de darnos un afectuoso apretón de manos, refiriéndonos a una cosa y otras, emprendimos nuevamente los paseos de oso enjaulado. Sin dejar de hablar, mirábamos las dos filas de viajeros sentados a uno y otro lado del puente.

De pronto Enrique dijo con verdadera expresión de rabia:

—Está lleno de ingleses. ¡Que asco!

En el vapor abundaban, en efecto, los ingleses. Los hombres en pie, contemplaban con sus gemelos el horizonte, con un cierto empaque de importancia que parecía decir: "Somos nosotros, los ingleses, los dueños del mar. ¡Bum! ¡Bum! Aquí estamos."

Y todos los velos blancos que flotaban en sus sombreros, parecían banderas desplegadas para indicar su poder.

Las señoritas, cuyo calzado recordaba también las construcciones navales de su patria, ceñían a su talle, de singular tiesura, y a sus brazos delgados, sus chales multicolores, y sonreían vagamente al paisaje luminoso. Sus cabecitas lucían sombreros ingleses de forma extraña, y sobre su cuello sus pobres cabelleras ensortijadas parecían culebrillas oscilantes.

Y las viejas, aún más estiradas abrían al viento su mandíbula nacional, como si amenazaran al espacio con sus dientes amarillos y enormes.

Se sentía, al pasar junto a ellas, olor de caucho y de elixir dentífrico.

Enrique repetía cada vez más colérico:

—¡Es un asco! ¿No se podría impedir que viniesen a Francia?

—¿Por qué los odias? Yo te aseguro que me son del todo indiferentes.

Enrique dijo:

—Sí, claro; como no te has casado con una inglesa... Pero yo me casé con una inglesa.

Me detuve para reírme.

—¡Ah demonio! Cuéntamelo. ¿Te hace infeliz?

Mi amigo se encogió de hombros.

—Precisamente infeliz... No, no tanto.

—Entonces ella te ha... ¿Te ha engañado?

—Desgraciadamente, no. Eso me daría pretexto para el divorcio, librándome de sufrirla.

—No comprendo.

—¿No comprendes? ¡Claro!

—Pues bien: ella no hizo más cosa mala que hablar en francés. Oye: No tenía yo el menor deseo de casarme, cuando fui a pasar el verano a Etretat, hace doce años. Nada más peligroso que las playas para los solteros. Las muchachas allí se hallan en su elemento. París favorece a las mujeres y los veraneos a las muchachas. Las expediciones en burro, los baños por la mañana, los almuerzos sobre la hierba, todo son provocaciones hacia el matrimonio. Y en verdad, no hay cosa más agradable que ver una criatura de dieciocho abriles corretear a través de los campos o coger flores a la orilla de un camino. Conocía una familia inglesa que vivía en el mismo hotel que yo; el padre se parecía a todos los ingleses; y la madre, a todas las inglesas.

Tenían dos hijos, dos muchachos huesudos, de esos que hacen de la mañana a la noche violentos ejercicios con bolos, con mazas o con palos, y tenían también dos hijas, la mayor flacucha, una verdadera inglesa disecada; la menor, una maravilla, rubia, con una cabeza verdaderamente celestial. Esas condenadas inglesas, cuando se proponen ser bonitas lo son de verdad. Tenía los ojos azules, de un azul que parece impregnado en poesía, en esperanza, en ensueño, en todos los goces del mundo.

¡Qué horizontes abren a los delirios amorosos los ojos de una mujer como aquella! ¡Qué bien responden a las ansias eternas y confusas de nuestro corazón!

Preciso es confesar que los franceses adoramos a las extranjeras. En cuanto vemos una rusa, una italiana, una española o una inglesa un poco aceptable, nos enamoramos perdidamente.

Todo lo que viene de fuera nos entusiasma: los sombreros, los guantes, los fusiles y... las mujeres. Y en esto hacemos mal.

Porque yo creo que lo que nos interesa más en las exóticas es el defecto de pronunciación. En cuanto una mujer habla mal nuestro idioma, nos agrada; si se equívoca una vez en cada frase, nos cautiva, y si lo chapurra de un modo ininteligible, nos enloquece.

Mi inglesita Kate hablaba de un modo inverosímil. Yo no entendía una sola palabra los primeros días; luego, acabé por enamorarme como un tonto de aquella jerigonza cómica y alegre.

Todos los conceptos estropeados, ridículos y estrambóticos, en sus labios tomaban una expresión deliciosa. Por las noches, en la terraza del casino, sosteníamos conversaciones que resultaban verdaderamente charadísticas y enigmáticas.

Cuando me casé la adoraba con locura, como se adora un ensueño. Los verdaderos amantes adoran un ensueño que se les presenta en forma de mujer.

Mi terrible, mi única desgracia, fue dar a Kate un profesor de francés. Mientras ella martirizaba el diccionario y tenía en un potro en la gramática, me ilusionó.

Hablando con dificultad. me descubría la gracia encantadora de su ser, la elegancia incomparable de su figura. Yo la imaginaba como una maravillosa joya viviente, como una muñeca de carne, formada por mis caricias y que sabía decir apenas lo que le gustaba, lanzar exclamaciones atractivas y expresar coquetonamente, a fuerza de ser incomprensible, sensaciones y emociones poco complicadas.

Parecía un juguete de esos que dicen "papá" y "mamá" y pronuncian "baaba" y "baamban"

Como podría yo suponer que...

Ahora, tampoco habla muy bien que digamos, pero se la comprende sin dificultad; la comprendo ya demasiado.

Abrí mi muñeca y sé lo que tiene dentro, amigo mío. ¡Qué lástima!

Tu no conoces las opiniones, las ideas, las teorías de una inglesita bien educada, a la cual no se le puede reprochar la menor falta, y que repite constantemente a todas horas, las frases de un diccionario de la conversación, escrito para los colegios.

Recuerda la sorpresa del cotillón, esos paquetitos preciosos y dorados que guardan execrables confites. Yo tuve una en mi mano y rasgué la envoltura, quise probar lo que había dentro, y me desagradó tanto, que ahora se me revuelve el estómago solo de ver a los ingleses.

¿Me habré casado con una cotorra a la cual le habría enseñado un poco de francés una institutriz inglesa?

\*\*\*

Divisábamos ya el puerto de Trouville, muy animado.

Yo dije:

—¿En dónde tienes a tu mujer?

Y me contestó:

—La llevé a Etretat.

—Y tú, ¿qué proyectas?

—Distraerme un poco en Trouville.

Y después de un silencio, añadió:

—No puedes imaginarte hasta que punto resultan insoportables ciertas mujeres.

*Le Gaulois, 4 de septiembre de 1884*

## *Después*

---

*Après*

—Queridos —dijo la condesa— hay que ir a acostarse.

Los tres, niños y niñas, se levantaron y fueron a abrazar a su abuela.

Después vinieron a darle las buenas noches al señor cura, que había cenado en el castillo como todos los jueves.

El abad Mauduit sentó a dos sobre sus rodillas, pasando sus largos brazos vestidos de negro por detrás del cuello de los niños y, aproximando sus cabezas con un movimiento paternal, les besó la frente con un beso muy tierno.

Después los volvió a poner en el suelo, y las pequeñas criaturas, el niño delante y las niñas detrás, se fueron.

—¿Le gustan los niños, señor cura? —preguntó la condesa.

—Mucho, señora.

La anciana señora levantó sus ojos claros hacia el sacerdote.

—Y... su soledad, ¿nunca le ha pesado demasiado?

—Sí, a veces.

Él se calló, dudó, y después continuó:

—Pero yo no he nacido para la vida mundana.

—¿Qué sabe usted de eso?

—¡Oh! Lo sé bastante bien. Yo fui creado para ser sacerdote, he seguido mi senda.

La condesa lo observaba continuamente:

—Veamos, señor cura, dígame, dígame, ¿como se decidió a renunciar a todo lo que nos hace amar la vida, a todo lo que nos consuela y nos sostiene?. ¿Quién lo ha empujado o inducido a apartarse del gran camino natural, del matrimonio y la familia? Usted no es ni un exaltado, ni un fanático, ni un sombrío, ni un triste. ¿Ha sido algún acontecimiento, una pena, lo que lo ha decidido a pronunciar votos de por vida?

El abad Mauduit se levantó y se aproximó al fuego, después extendió hacia las llamas sus zapatones de sacerdote de pueblo. Parecía siempre dudar a la hora de responder.

Era un enorme anciano de cabellos blancos que prestaba sus servicios desde hacía veinte años en la comunidad de Saint-Antoine-du-Rocher. Los campesinos decían de él:

—Es un buen hombre.

En efecto, era un gran hombre, condescendiente, familiar, bondadoso y, sobre todo, generoso. Como San Martín, él había rasgado en dos su abrigo. Era de risa fácil y lloraba también por poca cosa, como una mujer, lo que le perjudicaba incluso un poco ante el carácter rudo de los campesinos.

La anciana condesa de Saville, retirada en su castillo de Rocher para cuidar a sus nietos después de las muertes sucesivas de su hijo y su nuera, quería mucho a su sacerdote, y decía de él: "Es un encanto".

Él venía todos los jueves a pasar la noche con la dueña del castillo y se había creado entre ellos una buena y franca amistad entre ancianos.

Se entendían casi con medias palabras, siendo los dos buenas personas, con esa bondad de las gentes sencillas y tiernas.

Ella insistía:

—Veamos, señor cura, confíese usted.

Él repetía:

—Yo no había nacido para la vida común. Me di cuenta a tiempo felizmente, y muy a menudo he constatado que no me he equivocado.

Mis padres, vendedores merceros en Verdiers, y bastante ricos, tenían muchas esperanzas puestas en mí. Me mandaron a una pensión muy joven. No se sabe lo que puede llegar a sufrir un niño en un colegio por el mero hecho de la separación, del aislamiento. Esta vida uniforme y sin ternura es buena para unos, detestable para otros. Los seres pequeños tienen a menudo el corazón mucho más sensible de lo que uno cree y, encerrándolos así, demasiado pronto, lejos de aquellos que aman, se puede desarrollar hasta el exceso una sensibilidad que se exalta, que se convierte en enfermiza y peligrosa.

Yo no jugaba apenas, no tenía compañeros, pasaba mis horas echando de menos la casa, lloraba por la noche en mi cama, me rompía la cabeza para reencontrar recuerdos de mi hogar, recuerdos insignificantes, pequeñas cosas, pequeños sucesos. Pensaba sin cesar en todo lo que había dejado allá. Me convertía muy lentamente en un exaltado para quien las más ligeras contrariedades eran horribles penas.

Con todo esto yo permanecía taciturno, cerrado en mí mismo, sin expansión, sin confidentes. Este trabajo de excitación mental se hacía sobria y concienzudamente. Los nervios de los niños son rápidamente sacudidos; deberíamos vigilar a aquellos que viven en una paz profunda, hasta su desarrollo casi completo. Pero, ¿quién puede pensar que, para algunos colegiales, un castigo injusto puede ser un dolor tan grande como lo será más tarde la muerte de un amigo? ¿Quién se da cuenta exactamente de que algunas almas jóvenes sufren por una nimiedad emociones terribles, y son, en poco tiempo, almas enfermas, incurables?

Este fue mi caso. Esta facultad de lamento se desarrolló en mí de forma que toda mi existencia se convirtió en un martirio.

No lo decía, no decía nada, pero poco a poco me volví de una sensibilidad, o más bien, de una sensibilidad tan viva que mi alma parecía una herida abierta. Todo lo que la tocaba le producía retortijones de dolor, vibraciones horrorosas, y como consecuencia verdaderos estragos. ¡Felices los hombres que la naturaleza ha acorazado de indiferencia y armado de estoicismo!

Llegué a los dieciséis años. Una timidez excesiva me caracterizaba como consecuencia de esta capacidad para sufrir con todo. Sintiéndome desnudo ante todos los ataques del azar o del destino, temía todos los contactos, todos los acercamientos, todos los acontecimientos. Vivía en alerta como bajo la amenaza constante de una desgracia desconocida y siempre esperada. No osaba ni hablar, ni intervenir en público. Tenía la sensación de que la vida era una batalla, una lucha espantosa donde se reciben golpes tremendos, heridas dolorosas, mortales. En lugar de alimentar, como todos los hombres, la feliz esperanza del día después, solo mantenía un confuso temor y sentía en mí una especie de ganas de esconderme, de evitar este combate en el que yo sería vencido y muerto.

Rematados mis estudios, me dieron seis meses de vacaciones para escoger una carrera. Un acontecimiento muy simple me hizo de repente ver claro, me mostró el estado enfermizo de mi espíritu, me hizo comprender el peligro y me hizo tomar la decisión de escapar.

Verdiers es una pequeña ciudad rodeada de llanuras y bosques. En la calle principal se encontraba la casa de mis padres. Últimamente, pasaba mis días lejos de esta morada que tanto había echado de menos, tanto había deseado. Se habían despertado en mí sueños, y me paseaba por los campos, completamente solo, para dejarlos escapar, echar a volar.



Mi padre y madre, muy ocupados con su comercio y preocupados por mi porvenir, no me hablaban más que de sus ventas o de mis posibles proyectos. Me querían como una persona positiva, de espíritu práctico; me querían con la razón antes que con su corazón. Yo vivía amurallado en mis pensamientos y tembloroso con mi eterna inquietud.

Ahora bien, una tarde, después de un largo recorrido, percibí, cuando regresaba a zancadas para no llegar tarde, un perro que corría hacia mí. Era una especie de podenco rojo, muy delgado, con largas orejas rizadas.

Cuando estuvo a diez pasos se detuvo. Y yo hice lo mismo. Entonces él se puso a agitar la cola y se aproximó a pasitos, con movimientos de temor en todo el cuerpo, doblándose sobre sus patas como para implorarme y moviendo suavemente la cabeza. Lo llamé. Hizo como si se rebajara, con un aspecto tan humilde, tan triste, tan suplicante, que sentí las lágrimas en los ojos. Fui hacia él, se fue, después volvió y yo me arrodillé mostrándole ternura a fin de atraerlo. Pon fin estuvo al alcance de mi mano y, muy suavemente, lo acaricié con precauciones infinitas.

Entonces él se animó, se levantó poco a poco, posó sus patas sobre mis hombros y se puso a lamerme la cara. Me siguió hasta casa.

Fue realmente el primer ser que yo amaba apasionadamente porque él me devolvía mi ternura. Mi afecto por este animal fue, en verdad, exagerado y ridículo. Me parecía, confusamente, que éramos dos hermanos perdidos sobre la tierra, tan aislados y sin defensa el uno como el otro. Él ya no me dejaba nunca, dormía a los pies de mi cama, comía en la mesa a pesar del descontento de mis padres y me seguía en mis recorridos solitarios.

A menudo me detenía sobre el borde de una zanja y me sentaba en la hierba. Sam en seguida acudía, se acostaba a mi lado o sobre mis rodillas y levantaba mi mano con la punta del hocico a fin de hacerse acariciar.

Un día, hacia finales de junio, estando en la carretera de Saint-Pierre-de-Chabrol, vi venir la diligencia de Ravereau. Se acercaba al galope tirada por cuatro caballos, con su maletero amarillo y la capota de cuero negro que cubría su imperial. El cochero hacía chasquear su látigo; una nube de polvo se levantaba bajo las ruedas del pesado carruaje y después ondeaba por detrás, como una nube.

Y de repente, a medida que se acercaba hacia mí, Sam, asustado tal vez por el ruido y queriendo juntarse conmigo, se lanzó delante de ella. La pata de un caballo lo derribó. Lo vi rodar, girar, volver a levantarse, volver a caer sobre todas sus patas. Después la diligencia entera dio dos grandes sacudidas y vi detrás de ella, en medio del polvo, algo que se agitaba sobre la carretera. Estaba casi cortado en dos, todo el interior de su vientre colgaba desgarrado, salía sangre a borbotones. Intentó levantarse, caminar, pero sólo las dos patas de delante podían moverse y arañar la tierra, como para hacer un agujero. Las otras dos estaban ya muertas. Aullaba horrorosamente, loco de dolor.

Murió en algunos minutos. No puedo expresar lo que sentí y cuánto he sufrido. Estuve en cama durante un mes.

Pero, una tarde, furioso mi padre por verme en este estado por tan poca cosa, gritó:

—¡Qué pasará cuando tengas verdaderas penas, si pierdes a tu mujer, a tus hijos! Mira que eres tonto!

Estas palabras, desde entonces, permanecieron en mi cabeza, me atormentaron: "¡Qué será entonces, cuando tengas verdaderas penas, si pierdes a tu mujer, a tus hijos!"

Y comencé a ver claro en mí. Comprendí por qué todas las pequeñas miserias de cada día tomaban ante mis ojos una importancia catastrófica. Me di cuenta de que yo estaba hecho para sufrir intensamente por todo, para percibir todas las impresiones

dolorosas, multiplicadas por mi sensibilidad enferma, y un miedo atroz a la vida me sobrecogió.

No tenía pasiones, ni ambiciones; me decidí a sacrificar las posibles alegrías para evitar los dolores certeros. La existencia es corta, yo la pasaré al servicio de los demás, aliviando sus penas y gozando con su felicidad, me decía a mí mismo. No experimentando directamente ni las unas ni las otras, no recibiría más que las emociones debilitadas.

Y sin embargo, ¡si usted supiera cómo la miseria me tortura, me destroza! Pero lo que habría sido para mi un intolerable sufrimiento, se convirtió en conmiseración y piedad.

Estas penas, que toco a cada instante, no las hubiera soportado cayendo sobre mi propio corazón. No habría podido ver morir a uno de mis hijos sin morir yo mismo. Y, a pesar de todo, he mantenido un miedo tal, oscuro y penetrante, a los acontecimientos, que la visión del cartero en mi casa me hace pasar cada día un escalofrío por las venas, y sin embargo en estos momentos no tengo nada que temer.

El abad Maudit se calló. Miraba el fuego en la chimenea grande, como si viera allí cosas misteriosas, todo lo desconocido de la existencia que habría podido vivir si hubiera sido más atrevido delante del sufrimiento. Añadió con una voz más baja:

—Yo tenía razón. No estaba hecho para este mundo.

La condesa no decía nada; al fin, después de un largo silencio, dijo:

—Yo, si no tuviera a mis nietos, creo que ya no tendría valor para vivir.

Y el cura se levantó sin decir una palabra más.

Como los sirvientes dormitaban en la cocina, ella misma lo condujo hasta la puerta que daba sobre el jardín y vio hundirse en la noche su enorme sombra lenta que iluminaba un reflejo de lámpara.

Después ella volvió a sentarse delante de su fuego y pensó en un montón de cosas en las que no se piensa cuando uno es joven.

*Le Colporteur, 1 de enero de 1900*

# El desquite

---

La revanche

## I

(El señor de Garelle, solo, hundido en un sillón.)

GARELLE.— Héteme aquí, en Cannes, viudo, es decir, soltero; es decir, libre, divorciado! ¡Qué alegría! En París no me daba cuenta... De viaje, ya es otra cosa; no tengo motivos para compadecerme; al contrario. ¡Y mi mujer se ha vuelto a casar! ¿Será feliz mi sucesor? Debe de ser un imbécil... Yo también fui un poco imbécil cuando me casé con ella... Y tiene buenas cualidades... físicas; pero muy buenas, muy apetecibles. En cuanto a lo moral, dejaba mucho que desear. Qué mentirosa, qué redomada, qué veleta... ¡Y qué atractiva para todos los que no están casados con ella! ¿Habré sido burlado? ¡Qué tormento, hacerse la misma pregunta un día y otro, sin obtener la menor certeza! ¡Los paseos que yo he dado para sorprenderla, sin descubrir nada jamás! En todo caso, aunque haya sido burlado, ya no lo soy, gracias a la benéfica ley del divorcio. La cosa es muy sencilla. Con un látigo y unas agujetas en el brazo derecho, salí de apuros; y además tuve la satisfacción de zurrar hasta saciarme a una mujer que probablemente me habría engañado. ¡Qué paliza! ¡Vaya una paliza! (*Se levanta riendo, pasea, luego vuelve a sentarse.*) Es verdad que los jueces han dictado el divorcio contra mí, pero ¡qué paliza! ¡Bueno! Pasaré una temporada en el Mediodía, como un soltero. ¡Qué gusto! ¿No es goce viajar con la eterna esperanza de un amor inesperado? ¿Qué mujer encantadora me sorprenderá con su presencia en el comedor, en un pasillo del hotel o en la calle? ¿Cómo es la que me abrirá los brazos mañana o la que yo pretenderé furiosamente? ¿Cómo serán sus ojos y su boca y su pelo y su risa? ¿Dónde se halla la primera que me ofrecerá sus labios mientras yo la oprima contra mi corazón? ¿Es rubia o morena? ¿Es alta o menuda? ¿Es alegre o melancólica? ¿Es gorda o...? ¡Será gorda! ¡Oh! ¡Cuánto compadezco a los que no gozan el encanto exquisito del que aguarda como yo! La mujer que ahora deseo es la Desconocida, la que llena mi corazón sin que mis ojos adivinen siquiera sus formas, la que me seduce con todas las perfecciones imaginadas. ¿Dónde la encontraré? ¿Aquí mismo? ¿Acaso me aguarda junto a la puerta? ¿Estará lejos aún? ¡Qué importa, mientras ardo en deseos y estoy seguro de hallarla! Sí; la encontraré hoy o mañana, en seguida o más adelante; pero la encontraré. ¿Cómo dudarle? Y gozare la dicha incomparable del primer beso, de las primeras caricias, toda la embriaguez de amorosos descubrimientos y todo el misterio de lo inexplorado, ¡tan deliciosos! ¡Ah los idiotas que no comprenden la sensación adorable de un velo que se alza por vez primera! Oh los idiotas que se casan... como ese que me sustituye... cuando ya...! ¡Cáramba! ¡Una mujer! (*Atraviesa la galería una mujer elegante, fina, esbelta.*) ¡Hola, hola!

¡Buen cuerpo! ¡Y buenos andares! Falta saber si la cara... cuando vuelva... *(Pasa de nuevo; él consigue verla de frente, pero ella no repara en él, embutido como está en la butaca...)* ¡Jesucristo! ¡Mi esposa! ... No, ya no es mía. ¡La esposa de Chantever! Es bonita, pero muy bonita la condenada... Me dan tentaciones de... ¡casarme otra vez con ella! ¡Bueno! ¡Ahora se ha sentado y coge un periódico! No chisto. ¡Mi mujer! ¡Qué impresión tan extraña me ha producido! ¿Mi mujer? Hace más de un año que no la gozo... Y tiene condiciones físicas admirables... ¡Una hermosa pantorrilla! Sólo de pensarlo me dan calambres... ¡Y un pecho, tan bien modelado! ... ¡Uf! ... Durante nuestra luna de miel hacíamos el ejercicio: ¡Izquierda!, ¡Derecha! ¡Izquierda!, ¡Derecha! ¡Qué pecho cuando se perfila! ¡Y de frente! Pero ¡qué mala pécora! ¿Tuvo amantes? ¡Lo que me hicieron sufrir las dudas! Ahora, ¡bah!, me importa poco. No he visto una criatura tan encantadora cuando sube a la cama. Cómo apoyaba la rodilla, inclinándose hacia delante! ¡Cómo se deslizaba entre las ropas! Me vuelvo a enamorar de mi mujer, por lo visto... ¿Y si me acercase y le dirigiese la palabra? Pero ¿qué voy a decirle? Además, ella puede pedir socorro si recuerda la paliza... ¡Qué paliza! Confieso que me dejé dominar por la soberbia... Fue demasiado. ¿Me dirijo a ella? Tendría gracia, después de todo. Es un atrevimiento... Sí, me decido; y aún es posible que logre... Ya veremos.

## II

*(El señor de Garelle se acerca a la elegante señora, la cual está abstraída leyendo el Gil Blas. El señor de Garelle habla con mucha dulzura.)*

- GARELLE.— ¿Me permite usted, señora, que la recuerde...? *(La señora levanta la cabeza, da un grito y quiere huir. El, impidiéndolo, habla humildemente.)* No tema señora; ya no soy el marido
- MATILDE.— Y ¿se atreve usted?... ¡Parece mentira, después de lo que ha pasado!
- GARELLE.— Me atrevo... relativamente. No me atrevo, no. Explíquesele usted como quiera, Cuando la vi, procuré contenerme... y no pude... Me ha sido imposible no acercarme.
- MATILDE.— Para burla, es pesada y dura demasiado.
- GARELLE.— No me burlo, señora; no es burla.
- MATILDE.— Será empeño; tal vez una sencilla insolencia. Un hombre que pega a su mujer, es capaz de todo.
- GARELLE.— Es usted implacable conmigo. Me parece que no debiera reprocharme usted, señora, un arrebató que lamento. Esperaba que me lo agradeciera.
- MATILDE.— *(Estupefacta.)* ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Se burla de mí, groseramente!
- GARELLE.— No, de ningún modo; y es preciso que sea muy desgraciada para no comprenderme.
- MATILDE.— Hable usted claro y le comprenderé.
- GARELLE.— Sí fuera usted muy dichosa con el que ocupa mi lugar, me agradecería la violencia que autorizó el divorcio.

MATILDE.— Extrema usted demasiado su ironía. Váyase; no tenemos nada que decirnos.

GARELLE.— Reflexione y verá cómo es cierto; si yo no hubiese cometido la infamia de zurrarla, estaríamos aún amarrados a un yugo insoportable.

MATILDE.— ¡Acaso tenga usted razón!

GARELLE.— ¿Ya se convence? Vea cómo no merezco tanta esquivéz...

MATILDE.— Me desagrade su presencia.

GARELLE.— Respecto a usted, me sucede todo lo contrario.

MATILDE.— Esas galanterías me repugnan tanto como sus brutalidades.

GARELLE.— Señora, sin derecho a maltratarla, debo forzosamente mostrarme delicado...

MATILDE.— Valga la franqueza. Pero si fuera usted atento como dice, se iría.

GARELLE.— No extremo hasta ese punto el deseo de agradecerla.

MATILDE.— ¿Quiere decirme claramente su pretensión?

GARELLE.— Hacerme perdonar mis errores, en el supuesto de que lo fueran.

MATILDE.— *(Indignada.)* ¿Cómo? ¡En el supuesto de que lo fueran! ¿Su comportamiento brutal puede tener disculpa?

GARELLE.— Puede tenerla.

MATILDE.— ¿Qué dice?

GARELLE.— Señora: usted conoce la comedia Cornudo y apaleado. Fui, o no fui cornudo, pero apaleado...

MATILDE.— *(Levantándose.)* ¡Me insulta!

GARELLE.— Le ruego que me oiga un minuto. Yo estaba celoso, muy celoso; esto prueba que la quería. Cometí un exceso brutal; otra prueba de mi cariño. Y como la brutalidad llegó al colmo, cegándome, no hay duda posible de mí apasionamiento. Pero lamentaría mucho haberla zurrado siéndome fiel.

MATILDE.— No lamente nada.

GARELLE.— Su respuesta es un poco ambigua. ¿Quiere usted decir que desprecia mi piedad, o que no la merece? Siendo inmerecida la piedad, serían bien merecidos los golpes, y si la desprecia...

MATILDE.— Piense usted como guste.

GARELLE.— Ya comprendo: por gracia de usted, señora, he sido cornudo.

MATILDE.— No. ¿Qué dije yo para que usted lo deduzca?

GARELLE.— Decir, nada; pero darlo a entender...

MATILDE.— Di a entender que no admito su piedad.

GARELLE.— No hagamos juegos de palabras, y dígame sencillamente que yo era...

MATILDE.— *(Interrumpiéndole.)* No repita usted una vez más el calificativo infamante que me subleva y me repugna.

GARELLE.— Del nombre se puede prescindir, pero no del asunto. Confiese la verdad.

MATILDE.— ¡La verdad es que no tengo nada de qué arrepentirme!

GARELLE.— Siendo así, la compadezco sinceramente, y retiro, antes de formularla, mi proposición.

MATILDE.— ¿Qué proposición?

GARELLE.— Sólo tenía razón de ser, existiendo el engaño.

MATILDE.— Supongamos que sí. El engaño existe. ¿Qué?

GARELLE.— Suponerlo no es bastante: se necesita confesarlo.

MATILDE.— Pues bien, lo confieso.

GARELLE.— Tampoco basta decir "lo confieso". Es necesaria una prueba.

MATILDE.— (*Sonriendo.*) Pide usted muchas cosas.

GARELLE.— No. Mi proposición revestiría caracteres muy graves. Comprenda usted que debe de ser grave del todo este asunto, para que yo me haya permitido hablarle, después de lo que ocurrió entre nosotros: primero mis quejas motivadas por usted, y luego las de usted con motivo de la paliza. Esta proposición, que podía tener para los dos mucha importancia, ninguna ofrece si yo no he sido engañado.

MATILDE.— ¿Qué pruebas quiere usted? ¿No basta que yo lo diga? Sí; ha sido engañado.

GARELLE.— Una prueba, una sola, ¡irrefutable!

MATILDE.— ¿Dónde querrá usted que busque pruebas irrefutables? Ahora de pronto... ni luego, ni nunca. "Eso" puede confesarse, pero "probarlo" como usted desea, es imposible. No hay testigos, no hay consecuencias visibles que lo corroboren.

GARELLE.— Desde el momento que la creí a usted capaz de engañarme, comprenderá que no sean bastante para convencerme sus afirmaciones.

MATILDE.— ¡Pruebas! ¿Supone usted que... ciertas cosas pueden hacerse delante de testigos? Nadie lo vio. Lo afirmo; ¿qué más prueba? (*Un silencio.*) ¡A usted debiera bastarle mi palabra!

GARELLE.— ¡Júremelo usted!

MATILDE.— ¡Lo juro!

GARELLE.— Ahora lo creo. Y ¿quién era su cómplice?

MATILDE.— Decir eso... no. Eso no.

GARELLE.— Es indispensable que yo lo sepa.

MATILDE.— Es imposible que yo lo diga.

GARELLE.— ¿Por qué?

MATILDE.— Porque soy una mujer casada.

GARELLE.— ¿Qué importa?

MATILDE.— ¿Y el secreto profesional?

GARELLE.— ¡Precisamente!

MATILDE.— Además, en este caso, no tiene importancia. Mi cómplice... ya es mi marido.

GARELLE.— ¡Mentira! Usted no me ha engañado con el señor de Chantever.

MATILDE.— ¿Por qué no?

GARELLE.— Siendo su amante, no se hubiera casado...

MATILDE.— ¡Insolente! ¡Y la proposición?

GARELLE.— Ahora va. Usted confiesa que, gracias a su... amabilidad... con otro, yo fui un marido burlado, un ser al cual todos ridiculizan, porque resulta cómico si calla y grotesco si protesta; un cornudo, en fin..., aunque a usted se le indigeste la palabra. Pues bien, señora; la paliza que le di, no es compensación suficiente para el ultraje recibido; falta... otra cosa, para que yo me dé por satisfecho.

MATILDE.— Acabe usted pronto y hable claro.

GARELLE.— Lo diré: Usted me ha robado algunas horas de goce, para ofrecérselas a su amante. Me las debe, y el que debe paga. ¿Comprende usted? Ajustemos esa cuenta.

MATILDE.— ¿Está usted loco?

GARELLE. — Naturalmente. Su amor, sus besos, me pertenecían. Todas las caricias, todos los goces de mi esposa, eran míos, ¿verdad? Usted distrajo algunos en provecho de otro. ¡Restituya! Una restitución privada, en secreto, sin escándalo, pero que yo no pierda lo mío.

MATILDE. — ¿Qué supone usted que soy?

GARELLE. — La esposa del señor Chantever.

MATILDE. — Sabiéndolo, me propone...

GARELLE. — Que repita lo que hizo siendo mi esposa. ¡Y entonces era una dádiva y no una deuda!

MATILDE. — Si yo no me resisto será usted capaz...

GARELLE. — De todo, porque me gusta usted mucho.

MATILDE. — Entonces, ¿para que ha servido el divorcio?

GARELLE. — Para revivir el amor.

MATILDE. — Usted nunca me ha querido.

GARELLE. — Ahora estoy dando una prueba de que sí.

MATILDE. — ¿Qué prueba?

GARELLE. — ¿Cómo que "qué prueba"? Cuando un hombre que ha sido el esposo de una señora se decide luego a ser su amante, prueba que la quiere.

MATILDE. — ¡Oh! No confundamos. Casarse, prueba el amor o el deseo que inspira una mujer; pero solicitar sus favores, como querida, no prueba nada; es decir, prueba el desprecio. En el primer caso, el hombre acepta el amor, con todas las responsabilidades; en el segundo, se deja todo el peso al propietario legítimo y se admiten los goces nada más, y aun éstos, mientras uno quiera... Son cosas muy distintas.

GARELLE. — Razona usted mal. Cuando un hombre quiere a una mujer, no debería casarse con ella, porque seguramente, casada, le burlará, como usted me burló. Mientras que una querida, es fiel a su amante con todo el encarnizamiento que usa para engañar a su marido. ¿Eh? Cuando un hombre quiere asegurar el cariño de una mujer, debiera casarla con otro.

MATILDE. — No deja de tener gracia.

GARELLE. — Déme una respuesta.

MATILDE. — Que... no.

GARELLE. — Bueno: advertiré al señor Chantever.

MATILDE. — ¿Contra mi?

GARELLE. — Diciéndole que usted me ha engañado cuando era mi esposa.

MATILDE. — ¿Y qué?

GARELLE. — No se lo perdonará nunca.

MATILDE. — ¿El?

GARELLE. — ¡Claro! ¿Le parece muy tranquilizador saber que la mujer propia se atrevió a engañar a su marido?

MATILDE. — *(Riendo)* ¡Qué miedo! ¡Qué miedo! ¡Qué amenaza tan graciosa, Enrique! *(Una voz en la escalera, llamando a Matilde. Esta baja el diapason.)* ¡Mi marido! ¡Adiós!

GARELLE. — *(Levantándose)* Quiero acompañarla y presentarme a él.

MATILDE. — No haga usted eso.

GARELLE. — Sí, ¡vaya!

MATILDE. — Por favor.

GARELLE.— Comprométase a pagarme su deuda y la obedeceré. (*La voz continúa llamando a Matilde*)  
MATILDE.— Déjeme tranquila; no debo nada.  
GARELLE.— ¡Matilde! ¡Te adoro! ¿Dónde nos veremos?  
MATILDE.— Aquí después de comer.  
GARELLE.— (*Besándole una mano*) ¡Encantadora!

### III

(*Matilde baja corriendo para no impacientar a Chantever, y Garelle se abandona en la butaca, tranquilamente*)

GARELLE.— Me gusta más el nuevo papel. Me gusta ella; me gusta engañar a su marido. La deseo más desde que principió a llamarla con ese tono de "señor y dueño" que usan los maridos.

*Gil Blas, 18 de noviembre de 1884*



# *Un día de campo*

---

*Une partie de campagne*

Tenían proyectado hacía cinco meses salir a almorzar en los alrededores de París el día del santo de la señora Dufour, que se llamaba Pétronille. Por ello, como habían esperado con impaciencia esa partida, se habían levantado muy temprano aquella mañana.

El señor Dufour, que le había pedido prestado el coche al lechero, conducía. La carreta, de dos ruedas, estaba muy limpia; tenía un techo sostenido por cuatro montantes de hierro del que colgaban cortinas que habían alzado para ver el paisaje. Sólo la de detrás flotaba al viento, como una bandera. La mujer, al lado de su esposo, estaba radiante con un extraordinario traje de seda cereza. A continuación, en dos sillas, se sentaban una vieja abuela y una jovencita. Se distinguía también la cabellera amarilla de un muchacho que, a falta de asiento, se había tumbado al fondo y del que aparecía sólo la cabeza.

Tras haber seguido la avenida de los Campos Elíseos y cruzado las fortificaciones por la puerta Maillot, se habían puesto a contemplar la comarca.

Al llegar al puente de Neuilly, el señor Dufour había dicho: "Ahí tenéis el campo, ¡por fin!", y su mujer, ante esa señal, se había enternecido con la naturaleza.

En la encrucijada de Courbevoie, les había asaltado la admiración ante la lejanía de los horizontes. A la derecha, allá lejos, estaba Argenteuil, con su elevado campanario; por encima aparecían los cerros de Sannois y el Molino de Orgemont. A la izquierda, el acueducto de Marly se dibujaba sobre el cielo claro de la mañana, y se divisaba también, de lejos, la terraza de Saint-Germain; mientras que enfrente, al final de una cadena de colinas, unas tierras removidas indicaban el nuevo fuerte de Cormeilles. Muy al fondo, con un retroceso formidable, por encima de llanuras y pueblos, se entreveía un oscuro verdor de bosques.

El sol comenzaba a quemar los rostros; el polvo llenaba los ojos de continuo y, a los dos lados de la carretera, se desplegaba una campiña interminablemente desnuda, sucia y hedionda. Hubiérase dicho que una lepra la había devastado, royendo hasta las casas, pues esqueletos de edificios hundidos y abandonados, o bien pequeñas casuchas inacabadas por falta de pago a los contratistas, alzaban sus cuatro paredes sin techo.

De trecho en trecho crecían en el suelo estéril largas chimeneas de fábricas, única vegetación de aquellos campos pútridos por los cuales la brisa de la primavera paseaba un perfume de petróleo y de esquisto mezclado con otro olor aún menos agradable.

Por fin habían cruzado el Sena por segunda vez, y, en el puente, había sido arrobador. El río resplandecía de luz; un vaho se elevaba de él, absorbido por el sol, y se experimentaba una suave quietud, una frescura benéfica al respirar por fin un aire más puro que no había sido barrido por el humo negro de las fábricas o las miasmas de los muladares.

Un hombre que pasaba había dado el nombre de la zona: Bezons.

El coche se detuvo, y el señor Dufour se puso a leer la prometedoras muestra de un figón: "Restaurante Poulin, calderetas y pescado frito, reservados particulares, bosquecillos y columpios. ¿Qué, señora Dufour, te conviene? ¿te decidirás por fin?"

La mujer leyó a su vez: "Restaurante Poulin, calderetas y pescado frito, reservados particulares, bosquecillos y columpios." Después miró largamente la casa.

Era una posada de campo, blanca, situada al borde de la carretera. Mostraba, por la puerta abierta, el cinc brillante del mostrador ante el cual estaban dos obreros endomingados.

Por fin la señora Dufour se decidió: "Sí, está bien —dijo—, y, además, tiene buenas vistas." El coche entró en un amplio terreno plantado de grandes árboles que se extendía detrás de la posada y que sólo estaba separado del Sena por el camino de sirga.

Entonces se apearon. El marido saltó primero, luego abrió los brazos para recibir a su mujer. El estribo, sujeto por dos barras de hierro, estaba muy lejos, de forma que, para alcanzarlo, la señora Dufour tuvo que dejar ver la parte inferior de una pierna cuya primitiva finura desaparecía ahora bajo una invasión de grasa que bajaba de los muslos.

El señor Dufour, a quien el campo excitaba ya, le pellizcó vivamente la pantorrilla, y después, cogiéndola por debajo de los brazos, la depositó pesadamente en tierra, como un enorme paquete.

Ella se dio unas palmadas en su traje de seda para desprender el polvo, mientras miró el lugar donde se encontraba.

Era una mujer de unos treinta y seis años, metida en carnes, exuberante y de aspecto agradable. Respiraba con fatiga, sofocada violentamente por la opresión de un corsé demasiado apretado; y la presión de aquel chisme empujaba hacia su papada la masa fluctuante del pecho superabundante.

A continuación la jovencita, posando la mano en el hombro de su padre, saltó con ligereza ella sola. El muchacho de pelo amarillo se había apeado poniendo un pie sobre la rueda, y ayudó al señor Dufour a descargar a la abuela.

Entonces desengancharon el caballo, que fue atado a un árbol, y el coche cayó de narices, con los dos varales en el suelo. Los hombres, habiéndose quitado las levitas, se lavaron las manos en un cubo de agua, y después se reunieron con las señoras instaladas ya en los balancines.

La señorita Dufour trataba de columpiarse de pie, ella sola, sin lograr darse suficiente impulso. Era una guapa chica de dieciocho a veinte años; una de esas mujeres cuyo encuentro por la calle os azota con un súbito deseo, y os deja hasta la noche una vaga inquietud y una agitación de los sentidos. Alta, de talle esbelto y caderas anchas, tenía la piel muy morena, los ojos muy grandes, el pelo muy negro. Su traje dibujaba netamente la firme plenitud de su carne acentuada aún más por los esfuerzos que hacía con los riñones para remontarse. Sus brazos tensos sujetaban las cuerdas por encima de su cabeza, de modo que su pecho se alzaba, sin una sacudida, a cada impulso que daba. Su sombrero, arrastrado por una ráfaga de viento, había caído a sus espaldas; y el balancín se lanzaba poco a poco, mostrando a cada vuelta sus piernas finas hasta la rodilla, y lanzando a la cara de los dos hombres, que la miraban riendo, el aire de sus faldas, más embriagador que los vapores del vino.

Sentada en el otro columpio, la señora Dufour gemía de forma monótona y continua: "Cyprien, ven a empujarme; ¡ven a empujarme de una vez, Cyprien!" Al final él fue y, remangándose la camisa, como antes de emprender un trabajo, puso a su mujer en movimiento con infinita fatiga.

Aferrada a las cuerdas, tenía las piernas estiradas, para no tropezar con el suelo, y disfrutaba al verse aturdida por el vaivén del chisme. Sus formas, sacudidas, tembloteaban continuamente como la gelatina en una bandeja. Pero, a medida que los impulsos crecían, la asaltaron el vértigo y el miedo. A cada bajada, lanzaba un grito agudo que hacía acudir a todos los rapaces del pueblo; y allá, delante de ella, por encima del seto del jardín, distinguía vagamente un surtido de cabezas traviesas que gesticulaban variadamente con las risas.

Al aparecer una camarera, encargaron el almuerzo.

"Fritos del Sena, conejo salteado, ensalada y postre", articuló la señora Dufour, con aire importante. "Traiga dos litros de tinto y una botella de burdeos", dijo su marido. "Almorzaremos en la hierba", agregó la joven.

La abuela, enternecida al ver el gato de la casa, lo perseguía hacia diez minutos prodigándole inútilmente las más dulces denominaciones. El animal, halagado interiormente sin duda por aquella atención, se mantenía siempre muy cerca de la mano de la buena señora, aunque sin dejarse alcanzar, y daba tranquilamente vueltas a los árboles, contra los cuales se frotaba, la cola erguida, con un pequeño ronroneo de placer.

"¡Mirad! —gritó de repente el joven de pelo amarillo que fisgoneaba por el terreno—, ¡hay unos barcos estupendos!" Fueron a ver. Bajo un pequeño cobertizo de madera estaban colgadas dos soberbias yolas de remeros, finas y trabajadas como muebles de lujo. Descansaban una junto a otra, semejantes a dos altas mozas delgadas, con su longitud estrecha y reluciente, y daban ganas de marchar sobre el agua en las hermosas noches apacibles o en las claras mañanas de verano, de rozar los ribazos floridos donde árboles enteros bañan sus ramas en el agua, donde temblequea el eterno escalofrío de las cañas, y de donde alzan el vuelo, como relámpagos azules, rápidos martines pescadores.

Toda la familia, con respeto, las contemplaba. "Oh, sí, son estupendas", repitió gravemente el señor Dufour. Y las detallaba como un experto. Había remado, él también, en sus verdes años, decía; e incluso con aquello en la mano —y hacía además de tirar de los remos— le importaba un bledo todo el mundo. Había vapuleado en carreras a más de un inglés, en tiempos, en Joinville; y bromeó con la palabra damas, con que se designan los dos toletes que sujetan los remos, diciendo que los remeros, y con razón, no salían jamás sin sus damas. Se acaloraba al perorar y proponía obstinadamente que apostasen que con una barca como aquella él haría seis leguas por hora sin apresurarse.

"Está listo", dijo la camarera que apareció en la entrada. Se precipitaron; pero hete aquí que en el mejor sitio, que la señora Dufour había elegido mentalmente para instalarse, estaban almorzando ya dos jóvenes. Eran los propietarios de las yolas, sin duda, pues iban vestidos de remeros.

Se habían estirado en unas sillas, casi acostados. Tenían la cara tostada por el sol y el pecho cubierto solamente por una fina camiseta de algodón blanco que dejaba asomar sus brazos desnudos, robustos como los de un herrero. Eran dos sólidos mozos y presumían mucho de vigor, pero mostraban en todos sus movimientos esa gracia elástica de los miembros que se adquiere con el ejercicio, tan diferente de la deformación que imprime al obrero su penoso esfuerzo, siempre igual.

Intercambiaron rápidamente una sonrisa al ver a la madre, luego una mirada al divisar a la hija. "Dejémosles nuestro sitio —dijo uno—, así entablaremos relación". El otro se levantó al punto y, con su gorra mitad roja y mitad negra en la mano, se ofreció caballerosamente a ceder a las señoras el único lugar del jardín donde no daba el sol. Aceptaron deshaciéndose en disculpas; y, para que la cosa fuera más campestre, la familia se instaló en la hierba sin mesa ni asientos.

Los dos jóvenes se llevaron su cubierto a unos cuantos pasos y reanudaron la comida. Sus brazos desnudos, que mostraban sin cesar, turbaban un poco a la joven. Incluso fingía volver la cabeza y no fijarse en ellos, mientras que la señora Dufour, más atrevida, instigada por una curiosidad femenina que era acaso deseo, los miraba a cada momento, comparándolos sin duda con añoranza con las fealdades secretas de su marido.

Se había derrumbado sobre la hierba, con las piernas dobladas a la manera de los sastres, y se meneaba continuamente, con el pretexto de que las hormigas se le habían

metido en alguna parte. El señor Dufour, huraño ante la presencia y la amabilidad de los extraños, buscaba una postura cómoda que por lo demás no encontraba, y el joven de pelo amarillo comía silenciosamente como un ogro.

"Hace un tiempo precioso, caballero", dijo la gruesa señora a uno de los remeros. Quería mostrarse amable a causa del sitio que les habían cedido.

"Sí, señora —respondió—. ¿Vienen ustedes a menudo al campo?

— ¡Oh!, una o dos veces al año solamente, para tomar el aire; ¿y usted, caballero?

—Vengo a dormir todas las noches.

— ¡Ah!, debe de ser muy agradable.

—Sí, desde luego, señora".

Y contó su vida de todos los días, poéticamente, de manera que hizo vibrar el corazón de aquellos burgueses privados de hierba y hambrientos de paseos por el campo con ese bobo amor a la naturaleza que los obsesionaba todo el año detrás del mostrador de su tienda.

La joven, emocionada, alzó los ojos y miró al remero. El señor Dufour habló por primera vez:

"Eso sí que es vida" —dijo. Agregó—: "¿Un poco más de conejo, querida?

—No, gracias, cariño."

Ella se volvió de nuevo hacia los jóvenes y, señalando sus brazos:

"¿No tienen nunca frío así?" —dijo.

Se echaron a reír los dos, y espantaron a la familia con el relato de sus prodigiosos esfuerzos, de sus baños sudados, de sus carreras entre la niebla de las noches; se golpearon violentamente el pecho para demostrar qué sonido daba.

"¡Oh!, tienen ustedes pinta de fuertes", dijo el marido, que ya no hablaba de la época en que vapuleaba a los ingleses.

La joven los examinaba ahora de lado; y el muchacho de pelo amarillo, atragantándose con la bebida, tosió desesperadamente, rociando el traje de seda cereza de la jefa, que se enfadó y mandó traer agua para lavar las manchas.

Entre tanto la temperatura se volvía terrible. El río relumbrante parecía un foco de calor, y los vapores del vino turbaban las cabezas.

El señor Dufour, sacudido por un hipo violento, se había desabrochado el chaleco y la cintura del pantalón; mientras que su mujer, presa de sofocos, desabotonaba su traje poco a poco. El aprendiz balanceaba con aire alegre sus greñas de lino y se servía trago tras trago. La abuela, sintiéndose achispada, se mantenía muy rígida y muy digna. En cuanto a la joven, no dejaba traslucir nada; sólo sus ojos se encendían vagamente, y su piel muy morena se coloreaba en las mejillas con un tono más rosado.

El café los remató. Hablaron de cantar y cada cual echó su copla, que los otros aplaudieron con frenesí. Después se levantaron con dificultad, y mientras que las dos mujeres, aturdidas, respiraban, los dos hombres, totalmente curdas, hacían gimnasia. Pesados, fofos, y con el rostro escarlata, se colgaban torpemente de las anillas sin lograr levantarse; y sus camisas amenazaban continuamente con evacuar sus pantalones para ondear al viento como estandartes.

Entre tanto los remeros habían echado las yolas al agua y regresaban cortésmente a proponer a las señoras un paseo por el río.

"Señor Dufour, ¿me dejas? ¡Por favor! ", gritó su mujer. El la miró con pinta de borracho, sin entender. Entonces se acercó un remero, con dos cañas de pescar en la mano. La esperanza de pescar gobios, ese ideal de los tenderos, encendió los ojos sombríos del hombrecillo, que accedió a todo lo que quisieron, y se instaló a la sombra, bajo el puente, los pies bailando encima del río, junto al joven del pelo amarillo, que se durmió a su lado.

Uno de los remeros se sacrificó; se llevó a la madre.

" ¡En el bosquecillo de la isla de los ingleses! ", gritó al alejarse.

La otra yola se puso en marcha más lentamente. El remero miraba tanto a su compañera que no pensaba en otra cosa, y lo había invadido una emoción que paralizaba su vigor.

La joven, sentada en el asiento del timonel, se abandonaba a la dulzura de estar sobre el agua. Se sentía asaltada por una renuncia a pensar, por una quietud de los miembros, por un abandono de sí misma, como presa de una múltiple embriaguez. Se había puesto muy roja, con la respiración entrecortada. El aturdimiento del vino, multiplicado por el calor torrencial que chorreaba en torno a ella, hacía que todos los árboles de la orilla la saludasen a su paso. Una vaga necesidad de disfrute, una fermentación de la sangre recorrían su carne excitada por los ardores de aquel día; y estaba también turbada por aquel mano a mano sobre el agua, en medio de aquella tierra despoblada por el incendio del cielo, con aquel joven que la encontraba hermosa, cuyos ojos le besaban la piel, y cuyo deseo era tan penetrante como el sol.

La impotencia de ambos para hablar aumentaba su emoción, y miraban los alrededores. Entonces, haciendo un esfuerzo, él le preguntó su nombre.

"Henriette —dijo.

— ¡Vaya!, yo me llamo Henri", prosiguió él.

El sonido de sus voces los había calmado; se interesaron por las orillas. La otra yola se había parado y parecía esperarlos. El que la tripulaba gritó:

"Os alcanzaremos en el bosque; vamos hasta Robinson, porque la señora tiene sed."

Después se inclinó sobre los remos y se alejó tan rápidamente que pronto dejaron de verlo.

Mientras tanto un fragor continuo que se distinguía vagamente desde hacía un tiempo se acercaba muy deprisa. El propio río parecía estremecerse como si el ruido sordo ascendiera de sus profundidades.

" ¿Qué es eso que se oye? ", preguntó ella.

Era el salto de la presa que cortaba el río en dos en la punta de la isla. El se perdía en una explicación cuando, en medio del estruendo de la cascada, un canto de pájaro que parecía muy remoto los sorprendió.

"Vaya —dijo él—, los ruiseñores cantan de día: eso es que las hembras incuban".

¡Un ruiseñor! Ella no lo había oído nunca, y la idea de escuchar uno despertó en su corazón la visión de poéticas ternuras. ¡Un ruiseñor! , es decir, el invisible testigo de las citas de amor al que invocaba Julieta en su balcón; esa música del cielo concertada con los besos de los hombres; ¡ese eterno inspirador de todas las romanzas lánguidas que abren un ideal azul en los pobres corazoncitos de las chiquillas enternecidas!

Iba, pues, a oír un ruiseñor.

"No hagamos ruido —dijo su compañero—, podemos bajar en el bosque y sentarnos muy cerca de él."

La yola parecía deslizarse. Aparecieron unos árboles en la isla, cuya ribera era tan baja que los ojos se sumergían en lo más tupido de la espesura. Se detuvieron; la barca quedó atada; y, apoyándose Henriette en el brazo de Henri, se adentraron entre las ramas.

"Inclínese" —dijo él.

Se inclinó, y penetraron en un inextricable revoltijo de bejucos, de hojas y de cañas, en un asilo inencontrable que era preciso conocer y al que el joven llamaba riendo "su reservado particular".

Justamente por encima de sus cabezas, posado en uno de los árboles que los resguardaban, el pájaro seguía desgañitándose. Lanzaba trinos y gorgoritos, después

desgranaba grandes sonidos vibrantes que llenaban el aire y parecían perderse en el horizonte, desplegándose a lo largo del río y volando sobre las llanuras, a través del silencio de fuego que entorpecía la campiña.

No hablaban por miedo a que escapase. Estaban sentados uno junto al otro y, lentamente, el brazo de Henri rodeó la cintura de Henriette y la estrechó con dulce presión. Ella, sin cólera, cogió aquella mano audaz y la alejaba sin cesar a medida que él la acercaba, sin experimentar, por otra parte, el menor embarazo con aquella caricia, como si hubiera sido una cosa natural que rechazaba con igual naturalidad.

Escuchaba al pájaro, perdida en un éxtasis. Sentía deseos infinitos de felicidad, brucas ternuras que la atravesaban, revelaciones de poesías sobrehumanas, y tal aplanamiento de los nervios y del corazón que lloraba sin saber por qué. El joven la estrechaba contra sí ahora; no lo rechazaba ya, sin pensar en ello.

El ruiseñor calló de pronto. Una voz lejana gritó:

" ¡Henriette!

—No conteste —dijo él muy bajo—, haría volar al pájaro."

Tampoco ella pensaba en responder.

Se quedaron así algún tiempo. La señora Dufour se había sentado en alguna parte, pues se oían vagamente, de vez en cuando, los grititos de la gruesa señora que bromeaba sin duda con el otro remero.

La jovencita seguía llorando, embargada por sensaciones muy dulces, la piel cálida y pinchada en todas partes por desconocidos cosquilleos. La cabeza de Henri estaba sobre su hombro; y, bruscamente, la besó en los labios. Ella tuvo una rebelión furiosa y, para evitarlo, se dejó caer de espaldas. Pero él se arrojó sobre ella, cubriéndola con todo su cuerpo. Persiguió un buen rato aquella boca que le huía, y después, al alcanzarla, pegó a ella la suya. Entonces, enloquecida por un deseo formidable, ella le devolvió el beso, estrechándolo sobre su pecho, y toda su resistencia cedió como aplastada por una carga demasiado pesada.

Todo estaba en calma en las cercanías. El pájaro volvió a cantar. Lanzó primero tres notas penetrantes que parecían una llamada de amor, después, tras un silencio de un instante, inició con voz debilitada unas lentísimas modulaciones.

Se deslizó una brisa suave, levantando un murmullo de hojas, y entre la profundidad de las ramas pasaban dos suspiros ardientes que se mezclaban con el canto del ruiseñor y con el leve hálito del bosque.

Una embriaguez invadía al pájaro, y su voz, acelerándose poco a poco como un incendio que prende o una pasión que crece, parecía acompañar bajo el árbol un restallido de besos. Después el delirio de su gáznate se desencadenó enloquecido. Tenía desmayos prolongados en un trino, grandes espasmos melódicos.

A veces descansaba un poco, emitiendo solamente dos o tres sonidos ligeros que terminaban de pronto con una nota sobreaguda. O bien comenzaba una loca carrera, con brotes de gamas, estremecimientos, sacudidas, como un furioso canto de amor, seguido por gritos de triunfo.

Pero se calló, al escuchar bajo él un gemido tan profundo que se le hubiera tomado por el adiós de un alma. El ruido se prolongó algún tiempo y se remató con un sollozo.

Estaban muy pálidos, los dos, al abandonar su lecho de verdor. El cielo azul les parecía oscurecido; el ardiente sol estaba apagado a sus ojos; percibían la soledad y el silencio. Caminaban rápidamente uno al lado del otro, sin hablarse, sin tocarse, pues parecían haberse convertido en enemigos irreconciliables, como si una repugnancia se hubiera alzado entre sus cuerpos, un odio entre sus ánimos.

De vez en cuando, Henriette gritaba:

"¡Mamá!"

Se produjo un ajeteo bajo un zarzal. Henri creyó ver una enagua blanca que se bajaba con rapidez sobre una gruesa pantorrilla; y apareció la enorme señora, un poco confusa y más roja aún, los ojos muy brillantes y el pecho tumultuoso, demasiado cerca quizás de su vecino. Este debía de haber visto cosas muy divertidas, pues su rostro estaba surcado por risas súbitas que lo cruzaban a pesar suyo.

La señora Dufour se cogió de su brazo con aire tierno, y volvieron a las barcas. Henri, que caminaba delante, siempre mudo al lado de la jovencita, creyó distinguir de repente una especie de gran beso ahogado.

Por fin regresaron a Bezons.

El señor Dufour, pasada la borrachera, se impacientaba. El joven de pelo amarillo tomaba un bocado antes de dejar la posada. El coche estaba enganchado en el patio, y la abuela, montada ya, se desolaba porque tenía miedo de que la cogiera la noche en la llanura, pues los alrededores de París no eran seguros.

Se dieron apretones de manos, y la familia Dufour se marchó.

"Hasta la vista" —gritaban los remeros.

Un suspiro y una lágrima les respondieron.

Dos meses después, al pasar por la calle de los Mártires, Henri leyó sobre una puerta: Dufour, ferretero.

Entró.

La gruesa señora abultaba aún más tras el mostrador. Se reconocieron al punto y, después de mil cumplidos, él pidió noticias.

"¿Qué tal la señorita Henriette?

—Muy bien, gracias, se ha casado.

La emoción le oprimió; agregó:

"Y... ¿con quién?

—Pues con el joven que nos acompañaba, ya sabe usted; él se hará cargo del negocio.

— ¡Oh! , claro."

Se marchaba muy triste, sin saber demasiado bien por qué. La señora Dufour lo llamó:

" ¿Y su amigo? —dijo tímidamente.

—Pues le va bien.

—Déle recuerdos nuestros, ¿eh?; y cuando venga, dígame que pase a vernos...— se ruborizó mucho, y después agregó—: Me dará mucho gusto; dígaselo.

—No dejaré de hacerlo. ¡Adiós!

—No..., ¡hasta pronto! "

Al año siguiente, un domingo que hacía mucho calor, todos los detalles de esta aventura, que Henri no había olvidado nunca, regresaron a él súbitamente, tan claros y deseables, que volvió solo a su cuarto del bosque.

Quedó estupefacto al entrar. Ella estaba allí, sentada en la hierba, con aire triste, mientras que a su lado, en mangas de camisa, su marido, el joven de pelo amarillo, dormía a conciencia, como un bruto.

Se puso tan pálida al ver a Henri que éste creyó que iba a desmayarse. Después empezaron a charlar con toda naturalidad, como si nada hubiese ocurrido entre ellos.

Pero cuando él le contaba que le gustaba mucho aquel paraje y que iba a menudo a descansar allí los domingos, evocando muchos recuerdos, ella lo miró largamente a los ojos.

"Yo pienso en eso todas las noches —dijo.

—Vamos, querida —replicó bostezando su marido—, creo que ya es hora de marcharnos".

*La vie, 2 de abril de 1881*



## *Día festivo*

---

*Jour de fête*

Me fui para huir de la fiesta, la fiesta odiosa y estrepitosa, la fiesta de petardos y banderas que rompe los tímpanos y hace polvo la vista.

Estar solo, completamente solo, durante unos días, es una de las mejores cosas que sé hacer. No escuchar a nadie repetir las tonterías que sabemos desde hace tiempo, no ver ninguna cara conocida de la que adivinamos de antemano su pensamiento, con la simple expresión de sus ojos, cuyas palabras se adivinan, de la que esperamos su ánimo contrariado, las reflexiones y las opiniones, es para el alma una especie de baño fresco y relajante, un baño de silencio, de aislamiento y de descanso.

¿Por qué decir a donde iba? ¡Qué importa! Seguía a pie el borde de un río, y percibí a lo lejos los tres campanarios de una vieja iglesia en lo alto de un pueblecito al que llegaré dentro de poco. La hierba joven, brillante, la hierba de la primavera crecía sobre la pendiente orilla hasta el agua, y el agua se deslizaba viva y clara, sobre este lecho verde y reluciente, un agua alegre que parecía correr como un animal gozoso en una pradera.

De vez en cuando una estaca delgada y larga, inclinada hacia el río, señalaba un pescador de caña escondido tras un matorral.

¿Quiénes eran estos hombres a los que el deseo de coger al extremo de un hilo un animal gordo como una brizna de paja, mantenía días enteros, de la aurora al crepúsculo, bajo el sol o bajo la lluvia, acuclillados bajo un sauce, con el corazón palpitante, el alma agitada, la vista fija sobre un corcho?

¿Estos hombres? Entre ellos hay artistas, grandes artistas, obreros, burgueses, escritores, pintores, a los que una misma pasión, dominadora, irresistible, ata a los márgenes de los arroyos y de los ríos más sólidamente que el amor de un hombre une a los pasos de una mujer.

Olvidan todo, a todo el mundo, su casa, su familia, sus niños, sus negocios, sus preocupaciones, para mirar en los remolinos a ese pequeño flotador que se mueve.

Nunca la mirada ardiente de un enamorado ha buscado el secreto escondido en la mirada de su amada con más angustia y tenacidad que la mirada del pescador que busca adivinar qué animal ha mordido el anzuelo en la profundidad del agua.

¡Cantad pues la pasión, oh poetas! ¡Hela aquí! ¡Oh, misterios del corazón humano, misterio insondable de las relaciones, misterio de los amores inexplicables, misterio de las aficiones sembradas en el ser humano por la incomprensible naturaleza, que os calarán para siempre!

¿Cómo es posible que hombres de inteligencia probada retornen durante toda su vida a pasar las jornadas, de la mañana a la noche, con toda su alma, con toda la fuerza de su esperanza, a desear coger del fondo del agua, con una punta de acero, un pececito, que puede que no lleguen a pescar nunca?

¡Cantad pues a la pasión, poetas!

Sobre una terraza que dominaba el río, una mujer acodada estaba pensando. ¿A dónde se dirigía su sueño? Hacia lo imposible, hacia la irrealizable esperanza, o hacia cualquier dicha vulgar ya consumada.

¿Hay algo más encantador que una mujer que sueña? Toda la poesía del mundo está allí, en lo desconocido de su pensamiento. Yo la miraba. Ella no me veía. ¿Estaba triste

o feliz? ¿Pensaba en el pasado o bien en el porvenir? Las golondrinas sobre su cabeza describían bruscos tirabuzones o grandes y rápidas curvas.

¿Estaba feliz o triste? No lo pude adivinar.

Percibía como la ciudad y los campanarios de la iglesia iban creciendo. Distinguí pronto las banderas. Así que iba a encontrarme con la fiesta. ¡Mala suerte! Al menos en esta ciudad no conocía a nadie.

Dormí en un hotel. A la aurora me despertaron cañonazos. Con el pretexto de celebrar la libertad se perturba el sueño de la gente, cualquiera que sea su opinión. Dos chiquillos respondieron a la artillería oficial haciendo estallar unos petardos en la calle. Tuve que levantarme.

Salí. La ciudad estaba de fiesta ya. Los burgueses se acercaban a sus puertas y miraban las banderas con aspecto feliz. Reían, se habían levantado para la fiesta, ¡en fin!

¡El pueblo estaba de fiesta! ¿Por qué? ¿Lo sabía? No. Se le había comunicado que estaría de fiesta... estaba de fiesta este pueblo. Estaba contento, feliz. Hasta la noche permanecería así en estado de alegría, por orden de la autoridad, y mañana habría acabado todo.

¡Qué estupidez! ¡Estupidez! ¡Estupidez humana de innumbrables rostros, de innumbrables metamorfosis, de innumbrables apariencias! ¡Por toda Francia se reunían con pólvora y banderas! ¿Por qué esta alegría nacional? ¿Para celebrar la consagración de la libertad el día mismo en que aparece, más amenazante que las tiranías imperiales o reales, la tiranía republicana..?

Vagué por las calles hasta la hora en que el júbilo público llegó a ser insoportable. Los orfeones berreaban, los artificios crepitaban, la muchedumbre se agitaba, vociferaba. Y todas las risas expresaban la misma satisfacción estúpida.

Yo me encontré, por casualidad, delante de la iglesia cuyas dos torres había visto de lejos la víspera. Entré en ella. Estaba vacía, alta, fría, muerta. Al fondo del oscuro coro, brillaba, como un punto de oro, la lámpara del tabernáculo. Y me senté en ese descanso helado.

Fuera escuchaba, tan lejos que parecían venidos de otros mundos, las detonaciones de cohetes y los clamores de la multitud. Y me puse a observar una inmensa vidriera que difundía al templo adormecido un día cargado y cárdeno. Representaba también a un pueblo, el pueblo de otro siglo celebrando una fiesta en otro tiempo, la de un santo, seguramente. Los hombrecitos de cristal, extrañamente vestidos, subían en procesión a lo largo de la enorme y antigua ventana. Llevaban pendones, un relicario, cruces, cirios y sus bocas abiertas representaban cantos. Algunos bailaban, brazos y piernas alzados. Así que, en todas las épocas del mundo, la eterna muchedumbre llevó a cabo los mismos actos. En otros tiempos se festejaba a Dios, ¡hoy festejamos la República! ¡Estas son las creencias humanas!

Yo pensaba en miles de cosas oscuras del fondo del pensamiento que salen a la superficie, un día, no se sabe el porqué. Y me decía a mi mismo que las iglesias hacen el bien los días que no se canta en ellas.

Alguien entró con un paso rápido y ligero. Giré la cabeza. ¡Era una mujer! Iba deprisa, hasta la verja del coro, con velo, la frente baja, luego cayó sobre sus rodillas como cae un animal herido. Creía que estaba sola, completamente sola, no habiéndome visto detrás de un pilar. Colocó la cara entre sus manos y la escuché llorar.

¡Oh! ¡Lloraba con esas lágrimas vehementes de los grandes sufrimientos! ¡Cómo debía de sufrir, la miserable, para llorar así! ¿Era por un niño agonizante? ¿Por un amor perdido?

Los sonidos de una charanga ruidosa, detonando en una calle próxima, me llegaban débiles a través de los muros de la iglesia; pero todo el ruido del pueblo jubiloso no me parecía más que un insignificante rumor al lado del débil sollozo que pasaba a través de los finos dedos de esta mujer.

¡Ah! ¡Pobre corazón, pobre corazón, como sentía yo su pena desconocida! ¿Hay algo más triste sobre la tierra que escuchar llorar a una mujer?

Yo me dije de pronto: “ Era aquella, la que vi soñar ayer, sobre la terraza”. No dudé más, ¡era aquella! ¿Qué había ocurrido en esta alma desde ayer? ¿Cuánto había sufrido, qué raudal de dolor le había inundado?

Ayer, ella esperaba. ¿Qué? ¿Una carta? Una carta que le había dicho “adiós” ¡o bien había visto en los ojos de un hombre, postrado sobre la cama a causa de una enfermedad, que toda esperanza debía desaparecer! ¡Cómo lloraba! ¡Ah! todos los gritos alegres y todas las risas que habré de escuchar hasta el día de mi muerte no borrarán nunca de mis oídos estos suspiros de dolor humano.

Y pensé, a punto de sollozar yo mismo, tan poderoso era el contagio de sus lágrimas: “Si se cierran para siempre las iglesias, ¿a dónde irán a llorar las mujeres?”

*Gil Blas, el 20 de julio de 1886*

# *El Diablo*

---

*Le diable*

El campesino permanecía de pie, frente al médico, ante el lecho de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, lúcida, miraba a los dos hombres y los oía charlar. Iba a morir. No se rebelaba, su tiempo había terminado. Tenía noventa y dos años.

Por la ventana y la puerta abiertas, el sol de julio entraba a raudales, lanzaba su llama caliente sobre el suelo de tierra oscura, sinuoso y aplastado por los zuecos de cuatro generaciones de los aldeanos. También llegaban los olores del campo, traídos por brisa ardiente, olores de hierbas, de trigo, de hojas, quemadas bajo el calor del mediodía. Los saltamontes zumbaban exasperados, llenaban el campo de una crepitación aguda, parecida al ruido de las carracas de madera que venden a los niños en las ferias.

El médico, elevando la voz, decía:

—Honoré, no puedes dejar a tu madre sola en este estado ¡Se va a morir de un momento a otro!

Y el campesino, desolado, repetía:

—Pero tengo que recoger el trigo. Hace ya demasiado que está segado. Y ahora, precisamente, el tiempo es bueno. ¿Tú que dices, madre?

Y la vieja moribunda, atenazada aún por la avaricia normanda decía que sí con los ojos y la cabeza, animaba a su hijo a recoger el trigo y a dejarla morir completamente sola.

Pero el médico se enfadó y, golpeando el suelo con el pie dijo:

—Eres un verdadero animal, ¿me has oído?, y no te permitiré hacer eso, ¿me has oído? Y si no tienes más remedio que recoger el trigo hoy mismo ¡vete a buscar a la Rapet, demonio, y encárgale que cuide a tu madre! Lo digo yo, ¿me has oído? Y si no me obedeces, te dejaré reventar como un perro cuando tú estés enfermo, ¿me has oído?

El campesino, alto y delgado, de gestos lentos, torturado por la indecisión, por el miedo al médico y por el amor feroz al ahorro, dudaba, calculaba, balbucía:

—¿Cuánto cobra la Rapet por cuidar un enfermo? El médico gritaba:

—¿Y yo qué sé? Depende del tiempo que le pidas. ¡Arréglatelas con ella, diablo! Pero quiero que esté aquí dentro de una hora, ¿me has oído?

El hombre se decidió.

—Ya voy, ya voy. No se enfade, señor doctor. Y el doctor se fue, advirtiendo:

—Ya lo sabes, ya lo sabes: ten cuidado, que yo no bromeo cuando me enfado.

En cuanto se quedó solo, el campesino se volvió hacia su madre, y, con voz resignada, le dijo:

—Voy a buscar a la Rapet, ya que él se empeña. Quédate tranquila hasta que yo vuelva.

Y salió.

La Rapet, una vieja planchadora, velaba a los muertos y a los moribundos del municipio y de los alrededores. Después, cuando había cosido a sus clientes dentro de la sábana de la que no debían salir más, volvía a coger su plancha con la que restregaba la ropa de los vivos. Arrugada como una manzana vieja, malvada, celosa, avara con una avaricia rayana en lo anormal, doblada en dos como si se le hubiera roto la cintura por el eterno movimiento de la plancha sobre las telas, se diría que tenía una especie de amor monstruoso y cínico por la agonía. Sólo hablaba de las personas que había visto morir,

de todas las variedades de muertes a las que había asistido. Y las contaba con una gran profusión de detalles siempre parecidos, como un cazador habla de las piezas cobradas.

Cuando Honoré Bontemps entró en su casa, la encontró preparando agua con añil, para los cuellos de las aldeanas.

—Buenas tardes. ¿Qué tal le va, tía Rapet?

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Así, así. ¿Y a ti?

—¡Oh! A mí, bien. Es mi madre la que anda mal.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre.

—¿Qué tiene tu madre?

—Pues que está en las últimas.

La vieja retiró las manos del agua cuyas gotas, azuladas transparentes le chorreaban hasta la punta de los dedos y caían en el balde.

Preguntó, con súbita simpatía:

—¿Tan mal está?

—El médico dice que no pasa de esta tarde.

—Pues, entonces, sí que está mal.

Honoré titubeó. Necesitaba algunos preámbulos para la propuesta que preparaba. Pero, como no se le ocurría nada, se decidió de golpe:

—¿Cuánto me llevaría por cuidarla hasta el final? Ya sabe que no somos ricos. Ni siquiera puedo pagarme una criada. Es eso lo que la ha puesto así, a mi pobre madre; demasiado trabajo, demasiadas fatigas. Trabajaba por diez, a pesar de sus noventa y dos años. Ya no queda gente como ella.

La Rapet respondió gravemente:

—Hay dos precios: dos francos el día y tres la noche, para los ricos. Un franco el día y dos la noche, para los otros. Tú me darás uno y dos.

Pero el campesino reflexionaba. Conocía bien a su madre. Sabía lo tenaz, lo vigorosa y lo resistente que era. Aquello podía durar ocho días, a pesar de la opinión del médico.

Resueltamente, dijo:

—No. Preferiría que me hiciese un precio, vamos, un precio hasta el final. Usted se arriesga y yo también. El médico dice que morirá pronto. Si es así, mejor para usted, peor para mí. Pero si aguanta hasta mañana o más, mejor para mí, peor para usted.

La vieja, sorprendida, miraba al hombre. Nunca había tratado una muerte a destajo. Dudaba, tentada por la idea de probar suerte. Después sospechó que la querían engañar.

—No puedo decir nada hasta que no haya visto a tu madre —contestó.

—Venga a verla.

Ella se secó las manos y lo siguió inmediatamente.

Durante el camino no hablaron nada. Ella andaba de prisa, mientras que él levantaba sus grandes piernas como si debiera, cada paso, atravesar un arroyo.

Las vacas acostadas en los campos, agobiadas por el calor, levantaban la cabeza pesadamente y lanzaban débiles mugidos a aquellas dos personas que pasaban, para pedirles hierba fresca.

Al acercarse a su casa, Honoré Bontemps murmuró:

—¿Y si ya se hubiera acabado?

Y su deseo inconsciente se manifestó en el sonido de su voz. Pero la vieja no se había muerto. Permanecía echada sobre la espalda, en su camastro, con las manos sobre el cobertor de lana color violeta; unas manos horriblemente delgadas, contraídas,

semejantes a animales extraños, a cangrejos, y agarrotadas por los reumatismos, las fatigas, los trabajos casi seculares habían realizado.

La Rapet se aproximó a la cama y miró atentamente a la moribunda. Le tomó el pulso, le palpó el pecho, la oyó respirar, le hizo preguntas para oírla hablar. Después, la contempló todavía buen rato y salió seguida de Honoré. Su opinión estaba formada. La vieja no llegaría a la noche. Él le preguntó:

—¿Entonces, qué?

La mujer respondió:

—Pues que esto durará dos días, quizá tres. Me pagarás seis francos por todo.

Él exclamó:

—¡Seis francos! ¡Seis francos! ¿Ha perdido la cabeza? Le digo que tiene para cinco o seis horas, no más.

Y los dos discutieron mucho tiempo, encarnizadamente. Como la mujer iba a volverse atrás, como el tiempo pasaba, como el trigo no se iba a recoger solo, al fin él aceptó:

—Bueno, de acuerdo. Seis francos.

Y se marchó a grandes zancadas hacia su trigo, tendido en el suelo, bajo el sol pesado que hace madurar las cosechas.

La mujer entró en la casa.

Había traído trabajo. Porque, al lado de los moribundos y de los muertos, trabajaba sin descanso, o bien para ella, o bien para la familia que la empleaba en esta tarea a cambio de un suplemento de salario.

De pronto, preguntó:

—¿La han sacramentado, al menos, tía Bontemps?

La campesina dijo que no con la cabeza. Y la Rapet, que era devota, se levantó con vivacidad.

—¡Santo Dios! ¿Es posible? Voy a buscar al señor cura.

Y se precipitó hacia la rectoral, tan de prisa que los chiquillos en la plaza, viéndola trotar de aquella manera, creyeron que había sucedido alguna desgracia.

El sacerdote vino en seguida, con su sobrepelliz, precedido del monaguillo que tocaba una campanilla para anunciar el paso de Dios por el campo ardiente y en calma. Los hombres que trabajaban a lo lejos, se quitaban sus grandes sombreros y permanecían inmóviles esperando que la blanca vestidura desapareciera detrás de una granja. Las mujeres que recogían las gavillas se enderezaban para hacer la señal de la cruz. Unas gallinas negras, asustadas, huían a lo largo de las zanjas, balanceándose sobre las patas, hasta el agujero, que conocían bien, donde desaparecían bruscamente. Un potro, atado en un prado, se asustó al ver la sobrepelliz y se puso a dar vueltas al extremo de la cuerda, lanzando coces. El monaguillo, de sotana roja, iba de prisa. Y el sacerdote, con la cabeza inclinada sobre un hombro y cubierto con su bonete cuadrado, lo seguía murmurando oraciones. Y la Rapet venía detrás, completamente inclinada, doblada en dos, como para prosternarse mientras andaba, y con las manos juntas, como en la iglesia.

Honoré los vio pasar desde lejos.

—¿A dónde va nuestro párroco? —preguntó.

Su jornalero, más sutil, respondió:

—A llevar el Señor a tu madre, rediez.

El campesino no se asombró:

—Ah, pues podría ser.

Y volvió a la faena.

La tía Bontemps se confesó, recibió la absolución, comulgó. Y el sacerdote se volvió, dejando solas a las dos mujeres en la casucha sofocante.

Entonces, la Rapet empezó a observar a la moribunda, preguntándose si aquello iba a durar mucho.

El día iba declinando. El aire, más fresco, entraba en ráfagas más fuertes, hacía ondear contra la pared una estampa de Epinal sostenida por dos alfileres. Las cortinillas de la ventana, que habían sido blancas y ahora estaban amarillas y llenas de excrementos de mosca, parecían volar, forcejear, querer irse, como el alma de la vieja.

Ella, inmóvil, con los ojos abiertos, tenía el aspecto de quien espera con indiferencia una muerte muy cercana que tarda en llegar. Su respiración, entrecortada, silbaba un poco en su garganta apretada. Se detendría dentro de un rato, y habría sobre la tierra una mujer menos, a la que nadie añoraría.

Al caer la noche, volvió Honoré. Al acercarse al lecho vio que su madre vivía aún, y preguntó: "¿Qué tal?", como hacía antes, cuando ella no estaba bien.

Después despidió a la Rapet, recordándole:

—Mañana, a las cinco, sin falta.

Ella contestó:

—Mañana, a las cinco.

Llegó, en efecto, al amanecer.

Honoré, antes de irse a sus tierras, comía la sopa que había hecho él mismo.

La mujer preguntó:

Y qué, ¿ha muerto tu madre?

Él contestó, con un guiño malicioso:

—Está un poco mejor.

Y se marchó.

La Rapet, presa de inquietud, se acercó a la agonizante, que permanecía en la misma situación, sofocada e impasible, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre el cobertor.

Y la veladora comprendió que aquello podía seguir así dos días, cuatro días, ocho días. Y el espanto oprimió su corazón de avara, mientras que una cólera furiosa la hacía sublevarse contra aquel bribón que la había engañado y contra aquella mujer que no se moría.

Se puso a trabajar, sin embargo, y esperó, con la mirada fija en el rostro arrugado de la tía Bontemps.

Honoré volvió para almorzar. Parecía contento, casi guasón. Después volvió a salir. Realmente, estaba recogiendo el trigo en condiciones óptimas.

La Rapet se exasperaba. Cada minuto que pasaba le parecía, ahora, tiempo robado, dinero robado. Tenía ganas, unas ganas locas, de coger por el cuello a aquella vieja borrica, a aquella vieja cabezona, a aquella vieja obstinada, y de detener, apretando un poco, aquel leve aliento jadeante que le robaba su tiempo y su dinero.

Después reflexionó sobre el peligro que corría. Y, con otras ideas en la cabeza, se aproximó a la cama.

—¿Ha visto ya al diablo? —preguntó.

La tía Bontemps murmuró:

—No.

Entonces la veladora se puso a charlar, a contarle historias para aterrorizar su alma débil de moribunda.

Unos minutos antes de morir, el diablo se aparecía, según ella, a todos los agonizantes. Tenía una escoba en la mano, un puchero en la cabeza, y lanzaba grandes

gritos. Cuando se le veía, era el final, quedaban ya pocos instantes. Y enumeraba todos aquellos a quienes el diablo se había aparecido delante de ella, aquel año:

Joséphin Loisel, Eulalie Ratier, Sophie Padagnau, Séraphine Gros pied.

La tía Bontemps, conmovida al fin, se agitaba, movía las manos, trataba de volver la cabeza para mirar hacia el fondo de la habitación.

De pronto, la Rapet desapareció al pie de la cama. En un armario, cogió una sábana y se envolvió en ella. Se tapó la cabeza con el puchero, cuyos tres pies cortos y curvados se levantaban como tres cuernos. Agarró una escoba con la mano derecha y con la mano izquierda, un cubo de hojalata que lanzó bruscamente al aire para que hiciera ruido al caer.

Al chocar con el suelo, el cubo produjo un estrépito espantoso. Entonces subida en una silla, la veladora levantó la cortina que colgaba al extremo de la cama, y apareció, gesticulando, lanzando unos gritos agudos desde el fondo del pote de hierro que le tapaba la cara, y amenazando con su escoba, como un diablo de guiñol, a la vida campesina agonizante.

Enajenada, con mirada de loca, la moribunda hizo un esfuerzo sobrehumano para incorporarse y escapar. Llegó a sacar de la cama los hombros y el pecho. Después, cayó hacia atrás, con un gran suspiro. Todo había terminado.

Y la Rapet, tranquilamente, volvió a colocar en su sitio todos los objetos: la escoba apoyada en el armario, la sábana dentro, el puchero en el hogar, el cubo en la tabla y la silla contra la pared. Después, con los gestos de una profesional, cerró los ojos enormes de la muerta, puso sobre la cama un plato, vertió dentro el agua bendita de la pila, sumergió en ella la rama de boj que colgaba sobre la cómoda y, arrodillándose, se puso a recitar con fervor las oraciones de los difuntos, que se sabía, por su oficio, de memoria.

Y cuando Honoré volvió, al atardecer, la encontró rezando, y calculó en seguida que ella le había ganado un franco, porque sólo habían pasado tres días y una noche, que en total hacían cinco francos, en lugar de los seis que él le debía.

*Le Gaulois, 15 de agosto de 1886*



# *Diario de un enfermo*

---

*Mes vingt-cinq jours*

Acababa de tomar posesión de mi cuarto en el hotel, jaula estrecha, separada solamente de las contiguas por dos tabiques de papel, que dejaban pasar todos los ruidos próximos, y arreglaba en el armario de espejo mis trajes y mi ropa, cuando, al abrir un cajón, vi en él un cuaderno arrollado. Lo cogí, lo examiné y saltó a mis ojos este título:

## **MI DIARIO**

Era el diario de un huésped, del último que había ocupado aquel camarote, y que sin duda lo había allí dejado por olvido.

Sus apuntes pueden parecer interesantes a las personas prudentes y ordenadas que no abandonan jamás su hogar. Pensando en éstas, copio el manuscrito textualmente.

*Châtel-Guyon, 15 de julio.*

La primera impresión es poco agradable, no es risueño este país. Sin embargo, he de pasar aquí veinticinco días para echar un remiendo al estómago, al hígado y enflaquecer un poco. Los veinticinco días de un agüista se parecen mucho a los veinticinco de servicio de un reservista; están llenos de molestias, de irresistibles molestias. Hoy, nada todavía. Acabo de instalarme, de conocer el país, de visitar al médico. Châtel-Guyon se compone de un arroyo de agua turbia, entre varios accidentes del terreno, en cuyas partes más elevadas aparecen el casino, las casas y cruces de piedra.

En el fondo del valle, y a la orilla del arroyo, se ve una mole cuadrada, ceñida por un jardín: es el establecimiento. Algunas personas, con triste aspecto, pasean alrededor del edificio: son los enfermos. Un gran silencio reina en las calles de árboles, bien sombreadas; porque ésta no es una residencia divertida, sino un verdadero balneario; aquí se viene con firme convicción, y el tratamiento cura, según dicen.

Personas competentes afirman que las aguas de aquí hacen verdaderos milagros. Sin embargo, no he visto exvotos colgados en las oficinas.

De cuando en cuando, una señora o un caballero se aproximan al quiosco, recubierto de pizarras, donde susurra el manantial, risueño y tenue, cuyas aguas, al caer en una pila de cemento, forman espuma. No se cruza ni media palabra entre los enfermos y la camarera del agua curadora. La camarera ofrece al paciente un vaso lleno, donde bailotean varias burbujas. El enfermo bebe y se aleja, para proseguir, a la sombra de los árboles, el paseo brevemente interrumpido.

Ningún rumor en el parque; ni se mueven las hojas; ninguna voz que turbe aquel silencio. Debieran poner a la entrada este rótulo: "Se viene a curarse, y no a divertirse."

Los que hablan, parecen mudos haciendo gestos con la boca para simular sonidos: tanto cuidan de no levantar la voz.

En el hotel reina igual silencio. Es un gran hotel donde se come gravemente, donde se hospedan muchas personas encopetadas que, al parecer, no tienen cosa que decirse. Sus modales revelan su distinción; y sus rostros, la superioridad que a sí mismos se conceden, y de la que sería difícil, a la mayor parte, dar alguna prueba.

A las dos subo al casino, pequeña construcción de madera encaramada en un montecillo, adonde se llega por senderos de cabra. Pero lo que se descubre desde arriba es admirable. Châtel-Guyon se halla en un valle muy estrecho, entre la llanura y la montaña. Descubro a la izquierda los bosques verdes, con algunas calvicies grisáceas, que recuerdan los antiguos volcanes del país. A la derecha, por la garganta angosta del

valle, descubro una llanura infinita como el mar, sumergida en brumas azuladas, que velan casi por completo los caseríos, los campos dorados por la cosecha madura y las praderas verdes.

Anochece. Y después de haber comido solitariamente junto a la ventana de mi cuarto, escribo estas líneas. Oigo a lo lejos la minúscula orquesta del casino, ejecutando bailes, como un pájaro loco trinaría en el desierto.

Ladra un perro de cuando en cuando. Es agradable la tranquilidad nocturna. Me parece bien. Hasta mañana.

16 de julio.

Nada. He tomado un baño y una ducha después; he bebido tres vasos de agua y he paseado a la sombra de los árboles. Quince minutos entre vaso y vaso; después del último, he paseado media hora. Es el primero de mis veinticinco días.

\*\*\*

17 de julio.

He descubierto a dos bonitas mujeres, misteriosas, que acuden al baño y salen al comedor las últimas, para evitar acaso la presencia de otras gentes

\*\*\*

18 de julio

Nada.

\*\*\*

19 de julio

He vuelto a ver a las dos bonitas mujeres. son elegantes y tienen además un no sé qué atractivo y seductor.

\*\*\*

20 de julio

Largo paseo a través de un lindo valle con mucho arbolado hasta la ermita de Sans-Souci. Es una tierra encantadora, muy triste, pero muy tranquila, muy dulce, muy verde. Se cruzan en los caminos montañosos las carretas cargadas de heno que dos bueyes arrastran a paso lento al subir las cuestas o las retienen, con gran estremecimiento de sus testuces, al bajarlas. Un hombre, con sombrero negro de anchas alas, las guía con una vara y un aguijón que les clava en la frente; con frecuencia, un solo movimiento le basta para detenerlos cuando el mismo peso les hace apresurar la marcha en las pendientes.

Da gozo respirar el aire puro del campo. Está impregnado el ambiente del olor propio del ganado vacuno, que resulta saludable y nada molesto.

\*\*\*

21 de julio

Excursión al valle de Euval. Es una garganta estrecha, encerrada entre grandes rocas, al pie de la montaña. Un arroyuelo se desliza y lo cruza.

Oí voces femeninas y al instante se me aparecieron las mujeres misteriosas de mi hotel, que hablaban, descansando sobre un pedrusco.

La ocasión me pareció magnífica, avancé sin vacilar.

Contestaron a mi saludo finamente. Volvimos juntos. Hablamos de París; sin duda, ellas conocen a muchos de mis amigos.

Las veré de nuevo mañana. La casualidad me favorece.

\*\*\*

22 de julio

He pasado toda la tarde con mis desconocidas, que son deliciosas: una morena y la otra rubia. Se presentan como viudas.

¿Qué será ello?

Me ofrecí a llevarlas mañana a Royat y aceptaron.

Châtel-Guyon es menos triste de lo que supuse a mi llegada.

\*\*\*

23 de julio

Día pasado en Royat. Es un amasijo de hoteles en el fondo de un valle, cerca de Clermont-Ferrand. Mucha gente. Un parque muy hermoso y concurrido. Soberbio paisaje.

Mis compañeras llaman la atención; esto me satisface. Cuando vamos con una mujer encantadora, sus éxitos nos enorgullecen, y más aún, cuando vamos con dos mujeres igualmente bellas. Nada tan agradable como sentarse a una mesa de restaurante concurrido, junto a una mujer que se hace admirar.

Ir al paseo de coches en uno de plaza, tirado por un jamelgo, y salir a la calle acompañando a una mujer desagradable, son las desgracias que más humillan a un hombre delicado, a quien impresiona la opinión de los demás. De todos los lujos, la mujer es el máspreciado, el más distinguido, el más costoso y el que despierta más envidias. Por esto es el que más nos complace y el que ostentamos con más gusto públicamente.

Presentarse con una seductora mujer apoyada en el brazo, es decir a todo el mundo: "Ved; soy rico, porque poseo un objeto costoso; tengo buen gusto, como lo acredita esta joya. Es posible que me quiera un poco, y no será difícil que me engañe, lo cual probaría, en todo caso, que muchos me la disputan."

Pero ¡qué vergüenza servir de acompañante a una mujer desapacible!

¡Y cuántas miserias deja entrever esta difícil situación!

En principio, la suponen vuestra mujer legítima. ¿Cómo pensar que tengáis una querida inadmisibile? Una verdadera esposa puede ser mal fachada y fea, pero esto supone mil circunstancias que honran poco al hombre. Lo primero que los curiosos discurren es juzgarle notario o magistrado, las dos profesiones que tienen la primacía en señoras grotescas y acaudaladas ¿No es una vergüenza esto? Y, además, parece ir pregonando que tiene todo el heroísmo necesario, unido a la obligación legal, para besar y acariciar un rostro ridículo y un cuerpo mal formado; y se le supone todo el impudor preciso para convertir en madre a una marmota, lo cual es el colmo del ridículo.

\*\*\*

24 de julio

No me aparto de las dos mujeres desconocidas, a las cuales voy conociendo ya perfectamente. Me resulta delicioso este país. El hotel, magnífico. Hace hoy un tiempo admirable. Las aguas me producen efectos maravillosos.

\*\*\*

25 de julio

Paseo en carruaje descubierto al hermoso lago Tazenat. Expedición exquisita, inesperada; lo convinius a la hora del almuerzo. Nos levantamos bruscamente de la mesa para tomar el coche.

Después de un largo viaje, atravesando montañas, descubrimos de pronto un lago admirable, pequeño, redondo, azul, transparente como un cristal, dormido en la cavidad de un viejo cráter. Una orilla es árida, pedregosa; la otra, fértil, llena de árboles. Entre

los árboles hay una casita donde vive un hombre afectuoso y culto, que nos da hospitalidad en aquel retiro virgiliano. Se me ocurre una idea: "¿Y si nos bañáramos?" Ellas dicen: "Muy bien. Pero ¿y los trajes?"

¡Los trajes! ¡Bah! Estamos en el desierto...  
Y se bañan ellas también.

.....  
Si yo fuese poeta describiría la visión imborrable de aquellos cuerpos jóvenes y desnudos en la transparencia del agua.  
.....

\*\*\*

26 de julio

Muchos huéspedes miran con malos ojos la intimidad que me une a las viudas. Por lo visto, hay personas que suponen preciso aburrirse, y no comprenden que se busque otra cosa en la vida sino aburrimiento. Todo lo que divierte lo juzgan desatención, indelicadeza o inmoralidad. Para estas gentes, la virtud impone leyes mortalmente fastidiosas.

Yo les diré, modestamente, que todas las religiones y todas las culturas tienen su modelo de virtud, que no se parece a las demás; que la ven de modo muy distinto los mormones, los árabes, los zulúes, los turcos, los ingleses y los franceses y, sin embargo, en todas las razas y en todos los pueblos hay honradez y gente virtuosa.

Citaré un solo ejemplo. En el caso especial de las mujeres, las inglesas lo son a los nueve años, mientras que las francesas no empiezan a serlo hasta los quince. Yo cojo de cada moral aquello que me sirve, y hago con todo una, comparable a la del Santo Rey Salomón.

\*\*\*

27 de julio.

¡Buena noticia! Ya he perdido seiscientos veinte gramos de peso. ¡Excelente agua del balneario! Acompaño a las dos viudas; cenaremos en Rión.

\*\*\*

28 de julio.

¡Pataplum! Las dos viudas han recibido la visita de dos caballeros, que vienen a buscarlas. Sin duda serán dos viudos. Hoy, por la noche, se irán. Me lo dicen por escrito, en un papel que me trae una doncella de la fonda.

\*\*\*

29 de julio

¡Solo! Excursión interminable al viejo cráter de la Nachére. Soberbio panorama.

\*\*\*

30 de julio.

Nada. Continúo mi curación.

\*\*\*

31 de julio.

Idem. Idem.

Este delicioso país me parece lo bastante abandonado; lo cruzan abominables e infectos arroyos, pestíferos como cloacas. No hay manera de acercarse al hotel sin

recibir sus perfumes; además, los criados aumentan la podredumbre con todos los desperdicios de la cocina. Un foco de cólera muy bien dispuesto.

\*\*\*

1 de agosto  
Nada más que atender a mi curación.

\*\*\*

2 de agosto.  
Excursión admirable a Oháteauneuf, aguas, para reumáticos; todo el mundo cojea. Nada tan cómico y risible como este pueblo de cojos.

\*\*\*

3 de agosto.  
Nada. Continúo mi curación.

\*\*\*

4 de agosto.  
Idem. Idem.

\*\*\*

5 de agosto.  
Continúo mi curación.

\*\*\*

6 de agosto  
¡Estoy desesperado! Acabo de pesarme y engordé trescientos diez gramos. ¿Qué significa esto?

\*\*\*

7 de agosto.  
Sesenta y tres kilómetros en coche por la mañana. No apunto el nombre de la comarca por respeto a sus mujeres.

Me habían indicado esa excursión alabándomela mucho, y diciéndome que muy pocos la realizaban. Después de cuatro horas de camino llegué a un pueblo muy agradable, a la orilla del río, a la sombra de un espeso bosque de nogales. Nunca vi en Auvernia tantos nogales juntos.

Constituyen toda la riqueza del país, y son bienes comunales. Aquella tierra estaba, en otros tiempos, desnuda por unas partes y cubierta de zarzales por otras. El Ayuntamiento no sabía cómo hacer para que los vecinos la cultivaran. Apenas daba pasto a los corderos.

Y ahora es un bosque soberbio y productivo, gracias a las mujeres. Tiene un extraño nombre; se llama: Los Pecados del Señor Cura.

Es necesario advertir que las mujeres de lo alto suelen tener fama de ligeras..., más ligeras que las de la llanura. Cuando un mozo encuentra en un camino a una mujer, por lo menos ha de darle un beso, y si no lo hace, le llaman tonto. Pensando bien, esta manera de juzgar es la única razonable. Teniendo la mujer por misión natural en las ciudades y en los campos agrandar al hombre, justo es que haga el hombre algunas demostraciones para probar que la mujer le agrada. Si se abstiene ante una, significa esto que no le parece bien, cosa injuriosa para la infeliz. Si yo fuese mujer, no hablaría

segunda vez al hombre que no se hubiera propasado a la primera, porque su recato me parecía una desatención a mi belleza provocativa y a mis encantos femeninos.

Tal vez por esto, los mozos de\*\*\* probaban con bastante frecuencia que las mujeres del país les parecían agradables y eran de su gusto, y el señor cura, no logrando corregir tan abundantes demostraciones de atención sexual, resolvió utilizarlas en provecho de la riqueza pública, imponiendo a las pecadoras que, por cada ligereza confesada, plantasen un nogal en las tierras comunales. Y todas las noches se veían bajar por la colina, como fuegos fatuos, una porción de linternas, porque las pecadoras preferían hacer de noche su penitencia.

En dos años quedó el terreno cubierto de arbolillos, y ahora, más de tres mil soberbios nogales ofrecen sombra y fruto. Son los pecados que perdonaba el señor cura.

Cuando se buscan tantas maneras de repoblación forestal, acaso la idea del cura fuese aprovechable.

\*\*\*

8 de agosto.

Preparo las maletas y las despedidas. Abandono este país encantador y tranquilo. Adiós, montañas verdes, valles frondosos, collados apacibles, casino desierto, desde donde se descubren las brumas azuladas que vesten la inmensa llanura...

\*\*\*

Y con esto acaba el manuscrito. No quise quitar ni añadir nada en él. Pero mis impresiones en este balneario han sido muy distintas de las de mi antecesor.

Tal vez porque yo no he tropezado aún con dos viudas encantadoras.

*Gil Blas, 25 de agosto de 1885*

# *Diario de un viajero*

---

*Notes d'un voyageur*

Las siete. Un pitido; partimos. El tren pasa sobre las plataformas giratorias, con el ruido que hacen las tormentas en el teatro; después se adentra en la noche jadeando, soplando su vapor, iluminando de reflejos rojos muros, setos, bosques y campos.

Somos seis, tres en cada asiento, bajo la luz del quinqué. En frente de mi, una rolliza señora con un rechoncho señor, un viejo matrimonio. Un jorobado está en la esquina izquierda. A mi lado, un joven matrimonio, o al menos una joven pareja. ¿Están casados? La joven es hermosa, parece modesta, pero está demasiado perfumada. ¿Qué perfume es éste? Lo conozco pero no lo determino. ¡Ah! Ya caigo. Piel de España. Esto no dice nada. Esperamos.

La gruesa señora mira fijamente a la joven con un aire de hostilidad que me da que pensar. El grueso señor cierra los ojos. ¡Ya! El jorobado se enrolla como un ovillo. Ya no veo donde están sus piernas. No percibimos nada más que su mirada brillante bajo un gorro griego con borla roja. Después se sumerge en su manta de viaje. Se diría un paquetito arrojado sobre el asiento.

Únicamente la vieja señora permanece despierta, suspicaz, recelosa, como un guardián encargado de vigilar el orden y la moralidad del vagón.

Los jóvenes permanecen inmóviles, las rodillas envueltas en el mismo chal, los ojos abiertos, sin hablar; ¿están casados?

Yo finjo dormir pero estoy al acecho.

Las nueve. La señora gruesa va a sucumbir; cierra los ojos una vez tras otra, inclina la cabeza hacia el pecho y vuelve a levantarla bruscamente. Ya está. Duerme.

¡Oh sueño, misterio ridículo que confiere al rostro los aspectos más grotescos, tu eres la revelación de fealdad humana. Tu haces aparecer todos los defectos, las deformidades y las taras! Tu haces que cada cara tocada por ti se transforme rápidamente en una caricatura.

Me levanto y extendiendo el ligero velo azul sobre el quinqué. Después me adormezco.

De vez en cuando, la parada del tren me despierta. Un empleado grita el nombre de una ciudad, después volvemos a partir.

Llega la aurora. Seguimos el Ródano, que desciende hacia el Mediterráneo. Todo el mundo duerme. Los jóvenes están abrazados. Un pie de la joven ha salido del chal. ¡Tiene medias blancas! Es normal: están casados. No huele bien en el compartimento. Abro una ventana para renovar el aire. El frío despierta a todo el mundo, con excepción del jorobado que ronca como un tronco bajo su manta.

La fealdad de los rostros se acentúa más bajo la luz del nuevo día.

La señora gruesa, roja, despeinada, horrorosa, echa una mirada circular y malvada a sus vecinos. La joven mira sonriendo a su compañero. ¡Si no estuviera casada primero habría mirado a su espejo!

Llegamos a Marsella. Veinte minutos de parada. Desayuno. Partimos de nuevo. Tenemos al jorobado de menos y dos viejos señores de más.

Entonces, los dos matrimonios, el viejo y el joven, desempacan provisiones. Pollo por aquí, ternera fría por allá, sal y pimienta en papel, pepinillos en un pañuelo, ¡todo lo que nos puede quitar las ganas de las comidas durante la eternidad! No conozco nada más común, más grosero, más inconveniente, más de mal gusto que comer en un vagón donde se encuentran otros viajeros.

Si hiela, ¡abrid las puertas! Si hace calor, ¡cerradlas y fumad pipa así tuvierais horror al tabaco; poneos a cantar, ladrad, liberaros a las excentricidades más molestas, sacad vuestros botines y vuestros calcetines y cortad las uñas de los pies; procurad, en fin, devolver a estos vecinos maleducados la moneda de su saber vivir.

El hombre precavido trae un frasco de bencina o de petróleo para derramarla sobre los cojines tan pronto como uno se pone a cenar a su lado. Todo está permitido, todo es demasiado suave para los groseros que os envenenan con el olor de su pienso.

Seguíamos el mar azul. El sol cae en lluvia sobre la costa poblada de las sugestivas ciudades.

He aquí Saint-Raphaël. Allá abajo Saint-Tropez, pequeña capital de este desconocido desierto y encantador país que denominan las Montañas de los Moros. Un gran río, sobre el cual ningún puente se había construido, el Argens, separa del continente esta isla casi salvaje, donde se puede caminar un día entero sin encontrar un ser, donde los pueblos encaramados en lo alto de los montes han permanecido como antiguamente, con sus casas orientales, sus arcadas, sus puertas cimbradas, esculpidas y bajas.

Ningún ferrocarril, ningún coche público penetra en estos maravillosos y arbolados pequeños valles. Únicamente una antigua diligencia lleva el letrero de Hyères y de Saint-Tropez.

Pasamos rápidamente. Aquí Cannes, tan hermoso al borde de sus dos golfos, en frente de las islas de Lérins que serían, si se las pudiese unir a la tierra, dos paraísos para las enfermedades.

Ahí el golfo de Juan; la escuadra acorazada parece dormida sobre el agua.

Niza. Han hecho, parece ser, una exposición en esta ciudad. Vamos a verla.

Seguimos un boulevard con aspecto de marisma y llegamos, sobre una elevación, a un edificio de gusto dudoso y que se parece, en pequeño, al gran palacio de Trocadero.

Allá dentro, algunos paseantes en medio de un caos de cajas.

La exposición, abierta desde hace ya tiempo, estará lista sin duda, para el año próximo.

El interior sería bonito si estuviera terminado. Pero...eso está lejos.

Dos secciones me atraen sobre todo: "los comestibles y las bellas artes". ¡Ay! He aquí cuantiosos frutos confitados de Grasse, caramelos, miles de cosas exquisitas para comer... Pero... está prohibido venderlos... Solo se les puede mirar. ¡Y esto para no perjudicar al comercio de la ciudad! Exponer dulzainas por el simple placer de mirar y con prohibición de probarlas me parece ciertamente una de las más bellas invenciones del espíritu humano.

Las bellas artes están... en preparación. Se han abierto, sin embargo, algunas salas donde se pueden observar unos muy hermosos paisajes de Harpignies, de Guillemet, de Le Poittevin, un soberbio retrato de la Srta. Alice Regnault de Courtois, un delicioso Béraud, etc...El resto...después de desembalaje.

Como cuando se visita es necesario visitar todo, quiero darme el gusto de una ascensión libre y me dirijo hacia el globo del Sr. Godard y Cía.

El mistral sopla. El aerostato se balancea de forma inquietante. Después se produce una detonación. Son las cuerdas del entramado que se rompen. Se prohíbe al público la entrada al recinto. A mí me ponen igualmente en la puerta.

Me subo a mi coche y observo.

De segundo en segundo, algunos nuevos cabos crujen con un singular ruido, y la piel marrón del balón se esfuerza por salir de la mallas que la retienen. Después, de repente, bajo una ráfaga más violenta, un desgarrón inmenso abre de abajo a arriba la enorme bola volante, que se abate como una tela flácida, reventada y muerta.



Cuando me despierto, al día siguiente, pido que me traigan los periódicos de la ciudad y leo con estupor.” La tempestad que reina actualmente sobre nuestro litoral ha obligado a la administración de los globos cautivos y libres de Niza, para evitar un accidente, a desinflar su gran aerostato.

“El sistema de desinflado que ha empleado el Sr. Godard es una de sus invenciones que le hacen el más grande honor.”

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

¡Qué bravo público!

Toda la costa del Mediterráneo es la California de los farmacéuticos. Hace falta ser diez veces millonario para osar comprar una simple caja de pasta pectoral a estos comerciantes maravillosos que venden la azufaita (jujube) a precio de diamantes.

Se puede ir de Niza a Mónaco por la Corniche, siguiendo el mar. Nada más hermoso que esta ruta esculpida en la roca, que rodea los golfos, pasa bajo bóvedas, corre y discurre en el flanco de la montaña en medio de un paisaje admirable.

Aquí está Mónaco sobre su peñasco, y, detrás, Montecarlo...¡jo!...cuando uno ama el juego, comprendo que se adora a esta bonita pequeña ciudad. ¡Pero qué sombría y triste es para los que no juegan en absoluto! No se encuentra en ella ningún otro placer, ninguna distracción.

Más lejos, está Menton, el punto más cálido de la costa y el más frecuentado por los enfermos. Allí, las naranjas maduran y los tuberculosos sanan.

Cojo el tren de noche para volver a Cannes. En mi vagón dos damas y un marsellés que cuenta obstinadamente dramas del ferrocarril, asesinatos y robos. “...Conocí a un Corso, señora, que venía a París con su hijo. Hablo de hace tiempo, era en los primeros tiempos de la línea P.—L.—M. Subo con ellos, puesto que éramos amigos, y hete aquí que partimos.

El hijo, que tenía veinte años, no se cansaba de ver correr el convoy, y permanecía todo el tiempo colgado de la puerta para mirar. Su padre le decía sin cesar: “¡Eh!, ten cuidado, Mateo, no te inclines demasiado, que te podrías lastimar.” Pero el chico no respondía nada.”

Yo le decía a su padre: “Té, déjalo, si eso le divierte.”

Pero el padre volvía: “Vamos, Mateo, no te cuelgues así.”

Entonces, como el hijo no entendía, le agarró por su traje para hacerle entrar de nuevo en el vagón, y él tiró.

Pero entonces el cuerpo nos cayó sobre las rodillas. Ya no tenía cabeza, señora,...había sido cortada por un túnel. Y el cuello ya ni siquiera sangraba; todo se había derramado a lo largo del camino...”

Una de las damas emitió un suspiro, cerró los ojos, y se derrumbó hacia su vecina. Había perdido el conocimiento...

*Le Gaulois, 4 de febrero de 1884*

# *La dicha*

---

*Le bonheur*

Era la hora del té, antes de que entraran las lámparas. El chalet dominaba el mar; el sol, desaparecido, había dejado el cielo todo rosado a su paso, frotado de polvo de oro; y el Mediterráneo, sin una arruga, sin un temblor, liso, brillante aún bajo la luz agonizante, parecía una placa de metal bruñido y desmesurado.

A lo lejos, a la derecha, las montañas dentadas dibujaban su perfil negro sobre la púrpura descolorida del ocaso.

Se hablaba del amor, se discutía este viejo tema, se repetían cosas que se habían dicho ya con mucha frecuencia. La dulce melancolía del crepúsculo alargaba las palabras, hacía flotar un enternecimiento sobre las almas, y la palabra "amor", que reaparecía sin cesar, ora pronunciada por una fuerte voz masculina, ora dicha por una voz femenina de ligero timbre, parecía llenar la sala, revolotear por ella como un pájaro, planear sobre ella como un espíritu.

¿Se puede amar varios años seguidos?

"Sí, pretendían unos.

—No", afirmaban otros.

Se distinguían los casos, se establecían demarcaciones, se citaban ejemplos; y todos, hombres y mujeres, llenos de recuerdos que brotaban turbadores, que no podían citar y que ascendían a sus labios, parecían emocionados, hablaban de esa cosa trivial y soberana, el acuerdo tierno y misterioso de dos seres, con profunda emoción y ardiente interés.

Pero, de repente, alguien, con los ojos clavados a lo lejos, exclamó:

"¡Oh! ¡Miren allá abajo! ¿Qué es eso?"

Sobre el mar, al fondo del horizonte, surgía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres se hablan levantado y contemplaban sin comprenderla aquella cosa sorprendente que nunca hablan visto.

Alguien dijo:

"¡Es Córcega! Se la divisa así dos o tres veces al año en ciertas condiciones atmosféricas excepcionales, cuando el aire, de una perfecta limpidez, no la oculta con esas brumas de vapor de agua que siempre velan la lontananza. "

Se distinguían vagamente las crestas, creyeron reconocer la nieve de las cumbres. Y todos estaban sorprendidos, turbados, casi asustados por aquella brusca aparición de un mundo, por aquel fantasma salido del mar. Acaso tuvieron esas mismas extrañas visiones quienes partieron, como Colón, a través de los océanos inexplorados.

Entonces un viejo caballero, que todavía no había hablado, dijo:

"Fíjense, he conocido en esa isla, que se alza ante nosotros como para responder a lo que decíamos y traer a mi memoria un singular recuerdo, he conocido un ejemplo admirable de un amor constante, de un amor inverosímilmente dichoso.

"Es éste."

Hice, hace cinco años, un viaje a Córcega. Esa isla salvaje es más desconocida y está más lejos de nosotros que América, aun cuando se la vea a veces desde la costas de Francia, como hoy.

Fíjense un mundo todavía caótico, una tempestad de montañas separadas por estrechos barrancos por donde corren torrentes; ni una sola llanura, sino inmensas olas de granito y gigantescas ondulaciones de tierra cubiertas de maleza o de altos bosques

de castaños y pinos.. Es un suelo virgen, inculto, desierto, aunque a veces se divise una aldea, semejante a un montón de rocas en la cima de un monte. Nada de cultivos, ni la menor industria, ni el menor arte. Jamás se encuentra un pedazo de madera labrada, un trozo de piedra esculpida; jamás un recuerdo del gusto infantil o refinado de los antepasados por las cosas graciosas y bellas. Eso mismo es lo que más impresiona en ese soberbio y duro país: la indiferencia hereditaria hacia esa búsqueda de formas seductoras que se llama el arte.

Italia, donde cada palacio, lleno de obras maestras es Una obra maestra en sí, donde mármol, madera bronce, hierro, metales y piedras atestiguan el genio del hombre, donde los más menudos objetos antiguos que rondan por las viejas mansiones revelan esa divina preocupación por la gracia, es para todos nosotros la patria sagrada a la cual amamos porque nos muestra y nos prueba el esfuerzo, la grandeza, el poderío y el triunfo de la inteligencia creadora.

Y, frente a ella, la Córcega salvaje ha perdurado tal como en sus primeros días. Los seres viven allá en rústicas casas, indiferentes a cuanto no afecte a su propia existencia o a sus querellas de familia. Y han conservado los defectos y cualidades de las razas incultas: violentos rencorosos, sanguinarios con inconsciencia, pero también hospitalarios generosos, abnegados ingenuos, con las puertas abiertas a los transeúntes y dispuestos a una fiel amistad ante el menor indicio de simpatía.

Desde hacía un mes, pues, vagaba yo a través de esa isla magnífica, con la sensación de estar en el fin del mundo. Nada de posadas, nada de tabernas, nada de carreteras. Uno llega, por senderos de cabras, a esos villorrios colgados del flanco de las montañas, que dominan abismos tortuosos desde donde se oye ascender, de noche, el ruido continuo, la voz sorda y profunda del torrente. Uno llama a la puerta de las casas. Pide un abrigo para la noche y con qué sustentarse hasta el día siguiente. Y uno se sienta a la humilde mesa, y duerme bajo el humilde techo; y estrecha por la mañana, la mano extendida del anfitrión que os condujo hasta los límites de la aldea.

Ahora bien, una tarde, después de diez horas de marcha, llegué a una pequeña vivienda totalmente aislada en el fondo de un estrecho valle que iba a arrojar al mar una legua más adelante. Las dos rápidas pendientes de la montaña, cubiertas de maleza, de rocas desprendidas y de grandes árboles, encerraban cual dos sombrías murallas este barranco lamentablemente triste.

En torno a la choza, algunas vides, un jardincillo y, más lejos, unos grandes castaños; en fin, algo con que vivir, una fortuna para ese país pobre.

La mujer que me recibió era vieja, severa y limpia, excepcionalmente. El hombre, sentado en una silla de enea, se levantó para saludarme, después volvió a sentarse sin decir una palabra. Su compañera me dijo:

"Discúlpelo, está sordo. Tiene ochenta y dos años." Hablaba el francés de Francia.

Me sorprendió

Le pregunté:

"¿No es usted de Córcega?"

Respondió:

"No, somos continentales Pero hace cincuenta años que vivimos aquí."

Me invadió una sensación de angustia y de miedo ante la idea de aquellos cincuenta años transcurridos en aquel oscuro agujero, tan lejos de las ciudades donde habitan los hombres. Regresó a la casa un viejo pastor, y nos pusimos a comer el único plato de la cena: una sopa espesa en la que habían cocido juntos patatas, tocino coles.

Cuando la corta comida terminó, fui a sentarme delante de la puerta, con el corazón oprimido por la melancolía del lúgubre paisaje, embargado por ese desamparo que asalta a veces a los viajeros en ciertas noche tristes, en ciertos parajes desolados. Parece

que todo está a punto de acabar: la existencia y el universo Se percibe bruscamente la espantosa miseria de la vida, el aislamiento de todos, la nada de todo, y la negra soledad del corazón que se acuna y se engaña a sí mismo con sueños hasta la muerte.

La anciana se reunió conmigo y, torturada por esa curiosidad que vive siempre en el fondo de las almas más resignadas, me dijo:

"Entonces, ¿viene usted de Francia?"

—Sí, viajo por placer.

—¿Es usted de París, acaso?"

—No, soy de Nancy."

Me pareció que una honda emoción la agitaba. No sé cómo lo vi, o mejor dicho lo noté.

Repitió con voz lenta:

"¿Es usted de Nancy?"

El hombre apareció en la puerta, impassible como los sordos.

Ella prosiguió:

"No importa. No oye."

Después, al cabo de unos segundos:

"Entonces, ¿conoce usted gente en Nancy?"

—Claro que sí; a casi todo el mundo.

—¿A la familia de Sainte-Allaize?"

—Sí, muy bien; eran amigos de mi padre.

—¿Cómo se llama usted? "

Le dije mi nombre. Me miró fijamente, y después pronunció con esa voz baja que despiertan los recuerdos:

"Sí, sí, me acuerdo muy bien. Y los Btisemare, ¿qué ha sido de ellos?"

—Todos han muerto.

— ¡Ah! Y a los Sirmont ¿los conocía?"

—Sí, el último es general "

Entonces temblando de emoción, de angustia, de no sé qué sentimiento confuso poderoso y sagrado, de no sé qué necesidad de confesar, de decirlo todo, de hablar de cosas que había tenido encerradas hasta entonces en lo hondo del corazón, y de personas cuyo nombre trastornaba su alma:

"Sí, Henri de Sirmont Lo sé muy bien. Es mi hermano. "

Y yo alce los ojos hacia ella, pasmado por la sorpresa. Y de repente volvió a mí el recuerdo.

El hecho había provocado, en tiempos un gran escándalo en la noble Lorena. Una joven, hermosa y rica, Suzanne de Sirmont, había sido raptada por un suboficial de húsares del regimiento que mandaba su padre.

Era un guapo mozo, hijo de campesinos pero que llevaba con garbo el dormán azul, aquel soldado que había seducido a la hija de su coronel. Ella lo había visto, se había fijado en él, lo había amado al ver desfilar los escuadrones, sin duda. Pero ¿cómo le había hablado, cómo habían podido verse, entenderse? ¿Cómo se había atrevido a darle a entender que lo amaba? Eso jamás se supo.

Nadie había adivinado nada, presentido nada. Una noche, cuando el soldado acababa de licenciarse, desapareció con ella. Los buscaron, no los encontraron. Jamás se tuvieron noticias de ellos, y la dieron por muerta.

Y yo la encontraba así en aquel siniestro valle.

Entonces proseguí a mi vez:

"Sí, me acuerdo muy bien. Usted es la señorita Suzanne"

Dijo que sí con la cabeza. Por sus mejillas corrían las lágrimas. Entonces, señalándome con una mirada al anciano inmóvil en el umbral de la casucha, me dijo:

"Es él."

Y comprendí que lo seguía amando, que lo veía aún con sus ojos seducidos.

Pregunte:

"¿Ha sido usted feliz, al menos?"

Respondió con una voz que brotaba del corazón:

"¡Oh! Sí, muy feliz. Me hizo muy feliz. Jamás lamenté nada."

La contemplaba triste, sorprendido, ¡maravillado por el poderío del amor! Aquella muchacha rica había seguido a este hombre, este campesino. Se había convertido en una campesina. Se había acomodado a su vida sin encantos, sin lujo, sin delicadezas de ninguna clase, se había plegado a sus sencillos hábitos. Y lo amaba aún. Se había convertido en la mujer de un patán, con cofia, con sayas de lienzo. Comía en una fuente de barro sobre una mesa de madera, sentada en una silla de enea, un caldo de coles y de patatas con tocino. Se acostaba en un jergón a su lado.

¡Jamás había pensado en nada, salvo en él! No había añorado ni las joyas, ni las telas, ni las elegancias, ni la blandura de las sillas, ni la tibieza perfumada de los dormitorios rodeados de colgaduras, ni la suavidad de las plumas donde se hundían los cuerpos para el reposo. Jamás había tenido necesidad de otra cosa que no fuera él; con tal de que estuviera a su lado, no deseaba nada.

Había abandonado la vida, jovencísima, y el mundo, y a quienes la habían criado, amado. Había ido, sola con él, a aquel salvaje barranco. Y él lo había sido todo para ella, todo lo que se desea, todo lo que se sueña, todo lo que se espera sin cesar, todo lo que se aguarda sin fin. El había llenado de dicha su existencia, de un extremo a otro.

No habría podido ser más dichosa.

Y toda la noche, al escuchar el ronco resollar del viejo soldado tendido en su camastro, al lado de ella, que lo había seguido tan lejos, yo pensaba en esta extraña y sencilla aventura, en aquella dicha tan completa, compuesta de tan poco.

Y me marché al salir el sol, tras haber estrechado la mano de los dos ancianos esposos.

El narrador calló. Una mujer dijo:

"Da igual, ella tenía un ideal demasiado fácil, necesidades demasiado primitivas y exigencias demasiado simples. No podía ser más que una boba."

Otra pronunció con voz lenta:

"¡Qué importa! Fue feliz."

Y allá abajo, al fondo del horizonte, Córcega se hundía en la noche, regresaba lentamente al mar, borraba su gran sombra aparecida como para contar también la historia de los dos humildes amantes que albergaban sus riberas.

*Le Gaulois, 16 de marzo de 1884*

# Divorcio

---

*Divorce*

El señor Bontrán —abogado parisiense, que goza de gran fama en asuntos de divorcio, porque se decretan todos los que plantea y devuelve así la paz a muchos cónyuges mal avenidos— abrió la puerta de su despacho para dejar pasar a un nuevo cliente, un hombre sanguíneo, vigoroso, barrigudo, muy colorado y con patillas rubias y espesas.

—Siéntese usted —le dijo el abogado.

El cliente se acomodó en una silla y, después de toser, empezó a hablar:

—Vengo a preguntarle si quiere defenderme para un caso de divorcio.

—Hable usted, caballero; ya escucho.

—Caballero, soy notario retirado.

—¿Ya?

—Sí, ya. Tengo treinta y siete años.

—Continúe.

—Me casé muy desdichadamente, muy desdichadamente.

—No es el único.

—Ya lo sé. y compadezco a los demás; pero mi caso es asombroso, y las quejas que alego contra mi mujer son especiales. Empezaré por el principio. Me casé de un modo extraño. ¿Cree usted en ideas malignas?

—¿Qué quiere decir?

—¿En que ciertas ideas resulten peligrosas para ciertos espíritus, como los venenos para el cuerpo?

—Es posible.

—Sin duda. Hay ideas que nos corroen, nos enloquecen, nos matan, cuando no sabemos resistirlas; una especie de filoxera de las almas. Cuando tenemos la desgracia de consentir que una de estas ideas nos preocupe, si no reparamos desde un principio que es una invasora, una dominadora, una tirana, que se apodera poco a poco de nosotros, que se instala y arroja de nuestro cerebro todas las demás preocupaciones acostumbradas, absorbe toda nuestra atención y cambia los puntos de vista de nuestro razonamiento, ¡estamos perdidos! ¡Y tan perdidos! Así me ocurrió, caballero. Yo era, como ya dije, notario de Ruán. Mi vida era modesta, no pobre y angustiada; pero me veía precisado a realizar economías y a limitar mis caprichos, todos mis goces. A mi edad, esto es desagradable.

Como notario leía con atención los anuncios de cuarta plana de los periódicos, ofertas y demandas, correspondencias íntimas, etcétera, etcétera. Por este medio había proporcionado muchas veces a mis clientes bodas muy ventajosas.

Un día leí:

*"Una señorita hermosa, bien educada y distinguida, con dos millones y medio de francos, desea contraer matrimonio con un hombre honrado. No trata con agencias."*

Precisamente aquel día comí con dos amigos: un abogado y un fabricante. No sé cómo la conversación giró acerca de casamientos, y, riendo, les hablé de la señorita con los dos millones y medio.

El fabricante dijo:

—¿Qué son esas mujeres?

El abogado conocía muchos matrimonios excelentes hechos por semejante procedimiento; dio minuciosos detalles y luego, mirándome a la cara, me dijo:

—¿Por qué no estudias ese asunto para ti? Con dos millones y medio de francos, no pasarías apuros.

Reímos grandemente, y hablamos de otra cosa.

Estaba fría la noche cuando me retiré. Yo vivía en una casa vieja, en una de esas casas de provincias que parecen fresqueras. Al poner una mano en la barandilla de hierro, un escalofrío me corrió por todo el brazo, y al avanzar la otra, buscando la pared, un segundo estremecimiento me destempló, al sentir un contacto húmedo; y los dos repercutían en mi pecho y me llenaban de angustia, de tristeza, de abandono. Entonces murmuré, impresionado por un repentino recuerdo:

—¡Cristo, si tuviera los dos millones!

Mi alcoba era desahogada. Una alcoba de soltero al cuidado de una pobre mujer que guisa y hace la limpieza en un par de horas. La cama, sin colgadura; un armario, una cómoda, un lavabo; y sin lumbre. La ropa sobre las sillas, los papeles por el suelo. Comencé a canturrear, aplicándole una música oída en el café concierto, esta letra:

*Dos millones,  
dos millones,  
y una mujercita  
muy bonita...  
Esto sí que quita  
preocupaciones.*

Por de pronto sólo pensaba en el dinero; pero al sentir el frío de la ropa ya en la cama, pensé también en la mujer. Pensé tanto en ella, que me costó algún esfuerzo dormirme.

Al día siguiente, despertando antes que amaneciera, recordé que a las ocho debía estar en Darnetal —un pueblo algo distante— para un asunto de interés. Era preciso levantarse a las seis, y helaba. ¡Cristo! ¡Los dos millones y medio! Estuve de vuelta en mi despacho a las once.

Olía mal todo: el hierro enrojecido de la estufa, el papel de los autos, las botas, las camisas y los abrigos de los escribientes, el pelo y la piel, descuidados en invierno; toda la podredumbre conservada por miedo al agua fría, evaporándose allí a una temperatura de dieciocho grados.

Almorcé, como todos los días, una chuleta quemada y un pedazo de queso. Luego me puse a trabajar.

Entonces, por vez primera, seriamente me preocupó la señorita de los dos millones y medio. ¿Quién era? ¿Qué me costaba escribirle? ¿Por qué no enterarme?

Abrevio. Durante quince días esta idea insistente me obsesionó; me torturaba. Todos mis aburrimientos y todas las pequeñas privaciones que sufrí hasta entonces, sin darme casi cuenta, me crisparon, haciéndome pensar en la señorita y en su fortuna.

Acabé por imaginarme toda su historia. Cuando el deseo de algo desconocido nos turba, lo imaginamos como nos conviene.

No era muy natural que una señorita bien educada y con dos millones y medio solicitase un marido en los anuncios de la prensa. Pero podía suceder que aquella joven fuese digna y desgraciada.

Por de pronto, esa fortuna de dos millones y medio de francos no me había desvanecido como un sueño fantástico. Estamos acostumbrados, los que leemos parecidas ofertas, a proposiciones de matrimonio acompañadas de seis, ocho, diez y doce millones. La cifra de doce millones aparece con frecuencia. Gusta. Claro que se desconfía mucho de tales promesas; pero viéndolas tan repetidas, nos acostumbramos a esos números prodigiosos y nos disponemos a considerar muy posible una dote de dos millones y medio.

Así, pues, una criatura, hija natural de un ricacho y una criada, heredando bruscamente la fortuna de su padre, podía descubrir al mismo tiempo su triste condición, y por no verse obligada más adelante a revelarla, cuando un hombre la pretendiese, no era ilógico suponer que tratara de unirse a un desconocido por un medio muy usado y que predispone a esperar la confesión de alguna desgracia incorregible.

Mi cálculo era estúpido. Sin embargo, me aferré a esta hipótesis. Los notarios no deberíamos leer novelas; y yo he leído muchas, caballero.

Escribí, como notario, en representación de un cliente, y aguardé.

A los cinco días, y a eso de las tres de la tarde, trabajaba yo en mi despacho, cuando el escribiente me anunció:

—La señorita Chatefrise.

—Dígale que pase.

Y entró una mujer de treinta años aproximadamente, bien formada, morena y algo cohibida.

—Haga el favor de tomar asiento, señorita.

Sentándose, murmuró:

—Yo soy, caballero...

—Pero, señorita, no tengo el gusto de conocer...

—Soy la persona a quien usted ha escrito.

—¿Para un matrimonio?

—Sí, caballero.

—¡Ah! Perfectamente.

—Vine, porque resulta siempre mejor hecho lo que se hace uno mismo.

—Sin duda, señorita... ¿Usted desea casarse? Dígame.

—Sí, caballero.

—¿Tiene usted familia?

Creí adivinar alguna indecisión; luego, bajando los ojos, dijo:

—Mi padre, mi madre..., han muerto.

Sentí un estremecimiento. Era cierta la historia inventada por mí. De pronto simpatiqué con la desgracia de aquella criatura. No insistiendo, por no turbarla ni herir su sensibilidad, añadí:

—¿Puede usted, señorita, disponer libremente de su dote?

Sin dudar y con entereza me respondió:

—Sí, caballero.

La miré atentamente y, en verdad, no me disgustaba. Era menos joven y menos lozana de lo que al principio supuse; pero no me disgustaba. Se me ocurrió hacer una comedia sentimental, fingirme de pronto enamorado, suplantar a mi cliente..., en cuanto me asegurase la existencia de la dote. Hablé de mi cliente, pintándole como un hombre triste, muy honrado y enfermizo.

Ella exclamó vivamente:

—¡Ah caballero! Me gustan las personas de buena salud.

—Usted le verá pronto...; dentro de tres o cuatro días. Antes no es posible, porque se fue a Inglaterra.



—¡Me contraría esa dilación!  
—Tan poco tiempo... ¿Necesita usted volver a su casa inmediatamente?  
—Inmediatamente..., no.  
—Aguárdele. Yo trataré de conseguir que no se aburra.  
—Usted es muy amable, caballero.  
—¿Se hospeda usted en un hotel?  
Ella nombró el mejor hotel de Ruán.  
—Pues bien, señorita. ¿Permite usted a su futuro... notario que la invite a comer esta noche?

Calló, inquieta, indecisa y acaso temerosa; luego, tomando una resolución, dijo:

—Acepto.

—A las siete iré a buscarla.

—Yo le aguardaré.

—¿Hasta luego?

—Hasta luego.

Y la acompañé hasta la puerta.

\*\*\*

A las siete fui al hotel. Ella me aguardaba muy compuesta, y me hizo los honores con mucha coquetería.

La llevé a un restaurante y elegí platos perturbadores.

Una hora después, éramos amigos, y ella me contaba su historia. Hija de una señora seducida por un caballero, la educaron en casa de unos campesinos. Su fortuna procedía de su padre y de su madre —habiéndolos heredado a su muerte—, cuyos nombres jamás pronunciarla. Como al fin y al cabo esos nombres me interesaban poco, indagué solamente lo de su fortuna. Ella me habló —como habla una mujer práctica, segura de sí, acostumbrada a los números— de los títulos, de las cuentas, de los intereses y de las negociaciones. Su competencia en estos asuntos me inspiró mucha confianza, y estuve con ella galante, aunque prudente: lo necesario para demostrarle que me gradaba.

Ella coqueteó con bastante salero. Le ofrecí champaña, bebimos y se turbaron mis ideas. Comprendí que me propasaba más de lo justo y tuve miedo; miedo por mí, por ella; temí enternecerla demasiado y llegar a un extremo inconveniente. Para calmarme, le volví a preguntar por la dote, cuya existencia sería preciso comprobar, porque mi cliente, hombre de negocios, no se fiaría de palabras.

Ella contestó alegremente:

—Me lo figuro. Y tengo todas las pruebas.

—¿Aquí en Ruán?

—Sí, en Ruán.

—¿Las tiene usted en el hotel?

—Claro.

—¿Puede usted enseñármelas?

—Cuando usted quiera.

—Esta misma noche.

—No tengo inconveniente.

Esto era, de todos modos, mi salvación. Pagué la cuenta y fuimos al hotel.

En efecto, ella mostró sus títulos. No era posible dudar. Los vi, los toqué, los palpé, los leí. Esto me alegró tanto, que sentí vivos deseos de besarla. Claro, un deseo casto de hombre alegre. Y la besé una vez, dos, cuatro, veinte... y el champaña me ayudaba... La besé tanto, que al cabo... Sucumbí... Digo... Más bien..., ella sucumbió.

¡Ah, caballero! ... ¡Cómo quedé al darme cuenta de mi audacia y cómo quedó ella! ¡Oh! Ella, vertiendo más llanto que una fuente, me rogaba que no la traicionase, que no la perdiese. Le prometí cuanto quiso, y me retiré luego con una tensión insoportable.

¿Qué hacer? Había abusado de un cliente. Y esto no tendría importancia si lo del cliente fuera verdad; pero no habiendo tal cliente..., era yo el cliente, si, yo mismo el cliente necio, el cliente burlado, burlado por mí. ¡Qué situación! Pude abandonarla, es verdad; ¡pero la dote, aquella dote palpable, segura, hermosa! Y, además, ¿tenía yo derecho a dejarla después de haberla vencido por sorpresa? Y si cargaba con ella, cuántas inquietudes para el porvenir! ¡Qué poca seguridad con una mujer que sucumbía tan fácilmente!

Pasé una terrible noche de indecisión, torturado por los remordimientos, acosado por los temores, trastornado por los escrúpulos. Por la mañana recobré la razón y la tranquilidad. Me vestí cuidadosamente, y a las once me presenté en el hotel donde la señorita de los dos millones y medio habitaba.

Cuando ella me vio, se ruborizó hasta los ojos.

Yo le dije:

—Señorita, sólo una cosa puedo hacer para reparar mis abusos. Vengo a pedir a usted su mano.

Ella balbució:

—Concedida.

Y nos casamos.

\*\*\*

Todo fue bien durante seis meses.

Trasasé mi notaría, viviendo como un capitalista, sin tener motivo para reprochar a mi mujer la menor cosa.

Sin embargo, poco a poco fui advirtiendo que, periódicamente, mi mujer pasaba muchas horas fuera de casa. Una semana, el martes, y a la otra, el viernes, alternando.

Creyendo que me burlaba, la seguí.

Era un martes. A eso de la una salió a pie; bajando por la calle de la República torció a la derecha, tomando por la calle del Puente Grande hacia el Sena, lo bordeó hasta el Puente de Piedra, y atravesó el río. Desde aquel instante me pareció sentirla inquieta, volviéndose a cada momento, observando a los transeúntes.

Como yo iba disfrazado de carbonero, no me conoció.

Al fin, decidiéndose, se dirigió a la estación del ferrocarril. Yo no dudaba; su amante llegaría en el tren de la una cuarenta y cinco.

Oculto detrás de una vagoneta, esperé. Un silbido..., una nube de viajeros... Mi mujer avanza, corre, toma en brazos una chiquilla de tres años, acompañada por una campesina y la besa con pasión. Luego se vuelve, se fija en otra criatura menor que otra campesina lleva, se arroja besándola violentamente y se va entre las dos criaturas y sus nodrizas hacia un largo y sombrío paseo, el parque de la Reina.

Vuelvo a mi casa con angustia, comprendiendo y no comprendiendo lo que había visto, adivinando y esforzándome por no sospechar.

Cuando ella vuelve, a la hora de comer, le salgo al encuentro, vociferando:

—¿Quiénes son aquellos niños?

—¿Qué niños?

—Los de la estación.

Dando un grito se desmaya, y al volver en sí, entre un diluvio de lágrimas, confiesa que tenía cuatro hijos. Dos para los martes, dos niñas, caballero, y dos para los viernes, dos niños.

Aquello era, ¡qué vergüenza!, el origen de su fortuna. Los cuatro padres... Y ella reunió así la dote.

Ahora que ya está enterado, señor mío, dígame, ¿qué me aconseja?

El abogado respondió gravemente:

—Reconozca usted esas criaturas, caballero.

*Gil Blas, 21 de febrero de 1888*

# ***El doctor Heraclius Gloss***

---

*Le docteur Heraclius Gloss*

## **I.**

### **Cómo era, moralmente, el doctor Heraclius Gloss**

El doctor Heraclius Gloss era un hombre muy sabio. Aunque nunca se encontrara en las tiendas de libros de la ciudad el más mínimo opúsculo firmado por él, todos los habitantes de la docta ciudad de Balançon consideraban al doctor Heraclius como un hombre muy sabio.

¿Cómo y en qué era doctor? Nadie lo habría podido decir. Sólo se sabía que su padre y su abuelo habían sido llamados doctor por sus conciudadanos. Él había heredado su título al tiempo que su nombre y sus bienes; en su familia se era doctor de padre a hijo, de la misma manera que, de padre a hijo, se llamaban Heraclius Gloss.

Además, aunque no poseyera ningún diploma firmado y certificado por todos los miembros de alguna ilustre facultad, el doctor Heraclius no dejaba de ser un hombre muy digno y muy sabio. Bastaba con ver los cuarenta estantes cargados de libros que cubrían las cuatro paredes de su amplio gabinete para convencerse de que jamás doctor más erudito había honrado la ciudad de Balançon. Por último, cada vez que se hablaba de él en presencia del

Ilustre Decano o del Honorable Rector, siempre se les veía sonreír con un aire misterioso. Incluso se cuenta que un día el Honorable Rector le había elogiado largamente en latín ante Monseñor el Arzobispo; el testigo que lo contaba citaba además como prueba irrefutable las siguientes palabras que había oído:

"Parturiunt montes, nascitur ridiculus mus."

Además, el Honorable Decano y el Ilustre Rector cenaban en su casa cada domingo, por lo que nadie se habría atrevido a dudar que el doctor Heraclius Gloss no fuera un hombre muy sabio.

## **II.**

### **Cómo era, físicamente, el doctor Heraclius gloss**

Si resulta cierto, como pretenden algunos filósofos, que existe una armonía perfecta entre el físico y la moral de un hombre, y que en las líneas del rostro se pueden leer los principales rasgos del carácter, el doctor Heraclius no era quién para dar un mentís a este aserto. Era pequeño, vivo y nervioso. En él había algo de la rata, de la garduña y del pachón, es decir, que pertenecía a la familia de los buscadores, de los roedores, de los cazadores y de los incansables. Al mirarle, uno no concebía que todas las doctrinas que había estudiado pudieran entrar en esa cabecita, sino que uno se imaginaba más bien que él mismo debía de penetrar en la ciencia y vivir en ella, royéndola como una rata un libro grueso. Lo más singular en él era sobre todo su extraordinaria delgadez; su amigo el Decano pretendía, quizá con algo de razón, que debía de haber sido olvidado, durante varios siglos, entre los folios de algún libro, junto a una rosa y una violeta, porque era siempre muy presumido e iba muy perfumado. Sobre todo, su rostro tenía tal forma de hoja de cuchilla que las patillas de sus gafas de oro, al salirse desmesuradamente de las sienes, se parecían bastante a una gran yerga en el mástil de un buque. "De no haber sido el sabio doctor Heraclius —decía a veces el Ilustre Rector de la universidad de Balançon—, seguramente habría sido un excelente abrecartas."

Llevaba peluca, vestía con esmero, nunca estaba enfermo, amaba a los animales, no odiaba a los hombres y adoraba los pinchos de codornices.

### III.

#### **En qué empleaba el doctor Heraclius las doce horas del día**

En cuanto el doctor estaba levantado, enjabonado, afeitado y saciado con un panecillo de mantequilla mojado en una taza de chocolate con vainilla, bajaba a su jardín. Era un jardín no muy grande, como todos los de las ciudades, pero agradable, sombreado, florido, silencioso, y si me atreviera diría que meditado. En fin, basta con imaginarse cómo debe ser el jardín ideal de un filósofo a la búsqueda de la verdad y se tendrá una idea de cómo era aquél al que el doctor Heraclius Gloss daba la vuelta tres o cuatro veces con pasos apresurados, antes de abandonarse a los pinchos diarios de codornices de su segundo desayuno. Aquel pequeño ejercicio, decía él, era excelente al saltar de la cama; reanimaba la circulación de la sangre, entumecida por el sueño, alejaba los malos humores del cerebro y preparaba las vías digestivas.

Tras ello, el doctor desayunaba. Luego, inmediatamente después de tomarse el café —y se lo bebía de un trago, sin dejarse llevar nunca por las somnolencias de las digestiones empezadas en la mesa— se ponía su gran levita y se iba. Y cada día, tras pasar ante la facultad y comparar la hora de su reloj Luis XV con la de la altanera esfera universitaria, desaparecía en la callejuela de Vieux Pigeons, de donde no salía más que para volver a su casa a cenar.

¿Pero qué hacía el doctor Heraclius Gloss en la callejuela de Vieux Pigeons? ¡Lo que hacía allí, Dios Santo!... Buscaba la verdad filosófica, y he aquí cómo.

En esa pequeña callejuela, oscura y sucia, se habían dado cita todos los libreros de viejo de Balançon. Se habrían necesitado años para leer solamente los títulos de todas las obras inesperadas, amontonadas desde la bodega hasta el desván en las cincuenta casuchas que formaban la callejuela de Vieux Pigeons.

El doctor Heraclius Gloss consideraba la callejuela, las casas, las librerías de viejo y los libros de su propiedad particular.

Había ocurrido a menudo que algún baratillero, en el momento de meterse en la cama, había oído algún ruido en su desván y, tras subir de puntillas, armado con una gigantesca espada de tiempos remotos, se había encontrado..., con el doctor Heraclius Gloss, sepultado hasta la mitad del cuerpo entre pilas de libros, sujetando con una mano lo que quedaba de una candela que se fundía entre sus dedos, y hojeando con la otra un antiguo manuscrito del que quizás esperaba hacer brotar la verdad. Y el pobre doctor se quedaba muy sorprendido al enterarse de que la campana había dado las nueve hacía ya tiempo y que tomaría una odiosa cena.

¡Es que el doctor Heraclius buscaba en serio! Conocía a fondo todas las filosofías antiguas y modernas; había estudiado las sectas de la India y las religiones de los negros de África; ¡no existía la más mínima tribu entre los bárbaros del Norte o los salvajes del Sur cuyas creencias no hubiera sondeado! Pero, ¡ay! Desgraciadamente, cuanto más estudiaba, investigaba, figoneaba y meditaba, más indeciso estaba: —Amigo mío —le decía una noche al Honorable Rector—, cuánto más felices que nosotros son los Colón que se lanzan a través de los mares en busca de un nuevo mundo; no tienen más que ir hacia delante. Las dificultades que les detienen sólo vienen de obstáculos materiales que un hombre intrépido siempre vence; mientras que, nosotros, siempre tambaleándonos en el océano de las incertidumbres, arrastrados bruscamente por una hipótesis como un buque por el aquilón, nos encontramos de repente, de igual forma que un viento contrario, con una doctrina opuesta, que nos vuelve a traer, sin esperanza, al puerto del que habíamos salido.

Una noche, cuando filosofaba con el Ilustre Decano, le dijo:  
—Cuánta razón se tiene, amigo mío, al pretender que la verdad vive en un pozo...  
Los cubos bajan una y otra vez para pescarla y no traen nunca sino agua clara... Le dejo  
adivinar —añadió finalmente— cómo escribo la palabra tonto.  
Es el único juego de palabras<sup>7</sup> que se le oyó decir en toda su vida.

#### IV.

### **En qué empleaba el doctor Heraclius Gloss las doce horas del día**

Por la noche, cuando el doctor Heraclius volvía a su casa, generalmente estaba mucho más gordo que cuando salía. Ello se debía a que, entonces, cada uno de sus bolsillos, y tenía dieciocho, estaban llenos de antiguos libros de filosofía que acababa de comprar en la callejuela de Vieux Pigeons; y el chistoso rector afirmaba que si un químico le hubiera analizado en ese momento, habría comprobado que el papel antiguo suponía dos tercios de la composición del doctor.

A las siete, Heraclius Gloss se sentaba a la mesa y, mientras cenaba, hojeaba los libros antiguos que acababa de adquirir.

A las ocho y media, el doctor se levantaba teatralmente y entonces ya no era el acivo y vivaz hombrecito que había sido durante el día, sino el grave pensador cuya frente se doblaba bajo el peso de elevadas meditaciones, como un porteador bajo una carga excesiva. Tras haberle soltado a su ama de llaves un majestuoso "no estoy para nadie" desaparecía en su gabinete. Una vez allí, se sentaba frente a su mesa de trabajo repleta de libros y... pensaba. ¡Qué extraño espectáculo para quien hubiera podido ver entonces en el pensamiento del doctor!... Desfile monstruoso de las Divinidades más opuestas y de las creencias más disparatadas, entrecruzamiento fantástico de doctrinas y de hipótesis. Era como un ruedo donde los campeones de todas las filosofías se enfrentaban en un gigantesco torneo. Fundía, combinaba, mezclaba el antiguo espiritualismo oriental con el materialismo alemán. la moral de los Apóstoles con la de Epicuro. Intentaba combinaciones de doctrinas como se experimentan en un laboratorio los agregados químicos, pero sin ver nunca burbujear en la superficie la tan deseada verdad, y su buen amigo el rector afirmaba que esta verdad filosófica eternamente esperada, se acercaba mucho a la clave de la sabiduría universal... estéril.

El doctor se acostaba a medianoche, y los sueños de su descanso eran los mismos que los de sus viglias.

#### V.

### **De donde se deduce que el ilustre decano lo esperaba todo del eclecticismo, el doctor de la revelación, y el honorable rector de la digestión.**

Una noche que el Ilustre Decano, el Honorable Rector y el doctor estaban reunidos en el amplio gabinete, tuvieron una conversación de lo más interesante.

—Amigo mío —decía el decano—, hay que ser ecléctico y epicúreo. Elija lo bueno y rechace lo malo. La filosofía es un amplio jardín que se extiende por todo el planeta. Recoja las flores resplandecientes del Oriente, las floraciones pálidas del Norte, las violetas de los campos y las rosas de los jardines, haga un ramo con todas ellas y huélalo. Aunque su perfume no sea el más exquisito que se pueda soñar, al menos será muy agradable, y mil veces más suave que el de una sola flor, aunque fuera la más fragante del mundo.

---

<sup>7</sup> Juegos de palabras; en francés las palabras "cubo" y "tonto" son parónimos.

—Sin duda alguna, será más variado —prosiguió el doctor—, pero no más suave, si consigue encontrar la flor que reúne y concentra en sí todos los perfumes de las demás. Porque, en su ramo, no podrá impedir que algunos olores se perjudiquen entre sí, y, en filosofía que algunas creencias se contradigan. Lo verdadero es uno, y con su eclecticismo no conseguirá nunca nada más que una verdad de piezas y pedazos. Yo también fui ecléctico, ahora soy exclusivo. Lo que quiero no es un descubrimiento aproximado, sino la verdad absoluta. Cualquiera hombre inteligente la presiente, creo yo, y el día en que se la encuentre por el camino gritará: "hela aquí". Ocurre lo mismo con la belleza; yo, hasta los veinticinco años no había amado; había visto a muchas mujeres bonitas, pero no me gustaban; para componer al ser ideal que yo vislumbraba, habría sido necesario coger algo de cada una de ellas, y aun así se habría parecido al ramo del que hablaba usted antes, no se habría logrado de esa manera la belleza perfecta que es infragmentable, al igual que el oro y la verdad. Finalmente, un día, encontré a esa mujer, entendí que era ella, y la he amado.

El doctor, un tanto emocionado, se calló, y el Honorable Rector sonrió sutil mirando al Ilustre Decano. Instantes después, Heraclius Gloss prosiguió:

—De la revelación es de donde debemos esperar lo todo. La revelación fue la que iluminó al apóstol Pablo en el camino de Damasco y le dio la fe cristiana...

—Que no es la verdadera —interrumpió riendo el rector—, ya que usted no cree en ella; por consiguiente, la revelación no es más fiable que el eclecticismo.

—Perdón, mi querido amigo —prosiguió el doctor—. Pablo no era un filósofo y tuvo una revelación aproximada. Su mente no podría haber captado la verdad absoluta, que es abstracta. Pero la filosofía ha recorrido mucho camino desde entonces, y el día en que una circunstancia cualquiera, un libro, una palabra quizás, se la revele a un hombre bastante instruido para entenderla, le iluminará de súbito, y todas las supersticiones se borrarán ante ella como las estrellas ante el amanecer.

—Amén —dijo el rector—, pero al día siguiente habrá un segundo iluminado, el día después un tercero, y se echarán mutuamente en cara sus revelaciones que, afortunadamente, no son armas muy peligrosas.

—¿Pero es que no cree en nada? —exclamó el doctor, que empezaba a enfadarse.

—Creo en la Digestión —contestó con tono grave el rector—. Ingiero con indiferencia todas las creencias, dogmas, morales, supersticiones, hipótesis, ilusiones, de la misma manera que en una buena cena como con igual placer sopa, entremeses, asados, legumbres, dulces y postre, tras lo cual me tumbo filosóficamente en mi lecho, seguro de que mi tranquila digestión me proporcionará un agradable sueño para toda la noche y la vida, así como la salud para el día siguiente.

—Háganme caso —se apresuró a decir el decano—: no llevemos más lejos la comparación.

Una hora más tarde, cuando salían de la casa del sabio Heraclius, el rector se echó repentinamente a reír y dijo:

—¡Pobre doctor! Si la verdad se le aparece como la mujer amada, desde luego será el hombre más engañado que ha habido nunca en la tierra.

Y un borracho que trataba de entrar en su casa se cayó de espanto al oír la risa potente del decano que acompañaba en bajo profundo al falsete agudo del rector.

## VI.

### **De lo cual se deduce que el camino de Damasco del doctor resultó ser la callejuela de Vieux pigeons y de cómo la verdad le iluminó bajo la forma de un manuscrito de metempsicosis.**

El 17 de marzo del año de gracia de mil setecientos y algo el doctor se despertó febril. Durante la noche había visto varias veces en sueños a un hombre grande y blanco, vestido a la antigua, que le tocaba la frente con el dedo, mientras pronunciaba palabras ininteligibles, y ese sueño le había parecido al sabio Heraclius un aviso muy significativo. ¿De qué era un aviso?... ¿Y en qué era significativo?... El doctor no lo sabía a ciencia cierta, pero esperaba algo.

Después del desayuno se dirigió como de costumbre a la callejuela de Vieux Pigeons, y cuando daban las doce entró en el no 31, en la tienda de Nicolas Bricolet, sastre de vestuario, vendedor de muebles antiguos, librero de viejo y reparador de calzado antiguo, es decir zapatero remendón, en sus ratos libres. El doctor, como movido por una inspiración, subió inmediatamente al desván, puso la mano en el tercer estante de un armario Luis XIII y sacó un voluminoso manuscrito en pergamino titulado:

#### **MIS DIECIOCHO METEMPSICOSIS. HISTORIA DE MIS EXISTENCIAS DESDE EL AÑO 184 DE LA ERA LLAMADA CRISTIANA.**

Inmediatamente después de este título singular, se encontraba la siguiente introducción, que Heraclius Gloss descifró de inmediato:

—Empecé el presente manuscrito, que contiene fiel relato de mis transmigraciones, en la ciudad de Roma en el año CLXXXIV de la era cristiana, tal y como se ha dicho más arriba.

"Firmo esta explicación destinada a instruir a los humanos respecto a las alternancias de las reapariciones del alma, el día de hoy, 16 de abril de 1748, en la ciudad de Balançon, donde me han arrojado las vicisitudes de mi destino.

"Bastará con que cualquier hombre instruido y preocupado por los problemas filosóficos eche una ojeada a estas páginas para que la luz se haga en él de la manera más manifiesta.

"Para ello voy a resumir en unas líneas la sustancia de mi historia, que se podrá leer más abajo, a poco que se sepa latín, griego, alemán, italiano, español y francés; ya que, en las distintas épocas de mis reapariciones humanas, he vivido entre esos diversos pueblos. Luego explicaré con qué encadenamiento de ideas, con qué precauciones psicológicas y con qué medios mnemotécnicos, he llegado infaliblemente a conclusiones de metempsicosis.

"En el año 184, yo vivía en Roma y era filósofo. Un día que paseaba por la vía Apia, se me ocurrió que Pitágoras podía haber sido como el alba todavía indecisa de un gran día a punto de nacer. A partir de aquel momento ya no tuve sino un deseo, una meta, una preocupación constante: recordar mi pasado. Pero ¡desgraciadamente! todos mis esfuerzos fueron vanos, no recordaba nada de las existencias anteriores.

"Ahora bien, un día vi por casualidad en el zócalo de una estatua de Júpiter situada en mi atrio algunos caracteres que había grabado en mi juventud y que me recordaron de repente un acontecimiento olvidado hacía ya tiempo. Fue como un rayo de luz; y entendí que si algunos años, a veces incluso una noche, bastan para borrar un recuerdo, con mayor motivo las cosas realizadas en existencias anteriores, y sobre las que ha



pasado la gran somnolencia de las vidas intermedias y animales, deben desaparecer de nuestra memoria.

"Entonces grabé mi historia en unas tablillas de piedra, con la esperanza de que quizás el destino me las volvería a poner ante los ojos, y que sería para mí como los escritos encontrados en el zócalo de mi estatua.

"Lo que había deseado se cumplió. Un siglo más tarde, cuando era arquitecto, me encargaron derribar una vieja casa para construir un palacio en el lugar que había ocupado.

"Los obreros que dirigía me trajeron un día una piedra rota llena de escritos que habían encontrado al cavar los cimientos. Me puse a descifrarla, y mientras leía la vida de aquél que había escrito aquellas líneas, vislumbraba por momentos como destellos rápidos de un pasado olvidado. Poco a poco se hizo la luz en mi mente, comprendí, recordé. ¡Aquella piedra, era yo quien la había grabado!

"Pero, ¿qué había hecho durante ese intervalo de un siglo? ¿Qué había sido? ¿Bajo qué forma había sufrido? Nada me lo podía aclarar.

"Sin embargo un día tuve un indicio, pero tan débil y tan nebuloso que no me atrevo casi a invocarlo. Un viejo, que era vecino mío, me contó que la gente se había reído mucho en Roma, cincuenta años antes (justo nueve meses antes de mi nacimiento) de una aventura ocurrida al senador Marco Antonio Cornelio Lipa. Su mujer, que era guapa y muy perversa, según dicen, había comprado a unos vendedores fenicios un gran mono, al que quería mucho. El senador Cornelio Lipa tuvo celos del afecto de su mujer por ese cuadrumano con cara de hombre y lo mató. Tuve al oír aquella historia una percepción muy difusa de que ese mono había sido yo, de que bajo esa apariencia había sufrido durante largo tiempo de algo como el recuerdo de una decadencia. Pero no recordé nada muy claro ni muy preciso. Sin embargo, fui inducido a establecer la siguiente hipótesis, que al menos es harto verosímil.

"La forma animal es una penitencia impuesta al alma por los crímenes cometidos bajo la forma humana. Se da al animal el recuerdo de existencias superiores para castigarle con el sentimiento de su decadencia.

"El alma purificada por el sufrimiento es la única en poder retomar la forma humana; pierde entonces la memoria de los periodos animales que ha vivido, ya que ha sido regenerada y que ese conocimiento sería para ella un sufrimiento inmerecido. Por consiguiente el hombre debe proteger y respetar a los animales como se respeta a un culpable que expía, y para que otros le protejan a su vez cuando reaparezca con esa forma. Lo que viene a ser más o menos como aquella fórmula de la moral cristiana: "No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti."

"Se apreciará en el relato de mis metempsicosis cómo tuve la suerte de volver a encontrar mis memorias en cada una de mis existencias; cómo transcribí de nuevo esta historia en tablillas de bronce, luego en papiro de Egipto y, finalmente, mucho más adelante, en el pergamino alemán que sigo utilizando hoy.

"Me queda por sacar la conclusión filosófica de esta doctrina.

"Todas las filosofías se han quedado estancadas ante el irresoluble problema del destino del alma. Los dogmas cristianos que prevalecen hoy día muestran que Dios reunirá a los justos en el paraíso, y que mandará a los malos al infierno donde se quemarán junto al diablo.

"Pero el buen sentido moderno ya no cree en el Dios con cara de patriarca que ampara bajo sus alas las almas de los buenos como lo hace una gallina con sus polluelos; y además la razón contradice los dogmas cristianos.

"Ya que el paraíso no puede estar en ningún sitio y el infierno tampoco.

"Ya que el espacio ilimitado está poblado por mundos semejantes al nuestro.

"Ya que si multiplicáramos las generaciones que se han sucedido desde el comienzo de este planeta por las que han pululado en los innumerables mundos habitados como el nuestro, nos saldría un número de almas tan sobrenatural e imposible, al ser infinito el multiplicador, que infaliblemente haría que Dios perdiera la cabeza, por muy consistente que fuera, y el Diabolo estaría en la misma situación, lo que conllevaría una fastidiosa perturbación.

"Ya que, al ser infinito el número de las almas de los justos, al igual que el número de las almas de los malos y al igual que el espacio, sería necesario un paraíso infinito y un infierno infinito, lo que viene a significar lo siguiente: que el paraíso estaría en todas partes, y el infierno en todas partes, es decir en ninguna parte.

"Ahora bien, la razón no contradice la creencia de la metempsicosis:

"Al ir pasando el alma de la serpiente al cerdo, del cerdo al pájaro, del pájaro al perro, llega finalmente al mono y al hombre. Pero cada vez que comete una nueva falta vuelve a empezar hasta el momento en que alcanza la suma de la purificación terrestre que la hace emigrar a un mundo superior. De este modo va pasando sin cesar de animal a animal y de esfera a esfera, yendo de lo más imperfecto a lo más perfecto, para llegar finalmente al planeta de la felicidad suprema, en donde una nueva falta puede precipitarla de nuevo a las regiones del sufrimiento supremo donde vuelve a empezar sus transmigraciones.

"El círculo, figura universal y fatal, encierra pues las vicisitudes de nuestras existencias del mismo modo que gobierna las evoluciones de los mundos."

## VII.

### **De donde se deduce que un verso de Corneille puede interpretarse de dos maneras**

Apenas el doctor Heraclius acabó de leer aquel extraño documento, se quedó estupefacto, y lo compró sin regatear por el importe de doce libras y once centavos, ya que el librero de viejo lo hacía pasar por un manuscrito hebreo encontrado en las excavaciones de Pompeya.

Durante cuatro días y cuatro noches, el doctor no abandonó su gabinete, y consiguió, a base de paciencia y de diccionarios, descifrar, mal que bien, los periodos alemán y español del manuscrito; ya que, aunque sabía griego, latín y un poco de italiano, desconocía casi por completo el alemán y el español. Por último, como temía haber cometido los contrasentidos más groseros, le rogó a su amigo el rector, que dominaba perfectamente estos dos idiomas, que consintiera en repasar su traducción. Este último lo hizo con mucho gusto; pero necesitó tres días enteros antes de poder emprender seriamente su trabajo, ya que cada vez que echaba una ojeada a la versión del doctor le invadía una risa tan larga y tan violenta que en dos ocasiones casi le dio un síncope. Cuando le preguntaron acerca del motivo de aquella extraordinaria hilaridad contestó: "¿El motivo? Son tres los motivos: primero, la cara cómica de mi excelente colega Heraclius; segundo, su jocosa traducción, que se parece al texto más o menos como una guitarra a un molino de viento; y, en tercer lugar, el texto en sí, que desde luego es la cosa más graciosa que pueda imaginarse."

¡Oh, terco rector! Nada pudo convencerle. ¡Aunque el sol hubiera venido personalmente a quemarle la barba y el pelo, lo habría tomado por una candela!

En cuanto al doctor Heraclius Gloss, no necesitaré decir que estaba radiante, iluminado, transformado; repetía en todo momento, como Pauline: — Veo, siento, creo, estoy desengañado.

Y, cada vez, el rector le interrumpía para señalar que en vez de desengañado debería quitar el prefijo y decir: — Veo, siento, creo, estoy engañado.

## VIII.

### **De donde se deduce que, por el mismo motivo que se puede ser más monárquico que el rey y más papista que el papa, también se puede llegar a ser más adepto de la metempsicosis que Pitágoras**

Sea cual sea la felicidad del náufrago que, tras haber errado durante largos días y largas noches por el inmenso mar, perdido en su frágil balsa, sin mástil, sin vela, sin brújula y sin esperanza, divisa repentinamente la orilla tan deseada, esta felicidad no era nada en comparación con la que inundó al doctor Heraclius Gloss, cuando tras haberse tambaleado durante tanto tiempo entre el oleaje de las filosofías, en la balsa de las incertidumbres, finalmente entró triunfante e iluminado en el puerto de la metempsicosis.

La verdad de aquella doctrina le había impresionado tan fuertemente que la adoptó de una sola vez hasta en sus más extremas consecuencias. Nada en ella le resultaba oscuro y, al cabo de unos días, a base de meditaciones y cálculos, había conseguido fijar la época exacta en la que un hombre, muerto en tal año, reaparecería en la tierra. Sabía, aproximadamente, la fecha de todas las transmigraciones de un alma en los seres inferiores y, según la suma supuesta del bien o del mal realizado en el último periodo de vida humana, podía asignar el momento en que dicha alma entraría en el cuerpo de una serpiente, de un cerdo, de un caballo de labor, de un buey, de un perro, de un elefante o de un mono. Las reapariciones de una misma alma en su envoltura superior se sucedían a intervalos regulares, fueran cuales fueran sus faltas anteriores.

Así, el grado de castigo, siempre proporcional al grado de culpabilidad, no consistía en la duración más o menos larga del exilio bajo formas animales, sino en la estancia más o menos alargada que ese alma pasaba en la piel de un animal inundo. La escala de los animales empezaba en los grados inferiores por la serpiente o el cerdo, para acabar en el mono, "que es un hombre privado de la palabra", decía el doctor; a lo que su excelente amigo el rector contestaba siempre que, conforme a ese mismo razonamiento, Heraclius Gloss no era sino un mono dotado de palabra.

## IX.

### **Cara y cruz**

El doctor Heraclius fue muy feliz durante los días que sucedieron a su sorprendente descubrimiento. Vivía en una profunda felicidad: estaba impregnado por la irradiación de las dificultades vencidas, de los misterios descubiertos, de las grandes esperanzas cumplidas. La metempsicosis le envolvía como la bóveda del cielo. Le parecía que de repente un velo se había desgarrado y que sus ojos se habían abierto a las cosas desconocidas.

En la mesa hacía sentarse al perro a su lado; tenía con él serias conversaciones mano a mano frente al fuego, mientras intentaba interceptar en los ojos del inocente animal el misterio de sus anteriores existencias.

Sin embargo dos puntos negros empañaban su felicidad: el Ilustre Decano y el Honorable Rector.

El decano se encogía de hombros con furor cada vez que Heraclius intentaba convertirle a la doctrina de la metempsicosis, y el rector le hostigaba con las bromas más impropias. Eso era lo más inaguantable. En cuanto el doctor exponía su creencia, el satánico rector se recreaba con sus propias ideas; imitaba al adepto que escucha la

palabra de un gran apóstol, e imaginaba las genealogías animales más inverosímiles para todas las personas de su entorno: Resulta —decía— que el tío Labonde, campanero de la catedral, desde su primera transmigración, no debió de ser sino un melón, y desde entonces había cambiado muy poco por cierto, contentándose con hacer tañer por la mañana y por la tarde la campana bajo la que había crecido. Pretendía que el abad Rosencroix, el primer vicario de SainteEulalie, había sido sin ninguna duda una corneja que almacena nueces, ya que mantenía el hábito y las atribuciones. Luego, invirtiendo los papeles de la manera más lamentable, afirmaba que Maese Bocaille, el farmacéutico, no era sino un ibis degenerado, ya que se veía obligado a utilizar un instrumento para aplicar aquel remedio tan sencillo que, según Herodoto, el pájaro sagrado se administraba él mismo con la única ayuda de su alargado pico.

## X.

### **Donde se comprueba que un saltimbanqui puede ser más astuto que un sabio doctor**

Pese a todo el doctor Heraclius continuó sin desanimarse la serie de sus descubrimientos. A partir de entonces cualquier animal adquiría para él un significado misterioso: dejaba de ver al animal para no contemplar sino al hombre que se purificaba bajo esa envoltura, y adivinaba las faltas pasadas con el solo aspecto de la piel expiatoria.

Un día que se paseaba por la plaza de Balançon, vio de pronto un gran barracón de madera, de donde salían unos alaridos terribles, mientras en un estrado un bufón descoyuntado invitaba a la muchedumbre a ver en acción al terrible domador apache Tomahawk o el Trueno Rugiente. Heraclius se sintió conmovido, pagó los diez céntimos requeridos y entró. ¡Oh Fortuna protectora de los grandes espíritus! Apenas entró en el barracón vio una jaula enorme en la que estaban escritas estas cuatro palabras, que resplandecieron repentinamente ante sus ojos deslumbrados: "Hombre de los bosques". De repente el doctor experimentó el estremecimiento nervioso de las grandes conmociones morales y, temblando por la emoción, se acercó. Entonces vio a un mono gigantesco tranquilamente sentado sobre su trasero, con las piernas cruzadas a la manera de los sastres y de los Turcos y, ante esa soberbia muestra del hombre en su última transmigración, Heraclius Gloss, pálido de alegría, se sumió en una intensa meditación. Al cabo de unos minutos, el hombre de los bosques, sin duda adivinando la irresistible simpatía que había brotado de repente en el corazón del hombre de ciudad que le miraba tercamente, se puso a hacerle a su hermano regenerado una mueca tan espantosa que el doctor sintió que se le ponía el pelo de punta. Luego, tras haber realizado una fantástica acrobacia aérea, en absoluto compatible con la dignidad de un hombre, incluso totalmente decaído, el ciudadano de cuatro manos se dedicó a reírse a carcajadas de la manera mis inconveniente en las barbas del doctor. Sin embargo a este último no le pareció en absoluto chocante la alegría de aquella víctima de antiguos errores; al contrario, vio en ello una similitud más con la especie humana, una mayor probabilidad de parentesco, y su curiosidad científica se volvió tan violenta que decidió comprar a toda costa aquel maestro de muecas para estudiarlo con toda tranquilidad. ¡Qué felicidad para él! ¡Qué triunfo para la gran doctrina si por fin consiguiera ponerse en contacto con la parte animal de la humanidad, entender a aquel desgraciado mono y hacerse entender por él!

Naturalmente, el dueño de la casa de fieras alabó cuanto pudo a su huésped; desde luego era el animal más inteligente, más manso, más bueno, más amable que había visto durante su larga carrera de exhibidor de animales feroces; y, para recalcar sus palabras,

se acercó a las rejas, entre las que introdujo la mano, que el mono mordió inmediatamente a modo de broma. Siempre con naturalidad, pidió por él un precio fabuloso que Heraclius pagó sin regatear. Luego, precedido por dos porteadores doblados bajo la enorme jaula, el triunfante doctor se dirigió a su casa.

## XI.

### **Donde se demuestra que Heraclius Gloss no estaba exento de todas las debilidades del sexo fuerte**

Pero cuanto más se iba acercando a su casa, más aminoraba el paso, ya que se agitaba en su mente un problema mucho más difícil que el de la verdad filosófica; y aquel problema se formulaba de la siguiente manera para el infortunado doctor: "¿Con qué subterfugio podré ocultar a mi criada Honorina el introducir bajo mi techo a este esbozo humano?" Ah, resultaba que el pobre Heraclius, que se enfrentaba intrépidamente a los temibles encogimientos de hombros del ilustre Decano y a las terribles bromas del honorable Rector, no era ni mucho menos tan valiente ante los estallidos de la criada Honorina. Pero ¿por qué temía tanto el doctor a esa mujercita todavía fresca y buena, que parecía tan viva y tan entregada a los intereses de su amo? ¿Por qué? Pregunten por qué Hércules se arrojaba a los pies de Ónfale, por qué Sansón dejó que Dalila le robara su fuerza y su valentía, que residían en su cabello, según nos enseña la Biblia.

Por desgracia, un día en que el doctor paseaba por los campos, la desesperación de una gran pasión traicionada (ya que no fue sin motivo que el honorable Decano y el ilustre Rector se divirtieran tanto a expensas de Heraclius cierta noche que volvían a sus casas), a la vuelta de un seto, se topó con una niña que cuidaba ovejas. El sabio que no siempre había buscado exclusivamente la verdad filosófica y que además aún no sospechaba el gran misterio de la metempsicosis, en vez de dedicarse sólo a las ovejas, como seguramente habría hecho si hubiera sabido lo que ignoraba, ¡ay! se puso a charlar con quien las cuidaba. Pronto la tomó a su servicio y una primera debilidad autorizó las siguientes. Fue él quien en poco tiempo se convirtió en borrego de aquella pastorcilla, y se murmuraba que, si bien, como la de la Biblia, esta Dalila rústica le había cortado el pelo al pobre hombre demasiado confiado, no por ello había privado a su frente de todo ornato.

¡Qué desgracia! Lo que había previsto se cumplió incluso más allá de sus temores; apenas vio al hombre de los bosques, cautivo en su casa de alambre, Honorina se entregó a los estallidos del furor más inconveniente, y, tras haber abrumado a su horrorizado amo con un diluvio de epítetos muy malsonantes, hizo recaer su ira contra el inesperado huésped que le llegaba. Pero al no tener este último sin duda las mismas razones que el doctor para tratar con consideración a un ama de llaves tan malcriada, se puso a gritar, aullar, patalear, rechinar los dientes; se agarraba a las rejas de su cárcel en tan furioso arrebató y con gestos tan indiscretos hacia una persona a quien veía por primera vez que ésta tuvo que batirse en retirada e ir, como un guerrero vencido, a encerrarse en su cocina.

De esta manera, dueño del campo de batalla y encantado de la ayuda inesperada que su inteligente compañero acababa de proporcionarle, Heraclius le hizo llevar a su gabinete, donde instaló la jaula y a su habitante delante de su mesa y junto al fuego.

## **XII.**

### **Donde se comprueba que domador y doctor no son en absoluto sinónimos**

Entonces empezó un intercambio de las más significativas miradas entre los dos individuos situados frente a frente; y cada día, durante una semana entera, el doctor dedicó largas horas a conversar mediante la mirada (al menos eso creía él) con el interesante sujeto que se había procurado. Pero aquello no bastaba; lo que Heraclius quería era estudiar al animal en libertad, descubrir sus secretos, sus deseos, sus pensamientos, dejarle ir y venir a su antojo, y, con el trato diario de la vida íntima, verle recuperar las costumbres olvidadas, y de ese modo reconocer en signos fiables el recuerdo de la existencia precedente. Pero, para este propósito, su huésped tenía que estar libre, y por lo tanto la jaula abierta. Ahora bien, aquella tentativa era todo menos tranquilizadora. Por mucho que el doctor intentara la influencia del magnetismo y la de los dulces y las nueces, el cuadrumano se dedicaba a maniobras preocupantes para los ojos de Heraclius cada vez que éste se acercaba un poco más de la cuenta a las rejas. Por fin, un día, al no poder resistir el deseo que le torturaba, se adelantó bruscamente, giró la llave del candado, abrió la puerta de par en par, y, palpitando por la emoción, se alejó unos pasos, esperando el acontecimiento, que por lo demás no se hizo esperar mucho.

En primer lugar, extrañado, el mono vaciló; luego, de un salto, salió fuera; de otro, sobre la mesa cuyos papeles y libros revolvió en menos de un segundo; luego, de un tercer salto se encontró en los brazos del doctor, y las pruebas de su cariño fueron tan violentas que, si Heraclius no hubiera llevado peluca, seguramente sus últimos cabellos se habrían quedado entre los dedos de su temible hermano. Pero si el mono era ágil, el doctor no lo era menos; saltó a la derecha, después a la izquierda, se deslizó como una anguila bajo la mesa, saltó los sillones como un galgo, y, siempre perseguido, alcanzó finalmente la puerta que cerró rápidamente tras él; entonces, jadeante como un caballo de carreras que llega a la meta, se apoyó contra la pared para no caerse.

Heraclius Gloss estuvo abatido todo el resto del día; sentía como un derrumbamiento dentro de él, aunque lo que más le preocupaba era que ignoraba totalmente de qué modo su huésped imprevisor y él mismo podrían abandonar sus respectivas posiciones. Llevó una silla cerca de la puerta infranqueable e hizo del agujero de la cerradura un observatorio. Entonces vio, ¡¡¡oh prodigio!!! ¡¡¡oh felicidad inesperada!!! al feliz vencedor tendido en un sillón calentándose al fuego los pies. Con el primer arrebató de alegría, el doctor estuvo a punto de entrar, pero la reflexión le detuvo y, como iluminado por una luz repentina, pensó que el hambre haría sin duda lo que la suavidad no había podido hacer. Esta vez, el acontecimiento le dio la razón, el mono hambriento capituló; como, a fin de cuentas, el mono era buen chico, la reconciliación fue completa, y, a partir de aquel día, el doctor y él vivieron como dos viejos amigos.

## **XIII.**

### **Donde el doctor Heraclius Gloss se vio exactamente en la misma situación que el buen rey Enrique IV, quien habiendo oído pleitear a dos maeses abogados, consideraba que ambos tenían razón**

Algún tiempo después de aquel día memorable, una lluvia violenta impidió al doctor Heraclius bajar a su jardín, como solía hacerlo. Se sentó desde por la mañana en su gabinete y se puso a considerar filosóficamente a su mono que, encaramado sobre un

escritorio, se divertía tirando bolitas de papel al perro Pitágoras, tumbado ante el fuego. El doctor estudiaba las gradaciones y las progresiones del intelecto en aquellos hombres venidos a menos, y comparaba el grado de sutileza de los dos animales que estaban ante él. "En el perro —pensaba— sigue dominando el instinto, mientras que en el mono prevalece el razonamiento. Uno olfatea, escucha, percibe con sus maravillosos órganos, que suponen la mitad de su inteligencia; el otro combina y reflexiona." En ese mismo momento el mono, impacientado por la indiferencia y la inmovilidad de su enemigo, que, tranquilamente acostado, la cabeza sobre las patas, se contentaba con levantar de vez en cuando la mirada hacia su agresor parapetado tan alto, decidió intentar una exploración. Saltó ágilmente de su mueble y avanzó tan despacio, tan despacio que no se oía sino la crepitación del fuego y el tictac del reloj que parecía hacer un ruido enorme en el gran silencio del gabinete. Luego, con un movimiento brusco e inesperado, agarró con las dos manos la cola empenachada del desafortunado Pitágoras. Pero este último, siempre inmóvil, había seguido cada movimiento del cuadrumano: su tranquilidad no era sino una trampa para atraer a su adversario, hasta entonces inatacable, hasta que quedara a su alcance, y en el momento en que maese mono, contento con su jugada, le agarraba el apéndice caudal, se levantó de un salto y antes de que el otro tuviera tiempo de escapar, ya había cogido con su fuerte boca de perro de caza la parte de su rival que se llama púdicamente entrepierna en los corderos. No se sabe cómo habría acabado la lucha si Heraclius no se hubiera interpuesto; pero cuando hubo restablecido la paz, se preguntaba mientras volvía a sentarse muy sofocado si, pensándolo bien, su perro no había mostrado en esta ocasión más astucia que el animal llamado "astuto por excelencia"; y se quedó sumido en una profunda perplejidad.

#### XIV.

### **De cómo Heraclius estuvo a punto de comer un pincho de bellas damas de tiempos remotos**

Al llegar la hora del almuerzo, el doctor entró en su comedor, se sentó a su mesa, se metió la servilleta en la levita, abrió a su lado el precioso manuscrito, e iba a llevarse a la boca un pequeño alón de codorniz muy graso y muy perfumado, cuando, al echar una ojeada al libro santo, las líneas sobre las que posó la mirada chispearon ante él más terriblemente que las tres famosas palabras escritas repentinamente por una mano desconocida en la pared de la sala de banquete de un famoso rey llamado Baltasar.

He aquí lo que el doctor había visto:

*"... Absténate pues de todo alimento que haya vivido, ya que comer a un animal es comer a un semejante, y considero tan culpable a quien, imbuido de la gran verdad de la metempsicosis, mata y devora a animales, que no son sino hombres en sus formas inferiores, que al feroz antropófago que se alimenta con el enemigo vencido."*

Y sobre la mesa, unas al lado de otras, sujetas por una pequeña aguja de plata, media docena de codornices, frescas y regordetas, exhalaban en el aire su olor apetitoso.

La lucha entre la mente y el vientre fue terrible, pero dígame a la gloria de Heraclius, corta. El pobre hombre, abrumado, temiendo no poder resistir mucho tiempo aquella espantosa tentación, llamó a su criada, y, con voz quebrada, le ordenó que quitase inmediatamente aquel abominable manjar y que en adelante no le sirviese sino huevos, leche y legumbres. Honorina casi se cayó de espaldas al oír aquellas sorprendentes palabras; quiso protestar, pero ante la mirada inflexible de su amo huyó con las aves

condenadas, consolándose sin embargo con el agradable pensamiento de que, generalmente, lo que está perdido para uno no lo está para todos.

—¡Codornices! ¡codornices! ¿Qué diablos podían haber sido las codornices en otra vida? —se preguntaba el desdichado Heraclius mientras comía tristemente una magnífica coliflor con crema que le pareció, aquel día, desastrosamente mala—. ¿Qué ser humano podía haber sido tan elegante, delicado y fino como para pasar al cuerpo de aquellos exquisitos animalitos tan bonitos y delicados? Ah, por supuesto no podían ser sino las adorables pequeñas amantes de siglos anteriores... —Y el doctor palideció de nuevo al pensar que llevaba más de treinta años devorando cada día en el desayuno media docena de bellas damas de tiempos remotos.

## XV.

### **De como interpreta el ilustre rector los mandamientos de Dios**

La noche de aquel desgraciado día, el ilustre Decano y el honorable Rector fueron a charlar por una o dos horas al gabinete de Heraclius. El doctor les contó en seguida el apuro en el que se encontraba y les mostró cómo a partir de aquel momento las codornices y demás animales comestibles le estaban tan prohibidos como el jamón a un judío.

Entonces el honorable Decano, que sin duda había cenado mal, perdió toda medida y blasfemó de una manera tan terrible que el pobre doctor, que le respetaba mucho, aunque lamentara su ceguera, ya no sabía dónde esconderse. En cuanto al ilustre Rector, aprobó totalmente los escrúpulos de Heraclius, llegando incluso a decir que un discípulo de Pitágoras que se alimentara con la carne de los animales podía correr el riesgo de comer la costilla de su padre con champiñones o los pies de su abuelo con trufas, lo que es absolutamente contrario al espíritu de toda religión, y le citó en apoyo de sus palabras el cuarto mandamiento del Dios de los cristianos:

*A tu padre y a tu madre honrarás*

*Para vivir largo tiempo.*

—Es verdad —añadió— que yo, que no soy creyente, antes que dejarme morir de hambre, preferiría cambiar un poco el precepto divino, o incluso, cambiarlo por éste:

*A tu padre y a tu madre devorarás*

*Para vivir largo tiempo.*

## XVI.

### **Cómo la 42ª lectura del manuscrito alumbra un nuevo día en la mente del doctor**

De la misma manera que un hombre rico puede extraer cada día de su gran fortuna nuevos placeres y nuevas satisfacciones, el doctor Heraclius, propietario del inestimable manuscrito, hacía sorprendentes descubrimientos cada vez que lo volvía a leer.

Una noche, cuando estaba a punto de acabar la 42ª lectura del documento, lo fulminó una súbita inspiración, rápida como el rayo.

Como ya se ha visto anteriormente, el doctor podía saber de forma aproximada en qué época un hombre difunto acabaría sus transmigraciones y reaparecería bajo su forma primigenia; por ello, cayó bruscamente en la idea de que el autor del manuscrito podría haber recuperado su lugar en la humanidad.

Entonces, con la excitación de un alquimista que cree estar a punto de encontrar la piedra filosofal, se dedicó a los cálculos más minuciosos para establecer la probabilidad



de esta suposición, y, tras varias horas de un trabajo concienzudo y de sabias combinaciones de metempsicosis, llegó a convencerse de que aquel hombre debía de ser contemporáneo suyo, o al menos, debía de estar a punto de renacer a la vida pensante. En efecto, al no poseer Heraclius ningún documento capaz de indicarle la fecha precisa de la muerte del gran transmigrador, no podía fijar con certeza el momento de su retorno.

Apenas entrevió la posibilidad de encontrar a aquel ser que para él era más que un hombre, más que un filósofo, casi más que un Dios, sintió una de esas profundas emociones que experimentamos cuando de pronto nos enteramos de que un padre que creíamos muerto desde hacía años está vivo y vive cerca de nosotros. El santo anacoreta que se ha pasado la vida alimentándose del amor y del recuerdo de Cristo, y que de repente se da cuenta de que su Dios se le va a aparecer no estaría más trastornado de lo que estuvo el doctor Heraclius Gloss cuando se cercioró de que algún día podía encontrarse con el autor de su manuscrito.

## XVII.

### **De cómo se las ingenió el doctor Heraclius Gloss para encontrar al autor del manuscrito**

Unos días más tarde, los lectores de L'Étoile de Balançon vieron con sorpresa, en la cuarta página del periódico, el siguiente anuncio:

*"Pitágoras — Roma en el año 184— Memoria encontrada en el zócalo de una estatua de Júpiter — Filósofo— Arquitecto — Soldado — Labrador — Monje — Geómetra— Médico — Poeta — Marinero — Etc. Medita y recuerda. El relato de tu vida está entre mis manos.*

*Escribir a la lista de correos de Balançon a las iniciales H.G."*

El doctor no dudaba de que si el hombre a quien deseaba tan ardientemente llegaba a leer el anuncio, incomprendible para cualquier otra persona, captaría en seguida su sentido oculto y se presentaría ante él. Así pues, cada día antes de sentarse a la mesa iba a preguntar a la oficina de correos si no habían recibido una carta con las iniciales H.G.; y en el momento en que empujaba la puerta donde estaban escritas estas palabras: "Lista de correos, información, franqueo" sin duda estaba más emocionado que un enamorado a punto de abrir la primera misiva de la mujer amada.

Desgraciadamente, los días se sucedían y se parecían desesperadamente; el empleado le daba cada mañana la misma respuesta al doctor y, cada mañana, éste volvía a su casa más triste y más desanimado. Pero, al ser el pueblo de Balançon, como todos los pueblos de la tierra, sutil, indiscreto, maldiciente y ávido de noticias, pronto puso en relación el sorprendente anuncio insertado en L'Étoile con las visitas diarias del doctor a la oficina de correos. Entonces la gente se preguntó qué misterio podía esconderse tras todo ello y empezó a murmurar.

## XVIII.

### **Donde el doctor Heraclius reconoce con estupor al autor del manuscrito**

Una noche en que el doctor no podía dormir, se levantó entre la una y las dos de la madrugada para volver a leer un pasaje que creía no haber entendido todavía muy bien.

Se puso las zapatillas y abrió la puerta de su habitación lo más despacio que pudo para no perturbar el sueño de todas las categorías de hombres —animales que expiaban bajo su techo. De todos modos, fuesen cuales fuesen las condiciones anteriores de aquellos felices animales, desde luego nunca habían gozado de una tranquilidad y una felicidad tan perfectas, ya que encontraban en aquella casa acogedora buena comida, buena morada e incluso el resto, de tan compasivo como era aquel hombre excelente. Llegó, siempre sin hacer el menor ruido, hasta el umbral de su gabinete, donde entró. Ah, desde luego, Heraclius era valiente y no temía ni a fantasmas ni a apariciones; pero sea cual sea la intrepidez de un hombre, hay terrores que perforan como balas de cañón las valentías mis indomables, y el doctor permaneció de pie, lívido, aterrado, los ojos extraviados, el pelo de punta, castañeteando los dientes y sacudido de pies a cabeza por un espantoso temblor ante el incomprensible espectáculo que tenía ante él.

Su lámpara de trabajo estaba encendida encima de la mesa y, bajo su luz, de espaldas a la puerta por la que entraba, vio..., al doctor Heraclius Gloss leyendo atentamente su manuscrito. No cabía duda... Efectivamente era él mismo... Llevaba sobre los hombros su larga bata de seda antigua con grandes flores rojas y, sobre la cabeza, su gorro griego de terciopelo negro bordado en oro. El doctor entendió que si aquel otro él mismo se volvía, que si los dos Heraclius se miraban cara a cara, aquel que temblaba en este momento en su piel caería fulminado ante su reproducción. Pero entonces, sobrecogido por un espasmo nervioso, abrió las manos, y la palmatoria que llevaba rodó por el suelo con estrépito. Aquel estruendo le hizo dar un salto terrible. El otro se volvió bruscamente y el doctor pasmado reconoció a... su mono. Durante unos segundos sus pensamientos remolinearon en su cerebro como hojas secas arrastradas por el huracán. Luego, le invadió de pronto la alegría mis vehemente que había sentido nunca, ya que había entendido que el autor esperado, deseado como el Mesías por los Judíos, estaba ante él: era su mono. Se abalanzó casi loco de felicidad, tomó en sus brazos al ser venerado y lo besó con tal frenesí que nunca ninguna mujer adorada fue besada mis apasionadamente por su amante. Luego se sentó frente a él al otro lado de la chimenea y, hasta la mañana, lo contempló religiosamente.

## **XIX.**

### **De cómo el doctor se encontró ante la alternativa mas terrible**

Pero de la misma manera que los días más bellos del verano a veces se ven enturbiados repentinamente por una espantosa tormenta, la felicidad del doctor fue atravesada de pronto por la más horrorosa de las sugerencias. Efectivamente había encontrado a quien buscaba, pero ¡desgraciadamente! no era más que un mono. Sin duda se entendían, pero no podían hablarse: el doctor volvió a caer del cielo a la tierra. Nunca tendrían aquellas largas conversaciones de las que esperaba sacar tanto provecho, nunca tendría lugar aquella bella cruzada contra las supersticiones que debían emprender juntos. Porque, solo, el doctor no disponía de las armas suficientes para vencer a la hidra de la ignorancia. Necesitaba a un hombre, un apóstol, un confesor, un mártir; papeles que un mono, por desgracia, era incapaz de desempeñar. ¿Qué podía hacer?

Una terrible voz le gritó al oído: "Mátalo."

Heraclius se estremeció. En un segundo calculó que si le mataba, el alma liberada entraría inmediatamente en el cuerpo de un niño a punto de nacer. Que era necesario dejarle al menos veinte años para que llegara a la madurez. El doctor tendría entonces setenta años. Sin embargo aquello era posible. Pero ¿volvería a encontrar entonces a aquel hombre? Por otra parte, su religión prohibía suprimir a cualquier ser vivo so pena de cometer un asesinato: y su alma, la de Heraclius, pasaría después de su muerte al

cuerpo de un animal feroz, como les ocurría a los asesinos. ¿Qué más daba? Sería víctima de la ciencia, ¡y de la fe! Cogió una gran cimitarra turca colgada de una panoplia, e iba a golpear, como Abraham en la montaña, cuando un pensamiento paralizó su brazo... ¿Y si la expiación de aquel hombre no había acabado y en vez de pasar al cuerpo de un niño, su alma volvía a ir por segunda vez al de un mono? Eso era posible, incluso verosímil..., casi cierto. Al cometer de ese modo un crimen inútil, el doctor se condenaba sin provecho para sus semejantes a un terrible castigo. Se derrumbó inerte en su silla. Tantas emociones repetidas le habían agotado, y se desmayó.

## XX.

### **Donde el doctor tiene una pequeña conversación con su criada**

Cuando volvió a abrir los ojos, su criada Honorina estaba humedeciéndole las sienes con vinagre. Eran las siete de la mañana. El primer pensamiento del doctor fue para su mono. El animal había desaparecido.

—¡Mi mono! ¿Dónde está mi mono? —gritó.

—¡Ah, muy bien! ¡Hablemos de él! —replicó la criada amante, siempre dispuesta a enfadarse—. ¡Vaya desgracia si se hubiera perdido! ¡Un bonito animal, a fe mía! Imita todo lo que le ve hacer al señor; ¿pues no me lo encontré el otro día poniéndose sus botas? Y esta mañana, cuando le he recogido a usted aquí (que Dios sabe qué malditas ideas le dan vueltas en la cabeza de un tiempo para acá y le impiden quedarse en su cama), aquel despreciable animal, que más bien es un diablo en el pellejo de un mono, ¿no se había puesto su gorro y su bata y parecía que se reía mientras le miraba, como si fuera muy divertido ver a un hombre desmayado? Luego, cuando me quise acercar, el canalla se abalanzó sobre mí como si quisiera comerme. Pero, gracias a Dios, una no es vergonzosa y sigue teniendo un buen puño; cogí la pala y golpeé tanto su despreciable espalda que huyó a su habitación, donde debe de estar haciendo alguna de las suyas.

—¡Ha pegado a mi mono! —gritó el doctor exasperado—. Entérese, señorita, de que de ahora en adelante exijo que se le respete y se le sirva como al dueño de esta casa.

—¡Pues claro! No sólo es el dueño de la casa, sino que hace ya tiempo que es el dueño del dueño —refunfuñó Honorina, y se retiró a su cocina, convencida de que el doctor Heraclius Gloss estaba rematadamente loco.

## XXI.

### **Donde se demuestra que basta con tener un amigo a quien se quiere tiernamente para aliviar el peso de las penas mas grandes**

Tal y como había dicho el doctor, a partir de aquel día el mono acabó de convertirse en el verdadero dueño de la casa, y Heraclius se hizo el humilde criado de aquel noble animal. Le contemplaba durante horas enteras con una infinita ternura; tenía con él delicadezas propias de enamorado; le prodigaba en todo momento el diccionario entero de las expresiones tiernas; le estrechaba la mano como se hace con un amigo; le miraba fijamente mientras le hablaba; le explicaba los puntos de su discurso que pudieran parecer oscuros; rodeaba la vida del animal con los cuidados más tiernos y las delicadezas más exquisitas.

Y el mono no se resistía, tranquilo como un Dios que recibe el homenaje de sus adoradores.

Del mismo modo que los grandes espíritus que viven solitarios porque su elevación les aísla por encima del nivel común de la necedad de los pueblos, Heraclius se había sentido solo hasta entonces. Solo en sus trabajos, solo en sus esperanzas, solo en sus

luchas y sus flaquezas, y finalmente solo en su descubrimiento y su triunfo. Todavía no había impuesto su doctrina a la muchedumbre, ni siquiera había podido convencer a sus dos más íntimos amigos, el Ilustre Rector y el Honorable Decano. Pero a partir del día en que había descubierto en su mono al gran filósofo con quien había soñado tantas veces, el doctor se sintió menos aislado.

Convencido de que el animal sólo está privado de la palabra como castigo por sus faltas pasadas y de que, como consecuencia del mismo, está lleno del recuerdo de existencias anteriores, Heraclius empezó a querer ardientemente a su compañero, consolándose con ese cariño de todas las miserias que le afligían.

Efectivamente, desde hacía algún tiempo la vida se había vuelto más triste para el doctor. El Honorable Decano y el Ilustre Rector le visitaban con mucha menos frecuencia y esto creaba un vacío enorme en torno a él. Incluso habían dejado de venir a cenar cada domingo, desde que había prohibido que en su mesa se sirviera cualquier alimento que hubiese vivido. También para él, su cambio de régimen suponía una gran privación que tomaba, por momentos, las proporciones de un verdadero castigo. Él, que antaño esperaba con tanta impaciencia la hora tan dulce del desayuno, ahora casi la temía. Entraba tristemente en su comedor, a sabiendas de que ya no tenía nada agradable que esperar de aquel lugar donde le atormentaba sin tregua el recuerdo de los pinchos de codornices, hostigándole como un remordimiento; desgraciadamente no era el remordimiento de haber devorado tantos, sino más bien la desesperación de haber renunciado a ellos para siempre.

## XXII.

### **Donde el doctor descubre que su mono se le parece aún más de lo que él pensaba**

Una mañana, un ruido inusual despertó al doctor Heraclius; saltó de la cama, se vistió a toda prisa y se dirigió a la cocina donde oía gritos y pataleos extraordinarios.

La pérfida Honorina, que venía desde hacía tiempo rumiando en su mente los proyectos más negros de venganza contra el intruso que le robaba el cariño de su amo, y que conocía los gustos y apetitos de aquellos animales, había conseguido, recurriendo a un ardid, atar firmemente al pobre mono a las patas de la mesa de la cocina. Luego, tras haberse asegurado de que estaba muy fuertemente sujeto, se había retirado a la otra punta de la sala y disfrutaba enseñándole la delicia más apropiada para excitar sus codicias, haciéndole padecer un espantoso suplicio de Tántalo que sólo se debe de infligir en los infiernos a quienes mucho pecaron; y la perversa ama de llaves se reía a carcajadas e imaginaba refinamientos de tortura que sólo una mujer es capaz de concebir. El hombre-mono se retorció con furia al ver los sabrosos manjares que le presentaban desde lejos, y la rabia de sentirse atado a los pies de la maciza mesa le llevaba a hacer muecas monstruosas que redoblaban la alegría del verdugo tentador.

Finalmente, justo en el momento en que el doctor, amo celoso, apareció en el umbral, la víctima de aquella horrible emboscada logró, gracias a un prodigioso esfuerzo, romper las cuerdas que le sujetaban, y sin la violenta intervención de un indignado Heraclius, Dios sabe con qué golosinas habría gozado este nuevo Tántalo de cuatro manos.

### **XXIII.**

#### **De cómo el doctor se dio cuenta de que su mono le había engañado indignamente**

Esta vez la ira pudo con el respeto. El doctor agarró por la garganta al monofilósofo y lo llevó gritando a su gabinete y le propinó los más terribles golpes que nunca recibiera la espina dorsal de un transmigrador.

Cuando el brazo cansado de Heraclius aflojó un poco la garganta del pobre animal, sólo culpable de gustos demasiado semejantes a los de su hermano superior, el mono se liberó del apretujón del amo ultrajado, saltó por encima de la mesa, cogió la gran tabaquera del doctor que estaba sobre un libro y la arrojó abierta de par en par a la cabeza de su propietario. Este último sólo tuvo tiempo de cerrar los ojos para evitar el torbellino de tabaco que le habría cegado sin duda; pero cuando volvió a abrirlos, el culpable había desaparecido, llevándose con él el manuscrito del que era presunto autor.

La consternación de Heraclius fue infinita, y se echó como un loco sobre la pista del fugitivo, decidido a los sacrificios más grandes para recuperar el precioso pergamino. Recorrió su casa desde el desván hasta el sótano, abrió todos los armarios, miró bajo todos los muebles. Sus pesquisas fueron totalmente infructuosas. Finalmente, desesperado, fue a sentarse bajo un árbol del jardín. Durante unos instantes experimentó la sensación de estar recibiendo ligerísimos objetos en su cabeza. Creía que eran hojas secas arrancadas por el viento, cuando vio una bolita de papel rodando ante él en el camino. La recogió y la abrió. ¡Misericordia! Era una de las hojas de su manuscrito. Levantó la cabeza, horrorizado, y vio al abominable animal que preparaba tranquilamente nuevos proyectiles del mismo tipo; y, mientras tanto, el monstruo sonreía con una mueca de satisfacción tan espantosa que sin duda Satán no tuvo una más horrible cuando vio a Adán coger la manzana fatal que, desde Eva hasta Honorina, las mujeres no han dejado de ofrecernos. Al verlo así, una horrorosa luz se hizo de repente en la mente del doctor, y entendió que había sido engañado, timado, burlado de la forma más ominosa por ese pérfido cubierto de pelos que tenía tanto del autor deseado como el Papa o el Gran Turco. La preciosa obra habría desaparecido completamente si Heraclius no hubiera visto cerca de él una de esas bombas de riego que utilizan los jardineros para lanzar agua a los parterres alejados. La cogió rápidamente y, manejándola con un vigor sobrehumano, hizo tomar al pérfido un baño tan imprevisto que éste huyó de rama en rama dando gritos agudos, y de repente, en un hábil ardid de guerra, sin duda para lograr un momento de respiro, el mono arrojó el pergamino desgarrado a la cara de su adversario; luego, abandonando rápidamente su posición, corrió hacia la casa.

Antes de que el manuscrito alcanzara al doctor, éste rodaba sobre la espalda, los cuatro miembros hacia arriba, fulminado por la emoción. Cuando se levantó, no tuvo ánimos para vengar aquel nuevo ultraje y entró penosamente en su gabinete y constató, aliviado, que sólo habían desaparecido tres páginas.

### **XXIV.**

#### **Eureka**

La visita del Ilustre Decano y del Honorable Rector le sacó de su hundimiento. Charlaron los tres durante una o dos horas sin decir una sola palabra de metempsicosis; pero cuando llegó el momento en que sus dos amigos se iban, Heraclius no pudo reprimirse más tiempo. Mientras el Ilustre Decano se ponía su gran hopalanda de piel de oso, tomó aparte al Honorable Rector, a quien temía menos, y le contó toda su desgracia. Le dijo cómo había creído encontrar al autor de su manuscrito, cómo se había

equivocado, cómo su miserable mono le había engañado de la manera más indigna, cómo se veía abandonado y desesperado. Y ante la ruina de sus ilusiones, Heraclius lloró. El Rector, conmovido, le cogió las manos; se disponía a hablar cuando la voz grave del Decano que gritaba:

"¡Pero bueno, Rector! ¿Viene ya?" —resonó en el vestíbulo. Entonces éste, abrazando una última vez al desgraciado doctor, le dijo mientras sonreía suavemente, como se suele hacer cuando se consuela a un niño malo: "Vamos, hombre, cálmese, amigo mío, quién sabe, quizás es usted mismo el autor del manuscrito."

Y desapareció en la oscuridad de la calle, dejando estupefacto a Heraclius en el umbral.

El doctor volvió a subir lentamente hasta su gabinete murmurando por momentos para sí: "Quizá sea yo el autor del manuscrito." Volvió a leer atentamente el modo en que este documento había sido encontrado en cada reaparición de su autor; luego recordó cómo lo había descubierto él mismo. Lo recordó todo de forma clara, neta y manifiesta: el sueño que había precedido a aquel día feliz como un aviso providencial; su emoción al entrar en la callejuela de Vieux Pigeons. Entonces se enderezó, extendió los brazos como un iluminado y gritó con voz estrepitosa: "Soy yo, soy yo." Un estremecimiento recorrió toda su casa, Pitágoras ladró violentamente, los animales turbados se despertaron de pronto y empezaron a agitarse como si cada uno hubiese querido celebrar en su lenguaje la resurrección del profeta de la metempsicosis. Entonces, preso de una emoción sobrehumana, Heraclius se sentó, abrió esa nueva biblia por la última página, y escribió religiosamente a continuación toda la historia de su vida.

## XXV.

### Ego sum qui sum

A partir de aquel día, un orgullo colosal invadió a Heraclius Gloss. Al igual que el Mesías procede de Dios padre, él procedía directamente de Pitágoras, más aún, era el propio Pitágoras, al haber vivido antaño en el cuerpo del filósofo. De este modo, su genealogía era todo un reto a las familias de los barrios más señoriales. Cubría a todos los grandes hombres de la humanidad con un soberbio desprecio, ya que sus mayores hazañas le parecían ínfimas en comparación con las suyas, y se aislaba en una sublime elevación en medio de los mundos y los animales; él era la metempsicosis y su casa su templo.

Había prohibido a la criada y al jardinero que mataran a los animales llamados nocivos. Las orugas y los caracoles pululaban en su jardín y, bajo la forma de grandes arañas con patas velludas, quienes antes habían sido seres humanos paseaban su repelente transformación por las paredes de su gabinete; lo que llevaba al abominable Rector a decir que si todos los ex gorriones hubieran transmigrado a su manera, dándose cita en la cabeza del sensible doctor, desde luego se abstendrían de hacer la guerra a aquellos pobres parásitos desclasificados. Sólo una cosa turbaba a Heraclius en su soberbio regocijo, y era el ver que los animales siempre se devoraban entre ellos, que las arañas acechaban el paso de las moscas, que los pájaros se llevaban a las arañas, que los gatos se comían a los pájaros, y que su perro Pitágoras estrangulaba con felicidad a cualquier gato que pasara al alcance de su colmillo.

Desde por la mañana hasta por la noche se ocupaba del lento y progresivo desarrollo de la metempsicosis en todos los grados de la escala animal. Tenía revelaciones repentinas al ver a los gorriones picotear en los canalones; las hormigas, aquellas eternas y previsoras trabajadoras le producían inmensos enternecimientos; veía en ellas a todos los desocupados e inútiles que, para expiar su ociosidad e indolencia

pasadas, estaban condenados a aquella labor obstinada. Permanecía durante horas enteras, con la nariz en la hierba, contemplándolas, y estaba maravillado por su agudeza.

Luego, como Nabucodonosor, andaba a cuatro patas, se tiraba en el polvo con su perro, vivía con sus animales, se revolcaba con ellos. Para él, el hombre iba desapareciendo poco a poco de la creación, y pronto sólo vio en ella a los animales. Mientras los contemplaba, bien sentía él que era su hermano; ya no conversaba sino con ellos y cuando, por casualidad, se veía obligado a hablar con hombres, se quedaba paralizado, como si estuviera entre extranjeros, y en sus adentros le indignaba la estupidez de sus semejantes.

## XXVI.

### **De lo que se decía alrededor del mostrador de la señora Labotte, frutera, en el número 26 de la calle De La Maraicherie**

La señorita Victoria, la maravillosa cocinera del Ilustre Decano de la facultad de Balançon, la señorita Gertrudis, la sirvienta del Honorable Rector de la susodicha facultad y la señorita Anastasia, el ama de llaves del Insigne Abad Beaufleury, párroco de Santa Eulalia, tal era el respetable cenáculo que se encontraba reunido un jueves por la mañana alrededor del mostrador de la señora Labotte, frutera, en el 26 de la calle de la Marajcherie.

Las damas, con la cesta de la compra en el brazo izquierdo, la cabeza cubierta por un gorrito blanco coquetamente colocado sobre el pelo y adornado con encajes y caños cuyos cordones les caían por la espalda, escuchaban con interés a la señorita Anastasia, que les contaba cómo, la mismísima víspera, el Insigne Abad Beaufleury había exorcizado a una pobre mujer poseída por cinco demonios.

De pronto la señorita Honorina, ama de llaves del doctor Heraclius, entró como un torbellino, se cayó en una silla, sofocada por una violenta emoción, y, cuando vio que todo el mundo estaba suficientemente intrigado, estalló: —No, esto ya es demasiado, que la gente diga lo que quiera, yo no me quedo en esa casa.

Luego, escondiendo el rostro entre las manos, rompió a sollozar. Al cabo de un minuto prosiguió, algo más calmada: —Al fin y al cabo, no es culpa suya si el pobre hombre está loco.

—¿Quién? —preguntó la señora Labotte.

—Pues mi amo, el doctor Heraclius —contestó Honorina.

—¿Así que es cierto, como decía el Honorable Decano, que su amo ha perdido la cabeza? —preguntó la señorita Victoria.

—¡Ya lo creo! —exclamó la señorita Anastasia—. El Insigne Cura afirmaba el otro día ante el Eminente Abad Rosencroix que el doctor Heraclius era un verdadero réprobo; que adoraba a los animales, a ejemplo de un tal señor Pitágoras quien, según parece, es un impío tan abominable como Lutero.

—¿Qué ocurre? —interrumpió la señorita Gertrudis—. ¿Qué le ha pasado? Figúrense —prosiguió Honorina mientras se secaba las lágrimas con una esquina del delantal— que mi pobre amo lleva casi seis meses sintiendo pasión por los animales y me echaría fuera si me viera matar a una mosca, a mí, que llevo casi diez años en su casa. Está bien amar a los animales, pero también es cierto que están hechos para nosotros, mientras que el doctor ya no tiene en cuenta a los hombres, sólo a los animales; cree que fue creado y que nació para servirles, les habla como a personas razonables y parece que oye dentro de ellos una voz que le contesta. En fin, ayer noche, como me había dado cuenta de que los ratones se comían nuestras provisiones, puse una

ratonera en el aparador. Esta mañana, al ver que un ratón se había quedado atrapado, llamé al gato, y le iba a dar esa miseria cuando mi amo entró hecho una furia, me arrancó la ratonera de las manos y soltó al animal en medio de mis conservas y, como me enfadaba, he aquí que se dio la vuelta y me trató como no se trataría ni a una traperera.

Se hizo un gran silencio durante unos segundos, y la señorita Honorina prosiguió:—Al fin y al cabo, no estoy resentida con el pobre hombre; está loco.

Dos horas más tarde, la historia del ratón del doctor había dado la vuelta a todas las cocinas de Balançon. A mediodía era la anécdota de la comida de los burgueses de la ciudad. A las ocho, el Excelentísimo Alcalde, mientras tomaba café, se la contaba a seis magistrados que habían cenado en su casa, y estos señores, en posturas diversas y graves, le escuchaban con aire pensativo, sin sonreír y asintiendo con la cabeza. A las once, el Prefecto, que organizaba una pequeña fiesta, se preocupaba por ella ante seis maniqués funcionarios, y cuando le pidió su opinión al Rector que paseaba de grupo en grupo sus maldades su corbata blanca, éste contestó:—Después de todo, Excelentísimo Gobernador, toda esta historia no viene sino a probar esto; si La Fontaine viviera, podría escribir una nueva fábula titulada "El ratón del filósofo", que acabaría de la siguiente manera:

"De los dos, el más tonto no es el que lo parece."

## XXVII.

### **Donde se ve que el doctor Heraclius no pensaba en absoluto como aquel delfín que, tras haber sacado del agua a un mono,**

*Volvió a sumergirlo y fue a buscar*

*A algún hombre que salvar.*

Cuando Heraclius salió al día siguiente, notó que todo el mundo le miraba pasar con curiosidad e incluso se daba la vuelta para seguir mirándole. Esta atención de que era objeto primero le extrañó; buscó su causa y pensó que quizá su doctrina se había difundido sin saberlo él y que había llegado el momento en que iba a ser comprendido por sus conciudadanos. Entonces sintió una gran ternura por aquellos burgueses en quienes ya veía a discípulos entusiastas, y se puso a saludar sonriendo a diestro y siniestro como un príncipe en medio de su pueblo. Los cuchicheos que le seguían le parecían un murmullo de alabanzas y rebosaba de alegría mientras iba pensando en la próxima confusión del rector y del decano.

Llegó así hasta el muelle de la Brille. A unos pasos, un grupo de niños se agitaba y reía tirando piedras al agua mientras unos marineros que fumaban su pipa al sol parecían interesarse por el juego de los muchachos. Heraclius se acercó, y retrocedió repentinamente como quien recibe un gran golpe en el pecho. A diez metros de la orilla, hundiéndose y volviendo a aparecer a ratos, un gatito se ahogaba en el río. El pobre animalito hacía esfuerzos desesperados por alcanzar la orilla, pero cada vez que sacaba la cabeza fuera del agua, una piedra arrojada por alguno de aquellos granujas que se divertían con su agonía le hacía desaparecer de nuevo. Los malvados muchachos competían en habilidad y se animaban unos a otros, y cuando un golpe bien dado alcanzaba al infeliz animal, había en el muelle una explosión de risa y pataleos de alegría. De repente una piedra afilada alcanzó al animal en mitad de la frente y un hilo de sangre apareció entre los pelos blancos. Entonces estalló entre los verdugos un delirio de gritos y aplausos, que de pronto se convirtió en un espantoso pánico. Pálido, temblando de rabia, derribando todo lo que estaba delante de él, golpeando con los pies y los puños, el doctor se había lanzado en medio de esa chiquillería como un lobo en un rebaño de ovejas. El espanto fue tan grande y la huida tan rápida que uno de los niños,



loco de terror, se tiró al río y desapareció. Entonces Heraclius se quitó rápidamente la levita, los zapatos y, a su vez, se precipitó al agua. Se le vio nadar vigorosamente unos instantes, coger el gatito en el momento en que desaparecía y volver triunfalmente a la orilla. Luego se sentó en un mojón; secó, besó, acarició al pequeño ser que acababa de arrebatarse a la muerte, y envolviéndolo amorosamente en sus brazos como si de un hijo se tratara, sin preocuparse por el niño que dos marineros volvían a traer a tierra, indiferente al tumulto que se hacía detrás de él, se dirigió con grandes pasos a su casa, olvidando en la orilla los zapatos y la levita.

## XXVIII

*Lector, esta historia te demostrará cómo,*

*Cuando se quiere preservar de golpes a su semejante,*

*Cuando se cree que vale más salvar a un gato que a un ser humano,*

*De sus vecinos se desata la ira,*

*Y cómo todos los caminos pueden llevar a Roma,*

*Y la metempsicosis al manicomio.*

*(L'Étoile de Balançon)*

Dos horas más tarde, una inmensa muchedumbre de gente daba tumultuosos gritos y se apiñaba ante las ventanas del doctor Heraclius Gloss. Pronto una lluvia de piedras rompió los cristales y la multitud estaba a punto de derribar las puertas cuando la gendarmería apareció al final de la calle. Poco a poco volvió la tranquilidad; finalmente la muchedumbre se disipó; pero hasta el día siguiente dos gendarmes se estacionaron delante de la casa del doctor. Éste pasó la noche en medio a una agitación extraordinaria. Achacaba el desenfreno del populacho a las sordas intrigas de los sacerdotes contra él y por la explosión de odio que provoca siempre el advenimiento de una religión nueva entre los sectarios de la antigua. Se exaltaba hasta el martirio y se sentía dispuesto a confesar su fe ante los verdugos. Hizo venir a su gabinete a todos los animales que ese cuarto podía contener, y el sol le vio dormir entre su perro, una cabra y un borrego, y apretando contra su corazón al gatito que había salvado.

Le despertó un golpe violento contra su puerta, y Honorina hizo pasar a un señor muy serio seguido de dos agentes de la policía. Un poco detrás de ellos se escondía el médico del Gobierno Civil. El señor serio se dio a conocer como comisario de policía e invitó cortésmente a Heraclius a seguirle; éste obedeció muy emocionado. En la puerta esperaba un coche, al que le hicieron subir. Luego, sentado al lado del comisario, frente al médico y uno de los agentes, ya que el otro agente se había colocado en el asiento próximo al del conductor, Heraclius vio que tomaban la calle de Juifs, seguían por la plaza del Ayuntamiento, el bulevar de la Pucelle y que finalmente se paraban delante de un gran edificio de aspecto sombrío en cuya puerta estaban escritas estas palabras: "Manicomio". Tuvo de pronto la revelación de la trampa terrible en la que había caído; entendió la espantosa habilidad de sus enemigos, y reuniendo todas sus fuerzas, intentó precipitarse a la calle; dos fuertes manos le hicieron volver a caer en su sitio. Entonces tuvo lugar una lucha terrible entre él y los tres hombres que le guardaban; forcejeaba, se retorció, pegaba, mordía, gritaba de rabia; finalmente se sintió derribado, atado sólidamente y llevado a la funesta casa cuya gran puerta se volvió a cerrar tras él con un ruido siniestro.

Entonces le introdujeron en una estrecha celda con un aspecto singular. La chimenea, la ventana y el espejo estaban sólidamente enrejados; la cama y la única silla fuertemente atadas con cadenas de hierro al entarimado. No había ningún mueble que

podiera ser levantado y manejado por el habitante de esa prisión. Los acontecimientos demostraron, por lo demás, que tales precauciones no eran superfluas. Apenas se vio en esa morada completamente nueva para él, el doctor cedió a la rabia que le sofocaba. Intentó destrozar los muebles, arrancar las rejas y romper los cristales. Al ver que no podía conseguirlo se revolcó en el suelo, dando alaridos tan espantosos que dos hombres vestidos con blusas y una especie de gorra de uniforme en la cabeza entraron de repente seguidos por un hombre alto y calvo y enteramente vestido de negro. A una señal de este personaje, los dos hombres se abalanzaron sobre Heraclius y le pusieron la camisa de fuerza en un instante; luego miraron al señor de negro. Éste consideró un rato al doctor, y dándose la vuelta hacia sus acólitos, dijo: "A la sala de las duchas". Entonces llevaron a Heraclius a una gran sala fría en medio de la cual había una piscina sin agua. Le desnudaron mientras seguía gritando y le depositaron en esa bañera; y antes de que tuviera tiempo de reconocerse, fue absolutamente sofocado por la avalancha de agua fría más horrible que haya caído jamás sobre los hombros de un ser humano, incluso en las regiones más boreales. Heraclius se calló de súbito. El señor de negro seguía estudiándole; le tomó el pulso gravemente y dijo: "Otra más." Una segunda ducha se desplomó del techo y el doctor se derrumbó tiritando, estrangulado y sofocado en el fondo de la bañera helada. Después le sacaron de allí; le envolvieron en mantas muy calientes y le acostaron en la cama de su celda, donde durmió treinta y cinco horas con un sueño profundo.

Se despertó al día siguiente, el pulso tranquilo y la cabeza despejada. Reflexionó unos instantes sobre su situación y se puso a leer su manuscrito, que había tomado la precaución de llevar con él. El señor de negro llegó pronto. Trajeron una mesa ya servida y almorzaron a solas. El doctor, que no había olvidado el baño del día anterior, se mostró muy tranquilo y muy cortés; sin decir una palabra del asunto que podía haberle hecho merecer tal desventura, habló mucho tiempo de la manera más interesante e intentó demostrar a su anfitrión que estaba tan sano de espíritu como los siete sabios de Grecia.

Al despedirse, el señor de negro le propuso a Heraclius ir a dar una vuelta por el jardín del establecimiento. Era un gran patio cuadrado poblado de árboles. Paseaban en él alrededor de cincuenta individuos; unos riendo, gritando y perorando, otros graves y melancólicos.

El doctor reparó primero en un hombre de gran estatura, larga barba y largos pelos blancos, que andaba solo, con la frente inclinada. Sin que supiera por qué, el destino de aquel hombre le interesó, y, en el mismo momento, el desconocido, levantando la cabeza, miró fijamente a Heraclius. Después fueron el uno hacia el otro y se saludaron ceremoniosamente. Entonces entablaron conversación. El doctor se enteró de que su compañero se llamaba Dagobert Félorme y que era profesor de idiomas en el colegio de Balançon. No notó nada perturbado en el cerebro de aquel hombre y se preguntaba qué le podía haber traído a semejante lugar, cuando el otro, parándose de repente, le tomó la mano y, apretándola fuertemente, le preguntó en voz baja: "¿Cree usted en la metempsicosis?" El doctor titubeó, balbuceó; sus miradas se encontraron y durante unos segundos los dos permanecieron de pie contemplándose. Finalmente la emoción venció a Heraclius, unas lágrimas brotaron de sus ojos, abrió los brazos y se abrazaron. Entonces empezaron las confidencias y pronto comprobaron que estaban iluminados por la misma luz, impregnados de la misma doctrina. No había punto alguno en el que sus ideas no coincidieran. Pero a medida que el doctor constataba esa sorprendente similitud de pensamientos, se sentía invadido por un malestar singular; le parecía que cuanto más crecía el desconocido a sus ojos, más disminuía él mismo en su propio aprecio. Los celos le herían el corazón.

De pronto, el otro exclamó: —La metempsicosis soy yo; soy yo quien ha descubierto la ley de las evoluciones de las almas, soy yo quien ha sondeado los destinos de los hombres. Soy yo quien fue Pitágoras.

El doctor se detuvo de repente, más pálido que una mortaja. —Perdone —dijo—, Pitágoras soy yo. —Y se miraron de nuevo.

El hombre siguió: —He sido, sucesivamente, filósofo, arquitecto, soldado, labrador, monje, geómetra, médico, poeta y marinero.

—Yo también —dijo Heraclius.

—¡He escrito la historia de mi vida en latín, en griego, en alemán, en italiano, en español y en francés! —gritaba el desconocido.

Heraclius replicó: —Yo también.

Se detuvieron ambos y sus miradas se cruzaron, agudas como puntas de espada.

—En el año 184 —vociferó el otro— vivía en Roma y era filósofo.

Entonces el doctor, más tembloroso que una hoja bajo un viento de tormenta, sacó de su bolsillo su precioso documento y lo blandió como un arma en las narices de su adversario. Éste último dio un salto hacia atrás.

—¡Mi manuscrito! —gritó; y extendió el brazo para cogerlo.

—¡Es mio! —berreó Heradius, y, con sorprendente velocidad, alzando por encima de la cabeza el objeto contestado, se lo cambiaba de mano detrás de la espalda y le hacía hacer mil evoluciones a cual más extraordinaria para librarlo de la persecución desenfrenada de su rival.

A este último le rechinaban los dientes, pataleaba y mugía: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!" Al final, con un movimiento tan rápido como hábil, logró agarrar por una punta el papel del que Heraclius intentaba privarle. Durante unos segundos cada uno tiró de su lado con ira y vigor semejantes, y, como ni uno ni otro cedían, el manuscrito que les servía de punto de enlace físico acabó la lucha tan sabiamente como lo podría haber hecho el difunto rey Salomón, al separarse él mismo en dos partes iguales, lo que permitió a los beligerantes ir a sentarse rápidamente a diez pasos el uno del otro, mientras cada cual seguía apretando su mitad de victoria entre sus manos crispadas.

No se volvieron a levantar, sino que se examinaron de nuevo como dos potencias rivales que, tras haber medido sus fuerzas, vacilan en volver a llegar a las manos.

Dagobert Félorme fue el primero en reanudar las hostilidades. —La prueba de que soy el autor del manuscrito —dijo— es que lo conocía antes que usted.

Heraclius no contestó.

El otro prosiguió: —La prueba de que soy el autor del manuscrito es que podría recitárselo de cabo a rabo en los siete idiomas que han servido para escribirlo.

Heraclius no contestó. Meditaba profundamente. Una revolución estaba teniendo lugar dentro de él. No cabía duda, la victoria le correspondía a su rival; pero ese autor a quien había llamado con todas sus fuerzas le indignaba ahora como un falso dios. Resultaba que, al no ser él mismo más que un dios desposeído, se rebelaba contra la divinidad. Mientras no creyó ser el autor del manuscrito, había deseado vehementemente verlo; pero a partir del día en que había llegado a pensar: "Soy yo quien ha hecho eso, la metempsicosis, soy yo", ya no podía consentir que alguien tomara su lugar. Del mismo modo que esa gente que quema su casa antes que verla habitada por otro, desde el momento en que un desconocido subía al altar que se había elevado, quemaba el templo y el Dios, quemaba la metempsicosis. Por eso, tras un largo silencio, dijo con una voz lenta y grave: "Está usted." Al oír esa palabra, su adversario le acometió como un poseso y una nueva lucha más terrible que la primera habría tenido lugar, si no hubiesen acudido los guardias reintegrando a esos dos renovadores de las guerras religiosas a sus respectivos domicilios.

Durante casi un mes el doctor no salió de su habitación; se pasaba los días solo, la cabeza entre las manos, profundamente ensimismado. El Ilustre Decano y el Honorable Rector iban a verle de vez en cuando y, delicadamente, mediante comparaciones hábiles y alusiones delicadas, secundaban la labor que se iba haciendo en su espíritu. Así, le informaron de cómo un tal Dagobert Félorme, profesor de idiomas en el colegio de Balançon, se había vuelto loco al escribir un tratado filosófico sobre la doctrina de Pitágoras, Aristóteles y Platón, tratado que se imaginaba haber empezado en la era del emperador Cómodo.

Finalmente, un buen día, una mañana muy soleada, el doctor, que había vuelto a ser él mismo, el Heraclius de los buenos tiempos, estrechó vivamente la mano de sus dos amigos y les anunció que había renunciado para siempre a la metempsicosis, a sus explicaciones animales y a sus transmigraciones, y que entonaba el mea culpa y reconocía su error.

Ocho días más tarde las puertas del sanatorio se abrían ante él.

## XXIX.

### **De cómo nos libramos a veces de Caribdis y caemos en escila**

Al abandonar la casa fatal, el doctor se detuvo un momento en el umbral y respiró a pleno pulmón el aire enorme de la libertad. Luego, volviendo a tomar su paso alegre de antaño, se encaminó hacia su casa. Llevaba andando cinco minutos cuando un muchacho que lo vio emitió un largo silbido, al que contestó en seguida un silbido semejante desde una calle vecina. Un segundo pilluelo llegó corriendo inmediatamente, y el primero, señalando a Heraclius a su compañero, gritó con todas sus fuerzas: "¡Que el tío de los animales ha salido de la casa de locos!" Y ambos, pisándole los talones al doctor, se pusieron a imitar todos los gritos de animales conocidos con un talento notable. Otra docena de bribonzuelos se unieron pronto a los primeros y le formaron al extranmigrador una escolta tan ruidosa como desagradable. Uno de ellos andaba diez pasos delante del doctor y llevaba a guisa de bandera un palo de escoba en cuya punta había atado una piel de conejo encontrada seguramente junto a cualquier mojón; otros tres venían inmediatamente detrás, simulando redobles de tambor, y luego aparecía el doctor espantado que, ceñido en su gran levita, el sombrero caído sobre los ojos, parecía un general en medio de su ejército. Detrás de él la cuadrilla de los granujas corría, brincaba, saltaba sobre las manos, piando, bramando, ladrando, maullando, relinchando, mugiendo, gritando quiquiriquí, e imaginando otras mil cosas alegres para mayor divertimento de los burgueses asomados a sus puertas. Heraclius, enloquecido, iba apresurando cada vez más el paso. De pronto un perro que merodeaba llegó a pasarle entre las piernas. Una oleada de ira le subió al doctor al cerebro y le propinó una patada tan terrible al pobre animal que en otros tiempos hubiera recogido, que éste huyó aullando de dolor. Una espantosa aclamación estalló alrededor de Heraclius que, perdiendo la cabeza, echó a correr con todas sus fuerzas, siempre perseguido por su infernal comitiva.

La cuadrilla pasó como un torbellino por las principales calles de la ciudad y fue a romperse contra la casa del doctor; éste, viendo la puerta entreabierta, se precipitó y la cerró tras él, y siempre corriendo subió a su gabinete, donde fue recibido por su mono que se puso a sacarle la lengua en señal de bienvenida. Al verlo, el doctor retrocedió como si un espectro se hubiera alzado ante él. Su mono era el recuerdo vivo de todas sus desgracias, una de las causas de su locura, de las humillaciones y de los ultrajes que acababa de padecer. Cogió una escalera de roble que se encontraba al alcance de su mano y, de un solo golpe le partió la cabeza al miserable cuadrumano, que se desplomó

inerte a los pies de su asesino. Luego, aliviado por esa ejecución, el doctor se dejó caer en un sillón y se desabrochó la levita.

Honorina apareció entonces y estuvo a punto de desmayarse de alegría al ver a Heraclius. En su alborozo, se tiró al cuello de su amo y lo besó en las mejillas, olvidando así la distancia que separa, a los ojos del mundo, al amo de la criada; según decían, fue el doctor quien en otros tiempos le había dado ejemplo de ello.

Mientras tanto, la cuadrilla de bribonzuelos, que no se había disuelto, seguía montando delante de la puerta un guirigay tan terrible que Heraclius, impaciente, bajó a su jardín.

Le sorprendió un espectáculo horrible.

Honorina, que amaba verdaderamente a su amo aunque lamentara su locura, había querido depararle una agradable sorpresa cuando volviera a casa. Por ello había cuidado como una madre de la existencia de todos los animales anteriormente reunidos en ese lugar, de manera que, gracias a la fecundidad común a todas las razas de animales, el jardín presentaba entonces un espectáculo semejante al que debía de tener, cuando las aguas del Diluvio se retiraron, el interior del Arca donde Noé reunió a todas las especies vivientes. Era un montón confuso, una pululación de animales, bajo los que desaparecían árboles, macizos, hierba y tierra. Las ramas se doblaban bajo el peso de regimientos de pájaros, mientras que abajo perros, gatos, cabras, ovejas, gallinas, patos y pavos se revolcaban en el polvo. El aire estaba lleno de clamores diversos, absolutamente semejantes a los que emitía la prole alborotada al otro lado de la casa.

Ante tal espectáculo, Heraclius no se contuvo más. Se precipitó sobre una pala olvidada contra la pared y, como los famosos guerreros cuyas hazañas cuenta Homero, saltando unas veces hacia delante, otras hacia detrás, golpeando a diestro y siniestro, preso de la rabia, con espuma en los dientes, hizo una espantosa masacre de todos sus inofensivos amigos. Las gallinas espantadas volaban por encima de las paredes, los gatos trepaban por los árboles. Ninguno obtuvo su indulto; reinaba una confusión indescriptible. Luego, cuando la tierra estuvo tapizada con cadáveres, se cayó finalmente de cansancio y, como un general victorioso, se durmió en el campo de la carnicería.

Al día siguiente, al haberle desaparecido la fiebre, quiso dar una vuelta por la ciudad. Pero apenas había pasado el umbral de su puerta cuando unos muchachos emboscados en la esquina de las calles le persiguieron de nuevo gritando: "¡Hu, hu, hu, el hombre de los animales, el amigo de los animales!" Y volvieron a pegar los gritos del día anterior con innumerables variaciones.

El doctor volvió a su casa precipitadamente. La furia le sofocaba, y, como no podía tomarla con los hombres, juró un odio inextinguible y una guerra encarnizada a todas las razas de animales. Desde entonces sólo tuvo un deseo, una meta, una preocupación constante: matar animales. Los acechaba de sol a sol, tendía redes en su jardín para atrapar pájaros, ponía trampas en los canalones para estrangular a los gatos de la vecindad. Su puerta siempre entreabierta ofrecía carnes apetitosas al deseo de los perros que pasaban, y se cerraba bruscamente en cuanto una víctima imprudente cedía a la tentación. Pronto fueron cayendo las denuncias contra él de todos lados. El comisario de policía fue varias veces en persona a conminarle al cese de esta guerra encarnizada. Le acribillaron con juicios; pero nada detuvo su venganza. Finalmente la indignación fue general. Un segundo motín estalló en la ciudad, y sin duda, habría sido despedazado por la multitud si no hubiera terciado la fuerza armada. Todos los médicos de Balançon fueron convocados en el Gobierno Civil y declararon unánimemente que el doctor Heraclius Gloss estaba loco. Por segunda vez volvió a atravesar la ciudad entre dos

agentes de policía y vio cerrarse tras él la pesada puerta de la casa sobre la que estaba escrito: "Manicomio".

### XXX.

#### **Donde resulta que el proverbio "cuantos más locos haya, más nos reiremos" no siempre es del todo verdad**

Bajó al día siguiente al patio del establecimiento, y la primera persona que vieron sus ojos fue al autor del manuscrito de metempsicosis. Ambos enemigos caminaron uno hacia otro midiéndose con la mirada. Se formó un círculo a su alrededor. Dagobert Félorme exclamó: "Éste es el hombre que ha querido robarme la obra de mi vida, robarme la gloria de mi descubrimiento." Un murmullo recorrió la muchedumbre. Heraclius contestó: "Éste es el que pretende que los animales son hombres y que los hombres son animales." Luego ambos se pusieron a hablar a la vez, se fueron excitando poco a poco, y, como la primera vez, pronto llegaron a las manos. Los espectadores les separaron.

A partir de aquél día, cada uno se dedicó a crearse sectarios con una tenacidad y una perseverancia maravillosas, y, en poco tiempo, la colonia entera estaba dividida en dos partidos rivales, entusiastas, ensañados, y tan irreconciliables que alguien de la metempsicosis no podía cruzarse con uno de sus adversarios sin que se entablara una pelea terrible. Para evitar sangrientos encuentros, el director se vio obligado a asignar horas de paseo reservadas a cada facción, ya que nunca un odio más tenaz había animado a dos sectas rivales desde la famosa querrela de los Güelfos y los Gibelinos. Por lo demás, gracias a esta prudente medida, los jefes de los clanes enemigos vivieron felices, amados, escuchados por sus discípulos, obedecidos y venerados.

A veces, durante la noche, el aullido de un perro que merodea cerca de los muros del sanatorio hace que Heraclius y Dagobert se estremezcan en sus camas: es el fiel Pitágoras que, tras haber escapado de milagro a la venganza de su amo, le ha seguido el rastro hasta el umbral de su nueva morada e intenta que le abran las puertas de esa casa donde sólo tienen derecho a entrar los hombres.

*La Revue de Paris, 15 de febrero de 1921*

# *Los domingos de un burgués en París*

---

*Les dimanches d'un bourgeois de Paris*

## **Preparativos de viaje**

El señor Patissot, natural y vecino de París, cuando hubo probado en el Colegio Enrique IV su desaplicación y sus cortos alcances —como tantos otros—, fué admitido en un Ministerio, y por mediación de una de sus tías, dueña de un estanco, del cual era cliente asiduo un jefe de Negociado.

Ascendió con suma lentitud, y es posible que a la vejez le sorprendiera la muerte sirviendo una plaza de oficial cuarto, al no habérsele ofrecido favorable y bondadoso el azar, que a veces preside los destinos de los hombres.

Al presente ha cumplido cincuenta y dos años, a cuya edad proyecta recorrer como viajero curioso los alrededores de París, alejándose de las murallas.

La historia de su encumbramiento puede ser útil a muchos empleados, como la de sus correrías lo será tal vez a muchos burgueses, que las tomarán por norma de sus excursiones, evitando con su ejemplo ciertas malandanzas, que, por no estar advertido, no pudo prever.

En mil ochocientos cincuenta y cuatro, el señor Patissot cobraba mil ochocientos francos nada más. Por una desgraciada condición de su naturaleza, fue repulsivo a sus jefes, que le dejaban pudrirse, aguardando eterna y desesperadamente un ascenso: el ideal de todo empleado.

Era laborioso y puntual, pero nunca supo lucir sus méritos, y, por añadidura, era demasiado altivo, como él decía.

Su altivez se redujo a no saludar de un modo servil a sus jefes —como lo hacían otros, y a no ser adulator, como lo eran, en su opinión, muchos de sus compañeros—, a los cuales no quería señalar. Su excesiva franqueza molestaba también a las gentes, protestando, al fin y a la postre, como la mayoría, contra los padrinazgos, las injusticias, los favores otorgados a ciertos advenedizos, ajenos a la burocracia. Pero su voz acusadora no repercutía fuera del zaquizamí donde se deshojaba trabajando, según su frase:

"Me deshojo, por activa y por pasiva, caballero."

En primer lugar, como empleado; en segundo, como francés, y en tercero, como un hombre de orden, se asimilaba en principio a todo Gobierno; era fanático del Poder..., excepción hecha del de sus jefes inmediatos.

Aprovechaba todas las ocasiones para saludar al emperador —teniendo a honra pararse y descubrirse a su paso—, y se sentía orgulloso de acción tan sencilla.

Como tantos, a fuerza de admirarle, acabó por ser un remedo suyo, afeitándose, peinándose como él, imitando sus gustos y su andar.

¡Cuántos hombres, en cada país, resultan la efigie del soberano!

Es posible que la figura y las facciones de Patissot le asemejaran algo a Napoleón III, y cuando se hubo teñido los bigotes y la perilla, fue su retrato.

A veces encontraba en la calle a otro caballero, también cuidadosamente semejante al emperador, y sentía un desprecio altivo y celoso.

Aquel afán de imitación, obsesionándole, era ya su pensamiento único; y oyendo a un ujier de las Tullerías que imitaba la voz del soberano, se propuso hablar en lo sucesivo con ciertas entonaciones y una parsimonia estudiada.

Llegó a ser, más que un remedo, una copia exacta de la imperial persona: de tal modo, que pudiera prestarse a confusiones, y hasta los jefes murmuraron, pareciéndoles importuno y grosero tan ostentoso alarde. Llegaron los rumores al ministro, y mandó llamar al empleado, para cerciorarse por sus ojos. Al verle, no pudo contener la risa, y repitió varias veces: "¡Tiene gracia! Mucha gracia!" Su regocijo halló eco, y al otro día, el jefe inmediato de Patissot propuso a éste para un ascenso de trescientos francos; y le fue concedido al punto.

Ya en adelante ascendió con regularidad, gracias a sus facultades y a sus talentos de mono.

Una vaga inquietud, algo semejante a un presentimiento de fortuna poderosa, que se cernía sobre su cabeza, preocupó a sus jefes, los cuales tuvieron con él deferencias y atenciones desacostumbradas.

Pero la proclamación de la República fue para el imitador imperial un desastre. Se sintió anonadado, sumergido, presa de la más triste adversidad, loco de angustia. Dejó de teñirse, se afeitó completamente y se hizo cortar el pelo al rape, adquiriendo así un aspecto paternal y bondadoso, nada comprometedor.

Pero sus jefes, resentidos por la influencia que habla ejercido en ellos la perfecta semejanza, y volviéndose republicanos de pronto por instinto de conservación, le postergaron, señudos, oponiéndose a sus gratificaciones y dificultando sus ascensos. También el cambió de ideales políticos. Pero la República no era una persona de carne y hueso a la cual pudiera imitar, y los presidentes no duraban, reemplazándose con rapidez diversas figuras. Patissot era víctima de las más crueles confusiones, del más terrible desaliento, ante la inutilidad manifiesta de su espíritu de imitación, fracasado en una tentativa estéril hacia el último de sus ideales: Thiers.

Seguro de que necesitaba una exteriorización distinta y nueva de su personalidad, estuvo largo tiempo abstraído en sus investigaciones, y una mañana se presentó en la oficina, llevando en el sombrero un lazo tricolor. Sus compañeros lo miraron con asombro; aquella extravagancia les dio que reír mucho aquel día, y el siguiente, y toda la semana entera, y todo el mes. Patissot era incommovible, y su grave actitud terminó desconcertándolos. Otra vez inspiró cierta inquietud a los jefes, y se preocuparon de aquella manifestación inesperada. ¿Ocultaría un misterio? ¿Era una inocente muestra de patriotismo? ¿Era un testimonio de afecto a la República? ¿O acaso el secreto distintivo de una congregación poderosa? De ser así, para ostentarlo como lo hacía necesitaba tener la seguridad completa de una protección oculta y formidable. De todos modos, era necesario estar constantemente sobre aviso; la calma imperturbable de aquel hombre, al cual no desconcertaban las burlas, era muy significativa y aumentó las inquietudes y las preocupaciones.

Volieron a tratarlo con muchos miramientos, y su extraordinaria impasibilidad le valió un ascenso; el primer día del año mil ochocientos ochenta lo nombraron oficial primero.

Siempre hizo una vida sedentaria. Solterón recalcitrante, odiaba el barullo y las confusiones, buscando en todas partes el reposo y la comodidad. Pasaba los domingos leyendo novelas de aventuras y trazando primorosas falsillas, que ofrecía después a sus colegas. En sus muchos años de servicio, sólo en tres ocasiones pidió licencia —de ocho días, para mudarse de casa—. Pero, aprovechando las fiestas en que repican gordo, tomaba un tren de recreo que lo condujese a Dieppe o al Havre, para fortalecer su espíritu con el espectáculo imponente del mar.

Le embotaba un exceso de buen sentido, rayano en estupidez. Vegetaba tranquilo, en una castidad venerable —su naturaleza no era exigente— con economía, con templanza, cuando le turbó de pronto una horrible inquietud.



En la calle, al anochecer, tuvo un desvanecimiento instantáneo, precursor, a su juicio, de un ataque cerebral. Fue a casa de un médico y obtuvo —mediante cinco francos— el siguiente diagnóstico:

*"Señor X\*\*\*, cincuenta y dos años, empleado, célibe, temperamento sanguíneo. Propenso a congestionarse. Lociones frías. Alimentación moderada. Mucho ejercicio.*

*Montellier D. M. P."*

Patissot quedó aterrado, y durante un mes, para trabajar en la oficina, se rodeó la cabeza con un paño humedecido. A lo mejor, mientras rasgueaba con pulcritud un oficio, le caía una gruesa gota de agua, obligándole a copiarlo de nuevo. Con mucha frecuencia releía el dictamen facultativo, buscándole una interpretación oculta, con la esperanza de penetrar en lo más hondo el significado verdadero de sus frases y descubrir los ejercicios más oportunos que le permitieran defenderse contra la cruel apoplejía. Consultó a sus compañeros, mostrándoles el funesto diagnóstico. Alguien le aconsejó, como infalible y rápido en sus efectos, el boxeo.

Inmediatamente indagó dónde había un maestro de ese deporte, y a la primera lección le dieron un puñetazo tan horroroso en las narices, que no le quedaron ganas de repetir aquel ejercicio saludable. Tampoco el juego del bastón le satisfizo: era fatigoso; y la esgrima le produjo una laxitud que no le dejaba dormir por la noche.

Tuvo una idea luminosa: recorrer a pie los alrededores de París y visitar algunos puntos de la población, que desconocía.

Necesitaba equiparse bien para sus excursiones domingueras, y reflexionando acerca de los preparativos convenientes, pasó la semana. El treinta y uno de mayo puso en práctica sus propósitos.

Instruido por la lectura de los prospectos que pobres diablos tuertos o cojos ofrecen, importunando, en cada esquina, visitó algunos almacenes con objeto de curiosarlo todo para saber lo que le convendría luego adquirir.

En una zapatería norteamericana preguntó si tendrían unas botas recias para excursiones, y el zapatero le hizo ver una especie de aparatos con blindaje de cobre, lo mismo que los buques de guerra, y con tachuelas como rejones, que, al decir del comerciante, hablan sido hechos con piel de bisonte de las montañas Rocosas.

De tal modo le agradaron, que le dieron tentaciones de comprar dos pares. Con uno tenía suficiente. Y se fue tan satisfecho, llevando su adquisición bajo el brazo que se rendía con aquella carga.

Adquirió también unos pantalones de faena —como los usan los carpinteros— y unas polainas de lona impermeable que le cubrieran hasta la rodilla.

Necesitaba inevitablemente una mochila para las provisiones, un anteojo de campaña para reconocer los más apartados lugares y un plano de los que usa el Estado Mayor, con el cual podía ir a donde quisiera sin preguntar a los campesinos y a los caminantes.

Luego, para sentir menos calor, decidió comprar una de las chaquetas de alpaca muy anunciadas por la casa Raminau, como de primera calidad, por la módica suma de seis francos y medio.

Se dirigió al Bazar de sastrería, y un buen mozo, de figura distinguida, con los cabellos muy bien peinados, las uñas pulidas y sonrosadas, como las de una señora elegante, sonriendo amablemente, le presentó la prenda que pedía.

Un tanto receloso, Patissot, se atrevió a decirle:

—Pero ¿dará buen resultado?

El comerciante, volviendo la cabeza, con un azoramiento bien fingido, con vacilaciones propias de un hombre que no quiere abusar de la confianza del cliente, dijo, bajando la voz:

—Naturalmente, señor mío; a usted no se le oculta que por tan ínfimo precio no se puede ofrecer una calidad semejante a... ésta, por ejemplo.

Y cogió una prenda que, a simple vista, resultaba mejor.

Después de mirarla detenidamente, Patissot quiso conocer el precio.

—Doce francos y medio.

Una verdadera tentación. Pero, antes de resolverse, quiso cerciorarse más, haciendo una pregunta, mientras el buen mozo que le atendía observaba sus vacilaciones:

—Y ésta, ¿es de buena clase? ¿Usted la garantiza?

—Sí; a garantizo. Es resistente y ligera. Sin embargo, no puede mojarse. ¡Ah! Como de buen uso y de mucha duración, lo es; pero ya comprenderá usted que hay géneros y géneros. Para su precio, es inmejorable. Doce francos y medio; una insignificancia. Naturalmente, las de veinticinco francos resultan mejores. Por veinticinco francos puede adquirirse una chaqueta de alpaca magnífica, tan resistente y de tanta duración como un traje de paño. Cuando se moja, basta pasarle una plancha para tenerla flamante otra vez. Su color es permanente; ni el sol ni la humedad lo atacan. Es muy sufrida, muy ligera, y en caso necesario, también abriga.

Presentaba ha prenda, haciéndola brillar, estrujándola, sacudiéndola, mirando al trasluz; sometía su excelente calidad a toda clase de pruebas, acompañándolas con un discurso incesante y persuasivo; disipaba las dudas al par con el gesto y con la retórica.

Patissot, absolutamente convencido, se decidió por la chaqueta de veinticinco francos. Eh buen mozo, mientras empaquetaba la compra, seguía perorando aún y repitiendo con énfasis la excelencia de la mercancía. En cuanto Patissot hubo pagado, el comerciante calló, despidiéndole con un correcto saludo y con una sonrisa protectora; no abandonó la puerta viendo alejarse al cliente, quien, a pesar de sus esfuerzos, no podía corresponder a su atención, saludándole, porque llevaba en cada brazo un paquete.

De regreso en su casa, Patissot se preocupó de fijar su itinerario; luego quiso probarse las botas, cuyos herrajes las hacían resbalar como patines. Se le fue un pie, y cayó, escarmentando para lo sucesivo. Puso entre dos sillas el traje y las polainas, contemplándolo todo gozosamente, y al acostarse, pensaba:

"¡Cómo no se me habrá ocurrido mucho antes hacer excursiones por la campiña!"

### **Primera salida**

Patissot estuvo inquieto y sin gusto para el trabajo durante la semana, en la oficina, soñando en la excursión proyectada para el domingo próximo. De pronto, le turbaba un ansia devoradora de vagar por el campo, de recogerse a la sombra de los árboles: la sed infinita de un ideal campestre, que obsesiona en los albores primaverales a los parisienses.

El sábado se acostó apenas anochece para levantarse de madrugada el domingo.

La ventana de su alcoba tomaba luz de un patio estrecho y sombrío, una especie de chimenea por donde continuamente circulaban todas las pestilencias de los hogares humildes. Fijó la mirada en el trozo de cielo que aparecía entre los aleros del tejado. Las golondrinas pasaban y repasaban velozmente, cruzando en sus revoloteos aquel retazo azul, inundado ya por el sol. Patissot imaginaba que desde aquellas alturas las golondrinas podían admirar la campiña, las verdes laderas, los bosques tupidos, un horizonte variado y extenso.

Le acometió un ansia frenética de perderse a lo lejos entre la frescura del follaje. Se visitió de prisa, calzándose las botas formidables, y se abrochó las polainas, tarea en la cual entretuvo algún tiempo, por falta de costumbre.

Después de echarse a la espalda la mochila, llena de comestibles y botellas de vino —porque seguramente le abriría el apetito la caminata—, empuñando su cayado, salió a la calle.

Avanzaba con un paso bien sostenido —el de los cazadores, a su ver—, silbando canciones alegres, que aligeraban su marcha. Los transeúntes, para verlo, se detenían. Le ladró un perro; un cochero le dijo al pasar: "¡Buen viaje!" Todo le importaba un ardite; andando más de prisa cada vez, hacía el molinete con su cayado.

Despertaba la ciudad alegre y bulliciosa entre la brillantez y los ardores de un claro día primaveral.

Las fachadas relucían, los canarios trinaban en sus jaulas y una satisfacción expansiva se derramaba por las calles, iluminando los rostros de las gentes, provocando sonrisas, como si la esplendorosa luz del sol sembrara el goce sobre la tierra.

Se encaminó hacia un embarcadero para tomar el vaporcito que lo dejaría en Saint-Cloud; y entre la sorpresa y el asombro de los transeúntes, atravesó la calle de la Chaussee-d'Antin, en bulevar, la calle Real, comparandose humorísticamente con el Judío Errante.

Al pretender andar por las aceras, los herrajes de sus botas resbalaron sobre la pulida superficie granito, y se desplomó pesadamente su pobre humanidad, con gran estrépito dentro de la mochila. Se levantó con ayuda de vecinos, y emprendió su marcha de nuevo, pero más despacio, hasta la orilla del Sena, donde aguardó a que llegase un vaporcito.

En el horizonte lejano, lo vió aparecer, bajo los puentes, primero diminuto, después agrandándose poco a poco hasta que, a sus ojos, pasando ya del tamaño verdadero, adquirió las proporciones de un buque de alto bordo. Llegó a suponer, agigantando sus ideas, que se disponía a un largo viaje a través del Océano, ansioso de admirar costas ignoradas y costumbres desconocidas.

Al atracar el vaporcito se apresuró Patissot a embarcarse. Muchas personas había ya sobre cubierta luciendo sus galas domingueras, trajes vistosos, cintas de vivos colores en los sombreros y rostros acalorados. Patissot, abriéndose camino hasta llegar a la proa, estuvo en pie queriendo imitar la postura de los marineros, muy despatarrado, para convencer a todos los presentes de que tenía costumbre de navegar. Pero, temeroso de que un vaivén le hiciera perder el equilibrio, se apoyaba con fuerza en el cayado.

Pasada la estación de Point-du-Jour, ensanchaba el cauce del río, reflejando en la tranquila superficie de las aguas los resplandores del sol; luego de pasar entre dos islas, el vaporcito bordeaba una revuelta de la costa, cuya extensión verde salpicaban muchas casitas blancas. Un aviso advirtió que había llegado a Bas-Meudon, luego a Sévres, al fin a Saint-Cloud, y entonces Patissot puso los pies en tierra.

Parado en el muelle, desdobló su plano, estudiando la dirección que debía tomar para no equivocarse.

Pero no era posible una equivocación. Iba derecho hasta La Celle; después le bastaba encaminarse por la izquierda, luego correrse un poco hacia la derecha, y siguiendo ya un camino franco, podía llegar a Versailles y recorrer los jardines, antes de anochecer.

El camino estaba en cuesta, subiendo siempre, y Patissot, cargado con la mochila, oprimido por las polainas, y arrastrando sus botas, más pesadas que grilletes, iba fatigado. De pronto se detuvo, con visible desaliento. En la precipitación de sus preparativos, había olvidado el antejo el de campaña.

Por fin vislumbró el bosque, y, a pesar del espantoso bochorno, a pesar de su cansancio y del sudor abundante que le inundaba la frente, a pesar de lo molesto de sus arreos y de los tirones que le daba la mochila, corría, o más bien trotaba, dirigiéndose ansioso hacia la espesura, brincando con muchas contorsiones y poco avance como un matalón viejo y asmático.

Al poderse guarecer por fin bajo los árboles y disfrutar la frescura deliciosa de la umbría, sintió un estremecimiento de ternura, contemplando las flores diversas, amarillas, azules, rojas, moradas, unas casi escondidas a ras de tierra, otras meciendo sus corolas en el extremo de un tallo largo y delgado. Insectos de varios colores y de varias formas, abotagados o esbeltos, de contextura extraordinaria, diminutas fieras monstruosas, revoloteaban o hacían ascensiones lentas a lo largo de una hierbecilla que se arqueaba no pudiendo resistir su minúsculo peso. Patissot en aquel instante admiraba sinceramente la Creación; y como estaba fatigado, reflexionó que sería muy oportuno sentarse.

Decidió comer, no porque le azuzara el apetito, sino por entretenerse, y al abrir la mochila tuvo una decepción inesperada y estupenda. Seguramente cuando al resbalar midió la calle, se había roto una de las botellas, y retenido el líquido por la envoltura impermeable, convirtió durante la caminata en sopas de vino las abundantes provisiones.

A pesar de todo, comió un pedazo de carne asada —no sin haberla enjugado lo más posible con el pañuelo—, una loncha de jamón, unas cortezas de pan, blanduchas y enrojecidas, rociándolo todo con unos tragos de burdeos agriado, cubierto de una sonrosada espumilla de aspecto desagradable.

Y cuando hubo descansado largamente, después de consultar de nuevo el plano, se puso en camino.

Al cabo de mucho andar, se vio en un paraje algo intrincado, en una encrucijada, sin saber hacia qué parte debía dirigirse. Trató de orientarse por la posición del sol, discurrendo mucho, estudiando las múltiples líneas que se cruzaban, figurando en el plano los caminos, y acabó por convencerse de que no sabía por dónde andaba, completamente desorientado.

Ante sus ojos, se abría un espléndido paseo, cuyo follaje, poco tupido, cernía el sol, besando las margaritas blancas ocultas entre la hierba. El silencio y la calma de aquel interminable camino, sólo eran turbados por el zumbar monótono de un abejorro que le seguía. Ya deteniéndose un instante sobre una flor y avanzando luego, zumbándole al oído al pasar junto a su rostro, para libar más adelante los néctares de otras flores. Parecía de terciopelo pardo con rayas amarillas, aquel abotagado cuerpecillo que dos élitros diminutos arrastraban.

Patissot contemplaba con interés las evoluciones del insecto, cuando reparó en algo que se removía entre la hierba. De pronto se detuvo y hasta retrocedió algo inquieto; después, observando con muchas precauciones, vio una rana del tamaño de una nuez, que se alejaba del camino, saltando.

Se inclinó para cogerla y el animalito pudo escapar de sus manos. A gatas la siguió, avanzando suavemente para no asustarla, y sobre sus hombros, la mochila enorme le daba el aspecto de una tortuga monumental.

Cuando estuvo junto al sitio donde la rana se había parado, tomó sus medidas, y se precipitó con las dos manos por delante, cayó acariciando el césped con las narices, y se incorporó apretando entre sus dedos un puñado de tierra, pero sin haber cogido la rana. La buscó inútilmente: había desaparecido por completo.

De pronto vio a lo lejos a un hombre y a una mujer que avanzaban apresurados en su dirección, haciéndole señas. La mujer agitaba la sombrilla en el aire, y el hombre, a pesar de ir en mangas de camisa, con el chaqué al brazo, sudaba el infeliz la gota gorda.

—¡Caballero! ¡Caballero! —voceaba la señora dirigiéndose a Patissot, cada vez más apresurada.

—¡Señora!—dijo Patissot, enjugándose la frente con el pañuelo.

—¡Nos hemos perdido! ¡No sabemos por dónde andamos! Nos hemos perdido!

No atreviéndose Patissot a confesar que se hallaba en el mismo caso, dijo con gravedad suficiente para cubrir su inquietud:

—Estamos camino de Versalles.

—¿Cómo es posible? ¿Dice usted camino de Versalles? ¡Y nosotros íbamos a Ruel!—exclamó la señora.

Se turbó Patissot; pero ya puesto en el trance, hizo de tripas corazón, y replicando con aplomo, dijo:

—Señora: con el plano del Estado Mayor a la vista, voy a demostrar que nos hallamos camino de Versalles.

El marido, con aspecto de inmensa desolación, acababa de llegar junto a ellos.

La mujer, bastante joven, bastante bonita —una morena vivaracha—, se encaró con el infeliz, arrojándole al rostro las palabras:

—¡Mira, mira lo que hiciste! Ya lo ves: hemos venido a parar a Versalles. Mira el plano del Estado Mayor que nos ofrece con tanta bondad este caballero. Míralo... si sabes; porque ya dudó que seas capaz de comprenderlo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible que haya hombres tan estúpidos? Ya te dije que tomáramos el camino de la derecha; pero tú, emperrado en saber siempre más que yo, no quisiste. Ya lo ves; ya ves adónde conducen tus obstinaciones.

El pobre hombre, anonadado en absoluto, se atrevió apenas a replicar:

—Pero, hija mía, si tú fuiste quien...

Ella le interrumpió, sumergiéndolo en un diluvio de palabras, reprochándole toda su vida matrimonial, desde que se casaron hasta la hora presente.

Dirigiendo miradas lamentables hacia la espesura, como si quisiera penetrar con los ojos en lo más profundo, el hombre lanzaba de cuando en cuando un chillido penetrante, un chillido indescriptible, de tal naturaleza, que no hay en el idioma voces ni acentos para remedarlo; un chillido agudo, que llenaba de inquietud a Patissot, pero que no parecía extrañar a la mujer.

La cual, de pronto, sonriendo amablemente al empleado, le dijo:

—Si este caballero es tan amable que acepte nuestra compañía, iremos con él para no extraviarnos de nuevo y exponernos a tener que dormir en el bosque.

No pudiendo negarse, Patissot hizo un saludo cortés; pero le torturaban horribles dudas. ¿Hacia dónde podía encaminar sus pasos?

Anduvieron a la ventura. El marido lanzaba de cuando en cuando su estridente chillido. Anochecía.

El velo de frescura que baja sobre los campos a la hora del crepúsculo, iba extendiéndose lentamente, y una emoción poética, dulce, se mezclaba con el bienestar encantador que se respira entre los árboles al acercarse la noche.

La mujer, apoyada en el brazo de Patissot, proseguía lanzando sobre la cabeza del pobre marido un chorro de injurias; pero el marido, sin contestarla, sin atenderla tal vez, iba chillando ya desafortadamente.

Patissot, a cada punto más inquieto, se decidió a preguntarle:

—¿Qué le sucede?

Y el infeliz, con lágrimas en los ojos, respondió:

—¡Se me ha perdido el perro!

—¡Ah! ¿Traían ustedes un perro?

—Sí, señor. Un perro que no había salido nunca de las calles de París, que no había visto el campo jamás, y al sentir la frescura de la hierba, se puso tan contento que, después de revolcarse largo rato, echó a correr como un loco. Yo le llamaba, pero todo ha sido inútil. Se internó en el bosque y continuará corriendo ¡hasta que reviente de fatiga y se muera de hambre!

Lanzó un estrepitoso chillido al acabar la frase.

La mujer, encogiéndose de hombros como si dejase caer la carga de toda responsabilidad, exclamó:

— ¡Un hombre tan bestia como tú no debe tener ni perro!

De pronto, el marido se detuvo, palpándose todos los bolsillos, febrilmente. La mujer lo miraba:

—¿Qué haces, hombre, qué haces?

—Al ponerme al brazo el chaqué, no tuve la precaución de sacar la cartera... y la he perdido... con todo el dinero...

La mujer tembló de cólera: la sofocaba su indignación:

—¡A buscarla en seguida!, ¡en seguida!

El infeliz respondió suavemente:

—A buscarla... Bien... ¿Y dónde nos encontraremos después?

—¡En Versalles! —dijo Patissot gallardamente.

Y teniendo alguna referencia, lanzó el nombre de un hotel de Versalles.

El infeliz comenzó a desandar lo andado; clavaba los ojos en el suelo y repetía con frecuencia el agudo chillido.

Tardó mucho en desaparecer, y aún se oían sus inimitables llamadas al perro extraviado, cada vez más agudas y más penetrantes a medida que la noche se iba cerrando y su esperanza desfallecía.

Patissot gozaba de un delicioso bienestar envuelto por la sombra de la noche, y en lo más agreste del bosque, sumergido en languideces crepusculares junto a una mujer que se apoyaba en su brazo.

Y por vez primera en su vida —falta de todo encanto que no fuera el egoísmo vulgar— presintió el poético abandono y el dulce atractivo que disfrutan un hombre y una mujer entregándose a los goces y a las ternuras que la Naturaleza ofrece.

Buscando palabras galantes, no supo encontrar ninguna que resultara conveniente y propia de aquella ocasión.

Llegaron a una carretera que cruzaba con el paseo. A la derecha se veía un grupo de casas.

Pasaba un hombre. Patissot, resuelto a salir de dudas, le preguntó tímidamente, casi tembloroso:

—¿Qué pueblo es aquél?

—Bougival.

—¡Bougival! ¿Está usted seguro?

—¡Tan seguro!

La señora no pudo contener la risa. Pensaba en su marido buscándola en un hotel de Versalles, y el chasco del infeliz la parecía una graciosa burla.

Comieron a la orilla del río, en un restaurante campestre.

Ella estuvo encantadora. Refirió historias picarescas para encandilar a su acompañante, y al despedirse le dijo:

—¡Estoy aviada, sin llevar ni un céntimo sobre mí!

Patissot, galantemente, sacó el portamonedas, ofreciéndose a darle todo lo que necesitara. Le puso en la mano una monedita de oro, y ella, diciéndole "gracias" bastante formal —y sonriente luego—, haciendo monadas, anudó las bridas del sombrero, quiso ir sola —pues ya estaba en buen camino— y se fue, como un pájaro que abandona la jaula, mientras Patissot, lánguido y triste, sumaba de memoria los gastos de su primera excursión.

Y al día siguiente, como tuvo mucha jaqueca, no fue a la oficina.

### **En casa de un amigo**

Durante toda la semana, Patissot refirió sus aventuras, describiendo poéticamente los lugares que había recorrido, indignándose al observar el escaso entusiasmo que su narración despertaba entre su auditorio. Únicamente un antiguo empleado taciturno, el señor Boivin, por mote Boileau, escuchaba, muy atentamente. Dicho señor vivía en una casa de las afueras, consagrando sus atenciones a un jardincito; al decir de las gentes, era dichoso en aquel retiro, donde se lograban sus aspiraciones modestas. Después de su primera salida, Patissot apreciaba sus gustos, y la convergencia de sus aspiraciones fue motivo para que intimaran desde luego. El señor Boivin, queriendo cimentar aquella simpatía naciente, le invitó a un almuerzo para el domingo próximo en su casita de Colombes.

Patissot tomó el tren de las ocho, y después de innumerables pesquisas, descubrió en el centro del pueblo un pasadizo angosto y oscuro, una especie de cloaca inmunda y fangosa entre dos altos muros, y vio en el fondo una puerta desvencijada, con los cuarterones podridos, cerrándose por medio de una cuerda que se arrollaba a dos clavos. Al abrir, se encontró frente a frente con algo que tenía el aspecto de una persona y era sin duda una mujer. Cubría su pecho con una envoltura de trapos sucios, y colgaba de sus caderas una saya hecha jirones; entre sus pelos enmarañados revoloteaban plumas de pichón. Había clavado en el forastero sus ojillos grises, como si quisiera devorarlo. Después de un silencio, le preguntó:

—¿A quién busca usted?

—Al señor Boivin.

—Aquí vive. ¿Y qué le quiere usted al señor Boivin?

Patissot dudaba, muy turbado.

—Creo que me aguarda.

La mujer, tomando una expresión más feroz todavía, repuso:

—¡Ah! ¿Es usted el amigo que ha de almorzar con nosotros?

Patissot balbució un "¡si!" tembloroso, y la mujer, torciendo el gesto hacia el interior de la casa, gritó como una furia:

—¡Boivin! Aquí le tienes.

El insignificante señor, Boivin apareció en el umbral de una especie de barracón de yeso cubierto de cinc, que, teniendo sólo planta baja, ofrecía el aspecto de un invernadero. El pobre hombre llevaba pantalón de hilo blanco lleno de manchas de café, y cubría su cabeza con un sombrero de paja estropeado y grasiento.

En cuanto hubo saludado a Patissot quiso llevarlo a lo que llamaba su jardín —situado al extremo de otro pasadizo— lóbrego y de las dimensiones de un pañuelo, rodeado de casas tan altas, que nada más recibía un poco de sol durante un par de horas en el centro del día.

Matas de pensamientos, de claveles, de alhelíes y algunos rosales agonizaban en el fondo de aquel pozo sin ventilación, sin aire, y abrasado por las reverberaciones de los edificios contiguos.

—No tengo árboles —decía Boivín—, pero los muros de las casas próximas me dan tanta sombra como un bosque.

Luego, cogiendo a Patissot por un botón de la levita, le dijo en voz baja:

—Espero que me haga usted un favor. Ahora ya conoce usted a mi parienta. No es muy agradable ni muy complaciente que digamos. Hoy, para honrar la presencia del forastero, me hizo vestir una ropa más aseada que de costumbre; pero si me mancho, estoy perdido. Espero de usted que me ayude a regar mis plantas.

Accedió Patissot muy gustoso, y arremangándose la camisa, después de quitarse la levita, se puso a dar a la bomba, que silbaba, resoplaba y roncaba como el pecho de un tísico, dejando correr un hilillo de agua imperceptible apenas. Hicieron falta diez minutos para llenar una regadera. Patissot estaba chorreando; el señor Boivín le guió.

—Échele a esta planta... un poco más... ¡Ya tiene bastante! A esta otra.

La regadera, desestañada, se salía, dejando caer sobre las botas de Patissot más agua que sobre las flores; el barro salpicaba su pantalón. Veinte veces llenó la regadera, y otras tantas bañó sus pies y cubrió de sudor su frente haciendo gemir la bomba.

Cuando paraba, extenuado, el señor Boivín le decía suplicante:

—Una regadera más, una sola, será lo suficiente.

Para mostrarle su agradecimiento, le regaló una rosa, pero estaba ya tan abierta, que apenas la hubo puesto en el ojal, se deshojó por completo, dejándole como una condecoración, una especie de perita verde que le sorprendió mucho. No se atrevió a decirle nada, creyéndose obligado mostrarse discreto. Boivín tampoco lo tomó en cuenta, como si no lo hubiese reparado.

La voz de la señora de la casa resonó como un gruñido:

—¿Vienen o no vienen? Ya todo está dispuesto.

Se dirigieron hacia la casilla, temblorosos como dos culpables que temieran recibir un castigo. Si el jardín era sombrío, la casa, por el contrario, recibía un año de sol, no habiendo estufa tan calurosa como sus habitaciones.

Tres platos con sus respectivos cubiertos de estaño, bastante sucios, se adherían al tablero grasiento de una mesa de pino, en medio de la cual una cazuela de barro contenía filamentos de carne muy hervida, recalentados en agua sucia, donde nadaban algunas patatas.

Se sentaron. Comieron.

Un jarro lleno de agua teñida ligeramente con vino, atraía las miradas de Patissot. Boivín le dijo a su mujer, algo turbado:

—¿No podrías darnos un poco de vino puro, y te lo agradeceríamos?

Ella le sumergió en una mirada furiosa:

—Para que os emborrachéis los dos, ¿no es cierto?, y para que luego paséis toda la tarde alborotándome la casa? Ya me guardaré yo bien de que tal suceda.

Calló. Después del guisado, puso en la mesa unas patatas hervidas, aderezadas con un poco de manteca blanca, y cuando acabaron de comerlas en silencio, exclamó:

—Ya no hay más. Pueden irse a donde quieran.

Boivín la contemplaba estupefacto.

—¿Y el pichón? ¿El pichón que has desplumado por la mañana?

La mujer se puso en jarras, provocativa y amenazadora:

—¿Es que no habéis comido —bastante? Que me traigas invitados a casa no es motivo para devorar todo lo que tenemos. Y por la noche ¿qué comería yo, señor mio?

Los dos hombres se levantaron, y en el umbral de la puerta, el insignificante señor Boivín, por mote Boileau, susurró a la oreja de Patissot:

—Aguárdeme un instante, y nos largamos.

Entró en otro cuarto para vestirse, y Patissot oyó desde fuera el siguiente diálogo:



—Dame un franco; te lo pido por favor.

—¿Para qué necesitas un franco?

—Hay circunstancias imprevistas. Nadie sabe lo que puede ocurrir, y en toda ocasión es prudente llevar dinero en el bolsillo.

La mujer gritó con toda su alma para que se la oyera bien:

—¡Estás fresco! No te daré nada, nada. Ya que tu amigo almorzó aquí, justo es que pague lo que gastéis ahora, yendo juntos.

El señor Boivín volvió a reunirse con Patissot, el cual, esforzándose todo lo posible por aparecer fino y amable, se inclinó ante la dueña de la casa, balbuciendo:

—Señora... Muy agradecido..., nunca olvidaré sus atenciones.

Ella respondió:

—Bien. Ahora miren ustedes lo que hacen; porque si me lo trae borracho, tendrá que vérselas conmigo. Ya lo sabe.

Se fueron.

Llegaron a la orilla del río, frente a una isla cubierta de plátanos. El señor Boivín, lanzando a la corriente una tierna mirada, oprimió el brazo de su amigo, suspirando:

—Ya sólo faltan ocho días, ocho solamente, señor Patissot.

—Y ¿para qué faltan solamente ocho días?

—¡Para que principie la pesca!

Patissot, al oír esta palabra, sintió una especie de escalofrío semejante al que produce la presencia de una mujer que ha de trastornarnos.

Le preguntó, interesado:

—¡Ah! ¿Usted pesca, señor Boivín?

—¡Si pescó! ¡Naturalmente! La pesca es mi afición favorita.

Patissot continuó interrogándolo con sumo interés. Boivín enumeraba todas las clases de peces que juguetean bajo aquellas aguas turbias. A Patissot le parecía estarlos viendo. Boivín le describía los anzuelos más convenientes, los cebos más apetecidos, los lugares y las épocas más oportunas para cada especie... Patissot se iba sintiendo ya más pescador que el mismo Boivín. Convinieron en que el domingo siguiente inaugurarían juntos la temporada, para que fuera practicándose Patissot, el cual se felicitaba de haber tropezado con un verdadero maestro.

Se detuvieron para comer, ante especie de tabuco frecuentado por los marineros y toda la crápula de las cercanías.

Junto a la puerta, el señor Boivín tuvo la precaución de advertir:

—No tiene un aspecto muy lucido, pero sirven muy bien.

Se sentaron a la mesa. En cuanto bebieron el segundo vaso de vino, Patissot comprendió por qué la señora Boivín lo aguaba tanto; el viejo se mareaba. Discursó, se levantó, quiso hacer habilidades, intervino para poner paz en una riña de borrachos, y hubieran salido malparados él y Patissot sin el amparo del camarero. A la hora del café ya estaba tan borracho que no podía moverse, a pesar de los esfuerzos que había hecho su amigo para que no bebiera. Cuando salieron, Patissot le llevaba de un brazo.

Avanzaron en la oscuridad, a través de la llanura, y después de mucho divagar se vieron rodeados por un bosque de arbustos que les llegaban a la altura de las narices. Era una viña con estacas para sostener los pámpanos.

Andaban sin tino, vacilantes, abrumados, dando vueltas en un pequeño círculo, sin hallar salida.

Al cabo, el insignificante señor Boivín, llamado Boileau, se deslomó, hiriéndose en una mejilla con una estaca, y se quedó en el suelo gritando con toda la fuerza de sus pulmones, con toda la obstinación de su borrachera, mientras Patissot, desconcertado en absoluto, lanzaba estas palabras a los cuatro vientos:

—¿No hay nadie por aquí? ¿No hay nadie por aquí?

Al cabo, se acercó un labriego y los acompañó hasta el camino.

Le aterraba a Patissot llegar a casa de Boivín.

Se abrió bruscamente la puerta y, semejante a las antiguas furias, apareció la señora Boivín con una vela en la mano.

Al ver en qué forma llegaba su marido, se lanzó hacia Patissot vociferando:

—¡Ah canalla! ¡Bien sabía yo que lo emborracharía!

El infeliz Patissot, con un miedo espantoso, dejó caer a su amigo en el barro de la callejuela, y corriendo cuanto pudo, se encaminó a la estación.

## Pescadores de caña

La víspera del día fijado para echar por vez primera un anzuelo en el río, el señor Patissot compró, mediante ochenta céntimos, un ejemplar del Arte de pescar con caña. En ese libro halló muchas cosas útiles; pero lo que más le agradaba era la forma en que se referían, y aprendió de memoria estos párrafos:

*"En una palabra: ¿Quiere usted, sin preocupaciones, sin documentos y sin reglas, quiere usted salir triunfante y pescar con éxito a la derecha, a la izquierda de frente, descendiendo o remontándose, con apariencia de conquista que no admite dificultad? Pues bien: pesque usted antes de una tormenta, mientras descarga y cuando ha pasado, cuando el cielo se entreabre y aristas de fuego desgarran las nubes, cuando tiembla la tierra, estremecida por los prolongados rugidos del trueno; en tales circunstancias, sea por avidez, sea por terror, todos los peces, agitados y turbulentos, abandonan sus costumbres para lanzarse a una especie de batuda universal.*

*"Aprovechando la confusión, ya siga los preceptos que señalan ciertas probabilidades, o ya los olvide, vaya de todos modos a pescar, seguro de obtener un triunfo."*

Para poder cobrar simultáneamente peces de todos los tamaños, compró tres cañas de las que, divididas en varios fragmentos, que se insertan unos dentro de otros, toman la forma de un bastón. Para los gobios compró anzuelos del número 15, del número 12 para los sargos, y con los del 7 se proponía llenar su cesta de carpas y barbillos. No compró lombrices de agua, seguro de hallarlas en cualquier parte, pero hizo buena provisión de gusanos blancos. Tenía un tarro lleno, y por la tarde, al salir de la oficina, los contemplaba. Los repugnantes animalitos esparcían un hedor asqueroso, removiéndose y caracoleando entre el salvado como lo hacen en la carne podrida. Patissot quería ejercitarse aprendiendo a clavarlos en el anzuelo. Cogió uno con bastante repugnancia, y apenas lo aplicó a la punta acerada y corva, se le reventó, vaciándose por completo. Hizo veinte veces la prueba con igual resultado, y seguramente pasara la noche entretenido en aquella desmañada maniobra si no temiera que se le agotasen las provisiones.

Tomó el primer tren de la mañana. La estación estaba llena de aficionados provistos de sus cañas de pescar. Unas, como las de Patissot, parecían gruesos bastones, y otras que no se desarmaban, de una sola pieza, se alzaban disminuyendo hacia el extremo superior.

Todas juntas formaban una especie de bosque de troncos delgados, que se mecían cruzándose y chocando como espadas, sobre un oleaje de sombreros de paja de alas anchurosas.

El tren se puso en marcha, y las cañas asomadas a las portezuelas y erguidas en las imperiales, le daban el aspecto de una gigantesca oruga que se arrastra sobre la vía.

Se apearon en Courbervoie tomando por asalto la diligencia de Bezons. Un tropel de pescadores se encaramó apiñado en la Imperial, y como iban las cañas en alto, el coche avanzaba como un enorme puerco espín.

A lo largo de la carretera se veían constantemente hombres que llevaban la misma dirección, como si formaran una romería interminable hacia una Jerusalén desconocida. Todos iban provistos de cañas, recordando con su aspecto a los viejos peregrinos que regresaban de Palestina, y llevaban todos también un tarro de hojalata pendiente a un costado, traqueteándose con el apresuramiento.

En Bezons apareció el río. En ambas orillas una doble hilera de hombres enlevitados y otros con rajés de dril o con blusa, de mujeres, niños y hasta jóvenes casaderas, pescaban.

Patissot se dirigió hacia la presa donde le había citado su amigo Boivín, el cual le recibió con bastante indiferencia. Acababa de ponerse al habla con un señor grueso, de unos cincuenta aproximadamente, robusto en apariencia, y con el rostro muy tostado por el sol. Entre los tres alquilaron una lancha y fueron a colocarse al pie de la presa, donde acuden los peces atraídos por el agua removida.

Boivín se preparó con ligereza, y después de lanzar el anzuelo bien preparado, se quedó inmóvil, con la mirada fija en el flotador de corcho, cuyos movimientos absorbían toda su atención. Pero de cuando en cuando sacaba del agua el sedal para lanzarlo un poco más lejos. El señor grueso, cuando hubo sumergido sus anzuelos bien cebados, dejó su caña apoyada en las bordas, y después de llenar su pipa tranquilamente la encendió y, cruzándose de brazos, se distraía viendo correr el agua, sin preocuparse poco ni mucho del flotador. A Patissot se le reventaban todos los gusanos. A los cinco minutos, dirigiéndose a Boivín, le dijo:

—Señor Boivín, si fuera usted tan amable que me cebara el anzuelo con estos animalitos. Por más que lo procuro, no acierto a enfiarlos.

Boivín levantó un instante la cabeza, murmurando:

—Le ruego a usted que no me interrumpa, señor Patissot; no estamos aquí para perder el tiempo.

A pesar de lo cual, cogiendo el anzuelo que su amigo le ofrecía, lo cebó. Patissot, lanzando el sedal, imitaba como un humilde aprendiz los movimientos del maestro.

La superficie del agua, removida sin cesar por el sobrante de la presa, ofrecía un apoyo inseguro a la lancha, sacudida por bruscos movimientos y girando como un peón, a pesar de hallarse amarrada en corto. Absorbido por la pesca, sentía Patissot un malestar vago, angustioso, un dolor de cabeza, un desvanecimiento extraño.

Y mientras el flotador no daba señales de que los peces acudieran al cebo, el señor Boivín, excitado, revelaba su inquietud en gestos agrios y en abatimientos dolorosos; se dolía Patissot de todo, como si se hallara bajo la presión de un desastre; sólo el señor grueso, inmóvil, fumaba la pipa con absoluta indiferencia, con apacible tranquilidad, sin preocuparse de su caña poco ni mucho.

Al cabo, Patissot, desolado, se inclinó hacia él y con voz doliente le dijo:

—¿No pican?

El otro le respondió con mucha naturalidad:

—¡Rediez!

Aquella interjección sencilla, que denotaba una entereza de animo prudente, asombró a Patissot.

—¿Tuvo usted mejor fortuna otras veces?

—¡Jamás!

—¿Cómo jamás?

El señor gordo, lanzando al aire más humo que una chimenea de fábrica, soltó estas frases, que desconcertaron a su compañero:

—Me fastidiaría mucho que picaran. No vengo en busca de pesca; vengo porque aquí se pasa muy agradablemente la tarde, porque se alborota el agua como en el mar y sacude las barcas. Traigo una caña solamente para no diferenciarme de los otros que vienen a pescar.

Al señor Patissot, en cambio, lo que menos gracia le hacia era el balanceo; su angustia, vaga en un principio, adquirió, al fin caracteres bien determinados. Positivamente, como si la barca sufriese los embates de las olas, se había mareado.

Para librarse del malestar que le amenazaba, propuso volver a la orilla, pero Boivín, furioso contra él, se negó a complacerle y estuvo a punto de abofetearle por su importuna proposición. Afortunadamente para el infeliz empleado, más compasivo el señor gordo, se impuso, y arrimó a la orilla la barca.

En cuanto las angustias de Patissot desaparecieron, se preocuparon los tres de almorzar.

Podían elegir entre dos establecimientos.

Uno reducido, con aspecto de ventorrillo, frecuentado por toda la hez de los pescadores. Otro que se llamaba La Quinta de los Tilos, tenía el aspecto de una residencia familiar y allí se acogían los pescadores más distinguidos, la crema de la caña. Sus dueños, enemigos de nacimiento, se lanzaban miradas terribles, llenas de odio, distanciados por un terreno de bastantes anchuras, donde se alzaba la casita blanca del guarda y del peón de la presa. Los dos representantes de la ley también tenían opiniones contrarias, interesándose uno por el ventorrillo y otro por la quinta. Las constantes disensiones de aquellos tres edificios aislados eran una minúscula reproducción de la historia universal. En todas partes las mismas rivalidades y los mismos desacuerdos.

Boivín, asiduo del ventorro, en otras ocasiones lo propuso, recomendándolo:

—Sirven con mucha limpieza y económicamente. Ya lo verán. Sólo me falta, señor Patissot, advertirle que no conseguirá emborracharse como 'el domingo pasado. Mi mujer está furiosa y ha hecho juramento de no perdonarlo a usted en toda su vida.

El señor gordo manifestó su resolución de almorzar en La Quinta de los Tilos, un establecimiento, a su juicio, excelente, donde guisaban tan bien como en las mejores fondas de París.

—Haga usted lo que le plazca —replicó Boivín—; pero yo no renuncio a mis costumbres.

Y se fue hacia el ventorrillo.

Patissot, al cual tenía muy descontento, no le siguió, entrando en La Quinta de los Tilos, con el señor gordo.

Almorzaron tranquilamente, discurrieron acerca de varios asuntos, en absoluta conformidad, convencidos al fin de que simpatizaban.

\*\*\*

Levantándose de la mesa, empuñaron otra vez las cañas de pescar. Los dos nuevos amigos, departiendo agradablemente a lo largo de la ribera, se detuvieron. bajo el puente

del ferrocarril, echando al agua los aparejos sin interrumpir la conversación. Los peces no picaban allí tampoco, pero Patissot ya no se impacientaba.

Una familia se acercó a ellos. El padre, con patillas de magistrado, llevaba una caña larguísima. Tres muchachos de corpulencia y de estaturas distintas, llevaban también aparejos de tamaño distinto, conforme a la edad de cada uno, y la madre, muy rolliza, manejaba, con pulcritud femenina, una preciosa caña con un lazo de color en la empuñadura.

El caballero saludó, preguntando:

—¿Es buen sitio éste, señores míos?

Disponíase Patissot a contestar, cuando el señor gordo anticipó un juicio decisivo:

—¡Excelente!

Y la familia, sonriendo, se instaló en torno de los dos pescadores.

Entonces acosó a Patissot el deseo irresistible de pescar algo, cualquier cosa, un pez como un mosquito, para que aquellas gentes lo admirasen; maniobraba con su aparejo como el mismo Boivín, imitando lo que le vio hacer por la mañana. Dejó que la corriente arrastrara el flotador hasta que la parte del sedal no sumergida tocara a la superficie del agua en toda su extensión. Dando una sacudida, levantaba por el aire los anzuelos; después, haciéndoles describir un semicírculo, los sumergía nuevamente más allá, para ver el flotador de nuevo arrastrado por el agua. Se llegó a imaginar que, adiestrado en aquella maniobra, la realizaba con elegancia, cuando al descubrir el anzuelo una de sus rápidas curvas, lanzado por un tirón rudo, quedó sujeto en algo, a la espalda. Dio Patissot un tirón más fuerte para desengancharlo, y, describiendo una órbita de meteoro, apareció sobre las aguas del río un magnífico sombrero de señora, cubierto de flores y cintas.

Aterrado, volvió la cabeza, desprendiéndose de sus manos temblorosas la caña, que siguió al sombrero, arrastrados por la corriente del río, y entre tanto, el señor gordo se revolcaba muerto de risa.

La señora, sorprendida y despeinada, se entregaba a sus propios furores; el marido, terriblemente incomodado, exigió que pagara el sombrero y Patissot pagó triple de lo que valía.

Luego se alejó la familia reposadamente.

Patissot, empuñando con insistencia otra de sus cañas, tuvo el cebo en remojo hasta el anochecer. Su compañero dormía tumbado tranquilamente sobre la hierba de la orilla, y hasta las siete no despertó, diciendo al punto:

—¡Vámonos!

Entonces Patissot, decidido a recoger sus inútiles trebejos, retiró del agua el sedal dando el tirón de costumbre. Una sorpresa le aguardaba; una sorpresa tan grande que le hizo perder el equilibrio y arrancó a sus fauces un grito desentonado, entusiástico. Balanceó base al extremo del sedal un pez como una sanguijuela. Estaba cogido por el vientre; había tropezado en el anzuelo por casualidad.

Aquello fue un triunfo, una gloria inesperada. Patissot quiso que se lo frieran para comérselo él solo.

Durante la comida continuó intimando con el señor gordo, su acompañante. Supo que vivía en Argenteuil, que navegaba por el río, a la vela, desde su juventud. Sin fatigarse nunca de semejante diversión, y fue invitado a un almuerzo en casa de su nuevo amigo para el domingo siguiente, quedando proyectada una larga excursión acuática en el esquife Plongeon, propiedad exclusiva de aquel señor gordo.

Le interesaba de tal modo el diálogo, que llegó a olvidarse de su pesca; pero cuando estaba tomando el café se le vino a la memoria recuerdo tan grato, y exigió que se lo sirvieran inmediatamente.

Comió el pececillo —del tamaño de una cerilla— con mucha parsimonia, relamiéndose, orgulloso de su fortuna.

Y por la noche, subido a la imperial del ómnibus, refería sencillamente, a cuantos le prestaban oídos, que había pescado en todo el día catorce libras de peces.

### **Dos hombres célebres**

Había prometido el señor Patissot a su nuevo camarada que pasarían juntos el domingo siguiente; pero una circunstancia imprevista desbarató sus proyectos.

Una tarde, atravesando el bulevar, se encontró a uno de sus primos, al que no veía casi nunca.

Era un periodista complaciente, amable, bien relacionado, y se le ofreció para darle a conocer un mundo nuevo.

—Vamos a ver: ¿Qué proyectas para el domingo?

—Una excursión acuática en Argenteuil.

—¡Oh! Pasar el día en el río, fatigarse remando, es cosa muy aburrida y, sobre todo, monótona. No; el domingo irás conmigo. Te presentaré a dos hombres eminentes, a dos glorias nacionales; quiero que veas cómo viven los famosos artistas.

—Voy al campo, no sólo por divertirme, sino por prescripción facultativa.

—Pues al campo iremos. De paso verás a Meissonier, el ilustre pintor, en su finca de Poissy; luego, andando, llegaremos a Medán, a la casa de Zola. Precisamente necesito hablarle.

Patissot, radiante de júbilo, aceptó:

Para presentarse dignamente, se compró una levita nueva; no le parecía correcto visitar a tan eximios personajes llevando un traje deslucido por el uso; le preocupaba mucho el temor de soltar alguna sandez, como lo hacen con frecuencia los que hablan de artes que no practican y que apenas conocen, y no le quedaba ya tiempo suficiente para ilustrarse.

Comunicó a su primo tales preocupaciones, y el periodista le contestó, riendo grandemente:

—No te apures; límitate a entusiásticos elogios; nada más que elogios; elogios del principio hasta el fin, cada vez que hables. ¿Conoces los cuadros de Meissonier?

—Los he visto.

—Y ¿las novelas de Zola?

—Las he leído.

—Pues no hace falta más. De cuando en cuando, citas el título de una novela o de un cuadro, y añades a continuación: " ¡Magnífico! ¡Incomparable! Sobre todo, la ejecución... La manera..., el estilo... ¡Asombroso! " Es un recurso fácil e infalible para salir del paso. Ya sabes que tanto Meissonier como Zola evitan los halagos de su celebridad en vez de apetecerlos; pero las alabanzas gustan siempre a los artistas.

El domingo por la mañana fueron a Poissy.

A pocos pasos de la estación, al extremo de la plaza de la iglesia, estaba situada la finca de Meissonier.

Abriendo una puerta pintada de rojo, entraron en la huerta, y deteniéndose a la sombra de un magnífico emparrado, el periodista preguntó a su primo:

—¿Cómo te imaginas tú a Meissonier?

Patissot, indeciso, callaba; por fin, dijo:

—Un hombre de poca estatura, pero gallardo, pulcro, elegante.

—Vas a verlo —repuso el periodista, sonriente.

Descubrieron a la izquierda un pabellón de original aspecto, y a la derecha, la casa. Era un edificio extraño, con reminiscencias de todo; había en sus apariencias algo de

castillo gótico, de morada señorial, de quinta, de cabaña, de palacete, de catedral, de mezquita y de pirámide. Un estilo extraordinariamente complicado, capaz de volver loco a un arquitecto metódico, empeñado en clasificarlo; un estilo monstruo y elegante a la vez, obra del pintor, ejecutada bajo sus órdenes.

Entraron. La salita estaba llena de baúles. Apareció un hombre rechoncho, vistiendo blusa. Lo más notable de su fisonomía era la barba; una barba de profeta, que le invadía el rostro. abundante, inverosímil, caudalosa como un río, flotante como una cascada.

Saludó al periodista diciendo:

—Perdone usted que le reciba de tan mala manera. He llegado anteayer y aún está revuelto y en desorden todo. Hagan el favor de tomar asiento.

El, periodista continuó en pie, disculpando su prisa con palabras corteses:

—Admirable maestro: pasando junto a su finca, no supe resistir al deseo de saludarle. Ya satisfecho, me retiro.

Patissot, azorado, a cada palabra del otro hacía una reverencia, como si se sintiera impulsado por un resorte, y murmuró al fin, balbuciente:

—¡Preciosa finca!

El pintor, sintiéndose halagado, sonrió y le propuso recorrerla.

Primero visitaron un pabelloncito de apariencia feudal —el estudio antiguo del maestro— que se abría sobre una terraza. Luego atravesaron una sala espaciosa, un comedor, un vestíbulo adornado con magnificas obras de arte, deliciosos tapices de Beauvais, Gobelinos y de Flandes.

La múltiple riqueza ornamental de la fachada, en el interior se convertía en un lujo prodigioso de escaleras. Magnífica escalera principal, escalera de caracol reservada, en una torre; escalera de servicio, en otra; ¡escaleras en todas partes!

Patissot, curioso, abrió una puerta, retrocediendo al punto, sorprendido. Era una especie de santuario aquel evitable aposento, cuyo nombre pronuncian sólo en inglés las personas distinguidas; un santuario encantador y original, de un gusto exquisito, decorado como una pagoda, cuyo adorno costaría sin duda muchísimas cavilaciones.

Visitaron luego el jardín, intrincado, variado, tortuoso, donde se alzaban árboles corpulentos, y el periodista, decidido a no ser importuno, agradeciendo al amable maestro sus atenciones, despidiéndose, le obligó a retirarse.

Al salir, los acompañaba un jardinero. Patissot le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que pertenece al señor Meissonier esta finca?

El jardinero respondió:

—Verá usted: en mil ochocientos cuarenta y seis, adquirió la propiedad; pero la casa...La casa fue derribada y reconstruida cuatro o cinco veces desde entonces... Hay aquí más de dos millones enterrados.

Y, alejándose. Patissot concedía un inmenso prestigio al artista, no por el mérito de sus obras, por su talento, por su fama universal, sino porque gastaba tanto dinero en un capricho, mientras los burgueses ordinarios, por amontonar dinero, renuncian a todos los goces.

\*\*\*

Después de atravesar, el pueblo de Poissy, tomaron el camino de Medán. a pie.

La carretera sigue la orilla del río, poblado en aquella parte por islas encantadoras, luego asciende hasta el caserío de Villaines y vuelve a descender penetrando al fin en la tierra que habita el autor de Lourdes, de Roma y de Paris.

Una iglesia vetusta y linda, entre dos torres, se alzaba a la izquierda.

Siguieron avanzando, y un campesino les indicó la casa del famoso novelista.

Antes de llamar observaron el aspecto exterior de la vivienda. Un edificio sólido, muy alto, de construcción reciente, y como los montes de la fábula, parecía que acababa de dar a luz un ratón, una casita blanqueada y agazapada humildemente a sus pies. Era la mansión del antiguo proletario. El otro edificio lo mandó construir Emilio Zola.

Llamaron. Un enorme perro de Terranova comenzó a ladrar con tanta furia que a Patissot le inspiraba el deseo de retroceder y alejarse; pero un criado apaciguó las iras de Bertrand, y se fue luego, llevando al señor de la casa la tarjeta del periodista.

—Sólo falta que no esté dispuesto a recibirnos — murmuró Patissot—; me fastidiaría de veras haber hecho una caminata inútil.

Su compañero sonreía.

—Tranquilízate; si no quisiera recibirnos, tengo un recurso para obligarle.

Volviendo el criado, les rogó que le siguieran.

Entraron en el edificio de nueva planta y Patissot, profundamente impresionado, fatigoso, comenzó a subir por una escalera de forma antigua.

Subiendo y resoplando, Patissot procuraba imaginarse, adivinar la figura de aquel hombre cuya gloria resonaba en todos los ámbitos del mundo, entre los odios exagerados y feroces de ciertas gentes, la indignación fingida o verdadera de las clases conservadoras, el desprecio envidioso de algunos publicistas y las admiraciones frenéticas, la veneración de una inmensa muchedumbre. Y se lo representaba como una especie de gigante barbudo, un coloso de aspecto imponente y terrible, de voz atronadora y modales ariscos.

Llegaron al segundo piso y se abrió, para dejarles pasar, la puerta de un salón inmenso, inundado en luz por altos ventanales, desde donde se dominaba la extensa llanura.

Revestían los muros tapices antiguos. Se alzaba, a la izquierda, una chimenea monumental, cuya campana sostenían dos cariátides de piedra y donde hubiera podido arder entero el tronco de una encina centenaria; una mesa monumental, llena de libros, de papeles, de periódicos, ocupaba el centro de aquel salón, tan grandioso, que absorbía las miradas y las atenciones del visitante.

Después vieron incorporarse a un hombre que se hallaba recostado sobre un diván oriental, donde pudieran dormir cómodamente veinte personas a un tiempo.

Avanzó hacia ellos, les rogó que tomaran asiento en dos butacas y volvió a su diván, sentándose al estilo turco. A su lado había un libro abierto y su mano derecha jugueteaba con una plegadera de marfil, en cuyo extremo sus fijaba de cuando en cuando uno de sus ojos, guiñando el otro con obstinación de miope.

Mientras el periodista explicaba el motivo de su visita, y el escritor famoso le oía en silencio, mirándole a ratos atentamente, Patissot, cada vez más azorado, observaba sin cesar al hombre cuya celebridad era tan discutida y notoria.

Rayaba en los cuarenta, joven aún, de regular estatura, un poco grueso y de bondadosa expresión; su cabeza —muy semejante a las que vemos en las pinturas italianas del siglo XVI—, no siendo hermosa en el sentido plástico de la palabra, ofrecía los caracteres distintivos de inteligencia y energía; el cabello, corto, se erizaba coronando una frente amplia y serena; la nariz, recta, rematada en una superficie plana como en corte brusco, sobre la curvatura del labio superior, cubierto de un bigote bastante poblado; tenía la barba muy espesa y la llevaba muy corta. En su mirada poderosa y firme, resplandecían a veces intenciones irónicas; se adivinaba a través de sus ojos el funcionamiento continuo de su inteligencia, la observación constante de cuanto le rodeaba, el análisis de las personas, de las frases, de los gestos, de las intenciones, penetrando hasta la medula. Su cabeza redonda y firme correspondía bien a



su nombre, rápido y corto, formado por dos sílabas compactas y breves como dos vocales, como dos notas.

Cuando el periodista hubo explicado su proposición, el escritor dijo que no quería comprometerse por de pronto; que tal vez pudiera más adelante; que sus proyectos no estaban aún suficientemente definidos.

Y calló. Era un modo suave de poner término a la entrevista. Los dos visitantes se pusieron en pie algo desconcertados.

Pero a Patissot le invadió un deseo irresistible: deseaba que aquel personaje tan celebrado, tan conocido, se dirigiese a él, sólo a él, para pavonearse luego repitiendo a sus compañeros de oficina las palabras del hombre célebre.

Y, lanzándose, balbució:

—¡Admiro tanto..., me seducen tanto sus novelas!

Zola hizo una reverenda, pero no despegó sus labios.

Patissot, enardecido, temerario ya, insistía:

—Es para mí una honra inesperada oír en su propio domicilio a una celebridad universal.

El escritor hizo, ya un poco impaciente, otra reverencia.

Patissot, casi derrotado, insistiendo aún, al punto de retirarse añadió:

—¡Qué finca tan hermosa!

Entonces el orgullo de propietario se hizo sensible al elogio, despertando en el corazón indiferente del novelista, y su mano complaciente abrió una ventana para mostrar la extensión del paisaje. Se descubría desde allí un horizonte desmesurado, en todas direcciones: abarcaba la vista un panorama vastísimo: Triel, Pisse-Fontaine, Chanteloup, las cumbres de Hautrie, el cauce del Sena.

Los dos visitantes, extasiados, prorrumpían de continuo en sinceras alabanzas. Y su gusto les conquistó la voluntad algo huraña del dueño, abriéndoles de par en par todas las puertas. Vieron hasta la cocina, cuyas paredes y cuyo techo, revestidos con azulejos, eran el asombro de los campesinos.

—¿Cómo vino usted a parar aquí?—preguntó el periodista.

Y entonces, el hombre famoso les refirió que buscando un rincón donde guarecerse un verano, encontró la casita blanqueada, que vendían, con un buen terreno, por unos miles de francos, una friolera. Y aprovechando la oportunidad, la compró inmediatamente.

—Pero el edificio nuevo y todas las mejoras implantadas por usted, ¿le habrán costado mucho?

El novelista sonrió:

—¡Bastante me cuestan, bastante!

Se despidieron.

Cuando se alejaban, filosofando tranquilamente, le decía a Patissot el periodista:

—Cada general tuvo su Waterloo; cada Balzac tuvo su chifladura, y cada hombre célebre que habita en su propiedad, tiene su orgullo de propietario.

Tomaron el tren en la estación de Villaines, y, sentados en el vagón, Patissot pronunciaba ya los nombres gloriosos del pintor y del novelista como si fueran sus amigos de confianza.

Hizo todo lo posible para dar a entender que habían almorzado en casa de uno y comido en casa del otro.

## Preparativos de fiesta

El momento se aproxima; en las calles ya se nota el rebullir de las gentes, un estremecimiento parecido al de la superficie de los mares cuando se prepara la tempestad.

Las tiendas, empavesadas y floridas con banderolas, revisten sus fachadas con los alegres colores nacionales.

Poco a poco se exaltan los corazones. No se habla de otra cosa en todo el día. Las gentes cambian sus impresiones.

—¡Qué fiesta, pero que fiesta, señores míos!

—¿No sabe usted la noticia? Todos los reyes vendrán de incógnito, en traje de levita, para verlo.

—Aseguran que llegó ya el emperador de Rusia, y dicen que proyecta recorrer todo París con el príncipe de Gales.

—¡Vaya una fiesta! ¡Qué fiesta, pero qué fiesta!

—Sí, una señora fiesta; lo que Patissot, burgués de París, llama "una señora fiesta".

Un pretexto para que una heterogénea muchedumbre recorra, durante quince días, las calles de la ciudad, luciendo todas las horripilantes y emperifolladas fisonomías; un oleaje de sudorosos cuerpos donde se apiñan, estrujándose, la bruja engalanada con cintajos tricolores, gimiendo en las apreturas porque ha engordado excesivamente detrás del mostrador; el empleado raquíptico y anguloso que remolca exánime a su mujer y a su criatura; el obrero que lleva sentado sobre sus hombros a su hijo; el provinciano, que de todo se asombra, poniendo cara de imbécil estupefacto; el mozo de cochera que huele a cuadra, y los extranjeros vestidos con gusto extravagante; las inglesas como jirafas, el aguador con el traje de los domingos y la falange numerosa de modestos burgueses, rentistas inofensivos que se divierten con todo.

Achuchones, tropiezos, molestias, apreturas, polvo y sudor, gritos desentonados, blanduras de carne humana, exterminio de los callos a fuerza de pisotones, ausencia de todo raciocinio, perfumes apestosos, hedores, forcejeos inútiles, alientos putrefactos; ¡ofrecedle al señor Patissot, burgués de París, todas las alegrías que puedan cautivar su corazón! Hace sus preparativos desde que leyó en una esquina el bando del Alcalde:

*"Apelo a vuestro patriotismo, y .no dudo que rivalizaréis, dando a la fiesta el esplendor que merece tan fausto acontecimiento. Poned colgaduras e Iluminaciones; reunid, entre los vecinos, la mayor cantidad posible para que ofrezcan vuestras casas, vuestra calle, un aspecto sorprendente; más artístico, más deslumbrante que las casas y las calles contiguas."*

Tal era la prosa de aquel documento. Convencido, entusiasmado Patissot, se preocupó de concebir un proyecto llamativo, de combinar un aspecto artístico para su vivienda.

Se le ofrecía un grave inconveniente. La única ventana de su habitación recibía luces de un patio, de un patio lóbrego, estrecho, profundo, donde solamente los gatos y las ratas hubieran podido admirar sus iluminaciones.

Necesitaba un hueco sobre la calle. Y se lo proporcionó. En el piso principal de la casa vivía un señorón acaudalado, noble, realista, cuyo cochero, reaccionario también, habitaba en el sexto piso, una guardilla al exterior. El viejo empleado supuso que toda conciencia se vende, si el precio acomoda, y ofreció diez francos al hombre de la fusta para que le cediera su habitación desde mediodía hasta las doce de la noche.

El ofrecimiento fue aceptado.

Faltaba sólo preparara el adorno, la ornamentación.

Tres banderas y cuatro farolillos japoneses, ¿bastarían para dar al ventano del tabuco apariencias artísticas? ¿Bastarían para expresar toda su exaltación patriótica? No; ¡seguramente, no! Pero, a pesar de sus desvelos y de sus investigaciones constantes, al señor Patissot no se le ocurría otra cosa.

Quiso aconsejarse de sus vecinos, a quienes la duda extrañaba; interrogó a sus compañeros de oficina... Todo el mundo había comprado farolillos y banderolas, añadiendo, como gala de día, colgaduras tricolores.

Patissot, obstinado, no cesaba en busca de una idea original. Frecuentó los cafés, queriendo sonsacar los proyectos y las ideas de los parroquianos, pero no tenían imaginación. Una mañana se encaramó a la imperial de un ómnibus. Junto a él, un señor de aspecto respetable chupaba tranquilamente un puro; algo más allá, un obrero llenaba su pipa en la palma de la mano; dos golfos bromeaban detrás del cochero, y algunos empleados de varias categorías iban a cumplir sus obligaciones, mediante quince céntimos.

Asomando al quicio de las tiendas se amontonaba la percalina tricolor, que abrillantaban los oblicuos rayos del sol naciente.

Patissot, dirigiéndose al caballero del puro, insinuo:

—¡Serán unos hermosos festejos!

El caballero le miró de través y se limitó a mascullar, con tono agrío:

—Me importa un bledo.

—¿No le interesa una manifestación patriótica tan sonada? —preguntó Patissot, asombrado.

El caballero del puro, meneando la cabeza desdeñosamente, insistió:

—¡Me parecen dignos de lástima los que se apasionan con tales festejos! ¿Qué festejan? ¿A quién festejan? ¿Al Gobierno?... Señor mío: no tengo por qué festejarle; pero si yo no conozco al Gobierno...

Patissot, que por su condición de oficinista era un esqueje del Gobierno, se sintió molestado por aquella salida, y quiso dar a su respuesta la mayor solemnidad posible:

—Señor mío: el Gobierno es la República.

El otro se inmutó, y metiendo las manos en los bolsillos, dijo tranquilamente:

—¡Ah! ¿Si? No me opongo. Que sea la República, si a usted le place; pero, de todos modos, me importa un bledo. Yo no sabría respetar un Gobierno que no conozco; necesito conocer al Gobierno para respetarlo. Respeté a Carlos Diez, porque le conocí; respeté a Luis Felipe, conociéndole; conocí a Napoleón Tercero, y lo respeté. Pero no he visto jamás a la República.

Patissot, en actitud grave y digna replicó:

—Está representada por el Presidente.

Con un gruñido, el otro insistió:

—¡He de verlo!

Patissot entonces se encogió de hombros:

—Cualquiera puede verlo; no lo guardan bajo llave ni escondido en un armario.

De pronto, el caballero del puro se indignó:

—¡Pues repito y auguro que no es posible verlo! Muchas veces lo intenté, inútilmente. De nada me sirvió acechar en torno del Eliseo que, según dicen, habita. Me aseguraron que jugaba a carambolas en un café, y estuve días enteros en el café, sin que nunca se presentara. Leí que asistiría en carruaje a las carreras, y no asistió. Harto, al fin, renuncié a verlo. Ni siquiera he visto a Gambetta. y no me tropiezo nunca ni con un diputado.

Se animaba.

—Un Gobierno, señor mío, debe presentarse al público, procurando que lo conozcan. ¿Es posible gobernar de otro modo? ¿Tiene otra razón de ser? El pueblo necesita estar enterado. A tal hora de tal día el Gobierno pasará por tal calle. Así puede salirle al paso todo el mundo.

Patissot meditaba, tranquilo esas argumentaciones:

—Mejor sería conocer a los gobernantes.

El caballero del puro se dulcificó:

—¿Sabe usted cómo imagino yo los festejos? Pues bien, señor mío: construiría unos coches dorados, como las carrozas de gala de los reyes, que recorrieran la población llevando al Presidente, a los ministros, diputados y senadores, durante diez o doce horas. De esta manera, todos conoceríamos al Gobierno.

Uno de los golfos que iban detrás del cochero, lanzó esta pregunta:

—Y ¿por qué no llevar también los gigantones y la tarasca?

Semejante ocurrencia hizo reír a todos los viajeros.

Patissot, haciéndose cargo de esta objeción inesperada, murmuró:

—Pasearlos por las calles, como usted dice, parecería cosa de Carnaval.

Convencido el caballero del puro, inmediatamente rectificó su idea:

—También podían estar en un sitio visible donde los viéramos y no los zarandeáramos; encima del Arco de Triunfo de la Estrella, por ejemplo. Desfilaría por allí todo el vecindario. Esto me parece más oportuno, y sería de mucho efecto.

El golfo volvió a meter baza:

—Los veríamos... con telescopio.

El caballero del puro continuó sin hacer caso:

—¡Lo mismo que la distribución de banderas! Habría que buscar un pretexto, un simulacro de batalla; y luego se ofrecerían las banderas como premio por el triunfo. Yo tuve una idea, y se la escribí al ministro; pero no me ha contestado. Puesto que se ha elegido la fecha del asalto a la Bastilla, sería oportuno representar al vivo aquel suceso. Una Bastilla de cartón, montada por un escenógrafo, y ocultando entre sus muros la columna de Julio. El ejército al asalto, lo cual fuera un hermoso espectáculo y al mismo tiempo una enseñanza: "Las ropas destruyendo los baluartes de la tiranía." Después, el incendio; y ardería de verdad la Bastilla de cartón, destruyéndose y apareciendo entre las llamas la columna de Julio, con el genio de la Libertad sobre aquélla, cual el símbolo de las ideas libertadoras.

Todos oían con atención y juzgaban la idea excelente.

Un anciano dijo:

—Es una ocurrencia famosa, caballero, y que prueba su patriotismo, al par que su imaginación. Lástima que no se decidiese a no realizarla el Gobierno.

Un joven declaró que los actores más famosos deberían recitar por las calles las poesías patrióticas de Barbier, para imbuir al pueblo simultáneamente ideas de arte y de libertad.

Cada proyecto nuevo excitaba el entusiasmo. Todos querían hablar, se exaltaban los cerebros. Se cruzaron con un piano de manubrio que tocaba La Marsellesa; el obrero entonó una estrofa: le hicieron coro. El ritmo del canto popular animó al cochero y éste a los caballos que galopaban furiosamente.

Patissot vociferaba como energúmeno, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos, y los viajeros que iban apiñados en el interior se intranquilizaban, ensordecidos por aquel estruendo tempestuoso que había estallado sobre sus cabezas.

Callaron al fin, y Patissot, creyendo en las iniciativas del caballero del puro, le consultó sobre los preparativos que tenía proyectados:

—Colgaduras y banderas, me parecen imprescindibles; pero me gustaría otra cosa de más lucimiento, algo de novedad.

El caballero del puro reflexionó largamente, pero sin ocurrírsele nada.

Por eso, Patissot tuvo que limitarse a una colgadura, tres banderolas y cuatro farolillos japoneses.

### **Una historia triste**

Para descansar de las fatigas ocasionadas por los festejos, el señor Patissot ideó pasar el domingo siguiente, reposado, tranquilo, en algún lugar apacible, donde sus ojos se pudieran recrear con el espectáculo de la Naturaleza.

Deseoso de hallarse frente a un panorama vastísimo, eligió la terraza de Saint-Germain. Hasta después de almorzar no se puso en marcha, y, cuando hubo hecho una visita —de cumplido— al Museo prehistórico, sin comprender ni agradarle nada, solamente para tranquilizar su conciencia, se quedó muy admirado ante aquel anchuroso paseo desde donde descubren a distancia París y cercanías, las llanuras los bosques, los pueblecitos y hasta lejanas ciudades toda la extensión cortada por las azules y numerosas ondulaciones del río encantador y suave que atraviesa y fecunda el corazón de Francia: el Sena.

En las violáceas y borrosas lejanías, a distancias incalculables, se veían diminutos poblados, como blanquecinas calvas luciendo sobre las verdes laderas.

Y, reflexionando que allí, en aquellos hogares apenas perceptibles, hombres como él vivían, padecían y trabajaban, concibió, por vez primera la miserable condición del mundo, estrecha cárcel.

Perdidos en el espacio, a distancia infinita, otros universos incubarían acaso razas más poderosas e inteligentes que nuestra raza; y los veíamos lucir como farolitos en la noche, sin comprender su inmensidad...

Se le desvaneció la vista, vagando en la extensión abrumadora, sin límites, y se borraron de su mente aquellas reflexiones que le agubaban el meollo.

Recorriendo con pausado andar la terraza, de un extremo a otro, iba encorvándose, como si le abatiera el peso de sus filosofías.

Se sentó en un banco, donde se hallaba sentado ya otro caballero; tenía éste ambas manos cruzadas sobre el puño del bastón y apoyaba la barba sobre las manos, en actitud cavilosa y reflexiva.

Pero como Patissot era un hombre incapaz de permanecer cuatro segundos junto a un semejante sin dirigirle alguna pregunta, después de contemplar a su vecino, carraspeó, insinuándose con estas palabras:

—¿Podría usted indicarme, caballero, si no lo ignora como yo, cómo se llama aquel pueblecito?

El caballero, meditabundo, levantando tristemente la cabeza, le respondió con un tono, de voz muy apagada:

—Sartrouville.

Y no dijo más. Patissot, contemplando la inmensa perspectiva del paisaje, sombreado por añosos y gigantescos árboles, mientras respiraba las brisas aromosas del bosque, rejuvenecido por los efluvios primaverales de la campiña, con los ojos encandilados y la boca sonriente, murmuró:

—La espesura del bosque ofrecerá escondrijos deleitosos para los enamorados.

El caballero, taciturno, dijo entonces, con dolorosa expresión:

—Si yo me sintiera enamorado, me suicidaría inmediatamente.

Patissot, que profesaba otras opiniones acerca del asunto, protestó:

—Supongo que habla usted por hablar. ¿Qué motivos tiene para decir eso?

—¿Motivos? ¡Apenas me costó caro! ¡Cualquier día me pescan otra vez!

El oficinista, prometiéndose una historia interesante, hizo un gesto que demostraba su mucha satisfacción, al decir:

—¡Naturalmente! Haría usted locuras, y las locuras cuestan siempre caras.

El otro suspiró, lleno de melancolía:

—No, señor; no hice locuras; pero las circunstancias me fueron adversas; no hubo más, se lo aseguro.

Patissot, obstinándose, y temeroso de perder aquel regalo de su curiosidad, insistió:

—No todos los hombres podemos vivir como los clérigos: no es natural ni conveniente; la Naturaleza también nos impone su condición.

El otro, alzando los ojos al cielo, con tono plañidero, afirmó:

—Dice usted mucha verdad, señor mío, y si los clérigos fuesen hombres como los demás, no tuviera yo que dolerme de mis desdichas. Soy enemigo acérrimo del celibato eclesiástico, y tengo mis razones; vaya, sí, señor, tengo mis razones.

Patissot, cada vez más interesado, balbució:

—¿Consideraría indiscreto preguntarle...?

—Nada: le contaré puntualmente la historia, para que pueda medir todo el alcance de mi desventura. Yo nací normando, señor mío. Era mi padre molinero en Darnetal, cerca de Ruán, y al morir nos dejó a mi hermano y a mí, bastante niños aún, al amparo de nuestro tío, un sacerdote viejo, que nos educó, enviándonos luego a París en busca de una manera de vivir honrosa. Mi hermano tenía veinte años; yo, veintidós. Nos instalamos, por economía, en el mismo aposento, y vivíamos tranquilamente, cuando se ofreció la triste aventura que voy a referirle:

Cierta noche, de regreso hacia mi casa, encontré a una mujer, cuya presencia me agradó muchísimo.

Lo reunía todo, todo lo que yo deseaba, caballero; buenas carnes, y apariencias de bondad y sencillez. No me atreví a decirle ni una palabra; pero la miré de un modo significativo. A la noche siguiente, como yo era tímido, cuando la vi pasar tampoco supe abordarla; pero la saludé respetuoso, descubriéndome, y ella respondió con una sonrisa complaciente. Al otro día ya me atreví a detenerla y hablarle.

Se llamaba Victoria, y trabajaba de costurera en un taller de confecciones. Al punto comprendí que aquella mujer me había enamorado.

Y le dije:

—Señorita: me será muy doloroso continuar viviendo lejos de usted.

Ella bajó los ojos, en silencio. Entonces le cogí una mano, y aquella mano que yo cogí oprimió suavemente la mía. Fué un apasionamiento loco, señor mío; un entusiasmo delirante; pero como yo vivía con mi hermano, de momento no supe qué hacer.

Llegué a casa decidido a contárselo todo, y él se anticipó, refiriéndome una historia parecida: también estaba enamorado. Convinimos en separarnos, en tomar otro alojamiento para él, sin hablarle a nuestro tío de la separación. Y el tío continuó dirigiendo a mi casa la correspondencia.

Todo fue a pedir de boca, y a los ocho días Victoria se instaló en mi casa, decididos ambos a vivir maritalmente. Mi hermano llevó también a su amiga, y cenamos los cuatro alegremente. Cuando se fueron, Victoria me hizo dichoso... Y después nos dormimos.

Un violento campanillazo nos despertó. Miré la hora: eran las tres de la madrugada. Me puse los pantalones de prisa, y acercándome a la puerta, pensé: "No auguro cosa buena. ¿Quién puede llamar tan a destiempo?"

¡Mi tío! Mi tío el cura; mi tío, con su maleta, diciéndome:

—Yo soy, muchacho, yo soy. Vengo a pasar algunos días en París con vosotros y he querido sorprenderos. El señor obispo me ha dado una licencia.

Me abrazó, me besó, entró y cerró la puerta. Yo estaba más muerto que vivo; pero al verle dispuesto a entrar en mi alcoba, le detuve, saltándole al cuello y gritando:

—No, por ahí, no; por aquí, por aquí.

Le conduje al comedor. ¿Ha visto usted a un hombre más comprometido que yo en aquellas circunstancias? ¿Cómo hallar una solución? El me dijo:

—¿Y tu hermano? ¿Duerme? Voy a despertarle.

Entonces se me ocurrió una mentira:

—No está en casa. Un trabajo extraordinario y urgente le ha obligado a pasar la noche de hoy en la tienda. Mi tío se frotaba las manos de gusto, satisfecho:

—¡Ah! Caramba, caramba. ¿De manera que trabajáis de lo lindo?

Tuve una idea luminosa:

—Tendrá usted ganas de tomar algo... Después de un viaje... ¿Verdad?

Le agradó el ofrecimiento:

—Efectivamente, no me disgustaría tomar un bocado.

Me precipité hacia el armario, donde quedaban aún sobras de la comida. Mi tío era hombre de buen diente, capaz de pasarse doce horas comiendo. Le presenté primero unos filetes de vaca, sin otra idea que ganar tiempo, seguro de que le agradaban muy poco.

Pero, suponiendo tal vez que no había otra cosa, tranquilamente apechugó con ello. Cuando comprendí que ya no tomaría más, le puse delante los restos de un pollo, media empanada, muy apetitosa, de jamón y ternera, patatas cocidas y aliñadas, una fuente de crema, y vino: todo lo que yo me había reservado para el día siguiente. ¡Oh señor mío! Pero qué manera de tragar!... Y entre bocado y bocado, murmuraba:

—¡Chico! Tienes buena despena...

Yo hacía todo lo posible para obligarle a comer, para que no abandonara la mesa; y él se dejaba obsequiar sin resistencia ni desmayo. (Decían de mí tío en el pueblo que se hubiera comido un buey.)

A las cinco de la madrugada ya había devorado todo. Yo estaba en ascuas. Entretuvimos aún más de una hora con el café y el chupeteo de licores. Pero, al cabo, se levantó, y dijo:

—Enséñame tu casa.

Yo estaba desesperado; le seguí, casi dispuesto a tirarme por una ventana... Entrando en la alcoba, desvanecido, me prometía un dichoso azar, una fortuna imprevista, y mi corazón palpitaba confiado, imbuido por, no sé qué ilusoria esperanza.

Victoria, después de levantarme yo, había cerrado las colgaduras de la cama. ¡Si el viejo sacerdote no fuese curioso, y pasara sin tocarlas! ... ¡Ah señor mío!

Acercándose con la bujía en la mano, ¡zas!, de una sacudida las abrió. Habíamos quitado la colcha, y ella se había tapado hasta la cabeza con la sábana; pero se dibujaban, caballero, se dibujaban sus exuberantes curvas.

Temblé como un accidentado, se me hizo un nudo en la garganta. Mi tío se inclinó hacia mí, sofocando su risa, y al verle aquella cara tan risueña, estuve a puntó de dar un salto hasta el techo; mi asombro no tenía límites.

El viejo cura me dijo en voz baja:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Qué bromista eres! Me largaste un embuste; no quisiste despertar a tu hermano. Ahora verás de qué manera le despierto yo.

Y vi cómo se alzaba su dura mano de campesino; la vi caer y rebotar sobre la curva más redonda y saliente... Resonó un ¡ay! lastimoso. y se agitó la sábana como la superficie de un mar alborotado. Apareció, al fin, Victoria, incorporándose, con los ojos encendidos como dos faroles, mirando retroceder a mi tío, que se apartaba, horrorizado,

con la boca de par en par, ahogándose.. Caballero: el susto le había cortado la respiración.

Completamente desesperado aturdido, escapé, corrí... Estuve seis días vagabundo y sin atreverme a entrar en casa. Cuando a fuerza de reflexiones, un poco sereno y animoso, me decidí a volver, ni estaba ya el tío ni supe de Victoria...

Patissot, muerto de risa, balbucía:

—¡Lo creo!

Y el otro permanecía silencioso. Pero al cabo de algunos momentos, prosiguió:

—Aquella desdicha fue causa de que mi tío me desheredase, creyendo que aprovechaba yo las ausencias de mi hermano para correr aventuras.

No volví— a saber de Victoria; el tío no admitió explicaciones; toda la familia se puso de su parte; ni siquiera mi hermano quiso mitigar mi desgracia, y hasta después de la muerte de mi tío, cuya herencia fue sólo para él, me trata con desprecio, como a un miserable calavera. Sin embargo, puedo jurar que desde aquella noche nunca, nunca, nunca he tenido el menor desliz amoroso.

Hay situaciones que no se olvidan...

—Y ¿por qué frecuente usted este sitio?—preguntó Patissot, con sumo interés.

Y el otro, cuando hubo abarcado el horizonte con una escrutadora mirada, como si temiese que alguien le oyera, murmuró aterrado y dolorido:

—¡Huyo de las mujeres caballero!

### **Intento amoroso**

Muchos poetas se imaginan que la mujer es el principal ornamento de la vida, y, sin duda por esta razón, la comparan a todo lo florido y perfumado, llamando a nuestra imprescindible compañera, rosa, lirio, clavel, etc., etc.

El ansia de ternura y sentimentalismo que se apodera de nosotros al atardecer, cuando el velo de la noche principia lánguidamente a flotar sobre los horizontes lejanos. y cuando todos los aromas y el vaho de la tierra nos embriagan, se traduce de ordinario en impropias manifestaciones líricas.. Y el señor Patissot, como todos los mortales, también sintió ansias devoradoras de ternura, de caricias prodigadas .y recibidas en las revueltas de los senderos, a los oblicuos rayos del sol, con las manos de una mujer entre sus manos.

Entreviendo el amor como un deleite sin limites, en sus horas de, fantasía y ensueños delirantes, consagraba su agradecimiento al Creador, que puso tales encantos en las caricias humanas. Pero no sabía dónde hallar la compañera indispensable. Aconsejado por un amigo, se fue a un café concert. Allí había muchas, y para todos los gustos; faltaba sólo elegir. Pero se encontraba algo cohibido para decidirse, porque las ansias de su corazón eran sobre todo arrebatos poéticos, y la poesía no era, sin duda, la preocupación de tales hembras con los ojos cercados, y que sonreían de una manera perturbadora, luciendo la blancura de sus dientes. Al cabo, se decidió por una joven debutante, de aspecto pobre y tímido, cuya mirada triste —síntoma de una enfermiza naturaleza— no estaba en absoluto exenta de poesía melancólica.

La citó para el día siguiente, a las nueve de la mañana, en la estación de Saint-Lazare.

Ella no fue, pero tuvo la delicadeza de hacer que fuera en su lugar una de sus amigas.

Era una moza rubicunda, vestida patrióticamente con un traje tricolor, y llevaba un sombrero —túnel desmesurado, en el cual ocupaba la cabeza el centro. Se quedó Patissot un poco desconcertado, pero aceptó la sustituta. Y tomaron billetes para



MaisonsLaffitte, acudiendo al anuncio de las regatas y de unas grandes fiestas venecianas.

En cuanto subieron al vagón —ocupado ya por dos caballeros respetables y tres señoras, que debían de ser, por lo menos, marquesas, a juzgar por su empaque— la moza rubicunda, que dijo llamarse Octavia, le instruyó a Patissot, con entonaciones de loro, de su mucha bondad y sencillez, sus aficiones campestres y del goce que sentía correteando por praderas, donde se cogen florecillas y se comen fiambres; y cuando, con una risa tan aguda que hacía estremecer los cristales, a punto de quebrarlos, le llamaba familiarmente a su compañero: "Chacho mío."

Se avergonzaba Patissot, al cual obligaba mucho a ser decoroso y reservado su posición oficial. Pero afortunadamente, Octavia se contuvo, y miraba de reojo a sus compañeras de viaje acometida por el deseo —que sienten con frecuencia las infelices pecadoras— trabar conversación con las mujeres respetables. A los cinco minutos, creyó haber discurrido pretexto, y sacando un número del Gil Blas, que llevaba en su blusa, lo presentó finamente a una las viajeras, ofreciéndoselo con mucha cortesía. La señora, estupefacta, se negó a tomarlo, con un gesto duro. Entonces la moza rubicunda, un tanto herida en su amor propio, comenzó a disparar insinuaciones y frases de doble sentido, hablando en alta voz, para que se oyera bien, de las mujeres que presumen, que se dan tono, y valen menos que las otras.

De cuando en cuando soltaba una expresión malsonante, que hacía el efecto de una bomba estallando entre la dignidad glacial de los viajeros.

Al fin llegaron. Patissot, al apearse del tren, quiso dirigirse inmediatamente hacia lo más agreste del parque, suponiendo que la soledad poética del bosque apaciguaría la iracunda exaltación de su compañera, suavizándola.

Pero la exaltó en sentido contrario. Al verse a la sombra de las ramas, al pisar la hierba, se puso a cantar desafortadamente pasajes de ópera, archivados en su cabeza de chorlito; trinando, pasaba del Roberto a Dinorah y retorció las frases apasionadas con voz estridente, acentuando mucho la nota sentimental.

De pronto, sintiendo apetito, propuso que fueran a almorzar. Patissot, en espera de las ternuras y de las caricias ansiadas, quiso retenerla. Octavia se disparó:

—Supongo que no me has traído para matarme de hambre y aburrirme, ¿verdad?

Se dirigieron hacia la fonda Le Petit-Havre, muy cerca del sitio donde debían verificarse las regatas.

Octavia encargó un almuerzo interminable, una serie de platos que no acababa nunca. Y mientras preparaban todo aquello —suficiente para un batallón— hizo que la llevaran una lata de sardinas.

Con tal furia se arrojó sobre los pescaditos en aceite, que parecía dispuesta a devorar hasta el envase; pero en cuanto hubo comido un par de sardinas, advirtió que ya estaba satisfecha, que no probaría ni un bocado más y que sólo deseaba ir a ver los preparativos de las regatas.

Patissot, alterado y sintiendo un hambre canina, se opuso a levantarse de la mesa con el almuerzo encargado y sin almorzar. Ella se fue, diciendo que a los postres la esperara; y el oficinista comió solitario, silencioso, preocupándose inútilmente de su pasado ensueño amoroso, cuya realización era muy difícil teniendo que vencer las impetuosidades y las indiferencias de aquella hembra rebelde.

La moza no volvía, y Patissot, aburrido ya de tan larga espera, se decidió a salir en su busca.

Octavia se había incorporado a un grupo de amigos, bateleros de afición, que iban casi desnudos y, sofocados, encendidos, gesticulaban junto a la casa del constructor de botes Fournaire, discutiendo acaloradamente las condiciones del concurso.

Dos caballeros de apariencia respetable —sin duda jueces de las regatas— los oían con agrado.

Al ver llegar a Patissot, la moza, que se apoyaba en el brazo robusto y negro de un amigo —de un joven que tendría sin duda más desarrollado el bíceps que las circunvoluciones cerebrales—, acercando sus labios a la oreja de su acompañante, pronunció algunas palabras.

El batelero se limitó a responder:

—Comprendido.

Y Octavia corrió hacia el oficinista, risueña, con la mirada retozona, casi amante.

—Quisiera dar un paseo en lancha por el río —insinuó.

Muy satisfecho al verla tan amable y asequible, Patissot accedió inmediatamente al nuevo capricho y fue a tomar un bote.

Pero la moza se negó obstinadamente a ir hacia donde se corrían las regatas, a pesar del empeño de Patissot.

—Me agrada más un sitio solitario, quiero estar sola contigo, ¡mi vida!

Un estremecimiento sacudió todas las fibras del empleado. Se quitó la levita y se puso a remar con alma.

Un molino vetusto, cuyas ruedas carcomidas ya no hundían sus paletas en el agua, cubría con sus dos arcos un estrecho brazo del río. Atravesaron lentamente y descubrieron al otro lado un retiro apacible y encantador, a la sombra de árboles que unían sus copas formando una especie de bóveda.

Aquel estrecho brazo de agua, revolviéndose, formaba curvas y recodos infinitos y ofrecía sin cesar horizontes nuevos, anchas praderas a un lado, y al otro una colina cubierta de jardines y casas de recreo. Pasaron frente a un balneario casi escondido en la enramada, un delicioso escondrijo campestre, donde algunos caballeros muy enguantados, junto a varias señoras primorosamente acicaladas, ofrecían todo el ridículo encogimiento de los elegantes en el campo.

La —moza lanzó un grito de alegría:

—¡Nos bañaremos! ¡Ahí nos bañaremos después!

Más adelante quiso hacer alto en una especie de bahía.

—Ven, acércate, chacho mio; acércate mucho a mí.

Echándole al cuello los brazos, apoyó la cabeza en un hombro de Patissot, balbuciendo:

—¡Qué gusto! ¡Qué bien estoy así! ¡Qué alegría siento! ¡Qué deliciosa es el agua!

Patissot se hallaba por completo sumergido en un baño de felicidad, y radiante de gozo, pensaba con lástima en los bateleros idiotas, que, incapaces de sentir el encanto, la frescura penetrante de los remansos a la sombra de los árboles, van siempre sofocados y sudorosos, embrutecidos por el esfuerzo que realizan, desde la barraca donde almuerzan a la barraca donde comen.

Tan deliciosa placidez le adormeció; y al despertar... estaba solo. Llamó a su compañera; nadie le respondía. Inquieto, azorado, se encaramó a lo más alto de una roca para descubrir un buen trozo del río, queriendo investigar, temeroso de una desdicha.

Y, a lo lejos, dirigiéndose hacia él, descubrió un esquife diminuto, que cuatro remeros agitados y enrojecidos hacían avanzar como una flecha.

Luego vio a una mujer que manejaba el timón...

¡Cielos!... Parecía... ¡Ella!

Octavia iba cantando una barcarola con voz desafinada y al compás de los remos. Al pasar cerca de Patissot, interrumpió su copla, y tirándole un beso, le gritó:

—¡Que te diviertas, mamarracho!

## Un banquete y algunas ideas

Con motivo de los festejos patrióticos, el señor Perdrix (Antonio), jefe del Negociado a que Patlssot correspondía, fue agraciado con el título de caballero de la Legión de Honor. Llevaba treinta años de servicios con las formas de gobiernos anteriores y diez de sumisión a la República.

Sus subordinados —aun cuando protestaban contra aquella recompensa, deseosos de otra más ventajosa para todos— creyeron conveniente regalarle las insignias, con diamantes al carbono; y el nuevo caballero, para corresponder a la finura, les ofreció una comida. Esta se celebró el domingo inmediato, en su residencia de Asnières.

La casa, decorada conforme al estilo moruno, tenía el aspecto de un café-concert; pero su emplazamiento realzaba su valor, porque la vía férrea, cortando el jardín en toda su extensión, pasaba a veinte metros de la puerta. En el centro del obligatorio ruedo de césped, aparecía el imprescindible estanque de cemento romano, con los inevitables peces de colores, y un surtidor, semejante a una jeringa, reflejaba de cuando en cuando microscópicos arcos iris que maravillaban a los visitantes.

El abastecimiento de aquel irrigador era motivo de muchas cavilaciones para el señor Perdrix, que se levantaba con frecuencia muy de madrugada para llenar el depósito. Le daba a la bomba con enseñamiento, en mangas de camisa, con el abultado vientre rebosante, fuera del pantalón, para tener el gusto, al regresar de la oficina, de abrir las llaves y suponer que un fresco apacible inundaba el jardín. El día del banquete oficinesco, todos los invitados, uno tras otro, a medida que llegaban, sentían el mismo asombro y las propias admiraciones al considerar el delicioso emplazamiento de la finca. Y cada vez que un tren se aproximaba, el señor de aquellos dominios predecía su ruta y el término de su viaje: Saint-Germain, El Havré, Cherbourg, Dieppe.

Para divertirse, todos hacían señas y dirigían saludos a los viajeros asomados a las ventanillas. Era una broma de buen género y que a nadie podía molestar.

Se hallaba reunido en la mansión del jefe, señor Perdrix, todo el personal de su Negociado.

El señor Capitaine, jefe segundo.

El señor Patissot, oficial primero.

Los señores de Sombreterre y Vallin, mozalbetes elegantes que frecuentaban la oficina lo menos posible, oficiales terceros.

El señor Lade, famoso entre sus camaradas, por sus teorías disolventes, oficial cuarto.

El señor Boivín, auxiliar.

Daban asunto a muchas discusiones las ocurrencias del señor Lade. Unos le creían revolucionario y otros fantaseador. Pero todos se hallaban conformes en juzgarle inoportuno. Flaco, de poca estatura, con los ojos encendidos y la melena gris, era ya viejo y había despreciado siempre las funciones administrativas.

Muy aficionado a manejar toda clase de libros, cuya lectura devoraba, y hombre de carácter indómito, en rebeldía constante, apóstol de la verdad y enemigo de las preocupaciones arraigadas, tenía una manera clara y paradójica de presentar sus argumentos, que desconcertaban de pronto a los imbéciles engreídos y a los desengañados ignorantes.

"Es un viejo loco", decían algunos.

"Un demoledor", afirmaban otros.

Y su poca fortuna, su mala carrera, servían de argumento contra el infeliz, a los advenedizos de pocos alcances.

La independencia de su criterio y la desenvoltura de sus juicios, le hacían temible, y sus colegas, horrorizados, extrañaban que no se le hubiese dejado cesante cien veces.

Al sentarse a la mesa, el señor Perdrix pronunció algunas frases, muy oportunas, agradeciendo a sus "colaboradores" el interés y la simpatía que le demostraban, y prometiéndoles ayuda, tanto más eficaz cuanto mayor fuera su encumbramiento; rematando con una loa elocuente a los gobernantes que premian el mérito, buscándolo y ensalzándolo entre los humildes.

El señor Capitaine, jefe segundo, tomó la palabra en nombre de los demás, felicitando, congratulándose, y saludó, exaltó, cantó alabanzas de todos. Ambos discursos fueron recibidos con aplausos entusiásticos. En seguida comenzaron a comer seriamente.

Aun cuando la conversación languidecía, falta de asuntos interesantes, fue todo bien hasta los postres. Pero, tomando el café, se desencadenó de pronto la elocuencia demoleadora del señor Lade.

Hablaron de amor —naturalmente— y un soplo de caballeresco romanticismo estremeció, exaltándolos, aquellos corazones de oficinistas. Alabaron la hermosura femenina, las excelencias de la mujer, la delicadeza de su alma, su aptitud para sentir lo exquisito, su facilidad para comprender lo intrincado, su intuición juiciosa y su encantadora delicadeza.

El señor Lade protestó, rechazando con mucha energía el calificativo de "bello sexo" que se aplica —indebidamente, según su opinión— a las mujeres, y para replicar a las protestas indignadas y ruidosas de sus compañeros, citó algunas autoridades:

—Schopenhauer, caballeros, Schopenhauer; el gran filósofo alemán venerado en Alemania, dice: "Hace falta que la inteligencia del hombre se halle por completo embotada, ciega de amor, tras suponer "bello" a un sexo de menguado cuerpo, estrecha espalda, salientes caderas y piernas torcidas. Toda la belleza de la mujer, se reduce al instinto del amor. En vez de llamarlo bello, el sexo femenino se ha debido llamar antiestético. Las mujeres desconocen el sentimiento y la inteligencia de la música, tanto como el sentimiento y la inteligencia de la poesía y de las artes plásticas; todo es en ellas arte de imitación, pretexto, prurito, afectación explotada por el aseo de agradar."

—El hombre que ha dicho eso, es un imbécil —afirmó el señor Sombreterre.

Sonriendo, el señor Lade, continuó:

—El juicio que merecieron a Rousseau, no es más favorable; vedlo, señores: "Las mujeres, en general, desconocen las artes, no tienen apego a lo artístico y carecen de inteligencia."

El señor de Sombreterre, haciendo un gesto desdeñoso, exclamó:

—Rousseau era tan estúpido como el otro; no prueba usted nada.

El señor Lade sonreía y prosiguió:

—Lord Byron, amante de las mujeres, las trata mucho peor: "Es justo que se las alimente y las vista bien; pero no debieran intervenir en negocios de los hombres; que se las instruya en religión, pero no en política ni en el arte, que no entienden; para su capacidad, bastan devocionarios y libros de cocina." Eso dijo el famoso poeta, que las amaba. Y, ciertamente, la experiencia apoya sus reflexiones. Todas las mujeres aprenden música y pintura, y entre todas no han hecho un buen cuadro ni una ópera. ¿Por qué, señores? Porque las mujeres forman el sexus sequior, el sexo secundario en todos conceptos, auxiliar solamente del otro.

El señor Patissot, exaltándose, dijo:

—¿Y Jorge Sand, caballero?

—Excepcional, en absoluto excepcional; no es un ejemplo, es un caso único. Veamos ahora las opiniones de un gran filósofo inglés, Herbert Spencer, el cual dice: "Cada sexo, bajo la influencia de estímulos determinados, puede manifestar facultades reservadas generalmente al otro. Así, para citar sólo una experiencia extraordinaria, con

una excitación especial, se puede conseguir que los pechos de un hombre produzcan leche. Se dio el caso, en tiempos de ruda escasez, de salvar por semejante procedimiento a una criatura huérfana de madre. Sin embargo, no incluiremos en los atributos del macho atender a la lactancia de sus hijos. De igual modo la inteligencia de la mujer, que puede proporcionar en ciertas ocasiones frutos muy bien sazonados, no se toma en cuenta, como factor social, cuando se define la naturaleza femenina..."

El señor Patissot, herido por estas frases en todas las fibras de su corazón caballeresco, respondió:

—Usted, caballero, ha debido renunciar sus derechos de ciudadano francés. La galantería francesa es una de las formas del patriotismo.

El señor Lade aprovechó la oportunidad para decir:

—El patriotismo no es cosa indispensable. Yo tengo el menor posible.

Un escalofrío corrió entre los comensales, mientras el señor Lade proseguía tranquilamente:

—¿Consideráis que la guerra es una monstruosidad, y la costumbre de hacer matanzas de hombres, conservada por todos los pueblos, un estado permanente de salvajismo? Teniendo un solo bien efectivo, la vida, ¿consideráis odioso que los gobiernos, en lugar de proteger la existencia de los ciudadanos, la sacrifiquen obstinadamente? Lo condenáis como yo lo condeno, ¿verdad? Pues bien: si la guerra es algo abominable y odiosa, ¿qué será el patriotismo que provoca y protege la guerra contra la piedad y la razón de los hombres? Cuando un ladrón asesina, su crimen tiene por objeto el robo. ¿Pero qué objeto se propone un soldado al ensartar con la bayoneta o abrir el cráneo de un tiro a otro soldado?

Corrió en torno de la mesa un malestar, una inquietud ostensible.

Uno dijo:

—Hay cosas que pueden pensarse, pero no decirse.

Patissot añadió:

—Todos los razonamientos van a estrellarse contra los principios respetados por las gentes honradas.

—¿Cuáles?—preguntó el señor Lade.

Y el señor Patissot, dando a sus palabras un tono solemne, dijo:

—La moral, caballero.

El señor Lade, radiante de gozo por el giro que tomaba la polémica, insistió:

—Un ejemplo, uno solo; permítanme citar un solo ejemplo. ¿Qué opinión les merece un hombre que vive a expensas del cariño de una mujer, un chulo?

Esta pregunta hizo deplorable impresión.

—Les parece asqueroso, ¿verdad? Lo comprendo! Pues bien: hace un siglo, nada más un siglo, que un caballero muypreciado y sutil en asuntos de honor, estando en relaciones amorosas con una dama noble y rica, no se avergonzaba de vivir a sus expensas ni de sacarle todo el dinero posible; al contrario, era para él un orgullo y nadie lo suponía un exceso deshonoroso. Queda probado que los principios de moral cambian con las épocas, y por tanto...

Visiblemente contrariado el señor Perdrix, le interrumpió:

—Toda la sociedad necesita, para existir, una base, reglas de conducta, principios. Vea usted en política, por ejemplo: el señor Sombreterre, legitimista; el señor Vallin, orleanista; el señor Patissot y yo, republicanos: opiniones bien distintas; pero como cada uno atiende a la propia con arreglo a sus principios, todos nos entendemos perfectamente.

Al oír esto el señor Lade, advirtió:

—Caballero: también yo tengo mis principios arraigados.

Patissot, levantando la cabeza desdeñoso, dijo friamente:

—Me agradecería conocerlos.

El señor Lade no se hizo rogar mucho.

—Ahí van, señores. Primer principio: el Gobierno en manos de un hombre solo es una monstruosidad. Segundo principio: restringir el sufragio es una injusticia. Tercer principio: el sufragio universal es una estupidez. Voy a demostrarlo todo. En efecto: entregar millones de hombres, entre los cuales habrá inteligencias privilegiadas, artistas y sabios, a la voluntad, al capricho de uno que puede sacrificarlo todo en un momento de alegría, de locura, de odio; a uno, árbitro de malgastar las riquezas ganadas por todos y de comprometer millares de vidas en un combate... No es preciso discurrir mucho para ver en esto una intolerable aberración. Y admitiendo que los pueblos deban gobernarse por sí mismos., también es una injusticia notoria excluir a una parte de los ciudadanos con un pretexto cualquiera. Esto es claro; no admite duda. Queda el sufragio universal; a nadie se le quitan derechos, todos los ciudadanos los disfrutan. Sabido es que los hombres de genio escasean, ¿verdad? Vamos a correr un poco, a suponer que actualmente hay cinco en Francia. Supongamos también que hay cien hombres de talento excepcional, mil entre varias clases de talentos; y diez mil superiores al vulgo, por su cultura, por algo que los distinga. Tenemos un Estado Mayor de once mil ciento cinco individuos, a los cuales acompaña un ejército de medianías y sigue una muchedumbre de imbéciles. Como el número de medianías y de imbéciles (casi toda la Humanidad) es aplastante, resulta un absurdo que puedan elegir un Gobierno inteligente. Razonando con lógica, me vería precisado a considerar el sufragio universal como el único principio admisible., si no fuera inaplicable. Que a la formación del Gobierno concurren todas las fuerzas vivas de un país, que se hallen representados en el Gobierno todos los intereses, que sean atendidos todos los derechos; es un ideal, sólo un ideal; porque la única fuerza que se puede medir, el número, es precisamente lo más torpe y lo más inútil. Yendo cada hombre al sufragio con un voto, los ignorantes derrotarán a los inteligentes. Para que un sufragio fuera expresión de la verdad, cada hombre debería tener cierto número de votos proporcional a sus facultades. Cuando el voto de un artista valiera como el de cien traperos, y el de un agricultor ilustrado como el de mil destripaterrones equilibrándose las fuerzas, podría obtenerse una digna representación nacional. Pero a eso no puede llegarse. Termino, formulando mis conclusiones: antes, el hombre sin oficio ni beneficio se hacia fotógrafo; ahora se hace diputado. En tales circunstancias, el poder incapaz y desmayado, será impotente para todo; ni pena ni gloria. En cambio, un rey absoluto, si es torpe, daña; pero si es inteligente, hace bien. Lo difícil es que sea inteligente. De tal modo estimo las tres formas de gobierno intentadas que...me declaro anarquista, es decir, partidario de la menor autoridad posible, enemigo irreconciliable del poder, que siempre y en todas formas resulta odioso.

En torno de la mesa se alzaban clamores indignados; todos una voz, republicanos, legitimistas y orleanistas, protestaban. Sobre todo, el señor Patissot, furioso, encendido, lanzó a la cara del refractario este apóstrofe:

—¡No tiene usted creencia ninguna!

Y el otro respondió tan fresco:

—Ninguna.

La cólera de todos se manifestó ruidosamente y al señor Lade le fue imposible continuar.

El señor Perdrix, revestido con su carácter de jefe, puso término a la discusión.

—¡Basta. caballeros, basta! Cada cual, tiene sus opiniones, y nadie puede admitir las ajenas a menoscabo de las propias.

Pareció muy atinado el juicio; pero el señor Lade, impertérrito quiso dar la nota final:

—Mi ley única, se compendia a una frase: No quieras para otro lo que no quieras para ti. A ver quién es capaz de rebatirla.

Nadie le contestó; pero, hablando entre dientes de dos en dos, algunos afirmaban:

—Este hombre discurre. A veces da en el clavo. Merecería que lo ascendieran y lo trasladasen... a una casa de locos.

## **Sesion pública**

A uno y otro lado de una puerta, sobre la cual decía un letrero "Sala de baile", dos carteles rojos anunciaban, el domingo, cosa muy distinta de un recreo juvenil.

Cuando iba de paseo tranquilamente hacia la estación, después de almorzar, el señor Patissot, atraído por la nota deslumbrante de aquellas dos tiras de papel, se detuvo y leyó:

**ASOCIACIÓN GENERAL INTERNACIONAL  
PARA LA REIVINDICACIÓN  
DE LOS DERECHOS DE LA MUJER  
COMITÉ CENTRAL  
SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA**

bajo la presidencia de la librepensadora Zoé Lamour, y de la ciudadana nihilista rusa Eva.Schoruin, con el concurso de —una comisión de ciudadanas, representantes del Circulo Independiente del Pensamiento Libre, y de un grupo de ciudadanos adheridos.

**LA CIUDADANA CESARINA BRAU  
Y EL CIUDADANO SAPIENCIA CORNUT  
—QUE ACABA DE CUMPLIR UNA CONDENA—  
HARÁN USO DE LA PALABRA.  
PRECIO: UN FRANCO LA ENTRADA.**

\*\*\*

Una señora de cierta edad, con gafas, gravemente apostada junto a una mesa cubierta con un tapete, recibía el dinero.

Patissot entró.

En la sala, ya casi llena, se sentía un cierto hedor, como de perro mojado, que despiden las ropas de las solteras, y reminiscencias de los perfumes canallescicos e incitantes usados por las mozas que asisten de ordinario a los bailes públicos.

Buscando cuidadosamente, halló el oficinista un asiento vacío en segunda fila, entre un señor viejo, condecorado, y una joven obrera de mirada vivaz y con los mofletes jaspeados.

La mesa estaba ya constituida. La ciudadana Zoé Lamour, una maciza y hermosa morena, lucía sobre su pelo negro flores rojas, compartiendo la presidencia con una rubia insignificante, la ciudadana Eva Schourin, nihilista rusa.

Más abajo, la ilustre ciudadana Cesarina Brau, apodada Vuelca-hombres, una moza, estaba junto al ciudadano Sapiencia Cornut —que acababa de cumplir una condena— un viejo fornido, con largas crines y aspecto feroz, cuyos ojos iban de uno a otro extremo de la sala, como los de un gato frente a una pajarera.

A la derecha, una comisión de antiguas ciudadanas, ignorantes de la dicha matrimonial, consumidas en —el celibato forzoso, exaltadas por una espera

interminable, se hallaban frente a frente de un grupo de ciudadanos reformadores de la Humanidad, colocado a la izquierda. Estos no se habían recortado jamás las barbas ni el cabello, para indicar, sin duda, lo infinito de sus aspiraciones.

El público era muy vario.

Las mujeres, en su mayoría, pertenecían a la raza de porteras y vendedoras. Abundaba el tipo de la solterona inconsolable, destacando su enjuta palidez entre los rostros colorados y robustos de las burguesas. Tres colegiales, que fueron allí sólo para ver mujeres, cuchicheaban en un rincón. Algunas familias habían entrado por curiosidad.

En primera fila, un negro, con traje de hilo crudo, un negro rizado, magnífico, miraba obstinadamente a la presidencia, riendo, con la boca extendida de oreja a oreja, y con su risa constante y silenciosa, lucía sus dientes blancos y brillantes. Reía, sin ruido, sin agitación, como un hombre y satisfecho, encantado. ¿A qué fué? Se ignora. ¿Creyó tal vez que aquello era un teatro? Tal vez su inteligencia oscura, bajo su agreste cabellera negra, meditó: "Es graciosa, muy graciosa esta farsa. En el Ecuador no se divierte la gente como aquí."

La ciudadana Zoé Lamour abrió la sesión pronunciando un discursito. Recordó la esclavitud constante de las mujeres desde los orígenes de la Humanidad, su destino siempre oscuro y heroico. La comparó al pueblo antiguo, al pueblo que sufría la opresión de reyes y aristocracia, llamándola eterna mártir, porque no hay un hombre que no sea un amo; y en un arranque lírico, exclamó:

—El pueblo tuvo su noventa y tres; que la mujer tenga también el suyo; el hombre oprimido, trama la Revolución, el cautivo rompe su cadena, el esclavo conquista su libertad. ¿Por qué no imita la mujer el ejemplo de su tirano? ¡Rebelémonos también! ¡Rompamos las duras cadenas del matrimonio y de la servidumbre! ¡A la conquista de nuestros derechos! ¡A la revolución! ¡Un movimiento general se impone!

Al terminar hubo aplausos tempestuosos. El negro, delirante de alegría, perdió la serenidad de su goce tranquilo y dio tales cabezadas, hizo tales contorsiones, que su frente golpeaba en sus rodillas. La ciudadana nihilista rusa, Eva Schourin, se puso en pie, y dijo con voz penetrante y destemplada:

—Soy rusa. Enarbolé una bandera de rebeldía; esta mano abofeteó a los opresores de mi patria, os declaro aquí, mujeres francesas, que bajo todos los climas, en todas las tierras, me hallo preparada siempre a combatir contra la tiranía del hombre, a vengar el sacrificio de la mujer, odiosamente oprimida.

Estalló un tumulto de aprobación, y el ciudadano Sapiencia Cornut, levantándose, acarició con su mano vengadora sus barbas amarillas.

Desde aquel momento la ceremonia tomó un carácter verdaderamente internacional.

Una tras otra se levantaron las ciudadanas representantes de todas las naciones. Habló primero una alemana, obesa, con una vegetación craniana semejante al cáñamo sin cardar, y dijo confusamente:

—Quisiera poder experimentar todo el goce que ha experimentado Alemania cuando ha sentido el rudo movimiento de las mujeres francesas. Nuestros pechos —y golpeaba el suyo— se han estremecido, y nuestra, nuestro... No sé como expresarme; pero siempre nos tendréis como vosotras.

Una italiana, una española, una sueca, dijeron algo parecido con palabras incoherentes; y al fin una inglesa desmesurada, cuyos dientes eran semejantes a herramientas de jardinería, dijo:

—He corrido a traeros las adhesiones de la libre Inglaterra, que admira y aplaude vuestro heroico intento de rebeldía y emancipación. ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!



El negro dio tales gritos de loco entusiasmo, hizo tales contorsiones pataleando sobre los respaldos de las butacas y golpeándose los muslos con las manos furiosamente, que dos comisarios de la sesión tuvieron que intervenir para calmarle.

—¡Histéricas! ¡Todo histerismo!—balbució el viejo que se hallaba sentado junto a Patissot.

Patissot, creyendo que había motivo para pegar la hebra, preguntó:

—¿Qué dice usted?

El viejo repuso:

—Nada; fue una exclamación, caballero. Estas mujeres que se reúnen aquí son histéricas.

Patissot, agradablemente sorprendido, insistió:

—¿Las conoce usted?

—¡Algo! Zoé Lamour estuvo en un convento, de novicia. Y va una. Eva Schourin fue perseguida como incendiaria y los médicos forenses la declararon loca. Y van dos. Cesarina Brau es una intrigantuela que se propone dar que decir y darse a conocer. Allí veo tres más, que yo he asistido en mi Clínica. En cuanto a las desesperadas solteras que nos rodean, y son aquí mayoría, no hay que decir.

Hubo siseos precursores de un silencio profundo. El ciudadano Sapiencia Cornut — que acababa de cumplir una condena— se levantó, paseando por la sala sus ojos feroces. Luego, con voz cavernosa y terrible, dijo:

—Hay palabras poderosas como leyes naturales, resplandecientes como el sol, resonantes como el trueno: ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! Esas palabras sirven a los pueblos de bandera. A su sombra los hombres combatimos las tiranías. Ahora, mujeres, debéis imitarnos, y esgrimiendo esas palabras, correr a la conquista de la independencia. Sed libres; libres en el amor, en el hogar, en la patria. Hacednos iguales a nosotros en la familia, iguales en sociedad; sobre todo, iguales en los asuntos políticos y ante la ley. ¡Fraternidad! Sed nuestras hermanas, las confidentes de nuestros proyectos grandiosos, nuestras compañeras valerosas. Haced lo posible para que se os considere como a media Humanidad, y no como a una parte inferior y mezquina de la Humanidad.

Por ese camino, se metió luego en la política trascendental, desarrollando planes vastos como el mundo, hablando del alma de las sociedades y prediciendo la República universal, cimentada en tres columnas inmovibles. Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Cuando terminó, el entusiasmo hizo estremecer el edificio. El señor Patissot, se dirigió al viejo para decirle:

—Debe de ser algo loco.

El viejo contestó:

—Nada. Como ése, hay millones de ciudadanos en todo el mundo. No están locos. Están instruidos.

Patissot no comprendía bien.

—¿Instruidos?

—La instrucción popular es la causa. En cuanto saben leer y escribir, la estupidez latente los invade.

—¿Usted supone, caballero, que la instrucción?...

—Verá lo que me propuse decir ¿Tiene usted un reloj? ¡Pues bien: rómpale una pieza y llévelo al ciudadano Cornut para que se lo componga. El ciudadano Cornut le dirá que no es relojero. Pero, si algo se rompe o se descentra en la máquina social, mucho más complicada que la del reloj, el ciudadano Cornut y otros muchos ciudadanos que no son relojeros ni tienen oficio, se consideran aptos para echarle un remiendo Y hacer de pronto la compostura. Creo, señor mio, que aún carecemos de una clase directora, formada por hombres capaces de manejar el poder, hombres instruidos por

otros hombres que supieran manejarlo. Hace falta un colegio de gobernantes, como hay un colegio militar y un colegio de medicina...

Otra vez los siseos impusieron silencio.

Un joven de apariencia melancólica ocupó la tribuna, y dijo:

—Señoras: He pedido la palabra para combatir vuestras teorías. —Reclamar para la mujer derechos civiles iguales a los hombres, me parece lo mismo que poner término a toda la influencia femenina. El aspecto de la mujer acredita que no vino al mundo para realizar rudos trabajos físicos ni prolongados esfuerzos intelectuales. Su misión es otra, no menos interesante: poetiza la existencia. El atractivo de su gracia, la tentación de sus ojos, el encanto de su sonrisa, bastan para dominar al hombre, dueño del mundo. Todo es del hombre, y el hombre, por vosotras apasionado, es vuestro ¿De qué os quejéis? Desde un principio la mujer fue soberana y dominadora. En todo interviene. Para ella se hace todo: en ella se cifran los triunfos y las hazañas. Pero, en cuanto seáis política y civilmente iguales al hombre, os mirará. como a un rival, deshaciéndose de pronto el encanto que ahora constituye vuestro poder. Y como somos indudablemente más vigorosos, mejor dotados para toda clase de luchas y estudios, vuestra inferioridad ha de convertirnos entonces en verdaderas oprimidas. Ahora, tenéis la mejor parte; sois el ensueño, la ilusión, el encanto, la recompensa. No seáis ambiciosas en vuestro daño. Además: nada conseguiríais."

Le interrumpieron silbidos feroces.

El viejo le dijo a Patissot, levantándose para irse:

—Un poco, romántico es el mozo, pero discurre bien. ¿Quiere usted que salgamos a tomar un vaso de cerveza?

—Con mucho gusto.

Y salieron, mientras la ciudadana Cesarina Brau iniciaba una réplica terrible.

*Le Gaulois, 31 de mayo de 1880*

# *El doncel de madame Husson*

---

*Le rosier de Madame Husson*

Acabábamos de pasar por la estación de Gisors, donde me había despertado al oír vocear a un mozo de la línea el nombre del pueblo, y me preparaba nuevamente a dormirme, cuando una violenta sacudida me lanzó sobre una señora gorda sentada frente a mí.

Se había roto una rueda de la máquina; el tender y el furgón de equipajes, descarrilados también, se volcaron junto a la coja, que gemía, rugía, silbaba, resoplaba, escupía, semejante a esos caballos caídos en la calle, de un resbalón, cuyo pecho palpita, cuyas narices roncán y cuyo cuerpo retiembla estremecido, sin que sean capaces del menor esfuerzo para levantarse y seguir su carrera.

No hubo muertos ni heridos; algunos contusos nada más, porque no había tomado el tren mucha velocidad todavía.

Y todos mirábamos a la bestia de hierro, lisiada, que no podría conducirnos y que nos cerraba el paso. Era preciso esperar a que un tren de socorro saliera de París a recogernos.

Me decidí a ir al pueblo para entretenerme almorzando.

Andando por la vía, pensaba yo: "Gisors, Gisors... Yo debo de conocer a alguien aquí. Gisors... Me suena... ¿Qué amigo mío vive Gisors?" De pronto saltó en mi memoria un nombre: ¡Alberto Marambot! Un antiguo compañero de colegio, al que no había visto en doce años y que era médico en Gisors. Muchas veces me había escrito invitándome y siempre le había contestado prometiendo hacerle una visita. Llegaba la ocasión forzosa de cumplir mi ofrecimiento.

Pregunté a un transeúnte:

—¿Sabe usted dónde vive el doctor Marambot?

Y me contestó inmediatamente:

Calle de la Delfina.

Vi en una puerta, grabado sobre una plancha de metal amarillo, el nombre de mi camarada. Llamé; y la criada —una moza de cabellos rubios y movimientos perezosos— me dijo con expresión estúpida:

—No está en casa; no está.

Oyendo un rumor de platos, copas y tenedor, grité:

—¡Marambot! Eh! ¡Marambot! Se abrió una puerta y se asomó un hombre gordo, con patillas, displicente, llevando en la mano la servilleta.

No le hubiera reconocido. Parecía tener por lo menos cuarenta y cinco años; en un segundo imaginé la pesada vida en provincias, que abrumba y envejece. De pronto, mientras le tendía la mano, comprendí cuáles eran sus costumbres, su filosofía y sus opiniones acerca de las cosas del mundo. Adiviné las reposadas comidas que abultaron su vientre, las somnolencias durante una digestión regadas con buen coñac, las indiferentes preguntas que hacía a sus enfermos, pensando en el pollo asado que le aguardaba en la mesa. Sus discursos acerca de la cocina, de la sidra, del aguardiente, acerca del modo mejor de condimentar ciertos manjares, de preparar ciertas salsas; todo lo comprendí; todo lo revelaban sus mejillas, lustrosas y coloradas, la inmovilidad de sus carnosos labios y el brillo melancólico de su mirada.

Le dije:

—¿No me recuerdas ya? Soy Raúl Aubertin.

Abrió los brazos, y poco faltó para que me ahogara. En seguida me preguntó:

—¿No habrás almorzado?

—No

—¡Me alegro! Acababa de sentarme a la mesa y de partir una magnífica trucha.

A los cinco minutos almorzábamos admirablemente.

Le pregunté:

—¿No te has casado?

—¡Jamás!

—¿Y te diviertes aquí?

—No me aburro. Trabajo, estoy entretenido. Hago mis visitas, discuto con las gentes, como bien, tengo buena salud, río y cazo.

—¿No es demasiado monótona la vida de pueblo?

—No, sabiendo emplearla. En un pueblo se vive como en una capital. Ocurren menos cosas, no hay tantas distracciones, pero a todo se le da más importancia; las relaciones son menos numerosas, pero más frecuentes. Cuando se conocen todas las ventanas de una calle de pueblo, cada ventana intriga más que una calle entera de París. Es muy divertido un pueblo; es muy divertido. Este, Gisors, lo conozco de punta a punta, en sus menores detalles, desde su origen hasta nuestros días. No puedes imaginarte qué curiosa historia tiene.

—¿Eres de Gisors?

—No. Soy de Gournay, otro pueblo próximo. Son irreconciliables enemigos. Imagina entre Gournay y Gisors un paralelo semejante al que pudieras establecer entre Lúculo y Cicerón. Aquí la gloria se antepone a todo: "Los soberbios de Gisors"; en Gournay lo primero es el vientre: "Los tragones de Gournay"; Gisors desprecia a Gournay, pero Gournay se burla de Gisors. Es muy cómica esta tierra.

Comíamos algo verdaderamente sabroso y exquisito; huevos envueltos en gelatina y un picadillo de carne, aromatizado con hierbas y ligeramente bañado con su propio jugo.

Exclamé, relamiéndome, para satisfacer a Marambot:

—¡Está muy rico esto! —

Sonrió y dijo:

—Dos cosas hacen falta para este plato: buena gelatina y buenísimos huevos. ¡Ah! Es tan difícil encontrar huevos con la yema rojiza y el sabor característico... Yo tengo dos gallineros: uno para la recolección de huevos y otro para la cría de los pollos. A las gallinas ponedoras las alimento de una manera especial. Tengo una teoría. En el huevo, como en las carnes de ave, de vaca o de cordero, como en la leche, como en todo, se debe percibir el perfume, la quinta esencia de los alimentos que cebaron al animal. ¡Cuánto mejor comeríamos si preocuparan tales cosas!

Reí, diciéndole:

—¿Te gusta comer bien? ¿Eres gastrónomo?

—¡Diablo! ¿Es posible que haya imbéciles que no se preocupen de comer bien? Se es gastrónomo, como se es artista, como se es erudito, como se es poeta. El paladar, amigo mío, es un órgano delicado, susceptible de perfeccionamiento y tan importante como el oído y la vista. No tener paladar es vivir privado de una facultad esencialísima, de la facultad de distinguir la clase de los alimentos, como se puede ser negado para apreciar las cualidades de un libro o de una obra de arte; no tener paladar es verse privado de un sentido principal, de una superioridad humana; es pertenecer a una de las infinitas clases de enfermos, de infelices y de tontos de que se compone nuestra raza; es tener un sentido estúpido, como se tiene a veces estúpida el alma. Un hombre que no diferencia, por el gusto, una langosta de un langostón, un arenque, ese pescado

admirable que tiene todos los sabores, todos los aromas del mar, de una sarda o de una pescadilla; una pera de don Guindo de una pera de agua, es comparable al que no distinguiese a Balzac de Eugenio Sue, o una sinfonía de Beethoven de un paso doble compuesto por un músico de regimiento, y el Apolo de Belvedere de la estatua del general Blaumont.

—¿Quién es el general Blaumont?

—¡Ah! Tú no sabes eso... ¡Claro! No conoces las celebridades de Gisors. Te dije ya que llamaban a los vecinos del pueblo "los soberbios de Gisors", y te aseguro que no hallé nunca un mote mejor apropiado. Pero almorcemos tranquilamente y después te hablaré de todo, recorriendo las calles.

De cuando en cuando cesaba de hablar para beber lentamente un vasito de vino, que miraba y cogía con verdadero amor.

La servilleta, prendida al cuello, anudada sobre el cogote; los pómulos encendidos, los ojos excitados, las patillas abiertas, la boca infatigable, mascando... Era curioso verle.

Me hizo comer excesivamente. Luego, cuando quise volver a la estación, me cogió de un brazo y me llevó por las calles, que ofrecían un bonito aspecto provincial. El castillo, desde una colina, dominaba la población; es el más curioso monumento de arquitectura militar del siglo VII que habrá en Francia. Desde lo alto del castillo se descubren los verdes valles donde las vacas de Nonrmandía pacen tranquilamente.

El doctor decía:

—Gisors, pueblo de cuatro mil habitantes, en los confines del Eure, mencionado ya en los Comentarios de Julio César: Caesaris ostium; luego, Caesartium, Coesortium, Gisortium, Gisors. Ya te llevaré a visitar el campamento del ejército romano, cuyas huellas aún son bastante visibles.

Riendo respondí:

—Amigo, tú padeces una enfermedad que deberías conocer, y que se llama "apasionamiento de campanario".

Se detuvo en seco:

—"Apasionamiento de campanario" no es otra cosa que patriotismo natural. Tengo amor a mi casa y a mi pueblo; por extensión, a toda la provincia, que se parece a mi pueblo. Pero si me preocupan las fronteras, si las defiende, si me disgusta cuando el enemigo las pisa es porque la frontera que desconozco abre un camino hacia mi provincia y deja en riesgo mi casa. Por esto soy vivo, normando, un entusiasta normando; y, a pesar de los rencores que despiertan los alemanes, yo no los odio, no los odio como a los ingleses, los verdaderos, los constantes enemigos de los normandos; porque los ingleses pisaron este suelo, saqueándolo, arrasándolo varias veces, y el odio a los ingleses me fue transmitido por herencia, con la vida... La estatua del general.

—¿Qué general?

—El general Blaumont. Necesitábamos una estatua. Por algo somos "los soberbios de Gisors". Y descubrimos al general Blaumont. Mira el escaparate de la librería.

Me arrastró hasta el cristal y vi una docena de folletos, de cubiertas rojas o azules, todas llamativas.

Leyendo los títulos, no pude contener la risa: Gisors, sus orígenes y su porvenir, por X, miembro de varias sociedades; Historia de Gisors, por el canónigo A; Gisors, desde los tiempos de Julio César hasta nuestros días, por B., propietario; Gisors y su campiña, por el doctor C. D.;; Glorias de Gisors, por Un curioso...

—Amigo mío —dijo Marambot—, no transcurre un solo año sin que aparezca una nueva historia de Gisors. Ya tenemos veintitrés.

—¿Y las notabilidades De Gisors? —pregunté.

—¡Oh! No voy a nombrarlos a todos; pasaremos revista nada más que a los principales. Desde luego el general Blaumont; el barón Davilliers, famoso cerámico, descubridor de magníficas lozas árabes en sus excavaciones realizadas en España y en las Baleares; tenemos también un periodista muy notable, Carlos Braine, muerto ya, y otro vivo y muy vivo, el director del Noticiero de Ruán, Lapierre... Además, otros muchos, muchos...

Avanzábamos por una larga calle, algo pendiente, bañada por el sol de junio, que había obligado a, todos los vecinos a recogerse en sus casas. De pronto, en la última esquina, un hombre apareció: era un borracho que se tambaleaba.

Con la cabeza inclinada, los brazos caídos, las piernas flojas, avanzaba por embestidas de tres, de seis o de diez pasos rápidos e inseguros. Cuando se veía en medio de la calle, sin punto de apoyo, dudaba entre abandonarse y caer o llegar a la pared con otro esfuerzo más; luego, bruscamente, salía en una dirección cualquiera, hasta tropezar con una casa, a la cual se agarraba, como si quisiera penetrar a través del muro. Con la boca entreabierta, con los ojos medio cerrados, miraba hacia atrás, y dando traspiés avanzaba de nuevo.

Un perrito amarillento, un miserable gozquecillo le seguía de cerca, ladrándole, deteniéndose cuando él se detenía y andando cuando él andaba.

—¡Caramba!—dijo Marambot—. Ahí tienes al doncel de la señora Husson.

Sorprendido, pregunté:

—¿Por qué llamas "doncel" a ese hombre?

—Así llamamos a los borrachos. Es una historia que se repite ya como leyenda, pero que ocurrió seguramente.

—¿Y tiene gracia?

—Mucha gracia.

—Pues cuéntame.

—Con mucho gusto. Había en son este pueblo una señora vieja, muy virtuosa y protectora de la virtud, que se llamaba la señora Husson. No invento los nombres; te los digo tal y como se llamaban los personajes. La señora Husson empleaba su vida en obras piadosas: alentar a los desvalidos y socorrer a los necesitados. Bajita, andando a pasos menudos, adornada con una peluca de seda negra, ceremoniosa, pulcra y en muy buenas relaciones con todos los santos del cielo, representados en nuestra iglesia por el párroco Malou, sentía horror profundo, inveterado, hacia los vicios, y, sobre todo, hacia el que la religión llama lujuria. Los embarazos de las solteras la exasperaban hasta sacarla de sus casillas, haciéndola perder su dulzura de carácter.

Como en aquella época se daban "premios a la virtud" en los alrededores de Paris, se le ocurrió, a la señora Husson abrir un concurso de virtudes en Gisors.

Comunicó su proyecto al párroco, y éste hizo una lista de las mozas que podrían optar al premio.

Pero la señora Husson tenía una criada vieja, una criada más irascible que la señora en ciertos asuntos, y en cuanto el cura hubo apuntado todos los nombres, la beata llamó a la sirvienta, diciendo:

—Mira, Francisca; éstas son las mozas que me propone para el premio de virtud el señor párroco. Entérate de lo que se murmura de todas ellas.

Francisca empezó a investigar. Recogía todas las murmuraciones, todos los chismes, todas sospechas, y para que no se le olvidase nada, escribía en su libro de cuentas cuanto averiguaba; diariamente la señora Husson leía poniéndose las gafas:

<i>Pan:</i>	20 céntimos
<i>Leche:</i>	10 céntimos
<i>Manteca:</i>	40 céntimos

Malvina Lavesque la corrió el año pasado con su primo.

*Una pierna*

*de carnero:* 2,25 francos

*Sal gorda:* 5 céntimos

Rosalía Batinel fue sorprendida en el bosque Ribondet con Cesáreo Plienoir, por la zurcidora Enésima, el 20 de julio al anochecer.

*Rabanillos:* 5 céntimos

*Vinagre:* 10 céntimos

*Sal molida:* 10 céntimos

De Josefina Durdenat no se sabe de seguro que haya faltado; a pesar de sus relaciones con el hijo de Oportuno, que sirve en Ruán, y que le mandó una cofia por la diligencia.

Ni una sola salía intacta de semejante y escrupulosa investigación. Francisca interrogaba sin cesar a todo el mundo, a los vecinos, a los tenderos, a las vendedoras, al maestro, a las hermanitas de los pobres; y en todas partes recogía los más pequeños rumores.

Como no hay una muchacha en el universo de la cual no hayan murmurado las comadres, no se halló en la comarca ninguna libre de la maledicencia.

Y la señora Husson quería, para otorgar su premio de virtud, una doncella de la cual ni una vez se hubiese dudado. Las referencias de su criada la sobrecogían.

Ensanchó el círculo de sus operaciones, admitiendo a concurso mozas de otros lugares lejanos; y con todas ocurrió lo mismo.

Consultó al alcalde, pero sus recomendadas tampoco resistieron la información de Francisca; ni fueron más afortunadas las propuestas por el doctor Barberol, a pesar de sus garantías fundadas en reconocimientos científicos.

Pero una mañana, volviendo de la compra, dijo Francisca:

—Señora, si quiere usted dar un premio de virtud, será preciso dárselo a Isidoro; no hay otra persona que lo merezca.

La señora Husson quedó pensativa.

Conocía bien a Isidoro, el hijo de Virginia, la frutera. Su castidad proverbial era uno de los encantos de Gisors, y servía de agradable tema de conversación a mucha gente y de entretenimiento a las muchachas, que se divertían provocándole. A los veinte años cumplidos, alto, desgachado, perezoso y cobarde, ayudaba a su madre en el comercio y pasaba los días escogiendo las frutas y limpiando las hortalizas sentado a la puerta.

Las mujeres le inspiraban tal temor, que bajaba los ojos en cuanto una parroquiana le sonreía, y esta exagerada timidez le hizo juguete de todos los guasones de la comarca.

Las palabras atrevidas, las alusiones picarescas, los chistes verdes le hacían subir tan pronto los colores a la cara, que el doctor Barberol llamaba a Isidoro el termómetro del pudor.

¿Tenía o no tenía malicia?—tal fue la preocupación de las gentes—. ¿Era el presentimiento de misterios ignorados y vergonzosos o la indignación producida por los viles contactos del amor, lo que ruborizaba tan fácilmente al hijo de Virginia? Los pilluelos pasaban frente a la frutería para gritar obscenidades que le hicieran bajar los ojos, y las mozas le decían al oído, riendo, palabras atrevidas, que le obligaban a retirarse de la tienda. Las más valientes le hacían proposiciones, le daban citas, brindándole todos los goces.

La señora Husson reflexionaba el asunto.

Ciertamente, Isidoro era un caso de virtud excepcional, notoria, evidente, incorruptible. Nadie, ni el más incrédulo ni el más escéptico, nadie se hubiera permitido suponer a Isidoro reo de la más pequeña infracción contra las leyes de la moral. Nadie le

vio nunca en el café, ni se supo que anduviera de noche por las calles. Se acostaba a las ocho y se levantaba a las cuatro. Era una perfección, una perla.

Sin embargo, la señora Husson dudaba. La idea de otorgar el premio de virtud a un hombre no la satisfacía por completo y resolvió consultar con el párroco.

El padre Malou satisfizo su ansiedad con estas reflexiones:

—¿Qué desea usted recompensar, señora? ¿La virtud, solamente la virtud? Pues ¿a qué pararse a discurrir si la virtud es masculina o femenina? La virtud es eterna, inmutable; no tiene patria ni sexo: es la virtud.

Animada, la señora Husson fue a ver al alcalde, al cual todo le pareció razonable.

—Haremos una hermosa ceremonia —dijo—. Ya para otro año, si encontramos una moza tan digna como Isidoro, premiaremos la virtud femenil. Además, con esta resolución damos un ejemplo; no somos parciales ni exclusivistas: reconocemos todos los méritos.

Cuando se lo participaron a Isidoro se ruborizó como nunca, pero trasluciendo alegría en su semblante.

La fiesta quedó acordada para el quince de agosto, día de la Virgen y del emperador Napoleón.

El Municipio había decidido celebrar con pompa el suceso y dispuso el estrado en una prolongación de las fortificaciones del viejo castillo, adonde luego subiremos.

Por una muy explicable reacción del espíritu público, la virtud de Isidoro, que fue motivo de mofa durante algún tiempo, lo fue de admiración respetuosa en cuanto se dijo que le valdría quinientos francos, una cartilla en la Caja de Ahorros y las atenciones de los principales. Las mozas se arrepentían de sus ligerezas, de sus burlas, de sus libertades pasadas, y el buen Isidoro, aunque siempre modesto y tímido, mostraba cierta desenvoltura reveladora de su íntima satisfacción.

Desde la víspera de la fiesta, la calle de la Delfina estaba ya engalanada con gallardetes y colgaduras. ¡Ah! No te dije por qué razón se llamó aquella calle de la Delfina.

Parece ser que la delfina, una delfina, ignoro cuál, visitando a Gisors había sido retenida tantas horas por las autoridades ansiosas de mostrárselo todo, que a mitad de su paseo triunfal detuvo el cortejo frente a una casa de la dicha calle y exclamó: "¡Qué bonita vivienda! ¡Me gustaría visitarla! ¿De quién es?" Buscaron al dueño y lo condujeron, aturdido y orgulloso, a presencia de la princesa, la cual se apeó del carruaje y entró en la casa, visitándola por completo y hasta llegando a permanecer un rato sola, encerrada, en cierto gabinete.

Cuando salió, el pueblo en masa, entusiasmado por la deferencia con que acababa de honrar a un vecino de Gisors, vociferó:

"¡Viva la delfina!" Un poeta irónico hizo una composición de circunstancias, y la calle conservó el nombre de su alteza real, porque

*La princesa, en un aprieto,  
cuando en la casita entró,  
en el camarín secreto...  
la bautizó.*

Pero volvamos a Isidoro.

Se habla cubierto de flores la carrera, como se hace para la procesión del Corpus, y los milicianos nacionales estaban sobre las armas a las órdenes de su comandante Desvarres, un buen soldado de Napoleón, que guardaba con orgullo, junto a la cruz de la Legión de Honor, que le había puesto el héroe con su propia mano, la barba de un



cosaco, arrancada de un solo golpe sobre la faz de su dueño por el comandante Desvarres, en la retirada de Moscú.

Sus milicianos eran los más famosos de la provincia, y los granaderos de Gisors se veían muy solicitados en quince o veinte leguas a la redonda para todas las fiestas memorables. Se cuenta que pasando revista el rey Luis Felipe a los batallones de milicianos del Eure se detuvo asombrado ante los de Gisors, haciendo la siguiente pregunta:

—¿De dónde son estos granaderos?

—De Gisors —respondió el general.

—Debí suponerlo —añadió el rey.

El comandante Desvarres fue con su compañía —llevando al frente la charanga—, en busca de Isidoro.

Terminada una corta serenata, Isidoro apareció en la puerta vestido de cutí blanco de pies a cabeza, y llevando en el sombrero de paja un ramo de azahar.

La elección del traje había preocupado mucho a la señora Husson, la cual dudaba entre la ropa negra que usan los congregantes, con un lazo blanco solamente, o todo blanco. Atendiendo las observaciones de Francisca, se decidió por lo segundo, notando que así el mocetón parecería un cisne de puro y nítido plumaje. Detrás de Isidoro iba su protectora, su madrina, la señora Husson, triunfante. Se apoyó para salir en el brazo de Isidoro; el señor alcalde se puso al otro lado. Los tambores redoblaban. El comandante Desvarres dio la voz de mando: "Presenten..., ¡armas!"; y el cortejo se puso en marcha hacia la Iglesia entre una muchedumbre de curiosos que acudieron desde todas las aldeas próximas.

Después de la misa y del muy sentido sermón pronunciado por el párroco Malou, la comitiva se dirigió a las fortificaciones, donde se había preparado el banquete, bajo un toldo.

Antes de sentarse a la mesa, el alcalde tomó la palabra, y... Te repetiré textualmente su discurso. Lo aprendí de memoria porque valía la pena: "Virtuoso joven: una honradísima señora, estimada por los pobres y respetada por los ricos, la señora Husson, hacia quien siente agradecimiento la comarca entera y a quien saludo en nombre de todos, tuvo la idea, la feliz, la bienhechora idea de dar un premio a la virtud, que será un precioso estímulo para todos los habitantes de nuestra hermosa tierra. Tú eres, virtuoso joven, el primer elegido, el primero en esta dinastía de la prudencia y de la castidad. Tu nombre viene a encabezar la brillante lista de los afortunados por sus propios merecimientos, y es necesario que tu vida, compréndelo bien, que tu vida entera responda a tan preclaros principios. Hoy, delante de la magnánima señora que premia tu comportamiento; delante de los milicianos, que se armaron para honrarte; delante de todo el pueblo conmovido, congregado para loar tu virtud, contraes el solemne compromiso de mantener hasta la muerte, como una bandera gloriosa, el ejemplo meritorio de tu juventud. No debes olvidarlo. Tú serás la primera semilla que sembraremos en el campo de la esperanza para obtener de ti los frutos que nos prometimos."

El señor, alcalde se adelantó con los brazos abiertos para estrechar contra su pecho a Isidoro, el cual gimoteaba.

Gimoteaba, sin saber por qué, dominado por una emoción profunda, por un orgullo singular, por una ternura vaga y placentera.

Después, el señor alcalde le puso en una mano la bolsa de seda que contenía los quinientos francos en oro, en la otra la cartilla de la Caja de Ahorros, y dijo solemnemente: "Respeto, riqueza y gloria premiarán la virtud."

El comandante Desvarres gritó:

"¡Bravo!" Los granaderos vociferaban, la muchedumbre aplaudía.

La señora Husson se restregó los ojos con el pañuelo.

Luego se sentaron a la mesa y comenzaron a servir el banquete.

Fue largo y magnífico. Los platos eran innumerables. La sidra dorada y el vino rojo fraternizaban en los vasos y se mezclaban en los estómagos. El ruido de la vajilla, las voces y la música formaban un conjunto armónico, subiendo hasta las alturas, donde revoloteaban las golondrinas. La señora Husson, enderezando a cada instante su peluca de seda negra, que se torcía, charlaba con el párroco Malou. El señor alcalde, excitado, hablaba de política con el comandante Desvarres, y el virtuoso Isidoro comía y bebía como jamás bebió ni comió. Se servía de todo y de todo repetía, notando por vez primera lo agradable que resulta llenar la tripa de buenos manjares que saborea el paladar antes de tragarlos. Se había desabrochado el pantalón, y silencioso, aunque algo inquieto porque una gota de vino rojo manchaba la blancura de su traje, sólo dejaba el tenedor para coger el vaso, y su boca no descansaba comiendo y bebiendo acompasadamente.

Llegó la hora de los brindis, que fueron muchos y muy aplaudidos. Anochecía y aún estaban en la mesa. Flotaban ya en el valle los vapores finos y lechosos que ligeramente cubren de noche a los arroyos y las praderas; el sol acababa de ocultarse; las vacas mugían. Todo terminó. El cortejo, en desorden, regresó a la desbandada. La señora Husson, apoyada en el brazo de Isidoro, le daba excelentes consejos y le hacía magníficas advertencias.

Se detuvieron en la frutería y el mozo se quedó allí.

Su madre no había llegado aún. Invitada por unos parientes a celebrar el triunfo de Isidoro, después de acompañar al cortejo hasta las fortificaciones, volvió al pueblo, alejándose del festín, donde no hubo para ella un lugar.

Cerraba la noche, sorprendiendo a Isidoro en soledad completa, sentado en un rincón de la frutería. Instigado por el vino y por el orgullo, miró en derredor. Las zanahorias, las coles y las cebollas mezclaban sus fuertes olores de hortaliza con los penetrantes perfumes de la fresa y de los melocotones.

Isidoro cogió un melocotón para entretenerse mordiéndolo, a pesar de tener la barriga bien llena. Luego, de pronto, loco de alegría, se puso a bailar, y algo sonó en sus bolsillos. ¡Era la bolsa de los quinientos francos en oro! Se le había olvidado que los llevaba ¡Quinientos francos! ¡La fortuna! Y extendió las monedas sobre el mostrador para verlas todas a un tiempo, y las acarició con ambas manos. El oro brillaba, y el mozo, contando una y otra vez su caudal, ponía un dedo sobre cada moneda, repitiendo:

"Una, dos, tres, cuatro, cinco..., ¡iento!, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡doscientos!"

Y las veinticinco monedas volvieron a la bolsa y la bolsa volvió a entrar en el bolsillo de Isidoro.

¿Quién podía imaginar el terrible combate que reñían el bien y mal en el alma del mozo, la embestida que le dio el diablo, los engaños, las tentaciones que arrojó Satanás en aquel corazón virgen? ¿Qué sugerencias, qué imágenes, qué terribles deseos inventaría para turbar la calma del virtuoso elegido, el premiado por la señora Husson? Lo cierto es que Isidoro, poniéndose aquel sombrero, que llevaba todavía el ramo de azahar, salió a la calle, y desapareció entre las sombras de la noche...

\*\*\*

Avisada la frutera Virginia de que su hijo había vuelto ya, fue a su casa deseosa de verle y no le halló. Al principio no le causó extrañeza; pero al cabo de un rato, preguntando a un vecino, supo que le habían visto entrar. Le buscó en todos los rincones inútilmente. Habría salido por no estar solo. Pero pasaba el tiempo y no volvía. Virginia

se intranquilizaba. Fue al Ayuntamiento. El señor alcalde dijo que dejó a Isidoro frente a la puerta de la frutería. La señora Husson se acostaba ya cuando tuvo noticia de que su protegido no aparecía. Volvió a encasquetarse la peluca, se vistió y fue a casa de Virginia. La frutera lloraba sin consuelo entre las zanahorias, las coles y las cebollas.

Pudo sucederle una desgracia... Pero ¿cuál? El comandante Desvarres avisó a los gendarmes, que hicieron algunos reconocimientos por la campiña. En el camino de Pontoine apareció el ramo de azahar. Lo pusieron sobre una mesa y en torno deliberaron las autoridades. Isidoro había sido víctima de algún engaño, de alguna sorpresa, de alguna venganza. Pero ¿cómo? ¿De qué medio se habrían valido para sacar al gris, inocente de su casa y llevárselo?

Hartos de hacer suposiciones, que no conducían a ningún resultado, las autoridades resolvieron dormir. Sólo Virginia veló aquella noche, sumida en lágrimas.

Pero cuando al día siguiente pasó, de regreso, la diligencia de París, el pueblo de Gisors tuvo noticia de que Isidoro había hecho parar el coche a doscientos metros de allí, había pagado su asiento, dando a cambiar una moneda de oro, y se había apeado tranquilamente en el corazón de la gran ciudad.

La sorpresa fue inaudita. El señor alcalde se puso en correspondencia con el jefe de la Policía parisiense; pero sus pesquisas no dieron resultado.

\*\*\*

Pasó una semana, día tras día, y al salir muy temprano el doctor Barberol para visitar a un enfermo, vio que un hombre, vestido gris, dormía en el umbral de una puerta. Acercándose, reconoció en él a Isidoro. No le fue posible despertarle. Isidoro dormía en un sueño profundo, invencible, abrumador, y el médico pidió ayuda para trasladarle a la farmacia de Boucheval. Cuando le alzaron, apareció en el suelo una botella vacía. Oliéndola, el doctor afirmó que había contenido aguardiente. Bastaba este indicio para saber qué medicación hacía falta. Isidoro estaba completamente borracho, embrutecido por ocho días de borrachera; borracho y sucio hasta la exageración. Acercarse a él daba náuseas. Su traje de cutí blanco se había convertido en un andrajoso gris, amarillento, grasiento, pringajoso, asqueroso, y emanaban de su cuerpo todos los hedores de cloaca, de miseria y de vicio.

Fue lavado, sermoneado, encerrado, y en cuatro días no salió a la calle, como si estuviese avergonzado y arrepentido. No aparecieron en sus bolsillos ni la bolsa del dinero ni la Cartilla de la Caja de Ahorros ni el reloj de plata, herencia sacrosanta de su padre.

Al quinto día se atrevió a salir. Le acompañaban sin cesar las miradas de los curiosos, y él iba con la cabeza baja y los ojos casi cerrados. Se fue hacia los prados y le perdieron de vista; pero a las dos horas volvió muy alegre, agarrándose a las paredes, borracho, completamente borracho.

Nada le corrigió.

Su madre le arrojó de su casa y se hizo cantero.

Su fama de borracho era tan grande, que hasta en Evreux hablaban de Isidoro, "el doncel de la señora Husson". Y a todos los borrachos de la comarca los llaman así: "Donceles de la señora Husson".

Una buena obra nunca es del todo estéril.

\*\*\*

El doctor Marambot se frotaba las manos al terminar su historia. Yo le pregunté:

—¿Has conocido a Isidoro?

—Sí; he tenido el honor de cerrar sus ojos en la hora de su muerte.

—¿De qué murió?

—Murió en una crisis de *dellirium tremens*. No era posible otra cosa.

Llegábamos al castillo; Marambot me contó la historia del prisionero que, valiéndose de un clavo, esculpió los muros de su calabozo.

Luego supe que Clotario II había dado en patrimonio el pueblo de Gisors a su sobrino San Roman, obispo de Ruán; que Gisors era el primer punto estratégico de aquella región de Francia, y por este motivo fue centro de repetidas luchas, asaltado y recobrado muchas veces. Por mandato de Guillermo el Rojo, el artífice Roberto de Bellesme construyó una poderosa fortaleza, más tarde atacada por Luis el Gordo y luego por caballeros normandos; fue defendida por Roberto de Candos, cedida por Godofredo Plantagenet a Luis el Gordo; conquistada por los ingleses a consecuencia de una traición de los templarios; disputada entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León. Incendiada por Eduardo III de Inglaterra, que no pudo tomar el castillo; reconquistada nuevamente por los ingleses en 1419; devuelta más tarde a Carlos VII por Ricardo de Marbury; presa luego del duque de Calabria; residencia de Enrique IV, etcétera, etcétera.

Y Marambot, convencido, casi elocuente, repetía:

—¡Qué malditos ingleses! ¡Qué gentuza! ¡Todos borrachos, "donceles de la señora Husson"!

Y después de un rato de silencio, con el brazo extendido hacia un riachuelo que brilla en los prados, añadió:

—¿Sabías que Henri Monnier fue uno de los pescadores más afanosos de nuestras riberas?

—No lo sabía.

—Y Bouffé, amigo mío, Bouffé ha sido aquí pintor de cristales.

—¡Vaya, vaya!

—Sí. ¿Cómo es posible que ignores tales cosas?

*La Nouvelle Revue, 15 de junio de 1884*

# *La dormilona*

---

*L'endormeuse*

El Sena se extendía delante de mi casa, sin una onda, barnizado por el sol de la mañana. Era una hermosa, ancha, lenta, larga corriente de plata, teñida de púrpura en algunos lugares; y al otro lado del río, grandes árboles alineados desplegaron sobre toda la ribera una inmensa muralla de verdor.

La sensación de la vida que empieza de nuevo cada día de la vida fresca, alegre, amorosa, temblaba en las hojas, palpitaba en el aire, reverberaba en el agua.

Me entregaron los periódicos que el cartero acababa de traer y me dirigí a la orilla, con pasos tranquilos, para leerlos.

En el primero que abrí vi estas palabras: "Estadística de suicidios" y me enteré de que, este año, más de ocho mil quinientos seres humanos se han suicidado.

Instantáneamente, ¡los vi! Vi esa carnicería, repugnante y voluntaria, de los desesperados hartos de vivir. Vi gente que sangraba, con la mandíbula destrozada, el cráneo partido, el pecho agujereado por una bala, agonizando lentamente, solos en un cuartito de hotel, y sin pensar en su herida, pensando siempre en su desgracia.

Vi otros, con la garganta abierta o el vientre rajado, teniendo aun en sus manos el cuchillo de cocina o la navaja de afeitar.

Vi otros, sentados ora delante de un vaso donde empapaban fósforos, ora ante un frasquito que llevaba una etiqueta roja.

Miraban aquello de hito en hito, sin moverse; después bebían, después esperaban; luego una mueca pasaba por sus mejillas, crispaba sus labios; el espanto extraviaba sus ojos, pues no sabían que se sufría tanto antes del final.

Se levantaban, se detenían, caían y, las dos manos sobre el vientre, sentían sus órganos quemados, sus entrañas roídas por el fuego del líquido, antes de que su pensamiento estuviera levemente oscurecido.

Vi otros colgados de un clavo de la pared, de la falleba de la ventana, del gancho del cielorraso, de la viga del desván, de la rama de un árbol, bajo la lluvia de la noche. Y adivinaba todo lo que habían hecho antes de quedarse allí, con la lengua fuera, inmóviles. Adivinaba la angustia de su corazón, sus postreras vacilaciones, sus movimientos para atar la cuerda, comprobar que aguantaba, pasársela por el cuello y dejarse caer.

Vi otros acostados en míseras camas, madres con sus hijitos, ancianos muertos de hambre, jóvenes destrozadas por penas de amor, todos rígidos, ahogados, asfixiados, mientras en el centro del cuarto humeaba aún el hornillo de carbón.

Y vislumbré a los que se paseaban de noche por los puentes desiertos. Eran los más si niestros. El agua fluía bajo los arcos con un blando ruido. No la veían... ¡la adivinaban aspirando su frío olor! Tenían ganas y tenían miedo. ¡No se atrevían! Y sin embargo, era preciso.

Daban las horas a lo lejos en algún campanario, y de pronto, por el dilatado silencio de las tinieblas cruzaban, pronto ahogados, el ruido de un cuerpo cayendo al río, unos gritos, el chapoteo de un agua agitada con las manos. A veces era sólo el paf de la caída, cuando se habían atado los brazos o sujetado una piedra a los pies. ¡Oh! ¡Pobre gente, pobre gente, pobre gente, cómo he sentido sus angustias, cómo he muerto con su muerte! Pasé por todas sus miserias; sufrí, en una hora, todas sus torturas. Supe todos

los pesares que los llevaron a eso; pues siento la engañosa infamia de la vida, como nadie, más que yo, la haya sentido.

Cómo he comprendido a aquellos que, débiles, acosados por la mala suerte, habiendo perdido a los seres queridos, despertados del sueño de una recompensa tardía, de la ilusión de otra existencia donde Dios por fin sería justo, tras haber sido feroz, y desengañados de los espejismos de la felicidad, se han hartado y quieren acabar con este drama sin tregua o con esta vergonzosa comedia.

¡El suicidio! Pero ¡si es la fuerza de quienes ya no tienen nada, es la esperanza de quienes ya no creen, es el sublime valor de los vencidos! Sí, hay una puerta por lo menos en esta vida, siempre podemos abrirla y pasar al otro lado. La naturaleza ha tenido un movimiento de piedad; no nos ha aprisionado. ¡Gracias en nombre de los desesperados!

En cuanto a los simples desengañados, que sigan su camino con alma libre y corazón tranquilo. No tienen nada que temer, puesto que pueden irse; puesto que a sus espaldas está siempre esa puerta que los dioses soñados no pueden ni siquiera cerrar.

Meditaba yo sobre esa muchedumbre de muertos voluntarios: más de ocho mil quinientos en un año. Y me parecía que se habían reunido para lanzar al mundo una plegaria, para gritar un voto, para pedir algo, realizable más adelante, cuando se comprenda mejor. Me parecía que todos esos ajusticiados, esos degollados, esos envenenados, esos ahorcados, esos asfixiados, esos ahogados, avanzaban, horda espantosa, como ciudadanos que votan, para decirle a la sociedad: "¡Concedednos al menos una muerte dulce! ¡Ayudadnos a morir, vosotros que no nos ayudasteis a vivir! Ya veis, somos numerosos, tenemos derecho a hablar en estos días de libertad, de independencia filosófica y de sufragio popular. Dadles a quienes renuncian a vivir la limosna de una muerte que no sea repugnante ni espantosa."

Empecé a soñar despierto, dejando vagabundear mi pensamiento sobre el tema en ensoñaciones extravagantes y misteriosas.

Me creí, en cierto momento, en una hermosa ciudad. Era París; pero ¿en qué época? Caminaba por las calles, mirando las casas, los teatros, los establecimientos públicos, y he aquí que, en una plaza, vi un gran edificio, muy elegante, coquetón y bonito.

Me quedé sorprendido, pues en la fachada se leía, en letras de oro: "Institución de la muerte voluntaria."

¡Oh! ¡Singularidad de los sueños despiertos, en los que el espíritu echa a volar por un mundo irreal y posible! Nada en ellos asombra; nada choca; y la fantasía desenfrenada ya no distingue entre lo cómico y lo lúgubre.

Me acerqué al edificio, donde unos lacayos de calzón corto estaban sentados en un vestíbulo, delante de un guardarropa, como a la entrada de un club.

Entré sólo por ver. Uno de ellos, levantándose, me dijo:

"¿Qué desea el señor?"

—Deseo saber qué es este lugar.

—¿Nada más?

—Claro que no.

—Entonces, ¿desea el señor que lo lleve a ver al secretario de la institución?

Yo dudaba. Interrogué aún:

"¿No le molestará?"

—Oh, no, señor, está aquí para recibir a las personas que deseen informarse.

—Entonces, le sigo."

Me hizo atravesar unos corredores donde charlaban unos ancianos; después me introdujo en un hermoso despacho, un poco oscuro, amueblado todo con madera negra.

Un joven, grueso, panzudo, escribía una carta fumando un cigarro cuyo aroma me reveló su calidad superior.

Se levantó, nos saludamos, y cuando el lacayo se marchó, preguntó:

"¿En qué puedo servirle?"

—Caballero, le respondí, disculpe mi indiscreción. Nunca había visto este establecimiento. Las pocas palabras inscritas en la fachada me han sorprendido mucho; y desearía saber qué se hace en él."

Sonrió antes de responder, y después, a media voz, con aire de satisfacción:

"¡Dios mío! señor, se mata con limpieza y suavidad, me atrevería a decir que agradablemente, a la gente que desea morir. "

No me sentí muy emocionado, pues aquello me pareció a fin de cuentas justo y natural. Me asombraba sobre todo que alguien hubiera podido, en este planeta de ideas bajas, utilitarias, humanitarias, egoístas y coercitivas de toda libertad real, atreverse a semejante empresa, digna de una humanidad emancipada.

Proseguí:

"¿Cómo han llegado ustedes a esto?"

Respondió:

"Señor, la cifra de suicidios aumentó tanto durante los cinco años que siguieron a la Exposición Universal de 1889, que resultaba urgente adoptar medidas. La gente se mataba en las calles, en las fiestas, en los restaurantes, en el teatro, en los trenes, en las recepciones del Presidente de la República, por doquier. No sólo era un feo espectáculo para los que prefieren vivir, como yo, sino también un mal ejemplo para los niños. Y entonces fue preciso centralizar los suicidios.

—¿A que se debía esa recrudescencia?"

—No lo sé. En el fondo, creo que el mundo envejece. Se empieza a ver eso con claridad, pero nadie se resigna a gusto. Ocurre hoy con el destino como con el gobierno, se sabe lo que es; se comprueba que todo es una estafa, y uno se marcha. Cuando se ha reconocido que la providencia miente, engaña, roba, defrauda a los humanos como un simple diputado a sus electores, la gente se enfada, y como no se puede elegir otra cada tres meses, al igual que hacemos con nuestros representantes concesionarios, se abandona el lugar, que es decididamente malo.

—¡Verdaderamente!

—¡Oh! Lo que es yo, no me quejo.

—¿Quiere usted decirme cómo funciona la institución?"

—Con mucho gusto. Por lo demás, puede usted participar en ella cuando le plazca.

Es un club.

—¡¡Un club!!...

—Sí, señor, fundado por los hombres más eminentes del país, por los mejores espíritus y las más claras inteligencias."

Y agregó, riéndose de todo corazón:

"Y le juro que es muy agradable?"

—¿Esto?"

—Sí, esto.

—Me asombra usted.

—¡Dios mío! Es agradable porque los miembros del club no tienen miedo a la muerte, que es la que echa a perder todas las alegrías de este mundo.

—Pero, entonces, ¿por qué son miembros del club, si no se matan?"

—Se puede ser miembro del club sin contraer por ello la obligación de matarse.

—¿Y, entonces?"

—Me explico. Ante el número desmesuradamente creciente de los suicidios, ante los repelentes espectáculos que nos brindaban, se constituyó una sociedad de pura beneficencia, protectora de los desesperados, que puso a su disposición una muerte tranquila e insensible, ya que no imprevista.

—¿Quién ha podido autorizar semejante institución?

—El general Boulanger, durante su breve paso por el poder. No sabía negar nada. Y es lo único bueno que hizo, por lo demás. Así pues, se constituyó una sociedad de hombres clarividentes, desengañados, escépticos, que quisieron erigir en pleno París una especie de templo del desprecio a la muerte. Al principio, esta casa fue un lugar temido, al que nadie se acercaba. Entonces los fundadores, que se reunían en ella, dieron una gran fiesta de inauguración con Sarah Bernhardt, Judic, Théo, Granier y veinte damas más; y con los señores de Reszké, Coqueun, Mounet-Sully, Paulus, etc.; y después conciertos, comedias de Dumas, de Meilhac, de D'Halévy, de Sardou. No tuvimos más que un fracaso, una pieza de Becque, que pareció triste, pero que a continuación obtuvo un resonante éxito en la Comedia Francesa. En fin, vino todo París. El asunto estaba lanzado.

—¡En medio de fiestas! ¡Qué broma más macabra!

—En absoluto. No es preciso que la muerte sea triste, es preciso que sea indiferente. Hemos alegrado la muerte, la hemos cubierto de flores, la hemos perfumado, la hemos hecho fácil. Se aprende a socorrer por el ejemplo; se puede ver, porque no es nada.

—Comprendo muy bien que hayan venido a las fiestas; pero, ¿han venido por... Ella?

—No de inmediato, desconfiaban.

—¿Y más adelante?

—Vinieron.

—¿Muchos?

—En masa. Tenemos más de cuarenta al día. Casi no se encuentran ya ahogados en el Sena.

—¿Quién empezó?

—Un miembro del club.

—¿Un abnegado?

—No lo creo. Un aburrido, arruinado en el juego, que había sufrido enormes pérdidas en el bacarrá durante tres meses.

—¿De veras?

—El segundo fue un inglés, un excéntrico. Entonces, pusimos anuncios en los periódicos, contamos nuestros procedimientos, inventamos muertes capaces de atraer. Pero el gran impulso nos lo dio la gente pobre.

—¿Cómo proceden ustedes?

—¿Quiere visitarlo? Se lo explicaré al mismo tiempo.

—Claro que sí."

Cogió el sombrero, abrió la puerta, me hizo salir para entrar después en una sala de juego donde unos hombres jugaban como se juega en todos los garitos. Cruzó a continuación diversos salones. En ellos la gente charlaba con viveza, con alegría. Raras veces había visto un club tan vivo, tan animado, tan riendo.

Como yo me extrañaba, el secretario prosiguió:

La institución está muy de moda. Toda la gente elegante del universo entero forma parte de ella, para aparentar que desprecia la muerte. Después, una vez que están aquí, se creen obligados a mostrarse alegres para no parecer asustados. Entonces bromean, ríen, se burlan, alardean de ingenio y aprenden a tenerlo. Ciertamente es hoy en día el



lugar más frecuentado y más divertido de París. Las mismas mujeres se ocupan, en este momento, de crear un anexo para ellas.

—Y, a pesar de eso, ¿tienen ustedes muchos suicidios en la casa?

—Como le he dicho, unos cuarenta o cincuenta diarios. Son escasas las personas ricas; pero abundan los pobres diablos. También la clase media da muchos.

—Y... ¿cómo se hace?

—Asfixiamos..., muy suavemente.

—¿Por qué procedimiento?

—Un gas de nuestra invención. Lo hemos patentado. Al otro lado del edificio, están las puertas del público. Tres puertecitas que dan a tres callejas. Cuando un hombre o una mujer se presenta, empezamos a interrogarlo; después se le ofrece un socorro, una ayuda, protecciones. Si el cliente acepta, se hace una investigación y con frecuencia lo salvamos.

—¿De dónde sacan el dinero?

—Tenemos mucho. Las cotizaciones de los miembros son muy elevadas. Y además resulta de buen tono hacer donativos a la institución. Los nombres de todos los donantes se publican en Le Figaro. Ahora bien, todo suicidio de un hombre rico cuesta mil francos. —Y mueren con afectación. Los de los pobres son gratuitos.

—¿Cómo reconocen ustedes a los pobres?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Se los adivina, señor! Y además tienen que traer un certificado de indigencia del comisario de policía de su barrio. ¡Si supiera usted qué siniestra es su entrada! Visité sólo una vez esa parte del establecimiento, y no volveré jamás. Como local, está tan bien como éste, igual de rico y de cómodo; pero ellos... ¡Ellos! ¡Si los viera usted llegar, a los viejos andrajosos que acuden a morir; gente que revienta de miseria desde hace meses, alimentada en un rincón de la calle, como los perros; mujeres harapientas, demacradas, que están enfermas, paralíticas, incapaces de ganarse la vida y que nos dicen, tras haber contado su caso: "Ya ven ustedes que esto no puede continuar, ya que no puedo hacer nada, ni ganar nada."

"He visto llegar a una de ochenta y siete años, que había perdido a todos sus hijos, y a sus nietos, y que, desde hacía seis semanas, dormía al raso. Me puse enfermo de emoción. Además, tenemos muchos casos diferentes, sin contar la gente que no dice nada y que se limita a preguntar: ¿Dónde es? A esos se les hace entrar, y se acaba en seguida. "

Yo repetía, con el corazón encogido:

"Y... ¿dónde es?..

—Aquí. "

Abrió una puerta, agregando:

"Entre, es la parte especialmente reservada a los miembros del club, y la que funciona menos. Aún no hemos tenido más que once aniquilaciones.

—¡Ah! Le llaman ustedes una..., aniquilación.

—Sí, señor. Entre".

Vacilaba. Por fin entré. Era una deliciosa galería, una especie de invernadero, que unas vidrieras de un azul pálido, de un rosa tierno, de un verde suave, rodeaban poéticamente de paisajes de tapicería. Había en aquel bonito salón unos divanes, espléndidas palmeras, flores, rosas sobre todo, embalsamadoras, libros en las mesas, la Revue des Deux Mondes, cigarros en cajas de la Tabacalera, y, lo que más me sorprendió, pastillas de Vichy en una bombonera.

Como yo me asombraba, mi guía dijo:

"¡Oh! Con frecuencia vienen a charlar aquí." Y prosiguió:

"Las salas del público son parecidas, aunque amuebladas con más sencillez."

Pregunté:

"¿Y cómo operan ustedes?"

Señaló con el dedo una tumbona, cubierta de crespón de China color crema, con encajes blancos, bajo un gran arbusto desconocido, al pie del cual corría un arriate de reseda.

El secretario agregó en voz más baja:

"Se cambia a capricho la flor y el perfume, pues nuestro gas, totalmente imperceptible, da a la muerte el olor de la flor que más agrada. Se le volatiliza con esencias. ¿Quiere usted que se lo haga aspirar sólo un segundo?"

—Gracias, le dije vivamente, todavía no... "Se echó a reír.

"¡Oh! No hay el menor peligro, caballero. Yo mismo lo he comprobado varias veces."

Tuve miedo de parecerle cobarde. Proseguí:

"Está bien.

—Tiéndase en la Dormilona."

Algo inquieto, me senté en la tumbona de crespón de China, después me estiré, y casi al instante me vi envuelto por un delicioso olor a reseda. Abrí la boca para sorberlo mejor, pues mi alma se había amodorrado, olvidaba, saboreaba, con el primer trastorno de la asfixia, la embrujadora embriaguez de un opio encantador y fulminante.

Me sacudieron del brazo.

"¡Oh, oh, señor!, decía riendo el secretario, me parece que se deja usted convencer."

Pero una voz, una voz de verdad, y no la de los ensueños, me saludaba con acento campesino:

"Buenos días, señor. ¿Qué tal?"

Mi sueño echó a volar. Vi el Sena claro bajo el sol y, llegando por un sendero, el guarda rural del pueblo, que se llevaba la mano derecha al quepis negro galoneado de plata.

Respondí:

"Hola, Marinel. ¿A dónde va usted?"

—Voy a reconocer a un ahogado que han pescado cerca de los Morillons. Uno más que se ha dado un chapuzón. Y hasta se había quitado los pantalones para atarse las piernas con ellos."

*Le Echo de Paris, 16 de septiembre de 1889*

## *Dos amigos*

---

*Deux amis*

En un París bloqueado, hambriento, agonizante, los gorriones escaseaban en los tejados y las alcantarillas se despoblaban. Se comía cualquier cosa.

Mientras se paseaba tristemente una clara mañana de enero por el bulevar exterior, con las manos en los bolsillos de su pantalón de uniforme y el vientre vacío, el señor Morissot, relojero de profesión y alma casera a ratos, se detuvo en seco ante un colega en quien reconoció a un amigo. Era el señor Sauvage, un conocido de orillas del río.

Todos los domingos, antes de la guerra, Morissot salía con el alba, con una caña de bambú en la mano, una caja de hojalata a la espalda. Tomaba el ferrocarril de Argenteuil, bajaba en Colombes, y después llegaba a pie a la isla Marante. En cuanto llegaba a aquel lugar de sus sueños, se ponía a pescar, y pescaba hasta la noche.

Todos los domingos encontraba allí a un hombrecillo regordete y jovial, el señor Sauvage, un mercero de la calle Notre Dame de Lorette, otro pescador fanático. A menudo pasaban medio día uno junto a otro, con la caña en la mano y los pies colgando sobre la corriente, y se habían hecho amigos.

Ciertos días, ni siquiera hablaban. A veces charlaban; pero se entendían admirablemente sin decir nada, al tener gustos similares y sensaciones idénticas.

En primavera, por la mañana, hacia las diez, cuando el sol rejuvenecido hacía flotar sobre el tranquilo río ese pequeño vaho que corre con el agua, y derramaba sobre las espaldas de los dos empedernidos pescadores el grato calor de la nueva estación, Morissot decía a veces a su vecino: «¡Ah! ¡qué agradable!» y el señor Sauvage respondía: «No conozco nada mejor.» Y eso les bastaba para comprenderse y estimarse.

En otoño, al caer el día, cuando el cielo ensangrentado por el sol poniente, lanzaba al agua figuras de nubes escarlatas, empurpuraba el entero río, inflamaba el horizonte, ponía rojos como el fuego a los dos amigos, y doraba los árboles ya enrojecidos, estremecidos por un soplo de invierno, el señor Sauvage miraba sonriente a Morissot y pronunciaba: «¡Qué espectáculo!» Y Morissot respondía maravillado, sin apartar los ojos de su flotador: «Esto vale más que el bulevar, ¿eh?»

En cuanto se reconocieron, se estrecharon enérgicamente las manos, muy emocionados de encontrarse en circunstancias tan diferentes. El señor Sauvage, lanzando un suspiro, murmuró: «¡Cuántas cosas han ocurrido!» Morissot, taciturno, gimió: «¡Y qué tiempo! Hoy es el primer día bueno del año.»

El cielo estaba, en efecto, muy azul y luminoso.

Echaron a andar juntos, soñadores y tristes. Morissot prosiguió: «¿Y la pesca, eh? ¡Qué buenos recuerdos!»

El señor Sauvage preguntó: «¿Cuándo volveremos a pescar?»

Entraron en un café y tomaron un ajenjo; después volvieron a pasear por las aceras.

Morissot se detuvo de pronto: «¿Tomamos otra copita?» El señor Sauvage accedió: «Como usted quiera.» Y entraron en otra tienda de vinos.

Al salir estaban bastante atontados, perturbados como alguien en ayunas cuyo vientre está repleto de alcohol. Hacía buen tiempo. Una brisa acariciadora les cosquilleaba el rostro.

El señor Sauvage, a quien el aire tibio terminaba de embriagar, se detuvo: «¿Y si fuéramos?»

—¿A dónde?

—Pues a pescar.

—Pero, ¿a dónde?

—Pues a nuestra isla. Las avanzadas francesas esta cerca de Colombes. Conozco al coronel Dumoulin; nos dejarán pasar fácilmente.»

Morissot se estremeció de deseo: «Está hecho. De acuerdo.» Y se separaron para ir a recoger los aparejos.

Una hora después, caminaban juntos por la carretera. En seguida llegaron a la ciudad que ocupaba el coronel. Este sonrió ante su petición y accedió a su fantasía. Volvieron a ponerse en marcha, provistos de un salvoconducto.

Pronto franquearon las avanzadas, cruzaron un Colombes abandonado, y se encontraron al borde de las viñas que bajan hacia el Sena. Eran aproximadamente las once.

Frente a ellos, el pueblo de Argenteuil parecía muerto. Las alturas de Orgemont y Sannois dominaban toda la región. La gran llanura que se extiende hasta Nanterre estaba vacía, completamente vacía, con sus cerezos desnudos y sus tierras grises.

El señor Sauvage, señalando con el dedo las cumbres, murmuró: «¡los prusianos están allá arriba!» Y la inquietud paralizaba a los dos amigos ante aquella tierra desierta.

«¡Los prusianos!» Nunca los habían visto, pero los percibían allí desde hacía meses, en torno a París, arruinando Francia, saqueando, matando, sembrando el hambre, invisibles y todopoderosos. Y una especie de terror supersticioso se sumaba al odio que sentían por aquel pueblo desconocido y victorioso.

Morissot balbució: «¿Y si nos los encontráramos? ¿Eh?»

El señor Sauvage respondió, con esa chunga parisiense que siempre reaparece, a pesar de todo:

«Los invitaríamos a pescadito frito.»

Pero dudaban de si aventurarse en la campiña, intimidados por el silencio de todo el horizonte.

Al final, el señor Sauvage se decidió: «Vamos, ¡en marcha!, pero con cuidado.» Y bajaron a una viña, doblados en dos, arrastrándose, aprovechando los matorrales para cubrirse, con ojos inquietos y oídos alerta.

Para llegar a la orilla del río les faltaba cruzar una franja de tierra desnuda. Echaron a correr; y en cuanto alcanzaron la ribera, se acurrucaron entre unas cañas secas.

Morissot pegó la mejilla al suelo para escuchar si alguien caminaba por las cercanías. No oyó nada. Estaban solos, completamente solos.

Se tranquilizaron y se pusieron a pescar.

Frente a ellos, la isla Marante, abandonada, les tapaba la otra ribera. La casita del restaurante estaba cerrada, parecía abandonada hacía años.

El señor Sauvage cogió el primer zarbo, Morissot atrapó el segundo, y a cada instante alzaban sus cañas con un animalillo plateado coleando en el extremo del sedal: una verdadera pesca milagrosa.

Introducían delicadamente los peces en una bolsa de red de mallas muy finas, en remojo a sus pies. Y los invadía una alegría deliciosa, esa alegría que os asalta cuando recuperáis un placer amado del que os habéis visto privados mucho tiempo.

El buen sol dejaba correr su calor sobre sus hombros; ya no escuchaban nada; no pensaban en nada; ignoraban al resto del mundo: pescaban.

Pero de pronto un ruido sordo que parecía llegar de debajo de la tierra estremeció el suelo. El cañón volvía a retumbar.

Morissot volvió la cabeza, y por encima de la ribera divisó allá abajo, a la izquierda, la gran silueta del Mont-Valerien, que llevaba en la frente un copete blanco, el vapor de la pólvora que acababa de escupir.

Al punto un segundo chorro de humo partió de lo alto de la fortaleza; unos instantes después resonó una nueva detonación.

La siguieron otras, y a cada momento la montaña lanzaba su aliento mortal, resoplaba vapores lechosos que se elevaban lentamente, en el cielo tranquilo, formando una nube sobre ella.

El señor Sauvage se encogió de hombros: «Ya vuelven a empezar», dijo.

Morissot, que miraba ansiosamente cómo se hundía una y otra vez la pluma de su flotador, se vio asaltado de pronto por la cólera del hombre pacífico contra los fanáticos que así luchaban, y refunfuñó: «Hay que ser estúpido para matarse de esa manera.»

El señor Sauvage replicó: «Peor que los animales.»

Y Morissot, que acababa de coger una breca, declaró: «¡Y pensar que siempre ocurrirá lo mismo, mientras haya gobiernos! »

El señor Sauvage lo detuvo: «La República no habría declarado la guerra...»

Morissot lo interrumpió: «Con los reyes, hay guerras fuera; con la República, hay guerra dentro.»

Y se pusieron a discutir tranquilamente, desembrollando los grandes problemas políticos con la sana razón de hombres bondadosos y limitados, siempre de acuerdo en un solo punto, que nunca serían libres. Y el MontValerien retumbaba sin tregua, demoliendo a cañonazos casas francesas, segando vidas, aplastando seres, poniendo fin a muchos sueños, a muchas alegrías esperadas, a mucha felicidad deseada, sembrando en corazones de esposas, en corazones de hijas, en corazones de madres, allá lejos, en otros países, sufrimientos que nunca acabarían.

«Es la vida», declaró el señor Sauvage.

«Diga más bien que es la muerte», replicó riendo Morissot.

Pero se estremecieron asustados, oyendo que alguien caminaba detrás de ellos; y, volviendo la vista, vieron, pegados a sus espaldas, cuatro hombres, cuatro hombres altos armados y barbudos, vestidos como criados con librea y tocados con gorras de plato, apuntándoles con sus fusiles.

Las dos cañas se les escaparon de las manos y empezaron a descender río abajo.

En unos segundos los cogieron, los ataron, se los llevaron, los arrojaron a una barca y los trasladaron a la isla.

Y detrás de la casa que habían creído abandonada vieron una veintena de soldados alemanes.

Una especie de gigante velludo, que fumaba, a horcajadas en una silla, una gran pipa de porcelana, les preguntó, en excelente francés: «¿Qué, señores? ¿Han tenido buena pesca?»

Entonces un soldado dejó a los pies del oficial la red llena de peces, que se había preocupado de recoger. El prusiano sonrió: «¡Ah, ah! Veo que no les ha ido mal. Pero se trata de otra cosa. Escúchenme y no se inquieten.

Para mí, ustedes son dos espías enviados a vigilarme. Yo los cojo y los fusilo. Ustedes fingían pescar, con el fin de disimular sus intenciones. Han caído en mis manos, mala suerte; es la guerra.

Pero, como ustedes han salido por las avanzadas, seguramente tienen una contraseña para regresar. Díganme esa contraseña y les perdono la vida.»

Los dos amigos, lívidos, el uno junto al otro, con las manos agitadas por un leve temblor nervioso, callaban.

El oficial prosiguió: «Nadie lo sabrá nunca, ustedes volverán tranquilamente a casa. El secreto quedará entre nosotros. Si se niegan, es la muerte, y en seguida. Elijan. »

Ellos continuaban inmóviles, sin abrir la boca.

El prusiano, sin perder la calma, prosiguió, extendiendo la mano hacia el río: «Piensen que dentro de cinco minutos estarán ustedes en el fondo de esa agua. ¡Dentro de cinco minutos! ¿No tienen ustedes familia?»

El Mont-Valerien seguía retumbando.

Los dos pescadores permanecían en pie y silenciosos. El alemán dio unas órdenes en su lengua. Después cambió su silla de sitio para no encontrarse demasiada cerca de los prisioneros, y doce hombres fueron a colocarse a veinte pasos, con los fusiles al pie.

El oficial prosiguió: «Les doy un minuto, y ni un segundo más.»

Después se levantó bruscamente, se acercó a los dos franceses, cogió a Morissot del brazo, se lo llevó aparte, le dijo en voz baja: «¡Rápido, la contraseña! Su compañero no sabrá nada, fingiré compadecerme... »

Morissot no respondió nada.

El prusiano se llevó entonces al señor Sauvage y le propuso lo mismo.

El señor Sauvage no respondió.

Volviéron a encontrarse uno junto a otro.

Y el oficial se puso a dar órdenes. Los soldados alzaron sus armas.

Entonces la mirada de Morissot cayó por casualidad sobre la red llena de zarbos, que había quedado en la hierba, a unos pasos de él.

Un rayo de sol hacía brillar el montón de peces, que se agitaban aún. Y lo invadió el desaliento. A pesar de sus esfuerzos, se le llenaron los ojos de lágrimas. Balbució: «Adiós, señor Sauvage.»

El señor Sauvage contestó: «Adiós, señor Morissot.» Se estrecharon las manos, sacudidos de pies a cabeza por invencibles temblores.

El oficial gritó: «¡Fuego!»

Los doce disparos sonaron como uno solo.

El señor Sauvage cayó de bruces. Morissot, más alto, osciló, giró sobre sí mismo y cayó atravesado sobre su compañero, boca arriba, mientras la sangre escapaba a borbotones por la guerrera agujereada en el pecho.

El alemán dio nuevas órdenes.

Sus hombres se dispersaron, regresando después con cuerdas y piedras que ataron a los pies de los dos muertos; después los llevaron a la orilla.

El Mont-Valerien no cesaba de retumbar, coronado ahora por una montaña de humo.

Dos soldados cogieron a Morissot por la cabeza y por las piernas; otros dos agarraron al señor Sauvage de idéntica manera. Los cuerpos, balanceados un instante con fuerza, fueron lanzados al río, describieron una curva, después se hundieron, de pie, en el río, pues las piedras arrastraban primero las piernas.

El agua saltó, burbujeó, se agitó, después se calmó, mientras unas pequeñas ondas llegaban hasta la orilla.

Flotaba un poco de sangre.

El oficial, siempre sereno, dijo a media voz: «Ahora los peces se ocuparán de ellos.»

Después regresó hacia la casa.

Y de pronto vio la red con los zarbos en la hierba. La recogió, la examinó, sonrió, gritó: «¡Wilhelm!»

Acudió un soldado de delantal blanco. Y el prusiano, lanzándole la pesca de los dos fusilados, le ordenó: «Fríeme en seguida esos animalitos, mientras aún están vivos. Serán deliciosos.»

Y volvió de nuevo a fumar su pipa.

*Gil Blas, 15 de febrero de 1883*

## *La dote*

---

*La dot*

A nadie causó sorpresa la boda de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet hacía gestiones con el señor Papillon para que le traspasara la notaría. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles, en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso a su manera, cosa extraña en Boutigny-le-Revours.

La señorita Cordier tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provinciano; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción a todo Boutigny.

Fueron muy admirados los novios cuando al salir de la iglesia iban a ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos a irse luego algunos días a París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.

Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar a su esposa con una delicadeza una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: "Todo llega para quien sabe aguardar". Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana que su esposa le adorase.

Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. El se la hubiera comido a besos; le sobaba las manos, la barbilla, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, le cogía por las orejas, diciéndole:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, boca, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

A los pocos días, el notario dijo a su mujer:

—¿Quieres que vayamos a París mañana? Como dos amantes, recorreremos los teatros, los restaurantes, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella estallaba de gozo.

—Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

El prosiguió:

—Como es necesario atender a todas las cosas, le dirás a tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. La llevaremos para pagarle al señor Papillon el traspaso de la notaría.

Ella, convencida, respondió:

—No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres. El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

—Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se les puede perder la cartera, les pueden robar...



Y el joven yerno sonreía...

—Tranquílcese usted. Estoy muy acostumbrado a llevar sobre mí valores de importancia. Ya sabe que los notarios nos vemos obligados a manejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestia y se ahorran los giros. Tranquílcese usted.

Un mozo de la estación gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió a un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

—¡Qué aburrimiento! No podré fumar.

Ella respondió:

—Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora, y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver a las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados a la estación, el notario dijo a su mujer:

—Si te parece, almorzaremos ahora en el bulevar y luego volveremos tranquilamente a recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

—Sí, sí; almorzaremos en un restaurante. ¿Está muy lejos?

El respondió:

—Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente a todas partes.

Juana se permitió advertirle:

—¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñía, sonriendo:

—¡Un coche! ¡Lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.

—Tienes razón —contestó la mujer, un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos, y Lebrumet, al verlo, gritó:

—¡Conductor! ¡Eh, conductor!

El pesado vehículo se detuvo, y el joven notario, empujando a su mujer, le dijo rápidamente:

—Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, cogiéndola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vio de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que se encaramaba en la imperial.

Quedóse inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente a pipa sucia y una vieja que apestaba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de ultramarinos, un sargento de Infantería, un caballero de lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: "Estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes". Tres hermanas de la Caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes a las filas de muñecos en los "pim-pam-pum" de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de las ruedas, aturdiéndolas, hacíales parecer idiotizados o adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: "¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?"

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de la Caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

"Es más lejos de lo que yo supuse", pensaba la señora Lebrumet.

Bajó el enterrador y ocupó su asiento un mozo de cuadra que olía y no a rosas—. Al irse la mozueta, entró un mozo de cordel apestando a sudor agrio.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se apearon más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

¡Qué lejos vamos! —pensaba la novia—. ¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!

Poco a poco fuese quedando sola. El conductor dijo:

—¡Vaugirard!

Y como la viajera no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que a ella se dirigía el empleado, quien, al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

La novia no pudo contener esta pregunta:

—¿En dónde estamos?

Y el conductor, malhumorado, contestó:

—Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.

—¿Falta mucho para el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—El de los italianos.

—¡Hace tiempo que pasamos por él!

—¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar a mi marido?

—¿Su marido? ¿Cómo?

—Está en la imperial.

—En la imperial no hay nadie.

Juana tembló, espantada.

—¿Es posible? Yo lo vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

—Basta de músicas, por cada hombre que pierdas encontrarás diez. Lárgate. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será difícil agarrarte a otro.

Con lágrimas en los ojos, la novia insistía:

—Le aseguro a usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba una cartera debajo del brazo.

El conductor se puso a reír.

—Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se apeó. Bien te ha plantado. Ja..., ja..., ja...

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente a la imperial. No había nadie.

Rompió a llorar, y sin tener presente que la miraban, que la oían, dijo en voz alta:

—¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

—¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo en son de burla:

—Que se le ha escapado a esta señora... su marido en el trayecto.

—Está bien. Andando. Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que le ocurría. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fue posible aquel error, aquel olvido, aquel desprecio, aquella inverosímil distracción? Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó a su primo Barral, jefe de sección del Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir a casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet, una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

—¡Enrique!

El se detuvo, asombrado.

—¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbució, llorando:

Acabo de perder a mi marido.

—¿Perderlo? ¿En dónde?

—Sobre la imperial de un ómnibus.

—¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexivo, y preguntó:

—¿Estaba sereno esta mañana?

—Sí.

—¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?

—En una cartera, mi dote.

—¡Ah! ¿Tu dote?

—Sí; veníamos a pagar el traspaso de la notaría.

—Pues bien: tu marido, a estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:

—¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?

—Te ha estafado la dote. Ha huido con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es..., es..., es un miserable!

Desfallecida, cayó en los brazos de su primo. Como llamaban la atención de los transeúntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurante y di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré a la oficina.

*Gil Blas, 9 de febrero de 1884*

# *Un drama verdadero*

---

*Un drame vrai*

*"Lo verdadero puede a veces no ser verosímil.  
(BOILEAU, Art poétique, III, 48.)*

Decía yo el otro día, en este lugar, que la escuela literaria de ayer se servía, para sus novelas, de las aventuras o de las verdades excepcionales encontradas en la existencia; mientras que la escuela actual, al no preocuparse sino por la verosimilitud, establece una especie de media de los acontecimientos ordinarios.

Y hete aquí que me comunican toda una historia, ocurrida, al parecer, y que se diría inventada por algún novelista popular o algún dramaturgo delirante.

Es, en cualquier caso, pasmosa, bien urdida y muy interesante en su extrañeza.

En una propiedad rural, mitad granja y mitad quinta, vivía una familia que tenía una hija a la que cortejaban dos jóvenes, hermanos.

Estos pertenecían a una antigua y excelente casa, y vivían juntos en una propiedad vecina.

El preferido fue el mayor. Y el pequeño, a quien un amor tumultuoso le trastornaba el corazón, se tornó sombrío, soñador, errabundo. Salía durante días enteros o bien se encerraba en su habitación, y leía o meditaba.

Cuanto más se acercaba la hora de la boda, más receloso se volvía.

Aproximadamente una semana antes de la fecha fijada, el novio, que regresaba una noche de su cotidiana visita a la joven, recibió un disparo a quemarropa, en un rincón del bosque. Unos campesinos, que lo encontraron al nacer el día, llevaron el cuerpo a su hogar. Su hermano se sumió en una fogosa desesperación que duró dos años. Se creyó incluso que se metería cura o que se mataría.

Al cabo de esos dos años de desesperación, se casó con la novia de su hermano.

Entretanto no se había podido encontrar al homicida. No existía el menor rastro seguro; y el único objeto revelador era un trozo de papel casi quemado, negro de pólvora, que había servido de taco al fusil del asesino. En aquel jirón de papel estaban impresos unos versos, el final de una canción, sin duda, pero no se pudo descubrir el libro del que había sido arrancada aquella página.

Se sospechó que el asesino era un cazador furtivo de mala nota. Fue perseguido, encarcelado, interrogado, hostigado; pero no confesó, y fue absuelto, por falta de pruebas.

Tal es la exposición de este drama. Uno creería estar leyendo una horrible novela de aventuras. No falta nada: el amor de los dos hermanos, los celos de uno, la muerte del preferido, el crimen en un rincón del bosque, la justicia despistada, el acusado absuelto, y un leve hilo en manos de los jueces, el trozo de papel negro de pólvora.

Y, ahora, transcurren veinte años. El hermano menor, casado, es feliz, rico y considerado: tiene tres hijas. Una de ellas va a casarse a su vez. Se desposa con el hijo de un viejo magistrado, uno de los que formaron el tribunal antaño, cuando el asesinato del hermano mayor.

Y he aquí que se celebra la boda, una gran boda rural, una juerga. Los dos padres se estrechan las manos, los jóvenes son felices. Cenar en la larga sala de la quinta; beben, bromean, ríen, y, llegados a los postres, alguien propone cantar canciones, como se hacía en los viejos tiempos. La idea agrada, y cada cual canta. Al llegarle su turno, el

padre de la desposada busca en su memoria antiguas coplas que tarareaba en tiempos, y poco a poco las encuentra.

Hacen reír, se aplauden; él prosigue, entona la última; después, cuando ha acabado, su vecino el magistrado le pregunta: «¿De dónde diablos ha sacado usted esa canción? Conozco los últimos versos. E incluso me parece que están relacionados con alguna grave circunstancia de mi vida, pero no lo sé exactamente; estoy perdiendo la memoria.»

Y al día siguiente, los recién casados salen de viaje de bodas.

Sin embargo, la obsesión de los recuerdos imprecisos, ese prurito constante de recordar una cosa que se os escapa sin cesar, acosaba al padre del joven. Tarareaba sin descanso el estribillo que había cantado su amigo, y seguía sin recordar de dónde le venían aquellos versos que, sin embargo, tenía grabados desde hacía mucho tiempo en la cabeza, como si hubiera sentido un serio interés por no olvidarlos.

Transcurren dos años más. Y he aquí que un día, hojeando unos viejos papeles, encuentra, copiadas por él, aquellas rimas que tanto ha buscado.

Eran los versos que habían quedado legibles en el taco del fusil de que se habían servido antaño para el asesinato.

Entonces vuelve a iniciar él solo la investigación. Interroga con astucia, registra los muebles de su amigo, tanto y tan bien que encuentra el libro cuya página había sido arrancada.

El drama se desarrolla ahora en ése corazón de padre. Su hijo es el yerno de aquel de quien sospecha tan violentamente; pero, si el sospechoso es culpable, ¿ha matado a su hermano para robarle la novia! ¿Hay crimen más monstruoso?

El magistrado triunfa sobre el padre. El proceso vuelve a abrirse. El verdadero asesino es, en efecto, el hermano. Lo condenan.

\*\*\*

He aquí los hechos que me señalan. Afirman que son ciertos. ¿Podríamos utilizarlos en un libro sin dar la impresión de imitar servilmente a De Montépin y Du Boisgobey?

Así pues, tanto en la literatura como en la vida, el axioma: «No todas las verdades se pueden decir» me parece perfectamente aplicable.

Insisto sobre este ejemplo, que me parece impresionante. Una novela compuesta con un dato semejante despertaría la incredulidad de todos los lectores, y escandalizaría a todos los verdaderos artistas.

*Le Gaulois*, 6 de agosto de 1882.

# *Duchoux*

---

*Duchoux*

Bajando la espaciosa escalera del círculo, caldeada como un invernadero por el calorífero, el barón de Mordiane no había pensado en abrocharse el gabán de pieles; así que, cuando salió a la calle, sintió un hondo estremecimiento de frío, uno de esos estremecimientos bruscos y penosos que ponen tan triste al hombre como una pena. Había perdido algún dinero, y su estómago, desde hacía algún tiempo, le hacía padecer, no permitiéndole comer a su antojo.

Iba a regresar a su casa, y de repente, el recuerdo de su espaciosa habitación vacía, del lacayo dormido en la antecámara, del gabinete en que el agua tibia para el lavatorio de la noche silba suavemente sobre la estufilla de gas, del amplio lecho, antiguo y solemne como un lecho mortuario, hizo penetrar hasta el fondo del corazón, hasta el fondo de la carne, otro frío más doloroso aún que el del aire helado.

Hacia algunos años que sentía sobre él ese peso de la soledad que aplasta a veces a los solterones. En otro tiempo había sido fuerte, avisado y jovial, consagrando todos los días al deporte y todas sus noches a fiestas, Y ahora se entorpecía y nadie le causaba placer. Los ejercicios le fatigaban, las cenas y hasta las comidas le sentaban mal, y las mujeres le fastidiaban tanto como le divertieran en otro tiempo.

La monotonía de las veladas idénticas, de los mismos amigos encontrados en el mismo paraje, en el círculo, de la misma partida con los mismos días de suerte y de desgracia, de las mismas opiniones acerca de las mismas cosas, de los mismos chistes en los mismos labios, de las mismas bromas acerca de los mismos asuntos, de las mismas maledicencias acerca de las mismas mujeres, le desanimaba hasta el punto de hacerle pensar a veces en el suicidio.

No podía ya con aquella vida regular y vacía, tan trivial, tan ligera y tan pesada al propio tiempo, y deseaba algo tranquilo, reposado, confortable, sin saber qué.

Cierto que no pensaba en casarse, porque no se sentía con valor para condenarse a la melancolía, a la servidumbre conyugal, a esa odiosa existencia de dos seres que, constantemente juntos, se conocen hasta el punto de no decirse una palabra que el otro no haya previsto, de no tener una idea, un deseo, un juicio que el otro no adivine. Opinaba que no puede verse con agrado a una persona sino cuando se la conoce poco, cuando en ella queda algo misterioso por explorar, cuando se muestra algo inquietante y velada. Le hubiera convenido una familia que no fuese tal familia, donde poder pasar solo parte de su existencia; y volvió a acordarse de su hijo.

Hacía un año que pensaba constantemente en él, sintiendo crecer su anhelo de verle, de conocerle. Le había tenido cuando joven, en medio de circunstancias dramáticas y tiernas. El niño, enviado al Mediodía, había sido educado cerca de Marsella, sin conocer jamás el nombre de su padre.

Este pagó primeramente el salario de la nodriza; luego, el colegio; luego, lo que necesitaba para vivir, y luego, la dote para un matrimonio razonable. Un notario discreto había servido de intermediario sin revelar nada jamás.

El barón de Mordiane sabía, pues, solamente que un hijo de su sangre vivía en tal punto, cerca de Marsella, que pasaba por inteligente y bien educado, habiendo contraído matrimonio con la hija de un arquitecto contratista, cuyo negocio había heredado. Le habían enterado también de que ganaba mucho dinero.

¿Por qué razón no había de ir a ver a aquel hijo desconocido, sin descubrirse, a fin de estudiarle y adquirir la certeza de que, en caso de necesidad, encontraría un buen refugio en aquella familia?

Había hecho en grande las cosas, dando una buena dote, aceptada con gratitud. Tenía, por consiguiente, la certeza de no chocar con un orgullo excesivo; y la idea y el deseo, sentidos a diario, de marchar al Mediodía se hacían en él irritantes cual una comezón. Le impulsaba al propio tiempo un extraño enternecimiento de egoísta, pensando en aquella casa risueña y caliente a orillas del mar, donde encontraría una nuera joven y bonita, a sus nietecillos con los brazos abiertos y a su hijo recordándole la aventura deliciosa y breve de sus lejanos días. Lo único que lamentaba era el haber dado tanto dinero, y que aquel dinero hubiera crecido en manos del joven, lo que no le permitía presentarse como bienhechor.

Caminaba pensando en todo esto, con la cara semiculta en el cuello de su gabán, y se decidió bruscamente. Pasaba un coche de alquiler, le llamó y se hizo llevar a casa, y cuando su ayuda de cámara, después de despertarse, abrió la puerta, le dijo:

—Luis, mañana marcharemos a Marsella, donde estaremos probablemente quince días. Haz los preparativos necesarios.

Corría el tren a lo largo del arenoso Ródano, atravesando después amarillentas llanuras, pueblos claros, un extenso país cerrado a lo lejos por desnudas montañas.

El barón de Mordiane, despertando después de una noche de sleeping, se miraba con melancolía en su espejito de viaje. La cruda luz del Mediodía le mostraba arrugas que aún no se había visto; un estado de decrepitud desconocido en la mortecina claridad de las habitaciones parisienses. Y se decía, examinando su pata de gallo, sus párpados ajados y las arrugas de su frente:

— ¡Diablo, no sólo he perdido la frescura, estoy aviejado!

Y su deseo de reposo aumentó súbitamente, con un anhelo vago, nuevo en él, de tener sobre las rodillas a sus nietecillos.

A eso de la una de la tarde llegó en un coche de alquiler a la puerta de una de esas casas de campo meridional, tan blancas, al extremo de una alameda de plátanos, que deslumbran y hacen bajar la vista. Sonreía siguiendo la alameda, y se decía:

— ¡Caramba, es bonito esto! De pronto un arrapiezo de cinco a seis años se dejó ver, dando la vuelta a un arbusto que hasta entonces le había ocultado, y permaneció en pie al borde del camino, mirando a aquel señor con sus redondos ojos.

Mordiane se le acercó.

— Buenos días, niño.

El muchacho no dijo nada.

Inclinándose el barón le cogió entonces en brazos para hacerle una caricia; pero sofocado por un fuerte olor de ajo, del cual parecía impregnada enteramente la criatura, le dejó nuevamente en el suelo, murmurando:

— ¡Oh! Es el hijo del jardinero.

Y se encaminó hacia la casa.

La ropa blanca, rodillas, servilletas, camisas, delantales y trapos se secaban en un cordel delante de la puerta, y un batallón de calcetines alineados sobre las cuerdas superpuestas, llenaba toda una ventana, semejantes a las paradas de salchichas que adornan las choricerías.

El barón llamó.

Se presentó una sirvienta, verdadera sirvienta del Mediodía, sucia y despeinada, cuyos cabellos le caían en mechones sobre el rostro, cuyo zagalejo, bajo la acumulación de manchas que le ensombrecían, conservaba de su antiguo color ciertos tonos chillones, una apariencia de feria campestre y de vestido de saltimbanquis.

El preguntó:

—¿Está en casa el señor Duchoux?

En otro tiempo, como broma de calavera escéptico, había dado ese nombre al hijo desconocido para que no se ignorase que había sido hallado bajo una col.

La muchacha repitió:

—¿Pregunta usted por el señor Duchoux?

—Sí.

—Está en la sala, trabajando en sus planos.

—Dígale usted que el señor Merlin desea hablarle.

La criada añadió sorprendida:

—¿Eh? Entre usted si quiere verle.

Y gritó:

—¡Señor Duchoux, una visita! Entró el barón, y en una sala espaciosa, ensombrecida por las ventanas a medio cerrar, divisó gentes y cosas que le parecieron sucias.

En pie ante una mesa, sobrecargada de objetos de todas clases, un hombrecillo calvo trazaba líneas en un ancho papel.

Interrumpió su trabajo y dio dos pasos.

Su chaleco entreabierto, su pantalón desabrochado y los puños levantados de su camisa indicaban que tenía mucho calor, y calzaba unas botas llenas de barro, que demostraban había llovido unos días antes.

Preguntó, con marcado acento meridional:

—¿A quién tengo el honor?...

—Al señor Merlin... Vengo a consultar a usted, porque quisiera adquirir un terreno para edificar.

—¡Ah, vamos! ¡Muy bien!

Y Duchoux, volviéndose hacia su mujer, que hacia media en la sombra, añadió:

—Limpia una silla, Josefina.

Mordiane reparó entonces en una mujer joven, que parecía vieja ya, como se es vieja a los veinticinco años fuera de la capital por falta de cuidados, de lavados repetidos, de todas las minuciosas curiosidades, de todas las pequeñas atenciones del tocador femenino que inmovilizan la frescura y conservan, hasta cerca de los cincuenta años, el encanto y la belleza. Con un pañuelo sobre los hombros y los cabellos, hermosos cabellos espesos y negros, pero que se adivinaban poco peinados, recogidos de cualquier modo, alargó hacia una silla unas manos de criada y quitó de encima de ella un vestido de niño, un cuchillo, un pedazo de cinta, un tiesto de flores vacío y un plato manchado de grasa; en seguida ofreció el asiento al visitante.

El barón lo utilizó, notando entonces que sobre la mesa de trabajo de Duchoux había, además de los libros y los papeles, dos escarolas recién cogidas, una jofaina, un cepillo de la cabeza, una servilleta, un revólver y varias tazas sucias.

El arquitecto vio su mirada y dijo sonriendo:

—Dispense usted. Hay algún desorden en el salón; cosas de los niños.

Y aproximó su silla para hablar con el cliente.

—¿Dice usted que desea comprar un terreno en las cercanías de Marsella?

Su aliento, aunque distante, llevó al barón ese olor de ajo que despiden las gentes del Mediodía lo mismo que las flores su perfume.

Mordiane preguntó:

—¿Es hijo de usted un niño que he encontrado bajo los plátanos?

—Sí, señor; el segundo.

—¿Tiene usted dos?



—Tres, caballero; a razón de uno cada año.

Y Duchoux parecía lleno de orgullo.

El barón pensaba:

"Si todos huelen lo mismo, su alcoba ha de parecer un invernadero."

Agregó:

—Sí; quisiera un bonito terreno cerca del mar, en una pequeña playa desierta...

Entonces Duchoux se explicó. Tenía diez, veinte, cincuenta, cien o más terrenos en aquellas condiciones, y a todos precios y para todos los gustos. Hablaba como corre una fuente, risueño, satisfecho de si mismo, moviendo su cabeza calva y redonda.

Y Mordiane se acordaba de una mujercita rubia, delgada, algo melancólica y que decía tan tiernamente "Amado mío", que la sola memoria avivaba la sangre en sus venas. Aquella criatura le había amado con pasión, con locura, por espacio de tres meses; luego, habiendo quedado encinta hallándose ausente su marido, que era gobernador de una colonia, había huido, se había ocultado, loca de desesperación y de terror, hasta el nacimiento del niño, que Mordiane se llevara una noche de verano y que no volvieron a ver.

Ella murió tísica tres años después en la colonia de su marido, con quien había ido a reunirse. Y él tenía delante a su hijo, que le decía, haciéndole sonar las sílabas finales como notas metálicas:

—Ese terreno, caballero, es una ocasión única...

Y Mordiane recordaba la otra voz, ligera como el roce de la brisa, cuando murmuraba:

"Amado mío, nunca nos separaremos... "

Y recordaba aquella mirada azul, dulce, profunda, cariñosísima, contemplando los ojos redondos, azules también, pero inexpresivos, de aquel ridículo hombrecillo, que, sin embargo, se parecía a su madre.

Sí, se le parecía más cada vez, a cada segundo que pasaba; se le parecía en la entonación, en los gestos, en todo; se le parecía como el mono se asemeja al hombre; tenía de ella mil rasgos deformados, irrecusables, irritantes, que indignaban. El barón sufría, repentinamente acosado por aquel parecido que aumentaba sin cesar, exasperante, enloquecedor, torturándole como una pesadilla, como un remordimiento.

Balbució:

—¿Cuándo podríamos ver ese terreno?

—Pues mañana mismo, sí usted quiere.

—Sí, mañana; ¿a qué hora?

—A la una.

—Perfectamente.

El niño encontrado en la alameda apareció en la puerta abierta, gritando:

—¡Padre!

Nadie le respondió.

Mordiane estaba en pie con un deseo de huir, de correr, que hacía temblar sus piernas. Aquel "padre" le había herido como una bala. A él iba dirigido, para él era aquel "padre" que olía a ajo.

¡Oh! ¡Qué perfume tan delicioso el que despedía la amiga de otro tiempo!

Duchoux le acompañaba hasta la puerta.

—¿Es de usted esta casa?—le preguntó el barón.

—Sí, señor; la he comprado no hace mucho, y me complazco en decirlo. Soy un hijo del acaso, y no lo oculto; me enorgullezco de ello. No tengo nada que agradecer a nadie, soy hijo de mis obras; todo me lo debo a mí mismo.

El niño, que permaneciera en el umbral, gritaba nuevamente, pero a lo lejos:

—¡Padre!

Mordiane, estremeciéndose a cada momento, presa de horrible pánico, huía como se huye ante un gran peligro.

"Va a adivinar quién soy, va a reconocirme —pensaba—. Va a cogerme en sus brazos y a gritarme también: ¡Padre!, dándome en la cara un beso perfumado de ajo. "

—Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana, a la una.

Avanzaba el carruaje por el blanco camino.

—¡Cochero, a la estación!

Y oía dos voces, una lejana y dulce, la voz débil y triste de los muertos, que decía: "Amado mío." Y la otra, sonora, aguda, horrible, que gritaba: "¡Padre!", como se grita: "¡A ése!", cuando un ladrón huye por las calles de la ciudad.

Al siguiente día por la noche, al entrar en el círculo, el conde de Etreillis le dijo:

—Hacia tres días que no le veíamos. ¿Ha estado usted enfermo?

—Sí, una pequeña indisposición. De cuando en cuando me ataca la jaqueca.

*Le Gaulois, 6 de agosto de 1882*

## *Un duelo*

---

*Un duel*

La guerra había acabado; los alemanes ocupaban Francia; el país palpitaba como un luchador vencido caído a los pies del vencedor.

De un París desquiciado, hambriento, desesperado, salían los primeros trenes que iban a las nuevas fronteras, atravesando con lentitud campos y ciudades. Los primeros viajeros miraban por las portezuelas las llanuras devastadas y los caseríos incendiados. Ante las puertas de las casas que seguían en pie, soldados prusianos, con el casco negro con punta de cobre, fumaban en pipa, a horcajadas en unas sillas. Otros trabajaban o charlaban como si formasen parte de las familias. Cuando se pasaba por una ciudad, se veían regimientos enteros maniobrando en las plazas, y, pese al traqueteo de las ruedas, llegaban a veces roncadas voces de mando.

El señor Dubuis, que había pertenecido a la Guardia Nacional de París durante todo el asedio, iba a reunirse en Suiza con su mujer y su hija, enviadas prudentemente al extranjero antes de la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuido su abultado vientre de comerciante rico y pacífico. Había soportado los terribles acontecimientos con una desolada resignación y con amargas frases sobre el salvajismo de los hombres. Ahora que se dirigía a la frontera, acabada la guerra, veía por primera vez a los prusianos, aunque había cumplido su deber en las murallas y montado muchas guardias en las noches frías.

Miraba con irritado terror a aquellos hombres armados y barbudos instalados como en casa propia en la tierra de Francia, y sentía en el alma una especie de fiebre de impotente patriotismo al mismo tiempo que esa gran necesidad, que ese nuevo instinto de prudencia que ya no nos ha abandonado.

En su departamento, dos ingleses, llegados para ver, miraban con ojos tranquilos y curiosos. También ellos dos eran gruesos y charlaban en su lengua, hojeando a veces su guía, que leían en alta voz tratando de reconocer los lugares indicados.

De repente el tren se detuvo en la estación de un pueblecito, y subió un oficial prusiano con gran ruido de sable en el doble estribo del vagón. Era alto, embutido en su uniforme y con barba hasta los ojos. Su cabello rojo parecía llamear, y sus largos bigotes, más pálidos, se lanzaban hacia los dos lados del rostro, cortándolo en dos.

Los ingleses se pusieron al punto a contemplarlo con sonrisas de curiosidad satisfecha, mientras el señor Dubuis fingía leer un periódico. Se mantenía acurrucado en su rincón, como un ladrón ante un guardia.

El tren volvió a ponerse en movimiento. Los ingleses seguían charlando, buscando el lugar preciso de las batallas; y de pronto, cuando uno de ellos extendía el brazo hacia el horizonte señalando un pueblo, el oficial prusiano pronunció en francés, estirando sus largas piernas y arrellanándose en su asiento:

—Cho maté toce franceces en eze bueblo. Cho cogí máz te cien brisioneros.

Los ingleses, muy interesados, preguntaron en seguida:

—¡Aaah! ¿Cómo llamarse ese pueblo?

El prusiano respondió:

—Farsburg.

Y prosiguió:

—Cho cogí ezos frifonez de franceces bor laz orejaz.

Y miraba al señor Dubuis riendo orgullosamente, de buen humor.

El tren avanzaba, siempre atravesando caseríos ocupados. Se veían soldados alemanes a lo largo de las carreteras, al borde de los campos, de pie junto a las barreras, o charlando ante los cafés. Cubrían la tierra como las langostas de África.

El oficial extendió la mano:

—Ci cho tufiera el mando habría tomado Paríz, y quemado coto, y matado coto el mondo. ¡No maz Francia!

Los ingleses se limitaron a responder, por cortesía:

—Aoh yes.

Él continuó:

—En feinte años, toca Europa, toca, pertenecerá a nozotroz. Pruzia maz fuerte que cotos.

Los ingleses, inquietos, no respondieron. Sus caras, impasibles, parecían de cera entre sus largas patillas. Entonces el oficial prusiano se echó a reír. Y, siempre arrellanado en su asiento, empezó a burlarse. Se burlaba de la Francia aplastada, insultaba a los enemigos caídos por tierra; se burlaba de Austria, vencida poco ha; se burlaba de la defensa encarnizada e impotente de los departamentos; se burlaba de los voluntarios, de la artillería inútil. Anunció que Bismarck iba a construir una ciudad de hierro con los cañones capturados. Y de repente puso sus botas contra el muslo del señor Dubuis, que apartaba la mirada, rojo hasta las orejas.

Los ingleses parecían haberse vuelto indiferentes a todo, como si de pronto se hubiesen encontrado encerrados en su isla, lejos del mundanal ruido.

El oficial sacó su pipa y, mirando fijamente al francés:

—¿Tiene uzted tabaco?

El señor Dubuis respondió:

—No, señor.

El alemán prosiguió:

—Le ruego que faya a comprarlo cando ce pare el tren.

Y se echó a reír de nuevo:

—Le taré una bropina.

El tren silbó, disminuyendo la marcha. Pasaban ante los edificios incendiados de una estación; después se detuvo.

El alemán abrió la portezuela y, cogiendo del brazo al señor Dubuis:

—Faya a hacer mi regado. ¡De brisa, de brisa!

Un destacamento prusiano ocupaba la estación. Otros soldados miraban, de pie a lo largo de una valla de madera. La máquina silbaba ya para salir de nuevo.

Entonces, bruscamente, el señor Dubuis se lanzó al andén y, a pesar de los gestos del jefe de estación, se precipitó en el departamento contiguo.

¡Estaba solo! Se desabotonó el chaleco, pues el corazón le latía con fuerza, y se secó la frente, jadeante.

El tren se detuvo de nuevo en una estación. Y de repente el oficial apareció en la portezuela y montó, seguido pronto por los dos ingleses a quienes empujaba la curiosidad. El alemán se sentó frente al francés y, sin dejar de reír:

—Uzted no ha querido hacer mi regado.

El señor Dubuis respondió:

—No, señor.

El tren acababa de ponerse en marcha.

El oficial dijo:

—Puez foy a cortarle zu pigote para llenar mi pipa.

Y extendió la mano hacia la cara de su vecino.

Los ingleses, siempre impasibles, miraban sin pestañear.

El alemán había agarrado ya un mechón de pelo y tiraba de él, cuando el señor Dubuis, de un revés, le apartó el brazo y, cogiéndolo por el cuello, lo derribó sobre el asiento. Después, loco de cólera, con las sienes hinchadas, los ojos inyectados en sangre, estrangulándolo con una mano, empezó con la otra, cerrada, a asestarle furiosos puñetazos en la cara. El prusiano se debatía, trataba de desenvainar el sable, de estrechar a su adversario tumbado sobre él. Pero el señor Dubuis lo aplastaba con el peso enorme de su vientre, y golpeaba, golpeaba sin tregua, sin tomar aliento, sin saber dónde caían sus golpes. Corría la sangre; el alemán, estrangulado, bramaba, escupía dientes, e intentaba, aunque en vano, rechazar a aquel gordo exasperado, que lo molía a golpes.

Los ingleses se habían levantado, acercándose para ver mejor. Estaban de pie, llenos de gozo y de curiosidad, dispuestos a apostar a favor o en contra de cada uno de los combatientes.

Y de repente el señor Dubuis, agotado por semejante esfuerzo, se levantó y volvió a sentarse sin decir una palabra.

El prusiano no se arrojó sobre él, tales eran su pasmo, su asombro y su dolor. Cuando recuperó el aliento, pronunció:

—Zi usted no quiere darme una zatisfacción con la bistola, lo mataré.

El señor Dubuis respondió:

—Cuando usted quiera. Acepto.

El alemán prosiguió:

—Estamoz llegando a Estrasburgo, yo cogere doz oficialiez de teztigoz, tenemoz tiempo antez de que zalga el tren.

El señor Dubuis, que resoplaba tanto como la máquina, dijo a los ingleses:

—¿Quieren ustedes ser mis testigos?

Ambos respondieron al tiempo:

—Aoh yes!

Y el tren se detuvo.

En un minuto, el prusiano había encontrado a dos camaradas que trajeron pistolas, y todos se dirigieron a las fortificaciones.

Los ingleses sacaban sus relojes sin cesar, apretando el paso, apresurando los preparativos, preocupados por la hora para no perder la salida.

El señor Dubuis nunca había empuñado una pistola.

Lo colocaron a veinte pasos de su enemigo. Le preguntaron:

—¿Está preparado?

Al responder «sí, señor», se dio cuenta de que uno de los ingleses había abierto el paraguas para resguardarse del sol.

Una voz ordenó:

—¡Fuego!

El señor Dubuis disparó al azar, sin esperar, y notó con estupor que el prusiano, en pie frente a él, se tambaleaba, alzaba los brazos y caía rígido de bruces. Lo había matado.

Un inglés gritó un «Aoh!» vibrante de gozo, de curiosidad satisfecha y de feliz impaciencia. El otro, que seguía con el reloj en la mano, agarró del brazo al señor Dubuis y lo arrastró, a paso gimnástico, hacia la estación. El primer inglés marcaba el paso mientras corría, con los puños cerrados y los codos pegados al cuerpo.

—¡Un, dos! ¡Un, dos!

Y los tres juntos corrían, pese a sus vientres, como tres caricaturas de un periódico festivo.

El tren partía. Saltaron a su coche. Entonces los ingleses, sacándose sus gorras de viaje, las alzaron agitándolas, y luego, tres veces seguidas, gritaron:

—Hip, hip, hip, ¡hurra!

Después tendieron gravemente, uno tras otro, la mano derecha al señor Dubuis, y volvieron a sentarse uno junto al otro en su rincón.

*Le Gaulois, 14 de agosto de 1883*

# ¿Él?

---

Lui?

*A Pierre Decourcelle*

Amigo mío, ¿no lo comprendes? Lo creo. ¿Piensas que me volví loco? Tal vez sí estoy algo loco, pero no por la causa que imaginaste.

Sí. Me caso. Ahí tienes.

Y, sin embargo, mis ideas y mis convicciones, ahora como siempre, son las mismas. Considero estúpida la unión legal de un hombre y de una mujer. Estoy seguro de que un ochenta por ciento de los maridos han de ser engañados. Y no merecen otra cosa, por haber cometido la idiotez de ligar a otra vida la suya, renunciando al amor libre, lo único hermoso y alegre que hay en el mundo, y de cortar las alas a la fantasía que nos impulsa constantemente hacia todas las hembras agradables, etc. Como nunca, me siento incapaz de consagrarme a una sola mujer, porque me gustarán siempre todas las mujeres bonitas. Quisiera tener mil brazos, mil bocas, mil..., temperamentos, para poder gozar a un tiempo a una muchedumbre de criaturas femeninas.

Y, sin embargo, me caso.

Añade que apenas conozco a mi futura esposa. La he visto nada más tres o cuatro veces. No me disgusta, y esto basta para mis propósitos. Es bajita, rubia y regordeta. En cuanto sea ya su marido, comenzaré a desear una morena delgada y alta.

No es rica. Pertenece a una familia modesta en todos los conceptos. Mi futura es una muchacha, como las hay a millares, útiles para el matrimonio, sin virtudes ni defectos aparentes.

Ahora la juzgan bonita; cuando esté casada la juzgarán encantadora. Pertenece al ejército de muchachas que pueden hacer la dicha de un hombre..., mientras el marido no repara que prefiere a su elegida cualquiera de las otras.

Ya oigo tu pregunta

¿Por qué te casas?

Apenas me atrevo a confesar el motivo que me impulsado a una resolución tan estúpida.

¡Me caso por no estar solo!

No sé cómo decírtelo, cómo hacértelo comprender. Me compadecerás, despreciándome al mismo tiempo; llegué a una miseria moral inconcebible.

Estar sólo de noche, me angustia. Quiero sentir cerca de mí, junto a mí, un ser que pueda responderme si hablo; que me diga cualquier cosa.

Quiero alguien que respire a mi lado; poder interrumpir su dulce sueño de pronto, con una pregunta cualquiera, una pregunta imbécil, hecha sin más objeto que oír otra voz, despertar una conciencia; un cerebro que funcione; ver, encendiendo bruscamente mi bujía, un rostro humano junto a mí; porque..., porque..., porque... ¡me avergüenza confesarlo!..., solo, ¡tengo miedo!

¡Ah! Tú no me comprendes aún.

No temo peligros, ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre, le mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. Nunca tuve temor a los muertos; al morir, cada persona se aniquila para siempre.

Ya pesar de todo..., ¡claro!..., a pesar de todo, tengo miedo..., ¡miedo de mí mismo!... Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu. Me asusta la horrible sensación del terror incomprensible.

Ríete de mí si te place. Sufro sin remedio. Me hacen temer las paredes, los muebles, los objetos más triviales que se animan contra mí. Sobre todo, temo los extravíos de mi razón, que se confunde y desfallece acosada por una indescifrable y tenue angustia.

Comienzo por sentir una vaga inquietud que atormenta mi alma y al fin me produce un escalofrío. Vuelvo la vista en torno y no descubro nada que pueda causarme terror. Yo quisiera encontrar algo que lo motivase. ¿Qué? Algo sensible, corpóreo. Pero ¡ay!, lo que más aumenta mi terror es que no hallo su causa.

Si hablo, mi voz me asusta. Si paseo por la estancia, temo tropezar con lo desconocido que se oculta detrás de la puerta, entre la cortina, en el armario, bajo la cama. Y, sin embargo, tengo la certeza de que mi temor es infundado.

Doy media vuelta con brusquedad, temeroso de lo que tengo a la espalda. Y estoy seguro de que no hay nada temible.

Me agito; mi espanto aumenta; cierro con llave mi habitación. Me hundo entre las ropas de mi lecho, haciéndome un caracol; cierro los ojos obstinadamente y permanezco en semejante postura un tiempo indefinido; reflexionando que la bujía sigue ardiendo y que será indispensable apagarla. Ni siquiera me atrevo a moverme.

¿No es horrible vivir así?

Antes, no me preocupaban esas cosas. Entraba en mi habitación tranquilamente. Iba y venía sin que nada turbase mi serenidad. ¡No me hubiera reído poco si alguien me pronosticara que una dolencia de miedo inverosímil, estúpido y terrible me sobrecogería con el tiempo! Entonces no me asustaba poco ni mucho abrir las puertas en la oscuridad, ni acostarme tranquilamente sin echar los cerrojos, y nunca tuve que levantarme a medianoche para convencerme de que todas las aberturas de mi cuarto estaban herméticamente cerradas.

Mi dolencia lastimosa dio comienzo hace un año de un modo especial.

Era en otoño y en una noche húmeda. Cuando se hubo ido mi asistenta, después de servirme la comida, me puse a pensar qué haría yo. Así pasé una hora dando vueltas por mi estancia. Me sentía fatigado, abatido sin causa, impotente para trabajar, sin deseo de coger siquiera un libro para entretenerme.

Una lluvia menuda golpeaba en los cristales; me invadió la tristeza, una tristeza, inexplicable, unas ganas de llorar, un desasosiego verdaderamente invencible.

Me sentía solo, abandonado; mi casa me pareció silenciosa como nunca. Envolvíame una soledad inmensa y desconsoladora. ¿Qué hacer? Me senté; pero una impaciencia nerviosa me hormigueaba en las piernas. Levantándome, volví a pasear. Es posible que tuviera un poco de fiebre; notaba que mis manos cogidas a la espalda, en una posición frecuente cuando se pasea despacio y solo, abrasábanse una contra otra. De pronto, un escalofrío estremeció todo mi cuerpo. Creí que la humedad exterior penetraba, y me puse a encender la chimenea, que no había encendido aún aquel otoño. Me senté, contemplando las llamas. Pero en seguida tuve que levantarme; no podía estar quieto y sentí deseos de salir, de moverme, de hablar con alguien.

Fui a casa de tres amigos; no encontré a ninguno y encaminéme hacia el bulevar, ansioso de ver alguna cara conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían. Una tibieza de lluvia, una de esas tibiezas que producen estremecimientos crispadores, una tibieza pesada, una humedad impalpable, oscureciendo la luz de los faroles de gas, lo envolvía todo.

Yo avanzaba con paso inseguro, repitiéndome:

"No encontraré a nadie con quien hablar".



Asomándome a los cafés, recorriendo la Magdalena, sólo vi personas tristes, hombres abatidos, como si les faltaran fuerzas para levantar las copas y las tazas que tenían delante.

Así anduve mucho tiempo, errante, y a medianoche tomé la dirección de mi casa, tranquilo, pero fatigado. El portero, que se acuesta siempre antes de las once, no me hizo esperar en la calle, contra su costumbre. Y me dije: "Acabará de abrir la puerta para otro vecino".

Siempre que salgo de casa, doy las dos vueltas a la llave. Me sorprendió que sólo estaba echado el picaporte, y supuse que habría entrado el portero para dejarme alguna carta sobre la mesa.

Entré. Aún estaba encendida la chimenea; los resplandores del fuego esparcían alguna claridad por la estancia. Acerquéme para encender una luz y vi a un hombre que sentado en mi sillón se calentaba los pies, mostrándome su espalda. No sentí miedo. ¡Ah, ni la más insignificante zozobra! Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento; supuse que alguno de mis amigos fue a verme, y el portero le hizo entrar para que me aguardara. Y de pronto recordé su prontitud en abrimme la puerta de la calle y la circunstancia de hallarme la de mi cuarto cerrada sólo con picaporte.

Mi amigo dormía profundamente. Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra. Su cabeza, inclinándose, indicaba un sueño tranquilo. Entonces me pregunté: "¿Quién será?". Y cuando puse la mano en su hombro..., el sillón estaba ya vacío. No vi a nadie.

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Retrocedí, como si un peligro espantoso me amenazara.

Luego, dando media vuelta en redondo, cercioréme de que tampoco había nadie a mi espalda. Un ansia irresistible me arrastró hacia el sillón vacío. Y estuve en pie, angustioso, jadeante, horrorizado, a punto de caer al suelo, desvanecido.

Pero soy hombre sereno y al pronto recobre mi sangre fría. Me dije: "Acabo de padecer una desagradable alucinación. Todo se reduce a eso". Y reflexioné inmediatamente acerca de semejante fenómeno. El pensamiento vuela en tales circunstancias.

Que todo fue alucinación, era seguro. Pero mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras la sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y su engaño fue origen del error mental. Habían padecido los ojos un extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas a las gentes incultas. Era un poco de congestión, acaso.

Encendí la bujía, y al acercar la mano al fuego, sacudióla un temblor, y me incorporé rápidamente, como si alguien me hubiera tocado por la espalda.

Sentía inquietud...

Anduve de una parte a otra, diciendo algunas frases, para oírme; canté a media voz.

Luego cerré la puerta con llave, y esto me tranquilizó algo. Nadie podía entrar por sorpresa.

Sentado, reflexioné las circunstancias de mi aventura; después me fui a la cama y apagué la luz.

Al principio nada hubo de particular. Estuve tumbado tranquilamente. Luego sentí ansia de mirar en torno y me apoyé sobre un costado.

En la chimenea sólo había ya dos o tres brasas; lo suficiente para permitirme ver con sus difusos reflejos las patas del sillón, y me pareció que había vuelto a sentarse un hombre.

Encendí una cerilla con rapidez. Me había equivocado. No vi a nadie.

Sin embargo, me levanté, arrastrando el sillón hasta la cabecera de mi cama.

Volviendo a quedarme a oscuras, procuré descansar. Acababa de dormirme cuando se me apareció, en sueños, pero tan claro como si lo viera en realidad el hombre sentado junto a la chimenea. Despertando con angustia, encendí la luz, y me quedé sentado en la cama sin atreverme a cerrar los ojos.

Dos veces me venció el sueño, a mi pesar; dos veces el fenómeno se reprodujo. Creí volverme loco.

Al amanecer, la claridad me tranquilizó y dormí sosegado hasta el mediodía.

Todo había concluido. Fue una fiebre, una pesadilla, ¿quién sabe? Sin duda estuve algo enfermo. Sólo sentí al despertar mi cerebro atontado.

Pasé alegremente aquel día; comí en el restaurante; fui al teatro; luego, me dispuse a retirarme. Pero, camino de mi casa, una inquietud angustiosa me sobrecogió. Temí encontrarle; no porque me infundiera miedo verle, no porque imaginara real su presencia; temía sentir de nuevo el extravío de mis ojos, mi alucinación, miedo al espanto sin causa.

Durante más de una hora, estuve arriba y abajo por mi calle hasta que juzgando imbécil mi temor, entré al fin en casa. Iba temblando hasta el punto de que me fue difícil subir la escalera. Estuve diez minutos en el descansillo, hasta que tuve un momento de serenidad y abrí. Entré con una bujía en la mano, di un puntapié a la puerta de mi alcoba, y mirando ansiosamente hacia la chimenea, no vi a nadie.

¡Qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Qué fortuna! Iba de un lado a otro, decidido; pero no estaba satisfecho; de pronto, volvía la cabeza, sobresaltado; cualquier sombra me hacía temer.

Dormí poco y mal, despertándome, con frecuencia ruidos imaginarios. Pero no le vi; no apareció. Desde aquel día, todas las noches el miedo me acosa. Le adivino, cerca de mí, detrás de mí. No se presenta, pero me hace temer. Y ¿por qué temo, si no ignoro que fue alucinación, que no existe, que no es nada?

Sin embargo, temo, y me obsesiono. "Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra". ¡Basta! ¡Basta! ¡Es insufrible! ¡No quiero pensar y no se aparta de mi pensamiento!

¿Qué significa esa obsesión? ¿Por qué persiste? ¡Veo sus pies junto al fuego!

Me acobardo; es una locura; pero el caso es que me acobardo. ¿Quién es? ¡Ya sé que no existe, que no es nadie! Sólo existe como imagen de mi angustia, de mi desasosiego, de mis temores. ¡Basta, basta!

Si; por mucho que razono, por más que me lo explico, no puedo estar solo en mi casa. El no se aparece, pero me domina. No vuelve. Todo acabó. Pero sufro como si volviera. Invisible para mis ojos, ahora se clava en mi pensamiento. Le adivino detrás de las puertas, dentro del armario, debajo de la cama, en todos los rincones, en cada sombra, entre la oscuridad... Si me acerco a la puerta, si abro el armario, si miro debajo de la cama, si aproximo una luz a los rincones, huye con la oscuridad: nunca se presenta. Quedo convencido, no se presenta, no existe, y, sin embargo, me obsesiona.

Es imbécil y horrible. ¿Qué puedo hacer? ¡Nada!

Si alguien estuviera conmigo, él no me turbaría. Turba mi soledad; le temo, porque la soledad me acongoja.

*Gil Blas, 3 de julio de 1883*

# *Encuentro*

---

*Recontre*

Fué una casualidad, una verdadera casualidad. El barón de Etraille, aburrido al fin de pasar tantas horas a pie firme, y sabiendo que todas las habitaciones de la princesa estaban aquella noche abiertas a los invitados, se encaminó hacia la elegante alcoba solitaria y casi oscura para quien salía de un salón esplendoroso.

Buscaba un refugio que no frecentasen las gentes, decidido a dormir un buen rato, en la seguridad absoluta de que su mujer no querría irse hasta la madrugada. Vio desde la puerta la monumental cama, que lucía en el centro de la habitación sus vestiduras azules con flores doradas, como un catafalco donde hubieran enterrado al amor, porque la princesa no era joven. Detrás, una superficie clara y extensa ofrecía en la pared la sensación de un lago visto por una ventana. Era el espejo; colosal, prudente. revestido con oscuros paños, que se dejaban caer en ocasiones y que se alzaron a veces con tentadora curiosidad; el espejo parecía mirar a la cama, su cómplice. Hubiérase dicho que guardaban recuerdos, imágenes como esos castillos frecuentados por apariciones y que, sobre la superficie alisada y desierta, se verían cruzar los pronunciados contornos de mujeres desnudas, los movimientos encantadores de brazos que aguardan.

El barón se había detenido sonriendo, un poco emocionado, en el umbral de aquel templo del amor. Y al instante algo surgió en la transparencia del espejo, como si las apariciones evocadas quisieran ofrecerse a sus ojos. Un hombre y una mujer se levantaban de un diván muy bajo, sumergido en la sombra; el cristal reflejaba sus imágenes, reteniéndolas en pie, besándose con apasionamiento en los labios antes de irse.

No le fué difícil reconocer en aquellas figuras a su esposa y al marqués de Cervigné. Convencido, se alejó volviendo la espalda, como un hombre prudente y seguro de sí mismo. Esperó a que se hiciera de día para irse con la baronesa; pero ya no pensaba en dormir.

Cuando estuvo solo con ella, le dijo:

—Señora, la he visto sin proponérmelo, sin acecharla, en la alcoba de la princesa de Raynes. Me parece inconveniente dar mayores referencias. La he visto y basta. Odio las disputas, las recriminaciones, el ridículo. Para evitarlo todo, nos divorciaremos tranquilamente. Mi administrador le dará cuenta de ciertos detalles, obedeciendo a órdenes mías. Queda usted autorizada para vivir a su gusto, pero no bajo mi techo; advirtiéndole sólo que si da ocasión a escandalosos comentarios por su proceder, como ha de seguir llevando mi nombre, me obligará, señora, contra mi gusto, a mostrarme severo.

Ella quiso hablar; él no se lo consintió. Saludándola, se retiró.

Más que desdichado, se sentía triste y sorprendido. Llegó a quererla mucho en los primeros meses de matrimonio. Después, aquellos ardores, poco a poco iban menguando, y al presente, se permitía el barón algunos caprichos con mujeres de teatro y con señoras de buena sociedad, conservando ciertas predilecciones por la baronesa, la cual era muy joven aún —veinticuatro años—, bajita, singularmente rubia y delgada, muy delgada. Era una muñeca de París, encantadora, elegante, coqueta, ocurrente, con más atractivos que perfecciones: una criatura bonita.

El barón decía familiarmente a su hermano, hablándole de la baronesa:

—Mi mujer es provocativa, insinuante; pero es como una copa de champaña, todo espuma: cuando la bebas, un sorbo. Una delicia para el paladar; una delicia... en miniatura. No satisface, no convence, no llena.

Recorría una vez, y otra, y otra su habitación, intranquilo, agitado siempre por mil pensamientos. De pronto, la cólera le cegaba y sentía impulsos de acogotar al marqués en su propia casa o de abofetearle cuando le viera en el casino. Luego juzgaba de un gusto deplorable aquellas manifestaciones airadas, pensando que la gente hace burla del esposo y no del amante, y que sus exaltaciones procedían sólo de su orgullo herido, no de su corazón maltrecho.

Algunos días después corrió la noticia del divorcio amistoso, por incompatibilidad de caracteres, con lo cual nadie sospechó nada, ni se dijo nada, ni aquello sorprendió a nadie.

Sin embargo, el barón, para evitar encuentros desagradables, viajó durante un año; al volver de regreso pasó el verano en una playa, el otoño en el monte y a principios de invierno volvió a París. Ni una sola vez por casualidad vio a la baronesa.

Sabía que no daba en absoluto de qué hablar. Al menos, caso de que tuviese amoríos, guardaba correctamente las apariencias.

El barón se aburría; hizo más viajes; luego, restauró su residencia señorial de Villebose, empleando en esa obra dos años. Cuando estuvo terminada, recibió allí a sus amigos, distrayéndose así otros quince meses; luego, harto de la vida campestre, volvió a su hotel de la calle de Lila, a los seis años de su divorcio amistoso.

Tenía ya entonces cuarenta y cinco años, muchas canas, un poco de barriga y la expresión melancólica de los que habiendo sido buenos mozos, admirados y pretendidos, comienzan a deteriorarse.

Al mes de hallarse de regreso en París, se enfrió al salir del campo y tuvo tos. El médico le dijo que acabara de pasar aquel invierno en Niza.

Se fué un lunes, en el rápido.

Llegó a la hora precisa de salir el tren, y le indicaron un sitio disponible en un cupé. Subió. En el sillón del fondo se hallaba instalada otra persona, de tal modo envuelta en abrigos y pieles, que apenas podía conjeturarse si era hombre o mujer. El barón se caló la gorra de viaje y, bien envuelto en sus mantas, se durmió.

Despertando al amanecer, miró hacia el sitio que ocupaba su compañero de viaje. Continuaba inmóvil, en la misma postura, entre los mismos envoltorios.

El barón se alegró de hallarse aún sin testigo, y se aprovechó para hacer su tocado matinal: peinarse la barba y el cabello, restaurar el buen aspecto del rostro que la noche cambia tan lastimosamente cuando se tiene cierta edad.

El gran poeta lo dijo:

*Tiene la juventud  
el despertar triunfante.*

Los jóvenes despiertan con los ojos vivos, la boca risueña, el cutis rosado, el pelo rizado; los viejos, con los ojos empañados, la boca seca, las mejillas amoratadas, los cabellos lacios. Y es que a los unos acompaña el vigor y a los otros la fatiga.

Cuando se hubo atusado un poco, el barón aguardó.

La locomotora silbaba; el tren se detuvo. El otro viajero se movió. Sin duda en aquel instante despertaba. El tren se puso de nuevo en marcha. Un rayo de sol, oblicuo, entraba en el vagón cruzando el arrebujado soñoliento, el cual volvió a moverse, dio algunas sacudidas, como un polluelo que rompe su cascarón, y asomó tranquilamente la cabeza.

Era una mujer muy rubia, regordeta y apetitosa.

El barón se sentía acosado por la incertidumbre.

¿Se hallaría acaso junto a su mujer? ¿O sería otra semejante?

Después de seis años de ausencia, podía equivocarse fácilmente.

La señora bostezó. Entonces él recordó en seguida su gesto. Pero volvió a dudar viendo que la mujer le analizaba de pies a cabeza, tranquila, indiferente, sin la más pequeña impresión que revelare a recuerdo. Después, ella se volvió a mirar la campiña.

El barón, horriblemente perplejo, aturdido, aguardó, contemplándola de reojo, tenaz, obstinado.

¡Sí! Era su mujer. De seguro. ¿Cómo dudó un instante? No había dos narices de mujer en el mundo como aquella nariz. Mil recuerdos le asediaron; recuerdos amorosos, de caricias, de minuciosos detalles de su figura; un lunar en un muslo y en la espalda otro. ¡Cuántos besos puso en aquellos lunares! Y sentía los ahogos de lejanas embriagueces, perfume de la carne adorada, sonrisa de unos labios deseosos entre unas manos que se ceñían a su cuello, las entonaciones melodiosas de su voz, todas las insinuaciones provocativas de una mujer que seduce...

La encontraba diferente; más agradable; siendo la misma, y parecía otra. Más apetecible, más frondosa, más mujer, y la deseaba como nunca.

¡Decir que aquella desconocida, viajando en el mismo vagón casualmente, le pertenecía! La ley se la otorgaba; podía el barón hacerla suya con sólo querer.

En otro tiempo, había dormido en sus brazos, viviendo en su amor, gozando sus caricias. Y la encontraba tan diferente, que apenas la reconoció. Era otra y era la misma. Era otra que se había transformado en su ausencia; era también la que tantas veces acarició, cuyas actitudes, cuyas facciones conservaba; su sonrisa era menos mimosa y sus gestos más aplomados. Eran dos mujeres en una, mezclando una gran parte de lo nuevo ignorado al encanto mil veces conocido. Era una mezcla singular, perturbadora, excitante; una especie de misterio amoroso, en el cual flotaba una confusión deliciosa. Era su mujer con nueva envoltura, en una carne que los labios del esposo no habían recorrido.

Y pensó que seis años bastan para mudar completamente un cuerpo. Algo conservaba en el perfil, pero aun a veces desaparecía también esa tenue semejanza.

La sangre, los cabellos, la piel, todo se reforma, todo se rehace sin cesar. Y al cabo de algún tiempo, encontramos otro ser diferente, aun cuando sea el mismo y lleve el mismo nombre.

También se modifican sentimientos, ideas, todo va renovándose de tal forma, que a los cuarenta años, por lentas y constantes variaciones, podemos en cinco épocas alejadas unas de otras aparecer como cinco seres en absoluto distintos.

Meditaba, confuso, perturbado. De pronto se le ofreció el recuerdo triste de aquella noche, de aquella sorpresa, de aquella imagen reflejada en el espejo de la princesa. No sintió furores ni odios. La que tenía delante no era la muñeca delgada y frágil de otro tiempo.

¿Qué haría? ¿Cómo se insinuaría? ¿Qué le diría? ¿Le habría reconocido también ella?

El tren se detuvo. El barón, poniéndose en pie, dijo:

—¿Necesitas algo, Berta? Yo te lo traeré...

Ella le miró de pies a cabeza y sin aturdimiento, sin cólera, sin disgusto, con placidez indiferente, respondió:

—Nada; no quiero nada; muchas gracias.

El barón, apeándose, dió un paseo por el andén como para desentumecer las piernas y recobrar los movimientos después de haber sufrido una caída. ¿Qué resolvería? ¿Marcharse a otro vagón? Eso podría interpretarse como una huida. ¿Mostrarse atento y

galante? Daba lugar a que le juzgase arrepentido. ¿Hablar como dueño y señor? Le resultaba un tanto expuesto a producirse como un canalla, y, después de tantos años...

Volvió, a ocupar su puesto en el vagón.

También ella, viéndose un momento sola, trató de atusarse un poco y cambiar de postura. Estaba recostada en el sillón, impasible y espléndida.

El barón, inclinándose hacia ella, dijo:

—Querida Berta, cuando la fortuna, de una manera tan singular, vuelve a reunirnos después de una separación de seis años, de una separación amistosa, ¿continuaremos tratándonos como enemigos irreconciliables? Viajamos juntos y solos; así lo quiere la casualidad. ¿No es preferible que hablemos como..., como..., como amigos, hasta el fin de nuestro viaje?

La baronesa respondió tranquilamente:

—Como usted guste.

Por de pronto, el hombre no supo de qué hablar. Luego, acercándose a la mujer, ocupando el sillón del centro, dijo:

—Si es preciso galantearte, lo haré; después de todo, es un gusto galantear a una mujer tan deliciosa, tan adorable, aun cuando se muestre algo esquiva. Tú no puedes comprender lo hermosa que te pusiste desde hace seis años. Ninguna mujer me produjo una emoción tan espléndida como la que sentí al verte surgir hace un rato entre las envolturas que te cubrían por completo. Te aseguro que no creía posible un cambio tan absoluto...

Sin levantar los ojos y sin un solo movimiento de cabeza, la señora indicó:

—Mis observaciones me impiden que le diga otro tanto, porque usted... ha perdido mucho.

Confundido y turbado, el barón se ruborizó; después añadió, con una sonrisa resignada:

—Eres muy dura.

Ella levantó la cabeza, diciendo:

—¿Por qué? Supongo que no tendrá usted pretensiones de amante, ¿no es cierto?, y, por consiguiente, nada importa que le haya encontrado bien o mal. Pero si este asunto le molesta, me parece justo cambiar de conversación. ¿Qué hizo usted en tanto tiempo?

El barón había perdido la serenidad y balbució:

—¿Qué hice? ¡Nada! Viajar, cazar, envejecer... Ya lo notaste... Y tú, ¿qué hiciste?

Ella declaró imperturbable:

—¿Yo? Guardar las apariencias, como usted me había ordenado.

Una frase brutal vibró en los labios del hombre, pero no fué pronunciada. El barón, cogiendo una mano de su mujer, la besó mientras decía:

—Te lo agradezco.

La sorprendió ver que su marido era para todo y siempre dueño de sí.

—Puesto que has consentido a mi primer deseo —prosiguió el barón—, consiente al segundo: que nos hablemos ahora sin acritud.

Ella no pudo contener un gesto despreciativo.

—¿Acritud? No la tengo. Usted no tiene ya influencia ninguna en mí. Es difícil que nuestra conversación sea muy animada.

El barón la contemplaba fijamente, seducido, a pesar de su rudeza, sintiendo que le invadía un deseo brutal, un deseo irresistible, un deseo de amo y señor.

La baronesa, conociendo que le había herido, se encarnizó:

—¿Cuántos años tiene usted ahora? Le creí más joven de lo que parece.

—Cuarenta y cinco años —dijo el hombre, palideciendo; y prosiguió—: Se me ha pasado pedirte noticias de la princesa de Raynes. ¿Continúas viéndola?

Envolviéndole con una mirada llena de odio, la mujer contestó:

—Sí; con mucha frecuencia. Está buena. Gracias.

Permanecieron así, juntos, en silencio, con el corazón agitado y el alma soliviantada. El barón, pronto, declaró:

—Querida Berta: He resuelto cambiar de vida. Eres mi mujer, y me propongo que volvamos a reunirnos bajo el mismo techo. Soy tu marido.

Absorta, ella le miró a los ojos para leer en su pensamiento. El rostro del barón se ofrecía impasible, impenetrable y resuelto.

Ella respondió:

—Lo siento, pero no puede ser.

El sonrió, diciendo:

—La ley me ampara.

Llegaban a Marsella; la máquina silbó, aminorando la velocidad. La baronesa, después de poner en orden su equipaje, dijo al barón:

—No abuse usted de una entrevista que yo he preparado. Quise tomar una precaución, siguiendo sus instrucciones, para no temer a nadie, suceda la que suceda. Va usted a Niza, ¿no es cierto?

—Voy a donde tú vayas.

—No. Estoy segura de que me dejará libre si me oye. Pronto verá usted en la estación a la princesa de Raynes y a la condesa Henriot, que habrán salido a esperarme con sus maridos. Quise que nos vieran juntos, enterándose de que habíamos pasado la noche solos en un cupé. No se preocupe usted. Ellas referirán a todo el mundo este suceso extraordinario. Hace poco le dije que siguiendo sus instrucciones, he guardado las apariencias. Guardando las apariencias, lo demás no importa, ¿verdad? Pues bien: para continuar guardándolas, he preparado este... casual encuentro. Usted me ordenó que no diese nunca motivo a escandalosos comentarios con mi proceder, y hago todo esto para evitar un escándalo, porque temo..., temo...

Esperó a que se hubiera detenido el tren, y que un grupo de amigas corriese hacia el coche, para terminan la frase:

—Temo estar embarazada.

La princesa tendió los brazos deseosa de oprimirla y besarla, y ella presentó al barón, estúpidamente asombrado:

—¿No le reconocen ustedes? ¡Mi marido! La verdad es que parece otro. Me hizo el favor de acompañarme, porque no me gusta viajar sola. De cuando en cuando nos permitimos alguna escapada como buenos camaradas que no pueden vivir juntos. Ahora nos despediremos y... ¡sabe Dios hasta cuándo!

Le tendió la mano, que oprimió el barón maquinalmente, y luego la baronesa bajó al andén, rodeándose de sus amigas.

El marido cerró bruscamente la portezuela, de sobra emocionado para decir una palabra ni para tomar una resolución. Oía la voz de su mujer y las alegres risas que se alejaban.

Jamás volvió a verla.

¿Por qué le dijo aquello? ¿Era verdad? ¿Era un engaño? Lo ignoró siempre.

*Gil Blas, 11 de abril de 1884*

# *La enseñanza del latín*

---

*La question du latin*

Las discusiones habidas últimamente acerca de la enseñanza del latín, me traen a la memoria un recuerdo curioso de mi lejana mocedad.

Terminaba yo el bachillerato, asistiendo a las clases del Colegio Robineau, famoso en toda la provincia por los grandes conocimientos del idioma latino que allí adquirían los alumnos.

Hacia diez años que los discípulos del Colegio Robineau ganaban los primeros premios en las oposiciones de latín, luchando con los del Colegio Imperial y con todos los demás del departamento. Tan absurdos y bien ganados triunfos se debían a un pasante, a un humilde pasante, al señor Piquedent, a quien hasta el "señor" se le regateaba, llamándole generalmente Piquedent, a secas.

Era un hombre aviejado, gris, de una edad indefinible y cuya historia se adivinaba inmediatamente. Habiendo ingresado en un colegio cualquiera, de pasante, a los veinte años, para poder proseguir sus estudios haciendo la Licenciatura y el Doctorado, se vio de tal modo envuelto por aquella dura y siniestra obligación, que se quedó ya de pasante para toda su vida.

Pero no había perdido su afición al latín y le obsesionaba como un deseo encarnizado. Leía de continuo los poetas, los prosistas, los historiadores y los interpretaba, los comentaba con una perseverancia inconcebible.

Se le ocurrió obligar a todos los alumnos de su clase a que le contestaran siempre en latín, insistiendo en sus propósitos hasta conseguir que fueran capaces de hablar en latín como en su propio idioma. Los oía como un director de orquesta oye los ensayos de sus músicos, y a cada instante golpeaba su pupitre con el puntero:

—¡Señor Lefrére, señor Lefrére! Ha cometido usted un solecismo. ¿No recuerda ya la regla?

—Señor Plantel: da usted a sus frases un giro muy francés y nada latino. Hay que penetrarse del espíritu de un idioma. Fíjese cómo lo digo yo...

Así, los alumnos del colegio de Robineau ganaron aquel año todos los premios de tema, versión y disertaciones latinas.

Al siguiente curso, el directo un hombrecillo sagaz como un mona —y semejante a una mona en figura y maneras— hizo estampar en los programas, en lo prospectos de su colegio y hasta en la muestra de la fachada, esta nota:

**ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS LATINOS.— CINCO PRIMEROS PREMIOS OBTENIDOS EN LOS CINCO AÑOS DE LATINIDAD.— DOS DIPLOMAS DE HONOR EN EL CONCURSO GENERAL ENTRE TODOS LOS COLEGIOS DE FRANCIA.**

Durante diez años consecutivos el colegio Robineau salió triunfante, con la misma brillantez y por igual motivo. Esa fue la causa de que mi padre resolviera que yo estudiase allí como alumno externo, dándome por añadidura clase particular el señor Piquedent, mediante cinco francos la hora, de los cuales el director cobraba tres y el pasante dos. Yo tenía entonces dieciocho años y cursaba filosofía.

La clase particular me la daban en un gabinetito del entresuelo que tenía vistas a la calle. Ocurrió que a los pocos días, en vez de hablarme latín como en el colegio, el señor Piquedent me contaba sus desdichas en francés. Careciendo en absoluto de familia



y de amigos, el infeliz se aficionó a mí, derramando sobre mi corazón toda la miseria del suyo.

En quince años no había tenido la fortuna de hablar con alguien íntimamente como hablaba conmigo.

—Soy una encina solitaria —me decía—. *Sicut quercus in solitudine.*

Le molestaba el trato de los otros pasantes, y como no disponía de tiempo ni de libertad, nunca pudo tener amistades en la población.

—Ni de noche soy libre, amigo mío, y es lo que me disgusta más. Todas mis aspiraciones se reducen a tener un cuartito con mis muebles, mis libros y todos aquellos objetos de mi pertenecía exclusiva. Pero no puedo tener nada mío, nada más que mi pantalón y mi levita; ¡ni siquiera el colchón y las almohadas en que descanso para dormir! No puedo aislarme nunca entre cuatro paredes y sólo respiro a mis anchas cuando estoy aquí. ¿Usted comprende lo terrible que resulta pasar la vida, toda la vida, sin derecho a la soledad para entregarse a tranquilas meditaciones, a reflexionar, a trabajar, a soñar? ¡Oh amigo mío, una llave, la llave de una puerta que cerrándose nos aísla! No concibo dicha mayor. En el colegio, durante las horas de clase, la presencia de los muchachos, que no dejan de hablar ni de moverse; por las noches, los ronquidos incesantes de los muchachos en el dormitorio. Y duermo en una cama que no es mía, entre dos hileras de camas, que debo, dormido y todo, vigilar. Nunca pude aislarme, ¡nunca! Si voy por las calles, me codeo con una muchedumbre; si me canso de andar y entro en un café, me rodea otra muchedumbre de fumadores que discuten o juegan al billar. Vivo como en una cárcel.

Yo le preguntaba:

—¿Por qué no buscó usted otro empleo?

Y él respondía:

—¿Cuál? No soy zapatero, ni carpintero, ni sombrerero, ni panadero, ni peluquero. Sólo sé latín, y carezco de un diploma que me autorice para venderlo a buen precio. Si tuviera un título de doctor, me produciría cien francos lo que ahora me produce tres, y sin duda mis enseñanzas serían más deficientes, porque bastaría mi título para mantener mi reputación.

A veces me decía:

—Sólo descanso durante las horas que paso con usted. No perderá el tiempo que le distraigo. En clase le indemnizaré, haciéndole hablar en latín doble que a los otros.

Un día me atreví a ofrecerle un cigarrillo. Lo contempló con inquietud y, mirando hacia la puerta, dijo:

—¡Si entran y nos ven!

—Fumémoslo en la ventana.

Y apoyamos los codos en el alféizar, ocultando en la mano, abarquillada, el cuerpo del delito.

Frente a nosotros había un taller de planchadoras. Cuatro mujeres con blusitas blancas deslizaban sobre las piezas de ropa las planchas pesadas y calientes, que desprendían un vaho espeso.

De pronto apareció en la puerta otra mujer, saliendo cargada con un cesto muy grande, para llevar a los clientes camisas, pañuelos y sábanas. En el umbral se detuvo, como si el peso de la carga la rindiese ya. Luego alzó los ojos, dedicándonos una sonrisa; con la mano que le quedaba libre nos tiró un beso burlonamente, y se fue a paso lento.

Era una moza de veinte años, de poca estatura, flaca, bastante linda, con la expresión picaresca, los ojos alegres y los cabellos rubios y mal peinados.

El señor Piquedent murmuró preocupado:

—¡Qué oficio para una mujer! ¡Cargarse como una bestia!

Y reflexionó acerca de la miseria de las clases humildes. Tenía exaltaciones democráticos sentimentales, y hablaba de las fatigas de los obreros con frases propias de Juan Jacobo Rousseau, con angustia sincera.

Otro día, viéndonos en la misma postura, la misma planchadora, nos dijo: "¡Adiós, colegiales!", con una vocecita burlona y haciéndonos un guiño.

Yo le tiré mi cigarro, y ella, cogiéndolo, se puso a chuparlo. Salieron las otras cuatro a la puerta, con las manos tendidas, para recibir igual obsequio.

Y poco a poco se estableció una correspondencia sentimental entre las planchadoras del taller y los cautivos del colegio.

Daba risa ver al señor Piquedent. Temblando, porque temía que pudieran sorprenderle y le costara el empleo, hacia muecas tímidas —toda una mímica de amante de comedia— y las planchadoras le respondían con una lluvia de besos.

Concebí una diabólica idea. Un día, entrando en el gabinetito del entresuelo, dije misteriosamente al pasante:

—Señor Piquedent: acabo de hablar con la planchadora, la del cesto, la más joven; acabo de hablar con ella.

Me preguntó, un poco turbado por el tono confidencial de mis palabras:

—¿Y que le ha dicho a usted?

—Me ha dicho... ¡Prepárese a recibir una sorpresa! ... Me ha dicho... que le parece usted un hombre muy simpático. Y sospecho... la verdad; sospecho que se interesa mucho por usted.

Palideció, murmurando:

—Sin duda se quiso burlar de mí. Es imposible que a mis años.

Le interrumpí:

—¡A sus años! Pero ¡si está usted muy aceptable!

Comprendiendo que mi engaño le interesaba, no insistí al pronto.

Pero cada tarde le comunicaba un supuesto recado, repitiéndole que la muchacha sentía cariño hacia él. Acabó por convencerse, por enviarle desde la ventana besos ardientes y apasionados.

Y ocurrió que una mañana, yendo al colegio, encontré a la moza y decidí abordarla francamente, como si la conociera de mucho tiempo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Quiere usted un cigarro?

—No; en la calle, no.

—Puede fumarlo en el taller, luego.

—Así, venga.

—Dígame: ¿No sabe usted lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?

—¡Casi nada! El viejo; mi profesor...

—¿Piquedent?

—Sí; Piquedent. ¿Cómo sabía usted su nombre?

—Se saben tantas cosas ¿Y qué?

—Pues, que... se ha enamorado como un loco... de usted.

La moza soltó un carcajada, exclamando:

—¡Qué bromas!

—No, no es broma. Se lo aseguro. Me habla de usted constantemente. Apuesto a que acabarán casándose.

La moza dejó de reír. La sola idea del matrimonio es un asunto serio para cualquier muchacha.

Después, incrédula, repitió:

—¡Qué bromas!

—Le juro a usted que no la engaño.

Cargando nuevamente con el cesto de ropa que había dejado en el suelo dijo:

—Se verá, se verá...

Y se fue.

Llegando al colegio, busqué una ocasión para poder hablar a solas con el pasante.

—Le aseguro que la enamoró. Escríbale.

Y escribió una carta muy cariñosa, llena de frases y de perífrasis, de metáforas y de comparaciones, de filosofía y de galantería universitaria; una verdadera preciosidad, un modelo de literatura burlesca, y me comprometí a llevarla yo.

La moza iba leyendo y emocionándose; luego, dijo:

— ¡Qué bien escribe! ¡Cómo se conoce que ha estudiado mucho! Y ¿es cierto que piensa casarse conmigo?

Respondí resueltamente:

—¡Claro! Y sólo espera una ocasión para decírselo de palabra.

—Pues que me invite a comer el domingo en la Isla de las Flores.

Aseguré que la invitaría.

Impresionó grandemente al pasante la relación del efecto que había producido su carta.

Insistí:

—Ya ve cómo le quiere, señor Piquedent; y me parece una buena mujer. Sería una infamia seducirla para divertirse con ella. Merece mucho más.

Respondió seriamente:

—Yo no soy capaz de hacer una infamia. Siempre me porto como un hombre honrado.

Confieso que hasta entonces no me propuse más que seguir la broma, una broma de colegial. Adivinando la ingenuidad candorosa del pasante, su inocencia y su debilidad, me divertía sin pararme a reflexionar el fin de todo aquello. Tenía yo entonces dieciocho años y fama de guasón.

Convinimos en que yo iría con Piquedent hasta el embarcadero de Rabo de Vaca, en coche, y que un allí nos reuniríamos con Angela. Después, embarcados los tres en mi bote, llegando a la Isla de las Flores, comeríamos juntos. Yo había impuesto mi presencia para disfrutar de mi triunfo, y el pasante, aceptando mi proposición, demostraba que había perdido la chaveta.

Cuando llegamos al embarcadero, donde mi bote nos aguardaba, descubrí sobre las hierbas una enorme sombrilla encarnada, semejante a una colosal amapola. Bajo la sombrilla, vimos a la planchadora, muy compuesta. Me sorprendió su aspecto agradable y gracioso, aun cuando estaba paliducha.

Piquedent la saludó haciéndole una reverenda con el sombrero en la mano. Ella estuvo atenta con él, y subimos los tres al bote.

Yo remaba y los había hecho sentar juntos, frente a mí.

El pasante fue quien primero habló:

—Un hermoso día para un paseo por el río.

La planchadora se limitó a decir:

—Efectivamente.

Metió las puntas de los dedos en el agua, produciendo, al avanzar el bote, como una cinta de cristal y un suave murmullo, un chapoteo amortiguado.

En el restaurante se animó, habló, dispuso la comida; un frito, un pollo, una ensalada. Y mientras lo preparaban todo, nos hizo dar un paseo por la isla, cuyas veredas conocía perfectamente.

Se mostró agradable, viva, dicharachera.

Nadie dijo una sola palabra de amor, hasta los postres. Yo había pedido una botella de champaña; Piquedent estaba ebrio, y Angela un poco mareada. Entonces el pasante dijo:

—Señorita: Raúl habrá manifestado a usted mis intenciones.

Ella puso cara de juez, contestando:

—Sí; me lo ha dicho todo.

—Y usted, ¿qué responde?

—No es costumbre responder a ciertas preguntas.

La emoción ahogaba en aquel momento al infeliz pasante.

—¿Puedo confiar en serle agradable con el tiempo?

Angela sonrió:

—¡Tonto! ¿No conoce usted que me gusta?

—De modo, señorita, que puedo confiar...

Ella dudó un segundo, y dijo con voz temblorosa:

—Pero ¿es verdad que desea usted casarse conmigo?

—¡Sí, Angela!

—Entonces... habrá que decidirse.

Los dos chorlitos formalizaron la promesa de matrimonio, siguiendo la burla de un mozalbete.

Pero yo no creía la cosa tan seria, acaso ellos tampoco. Angela tuvo un momento de vacilación, confesando:

—Yo no tengo ni un céntimo; Lo supondrá usted.

Él balbució, borracho como el propio Sileno:

—Yo economicé siete mil francos.

—¡Lo bastante para establecernos!

A través de la borrachera, el pasante sintió una vaga inquietud.

—¡Establecernos! ¿Cómo?

—¿Cómo? Ya veremos lo que se presenta. Con siete mil francos puede intentarse alguna empresa. ¿No pretenderá usted llevarme a dormir al colegio cuando sea su esposa?

No habiendo previsto aquella dificultad, balbució contrariado:

—¿Establecernos? ¿Cómo? ¿Para qué? Yo sólo sé latín.

Angela reflexionaba también pasando revista ligeramente a todas las profesiones que juzgaba lucrativas.

—¿No le sería fácil ser médico?

—No.

—¿Y boticario?

—Tampoco.

La moza lanzó un grito de júbilo. ¡Había encontrado la idea que buscaba!

—¡Compraremos una tienda de comestibles! ¡Oh! ¡Qué gusto. Una tienda de comestibles! Modesta. ¿Eh? Con siete mil francos no hay para mucho.

El pasante quiso protestar.

—No; no es posible que yo haga eso... Yo soy una persona... demasiado conocida... Sólo sé latín! Yo...

Pero ella le hizo callar acercándole una copa de champaña a los labios.

Volvimos al bote, y aunque la oscuridad que nos rodeaba era mucha, los vi enlazarse y acariciarse varias veces.

Aquello produjo una catástrofe horrible. Todo se averiguó. Expulsaron del colegio al pasante, mi padre, indignado, me llevó a otro colegio. Al cabo de mes y medio me gradué de bachiller. Luego fui a París a estudiar Leyes y estuve dos años ausente de mi ciudad natal.

Cuando volví a pasar unas vacaciones, en un recodo que forma la calle de la Sierpe, me saltó a la vista este letrero:

### **PRODUCTOS COLONIALES DE PIQUEDENT**

Y más abajo, para que no dudaran los más ignorantes:

Comestibles

Leyendo, exclamé:

—Quantum mutatus ab illo!

Piquedent alzó la cabeza, y desatendiendo a una cliente corrió tendiéndome ambas manos:

—¡Ay amigo! ¡Usted por aquí!

—¡Me alegro! ¡Me alegro de verte!

Una hermosa mujer, llenita de carnes, abandonó el escritorio para caer en mis brazos.

Me costó algún esfuerzo reconocerla. Estaba maciza y de buen color.

Después me decidí a preguntar:

—¿El negocio prospera?

Piquedent, que ya se hallaba otra vez junto al mostrador despachando, respondió:

—Sí, prospera; estoy satisfecho.

—¿Y el latín, señor Piquedent?

—¡Oh Virgen Santísima! ¿Quién habla ya de latín? Con latines, amigo mío, no se come.

*Le Gaulois, 2 de septiembre de 1886*

# *Enfermos y médicos*

---

*Malades et médecins*

¡Singular misterio es el recuerdo! Uno va despistado por las calles, bajo el primer sol de mayo, y de repente, como si unas puertas durante mucho tiempo cerradas se abrieran en la memoria, cosas ya olvidadas regresan de nuevo a la mente. Pasan, seguidas por otras, nos hacen revivir horas pasadas, horas lejanas.

¿Por qué esas vueltas bruscas hacia antaño? ¿Quién lo sabe? Un olor que flota, una sensación tan ligera que ni la hemos notado, pero que uno de nuestros órganos reconoció, un escalofrío, incluso un destello de sol que daña la retina, un ruido tal vez, un nada que nos rozó en una circunstancia en un tiempo lejano y que volvemos a encontrar, vale para hacernos volver a ver de repente un país, unas gentes, unos acontecimientos desaparecidos de nuestro pensamiento.

¿Por qué un soplo de aire cargado de olores, de hojas bajo los castaños de los Campos Elíseos, evoca de repente un camino, un enorme camino, a lo largo de una montaña, en Auvernia?

A la izquierda, entre dos cimas, apareció el cono majestuoso y fuerte de Puy-de-Dôme. Alrededor de este pesado gigante, más lejos o más cerca, un cúmulo de picos se alzan. De entre ellos, muchos que aparecen truncados, antiguamente arrojaban fuego y humo. Volcanes extinguidos cuyos cráteres extintos se han convertido en lagos.

A la derecha, el camino domina una planicie infinita poblada de pueblos y ciudades, rica y arbolada, la Limagne. Cuanto más nos elevamos más cumbres vemos, allá abajo, las montañas de Forez. Todo este horizonte desmesurado está empañado de un vapor lechoso, suave y claro. Los alrededores de Auvernia tienen una gracia infinita dentro de su bruma transparente.

La carretera está bordeada de nogales enormes que la protegen siempre del sol. Las faldas de los montes están cubiertas de castaños en flor cuyos racimos, más pálidos que las hojas, parecen grises entre el verdor sombrío.

De vez en cuando, sobre un punto de la montaña aparece una casona en ruinas. Esta tierra fue erizada de fortalezas. Todas muy parecidas, además, entre sí.

Por encima de una sólida construcción cuadrada, festoneada de almenas, se eleva una torre. Los muros no tienen ventanas, nada más que agujeros casi invisibles. Se diría que estas fortalezas han crecido sobre las alturas como champiñones. Fueron construidas en una piedra gris que no es otra cosa más que lava.

Y a lo largo de todos los caminos, se encuentran yuntas de vacas arrastrando domos de heno. Las dos bestias van a un paso lento en las rápidas pendientes y cuestas, arrastrando o frenando la enorme carga. Un hombre va delante y regula su paso con una larga vara con la que les toca de vez en cuando. Nunca les pega. Parece sobre todo guiarlas con el movimiento del palo, como un director de orquesta. Tiene ese gesto grave que somete a las bestias, y se gira a menudo para indicar sus deseos. Nunca se ven caballos, salvo en las diligencias o en los coches de alquiler; y el polvo de los caminos, cuando hace calor y se levanta en torbellinos, transporta un olor azucarado que recuerda un poco a la vainilla y que nos hace pensar en los establos.

Todo el país está también aromatizado por unos árboles olorosos. La vid, apenas floreciendo, exhala un olor suave y exquisito. Los castaños, las acacias, los tilos, los abetos, el heno y las flores salvajes de las cunetas inundan el aire de perfumes ligeros y persistentes.

Auvernia es la tierra de las enfermedades. Todos sus volcanes extinguidos parecen calderas cerradas donde se calientan todavía, en las entrañas del suelo, aguas minerales de todo tipo. De estas enormes marmitas ocultas, parten fuentes calientes que contienen, según dicen los médicos interesados, todos los medicamentos válidos para todas las enfermedades.

En cada una de las estaciones termales, que se crean alrededor de cada arroyo tibio descubierto por un paisano, se interpretan toda una serie de escenas admirables. Primero es la venta de la tierra por el campesino, la formación de una Sociedad de capital, ficticio, de algunos millones, el milagro de la construcción de un establecimiento con estos fondos imaginarios y con verdaderas piedras, la instalación del primer médico, con el título de médico superior, la aparición del primer enfermo, por otra parte perpetuo, la sublime comedia entre este enfermo y este médico.

Cada villa de agua termal para un observador es una California cómica. Cada doctor es un tipo encantador, desde el doctor correcto, a la inglesa, con corbata blanca, hasta el doctor escéptico, espiritual y malicioso, que cuenta a los amigos sus procedimientos y sus trucos.

Entre estos dos modelos, encontramos al doctor paternal y buen chico, el doctor científico, el doctor brutal, el doctor de mujeres, el doctor de largos cabellos, el doctor elegante y muchos otros. Cada variedad de médico encuentra infaliblemente su variedad de enfermedades, su clientela de ingenuos. Y cada día, entre ellos, en cada habitación de hotel, vuelve a comenzar la admirable farsa que Molière no contó totalmente. ¡Oh! ¡Si estos médicos hablaran, qué notas, qué documentos maravillosos nos podrían dar sobre el hombre!

A veces, sin embargo, después de beber, cuentan alguna aventura, una de cada mil.

Uno de ellos, muy inspirado, tuvo esta idea genial de anunciar en los periódicos que las aguas de B..., inventadas por él, prolongaban la vida humana. Ningún misterio, por otra parte, en su acción. Él lo explicaba científicamente por la acción de las sales, de los minerales y de los gases sobre el organismo. Había incluso escrito sobre eso un extenso folleto que mostraba, además, los recorridos de los alrededores.

Pero eran necesarias pruebas para estas aseveraciones. Empezó un pequeño viaje a la búsqueda de centenarios.

Las familias pobres, en general, no teniendo apenas para criar a sus inútiles ancianos padres, se los cedían seis meses por año; y él los instalaba en una elegante casona que había bautizado "Hospicio de los Centenarios". No todos tenían cien años, pero todos se aproximaban. Este era su reclamo, reclamo sublime. Curar no es nada, pero vivir es todo. ¡Sus aguas no curaban, hacían vivir! ¡Qué importan el hígado, los bronquios, la laringe, los riñones, el estómago, el intestino! Lo único que importa es vivir.

Este gran hombre, un día que estaba contento, contó esta aventura.

Una mañana, fue llamado al lado de un nuevo viajero, M.D..., que llegó la víspera por la tarde y que había alquilado un pabellón muy cerca de la fuente de Souveraine. Era un ancianito de ochenta y seis años, todavía lozano, enjuto, con buena salud, y que intentaba por todos los medios disimular su edad.

Hizo sentar al médico y lo interrogó a continuación:

—Doctor, si me encuentro bien, es gracias a la higiene. Sin ser muy viejo, tengo ya una cierta edad, pero evito todas las enfermedades, todas las indisposiciones, los más ligeros malestares mediante la higiene. Usted afirma que el clima de este país es muy favorable para la salud; quiero creerle, pero antes de establecerme aquí, quiero pruebas. Le rogaría pues que viniese a mi casa una vez por semana para darme exactamente las informaciones siguientes:

Primero, deseo tener la lista completa, muy completa, de todos los habitantes de la estación y de los alrededores que han sobrepasado los ochenta años. Necesito también algunos detalles psicológicos y fisiológicos de ellos. Quiero conocer su profesión, su tipo de vida, sus costumbres. Cada vez que una de estas personas se muera, usted podría avisarme e indicarme la causa precisa de su muerte, así como todas las circunstancias.

Después añadió amablemente:

—Espero, doctor, que llegaremos a ser buenos amigos—, y tendió su mano arrugada que el médico apretó prometiéndole su ayuda incondicional.

Desde el momento en que tuvo la lista de diecisiete habitantes del país que habían pasado de ochenta años, M.D... sintió como se despertaba en su corazón un interés extremo, una solicitud infinita por los ancianos que iba a ver caer uno después de otro.

No quiso conocerlos, por temor sin duda a encontrar algún parecido entre él y alguno de ellos que moriría pronto, lo que le habría afectado; pero se hizo una idea muy clara de sus personas, y no hablaba más que de ellos con el médico que cenaba en su casa cada día.

Preguntaba:

—¡Y bien doctor!, ¿cómo va hoy Poincot? Lo hemos dejado un poco indispuerto la semana pasada.

Y cuando el médico había hecho el parte facultativo del enfermo, M.D... proponía modificaciones en el régimen, pruebas, modos de tratamiento que podría aplicar a continuación sobre él mismo si habían tenido éxito sobre los otros. Eran, estos diecisiete ancianos, un campo de experimentación de donde él sacaba conclusiones.

Una tarde, el doctor, entrando, anunció:

—Rosalía Tourul ha muerto.

M.D... se estremeció, y a continuación preguntó:

—¿De qué?

—De una angina.

El viejecito exclamó un "¡Ah!" de alivio y añadió:

—Estaba demasiado gorda, demasiado fuerte. Debía de comer demasiado, esta mujer. Cuando tenga su edad, me observaré más.

Él era dos años mayor pero no aparentaba más que setenta.

Algunos meses más tarde, le tocó el turno a Henri Brissot. M.D... se emocionó mucho. Esta vez era un hombre delgado, justo de su edad, ni tres meses de diferencia y un prudente. Ya no se arriesgaba a preguntar, esperando a que el médico hablara y permanecía inquieto:

—¡Ah!, ¿murió así, de repente? Se portaba muy bien la semana pasada. ¿Habrá cometido cualquier imprudencia, no, Doctor?

El médico, que se divertía, respondió:

—No creo, sus hijos me han dicho que había sido muy prudente.

Entonces, no pudiendo aguantar más, temblando de angustia, M.D... preguntó:

—Pero... pero...pero, ¿de qué se murió, entonces?

—De una pleuresía.

Esto supuso una alegría, una gran alegría. El viejecito apretó sus manos secas, la una contra la otra.

—Pues claro, yo bien le dije que él había cometido alguna imprudencia. Uno no coge una pleuresía sin razón. Habrá querido tomar el aire después de cenar: y le habrá cogido el frío. ¡Una pleuresía! Esto es un accidente; no es ni una enfermedad! ¡Nadie más que los locos mueren de pleuresía!

Cenó alegremente hablando de los que quedaban.



—No son más que quince ahora, pero estos son fuertes, ¿no? Toda la vida es así; los más débiles caen primero, las personas que pasan de los treinta tienen muchas posibilidades de llegar a los sesenta; los que pasan de los sesenta llegan a menudo a los ochenta; y los que pasan de ochenta alcanzan casi siempre la centena, porque son los más robustos, los más prudentes, los más vigorosos.

Otros dos más desaparecieron durante el año, uno de disentería y el otro de asfixia. M.D... se alegró mucho con la muerte del primero:

—¡La disentería es la enfermedad de los imprudentes! ¡Qué diablos! ¡Doctor, debería haber vigilado su régimen!

En cuanto al que se lo había llevado un ahogo, esto no podía provenir más que de una enfermedad del corazón mal detectada hasta ese momento.

Pero, una tarde, el médico anunció la muerte de Paul Timonet, una especie de momia del que se esperaba convertir en un centenario de reclamo para la estación.

Cuando M.D... preguntó, según su costumbre:

—¿De qué murió?

El médico respondió:

—De verdad que no lo sé.

—¿Cómo? ¿no sabe nada?. Siempre se sabe. ¿No tenía alguna lesión orgánica?

El doctor movió la cabeza.

—No, ninguna.

—¿Tal vez algún problema de hígado o riñones?

—No, todo esto estaba sano.

—¿Ha observado bien si el estómago funcionaba regularmente? Un ataque proviene a menudo de una mala digestión.

—No ha habido ataque.

M.D..., muy perplejo, braceaba:

—Pero veamos. ¿Murió de algo, entonces? ¿De qué pues, según su opinión?

El médico levantó los brazos:

—Yo no sé nada, nada en absoluto. Murió porque murió, eso es.

M.D..., entonces, con una voz descompuesta, preguntó:

—¿Qué edad tenía exactamente? Ya no la recuerdo.

—Ochenta y nueve años

Y el viejecito, con aspecto incrédulo y tranquilo, exclamó:

—¡Ochenta y nueve años! ¡Ah... entonces, tampoco ha sido la vejez!

*Gil Blas, 11 de mayo de 1884*

# *La enrejilladora*

---

*La rempailleuse*

*A León Hennique*

El marqués de Bertrans ofrecía en su casa una comida para celebrar el inicio de la temporada de caza. Once cazadores, ocho muchachas jóvenes y el médico del lugar estaban sentados alrededor de la gran mesa iluminada, cubierta de frutas y de flores.

La comida llegaba a su fin. Se hablaba de amor. Y una gran discusión se había entablado, la eterna discusión, para saber si se podía amar de verdad una sola vez o varias veces. Se citaron ejemplos de personas que no habían tenido más que un verdadero amor; se citaron también otros ejemplos de gente que había amado a menudo, y con pasión. Los hombres, en general, pretendían que la pasión, como la enfermedad, puede herir repetidas veces a la misma persona, e incluso hierirla de muerte si un obstáculo se interpone en su camino. Aunque esa manera de pensar no era contestable, las mujeres, cuya opinión se apoyaba más en la poesía que en la observación, afirmaban que el amor, el verdadero amor, el gran amor, sólo podía abrasar una sola vez a un mortal, y que ese amor, era como el rayo, una vez herido el corazón, éste se queda tan vacío, tan desolado, tan consumido, que ningún otro sentimiento vigoroso, ni siquiera un sueño, puede brotar de nuevo.

El marqués, que había sido un gran amante, impugnaba vivamente esa creencia:

—Yo les aseguro que se puede amar muchas veces con todas las fuerzas y toda el alma. Ustedes citan a unas personas que se han matado por amor, como prueba de la imposibilidad de una segunda pasión. Puedo afirmarles que si no hubiesen cometido la estupidez de suicidarse, lo que les privaba, por otra parte, de toda opción de una recaída, se hubieran curado; y hubieran recommenzado, una y otra vez, hasta su muerte natural. Existen los enamorados, como existen los borrachos. El que ha bebido, beberá. El que ha amado, amará. Es cuestión de temperamento, nada más.

Como árbitro se designó al doctor, un viejo médico parisién que se había retirado al campo; se le rogó que diera su parecer.

Pero el doctor no tenía parecer.

—Como ha dicho el señor marqués, es cuestión de temperamento. Yo he conocido de cerca una pasión que duró cincuenta y cinco años sin un solo día de interrupción; sólo la muerte acabó con ella.

La marquesa palmoteó.

—¡Qué bonito es eso! ¡Y qué sueño el ser amado de esta manera! ¡Qué felicidad poder vivir durante cincuenta y cinco años arropado por un afecto tan intenso y penetrante! ¡Qué feliz tuvo que ser y cómo debió de bendecir la vida, aquel a quien adoraron de tal suerte!

El médico sonrió:

—En efecto, señora, usted no se equivoca sobre este punto, pues el ser amado fue un hombre. Ustedes lo conocen, es el señor Chouquet, el farmacéutico del pueblo. En cuanto a ella, la mujer, también la han conocido: la vieja enrejilladora que venía cada año al castillo. Pero voy a explicarme para que me comprendan mejor.

El entusiasmo de las damas decayó; su semblante asqueado parecía decir: "¡Bah!", como si el amor sólo pudiera herir a las personas finas y distinguidas, las únicas dignas de interés de la gente de bien.

El médico prosiguió:

—Hace tres meses, me llamaron para que asistiera a esa anciana en el lecho de muerte. Había llegado, la víspera, en el carromato que le servía de casa, arrastrada por el jamelgo que todos ustedes han visto, y acompañada por sus dos grandes perros negros, sus amigos y guardianes. El sacerdote ya estaba allí. Ella nos nombró sus albaceas testamentarios y, para desvelarnos el sentido de su última voluntad, nos contó su vida. No he conocido nada tan singular ni tan desgarrador.

"Su padre era enrejillador y su madre enrejilladora. Nunca tuvo una casa fija.

"Desde muy niña vagabundeaba, andrajosa, piojosa, miserable. Paraban a la entrada de los pueblos, a lo largo de los caminos; desenganchaban el carromato; el caballo pastaba y el perro dormía con el hocico entre sus patas; y la chiquilla se acurrucaba en la hierba mientras el padre y la madre remendaban, a la sombra de los olmos del camino, todas las sillas viejas de la comarca. Apenas se hablaba en aquella casa ambulante. Sólo las palabras precisas para decidir quién haría la ronda por las casas gritando: "¡Enrejillaadooooor!"; luego, se ponían a retorcer la paja, frente a frente, codo con codo. Si la niña se alejaba un poco o intentaba hablar con algún pilluelo del lugar, la voz colérica del padre la llamaba:

"—¡Ven aquí inmediatamente, crápula!

"Eran las únicas palabras de ternura que oía.

"En cuanto creció un poco, la enviaron a recoger los asientos viejos averiados. Fue así como, de pueblo en pueblo, esbozó sus primeras relaciones con los chiquillos; pero entonces eran los padres de los niños quienes llamaban brutalmente a sus hijos:

"—¡Ven aquí inmediatamente, granuja! ¡Que no te vea hablar con esa andrajosa!

"A veces, los niños le tiraban piedras.

"Si alguna señora le daba unos céntimos, se los guardaba cuidadosamente.

"Un día —tenía entonces once años— al pasar por este lugar, encontró, detrás del cementerio, al pequeño Chouquet, que lloraba porque un camarada le había robado dos ochavos. Las lágrimas de ese pequeño burgués, uno de esos burguesitos que ella, en su débil sesera de desheredada, imaginaba siempre felices y contentos, la trastornaron. Se le acercó, y cuando supo la razón de su tristeza, volcó en sus manos todos sus ahorros, siete céntimos, que él cogió, naturalmente, enjugándose las lágrimas. Entonces, loca de alegría, tuvo la osadía de besarlo. Pero él seguía contemplando aquellas monedas, y la dejó hacer. Al no verse rechazada, ni golpeada, lo abrazó de nuevo y lo besó con todo su corazón. Luego, echó a correr.

"¿Qué pasó por aquella miserable cabeza? ¿Se había enamorado de aquel mozalbeta porque le había sacrificado su fortuna de vagabunda, o porque le había dado su primer beso de amor? El misterio es el mismo para los pequeños como para los mayores.

"Durante meses soñó con aquel rincón del cementerio y con aquel chiquillo. Con la esperanza de volver a verlo, robó a sus padres, sisando un céntimo por aquí, un céntimo por allá, de los arreglos de los asientos de paja, o de las provisiones que le mandaban comprar.

"Cuando regresó, tenía dos francos en el bolsillo, pero no pudo ver al pequeño farmacéutico, muy limpio, más que a través de los cristales de la farmacia paterna, entre un bocal rojo y una tema.

"No por eso dejó de amarlo con más fuerza, emocionada, embelesada, extasiada por aquella gloria de agua coloreada, aquella apoteosis de cristales luminosos.

"Guardó en lo más profundo de su ser ese recuerdo imborrable, y cuando al año siguiente lo encontró, detrás de la escuela, jugando a las canicas con sus compañeros, se abalanzó sobre él, lo rodeó con sus brazos y lo besó con tanta violencia que él gritó

espantado. Entonces, para calmarlo, ella le dio todo su dinero: tres francos y veinte céntimos, un verdadero tesoro, que él contempló con ojos de asombro.

"Lo tomó y se dejó acariciar todo cuanto quiso ella.

"Durante cuatro años más, fue vertiendo entre sus manos todas sus economías, que él se embolsaba conscientemente a cambio de unos besos consentidos. Una vez fueron treinta céntimos, otra vez dos francos, luego doce céntimos (ella lloró de pena y de humillación, pero, aquél había sido un mal año), y la última vez cinco francos, una moneda gorda y redonda que le hizo reír de contento.

"Ella sólo pensaba en él; y él esperaba su regreso con cierta impaciencia, y corría a su encuentro en cuanto la veía, eso hacía saltar de gozo el corazón de la muchacha.

"Y un día, él desapareció. Lo habían internado en un colegio. Lo supo porque interrogó hábilmente a la gente. Entonces, ella usó una diplomacia infinita para cambiar el itinerario de sus padres, y hacerlos pasar por este lugar, durante las vacaciones. Lo consiguió, al cabo de un año de artimañas. Estuvo pues dos años sin verlo; y apenas pudo reconocerlo, había cambiado, crecido, estaba más hermoso, imponente con su uniforme con botones de oro. El fingió no verlo y pasó altivamente junto a ella.

"Ella lloró durante dos días; y desde entonces sufrió infinitamente.

"Ella, no obstante, regresaba cada año; pasaba delante de él sin atreverse a saludarle. Y sin que él se dignara mirarla. Ella le amaba perdidamente. Me dijo:

"—Es el único hombre al que he mirado en este mundo, señor doctor; no sé si existían otros.

"Sus padres murieron. Ella continuó con el oficio; pero tenía dos perros en lugar de uno, dos perros terribles, de ésos que nadie se atreve a desafiar.

"Un día, al entrar en el pueblo, donde ella había dejado su corazón, vio a una joven salir de la tienda Chouquet del brazo de su bien amado. Era su mujer. Se había casado.

"Aquella misma noche, se arrojó a la charca de la plaza del Ayuntamiento. Un borracho nocturno la sacó y la llevó a la farmacia. El chico Chouquet bajó en bata para atenderla y, sin dar muestras de reconocerla, la desnudó y le dio unas friegas; luego, con voz dura le dijo:

"—¡Pero está usted loca! ¡No hay por qué ser tan estúpida!

"Aquello bastó para curarla. ¡Le había hablado! Sería feliz para siempre.

"El no quiso recibir nada a cambio de sus servicios, a pesar de que ella insistía en pagarle.

"Y así transcurrió su vida. Ella enrejillaba pensando en Chouquet. Cada año lo veía a través de los cristales de la farmacia. Cogió la costumbre de comprarle la provisión de sus medicamentos. De esta forma, podía verlo de cerca, hablarle y, además, darle dinero.

"Como ya les he dicho al principio, ella murió esta primavera. Después de contarme toda esta triste historia, me rogó que entregara, a aquel a quien ella había amado tan pacientemente, todos los ahorros de su existencia, pues —decía ella— sólo había trabajado para él, ayunando incluso para economizar, y estar segura de que así él pensaría en ella, al menos una vez, cuando hubiese muerto.

"Me entregó, pues, dos mil trescientos veintisiete francos. Le di al señor cura los veintisiete francos, para pagar el entierro, y me llevé el resto en cuanto exhaló su último suspiro.

"Al día siguiente, fui a casa de los Chouquet. Estaban acabando de comer, el uno frente al otro, gordos y bermejos, oliendo a productos de farmacia, importantes y satisfechos.

"Me hicieron sentar; me ofrecieron un kirsch, que acepté; e inicié mi discurso con voz emocionada, persuadido de que acabarían llorando.

"En cuanto él comprendió que había sido amado por aquella vagabunda, por aquella enrejilladora, por aquella zorra, Chouquet saltó de indignación, como si ella le hubiese robado su reputación, la estimación de la gente honrada, su honor íntimo, algo delicado que le fuera máspreciado que su propia vida.

"Su mujer, tan exasperada como él, repetía:

"—¡Esa pordiosera! ¡Esa pordiosera! ¡Esa pordiosera!...— sin poder encontrar otro calificativo.

"Él se había levantado; andaba a zancadas por detrás de la mesa, con el gorro griego haciendo equilibrios sobre una oreja. El balbucía:

"—¿Puede comprenderse esto, doctor? ¡Qué cosas más horribles para un hombre! ¿Qué hacer? ¡Oh! De haber sabido todo esto la habría hecho arrestar por los gendarmes y metido en la cárcel. Y le aseguro que no habría salido nunca. ¡Le doy mi palabra!

"Me quedé estupefacto ante el resultado de mi piadosa diligencia. No sabía qué decir ni qué hacer. Pero tenía que completar mi misión. Así que continué:

"—Ella me encargó que le entregara todos sus ahorros, que ascienden a dos mil trescientos francos. Como lo que acabo de contarle parece haberle ofendido, creo que sería más prudente dar este dinero a los pobres.

"Me miraron, el hombre y la mujer, paralizados por el pasmo.

"Saqué el dinero de mi bolsillo; dinero miserable, de diferentes regiones y acuñaciones, oro y céntimos revueltos. Luego les pregunté:

"—¿Qué deciden ustedes?

"La señora Chouquet habló la primera:

"—Pero, puesto que era la última voluntad de esa mujer... no me parece justo rehusarlo.

"El marido, vagamente confuso, contestó:

"—Podríamos comprar algo para nuestros hijos.

"Yo les dije secamente:

"—Como ustedes quieran.

"El respondió:

"—Démelo, puesto que ella así lo quería; encontraremos el medio para emplearlo en alguna buena obra.

"Les entregué el dinero, saludé y me marché.

"Al día siguiente, Chouquet vino a verme, y bruscamente me dijo:

"—Se ha dejado aquí su carromato, esa..., esa mujer ¿Qué va a hacer usted con él?

"—Nada, lléveselo silo quiere.

"—Perfecto; me va bien, haré una cabaña para ir al huerto.

"Y se fue. Pero le llamé:

"—Ella ha dejado también su viejo caballo y sus dos perros. ¿Los quiere usted?

"Se detuvo sorprendido:

"—¡Ah, no, ni hablar! ¿Qué quiere que haga con ellos?. Disponga usted como guste.

"Y se reía. Me tendió la mano que yo estreché. ¿Qué podría hacer? En un pueblo el médico y el farmacéutico no pueden ser enemigos.

"Me quedé con los perros. Y el cura, que tiene un corral grande, con el caballo. El carromato sirve de cabaña a Chouquet, y con el dinero se ha comprado cinco acciones del ferrocarril.

"Este es el único amor profundo que he encontrado en mi vida.

El médico se calló.

La marquesa, que tenía los ojos arrasados por la lágrimas, suspiró:

—¡Decididamente, sólo las mujeres saben amar!

*Le Gaulois, 17 de septiembre de 1882*

# *El ermitaño*

---

*L'ermita*

Algunos amigos habíamos ido a visitar al viejo ermitaño que vivía en el túmulo de un antiguo sepulcro cubierto de árboles, en el centro de la inmensa llanura que se extiende desde Cannes a la Napoule.

Regresamos hablando de estos extraños solitarios laicos, que fueron muy numerosos en otros tiempos, pero cuya raza va hoy desapareciendo. Nos esforzábamos por hallar las causas morales, y por determinar la índole de los desengaños que lanzaban en aquellas épocas a los hombres hacia las soledades.

Uno del grupo exclamó de pronto:

—Dos ermitaños he conocido: un hombre y una amujer. Esta última debe vivir todavía. Habitaba, hace cinco años, en unas ruinas situadas en la cumbre de una montaña completamente desierta de las costas de Córcega, a quince o veinte kilómetros de distancia de la casa más próxima. Vivía allí en compañía de una criada; fui a verla. No había la menor duda de que se trataba de una mujer distinguida, que había pertenecido a la buena sociedad. Me acogió con mucha cortesía, y hasta con cordialidad, pero nada conseguí saber de ella, y nada pude adivinar tampoco.

Por lo que al hombre respecta, os voy a contar su siniestra aventura.

Vuélvanse ustedes a este lado. Vean allá lejos aquel monte puntiagudo y cubierto de bosque que se destaca, aislado, detrás de la Napoule, por delante de las cumbres del Esterel; la gente del país lo conoce con el nombre de monte de las Serpientes. Allí vivía el solitario de mi historia, hará unos doce años, entre los muros de un pequeño templo antiguo.

Habiendo oído hablar de él, decidí conocerlo, y salí de Cannes a caballo en una mañana del mes de marzo. Dejando mi cabalgadura en el albergue de la Napoule, escalé a pie aquel extraño cono, que tendrá tal vez de ciento cincuenta a doscientos metros de altura; está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de una jara de olor tan vivo y penetrante, que casi produce mareos. El suelo es pedregoso, viéndose a cada paso largas culebras que se deslizan por entre los guijarros y se esconden en la hierba. De ahí le viene su bien merecido nombre de monte de las Serpientes. Hay días en que, al subir por las laderas, cuando el sol da en ellas, parece que brota a cada paso uno de estos reptiles. Tanto abundan, que se queda uno sin atreverse a caminar, y se experimenta una molestia rara, que no es miedo, porque son animales inofensivos, sino una especie de místico escalofrío. Me produjo muchas veces el efecto sorprendente de que estaba escalando un antiguo monte sagrado, una extraordinaria colina, perfumada y misteriosa, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Existe todavía el templo. A mí, al menos, me aseguraron que se trata de un templo. A decir verdad, no intenté realizar mayores averiguaciones, para que mi emoción no tuviese que llamarse a engaño.

Escalé, pues, la montaña cierta mañana del mes de marzo, con el pretexto de admirar el paisaje. Al llegar a la cumbre, descubrí, como me habían dicho, unos muros, y, sentado en una piedra, a un hombre. Aunque tenía ya el pelo completamente blanco, no pasaría de los cuarenta y cinco años; su barba era todavía casi negra. Acariciaba a un gato que estaba enroscado encima de sus rodillas, y no pareció darse por enterado de mi presencia. Di vuelta a las ruinas, una parte de las cuales estaba techada y cerrada con

ramas, paja, hierbas y guijarros, y constituía su habitación; luego volví al sitio en que él estaba.

Se descubre desde allí una vista admirable. A la derecha, el Esterel, con sus cimas puntiagudas y recortadas de las más extrañas formas; luego, el mar sin límites que se extiende hasta las costas lejanas de Italia, formando a lo lejos innumerables cabos; frente por frente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas, que parecen estar flotando, y en la última de ellas, de cara al mar abierto, un elevado y antiguo castillo de almenados muros, que parece surgir de las mismas aguas.

Finalmente, por encima de la costa verde, en la que se distingue un rosario de villas y de poblaciones blancas, rodeadas de árboles, que, vistas desde tan lejos, parecen una cantidad infinita de huevos puestos al borde de la mar, se yerguen los Alpes, cuyas cimas tenían todavía su caparazón de nieve.

No pude menos de exclamar:

—¡Qué hermoso es esto!

El solitario alzó la cabeza y dijo:

—Sí, pero cuando uno lo tiene durante todo el día delante de la vista, resulta monótono.

Aquello me demostró que el solitario hablaba, conversaba y se aburría. Ya era mío.

No permanecí aquel día mucho rato y toda mi preocupación fue descubrir la índole de su misantropía. Me produjo sobre todo la sensación de un ser hartado del mundo, cansado de todo, totalmente desilusionado, y tan asqueado de sí mismo como de los demás.

Me retiré al cabo de media hora de conversación. Pero regresé a los ocho días, y volví a la semana siguiente, y no dejé pasar semana sin ir por allí; total, que al cabo de dos meses éramos amigos.

Por fin, al atardecer de un día de fines de mayo, juzgué que había llegado ya el momento, y subí al monte de las Serpientes llevando provisiones suficientes para cenar los dos.

Era uno de esos atardeceres tan característicos de aquel país del Mediodía en que se cultivan las flores lo mismo que se cultiva el trigo en el Norte, de aquel país en el que se fabrican casi todas las esencias que perfuman la carne y los vestidos de las mujeres; uno de esos atardeceres en que el aroma de los incontables naranjos que cubren los jardines y las cañadas turba el sentido y remueve la sensualidad como para que sueñen con el amor hasta los viejos.

Mi solitario me acogió con evidente satisfacción, y se prestó de muy buena gana a compartir mi cena.

Le di a beber un poco de vino, cosa a la que estaba ya desacostumbrado; se hizo comunicativo y se puso a hablarme de su vida. Me pareció que había vivido siempre en París, y que había vivido alegremente.

Le pregunté a boca de jarro:

—Pero ¿cómo le vino a usted esta fantástica idea de encaramarse a esta cumbre?

Me contestó con toda espontaneidad:

—Porque recibí la sacudida más brutal que puede recibir un hombre. ¿Para qué voy a ocultarle mi desgracia? Es posible que me compadezca usted al conocerla. Además, la verdad es... que hasta ahora no se la he contado a nadie... y quisiera saber la opinión de otra persona..., de una por lo menos..., sobre el caso... Quisiera saber lo que otro piensa.

Nací en París, me crié en París, y en esta ciudad crecí y viví. Mis padres me dejaron una renta de algunos miles de francos, y, gracias a la protección que me dispensaban algunas personas, logré una colocación modesta y tranquila; siendo como era soltero, podía con ella considerarme rico.



Desde mi adolescencia llevé la vida de un hombre independiente. Usted sabe en qué consiste. Libre y sin familia, dispuesto a no caer en el matrimonio, vivía tres meses con una, luego seis con otra, o un año sin compañera fija, entrando a saco en el montón de mujeres que se entregan o se venden.

Esta existencia mediocre, o sin relieve alguno, si usted quiere, me iba a la medida, porque satisfacía mis inclinaciones naturales a cambiar y a curiosear. Mi vida transcurría en el bulevar, en los teatros y en los cafés, siempre fuera de casa, como si no tuviese domicilio alguno, aunque estaba bien instalado. Era uno más entre los millares de personas que marchan en la vida a la deriva, flotando como corchos; que se imaginan que París es todo el mundo, y que no se preocupan ni apasionan por nada. Era lo que se llama un buen chico, sin defectos ni virtudes. Ahí tiene usted lo que yo era. Y me enjuicio con exactitud.

En esas condiciones, mi vida fue transcurriendo, de los veinte a los cuarenta años, insensiblemente, pero con rapidez, sin ningún acontecimiento de relieve. ¡Con cuánta rapidez pasan esos años monótonos de París, que no suelen dejar en nuestro espíritu ninguno de esos recuerdos que marcan una fecha! Son años largos y precipitados, vulgares y alegres, en los que comemos, bebemos, nos reímos sin razón aparente, y alargamos nuestros labios hacia todo lo que puede saborearse y hacia todo lo que puede besarse, sin que tengamos realmente apetencia de nada. Entonces era yo joven, llegué a viejo sin haber creado nada de lo que crean los demás; sin apegarme a nada, sin enraizarme, sin ligarme a nada, sin amigos casi, sin mujeres, sin hijos.

Llegué, pues, sin sentirlo pero muy aprisa, a los cuarenta; para festejar este aniversario, me permití el lujo de comer opíparamente, yo solo, en un gran café. Yo era en el mundo un solitario, y me pareció que era propio celebrar aquella fecha como un solitario.

Después de cenar, me quedé indeciso. Sentía tentaciones de ir a un teatro, pero se me ocurrió de pronto que debía ir en peregrinación al Barrio Latino, en el que viví cuando estudiaba leyes. Crucé, pues, París y entré, sin un propósito deliberado, en una de las cervecerías servidas por camareras.

La que servía a mi mesa era una jovencita bonita y simpática. La invité a servirse, y ella aceptó en seguida. Se sentó frente a mí, examinándome con mirada de mujer conocedora, queriendo saber con qué clase de hombre tenía que habérselas. Era de pelo claro, casi pelirroja, una chiquilla fresca y pimpante; por debajo de su abultado corpiño yo me imaginé redondeces color de rosa. Le dije las frases galantes y necias que son de rigor con tales mujeres; como era realmente encantadora, me entró de pronto el capricho de llevármela... para seguir festejando mis cuarenta años. Lo conseguí sin dificultades y sin muchas insistencias. Estaba libre, según me dijo, desde hacía quince días. Para empezar, iríamos a tomar un refrigerio en los alrededores del Mercado, cuando ella saliese del trabajo.

Recelando que me dejara plantado —nadie sabe las cosas que pueden ocurrir, ni la clase de parroquianos que pueden entrar en una cervecería como aquella, ni la ventolera que le puede dar a una mujer, no me moví en toda la noche de allí, esperándola.

También yo estaba libre desde uno o dos meses atrás, y viendo a aquella deliciosa principianta de amor ir y venir de una mesa a otra, pensaba si no me convendría hacer con ella un arreglo de exclusiva por algún tiempo. Esto que le cuento constituye una de las más vulgares aventuras cotidianas de la vida de un hombre en París.

Perdóneme el que entre en detalles tan groseros; los que no han sentido la poesía del amor, toman y eligen a la mujer lo mismo que quien elige chuletas en la carnicería, sin fijarse en otra cosa que en la calidad de la carne.

Fuimos, pues, a su casa —porque yo respeto mucho mis sábanas—. Vivía en un quinto piso, en un pequeño cuartito de obrera, limpio y pobre; pasé con ella dos horas admirables. Tenía aquella chiquilla un encanto y una simpatía extraordinarias.

Cuando ya me iba a marchar, me acerqué a la chimenea para dejar sobre ella el regalo reglamentario, después de haber concertado día para una segunda entrevista con la jovencita, que se había quedado en la cama. Vi, confusamente, un reloj dentro de un globo de cristal, dos floreros y dos fotografías, una de ellas muy antigua, de las llamadas daguerrotipos, que se hacían sobre cristal. Me incliné por pura casualidad hacia este último retrato, y me quedé de una pieza, tan sorprendido que no acertaba a comprender. Porque era el mío, el primer retrato que yo me había hecho, de mis tiempos de estudiante en el Barrio Latino.

Me apoderé bruscamente de él, a fin de examinarlo de cerca. No me había equivocado. Tan inesperado y extravagante me pareció aquello, que me entraron ganas de reír, y le pregunté a la muchacha:

—¿Quién diablos es este caballero?

Y ella me contestó:

—Es mi padre, al que yo no he conocido. Mi mamá me dejó ese retrato diciéndome que lo guardase, que tal vez un día me sirviese de algo.

Vaciló un momento, y luego se echó a reír, diciendo: Verdaderamente, no sé qué utilidad puede tener para mí. No creo que se le ocurra venir a reconocermelo como hija.

Mi corazón palpitaba con galopes de caballo desbocado. Coloqué la fotografía en sentido horizontal sobre la chimenea, y, sin saber lo que hacía, dejé encima de aquella dos billetes de cien francos que llevaba en el bolsillo, y escapé gritando:

—Hasta pronto... Adiós, querida..., hasta la vista. Oí que ella me contestaba:

—Hasta el martes.

Bajé a tientas las oscuras escaleras. Cuando me vi en la calle, me di cuenta de que llovía, y tiré por una calle cualquiera, caminando a grandes zancadas.

Iba sin rumbo, enloquecido, desatinado, esforzándome por recordar... ¿Sería aquello posible?... Sí... Me acordé de pronto de una chica que me escribió, al mes de nuestra ruptura, que se hallaba encinta de mí. Rasgué o quemé la carta, olvidándome de aquel asunto. Tal vez hubiera hecho bien en mirar la fotografía de aquella mujer, que estaba sobre la chimenea de la jovencita; pero ¿habría sido yo capaz de identificarla? Me pareció que era la de una mujer entrada en años.

Llegué a un muelle del Sena. Vi un banco y me senté. Llovía. Pasaban de cuando en cuando algunas personas, resguardadas bajo sus paraguas. La vida se me representó como una cosa miserable y repugnante, llena de ruindades, vergüenzas e infamias, deliberadas o toleradas. ¡Mi hija! ¡Tal vez era mi hija la mujer que yo acababa de hacer mía!... Y París, aquel inmenso París sombrío, taciturno, fangoso, triste y negro, que tenía en aquel momento cerradas todas sus casas, estaba lleno de asuntos parecidos, de adulterios, incestos y niñas violadas. Me acordé de todo lo que se hablaba, acerca de la gente degenerada que rondaba de noche por los puentes.

Yo, sin quererlo, sin saberlo, había hecho una cosa peor que todas las infamias de aquellos viciosos. ¡Me había acostado con mi propia hija!

Sentí tentaciones de tirarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve así errante hasta que amaneció, y regresé después a casa para meditar.

Tomé el partido que me pareció más prudente: me presenté a un notario, diciendo que iba de parte de un amigo mío, y le encargué que llamase a aquella joven y le preguntase todos los detalles relativos a la entrega de aquel retrato por parte de su madre.

Cumplió el notario mis instrucciones. La madre de la chica le dio el nombre de su padre cuando se hallaba en su lecho de muerte, y lo hizo en presencia de un sacerdote, cuyo nombre me fue facilitado.

En vista de esto, y siempre en nombre del amigo desconocido, hice que se le entregase a la joven la mitad de mi fortuna, alrededor de ciento cuarenta mil francos, pudiendo disponer únicamente de la renta. Presenté después la dimisión de mi empleo, y aquí me tiene usted.

Vagabundeando por esta costa, descubrí el monte en que estamos, y me establecí en él... ¿Hasta cuándo?... Lo ignoro yo mismo.

¿Qué opina usted ahora de mí y de mi manera de conducirme?

Le alargué mi mano, diciéndole:

—Usted hizo lo que era su deber. ¡Cuántas personas habrían quitado importancia a esa desdichada fatalidad!

El solitario siguió diciendo:

—Lo sé, pero yo estuve a punto de enloquecer. Por lo visto, y aunque jamás lo había sospechado, tengo un alma delicada. París me inspira ahora un miedo parecido al que el infierno inspira a los creyentes. En resumidas cuentas, recibí un golpe en la cabeza, un golpe parecido al que recibe un transeúnte cuando le cae una teja encima. En estos últimos tiempos me siento mejor.

Me despedí de aquel ermitaño. Su relato me había conmovido mucho.

Aún volví en dos ocasiones a visitarle antes de mi partida de aquellos lugares, porque jamás prolongo después del mes de mayo mi estancia en el mediodía.

Cuando regresé, al año siguiente, ya no estaba aquel hombre en el monte de las Serpientes, y nunca más he vuelto a oír hablar de él.

Y ésta es la historia de mi ermitaño.

*Gil Blas, o de 1889*

## *La espera*

---

*L'attente*

Se hablaba, entre hombres, después de cenar, en la salita para fumadores. Contaban herencias inesperadas, extraños legados. El señor Le Burnent, a quien unas veces llamaban el ilustre maestro y otras el ilustre abogado, fue a apoyarse en la chimenea.

—Precisamente estoy buscando —dijo— a un heredero desaparecido en circunstancias particularmente terribles. Es uno de esos dramas simples y feroces de la vida común; algo que puede ocurrir todos los días y que, sin embargo, es una de las cosas más espantosas que conozco. Se trata de lo siguiente: hace unos seis meses, fui llamado junto a una moribunda, la cual me dijo: "Caballero, querría encargarle de la misión más delicada, más difícil y larga que pueda haber. Lea, por favor, mi testamento, que está ahí, encima de la mesa. Le dejo una suma de cinco mil francos, como honorarios, si usted fracasa, y de cien mil francos si cumple su misión. Se trata de encontrar a mi hijo después de mi muerte." Me rogó que la ayudara a sentarse en su cama, para poder hablar mejor, pues su voz entrecortada y jadeante le silbaba en la garganta. Me encontraba en una casa muy rica. La alcoba lujosa, de un lujo sencillo, estaba acolchada con colgaduras tan gruesas como paredes, tan agradables a la vista que producían una sensación de caricia y tan sordas que las palabras parecían entrar en ellas para desaparecer y morir. La agonizante continuó: "Usted es la primera persona a la que le voy a contar mi horrible historia. Trataré de tener fuerzas suficientes para llegar hasta el final. Es preciso que no ignore usted nada para que pueda surgir en usted, que yo sé es un hombre de corazón al mismo tiempo que un hombre de mundo, el deseo sincero de ayudarme con toda su capacidad. Óigame: antes de mi matrimonio había amado a un joven, a quien mi familia le negó mi mano porque no era suficientemente rico. Poco después me casé con un hombre muy rico. Me casé por ignorancia, por temor, por obediencia, por apatía, como suelen casarse las muchachas. Tuve un hijo. Mi marido murió unos años después. El hombre al que yo había amado se había casado también. Al verme viuda, sufrió un horrible dolor por no ser libre ya. Vino a verme, lloró y sollozó en mi presencia de tal forma que me destrozaba el corazón. Llegó a ser un buen amigo mío. Quizá no habría debido recibirle, pero, ¿qué quiere?, me encontraba tan sola, ¡tan triste y sola, tan desesperada! Y todavía le amaba. ¡Cómo se sufre a veces! No tenía más que a él en el mundo, pues mis padres habían muerto también. Venía con frecuencia; pasaba tardes enteras junto a mí. Yo no habría debido dejarle venir tan a menudo, puesto que estaba casado. Pero no tenía fuerzas para impedirselo. ¿Qué podría decirle?... Se convirtió en mi amante. ¿Cómo ocurrió? ¿Lo sé yo acaso? ¿Se puede saber cómo ocurren estas cosas? ¿Usted cree que puede ser de otra forma cuando dos seres humanos se sienten atraídos mutuamente por esa fuerza irresistible del amor correspondido? ¿Usted cree, caballero, que se puede siempre resistir, combatir y negarse a lo que pide con ruegos, con súplicas, con lágrimas, con palabras enloquecidas, de rodillas y en arrebatos de pasión, el hombre al que se adora, al que se querría ver feliz en sus menores deseos, al que se querría colmar con todas las alegrías posibles y se le ve desesperado, tan sólo por obedecer a la ley del honor en este mundo? Qué fuerza haría falta, qué renuncia a la felicidad, qué abnegación, e incluso qué egoísmo de honradez, ¿verdad? En fin, caballero, fui su querida y fui feliz. Durante doce años fui feliz. Me convertí, y ésta es mi mayor debilidad y la peor de mis bajezas, en la amiga de su mujer. Educábamos a mi hijo juntos, haciendo de él un hombre, un hombre de

verdad, inteligente, lleno de sentido y de voluntad, de ideas generosas y amplias. El niño llegó a los diecisiete años. Quería a mi... a mi amante casi tanto como yo misma, pues había sido atendido y mimado por los dos. Le llamaba "amigo" y le respetaba mucho, pues sólo había recibido de él buenas enseñanzas y ejemplos de rectitud, de honor y de probidad. Le consideraba como a un viejo, leal y sincero compañero de su madre, como a una especie de padre moral, de tutor, de protector, ¿qué se yo? Muy probablemente jamás se había preguntado nada, acostumbrado desde su infancia a ver a aquel hombre en la casa, Junto a nosotros, preocupándose por nosotros sin cesar. Una noche en que pensábamos cenar juntos los tres, eran estas cenas mis mayores alegrías, estaba esperándolos a los dos y me preguntaba cuál llegaría el primero. Se abrió la puerta: era mi ¡viejo amigo. Fui hacia él con los brazos abiertos y él me besó apasionadamente feliz. De repente, un ruido, un roce, casi nada, esa sensación misteriosa que indica la presencia de una persona, nos hizo sobresaltarnos y volvernos bruscamente Jean, mi hijo, estaba allí, de pie, lívido, contemplándonos. Fue un segundo atroz, enloquecedor. Retrocedí, con las manos tendidas hacia mi hijo como en una plegaria. Ya no le vi. Se había marchado. Nos quedamos frente a frente, aterrados, incapaces de hablar. Me dejé caer en un sillón, y sentí ganas, un deseo confuso e intenso, de huir, de hundirme en la noche, de desaparecer para siempre. Luego, unos sollozos convulsivos me llenaron la garganta, y lloré, sacudida por los espasmos, el alma desgarrada, todos los nervios tensos por aquella horrible sensación de una irremediable desgracia, y por esa venganza espantosa que cae sobre el corazón de una madre en momentos como aquél. Él permanecía asustado ante mí, sin atreverse a acercármeme, ni a hablarme o tocarme, por miedo a que volviera mi hijo. Al fin, pudo decirme: "Voy a buscarle..., le dire..., le haré comprender... Bueno, tengo que verle..., tiene que saber..." Y se marchó. Yo esperé..., esperé, fuera de mí, sobresaltándome al menor rumor, alterada por el miedo y por cierta emoción indecible e intolerable que me causaban los débiles chasquidos del fuego de la chimenea. Esperé una hora, dos, sintiendo crecer en mi corazón un espanto desconocido, una angustia tal que yo no le desearía al más criminal de los hombres diez minutos de aquellos momentos que pasé. ¿Dónde estaba mi hijo? ¿Qué hacía? Hacia medianoche, un recadero me trajo un billete de mi amante. Aún me lo sé de memoria: "¿Ha regresado tu hijo? No le he encontrado. Estoy abajo. No puedo subir a esta hora." A lápiz, escribí en el mismo papel: "Jean no ha vuelto. Tienes que encontrarle." Y me pasé la noche en el sillón, esperando. Me volvía loca. Tenía ganas de gritar, de correr, de tirarme al suelo. Pero no hacía un solo movimiento, seguía esperando. ¿Qué iba a pasar? Tratava de adivinarlo. Pero, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de las torturas de mi alma, no pude preverlo. Tenía miedo de que se encontraran. ¿Qué harían? ¿Qué haría mi hijo? Horribles dudas me desgarraban, hipótesis espantosas. Usted lo comprende, ¿verdad, caballero? Mi doncella, que no sabía nada, que nada comprendía, acudía a cada instante, creyéndome loca sin duda. La despedía con una palabra o con un gesto. Fue a buscar al médico, que me encontró retorciéndome en plena crisis de nervios. Me acostaron. Tenía una fiebre cerebral. Cuando recuperé el conocimiento, tras una larga enfermedad, vi junto a mi cama a mi... amante... solo. Grité: "¿Y ml hijo?... ¿Dónde está mi hijo?" No me contestó. Yo balbucí: "Muerto..., muerto... ¿Se ha matado?" Me contestó: "No, no, te lo juro. Pero no le hemos podido encontrar, a pesar de mis esfuerzos." Entonces, repentinamente exasperada, indignada incluso, en una de esas cóleras inexplicables e irracionales que se tienen, dije: "¡Le prohíbo que vuelva a verme sí no le encuentra! ¡Márchese!" Se fue. No he vuelto a ver ni a uno ni a otro, caballero, y estoy viviendo así desde hace veinte años. ¿Puede imaginarse esto? ¿Comprende este suplicio monstruoso, este lento y constante desgarramiento de mi corazón de madre, de mi corazón de mujer, esta espera

abominable y sin fin..., ¡sin fin! ... No... Ya va a terminar..., porque me muero. ¡Muero sin haberlos vuelto a ver, ni a uno... ni a otro! Él, mi amigo, me ha escrito a diario desde hace veinte años; y yo jamás he querido recibirle, ni siquiera un segundo; porque me parece que si volviera aquí, en ese preciso momento vería aparecer otra vez a mi hijo... ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Habrá muerto? ¿Vive? ¿Dónde está oculto? Acaso lejos, más allá de los mares, en un país tan remoto que ni siquiera conoceré su nombre... ¿Piensa en mí?... ¡Ah, si supiera! ¡Qué crueles son los hijos! ¿Ha comprendido a qué espantoso suplicio me condenó, en qué desesperación, en qué tortura me arrojó en plena vida, joven todavía, hasta el final de mis días, a mí, a su madre, que le quería con toda la fuerza del amor maternal? ¿No le parece cruel? Dígale todo esto, caballero. Repítale mis últimas palabras: "Hijo mío, querido hijo, sé menos duro con los pobres seres humanos. ¡La vida ya es bastante brutal y feroz! Querido hijo, piensa en lo que ha sido la existencia de tu madre, de tu pobre madre, desde el día en que la dejaste. Mi querido hijo, perdónale a él y quiere a tu madre, ahora que está muerta, porque ha sufrido la más horrible de las penitencias." Jadeaba, estremeciéndose, como si su hijo estuviera ante ella y acabara de hablar con él. Luego añadió: "Dígale también, caballero, que jamás he vuelto a ver..., al otro." Se calló de nuevo, y luego continuó con una voz quebrada: "Déjeme ya, se lo ruego. Querría morir sola, ya que ellos no están junto a mí."

Le Brument añadió:

—Y yo, caballeros, salí llorando como un tonto, tan intensamente, que mi cochero se volvía para mirarme. ¡Y pensar que, diariamente, ocurren en torno nuestro dramas como éste! No he encontrado al hijo..., a aquel hijo... Piensen ustedes lo que quieran, pero yo digo: aquel hijo... criminal.

*Le Gaulois, 1 de noviembre de 1883*

# *Mi esposa*

---

*Ma femme*

Ocurrió al término de una cena de hombres, de hombres casados, viejos amigos, que se reunían a veces sin sus esposas, como solteros. Comieron durante largo tiempo, bebieron mucho; se habló de todo un poco; se resucitaron viejos y alegres recuerdos, esos recuerdos cálidos que hacen sonreír los labios y temblar al corazón, aunque no se quiera. Alguien dice:

—¿Te acuerdas, Georges, de nuestra excursión a Saint-Germain con aquellas dos muchachas de Montmartre?

—¡Por Dios! Claro que me acuerdo.

Y se recuerdan detalles, esto y aquello, mil pequeñas cosas que todavía hoy provocan placer.

Hablaron del matrimonio, y cada uno dijo con aire sincero:

—¡Oh! ¡Si pudiera volver atrás!

Georges Duportin agregó:

—Es extraordinario cómo se cae en él fácilmente. Estás completamente decidido a no casarte nunca, y en primavera sales de paseo al campo; hace calor; el verano se presenta bien; los árboles están florecidos; conoces a una muchacha entre el grupo de amigos... y ¡zas! Ya está. Uno termina casándose.

Pierre Létoile gritó:

—¡Exactamente! Es mi historia, sólo que en mi caso hay detalles particulares...

Su amigo lo interrumpió:

—Delante de mí, no te quejes. Tienes la mujer más encantadora del mundo, bonita, amable, perfecta; tú eres el más feliz de nosotros.

—No es culpa mía —respondió el otro.

—¿Qué quieres decir?

—Es cierto que tengo una esposa perfecta; pero me casé con ella a pesar mío.

—Cuéntanos.

—Bueno... He aquí la aventura. Yo tenía treinta y cinco años, y no pensaba casarme ni dejarme atrapar. Las jovencitas me parecían insípidas y yo adoraba el placer.

"En el mes de mayo —continuó— me invitaron a la boda de mi primo Simon d'Erabel, en Normandía. Fue una verdadera boda normanda. Nos sentamos a la mesa a las cinco de la tarde; a las once de la noche, todavía estábamos comiendo. Me habían emparejado, para el caso, con una señorita llamada Dumoulin, hija de un coronel retirado, una joven rubia, bien formada, audaz y conversadora. Me acaparó por completo durante todo el día, me condujo al parque, me hizo bailar a pesar mío, me asedió.

"Yo me decía: "Por hoy, pase. Pero mañana me escapo. Ya he tenido bastante."

"Hacia las once de la noche las mujeres se retiraron a sus habitaciones; los hombres se quedaron a fumar y beber, o a beber y fumar si se prefiere.

"Por la ventana abierta se divisaba el baile campestre. Campesinos y campesinas saltaban en ronda cantando un aire de danza primitiva que acompañaban débilmente dos violinistas y un clarinete colocados sobre una gran mesa de cocina convertida en estrado. El canto tumultuoso de los campesinos cubría por completo, a veces, la música de los instrumentos; y la endeble melodía desgarrada por las voces desenfadadas, parecía caer del cielo en jirones, en pequeños fragmentos de notas sueltas.

"Dos grandes barricas, rodeadas de antorchas flameantes, proveían de bebida a la muchedumbre. Dos hombres se encargaban de aclarar los vasos y las vasijas en un balde para alargarlos inmediatamente bajo los grifos de los que manaba el hilo rojo del vino o el hilo de oro de la sidra pura; y los bailarines sofocados, los viejos tranquilos, las muchachas sudorosas se apretujaban, tendían el brazo para coger el vaso y echar en la garganta, a grandes tragos, inclinando hacia atrás la cabeza, el líquido preferido.

"Sobre una mesa había pan, mantequilla, quesos y salchichas. Cada uno tomaba un bocado de vez en cuando; y bajo el campo de fuego de las estrellas, esta fiesta sana y violenta era agradable a la vista; el vientre hinchado de los toneles daba ganas de beber y de comer pan duro con mantequilla y cebolla cruda.

"Experimenté deseo ardiente de tomar parte en estos alborozos, y abandoné a mis compañeros. Debo confesar que posiblemente estaba un poco borracho; en seguida lo estuve por completo.

"Cogí la mano de una fuerte campesina que estaba algo sofocada, y la hice saltar locamente hasta quedarme sin aliento.

"Después, bebí un trago de vino y así de la mano a otra muchacha. Para refrescarme, acto seguido, trasegué una vasija llena de sidra y de nuevo me puse a brincar como un poseso.

Me sentía liviano; los jóvenes, asombrados, me contemplaban tratando de imitarme; todas las muchachas querían bailar conmigo y saltaban pesadamente, con elegancia algo vacuna.

"Al fin, de ronda en ronda, de vaso de vino en vaso de sidra, me encontré, hacia las dos de la mañana, tan borracho que no podía tenerme en pie.

"Tuve conciencia de mi estado y quise irme a mi habitación. El castillo dormía, silencioso y sombrío.

"No tenía cerillas y todo el mundo estaba acostado. Cuando llegué al vestíbulo, me sentía mareado; no podía encontrar la escalera al fin, la encontré por casualidad a tientas, y me senté en el primer escalón para tratar de aclarar un poco mis ideas.

"Mi cuarto se encontraba en la segunda planta, la tercera puerta a la izquierda. Era maravilloso que no se me hubiera olvidado eso. Con ese importante recuerdo, me puse de pie, no sin esfuerzo, y comencé la ascensión, paso a paso, con las manos pegadas a las barras de hierro para no caer, con la idea fija de no hacer ruido.

"Sólo tres o cuatro veces me fallé el pie y me caí de rodillas; gracias a la energía de mis brazos y a la tensión nerviosa, evité una caída completa.

"Al fin llegué a la segunda planta y me aventuré en el corredor, tanteando las paredes. He aquí una puerta, conté: "Una", pero un vértigo súbito me separó de la pared y me hizo dar un rodeo extraño que me lanzó sobre la opuesta. Quise volver en línea recta. La travesía fue larga y difícil. Por fin, volví a encontrar el lado correcto que me puse a recorrer de nuevo con prudencia; y hallé otra puerta. Para estar seguro de no equivocarme, conté otra vez, en voz alta: "Dos", y me puse en marcha. Acabé por dar con la tercera. Dije: "Tres, es la mía", e hice girar la llave en la cerradura. La puerta se abrió. A pesar de mi mareo, pensé: "Si se ha abierto, es la mía." Y avancé en la sombra, después de haber cerrado suavemente. Me topé con una cosa mullida: mi diván. Me tendí sobre él.

"En mi situación no era cuestión de empecinarme en buscar la mesita de noche, la palmatoria, las cerillas. Hubiera necesitado dos horas por lo menos. Igual cantidad de tiempo me habría llevado desvestirme, y quizá no lo hubiera logrado. Renuncié a ello.

"Sólo me quité los zapatos; me desabotoné el chaleco, que me asfixiaba, me desabroché el pantalón y me dormí en un arranque de sueño invencible.

"Sin duda esto duró mucho tiempo.



"Fui despertado bruscamente por una voz vibrante que decía, muy cerca de mí:

"—¿Cómo, perezosa, todavía estás acostada? ¿Sabes que son las diez?

"Una voz de mujer contestó:

"—¡Es que estaba tan fatigada!

"Me pregunté, con estupefacción, qué significaba este diálogo. ¿Dónde estaba? ¿Qué había hecho? Mi mente flotaba todavía, envuelta en una nube espesa.

"La primera voz dijo:

"—Voy a abrir las cortinas.

"Y oí unos pasos que se aproximaban a mí. Me senté, completamente desorientado. Entonces, una mano se posó sobre mi cabeza. Hice un brusco movimiento. La voz preguntó con fuerza:

"—¿Quién está aquí?

"Me guardé de responder. Dos manos furiosas me apresaron. A mi vez, me agarré a alguien y una lucha violenta comenzó. Rodamos, haciendo tambalear los muebles, golpeando las paredes.

"La voz de mujer gritaba estruendosamente:

"—¡Socorro, socorro!

"Acudieron los criados, los vecinos, señoras asustadas. Abrieron los postigos, alzaron las cortinas. ¡Estaba luchando con el coronel Dumoulin!

"Había dormido junto al lecho de su hija.

"Una vez que consiguieron separarnos, huí a mi cuarto, abatido por la sorpresa. Me encerré con llave y me senté, con los pies sobre una silla, pues mis zapatos habían quedado en la habitación de la muchacha. Se oía un gran rumor en todo el castillo, puertas que se abrían y cerraban, susurros, pasos rápidos.

"Al cabo de media hora llamaron a mi puerta. Grité:

"—¿Quién es?

"Era mi tío, el padre del novio, el hombre casado el día anterior. Abrí.

"Estaba pálido, furioso, y me trató con dureza:

"—Te has comportado como un villano en mi casa, ¿me oyes?

"Después, con tono más suave, agregó:

"—¿Cómo es posible, pedazo de imbécil, que te dejes sorprender a las diez de la mañana? Te has dormido, como un tronco, en ese cuarto, en lugar de irte en seguida... cuando todo había terminado.

"Yo grité:

"—Pero tío, le aseguro que no ha ocurrido nada... Me equivoqué de puerta, estaba borracho.

"El alzó los hombros:

"—Vamos..., no digas tonterías.

"Yo alcé la mano:

"—Lo juro por mi honor.

"Mi tío contestó:

"—Sí, está bien. Es tu deber decir eso.

"Yo me enojé, a mi vez, y le conté toda mi desventura. El me miraba con ojos asombrados, sin saber si creerme o no.

"Después salió, para conferenciar con el coronel. Me contaron más tarde que se había formado una especie de tribunal de madres, al cual se sometían los diferentes aspectos de la situación.

"Volvió una hora después, se sentó, con aspecto de juez y dijo:

"—Sea como fuere, yo no veo para ti más que un medio de solucionar este asunto, y es casarte con la señorita Dumoulin.

"Yo di un salto, lleno de espanto:

"—¡Jamás! —grité.

"El preguntó, muy serio:

"—¿Y qué piensas hacer?

"Yo respondí con ingenuidad:

"—Pues... irme, cuando me devuelvan mis zapatos.

"Mi tío agregó:

"—No bromees, por favor. El coronel está resuelto a pegarte un tiro en la cabeza en cuanto te vea. Y te puedo asegurar que no amenaza en vano. Yo le hablé de un duelo; me respondió: "No, ya le dije que le pegaría un tiro." Examinemos, pues, la cuestión desde otro punto de vista, O bien tú has seducido a esa muchacha, y entonces peor para ti: no se hace eso con las jovencitas; o bien, te has equivocado, en medio de tu borrachera, tal como has contado. Entonces, tanto peor para ti. No se puede ser tan imbécil. De todos modos, la pobre muchacha ha perdido su reputación, pues nadie creerá tus explicaciones de borracho. La verdadera víctima, la única víctima, en cualquier caso es ella. Reflexiona sobre eso.

"Y se fue mientras yo gritaba a sus espaldas:

"—Puedes decir lo que quieras: no me casaré nunca.

"Permanecí solo durante una hora.

"Luego se presentó mi tía. Lloraba. Empleó toda clase de razonamientos. Nadie creía en mi error. No se podía admitir que esta joven hubiera olvidado cerrar su puerta con llave en una casa llena de gente. El coronel la había golpeado. Ella sollozaba desde la mañana. Era un escándalo horrible, imborrable. Y mi buena tía agregó:

"—Pídelo en matrimonio. Encontraremos el medio de sacarte del asunto al discutir las condiciones del contrato.

"Esta perspectiva me alivió. Y consentí en escribir mi demanda.

"Una hora después regresaba a París.

"A la mañana siguiente recibí la noticia de que mi solicitud había sido aceptada.

"En el plazo de tres semanas, durante las cuales no pude encontrar ningún pretexto, ninguna excusa, los bandos fueron publicados, las cartas de invitación enviadas, el contrato firmado y me encontré, un lunes por la mañana, en el coro de una iglesia iluminada, al lado de una joven que lloraba, después de haber declarado al juez que consentía en tomarla por compañera... hasta la muerte de uno u otro.

"No había vuelto a verla, y la miraba de reojo, con cierta malévolamente curiosidad. Sin embargo, no era fea en absoluto. Yo me dije: "He aquí a una que no va a ser muy dichosa."

"Ella no me miró una sola vez, y no me dijo una sola palabra.

"Hacia medianoche, entré en la cámara nupcial con la intención de darle a conocer mis resoluciones, pues ahora yo era el amo.

"La encontré sentada en un sillón, vestida como lo había estado todo el día, con los ojos enrojecidos y la tez pálida. Cuando entré se puso de pie, y se dirigió hacia mí en tono grave:

"—Señor —dijo—, estoy dispuesta a hacer lo que usted me ordene. Me mataré si así lo desea.

"Estaba preciosa en ese papel de heroína, la hija del coronel. La besé como era mi derecho.

"Y pronto me di cuenta de que no había sido estafado.

"Hace cinco años que estoy casado. Nunca me he arrepentido de ello.

Pierre Létoile se calló. Sus compañeros se reían. Uno de ellos dijo:

—El matrimonio es una lotería; es preferible no escoger los números, los que elige el azar son los mejores.

Y para concluir, otro agregó:

—Sí, pero no olvides que el dios de los borrachos fue el que eligió por Pierre.

*Gil Blas, 5 de diciembre de 1882*

## *¡Esto se acabó!*

---

*Fini*

El conde de Lormerin acababa de vestirse. Dando un último vistazo al colosal espejo que cubría una pared entera de su tocador, sonrió.

Aún era un gallardo mozo, a pesar de su cabellera gris. Esbelto, alto, elegante, sin barriga, con la cara enjuta y los bigotes de un color dudoso, que pudiera suponerse rubio, tenía el porte, la nobleza, la distinción, la galanura que diferencian a un hombre de los otros más que los millones.

Reflexionando — ¡Lormerin se defiende todavía!—, entró en el salón donde le aguardaba la correspondencia.

Sobre su escritorio, donde todo estaba en su lugar, muy bien ordenado —escritorio de un hombre que no escribe ni trabaja—, yacían diez o doce cartas y cuatro periódicos de ideas diferentes. Empujando las cartas con un dedo, como un jugador que tiende con habilidad la baraja, puso los sobrescritos a la vista. Y contempló detenidamente los rasgos de la escritura en todos, lo cual hacía todas las mañanas antes de abrir los sobres.

Era para Lormerin un momento delicioso de promesas, de adivinación, de angustia suave. ¿Que dirían aquellos papeles cerrados misteriosos? ¿Qué placeres, qué dichas o qué tristezas guardaban?

Abarcándolos con una mirada, reconociendo en algunos el carácter de letra, los clasificaba en dos grupos, conforme a lo que se prometía. Los amigos a un lado, los indiferentes después, los desconocidos para lo último. Los desconocidos le abrumaban un poco. ¿Para qué se dirigirían a él? ¿Quiénes eran? ¿Qué manos trazaron aquellos caracteres insinuantes, portadores de promesas dulces o de amenazas?

Aquel día, un sobre le preocupó mucho. Su letra, sencilla y clara, se prestaba mal a novelescas interpretaciones, y, sin embargo, le llenaba de zozobra. Meditó. "¿De quién será? Recuerdo este carácter de letra y no lo reconozco."

Cogiéndola pulcramente, la acercó bastante al rostro, quiso leer algunas palabras al trasluz antes de abrirla.

Después la olió. Tampoco el perfume aclaraba sus dudas. La observó con una lente que tenía para estudiar, agrandándolos, algunos perfiles dificultosos. Nada conseguía, y sus inútiles investigaciones le descorazonaban. "¿De quién será? No acude a mi memoria y estoy seguro de haber leído muchas veces cartas de la misma letra. La mano que la trazó es una mano amiga. Muchas veces leí sin duda... Pero hará mucho tiempo..., ¡mucho tiempo! Abrámosla, ¡qué demonio!"

Y, rasgando el sobre, leyó:

*"Mi estimado amigo: Usted me habrá olvidado, sin duda. Son muchos, para recordar a una mujer: veinticinco años de ausencia. Cuando nos despedimos yo era joven y me alejaba de París acompañando a mi marido, a quien usted llamaba mi hospital. ¿Se acuerda? Murió hace seis años, y vuelvo a París para casar a mi hija, porque tengo una hija, una hermosa mujer de veintiocho años, a la cual no ha conocido usted nunca.*

*"Me han dicho que usted continúa siendo galante y buen mozo como siempre, que aún le llaman el gallardo Lormerin. Si quiere usted recordar a Elisa, la que usted llamaba Lili,*

*véngase a comer esta noche con ella, y no le asusten sus cabellos blancos, ni encontrar su rostro risueño trocado en el semblante rugoso de la baronesa de Vauce, la fiel amiga que, a un tiempo satisfecha y turbada, ofrecerá su mano a la mano del amigo, ya no a los labios del amante, ¡mi pobre Jacobo!*

*Elisa de Vauce."*

El corazón de Lormerin palpitaba furiosamente. Hundido en el sillón, con la carta sobre las rodillas, la contemplaba, crispado por la sorpresa, por la tortura, por el desencanto, que hacían asomar a sus ojos ardientes lágrimas.

¡La mujer que más adoró en su vida! Lili, Elisa de Vauce, la que llamaba en sus ternuras Flor de rescoldo, a causa del color inverosímil de sus cabellos y del pálido gris de sus ojos. ¡Tan suave, tan delicada, tan divina! La sutil y primorosa baronesa, mujer de un anciano gotoso y granujiento, que desapareció de París para ser encerrada, secuestrada por su marido, el cual sentía celos devoradores, celos del gallardo Lormerin.

El gallardo Lormerin la quería con toda su alma, y ella debió de quererle mucho. Ella le llamaba su Jacobo, ¡y lo decía de una manera deliciosa!

Mil recuerdos lejanos y adorables renacían tristes y dolorosos. Una vez se le había presentado al salir de un baile, y se fueron al bosque de Bolonia; ella, lujosamente vestida, con amplio escote, y él, con batín de casa, Era una hermosa noche primaveral, apacible, serena. El perfume del vestido embalsamaba el ambiente, y al perfume del vestido se unía también el perfume de la carne deliciosa. ¡Qué noche! Junto al silencioso lago, viendo filtrar a través del ramaje los rayos de luna, ella no pudo contener sus lágrimas. Inquieto Lormerin, indagó la causa de su llanto, y ella dijo:

—No lo sé. La luna, el agua, el silencio, me conmueven. Es... la poesía de la Naturaleza que me hace llorar.

Sonreía el amante, a su vez conmovido, juzgando trivial y encantadora la inesperada emoción de una mujer, de una débil mujer, sensible a todo, que tan fácilmente se altera. Y la besó apasionado, mientras murmuraba:

—¡Lili, Lili mía; eres deliciosa! ¡Qué idilio amoroso, delicado y breve! ¡Pasó como un relámpago, se interrumpió de pronto, con violencia, en lo más delirante de los deseos! ¡El marido, celoso, estúpido, escondió a su mujer, para no mostrarla jamás a nadie, para que nadie volviese a verla desde aquel día!

Los olvidos acosan y las mujeres reemplazan con facilidad a las mujeres en el corazón de un hombre joven y gallardo; ¡el recuerdo se defiende mal contra nuevas tentaciones! Lormerin olvidó a Lili, pero su olvido no borró por completo la imagen deliciosa que había grabado en su alma un profundo, un insaciable goce amoroso. Al ver la carta lo comprendía.

Se levantó diciendo en voz alta:

—Iré a comer con ella esta noche.

Y maquinalmente miró al espejo para examinarse de pies a cabeza, pensando:

"Habrá envejecido mucho; sin duda más que yo."

Le satisfacía presentarse aún gallardo y brioso, asombrándola, enterneciéndola y reverdeciendo en la memoria de aquella mujer dichas pasadas, goces lejanos. ¡muy lejanos!

Abrió las otras cartas. Ninguna era importante.

Todo el día estuvo preocupado, queriendo imaginarse la escena que se preparaba. ¿Cómo la encontraría? ¡Una sorpresa muy agradable volver a verse, a los veinticinco años de fecha! Era posible... que ni la reconociera.

Se acicaló atendiendo a minuciosidades verdaderamente femeninas. Con frac, el chaleco blanco le daba aspecto más juvenil; se puso un primoroso chaleco blanco. El peluquero fue a peinarle, domando con las tenacillas la bien conservada cabellera, y muy temprano aún se dirigió a casa de la baronesa para mostrarle su mucha solicitud.

La primero que vio al entrar en una sala preciosa, cuyos muebles eran todos nuevos y elegantes, fue su propio retrato, una fotografía borrosa ya, que recordaba su época triunfante, colgada en la pared, luciendo un magnífico marco de antigua seda.

Tomó asiento. Una puerta se abrió a su espalda, y al volverse levantándose precipitado, vio a una respetable señora que le tendía las manos.

Las oprimió, las besó con mucho afecto, y luego, alzando la cabeza, contempló a su amiga.

Sí; era una señora respetable —a la cual no hubiera conocido—, una señora que lo miraba con pujos de llorar.

El no pudo contener una exclamación:

—¿Usted..., Elisa?

La baronesa dijo:

—Sí, Elisa; lo soy, aun cuando no lo parezco. Usted no me conocería. ¡He sufrido tanto, tanto!... El sufrimiento me consumió... Ya lo ve... Míreme... O no me mire, prefiero que no me vea... Usted, en cambio, se mantiene joven. Si le hubiera encontrado en la calle, después de veinticinco años, le reconociera sin duda, gritándole: "¡Jacobó!..." En fin... Siéntese y hablemos de otros asuntos. Llamaré a la niña..., ¡la niña! ¡Es una mujer! Ya verá usted cuánto se me parece; digo, cuánto me parezco... No, no... ¡Cuánto se parece a... Lili! Procuré que no presenciara el encuentro, la sorpresa..., las emociones deladoras... Todo ha pasado ya. Siéntese, amigo mío.

Se sentó junto a ella, cogiéndole una mano; pero no sabía qué decirle, no sabía cómo empezar ante aquella desconocida, una señora que no se relacionaba en absoluto con el recuerdo grato de Lili. ¿Cómo fue a la casa? ¿De qué hablaría? ¿De lo pasado? ¿Cómo referirlo al presente? Además, la memoria no le ayudaba en presencia de una pobre mujer envejecida. Ya no recordaba siquiera los detalles amorosos, insinuantes, conmovedores, que al recibir la carta revolotearon en su imaginación, presentándole a la enamorada Lili, a la ideal Flor de rescoldo. ¿No aparecería ya nunca la otra, la inolvidable y adorada, el ensueño lejano, la rubia inverosímil de ojos grises, que le llamaba "¡Jacobó!" de una manera deliciosa?

Se hallaban juntos, inmóviles, turbados y sumergidos en una inquietud profunda.

Como su conversación languidecía entre insulsas frases, la baronesa tocó un timbre, diciendo:

—Llamo a Luisa.

Se oyó cerrar una puerta; luego, rumores de faldas; después, una voz juvenil que preguntaba:

—¿Quieres algo, mamá?

Lormerin, asombrado ante aquella deslumbrante aparición, balbució:

—Señorita...

Y dirigiéndose a la madre:

—¡La reconozco! ¡Es igual!

Era la otra, en efecto; era Lili resucitada. Era la que veinticinco años antes le arrebataron. Y aparecía como aquella noche, acaso más fresca, más encantadora, más atrayente...

Tuvo tentaciones de oprimirla entre sus brazos, diciéndole al oído:

"Lili, Lili mía; ¡eres deliciosa!" Un criado anunció:

—La señora está servida.

Y pasaron al comedor.

¿Qué le dijeron y qué respondió él mientras comían? Era un delirio extraño que rayaba en locura. Mirando a las dos mujeres, observándolas, comparándolas, una turbación inexplicable y dolorosa le hacía preguntarse:

"¿Cuál es la verdadera?"

Y en los ojos claros de la hija encontraba sus recuerdos. Veinte veces abrió la boca para decirle: "¿Se acuerda usted, Lili?... ", olvidando a la señora, de cabellos blancos y rostro marchito que le contemplaba enternecida.

Y a pesar de todo, por momentos; dudando, perdía la razón. La mujer que tenía delante no era la de otros tiempos. En la mirada, en la voz de aquélla, hubo un algo, una vibración que al presente no advertía. Y su esfuerzo para recordar lo que no resucitaba era inútil.

Dijo la baronesa:

—Le veo a usted más reposado. Ha perdido usted su actividad avasalladora, ¡pobre amigo!

El conde murmuro:

—¡He perdido mucho más!

Pero en su corazón, de pronto remozado, sentía como una dentellada el despertar brioso de un amor largo tiempo adormecido.

La muchacha no dejaba de hablar, expresiva y resuelta. Ciertas entonaciones, algunas frases, la manera de pensar y decir, una semejanza en los gestos que se comunica fácilmente a los que viven siempre juntos, crispaban a Lormerin, estremeciéndole de pies a cabeza. El menor detalle, todo acrecía el fuego de su pasión importuna.

\*\*\*

Escapó temprano de aquella casa, dando un paseo por el bulevar con ánimo de distraerse; pero la imagen de aquella mujer le perseguía, le preocupaba, produciéndole fiebre, como una vieja herida que de pronto se abre otra vez. Lejos ya de las dos mujeres, veía una sola, joven, amante, como lo fue aquélla, y la deseaba con todos los ardores juveniles, como si no hubieran transcurrido veinticinco años.

Refugiado en su casa, meditó la manera de remediar su obsesión extraña y terrible.

Pero al cruzar con una bujía en la mano frente al espejo —el colosal espejo donde se había contemplado antes de salir—, viendo la figura de un hombre macilento y decaído, la comparó al mozo gallardo que adoraba la hermosura de Lili, al joven impetuoso que Lili adoraba...

Entonces, acercando a su rostro la luz, observó con detenimiento, como se analiza en el microscopio algo desconocido y sorprendente. Descubrió las canas de su bigote y las arrugas de su rostro, de su cuello, ¡todos los estragos de la edad!

Y sentándose abatido, ante su propia imagen, dijo con angustia:

—¡Esto se acabó!

*Le Gaulois, 27 de julio de 1885*

## *En familia*

---

*En famille*

El tranvía de Neuilly había dejado atrás la puerta Maillot y corría en línea recta a todo lo largo de la gran avenida que va a parar al Sena. La maquinilla, enganchada a su vagón, pitaba para que se apartasen de su camino, escupía su vapor, jadeaba como corredor al que falta el aliento, y sus émbolos se movían con ruidos precipitados de piernas de hierro. Caía sobre la calle el pesado calor de una tarde de verano, y, aunque no soplabra brisa alguna, ascendía del suelo un polvillo blanco, calizo, opaco, asfixiante y cálido que se pegaba a la húmeda piel, cegaba la vista, penetraba en los pulmones.

La gente salía a la puerta de sus casas, en busca de aire.

El vagón de pasajeros tenía bajadas las ventanillas, y todas sus cortinas ondeaban, sacudidas por la rápida carrera. Eran pocas las personas que iban dentro, porque en días tan calurosos la gente prefería viajar en la imperial o en las plataformas. Iban obesas señoras de vestidos presuntuosos, burguesas de barriada que suplen la distinción de la que carecen con una tiesura inoportuna, oficinistas cansados del despacho, de caras amarillentas, cintura doblada y un hombro algo más alto que otro, del mucho trabajar encorvados sobre la mesa. La expresión intranquila y triste de sus rostros revelaba también preocupaciones domésticas, constantes apuros monetarios y viejas esperanzas definitivamente fracasadas; porque todos ellos formaban parte de ese ejército de pobres hombres raídos, que vegetan económicamente en mezquinas casas de yeso, que tienen por jardín un arriate y se alzan en medio de esos campos de los alrededores de París, en los que se aprovechan los residuos de todos los pozos negros.

Muy próximo a la portezuela, un hombre bajito y gordo, de cara abotagada y barriga que le caía entre las piernas, vestido todo él de negro, conversaba con otro alto y seco, de aspecto desaliñado, con un traje blanco muy sucio y un viejo panamá en la cabeza. Se expresaba el primero con lentitud, y sus titubeos daban a veces la impresión de tartamudez; era el señor Caraván, y ocupaba el cargo de oficial primero en el Ministerio de Marina. El otro había sido antaño oficial de Sanidad a bordo de un barco mercante, y acabó estableciéndose en la plazoleta de Courbevoie, en donde ejercitaba sobre la desgraciada población los inseguros conocimientos de medicina que había recogido en su vida aventurera. Llamábase Chenet, y se hacía llamar doctor. Corrían malas lenguas sobre su moralidad.

El señor Caraván llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas, desde hacía treinta años, marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios, y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer.

Todos los días compraba por unas monedas su periódico en la esquina del faubourg Saint-Honoré, iba luego en busca de dos panecillos, y penetraba finalmente en el Ministerio, a la manera del reo que se constituye en prisión. Una vez dentro, se dirigía con paso rápido y corazón desasosegado a su despacho, temiendo siempre encontrarse con una reprimenda motivada por cualquier posible negligencia suya.

Ningún incidente vino jamás a variar la rutina monótona de su existencia, porque nada le afectaba, como no fuesen los asuntos de oficina, el escalafón y las gratificaciones. No sabía hablar de otra cosa que de los asuntos del servicio, lo mismo cuando se encontraba en el Ministerio que cuando estaba con los suyos —porque se



había casado con la hija de un colega, que no llevó consigo dote alguna—. Atrofiado por la tarea embrutecedora y cotidiana, no había en su espíritu lugar para pensamientos, esperanzas, ensueños, que no guardasen relación con su Ministerio. Pero todos sus goces de empleado tenían un dejo de amargura que los echaba a perder: el acceso a los cargos de jefe y subjefe de los señores comisarios de Marina, de los hojalateros, mote que se les daba por sus galones de plata. Este era el tema que todas las noches, y mientras cenaba, le daba ocasión para exponer ante su esposa, que compartía sus rencores, los irrefutables argumentos que demostraban la iniquidad que suponía, desde todo punto de vista, el dar puestos en París a unas gentes cuyo puesto estaba en el mar.

Era ya viejo, pero su vida se había deslizado sin que él se diese cuenta, porque había pasado, sin transición, del colegio al Ministerio, y si en aquél temblaba de los pasantes, en éste siguió temblando de los jefes, que le inspiraban verdadero pánico. El umbral del despacho de estos déspotas de oficina lo azogaba de pies a cabeza y de aquel terror continuo le había quedado su cortedad, la actitud humilde y una como tartamudez nerviosa.

Conocía de París lo que puede conocer un ciego al que su perro deja cada día bajo la misma puerta, y los hechos y escándalos que leía en su periódico barato no tenían para él otro alcance que el de unos cuentos fantásticos, inventados a capricho para distracción de los pobres empleados. Pasaba por alto las informaciones políticas, que ya su periódico le servía desfiguradas y a gusto del partido que lo pagaba; él era hombre de orden, reaccionario, sin partido determinado, pero enemigo de todas las "novedades". Por las tardes, cuando subía por la avenida de los Campos Elíseos, miraba aquella agitada muchedumbre de paseantes y la marea retumbante de los carruajes con los ojos de un viajero extrañado que atraviesa países lejanos.

Por haber cumplido aquel mismo año los treinta de servicio obligatorio, lo habían condecorado a primeros de enero con la cruz de la Legión de Honor, que sirve a las administraciones militarizadas para recompensar la larga y lamentable servidumbre — que ellas califican de leales servicios prestados de estos tristes galeotes, remachados a la carpeta verde. Aquella inesperada dignidad alteró de arriba abajo sus costumbres, revistiéndolo de una idea nueva y elevada de su capacidad. Suprimió en adelante los pantalones de color y las americanas de fantasía, y ya sólo vistió pantalones negros y levita larga, en la que su "cinta", muy ancha, resaltaba más. De la noche a la mañana se transformó en otro Caraván, de hablar hueco, porte majestuoso, protector, que se afeitaba todas las mañanas, se limpiaba con más esmero las uñas y se mudaba cada dos días de ropa interior, movido de un legítimo sentimiento de decoro y de respeto a la Orden nacional.

Estando en casa, no se le caía de la boca lo de "mi cruz". Acometióle un orgullo tan desmedido, que se le hacía insoportable el ver cinta alguna en el ojal de la solapa de los demás. Las condecoraciones extranjeras, sobre todo, lo sacaban de quicio — "no se debía tolerar que nadie las llevase en Francia"—, y tenía especial inquina al doctor Chenet, a quien todas las tardes encontraba en el tranvía luciendo siempre un distintivo, fuese blanco, azul, anaranjado o verde.

Por lo demás, desde el Arco de Triunfo hasta Neuilly, la conversación de aquellos dos hombres nunca variaba. Al igual que los días precedentes, empezaron en esta ocasión por ocuparse de ciertos abusos locales que los exasperaban a los dos, poniendo al alcalde de Neuilly por los suelos. Caraván, cosa inevitable estando con un médico, abordó el capítulo de las enfermedades, con la esperanza de espigar gratuitamente algunos consejos interesantes, y quién sabe si una consulta, dándose maña para que no se leviese el juego. Es preciso decir que su madre le traía intranquilo de un tiempo a esta

parte. La acometían síncope frecuentes y prolongados, pero no admitía que la cuidasen como era debido, aunque había cumplido ya los noventa.

Caraván mostrábase enternecido con la avanzada edad de su madre, y hacía con insistencia al doctor Chenet la misma pregunta: "¿Ve usted a mucha gente de sus años?". Y se frotaba las manos de gusto, no precisamente porque estuviese muy interesado en que aquella buena señora se eternizase sobre la tierra, sino porque la prolongada vida de la madre era como una promesa para el hijo.

Siguió diciendo: "La verdad es que en mi familia se vive largo. Tengo la certeza de que yo mismo, salvo accidente, me moriré de viejo." El oficial de Sanidad le lanzó una mirada compasiva, examinó un instante la cara coloradota de su vecino, el gordo cerviguillo, la panza que le colgaba entre las piernas de una gordura flácida, el contorno apoplético de oficinista sedentario y sin nervio, y, como resultado de ese examen, se echó atrás de un papirotazo el panamá de color arratonado que le cubría la cabeza, y contestó con retintín:

—De eso hay mucho que hablar, compadre, porque su vieja es de temperamento nervioso, y usted es gordo y fofo.

Caraván se calló, desconcertado.

El tranvía llegó a la estación. Los dos compañeros echaron pie a tierra, y el señor Chenet convidó a un trago de vermut en el café del Globo, que se hallaba enfrente, y del que uno y otro eran clientes habituales. El dueño, amigo de ambos, les alargó dos dedos de la mano, y ellos le dieron un apretón por encima de las botellas del mostrador; después se dirigieron a una mesa en la que había tres aficionados al dominó que no se habían movido de allí en toda la tarde. Se cruzaron frases cordiales, y el inevitable "¿Qué hay de nuevo?". Los jugadores siguieron con su partida. Cuando los recién llegados se retiraron, les dieron las buenas tardes. Los jugadores les alargaron las manos sin alzar la cabeza y cada cual se fue a comer a su casa.

Ocupaba Caraván, cerca de la plazoleta de Courbevoie, una casita de dos pisos, y en el bajo estaba instalado un peluquero.

Dos dormitorios, el comedor y la cocina, con un juego único de sillas, desencoladas y vueltas a encolar, que pasaban de una habitación a otra, según lo exigía el momento, componían el departamento que la señora Caraván se entretenía en limpiar, en tanto que su hija María Luisa, de doce años, y su hijo Felipe Augusto, de nueve, se entregaban a toda clase de travesuras en los arroyos de la avenida, alternando con los pilluelos del barrio.

Caraván había instalado a su madre en el piso superior; ésta se había hecho popular en aquellos alrededores por su avaricia, y su delgadez hacía decir a la gente que el Señor había echado mano, al hacerla, de sus mismos principios de ahorro. Siempre malhumorada, no pasaba día sin riñas y arrebatos furiosos. Apostrofaba desde su ventana a los vecinos que salían a la puerta de sus casas, a los vendedores ambulantes de frutas y verduras, a los barrenderos y a los muchachos, y éstos, en venganza, la iban siguiendo de lejos cuando salía a la calle, y le gritaban: "¡Ensuciacamas!".

Una criadita normanda, de un atolondramiento increíble, atendía los quehaceres de la casa, y dormía en el segundo piso, junto a la vieja, por si le sobrevenía algún accidente.

Al entrar Caraván en casa, su mujer, atacada de la enfermedad crónica de hacer limpieza, sacaba brillo con un trapo de franela a la caoba de las sillas, desparramadas por la soledad de las habitaciones. Siempre tenía puestos los guantes de hilo; se adornaba la cabeza con una cofia de cintajos multicolores, que se le ladeaba sobre una oreja, y cuando alguien la sorprendía con la cera, el cepillo, el limpiametales o la lejía, recitaba el mismo estribillo:

—No soy rica; todo es sencillo en mi casa, y el único lujo que puedo permitirme es el de la limpieza, que, después de todo, suple a cualquier otro.

Estaba dotada de un sentido práctico tenaz, y su marido se dejaba llevar en todo por ella. Primero en la mesa, y después en la cama, charlaban todas las noches largo y tendido de los asuntos de la oficina, y aunque él le llevaba veinte años, se desahogaba con ella como con un director espiritual y no se apartaba de sus consejos.

Jamás había sido bonita, y en aquella época era fea, menuda y flaca. Su desmañada manera de vestir ocultó siempre ciertos débiles atributos femeninos que se hubieran puesto de realce con un poco de arte en la disposición de su tocado. Las faldas parecían colgarle siempre de un lado, y tenía el hábito, que llegaba a tomar visos de tic nervioso, de rascarse a cada momento, en cualquier parte, sin preocuparse de los que estaban delante. En cuestión de adornos de su persona, no iba más allá de los cintajos de seda, entrelazados profusamente en las cofias presuntuosas que usaba en casa.

Así que vio entrar a su marido, se levantó, y besándole en las patillas, le preguntó:

—¿Te acordaste de ir a casa de Potin, querido? La pregunta se refería a un encargo que él había prometido hacer.

Se dejó caer, aterrado, en una silla: era la cuarta vez que lo olvidaba.

—Es una fatalidad —decía—, es una fatalidad: me paso el día pensando en que tengo que ir, pero así que llega la hora de salir se me va de la memoria.

Al verlo afligido, ella le dijo para consolarlo: ¿Qué más da? Ya te acordarás mañana. Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio?

—Un acontecimiento: otro hojalatero más que ha sido nombrado subjefe.

Ella se puso muy seria:

—¿En qué oficina?

—En la de compras al extranjero.

Ella mostró enfado:

—Entonces ha sido para el puesto de Ramón, precisamente el que yo hubiera querido para ti. ¿Y Ramón? ¿Retirado?

El balbució: "¡Retirado!". Esto la encolerizó, y la cofia se le vino al hombro:

—Se acabó, pues. No hay que pensar en ese momio. Y ¿cómo se llama el tal comisario?

—Bonassot.

Echó ella mano al anuario que tenía siempre al alcance, y buscó: "Bonassot. Tolón. Nació en 1851. Alumno comisario en 1871. Subcomisario en 1875". De súbito le preguntó:

—¿Es de los que han navegado?

Esta pregunta tranquilizó a Caraván. Su panza viose sacudida por un acceso de regocijo:

—Lo mismo que Balin, lo mismísimo que Balin, su jefe y agregó, riéndose con más fuerza, una broma muy gastada que a los del Ministerio los divertía muchísimo—: Que no los envíen de inspección al apostadero naval de Point-du-Jour, porque se marearían en la escampavía.

Pero no mujer seguía muy seria, como si no le hubiese oído, y al fin murmuró rascándose la barbilla:

—¡Qué lástima, no disponer de un diputado! Si alguien contase en la Cámara todo lo que ocurre en esa casa, el ministro saltaría en el acto...

Le cortaron la frase los gritos que estallaron en la escalera. María Luisa y Felipe Augusto, que regresaban de la calle, se propinaban, a medida que subían, bofetadas y puntapiés. La madre se precipitó furiosa, tomó a cada uno por un brazo, y de una sacudida vigorosa los metió en el departamento.

Al ver a su padre, corrieron hacia él: los besó con ternura, con fruición; luego se sentó, los puso sobre sus rodillas y lió con ellos una charla íntima.

Felipe Augusto era un rapazuelo feo de ver, despeinado, sucio de los pies a la cabeza, con expresión de idiota. María Luisa se asemejaba ya a su madre, se expresaba igual que ella, repetía sus dichos y hasta imitaba sus gestos. También ella preguntó:

—Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio? A lo que el padre contestó, regocijado:

—Que tu amigo Ramón, el que viene a cenar con nosotros todos los meses, nos abandona, Lisita. Han puesto en su lugar a un nuevo subjefe.

Clavó ella la mirada en la cara de su padre, y le dijo con un tono de lástima, propio de niña precoz:

—Otro más que te ha echado a la cola, ¿no es eso? Al padre se le cortó la risa, y no contestó; después, para cambiar de conversación, preguntó a su mujer, que se había puesto a limpiar los vidrios:

—¿Mamá sin novedad, arriba?

La señora Caraván dejó de frotar, se volvió, enderezó la cofia que se le escapaba hacia la espalda y contestó con labios trémulos:

—De tu madre te quiero hablar, precisamente. ¡Me ha hecho una de las tuyas! Figúrate que la señora Lebaudin, la mujer del peluquero, subió hace un rato para pedirme prestado un paquete de almidón; yo había salido y tu madre la ha echado de la puerta, tratándola de mendiga. Me ha tenido que oír la vieja; aunque se ha hecho la desentendida, como siempre que se le cantan las verdades; pero que te conste que está tan sorda como yo; todo lo suyo es cuquería, y la prueba la tienes en que se ha subido derechita a su cuarto, sin decir esta boca es mía.

Caraván, corrido, no contestó y en ese instante hizo acto de presencia la criadita para anunciar precisamente que la cena estaba lista. Entonces él echó mano a un palo de escoba que tenían siempre oculto, y dio tres golpes en el cielo raso. Luego pasaron al comedor, y la señora Caraván, la joven, sirvió la menestra, mientras esperaban que bajase la anciana. Esta se retrasaba, y la sopa iba enfriándose, en vista de lo cual se pusieron a comer sin prisa; quedaron vacíos los platos y volvieron a esperar. La señora Caraván, furiosa, la tomó con su marido:

—Lo hace a propósito, ¿comprendes? Porque sabe que te pones siempre de su parte.

El marido, muy perplejo y cogido entre dos fuegos, envió a María Luisa en busca de su abuela, y se quedó inmóvil, con los ojos bajos, mientras su mujer daba golpecitos rabiosos con la punta de su cuchillo en el extremo inferior de su vaso.

La puerta se abrió de improviso y volvió a entrar la niña, sola, sin aliento y muy pálida, diciendo precipitadamente:

—Abuela está caída en el suelo.

Caraván se puso en pie de un salto, tiró la servilleta sobre la mesa y se lanzó hacia el piso de arriba, resonando en la escalera su paso firme y precipitado. Su mujer, que supuso que era todo una treta de su suegra, le siguió sin prisa, encogiéndose despectivamente de hombros.

La anciana yacía cuan larga era boca abajo, en medio de la habitación. Cuando su hijo dio vuelta al cuerpo, apareció su cara seca e inmóvil, de piel amarillenta, arrugada, curtida, con los ojos cerrados, apretados los dientes, flaca y rígida.

De rodillas junto a ella, gimoteaba Caraván:

—¡Pobre madre mía, pobre madre mía!

Pero la otra señora Caraván dictaminó, después de mirarla unos momentos:

—¡Bah! Otro síncope más, y eso es todo. Créeme, lo ha hecho para estropearnos la cena.

Trasladaron el cuerpo a su cama, lo desnudaron por completo, y todos —Caraván, su mujer y la criada— se dedicaron a darle fricciones. Pero por más que hicieron no volvió en sí. Enviaron entonces a Rosalía en busca del doctor Chenet. Vivía en el muelle, en dirección a Suresnes. La distancia era grande y la espera fue larga. Pero, al fin, llegó, y después de examinar, palpar y auscultar a la anciana, pronunció el veredicto:

—Esto se acabó.

Caraván se arrojó sobre el cuerpo, sacudido por sollozos precipitados. Besaba convulsivamente la cara rígida de su madre, llorando con tal profusión, que sus lágrimas caían como gotas de agua sobre el rostro de la difunta.

La otra señora Caraván sufrió un acceso bastante decoroso de dolor; en pie detrás de su marido, lanzaba débiles gemidos y se frotaba con obstinación los ojos.

De improviso se enderezó Caraván; tenía el rostro abotagado, los ralos cabellos en desorden y estaba feísimo con la sinceridad de su dolor.

—¿Está usted seguro, doctor..., completamente seguro? El oficial de Sanidad se acercó rápidamente, manipuló el cadáver con destreza profesional, y en seguida expresó:

—Vea, amigo; fijese en este ojo.

Levantó el párpado y apareció bajo su dedo la mirada de la anciana, como cuando estaba viva, con la pupila un poco más dilatada tal vez. Caraván recibió un golpe en pleno corazón, y el espanto caló hasta el tuétano de sus huesos. El señor Chenet cogió el brazo crispado, tiró de los dedos para abrirlos con fuerza y con la expresión airada de quien discute con un contradictor, siguió diciendo:

—¿Y esta mano? ¿Qué me dice de esta mano? Tranquílcese: yo no me equivoco nunca en casos como éste.

Caraván se dejó caer otra vez sobre la cama, se revolcó, casi casi berreó; su mujer, entre tanto, sin dejar de lloriquear, hacía lo necesario. Acercó la mesa de noche, la cubrió con un paño blanco, colocó encima cuatro velas, las encendió, sacó de detrás del espejo de la chimenea un manojo de boj que estaba allí colgado, lo colocó en medio de las velas sobre un plato y llenó éste de agua clara, a falta de agua bendita. Cruzó por su cabeza un pensamiento, y cogiendo un pellizco de sal lo echó en el agua, imaginando sin duda que así suplía la bendición.

Cuando terminó de ejecutar aquel simbolismo, inseparable de la muerte, permaneció en pie, inmóvil. El oficial de Sanidad, que la había ayudado, le dijo por lo bajo:

—Hay que llevarse de aquí a Caraván.

Hizo una señal afirmativa, se acercó a su marido, que seguía sollozando de rodillas, y lo alzó por un brazo, a tiempo que el señor Chenet lo levantaba del otro. Empezaron por sentarlo en una silla; su mujer, besándole en la frente, le echó un pequeño sermón. El oficial de Sanidad apoyaba sus razonamientos, le recomendaba entereza, valor, resignación; en fin, todo lo que nadie tiene en las desgracias fulminantes. Cuando ya no tuvieron nada que decir, volvieron a cogerlo del brazo y se lo llevaron.

Lagrimaba, como un muchacho grande, con hipos convulsivos, desmadejado, con los brazos colgantes y las piernas flojas; bajó la escalera sin darse cuenta, moviendo maquinalmente los pies.

Lo dejaron en el sillón que ocupaba siempre para comer, frente a su plato casi vacío, que aún tenía la cuchara metida en un resto de sopa. Y allí se quedó, sin moverse, con la mirada clavada en su vaso, tan entontecido que ni pensar podía.

En un rincón del comedor hablaba la señora Caraván con el médico: se enteraba de las formalidades que había que llenar, pedía informes prácticos. El señor Chenet que

parecía estar esperando algo, acabó por coger su sombrero y se despidió diciendo que no había cenado. Ella exclamó entonces:

—Pero cómo, ¿no ha cenado usted? Quédese, doctor; quédese. Se le servirá de lo que hay, porque ya supondrá que nosotros no estamos para comer gran cosa.

Rehusó, excusándose; ella insistió:

—Quédese, se lo ruego. En momentos como éste, se agradece la compañía de los amigos. Además, tal vez usted consiga que mi marido se consuele un poco. Está muy necesitado de que le den ánimos.

El doctor asintió con la cabeza, y dejó el sombrero encima de un mueble.

—Siendo así, acepto, señora.

Dio ella instrucciones a Rosalía, que estaba como desatinada, y tomó asiento a la mesa, según dijo, "para hacer que comía, y acompañar al doctor". Se volvió a servir la sopa fría. El señor Chenet aceptó otro plato. Vino después una fuente de cuajada a lalionesa, que esparció un aroma de cebolla, decidiéndose la señora Caraván a probarla.

—Está sabrosísima —dijo el doctor.

La señora se sonrió:

—¿Verdad que sí? —se volvió hacia su marido para decirle—: Haz por comer un poco, mi pobre Alfredo, aunque sólo sea para echar alguna cosa al estómago. Piensa en que tienes que velar.

Caraván alargó dócilmente el plato, lo mismo que se habría metido en cama si se lo hubiesen pedido, obedeciendo en todo, sin resistencia y sin reflexión. Y comió.

El doctor se sirvió a sí mismo por tres veces: la señora Caraván pinchaba de cuando en cuando con su tenedor una buena presa, y la engullía con calculado descuido.

Cuando sacaron una ensaladera rebosante de macarrones, murmuró el doctor:

—¡Caramba!... Esto parece cosa buena.

La señora Caraván no dejó esta vez a nadie sin servir. Llenó hasta los platillos en que metían sus dedos los niños, y éstos, sin nadie que se ocupase de ellos, bebían vino puro y se acometían a puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet trajo a colación el gusto de Rossini por este plato italiano. De pronto soltó esta gracia:

—Se podría hacer un cuplé:

El maestro Rossini pedía macarrones...

Pero nadie le prestaba atención. La señora Caraván quedóse de pronto pensativa, y repasaba mentalmente las probables consecuencias de aquel acontecimiento, mientras que su marido hacía bolitas de pan entre los dedos, las colocaba luego en el mantel y se quedaba mirándolas fijamente con expresión estúpida. Le abrasaba una sed ardiente, y a cada momento se llevaba a la boca el vaso lleno de vino hasta los bordes. La conmoción y el dolor habían hecho perder el aplomo a su razón; ésta parecía flotar, girar ingravida en el repentino estupor de los comienzos de una digestión difícil.

Por su parte, el doctor bebía como una cuba y daba ya señales de estar borracho; la misma señora Caraván, que no bebía más que agua, sufría la reacción que sigue a toda sacudida nerviosa, se mostraba excitada, inquieta, y su cabeza estaba algo confusa.

El señor Chenet empezó a referir anécdotas, que a él le parecían chistosas, de escenas mortuorias. En los suburbios de París, donde abunda la población procedente de provincias, se tropieza uno con la indiferencia propia del campesino hacia los difuntos; ya pueden ser éstos el padre o la madre. Hay una irrespetuosidad, una inconsciencia feroz, que es corriente en el campo, pero muy rara en la capital.

—La semana pasada, sin ir más lejos —agregó—, me llaman de la calle de Puteaux, y allá voy. Me encuentro con que el enfermo era ya cadáver, y junto a la cama a la

familia, que se bebía tranquilamente una botella de anís, que habían comprado el día anterior, para satisfacer un capricho del moribundo.

La señora Caraván no le escuchaba; toda su atención estaba concentrada en la herencia. El señor Caraván se había quedado con el cerebro vacío y era incapaz de comprender nada.

Se sirvió el café, muy cargado, como para levantar los ánimos. Se le regó de coñac, y cada taza hizo subir a las mejillas de los bebedores un súbito rubor, confundiendo aún más las últimas ideas de aquellos espíritus ya vacilantes.

El doctor echó mano de pronto a la botella del aguardiente, y sirvió a todos la última. No hablaban; embotados por el suave calor de la digestión, embebidos, a pesar suyo, en el bienestar puramente animal que el alcohol proporciona después de comer, saboreaban muy despacio el coñac azucarado, que formaba un almíbar amarillento en el fondo de las tazas.

Los chicos se habían quedado dormidos y Rosalía los acostó.

Maquinalmente, empujado por la necesidad de aturdirse que domina a los desgraciados, se sirvió Caraván aguardiente varias veces. Sus ojos, de mirada estúpida, resplandecían.

El doctor se levantó, al fin, para marcharse, y cogió a su amigo del brazo:

—¡Ea!, venga conmigo —le dijo—. Le sentará bien un poco de aire fresco. No conviene estarse quieto cuando nos domina la pena.

El otro obedeció dócilmente, se puso el sombrero, tomó el bastón y salió; los dos, agarrados del brazo, fueron caminando hacia el Sena, bajo la claridad de las estrellas.

Flotaban hálitos embalsamados en la noche calurosa, porque era la estación en que todos los jardines del contorno se cuajan de flores, y sus perfumes, que duermen durante el día, parecen despertar cuando llega el crepúsculo, y se esparcen, diluidos en las brisas ligeras que corren por la oscuridad.

La ancha avenida estaba desierta y silenciosa, flanqueada por dos hileras de faroles de gas, que se alargaban hasta el Arco de Triunfo. Allá lejos, envuelto en roja neblina, rebullía París ruidosamente. Era como un retumbo continuo, al que de tiempo en tiempo parecía responder a lo lejos, en la llanura, el silbido de un tren, que se acercaba a toda marcha, o que huía, cruzando la provincia, hacia el océano.

Al recibir aquellos dos hombres en la cara el aire de la calle, se quedaron al pronto sorprendidos; el doctor se tambaleó, y Caraván sintió que se multiplicaban los vértigos que venían acometiéndole desde la cena. Caminaba como entre sueños, con la inteligencia embotada, paralizada, sin que el dolor le aguijonease, embargado por una especie de insensibilidad moral que le hacía incapaz de sufrir; parecía que le hubiesen quitado un peso del alma, y los tibios vapores que se esparcían en la noche aumentaban esta sensación de alivio.

Cuando llegaron al puente, torcieron a mano derecha, y el río les lanzó en pleno rostro una fresca bocanada. Corría, melancólico y sosegado, delante de un cortinaje de altos álamos, y las estrellas nadaban en el agua, zarandeadas por la corriente. La neblina blancuzca que flotaba en el ribazo de enfrente enviaba a sus pulmones un olor de humedad; Caraván se detuvo bruscamente, sorprendido por aquel aroma de río que agitaba en su corazón memorias muy lejanas.

Volvió a ver de improvisa a su madre, la de otros tiempos, la de su niñez, de rodillas y encorvada delante de la puerta de su casa, allá en Picardía, lavando en el arroyuelo que cruzaba el jardín la ropa amontonada a su lado. En medio del silencio sereno del campo oía el golpear de la ropa sobre la tabla y su voz que gritaba: "Alfredo, tráeme jabón". Era este mismo olor de agua que corre, la misma neblina que se desprendía de las tierras empapadas, la misma vaporosidad pantanosa; aquel sabor le

había quedado para siempre, imborrable, y volvía a sentirlo precisamente la noche misma en que su madre acababa de morir.

Se detuvo como envarado por un suave arrebato de desesperación. Fue un relámpago que aclaró de golpe todo el alcance de su desgracia; aquel soplo errante que se atravesó en su camino lo precipitó en el negro abismo de los dolores irremediables. Sintió el alma desgarrada por aquel separarse para siempre. Quedaba su vida truncada por la mitad; su juventud entera desaparecía, engullida por aquella muerte. Allí acababa el antiguamente; se esfumaban las memorias de la adolescencia; nadie quedaba ya para hablarle de las cosas de antes, de las personas que conoció en otros tiempos, de su tierra, de él mismo, de las intimidades de su vida pasada. Era un pedazo de su mismo ser el que había dejado de existir; en adelante, le correspondía morir al resto.

Empezó a llamar, uno tras otro, a sus recuerdos. Apareció la mamá, de más joven, vestida de prendas que se habían ajado sobre ella, que de tanto usarlas parecían inseparables de su persona; veíala en mil momentos que ya tenía olvidados: con rasgos que yase habían borrado, con sus gestos, las inflexiones de su voz, con sus costumbres, manías, indignaciones, con las arrugas de su cara, los movimientos de sus dedos descarnados y en todas las actitudes familiares que ya no volvería a tener más.

Lanzó algunos gemidos, agarrándose al doctor. Sus flácidas piernas temblaban; toda su voluminosa persona sufría las sacudidas de los sollozos, mientras que balbucía:

—¡Madre mía, pobre madre, pobre madre mía!... Pero su compañero, que seguía borracho y que soñaba con acabar la velada en ciertos lugares que frecuentaba en secreto, se impacientó con aquel acceso agudo de dolor, lo hizo sentarse en la hierba de la orilla y lo abandonó al poco rato con el pretexto de que tenía que ver a un enfermo.

Caraván lloró largo rato; cuando se le agotaron las lágrimas; cuando todo su dolor se derritió en agua, como quien dice, experimentó otra vez alivio, sosiego, tranquilidad súbita.

Había salido la luna, y bañaba el horizonte con su luz plácida. Los grandes álamos se erguían con reflejos de plata, y la niebla se alzaba sobre la llanura como nieve flotante; ya no nadaban las estrellas en el río; revestíalo una capa de nácar y seguía deslizándose, rizado por escalofríos brillantes. La atmósfera era suave y perfumada la brisa. El sueño de la tierra estaba impregnado de languidez y Caraván bebía aquella suavidad de la noche; aspiraba profundamente y tenía la sensación de que un frescor, un sosiego, una paz sobrehumana le iba calando hasta la extremidad de sus miembros.

Sin embargo, no se resignaba a dejarse invadir por aquel bienestar, y repetía:

—Madre mía, pobre madre.

Y hacíase fuerza para llorar, recurriendo a una especie de sentido del deber de hombre honrado; pero todo era en vano, y los mismos pensamientos que hacía poco le habían arrancado tan grandes sollozos no despertaron ya en él tristeza alguna.

Se levantó con el propósito de volver a su casa, y deshizo lo andado con paso lento, envuelto en la tranquila indiferencia de la naturaleza serena, y con el corazón apaciguado, a pesar suyo.

Al llegar al puente, distinguió la linterna del último tranvía que estaba preparado para arrancar y, más allá, los ventanales iluminados del café del Globo.

Lo acometió la necesidad de contarle a alguien la catástrofe, de excitar la conmiseración, de hacerse el interesante. Adoptó una expresión compungida, empujó la puerta del establecimiento y avanzó hacia el mostrador, en el que el dueño vociferaba como siempre. Había calculado ya la impresión que produciría: todos los concurrentes se pondrían en pie al verlo, yendo hacia él con la mano extendida: "Pero ¿qué le pasa?". Nadie reparó en el desconsuelo que se retrataba en su rostro. Puso los codos sobre el mostrador y se apretó la frente entre las manos, murmurando:



—¿Dios mío, Dios mío!

El dueño se quedó mirándolo.

—¿Se siente enfermo, señor Caraván?

Este contestó:

—No, querido amigo; es que acaba de fallecer mi madre.

El dueño dejó escapar un "¡Ah!" distraído: pero en aquel instante gritó desde el fondo del local un cliente:

—Oiga, un bock, por favor.

El dueño le contestó en el acto con su vozarrón:

Ahora mismo. ¡Bruum! Ya está y se precipitó con su servicio, dejando a Caraván estupefacto.

Los tres aficionados al dominó seguían jugando, absortos y como pegados a los asientos, en la misma mesa en que los vio antes de cenar. Caraván se acercó para mendigar compasión. Advirtiéndolo que no se daban por enterados de su presencia, se decidió a hablar:

—Después que estuve aquí me ha ocurrido una gran desgracia.

Los tres alzaron un poco la cabeza al mismo tiempo, pero sin quitar ojo a las fichas que tenían en la mano.

—¿Sí? ¿Qué ha sido?

Acaba de fallecer mi madre.

Uno de los jugadores murmuró: "¡Vaya!", con ese tono de lástima que suena a falso, de los indiferentes. Otro, que no encontró de momento palabras, movió la cabeza y dejó escapar una especie de silbido triste. El tercero reanudó el juego, como diciéndose para sus adentros. Si no es más que eso...".

Caraván esperaba una de esas frases que, como suele decirse, brotan del corazón. Al ver la acogida que se le dispensaba, se alejó, indignado de la tranquilidad que demostraban ante el dolor de un amigo, aunque para entonces aquel dolor se había embotado de tal manera que ni él mismo lo sentía.

Se marchó.

Su mujer, en camisón, le esperaba sentada en una silla baja, junto a la ventana abierta, dándole siempre vueltas a la idea de la herencia.

—Desnúdate —le dijo—. Tenemos que hablar; pero lo haremos en la cama.

El levantó la cabeza, señalando el techo con la mirada:

—Pero... arriba no hay nadie.

—Sí, señor; está Rosalía con ella, y tu la relevarás a las tres, cuando hayas echado un sueño.

Por lo que pudiera ocurrir, Caraván se quedó en calzoncillos, se ató un pañuelo alrededor del cráneo y se reunió con su mujer, que acababa de meterse entre las sábanas.

Permanecieron un rato sentados, el uno junto al otro. Ella meditaba. A pesar de la hora que era, su cofia lucía un nudo rosa y se ladeaba hacia una oreja, para no apartarse de la invencible costumbre de todas las que se ponía.

De improviso, volvió la cara hacia su marido, y le dijo:

—¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

El titubeó:

—Yo creo... que no... Desde luego que no... no lo ha hecho.

La señora Caraván clavó su mirada en los ojos de su marido, y cuchicheó con voz rabiosa:

—Pues se ha portado cochinemente, después de diez años que llevamos matándonos por servirle, dándole casa y poniéndole mesa. No habría sido tu hermana capaz de hacer por ella lo que nosotros, ni yo tampoco lo habría hecho de haber sabido el paso que me

esperaba. Te digo que eso es una mancha para su memoria. Me dirás que nos abonaba una pensión; pero no es con dinero con lo que se pagan las atenciones de los hijos; se deja constancia de ellas, después de la muerte, con un testamento. Eso es lo que hacen las gentes que tienen dignidad. De modo, pues, que me he molestado y me he desvivido en balde. ¡Es una indecencia! ¡Es una verdadera indecencia!

Caraván, fuera de sí, repetía:

—Mujer, mujer, por favor; yo te lo ruego.

Ella acabó por calmarse, y volvió al tono de sus diarias conversaciones:

—Habrá que avisar a tu hermana mañana temprano.

El dijo con sobresalto:

—Es cierto; no se me había ocurrido. Le pondré un telegrama en cuanto amanezca.

Ella le interrumpió, como mujer que lo tiene todo previsto:

—No, envíaselo entre las diez y las once, para que tengamos tiempo de desenvolvemos antes que lleguen, porque desde Charenton hasta aquí tienen para dos horas o más. Les diremos que no sabías lo que hacías. Con avisarles por la mañana hemos cumplido.

Caraván se dio una palmada en la frente y exclamó con el acento de cortedad que adoptaba siempre para referirse a su jefe, porque sólo con pensar en él ya se echaba a temblar:

—Habrá que avisar también al Ministerio.

Ella replicó:

—¿Avisar? ¿Por qué? En momentos como éste, nadie puede molestarse por un olvido. Si me hicieses caso, no avisarías; tu jefe se tendría que callar y le harás pasar un berrinche.

—¡Pero bien gordo que lo va a pasar cuando vea que falto! Tienes razón, tu idea es genial. Se le van a atragantar las palabras cuando le diga que ha muerto mi madre.

El chupatintas, encantado de la jugarreta, se frotaba las manos, imaginándose la cara que pondría su jefe. En aquel momento, y en la habitación de encima de él, yacía el cuerpo de la anciana, y a su lado dormía la criada.

La señora Caraván permanecía en actitud recelosa, como obsesionada por un problema difícil de expresar. Pero, al fin, se decidió:

—Tu madre te dijo que era para ti su reloj, el de la muchacha del emboque, ¿no es cierto?

El rebuscó en su memoria, y contestó:

—Sí, en efecto; pero de esto hace mucho tiempo; fue cuando vino a vivir aquí. Me dijo: "El reloj será para ti, si me cuidas bien".

La señora Caraván, tranquilizada con esto, se expresó ya con todo sosiego:

—Siendo así, habrá que ir por él, creo yo, porque si damos tiempo a que venga tu hermana, no consentirá que lo tomemos.

El titubeaba:

—¿Crees tú?...

Ella se molestó.

—¡Naturalmente que lo creo! Una vez que lo tengamos aquí, si te he visto no me acuerdo; nuestro y nada más que nuestro. Lo mismo que la cómoda que tiene en su habitación, la de la cubierta de mármol: ésa me la dio a mí un día que estaba de buenas. Bajaremos las dos cosas al mismo tiempo.

Caraván no parecía muy convencido.

—¡Pero mujer, contraemos una gran responsabilidad! Ella se revolvió, furiosa:

—¿De veras? ¿Vas a ser el mismo de siempre? Eres capaz, por no dar un paso, de dejar que tus hijos se mueran de hambre; de eso eres tú capaz. Puesto que ella me la dio,

nuestra es la cómoda; no vas a decir que no. Y si le molesta a tu hermana, que venga a decírmelo a mí. Mucho se me da a mí de tu hermana. ¡Ea, levántate, y traeremos en seguida las cosas que tu madre nos ha dado!

Trémulo y derrotado, salió Caraván de la cama y fue a meterse los pantalones; pero ella no le dejó:

—¿Para qué te vas a vestir? Sube en calzoncillos, no hay necesidad de más; yo iré tal como estoy.

Los dos echaron a andar en ropas menores; subieron las escaleras sin hacer ruido, abrieron con precaución la puerta y entraron en la habitación.

Las cuatro velas encendidas alrededor del plato de boj bendito parecían ser los únicos guardianes de la anciana, que descansaba rígida, porque Rosalía dormía con leve ronquido, repantigada en su poltrona, con las piernas estiradas, las manos cruzadas encima de la falda, la cabeza caída a un lado y la boca abierta.

Caraván se posesionó del reloj. Era uno de tantos cachivaches grotescos que produjo en abundancia el arte imperial. Una figura de chica joven, de bronce dorado, con la cabeza adornada de flores variadas, tenía en la mano un emboque cuya bola servía de péndulo.

—Dámelo a mí, y coge ya el mármol de la cómoda —le dijo su mujer.

Obedeció, dando resoplidos, y se echó al hombro el mármol con no pequeño esfuerzo.

Hicieron un viaje. Caraván se agachó al pasar la puerta y las escaleras temblando; su mujer caminaba de espaldas, alumbrándole con una mano y sujetando con la otra el reloj, debajo del brazo.

Una vez dentro de su departamento, dejó ella escapar un profundo suspiro:

—Lo más difícil está hecho; vamos por lo demás. Pero los cajones del mueble estaban completamente llenos de ropa de la anciana. Había que esconderla en algún lado.

La señora Caraván tuvo una inspiración:

—Súbeme el baúl de madera de pino que hay en el vestíbulo. No vale ni dos francos. Aquí estará perfectamente.

Una vez el baúl arriba, comenzó el traslado.

Uno tras otro, iban sacando los puños y cuellos postizos, las camisas, las cofias, todos los modestos trapos de aquella buena mujer que estaba tendida allí, a sus mismas espaldas, y los iban colocando metódicamente en el baúl de madera, de forma que cayese en el engaño la señora Braux, la otra hija de la difunta, a la que se esperaba que llegase sin falta al día siguiente.

Terminada esta tarea, bajaron en primer lugar los cajones y después el cuerpo del mueble, agarrándolo cada uno de un lado. Estuvieron largo rato calculando en qué sitio quedaría mejor. Optaron por colocarlo en el dormitorio, frente a la cama, entre las dos ventanas.

Puesta la cómoda en su sitio, colocó en ella la señora Caraván su propia ropa. El reloj quedó encima de la chimenea de la sala; la pareja se quedó estudiando el efecto que producía. Su satisfacción fue completa e inmediata.

—¡Magnífico! —exclamó ella.

Y él respondió:

—Sí, magnífico.

Entonces se acostaron. Apagó ella la vela, y al poco rato dormían todos en los dos pisos de la casa.

Era pleno día cuando Caraván abrió los ojos. Despertó con la cabeza algo aturdida, y tardó algunos minutos en acordarse del acontecimiento. Le dio un gran vuelco el corazón y saltó de la cama, muy emocionado, con ganas de llorar.

Subió inmediatamente a la habitación del piso superior. Rosalía continuaba durmiendo, en la misma postura que la víspera, porque se había pasado toda la noche en un solo sueño. La envió a su trabajo, cambió las velas gastadas por otras y se quedó contemplando a su madre, mientras cruzaban por su cerebro los pensamientos aparentemente profundos, las vulgaridades religiosas y filosóficas que asaltan a las inteligencias corrientes en presencia de la muerte.

Al oír que lo llamaba su mujer, bajó. Había preparado ella una lista de todo lo que tenía que hacer por la mañana, y se la entregó. Al ver todos aquellos renglones, se quedó Caraván aterrado:

- 1º Declarar la defunción en la Alcaldía.
- 2º Avisar al médico que certifica las defunciones.
- 3º Encargar el féretro.
- 4º Pasar por la iglesia.
- 5º Avisar a la funeraria.
- 6º Ir a la imprenta a buscar las esquelas.
- 7º A casa del notario.
- 8º Poner un telegrama a la familia.

Y una barahúnda de otros pequeños encargos. Cogió su sombrero y se marchó.

Como la noticia había corrido, empezaron a llegar vecinas para ver a la muerta.

En la peluquería de la planta baja habíase desarrollado ya una escena a este propósito entre la mujer y el marido, que estaba afeitando a un cliente.

La mujer, sin dejar de hacer calceta, murmuró:

—Otra que se ha ido; pero ésta era una avara como no hay muchas. La verdad es que yo no le tenía ninguna simpatía, pero no tendré más remedio que ir a verla.

El marido refunfuñó mientras enjabonaba la barba del paciente:

—¡Vaya un capricho! ¡Hay que ser mujer para eso! No les basta con fastidiar a la gente en vida, que ni aun después de muerto le dejan a uno tranquilo.

Pero su esposa, sin desconcertarse, siguió diciendo:

—No puedo resistirlo; tengo que ir. No pienso en otra cosa desde que ha amanecido. Creo que si no la viese no conseguiría olvidarme de ella en toda mi vida. Cuando la haya mirado bien y me haya quedado con su cara, me sentiré tan satisfecha.

El de la navaja se encogió de hombros y se explayó con el señor a quien estaba raspando la mejilla:

—¿Me quiere usted decir qué ideas tienen en la cabeza estas condenadas mujeres? Lo que es a mí, maldita la gracia que me hace ver a un muerto.

Pero su mujer había escuchado sus palabras y le contestó sin turbarse:

—¿Y qué quieres? Somos así.

Dejó encima del mostrador su trabajo de punto y subió al primer piso.

Habían llegado ya dos vecinas y conversaban acerca del suceso con la señora Caraván, que les daba toda clase de detalles.

Se dirigieron a la cámara mortuoria. Las cuatro penetraron a paso de lobo; rociaron, una después de otra, la sábana con el agua salada, se arrodillaron, se persignaron, mascullando una oración; volvieron a ponerse en pie y permanecieron largo rato contemplando el cadáver con ojos dilatados y boca de asombro, mientras la nuera de la difunta se tapaba la cara con un pañuelo, simulando un hipo desesperado.

Cuando ésta se volvió para salir de allí, descubrió, en pie junto a la puerta, a María Luisa y a Felipe Augusto, en camisa los dos, mirando con curiosidad. Olvidó su fingido dolor y se lanzó hacia ellos con la mano en alto, gritando iracunda:

—¿Queréis largaros de aquí, condenados?

Al subir diez minutos después con una nueva hornada de vecinas, y después de rociar nuevamente con el agua sobre la suegra con el ramo de boj, de rezar, lloriquear y cumplir con todos los ritos, se volvió a tropezar con sus dos hijos, que otra vez le habían seguido los pasos. Otra vez les dio ella de coscorriones, por no faltar a su deber; pero en la siguiente ocasión ya no se preocupó de ellos, y siempre que volvía con nuevas visitas, los rapazuelos iban detrás, se arrodillaban también en un rincón y repetían invariablemente cuanto veían hacer a su madre.

A primera hora de la tarde fue disminuyendo la muchedumbre de curiosas. Al rato, ya no vino nadie. La señora Caraván bajó a su casa, para ocuparse de todos los preparativos de la ceremonia fúnebre, y la muerta se quedó completamente sola.

La ventana de la habitación estaba abierta. Penetraba un calor tórrido, con bocanadas de polvo; cerca del cuerpo inmóvil danzaban las llamas de las cuatro velas. Algunas mosquitas trepaban, iban y venían por la sábana, por el rostro de ojos cerrados, por las dos manos estiradas.

María Luisa y Felipe Augusto habían salido a corretear por la avenida. Se vieron en seguida rodeados de camaradas, principalmente de chicas, que son las más despiertas y las que primero presienten los misterios de la vida. Preguntaron éstas como si ya fuesen personas mayores:

—¿Se ha muerto tu abuela?

—Sí, ayer por la noche.

—Y ¿cómo es un muerto?

María Luisa explicaba, daba detalles de las velas, del manojito de boj, de la cara. Se despertó una gran curiosidad en todos los pequeños y pidieron subir a ver a la muerta.

María Luisa organizó inmediatamente un primer viaje con cinco chicas y dos chicos: los mayores, los más atrevidos. Los obligó a descalzarse para que no los sintieran; se escabulló la banda dentro de la casa y subió con la ligereza de una tropa de ratoncillos.

Dentro ya de la habitación, arregló la hija el ceremonial, imitando a su madre. Condujo solemnemente a sus camaradas, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, movió los labios, roció el lecho, y cuando los chicos, apelotonados, se acercaban con temor, curiosidad y placer para contemplar el rostro y las manos, ella estalló de improviso en falsos sollozos, cubriéndose los ojos con su pañuelo. Se calmó bruscamente, acordándose de los que esperaban a la puerta, y se llevó corriendo a todos los presentes, para regresar en seguida con otro grupo, y luego con otro, porque todos los rapazuelos de los alrededores, hasta los mendigos desharrapados, acudían para participar en aquella diversión desconocida. Y en cada visita repetía la nieta de cabo a rabo, con absoluta perfección, todos los pasos y muecas de la madre.

Pero acabó por cansarse. Atraídos por otro juego, se alejaron los chicos. Entonces se quedó la anciana abuela completamente olvidada por todo el mundo.

La sombra inundó la habitación, y la inquieta llama de las velas hacía bailar destellos sobre el rostro, seco y arrugado.

Caraván subió a eso de las ocho, cerró la ventana y puso otras velas. Entraba ya con toda naturalidad, como si llevase viendo durante meses el cadáver. Hasta comprobó que aún no presentaba síntomas de descomposición, y se lo comunicó a su mujer cuando iban a sentarse para cenar. Ella contestó:

—Pero si parece de madera; es capaz de conservarse un año.

Nadie habló una palabra mientras comían la menestra. Los niños, que habían correteado todo el día, dormitaban en sus sillas, extenuados de fatiga, y todos callaban.

La luz de la lámpara se amortiguó de improviso. La señora Caraván se apresuró a subir la mecha, pero el aparato carraspeó, y la luz se apagó. ¡Se habían olvidado de comprar aceite! Mandar por él a la tienda retrasaría la cena; se buscaron velas, pero no había más que las que estaban encendidas arriba, en la mesilla de noche.

La señora Caraván, rápida en tomar decisiones, envió a María Luisa en busca de dos. Quedaron esperándola a oscuras.

Se oyeron con toda claridad los pasos de la niña en la escalera. Hubo unos segundos de silencio; se la oyó luego que bajaba precipitadamente. Abrió la puerta, espantada, aún más emocionada que la víspera, cuando anunció la catástrofe, y murmuró casi ahogándose:

—¡Ay papá; la abuelita está vistiéndose!

Caraván se enderezó tan violentamente, que su silla fue a dar con la pared. Balbució:

—¿Que se está...? Pero ¿qué es lo que dices? María Luisa repitió, agarrotada por la emoción:

—Que sí..., que se viste. que la abuelita se está... vistiendo para bajar.

Se precipitó como un loco escaleras arriba; seguía su mujer, presa del más completo aturdimiento. Se detuvo aquél delante de la puerta del segundo piso, trémulo de espanto, sin atreverse a entrar. ¿Qué es lo que iban a ver sus ojos? Más valerosa, la señora Caraván dio vuelta al cerrojo y penetró en la habitación.

La estancia parecía más sombría; una figura alargada y flaca se movía en el centro. Era la vieja, que estaba en pie; al salir del sueño letárgico, medio inconsciente todavía, se había puesto de lado, se incorporó sobre un codo y apagó tres de las velas que ardían junto al lecho mortuario. Después, recobrando fuerzas, se levantó para buscar sus trapos. La falta de la cómoda la desorientó al principio, pero fue desocupando el baúl hasta encontrar sus prendas, y se vistió tranquilamente. Vació el plato de agua, volvió a colocar el manojito de boj detrás del espejo, puso las sillas en su sitio, y se disponía a bajar cuando aparecieron ante ella el hijo y la nuera.

Caraván tuvo un arranque, le tomó las manos, la besó, con lágrimas en los ojos; su mujer, a espaldas suyas, repetía con tono hipócrita:

—¡Qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!

Sin enternecerse, sin dar siquiera muestras de comprender, rígida como una estatua y glacial la mirada, se limitó la vieja a preguntar:

—¿Estará pronto la comida?

El, sin saber lo que decía, balbució:

—Si te estábamos esperando, mamá.

La cogió del brazo con una solicitud extraordinaria, mientras que la señora Caraván, la joven, con la vela en la mano para alumbrarlos, bajaba de espaldas las escaleras, escalón por escalón, lo mismo que había bajado la noche anterior delante de su marido cargado con el mármol.

Al llegar al primer piso estuvo a punto de tener un encontronazo con unas personas que subían. Eran los parientes de Charenton: la señora Braux, seguida de su esposo.

Alta, gruesa, con barriga de hidrópica, que la obligaba a echar el torso hacia atrás, abrió los ojos de espanto y estuvo a pique de echar a correr. El marido, zapatero y socialista, pequeño y de barba cerrada, que le llegaba hasta la nariz, un verdadero mono, refunfuñó sin pizca de emoción:

—Pero ¡cómo! ¿Es que acaba de resucitar?

Cuando la señora Caraván vio quiénes eran, quiso decirles algo con muecas desesperadas, y luego en voz alta:

—¡Cómo! ¡Vosotros aquí! ¡Qué sorpresa más agradable! La señora Braux, atónita, no sabía qué pensar, y contestó a media voz:

—Nos pusimos en camino al recibir vuestro telegrama, suponiendo que todo había terminado.

Su marido, detrás de ella, la pellizcaba para que se callase, y con sonrisa maliciosa, que su barba tupida no dejaba ver, exclamó:

—Habéis sido muy amables invitándonos. Nos pusimos en camino inmediatamente.

Esta manera de expresarse era una alusión a la hostilidad que desde hacía tiempo reinaba entre los dos matrimonios. Como la vieja llegaba en ese instante al descansillo, se adelantó con vehemencia y restregó en sus mejillas la pelambreira de su cara, gritándole a la oreja, porque era sorda:

—¿Cómo seguimos, madre? Siempre tan tiesa, ¿eh? La señora Braux, pasmada de ver bien viva a la que calculaba encontrar muerta, ni siquiera se decidía a besarla, obstruyendo con su enorme barriga el descansillo y cortando el paso a todos.

La anciana, inquieta y recelosa, pero sin abrir la boca, miraba a toda aquella gente, y sus ojillos, grises, duros e inquisidores, iban del uno al otro, rezumando pensamientos demasiado claros, que embarazaban a sus hijos.

Caraván dijo, queriendo aclarar la situación:

—Ha estado algo enferma, pero ya pasó; ahora se encuentra perfectamente. ¿Verdad, madre?

La vieja, entonces, reanudando la marcha, contestó con voz resquebrajada y como lejana:

—Ha sido un síncope; oía todo lo que hablabais. Siguió a estas palabras un silencio lleno de perplejidades. Entraron en el comedor, y se sirvió una cena improvisada en pocos minutos.

El único que se mantenía sereno era el señor Braux. Su cara de maligno gorila se contraía con muecas y dejaba caer frases de doble sentido que ponían en evidente aprieto a todos.

El timbre del vestíbulo sonaba a cada instante, y a cada llamada entraba desatinada Rosalía en busca de Caraván, y éste salía precipitadamente tirando su servilleta. Su cuñado llegó a preguntarle si es que era aquel su día de recibir. A lo que contestó balbuciendo:

—Son nada más que encargos.

Le trajeron un paquete, y en su atolondramiento procedió a abrirlo: recuadradas de negro, aparecieron las esquelas. Enrojeció hasta los ojos, cerró el paquete y se lo metió en el pecho.

Su madre no lo había visto; tenía clavados obstinadamente los ojos en su reloj, cuyo emboque dorado se columpiaba encima de la chimenea. El silencio era glacial, y el embarazo de todos, cada vez mayor.

De pronto la vieja, volviendo hacia su hija la cara arrugada de bruja, puso en la mirada un escalofrío de malignidad, y dijo:

—Ven el lunes con tu pequeña, que quiero verla. La señora Braux contestó, radiante:

—Sí, mamá.

La señora Caraván, la joven, palideció y desfalleció de angustia.

Los dos hombres, entre tanto, se fueron soltando a hablar, enzarzándose, sin motivo que valiese la pena, en una discusión política. Braux, que defendía las doctrinas

revolucionarias y comunistas, bregaba irritado, y le brillaban los ojos en el rostro peludo:

—¡Caballero —gritaba—, la propiedad es un robo que se hace al trabajador; la tierra es de todos; las herencias son una infamia y una vergüenza!...

Calló bruscamente, corrido, como quien se da cuenta que acaba de soltar una majadería. Después agregó, con menos vehemencia:

—No es ésta ocasión para discutir esos temas. Se abrió la puerta y apareció el doctor Chenet. Tuvo un instante de azaramiento, se rehízo en seguida y se acercó a la vieja:

—¡Ajá, la abuelita! Hoy la encuentro bien. Me daba en las narices, créame; y hace un momento, subiendo la escalera, me lo decía a mí mismo: apuesto a que me la encuentro levantada a la abuela.

Le dio unas suaves palmaditas en la espalda, y agregó:

—Fuerte como el Puente Nuevo; van ustedes a ver cómo nos entierra a todos.

Tomó asiento, aceptando el café que le ofrecían, interviniendo en la conversación de los dos hombres, y apoyando a Braux, porque él también había andado mezclado en la Commune.

La vieja se sintió cansada, y quiso retirarse. Caraván se apresuró a ayudarla. Ella clavó los ojos en los de él, y le dijo:

—Lo que vas a hacer es subirme en seguida mi reloj y mi cómoda.

Se cogió del brazo de su hija y desapareció con ella, mientras él balbucía:

—Sí, mamá.

Los esposos Caraván quedaron consternados, mudos, perdidos en un horrible desastre, mientras Braux se frotaba las manos de gusto, paladeando su café.

Loca de ira, la señora Caraván se fue de improviso hacia él, gritándole a voz en cuello:

—Usted es un ladrón, un tunante, un canalla... Le escupo a usted a la cara..., le..., le...

Se ahogaba, sin dar con la frase; pero él se reía, y continuaba bebiendo.

Su mujer, que regresaba en aquel mismo instante, se fue hacia su cuñada, y las dos, una voluminosa, de barriga amenazadora, la otra, epiléptica y seca, de voz altanera y mano trémula, se lanzaron a boca llena montones de injurias.

Chenet y Braux se interpusieron, y éste cogió a su mujer por los hombros y la echó fuera, gritándole:

—Basta ya, pedazo de burra, no hace falta alborotar tanto.

Se oyó cómo se alejaban por la calle, riñendo. El señor Chenet se despidió.

Los esposos Caraván quedaron frente a frente. Entonces él se dejó caer en una silla, le corrió por las sienes un sudor frío, y murmuró:

—¿Y qué le digo yo mañana a mi jefe?

*La Nouvelle Revue, 15 de febrero de 1881*



# *Una familia*

---

*Une famille*

Me había propuesto ver a Simón Radevín, del cual no supe nada en quince años.

En otro tiempo, era mi mejor amigo, el compañero inseparable de las tranquilas y alegres veladas, el íntimo a quien se le comunica todo, el que provocando una conversación franca, sin aliño, nos hace concebir ideas extravagantes o sutiles, ingeniosas, delicadas, nacidas al calor de la intimidad que alienta la imaginación y la satisface.

Durante muchos años vivimos casi siempre juntos, viajando, reflexionando, soñando a la par, sintiendo las mismas admiraciones y estudiando los mismos libros, prefiriendo lo mismo y emocionándonos igualmente, burlándonos con frecuencia de las mismas ridiculeces y comprendiéndonos de tal modo, que para comunicarnos nos bastaba cambiar una mirada o una sonrisa.

Luego, él se casó. Se casó de repente con una mocita provinciana que fué a París en busca de novio. ¿Cómo aquella rubia flaca de manos torpes, de ojos claros inexpresivos, de voz fresca, insípida, semejante a las cien mil criaturas que aspiran a casarse, conquistó a un mozo tan avisado y tan inteligente? ¿Puede alguien penetrar esos misterios? El se prometió sin duda la dicha, la dicha sosegada, suave, duradera entre los brazos de una mujer cariñosa, inocente, fiel; todo se lo había hecho concebir la mirada transparente de aquella mocita de cabellos pálidos.

No habla reflexionado que un hombre activo, de vida intensa y vibrante, se cansa de todo en cuanto ha tropezado con la estúpida realidad, cuando no logra embrutecerse hasta el punto de no comprender ya nada.

¿Cómo le hallaría? ¿Vigoroso, emprendedor, alegre y rebosante de ingenio como en su juventud, o anonadado, sumergido en la vida provinciana? ¡Un hombre puede cambiar mucho en quince años!

El tren se detuvo en una estación modesta. Cuando me apeaba, un caballero gordo, muy gordo, coloradote y ventruado, se acercó a mí con los brazos abiertos, gritando:

—¡Jorge! ¡Jorge!

Le abracé, pero no le hubiera reconocido. Luego murmuré asombrado:

—¡Reliendre! ¡No has enflaquecido!

Y me respondió riendo:

—¡Ya lo ves! ¡La buena vida! ¡Los buenos alimentos! ¡Las tranquilas noches! ¡Comer y dormir bien! Es todo lo que hago.

Yo le contemplaba, deseoso de hallar en aquel abultado rostro las facciones de mi amigo. Solamente reconocí los ojos; eran sus ojos, pero con distinta expresión.

Y pensé:

"A ser cierto que se refleja en los ojos el alma, el alma que anima ese cuerpo no es la de antes, la que yo conocí tanto."

Sus ojos brillaban, alegres y afectuosos; pero no advertí en ellos aquel fulgor de inteligencia tan expresivo como el más expresivo lenguaje.

De pronto, Simón dijo:

—Ahí tienes a los dos mayores.

Una muchachita de catorce años, casi una mujer, y un muchacho de trece, con traje de colegial, avanzaron hacia mí, encogidos, tímidamente.

Murmuré, por decir algo:

—¿Son tuyos?

Y me respondió, riendo:

—Míos y muy míos.

—¿Tienes más?

—¡Tengo cinco!

¡Cinco! Pronunció ese número, arrogante, satisfecho, con bríos de triunfador; y al oírle, sentí una compasión profunda, revuelta con un tenue desprecio hacia el incauto y orgulloso reproductor que se recriaba entre sueños, encerrado en su residencia provinciana, como un conejo en su conejera.

Subiendo a un coche guiado por él mismo, atravesamos la ciudad, la triste ciudad, silenciosa y amodorrada, cuyas calles se hallarían completamente desiertas a no transitar los perros y dos o tres criadas. Algunos comerciantes, asomados a la puerta de su comercio, saludaban, y Simón devolvía el saludo, nombrando luego a cada cual, para probarme sin duda que sabía el nombre de sus convecinos. Se me ocurrió que proyectaba representar al país como diputado, el ensueño de todos los enterrados en una provincia.

Pronto salimos al otro extremo de la ciudad y entramos en un jardín con pretensiones de parque. Luego se detuvo el coche ante una casa con torrecillas, que pretendía tener aspecto de castillo.

—Esta es mi choza —dijo Simón, esperando una réplica galante.

Y respondí:

—Es una delicia.

En lo alto de la escalinata vi aparecer a una señora, vestida para recibirme, peinada para recibirme, pronunciando frases dispuestas de antemano — para recibirme. No era ya la mocita rubia y sosa que se casó quince años antes: era una señora muy abultada, con muchos rizos en el moño y muchos volantes en el traje; una señora fresca, sin edad precisa ni carácter determinado, sin elegancia, sin distinción, sin y atractivo, sin alegría, careciendo en absoluto de todo lo que constituye una mujer. Era una madre, una rolliza madre de familia, muy poderosa, muy fecunda: la máquina de carne que procrea, y no si tiene más ocupación espiritual más que su libro de oraciones y su libro de cocina.

Me dio la bienvenida, y entré, acompañándola, en el vestíbulo, donde tres arrapiezos aguardaban colocados en fila, de mayor a menor, inmóviles y estirados, como los bomberos en una revista de alcalde.

Yo dije: —¡Ah! ¿Son los otros?

Y Simón, radiante, me los nombró:

—Juanito, Sofía y Bernardo.

La puerta del salón se hallaba abierta. Entré y vi sumergido en una poltrona un cuerpo tembloroso, un hombre, un anciano paralítico.

La señora Ravedín se adelantó:

—Es mi abuelo; acaba de cumplir ochenta y siete años.

Luego, acercando sus labios a la oreja del octogenario trepidante, gritó:

—Es un amigo de Simón, que viene a visitarnos.

El antecesor hizo un esfuerzo para darme los buenos días, y balbució:

—Uá..., uá..., uá...

Yo respondí:

—Gracias, caballero; son ustedes muy amables.

Y me desplomé sobre una butaca.

Simón se acercó a mí, riendo:

—¡Ja, ja! ¿Te presentaron al abuelito? No tiene precio ese hombre. Divierte a los niños como no puedes figurarte. Goloso y tragón hasta el punto de ponerse a morir a

cada comida. No puedes calcular cuánto sería capaz de comer, si le dejaran... ¡Es una risa! Pone los ojos tiernos y hace guiños a los platos de dulce, como si fuesen damiselas. No viste jamás nada tan gracioso.

Luego me acompañó al que sería mi aposento, para que pudiera yo lavarme y asearme, antes de comer. Oí a mi espalda, en la escalera, un rebullicio que me obligó a volver los ojos. Todos los niños, en procesión, me seguían, detrás de su padre, sin duda como significativa deferencia.

Desde mi aposento se divisaba la llanura, una llanura sin fin, océano de hierbas, de trigo, de cebada, sin un solo árbol, sin una ladera: imagen sorprendente y triste de la vida en aquella casa.

Sonó la campana, y bajamos a comer.

La señora de Radevin se apoyó en mi brazo, muy ceremoniosamente, para entrar en el comedor. Un criado empujó la poltrona con ruedas, en donde yacía el anciano paralítico, quien al verse arrimado a su cubierto, paseó la mesa una mirada febril, inclinando su cabeza oscilante hacia cada golosina, mientras las devoraba todas con los ojos.

Simón se restregaba las manos de gusto, diciéndome:

—¡Vas a divertirte!

Y los niños, comprendiendo que seme obsequiaría con el espectáculo del abuelito goloso y tragón, soltaron a un tiempo la carcajada, mientras la madre sonreía complacida, encogiéndose de hombros.

Rodevín, ahuecando ambas manos junto a la boca para que le sirvieran de portavoz, y dirigiéndose al paralítico, vociferó:

—¡Esta noche tenemos arroz con leche!

El semblante rugoso del anciano se iluminó, y todo su cuerpo retembló más que de costumbre, indicando que lo había comprendido y que se hallaba satisfecho.

Empezaron a comer.

—Atiende, atiende —murmuró Simón.

Al abuelo no le gustaba la sopa, y no quería comerla; pero le obligaban a tragarla; el criado le hundía en la boca la cuchara llena, mientras el anciano forcejeaba y soplabla para no tragar el caldo, que a veces era lanzado, como el agua de un surtidor, sobre la mesa o sobre la familia.

Los niños celebraban aquello con estrepitosas risotadas; el padre, complacido, repetía:

—¡Es muy gracioso, muy gracioso ese viejo!

Y era el único motivo de conversación durante la comida. Devoraba con los ojos las golosinas de la mesa, y con su mano, estremecida violentamente por el esfuerzo en lucha con la impotencia, pretendía cogerlas o aproximarlas más; porque, para divertirse, las ponían cerca del paralítico, el cual, no pudiendo lanzarse a devorarlas, hubiera querido atraerlas con el desolado llamamiento de ansiedad que se revelaba en sus ojos, en su boca, en su nariz. Babeaba, gruñía y era un jolgorio para los demás aquel suplicio infame y grotesco.

Le sirvieron una mínima cantidad, que tragó al punto con febril glotonería, esperando ansiosamente otra cosa.

Cuando sacaron a la mesa el arroz con leche, faltó poco para que le diera una convulsión al infeliz paralítico.

El menor de los niños le gritó:

—¡Usted no lo probará! ¡No lo probará!

Entonces lloró, y cuanto más lloraba más reían sus nietos. Al fin, le presentaron su ración —muy pequeña—, y al saborear la primera cucharada, dió su lengua un

chasquido cómico y glotón; su cuello se encorvó, como el de los patos al tragar un bocado grande.

Cuando lo hubo acabado, pataleó para que le dieran más.

Dolido ante la tontura de aquel Tántalo conmovedor y ridículo, intercedí por él:

—¡Sírvanle un poco más de arroz con leche!

Simón repuso:

—¡Imposible, amigo mío; Si comiera mucho, a su edad, le haría daño.

No repliqué, reflexionando aquella frase.

¡Oh moral! ¡Oh lógica! ¡Oh sabiduría!

"¡Le haría daño a su edad!"

Privan al infeliz del único placer que pudiera sentir en la vida, por no atentar contra su salud. ¡La salud! ¿Cuál era la de aquel despojo inerte y estremecido? Alargaban sus días, como se dice. ¡Sus días! ¿Cuántos? ¿Diez, veinte, cincuenta, ciento? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para conservar la familia el espectáculo de su ansia impotente y glotona?

El anciano ya no tenía que hacer nada en este mundo. Un solo deseo, un solo goce alentaba su existencia; ¿Por qué no satisfacérselo hasta su muerte?

Después de jugar a los naipes una partida que no acababa nunca, subí al aposento que me habían destinado. Me sentía muy triste. ¡Muy triste! ¡Muy triste!

Y me asomé a la ventana. Sólo se oía el suave, ligero, delicioso murmullo de un pájaro en una rama, no sé dónde. Aquel pájaro debía de cantar así, en voz baja, en la oscuridad, velando el sueño de su hembra sobre los huevos.

Y al instante recordé a los cinco hijos de mi pobre camarada, el cual roncaría ya profundamente junto a su despreciable mujer.

*Gil Blas*, 3 de agosto de 1886

## *Un fracaso*

---

*Un échec*

Iba yo a Torino, atravesando la isla de Córcega.

En Niza tomé pasaje para Bastia, y en cuanto el vapor se hizo a la mar, descubrí, sentada en el puente, una mujer muy bonita, muy modesta, cuyos ojos miraban a lo lejos, y me dije: "Ya tengo distracción durante la travesía."

Me instalé frente a ella, contemplándola y preguntándome todo lo que debemos preguntarnos en presencia de una desconocida que nos interesa: su estado, su edad y su carácter. Luego, de lo que se ve, se deduce lo que no se ve. Sondamos con los ojos con el pensamiento la figura de lo que aparece sujeto por el corsé y de lo que se cubre con el vestido. Se nota la esbeltez del busto si está sentada y se procura verla el tobillo; se observan las condiciones de sus manos, que revelarán la dulzura de sus caricias, la forma de las orejas, que indica el origen mejor que una partida de bautismo, en la cual es fácil mentir. Se hace lo posible para oír su voz, cuyas entonaciones descubrirán las tendencias de su alma, en tanto que sus frases nos dan idea de su ingenio. El timbre de la voz y todos los matices de las palabras denuncian, a un observador experimentado, toda la contextura sentimental de un carácter, porque siempre hay conexiones, aunque sea muy difícil precisarlas, entre la idea y la función que la exterioriza.

Yo contemplaba detenidamente a mi compañera de viaje, procurando advertir síntomas favorables y analizando sus gestos, con la esperanza de que me la revelaran sus actitudes.

Abrió un saquito de viaje y sacó un periódico. Me froté las manos de gusto. "Dime lo que lees y te diré lo que piensas."

Comenzó por el artículo de entrada con expresión curiosa y satisfecha. El título del diario me saltó a los ojos: L'echo de Paris. Quedé perplejo. Ella leía, sonriendo, una crónica de Scholl. ¡Diablo! Sin duda no era gazmoña y mostraba gusto por el ingenio cultivado, la malicia intencionada, la sal y hasta un poquito de pimienta. "¡Bravo!", pensé; revela su lectura un temperamento franco y expansivo. ¿Si fuese también algo sentimental?

Para tocar este resorte, acercándome a ella lo más posible, me puse a hojear un tomo de poesías que llevaba conmigo: La canción de amor, por Félix Frank.

Noté que había leído el rótulo de la cubierta en un parpadeo rápido, como un pajarito coge al vuelo una mosca. Muchos viajeros pasaron por delante de nosotros para mirarla; pero, al parecer ella se abstraía en su lectura por completo. Al terminar, dejó el periódico, y aprovechando la oportunidad, le dije:

!Me permite usted que lo vea, señora?

—Con mucho gusto — contestó, alargándome la hoja impresa.

—Si la distrajesen estas poesías, las pongo a su disposición.

—¿Es cosa divertida?

Me desconcertó bastante aquella pregunta, refiriéndose a un volumen de versos amorosos. Luego contesté:

—Mejor que divertida es la lectura que ofrezco; la juzgo encantadora, delicada, emocional.

—Déme usted.

Cogió el libro, y mientras recorría varias hojas con cierta expresión de sorpresa, comprendí que no tenía costumbre de leer versos.

A veces parecía conmovirse o sonreía, pero de otra manera que ante la crónica de Aureliano Scholl.

De pronto, le pregunté:

—¿Le gusta?

—Sí —me contestó—; pero me gustan más las cosas alegres; no me atrae lo sentimental.

Ya teníamos conversación. Supe que la viajera estaba casada con un capitán de dragones, de guarnición en Ajaccio, y que iba entonces a reunirse con su marido. De sus palabras deduje que no le quería con mucho entusiasmo. Le quería, sí, pero de cierto modo; como quiere una mujer al hombre que no supo despertar en su corazón grandes ilusiones durante su luna de miel. La había paseado de guarnición en guarnición, de pueblo en pueblo, todos aburridos, muy aburridos. Por fin la reclamaba desde la isla, que debería de ser lúgubre. No; la vida no es alegre para todos. Hubiera preferido quedarse con sus padres en Lyon, porque allí trataba a mucha gente. Pero era forzoso ir a Córcega. El ministro nunca procuraba servir al capitán, y eso que tenía éste una brillante hoja de servicios.

Hablamos de las residencias que refería.

—¿Le gusta París?—pregunté.

—¡Oh! ¡Si me gusta París! Caballero, ¿es posible que me haga usted semejante pregunta?

Y me habló de París con tal entusiasmo, con tal frenesí, con tal ansia, que pensé: "Ya tengo el resorte que me conviene tocar." Adoraba a París desde lejos, deseándolo, enloqueciendo por su brillo, con hambre, con fiebre, con pasión delirante de provinciana, con impaciencia loca de pájaro enjaulado que descubre, a través de los hierros, el bosque frondoso bañado por el sol.

Me hizo mil preguntas palpitantes, apresuradas; quería enterarse de todo, averiguarlo todo en cinco minutos. Conocía los nombres de todas las celebridades y de muchas personas que nunca oí nombrar.

—¿Cómo es Gounod? ¿Y Sarou? ¡Ah! Caballero, ¡cuánto me gustan las obras de Sardou! Siempre tan ingenioso, tan vivo, tan interesante! ¡Cada vez que veo representar una obra de Sarou, sueño en sus complicaciones durante muchos días. Leí también un libro de Daudet que me gustó mucho: Safo. ¿Usted lo ha leído? Es un guapo mozo Daudet? ¿Usted le conoce? Y Zola, ¿cómo es? ¡Con su Germinal me hizo llorar! Recuerda usted al pobre niño que muere a oscuras? ¡Qué terrible! Me impresionó tanto, que me sentí enferma. No, eso no hace reír. También he leído un libro de Bourget: Cruel enigma, y a mi prima le hizo tal impresión esa novela, que hasta escribió a Bourget. Me gusta, pero me parece de sobra poético: prefiero aventuras alegres. ¿Conoce usted a Grévin? ¿Y a Coquelín? ¿Y a Damalá? ¿Y a Rochefort? ¡Dicen que tiene mucho ingenio! ¿Y a Cassagnac? Según parece, se desafía diariamente...

\*\*\*

Al cabo de una hora se iban agotando sus preguntas, y habiendo satisfecho su curiosidad ansiosa, pude hablarla de lo que me convenía.

Conté historias y amoríos del mundo parisiense, del gran mundo. Me escuchaba muy atentamente, con toda su alma. ¡Oh! Debió de adquirir una idea muy lúcida ¡y exacta! de las hermosas damas, de las ilustres damas de París. Todo eran aventuras galantes, citas, rápidos triunfos y derrotas apasionadas. Me preguntaba ella de cuando en cuando:

—¿Así es el gran mundo?

Sonriendo maliciosamente, yo contestaba:

—Es como digo, y solamente las humildes burguesas que se aburren arrastrando vida monótona por melindres virtuosos, por una virtud que nadie las agradece...

Y comencé a fustigar las domésticas virtudes con reflexiones filosóficas, ironías punzantes y ligeras burlas. Hice mofa, descaradamente, de las pobres necias que van envejeciendo sin haber sentido lo bueno, lo dulce, lo escabroso, lo galante; sin haber saboreado las delicias de los besos furtivos, profundos, ardientes; y todo por estar casadas con un hombre receloso y estúpido, cuya reserva en las caricias conyugales priva injustamente a una criatura de toda sensualidad refinada y de todo sentimentalismo elegante.

Luego reforzaba mis reflexiones con el relato de nuevas aventuras. Cuentos de gabinetes particulares, intrigas que yo suponía propaladas en todo el universo. Y como estribillo, colocaba siempre un elogio entusiástico del amor brusco y secreto, de la sensación robada, como un fruto prohibido recogido por sorpresa, de paso...

La noche cerraba, una tranquila y calurosa noche, y el buque se deslizaba estremecido por la máquina, sobre un mar oscuro, bajo un cielo estrellado.

La mujer callaba, respirando lentamente y dejando escapar algún suspiro. De pronto se levantó, diciéndome:

—Ya es hora de acostarme; buenas noches.

Y me ofreció la mano.

Yo sabía que a la tarde siguiente debía tomar la diligencia que va de Bastia a Ajaccio, a través de las montañas, hasta el amanecer.

—Buenas noches —respondí, estrechando sus dedos entre los míos.

Y bajé a mi camarote.

Por la mañana tomé los tres asientos de berlina para mí solo; y cuando al anochecer me dirigí hacia el viejo coche que debía conducirnos, el mayoral me preguntó si tendría inconveniente alguno en ceder un asiento a una señora.

Dije bruscamente:

—¿A qué señora?

Y el mayoral contestó:

—A la señora de un capitán de Ajaccio.

—Dígale que puede contar con lo que desea.

Llegó la mujer, diciendo que habla dormido todo el día. Disculpó su descuido, me dio las gracias y entró en la berlina.

La cual era una especie de cajón herméticamente cerrado, que sólo tenía cristal en las dos portezuelas. Ya estábamos allí juntos y solos. Arrancaron los caballos al trote largo. Pronto nos vimos en la montaña. Un perfume fresco de hierbas aromáticas entraba por las ventanillas, ese perfume propio de la isla de Córcega, que los marinos reconocen a larga distancia; emanaciones penetrantes como los olores de un cuerpo, como el sudor de la tierra verde, que un ardiente sol evapora y el viento arrastra.

Volví a referirle cosas de Paris y ella volvió a escucharme con atención calenturienta. Mis narraciones eran cada vez más atrevidas y más desnudas, abundando en frases intencionadas y pérfidas, en esas frases que encienden la sangre.

Cerró la noche. Yo no veía nada, ni siquiera el óvalo blanquecino que hasta entonces revelaba el rostro de la mujer. Solamente aparecían, a los resplandores del farol de la diligencia, los cuatro caballos ganando al paso el repecho.

De cuando en cuando, el rumor de un torrente llegaba confundido con el cascabeleo de las guarniciones; luego se perdía, quedando atrás, cada vez más lejos de nosotros.

Adelanté con mucho tiento un pie, aproximándolo a mi compañera, que no retiró el suyo. Estuve un rato inmóvil, en acecho, y de pronto, cambiando el registro, empecé a insinuarme con palabras afectuosas y tiernas. Mi mano encontró la suya. La cogí

dulcemente, y ella no la retiró. Seguí hablando casi a su oído, muy cerca de su boca. Yo sentía palpar su corazón contra mi pecho; palpitaba con rudos golpes; buena señal. Entonces, con mucha suavidad, puse mis labios en su cuello, seguro de mi conquista, de tal modo seguro, que hubiese apostado cualquier cosa.

Pero ella, sacudiéndose como si despertara, me rechazó. Y Antes que me diese cuenta de nada, recibí una porción de arañazos y una lluvia de golpes rápidos, en todas direcciones; la oscuridad que nos envolvía me hizo imposible cubrirme y evitarlos.

Extendí los brazos, procurando vanamente aprisionar los suyos. Luego, no sabiendo ya qué hacer, me volví, escondiendo la cabeza, presentando solamente la espalda, que recibía su furioso ataque. Ella debió de comprender esta maniobra desesperada y suspendió la paliza.

Recogiéndose luego en su rincón, estuvo llorando más de una hora.

Yo me sentía inquieto y avergonzado. Hubiera querido hablar; pero ¿qué decir entonces? Nada me parecía oportuno. ¿Excusas? No; resultaban del todo necias. En semejante situación se imponía el silencio.

Lloraba la mujer, lanzando suspiros profundos que me conmovían y me desconcertaban. Tuve tentaciones de prodigarle consuelos, acariciándola tiernamente como a los niños, o pidiéndole perdón a sus pies de rodillas. Pero no me atreví.

¡Son estúpidas tales situaciones!

Al fin se calmó, y quedamos cada uno en nuestro rincón, inmóviles y mudos, mientras avanzaba el coche, deteniéndose de cuando en cuando para los relevos. Al penetrar en la berlina un reflejo de faroles de las cuadras, cerrábamos los ojos para no mirarnos. Otra vez la diligencia en marcha, el aire fresco y oloroso del campo nos acariciaba las mejillas y los labios, embriagándome como el vino.

¡Caramba! ¡Qué viaje si mi compañera se hubiese mostrado menos simple!

Amanecía. Los primeros reflejos de la aurora entraron en la berlina. Miré a la mujer, que fingía dormir. Luego el sol, apareciendo sobre las montañas, inundó pronto de resplandores un golfo inmenso, todo azul, rodeado por cumbres enormes y crestas de granito. Al extremo del golfo una ciudad blanca se extendía delante de nosotros.

Mi compañera, fingiendo entonces despertar, abrió los ojos, encendidos por el llanto; abrió también la boca, se estremeció, se ruborizó y balbució:

—¿Llegaremos pronto?

—Muy pronto; falta menos de una hora.

Mirando a lo lejos, dijo:

—Es muy fatigoso pasar en diligencia toda una noche.

— ¡Oh! Sí; los riñones duelen.

—Y más fatigoso aún después de una travesía.

— ¡Oh! ¡Sí!

—¿Es Ajaccio aquel pueblo que se descubre?

—Sí; es Ajaccio.

—Quisiera que llegásemos cuanto antes.

—Me lo explico.

El timbre de su voz revelaba cierta inquietud; evitando que se cruzara con la mía su mirada, se sentía molesta. Sin embargo, nada permitía suponer que recordase lo sucedido.

Yo la admiraba. ¡Qué diplomacia instintiva tienen las mujeres!

Llegamos, en efecto, al cabo de una hora. Un gallardo mozo vestido de uniforme, un hércules, erguido junto al parador, agitaba un pañuelo al acercarse la diligencia.

Mi compañera se lanzó en sus brazos, y dándole muchos besos, repetía:

—¿Cómo estás? ¡Cuánto deseaba verme cerca de ti!



Bajaron de la imperial mi maleta y cuando ya me iba discretamente, la mujer me llamó:

—¡Ah! ¡Caballero! ¿Se marcha sin despedirse?

Murmuré:

— Señora, por no distraerla de sus alegrías.

Ella dijo a su esposo:

—Da las gracias a este caballero; ha estado muy obsequioso conmigo durante nuestro viaje. Me ha cedido un asiento en la berlina. Da gusto encontrar compañeros tan amables.

El capitán me oprimió la mano, agradeciéndome con toda su alma tantas atenciones.

La mujer sonreía mirándonos...

Yo, sin duda, puse cara de imbécil en aquel momento.

*Gil Blas*, 16 de junio de 1885

# *Un golpe de estado*

---

*Un coup d'Etat*

París acababa de enterarse del desastre de Sedan. Se proclamaba la República. Francia entera jadeaba al comienzo de esa demencia que duró hasta después de la Comuna. Se jugaba a los soldados de una punta a otra del país.

Fabricantes de géneros de punto eran coroneles y desempeñaban cargos de generales; revólveres y puñales se desplegaban en torno a gruesos vientres pacíficos rodeados por cinturones rojos; pequeños burgueses convertidos en guerreros de ocasión mandaban batallones de voluntarios chillones y juraban como carreteros para adquirir empaque.

El mero hecho de manejar armas, de tener fusiles complicados enloquecía a aquella gente, que hasta entonces sólo había manejado balanzas, y la hacía, sin la menor razón, temible para el recién llegado. Ejecutaban a inocentes para probar que sabían matar; fusilaban, merodeando por las campiñas todavía vírgenes de prusianos, a los perros vagabundos, a las vacas que rumiaban en paz, a los caballos enfermos que pacían en los pastos.

Cada cual se creía llamado a desempeñar un gran papel militar. Los cafés de los más míseros villorios, llenos de comerciantes de uniforme, parecían cuarteles o ambulancias.

El pueblo de Canneville ignoraba aún las desquiciadas noticias del ejército y de la capital; pero una extremada agitación lo perturbaba desde hacía un mes, los partidos contrarios se encontraban frente a frente.

El alcalde, señor vizconde de Varnetot, un hombrecillo flaco, ya anciano, legitimista incorporado al Imperio hacía poco, por ambición, había visto surgir un decidido adversario en el doctor Massarel, un gordo sanguíneo, jefe del partido republicano en el distrito, venerable de la lógica masónica de la cabeza de partido, presidente de la Sociedad de Agricultura, y del cuerpo de bomberos, y organizador de la milicia rural que salvaría a la comarca.

En quince días se las había arreglado para decidir a defender el país a sesenta y tres voluntarios casados y padres de familia, campesinos prudentes y tenderos del lugar, y los adiestraba, todas las mañanas, en la plaza del ayuntamiento.

Cuando el alcalde, por casualidad, iba al edificio municipal, el comandante Massarel, cargado de pistolas, pasando fieramente, con el sable en la mano, al frente de su tropa, hacía gritar a su gente: «¡Viva la patria!» Y ese grito, lo habían notado, excitaba al menudo vizconde, que veía en él sin duda una amenaza, un desafío, al mismo tiempo que un odioso recuerdo de la gran Revolución.

El 5 de septiembre por la mañana, el doctor, de uniforme, con el revólver sobre la mesa, pasaba consulta a una pareja de viejos campesinos, uno de los cuales, el marido, que sufría de varices desde hacía siete años, había esperado a que su mujer las tuviera también para ir al médico, cuando el cartero le llevó el periódico.

El señor Massarel lo abrió, se levantó bruscamente y, alzando los brazos al cielo con un gesto exaltado, se puso a vociferar con toda su voz ante los dos aldeanos asustados:

«¡Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República! »

Después se dejó caer en su butaca, desfallecido de emoción.

Y como el campesino continuaba: «Empezó con unos hormigueos que me corrían sin parar a lo largo de las piernas», el doctor Massarel exclamó:

«Déjeme en paz, no tengo tiempo para ocuparme de sus tonterías. Se ha proclamado la República, el emperador está prisionero, Francia se ha salvado. ¡Viva la República!» Y, corriendo a la puerta, bramó: « ¡Céleste! ¡Pronto! ¡Céleste! »

La criada acudió asustada; él tartamudeaba, de tan rápido que quería hablar:

«Mis botas, mi sable, mi cartuchera y el puñal español que está sobre mi mesilla de noche: ¡date prisa!»

Y como el campesino, obstinado, aprovechando un instante de silencio, proseguía:

«Después me salieron como unas bolsas que me hacían daño al andar.»

El médico, exasperado, chilló:

«Déjeme en paz, maldita sea, ¡si se hubiera lavado los pies, no le pasaría eso!»

Después agarrándolo por el cuello, le escupió a la cara: «¿No te das cuenta de que ya tenemos república, pedazo de animal?»

Pero la conciencia profesional lo calmó en seguida, y empujó hacia fuera al estupefacto matrimonio, repitiendo:

«Vuelvan mañana, vuelvan mañana, amigos míos. Hoy no tengo tiempo.»

Mientras se equipaba de pies a cabeza, dio de nuevo una serie de órdenes urgentes a su criada:

«Corre a casa del teniente Picart y del alférez Pommel, y diles que los espero aquí inmediatamente. Y mándame también a Torchebeuf con su tambor, ¡deprisa! ¡De prisa!».

Cuando Céleste hubo salido, se concentró, preparándose para superar las dificultades de la situación.

Los tres hombres llegaron juntos, con ropas de trabajo. El comandante, que esperaba verlos de uniforme, tuvo un sobresalto.

«¿No saben nada, diantre? El Emperador está prisionero, se ha proclamado la República. Es preciso actuar. Mi posición es delicada, y diría aún más, peligrosa.»

Reflexionó unos segundos ante los rostros atontados de sus subordinados, y después prosiguió:

«Hay que actuar sin vacilar; los minutos valen horas en semejantes momentos. Todo depende de la prontitud de las decisiones. Usted, Picart, vaya a buscar al cura y comínele a que toque a rebato para reunir a la población, a la que voy a prevenir. Usted, Torchebeuf, toque llamada en todo el municipio, hasta los caseríos de la Gerisaie y de Salmare, para reunir a la milicia armada en la plaza. Usted, Pommel, póngase rápidamente el uniforme, sólo la guerrera y el quepis. Vamos a ocupar juntos el ayuntamiento y a conminar al señor de Varnetot a que me entregue sus poderes. ¿Entendido?»

—Sí.

—Pues manos a la obra, y rápidamente. Lo acompaño a su casa, Pommel, pues actuamos juntos.

Cinco minutos después, el comandante y su subalterno, armados hasta los dientes, aparecían en la plaza en el mismo momento en que el menudo vizconde de Varnetot, con polainas como para partida de caza, el fusil Lefauchaux al hombro, desembocaba a rápidos pasos por la otra calle, seguido por sus tres guardias de guerrera verde, con el cuchillo sobre el muslo y el fusil en bandolera.

Mientras el doctor se detenía, estupefacto, los cuatro hombres penetraron en el ayuntamiento, cuya puerta se cerró a sus espaldas.

«Se nos han adelantado, murmuró el médico, ahora hay que esperar refuerzos. No se puede hacer nada de momento.»

El teniente Picart reapareció.

«El cura se ha negado a obedecer, dijo; y hasta se ha encerrado en la iglesia con el sacristán y el guarda.»

Y, al otro lado de la plaza, frente al ayuntamiento blanco y cerrado, la iglesia, muda y negra, mostraba su gran puerta de roble claveteada con herrajes.

Entonces, cuando los intrigados habitantes asomaban la nariz por las ventanas o salían al umbral de las casas, redobló de pronto el tambor, y apareció Torchebeuf, tocando con furia los tres golpes precipitados de la llamada. Cruzó la plaza a paso gimnástico y después desapareció camino de los campos.

El comandante desenvainó el sable, avanzó solo, más o menos a media distancia entre los dos edificios donde se había atrincherado el enemigo y, agitando su arma sobre la cabeza, berreó con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Viva la República! ¡Muerte a los traidores!» Después se replegó hacia sus oficiales.

El carnicero, el panadero y el farmacéutico, inquietos, echaron los cierres. Sólo quedó abierta la tienda de ultramarinos.

Sin embargo los hombres de la milicia llegaban poco a poco, vestidos de diversas maneras y tocados todos con un quepis negro galoneado de rojo, pues el quepis constituía todo el uniforme del cuerpo. Iban armados con sus viejos fusiles herrumbrosos, los viejos fusiles colgados desde hacía treinta años sobre las chimeneas de las cocinas, y se parecían bastante a un destacamento de guardas rurales.

Cuando hubo una treintena alrededor de él, el comandante, en pocas palabras, los puso al corriente de los sucesos; después, volviéndose hacia su estado mayor: «Y ahora, actuemos», dijo.

Los habitantes se congregaban, examinaban y platicaban.

El doctor decidió rápidamente su plan de campaña:

«Teniente Picart, usted avanzará hasta las ventanas de ese ayuntamiento y conminará al señor de Varnetot, en nombre de la República, a entregarme la casa de la villa.»

Pero el teniente, un maestro albañil, se negó:

«Pues sí que es usted listo. Para que me larguen un tiro. Muchas gracias. Los que están allí dentro tienen buena puntería, ya lo sabe usted. Haga el recado usted mismo.»

El comandante se puso rojo.

«Le ordeno que vaya en nombre de la disciplina.» El teniente se rebeló:

«No pienso dejar que me rompan la cara sin saber por qué.»

Los notables, reunidos en un grupo próximo, se echaron a reír. Uno de ellos exclamó:

«Tienes razón, Picart, no es el momento.» Entonces el doctor murmuró: «¡Cobardes!»

Y, dejando su sable y su revólver en manos de un soldado, avanzó con paso lento, con los ojos clavados en las ventanas, esperando ver salir un cañón de fusil apuntado hacia él.

Cuando sólo estaba a unos metros del edificio, las puertas de los dos extremos que daban paso a las dos escuelas se abrieron, y una oleada de pequeños seres, niños por aquí, niñas por allá, escaparon por ellas y empezaron a jugar en la gran plaza vacía, chillando, como una manada de gansos, en torno al doctor, que no podía hacerse oír.

En cuanto los últimos alumnos salieron, las dos puertas volvieron a cerrarse.

El grueso de los críos se dispersó por fin, y el comandante llamó con voz potente:

¡Señor de Varnetot!»

Se abrió una ventana del primer piso. El señor de Varnetot apareció.

El comandante prosiguió:

«Caballero, ya conoce usted los grandes acontecimientos que acaban de cambiar la faz del gobierno. Aquel al que usted representa ya no existe. El que yo represento sube al poder. En estas dolorosas aunque decisivas circunstancias, vengo a pedirle, en nombre de la nueva

República, que ponga en mis manos las funciones con las que lo había investido el poder anterior.» El señor de Varnetot respondió:

«Señor doctor, soy el alcalde de Canneville, nombrado por la autoridad competente, y seguiré siendo alcalde de Canneville mientras no haya sido revocado y reemplazado por un mandato de mis superiores. Como alcalde, estoy en mi casa en el ayuntamiento, y aquí me quedo. Por lo demás, intente hacerme salir.»

Y cerró la ventana.

El comandante regresó hacia su tropa. Pero, antes de explicarse, miró de arriba a abajo al teniente Picart. «¡Es usted un valiente! ¡Menudo conejo, la vergüenza del ejército! Lo degrado de su puesto.» El teniente respondió:

«Me importa un pepino.»

Y fue a mezclarse con el grupo murmurador de los habitantes.

Entonces el doctor vaciló. ¿Qué hacer? ¿Dar el asalto? Pero sus hombres, ¿avanzarían? Y, además, ¿tenía derecho a hacerlo?

Lo iluminó una idea. Corrió a telégrafos, cuya oficina estaba frente al ayuntamiento, al otro lado de la plaza. Y envió tres despachos:

A los señores miembros del gobierno republicano, en París; Al nuevo prefecto republicano del Sena Inferior, en Ruán; Al nuevo subprefecto republicano de Dieppe.

Exponía la situación, hablaba del peligro corrido por el municipio al quedar en manos del exalcalde monárquico, ofrecía sus abnegados servicios, pedía órdenes y firmaba acompañando su nombre de todos sus títulos.

Después regresó hacia su cuerpo de ejército y, sacando diez francos del bolsillo, dijo: «Tengan, amigos míos, vayan a comer y beber un poco; dejen aquí sólo un destacamento de diez hombres para que nadie salga del ayuntamiento.»

Pero el exteniente Picart, que charlaba con el relojero, lo oyó; se echó a reír burlonamente y pronunció: «Pardiez, si salen, será una oportunidad de entrar. Sin eso, no acabo de verlo a usted allí dentro.»

El doctor no respondió y se marchó a almorzar.

Por la tarde, dispuso guardias todo alrededor del municipio, como si estuviera amenazado por una sorpresa.

Pasó varias veces ante las puertas de la alcaldía y de la iglesia sin observar nada sospechoso; hubiérase dicho que los edificios estaban vacíos.

El carnicero, el panadero y el farmacéutico volvieron a abrir sus tiendas.

Se cotilleaba mucho en las casas. Si el emperador estaba prisionero, alguna traición habría debajo. No se sabía exactamente cuál de las repúblicas volvía.

Cayó la noche.

Hacia las nueve, el doctor se acercó solo, sin hacer ruido, a la entrada del edificio municipal, persuadido de que su adversario se había marchado a dormir; y cuando se disponía a hundir la puerta a golpes de pico, una voz potente, la de un guardia, preguntó de pronto: «¿Quién va?»

Y el señor Massarel se batió en retirada a todo correr.

Se alzó el día sin que la situación hubiera cambiado en nada.

La milicia armada ocupaba la plaza. Todos los habitantes se habían reunido en torno a la tropa, esperando una solución. Los de los pueblos vecinos llegaban a ver.

Entonces, el doctor, comprendiendo que se jugaba su reputación, resolvió acabar fuera como fuera; e iba a tomar una resolución cualquiera, enérgica seguramente,

cuando se abrió la puerta de telégrafos y la criadita de la directora apareció, llevando en la mano dos papeles.

Se dirigió primero hacia el comandante y le entregó uno de los despachos; después, cruzando el centro desierto de la plaza, intimidada por todos los ojos clavados en ella, con la cabeza gacha y a menudos pasos, fue a llamar suavemente a la casa atrancada, como si hubiera ignorado que en ella se ocultaba un partido armado.

La puerta se entreabrió; una mano de hombre recibió el mensaje, y la chiquilla regresó, muy colorada, a punto de llorar, al ser así contemplada por el pueblo entero.

El doctor pidió con voz vibrante:

«Un poco de silencio, por favor.»

Y cuando el populacho calló, prosiguió orgullosamente:

«He aquí la comunicación que acabo de recibir del gobierno.» Y, alzando su despacho, leyó:

«Excalde revocado. Sírvase avisar urgentemente. Recibirá instrucciones ulteriores.

Por el subprefecto,  
SAPIN, concejal.»

Triunfaba; su corazón latía de gozo; sus manos temblaban, pero Picart, su antiguo subalterno, le gritó desde un grupo vecino:

«Todo eso está bien; pero si los otros no salen, ¿de qué le sirve su papel?»

Y el señor Massarel palideció. En efecto, si los otros no salían, iba a tener que avanzar él. No era solamente su derecho, sino también su deber.

Y miraba ansiosamente al ayuntamiento, esperando que iba a ver abrirse la puerta y replegarse a su adversario.

La puerta seguía cerrada. ¿Qué hacer? La muchedumbre aumentaba, se agolpaba alrededor de la milicia. Reían.

Una reflexión torturaba sobre todo al médico. Si daba el asalto, tendría que marchar a la cabeza de sus hombres; y como, muerto él, toda oposición cesaría, era sobre él, sobre él solamente sobre quien tirarían el señor de Varnetot y sus tres guardias. Y disparaban bien, muy bien; Picart acababa de repetírselo. Pero lo iluminó una idea y, volviéndose hacia Pommel:

«Vaya en seguida a pedir al farmacéutico que me preste una servilleta y un palo.»

El lugarteniente se precipitó.

Iba a hacer una bandera de parlamento, una bandera blanca cuya visión acaso alegrara el corazón legitimista del excalde.

Pommel regresó con la prenda pedida y un mango de escoba. Con unos bramantes montaron un estandarte que el señor Massarel aferró con ambas manos; y avanzó de nuevo hacia el ayuntamiento sujetándolo ante sí. Cuando estuvo frente a la puerta, volvió a llamar: «Señor de Varnetot.» La puerta se abrió de pronto, y el señor de Varnetot apareció en el umbral con sus tres guardias.

El doctor retrocedió con un movimiento instintivo; después, saludó cortésmente a su enemigo y pronunció, estrangulado por la emoción: «Vengo, caballero, a comunicarle las instrucciones que he recibido.»

El aristócrata, sin devolverle el saludo, respondió: «Me retiro, señor, pero sepa usted bien que no es por temor, ni por obediencia al odioso gobierno que usurpa el poder.» Y, resaltando cada palabra, declaró: «No quiero que parezca que sirvo ni un solo día a la República. Eso es todo.»

Massarel, cortado, no respondió nada; y el señor de Varnetot echó a andar con pasos rápidos, desapareciendo por una esquina de la plaza, seguido siempre por su escolta.

Entonces el doctor, loco de orgullo, regresó hacia la muchedumbre. En cuanto estuvo lo bastante cerca para hacerse oír, gritó: «¡Hurra! ¡Hurra! La República triunfa en toda la línea.»

Nadie manifestó la menor emoción.

El médico prosiguió: «El pueblo es libre, sois libres, independientes. ¡Enorgulleceos de ello!»

Los aldeanos inertes lo miraban sin que la menor gloria iluminase sus ojos.

A su vez, él los contempló, indignado de su indiferencia, buscando lo que podría decir, lo que podría hacer para dar un gran golpe, electrizar a aquel pueblo plácido, cumplir su misión de iniciador.

Lo invadió una inspiración y, volviéndose hacia Pommel: «Teniente, vaya a buscar el busto del exemperador que está en la sala de juntas del concejo, y tráigalo con una silla.»

Pronto el hombre reapareció trayendo sobre el hombro derecho el Bonaparte de yeso, y llevando en la mano izquierda una silla de paja.

El señor Massarel fue a su encuentro, cogió la silla, la dejó en el suelo, colocó sobre ella el busto blanco y después, retrocediendo unos pasos, lo interpeló con voz sonora:

«Tirano, tirano, hete ahí caído, caído en el lodo, caído en el fango. La patria expirante gemía bajo tu bota. El Destino vengador te ha herido. La derrota y la vergüenza han hecho presa en ti; caes vencido, prisionero del prusiano; y, sobre las ruinas de tu imperio que se desploma, la joven y radiante República se yergue, recogiendo tu espada rota...»

Esperaba unos aplausos. Ningún grito, ninguna palmada estalló. Los campesinos pasmados callaban; y el busto de puntiagudos bigotes que sobresalían de las mejillas a ambos lados, el busto inmóvil y bien peinado como una muestra de peluquero, parecía mirar al señor Massarel con su sonrisa de yeso, una sonrisa inefable y burlona.

Así estaban, frente a frente, Napoleón sobre su silla, el médico de pie, a tres pasos de él. La cólera asaltó al comandante. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer para emocionar a aquel pueblo y ganar definitivamente esta victoria de la opinión?

Su mano, por casualidad, se posó sobre el vientre, y encontró, bajo su cinturón rojo, la culata de su revólver.

No se le ocurría ninguna idea, ninguna palabra. Entonces, sacó su arma, dio dos pasos y, a quemarropa, fulminó al exmonarca.

La bala hizo en la frente un agujerito negro, parecido a una mancha, casi nada. El efecto había fallado. El señor Massarel disparó un segundo tiro, que hizo un segundo agujero, después un tercero, y después, sin detenerse, soltó los tres últimos. La frente de Napoleón volaba convertida en polvo blanco, pero los ojos, la nariz y las finas guías de los bigotes seguían intactos.

Entonces, exasperado, el doctor derribó la silla de un puñetazo y, apoyando un pie sobre el resto del busto, en una postura de triunfador, se volvió hacia el público aturdido vociferando: «¡Perezcan así todos los traidores! »

Pero como seguía sin manifestarse el menor entusiasmo, como los espectadores continuaban pasmados de asombro, el comandante gritó a los hombres de la milicia: «Ya podéis regresar a vuestros hogares.» Y él mismo se dirigió a grandes pasos hacia su casa, como si huyera.

Su criada, en cuanto apareció, le dijo que unos enfermos lo esperaban desde hacía tres horas en su despacho. Corrió a él. Eran los dos campesinos de las varices, de vuelta con el alba, obstinados y pacientes.

Y el viejo reanudó al punto su explicación: «Empezó con unos hormigueos que me corrían sin parar a lo largo de las piernas...»

*Ediciones Monier*, 1 de octubre de 1883.



# *Grito de alarma*

---

*Cri d'alarme*

He recibido la siguiente carta. Pensando que puede interesar nuestros lectores me apresuro a ofrecérsela.

Paris, 15. de noviembre de 1886.

Caballero: Trata usted con frecuencia en sus crónicas y en su cuentos asuntos pertenecientes a lo que yo llamaría "la moral en uso". Someteré al juicio de usted algunas reflexiones que, según creo, podrán aprovecharle.

Soy un soltero; a juzgar por lo que me ocurre, bastante inocente. Pero imagino que muchos hombres, la mayor parte de los hombres, resultan inocentes como yo. Obrando siempre o casi siempre de buena fe, no distingo la singular astucia de mis contemporáneos y vivo con los ojos y el corazón abiertos, viéndolo todo a derechas y sin preocuparme de las malicias ocultas ni del doble fondo que tienen muchas cosas.

Estamos acostumbrados casi todos a tomar las apariencias por realidades y a ver a las personas del modo que tienen interés en mostrarse. Pocos disfrutan del buen sentido que hace adivinar a ciertos hombres la naturaleza real y oculta de los otros. De ahí esa óptica particular y convencional que nos hace pasar por la vida como topas, a oscuras, no cerciorándonos nunca de lo que realmente son las cosas; y viéndolas en su aspecto aparente, las juzgamos inverosímiles desde que se nos muestran como en el fondo son; todo lo que desdice de nuestra moral idealista lo creemos excepcional, sin que nos demos cuenta de que la suma de todas las excepciones forma casi la totalidad de los hechos. Resulta que los crédulos como yo son víctimas de todo el mundo y principalmente de las mujeres, maestras en engaños.

Tomé las cosas de un poco lejos para venir a parar al suceso que me interesa.

Tengo una querida, una mujer casada.

Como la mayoría de los hombres que se hallan en mi caso, creía habérmelas con una excepción, con una mujercita infeliz que por vez primera engañaba a su marido. Yo la pretendí largo tiempo, mejor dicho, creí haberla pretendido largo tiempo; vencíéndola con mi constancia y con mis ternuras, creí haber triunfado a fuerza de amor y delicadeza.

En efecto, había empleado mil precauciones, mil cuidados y ninguna precipitación para conseguir mi propósito, para realizar mi conquista.

Vea usted lo que me sucedió la semana pasada.

Habiéndose ausentado su marido por algunos días, ella quiso ir a comer a mi casa, pero a condición de servirnos nosotros mismos, evitando así la presencia de los criados.

Un deseo la obsesionaba; quería emborracharse; pero emborracharse tranquilamente, sin temor alguno, sin tener precisión de volver a su casa, de confiar su estado a la doncella, de hacer eses y dar trapiés en presencia de testigos. Otras veces se había alegrado, sin atreverse a pasar adelante, y aquella turbación de vino le parecía deliciosa.

Quería emborracharse una vez, una sola vez, pero del todo, completamente.

Diciendo en su casa que pasaría un día entero en un pueblo próximo a París, donde habitaban unas amigas, llegó a mi casa cerca de la hora de comer.

Naturalmente, una señora sólo debe emborracharse con champaña. Bebió una buena cantidad en ayunas, antes de las ostras, empezando inmediatamente a divagar.

Íbamos a comer sólo fiambres que hice disponer en otra mesa detrás de mi silla, de modo que me bastaba volverme y extender el brazo para cogerlo todo.

Ella bebía y hablaba, obstinándose más y más en su idea.

Empezó por hacerme confidencias anodinas, interminables, referentes a su niñez. Poco a poco sus ojos chispeaban y su confesión se hacía interesante. De cuando en cuando, me decía:

—¿Estoy borracha ya?

—No, no lo estás aún tanto como deseas.

Y seguía bebiendo hasta emborracharse, no para perder el sentido, sino lo suficiente para decir la verdad, según yo supuse.

A sus confidencias relativas a emociones inocentes pronto siguieron confidencias más íntimas acerca de su marido. Me las hizo completas; y con la muletilla de que a mí, sólo a mí, debía decirle todo, me hizo escuchar detalles molestos.

Quedé así enterado en absoluto de todas las costumbres, de todos los defectos, de todas las manías y de todos los gustos más reservados del marido.

Y me preguntaba, deseando mi aprobación:

—¿Será puerco? ¿Eh? ¿Será puerco? Supondrás lo que me habrá fastidiado. ¿Eh? Por eso cuando te conocí, me dije: "Me gusta éste, me gusta; será mi amante." Y entonces me pretendiste.

Debí de poner un gesto muy extraño, porque, a pesar de la borrachera, mirándome fijamente, comenzó a reír y dijo:

—¡Ah tonto!... Cuántas precauciones inútiles tomaste. Cuando un hombre pretende a una mujer, es porque a ella le gusta que la pretenda, porque ya está decidida..., y no es prudente hacerle esperar. Es necesario ser muy tonto para no adivinar cuándo nuestros ojos dicen que sí. ¡Lo que yo tuve que aguardarte! Ya no sabía qué hacer para que me comprendieras que tenía prisa. ¡Ah! Y tú, con flores, con versos, con atenciones delicadas... A punto estuve de plantarte; ¿por qué te costaba tanto decidirte? Y pensar que la mitad de los hombres hacen lo que tú, mientras que la otra mitad... ¡Oh! Su risa me hizo estremecer.

—La otra mitad... ¿Qué hace la otra mitad?—le pregunté:

Ella seguía bebiendo, con los ojos brillantados por el vino; impulsada por esa necesidad imperiosa de decir verdades que sienten a veces los borrachos, proseguía:

—¡Oh! La otra mitad va de prisa. Muy de prisa... Tal vez demasiado... Pero hacen bien. Algunas veces no les trae cuenta; pero en cambio muchas veces da resultados magníficos, a pesar de todo. Amigo mío: si tú imaginases la diferencia que hay de unos a otros... Verás: los tímidos como tú, no comprenden lo que hacen los arriesgados... Estos, en cuanto se hallan solos con nosotras... Allá va... Juegan el todo por el todo. Es posible que nos encuentren de uñas; pero no pierden mucho, pues ya saben que nosotras no acriminamos nunca sus atrevimientos. Nos conocen bien.

Yo la miraba con ojos de inquisidor, con un deseo impecable de hacerla charlar, de saberlo. Me había preguntado yo mismo tantas veces: "¿Qué harán los demás hombres con las mujeres, con nuestras mujeres?" Comprendía, sólo con ver en público a dos hombres hablando con una mujer, que se portarían de un modo muy diferente con ella en el mismo caso y teniendo la misma intimidad.

Al primer golpe de vista se adivina que ciertos hombres, dotados naturalmente para seducir, o sólo más atrevidos y desenvueltos, llegan en una hora de conversación a una intimidad que otros no consiguen en un año. Pues bien: estos hombres audaces o seductores, cuando se les ofrece una ocasión, se permiten contactos que a los más tímidos nos parecen odiosos ultrajes, y que las mujeres consideran sólo como atrevimientos perdonables provocados por su irresistible atractivo.

—Hay hombres que resultan inconvenientes. ¿No es verdad?—le dije.

Y ella, riendo estrepitosamente, con una de esas risas que parecen un ataque de nervios, respondió:

—¡Ah! ¡Ah! ¿Inconvenientes? Los hay que se atreven a todo.. inmediatamente... A todo, ¿sabes? Y a otras cosas más...

Me sentí malamente impresionado, como si oyese la confesión de algo monstruoso, y le dije:

—¿Pero vosotras lo permitís?

—No, no lo permitimos... Les arañamos... Pero nos divierten... Son mucho más agradables que vosotros... Más emocionantes... Porque a su lado siempre hay que defenderse... No dejan un momento de tranquilidad... Y es delicioso tener miedo... Miedo a esas cosas... No podemos descuidarnos un momento... Como si nos batiéramos en duelo. Hay que adivinar en sus ojos lo que piensan hacer y adónde se dirigirán sus manos. Son unos granujas, no lo niego; pero nos quieren más que vosotros.

Una sensación singular, imprevista, me sobrecogió. Aun estando soltero y decidido a morir soltero, sentí las emociones de un marido ante aquella confidencia. Me creí el amigo, el aliado, el hermano de todos aquellos hombres confiados, que son diariamente, si no robados, al menos defraudados por tan grandes bribonas.

Y a esa extraña emoción obedezco aún al comunicar a usted mis reflexiones para que lance un grito de alarma que avise a los maridos.

Me quedaba una duda; la borrachera podía ser causa de mentiras o exageraciones, y pregunté:

—¿Cómo no se os ocurre alguna vez referir esas aventuras cuando sois inocentes?

Me miró compasivamente y con tal sinceridad, que la creí en su juicio:

—Eres tonto, amigo mío. ¿Cómo hemos de hablar de tales cosas? ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Por ventura, tu criado te da cuenta de que te sisa? Pues bien: esto es nuestra sisa. El marido no debe quejarse, no pasando nosotros de ahí. ¡Qué tonto eres! Hablar de tales cosas, fuera por lo menos infundir sospechas, alarmas inconvenientes; porque a nadie perjudican los ataques mientras la mujer sabe resistirse.

—De modo que... ¿Te han besado muchas veces?—pregunté con aturdimiento.

Y me respondió con el desprecio soberano que sin duda merece un hombre que ignora esto:

—¡Claro! Y a todas las mujeres. Haz una prueba con la que te dé la gana y verás. No seas tonto; dale un beso a la señora X, tan pulcra, tan joven y honesta... Dales besos a todas..., manoséalas..., y te convencerás...

De pronto, riendo, arrojó al aire su copa llena, y el champaña, cayendo como una lluvia, inundó la mesa y apagó tres bujías, quedando los pedazos de cristal esparcidos por el suelo. Después quiso agarrar una botella para repetir la misma suerte y se lo impedí. Comenzó a gritar desafortadamente; le dio de pronto un ataque de nervios. Era inevitable; no me sorprendió, porque lo tenía previsto...

Pasados algunos días, teniendo ya casi olvidadas las revelaciones de mi querida, encontré una noche en una tertulia a la pulcra, joven y honesta señora X. Como vivíamos en el mismo barrio, me ofrecí a acompañarla, y ella aceptó.

Cuando estuvimos en el coche, recordé las recomendaciones de la otra, y creyendo llegada la hora de probarlo, no sabía cómo empezar el ataque.

De pronto, sentí el valor desesperado de los cobardes y me lancé diciendo:

—Estaba usted muy seductora esta noche.

—Sería una excepción —me dijo riendo—, pues hasta, esta noche no lo había usted advertido.

No supe qué añadir. Decididamente no tengo condiciones para las escaramuzas galantes. Después de reflexionar un poco, encontré una frase oportuna:

—Lo he notado siempre, pero nunca me atreví a decirlo.

—¿Por qué?

—Porque... se me hacia difícil...

—¿Difícil decirle a una mujer que se la encuentra encantadora? ¿En qué mundo vive usted? Esas cosas deben decirse siempre, aun cuando no se crean del todo, porque siempre nos gusta oírlas.

Animándome de pronto, sintiéndome audaz en un instante, la cogí por la cintura y busqué sus labios con los míos.

Sin embargo, como yo temblaba, no le parecí terrible. Sin duda debí de combinar y ejecutar mal el movimiento, porque la señora X, sólo con apartar un poco la cabeza, consiguió evitar mi contacto, y dijo:

—No; eso, no; es demasiado... Va usted muy de prisa... Me despeina usted. Es una imprudencia besar a una señora que lleva un peinado como el mío.

Me retiré a mi rincón abrumado por la derrota. El coche se detuvo; ella se apeó, y dándome la mano, dijo:

—Gracias por la compañía... Y tenga presente mi consejo.

A los tres días volví a encontrarla y me habló como si lo hubiera olvidado todo.

Sin que pueda evitarlo, me preocupan los otros..., los otros..., aquellos que saben aprovechar todas las ocasiones y tomar en cuenta los peinados.

*Gil Blas*, 23 de noviembre de 1886.

## *El guarda*

---

*Le garde*

Después de comer, hacían memoria de aventuras y accidentes de caza.

Un viejo amigo de todos, el señor Bonifacio, gran cazador de alimañas y gran bebedor de vino, un hombre robusto y alegre, lleno de gracia, de buen sentido y de filosofía, de una filosofía irónica y resignada, que se manifiesta por agudezas mordaces y nunca por tristes reflexiones, dijo de pronto:

—Yo sé una; sé una historia de caza o más bien un drama de caza muy extraño. No se parece a nada en su género, por lo cual nunca me decidí a contarlo, suponiendo que a nadie agradaría. No es de asunto simpático, ¿entienden? Quiero decir, que no se reviste con esa especie de interés que apasiona, encanta o entenece de un modo agradable. Ustedes juzgarán.

Entonces tenía yo treinta y cinco años, aproximadamente, y cazaba como un furioso.

En aquella época, era dueño de un soto en las cercanías de Tumiéges, rodeado de bosques y muy bueno para la liebre y el conejo.

Iba yo solo allí cuatro o cinco días al año; las condiciones de la vivienda no me permitían llevar amigos.

Tenía de guarda en el soto a un gendarme retirado y viejo, un buen hombre, de mucha severidad y celoso de su deber, terrible para los cazadores furtivos y que no temía nada. Lejos del pueblo, habitaba él solo una casita o, mejor dicho, una casucha, compuesta de cocina y bodega en la planta baja y dos alcobas en el piso de arriba. Una de las alcobas, en la cual a duras penas cabían la cama, un armario y una silla, era mi dormitorio. El tío Cavalier ocupaba la otra. Si digo únicamente que él vivía allí solo no soy exacto, pues con él estaba un sobrino suyo, un ganapán de catorce años, que le servía para ir a comprar las provisiones al pueblo, que distaba de allí tres kilómetros y para los pequeños menesteres cotidianos.

Ese pícaro, flaco, larguirucho, algo encorvado, tenía los cabellos amarillos y a manera de plumón; tenía unos pies enormes y unas manos gigantescas: manos de coloso. Era un poco bizco y nunca miraba de frente. Me hacía el efecto de ser, entre la raza humana, lo que son las alimañas entre los animales: una garduña, un zorro.

Dormía en un hueco, al fin de la escalera. Pero durante mi corta residencia en El Pabellón — yo llamaba El Pabellón a la casucha—, Mario cedía el escondrijo a una vieja de Escorcheville, que iba para guisar, porque los condimentos del tío Cavalier no eran aceptables.

Ya conocen ustedes el escenario y los personajes. Oigan el drama:

Era en mil ochocientos cincuenta y cuatro, el quince de octubre. Recuerdo la fecha y nunca la olvidaré. Salí de Ruán a caballo; mi perro Boch. me seguía, un buen perro ancho de pecho y duro de boca; se zambullía entre las zarzas como un sabueso de Pont-Audemez.

Llevaba yo el maletín a la grupa y la escopeta en bandolera. Era un día frío, de mucho viento, y triste; abigarradas nubes corrían por el espacio.

Subiendo la cuesta de Cantelou, contemplaba el extenso valle del Sena, atravesado por el río que serpentea y se pierde a lo lejos, en el horizonte. Ruán, a la izquierda, luciendo sus campanarios, y a la derecha, se complacían los ojos en vertientes lejanas cubiertas de árboles. Atravesé luego el bosque de Roumare, yendo unas veces al paso y

otras al trote; a las cinco me hallaba frente al Pabellón, donde salieron a recibirme Celeste y el tío Cavalier.

Durante diez años, en la misma fecha, me presenté de igual modo, y las mismas bocas me saludaron con las mismas palabras:

—Buenas tardes tenga el señor. ¿Está bien de salud?

Cavalier apenas envejecía; se defendía contra los años como un tronco viejo; pero Celeste iba quedándose desconocida. Enteramente doblada, pero siempre activa, su busto formaba con sus piernas un ángulo casi recto. La pobre vieja, siempre muy servicial, parecía conmovida todos los años al verme llegar; y al verme partir, decía siempre:

—Tal vez no volveremos a vernos, mi bondadoso amo.

Y el adiós desconsolador y tímido de aquella criada humilde, su resignación, sin esperanza, sintiendo próxima su muerte, me conmovían de una manera profunda.

Después de apearme, alargué la mano a Cavalier para estrechar la suya, y mientras él llevaba el caballo a un cobertizo pequeño que servía de cuadra, yo entré, seguido por Celeste, en la cocina, que servía de comedor.

Luego el guarda se acercó a nosotros. Comprendí al instante que algo le sucedía; no lucía en su rostro la expresión de siempre; sin duda estaba preocupado, inquieto.

Le dije:

—Bravo, Cavalier. ¿Todo marcha bien?

Y murmuró:

—Bien, y mal. De todo... Algo... no marcha.

Le pregunté:

—¿Qué ocurre, amigo? ¿De qué se trata?

Bajó la cabeza, diciendo:

—No, todavía no, señor; no quiero mortificarle, cuando apenas ha llegado, con mis cavilaciones.

Insistí, pero se negó en absoluto a decírmelo antes de comer. Sin embargo, en su preocupación comprendí que se trataba de alguna cosa grave.

Por hablar de algo, dije:

—¿Tenemos caza?

—¡Oh! Caza..., sí; hay caza, bastante caza, la que usted quiera. Gracias a Dios, tengo buen cuidado.

Decía esto con tanta gravedad, con una gravedad tan afligida, que resultaba cómica. Sus gruesos bigotes grises parecían desmayar sobre sus labios.

De pronto, me di cuenta de que no se había presentado el sobrino.

—¿Y Mario? ¿Por qué no se presenta?

El guarda tuvo una especie de sobresalto, y, encarándose conmigo resueltamente, contestó:

—Bien, señor; vale más que se lo diga de una vez. Sí, vale más. El tiene la culpa de mis cavilaciones.

—¡Oh! Y ¿adónde ha ido?

—Está en la cuadra, señor.

—Pero ¿qué hace? ¿Qué ha pasado?

El guarda todavía dudó; con la voz demudada y temblorosa y el rostro contraído, surcado por grandes arrugas, arrugas de viejo, dijo lentamente:

—Verá usted. Este invierno notaba que había merodeadores en el bosque de Rosevais, pero no pude atrapar a nadie. Pasaba noches y noches en acecho. Nada. Luego vi que también merodeaban por la parte de Ecorcheville. Y a todo esto, yo me consumía

de rabia. ¿Cómo podían evitarme siempre? Toda mi astucia resultaba inútil, pues adivinaban mis proyectos.

Pero un día, limpiando el pantalón de Mario, su pantalón de los domingos, encontré dos francos en un bolsillo. ¿De dónde había sacado aquello el mozo?

Reflexioné durante una semana, reparando que salía siempre cuando yo entraba.

Entonces le observé, pero sin imaginar aún lo que sucedía. ¡Oh, sin imaginarlo, sin una sospecha! una mañana, después de acostarme para que lo viera, me levanté y le seguí. Para seguir una pista no hay otro que me iguale, señor.

Y le sorprendí a él, a mi sobrino, poniendo lazos en la finca de mi señor; él, mi sobrino, burlando al guarda, señor; a su tío el guarda.

La sangre se me subió a la cabeza. Le di tantos golpes que a poco le mato. Una paliza buena, y le prometí que le daría otra delante del señor, cuando el señor viniese, para castigo, porque es necesario un castigo.

Esto pasa. La tristeza me consume. Usted sabe cómo corroe una contrariedad así. ¿Usted qué hubiera hecho? Mario no tiene padre ni madre, no tiene más familia que yo; por eso no le despedí. No debo abandonarle, ¿verdad? Pero ya le dije que si reincidía, todo acababa, todo. Esto es. ¿Hice mal, señor?

Le ofrecí una mano, diciéndole:

—Hizo usted muy bien, muy bien; eso es lo que hace un hombre honrado.

Se levantó:

—Gracias, muchas gracias. Voy buscarle, señor. Necesita un castigo, un escarmiento.

Estaba yo seguro de que sería inútil tratar de disuadirle.

Salió para traer al muchacho de una oreja.

Yo, sentado en una silla, puse cara de juez severo.

Mario había crecido mucho, estaba más feo que nunca, y era su porte más desapacible, más bellaco. Y sus manazas parecían monstruosas.

Cavalier lo arrastró a mi presencia, ordenándole:

—Pide perdón al dueño.

El muchacho no dijo una palabra.

Entonces, agarrándole por un brazo, comenzó a sacudirle con tal violencia, que me levanté para contenerle.

Mario gritaba:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Yo prometo...

Cavalier, empujándole, le obligó a ponerse de rodillas.

—¡Pide perdón ahora mismo!

El mozo murmuró con los ojos bajos:

—Le pido perdón...

Entonces Cavalier le alzó de un brazo, y lo despidió con un puntapié, que a poco le hace rodar por el suelo.

Marlo escapó, y no volvimos a verle.

Pero Cavalier no estaba satisfecho

—Tiene malos instintos —murmuró.

Y durante la comida repetía:

—Esto me abruma, señor, esto me abruma.

Quise consolarle. Fue inútil.

Y me acosté muy temprano para salir de caza al despuntar el día.

Mi perro durmió a los pies de mi cama.

Me despertaron hacia medianoche sus furiosos ladridos. Y noté que mi cuarto estaba lleno de humo. Salté de la cama, encendí una vela y abrí la puerta. Un remolino de llamas entró. Ardía la casa

Volví a cerrar la puerta, de vieja encina, y después de ponerme los pantalones, haciendo un rollo con las sábanas, bajé al perro por la ventana, y poniendo en salvo el zurrón y la escopeta, salí por el mismo sitio.

Cuando estuve abajo, grité con todas mis fuerzas:

—¡Cavalier! ¡Cavalier! ¡Cavalier!

Pero el guarda no despertó. Tenía el sueño pesado.

Y mientras, yo veía por las ventanas bajas el fuego formidable, porque la cocina estaba llena de paja.

Indudablemente, aquello era intencionado.

Yo gritaba:

—¡Cavalier!

Acaso el humo los asfixió. Tuve idea, y cargando los dos cañones de mi escopeta, disparé uno contra su ventana.

Los cristales cayeron hechos trizas. El guarda, entonces, despertó, asomándose aterrado, en camisa, enloquecido por aquel fulgor violento que inundaba su alcoba.

Le dije:

—Arde todo. Échese por la ventana.—¡De prisa! ¡De prisa!

Las llamas, apareciendo por las aberturas del piso bajo, lamían las paredes. Cavalier saltó y cayó en pie como un gato.

Al mismo tiempo el tejado crujió. El fuego, que se retorcía en la escalera estrechamente, asomó por arriba en alegres llamas vencedoras, lanzando chispas y chirridos.

Poco después todo formaba una hoguera.

Cavalier, aterrado, preguntó:

—¿Cómo habrá sucedido esto?

Yo le dije:

—Han prendido fuego en la cocina.

Cavalier murmuró:

—¿Quién podría?...

Y de pronto, exclamé:

—¡Sin duda, Mario!

El viejo lo comprendió, y balbucía:

—¡Jesús, María, José! ¡Por eso no se acostó en su cama!

Un horrible pensamiento me asaltó:

"¿Y Celeste?"

Grité:

—¡Celeste!, Celeste!

Nadie respondió, y la casa iba derrumbándose, consumiéndose, convertida en un brasero deslumbrador, sangriento, formidable. La pobre mujer estaría ya carbonizada.

No habíamos oído ni un lamento.

Pero como algunas llamas acariciaron el cobertizo, me acordé al instante de mi caballo. Cavalier corrió a salvarlo.

Apenas abrió la puerta de la cuadra, un cuerpo ágil se deslizó entre las piernas de Cavalier, haciéndole dar en el suelo de bruces. Era Mario, que huía rápidamente a todo correr.

El viejo se incorporó en un segundo. Quiso perseguir al muchacho, pero, comprendiendo al punto que no le alcanzaría, y enloquecido por un invencible furor,



cediendo a un impulso de venganza que no pude presumir ni evitar, cogió mi escopeta y, sin darme tiempo, antes que yo avanzase un paso, disparó. El tiro alcanzó al mozalbete, haciéndole caer y cubriéndole de sangre la espalda. Con las manos y los pies escarbaba la tierra intentando huir a gatas, arrastrándose como una liebre malherida.

Corrí hacia él; Mario agonizaba. Expiró en silencio, mientras ardía la casa.

Cavalier, en camisa, con las piernas desnudas, permanecía en pie, inmóvil, callado, embrutecido. Cuando las gentes del pueblo se lo llevaron, iba como loco.

\*\*\*

Declaré, como testigo, en el proceso, y referí detalladamente cuanto sabía.

Cavalier fue absuelto. Pero desapareció.

No he vuelto a verle ni a recibir noticias de aquel hombre honrado.

Esta es, amigos, la historia de caza que ahora cuento por vez primera.

*Le Gaulois*, 8 de octubre de 1884.

## *Un haragán*

---

*Bombard*

A Simon Bombard, con frecuencia le resultaba desagradable la vida.

Nació con una increíble aptitud para la holganza y con un deseo inmoderado de no contrariar esta vocación.

Todo esfuerzo moral o físico, todo movimiento realizado para satisfacer un trabajo, le parecía superior a sus fuerzas. En cuanto se hablaba en su presencia de un asunto serio, el pensamiento de Bombard se distraía; era incapaz de profundizar nada, ni siquiera de poner su atención fija en nada.

Hijo de un tendero de novedades de Caen, había escapado muy agradablemente, como decían los de su familia, hasta los veinticinco años.

Pero como sus padres vivieron siempre más próximos de la quiebra que de la fortuna, pasó grandes apuros y escaseces de dinero.

Alto, fornido, guapo mozo, con patillas rojas al uso normando, la tez sonrosada, los ojos azules, alegre y simple, insinuándosele —acaso por el género de vida que llevaba— la curva de la felicidad; vestía con una elegancia estrepitosa de provinciano en día de fiesta. Reía, gritaba, gesticulaba por cualquier cosa, mostrando un buen humor alborotado, con la desenvoltura de un viajante. Imaginaba que la vida sirve sólo para pindonguear y bromear, y en cuanto las circunstancias le obligaban a refrenar su alegría ruidosa, caía en una especie de somnolencia estúpida, pues era incapaz hasta de la tristeza.

Sus necesidades, los apuros monetarios, le inquietaban, y solía repetir una frase que se hizo famosa entre todos los que le conocieron:

—Por diez mil francos de renta, soy verdugo.

Iba todos los años a pasar quince días en Trouville, y a esto le llamaba "su veraneo".

Se instalaba, de convidado, en casa de unos primos que le cedían una alcoba, y desde que llegaba hasta que se iba, diariamente no hacía más que pasear por el tablado que bordea la playa.

Andaba satisfecho y erguido, llevando las manos en los bolsillos o cruzadas atrás, vistiendo siempre trajes holgados, chalecos claros y corbatas llamativas; llevando el sombrero ladeado y un puro de cinco céntimos en la boca.

Se rozaba con las mujeres elegantes, y era impertinente con los hombres, como un "guapo" siempre dispuesto a todo, buscando siempre..., buscando... Porque no hay duda que buscaba.

Sí; buscaba una mujer, contando para seducirla con su arrogancia, con su físico; había calculado:

—¡Qué demonio! Entre las muchas que van a Trouville, acabaré por encontrar la que necesito.

Y buscaba, oliscando como un perro pachón, con sus narices de normando, seguro de que al fin hallaría su fortuna. Verla y adivinarla.

Un lunes por la mañana, murmuró:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!

Hacía un tiempo magnífico, uno de esos días dorados y azules del mes de julio, en que todo se vuelve calor. La extensa playa, cubierta de gente, con los colores de los trajes y de las sombrillas, parecía un jardín; un jardín donde cada flor, cada capullo, fuese una mujer; y las barcas pescadoras, con sus velas oscuras, adormecidas, reflejando

en el agua su inmovilidad, recibían una lluvia de sol. Eran las diez; y unas más cerca, otras más lejos del muelle de madera; pero todas paradas, parecían rendidas por el bochorno de un día de verano, demasiado perezosas para lanzarse a alta mar o para recogerse en el puerto. Y, a lo lejos, asomaba vagamente, dibujada entre las brumas, la costa del Havre, sobre cuyas alturas se divisaban dos puntos blancos: los faros de Saint Adreisse.

Bombard había pensado: "¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!", al encontrarla por tercera vez, sintiendo clavados en él aquellos ojos de mujer madura, experimentada y atrevida, que se ofrece.

Ya se habla fijado en ella días antes, porque también ella parecía buscar algo. Era una inglesa, de buena estatura, delgada; la inglesa audaz que se ha convertido, por especiales circunstancias, viajando mucho, en una especie de hombre. No era desagradable; andaba resueltamente, pero a pasos cortos; vestía con sencillez, pero adornaba su cabeza de un modo extravagante, como todas acostumbran. Tenía buenos ojos, los pómulos bastante salientes, bastante arrebolados; los dientes muy largos, y los mostraba de continuo.

Al llegar cerca del puerto, Bombard retrocedió con la esperanza de verla nuevamente. Al cruzarse con ella la cubrió con una mirada encendida, con una mirada que parecía decir:

—¡Aquí me tienes!

Pero ¿cómo entablar conversación?

La vio por quinta vez, y cuando estaban ya cerca el uno de otro, ella dejó caer la sombrilla.

El se apresuró a recogerla, diciendo:

—Permítame usted, señora...

Y ella respondió:

—Es usted muy amable, caballero.

Se miraron, sin ocurrírsele a ninguno cómo empezar la conversación. Ella se había ruborizado.

Entonces, envalentonándose, Bombard insinuó:

—Hace un hermoso tiempo.

Ella reputó:

— ¡Ah! Muy hermoso.

Y volvieron a quedar en silencio, mirándose, turbados, y sin pensar en apartarse el uno del otro. Al fin, ella tuvo el atrevimiento de preguntar:

—¿Ha venido usted para mucho tiempo a esta playa?

El, sonriendo, contestó:

—Sólo de usted depende.

Y bruscamente, propuso:

—Vayamos al muelle. ¡Oh! El mar es hermoso en días así.

Ella, dijo, sencillamente:

—Sí, vayamos.

Y avanzaron juntos: ella, rígida, y él, balanceándose como un pavo que hace la rueda.

A los tres meses, algunos comerciantes de Caen recibieron una esquila que decía:

En una página:

"El señor y la señora de Bombard tienen el honor de participar a usted el efectuado enlace de su hijo Simón, con la señora viuda Kate Robertson."

Y en la otra:

"La señora viuda Kate Robertson tiene el honor de participar a usted su efectuado enlace con el señor Bombard."

Se instalaron en París.

La fortuna de la novia producía quince mil francos de renta saneada. Simón quería cuatrocientos francos mensuales para su bolsillo particular; y para lograrlo probó que su ternura merecía aquel derroche; lo probó con facilidad y obtuvo lo que deseaba.

Todo fue bien al principio. La frescura de la señora Bombard, que no era muy joven, había sufrido grandes averías; pero ella tenía una manera de pedir las cosas que imposibilitaba en absoluto al marido para negarlas.

Decía con su expresión voluntariosa y grave:

—Simón, vámonos a la cama.

Y Simón iba tras ella como un perro cuando le mandan entrar en la casulla.

Ella sabía ordenar en todo, así de noche como de día, con autoridad que no admite resistencia.

Nunca se incomodaba, no daba escándalos ni quejas; no levantaba nunca la voz; nunca mostraba disgusto, enfado, ni siquiera molestia; sabía decir las cosas y hablaba oportunamente, de tal modo, que sus proposiciones jamás admitían réplica.

Más de una vez, Simón estuvo a punto de dudar; pero ante los deseos imperiosos y definitivos de aquella extraña mujer, cedía siempre.

Sin embargo, como le resultaban monótonas y angulosas las caricias conyugales y como llevaba en el bolsillo dinero suficiente para darse un gusto, se pagó repetidas dichas, pero siempre con mil precauciones.

La señora pudo notar lo sin que Bombard supiera cómo, y cuando menos lo esperaba el marido, le anunció que había tomado una casa en Mantes, donde vivirían en lo por venir.

La existencia se hizo más dura. Simón probó algunas diversiones, que nunca le compensaron la necesidad y el gusto de tratos femeninos que le pedía el cuerpo.

Pescador de caña, supo distinguir dónde abundaban los gobios, qué lugares prefieren las carpas, los pastos favoritos de la brena y los diversos cebos que gustan más a varios peces.

Pero mirando el corcho a flor de agua, otras visiones atormentaban su espíritu.

Se hizo amigo del oficial primero de la Subprefectura y del capitán de gendarmes; jugaban al whist en el café del Comercio, pero sus ojos tristes desnudaban a la reina de trébol y a la sota de cuadro, mientras el problema de las piernas ausentes, en aquellas figuras de dos cabezas, embrollaba del todo los delirios de su imaginación.

Entonces concibió su plan, un verdadero plan de normando ladino, logrando que la inglesa tomase una criada que le convenía; no una mujer bonita, coqueta y acicalada, sino una mocetona robusta y gruesa, que no despertaría sospechas y que ya estaba dispuesta para realizar sus proyectos.

Le fue cedida y recomendada por el recaudador de contribuciones, un amigo complaciente y cómplice, que la garantizaba en todos conceptos. Y la señora Bombard aceptó sin reparo a la nueva criada.

Simón era feliz; con muchas precauciones, con dificultades increíbles, con sustos infinitos.

Solamente podía librarse de la vigilancia marital durante cortos instantes, y sin tranquilidad absoluta.

Buscaba un recurso, una estratagema, y acabó por encontrar una que le parecía maravillosa.

La señora, no sabiendo qué hacer, se acostaba pronto, mientras que Bombard, jugando al whist en el café del Comercio, se retiraba todos los días a las nueve y media

en punto. Imaginó que Victoria, la criada, le aguardase de noche al pie de la escalera, en el vestíbulo, a oscuras.

A pesar de todo, nunca empleaba más de cinco minutos en estas alegrías, temeroso de una sorpresa; pero, al fin, cinco minutos bastaban para satisfacerle, y, de cuando en cuando, regalaba un luis de oro a la moza, pues era espléndido en sus aventuras.

Reía del engaño y triunfaba, repitiendo en alta voz, como el barbero del rey Midas en los cañaverales del río, pescando:

—Ya cayó uno más, patrona.

Y el placer del engaño le compensaba de todo lo que había de incompleto y de vulgar en el goce.

Pero cierta noche halló, como de costumbre, a Victoria en el vestíbulo, aguardándole al pie de la escalera. Ella estaba sin duda más animada que solía, y este atractivo le hizo prolongar hasta diez minutos el entretenimiento.

Cuando entró en la alcoba conyugal, no vio allí a la señora. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y vencido por una cruel angustia, se aplomó en una butaca.

La mujer apareció con una bujía en la mano.

El marido preguntó estremeciéndose:

—¿De dónde vienes?

Ella respondió tranquilamente:

—De la cocina, de beber un vaso de agua.

Bombard hizo lo posible por tranquilizarse; la inglesa se mostró dichosa y confiada. Esto lo animó.

Cuando entraron en el comedor, a la mañana siguiente, para tomar su almuerzo, Victoria puso en la mesa un plato de chuletas.

La señora Bombard, dándole un luis de oro que llevaba en la mano, dijo con voz tranquila y grave.

—Toma, hija mía: toma los veinte francos de anoche, que te había cogido. Te los devuelvo.

La muchacha, sorprendida, estúpida, tomó la moneda, mientras Bombard aterrado, abría unos ojos enormes.

*Le Gaulois*, 27 de julio de 1885

## *Hautot, padre e hijo*

---

*Hautot père et fils*

Ante la puerta de la casa, mitad alquería y mitad mansión solariega, una de esas moradas rurales mixtas que fueron casi señoriales y que actualmente habitan ricos labradores, los perros atados a los manzanos del patio ladraban y aullaban al ver los morrales que llevaban el guarda y unos chiquillos. En el gran comedor —cocina, Hautot padre; Hautot hijo; el recaudador de contribuciones, señor Bermont, y el notario, señor Mondaru, tomaban un tentempié y bebían un trago antes de salir a cazar, pues era el día en que levantaban la veda.

Hautot padre, orgulloso de todo lo que poseía, alababa de antemano la caza que sus invitados iban a encontrar en sus tierras. Era un normando altísimo, uno de esos hombres fornidos, sanguíneos, huesudos, que levantan con sus hombros carros llenos de manzanas. Medio campesino, medio caballero, rico, respetado, influyente, autoritario, había mandado a la escuela a su hijo César Hautot a fin de que recibiera instrucción, pero en el tercer año lo había sacado del colegio por miedo a que se convirtiera en un señor indiferente a la tierra.

César Hautot, casi tan alto como su padre, pero más delgado, era un buen hijo, dócil, contento de todo, lleno de admiración, de respeto y de deferencia por los deseos y opiniones de Hautot padre.

El señor Bermont, el recaudador, un hombre pequeño y regordete que tenía las mejillas coloradas llenas de múltiples redecillas de venas violetas semejantes al curso tortuoso de los ríos y de sus afluentes en los mapas de geografía, preguntaba:

—¿Y liebres? ¿Hay muchas liebres?...

Hautot padre respondió:

—Todas las que usted quiera, sobre todo en los valles del Puysatier.

—¿Por dónde empezaremos? —preguntó el notario, un hombre amante de la buena vida, seboso y pálido, barrigón y ceñido dentro de su traje nuevo de cazador comprado en Rouen la semana anterior.

—Bueno, pues por allí, por los valles. Ojcaremos las perdices hacia la llanura y allí caeremos sobre ellas.

Hautot padre se levantó. Los demás lo imitaron, cogieron sus escopetas, apoyadas en los rincones de las paredes, las examinaron, golpearon el suelo con los pies para afirmarse en las botas algo duras, no suavizadas aún por el calor de la sangre, y salieron. Los perros, alzándose sobre las patas traseras y tirando de las cadenas, aullaron, batiendo el aire con sus patas delanteras.

Todos se pusieron en camino hacia el Puysatier, un pequeño valle o, mejor dicho, una gran ondulación de tierras de mala calidad, por esta razón sin cultivar, surcadas de barrancos, cubiertas de helechos, excelente reserva de caza.

Los cazadores se desplegaron, Hautot padre hacia la derecha, Hautot hijo hacia la izquierda y los dos invitados en el centro. El guarda y los portadores de los morrales los seguían. Era el instante solemne en que se espera el primer tiro, en que el corazón late un poco más de prisa, mientras el dedo nervioso palpa constantemente los gatillos.

¡De repente se oyó el primer tiro! Hautot padre había disparado. Todos se pararon y vieron una perdiz que, despegándose de una bandada que huía a todo volar, caía en un barranco en medio de la maleza espesa. El cazador excitado echó a correr, saltando por

encima de las zarzas, arrancando las que le impedían avanzar, y desapareció en la espesura, en busca de la pieza.

Casi inmediatamente sonó un segundo tiro.

—¡Ah, ah, qué pillo! —gritó el señor Bermont—. Seguro que ha descubierto una liebre por ahí abajo.

Todos esperaban con los ojos puestos en aquel montón de ramas impenetrables a la mirada.

El notario, sirviéndose de sus manos a modo de bocina, gritó:

—¿Las ha cogido?

Hautot padre no contestó; entonces César, volviéndose hacia el guarda, le dijo:

—Vete a ayudarle, José. Nosotros nos quedamos en línea y esperaremos.

José, un tronco viejo de hombre seco, sarmentoso, que tenía las articulaciones llenas de bultos, echó a andar con un paso tranquilo y bajó por el barranco, buscando los boquetes practicables con precauciones de zorro. Inmediatamente gritó:

—¡Vengan, vengan, ha ocurrido una desgracia!

Todos acudieron y se metieron entre las zarzas. Hautot padre, caído de costado, desvanecido, se agarraba con las manos la barriga; a través de la chaqueta de tela desgarrada por el plomo, corrían unos hilillos de sangre sobre la hierba. Al soltar la escopeta para coger la perdiz muerta al alcance de su mano, había dejado caer el arma, y el segundo tiro, disparándose con el golpe, le había destrozado las entrañas. Lo sacaron de la zanja, lo desnudaron y dejaron al descubierto una herida horrorosa por donde se le salían los intestinos. Entonces, después de agarrarle la herida como buenamente pudieron, lo llevaron a su casa y esperaron la llegada del médico, avisado en seguida, y de un sacerdote.

Cuando el médico llegó, meneó gravemente la cabeza y, volviéndose hacia Hautot hijo, que sollozaba sentado en una silla, dijo:

—Muchacho, esto no tiene buen aspecto.

Pero cuando el médico terminó la cura, el herido movió los dedos, abrió la boca, después los ojos, y, mirando ante sí con una mirada turbia y huraña, pareció rebuscar algo en la memoria, recordar, comprender al fin, y murmuró:

—¡Por vida de Dios! Esto se acaba.

El médico le tenía cogida la mano.

—No, no, unos días de descanso solamente, no será nada.

Hautot continuó:

—¡Esto se acaba! ¡Tengo rajada la barriga! Lo sé muy bien. —Y de repente dijo—: Quiero hablar con mi hijo, si me da tiempo.

Hautot hijo, a pesar suyo, lloriqueaba y repetía como un niño pequeño:

—¡Papá, papá, pobre papá!

Pero el padre le cortó con un tono más firme:

—Venga, no llores más, no es el momento oportuno. Tengo que hablarte. Ponte aquí, cerca de mí; terminaré en seguida y me quedaré más tranquilo. Los demás, por favor, dejadnos un minuto.

Todos salieron, dejando al hijo y al padre frente a frente.

En cuanto se quedaron solos, Hautot padre habló:

—Escucha, hijo, tú tienes veinticuatro años, se te pueden decir las cosas. Además, lo que te voy a decir no es para tanto, aunque los hombres hagamos un misterio de ello. Sabes muy bien que tu madre murió hace siete años, ¿verdad?

El hijo balbució:

—Sí, es verdad.

—Tu madre, pues, murió hace siete años y yo me quedé viudo. Pero un hombre como yo no está hecho para quedarse viudo a los treinta y siete años, ¿verdad?

El hijo contestó:

—Sí, es verdad.

El padre, jadeante, muy pálido, con la cara crispada, continuó:

—¡Dios mío, cuánto me duele! Pues bien, tú lo comprendes. El hombre no está hecho para vivir solo, pero yo no quería que nadie ocupara el lugar de tu madre, pues se lo había prometido. Entonces... ¿comprendes?

—Sí, padre.

—Entonces me eché una amiguita en Rouen, calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta (te digo todo esto para que no lo olvides), pero una amiguita que ha sido muy buena conmigo, cariñosa, abnegada, una verdadera mujer, ¡vaya! ¿Te das cuenta, muchacho?

—Sí, padre.

—Así que si yo me voy de este mundo, tengo una deuda con ella, pero algo que de verdad pueda ayudarla realmente. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—Te aseguro que es una buena chica, sí, lo que se dice una buena chica, y que sin ti y sin el recuerdo de tu madre, y también sin la casa en que hemos vivido los tres, la hubiera traído aquí y me hubiera casado con ella, seguro... Escucha... escucha...hijo mío... yo hubiera podido hacer un testamento... ¡pero no lo hice! No quise hacerlo... pues ciertas cosas no se deben escribir... esas cosas... perjudican demasiado a los legítimos... y lo complican todo... ¡destrozan a todo el mundo! Sabes, el papel timbrado no es necesario: no lo uses nunca. Si yo soy rico es porque no lo utilicé en mi vida. ¿Comprendes, hijo mío?

—Sí, padre.

—Escucha todavía... Escucha bien... Así pues, no hice testamento... no quise hacerlo... Además, te conozco muy bien, tienes buen corazón, no eres roñoso, cicatero, vamos. Pensé que al final de mi vida te contaría las cosas y te pediría que no olvidases a la chica: Carolina Donet, calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta, no lo olvides. Escúchame todavía. Vete inmediatamente, cuando yo me haya ido. Y arréglatelas para que no guarde un mal recuerdo de mí. Tienes con qué hacerlo. Puedes hacerlo, te dejo bastante... Escucha... Durante la semana no está en su casa. Trabaja en casa de la señora Moreau, calle Beauvoisine. Vete el jueves. Ese día, ella me espera. Es mi día, desde hace seis años. ¡Pobre chica, lo que va a llorar!... Te digo todo esto porque te conozco bien, hijo mío. Estas cosas no se deben contar en público, ni al notario, ni al cura. Se hacen, todo el mundo lo sabe, pero no se dicen, excepto en caso de necesidad. Así, nadie extraño en el secreto, nadie más que la familia, porque la familia es todos en uno. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—¿Lo prometes?

—Sí, padre.

—¿Lo juras?

—Sí, padre.

—Te lo ruego, te lo suplico, hijo, no lo olvides. Me interesa muchísimo.

—No, padre.

—Vete tú mismo. Quiero que te cerciores de todo.

—Sí, padre.

—Y ya verás... ya verás... lo que ella te explicará. Yo no puedo decirte más. ¿Me lo juras?



—Sí, padre.

—Está bien, hijo mío. Dame un beso. Adiós. Voy a palmar, estoy seguro. Diles que entren.

Hautot hijo, sollozando, dio un beso a su padre y, dócilmente, abrió la puerta; apreció el sacerdote, de sobrepelliz blanca, con los santos óleos.

Pero ya el moribundo había cerrado los ojos y se negó a volverlos a abrir, se negó a contestar, se negó a mostrar, incluso por señas, que comprendía lo que le decían.

Había hablado bastante y no podía más. En ese momento, por otra parte, sentía una gran tranquilidad y quería morir en paz. ¡Qué necesidad tenía de confesarse con el delegado de Dios, puesto que acababa de confesarse con su hijo, que era de la familia!

Fue sacramentado, purificado, absuelto, rodeado de sus amigos y de sus servidores arrodillados, sin que un solo movimiento de su cara revelara que vivía todavía.

Murió hacia las doce de la noche, después de cuatro horas de convulsiones que indicaban sufrimientos atroces.

El domingo había sido el día de la apertura de la caza y el martes lo enterraron. De vuelta a casa, después de haber llevado a su padre al cementerio, César Hautot se pasó el resto del día llorando. Apenas durmió la noche siguiente, y se sintió tan triste al despertar que no sabía cómo iba a poder seguir viviendo.

Hasta la noche, sin embargo, estuvo pensando que, para cumplir la última voluntad paterna, debía ir a Rouen al día siguiente, y visitar a aquella muchacha, Carolina Donet, que vivía en la calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta. En voz baja, como se murmura una oración, había repetido este nombre y esta dirección un número incalculable de veces, para no olvidarlos, y terminaba por balbucirlos indefinidamente, sin poder detenerse o pensar en cualquier otra cosa, de tanto como su lengua y su mente estaban poseídas por esta frase.

Así pues, al día siguiente, hacia las ocho, mandó enganchar a Granodecebada al tílburí y salió al trote largo del pesado caballo normando por la carretera que va de Ainville a Rouen. Se había puesto la levita negra, el sombrero de seda y los pantalones de trabillas, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, no había querido ponerse por encima del traje de vestir el buzón azul que se infla al viento, protege la tela del polvo y de las manchas y uno se quita precipitadamente al llegar, en cuanto salta del coche.

César Hautot llegó a Rouen cuando estaban dando las diez, se detuvo como siempre en el hotel Bons-Enfants, calle de Tríos-Mares, soportó los abrazos del dueño, de la dueña y de sus cinco hijos, pues conocían ya la triste noticia, y no tuvo más remedio que dar toda clase de detalles sobre el accidente, cosa que le hizo llorar; también tuvo que rechazar los servicios de toda aquella gente, que se deshacía en atenciones porque lo sabían rico, e incluso rehusar comer con ellos, cosa que les ofendió.

Después de quitarse el polvo del sombrero, de cepillarse la levita y de limpiarse los botines, salió en busca de la calle del Eperlan, sin atreverse a preguntar el camino, por miedo a que lo reconocieran y despertar sospechas.

Al final, como no la encontraba, se dirigió a un sacerdote y, fiándose de la discreción profesional de los hombres de iglesia, le preguntó el camino.

La calle no estaba a más de cien pasos de allí, era precisamente la segunda calle a la derecha.

Entonces empezó a dudar. Hasta ese momento había obedecido ciegamente a la voluntad del muerto. Ahora se sentía completamente conmovido, confuso, humillado por la idea de verse él, el hijo, frente a aquella mujer que había sido la amante de su padre. Toda la moral que yace en nosotros, asentada en lo más hondo de nuestros sentimientos por siglos de enseñanza hereditaria, todo lo que había aprendido desde el

catecismo sobre las criaturas de mala vida, el desprecio instintivo que todo hombre siente contra estas mujeres, aunque se case con una de ellas, toda su honradez cerril de campesino, todo eso se agitaba en él, lo retenía, lo avergonzaba, lo sonrojaba.

Pero pensó: "Se lo he prometido a padre. No puedo faltar a mi palabra". Entonces empujó la puerta entreabierta de la casa señalada con el número 18, descubrió una escalera sombría, subió tres pisos, pasó una puerta y delante de la segunda tiró del cordel de la campanilla.

El tintín que resonó en el cuarto vecino corrió como un estremecimiento por todo su cuerpo. La puerta se abrió y se encontró frente a una joven muy bien vestida. Una morena de tez lustrosa que lo miraba con unos ojos atónitos.

El no sabía que decirle, y ella, que no sospechaba nada y que esperaba al otro, no lo invitaba a pasar. Así se contemplaron durante casi medio minuto.

Al final ella preguntó:

—¿Qué desea, señor?

El murmuró:

—Yo soy Hautot hijo.

La joven se sobresaltó, se puso pálida y balbució como si lo conociera desde hacía mucho tiempo:

—¿Don César?

—Sí.

—¿Y...?

—Tengo que hablarle de parte de mi padre.

Ella exclamó: "¡Oh, Dios mío!", y retrocedió para dejarle entrar. El cerró la puerta y la siguió.

Entonces vio a un niño de cuatro o cinco años, que jugaba con un gato, sentado en el suelo delante de la cocina de donde salía el humo de las fuentes que estaban al calor de la lumbre.

—Siéntese— dijo la joven.

El se sentó.

—Bueno, usted dirá.

César Hautot no se atrevía a hablar. Tenía los ojos fijos en la mesa que había en medio de la habitación, preparada con tres cubiertos, uno de los cuales era de niño. Miraba la silla de espaldas al fuego, el plato, la servilleta, los vasos, la botella de vino tinto ya comenzada, la botella de vino blanco intacta. ¡Era el sitio de su padre, de espaldas al fuego! Lo esperaban. Lo que veía era su pan, junto al tenedor, sin corteza a causa de la mala dentadura de Hautot. Después, levantando la vista, vio su retrato en la pared, la fotografía grande que se había hecho en París el año de la Exposición, la misma que estaba colgada encima de la cama de su alcoba de Ainville.

La joven volvió a decir:

—Bueno, usted dirá, don César.

El la miró. Se había puesto lívida de angustia y esperaba con las manos temblorosas de miedo.

Entonces él se atrevió a hablar.

—Pues bien, señorita, papá murió el domingo al inaugurar la caza.

Ella se quedó tan consternada que ni siquiera se movió. Después de unos instantes de silencio, murmuró con una voz casi imperceptible

—¡Oh, no es posible!

Y de repente las lagrimas asomaron a sus ojos; tapándose la cara con las manos prorrumpió en sollozos.

Entonces el pequeño volvió la cabeza y al ver a su madre llorando empezó a chillar. Después, comprendiendo que la pena repentina de su madre era causada por aquel desconocido, se precipitó contra César, le cogió con una mano del pantalón y con la otra le golpeaba el muslo con toda su fuerza. César permanecía trastornado, enternecido, entre aquella mujer que lloraba por su padre y aquel niño que defendía a su madre. El mismo sentía que la emoción se apoderaba de él, que los ojos se le hinchaban de tristeza; entonces, para serenarse, se puso a hablar.

—Sí —dijo—, la desgracia ocurrió el domingo por la mañana a eso de las ocho...

Y contó el accidente, pensando que ella lo escuchaba, sin olvidarse de ningún detalle, mencionando las cosas más nimias con una minucia de campesino. El niño seguía golpeándole, dándole ahora patadas en las espinillas.

Cuando llegó al momento en que Hautot padre había hablado de ella, la joven, al oír su nombre, se destapó la cara y preguntó:

—Perdón, no me he enterado de nada. Me gustaría saber... si no le importaría volver a empezar.

El volvió a empezar con las mismas palabras:

—La desgracia ocurrió el domingo por la mañana a eso de las ocho...

Y lo contó todo, extensamente, con pausas, con puntos, con reflexiones propias de vez en cuando. Ella lo escuchaba ávidamente, percibiendo con su sensibilidad nerviosa de mujer todas las peripecias que él contaba, estremeciéndose de horror, exclamando: "¡Oh, dios mío!" en alguna ocasión. El niño, creyéndola calmada, había dejado de darle patadas a César, y cogido de la mano de su madre escuchaba también como si hubiera comprendido.

Cuando terminó el relato, Hautot hijo añadió:

—Ahora, vamos a ponernos de acuerdo los dos según su deseo. Escuche, mi posición es desahogada, él me ha dejado suficientes bienes. Yo no quiero que usted tenga quejas...

Pero ella lo interrumpió con viveza:

—¡Oh, don César, don César, hoy no! Tengo el corazón deshecho... Otra vez, otro día... No, hoy no. Si yo acepto, mire... no es por mí... no, no, no, se lo juro. Es por el pequeño. Le pondremos esos bienes a su nombre.

Entonces César, espantado, adivinó todo y, balbuciendo, dijo:

—Así que... ¿es de él... el pequeño?

—Pues claro —dijo la joven.

Y Hautot hijo miró a su hermano con una emoción confusa, fuerte y penosa.

Después de un largo silencio, pues ella había empezado a llorar otra vez, César, bastante embarazado, prosiguió:

—Entonces, señorita Donet, voy a irme. ¿Cuándo quiere usted que hablemos de ello?

La señorita Donet exclamó:

—¡Oh, no, no se vaya, no se vaya, no me deje sola con Emilio! Me moriría de tristeza. No tengo a nadie, a nadie más que a mi niño. ¡Oh, qué desgracia, qué desgracia, don César! Siéntese. Hábleme más. Dígame lo que hacía él allí toda la semana.

César entonces tomó asiento, acostumbrado como estaba a obedecer.

Ella se acercó otra silla junto a él, delante de la cocina, donde las fuentes seguían calentándose al fuego, cogió a Emilio en su regazo y preguntó a César mil cosas sobre su padre, cosas íntimas por las que se veía, por las que se percibía sin razonar que aquella chica había querido a Hautot con todo su pobre corazón de mujer.

Por el encadenamiento natural de sus ideas, poco numerosas, César volvió otra vez al momento del accidente y se puso a contarle de nuevo con los mismos detalles.

Cuando dijo: "Tenía un agujero en la barriga en el que se hubieran podido meter los dos puños", ella lanzó una especie de grito y de nuevo las lágrimas brotaron de sus ojos. Entonces, por contagio, César se puso a llorar también, y como las lágrimas enternecen siempre las fibras del corazón, se inclinó sobre Emilio, cuya frente estaba al alcance de su boca, y le dio un beso.

La madre, recuperando la respiración, murmuraba:

—Pobrecillo, se ha quedado huérfano.

—Yo también —dijo César.

Y no volvieron a hablar.

Pero de repente, el instinto práctico de ama de casa, acostumbrada a pensar en todo, se despertó en la mujer.

—A lo mejor no ha tomado nada en toda la mañana, don César.

—No, señorita.

—Tendrá usted hambre. Le voy a preparar algo.

—Gracias —dijo él—, no tengo ganas, estoy demasiado afligido.

Ella contestó:

—¡A pesar de la pena, hay que vivir, no me lo rehusará usted! Además, así se quedará más tiempo. Cuando se marche usted, no sé lo que será de mí.

César Hautot cedió, después de cierta resistencia, y, sentándose de espaldas al fuego, frente a ella, comió un plato de callos recién retirados del fogón y bebió un vaso de vino tinto. Pero no permitió que ella descorchara la botella de vino blanco.

Varias veces le limpió la boca al niño, que se había manchado de salsa toda la barbilla.

Cuando se levantó para marcharse, preguntó:

—¿Cuándo quiere usted que vuelva para hablar del asunto, señorita Donet?

—Si no le importa, el jueves que viene, don César. Así no perderé tiempo. Estoy libre todos los jueves.

—De acuerdo. Entonces, hasta el jueves que viene.

—Vendrá a almorzar, ¿verdad?

—¡Oh, eso no puedo prometérselo!

—Es porque se charla mejor comiendo. Y tendremos más tiempo también.

—Bueno, está bien. A las doce entonces.

Y se marchó después de haberle dado un beso a Emilito y un apretón de manos a la señorita Donet.

A César Hautot se le hizo muy larga la semana. Nunca se había visto solo, y la soledad le parecía insoportable. Hasta entonces vivía al lado de su padre, como su sombra, le seguía por los campos, vigilaba la ejecución de sus órdenes, y cuando habían estado separados durante algún tiempo, volvía a encontrarlo a la hora de la cena. Después de cenar, pasaban las horas frente a frente, fumando en pipa, charlando de caballos, de vacas o de corderos; y el apretón de manos que se daban por la mañana parecía el intercambio de un cariño familiar y profundo.

Ahora César estaba solo. Erraba por los campos labrados del otoño, esperando ver erguirse al final de una llanura la alta silueta gesticulante de su padre. Para matar el tiempo, iba a casa de los vecinos, contaba el accidente a todos los que no lo sabían todavía; en ocasiones lo repetía una y otra vez a los que ya conocían la noticia. Después, a falta de ocupaciones y de pensamientos, se sentaba al borde de un camino preguntándose si esta clase de vida iba a durar aún mucho tiempo.

A menudo pensaba en la señorita Donet. Le había gustado. Le parecía que era como se debe ser, una chica dulce y buena, como había dicho su padre. Lo que se dice una

buena chica, era con toda seguridad una buena chica. Estaba resuelto a hacer las cosas a lo grande y a darle dos mil francos de renta, asegurando el capital para el niño. Incluso experimentaba cierto placer con la idea de que iba a verla de nuevo el jueves siguiente y arreglarlo todo con ella. Por otra parte, la idea de aquel hermano, aquel monigote de cinco años que era el hijo de su padre, le inquietaba, le fastidiaba un poco y le excitaba al mismo tiempo. Era una especie de familia la que tenía en aquel chiquillo clandestino que nunca se apellidaría Hautot, una familia que podía tomar o dejar a su guisa, pero que le recordaba a su padre.

Por eso, cuando se vio en el camino de Rouen, el jueves por la mañana, llevado por el trote sonoro de Granodecebada, sintió el corazón más ligero, más descansado, como todavía no lo había tenido desde su desgracia.

Cuando entró en el piso de la señorita Donet, vio la mesa puesta como el jueves anterior, con la única diferencia de que al pan no le había quitado la corteza.

Estrechó la mano de la joven, dio un beso a Emilio en las mejillas y se sentó, un poco como en su casa, aunque, al fin y al cabo, con el corazón afligido. A Hautot hijo le pareció que la señorita Donet había adelgazado y que estaba más pálida. Había debido de llorar enormemente. Ahora se la veía como azorada ante él, como si hubiera comprendido lo que no había sentido la semana anterior bajo el choque de la desgracia, y se deshacía en excesivos miramientos, con una humildad dolorosa y unas atenciones conmovedoras como para pagarle en esmero y abnegación la bondad que tenía para con ella. Almorzaron pausadamente, hablando del asunto que lo llevaba allí. Ella no quería tanto dinero. Era mucho, demasiado. Ella ganaba lo bastante para vivir, solamente deseaba que Emilio tuviera algún dinero para cuando fuera mayor. César insistió y le hizo además un regalo de mil francos para ella, para el luto.

Cuando acabo de tomarse el café, ella le preguntó:

—¿Fuma usted?

—Sí... Tengo la pipa.

Se palpó el bolsillo. ¡Vaya por Dios, la había olvidado! César iba a lamentarse cuando ella le ofreció una pipa de su padre que guardaba en el armario. La aceptó, la cogió, la reconoció, la olió, alabó su calidad con cierta emoción en la voz, la llenó de tabaco y la encendió. Después puso a Emilio a caballo sobre su pierna y le hizo jugar al jinete, mientras que ella quitaba la mesa y metía, en la parte baja del aparador, los cacharros sucios para fregarlos cuando él se hubiera marchado.

Hacia las tres, César se levantó a disgusto, fastidiado por la idea de tener que marcharse.

—Bueno, señorita Donet —dijo—, muy buenas tardes y encantado de haberla visto otra vez.

Ella se quedó ante él, colorada, muy emocionada, mirándole mientras pensaba en el otro.

—¿No nos volveremos a ver? —dijo—

El contestó sencillamente:

—Claro que sí, señorita, si usted quiere.

—Ciertamente, don César. Entonces, hasta el jueves próximo, ¿le parece bien?

—Sí, señorita Donet.

—Viene a comer, ¿verdad?

—Pues... si usted lo desea, yo no rehusó.

—De acuerdo, don César, el jueves próximo a las doce, como hoy.

—¡El jueves a las doce, señorita Donet!

# *La herencia*

---

*L'heritage*

## I

Aunque no habían dado las diez, un río de funcionarios entraba por la puerta principal del Ministerio de la Marina; venían con gran premura desde todos los rincones de París, porque se acercaba el día de Año Nuevo, época de laboriosidad y de ascensos, el ruido de pasos precipitados resonaba por todo el inmenso edificio, tortuoso como un laberinto, surcado por una red enmarañadísima de pasillos agujereados por innumerables puertas que dan acceso a las oficinas.

Penetraba cada cual en su compartimiento, estrechaba la mano del colega llegado antes que él, se quitaba la americana, endosaba la ropa vieja de trabajo y se sentaba a su mesa, en la que le esperaban montones de papeles.

Más tarde se trasladaban en busca de noticias a las oficinas contiguas. Preguntaban, en primer lugar, si había llegado el jefe, si traía cara de buen humor, si abultaba mucho el correo del día. El señor César Cachelín, oficial de entrada del negociado de "Material general", veterano suboficial de Infantería de Marina, que había ascendido por antigüedad a oficial primero, registraba en un gran libro todos los documentos que acababa de traer el ujier del gabinete. Enfrente de él, el escribiente, el tío Savón, un viejo estólido, famoso en todo el Ministerio por sus desgracias conyugales, transcribía con mano lenta un despacho del jefe y trabajaba, con cuerpo ladeado y la mirada oblicua, en rígida postura de copista minucioso.

El señor Cachelín, corpulento, de pelo blanco y corto, peinado en la parte superior del cráneo en forma de cepillo, hablaba, mientras se aplicaba a su tarea cotidiana:

—Treinta y dos piezas de correo de Tolón. Este puerto solo envía tantas como los otros cuatro juntos.

Hizo luego al tío Savón la pregunta de todas las mañanas:

—¿Cómo va la señora, querido tío Savón?

El viejo contestó, sin dejar de trabajar:

—Usted sabe ya, señor Cachelín, que ése es un tema muy doloso para mí.

El oficial de entrada se echó a reír, lo mismo que todos los días, al escuchar esta respuesta, que era todos los días igual.

Se abrió la puerta y entró el señor Maze, un buen mozo moreno; vestía con elegancia exagerada y se creía rebajado de clase cuando pensaba que su físico y sus maneras eran acreedoras a una situación superior a la que ocupaba. Llevaba encima joyas de mucho volumen y una gruesa cadena de reloj; usaba monóculo por dárselas de elegante, pues se lo quitaba para trabajar, y jugaba con frecuencia las muñecas con un movimiento calculado para que se le viesen los puños de la camisa, adornados de abultados gemelos brillantes. Preguntó desde la puerta:

—¿Mucho trabajo para hoy?

El señor Cachelín contestó:

—Es Tolón el que empuja siempre. Se ve que se acerca el Año Nuevo; aquella gente se excede en el trabajo.

Asomó a su vez otro funcionario, el señor Pitolet, hombre bromista y culto, y preguntó, riendo:

—¿No estamos nosotros exagerando también un poco?

En seguida sacó el reloj y dijo:

—Faltan siete minutos para las diez, y todo el mundo está ya en su sitio, ¡Mazette! ¿Qué nombre da usted a esto? Y me juego cualquier cosa a que el muy digno señor Lesable llegó aquí a las nueve, coincidiendo con nuestro ilustre jefe.

El oficial de entrada dejó de escribir, colocó la pluma en la oreja y exclamó, apoyando los codos sobre el pupitre:

—En cuanto a ése, si no saca tajada no será porque no se haya tomado trabajo.

El señor Pitolet, sentándose en la esquina de la mesa y haciendo oscilar su pierna, contestó:

—La sacaré, papá Cachelín, la sacaré; esté usted seguro. Le juego veinte francos contra una perra chica a que llega a jefe antes de diez años.

El señor Maze, que liaba un cigarrillo mientras se calentaba las piernas al fuego, sentenció:

—¡Vaya! Yo preferiría no pasar en toda mi vida de los dos mil cuatro a reventarme trabajando como él.

Pitolet giró sobre sus talones y dijo con tono zumbón:

—Lo que no es óbice, querido mío, para que hoy, veinte de diciembre, esté usted aquí antes de las diez.

El interpelado se encogió de hombros y contestó con aire de indiferencia:

—¡Hombre! Tampoco quiero me dejen todos atrás. Puesto que ustedes vienen aquí a ver salir el sol, yo hago lo mismo, aunque lamento su diligencia. Pero de ahí a llamar al jefe "querido patrón", como lo llama Lesable, quedarme hasta las seis y media y llevar trabajo a casa, hay mucha distancia. Además, que yo hago vida mundana y tengo otras obligaciones que reclaman mi tiempo.

El señor Cachelín había dejado de anotar en el libro y meditaba, con la mirada perdida en el vacío. Y, al cabo, preguntó:

—¿Creen ustedes que también este año va a tener ascenso?

Pitolet exclamó:

—¡Vaya si lo tendrá, y diez ascensos! ¡No es poco zorro él!

Hablaron entonces de la eterna cuestión de los ascensos y de las gratificaciones, que desde hacia un mes traía alborotada a aquella inmensa colmena de burócratas, desde la planta baja del edificio hasta la buhardilla.

Se computaban probabilidades, se lanzaban cifras, se comparaban títulos y se indignaban por adelantado de las injusticias que preveían. Todo era volver a empezar discusiones sostenidas ya la víspera y que se repetirían invariablemente al otro día, con idénticos razonamientos, con argumentos iguales, con las mismas frases.

Entró en el despacho otro oficial, menudo, pálido, de aspecto enfermo; era el señor Boissel, para el que la vida era una novela de Alejandro Dumas (padre). No veía más que aventuras extraordinarias en todo, y ninguna mañana dejaba de contar a su compañero Pitolet los extraños casos que le ocurrían desde que amanecía hasta que se acostaba, y cómo ciertos gritos de la calle le habían obligado a abrir la ventana a las tres y veinte minutos de la madrugada. No se pasaba día sin que él hubiese tenido que separar a dos que se peleaban, o detener algún caballo desbocado, o salvar a mujeres en peligro. Aunque era hombre de una lamentable debilidad física, relataba a todas horas, con lentitud y convicción, hazañas que había realizado con la fuerza de su brazo.

Al comprender que se hablaba de Lesable, manifestó:

—¡Cualquier día de éstos le voy a cantar yo a ese mocoso las cuarenta; y si alguna vez salta por encima de mí, le daré una lección tan contundente que no le van a quedar ganas de repetir!

Maze, que no había dejado de fumar, le dijo irónicamente:

—Pues vaya usted empezando hoy mismo, porque sé de buena tinta que, por este año, lo han dejado a usted de lado para que Lesable ocupe su puesto.

Boissel alzó la mano:

—Les juro a ustedes que si...

Se abrió una vez más la puerta y entró rápidamente, con aire preocupado, un joven de pequeña estatura, con patillas de oficial de Marina o de abogado, cuello recto y muy alto, tan acelerado en el hablar que parecía como si le faltase tiempo para expresar todo lo que tenía que decir. Repartió apretones de manos, como hombre al que no le está permitido entretenerse, y acercándose al oficial de entrada le dijo:

—Mi querido señor Cachelín, ¿quiere hacer el favor de darme el expediente Chapelou, hilo de carrete para cordaje, Tolón, A. T. V., mil ochocientos setenta y cinco?

El empleado se levantó, alcanzó un cartón que quedaba encima de su cabeza, sacó un legajo que estaba metido en una carpeta azul y se lo entregó diciendo:

—Aquí lo tiene usted, señor Lesable; no ignorará usted que el jefe ha sacado ayer de este expediente tres documentos.

—Si; los tengo yo, gracias.

El joven salió presuroso de allí. En cuanto se fué, dijo Maze:

—¿Habéis visto qué prestancia? Cualquiera diría que ya es jefe.

Pitolet replicó:

—¡Esperad! ¡Esperad! Lo será antes que nosotros.

El señor Cachelín no se había puesto a escribir otra vez. Parecía estar preocupado por una idea fija. Volvió a preguntar:

—¿Verdad que ese mozo tiene un buen porvenir?

Maze murmuró con desdén:

—A los que toman el Ministerio como una carrera, tal vez les parezca que sí... Para otros, esto es poco...

Le interrumpió Pitolet:

—¿Se propone usted tal vez llegar a embajador?

El aludido hizo un ademán de impaciencia:

—No se trata de mí. A mí todo eso me tiene sin cuidado. Pero, en resumidas cuentas, socialmente no es gran cosa un jefe de negociado.

El tío Savón, el escribiente, no había interrumpido un momento su tarea de copiar. Sin embargo, llevaba ya un rato sumergiendo una y otra vez la pluma en el tintero, restregándola luego en la esponja húmeda de que aquél estaba rodeado, sin lograr, a pesar de todo, trazar una sola letra. El negro líquido se deslizaba por la punta de metal y caía en goterones sobre el papel. El infeliz, azorado y compungido, contemplaba su trabajo y veía que no le quedaba otro recurso que empezar de nuevo, cosa que de un tiempo a esta parte le venía ocurriendo muchas veces; al fin exclamó con voz baja y triste:

—¡También esta tinta está falsificada!

Salió de todas las bocas un violento estallido de risa. La barriga de Cachelín hacía estremecer la mesa; Maze se doblaba, como si los quisiese meter a reculones en la chimenea; Pitolet daba patadas en el suelo, tosía, sacudía su mano derecha como si la tuviese mojada y hasta Boissel, que acostumbraba tomar las cosas más por lo trágico que por lo cómico, se ahogaba de risa.

El tío Savón, que acabó secando la pluma en el faldón de su levita, volvió a decir:

—No es cosa de risa. Esto me obliga a rehacer dos o tres veces todo el trabajo.

Sacó de su cartapacio otra hoja de papel, ajustó bien su falsilla y empezó de nuevo por el encabezamiento: "Señor ministro y querido colega..." La tinta se adhería ya a la



pluma y ésta trazaba las letras con nitidez. El anciano recobró su postura oblicua y siguió copiando.

Los demás no habían cesado un momento de reírse. Se atragantaban. Desde casi seis meses atrás, que venían gastando la misma broma al pobre hombre, sin que éste cayese en la cuenta. Vertían algunas gotas de aceite en la esponja húmeda que le servía para limpiar las plumas. El acero se untaba del líquido grasiento y no retenía la tinta; el escribiente perdía horas enteras, asombrándose y lamentándose; gastaba cajas y cajas de plumas y botellas de tinta, terminando por decir que el material de oficina que se les facilitaba era de mala calidad.

Al ver esto, el ataque se convirtió en obsesión y en suplicio. Mezclaban pólvora de caza con el tabaco del viejo, le echaban ciertas drogas en una garrafa de la que el viejo se servía de cuando en cuando un vaso de agua, y le habían hecho creer que, desde los acontecimientos de la Commune, los socialistas habían falsificado la mayor parte de los productos de consumo general, para desacreditar al Gobierno y provocar una revolución.

Con todo eso había llegado el viejo a concebir un odio feroz contra los anarquistas, viéndolos en acecho por todas partes, agazapados en todas partes, y al mismo tiempo un temor misterioso de una mano desconocida, velada y terrible.

Se oyó en el pasillo el brusco tintineo de una campanilla. Todos conocían muy bien el repique rabioso de la campanilla del jefe, el señor Torchebeuf, y se lanzaron hacia la puerta para volver cada cual a su respectivo compartimento.

Cachelín reanudó su tarea, de pronto volvió a dejar la pluma y se cogió la cabeza entre las manos para meditar.

Estaba madurando una idea no le dejaba en paz de un tiempo a esta parte. Era un veterano suboficial de Infantería de Marina, y lo habían dado de baja en expectación de retiro, después de haber sido herido tres veces: una, en el Senegal, y dos, en la Conchinchina; por una gracia excepcional, había entrado en el Ministerio y en el transcurso de su larga carrera de ínfimo subordinado, había tenido que pasar por muchas estrecheces, asperezas y sinsabores. Por eso se le representaba como lo más hermoso del mundo el tener mando, mando oficial. Un jefe de negociado era para él un ser excepcional, que vivía en una esfera superior; y los funcionarios de quienes oía decir: "Ese sabe lo que se hace; llegará pronto", parecíanle de otra raza, de naturaleza distinta de la suya.

Por ese motivo, el respeto que sentía por su colega Lesable era extraordinario y lindaba con la veneración, y por eso acariciaba en secreto el deseo obstinado de hacer que se casase con su hija.

Esta sería rica, muy rica, con el tiempo. Lo sabía todo el Ministerio, porque la hermana de él, la señorita Cachelín, era dueña de un millón, de un millón neto, contante y sonante, que si lo había ganado, según decían, en menesteres amorosos, lo había purificado con su religiosidad de última hora.

La solterona, que había sido en sus buenos tiempos mujer galante, se había retirado de la profesión con quinientos mil francos, y en los dieciocho años que habían transcurrido, los había más que duplicado, gracias a una economía feroz y a un plan de vida más que modesto. Llevaba viviendo mucho tiempo con su hermano, que al enviudar se había quedado con una hija pequeña, Coralia; pero no contribuía a los gastos de la casa más que con una suma insignificante; guardaba y acumulaba su oro, repitiendo constantemente a Cachelín:

—¿Qué Importa? Es para tu hija; pero cájala pronto, porque quiero conocer a mis sobrinos-nietos. Tu hija me dará la alegría de abrazar a un niño de nuestra sangre.

Los funcionarios del Ministerio conocían el caso, y no faltaban pretendientes. Se decía que el mismísimo Maze, el guapo Maze, el mejor mozo del negociado, iba y venía alrededor de papá Cachelín con intenciones bien visibles. Pero el veterano sargento, zorro viejo que había corrido el mundo, buscaba un mozo de porvenir, de los que llegarían a jefes, que derramase en él, César, antiguo suboficial, su propia respetabilidad. Lesable respondía a su propósito a las mil maravillas, y por eso andaba desde hacía tiempo discurriendo el modo de atraerlo hacia su casa.

Y de pronto se levantó, frotándose las manos. Lo había encontrado.

Conocía el lado flaco de todos ellos. A Lesable sólo se le podía ganar por la vanidad, por la vanidad profesional. Pues bien: él iría a solicitar su protección, igual que si se tratase de un senador, de un diputado o de un alto personaje.

Cachelín creía estar seguro de obtener aquel año un ascenso, porque llevaba cinco sin conseguir ninguno. Haría, pues, de modo que pareciese que se lo debía a Lesable, y como testimonio de su agradecimiento, lo invitaría a cenar.

Así que concibió el proyecto, dio comienzo a su ejecución. Descolgó del armario su americana de calle, se quitó la vieja, echó mano de todos los documentos anotados ya en el Registro que correspondían a la jurisdicción de su colega, y se encaminó a la oficina que, por consideración especial a su actividad y a la importancia de sus atribuciones, trabajaba sólo aquel funcionario.

El joven estaba escribiendo en una mesa muy grande, en medio de legajos abiertos y papeles esparcidos aquí y allá, numerados con tinta roja o azul.

Así que vió entrar al oficial de Registro, le preguntó, con un tono en el que se transparentaba cierta deferencia:

—¡Hola, querido señor! ¿Me trae usted mucho trabajo?

—Sí, bastante; pero además quisiera hablarle.

—Siéntese, amigo mío; le escucho.

Cachelín tomó asiento, carraspeó, adoptó una actitud confusa; dijo con voz insegura:

—Señor Lesable, el asunto que me trae es éste. No voy a andar me con rodeos; seré franco, como soldado veterano. Necesito que me haga usted un favor.

—Usted dirá.

—En dos palabras. Tengo precisión de que me asciendan este año, y como no tengo padrinos he pensado en usted.

Asombrado, satisfecho, lleno de orgullosa confusión, Lesable se puso algo colorado. Pero se dominó, para contestar:

—Pero si yo no pinto aquí nada, amigo mío. Estoy muy por debajo de usted, que pronto ascenderá a oficial primero. Créame que...

Cachelín no le dejó seguir hablando, y le dijo con brusquedad llena de respeto:

—¡Sí, sí, sí! El jefe le escucha a usted, y si le habla una palabra en favor mío, asciendo. Piense usted que dentro de dieciocho meses tendré derecho al retiro, y si el próximo primero de enero me quedo como estoy, me supondrá una pérdida de quinientos francos al año. Sé muy bien que la gente dice: "Cachelín no pasa apuros; su hermana tiene un millón", pero ella tiene su millón para que se críe, y no lo suelta. Será para mi hija; también eso es cierto; pero mi hija y yo somos dos personas distintas. Mucho tendré yo adelantado con que mi hija y mi yerno vayan en coche, si no tengo bocado que llevarme a la boca. Usted es hombre capaz de comprender la realidad de mi situación, ¿verdad que sí?

Lesable no se anduvo con rodeos:

—Lo que usted dice es exacto, y muy exacto. Es muy posible que su yerno no se conduzca como es debido con usted. Además, que siempre es una satisfacción el no

deber favores a nadie. Pues bien: le prometo hacer cuanto esté de mi parte; hablaré al jefe, le explicaré su caso y, si es preciso, interpondré mi modesta influencia. ¡Cuenta conmigo!

Cachelín se levantó, cogió las dos manos de su colega, las sacudió vigorosamente a estilo militar y balbució:

—Muchas gracias, muchas gracias, y si yo algún día tengo oportunidad..., si yo puedo alguna vez...

—No supo cómo acabar la frase, y se retiró, haciendo resonar por el pasillo su paso marcial de antiguo soldado.

Pero de pronto echó a correr, porque había oído a lo lejos el tintineo irritado de una campanilla, y reconoció su sonido. Era la del jefe, señor Torchebeuf, que llamaba a su oficial de entrada.

Ocho días después halló Cachelín por la mañana, encima de su escritorio, una carta lacrada, que decía lo siguiente:

*"Querido colega: Me es muy grato anunciarle que el ministro, a propuesta de nuestro director y de nuestro jefe, firmó ayer su nombramiento de oficial primero. Mañana recibirá usted la comunicación oficial, y hasta ese momento, como si usted no supiese nada, ¿estamos?"*

*"Muy afectuosamente,*

*Lesable."*

César corrió en el acto al despacho de su joven colega, le dló las gracias, se excusó, le ofreció su adhesión, se deshizo en expresiones de agradecimiento.

En efecto, al siguiente día se supo que tanto el señor Lesable como el señor Cachelín ascendían. Los demás funcionarios tendrían qué esperar mejor oportunidad y recibirían, como compensación, un aguinaldo que oscilaba entre los ciento cincuenta y los trescientos ,francos.

El señor Boissel declaró que una de aquellas noches esperaría al señor Lesable, a eso de las doce, a la vuelta de la esquina de su calle y le daría una paliza que tendrían que sacarlo en volandas. Los demás funcionarios no dijeron una palabra.

Así que llegó a su oficina el lunes siguiente, se dirigió Cachelín al despacho de su protector, entró en él con mucha prosopopeya y le dijo ceremoniosamente:

—Espero que me conceda usted el honor de venir a cenar con mi familia para celebrar los Reyes, si le parece bien. Elija usted mismo el día.

El joven, algo sorprendido, levantó la cabeza y clavó sus ojos los de su colega, y sin desviar la mirada, para leer bien en el pensamiento de éste, le contestó:

—Pero amigo mío, la verdad es que tengo por ahora comprometidas todas las noches.

Cachelín insistió con bonachería:

—Vamos, no nos dé usted el disgusto de rehusar la invitación, después del favor que le debemos. se lo ruego en nombre de mi familia y en el mío.

Lesable, perplejo, titubeaba. Había comprendido la intención, ero que no sabia qué contestar, sin antes haberlo pensado, calculando el pro y el contra. Pero se dijo que con ir a cenar no se comprometía a nada, y aceptó, con aire de satisfacción, eligiendo el siguiente sábado. Y añadió, sonriente:

—Así no tendré que madrugar a l otro día.

## II

El señor Cachelín ocupaba, en la parte alta de la calle de Roiechouart, un pequeño departamento con terraza, en un quinto piso. Se divisaba desde allí todo París. Disponía de tres dormitorios: uno para su hermana, otro para su hija y otro para él; el comedor servía también para recibir.

Aquella cena lo trajo agobiado toda la semana. Se discutió largo y tendido la lista de platos, buscando que la comida fuese al mismo tiempo familiar y distinguida. Finalmente, se convino en lo siguiente: un caldo de huevos, entremeses, langostinos y salchichón; una langosta, un hermoso pollo, guisantes en conserva, pastel de hígado de ganso, ensalada, un helado y postres.

El pastel de hígado de ganso lo encargaron al salchichero de cerca de casa, recomendándole que fuese de primera calidad, aunque el precio del tarro era tres francos y medio. Para los vinos, se entendió Cachelín con el almacenista de la esquina, que le proveía del rojo brebaje que consumía de ordinario. Razonó de la siguiente manera, para no dirigirse a ninguna gran casa: "Los pequeños comerciantes tienen pocas ocasiones de dar salida a sus vinos finos, y como los conservan mucho tiempo en las bodegas, son excelentes."

Llegó el sábado a su casa antes de la hora de costumbre, para cerciorarse de que todo estaba a punto. Le abrió la puerta su criada, que estaba más colorada que un tomate, porque temiendo no tener, las cosas a tiempo, llevaba con el horno encendido desde el mediodía y había estado tostándose la cara todo el día; pero, además, estaba nerviosa de emoción.

Entró en el comedor para revisarlo todo. La mesa redonda, iluminada por la brillante luz de una lámpara recubierta de pantalla verde, formaba en el centro de la pequeña habitación una gran mancha blanca.

Los cuatro platos, colocados con una servilleta doblada en forma de mitra, obra de la señorita Cachelín, la tía, tenían a los lados los cubiertos de metal blanco, y delante, dos vasos, grande el uno y pequeño el otro. A César no le satisfizo aquello, y llamó:

—¡Carlota!

Se abrió la puerta de la izquierda y apareció una anciana de pequeña estatura: le llevaba diez años a su hermano, y era de cara estrecha, encuadrada con bucles de cabellos blancos, rizados a fuerza de retorcerlos en papelitos. El hilillo de su voz parecía demasiado débil en proporción a su cuerpo, menudo y encorvado, y caminaba con cierta dificultad, como entumecida.

Hablando de ella, solían decir en su juventud:

—¡Qué preciosa criatura!

Pero ahora era una vieja seca, muy limpia por el hábito adquirido en otro tiempo, voluntariosa, bozuda, de estrecho criterio, minuciosa y fácilmente irritable. Al hacerse devota, parecía haber borrado por completo de su memoria las aventuras del pasado.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó.

Su hermano le contestó:

—Me da la impresión de que dos vasos producen poco efecto. ¿No le parece que convendría servir champaña? No costará arriba de tres o cuatro francos, y en ese caso podríamos colocar desde ahora mismo en la mesa las copas altas. Cambiaría por completo el golpe de vista del comedor.

La señorita Carlota dijo:

—No veo a qué conduce ese gasto; pero, en fin, tú eres quien corre con él, no es cosa que a mí me importe.

Cachelín titubeaba, como si quisiese convencerse a sí mismo:

—Te aseguro que producirá mejor efecto. Además, dará alegría a la escena del pastel de Reyes.

Esta consideración fue la que lo decidió. Cogió el sombrero, bajó las escaleras y regresó al cabo de cinco minutos con una botella que llevaba pegada una gran etiqueta blanca, adornada con un escudo nobiliario: "Gran vino espumoso de champaña del conde de Châtel-Renovau."

Cachelín se explayó:

—Me ha costado sólo tres francos y parece que es exquisito.

Sacó él mismo de un armario las copas largas del champaña y las colocó delante, de los convidados.

Se abrió la puerta de la derecha. Entró su hija. Era alta, bien metida en carnes, sonrosada; una guapa moza de constitución robusta, cabellos castaños y ojos azules. Un vestido sencillo dibujaba las curvas de su talle flexible; su voz era fuerte, casi hombruna, con esas entonaciones graves que ponen los nervios en vibración.

—¡Dios mío! ¡Champaña! ¡Qué felicidad!—exclamó, palmoteando con gesto infantil.

Su padre le dijo:

—Sobre todo, muéstrate amable con este caballero, al que debo muchos favores.

Ella estalló en una risa sonora, que quería decir: "Estoy al cabo de la calle."

Tintineó el timbre del vestíbulo, hubo un abrir y cerrar de puertas y apareció Lesable. Iba de frac, con corbata blanca y guantes blancos. Causó buena impresión. Cachelín se precipitó a su encuentro, confuso y encantado:

—Pero querido, se trata de una cosa íntima; ya ve usted que yo estoy de americana.

El joven le contestó:

—Sí, ya me lo dijo usted; pero tengo por costumbre vestir de frac cuando salgo de noche.

Saludó; llevaba el sombrero plegable debajo del brazo y una flor en el ojal. César hizo la presentación:

—Mi hermana, la señorita Carlota...; mi hija Coralia, a la que llamamos familiarmente Cora.

Todos se inclinaron. Cachelín siguió diciendo:

—No disponemos de sala de recibir. Resulta un poco molesto, pero acaba uno acostumbrándose.

Lesable le contestó:

—Esto está admirable.

Se hicieron cargo de su sombrero, aunque él se empeñaba en conservarlo, y entonces se fué quitando los guantes.

Tomaron asiento; nadie hablaba; le miraban de lejos, a través de la mesa. Cachelín preguntó:

—¿Se quedó hasta muy tarde el jefe? Yo me retiré temprano, para ayudar a estas señoras.

Lesable contestó como sin darle importancia:

—No. Salimos juntos, porque teníamos que hablar acerca del asunto de las telas embreadas de Brest. Es una cosa muy complicada, que ha de darnos muchos quebraderos de cabeza.

Cachelín se creyó en la obligación de poner en antecedentes a su hermana, y volviéndose hacia ella le dijo:

—El señor Lesable es quien decide sobre todas las cuestiones difíciles de nuestro negociado. Es, como si dijéramos, otro jefe más.

La solterona se inclinó cortésmente, y dijo:

—Ya sé, ya sé que el señor es persona de grandes talentos.

La criada empujó la puerta con la rodilla y entró en el comedor llevando en alto con sus dos manos una gran sopera. El dueño exclamó al verla:

—¡Vamos a la mesa! Usted allí, señor Lesable, entre mi hermana y mi hija. Me imagino que no le asustan las señoras.

Y empezó la cena.

Lesable se mostraba muy afectuoso, con un leve dejo de orgullo, casi de superioridad, y examinaba con el rabillo del ojo a la joven, maravillado de su lozanía, de la apetitosa exuberancia de su vitalidad. La señorita Carlota, conocedora de las intenciones de su hermano, ponía todo lo que estaba de su parte y sostenía una conversación general, tocando toda clase de lugares comunes. Cachelín estaba radiante, hablaba con voz alta, bromeaba y decía, sirviendo el vino comprado una hora antes en el almacén de la esquina:

—Beba usted un vaso de este vinillo borgoña, señor Lesable. No afirmo que sea de lo mejor de la tierra, pero tiene solera y es genuino; de eso sí que le respondo. Nos lo proporcionan unos amigos que tenemos en aquella región.

La joven, que estaba algo ruborizada y un poco tímida, cohibida por la proximidad de aquel hombre, cuyos pensamientos ella adivinaba, permanecía en silencio.

Cuando apareció la langosta, exclamó César:

—Con este personaje tenía yo ganas de entendérmelas.

Lesable, sonriente, contó que cierto escritor había llamado a la langosta "el cardenal de los mares", por ignorar el hecho de que, antes de ser cocida, su color es oscuro. Cachelín rompió a reír con todas sus fuerzas:

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso sí que tiene gracia!

Pero la señorita Carlota dijo con grandísimo enojo:

—No alcanzo a ver qué relación han podido establecer entre una cosa y otra. Ese caballero estaba trastornado. Yo sé apreciar todas las bromas, absolutamente todas; pero no admito que delante de mí se ridiculice al clero.

El joven, deseoso de hacerse simpático a la solterona, aprovechó aquella oportunidad para hacer una profesión de fe católica. Afirmó que era propio de personas de mal gusto tratar con ligereza las grandes verdades. Y terminó diciendo:

—Yo, por mi parte, respeto y venero la religión de mis padres, en ella me he educado, y en ella seguiré hasta que muera.

Cachelín no se reía ya, y decía por lo bajo, haciendo al mismo tiempo bolitas de pan:

—Así debe ser, así debe ser.

Cambió la conversación, porque con aquélla se aburría, y dejándose llevar por una tendencia natural en cuantos realizan diariamente la misma tarea rutinaria, preguntó:

—El guapo Maze se habrá puesto furioso al ver que no ascendía, ¿verdad?

Lesable se sonrió:

—¿Qué se le va a hacer! A cada cual según sus méritos.

Se habló con este motivo de las cosas del Ministerio, tema que apasionaba a todos, porque, a fuerza de oír hablar de ellos cada noche, las dos mujeres conocían a los empleados casi tanto como el mismo Cachelín. La señorita Carlota hablaba mucho de Boissel, por su espíritu romántico y por las aventuras que contaba; y la señorita Cora sentía un secreto interés por el guapo Maze. Aunque ni una ni otra los habían visto nunca.

Lesable se refería a ellos con un tono de superioridad, como pudiera hacerlo un ministro que estuviese juzgando a su personal.

Estaban pendientes de lo que él decía:

—No deja Maze de tener cierto mérito; pero hay que trabajar más de lo que él trabaja, si es que quiere llegar. Le gusta la vida de sociedad, los placeres. Todo esto acarrea cierto desorden de espíritu. Y por eso no llegará muy lejos. Es posible que, gracias a las influencias que tiene, llegue a subjefe, pero nada más. Por lo que a Pitolet se refiere, hay que reconocer que redacta bien; no se puede negar que es elegante en la forma, pero carece de fondo. Es todo fachada. A un muchacho así no se le puede colocar a la cabeza de un servicio importante, pero un jefe inteligente sacaría partido de él, dándole masticado el trabajo.

La señorita Carlota preguntó:

—¿Y Boissel?

Lesable se encogió de hombros:

—Un pobre diablo, un pobre diablo. Lo ve todo desorbitado. Inventa historias aburridísimas. Lo tenemos por una nulidad.

Cachelín se echó a reír y exclamó:

—El mejor, el tío Savón.

La risa fue unánime.

Se habló luego de teatros, y de las obras de la temporada. Lesable emitió con idéntico aplomo sus juicios acerca de la literatura dramática, valorando con precisión a los autores, señalando el lado fuerte y el lado flaco de cada uno, con la firmeza que es corriente en los hombres que se tienen por infalibles y universales.

Había terminado de comer el asado. César procedió a destapar el tarro de hígado de ganso, y las delicadas precauciones que adoptó hacían presumir la bondad del contenido.

—No sé si éste saldrá bueno. Por lo general, son excelentes. No los envía un primo que vive en Estrasburgo.

Todos comieron con respetuosa lentitud aquel producto de chacinería contenido en el tarro amarillo.

Cuando le llegó el turno al helado, fue aquello un desastre. Era como una salsa, una sopa, un líquido que flotaba en la compotera. El chico de la pastelería lo había traído a las siete, y la criadita, por miedo a no darse maña, le había pedido que lo sacase él mismo del molde.

Cachelín se mostró afligido, quería devolverlo, pero se tranquilizó al aparecer el roscón de Reyes, haciendo las particiones con aire misterioso, como si dentro de él se encerrase un secreto de primera magnitud. Todos tenían clavados los ojos en aquella simbólica torta de hojaldre; pero, al presentársela para que cada cual cogiese su parte, se les recomendaba que cerrasen los ojos.

¿A quién le tocaría el haba? Una sonrisa bobalicona asomaba a todos los labios. El señor Lesable dejó escapar una ligera exclamación de sorpresa y mostró una gruesa habichuela blanca, recubierta aún de pasta, que tenía entre el pulgar y el índice. Cachelín aplaudió, exclamando a continuación:

—¡Elija reina! ¡Elija reina!

En el cerebro del rey hubo un instante de titubeo. ¿No obraría con habilidad eligiendo a la señorita Carlota? Se sentiría halagada, conquistada, se pondría de su parte... Pero reflexionó que, real y verdaderamente, si le habían invitado era por la señorita Cora, y que lo tomarían por tonto, si se decidía por la tía. Se volvió, pues, hacia su vecina de mesa, y le dijo, al mismo tiempo que le ofrecía la habichuela soberana:

—¿Me permite usted, señorita, que se la ofrezca?

Se miraron por vez primera cara a cara. Ella contestó:

—¡Gracias, señor!—y recibió aquella prenda de grandeza.

Lesable pensaba: "Esta chica es verdaderamente muy guapa. Tiene unos ojos espléndidos. ¡Y es una barbiana, porque sí! "

Un estampido sobresaltó a las dos mujeres. Cachelín acababa de descorchar el champaña, y éste se escapaba con fuerza de la botella, derramándose sobre el mantel. Después de llenar de espuma los vasos, dijo el anfitrión:

—Se ve que es de buena calidad.

Pero, al ver que Lesable iba a beber, para que el líquido no se desbordase del vaso, exclamó César:

—¡El rey bebe! ¡El rey bebe! ¡El rey bebe!

La señorita Carlota, alegrilla ya, gritó también con voz chillona:

—¡El rey bebe! ¡El rey bebe!

Lesable vació tranquilamente su vaso, y al volverlo a poner sobre la mesa, dijo:

—Habrán visto que no me azoro —y después, volviéndose hacia la señorita Cora—  
:¡A usted le toca ahora, señorita!

La reina fué a beber, pero como en ese instante gritaron todos: "¡La reina bebe! ¡La reina bebe!", se puso colorada, se echó a reír, y volvió a colocar en la mesa la copa alargada.

La cena dio fin en medio de la mayor alegría, y el rey se mostró solícito y galante con la reina. Cuando acabaron de beber los licores, anunció Cachelín que se iba a retirar el servicio, para que pudiesen estar más a sus anchas, y agregó:

—Si no llueve, podemos pasar un rato en la terraza.

Aunque era anochecido, tenía empeño en mostrarle el panorama que se abarcaba desde allí.

Abrieron la puerta de cristales y entró un soplo de aire húmedo.

La temperatura exterior era tibia, como si estuviesen en abril; subieron todos el escalón que daba acceso, desde el comedor, al ancho balcón. Sólo se distinguía una luz difusa por encima de la gran ciudad, como el halo luminoso con que se corona la frente de los santos. De trecho en trecho, la claridad se hacia más viva, y Cachelín fue dando las explicaciones del caso:

—Fíjese, allá lejos, aquello que brilla, es el Edén. Esta de aquí es la línea de los bulevares. ¡Qué bien se dibujan!, ¿verdad? La vista que desde aquí se abarca de día es maravillosa. Por mucho que usted viajase, no encontraría cosa mejor.

Lesable estaba de codos sobre la barandilla de hierro, y a su lado Cora, con la vista perdida en el vacío, muda, distraída, poseída de pronto de una de esas languideces melancólicas que a veces embotan el alma. La señorita Carlota volvió al comedor por temor a la humedad. Cachelín seguía hablando, señalando, con el brazo extendido, el lugar hacia donde caían los Inválidos, el Trocadero, el Arco de Triunfo de la Estrella.

Lesable preguntó a media voz:

—¿También a usted, señorita Cora, le gusta contemplar a París desde tan alto?

Tuvo un ligero estremecimiento, como si aquellas palabras la hubiesen despertado, y respondió:

—¿A mi?... Sí, sobre todo cuando es de noche, me quedo pensando en todo lo que pasa allí, frente a nosotros. ¡Cuántas personas felices, y cuántas personas desgraciadas habrá en todas esas casas! ¡De cuántas cosas nos enteraríamos, si pudiésemos verlo todo!

Lesable se habla aproximado a ella de modo que se tocasen sus codos y sus hombros:

—En los claros de luna ha de ser un espectáculo maravilloso.

Ella murmuró:



—¡Ya lo creo! Parece un grabado de Gustavo Doré. ¡Cómo disfrutaríamos si pudiésemos dar largos paseos por encima de los tejados!

El la interrogó entonces acerca de sus aficiones, sus ensueños, sus placeres. Ella le contestó con soltura, como mujercita reflexiva, sensata, y no demasiado soñadora. Lesable la encontró llena de buen sentido; pensó que sería una verdadera delicia rodear con sus brazos aquel talle redondo y sólido, recrearse besando, con besitos pausados, como cuando se bebe a pequeños sorbos un aguardiente bueno, aquella fresca mejilla, junto a la oreja, iluminada en aquel instante por un reflejo de la lámpara. Sentíase atraído, conmovido por la impresión que produce tener muy cerca a una mujer, por la sed de carne virgen y en sazón, como era aquélla, por la delicada seducción que ejerce la joven soltera. Le parecía que de buena gana se quedaría allí horas, noches, semanas, sin moverse, de codos junto a ella, sintiéndola muy cerca de sí, impregnado en la maravilla del contacto de su cuerpo. Algo, que se parecía a un sentimiento poético, conmovía su corazón a la vista de aquel gran París que se dilataba ante sus ojos, iluminado, entregado a su vida nocturna, a su vida de placeres y de libertinaje, Le parecía como si dominase desde allí a la enorme ciudad, como si se cerniese sobre ella. ¡Sería delicioso acodarse todas las noches en aquel balcón, junto a una mujer, y amarse, y besarse en los labios, y abrazarse estrechamente por encima de la ciudad inmensa, de todos los amores que en ella encerraba, por encima de todas las satisfacciones vulgares, por encima de todos los apetitos ordinarios, muy cerca de las estrellas.

Las almas menos exaltadas se echan ciertas noches a soñar, Como si les creciesen alas. También es posible que Lesable estuviese algo achispado.

Cachelín, que había ido a buscar su pipa, regresó encendiéndola, y le dijo a Lesable:

—Como sé que usted no fuma, no le he ofrecido cigarrillos. No hay placer como el de fumar una pipa en este sitio. Yo no sería capaz de acostumbrarme a vivir en uno de los pisos bajos. Podríamos tener uno, porque esta casa, lo mismo que la de la izquierda y la de la derecha, pertenecen a mi hermana. Le producen a ella una bonita renta. Son casas que no le costaron muy caras cuando las compró.

Se volvió hacia el comedor, y gritó:

—Carlota, ¿a cómo pagaste estos terrenos?

Se oyó la puntiaguda voz de la solterona, pero Lesable no oía sino retazos de frases:

—...el mil ochocientos sesenta y tres..., treinta y cinco francos... construido después..., las tres casas..., un banquero... revender a quinientos mil francos por lo menos...

Daba detalles de su fortuna con la complacencia de un veterano que cuenta sus campañas. Entraba en pormenores de sus compras, de las proposiciones que andando el tiempo le habían hecho, de las Plusvalías, etc.

Lesable, muy interesado en todo aquello, se volvió, quedando con la espalda apoyada en la barandilla de la terraza. Pero como no captaba todavía más que retazos de lo que ella explicaba, se apartó bruscamente de su joven acompañante y entró en el comedor para oír bien; tomó asiento al lado de la señorita Carlota, y conversó largamente con ella de la probable subida de los alquileres, y de lo que rinde el dinero bien colocado en valores o bienes inmuebles.

Era cerca de medianoche cuando se retiró, prometiendo volver.

Un mes después, no se hablaba de otra cosa en el Ministerio que de la boda de Santiago Leopoldo Lesable con la señorita Celeste Coralía Cachelín.

### III

El nuevo matrimonio se instaló en el mismo piso que Cachelín y la señorita Carlota, en un cuarto parecido al suyo, del que se había expulsado al inquilino que lo ocupaba.

Sin embargo, Lesable no las tenía todas consigo: la tía no quiso extender un documento definitivo en que declarase heredera de sus bienes a Cora. Sin embargo, se prestó a jurar "ante Dios" que tenía hecho ya testamento y que se hallaba depositado en la notaría del señor Belhomme. Juró, además, que toda su fortuna iría a parar a su sobrina, aunque ponía una condición. Apremiada para que se revelase cuál era ésta, rehusó dar explicaciones, aunque juró también, con una sonrisita bondadosa, que era muy fácil de cumplir.

En vista de aquellas declaraciones y de la obstinación de la vieja beata, le pareció a Lesable que debía seguir adelante; la joven le gustaba mucho y el deseo triunfó de sus titubeos, rindiéndose por fin al empeño obstinado de Cachelín.

Aunque no dejaba de aguijonearle una duda, era feliz. No lo había decepcionado su mujer, y él la amaba. Su vida corría tranquila y monótona. Le habían bastado algunas semanas para adaptarse a su nueva posición de hombre casado, y seguía siendo el empleado modelo de siempre.

Transcurrió un año, y llegó el día primero del siguiente. Con gran sorpresa suya, no obtuvo el ascenso, que daba por descontado. Únicamente Maze y Pitolet pasaron al grado superior; Boissel declaró confidencialmente a Cachelín que estaba resuelto a dar una buena paliza a sus dos compañeros, delante de todo el mundo, cualquier tarde, a la salida de la oficina. Pero no lo hizo.

Lesable estuvo ocho días sin que le dejase conciliar el sueño la congoja de que no hubiesen ascendido, a pesar de su aplicación. Sin embargo, él trabajaba como un condenado; sustituía indefinidamente al subjefe, el señor Rabot, que se pasaba nueve meses al año enfermo en el hospital de Val de Grâce; llegaba todas las mañanas a la oficina a las ocho y media, y se retiraba a las seis y media. ¿Podía pedirle más? Si no le agradecían aquel trabajo y aquel esfuerzo, se reduciría a hacer lo que todos lo demás. Había que premiar a cada cual según su aplicación. ¿Era posible que el señor Torchebeuf, que lo trataba como a un hijo, lo hubiese sacrificado de aquella manera? Quería saber a qué atenerse. Hablaría a su jefe, y le diría lo que pensaba.

Así lo hizo, y un lunes, de mañana, antes que llegasen sus compañeros, llamó a la puerta de aquel potentado.

Una voz agria le contestó:

—¡Adelante!—y el entró.

El señor Torchebeuf escribía; estaba sentado en una gran mesa llena de papelotes, y era un hombre pequeñito, con una cabezota que parecía estar colocada encima de la carpeta. Al ver que era su empleado preferido, dijo:

—Buenos días, Lesable, ¿sigue usted bien?

El joven le contestó:

—Buenos días, querido patrón; yo sigo bien, ¿y usted?

El jefe dejó de escribir, e hizo girar el sillón. Su cuerpo menudo, frágil, seco, ceñido en una levita negra de corte muy serio, parecía completamente fuera de proporción con aquel voluminoso sitial con respaldo de cuero. Una roseta de oficial de la Legión de Honor, enorme, deslumbrante, mil veces demasiado grande para quien la llevaba, lucía como un carbón al rojo en su angosto pecho, aplastado bajo el cráneo de gran tamaño, como si su persona se hubiese desarrollado al estilo de los hongos, en forma de cúpula semiesférica.

Tenía puntiaguda la mandíbula, las mejillas hundidas, los ojos saltones, la frente anchísima, cubierta de cabellos blancos peinados hacia atrás.

El señor Torchebeuf dijo sentenciosamente:

—Síntese, amigo mío, y dígame qué le trae por aquí.

Trataba a todos los demás empleados con rudeza militar, considerándose como un capitán a bordo de su barco, porque se representaba al Ministerio de la Marina como un gran navío, el buque almirante de todas las escuadras francesas.

Lesable, que estaba un poco conmovido y algo pálido, balbució:

—He venido, querido patrón, para preguntarle si existe algún motivo que me haya hecho desmerecer en su opinión.

—¿Quién piensa en eso, amigo mio? ¿A santo de qué viene tal pregunta?

—Es que me ha sorprendido un poco el que no haya tenido este año, al igual que los anteriores, un ascenso. Permítame, querido patrón, que me desahogue por completo, pidiéndole perdón por mi audacia. Reconozco que he recibido de usted favores excepcionales y ventajas inesperadas. No ignoro que, por regla general, se otorgan los ascensos cada dos o tres años; sin embargo, permítame también que le haga observar que rindo casi cuatro veces más trabajo en la oficina que un empleado corriente, y le dedico el doble de tiempo, por lo menos. Si, pues, se estableciese un balance de lo que rindo en el trabajo con lo que el trabajo me rinde en remuneración, estoy seguro de que ésta estaría muy por debajo de aquél.

Lesable había preparado cuidadosamente la frase, creyéndola excelente.

El señor Torchebeuf, sorprendido, preparaba su réplica, y dijo maquinalmente con fría solemnidad:

—Aunque, por principio, no sea admisible que se hable de estas cosas entre jefe y empleado, quiero contestarle por una vez y en atención a sus relevantes servicios. Al igual que en años anteriores, también éste lo propuse a usted para el ascenso. Pero el director hizo a un lado el nombre de usted, fundándose en que su matrimonio le asegura un hermoso porvenir, que no alcanzarán jamás sus modestos colegas. Vamos a ver, ¿no es equitativo que se tenga en cuenta la posición de cada uno? Usted llegará a ser rico, muy rico. Trescientos francos al año no supondrán nada para usted, mientras que para el bolsillo de los demás equivaldrá a mucho, Esta es, amigo mío, la razón por la cual ha quedado usted relegado por este año.

Lesable se retiró, confuso e irritado.

Aquella noche se mostró antipático con su mujer durante la cena. Por lo general ella solía estar alegre y era de carácter equilibrado, aunque voluntarioso; cuando quería de veras una cosa, no cedía. Ya no tenía para Lesable el encanto sensual de los primeros tiempos; seguía despertando fácilmente su deseo, porque era bonita y lozana, pero había momentos en los que experimentaba la desilusión, tan próxima al hastío, que surge muy pronto de la vida en común de dos personas. Los mil detalles triviales o grotescos que tiene la existencia, el descuido de la persona en las primeras horas del día, la bata de tejido de lana ordinaria, ajada, vieja; el peinador descolorido, detalles para cuya atención no eran lo bastante ricos, y el ver muy de cerca a la mujer ocupada en tareas propias de una casa pobre, le habían acabado por despojar a su matrimonio del brillo exterior, marchitando la poesía que, como flor lejana, seduce a los novios.

También tía Carlota le hacía desagradable la vida del hogar porque estaba metida siempre en el cuarto del matrimonio; íntervenía en todo, pretendía dirigirlo todo y, a propósito de todo, tenía que hacer comentarios. El miedo horrible que ellos tenían de ofenderla les hacía soportarla resignadamente; pero con una irritación secreta cada vez mayor.

Iba y venía por el cuarto con sus torpes andares de vieja, y su aguda vocecilla repetía a cada momento:

—Deberías hacer esto; deberías hacer lo otro.

Cuando marido y mujer estaban a solas, Lesable exclamaba, nervioso:

—Tu tía se está haciendo ya insoportable. Estoy hasta la coronilla, ¿me oyes?, hasta la coronilla.

Cora le contestaba tranquilamente:

—Y ¿qué quieres que le haga yo?

El, entonces, se enfurecía:

—Es un asco tener una familia así.

Y ella le replicaba con la misma tranquilidad:

—Sí, la verdad que es un asco; pero la herencia es buena, ¿no te parece? Ea, no hagas el tonto. Tienes tanto interés como yo en tratar con miramientos a tía Carlota.

Lesable, no sabiendo qué contestar, se callaba.

Pero llegó un momento en que tía Carlota los hostigó incansable con la manía de que debían tener un hijo. Se llevaba a Lesable a los rincones y le bisbiseaba en su misma cara:

—Sobrino, mi firme deseo es que sea usted padre antes que yo me muera. Quiero conocer a mi heredero. No me hará usted creer que Cora no reúne condiciones para ser madre. No hay más que verla. Cuando uno se casa, sobrino, es para tener familia, para propagar su linaje. Nuestra santa madre la Iglesia condena los matrimonios estériles. Ya sé que no sois ricos, y que un hijo acarrea gastos. Pero una vez que yo muera, no ha de faltarnos nada. Quiero ver un pequeño Lesable, lo quiero ver sin falta, ¿me oye usted?

A los quince meses de matrimonio, su deseo no se había visto realizado todavía; entonces concibió ciertas dudas y se hizo apremiante; daba muy en secreto consejos a Cora, consejos prácticos, de mujer que ha visto muchas cosas en su tiempo y que sabe acordarse de ellas cuando se presenta la ocasión.

Pero llegó un día que no pudo moverse de la cama, porque se sintió indispuesta. Como jamás había estado enferma, Cachelín llamó muy emocionado a la puerta del cuarto de su yerno:

—Vaya usted en seguida a llamar al doctor Barbette y encárguese también, claro está, de decir al jefe que, en vista de lo que ocurre, no iré hoy a la oficina.

Lesable pasó un día angustioso; sentíase incapaz de trabajar, de redactar, de estudiar los asuntos. El señor Torchebeuf le dijo, sorprendido:

—Señor Lesable, le encuentro hoy a usted poco atento al trabajo.

Lesable, nervioso, le contestó:

—Estoy muy cansado, querido patrón, porque he pasado toda la noche atendiendo a nuestra tía, que se encuentra muy grave.

Pero el jefe le contestó con frialdad:

—Creo que ya es bastante que se haya quedado con ella el señor Cachelín. No es cosa de que se desorganice mi negociado por asuntos personales de mis empleados.

Lesable había puesto su reloj encima de la mesa, donde pudiera tenerlo a la vista; esperó con febril impaciencia que diesen las cinco. Por primera vez en su carrera salió corriendo en cuanto el gran reloj del patio general dió la hora, abandonando su despacho al minuto exacto reglamentario. Tan viva era su inquietud, que tomó un coche de alquiler para volver a su casa, y subió las escaleras corriendo.

Le abrió la criada, y él le preguntó bisbiseando:

—¿Cómo sigue?

El médico la encuentra muy caída.

Le dio un vuelco el corazón y exclamó anhelante:

—¡Ah! ¿Sí?

¿Iría, quizá, a morir de ésta?

No se atrevió a entrar en el cuarto de la enferma, y mandó llamar a Cachelín, que era quien la atendía.

Su suegro salió en seguida, corriendo con precaución la puerta. Estaba en batín y gorrillo griego, como en sus veladas nocturnas al amor de la lumbre; murmuró en voz baja:

—Esto va mal, muy mal. Lleva cuatro horas sin conocimiento. Esta tarde le han administrado los últimos sacramentos.

Lesable sintió que le flaqueaban las piernas y se sentó:

—¿Dónde está. mi mujer?

—A su lado.

—¿Qué es, exactamente, lo que ha dicho el doctor?

—Que se trata de un ataque. Puede reponerse y puede también fallecer esta misma noche.

—¿Me necesitan ustedes para algo? Preferiría no entrar, si no me necesitan. Me afectaría mucho verla en semejante estado.

—No lo necesitamos. Váyase a su cuarto. Si ocurre alguna novedad, lo haré llamar inmediatamente.

Lesable se retiró a su cuarto. Lo encontró cambiado, mayor, más luminoso. Pero su desasosiego le impedía estar quieto, y salió al balcón.

Era en los últimos días del mes de julio, y el sol radiante, antes de desaparecer detrás de las dos torres del Trocadero, derramaba una cascada de llamas sobre la inmensa aglomeración de tejados.

El firmamento, de un rojo deslumbrador encima de la línea del horizonte, adquiría más arriba matices de oro pálido, y más arriba aún se teñía de amarillo, y luego de verde, de un verde suave, bruñido de luz, adquiriendo sobre las cabezas un color azul, limpio y brillante.

Pasaban como flechas las golondrinas, visibles sólo un instante, recortando sobre el fondo bermejo del cielo el perfil ganchudo y fugitivo de sus alas. Una neblina rosa, un vaho de fuego se cernía sobre la muchedumbre infinita de casas, sobre los campos que lejanos y, envueltas en ella, se erguían, como en una apoteosis, las flechas de los campanarios y los esbeltos remates de los monumentos. El Arco de Triunfo de la Estrella surgía, como una masa enorme y negra, entre el incendio del horizonte, y la cúpula de los Inválidos parecía otro sol caído del firmamento sobre las espaldas de un edificio.

Lesable se agarró con las dos manos a la barandilla de hierro; respiraba el aire como si fuese vino, sintiendo impulsos de saltar, de gritar, de hacer gestos violentos, de tan profundo y triunfal como era su gozo. ¡Qué radiante le aparecía la vida, qué plétórico de felicidad el porvenir! ¿Qué iba a hacer? Se sumió en fantásticas imaginaciones.

Se estremeció al sentir detrás un ruido. Era su mujer. Traía los ojos enrojecidos, las mejillas algo hinchadas, el aspecto cansado. Le ofreció la frente, para que se la besase, y luego le dijo:

—Cenaremos en el cuarto de papá, para estar cerca de ella. Y mientras cenamos, la atenderá la criada.

Se trasladó con ella al departamento de al lado.

Cachelín estaba sentado a la mesa, esperando a su hija y a su yerno. Sobre el trinchante se veía un pollo frío, una ensalada de patatas y una compotera de fresas, y la sopa humeaba ya en los platos.

Tomaron asiento. Cachelín dijo con solemnidad:

—No me gustaría que se repitiesen con frecuencia jornadas de esta clase. No son nada alegres.

Pero en su acento se transparentaba un dejo de indiferencia y en su rostro más bien satisfacción que otra cosa. Se puso a devorar con su buen apetito de siempre; encontró excelente el pollo y le pareció sumamente refrescante la ensalada de patatas.

Lesable, en cambio, tenía como apretado el estómago e inquieta el alma; comía apenas y estaba con el oído pendiente de lo que pasaba en la habitación de al lado; no se oía nada, como si no hubiese nadie en ella. Tampoco Cora tenía apetito; estaba emocionada, llorosa, y de cuando en cuando se enjugaba uno de los ojos con una punta de la servilleta.

Cachelín preguntó:

—¿Qué ha dicho el jefe?

Lesable dio detalles, pero su suegro los quería minuciosos; se los hizo repetir, quiso saberlo todo, como si estuviese ausente del Ministerio desde hacía un año.

—Habrá causado sensación, ¿verdad?, la noticia de que está enferma.

Se imaginó en aquel momento su entrada solemne, cuando regresase después del fallecimiento; vio por adelantado las caras que pondrían sus colegas. Sin embargo, y como respondiendo a un secreto remordimiento, dijo:

—¡No es que yo le desee ningún mal a nuestra querida enferma! Dios es testigo de que desearía tenerla con nosotros largo tiempo; pero no se puede negar que causará sensación. Hasta al tío Savón le hará olvidarse de la Commune.

Cuando estaban empezando a comer las fresas se entreabrió la puerta de la habitación de la enferma. Esto produjo tal conmoción a los comensales, que los tres, como movidos por un solo resorte, se pusieron a un tiempo en pie. La criada dijo tranquilamente:

—Ya no respira.

Cachelín tiró su servilleta encima de los platos y se lanzó como loco; Cora le siguió, con el corazón tembloroso; pero Lesable permaneció en pie cerca de la puerta, tratando de descubrir, desde lejos, la pálida mancha del lecho, débilmente iluminado por la luz del crepúsculo. Veía la espalda de su suegro inclinado hacia la cama, inmóvil, atento. De pronto le llegó el sonido de su voz, como si viniese de lejos, de muy lejos, del extremo del mundo, como esas voces que oímos en sueños y que nos dicen cosas sorprendentes. Decía aquella voz:

—¡Se acabó! No se oye absolutamente nada.

Vio Lesable cómo su esposa caía de rodillas, hundía la frente en la sábana y sollozaba. Se decidió entonces a entrar, y al erguirse Cachelín, distinguió sobre la blancura de la almohada el rostro de tía Carlota, con los ojos cerrados, las mejillas muy hundidas, tan rígido, tan descolorido, que parecía figura de cera.

Preguntó, acongojado:

—¿Se acabó?

Cachelín, que estaba también contemplando a su hermana, se volvió hacia él y sus miradas se cruzaron. Contestó— "sí", esforzándose por dar a su rostro una expresión de desconsuelo, pero uno y otro se habían calado hasta lo hondo con una sola mirada, y, sin saber por qué, instintivamente, cambiaron un apretón de manos, como queriendo darse mutuamente las gracias, por lo que el uno había hecho en favor del otro.

Sin perder un instante, se entregaron con afán a todos los menesteres que exige un muerto.

Lesable se encargó de ir en busca del médico y de hacer, lo antes posible, las gestiones más urgentes.

Cogió el sombrero y bajó corriendo las escaleras, con prisa de verse en la calle, de estar solo, de respirar, de pensar, de gozar a solas de su felicidad.

Cuando acabó de hacer las diligencias que llevaba, se dirigió hacia el bulevar, en vez de volver directamente a casa; le arrastraba el ansia de ver gente, de sumarse a su agitación y a la alegre vida nocturna. Sentía comezón de gritar a todos los que pasaban: "Tengo cincuenta mil libras de renta"; caminaba con las manos en los bolsillos, se detenía ante los escaparates, contemplaba las ricas telas, las joyas, los muebles de lujo, y en su cabeza bullía este alegre pensamiento: "Ahora sí que podré comprar estas cosas."

De pronto, al cruzar por delante de una funeraria, arañó bruscamente esta idea: "¿Y si no estuviese muerta? ¿Y si se hubiesen equivocado?"

Marchó en dirección a su casa, acelerando más el paso, y con aquella duda flotando en su cerebro.

Preguntó al entrar:

—¿Vino el doctor?

Cachelín contestó:

—Sí. Comprobó el fallecimiento y se ha encargado de preparar el certificado.

Entraron en la habitación de la difunta. Cora, sentada en un sillón, seguía llorando. Lloraba calladamente, sin esfuerzo, sin sentimiento casi, con la facilidad que las mujeres tienen para derramar lágrimas.

Así que estuvieron los tres en el cuarto, dijo Cachelín en voz baja:

—Como la criada se ha marchado a descansar, podemos mirar si tenía escondido algo en los muebles.

Los dos hombres pusieron manos a la obra. Vaciaban los cajones, registraban en los bolsillos, desdoblaban los papeles más pequeños. A medianoche no habían encontrado todavía nada de interés. Cora se había quedado adormilada, y roncaba ligeramente de un modo irregular. César preguntó:

—¿Creéis que debemos quedarnos aquí hasta que amanezca?

Lesable estaba perplejo, pero opinó que era lo más indicado. El suegro adoptó su criterio:

—En tal caso —dijo— traigamos sillones.

Y fueron en busca de dos asientos acolchados que tenía el matrimonio joven en su habitación.

Una hora después, los tres familiares dormían, con ronquidos desiguales, frente al cadáver, rígido, en su inmovilidad eterna.

Se despertaron al amanecer, en el momento en que la criada entraba en la habitación. Cachelín reconoció, mientras se restregaba los párpados, "que se había quedado transpuesto hacía una media hora".

Pero Lesable, que, había recobrado en seguida su aplomo, dijo:

—Ya lo he advertido. Por mi parte, no he llegado ni un solo instante a perder la noción de las cosas, y únicamente cerré los ojos para aliviarlos un poco.

Cora se retiró a su cuarto.

Lesable preguntó entonces con aparente indiferencia:

—¿Cuándo quiere usted que vayamos a casa del notario para que nos haga conocer el testamento?

—Si a usted le parece, pues... esta misma mañana.

—¿Será indispensable que nos acompañe Cora?

—Tal vez sea lo mejor, ya que, en resumidas cuentas, es ella la heredera.

—En ese caso, voy a decirle que se vaya preparando.

Lesable salió con su paso rápido característico.

\*\*\*

Acababa de abrir sus puertas el bufete del señor Belhomme, cuando se presentaron Cachelín, Lesable y su esposa, de luto riguroso y con caras de desconsuelo.

El notario los recibió inmediatamente; Cachelín tomó la palabra:

—Ya me conoce usted; soy el hermano de la señorita Carlota Cachelín. Estos son mi hija y mi yerno. Mi pobre hermana falleció ayer, y la enterraremos mañana. Siendo usted el depositario de su testamento, venimos a preguntarle si ha formulado acaso alguna disposición relativa al entierro o si tiene usted algo que comunicarnos.

El notario tiró del cajón de un mueble, cogió un sobre, lo rasgó, sacó de él un papel, y dijo sentenciosamente:

—Aquí tengo una copia de su testamento, de la que puedo darles lectura inmediatamente. La otra, exactamente igual a ésta, debe quedar entre mis manos.

Y leyó lo que sigue:

"Yo, Victoria-Carlota Cachelín, cuya firma va al pie, declaro, aquí mis últimas voluntades:

"Dejo toda mi fortuna, que se eleva, más o menos, a un millón ciento veinte mil francos, a los hijos que nazcan del matrimonio de mi sobrina Celeste-Coralia Cachelín, dejando a los padres el disfrute de las rentas que produzca hasta la mayoría de edad del mayor de sus descendientes.

"Las disposiciones que se dan a continuación regulan la parte que corresponderá a cada hijo y la que quedará a beneficio de los padres hasta el fin de sus días.

"En el caso de que yo falleciese antes que mi sobrina haya tenido un heredero, quedará toda mi fortuna en manos de mi notario por espacio de tres años, a fin de que, si en ese plazo nace un descendiente, se cumpla mi voluntad, según la he expresado más arriba. Pero si el cielo no concediese a Coralia un descendiente en los primeros tres años después de mi fallecimiento, mi notario tomará a su cargo la distribución de mi fortuna a los pobres y a los establecimientos de beneficencia cuya lista doy a continuación"

Seguía una lista interminable de nombres de comunidades, cifras, disposiciones y recomendaciones.

El señor Belhomme puso cortésmente el documento en manos de Cachelín, que no volvía de su asombro.

Se juzgó incluso obligado a agregar algunas explicaciones:

—Cúando la señorita Cachelín —dijo el notario— me descubrió por vez primera su proyecto de testar en este sentido, me hizo saber el extremado anhelo que sentía de ver un heredero de su raza. A, todas las observaciones que yo le hice opuso su voluntad, cada vez más decidida, que arrancaba, por lo demás, de un sentimiento religioso, porque ella creía que una unión estéril era indicio de la maldición divina. No consentía modificar sus intenciones. Créanme que lo lamento muy de veras.

Después, dirigiéndose a Coralia, añadió con una sonrisa:

—No dudo ni por un momento que el desideratum de la difunta se realizará muy en breve.

Los tres familiares se retiraron, pero iban demasiado desconcertados para pensar en nada.

Regresaban a su domicilio, los tres a la par, sin decir palabra, avergonzados e irritados, como si se hubiesen robado los unos a los otros. Hasta el dolor que sentía Cora se disipó súbitamente, como si la ingratitude de su tía la relevase de la obligación de llorarla. Por fin, Lesable, con los labios exangües contraídos por el despecho, dijo a su suegro:

—Entrégume ese documento, para que me entere por mis propios ojos.



Cachelín le entregó el papel, y el el jovén se puso a leer. Se paró más en la acera, y allí siguió impertérrito, entre los encontronazos de los transeúntes, pesando las palabras con su mirada penetrante y práctica. Los otros dos familiares se quedaron esperándole a dos pasos, sin salir de su mutismo.

Devolvió el testamento a Cachelín, dictaminando:

—¡No hay nada que hacer! ¡Bien nos ha estafado!

Cachelín, al que la quiebra de sus esperanzas traía irritado, le contestó:

—~Usted es el que hubiera debido tener un hijo, recontra! Sabía usted muy bien que ella lo deseaba desde hacia tiempo.

Lesable se encogió de hombros, sin contestar nada.

Al llegar a casa, se encontraron con una multitud de personas que estaban esperándolos; todas ellas vivían de algo relacionado con los muertos. Lesable se metió en su cuarto, y ya no quiso ocuparse de nada; César trató malamente a todos, diciendo a gritos que lo dejaran en paz, deseando acabar cuanto antes con todo aquello, pareciéndole que tardaban mucho en desembarazarle de aquel cadáver.

A Cora, encerrada en su habitación, ni siquiera se la sentía. Pero, al cabo de una hora, llamo Cachelín a la puerta de su yerno, y le dijo:

Mi querido Leopoldo, vengo a proponerle algunas cosas, porque, después de todo, no tenemos más remedio que marchar de acuerdo. Opino que debemos hacerle, a pesar de lo ocurrido, unas exequias honrosas para que nada sospechen en el Ministerio. Ya nos arreglaremos entre nosotros para el pago de los gastos. Por lo demás, nada se ha perdido aún. No hace tanto tiempo que están casados, y muy mala habría de ser vuestra suerte para que no tengáis hijos. Es cuestión nada más de que os lo propongáis. Y ahora, vamos a lo más urgente. ¿Quiere encargarse usted de ir dentro de un rato al Ministerio? Yo me pondré a escribir las direcciones para las esquelas.

Lesable, aunque con resquemor, tuvo que reconocer que su suegro tenía razón; sentáronse, pues, frente por frente, en los dos extremos de una mesa larga, para ir trazando en los recuadros enlutados los nombres correspondientes.

Más tarde se desayunaron. Reapareció Cora, indiferente, como si nada de todo aquello fuese con ella, y comió mucho, porque había cenado poco la víspera.

Acabado el desayuno, volvió a encerrarse en su habitación. Lesable salió para ir al Ministerio de Marina, y Cachelín se instaló en la terraza, a horcajadas sobre una silla, para fumar una pipa. El pesado sol de un día de verano caía a plomo sobre la aglomeración de tejados; habla algunos, guarnecidos de cristales, que parecían de fuego y lanzaban centelleos que deslumbraban la vista. Cachelín, en mangas de camisa, parpadeaba bajo aquel desbordamiento de luz, y miraba las verdes colinas, allá lejos, lejos, detrás de la gran ciudad, detrás de los barrios exteriores polvorientos. Pensaba que al pie de aquellas colinas, cuyas laderas estaban cubiertas de arbolado, corría el Sena, anchuroso, tranquilo y fresco, y que se estaría infinitamente mejor tumbado boca abajo a la sombra del follaje, al borde mismo del río, escupiendo en las aguas, que encima del plomo ardiente de su terraza. Se sentía angustiado por un malestar, le hostigaba el pensamiento, la sensación dolorosa de su desastre, de aquel infortunio inesperado, tanto más amargo y brutal cuanto más viva y prolongada había sido la esperanza; y de pronto, exclamó en voz alta, como suele ocurrir cuando el espíritu está profundamente conturbado, obsesionado por una idea fija:

—¡Penco Indecente!

A sus espaldas, en la habitación, se oía el ir y venir de los empleados de pompas fúnebres y los golpes seguidos del martillo cerrando el ataúd. No había vuelto a ver a su hermana después de la visita hecha al notario.

Poco a poco la tibieza, la alegría, el limpio encanto de aquel magnífico día veraniego caló en sus carnes y en su espíritu, y pensó que aún no se habían perdido todas las esperanzas. ¿Por qué no había de tener sucesión su hija? Todavía no llevaba casada dos años. Su yerno, aunque bajo de estatura, parecía hombre vigoroso, bien formado y de buena salud! Tendrían un hijo, Dios de Dios! Tenían que tenerlo, sin remedio.

Lesable entró a hurtadillas en el Ministerio, y se deslizó en su despacho. Halló sobre la mesa un papel con estas palabras: "El jefe quiere verlo." Hizo al pronto un gesto de impaciencia, sublevándose contra aquel despotismo que se descargaba sobre sus espaldas; mas, de pronto, se sintió aguijoneado por un ansia brusca y violenta de llegar. También él sería jefe, y muy pronto, y aún más arriba llegaría.

Sin quitarse siquiera la americana de calle, se dirigió al despacho del señor Torchebeuf. Adoptó cara de profundo dolor que suele tomarse en los momentos tristes, y aún más, porque llevaba retratadas en la suya las señales de un pesar auténtico y profundo, del abatimiento involuntario que imprimen a los rasgos faciales las contrariedades violentas.

La cabezota del jefe, inclinada siempre sobre el papel, se enderezó, y le preguntó con brusquedad:

—Me ha hecho usted falta toda la mañana. ¿Cómo es que no ha venido usted?

Lesable contestó:

—Mi querido patrón, hemos tenido la desgracia de perder a mi tía, la señorita Cachelín, y venía justamente a pedirle que asista a la inhumación, que tendrá lugar mañana.

El rostro del señor Torchebeuf volvió a recobrar su serenidad, y contestó, con cierta inflexión de respeto en la voz:

—Eso ya es otra cosa, amigo mio. Le doy las gracias y lo dejo a usted en libertad, porque me imagino que tendrá usted que atender a muchas cosas.

Pero Lesable tenía empeño en mostrarse exagerado cumplidor de sus obligaciones, y contestó:

—Gracias, querido patrón, pero ya está todo hecho y pienso quedarme aquí hasta la hora reglamentaria.

Y volvió a su oficina.

Había corrido ya la noticia, acudían de todas las oficinas, más que para acompañarle en el sentimiento, para felicitarle, y también para ver qué actitud era la suya. Lesable conservaba ante las frases y las miradas una expresión resignada de buen actor y un tacto que dejaba admirados todos. "Se conduce muy bien", decían unos. Y otros agregaban "De todos modos, debe de estar satisfechísimo en su interior."

Maze, más audaz que los otros, le preguntó con el aire despreocupado de un hombre de mundo:

—¿Conoce usted la cifra exacta de lo que deja?

Lesable le contestó con tono perfecto de desinterés:

—Exactamente, no. El testamento habla de un millón doscientos mil francos, más o menos. Conozco este detalle porque el notario ha tenido que comunicarnos algunas cláusulas relativas a los funerales.

Opinaban todos que Lesable no seguiría en el Ministerio. Con sesenta mil libras de renta no sigue nadie entre el balduque. Eso da categoría y se puede triunfar en lo que a uno le agrade más. Calculaban unos que se encaminaría hacia el Consejo de Estado y opinaban otros que pensaba ya en ser elegido diputado. El jefe daba por descontada su dimisión, que él transmitiría al director.

Acudió a los funerales todo el ministerio, y los encontraron demasiado pobres. Pero circuló el rumor de que "tal había sido la voluntad de la señorita Cachelín, y que así lo especificaba el testamento".

Cachelín reanudó el trabajo desde el mismo día siguiente, y a su vez Lesable, después de estar indispuerto una semana, volvió algo pálido, pero con la misma asiduidad y celo de antes. Parecía como si no hubiese ocurrido nada en la existencia de los dos. Observóse únicamente que tanto el uno como el otro fumaban con ostentación gruesos cigarros, que conversaban acerca de la renta pública, de los ferrocarriles y de los grandes valores bursátiles como hombres que tienen títulos en la cartera; y al cabo de algún tiempo se supo la noticia de que habían alquilado en los alrededores de París una casa de campo para pasar el final del verano. La gente se dijo: "Son tan avaros como la vieja; les viene de familia; Dios los cría y ellos se juntan; sea como sea, no está bien seguir en el Ministerio cuando se tiene una fortuna como la suya."

Al cabo de cierto tiempo, ya nadie se acordó de aquello. Estaban juzgados y catalogados.

#### IV

Mientras acompañaba el entierro de su tía Carlota, iba Lesable pensando en el millón; roído por la ira, que era aún más violenta porque tenía que permanecer oculta, se revolvió contra todos como si fuesen culpables de su lamentable contratiempo.

Pero también pensaba: "¿A qué se deberá que, en dos años que llevo casado, no haya tenido hijos?" El temor de que su matrimonio fuese estéril hacía latir apresuradamente su corazón.

Como chiquillo que contempla el pastel que hay que descolgar de lo alto del palo de la cucaña, largo y brillante, y se jura a si mismo llegar hasta allí a fuerza de energía y de voluntad, y tener el vigor y la tenacidad necesarios, así Lesable tomó la resolución desesperada de llegar a ser padre. Si lo son tantos otros, ¿por qué no había de serlo él? Tal vez había que achacarlo a que, siéndole completamente indiferente, había sido poco cuidadoso, despreocupado o ignorante de algún detalle. Jamás habla experimentado el violento deseo de dejar un heredero, y tal vez por eso no había puesto el máximo cuidado en conseguirlo. De allí en adelante, haría esfuerzos encarnizados; no descuidaría ningún detalle y se saldría con la suya, porque tal era su firme voluntad.

Pero al hallarse de regreso en su casa, se sintió indispuerto y tuvo que acostarse. El desengaño había sido demasiado fuerte, y ahora sufría sus consecuencias.

El médico juzgó que su indisposición era lo bastante seria para prescribir un reposo absoluto, y hasta aseguró que necesitarla cuidarse durante mucho tiempo. Temíase un acceso, de fiebre cerebral.

Sin embargo, al cabo de ocho días se levantó y reanudó su trabajo en el Ministerio.

Pero no se atrevía a acercarse al lecho conyugal, creyéndose todavía enfermo. Vacilaba y temblaba, como general a punto de dar una batalla en, la que se juega su porvenir. Y cada noche lo dejaba para la siguiente, aguardando a encontrarse en uno de esos momentos de plétorica salud, de bienestar y de energía, en que nos sentimos capaces de cualquier empresa. A cada instante se tomaba el pulso, y encontrándolo o demasiado débil o agitado, tomaba tónicos, comía cruda, o daba largas caminatas vigorizadoras antes de volver a su casa.

Como no se restablecía en la medida que él hubiera querido, se le ocurrió pasar el final de la estación calurosa en los alrededores de París. Llegó muy en breve a la convicción de que el aire puro del campo ejercería sobre su temperamento una influencia irresistible. El campo produce efectos maravillosos, decisivos, en la situación

en que él se encontraba. Esta seguridad del éxito inminente lo tranquilizó, y muchas veces le decía a su suegro, dando inflexiones intencionadas a su voz:

—Cuando vivamos en el campo, mejoraré y se arreglará todo. La palabra "campo", por sí sola, encerraba para él un sentido misterioso.

Alquilaron una casita en el pueblo de Bezons, y se instalaron los tres en ella. Todas las mañanas salían a pie los dos hombres para ir a la estación de Colombes, atravesando la llanura, y todas las noches volvían también a pie.

Cora, encantada de vivir a orillas del agradable río, iba a sentarse en los ribazos de sus márgenes, cogía flores y llevaba a casa grandes ramos de hierbas finas, amarillas y temblorosas.

Todas las noches se paseaban los tres a lo largo de la ribera, hasta la presa de la Morue, y entraban a beber una botella de cerveza en el restaurante de Los Tilos. El río, contenido por la larga hilera de pilotes, se precipitaba por entre las juntas de los mismos, saltando, hirviendo, espumajeando en una anchura de cien metros; el retumbo del agua al caer hacía retemblar el suelo, y de la cascada subía como débil humareda una suave neblina, un vapor húmedo que flotaba en el aire, derramando en el contorno un olor de agua batida, un sabor de légamo removido.

Caía la noche. Enfrente, a lo lejos, un gran resplandor señalaba el emplazamiento de París, arrancando todos los días a Cachelín idéntica frase: "¡París! ¡Qué ciudad, después de todo! " A cada rato pasaba un tren con retumbos de trueno por el puente de hierro que corta la punta de la isla, desapareciendo en seguida, ya por la izquierda, ya por la derecha, en dirección a París o en dirección al mar.

Volvían a casa muy despacio, viendo levantarse la luna; se sentaban en el borde de una cerca para quedarse contemplando cómo su luz suave y amarillenta caía sobre el río tranquilo, dando la impresión de correr como sus aguas, formando en las leves arrugas de la corriente como un inquieto muaré de fuego. Los sapos lanzaban su grito breve y metálico. Las aves nocturnas se enviaban por los aires sus llamadas. A veces se deslizaba por el río una gran sombra silenciosa, alterando su curso luminoso y sereno. Era una barca de merodeadores que lanzaban dé pronto el esparavel, y alzaban sin ruido a bordo la ancha y oscura red con su pesca de gobios brillantes, sacudidos por estremecimientos, como quien alza un tesoro del fondo del agua, un tesoro vivo de peces de plata.

Cora, emocionada, se apoyaba tiernamente en el brazo de su marido, cuyos propósitos adivinaba, aunque no se hubiesen dicho una palabra. Eran aquellos días para ellos como un nuevo noviazgo, como una segunda espera del beso de amor. El se lanzaba a veces a una caricia furtiva, junto a la oreja, en el nacimiento de la nuca, en el rinconcito adorable de carne tierna del que arrancan los primeros cabellos. Ella le contestaba con una presión de la mano, los dos se deseaban y se rehusaban, atraídos y contenidos por una voluntad más enérgica, por el fantasma del millón.

Cachelín, tranquilizado por aquella esperanza que sentía palpar a su alrededor, vivía feliz, bebía de lo bueno y comía mucho; sentía brotar dentro de sí, en el crepúsculo, ciertas crisis de poesía, ese enternecimiento insustancial que acomete hasta los más palurdos en presencia de ciertas visiones maravillosas del campo: una lluvia de luz entre las ramas, una puesta de sol detrás de las colinas lejanas, con reflejos de púrpura en las aguas del río. Solía decir: "Cuando veo estas coas, creo en Dios. Siento que me cogen de aquí —y señalaba la boca del estómago— y me cambian lo de dentro afuera. Experimento una cosa rara, como si me sumergiesen en un baño que me da ganas de llorar."

Lesable, entre tanto, mejoraba, dominado de pronto por ardores que ya había dejado de sentir, por impulsos de correr como un potro, de revolcarse en la hierba, de lanzar gritos de alegría.

Creyó que había llegado el momento. Fué una verdadera noche de bodas.

Y después gozaron de una luna de miel, llena de caricias y de esperanzas.

Hasta que comprobaron que sus tentativas eran infructuosas y su confianza vana.

Fué aquello una desesperación, una catástrofe. Lesable, sin embargo, no se dió por vencido, y se obstinó, hasta hacer esfuerzos sobrehumanos. Su mujer, animada del mismo anhelo, y estremecida por idéntico temor, y de naturaleza más robusta, se plegaba de buena gana a sus tentativas, buscaba sus besos, avivaba constantemente sus ardores cuando desfallecían.

Regresaron a Paris en los primeros días de octubre.

La vida se les iba haciendo difícil. Ya asomaban a sus labios las frases desagradables; Cachelín, que sospechaba lo que ocurría, los hostigaba con epigramas de cuartel, envenenados y groseros.

Un mismo pensamiento los perseguía sin cesar, los roía: agujoneaba su mutuo resentimiento, el de aquella herencia inasequible. Cora alzaba ahora la voz y se mostraba ruda con su marido. Tratábalo como a un muchacho, como a un mequetrefe, como a hombre sin importancia. Y Cachelín repetía en todas las comidas:

—Si yo hubiese sido rico, habría tenido muchos hijos... Pero cuando uno es pobre, hay que ser prudente.

Y agregaba, volviéndose hacia su hija:

—Tú, seguramente que eres lo mismo que yo; pero...

Y lanzaba a su yerno una mirada significativa, acompañada de un despectivo encogimiento de hombros.

Lesable no contestaba, como hombre de clase superior que ha caído en una familia de patanes. En el Ministerio le encontraban mala cara. El jefe mismo le preguntó un día:

—¿Está usted acaso enfermo? Lo encuentro algo cambiado.

A lo que él contestó:

—De ninguna manera, querido patrón. Es posible que esté fatigado. En los últimos tiempos he trabajado mucho, según ha podido verlo usted mismo.

Daba por descontado que ascendería a fin de año, y con esa esperanza había reanimado su vida laboriosa de empleado modelo.

Pero sólo obtuvo una gratificación insignificante, inferior a la de los demás. Cachelín, su suegro, no recibió nada.

Aquello fue para Lesable una puñalada en el corazón; fue otra vez a ver al jefe, y por vez primera le dió tratamiento de "señor"...

—¿Qué saco, pues, yo, señor, con trabajar como trabajo, si no obtengo ningún beneficio?

La cabezota del señor Torchebeuf pareció sentirse ofendida:

—Ya le dije, señor Lesable, que no admitía que se estableciese discusión entre nosotros sobre un asunto de esta índole. Vuelvo a repetirle que esta reclamación me parece una inconveniencia, dada su actual fortuna, y comparándola con la de sus colegas...

Lesable no pudo contenerse:

—Pero, señor, si yo no tengo fortuna! Nuestra tía se la dejó al primer hijo que naciese de nuestro matrimonio. Tanto mi suegro como yo vivimos de nuestros sueldos.

El jefe, sorprendido, le contestó:

—Aunque así sea; si hoy es usted pobre, será rico en cualquier momento. El caso es, pues, el mismo.

Lesable se retiró, con más dolor por el ascenso perdido que por la herencia que no llegaba a alcanzar.

Días más tarde, a poco de llegar Cachelín a su despacho, entró el guapo Maze con la sonrisa en los labios, y tras él Pitolet, rebotándole la alegría por los ojos; finalmente, empujó la puerta Boissel, y se adelantó con cara alegre y expresión de burla, dirigiendo miradas de complicidad a los otros. El tío Savón seguía copiando, con su pipa de barro en la comisura de los labios, sentado en su silla alta y apoyando los dos pies en el travesaño, como los chicospequeños.

Nadie decía nada, como si estuviesen esperando algo, y Cachelín registraba los documentos, pregonando, según tenía por costumbre, en alta voz:

—Tolón. Suministros para la mesa de oficiales del Richefleu.— Lorient. Escafandras para el Desaix.—Brest. Pruebas con lonas de procedencia inglesa.

Apareció Lesable. Iba ahora todas las mañanas a buscar los documentos que eran de incumbencia suya, porque su suegro no se molestaba ya en enviárselos por medio del muchacho.

Mientras él revolvía los papeles desplegados encima de la mesa el oficial de entrada, Maze le miraba con el rabillo del ojo, frotándose las manos, Pitolet, que liaba un cigarrillo, exteriorizaba en sus labios ligeramente fruncidos los síntomas de una alegría que está a punto de estallar. Se volvió hacia el escribiente y le hizo esta pregunta:

—Usted, papá Savón, habrá se aprendido durante su vida un sin fin de cosas, ¿verdad?

El viejo no contestó, porque comprendió que se iban a burlar de él, hablándole de su mujer.

Pitolet siguió diciendo:

—Por lo menos, usted descubrió el secreto de hacer hijos. ¿No ha tenido usted varios?

El pobre hombre levantó la cabeza:

—Ya sabe usted, señor Pitolet, que no me gusta que me gasten bromas a ese respecto. Tuve la desgracia de contraer matrimonio con una compañera indigna. Cuando adquirí la prueba de su infidelidad, me separé de ella.

Maze le preguntó con tono indiferente, sin aparentar risa:

—Esa prueba la adquirió usted muchísimas veces, ¿no es así?

El tío Savón contestó con mucha seriedad:

—Sí, señor.

Pitolet tomó la palabra otra vez:

—Lo cual no obsta para que usted sea el padre de varios hijos, tres o cuatro, según tengo entendido.

El pobre hombre se puso hecho una grana y tartamudeó:

—Señor Pitolet, está usted buscando cómo ofenderme, pero no lo conseguirá. Mi mujer ha tenido en efecto, tres o cuatro hijos. Tengo razones para suponer que el primero es mío, pero reniego de los restantes.

Pitolet siguió diciendo:—

—En efecto, todos están de acuerdo en que el primero es de usted. Con eso me basta. Es cosa magnífica tener un hijo; y además de ser magnífico, constituye una felicidad. Ya ve usted, apuesto cualquier cosa a que Lesable se consideraría feliz de tener uno, uno solo, como usted.

Cachelín había dejado de registrar documentos. Pero no se reía, Aunque el tío Savón era de ordinario su cabeza de turco, y aunque hubiese agotado a su costa la serie de bromas indecorosas a propósito de sus desgracias conyugales.

Lesable había recogido ya sus papeles; pero comprendía que el ataque iba dirigido contra él, y decidió quedarse, detenido allí por el orgullo, turbado y lleno de irritación, preguntándose quién podía haber traicionado su secreto. Recordó de pronto lo que había dicho al jefe, y comprendió en seguida que, si no quería servir de blanco de todas las burlas del Ministerio, le era preciso dar inmediatamente pruebas de una gran energía.

Boissel iba y venía por la oficina sonriéndose irónicamente. De pronto mugió, imitando el ronco pregón de los vendedores callejeros:

—¡El secreto para hacer hijos, a diez céntimos, a dos perrillas. ¡No dejéis de comprar el secreto para hacen hijos, revelado por el tío Savón, con los más espantosos detalles!

Todos, a excepción de Lesable y de su suegro, se echaron a reír. Pitolet se volvió entonces hacía el oficial de entrada, y le preguntó:

—¿Le pasa a usted algo, Cachelín? Antes era usted un hombre alegre. Parece que no le encuentra usted ninguna gracia al hecho de que el tío Savón haya tenido un hijo de su mujer. A mí me parece graciosísimo, graciosísimo. ¡No todos son capaces de hacerlo!

Lesable se había puesto otra vez a revolver papeles, haciendo que leía, sin oír lo que hablaban.

Boissel siguió diciendo con la misma voz de golfo:

—¡A diez céntimos, a dos perrillas, de cómo sirven los hijos para recoger herencias, a diez céntimos! ¡De utilidad para todos; no dejéis de comprarlo; a diez céntimos!

Maze, que desdeñaba este género de ingeniosidades y que guardaba rencor personal a Lesable, porque había frustrado las esperanzas de llegar a ser rico, que alimentaba en el fondo de su corazón, le lanzó esta pregunta directa:

—¿Le pasa a usted algo, señor Lesable? Está usted muy pálido.

Lesable alzó la cabeza y miró frente a frente a su colega. Vaciló unos segundos, trémulo el labio, buscando alguna frase hilarante e ingeniosa, pero, no ocurriéndosele ninguna que le satisficiera, contestó:

—No me pasa nada. Estoy únicamente asombrado ante el derroche de ingenio que están ustedes haciendo.

Maze, de espaldas al fuego y levantándose con ambas manos los faldones de la levita, le dijo riéndose:

—Se hace lo que se puede, amigo. Nosotros somos como usted, no siempre tenemos éxito.

Una explosión de risas le cortó la palabra. El tío Savón, estupefacto, comprendiendo confusamente que la cosa no iba con él, que no era él de quien se burlaban, se había quedado con la boca abierta y la pluma en alto. Cachelín permanecía en guardia, dispuesto a emprenderla a puñetazos con el primero que el azar le pusiese delante.

Lesable balbució:

—No entiendo; ¿en qué no he tenido éxito?

El guapo Maze soltó uno de los faldones de su levita para retorcerse el bigote y le contestó con tono protector:

—Sé muy bien que usted triunfa de ordinario en todas sus empresas. Hice, pues, mal en refrirme a usted. Por lo demás, se hablaba de los hijos de papá Savón y no de los de usted, puesto que no los tiene. Ahora bien: visto que usted es hombre que alcanza todo lo que se propone, es evidente que, al no tener hijos, será que no ha querido tenerlos.

Lesable le replicó entonces de mala manera:

—Y eso, ¿a usted que le importa?

Maze, ante esta actitud provocadora, levantó a su vez la voz:

—Diga usted, ¿qué es lo que le da? Procure ser cortés o tendrá que vérselas conmigo.

Lesable, temblando de cólera, perdió toda medida:

—Señor Maze, yo no soy como usted, ni un solemne fatuo ni un niño bonito, y le ruego que en adelante no vuelva a dirigirme la palabra. Usted y los individuos como usted me tienen completamente sin cuidado.

Y al decirlo, lanzaba miradas desafiadoras a Pitolet y Boissel.

Maze había comprendido de pronto que la fuerza verdadera está en la serenidad y en la ironía; pero al verse herido en lo que constituía su vanidad, quiso herir a su enemigo en el corazón y volvió a hablar con tono protector de consejero bondadoso, aunque había en sus ojos destellos de rabia:

—Querido señor Lesable, está usted pasándose de la raya. Comprendo, por lo demás, su despecho; es lamentable perder una fortuna, y perderla por tan poca cosa, por algo que es tan sencillo, tan fácil... Vaya, si usted quiere yo puedo hacerle ese servicio, de balde, como buen camarada. Es cuestión de cinco minutos...

—No había acabado de hablar cuando recibió en mitad del pecho, el tintero del tío Savón, que le tiró Lesable. Una oleada de tinta le cubrió la cara, y lo metamorfoseó en negro con rapidez sorprendente. Se lanzó, con la mano levantada para golpear y haciendo girar los ojos, que se le saltaban de las órbitas. Pero Cachelín se puso delante de su yerno, sujetó entre sus brazos al alto Maze y, a empujones, sacudidas y una lluvia de golpes, lo tiró contra la pared. Maze se desembarazó con un violento esfuerzo, abrió la puerta y gritó, dirigiéndose a los dos hombres:

—¡Pronto tendrán ustedes noticias mías! —y desapareció.

Pitolet y Boissel fueron tras él. Boissel justificó su moderación asegurando que no tomó parte en la lucha por no matar a alguno.

Así que entró en su oficina intentó Maze limpiarse, pero no lo consiguió; la tinta de la que estaba teñido era de fondo violeta, de las llamadas indelebles e imborrables. Furioso y desconsolado, no se quitaba de delante del espejo, restregándose rabiosamente con una toalla. Lo único que consiguió fué obtener un color negro más brillante, con tonalidades rojas, por efecto de la afluencia de la sangre a la piel.

Boissel y Pitolet, que fueron detrás, le daban consejos. Este aseguraba que debía lavarse la cara con aceite puro de oliva; el otro aseguraba que se le iría con amoníaco. Enviaron al ordenanza a consultar a un farmacéutico. Se trajo un líquido amarillo y una piedra pómez. Pero no se obtuvo tampoco resultado alguno.

Maze, desalentado, se sentó y dijo:

—Queda por solventar ahora la cuestión de honor. ¿Quieren servirme ustedes de testigos y pedir al señor Lesable que me presente las debidas excusas o una reparación por las armas?

Aceptaron los dos, y se procedió a discutir los pasos que tenían que dar. Ni el uno ni el otro tenían la más remota idea de asuntos como aquél, pero no querían confesarlo, y con la preocupación de ser correctos, emitían opiniones tímidas y variadas. Por fin se decidieron a consultar con un capitán de fragata, que estaba destacado en el Ministerio para dirigir el servicio de carbones. Resultó que no estaba más al corriente que ellos, Sin embargo, después de mucho meditar, les aconsejó que se dirigiesen a Lesable rogándole que los pusiese en contacto con dos amigos suyos.

Cuando iban camino de la oficina de su colega, se detuvo súbitamente Boissel y formuló esta pregunta:

—¿No es urgente que nos proveamos de guantes?

Pitolet permaneció un instante indeciso:

—Si; me parece que sí.



Pero para hacerse con guantes había que salir a la calle, y con el jefe no se podían gastar bromas. Recurrieron, pues, otra vez al ordenanza para que les trajese un surtido de guantes de un comercio. Tardaron mucho en decidirse por el color. Boissel los quería negros; Pitolet opinaba que ese color no correspondía a una gestión como aquélla. Acabaron eligiéndolos de color violeta.

Al ver entrar a aquellos dos hombres solemnes y enguantados, levantó Lesable la cabeza y les preguntó con brusquedad:

—¿Qué se les ofrece a ustedes?

Pitolet contestó:

—Caballero, nuestro amigo señor Maze nos ha dado el encargo de pedirle, o bien excusas o bien una reparación por las armas, por haber pasado usted a vías de hecho en su persona.

Pero Lesable, irritado aún, les gritó:

—¿Cómo? ¿Me insulta él, y viene todavía a provocarme? Diganle que lo desprecio, y que desprecio cuanto pueda decir o hacer.

Boissel avanzó entonces con aire trágico:

—Nos va usted a obligar, caballero, a que publiquemos en los periódicos un acta que le resultará muy desagradable.

Pitolet agregó con intención:

—Y que podrá perjudicarle mucho en su honor y en sus ascensos futuros.

Lesable los miraba con terror. ¿Qué hacer? Pensó en ganar tiempo:

—Señores, dentro de diez minutos recibirán ustedes mi contestación. Hagan el favor de esperarla en el despacho del señor Pitolet.

Al verse solo, miró en torno suyo, como buscando un consejo, una protección.

¡Un duelo! ¡Iba a tener un duelo!

Estaba convulso, desconcertado, como hombre pacífico que no ha pensado nunca en semejante posibilidad, ni se ha preparado para sus peligros, para sus emociones, ni ha fortalecido su valor en previsión de un acontecimiento tan terrible. Quiso ponerse en pie y volvió a caer en la silla, con el corazón palpitante y las piernas flojas. Su cólera y su fuerza se habían esfumado de golpe. Pero al pensar en lo que dirían las gentes del Ministerio y en el ruido que armaría el asunto por todas las oficinas, se reavivó su orgullo desfalleciente; no sabiendo qué contestar, se dirigió al despacho del jefe para consultar con él.

El señor Torchebeuf se sorprendió y se quedó perplejo. No veía clara la necesidad de un encuentro a mano armada; pensaba, sobre todo, en que aquello iba a desorganizarle los servicios.

—Yo nada puedo aconsejarle. Es una cuestión de honor que no me afecta. ¿Quiere usted que le dé unas líneas para el comandante Bouc? Es hombre competente en la materia, y podrá asesorarle.

Aceptó Lesable, y fué inmediatamente a ver al comandante, que se prestó incluso a servirle de testigo, tomando a un subjefe para que le secundase en sus gestiones.

Boissel y Pitolet, sin quitarse los guantes, esperaban. Habían pedido prestadas dos sillas a la oficina de al lado, a fin de disponer de cuatro.

Saludáronse con mucha gravedad y tomaron asiento. Pitolet habló el primero y expuso la situación. El comandante, después de escucharle, contestó:

—El asunto es grave, pero no me parece irreparable; todo depende de las intenciones.

Era un viejo marino socarrón, al que aquello le divertía.

Se trabó una larga discusión, durante la cual fueron sucesivamente elaborados cuatro borradores de cartas, pues las excusas habían de ser recíprocas. Si el señor Maze

reconocía que no había tenido intención de ofender, al principio, al señor Lesable, éste, por su parte, se apresuraría a confesar que había hecho mal en tirarle el tintero, y se disculparía de su irreflexible violencia.

Los cuatro mandatarios volvieron para entrevistarse con sus respectivos clientes.

Mientras tanto, Maze, agitado por la emoción del posible duelo, aunque confiando en que su adversario se echaría atrás, estaba sentado delante de su mesa, mirándose, una después de otra, las mejillas, en uno de esos espejitos redondos, montados en estaño, que los empleados ocultan en el cajón de su escritorio para arreglarse la barba, los cabellos y la corbata antes de abandonar la oficina por la tarde.

Leyó las cartas que le llevaban para que las examinase, y manifestó con visible satisfacción:

—Me parece una cosa muy razonable. Estoy dispuesto a firmar.

Por su parte, Lesable había aceptado sin discusión el documento redactado por los testigos, expresándose así:

—Desde el momento en que son ustedes de esa opinión, yo tengo que mostrarme de acuerdo.

En todas las oficinas reinaba una emoción extraordinaria. Los empleados salían en busca de noticias, pasaban de una puerta a otra y se detenían para hablarse en los pasillos.

Cuando se supo que el asunto había quedado zanjado, la decepción fue general. Hubo alguno que dijo:

—Pero con todo eso, no le han hecho un hijo a Lesable.

La frase circuló. Un empleado rimó la letra de una canción.

Pero cuando ya todo parecía arreglado, surgió, promovido por Boissel, un obstáculo:

—¿Cuál había de ser la actitud de los dos adversarios cuando se encontrasen cara a cara? ¿Se saludarían? ¿Fingirían no conocerse?

Decidieron que coincidirían los dos, como por casualidad, en el despacho del jefe, y que cambiarían, en presencia del señor Torchebeuf, algunas palabras de cortesía.

Se cumplió en el acto con este requisito, y el señor Maze, después de pedir un coche, volvió a su casa para procurar limpiarse la piel.

Lesable y Cachelín regresaron juntos, sin hablar, irritados el uno contra el otro, como si todo lo que acababa de ocurrir hubiese dependido de cualquiera de los dos. Así que se vió en su casa, tiró Lesable el sombrero encima de la cómoda, y gritó, dirigiéndose a su mujer:

—Ya estoy hasta la coronilla. Ahora tengo un duelo por ti.

Ella le miró sorprendida, irritada de antemano.

—¿Un duelo? ¿Por qué motivo?

—Porque Maze me ha insultado a propósito de ti.

Ella se aproximó:

—¿A propósito de mí? ¿Cómo? Lesable se había sentado, presa de gran irritación, en un sillón. Siguió diciendo:

—Me ha insultado... No necesito darte más explicaciones.

Pero ella insistía en saber:

—Quiero que me repitas las palabras que ha pronunciado respecto a mí.

Lesable enrojeció, balbuciendo:

—Me ha dicho..., me ha dicho...; lo que me ha dicho se refiere a tu esterilidad.

Ella tuvo un estremecimiento, pero después la sacudió una oleada de furor, y la rudeza paternal se abrió paso por entre su naturaleza de mujer, estallando en frases coléricas:

—¿Yo? ¿Que soy yo estéril? Y ¿qué sabe él, pobre palurdo? Estéril contigo, desde luego, porque tú no eres un hombre. Si yo me hubiese casado con uno que lo fuese, no importa con quién, habría tenido hijos. ¡Puedes hablar, si te atreves! ¡No me cuesta poco caro el haberme casado con un guiñapo como tú! Y ¿qué le contestaste a ese desharrapado?

Desconcertado por aquella tormenta, Lesable tartamudeó:

—Lo he... abofeteado.

Ella lo miró con asombro:

—Y ¿qué ha hecho él?

—Me ha enviado sus testigos.

Entonces ella se interesó por el asunto, porque le atraían, como a todas las mujeres, las aventuras dramáticas; se dulcificó de pronto, poseída de cierto aprecio súbito hacia el hombre que iba a arriesgar su vida, y le preguntó:

—Y ¿cuándo os batís?

El contestó tranquilamente:

—No nos batimos; los testigos han arreglado la cuestión. Maze me ha presentado sus excusas.

Ella, entonces, se le quedó mirando a la cara y le dijo con tono en que rebosaba el desprecio:

—¡De modo que me han insultado delante de ti, tú no lo has impedido y ni siquiera te bates en duelo! ¡Era lo único que te faltaba: el ser un cobarde!

Lesable se indignó:

—Te ordeno que te calles. Sé mejor que tú lo que concierne a mi honor. Y a propósito, aquí tienes la carta del señor Maze. Tómala, lee y verás.

Tomó el papel, lo recorrió con la vista, lo adivinó todo y le dijo con sonrisa burlona:

—¿De modo que tú también has escrito una carta? Os habéis tenido miedo el uno al otro. ¡Oh, qué cobardes son los hombres! Si nosotras estuviésemos en vuestro lugar... En fin, en este caso, soy yo la insultada; yo, tu mujer, y te conformas con esto. Ya no me extraña que no seas capaz de tener un hijo. Todo concuerda. Eres tan..., flojo con las mujeres como delante de los hombres. ¡Vaya! ¡Me ha tocado una monada de hombre!

Había sacado de pronto la voz y los gestos de Cachelín, gestos truhanescos de cuartel y acento varonil.

Plantada frente a él, con las manos en jarras, alta, fuerte, vigorosa, abultada de pechos, colorada de cara, con la voz profunda y vibrante y la sangre afluyendo a sus frescas mejillas de chica guapa, veía sentado delante de ella a aquel hombrecito pálido, ligeramente calvo, afeitado, con patillas cortas de abogado. Le venían ganas de estrangularlo, de aplastarlo.

Volvió a repetir:

—Eres incapaz para todo, para todo. Hasta como empleado consientes que te pisoteen todos.

Se abrió la puerta, y apareció Cachelín, atraído por las voces desacompañadas, y preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

Ella se volvió:

—¡Que le estoy diciendo las verdades a este monigote!

Al levantar Lesable la vista, se dio cuenta del parecido de los dos. Tuvo la impresión de que se descorría un velo y que los veía tal cual eran, el padre y la hija, de la misma sangre, de la misma raza baja y grosera. Y se vio perdido, condenado a vivir perpetuamente entre ellos.

Cachelín exclamó sentenciosamente:

—Si, por lo menos, se pudiese recurrir al divorcio. No es nada agradable el tener de marido a un capón.

Lesable se irguió de un salto, trémulo de furor; aquella frase hizo estallar su indignación. Avanzó hacia su suegro, farfullando:

—¡Salga usted de aquí! ¡Váyase! ... Está usted en mi casa, ¿oye usted?... Lo echo a usted...

Y cogió una botella de agua sedante que había sobre la cómoda, blandiéndola como una maza.

Cachelín, acobardado, salió de espaldas, murmurando:

—Pero ¿qué le ha dado ahora? La cólera de Lesable no se apaciguó con aquello; era ya demasiado. Se volvió hacia su mujer, que seguía mirándole, un poco asombrada de su arrebató, y después de colocar la botella encima del mueble, le gritó:

—En cuanto a ti..., en cuanto a ti...

Pero no encontrando nada qué decir, y no teniendo razones que dar, se quedó frente a ella con el rostro descompuesto y la voz alterada.

Ella se echó a reír.

Al ver aquella alegría, que constituía un insulto más, se volvió loco, se lanzó sobre ella, la cogió del cuello con la mano izquierda, y se puso a abofetearla furiosamente con la derecha. Ella retrocedió, desatinada, jadeante. Tropezó con la cama y cayó encima de espaldas. Pero él no la soltó, y siguió golpeándola. De improviso, Lesable se levantó, agotado, sin aliento; avergonzado de pronto de su brutalidad, balbució:

—Ahí tienes..., así ocurren las cosas.

Pero su mujer no se movía, como si la hubiese matado. Seguía de espaldas, en el borde de la cama, tapándose la cara con las dos manos. El se acercó, muy atribulado, pensando en lo que iría a ocurrir, aguardando a que ella descubriese la cara, para ver el efecto que le había producido. Su inquietud fue creciendo, y al cabo de unos minutos, murmuró:

—¡Cora, habla, Cora!

Ella no contestó ni se movió.

¿Qué le pasaba? ¿Qué hacía? Sobre todo, ¿qué iba a hacer? Una vez que se le pasó el arrebató, y se le pasó tan bruscamente como le había venido, se tuvo a sí mismo por un ser odioso, casi por un criminal. El, hombre sensato y frío, hombre bien educado y siempre juicioso, había pegado a una mujer, a su propia mujer. Enternecido, por efecto de aquella reacción, sentía impulsos de pedir perdón, de arrodillarse, de besar aquella mejilla, colorada por efecto de los golpes. Suavemente, con la punta del dedo, tocó una de las manos que tapaban el rostro. Ella pareció no sentir nada. Le habló con halagos, acariciándola como se acaricia al perro después de reñirle. No se dio por enterada.

Agregó:

—Cora, escucha; Cora, sé que he estado mal, escucha.

Cora parecía muerta. Intentó levantar aquella mano. La apartó con facilidad y quedó a la vista suya un ojo abierto que le miraba con fijeza, inquietante, desconcertante.

Lesable siguió diciendo:

—Escucha, Cora; me he dejado llevar de la cólera. Ha sido tu padre quien me ha sacado de quicio. No se insulta a un hombre de ese modo.

Ella no contestó, como si no oyese. Lesable no sabía qué decir, ni qué hacer. La besó junto a la oreja, y, al levantarse, vio que se le desprendía una gruesa lágrima, que corría luego por su mejilla, y después otra, y otra, en un movimiento convulsivo del párpado.

Se sintió apenado, traspasado de emoción; abrió los brazos y se echó encima de su mujer. Apartó otra mano con sus labios, y cubriendo de besos su cara, le decía suplicante:

—Pobre Cora mía, perdóname, dime que me perdonas.

Seguía llorando, sin ruido, sin sollozos, como cuando se llora por un dolor muy hondo.

El la apretaba contra sí, la acariciaba, le susurraba al oído todas las frases tiernas que se le ocurrían. Pero ella seguía insensible. Cesó en su llanto, y siguieron de ese modo largo rato, tendidos y abrazados. Iba haciéndose de noche y la pequeña habitación se fué llenando de sombra; cuando llegó a estar completamente oscura, Lesable cobró ánimos, y solicitó su perdón de una manera que reavivó las esperanzas de los dos.

Cuando se levantaron, había ya recobrado Lesable su voz y su expresión corrientes, como si no hubiese ocurrido nada. Ella, por el contrario, parecía enternecida, hablaba con tono más cariñoso que de costumbre, miraba a su marido con ojos sumisos, casi acariciadores, como si el inesperado castigo recibido hubiese aplacado sus nervios y ablandado su corazón. Lesable dijo con tranquilidad:

—Tu padre debe de estar aburriéndose, sin nadie que le acompañe; debías ir en busca suya. Además, ya es hora de cenar.

Cora salió de la habitación.

Eran, en efecto, las siete, y la criadita anunció que la sopa estaba servida; en seguida apareció Cachelín, acompañado de su hija, tranquilo y sonriente. Se sentaron a la mesa; hacía tiempo que no habían hablado con la cordialidad que lo hicieron aquella noche, como si hubiese ocurrido un suceso feliz para todos.

## V

Sus esperanzas, mantenidas constantemente, renovadas siempre, nunca cuajaban en ninguna realidad. Burladas mes a mes, a pesar del empeño de Lesable y de la buena voluntad de su comañera, los sumían en una angustia febril. Se reprochaban mutuamente el fracaso, y el marido, desesperado, cada día más flaco y cansado, sufría de un modo especial con la grosería de Cachelín, que, en la belicosa intimidad en que vivían, no le daba ya más nombre que el de "señor Gallo" sin duda como recuerdo del día aquél en que, por haber pronunciado la palabra "capón", estuvo a punto de que le diera en la cara con una botella.

La hija y el padre, aliados por instinto, enrabiados por aquella idea fija de la gran fortuna que tenían a mano y no podían coger, no sabían ya que inventar para humillar y torturar a aquel impotente que era el causante de su desgracia.

Cora repetía invariablemente al sentarse a la mesa:

—¡La cena es poca cosa! ¡Si fuésemos ricos! La culpa no es mía.

En el momento en que Lesable salía para ir al trabajo, ella le gritaba desde el interior de su habitación:

—Coge el paraguas para que no me vengas sucio como una rueda de ómnibus. No es culpa mía, después de todo, si tienes que seguir haciendo ese oficio de chupatintas.

Y cuando era ella la que tenía que salir a la calle, no lo hacía nunca sin este comentario:

—¡Y pensar que si yo me hubiese casado con otro, tendría un coche a la puerta!

A todas horas y en todas las ocasiones volvía a lo mismo, pinchaba a su marido con un reproche, lo azotaba con una injuria, o lo hacía único culpable, responsable único de la pérdida de aquel dinero que de otro modo estaría ya en sus manos.

Cierta noche, en que Lesable volvió a perder la paciencia, exclamó:

—Pero ¿quieres callarte ya? En primer lugar, si no tenemos hijos la culpa es tuya, tuya sólo, porque yo tengo ya uno..., un hijo mío.

Mentía, prefiriendo cualquier cosa antes que aquel reproche constante, aquel bochorno de parecer impotente.

Ella se le quedó mirando, con asombro en el primer momento, intentando leer la verdad en sus ojos; al fin comprendió, y le dijo con soberano desdén:

—¿Que tú tienes un hijo? ¿Tú?

Y él le contestó con descaro:

—Sí, un hijo natural, que tengo criando en Asnières.

Ella le replicó tranquilamente:

—Iremos mañana a verlo; quiero saber cómo es.

Lesable enrojeció hasta las orejas y balbució:

—Como tú quieras.

Al día siguiente, no bien dieron las siete de la mañana, ella se levantó de la cama, y como él se asombrase, le dijo:

—¿No vamos a ir a ver a tu hijo? Ayer noche me lo ofreciste. ¿O es que, quizá, ya no lo tienes hoy?

Lesable salió bruscamente de la cama:

—No vamos a ver a mi hijo, sino a un médico, y él te dirá lo que tiene que decirte.

La mujer, segura de sí misma, le contestó:

—No deseo otra cosa.

Cachelín se encargó de dar aviso al Ministerio de que su yerno estaba enfermo; el matrimonio Lesable, asesorado por un médico de cerca de casa, llamaba a la una en punto a la puerta del doctor Lafilleul, autor de varios libros acerca de la higiene en la procreación. Entraron en un salón pintado de blanco con una lista dorada, y mal amueblado, y que, a pesar de las muchas sillas, parecía vacío y deshabitado. Tomaron asiento; Lesable estaba emocionado, trémulo, y también avergonzado. Les llegó la vez, y pasaron a una especie de despacho en el que los recibió un hombre grueso y bajito, ceremonioso y frío.

Aguardó a que se explicasen; pero Lesable, completamente colorado, no se arriesgaba. Entonces se decidió la mujer, y, con voz tranquila, como persona resuelta a todo para llegar a su fin, dijo:

—Mire usted, señor; nosotros hemos venido porque no tenemos hijos, y de que los tengamos o no depende una gran fortuna.

La consulta fué larga, minuciosa, molesta. La única que no sentía reparo alguno era Cora, prestándose al examen atento del médico, como mujer que está animada y fortalecida por un interés más elevado.

Después de examinar durante casi una hora a los dos esposos, el especialista no se pronunció de manera terminante.

—No encuentro —dijo— nada de anormal, ni nada que se salga de lo corriente. Por lo demás, suelen presentarse con frecuencia estos casos. Ocurre con los cuerpos como con los caracteres. Si nos encontramos con tantos matrimonios desunidos por incompatibilidad de temperamentos, no debe sorprendernos el encontrar otros que son estériles por incompatibilidad física. La señora me parece estar muy bien constituida, y ser muy apta para la procreación, por otra parte, aunque el señor no presenta ningún rasgo de conformación que se salga de la regla, lo encuentro debilitado, tal vez a consecuencia de su excesivo empeño de ser padre, ¿Tendría usted inconveniente en que lo auscultase?

Lesable, inquieto, se despojó del chaleco, y el médico aplicó durante largo rato el oído al tórax y a la espalda del empleado; después le golpeó insistentemente con los dedos, desde el estómago hasta el cuello, y desde la región lumbar hasta la nuca.

Declaró que había un ligero desarreglo en el primer tiempo de la función cardíaca, y que, por lo que al pecho se refería, encontraba casi un peligro.

—Es preciso que se cuide, caballero, es preciso que se cuide mucho. Es nada más que anemia, agotamiento. Estos fenómenos, sin importancia por ahora, podrían hacerse en poco tiempo incurables.

Lesable, pálido de congoja, pidió que le recetase algo. Le fué prescrito un régimen complicado: hierro, carnes rojas, caldos entre las comidas, ejercicios, descanso y una temporada en el campo durante el verano. Luego les dio consejos, para cuando él mejorase, indicándoles determinados procedimientos que habían dado muchas veces resultado en casos como el suyo.

Les costó la consulta cuarenta francos.

Una vez en la calle, Cora, poseída de una cólera sorda, y previendo el porvenir, exclamó:

—¡Estoy lucida!

Lesable no contestó. Caminaba devorado por los celos, repasando y sopesando cada una de las palabras del doctor. ¿No le habría engañado? ¿No lo habría dado por hombre que ya no tenía remedio? Ya no pensaba en la herencia y en el hijo. ¡Pensaba en su propia vida!

Le parecía estar escuchando el silbido de sus pulmones, y el latir de su corazón. Al cruzar las Tullerías, se sintió débil y quiso sentarse. Su mujer, irritada, permaneció en pie a su lado para humillarlo, mirándole de arriba a abajo con despectiva conmiseración. Lesable respiraba con dificultad, exagerando el jadeo, que era producto de su emoción. Aplicando los dedos de la mano izquierda al pulso de la muñeca derecha, contaba las pulsaciones de la arteria.

Cora, que pataleaba de impaciencia, preguntó:

—¿Has acabado de hacer bobadas? ¿Seguimos ya?

Se levantó, como se levantan las víctimas, y echó a andar sin decir palabra.

Al enterarse Cachelín del resultado de la consulta, dió rienda suelta a su furor, vociferando:

—¡Aviados estamos, sí, señor; aviados estamos!

Y miraba a su yerno con ojos feroces, como si quisiera comérselo.

Lesable no les prestaba atención, no les oía, no pensaba más que en su salud, en su existencia amenazada. ¡Qué gritasen el padre y la hija! Ellos no estaban dentro de su pelleja, y él quería conservarla.

Hubo sobre su mesa frascos de farmacia, y en las comidas dosificaba los medicamentos, ante las sonrisas de su mujer y las ruidosas carcajadas de su suegro. A cada momento se miraba al espejo, a cada instante se llevaba la mano al corazón y estudiaba los latidos, y para no tener contacto carnal con Cora, hizo que instalasen una cama en una habitación oscura, que servía de guardarropa.

Experimentaba ahora por ella un rencor no exento de miedo, que se mezclaba con el desprecio y la repugnancia. Por lo demás, todas las mujeres le parecían ahora unos monstruos, fieras peligrosas cuya misión consistía en matar a los hombres; ya no pensaba en el testamento de tía Carlota sino como se piensa en un accidente en que ha estado a punto de costarle a uno la vida.

Fueron transcurriendo meses. Ya sólo faltaba un año para el plazo final.

Cachelín había colgado en la pared del comedor un enorme calendario del que todas las mañanas borraba un día; la irritación de su impotencia, el despecho de ver semana a

semana que se le escapaba aquella fortuna, la rabia que le producía el pensar en que no tenía más remedio que ir y venir de la oficina, para más adelante seguir viviendo con los dos mil francos del retiro, hasta su muerte, le impelía a violencias de palabras, que se habrían convertido por menos que nada en malos tratos de hecho.

No podía mirar a Lesable sin sentirse estremecido por un deseo impetuoso de pegarle, de aplastarlo, de pisotearlo. Lo odiaba, con un odio tumultuoso. Si le veía abrir la puerta y entrar en casa, parecía que entraba un ladrón que le había despojado de una propiedad sagrada, de una herencia de familia. Le odiaba más que si fuese un enemigo mortal, y al mismo tiempo lo despreciaba por su debilidad y aún más por su cobardía, puesto que había suspendido la persecución de la esperanza común, por miedo a que sufriese su salud.

En realidad, Lesable vivía más apartado de su mujer que si no los uniese lazo alguno. No se acercaba a ella, no la tocaba ya y hasta huía de su mirada, tanto por vergüenza como por temor.

Cachelín preguntaba todos los días a su hija:

—¿Qué? ¿Se ha lanzado tu marido?

Ella contestaba:

—No, papá.

En la mesa se desarrollaban todas las noches escenas violentas. Cachelín no hacía más que decir:

—El hombre que no es hombre, lo mejor que podría hacer es reventar, para que otro ocupase su lugar.

Y Cora agregaba:

—La verdad es que hay personas bien inútiles y molestas, No sé para qué sirven, en este mundo, si no es para ser gravosos a todos.

Lesable tomaba sus medicinas y no contestaba, Pero llegó un día en que su suegro le gritó:

—Pues bien: sepa usted, sí, usted, que si no cambia de manera de ser ahora que ya está mejor, yo sé lo que va a hacer mi hija...

Presintiendo un nuevo insulto, alzó el yerno la vista, interrogándole con la mirada. Cachelín siguió diciendo:

—¡Caramba! ¡Pues se las entenderá con otro diferente de usted! Y puede usted darse por muy contento de que no lo haya hecho ya. Cuando el marido es un títere como usted, está permitido todo.

Lesable, lívido, contestó:

—No soy yo quien la priva de seguir sus buenos consejos.

Cora había bajado los ojos. Cachelín se quedó algo turbado, con la vaga sensación de que había dicho una cosa demasiado fuerte.

## VI

Cuando estaban en el Ministerio parecían uno y otro vivir en bastante buenos términos, Se había establecido entre ellos una especie de pacto tácito para ocultar a sus colegas las batallas del hogar. Se trataban de "mi querido Cachelín", "mi querido Lesable", y hasta simulaban reírse juntos, felices y contentos, satisfechos de su vida en común.

Por otro lado, Lesable y Maze se conducían, uno con otro, con una cortesía ceremoniosa de adversarios que han estado a punto de batirse. El fallido duelo que les había hecho sentir su escalofrío, establecía entre ellos una amabilidad exagerada, atenciones mayores y tal vez un secreto deseo de aproximarse, producto del confuso



recelo de una nueva complicación. La gente observaba y aplaudía semejante actitud, propia de hombres de mundo que han tenido entre ellos un lance de honor.

Saludábanse desde muy lejos, con seriedad solemne, con un sombrerazo lleno de dignidad.

No se hablaban, porque ninguno de los dos quería, o no se atrevía, a ser el primero.

Pero cierto día, Lesable, al que el jefe requirió con urgencia, salió corriendo, para demostrar su celo, y al doblar un pasillo fué a dar con toda su velocidad contra la barriga de otro empleado que venía en sentido contrario, El empleado era Maze. Los dos se echaron hacia atrás, y Lesable preguntó con una solicitud llena de turbación y finura:

—¿Le he hecho algún daño, caballero?

A lo que el otro contestó:

—Absolutamente nada, caballero.

Desde entonces les pareció correcto cambiar algunas palabras siempre que se encontraban. Y en lo sucesivo entraron en una pugna de cortesías y tuvieron el uno con el otro tales obsequiosidades, que pronto nació de ellas alguna familiaridad, que se convirtió en intimidad, templada por un resto de reserva, propia de personas que no han sabido comprenderse antes y cuyo impulso de acercamiento se ve frenado todavía por ciertos tímidos recelos. A fuerza de cortesías y visitas de oficina a oficina, llegó a establecerse entre ambos una gran familiaridad.

Era frecuente que charlasen animadamente cuando iban en busca de noticias a la oficina del oficial de Registro. Lesable había perdido su altivez de empleado que está seguro de llegar, y Maze dejaba de lado su empaque de hombre de mundo, y Cachelín se mezclaba en la conversación, pareciendo interesarse por aquella amistad. En ocasiones, después que se retiraba el guapo funcionario, rozando casi con la cabeza la parte superior del marco de la puerta, decía por lo bajo, mirando a su yerno:

—Ese, por lo menos, es un barbián.

Cierta mañana que estaban reunidos los cuatro, porque el tío Savón no dejaba de copiar un momento, la silla del escribiente, que algún bromista había aserrado, se desplomó bajo su peso, y el pobre hombre se vino al suelo, dejando escapar un grito de espanto.

Los otros tres se precipitaron en su ayuda. El oficial de Registro afirmó que aquélla era una maquinación de los comunalistas, y Maze quería a toda costa ver el lugar de la herida. Cachelín y él llegaron hasta pretender desnudar al viejo para curarlo, según decían. Pero él se opuso obstinadamente, gritando que no tenía nada.

Una vez se calmó el regocijo, exclamó Cachelín de golpe:

—Oiga usted, señor Maze, ahora que todos estamos tan amigos, debería usted venir a comer en casa el domingo. Nos daría mucho gusto a todos: a mi yerno, a mí y a mi hija, que lo conoce a usted de referencias, porque hablamos con frecuencia del negociado. ¿Aceptado, eh?

Lesable, aunque más fríamente, unió sus súplicas a las del suegro:

—Decídase; nos complacerá mucho con ello.

Maze titubeaba, embarazado, sonriéndose al pensar en todos los rumores que circulaban.

Cachelín le apremiaba:

—Ea, ¿de acuerdo?

—¡Pues bien, sí; acepto!

Al volver a su casa, Cachelín dijo a su hija:

—¿No sabes que el señor Maze viene a comer en casa el próximo domingo?

Cora, sorprendida al pronto, balbució:

—¿El señor Maze?... ¡Vaya! Y enrojeció, sin saber por qué, hasta la raíz del pelo. Con tantas veces como había oído hablar acerca de él, de su porte mundano, de sus conquistas —porque en el Ministerio lo tenían por audaz con las mujeres e irresistible— se había despertado en ella hacía mucho tiempo el deseo de conocerlo.

Cachelín agregó, frotándose las manos:

—Es un hombre completo, y además un buen mozo, alto como un carabinero. Ese si que no se parece en nada a tu marido.

Ella no dijo una palabra, turbada como si hubiesen podido adivinar que ya había pensado en él.

Se preparó aquella cena con igual esmero que la de Lesable en otro tiempo. Cachelín discutía los platos, hacía hincapié en que se organizase todo bien; parecía más alegre, como si una intuición secreta e infalible lo hubiese tranquilizado, como si una confianza inconfesada, todavía indecisa, hubiese surgido en su corazón.

Vigiló, muy excitado, los preparativos durante toda la jornada del domingo, en tanto que Lesable estudiaba un asunto urgente que la víspera se había traído de su oficina. Estaban en la primera semana de noviembre y se aproximaba el Año Nuevo.

Maze llegó a las siete, animado del mejor humor. Entró como por su casa y ofreció a Cora un gran ramo de rosas, dedicándole al mismo tiempo unas frases de cumplido. Después añadió, con la naturalidad de una persona habituada a moverse en sociedad:

—Me parece, señora, como si la conociese ya, como si la hubiese conocido desde que era niña, porque hace ya muchos años que su padre me habla de usted.

Al ver las flores, exclamó Cachelín:

—Este detalle revela a una persona distinguida.

Su hija se acordó de que Lesable no las llevó el día de su presentación. El guapo oficinista parecía encantado, se reía como muchacho sin malicia que va por vez primera a la casa de unos antiguos amigos y dirigía a Cora galanterías discretas que le sacaban los colores a la cara.

La halló él muy aceptable. Lo juzgó ella muy seductor. Después que se marchó, hizo Cachelín este comentario:

—¿Qué os parece? ¡Vaya un enamorado y un tenorio que debe de estar hecho! Dicen que las atontolina a todas.

Cora, aunque menos expansiva, no se recató en decir que lo había encontrado simpático y menos estirado que lo que ella había supuesto.

Lesable, que parecía menos fatigado y menos triste que de costumbre, reconoció que, al principio, se había formado de él un concepto equivocado.

Maze volvió, con circunspección en los primeros tiempos, y después muy a menudo. Todos lo encontraban agradable. Hacían porque fuese, lo mimaban. Cora le preparaba los platos a que era aficionado. A tal grado llegó la intimidad de los tres hombres, que casi siempre estaban juntos. El nuevo amigo llevaba a toda la familia al teatro, a palcos que conseguía por medio de los periódicos.

Por la noche regresaban a pie, por las calles llenas de gente, hasta la puerta de la casa del matrimonio Lesable. Maze y Cora iban delante, con paso uniforme, cadera con cadera, marcando el mismo balanceo, el mismo ritmo, como dos seres nacidos para avanzar a la par por la vida. Hablaban a media voz, entendiéndose a maravilla, y se reían con risa ahogada; de cuando en cuando, la joven se volvía para lanzar una ojeada a su padre y a su marido, que caminaban detrás.

Cachelín los envolvía en una mirada bondadosa, y muchas veces, sin pensar que hablaba a su yerno, decía:

—No se puede negar que los dos son apuestos; da gusto verlos juntos.

Lesable contestaba tranquilamente:

—Tienen casi la misma estatura.

Feliz al comprobar que su corazón palpitaba con menos violencia, que jadeaba menos cuando caminaba ligero, y que se encontraba en todos los aspectos más fuerte, iba dejando que se desvaneciese poco a poco el rencor que sentía contra su suegro; por otra parte, los malignos dicharachos de éste habían cesado desde hacía algún tiempo.

Por el Año Nuevo fue nombrado oficial de primera. Esto le produjo una alegría tan vehemente que, al llegar a casa, besó a su mujer por vez primera desde hacía seis meses. Esto pareció desconcertarla, y se quedó cohibida, como si él hubiese cometido una indelicadeza; y dirigió su vista hacia Maze, que había ido a presentarle sus respetos y felicitaciones con motivo del primero de año. También Maze pareció embarazado, y se volvió hacia la ventana, como para no ver aquello.

Pero no transcurrió mucho tiempo sin que Cachelín volviese a mostrarse irritable y colérico, hostigando de nuevo a su yerno con sus burlas. Hasta con el mismo Maze se metía en ocasiones, como si también lo hiciese responsable de la catástrofe que les amenazaba y cuya fecha inevitable se aproximaba minuto a minuto.

La única que parecía tranquil y que se mostraba completamente feliz y radiante de satisfacción era Cora. Se hubiera dicho que se había olvidado de que estaba casi encima el vencimiento del plazo amenazador.

Iban a entrar en marzo. Parecía perdida toda esperanza, porque el veinte de julio se cumplían los tres años del fallecimiento de tía Carlota.

Una primavera precoz hacía germinar la Naturaleza, y Maze propuso a sus amigos dar el domingo un paseo por las orillas del Sena para coger violetas entre los matorrales.

Salieron en tren por la mañana temprano y bajaron en Maisons Laffitte. Un escalofrío invernal corría aún por las ramas desnudas; pero la hierba, de un verde nuevo y brillante, estaba ya manchada de flores blancas y azules; y en las laderas de las colinas, los árboles frutales parecían lucir guirnaldas de rosas en sus delgados brazos, cubiertos de yemas abiertas.

El Sena se deslizaba lento, triste y turbio por efecto de las últimas lluvias entre sus orillas escarpadas, que las crecidas invernales habían descarnado; el campo todo, embebido de agua, parecía salir de un baño y desprendía de sí, por efecto de la tibieza de los primeros días de sol, un regusto de suave humedad.

Se metieron sin rumbo fijo por el parque. Cachelín, hosco, golpeaba con el bastón los terrones; estaba más abatido que de costumbre, pensando con mayor amargura que nunca en su desgracia, que muy pronto iba a consumarse por completo. Lesable, también melancólico, andaba con cuidado de no mojarse los pies en la hierba, mientras su mujer y Maze se esforzaban por reunir flores para un ramo. Desde unos días atrás, Cora estaba lánguida y pálida, como si se sintiese enferma.

Se cansó en seguida y propuso que volviesen para almorzar. Fueron a un pequeño restaurante, adosado a un viejo molino que se desmoronaba; les sirvieron en seguida, en una mesa de madera cubierta con dos servilletas bajo un emparrado y en la orilla misma del río, el almuerzo tradicional de los excursionistas parisienses.

Habían saboreado los crujientes gobios fritos, masticado los filetes adornados con patatas y estaba circulando la ensaladera rebosante de hojas verdes, cuando Cora se levantó bruscamente y echó a correr hacia la orilla, aplicándose la servilleta a la boca con las dos manos.

Lesable preguntó con inquietud:

—¿Qué es lo que le pasa?

Maze se turbó, se puso colorado y balbució:

—No..., no lo sé...; hace un instante no tenía nada.

Cachelín se quedó asustado, sosteniendo en alto el tenedor, en el que tenía ensartada una hoja de ensalada.

Se levantó para seguir con la vista a su hija. Ladeándose, vio que tenía la cabeza apoyada en un árbol, con muestras de estar enferma. Una sospecha veloz le dobló las piernas; se dejó caer en la silla, dirigiendo miradas de asombro a los otros dos hombres, que también parecían igualmente turbados. Loco de congoja y de esperanza, los examinaba con ansiosa mirada, sin atreverse a hablar.

Transcurrió un cuarto de hora en medio de un profundo silencio, Cora reapareció, algo pálida, y caminando con dificultad. Ninguno de los tres la interrogó de una manera concreta; cada cual parecía adivinar un acontecimiento feliz, pero difícil de manifestar; ardían en deseos de saberlo y temían enterarse de él. Cachelín fué el único que le preguntó:

—¿Te sientes mejor?

Ella contestó:

—Sí; no ha sido nada, gracias; pero regresaremos temprano, porque tengo un poco de jaqueca.

Al volver a echar a andar, se cogió del brazo de su marido, como queriendo dar a entender que algo misterioso le ocurría, pero que aún no se atrevía a confesarlo.

En la estación de San Lázaro se separaron. Maze puso como pretexto un asunto del que se había acordado en aquel momento y los dejó, después de los saludos y apretones de manos.

En cuanto Cachelín se vio a solas con su hija y su yerno, le preguntó:

—¿Qué es lo que te ha ocurrido durante el almuerzo?

Cora no contestó, al pronto; pero después de unos momentos de titubeo, dijo:

—Nada; una pequeña molestia al corazón.

Caminaba como si le faltasen las fuerzas, pero con la sonrisa en los labios. Lesable sentíase incómodo, con el espíritu conturbado, Y perseguido por ideas confusas, y contradictorias, lleno de apetencias de lujo, de cóleras sordas, de vergüenzas inconfesables, de una cobardía celosa; hacía como los que están acostados y cierran por la mañana los ojos para no ver el rayo de luz que se desliza por entre los cortinajes y cruza su cama con una línea brillante.

Así que llegaron a casa, dijo está que tenía que acabar un trabajo, y se encerró.

Cachelín, entonces, puso las dos manos sobre los hombros de su hija:

—Estás encinta, ¿no es eso?

Ella balbució:

—Creo que sí; desde hace dos meses

No había aún acabado de decirlo, y ya Cachelín daba saltos de alegría; después se puso a dar vueltas alrededor de su hija bailando un cancán de baile público, vieja reminiscencia de sus tiempos de soldado. Alzaba la pierna, saltaba a pesar de su barriga, hacía temblar todo el piso. Los muebles se movían, los vasos tintineaban en el aparador, la lámpara, suspendida del techo, que oscilaba y vibraba como la de un barco.

Tomó luego en sus brazos a su hija querida y la besó con frenesí; luego le dió con gesto familiar una palmadita en el vientre:

—¡Al fin, ya está ah! ¿Se lo has dicho a tu marido?

Cora se sintió de pronto intimidada, y dijo muy quedamente:

—No...; todavía, no...; estaba... esperando.

Pero Cachelín exclamó:

—Sí, lo comprendo. Te sientes cohibida. Aguarda, yo mismo se lo voy a decir.

Y se lanzó hacia el cuarto de su yerno. Al verlo entrar, Lesable, que nno hacia nada, se levantó; Cachelín, sin darle lugar a recobrase, le soltó:

—¿Sabe usted que su señora está encinta?

El marido, turbado, empezó a perder su aplomo, y sus pómulos se colorearon de rubor:

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cora? ¿Que está encinta?

—¡Justamente! ¡Embarazada! comprende? ¡Esta sí que es suerte!

Y dejándose llevar de su alegría le cogió las dos manos, se las apretó, se las zarandeó como para felicitarle, como para darle las gracias. Y no hacía más que repetir:

—¡Ah! ¡Por fin lo tenemos! ¡Se ha portado usted, se ha portado usted! ¡Ya es nuestra la fortuna! ¡Imagínese!

Y sin poderse dominar lo estrchó entre sus brazos.

No cesaba de gritar:

—¡Imagínese! ¡Más de un millón! ¡Más de un millón!

Se puso a bailar otra vez, pero de pronto exclamó:

—Pero venga usted conmigo, que ella le espera; ¡venga a darle un beso, por lo menos!

Y agarrándolo con los dos brazos se lo llevó por delante, y lo lanzó como una pelota dentro de la sala, donde Cora se había quedado en pie, intranquila, escuchando.

En cuanto vió a su marido, retrocedió, sofocada por una súbita emoción. Lesable se quedó frente a ella, pálida y hondamente dolorido. Parecía el juez, y ella la culpable.

Al fin dijo:

—Según parece, estás embarazada.

Ella balbució, con voz trémula:

—Así parece.

Pero Cachelín los cogió a los dos del cuello y acercó la cara del uno a la del otro, hasta que se tocaron las narices, y exclamó:

—¡Pero que es esto, caramba! ¡Daos un beso, que bien merece la pena!

Estaba desbordante de loca alegría, y cuando los soltó dijo solemnemente:

—¡Por fin hemos ganado la partida! Escúchame, Leopoldo; vamos a comprar inmediatamente una casa en el campo. Allí, al menos, podrá usted restablecerse.

Lesable, ante semejante idea, se estremeció. Su suegro siguió diciendo:

—Cuando estemos allí invitaremos al señor Torchebeuf y a su señora, y como el subjefe está ya a punto de estirar la pata, combinaremos de modo que sea usted el sucesor. Por algo se empieza.

Conforme Cachelín hablaba, iba Lesable viendo claro; se representaba a sí mismo, delante de una linda casita blanca, a orillas del Sena, recibiendo al jefe. Vestía americana de dril, y se cubría la cabeza con un panamá.

Ante semejante perspectiva, penetraba en su corazón una sensación de dulzura, de tibieza, de felicidad, que corría por todo su ser y parecía quitarle peso, devolverle la salud.

No contestó aún, pero se sonreía.

Cachelín, ebrio de esperanzas, en un arrebató de ilusiones, seguía diciendo:

—¿Quién sabe? Quizá lleguemos a tener influencia en la región. Tal vez llegue usted a salir diputado. De todos modos, nos trataremos con la mejor gente de la población, y nos permitiremos ciertos lujos. Tendrá usted un cochecito de cesta y un caballito para ir todos los días a la estación.

En el cerebro de Lesable se despertaban imágenes de lujo, de elegancia y de bienestar. La idea de conducir él mismo un lindo cochecito, como las personas ricas cuya suerte había envidiado tantas veces, acabó de llenar sus deseos. Y no pudo menos de exclamar:

—Si; eso sería muy agradable, desde luego.

Cora, al verlo ya conquistado, sonreía también, enternecida y llena de agradecimiento; Cachelín, para quien ya no había obstáculos, dijo resueltamente:

—Esta noche cenaremos de restaurante. ¡Caracoles! Tenemos que correr una pequeña juerga.

Cuando volvieron a casa, estaban los tres un poco mareados, y Lesable, que se tambaleaba y no sabía bien lo que se hacía, no acertó a ir a su cuarto oscuro. Quizá sin darse cuenta, quizá por descuido, se acostó en la cama, aún vacía, en que iba a meterse su mujer. Durante toda la noche le pareció que su cama oscilaba como un barco, que cabeceaba, que se balanceaba de costado y que se iba a pique. Hasta se sintió acometido de mareos.

Grande fué su sorpresa cuando, al despertar, vio que tenía a Cora en sus brazos.

Ella abrió los ojos, se sonrió y le besó con un arranque súbito, de gratitud y de cariño. Después, dando a su voz las inflexiones de dulzura que adoptan las mujeres cuando se ponen zalameras, le dijo:

—Si quisieras ser cariñoso conmigo, no irías hoy al Ministerio. No hace falta que seas tan exacto, puesto que vamos a ser muy ricos. Nos podíamos ir al campo tú y yo, muy solitos.

Lesable sentíase descansado, con el perezoso bienestar que sigue a la laxitud de las fiestas y entumecido por el calor de la cama. Le dominaba una pesadez que le impulsaba a seguir así mucho tiempo, a entregarse ya a la molición de una vida tranquila. Un impulso extraño y poderoso de pereza le paralizaba el alma e invadía su cuerpo, y una idea vaga, constante, feliz, flotaba en su espíritu. "Iba a ser rico e independiente"

Pero de súbito le acometió un temor, y preguntó con voz muy queda, como si temiese que las paredes oyesen sus palabras:

—¿Estás, por lo menos, bien segura de tu embarazo?

Ella lo tranquilizó en seguida:

—¡Oh sí, no tengas cuidado! No me equivoco.

Lesable, todavía algo inquieto, empezó a palparla suavemente. Le pasó la mano por el vientre abultado y dijo:

—Es cierto, sí, pero no habrás dado a luz antes de la fecha señalada. Tal vez nos disputen nuestro derecho.

Ante tamaña suposición, Cora sintió un arrebató de ira... ¿Cómo? ¿Iban a venirle ahora con embrollos, después de todas las fatigas, apuros y sacrificios porque había pasado? ¡Ah, no! ¡De ninguna manera! ... Se sentó en la cama, descompuesta de indignación.

—Vamos inmediatamente a casa del notario —dijo ella.

Pero a Lesable le pareció mejor obtener antes un certificado del médico. Volvieron, pues, a casa del doctor Lefilleul.

Los conoció así que los vió, preguntándoles:

—Y ¿lo consiguieron?

Se pusieron completamente colorados, y Cora, perdiendo un poco de su aplomo, balbució:

—Creo que sí, señor.

El médico se frotaba las manos:

—Me lo esperaba, me lo esperaba. El recurso que les indiqué no falla jamás, a menos que por parte de uno de los cónyuges haya incapacidad total.

Cuando acabó de reconocer a la joven, manifestó:

—¡Bravo! Esto es cosa hecha.

Y escribió en una hoja de papel:

"El que suscribe, doctor en Medicina de la Facultad de París, certifica que la señora de Leopoldo Lesable, Cachelín de apellido paterno, presenta todos los síntomas de un embarazo que data de tres meses, sobre poco más o menos."

Después se volvió hacia Lesable y le preguntó:

—¿Y usted? ¿Cómo siguen ese pecho y ese corazón?

Lo auscultó, encontrándolo completamente curado.

Se marcharon, felices y contentos, cogidos del brazo, con paso ligero. Leopoldo tuvo una idea por el camino:

—Tal vez convendría que antes de ir a casa del notario te pusieses una o dos toallas en derredor de la cintura; de esa forma resaltará más, y esto tiene sus ventajas. Así no pensará que lo que pretendemos es ganar tiempo.

Volviéron, pues, a casa, y el mimo Lesable desnudó a su mujer, ¡para colocarle un suplemento de vientre! Diez veces seguidas cambió las toallas de sitio, retirándose algunos pasos, a fin de observar el efecto, esforzándose por conseguir una semejanza perfecta.

Cuando estuvo satisfecho del resultado, volvieron a salir; Lesable parecía ir por la calle orgulloso de la protuberancia de aquel vientre, que atestiguaba su virilidad. El notarlo los recibió muy atentamente. Escuchó las explicaciones que le dieron, echó un vistazo al certificado y al insistir Lesable diciendo: "Por lo demás, señor, la cosa está a la vista", dirigió una mirada convencida a la cintura, abultada y en punta, de la joven.

Ellos esperaban que hablase, llenos de ansiedad; el hombre de leyes declaró solemnemente:

—Está bien. Que el hijo haya nacido o que vaya a nacer, el hecho es que existe, que vive ya. Dejaremos, pues, en suspenso la ejecución del testamento hasta que la señora dé a luz.

Al salir del despacho, marido y mujer se besaron en la escalera, de tan vehemente que era su alegría.

## VII

Desde el día de aquel descubrimiento, vivieron los tres familiares en perfecta unión. Siempre estaban de humor alegre, sereno y apacible. Cachelín había recobrado su antigua jovialidad y Cora abrumaba de atenciones a su marido. También Lesable parecía otro, siempre estaba contento, y nunca se había mostrado de tan buen carácter como entonces.

Maze ya no frecuentaba tanto la casa, y no parecía hallarse a sus anchas entre aquella familia; lo acogían siempre bien, aunque con mayor frialdad, porque la felicidad es egoísta y no necesita de los extraños.

Cachelín mismo parecía sentir cierta secreta hostilidad contra el guapo funcionario, al que con tanta solicitud había introducido en aquel hogar unos meses antes. El fue quien anunció a este amigo el embarazo de Coralia; se lo dijo a boca de jarro:

—¿Sabe usted que mi hija está encinta?

Maze contestó, haciéndose el sorprendido:

—¿Sí? Estarán ustedes muy contentos.

Cachelín contestó:

—¡Naturalmente!

Pero se fijó en que a su colega, por el contrario, no parecía haberle hecho ninguna gracia. A los hombres, aunque sean ellos los causantes, no les gusta ver en semejante estado a las mujeres que aman.

Sin embargo, Maze siguió cenando en la casa todos los domingos. Pero aunque no hubiese surgido entre ellos conflicto alguno, las veladas en común resultaban forzadas, y la dificultad iba en aumento a cada semana que pasaba. Y llegó una noche en que Cachelín, después de marcharse Maze, exclamó con acento irritado:

—¡Ya empieza a fastidiarme ese individuo!

Lesable apuntó:

—La verdad es que no gana nada cuando se le trata a fondo.

Cora había bajado la vista y no dio su opinión. Parecía estar siempre como cohibida en presencia del grandullón de Maze, y este, por su parte, parecía avergonzado cuando estaba cerca de Cora, y ya no se sonreía, como antes, cuando la miraba, ni les traía invitaciones para el teatro: se hubiera dicho que soportaba aquella intimidad tan afectuosa en otro tiempo, como una carga forzosa.

Hasta que un jueves, a la hora de la cena, cuando su marido llegaba de la oficina, le besó Cora las patillas con más zalamería que de costumbre, y le dijo al oído:

—¿No me reñirás?

—¿A qué viene eso?

—A que..., hace un rato vino a verme el señor Maze. Y como no quiero que nadie tenga que murmurar de mí, le rogué que no volviese a presentarse en ausencia tuya. Y esto parece que le molestó algo.

Lesable preguntó, sorprendido:

—Pero, bueno, ¿qué es lo que dijo?

—Poca cosa, pero a mí no me gustó y, por consiguiente le pedí que corte por completo sus visitas. Fuisteis papá y tú quienes lo trajisteis a casa, yo no intervine en nada. De ahí mi temor de que te molestes porque le haya cerrado la puerta de casa.

El corazón del marido se sintió penetrado de alegría, mezclada de gratitud:

—Has obrado bien, muy bien. Hasta te doy las gracias.

Ella, que había fijado de antemano la situación respectiva de los dos hombres, quiso dejarla bien marcada:

—En la oficina, tú te harás el que no sabe nada, y le hablarás exactamente igual que hasta ahora, pero ya no vendrá por casa.

Lesable, estrechando entre sus brazos a su mujer, la bazuqueó largo rato en los ojos y en las mejillas, repitiendo:

—¡Eres un ángel!...

Y estaba sintiendo contra su vientre la joroba que formaba en el de su mujer el hijo ya desarrollado.

## VIII

Nada de particular ocurrió hasta que el embarazo llegó a su término.

Cora dió a luz una hija en los últimos días de septiembre. La llamaron Deseada; queriendo que su bautizo constituyese una solemnidad, decidieron dejarlo para el verano siguiente, y que tuviese lugar en la casa que pensaban comprar.

Eligiéronla en Asniéres, sobre el cerro que domina al Sena.

Durante el invierno hubo grandes acontecimientos. Cachelín, así que entraron en posesión de la herencia, pidió el retiro, que le fue otorgado en seguida, y abandonó la oficina. Entretenía sus ocios recortando tapas de cajas de cigarros, para lo cual se servía de una delicada sierra mecánica; fabricaba así relojes, cofrecitos, jardineras, y toda clase de curiosos muebles en miniatura. Se apasionó por este trabajo desde que lo vio hacer a un vendedor ambulante en la plaza de la Opera, y le tomó gusto en seguida. No estaba satisfecho sin que alguien admirase todos los días sus nuevos modelos, de una complicación estudiada y pueril.



El mismo repetía constantemente, maravillado de sus obras:

—¡Es asombroso las cosas de que uno es capaz!

El subjefe, señor Rabot, falleció un buen día, y Lesable desempeñó sus funciones, aunque no recibiese el nombramiento, porque no había transcurrido el tiempo reglamentario desde su último ascenso.

Cora se convirtió en seguida en una mujer distinta, más reservada, más elegante; comprendió, adivinó, barruntó las transformaciones que impone la riqueza.

Hizo una visita a la esposa del jefe, con ocasión del Año Nuevo; era una voluminosa señora que no había perdido su provincianismo en los treinta y cinco años que llevaba residiendo en París. Cora puso en juego tanta gracia y seducción para pedirle que fuese madrina de su hija, que la señora Torchebeuf aceptó. El señor Cachelín fué el padrino.

Tuvo lugar la ceremonia en un domingo deslumbrador del mes de junio. Se había convidado a todos los funcionarios del negociado, a excepción de Maze, con el que no se trataban ya.

Se oyó a lo lejos el silbido de la locomotora, y apareció ésta, arrastrando su rosario de coches, de los que se escapó una oleada de viajeros.

El señor Torchebeuf salió de un vagón de primera, acompañado de su esposa, ataviada como un sol; de un vagón de tercera se apearon Pitolet y Boissel. No se habían atrevido a invitar al tío Savón, pero quedó convenido que se haría el encontradizo con ellos por la tarde, y que se lo llevarían para que los acompañase en la cena, con el asentimiento del jefe.

Lesable corrió al encuentro de su superior, que avanzaba con su minúscula persona enfundada en la levita, luciendo en la solapa una gran condecoración que parecía una roja rosa abierta. Su enorme cráneo, cubierto de un sombrero de anchas alas, abrumaba a su cuerpo desmedrado, dándole aspecto de fenómeno; con sólo empinarse un poco sobre la punta de los pies, su mujer hubiera podido mirar por encima de su cabeza.

Leopoldo, radiante de felicidad, se inclinaba, daba las gracias. Los hizo subir al cochecito de mimbre, corrió en seguida al encuentro de sus colegas que venían modestamente detrás, y les dio un apretón de manos, excusándose al mismo tiempo de no poder llevarlos en el coche, por ser éste muy pequeño:

—Sigán por el malecón hasta que lleguen frente a la puerta de Villa Deseada, la cuarta después de doblar el recodo. Dense prisa.

Subió a su carruaje, empuñó las riendas y arrancó, mientras el lacayo se encaramaba con agilidad al pequeño asiento de atrás.

Tuvo lugar la ceremonia de la manera más lucida, volviendo de allí a casa para almorzar. Cada cual encontró debajo de la servilleta su correspondiente regalo, que estaba en relación con la categoría de cada invitado. A la madrina le correspondió un brazalete de oro macizo, y a su marido un alfiler de rubíes para corbata; a Boissel, una cartera de cuero de Rusia; y a Pitolet, una magnífica pipa de espuma. Según afirmaron, eran regalos que Deseada hacía a sus nuevos amigos.

La señora de Torchebeuf, colorada de rubor y de placer, colocó en su brazo rollizo el aro brillante, y el jefe, que llevaba una minúscula corbata negra en la que no se podía prender el alfiler, lo clavó en la solapa de la levita, debajo de la Legión de Honor, como si fuese otra cruz de orden inferior.

Desde la ventana divisábase una gran cinta de río, bordeada por ribazos cubiertos de árboles, que subía hacia Suresnes. El sol caía como un chaparrón sobre el agua, convirtiendo la corriente en un río de fuego. En los comienzos del almuerzo reinó mucha seriedad, porque la presencia del señor y de la señora de Torchebeuf imponía

respeto. Pero luego se fueron alegrando. Cachelín soltaba bromas pesadas, que creía poder permitirse en su calidad de hombre rico; y todos se las celebraban.

En boca de Pitolet o de Boissel habrían parecido impropias.

A los postres, fue cosa de rigor el traer a la niña, y los comensales la fueron besando uno tras otro. Sepultada entre la nieve de las puntillas, miraba a las personas con sus ojos azules, turbios y sin expresión, volviendo un poco su cara abotagada, en la que parecía estarse despertando un asomo de atención.

Entre el bullicio general, bisbiseó Pitolet a la oreja de Boissel, a quien tenía de vecino de mesa:

—Parece una Mazeta florida.

La frase corrió al siguiente día por todo el Ministerio.

Entre tanto dieron las dos; habían tomado ya los licores y Cachelín propuso ver primero la casa, y salir después a dar un paseo por la orilla del Sena.

Los comensales fueron circulando en fila por todas las habitaciones, desde la bodega hasta el desván, recorrieron después el jardín, árbol por árbol y planta por planta, dividiéndose por último en dos grupos para salir de paseo.

Cachelín, al que la presencia de señoras tenía algo cohibido, se llevó a Boissel y a Pitolet por los cafés de la ribera, en tanto que las señoras de Torchebeuf y Lesable, acompañadas de sus maridos, se dirigieron río arriba por la orilla opuesta, porque, como señoras decentes, no podían mezclarse con aquel público de los domingos, de costumbres demasiado libres.

Fueron andando muy despacio por el camino de sirga, seguidas de sus dos hombres, que conversaban con mucha gravedad de asuntos de la oficina.

Pasaban las yolas por el río, arrastradas a golpe de remo por fuertes mocetones de brazos desnudos cuyos músculos se encogían y estiraban bajo la carne tostada. Las bateleras, arrellanadas sobre pieles negras o blancas, entumecidas por el sol, protegida la cabeza por sombrillas de seda roja, amarilla o azul que parecían flores enormes flotando en el agua, gobernaban la embarcación. Cruzábanse de una barca a otra gritos, llamadas e injurias; y un rumor lejano, confuso, continuo, de voces humanas, denunciaba a lo lejos la presencia de la bulliciosa muchedumbre de los días festivos.

A todo lo largo del río se alineaban, inmóviles, los pescadores de caña, mientras que los nadadores, casi desnudos, en pie sobre las pesadas embarcaciones de los pescadores, se tiraban de cabeza al agua, volvían a trepar a las lanchas, y saltaban otra vez al río.

La señora de Torchebeuf miraba todo aquello sorprendida. Cora le explicó:

—Todos los domingos pasa igual. Es un espectáculo que me amarga el disfrute de este sitio encantador.

Una canoa se acercaba mansamente. Dos mujeres manejaban los remos, y en el fondo de la embarcación iban tumbados dos mocetones. Una de las remeras gritó hacia la orilla:

—¡Ohé, ohé, mujeres decentes! Dispongo de un hombre, lo vendo barato, ¿conviene?

Cora les volvió la espalda con desprecio, y cogió el brazo de su invitada:

—Vámonos; ni siquiera la dejan a una en paz. ¡Qué vergüenza de mujeres!

Se alejaron de allí. El señor Torchebeuf le decía a Lesable:

—Quedamos, pues, en que será el primero de enero. El director me lo ha prometido formalmente.

Lesable le contestó:

—No sé cómo agradecerse, querido patrón.

Cuando regresaban a casa, tropezaron con Cachelín, Boissel y Pitolet, que se reían a carcajadas, hasta saltárseles las lágrimas; llevaban casi en volandas al tío Savón y

aseguraban, en broma, que se lo habían encontrado en la ribera, junto a una mujercita alegre.

El viejo repetía, espantado:

—Eso no es cierto, no, señores; eso no es cierto. Señor Cachelín, no está bien que usted diga eso, no está bien.

Cachelín, ahogado de risa, gritaba:

—¡Ah viejo hipócrita! Y le decías: "¡Mi querida palomita blanca!" Te hemos cogido, al fin, grandísimo truhán.

Tan fuera de sí parecía el pobre hombre, que hasta las señoras se echaron a reír.

Cachelín siguió diciendo:

—Si el señor Torchebeuf nos da su venia, lo guardaremos en castigo como prisionero, y cenará con nosotros.

El jefe accedió con benevolencia, y todos siguieron riéndose a propósito, de aquella mujercita que se había quedado sola, mientras que el viejo, afligido por la pesada broma, seguía protestando.

Aquello siguió dando pie, hasta la noche, a infinidad de frases ingeniosas, y aun verdes.

Cora y la señora Torchebeuf sentadas bajo el pabellón de la escalinata, contemplaban los reflejos del crepúsculo. El sol vertía sobre las hojas un polvillo color de púrpura. Ni la más leve brisa movía las ramas; una paz serena, infinita, caía del cielo llameante y tranquilo.

Pasaban todavía por el río algunas embarcaciones, que regresaban a sus apostaderos.

Cora preguntó:

—¿Es cierto que este pobre señor Savón se casó con una golfa?

La señora de Torchebeuf, que estaba al corriente de todo lo que ocurría en el Ministerio, contestó:

—Sí, se trata de una huérfana, demasiado joven para él, que le engañó con un mal sujeto, y acabó fugándose con su amante.

La señora Lesable siguió expresándose con gran formalidad.

—Esa no es una excusa. Ese buen hombre es digno de compasión. En la casa de aquí al lado vive el señor Barbou, que se encuentra en el mismo caso. Se le enamoró la mujer de cierto pintor que pasaba aquí los veranos, y se ha largado con él al extranjero. No me cabe en la cabeza que una mujer pueda caer tan bajo. En mi opinión, debería haber un castigo especial para tan indignas mujeres, que llevan la deshonra a las familias.

Al final de la avenida apareció la nodriza, llevando a Deseada, envuelta en encajes. Iba la niña hacia las dos señoras con su carita de rosa, envuelta en la neblina de oro rojizo del atardecer. Miraba el cielo de fuego, con la misma mirada inexpresiva, atónita y vaga que a las personas.

Todos los hombres que estaban conversando algo más lejos, se acercaron, y Cachelín cogió a su nieta, alzándola en sus brazos verticales, como si quisiera subirla hasta el firmamento. La niña se siluetó, con sus largas mantillas blancas que llegaban al suelo, sobre el fondo luminoso del horizonte.

Y el abuelo gritó:

—Esto es lo mejor que hay en el mundo, ¿verdad, padre Savón?

El viejo no contestó, tal vez porque no se le ocurrió nada, o tal vez porque se le ocurrían demasiadas cosas.

Un criado abrió la puerta de la escalinata y anunció:

—¡La señora está servida!

*La vie militar illustré*, 15 de marzo de 1884

# *Las hermanas Rondoli*

---

*Les soeurs Rondoli*

*A Georges de Porto-Riche.*

## I

"No, dijo Pierre Jouveriet, no conozco Italia, y, sin embargo, he intentado dos veces entrar en ella, pero me hallé detenido en la frontera de tal forma que siempre me resultó imposible avanzar más. Y, sin embargo, esas dos tentativas me han dado una agradable idea de las costumbres de ese hermoso país. Me falta conocer las ciudades, los museos, las obras maestras que pueblan esa tierra. Probaré de nuevo, cualquier día, a aventurarme por ese territorio infranqueable.

"¿No comprende usted? —Me explicaré."

\*\*\*

En 1874 sentí deseos de ver Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. Esta afición me entró hacia el 15 de junio, cuando la savia violenta de la primavera infunde en el corazón ardores de viaje y de amor.

No soy un viajero, sin embargo. Cambiar de sitio me parece una acción inútil y fatigosa. Las noches en ferrocarril, el sueño agitado de los vagones con dolores de cabeza y agujetas en las extremidades, el despertar deslomado en esa caja rodante, esa sensación de mugre en la piel, esas suciedades voladoras que empolvan los ojos y el vello, ese perfume de carbón con el que uno se alimenta, esas cenas execrables entre corrientes de aire en las cantinas son, a mi parecer, detestables inicios para una partida de recreo.

Después de esta introducción del Rápido tenemos las tristezas del hotel, del gran hotel tan lleno de gente y tan vacío, la habitación desconocida, lastimosa, la cama sospechosa...—Me gusta más que nada mi cama. Es el santuario de la vida. Le entregamos desnuda nuestra carne fatigada para que la reanime y la descanse entre la blancura de las sábanas y el calor de los colchones de Plumas.

Allí es donde encontramos las más dulces horas de la existencia, las horas de amor y de sueño. La cama es sagrada. Debe ser respetada venerada por nosotros y amada como lo mejor y más dulce que poseemos en la tierra.

No puedo levantar la sábana de una cama de hotel sin sentir un estremecimiento de asco. ¿Qué habrán hecho allá dentro la pasada noche? ¿Qué gente desaseada, repugnante, habrá dormido sobre esos colchones? Y pienso en todos los seres horribles con quienes nos codeamos cada día, en los jorobados, en las carnes granujientas, en las manos negras que recuerdan los pies y todo lo demás. Pienso en aquellos cuyo encuentro os lanza a la nariz olores asquerosos de ajo o de humanidad. Pienso en los deformes, en los purulentos, en los sudores de los enfermos en todas las fealdades y en todas las suciedades del hombre.

Todo esto ha pasado por esa cama donde voy a dormir. Se me encoge el corazón al deslizar el pie dentro de ella.

Y las cenas de hotel, esas largas cenas en la mesa redonda en medio de todas esas personas fastidiosas, grotescas; y las horribles cenas solitarias en la mesita de un restaurante frente a una pobre vela coronada por una pantalla.

¿Y las tardes desconsoladoras en la ciudad ignorada? ¿Conoce usted nada más lamentable que la noche que cae sobre una ciudad extranjera? Andamos sin rumbo entre un movimiento, una agitación que parecen tan sorprendentes como los de los sueños. Miramos esas caras que nunca hemos visto, que jamás volveremos a ver; escuchamos esas voces hablar de cosas que nos son indiferentes, en una lengua que no comprendemos. Experimentamos la atroz sensación de estar perdidos. Tenemos el corazón en un puño, las piernas vacilantes, el alma abatida. Caminamos como si huyéramos caminamos para no regresar al hotel, donde nos encontraríamos aún más perdidos porque estamos en casa, en la casa pagada de todo el mundo, y acabamos por derrumbarnos en la silla de un café iluminado, cuyos dorados y luces nos abruman mil veces más que las sombras de la calle. Entonces, delante de la caña babosa traída por un camarero apresurado, nos sentimos tan abominablemente solos que nos asalta una especie de locura, una necesidad de marcharnos, de ir a otra parte, adonde sea, para no quedarnos allí, ante esa mesa de mármol y bajo esa araña resplandeciente. Y percibimos entonces que estamos realmente y siempre y por doquier solos en el mundo, aunque en los lugares conocidos el trato familiar nos dé la ilusión de la fraternidad humana. En esas horas de abandono, de negro aislamiento en las ciudades lejanas, es cuando pensamos largamente, claramente, profundamente. Entonces es cuando vemos bien toda la vida de una sola ojeada, al margen de la óptica de esperanza eterna, al margen de la engañifa de los hábitos adquiridos y de la espera de la felicidad siempre soñada.

Es al marchar lejos cuando comprendemos cuán próximo y corto y vacío es todo; es al buscar lo desconocido cuando percibimos cuán mediocre y breve es todo; es al recorrer la tierra cuando vemos a la perfección cuán pequeña y casi semejante es.

¡Oh! Conozco las sombrías veladas de caminatas al azar por calles ignoradas. Las temo más que a nada.

Por ello, como no quería por nada del mundo partir solo a ese viaje a Italia, decidí a acompañarme a mi amigo Paul Pavilly.

Ya conoce usted a Paul. Para él, el mundo, la vida, es la mujer. Hay muchos hombres de esa ralea. La existencia le aparece poetizada iluminada por la presencia de las mujeres. La tierra sólo es habitable porque en ella hay mujeres; el sol es brillante y cálido porque las ilumina. El aire es dulce de respirar porque se desliza bajo su piel y hace remolinear los cortos cabellos de sus sienes. La luna es encantadora porque las hace soñar y presta al amor un lánguido encanto. Ciertamente, todos los actos de Paul tienen por móvil a las mujeres; todos sus pensamientos van hacia ellas, así como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Un poeta ha reprobado a esta especie de hombres:

*Je déteste surtout le barde à l'oeil humide  
Qui regarde une étoile en murmurant un nom,  
Et pour qui la nature immense serait vide  
S'il ne portait en croupe ou Lisette ou Ninon  
Ces gens —là sont charmants qui se donnent la peine,  
À/in qu'on se intéresse à son pauvre univers,  
D'attacher des jupons aux arbres de la plaine  
Et la cornette blanche au front des coteaux verts.  
Certes ils n'ont pas compris les musiques divines,  
Eternelle nature aux frémissantes voix,  
Ceux qui ne vont par seuls par les creuses ravines  
Et révent d'une femme au bruit que j'ant les bojs!<sup>8</sup>*

---

<sup>8</sup> (Se trata de unos versos de Louis Bouilhet: "J'aimai. Qui n'aima pas?...", que Maupassant cita en más de

*["Detesto sobre todo el bardo de ojos húmedos  
que mira una estrella mientras murmura un nombre  
y para quien la naturaleza inmensa estaría..vacía  
si él no llevara a la grupa a Lisette o Ninon.  
Esa gente tan desagradable se toma el trabajo,  
con el fin de que nos intereseamos por su pobre universo  
de colgar enaguas de los árboles de la llanura  
y una cofia blanca en la frente de las verdes laderas.  
Con certeza no han comprendido tus músicas divinas,  
¡oh, eterna naturaleza de trémulas voces!  
aquellos que no van solos por los encajonados barrancos  
¡y sueñan con una mujer en medio del rumor de los bosques!"]*

Cuando le hablé a Paul de Italia, se negó al principio en redondo a abandonar París, pero me puse a contarle aventuras de viaje, le dije que las italianas tienen fama de encantadoras; le hice esperar refinados placeres, en Nápoles, gracias a una recomendación que yo tenía para un tal signore Michel Amoroso, cuyas relaciones son utilísimas para los viajeros; y se dejó tentar.

## II

Cogimos el Rápido un jueves por la noche, el 26 de junio. Nadie va hacia el Sur por esa época; estábamos solos en el vagón, y de mal humor, fastidiados por dejar París, deplorando haber cedido a esta idea de viaje, añorando Marly, tan fresco, el Sena, tan hermoso, las riberas tan gratas, los excelentes días de vagabundeo en una barca, las excelentes veladas de somnolencia en la ribera, a la espera de la noche que cae.

Paul se arrellanó en su rincón, y declaró, en cuanto el tren se puso en marcha: "Es una estupidez ir tan lejos."

Como era demasiado tarde para que cambiara de opinión, repliqué: "Nadie te obligaba a venir."

No respondió. Pero me entraron ganas de reír al mirarlo, tan furioso era su aspecto. Realmente, se parece a una ardilla. Cada uno de nosotros, por lo demás, conserva en los rasgos, bajo la línea humana, un tipo de animal, como la marca de su raza primitiva. ¿Cuánta gente tiene hocico de bulldog, cabezas de chivo, de conejo, de zorro, de caballo, de buey? Paul es una ardilla convertida en hombre. Tiene los ojos vivos de este animal, su pelaje rojo, su nariz puntiaguda, su cuerpo pequeño, fino, ágil y revoltoso, y además un misterioso parecido en su facha general. ¿Cómo diría?, una similitud de gestos, de movimientos de porte, que nos la recuerdan.

Por fin nos dormimos los dos con ese sueño zumbador del ferrocarril entrecortado por horribles calambres en los brazos y el cuello y por las brascas paradas del tren.

El despertar se produjo cuando corríamos a lo largo del Ródano. Y pronto el chirrido continuo de las cigarras, que entraba por la portezuela, ese chirrido que parece la voz de la tierra cálida, el canto de Provenza, nos arrojó al rostro, al pecho, al alma la alegre sensación del Sur, el sabor del sol requemado, de la patria pedregosa y clara del olivo rechoncho de follaje verde-gris.

Al detenerse de nuevo el tren, un empleado empezó a recorrer el convoy en toda su longitud, lanzando un sonoro Valence un auténtico Valence, con el acento, con todo el acento; un Valence, en fin, que nos hizo pasar otra vez por el cuerpo ese gusto de Provenza que ya nos había dado la nota chirriante de las cigarras.

Hasta Marsella, nada nuevo.

Bajamos a almorzar a la cantina.

Cuando volvimos a subir a nuestro vagón, una mujer se había instalado en él.

Paul me lanzó una oleada de satisfacción; con gesto maquinal se rizó el corto bigote, y después, levantándose un poco el sombrero, deslizó, como un peine, los cinco dedos abiertos. por el pelo bastante revuelto por la noche de viaje. Luego se sentó frente a la desconocida.

Cada vez que me hallo, sea en los viajes, sea en sociedad, ante un rostro nuevo, tengo la obsesión de adivinar qué alma, qué inteligencia, qué carácter se ocultan tras esos rasgos.

Era una joven, muy joven y bonita, seguramente una hija del Sur. Tenía unos ojos soberbios, admirables cabellos negros, ondulados un poco crespos, tan espesos, vigorosos y largos que parecían pesados, que daban sólo con verlos la sensación de su peso sobre la cabeza. Vestida con elegancia y cierto mal gusto meridional, parecía un poco ordinaria. Los rasgos regulares de su rostro no tenían esa gracia, ese acabado de las razas elegantes, esa leve delicadeza que los hijos de la aristocracia reciben al nacer y que es como la marca hereditaria de una sangre menos espesa.

Llevaba unas pulseras demasiado anchas para ser de oro, pendientes adornados con piedras transparentes demasiado gruesas para ser diamantes, y había en toda su persona un no-sé-qué de popular. Se adivinaba que debía de hablar demasiado fuerte, de gritar en cualquier ocasión con gestos exuberantes.

El tren echó a andar.

Permanecía inmóvil en su sitio, los ojos clavados en el vacío, con una actitud enfurruñada de mujer furiosa. Ni siquiera nos había echado una mirada.

Paul se puso a charlar conmigo, diciendo cosas encaminadas a surtir efecto, desplegando un escaparate de conversación para atraer el interés, al igual que los comerciantes exhiben sus objetos más escogidos para despertar el deseo.

Pero no parecía oírnos.

"¡Tolón! ¡Diez minutos de parada y fonda! ", gritó el empleado.

Paul me hizo una señal de que nos apeáramos, y en cuanto estuvimos en el andén: "¿Quién crees que podrá ser?"

Me eché a reír: "Y yo qué sé. Me da igual."

Estaba enardecido: " ¡Una real moza, terriblemente linda y fresca! ¡Qué ojos! Pero no tiene una pinta muy satisfecha. Debe de tener problemas; no se fija en nada."

Murmuré: "Pierdes el tiempo."

Pero él se enfadó: "No es mucho perder, amigo mío; opino que esa mujer es muy bonita, sin más. ¡Si pudiera hablar con ella! Pero, ¿qué le diría? Veamos, ¿a ti no se te ocurre ninguna idea? ¿No sospechas quién podrá ser?"

—No, ni idea. Sin embargo, me inclinaría por una comicastra que va a reunirse con su compañía después de una escapatoria amorosa."

Puso una cara ofendida, como si le hubiese dicho algo hiriente, y prosiguió: "¿De dónde sacas eso? Yo, en cambio, le encuentro un aire muy distinguido."

Respondí: "Fíjate en las pulseras, amigo mío, y en los pendientes, y en su traje. Tampoco me extrañaría que fuese una bailarina, o quizá incluso una artista ecuestre; pero más bien una bailarina. Hay en toda su persona algo que huele a teatro."

Esta idea le molestaba, decididamente: "Es demasiado joven, amigo mío, apenas tiene veinte años.

—Pero, chico, hay muchas cosas que se pueden hacer antes de los veinte años, la danza y la declamación están entre ellas, sin contar otras más que tal vez practica inicuaamente. "

"Señores viajeros del exprés de Niza y Ventimiglia, ¡al tren! ", gritaba el empleado.



Había que subir. Nuestra vecina comía una naranja. Decididamente, su aspecto no era distinguido. Había desplegado el pañuelo sobre las rodillas, y su manera de arrancar la piel dorada, de abrir la boca para coger los gajos entre los labios, de escupir las pepitas por la portezuela, revelaban toda una educación vulgar de hábitos y gestos.

Parecía, además, más cascarrabias que nunca, y tragaba rápidamente su fruta con una pinta de furor muy graciosa.

Paul la devoraba con los ojos, buscando lo que habría que hacer para llamar su atención, para despertar su curiosidad. Y volvió a charlar conmigo, alumbrando una procesión de ideas distinguidas, citando familiarmente nombres conocidos. Ella no hacía el menor caso de sus esfuerzos.

Pasamos Fréjus, Saint-Raphael. El tren corría por aquel vergel, por aquel paraíso de las rosas, por aquel bosque de naranjos y limoneros que ofrecen al mismo tiempo sus ramilletes blancos y sus frutos de oro, por aquel reino de los perfumes, por aquella patria de las flores, por aquella admirable ribera que va desde Marsella a Génova.

Es en junio cuando hay que seguir esa costa donde crecen, libres, silvestres, en los estrechos valles, en las laderas de las colinas, las flores más hermosas. Y siempre se ven rosas, campos, llanuras, setos, bosquetes de rosas. Trepan por las paredes, se abren sobre los tejados, escalando los árboles, estallan en los follajes, blancas, rojas, amarillas, pequeñas o enormes, delgadas con un traje liso y sencillo, o carnosas con pesadas y brillantes ropas.

Y su hálito poderoso, su hálito continuo espesa el aire, lo vuelve sabroso y lánguido. Y el aroma aún más penetrante de los naranjos en flor parece azucarar lo que uno respira, convertirlo en una golosina para el olfato.

La gran costa de rocas pardas se extiende bañada por el Mediterráneo inmóvil. El pesado sol de verano cae como un lienzo de fuego sobre las montañas, sobre las largas orillas de arena, sobre el mar de un azul duro y yerto. El tren sigue avanzando, entra en los túneles para cruzar los cabos, se desliza por las ondulaciones de las colinas, pasa encima del agua sobre cornisas rectas como muros; y un suave, un vago olor salado, un olor a algas que se secan se mezcla a veces con el grande y turbador olor de las flores.

Pero Paul no veía nada, no miraba nada, no sentía nada. La viajera había atraído toda su atención.

En Cannes, como tenía que decirme algo más, me hizo señas de que bajáramos de nuevo.

Apenas salidos del vagón, me cogió del brazo.

"Te habrás fijado en que es encantadora. Mira sus ojos. Y su pelo, amigo mío, ¡nunca he visto otro semejante! "

Le dije: "Cálmate, vamos; o bien, si tienes esa intención, ataca. No me parece inexpugnable, aunque tenga una pinta algo gruñona."

Prosiguió: "¿No podrías hablarle tú? A mí no se me ocurre nada. Soy de una timidez estúpida al principio. Jamás he sabido abordar a una mujer por la calle. Las sigo, doy vueltas a su alrededor, me acerco, y jamás descubro la frase necesaria. Sólo una vez hice un intento de conversación. Como veía de forma muy evidente que mis proposiciones eran esperadas, y como resultaba absolutamente preciso decir algo, balbucí: "¿Cómo está usted, señora?" Se rió en mi cara, y escapé."

Prometí a Paul que desplegaría toda mi habilidad para entablar una conversación, y cuando ocupamos nuestros sitios, le pregunté galantemente a nuestra vecina: "¿Le molesta el humo del tabaco, señora? "

Respondió: "Non capisco. "

¡Era italiana! Me invadieron unas ganas locas de reír. Como Paul no sabía una palabra de esta lengua, tenía que servirle yo de intérprete. Iba a comenzar mi papel. Dije entonces, en italiano:

"Le preguntaba, señora, que si el humo del tabaco le molesta."

Ella me lanzó con aire furioso: "Che mi la!"

No había vuelto la cabeza ni alzado sus ojos hacia mi, y yo estaba muy perplejo, sin saber si debía tomar ese "¡qué más me da!" por una autorización, por una negativa, por una auténtica señal de indiferencia o por un simple: "¡Déjeme en paz! "

Proseguí: "Señora, si el olor le molesta un poquito... "

Respondió entonces: "Mica", con una entonación que equivalía a " ¡Váyase a paseo! " No obstante, era un permiso, y le dije a Paul: "Puedes fumar." Me miraba con esos ojos asombrados que uno pone cuando trata de entender a gente que habla delante de él una lengua extranjera. Y preguntó con un aire muy gracioso:

" ¿Qué le has dicho?

—Le pregunté que si podíamos fumar.

—¿No sabe francés, pues?

—Ni una palabra.

—¿Qué ha respondido?

—Que nos autorizaba a hacer lo que nos apeteciera."

Y encendí mi cigarro.

Paul prosiguió: "¿No ha dicho más que eso?

—Amigo mío, si hubieras contado sus palabras, habrías reparado en que ha pronunciado exactamente seis, dos de ellas para hacerme comprender que no entendía francés. Conque quedan cuatro. Ahora bien, en cuatro palabras no se pueden expresar realmente montones de cosas."

Paul parecía absolutamente desdichado, contrariado, desorientado.

Pero de pronto la italiana me preguntó con aquel mismo tono descontento que parecía natural en ella: " ¿Sabe usted a qué hora llegaremos a Génova?"

Respondí: "A las once de la noche, señora." Después, tras un minuto de silencio, proseguí: "Mi amigo y yo vamos también a Génova, y será un placer para nosotros serle útiles en algo, durante el trayecto."

Como ella no respondía, insistí: "Está usted sola, y si necesita nuestros servicios...", Articuló un nuevo "mica" tan duro que enmudecí bruscamente.

Paul preguntó:

"¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que te encontraba encantador."

Pero no estaba de humor para bromas, y me rogó secamente que no me burlase de él. Entonces traduje la pregunta de la joven y mi galante propuesta, tan acremente rechazada.

Realmente, estaba tan agitado como una ardilla en la jaula. Dijo: "Si pudiéramos saber en qué hotel para, iríamos al mismo. Conque trata de interrogarla hábilmente, de provocar una nueva ocasión de hablarle."

No era nada fácil y no sabía qué inventar, deseoso también yo de entablar conocimiento con aquella persona tan difícil.

Pasamos Niza, Mónaco, Mentón, y el tren se detuvo en la frontera para la inspección de los equipajes.

Aunque siento horror por la gente mal educada que almuerza y cena en los vagones, fui a comprar todo un cargamento de provisiones para intentar un último esfuerzo a cuenta de la glotonería de nuestra compañera. Percibía perfectamente que la muchacha debía de ser, en momentos normales, fácil de abordar. Una contrariedad cualquiera la

volvía irritable; pero quizá bastase una insignificancia, un deseo despertado, una palabra, un ofrecimiento bien hecho para desfruncir su ceño, decidirla y conquistarla.

Arrancamos. Seguíamos solos los tres. Desplegué mis víveres sobre el asiento, partí el pollo, dispuse elegantemente las lonchas de jamón en un papel, después ordené cuidadosamente, muy cerca de la joven, nuestro postre: fresas, ciruelas, cerezas, pasteles y dulces.

Cuando vio que nos poníamos a comer, sacó a su vez de un bolso un trozo de chocolate y dos croissants y empezó a mordisquear con sus bonitos dientes el bollo crujiente y la tableta.

Paul me dijo a media voz:

" ¡Invítala de una vez!

—Esa es mi intención, amigo mío; pero no es fácil empezar. "

Mientras tanto ella miraba a veces hacia nuestras provisiones, y noté que tendría más hambre una vez acabados sus dos croissants. La dejé, pues, que terminase su frugal cena. Después le pregunté:

"¿Sería tan amable, señora, de aceptar alguna fruta?" Respondió de nuevo "¡mica!", pero con una voz menos desagradable que durante el día, e insistí: "Entonces, permítame que le ofrezca un poco de vino. Veo que no ha bebido nada. Es un vino de su tierra, vino de Italia, y puesto que ahora estamos en su país, nos resultaría muy agradable ver una linda boca italiana aceptando el ofrecimiento de sus vecinos franceses."

Ella decía que no con la cabeza, despacito, con voluntad de rehusar y deseo de aceptar, y repitió de nuevo mica, pero un mica casi educado. Cogí la hotellita revestida de paja a la moda italiana; llené un vaso y se lo presenté.

"Beba, le dije; será nuestra bienvenida a su patria."

Cogió el vaso con aire descontento y lo vació de un solo trago, como una mujer torturada por la sed; después me lo devolvió sin darme las gracias.

Entonces le presenté las cerezas: "Coja, señora, por favor. Ya ve usted que nos complace mucho."

Ella miraba desde su rincón todas las frutas desplegadas a su lado, y replicó tan deprisa que me costaba mucho entenderla: "A me non piacciono ne le ciliegie ne le susine; amo so/tanto le fragole. "

" ¿Qué dice?, preguntó Paul de inmediato.

—Dice que no le gustan ni las cerezas ni las ciruelas, solamente las fresas."

Y coloqué sobre sus rodillas el periódico lleno de fresas del bosque. Empezó al punto a comerlas a toda prisa, cogiéndolas con la yema de los dedos y lanzándolas, desde un poco lejos, en su boca, que se abría para recibirlas de forma coqueta y encantadora.

Cuando hubo acabado el montoncito rojo que habíamos visto en unos minutos menguar, fundirse, desaparecer bajo el vivo movimiento de sus manos, le pregunté:

"Y ahora, ¿qué puedo ofrecerle? "

Respondió:"Tomaría un poco de pollo."

Y, en efecto, devoró la mitad del ave, que despedazaba con grandes movimientos de mandíbula con traza de carnívoro. Después se decidió a coger cerezas, que no le gustaban, después ciruelas, después pasteles; y después dijo: "Ya basta", y se acurrucó en su rincón.

Yo empezaba a divertirme mucho, y quise hacerla comer más, multiplicando, para decidirla, cumplidos y ofrecimientos. Pero volvió a ponerse furiosa de golpe y me arrojó a la cara un "mica" repetido, tan terrible que no me aventuré más a perturbar su digestión.

Me volví hacia mi amigo: "Mi pobre Paul, creo que hemos perdido el tiempo."

Llegaba la noche, una cálida noche veraniega que descendía lentamente, extendía sus sombras tibias sobre la tierra ardiente y cansada. A lo lejos, de trecho en trecho, hacia el mar, se encendían luces en los cabos, en la cima de los promontorios, y también comenzaban a aparecer estrellas en el horizonte oscurecido, y yo las confundía a veces con los faros.

El perfume de los naranjos se hacía más penetrante; lo respirábamos con embriaguez, ensanchando los pulmones para beberlo a fondo. Algo dulce, delicioso, divino, parecía flotar en el aire embalsamado.

Y de repente distinguí bajo los árboles, a lo largo de la vía, en la sombra enteramente negra ahora, algo así como una lluvia de estrellas. Hubiéranse dicho gotas de luz que brincaban, revoloteaban, jugaban y corrían por las hojas, pequeños astros caídos del cielo para hacer una excursión por la tierra. Eran luciérnagas, esas moscas ardientes, danzando en el aire perfumado un extraño ballet de fuego.

Una de ellas, por casualidad, entró en nuestro vagón y empezó a vagabundear despidiendo su resplandor intermitente, tan pronto apagada como encendida. Cubrí nuestro quinqué con su velo azul y contemplé las idas y venidas de la mosca fantástica, según los caprichos de su vuelo encendido. Se posó, de pronto, en los cabellos negros de nuestra vecina, amodorrada después de cenar. Y Paul permanecía en éxtasis, los ojos clavados en aquel punto brillante que centelleaba, como una joya viva, sobre la frente de la mujer dormida.

La italiana se despertó hacia las once menos cuarto, llevando siempre en su peinado el animalillo encendido. Dije, al verla moverse: "Estamos llegando a Génova, señora..." Murmuró, sin responderme, como obsesionada por una idea fija y molesta: "¿Qué voy a hacer ahora?"

Después, de pronto, me preguntó:

"¿Quieren que vaya con ustedes?"

Me quedé tan estupefacto que no comprendía.

"¿Cómo, con nosotros? ¿Qué quiere decir?"

Repitió, con un aire cada vez más furioso:

"¿Quieren que vaya con ustedes en seguida?"

—Sí que quiero, pero ¿adónde desea usted ir? ¿Adónde quiere que la lleve?"

Se encogió de hombros con soberana indiferencia.

"¡Adonde ustedes quieran! Me es igual."

Repitió, dos veces: "Che mi fa?"

"Pero es que nosotros vamos al hotel."

Dijo con un tono de lo más despreciativo: "¡Pues bueno! Vayamos al hotel."

Me volví hacia Paul y expliqué:

"Pregunta si queremos que venga con nosotros."

La sorpresa azarada de mi amigo me hizo recuperar mi sangre fría. El balbució:

"¿Con nosotros? ¿Y adónde? ¿Por qué? ¿Cómo?"

—¡Y yo qué sé! Acaba de hacerme esa extraña proposición con un tono de lo más irritado. He respondido que íbamos al hotel, y ella ha replicado: '¡Pues bueno, vayamos al hotel!' No debe de tener un céntimo. Es igual, tiene una singular manera de entablar conocimiento."

Paul, agitado y tembloroso, exclamó: "Claro que sí, me parece bien, dile que la llevaremos adonde quiera." Después vaciló un segundo y prosiguió con voz inquieta:

"Sólo que habrá que saber con quién viene. ¿Contigo o conmigo?"

Me volví hacia la italiana, que ni siquiera parecía escucharnos, sumida en su total despreocupación, y le dije:

"Estaremos encantados, señora, de llevarla con nosotros. Sólo que mi amigo desea saber si es mi brazo o el suyo el que usted quiere coger como apoyo."

Abrió mucho sus grandes ojos negros y respondió con vaga sorpresa: "Che mi la?"

Me expliqué: "En Italia, creo, al amigo que se cuida de todos los deseos de una mujer, que se ocupa de todas sus voluntades y satisface todos sus caprichos, le llaman un patito. ¿A cuál de los dos quiere usted de patito?"

Respondió sin vacilar: "¡A usted! "

Me volví hacia Paul: "Me ha elegido a mí, amigo mío, no estás de suerte."

Declaró con aire rabioso: "Mejor para ti."

Después, tras haber reflexionado unos minutos: " ¿Es que te interesa llevarte a esa zorra? Nos va a estropear el viaje. ¿Qué quieres que hagamos con esa mujer que tiene una pinta tan rara? ¡Ni siquiera nos aceptarán en un hotel como es debido! "

Pero yo empezaba justamente a encontrar a la italiana mucho mejor de lo que la había juzgado al principio; y me interesaba, sí; me interesaba llevármela ahora. Incluso estaba fascinado por la idea, y sentía ya esos pequeños escalofríos de espera que la perspectiva de una noche de amor hace pasar por las venas.

Respondí: "Amigo mío, hemos aceptado. Es demasiado tarde para volverse atrás. Tú has sido el primero en aconsejarme que respondiera: sí."

Rezongó: "¡Qué estupidez! En fin, haz lo que quieras."

El tren silbaba, disminuía la marcha; llegamos.

Bajé del vagón, después tendí la mano hacia mi nueva compañera. Saltó ágilmente a tierra y le ofrecí el brazo, que pareció coger con repugnancia. Una vez identificado y reclamado el equipaje, echamos a andar a través de la ciudad. Paul marchaba en silencio, con paso nervioso.

Le dije: "¿En qué hotel vamos a parar? Quizá sea difícil ir al Ciudad de París con una mujer, sobre todo con esta italiana."

Paul me interrumpió: "Sí, con una italiana que tiene más pinta de moza que de duquesa. En fin, no es asunto mío. ¡Haz lo que te parezca! "

Me quedé perplejo. Había escrito al Ciudad de Paris para reservar habitaciones... y ahora... no sabía qué decisión tomar.

Dos mozos de cuerda nos seguían con los baúles. Proseguí: "Deberías adelantarte. Di que llegamos. Y, además, dale a entender al dueño que estoy con una... amiga, y que deseamos una suite totalmente aislada para nosotros tres, con el fin de no mezclarnos con los otros viajeros. Comprenderá y, según su respuesta, ya decidiremos. "

Pero Paul rezongó: "Gracias, no me van ni esos recaditos, ni ese papel. No he venido aquí para prepararte tus habitaciones ni tus placeres."

Pero yo insistía: "Vamos, amigo mío, no te enfades. Más vale, con toda seguridad, parar en un buen hotel que en uno malo, y no es muy difícil ir a pedirle al dueño tres habitaciones separadas, con comedor."

Recalqué lo de tres, y se decidió.

Tomó la delantera, pues, y lo vi entrar por la puerta principal de un hermoso hotel, mientras yo permanecía al otro lado de la calle, arrastrando a mi muda italiana, y seguido paso a paso por los portadores de los bultos.

Paul regresó por fin, con un rostro tan huraño como el de mi compañera: "Listo, dijo, nos acepta; pero no hay más que dos habitaciones. Arréglatelas como puedas."

Y lo seguí, avergonzado por entrar con aquella compañía dudosa.

Teníamos dos habitaciones, en efecto, separadas por un saloncito. Rogué que nos llevaran una cena fría, y después me volví, un poco perplejo, hacia la italiana.

"No hemos podido procurarnos más que dos habitaciones, señora, elija usted la que desee."

Respondió con su eterno "Che mi la? " Entonces cogí del suelo su cauta de madera negra, un auténtico baúl de criada, y la llevé al aposento de la derecha, que escogí para ella., para nosotros. Una mano francesa había escrito en un cuadrado de papel engomado: "Señorita Francesca Rondoli, Génova."

Pregunté: " ¿Se llama usted Francesca? "

Dijo que sí con la cabeza, sin responder.

Proseguí: "Vamos a cenar en seguida. Mientras tanto, ¿le apetece quizá asearse? "

Respondió con un mica, palabra tan frecuente en su boca como el che mí la. Insistí: "Después de un viaje en ferrocarril, ¿es tan agradable lavarse! "

Después pensé que a lo mejor no tenía los objetos indispensables para una mujer, pues me parecía en una singular situación, como al salir de alguna aventura desagradable, y traje mi neceser.

Saqué todos los pequeños instrumentos de limpieza que contenía: un cepillo de uñas, un cepillo de dientes nuevo —pues siempre llevo conmigo un surtido—, mis tijeras, mis limas, esponjas. Destapé un frasco de agua de colonia, un frasco de lavanda, un frasquito de newmownhay , para que eligiera. Abrí mi caja de polvos de arroz, donde se bañaba la ligera borla. Coloqué una de mis toallas finas a caballo sobre la jarra de agua y puse un jabón nuevo junto a la palangana.

Ella seguía mis movimientos con sus ojos rasgados y enojados, sin parecer extrañada ni satisfecha de mis atenciones.

Le dije: "Ahí tiene todo lo necesario, la avisaré cuando la cena esté lista."

Y regresé al salón. Paul había tomado posesión del otro cuarto y se había encerrado en él, conque me quedé solo esperando.

Un camarero iba y venía, trayendo los platos, los vasos. Puso la mesa lentamente, después colocó sobre ella un pollo frío y me anunció que estaba servido.

Llamé suavemente a la puerta de la señorita Rondoli. Gritó: "¡Entre!" Entré. Un sofocante olor a perfume me asaltó: ese olor violento, espeso, de las peluquerías.

La italiana estaba sentada en su baúl, en una actitud de soñadora descontenta o de criada despedida. Aprecié de un vistazo qué entendía por asearse. La toalla seguía doblada sobre la jarra de agua, siempre llena. El jabón, intacto y seco, permanecía al lado de la palangana vacía; pero hubiérase dicho que la joven se había bebido la mitad de los frascos de esencia. Sin embargo, había perdonado al agua de colonia; sólo faltaba cerca de un tercio de la botella; en compensación, había hecho un sorprendente consumo de lavanda y de newmownhay. Una nube de polvos de arroz, una vaga niebla blanca parecía flotar aún en el aire, de tanto como se había embadurnado el rostro y el cuello. Llevaba una especie de nieve en las pestañas, en las cejas y sobre las sienes, mientras que sus mejillas estaban enharinadas y se veían profundas capas de polvos en todos los huecos de su rostro: bajo las aletas de la nariz, en el hoyuelo de la barbilla, en las comisuras de los ojos.

Cuando se levantó difundió un olor tan violento que sentí una sensación de jaqueca.

Nos sentamos a la mesa para cenar. Paul se había puesto de un humor execrable. No podía sacarle más que palabras de censura, apreciaciones irritadas o cumplidos desagradables.

La señorita Francesca comía como un pozo sin fondo. En cuanto hubo acabado la comida, se amodorró en el sofá. Mientras tanto, yo veía llegar con inquietud la hora decisiva de la distribución de los cuartos. Me resolví a forzar las cosas, y sentándome junto a la italiana, la besé la mano con galantería.

Entreabrió sus ojos fatigados, me lanzó entre los párpados alzados una mirada dormida y siempre descontenta.

Le dije: "Como no tenemos más que dos habitaciones, ¿me permite que vaya con usted a la suya? "

Respondió: "Haga lo que le parezca. Me da igual. Che mí la?"

Esta indiferencia me hirió: "Entonces, ¿no le resulta desagradable que vaya con usted?"

—Me da igual, haga lo que le parezca.

—¿Quiere usted acostarse en seguida?

—Sí, sí quiero; tengo sueño."

Se levantó, bostezó, tendió la mano a Paul, que se la cogió con aire furioso, y le iluminé nuestro aposento.

Pero me obsesionaba una inquietud: "Ahí tiene, le dije de nuevo, todo lo que necesita."

Y tuve buen cuidado de verter yo mismo la mitad de la jarra de agua en la palangana y de colocar la toalla junto al jabón.

Después volví con Paul. Declaró en cuanto hube entrado: "¡Menuda pájara te has traído!" Repliqué riendo: "Amigo mío, no hables mal de las uvas demasiado verdes."

El prosiguió con socarrona malignidad:

"Veremos si no te cuesta caro, amigo mío."

Me estremecí, y me asaltó ese miedo importuno que nos persigue después de los amores sospechosos, ese miedo que nos estropea los encuentros encantadores, las caricias imprevistas, todos los besos atrapados al azar. Me hice el valiente, sin embargo: "Quita allá, esta chica no es una buscona."

¡Pero me había calado, el muy bribón! Había visto pasar por mí rostro la sombra de mi inquietud: "¡Tanto la conoces? ¡Te encuentro sorprendente! Recoges en un vagón a una italiana que viaja sola; te ofrece con un cinismo realmente singular ir a acostarse contigo en el primer hotel. Te la traes. ¡Y ahora pretendes que no es una furcia! Y te persuades de que no corres más peligro esta noche que si fueras a pasar la noche en la cama de una... de una mujer enferma de sífilis."

Y reía con su risa maligna y vejada. Me senté, torturado por la angustia. ¿Qué iba a hacer? Porque ¿tenía razón?. Y un terrible combate se entablaba en mí, entre el temor y el deseo.

Prosiguió: "Haz lo que quieras, yo ya te he avisado; no te quejes después de las consecuencias."

Pero vi en sus ojos una alegría tan irónica, tal placer de venganza, se burlaba tan descaradamente de mí, que no vacilé. Le tendí la mano: "Buenas noches, le dije:

"A fe mía, querido, la victoria vale el peligro."

Y entré con paso firme en la habitación de Francesca.

Me quedé junto a la puerta, sorprendido, maravillado. Dormía ya, completamente desnuda, en la cama. El sueño la había sorprendido cuando acababa de desnudarse, y reposaba en la actitud encantadora de la gran mujer de Tiziano.

Parecía haberse acostado por cansancio, para quitarse las medias, pues éstas habían quedado sobre las sábanas; después había pensado en algo, sin duda en algo agradable, pues había esperado un poco antes de levantarse, para dejar que su ensoñación terminase, y después, cerrando suavemente los ojos, había perdido la conciencia. Un camisón, bordado en el cuello, comprado en una tienda de confección, lujo de primeriza, yacía sobre una silla.

Era encantadora, joven, firme y fresca.

¿Hay cosa más bonita que una mujer dormida? Ese cuerpo, cuyos contornos son todos suaves, cuyas curvas seducen todas, cuyos blandos relieves turban todos el corazón, parece hecho para la inmovilidad de la cama. Esa línea sinuosa que se ahonda

en el flanco, se alza en la cadera, después desciende por la pendiente ligera y graciosa de la pierna para terminar tan coquetamente en la punta del pie, sólo se dibuja realmente con todo su exquisito encanto al alargarse sobre las sábanas de un lecho.

Iba a olvidar yo, en un segundo, los prudentes consejos de mi camarada; pero de pronto, al volverme hacia el tocador, vi todas las cosas en el estado en que yo las había dejado; y me senté, muy ansioso, torturado por la irresolución.

Con seguridad me quedé allí mucho tiempo, muchísimo, quizá una hora, sin decidirme a nada, ni a la audacia ni a la huida. La retirada me resultaba imposible, por lo demás, y o bien tenía que pasar la noche en una silla, o bien que acostarme a mi vez, por mi cuenta y riesgo.

En cuanto a dormir, aquí o allá, no podía pensar en ello, tenía la cabeza demasiado agitada, y los ojos demasiado ocupados.

Me meneaba sin cesar, vibrante, afiebrado, incómodo, nervioso en exceso. Después me hice un razonamiento abandonista: "Acostarme no me compromete a nada. Siempre estaré mejor, para descansar, en un colchón que en una silla."

Y me desvestí lentamente; después, pasando por encima de la durmiente, me extendí junto al muro, dando la espalda a la tentación.

Y permanecí todavía mucho tiempo, muchísimo, sin dormir.

Pero de pronto mi vecina se despertó. Abrió unos ojos asombrados y siempre descontentos, y después, advirtiéndome que estaba desnuda, se levantó y se puso tranquilamente el camisón, con tanta indiferencia como si yo no hubiera estado allí.

Entonces... a fe mía... aproveché la circunstancia, sin que a ella pareciera preocuparle en absoluto. Y volvió a dormirse plácidamente, la cabeza posada sobre el brazo derecho.

Y yo me puse a meditar sobre la imprudencia y la debilidad humanas. Después me adormilé por fin.

Ella se vistió temprano, como mujer habituada a las labores de la mañana. El movimiento que hizo al levantarse me despertó; y la aceché entre los párpados semicerrados.

Iba y venía, sin apresurarse, como extrañada de no tener nada que hacer. Después se decidió a acercarse a la mesa del tocador, donde vació, en un minuto, todos los perfumes que quedaban en los frascos. Utilizó también agua, es cierto, pero poca.

Después, cuando se hubo vestido por completo, se sentó en su baúl y, con una rodilla entre las manos, permaneció pensativa.

Fingí entonces verla y dije: "Buenos días, Francesca."

Rezongó, sin parecer más graciosa que la víspera:

"Buenos días."

Pregunté: "¿Durmió usted bien?"

Dijo que sí con la cabeza, sin responder; y, saltando al suelo, me adelanté para besarla.

Me tendió su rostro con un movimiento aburrido de niño a quien se acaricia a su pesar. La cogí entonces tiernamente entre mis brazos (una vez abierto el vino, tonto sería al no beber más) y posé lentamente mis labios en sus grandes ojos enojados, que ella cerraba, aburrida, bajo mis besos, en sus mejillas claras, en sus labios carnosos que apartaba.

Le dije: "¿No le gusta que la besen?"

Respondió: "Mica."

Me senté en el baúl, a su lado, y pasando mi brazo bajo el suyo: "¡Mica, mica, mica! para todo. La llamaré señorita Mica."



Por primera vez creí ver en su boca una sombra de sonrisa; pero se borró tan pronto, que bien pude haberme equivocado.

"Pero, si usted sigue respondiendo mica, ya no sabré qué intentar para agradarle. Veamos, ¿qué vamos a hacer hoy? "

Vaciló como si una apariencia de deseo hubiera cruzado por su cabeza, después dijo indolente: "Me es igual, lo que usted quiera.

—Pues bien, señorita Mica, cogemos un carruaje e iremos de paseo."

Murmuró: "Como usted quiera."

Paul nos esperaba en el comedor con el semblante aburrido de un tercero en asuntos de amor. Afecté una cara arrobada y le estreché la mano con una energía llena de confesiones triunfantes.

Preguntó: "¿Qué piensas hacer?"

Respondí: "Pues primero vamos a recorrer un poco la ciudad, y después podremos coger un coche para ver algún rincón de los alrededores."

El almuerzo fue silencioso; después salimos a la calle para visitar los museos. Yo arrastraba a Francesca de mi brazo de palacio en palacio. Recorrimos el palacio Spinola, el palacio Doria, el palacio Marcelo Durazzo, el palacio Rojo y el palacio Blanco. Ella no miraba nada, o bien alzaba a veces hacia las obras maestras unos ojos cansados e indolentes. Paul, exasperado, nos seguía rezongando cosas desagradables. Después un carruaje nos paseó por la campiña, mudos los tres.

Luego regresamos para cenar.

Y al día siguiente ocurrió lo mismo, y al otro día igual.

Paul me dijo al tercer día: "Te abandono, ¿sabes? No me voy a quedar tres semanas mirando cómo haces el amor con esa zorra."

Me dejó muy perplejo, muy molesto, pues, para gran sorpresa mía, me había ligado a Francesca de forma singular. El hombre es débil e idiota, influenciado por una nadería, y cobarde cada vez que sus sentidos son excitados o domados. Me apegaba a esta chica, a la que no conocía, a esta chica taciturna y siempre descontenta. Amaba su cara gruñona, el mohín de su boca, el aburrimiento de su mirada; amaba sus gestos fatigados, su consentimiento despreciativo, hasta la indiferencia de sus caricias. Un lazo secreto, ese lazo misterioso del amor bestial, ese nudo secreto de la posesión que no sacia, me retenía junto a ella. Se lo dije a Paul con toda franqueza. Me motejó de imbécil, y después me dijo: "Pues bien, llévatela."

Pero ella se negó obstinadamente a dejar Génova, sin querer explicar por qué. Empléé ruegos, razonamientos, promesas; de nada sirvió.

Y me quedé.

Paul declaró que iba a marcharse solo. E incluso hizo las maletas, pero se quedó también.

Y transcurrieron quince días más.

Francesca, siempre silenciosa y de humor irritable, vivía a mi lado más bien que conmigo, respondiendo a todos mis deseos, a todas mis peticiones, a todas mis propuestas con su eterno che mi la o con su no menos eterno mtca.

Mi amigo no dejaba de rabiar. A todas sus cóleras yo respondía: "Puedes marcharte si te aburres. Yo no te retengo."

Entonces él me insultaba, me abrumaba a reproches, exclamaba:

"Pero, ¿adónde quieres que vaya ahora? Podíamos disponer de tres semanas, ¡y ya han pasado quince días! ¡No es ahora cuando puedo continuar este viaje! Y además, ¡como si fuera a marcharme solo a Venecia, Florencia y Roma! Pero me las pagarás, y más de lo que piensas. ¡No se hace venir a un hombre desde París para encerrarlo en un hotel de Génova con una buscona italiana! "

Yo le decía tranquilamente: "Bueno, pues regresa a París entonces." Y él vociferaba: "Es lo que voy a hacer, y mañana a lo más tardar."

Pero al día siguiente se quedaba igual que la víspera, siempre furioso y blasfemando.

Nos conocían ya por las calles, por donde errábamos de la mañana a la noche, por las calles estrechas y sin aceras de esta ciudad, que se asemeja a un inmenso laberinto de piedra, horadado por corredores parecidos a subterráneos. Íbamos a esos pasajes donde soplan furiosas corrientes de aire, a esas travesías encerradas entre murallas tan altas que apenas se ve el cielo. Algunos franceses se volvían a veces, extrañados de reconocer a unos compatriotas en compañía de aquella chica aburrida de trajes llamativos, cuya pinta parecía realmente singular, desplazada entre nosotros, comprometedora.

Caminaba apoyada en mi brazo, sin mirar nada. ¿Por qué se quedaba conmigo, con nosotros, que parecíamos agradarle tan poco? ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? ¿Tenía un proyecto, una idea? ¿O bien vivía a la ventura, de encuentros y de casualidades? Trataba en vano de comprenderla, de calar en ella, de explicarla. Cuanto más la conocía, más me asombraba, se me aparecía como un enigma. Ciertamente no era una bribona, una profesional del amor. Me parecía más bien una hija de gente pobre, seducida, arrastrada, después abandonada, y perdida ahora. Pero ¿en qué pensaba convertirse? ¿Qué esperaba? Pues no parecía esforzarse para nada por conquistarme o por sacar de mí algún beneficio bien real.

Probé a interrogarla, a hablarle de su infancia, de su familia. No me respondió. Y permanecía con ella, el corazón libre y la carne atenazada, nada cansado de tenerla en mis brazos, a aquella hembra arisca y soberbia, acoplado como un animal, atrapado por los sentidos, o mejor dicho, seducido, vencido por una especie de encanto sensual, un encanto joven, sano, poderoso, que se desprendía de ella, de su piel sabrosa, de las líneas robustas de su cuerpo.

Transcurrieron ocho días más. El término de mi viaje se acercaba, pues debía estar de regreso en París el 11 de julio. Paul, ahora, se resignaba a la aventura, más o menos, aunque insultándome siempre. En cuanto a mí, inventaba placeres, distracciones, paseos para divertir a mi amante y a mi amigo; me tomaba infinito trabajo. Un día les propuse una excursión a Santa Margarita.

Esta encantadora pequeña ciudad, en medio de jardines, se oculta a los pies de una costa que avanza a lo lejos en el mar hasta la aldea de Portofino. Seguíamos los tres la admirable carretera que corre a lo largo de la montaña. Francesca me dijo de pronto: "Mañana no podré pasear con ustedes. Iré a ver a mis padres."

Después se calló. No la interrogué, seguro de que no me respondería.

Se levantó, en efecto, al día siguiente muy temprano. Después, como yo seguía acostado, se sentó a los pies de la cama y dijo, como molesta, contrariada, vacilante:

"Si no he vuelto esta noche, ¿irá usted a buscarme?"

Respondí: "Sí, claro que sí. ¿A dónde hay que ir?"

Me explicó: "Vaya a la calle Víctor Manuel, después coja el pasaje Falcone y la travesía San Rafael, entre usted en la tienda de muebles, en el patio, al fondo del todo, en el edificio que está a la derecha, y pregunte por la señora Rondoli. Es allí."

Y se marchó. Me quedé sorprendidísimo.

Al verme solo, Paul, estupefacto, balbució: "¿Dónde está Francesca?" Y le conté lo que acababa de pasar.

Exclamó: "Pues bien, amigo mío, aprovecha la ocasión y larguémonos. De todos modos, se nos acaba el tiempo. Dos días más o menos no cambian nada. ¡En ruta, en ruta, haz tu baúl! ¡En ruta!"

Me negué: "No, amigo mío; realmente no puedo abandonar a esta chica de semejante forma, después de haberme quedado cerca de tres semanas con ella. Tengo que decirle adiós, que hacerle aceptar algo; no, me comportaría como un sinvergüenza."

Pero él no quería saber nada, me metía prisa, me hostigaba. Sin embargo, no cedí.

No salí en todo el día, esperando el regreso de Francesca. No volvió.

Por la noche, a la cena, Paul estaba exultante: "Es ella la que te ha abandonado, amigo mío. Es gracioso, graciosísimo."

Yo estaba extrañado, lo confieso, y un poco vejado. Él se me reía en las narices, se metía conmigo: "El método no es malo, por otra parte, aunque primitivo:

"Espéreme, ahora vuelvo." ¿Es que vas a esperarla mucho tiempo? ¿Quién sabe? Quizá tengas la ingenuidad de ir a buscarla a la dirección indicada: "La señorita Rondoli, por favor. No es aquí, caballero." Apuesto a que tienes ganas de ir."

Protesté: "No, amigo mío, y te aseguro que si no ha regresado mañana por la mañana, me marcho a las ocho en el expés. Me habré quedado veinticuatro horas. Es bastante: mi conciencia estará tranquila."

Pasé toda la velada inquieto, un poco triste, un poco nervioso. Mi corazón sentía verdaderamente algo por ella. A medianoche me acosté. Apenas dormí.

Estaba en pie a las seis. Desperté a Paul, hice las maletas; y cogíamos juntos, dos horas después, el tren para Francia.

### III

Ahora bien, ocurrió que al año siguiente, por esa misma época, me asaltó, como lo hace una fiebre periódica, un nuevo deseo de ver Italia. Me decidí de inmediato a emprender ese viaje, pues la visita de Florencia, Venecia y Roma forma parte, con toda seguridad, de la instrucción de un hombre bien educado. Y además proporciona en sociedad multitud de temas de conversación y permite declamar trivialidades artísticas que siempre parecen profundas.

Partí solo esta vez, y llegué a Génova a la misma hora que el año anterior, pero sin ninguna aventura de viaje. Fui a dormir al mismo hotel, ¡y por casualidad me dieron la misma habitación!

Pero apenas me metí en la cama, el recuerdo de Francesca, que desde la víspera flotaba vagamente en mis pensamientos, me persiguió con extraña persistencia.

¿Conoce usted esa obsesión de una mujer mucho tiempo después, cuando regresamos a los lugares donde la hemos amado y poseído?

Es una de las sensaciones más violentas y penosas que conozco. Parece que la vamos a ver entrar, sonreír, abrir los brazos. Su imagen, huidiza y precisa, está ante nosotros, pasa, regresa y desaparece. Nos tortura como una pesadilla, nos aferra, nos llena el corazón, conmueve nuestros sentidos con su presencia irreal. El ojo la percibe; el olor de su perfume nos acosa; tenemos en los labios el gusto de sus besos, y la caricia de su carne sobre la piel. Y, sin embargo, estamos solos, lo sabemos, sufrimos con la turbación singular de ese fantasma evocado. Y una tristeza pesada, desconsoladora, nos envuelve. Parece que acabamos de ser abandonados para siempre. Todos los objetos adquieren una significación desoladora, siembran en el alma, en el corazón, una impresión horrible de aislamiento, de desamparo. ¡Oh, no volváis a ver jamás la ciudad, la casa, la habitación, el bosque, el jardín, el banco donde habéis tenido en vuestros brazos a una mujer amada!

En fin, durante toda la noche me persiguió el recuerdo de Francesca; y poco a poco, el deseo de volver a verla entró en mí; un deseo confuso al principio, después más vivo, más agudo, ardiente. Y me decidí a pasar en Génova todo el día siguiente para tratar de encontrarla. Si no lo conseguía, cogería el tren de la noche.

Conque, llegada la mañana, me puse en su busca. Recordaba perfectamente la información que me había dado al dejarme: "Calle Víctor Manuel —pasaje Falcone, travesía de San Rafael— tienda de muebles— al fondo del patio, el edificio de la derecha."

Lo encontré todo, no sin trabajo, y llamé a la puerta de una especie de deteriorado pabellón. Vino a abrir una mujer gruesa, que había debido de ser muy guapa, y que ya no era sino muy sucia. Demasiado gorda, conservaba, sin embargo, una notable majestad de líneas. Su pelo despeinado caía en mechones sobre la frente y los hombros, y se veía flotar, en una amplia bata acribillada a manchas, todo su corpachón bamboleante. Llevaba al cuello un enorme collar dorado, y en las dos muñecas, magníficas pulseras de filigrana de Génova.

Preguntó con aire hostil: "¿Qué desea usted?"

Respondí: "¿No vive aquí la señorita Francesca Rondoli?"

—¿Qué le quiere usted?

—Tuve el gusto de conocerla el año pasado, y desearía verla."

La vieja me escudriñaba con ojos desconfiados: "Dígame, ¿dónde la conoció?"

—Aquí mismo, en Génova.

—¿Cómo se llama usted?"

Vacilé un segundo, después dije mi nombre. Apenas lo había pronunciado cuando la italiana alzó los brazos como para abrazarme. "¡Ah! Es usted el francés. ¡Qué contenta estoy de verlo! ¡Qué contenta! Pero cuánto ha hecho sufrir a la pobre niña... Lo esperó un mes, señor, sí, un mes. El primer día creía que usted iba a venir a buscarla. ¡Quería ver si la amaba! Si supiera cuánto lloró cuando comprendió que no vendría usted. Sí, señor, lloró a lágrima viva. Y después fue al hotel. Usted se había marchado. Entonces creyó que estaba usted haciendo su viaje por Italia, y que iba a pasar otra vez por Génova y que la buscaría al regreso, ya que no había querido ir con usted. Y esperó, sí, señor, más de un mes; y estaba muy triste, ea, muy triste. ¡Soy su madre! "

Me sentí un poco desconcertado, realmente. Recobré mi seguridad, sin embargo, y pregunté: "¿Está aquí en este— momento?"

—No, señor, está en París con un pintor, un chico encantador que la ama, señor, que la ama con un gran amor y que le da todo lo que quiere. Mire, fíjese en lo que ella me envía a mí, a su madre. ¿Son bonitas, verdad?"

Y me mostraba, con una animación muy meridional, las gruesas pulseras y el pesado collar de su cuello. Prosiguió: "También tengo dos pendientes con piedras, y un traje de seda, y sortijas; pero no los llevo por la mañana, me los pongo sólo hacia la tarde, cuando me visto de tiros largos. ¡Oh!, es muy feliz, señor, muy feliz. ¡Qué contenta se pondrá cuando le escriba que ha venido usted! Pero pase, señor, siéntese. Tomará usted algo; pase."

Yo me negaba, pues ahora quería marcharme en el primer tren. Pero me había cogido del brazo y me atraía, repitiendo: "Pase de una vez, señor, tengo que decirle que ha venido usted a nuestra casa."

Y penetré en una salita bastante oscura, amueblada con una mesa y unas cuantas sillas.

Prosiguió: "¡Oh! Es muy feliz ahora, muy feliz. Cuando usted la encontró en el ferrocarril, tenía un gran pesar. Su amiguito la había abandonado en Marsella. Y regresaba, la pobre niña. A usted lo quiso mucho en seguida, pero todavía estaba un poco triste, ya comprenderá usted. Ahora no le falta nada; me escribe todo lo que hace. El se llama señor Bellemin. Dicen que es un gran pintor en su tierra. La encontró al pasar por aquí en la calle; sí, señor, en la calle, y la amó en seguida. ¿Tomará usted un vaso de jarabe? Es muy bueno. ¿Está usted solo este año?"

Respondí: "Sí, estoy solo."

Me senté, ganado ahora por unos crecientes deseos de reír, pues mi desengaño inicial se evaporaba con las declaraciones de la señora Rondoli. Tuve que tomar un vaso de jarabe.

Ella continuaba: "¿Cómo, está usted solo? ¡Oh! Cuánto siento entonces que Francesca no esté aquí; le habría hecho compañía el tiempo que usted fuera a quedarse en la ciudad. No es muy alegre pasear sólo; y ella lo lamentará mucho, por su parte."

Después, como yo me levantaba, exclamó: "Pero, si usted quiere, Carlotta irá con usted; conoce muy bien los paseos. Es mi otra hija, señor, la segunda."

Sin duda tomó mi estupefacción por un consentimiento, y precipitándose a la puerta interior, la abrió y gritó en la oscuridad de una escalera invisible: "¡Carlotta! ¡Carlotta! Baja en seguida, ven ahora mismo, hijita."

Quise protestar; no me lo permitió: "No, le hará compañía; es muy dulce, y mucho más alegre que la otra; es una buena chica, una buenísima chica a la que quiero mucho."

Oí en los peldaños un ruido de suelas de chancletas; y apareció una muchacha alta, morena, delgada y bonita, pero también despeinada, que dejaba adivinar, bajo un vestido viejo de su madre, un cuerpo joven y esbelto.

La señora Rondoli la puso en seguida al tanto de mi situación: "Es el francés de Francesca, el del año pasado, ya sabes. Venía a buscarla; está solo, el pobre. Entonces le he dicho que irías con él para hacerle compañía."

Carlotta me miraba con sus hermosos ojos pardos; y murmuró empezando a sonreír: "Si él quiere, me parece bien."

¿Cómo hubiera podido negarme? Declaré: "Claro que quiero."

Entonces la señora Rondoli la empujó hacia fuera:

"Vete a vestir, rápido, rapidito: ponte el traje azul y el sombrero de flores; date prisa."

En cuanto su hija hubo salido, me explicó: "Tengo aún otras dos; pero más pequeñas. ¡Cuesta caro, ea, criar a cuatro hijas! Afortunadamente, la mayor ha salido adelante ya."

Y después me habló de su vida, de su marido, que había muerto de empleado del ferrocarril, y de todas las cualidades de su segunda hija, Carlotta.

Esta regresó, vestida al estilo de la mayor, con un traje llamativo y singular.

Su madre la examinó de pies a cabeza, la juzgó muy de su agrado, y nos dijo: "Y ahora, váyanse, hijos míos."

Después, dirigiéndose a su hija: "Sobre todo, no vuelvas después de las diez, esta noche; ya sabes que la puerta está cerrada."

Carlotta respondió: "No tengas cuidado, mamá."

Se cogió de mi brazo, y heme aquí vagando con ella por las calles, como con su hermana, el año antes.

Regresé al hotel a almorzar, después llevé a mi nueva amiga a Santa Margarita, repitiendo el último paseo que había dado con Francesca.

Y por la noche no volvió a casa, aunque la puerta debiera cerrarse después de las diez.

Y durante los quince días de que podía disponer paseé a Carlotta por los alrededores de Génova. No me hizo añorar a la otra.

La dejé deshecha en lagrimas, la mañana de mi partida, al entregarle, con un recuerdo para ella, cuatro pulseras para su madre.

Cuento con regresar un día de estos para ver Italia, aunque pensando con cierta inquietud, mezclada de esperanzas, que la señora Rondoli posee todavía dos hijas.

*L'Écho de Paris*, 29 de mayo de 1884

# *La herrumbre*

---

*La rouille*

## I

En toda su vida sólo sintió una pasión invencible: la caza. Cazaba todos los días, desde muy temprano hasta la noche, con ardor furioso. Cazaba en invierno como en verano, en primavera como en otoño, en los pantanos, cuando la veda prohibía la caza en campos y bosques; cazaba a la espera, en batida, con perro de muestra, con galgos, con liga, con espejuelos, con hurón. Sólo hablaba de cacerías y no soñaba con otra cosa, repitiendo sin cesar: "¡Deben de ser muy desgraciados los que desconocen los goces de la caza."

Había cumplido cincuenta años y se conservaba muy bien, robusto y erguido, aunque bastante calvo; grueso, pero vigoroso; llevaba los bigotes recortados para dejar libre el labio superior, con objeto de tocar fácilmente la trompa de caza.

En toda la comarca lo llamaban el señor Gontrán, a secas, a pesar de su título nobiliario, pues era el barón Héctor Gontrán de Coutelier.

Habitaba una casita de campo rodeada de bosques, y aun cuando conocía mucho a todos los aristócratas de la provincia, encontrando a veces en éstas cacerías a varios de su misma afición, sólo trataba asiduamente a los Courvilles, sus amables vecinos; amistad rancia, de familia.

En casa de los Courvilles lo cuidaban, lo querían, lo mimaban; y decía:

—Si yo no fuese cazador, pasaría mi vida entera con ustedes.

El señor de Courville era su amigo y compañero desde la infancia. Consagrado a la agricultura, vivía tranquilo con su mujer, su hija y su yerno, Darnetot, que no trabajaba, con el pretexto de dedicarse a estudios históricos.

El Barón de Coutelier iba con frecuencia a comer a casa de sus amigos, particularmente cuando tenía que referirles algún lance de caza. Contaba largas historias de perros y de hurones, de los cuales hablaba como de personas a quienes hubiera conocido mucho; descubría sus pensamientos, sus intenciones, y los analizaba, los explicaba:

—Cuando Medor ha notado que la chocha lo hacía correr mucho, se ha dicho: "Ya verás, tunanta, cómo nos divertiremos al fin." Entonces, haciéndome una seña con la cabeza, me ha indicado que me colocara en la otra punta del campo de trébol, y ha empezado a rastrear diagonalmente, haciendo mucho ruido para correrla poco a poco hacia el rincón, de donde no podría escapar. Todo se ha verificado como lo había previsto Medor; la chocha, en un momento dado, ha salido al borde. Imposible avanzar sin descubrirse, y comprendiéndolo, se ha dicho, agazapándose: "Me ha comprometido el demonio del perro." Medor entonces, poniéndose de muestra, me mira; yo le hago una señal; avanza. Brrr. La chocha vuela; y echándome la escopeta a la cara, ¡pum!... Caer como una bola, y Medor la recoge y la lleva, moviendo el rabo como si quisiera decirme: "Nos ha salido muy bien. ¿Es cierto, señor de Gontrán?"

## II

Courville, Darnetot y las dos mujeres reían mucho con estas narraciones, en las cuales el Barón ponía toda su alma; se animaba, levantaba los brazos, gesticulaba con

todo su cuerpo; y llegando a referir la muerte de la pieza, reía también de un modo formidable, preguntando siempre a la conclusión:

—Es curioso, ¿verdad?

En cuanto la conversación tomaba otro rumbo, Gontrán se distraía y se arrinconaba canturreando algún toque de caza; de modo que, si un instante callaban todos, produciendo un brusco silencio de los que a veces cortan el rumor de las palabras, se oía de pronto la imitación de la trompa: "Ton, torontón, ton", que hacía Gontrán, inflando los carrillos como si realmente aplicase a sus labios el instrumento.

Había consagrado a la caza su vida, sin pensar en otra cosa, y envejecía sin comprender siquiera que pudo vivir de otro modo, con otras preocupaciones. Bruscamente, un ataque de reuma lo retuvo dos meses en cama, poniéndolo a punto de morir de aburrimiento y tristeza. Como no tenía mujer alguna que le sirviese, pues le guisaba un viejo criado, éste no acertó a prepararle bien las cataplasmas ni a prevenir los mil cuidados que necesitan los enfermos. Su montero fue su enfermero, y como se aburría casi tanto como su amo, dormía de noche y de día en un sillón mientras Gontrán juraba y se desesperaba entre las sábanas.

Las señoras de Courville iban a verlo con frecuencia, y aquellas visitas le proporcionaban las únicas horas de calma y bienestar que se le ofrecían. Ellas preparaban algunos cocimientos y le servían el almuerzo primorosamente. Mientras se despedían, Gontrán murmuraba:

—Caramba; deberían ustedes venirse a vivir aquí.

Y ellas reían de buena gana.

Cuando ya estaba casi restablecido y volvía de nuevo a cazar en los pantanos, una tarde fue a comer a casa de sus amigos; pero le faltaban su frescura y su alegría. Un pensamiento incesante lo torturaba: el temor de que se le reprodujeran los dolores antes de levantarse la veda. Al despedirse, mientras las señoras lo envolvían en una manta, y le abrigaban la garganta con un pañuelo, precauciones que por primera vez en su vida consentía entonces, murmuró tristemente:

—Si mi dolencia se repite, soy hombre acabado.

Cuando se hubo ido, la señora Darnetot dijo a su marido:

—Será preciso casar al Barón.

Todos se llevaron las manos a la cabeza. ¿Cómo no se les había ocurrido aquel proyecto? Buscaron, durante la velada, cuál podía convenirle más entre todas las viudas que conocían, y eligieron una, de cuarenta años, aún agradable y hermosa, bastante rica, de carácter alegre y muy bondadoso, que se llamaba Berta Vilers.

Los Courvilles la invitaron a pasar un mes en su casa. Y fue. La viuda era bulliciosa, y el Barón le hizo gracia, le gustó, desde luego. Se divertía con él como un juguete vivo, y pasaba horas enteras preguntándole socarronamente acerca de las ideas de los conejos y de las maquinaciones de los zorros. Gontrán distinguía formalmente las maneras de ver de diferentes animales, y les atribuía planes y razonamientos sutiles como a los hombres.

Las atenciones que la viuda tuvo con él le agradaron; y una tarde, para manifestar su estimación, le rogó que fuera con él de caza, cosa que no había propuesto jamás a ninguna mujer. La invitación fue aceptada. Era una diversión para todos equipar a Berta. Cada uno ponía de su parte algo y ofrecía cualquier cosa; la viuda se presentó vestida con bota de caña y pantalón bombacho; falda corta, chaquetilla de terciopelo y gorra de mozo de jauría.



### III

El Barón estaba emocionado, como si fuera a disparar por primera vez su escopeta. Le explicó minuciosamente la dirección del viento, las diferentes muestras de los perros, la manera de apuntar a tales o cuales piezas. Luego se lanzaron al campo, y él iba siguiéndola, paso a paso, con la solicitud de una nodriza que ve andar al niño por primera vez.

Medor, olfateando, halló un rastro, corrió, se detuvo, levantó la pata. El Barón, detrás de su discípula, temblaba como una hoja en el árbol. Y balbucía:

—Cuidado; prevenida; son per..., son per..., son perdices.

No había terminado la frase cuando un ruido monstruoso se alzó del suelo —Brrr, brrr, brrr— y una bandada se remontó en el aire batiendo las alas.

La señora Vilers, asustada, cerró los ojos, disparó los dos tiros y retrocedió al sentir el culatazo de la escopeta; luego, cuando recobró su serenidad, vio que Gontrán saltaba como un chiquillo y que Medor volvía con dos perdices en la boca.

Desde aquel momento, el Barón se mostró enamorado de Berta.

Decía, levantando los ojos: "Qué mujer!", y todas las tardes iba para verla y hablar de caza.

Un día, mientras el señor de Courville, acompañándolo hasta la puerta, lo oyó hacer alabanzas de su amiga, le preguntó bruscamente:

—¿Por qué no se casa usted con ella?

El Barón quedó sorprendido:

—¿Yo? ¿Yo? ¿Casarme con ella? Pero..., después de todo.

Y calló. Luego, apretando mucho la mano a su compañero, murmuró:

—Hasta la vista —y desapareció precipitadamente en la oscuridad de la noche.

En tres días no compareció. Al presentarse de nuevo estaba pálido, agotado por sus cavilaciones, más graves que de costumbre. Apartándose de todos con el señor Courville, le dijo:

—Tuvo usted una idea feliz. Procuren convencer a Berta para que acepte. ¡Caramba! ¡Una mujer como ésa, ni que la hubieran hecho expresamente para mí! Cazaríamos juntos todo el año.

El señor de Courville, seguro de que la viuda no rehusaría la proposición, respondió:

—Haga usted en seguida sus ofrecimientos. ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle en su nombre?

Pero el Barón se turbó de pronto, balbuciendo:

—No, no...; antes he de hacer un viaje..., un viaje..., a París. En cuanto vuelva lo arreglaremos todo.

No fue posible conseguir que diera más concretas explicaciones, y a la mañana siguiente emprendió su viaje.

### IV

Una semana, dos, tres semanas pasaron; el Barón no volvía. Los señores de Courville, sorprendidos, inquietos, no sabían qué decirle a su amiga, que ya estaba advertida de las intenciones matrimoniales de Gontrán. Todos los días mandaban recado, inútilmente, porque no había noticias y los criados nada sabían.

Pero una tarde, mientras la señora Vilers cantaba acompañándose al piano, una doncella entró a dar un recado misterioso al señor Courville de parte de un caballero que lo aguardaba en la antesala y quería verlo.

Era el Barón, demudado, envejecido, en traje de viaje. Al ver a su antiguo camarada, estrechándole las manos, con fatigada voz, le dijo:

—Acabo de llegar en este instante, y vengo a ver a usted. No puedo más.

Luego calló, dudando. Visiblemente contrariado, prosiguió al fin:

—Quería decir lo antes posible..., que del asunto que motivó mi viaje..., ¿recuerda usted? Pues... nada..., un fracaso...; nada.

El señor de Courville lo miró estupefacto:

—¿Cómo? ¿Un fracaso? ¿Por qué?

—¡Oh! No me lo pregunte, se lo ruego; sería difícil y doloroso para mí decirlo; pero tenga usted la seguridad completa de que me porto como un hombre honrado... Nada... Imposible... No debo casarme; no es justo engañar a nadie. Volveré cuando se haya ido esa señora. Me sería violento verla. Gracias. Adiós.

Y se fue corriendo.

Toda la familia deliberó, discutió, supuso mil cosas. Dedujeron, al fin, que la vida del Barón encerraba un gran misterio, acaso hijos naturales, tal vez unos amores viejos. En fin, el asunto presentaba síntomas de gravedad, y para no entrar en complicaciones dificultosas advirtieron hábilmente a la señora Vilers, la cual regresó a su casa tan viuda como de su casa había salido.

## V

Transcurrieron tres meses. Una tarde, habiendo comido muy bien, y titubeando un poco, el Barón, mientras fumaba su pipa, dijo al señor de Courville:

—Si usted supiera cuánto me acuerdo a todas horas de Berta Vilers, tendría compasión de mí.

Courville, a quien la conducta del Barón en aquel asunto había molestado un poco, aprovechó la oportunidad para manifestarle sus pensamientos, y dijo:

—Amigo mío, cuando se tienen complicaciones de cierta clase, no se va tan adelante como usted lo hizo en ciertos asuntos, porque, después de todo, pudo muy bien tener en cuenta mucho antes el motivo que lo hacía retroceder...

El Barón, confundido, dejó de fumar.

—Sí y no. Nunca sospeché que sucediera una cosa tan desagradable.

El señor Courville, impaciente, insistió:

—Debe prevenirse todo.

Pero el Barón, con los ojos clavados en la oscuridad para convencerse de que nadie andaba por allí que pudiera oírlo, prosiguió en voz baja:

—Ya comprendo que disgusté a ustedes, y voy a excusarme confesando la verdad. Hace veinte años que vivo solamente para la caza. No me agrada otra cosa, usted lo sabe, ni me ocupo en otra cosa. Por esto, cuando me decidí a contraer ciertos deberes, cuando me agradó Berta, un escrúpulo, un escrúpulo de conciencia vino a turbarme. Hacía mucho tiempo, mucho, que perdí la costumbre de..., de..., del amor; en fin, ignoraba si aún sería capaz de..., de... ¿Comprende? Pasaron dieciséis años desde que..., que... por última vez. En esta soledad no es fácil..., no es fácil... ¡eso! Faltan ocasiones. Además, tampoco las buscaba; me parecía más divertido perseguir a las perdices que a las mujeres. Pero en el momento de comprometerme a casarme, tuve mis dudas, desconfié de mí. ¡Caramba! Si en el instante oportuno... cuando ya es imposible retroceder no..., no... ¡no saliera el tiro! Un hombre honrado no debe faltar nunca a sus compromisos; y el que se casa queda obligado a..., a..., a ciertas cosas. Para cerciorarme de lo que alcanzarían mis fuerzas, me decidí a pasar ocho días en París. En los ocho días, ¡nada! ¡Pero absolutamente nada! Y no por falta de pruebas. He acudido a cuanto había mejor en todos los géneros. Aseguro que por ellas tampoco ha quedado... Sí...

Verdaderamente..., acudían a todos los recursos... Pero ¿qué quiere usted? Hubieron de retirarse todas lo mismo..., sin haber conseguido nada. Me decidí a probar otros ocho días..., y otros ocho, esperando siempre. Comí en los restaurantes una porción de salsas picantes, que me han estropeado el estómago... ¡Todo inútil! Siempre lo mismo... ¡Nada! Comprenderá usted que ante la prueba evidente y en tales circunstancias, yo no podía..., no debía... Y me retiré, bien a disgusto, por no haber otro camino decoroso.

El señor de Courville se retorció para no soltar la carcajada. Y estrechando gravemente la mano del Barón, le dijo:

—Lo compadezco a usted —y lo acompañó hasta la mitad del camino aquel día.

Luego, al encontrarse a solas con su mujer, se lo refirió todo, extremando la nota burlesca. Pero la señora Courville no reía: escuchaba poniendo atención, y cuando su marido hubo terminado, le dijo con mucha gravedad:

—El Barón es un simple. Tuvo miedo. No hay más. Voy a escribir a Berta que la esperamos inmediatamente.

Y como el señor de Courville recordase las inútiles y largas pruebas de su amigo, la señora replicó:

—¡Bah! Tonterías. Cuando un hombre quiere de veras a su mujer, ¿lo entiendes?, hace... lo que necesita... Eso... no le falta nunca.

Y el señor de Courville quedó silencioso y algo confuso.

*Gil Blas*, 14 de septiembre de 1882

# *El hijo*

---

*L'enfant*

Se habló, de sobremesa, acerca de un caso de aborto ocurrido por aquellos días en el pueblo. La baronesa decía, indignada:

—¿Es concebible siquiera tamaña monstruosidad? La muchacha, soltera, seducida por el mozo de una carnicería, había arrojado a su hijo a un precipicio. ¡Qué espanto! ¡Se demostró que la pobre criatura no había muerto en el acto!

El médico, que figuraba aquella noche entre los comensales del palacio, daba detalles horribles con toda tranquilidad, y hasta parecía admirarse del valor demostrado por aquella madre miserable, que tras dar a luz, sola, había hecho dos kilómetros a pie para asesinar a su criatura. Y repetía una y otra vez:

—Tiene una constitución de hierro esa mujer. ¡Qué indomable energía necesitó para cruzar el bosque, llevando en brazos al pequeño que lloraba! ¡Me aterra el pensar en semejantes sufrimientos morales! ¡Figúrense ustedes los terrores de aquella alma, las desgarraduras de aquel corazón!. ¡Qué odiosa y despreciable es la vida! Prejuicios viles..., si, señora, prejuicios viles..., un falso sentimiento de la honra, más repugante que el crimen mismo; un cúmulo de sentimientos artificiosos. de odiosa respetabilidad, de decencia abominable, empujan al asesinato, al infanticidio, a desdichadas muchachas que han obedecido sin resistencia a la ley imperiosa de la vida. ¡Qué baldón para la Humanidad el haber establecido una moral semejante, convirtiendo en crimen el abrazo de dos seres!

La baronesa se había puesto pálida de indignación. Y replicó:

—Según eso, doctor, usted coloca el vicio por encima de la virtud y a la prostituta por delante de la mujer honrada. A la que se abandona a sus instintos vergonzosos la considera usted igual a la esposa sin tacha, que cumple con sus deberes en toda su integridad, de acuerdo con su conciencia.

El médico, hombre entrado en años y que había tenido que poner sus manos en muchas llagas, se levantó y dijo con voz firme:

—Usted, señora, habla de cosas que desconoce, porque no ha sentido en si misma las pasiones indomables. Déjeme usted que le relate un suceso reciente, del que fui testigo. ¡Señora baronesa, sea usted siempre indulgente, buena y misericordiosa! ¡Si usted supiese! ... ¡Desdichadas de aquellas personas a las que la Naturaleza ha dotado de apetitos inaplacables! Las gentes tranquilas, que han nacido sin instintos violentos, se conservan honradas por necesidad. A las personas que no se sienten nunca torturadas por los deseos furiosos les resulta fácil mantenerse dentro del deber. Yo veo a mujeres de la clase media, frías de temperamento, rígidas de costumbres, de apetitos sin exageración y de pasiones moderadas, lanzar gritos de indignación cuando se enteran de las faltas de las mujeres caídas.

Usted, señora baronesa, duerme tranquila en un lecho pacífico en torno al cual no rondan los sueños febriles. Vive usted rodeada de personas parecidas a usted, de conducta igual que la de usted que se hallan defendidas por la castidad instintiva de sus sentidos. Apenas si tiene usted que luchar contra una simulación de arrebato de las pasiones. Cruza, a veces pensamientos nocivos únicamente por vuestro espíritu sin que vuestro cuerpo se revuelva en cuanto la idea tentadora roza su sensibilidad.

Pero en aquellas personas que por un azar nacieron apasionadas, señora, los sentidos son invencibles. ¿Podéis detener en su carrera al viento? ¿Podéis contener la

mar embravecida? ¿Podéis encadenar las fuerzas de la Naturaleza? No. Los sentidos son también fuerzas de la Naturaleza, Igual que la mar y el viento

Levantán y arrastran al hombre, lanzándolo a la voluptuosidad. sin que él pueda resistir a la vehemencia de sus ansias. Las mujeres sin tacha son mujeres que carecen de temperamento. Abundan. Yo no atribuyo mérito a su virtud, porque no tienen que luchar. Pero, téngalo usted muy presente, una Mesalina o una Catalina no será jamás mujer casta. No puede serlo. ¡Ha nacido para la caricia vehemente! Los órganos de su cuerpo no se parecen a los vuestros; su carne es distinta, vibra, enloquece mucho más al contacto de otra carne; y cuando vuestros nervios no han sufrido sensación alguna, los de ella están trabajando, la conmueven y se enseñorean de ella. Veamos si es usted capaz de alimentar a un gavián con esas semillitas redondas que da a su loro. Sin embargo, los dos son pájaros de pico corvo y fuerte. Pero sus instintos no son los mismos.

¡Los sentidos! Si supiera usted la fuerza que tienen! Ellos os hacen pasar noches enteras febril, con la piel cálida, el corazón latiendo precipitado y la imaginación aguijoneada por imágenes enloquecedoras. Mire usted, señora baronesa: las personas de principios inflexibles son, ni más ni menos, que gentes de naturaleza fría, que sienten celos desesperados de las otras, sin que ellas mismas se den cuenta.

El doctor hizo una pausa, y prosiguió:

—Escúcheme, señora: Llamare Elena. a la persona de la que voy a hablar; ésa sí que era mujer sensual. Se le despertó la sensualidad desde su primera niñez. Aún antes de que empezase a hablar. Era una enferma, me dirá usted. ¿Por qué? ¿No serán más bien ustedes unas personas desvigorizadas? Me consultaron cuando sólo tenía doce años. Pude comprobar que era ya mujer, y que la acosaban, sin darle tregua, las ansias amorosas. No había más que verla para comprenderlo. Labios gruesos, vueltos hacia afuera, entreabiertos como flores; cuello fuerte, piel cálida, nariz grande, un poco ancha y palpitante; ojos grandes y brillantes, que encendían a los hombres con su mirada.

¿Quién era capaz de sosegar la sangre de aquel animal ardoroso? Se pasaba las noches llorando sin motivo alguno. Sentía angustias de muerte, porque le faltaba el macho.

La casaron, por fin, a los quince años. Dos más tarde, fallecía su marido, tuberculoso. Lo había agotado. Otro acabó de igual manera a los dieciocho meses. El tercero resistió cuatro años, y optó por separarse de ella. Aún estaba a tiempo.

Al quedarse sola, se propuso vivir castamente. Estaba imbuida de todos los prejuicios que ustedes tienen. Un buen día me mandó llamar, porque sufría crisis nerviosas que la tenían intranquila. Comprendí en seguida que su viudez la estaba matando. Se lo dije. Era una mujer honrada, señora baronesa. A pesar de los tormentos que sufría, se negó a echarse un amante, como yo se lo aconsejé.

En el pueblo decían que estaba loca. Salía de casa durante la noche y se daba grandes caminatas para domar las rebeldías de su cuerpo. Luego sufría síncope, seguidos de espasmos aterradores.

Vivía sola, en un palacio próximo al de su madre, y a los de otros parientes suyos. Iba yo a visitarla de cuando en cuando, no habiendo qué hacer contra la 'encarnizada voluntad de la Naturaleza, o contra la propia voluntad de aquella mujer.

Pues bien: una noche, a eso de las ocho, cuando yo acababa de cenar, llegó a mi casa. Así que estuvimos a solas, me dijo:

—Estoy perdida. ¡Me encuentro encinta!

Pegué un bote en mi silla.

—¿Cómo dice?

—¡Que estoy encinta!

—¿Usted?

—Sí, yo.

Bruscamente, con voz entrecortada, mirándome a los ojos, dijo:

—Estoy encinta de mi jardinero, doctor. Un día que me paseaba por el parque sufrí un mareo. El hombre me vio caer, acudió en mi ayuda, y me levantó en sus brazos para llevarme al palacio. ¿Hice yo algo? ¡Lo ignoro! ¿Lo abracé, lo besé? ¡Acaso sí! Usted está al corriente de mi desgracia de mi vergüenza. Sea como sea, me hizo suya. Soy culpable, porque volví a entregarme a él de igual manera al día siguiente, muchos más. ¡Se acabó! Ya me era imposible resistir.

La mujer dejó escapar un sollozo, y prosiguió con altivez:

—Le pagaba un tanto; prefería hacer eso antes que echarme amante, como usted me aconsejó. Me ha dejado embarazada. No tengo para usted recovecos ni vacilaciones. He intentado provocar el aborto. Me he bañado en agua casi hirviendo, he montado caballos muy ariscos, he hecho gimnasia en el trapezio, he tomado pócmias, ajenjo, azafrán y otras cosas más. Y no he conseguido nada. Usted conoce a mi madre y a mis hermanos, ¿verdad? Estoy perdida. Mi hermana está casada con un hombre honrado. Mi deshonra caerá sobre todos ellos. Y ¡qué decir de todos nuestros amigos, de la gente del pueblo, de nuestro buen nombre..., de mi madre...!

Rompí en sollozos. La tomé de las manos y procedí a interrogarla. Por último, la aconsejé que emprendiese un viaje largo y fuese a dar a luz lejos de la región.

Ella contestaba: "Sí..., sí..., sí..."; pero no parecía estar escuchándome.

Se marchó.

La hice varias visitas. Aquella mujer empezaba a desvariar. El pensamiento de aquel niño que iba creciendo en su vientre, de aquella ignominia vivía, se había clavado en su alma como aguda flecha. No dejaba un instante de pensar en ello, no se atrevía a salir de día, ni a recibir visitas por miedo a que se descubriese su secreto vergonzoso. Todas las noches se desnudaba delante de la luna del armario y contemplaba la deformación de su contorno; y después se metía una toalla en la boca para ahogar sus gritos, y se tiraba al suelo. Se levantaba veinte veces de la cama, encendía la luz, y volvía a ponerse frente al ancho espejo. que le presentaba la imagen de su cuerpo abultado. Y, entonces, fuera de sí, se daba puñetazos en el vientre, queriendo matar al ser aquel que era su ruina. Se trabó una lucha terrible entre los dos. Pero él no se moría; al contrario, se movía constantemente como si se defendiese. Elena se revolcaba sobre el suelo entarimado para aplastar al que llevaba dentro. Durmió con un peso encima, para ahogarlo. Lo odiaba. como se odia al enemigo encarnizado que amenaza nuestra vida.

Tras estas luchas inútiles, tras estos forcejeos impotentes por desembarazarse de él, huía por los campos, corría desatinada, enloquecida de dolor y de espanto.

Un día la recogieron por la mañana en un arroyo, con los pies metidos en el agua, y la mirada extraviada; la gente supuso que se trataba de un acceso de locura, pero no imaginó la verdad.

Estaba atenazada por una idea fija. Arrancar de su cuerpo aquel. hijo maldito.

Durante una velada, se le ocurrió a su madre decirle riendo:

"¡Cómo estás engordando, Elena! Si tuvieses el marido en casa, yo hubiera creído que estás encinta."

Estas palabras debieron de ser para ella una puñalada mortal. Dio por terminada su visita, y regresó inmediatamente a su propia casa.

¿Qué ocurrió allí? Volvió sin duda a contemplar durante largo rato su vientre hinchado; sin duda, se dio golpes en él, hasta causarse lastimaduras, y como todas las noches, hizo que chocase contra las esquinas de los muebles. Por último, bajó descalza a

la cocina, abrió el armario y echó mano del cuchillo de gran tamaño con que trinchaban la carne. Subió otra vez a su habitación, encendió cuatro velas, y tomó asiento en una silla de mimbre, delante del espejo.

Entonces, irritada y movida de rencor contra aquel embrión desconocido y aterrorizador, resuelta a arrancárselo del seno y a matarlo al fin, a retorcerle el cuello y arrojarlo lejos de sí, buscó el sitio exacto donde se movía aquella larva, y dándose un golpe con la afilada cuchilla, se rajó el vientre.

Debió de actuar con gran rapidez y habilidad, porque consiguió agarrar a aquel enemigo al que hasta entonces no había podido llegar. Tiró de una pierna, lo arrancó del seno, e intentó tirarlo a las cenizas del hogar. Pero no había cortado las ligaduras que lo ataban a ella, quizá antes de darse cuenta de lo que tenía que hacer para arrancarlo de sí, cayó sin sentido, encinta de su hijo, ahogado en una oleada de sangre.

¿Cree usted, señora baronesa, que fue de veras culpable?

El médico se calló y esperó. La baronesa no contestó.

*Gil Blas*, 18 de septiembre de 1883

# *Un hijo*

---

*Un fils*

La alegre primavera derramaba vida en el jardín lleno de flores por el que se paseaban los dos antiguos amigos, senador el uno, miembro de la Academia Francesa el otro.

Ambos eran personas serias, muy lógicos en el discurrir, pero solemnes, como gente de nota y de fama.

Empezaron charlando de política, y dijo cada cual lo que pensaba; no era aquélla una cuestión de ideas, sino de hombres, porque en política tiene más importancia la personalidad que la razón. Removieron luego ciertos recuerdos personales, y después se callaron, siguiendo emparejados su paseo. La tibieza del aire empezaba a enervarlos.

Un gran encañado de alhelíes exhalaba sus aromas dulzones y suaves; flores de toda especie y matiz perfumaban la brisa, y un cítiso cargado de amarillos racimos de flores desparramaba a todos los vientos su tenue polvillo, vapor de oro que trascendía a miel y que llevaba por el espacio sus gérmenes embalsamados, como los polvos que preparan los perfumistas llevan la caricia de sus aromas.

El senador se detuvo para aspirar la nube fecundante y se quedó contemplando aquel árbol, que parecía un sol en todo su esplendor amoroso, desde el que alzaban el vuelo los gérmenes. Y dijo:

—¡Y pensar que estos átomos imperceptibles, de olor tan agradable, harán estremecerse a cien leguas de aquí la fibra y la savia de árboles hembras y producirán plantas con raíces, que se desarrollarán de un germen igual que nosotros; que tendrán una existencia limitada, como nosotros, y que dejarán un día su puesto a otros de su misma esencia, del mismo modo que lo hacemos nosotros

Y agregó el señor senador, sin moverse de junto al cítiso radiante, cuyos vivificadores perfumes se desprendían a cada estremecimiento del aire que lo rodeaba:

—¡Ay guapo mozo, apurado te ibas a ver para calcular tus hijos! Aquí tenemos un fulano que los engendra sin gran trabajo, que los suelta sin remordimientos y que ya no se preocupa de ellos.

Entonces habló el académico:

—Poco más o menos lo mismo que nosotros.

El senador reanudó su charla:

—Sí, no niego yo que no los abandonemos algunas veces; pero lo hacemos a sabiendas, y ahí está nuestra superioridad.

Su acompañante movió la cabeza:

—No es eso lo que yo quiero decir; mi pensamiento es éste: que no hay hombre que no sea padre de hijos que él no conoce: los clasificados como de "padres desconocidos" y que él ha engendrado lo mismo que engendra este árbol, casi inconscientemente. Si hiciésemos un recuento de las mujeres con quienes hemos tenido comercio amoroso, nos veríamos tan apurados como este cítiso que usted ha interpelado, si pretendiese enumerar su descendencia. Si recapitulamos, tomando bien en consideración los contactos pasajeros, los de una hora, creo que no andaríamos descaminados al calcular en doscientas o trescientas las mujeres con las que hemos tenido relaciones íntimas entre los dieciocho y los cuarenta años. ¿Está usted seguro, amigo mío, de que entre tantas no ha habido por lo menos una a la que usted haya fecundado? Y en ese caso tiene usted en el arroyo o en presidio un pillastre de hijo que se dedica a robar o asesinar



a las gentes honradas; es decir, a nosotros; y si no, una hija en algún lugar de mala nota, o, suponiendo que haya tenido la fortuna de que su madre la haya echado a la inclusa, estará hoy de cocinera en cualquier casa.

"Piense, además, que casi todas las mujeres que llamamos "públicas" son madres de uno o dos hijos de padre desconocido, engendrados al azar de sus contactos amorosos de diez o veinte francos. Este oficio, como todos, tiene sus ganancias y sus quiebras. Un retoño de esta clase es una de las quiebras de la profesión. ¿Quién los engendró? Usted.... yo..., nosotros todos; los hombres que nos llamamos honrados. Son el fruto de una alegre cena en pandilla de amigos, de una noche de juerga, de una de esas horas en que nuestra carne retozona nos pide aparearnos con una hembra cualquiera. Hijos nuestros son los ladrones, los merodeadores, la chusma. Siempre salimos ganando, pues podría darse el caso inverso, porque también estos tunantes son capaces de engendrar.

"Quiero referirle una historia muy desagradable de la fui actor y de la que me remuerde la conciencia. Es un peso constante; más aún, una zozobra permanente, incertidumbre que nada consigue aplacar y que a veces me atormenta de un modo horrible.

"A la edad de veinticinco años emprendí un viaje a pie por la Bretaña, acompañado por un amigo mío que hoy es consejero de Estado. Al cabo de quince o veinte días de marchas desatinadas, después de visitar las costas del Norte y una parte del Finisterre, llegamos a Douarnez; desde allí, y en una sola etapa, nos trasladamos a la salvaje punta del Raz, en la bahía de los Trepasés, quedándonos a pasar la noche en un pueblo del que sólo recuerdo que su nombre acababa en "of". Al día siguiente mi compañero tuvo que guardar cama, víctima de un extraño abatimiento. He dicho cama por rutina, pues teníamos por lecho dos simples haces de paja.

"Quedarse enfermo allí era una locura. Lo obligué a levantarse y llegamos a Audierne a eso de las cuatro o cinco de la tarde. Al día siguiente se sintió algo mejorado; nos pusimos de nuevo en camino, pero durante la marcha lo atacó un malestar intolerable y apenas si conseguimos llegar, con gran trabajo, a Pont-L'Abbé. Allí, al menos, podíamos alojarnos en un mesón. Mi amigo se acostó; vino a verle un médico de Quimper y comprobó que estaba muy febril, pero sin concretar de qué provenía la fiebre.

"¿Ha estado usted alguna vez en Pont-L'Abbé?...¿No?... Es la población más bretona de la Bretaña por excelencia, que va desde la punta del Raz hasta Morbihan, región que encierra la esencia de las costumbres de las leyendas, de las usanzas bretonas. Es un rincón de tierra que sigue hoy lo mismo que ayer. Puedo decir que no ha cambiado, porque allí voy todos los años, por desgracia mía. Tiene un viejo castillo que hunde el pie de sus torres en un gran estanque triste, muy triste, y por cuyo cielo cruzan las aves de rapiña. Arranca de allí un río, que los barcos de cabotaje remontan hasta la misma ciudad. Por las estrechas calles de casas antiguas pasan hombres con sombrero de copa, chaleco bordado y chupa de cuatro faldillas: la primera, no mayor que la palma de la mano, y que cubre apenas los omoplatos, y la última, que termina exactamente donde empieza el fondillo del pantalón. Las jóvenes, altas, hermosas, frescachonas, llevan el pecho aplastado dentro de un justillo de paño que las rodean como una coraza, las oprime y no deja siquiera adivinar sus senos turgentes y martirizados; su tocado es más extraño: llevan en las sienes dos placas bordadas en color, que les encuadran el rostro y sujetan los cabellos, del que caen en tabla por detrás de la cabeza y se doblan luego hacia arriba, juntándose en lo alto, sujetos por un gorrito de forma curiosa, que suele estar bordado con hilos de oro o de plata.

"La criada de nuestro mesón tendría a lo sumo dieciocho años, y era de ojos muy azules, de un azul pálido, perforado por los dos puntitos negros de sus pupilas; los

dientes, pequeños, apretados, puestos casi siempre al descubierto por su sonrisa, parecían capaces de triturar granito. No sabía una sola palabra de francés, porque hablaba el bretón, como les ocurre a casi todos sus convecinos.

"Mi amigo no mejoraba, y aunque no se le declaraba abiertamente ninguna enfermedad, el médico insistía en prohibirle que se pusiese en camino, obligándolo a guardar reposo. Me pasaba, pues, los días junto a su cama, y la criadita entraba y salía constantemente, ya para servirle de comer o para llevarle alguna infusión. Yo le hacía siempre travesuras, cosa que la divertía, pero no nos hablábamos, cómo es de suponer, porque no podíamos entendernos.

"Cierta noche que yo había velado hasta muy tarde junto a la cama del enfermo, me crucé, al volver a mi habitación, con la mocita, que se recogía en la suya. La puerta de la mía estaba abierta; bruscamente, y sin reflexionar en lo que hacía, más bien por jugar que por otra cosa, la cogí por el talle y, sin darle tiempo a reaccionar, la metí en mi cuarto y cerré la puerta. Ella me miró azorada, enloquecida, espantada, no atreviéndose, sin duda, a gritar por miedo al escándalo, a que la despidiesen los amos, para empezar, y a que luego le cerrase tal vez su padre las puertas de su casa.

"Había empezado por ser una broma; pero así que la tuve en mi habitación, me acometió el deseo de hacerla mía. Se trabó entre los dos una lucha larga y silenciosa, un cuerpo a cuerpo parecido al de los atletas, con tensiones de brazos, crispaduras y retorcimientos de cuerpo, respiración jadeante y sudores. Se defendía valerosamente; a veces golpeábamos un mueble, un tabique, una silla, y entonces, sin soltarnos, permanecíamos inmóviles algunos segundos, por temor a que con el ruido se hubiese despertado alguien; después reanudábamos la encarnizada lucha: yo, atacando, y ella, resistiendo. Agotada, al fin, cayó al suelo y la hice mía allí mismo, brutalmente.

"Así que pudo levantarse, corrió hacia la puerta, tiró del pestillo y huyó.

"Apenas si tropecé con ella los días siguientes; no consentía que me acercase. Sanó mi camarada y nos preparamos a reanudar la marcha; la víspera de nuestra partida, a media noche, la vi entrar en mi cuarto, descalza, en camisa. Se arrojó en mis brazos, me abrazó con frenesí y se quedó conmigo hasta el amanecer, besándome, acariciándome, llorando, sollozando, demostrándome su ternura y su desesperación como puede hacerlo una mujer que no sabe una palabra de nuestro idioma.

"Antes de ocho días había ya olvidado aquella aventura tan vulgar y frecuente para el que viaja, por ser regla en los mesones que las criadas distraigan de ese modo a los viajeros. No volví a acordarme de ella en treinta años, y tampoco volví en ese tiempo a Pont-L'Abbé. Pero el año 1876 me llevó allí la casualidad, durante una excursión que hice a Bretaña con objeto de documentarme para un libro y posesionarme bien del paisaje. Lo encontré todo igual. Seguía el castillo bañando sus muros grisáceos en el estanque, a la entrada de la pequeña ciudad, y el mesón estaba en el mismo sitio, aunque arreglado, renovado, con aspecto más moderno. Me recibieron, al llegar, dos jóvenes bretonas de unos dieciocho años, lozanas y amables, acorazadas en su estrecho justillo de paño, con su casquete plateado en la cabeza y sus grandes placas bordadas sobre las orejas.

"Serían las seis de la tarde. Me senté a la mesa para cenar; el dueño atendía en persona a mi servicio, y la fatalidad me impulsó a preguntarle:

"—¿Ha conocido usted a los anteriores dueños de esta casa? Hace ya treinta años que me alojé aquí durante diez días. No le hablo de ayer.

"Me contestó:

"—Eran mis padres, caballero.

"Le expliqué entonces cómo había estado ahí debido a la enfermedad de mi compañero. No me dejó terminar:

"—Lo recuerdo perfectamente. Tendría yo entonces quince o dieciséis años. Dormía usted en la habitación del fondo y su amigo en una que da a la calle, y que ahora ocupo yo.

"Sólo entonces se me representó en la memoria con gran viveza la imagen de la criadita, y le pregunté:

"—¿Se acuerda usted de una joven criadita que en aquel entonces tenía su padre? Si no me engaña el recuerdo, tenía unos ojos muy lindos y una hermosa dentadura.

"—¡Ya lo creo que me acuerdo! Murió de parto al poco tiempo.

"Extendió la mano hacia el establo, llamando mi atención sobre un hombre flaco y cojo que removía el estiércol, y agregó:

"—Ése es su hijo.

"Me eché a reír:

"—No tiene nada de guapo y en nada se parece a su madre. Habrá salido, sin duda, al padre.

"El mesonero dijo:

"—Es posible, pero no se llegó a saber quién era. Murió ella sin decirlo, y nadie sabía que tuviese novio. La noticia de que estaba encinta cayó como una bomba. Nadie quería creerlo.

"Sentí una sacudida desagradable, una de esas punzada dolorosas que nos encogen el corazón cuando nos amenaza un pesar muy hondo. Volví la vista hacia el hombre del establo. Había sacado agua del pozo y avanzaba cojeando, cargado con dos cubos, haciendo un penoso esfuerzo con la pierna más corta. Iba desharrapado, horriblemente sucio, y sus cabellos enmarañados le caían en las mejillas como cuerdas retorcidas.

"El mesonero siguió diciendo:

"—Sirve para poco y lo guardamos por caridad en la casa. Si hubiera recibido la educación que los demás, tal vez no hubiera llegado a lo que ha llegado; pero ¿cómo va a ser? Sin padre, sin madre, sin dinero. Mis padres tuvieron compasión del niño, pero en fin de cuentas no era nada suyo, como comprenderá.

"Me callé.

"Me dieron la misma habitación; no pegué el ojo en toda la noche, pensando en aquel mozo de establo y planteándome la misma pregunta: "¿Y si fuese hijo tuyo, después de todo? ¿Habré sido, pues, capaz de matar a la joven aquella, y de engendrar un ser como ése?" ¡Claro que era posible!

"Tomé la resolución de hablar con aquel hombre y de averiguar exactamente la fecha de su nacimiento. Bastaría una diferencia de dos meses en el cómputo para que desapareciesen mis temores.

"Lo mandé llamar al día siguiente, pero tampoco hablaba palabra de francés. Parecía, además, no darse por enterado de nada, e ignoraba hasta su edad, que yo le pregunté valiéndome de una de las criadas.

"Permanecía delante de mí con aire estúpido, dando vueltas al sombrero entre sus manazas huesudas y repugnantes, pero con algo que recordaba a su madre en la comisura de los labios y en el rabillo del ojo.

"Vino el patrón y trajo el certificado de nacimiento de aquel desgraciado. Había nacido a los ocho meses y veintiocho días de mi paso por Pont-L'Abbé. Recordaba yo perfectamente que había llegado a Lorient el 15 de agosto. El certificado hacía constar: "Padre desconocido." La madre se había llamado en vida Juana Kerradec.

"Mi corazón se puso a latir apresuradamente. Tan grande era mi emoción que ni hablar podía; miraba a aquel bruto, cuyas largas guedejas amarillas parecían un estercolero más sórdido que el de la cuadra; el pobre diablo, desconcertado por mi mirada, volvía la cabeza a otro lado y hacía intención de retirarse.

"Me pasé el día paseando a lo largo del riachuelo, sumido en dolorosas reflexiones. Pero ¿a qué conducía el reflexionar? No había medio de llegar a una conclusión definitiva. Horas y horas estuve pesando las razones en pro o en contra de mi presunta paternidad, desazonándome con toda clase de intrincadas suposiciones, para quedar siempre en la más horrible incertidumbre o caer en el convencimiento, más atroz todavía, de que aquel hombre era mi hijo.

"Me retiré sin cenar a mi habitación. Estuve mucho rato sin conseguir conciliar el sueño; pero al fin me dormí, entre sobresaltos y pesadillas insoportables. Soñaba con aquel bribón, que se reía en mis narices llamándome "papá"; de pronto se transformaba en un perro y me daba mordiscos en las pantorrillas; por mucho que yo corría, él me daba caza; pero en lugar de ladrar, hablaba, insultándome; más tarde comparecía él ante mis colegas de la Academia, con el objeto de que dictaminasen si yo era, en efecto, su padre; uno de los académicos exclamaba: "¡No cabe duda alguna! Miren cómo se le parece." En efecto, yo mismo reconocía el parecido. Me despertaba con aquella idea clavada en el cerebro y con unos deseos locos de ver de nuevo a aquel hombre, para comprobar si en efecto teníamos rasgos comunes.

"Era domingo; me acerqué a él cuando iba a misa y le di cinco francos, al mismo tiempo que examinaba con ansiedad los rasgos de su cara. Soltó otra vez su risa estúpida, cogió el dinero y, desasosegado por la insistencia con que le miraba, se escapó, después de tartajear una frase confusa, que sin duda quería decir "gracias".

"El día transcurrió para mí tan angustioso como el anterior. Cerca ya de la noche llamé al hotelero y le dije, a la vuelta de mil precauciones, habilidades y disimulos, que aquel pobre diablo abandonado de todos y privado de todo había despertado mi interés y que deseaba hacer algo en favor suyo.

"Aquel hombre me contestó:

"—¡No se le ocurra a usted semejante cosa! Es hombre perdido, y no sacará usted más que disgustos. Yo me sirvo de él para limpiar las cuadras, y no sirve para otra cosa. A cambio, lo mantengo y duerme en la cuadra misma. No necesita más. Si dispone usted de algún pantalón viejo, déselo, aunque a los ocho días lo tendrá hecho harapos.

"No insistí, diciéndole que ya le diría lo que decidía.

"Aquel granuja volvió por la noche con una borrachera espantosa; estuvo a pique de pegar fuego a la casa, golpeó bárbaramente a uno de los caballos con un azadón, y, en resumidas cuentas, mi generosidad tuvo como consecuencia que durmiese aquella noche al raso, bajo la lluvia y el barro.

"Al día siguiente me suplicaron que no volviese a darle dinero. El aguardiente lo ponía loco furioso, y en cuanto tenía una moneda en el bolsillo la empleaba en alcohol. El mesonero agregó:

"—Darle dinero es como querer matarlo.

"No lo había tenido nunca, jamás, salvo algunos céntimos que le tiraban los viajeros, y todos iban, sin remisión, a la taberna.

"Me quedé horas enteras en la habitación, frente a un libro abierto que simulaba leer, aunque, a decir verdad, tenía la mirada fija en aquel idiota, ¡hijo mío, hijo mío!, buscándole algún parecido con mi persona. A fuerza de buscar, creí distinguir en su frente y en el arranque de la nariz ciertas semejanzas, y acabé convencido de que existía el parecido, aunque lo disimulaba aquella horrible pelambreira de su cabeza y la diferencia en el vestir.

"Si hubiese permanecido más tiempo, habrían llegado a sospechar algo; me marché, pues, con el corazón destrozado, dejando al mesonero algún dinero para que lo emplease en beneficio de su mozo de cuadras.

"Seis años llevo ya con este pensamiento, con esta horrible incertidumbre, con esta odiosa duda encima. Una fuerza invencible me lleva todos los años a Pont.L'Abbé. Año tras año me impongo el castigo de ver cómo chapotea aquel bruto en su estercolero, imaginándome que se me parece y buscando en vano la manera de hacer algo por él. Y año tras año vuelvo aquí más lleno de indecisiones, de sufrimientos, de ansiedades.

"He intentado educarlo; es irremediablemente idiota. He intentado hacerle la vida más llevadera; es un borracho incorregible y gasta en alcohol todo el dinero que le dan, y cuando se le procura ropa nueva, él se las arregla muy bien para venderla y hacerse con dinero para beber.

"He intentado tocar la fibra sensible de su amo, a fin de que lo trate con mayores consideraciones, con cargo a mi bolsillo, desde luego. El mesonero acabó mostrándose asombrado y me contestó, con muy buen sentido:

"—Caballero, cuanto haga por él servirá para su perdición. Es preciso que esté como preso. En cuanto puede holgar y darse buena vida, se convierte en un bicho maligno. Si usted desea hacer buenas obras, hay por ahí muchos niños abandonados; fijese en uno que merezca la pena.

"¿Qué podía contestarle?"

"Si yo dejase traslucir la más vaga sospecha de estas dudas que me atormentan, estoy muy seguro de que aquel cretino se las ingeniaría para explotarme, para comprometerme, para perderme. Pronto me llamaría "papá", igual que en mis sueños.

"Cuando pienso que he matado a la madre y que he fraguado la perdición de este ser atrofiado, larva de cuadra que ha prendido y crecido en el estiércol; de este hombre que en nada se hubiera diferenciado de los demás, si como los demás hubiese sido educado!...

"No podría usted imaginarse la sensación rara, confusa e intolerable que experimento cuando lo tengo delante y pienso que aquello ha salido de mí, que está unido a mí por el íntimo lazo que une al padre con el hijo, y que, gracias a las terribles leyes de la herencia, es otro yo mismo en mil detalles, en su sangre y en su carne, y se dan en él los mismos gérmenes de enfermedades, idénticos fermentos de pasiones.

"No se apaga jamás en mí la necesidad dolorosa que siento de verlo; y viéndolo, sufro; horas y horas me paso a la ventana viendo cómo recoge y acarrea los excrementos de los animales, y no dejo de pensar: "¡Es mi hijo!"

"En ocasiones hasta me entran unos anhelos insufribles de abrazarlo; pero ni siquiera he llegado a tocar su puerca mano".

El académico se calló. Su acompañante, el político, dijo muy quedo:

—No cabe duda de que deberíamos prestar más atención a los hijos que no tienen padre.

Una ráfaga de aire atravesó el árbol amarillo, sacudiendo sus racimos de flores, y envolvió a los dos ancianos en una nube odorífera que ellos aspiraron a pleno pulmón.

El senador agregó:

—Sería una felicidad tener veinticinco años, y hasta dejar por ahí otro hijo como ése.

*Gil Blas*, 19 de abril de 1882

# *Historia corsa*

---

## *Histoire corse*

Dos gendarmes habían sido asesinados aquellos últimos días mientras conducían un prisionero corso de Corte a Ajaccio. Ahora bien, cada año, en esta clásica tierra de bandolerismo, tenemos gendarmes destripados por los salvajes lugareños de esta isla, refugiados en las montañas después de alguna vendetta. El legendario matorral esconde en estos momentos, según la apreciación de los propios señores magistrados, de ciento cincuenta a doscientos vagabundos de este tipo que viven en las cumbres, entre las rocas y la maleza, alimentados por la población, gracias al terror que infunden.

No hablaré de los hermanos Bellacoscia cuya situación de bandoleros es casi oficial y que ocupan el Monte de Oro, a las puertas de Ajaccio, bajo la mirada de la autoridad Córcega es un departamento francés, esto ocurre pues en plena patria; y nadie se inquieta por esta provocación lanzada a la justicia. ¡Sin embargo cómo hemos tenido continuamente en mente las incursiones de algunos bandoleros kroumirs, tribu errante y bárbara, en la frontera casi indeterminada de nuestras posesiones africanas!

Y hete aquí, que a propósito de este crimen, me viene el recuerdo de un viaje a esta magnífica isla y de una sencilla, muy sencilla, pero muy típica aventura, donde capté el espíritu propio de esta raza consagrada intensamente a la venganza.

Yo tenía que ir de Ajaccio a Bastia, primero por la costa y después por el interior, atravesando el salvaje y árido valle del Niolo, que allí denominan la ciudadela de la libertad, porque, en cada invasión de la isla por los Genoveses, los Moros o los Franceses, fue en este lugar inabordable donde los partisanos corsos se refugiaron siempre sin que jamás se les pudiera dar caza o dominar.

Yo tenía cartas de recomendación para el camino, ya que los propios albergues son todavía desconocidos en esta tierra, y hace falta demandar hospitalidad como en los viejos tiempos.

Después de haber subido en un primer momento el golfo de Ajaccio, un golfo inmenso, tan rodeado de altas cimas que parece un lago, el camino pronto se hundía en un valle, dirigiéndose hacia las montañas. A menudo atravesábamos torrentes casi secos. Una especie de arroyo circulaba todavía entre las piedras : se le escuchaba correr sin verlo. El país, inculto, parecía desnudo. Las ondonadas de los montes próximos estaban cubiertas de altas hierbas amarillentas en esta ardiente estación. A veces me encontraba con un habitante, a pie, o montado sobre un flaco caballo; y todos llevaban el fusil sobre su espalda, siempre listos para matar a la menor apariencia de insulto.

El penetrante perfume de las plantas aromáticas de las que la isla está cubierta, colmaba el aire, parecía hacerlo pesado, volverlo palpable; y el camino iba, elevándose lentamente, por el medio de los grandes repliegues de monte escarpado.

Algunas veces, sobre las pendientes muy empinadas, percibía algo gris, como un montón de piedras desplomadas de la cima. Era un pueblo, un pueblecito de granito, suspendido allá, enganchado, como un auténtico nido de pájaro, casi invisible sobre la inmensa montaña.

A lo lejos, bosques de castaños enormes semejaban matorrales, hasta tal punto las ondulaciones de la tierra levantada son gigantes en este país; y el monte bajo, formado por encinas, enebros, madroños, lentiscos, aladiernas, brezo, durillos, mirtos y boj que se entrecruzan entre ellos, enredándolos como cabellos, las clemátides entrelazantes, los

helechos monstruosos, las madreSelvas, los romeros, las lavandas, cubrían la superficie de las tierras, a las que me aproximaba, de un enmarañado pelaje.

Y siempre, por encima de este verdor rampante, los granitos de las altas cimas, grises, rosas o azulados, parecen elevarse hasta el cielo.

Yo había traído algunas provisiones para comer, y me senté al lado de uno de estos manantiales desecados, frecuentes en los países montañosos, hilo delgado y resuelto de agua clara y helada que sale de la roca y fluye hasta el extremo de una hoja puesta allí por un transeúnte para llevar la fluyente bebida hasta su boca.

Al gran trote de mi caballo, un animalito siempre tembloroso, de mirada irascible, crines erizadas, rodeé el extenso valle de Sagone y atravesé Cargèse, el pueblo griego fundado allí por una colonia de fugitivos expulsados de su patria. Jóvenes muy hermosas, con dorsos elegantes, manos largas, rostro delicado, singularmente graciosas, formaban un grupo cerca de una fuente. Al cumplido que les vociferé sin detenerme, respondieron con una voz cantarina en la lengua armoniosa del abandonado país.

Después de haber atravesado Piana, penetré de súbito en un fantástico bosque de granito rosa, un bosque de picos, de columnas, de figuras sorprendentes, erosionadas por el tiempo, por la lluvia, por los vientos, por la espuma salada del mar.

Estos extraños peñascos, a veces de cien metros de alto, como obeliscos, cubiertos como champiñones o recortados como plantas, o sinuosos como troncos de árboles, con aspecto de seres, de hombres prodigiosos, de animales, de monumentos, de fuentes, de maneras humanas petrificadas, de pueblo sobrenatural aprisionado en la piedra por el deseo secular de algún genio, formaban un inmenso laberinto de formas inverosímiles, rojizas o grises con unos tonos azules. Se distinguían unos leones echados, monjes de pié en sus atuendos caídos, obispos, diablos espeluznantes, pájaros desmesurados, bestias apocalípticas, toda género de fieras fantásticas del sueño humano que nos atormenta en nuestras pesadillas.

Tal vez no exista en el mundo nada más inverosímil que estas "Calanches" de Piana, nada más curiosamente labrado por el azar.

Y de repente, saliendo de allá, descubrí el golfo de Porto, completamente rodeado de una muralla sangrante de granito rosa reflejado en el mar azul.

Después de haber escalado penosamente el siniestro valle de Ota, llegué, cayendo la noche, a Evisa, y llamé a la puerta del señor Paoli Calabretti, porque tenía una carta de un amigo.

Era un hombre de gran estatura, un poco encorvado, con el aspecto taciturno de un tuberculoso. Me condujo a mi habitación, una triste habitación de piedra sin adornos, pero hermosa para este país al que toda elegancia le resulta extraña, y me expresaba en su lenguaje, galimatías corso, dialectal gargajeante, puré de francés e italiano, me expresaba su placer por recibirme, cuando una voz clara lo interrumpió y una mujercita morena, con grandes ojos negros, una piel cálida de sol, una cintura estrecha, dientes siempre fuera en un reír continuo, se lanzó, me agarró la mano:

—¡Buenas señor!, ¿todo bien?

Sacó mi sombrero, mi bolso de viaje, arregló todo con un solo brazo, ya que tenía el otro en cabestrillo y después nos hizo salir rápidamente diciendo a su marido:

—Lleva a dar un paseo al señor hasta la cena.

El señor Calabretti se puso a caminar a mi lado, arrastrando sus pasos y sus palabras, tosiendo frecuentemente y repitiendo con cada acceso de tos:

—Es el aire del valle, que es fresco, que me ha atacado al pecho.

Me guió por un sendero perdido bajo los castaños inmensos. De repente, se paró y, con su acento monótono, dijo:

—Es aquí donde mi primo Jean Rinaldi fue asesinado por Mathieu Lori. Mire, yo estaba allí, muy cerca de Jean, cuando Mathieu apareció a diez pasos de nosotros: "Jean, gritó él, no vayas a Albertacce, no vayas allí, Jean, o te mato, te lo prometo." Yo tomé por el brazo a Jean: "No vayas allí, Jean, él lo hará" ( Era por una chica que perseguían los dos, Paulina Sinacoupi). Pero Jean se puso a gritar: " Iré Mathieu, no serás tú quien me lo impida". Entonces Mathieu bajó su fusil antes de que yo hubiera podido apuntar con el mío, y disparó. Jean dio un gran salto con sus dos pies, como un niño que salta a la cuerda, sí, señor, y cayó de lleno sobre mi cuerpo, de manera que mi fusil se me fue de las manos y rodó hasta el grueso castaño, allá abajo. Jean tenía la boca muy abierta, pero no dijo ni una palabra. Estaba muerto.

Yo miré estupefacto, al tranquilo testigo de aquel crimen. Y pregunté:

—¿Y el asesino?

Paoli Calabretti tosió largo rato, y después continuó:

—Se fue a la montaña. Fue mi hermano quien lo mató, al año siguiente. ¿Sabe usted, mi hermano, Calabretti, el famoso bandolero?...

Balbuocé:

—¿Su hermano?...¿Un bandolero?...

El apacible corso mostró un rasgo de orgullo:

—Sí, Señor, era una celebridad; ha derribado a catorce gendarmes. Murió con Nicolas Morali, cuando fueron sitiados en Niolo, después de seis días de lucha e iban a perecer de hambre.

Añadió con aire resignado:

—Es el país el que quiere esto.—con el mismo tono que decía hablando de su tuberculosis: "es el aire del valle, que es fresco".

Al día siguiente, para retenerme, habían organizado una partida de caza, y al día siguiente otra. Recorrí los barrancos con los ágiles montañeros que me contaban sin parar aventuras de bandoleros, de gendarmes degollados, durante interminables vendettas hasta la exterminación de una raza. Y a menudo añadían, como mi anfitrión: "es el país quien quiere esto".

Me quedé cuatro días, y la joven corsa, un poco pequeña de más sin duda, pero encantadora, mitad campesina y mitad dama me trató como un hermano, como a un íntimo y viejo amigo.

En el momento de dejarla la atraje hasta mi habitación, y haciendo constar muy minuciosamente que en ningún caso quería hacerle regalo alguno, insistí, enfadándome incluso, para enviarle de Paris, a mi regreso, un recuerdo de mi travesía.

Ella resistió mucho tiempo, no queriendo aceptar. Al final, consintió.

—Y bien —dijo—, envíeme un pequeño revólver, uno muy pequeño.

Yo abrí los ojos desmesuradamente. Ella añadió bajito, confidencialmente, como se confía un grato e íntimo secreto:

—Es para matar a mi cuñado.

Esta vez quedé atónito. Entonces ella desenrolló rápidamente las vendas que ya no necesitaba y que envolvían el brazo, mostrándome la carne regordeta y blanca atravesada de parte a parte por un estiletazo casi cicatrizado:

—Si no hubiera sido tan fuerte como él,—dijo— me habría matado. Mi marido no es celoso, él me conoce, y además está enfermo, sabe usted, y eso le calma la sangre. Por otra parte, yo soy una mujer honesta, yo, señor, pero mi cuñado cree todo lo que le dicen. Es celoso por mi marido y ciertamente volverá a empezar. Entonces, si tuviera un pequeño revólver, estoy segura de que lo mataría.



Yo le prometí que le enviaría el arma y he cumplido mi promesa. He hecho gravar sobre la culata: "Para su venganza"

*Gil Blas*, 1 de diciembre de 1881

# *Historia de un perro*

---

*Histoire d'un chien*

La prensa respondió unánimemente a la llamada de la Sociedad Protectora de Animales para colaborar en la construcción de un establecimiento para animales. Sería una especie de hogar y un refugio, donde los perros perdidos, sin dueño, encontrarían alimento y abrigo en vez del nudo corredizo que la administración les tiene reservado.

Los periódicos recordaron la fidelidad de los animales, su inteligencia, su dedicación. Ensalzaron sucesos de asombrosa sagacidad.

Es mi deseo, aprovechando esta oportunidad, contar la historia de un perro perdido, de un perro vulgar, sin pedigrí. Es una historia sencilla pero auténtica.

En los suburbios de París, a las orillas del Sena, vivía una familia de ricos burgueses. Poseían una elegante mansión con un gran jardín, caballos, carruajes y muchos criados.

El cochero se llamaba François. Era un individuo de origen campesino, un poco corto de inteligencia; grueso, embotado..., pero de buen corazón.

Una noche, en la que regresaba a la casa de sus amos, un perro comenzó a seguirlo. En un principio ignoró al animal, pero la obstinación de éste y el hecho de seguirlo tan de cerca, hizo que el cochero se volviese... Miraba al can intentando reconocerlo, pero no... nunca lo había visto.

Se trataba de una perra de una terrible delgadez, con enormes ubres colgantes. Trotaba detrás del hombre en un estado lamentable; la cola apretada entre las piernas y las orejas pegadas contra la cabeza.

François se detuvo. Lo mismo hizo la perra. François reanudó la marcha y la perra siguió tras él.

Deseó desprenderse de aquel esqueleto de animal y gritó:  
—¡Vete... Aléjate de mí!

La perra se movió dos o tres pasos hacia atrás y se detuvo apoyándose sobre las patas traseras, pero tan pronto el cochero se volvió, ésta volvió a seguirlo.

Él hizo ademán de recoger unas piedras y el animal se alejó con velocidad, con una gran sacudida de sus ubres, pero volvió inmediatamente la persecución tan pronto el hombre se dio vuelta.

Entonces el cochero llamó a la perra. El animal se acercó tímidamente con la espina dorsal doblada como un círculo y todas las costillas marcándose en la piel. Acarició el relieve de los huesos y movido por compasión dijo: “Está bien... ven”

Como si lo hubiese entendido, el animal movió la cola alegremente y se dispuso a caminar, ahora confiado, delante de él.

Lo instaló en el pajar del establo; luego fue a la cocina para buscar un poco de pan.

Al día siguiente, los amos fueron informados por el cochero de que había dado cobijo al animal, sin que éstos pusieran reparos a que lo conservara.

Sin embargo, la presencia de la perra en la casa se convirtió pronto en un motivo de apuros y conflictos incesantes.

Estaba constantemente en celo y durante todo el año los aspirantes con cuatro patas asediaban la residencia. Estaban en el camino, delante de la puerta, se introducían por entre los setos del jardín, destrozaban las plantas, rasgaban las flores y sus continuas idas y venidas exasperaban al jardinero. Día y noche era un concierto de aullidos y de batallas sin fin.

Los amos incluso llegaron a encontrar en la escalera perros de todas razas, pequeños con la cola recortada, perros grises, merodeadores de las calles que viven de la basura, enormes perros de raza Terranova con los pelos rizados...

François la llamaba “Cocote” y bien que hacía honor a su nombre. Se reproducía con una facilidad pasmosa y tenía camadas de perros de todas las especies. Cada cuatro meses el cochero tenía que sacrificar la grey de cachorros ahogando a los pequeños seres arrojándolos a un pozo acuífero.

Cocote, con el tiempo, había llegado a ser enorme. Tras su antigua delgadez, ahora era obesa, con un vientre inflado debajo del cual sus largas ubres, sacudiéndose, siempre se arrastraban. Tan gorda estaba que se extenuaba tras caminar diez minutos.

El cochero solía decir: “Es un buen animal, pero a fe mía que deja el pozo fuera de servicio”.

El jardinero se quejaba a diario, la cocinera hacía otro tanto, pues encontró perros debajo de su horno, debajo de las sillas, en el arcón del carbón; robaban todo lo que se encontraban.

El amo le pidió a François que se liberara de Cocote.

El criado, desesperado, gimió, pero tuvo que obedecer. Ofreció la perra a todos sus conocidos pero nadie la deseaba. Intentó perderla. Un representante de ventas la llevó lejos en el cabestrante de su coche, pero una vez sola siempre encontraba el camino de regreso y, a pesar de su barriga que se caía, volvía siempre a acostarse en su reservado del establo.

Pero el amo no consintió más y, molesto, llamó a François, al que dijo gravemente y encolerizado:

—Si usted no se deshace de este animal antes de mañana, lo despido de inmediato... ¿está claro?

Quedó consternado porque adoraba a Cocote. Reflexionó y llegó a la conclusión de que era imposible conseguirle un nuevo hogar porque nadie quería estar cerca de esta perra seguida de un regimiento de canes. Así que era necesario tomar medidas: no podía colocarla, no podía perderla; el río era la única solución.

Entonces pensó en dar veinte peniques a alguien para que hiciese el trabajo. Pero a este pensamiento sobrevino un agudo dolor, ya que otra persona tal vez no tendría el cuidado de no hacer sufrir al animal, y por tanto decidió realizar la ejecución él mismo.

Esa noche no pudo dormir.

Al amanecer se levantó y, tomando una fuerte cuerda, fue a buscar a Cocote... La perra se levantó lentamente, sacudió su rabo y estiró sus miembros celebrando la llegada de su amo.

Él se sentó y, subiéndola a sus rodillas, la acarició un largo rato, luego le puso la correa y el bozal diciendo: “Vamos”. La perra agitó la cola creyendo que iba a dar un paseo.

Llegaron al río.

François eligió un lugar en donde parecía que había suficiente profundidad.

Entonces ató un extremo de la cuerda al cuello del animal y, recogiendo una gran piedra, la unió al otro extremo. Tras esto tomó la perra en sus brazos y la besó furiosamente, como si se tratara de una persona de la que uno se despide.

La sostuvo apretada contra su pecho, y la perra lo lamía con satisfacción.

Diez veces intentó arrojarla, pero le faltaron fuerzas. Pero en un intento, con decisión repentina, hizo acopio de toda su fuerza y la lanzó lo más lejos posible.

Flotó un segundo, luchando, intentando nadar como cuando era bañada... pero la piedra la empujó al fondo; tenía una mirada de angustia y su cabeza desapareció en primer lugar, mientras que sus patas, saliendo del agua, todavía se agitaban. Entonces

aparecieron algunas burbujas de aire en la superficie... François creyó ver a la perra un instante cuando el cauce torcía en una zona fangosa del río.

Casi se vuelve loco y durante un mes estuvo enfermo, torturado por la memoria de Cocote

La había ahogado hacia finales de abril.

Tras un largo tiempo, se recobró

Finalmente apenas pensaba en ello cuando, a mediados de junio, sus amos decidieron ir a Ruán a pasar el verano.

Una mañana, como hacía mucho calor, François decidió ir a bañarse a la orilla del río. Al entrar en el agua, un olor nauseabundo lo hizo mirar a su alrededor. Observó entre unas cañas el cuerpo de un perro en estado de putrefacción.

Se acercó sorprendido por el color del pelo. Una cuerda descompuesta todavía apretaba su cuello. Era su perra, Cocote, arrojada por la corriente a sesenta millas de París.

Él seguía de pie, con el agua hasta las rodillas, trastornado, como si se tratase de un milagro.

Se volvió medio loco de repente y comenzó a caminar al azar, con la cabeza perdida. Vagó todo el día y perdió el camino que jamás volvió a encontrar. Nunca volvió a atreverse a tocar un perro.

Esta historia no tiene más que un mérito: es verdadera, enteramente verdadera.

Sin la reunión extraña del perro muerto, al cabo de seis semanas y a sesenta millas de distancia nunca la hubiéramos conocido, indudablemente; ¡porque cuantos animales pobres, sin abrigo, vemos todos los días!

Si el proyecto de la Asociación Protectora de Animales tiene éxito, al menos disminuirémos la presencia de estos cadáveres con cuatro patas arrojadas a los cauces de los ríos.

*Le Gaulois*, 2 de junio de 1881

# *Historia de una moza campesina*

---

*Histoire d'une fille de ferme*

## I

Como el tiempo era espléndido, la gente de la granja había comido antes de lo acostumbrado y se había marchado al campo.

Rose, la criada, se quedó sola en medio de la vasta cocina en la que se iba extinguiendo el fuego del hogar bajo la marmita llena de agua caliente. De vez en cuando, sacaba un poco de aquella agua e iba lavando lentamente la vajilla, interrumpiéndose para mirar los dos cuadros luminosos que el sol, a través de la ventana, proyectaba sobre la larga mesa, y en los que aparecían las imperfecciones de los cristales.

Tres gallinas audaces buscaban migas debajo de las sillas. Por la puerta entreabierta entraban los olores del gallinero y el tufo cálido y fermentado del establo; y en el silencio de aquel mediodía ardiente se oía cantar a los gallos.

Después de haber fregado la vajilla y limpiado la mesa y la chimenea, y después de haber colocado los platos sobre el alto aparador del fondo, cerca del reloj de madera de sonoro tic-tac, la muchacha respiró, un poco aturdida, oprimida sin saber por qué. Miró las ennegrecidas paredes de arcilla, las tiznadas vigas del techo, de las que colgaban telas de araña, arenques ahumados y ristras de cebollas; luego se sentó, importunada por antiguos efluvios que el calor de aquel día hacía salir de la tierra aplastada del suelo, en la que se habían secado tantas cosas que, durante mucho tiempo, se habían ido derramando allí. A estos efluvios se unía el agrio perfume de la leche que, puesta al fresco, se cubría de nata en la habitación de al lado. La muchacha intentó, a pesar de todo, ponerse a coser, como de costumbre, pero le faltaron las fuerzas y salió al umbral para respirar un poco.

Entonces, bajo la caricia de la luz ardiente, sintió una suavidad que le traspasaba el corazón, un bienestar que invadía todos sus miembros.

Ante la puerta, el estiércol desprendía sin cesar un hilo de vapor reluciente. Las gallinas se revolcaban sobre él, tendidas lado, y escarbaban un poco con una sola pata para encontrar lombrices. En medio de ellas se erguía el gallo, soberbio. A cada momento escogía una y se ponía a dar vueltas alrededor de ella llamándola con un pequeño cacareo. La gallina se levantaba perezosamente y lo recibía con aire tranquilo, doblando las patas y soportándolo sobre sus alas; luego, sacudía las plumas, de las que salía el polvo, y se tendía otra vez sobre el estiércol, mientras el gallo cantaba, contando sus triunfos; y en todos los corrales, respondían todos los gallos, como si de una granja a otra se enviaran desafíos amorosos.

La criada los miraba sin pensar en nada; luego, alzó la vista y se quedó deslumbrada por el estallido de los manzanos flor, blanquísimos, como cabezas empolvadas.

De pronto, un potrillo, loco de alegría, pasó galopando ante ella. Dio dos vueltas alrededor de las zanjas llenas de árboles y luego se paró bruscamente y volvió la cabeza, como si se extrañara de estar solo.

También ella sentía ganas de correr, una necesidad de moverse y, al mismo tiempo, un deseo de tenderse, de estirarse, descansar en aquel aire cálido e inmóvil. Dio algunos pasos, idecisa, con los ojos cerrados, invadida por un bienestar animal; luego, muy despacio, fue a buscar los huevos al gallinero. Había trece; los cogió y se los llevó.

Después de haberlos guardado en el aparador, volvieron a molestarle los olores de la cocina y salió para sentarse un rato en la hierba.

El patio de la granja, rodeado de árboles, parecía dormir. La alta hierba, en la que los amarillos dientes de león estallaban como fogonazos, era de un verde fuerte, de un verde completamente nuevo, como en primavera. Las sombras de los manzanos se acortaban, dibujando un círculo al pie de cada árbol. Y tejados de paja de los cobertizos, encima de los cuales brotaban los lirios con hojas como sables, despedían un hilo de vapor, como si la humedad de las caballerizas y de los graneros se escapara a través de la paja.

La criada se adentró en el cobertizo en donde se guardaban los carros y los coches. Allá, al fondo de la zanja, habían un amplio rincón verde, lleno de violetas que exhalaban un intenso perfume, y, por encima del talud, se veía el campo, una vasta llanura en la que crecían las mieses, con bosquecillos diseminados. Aquí y allá, se distinguían grupos de trabajadores lejanos, diminutos como muñecos, y caballos blancos que parecían de juguete, arrastrando un arado de niño empujado por un hombrecillo no más alto que un dedo.

Fue a buscar un haz de paja a un granero y lo echó en aquel rincón para sentarse encima; luego, como no estaba a gusto, desató el haz, desparramó la paja y se tendió boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza y las piernas estiradas.

Poco a poco, se le iban cerrando los ojos, amodorrada en una deliciosa lasitud. Iba, incluso, a quedarse completamente dormida cuando sintió dos manos que le cogían los pechos, y se incorporó de un brinco. Era Jacques, el mozo de granja, un picardo alto y bien plantado, que la cortejaba desde hacía algún tiempo. Aquel día estaba en el aprisco y, al ver que ella se tendía a la sombra, había venido sigilosamente, reteniendo el aliento, con los ojos brillantes y el pelo lleno de briznas de paja.

Trató de besarla, pero ella, que era tan fuerte como él, le dio una bofetada; entonces, astutamente, él pidió perdón. Se sentaron uno junto al otro y charlaron amigablemente. Hablaron del tiempo, que era favorable para las cosechas, del año, que se anunciaba bien, de su amo, un buen hombre, y luego de los vecinos, de toda la comarca, de ellos mismos, de su aldea, de su juventud, de sus recuerdos, de los padres, de los que se habían separado para una larga ausencia, quizá para siempre. Ella se enterneció pensando en aquello y él, con su idea fija, se acercaba, se pegaba contra ella, trémulo, completamente poseído por el deseo. Ella decía:

—Hace mucho que no he visto a mi madre; parece que no, pero cuesta estar así, separadas.

Y su mirada errante contemplaba la lejanía, atravesando el espacio hasta la aldea abandonada allá, allá, hacia el norte.

De pronto, él la cogió por el cuello y la besó otra vez; pero ella, con el puño cerrado, le golpeó en plena cara, con tanta violencia que le hizo sangrar por la nariz. El tuvo que levantarse para ir a apoyar la cabeza contra un tronco de árbol. Entonces, ella se ablandó y, acercándose, le preguntó:

—¿Te duele?

Pero él se echó a reír. No, no era nada; sólo que le había dado justo en medio de la cara. Murmuraba: "¡Demontre", y la miraba con admiración, lleno de un respeto y de una afición muy distinta, de un comienzo de amor verdadero por aquella mocetona tan fuerte.

Cuando dejó de sangrar, le propuso que dieran una vuelta, temiendo, si se quedaban así, uno junto al otro, los rudos puños de su vecina. Pero ella, sin que se lo pidiera, le cogió del brazo, como hacen los novios por la tarde, en la avenida, y le dijo:

—Jacques, no está bien eso de despreciarme así.

El protestó. No, no la despreciaba; es que estaba enamorado, eso era todo.

—¿Entonces, me quieres para casarte conmigo? —. —dijo ella.

El vaciló; luego se puso a observarla de reojo, mientras ella tenía la mirada perdida en la lejanía. Tenía las mejillas rojas y carnosas, un voluminoso pecho saliente bajo la chambre de indiana, unos labios gruesos y frescos, y su cuello, casi desnudo, estaba cubierto de pequeñas gotas de sudor. El se sintió otra vez lleno de deseo y, con la boca pegada a su oído, murmuró:

—Sí, sí te quiero.

Entonces ella le echó los brazos al cuello y lo besó durante tanto tiempo que los dos se quedaron sin aliento.

Desde aquel momento, empezó entre ellos la eterna historia del amor. Se hacían diabluras en los rincones; se daban citas a la luz de la luna, al abrigo de un almiar, y se hacían cardenales en las piernas, por debajo de la mesa, con sus gruesos zapatos herrados.

Luego, poco a poco, Jacques pareció aburrirse de ella, la evitaba, apenas le hablaba ya, ya no trataba de encontrarla. Entonces ella se llenó de dudas y la invadió una gran tristeza y, al cabo de algún tiempo, se dio cuenta de que estaba encinta.

Al principio, se quedó consternada; luego le entró una rabia; cada día más grande, porque no lograba encontrarle, tanto era el empeño que ponía él en evitarla.

Al fin, una noche, mientras todo el mundo dormía en la granja, salió sin ruido, en enaguas, descalza, atravesó el patio y empujó la puerta de la cuadra donde Jacques estaba acostado en un gran cajón lleno de paja, encima de donde se hallaban los caballos. Cuando la oyó venir, hizo como que roncaba; pero ella subió hasta donde él estaba y, poniéndose de rodillas a su lado, lo sacudió hasta que él se incorporó.

Cuando se sentó, preguntando: "¿Qué es lo que quieres?", ella, con los dientes apretados y temblando de ira, declaró:

—Quiero..., quiero que te cases conmigo, porque me lo prometiste.

Él se echó a reír y respondió:

—¡Vaya! Si uno se fuera a casar con todas las chicas con las que ha hecho algo, menuda gracia.

Pero ella le echó las manos al cuello, lo derribó, sin que él pudiera librarse de su feroz abrazo y, sin dejarle respirar, le espetó a la cara:

Estoy preñada, ¿te enteras? Estoy preñada.

El jadeaba, sofocado; y ambos permanecían inmóviles, mudos en el oscuro silencio, turbado solamente por el ruido de las mandíbulas de un caballo, que iba engullendo la paja del pesebre y luego la trituraba lentamente.

Cuando Jacques comprendió que ella era la más fuerte, balbució:

—Bueno, ya que es así, me casaré contigo.

Pero ella ya no creía en sus promesas.

—En seguida —le dijo—; te encargarás de que publiquen las amonestaciones.

Él contestó:

—En seguida.

—Júralo por Dios.

Él dudó algunos segundos; luego, resignándose, dijo:

—Lo juro por Dios.

Entonces ella soltó su cuello y, sin añadir ni una sola palabra, se marchó.

Estuvo algunos días sin poder hablarle y, como desde entonces la cuadra estaba cerrada con llave todas las noches, no se atrevía a hacer ruido, por miedo al escándalo.

Una mañana vio que entraba a comer un mozo nuevo. Preguntó:

¿Se ha ido Jacques?

Sí —contestó el otro—, yo vengo en su lugar.

Ella se puso a temblar tan violentamente que no podía descolgar la olla; luego, cuando todos se marcharon al trabajo, subió a su habitación y lloró, con la cara hundida en la almohada para que no la oyeran.

A lo largo del día trató de informarse sin levantar sospechas; pero estaba tan obsesionada por la idea de su desgracia que le parecía que todas las personas a quienes preguntaba reían maliciosamente. Por lo demás, no pudo averiguar nada; sólo que él se había esfumado de la comarca.

## II

Entonces empezó para ella una vida de continua tortura. Trabajaba como una autómatas, sin atender a lo que hacía, con una idea fija en la cabeza: " ¡Si la gente lo supiera! "

Aquella obsesión constante la dejaba tan incapaz de razonar que ni siquiera buscaba los medios para evitar aquel escándalo que sentía aproximarse, cada día más cercano, irreparable y seguro como la muerte.

Todas las mañanas se levantaba mucho antes que los demás y, con una encarnizada obstinación, trataba de mirar su talle un pequeño trozo de espejo roto que le servía para peinarse, ansiosa por saber si iba a ser aquel día cuando los demás iban a darse cuenta.

Y, durante la jornada, interrumpía a cada instante su tarea para mirar detenidamente si el volumen de su vientre no levantaría demasiado su delantal.

Los meses iban pasando. Ella apenas hablaba y, cuando preguntaban algo, no entendía, se quedaba confusa, con la mirada alelada y las manos temblorosas. Todo lo cual hacía decir a su amo:

—¡Pobre hija mía, qué tonta te has vuelto últimamente!

En la iglesia, se escondía detrás de una columna, y ya no atrevía a confesarse, porque tenía mucho miedo de encontrarse con el cura, al que atribuía un poder sobrehumano que le permitía leer en las conciencias.

En la mesa, las miradas de sus compañeros la hacían desfallecer de angustia, y constantemente se imaginaba que había sido descubierta por el mozo que cuidaba de las vacas, un muchacho precoz y astuto cuya mirada brillante no se apartaba de ella ni un momento.

Una mañana, el cartero le entregó una carta. Ella jamás había recibido ninguna y se quedó tan agitada que tuvo que sentarse.

¿Era de él, quizá? Pero, como no sabía leer, permanecía inquieta, temblorosa, ante aquel papel cubierto de tinta. Se lo metió en el bolsillo, sin atreverse a confiar a nadie su secreto; y, de vez en cuando, dejaba de trabajar para contemplar durante largo rato aquellas líneas regularmente distribuidas, rematadas por una firma, imaginándose que quizá iba a descubrir su sentido de golpe. Por fin, como la impaciencia y la inquietud la volvían loca, fue al encuentro del maestro, quien la hizo sentar y leyó:

"Querida hija: la presente es para decirte que me estoy muriendo; nuestro vecino, el señor Dentu, te escribe para mandarte venir, si puedes.

Por orden de tu querida madre:

CÉSAIRE DENTU, teniente de alcalde."

Ella no dijo una palabra y se marchó. Pero, en cuanto estuvo sola, se desplomó a la orilla del camino, porque las piernas no la sostenían; y se quedó allí hasta la noche.



Al volver, le contó su desgracia al granjero, que le dio permiso para ausentarse todo el tiempo que quisiera y le prometió que encomendaría su trabajo a una jornalera y que volvería a admitirla a su regreso.

Su madre estaba en la agonía; murió el mismo día de su llegada; y, al día siguiente, Rose daba a luz un sietemesino, un pequeño esqueleto feísimo, tan escuálido que daba grima verlo, y que parecía sufrir sin cesar, pues crispaba dolorosamente sus manitas descarnadas como patas de cangrejo.

Sin embargo, vivió.

Ella contó que estaba casada, pero que no podía encargarse del niño; y lo dejó en casa de unos vecinos que prometieron cuidarlo bien.

Y volvió a la granja.

Pero entonces, en su corazón lastimado durante tanto tiempo, se levantó, como una aurora, un amor desconocido por aquel pequeño ser esmirriado que había dejado allá; y aquel mismo amor era un nuevo sufrimiento, un sufrimiento de cada hora, de cada minuto, porque estaba separada de él.

Lo que la torturaba era, sobre todo, un deseo loco de besarlo, de estrecharlo en sus brazos, de sentir contra su carne el calor de su cuerpecillo. Ya no dormía por la noche; pensaba todo el día; y, por la tarde, cuando había terminado su trabajo se sentaba delante del fuego y se quedaba ensimismada contemplándolo fijamente.

Incluso empezaron a chismorrear sobre ella, y le gastaban bromas sobre el novio que debía de tener, y le preguntan si era guapo, si era alto, si era rico, cuándo iba a ser la boda, cuándo el bautizo. Y, muchas veces, ella se escapaba para llorar sola, porque aquellas preguntas le atravesaban la carne como alfileres.

Para distraerse de las habladurías, se puso a trabajar con furia, y, sin dejar de pensar en su niño, buscó los medios de ahorrar para él mucho dinero.

Decidió trabajar tanto que no tendrían más remedio que aumentarle la paga.

Entonces, poco a poco, fue acaparando trabajo, hizo que despidieran a una criada que resultaba inútil desde que ella se esforzaba por dos, hizo economías en el pan, en el aceite y en velas; en el grano, que se echaba en demasía a las gallinas, en el forraje del ganado, que se desperdiciaba un poco. Se mostraba avara con el dinero del amo como si fuera suyo, y, a fuerza de hacer compras ventajosas, de vender caro lo que salía de la casa y de deshacer las artimañas de los campesinos que ofrecían sus productos, se convirtió en la única encargada de las compras y las ventas, de dirigir el trabajo de los braceros, de la administración de las provisiones; y, en poco tiempo, se hizo indispensable. Ejercía una vigilancia tal a su alrededor que, bajo su dirección, la granja prosperó prodigiosamente. A diez leguas a la redonda se hablaba de la "criada del señor Vallin"; y el granjero repetía en todas partes:

—Esa muchacha vale su peso en oro.

Sin embargo, el tiempo pasaba y su salario seguía siendo el mismo. Se aceptaba su exceso de trabajo como una obligación de cualquier criada abnegada, como una simple prueba de buena voluntad; y empezó a pensar, con un poco de amargura, que el granjero ingresaba, gracias a ella, cincuenta o cien escudos suplementarios todos los meses, ella seguía ganando sus 240 francos al año, ni más ni menos.

Resolvió reclamar un aumento. Tres veces fue a ver al amo y, al encontrarse en su presencia, le habló de otra cosa. Experimentaba una especie de pudor al pedir dinero, como si hubiera sido una acción un poco vergonzosa. Por fin, un día en que el granjero comía solo en la cocina, ella le dijo, con aire azorado, que deseaba hablarle particularmente. Él alzó la cabeza, sorprendido, con las manos sobre la mesa, sosteniendo en una el cuchillo suspendido en el aire y en la otra un pedazo de pan, y

miró fijamente a la criada. Ella se turbó bajo aquella mirada y le pidió ocho días para ir a su tierra, porque se sentía un poco enferma.

Él se los concedió inmediatamente; luego, azorado a su vez, añadió:

—Yo también tengo que hablarte, cuando vuelvas.

### III

El niño iba a cumplir ocho meses; no lo reconoció. Se había vuelto rosado, mofletudo, rollizo, como un viviente paquetito de grasa. Sus dedos, separados por rodetes de carne, se agitaban suavemente, mostrando una visible satisfacción. Se lanzó sobre él como sobre una presa, con un arrebató animal, y lo besó con tanta violencia que él empezó a gritar de miedo. Entonces ella se echó a llorar también, porque él no la reconocía y porque tendía los brazos hacia la nodriza en cuanto advertía su presencia.

Sin embargo, desde el día siguiente, el niño se acostumbró a su cara, y se reía al verla. Ella lo llevaba al campo, corría alocadamente levantándolo en sus brazos, se sentaba a la sombra de los árboles; y, por primera vez en su vida y aunque él no pudiera escucharle, le abría su corazón a alguien, le contaba sus penas, sus trabajos, sus preocupaciones, sus esperanzas, y lo fatigaba incesantemente con la violencia y la furia de sus caricias.

Experimentaba un gozo infinito manoseándolo, lavándolo, vistiéndolo; y hasta era feliz limpiando las suciedades del niño, como si aquellos íntimos cuidados fueran una confirmación de su maternidad. Lo miraba con atención, asombrándose de que fuera suyo, y se repetía a media voz, moviéndolo en sus brazos:

—Es mi chiquillo, es mi chiquillo.

De vuelta a la granja, fue sollozando todo el camino, y apenas acababa de llegar cuando el amo la llamó a su habitación. Ella fue, muy asombrada y emocionada sin saber por qué.

—Siéntate ahí —le dijo él.

Se sentó, y durante unos instantes se quedaron el uno al del otro, muy turbados, con los brazos inertes, sin saber que hacer con las manos y evitando mirarse frente a frente, como suelen hacer los campesinos.

El granjero, un hombre gordo de cuarenta y cinco años había enviudado dos veces, jovial y testarudo, experimentaba una timidez evidente, lo que no era habitual en él. Al fin, se decidió y empezó a hablar con vaguedad, atropellándose un poco y mirando el campo, a lo lejos.

—Rose —dijo—, ¿nunca has pensado en colocarte?

Ella se puso pálida como una muerta. Al ver que no le contestaba, él prosiguió:

—Eres una buena chica, seria, dispuesta y ahorrativa. Una mujer como tú, haría la fortuna de cualquier hombre.

Ella continuaba inmóvil, con los ojos asustados, sin intentar siquiera comprender, pues la cabeza le daba vueltas, como a la cercanía de un gran peligro. Él esperó un segundo, y luego continuó:

—Una granja sin ama no marcha bien; aunque tenga una criada como tú.

Entonces se calló, no sabiendo cómo continuar; y Rose lo miraba con el aire espantado de una persona que se cree frente a un asesino y se dispone a huir al mínimo gesto que haga.

Por fin, al cabo de cinco minutos, él preguntó:

—Bueno, ¿te parece bien?

Ella respondió con cara triste:

—¿Qué, señor amo?

Entonces él dijo, bruscamente:

—¡Pues casarte conmigo, pardiez!

Ella se incorporó de pronto, luego volvió a caer como desplomada en la silla, donde se quedó inmóvil, como si hubiera recibido el golpe de una gran desgracia. Finalmente, el granjero se impacientó:

—Bueno, vamos; ¿qué más quieres?

Ella lo contemplaba, trastornada; luego, de pronto, se le llenaron los ojos de lágrimas y repitió dos veces, con voz ahogada:

—¡No puedo! ¡No puedo!

—¿Por qué? —preguntó el hombre—. Vamos, no seas tonta; te dejo que lo pienses hasta mañana.

Y se apresuró a marcharse, muy aliviado por haber terminado con aquel asunto que le fastidiaba mucho y no dudando que, al día siguiente, la criada aceptaría una proposición que era, para ella, completamente inesperada y, para él, un excelente negocio, ya que así ataba a él, para siempre, a una mujer que le sería, sin duda, más ventajosa que la mejor dote de la comarca.

Por otra parte, no podía haber entre ellos escrúpulos por un casamiento desigual, porque, en el campo, todos son, más o menos, iguales: el granjero trabaja como su criado que, con mucha frecuencia, un día u otro se convierte a su vez en amo; y las criadas pasan a menudo a ser amas, sin que eso traiga ningún cambio en su vida o en sus costumbres.

Rose no se acostó aquella noche. Se sentó, derrumbándose sobre la cama, sin tener fuerzas ni para llorar, de lo anonadada que estaba. Se quedó inerte, sin sentir su cuerpo, y con el espíritu disperso, como si se lo hubieran hecho trizas con uno de esos instrumentos que usan los cardadores para cardar la lana de los colchones.

Sólo de vez en cuando lograba reunir como migajas de pensamientos, y se espantaba ante la idea de lo que podía ocurrir.

Sus terrores aumentaron y, cada vez que, en el silencio adormecido de la casa, el gran reloj de la cocina daba lentamente las horas, le entraban sudores de angustia. La cabeza se le iba, tenía continuas pesadillas, la vela se apagó; entonces empezó el delirio, ese delirio de huida que se apodera de las gentes del campo que se creen golpeadas por un destino adverso, y que les hace sentir un deseo furioso de marcharse, de escapar, de correr ante la desgracia como un barco ante la tempestad.

Chilló una lechuza; la muchacha se estremeció, se incorporó, se pasó las manos por la cara, por el pelo, se palpó el cuerpo como una loca; luego, con andares de sonámbula, bajó. Al llegar al patio, se arrastró para que no la viera ningún merodeador, pues la luna, a punto de desaparecer, lanzaba un claro resplandor sobre los campos. En lugar de abrir la puerta del cercado, trepó por el talud; luego, cuando estuvo frente al campo, echó a andar. Caminaba de prisa, en línea recta, con un trote elástico y precipitado y, de cuando en cuando, inconscientemente lanzaba un grito penetrante. Su sombra, desmesurada, corría a su lado por el suelo y, a veces, un ave nocturna venía a dar vueltas alrededor de su cabeza. Los perros ladraban en los patios de las granjas al oír la pasar; uno de ellos saltó la zanja y la persiguió para morderla; pero ella se volvió hacia él gritando de tal modo que el animal, espantado, huyó, se acurrucó en su caseta y se calló.

De vez en cuando, una joven familia de liebres salía a retozar en un campo; pero, cuando se acercaba aquella andariega furiosa, como una Diana delirante, los animales se dispersaban, temerosos; los pequeños y la madre desaparecían agazapados en un surco, mientras que el padre salía de estampía y, a veces, su sombra saltarina de grandes orejas erguidas se recortaba sobre la luna, que se hundía ahora en el confín del mundo e iluminaba la llanura con su luz oblicua, como una enorme linterna puesta en la línea del horizonte.

Las estrellas se borraron de las profundidades del cielo, algunos pájaros piaban; el día estaba naciendo. La muchacha, extenuada, jadeaba; y cuando el sol atravesó la aurora color de púrpura, se detuvo.

Sus pies hinchados se negaban a andar; pero distinguió una balsa, una gran balsa cuya agua estancada parecía sangre bajo los reflejos rojos del nuevo día, y fue hacia allí, muy despacio, cojeando, con la mano sobre el corazón, para sumergir en ella las piernas.

Se sentó sobre una mata de hierbas, se quitó los gruesos zapatos llenos de polvo y las medias, y hundió sus pantorrillas azuladas en la onda inmóvil en la que, a veces, estallaban burbujas.

Un delicioso frescor le subió desde los talones a la garganta y, de pronto, mientras miraba fijamente aquella profunda balsa, se apoderó de ella el vértigo, el deseo furioso de sumergirse por completo en el agua. Así se acabaría aquel sufrimiento dentro de ella, se acabaría para siempre. Ya no pensaba en su hijo; quería paz, reposo completo, dormir sin fin. Entonces se incorporó, con los brazos levantados, y avanzó dos pasos. Ahora se hundía hasta los muslos, e iba a tirarse ya cuando unas ardientes mordeduras en los tobillos le hicieron echarse atrás, y lanzó un grito desesperado, porque, desde las rodillas hasta la punta de los pies, unas sanguijuelas largas y negras bebían su sangre, se inflaban, pegadas a su carne. No se atrevía a tocarlas, y aullaba horrorizada. Sus desesperados gritos atrajeron a un campesino que pasaba a lo lejos con su carro. El arrancó las sanguijuelas una a una, emplastó las heridas con hierbas y llevó a la muchacha en su carro hasta la granja de su amo.

Durante quince días estuvo en la cama. La mañana en que volvió a levantarse, mientras estaba sentada delante de la puerta, el granjero vino de pronto y se plantó ante ella.

—Bueno —le dijo—, la cosa está hecha, ¿no?

Ella, al principio, no contestó nada; luego, como él continuaba de pie, atravesándola con su mirada obstinada, articuló con dificultad:

—No, señor amo, no puedo.

Pero él, de golpe, perdió la paciencia.

—¿Que no puedes, muchacha, que no puedes? ¿Y eso por qué?

Ella se echó a llorar y repitió:

—No puedo.

El la miraba atentamente, y le gritó a la cara:

—¿Será porque tienes un novio?

Ella balbució, temblando de vergüenza:

—Puede que sea por eso.

El hombre, rojo como una amapola, farfullaba encolerizado:

—Lo confiesas entonces, bribona. ¿Y quién es el pájaro? ¡Un pelagatos, un pordiosero, un vagabundo, un muerto de hambre! ¿Quién es, di?

Y, como ella no contestaba nada, dijo:

—¡Ah, no quieres hablar...! Yo te lo diré. ¿Es Jean Baudu?

Ella exclamó:

—¡Oh, no, él no es!

—¿Entonces es Pierre Martin?

— ¡Oh, no, señor amo!

Y él fue nombrando desatinadamente todos los mozos de la comarca, mientras ella negaba, abrumada y secándose los ojos constantemente con una esquina de su delantal azul. Pero él seguía buscando con una obstinación brutal, arañando aquel corazón para

conocer su secreto, como un perro de caza que escudriña todo el día una madriguera para apoderarse del animal que olfatea al fondo. De pronto, el hombre exclamó:

—¡Ah, diantre! Es Jacques, el criado del año pasado; la gente decía que hablaba contigo y que ibais a casaros.

Rose se sofocó; una oleada de sangre enrojeció su rostro; las lágrimas cesaron de golpear; se secaron sobre las mejillas como las gotas de agua sobre un hierro al rojo. Exclamó:

—¡No, no es él, no es él!

—¿Estás segura? —preguntó el astuto campesino, que husmeaba un rastro de verdad.

Ella respondió apresuradamente:

—Se lo juro, se lo juro...

Buscaba algo por lo que jurar, sin atreverse a invocar cosas sagradas. Él la interrumpió:

—Sin embargo, te seguía a todos los rincones, y te comía con los ojos durante las comidas. Le diste tu palabra, ¿eh? Di.

Esta vez, ella miró a su amo de frente.

—No, nunca, nunca; y le juro por Dios que si viniera hoy a pedirme que fuera su mujer, no querría saber nada de él.

Tenía un aire tan sincero que el granjero dudó. Prosiguió como si hablara para sí mismo:

—Pues, entonces, ¿qué? No has tenido ningún percance, eso se sabría. Y ya que la cosa no ha tenido consecuencias, una muchacha no rechaza a su amo por eso. Tiene que haber algo más.

Ella ya no decía nada, sofocada de angustia.

El preguntó otra vez:

—¿No quieres?

Ella suspiró:

—No puedo, señor amo.

Y él dio media vuelta y se fue.

Creyó que se lo había quitado de encima, y pasó el resto del día bastante tranquila, pero tan deshecha y extenuada como si, en lugar del viejo caballo blanco, le hubieran mandado a ella mover desde la aurora la máquina de trillar.

Se acostó lo más pronto que pudo y se durmió inmediatamente.

En mitad de la noche, la despertaron dos manos que palpaban su cama. Se sobresaltó, llena de miedo, pero en seguida reconoció la voz del granjero que le decía:

—No tengas miedo, Rose, soy yo, que vengo a hablar contigo.

Al principio se asombró; luego, como él trataba de meterse debajo de las sábanas, comprendió lo que buscaba, y empezó a temblar violentamente, sintiéndose sola en la oscuridad, todavía entorpecida por el sueño, completamente desnuda y en la cama, cerca de aquel hombre que la deseaba. Ella no consentía, desde luego, pero resistía perezosamente, luchando contra el instinto que es siempre más fuerte en las naturalezas sencillas, y desprotegida por la voluntad indecisa de las gentes blandas y sumisas de su raza. Volvía la cabeza hacia la pared o hacia el interior de la habitación, para evitar los besos con los que la boca del granjero buscaba la suya, y su cuerpo se retorció un poco bajo la colcha, enervado por el cansancio de la lucha. El era cada vez más brutal, embriagado por el deseo. Con un movimiento brusco, la destapó. Entonces ella comprendió que ya no podía seguir resistiendo. Obedeciendo a un pudor semejante al del avestruz, se tapó la cara con las manos y dejó de defenderse.

El granjero se quedó toda la noche a su lado. Volvió la noche siguiente, y, luego, todos los demás días.

Vivieron juntos.

Una mañana, él le dijo:

—He mandado publicar las amonestaciones. Nos casaremos el mes que viene.

Ella no contestó. ¿Qué podía decir? No ofreció resistencia. ¿Qué podía hacer?

#### IV

Se casaron. Ella se sentía hundida en un agujero sin fondo, del que no podría salir jamás, y sobre su cabeza gravitaba toda suerte de desgracias, como gruesas rocas que podían caer en cualquier momento. Ante su marido, se sentía culpable de un robo que él descubriría un día u otro. Y pensaba en su niño, de donde venía toda su desgracia, pero de donde venía también toda su felicidad sobre la tierra.

Iba a verlo dos veces al año, y cada vez volvía más triste.

Sin embargo, con el hábito, sus aprensiones se calmaron, su corazón se apaciguó, y vivía más confiada, pero con un vago temor que flotaba aún en su alma.

Pasaron los años; el niño iba a cumplir seis. Ella empezaba a ser casi feliz, cuando, de pronto, el humor del granjero se ensombreció.

Hacía ya dos o tres años que parecía alimentar una inquietud, tener dentro una preocupación, alguna enfermedad del espíritu que iba creciendo poco a poco. Después de comer, se quedaba mucho tiempo sentado a la mesa, con la cabeza hundida en las manos, y triste, muy triste, roído por el dolor. Sus palabras en más impacientes, a veces brutales; y parecía incluso que tenía algún secreto propósito contra su mujer, porque a veces le contestaba con dureza, casi con rabia.

Un día, el chiquillo de una vecina vino a buscar huevos, ella lo trató desabridamente, porque había mucho trabajo y tenía prisa. De pronto, apareció su marido, y le dijo con voz insidiosa:

—Si fuera el tuyo, no lo tratarías así.

Ella se quedó sorprendida, sin acertar a responder; luego volvió a casa, sintiendo que se despertaban todas sus angustias.

A la hora de cenar, el granjero no le habló, no la miró, parecía detestarla, despreciarla, como si realmente supiese algo.

Ella, enloquecida, no se atrevió a quedarse sola con él después de la cena; se escapó y corrió hasta la iglesia.

Caía la noche; la estrecha nave estaba envuelta en sombra pero se oían unos pasos allá, hacia el coro, porque el sacristán estaba preparando para la noche la lámpara del sagrario. Aquel punto de luz vacilante, sumergido en las tinieblas de la bóveda apareció ante Rose como una última esperanza y, con los ojos fijos en él, cayó de rodillas.

La débil lamparilla se elevó de nuevo en el aire con un ruido de cadenas. Pronto resonó en el pavimento el taconeo regular de unos zuecos, al que siguió el roce de una cuerda, y la triste campana lanzó el Angelus de la tarde a través de las brumas que iban espesando. Cuando el hombre iba a salir, ella lo alcanzó.

—¿Está en casa el señor cura? —le dijo.

—Supongo que sí; siempre cena a la hora del Angelus.

Entonces ella empujó temblando la puerta de la rectoral.

El cura estaba sentándose a la mesa. En seguida la hizo sentar también.

—Sí, sí, ya sé; su marido me ha hablado ya del asunto que la trae.

La pobre mujer desfallecía. El eclesiástico añadió:

—¿Qué quiere usted, hija mía?

Y, mientras tanto, iba engullendo rápidamente las cucharadas de sopa cuyas gotas caían sobre la sotana que se abultaba, mugrienta, en el vientre.

Rose ya no se atrevía a hablar, ni a implorar, ni a suplicar; se levantó; el cura le dijo:

—Animo...

Y ella salió.

Volvió a la granja sin saber lo que hacía. El amo la estaba esperando, porque, en su ausencia, los braceros se habían ido. Entonces ella cayó pesadamente a sus pies y gimió, deshaciéndose en lágrimas.

—¿Qué es lo que tienes contra mí?

El empezó a gritar, jurando:

—¡Pues que no tengo hijos, rediez! Cuando se busca una mujer, no es para quedarse solos los dos hasta la muerte. Eso es lo que me pasa. Cuando una vaca no tiene terneros, es que no vale nada. Cuando una mujer no tiene niños, es que tampoco vale nada.

Ella lloraba y repetía balbuciendo:

—¡No es por culpa mía, no es por culpa mía!

Entonces él se calmó un poco, y añadió:

—No te digo eso, pero, aún así, es una desgracia.

## V

Desde aquel día no tuvo más pensamiento que éste: tener un niño, otro; y confió su deseo a todo el mundo.

Una vecina le indicó un remedio: darle a beber a su marido, todas las noches, un vaso de agua con una pizca de ceniza. El granjero se prestó a ello, pero el remedio no surtió efecto.

Se dijeron: "Quizá hay algún secreto en esto." E intentaron enterarse. Les hablaron de un pastor que vivía a diez leguas de allí; y un día, después de enganchar su tílburí, el señor salió para ir a consultarle.

El pastor le entregó un pan sobre el que trazó unos un pan amasado con hierbas, y del que ambos debían comer cada noche un pedazo, tanto antes como después de sus encuentros amorosos.

El pan se consumió por completo sin que obtuvieran ningún resultado.

Un maestro de escuela les desveló algunos misterios, algunos procedimientos amorosos desconocidos en el campo y, según él, infalibles. Fallaron.

El cura recomendó una peregrinación a la Preciosa Sangre de Fécamp. Rose fue con la muchedumbre a prosternarse en la abadía y, mezclando su ruego a los rústicos deseos que exhalaban todos aquellos corazones campesinos, suplicó a Aquel al que todos imploraban que la hiciera fértil una vez más. Todo en vano. Entonces dio en imaginar que aquello era el castigo por su primer desliz, y la invadió un inmenso dolor.

Languidecía de pena; también su marido envejecía, "se reconcomía", según decía la gente, se consumía en esperanzas inútiles.

Entonces, estalló entre ellos la guerra. El la insultó, le pegó. Todo el día disputaba con ella y, por la noche, en la cama, jadeante y vengativo, le lanzaba a la cara injurias y palabrotas.

Al fin, una noche, no sabiendo ya qué inventar para hacerla sufrir más, le ordenó que se levantara y fuese a esperar que hiciera de día a la puerta, bajo la lluvia. Como ella no le obedecía, la cogió por el cuello y empezó a darle puñetazos en la cara. Ella no dijo nada, no se movió. Exasperado, se puso de rodillas sobre su vientre; y, con los dientes apretados, loco de ira, empezó a molerla a golpes. Entonces, ella tuvo un

instante de rebeldía desesperada y, con un gesto furioso, rechazándolo contra la pared, se incorporó en la cama, y con una voz extraña y silbante le dijo:

—¡Yo sí que tengo un hijo, tengo uno! Lo tuve con Jacques, ya sabes quien digo, Jacques. Iba a casarse conmigo y se marchó.

El hombre, estupefacto, se quedó tan fuera de sí como ella; farfullaba:

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué estás diciendo?

Entonces ella empezó a sollozar y balbució entre lágrimas:

—Por eso no quería casarme contigo, por eso. No podía decírtelo, me hubieras puesto en la calle con el niño. Como tú no tienes ninguno, no sabes lo que es eso, no lo sabes.

El repetía maquinalmente, cada vez más sorprendido:

—¿Tienes un niño? ¿Tienes un niño?

Ella dijo entre sollozos:

—Me tuviste por la fuerza, ¿o es que no te acuerdas? Yo no quería casarme contigo.

Entonces él se levantó, encendió la vela y se puso a pasear por la habitación, con las manos a la espalda. Ella seguía llorando, derrumbada sobre la cama. De pronto, él se detuvo ante ella:

—Entonces, ¿es culpa mía si no te he hecho ninguno? —dijo.

Ella no contestó. Él siguió paseando; luego, parándose otra vez, preguntó:

—¿Cuántos años tiene tu chiquillo?

Ella murmuró:

—Ahora va a cumplir seis.

Él siguió preguntando:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella gimió:

—¿Cómo iba a atreverme?

Él seguía de pie, inmóvil.

—Vamos, levántate —le dijo.

Ella se incorporó penosamente; cuando se puso de pie, apoyada contra la pared, él se echó a reír de pronto, con sus fuertes carcajadas de los buenos tiempos; y, como ella seguía turbada, añadió:

—Bueno, pues iremos a buscar a tu niño, ya que no tenemos ninguno nuestro.

Ella se quedó tan asustada que, si no le hubieran faltado las fuerzas, seguramente habría huido. Pero el granjero se frotaba las manos y murmuraba:

—Yo quería adoptar uno. Ya lo he encontrado, ya lo he encontrado. Le había pedido al cura que nos trajera un huérfano.

Luego, sin dejar de reír, besó en las dos mejillas a su mujer, llorosa y atontada, y gritó, como si ella no le oyera:

—Bueno, mamá, vamos a ver si aún queda sopa. Yo me comería una olla entera.

Ella se puso la falda; bajaron; y, mientras la mujer, de rodillas, avivaba el fuego debajo de la olla, él, radiante, seguía andando a grandes zancadas por la cocina, y repetía:

—Pues, la verdad me alegro. No es por decir, pero es contento, muy contento.



# *Historia verdadera*

---

*Histoire vrai*

Silbaba furioso el viento; un viento de otoño, abrumador obstinado, que arranca las últimas hojas de los árboles y las hace volar hasta las nubes.

Los cazadores acababan de comer, animados y satisfechos. Eran gentes de Normandía, medio señores, medio campesinos ricos y vigorosos, acostumbrados a sujetar por los cuernos a los bueyes en las ferias.

Habían cazado todo el día en las posesiones del señor Blonde alcalde de Eparville, y comían sentados alrededor de una mesa muy capaz, en la casona del huésped.

Hablaban ladrando, reían rugiendo, al beber parecían cisternas, y con las piernas estiradas, los codos sobre los manteles y los ojos echando chispas, gozando el delicioso calor del abundante fuego del hogar, cuyas llamas enrojecían el techo con su resplandores, hablaban de cacerías y de perros. Pero esta conversación iba cediendo lugar a otros pensamientos, provocados en parte por la exaltación del vino y en parte por la presencia de una moza exuberante y mofletuda que servía los platos.

De pronto, un hombretón que se había hecho veterinario después de estudiar para cura, y cuidaba todo el ganado de la comarca, exclamó:

—Amigo Blondel: su criada no se deja roer por la polilla.

Una carcajada ruidosa estalló. Entonces, un viejo aristócrata, descalificado, víctima de la embriaguez, el señor de Varnetot, dijo:

—En otro tiempo, tuve una singular aventura con una moza como ésta. Voy a referirla. Verán ustedes. Con ese recuerdo me viene siempre a la memoria el de Mizza, la perra que vendí al conde de Haussonnel, y que volvía siempre a mi casa; no podía olvidarme. Rogué al conde que la sujetase con una cadena; y ¿saben ustedes lo que hizo entonces el animalito? Morirse de tristeza. Pero, dejando aparte lo de la perra, vuelvo a mi aventura con la criada.

Yo tenía entonces veinticinco años, y vivía, soltero en mis posesiones de Villebón. Ninguno de ustedes ignora que un hombre joven, acomodado y que se aburra en la soledad de sus veladas, no desperdicia ocasiones.

A fuerza de huronear en todas partes, descubrí una moza que servía en casa de Deboultot, de Canville. Aquí no falta quien haya conocido mucho a Deboultot. ¿Verdad, Blondel? La moza comenzó a enloquecerme de tal manera, que un día visité a su amo para proponerle un negocio: él me cedería a su criada y yo le vendería mi yegua Cocotte, por la cual me había hecho muchas veces proposiciones ventajosas. Ofreciéndome su mano, dijo: "Choque usted, señor Varnetot" Y dejamos el asunto acordado. La moza entró en mi casa y yo mismo llevé a la de Deboultot mi yegua, cuyo importe recibí en el acto. Al principio, todo iba como la seda; nadie sospechaba; pero Rosa me quería más de lo conveniente para mi. Aquella mujer tenía su alma en su almario; corría por sus venas una sangre más delicada que la sangre campesina; era sin duda el fruto de otros placeres entre una criada y un señor.

Ella me adoraba. Sus caricias eran incesantes, la dulzura de sus palabras, una porción de monerías inventadas con el deseo de agradarme, me dieron que pensar.

Yo dije para mi capote: "Si esto continúa, caigo en la ratonera." Pero no es tan fácil cogerme. No soy de los que se dejan seducir por las ternuras. Vivía siempre alerta.

Rosa me comunicó un día que se hallaba embarazada.

¡Pim! ¡Pum! Me hizo el efecto de un tiro la noticia. Y ella me besaba, me besaba riendo, bailando, como una loca. De pronto no respondí, pero aquella misma noche reflexioné: "Ya llegó la hora de acabar con todo; aún es tiempo. " Comprenderán ustedes que teniendo a mis padres en Barneville y una hermana casada con el marqués de Ispare, en Bollevec, a dos leguas de Villebón, hube de tentarme la ropa.

¿Cómo salir del conflicto? Yéndose Rosa de mi casa no faltarían sospechas y murmuraciones; quedándose allí, tampoco era fácil encubrirlo. Además, yo no podía, en aquella ocasión, abandonarla por completo.

Hablé del caso a mi tío, el barón de Creteuil, un viejo muy aficionado a faldas, que se había enredado los pies en más de una, y me respondió tranquilamente:

—Cásala.

Di un salto, y exclamé:

—¿Cómo? ¿Dónde busco un marido?

Encogiéndose de hombros, repuso:

—Eso corre ya de tu cuenta. Si no eres tonto, encontrarás lo que necesitas.

Reflexioné detenidamente durante una semana, y acabé diciendome: "Tiene razón mi tío. "

Y pensando en la manera de hallar lo que necesitaba, me sorprendió el juez de paz, diciéndome a los postres de una comida que hicimos juntos:

El hijo de la Paumelle lleva mal camino. Acaba de cometer otra imperdonable torpeza. ¡Qué cierto es que "de raza le viene al galgo ser corredor"!

La Paumelle era una vieja ladina, cuya juventud había dejado mucho que desear. Por cinco francos hubiera vendido su alma, y al bribón de su hijo por mucho menos.

Fui a verla, y, con rodeos, la enteré del asunto; como no me atrevía de pronto a formular una proposición, ella desvaneció mi escrúpulo con esta pregunta:

—¿Qué le daría usted al muchacho?

Era maliciosa y bruja; pero yo tenía bien meditado mi negocio.

Poseíamos unas tierras, cerca Sasseville, de las cuales cuidaban los colonos de Villebón, a cuyo dominio pertenecían; pero como la distancia era grande, y les ofrecí en cambio algunas ventajas, no me fue difícil que renunciasen a su cultivo. Así pasó la cosa. Construyendo una cabaña y ensanchando las tierras con otras que le compré a un vecino —en junto, mil quinientos francos— hice un dote a la criada.

La vieja se rebeló, no pareciéndole bastante; pero me las tuve tiesas, y nos despedimos sin haber acordado nada.

Al día siguiente, muy temprano, el mozo fue a buscarme con la excusa de comprar una vaca. Poniéndonos de acuerdo, él quiso ver la posesión y fuimos juntos a través de los campos. El granuja me tuvo allí tres horas, midiendo, analizando, estrujando entre los dedos terrones que recogía y observaba, como si temiese ser defraudado en la calidad. La cabaña no estaba cubierta; exigió que se le pusiera pizarra en vez de chamiza, y luego dijo:

—Faltan los muebles, que usted debe darnos.

No me avine, protestando:

—Eso no. Bastante os doy con las tierras y la casa.

Entonces, el bellaco, insinuó:

—Las tierras, la casa... y un hijo.

Me sentí avergonzado, a pesar mío. El mozo proseguía:

—Siquiera, dénos la cama, una mesa, un armario, tres sillas, las cazuelas y sartenes que hagan falta. Si no acepta esto, yo no acepto nada.

Lo acepté y nos pusimos en camino, de regreso. No me había dicho aún media palabra respecto a la mujer; pero de pronto, me preguntó con expresión de duda y desconfianza:

—Si ella muere, ¿quién heredará su dote?

Contesté:

—Su marido; naturalmente.

No deseaba saber otra cosa. Me tendió la mano con verdadera satisfacción, al despedirnos. Estábamos conformes en todo.

Mucho me costó decidir a Rosa. De rodillas a mis pies, agarrándose a mí llorando, repetía:

— ¡Y usted me lo propone! ¡Usted lo desea!

Durante muchos días, se resistió, a pesar de mis razonamientos y de mis súplicas. Las mujeres son así; cuando las trastorna un amor, nada comprenden y no quieren saber nada. No hay prudencia ni reflexión; el amor, el amor sobre todo.

Al fin, amenazándola con despedirla, incomodándome, logré que cediera poco a poco. Me impuso una condición: la de ir a verme de cuando en cuando.

La conduje yo mismo a la iglesia; los apadriné, pagando los gastos de la boda. Comimos juntos, y al dejarlos, me fui a pasar seis meses a casa de mi hermano, en Turena.

Supe, al regresar de mi viaje, que Rosa iba semanalmente a mi casa, preguntando por mí. A la hora de llegar yo, la vi entrar con una criatura en brazos. Me crean o no me crean, aseguro que me impresioné grandemente ver al niño. Hasta me parece que le di un beso.

Rosa era una ruina, un esqueleto, una sombra. Enflaquecida y aviejada. Por lo visto, el matrimonio la consumía. Maquinalmente, pregunté:

—¿No eres dichosa?

Ella rompió a llorar; sus ojos eran fuentes; hipaba, sollozaba, gritaba:

—No puedo, no puedo vivir sin usted. Preferiría morirme. ¡No puedo acostumbrarme!

Armó un escándalo terrible. Consolándola como pude, nos despedimos.

Averigüé que su marido le daba malos tratos y que la suegra no dejaba de atormentarla.

Volvió a los tres días, y abrazándose a mí, arrastrándose, gritaba:

—Máteme usted, ¡máteme! Pero no vuelvo a mi casa.

Igual hubiera dicho Mizza cuando la vendí, si los perros hablaran.

Aquello me aburría, y me ausenté de nuevo medio año más. Cuando volví, supe que Rosa había muerto; mientras vivió fue a mi casa todos los domingos...Igual que Mizza.

La criatura también murió a los pocos días de perder a su madre.

El granuja del marido, heredero de la mujer, se corrigió, dándose buena vida, y ahora es concejal.

\*\*\*

El señor Varnetot añadió, riendo:

—Yo hice su fortuna.

Y el veterinario, repuso gravemente, acercándose a los labios una copa de vino:

—Todo lo que usted quiera; pero ¡Dios nos libre de mujeres así!

*Le Gaulois*, 18 de junio de 1882

# *El hombre de Marte*

---

*L'homme de Mars*

Estaba trabajando cuando mi criado me anunció:

—Señor, es un hombre que quiere hablar con el señor.

—Hágalo entrar.

De pronto vi a un hombrecillo que saludaba. Tenía aspecto de un enclenque maestro con gafas, cuyo cuerpo endeble no se adhería a ninguna parte de sus ropas demasiado flojas.

Balbuocéó:

—Le pido perdón, señor.

Se sentó y continuó:

—Dios mío, señor, estoy demasiado turbado por las gestiones que emprendo. Pero era absolutamente necesario que yo manifestara mis inquietudes a alguien, y no había nadie más que usted... que usted... En fin, me he armado de valor...pero verdaderamente...ya no me atrevo.

—Atrévase pues, Señor.

—Verá, Señor, es que, tan pronto como empiece a hablar usted me tomará por un loco.

—Dios mío, señor, eso dependerá de lo que vaya a contarme.

—Exactamente, señor, lo que voy a decirle es raro. Pero le ruego que considere que no estoy loco, precisamente por esto, yo mismo reconozco lo inusual de mi confidencia.

—Y bien, señor, adelante.

—No señor, no estoy loco, pero tengo ese aspecto propio de los hombres que han reflexionado más que otros y que han franqueado un poco, bien poco, las barreras del pensamiento medio. Piense pues, señor, que nadie piensa en nada en este mundo. Cada uno se ocupa de sus asuntos, de su fortuna, de sus placeres, de su vida en una palabra, o de pequeñas tonterías divertidas como el teatro, la pintura, la música o la política, la más grande de las necedades, o de cuestiones industriales. ¿Quién piensa? ¿Quién? ¡Nadie! ¡Oh! ¡Me acelero demasiado! Perdón. Vuelvo a mi asunto.

Hace cinco años que yo llegué aquí, señor. Usted no me conoce pero yo le conozco muy bien...Yo nunca me mezclo con la gente que frecuenta la playa o el Casino. Vivo sobre el acantilado, adoro con pasión estos acantilados de Etretat. No conozco otros más bellos, más sanos. Quiero decir sanos para el espíritu. Es una admirable ruta entre el cielo y el mar, un camino de hierba, que discurre sobre esta gran muralla, al borde de la tierra, por encima del océano.

Mis mejores días son aquellos que he pasado tendido sobre una pendiente de hierba, a pleno sol, a cien metros por encima de las olas, soñando. ¿Me comprende?

—Sí señor, perfectamente.

—Ahora, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Hágala, señor.

—¿Usted cree que los otros planetas estén habitados?

Yo respondí sin dudar y sin parecer sorprendido:

—Ciertamente lo creo.

Se volvió loco de alegría, se levantó, se volvió a sentar, embargado por unas ganas evidentes de estrecharme entre sus brazos y gritó:

—¡Ah, ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡Respiro! ¿Pero cómo he podido dudar de usted? Un hombre no sería inteligente si no creyera en los mundos habitados. Hace falta ser un tonto, un idiota, un bruto, para suponer que los millares de universos brillan y giran únicamente para divertir y asombrar al hombre, ese insecto estúpido por no comprender que la Tierra no es nada más que una mota de polvo invisible en medio de la polvareda de los mundos, que todo nuestro sistema entero no está formado más que por algunas moléculas de vida sideral que muy pronto morirán. Mire la Vía Láctea, ese río de estrellas, y piense que ésta no es nada más que una mancha dentro de la extensión que es el infinito. Piénselo solo durante diez minutos y comprenderá porque nosotros no sabemos nada, no adivinamos nada, no comprendemos nada. Nosotros solo conocemos un punto, no sabemos nada del más allá, nada del exterior, nada de ninguna parte, y creemos, y nos afirmamos. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Si de repente nos fuera revelado el secreto de la gran vida ultraterrestre, qué estupefacción! Pero no...pero no...yo soy una bestia en mi entorno, nosotros no lo comprenderíamos ya que nuestro espíritu no está hecho más que para comprender las cosas de esta tierra; no puede extenderse más lejos, es limitado, como nuestra vida, encadenado a esta bolita que nos lleva, y juzga todo por comparación. Vea, pues, señor, como todo el mundo es ignorante, estrecho y persuadido del poder de nuestra inteligencia, que apenas sobrepasa el instinto de los animales. Nosotros no tenemos ni siquiera la facultad de percibir nuestra imperfección; estamos hechos para saber el precio de la mantequilla y del trigo, y, como mucho, para hablar sobre el valor de los caballos, de los barcos, de los ministros o de los artistas.

Eso es todo. Somos aptos exactamente para cultivar la tierra y servirnos torpemente de lo que está por debajo de ella. Apenas comenzamos a construir máquinas que funcionan, nos asombramos como niños por cada descubrimiento que, desde hace siglos habríamos debido hacer, si hubiéramos sido seres superiores. Estamos todavía rodeados de lo desconocido, incluso en este momento en el que han sido necesarios miles de años de vida inteligente para intuir el concepto de la electricidad. ¿Somos de la misma opinión?

Yo respondí riendo:

—Sí señor.

—Entonces muy bien. Y bien, señor, ¿alguna vez se ha interesado usted por Marte?

—¿Por Marte?

—Sí, por el planeta Marte.

—No, señor.

—¿Me permitiría contarle algunas cosas sobre él?

—Por supuesto, señor, con gran placer.

—Usted sabe, sin duda, que los mundos de nuestro sistema solar, de nuestra pequeña familia se formaron por la condensación en globos de primitivos anillos gaseosos desprendidos unos después de otros de la nebulosa solar

—Sí señor.

—De esto resulta que los planetas más alejados son los más viejos y deben de ser, consecuentemente, los más civilizados. Este es el orden de su nacimiento: Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio. ¿Admite usted que estos planetas estén habitados como la Tierra?

—Evidentemente. ¿Por qué creer que la Tierra es una excepción?

—Muy bien. El hombre de Marte, aún siendo más anciano que el de la Tierra...perdón, voy muy deprisa. En primer lugar voy a probarle que Marte está habitado. Marte presenta a nuestros ojos aproximadamente el aspecto que la Tierra debe de presentar a los observadores marcianos. Los océanos allí ocupan menos espacio y están más diseminados. Se les reconoce por su tono negro porque el agua absorbe la luz

mientras que los continentes la reflejan. Las modificaciones geográficas sobre este planeta son frecuentes y prueban la actividad vital. Tiene dos estaciones parecidas a las nuestras, con nieve en los polos que vemos aumentar y disminuir siguiendo las épocas del año. Un año es muy largo, seiscientos ochenta y siete días terrestres, es decir seiscientos sesenta y ocho días marcianos, descompuestos como sigue: ciento noventa y uno en primavera, ciento ochenta y uno para verano, ciento cuarenta y nueve para otoño y ciento cuarenta y siete para invierno. Se ven menos nubes que aquí, así que allá debe de hacer más frío y más calor.

Le interrumpí:

—Perdón señor, estando Marte mucho más lejos del Sol que nosotros, debe de hacer siempre más frío, me parece.

Mi extraño visitante gritó con vehemencia:

—¡Error, señor! ¡Error absoluto! Nosotros estamos, nosotros, más lejos del sol en verano que en invierno. Hace más frío sobre la cima del Mont Blanc que en su base. Le remito, por otra parte, a la teoría mecánica del calor de Helmotz y de Schiaparelli. El calor del Sol depende principalmente de la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera. He aquí por qué: el poder absorbente de una molécula de vapor de agua es dieciséis veces superior a la de una molécula de aire seco, así que el vapor de agua es nuestra fuente de calor; y Marte, teniendo menos nubes, debe de ser al mismo tiempo mucho más caluroso y mucho más frío que la Tierra.

—No lo pongo en duda.

—Muy bien. Ahora, señor, escúcheme con atención. Se lo ruego.

—Es lo que estoy haciendo, señor.

—¿Ha oído usted hablar de los famosos canales descubiertos en 1884 por Schiaparelli?

—Muy poco.

—¡Cómo es posible! Sepa, pues, que en 1884, Marte, encontrándose en oposición y separada de nosotros solo por una distancia de veinticuatro millones de leguas, Schiaparelli, uno de los más eminentes astrónomos de nuestro siglo y uno de los observadores más fiables, descubrió de repente una gran cantidad de líneas negras rectas o quebradas siguiendo formas geométricas constantes, y que unían, a través de los continentes, los mares de Marte! Sí, sí, señor, canales rectilíneos, canales geométricos, de una igual anchura durante todo el recorrido, canales construidos por seres! Sí, señor, la prueba de que Marte está habitado, que allí hay vida, que allí se piensa, que allí se trabaja, que nos observan. ¿Comprende usted? ¿Comprende?

Veinte años más tarde, durante la siguiente alineación volvimos a ver esos canales, más numerosos, sí, señor. Y son gigantescos, su anchura no tiene menos de cien kilómetros.

Yo sonreí respondiendo:

—Cien kilómetros de anchura. Han sido necesarios obreros muy rudos para excavarlos.

—¡Oh señor! ¿Qué dice? ¡Usted ignora que este trabajo es infinitamente más fácil en Marte que en la Tierra puesto que la densidad de sus materiales constitutivos no sobrepasa la sexagésima novena parte de los nuestros! La intensidad de la gravedad allí alcanza a penas la trigésimo séptima parte de la nuestra. ¡Un kilogramo de agua solo pesa 370 gramos!

Me lanzaba estas cifras con tal seguridad, con la confianza típica de comerciante que sabe el valor de un número, que no pude impedir reírme y tenía ganas de preguntarle lo que pesan, en Marte, el azúcar y la mantequilla.

Movió la cabeza.

—Usted se ríe, señor, me toma por estúpido después de tomarme por loco. Pero las cifras que le cito son las que usted encontrará en todas las obras especializadas de astronomía. El diámetro de Marte es casi la mitad más pequeño que el nuestro; su superficie no es más que la veintiseisava centésima parte de la del globo terráqueo; su volumen es seis veces y media más pequeño que el de la Tierra y la velocidad de sus dos satélites prueba que pesa diez veces menos que nosotros. Ahora bien, señor, la intensidad de la fuerza de gravedad, dependiente de la masa y del volumen, es decir, del peso y de la distancia de la superficie al centro, de ello se deduce, indudablemente, un estado de levedad sobre este planeta que convierte la vida en algo diferente, regula de forma desconocida para nosotros las acciones mecánicas y debe de hacer predominar las especies aladas. Sí, señor, el ser Rey de Marte tiene alas.

Vuela, pasa de un continente a otro, se pasea, como un espíritu, alrededor de su universo al cual le ata sin embargo la atmósfera que no puede franquear, aunque...

En fin, señor, ¿se imagina este planeta cubierto de plantas, de árboles y de animales cuyas formas no podemos ni sospechar y habitado por grandes seres alados semejantes a como nos han descrito a los ángeles? Yo los veo revoloteando por encima de las llanuras y de las ciudades en el aire dorado que tienen allá. Ya que, por otra parte, creíamos que la atmósfera de Marte era roja como la nuestra azul, pero es amarilla, señor, de un hermoso amarillo dorado.

¿Se asombra usted ahora de que esas criaturas hayan podido excavar anchos canales de cien kilómetros? Y además, piense únicamente en lo que la ciencia ha hecho aquí desde hace un siglo...desde hace un siglo...y piense que los habitantes de Marte son tal vez superiores a nosotros...

Se calló bruscamente, bajó los ojos, y después murmuró con voz suave:

—Ahora es cuando usted va a tomarme por loco...cuando le diga que yo estuve a punto de verlos...yo...la otra tarde. Usted sabe, o no sabe, que estamos en la estación de las estrellas fugaces. Durante la noche del 18 al 19 principalmente, se ven todos los años en cantidades innumbrables; es probable que nosotros pasemos en ese momento a través de los restos de un cometa.

Así que, yo estaba sentado sobre la Mane-Porte, sobre ese enorme saliente del acantilado que se mete un paso sobre el mar y miraba esa lluvia de pequeños mundos sobre mi cabeza. Es más divertido y más hermoso que unos fuegos de artificio, señor. De repente, percibí uno por encima de mí, muy cerca, un globo luminoso, transparente, rodeado de alas inmensas y palpitantes o al menos yo creí ver unas alas en medio de las tinieblas de la noche. Hacía tirabuzones como un pájaro herido, giraba sobre sí mismo con un enorme ruido misterioso, parecía que estaba jadeando, muriendo, perdido. Pasó delante de mí. Parecía un monstruoso balón de cristal, lleno de seres enloquecidos, apenas claros, pero agitados como la tripulación de un navío en peligro que ya no se gobierna y navega de ola en ola. Y el curioso globo, habiendo descrito una inmensa curva, fue a desplomarse a lo lejos en medio del mar, donde escuché su profunda caída parecida al ruido de un disparo de cañón.

Todo el mundo, por otra parte, en el país, escuchó este choque formidable que tomaron por un trueno. Solo yo le vi...yo vi...si hubieran caído sobre la costa cerca de mí, habríamos conocido a los habitantes de Marte. No diga ni una palabra, señor, piense, piense largo tiempo y después cuéntelo un día si usted quiere. Sí, yo vi...yo vi...el primer navío aéreo, el primer navío sideral lanzado al infinito por unos seres pensantes...a menos que yo no haya más que asistido simplemente a la muerte de una estrella fugaz capturada por la Tierra. Ya que, usted no ignora, señor, que los planetas cazan a los mundos errantes del espacio como nosotros aquí perseguimos a los

vagabundos. La Tierra, que es ligera y débil, no puede detener en su camino más que a los pequeños transeúntes de la inmensidad.

Se levantó, exaltado, delirante, abriendo los brazos para simular la marcha de los astros.

—Los cometas, señor, que vagabundean por las fronteras de la gran nebulosa, de los cuales nosotros somos condensaciones, los cometas, pájaros libres y luminosos, vienen hacia el Sol de las profundidades del infinito. Vienen arrastrando su cola inmensa de luz hacia el astro rey; vienen, aceleran tanto su excéntrico curso que no pueden reunirse con quien les llama; solamente después de haberlo rozado, son relanzados al espacio por la velocidad misma de su caída..

Pero si, en el curso de su viaje prodigioso, han pasado cerca de un poderoso planeta, si han sentido, desviados de su ruta, su influencia irresistible, vuelven entonces a este nuevo amo que los mantiene, en lo sucesivo, cautivos. Su parábola ilimitada se transforma en una curva cerrada y es así como nosotros podemos calcular el regreso periódico de los cometas. Júpiter tiene ocho cautivos. Saturno uno, Neptuno también uno, y su planeta exterior igualmente uno, además de una armada de estrellas fugaces...Entonces...entonces..puede que yo haya visto solamente a la Tierra detener a un pequeño mundo errante...

Adiós señor, no me responda nada, reflexione, reflexione y cuente todo esto un día si usted quiere....

Eso es todo. Este chiflado no me pareció tan tonto como un simple rentista.

*Paris-Nöel, 31 del diciembre de 1886*



## *El Horla (I)*

---

*Le horla*

8 de mayo

¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo. Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre. A lo lejos y a la izquierda, está Ruán, la vasta ciudad de techos azules, con sus numerosas y agudas torres góticas, delicadas o macizas, dominadas por la flecha de hierro de su catedral, y pobladas de campanas que tañen en el aire azul de las mañanas hermosas enviándome su suave y lejano murmullo de hierro, su canto de bronce que me llega con mayor o menor intensidad según que la brisa aumente o disminuya. ¡Qué hermosa mañana!

A eso de las once pasó frente a mi ventana un largo convoy de navíos arrastrados por un remolcador grande como una mosca, que jadeaba de fatiga lanzando por su chimenea un humo espeso. Después, pasaron dos goletas inglesas, cuyas rojas banderas flameaban sobre el fondo del cielo, y un soberbio bergantín brasileño, blanco y admirablemente limpio y reluciente. Saludé su paso sin saber por qué, pues sentí placer al contemplarlo.

11 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste. ¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que trasforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón. ¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua. . . con nuestros oídos que nos engañan, trasformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que transforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino.

¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo

Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo

Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo

¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo. . . ¿de qué?. . . Hasta ahora nunca sentía temor por nada. . . abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila. Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo. . . lo comprendo y lo sé. . . y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme. Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo! Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo. Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

2 de junio

Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro y las duchas no me producen ningún efecto. Para fatigarme más, a pesar de que ya me sentía cansado, fui a dar un paseo por el bosque de Roumare. En un principio, me pareció que el aire suave, ligero y fresco, lleno de aromas de hierbas y hojas vertía una sangre nueva en mis venas y nuevas energías en mi corazón. Caminé por una gran avenida de caza y después por una estrecha alameda, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que formaban un techo verde y espeso, casi negro, entre el cielo y yo. De pronto sentí un

estremecimiento, no de frío sino un extraño temblor angustioso. Apresuré el paso, inquieto por hallarme solo en ese bosque, atemorizado sin razón por el profundo silencio. De improviso, me pareció que me seguían, que alguien marchaba detrás de mí, muy cerca, muy cerca, casi pisándome los talones. Me volví hacia atrás con brusquedad. Estaba solo. Únicamente vi detrás de mí el resto y amplio sendero, vacío, alto, pavorosamente vacío; y del otro lado se extendía también hasta perderse de vista de modo igualmente solitario y atemorizante.

Cerré los ojos, ¿por qué? Y me puse a girar sobre un pie como un trompo. Estuve a punto de caer; abrí los ojos: los árboles bailaban, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Después ya no supe por dónde había llegado hasta allí. ¡Qué extraño! Ya no recordaba nada. Tomé hacia la derecha, y llegué a la avenida que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio

He pasado una noche horrible. Voy a irme de aquí por algunas semanas. Un viaje breve sin duda me tranquilizará.

2 de julio

Regreso restablecido. El viaje ha sido delicioso. Visité el monte Saint-Michel que no conocía. ¡Qué hermosa visión se tiene al llegar a Avranches, como llegué yo al caer la tarde! La ciudad se halla sobre una colina. Cuando me llevaron al jardín botánico, situado en un extremo de la población, no pude evitar un grito de admiración. Una extensa bahía se extendía ante mis ojos hasta el horizonte, entre dos costas lejanas que se esfumaban en medio de la bruma, y en el centro de esa inmensa bahía, bajo un dorado cielo despejado, se elevaba un monte extraño, sombrío y puntiagudo en las arenas de la playa. El sol acababa de ocultarse, y en el horizonte aún rojizo se recortaba el perfil de ese fantástico acantilado que lleva en su cima un fantástico monumento.

Al amanecer me dirigí hacia allí. El mar estaba bajo como la tarde anterior y a medida que me acercaba veía elevarse gradualmente a la sorprendente abadía. Luego de varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedra en cuya cima se halla la pequeña población dominada por la gran iglesia. Después de subir por la calle estrecha y empinada, penetré en la más admirable morada gótica construida por Dios en la tierra, vasta como una ciudad, con numerosos recintos de techo bajo, como aplastados por bóvedas y galerías superiores sostenidas por frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos torreones, a los cuales se sube por intrincadas escaleras, que destacan en el cielo azul del día y negro de la noche sus extrañas cúpulas erizadas de quimeras, diablos, animales fantásticos y flores monstruosas, unidas entre sí por finos arcos labrados.

Cuando llegué a la cumbre, dije al monje que me acompañaba:

—¡Qué bien se debe estar aquí, padre!

—Es un lugar muy ventoso, señor —me respondió. Y nos pusimos a conversar mientras mirábamos subir el mar, que avanzaba sobre la playa y parecía cubrirla con una coraza de acero.

El monje me refirió historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, muchas leyendas. Una de ellas me impresionó mucho. Los nacidos en el monte aseguran que de noche se oyen voces en la playa y después se perciben los balidos de dos cabras, una de voz fuerte y la otra de voz débil. Los incrédulos afirman que son los graznidos de las aves marinas que se asemejan a balidos o a quejas humanas, pero los pescadores rezagados juran haber encontrado merodeando por las dunas, entre dos mareas y alrededor de la pequeña población tan alejada del mundo, a un viejo pastor cuya cabeza nunca pudieron ver por llevarla cubierta con su capa, y delante de él marchan un macho cabrío con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer; ambos tienen largos

cabellos blancos y hablan sin cesar: discuten en una lengua desconocida, interrumpiéndose de pronto para balar con todas sus fuerzas.

—¿Cree usted en eso?—pregunté al monje.

—No sé —me contestó.

Yo proseguí:

—Si existieran en la tierra otros seres diferentes de nosotros, los conoceríamos desde hace mucho tiempo; ¿cómo es posible que no los hayamos visto usted ni yo?

—¿Acaso vemos —me respondió— la cienmilésima parte de lo que existe? Observe por ejemplo el viento, que es la fuerza más poderosa de la naturaleza; el viento, que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y que arroja contra ellos a las grandes naves, el viento que mata, silba, gime y ruge, ¿acaso lo ha visto alguna vez? ¿Acaso lo puede ver? Y sin embargo existe.

Ante este sencillo razonamiento opté por callarme. Este hombre podía ser un sabio o tal vez un tonto. No podía afirmarlo con certeza, pero me llamé a silencio. Con mucha frecuencia había pensado en lo que me dijo.

3 de julio

Dormí mal; evidentemente, hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Ayer, al regresar, observé su extraña palidez. Le pregunté:

—¿Qué tiene, Jean?

—Ya no puedo descansar; mis noches desgastan mis días. Desde la partida del señor parece que padezco una especie de hechizo.

Los demás criados están bien, pero temo que me vuelvan las crisis.

4 de julio

Decididamente, las crisis vuelven a empezar. Vuelvo a tener las mismas pesadillas. Anoche sentí que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca sobre la mía, bebía mi vida. Sí, la bebía con la misma avidez que una sanguijuela. Luego se incorporó saciado, y yo me desperté tan extenuado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si eso se prolonga durante algunos días volveré a ausentarme.

5 de julio

¿He perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que cuando pienso en ello pierdo la cabeza!

Había cerrado la puerta con llave, como todas las noches, y luego sentí sed, bebí medio vaso de agua y observé distraídamente que la botella estaba llena. Me acosté en seguida y caí en uno de mis espantosos sueños del cual pude salir cerca de dos horas después con una sacudida más horrible aún. Imagínense ustedes un hombre que es asesinado mientras duerme, que despierta con un cuchillo clavado en el pecho, jadeante y cubierto de sangre, que no puede respirar y que muere sin comprender lo que ha sucedido.

Después de recobrar la razón, sentí nuevamente sed; encendí una bujía y me dirigí hacia la mesa donde había dejado la botella. La levanté inclinándola sobre el vaso, pero no había una gota de agua. Estaba vacía, ¡completamente vacía! Al principio no comprendí nada, pero de pronto sentí una emoción tan atroz que tuve que sentarme o, mejor dicho, me desplomé sobre una silla. Luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor. Después volví a sentarme delante del cristal trasparente, lleno de asombro y terror. Lo observaba con la mirada fija, tratando de imaginarme lo que había pasado. Mis manos temblaban. ¿Quién se había bebido el agua? Yo, yo sin duda. ¿Quién podía haber sido sino yo? Entonces... yo era sonámbulo, y vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace pensar que hay en nosotros dos seres, o que a veces un ser

extraño, desconocido e invisible ánima, mientras dormimos, nuestro cuerpo cautivo que le obedece como a nosotros y más que a nosotros.

¡Ah! ¿Quién podrá comprender mi abominable angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de un hombre mentalmente sano, perfectamente despierto y en uso de razón al contemplar espantado una botella que se ha vaciado mientras dormía? Y así permanecí hasta el amanecer sin atreverme a volver a la cama.

6 de julio

Pierdo la razón. ¡Anoche también bebieron el agua de la botella, o tal vez la bebí yo!

10 de julio

Acabo de hacer sorprendentes comprobaciones. ¡Decididamente estoy loco! Y sin embargo... El 6 de julio, antes de acostarme puse sobre la mesa vino, leche, agua, pan y fresas. Han bebido —o he bebido— toda el agua y un poco de leche. No han tocado el vino, ni el pan ni las fresas. El 7 de julio he repetido la prueba con idénticos resultados. El 8 de julio suprimí el agua y la leche, y no han tocado nada. Por último, el 9 de julio puse sobre la mesa solamente el agua y la leche, teniendo especial cuidado de envolver las botellas con lienzos de muselina blanca y de atar los taponos. Luego me froté con grafito los labios, la barba y las manos y me acosté.

Un sueño irresistible se apoderó de mí, seguido poco después por el atroz despertar. No me había movido; ni siquiera mis sábanas estaban manchadas. Corrí hacia la mesa. Los lienzos que envolvían las botellas seguían limpios e inmaculados. Desaté los taponos, palpitante de emoción. ¡Se habían bebido toda el agua y toda la leche! ¡Ah! ¡Dios mío!...

Partiré inmediatamente hacia París.

12 de julio

París. Estos últimos días había perdido la cabeza. Tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación, salvo que yo sea realmente sonámbulo o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora inexplicables, que se llaman sugerencias. De todos modos, mi extravío rayaba en la demencia, y han bastado veinticuatro horas en París para recobrar la cordura. Ayer, después de paseos y visitas, que me han renovado y vivificado el alma, terminé el día en el Théâtre-Français. Representábase una pieza de Alejandro Dumas hijo. Este autor vivaz y pujante ha terminado de curarme. Es evidente que la soledad resulta peligrosa para las mentes que piensan demasiado. Necesitamos ver a nuestro alrededor a hombres que piensen y hablen. Cuando permanecemos solos durante mucho tiempo, poblamos de fantasmas el vacío.

Regresé muy contento al hotel, caminando por el centro. Al codearme con la multitud, pensé, no sin ironía, en mis terrores y suposiciones de la semana pasada, pues creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un hecho incomprensible.

En lugar de concluir con estas simples palabras: "Yo no comprendo porque no puedo explicarme las causas", nos imaginamos en seguida impresionantes misterios y poderes sobrenaturales.

14 de julio

Fiesta de la República. He paseado por las calles. Los cohetes y banderas me divirtieron como a un niño. Sin embargo, me parece una tontería ponerse contento un día determinado por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño de imbéciles, a veces tonto y paciente, y otras, feroz y rebelde. Se le dice: "Diviértete". Y se divierte. Se le dice: "Ve a combatir con tu vecino". Y va a combatir. Se le dice: "Vota por el

emperador". Y vota por el emperador. Después: "Vota por la República". Y vota por la República.

Los que lo dirigen son igualmente tontos, pero en lugar de obedecer a hombres se atienen a principios, que por lo mismo que son principios sólo pueden ser necios, estériles y falsos, es decir, ideas consideradas ciertas e inmutables, tan luego en este mundo donde nada es seguro y donde la luz y el sonido son ilusorios.

16 de julio

Ayer he visto cosas que me preocuparon mucho. Cené en casa de mi prima, la señora Sablé, casada con el jefe del regimiento 76 de cazadores de Limoges. Conocí allí a dos señoras jóvenes, casada una de ellas con el doctor Parent que se dedica intensamente al estudio de las enfermedades nerviosas y de los fenómenos extraordinarios que hoy dan origen a las experiencias sobre hipnotismo y sugestión.

Nos refirió detalladamente los prodigiosos resultados obtenidos por los sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy. Los hechos que expuso me parecieron tan extraños que manifesté mi incredulidad.

—Estamos a punto de descubrir uno de los más importantes secretos de la naturaleza —decía el doctor Parent—, es decir, uno de sus más importantes secretos aquí en la tierra, puesto que hay evidentemente otros secretos importantes en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que aprendió a expresar y a escribir su pensamiento, se siente tocado por un misterio impenetrable para sus sentidos groseros e imperfectos, y trata de suplir la impotencia de dichos sentidos mediante el esfuerzo de su inteligencia. Cuando la inteligencia permanecía aún en un estado rudimentario, la obsesión de los fenómenos invisibles adquiría formas comúnmente terroríficas. De ahí las creencias populares en lo sobrenatural. Las leyendas de las almas en pena, las hadas, los gnomos y los aparecidos; me atrevería a mencionar incluso la leyenda de Dios, pues nuestras concepciones del artífice creador de cualquier religión son las invenciones más mediocres, estúpidas e inaceptables que pueden salir de la mente atemorizada de los hombres. Nada es más cierto que este pensamiento de Voltaire: "Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza pero el hombre también ha procedido así con él". Pero desde hace algo más de un siglo, parece percibirse algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos señalan un nuevo camino y, efectivamente, sobre todo desde hace cuatro o cinco años, se han obtenido sorprendentes resultados.

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo:

—¿Quiere que la hipnotice, señora?

—Sí; me parece bien.

Ella se sentó en un sillón y él comenzó a mirarla fijamente. De improviso, me dominó la turbación, mi corazón latía con fuerza y sentía una opresión en la garganta. Veía cerrarse pesadamente los ojos de la señora Sablé, y su boca se crispaba y parecía jadear. Al cabo de diez minutos dormía.

—Póngase detrás de ella —me dijo el médico.

Obedecí su indicación, y él colocó en las manos de mi prima una tarjeta de visita al tiempo que le decía: "Esto es un espejo; ¿qué ve en él?"

—Veo a mi primo —respondió.

—¿Qué hace?

—Se atusa el bigote.

—¿Y ahora?

—Saca una fotografía del bolsillo.

—¿Quién aparece en la fotografía?

—Él, mi primo.

¡Era cierto! Esa misma tarde me habían entregado esa fotografía en el hotel.

—¿Cómo aparece en ese retrato?

—Se halla de pie, con el sombrero en la mano.

Evidentemente, veía en esa tarjeta de cartulina lo que hubiera visto en un espejo.

Las damas decían espantadas: "¡Basta! ¡Basta, por favor!" Pero el médico ordenó: "Usted se levantará mañana a las ocho; luego irá a ver a su primo al hotel donde se aloja, y le pedirá que le preste los cinco mil francos que le pide su esposo y que le reclamará cuando regrese de su próximo viaje". Luego la despertó.

Mientras regresaba al hotel pensé en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la insospechable, la total buena fe de mi prima a quien conocía desde la infancia como a una hermana, sino sobre la seriedad del médico. ¿No escondería en su mano un espejo que mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que la tarjeta? Los prestidigitadores profesionales hacen cosas semejantes.

No bien regresé me acosté. Pero a las ocho y media de la mañana me despertó mi mucamo y me dijo:

—La señora Sablé quiere hablar inmediatamente con el señor.

Me vestí de prisa y la hice pasar. Sentóse muy turbada y me dijo sin levantar la mirada ni quitarse el velo:

—Querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata, prima?

—Me cuesta mucho decirlo, pero no tengo más remedio. Necesito urgentemente cinco mil francos.

—Pero cómo, ¿tan luego usted?

—Sí, yo, o mejor dicho mi esposo, que me ha encargado conseguirlos.

Me quedé tan asombrado que apenas podía balbucear mis respuestas. Pensaba que ella y el doctor Parent se estaba burlando de mí, y que eso podía ser una mera farsa preparada de antemano y representada a la perfección. Pero todas mis dudas se disiparon cuando la observé con atención. Temblaba de angustia. Evidentemente esta gestión le resultaba muy penosa y advertí que apenas podía reprimir el llanto.

Sabía que era muy rica y le dije:

—¿Cómo es posible que su esposo no disponga de cinco mil francos? — Reflexioné—. ¿Está segura de que le ha encargado pedírmelos a mí?

Vaciló durante algunos segundos como si le costara mucho recordar, y luego respondió:

—Sí... sí... estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Vaciló otra vez y volvió a pensar. Advertí el penoso esfuerzo de su mente. No sabía. Sólo recordaba que debía pedirme ese préstamo para su esposo. Por consiguiente, se decidió a mentir.

—Sí, me escribió.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo nada.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Puede enseñármela?

—No, no... contenía cosas íntimas... demasiado personales... y la he... la he quemado.

—Así que su marido tiene deudas.

Vaciló una vez más y luego murmuró:

—No lo sé.

Bruscamente le dije:

—Pero en este momento, querida prima, no dispongo de cinco mil francos.

Dio una especie de grito de desesperación:

—¡Ay! ¡Por favor! Se lo ruego! Trate de conseguirlos . . .

Exaltada, unía sus manos como si se tratara de un ruego. Su voz cambió de tono; lloraba murmurando cosas ininteligibles, molesta y dominada por la orden irresistible que había recibido.

—¡Ay! Le suplico... si supiera cómo sufro... los necesito para hoy. Sentí piedad por ella.

—Los tendrá de cualquier manera. Se lo prometo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! ¡Qué bondadoso es usted!

—¿Recuerda lo que pasó anoche en su casa?—le pregunté entonces.

—Sí.

—¿Recuerda que el doctor Parent la hipnotizó?

—Sí..

—Pues bien, fue él quien le ordenó venir esta mañana a pedirme cinco mil francos, y en este momento usted obedece a su sugestión.

Reflexionó durante algunos instantes y luego respondió:

—Pero es mi esposo quien me los pide —durante una hora traté infructuosamente de convencerla. Cuando se fue, corrí a casa del doctor Parent. Me dijo:

—¿Se ha convencido ahora?

—Sí, no hay más remedio que creer.

—Vamos a ver a su prima.

Cuando llegamos dormitaba en un sofá, rendida por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró durante algún tiempo con una mano extendida hacia sus ojos que la joven cerró debido al influjo irresistible del poder magnético.

Cuando se durmió, el doctor Parent le dijo:

—¡Su esposo no necesita los cinco mil francos! Por lo tanto, usted debe olvidar que ha rogado a su primo para que se los preste, y si le habla de eso, usted no comprenderá. Luego le despertó. Entonces saqué mi billetera.

—Aquí tiene, querida prima. Lo que me pidió esta mañana .

Se mostró tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté, sin embargo, de refrescar su memoria, pero negó todo enfáticamente, creyendo que me burlaba, y poco faltó para que se enojase.

Acabo de regresar. La experiencia me ha impresionado tanto que no he podido almorzar.

19 de julio

Muchas personas a quienes he referido esta aventura se han reído de mí. Ya no sé qué pensar. El sabio dijo: "Quizá".

21 de julio

Cené en Bougival y después estuve en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo del desatino... pero ¿no es así en la cima del monte Saint-Michel, y en la India? Sufrimos la influencia de lo que nos rodea. Regresaré a casa la semana próxima.

30 de julio

Ayer he regresado a casa. Todo está bien.

2 de agosto

No hay novedades. Hace un tiempo espléndido. Paso los días mirando correr el Sena.

4 de agosto

Hay problemas entre mis criados. Aseguran que alguien rompe los vasos en los armarios por la noche. El mucamo acusa a la cocinera y ésta a la lavandera quien a su vez acusa a los dos primeros. ¿Quién es el culpable? El tiempo lo dirá.



6 de agosto

Esta vez no estoy loco. Lo he visto... ¡lo he visto! Ya no tengo la menor duda. . . ¡lo he visto! Aún siento frío hasta en las uñas. . . el miedo me penetra hasta la médula... ¡Lo he visto!...

A las dos de la tarde me paseaba a pleno sol por mi rosal; caminaba por el sendero de rosales de otoño que comienzan a florecer. Me detuve a observar un hermoso ejemplar de géant des batailles, que tenía tres flores magníficas, y vi entonces con toda claridad cerca de mí que el tallo de una de las rosas se doblaba como movido por una mano invisible: ¡luego, vi que se quebraba como si la misma mano lo cortase! Luego la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca y permaneció suspendida en el aire trasparente, muy sola e inmóvil, como una pavorosa mancha a tres pasos de mí. Azorado, me arrojé sobre ella para tomarla. Pero no pude hacerlo: había desaparecido. Sentí entonces rabia contra mí mismo, pues no es posible que una persona razonable tenga semejantes alucinaciones . Pero, ¿tratábase realmente de una alucinación? Volví hacia el rosal para buscar el tallo cortado e inmediatamente lo encontré, recién cortado, entre las dos rosas que permanecían en la rama. Regresé entonces a casa con la mente alterada; en efecto, ahora estoy convencido, seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de lugar; dotado, por consiguiente, de un cuerpo material aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa como yo...

7 de agosto

Dormí tranquilamente. Se ha bebido el agua de la botella pero no perturbó mi sueño. Me pregunto si estoy loco. Cuando a veces me paseo a pleno sol, a lo largo de la costa, he dudado de mi razón; no son ya dudas inciertas como las que he tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos. He conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos y sagaces en todas las cosas de la vida menos en un punto. Hablaban de todo con claridad, facilidad y profundidad, pero de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de la locura y se hacía pedazos, volaba en fragmentos y se hundía en ese océano siniestro y furioso, lleno de olas fragorosas, brumosas y borrascosas que se llama "demencia ".

Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo sólo sería un alucinado que razona. Se habría producido en mi mente uno de esos trastornos que hoy tratan de estudiar y precisar los fisiólogos modernos, y dicho trastorno habría provocado en mí una profunda ruptura en lo referente al orden y a la lógica de las ideas. Fenómenos semejantes se producen en el sueño, que nos muestra las fantasmagorías más inverosímiles sin que ello nos sorprenda, porque mientras duerme el aparato verificador, el sentido del control, la facultad imaginativa vigila y trabaja. ¿Acaso ha dejado de funcionar en mí una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral? Hay hombres que a raíz de accidentes pierden la memoria de los nombres propios, de las cifras o solamente de las fechas. Hoy se ha comprobado la localización de todas las partes del pensamiento. No puede sorprender entonces que en este momento se haya disminuido mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones.

Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad constituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos. Sin embargo, paulatinamente me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiéndome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás.

Sentí ese doloroso deseo de volver que nos oprime cuando hemos dejado en nuestra casa a un enfermo querido y presentimos una agravación del mal.

Regresé entonces, a pesar mío, convencido de que encontraría en casa una mala noticia, una carta o un telegrama. Nada de eso había, y me quedé más sorprendido e inquieto aún que si hubiese tenido una nueva visión fantástica.

8 de agosto

Pasé una noche horrible. Él no ha aparecido más, pero lo siento cerca de mí. Me espía, me mira, se introduce en mí y me domina. Así me resulta más temible, pues al ocultarse de este modo parece manifestar su presencia invisible y constante mediante fenómenos sobrenaturales. Sin embargo he podido dormir.

9 de agosto

Nada ha sucedido. pero tengo miedo.

10 de agosto

Nada: ¿qué sucederá mañana?

11 de agosto

Nada, siempre nada; no puedo quedarme aquí con este miedo y estos pensamientos que dominan mi mente; me voy.

12 de agosto, 10 de la noche

Durante todo el día he tratado de partir, pero no he podido. He intentado realizar ese acto tan fácil y sencillo —salir, subir en mi coche para dirigirme a Ruán— y no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto

Cuando nos atacan ciertas enfermedades nuestros mecanismos físicos parecen fallar. Sentimos que nos faltan las energías y que todos nuestros músculos se relajan; los huesos parecen tan blandos como la carne y la carne tan líquida como el agua. Todo eso repercute en mi espíritu de manera extraña y desoladora. Carezco de fuerzas y de valor; no puedo dominarme y ni siquiera puedo hacer intervenir mi voluntad. Ya no tengo iniciativa; pero alguien lo hace por mí, y yo obedezco.

14 de agosto

¡Estoy perdido! ¡Alguien domina mi alma y la dirige! Alguien ordena todos mis actos, mis movimientos y mis pensamientos. Ya no soy nada en mí; no soy más que un espectador prisionero y aterrorizado por todas las cosas que realizo. Quiero salir y no puedo. Él no quiere y tengo que quedarme, azorado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a sentarme. Sólo deseo levantarme, incorporarme para sentirme todavía dueño de mí. ¡Pero no puedo! Estoy clavado en mi asiento, y mi sillón se adhiere al suelo de tal modo que no habría fuerza capaz de movernos.

De pronto, siento la irresistible necesidad de ir al huerto a cortar fresas y comerlas. Y voy. Corto fresas y las como. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror!

15 de agosto

Evidentemente, así estaba poseída y dominada mi prima cuando fue a pedirme cinco mil francos. Obedecía a un poder extraño que había penetrado en ella como otra alma, como un alma parásita y dominadora. ¿Es acaso el fin del mundo? Pero, ¿quién es el ser invisible que me domina? ¿Quién es ese desconocido, ese merodeador de una raza sobrenatural?

Por consiguiente, ¡los invisibles existen! ¿Pero cómo es posible que aún no se hayan manifestado desde el origen del mundo en una forma tan evidente como se manifiestan en mí? Nunca leí nada que se asemejara a lo que ha sucedido en mi casa. Si pudiera abandonarla, irme, huir y no regresar más, me salvaría, pero no puedo.

16 de agosto

Hoy pude escaparme durante dos horas, como un preso que encuentra casualmente abierta la puerta de su calabozo. De pronto, sentí que yo estaba libre y que él se hallaba lejos. Ordené uncir los caballos rápidamente y me dirigí a Ruán. Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: "¡Vamos a Ruán!"

Hice detener la marcha frente a la biblioteca donde solicité en préstamo el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Después, cuando me disponía a subir a mi coche, quise decir: "¡A la estación!" —no dije, grité con una voz tan fuerte que llamó la atención de los transeúntes: "A casa", y caí pesadamente, loco de angustia, en el asiento. Él me había encontrado y volvía a posesionarse de mí.

17 de agosto

¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo me parece que debería alegrarme. Leí hasta la una de la madrugada. Hermann Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean alrededor del hombre o han sido soñados por él. Describe sus orígenes, sus dominios y sus poderes. Pero ninguno de ellos se parece al que me domina. Se diría que el hombre, desde que pudo pensar, presintió y temió la presencia de un ser nuevo más fuerte que él —su sucesor en el mundo— y que como no pudo prever la naturaleza de este amo, creó, en medio de su terror, todo ese mundo fantástico de seres ocultos y de fantasmas misteriosos surgidos del miedo. Después de leer hasta la una de la madrugada, me senté junto a mi ventana abierta para refrescarme la cabeza y el pensamiento con la apacible brisa de la noche.

Era una noche hermosa y tibia, que en otra ocasión me hubiera gustado mucho. No había luna. Las estrellas brillaban en las profundidades del cielo con estremecedores destellos. ¿Quién vive en aquellos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivientes, animales o plantas, existirán allí? Los seres pensantes de esos universos, ¿serán más sabios y más poderosos que nosotros? ¿Conocerán lo que nosotros ignoramos? Tal vez cualquiera de estos días uno de ellos atravesará el espacio y llegará a la tierra para conquistarla, así como antiguamente los normandos sometían a los pueblos más débiles. Somos tan indefensos, inermes, ignorantes y pequeños, sobre este trozo de lodo que gira disuelto en una gota de agua.

Pensando en eso, me adormecí en medio del fresco viento de la noche. Pero después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. En un principio no vi nada, pero de pronto me pareció que una de las páginas del libro que había dejado abierto sobre la mesa acababa de darse vuelta sola. No entraba ninguna corriente de aire por la ventana. Esperé, sorprendido. Al cabo de cuatro minutos, vi, sí, vi con mis propios ojos, que una nueva página se levantaba y caía sobre la otra, como movida por un dedo. Mi sillón estaba vacío, aparentemente estaba vacío, pero comprendí que él estaba leyendo allí, sentado en mi lugar. ¡Con un furioso salto, un salto de fiera irritada que se rebela contra el domador, atravesé la habitación para atraparlo, estrangularlo y matarlo! Pero antes de que llegara, el sillón cayó delante de mí como si él hubiera huido. . . la mesa osciló, la lámpara rodó por el suelo y se apagó, y la ventana se cerró como si un malhechor sorprendido hubiese escapado por la oscuridad, tomando con ambas manos los batientes. Había escapado; había sentido miedo, ¡miedo de mí!

Entonces, mañana. . . pasado mañana o cualquiera de estos... podré tenerlo bajo mis puños y aplastarlo contra el suelo. ¿Acaso a veces los perros no muerden y degüellan a sus amos?

18 de agosto

He pensado durante todo el día. ¡Oh!, sí, voy a obedecerle, seguiré sus impulsos, cumpliré sus deseos, seré humilde, sumiso y cobarde. Él es más fuerte. Hasta que llegue el momento...

19 de agosto

¡Ya sé. . . ya sé todo! Acabo de leer lo que sigue en la Revista del Mundo Científico: "Nos llega una noticia muy curiosa de Río de Janeiro. Una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que asolaron a los pueblos europeos en la Edad Media, se ha producido en el Estado de San Pablo. Los habitantes despavoridos abandonan sus casas y huyen de los pueblos, dejan sus cultivos, creyéndose poseídos y dominados, como un rebaño humano, por seres invisibles aunque tangibles, por especies de vampiros que se alimentan de sus vidas mientras los habitantes duermen, y que además beben agua y leche sin apetecerles aparentemente ningún otro alimento.

"El profesor don Pedro Henríquez, en compañía de varios médicos eminentes, ha partido para el Estado de San Pablo, a fin de estudiar sobre el terreno el origen y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y poder aconsejar al Emperador las medidas que juzgue convenientes para apaciguar a los delirantes pobladores."

¡Ah! ¡Ahora recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó frente a mis ventanas remontando el Sena, el 8 de mayo último! Me pareció tan hermoso, blanco y alegre. Allí estaba él que venía de lejos, ¡del lugar de donde es originaria su raza! ¡Y me vio! Vio también mi blanca vivienda, y saltó del navío a la costa. ¡Oh Dios mío!

Ahora ya lo sé y lo presiento: el reinado del hombre ha terminado. Ha venido aquél que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos. Aquél que exorcizaban los sacerdotes inquietos y que invocaban los brujos en las noches oscuras, aunque sin verlo todavía. Aquél a quien los presentimientos de los transitorios dueños del mundo adjudicaban formas monstruosas o graciosas de gnomos, espíritus, genios, hadas y duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces han presentado con mayor claridad. Mesmer lo sospechaba, y hace ya diez años que los médicos han descubierto la naturaleza de su poder de manera precisa, antes de que él mismo pudiera ejercerlo. Han jugado con el arma del nuevo Señor, con una facultad misteriosa sobre el alma humana. La han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión. . . ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama?... el... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... el... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado!...

¡Ah! El buitre se ha comido la paloma, el lobo ha devorado el cordero; el león ha devorado el búfalo de agudos cuernos: el hombre ha dado muerte al león con la flecha, el puñal y la pólvora, pero el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y el buey: lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Desgraciados de nosotros! No obstante, a veces el animal se rebela y mata a quien lo domestica... yo también quiero... yo podría hacer lo mismo... pero primero hay que conocerlo, tocarlo y verlo. Los sabios afirman que los ojos de los animales no distinguen las mismas cosas que los nuestros. . . Y mis ojos no pueden distinguir al recién llegado que me oprime. ¿Por qué? ¡Oh! Recuerdo ahora las palabras del monje del monte Saint-Michel: "¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Observe, por ejemplo, el viento que es la fuerza más poderosa de la naturaleza, el viento que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles, y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y arroja contra ellos a las

grandes naves; el viento, que silba, gime y ruge. ¿Acaso lo ha visto usted alguna vez? ¿Acaso puede verlo? ¡Y sin embargo existe!"

Y yo seguía pensando: mis ojos son tan débiles e imperfectos que ni siquiera distinguen los cuerpos sólidos cuando son transparentes como el vidrio. . . Si un espejo sin azogue obstruye mi camino chocaré contra él como el pájaro que penetra en una habitación y se rompe la cabeza contra los vidrios. Por lo demás, mil cosas nos engañan y desorientan. No puede extrañar entonces que el hombre no sepa percibir un cuerpo nuevo que atraviesa la luz.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡No podía dejar de venir! ¿Por qué nosotros íbamos a ser los últimos? Nosotros no los distinguimos pero tampoco nos distinguían los seres creados antes que nosotros. Ello se explica porque su naturaleza es más perfecta, más elaborada y mejor terminada que la nuestra, tan endeble y torpemente concebida, trabada por órganos siempre fatigados, siempre forzados como mecanismos demasiado complejos, que vive como una planta o como un animal, nutriéndose penosamente de aire, hierba y carne, máquina animal acosada por las enfermedades, las deformaciones y las putrefacciones; que respira con dificultad, imperfecta, primitiva y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, bosquejo del ser que podría convertirse en inteligente y poderoso. Existen muchas especies en este mundo, desde la ostra al hombre. ¿Por qué no podría aparecer una más, después de cumplirse el período que separa las sucesivas apariciones de las diversas especies? ¿Por qué no puede aparecer una más? ¿Por qué no pueden surgir también nuevas especies de árboles de flores gigantescas y resplandecientes que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro, esos padres que alimentan a los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil? ¡Todo es pobre, mezquino, miserable! ¡Todo se ha dado con avaricia, se ha inventado secamente y se ha hecho con torpeza! ¡Ah! ¡Cuánta gracia hay en el elefante y el hipopótamo! ¡Qué elegante es el camello!

Se podrá decir que la mariposa es una flor que vuela. Yo sueño con una que sería tan grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento ni siquiera puedo describir. Pero lo veo. . . va de estrella a estrella, refrescándolas y perfumándolas con el soplo armonioso y ligero de su vuelo. . . Y los pueblos que allí habitan la miran pasar, extasiados y maravillados . . .

¿Qué es lo que tengo? Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!

19 de agosto

Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche yo estaba sentado a la mesa y simulé escribir con gran atención. Sabía perfectamente que vendría a rondar a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo y asirlo. ¡Y entonces!... Entonces tendría la fuerza de los desesperados; dispondría de mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo y despedazarlo.

Yo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados. Había encendido las dos lámparas y las ocho bujías de la chimenea, como si fuese posible distinguirlo con esa luz. Frente a mí está mi cama, una vieja cama de roble, a la derecha la chimenea; a la izquierda la puerta cerrada cuidadosamente, después de dejarla abierta durante largo rato a fin de atraerlo; detrás de mí un gran armario con espejos que todos los días me servía para afeitarme y vestirme y donde acostumbraba mirarme de pies a cabeza cuando pasaba frente a él.

Como dije antes, simulaba escribir para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto, sentí, sentí, tuve la certeza de que leía por encima de mi hombro, de que estaba

allí rozándome la oreja. Me levanté con las manos extendidas, girando con tal rapidez que estuve a punto de caer. Pues bien... se veía como si fuera pleno día, ¡y sin embargo no me vi en el espejo!... ¡Estaba vacío, claro, profundo y resplandeciente de luz! ¡Mi imagen no aparecía y yo estaba frente a él! Veía aquel vidrio totalmente límpido de arriba abajo. Y lo miraba con ojos extraviados; no me atrevía a avanzar, y ya no tuve valor para hacer un movimiento más. Sentía que él estaba allí, pero que se me escaparía otra vez, con su cuerpo imperceptible que me impedía reflejarme en el espejo. ¡Cuánto miedo sentí! De pronto, mi imagen volvió a reflejarse pero como si estuviese envuelta en la bruma, como si la observase a través de una capa de agua. Me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha y que paulatinamente mi imagen adquiriría mayor nitidez. Era como el final de un eclipse. Lo que la ocultaba no parecía tener contornos precisos; era una especie de transparencia opaca, que poco a poco se aclaraba. Por último, pude distinguirme completamente como todos los días.

¡Lo había visto! Conservo el espanto que aún me hace estremecer.

20 de agosto

¿Cómo podré matarlo si está fuera de mi alcance? ¿Envenenándolo? Pero él me verá mezclar el veneno en el agua y tal vez nuestros venenos no tienen ningún efecto sobre un cuerpo imperceptible. No... no... decididamente no. Pero entonces... ¿qué haré entonces?

21 de agosto

He llamado a un cerrajero de Ruán y le he encargado persianas metálicas como las que tienen algunas residencias particulares de París, en la planta baja, para evitar los robos. Me haré además una puerta similar. Me debe haber tomado por un cobarde, pero no importa...

10 de septiembre

Ruán, Hotel Continental. Ha sucedido... ha sucedido... pero, ¿habrá muerto? Lo que vi me ha trastornado.

Ayer, después que el cerrajero colocó la persiana y la puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche a pesar de que comenzaba a hacer frío. De improviso, sentí que estaba aquí y me invadió la alegría, una enorme alegría. Me levanté lentamente y caminé en cualquier dirección durante algún tiempo para que no sospechase nada. Luego me quité los botines y me puse distraídamente unas pantuflas. Cerré después la persiana metálica y regresé con paso tranquilo hasta la puerta, cerrándola también con dos vueltas de llave. Regresé entonces hacia la ventana, la cerré con un candado y guardé la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que él también sentía miedo, y que me ordenaba que le abriera. Estuve a punto de ceder, pero no lo hice. Me acerqué a la puerta y la entreabrí lo suficiente como para poder pasar retrocediendo, y como soy muy alto mi cabeza llegaba hasta el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y allí lo acorralé solo, completamente solo. ¡Qué alegría! ¡Había caído en mi poder! Entonces descendí corriendo a la planta baja; tomé las dos lámparas que se hallaban en la sala situada debajo de mi habitación, y, con el aceite que contenían rocié la alfombra, los muebles, todo. Luego les prendí fuego, y me puse a salvo después de cerrar bien, con dos vueltas de llave, la puerta de entrada.

Me escondí en el fondo de mi jardín tras un macizo de laureles. ¡Qué larga me pareció la espera! Reinaba la más completa oscuridad, gran quietud y silencio; no soplaba la menor brisa, no había una sola estrella, nada más que montañas de nubes que aunque no se veían hacían sentir su gran peso sobre mi alma.

Miraba mi casa y esperaba. ¡Qué larga era la espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por sí solo o que él lo había extinguido. Hasta que vi que una de las ventanas

se hacía astillas debido a la presión del incendio, y una gran llamarada roja y amarilla, larga, flexible y acariciante, ascendió por la pared blanca hasta rebasar el techo. Una luz se reflejó en los árboles, en las ramas y en las hojas, y también un estremecimiento, ¡un estremecimiento de pánico! Los pájaros se despertaban; un perro comenzó a ladrar; parecía que iba a amanecer. De inmediato, estallaron otras ventanas, y pude ver que toda la planta baja de mi casa ya no era más que un espantoso brasero. Pero se oyó un grito en medio de la noche, un grito de mujer horrible, sobreagudo y desgarrador, al tiempo que se abrían las ventanas de dos buhardillas. ¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban!...

Despavorido, eché a correr hacia el pueblo gritando: "¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!" Encontré gente que ya acudía al lugar y regresé con ellos para ver.

La casa ya sólo era una hoguera horrible y magnífica, una gigantesca hoguera que iluminaba la tierra, una hoguera donde ardían los hombres, y él también. Él, mi prisionero, el nuevo Ser, el nuevo amo, ¡el Horla!

De pronto el techo entero se derrumbó entre las paredes y un volcán de llamas ascendió hasta el cielo. Veía esa masa de fuego por todas las ventanas abiertas hacia ese enorme horno, y pensaba que él estaría allí, muerto en ese horno... ¿Muerto? ¿Será posible? ¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos? ¿Y si no hubiera muerto? Tal vez sólo el tiempo puede dominar al Ser Invisible y Temido. ¿Para qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo invisible, ese cuerpo de Espíritu, si también está expuesto a los males, las heridas, las enfermedades y la destrucción prematura?

¿La destrucción prematura? ¡Todo el temor de la humanidad procede de ella! Después del hombre, el Horla. Después de aquél que puede morir todos los días, a cualquier hora, en cualquier minuto, en cualquier accidente, ha llegado aquél que morirá solamente un día determinado en una hora y en un minuto determinado, al llegar al límite de su vida.

No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto. . . entonces tendré que suicidarme...

*Edicion Ollendorf, 25 de mayo de 1887*

## *El Horla (II)*

---

*Le horla*

El doctor Marrande, el más ilustre y más eminente de los alienistas, había rogado a tres de sus colegas y a cuatro sabios que se ocupaban de ciencias naturales, que fuesen a pasar una hora con él, a la casa de salud que dirigía, para mostrarles a uno de sus enfermos.

En cuanto sus amigos estuvieron reunidos, les dijo: "Voy a someter a su consideración el caso más raro e inquietante que he conocido nunca. Por lo demás, nada tengo que decirles de mi cliente. Él mismo hablará". Tocó el doctor entonces la campanilla. Un criado hizo pasar a un hombre. Era muy flaco, de una delgadez de cadáver, con esa delgadez de ciertos locos a los que roe un pensamiento, porque el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más que la fiebre o la tisis.

Tras saludar y sentarse, dijo: "Sé, caballeros, por qué se han reunido aquí y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me ha pedido mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo me ha creído loco. Hoy duda. Dentro de un rato, todos ustedes sabrán que mi mente es tan sana, tan lúcida y tan clarividente como las suyas, por desgracia para mí, para ustedes y para toda la humanidad.

"Pero quiero empezar por los hechos mismos, por los simples hechos. Son éstos:

"Tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Vivía, pues, en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruán. Me gusta la caza y la pesca. A mis espaldas, encima de las grandes rocas que dominan mi casa, tenía uno de los bosques más hermosos de Francia, el de Roumare, y delante de mí uno de los ríos más hermosos del mundo.

"Mi morada es grande, pintada de blanco por fuera, hermosa, antigua, en medio de un gran jardín plantado de árboles magníficos que sube hasta el bosque escalando las enormes rocas de que les he hablado hace un momento.

"Mi servidumbre se compone, o mejor se componía, de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una lavandera que era al mismo tiempo una especie de criada para todo. Toda esta gente vivía en mi casa desde hacía diez a dieciséis años, me conocía, conocía mi morada, la región y todo cuanto rodeaba mi vida. Eran servidores buenos y tranquilos. Importa para lo que voy a decir.

"Añadiré que el Sena, que bordea mi huerta, es navegable hasta Ruán, como sin duda ustedes saben; y que todos los días veía yo pasar grandes barcos de vela y de vapor procedentes de todos los confines del mundo.

"Así pues, el pasado otoño hará un año que, de pronto, me sentí dominado por unos malestares extraños e inexplicables. Al principio fue una especie de inquietud nerviosa que me mantenía en vela noches enteras, en medio de tal sobreexcitación que el menor ruido me hacía estremecerme. Mi humor se agrió. Me dominaban repentinas cóleras inexplicables. Llamé a un médico que me recetó bromuro de potasio y duchas.

"Así pues, me hice duchar mañana y tarde, y empecé a beber bromuro. No tardé mucho en volver a dormir, pero con un sueño más espantoso que el insomnio. Nada más acostarme, cerraba los ojos y quedaba anonadado. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte del ser entero de la que brusca, horriblemente, me sacaba la espantosa sensación de un peso abrumador sobre mi pecho y de una boca que devoraba mi vida por la boca. ¡Qué sacudidas! No conozco nada más espantoso.



"Figúrense un hombre dormido, al que asesinan, y que despierta con un cuchillo en la garganta; y que, cubierto de sangre, lanza estertores y no puede respirar, y que va a morir, y que no comprende nada... ¡Eso era!

"Adelgazaba de forma inquietante y continua; y de pronto me di cuenta de que mi cochero, que era muy gordo, empezaba a adelgazar como yo.

"Por fin le pregunté:

"—¿Qué le ocurre, Jean? Usted está enfermo.

"Me respondió:

"—Me parece que tengo la misma enfermedad que el señor. Son mis noches las que echan a perder mis días.

"Pensé, pues, que había en la casa una influencia febril debida a la vecindad del río, y estaba a punto de marcharme por dos o tres meses, aunque estuviésemos en plena temporada de caza, cuando un minúsculo suceso muy extraño, en el que reparé por casualidad, dio lugar a una serie de descubrimientos tan inverosímiles, fantásticos y espantosos que me quedé.

"Cierta noche que tenía sed, bebí medio vaso de agua y observé que mi jarra, colocada encima de la cómoda frente a mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

"Durante la noche tuve uno de esos sueños espantosos de que acabo de hablarles. Encendí mi vela, presa de una angustia espantosa, y, cuando quise volver a beber, vi atónito que mi jarra estaba vacía. No podía creer a mis ojos. O alguien había entrado en mi habitación, o yo era sonámbulo.

"A la noche siguiente quise hacer la misma prueba. Cerré pues la puerta con llave para estar seguro de que nadie podía entrar en mi cuarto. Me dormí y me desperté como todas las noches. Se habían bebido todo el agua que yo mismo había visto dos horas antes.

"¿Quién se había bebido aquel agua? Yo, sin duda, y sin embargo estaba seguro, absolutamente seguro, de no haber hecho ningún movimiento en mi sueño profundo y doloroso.

"Recurrí entonces a ardides para convencerme de que no era yo quien cometía aquellos actos inconscientes. Una noche puse junto a la jarra una botella de viejo burdeos, una taza de leche por la que siento horror, y pastas de chocolate que adoro.

"El vino y las pastas permanecieron intactos. La leche y el agua desaparecieron. Entonces cambié todas las noches las bebidas y los alimentos. Nunca tocó nadie las cosas sólidas, compactas, y nunca bebió nadie, en materia de líquidos, otra cosa que leche fresca y agua sobre todo.

"Pero en mi alma seguía aquella duda punzante. ¿Era yo quien se levantaba sin tener conciencia de ello y quien bebía incluso las cosas odiadas, porque mis sentidos abotargados por el sueño sonambúlico podían modificarse, haber perdido sus repugnancias ordinarias y adquirido gustos diferentes?

"Me serví entonces de un nuevo ardid contra mí mismo. Envolví todos los objetos que inevitablemente había que tocar con vendas de muselina blanca y las recubrí además con una servilleta de batista.

"Luego, en el momento de meterme en la cama, me embadurné las manos, los labios y el bigote con mina de plomo.

"Al despertar todos los objetos seguían immaculados aunque los habían tocado, porque la servilleta no estaba colocada como yo la había dejado; además, se habían bebido el agua y la leche. Mi puerta cerrada con una llave de seguridad y mis persianas cerradas con candado por prudencia no habían podido dejar entrar a nadie.

"Me planteé entonces esta temible pregunta. ¿Quién estaba allí, todas las noches, a mi lado?

"Me doy cuenta, señores, de que estoy relatándoles todo esto demasiado deprisa. Sonríen ustedes, ya tienen formada su opinión: "Es un loco." Hubiera debido describirles de modo más amplio la emoción de un hombre que, encerrado en su cuarto, y de mente sana, mira, a través del cristal de una jarra, un poco de agua que ha desaparecido mientras él dormía. Hubiera debido hacerles comprender la renovada tortura de cada noche y cada mañana, y ese sueño invencible, y ese despertar más espantoso todavía.

"Pero sigo.

"De pronto, el milagro cesó. Nadie tocaba ya nada en mi cuarto. Se había acabado. Además, empecé a mejorar. Volvió a mí la alegría al saber que uno de mis vecinos, el señor Legite, se hallaba exactamente en el estado en que yo mismo me había encontrado. De nuevo creí en una influencia febril en la región. Mi cochero me había abandonado hacía un mes, muy enfermo.

"Había pasado el invierno, empezaba la primavera. Pero una mañana, cuando paseaba junto a mi parterre de rosales, vi, vi con toda claridad, a mi lado, el tallo de una de las rosas más bellas romperse como si una mano invisible lo hubiera cortado; la flor siguió luego la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y quedó suspendida en el aire transparente, completamente sola, inmóvil, terrible, a tres pasos de mis ojos.

"Dominado por un espanto loco, me arrojé sobre ella para cogerla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces me vi dominado por una ira furiosa contra mí mismo. ¡No le está permitido a un hombre razonable y serio tener alucinaciones semejantes!

"Pero ¿era una alucinación? Busqué el tallo. Lo encontré inmediatamente sobre el arbusto, recién cortado, entre otras dos rosas que seguían en la rama; porque eran tres, que yo había visto perfectamente.

"Entonces volví a casa con el alma turbada. Escúchenme, señores, estoy tranquilo; yo no creía en lo sobrenatural, incluso hoy sigo sin creer; pero a partir de ese momento estuve seguro, seguro como del día y de la noche, de que a mi lado existía un ser invisible que me había acosado primero, luego me había abandonado y ahora volvía.

"Tuve prueba de ello algo más tarde.

"En primer lugar, todos los días estallaban entre mis criados disputas furiosas por mil causas fútiles en apariencia, pero desde entonces cargadas de sentido para mí.

"Un jarrón, un hermoso jarrón de Venecia se rompió solo, en pleno día, sobre el aparador del comedor.

"El ayuda de cámara acusó a la cocinera, que acusó a la costurera, que acusó a no sé quién.

"Puertas cerradas por la noche aparecían abiertas por la mañana. Todas las noches robaban leche en la despensa. ¡Ah!

"¿Quién era? ¿De qué naturaleza? Una curiosidad exasperada, mezclada a la cólera y al espanto, me mantenía noche y día en un estado de extrema agitación.

"Pero la casa volvió a quedar tranquila una vez más; y de nuevo creía que se trataba de sueños cuando ocurrió lo siguiente:

"Eran las nueve de la noche del 20 de julio. Hacía mucho calor; había dejado mi ventana abierta de par en par, mi lámpara estaba encendida encima de la mesa, alumbrando un volumen de Musset abierto por "La noche de mayo"; y yo me había echado en un gran sillón donde me dormí.

"Cuando llevaba unos cuarenta minutos dormido, volví a abrir los ojos, sin hacer movimiento alguno, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, y luego, de golpe, me pareció que una página del libro acababa de volverse

completamente sola. Ningún soplo de brisa había entrado por la ventana. Me quedé pasmado; y me puse a esperar. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, si, vi, vi, señores, con mis propios ojos, cómo otra página se levantaba y volvía a caer sobre la anterior como si un dedo la hubiera pasado. Mi sillón parecía vacío, ¡pero comprendí que él estaba allí, él! Crucé el cuarto de un salto para cogerle, para tocarle, para agarrarle, si es que era posible. Pero antes de llegar hasta el sillón, cayó por los suelos como si alguien huyese delante de mí; también cayó mi lámpara, que, roto el cristal, se apagó; y la ventana, bruscamente empujada como si un malhechor la hubiese agarrado en su huida, fue a golpear contra su tope... ¡Ah!

"Me lancé sobre la campanilla y llamé. Cuando apareció mi ayuda de cámara, le dije:

"—He tirado todo y lo he roto todo. Traiga luz.

"No volví a dormirme esa noche. Y sin embargo, podía haber sido juguete de una ilusión. Cuando despiertan, los sentidos permanecen turbados. ¿No había sido yo el que había derribado el sillón y la lámpara al precipitarme como un loco?

"¡No, no había sido yo! Lo sabía sin ningún género de dudas. Y sin embargo quería creerlo.

"Esperen. ¡El Ser! ¿Cómo lo nombraría? ¡El Invisible! No, eso no basta. Le he bautizado el Horla. ¿Por qué? No lo sé. Así pues, el Horla apenas me abandonaba a partir de ese momento. Día y noche yo tenía la sensación, la certidumbre de la presencia de aquel inasequible vecino, y también la certidumbre de que él se llevaba mi vida, hora a hora, minuto a minuto.

"La imposibilidad de verle me exasperaba, y por eso encendía todas las luces de mi piso como si, en esa claridad, pudiera descubrirlo.

"Por fin, le vi.

"Ustedes no me creen. Sin embargo, le vi.

"Estaba yo sentado delante de un libro cualquiera, sin leer, al acecho, con todos mis órganos sobreexcitados, acechando a quien sentía cerca de mí. Desde luego estaba allí. Pero ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo alcanzarle?

"Delante de mí tenía yo la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha la chimenea. A la izquierda, la puerta, que había cerrado cuidadosamente. A mi espalda, un gran armario de espejo, que me servía cada día para afeitarme y vestirme, y en el que solía mirarme de la cabeza a los pies cada vez que pasaba por delante.

"Así pues, fingía estar leyendo; para engañarle, porque también él me espiaba; y de pronto sentí, estuve seguro de que leía por encima de mi hombro, que estaba allí, rozándome la oreja.

"Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Y... allí se veía como en pleno día... ¡y no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no estaba dentro... Y yo me encontraba enfrente... ¡Delante de mí tenía el gran cristal límpido de arriba abajo! Y yo miraba aquello con ojos enloquecidos, sin atreverme a seguir avanzando, comprendiendo que entre nosotros se encontraba él, y que volvería a escapárseme, pero que su cuerpo imperceptible estaba absorbido por mi reflejo.

"¡Qué miedo pasé! Luego, de pronto, empecé a vislumbrarme en medio de una bruma, en el fondo del espejo, en una bruma como a través de una capa de agua; y me parecía que esa agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviendo más nítida mi imagen segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no parecía poseer contornos netamente definidos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

"Al fin pude distinguirme por completo, tal y como me veo cada día al mirarme.

"Le había visto. Me quedó un espanto que todavía me hace estremecerme.

"Al día siguiente vine aquí, donde rogué que me retuviesen. caballeros, concluyo.

"El doctor Marrande, después de haber dudado mucho tiempo, se decidió a viajar, él solo, a mi tierra.

"En la actualidad, tres de mis vecinos están atacados por la misma enfermedad que yo. ¿No es verdad?"

El médico respondió: "¡Verdad!"

—Usted les aconsejó que dejaran agua y leche todas las noches en su cuarto para ver si esos líquidos desaparecían. Y han desaparecido. ¿No han desaparecido esos líquidos igual que en mi casa?

El médico respondió con solemne gravedad:

—¡Han desaparecido!

—¡Así pues, caballeros, un Ser, un Ser nuevo, que sin duda no tardará en multiplicarse como nosotros nos hemos multiplicado, acaba de aparecer sobre la tierra!

"¡Ah! ¿Sonríen ustedes? ¿Por qué? Porque ese Ser sigue siendo invisible. Pero nuestro ojo, señores, es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir otra cosa que lo indispensable para nuestra existencia. Lo que es demasiado pequeño se le escapa, lo que es demasiado grande se le escapa, lo que está demasiado lejos se le escapa. Ignora los millares de pequeños animalillos que viven en una gota de agua. Desconoce los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas; ni siquiera ve lo transparente.

"Coloquen delante de nuestros ojos un espejo falto de un azogue perfecto, no lo distinguirá y ellos mismos nos lanzarán contra él, como el pájaro enjaulado en una casa, que se rompe la cabeza contra los cristales. Por lo tanto, no ve los cuerpos sólidos y transparentes que, sin embargo, existen, no ve el aire de que nos alimentamos, no ve el viento que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, desarraiga árboles, alza el mar en montañas de agua que hacen desmoronarse acantilados de granito.

"¿Qué tiene de sorprendente que no vean un cuerpo nuevo, al que sin duda le falta la única propiedad de detener los rayos luminosos?"

"¿Distinguen ustedes la electricidad? Y sin embargo existe.

"Ese ser, que yo he llamado el Horla, también existe.

"¿Quién es? Señores, ¡es el que la tierra espera después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos, y tal vez a alimentarse de nosotros igual que nosotros nos alimentamos de los bueyes y de los jabalíes.

"¡Se le presiente, se le teme y se le anuncia desde hace siglos! El miedo a lo Invisible siempre ha acosado a nuestros padres.

"Ha llegado.

"Todas las leyendas de hadas, de gnomos, de vagabundos del aire inasequibles y malhechores hablaban de él; de él, presintido por el hombre inquieto y ya estremecido.

"Y todo lo que ustedes mismos, caballeros, hacen desde hace algunos años, eso que ustedes llaman hipnotismo, sugestión y magnetismo... ¡es a él a quien ustedes anuncian, a quien ustedes profetizan!

"Yo les digo que ha llegado ya. Que merodea inquieto a su vez como los primeros hombres, ignorante todavía de su fuerza y su poder, que conocerá pronto, demasiado pronto.

"Y, para terminar, caballeros, he aquí un fragmento de periódico que ha caído por casualidad en mis manos y que procede de Río de Janeiro. Leo:

"Una especie de epidemia de locura parece causar estragos desde hace algún tiempo en la provincia de Sao Paulo. Los habitantes de varios pueblos han huido abandonando

sus tierras y casas, y diciéndose perseguidos y devorados por vampiros invisibles que se alimentan de su aliento durante su sueño y que, además, no beben más que agua y algunas veces leche."

"Y yo añado que pocos días antes del primer ataque de la enfermedad de que he estado a punto de morir, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran barco brasileño de tres palos con las banderas desplegadas... Ya les he dicho que mi casa estaba a orillas del agua... completamente blanca... No cabe duda de que él venía escondido en ese barco..."

" No tengo nada más que decir, caballeros. "

El doctor Marrandé se incorporó y susurró:

—Yo tampoco. No sé si este hombre está loco y si lo estamos los dos... o si... si nuestro sucesor ha llegado realmente..."

*Gil Blas*, 26 de octubre de 1886

# *La horquilla*

---

*L'épingle*

No diré el nombre del país, ni el del hombre. Era lejos, muy lejos de aquí, en una costa fértil y ardiente. Seguíamos, desde por la mañana, la ribera cubierta de mieses y el mar azul cubierto de sol. Las flores crecían muy cerca de las olas, de las olas ligeras, tan suaves, adormecedoras. Hacía calor; era un blanco calor perfumado de tierra ubérrima, húmeda y fecunda; parecía como si respirásemos gérmenes.

Me habían dicho que, esa noche, encontraría hospitalidad en la casa del francés que vivía en la punta de un promontorio, en un bosque de naranjos. ¿Quién era? Lo ignoraba aún. Había llegado una mañana, diez años antes; había comprado tierra, plantado viñedos, sembrado grano; había trabajado con pasión, aquel hombre, con furia. Después, mes tras mes, año tras año, agrandando sus posesiones, fecundando sin pausa el suelo potente y virgen, había amasado así una fortuna con su infatigable laboreo.

Y no obstante seguía trabajando, decían. Se levantaba al alba, recorría sus campos hasta la noche, los vigilaba sin cesar, y parecía hostigado por una idea fija, torturado por el insaciable deseo del dinero, que nada duerme, que nada apacigua.

Ahora parecía riquísimo.

El sol descendía cuando llegué a su morada. Se alzaba en efecto en la punta de un cabo, entre naranjos. Era una ancha casa cuadrada muy sencilla y desde donde se dominaba el mar.

Al acercarme, apareció en la puerta un hombre con una gran barba. Tras saludarle, le pedí asilo por una noche. Me tendió la mano sonriendo.

"Entre, caballero, está usted en su casa."

Me condujo a un cuarto, puso a mis órdenes un servidor, con perfecta desenvoltura y la amabilidad familiar de un hombre de mundo; después me dejó, diciendo:

"Cenaremos juntos cuando tenga a bien bajar."

Cenamos, en efecto, a solas, en una terraza frente al mar. Yo le hablaba al principio de aquel país tan rico, tan remoto, tan desconocido. El sonreía, respondiendo con distracción:

"Sí, esta tierra es hermosa. Pero ninguna tierra agrada lejos de lo que amamos.

—¿Echa de menos Francia?

—Echo de menos París.

—¿Por qué no regresa allá?

—¡Oh! Volveré."

Y poco a poco nos pusimos a hablar de la sociedad francesa, de los bulevares y de las cosas de París. Me interrogaba como un hombre que conoció eso, me citaba nombres, todos los nombres familiares en la acera del Vaudeville.<sup>9</sup>

"¿A quién se ve hoy por el café Tortoni?

—A los mismos de siempre, salvo a los muertos."

Lo miraba con atención, perseguido por un vago recuerdo. ¡Con toda seguridad yo había visto esa cara en alguna parte! Pero ¿dónde?, ¿cuándo? Parecía fatigado, aunque vigoroso; triste, aunque resuelto. La gran barba rubia le caía sobre el pecho, y a veces se la agarraba junto a la barbilla y, apretándola en la mano cerrada, deslizaba ésta hasta el

---

<sup>9</sup> La acera del boulevard des Capucines, donde se encontraba el teatro Vaudeville, era un lugar privilegiado de las aventuras galantes parisienses.

final. Un poco calvo, tenía cejas espesas y un grueso bigote que se mezclaba con los pelos de las mejillas.

Detrás de nosotros el sol se hundía en el mar, lanzando sobre la costa una niebla de fuego. Los naranjos en flor exhalaban en el aire de la noche su aroma violento y delicioso. El sólo me veía a mí y, con la mirada fija, parecía vislumbrar en mis ojos, vislumbrar en el fondo de mi alma, la imagen remota, amada y conocida de la ancha acera sombreada que va desde la Magdalena a la calle Drouot.

"¿Conoce usted a Boutrelle?"

—Sí, claro.

—¿Ha cambiado mucho?"

—Sí, está canoso.

—¿Y La Ridamie?"

—Igual que siempre.

—¿Y las mujeres? Hábleme de las mujeres. Veamos. ¿Conoce a Suzanne Verner?"

—Sí, muy gorda, acabada.

—¡Ah! ¿Y a Sophie Astier?"

—Murió.

¡Pobre chica! Es que... ¿Conoce usted...?"

Enmudeció bruscamente. Después, con la voz cambiada, el rostro pálido de pronto, prosiguió:

"No, más vale que no hable más de esto, me destroza." Después, como para cambiar el curso de sus pensamientos, se levantó.

"¿Quiere usted entrar?"

—Me parece bien."

Me precedió por la casa.

Las piezas de abajo eran enormes, desnudas, tristes, parecían abandonadas. Vasos y platos rondaban por las mesas, dejados allí por los servidores de piel morena que merodeaban sin cesar por aquella vasta mansión. Dos fusiles colgaban de dos clavos en la pared; y, en las rinconadas, se veían layas, cañas de pescar, hojas de palmera secas, objetos de todas clases dejados al azar por quienes entraban y que se hallaban al alcance de la mano para el azar de quienes salieran o se ajetrearan.

Mi anfitrión sonrió:

"Es la casa, o mejor dicho el cuchitril de un desterrado —dijo—; pero mi habitación está más limpia. Vayamos allí."

Creí, al entrar, que penetraba en la tienda de un chamarilero, tan llena estaba de cosas, de esas cosas dispares, raras y variadas que se nota que son recuerdos. En las paredes, dos bonitos dibujos de pintores conocidos, telas, armas, espadas y pistolas, y además, exactamente en el centro del panel principal, un cuadrado de raso blanco enmarcado en oro.

Sorprendido, me acerqué a mirar, y vi una horquilla clavada en el centro de la brillante tela.

Mi anfitrión me puso la mano en el hombro:

"Ahí tiene —dijo, sonriente— la única cosa que miro aquí, y la única que veo desde hace diez años. El señor Prudhomme proclamaba: 'Este sable es el día más hermoso de mi vida'; pues yo puedo decir: 'Esta horquilla es toda mi vida'."

Yo buscaba una frase trivial; acabé por decir:

"¿Ha sufrido usted por una mujer?"

El prosiguió bruscamente:

"Diga más bien que sufro como un miserable... Pero venga al balcón. Hace un momento acudió un nombre a mis labios, un nombre que no me atreví a pronunciar,

pues si me hubiera respondido usted 'murió', como hizo con Sophie Astier, me habría saltado la tapa de los sesos hoy mismo."

Habíamos salido al ancho balcón desde donde se veían dos golfos, uno a la derecha y otro a la izquierda, encerrados por altas montañas grises. Era la hora crepuscular en la que el sol desaparecido no ilumina la tierra sino con los reflejos del cielo.

Prosiguió:

"¿Es que Jeanne de Limours vive aún? "

Sus ojos se habían clavado en los míos, llenos de temblorosa angustia.

Sonreí: "Pardiez... y más linda que nunca.

—¿La conoce?

—Sí."

Vacilaba: "¿Del todo...?"

—No. "

Me cogió la mano: "Hábleme de ella.

—No tengo nada que decir; es una de las mujeres, o mejor dicho una de las chicas más encantadoras y cotizadas de París. Lleva una existencia agradable y principesca, y eso es todo."

Murmuró: "La amo", como si hubiera dicho: "Voy a morir." Después, bruscamente: " ¡Ah! Durante tres años fue una existencia horrible y deliciosa la nuestra. Estuve a punto de matarla cinco o seis veces; ella intentó sacarme los ojos con esa horquilla que acaba usted de ver. Mire, fíjese en ese puntito blanco de mi ojo izquierdo. ¡Nos amábamos! ¿Cómo podría explicarle esta pasión? Usted no la entendería.

"Debe de existir un amor simple, hecho del doble impulso de dos corazones y de dos almas; pero con toda seguridad existe un amor atroz, cruelmente torturador, hecho del invisible enlace de dos seres dispares que se detestan adorándose.

"Esa chica me arruinó en tres años. Yo poseía cuatro millones que se comió con su aire tranquilo, sosegado, que mordisqueó con una dulce sonrisa que parecía caer de sus ojos sobre sus labios.

"¿La conoce usted? ¡Tiene, sin duda, algo irresistible! ¿Qué? No lo sé. ¿Son esos ojos grises cuya mirada entra como una barrena y se queda dentro como el gancho de una flecha? Será más bien esa sonrisa dulce, indiferente y seductora, que perdura en su cara a la manera de una máscara. Su gracia lenta penetra poco a poco, se desprende de ella como un perfume, de su talle largo, apenas oscilante cuando pasa, pues parece deslizarse más que caminar, de su voz un poco arrastrada, bonita, y que parece la música de su sonrisa, de su gesto también, de su gesto siempre moderado, siempre justo y que embriaga el ojo con su armonía. Durante tres años, ¡sólo la vi a ella en esta tierra! ¡Cómo sufrí! Pues me engañaba con todo el mundo. ¿Por qué? Por nada, por engañar. Y cuando me había enterado, cuando la motejaba de furcia y de bribona, ella confesaba tranquilamente:

'¿Es que estamos casados?', decía.

Desde que estoy aquí he pensado tanto en ella que he acabado por entenderla: esa chica es Manón Lescaut rediviva. Es Manón, que no podría amar sin engañar; Manón, para quien el amor, el placer y el dinero no son sino una cosa."

Se calló. Después, tras unos minutos:

"Cuando me hube comido el último céntimo por ella, me dijo simplemente: 'Ya comprenderá usted, querido, que no puedo vivir del aire. Lo quiero mucho, lo quiero más que a nadie, pero hay que vivir. La miseria y yo nunca haremos buenas migas.'

"¡Y si yo le contara, empero, la vida atroz que he llevado a su lado! Cuando la miraba, tenía tantas ganas de matarla como de besarla. Cuando la miraba... sentía una furiosa necesidad de abrir los brazos, de estrecharla y de estrangularla. Había en ella,



detrás de sus ojos, algo de pérfido y de inasible que me hacía execrarla; y quizá a causa de eso la amaba tanto. En ella, lo Femenino, el odioso y enloquecedor Femenino, era más poderoso que en ninguna otra mujer. Estaba cargada de él, sobrecargada como con un fluido embriagador y venenoso. Era Mujer, más de lo que jamás lo ha sido nadie.

"Y fijese, cuando salía con ella, clavaba sus ojos en todos los hombres de una forma tal que semejaba entregarse a cada uno, con una sola mirada. Eso me exasperaba y, no obstante, me ligaba a ella aún más. Esa criatura, sólo con pasar por la calle, pertenecía a todo el mundo, a mi pesar, a pesar suyo, por el hecho de su propia naturaleza, aunque tuviera un aspecto modesto y dulce. ¿Comprende usted?

" ¡Y qué suplicio! En el teatro, en el restaurante, me parecía que la poseían ante mis ojos. Y en cuanto la dejaba sola, otros, en efecto, la poseían.

" ¡Hace diez años que no la he visto, y la amo más que nunca! "

La noche se había difundido sobre la tierra. Un poderoso perfume de azahar flotaba en el aire.

Le dije:

" ¿Volverá a verla?"

Respondió:

"¡Pardiez! Tengo ahora aquí, tanto en tierras como en metálico, de setecientos a ochocientos mil francos. Cuando complete el millón, lo venderé todo y partiré. Tengo para un año con ella (un buen año entero). Y después, adiós, mi vida estará completa."

Pregunté: " Pero ¿y luego?"

—Luego, no sé. ¡Se habrá acabado! Quizás le pida que me coja como lacayo."

*Gil Blas*, 13 de agosto de 1885

# *Lo horrible*

---

*L'horrible*

La tibia noche descendía lentamente.

Las mujeres se habían quedado en el salón de la quinta. Los hombres, sentados o a horcajadas en las sillas del jardín, fumaban, ante la puerta, en círculo en torno a una mesa redonda llena de tazas y de copas.

Sus cigarros brillaban como ojos en la sombra cada vez más espesa. Acababan de contar un espantoso accidente ocurrido la víspera: dos hombres y tres mujeres ahogados ante los ojos de los invitados, frente a la casa, en el río.

El general de G... pronunció:

—Sí, esas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

Lo horrible, esa vieja palabra, significa algo más que terrible. Un espantoso accidente como ése conmueve, trastorna, asusta: pero no enloquece. Para experimentar horror se necesita algo más que la emoción del alma y algo más que el espectáculo de una muerte espantosa, se necesita, bien un estremecimiento de misterio, bien una sensación de espanto anormal, fuera de lo natural. Un hombre que muere, aunque sea en las condiciones más dramáticas, no inspira horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles son raramente horribles.

Miren, aquí tienen dos ejemplos personales que me han hecho comprender lo que se puede entender por Horror.

Era durante la guerra de 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, tras haber cruzado Ruán. El ejército, unos veinte mil hombres, veinte mil hombres en desorden, desbandados, desmoralizados, agotados, iba a reconstruirse en El Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Caía la noche. No habíamos comido nada desde la víspera. Huíamos a toda prisa, pues los prusianos no estaban lejos.

Todo el campo normando, lívido, manchado por las sombras de los árboles que rodeaban las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

No se oía otra cosa en el resplandor apagado del crepúsculo que un ruido confuso, tenue y sin embargo desmesurado, de rebaño en marcha, un pisoteo infinito, mezclado con un vago golpeteo de escudillas o de sables. Los hombres, inclinados, encorvados, sucios, a menudo incluso andrajosos, se arrastraban, se apresuraban en la nieve, a largos pasos derrengados.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, pues helaba espantosamente esa noche. A menudo yo veía a un joven voluntario quitarse los zapatos para marchar descalzo, de tanto como le dolía ir calzado; y dejaba en cada huella un rastro de sangre. Después, al cabo de cierto tiempo, se sentaba en un campo para descansar unos minutos, y no volvía a levantarse. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

¡Cuántos de esos pobres soldados agotados, que contaban con proseguir en seguida, en cuanto hubieran dado un poco de descanso a sus piernas rígidas, dejamos a nuestras espaldas! Ahora bien, apenas cesaban de moverse, de hacer circular, por su carne helada, una sangre casi inerte, un invencible embotamiento los petrificaba, los clavaba al suelo, cerraba sus ojos, paralizaba en un segundo aquel agotado mecanismo humano. Y se doblaban un poco, con la frente apoyada en las rodillas, aunque sin caer del todo, pues sus riñones y sus miembros se tornaban inmóviles, duros como la piedra, imposibles de doblegar ni de enderezar.

Y nosotros, los más robustos, seguíamos avanzando, helados hasta la médula, marchando gracias a una fuerza mecánica, en aquella noche, en aquella nieve, en aquella campiña fría y mortal, aplastados por la pena, por la derrota, por la desesperación, y sobre todo oprimidos por la abominable sensación del abandono, del final, de la muerte, de la nada.

Divisé a dos gendarmes que sujetaban por los brazos a un hombrecillo singular, viejo, sin barba, de aspecto verdaderamente sorprendente.

Buscaban un oficial, creyendo haber cogido a un espía. La palabra «espía» corrió en seguida entre los rezagados y se formó un círculo en torno al prisionero. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarlo!» Y todos aquellos soldados que se caían de agotamiento, y que sólo se tenían en pie porque se apoyaban en sus fósiles, sintieron de pronto ese temblor de cólera furiosa y brutal que empuja a las multitudes a la matanza.

Quise hablar; yo era entonces el jefe del batallón; pero ya nadie reconocía a los jefes, me habrían fusilado también a mí.

Uno de los gendarmes me dijo:

«Hace tres días que nos sigue. Pide a todo el mundo informes sobre la artillería.»

Traté de interrogar a aquel ser:

«¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué acompaña al ejército?»

Farfulló unas palabras en un dialecto ininteligible. Era realmente un extraño personaje, de hombros estrechos, de mirada solapada, y estaba tan turbado en mi presencia que verdaderamente no dudé de que fuese un espía. Parecía de mucha edad y muy débil. Me miraba de soslayo, con un aire humilde, estúpido y malicioso. Los hombres que nos rodeaban gritaban:

«¡Al paredón! ¡Al paredón!» Le dije a los gendarmes:

«¿Me responden ustedes del prisionero?...»

Aún no había acabado de hablar cuando un empujón terrible me derribó, y vi, en un segundo, como los soldados furiosos cogían al hombre, lo tiraban al suelo, le pegaban, lo arrastraban al borde del camino y lo arrojaban contra un árbol. Cayó ya casi muerto, sobre la nieve.

Lo fusilaron al punto. Los soldados disparaban sobre él, cargaban sus armas, volvían a disparar con una saña brutal. Se peleaban por coger el turno, desfilaban ante el cadáver y seguían disparando sobre él, como quien desfila ante un ataúd para rociarlo con agua bendita. Pero de repente corrió un grito: «¡Los prusianos! ¡Los prusianos!»

Y oí, en todo el horizonte, el rumor inmenso del ejército que corría enloquecido.

El pánico, nacido de aquellos tiros sobre el vagabundo, había asustado a los propios ejecutores que, sin comprender que el espanto provenía de ellos mismos, escaparon y desaparecieron en las sombras.

Me quedé solo ante el cuerpo con los dos gendarmes, a quienes su deber retenía a mi lado.

Alzaron aquella carne magullada, molida, sangrante. «Hay que registrarlo», les dije.

Y les tendí una caja de cerillas que llevaba en el bolsillo. Uno de los soldados alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El gendarme que manejaba el cuerpo declaró: «Vestido con una blusa azul, una camisa blanca, un pantalón y un par de zapatos.»

La primera cerilla se apagó; encendieron la segunda. El hombre prosiguió, volviendo los bolsillos.

«Un cuchillo de asta, un pañuelo de cuadros, una petaca, un trozo de bramante, un pedazo de pan.»

La segunda cerilla se apagó. Encendieron la tercera. El gendarme, tras haber palpado un buen rato el cadáver, declaró:

«Nada más.» Yo dije:

«Desnúdenlo. Quizá encontremos algo junto a la piel. »

Y, para que los dos soldados pudieran actuar al mismo tiempo, me puse yo mismo a alumbrarles. Los veía al resplandor rápido y pronto extinguido de la cerilla quitar las ropas una a una, dejar al descubierto aquel sangriento paquete de carne aún caliente y muerta.

De pronto uno de ellos balbució: «¡Caray! Mi comandante, ¡es una mujer!»

No podría decirles qué extraña y punzante sensación de angustia me invadió el corazón. No podía creerlo, y me arrodillé en la nieve, ante aquella papilla informe, para ver: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, confundidos y desmoralizados, esperaban que yo emitiera una opinión.

Pero yo no sabía qué pensar, qué suponer. Entonces el sargento pronunció lentamente:

«A lo mejor venía buscando a su hijo que era soldado de artillería y del cual no tenía noticias.»

Y el otro respondió:

«A lo mejor, sí, puede ser.»

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché a llorar. Y sentí, ante aquella muerte, en aquella noche helada, en medio de aquella llanura negra, ante aquel misterio, delante de aquella desconocida asesinada, lo que significa la palabra «Horror».

Ahora bien, he tenido la misma sensación, el pasado año, al interrogar a uno de los supervivientes de la misión Flatters, un tirador argelino.

Conocen ustedes los detalles de ese drama atroz. Hay uno, empero, que quizás ignoren.

El coronel iba al Sudán por el desierto y cruzaba el inmenso territorio de los tuareg, que son, en ese océano de arena que va del Atlántico a Egipto y del Sudán a Argelia, una raza de piratas comparable a los que antaño asolaban los mares.

Los guías que conducían la columna pertenecían a la tribu de los chambaa, de Uargla.

Ahora bien, un día montaron el campamento en pleno desierto, y los árabes declararon que, como el manantial estaba aún un poco más lejos, irían a buscar agua con todos los camellos.

Un solo hombre previno al coronel de que lo traicionaban; Flatters no lo creyó y acompañó al convoy con los ingenieros, los médicos, y casi todos sus oficiales.

Fueron asesinados junto al manantial, y todos los camellos, capturados.

El capitán del puesto árabe de Uargla, que se había quedado en el campamento, tomó el mando de los supervivientes, espahís y tiradores, e iniciaron la retirada, abandonando bagajes y víveres, por falta de camellos para llevarlos.

Iniciaron, pues, la marcha por aquella soledad sin sombras y sin fin, bajo un sol devorador que los abrasaba de la mañana a la noche.

Una tribu acudió a someterse y trajo dátiles. Estaban envenenados. Casi todos los franceses murieron y, entre ellos, el último oficial.

Sólo quedaban unos cuantos espahís, como el sargento Pobéguin, a más de los tiradores indígenas de la tribu chambaa. Tenían aún dos camellos, pero desaparecieron una noche con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que iban a tener que devorarse entre sí y, en cuanto descubrieron la huida de los dos hombres con los dos animales, los que quedaban se separaron y echaron a andar uno a uno por la blanda arena, bajo la cruel llama del sol, a mayor distancia que la de un tiro de fusil.

Caminaban así todo el día, levantando en cada lugar, en la extensión quemada y llana, esas columnitas de polvo que señalan desde lejos a quienes marchan por el desierto.

Pero una mañana uno de los viajeros se desvió bruscamente, acercándose a su vecino. Y todos se detuvieron a mirar.

El hombre hacia el cual marchaba el soldado hambriento no huyó, sino que se tumbó en el suelo, y apuntó hacia el que llegaba. Cuando lo creyó a buena distancia, disparó. No le dio al otro, que siguió avanzando y después, encarando a su vez, mató a su camarada.

Entonces los demás acudieron de todo el horizonte a buscar su parte. Y el que había matado, descuartizando al muerto, lo distribuyó.

Se espaciaron de nuevo aquellos aliados irreconciliables, hasta que el próximo asesinato los aproximara. Durante dos días vivieron de la carne humana repartida. Después reapareció de nuevo el hambre, y el primero que había matado mató otra vez. Y otra vez, como un carnicero, cortó el cadáver y lo ofreció a sus compañeros, quedándose sólo con su ración.

Y así continuó esta retirada de antropófagos.

El último francés, Pobéguin, murió asesinado a orillas de un pozo, la víspera del día que llegaron los auxilios. ¿Comprenden ustedes ahora qué es lo que yo entiendo por Horrible'

Esto es lo que nos contó, la otra noche, el general de G...

*Le Gaulois*, 18 de mayo de 1884

# *El huérfano*

---

*L'orphelin*

La señorita Source había adoptado a aquel muchacho, en tiempos, en circunstancias muy tristes. Contaba entonces ella treinta y seis años y su deformidad (había resbalado de las rodillas de una criada a la chimenea, siendo niña, y todo su rostro, espantosamente quemado, había quedado horrible), su deformidad le había decidido a no casarse, pues no quería que nadie la tomara en matrimonio por su dinero.

Una vecina, que se quedó viuda estando embarazada, murió de parto, sin dejar un céntimo. La señorita Source recogió al recién nacido, le buscó una nodriza, lo crió, lo envió a un internado, y después lo sacó de él a la edad de catorce años, con el fin de tener en su casa vacía alguien que la amase, que se ocupase de ella, que dulcificara su vejez.

Habitaba en una pequeña propiedad rural a cuatro leguas de Rennes, y vivía ahora sin sirvienta. Como los gastos habían aumentado en más del doble desde la llegada del huérfano, sus tres mil francos de renta no podían bastar para alimentar a tres personas.

Se ocupaba ella misma de las faenas de la casa y la cocina, y mandaba a los recados al chico, que también tenía a su cargo el cultivo del huerto. Era dulce, tímido y cariñoso. Y ella experimentaba un profundo gozo, un gozo nuevo, cuando él la besaba, sin parecer sorprendido o asustado por su fealdad. La llamaba tía y la trataba como a una madre.

Por la noche, ambos se sentaban al amor de la lumbre, y ella le preparaba golosinas. Calentaba vino y tostaba una rebanada de pan, y tomaban un delicioso tentempié antes de irse a la cama. Con frecuencia ella lo sentaba en sus rodillas y lo cubría de caricias y le susurraba al oído frases tiernamente apasionadas. Lo llamaba: "mi florcita, mi querubín, mi ángel adorado, mi alhajita". El se abandonaba dulcemente, escondiendo la cabeza en el hombro de la vieja señorita.

Aunque contaba ahora cerca de quince años, seguía siendo endeble y bajo, de aspecto un poco enfermizo.

A veces la señorita Source lo llevaba a la ciudad a visitar a dos parientas que tenía, primas lejanas, casadas en los arrabales, su única familia. Las dos mujeres estaban resentidas con ella por haber adoptado al niño, a causa de la herencia; pero de todas formas la recibían con solicitud, esperando aún su parte, un tercio sin duda, si se repartía equitativamente la sucesión.

Era feliz, muy feliz, ocupada a todas horas con su niño. Le compró libros para cultivar su ingenio, y él empezó a leer apasionadamente.

Por la noche, ahora, ya no se sentaba en sus rodillas para mimarla como antes; se acomodaba rápidamente en su sillita cerca del fuego, y abría un volumen. La lámpara colocada al borde de la repisa de la chimenea, por encima de su cabeza, iluminaba su pelo ensortijado y un trozo de la piel de la frente; no se movía, no alzaba los ojos, no hacía un gesto, leía, por entero metido, desaparecido, en la aventura del libro.

Ella, sentada enfrente, lo contemplaba con una mirada ardiente y fija, asombrada de su atención, a menudo a punto de llorar.

Le decía a veces: "¡Te cansarás, tesoro mío!", esperando que él levantaría la cabeza y vendría a abrazarla; pero él ni siquiera respondía, no había oído, no había entendido; no sabía nada más que lo que veía en las páginas.

Durante dos años devoró volúmenes en número incalculable. Su carácter cambió.

A continuación, en varias ocasiones pidió a la señorita Source dinero, que ella le dio. Pero como cada vez necesitaba más, acabó por negárselo, pues era persona ordenada y enérgica y sabía ser razonable cuando era preciso.

A fuerza de súplicas, obtuvo de ella todavía, una tarde, una gruesa suma; pero cuando se la suplicó de nuevo, unos días después, ella se mostró inflexible, y no cedió, en efecto.

El pareció tomar una decisión.

Volvió a mostrarse tranquilo, como antaño, y le gustaba quedarse sentado horas enteras sin hacer un movimiento, con los ojos bajos, sumido en ensoñaciones. Ya ni siquiera hablaba con la señorita Source, respondiendo apenas a lo que ella le decía, con frases breves y concretas.

Era amable con ella, sin embargo, y la cubría de atenciones; pero ya no la abrazaba nunca.

Por la noche, ahora, cuando permanecían frente a frente, a los dos lados de la chimenea, inmóviles y silenciosos, a veces él le daba miedo. Ella quería despertarlo, decirle algo, cualquier cosa, para huir de aquel silencio tan espantoso como las tinieblas de un bosque. Pero él no parecía oírla, y ella se estremecía con un terror de pobre mujer débil cuando le había hablado cinco o seis veces seguidas sin obtener una palabra.

¿Qué tenía? ¿Qué pasaba en aquella cabeza cerrada? Cuando había permanecido así dos o tres horas frente a él, se sentía enloquecer, dispuesta a huir, a escaparse al campo, para evitar aquel mudo y eterno mano a mano, y también un vago peligro que ella no sospechaba, pero que sentía.

A menudo lloraba, a solas.

¿Qué tenía? Si ella mostraba un deseo, él lo ejecutaba sin murmurar. Si necesitaba algo de la ciudad, al punto él se dirigía allí. No tenía quejas de él, ¡desde luego! Y sin embargo...

Transcurrió un año más, y le pareció que una nueva modificación se había producido en el ánimo del joven. Se dio cuenta, lo notó, lo adivinó. ¿Cómo? ¡No importa! Estaba segura de no haberse equivocado; pero no hubiera podido decir en qué habían cambiado los ignorados pensamientos de aquel extraño muchacho.

Le parecía que había sido hasta entonces como un hombre vacilante que de pronto hubiera tomado una resolución. Esa idea se le ocurrió una noche al encontrar su mirada, una mirada fija, singular, que ella no conocía.

Entonces él empezó a contemplarla a cada momento, y a ella le daban ganas de esconderse para eludir aquellos ojos fríos, clavados en ella.

La miraba de hito en hito durante noches enteras, apartando la vista sólo cuando ella le decía, agotada:

" ¡No me mires así, hijo mío!"

Entonces él bajaba la cabeza.

Pero en cuanto le daba la espalda, sentía de nuevo sus ojos sobre ella. Fuera donde fuera, la perseguía su mirada obstinada.

A veces, cuando paseaba por su jardincito, lo divisaba de repente agazapado tras un macizo como si se hubiera emboscado allí; o bien, cuando se instalaba ante la casa a zurcir medias, y él cavaba un cuadro de verduras, la acechaba, mientras trabajaba, de forma solapada y continua.

En vano le preguntaba:

¿"Qué tienes, hijo mío? Desde hace tres años te has vuelto muy diferente. Ya no te reconozco. Dime lo que tienes, lo que piensas, te lo suplico."

El pronunciaba invariablemente, en tono tranquilo y cansado:

"¡No tengo nada, tía!"

Y cuando ella insistía, suplicándole:

"Vamos, hijo mío, respóndeme cuando te hablo. Si supieras la pena que me causas, me responderías siempre y no me mirarías así. ¿Tienes algún pesar? Dímelo, te consolaré..."

El se marchaba con aire fatigado, murmurando:

"Te aseguro que no tengo nada. "

No había crecido mucho, seguía teniendo un aspecto infantil, aunque los rasgos de su cara fuesen los de un hombre. Sin embargo, eran duros y como inacabados. Parecía incompleto, nacido mal, meramente esbozado, e inquietante como un misterio. Era un ser cerrado, impenetrable, en quien parecía obrarse un incesante trabajo mental, activo y peligroso.

La señorita Source percibía perfectamente todo esto y la angustia no la dejaba dormir. La asaltaban espantosos terrores, horribles pesadillas. Se encerraba en su habitación y atrancaba la puerta, torturada por el espanto.

¿De qué tenía miedo?

No lo sabía.

Miedo de todo, de la noche, de las paredes, de las formas que la luna proyecta a través de las blancas cortinas de las ventanas, ¡y sobre todo miedo de él!

¿Por qué?

¿Qué tenía que temer? ¡Si lo supiera!...

¡No podía vivir así! Estaba segura de que la amenazaba una desgracia, una terrible desgracia.

Una mañana salió, en secreto, y se dirigió a la ciudad a casa de sus parientas. Les contó el asunto con voz jadeante. Las dos mujeres pensaron que se estaba volviendo loca y trataron de tranquilizarla.

Ella decía:

"¡Si supierais cómo me mira de la mañana a la noche! ¡No me quita ojo! A veces me dan ganas de pedir auxilio, de llamar a los vecinos, ¡de miedo que tengo! Pero ¿qué les diría? No me hace nada, salvo mirarme." Las dos primas preguntaban:

"¿Se muestra alguna vez brutal con usted? ¿Le responde con dureza?"

Ella proseguía:

"No, nunca; hace todo lo que quiero; trabaja bien, es muy formal; pero ya no aguanto el miedo. Algo se le pasa por la cabeza, estoy segura, segurísima. Y no quiero quedarme sola con él, en el campo."

Las parientas, pasmadas, le indicaron que la gente se extrañaría, que no lo entenderían; y le aconsejaron callar sus temores y proyectos, aunque sin disuadirla empero de ir a vivir en la ciudad, esperando así recuperar la herencia entera.

Incluso le prometieron ayudarle a vender la casa y a encontrar otra cerca de ellas.

La señorita Source regresó a su hogar. Pero su ánimo estaba tan trastornado que se estremecía al menor ruido y sus manos empezaban a temblar a la más leve emoción.

Regresó en otras dos ocasiones a entenderse con sus parientas, muy resuelta ya a no quedarse en su aislada morada. Por fin descubrió en los arrabales un hotelito que le convenía y lo compró en secreto.

La firma del contrato tuvo lugar un martes por la mañana, y la señorita Source ocupó el resto del día en los preparativos de la mudanza.

Cogió, a las ocho de la noche, la diligencia que pasaba a un kilómetro de su casa; y mandó parar en el sitio donde el conductor tenía la costumbre de dejarla. El hombre le gritó, azotando sus caballos:

"Adiós, señorita Source, buenas noches."

Ella respondió al alejarse:



"Buenas noches, tío Joseph."

Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, el cartero que lleva las cartas al pueblo observó en el camino transversal, no lejos de la carretera, un gran charco de sangre todavía fresca. Se dijo: "¡Vaya!, algún borracho que ha sangrado por la nariz." Pero vio diez pasos después un pañuelo de bolsillo manchado de sangre. Lo recogió. La tela era fina, y el peatón, sorprendido, se acercó a la cuneta, donde le pareció ver un objeto extraño.

La señorita Source estaba tendida sobre la hierba del fondo, con la garganta cortada de un navajazo.

Una hora después los gendarmes, el juez de instrucción y muchas autoridades hacían suposiciones en torno al cadáver.

Las dos parientas, llamadas de testigos, acudieron a contar los temores de la vieja señorita, y sus últimos proyectos.

El huérfano fue detenido. Desde la muerte de su madre adoptiva, lloraba de la mañana a la noche, sumido, al menos en apariencia, en la más violenta de las penas.

Probó que había pasado la velada, hasta las once, en un café. Diez personas lo habían visto, se habían quedado hasta que se marchó.

Ahora bien, el cochero de la diligencia declaró haber dejado en la carretera a la asesinada entre nueve y media y diez. El crimen sólo había podido producirse en el trayecto desde la carretera a la casa, como muy tarde a las diez.

El acusado fue absuelto.

Un testamento, ya antiguo, depositado en un notario de Rennes, lo nombraba legatario universal; y heredó.

La gente del pueblo, durante mucho tiempo, lo tuvo en cuarentena, sospechando de él. Su casa, la de la muerta, pasaba por maldita. En la calle se le evitaba.

Pero se mostró tan buen chico, tan abierto, tan familiar, que poco a poco se olvidó la horrible duda. Era generoso, atento, charlaba con los más humildes, de todo, cuanto querían.

El notario, el señor Rameau, fue uno de los primeros en cambiar de opinión sobre él, seducido por su sonriente locuacidad. Declaró una noche, en una cena en casa del recaudador:

"Un hombre que habla con tanta facilidad y que está siempre de buen humor no puede tener semejante crimen sobre su conciencia."

Impresionados por este argumento, los asistentes reflexionaron, y recordaron, en efecto, las largas conversaciones de aquel hombre que los detenía, casi a la fuerza, en un recodo del camino, para comunicarles sus ideas, que los obligaba a entrar en su casa cuando pasaban ante su jardín, que tenía más labia que el propio teniente de la gendarmería, y una alegría tan comunicativa que, pese a la repugnancia que inspiraba, no había manera de dejar de reírse en su compañía.

Todas las puertas se le abrieron.

Es el alcalde de su pueblo, hoy.

*Le Gaulois*, 15 de junio de 1883

## *Humilde drama*

---

*Humble drame*

Los encuentros constituyen el encanto de los viajes. ¿Quién no conoce el gozo de hallar de pronto, a quinientas leguas de su tierra, un parisiense, un compañero de colegio, un vecino del campo? ¿Quién no ha pasado la noche, con los ojos abiertos, en la pequeña diligencia tintineante de las comarcas donde aún se desconoce el vapor, al lado de una joven desconocida, entrevista solamente al resplandor del farol cuando montaba al carruaje ante la puerta de una blanca casa de una pequeña ciudad?

Y, al llegar la mañana, cuando la mente y los oídos están embotados por el continuo tintirintín de los cascabeles y el resonante estruendo de los vidrios, ¡qué encantadora sensación la de ver a la linda vecina desgreñada abrir los ojos, mirar a su alrededor, arreglarse, con la punta de los finos dedos, los rebeldes cabellos, acomodarse el peinado, palpar con mano segura si el corsé sigue en su sitio, si el talle está recto y la falda no demasiado aplastada!

Os mira también, con una sola ojeada fría y curiosa. Después se arrellana en un rincón y parece interesarse sólo por el paisaje.

Sin querer no dejamos de acecharla, sin querer pensamos siempre en ella. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Sin querer esbozamos mentalmente una pequeña novela. Es bonita; ¡parece encantadora! Feliz el que... La vida sería acaso exquisita a su lado. ¿Quién sabe? Quizás sea la mujer que necesitaba nuestro corazón, nuestro sueño, nuestro humor.

¡Y qué deliciosa también la decepción que sentimos al verla bajar ante la barrera de una casa de campo! Allí hay un hombre, que la espera con dos niños y dos criadas. La recibe en sus brazos, la besa al depositarla en el suelo. Ella se inclina, coge a los críos que le tienden las manos; los acaricia con ternura; y todos se alejan por una avenida mientras las criadas reciben los paquetes que el conductor les tira desde la imperial.

¡Adiós! Se acabó. No la veremos más, nunca más. Adiós a la joven que ha pasado la noche a nuestro lado. No la conocemos, no le hemos hablado; pero de todas formas su partida nos deja un poco tristes. ¡Adiós!

Tengo, de estos recuerdos de viaje, alegres, sombríos, tengo muchos.

Estaba yo en Auvernia, vagando a pie por esas encantadoras montañas francesas no demasiado altas, no demasiado duras, íntimas, familiares. Había trepado al Sancy y entraba en una pequeña posada cerca de una capilla de peregrinación que se llama Nuestra Señora de Vassivière, cuando vi almorzando sola, en la mesa del fondo, una anciana extraña y ridícula.

Tendría unos setenta años, por lo menos, era alta, seca, angulosa, con el pelo blanco en tirabuzones sobre las sienes, a la moda antigua. Vestida como una inglesa vagabunda, de forma torpe y divertida, como una persona a quien su atuendo le es indiferente, comía una tortilla y bebía agua.

Tenía un aspecto singular, ojos inquietos, una fisonomía de ser a quien la existencia ha maltratado. La miré a mi pesar, preguntándome: "¿Quién será? ¿Cuál es la vida de esta mujer? ¿Por qué vaga sola por estas montañas?"

Pagó, después se levantó para marcharse, acomodándose sobre los hombros un sorprendente chal cuyos dos extremos colgaban de sus brazos. Cogió en un rincón un

largo cayado de viaje cubierto de nombres grabados con hierro candente, y después salió, erguida, rígida, con un paso largo de cartero que inicia su recorrido.

Un guía la esperaba ante la puerta. Se alejaron. Yo los miraba descender por el valle, a lo largo del camino señalado por una línea de altas cruces de madera.

Era más alta que su acompañante y parecía ir más de prisa que él.

Dos horas después yo escalaba los bordes del profundo embudo que contiene, en un maravilloso y enorme agujero de verdor, lleno de árboles, de maleza, de rocas y de flores, el lago Pavin, tan redondo que parece hecho con compás, tan claro y azul que semeja una ola de azur caída del cielo, tan encantador que uno quisiera vivir allí en una cabaña, en la vertiente del bosque que domina ese cráter donde duerme un agua tranquila y fría.

Allí estaba ella, en pie, inmóvil, contemplando el lienzo transparente en el fondo del volcán muerto. Miraba como para ver el fondo, la profundidad desconocida, poblada, dicen, de truchas grandes como monstruos y que han devorado a todos los demás peces. Al pasar cerca de ella, me pareció que dos lágrimas rodaban de sus ojos. Pero se marchó a grandes zancadas para reunirse con su guía, que se había quedado en una taberna al pie de la cuesta que lleva al lago.

No volví a verla ese día.

Al día siguiente, al caer la noche, llegué al castillo de Muro. La vieja fortaleza, torre gigantesca en pie sobre un pico en el centro de un amplio valle, en el cruce de tres vallecitos, se yergue contra el cielo, parda, agrietada, abollada, pero redonda, desde su ancha base circular, hasta los ruinosos torreones de la cima.

Sorprende más que ninguna otra ruina por su sencilla enormidad, su majestad, su aire antiguo, poderoso y grave. Allí está, sola, alta como una montaña, reina muerta, pero siempre reina de los valles tendidos a sus pies. Se sube a ella por una pendiente plantada de abetos, se penetra en ella por una estrecha puerta, se para uno al pie de los muros, en el primer recinto, por encima de la región entera.

Allá dentro, salas derruidas, escaleras descarnadas, agujeros desconocidos, subterráneos, mazmorras, muros partidos en el centro, bóvedas que se sostienen no se sabe cómo, un dédalo de piedras, de grietas donde crece la hierba, por donde se deslizan animales.

Yo estaba solo, vagando entre aquellas ruinas.

De pronto, tras un lienzo de muralla, distinguí un ser, una especie de fantasma, como el espíritu de esta morada antigua y destruida. Tuve un estremecimiento de sorpresa, casi de miedo. Después reconocí a la vieja que había encontrado ya dos veces.

Lloraba. Lloraba con gruesas lágrimas, y tenía en la mano un pañuelo. Me volví para irme. Me habló, avergonzada de haber sido sorprendida.

"Sí, caballero, estoy llorando... No me ocurre con frecuencia. "

Balbué confuso, sin saber qué responder: "Perdón, señora, por haberla importunado. Sin duda se ha visto usted herida por alguna desgracia."

Murmuró: "Sí... no. Soy como un perro perdido."

Y llevándose el pañuelo a los ojos, sollozó. Le cogí las manos tratando de calmarla, emocionado por aquellas lágrimas contagiosas.

Y bruscamente me contó su historia, como para no ser la única en cargar con su pena.

¡Oh!... ¡Oh!... caballero... Si usted supiera... la angustia en que vivo..., la angustia...

Yo era feliz... Tengo una casa... allá lejos... en mi pueblo. No puedo regresar ya a ella; no regresaré jamás. Es demasiado duro.

Tengo un hijo... ¡Es él, es él! Los hijos no saben nada... ¡Se vive tan poco tiempo! Si lo viera ahora, ¡caso ni lo reconocería! ¡Cuánto lo quería! Incluso antes de que hubiera nacido, cuando lo sentía moverse en mi cuerpo. Y también después. ¡Cuánto lo besé, lo acaricié, lo mimé! Si supiera usted cuántas noches pasé mirándolo dormir, y cuántas noches pensando en él. Estaba loca por él.

Tenía ocho años cuando su padre lo metió interno. Se acabó. Ya nunca más fue mío. ¡Oh, Dios mío! Venía todos los domingos, sólo eso.

Después se marchó al colegio, a París. Ya sólo venía cuatro veces al año; y cada vez yo me extrañaba de los cambios de su persona; de encontrarlo más alto sin haberlo visto crecer. Me robaron su infancia, su confianza, su ternura que no se hubiera apartado nunca de mí, toda mi alegría de sentirlo crecer, hacerse un hombrecito.

¡Lo veía cuatro veces al año! ¡Imagínese! En cada una de sus visitas, su cuerpo, su mirada, sus movimientos, su voz, su risa, ya no eran los mismos, ya no eran míos. Un niño cambia muy pronto; y, cuando una no está a su lado para verlo cambiar, es muy triste; no se le reconoce.

¡Un año llegó con pelusilla en las mejillas! ¡el! ¡Mi hijo! Me quedé estupefacta... y triste, ¿puede usted creerlo? Apenas me atrevía a besarlo ¿Era él? Mi pequeño, mi rubito rizado de otras veces, mi querido niño, al que había tenido, en pañales, sobre mis rodillas, que había bebido mi leche con sus pequeños labios tragones, ¿aquél mozo alto y moreno que ya no sabía acariciarme, que parecía amarme sobre todo por deber, que me llamaba "madre" por conveniencia y que me besaba en la frente cuando yo hubiera querido aplastarlo entre mis brazos?

Mi marido murió. Después le llegó el turno a mis padres; después perdí a mis dos hermanas. Cuando la muerte entra en una casa, se diría que se da prisa para trabajar lo más posible, para no tener que volver en mucho tiempo. Sólo deja con vida a una o dos personas, para llorar a las otras.

Me quedé sola. Mi hijo, ya mayor, estudiaba derecho. Yo esperaba vivir y morir a su lado. Fui a reunirme con él para estar juntos. Había adquirido hábitos de soltero; me dio a entender que le molestaba. Me marché; cometí un error; pero sufría demasiado al sentirme importuna, yo, su madre. Regresé a mi casa.

No lo volví a ver, o casi.

Se casó. ¡Qué alegría! Por fin íbamos a reunirnos para siempre. ¡Tendría nietos! Se había casado con una inglesa que me cogió manía. ¿Por qué? ¿Acaso notó que lo amaba demasiado? Me vi obligada a alejarme una vez más. Me encontré sola. Sí, caballero.

Después se marchó a Inglaterra. Iba a vivir con ellos, con los padres de su mujer. ¿Entiende? Ellos lo tienen para sí, ¡a mi hijo! ¡Me lo han robado! Me escribe todos los meses. Al principio venía a verme. Ahora, ya no viene.

¡Hace cuatro años que no lo he visto! Tenía arrugas y el pelo blanco. ¿Era posible? ¿Ese hombre casi viejo, mi hijo? ¿Mi hijito rosado de antaño? Sin duda no lo volveré a ver.

Y viajó todo el año. De acá para allá, como usted puede ver, sin nadie a mi lado.

Soy como un perro perdido. Adiós, caballero, no se quede junto a mí, me duele haberle dicho todo esto.

Y cuando bajaba de nuevo la colina, me volví y vi a la anciana en pie sobre una muralla agrietada, mirando los montes, el largo valle y el lago Chambon en lontananza. Y el viento agitaba como una bandera el borde de su traje y el extraño chal que llevaba sobre sus flacos hombros.

## *Las ideas del coronel*

---

*Les idées du colonel*

—A fe mía —dijo el coronel Laporte— ya estoy viejo, con gota y con las piernas duras como un poste; pero si una mujer, una hermosa mujer, tuviera el capricho de verme pasar por el ojo de una aguja yo pasaría, ¡ya lo creo!, saltando como un clown en el circo pasa por los aros. Moriré así; lo llevo en la sangre, soy un viejo galanteador, un viejo a la escuela antigua. Mirando a una mujer, a una hermosa mujer, se me conmueven hasta las botas. ¡Vaya!

Y en Francia no escasean los hombres como yo; somos caballeros de otras edades, caballeros del amor y de la fortuna; sólo dejamos de serlo de Dios, que nos lo han suprimido.

Pero la mujer no es tan fácil que nos la supriman. Vive y vivirá en los corazones. Adoramos y adoraremos a la mujer, realizando por ella toda clase de locuras, mientras exista Francia, y aun cuando nos escamoteasen el territorio de Francia, porque siempre quedarían franceses.

Yo en presencia de una mujer, de una hermosa mujer, me siento capaz de cualquier cosa. ¡Diablo! Cuando penetra en mí una mirada, una insinuante mirada femenina, enciende mis venas y siento ansias de todo, ansias de batallar, de vencer y destruir para que me juzguen el hombre más valiente, osado y emprendedor.

Y como yo son todos los militares franceses; desde los pipiols hasta los generales, todo lo arriesgan, todo, por una mujer, por una hermosa mujer. Recordad lo que hicimos por Juana de Arco. Apuesto a que si una mujer, una hermosa mujer, hubiera tomado el mando la víspera de Sedán. habríamos roto las filas prusianas.

En Paris no había un Trochu, sino una Santa Genoveva.

Recuerdo un pequeño incidente de campaña, que prueba de lo que somos capaces por una mujer.

Yo era entonces capitán y mandaba un destacamento; nos retirábamos a marchas forzadas en una región invadida por los alemanes. Íbamos fatigados, embrutecidos, hambrientos.

Nos perseguían, y para salvarnos era forzoso llegar a Bar sur Tani, al día siguiente. ¿Cómo habíamos evitado hasta entonces que nos destrozaran? Lo ignoro; pero nos quedaban aún doce leguas que andar sobre la nieve, de noche y con el estómago vacío. Yo pensaba: "Esto se acabó; no es posible que mis pobres soldados hagan tal esfuerzo."

Llevábamos ya treinta horas sin comer. Todo el día estuvimos ocultos en un cortijo, amontonados para no sentir el frío, sin alma para movernos, ni hablar, durmiendo a ratos, intranquilos e inquietos, como se duerme cuando la fatiga rinde.

A las cinco era de noche; desperté a mi tropa, muchos no podían levantarse ni moverse, aniquilados, entumecidos.

Nevaba. Formando espesa cortina, los copos blancos cubrían el paisaje. Aquello era como el fin del mundo. "¡En marcha, hijos míos!" Y ellos parecían responder con su quietud: "Ya no podemos: tanto vale morir aquí." Empuñando el revólver dije: "Al que flaquee le abraso."

Y se pusieron todos en marcha lentamente, como si las piernas se negasen a sostener sus cuerpos.

Cuatro iban delante en calidad de exploradores, a trescientos metros de distancia del grueso de la tropa, y puse a los más fuertes de retaguardia para empujar con las bayonetas a los rezagados.

La nieve nos envolvía, nos enterraba vivos, cubriendo nuestros quepis, nuestros capotes, convirtiéndonos en fantasmas, en sombras de soldados muertos por la fatiga.

Yo pensaba: "Sólo un prodigio puede salvarnos."

Hicimos un descanso para reanimar a los que flaqueaban, y en el silencio de la noche, se oía incesante el rumor de la nieve.

Algunos soldados sacudieron su ropa; otros quedaron inmóviles.

Luego, apoyando en los hombros los fusiles, emprendimos de nuevo la marcha. Los exploradores se replegaron para advertirme de algo sospechoso. Habían oído hablar en el camino. Hice que avanzaran seis hombres al mando de un sargento, y aguardé.

De pronto, un grito agudo, una voz de mujer, vibró en el silencio, y al cabo de pocos minutos volvía mi gente con dos prisioneros: un anciano y una joven.

Interrogándolos a media voz, supe que huían de su casa, invadida por un grupo de alemanes ebrios. El padre, temiendo por la hija, y sin prevenir siquiera a los criados, escapó con ella, protegido por la oscuridad nocturna.

Eran algo más que burgueses acomodados.

—Iremos juntos —les dije.

Y proseguimos la marcha.

Como el anciano conocía bien el país, nos guiaba.

Cesó la nevada, lucieron las estrellas, y el frío se hizo terrible.

La joven, apoyada en un brazo de su padre, andaba difícilmente, murmurando con frecuencia: "Tengo los pies helados." Yo padecía viéndola padecer.

De pronto se detuvo, y dijo:

—No puedo más.

El viejo quiso cogerla en brazos; pero ni tenía fuerzas para levantarla: ella se desplomó en el suelo suspirando. Hicieron corro alrededor. Yo dudaba, no sabiendo qué hacer, pues me dolía dejar abandonados a un viejo y a una pobre niña.

Uno de los soldados, un parisiense, exclamó:

—¡Si no llevamos a esta señorita, no somos franceses!

Aquello me animó, y grité:

—¡Yo ayudo!

A nuestra izquierda se alzaba un bosquecillo; algunos hombres se dirigieron allí, volviendo al poco rato con grandes ramas, unidas como una litera.

—¿Quién me presta su capote para la señorita?

Y diez capotes rodearon al que hacía la pregunta.

—En un instante la joven se halló echada y abrigada, llevada en hombros; yo me había colocado a la derecha, satisfecho de mi carga.

Emprendimos de nuevo nuestra marcha, como si hubiéramos repuesto nuestras fuerzas con un trago de vino añejo. No faltó buen humor. Basta una mujer para electrizar a los franceses.

Los soldados avanzaban con orden, reanimados. Un viejo zapador, siguiendo a la litera y aguardando que alguno se cansara para reemplazarle, dijo:

—No soy un muchacho, y la presencia de una mujer me daría aún fuerzas para todo.

Avanzamos, casi sin descansar, hasta las tres de la mañana. De pronto, los exploradores volvieron a replegarse, y en un momento, agazapada la columna sobre la nieve, parecía un trozo de sombra en el suelo.

Di órdenes en voz baja. En la llanura se removía algo como una serpiente colosal que se arrollara y se desarrollara, deteniéndose, avanzando, sin rumbo fijo.

Aquella forma errante se aproximaba, y la vimos aparecer muy cerca ya, convertida en doce ulanos al galope, uno tras otro; doce ulanos perdidos que trataban de orientarse.

Oyendo claramente los resoplidos de sus caballos y el golpeteo de sus armas, grité: "¡Fuego!" Y cincuenta detonaciones turbaron la quietud nocturna. Se oyeron otras cinco; luego, una sola, y cuando se disipó la nube de humo, los doce hombres y nueve caballos se revolcaban por el suelo.

Tres potros huían, y uno de ellos arrastraba, colgado del estribo, al cadáver de su jinete.

Un soldado, detrás de mi, rió una risa que daba espanto, y dijo:

—¡Ya hicimos unas cuantas viudas!

—¡Tal vez estaba casado!

Y otro añadió:

—Pronto se hacen.

Apareció una cabecita rubia entre los capotes de la litera, preguntando:

—¿Qué ocurre?

—Nada, señorita —respondí—; acabamos de cazar una docena de prusianos.

Ella murmuró:

—¡Pobrecitos!

Pero sintiendo frío, volvió a hundirse bajo los capotes.

Anduvimos bastante. La nieve resplandecía, clara, luminosa. El oriente iba mostrando tintas rojas. Una voz lejana gritó:

—¿Quién vive?

El destacamento se detuvo; yo avancé. Habíamos llegado a las líneas francesas.

Mientras mis hombres desfílaban, un comandante a caballo, que salió a recibirnos, preguntó al ver la litera:

—¿Quién viene ahí?

Una cabecita rubia, despeinada y risueña, asoma entre los capotes y dice con voz dulce:

—Soy yo, caballero.

Los soldados no pudieron contener una risa ruidosa: estaban satisfechos.

Entonces el parisiense, que no se apartaba de la litera, vociferó, agitando en el aire su quepis:

—¡Viva Francia!

Y no sé por qué me sentí emocionado; aquello era una franca galantería.

Me pareció que acabábamos de salvar la patria, de hacer algo que los demás hombres no serían capaces de hacer, algo sencillo y grande.

Recuerdo aún la carita rubia de la joven, y si me pidiesen parecer acerca de la supresión de tambores y cornetas, propondría que se reemplazasen en cada batallón por una hermosa muchacha. Esto animaría más que oír La Marsellesa. ¡Cómo se fortalecieron los hombres contemplando a una dama junto al coronel!

\*\*\*

Calló un instante; luego, con expresión de convencido, bajando la cabeza, terminó:

—¡Los franceses lo hacemos todo por una mujer!

*Le Gaulois*, 9 de junio de 1884

# *Idilio*

---

*Idylle*

*A Maurice Leloir*

El tren acababa de salir de Génova y se dirigía hacia Marsella, siguiendo las profundas ondulaciones de la larga costa rocosa, deslizándose como serpiente de hierro entre mar y montaña, reptando sobre playas de arena amarilla en las que el leve oleaje bordaba una lista de plata, y entrando bruscamente en las negras fauces de los túneles, lo mismo que entra una fiera en su cubil.

Una voluminosa señora y un hombre joven viajaban frente a frente en el último vagón, mirándose de cuando en cuando, pero sin hablarse. La mujer, que tendría veinticinco años, iba sentada junto a la ventanilla y miraba el paisaje. Era una robusta campesina piamontesa de ojos negros, pechos abultados y mofletuda. Había metido debajo del asiento de madera varios paquetes, y conservaba encima de sus rodillas una cesta.

El joven tendría veinte años; era flaco, curtido; tenía el color negro de las personas que cultivan la tierra a pleno sol. Llevaba a su lado, en un pañuelo, toda su fortuna: un par de zapatos, una camisa, unos pantalones y una chaqueta. También él había ocultado algo debajo del banco: una pala y un azadón, atados con una cuerda. Iba a Francia en busca de trabajo.

El sol, que ascendía en el cielo, derramaba sobre la costa una lluvia de fuego; era en los últimos días de mayo; revoloteaban por los aires aromas deliciosos, que penetraban en los vagones por las ventanillas abiertas. Los naranjos y limoneros en flor derramaban en la atmósfera tranquila sus perfumes dulzones, tan gratos, tan fuertes y tan inquietantes, mezclándolos con el hálito de las rosas que brotaban en todas partes como las hierbas silvestres, a lo largo de la vía, en los jardines lujosos, en las puertas de las chozas y en pleno campo.

Las rosas están en aquella costa como en su propia casa. Embalsaman la región con su aroma fuerte y ligero; gracias a ellas, es el aire una golosina, sabroso como el vino, y como el vino, embriagador.

El tren iba muy despacio, como entreteniéndose en aquel jardín, en aquella blandura. Se paraba a cada instante, en estaciones pequeñas, delante de unas pocas casas blancas, y en seguida echaba a andar otra vez, con paso tranquilo, después de haber lanzado silbidos. Nadie subía a él. Hubiérase dicho que el mundo entero dormitaba, sin decidirse a dar un paso en aquella cálida mañana de primavera.

La gruesa mujer cerraba de cuando en cuando los ojos, pero volvía a abrirlos bruscamente al sentir que la cesta se le iba de las rodillas. La volvía a su sitio con gesto rápido, miraba durante algunos minutos por la ventanilla y se amodorraba de nuevo. Gotas de sudor le cubrían la frente, y respiraba con dificultad, como si la acometiese una opresión dolorosa.

El joven había dejado caer la cabeza y dormía profundamente, como buen campesino.

Súbitamente, al salir de una pequeña estación, pareció despertarse la campesina, abrió su cesta, sacó un trozo de pan, huevos duros, un frasco de vino y ciruelas, unas hermosas ciruelas coloradas, y se puso a comer.



También el joven se había despertado bruscamente, la miraba, siguiendo con la vista el trayecto de cada bocado, desde las rodillas a la boca. Permanecía con los brazos cruzados, fija la mirada, hundidas las mejillas, cerrados los labios.

Comía ella con gula, bebiendo a cada instante un sorbo de vino para ayudar a pasar los huevos, y de cuando en cuando suspendía la masticación para dejar escapar un ligero resoplido.

Se lo tragó todo: el pan, los huevos, las ciruelas, el vino. En cuanto ella acabó de comer, el joven cerró los ojos. La joven se sintió algo apretada y se aflojó el corpiño. El joven volvió súbitamente a mirar.

Sin preocuparse por ello, la mujer se fue desabrochado el vestido; la fuerte presión de sus senos apartaba la tela, dejando ver, entre los dos, por la abertura creciente, algo de la ropa blanca interior y un trozo de piel.

Cuando la campesina se sintió más a sus anchas, dijo en italiano:

—No se puede respirar, de tanto calor como hace.

El joven le contestó en el mismo idioma y con el mismo acento:

—Hace un tiempo hermoso para viajar.

Ella le preguntó:

—¿Es usted del Piamonte?

—Soy de Asti.

—Y yo de Casale.

Eran de pueblos cercanos, trabaron conversación.

Se dijeron la sarta de vulgaridades que repiten constantemente las gentes del pueblo y que bastan para satisfacer a sus inteligencias tardas y sin horizontes. Hablaron de sus pueblos. Tenían enemigos comunes. Citaron nombres, y a medida que descubrían una nueva persona conocida de los dos, iba creciendo su amistad. Las frases salían rápidas, precipitadas, de sus labios, con las sonoras terminaciones y el acento cantarín del idioma italiano. Luego hablaron de sí mismos.

Ella estaba casada y había dejado sus tres hijos al cuidado de una hermana, porque había encontrado colocación de nodriza; era una buena colocación, en casa de una buena señora francesa, en Marsella.

Él iba en busca de trabajo. Le habían asegurado que lo encontraría por allí, porque se edificaba mucho.

Después guardaron silencio.

El calor se iba haciendo terrible, pues caía a torrentes sobre el techo de los vagones. Una nube de polvo se arremolinaba detrás del tren y se metía dentro, y el perfume de los naranjos y de las rosas se pegaba con más fuerza al paladar, como si se espesase y adquiriese más pesadez.

Otra vez se volvieron a dormir los dos viajeros.

Se despertaron casi a un tiempo. El sol descendía hacia la superficie del mar iluminando su sábana azul con un torrente de claridad. El aire era ahora más fresco y parecía más ligero.

La nodriza, con el corpiño abierto, los mofletes sucios y la mirada sin brillo, jadeaba; y exclamó con voz fatigosa:

—Desde ayer no he dado el pecho, y estoy mareada, como si fuera a desmayarme.

El joven no contestó, porque no supo qué decir. Ella prosiguió:

—Con la cantidad de leche que yo tengo, es indispensable dar de mamar tres veces al día; de lo contrario, se siente una molestia. Es como si llevase un peso sobre el corazón, un peso que me impide respirar y que me deja aplanada. Es una desgracia el ser tan abundante de leche.

Él murmuró:

—Sí. Es una desgracia. Eso debe de molestarla mucho.

En efecto, daba la impresión de estar muy enferma, agobiada y a punto de desfallecer. Dijo con voz apagada:

—Con sólo apretar encima, sale la leche como de una fuente. Es un espectáculo curioso. Parece increíble. Todos los habitantes de Casale venían a verlo.

—¡Ah, sí! —exclamó el joven.

—Como lo oye. Se lo haría ver a usted, pero con eso no adelanto nada. De esa forma no sale toda la cantidad que en este momento necesitaría.

No dijo más.

El tren se detuvo. En pie, junto a una barrera, estaba una mujer que tenía en sus brazos a un niño que lloraba. Era encanijada y harapienta.

La nodriza, que la contemplaba, dijo con voz de lástima:

—Ahí tiene usted una a la que yo podría aliviar. Y a mí me podría dar un gran alivio su pequeño. No soy rica, y la prueba está en que dejo mi casa, mi familia y al último hijo que he tenido para colocarme; pues con todo eso, daría a gusto cinco francos para que me dejase diez minutos a ese chico y poder darle de mamar. El niño se sosegaría y yo también. Sería como darme nueva vida.

Se calló otra vez. Luego se pasó varias veces la mano febril por la frente sudorosa, y se lamentó:

—No puedo aguantar más. Creo que me voy a morir.

Y se abrió completamente el corpiño con gesto inconsciente.

Surgió a la vista el seno derecho, enorme, tenso, con su pezón moreno. La pobre mujer gimoteaba:

—¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo?

El tren se había puesto otra vez en marcha y seguía su camino por entre flores que exhalaban el penetrante aroma de los atardeceres tibios. De cuando en cuando se descubría un barco de pesca que parecía dormido sobre el mar azul, con sus blancas velas inmóviles, reflejándose en el agua como si hubiese otro barco boca abajo.

El joven, confuso, balbució:

—Señora... Tal vez yo mismo... podría aliviarla.

Ella le contestó con voz entrecortada:

—Desde luego...; si es usted tan amable. Me haría usted un gran favor. No puedo resistir más; no puedo resistir más.

El joven se arrodilló delante de ella, y la mujer se inclinó, poniéndole en la boca, con gesto de nodriza, su pezón moreno. Al cogerlo entre sus dos manos para acercarlo al hombre, apareció en la punta una gota de leche. El joven se la bebió con avidez, cogiendo entre sus labios, como un niño recién nacido, aquella teta pesada, Y se puso a mamar glotonamente, con ritmo regular.

Se había cogido a la cintura de la mujer con sus dos brazos y se la apretaba, para acercarla más; y bebía a tragos, lentamente, con movimiento del cuello igual al de los niños.

De pronto le dijo ella:

—Ya me ha descargado bastante de ésta. Coja ahora la otra.

La cogió, con docilidad.

La mujer había puesto sus dos manos encima de las espaldas del joven y respiraba profundamente, con felicidad, saboreando el aroma de las flores que se mezclaba con las corrientes de aire que la marcha del tren precipitaba dentro de los vagones.

—¡Qué bien huele! —dijo ella.

El joven no contestó; seguía bebiendo de aquel manantial de carne y cerraba los ojos como para saborear mejor.

Ella lo apartó con suavidad.

—Basta. Me siento mejor. Esto me ha dado vida y tranquilidad.

Se levantó él, enjugándose la boca con el revés de la mano.

Y ella le dijo, al mismo tiempo que se metía dentro del corpiño aquellas dos cantimploras vivientes:

—Me ha hecho usted un gran favor. Se lo agradezco mucho, señor.

Pero el joven le contestó con acento reconocido:

—Soy yo quien le da las gracias, señora. ¡Llevaba dos días sin probar bocado.

*Gil Blas*, 12 de febrero de 1884

# *Imprudencia*

---

*Imprudence*

Antes de la boda se habían amado castamente, en la luna. Había sido al principio un encantador encuentro en una playa del Océano. A él le había parecido deliciosa la jovencita rosa que pasaba, con sus sombrillas claras y sus vestidos frescos, sobre el gran horizonte marino. La había amado, rubia y frágil, en aquel marco de olas azules y cielo inmenso. Y confundía la ternura que aquella mujer apenas brotada del capullo le inspiraba con la emoción vaga y poderosa que despertaban en su alma, en su corazón y en sus venas el aire vivo y salado, el gran paisaje lleno de sol y de olas.

Ella lo había amado, por su parte, porque la cortejaba, y era joven, bastante rico, amable y delicado. Lo había amado porque es natural en las jovencitas amar a los jóvenes que les dicen tiernas palabras.

Entonces, durante tres meses, habían vivido uno al lado de otro, mirándose a los ojos y cogidos de las manos. Los 'buenos días' que intercambiaban, por la mañana, antes del baño, en el frescor del nuevo día, y el 'adiós' de la noche, en la arena, bajo las estrellas, en la tibieza de la noche en calma, murmurados en voz baja, muy baja, tenían ya un sabor a besos, aunque sus labios no se hubiesen unido jamás.

Soñaban el uno con el otro tan pronto como se dormían, pensaban el uno en el otro tan pronto como despertaban, y, sin decírselo aún, se llamaban y se deseaban con toda su alma y todo su cuerpo.

Después de la boda se habían adorado en la tierra. Fue al principio una especie de furia sensual e infatigable; después, una ternura exaltada hecha de poesía palpable, de caricias ya refinadas, de invenciones amables y pícaras. Todas sus miradas significaban algo impuro, y todos sus gestos recordaban la cálida intimidad de las noches.

Ahora, sin confesárselo, acaso sin comprenderlo aún, empezaban a hartarse uno del otro. Se querían mucho, sin embargo; pero ya no tenían nada que revelarse, nada que hacer que ya no hubiesen hecho a menudo, nada que aprender ya el uno del otro, ni siquiera una nueva palabra de amor, un impulso imprevisto, una entonación que volviera más ardiente el verbo conocido, repetido con tanta frecuencia.

Se esforzaban, empero, por encender la llama debilitada de los primeros abrazos. Ideaban, cada día, tiernas astucias, chiquilladas ingenuas o complicadas, toda una serie de desesperados intentos para que renaciera en sus corazones el ardor inextinguible de los primeros días y en sus venas la llama del mes nupcial.

De vez en cuando, a fuerza de fustigar su deseo recobraban una hora de enloquecimiento ficticio al que seguía pronto una lasitud asqueada.

Habían probado los claros de luna, los paseos bajo las hojas en la suavidad de las noches, la poesía de las riberas bañadas en bruma, la excitación de las fiestas públicas.

Ahora bien, una mañana Henriette dijo a Paul:

— ¿Quiéres llevarme a cenar a un cabaret?

— Claro que sí, querida.

— A un cabaret muy conocido.

— Claro que sí.

La miraba, interrogándola con los ojos, viendo perfectamente que pensaba en algo que no quería decir.

Ella prosiguió:

—Ya sabes, a un cabaret..., ¿cómo explicarlo?..., a un cabaret galante..., a un cabaret donde la gente se cite...

El sonrió: —Sí, ya entiendo: ¿a un reservado de un gran café?

—Eso es. Pero de un gran café donde te conozcan, donde hayas ya cenado a altas horas... no una cena corriente...; en fin, ya sabes...; en fin, yo querría... ¡No, jamás me atreveré a decirlo!

—Dilo, querida; entre nosotros, ¿qué importa? No nos andamos con tapujos.

—No, no me atrevo.

—Vamos, no te hagas la inocente. ¡Dilo!

—Pues bien... Pues bien..., querría..., querría que me tomaran por tu querida..., ¡sí! ..., y que los camareros, que no saben que te has casado, me miren como a tu querida, y tú también..., que tú me creas tu querida, una hora, en ese sitio, donde debes de tener recuerdos... ¡Eso es! ... Y yo misma creeré que soy tu querida... Cometeré una grave falta... Te engañaré... contigo... ¡Eso es! ... Es muy feo... Pero quisiera... No me hagas ruborizarme... Noto que me ruborizo... No te figuras cuánto me..., me... turbaría cenar así contigo, en un sitio nada decente..., en un reservado donde la gente se ama todas las noches..., todas las noches... Es muy feo... Estoy colorada como un tomate. No me mires...

El reía, muy divertido, y respondió:

—Sí, iremos esta tarde a un sitio muy elegante, donde me conocen.

Subían, a eso de las siete, la escalera de un gran café del bulevar: él, sonriente, con aire triunfador; ella, tímida, envuelta en velos, encantada. En cuanto hubieron entrado en un reservado amueblado con cuatro sillones y un ancho diván de terciopelo rojo, el maitre, de frac, entró y presentó la minuta. Paul se la tendió a su mujer:

—¿Qué quieres comer?

—Pues no sé, lo que se coma aquí.

Entonces él leyó la letanía de platos mientras se quitaba su gabán, que puso en manos del sirviente. Después dijo:

—Comida fuerte: crema de cangrejos, pollo a la diablo, lomo de liebre, bogavante a la americana, ensalada con muchas especias y postre. Beberemos champán.

El maitre sonreía al mirar a la joven. Recogió la minuta, murmurando:

—¿Desea usted sidra achampanada o champán don Paul?

—Champán, muy seco.

A Henriette la hizo feliz ver que aquel hombre sabía el nombre de su marido.

Se sentaron, uno al lado del otro, en el diván y empezaron a comer.

Los iluminaban diez velas, reflejadas en un gran espejo empañado por miles de nombres trazados con diamantes, y que arrojaban sobre el claro cristal una especie de inmensa tela de araña.

Henriette bebía sin parar para animarse, aunque se sintiera ya aturdida con las primeras copas. Paul, excitado por los recuerdos, besaba a cada momento la mano de su mujer. Sus ojos brillaban.

Ella se sentía extrañamente emocionada por aquel lugar equívoco, agitada, contenta, un poco mancillada pero vibrante. Dos criados serios, mudos, habituados a verlo todo y a olvidarlo todo, a entrar sólo en los instantes necesarios, y a salir en los minutos de desahogo, iban y venían rápida y suavemente.

Hacia la mitad de la cena, Henriette estaba achispada totalmente achispada, y Paul, alegre, le oprimía la rodilla con todas sus fuerzas. Ella charlotteaba ahora, osada, las mejillas rojas, la mirada viva y húmeda.

—¡Oh! Vamos, Paul, confíesate, ¿sabes?, quisiera saberlo todo.

—Todo, ¿qué?, querida.

—No me atrevo a decírtelo.

—Venga, dílo...

—¿Has tenido amantes..., muchas..., antes de mí?

El vacilaba, un poco perplejo, sin saber si debía ocultar sus aventuras galantes o jactarse de ellas.

Ella prosiguió:

— ¡Oh! Por favor, dímelo, ¿has tenido muchas?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—Y yo qué sé... ¡Esas cosas no se saben!

—¿No las has contado?

—Claro que no.

— ¡Oh! Entonces, has tenido muchas.

—Pues sí.

—¿Cuántas, más o menos..., sólo más o menos?

—De veras que no lo sé, querida. Hay años en los que tuve muchas, y años en los que tuve menos.

—¿Cuántas al año, dime?

—A veces, veinte o treinta; a veces, cuatro o cinco solamente.

— ¡Oh! Eso suma más de cien mujeres, en total.

—Pues sí, más o menos.

— ¡Oh! ¡Qué asqueroso!

—¿Por qué asqueroso?

—Pues porque es asqueroso, cuando se piensa en ello..., todas esas mujeres... desnudas... y siempre..., siempre lo mismo... ¡Oh! ¡Qué asqueroso, más de cien mujeres!

A él le chocó que considerara eso asqueroso, y respondió con ese aire superior que adoptan los hombres para dar a entender a las mujeres que están diciendo tonterías.

— ¡Pues sí que tiene gracia! Si es asqueroso tener cien a mujeres, igualmente asqueroso es tener una sola.

— ¡Oh, no! ¡En absoluto!

—¿Por qué no?

—Porque con una mujer hay una relación, hay un amor que te liga a ella, mientras que cien mujeres es una porquería, una indecencia. No comprendo cómo un hombre puede rozarse con todas esas mozas, que son sucias...

—No, son muy limpias.

—No se puede ser limpio teniendo el oficio que tienen.

—Al contrario, justamente a causa de ese oficio son limpias.

— ¡Oh! ¡Quita! ¡Cuando se piensa que la víspera hacían eso con otro! ¡Es innoble!

—No es más innoble que beber en este vaso en el que ha bebido no sé quién esta mañana, y que han lavado menos, puedes estar segura, que...

— ¡Oh! Cállate, me das asco...

—Pero, entonces, ¿por qué me preguntas si he tenido amantes?

—Y dime, tus amantes, ¿eran todas furcias?... ¿Las cien?

—No, no...

—¿Quiénes eran, entonces?

—Pues actrices..., obreritas y... algunas mujeres de mundo...

—¿Cuántas mujeres de mundo?

—Seis.

—¿Sólo seis?

—Sí.  
—¿Eran guapas?  
—Claro que sí.  
—¿Más guapas que las furcias?  
—No.  
—¿Cuáles preferías, las furcias o las mujeres de mundo?  
—Las furcias.  
—¡Oh! ¡Qué sucio eres! ¿Y por qué?  
—Porque no me gustan los talentos de las aficionadas.  
—¡Oh! ¡Qué horror! Eres abominable, ¿sabes? Dime, ¿te divertía pasar así de una a otra?  
—Claro que sí.  
—¿Mucho?  
—Mucho.  
—¿Qué es lo que te divertía? ¿Es que no se parecían?  
—Claro que no.  
—¡Ah! Las mujeres no se parecen...  
—En absoluto.  
—¿En nada?  
—En nada.  
—¡Qué gracia! ¿Qué es lo que tienen de diferente?  
—Pues todo.  
—¿El cuerpo?  
—Sí, el cuerpo.  
—¿Todo el cuerpo?  
—Todo el cuerpo.  
—¿Y qué más?  
—Pues la manera de..., de besar, de hablar, de decir las menores cosas.  
—¡Ah! ¿Y resulta muy divertido cambiar?  
—Pues sí.  
—¿Y también los hombres son diferentes?  
—No lo sé.  
—¿No lo sabes?  
—No.  
—Deben de ser muy diferentes.  
—Sí..., sin duda...

Ella se quedó pensativa, la copa de champán en la mano. Estaba llena, la bebió de un trago; después, dejándola sobre la mesa, echó los dos brazos al cuello de su marido, murmurando junto a su boca:

—¡Oh! ¡Querido, cuánto te amo! ...

El la estrechó en un arrebatado abrazo... Un camarero que entraba retrocedió cerrando la puerta; y el servicio quedó interrumpido alrededor de unos cinco minutos.

Cuando reapareció el maitre, con aire serio y digno, trayendo la fruta del postre, ella tenía de nuevo una copa llena entre sus dedos y, contemplando el fondo del líquido amarillo y transparente, como para ver en él cosas desconocidas y soñadas, murmuraba con voz pensativa:

"¡Sí! ¡Debe de ser divertido, muy divertido!"

# *El inglés de Etretat*

---

*L'anglais d'Etretat*

Un gran poeta inglés acaba de cruzar por Francia para saludar a Victor Hugo. Su nombre llena las columnas de los diarios, y corren por los salones leyendas acerca de su persona. Hace ya quince años que tuve yo la oportunidad de tratar varias veces con Algernon Carlos Swinburne. Voy a intentar mostrarle tal cual yo lo vi, fijando definitivamente la impresión que me produjo y que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue siempre viva en mí.

\*\*\*

Creo que fue el año mil ochocientos sesenta y siete, o el mil ochocientos sesenta y ocho; un inglés, joven y desconocido, acababa de comprar en Etretat una casita oculta bajo árboles copudos. Decíase que vivía en ella de una manera fantástica, siempre solo, despertando el asombro hostil de los indígenas, porque, como en todo pueblo chico, las gentes de aquél eran cazurras y de una malignidad necia.

Se rumoreaba que aquel inglés extravagante no comía otra cosa que carne de mono, hervida, asada, salteada, en confitura; que no quería tratar con nadie y que hablaba a solas y en voz alta durante horas y horas; en una palabra, se contaban de él mil cosas sorprendentes, que hacían creer a las personas razonables que aquel individuo no era de la pasta de los demás hombres.

Lo que más asombraba a las gentes era que tratase con la mayor familiaridad a un mono de gran tamaño que andaba en libertad por su habitación. De haber sido un gato, un perro, nadie habría dicho nada. ¿Pero un mono? ¿No era algo horrible? ¡Había que tener aficiones de salvaje para hacer semejante cosa!

Yo sólo conocía a aquel joven por haberme cruzado con él en la calle. Era pequeño, metido en carnes sin llegar a gordo, de aspecto bonachón, y gastaba bigote rubio casi invisible.

La casualidad nos deparó ocasión de conversar. Aquel salvaje era simpático y espontáneo; era desde luego, uno de tantos ingleses raros con los que uno se tropieza aquí y allá por el mundo.

Dotado de una inteligencia notable, parecía vivir en un ensueño fantástico, como debió de vivir Edgar Poe. Había traducido al inglés un volumen de extraordinarias leyendas islandesas, que yo desearía ardientemente ver traducidas en la actualidad al francés. Era aficionado a lo sobrenatural, a lo macabro, a lo retorcido, a lo complicado, a todo lo descompasado cerebralmente. Hablaba de las cosas más pasmosas con una flemma completamente inglesa, lo que, unido a su voz dulce y calmosa, le daba un aire de sensatez, que era como para hacer perder el juicio.

Poseído de un desdén altanero por el mundo, por sus convencionalismos, prejuicios y moral, había clavado en su casa una divisa audaz y desvergonzada. Si el dueño de un mesón sin huéspedes hubiese escrito en la puerta del mismo: "¡Aquí se asesina a los viajeros!", no habría hecho un chiste más siniestro.

Yo no había entrado aún en su casa cuando recibí una invitación para almorzar en ella; esta invitación se produjo como consecuencia del accidente ocurrido a un amigo suyo, que había estado a punto de ahogarse y al que yo intenté socorrer.



Aunque llegué cuando ya se había realizado el salvamento, recibí de los dos ingleses las más calurosas frases de agradecimiento; al día siguiente me presenté en la casa.

Era el amigo un mozo de unos treinta años, que sostenía una cabeza enorme sobre su cuerpo infantil, un cuerpo sin anchura de pecho ni de hombros. Una frente desmesurada, que parecía haber devorado todo el resto de aquel hombre, se desarrollaba a manera de cúpula sobre su cara menguada, que terminaba en forma de huso en la barbilla puntiaguda. Los ojos penetrantes y la boca deprimida producían la impresión de una cabeza de reptil, mientras que el cráneo magnífico despertaba la idea del genio.

Un temblequeo nervioso sacudía constantemente a aquel ser que caminaba, se agitaba, actuaba a sobresaltos, como resorte descompuesto.

Tal era Algernon Carlos Swinburne, hijo de un almirante inglés, y nieto, por línea materna, del conde de Ashburnham.

Su fisonomía conturbadora, hasta inquietante, se transfiguraba en cuanto empezaba a hablar. Pocas veces he tratado a un hombre más impresionante, más elocuente, más incisivo, más encantador hablando. Parecía como si su imaginación vivaz, nítida, agudísima y extravagante, fluyese junto con su voz, dando vida y nervio a las frases. Sus ademanes sobresaltados marcaban el ritmo de su frase saltarina, que penetraba en el alma del oyente lo mismo que una hoja puntiaguda; tenía de pronto estallidos de pensamiento como los faros intermitentes, vaharadas geniales de luz que parecían iluminar todo un mundo de ideas.

La casa de los dos amigos era bonita y se salía de lo corriente. Cuadros por todas partes, magníficos algunos, rarísimos otros, que parecían reproducir visiones de locos. Si no me engaña la memoria, había una acuarela que representaba una cabeza de muerto navegando dentro de una concha color de rosa en un océano sin límites, a la luz de una luna que tenía cara de persona humana.

Aquí y allá se veían huesos de esqueleto. Llamó sobre todo mi atención una horrible mano disecada que aún conservaba la piel reseca, los músculos negros puestos al desnudo, y sobre el hueso, blanco como la nieve, algunas manchas de sangre.

No llegué a adivinar el enigma de las comidas de los dos amigos. ¿Eran buenas? ¿Eran malas? No podría afirmarlo resueltamente. El asado de mono me quitó las ganas de adoptar como plato corriente la carne de ese animal; y el gran mono que andaba suelto rondando alrededor de nosotros y que en el momento de ir yo a beber me empujaba la cabeza para metérmela en el vaso, me quitó cualquier capricho de tener por compañero de todos los días a un animal de esa clase.

Por lo que respecta a los dos hombres, dejaron en mí la impresión de ser dos espíritus extraordinariamente originales y destacados, de una absoluta extravagancia, pertenecientes a esa raza especial de alucinados de talento de la que han salido Poe, Hoffmann y algunos más.

\*\*\*

Si, como se cree generalmente, el genio es una especie de delirio de las grandes inteligencias, Algernon Carlos Swinburne es, desde luego, un hombre de genio.

Jamás se considera como genios a los grandes espíritus razonables, en tanto que se prodiga este sublime calificativo a cerebros que son con frecuencia de segundo orden, pero que están agitados por algo de locura.

De todos modos, este poeta sigue siendo uno de los primeros de su tiempo por la originalidad de su inventiva y la maestría prodigiosa de su forma. Es un lírico exaltado, un lírico furioso que se cuida muy poco de la verdad humilde y sana que los artistas franceses buscan hoy con toda obstinación y paciencia; él se esfuerza por dar forma a

visiones y pensamientos sutiles, ingenuamente grandiosos unas veces, llenos de hinchazón otras, pero magníficos siempre.

\*\*\*

Dos años después, halle la casa cerrada; sus habitantes se habían ausentado. Los muebles estaban en venta. Compré, como recuerdo de aquellos dos hombres, la repugnante mano disecada. En la cespедера había un enorme bloque de granito que tenía grabada una sola palabra; Nip. Encima del bloque, una piedra hueca, llena de agua, brindaba bebida a los pájaros. Era la sepultura del mono, al que un criado joven, negro y vengativo, había ahorcado. Me contaron que el tal criado vengativo tuvo luego que huir, perseguido por el revólver del amo, exasperado. Después de vagar durante varios días sin techo, ni pan, se dejó ver de nuevo, dedicándose a vender caramelos por las calles.

Fue expulsado definitivamente del pueblo, porque casi estranguló a un comprador descontento.

Si encontrásemos con frecuencia muchos interiores de casas como el que he descrito, la tierra sería más alegre.

*Le Gaulois*, 29 de noviembre de 1882

## *El invernadero*

---

*La serre*

EL señor y la señora Lerebour tenían la misma edad. Pero él parecía más joven, aunque fuera el más gastado de los dos. Vivían cerca de Mantes, en una bonita casa de campo que habían logrado hacerse con la fortuna que reunieron vendiendo telas.

La casa estaba rodeada de un hermoso jardín que tenía corral, quioscos chinos y un pequeño invernadero al fondo de la propiedad. El señor Lerebour era bajo, regordete y jovial, de una jovialidad de tendero bonachón. Su mujer, flaca, voluntariosa y siempre descontenta, no habla conseguido vencer el buen humor de su marido. Se teñía el pelo, leía a veces novelas que llenaban su alma de sueños, aunque afectara despreciar aquella clase de literatura. La consideraban apasionada, sin que ella hubiera hecho nunca nada para autorizar esta opinión. Pero su marido decía a veces: "¡Mi mujer es tremenda!", con cierto tono malicioso que hacía surgir las suposiciones.

Desde hacía algunos años, sin embargo, ella se mostraba agresiva con Lerebour, a todas horas irritada y dura, como si la atormentara una pena secreta e inconfesable. De todo esto resultó una especie de desavenencia. Apenas se hablaban ya, y la mujer, que se llamaba Palmyre, abrumaba sin cesar al marido, que se llamaba Gustave, con expresiones desagradables, alusiones hirientes, frases sarcásticas, y todo sin razón aparente.

El marido se encogía de hombros, molesto, pero sin perder el buen humor, pues estaba dotado de tan buen carácter que tomaba en broma aquellos disgustos íntimos. Sin embargo, a veces se preguntaba cuál podría ser la causa desconocida que había agriado así a su compañera, porque se daba cuenta de que su irritación obedecía a un motivo oculto, pero tan difícil de adivinar que desesperaba en sus esfuerzos.

A menudo le preguntaba:

—Pero, vamos a ver, pequeña, ¿puedes decirme lo que tienes contra mí? Me parece que me ocultas algo.

Ella, invariablemente le contestaba:

—No tengo nada, nada en absoluto. Además, si tuviera algún motivo para estar descontenta, tendrías que ser tú quien lo adivinara. No me gustan los hombres que no comprenden nada, que son tan obtusos e incapaces que necesitan ayuda para darse cuenta de las cosas más nimias.

El marido, desalentado, murmuraba:

—Ya veo que no me quieres decir nada.

Y se alejaba buscando el misterio.

Las noches, sobre todo, eran penosas para él; pues, como los matrimonios honrados y sencillos, seguían durmiendo en la misma cama. No había vejaciones que no utilizara la mujer. Elegía, el momento en que estaban ya acostados, uno junto al otro, para abrumarle con sus burlas más pesadas. Principalmente le reprochaba que estuviera engordando:

—Ocupas toda la cama, de gordo que te estás poniendo. Y me empapas la espalda con tu sudor, que parece tocino derretido. No me resulta muy agradable, que digamos.

Le obligaba a levantarse con el menor pretexto, mandándole a buscar abajo un periódico que se le había olvidado o una botella de agua de azahar, que él no encontraba nunca porque Palmyre los había escondido. Y le gritaba, con un tono furioso y sarcástico:

—¡Pareces tonto! Debías saber dónde están las cosas.

Cuando llevaba una hora recorriendo la casa dormida y regresaba con las manos vacías, la mujer le decía, por todo agradecimiento:

—Venga, acuéstate. Pasear un poco te hará adelgazar, porque te estás poniendo fofó como una esponja.

Le despertaba cada poco diciéndole que le dolía el estómago, y le exigía que le diera friegas en el vientre con una franela empapada en agua de colonia. Él se esforzaba por curarla, desolado de verla enferma; y le proponía ir a despertar a la criada, Céleste. Entonces ella, encolerizada, gritaba:

—¡Hace falta ser animal! ¡Hala, se acabó: ya no me duele! ¡Duérmete, carcamal!

Y él preguntaba:

—¿Estás segura de que ya no te duele nada? Palmyre le lanzaba duramente a la cara:

—Sí, cállate ya, déjame dormir. No digas más tonterías. Eres incapaz de hacer nada, ni siquiera de darle friegas a una mujer.

El se desesperaba:

—Pero,... querida...

—¡Nada de peros!—se exasperaba ella—. Ya está bien. Ahora, déjame en paz..

Y se volvía de cara a la pared.

Una noche, ella le sacudió tan bruscamente que él saltó asustado y se encontró sentado en la cama con una rapidez desacostumbrada en él.

Balbució:

—¿Qué?... ¿Qué ocurre?...

La mujer le agarraba el brazo, pellizcándole hasta hacerle sentir ganas de gritar. Le susurró al oído:

—He oído ruidos en la casa.

Acostumbrado a las frecuentes alarmas de su mujer, no se inquietó demasiado, y preguntó tranquilamente:

—¿Qué clase de ruidos, querida?

Ella temblaba, como enloquecida, y respondió:

—Ruidos..., pues ruidos..., ruidos de pasos... Hay alguien en la casa.

El marido siguió incrédulo:

—¿Alguien? ¿Tú crees? No, no, seguramente te engañas. ¿Quién puede ser?

Ella se estremeció:

—¿Quién?... ¿Quién?... ¡Pues ladrones, imbécil!

El hombre volvió a meterse suavemente entre las ropas de la cama:

—Pero, querida, es imposible. No hay nadie. Lo has soñado, seguramente.

Entonces ella retiró las sábanas y, saltando de la cama, exclamó, exasperada:

—¡Eres tan cobarde como inútil! Sea como sea, yo no dejaré que me asesinen porque tú tengas miedo.

Y cogiendo las tenazas de la chimenea, se plantó de pie detrás de la puerta cerrada con cerrojo, en una actitud de combate.

Conmovido por aquel ejemplo de valor, acaso avergonzado, el marido se levantó a su vez a regañadientes y, sin quitarse su gorro de dormir, cogió el badil y se colocó enfrente de su mujer.

Esperaron veinte minutos en el mayor silencio. Ningún nuevo ruido turbó el descanso de la casa. Entonces, la mujer, furiosa, se metió en la cama.

—Pues yo estoy segura de que había alguien —declaró.

Para evitar toda discusión, él no hizo ninguna alusión durante el día a aquel susto.

A la noche siguiente, Palmyre despertó a su marido con más violencia aún que la víspera y, jadeante, tartamudeó:

—Gustave, Gustave, acaban de abrir la puerta del jardín.

Extrañado de aquella insistencia, creyó que su mujer padecía sonambulismo y se disponía a quitarle de la cabeza aquella peligrosa pesadilla cuando le pareció oír, en efecto, un ligero ruido junto a los muros de la casa.

Se levantó, corrió a la ventana y pudo ver una sombra blanca que atravesaba de prisa un paseo del jardín.

Desfallecido, murmuró:

—Hay alguien —luego se rehizo, recobró su firmeza y, llevado de pronto por una formidable cólera de propietario al que allanan su morada, exclamó—: ¡Aguárdadme! ¡Ahora vais a ver!

Corrió a su escritorio, lo abrió, tomó su pistola y se precipitó escaleras abajo.

Su mujer, fuera de sí, le siguió, gritando:

—¡Gustave, Gustave, no me abandones, no me dejes sola! ¡Gustave! ¡Gustave!

Pero él no la escuchaba; estaba ya en la puerta del jardín.

La mujer subió a toda prisa a atrincherarse en la alcoba matrimonial.

Esperó cinco, diez minutos, un cuarto de hora. Un terror loco la invadía. Seguramente le habrían matado: le habrían cogido, y estaría muerto a palos o estrangulado. Habría preferido oír los seis disparos de la pistola, saber que luchaba, que se defendía. Pero aquel tremendo silencio, aquel silencio espantoso del campo la trastornaba.

Llamó a Céleste. La doncella no vino, ni siquiera respondió. Llamó de nuevo, angustiada, a punto de desmayarse. La casa entera siguió silenciosa. Pegó al cristal de la ventana su frente enardecida, tratando de traspasar las tinieblas del exterior. Sólo distinguía las sombras más negras de los macizos, a ambos lados de las cintas grises de los paseos.

Sonaron las doce y media. Su marido llevaba cuarenta y cinco minutos ausente. ¡No le volvería a ver!. ¡Seguramente no le vería nunca más! Y cayó de rodillas, sollozando.

Dos golpecitos en la puerta de la alcoba la hicieron ponerse en pie de un salto. El señor Lerebeur la llamaba:

—Ábreme, Palmyre. Soy yo.

Se lanzó a abrir y, plantada ante él, con los puños en las caderas y los ojos arrasados todavía en lágrimas, le gritó:

—¿De dónde vienes, animal? ¡Conque me dejas que muera de miedo aquí sólo! Te preocupas de mí menos que si no existiera ya...

Él había cerrado la puerta; y se reía, se reía como un loco, abriendo mucho la boca, apretándose la tripa con las manos, los ojos húmedos.

La señora Lerebour, estupefacta, se calló.

Él tartamudeaba por la risa:

—Era..., era... Céleste, que tenía una..., una... una cita en el invernadero... Si supieras lo que... lo que..., lo que he visto.

Ella se puso lívida, sofocada de indignación:

—¿Cómo?... ¿Qué dices?... ¿Céleste?... ¿En mi casa?... ¿En mi... mi... mi casa..., en mi... mi... en mi invernadero? ¿Y no has matado al hombre, a su cómplice?... En mi casa... ¡En mi casa!...

No podía más, se sentó.

El marido hizo una cabriola, tocó las castañuelas con los dedos, chasqueó la lengua y, sin dejar de reír, le dijo:

—Si tú supieras... Si tú supieras... Bruscamente, la besó.

Ella se libró de su marido. Y, con la voz enronquecida por la cólera, le dijo:

—No quiero que esa chica se quede ni un solo día más en mi casa, ¿me oyes? Ni un solo día... ¡Ni una hora! Cuando vuelva, la echamos...

El señor Lerebour había cogido a su mujer por la cintura y le llenaba de besos el cuello, besos sonoros, como antaño. Ella se calló de nuevo, paralizada por el asombro. Pero él, estrechándola aun más, la arrastraba suavemente hacia la cama...

Cerca de las nueve y media de la mañana, Céleste, extrañada de que no hubieran salido todavía sus señores, que solían levantarse temprano, fue a llamar suavemente a su puerta.

Estaban acostados aún, y charlaban alegremente uno al lado del otro. Se quedó perpleja, y dijo:

—Señora, ya está preparado el café con leche.

La señora Lerebour, con una voz muy dulce, le contestó:

—Tráenoslo aquí, hija. Estamos un poco fatigados, hemos dormido mal.

Apenas hubo salido la criada, el señor Lerebour se echó a reír, haciéndole cosquillas a su mujer y repitiendo:

—¡Si supieras! . ¡Ah, si supieras!

Ella le cogió las manos:

—Vamos, estáte un poco tranquilo, querido. Si sigues riéndote así, te vas a poner malo.

Y le besó con mucha dulzura en los ojos.

La señora Lerebour no tiene ya mal carácter. En las noches claras, algunas veces, los dos esposos van, con pasos furtivos, a lo largo de los macizos y los setos, hasta el pequeño invernadero que hay al fondo del jardín. Y permanecen allí, pegados uno contra otro y contra el cristal, como si miraran en el interior algo extraño y lleno de interés.

Le han aumentado el salario a Céleste.

El señor Lerebour ha adelgazado.

*Gil Blas*, 26 de junio de 1883

El castillo, de antiguo estilo, se alza en la cumbre del monte; árboles corpulentos lo rodean de un verdor oscuro; y el parque dilatado extiende sus lejanas perspectivas, ya sobre la espesura del bosque, ya sobre las comarcas próximas.

No lejos de la fachada principal, en un estanque de piedra, lucen su desnudez femenina varias figuras de mármol. Se escalonan a lo largo de la pendiente otros estanques, hasta el pie del ribazo, y un arroyo prisionero se derrumba en cascadas cristalinas de uno en otro.

Desde la morada —que se yergue, como una vieja presumida, con graciosos remilgos— hasta las grutas rocosas, donde aún duermen los amores de antaño, todo en aquel dominio señorial ha conservado la fisonomía de pasadas generaciones; todo parece recordar usanzas antiguas, costumbres viejas, galanterías frágiles y ligeras elegancias, que fueron el encanto de nuestras abuelas.

En un saloncito Luis XV —sobre cuyas paredes mariposean pastores y pastoreltas, damas ilustres muy huecas y caballeros galantes muy rizados—, una señora de mucha edad, inmóvil como si estuviese muerta, reclinada, casi echada en un sillón, deja caer a uno y otro lado, lánguidamente, sus manos descarnadas y esqueléticas.

Su mirada turbia se pierde a lo lejos, queriendo abarcar la campiña, como si a través de los jardines y de los bosques persiguiese las imágenes de su juventud.

Un soplo de la brisa, entrando con frecuencia por el balcón, derrama en el aposento perfumes de hierbas y de flores, mientras hace revolotear sobre la frente de la noble anciana sus cabellos blancos y en su pensamiento las memorias casi olvidadas.

Junto a ella, sentada en un taburete almohadillado, una muchacha de largos cabellos rubios, cuyas trenzas descienden por su espalda, borda un ornamento de altar.

Tiene ojos febriles y soñadores; mientras avanzan su labor los dedos ágiles, se diría que también su pensamiento avanza en un delirio.

Inclinándose hacia la muchas, su abuela dice:

—Berta: léeme algún periódica, para que yo pueda enterarme de lo que ocurre ahora en el mundo.

La muchacha coge un periódico, y, extendiéndolo, pasea los ojos por sus columnas.

—Habla mucho de política. ¿Lo paso, abuela, o quiere usted oírlo todo?

—Pásalo, hija mía. Busca una historia de amor ¿No hay ninguna historia de amor? La Francia galante ya no existe, puesto que no se habla de raptos ni de aventuras, como en otro tiempo.

La muchacha sigue buscando en el periódico algún artículo que pudiese agradar a su abuela:

—¡Ya lo encontré! Se titula "Drama de amor".

En el arrugado y cadavérico rostro de la triste anciana, se dibuja una sonrisa:

—Veamos qué dice. Comienza. Y Berta da principio a su lectura.

Se trata de una historia vulgar, de un crimen realizado con el vitriolo. Una mujer se vengó de la querida de su marido, quemándole toda la cara y los ojos. El Tribunal había fallado, absolviéndola con todos los pronunciamientos favorables, entre los aplausos de la multitud.

La débil anciana, incorporándose un poco, repite:

—¡Oh! ¡Es horroroso! Si. ¡Es un espanto! Anda, busca otra cosa, hijita.

Berta busca, y en otra columna, pero también en la sección de tribunales, lee: "Drama sombrío".

Una señorita, empleada en un almacén de confecciones, ya bastante madura, había cometido un desliz —cayendo entre los brazos de un joven; y para vengarse de la ingratitud y el abandono de su amante, algo voluble, le había disparado un tiro de revólver. El infeliz quedaba inútil para toda su vida. Y los jurados, hombres morales y de buenas costumbres, pronunciándose por el amor ilegítimo de la vengadora, la absolvieron, declarándola inocente.

Al oírlo, sublevándose, descomponiéndose, la noble anciana. dice:

— ¡Oh! ¡Estáis locos, locos de remate, las gentes de ahora! No se ha visto locura más grande. ¡Parece mentira! ¡Cómo entendéis las cosas! ... Dios piadoso ha ofrecido a los hombres el amor, ¡el único encanto de la vida! Los hombres lo han perfeccionado, sazónándolo con la galantería, la única distracción agradable para entretener el tiempo. Y de pronto, mezcláis a estas cosas buenas el vitriolo y el revólver, lo cual me parece lo mismo que mezclar algo nauseabundo con el oloroso vino de Jerez.

Berta no parece comprender ni explicarse la indignación de su abuela, y dice:

—Pero, abuelita, esa mujer se vengó porque su amante no la quería. La otra hizo lo mismo, porque su esposo la engañaba...

La débil anciana, sobresaltándose, interrumpe:

—¡Qué ideas inculcan a las muchachas de ahora! ¿Qué dices, criatura?

Berta quiere aducir alguna razón:

—El matrimonio es un sacramento: hay que respetarlo, abuelita.

Habiendo nacido en la época galante, la noble dama juzga de manera muy diferente, y con el corazón alborotado, estremeciéndose, agitándose, pronuncia estas palabras:

—El amor es lo único sagrado. Escucha, hijita, lo que te dice una vieja que ha vivido con tres generaciones y que sabe mucho, mucho, acerca de los hombres y de las mujeres. El matrimonio y el amor nada tienen de común. ¿Lo entiendes? Nos casamos para formar una familia, y se forman las familias para constituir la sociedad. La sociedad no existiría sin el matrimonio. Sí, la sociedad es una cadena; cada familia es un anillo de la cadena social, y para soldar esos anillos, búscanse metales equivalentes.

Para formalizar un matrimonio es preciso tener en cuenta la educación, la fortuna, la raza; el matrimonio responde al interés común que se funda en la riqueza y en los hijos. Nos casamos una vez, porque la sociedad nos lo exige; pero nos apasionamos veinte veces en la vida, porque la Naturaleza lo ha dispuesto así. El matrimonio es la ley, ¿comprendes? y el amor es un instinto que nos impulsa tan pronto hacia un lado como hacia que otro.

Se hicieron leyes que suprimen los instintos contradiciéndolos; era indispensable. Pero los instintos son poderosos, arraigados, tenaces, y no debíamos contradecirlos con tanta frecuencia, porque son mandatos de Dios, mientras que las leyes que los combaten son obra de los hombres.

Si no se perfumara la vida con el amor, con todo el amor posible, hijita, como ponemos azúcar en los medicamentos que han de tomar los niños, nadie querría tragarla; sería un sacrificio demasiado grande.

Asustada Berta y abriendo mucho sus ojazos febriles y soñadores, dice:

—¡Oh! ¡Abuelita! ¡Sólo se puede amar una vez! ¡Sólo se ama una vez, abuelita!

La débil anciana levanta sus manos temblorosas como para evocar aún al dios ya difunto de la galantería, y exclama rebotante de indignación:

—Os habéis convertido en una raza de villanos, en una raza vulgar. Desde la Revolución, el mundo está desconocido. Habéis cubierto con frases pomposas todos los actos humanos, y con deberes enojosos todos los rincones de la existencia; creéis en la



igualdad y en la pasión única y durable. No ha faltado quien escribiera versos para decirnos que se moría de amor. En mi tiempo las poesías enseñaban a los hombres a sentir amor hacia todas las mujeres. ¡Y nosotras!... Y cuando un caballero nos agradaba, hijita, se lo hacíamos decir por un paje. Y cuando nuestro corazón sentía un capricho nuevo nos apresurábamos a despedir al último amante... a no ser que prefiriésemos conservar los dos...

La noble anciana sonríe con una sonrisa punzante, y en sus ojos grises, apagados, resplandece la malicia ingeniosa y escéptica de las personas que no se creen formadas con el mismo barro que los demás y que viven como dueñas de la vida, para las cuales no rigen las creencias y las obligaciones comunes.

La muchacha, palideciendo, balbucía:

—Las mujeres de aquel tiempo, si obraban de tal modo, no conocían el honor.

La débil anciana deja de sonreír. Si conservaba en su espíritu algo de la ironía de Voltaire, tampoco le faltaba un poco de la filosofía inflamada de Juan Jacobo Rousseau:

—¿Desconocer el honor... porque amaban y se atrevían a decirlo, a vanagloriarse de sus amores? Hijita: si una de nosotras, ni entre las más encopetadas y linajudas señoras de Francia, hubiese vivido sin tener un amante, habría sido entonces la risa de toda la corte. Para las que preferían vivir así estaban los conventos. Y vosotras, ¿imagináis tal vez que vuestros maridos no se apasionarán por otras mujeres por mucho que les agradéis? ¡Como si eso fuera posible! No; no es posible. Yo te aseguro que la institución del matrimonio es indispensable para que la sociedad se defienda; pero que la fidelidad conyugal no ha existido nunca entre las condiciones de nuestra raza. ¿Oyes lo que te digo? En la vida sólo hay una cosa buena: el amor.

Y vosotros lo comprendéis mal; lo desvirtuáis en absoluto, convirtiéndolo en algo solemne, grave, definitivo, como un sacramento; en algo que se compra, como un traje.

La muchacha oprime con sus manos temblorosas las apergaminadas manos de la noble anciana, y dice suplicante:

—Cállate, abuelita; cállate, por Dios; te lo ruego.

Y, de rodillas, con lágrimas en los ojos, pide al Cielo una pasión única, devoradora, inextinguible, conforme al delirio de los poetas modernos; mientras que su abuela, besándola en la frente, penetrada todavía por la encantadora y sana reflexión que los filósofos del siglo XVIII derramaron como un perfume sutil sobre las imaginaciones de su tiempo, balbucía:

—Cuidado, hijita; creyendo en semejantes locuras, vas a ser muy desdichada.

*Gil Blas*, 30 de octubre de 1883

# Joseph

---

*Joshep*

Estaban alegres, más que alegres, la baronesita de Fraisières y la condesita de Gardens.

Habían comido solas en un mirador, frente al mar, sintiendo, la brisa fresca y suave del anochecer, la salada brisa del Océano. Jóvenes las dos, recostadas en los divanes, sorbían poco a poco unas copitas de chartreuse, fumando cigarrillos turcos y haciéndose confidencias íntimas, confidencias que sólo una embriaguez dichosa pudo empujar hasta sus labios.

A mediodía, los maridos habían regresado a Paris, dejándolas en aquella playa desierta, elegida expresamente para evitar a los moscones galantes de los veraneos en moda. Ausentes la mayor parte de la semana, temían, con razón, las expediciones campestres, los almuerzos sobre la hierba, las enseñanzas de natación y la rápida familiaridad que nace de la holganza en lugares concurridos. Dieppe, Etretat, Trouville, les parecieron peligrosos y alquilaron una casa construida y abandonada por un excéntrico en el valle de Roqueville, cerca de Fécamp, donde resolvieron enterrar a sus mujeres durante todo el verano.

Estaban alegres, muy alegres las dos. No sabiendo qué inventar para distraerse, la baronesita propuso a la condesita una delicada comida, con champaña. Se habían divertido mucho guisando y preparando escogidos platos; luego, saboreándolos y bebiendo de firme para calmar la sed que había excitado el calor de la lumbre. Hablaban y barbarizaban a compás, fumando cigarrillos turcos y apurando suavemente copitas de chartreuse, sin darse cuenta de lo que decían.

La condesa, con los pies apoyados en el respaldo de una silla, se arriesgaba más aún que su compañera:

—Para terminar dignamente nuestra diversión, sería preciso que tuviésemos aquí dos amantes. Si lo hubiese pensado a tiempo, habría hecho venir de Paris... dos..., para cederte uno.

—Yo los encuentro en todas partes; ahora mismo, si quisiera uno, lo tendría.

—Vaya, no exageres. ¿En este pueblo? Un aldeano tal vez...

—No; eso no...

—Pues cuéntame, anda.

—¿Qué quieres que te cuente?

—De tu amante...

—Yo no puedo vivir sin un amor. El día que no inspire un amor, habré muerto.

—Lo mismo digo.

—Sentir que nos desean...

—Es indispensable. Pero los hombres no lo comprenden, y menos aún los maridos.

—No lo comprenden. ¿Cómo han de comprenderlo? Necesitamos un amor compuesto de frivolidades, galanterías y exquisiteces que alimentan el corazón. Es indispensable a nuestra vida, indispensable, indispensable.

—Indispensable.

—Necesito saber que alguien piense en mí a todas horas, en todas partes. Cuando me duermo y al despertar, necesito sentir que alguien me desea, que alguien vive soñando en mí. Sin esto sería desgraciada, muy desgraciada... ¡Oh!, tan desgraciada que lloraría constantemente.

—Yo también.

—Otra cosa es imposible. Aunque un marido sea galante un mes, un año, dos..., acabará, sin remedio, mostrándose grosero y bruto; sí, grosero y bruto... Ya no se violenta por nada, no disimula; se presenta al natural, se enfurece al ver las cuentas. ¡Oh, siempre las cuentas! ... La intimidad constante y eterna, la vida en común, hace imposible un amor.

—Cierto, muy cierto.

—¿Es verdad?... ¿Qué decíamos?... No recuerdo nada.

—Decías que todos los maridos acaban mostrándose brutales...

—Sí, brutales...; todos

—Y es verdad.

—¿Qué decíamos?

—¡Eso!

—Y ¿qué más?

—Ahí estabas; no sé lo que pensabas decir...

—Algo, algo iba yo a contarte.

—Piensa, piénsalo...

—¡Ah! ¡Sí!... Decía que yo encuentro un amante..., siempre...

—¿Cómo?

—Escucha: Cuando llego a cualquier punto, empiezo a observar, tomo notas y elijo.

—¿Eliges?

—Elijo, cuando he completado mis informes. Un hombre ha de ser, en primer lugar, discreto, rico y generoso. ¿No es así?

—Ciertamente.

—Y, además, ha de agradarme como hombre.

—¡Claro!

—Entonces, echo el anzuelo.

—¿El anzuelo?

—Sí; como para pescar. ¿No has pescado nunca con caña?

—Nunca.

—Pues te hubieras divertido... instruyéndote, además. Preparo mi anzuelo.

—¿Cómo?

—No seas tonta. Elegimos entre los hombres el que más nos agrada. Y ellos piensan... ¡estúpidos!, piensan que pueden elegir... Elegimos nosotras... constantemente. Cuando una mujer no es fea ni tonta, la pretenden, sin excepción, todos los hombres. Ella los examina mañana y tarde, y cuando uno le gusta... le tira el anzuelo...

—¿Pero no me dices cómo? ¿Qué haces para tirar el anzuelo?

—No hago nada..., hija mía... Dejo hacer... Consiento que me devore con los ojos.

—¿Y es bastante?

—Sí; cuando una mujer consiente que la mire un hombre, acaba el infeliz creyéndola seductora como ninguna, y trata de seducirla. Cuando este caso llega, yo le doy a entender que no me desagrada..., pero todo en silencio, y él se apasiona como un inocente. ¡Ya es mío! Esto dura más o menos... Depende sólo de sus condiciones.

—Y ¿así conquistas a todos los que te gustan?

—A casi todos.

—¿Luego algunos resisten?

—De cuando en cuando.

—¿Por qué?

—¡Oh! ¿Por qué? Hay tres motivos: Un amor grande inspirado por otra mujer, una timidez exagerada y una... ¿cómo decirlo?... una... incapacidad notoria para conducir a la mujer hasta el último extremo de la conquista.

—Supones...

—¡Bah! Estoy segura... Si... Hay muchos; muchos más de lo que se dice. ¡Oh! Tienen las apariencias de todos; visten como todos y se pavonean como todos... A No; eso, no; porque no podrían... erguirse.

—¡Vaya!

—Los tímidos resultan muchas veces inabordables de puro tontos. Los hay que ni se atreven a desnudarse frente a un espejo. Con ellos es necesario mostrar mucha energía, y si no bastan las dulzuras de la mirada, recurrir a los abandonos de la mano. A veces todo es inútil; hasta los hay que nunca saben por dónde principiar; cuando una mujer se desmaya, como último recurso, hallándose a solas con uno de ellos..., buscan en seguida quien les ayude... Yo prefiero a los enamorados entusiastas de otras mujeres. Los conquisto por asalto a... ¡a la bayoneta!

—Todo eso está muy bien; pero cuando no hay hombres, como aquí ocurre...

—Se buscan.

—Se buscan. ¿Dónde?

—Pues..., en cualquier parte... Mira... Esto me recuerda una historia... Verás... Hace dos años mi esposo me llevó a pasar el verano en sus posesiones de Eougrolles. Allí, ¡nada! pero ¡nada!; lo que se dice nada. En los cortijos inmediatos algunos brutos muy asquerosos, cazadores de pelo y de pluma, viviendo en sus haciendas; hombres que no se bañan jamás, que huelen a sudor y que son incorregibles, porque suponen que la porquería engorda. ¿Sabes lo que hice?

—No adivino...

—¡Ja, ja, ja!... Oye... Acababa de leer varias novelas de George Sand, escritas para la glorificación de la plebe, novelas en las cuales aparece un obrero sublime, y los hombres de buen tono, criminales. Añade que recordaba Ruy Blas... Oye... Uno de nuestros colonos tenía un hijo, un guapo mozo de veintidós años, el cual había estudiado para cura y dejó el seminario, aburrido... Pues bien: lo tomé de criado.

—¡Oh! ¿Y luego?

—Luego, luego le trataba despreciativamente, mostrándome sin preocupación a sus ojos..., como si no le considerase hombre siquiera. ¡Oh! A ése no le puse anzuelo; a ése lo abrasé vivo...

—Sí; me divertía llamándole cada mañana mientras la doncella me vestía, y cada noche mientras me desnudaba.

—Fue abrasándose, abrasándose cómo un haz de paja. En la mesa, yo hablaba siempre de aseo, de baños, de duchas, de los cuidados que necesita una persona para ser admisible. Y a los quince días el infeliz aprovechaba todas las ocasiones para darse zambullidas en el río. Luego se llenaba de perfumes apestantes. Hija, me obligó a prohibirle que se perfumara, y en tono de reprensión le dije que los hombres sólo debían usar agua de colonia.

—Más adelante adquirí algunos cientos de novelas morales, cuya lectura recomendé a los campesinos y a los criados. Había deslizado en los estantes algunos libros... poéticos..., de los que turban las almas..., las almas de los colegiales y de los inocentes... Y, se los di a mi criado..., para educarle...; ¡una bonita educación!

—¿...?

—Le traté con más dulzura, tuteándole. Le llamé Joseph, y el pobre se iba poniendo..., tan flaco... Daba miedo... ¡Cuánto sufría! ... Y sus ojos..., encendidos, como los de un demente... Yo me divertía pensando... ¡Ah, una temporada ideal!

—Y ¿al fin?

—Al fin..., un día que mi marido no estaba en casa, le mandé enganchar un cochecillo para que me llevase al bosque. Hacía calor, mucho calor...

—Sigue, sigue... ¡Me interesa tanto!

—Hacía mucho calor... Toma, bebe un poco de chartreuse para que no me acabe yo la botella... Y me puse mala...: un mareo...

—¿Cómo?

—¡Tonta! Le dije que me sentía mal..., que me dejara sobre hierba... Yo no podía moverme... y me cogió... Cuando estuve sobre la hierba..., yo me ahogaba..., y le dije que me desabrochase... Luego, cuando me hubo desabrochado... me desmayé.

—¿De veras?

—No; eso, no.

—¿Y qué?

—¡Oh! Más de una hora desmayada... El no sabía qué remedio aplicar. Tuve paciencia y aguardé... Al fin halló la medicina conveniente... Abrí los ojos después del exceso...

—Y ¿qué le dijiste?

—¡Nada! ¿Por ventura me había dado yo dado cuenta durante mi desmayo? Le dije que me llevase al coche, y volvimos a casa. En poco estuvo que no volcáramos. ¡Tan aturdido iba Joseph!

—Y ¿no hubo más?

—Nada más.

—¿No volviste a desmayarte?

—Sólo una vez. No quise que fuera mi amante aquel bribón.

—Y ¿continuó en tu casa?

—Ya lo creo. ¿Había motivo para despedirle? Sin una queja fundada...

Y ¿sigue adorándote siempre?

—Ahora verás.

La baronesita oprimió el botón del timbre. Se abrió la puerta y entró un criado, buen mozo, que olía mucho a colonia.

La baronesa le dijo:

—Siento un mareo; di a la doncella que no tarde.

El hombre se quedó inmóvil como un soldado en presencia de un jefe, clavando una mirada encendida en el rostro de la señora. Esta prosiguió como si nada notase:

—De prisa, estúpido; ahora no estamos en el bosque y la doncella me atenderá mejor que tú.

El criado se fué.

La condesita preguntó, algo turbada:

—Y ¿qué dirás a la doncella?

—Qué ya pasó... ¡Bah! Le diré que me desabroche. Bien lo necesito... Me cuesta mucho respirar...Estoy borracha... Completamente borracha... No podría tenerme.

*Gil Blas, 21 de julio de 1885*

# *Las joyas*

---

*Les bijoux*

El señor Lantín la conoció en una reunión que hubo en casa del jefe de su oficina, y el amor lo envolvió como una red.

Era hija de un recaudador de contribuciones de provincia muerto años atrás, y había ido a París con su madre, la cual frecuentaba a algunas familias burguesas de su barrio, con la esperanza de casarla.

Dos mujeres pobres y honradas, amables y tranquilas. La muchacha parecía ser el modelo de la mujer honesta, como la soñaría un joven prudente para confiarle su porvenir. Su hermosura plácida ofrecía un encanto angelical de pudor, y la imperceptible sonrisa, que no se borraba de sus labios, parecía un reflejo de su alma.

Todo el mundo cantaba sus alabanzas; cuantos la conocieron repetían sin cesar: "Dichoso el que se la lleve; no podría encontrar cosa mejor".

Lantín, entonces oficial primero de negociado en el Ministerio del Interior, con tres mil quinientos francos anuales de sueldo, la pidió por esposa y se casó con ella.

Fue verdaderamente feliz. Su mujer administraba la casa con tan prudente economía, que aparentaba vivir hasta con lujo. Le prodigó a su marido todo género de atenciones, delicadezas y mimos: era tan grande su encanto, que a los seis años de haberla conocido, él la quería más aún que al principio.

Solamente le desagradaba que se aficionase con exceso al teatro y a las joyas falsas.

Sus amigas, algunas mujeres de modestos empleados, le regalaban con frecuencia localidades para ver obras aplaudidas y hasta para algún estreno; y ella compartía esas diversiones con su marido, al cual fatigaban horriblemente, después de un día de trabajo. Por fin, para librarse de trasnochar, le rogó que fuera con alguna señora conocida, que pudiese acompañarla cuando acabase la función. Ella tardó mucho en ceder, juzgando inconveniente la proposición de su marido; pero, al fin, se decidió a complacerlo, y él se alegró muchísimo.

Su afición al teatro despertó bien pronto en ella el deseo de adornarse. Su atuendo era siempre muy sencillo, de buen gusto y modesto; su gracia encantadora, su gracia irresistible, suave, sonriente, adquiría mayor atractivo con la sencillez de sus trajes; pero cogió la costumbre de prender en sus orejas dos trozos de vidrio, tallados como brillantes, y llevaba también collares de perlas falsas, pulseras de similar y peinetas adornadas con cristales de colores, que imitaban piedras finas.

Disgustado por aquella inconveniente afición al oropel, su marido le decía con frecuencia:

—Cariño, la que no puede comprar joyas verdaderas no debe lucir más adornos que la belleza y la gracia, que son las mejores joyas.

Pero ella, sonriendo dulcemente, contestaba:

—¿Qué quieres? Me gusta, es un vicio. Ya sé que tienes razón; pero no puedo contenerme, no puedo. ¡Me gustan mucho las joyas!

Y hacía rodar entre sus dedos los collares de supuestas perlas; hacía brillar, deslumbradores, los cristales tallados, mientras repetía:

—Observa qué bien hechos están; parecen finos.

Él sonreía diciendo:

—Tienes gustos de gitana.

Algunas veces, por la noche, mientras estaban solos junto a la chimenea, sobre la

mesita donde tomaban el té, colocaba ella la caja de tafilete donde guardaba la "pacotilla", según la expresión de Lantín, y examinaba las joyas con atención, apasionándose como si gozase un placer secreto y profundo. Se obstinaba en ponerle un collar a su marido para echarse a reír y exclamar:

—¡Qué mono estás!

Luego, arrojándose en sus brazos, lo besaba locamente.

Una noche de invierno, al salir de la Ópera, ella sintió un estremecimiento de frío. Por la mañana tuvo tos; y ocho días más tarde murió, de una pulmonía. Lantín se entristeció de tal modo, que por poco lo entierran también. Su desesperación fue tan grande, que sus cabellos encanecieron por completo en un mes. Lloraba día y noche, con el alma desgarrada por un dolor intolerable, acosado por los recuerdos, por la voz, por la sonrisa, por el perdido encanto de su muerte.

El tiempo no calmaba su amargura. Muchas veces, en las horas de oficina, mientras sus compañeros se agrupaban para comentar los sucesos del día, se le llenaban de agua los ojos y, haciendo una mueca triste, comenzaba a sollozar.

Había mantenido intacta la habitación de su compañera, y se encerraba allí, diariamente, para pensar; todos los muebles, y hasta sus trajes, continuaban en el mismo lugar, como ella los había dejado.

Pero la vida se le hizo dificultosa. El sueldo, que manejado por su mujer bastaba para todas las necesidades de la casa, era insuficiente para él solo, y se preguntaba con estupor cómo se las había arreglado ella para darle vinos excelentes y manjares delicados, que ya no era posible adquirir con sus modestos recursos.

Contrajo algunas deudas y, al fin, una mañana, ocho días antes de acabar el mes, faltándole dinero para todo, pensó vender algo. Y acaso por ser lo que le había producido algún disgusto, decidió desprenderse de la "pacotilla", a la que le guardaba aún cierto rencor, porque su vista le amargaba un poco el recuerdo de su mujer.

Rebuscó entre las muchas joyas de su esposa —la cual hasta los últimos días de su vida estuvo comprando, adquiriendo casi cada tarde una joya nueva—, y por fin se decidió por un hermoso collar de perlas que podía valer muy bien —a juicio de Lantín— dieciséis o diecisiete francos, pues era muy primoroso, a pesar de ser falso.

Se lo metió en el bolsillo y, de camino para el Ministerio, siguiendo los bulevares, buscó una joyería cualquiera.

Entró en una, bastante avergonzado de mostrar así su miseria, yendo a vender una cosa de tan poco precio.

—Caballero —le dijo al comerciante—, quisiera saber lo que puede valer esto.

El joven tomó el collar, lo examinó, le dio vueltas, lo tanteó, cogió una lente, llamó a otro dependiente, le hizo algunas indicaciones en voz baja, puso la joya sobre el mostrador y la miró de lejos, para observar el efecto.

Lantín, molesto por aquellas prevenciones, se disponía a exclamar: "¡Oh, ya sé que no vale nada!", cuando el comerciante dijo:

—Caballero, esto vale de doce a quince mil francos; pero no puedo adquirirlo sin conocer su procedencia.

El viudo abrió unos ojos enormes y se quedó con la boca abierta. Por fin, balbució:

—¿Está usted seguro?...

El otro, atribuyendo a otra causa la sorpresa, añadió secamente:

—Puede ver si alguien se lo paga mejor; para mí, vale sólo quince mil francos.

Lantín, completamente idiota, recogió el collar y se fue, obedeciendo a un deseo confuso de reflexionar a solas.

Pero, en cuanto se vio en la calle, estuvo a punto de soltar la risa, pensando: "¡Imbécil! ¡Imbécil! Si le hubiese cogido la palabra... ¡Vaya un joyero, que no sabe

distinguir lo bueno de lo falso!"

Y entró en otra joyería de la calle de la Paz. En cuanto vio la joya, el comerciante dijo:

—¡Ah, caramba! Conozco muy bien este collar; ha salido de esta casa.

Lantín, desconcertado, preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Caballero, yo lo vendí en veinticinco mil francos y se lo compraré en dieciocho mil, cuando me indique, para cumplir las prescripciones legales. ¿Cómo ha llegado a su poder?

Esta vez el señor Lantín tuvo que sentarse, anonadado por la sorpresa:

—Examínelo... examínelo usted detenidamente, ¿no es falso?

—¿Quiere usted darme su nombre, caballero?

—Sí, señor; me llamo Lantín, estoy empleado en el Ministerio del Interior y vivo en la calle de los Mártires, en el número 16.

El comerciante abrió sus libros, buscó y dijo:

—Este collar fue enviado, en efecto, a la señora de Lantín, calle de los Mártires, número 16, en julio de 1878.

Los dos hombres se miraron fijamente; el empleado, estúpido por la sorpresa; el joyero, creyendo estar ante un ladrón.

El comerciante dijo:

—¿Accede a depositar esta joya en mi casa durante veinticuatro horas nada más, y mediante recibo?

Lantín balbució:

—Sí, sí; ya lo creo.

Y salió doblando el papel, que guardó en un bolsillo.

Luego cruzó la calle, anduvo hasta notar que había equivocado su camino, volvió hacia las Tullerías, pasó el Sena, vio que se equivocaba de nuevo, y retrocedió hasta los Campos Elíseos, sin ninguna idea clara en la mente. Se esforzaba, queriendo razonar, comprender. Su esposa no pudo adquirir un objeto de tanto valor... De ningún modo... Luego ¡era un regalo! ¡Un regalo! Y ¿de quién? ¿Por qué?

Se detuvo y quedó inmóvil en medio del paseo. La horrible duda lo asaltó. ¿Ella?... ¡Y todas las demás joyas también serían regalos! Le pareció que la tierra temblaba, que un árbol se le venía encima y, tendiendo los brazos, se desplomó.

Recobró el sentido en una farmacia adonde los transeúntes que lo recogieron lo habían llevado. Hizo que lo condujeran a su casa y no quiso ver a nadie.

Hasta la noche lloró desesperadamente, mordiendo un pañuelo para no gritar. Luego se fue a la cama, rendido por la fatiga y la tristeza, y durmió con sueño pesado.

Lo despertó un rayo de sol, y se levantó despacio, para ir a la oficina. Era muy duro trabajar después de semejantes emociones. Recordó que podía excusarse con su jefe, y le envió una carta. Luego pensó que debía ir a la joyería y lo ruborizó la vergüenza. Se quedó largo rato meditando; no era posible que se quedara el collar sin recoger. Se vistió y salió.

Hacía buen tiempo; el cielo azul, alegrando la ciudad, parecía sonreír. Dos transeúntes ociosos andaban sin rumbo, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Lantín pensó, al verlos: "Dichoso el que tiene una fortuna. Con el dinero pueden acabarse todas las tristezas; uno va donde quiere, viaja, se distrae... ¡Oh! ¡Si yo fuese rico!"

Sintió hambre, no había comido desde la antevíspera. Pero no llevaba dinero, y volvió a ocuparse del collar ¡Dieciocho mil francos! ¡Era un buen tesoro!

Llegó a la calle de la Paz y comenzó a pasearse para arriba y para abajo, por la



acera frente a la joyería. ¡Dieciocho mil francos! Veinte veces fue a entrar; y siempre se detenía, avergonzado.

Pero tenía hambre, un hambre atroz, y ningún dinero. Por fin se decidió, bruscamente; atravesó la calle y, corriendo, para no darse tiempo de reflexionar, se precipitó en la joyería. El dueño se apresuró a ofrecerle una silla, sonriendo con finura. Los dependientes miraban a Lantín de reojo, procurando contener la risa que les retozaba en el cuerpo. El joyero dijo:

—Caballero, ya me informé, si usted acepta mi proposición, puedo entregarle ahora mismo el precio de la joya.

El empleado balbució:

—Sí, sí; claro.

El comerciante sacó de un cajón dieciocho billetes de mil francos y se los entregó a Lantín, que firmó un recibo y los guardó en el bolsillo con mano temblorosa.

Cuando se iba ya, se volvió hacia el joyero, que sonreía, y le dijo, bajando los ojos:

—Tengo... aún... otras joyas que han llegado hasta mí por el mismo conducto, ¿le convendría comprármelas?

El comerciante respondió:

—Sin duda, caballero.

Uno de los dependientes se vio obligado a salir de la tienda para soltar la carcajada; otro se sonó con fuerza; pero Lantín, impasible, colorado y grave, prosiguió:

—Voy a traérselas.

Y cogió un coche para ir a buscar las joyas.

Al volver a la joyería, una hora después, no se había desayunado aún. Comenzaron a examinar los objetos, pieza por pieza, tasándolos uno a uno. Casi todos eran de la misma casa.

Lantín discutía ya los precios, enfadándose, y exigía que le mostraran los comprobantes de las facturas, hablando cada vez más recio, a medida que la suma aumentaba.

Los dos solitarios valían veinticinco mil francos; los broches, sortijas y medallones, dieciséis mil; un aderezo de esmeraldas y zafiros, catorce mil; las pulseras, treinta y cinco mil; un solitario, colgante de una cadena de oro, cuarenta mil; y ascendía todo a ciento noventa y seis mil francos.

El comerciante dijo con sorna:

—Esto es de una persona que debió de emplear sus economías en joyas.

Lantín repuso, gravemente:

—Cada cual emplea sus ahorros a su gusto.

Y se fue, habiendo convenido con el joyero que, al día siguiente, comprobarían la tasación.

Cuando estuvo en la calle, miró la columna Vendôme, y sintió deseos de gatear por ella como si le pareciese una cucaña. Se sentía ligero, con ánimo para saltar por encima de la estatua del emperador, puesta en lo alto.

Almorzó en el restaurante más lujoso, y bebió vino de a veinte francos la botella. Después tomó un coche para que lo llevase al bosque, y miraba despreciativamente a los transeúntes, con ganas de gritar: "¡Soy rico! ¡Tengo doscientos mil francos!"

Se acordó de su oficina y se hizo conducir al Ministerio. Entró en el despacho de su jefe y le dijo con desenvoltura:

—Vengo a presentar mi dimisión, porque acabo de recibir una herencia de trescientos mil francos.

Luego fue a estrechar la mano de sus compañeros, y les dio cuenta de sus nuevos planes de vida.

Por la noche comió en el café Inglés, lo más caro.

Viendo junto a él a un caballero, que le pareció distinguido, no pudo resistir la tentación de referirle, con mucha complacencia, que acababa de heredar cuatrocientos mil francos.

Por primera vez en su vida, no se aburrió en el teatro y pasó toda la noche con mujeres.

Se volvió a casar al medio año. La segunda mujer —verdaderamente honrada— tenía un carácter insoportable y lo hizo sufrir mucho.

*Gil Blas*, 27 de marzo de 1883

## *Julie Roman*

---

*Julie Roman*

Iba yo un día, hace dos años, por la primavera, caminando a orillas del Mediterráneo. ¿Hay nada más agradable que dejar correr el pensamiento, mientras se avanza a paso largo por una carretera? Envueltos en luz, acariciados por la brisa, caminamos por la orilla del mar, por la vertiente de las montañas. ¡Y soñamos! ¡Cuántas aventuras, amores e Ilusiones vive un alma vagabunda en dos horas de caminata! Con el aire tibio y suave se le meten a uno dentro toda clase de esperanzas, confusas y jubilosas; las absorbemos con la brisa, y ellas despiertan en nuestro corazón un anhelo de felicidad, que va creciendo a medida que el andar excita nuestro apetito. Las ideas, fugitivas, encantadoras, vuelan y cantan como pájaros.

Marchaba yo por el largo camino que va de San Rafael a Italia, mejor diría, por aquel largo, magnífico y cambiante escenario, que parece hecho a propósito para la representación de todos los poemas amorosos del mundo. Pensaba que, empezando por Cannes, donde la gente se exhibe, hasta Mónaco, donde la gente juega, nadie viene a esta región si no es para causar molestias o malbaratar el dinero, y para desplegar, bajo este cielo encantador, en este jardín de rosas y de naranjos, todas las bajas vanidades, las estúpidas pretensiones, las miserables apetencias, sacando a relucir el alma humana tal cual es, rastrera, ignorante, llena de arrogancias y de codicias.

Descubrí de pronto algunos chalets, no más de cuatro o cinco, al fondo de una de tantas admirables bahías como se encuentran al dar vuelta al recodo de cualquier montaña;— se alzaban de cara al mar, al pie de una montaña, delante de un bravo bosque de pinos, que se extendía a espaldas de las casas por dos grandes cañadas sin caminos, y tal vez sin salidas. Era tan bonito uno de estos chalets, que me paré en seco delante de su puerta: una casita blanca con entabladura de color castaño, y la fachada cubierta de rosas que subían hasta el tejado.

El jardín era una alfombra de flores de todos los colores y de todas las alturas, entremezcladas con un desorden muy cuidado y coquetón. Cubrían por completo el césped; cada peldaño de la escalinata tenía en sus dos extremos un manojito; racimos azules y amarillos colgaban de las ventanas sobre la deslumbrante fachada; la balaustrada de la terraza, que coronaba esta linda casita, lucía guirnaldas de enormes campanillas rojas que parecían manchas de sangre.

En la parte posterior de la casa se distinguía una larga avenida de naranjos en flor que llegaba hasta el pie de la montaña.

Sobre la puerta, escrito con letras de oro, este nombre: "Villa de Antaño"

Pensaba yo para mí qué poeta o qué hada podía habitar en aquel lugar, qué inspirado anacoreta lo había descubierto, dando vida a aquella casa de maravilla, que parecía surgir de un ramo de flores.

Había un poco más adelante un peón caminero partiendo piedra en la carretera. Le pregunté quién era el propietario de aquella alhaja, y me contestó:

—La señora Julia Romain.

¡Julia Romain! Hacía tiempo, siendo aún niño, había oído hablar muchísimo de ella, de la gran actriz, rival de la Rachel.

No ha habido mujer más aplaudida y más amada que ella, sobre todo más amada. ¡De cuánto duelo y de cuánto suicidio fue ella la causa, y en cuánta aventura resonante intervino! ¿Qué edad vendría a tener ahora aquella seductora? ¿Sesenta, setenta, setenta

y cinco? ¡Julia Romain estaba aquí, en esta casa! ¡La mujer, que había sido adorada por el músico más grande y por el más exquisito poeta de nuestro país! Recordaba yo todavía la emoción que despertó en toda Francia —tenía yo entonces doce años— cuando se fugó a Sicilia con este último, después de su ruidosa ruptura con el otro.

Partió de noche, al terminar la primera representación de una obra, después de ser aclamada por los espectadores durante media hora y de alzarse el telón once veces seguidas; se escapó con el poeta, en silla de posta, como era costumbre entonces; cruzaron el mar y fueron a quererse en aquella isla antigua, hija de Grecia, bajo el inmenso bosque de naranjos que rodea a Palermo y que se conoce con el nombre de la "Concha de Oro".

Se dijo que habían subido al Etna, y que se habían asomado al inmenso cráter, cogidos de la cintura, mejilla con mejilla, como si fuesen a precipitarse en la sima de fuego.

El murió ya, el hombre de los versos inquietantes, tan profundos que toda una generación perdió con ellos la cabeza, tan sutiles y misteriosos, que abrieron un mundo nuevo a los nuevos poetas.

También el otro murió, el abandonado que supo descubrir para ella melodías que han quedado en la memoria de todos, melodías triunfales o desesperadas, vibrantes de locura, desgarradoras.

Pero ella vivía aún, en aquella casita envuelta en flores.

No vacilé un instante. Llamé.

Vino a abrirme un criadito, un muchacho de unos dieciocho años, de cara vergonzosa y manos torpes. Tracé en una tarjeta un cumplido galante para la anciana actriz, y le pedí con vivo interés que me recibiese. Tal vez le sonase mi nombre y consintiera en abrirme la puerta de su casa.

El criadito se alejó, pero volvió, y me pidió que le siguiese; me condujo a un salón de estilo Luis Felipe, limpio y bien acondicionado, pero con muebles pesados y fríos, a los que una criadita de dieciséis años, de talle esbelto, aunque poco agraciada de cara, estaba quitando las fundas en obsequio mío.

Luego me quedé solo.

En las paredes, tres retratos: el de la actriz, vestida para uno de sus papeles; el del poeta, con levita larga atada a un costado y la camisa con chorreras, según la moda de entonces, y el del músico, sentado al clavicordio. Ella, de pelo castaño claro, simpática, pero amanerada, como lo eran en su tiempo, sonreía con su boca agradable y su mirada azul; el estilo del cuadro era esmerado, fino, elegante y seco.

Los dos hombres parecían estar ya mirando a la posteridad inmediata.

Todo aquello trascendía a tiempo pasado, a época ya caduca, a gentes que no existían

Se abrió una puerta, y entró una mujercita anciana, muy anciana, muy pequeñita, con los cabellos blancos partidos en dos bandas, y las cejas blancas; una verdadera ratita blanca, rápida y furtiva.

Me alargó la mano y me dijo con una voz que había conservado su frescura, sonoridad y vibración:

—Muchas gracias, señor. ¡Qué gesto más amable me parece en un hombre de hoy el acordarse de una mujer de otros tiempos! Tome usted asiento.

Le expliqué la impresión seductora que me había producido la vista de la casa, cómo quise averiguar el nombre de su propietario y que, cuando me lo dijeron, no pude resistir a la tentación de llamar a su puerta.

Entonces me contestó:

—El placer que su visita me da es mucho mayor, por ser ésta la primera vez que tal cosa me ocurre. Cuando me entregaron su tarjeta, con las frases amables que contiene, me estremecí como si me hubiesen anunciado a un antiguo amigo al que no hubiese visto en veinte años. Yo soy una muerta, una verdadera muerta, de la que nadie se acuerda y en la que nadie piensa ya, hasta el día en que de veras me muera; entonces hablarán todos los periódicos durante tres días de Julia Romain y publicarán acaso anécdotas, detalles, recuerdos y elogios enfáticos. Y todo se habrá acabado ya para mí.

Se calló y volvió a seguir hablando, después de una pausa:

—Y eso no tardará mucho en ocurrir. Dentro de unos meses, quizás dentro de unos días, no quedará de esta mujercita, que hoy está todavía viva, más que un pequeño esqueleto.

Alzó los ojos hacia el retrato que le sonreía, que sonreía a aquella viejecita, a aquella caricatura de sí misma; luego miró a los dos hombres, al poeta desdeñoso y al músico inspirado, que parecían preguntarse:

—¿Qué quiere de nosotros esta ruina?

Sentía estrujado mi corazón por una tristeza indefinible, aguda, dominadora, la tristeza de las vidas consumadas, que continúan debatiéndose entre los recuerdos, como quien se está ahogando en aguas profundas.

Desde mi asiento veía pasar por la carretera los carruajes elegantes y ligeros que van de Niza a Mónaco, y en ellos, mujeres jóvenes, bonitas, ricas, felices; hombres sonrientes y satisfechos. Ella siguió la dirección de la mirada mía, se dió cuenta de lo que pensaba, y murmuró con una sonrisa resignada:

—No es posible ser y haber sido.

Yo le dije:

—¡Qué hermosa debió de ser la vida para usted!

La anciana dejó escapar un profundo suspiro:

—Hermosa y agradable. Por eso la echo tanto de menos.

Advertí que estaba dispuesta a hablar de sí misma; suavemente, con cuidadosas precauciones, como cuando se toca a un miembro dolorido, empecé a interrogarla.

Habló de sus éxitos, de las embriagueces del triunfo, de sus amigos, de toda su existencia magnífica. Yo le pregunté:

—¿Ha sido en el teatro donde ha tenido usted las más vivas alegrías, la verdadera felicidad?

Me contestó con mucha energía:

—¡De ninguna manera! Me sonreía, y ella dijo, alzando hacia los dos retratos una mirada triste:

—Se la debo a ellos.

Le pregunté, sin poder contenerme:

—¿A cuál de los dos?

—Al uno y al otro. Mi memoria de anciana casi los confunde; además, hoy me inspira remordimientos uno de los dos.

—Entonces, señora, no es a ellos, sino al amor mismo, a quien está usted agradecida. Ellos fueron únicamente sus intérpretes.

—Es posible que sea así; pero ¡qué intérpretes!

—¿Está usted muy segura de que no la habría amado tan bien como ellos, mejor aún que ellos, un hombre sencillo, que le hubiese dedicado toda su vida, todo su corazón, sus pensamientos, su tiempo, su ser entero? Estos le obligaban a luchar con dos rivales temibles: la Música y la Poesía.

Ella exclamó enérgicamente, con aquella voz que seguía siendo joven, y que hacía vibrar un algo en el alma:

—No, señor, no. Tal vez otro hombre me hubiese amado más, pero no me habría amado como ellos, que me cantaron la melodía del amor como nadie sino ellos hubiera podido cantármela. ¡Cómo me embriagaron! ¿Hubiera podido un hombre cualquiera lograr con el sonido y con la palabra los efectos que ellos lograron? ¿Es que es suficiente el amar si no se acierta a poner en el amor toda la poesía y toda la música del cielo y de la tierra? Ellos conocían el arte de enloquecer a una mujer con cantos y con palabras. Sí; tal vez en nuestro querer había más de ilusión que de calidad; en todo caso, estas ilusiones os transportan al firmamento, mientras que las realidades os dejan siempre en la tierra, aunque otros me hayan amado más, gracias a éstos he comprendido, he sentido, he adorado el amor.

De pronto, se echó a llorar.

Derramaba, en silencio, lágrimas desesperadas.

Hice como que no veía, y dirigí mi vista a lo lejos. Al cabo de algunos minutos, volvió a hablar:

—Observe usted, caballero, que en casi todas las personas envejece el corazón al mismo tiempo que el cuerpo. Eso es lo que no me ha ocurrido a mí. Mi pobrecito cuerpo tiene sesenta y nueve años y mi pobre corazón sólo veinte... Por eso vivo aislada, entre flores y entre sueños...

Reinó entre nosotros un silencio prolongado. La anciana acabó de serenarse y recobró su sonrisa para decirme:

—¡Cómo se reiría usted de mí si supiese..., si supiese cómo paso las veladas..., cuando el tiempo está hermoso! Me avergüenzo de mí misma, y me tengo lástima al propio tiempo.

Por mucho que yo se lo pedí, no quiso ella decirme qué era lo que hacía; entonces me levanté para marcharme, Y ella exclamó:

—¿Se va usted ya?

Al informarla de que tenía que cenar en Montecarlo, me preguntó con timidez:

—¿Por qué no se queda a cenar conmigo? Me daría con ello un gran placer.

Acepté inmediatamente. Ella, encantada, tocó una campanilla; y después de dar órdenes a la criadita, me enseñó su casa.

Una especie de terraza, cubierta de cristales y llena de arbustos, comunicaba con el comedor, permitiendo ver, de uno a otro extremo, la larga avenida de naranjos que llegaba hasta la montaña. Una silla baja, oculta entre las plantas, daba a entender que la anciana actriz iba a sentarse allí muchas veces.

Bajamos después al jardín para ver las flores. El crepúsculo iba avanzando suavemente; era uno esos crepúsculos serenos y tibios, en los que se exhalan todos los aromas de la tierra. Estaba oscurecido cuando nos sentamos a la mesa. La cena fué larga y buena; así que ella comprendió la profunda simpatía que mi corazón sentía hacia su persona, nos convertimos en íntimos amigos. Bebió dos sorbos de vino; esto la hizo más confiada, más expansiva.

—Salgamos a contemplar la luna —me dijo—. Yo siento adoración por esta luna bondadosa, ha sido testigo de mis más vivas alegrías. Me parece que en ella se encierran mis recuerdos todos, y me basta con mirarla para que acudan en el acto a mi memoria. Hay veces incluso que... de noche..., me recreo con un lindo espectáculo... muy lindo, muy lindo... ¡Si usted supiese! Pero no se lo digo, porque se reiría usted mí... No puedo..., no me atrevo..., de veras que no.

Le supliqué:

—Por favor... ¿de qué se trata? Dígamelo; le prometo no burlarme, —se lo juro... ¡por favor!

La anciana titubeaba. Cogí sus manos, sus pobres manos tan secas, tan frías, se las besé varias veces, una después de otra, al estilo de sus tiempos. Esto la emocionó Vacilaba.

—¿Me promete no reírse?

—Se lo juro.

—Pues bien, venga conmigo.

Se levantó. Y cuando el criadito, al que se le despegaba la librea verde, retiraba la silla, le susurró al oído unas palabras, con voz queda y mucha precipitación. El le contestó:

—Muy bien, señora. Inmediatamente.

Se colgó de mi brazo, y me condujo a la terraza que daba al comedor.

El golpe de vista que presentaba la avenida de naranjos era verdaderamente admirable. La luna alta ya, la luna llena, dibujaba en el centro una estrecha senda de plata, una larga cinta de claridad, sobre la arena dorada, por entre las copas redondas y opacas, de los, árboles sombríos.

Como estaban en flor, su perfume penetrante impregnaba la noche, y en su negro verdor revoloteaban millares de luciérnagas moscas de fuego que parecen granitos de estrellas.

No pude menos de lanzar esta exclamación:

—¡Qué decoración para una escena de amor!

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí? Va usted a ver.

Me hizo sentar a su lado. Y dijo muy quedo:

—Por esto siente una tanto el que se vaya la vida. Ustedes, los hombres de hoy, no piensan en estas cosas. Son ustedes bolsistas, comerciantes, gente práctica. Ni siquiera saben ya hablarnos a las mujeres. Al decir esto, me refiero a las que son jóvenes. Los amores se han convertido en líos, que nacen con mucha frecuencia de una factura de la modista, que no se quiere confesar. Si el importe de la factura les parece a ustedes más elevado que el valor de la mujer, se esfuman; pero si aprecian a la mujer en más que la factura, pagan. ¡Bonitas costumbres..., bonitos cariños!

Me cogió la mano:

—Mire...

Me quedé estupefacto y maravillado. Al fondo, al final de la avenida, por la senda de luna, avanzaban hacia nosotros dos jóvenes, cogidos por la cintura. Avanzaban abrazándose, encantadores, pasito a pasito, cruzando los charcos de luz, que los iluminaban de improviso, y sumiéndose inmediatamente después en la sombra.

El mocito vestía de satén blanco, al estilo del siglo pasado, y se tocaba con un sombrero coronado con una pluma de avestruz. Ella llevaba un vestido de haldetas, y el alto peinado empolvado de las hermosas damas de los tiempos de la Regencia.

Se detuvieron a una distancia de cien pasos de nosotros, y se besaron, en pie en medio de la avenida, con mucho donaire.

Caí en seguida en la cuenta de que eran los dos criaditos. Entonces me acometió uno de esos terribles accesos de regocijo que abrasan las entrañas, y que me obligó a retorcerme en mi asiento. Sin embargo, no me reí. Me hice fuerza para no estallar, enfermo, convulso, como un hombre a quien están cortando una pierna y que ahoga los gritos que le quieren salir por la garganta y le hacen abrir las mandíbulas.

Pero los jovencitos se volvieron de espaldas, marchando otra vez hacia el fondo de la avenida, y de nuevo formaron un cuadro delicioso. Se alejaban, se marchaban, desaparecían, lo mismo que un sueño. Ya no los veíamos. La avenida, vacía ahora, parecía triste.

Yo me marché también, me marché para no volver a verlos; porque comprendí que aquel espectáculo estaba montado desde hacía mucho tiempo, evocando todo el pasado de amor y decorado teatral, el pasado artificioso, falso y seductor, de un encanto auténtico, pero engañoso, que seguía haciendo palpitar de emoción el alma de la antigua cómica, de la antigua enamorada.

*Le Gaulois*, 20 de marzo de 1886



## *Junto al lecho*

---

*Au bord du lit*

Un gran fuego llameaba el hogar. Sobre la mesa japonesa, dos tazas de te, frente a frente, mientras la tetera humeaba a su lado junto al azucarero flanqueado por el caneco de ron.

El conde de Sallure tiró el sombrero, los guantes y el abrigo de piel sobre una silla, mientras la condesa, después de quitarse su salida de baile, se atusaba un poco el pelo ante el espejo. Se sonreía amablemente a sí misma, dándose golpecitos, con la yema de sus finos dedos en los que relucían los anillos, en los cabellos rizados de las sienas. Después se volvió hacia su marido. Él la miraba desde hacía unos segundos, y parecía vacilar como si un pensamiento íntimo lo cohibiese.

Por fin dijo:

"¡No se quejará de cómo la han cortejado esta noche!"

Ella lo miró a los ojos, con una mirada encendida por una llama de triunfo y desafío, y respondió:

"No tengo queja. "

Después se sentó en su sitio. Él se acomodó frente a ella y prosiguió, partiendo un bollo de leche:

"Era casi ridículo... para mí."

Ella preguntó: "¿Se trata de una escena? ¿Tiene usted la intención de hacerme reproches?"

—No, mi querida amiga, digo sólo que ese señor Burel ha estado casi inconveniente con usted. Si..., si yo hubiera tenido derecho..., me habría enfadado.

—Mi querido amigo, sea usted franco. No piensa usted hoy como pensaba el año pasado, eso es todo. Cuando supe que tenía usted una amante, una amante a la que quería, a usted no le preocupaba nada que me hicieran o no la corte. Le confié mi pena, le dije, como usted esta noche, pero con mayor razón: "Está comprometiendo usted a la señora de Servy, amigo mío, me está haciendo sufrir y me pone en ridículo." ¿Qué respondió usted? ¡Oh! me dio a entender claramente que yo era libre, que el matrimonio, entre personas inteligentes, no era sino una asociación de intereses, un lazo social, pero no un lazo moral. ¿Es cierto o no? ¡Me hizo usted comprender que su amante era infinitamente mejor que yo, más seductora, más mujer! Dijo usted: ¡más mujer! Todo esto iba envuelto, claro, en miramientos de hombre bien educado, rodeado de cumplidos, enunciado con una delicadeza a la cual rindo homenaje. Pero no por ello dejé de comprenderlo a la perfección.

"Convinimos que en adelante viviríamos juntos, aunque completamente separados. Teníamos un hijo que constituía un vínculo entre nosotros.

"Me dejó usted casi adivinar que sólo le importaban las conveniencias, que yo podía, si me apetecía, tener un amante con tal de que esa relación permaneciese en secreto. Disertó usted largamente, y muy bien, sobre la sutileza de las mujeres, sobre su habilidad para guardar las apariencias, etcétera, etcétera.

"Le entendí a usted a la perfección, amigo mío, a la perfección. Entonces amaba usted mucho, mucho, a la señora de Servy, y mi cariño legítimo, mi cariño legal, le estorbaba. Yo le restaba, sin duda, facultades. A partir de entonces hemos vivido separados. Aparecemos juntos en sociedad, regresamos juntos, y después cada cual se va a su habitación.

"Ahora bien, desde hace uno o dos meses, adopta usted modales de hombre celoso. ¿Qué significa eso?

—Mi querida amiga, no estoy celoso, pero temo que usted se comprometa. Es usted joven, viva, amiga de aventuras...

—Perdón, si hablamos de aventuras, pido que se pongan en la balanza las de los dos.

—Vamos, no bromeo, por favor. Le hablo como amigo, como un amigo serio. En cuanto a lo que acaba de decir, hay mucha exageración.

—En absoluto. Usted confesó, usted me confesó su relación, lo cual equivalía a darme autorización para que lo imitase. Yo no lo he hecho...

—Permítame...

—Déjeme hablar. No lo he hecho. No tengo amante, y no lo he tenido..., hasta ahora... Espero..., busco..., no encuentro. Necesito alguien que esté bien..., mejor que usted... Estoy haciéndole un cumplido y usted no parece notarlo.

—Querida mía, todas estas bromas están absolutamente fuera de lugar.

—Pero ¡si no estoy bromeando, ni mucho menos! Usted me habló del siglo dieciocho, me dio a entender que lo suyo era la Regencia. No he olvidado nada. El día en que me convenga cesar de ser lo que soy, por mucho que haga usted, óigame bien, será, sin siquiera sospecharlo..., un cornudo como los demás.

— ¡Oh! ... ¿Cómo puede pronunciar semejantes palabras?

— ¡Semejantes palabras! ... Pero ¡si se rió usted como un loco cuando la señora de Gers declaró que el señor de Servy tenía pinta de un cornudo en busca de sus cuernos!

—Lo que puede parecer divertido en boca de la señora de Gers resulta inconveniente en la de usted.

—Nada de eso. A usted le parece muy graciosa la palabra cornudo cuando se trata del señor de Servy, y la juzga muy malsonante cuando se trata de usted. Todo depende del punto de vista. Además, no me interesa la palabra, sólo la pronuncié para ver si estaba usted maduro.

—Maduro... ¿para qué?

—Pues para serlo. Cuando un hombre se enfada al oír esa palabra, es que... se quema. Dentro de dos meses, será usted el primero en reírse cuando yo hable de una... cornamenta. Entonces... sí..., cuando uno lo es, no lo nota.

—Esta noche se muestra usted muy mal educada. Jamás la he visto así.

— ¡Ah! Ahí tiene..., he cambiado... para mal. La culpa es suya.

—Vamos, querida mía, hablemos en serio. Le ruego, le suplico que no autorice, como ha hecho esta noche, la inconveniente persecución del señor Burel.

—Está usted celoso. Ya lo decía yo.

—No, claro que no. Sólo que no deseo quedar en ridículo. No quiero ser ridículo. Y si vuelvo a ver a ese caballero hablarle pegado a sus... hombros o, mejor dicho, a sus pechos...

—Buscaba un tornavoz.

—Yo..., yo le calentaré las orejas.

—Pero... ¿es que está usted enamorado de mí, por casualidad?

—Podría estarlo uno de mujeres menos lindas.

— ¡Vaya, conque esas tenemos! ¡Pues la que ya no está enamorada de usted soy yo!

"

El conde se ha levantado. Da la vuelta a la mesita y, al pasar por detrás de su mujer, le estampa vivamente un beso en la nuca. Ella se alza con una sacudida y, mirándolo a los ojos:

"Hágame el favor, no más bromas de éstas entre nosotros. Vivimos separados. Se acabó.

—Vamos, no se enfade. La encuentro encantadora desde hace algún tiempo.

—Entonces..., entonces..., he ganado. También usted... me encuentra..., madura.

—La encuentro encantadora, querida mía; tiene usted unos brazos, una tez, unos hombros...

—Que agradecerían al señor Burel...

—Es usted feroz. Aunque en eso..., de veras..., no conozco otra mujer tan seductora como usted.

—Está usted en ayunas.

—¿Eh?

—Digo que está usted en ayunas.

—¿Qué significa eso?

—Cuando uno está en ayunas, tiene hambre, y cuando uno tiene hambre, se decide a comer cosas que no le gustarían en otro momento. Yo soy el plato... desdeñado en tiempos y al que no le importaría meterle el diente... esta noche.

—¡Oh, Marguerite! ¿Quién le ha enseñado a hablar así?

—¡Usted! Veamos: desde su ruptura con la señora de Servy, ha tenido usted, por lo que sé, cuatro amantes, éstas furcias, del ramo de las artistas. Entonces, ¿cómo quiere que explique de otro modo que por un ayuno momentáneo sus... veleidades de esta noche?

—Seré franco y brutal, sin cortesías. He vuelto a enamorarme de usted. En serio, muy fuerte. Eso es.

— ¡Vaya, vaya! Entonces, usted querría... volver a empezar.

—Sí, señora.

— ¡Esta noche!

—¡Oh! ¡Marguerite!

—Bueno. Ya está escandalizado de nuevo. Entendámonos, querido mío. Ya no somos nada el uno para el otro, ¿no? Soy su mujer, es cierto, pero su mujer... libre. Yo iba a adquirir un compromiso por otro lado, y usted me pide la preferencia. Se la daré... a igual precio.

—No entiendo.

—Me explico. ¿Estoy tan bien como sus furcias? Sea franco.

—Mil veces mejor.

—¿Mejor que la mejor?

—Mil veces.

—Pues bien, ¿cuánto le ha costado a usted, la mejor, en tres meses?

—No caigo.

—Digo: ¿cuánto le ha costado, en tres meses, la más encantadora de sus amantes, en dinero, joyas, cenas, teatro, etcétera..., en fin, mantenimiento completo?

—¿Y yo qué sé?

—Debe usted saberlo. Veamos, un precio medio, moderado. Cinco mil francos al mes: ¿es más o menos exacto?

—Sí..., más o menos.

—Pues bien, amigo mío, déme ahora mismo cinco mil francos y soy suya por un mes, a partir de esta noche.

—¡Está usted loca!

—Si se lo toma así, buenas noches."

La condesa sale, y entra en su dormitorio. La cama está entreabierta. Un vago perfume flota, impregna las colgaduras.

El conde, apareciendo en la puerta:

"Huele muy bien aquí.

—¿De veras?... Pues no ha cambiado. Sigo usando piel de olor.

—Vaya, es asombroso... huele muy bien.

—Es posible. Pero hágame usted el favor de irse, porque me voy a acostar.

— ¡Marguerite!

— ¡Váyase! "

El entra decidido y se sienta en un sillón.

La condesa: " ¡Ah! ¿Sí? Pues peor para usted."

Se quita su corpiño de baile lentamente, dejando al descubierto sus brazos desnudos y blancos. Los alza por encima de la cabeza para despeinarse delante del espejo; y, bajo una espuma de encaje, algo rosa aparece por el borde del corsé de seda negra.

El conde se levanta vivamente y va hacia ella.

La condesa: " ¡No se me acerque, o me enfado! ... "

El la coge entre sus brazos y busca sus labios.

Entonces ella se inclina con viveza, coge en el tocador un vaso de agua perfumada para la boca y, por encima del hombro, lo lanza a la cara de su marido.

El se recobra chorreando agua, furioso, murmurando:

"Es estúpido.

—Puede ser... Pero ya sabe usted mis condiciones: cinco mil francos.

—Pero ¡sería idiota!

—¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Pagar un marido por acostarse con su mujer! ...

— ¡Oh! ... ¡Qué palabras más feas utiliza! ...

—Es posible. Repito que sería idiota pagar a la mujer propia, a la mujer legítima.

—Es mucho más tonto, cuando uno tiene una mujer legítima, irse a pagar furcias.

—Sea, pero no quiero ser ridículo."

La condesa se ha sentado en una chaise longue. Retira lentamente sus medias volviéndolas como una piel de serpiente. Su pierna rosada sale de la funda de seda malva y el gracioso pie se posa en la alfombra.

El conde se acerca un poco y con voz tierna:

"¿A qué viene esa extravagante idea?

—¿Qué idea?

—Pedirme cinco mil francos.

—Nada más natural. Somos ajenos el uno al otro, ¿no? Ahora bien, usted me desea. No puede casarse conmigo ya que estamos casados. Pues entonces me compra, y quizá por un poco menos que a otra.

"Reflexione. Este dinero, en lugar de ir a una bribona que haría con él quién sabe qué, quedará en su casa, en su hogar. Y además, para un hombre inteligente, ¿hay cosa más divertida, más original, que pagar a su propia esposa? Sólo se ama a fondo, en el amor ilegítimo, lo que cuesta caro, carísimo. Usted da a nuestro amor... legítimo, un nuevo precio, un sabor de desenfreno, un regusto de... picardía al tarificarlo como un amor caro. ¿No es cierto?

Se ha levantado casi desnuda y se dirige hacia un cuarto de aseo.

"Y ahora, caballero, márchese, o llamaré a mi doncella."

El conde, de pie, perplejo, descontento, la mira y, bruscamente, lanzándole a la cabeza su cartera:

"Ten, picarona, ahí van sis mil... Pero ¿sabes?..."

La condesa recoge el dinero, lo cuenta, y con voz lenta:

"¿Qué?

—Que no te acostumbres."

Ella estalla en carcajadas y, yendo hacia él:

"Cinco mil cada mes, caballero, o lo mando con furcias. E incluso si..., si queda usted satisfecho..., le pediré un aumento. "

*Gil Blas*, 23 de octubre de 1883

## *Junto a un muerto*

---

*Auprés d'un mort*

Se moría poco a poco, como se mueren los tísicos. Todos los días lo veía sentarse a eso de las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar, tranquilo, en un banco del paseo.

Permanecía algún tiempo inmóvil bajo el calor del sol, contemplando con ojos sombríos el Mediterráneo.

A veces dirigía una mirada hacia la alta montaña de cumbres brumosas que cierra el Mentón; luego, con un movimiento muy lento, cruzaba sus largas piernas, tan enflaquecidas que parecían dos huesos alrededor de los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces, sin variar de postura, leía, leía con los ojos y con el pensamiento: parecía que todo su pobre cuerpo desfalleciente leía, que su alma penetraba, se perdía, desaparecía en aquel libro hasta la hora en que el aire fresco lo hacía toser un poco. Entonces, levantándose, penetraba en el hotel.

Era un alemán alto, de barba rubia, que almorzaba y comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté a su lado, teniendo yo también en la mano, por el bien parecer, un volumen de poesías de Musset.

Me puse a hojear *Rolla*.

De pronto mi compañero me preguntó en un francés muy correcto:

—¿Sabe usted alemán, caballero?

—Ni una palabra.

—Lo siento; porque, ya que la casualidad nos ha reunido, le hubiera prestado, le hubiera hecho fijarse en una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

—¿Qué libro es ése?

—Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por él. Todas las márgenes, como puede usted ver, están cubiertas con su letra.

Cogí con respeto aquel libro y contemplé aquellos garabatos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de sueños que ha pasado por el mundo.

Entonces los versos de Musset estallaron en mi memoria:

*¿Duermes contento, y tu sonrisa horrible  
envuelve aún tu rostro de ironía indecible?*

VOLTAIRE

Y comparé involuntariamente el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es, a pesar de todo, imborrable.

Aunque muchos protesten, se enfaden, se indignen o se exalten, no hay duda de que Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Filósofo desengañado, ha derribado las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras; ha destruido las aspiraciones, ha asolado la confianza de las almas, ha matado el amor, abatiendo el culto ideal de las mujeres, ha destrozado las ilusiones del corazón; realizó la obra más gigantesca de escepticismo que pudo intentarse. Todo lo ha

aplastado con su burla. Hoy mismo, los que lo abominan llevan indudablemente, muy a pesar suyo, en sus ideas, reflejos de su pensamiento.

—¿Ha conocido usted en la intimidad a Schopenhauer —pregunté al alemán.

—Hasta su muerte, caballero —contestó sonriendo con profundo aire de tristeza.

Me habló de él, refiriéndome la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño a cuantos a él se acercaban.

Me contó la entrevista del "viejo demolidor" con un político francés, republicano, el cual, queriendo ver a aquel hombre, le encontró en una cervecería tumultuosa, sentado entre sus discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y las creencias con una sola palabra, como un perro que de un mordisco deshace los tejidos con que está jugando, y me repitió la frase de aquel francés, que al irse, enloquecido y azorado, exclamaba: "He creído pasar una hora con el diablo".

Luego, añadió:

—En efecto, tenía una espantosa sonrisa que nos inspiró miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida y que puedo contarle si le interesa.

Su voz cansada era interrumpida con frecuencia por los golpes de tos, mientras me refería lo siguiente:

—Schopenhauer acababa de morir, y convinimos que le velaríamos de dos en dos hasta la mañana siguiente.

"Estaba de cuerpo presente en una habitación, muy sencilla, amplia y sombría. Dos bujías ardían sobre la mesa de noche.

"El rostro no estaba desfigurado. Sonreía. Aquella arruga que conocíamos tan bien se marcaba en el extremo de sus labios; nos parecía que iba a abrir los ojos, a moverse, a hablar.

"Su pensamiento, o mejor dicho, sus pensamientos nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía más soberano a la hora de su muerte. Un misterio se mezclaba con el poder incomparable de aquel espíritu.

"El cuerpo de esos hombres desaparece, pero ellos quedan; y en la noche que sigue a la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que se ofrecen de un modo espantoso.

"Hablabamos bajo, siempre de él, recordando frases, fórmulas, aquellas sorprendentes máximas, semejantes a fulgores que iluminasen con algunas palabras las tinieblas de la vida ignorada.

"—Me parece que va a hablar —dijo mi camarada.

"Y miramos, con una inquietud rayana en miedo, aquel rostro inmóvil que no dejaba de sonreír.

"Poco a poco sentimos cierto malestar, opresión y aun desfallecimiento.

"—No sé lo que tengo, pero te aseguro que estoy malo —balbucí.

"Y entonces notamos que el cadáver olía mal.

"Mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto inmediato, dejando la puerta abierta; y yo acepté.

"Cogí una de las bujías que ardían en la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos fuimos a sentar al otro extremo de la habitación de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y el muerto en plena luz.

"Pero nos obsesionaba de continuo; se hubiera dicho que su ser, inmaterial, libre, todopoderoso y dominante, rondaba en torno nuestro; y a veces, el infame olor del cuerpo descompuesto nos alcanzaba, nos penetraba, repugnante y vago.

"De pronto nos sentimos estremecidos hasta los huesos: un ruido, un leve ruido había salido del cuarto del muerto. Nuestras miradas se dirigieron hacia él y vimos, sí, señor, vimos perfectamente uno y otro una cosa blanca deslizándose por encima de la cama para caer en el suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de una butaca.

"De pronto nos pusimos de pie, sin saber que pensar, alocados por un terror estúpido, dispuestos a huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos.

"El corazón nos latía con tal fuerza que se notaban sus latidos sobre nuestras levitas.

"Fui el primero en hablar.

"—¿Has visto?

"—Sí; he visto.

"—¿No está muerto?

"—Se halla en estado de putrefacción.

"—¿Qué vamos a hacer?

"Mi compañero, vacilante, dijo:

"—Hay que ir a verlo.

"Cogí nuestra bujía y entré delante, registrando con la mirada la extensa habitación de rincones oscuros. Nada se movía. Me acerqué a la cama. Pero permanecí sobrecogido de estupefacción, de espanto: ¡Schopenhauer ya no sonreía! Tenía un gesto horrible: la boca apretada, las mejillas profundamente hundidas.

"—¡No está muerto! —exclamé.

"Pero el olor espantoso que me llegaba a las narices me sofocaba. No me movía, mirándolo con fijeza, tan turbado como ante una aparición.

"Entonces mi compañero, cogiendo la otra bujía, se agachó. Luego me tocó en el brazo, sin decirme una palabra. Siguiendo su mirada, descubrí en el suelo, bajo la butaca, al lado de la cama, muy blanca, sobre la oscura alfombra, abierta como para morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

"El trabajo de la descomposición, que afloja las mandíbulas, la había hecho salirse de la boca.

"Aquel día tuve realmente miedo, caballero."

Y como el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó y, después de saludarme, entró en el hotel.

*Gil Blas*, 30 de enero de 1883



# *El Ladrón*

---

*Le voleur*

—Si se lo cuento, no me van a creer.

—Cuéntelo de todos modos.

—Lo haré. Pero antes desearía dejar bien sentado que mi historia es verdadera en todos sus puntos, por más inverosímil que parezca. Sólo los pintores no se sorprenderían, especialmente los viejos, porque han conocido esa época en que el espíritu burlón prevalecía de tal modo que estaba presente aun en las circunstancias más graves.

Y el viejo artista se sentó a horcajadas en una silla.

Esto ocurría en el comedor de un hotel de Barbizon.

El artista continuó:

—Esa noche habíamos cenado en la casa del pobre Sorieul, ya fallecido, el más entusiasta de todos. Éramos sólo tres: Sorieul, yo y Le Poittevin, creo; pero no me atrevo a afirmar que fuera él. Hablo, claro está, del pintor de marinas, Eugène Le Poittevin, muerto también, y no del paisajista, sibarita y lleno de talento.

"Decir que habíamos cenado en casa de Sorieul, significa que todos estábamos un poco ebrios. Sólo Le Poittevin había conservado su cordura, algo enturbiada es cierto, pero todavía lúcida. Entonces éramos jóvenes. Echados sobre la alfombra, discutíamos sobre toda clase de temas en la pequeña habitación que lindaba con el estudio del pintor. Sorieul, con la espalda en el suelo y las piernas sobre una silla, hablaba de batallas, discutía acerca de los uniformes del Imperio; súbitamente se puso de pie, sacó del gran armario de accesorios un traje completo de húsar, y se vistió con él. Después conminó a Le Poittevin a vestirse de granadero. Como éste se resistiera, lo acorralamos y, después de haberlo desvestido, lo introdujimos en un inmenso uniforme, en el que casi desapareció.

"Yo mismo me disfracé de coracero. Y Sorieul nos mandó hacer un ejercicio complicado. Después gritó:

"—Ya que esta noche somos veteranos, bebamos como veteranos.

"Preparamos un ponche que fue encendido y bebido; luego, por segunda vez, la llama se elevó sobre la vasija llena de ron. Y cantamos a plena voz antiguas canciones, canciones que hace muchos años entonaban los viejos soldados del ejército.

"De pronto Le Poittevin, que a pesar de todo era dueño de sí, nos hizo callar; después de un silencio que duró algunos instantes, dijo a media voz:

—Estoy seguro de que alguien está andando por el taller.

"Sorieul se puso de pie como pudo y gritó:

—¡Un ladrón! ¡Qué oportunidad! —y en seguida comenzó a cantar La Marsellesa.

"Después se precipitó sobre una panoplia y nos armó, según correspondía a nuestros uniformes. A mí me tocó una especie de mosquete y un sable; Le Poittevin recibió un gigantesco fusil con bayoneta, y Sorieul, no encontrando lo que necesitaba, cogió una pistola de fuste que deslizó en su cintura, y comenzó a blandir un hacha de abordaje. Luego abrió con precaución la puerta del altillo y el ejército entró en el territorio sospechoso.

"Cuando llegamos al centro de la vasta habitación, repleta de telas inmensas, de muebles, de objetos curiosos e inesperados, Sorieul nos dijo:

"—Yo me nombro general. Celebremos un consejo de guerra. Tú, el coracero, cortarás la retirada del enemigo, es decir, cerrarás con llave la puerta. Tú, el granadero, serás mi escolta.

"Ejecuté la orden recibida; después, me reuní con el grueso de las tropas, que efectuaba un reconocimiento.

"En el momento en que iba a unirme a ellos detrás de un gran biombo, estalló un enorme estruendo. Me lancé hacia allí, llevando una vela en la mano. Le Poittevin acababa de atravesar, de un golpe de bayoneta, el pecho de un maniquí al cual Sorieul cortó la cabeza a hachazos. Una vez reconocido el error, el general ordenó:

"—Seamos prudentes —y las operaciones recomenzaron.

"Después de veinte minutos habíamos registrado todas las esquinas y rincones del attillo, sin éxito; entonces, Le Poittevin tuvo la idea de abrir un inmenso ropero. Era oscuro y profundo; yo estiré el brazo con que sostenía la luz y retrocedí, estupefacto: allí estaba un hombre, un hombre vivo, que me había mirado.

"Inmediatamente cerré el ropero con dos vueltas de llave, y celebramos un nuevo consejo.

"Las opiniones estaban muy divididas. Sorieul quería encerrar al ladrón, Le Poittevin sugería asediarlo por hambre. Yo propuse hacer saltar el armario con pólvora.

"El consejo de Le Poittevin prevaleció, y mientras él montaba guardia con su gran fusil, nosotros fuimos a buscar el resto del ponche y las pipas; después, nos instalamos ante la puerta cerrada y bebimos por el prisionero.

"Al cabo de media hora, Sorieul dijo:

"—Bueno, yo quisiera ver al prisionero de cerca. ¿Por qué no nos apoderamos de él por la fuerza?

"Yo grité: "¡Bravo!" Cada uno se lanzó sobre sus armas; la puerta del ropero fue abierta y Sorieul, provisto de su pistola, que no estaba cargada, se precipitó el primero.

"Los demás le seguimos, gritando. Se armó un tumulto impresionante en medio de la oscuridad, y después de cinco minutos de una lucha insólita, sacamos a la luz a una especie de viejo bandido de cabellos blancos, sórdido y miserable.

"Le atamos de pies y manos; después lo sentamos en un sofá. El no dijo una sola palabra.

"Entonces Sorieul, presa de una borrachera solemne, se volvió hacia nosotros:

"—Ahora vamos a juzgar a este miserable.

"Yo estaba tan borracho que esta propuesta me pareció completamente natural.

"Le Poittevin fue encargado de defender al prisionero, y yo de presentar la acusación.

"Fue condenado a muerte por unanimidad, salvo una excepción: la de su defensor.

"—Ahora lo ejecutaremos —dijo Sorieul. Pero un escrúpulo le asaltó—: Este hombre no debe morir privado del socorro de la religión —dijo—. ¿Y si fuéramos a buscar a un sacerdote? —Se objetó que era muy tarde. Entonces Sorieul me propuso que yo cumpliera esa función, y exhortó al criminal a confesarse ante mí.

"El hombre llevaba ya cinco minutos observándolo todo con ojos desorbitados, preguntándose seguramente con qué clase de gente se había topado. Entonces dijo con una voz hueca, quemada por el alcohol:

"—Sin duda estaréis bromeando.

"Pero Sorieul lo obligó a arrodillarse, y por temor a que sus padres hubieran olvidado bautizarlo, volcó sobre su cráneo un vaso de ron..

"Después dijo:

"—Confíesate ante este señor; tu última hora ha llegado.

"Desesperado, el viejo granuja se echó a gritar: "¡Socorro!" con tal fuerza que hubo que amordazarlo para no despertar a todos los vecinos. Entonces el hombre se echó al suelo, rodando y retorciéndose, golpeando los muebles y rompiendo las telas. Al fin Sorieul, impacientado, gritó:

"—¡Terminemos con él! —Y viendo al miserable echado en el suelo, oprimió el gatillo de su pistoletita. El gatillo cayó con un chasquido seco. Imitando el ejemplo, yo disparé a mi vez. Mi fusil, que era a piedra, lanzó unas chispas que me sorprendieron.

Entonces Le Poittevin pronunció gravemente estas palabras:

"—¿Tenemos derecho a matar a este hombre?

"Sorieul, estupefacto, respondió:

"—¡Pero si lo hemos condenado a muerte!

"Le Poittevin le respondió:

"—No se fusila a los civiles; este hombre debe ser entregado al verdugo. Es necesario conducirlo al cuerpo de guardia.

El argumento nos pareció concluyente. Cogimos al hombre, y como no podía andar, lo colocamos, fuertemente amarrado, sobre una tabla de madera que Le Poittevin y yo nos encargamos de transportar, mientras Sorieul, armado hasta los dientes, cerraba la marcha.

"Frente al puesto de guardia, el centinela nos detuvo. Llamó a su jefe que nos reconoció, y como solía ser testigo de nuestras farsas diarias, de nuestras bromas, de nuestros inverosímiles inventos, se limitó a reír y rechazó a nuestro prisionero.

"Sorieul insistió; entonces el soldado nos invitó severamente a volver a nuestras casas sin hacer ruido.

"La tropa se puso en camino y regresó al altillo. Yo pregunté:

—¿Qué haremos con el ladrón?

Le Poittevin, enternecido, afirmó que debía estar muy cansado. En efecto, tenía un aspecto agonizante, atado de aquel modo, amordazado y ligado a la tabla.

"Yo me sentí invadido por un arrebatado de piedad, una compasión de borracho, y, quitándole la mordaza, le pregunté:

"—Dígame, compañero, ¿cómo se encuentra?

"El gimió:

"—¡Ya no aguanto más, cielos! Entonces Sorieul se sintió paternal. Lo liberó de todas sus ataduras lo hizo sentarse, lo tuteó, y, para reconfortarlo, nos pusimos los tres a preparar rápidamente un nuevo ponche. El ladrón, tranquilo en su sofá, nos contemplaba. Cuando la bebida estuvo pronta, le tendimos un vaso; le hubiéramos sostenido con gusto la cabeza; por fin, brindamos.

"El prisionero bebió como todo un regimiento. Pero viendo que el día amanecía, se puso de pie y con mucha serenidad nos dijo:

—Me veo en la obligación de dejaros, pues es hora de que regrese a casa.

"Nos quedamos desolados; quisimos retenerle un poco más, pero él se negó a permanecer más tiempo.

Entonces le estrechamos la mano y Sorieul, con su vela, iluminó el vestíbulo, diciéndole:

—Tenga cuidado con el escalón de la puerta trasera.

Todos nos reímos abiertamente cuando finalizó el narrador. Este se puso de pie, encendió su pipa y agregó, mirándonos de frente:

—Pero lo más curioso de mi historia es que es cierta.

## *El legado*

---

*Le legs*

El señor y la señora Serbois estaban acabando de almorzar, con aspecto taciturno, uno enfrente del otro.

La señora Serbois, una rubia bajita de piel rosada, ojos azules, gestos tiernos, comía lentamente sin levantar la cabeza, como si un pensamiento triste y persistente le hubiera alcanzado.

Serbois, alto, fuerte, con patillas, aspecto de ministro o de hombre de negocios, parecía nervioso y preocupado.

Al fin, profirió como hablando consigo mismo:

—¡Verdaderamente es muy asombroso!

Su mujer preguntó:

—¿Qué, querido?

—Que Vaudrec no nos haya dejado nada.

La señora Serbois enrojeció; enrojeció bruscamente como si un velo rosa se hubiera extendido de repente sobre su piel subiendo desde la garganta al rostro, y dijo:

—Tal vez haya un testamento en la notaría. Aún no sabemos nada.

Y ella parecía en verdad saber.

Serbois reflexionó:

—Sí, es posible, ya que en definitiva ese muchacho era nuestro mejor amigo. No abandonaba la casa, cenaba aquí cada dos días; sé perfectamente que te hacía muchos regalos y que esta era una manera como otra de pagar nuestra hospitalidad, pero es verdad que, cuando se tienen amigos como nosotros, se piensa en ellos a la hora del testamento. Es bien cierto que si yo me hubiera sentido enfermo hubiera hecho algo por él, aunque tú seas mi heredera natural.

La señora Serbois bajó los ojos. Y mientras su marido estaba trinchanto un pollo, ella se sonó, como uno hace cuando llora.

Él continuó:

—En fin, es posible que haya un testamento en el notario y un pequeño legado para nosotros. No esperaré gran cosa, un recuerdo, nada más que un recuerdo, un pensamiento, para probarme únicamente que nos tenía aprecio.

Entonces su mujer pronunció con una voz temblorosa:

—Si quieres, iremos después de almorzar junto al notario Lamaneur y sabremos a qué atenernos.

El contestó:

—Sí. No deseo otra cosa.

Y como se había atado una servilleta alrededor del cuello para no tirar la salsa sobre la ropa, tenía aspecto de un decapitado parlante con sus hermosas patillas perfilándose en negro sobre la ropa blanca y su figura de maitre de hotel de gran mansión.

Cuando entraron en el estudio del notario Lamaneur, se hizo un pequeño movimiento entre los empleados, y cuando el Sr. Serbois tuvo a bien darse a conocer, aunque se le reconoció perfectamente, el primer oficial se levantó con una diligencia acentuada, mientras el segundo sonreía.

Y los esposos fueron introducidos en el despacho del jefe.

Este era un hombrecito regordete, regordete todo él. Su cabeza parecía una bola fija sobre otra bola que tenía dos piernas tan pequeñas, tan cortas que casi parecían así mismo unas bolas.

Saludó, señaló una sillas, y dijo, dirigiendo a la Sra. Serbois una ligera mirada de inteligencia:

—Iba justamente a escribirles para rogarles que se pasaran por mi estudio con la finalidad de darles a conocer el testamento del Sr. Vaudrec que les concierne.

El Sr. Serbois no puedo evitar pronunciar.

—¡Ah! ¡Ya lo decía yo!

El notario añadió:

—Voy a darles lectura de esta hoja, muy corta, por cierto.

Cogió un papel de delante de él y pronunció:

*“El que suscribe Paul-Emile-Cyprien Vaudrec, sano de cuerpo y espíritu, expreso aquí mis últimas voluntades.*

*Pudiendo la muerte llevarnos en cualquier momento, quiero tomar, en previsión de su espera, esta precaución de escribir mi testamento que será depositado en la notaría de Sr. Lamanneur.*

*No teniendo heredero directos, lego toda mi fortuna, compuesta básicamente por valores de Bolsa de cuatrocientos mil francos, y de fondos de inversión que ascienden a alrededor de seiscientos mil francos, a la Sra. Claire-Hortense Serbois, sin ninguna carga o condición. Yo le ruego que acepte esta donación de un amigo muerto como prueba de un cariño afectuoso, profundo y respetuoso.*

*Hecho en Paris, el 15 de Junio de 1883”*

*Firmado VAUDREC*

La Sra. Serbois había bajado la frente y permanecía inmóvil, mientras que su marido movía sus ojos estupefactos yendo del notario a su mujer.

El notario Lamanneur continuó después de un momento de silencio:

—Es evidente, señor, que la señora no puede aceptar este legado sin su consentimiento.

El señor Serbois se levantó.

—Necesito tiempo para reflexionar —dijo.

El notario, que sonreía con cierta malicia, se inclinó:

—Comprendo el escrúpulo que puede hacerle dudar, querido señor, el mundo a veces tiene juicios malintencionados. ¿Quiere usted volver mañana, a la misma hora, a darme su respuesta?

El señor Serbois se inclinó:

—Sí señor, hasta mañana.

Saludó con formalidad, ofreció el brazo a su mujer más roja que un tomate y que mantenía obstinadamente los ojos bajos y salió con aire tan imponente que los funcionarios quedaron pasmados.

Tan pronto como hubieron entrado en su domicilio, el señor Serbois, una vez cerrada la puerta, pronunció con una voz seca:

—Tú has sido la amante de Vaudrec.

Su mujer, que estaba sacando su sombrero, se giró conmovida.

—¿Yo? ¡Oh!

—¡Sí, tú!... no se deja toda la fortuna a una mujer sin que...

Ella palideció, y sus manos temblaban un poco intentando atar las largas cintas para impedir que se arrastraran por el suelo.

Después de un momento de reflexión, dijo:

—Vamos a ver... estás loco... estás loco... ¿es que tu mismo no esperabas hace poco que... que él... te dejara algo?...

—Sí, podía dejarme algo... a mí... a mí, entiéndeme, no a ti...

Ella lo miró al fondo de los ojos de una manera singular y profundamente, como para buscar algo, como para descubrir esa profundidad del ser en la que no se penetra nunca y que uno puede adivinar en breves segundos, en esos momentos de guardia baja o de abandono o de inatención, que son como puertas dejadas entreabiertas sobre los misterios más interiores del alma; y ella dijo lentamente:

—Me parece sin embargo que... si que hubiéramos encontrado al menos igualmente extraño un legado de esta importancia de él... a ti.

Él preguntó bruscamente con una vivacidad de hombre dañado en sus esperanzas:

—¿Por qué dices eso?

Ella dijo:

—Porque...,—volvió la cabeza como si una turbación se hubiera apoderado de ella, después se calló.

Él se puso a dar zancadas. Dijo:

—No puedes aceptarlo.

Ella respondió con indiferencia:

—Perfectamente. Entonces no merece la pena esperar a mañana, debemos avisar al señor Lamaneur enseguida.

Serbois se detuvo en frente de ella y durante unos instantes permanecieron mirándose a los ojos, muy juntos uno al lado del otro, tratando de ver, de saber, de comprenderse, de descubrirse, de sondearse hasta el fondo del pensamiento en una de esas interrogaciones ardientes y mudas de dos seres que viviendo juntos se ignoran siempre, pero desconfían, inquietan, se vigilan el uno al otro sin cesar.

A continuación, bruscamente, él le musitó con voz baja a la cara:

—Vamos, confiesa que eras la amante de Vaudrec.

Ella alzó los hombros:

—¿Eres tonto?... Vaudrec me amaba, lo creo, pero nunca ha habido nada... jamás.

Él dio un golpe con el pie:

—Mientes, no es posible.

Ella dijo tranquilamente:

—Sin embargo es así.

Él se puso de nuevo a andar y a continuación se paró de nuevo:

—Explicame entonces por qué te deja toda su fortuna a ti...

Ella dijo con dejadez:

—Es muy simple. Como tu decías hace poco, solo nos tenía a nosotros como amigos, vivía tanto en nuestra casa como en la suya, y en el momento de hacer testamento pensó en nosotros. Luego, por galantería, puso mi nombre sobre el papel porque se le vino a la cabeza, naturalmente, de la misma manera que era a mí a quien hacía regalos y no a ti ¿no?. Tenía la costumbre de traerme flores, de darme todos los cinco de cada mes una fruslería, porque fue un cinco de junio cuando nos conocimos. Lo sabes perfectamente. A ti no te traía casi nunca nada, no pensaba en ello. Es a las mujeres a quien se les ofrecen regalos y no a los maridos; así que es a mí a quien él ha ofrecido su último regalo, y no a ti, nada más simple.

Ella estaba tan tranquila, tan natural, que Serbois dudaba.

Él contestó:

—Es igual. Daría un mal efecto. Todo el mundo creería el asunto. No podemos aceptar.

—Bueno, pues no aceptemos, querido. Será un millón menos en nuestro bolsillo, allá tú.

Él se puso a hablar, muy alto, sin dirigirse realmente a su mujer.

—Sí, un millón. Es imposible. Tendríamos nuestra reputación perdida. Mala suerte. Habría sido necesario que me hubiera donado la mitad a mí; eso lo arreglaría todo.

Y se sentó, cruzó sus piernas y se puso a manosear sus cosas como hacía en las horas de meditación.

La señora Serbois había abierto su costurero sacó una pieza de bordado y dijo poniéndose a trabajar:

—A mi no me corresponde. Eres tú el que debe reflexionar.

Estuvo mucho tiempo sin contestar y después vacilando:

—Bueno, habría tal vez una manera, cederme la mitad de la herencia, por donación entre vivos. No tenemos hijos, tu puedes hacerlo. De esta manera todo el mundo cerraría la boca.

Ella respondió con gravedad:

—No sé muy bien cómo eso les haría cerrar la boca...

De repente él se enfadó:

—Mira que eres estúpida. Diremos que hemos heredado la mitad cada uno; y será verdad. No tenemos necesidad de explicar que el testamento estaba solamente a tu nombre.

Ella lo miró de nuevo, con una mirada penetrante:

—Como quieras, estoy dispuesta.

Entonces él se levantó y se puso de nuevo a andar. Parecía dudar de nuevo, aunque su cara estaba resplandeciente:

—No,... tal vez valdría más renunciar completamente... es más digno... no obstante... de esta forma nadie tendría nada que decir... Las personas más escrupulosas estarían obligadas a inclinarse... Si, así se arregla todo...

Se paró delante de su mujer:

—Y bien, si quieres, Bichette, voy a volver solo al abogado Lamaneur para consultarle y explicarle el asunto. Le diré que tú has preferido así, por conveniencia para que no se pueda murmurar. Desde el momento en que acepte la mitad de esta herencia, es evidente que estoy seguro de lo que hago, que estoy al corriente de la situación, que la conozco claramente, con todas las de la ley. Es como si yo te dijera: “Acepta también, querida, ya que yo, tu marido acepto”. De otra manera, de verdad, no sería digno.

La señora Serbois únicamente pronunció:

—Como quieras.

El continuó, hablando ahora con fluidez:

—Si, esto se explica fácilmente repartiendo la herencia. Heredamos de un amigo que no ha querido hacer diferencia entre nosotros, que no ha querido establecer distinción, que no ha querido parecer decir: “Yo prefiero al uno o al otro después de mi muerte, como he preferido durante mi vida”. Y es bien cierto que si lo hubiera pensado, lo habría hecho. No ha reflexionado, no ha previsto las consecuencias. Como tu bien decías, era a ti a quien hacía regalos siempre. Es a ti a quien ha querido ofrecer un último regalo...

Ella lo detuvo, con un rasgo de impaciencia.

—Está entendido. He comprendido. No tienes necesidad de darme tantas explicaciones. Vete rápido al notario.

Él balbuceó, enrojeciendo, confuso de repente:

—Tienes razón. Voy.

Cogió su sombrero, y aproximándose a ella tendió sus labios para abrazarla murmurando:

—Hasta pronto, querida.

Ella le ofreció su frente y recibió un fuerte beso mientras que las grandes patillas le cosquilleaban las mejillas.

Después salió alegremente.

Y la señora Serbois, dejando caer su trabajo se puso a llorar.

*Gil Blas*, 23 de septiembre de 1884



# *El leño*

---

*La bûche*

El salón era reducido; los cortinajes, gruesos, y el ambiente, perfumado y agradable. Ardían en la chimenea grandes leños, y un quinqué velaba su luz con una pantalla de blondas antiguas, alumbrando confusamente a dos personas que hablaban.

Una era la señora de la casa; tenía los cabellos blancos, pero la edad no había marchitado su cutis; era una vieja encantadora, impregnada en las finas esencias que perfumaron su baño toda la vida.

Su interlocutor era un amigo de su juventud, soltero empedernido, que la veía una vez por semana: un compañero de viaje en la existencia; nada más.

Habían dejado de hablar y miraban al fuego, silenciosos, como saben estarlo personas que se quieren bien y al hallarse juntas no necesitan hablar constantemente para hacerse agradables.

De pronto, un leño que se apoyaba mal encima de los demás, rodó, saliendo de la chimenea y lanzando sobre la alfombra sus cortezas inflamadas.

La señora no pudo contener una exclamación de susto y se levantó, disponiéndose a huir, mientras el caballero, con las puntas de los pies, empujaba el enorme tizón hacia la chimenea; luego, cogiendo las tenazas lo colocó bien.

Ya remediado el desastre, se dejaba aún sentir el olor de la alfombra quemada, pero la señora volvió a su puesto, y el amigo, sonriente, murmuró:

—Vea usted por qué motivo no estoy casado.

Ella le miró asombrada y curiosa, como interrogándole, y él dijo:

—Es una historia, una triste y desdichada historia.

\*\*\*

Éramos dos amigos inseparables, y de pronto notaron los camaradas que se habían enfriado completamente nuestras relaciones. Vivíamos juntos y nos separamos para siempre.

Ahora voy a decir el motivo.

Una noche, al retirarnos, me dijo que se casaba.

Aquella noticia me hizo el efecto de una traición. Cuando un amigo se casa, deja de ser amigo. La mujer no tolera rivales, el amor carnal teme a la verdadera confianza.

Sean como fueren los lazos que unen a un hombre y a una mujer, nunca ligan sus almas ni sus inteligencias; el esposo y la esposa quedan como dos beligerantes, frente a frente, porque son individuos de razas distintas. Es inevitable que haya en el matrimonio un dominador y una víctima, un dueño y un esclavo; unas veces puede más él y otras ella. Al estrecharse las manos palpitan con ardor; no se las estrechan nunca con esa fuerte, prolongada y leal presión que parece poner en contacto los corazones con afecto sincero y viril.

Los prudentes, en lugar de casarse creando para consuelo de su vejez hijos que los abandonarán, deberían buscar un verdadero amigo y vivir con él en esa vaga comunión de ideas que sólo puede existir entre dos hombres.

Mi amigo Julián se casó. Su mujer era hermosa y atractiva: una rubia esbelta y vivaracha, que al parecer le adoraba.

Al principio frecuenté poco su casa, temiendo ser importuno; pero me trataron uno y otro, con tales atenciones, que poco a poco me dejé seducir por el canto de aquella

vida; los acompañaba mucho, comiendo con ellos frecuentemente, y al volver a mi casa pensé muchas veces decidirme a buscar una mujer que alegrara mi soledad. El ejemplo de mi amigo me convencía.

Iban juntos a todas partes y siempre los veía juntos en su casa. Una de las noches que me convidaron a cenar, Julián dijo:

—Amigo mio: he de salir en cuanto pongan los postres en la mesa. Es un asunto urgente, pero volveré a las once en punto. Entre tanto, quédate dando conversación a Berta.

La mujer sonrió, diciendo:

—Yo le dije que invitase a usted hoy.

Estrechándole una mano, respondí:

—Es usted muy amable, señora.

Y sus dedos oprimieron los míos de un modo particular. Fuimos a la mesa, y, a las ocho en punto, Julián se despidió y se fue.

Sentimos bruscamente una turbación extraña; era la primera que nos veíamos a solas, y a pesar de que nos tratábamos con mucha confianza, como siempre se halló entre los dos el marido, aquella situación era muy distinta. Hablé al principio de cosas vagas, insignificantes. Ella no contestó, quedando en silencio frente a mi, al otro lado de la chimenea, con la mirada indecisa, los pies tendidos hacia la lumbre y el pensamiento abstraído en una complicada meditación. Cuando hube agotado el repertorio de asuntos vulgares y corrientes, callé. Es muy trabajoso en ciertas circunstancias encontrar que decir. Además, en el ambiente se nota como un reflejo misterioso de las intenciones veladas que preocupan a otra persona respecto a nosotros.

El silencio se prolongó mucho, hasta que Berta me dijo:

—Haga el favor de añadir un poco de leña: el fuego se apaga.

Hice una pirámide con los tizones y coloqué para rematarla un leño grueso.

Callamos algunos minutos, y el fuego avivado nos abrasaba el rostro. Berta, clavando en mí sus ojos, dijo:

—Hace demasiado calor; tendremos que retirarnos al diván.

Y allí fuimos, sentándonos el uno junto al otro.

De pronto, mirándome frente a frente, me preguntó:

—¿Qué haría usted si una mujer le confesara que le quería?

Respondí, sorprendido por la pregunta:

—Como no tengo precedentes ni lo he pensado jamás..., dependería de cómo fuese la mujer.

Ella soltó la risa, una risa nerviosa, vibrante, seca, y añadió:

—Los hombres no son audaces ni maliciosos.

Quedó en silencio un instante para proseguir:

—¿Se ha enamorado usted alguna vez?

Dije que sí, naturalmente. Me pidió que se lo contara, y mientras yo le refería una historia cualquiera, oyéndome protestaba con gestos despreciativos:

—No; usted no sabe nada de esas cosas. Para que un amor sea verdadero, es necesario que se imponga violentamente, abrasando el corazón, retorciendo los nervios, enloqueciendo el cerebro. Es necesario que sea, ¿cómo decirlo?, que sea peligroso, terrible, casi criminal, sacrílego; que sea una especie de traición. Quiero decir, que para gozarlo sea preciso atropellar leyes y romper lazos. El amor tranquilo, fácil, sin riesgo, legal, ¿puede llamarse amor?

Yo no sabía qué responder, y ella, con afectada indiferencia, había inclinado el cuerpo de modo que apoyaba la cabeza en mi hombro y dejaba ver los pies bien calzados y la parte baja de sus medias rojas, que los reflejos de la chimenea inflamaban.

Al cabo de un minuto, murmuró:

—Me tiene usted miedo.

Protesté, y apoyó su cabeza en mi pecho sin mirarme, diciendo:

—Si le confesase que le quiero, ¿qué haría usted?

Antes que yo buscara respuesta, sus brazos me oprimían y sus labios me provocaban.

Aquello era para mí terrible. Ser amante de la mujer de Julián, de aquella engañadora, perversa y sensualmente apasionada que ya no tenía bastante con su marido. Hacer traición a todas horas, engañar siempre, fingir amor, sin más deseo que gozar del fruto prohibido... No; no me halagaba. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo resistir estúpidamente la perfidia enloquecedora de aquella criatura inflamada y audaz, palpitante y provocativa? ¡Oh! El que no haya sentido sobre su boca el voluptuoso beso de una mujer resuelta a entregarse, que me arroje la primera piedra...

Un minuto más y... ya comprende usted lo que hubiera sucedido. Pero una cosa imprevista nos hizo estremecer.

Algo rodó por el suelo agitando las llamas; era un leño encendido, un leño que incendiaba la alfombra, y que, al quedar junto a un sillón, amenazaba prender la casa.

Me levanté precipitadamente, y mientras ponía en la chimenea mi leño salvador y apagaba con los pies las llamas que se iban encendiendo por el suelo, se abrió la puerta y entró Julián radiante de alegría, gritando:

—Ya estoy libre, libre, dos horas antes de lo que imaginaba.

\*\*\*

Sí, amiga, el percance de la chimenea me había librado de otro mayor: de que me sorprendiera en flagrante delito.

Y usted supone las fatales consecuencias de una acción semejante.

Pero en lo sucesivo evité las ocasiones y pronto comprendí que Julián me trataba fríamente. Sin duda, su mujer era la causa de que nuestra intimidad amenguase; y me fui retirando de su casa poco a poco, hasta que al fin dejé de verlos en absoluto.

Entonces resolví no casarme. Como usted ve, señora, tenía sobados motivos para tomar esta resolución.

*Le Figaro.* 7 de septiembre de 1884

# ***La leyenda del Monte Saint-Michel***

---

*La legende du Mont Saint-Michel*

Primero lo había visto desde Cancale; era un castillo de hadas erguido sobre el mar. Lo vi confusamente, como una sombra gris que se alzaba en el cielo brumoso.

Volví a verlo desde Avranches, cuando se ponía el sol. La inmensa extensión de la arena estaba roja, el horizonte estaba rojo, la bahía desmesurada estaba toda roja; sólo la abadía escarpada, nacida allí, lejos de la tierra, como una mansión fantástica, grandiosa como un palacio de ensueño, increíblemente extraña y bella, permanecía casi negra entre el púrpura del día que moría.

Al día siguiente, al alba, fui hacia ella a través de la arena, con la mirada fija en aquella monstruosa joya, grande como una montaña, cincelada como un camafeo, y vaporosa como una muselina. Cuanto más me acercaba, más admirado me sentía, ya que quizás no haya nada en el mundo más sorprendente y perfecto.

Y caminé sin rumbo, sorprendido como si hubiera descubierto la residencia de un dios a través de aquellas salas sobre columnas, ligeras o pesadas, a través de aquellos pasillos calados de parte a parte, levantando mis ojos maravillados sobre aquellos pequeños campanarios que parecían centellas de camino al cielo y sobre toda aquella increíble maraña de torrecillas, gárgolas, adornos esbeltos y encantadores, fuegos artificiales en piedra, encajes de granito, obra de arte de arquitectura colosal y delicada.

Mientras permanecía extasiado, un campesino de la Baja Normandía me abordó y se puso a contarme la historia de la gran disputa de san Miguel con el diablo.

Un escéptico ingenioso dijo: "Dios ha hecho el hombre a su imagen, pero el hombre se lo ha devuelto bien."

Estas palabras definen una verdad eterna y sería muy curioso estudiar en cada continente la historia de la divinidad local, así como la de los santos patronos en cada una de nuestras provincias. El negro tiene ídolos feroces, devoradores de hombres; el mahometano polígamo puebla su paraíso con mujeres; los griegos, como gente práctica que son, habían divinizado todas las pasiones.

Cada pueblo de Francia está situado bajo la invocación de un santo protector, moldeado a imagen de sus habitantes.

Ahora bien, san Miguel vela por la Baja Normandía; san Miguel, el ángel radiante y victorioso, el portaestandarte, el héroe del cielo, el triunfante, el dominador de Satán.

Voy a contarles cómo la gente de la Baja Normandía, astuta, cautelosa, socarrona y quisquillosa, entiende y cuenta la lucha del gran santo contra el diablo.

Para ampararse contra las maldades del demonio, su vecino, san Miguel construyó él mismo, en pleno océano, aquella morada digna de un arcángel; y, sólo, en efecto, un santo semejante podía crearse tal residencia.

Y como aún seguía temiendo las aproximaciones del Maligno, rodeó su dominio con arenas movedizas más péfidas que el mar.

El diablo vivía en una humilde choza en la costa; pero poseía las praderas bañadas en agua salada, las bellas tierras fértiles donde crecen las grandes cosechas, los más ricos valles y fecundos oteros de toda la región; mientras que el santo no reinaba sino en la arena. De manera que Satán era rico y san Miguel era pobre como un pordiosero.

Después de algunos años de ayuno, el santo se aburrió de ese estado de cosas y pensó en llegar a un compromiso con el diablo; pero no era nada fácil, Satán tenía apego a sus mieses.

San Miguel reflexionó durante seis meses; y, una mañana, se encaminó hacia la tierra. El demonio tomaba una sopa delante de su puerta cuando vio al santo; inmediatamente se precipitó a su encuentro, besó el bajo de su manga, le hizo entrar y le ofreció algo de beber.

Luego, tras acabar una jarra de leche, san Miguel tomó la palabra: —He venido a proponerte un buen negocio.

El diablo, cándido y confiado, contestó: —Me parece bien.

—Escucha. Me dejarás todas tus tierras.

Satán, preocupado, quiso hablar. —Pero...

El santo prosiguió: —Primero escucha. Me dejarás todas tus tierras. Me encargaré del mantenimiento, del trabajo, de las labranzas, de las simientes, de los abonos, en fin, de todo, y compartiremos a medias la cosecha. ¿Trato hecho?

El diablo, perezoso por naturaleza, aceptó.

Tan sólo pidió, además, algunos de aquellos deliciosos salmonetes que se pescan alrededor del solitario monte. San Miguel prometió dárselos.

Chocaron las manos, escupieron de lado para indicar que el trato estaba cerrado, y el santo prosiguió:

—Mira, no quiero que tengas quejas de mí. Elige lo que prefieras: la parte de las cosechas que estará por encima de la tierra o la que se quedará bajo la tierra.

Satán exclamó: —Me quedo con la de encima.

—De acuerdo —dijo el santo.

Y se fue.

Ahora bien, seis meses después, en los inmensos dominios del diablo, sólo se veían zanahorias, nabos, cebollas, salsifíes, todas ellas plantas cuyas gruesas raíces están buenas y sabrosas, y cuya hoja inútil vale como mucho para alimentar a los animales.

Satán no obtuvo nada y quiso cancelar el contrato, tachando a san Miguel de "malicioso".

Pero el santo, que se había aficionado al cultivo, volvió a ver al diablo: —Te aseguro que ni por asomo lo pensé; ha resultado así; no es culpa mía. Pero, para resarcirte, te propongo que este año te quedes todo lo que se encuentre bajo tierra.

—De acuerdo —dijo Satán.

En la primavera siguiente, en toda su extensión, las tierras del Espíritu del Mal estaban cubiertas con espesos trigos, avenas gordas como campaniles, linos, colzas magníficas, tréboles rojos, guisantes, coles y alcachofas; en fin, con todo lo que se abre al sol en granos o frutas.

De nuevo, Satán no obtuvo nada y se enfadó del todo.

Recuperó sus prados y sus labranzas y permaneció sordo a todas las nuevas aproximaciones de su vecino.

Transcurrió un año entero. Desde lo alto de su mansión aislada, san Miguel miraba la tierra lejana y fecunda, y veía al diablo dirigiendo las labores, recogiendo las cosechas, trillando sus mieses. Y se desesperaba, enfurecido por su impotencia. Como no podía engañar más a Satán, decidió vengarse de él, y fue a invitarle a que viniera a cenar el lunes siguiente.

—No has tenido suerte en tus negocios conmigo —decía—, lo sé; pero no quiero que quede rencor entre nosotros y cuento con que vengas a cenar conmigo. Te daré cosas buenas que comer.

Satán, tan goloso como perezoso, aceptó en seguida. El día convenido, se vistió con sus mejores atuendos y se encaminó hacia el Monte.

San Miguel le hizo sentarse a una mesa magnífica. Se sirvió primero una besamela llena de crestas y riñones de gallo, con albóndigas de carne condimentada; luego dos

hermosos salmonetes con crema, seguidos de un pavo blanco relleno de castañas confitadas en vino; luego una pierna de cordero inglés, tierna como un pastel; luego legumbres que se deshacían en la boca y una buena torta caliente, que humeaba esparciendo un perfume de mantequilla.

Bebieron sidra pura, espumosa y azucarada, y vino tinto y espirituoso y, entre plato y plato, hacían un hueco con un aguardiente de manzana añejo.

El diablo bebió y comió como un cosaco, tanto y tan bien que se vio en una situación terriblemente embarazosa.

Entonces san Miguel, levantándose, formidable, gritó con voz atronadora: —¡Ante mí! ¡Ante mí, canalla! Te atreves... Ante mí...

Satán, enloquecido, escapó y el santo, cogiendo un palo, le persiguió.

Corrían por las dependencias de la casa, dando vueltas alrededor de los pilares, subían las escaleras aéreas, galopaban a lo largo de las cornisas, saltaban de gárgola en gárgola. El pobre demonio, tan enfermo que partía el corazón verle, huía, mancillando la morada del santo. Llegó finalmente a la última terraza, arriba del todo, desde donde se descubre la bahía inmensa con sus ciudades lejanas, sus arenales y sus pastos. Ya no podía seguir escapando; y el santo, pegándole en la espalda una furiosa patada, le lanzó como una pelota a través del espacio.

Atravesó el cielo cual una jabalina, y fue a caer pesadamente ante la ciudad de Mortain. Los cuernos de su frente y las uñas de sus miembros entraron profundamente en la roca, que conserva las huellas de aquella caída de Satán para la eternidad.

Cuando se levantó se vio cojo, lisiado hasta el fin de los siglos; y, mirando a lo lejos el Monte fatal, erguido como un pico en el atardecer, entendió perfectamente que siempre sería vencido en esa lucha desigual, y se marchó arrastrando la pata, en dirección a lejanos países, abandonando a su enemigo sus campos, sus oteros, sus valles y sus praderas.

Y así fue como san Miguel, patrón de los Normandos, venció al diablo.

Otro pueblo había soñado esa batalla de otra manera.

*Gil Blas*, 19 de diciembre de 1882

## *El lisiado*

---

*L'infirmo*

El hecho ocurrió en 1882. Acababa de instalarme en un rincón de un compartimiento vacío, y había cerrado la portezuela con la esperanza de viajar solo, cuando volvió a abrirse de súbito y oí una voz que decía.

—¡Cuidado, señor! Nos hallamos precisamente en un cruce de líneas; el estribo está muy alto.

Otra voz respondió:

—No te preocupes; me sujeto bien.

Luego apareció una cabeza cubierta con un sombrero hongo, y dos manos, que se aferraban con firmeza a los montantes, izaron lentamente un corpachón cuyos pies al tocar el estribo hicieron el ruido que produce una estaca al golpear el suelo.

Cuando el viajero introdujo el torso en el compartimiento, vi aparecer al extremo del pantalón la contera de una pierna de palo pintada de negro, y después otra pierna de iguales características. Surgió detrás del viajero una cabeza que inquirió:

—¿Está bien instalado el señor?

—Sí, muchacho.

—Pues ahí van los paquetes y las muletas.

Y un criado, que parecía un antiguo asistente, subió a su vez con una porción de bultos envueltos en papeles negros y amarillos, cuidadosamente atados, y los dejó en la red por encima de la cabeza de su amo. Luego dijo:

—Bueno; ya está todo. Hay cinco. Los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de foie-gras.

—Bien, muchacho.

—Feliz viaje, señor.

—¡Gracias, Lorenzo! ¡Sigue bien!

El criado se marchó, cerrando la portezuela, y miré a mi vecino.

Debía de tener unos treinta y cinco años, aunque su pelo era ya casi blanco. Llevaba condecoraciones; era bigotudo, robusto, muy gordo, con esa gordura que aqueja a los hombres activos y fuertes cuando una enfermedad o un accidente los obliga a permanecer casi inmóviles.

Se enjugó la frente, resopló con fuerza y preguntó, mirándome a los ojos:

—¿Le molesta a usted el humo?

—No, señor.

Yo conocía ya aquellos ojos, aquella voz, aquella cara. Pero ¿de dónde, de cuándo? Seguramente había hablado con aquel hombre, le había estrechado la mano. Hacía mucho, mucho tiempo, y el recuerdo de aquello estaba envuelto en la bruma que los años adensan en torno a las cosas antiguas, y a través de la cual la inteligencia persigue, muchas veces en vano, los recuerdos que se empeñan en huir.

También él me miraba con la insistencia y la tenacidad de un hombre que recuerda algo, pero de modo confuso.

Nuestras miradas se desviaban al encontrarse; pero al cabo de unos segundos, movidas por la voluntad inconsciente que desarrolla el trabajo de la memoria, volvieron a encontrarse, y entonces insinué:

—Entiendo, caballero, que en vez de mirarnos a hurtadillas durante una hora, vale más que recordemos juntos dónde nos conocimos.

Mi vecino asintió sonriendo:

—Tiene usted mucha razón.

Dije mi nombre:

—Me llamo Enrique Bonclair, magistrado.

Vaciló unos segundos, y luego, en ese tono vago que acompaña siempre a las fuertes tensiones mentales, murmuró:

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo; lo conocí en casa de los Poincel, tiempo atrás, antes de la guerra. ¡Hace ya doce años!

—Sí, sí, en efecto... ¿Es usted el teniente Revalière?

—Sí... Fui el capitán Revalière hasta el día que perdí las piernas..., ambas a la vez, segadas por una granada...

Y nos contemplamos de nuevo, después de reconocernos.

Recordaba muy bien haber visto a aquel buen mozo esbelto que bailaba con gran rapidez y soltura y a quien creo que llamaban “la tromba”. Pero detrás de aquella imagen, claramente evocada, flotaba aún algo confuso, algo que yo había sabido y olvidado, uno de aquellos casos a los que se presta escasa atención y que dejan en la memoria una huella casi imperceptible.

Se trataba de amores, no me cabía duda acerca de ello, pero no podía rememorar nada concreto.

Poco a poco, sin embargo, se disiparon las sombras y un rostro de muchacha apareció ante mis ojos. Luego, de improviso, reconstruí su nombre: la señorita de Mandal. Ahora, por cierto, se me hacía presente todo. Era una historia de amor vulgar. La joven amaba al teniente cuando yo lo conocí, y se hablaba de su próximo matrimonio. Él parecía muy enamorado, muy dichoso.

Miré hacia la red donde el criado de mi vecino había puesto los paquetes, que se movían de continuo, sacudidos por la marcha del tren, y me vinieron a las mientes las palabras del criado.

Había dicho:

—Bueno. Ya está todo. Hay cinco: los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de foie-gras.

Entonces, de pronto, inventé una novela. Se asemejaba a todas las que había leído y en las cuales el galán o la novia se casan enamorados, después de la catástrofe corporal o económica. Así, pues, aquel oficial, mutilado durante la guerra, halló al terminar la campaña a su prometida tan prendada de él como antes, y se casó con ella.

Aquello se me antojaba hermoso, aunque sencillo, como se juzgan muy sencillos los actos heroicos y los desenlaces de los libros y del teatro.

Cuando se lee o cuando se escucha en esas lecciones de magnanimidad, siempre estima uno que también se sacrificaría con placer entusiasta, con arranque admirable. Pero si un amigo necesitado nos pide al día siguiente unos francos, sobreviene un arranque de malhumor.

Después, otra suposición menos poética y más prosaica siguió a la primera. Quizá se había casado antes de la guerra, antes de que la granada le cortara las piernas, y la joven, desolada y resignada, cuidó de aquel marido que partiera apuesto y robusto y volvía con las piernas de palo, pobre, mutilado, condenado a la inmovilidad, a las cóleras impotentes y a la obesidad fatal.

¿Era feliz o infeliz? Un deseo, leve primero, más acentuado luego, y después irresistible, se apoderó de mi mente. Quería conocer su historia o, por lo menos, lo principal de ella, que me permitiría adivinar lo que no podía o no querría revelarme.

Le hablaba mientras hacía tales reflexiones. Habíamos cambiado algunas palabras sin interés, y yo, mirando hacia donde estaban los paquetes, pensaba: “Tiene tres hijos:



los dulces son para su mujer, la muñeca para la niña, el fusil y el tambor para los chicos, y el pastel de foie-gras para él.”

De improviso lo interpeló:

—¿Tiene usted hijos, caballero?

Él contestó:

—No, señor.

Me sentí turbado, como si hubiese cometido una gran inconveniencia, y expliqué:

—Dispense. Lo había imaginado al oír a su criado hablarle de juguetes. Se oye sin escuchar y se deduce sin querer.

Sonrió y luego puntualizó:

—No, no me he casado siquiera; no pasé de los preliminares.

Fingí acordarme de repente:

—¡Ah! Es verdad... Estaba usted prometido, cuando lo conocí, a la señorita de Mandal.

—Sí, señor; posee usted una excelente memoria.

Con audacia increíble añadí:

—Sí, creo recordar haber oído decir que la señorita de Mandal se casó con el señor..., el señor...

Pronunció tranquilamente el nombre:

—El señor de Fleurel.

—¡Eso es! Sí... hasta recuerdo que se habló de su herida...

Lo miraba; se ruborizó.

Su ancha cara, que el constante aflujo de sangre mantenía muy colorada, se puso más roja todavía.

Replicó con vivacidad, con el ardor súbito de un hombre que defiende una causa perdida por adelantado, perdida en su interior, pero que desea ganar ante la opinión:

—Hace mal, caballero, en asociar mi nombre junto al de la señora de Fleurel. Al volver de la guerra sin piernas, crea usted que no hubiese querido a ningún precio ser su esposo. ¿Era acaso posible? Si una mujer se casa, no es por hacer un alarde de generosidad, sino para vivir día y noche al lado de un hombre, y si ese hombre está lisiado como yo, se la condena a un sufrimiento constante. ¡Oh! Comprendo y admiro todos los sacrificios, todos los afectos desinteresados, siempre que tengan un límite; pero no admito el tormento de una criatura que puede pasar una existencia dichosa, no admito que renuncie a todas las alegrías, a todos los ensueños, por el gusto de excitar la admiración del público. Cuando oigo resonar en el pavimento de mi habitación el ruido de mis piernas y de mis muletas, ese ruido de molino que produzco a cada paso, me sobreviene una cólera tremenda. ¿Cree usted que cabe exigir que una mujer tolere lo que uno mismo no tolera sino a la fuerza? Y, además, ¡valiente facha presentan mis patas de palo!

Calló. ¿Qué iba yo a objetarle? Me parecía que estaba en lo justo. ¿Podía censurarla a ella? No. Y, sin embargo... La solución prosaica, lógica, no satisface mis instintos poéticos. Aquellos muñones heroicos se me figuraban dignos de un sacrificio, y saber que no se había hecho me producía una gran decepción.

Lo interrogué:

—¿Tiene hijos la señora de Fleurel?

—Sí, una niña y dos niños; para ellos son estos juguetes que traigo. Su esposo y ella se han portado muy bien conmigo.

El tren subía la pendiente de Saint-Germain. Pasó los túneles, entró en la estación, se detuvo.

Iba a ofrecer mi brazo para ayudar a bajar al oficial, cuando dos manos se tendieron hacia él por la portezuela abierta.

—Buenos días, querido Revalière.

—Buenos días, Fleurel.

Detrás del marido sonreía la esposa, muy contenta, linda todavía, saludando con las manos enguantadas. Una niñita brincaba de júbilo a su lado, y dos chiquillos miraban con avidez el tambor y el fusil, que pasaban de la red del vagón a las manos del padre.

Cuando el lisiado estuvo en el andén, lo abrazaron los niños. Luego todos echaron a andar, y la niña, cariñosa, apoyaba su manita en el travesaño de una de las muletas, como hubiese podido estrechar, andando a su lado, un dedo de su viejo amigo.

*Le Gaulois*, 21 de octubre de 1888

# *El llanto de André*

---

*Le mal d'André*

*A Edgar Courtois*

La casa del notario tenía una fachada que daba la plaza, y por la parte trasera un hermoso jardín se extendía hasta el pasadizo de los Piques que estaba siempre desierto y del cual lo separaba un muro.

Al final de este jardín era donde la mujer de Moreau había citado, por primera vez, al capitán Sommeville, quien la perseguía desde hacía mucho tiempo.

Su marido se había ido por ocho días a París, y, por consiguiente, tenía libre toda la semana. El capitán le había rogado tanto, le había implorado con palabras tan dulces, estaba ella tan persuadida de que la amaba tan ardientemente, se sentía ella misma tan sola, tan desconocida y olvidada en medio de los contratos en que únicamente se ocupaba su marido, que su corazón había caído en el garlito sin preguntarse si algún día diría algo más.

Luego, después de un mes de amor platónico, de acariciarse las manos, de besos rápidos y robados detrás de las puertas, el capitán le había declarado que abandonada inmediatamente la ciudad, para lo cual pediría su traslado, si no obtenía una cita, una verdadera cita, bajo la sombra de los árboles del jardín durante la ausencia de su marido.

Ella cedió, y se lo había prometido

Y, agazapada contra el muro, con el corazón agitado y temblando al menor ruido, ya lo estaba esperando.

De pronto, oyó que alguien escalaba el muro, y estuvo a punto de echarse a correr. ¿Y si no era él? ¿Y si era un ladrón? Pero no; una voz la llamaba muy bajito: "Mathilde". Ella respondió: "Etienne". Y un hombre saltó dentro con un ruido de chatarra.

¡Era él! ¡Qué beso!

Se estuvieron mucho tiempo de pie, abrazados y con los labios unidos. Pero, de repente, empezó a caer una lluvia fina, y las gotas de agua al deslizarse de hoja en hoja sonaban en la sombra como un ruido de lluvia. Ella se estremeció cuando le cayó la primera gota de agua en el cuello.

—Mathilde, querida mía, adorada mía, amor mío, ángel mío, entremos en tu casa — le decía—. Es medianoche, y no tenemos nada que temer. Vamos a tu casa, te lo suplico.

—No, querido mío, tengo miedo —respondía ella—. ¡Quién sabe lo que nos pueda ocurrir!

Pero la tenía estrechada entre sus brazos, y le murmuraba al oído:

—Tus sirvientas están en el tercer piso, y en la parte que da hacia la plaza. Tu habitación está en el primer piso, y da aquí al jardín. No nos oirá nadie. Te quiero, amor mío, y quiero amarte libremente, toda entera, desde los pies a la cabeza —y la ceñía con violencia, enloqueciéndola a besos.

Se resistía aún, asustada y un poco avergonzada también. Pero la cogió por la cintura, la levantó en vilo y se la llevó bajo la lluvia que iba siendo cada vez más fuerte.

Como no había cerrado la puerta, entraron sin ruido; luego subieron a tientas la escalera y después, cuando estuvieron ya en la habitación, echó el cerrojo, mientras él encendía una cerilla.

Pero ella se dejó caer desfallecida en un sillón, y él se echó a sus pies y, lentamente, la iba desnudando, comenzando por los botines y las medias, para besar sus pies.

—No, no, Etienne, te lo suplico, déjame seguir siendo una mujer honrada —le decía, anhelante—. Ya te quiero demasiado así, y además, ¡es tan feo y tan grosero eso! No poder amarse sólo con las almas..., Etienne.

Con la destreza de una doncella y la vivacidad de un hombre apresurado, la desabotonaba, le deshacía los nudos, le desabrochaba y deshacía las lazadas sin descanso. Y cuando ella quiso levantarse para escapar a sus audacias, salió bruscamente de sus vestidos, de sus enaguas y de su ropa íntima completamente desnuda, como cuando sale una mano de un manguito.

Desesperada, corrió hacia la cama para ocultarse detrás de las cortinas. La retirada era peligrosa; él la siguió. Pero cuando él se apresuraba a cogerla, el sable, que se había soltado demasiado rápidamente, se le cayó sobre el entarimado haciendo un ruido muy retumbante.

En seguida una queja prolongada, un grito agudo y prolongado, un llanto de niño salió de la habitación contigua, cuya puerta había quedado abierta.

—¡Oh, acabas de despertar a André! —murmuró ella—; no podrá volver a dormirse.

Su hijo tenía quince meses y dormía cerca de su madre, a fin de que pudiese vigilarlo constantemente.

El capitán, loco de ardor, no hacía caso ni escuchaba nada:

—¿Qué importa, qué importa? Yo te quiero; tú eres mía, Mathilde.

—¡No, no! —se debatía ella desolada y asustada—. Escucha como llora; va a despertar a la nodriza, y si viniese, ¿qué haríamos? ¡Estaríamos perdidos! Etienne, escucha, cuando llora así por la noche, su padre lo mete en nuestra cama para calmarlo. Se calla en seguida, inmediatamente y no hay ningún otro medio. Déjame que lo traiga, Etienne.

El niño gritaba que se las pelaba, daba esos berridos penetrantes que atraviesan los muros más espesos, y se les oye en la calle al pasar cerca de sus habitaciones.

El capitán, consternado, se levantó, y Mathilde se lanzó en busca del mocoso. Lo trajo, lo metió en la cama y se calló.

Etienne se sentó a horcajadas sobre una silla y lió un pitillo. Al cabo de cinco minutos apenas, André se había dormido.

—Voy a llevarlo ahora—...murmuró su madre, y con infinitas preocupaciones fue a dejar al niño en su cuna.

Cuando volvió, el capitán esperaba con los brazos abiertos.

La abrazó, loco de amor; y ella, vencida al fin, al estrecharle, balbucía:

—¡Etienne..., Etienne..., amor mío! ¡Oh, si tu supieses cómo..., cómo!

Y, de repente, André se echó a llorar de nuevo.

—¡Qué bandido de crío! ¡No se callará ese mocoso! —exclamó el capitán furioso.

No, no se callaba el mocoso, berreaba.

Mathilde creyó oír pasos en el piso de arriba y, pensando que sería la nodriza, echó a correr, cogió a su hijo y lo llevó otra vez a su cama. Inmediatamente se calló.

Por tres veces seguidas lo metieron en su cuna, y otras tantas veces fue preciso ir por él.

El capitán Sommeville se fue una hora antes del amanecer echando pestes por la boca que para qué quieres.

Mas, para calmar su impaciencia, Mathilde le había prometido recibirle incluso aquella misma noche.

Llegó igual que la víspera, pero más impaciente, más ardoroso y vehemente por la espera.

Tuvo buen cuidado de poner su sable con mucho tiento, sobre los dos brazos de un sillón; se quitó sus botas como si fuese un ladrón, y hablaba tan bajo que Mathilde ni lo oía. Por fin, iba a ser feliz, completamente feliz, cuando el parqué o algún mueble, o quizá la misma cama, crujió. Fue un ruido seco como si se hubiese roto algún soporte; y en seguida un grito, débil primero y después muy agudo, respondió al otro. André se había despertado.

Chillaba como un zorro. Si continuaba así, seguro que iba a despertar a toda la casa.

La madre toda trastornada, se levantó y lo metió en la cama. El capitán no se levantó; estaba que mordía. Entonces, muy lentamente extendió la mano, cogió entre dos dedos un poco de carne del monigote, sin saber dónde, si en el muslo o en la nalga, y le pellizó. El niño se agitó, chillando de tal modo que lastimaba los oídos. Entonces el capitán, exasperado, le pellizó más fuerte, por todas las partes, con verdadera rabia. Cogía muy aprisa un trocito de piel y la retorció apretando violentamente; después los soltaba para coger otro trocito al lado, y luego otro un poco más distante, y otro y otro...

El niño lanzaba unos gritos como cuando se degüella a un pollo o se pega a un perro.

La madre, afligida, lo besaba, lo acariciaba, intentaba consolarlo y ahogar sus gritos bajo sus besos. Pero André se iba poniendo todo de un color morado como si le fuesen a dar convulsiones, y agitaba sus piecitos y sus manecitas de una manera horrible y lastimosa.

—Intenta dejarlo otra vez en la cuna; tal vez se calme —dijo el capitán en voz baja—. Y Mathilde se fue hacia la otra habitación con su niño en brazos.

En cuanto salió de la cama de su madre, ya gritaba menos fuerte; y una vez que entró en la suya, se calló, aunque daba algún que otro sollozo aún, de cuando en cuando.

El resto de la noche lo pasó tranquilo; y el capitán fue feliz.

A la noche siguiente, el capitán también volvió. Como hablaba un poco alto, André se despertó de nuevo y se puso a chillar. Su madre fue en seguida a buscarlo; pero el capitán le pellizó tanto, tan fuerte y durante tanto tiempo que el crío se ahogaba, y tenía los ojos entornados y la boca llena de baba.

Lo llevaron a su cuna, y se calmó en seguida.

Al cabo de cuatro días, ya no lloraba para que lo llevaran al lecho materno.

El notario regresó el sábado por la noche, y ocupó su puesto en el hogar y en la cámara conyugal.

Se acostó temprano, pues llegaba cansado del viaje; después, una vez que volvió a sus costumbres y cumplió escrupulosamente con todos sus deberes de hombre honrado y metódico, se asombró de que André no llorara, y dijo:

—Toma, André no llora esta noche. Vete a buscarle un momento, Mathilde, me agrada sentirlo entre nosotros.

La mujer se levantó en seguida y fue a buscar al niño; pero en cuanto se vio en la cama donde tanto le gustaba dormirse unos días antes, el niño, asustado, se retorció y gritaba tan furiosamente que fue preciso llevarlo otra vez a su cuna.

Moreau no salía de su asombro:

—¿Qué cosa más rara? ¿Qué le pasará esta noche? Acaso tenga sueño.

—Así ha estado todas las noches durante tu ausencia. No he podido tenerle ni una sola vez —respondió su mujer.

Por la mañana, el niño se despertó y se puso a jugar y a reír moviendo sus manecitas.

El notario, enternecido, acudió a verle, besó a su vástago y después lo cogió en sus brazos para llevarlo al lecho conyugal. André se reía con esa risa que se dibuja en los niños cuyo pensamiento es aún vago. De repente, vio la cama y a su madre dentro de ella; y su carita feliz se arrugó, descompuesta, mientras unos gritos furiosos empezaron a salir de su garganta y se debatía como si le estuviesen martirizando.

El padre, asombrado, murmuró:

—A este niño le pasa algo —y con un movimiento natural, le levantó la camisa.

Lanzó un "¡oh!" de estupor. Tenía las pantorrillas, los muslos, los riñones y las nalgas con unas manchas amoratadas, del tamaño de una perra chica.

— ¡Mathilde, mira, esto es espantoso! —exclamó maitre Moreau. La madre, desesperada, se levantó corriendo. Cada una de las manchas parecía estar atravesada en su mitad por una línea violácea, donde la sangre debía haberse coagulado. Aquello era, con seguridad, alguna enfermedad espantosa y rara, el comienzo de una especie de lepra, una de esas afecciones extrañas o pustulosa como la de sapos o escamosa como la de los cocodrilos.

Los padres se miraban, desesperados. Moreau exclamó:

— ¡Hay que ir a buscar al médico!

Pero Mathilde, más pálida que una muerta, contemplaba fijamente a su hijo, que tenía la piel tan llena de manchas como un leopardo. Y, de repente, lanzó un grito, un grito violento, irreflexivo, y como si hubiera visto a alguien que la horrorizase, exclamó:

— ¡Oh, el miserable!

Maitre Moreau, sorprendido, preguntó:

— ¿Eh? ¿De quién hablas? ¿Quién es ese miserable?

Su mujer enrojeció hasta la punta de los pelos y balbució:

— Nada..., es..., mira..., es seguramente esa miserable nodriza quien pellizca al niño para hacerle callar cuando llora.

El notario, exasperado, se fue en busca de la nodriza y estuvo a punto de pegarle. Ésta negó con descaro, pero fue despedida.

Y como su conducta fue comunicada a la municipalidad esto le impidió hallar otras colocaciones.

*Gil Blas*, 24 de julio de 1883

# *El lobo*

---

*Le loup*

Veán ahí lo que nos refirió el viejo marqués de Arville, a los postres de la comida con que inaugurábamos aquel año la época venatoria en la residencia del barón de Ravels.

Habíamos perseguido a un ciervo todo el día. El marqués era el único invitado que no tomó parte alguna en aquella batida, porque no cazaba jamás.

Durante la fastuosa comida casi no se habló más que de matanzas de animales. Hasta las señoras oían con interés las narraciones sangrientas y con frecuencia inverosímiles; los oradores acompañaban con el gesto la relación de los ataques y luchas de hombres y bestias; levantaban los brazos, ahuecaban la voz.

Agradaba oír al señor de Arville, cuya poética fraseología resultaba un poco ampulosa, pero de buen efecto. Es indudable que habría referido muchas veces, en otras ocasiones, la misma historia, porque ninguna frase lo hizo dudar, teniéndolas todas ya estudiadas, muy seguro de producir la imagen que le convenía.

—Señores: yo no he cazado nunca; mi padre, tampoco; ni mi abuelo ni mi bisabuelo. Este último era hijo de un hombre que había cazado él solo más que todos ustedes juntos. Murió en mil setecientos sesenta y cuatro, y voy a decir de qué manera.

"Se llamaba Juan, estaba casado y era padre de una criatura, que fue mi bisabuelo; habitaba con su hermano menor, Francisco de Arville, nuestro castillo de Lorena, entre bosques.

"Francisco de Arville había quedado soltero; su amor a la caza no le permitía otros amores.

"Cazaban los dos todo el año sin tregua, sin descanso y sin rendirse a las fatigas. Era su mayor goce; no sabían divertirse de otro modo; no hablaban de otro asunto: sólo vivían para cazar.

"Dominábalos aquella pasión terrible, inexorable, abrasándolos. poseyéndolos, no dejando espacio en su corazón para nada más.

"Habían prohibido que por ninguna causa les interrumpieran en sus cacerías. Mi bisabuelo nació mientras perseguía su padre a un zorro y, sin abandonar su pista, Juan de Arville murmuró:

"—¡Recristo! Bien pudo esperar ese pícaro para nacer a que yo termine.

"Su hermano Francisco se apasionaba aún más en su afición. Lo primero que hacía en cuanto se levantaba era ver a los perros y los caballos; luego, entreteníase disparando a los pájaros en torno del castillo hasta la hora de salir a caza mayor.

"En la comarca llamábanlos el señor marqués y el señor menor; entonces los aristócratas no establecían en los títulos —como ahora la nobleza improvisada quiere hacerlo— una jerarquía descendiente; porque no es conde un hijo de marqués ni barón un hijo de vizconde, como no es coronel de nacimiento el hijo de un general. Pero la vanidad mezquina de los actuales tiempos lo dispone así.

"Vuelvo a mis ascendientes.

"Parece ser que fueron agigantados, velludos, violentos y vigorosos; el joven aún más que su hermano mayor, y tenía una voz tan recia, que, según una opinión popular que le complacía, sus gritos agitaban toda la verdura del bosque.

"Y, al salir de caza, debieron de ofrecer un espectáculo admirable aquellos dos gigantes, galopando en dos caballos de mucha talla y brío.

"El invierno de mil setecientos sesenta y cuatro fue muy crudo y los lobos rabiaron de hambre.

"Atacaban a los campesinos rezagados, rondaban de noche alrededor de las viviendas, aullaban desde la puesta de sol hasta el amanecer y asaltaban los establos.

"Circuló un rumor terrible. Hablábese de un lobo colosal, de pelo gris, casi blanco; había devorado a dos niños y el brazo de una mujer; había matado a todos los mastines de la comarca y saltando las tapias, oliscaba sin temor alguno bajo las puertas. Ningún hombre dejó de sentirle resoplar; su resoplido hacía estremecer la llama de las luces. Invadió la provincia un pánico terrible. Nadie salía de casa de noche ni al anoecer. La oscuridad parecía poblada en todas partes por la sombra de aquella bestia...

"Los hermanos de Arville, resueltos a perseguir y matar al monstruo, dispusieron grandes cacerías, invitando a los nobles de la región.

"Todo fue inútil; ni en los bosques ni entre las malezas lo hallaron jamás. Mataban muchos lobos, pero aquél no aparecía. Y cada noche, al terminar la batida, como para vengarse, la bestia feroz causaba estragos mayores, atacando a un caminante o devorando alguna res; pero siempre a distancia del sitio donde lo buscaron aquel día.

"Entró una de aquellas noches en la pocilga del castillo de Arville y devoró los dos mejores cerdos.

"Juan y Francisco reventaban de cólera, suponiendo aquel ataque una provocación del monstruo, una injuria directa, un reto. Con sus más resistentes sabuesos, acostumbrados a perseguir temibles bestias, aprestáronse a la caza, rebotando sus corazones odio y furor.

"Desde el amanecer hasta que descendía el sol arrebolado entre los troncos de los árboles desnudos, batieron inútilmente los matorrales.

"Regresaban furiosos y descorazonados, llevando al paso las cabalgaduras por un camino abierto entre maleza, sorprendiéndose de que burlase un lobo toda su precaución y poseídos ya de una especie de recelo misterioso.

"Juan decía:

"—Esa bestia no es como las demás. Parece que piensa y calcula como un hombre.

"Y contestaba Francisco:

"—Acaso conviniera que nuestro primo el obispo bendijese una bala, o que lo hiciese algún sacerdote de la región, rogándole nosotros que pronunciase las palabras oportunas.

"Callaron y, después de un silencio, advirtió Juan:

"—Mira el sol, qué rojo. La fiera no dejará de causar algún daño esta noche.

—Apenas había terminado la frase, cuando su caballo se encabritó; el de Francisco giraba. Un matorral, cubierto de hojas marchitas, crujió, abriendo paso a una bestia enorme y gris que, saliendo rápidamente de su escondrijo, internóse al punto en el bosque.

"Los dos de Arville articularon una especie de rugido que demostraba su fiera satisfacción y encogiéndose, inclinados hacia adelante, pegándose al cuello de sus briosos caballos, impulsándolos con todo su cuerpo, los lanzaron a la carrera, excitándolos, arrastrándolos, enloqueciéndolos de tal modo con las voces, con sus movimientos, con la espuela, que los hercúleos caballeros, como si un ímpetu gigantesco los condujera volando, parecían arrastrar entre las piernas a sus caballos, que iban a escape, tocando en el suelo con el vientre, haciendo crujir los matorrales y salvando las torrenteras, encaramándose por escarpadas pendientes y descendiendo por angostas gargantas. Los caballeros hacían resonar las trompas con toda la fuerza de sus pulmones, llamando a sus criados y a sus perros.



"De pronto, en aquella furiosa y precipitada persecución, tropezó mi abuelo con la cabeza en una rama que le abrió el cráneo y cayó sin sentido, mientras el caballo continuaba su carrera loca, desapareciendo en la densa oscuridad que iba envolviendo el bosque.

"Francisco de Arville paró en seco y se apeó, cogiendo en brazos a su hermano; vio que por la herida, entre la sangre, asomaba también el cerebro.

Entonces, apoyándolo sobre sus rodillas, contempló el rostro ensangrentado, las facciones rígidas, inertes, del marqués. Poco a poco un miedo lo invadió, un miedo extraño que no había sentido nunca. Temía la oscuridad, la soledad, el silencio del bosque; hasta llegó a temer que apareciera el fantástico lobo, que se vengaba de aquella persecución tenaz de los Arville haciendo morir al mayor de los hermanos.

"Espesaban las tinieblas; el frío, agudo, hacía crujir los árboles. Francisco se incorporó, tembloroso, incapaz de permanecer allí más tiempo, sintiéndose casi desfallecer. No se oía nada; ni ladridos de perros ni voces de trompa; todo estaba mudo en el invisible horizonte, y aquel silencio taciturno de una helada noche tenía bastante de horroroso y extraño.

"Alzó entre sus manos de coloso el cuerpo gigantesco de Juan, atravesándolo sobre la silla para llevarlo al castillo, montó y se puso en marcha, despacio, sintiendo una turbación semejante a la embriaguez, perseguido por espectros indefinibles y espantosos.

"De pronto, una forma vaga cruzó el sendero que la nocturna oscuridad invadía. Era la bestia. Una sacudida brusca, un verdadero espanto agitó al cazador; algo frío, como una gota de agua, se deslizó sobre sus riñones; y, como un ermitaño que ahuyenta a los demonios, el caballero hizo la señal de la cruz, desconcertado ante aquella temible aparición del espantoso vagabundo. Pero sus ojos refrescaron su memoria, presentándole a su hermano muerto; y, de pronto, pasando en un instante del miedo al odio, rugió furiosamente y espoleando al caballo lanzóse tras el lobo. "

"Lo siguió entre los matorrales, por las torrenteras y a través de bosques desconocidos. Galopaba con la vista penetrante, clavada en la sombra que huía; tropezaban en los troncos y en las rocas la cabeza y los pies del muerto atravesado en la silla. Le arrancaban el cabello las zarzas y salpicaba con sangre los árboles, golpeándolos con la frente; las espuelas rechinaban y hacían saltar chispas de los pedruscos.

"De pronto, la bestia y su perseguidor salieron del bosque y se lanzaron a un valle cuando aparecía la luna en lo alto del monte; un valle pedregoso, cerrado por enormes rocas. No hallando fácil salida por aquella parte, la bestia retrocedió.

"Francisco no pudo contener un alarido estruendoso de alegría, que los ecos repitieron como repiten el rodar de un trueno, y saltó a tierra empuñando el cuchillo de monte.

"La bestia, con los pelos erizados y arqueado el cuerpo, lo aguardaba. Pero antes de comenzar el combate, cogiendo el cazador el cuerpo de su hermano lo apoyó entre unas rocas, y sosteniéndole con piedras la cabeza, que parecía una masa de sangre cuajada, le dijo a voces, como si hablara con un sordo:

"—¡Mira, Juan! ¡Mira eso!

"Y se arrojó sobre la bestia. Sentíase bastante poderoso para levantar en vilo una montaña, para triturar pedernales entre sus dedos. La bestia quiso hacer presa en él, procurando arrimar su hocico al vientre del cazador; pero éste la tenía sujeta por el cuello y la estrangulaba tranquilamente con la mano, sin acordarse del cuchillo, gozándose al sentir los ahogos de su garganta y las palpitaciones de su corazón. Reía,

reía más, cuanto más apretaba; reía gritando: '¡Mira, Juan! ¡Mira eso!' Ya no hallaba resistencia: el cuerpo del monstruo cedía con blandura. Estaba muerto.

"Entonces Francisco lo alzó, y acercándose a su hermano con aquella carga inerte dejó caer un cadáver a los pies de otro cadáver, diciendo, conmovido y cariñoso:

"—Toma, Juan; tómalo; ahí lo tienes.

"Después colocó en la silla los dos cuerpos y se puso en marcha.

"Entró en el castillo riendo y llorando, como Gargantúa cuando el nacimiento de Pantagruel. Pregonaba la muerte de la bestia con exclamaciones de triunfador y gritos de gozo; refería la muerte de su hermano, gimiendo y arrancándose las barbas.

"Y, pasado el tiempo, cuando hablaba de aquella noche fatal, decía con lágrimas en los ojos:

"—¡Si al menos hubiese podido ver el pobre Juan cómo estrangulé al otro, es posible que muriera satisfecho! ¡Estoy seguro!

"La viuda educó a su hijo haciéndolo odiar la caza y ese odio se ha transmitido hasta mí de generación en generación."

El marqués de Arville había terminado. Alguien preguntó:

—Esa historia es una leyenda, ¿verdad?

Y el marqués respondió:

—Aseguro que todo es cierto, que todo ha ocurrido.

Y una señora dijo con dulzura:

—De cualquier modo, agrada oír contar que alguien se apasiona fieramente.

*Le Gaulois*, 14 de noviembre de 1882

# *La loca*

---

*La folle*

*A Robert de Bonnières.*

Verán, dijo el señor Mathieu d'Endolin, a mí las becasas me recuerdan una siniestra anécdota de la guerra.

Ya conocen ustedes mi finca del barrio de Corneil. Vivía allá en el momento de la llegada de los prusianos.

Tenía entonces de vecina a una especie de loca, cuya razón se había extraviado bajo los golpes de la desgracia. Antaño, a la edad de veinticinco años, perdió, en un sólo mes, a su padre, a su marido y a un hijo recién nacido.

Cuando la muerte entra una vez en una casa, regresa a ella casi de inmediato, como si conociera la puerta.

La pobre joven, fulminada por la pena, cayó en cama, deliró durante seis semanas. Después, una especie de tranquila lasitud sucedió a la crisis violenta, y permaneció sin moverse, comiendo apenas, revolviendo solamente los ojos. Cada vez que intentaban levantarla, gritaba como si la matasen. La dejaron, pues, acostada, y tan solo la sacaban de entre las sábanas para los cuidados de su aseo y para darle la vuelta a los colchones.

Una anciana criada permanecía junto a ella, obligándola a beber de vez en cuando o a masticar un poco de carne fiambre. ¿Qué ocurría en aquella alma desesperada? Jamás se supo, pues no volvió a hablar. ¿Pensaba en sus muertos? ¿Desvariaba tristemente, sin un recuerdo concreto? ¿O bien su pensamiento aniquilado permanecía inmóvil como un agua estancada?

Durante quince años se quedó así, cerrada e inerte.

Llegó la guerra; y, en los primeros días de diciembre, los prusianos entraron en Corneil.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Caía una helada de esas que resquebrajan las piedras; yo mismo estaba tumbado en un sillón, inmovilizado por la gota, cuando oí el golpeteo pesado y acompasado de sus pasos. Desde mi ventana, los vi pasar.

Era un desfile interminable, todos iguales, con esos movimientos de muñecos que les son peculiares. Después los jefes distribuyeron a sus hombres entre los habitantes. Me tocaron diecisiete. Mi vecina, la loca, tenía doce, entre ellos un comandante, un verdadero soldadote, violento y tosco.

Durante los primeros días todo transcurrió normalmente. Al oficial de al lado le habían dicho que la señora estaba enferma, y no se preocupó para nada. Pero pronto aquella mujer a la que nunca veía empezó a irritarlo. Se informó sobre su enfermedad; le respondieron que la anfitriona guardaba cama desde hacía quince años, a consecuencia de una pena muy honda. No lo creyó, sin duda, e imaginó que la pobre loca no se levantaba por orgullo, para no ver a los prusianos y no hablarles, para no rozarse con ellos.

Exigió que lo recibiera; lo llevaron a su habitación. Le pidió con un tono brusco:

«Zírvice uzted, ceñora, lefantarce y bajar, para que la fearnoz. »

Ella volvió hacia él sus ojos extraviados, sus ojos vacíos, y no respondió.

El prosiguió:

«No toleraré maz inzolencias. Ci uzted no ce lefanta por laz buenaz, Ila me laz arreglaré para que ce patee zola. »

Ella no hizo el menor gesto, siempre inmóvil, como si no lo hubiera visto.

El rabiaba, tomando aquel silencio tranquilo por un signo de supremo desprecio. Y agregó:

«Ci no baja mañana...»

Y después salió.

Al día siguiente, la anciana criada, aterrada, quiso vestirla; pero la loca empezó a chillar, debatiéndose. El oficial subió en seguida; y la sirvienta, arrojándose a sus pies, gritó:

«No quiere, señor, no quiere. Perdónela; es muy desdichada.»

El soldado se quedó turbado, sin atreverse, a pesar de su cólera, a hacer que sus hombres la sacaran de la cama. Pero de pronto se echó a reír y dio unas órdenes en alemán.

Pronto se vio partir un destacamento que sostenía un colchón, como quien lleva a un herido. En aquella cama que nadie había deshecho, la loca, siempre silenciosa, permanecía tranquila, indiferente a los acontecimientos con tal de que la dejaran acostada. Detrás, un hombre llevaba un paquete de ropas femeninas.

Y el oficial pronunció, frotándose las manos:

«Lla veremoz ci puede o no festirce zola y dar un pazeíto.»

Luego se vio al cortejo alejarse en dirección al bosque de Imauville.

Dos horas después los soldados regresaron solos.

Nadie volvió a ver jamás a la loca. ¿Qué habían hecho con ella? ¿A dónde la habían llevado? Nunca se supo.

La nieve caía día y noche, sepultando la llanura y los bosques bajo un sudario de espuma helada. Los lobos venían a aullar hasta nuestras puertas.

La idea de aquella mujer perdida me obsesionaba, e hice diversas gestiones con la autoridad prusiana, con el fin de conseguir información. A punto estuve de ser fusilado.

Volvió la primavera. El ejército de ocupación se alejó. La casa de mi vecina seguía cerrada; una tupida hierba crecía en las avenidas.

La anciana criada había muerto durante el invierno. Nadie se ocupaba ya de aquella aventura; sólo yo pensaba en ella sin cesar.

¿Qué habían hecho con aquella mujer? ¿Se habría escapado a través de los bosques? ¿La habrían recogido en alguna parte, y metido en un hospital, al no poder obtener de ella ninguna información? Nada venía a aliviar mis dudas; pero, poco a poco, el tiempo apaciguó la inquietud de mi corazón.

Ahora bien, en el otoño siguiente, las becasas pasaron en tropel; y, como mi gota me daba una pequeña tregua, me arrastré hasta el bosque. Ya había matado cuatro o cinco aves de largo pico, cuando derribé una que desapareció en un hoyo lleno de ramas. Me vi obligado a bajar a él para recoger al animal. Lo encontré caído junto a una calavera. Y bruscamente el recuerdo de la loca embistió contra mi pecho como un puñetazo. Otros muchos habían expirado acaso en aquellos bosques durante aquel año siniestro; pero, no sé por qué, estaba seguro, se lo digo, de que había encontrado la cabeza de la infeliz maniática.

Y de repente comprendí, lo adiviné todo. La habían abandonado sobre el colchón, en el bosque frío y desierto, y, fiel a su idea fija, ella se había dejado morir bajo el espeso y leve plumón de la nieve sin mover un brazo o una pierna.

Después los lobos la habían devorado.

Y los pájaros habían hecho su nido con la lana de su lecho desgarrado.

He conservado esa triste osamenta. Y hago votos por que nuestros hijos no vean jamás una guerra.

*Le Gaulois*, 15 de diciembre de 1882

# *Loco*

---

*Un fou*

Cuando murió presidía uno de los más altos tribunales de Justicia de Francia y era conocido en el resto por su trayectoria ejemplar. Se había ganado el profundo respeto de abogados, fiscales y jueces, que se inclinaban ante su elevada figura de rostro grave, pálido y enjuto y mirada penetrante.

Su única preocupación había consistido en perseguir a los criminales y defender a los más débiles. Los asesinos y los estafadores le tenían por su peor enemigo, ya que parecía ser capaz de leer sus pensamientos y adivinar las intenciones que ocultaban en los rincones más oscuros de sus almas.

Su muerte, a la edad de 82 años, había provocado una sucesión de homenajes y el pesar de todo un pueblo. Había sido escoltado hasta su tumba por soldados vestidos con pantalones rojos, e ilustres magistrados habían derramado sobre su ataúd lágrimas que parecían sinceras.

Sin embargo, poco después de su entierro, el notario descubrió un estremecedor documento en el escritorio donde solía guardar los sumarios de sus grandes casos. Su primera hoja estaba encabezada por el título: «¿POR QUÉ?».

\*\*\*

20 de junio de 1851. Acabo de dictar sentencia. ¡He condenado a muerte a Blondel! Me pregunto por qué mató este hombre a sus cinco hijos. ¿Por qué? Uno se encuentra a menudo con personas para quienes el hecho de quitar la vida a otra parece suponer un placer. Sí, debe de ser un placer, quizá el mayor de todos. ¿Acaso matar no es lo que más se asemeja a crear? ¡Hacer y destruir! La historia del mundo, la historia del universo, todo lo que existe... absolutamente todo se resume en estas dos palabras. ¿Por qué es tan embriagador matar?

25 de junio. Un ser vive, anda, corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Es una cosa animada que contiene el principio del movimiento y una voluntad que dirige este principio. Pero esa cosa acaba convirtiéndose en nada. Sus pies carecen de raíces que los sujeten al suelo. Constituye un grano de vida que se mueve separado de la tierra; un grano de vida, procedente de un lugar que desconozco, que puede ser destruido por deseo de cualquiera. Entonces ya no es nada. Nada. Desaparece; se acaba.

26 de junio. ¿Por qué es un crimen matar? ¿Por qué, si es la ley suprema de la Naturaleza? Todos los seres tienen esta misión: matar para vivir y vivir para matar. Nuestra propia condición está sujeta a este hecho. Las bestias matan continuamente, durante todos los instantes de cada uno de los días de su vida. El hombre mata para alimentarse; pero, como también necesita matar por puro placer, ha inventado la caza. El niño mata a los insectos, a los pajaritos... a todos los animalillos que caen en sus manos. Todo ello no basta para calmar la irresistible necesidad que todos sentimos. Matar animales no es suficiente para nosotros; necesitamos también matar personas. Las civilizaciones antiguas satisfacían su ansia con sacrificios humanos. Hoy, vivir en sociedad nos ha obligado a convertir el asesinato en un grave delito y, como no podemos entregarnos libremente a este instinto natural, cada cierto tiempo desencadenamos una guerra para calmarlo. Así, todo un pueblo se dedica a aplastar a otro en un derroche de sangre que hace perder la cabeza a los ejércitos y que embriaga

también a la población civil: mujeres y niños, que a la luz de las velas, leen por la noche el exaltado relato de las matanzas.

Sería lógico suponer que se desprecia a los que elegimos para llevar a cabo estas carnicerías. Pues bien, por el contrario, les tributamos homenaje y les cubrimos de honores. Se les engalana con resplandecientes vestiduras de oro y se atavían con sombreros de plumas. Les otorgamos títulos, cruces, recompensas de todo tipo. Son admirados por las mujeres y respetados y aplaudidos por las multitudes... ¡sólo porque su misión consiste en derramar sangre humana! Desfilan por las calles con sus herramientas de muerte mientras el ciudadano común, vestido de oscuro, los contempla con envidia. Matar es la ley suprema que la Naturaleza ha impreso en el corazón de cada ser. ¡No hay nada tan bello y honorable como matar!

30 de junio. Matar es la gran ley. La Naturaleza ama la juventud eterna y nos empuja a acabar con la vida sin que apenas nos demos cuenta. En cada una de sus manifestaciones parece apremiarnos gritando: «¡Rápido! ¡Rápido!». A medida que destruye se va renovando.

2 de julio. ¿Qué es el ser? Todo y nada. A través del pensamiento es el reflejo de todo. A través de la memoria y de la ciencia es un resumen del mundo, porque guarda en sí la historia de éste. Como espejo de las cosas y reflejo de los hechos, cada ser humano se convierte en un universo dentro del Universo. Pero al viajar y contemplar la diversidad de las etnias el hombre se convierte en nada. ¡Ya no es nada! Desde la cumbre de una montaña no es posible distinguirlo. Cuando el barco se aleja de la orilla, plagada por la muchedumbre, sólo se divisa la costa. El ser es tan pequeño, tan insignificante, que desaparece. Crucen Europa en un tren rápido. Al mirar por la ventanilla verán hombres, hombres, siempre hombres; hombres innumerables y desconocidos que hormiguean por las calles, que hormiguean por los campos, mujeres despreciables cuyo único cometido se limita a parir y dar la comida al macho y estúpidos campesinos que sólo saben destripar terrones.

Viajad a China o a la India. Allí también verán agitarse a miles de millones de seres, que nacen, viven y mueren sin dejar otra huella que la de un insecto aplastado sobre el polvo de un camino. Vayan a las tierras de los negros, alojados en cabañas de barro, y a las de los árabes, cobijados bajo una lona parda que ondea al viento. Comprenderán que el ser aislado, el individuo, no es nada. Nada. A estos pueblos, que son sabios, no les inquieta la muerte. Para ellos el hombre no significa nada. Matan a sus enemigos sin piedad; es la guerra. Hace tiempo nosotros hacíamos lo mismo de provincia en provincia, de mansión en mansión.

Atraviesen el mundo y comprueben cómo hormiguean los humanos, innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Esta es la clave del problema! Matar constituye un crimen porque los seres están numerados. Cuando nacen se les da un nombre, se les registra, se les bautiza. ¡De eso se trata! La Ley los posee. El ser que no está inscrito no cuenta. Mátenlo en el desierto o en el páramo; mátenlo en la montaña o en la llanura. ¿Qué importa? La Naturaleza ama la muerte. ¡Ella no castiga!

Lo que, sin duda, es sagrado, es el Registro Civil. Él es quien defiende al individuo. El ser se convierte en sagrado cuando es inscrito en el Registro. Respeten al Dios legal. ¡Pónganse de rodillas ante el Registro Civil!

Al Estado le está permitido matar porque tiene derecho a modificar el Registro Civil. Cuando sacrifica a doscientos mil hombres en una guerra, los borra del Registro; sus escribanos, sencillamente, los suprimen. Acaban con ellos. Pero nosotros debemos respetar la vida; no podemos cambiar los libros de los ayuntamientos. ¡Yo te saludo, Registro Civil, divinidad gloriosa que reinas en los templos de los municipios! Eres más poderoso que la Naturaleza. ¡Ja, ja, ja!

3 de julio. Matar debe ser un extraño y maravilloso placer: tener delante de uno a un ser vivo capaz de pensar; hacerle un agujerito, sólo uno; ver como mana por él la sangre roja, que transporta la vida, y ya no tener delante más que un montón de carne inerte y fría, vacía de pensamientos.

5 de agosto. Me he pasado la vida juzgando y condenando, matando con mis palabras y con la guillotina a quienes habían asesinado con un cuchillo. ¡Yo! Si yo hiciera lo mismo que todos los hombres a quienes he castigado, ¿quién lo descubriría?

10 de agosto. Nadie lo sabría jamás. ¿Acaso sospecharían de mí, de mí, si elijo a un ser al que no tengo el menor interés en hacer desaparecer?

15 de agosto. La tentación ha penetrado en mí reptando como un gusano y se pasea por todo mi cuerpo. Se pasea por mi cabeza, que no piensa más que en matar; se pasea por mis ojos, que necesitan contemplar la sangre y ver morir; se pasea por mis oídos, que no dejan de escuchar algo terrible y desgarrador: el último grito de un ser; se pasea por mis piernas, que anhelan dirigirse al lugar donde ocurrirá; se pasea por mis manos, que tiemblan por la necesidad de matar.

¡Cuán extraordinario tiene que ser, tan propio de un hombre libre, dueño de su corazón, que está por encima de los demás y busca sensaciones refinadas!

22 de agosto. Ya no podía esperar más. He matado un animalito para ensayar, sólo para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero encerrado en una jaula que estaba colgada en la ventana de la cocina. Lo he mandado a hacer un recado y he aprovechado su ausencia para coger al pájaro. Lo he aprisionado con mi mano; sentía latir su corazón. Estaba caliente. Después he subido a mi cuarto. De vez en cuando apretaba con más fuerza al pajarito; su corazón latía más deprisa. Era tan atroz como delicioso. He estado a punto de ahogarlo, pero no habría visto su sangre.

He cogido unas tijeritas de uñas y, con suavidad, le he cortado el cuello de tres tijeretazos. Abría el pico desesperadamente, tratando de respirar. Intentaba escapar, pero yo lo sujetaba con fuerza. ¡Vaya si lo sujetaba! ¡Habría sido capaz de sujetar a un dogo furioso! Por fin he visto correr la sangre. ¡Qué hermosa es la sangre roja, brillante, viva! La hubiera bebido con gusto. He mojado en ella la punta de mi lengua. Tiene un sabor agradable. ¡Pero el pobre jilguero tenía tan poca! No he tenido tiempo de disfrutar del espectáculo tanto como me hubiera gustado. Tiene que ser soberbio ver desangrarse a un toro.

Para terminar, he hecho lo mismo que los asesinos de verdad: he lavado las tijeras, me he enjuagado las manos y he tirado toda el agua. Después he llevado el cadáver al jardín para ocultarlo. Lo he enterrado debajo de una mata de fresas. Nunca lo encontrarán. Todos los días comeré un fruto de esa planta. ¡Uno puede disfrutar realmente de la vida si sabe cómo hacerlo!

Mi criado ha lamentado la pérdida del pajarito. Cree que se ha escapado. ¿Cómo va a sospechar de mí? ¡Ja, ja, ja!

25 de agosto. ¡Necesito matar a una persona! ¡Tengo que hacerlo!

30 de agosto. Ya lo he hecho. ¡Qué poca cosa!

Había ido a pasear por el bosque de Vernes. Caminaba sin pensar en nada cuando, de repente, ha aparecido en el camino un chiquillo que iba comiéndose una tostada con mantequilla.

Se ha detenido para verme pasar y me ha saludado: «¡Hola, señor Presidente!».

En mi cabeza ha aparecido una idea muy clara: «¿Y si lo mato?».

Le he preguntado:

—¿Estás solo, muchacho?

—Sí, señor.



—¿Completamente solo en el bosque?

—Sí, señor.

Los deseos de matarlo me han embriagado como el vino. Me he acercado a él con sigilo, pensando que iba a tratar de huir. Lo he agarrado por la garganta y he apretado, he apretado con todas mis fuerzas. Me ha mirado aterrorizado con unos ojos espantosos. ¡Qué ojos! Eran muy redondos, profundos... ¡terribles! Jamás había experimentado una sensación tan brutal... pero tan breve. Sus manecitas se aferraban a mis puños mientras su cuerpo se retorció. He seguido apretando hasta que ha quedado inmóvil.

Mi corazón latía con tanta fuerza como el del pájaro. He arrojado su cuerpo a la cuneta y lo he cubierto con hierbas.

Al volver a casa he cenado bien. ¡Qué poca cosa! Me sentía alegre, ligero, rejuvenecido. Después he pasado la velada en casa del prefecto. Todos los que allí se encontraban han juzgado mi conversación muy ingeniosa.

¡Pero no he visto la sangre! Aún no estoy tranquilo.

30 de agosto. Han descubierto el cadáver y buscan al asesino. ¡Ja, ja, ja!

1 de septiembre. Han detenido a dos vagabundos; pero no tienen pruebas.

2 de septiembre. Han venido a verme los padres llorando. ¡Ja,ja,ja!

6 de octubre. No se ha descubierto nada. Suponen que algún merodeador habrá cometido el crimen. ¡Ja, ja, ja! Estoy seguro de que estaría más tranquilo si hubiera visto correr la sangre.

18 de octubre. El ansia de matar sigue envenenándome. Es comparable con los delirios de amor que nos torturan a los 20 años.

20 de octubre. Otro más. Caminaba por la orilla del río después de almorzar. Era mediodía. Bajo un sauce dormía un pescador. En un campo cercano, sembrado de patatas, había una azada. Parecía que alguien la había dejado allí expresamente para mí.

La he cogido, me he acercado, la he levantado como si se tratase de una maza y con el filo, de un solo golpe, le he partido la cabeza al pescador. ¡Oh! ¡Este sí que sangraba! Era una sangre muy roja que, mezclada con sus sesos, se deslizaba muy suavemente hacia el agua. Me he marchado sin que nadie me viera y con toda tranquilidad. ¡Yo habría sido un asesino excelente!

25 de octubre. Todo el mundo comenta el caso del pescador. Se acusa a su sobrino, que estaba pescando con él.

26 de octubre. El juez instructor del caso asegura que el sobrino es culpable. En la ciudad todo el mundo lo cree. ¡Ja, ja, ja!

27 de octubre. El sobrino se defiende muy mal. Afirma que había ido al pueblo a comprar pan y queso. Jura que mataron a su tío durante su ausencia. ¿Quién va a creerle?

28 de octubre. Han mareado tanto al sobrino que ha estado a punto de confesarse culpable. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con la Justicia!

15 de noviembre. Tienen pruebas abrumadoras contra el sobrino. Era el único heredero de su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de enero. ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Le he condenado a muerte! ¡Ja, ja, ja! El fiscal habló como un ángel. ¡Ja, ja, ja! Uno más. Asistiré a su ejecución.

18 de marzo. Se acabó. Lo han guillotinado esta mañana. ¡Bien muerto está! Me ocasionó un grato placer. ¡Qué bello es ver cómo le cortan la cabeza a un hombre! La sangre ha brotado como una marea. Si hubiera podido, me habría bañado en ella. ¡Oh, qué maravilla tenderme debajo, dejar que empape mi rostro y mi cabello y levantarme teñido de rojo! ¡Si supieran...!

Pero ahora debo esperar. Puedo hacerlo. Cualquier descuido o imprudencia podría delatarme.

\*\*\*

El manuscrito tenía muchas más páginas; pero ninguna de ellas relataba un nuevo asesinato.

Los psiquiatras que lo han estudiado aseguran que en el mundo existen muchos locos ignorados, tan hábiles y temibles como este monstruoso lunático.

*Le Gaulois*, 2 de septiembre de 1885

## *¿Loco?*

---

*Fou?*

¿Estoy loco? ¿O sólo celoso? No lo sé, pero sufro de un modo horrible. He cometido un acto de locura, de locura furiosa, cierto; pero los celos anhelantes, el amor exaltado, traicionado y condenado, el dolor abominable que soporto, ¿no basta todo eso para hacernos cometer crímenes y locuras sin ser realmente criminales de corazón o de cerebro?

¡Cuánto he sufrido, sufrido y sufrido de forma continuada, aguda y espantosa! Quise a esa mujer con un arrebató frenético... Y, sin embargo, ¿es cierto? ¿La quise? No, no, no. Ella me poseyó en alma y cuerpo, me invadió, me encadenó. Fui y sigo siendo su cosa, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a la forma de su rostro: jadeo dominado por su apariencia externa; pero a Ella, a la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, siempre la he odiado, despreciado y execrado; porque es pérfida, bestial, inmunda, impura: es la mujer de perdición, el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la Infamia.

Los comienzos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos siempre abiertos, yo me agotaba en una furia de insaciable deseo. Como si me diesen sed, sus ojos me hacían abrir la boca. Eran grises al mediodía, se teñían de verde a la caída de la luz, y eran azules con el sol levante. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.

En los momentos del amor eran azules, como acardenalados, con pupilas enormes y nerviosas. Sus labios, agitados por un temblor, dejaban brotar a veces la punta rosa y mojada de su lengua, que palpitaba como la de un reptil; y sus párpados cargados se alzaban lentamente, descubriendo aquella mirada ardiente y aniquilada que me enloquecía.

Al estrecharla entre mis brazos, miraba sus ojos y me estremecía, sacudido tanto por la necesidad de matar aquella bestia como por la necesidad de poseerla continuamente.

Cuando ella caminaba por mi cuarto, el rumor de cada uno de sus pasos provocaba un vuelco en mi corazón; y cuando empezaba a desnudarse y dejaba caer su vestido, al salir, infame y radiante, de las prendas interiores que se amontonaban a su alrededor, sentía a lo largo de mis miembros, a lo largo de los brazos, a lo largo de las piernas y en mi pecho jadeante, un desmayo infinito y cobarde.

Cierto día me di cuenta de que estaba harta de mí. Lo vi en su mirada al despertar. Inclinado sobre ella, esperaba todas las mañanas esa primera mirada. La esperaba lleno de rabia, de odio, de desprecio hacia aquella bestia dormida cuyo esclavo era. Pero cuando el azul pálido de su pupila, aquel azul líquido como el agua quedaba al descubierto, todavía lánguido, todavía fatigado, todavía enfermo por las caricias recientes, era como una llama rápida que me quemase, exasperando mis ardores. Cuando ese día su párpado se abrió, vi una mirada indiferente y sombría que ya no deseaba nada.

Lo vi, lo supe, lo sentí, lo comprendí inmediatamente. Todo estaba acabado, acabado para siempre. Y tuve la prueba a cada hora, a cada segundo.

Cuando la llamaba con mis brazos y mis labios, ella se volvía hacia otra parte, hastiada y murmurando: "¡Déjame!", o bien: "¡Qué odioso eres!", o bien: "¡Por qué nunca podré estar tranquila!"

Entonces fui celoso, pero celoso como un perro, y taimado, desconfiado, simulador. Sabía que ella no tardaría en volver a empezar, que llegaría otro para reavivar sus sentidos.

Fui celoso con frenesí; pero no estoy loco; no, desde luego que no.

Esperé. Sí, la espiaba; ella no me habría engañado, pero continuaba fría, adormecida. A veces decía: "¡Me asquean los hombres!" Y era cierto.

Entonces tuve celos de ella misma; celos de su indiferencia, celos de la soledad de sus noches, celos de sus gestos, de su pensamiento, que yo siempre sentía infame; celos de todo lo que yo adivinaba. Y cuando algunas veces, al despertar, tenía aquella mirada blanda que seguía en tiempos pasados a nuestras noches ardientes, como si alguna lascivia acosase su alma y removiese sus deseos, yo sentía sofocos de cólera, temblores de indignación, la comezón de estrangularla, de poner mi rodilla sobre su cuerpo y hacerla confesar, mientras le apretaba la garganta, todos los secretos vergonzosos de su corazón.

¿Estoy loco? —No.

Pero una noche la sentí feliz. Sentí que en ella vibraba una pasión nueva. Estaba seguro, seguro sin duda posible. Palpitaba igual que después de mis abrazos: sus ojos llameaban, sus manos estaban calientes, toda su persona vibrante desprendía aquel vapor de amor que había hecho nacer mi locura.

Simulé no darme cuenta de nada, pero mi vigilancia la envolvía como una red.

Sin embargo, nada descubrí.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella se esponjaba en medio de la eclosión de un ardor incomprensible; se aplacaba en la dicha de una caricia imperceptible.

Y, de golpe, lo adiviné. No estoy loco. Juro que no estoy loco.

¿Cómo decirlo? ¿Cómo darlo a entender? ¿Cómo expresar esa cosa abominable e incomprensible?

Me enteré de la manera siguiente:

Una tarde, ya lo he dicho, una tarde, cuando volvía de un largo paseo a caballo, se derrumbó frente a mí con los pómulos encendidos, el pecho palpitante, las piernas flojas y los ojos amoratados, en una silla baja. ¡Yo ya la había visto así! ¡Amaba a alguien! No podía equivocarme.

Entonces, perdiendo la cabeza, para no seguir mirándola me volví hacia la ventana, y vi a un lacayo que llevaba de la brida hacia la cuadra su gran caballo que se encabriaba.

También ella seguía con la vista el animal enardecido que daba saltos. Luego, cuando desapareció de nuestra vista, ella se durmió de forma repentina.

Estuve pensando toda la noche; y me pareció que descifraba misterios que nunca había sospechado.

¿Quién sondeará nunca las perversiones de la sensualidad de las mujeres? ¿Quién comprenderá sus inverosímiles caprichos y la satisfacción extraña de las más extrañas fantasías?

Todas las mañanas, nada más apuntar la aurora, ella salía al galope por las llanuras y los bosques; y siempre volvía con las fuerzas agotadas, como tras los frenesíes del amor.

¡Yo había comprendido! Ahora estaba celoso del caballo nervioso y galopador; celoso del viento que acariciaba su rostro cuando ella daba una carrera enloquecida; celoso de las hojas que, al pasar, besaban sus orejas; de las gotas de sol que caían sobre

su frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella apretaba entre sus muslos.

Era todo aquello lo que la hacía feliz, lo que la exaltaba, lo que la saciaba, la agotaba y me la devolvía luego insensible y casi desfallecida.

Decidí vengarme. Fui cariñoso y atento con ella. Le ofrecía mi mano cuando iba a desmontar tras sus desenfundadas carreras. El animal furioso se lanzaba contra mí; ella le acariciaba su cuello curvo, lo besaba en las ventanas nasales temblorosas sin limpiarse luego los labios; y el perfume de su cuerpo sudoroso, como después de la tibieza del lecho, se mezclaba a mi olfato con el aroma acre y salvaje del animal.

Aguardé mi día y mi hora. Ella pasaba todas las mañanas por el mismo sendero, por un bosquecillo de abedules que se adentraba hacia la selva.

Salí antes de amanecer, con una cuerda en la mano y mis pistolas escondidas sobre el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia el camino que tanto le gustaba; tendí la cuerda entre dos árboles; luego me escondí entre las altas hierbas.

Había puesto la oreja pegada contra el suelo; oí su galope lejano; luego lo percibí más cerca, bajo las hojas, como al final de una bóveda, llegando al galope. ¡Ay, no me había equivocado, era aquello! Parecía transportada de alegría, con las mejillas encendidas y locura en la mirada; y el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios con un goce solitario y furioso.

El animal tropezó con las dos patas delanteras en mi trampa, y rodó por el suelo con los huesos rotos. A ella la recogí en mis brazos. Soy tan fuerte que puedo cargar con un buey. Luego, cuando la deposité en tierra, me acerqué a Él, que nos miraba; entonces, cuando todavía trataba de morderme, le puse una pistola en la oreja... y lo maté... como a un hombre.

Pero también yo caí, con el rostro cruzado por dos golpes de fusta; y cuando ella volvía a lanzarse sobre mí, disparé mi otra bala contra su vientre.

Díganme: ¿estoy loco?

*Gil Blas*, 23 de agosto de 1882

## ¿Un loco?

---

*Un fou?*

Me dijeron: —¿Sabe que Jacques Parent ha muerto loco en un sanatorio psiquiátrico? —y un escalofrío doloroso, un escalofrío de miedo y de angustia me corrió a lo largo de los huesos; y volví a verle bruscamente, aquel gran mozo extraño, loco desde hacía mucho quizás, maníaco inquietante, y hasta espantoso.

Era un hombre de cuarenta años, alto, flaco, un poco encorvado, con ojos de alucinado, ojos negros, tan negros que no se distinguía la pupila, ojos móviles, merodeantes, enfermos, atormentados. ¡Qué ser tan singular, turbador, que producía, que arrojaba un malestar a su alrededor, un malestar vago, del alma, del cuerpo, una de esas alteraciones incomprensibles que hacen creer en influencias sobrenaturales!

Tenía un tic molesto: la manía de esconder las manos. Casi nunca las dejaba errar, como hacemos todos, sobre los objetos, sobre las mesas. Nunca manejaba las cosas que andaban rodando fuera de su sitio con ese gesto familiar que tenemos casi todos los hombres. Nunca dejaba desnudas sus largas manos huesudas, finas, un poco febriles.

Las hundía en sus bolsillos, y cuando cruzaba los brazos, bajo las axilas. Parecía que tenía miedo a que hicieran, a pesar suyo, alguna faena prohibida, a que realizaran alguna acción vergonzosa o ridícula si las dejaba libres y dueñas de sus movimientos.

Cuando estaba obligado a utilizarlas para los usos habituales de la vida, lo hacía con tirones bruscos, con impulsos rápidos del brazo, como si no hubiera querido dejarles el tiempo de actuar por ellas mismas, de negarse a su voluntad, de ejecutar otra cosa. En la mesa, cogía su vaso, su tenedor o su cuchillo tan vivamente que nunca se tenía tiempo para prever lo que quería hacer antes de que lo realizara.

Sin embargo, una noche entendí la clave de la sorprendente enfermedad de su alma.

Venía de vez en cuando a pasar unos días a mi casa, en el campo, y ¡esa noche me pareció que estaba especialmente agitado!

Una tormenta se estaba formando en el cielo, sofocante y negro, después de un día de calor atroz. Ningún soplo de aire movía las hojas. Un vapor caliente de horno pasaba por los rostros, hacía jadear el pecho. Me sentía a disgusto, agitado, y quise irme a la cama.

Cuando me vio levantarme para retirarme, Jacques Parent me cogió del brazo con gesto espantado.

—¡Oh, no! Quédate un poco más —me dijo.

Le miré con sorpresa y murmuré: —Es que esta tormenta me pone nervioso.

Gimió, o más bien gritó: —¡Pues mira que a mí! ¡Oh, quédate, te lo ruego! No quisiera quedarme solo.

Parecía estar enloquecido.

Dije: —¿Oué te pasa? ¿Estás perdiendo la cabeza?

—Sí, a ratos, las noches como ésta, las noches con electricidad..., tengo... tengo... tengo miedo..., tengo miedo de mí mismo... ¿no me entiendes? Es que estoy dotado de un poder... no... de una potencia... no... de una fuerza... ¡En fin, no sé decir lo que es, pero tengo en mí una acción magnética tan extraordinaria que tengo miedo, sí, tengo miedo de mí mismo, como te decía hace un rato!

Y escondía, con escalofríos enloquecidos, sus manos vibrantes bajo las solapas de su chaqueta. Y yo mismo, de pronto, noté que me echaba a temblar debido a un temor confuso potente, horrible. Tenía ganas de irme, de escaparme, de no verle más, de no

ver más cómo sus ojos errantes pasaban sobre mí, y luego huían, daban vueltas alrededor del techo, buscaban algún rincón oscuro del cuarto para fijarse en él, como si también quisiera esconder su mirada temible.

Balbuocé: —¡Nunca me habías dicho esto!

Prosiguió: —¿Acaso lo hablo con alguien? Mira, atiende, esta noche no puedo callarme. Y prefiero que lo sepas todo; además, podrás socorrerme.

"¡El magnetismo! ¿Sabes lo que es? No. Nadie lo sabe. Sin embargo se comprueba que existe. Está reconocido, los propios médicos lo practican; uno de los más ilustres, el señor Charcot, lo ejerce; por lo que no hay duda, existe.

"Un hombre, un ser tiene el poder, pavoroso e incomprensible, de dormir, con la fuerza de su voluntad, a otro ser; y, mientras está durmiendo, de robarle su pensamiento como se robaría una bolsa. ¡Le roba su pensamiento, es decir su alma, el alma, ese santuario, ese secreto del Yo! El alma, ese fondo del hombre que creíamos impenetrable; el alma, ese asilo de ideas inconfesadas, de todo lo que escondemos, de todo lo que amamos, de todo lo que queremos ocultar a todos los humanos, ¡la abre, la viola, la expone, la arroja al público! ¿No es atroz, criminal, infame?

" ¿Por qué, cómo se explica? ¿Lo sabemos? ¿Pero qué sabemos?

"Todo es misterio. Sólo nos comunicamos con las cosas a través de nuestros miserables sentidos, incompletos, lisiados, tan débiles que no tienen apenas el poder de constatar lo que nos rodea. Todo es misterio. Piensa en la música, ese arte divino, ese arte que conmueve el alma, la arrebatada, la embriaga, la enloquece, pero ¿qué es? Nada.

"¿No me entiendes? Escucha. Dos cuerpos se chocan. El aire vibra. Esas vibraciones son más o menos numerosas, más o menos rápidas, más o menos fuertes, según la naturaleza del choque. Ahora bien, tenemos en el oído una pequeña piel que recibe esas vibraciones del aire y las transmite al cerebro en forma de sonido. Imagina que un vaso de agua se convierte en vino en tu boca. El tímpano realiza esa increíble metamorfosis, ese sorprendente milagro de cambiar el movimiento en sonido. Eso es.

"Por eso la música, ese arte complejo y misterioso, preciso como el álgebra y vago como un sueño, ese arte hecho de matemáticas y de brisa, no viene sino de la extraña propiedad de una pequeña piel. Si no existiera esa piel, el sonido tampoco existiría, ya que en sí mismo no es sino una vibración. ¿Adivinaríamos la música sin el oído? No. ¡Pues bien!, estamos rodeados por cosas que nunca sospecharemos, porque nos faltan los órganos que nos las podrían revelar.

"Quizás el magnetismo sea uno de ellos. No podemos sino presentir ese poder, sino intentar temblando esa vecindad de los espíritus, sino entrever ese nuevo secreto de la naturaleza, porque no tenemos en nosotros el instrumento revelador.

"En cuanto a mí... En cuanto a mí, estoy dotado de un poder horroroso. Es como si tuviera a otro ser encerrado dentro de mí, un ser que constantemente quiere escapar, actuar a pesar mío, que se agita, me roe, me agota. ¿Quién es? No lo sé, pero estamos dos en mi pobre cuerpo, y es él, el otro, quien a menudo es el más fuerte, como esta noche.

"No tengo más que mirar a la gente para dejarla embotada como si le hubiera dado opio. No tengo más que extender las manos para producir cosas..., cosas... terribles. Si supieras... Sí, si supieras... Mi poder no afecta sólo a los hombres, sino también a los animales e incluso..., a los objetos...

"Esto me tortura y me espanta. A menudo he sentido ganas de saltarme los ojos y cortarme las muñecas.

"Pero voy a... quiero que lo sepas todo. Toma. Voy a demostrártelo .. no con criaturas humanas, es lo que se suele hacer por todas partes, sino con..., con..., animales.

"Llama a Mirza.

Andaba con pasos grandes de alucinado, y sacó las manos que llevaba escondidas en el pecho. Me parecieron espantosas, como si hubiera desenvainado dos espadas.

Y le obedecí maquinalmente, subyugado, vibrando de terror y devorado por una especie de deseo impetuoso de ver. Abrí la puerta y silbé a mi perra que dormía en el vestíbulo. Inmediatamente oí el ruido precipitado de sus uñas sobre los peldaños de la escalera, y apareció alegre, moviendo la cola.

Luego, con una señal, la mandé tumbarse en un sillón; saltó encima de él, y Jacques se puso a acariciarla mientras la miraba.

Primero, pareció preocupada; se estremecía, volvía la cabeza para evitar la mirada fija del hombre, parecía ser presa de un temor creciente. De repente, empezó a temblar, como tiemblan los perros. Todo su cuerpo palpitaba, sacudido por largos escalofríos, y quiso escaparse. Pero él puso la mano sobre la cabeza del animal, que bajo ese contacto dio uno de esos largos aullidos que se oyen, por la noche, en el campo.

Yo mismo me sentía embotado, aturdido, como estamos cuando nos subimos a un barco. Veía inclinarse los muebles, moverse las paredes. Balbuceé:

"Basta, Jacques, basta." Pero ya no me escuchaba, miraba a Mirza continua y espantosamente. Ella ahora cerraba los ojos y dejaba caer su cabeza como hacemos al dormirnos. Él se volvió hacia mí.

—Ya está hecho —dijo—. Ahora, mira.

Y tirando su pañuelo al otro extremo de la habitación, gritó: —¡Tráelo!

Entonces el animal se levantó, y tambaleándose, tropezando como si fuera ciego, moviendo las patas como los paralíticos mueven sus piernas, se fue hacia el pañuelo que hacía una mancha blanca contra la pared. Intentó varias veces cogerlo con la boca, pero mordía al lado como si no lo viera. Finalmente lo cogió, y volvió con el mismo paso tambaleante de perro sonámbulo.

Era aterrador ver aquel espectáculo. Jacques ordenó: —Túmbate. —Mirza se tumbó. Entonces, tocándole la frente, dijo: —Una liebre, ¡cógela, cógela! —Y el animal, que seguía de costado, intentó correr, se agitó como lo hacen los perros que sueñan, y dio, sin abrir la boca, pequeños ladridos extraños, ladridos de ventrílocuo.

Jacques parecía haberse vuelto loco. El sudor le corría por la frente. Gritó: —Muérdele, muerde a tu amo. —Mirza tuvo dos o tres sobresaltos terribles. Parecía resistirse, luchar. Él repitió: —Muérdele. —Entonces, levantándose, mi perra vino hacia mí, y yo retrocedía hacia la pared, estremeciéndome de espanto, el pie levantado para golpearla, para repelerla.

Pero Jacques ordenó: —Aquí, ahora mismo. —Ella se volvió hacia él. Entonces, con sus dos grandes manos, se puso a frotarle la cabeza como si la estuviese liberando de lazos invisibles.

Mirza volvió a abrir los ojos: —Se acabó —dijo él.

No me atrevía a tocarla y empujé la puerta para que se fuera. Salió lentamente, temblando, agotada, y oí de nuevo sus uñas golpear contra los peldaños.

Pero Jacques volvió a acercarse a mí: —Eso no es todo. Lo que más me asusta es esto, mira. Los objetos me obedecen.

Sobre mi mesa había una especie de cuchillo-navaja que utilizaba para cortar los folios de los libros. Jacques extendió la mano hacia él. Su mano parecía trepar, se acercaba lentamente; y de pronto, vi, sí, vi cómo vibraba el mismísimo cuchillo, y se movió, se deslizó despacio, solo, sobre la madera hacia la mano parada que lo esperaba, y vino a colocarse bajo sus dedos.

Me eché a gritar de terror. Creí que yo mismo me volvía loco, pero el sonido agudo de su voz me tranquilizó de pronto.



Jacques prosiguió: —Todos los objetos vienen del mismo modo hacia mi. Por eso escondo mis manos. ¿Qué es esto? ¿Magnetismo, electricidad, imán? No lo sé, pero es horrible.

"¿Y entiendes por qué es horrible? Cuando estoy solo, en cuanto estoy solo, no puedo impedirme atraer todo lo que me rodea.

" Y me paso días enteros cambiando cosas de sitio, sin cansarme nunca de probar este abominable poder, como para ver si lo sigo teniendo. Había escondido sus grandes manos en los bolsillos y miraba en la noche. Un pequeño ruido, un ligero estremecimiento parecía pasar entre los árboles.

Era la lluvia que empezaba a caer.

Murmuré: — ¡Es espantoso!

Repitió: — Es horrible.

Un rumor acudió al follaje, como un golpe de viento. Era el chaparrón, el aguacero espeso, torrencial.

Jacques se puso a respirar con grandes bocanadas que le levantaron el pecho.

—Déjame —dijo—, la lluvia va a tranquilizarme. Ahora deseo estar solo.

*Le Figaro*, 1 de septiembre de 1884

# *Luna de miel*

---

*Voyage de noce*

PERSONAJES:

*La señora Rivoil, cincuenta años*

*La señora Bevelin, sesenta años*

Un salón. Sobre el velador, un libro abierto: La canción de los recién casados, por la señora Juliette Lamber.

La señora RIVOIL: Este libro me ha producido un efecto singular. El que acabo de leer es mi poema, el poema del cual he sido la protagonista hace treinta años. Me nota los ojos enrojecidos, querida amiga: es que lloro a lágrima viva desde hace dos horas; lloro por todo ese pasado, tan corto, y terminado, terminado... terminado.

La señora BEVELIN: ¿Por qué añorar tanto las cosas desaparecidas?

La señora RIVOIL: ¡Oh! Sólo añoro mi luna de miel. Y esta es la razón por la que este libro, La canción de los recién casados, me ha conmovido tanto.

Sólo he cumplido en mi vida un sueño, y es ese. Piense pues. Me voy, sola con él, sea quien sea. Me voy, sola con él, siempre, a todas partes, unida a él, llena de una placentera e inolvidable ternura. En nuestra existencia sólo tenemos una verdadera hora de poesía, esa, una única ilusión, tan completa que el regreso a la realidad se produce meses después, una única embriaguez, tan grande que todo desaparece, todo, excepto Él. Me dirá que a menudo no queremos de verdad. ¿Qué importa? En ese momento, no lo sabemos, creemos amarlo; y es el amor que queremos. Él es el amor, es todas nuestras ilusiones visibles, es todas nuestras expectativas realizadas, es la esperanza alcanzable, es la persona a la que vamos a poder dedicarnos, a la que nos hemos entregado, es el Amigo, nuestro Amo y Señor, lo es todo.

El sueño de todas las mujeres es amar, y tener para nosotras solas, del todo para nosotras, incesantemente a solas, al que adoramos, y que nos adora también, eso creemos. Durante ese primer mes, todo esto se cumple. Pero sólo existe ese mes en nuestra existencia, ¡no hay otro... no hay otro!

Yo lo he hecho, ese clásico viaje de amor que canta la señora Juliette Lamber; y esta mañana mi corazón se estremecía, palpitaba, fallaba al encontrar ahí, en ese libro, todos esos lugares que aún me son gratos, los únicos en los que realmente fui feliz; y al releer, treinta años más tarde, las cosas que él me decía antaño, me parecía revivir ese dulce pasado...

Oía su voz, veía sus ojos.

¡Oh! Cuánto daño me ha hecho desde entonces.

Sí, sí, toda mi verdadera alegría está encerrada en mi luna de miel. Lo recuerdo como si fuese ayer.

En vez de hacer como todos, de irnos esa misma noche para disipar en cualquier posada esas primeras gotas de felicidad, y para colmar, cerca de los mozos de hotel con delantal blanco y de los empleados de ferrocarril, ese primer frescor de intimidad, esa cuna de amor, nos quedamos a solas, encerrados y abrazados, en una pequeña casa solitaria en el campo.

Luego, cuando mi ternura, vacilante, inquieta y turbia al principio, creció en sus besos, cuando esa chispa que tenía en el corazón se convirtió en llama y me quemó por completo, me llevó a través de ese viaje que fue un sueño.

¡Oh! ¡Sí, claro que lo recuerdo!

En primer lugar, sé que me quedé seis días cerca de él, en una silla de posta que circulaba por las carreteras. De vez en cuando percibía partes del paisaje por la portezuela; pero lo que ciertamente vi fue un bigote rubio y rizado que se acercaba en todo momento a mi rostro.

Entré en una ciudad de la que no distinguí nada, luego me sentí en un barco que al parecer iba hacia Nápoles.

Estábamos de pie, uno al lado del otro, sobre ese suelo que se balanceaba. Tenía mi mano sobre su hombro; y fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Veíamos pasar las costas de Provenza, ya que era Provenza la que acababa de cruzar. El mar inmóvil, estancado, como endurecido por el pesado calor que caía del sol, se mostraba bajo un cielo infinito. Las ruedas golpeaban el agua y perturbaban su sueño tranquilo. Y, detrás de nosotros, un largo rastro espumoso, un gran reguero pálido donde la ola agitada hacía espuma como el champaña, alargaba hasta perderla de vista una estela del navío.

De repente, hacía la parte delantera, a sólo unas brazadas de nosotros, un pez enorme, un delfín, saltó fuera del agua, luego volvió a sumergirse, la cabeza primera, y desapareció. Tuve miedo, grité y me lancé sobrecogida a los brazos de René. Luego me eché a reír de pavor y miraba ansiosa por si el animal volvía a aparecer. Al cabo de unos segundos, saltó de nuevo como un gran juguete mecánico. Luego volvió a bajar, salió de nuevo; luego fueron dos, luego tres, luego seis que parecían dar saltos alrededor del pesado barco, escoltar a su monstruoso hermano, al pez de madera con aletas de hierro. Pasaban por la izquierda, volvían por la derecha del buque, y siempre, unas veces juntos, otras uno tras otro, como en un juego, en una persecución alegre, se lanzaban al aire con un gran salto que trazaba una curva, luego se sumergían en fila india.

Y aplaudía, encantada de cada aparición de los enormes y ligeros nadadores. ¡Oh! ¡Esos peces, esos grandes peces! He guardado un grato recuerdo de ellos. ¿Por qué? No sé, no sé nada. Pero han permanecido ahí, en mis ojos, en mi mente y en mi corazón.

De repente desaparecieron. Los vi una vez más, muy lejos, en alta mar, luego ya no los vi más, y me sentí, durante un segundo, triste por su marcha.

Llegó la noche, una noche tranquila, suave, llena de luz, de paz. Ni un escalofrío en el aire o en el agua; y esa tranquilidad ilimitada del mar y del cielo se extendía a mi alma entumecida, donde tampoco había ningún escalofrío. El gran sol se desvanecía lentamente allá a lo lejos, hacía la África invisible, ¡África! La tierra ardiente cuyos ardores ya creía sentir; pero una especie de fresca caricia, que sin embargo ni siquiera tenía aspecto de brisa, rozó mi rostro cuando el astro ya había desaparecido.

Fue la noche más hermosa de mi vida.

No quise entrar en nuestro camarote, donde se respiraban todos esos horribles olores del buque. Nos acostamos sobre la cubierta, envueltos en abrigos, y no dormimos. ¡Oh! ¡Cuántos sueños! ¡Cuántos sueños!

El monótono ruido de las ruedas me acunaba, y miraba sobre mi cabeza esas legiones de estrellas tan claras, con una luz aguda, titilante y como mojada, en ese cielo puro del Sur.

Sin embargo, cuando estaba a punto de amanecer, me adormilé. Me despertaron unos ruidos, unas voces. Los marineros cantaban mientras limpiaban el buque. Y nos levantamos.

Bebía el sabor de la bruma salada, me llegaba hasta la punta de los dedos. Miré el horizonte. En la proa había algo gris, confuso aún en el alba naciente, una especie de acumulación de nubes extrañas, puntiagudas, desmenuzadas, parecía estar colocada sobre el mar.

Luego apareció más clara, las formas se dibujaron más sobre el cielo claro: una gran línea de curiosas montañas con picos se erguía ante nosotros. ¡Córcega!... envuelta en una especie de ligero velo.

El capitán, un viejo hombre pequeño, curtido, seco, de pocas palabras, duro, encogido por los fuertes vientos salados, apareció en la cubierta y, con voz ronca por treinta años de mando, gastada por los gritos lanzados en las tormentas, me preguntó:

—¿Aprecia este curioso olor?

Y, en efecto, había un fuerte, un extraño, un poderoso olor a plantas, a aromas salvajes.

El capitán prosiguió:

—Es el olor de Córcega. Tras veinte años de ausencia, la reconocería a cinco millas mar adentro. Soy de aquí, señora. Aquel que estaba allá, en Santa Helena, hablaba siempre del olor de su país. Era de mi familia<sup>10</sup>.

Y el capitán, quitándose el sombrero, saludó a Córcega. Saludó, en lo desconocido, al Emperador que era de su familia.

Tenía ganas de llorar.

Al día siguiente estaba en Nápoles; e hice, etapa a etapa, ese viaje de felicidad que cuenta el libro de la señora Juliette Lamber.

Vi, del brazo de René, todos esos lugares que aún me son gratos, con los cuales el escritor hizo un marco para sus escenas de amor: es el libro de los recién casados, el libro que deberán llevar y guardar, como una reliquia, y cuando regresen, el libro que ella volverá a leer siempre.

Cuando regresé a Marsella tras ese mes pasado en el mar, una inexplicable tristeza me invadió. Sentía vagamente que había acabado; le había dado la vuelta a la felicidad.

*Le Gaulois, 18 de agosto de 1882*

---

<sup>10</sup> Napoleón, evidentemente.

# *Madame Baptiste*

---

*Madame Baptiste*

Cuando entré en la sala de espera de la estación de Loubain, mi primera mirada fue para el reloj. Tenía que esperar dos horas y pico por el expreso de París.

De pronto, me sentí tan cansado como si hubiese recorrido diez leguas a pie; miré a mi alrededor con la esperanza de descubrir en las paredes algún medio de matar el tiempo; luego salí y me detuve ante la puerta de la estación, inquieto por el deseo de hacer algo para pasar el rato.

La calle, especie de bulevar plantado de acacias secas, entre dos hileras de casas desiguales y diferentes, unas casas de ciudad pequeña, subía a una especie de colina, y allá al fondo se distinguían unos árboles, como si la calle terminase en un parque.

De cuando en cuando, un gato atravesaba la calzada saltando los arroyos de una manera delicada. Un gozque presuroso olfateaba los troncos de los árboles, buscando restos de comida. No se veía a ningún hombre.

Un profundo desaliento me invadió. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Y pensaba ya en la interminable e inevitable espera en el cafetín del ferrocarril, ante un jarro de cerveza imbebible y el ilegible periódico del lugar, cuando divisé un séquito fúnebre, que torcía desde una calle lateral para continuar la marcha por aquella en la que me encontraba yo.

Ver el coche fúnebre fue un alivio para mí. Era, por lo menos, diez minutos ganados.

Pero, de repente, mi atención se redobló. El muerto sólo iba acompañado por ocho señores, uno de los cuales lloraba. Los otros charlaban amigablemente. Ningún sacerdote presidía el acompañamiento. Y pensé: "He aquí un entierro civil", y en seguida reflexioné que en una ciudad Como Loubain debía de haber, al menos, un centenar de librepensadores que se hubiesen sentido en el deber de manifestarse. Entonces, ¿qué? Sin embargo, la rápida marcha del séquito decía bien a las claras que se enterraba a aquel difunto sin ceremonia y, por consiguiente sin religión.

Mi curiosidad ociosa se imaginé las hipótesis más complicadas; pero cuando el coche fúnebre pasaba por delante de mí, se me ocurrió una idea extravagante: seguir con los ocho señores. Así tendría, al menos, una hora de ocupación, y me puse en marcha, con aire triste, detrás de los demás.

Los dos últimos se volvieron asombrados, y luego cuchichearon en voz baja. Seguramente se preguntaban si yo era de la ciudad. Después consultaron a los dos precedentes, quienes se pusieron a su vez a mirarme atentamente. Esta observación investigadora me molestaba, y, para poner fin a ella, me aproximé a mis vecinos. Los saludé, y luego les dije:

—Perdónenme, señores, si interrumpo su conversación. Pero, al ver un entierro civil, me he apresurado a acompañarlo, aun sin conocer al difunto a quién acompañáis.

—Es una difunta me contestó uno de los señores.

—Sin embargo, es un entierro civil, ¿no?— pregunté sorprendido.

El otro señor; que deseaba evidentemente informarme, tomó la palabra:

—Sí y no. El clero nos ha negado la entrada en la iglesia.

Lancé esta vez un "¡Ah!" de estupefacción. No comprendía del todo.

Mi obsequioso vecino me confió en voz baja:

— ¡Oh, es toda una historia! Esta joven se ha matado y he ahí por qué no se la ha podido enterrar cristianamente. Su marido es aquel que veis allí, el primero, el que llora.

Entonces, me decidí, Vacilando:

—Me asombra usted y me interesa mucho todo esto, señor. ¿Sería indiscreto pedirle que me contase esa historia? Si le importuno, imagínese que no le he dicho nada.

El señor me cogió del brazo con familiaridad:

—De ningún modo, de ningún modo. Mire, quedémonos un poco atrás. Se lo voy a contar, es muy triste. Tenemos tiempo antes de llegar al cementerio, cuyos árboles se ven allí arriba, pues la cuesta es dura. Figúrese usted —comenzó— que esta joven, madame Paul Hamot, era la hija de un rico comerciante del país, monsieur Fontanelle. Siendo una niña, a la edad de once años, le ocurrió una desgracia terrible: la mancilló un criado. Faltó poco para que muriese, estropeada por aquel miserable, cuya brutalidad denunció. Se celebró un horroroso proceso, el cual reveló que desde hacía tres meses la pobre mártir era víctima de prácticas vergonzosas por aquel bruto, quien fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad. La niña creció marcada por la infamia, aislada, sin compañeras, apenas besada por las personas mayores, creyendo mancharse los labios al rozar su frente. Se convirtió para la ciudad en una especie de monstruo, de fenómeno. Se decía bajito: "Sabes lo de la pequeña Fontanelle" En la calle, todo el mundo se volvía cuando ella pasaba. Incluso no se podía encontrar niñeras para llevarla de paseo, y las sirvientas de las demás familias se mantenían aparte, como si emanase de la niña una peste que contagiara a todos los que se le aproximaban. Daba lástima ver a esta pobrecita en los patios donde van a jugar los pequeñuelos todas las tardes. Permanecía sola, de pie, cerca de su criada, mirando con tristeza a los demás chicos que se divertían. Algunas veces, cediendo a un irresistible deseo de mezclarse con los niños, avanzaba tímida, recelosamente, y entraba en un grupo con paso furtivo, como consciente de su indignidad. Y en seguida, desde todos los bancos, acudían las madres, las niñeras, las tías, que cogían por la mano a las chiquillas confiadas a su custodia y se las llevaban brutalmente. La pequeña Fontanelle quedaba aislada, desatinada, sin comprender; y se echaba a llorar, con el corazón estallándole de pena. Después, corría a ocultar su rostro, sollozando, en el delantal de su criada. Creció, y fue peor aún. Las muchachas se alejaban de ella como de una apestada. Considere, señor, que esta joven no tenía ya nada que aprender, nada; que no tenía ya derecho a la simbólica flor de azahar; que había penetrado, casi antes de saber leer, en el temible misterio que las madres sólo dejan apenas entrever, temblorosas, en la noche de bodas. Cuando pasaba por la calle, acompañada de su institutriz, como si se la vigilase en el temor incesante de alguna nueva y terrible aventura —repito—, cuando pasaba por la calle, con los ojos bajos por la vergüenza misteriosa que sentía pesar sobre sí, las demás jóvenes, menos ingenuas de lo que se cree, cuchicheaban, mirándola socarronamente, se sonreían maliciosamente por lo bajo, y si por casualidad ella se fijaba, volvían rápidamente la cabeza con gesto distraído. Apenas la saludaba nadie. Únicamente, algunos hombres se descubrían. Las madres fingían no verla. Algunos golfillos la llamaban "la señora Baptiste", nombre del criado que la había ultrajado y perdido. Nadie sabía las torturas ocultas en su alma, pues no hablaba apenas y jamás reía. Sus mismos padres se sentían cohibidos ante ella, como si le hubiesen deseado eternamente alguna falta irreparable. Un hombre honrado no daría la mano de muy buena gana a un presidiario, ¿no es cierto?, aunque ese presidiario fuese su hijo. Monsieur y madame Fontanelle consideraban a su hija como si hubiesen engendrado un hijo que saliera del presidio. Era bonita y pálida, alta, delgada y distinguida. Hubiera agradado mucho, señor, sin ese asunto. Pues bien, hace ahora dieciocho meses, tuvimos un nuevo subprefecto y trajo consigo a su secretario particular, un mozo original, que, al parecer, había vivido en el barrio latino. Vio a la señorita Fontanelle y se enamoró de ella. Se le dijo todo. Y se limitó a responder: ¡Bah! Eso es precisamente una garantía para el futuro. Prefiero que sea antes que después. Con

esa mujer, dormiré tranquilo. Le hizo la corte, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Entonces, como era un desahogado, hizo las visitas de boda como si no hubiera ocurrido nada. Unos se las devolvieron, otros se abstuvieron. En fin, se comenzó a olvidar y ella pudo hacer vida de sociedad. Tengo que decirle que adoraba a su marido como a un dios. Piense usted que le habla devuelto el honor, y la había hecho entrar en la vida normal; había desafiado, forzado a la opinión pública, afrontando ultrajes; en suma, había realizado una acción valerosa que muy pocos hombres harían. Sentía, pues, por él una pasión exaltada y celosa. Quedó encinta, y cuando la gente se enteró, hasta las personas más quisquillosas le abrieron su puerta, como si hubiese sido definitivamente purificada por la maternidad. Es curioso, pero es así. Transcurría de esta manera, pues, su vida, hasta el otro día que celebramos la fiesta patronal de nuestra tierra. El prefecto, rodeado de su estado mayor y de las autoridades, presidía el concurso de orfeones; y después de pronunciar su discurso, comenzó la distribución de las medallas, que su secretario particular, Paul Hamot, entregaba a cada titular. Como usted sabe, en estas cuestiones hay siempre envidias y rivalidades que echan a rodar la moderación de la gente. Todas las damas de la ciudad estaban allí, en el estrado. Cuando le tocó su turno, se adelantó el jefe de la música de la aldea de Mormillon, cuya banda sólo había conseguido una medalla de segunda clase. No se le puede conceder a todo el mundo una de primera, ¿no cree usted? Y he aquí que, cuando el secretario particular le entregó su emblema, se lo arrojó a la cara gritando: "Te puedes guardar tu medalla para Baptiste. Tú le debes una de primera clase, igual que a mí." Hubo un montón de gente que se echó a reír. El pueblo no es caritativo ni delicado, y todos se volvieron a mirar a la pobre señora. ¡Oh señor! ¿No habéis visto nunca cómo se vuelve loca una mujer? ¿No? ¡Pues nosotros asistimos a ese lamentable espectáculo! Se levantó y volvió a caer en su asiento por tres veces seguidas, queriendo librarse de toda aquella multitud que la rodeaba y como si hubiese comprendido al mismo tiempo que era imposible salir de allí. Una voz gritó aún, entre el público: "¡Eh, la señora Baptiste!" Entonces se originó un gran rumor, lleno de indignidades y chanzas. Era como un gran oleaje, un verdadero tumulto. Todas las cabezas bullían; se repetía la misma frase; se alzaban para ver la cara que ponía la pobre desgraciada; los hombres cogían a sus mujeres en brazos para enseñársela, y algunos preguntaban: "¿Cuál es? ¿La de azul?" Los chiquillos daban gritos de gallo, y por todas las partes estallaban grandes risotadas. Sentada en su butaca de solemnidad, como si hubiese sido colocada de escaparate para la asamblea, no se movía ya, desesperada. No podía ni desaparecer, ni moverse, ni disimular su semblante. Pestañeaba con vivacidad, como si una luz demasiado fuerte le quemase en los ojos, y resoplaba como un caballo al subir una cuesta. Partía el corazón verla así. Monsieur Hamot había cogido por la garganta al grosero provocador, y lo arrastraba por tierra, en medio de un espantoso tumulto. La ceremonia fue interrumpida. Una hora después, en el momento en que los Hamot regresaban a su casa, su joven esposa, que no había dicho ni una sola palabra desde el bochornoso insulto, y que estaba temblando como si todos sus nervios hubiesen sido puestos en movimiento por un resorte, saltó de repente el parapeto del puente sin que su marido tuviera tiempo de detenerla, y se arrojó al río. El agua es muy profunda bajo los arcos del puente, y pasaron dos horas antes de dar con ella. Estaba muerta, naturalmente.

El narrador se calló. Luego, pareció reflexionar unos momentos, y añadió:

—Tal vez es lo que mejor podía hacer en su caso. Hay cosas que no se olvidan. Ahora ya sabe usted por qué el clero nos ha rehusado la entrada en la iglesia. ¡Ah, si hubiera sido un entierro cristiano, hubiese venido toda la ciudad! Pero comprenderá usted que el suicidio, añadido a la otra historia, ha hecho que la gente se haya abstenido; y además, es muy penoso aquí acompañar a un entierro sin sacerdote.

Franqueamos la puerta del cementerio. Y esperé, muy conmovido, a que depositasen el féretro en la fosa para acercarme al pobre muchacho, que estaba sollozando, y estrecharle enérgicamente la mano.

Me miró con sorpresa a través de sus lágrimas, y después me dijo:

—Gracias, señor.

Y no lamenté haber acompañado a aquel séquito fúnebre.

*Gil Blas*, 28 de noviembre de 1882



# *Madame Hermet*

---

*Madame Hermet*

Me atraen los locos. Esas gentes viven en un país misterioso de ensueños extravagantes, en esa nube impenetrable de la demencia en donde todo lo que ellos han visto sobre la tierra, todo lo que han amado, todo lo que han hecho, empieza de nuevo para ellos en una existencia imaginaria fuera de todas las leyes que gobiernan las cosas y rigen el pensamiento humano.

Para los locos ya no existe lo imposible, desaparece lo inverosímil, lo maravilloso se convierte en constante y en familiar lo sobrenatural. Esta vieja barrera que es la lógica y esta otra vieja muralla que es la razón, o esta vieja rampa de las ideas que se llama el buen sentido, se rompen, se hunden, se desmoronan ante su imaginación dejada en libertad, escapada hacia el país ilimitado de la fantasía por donde va dando saltos prodigiosos, sin que nada la detenga.

Para los locos todo ocurre y todo puede ocurrir. No realizan esfuerzos para vencer los acontecimientos, para dominar las resistencias, para derribar los obstáculos. ¡Les basta un capricho de su voluntad llena de ilusiones para que se crean príncipes, emperadores o dioses; para que posean todas las riquezas del mundo, todas las cosas sabrosas de la vida; para que gocen de todos los placeres; para que sean siempre fuertes, siempre hermosos, siempre jóvenes, siempre queridos! Sólo ellos pueden ser felices en la tierra; porque para ellos, la realidad ya no existe. Me gusta inclinarme sobre el espíritu vagabundo de estos seres, como nos inclinamos sobre un abismo en cuyo seno profundo forma remolinos un torrente desconocido que viene no se sabe de dónde y que se ignora asimismo adónde va.

Pero de nada sirve inclinarse sobre estas grietas profundas, porque nunca podremos saber de dónde viene ese agua ni adónde se dirige. Después de todo, es solamente agua, parecida a la que corre a ojos vistas, y verla no nos habrá de enseñar gran cosa.

Tampoco nos sirve de nada inclinarnos sobre el espíritu de los locos, porque sus ideas más extravagantes no son, en suma, más que ideas ya conocidas, extrañas solamente, porque ya no están encadenadas por la razón. Su fuente caprichosa nos confunde de sorpresa, porque no se la ve brotar.

Sin duda que ha bastado una piedrecilla caída en su corriente para producir esos burbujeos. Sin embargo, los locos siguen atrayéndome sin cesar, y siempre vuelvo mi pensamiento hacia ellos, llamado, a pesar mío, por ese misterio trivial de la demencia.

Ahora bien: un día, con ocasión de visitar uno de esos asilos, el médico que me acompañaba me dijo:

—Escuche. Voy a enseñarle un caso interesante.

E inmediatamente hizo abrir una celda, en la que una mujer de unos cuarenta años aproximadamente, todavía hermosa, sentada en una amplia butaca, miraba con obstinación su rostro en un espejito de mano.

En cuanto la enferma nos vio se levantó, corrió al fondo del cuarto a buscar un velo colocado sobre una silla, se envolvió la cara con gran cuidado y en seguida se acercó a nosotros, respondiendo a nuestros saludos con un leve movimiento de cabeza.

—Veamos, señora —dijo el doctor—, ¿cómo se encuentra usted esta mañana?

Ella lanzó un profundo suspiro.

—¡Oh, mal, muy mal, señor! Las señales aumentan todos los días.

El médico respondió con un aspecto de hombre convencido:

—No, no; le aseguro, señora. que usted se equivoca.

Ella se acercó a él para murmurar en voz baja:

—No, estoy muy segura de ello. He contado diez agujeros más esta mañana: tres, en la mejilla derecha; cuatro, en la mejilla izquierda, y otros tres, en la frente. ¡Es horrible, horroroso! ¡No me atreveré ya a dejarme ver de nadie, ni siquiera de mi hijo; no, ni siquiera de él! Estoy perdida. estoy desfigurada para siempre.

Se dejó caer sobre su butaca y empezó a sollozar.

El médico cogió una silla, se sentó a su lado y con una voz amable, consoladora, respondió:

—Veamos, veamos. Enséñeme usted eso. Le aseguro que no es nada. Con una pequeña cauterización, haré que todo desaparezca.

La loca respondió que no con la cabeza, sin pronunciar una palabra. El quiso tocar su velo, pero ella le cogió tan fuertemente con sus dos manos que llegó a señalarle los dedos.

El médico insistió en sus exhortaciones para tranquilizarla:

—Veamos. Usted sabe muy bien que yo se los quito siempre esos feos agujeros, y que en cuanto se los curo ya no se los vuelve a ver más. Si usted no me los enseña, no podré curárselos.

Ella murmuró:

—A usted, si, no tendría aún inconveniente; pero no conozco a ese señor que le acompaña.

—Es también un médico, que la cuidará todavía mucho mejor que yo.

Entonces ella se dejó descubrir el rostro; pero su miedo, su emoción, su vergüenza de que la viéramos, la hicieron enrojecer hasta la piel del cuello, que se hundía en su vestido. Bajó los ojos, tornó su cara, tan pronto a la derecha como a la izquierda, para evitar nuestras miradas, y balbucía:

—¡Oh! ¡Sufro horrorosamente con dejarme ver así! Es horrible, ¿verdad? ¿No es cierto que es horrible?

Yo la contemplaba bastante sorprendido, porque no veía nada en su rostro, ni una señal siquiera, ni una mancha, ni un signo, ni una cicatriz.

La mujer se volvió hacia mí, con los ojos siempre bajos, y me dijo:

—Curando a mi hijo es como he adquirido esta espantosa enfermedad, señor. Le he salvado, si, pero he quedado desfigurada. Le he dado mi belleza a mi pobre hijo. ¡Qué le vamos a hacer! He cumplido con mi deber, mi conciencia está tranquila. Lo que yo sufro, sólo Dios lo sabe.

El doctor había sacado de su bolsillo un delgado pincel de acuarelista.

—Déjeme curarla —le dijo—; voy a arreglarle todo eso.

La loca le ofreció su mejilla derecha y él empezó a tocarla con golpecitos ligeros, como si hubiese puesto encima puntitos de color. Repitió las mismas operaciones en la mejilla izquierda; después, en el mentón, y, por último, en la frente. Y unos segundos después, exclamó:

—¡Mire usted, ya no tiene nada, lo que se dice nada!

Ella cogió el espejo, se contempló un buen rato con una atención profunda, una atención aguda, con un esfuerzo violento de todo su espíritu para descubrir cualquier cosa, y suspiró:

—Es verdad. Eso ya no se ve mucho. Se lo agradezco infinito.

El médico se había levantado. La saludó, me indicó que saliera delante y al instante me siguió. En cuanto estuvo cerrada la puerta, agregó:

—Escuche ahora la historia atroz de esa desgraciada:

\*\*\*

Se llama madame Hermet. Había sido bellísima, muy coqueta; se había sentido muy amada y muy dichosa de vivir.

Era una de esas mujeres que no tienen en el mundo más que su belleza y su deseo de agradar para sostenerlas, gobernarlas o consolarlas en la existencia. La preocupación constante de su lozanía, los cuidados de su rostro, de sus manos, de sus dientes, de todas las parcelas de su cuerpo que ella podía enseñar, ocupaban todas sus horas y toda su atención.

Se había quedado viuda, con su hijo.. Este se había criado como lo son todos los hijos de las mujeres elegantes muy admiradas. Sin embargo, ella le quería.

El niño creció y la madre envejeció. ¿Vio ella venir la crisis fatal? No lo sé. Como tantas otras, ¿ha pasado las mañanas, durante horas y horas, mirando constantemente la piel, tan fina antaño, tan transparente y tan dura, que ahora se pliega un poco sobre los ojos, se arruga con mil trazos todavía imperceptibles, pero que se ahondan más, día por día y mes por mes? ¿Ha visto agrandarse también sin cesar, de una manera lenta y segura, las largas arrugas de la frente, esas delgadas serpientes que con nada es posible detener? ¿Ha sufrido la tortura, la abominable tortura del espejo, del espejito con puño de plata que tanto trabajo cuesta dejarlo descansar sobre la mesa, que después se lo abandona con rabia y que se lo recoge en seguida para ver de nuevo más cerca, mucho más cerca, el odioso y tranquilo estrago de la vejez que se aproxima? ¿Se ha encerrado diez veces, veinte veces en un día, abandonando sin motivo el salón en donde charlan otras amigas, para subir a su alcoba, y allí, bajo la protección de cerrojos y cerraduras, mirar aún el trabajo de destrucción de la carne madura que se marchita, para comprobar con desesperación el ligero progreso del mal que todavía nadie parece ver, pero que ella conoce perfectamente? Esta mujer sabe en dónde están sus graves ataques, las mordeduras más profundas de la edad. y el espejo, el espejito redondo con su mango de plata cincelada, le dice cosas abominables, porque el espejo habla, parece reír, se burla y le anuncia todo lo que va a venir después, todas las miserias de su cuerpo y el suplicio atroz de su pensamiento hasta el día de su muerte, que será el de su redención.

¿Ha llorado desesperada, de rodillas, con la frente hacia el suelo y rogado, rogado, rogado a aquel que mata así a los seres y no les da la juventud sino para trocarles más dura la vejez, no les presta la belleza más que para quitársela en seguida? ¿Ha implorado, ha suplicado que haga por ella lo que jamás El no ha hecho por nadie, esto es, dejarla hasta su último día el encanto, la lozanía y la gracia? Y, de súbito, comprendiendo que implora en vano ante el inflexible desconocido que empuja los años, uno cerca del otro, ¿se ha tirado al suelo, retorciéndose los brazos sobre la alfombra de su alcoba? ¿Ha golpeado los muebles con su frente, conteniendo en su garganta gritos horribles de desesperación?...

Sin duda que ha sufrido esas torturas, porque he aquí lo que acaeció:

\*\*\*

—Un día —ella tenía entonces treinta y cinco años—, su hijo, que había cumplido los quince, cayó enfermo.

Hubo que acostarle sin que se haya podido determinar todavía a qué obedecía su dolencia y cuál era la naturaleza de su mal.

Un abate, su preceptor, velaba a su lado, y apenas si se apartaba de su lecho, en tanto que madame Hermet, por la mañana y por la noche, acudía a enterarse del curso de la enfermedad.

Entraba por la mañana con la bata de noche, sonriente, muy perfumada ya, y preguntaba desde la puerta:

—Dime, querido Jorge: ¿estás mejor?

Aquel muchachote, rojo, con el rostro hinchado y devorado por la fiebre, respondía:

—Sí, mamaíta, un poco mejor.

Y la mamá permanecía algunos instantes en la alcoba, miraba los frascos de las medicinas, haciendo ¡puf! con un ligero movimiento de sus labios. Pero de pronto, exclamaba:

—¡Ah! Me olvidaba de una cosa urgentísima...

Y salía corriendo, dejando tras de sí como una nube de los finos olores de su tocado.

Por la noche aparecía con un vestido escotado, con más prisa aún, porque siempre se creía retrasada. Apenas si tenía el tiempo preciso para preguntar:

—Y bien, ¿qué ha dicho el médico?

El abate respondía:

—No está todavía muy seguro, señora.

Ahora bien: una noche, el abate, ante la misma pregunta de la madre, respondió:

—Señora, su hijo se halla atacado de viruelas...

Ella dio un enorme grito de miedo y se marchó igualmente. Cuando al día siguiente la doncella de madame Hermet entró en la alcoba de ésta, sintió de pronto un fuerte olor a azúcar quemado y encontró a su señora, con los ojos abiertos, el rostro pálido por el insomnio y temblando de angustia en su lecho.

Después que la doncella abrió las contraventanas, madame Hermet le preguntó:

—¿Cómo está Jorge?

—¡Oh! A mi parecer, hoy, nada bien, señora.

Esta no se levantó hasta el mediodía, comió dos huevos con una taza de té, como si ella misma hubiese estado enferma, y en seguida salió para informarse en una farmacia acerca de los métodos para preservarse contra el contagio de las viruelas.

No volvió hasta la hora de cenar, cargada de frasquitos, y en seguida se encerró en su alcoba, donde se impregnó de desinfectantes.

El abate la esperaba en el comedor. En cuanto ella lo vio, exclamó, con una voz emocionada:

—¿Cómo está?

—¡Oh! Nada bien. El doctor está bastante preocupado.

Y madame Hermet se echó a llorar, sin que le fuese posible comer por lo atormentada que se sentía.

Al día siguiente, al amanecer envió a la doncella a inquirir noticias, que no fueron mejores, y pasó todo el día en su alcoba, en donde se había hecho encender unos braseros, de los cuales se expandían intensos olores. Además, la criada afirmó que se la había oído llorar durante toda la noche.

Pasó así una semana entera, sin hacer otra cosa que salir una hora o dos para tomar el aire, hacia media tarde.

Ahora pedía noticias hora por hora, y no cesaba de sollozar a medida que iban siendo más graves.

En la mañana del undécimo día, después de pedirle permiso para verla, el abate se presentó ante madame Hermet, con el rostro grave y pálido, y le dijo, sin sentarse en la silla que ella le ofreció:

—Señora, su hijo está muy mal y desea veros.

Ella se hincó de rodillas, y exclamó:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No me atreveré jamás! ¡Dios mío! ¡Dios mío, socorredme!

El sacerdote insistió:

—¡El médico tiene pocas esperanzas, señora, y Jorge os espera!

Y sin esperar respuesta, salió.

Dos horas más tarde, como el joven, sintiéndose morir, reclamara a su madre, el abate volvió a las habitaciones de ella y la vio de nuevo que seguía de rodillas, llorando y repitiendo:

—No quiero... No quiero... Siento mucho miedo... No quiero...

El abate intentó convencerla, animarla, llevársela consigo. Lo único que consiguió fue que le diera una crisis de nervios que le duró un gran rato, para terminar dando alaridos.

Cuando el médico volvió hacia el final de la tarde y se enteró de esa cobardía, declaró que él habría de traerla, por las buenas o por las malas. Pero después de haber empleado todos los argumentos, cuando intentó cogerla por el talle para llevarla al lado de su hijo, madame Hermet cogió la puerta y se agarró a ella con tales fuerzas, que no hubo medio de arrancarla de allí. Tras una breve pausa, cuando el médico la soltó, se echó a sus pies, pidiéndole perdón, acusándose de ser una miserable, y gritando:

—¡Oh! ¡No puede morir! ¡Dígame que no va a morir! ¡Se lo ruego, doctor! ¡Dígame que no morirá! ¡Dígale a mi hijo que le quiero, que le adoro!

El joven agonizaba. Viéndose en sus últimos momentos, suplicó que decidieran a su madre para que viniera a decirle adiós. Con esa especie de presentimiento que tienen a veces los moribundos, el enfermo lo había comprendido todo, lo había adivinado, y exclamaba:

—Si no se atreve a entrar, rogadle que venga solamente por el balcón hasta mi ventana para que, al menos, yo la vea, para que me diga adiós con una mirada, ya que no puedo darle un abrazo.

El médico y el abate volvieron nuevamente a ver a la madre.

—Usted no corre ningún riesgo, señora —afirmaron—, puesto que entre usted y él habrá una vidriera.

Al fin, accedió. Se cubrió la cabeza, tomó un frasco de sales, dio tres o cuatro pasos por el balcón, súbitamente, ocultando el rostro entre sus manos, sollozando de nuevo, gemía y gritaba:

—No..., no...; nunca me atreveré a verle..., jamás; me siento avergonzada... Tengo mucho miedo; no, no puedo...

Quisieron arrastrarla a la fuerza; pero ella tenía cogidos los barrotes con todas sus fuerzas y profería tales quejas que los transeúntes, en la calle, levantaban la cabeza.

Y el moribundo esperaba, con los ojos vueltos hacia esta ventana. Sí; esperaba, para morir, el poder ver por última vez el rostro dulce y bien amado, el rostro sagrado de su madre.

Esperó mucho rato, hasta que llegó la noche. Entonces se volvió hacia la pared, y ya no pronunció una palabra más.

Cuando el alba despuntó, Jorge estaba muerto. Al día siguiente la madre estaba loca.

*Gil Blas*, 17 de enero de 1887

# *Madame Paisse*

---

*Madame Parisse*

## I

Me había sentado en el muelle del pequeño puerto de Obernón, próximo a la aldea de Salís, para contemplar a Antibes, iluminada por el sol poniente. Jamás había visto espectáculo tan bello y tan maravilloso. La pequeña ciudad, encerrada en el cinturón de fortificaciones construido por el señor de Vauban, se metía en el mar, en medio del inmenso golfo de Niza. Las grandes olas del mar abierto veían a estrellarse a sus pies, envolviéndolas en una flor de espuma; las casas se encaramaban unas sobre otras por encima de las murallas, hasta sus dos torres, que se elevaban al cielo como los dos cuernos de un casco antiguo. Y aquellas dos torres se dibujaban sobre la blancura lechosa de los Alpes, sobre aquella enorme y lejana muralla de nieve que cerraba el horizonte por completo.

La pequeña ciudad, brillante y erguida sobre el fondo azulado de las montañas más próximas, entre la blancura de la espuma, al pie de sus muros y la blancura de la nieve, en los límites del cielo, presentaba a los rayos del sol poniente una pirámide de casas de rojos tejados y de fachadas que, aunque todas blancas, eran tan distintas que ofrecían las más variadas tonalidades.

También el cielo, por encima de los Alpes, era de un azul blanquecino, como si sobre él hubiese desteñido su blancura la nieve; casi tocando a las cumbres pálidas, algunas nubes de plata; Niza, al otro lado del golfo, se alargaba como un hilo blanco entre el mar y la montaña. Dos grandes velas latinas, hinchadas por el viento, parecían correr sobre las aguas. Yo contemplaba maravillado todo aquello.

Era uno de esos espectáculos tan gratos, tan extraordinarios, tan deliciosos, que se le meten a uno en el alma y que son tan inolvidables como los recuerdos que dejan las horas de placer. También por los ojos se vive, se media, se padece, se emociona uno y se quiere. El que tiene desarrollada la sensibilidad por la vista, experimenta, contemplando las cosas y los seres vivos, el mismo placer, agudo, refinado y profundo, que la persona de oído delicado y sensible en cuyo corazón hace estragos la música.

Dirigiéndome al señor Martini, meridional de pura cepa, le dije:

—Este es, sin duda, uno de los más notables espectáculos que he tenido ocasión de admirar. He visto salir de entre las arenas, con el sol naciente, el monte de Saint-Michel, joya monstruosa de granito.

He visto, en el Sahara, brillar la luz de una luna, tan deslumbradora como nuestros soles, el lago de Raianechergui, de cincuenta kilómetros de longitud, del que se desprendía hacia lo alto una blanca neblina, que parecía humareda de leche.

He visto en las islas de Lipari el fantástico cráter de azufre del Volcanello, flor gigantesca de fuego y de humo, inconmensurable flor amarilla, que se abre en medio del mar, y que tiene por tallo un volcán.

Pues bien: no he visto nada tan maravilloso como Antibes, erguida contra los Alpes, bajo los rayos del sol poniente.

No sé por qué razón acuden a mi memoria recuerdos de la antigüedad; resucitan en mi cerebro versos de Homero; ésta es una ciudad del viejo Oriente, es una ciudad de la Odisea. ¡Es Troya, aunque Troya estaba lejos del mar! El señor Martini sacó del bolsillo la guía Sarty, y me leyó: "Esta ciudad fue originariamente la una colonia fundada por los focios de Marsella, hacia el año trescientos cuarenta antes de Jesucristo. Ellos le

pusieron el nombre de Antipolis, es decir "contra-ciudad", por hallarse, efectivamente, al lado opuesto de Niza, que era también una colonia marsellesa. Después de la conquista de las Galias, los romanos hicieron de Antibes una ciudad con Municipio, y sus habitantes gozaban del derecho de ciudadanía romana. Sabemos, por un epigrama de Marcial, que en su tiempo..."

Iba a seguir leyendo, pero yo le interrumpí:

—Me tiene sin cuidado lo que fue en otro tiempo. Le afirmo que en este mismo momento estoy viendo, en este mismo instante, una ciudad de la Odisea. En la costa del Asia, o en la costa de Europa, las de uno y otro lado se, parecen todas, y no hay, en la orilla opuesta del Mediterráneo, .ciudad que despierte en mi, tan vivo como ésta, el recuerdo de los tiempos heroicos.

El ruido de unos pasos me hizo volver la cabeza; por el camino que va hacia el cabo, siguiendo la orilla del mar, pasaba una señora, alta y morena.

El señor Martini me dijo, recalcando las sílabas finales:

—Esa es la señora de Parise, ¿sabe usted?

Yo lo ignoraba en absoluto, pero ese nombre, que correspondía al del pastor de Troya, no hizo sino confirmarme en mis imaginaciones.

Pregunté, sin embargo:

—Y ¿quién es la señora de Parise?

Se alegró de que yo no conociera su historia.

Le di la seguridad de que jamás la había oído, y me quedé mirando a aquella mujer, que se alejaba sin habernos visto, sumida en sus ensueños, caminando con paso lento y majestuoso, como caminan seguramente las señoras de la antigüedad. Tendría alrededor de treinta y cinco años, y era todavía una mujer hermosa, muy hermosa, aunque un poco metida en carnes.

Y he aquí lo que me contó el señor Martini:

## II

La señora de Parise, cuyo apellido paterno era Combelombe, había contraído matrimonio, un año antes de la guerra del setenta, con el señor Parise, funcionario del Estado. Era una joven hermosa, tan esbelta y alegre entonces, como ahora maciza y triste.

Antibes quedó guarnecida al terminar la guerra por un solo batallón de línea, mandado por el señor Juan de Carmelín, oficial joven, condecorado durante la campaña, y que acababa de recibir los cuatro galones.

El comandante, que se aburría mucho dentro de aquella fortaleza, auténtica topera, angosta y encerrada en su doble cinturón de murallas, iba con frecuencia de paseo hasta el cabo, que constituye una especie de parque o de bosque, oreado por todas las brisas de alta mar.

Allí fue donde tropezó con la señora de Parise, que también iba a respirar bajo los árboles el aire fresco en los atardeceres de verano. ¿Cómo fue el enamorarse? ¡Quién puede saberlo! Se cruzaban, y se miraban, y seguramente que pensaban uno en otro cuando ya no se veían. La imagen de aquella mujer joven, de ojos castaños, cabellos negros y cara pálida, de la hermosa y lozana meridional que enseñaba sus dientes al sonreír, seguía flotando delante de los ojos del oficial, que continuaba su paseo, mordiendo su cigarro, en lugar de chuparlo; y la Imagen del oficial, bien ceñido en su guerrera, con pantalones rojos y mucho galón de oro, con rubio bigote rizado sobre el labio, surgiría seguramente a los ojos de la señora de Parise todas las noches, cuando su marido entraba a la hora de la cena, mal afeitado, mal vestido, corto de piernas y barrigón.

Tal vez, a fuerza de encontrarse, acabaron los dos por sonreírse cuando se volvían a ver; y, a fuerza de verse, acabarían imaginándose que se conocían. Fue él seguramente quien se lanzó a saludarla, y ella, sorprendida, le contestó con una ligera inclinación, estrictamente lo justo para no parecer descortés. Pero, al cabo de quince días, ya ella le devolvía el saludo, desde lejos, aun antes de cruzar el uno al lado del otro.

Le habló él. ¿De qué? Le habló seguramente de la puesta del sol. Y se pusieron a admirarla los dos juntos, mirándose más veces a los ojos que al horizonte, Y fue aquél todas las tardes, durante dos semanas, el pretexto fútil y constante para una charla de algunos minutos.

Después se arriesgaron a dar algunos pasos juntos, hablando de cualquier tema; pero ya sus ojos se decían, entre tanto, mil cosas más íntimas, cosas secretas, encantadoras, que se reflejan en la suavidad y emoción de la mirada, y que aceleran los latidos del corazón, porque con ellas se confiesan las almas mejor que con la palabra.

El, después, le cogería la mano, balbuciendo frases que la mujer adivinaba, aun cuando fingiese no oírlas.

Y aunque no hubiese mediado entre ellos ninguna demostración sensual, de pura animalidad, estuvieron de acuerdo los dos en que se amaban.

Ella se hubiera mantenido indefinidamente en aquella etapa de simple ternura, pero él no; él quería ir más lejos, e insistió cada día con mayor vehemencia para que accediese a su violento deseo.

Ella se resistía, se negaba, parecía resuelta a no ceder.

Y, sin embargo, le dijo una tarde, como sin darle importancia:

—Mi marido acaba de salir para Marsella, y permanecerá allí cuatro días.

Juan de Carmelin se echó a sus pies, suplicándole que lo recibiese en su casa aquella misma noche, a eso de las once. Pero ella no le hizo caso, y regresó dando muestras de ir enojada. Aquella noche estuvo el comandante de un humor de todos los diablos; al día siguiente, desde que amaneció, se le vio ir y venir por las murallas, rabioso, acercándose tan pronto al grupo en mar que ensayaban los tambores como al sitio en que hacían ejercicio los pelotones de soldados, lanzando a diestro y siniestro castigos a oficiales y clases, como quien tira pedradas a una multitud.

Pero cuando regresó a su casa para desayunarse, halló debajo de la servilleta, y dentro de un sobre, estas cuatro palabras: "Esta noche, a las diez." Sin razón aparente, dio cinco francos de propina al mozo que le servía.

El día le pareció muy largo, y empleó una parte de él en acicalarse y perfumarse.

En el instante mismo en que se sentaba para cenar, le entregaron otro sobre, que contenía un telegrama que decía así:

*"Querida mía: Realizadas aquí las gestiones. Regreso esta noche, en el tren de las nueve. Parise."*

Tan furioso fue el juramento que dejó escapar el comandante, que al mozo se le cayó la sopera al suelo.

¿Qué iba a hacer? Estaba resuelto a que fuese suya aquella misma noche, costase lo que costase, y lo sería. Recurriría a cualquier medio para hacerla suya, aunque tuviese que detener y meter en la cárcel al marido. Una idea descabellada le cruzó súbitamente por el cerebro. Pidió papel, y escribió:

*"Señora: Le juro que no regresará esta noche, y yo acudiré a las diez donde usted sabe. Nada tema. Yo respondo de todo, por mi honor de oficial."*

*Juan de Carmelin."*

Envió la carta a su destino, y cenó con toda tranquilidad.



A eso de las ocho, mandó llamar al capitán Gribois, al que correspondía el mando en su ausencia. Y mientras daba vueltas entre los dedos el arrugado telegrama del señor Parise, le habló así:

—Capitán: acabo de recibir un telegrama muy especial, y cuyo contenido ni siquiera puedo darle a conocer a usted. Hará usted cerrar inmediatamente las puertas de la ciudad, montando guardia en las mismas para que nadie, ¡fíjese usted bien!, nadie entre ni salga por ellas hasta las seis de la mañana. Hará usted también que circulen patrullas por las calles, obligando a los habitantes a retirarse a sus casas a las nueve de la noche. El que no lo haya hecho a esa hora, será conducido ,manu militari a su domicilio. Si su gente tropieza esta noche conmigo, que se aparte de mi camino, haciendo como que no me conocen ¿Me ha entendido usted bien?

—Sí, mi comandante.

—Querido capitán, lo hago a usted responsable de la ejecución de estas órdenes.

—Si, mi comandante.

—¿Quiere tomar una copita de chartreuse?

—Encantado, mi comandante.

Chocaron las copas, bebieron el licor amarillo y el capitán Gribois se retiró.

### III

A las nueve en punto llegó a la estación el tren de Marsella, dejó en su andén dos viajeros y siguió su carrera hacia Niza.

Uno de los dos, alto y seco, era el señor Saribe, comerciante de aceites; el otro, pequeño y rechoncho, el señor Parise.

Echaron a andar juntos, con el maletín en la mano, para dirigirse a la ciudad, que dista un kilómetro. Pero cuando llegaron a la puerta del puerto, el pelotón de guardia se interpuso con sus bayonetas, dándoles orden de alejarse de allí.

Asustados, estupefactos, entontecidos de asombro, se apartaron a cierta distancia y deliberaron entre sí; luego volvieron a acercarse con muchas precauciones, intentando parlamentar y dar sus nombres.

Las órdenes que tenían los soldados debían de ser muy severas, porque los amenazaron con hacer fuego; los dos viajeros huyeron aterrados y a paso gimnástico, abandonando sus maletines, que les estorbaban. para correr.

Fueron dando vuelta a la muralla, y se presentaron en la puerta de la carretera de Cannes. También la encontraron cerrada y con una patrulla de guardia amenazadora. Los señores Saribe y Parise, que eran hombres prudentes, no insistieron más y regresaron a la estación en busca de cobijo, porque los alrededores de las murallas eran peligrosos después de la puesta del sol.

El empleado que estaba de servicio los autorizó, sorprendido y soñoliento, a que se quedasen en la sala de espera hasta que amaneciese.

Y alil permanecieron, el uno junto al otro, sentados en el sillón de terciopelo verde, sin poder dormir, de asustados que estaban.

Para ellos la noche fue larguísima.

A eso de las seis y media de la mañana se enteraron de que las puertas habían sido abiertas y de que se podía, al fin, entrar en Antibes.

Echaron otra vez a andar, pero no encontraron los maletines que habían dejado al huir.

Algo intranquilos todavía, cruzaron la puerta de la ciudad; el comandante Carmelin, con los bigotes enhiestos y la mirada solapada, se acercó en persona para identificarlos y hacerles algunas preguntas.

Después los saludó cortésmente y se excusó de haberles hecho pasar una mala noche. El no había tenido más remedio que cumplir órdenes.

En Antibes estaban todos turulatos. Decían unos que si se trataba de una sorpresa preparada por los italianos, hablaban otros de un desembarco del príncipe imperial, no faltando quien lo atribuyese a una conspiración orleanista. Sólo más adelante se adivinó la verdad, al saberse que el batallón del comandante era trasladado muy lejos y el señor de Carmelin severamente sancionado.

#### IV

El señor Martini había terminado su relato. La señora de Parise regresaba, dando por terminado su paseo. Cruzó muy seria cerca de mí, con la mirada fija en los Alpes, cuyas cimas eran ahora de color de rosa, recibiendo los últimos rayos del sol.

Me dieron ganas de saludar a la triste y desventurada mujer, que pensaría siempre en aquella noche de amor, ya tan lejana, y en el hombre valeroso que, por beso suyo, se había atrevido a poner a una ciudad en estado de sitio y a comprometer toda su carrera.

Seguramente que ya a estas fechas él la habría olvidado, como no la recordase para relatar, cuando estuviese algo bebido, aquella aventura audaz, cómica y enternecedora.

¿Volvió ella a entrevistarse con él? ¿Le amaba ella todavía? Yo pensaba para mis adentros: "He aquí un rasgo, grotesco aunque heroico, del amor de nuestros días.

" Para cantar a esta Helena y las aventuras de su Menéalo haría falta un Homero que tuviese el alma de un Paul de Kock. Sin embargo, el héroe de esta mujer abandonada es valeroso, temerario, bello y fuerte como Aquiles, y más astuto que Ulises.

*Gil Blas*, 16 de marzo de 1886

# *Mademoiselle Cocotte*

---

*Mademoiselle Cocotte*

Íbamos a salir del manicomio cuando en un rincón del patio vi a un hombre alto y delgado que obstinadamente hacía el simulacro de llamar a un imaginario perro. Con una voz dulce, con una voz tierna, gritaba:

—Cocotte, mi pequeña Cocote, ven, Cocotte, ven aquí, perrita— dándose palmadas sobre el muslo como se hace para atraer a los animales.

Pregunté a un médico:

—¿Ese quién es?

Me respondió:

—¡Oh, no tiene mucho interés. Es un cochero, llamado François, que se volvió loco después de ahogar a su perra.

Yo insistí:

—Cuénteme su historia. A veces, las cosas más simples y más humildes son las que más conmueven el corazón.

Y ésta es la aventura de aquel hombre, que habían sabido completa gracias a un palafrenero, compañero suyo.

En las afueras de París vivía una familia de burgueses ricos. Habitaban una villa en medio de un parque, a orillas del Sena. El cochero era el tal François, mozo campesino algo paleta, de buen corazón, simple y fácil de engañar.

Una tarde, cuando volvía a casa de sus amos, se puso a seguirle una perra. Al principio no hizo caso; pero la obstinación del animal que caminaba tras sus talones no tardó en hacerle volverse. Miró si conocía a la perra. No, no la había visto nunca.

Era una perra de una delgadez espantosa, con grandes tetas colgantes. Trotaba tras el hombre con aspecto lamentable y hambriento, la cola entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza, y se paraba cuando el hombre se paraba, y volvía a ponerse en movimiento en cuanto él andaba.

Quería alejar a aquel esqueleto de animal y gritó:

—¡Largo! ¡Vete de aquí! ¡Largo, largo!

La perra se alejó unos pasos y se sentó a su espalda, aguardando; cuando el cochero reemprendió la marcha, ella corrió tras él.

François fingió que cogía piedras. El animal huyó algo más lejos zarandeando de un lado para otro sus tetas fofas; pero corrió tras él en cuanto el hombre le volvió la espalda.

Entonces el cochero François, apiadado, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo encorvado y todas las costillas marcadas debajo de la piel. El hombre acarició aquellos huesos salientes y, muy conmovido por el miserable animal, dijo:

—Vamos, ven.

Ella empezó a mover la cola al punto, sintiéndose acogida, adoptada, y, en vez de quedarse pegada a las pantorrillas de su nuevo amo, se puso a correr delante de él.

La puso sobre la paja de la cuadra; luego corrió a la cocina en busca de pan. Cuando se hartó de comer, se durmió hecha un ovillo.

Al día siguiente, los amos, avisados por su cochero, le permitieron conservar el animal. Era una perrilla buena, cariñosa y fiel, inteligente y dulce.

Pero pronto advirtieron un defecto terrible. Estaba en celo de principio a fin de año. En poco tiempo trabó conocimiento con todos los perros de la comarca, que empezaron a merodear a su alrededor día y noche. Les concedía sus favores con indiferencia de prostituta, mantenía buenas relaciones con todos, arrastrando tras sus pasos una auténtica jauría formada por los modelos más diferentes de la raza perruna, unos del tamaño de un puño, y otros grandes como asnos. Los paseaba por las carreteras en excursiones interminables, y cuando se paraba para descansar en la hierba, los perros la rodeaban y la contemplaban con la lengua fuera.

La gente de la comarca la miraba como a un fenómeno: nunca habían visto nada semejante. El veterinario no entendía nada.

Cuando por la noche volvía a su cuadra, el tropel de perros ponía sitio a la finca. Se colaban por todos los resquicios de los setos vivos que cercaban el parque, devastaban los arriates, arrancaban las flores y hacían agujeros en los cestos, enfureciendo al jardinero. Y ladraban toda la noche en torno al edificio donde se alojaba su amiga, sin que nada lograra ahuyentarlos.

De día llegaban a penetrar incluso en la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. En todo momento los amos encontraban en la escalera e incluso en las habitaciones perrillos amarillos de cola tiesa, perros de caza, bulldogs, perros lobos merodeadores de pelo sucio, vagabundos sin hogar ni calor, terranovas enormes que hacían huir a los niños.

Se vieron entonces en la comarca perros desconocidos a diez leguas a la redonda, venidos de no se sabe dónde, que vivían nadie sabía cómo y que luego desaparecían.

Sin embargo, François adoraba a Cocotte. La había puesto el nombre de Cocotte, sin malicia, aunque bien merecía su nombre; y repetía sin cesar:

—Este animal es una persona. Sólo le falta hablar.

Había encargado para ella un magnífico collar de cuero rojo que llevaba grabadas en una placa de cobre las siguientes palabras: "Mademoiselle Cocotte, del cochero François".

Se había vuelto enorme. Todo lo que antes tenía de flaca, lo tenía ahora de gorda, con una tripa hinchada bajo la que seguían colgando sus largas tetas bamboleantes. Había engordado de pronto y ahora caminaba con esfuerzo, con las patas separadas como las personas demasiado gruesas y con las fauces abiertas para respirar, extenuada en cuanto trataba de correr.

Era, además, de una fecundidad fenomenal; quedaba preñada nada más parir; daba a luz cuatro veces al año una ristra de cachorros pertenecientes a todas las variedades de la raza canina. Después de elegir uno para que, mamándola, le evitara los dolores de la leche, François recogía los demás en su delantal de cuadra e iba a tirarlos, sin ninguna piedad, al río.

Pero no tardó la cocinera en unir sus quejas a las del jardinero. Encontraba perros hasta en el horno, en la despensa, en el sobradillo del carbón, y robaban todo lo que encontraban.

El amo, molesto, ordenó a François deshacerse de Cocotte. Desolado, el hombre buscó dónde colocarla. Nadie la quiso. Entonces decidió perderla, y se la entregó a un carretero que debía abandonarla en pleno campo al otro lado de París, cerca de Joinville-le-Pont.

Aquella misma noche, Cocotte estaba de vuelta. Tenía que tomar una decisión. Por cinco francos, se la entregó a un jefe de tren que iba al Havre. Debía soltarla cuando llegasen.

Al cabo de tres días, Cocotte volvía a entrar en su cuadra cansada, enflaquecida, magullada y extenuada.

El amo, compadecido, no volvió a insistir.

Pero los perros acudieron enseguida en mayor número y más atrevidos que nunca. Y cierta noche que daban una gran cena, un dogo se llevó, en las mismas narices de la cocinera, que no se atrevió a disputársela, una pularda trufada.

Esta vez el amo se enfadó por completo y, tras llamar a François, le dijo en tono colérico:

—Si mañana por la mañana no me tira usted ese animal al agua, le despido, ¿me oye?

El hombre quedó aterrado, y subió a su cuarto para recoger sus cosas porque prefería dejar el empleo. Luego pensó que no podría entrar en ningún otro mientras llevase consigo aquel molesto animal; se dijo que estaba en una buena casa, bien pagado y bien alimentado; se dijo que realmente un perro no merecía aquello; se animó en nombre de sus propios intereses y terminó por tomar la firme resolución de librarse de Cocotte al rayar el alba.

Sin embargo, durmió mal. Se levantó al amanecer y, cogiendo una fuerte cuerda, fue en busca de la perra. Ésta se levantó despacio, se sacudió, desperezó sus miembros y acudió a hacer fiestas al amo.

Entonces a François le faltó valor, y empezó a acariciar a la perra con ternura, pasándole la mano por sus largas orejas, besándola en el morro y prodigándole todas las palabras afectuosas que sabía.

Pero un reloj vecino dio las seis. No podía vacilar. Abrió la puerta: "Ven", le dijo. El animal movió la cola, comprendiendo que iban a salir.

Alcanzaron la orilla, y él eligió un sitio donde el agua parecía profunda. Entonces anudó un extremo de la cuerda al hermoso collar de cuero y, cogiendo una gruesa piedra, la ató al otro extremo. Luego tomó a Cocotte en brazos y la besó con pasión, como a una persona de la que uno se despidе. La tenía contra el pecho, la acunaba, la llamaba "mi bonita Cocotte, mi pequeña Cocotte", y la perra se dejaba acariciar gruñendo de placer.

Diez veces quiso tirarla, y diez veces le faltó valor.

Se decidió bruscamente, y la arrojó lo más lejos que pudo con toda su fuerza. Al principio ella trató de nadar, como hacía cuando la bañaban, pero su cabeza, arrastrada por la piedra, iba hundiéndose poco a poco; y lanzaba a su amo miradas enloquecidas, miradas humanas, debatiéndose como una persona que se ahoga. Luego, la parte delantera del cuerpo se hundió, mientras las patas traseras se agitaban enloquecidas fuera del agua; también desaparecieron enseguida.

Entonces, durante cinco minutos, algunas burbujas reventaron en la superficie como si el río se hubiera puesto a hervir; y François, despavorido, enloquecido, con el corazón palpitante, creía ver a Cocotte retorciéndose en el barro; y, en su simplicidad de campesino, se decía: "¿Qué estará pensando ahora de mí el animalillo?"

A punto estuvo de idiotizarse; pasó un mes enfermo, y todas las noches soñaba con su perra; la sentía lamerle las manos, la oía ladrar. Hubo que llamar a un médico. Finalmente, mejoró; y sus amos, a finales de junio, lo llevaron a su finca de Biessard, cerca de Ruán.

También allí estaba a orillas del Sena. Empezó a tomar baños. Bajaba todas las mañanas con el palafrenero, y cruzaban el río a nado.

Pero un día, cuando se divertían chapoteando en el agua, François gritó de pronto a su compañero:

—Mírala acercarse. ¡Qué buen hueso te voy a dar!

Lo que se acercaba era una carroña enorme, hinchada, pelada, que avanzaba con las patas al aire siguiendo la corriente.

François se acercó braceando y continuando con sus bromas:

—¡Rediós! No está fresca. ¡Qué hallazgo, amiguita! Y tampoco está flaca.

Y daba vueltas alrededor, manteniéndose a distancia del enorme animal putrefacto.

Luego, de pronto, calló y la miró con una atención singular; se acercó más todavía, esta vez para tocarla. Examinaba atentamente el collar; luego estiró el brazo, agarró el cuello, dio la vuelta a la carroña, la atrajo hacia sí y leyó en el cobre oriniento que seguía pegado al cuero decolorado: "Mademoiselle Cocotte, del cochero François."

¡La perra muerta había encontrado a su amo a sesenta leguas de su casa!

François lanzó un grito espantoso y empezó a nadar con todas sus fuerzas hacia la orilla mientras continuaba gritando; y cuando llegó a tierra, huyó enloquecido, completamente desnudo, por el campo. ¡Estaba loco!<sup>11</sup>

*Gil Blas, 20 de marzo de 1883*

---

<sup>11</sup> El novelista ya había contado la anécdota en "Historia de un perro" (1881), relato escrito con motivo de la fundación de un refugio por parte de la Sociedad protectora de animales francesa, fundada en 1845, y declarada de utilidad pública en 1860. Maupassant ofrece la anécdota no como fruto de la ficción sino como completamente verdadera.

# *Mademoiselle Fifi*

---

*Mademoiselle Fifi*

El comandante prusiano, un teniente coronel, el conde de Farlsberg, acababa de leer su correo, hundido en un gran sillón de tapicería y con los pies calzados con, botas apoyados en el mármol de la elegante chimenea, donde las espuelas, a lo largo de los tres meses que él ocupaba el castillo de Uville, habían trazado dos profundos surcos, más pronunciados a cada día que pasaba.

Una taza de café humeaba sobre un velador de marquetería manchado por los licores, quemado por los cigarros, marcado por el cortaplumas del oficial conquistador que, a veces, al dejar de afilar un lápiz, trazaba sobre el gracioso mueble cifras o dibujos, al azar de su indolente fantasía.

Cuando hubo terminado las cartas y ojeado los periódicos alemanes que el suboficial cartero acababa de traerle, se levantó y, tras haber echado al fuego tres o cuatro enormes leños verdes, pues aquellos señores talaban poco a poco el parque para calentarse, se acercó a la ventana.

Llovía a cántaros, una lluvia normanda que parecía lanzada por una mano furiosa, una lluvia diagonal, espesa como una cortina, que formaba una especie de muro de rayas oblicuas, una lluvia azotadora, aplastante, que lo ahogaba todo, auténtica lluvia de los alrededores de Ruán, ese orinal de Francia.

El oficial contempló un buen rato el césped inundado y, allá al fondo, el Andelle, hinchado hasta desbordarse; y tamborileaba sobre el vidrio un vals del Rin, hasta que un ruido le hizo volverse: era su segundo, el barón de Kelweingstein, de un grado equivalente al de capitán.

El teniente coronel era un gigante, ancho de hombros, con una larga barba en abanico que formaba un mantel sobre su pecho; toda su inmensa figura solemne despertaba la idea de un pavo real militar, un pavo real que llevara la cola desplegada en el mentón. Tenía ojos azules, fríos y dulces, una mejilla cruzada por un sablazo de la guerra de Austria<sup>12</sup>, y de él se decía que era tan buena persona como buen oficial.

El capitán, bajito, coloradote, con un gran vientre, ceñido a la fuerza, llevaba casi afeitada su barba encendida, cuyos hilos de fuego habrían hecho pensar, cuando se hallaban bajo ciertos reflejos, que su cara estaba frotada con fósforo. Dos dientes perdidos una noche de juerga, sin que él recordara con exactitud cómo, lo obligaban a escupir palabras pastosas que no siempre se entendían; y era calvo en la coronilla solamente, como un monje tonsurado, con un vellón de finos cabellos rizados, dorados y brillantes, en torno a aquel círculo de carne desnuda.

El comandante le estrechó la mano, y se bebió de un trago su taza de café (la sexta desde por la mañana), mientras escuchaba el informe de su subordinado sobre las incidencias del servicio; después ambos se volvieron a acercarse a la ventana, declarando que aquello no resultaba nada agradable. El teniente coronel, hombre tranquilo, casado en su tierra, se acomodaba a todo; pero el capitán, contumaz vividor, frecuentador de tugurios, obsesivo perseguidor de chicas, rabiaba al verse encerrado hacía tres meses en la castidad obligatoria de aquel puesto perdido.

Como llamaban a la puerta, el comandante gritó «adelante», y un hombre, uno de sus soldados autómatas, apareció en el vano, anunciando con su mera presencia que el almuerzo estaba servido.

---

<sup>12</sup> La guerra entre Austria y Prusia, terminada en 1866 a favor de la última con la batalla de Sadowa.

En la sala encontraron a los tres oficiales de menor graduación: un teniente, Otto de Grossling; dos alféreces, Fritz Scheunaubourg y el marqués Wilhelm de Eyrik, un rubito altanero y brutal con los hombres, duro con los vencidos, y violento como un arma de fuego.

Desde la entrada en Francia, sus camaradas le llamaban sólo Mademoiselle Fifi. El apodo le venía de su aire presumido, de su fino talle que parecía apretado por un corsé, de su cara pálida en la que un naciente bigote se esbozaba apenas, y también de la costumbre que había adquirido, para expresar su soberano desprecio por los seres y las cosas, de emplear a cada momento la locución francesa *fi, fi, done*, que pronunciaba con un ligero silbido.

El comedor del castillo de Uville era una larga y regia estancia, cuyos espejos de cristal antiguo, acribillados por las balas, y cuyos grandes tapices de Flandes, cortados a sablazos y en algunos sitios colgantes, hablaban de los entretenimientos de Mademoiselle Fifi en sus horas de ocio.

En las paredes, tres retratos de familia, un guerrero cubierto de hierro, un cardenal y un presidente, fumaban en largas pipas de porcelana, mientras que en su marco desdorado por los años una noble dama de pecho ceñido mostraba con aire arrogante un enorme par de bigotes pintados con carbón.

El almuerzo de los oficiales transcurrió casi en silencio en aquella estancia mutilada, ensombrecida por el agua cero, entristecedora con su aspecto vencido, y cuyo viejo entarimado de roble se había vuelto tan sórdido como el suelo de una taberna.

A la hora del tabaco, cuando empezaron a beber, tras haber acabado de comer, se pusieron, al igual que cada día, a hablar de su aburrimiento. Las botellas de coñac y licores pasaban de mano en mano; y todos, arrellanados en sus sillas, tragaban a sorbitos repetidos, conservando en una comisura de la boca el largo tubo recurvado rematado por un huevo de loza, siempre pintarrajeado como para seducir a hotentotes.

En cuanto las copas estaban vacías, las llenaban con un gesto de resignada lasitud. Pero Mademoiselle Fifi rompía a cada momento la suya, y un soldado le presentaba inmediatamente otra.

Una niebla de acre humo los ahogaba, y parecían hundirse en una embriaguez soñolienta y triste, en esa lúgubre borrachera de la gente que no tiene nada que hacer.

Pero el barón se irguió de pronto. Lo sacudía la rebelión; blasfemó: «Vive Dios, esto no puede durar, habrá que inventar algo.»

El teniente Otto y el alférez Fritz, dos alemanes dotados eminentemente de fisionomías alemanas pesadas y graves, respondieron al tiempo: «¿Qué, mi capitán?»

Este reflexionó unos segundos, después prosiguió: «¿Qué? Bueno, hay que organizar una fiesta, si el comandante lo permite.»

El teniente coronel dejó su pipa: «¿Qué fiesta, capitán?»

El barón se acercó; «Yo me encargo de todo, mi teniente coronel. Enviaré a Ruán al Deber, que nos traerá unas damas; sé dónde encontrarlas. Prepararemos aquí una cena; no nos falta de nada, y por lo menos pasaremos una buena noche.»

El conde de Farlsberg se encogió de hombros, sonriente: «Está usted loco, amigo mío.»

Pero todos los oficiales se habían levantado, rodeaban a su jefe, le suplicaban: «Deje al capitán, mi teniente coronel, ¡es tan triste esto!»

Al final el comandante cedió: «Sea», dijo; y al punto el barón mandó llamar al Deber. Era un viejo suboficial a quien jamás se había visto reír, pero que cumplía fanáticamente todas las órdenes de sus jefes, fuesen las que fuesen.



En pie, con su cara impasible, recibió las instrucciones del barón; después salió y, a los cinco minutos, un carruaje militar, cubierto con un toldo de molinero en forma de cúpula, salía a escape bajo la lluvia inclemente, al galope de cuatro caballos.

Al punto un estremecimiento vivificante pareció correr por los ánimos; las actitudes lánguidas se desvanecieron, los rostros se entonaron y empezaron a charlar.

Aunque el temporal proseguía con idéntica furia, el teniente coronel afirmó que estaba menos oscuro y el teniente Otto anunció con convicción que el cielo iba a aclararse. El propio Mademoiselle Fifi parecía incapaz de estarse quieto. Se levantaba, se volvía a sentar. Sus ojos claros y duros buscaban algo que romper. De repente, mirando a la dama de los bigotes, el rubito sacó el revólver.

«Tú no lo verás», dijo; y, sin abandonar su asiento, apuntó. Dos balas sucesivas reventaron los dos ojos del retrato.

Después exclamó: «¡Hagamos una mina!» Y las conversaciones se interrumpieron bruscamente, como si un interés poderoso se hubiese apoderado de todos.

La mina era una invención suya, su manera de destruir, su diversión preferida.

Al abandonar el castillo su legítimo dueño, el conde Fernand de Amoy de Uville, no había tenido tiempo de llevarse nada ni de esconder nada, salvo la plata, oculta en el hueco de un muro. Ahora bien, como era muy rico y espléndido, su gran salón, cuya puerta daba al comedor, presentaba, con la precipitada huida del dueño, el aspecto de una galería de museo.

De las paredes colgaban telas, dibujos y acuarelas de valor, mientras que sobre los muebles, las estanterías, y en las elegantes vitrinas, mil objetos, jarrones, estatuillas, figuras de Sajonia y monigotes de China, viejos marfiles y cristales de Venecia, poblaban la vasta estancia con su multitud valiosa y rara.

Ya no quedaba nada. No es que los hubieran saqueado, pues el conde de Farlsberg no lo habría permitido; pero Mademoiselle Fifi, de vez en cuando, hacía una mina; y ese día, todos los oficiales se divertían de veras durante cinco minutos.

El marquesito fue a buscar al salón lo que necesitaba. Trajo una preciosa tetera de China que llenó de pólvora de cañón; introdujo delicadamente por el pitorro un largo trozo de yesca, lo encendió, y corrió a devolver la máquina infernal a la sala contigua.

Después regresó en seguida, cerrando la puerta. Todos los alemanes esperaban, de pie, con infantil curiosidad en el rostro sonriente; en cuanto la explosión sacudió el castillo, se precipitaron a la puerta.

Mademoiselle Fifi, que entró el primero, aplaudía con delirio ante una Venus de terracota cuya cabeza había saltado por fin; cada cual recogió trozos de porcelana, asombrándose con los extraños bordes dentados por las explosiones, examinando los nuevos destrozos, discutiendo algunos estropicios, como producidos por la explosión precedente; y el teniente coronel contemplaba con aire paternal el vasto salón arrasado por esta metralla a lo Nerón y sembrado de restos de objetos de arte. Salió el primero, declarando bonachón: «Ha resultado bien, esta vez.»

Pero en el comedor había entrado tal tromba de humo, mezclándose con el del tabaco, que ya no se podía respirar. El comandante abrió la ventana, y todos los oficiales, que habían vuelto para tomar la última copa de coñac, se acercaron.

El aire húmedo se precipitó en la estancia, trayendo una especie de polvillo de agua que empolvaba las barbas y un olor de inundación. Miraban los grandes árboles agobiados por el temporal, el ancho valle cubierto de brumas con aquel desbordamiento de nubes oscuras y bajas, y a lo lejos el campanario de la iglesia erguido como una punta gris entre el chaparrón.

Desde su llegada, no había vuelto a tocar. Era, por otra parte, la única resistencia que los invasores habían hallado en las cercanías: la del campanario. El cura no se había

negado a recibir y alimentar a los soldados prusianos; incluso había aceptado en varias ocasiones tomar una botella de cerveza o de burdeos con el comandante enemigo, que lo empleaba a menudo como benévolo intermediario; pero no había que pedirle un sólo tañido de su campana; antes se hubiera dejado fusilar. Era su manera de protestar contra la invasión, protesta pacífica, protesta del silencio, la única, decía, que convenía a un cura, hombre de dulzura y no de sangre; y todos, en diez leguas a la redonda, alababan la firmeza y el heroísmo del padre Chantavoine, que se atrevía a afirmar el luto público, a proclamarlo, con el mutismo obstinado de su iglesia.

El pueblo entero, entusiasmado con esta resistencia, estaba dispuesto a apoyar hasta el fin a su pastor, a desafiarlo todo, considerando esta protesta tácita como la salvaguardia del honor nacional. A los campesinos les parecía que así hacían más méritos por la patria que Belfort y Estrasburgo<sup>13</sup>, que daban un ejemplo equivalente, y que el nombre del villorrio sería inmortal; al margen de eso, nada negaban a los prusianos vencedores.

El comandante y sus oficiales se reían juntos de aquel valor inofensivo; y como todo el pueblo se mostraba complaciente y dúctil con ellos, toleraban de buen grado su patriotismo mudo.

Sólo el marquesito Wilhelm habría deseado obligar a la campana a tocar. Rabiaba con la condescendencia política de su superior hacia el sacerdote; y todos los días suplicaba al comandante que le dejara hacer «Din-don-dan» una vez, sólo un poquito, para divertirse un rato. Y lo pedía con gracias de gata, mimos de mujer, con la voz suave de una amante enloquecida por un deseo; pero el comandante no cedía, y Mademoiselle Fifi, para consolarse, hacía minas en el castillo de Uville.

Los cinco hombres permanecieron allí, apiñados, unos minutos, aspirando la humedad. El teniente Fritz pronunció, por último, lanzando una risa pastosa: «Laz zeñoritaz no tendrán fuen tiempo para zu pazeo, eztá claro.»

Dicho esto se separaron, yéndose cada cual a sus obligaciones; el capitán tenía mucho que hacer con los preparativos de la cena.

Cuando se reunieron de nuevo, ya al anochecer, se echaron a reír al verse acicalados y relucientes como en los días de revista general, con brillantina en los cabellos, perfumados, pimpantes. El pelo del comandante parecía menos gris que por la mañana; y el capitán se había afeitado, quedándose sólo con los bigotes, que eran como una llama bajo la nariz.

A pesar de la lluvia, dejaron la ventana abierta; y uno de ellos iba allá a veces a escuchar. A las seis y diez el barón señaló un lejano ruido de ruedas. Todos se precipitaron a la ventana; y pronto apareció el gran carruaje, con sus cuatro caballos al galope, embarrados hasta la grupa, humeantes y resoplantes.

Cinco mujeres descendieron en la escalinata, cinco guapas mozas, elegidas con cuidado por un camarada del capitán a quien El Deber había ido a llevar una carta de su oficial.

No se habían hecho rogar demasiado, seguras de ser bien pagadas, conociendo además a los prusianos, después de tres meses de trato, y resignándose tanto a los hombres como a la situación. «Son gajes del oficio», se decían por el camino, para responder sin duda a un secreto escozor de un resto de conciencia.

En seguida entraron en el comedor. Iluminado, parecía aún más lúgubre en su lastimoso deterioro; y la mesa cubierta de viandas, de rica vajilla y de la plata hallada en el muro donde la había escondido el propietario, daba a aquel lugar el aspecto de una cueva de bandidos que cenan después de un pillaje. El capitán, radiante, se apoderó de

---

<sup>13</sup> Estrasburgo, sitiada por los prusianos, resistió casi dos meses; semanas después, la plaza de Belfort oponía una heroica resistencia de más de tres meses.

las mujeres como de algo familiar, apreciándolas, abrazándolas, olfateándolas, tasándolas en su valor de mujeres de placer; y cuando los tres jóvenes quisieron quedarse con una para cada uno, se opuso con autoridad, reservándose la distribución, con toda justicia, según el grado, para no herir en nada a la jerarquía.

Entonces, con el fin de evitar toda discusión, toda impugnación y toda sospecha de parcialidad, las alineó por estaturas y, dirigiéndose a la más alta, con tono de mando, preguntó: «¿Tu nombre?»

Ella respondió ahuecando la voz: «Pamela.»

Entonces él proclamó: «Número uno, la llamada Pamela, adjudicada al teniente coronel.»

Habiendo abrazado en seguida a Blondine, la segunda, en señal de propiedad, ofreció al teniente Otto la gorda Amande, Eva Tomate al alférez Fritz, y la más baja de todas, Rachel, una morena jovencísima, de ojos negros como una mancha de tinta, una judía cuya nariz respingona confirmaba la regla que atribuye picos curvos a toda su raza, al más joven de los oficiales, al endeble marqués Wilhelm de Eyrik.

Todas, por lo demás, eran bonitas y rellenas, sin fisionomías muy diferentes, igualadas casi en aspecto y piel por las cotidianas prácticas del amor y la vida común de las casas públicas.

Los tres jóvenes pretendían llevarse a sus mujeres de inmediato, con el pretexto de ofrecerles cepillos y jabón para limpiarse; pero el capitán se opuso prudentemente, afirmando que estaban lo bastante limpias para sentarse a la mesa y que quienes subieran querrían cambiar al bajar, con lo que trastornarían las otras parejas. Su experiencia triunfó. Hubo sólo muchos besos, besos de espera.

De repente Rachel se ahogó, tosía hasta llorar y echaba humo por la nariz. El marqués, con el pretexto de besarla, acababa de meterle una bocanada de tabaco en la boca. No se enfadó, no dijo una palabra, pero miró fijamente a su poseedor con la cólera despierta en el fondo de sus ojos negros.

Se sentaron. El propio comandante parecía encantado; sentó a Pamela a su derecha, a Blondine a su izquierda, y declaró, desplegando la servilleta: «Ha tenido usted una excelente idea, capitán.»

Los tenientes Otto y Fritz, educados como ante mujeres de mundo, intimidaban un poco a sus vecinas; pero el barón de Kelweingstein, a sus anchas en el vicio, estaba radiante, lanzaba frases verdes, parecía arder bajo su corona de cabellos rojos. Galanteaba en francés del Rin; y sus cumplidos de taberna, expectorados por el hueco de los dos dientes rotos, les llegaban a las mozas en medio de una metralla de saliva.

Ellas no entendían nada, por lo demás; y su inteligencia sólo pareció despertarse cuando él escupió palabras obscenas, expresiones crudas, deformadas por su acento. Entonces todas empezaron a reírse como locas, cayendo sobre el vientre de sus vecinos, repitiendo los términos, que el barón se dedicó entonces a desfigurar a placer para hacerlas decir porquerías. Las vomitaban a discreción, borrachas con las primeras botellas de vino; y, vueltas otra vez a su ser, abriendo la puerta a sus hábitos, besaban bigotes a diestro y siniestro, pellizcaban brazos, lanzaban gritos furiosos, bebían en todos los vasos, cantaban coplas francesas y trozos de canciones alemanas aprendidas en sus cotidianas relaciones con el enemigo.

Pronto los mismos hombres, embriagados con aquel despliegue de carne femenina ante sus narices y al alcance de sus manos, enloquecieron, chillando, rompiendo la vajilla, mientras, a sus espaldas, unos impassibles soldados los servían.

Sólo el comandante guardaba la compostura.

Mademoiselle Fifi había sentado a Rachel en sus rodillas y, animándose en frío, unas veces besaba locamente los rizos de ébano de su cuello, aspirando por el ligero

espacio entre el traje y la piel el dulce calor del cuerpo y todo el aroma de su persona, otras veces la pellizcaba con furia a través de la tela, haciéndola gritar, acometido por una ferocidad rabiosa, asaltado por su deseo de destrucción. A menudo también, sujetándola con los dos brazos, estrechándola como para fundirla consigo, posaba largamente los labios sobre la fresca boca de la judía, la besaba hasta quedarse sin aliento; pero de pronto la mordió tan profundamente que un reguero de sangre bajó por la barbilla de la joven y corrió por su blusa.

Una vez más, ella lo miró a la cara y, lavándose la herida, murmuró: «Me las pagarás.» El se echó a reír, con una risa dura: «Pagaré», dijo.

Llegaban a los postres; servían el champán. El comandante se levantó, y con el mismo tono que habría empleado para brindar a la salud de la emperatriz Augusta, bebió: «¡Por nuestras damas!» Y comenzó una serie de brindis, brindis de una galantería de militarotes y borrachos, mezclados con bromas obscenas, más brutales aún a causa del desconocimiento de la lengua.

Se levantaban uno tras otro, tratando de ser ingeniosos, esforzándose por resultar divertidos; y las mujeres, borrachas perdidas, con los ojos extraviados y los labios pastosos, aplaudían cada vez a rabiar.

El capitán, queriendo sin duda imprimir a la orgía un aire galante, alzó una vez más su vaso y pronunció: «¡Por nuestras victorias sobre los corazones!»

Entonces el teniente Otto, una especie de oso de la Selva Negra, se irguió, encendido, saturado de bebida. E invadido bruscamente por un alcohólico patriotismo, gritó: «¡Por nuestras victorias sobre Francia!»

Por embriagadas que estuvieran, las mujeres callaron; y Rachel, temblorosa, se revolvió: «Conozco franceses, ¿sabes?, ante quienes no dirías eso.»

Pero el marquesito, que la tenía sentada en las rodillas, se echó a reír, muy alegre con el vino: «¡ja, ja, ja! Lo que es yo, nunca los he visto. ¡En cuanto aparecemos, ponen pies en polvorosa!»

La chica, exasperada, le gritó a la cara: «¡Mientes, cerdo! »

Durante un segundo, él clavó en ella sus ojos claros, como los clavaba en los cuadros cuyas telas destrozaba a tiros, y después se echó a reír: «¡Ja! Sí, hablemos de eso, guapa. ¿Estaríamos nosotros aquí, si fueran valientes?» Y se animaba: «¡Somos sus dueños! ¡Francia es nuestra! »

Ella saltó de sus rodillas con un brusco movimiento y se sentó en su silla. El se levantó, extendió el vaso hasta el centro de la mesa y repitió: «¡Nuestros son Francia y los franceses, los bosques, los campos y las casas de Francia! »

Los otros, totalmente borrachos, sacudidos de pronto por un entusiasmo militar, un entusiasmo brutal, cogieron sus vasos y vociferaron: «¡Viva Prusia!», vaciándolos de un solo trago.

Las mozas no protestaban, reducidas al silencio y asaltadas por el miedo. La propia Rachel callaba, impotente para responder.

Entonces el marquesito apoyó en la cabeza de la judía su copa de champán, llena de nuevo: «¡También son nuestras, gritó, todas las mujeres de Francia!»

Ella se alzó tan rápidamente que el cristal, volcado, derramó, como en un bautizo, el vino amarillo en sus cabellos negros, y cayó, rompiéndose en el suelo. Con labios trémulos, ella desafiaba con la mirada al oficial que seguía riendo, y balbució, con voz estrangulada por la cólera: «Eso, eso, eso no es cierto; por ejemplo: no tendréis a las mujeres francesas».

El se sentó para reírse a sus anchas y, tratando de imitar el acento parisiense: «Eso sí que es gracioso, muy gracioso. ¿Pues, qué has venido a hacer aquí, nena?»

Cortada, ella calló al principio, sin comprender en medio de su turbación; después, cuando hubo entendido bien lo que él decía, le lanzó, indignada y vehemente:

«¡Yo! ¡Yo! No soy una mujer, yo, soy una puta; es lo más que merecen los prusianos.»

Aún no había acabado de decirlo y ya él la abofeteaba en plena cara; pero cuando alzó de nuevo la mano, enloquecida de rabia, ella cogió de la mesa un cuchillo de postre de hoja de plata y, tan rápidamente que al principio no se vio nada, se lo hundió en el cuello, exactamente en el hueco donde comienza el pecho.

La frase que estaba pronunciando se le quebró en la garganta; y se quedó con la boca abierta, con una mirada espantosa.

Todos lanzaron un rugido y se levantaron tumultuosamente; pero ella, arrojando su silla entre las piernas del teniente Otto, que cayó al suelo cuan largo era, corrió a la ventana, la abrió antes de que pudieran darle alcance, y se lanzó a la noche, bajo la lluvia que seguía cayendo.

En dos minutos Mademoiselle Fifi estuvo muerto. Entonces Fritz y Otto desenvainaron y quisieron matar a las mujeres, que se arrastraban a sus pies. El teniente coronel impidió, no sin trabajo, aquella carnicería; mandó encerrar en una habitación, con dos hombres de guardia, a las cuatro aterradas mozas; y luego, como si dispusiera a sus soldados para un combate, organizó la persecución de la fugitiva, seguro de cogerla.

Cincuenta hombres, fustigados por amenazas, fueron lanzados al parque. Otros doscientos registraron los bosques y todas las casas del valle.

La mesa, retirada en un instante, servía ahora de lecho mortuario, y los cuatro oficiales, rígidos, ya serenos, con el rostro duro de los guerreros en funciones, permanecían en pie junto a las ventanas, escudriñando la oscuridad.

Proseguía la lluvia torrencial. Un chapoteo continuo llenaba las tinieblas, un flotante murmullo de agua que cae y agua que corre, de agua que gotea y agua que rebota.

De repente, resonó un disparo, después otro muy lejos; y, durante cuatro horas, se oyeron de vez en cuando detonaciones próximas o lejanas y gritos de aviso, palabras extrañas lanzadas como llamada por voces guturales.

Por la mañana regresaron todos. Habían matado a dos soldados, y herido a otros tres, sus propios camaradas, en el ardor de la caza y el espanto de aquella persecución nocturna.

Pero nadie había encontrado a Rachel.

Entonces aterrorizaron a todos los habitantes, dismantelaron todas las casas, recorrieron toda la comarca, explorándola, registrándola. La judía no había dejado un solo rastro de su paso.

El general, advertido, ordenó echar tierra sobre el asunto, para no dar mal ejemplo al ejército, e infligió una pena disciplinaria al comandante, quien castigó a sus inferiores. El general había dicho: «No hacemos la guerra para divertirnos y acariciar mujeres públicas.» Y el conde de Farlsberg, exasperado, resolvió vengarse del pueblo.

Como necesitaba un pretexto para actuar con rigor, mandó llamar al cura y le ordenó que tocara la campana en el entierro del marqués de Eyrik.

En contra de lo que esperaba, el sacerdote se mostró dócil, humilde, lleno de consideración. Y cuando el cuerpo de Mademoiselle Fifi, llevado por soldados, precedido, rodeado, seguido por soldados que marchaban con el fusil cargado, salió del castillo de Uville, dirigiéndose al cementerio, la campana tocó por vez primera y en su fúnebre tañido había un aire alegre, como si la acariciase una mano amiga.

Tocó también por la tarde, y al día siguiente, y todos los días; repicó todo lo que quisieron. A veces incluso, por la noche, se ponía en movimiento sola, y lanzaba

dulcemente dos o tres sonidos a las sombras, asaltada por un gozo singular, despierta no se sabe por qué. Todos los campesinos del lugar la creyeron embrujada; y nadie, salvo el cura y el sacristán, se acercaba ya al campanario.

Y es que una pobre muchacha vivía allá arriba, angustiada y sola, alimentada a escondidas por los dos hombres.

Se quedó allí hasta la partida de las tropas alemanas. Después, una tarde, el cura pidió prestado el carro del panadero, y condujo él mismo a su prisionera hasta las puertas de Ruán. Llegados allí, el sacerdote la besó; ella bajó y se dirigió a buen paso a la casa pública, cuya dueña la creía muerta.

Algún tiempo después la sacó de allí un patriota sin prejuicios que la amó por su buena acción y que, habiéndola querido después por sí misma, se casó con ella, convirtiéndola en una señora que valió tanto como otras muchas.

*Gil Blas*, 23 de marzo de 1882

# *La madre de los monstruos*

---

*La mère aux monstres*

Recordé esta horrible historia y a aquella horrible mujer al ver pasar hace unos días, en una playa apreciada por la gente adinerada, a una joven parisiense muy conocida, elegante, encantadora, adorada y respetada por todos.

Mi historia se remonta muy atrás, pero ciertas cosas no se olvidan.

Me había invitado un amigo a quedarme un tiempo en su casa en una pequeña ciudad de provincias. Para hacerme los honores del país, me paseó por todos los sitios, me hizo ver los paisajes alabados, los castillos, las industrias, las ruinas; me enseñó los monumentos, las iglesias, las viejas puertas esculpidas, unos árboles de enorme tamaño o con forma extraña, el roble de Saint André y el tejo de Roqueboise.

Cuando examiné con exclamaciones de entusiasmo benévolo todas las curiosidades de la región, mi amigo me dijo con aire desolado que ya no quedaba nada por visitar. Respiré. Ahora iba a poder descansar un poco, a la sombra de los árboles. Pero de pronto dio un grito:

—¡Ah, sí! Tenemos a la madre de los monstruos, debes conocerla.

Pregunté: —¿A quién? ¿A la madre de los monstruos?

Prosiguió: —Es una mujer abominable, un verdadero demonio, un ser que da a luz cada año, voluntariamente, a niños deformes, horribles, espantosos, en fin unos monstruos, y que los vende al exhibidor de fenómenos.

"Esos siniestros empresarios vienen a informarse de vez en cuando de si ha producido algún nuevo engendro y, cuando les gusta el sujeto, se lo llevan y le pagan una renta a la madre.

"Tiene once engendros de esta naturaleza. Es rica.

"Crees que bromeo, que invento, que exagero. No, amigo mio. No te cuento más que la verdad, la pura verdad.

"Vayamos a ver a esa mujer. Luego te contaré cómo se convirtió en una fábrica de monstruos.

Me llevó a las afueras de la ciudad.

Ella vivía en una bonita casita al borde de la carretera. Resultaba agradable y estaba muy cuidada. El jardín, lleno de flores, olía bien. Parecía la residencia de un notario retirado de los negocios.

Una criada nos hizo entrar a una especie de pequeño salón campesino y la miserable apareció.

Tendría unos cuarenta años. Era una mujer alta, de rasgos duros, pero bien hecha, vigorosa y sana, el auténtico tipo de campesina robusta, medio bruta y medio mujer.

Sabía de la reprobación general y parecía no recibir a la gente sino con una humildad llena de odio.

Preguntó: —¿Qué desean los señores?

Mi amigo prosiguió: —Me han dicho que su último hijo estaba hecho como todo el mundo, pero que no se parecía en absoluto a sus hermanos. He querido cerciorarme de ello. ¿Es verdad?

Nos echó una mirada ladina y furiosa y contestó:

—¡Oh, no! ¡Oh, no, señor! Es casi más feo que los otros. Mi mala suerte, mi mala suerte. Todos así, señor, todos así, qué desgracia tan grande, ¿cómo puede nuestro Señor tratar así a una pobre mujer como yo, sola en el mundo? ¿Cómo puede ser?

Hablaba deprisa, los ojos bajos, con aire hipócrita, igual que una fiera que tiene miedo. Endulzaba el tono áspero de su voz y uno se extrañaba de que aquellas palabras lacrimosas e hiladas en falsete salieran de ese gran cuerpo huesudo, demasiado fuerte, con ángulos bastos, que parecía estar hecho para los gestos vehementes y para aullar del mismo modo que los lobos.

Mi amigo pidió: —Quisiéramos ver a su pequeño.

Me pareció que se sonrojaba. ¿Quizá me equivoqué? Tras unos instantes de silencio, dijo en voz más alta: —¿De qué les serviría?

Y había vuelto a enderezar la cabeza, mirándonos de hito en hito con ojeadas bruscas y con fuego en la mirada.

Mi compañero prosiguió: —¿Por qué no nos lo quiere enseñar? A otra gente sí que se lo enseña. ¡Sabe de quién hablo!

La mujer se sobresaltó y, liberando su voz, dando rienda suelta a su ira, gritó: —Diga, ¿pa' eso han venido? ¿Pa' insultarme, eh? ¿Porque mis hijos son como animales, verdad? No lo van a ver, no, no, no lo van a ver; váyanse, váyanse. ¿Por qué les dará a todos por torturarme así?

Iba hacia nosotros, con las manos en las caderas. Al sonido brutal de su voz, una especie de gemido o más bien de maullido, un lamentable grito de idiota salió del cuarto vecino. Me hizo estremecerme hasta los tuétanos. Retrocedimos ante ella.

Mi amigo dijo con tono severo: —Tenga cuidado, Diabla (en el pueblo la llamaban la Diabla), tenga cuidado, tarde o temprano le traerá mala suerte.

Se echó a temblar de furor, agitando sus puños, desquiciada, gritando: —¡Váyanse! ¿Qué me traerá mala suerte? ¡Váyanse! ¡Canallas!

Se nos iba a lanzar encima. Nos escapamos, con el corazón en un puño.

Cuando estuvimos delante de la puerta, mi amigo me preguntó: —¡Pues bien! ¿La has visto? ¿Qué te parece?

Contesté: —Cuéntame ya la historia de esa bruta.

Y he aquí lo que me contó mientras volvíamos con pasos lentos por la carretera general blanca, orlada de cosechas ya maduras, que un viento ligero, a ráfagas, hacía ondular como un mar tranquilo.

Hace tiempo, esa chica servía en una granja; era trabajadora, formal y ahorradora. No se le conocían enamorados, no se sospechaba que tuviera debilidades.

Cometió una falta, como lo hacen todas, una tarde de cosecha, en medio de las gavillas segadas, bajo un cielo de tormenta, cuando el aire inmóvil y pesado parece estar lleno de un calor de horno y empapa de sudor los cuerpos morenos de los muchachos y de las muchachas.

Pronto se dio cuenta de que estaba embarazada y la atormentaron la vergüenza y el miedo. Al querer esconder su desgracia a toda costa, se apretaba con violencia el vientre con un sistema que había inventado, un corsé de fuerza, hecho con tablillas y cuerdas. Cuanto más se le hinchaba el vientre por la presión del niño que iba creciendo, más apretaba el instrumento de tortura, sufriendo un martirio, pero valiente ante el dolor, siempre sonriente y ágil, sin dejar que se viera o se sospechara nada.

Desgració en sus entrañas al pequeño ser oprimido por la horrible máquina; lo comprimió, lo deformó, hizo de él un monstruo. Su cabeza apretada se alargó, se desprendió en forma de punta con dos gruesos ojos saltones que salían de la frente. Los miembros oprimidos contra el cuerpo crecieron, retorcidos como la madera de las vides, se alargaron desmesuradamente, acabados en dedos semejantes a las patas de las arañas.

El torso se quedó muy pequeño y redondo como una nuez.

Dio a luz en pleno campo una mañana de primavera.



Cuando las escardadoras, que acudieron en su ayuda, vieron lo que le salía del cuerpo, se escaparon gritando. Y corrió el rumor en la región de que había parido un demonio. Desde entonces la llaman "la Diabla".

La echaron del trabajo. Vivió de la caridad y quizás de amor en la sombra, ya que era buena moza, y no todos los hombres temen el infierno.

Crió a su monstruo, a quien por cierto aborrecía, con un odio salvaje, y a quien quizás habría estrangulado si el cura, previendo el crimen, no la hubiera asustado con la amenaza de la justicia.

Ahora bien, un día, unos exhibidores de fenómenos que estaban de paso oyeron hablar del espantoso engendro y pidieron verlo para llevárselo si les gustaba. Les gustó y pagaron a la madre quinientos francos contantes y sonantes. Ella, primero vergonzosa se negaba a dejar ver a esa especie de animal; pero cuando descubrió que valía dinero, que excitaba el deseo de esa gente, se puso a regatear, a discutir cada céntimo, azuzándoles con las deformidades de su hijo, alzando sus precios con una tenacidad de campesino.

Para que no la robaran, les hizo firmar un papel. Y se comprometieron a abonarle además cuatrocientos francos por año, como si tomaran ese bicho a su servicio.

Aquella ganancia inesperada enloqueció a la madre y ya no la abandonó el deseo de dar a luz a otro fenómeno, para disfrutar de rentas como una burguesa.

Como era muy fértil, consiguió lo que se proponía, y se volvió hábil, parece ser, en variar las formas de sus monstruos según las presiones que les hacía padecer durante el tiempo del embarazo.

Tuvo engendros largos y cortos, algunos parecidos a cangrejos, otros semejantes a lagartos. Varios murieron, y se sintió afligida.

La justicia intentó intervenir, pero no se pudo probar nada. Se la dejó pues fabricar sus fenómenos en paz.

En este momento tiene once engendros bien vivos, que le proporcionan, año tras año, de cinco a seis mil francos. Sólo uno no está colocado todavía, el que no ha querido enseñarnos. Pero no se lo quedará mucho tiempo, porque hoy en día todos los titiriteros del mundo la conocen y vienen de vez en cuando a ver si tiene algo nuevo.

Incluso organiza subastas entre ellos cuando el sujeto lo merece.

Mi amigo se calló. Una repugnancia profunda me levantaba el corazón, así como una ira tumultuosa, un arrepentimiento de no haber estrangulado a aquella bruta cuando la tenía al alcance de la mano.

Pregunté: —¿Pero quién es el padre?

Contestó: —No se sabe. Tiene o tienen cierto pudor. Se esconde o se esconden. A lo mejor comparten los beneficios.

Ya no pensaba en esa lejana aventura hasta que vi, hace unos días, en una playa de moda, a una mujer elegante, encantadora, coqueta, amada, rodeada por hombres que la respetan.

Iba por la playa arenosa con un amigo, el médico de la estación. Diez minutos más tarde, vi a una criada que cuidaba a tres niños envueltos en la arena.

Unas pequeñas muletas que yacían en el suelo me conmovieron. Noté entonces que los tres pequeños seres eran deformes, jorobados y corvos, horrorosos.

El doctor me dijo: —Son los productos de la encantadora mujer con la que acabamos de cruzarnos.

Una lástima profunda por ella y por ellos se apoderó de mi alma. Exclamé: —¡Oh, pobre madre! ¡Cómo podrá seguir riéndose!

Mi amigo prosiguió: —No la compadezcas, querido amigo. Son los pobres pequeños a quienes hay que compadecer. Ésos son los resultados de las cinturas que

permanecieron finas hasta el último día. Estos monstruos se fabrican con el corsé. Ella sabe perfectamente que se juega la vida con ese juego. ¡Qué más le da, con tal de ser bella y amada!

Y recordé a la otra, la campesina, la Diabla, que vendía sus fenómenos.

*Gil Blas*, 12 de junio de 1883

# *Magnetismo*

---

*Magnetisme*

Era al final de una cena de hombres, a la hora de los interminables cigarros y de las incesantes copitas, en medio del humo y el cálido torpor de las digestiones, en el ligero trastorno de las cabezas tras tanta comida y licores absorbidos y mezclados.

Se habló de magnetismo, de los espectáculos de Donato y de las experiencias del doctor Charcot. De pronto, aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes a toda religión, se pusieron a contar hechos extraños, historias increíbles pero reales, afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, aferrándose a ese último resto de lo maravilloso, convertidos en devotos de ese misterio del magnetismo, defendiéndolo en nombre de la ciencia.

Sólo uno sonreía, un muchacho vigoroso, gran perseguidor de muchachas y cazador de Mujeres, cuya incredulidad hacia todo estaba tan fuertemente anclada en él que no admitía ni la más mínima discusión.

No dejaba de repetir, riendo burlescamente:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías! No discutiremos de Donato, que es simplemente un hábil prestidigitador lleno de trucos. En cuanto al señor Charcot, del que se dice que es un notable sabio, me da la impresión de estos cuentistas tipo Edgar Poe, que terminan volviéndose locos a fuerza de reflexionar sobre extraños casos de locura. Ha constatado fenómenos nerviosos inexplicados y aún inexplicables, avanza por ese mundo desconocido que explora cada día, e incapaz de comprender lo que ve, recuerda quizá demasiado las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Querría oír hablar de otras cosas completamente distintas de lo que todos ustedes repiten.

Hubo alrededor del incrédulo una especie de movimiento de piedad, como si hubiera blasfemado en medio de una reunión de monjes.

Uno de los reunidos exclamó:

—Sin embargo, hubo un tiempo en que se produjeron milagros.

Pero el otro respondió:

—Lo niego. ¿Por qué ya no los hay?

Entonces cada uno aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas a través de grandes espacios, influencias secretas de un ser sobre otro. Y afirmaban su veracidad, declarándolos hechos indiscutibles, mientras el negador empedernido repetía:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías!

Finalmente se levantó, arrojó su cigarro y, con las manos en los bolsillos, dijo:

—Bien, yo también por eso voy a contarles dos historias, y luego se las explicaré. Aquí están:

»En el pequeño pueblo de Entretat, los hombres, todos marineros, van cada año al banco de Terranova a pescar el bacalao. Una noche, el hijo pequeño de uno de esos marinos se despertó sobresaltado gritando que su «papá había muerto en el mar». Se calmó al pequeño, que al poco tiempo se despertó de nuevo gritando que «su papá se había ahogado». Un mes más tarde se supo que efectivamente su padre había muerto tras ser arrastrado por un golpe de mar. La viuda recordó entonces cómo se había despertado el niño. Se gritó milagro, todo el mundo se emocionó, se comprobaron las fechas, y se halló que el incidente y el sueño coincidían más o menos; de ahí se llegó a

la conclusión de que se habían producido la misma noche, a la misma hora. He aquí un misterio del magnetismo.

El narrador se interrumpió. Entonces uno de los oyentes, muy emocionado, preguntó:

—¿Y usted puede explicar eso?

—Perfectamente, señor, he hallado el secreto. De hecho me sorprendió e incluso me azaró vivamente; pero entienda, yo no creo por principio. Del mismo modo que los demás empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo en absoluto, sigo negando toda comunicación telepática de las almas, seguro de que mi, s penetración sola es suficiente. Bien, busqué, busqué, y a fuerza de interrogar a todas las mujeres de los marinos ausentes, terminé por convencerme de que no pasaban ocho días sin que una de ellas o uno de sus hijos soñara y anunciara al despertar que su «papá había muerto en el mar». El horrible y constante temor de este accidente hace que se hable constantemente de él, que se piense en él sin cesar. Y, si una de estas frecuentes predicciones coincide, por un azar muy simple, con una muerte, se grita de inmediato milagro, ya que se olvida de pronto todos los demás sueños, todos los demás presagios, todas las demás profecías de desgracia que se han quedado sin confirmar. Yo, por mi parte, he tomado en consideración más de cincuenta de ellas cuyos autores, ocho días más tarde, ni siquiera las recordaban. Pero si el hombre había muerto realmente, el recuerdo se despertaba de inmediato, y se celebraba la intervención de Dios según algunos, del magnetismo según otros.

Uno de los fumadores declaró:

—Es justo lo que usted dice, pero veamos su segunda historia.

—¡Oh! Mi segunda historia es muy delicada de contar. Me ocurrió a mi personalmente, así que desconfío un poco de mi propia apreciación. Nunca se es equitativamente juez y parte. En fin, ahí va.

»En mis relaciones mundanas había una joven en la que yo no pensaba en absoluto, que nunca había observado atentamente, a la que jamás había echado el ojo encima, como se dice.

»La clasificaba entre las insignificantes, pese a que no era en absoluto fea; en fin, me parecía que tenía unos ojos, una nariz, una boca, unos cabellos indeterminados, toda una fisonomía apagada; era uno de esos seres en los cuales no se piensa más que por azar, sobre los cuales el deseo pasa de largo.

»Sin embargo, una noche, mientras escribía unas cartas en un rincón junto al fuego antes de meterme en la cama, sentí en medio de este aluvión de ideas, de esta procesión de imágenes que rozan tu cerebro cuando permaneces unos instantes sumido en la ensoñación, con la pluma en el aire, una especie de pequeño soplo que rozó mi espíritu, un muy ligero estremecimiento de mi corazón, e inmediatamente, sin razón alguna, sin el menor encadenamiento de pensamientos lógicos, vi con claridad, vi como si la estuviera tocando, vi de pies a cabeza, y sin ningún velo, a esa joven en la que jamás había pensado más de tres segundos consecutivos, el tiempo que su nombre cruzaba mi cabeza. Y de pronto descubrí en ella un montón de cualidades que jamás había observado, un encanto dulce, una lánguida atracción; despertó en mí esa especie de inquietud de amor que te hace perseguir a una mujer. Pero no pensé en ello demasiado tiempo. Me acosté, me dormí. Y soñé.

»Todos ustedes han tenido sueños singulares, ¿verdad?, que los convierten en dueños de lo imposible, que les abren puertas infranqueables, alegrías inesperadas, brazos impenetrables.

»¿Quién de nosotros, en estos sueños turbados, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, abrazado, acariciado, poseído con una agudeza de sensaciones extraordinaria, a aquélla

que ocupaba su imaginación? ¡Y habrán observado qué delicias sobrehumanas aportan la buena fortuna de estos sueños! ¡En qué locas embriagueces nos arrojan, con qué fogosos espasmos nos conducen, y qué ternura infinita, acariciante, penetrante, infunden en el corazón hacia aquella que se tiene, desfallecida y cálida, en esa ilusión adorable y brutal que parece una realidad!

»Sentí todo esto con una inolvidable violencia. Aquella mujer fue mía, tan mía que la tibia dulzura de su piel quedó en mis dedos, el olor de su piel quedó en mi cerebro, el sabor de sus besos quedó en mis labios, el sonido de su voz quedó en mis oídos, el círculo de su abrazo alrededor de mis riñones, y el encanto ardiente de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y decepcionante despertar.

»Y tres veces más, aquella misma noche, el sueño se repitió.

»Llegado el día, ella me obsesionaba, me poseía, me llenaba la cabeza y los sentidos, hasta tal punto que no pasaba ni un segundo sin que pensara en ella.

»Finalmente, sin saber qué hacer, me vestí y fui a verla. En su escalera temblaba de emoción, ¡el corazón latía alocado: un vehemente deseo me invadía desde los pies hasta los cabellos.

»Entré. Ella se levantó, envarada, apenas oír pronunciar mi nombre; y de pronto nuestros ojos se cruzaron con una sorprendente fijeza. Me senté.

»Balbuceé algunas banalidades que ella no pareció escuchar. Yo no sabía ni qué hacer ni qué decir; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella, la aferré entre mis brazos; y todo mi sueño se hizo realidad tan aprisa, tan fácilmente, tan locamente, que de pronto dudé de estar despierto... Ella fue mi amante durante dos años.

—¿Qué conclusión saca de esto? —preguntó una voz.

El narrador parecía dudar.

—Llego a la conclusión... ¡llego a la conclusión de una coincidencia, por Dios! Y además, ¿quién sabe? Quizá hubo una mirada de ella que jamás observé y que me llegó esa tarde por uno de estos misteriosos e inconscientes giros de la memoria que nos traen a menudo cosas olvidadas por nuestra consciencia, que nos han pasado desapercibidas delante de nuestra inteligencia.

—Todo lo que usted quiera —concluyo uno de los comensales—, ¡pero si no cree en el magnetismo después de esto, es usted un ingrato, mi querido señor!

*Gil Blas*, 5 de abril de 1882

# *Mahomed-Fripouille*

---

*Mahomed-Fripouille*

—¿Vamos a tomar café en la terraza?—preguntó el capitán.

Yo contesté:

—Como guste.

Se levantó. La sala estaba ya bastante oscura, porque sólo recibía luces del patio interior, como todas las casas árabes. Frente a las altas ventanas ojivales, caían frondosas enredaderas, desde la gran terraza donde se pasaban las veladas calurosas del estío. Sólo había ya en la mesa enormes frutas africanas: uvas del tamaño de ciruelas, higos chumbos, peras amarillas, plátanos gordos y dátiles de Zourgourt en una cesta de esparto.

El negro que nos servía abrió la puerta y subí la escalera, cuyas paredes, pintadas de azul, recibían por una claraboya, la mortecina luz del crepúsculo.

Respiré con gozo al llegar a la terraza, que lo dominaba todo: Argel, puerto, bahía y costas lejanas.

La casa, adquirida por el capitán, era una antigua vivienda árabe, situada en el centro del casco antiguo de la ciudad, entre las calles laberínticas donde hormiguea la extraña población de las costas de África.

Cerca de nosotros, los techos de las casas descendían como escalera de gigantes, hasta los tejados pendientes de la ciudad europea, detrás de los cuales asomaban los mástiles de los navíos anclados y más allá el mar, el ancho mar, azul y tranquilo, bajo un cielo tranquilo y azul.

Nos tumbamos en unas esterillas, apoyando la cabeza en almohadones, y, mientras, lentamente, sorbíamos el sabroso café de aquella tierra, yo miraba las estrellas que iban apareciendo en la bóveda celeste, cada vez más oscura. Se descubrían poco a poco, lejanas, pálidas, apenas encendidas aun.

Un aire tibio, ligero, alado, nos acariciaba la piel, trayéndonos algunas veces como un vaho fatigante y caluroso, que hacía pensar en los rigores del Africa, como una palpitación del desierto, que llegase a nosotros por encima de las cumbres del Atlas.

El capitán, recostado, me decía:

—¡Qué país! ¡Qué tierra! Qué sabrosa es aquí la vida! ¡En este descanso, hay algo particular y delicioso! ¡Estas noches parecen inspiradoras de dulces ensueños!

Yo seguía mirando las estrellas con una curiosidad a un tiempo viva y perezosa, con un bienestar adormecido.

Murmuré:

—¿Por qué no me cuenta usted algún suceso de su vida en el Sur?

El capitán Marret era uno de los más antiguos del ejército de África, un hombre de buena fortuna, soldado, ascendido por sus hazañas.

Gracias a él, a sus conocimientos, a sus amistades, pude hacer un magnífico viaje por el desierto. Y de vuelta ya, fui a despedirme aquella tarde y a repetirle, antes de volver a Francia, cuánto agradecía sus atenciones.

El capitán me dijo:

—¿Qué clase de cosa quiere usted? Me han sucedido tantas en doce años de aventuras, que las confundo y no recuerdo ni una sola.

Entonces insistí:

—Dígame usted algo de mujeres árabes.

Guardó silencio. Tendido, con los brazos puestos de modo que apoyaba en las palmas la nuca, fumaba, y el humo de su cigarro, extendiendo su perfume, subía derecho, como una columna, porque no soplaban ni la brisa más leve.

De pronto soltó la risa.

—¡Ah! Voy a referirle un suceso curioso de mis primeros años de servicio en África.

Teníamos entonces en el ejército de aquí tipos como ahora no se ven y como ya no hay, tipos bastante interesantes para divertir y entretener toda la vida.

Yo era soldado, un jinete de veinte años, rubio y atrevido, ligero y vigoroso; un verdadero soldado de Argelia. Me habían agregado al destacamento militar de Boghas. Usted conoce a Boghas: le llaman "el balcón del Sur", y ha visto usted desde lo más alto del castillo el principio del país de fuego, desnudo, abrasado, atormentado, pedregoso y rojizo. Es la antesala del desierto, la frontera soberana y ardiente de la inmensa región de las soledades amarillas. Estábamos en Boghas cuarenta espahis, una compañía de alegres, más un escuadrón de cazadores de África, y supimos que la tribu de Ouled-Berghi había asesinado a un viajero inglés llegado no se sabe cómo a aquella tierra, porque los ingleses tienen el diablo en el cuerpo.

Era necesario castigar el crimen cometido en la persona de un europeo; pero el comandante jefe del destacamento dudaba si enviaría o no una columna, pareciéndole que un inglés no era bastante motivo para tanto movimiento. Y mientras hablaba del asunto con el capitán y el teniente, un sargento de espahis, que aguardaba el parte, se ofreció a castigar la tribu si le daban seis hombres.

Ya sabe usted que en el Sur nuestra gente disfruta de más libertad que en las guarniciones de Francia, y entre el oficial y el soldado existe una especie de compañerismo, que no se halla en el servicio de plaza.

El capitán se echó a reír:

—¿Tú solo, valiente?

—Sí, mi capitán; solo con seis hombres, y si usted quiere, traeré toda la tribu prisionera.

El comandante, muy aventurero, le cogió la palabra.

—Mañana temprano saldrás con los seis hombres que tú elijas, y si no cumples tu promesa, ¡pobre de ti!

El sargento sonreía:

—Nada tema usted, mi comandante. Los prisioneros llegarán aquí el miércoles por la mañana.

El sargento Mahomed-Fripouille, como le llamaban, era un hombre muy extraordinario, un turco, un verdadero turco, entrado al servicio de Francia después de una vida muy accidentada y no muy transparente, sin duda. Había recorrido a Grecia, el Asia Menor, Egipto y Palestina, y debió de dejar alguna memoria de sus excesos en todas partes. Era jaranero, feroz, atrevido, alegre, con esa pasividad propia de los orientales. Era fornido y alto, ligero como un mono, y montaba a caballo maravillosamente. Sus bigotes, inverosímiles por lo gruesos y largos, despertaban siempre en mí una idea confusa de luna creciente y de cimitarra. Odiaba mucho a los árabes, con aborrecimiento exasperado, y los trataba con una crueldad solapada y espantosa, inventando sin cesar engaños nuevos, perfidias calculadas y terribles.

Además, tenía una fuerza increíble y una inverosímil audacia.

El comandante le dijo:

—Ya puedes elegir tus hombres.

Mahomed me distinguió como uno de los seis. Confiaba en mí aquel valiente, y yo se lo agradecía, estimando aquella distinción tanto como estimé la cruz de honor más

adelante. Al despuntar el día salimos los siete; nadie más que los siete. Mis compañeros eran de esos perdidos que después de merodear y vagabundear por todos los países acaban alistándose para una expedición cualquiera. En nuestro ejército de Africa entonces abundaban esos calaveras, excelentes soldados, pero crapulosos.

Mahomed nos había dado a cada uno diez pedazos de cuerda, como de un metro. A mí, por ser el más joven, me cargó además con una cuerda entera de cien metros. Como le preguntáramos, qué se proponía con tanta cuerda, respondió:

—Es para pescar árabes.

Y guiñaba los ojos maliciosamente, con un guiño especial que aprendió de un viejo parisiense y cazador en Africa.

Avanzaba delante de su tropa, luciendo sobre su cabeza un turbante rojo que llevaba siempre en campaña, y sonreía satisfecho bajo sus magníficos bigotes.

Era hermoso, verdaderamente, aquel enorme turco, grueso, con un desarrollo de gigante y su expresión tranquila. Montaba un caballo blanco, de no mucha talla, pero muy fuerte, y el caballero parecía diez veces mayor que su cabalgadura. Ibamos entrando en una cañada, estéril, pedregosa y amarilla, que abría paso al valle del Chelif; hablábamos de nuestra expedición. Mis camaradas tenían todos los acentos conocidos: uno era español; dos, griegos; otro, americano, y tres, franceses. Mahomed-Fripouille tartajeaba de un modo inconcebible.

El sol, el terrible sol, el sol del Sur, que no se conoce a la otra orilla del Mediterráneo, nos abrasaba las espaldas. Andábamos reposadamente, como se hace siempre allí.

En todo el día, no hallamos ni un árbol ni un árabe.

Habíamos comido a las doce, junto a una fuente, pan y cordero asado que llevábamos en las mochilas, y a los veinte minutos emprendimos de nuevo la marcha.

Serian las seis de la tarde, cuando al fin, después de hacer un largo rodeo, a que nos obligó nuestro jefe, descubrimos, detrás de un collado, una tribu acampada. Las tiendas negruchas, bajas, salpicaban la tierra amarilla, semejantes a setas monstruosas del desierto, crecidas al pie del collado rojo, abrasado por el sol.

Eran los que buscábamos. A poca distancia, junto a una llanura de esparto verde oscuro, los caballos pastaban.

Mahomed ordenó:

—¡Al galope!

Y llegamos, como un huracán, al centro del campamento.

Las mujeres, aterradas, cubiertas de jirones blancos, pendientes de su cintura, entraban de prisa en las tiendas, trotando y encorvándose, aullando como bestias cazadas en lazo. Los hombres, al contrario, aparecían por todas partes dispuestos a defenderse.

Fuimos derechos hacia la tienda mayor, la del jefe de la tribu.

No desenvainamos y seguimos a Mahomed, que galopaba de un modo singular. Se mantenía inmóvil sobre la silla, mientras el caballo se agitaba furiosamente. Y la tranquila postura del caballero y sus largos bigotes contrastaban con la viveza del animal.

El jefe indígena salió de su tienda cuando nos detuvimos.

Era un moro alto y delgado, con los ojos muy brillantes, la frente muy curva y las cejas arqueadas.

Preguntó en árabe:

—¿Qué buscáis?

Mahomed le respondió en el mismo idioma:

—¿Eres tú quien ha matado a un viajero inglés?



El moro dijo con voz potente:

—No debo sufrir de ti un interrogatorio.

Zumbaba, preparándose la tormenta. Los moros acudían de todas partes, nos rodeaban, oprimiéndonos, encerrándonos en su círculo, vociferando.

Parecían feroces aves de rapiña, con su nariz encorvada, su rostro descarnado, sus alquiceles agitados por sus movimientos.

Mahomed sonreía, con el turbante ladeado y los ojos encendidos; en sus mejillas carnosas y arrugadas palpitaba un goce interior.

Gritó, con voz atronadora, dominando los clamores:

—¡La muerte, al que da la muerte!

Y apuntó su revólver hacia el rostro del jefe de la tribu. A través del humo, vi salir del cráneo del moro la sangre y el cerebro enrojecido. Cayó abriendo los brazos, como alas, porque levantaron su flotante albornoz.

De pronto, creí que habla llegado nuestra última hora. Tal era el tumulto que nos envolvía.

Mahomed había desenvainado; nosotros lo hicimos también. Gritó, apartando con un molinete a los que tenía más cerca:

—La vida para los que se rindan; la muerte para los otros.

Y cogiendo con su hercúlea mano al más próximo, lo echó sobre la silla y le ató los brazos por detrás, vociferando:

—Haced lo que yo hago y matad a los que se resistan.

En cinco minutos habíamos amarrado más de veinte moros. Luego perseguimos a los que huían, y logramos alcanzar a unos treinta.

Por toda la llanura se veían motas blancas, alejándose. Las mujeres llevaban a sus hijos, lanzando clamores agudos. Los perros amarillos, semejantes a los chacales, se acercaban ladrando y enseñando los dientes.

Mahomed, que parecía loco de placer, saltó del caballo, cogiendo en seguida la cuerda larga que yo llevé:

—Atención, muchachos; apeaos dos.

Entonces hizo una cosa terrible y divertida: una sarta de prisioneros o, más bien, una sarta de ahorcados. Ató un extremo de la cuerda larga en los brazos del primer cautivo, luego se la pasó por el cuello con una lazada corrediza y fue sujetándolos así uno a uno; primero a los brazos, después al cuello. Nuestros cincuenta prisioneros se hallaron pronto atados en tal forma, que a cualquier movimiento que hiciese alguno se ahogaba. Cualquier movimiento de los brazos apretaba el nudo en el cuello. Se veían obligados a caminar acompasadamente, sin desviarse en modo alguno, so pena de caer como liebres en el lazo.

Cuando estuvo terminada esa extraña tarea, Mahomed dijo:

—Esto es la cadena árabe. Ahora sujete uno con el pie la punta delantera de la cuerda y otro la de atrás. Y esto basta para que nadie se mueva.

Lo hicimos como decía, y la rastra de blancos alquiceles quedó inmóvil, como petrificada.

—Y ahora, comamos —dijo el sargento.

Encendimos lumbre y asamos un cordero.

Luego comimos también dátiles que había en las tiendas, bebimos leche y recogimos algunas joyas de plata olvidadas por los fugitivos.

Terminábamos tranquilamente nuestra comida, cuando apareció sobre un collado próximo una muchedumbre singular. Eran las mujeres que habían huido; sólo se veían mujeres. Y se acercaban corriendo. Se lo hice notar a Mahomed-Fripouille.

Sonrió, diciendo:

—¡Es el postre!

—¡Sí! ¡El postre!

Llegaron; galopaban furiosamente y nos asediaban; iban armadas con alfanjes y cuchillos, picas de las tiendas y cacerolas de hierro.

Mahomed gritó:

—¡A caballo!

¡Ya era tiempo!

El ataque fue terrible. Volvían para rescatar a los prisioneros cortando la cuerda. El sargento comprendió el peligro y, furiosamente, gritó:

—¡A sablazo limpio!

Y como nadie le obedeciera, quedando inmóviles, turbados ante aquella invasión extraña, resistiéndonos a matar mujeres, él solo se lanzó hacia la turba femenina.

Y dió una carga, manejando el sable como un endemoniado, con tal furia y tal presteza, que a cada instante se veía rodar por el suelo un bulto blanco.

Estuvo de tal modo terrible, que las mujeres, acobardadas, huyeron más de prisa que atacaron, dejando una docena de muertos y heridos, cuya sangre salpicaba las vestiduras.

Y Mahomed, agitado, se acercó a nosotros repitiendo:

—Retirémonos, retirémonos; volverán pronto.

Y nos fuimos conduciendo a nuestros prisioneros, rígidos, porque temían estrangularse.

A la mañana siguiente, daban las doce cuando llegamos a Boghas con nuestra sarta de moros. Se habían ahogado seis por el camino. Y muchas veces había sido necesario aflojar algunas lazadas que se corrían. El menor movimiento desacompañado amenazaba de muerte a una docena de cautivos.

El capitán cayó. Yo no hice ningún comentario. Meditando acerca de un país en donde podían suceder tales cosas, miraba al cielo azul oscuro, en cuya inmensidad lucían ya infinitas estrellas.

*Le Gaulois*, 20 de septiembre de 1884

## *La mano*

---

*La main*

Estaban en círculo en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto. El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma; las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio:

—Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella:

—Sí, señora es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra sobrenatural que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, tan bien envuelto en misterio que no podemos despejarle de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero yo, antaño, tuve que encargarme de un suceso donde verdaderamente parecía que había algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan de prisa que sus voces no fueron sino una:

—¡Oh! Cuéntenoslo.

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

—Al menos, no vayan a creer que he podido, incluso un instante, suponer que había algo sobrehumano en esta aventura. No creo sino en las causas naturales. Pero sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra sobrenatural para expresar lo que no conocemos, utilizáramos simplemente la palabra inexplicable. De todos modos, en el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias circundantes, las circunstancias preparatorias las que me turbaron. En fin, estos son los hechos:

Entonces era juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca que se extiende al borde de un maravilloso golfo rodeado por todas partes por altas montañas.

Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de vendettas. Los hay soberbios, dramáticos al extremo, feroces, heroicos. En ellos encontramos los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento, nunca apagados, las astucias abominables, los asesinatos convertidos en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier injuria en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella. Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No

hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

Se crearon leyendas entorno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se citaban circunstancias particularmente horribles.

Quise, en mi calidad de juez de instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell.

Me contenté pues con vigilarle de cerca; pero, en realidad, no me señalaban nada sospechoso respecto a él. Sin embargo, al seguir, aumentar y generalizarse los rumores acerca de él, decidí intentar ver por mí mismo al extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su dominio.

Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, cogiendo en seguida la caza, fui a excusarme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces. Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, le vi en el jardín, fumando su pipa, a horcajadas sobre una silla. Le saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho esta país, y esta costa.

Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose:

—Tuve mochas aventuras, ¡oh! yes.

Luego volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila.

Dije:

—Todos esos animales son temibles.

Sonrió:

—¡Oh, no! El más malo es el hombre.

Se echó a reír abiertamente, con una risa franca de inglés gordo y contento:

—He cazado mocho al hombre también.

Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas. Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillaban como el fuego. Dijo:

—Eso ser un tela japonesa.

Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo. Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante. Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Aoh, muy buena para mí, ésta.

Toqué aquel despojo humano que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba inevitablemente alguna venganza de salvaje. Dije:

—Ese hombre debía de ser muy fuerte.

El inglés dijo con dulzura:

—Aoh yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto ese cadena para sujetarle.

Creí que bromeaba. Dije:

—Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.

Sir John Rowell prosiguió con tono grave:

—Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesaria.

Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: "¿Estará loco o será un bromista pesado?" Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas. Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.

Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarle. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.

Transcurrió un año entero; una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente. Nunca pudimos encontrar al culpable.

Cuando entré en el salón de Sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto. El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras: —Parece que le ha estrangulado un esqueleto.

Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.

Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la desaparecida mano, cortada o más bien serrada por los dientes justo en la segunda falange.

«Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ni ninguna ventana, ni ningún mueble. Los dos perros de guardia no se habían despertado.

Ésta es, en pocas palabras, la declaración del criado:

Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado. Había recibido muchas cartas, que había quemado a medida que iban llegando. A menudo, preso de una ira que parecía

demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca, lacrada en la pared, y que había desaparecido, no se sabe cómo, en la misma hora del crimen.

Se acostaba muy tarde y se encerraba cuidadosamente. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, por la noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.

Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.

Ahora bien, tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces me volví a dormir, tres veces volví a ver el odioso despojo galopando alrededor de mi habitación y moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell; le habían enterrado allí, ya que no habían podido descubrir a su familia. Faltaba el índice.

Ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban. Una de ellas exclamó:

—¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El magistrado sonrió con severidad:

—¡Oh! Señoras, sin duda alguna, voy a estropear sus terribles sueños. Pienso simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto, que vino a buscarla con la que le quedaba. Pero no he podido saber cómo lo hizo. Este caso es una especie de vendetta.

Una de las mujeres murmuró:

—No, no debe de ser así.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

—Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.

*Le Gaulois*, 23 de diciembre de 1883

## *La mano disecada*

---

*La main d'ecorché*

Un amigo mío, Luis R., tenía reunidos en su casa una noche, hará cosa de ocho meses, a varios camaradas de colegio. Bebíamos ponche y fumábamos, hablando de literatura y pintura y contando de cuando en cuando anécdotas jocosas, como es habitual en reuniones de gente joven. Se abre súbitamente la puerta y entra como un vendaval uno de mis buenos amigos de la infancia:

—¿A que no adivinan de dónde vengo? —exclamó en seguida.

—Apuesto a que vienes de Mabile —contesta uno.

—¡Caray! Vienes demasiado alegre; acabas de conseguir dinero prestado, has enterrado a un tío tuyo o has empeñado el reloj —dice otro.

—Estabas ya borracho, y como te ha dado en la nariz el ponche de Luis, has subido a su casa para emborracharte de nuevo —contesta un tercero.

—No dan en el clavo; vengo de P., en Normandía, donde he pasado ocho días, y traigo de allí a un gran criminal, amigo mío, que les voy a presentar, con su permiso.

Y diciendo y haciendo, sacó del bolsillo una mano disecada. Era una mano horrible, negra, seca, muy larga y como si estuviese crispada; los músculos, extraordinariamente poderosos, estaban sujetos, interior y exteriormente, por una tira de piel apergaminada; las uñas amarillas, estrechas, cubrían aún las extremidades de los dedos; todo aquello olía a criminal desde una legua de distancia.

—Verán —dijo mi amigo—. Vendían hace unos días los cachivaches de un viejo brujo, muy conocido en la comarca; todos los sábados iba a su aquelarre montado en su palo de escoba, practicaba la magia blanca y la magia negra, hacía que las vacas diesen leche azul y las obligaba a llevar la cola igual que el compañero de San Antonio. Lo cierto es que aquel tunante sentía gran apego hacia esta mano; aseguraba que había pertenecido a un célebre criminal que fue ajusticiado el año mil setecientos treinta y seis, por haber tirado de cabeza a un pozo a su mujer legítima, en lo cual no creo que anduviese descaminado; después ahorcó del campanario de la iglesia al cura que los casó. Realizada esta doble hazaña, se lanzó a correr mundo, y durante su carrera, corta pero bien aprovechada, desvalijó a doce viajeros; asfixió, ahumándolos, a una veintena de frailes, y convirtió en serrallo un monasterio de religiosas.

—Y ¿qué vas a hacer con esa monstruosidad? —gritamos todos a una.

—¿Qué? Verán. Voy a ponerla de tirador de la campanilla de la puerta, para asustar a mis acreedores.

—Amigo mío —dijo Henry Smith, un inglés grandulón y flemático—, en mi opinión, esa mano es carne de indio, conservada por un procedimiento nuevo; te aconsejo que la hiervas para hacer caldo.

—Basta de burlas, caballeros —dijo con la mayor seriedad un estudiante de medicina que estaba a dos dedos de la borrachera—; y tú, Pedro, el mejor consejo que puedo darte es que hagas dar tierra cristianamente a ese despojo humano, no vaya a ser que su propietario venga a reclamártelo, sin contar con que quizá esa mano haya adquirido malos hábitos. Ya conoces el refrán: "El que ha matado, matará".

—Y el que ha bebido, beberá —intervino el anfitrión, y acto seguido escanció al estudiante un vaso grande de ponche, que éste se echó al cuerpo de un trago, rodando luego, borracho perdido, debajo de la mesa.

Risas formidables acogieron aquella salida, y Pedro alzó su vaso saludando a la mano:

—Brindo —dijo— por la próxima visita de tu dueño. Se cambió de conversación, y cada cual se retiró a su casa.

Al día siguiente tuve que pasar por su puerta y entré a visitarlo; eran cerca de las dos, y me lo encontré leyendo y fumando.

—¿Cómo sigues? —le pregunté.

—Muy bien —me contestó.

—¿Y tu mano?

—Has tenido que verla al tirar de la campanilla, porque la puse anoche allí, cuando llegué a casa. A propósito: se conoce que algún imbécil quiso jugarme una chuscada, porque a eso de la medianoche empezaron a alborotar a mi puerta; pregunté quién era, pero como nadie me contestó, volví a acostarme y me dormí.

En aquel mismo instante tocaron la campanilla; quien llamaba era el propietario de la casa, individuo grosero y muy impertinente. Entró sin saludar.

—Caballero le dijo a mi amigo—, hágame el favor de quitar en el acto esa carroña que ha colgado usted del cordón de la campanilla, porque de lo contrario me verá obligado a despedirlo.

—Caballero —le contestó Pedro, con gran solemnidad—, ha insultado usted a una mano que no merece ser tratada así, porque perteneció a un hombre muy bien educado.

El propietario dio media vuelta y se marchó como había entrado. Pedro fue tras él, descolgó la mano y luego la ató a la cuerda de la campanilla que tenía en la alcoba.

—Así está mejor —dijo—. Esta mano, lo mismo que el *morir habemos* de los trapenses, me hará pensar en cosas serias cuando me vaya a dormir.

Permanecí una hora con mi amigo, me despedí de él y regresé a mi casa.

Aquella noche dormí mal, estaba agitado, nervioso; varias veces me desperté sobresaltado y hasta llegué a imaginarme que había entrado en mi habitación un hombre; me levanté a mirar dentro de los armarios y debajo de la cama; finalmente, cuando empezaba a quedarme transpuesto, a eso de las seis de la mañana, salté de la cama al sentir que llamaban violentamente a mi puerta. Era el criado de mi amigo; venía a medio vestir, pálido y tembloroso.

—¡Ay, señor! —exclamó sollozando—. ¡Han asesinado a mi pobre amo!

Me vestí a toda prisa y corrí a casa de Pedro. La encontré llena de gente que discutía muy agitada; estaban como en ebullición, todos peroraban, relatando el suceso y comentándolo cada cual a su manera. Llegué con grandes dificultades hasta el dormitorio de mi amigo, di mi nombre y me permitieron la entrada. Cuatro agentes de policía estaban de pie en el centro de la habitación, con el *carnet* en la mano; examinaban todo, cuchicheaban entre sí de cuando en cuando y escribían; dos médicos conversaban cerca de la cama en que Pedro yacía sin conocimiento. No estaba muerto, pero su aspecto era horrible. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos; sus pupilas dilatadas parecían mirar fijamente y con espanto indecible una cosa pavorosa y desconocida; sus dedos estaban crispados y tenía el cuerpo tapado con una sábana que le llegaba hasta la barbilla. Levanté la sábana; se veían en su cuello las marcas de cinco dedos que se habían hundido profundamente en su carne; algunas gotas de sangre manchaban la camisa. Algo me llamó de pronto la atención; miré por casualidad a la campanilla de la alcoba: la mano disecada no estaba allí. Sin duda que los médicos la habrían quitado para que no se impresionasen las personas que tenían que entrar en la habitación, porque era una mano verdaderamente horrible. No pregunté qué había sido de ella.



Doy a continuación, recortado de un periódico del día siguiente, el relato del crimen, con todos los detalles que recogió la Policía:

"Ayer ha sido víctima de un atentado horrible el joven Pedro B., estudiante de derecho, que pertenece a una de las mejores familias de Normandía. Este joven se retiró a casa a las diez de la noche, y despidió a su criado, el señor Bonvin, diciéndole que estaba cansado y que iba a acostarse en seguida. A eso de la medianoche; el criado se despertó de pronto oyendo que tiraban violentamente de la campanilla que tiene su amo para llamar. Tuvo miedo, encendió una vela y esperó; la campanilla dejó de oírse por espacio de un minuto, pero luego volvió a sonar con tal violencia que el criado, fuera de sí de espanto, salió corriendo de su habitación y fue a llamar al portero; éste corrió a dar parte a la policía, y los individuos de ésta abrieron a viva fuerza la puerta; había transcurrido un cuarto de hora. Un horrible espectáculo se presentó a sus ojos: los muebles habían sido derribados y todo indicaba que entre la víctima y el malhechor había tenido lugar una lucha terrible. El joven Pedro B. yacía, inmóvil, en medio de la habitación, caído de espaldas, con los miembros rígidos, el rostro lívido y los ojos dilatados de terror; tenía en el cuello las marcas profundas de cinco dedos. El informe del doctor Bordeau, que fue llamado inmediatamente, dice que el agresor debía estar dotado de una fuerza prodigiosa y que su mano era extraordinariamente enjuta y nerviosa, porque los dedos se habían juntado casi al través de las carnes, dejando cinco agujeros como otros tantos balazos. No existe dato alguno que permita sospechar el móvil del crimen, ni quién pueda ser el autor."

Leíase al siguiente día en el mismo periódico:

"Al cabo de dos horas de cuidados asiduos del doctor Bordeau, el joven Pedro B., víctima del horrible atentado que relatábamos ayer, recobró el conocimiento. Su vida está ya fuera de peligro, pero se abrigan temores por su razón. No existe pista alguna del criminal."

En efecto, mi pobre amigo se había vuelto loco; lo visité todos los días en el hospital durante siete meses; pero ya no recobró la luz de la razón. Durante sus delirios pronunciaba frases extrañas y, como todos los locos, tenía una idea fija, creyéndose perseguido constantemente por un espectro. Un día vinieron a buscarme con urgencia, diciéndome que estaba mucho peor. Lo encontré agonizando. Permaneció durante dos horas muy tranquilo; de pronto, saltó de la cama, a pesar de todos nuestros esfuerzos, y gritó, agitando los brazos, presa de un terror espantoso: "¡Agárrala! ¡Agárrala! ¡Socorro, socorro, que me estrangula!" Dio dos vueltas a la habitación vociferando y cayó muerto, de cara al suelo.

Como era huérfano, tuve que encargarme de trasladar sus restos al pueblecito de P., en cuyo cementerio estaban enterrados sus padres. De ese pueblo regresaba precisamente la noche en que nos encontré bebiendo ponche en casa de Luis, y en que nos enseñó la mano disecada. Se encerró el cadáver en un féretro de plomo; cuatro días más tarde me paseaba yo tristemente en el cementerio donde se le iba a dar sepultura; me acompañaba el anciano sacerdote que le había dado las primeras lecciones.

Hacía un tiempo magnífico; el cielo azul resplandecía de luz; los pájaros cantaban en las zarzas del talud donde él y yo habíamos comido moras muchas veces cuando éramos niños. Creía estar viéndolo aún deslizarse a lo largo del seto vivo y meterse por un pequeño hueco que yo conocía muy bien, allá, al final del terreno de enterramiento de pobres; luego regresábamos a casa con las mejillas y los labios embadurnados del jugo de la fruta que habíamos comido; yo no quitaba mi vista de las zarzas, que ahora estaban llenas de moras; alargué instintivamente la mano, arranqué una y me la llevé a la boca; el cura había abierto su breviario y farfullaba en voz baja sus *oremus*, y hasta mis oídos llegaba desde el extremo de la avenida el ruido de los azadones de los

enterradores, que cavaban la fosa. De pronto, éstos se pusieron a llamarnos; el cura cerró su breviario y fuimos a ver qué querían. Habían tropezado con un féretro.

Hicieron saltar la tapa de un golpe de pico, y nos encontramos ante un esqueleto de estatura desmesurada, que yacía de espaldas y parecía estarnos mirando con las cuencas de sus ojos vacías, como desafiándonos. Sin saber por qué, experimenté yo cierto malestar, casi, casi miedo.

—¡Fíjense! —exclamó uno de los enterradores—. A este tunante le dieron un hachazo en la muñeca, y aquí está la mano cortada.

Y recogió junto al cuerpo una mano grande, seca, que nos enseñó. Su compañero dijo, riéndose:

—¡Cuidado! Parece como si estuviera mirando, dispuesto a tirársete al cuello para que le devuelvas la mano.

—Amigos míos —dijo el sacerdote—, dejen a los muertos en paz y vuelvan a tapar ese féretro. Cavaremos en otro lugar la fosa del señor Pedro.

Como ya nada tenía que hacer allí, tomé al día siguiente el camino de regreso a París, no sin antes haber dejado cincuenta francos al anciano sacerdote para que celebrase misas en sufragio del alma de aquel muerto cuya sepultura habíamos turbado.

*L'almanach lorrain de Pont-à`Mousson, 1 de enero de 1875*

# *En el mar*

---

*En mer*

*A Henry Céard*

Las siguientes líneas se leían recientemente en los diarios:

"Bolonias-Sur-Mer, 22 de Enero. Un terrible accidente vino a sembrar la consternación entre nuestro gremio marítimo, que ha sufrido tanto en los últimos dos años. El pesquero comandado por el capitán Javel, entrando al puerto, ha sido arrastrado al oeste y vino a estrellarse sobre las rocas del rompeolas del muelle.

"A pesar de los esfuerzos del bote de salvamento y las espías lanzadas por el fusil lanza cuerdas, cuatro hombres y el grumete han perecido.

"El mal tiempo continúa. Se prevén nuevos desastres."

¿Quién es este capitán Javel? ¿Es el hermano del manco?

Si el pobre hombre arrojado por la ola y muerto, quizás, bajo los restos de su barco hecho pedazos, es el que yo pienso, tomó parte hace justo dieciocho años en otra tragedia terrible y simple, como son todas estas tragedias tremendas del mar.

Javel el mayor era entonces patrón de un pesquero de arrastre.

El pesquero de arrastre es el barco de pesca por excelencia. Sólido, no teme ningún mal tiempo. De casco redondo, remonta incesante sobre las olas como un corcho, siempre fuera del agua, siempre azotado por los vientos duros y salados del Canal de la Mancha. Brega la mar, infatigable, la vela colmada, arrastra por su costado una gran red de arrastre que raspa el fondo del océano despegando y pescando todos los animales dormidos en las rocas, los peces planos pegados en la arena, los corpulentos cangrejos con sus pinzas ganchudas, y las langostas con sus antenas puntiagudas.

Cuando la brisa está suave y la ola pequeña, el barco se pone a pescar. Su red está fija en todo su largo a una gran percha de madera guarnecida con hierro, que dejándola descender al movimiento de dos cabos, se desliza sobre dos poleas en los dos extremos de la embarcación. Y el barco, derivando por el viento y la corriente, tira de este aparejo que saquea y devasta las profundidades del mar.

Javel tenía a bordo a su hermano más joven, cuatro hombres y un grumete. Había zarpado de Boulogne en un bonito día despejado para calar la red.

Muy pronto el viento aumentó, y una borrasca obligó al pesquero a correr el temporal. Alcanzó las costas de Inglaterra, pero la mar tempestuosa rompía contra los acantilados y golpeaba contra la tierra, haciendo imposible la entrada a los puertos. El pequeño barco regresó a alta mar y a las costas de Francia. La tempestad continuaba haciendo infranqueables los muelles, llenando de espuma, de ruido y peligro todos los accesos a los refugios.

El pesquero volvió nuevamente remontando la cresta de las olas, sacudido, agitado, chorreando, golpeado por las masas de agua, pero gallardo a pesar de todo; acostumbrado a estos malos tiempos que a veces lo tenían cinco o seis días errando entre los dos países vecinos sin poder recalar ni en uno ni en otro.

Por fin el huracán se calmó cuando se encontraban en alta mar, y aunque la marejada era fuerte el Capitán dio órdenes de calar la red.

Así, el gran aparejo de pesca fue pasado sobre la borda, y dos hombres en la proa y dos en la popa comenzaron a lascar sobre los motones los cabos que lo sostenían. De repente tocó fondo, pero una ola grande escoró el barco, y Javel el menor, que se

encontraba en la proa y dirigía la maniobra de cala, se tambaleó, y su brazo quedó atrapado entre el cabo que por un instante aflojó por la sacudida y la cajera donde se deslizaba. Hizo un esfuerzo desesperado para levantar el cabo con la otra mano, pero la red ya arrastraba y el cabo tensado no cedió nada.

El hombre crispado por el dolor llamó. Todos corrieron en su ayuda. Su hermano dejó el timón. Se lanzaron sobre el cabo, intentando librar el brazo que estaba triturando. Fue en vano.

—Debemos cortar —dijo un marinero, y tomó de su bolsillo un gran cuchillo que podía, en dos golpes, salvar el brazo del joven Javel.

Pero cortar era perder la red, y esta red valía dinero, demasiado dinero, mil quinientos francos; y pertenecía a Javel el mayor, que era muy cuidadoso de su propiedad.

Gritó, con el corazón atormentado:

—No, no corte, espere, yo voy a orzar. Y corrió al puente cerrando toda la caña del timón a una banda.

El barco no obedeció nada, paralizado por la red que lo inmovilizaba y empujado además por la fuerza de la marejada y el viento.

Javel el menor se había dejado caer en sus rodillas, los dientes apretados, los ojos angustiados. No dijo nada. Su hermano regresó, temiendo aún el cuchillo de un marinero:

—Espere, espere, no corte, echaremos el ancla.

El ancla fue fondeada dando toda la cadena, luego se empezó a virar el cabrestante para aflojar las amarras de la red. Cedieron finalmente y liberaron el brazo inerte, bajo la manga de lana ensangrentada.

Javel el joven parecía idiotizado. Le quitaron la camisa y vieron una cosa horrorosa, una masa de carne donde la sangre brotaba a chorros que parecían impulsados por una bomba. Entonces el hombre miró su brazo y murmuró:

—Jodió.

Luego, como la hemorragia hacía una poza sobre la cubierta del barco, uno de los marineros gritó:

—Se desangrará, debemos ligar la vena.

Entonces tomaron un cordel, un grueso cordel negro y embreado, y envolviendo el brazo sobre la herida, apretaron con toda fuerza. Los chorros de sangre disminuyeron poco a poco y finalmente cesaron totalmente.

Javel el joven se paró, su brazo colgaba a su lado. Lo tomó con su otra mano, lo levantó, lo giró, lo sacudió. Estaba todo destrozado, los huesos quebrados, los músculos solamente retenían este pedazo de su cuerpo. Lo miraba con ojos tristes, reflexivamente. Se sentó en una vela plegada y sus camaradas le aconsejaron que mojara constantemente la herida para impedir el mal negro.

Pusieron un balde con agua a su lado, y de tiempo en tiempo sumergía un vaso en él y bañaba la horrible herida, dejando caer sobre ella un chorrito de agua clara.

—Estarías mejor abajo —le dijo su hermano. Bajó, pero al cabo de una hora volvió, no se sentía bien solo. Y, además prefería el aire fresco. Se sentó sobre su vela y recomenzó a bañar su brazo.

La pesca era buena. Los grandes peces con sus panzas blancas yacían a su lado, sacudidos por los espasmos de la muerte; los miraba sin cesar de mojar sus carnes trituradas.

Cuando estaban por volver a Boulogne un nuevo ventarrón se desató, y el pequeño barco reasumió su rumbo alocado, brincando y dando volteretas, sacudiendo al triste hombre herido.

Vino la noche. El tiempo estuvo malo hasta la aurora. Cuando el sol salió, se veía nuevamente la costa de Inglaterra, pero como la mar estaba mas calma, volvieron hacia la costa francesa ciñendo.

Hacia la tarde Javel el menor llamó a sus camaradas y les mostró unas manchas negras, toda una asquerosa apariencia de pudrimiento sobre la porción del brazo que ya no se sostenía a él.

Los marineros lo examinaban, mientras daban su opinión.

—Eso podría ser la Negra —pensó uno.

—Debe ponerlo en agua salada —declaró otro.

Trajeron entonces un poco de agua salada y la vertieron en la herida. El herido se puso lívido, rechinó los dientes y se retorció un poco, pero no gritó.

Luego, cuando el escozor se hubo calmado:

—Dame tu cuchillo —le dijo a su hermano.

El hermano le ofreció su cuchillo.

—Sostenme el brazo en el aire, derecho, títalo hacia arriba.

Se hizo lo que pidió.

Entonces se puso a cortarse a sí mismo. Cortaba suavemente, cuidadosamente, rebanando los últimos tendones con la hoja afilada como una navaja de afeitar. Y pronto no tuvo más que un muñón. Dio un profundo suspiro y dijo:

—Era necesario. Estaba hecho mierda.

Parecía aliviado y respiraba con fuerza. Comenzó de nuevo a verter el agua en el muñón de brazo que le quedaba.

La noche estaba mala aún y no podían recalar.

Cuando amaneció, Javel el menor tomó su brazo cortado y lo examinó durante largo rato. La gangrena estaba declarada. Sus camaradas vinieron también a examinarlo y lo pasaron de mano en mano, lo tantearon, lo dieron vueltas, lo olfatearon.

Su hermano le dijo:

—Debes tirar eso al mar inmediatamente.

Pero Javel el menor se enojó.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! Yo no quiero. Es mío, ¿no es verdad? Es mi brazo.

Lo tomó y lo puso entre sus piernas.

—Se pudrirá —dijo al hermano mayor.

Entonces una idea sobrevino al herido. Para conservar los pescados cuando se estaba largo tiempo en la mar, se les amontonaba en barriles con sal.

Preguntó:

—¿No se pudrirá si lo pongo en salmuera?

—Es verdad —exclamaron los otros.

Entonces vaciaron uno de los barriles que estaba lleno de la pesca de los últimos días. Y al fondo del barril pusieron el brazo. Lo cubrieron con sal, y luego volvieron a reponer uno por uno los pescados.

Uno de los marineros dijo como broma:

—Espero que no lo vendamos en la subasta.

Todo el mundo se rió, excepto los dos Javel.

El viento soplaba aún. Bordearon a la vista de Boulogne hasta la mañana siguiente a las diez. El herido continuó sin cesar vertiendo agua sobre su herida. De vez en cuando se levantaba y caminaba de un extremo al otro del barco.

Su hermano, que estaba en la caña, lo seguía con la mirada y movía la cabeza.

Por fin entraron a puerto.

El doctor examinó la herida y la encontró en buenas condiciones. Hizo una completa curación y ordenó reposo. Pero Javel no quería acostarse sin haber recuperado

su brazo, y volvió rápidamente al puerto para buscar el barril que había marcado con una cruz.

Se vació ante su presencia y recuperó su brazo, bien conservado en la salmuera, arrugado y frío. Lo envolvió en una toalla que había traído para este propósito y lo llevó a su casa.

Su esposa y niños examinaron largamente este resto del padre, tantearon los dedos, quitaron los granos de sal que estaban bajo las uñas. Después se hizo venir al carpintero para un pequeño ataúd.

Al día siguiente toda la tripulación del pesquero siguió el funeral del brazo cortado. Los dos hermanos, lado a lado, encabezaban el cortejo; el sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo la axila.

Javel el menor dejó de navegar. Obtuvo un modesto empleo en el puerto, y cuando hablaba más tarde de su accidente, confienciaba muy bajo a su interlocutor:

—Si mi hermano hubiera querido cortar la red, yo tendría aún mi brazo, sin duda. Pero él sólo consideró su propiedad."

*Gil Blas*, 12 de febrero de 1883

# *El marqués de Fumerol*

---

*Le marquis de Fumerol*

Hablaba Roger de Tourneville, sentado a horcajadas en una silla; sus amigos formaban círculo a su alrededor, y él tenía el cigarro entre los dedos, acercándose de cuando en cuando a la boca, dando una chupada y soltando una nubecilla de humo.

Estábamos en la mesa cuando llevaron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes a mi padre, que se considera representante del rey en Francia. Yo le llamo Don Quijote, porque se batió durante doce años contra los molinos de viento de la República, sin averiguar a punto fijo si lo hacía por los Borbones o por los Orleáns. Ya sólo a nombre de los Orleáns empuña su lanza, porque no quedan otros pretendientes. De todos modos, papá se considera el primer caballero de la Monarquía, el más conocido, el más influyente, el jefe del partido; y como disfruta de una senaduría vitalicia, supone poco seguros los tronos de los reyes, que ya no son inamovibles.

Mamá es el alma de papá, es el alma de la Monarquía y de la Religión, el brazo derecho de Dios en la tierra y el azote de los incrédulos.

Aún estábamos en la mesa, cuando llevaron una carta. Papá la leyó; luego, mirando a mamá, dijo:

—Tu hermano se muere.

Mamá se puso pálida. Casi nunca se hablaba de mi tío. Yo ni le había visto, no teniendo más datos referentes a él que los ofrecidos por la opinión pública, según la cual llevó siempre, y continuaba llevando, una vida poco edificante.

Habiéndose comido su fortuna con un incalculable número de mujeres, ya sólo conservaba dos queridas, con las cuales vivía en un pisito de la calle de los Mártires.

Antiguo par y antiguo coronel de caballería, que no creía, en Dios ni en el diablo, nada temeroso de la vida futura, usó y abusó en todas formas de la vida presente, siendo una llaga siempre abierta en el corazón de mamá.

La cual dijo:

—Déjame ver esa carta, Pablo. Cuando hubo terminado su lectura, yo se la pedí a mi vez. Estaba redactada en estos términos:

*"Señor conde: Me creo en el caso de participarle que su cuñado, el marqués de Fumerol, se muere. Acaso quiera usted tomar sus disposiciones, y por eso le aviso.*

*Su criada humilde,*

*Melania."*

Papá murmuró:

—Hay que participarlo. Debo asistir a los últimos momentos de tu hermano.

Mamá dijo:

—Quiero pedir parecer al padre Poivron. Luego iré con él y con mi hijo a ver a mi hermano. Tú quédate aquí. No es indispensable que te comprometas; una mujer puede y debe dar esos pasos, pero un hombre político necesita reflexionar mucho lo que hace. Tus adversarios interpretarían malamente, contra tu buena opinión, tu sacrificio generoso.

—Es verdad —contestó mi padre—; haz lo que te parezca más conveniente, hija mía.

Media hora después, el padre Poivron, enterado ya de todo, analizaba y discutía el caso, teniendo en cuenta sus distintos aspectos.

Si el marqués de Fumerol, uno de los títulos más prestigiosos de Francia, moría sin recibir los auxilios de la Iglesia, el golpe sería terrible para la nobleza en general y para el conde de Tourneville, en particular. Triunfarían los librepensadores. Los periódicos impíos cantarían su victoria durante seis meses; el nombre de mi madre sería profanado, impreso en los papeles anticlericales y socialistas; el de mi padre sería salpicado por la basura callejera. Era imposible consentirlo.

Así, pues, se armó de pronto una cruzada dirigida por el padre Poivron, clérigo regordete y limpio, vagamente perfumado, un verdadero sacerdote católico en la parroquia de un barrio noble y rico.

Engancharon un coche y fuimos inmediatamente, mamá, el padre Poivron y yo a llevarle a mi tío moribundo los auxilios espirituales.

Habían acordado ver primero a Melania, la que firmó la carta de aviso y debía de ser ama de llaves o cocinera del marqués.

Yo me adelanté con esa comisión, apeándome del coche ante una casa de siete pisos, en cuyo portal oscuro y largo me costó bastante dar con la portería.

El portero era un hombre malicioso y reservado.

Le pregunté:

—La señora Melania, ¿en qué piso vive?

Y me contestó secamente:

—No la conozco.

—Me ha escrito y vengo a verla.

—Es posible, pero yo no la conozco. ¿Es acaso alguna entretenida?

—Debe de ser una criada.

—¿Una criada?... ¿Una criada?... Será la del marqués. Vea en el piso quinto, izquierda.

En cuanto se convenció de que no le preguntaba por una mujer galante, se mostró más atento y me acompañó hasta el pie de la escalera.

Subí a saltos, no atreviéndome a poner la mano en la barandilla polvorienta, y di unos golpecitos discretos en la puerta de la izquierda del quinto piso.

Abrieron; una mujer desgalichada, grandota, me cerró el paso, gruñendo:

—¿Qué quiere usted?

—¿Es usted la señora Melania?

—Sí.

—Yo soy el vizconde de Tourneville.

—¡Oh! Puede usted pasar.

—Es que... abajo aguarda mamá con un sacerdote.

—Pues baje usted a buscarla. Cuidado con el portero.

Bajé y subí nuevamente acompañando a mi madre y al sacerdote. Me pareció oír pasos a nuestra espalda.

Entramos en la cocina con Melania, sentándonos los cuatro para deliberar.

—¿Está muy grave?—preguntó mamá.

—Sí, señora, sí; no es posible que dure muchas horas.

—¿Estará dispuesto a recibir visita de un sacerdote?

—¡Oh!..., lo dudo.

—¿Puedo verle?

—Ya lo creo... Sí..., sí, señora... Sólo que..., sólo que le acompañan sus... amiguitas.

—¿Qué amiguitas?

—Pues... dos amiguitas que tiene.



—¡Oh!

Mamá se había puesto como la grana. El sacerdote no levantaba los ojos del suelo. Aquello iba siendo algo divertido, y dije:

—¿Quieren que yo entre primero? Según como le halle, puedo advertirle...

Mamá, sin comprender la malicia de mis palabras, respondió:

—Sí; entra tú, hijo mío.

Se abrió una puerta, y una voz suave, una voz femenina, pronunció:

—¡Melania!

La mujerona se precipitó a recibir órdenes:

—¿Qué se le ofrece, señorita Clara?

—¡La tortilla, pronto!

—Al momento, señorita.

Y acercándose de nuevo a nosotros, dijo:

—Me piden una tortilla de queso, que me han encargado para merendar.

Rompió los huevos y se puso a batirlos con brío en una ensaladera.

Yo di un campanillazo fuerte anunciando mi presentación oficial.

Melania me hizo tomar asiento en el gabinete y anunció a mi tío mi visita. Después me rogó que pasara.

El sacerdote se ocultó detrás de la puerta para presentarse a la menor indicación mía.

El aspecto de mi tío me sorprendió agradablemente: un viejo hermoso, elegante, solemne; un hombre de mundo en toda regla.

Recostado en una poltrona, teniendo envueltas las piernas en una manta de viaje y las manos —unas manos de largos y pálidos dedos— apoyadas en los brazos del mueble, aguardaba la muerte con una dignidad bíblica. Su blanca barba cubría su pecho, y su cabellera, blanca también, le tapaba las orejas.

En pie, detrás de la poltrona, o para defenderle contra mí, dos mujeres jóvenes y frescotas miraban con atrevidos ojos de prostituta. Con enaguas y peinador, luciendo los brazos desnudos, los cabellos muy negros, recogidos a la ligera sobre la nuca y calzando chanclas bordadas de oro, que dejaban ver en los tobillos las medias de seda, parecían, rodeando al moribundo, figuras inmorales de un cuadro simbólico. Entre la poltrona y el lecho había un veladorcito con un mantel, donde aguardaban dos cubiertos la tortilla de queso encargada poco antes a Melania.

El marqués dijo, con voz débil y fatigosa, pero clara:

—Hola, muchacho. Tarde vienes a conocerme. Nuestras amistades no serán muy largas.

Murmuré:

—Tío, no fue mía la culpa.

El respondió:

—Ya lo supongo. La culpa debe ede tenerla tu padre y tu madre ¿Cómo están?

—Bien, tío; bien. Al enterarse de que se hallaba usted algo enfermo, quisieron que viniera yo mismo a saber noticias.

—¡Ah! Y ¿por qué no han venido ellos?

Abrí los ojos clavándolos en las dos mozas, y dije suavemente:

—Las circunstancias obligan. Sería muy comprometido para mi padre, y más aún para mi madre, presentarse aquí...

El marqués no respondió, y oprimí la mano que me ofrecía, reteniéndola.

Entró Melania con la tortilla y la dejó en el velador. Las dos jóvenes, acercándose a su cubierto cada una, empezaron a comer sin dejar de mirarme.

Yo entonces dije:

—Tío, sería un goce muy grande para mamá verle a usted.

Mi tío murmuró:

—Yo también quisiera...

Pero no dijo más. No me atrevía a proponerle nada, y en aquel silencio sólo se oía el chocar de los tenedores en los platos.

El sacerdote, oculto detrás de la puerta, creyendo llegado el momento de intervenir, entró.

Le sorprendió tanto a mi tío su presencia, que de pronto se quedó inmóvil, estupefacto; luego abrió la boca desmesuradamente, como si quisiera tragarse al cura, y al fin gritó con voz potente y furiosa:

—¿Por qué viene usted aquí?

El sacerdote, acostumbrado a situaciones difíciles, avanzando, murmuró:

—Vengo enviado por la señora condesa. Su hermana le agradecería tanto, señor marqués...

Pero el marqués, resuelto a no escucharle, con un gesto majestuoso y trágico le señalaba la puerta, diciéndole con mucha energía:

—¡Váyase usted..., váyase usted! ... ¡Son ladrones de almas, violadores de conciencias!... ¡Váyase usted!

El sacerdote retrocedía — yo también—, dirigiéndonos hacia la puerta, perdiendo terreno sin volver la espalda; y satisfechas las señoritas ante aquel espectáculo, se habían puesto en pie sin acabarse de comer la tortilla, colocándose junto a la poltrona de mi tío, posando las manos en sus hombros para tranquilizarle, para protegerle contra los compañeros criminales de la Familia y la Religión.

El sacerdote y yo volvimos a refugiarnos con mamá en la cocina. Melania nos ofreció sillas nuevamente, diciendo:

—Ya sospechaba yo que no sería fácil...

Volvimos a deliberar. Mamá era de un parecer, y el sacerdote de otro distinto. Yo también expuse mi opinión diferente de las de ambos.

Hacía media hora que discutíamos, cuando las voces exaltadas, terribles, del marqués y el estruendo de muebles derribados o arrastrados, nos llenaron de inquietud; y nos pusimos en pie.

Llegaban hasta nosotros, a través de las puertas y de los tabiques, palabras amenazadoras:

—¡Fuera!...¡Fuera!...¡Bandoleros...¡Farsantes!...¡Fuera!...¡Malditos!...¡Fuera!...  
Fuera!..

Melania entró precipitadamente, saliendo al punto para reclamar mi ayuda. Entré. Delante de mi tío, arrebatado por la cólera, erguido, tronante, dos hombres parecían aguardar a que muriese de rabia.

Su larga levita y sus zapatos ingleses; el cuello de tirilla y la corbata blanca; sus cabellos lacios y su humilde rostro de sacerdote falso de una religión bastarda; todo su ridículo aspecto, en fin, me hizo reconocer en el primero a un pastor protestante. Le acompañaba el portero —sectario del culto reformado—, el cual, enterándose por las voces tal vez de nuestra derrota, quiso probar si tendría su religión más fortuna.

Mi tío parecía loco de ira. Si la presencia del sacerdote católico, del sacerdote de sus antepasados, irritó al incrédulo marqués, el aspecto del sacerdote de su portero le puso frenético, fuera de sí.

Agarró por el brazo a los dos hombres, arrastrándolos con tal violencia, que se dieron de cabezadas al pasar por cada una de las dos puertas, y los arrojó de la casa.

Luego volví a la cocina, nuestro cuartel general, para tomar instrucciones de mamá y del sacerdote.

Pero Melania entró azarosa, gimiendo:

—¡Se muere, se muere!... ¡Corran! ... ¡Se muere!

Mi madre se precipitó. El marqués se había desplomado y estaba en el suelo sin dar señales de vida.

Mamá se mostró como le correspondía en aquel instante. Dirigiéndose a las dos mozas que, arrodilladas junto al cuerpo del marqués, trataban de levantarlo, señalando hacia la puerta con autoridad, con dignidad, con majestad irresistible, dijo solemnemente:

—Ahora son ustedes las que han de salir.

Se fueron sin rechistar. Es verdad que yo estaba decidido a sacarlas de allí violentamente, como al pastor protestante y al portero.

Entonces el padre Poivron rezó las oraciones de costumbre, recomendando el alma de mi tío, y absolviéndole de sus pecados.

Mamá gimoteaba de rodillas junto al marqués, teniéndole una mano cogida.

De pronto exclamó:

—¡Ah! ¡Me reconoce! ¡Me oprime los dedos! Me ha reconocido y me agradece lo que hice por él... ¡Santo Dios, qué alegría!

¡Pobre mamá! ¡Si hubiese adivinado que mi tío pensaba oprimir en aquel instante otros dedos y agradecía otras atenciones muy diferentes!

Le llevamos a la cama. Estaba muerto.

—Señora—dijo Melania—, ¿cómo le amortajamos? Toda la ropa es de las señoritas.

Yo contemplaba la merienda que no se habían acabado de comer, y a un tiempo me dieron ganas de llorar y de reír. Hay en la vida momentos y sensaciones muy extravagantes.

Se le hicieron al marqués unos funerales magníficos y sobre su tumba se pronunciaron cinco discursos. El senador barón de Croiselles probó, con razonamientos admirables, que Dios recobra todas las almas nobles un momento descaminadas. Todos los personajes del partido monárquico y católico acompañaron el féretro con entusiasmo de triunfadores, comentando aquella edificante muerte que puso fin a una vida un tanto borrascosa.

\*\*\*

El vizconde Roger había terminado. Sus amigos reían. Alguien insinuó:

—Así es la historia de todas las conversiones in extremis.

*Gil Blas*, 5 de octubre de 1886

# *Marroca*

---

*Marroca*

Me has pedido, amigo mío, que te enviara mis impresiones, mis aventuras, y sobre todo mis historias de amor en esta tierra africana que me atraía hace tanto tiempo. Te reías mucho, de antemano, de mis ternuras negras, como las llamabas; y me veías ya regresar seguido por una mujerona de ébano tocada con un pañuelo amarillo y bamboleándose con ropas resplandecientes.

Ya llegara el turno de las morenazas, sin duda, pues he visto algunas que me han dado ciertas ganas de empaparme en esa tinta; pero he tropezado para mi estreno con algo mejor y singularmente original.

Me has escrito, en tu última carta:

"Cuando sé cómo se ama en un país, conozco ese país para describirlo, aun sin haberlo visto nunca." Pues has de saber que aquí se ama violentamente. Se nota, desde los primeros días, una especie de tembloroso ardor, una agitación, una brusca tensión de los deseos, un nerviosismo que corre por la yema de los dedos, que sobreexcitan hasta exasperarlas nuestras potencias amorosas y todas nuestras facultades de sensación física, desde el simple contacto de las manos hasta esa innombrable necesidad que tantas tonterías nos hace cometer.

Entendámonos. Yo no sé si lo que vosotros llamáis amor del corazón, amor de las almas, si el idealismo sentimental, el platonismo, a fin de cuentas, puede existir bajo este cielo; e incluso lo dudo. Pero el otro amor, el de los sentidos, que tiene su lado bueno, y muy bueno, es verdaderamente terrible en este clima. El calor, esa constante quemazón del aire que enardece, esas ráfagas sofocantes del Sur, esas oleadas de fuego llegadas del gran desierto, tan próximo, ese pesado siroco, más devastador, más agostador que las llamas, ese perpetuo incendio de un continente entero quemado hasta las piedras por un enorme y devorador sol, abrasan la sangre, enloquecen la carne, embrutecen.

Pero ya llego a mi historia. No te digo nada de los primeros tiempos de mi estancia en Argelia. Tras haber visitado Bona, Constantina, Biskra y Sétif, vine a Bugía por las gargantas del Chabet y una incomparable ruta entre los bosques de Cabilia, que sigue el mar dominándolo desde doscientos metros, y serpentea según los festones de la alta montaña, hasta este maravilloso golfo de Bugía, tan hermoso como el de Nápoles, como el de Ajaccio y como el de Douarnenez, los más admirables que conozco. Exceptúo de mi comparación esa inverosímil bahía de Porto, ceñida de granito rojo, y poblada por los fantásticos y sangrientos gigantes de piedra llamados las "Calanche" de Piana, en la costa oeste de Córcega.

De lejos, de muy lejos, antes de rodear la gran cuenca donde duerme el agua pacífica, se divisa Bugía. Está construida en las pronunciadas laderas de un monte muy elevado y coronada por bosques. Es una mancha blanca en esa pendiente verde; diríase la espuma de una cascada que cae hacia el mar.

En cuanto puse los pies en esta pequeñita y encantadora ciudad, comprendí que me iba a quedar mucho tiempo. Por doquier los ojos abarcan un auténtico círculo de cimas ganchudas, dentadas, picudas, y extrañas, tan cerrado que apenas se descubre el mar abierto, y el golfo parece un lago. El agua azul, de un azul lechoso, es de admirable transparencia; y el cielo de azur, de un azur espeso, como si le hubieran dado dos capas

de color, despliega sobre él su sorprendente belleza. Parecen mirarse el uno en el otro y reflejarse mutuamente.

Bugía es la ciudad de las ruinas. En el muelle, al llegar, se encuentran unos restos magníficos que parecen de ópera. Es la vieja puerta sarracena, invadida por la hiedra. Y en los bosques montuosos que rodean la ciudad, ruinas por todas partes, lienzos de murallas romanas, trozos de monumentos sarracenos, vestigios de construcciones árabes.

Había alquilado en la ciudad alta una casita moruna. Ya conoces esas moradas, descritas tan a menudo. No tienen ventanas a la calle, pero un patio interior las ilumina de arriba abajo. En el primero hay una gran sala fresca donde se pasan los días, y encima de todo una terraza donde se pasan las noches.

Me adapté en seguida a las costumbres de los países cálidos, es decir a dormir la siesta después del almuerzo. Es la hora sofocante de África, la hora en que no se respira, la hora en que las calles, las llanuras, las largas carreteras cegadoras están desiertas, en que todos duermen, o al menos intentan dormir, con la menos ropa posible.

Yo había instalado en mi sala de columnitas de arquitectura árabe un mullido diván, cubierto de tapices de Djebel-Amour. Me tendía en él más o menos en traje de Adán, pero no podía descansar apenas, torturado por mi continencia.

¡Oh!, amigo mío, hay dos suplicios de esta tierra que no te deseo que conozcas: la falta de agua y la falta de mujeres. ¿Cuál es más espantoso? No lo sé. En el desierto, se cometería cualquier infamia por un vaso con agua clara y fría. ¿Qué no se haría en ciertas ciudades del litoral por una guapa moza fresca y sana? ¡Pues las mozas no faltan, en África! Al contrario, abundan; pero, por seguir con mi comparación, son todas tan dañinas y corrompidas como el líquido fangoso de los pozos saharianos.

Ahora bien, un día, más nervioso que de costumbre, intentaba, aunque en vano, cerrar los ojos. Mis piernas vibraban como si las pincharan por dentro; una angustia inquieta me hacía dar vueltas a cada momento sobre mis tapices. Por fin, sin poder aguantar más, me levanté y salí.

Era en julio, en una tarde tórrida. En los adoquines de las calles se hubiera podido cocer pan; la camisa, empapada en seguida, se pegaba al cuerpo; y en todo el horizonte flotaba un leve vapor blanco, ese vaho ardiente del siroco, que parece calor palpable.

Baje hacia el mar; y, bordeando el puerto, empecé a seguir la ribera a lo largo de la linda bahía donde están los baños. La montaña escarpada, cubierta de matorral, de altas plantas aromáticas de aromas poderosos, se redondea en círculo en torno a esta cala donde se bañan, todo a lo largo de la orilla, grandes rocas pardas.

Nadie fuera; nada se movía; ni un grito de animal, ni un vuelo de pájaro, ni un ruido, ni siquiera un chapoteo, pues hasta el mar inmóvil parecía entumecido por el sol. Pero en el aire quemante creí percibir una especie de zumbido de fuego.

De repente, tras una de las rocas semiahogadas en la onda silenciosa, adiviné un ligero movimiento y, volviéndome, distinguí, tomando un baño, y creyéndose completamente sola en aquella hora abrasadora, a una chica alta y desnuda, sumergida hasta los senos. Volvía la cabeza hacia el mar abierto, y saltaba suavemente, sin verme.

Nada más asombroso que este cuadro: aquella hermosa mujer en el agua transparente como el cristal, bajo la luz cegadora. Pues era maravillosamente bella, la mujer, alta, modelada como una estatua.

Se dio la vuelta, lanzó un grito y, nadando un poco y andando otro poco, se escondió por completo detrás de su roca.

Como tenía que acabar saliendo, me senté en la orilla y esperé. Entonces mostró muy despacio su cabeza sobrecargada de pelo negro sujeto de cualquier manera. Su boca era ancha, de labios gruesos y prominentes, sus ojos enormes, descarados, y toda

su carne un poco tostada por el clima parecía una carne de marfil antiguo, dura y suave, de buena raza, teñida por el sol de los negros.

Me gritó: "Váyase." Y su voz llena, un poco fuerte como toda su persona, tenía un acento gutural. No me moví. Agregó: "No está bien que se quede ahí, señor." Las erres, en su boca, rulaban como carretillas. No me moví de donde estaba. La cabeza desapareció.

Transcurrieron diez minutos; y el pelo, luego la frente, luego los ojos volvieron a mostrarse con lentitud y prudencia, como hacen los niños cuando juegan al escondite para observar al que los busca.

Esta vez tenía una pinta furiosa; gritó: "Va a hacer que me ponga enferma. No me marcharé mientras esté usted ahí." Entonces me levanté y me fui, aunque no sin volverme con frecuencia. Cuando consideró que yo estaba bastante lejos, salió del agua medio agachada, dándome la espalda, y desapareció en un hueco de la roca, tras una falda colgada en la entrada.

Volví al día siguiente. Estaba otra vez bañándose, pero vestida con un bañador enterizo. Se echó a reír mostrándome sus dientes brillantes.

Ocho días después, éramos amigos. Otros ocho días, y lo fuimos aún mas.

Se llamaba Marroca, un mote, sin duda, y pronunciaba esa palabra como si contuviera quince erres. Hija de colonos españoles, se había casado con un francés llamado Pontabéze. Su marido era funcionario del Estado. Nunca supe con exactitud cuáles eran sus funciones. Comprobé que estaba muy ocupado, y no pregunté más.

Entonces, cambiando la hora de su baño, ella vino todos los días después del almuerzo a dormir la siesta en mi casa. ¡Qué siesta! ¡Si a eso se le llama descansar!

Era realmente una chica admirable, de un tipo un poco brutal, pero soberbio. Sus ojos parecían siempre brillantes de pasión; su boca entreabierta, sus dientes puntiagudos, su misma sonrisa tenían algo de ferozmente sensual; y sus extraños senos, alargados y erguidos, agudos, como peras de carne, elásticos como si encerrasen muelles de acero, le daban a su cuerpo un algo de animal, la convertían en una especie de ser inferior y magnífico, de criatura destinada al amor desordenado, y despertaban en mí la idea de las obscenas divinidades antiguas cuyas libres ternuras se desplegaban en medio de hierbas y hojas.

Nunca mujer alguna llevó en sus entrañas deseos más insaciables. Sus sañudos ardores y sus brazos clamorosos, con rechinar de dientes, convulsiones y mordiscos, iban seguidos casi al punto por adormilamientos tan profundos como la muerte. Pero se despertaba bruscamente en mis brazos, dispuesta a nuevos abrazos, con la garganta henchida de besos.

Su alma, por lo demás, era tan simple como dos y dos son cuatro, y una sonora risa suplía su pensamiento.

Orgullosa por instinto de su belleza, la horrorizaban los velos, incluso los más ligeros; y circulaba por mi casa, corría, brincaba con un impudor inconsciente y atrevido. Cuando estaba al fin ahíta de amor, agotada por los gritos y el movimiento, dormía a mí lado en el diván, con un sueño profundo y apacible; mientras, el calor abrumador hacía despuntar sobre su piel morena minúsculas gotas de sudor, desprendía de ella, de sus brazos alzados sobre la cabeza, de todos sus repliegues secretos, ese olor salvaje que agrada a los machos.

A veces volvía por la noche, pues su marido estaba de servicio no sé dónde. Nos tumbábamos entonces en la terraza, apenas envueltos en finos y flotantes tejidos orientales.

Cuando la gran luna iluminante de los países cálidos se desplegaba de lleno en el cielo, alumbrando la ciudad y el golfo con su marco redondeado de montañas,

distinguíamos entonces en todas las demás terrazas como un ejército de silenciosos fantasmas tumbados que a veces se levantaban, cambiaban de sitio y volvían a acostarse bajo la tibieza lánguida del cielo aplacado.

A pesar de la claridad de esas noches africanas, Marroca se empeñaba en quedarse desnuda también bajo los claros rayos de la luna; no le preocupaban nada todos los que podían vernos, y a menudo lanzaba por la noche, pese a mis temores y mis ruegos, largos gritos vibrantes, que hacían aullar a lo lejos a los perros.

Una noche que yo dormitaba, bajo el ancho firmamento embadurnado de estrellas, vino a arrodillarse en mi alfombra y, acercando a mi boca sus grandes labios prominentes, me dijo:

"Tienes que venir a dormir a mi casa."

Yo no comprendía. "¿A tu casa? ¿Cómo?"

—Sí, cuando mi marido se marche, tú vendrás a dormir en su sitio."

No pude dejar de reírme.

"¿Y para qué, si tú vienes aquí? "

Prosiguió, hablándome en la boca, echándome su aliento cálido al fondo de la garganta, mojando mi bigote con su soplo: "Es para tener un recuerdo." Y la erre de recuerdo se arrastró un buen rato con un estruendo de torrente sobre rocas.

Yo no acababa de coger su idea. Me pasó los brazos por el cuello. "Cuando ya no estés allí, pensaré en ti. Y cuando bese a mi marido, me parecerá que eres tu."

Y las erres adquirían en su voz fragores de truenos familiares.

Murmuré, enternecido y divertidísimo:

"Estás loca. Prefiero quedarme en casa."

En efecto, no siento la menor afición a las citas bajo un techo conyugal; son ratoneras en las que siempre han cogido a los imbéciles. Pero me rogó, me suplicó, y hasta lloró, añadiendo: "Ya verás cómo te querré." Te querrrré resonaba a la manera de un redoble de tambor tocando a la carga.

Su deseo me parecía tan singular que no me lo explicaba; después, pensando sobre él, creí desentrañar cierto odio profundo a su marido, una de esas secretas venganzas de mujer que engaña con deleite al hombre aborrecido, y encima quiere engañarlo en su casa, en sus muebles, entre sus sábanas.

Le dije: "¿Tu marido es muy malo contigo?"

Puso cara de enfadada: "Oh, no, muy bueno."

—Pero tú no lo quieres, ¿no?"

Me clavó sus grandes ojos asombrados.

"Sí, lo quiero mucho, al contrario, mucho, mucho, pero no tanto como a ti, corazón mío."

No entendía ya nada, y mientras trataba de adivinar, ella oprimió mi boca con una de esas caricias cuyo poder conocía, y luego murmuró: "¿Vendrás, dime?"

Yo me resistía, sin embargo. Entonces ella se vistió en seguida y se marchó.

Estuvo ocho días sin aparecer. El noveno día, se detuvo muy seria en el umbral de mi cuarto y preguntó:

"¿Vendrás a dormir esta noche a mi casa? Si no vienes, me marcho."

Ocho días son muchos, amigo mío, y, en África, esos ocho días valían por un mes. Grité: "Sí", y abrí los brazos. Se arrojó en ellos.

Me esperé, por la noche, en una calle vecina, y me guié.

Vivían cerca del puerto, en una casita baja. Crucé primero una cocina donde el matrimonio hacía las comidas, y penetré en el dormitorio encalado, limpio, con fotografías de parientes en las paredes y flores de papel en fanales. Marroca parecía loca de alegría; saltaba, repetía: "Por fin en nuestra casa, por fin en tu casa."

Actué, en efecto, como si estuviera en mi casa.

Estaba un poco molesto, lo confieso, e incluso inquieto. Como dudaba, en aquella casa desconocida, en desprenderme de cierta prenda sin la cual un hombre sorprendido resulta tan torpe como ridículo, e incapaz de toda acción, ella me la arrancó a la fuerza y se la llevó a la habitación contigua, con toda mi otra ropa.

Recobré por fin mi confianza y se lo probé por todos los medios, hasta tal punto que al cabo de dos horas no pensábamos aún en descansar, cuando nos hicieron estremecernos unos violentos golpes asestados contra la puerta; y una voz fuerte de hombre gritó: "Marroca, soy yo."

Ella dio un salto: "¡Mi marido! Rápido, métete debajo de la cama." Busqué enloquecido mi pantalón, pero ella me empujó, jadeante: "Hale, hale."

Me tumbé de bruces y me deslicé sin murmurar bajo aquella cama, sobre la cual me encontraba tan bien.

Entonces ella pasó a la cocina. La oí abrir un armario, cerrarlo, después regresó trayendo un objeto que no distinguí, pero que dejó vivamente en alguna parte; y, como su marido perdía la paciencia, le respondió con una voz fuerte y tranquila: "No encuentrrro las cerrillas"; y después, de pronto: "Aquí están; ya te abrrro." Y abrió.

El hombre entró. No vi sino sus pies, unos pies enormes. Si el resto era proporcionado, debía de ser un coloso.

Oi besos, una palmada sobre la carne desnuda, una risa; después él dijo, con acento marsellés: "Se me olvidó el monedero, tuve que volver. Y, lo que es tú, parece que dormías a gusto." Fue hacia la cómoda, buscó un buen rato lo que necesitaba; después, como Marroca se había tumbado en la cama como si estuviera abrumada de cansancio, regresó hacia ella, y sin duda trató de acariciarla pues ella le lanzó, con frases irritadas, una metralla de erres furiosas.

Los pies estaban tan cerca de mí que me daban unas ganas locas, estúpidas, inexplicables, de tocarlos suavemente. Me contuve.

Como sus proyectos no tenían éxito, el se amoscó. "Eres muy mala hoy", dijo. Pero se resignó. "Adiós, pequeña." Sonó un nuevo beso; después los grandes pies se dieron la vuelta, me mostraron sus clavos al alejarse, pasaron a la habitación contigua; y la puerta de la calle volvió a cerrarse.

¡Estaba salvado!

Salí lentamente de mi retiro, humilde y lastimoso, y mientras Marroca, que seguía desnuda, bailaba una giga a mi alrededor riendo a carcajadas y aplaudiendo, me deje caer pesadamente en una silla. Pero me levanté de un salto: una cosa fría yacía debajo, y como no estaba más vestido que mi cómplice, su contacto me había sobrecogido. Me di la vuelta.

Acababa de sentarme sobre una pequeña hacha de cortar astillas, afilada como un cuchillo. ¿Cómo había llegado a aquel lugar? No la había visto al entrar.

Marroca, al ver mi sobresalto, se ahogaba de gozo, lanzaba gritos, tosía, con las dos manos sobre el vientre.

Esa alegría me parecía desplazada, inconveniente. Nos habíamos jugado estúpidamente la vida; aún me corrían escalofríos por la espalda, y aquellas risas locas me herían un poco.

"¿Y si tu marido me hubiera visto?", le pregunté.

Respondió: "No había peligro.

—¿Cómo? No había peligro. ¡Es el colmo! Le bastaba con haberse bajado para encontrarme."

Ya no se reía; se limitaba a sonreír, mirándome con sus grandes ojos inmóviles, en los que germinaban nuevos deseos.



"No se habría bajado."

Yo insistí: "¡No me digas! Con que se le hubiera caído el sombrero, habría tenido que recogerlo, y entonces... ¡Bueno estaba yo con el traje que llevo! "

Puso sobre mis hombros sus brazos redondos y vigorosos y bajando el tono, como si me hubiera dicho: "Te adorro", murmuró: "Entonces, no se habría vuelto a levantar."

Yo no entendía nada:

"¿Y eso por qué?"

Guiñó un ojo con malicia, alargó la mano hacia la silla donde yo acababa de sentarme; y su dedo extendido, el pliegue de su mejilla, sus labios entreabiertos, sus dientes puntiagudos, claros y feroces, todo eso me mostraba la pequeña hacha de cortar astillas, cuyo afilado corte relucía.

Hizo ademán de cogerla; después, atrayéndome hacia sí con el brazo izquierdo, pegando su cadera a la mía, ¡con el brazo derecho esbozó el movimiento que decapita a un hombre de rodillas!...

Ahí tienes, querido mío, ¡cómo se entienden aquí los deberes conyugales, el amor y la hospitalidad!

*Gil Blas*, 2 de marzo de 1882

# *La Martina*

---

*La Martine*

Se le ocurrió un domingo, al salir de misa. Yendo camino de su casa, se encontró detrás de la Martina que iba también a la suya de regreso.

La acompañaba su padre, andando con el empaque propio de un rico agricultor. Desdeñoso de la blusa, vestía un chaquetón de paño gris, cubriendo su cabeza con un sombrero redondo, blando y de alas anchas.

La moza, oprimida por un corsé que sólo se ponía los domingos y fiestas de guardar, avanzaba con la cintura tiesa, los hombros anchos y las caderas muy salientes, con un pronunciado balanceo.

Luciendo una capota florida, confeccionada por una costurera de Ivetot, dejaba descubierta su nuca fuerte y carnosa, donde revoloteaban unos ricitos juguetones, tostados por el sol y el aire del campo.

Benito la veía sólo por la espalda, pero imaginaba el rostro de la moza, en la cual, hasta entonces, no se fijó nunca tan obstinadamente.

Y de pronto pensó: "¡Recristo! Es una hermosa muchacha la Martina."

La contemplaba, lleno de admiración, sintiéndose dominado por el deseo. No era preciso alcanzarla, verle el rostro; le bastaba clavar la vista en las caderas abultadas y oscilantes, para pensar, casi en alta voz: "¡Recristo, es una hermosa muchacha!"

La Martina encaminó sus pasos hacia la izquierda para dirigirse a La Martinera, el cortijo de su padre, Juan Martín; se volvió para mirar el camino que dejaba y viendo a Benito, al que juzgó un mozo muy agradable, dijo:

—Buenos días, Benito.

El se apresuró a contestar:

—Buenos días, Martina; muy buenos los tenga el señor Martín.

Y pasó de largo.

Al llegar a su casa, encontró ya la sopa servida. Se sentó frente a su madre, teniendo a un lado el gañán y al otro el mozo, mientras la criada iba por la sidra.

Sorbió algunas cucharadas, luego empujó el plato.

La vieja, observándole, le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo?... ¿estás enfermo?

El respondió:

—No; pero siento algo así como angustia en el vientre que me quita la gana.

Viendo comer a los demás, de cuando en cuando partía un pedacito de pan llevándose lo calmosamente a los labios y mascándolo mucho. Pensaba en la Martina:

"Una hermosa muchacha." ¿Cómo era posible no haberlo reparado hasta entonces, y sentirlo como un escopetazo, tan de pronto y con tal violencia que le quitaba el apetito?

Apenas probó el guisado. Su madre le decía:

—Vaya, Benito; haz un esfuerzo. Son costillas de cordero, que te gustan, y te sentarán bien. Cuando no se tiene gana de comer, hay que vencerse.

Tragaba un pedacito; luego empujaba el plato nuevamente. No, no era posible; no podía tragar.

Cuando terminó la comida, fue a dar un paseo por sus tierras, y dejó al mozo en libertad para salir, asegurando que, al pasar, daría un vistazo a las bestias.

La campiña estaba desierta, por ser día festivo.

En los campos de trébol pastaban tranquilamente algunas vacas o se tendían, para rumiarse bajo la caricia del sol. En los linderos de las mieses yacían las carretas perezosas, y los terruños recién labrados, ya dispuestos para un sembrado, contrastaban por su oscuro color con los rastros amarillos de los trigos y de las avenas ya segados.

Circulaba por la llanura un vientecillo de otoño, bastante seco, anunciando un apacible atardecer. Benito, sentado en una ladera, se quitó el sombrero, dejándolo sobre las rodillas, como si necesitara refrescar su cabeza, dijo en alta voz, interrumpiendo el silencio de la campiña:

—Una hermosa muchacha lo es, ciertamente. ¡Una hermosa muchacha!

Lo mismo pensó estando ya en la cama, por la noche, al dormirse, y al día siguiente al despertarse.

No estaba triste, ni pesaroso, ni abrumado; no hubiera sabido expresar lo que sentía. Era un algo que se agarraba fuertemente a su corazón, una idea insistente que le cosquilleaba sin cesar.

A veces un moscardón entra en vuestra estancia: su zumbido os irrita y obsesiona; de pronto se detiene; le olvidáis; pero en cuanto empieza de nuevo a zumbar, os distrae os preocupa. No tenéis medios para cogerle, ni expulsarle, ni matarle, ni conseguir su quietud. Así el recuerdo incesante de la Martina se agitaba en el alma de Benito como un moscardón obstinado.

Luego sintió ansias de verla otra vez, y se fue a rondar La Martinera. La vio, al fin, tendiendo ropa en una cuerda, entre dos manzanos.

Hacía calor, y la moza llevaba sólo una falda sobre la camisa, dibujándose la espléndida curva de sus caderas cuando alzaba el brazo para colgar una servilleta.

Se quedó agazapado el mozo en un surco durante más de una hora, sin levantarse, hasta mucho después de haberse metido ella en su casa; y se volvió más embebecido que al ir.

Durante un mes la imagen de la moza llenaba su pensamiento, y le bastaba oír su nombre para estremecerse. Apenas comía, y por la noche un sudor angustioso le quitaba el sueño.

El domingo, en misa, la devoraba con los ojos. Ella lo notó, sonriéndole, muy satisfecha de sentirse deseada con tanto ardor.

Una tarde, al anochecer, Benito la encontró sola en el campo. La Martina se detuvo al verle aproximarse, y entonces él se fue derecho hacia ella, sobresaltado y temeroso, pero también resuelto a decirle todo lo que pensaba.

Titubeando, balbució:

—Óyeme lo que te digo, Martina. Esto no puede continuar así.

La muchacha respondió un tanto burlona:

—¿Qué será lo que no pueda continuar así, Benito?

El, impertérrito, se destapó de una vez:

—Que yo sólo pienso en ti a todas las horas del día.

Ella puso los brazos en jarras para contestarle:

—No supondrás que yo tengo la culpa.

El mozo masculló:

—Si; tienes la culpa. Ni como, ni descanso, ni duermo, ni vivo.

La Martina dijo quedamente:

—¿Cómo podría librarte yo de todo eso?

Se mostró Benito alelado, con los brazos caídos, los ojos fuera de sus órbitas y la boca de par en par.

Ella le dio una palmada en un hombro, y se fue corriendo.

A partir de aquel día se vieron muchas veces en los ribazos, en los caminos profundos y, al atardecer, en los linderos de los campos, cuando él regresaba con la yeguada y ella conducía sus vacas al establo.

Benito se sentía arrastrado hacia ella por un impulso de su corazón y de su carne. Hubiera querido estrecharla, oprimirla, devorarla, poseerla completamente y le hacían estremecer arrebatos de impaciencia, de rabia, de angustia, porque la moza no le pertenecía en todo y por todo viviendo fundida con él, formando un solo cuerpo.

Las gentes de los contornos picoteaban, hacían mil comentarios, creyéndolos novios. Y no andaban muy equivocados en esta suposición, pues habiéndole preguntado Benito si quería ser su mujer, ella le había contestado que "sí".

Aguardaban una oportunidad para decírselo a sus familias.

Pero de pronto, ella no compareció a las horas de costumbre. Benito, rondando el cortijo, no la encontraba nunca; nada más la veía de lejos y los domingos en misa. Y precisamente un domingo, después de la misa, el párroco leía las primeras amonestaciones del futuro matrimonio convenido entre Adelaida Victoria Martín y José Isidoro Vallín.

Benito sintió un cosquilleo, una frialdad en sus manos, como si de pronto le hubieran desangrado. Le zumbaban los oídos: ensordeció, se quedó insensible a todo y le costó advertir que humedecía con lágrimas las hojas de su devocionario. El infeliz lloraba en silencio su desdicha.

Durante un mes no salió de su estancia. Luego volvió a trabajar, a sus faenas de costumbre.

Pero no se había cicatrizado su herida y pensaba en lo mismo siempre. Jamás pasaba por los caminos próximos a La Martinera ni quiso alzar los ojos por no ver los árboles del corralón; y esto le obligaba diariamente a dar muchos rodeos y a ir cabizbajo a todas horas.

La Martina era ya la esposa de Vallín, rico labrador, tal vez el más rico de aquellos contornos. Benito dejó de tratarle, aun cuando eran compañeros de la infancia.

Un día, encontrando a la novia, reparó que se hallaba embarazada y en lugar de molestarle aquel descubrimiento, le produjo una especie de satisfacción, que le devolvía, en cierto modo, la tranquilidad. Sus preocupaciones daban fin. Aquello era definitivo. Se acabó.

Durante algunos meses, la veía ir a la ciudad andando pesadamente. La Martina se ruborizaba mucho al tropezar con él, y bajando la cabeza para no mirarle, apresuraba el paso. Benito retrocedía muchas veces o cambiaba de rumbo para evitar el encuentro.

Pero imaginaba, espantado, que a lo mejor, y cuando menos lo creyera, la encontraría en algún sitio donde no pudiese rehuir su presencia ni evitar un poco de conversación.

¿Qué le diría después de lo sucedido, recordando aquella tarde en que, teniéndole cogidas las manos, la besaba en el pelo, casi en las mejillas? No podía olvidar fácilmente aquellas entrevistas en los linderos y en las hondonadas. Era incomprensible, imperdonable cómo acabó todo, a pesar de tantas promesas.

Poco a poco, sus angustias le abandonaban; su dolor se desvanecía, dejándole nada más un rastro de tristeza. Y al cabo se decidió a pasar de nuevo por los caminos acostumbrados, próximos a La Martinera. ¡Miraba desde lejos la casa donde la Martina vivía con otro! Los manzanos florecían, los gallos cantaban escarbando en el estiércol. Ni un ruido, ni una voz en la vivienda; sus dueños habían ido al campo a trabajar en las perentorias labores primaverales.

Benito se detuvo frente al portillo y miró hacia la corraliza. El perro dormitaba tranquilamente, y tres bueyes, con paso tardo se acercaban al abrevadero. Un pavo se

erguía junto a la puerta, luciendo ante algunas pavas la cola extendida con actitudes y alardes propios de un tenor en escena.

Benito se apoyó en un poste, sintiendo súbitamente ansias de llorar. Pero un grito agudo, que resonó en la casa, le estremeció. Un grito desesperado y doloroso que le turbó. Seguía frente al portillo agarrado a los barrotes, cuando resonó un segundo grito clamoroso, prolongado, que desgarró sus oídos y su alma. ¡Era la Martina! Y corriendo, precipitándose hacia la casa, empujando la puerta, la vio tendida en el suelo, crispada, con el rostro lívido, los ojos descajados, presa de los dolores de parto.

Se quedó en pie, inmóvil, más pálido y más tembloroso que la infeliz, balbuciendo:

—Aquí estoy, aquí estoy, Martina.

Ella respondió, angustiada:

—Socórreme, socórreme, Benito.

El tenía los ojos clavados en ella, no sabiendo qué hacer ni qué decir.

Martina prorrumpió de nuevo en alaridos:

—¡Oh! ¡Ah!... Me desgarran... ¡Oh... Benito!

Y se retorció espantosamente.

De pronto Benito sintió un ansia invencible de socorrerla, de ayudarla, de calmar sus zozobras. Se inclinó, la cogió, la levantó en vilo y la llevó a la cama. Ella gemía sin cesar, y él, desabrochándola muy afanoso, le quitaba el justillo, la falda, los zapatos. Ella se mordía los puños para no gritar, y él, haciendo lo que acostumbraba con las bestias, con las vacas, las yeguas y las ovejas, ayudó, recibiendo al fin entre sus manos a una criatura que daba el primer vagido.

Lavoteó su cuerpecito, envolviéndola después en un paño que se hallaba puesto a secar junto a la lumbre, y la colocó sobre un cesto de ropa del repaso de la colada.

Luego se acercó otra vez a la madre. La cogió, volviendo a dejarla con mucho cuidado en el suelo; arregló la cama y, alzándola otra vez, la acostó definitivamente.

La Martina balbució entonces:

—Gracias gracias, Benito. Eres muy bueno.

Y lloraba, como si un pesar lejano, un arrepentimiento imprevisto la sobrecogiera.

El no la deseaba ya, no padecía. ¿Por qué? No hubiera sabido explicarlo. Aquello le había curado mejor, más radicalmente, que diez años de ausencia.

La Martina le preguntaba angustiada, Palpitante:

—¿Qué es?

Benito respondió con mucha calma:

—Una niña; y viene al mundo en buenas condiciones

Callaron. Al fin, la madre rompió el silencio:

—Déjame que la vea.

El fue a buscar la criatura y se la presentó, como si le ofreciera el pan bendito, en el momento en que se abría la puerta y entraba Isidoro Vallin.

Al pronto, el marido no se hizo cargo de la situación; luego se dio cuenta de todo.

Benito, consternado, tartamudeaba:

—Oí gritos... al pasar... Entré... y... Mira... ¡mira que preciosa criatura!

El padre se adelantó para tomar entre sus manos el pequeño ser que Benito le ofrecía; lo besó largamente y, después de ponerlo en la cama, tendió a Benito sus brazos, diciendo:

—Choca, choca. Somos los compañeros de siempre. Lo pasado, pasado.

Y el otro respondió:

—Ciertas cosas hay que olvidarlas; un buen amigo vale más que todo.

# *La máscara*

---

*Le masque*

Había un baile de disfraces, esa noche, en el Hélice-Montmartre. Era con ocasión de la Mi-Carême<sup>14</sup>, y la multitud entraba, como el agua por la compuerta de una esclusa, en el corredor iluminado que conduce al salón de baile. La formidable llamada de la orquesta, resonante como una tempestad musical, desbordaba las paredes y el techo, se difundía por el barrio, iba a despertar, por las calles y hasta en el fondo de las casas vecinas, el irresistible deseo de saltar, de estar caliente, de divertirse que dormita en el fondo del animal humano.

Y los clientes del lugar llegaban también de las cuatro esquinas de París, gente de todas clases, amante de placeres fuertes y bulliciosos, un poco indecentes, rayanos en el libertinaje. Eran empleados, chulos, mozas, mozas de toda estofa, desde el vulgar algodón a la más fina batista, mozas ricas, viejas y cargadas de brillantes, y mozas pobres, de dieciséis años, llenas de ganas de andar de juerga, de entregarse a los hombres, de gastar dinero. Elegantes trajes de etiqueta en busca de carne fresca, de primicias desfloradas, aunque sabrosas, merodeaban entre aquella muchedumbre caldeada, buscaban, parecían olfatear, mientras que las máscaras semejaban agitadas sobre todo por el deseo de divertirse. Ya las más famosas cuadrillas agolpaban en torno a sus brincos una densa corona de público. La ondulante hilera, la masa movediza de mujeres y hombres que rodeaba a los cuatro bailarines se anudaba a su alrededor como una serpiente, ora próxima, ora apartada, siguiendo las evoluciones de los artistas. Las dos mujeres, cuyos muslos parecían sujetos al cuerpo por resortes de goma, hacían con las piernas sorprendentes movimientos. Las lanzaban al aire con tanto vigor que el miembro parecía volar hacia las nubes, y después de pronto las apartaban como si se hubieran abierto hasta la mitad del vientre, deslizando una hacia adelante, otra hacia atrás, y tocaban el suelo por el centro con un gran impulso rápido, repugnante y divertido.

Sus parejas saltaban que se las pelaban, se agitaban, con los brazos estremecidos y alzados como muñones de alas sin plumas, y se adivinaba, bajo las máscaras, su respiración jadeante.

Uno de ellos, que había ocupado un puesto en la más renombrada de las cuadrillas para sustituir a una celebridad ausente, el guapo "Piensa-en-mí", y que se esforzaba por estar a la altura del infatigable "Espinazo-de-Becerro", ejecutaba unos originales solos que despertaban la alegría y la ironía del público.

Era flaco, iba vestido como un gomoso, con una linda máscara barnizada sobre el rostro, una máscara con bigotes rubios rizados rematada por una peluca de tirabuzones.

Parecía una figura del museo de cera, una extraña y fantástica caricatura del encantador galán de los grabados de modas, y bailaba con un esfuerzo convencido, aunque torpe, con cómico arrebató. Parecía herrumbroso al lado de los otros, al tratar de imitar sus cabriolas; parecía paralizado, pesado como un gozque jugando con galgos. Burlones "bravos" lo animaban. Y él, ebrio de ardor, perneaba con tal frenesí, que de pronto, arrastrado por un impulso furioso, fue a darse de cabeza con la muralla del

---

<sup>14</sup> Jueves de la tercera semana de Cuaresma, en el que tradicionalmente se celebran en Francia fiestas y bailes de disfraces.

público que se abrió ante él para dejarle paso, y después volvió a cerrarse en torno al cuerpo inerte, tendido sobre el vientre, del bailarín inanimado.

Unos hombres los recogieron, se lo llevaron. Gritaban: " ¡Un médico! " Se presentó un caballero, joven, elegantísimo, con traje de etiqueta y gruesas perlas en la pechera de la camisa. "Soy profesor de la Facultad", dijo con voz modesta. Lo dejaron pasar, y él acudió junto al bailarín, que seguía sin conocimiento, y al que extendían sobre unas sillas en una habitacioncita llena de carpetas, como un despacho de un agente de negocios. El doctor quiso ante todo quitarle la máscara y se dio cuenta de que estaba atada de una forma muy complicada, con multitud de menudos hilos de metal, que la unían hábilmente a los bordes de la peluca y encerraban la entera cabeza con unas sólidas ligaduras cuyo secreto era preciso conocer. El propio cuello estaba aprisionado en una falsa piel que prolongaba la barbilla, y esta piel de guante, pintada como la carne, llegaba al cuello de la camisa.

Hubo que cortar todo esto con fuertes tijeras; y cuando el médico hubo hecho, en aquel sorprendente conjunto, un corte que iba del hombro a la sien, entreabrió aquel caparazón y encontró una vieja cara de hombre gastado, pálido, flaco y arrugado. Tal fue la impresión entre quienes habían llevado la joven máscara rizada, que nadie rió, nadie dijo una palabra.

Todos miraban, acostado en unas sillas de paja, aquel triste rostro de ojos cerrados, cubierto de pelos blancos, unos, largos, que caían sobre la cara desde la frente, otros, cortos, que habían crecido en las mejillas y el mentón, y, al lado de aquel pobre ser, la linda y pequeña máscara barnizada, aquella máscara fresca que seguía sonriendo.

El hombre volvió en sí tras haber estado un buen rato sin conocimiento, pero aún parecía tan débil, tan enfermo, que el médico temía alguna peligrosa complicación.

"~¿Dónde vive usted?", dijo.

El viejo bailarín pareció rebuscar en su memoria, y después acordarse, y dijo el nombre de una calle que nadie conocía. Hubo que pedirle pues, más detalles sobre el barrio. Los proporcionaba con infinita pena, con una lentitud y una indecisión que revelaban el trastorno de su mente.

El médico prosiguió:

"Yo mismo lo acompañaré."

Le había entrado la curiosidad de saber quién era aquel extraño bufón, de ver dónde habitaba aquel fenómeno saltarín.

Y pronto un simón los llevó a ambos al otro lado de la colina de Montmartre.

Era en una alta casa de aspecto pobre, a la que se subía por una escalera pringosa, una de esas casas siempre inacabadas, acribilladas a ventanas, en pie entre dos solares, nichos mugrientos donde habita una multitud de seres harapientos y miserables.

El doctor, agarrándose a la barandilla, una barra de madera donde la mano se quedaba pegada, sostuvo hasta el cuarto piso al aturdido anciano que iba recobrando las fuerzas.

La puerta a la que habían llamado se abrió y apareció una mujer, también vieja, limpia, con un gorro de dormir muy blanco enmarcando una cabeza huesuda, de rasgos acentuados, una de esas grandes cabezas bondadosas y rudas de las mujeres obreras, laboriosas y fieles. Exclamó:

" ¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado? "

Cuando se lo contaron en veinte palabras, se tranquilizó, y tranquilizó al propio médico, contándole que semejante cosa ya había ocurrido con frecuencia.

"Hay que acostarlo, caballero, sin más; dormiré, y mañana no parecerá el mismo."

El médico prosiguió:

"Pero, ¡si apenas puede hablar!

—¡Oh!, no es nada, unos cuantos tragos, nada más. No ha cenado para estar ágil, y después se ha tomado dos copas, para animarse. El ajeno, ya ve usted, le devuelve sus piernas, pero le quita las ideas y las palabras. No está ya en edad de bailar de ese modo. No, de veras, ¡es como para desesperar de que siente la cabeza! "

El médico, sorprendido, insistió:

"Pero, ¿por qué baila así, con lo viejo que es?"

Ella se encogió de hombros, enrojeciendo con la cólera que la excitaba poco a poco.

"¡Ah! ¡Sí! ¿Por qué? Pues verá, para que lo crean joven debajo de su máscara, para que las mujeres lo tomen aún por un niño bonito y le digan guarradas al oído, para refregarse contra su piel, contra todas sus sucias pieles con sus olores y sus polvos y sus pomadas... ¡Ah, aviados estamos! Vaya, que he llevado una vida, caballero, desde hace cuarenta años que dura esto... Pero hay que acostarlo, antes que nada, no vaya a ser que coja algo malo. ¿Le molestaría ayudarme? Cuando está así, no acabo nunca, yo sola."

El viejo estaba sentado en la cama, con pinta de borracho, el largo pelo blanco caído sobre el rostro.

Su compañera lo miraba con ojos tiernos y furiosos. Prosiguió:

"Fíjese qué cabeza tan bonita tiene, para su edad, pues no, anda disfrazado de chiquillo para que lo crean joven. ¡No es una lástima! De veras, tiene una hermosa cabeza, ¿no, caballero? Espere, voy a enseñárselo antes de acostarlo."

Se dirigió hacia una mesa donde estaban la palangana, la jarra de agua, el jabón, el peine y el cepillo. Cogió el cepillo, después volvió hacia la cama y echando hacia atrás toda la cabellera enmarañada del borrachín, le puso, en unos instantes, un rostro de modelo de pintor, con grandes bucles que caían sobre el cuello. Después, retrocediendo para contemplarlo:

"¿Verdad que está muy bien para su edad?"

—Muy bien, afirmó el doctor, que empezaba a divertirse mucho."

Ella agregó:

"¡Si lo hubiera conocido usted cuando tenía veinticinco años! Pero hay que meterlo en la cama; si no, las copas le revolverán la tripa. Tenga, caballero, ¿quiere usted tirar de esa manga?... más arriba... así... bueno, ahora el pantalón... espere, voy a quitarle los zapatos... está bien. —Y ahora, sujételo de pie para que yo abra la cama... ya está... acostémoslo... st cree usted que se va a molestar dentro de poco para dejarme un sitio, se equivoca. Tengo que encontrarme un rincón, en cualquier parte. No le preocupa. ¡Ah, egoísta, anda ya!"

En cuanto se sintió tendido entre sus sábanas, el hombrecillo cerró los ojos, volvió a abrirlos, los cerró de nuevo y en todo su rostro satisfecho aparecía la enérgica resolución de dormir.

El doctor, examinándolo con un interés que aumentaba sin cesar, preguntó:

"Entonces, ¿va a dársele de joven en los bailes de máscaras?"

—En todos, caballero, y me vuelve de madrugada en un estado que nadie se figura. Ya ve usted, es la nostalgia lo que lo lleva a ellos y la que le hace poner una cara de cartón sobre la suya. Sí, la nostalgia de ser ya lo que fue, ¡y además la de no tener ya sus éxitos!"

El dormía, ahora, y comenzaba a roncar. Ella lo contemplaba con aire compasivo, y prosiguió:

"¡Ah! ¡Cuántos éxitos tuvo, este hombre! Más de los que uno se creería, caballero, más que los guapos señores de la buena sociedad y que todos los tenores y que todos los generales.

—¿De veras? ¿Y qué hacía?"



—¡Oh!, al principio le extrañará, en vista de que no lo conoció en sus buenos tiempos. Yo, cuando lo encontré, fue también en un baile, pues siempre los frecuentó. Sólo con verlo me pescó, pero pescada como un pez con una caña. Era guapo, caballero, guapo como para llorar al mirarlo, moreno como ala de cuervo, y con el pelo rizado, con ojos negros tan grandes como ventanas. ¡Ah, sí! era un guapo mozo. Me fui con él esa misma noche, y nunca me he separado de él, nunca, ¡ni un día, a pesar de todo! ¡Oh!, ¡me las ha hecho pasar moradas! "

El doctor preguntó:

"¿Están ustedes casados?"

Ella respondió simplemente:

"Sí, caballero... si no, me habría dejado como a las demás. He sido su mujer y su criada, todo, todo lo que ha querido... y me ha hecho llorar... ¡con lágrimas que no le enseñaba! Porque me contaba sus aventuras, a mí..., a mí... caballero... sin comprender el daño que me hacía escucharlo..."

—Pero, ¿qué oficio tenía?

—Es cierto..., olvidé decírselo. Era oficial primero en casa de Martel, pero un oficial como nunca habían tenido otro... un artista a diez francos la hora, como término medio...

—¿Martel?... ¿Quién es ese Martel?...

—El peluquero, señor, el gran peluquero de la Opera, que tenía toda la clientela de las actrices. Sí, todas las más encopetadas actrices querían que las peinara mi Ambroise y le daban gratificaciones con las que se hizo una fortuna. ¡Ah!, caballero, todas las mujeres son iguales, sí, todas. Cuando un hombre les gusta, se ofrecen a él. Es tan fácil... y duele tanto al saberlo. Porque él me contaba todo... no podía callarse... no, no podía. ¡Esas cosas les gustan tanto a los hombres! Y quizás les guste aún más contarlas que hacerlas.

Cuando lo veía regresar por la noche, un poco paliducho, con aspecto satisfecho, los ojos brillantes, me decía: "Una más. Estoy segura de que ha vuelto a conquistar a una". Entonces me daban ganas de interrogarlo, unas ganas que quemaban el corazón, y también otras ganas de no saber, de impedirle hablar si él empezaba. Y nos mirábamos.

Sabía perfectamente que no se callaría, que iba a hablar del asunto. Lo notaba en su aire, en su pinta risueña, para dármele a entender: "Hoy me ha pasado algo estupendo, Madeleine". Yo hacía como que no oía, que no adivinaba; y ponía la mesa; traía la sopa, me sentaba frente a él.

En esos momentos, caballero, es como si me hubieran aplastado mi cariño por él dentro del cuerpo, con una piedra. Duele mucho, vaya, terriblemente. Pero él no lo entendía, él no lo sabía; necesitaba decírselo a alguien, presumir, demostrar cuánto lo querían... y sólo me tenía a mí para contarlo..., ya comprende usted... sólo a mí... Entonces..., tenía que escucharlo y tomármelo como si fuera un veneno.

Empezaba a comer la sopa y después decía:

"Una más, Madeleine."

Yo pensaba: "Ya está. ¡Dios mío, qué hombre! Precisamente yo tenía que encontrarlo."

Entonces empezaba: "Una más, y encima monísima..." Y era una chica del Vaudeville o una chica del Variedades, y después también las importantes, las más conocidas de esas señoras del teatro. Me decía sus nombres, sus muebles, y todo, todo, sí, todo, caballero... Detalles que me destrozaban el corazón. Y volvía sobre el asunto, recomenzaba su historia, de cabo a rabo, tan contento que yo fingía reír para que no se enfadara conmigo.

¡A lo mejor todo eso no era cierto! Le gustaba tanto alabarse, ¡que era muy capaz de inventar semejantes cosas! ¡Pero a lo mejor era cierto! Esas noches, fingía estar cansado, querer acostarse después de cenar. Cenábamos a las once, caballero, pues jamás volvía antes, por culpa de los peinados de gala.

Cuando había terminado su aventura, fumaba cigarrillos paseándose por el cuarto, y estaba tan guapo, con su bigote y su pelo rizado, que yo pensaba: "Es cierto, de todos modos, lo que cuenta. Puesto que yo estoy loca por este hombre, ¿por qué no iba también a impresionar a las otras?" ¡Ah!, he tenido ganas de llorar, y de gritar, y de escapar, y de tirarme por la ventana, al tiempo que quitaba la mesa mientras él seguía fumando. Bostezaba, abriendo la boca, para demostrarme lo cansado que estaba, y decía dos o tres veces antes de meterse en la cama: ¡Dios, qué bien voy a dormir esta noche!"

No le guardo rencor, porque no sabía cuánto me apenaba. No, ¡no podía saberlo! Le gustaba presumir de conquistas como a un pavo real hacer la rueda. Había llegado a creer que todas lo miraban y lo deseaban.

Fue muy duro cuando envejeció.

¡Oh! Caballero, cuando le vi la primera cana, tuve una emoción que me dejó sin aliento, y luego una alegría —una alegría maligna—, ¡pero tan grande, tan grande! Me dije: "Se acabó... se acabó..." Me pareció que me iban a sacar de una cárcel. Lo tendría para mí, para mí sola, cuando las otras no lo quisieran.

Era una mañana, en nuestra cama. El dormía aún, y me inclinaba sobre él para despertarlo con un beso cuando vi en sus rizos, sobre la sien, un hilillo que brillaba como la plata. ¡Qué sorpresa! ¡Me parecía imposible! Al principio pensé en arrancárselo para que él no lo viera, ¡jé!, pero, al fijarme mejor, vi otro más arriba. ¡Canas! Iba a tener canas! Me palpitaba el corazón y la piel se me humedecía; y sin embargo, ¡en el fondo estaba encantada!

Es feo pensar así, pero esa mañana arreglé la casa de buena gana, sin despertarlo aún; y cuando abrió los ojos, por sí solo, le dije:

"¿Sabes lo que descubrí mientras dormías?"

—No.

—Descubrí que tienes canas."

Tuvo una sacudida de despecho que le hizo sentarse como si le hubiera hecho cosquillas y me dijo con aire maligno:

"¡No es cierto!"

—Sí, en la sien izquierda. Hay cuatro."

Saltó de la cama para correr al espejo.

No las encontraba. Entonces le enseñé la primera, la más baja, rizada, y le decía:

"No es extraño, con la vida que llevas. Dentro de dos años estarás acabado."

Pues bien, caballero, había dicho la verdad, dos años después nadie lo habría reconocido. ¡Qué de prisa cambia un hombre! Aún era buen mozo, pero iba perdiendo su frescura, y las mujeres ya no lo buscaban. ¡Ah!, ¡qué vida más dura llevé en esa época! ¡Me las hizo pasar muy negras! Nada le gustaba, nada de nada. Dejó su oficio para hacerse sombrerero, con lo cual se comió sus cuartos. Y después quiso ser actor sin conseguirlo, y después empezó a frecuentar los bailes públicos. En fin, tuvo el buen sentido de guardar algo de dinero, con el cual vivimos. ¡Nos basta, pero no es gran cosa! ¡Y decir que casi tuvo una fortuna en cierto momento!

Y ahora ya ve usted lo que hace. Es como un frenesí lo que le da. Tiene que ser joven, tiene que bailar con mujeres que huelen a perfumes y a pomadas. ¡Pobre y querido viejo, anda ya!"

Miraba, emocionada, a punto de llorar, a su viejo marido que roncaba. Después, acercándose a él a pasos leves, puso un beso en su pelo. El médico se había levantado y se disponía a irse, sin ocurrírsele nada que decir ante aquella extravagante pareja.

Entonces, cuando se marchaba, ella preguntó:

"¿Tendría usted la bondad de darme su dirección? Si se pusiera más enfermo, iría a buscarlo."

*L'Echo de Paris*, 10 de mayo de 1889

# *El método de Roger*

---

*Le moyen de Roger*

Paseaba por el bulevar con Roger cuando un vendedor pregonó hacia nosotros:

—¡Pidan el método para deshacerse de su suegra! ¡Pidan, señores, pidan!

Me paré en seco y dije a mi camarada:

—Ese pregón me recuerda una pregunta que quería hacerte hace tiempo. ¿Qué es ese 'método de Roger' del que tu mujer habla siempre? Bromea sobre él de una forma tan divertida y tan amplia que se trata, para mí, de una poción de cantárida<sup>15</sup> cuyo secreto posees. Cada vez que alguien cita delante de ella un joven fatigado, agotado, rendido, se vuelve hacia ti y dice riendo:

"Habría que indicarle el método de Roger'. Y lo más divertido del asunto es que te ruborizas todas las veces.

Roger respondió:

—Tengo mis motivos y si mi mujer sospechara de qué está hablando, se callaría, te lo aseguro. Voy a confiarte esa historia. Sabes que me casé con una viuda de la que estaba muy enamorado. Mi mujer siempre ha sido muy libre de palabra, y antes de convertirla en mi legítima compañera teníamos a menudo conversaciones un poco picantes, permitidas, por lo demás, con las viudas, que han conservado el sabor de la guindilla en los labios. Le gustaban mucho los chistes verdes, las anécdotas subidas de tono, aunque con buena intención. Los pecados de la lengua no son graves, en ciertos casos; ella es atrevida, yo soy un poco tímido, y se divertía a menudo, antes de la boda, azorándome con preguntas o bromas a las cuales no me resultaba fácil responder. Por otra parte, quizá sea ese atrevimiento lo que me enamoró. Y enamorado estaba de pies a cabeza, en cuerpo y alma, y la muy tunanta lo sabía.

Se decidió que no haríamos ninguna ceremonia, ningún viaje. Después de la bendición en la iglesia, invitaríamos a un pisco-labis a los testigos, después daríamos un paseo a solas, en un cupé, y regresaríamos a cenar a mi casa, en la calle de Helder.

Así, pues, una vez que se marcharon los testigos, subimos a un carruaje y dije al cochero que nos llevara al Bosque de Bolonia. Era a finales de junio; hacía un tiempo maravilloso.

En cuanto estuvimos solos, ella se echó a reír.

—Mi querido Roger —dijo—, llegó el momento de ser galante. Veamos cómo se porta.

Interpelado de tal suerte, me encontré inmediatamente paralizado. Le besaba la mano, le repetía: "La amo." Me atreví dos veces a besarle la nuca, pero los transeúntes me cohibían. Ella seguía repitiendo con un airecillo provocativo y gracioso: "¿Y qué más?... ¿y qué más?" Aquel "¿y qué más?" me ponía nervioso y me desolaba. No era en un cupé, en el Bosque de Bolonia, en pleno día, donde se podía... Ya me entiendes.

Ella veía bien mi turbación y le divertía. De vez en cuando repetía:

—Me temo que no he acertado. Me inspira usted muchas inquietudes.

Y yo también comenzaba a sentir las inquietudes sobre mí. Cuando me intimidan, no soy capaz de nada.

En la cena se mostró encantadora. Y, para envalentonarme, despedí a mi criado, que me cohibía. ¡Oh!, nos comportamos decorosamente, pero ya sabes lo tontos que son los enamorados: bebíamos en el mismo vaso, comíamos en el mismo plato, con el mismo

---

<sup>15</sup> El polvo de cantárida pasaba por afrodisíaco.

tenedor. Nos divertimos mordisqueando barquillos por los dos extremos, con el fin de que nuestros labios se encontrasen en el centro.

Ella me dijo:

—Quisiera un poco de champán.

Yo había olvidado la botella sobre el aparador. La cogí, le arranqué los cordeles y apreté el tapón para sacarlo. No saltó. Gabrielle sonrió y murmuró:

—Mal presagio.

Yo empujaba con el pulgar la cabeza hinchada del corcho, lo inclinaba a la derecha, lo inclinaba a la izquierda, pero en vano, y de pronto rompí el tapón al ras del vidrio.

Gabrielle suspiró:

—Pobre Roger.

Cogí un sacacorchos que atornillé en la parte que había quedado en el fondo del gollote. ¡Me resultó imposible arrancarlo! Tuve que volver a llamar a Prosper. Mi mujer, en ese momento, se reía con toda su alma y repetía:

—Qué bien..., qué bien..., ya veo que puedo contar con usted.

Estaba medio achispada.

Lo estuvo casi del todo después del café.

Como los preparativos para la noche de una viuda no exigen todas las ceremonias maternas necesarias para una jovencita, Gabrielle pasó tranquilamente a su habitación, diciéndome:

—Fúmese un cigarro durante un cuarto de hora.

Cuando me reuní con ella, carecía de confianza en mí mismo, lo confieso. Me sentía nervioso, turbado, incómodo.

Ocupé mi lugar de esposo. Ella no decía nada. Me miraba con una sonrisa en los labios, con visibles ganas de burlarse de mí. Esta ironía, en semejante momento, acabó de desconcertarme y, lo confieso, me cortó brazos y piernas.

Cuando Gabrielle se percató de mi... apuro, no hizo nada para tranquilizarme, muy al contrario. Me preguntó, con un airecillo indiferente:

—¿Tiene siempre los mismos bríos?

No pude dejar de responder:

—Oiga, está usted insoportable.

Entonces ella se echó a reír, pero a reír de una forma inmoderada, inconveniente, exasperante.

Es cierto que yo hacía el ridículo, y que debía de tener una pinta muy idiota.

De vez en cuando, entre dos locas crisis de gozo, ella pronunciaba, ahogándose:

—Vamos..., valor..., un poco de energía..., mi..., mi pobre amigo.

Después volvía a reír tan locamente que lanzaba gritos. Al final, me sentí tan nervioso, tan irritado conmigo mismo y con ella, que comprendí que iba a pegarle si no abandonaba aquel lugar.

Salté de la cama, me vestí bruscamente, con rabia, sin decir una palabra.

Ella se había calmado de repente y, comprendiendo que estaba enfadado, preguntó:

—¿Qué hace? ¿Adónde va?

No respondí. Y bajé a la calle. Tenía ganas de matar a alguien, de vengarme, de cometer cualquier locura. Iba sin rumbo, caminando a grandes pasos, y bruscamente se me pasó por la cabeza la idea de entrar en una casa de placer.

¿Quién sabe? Sería una prueba, un experimento, quizá un entrenamiento. ¡Y en cualquier caso sería una venganza! Y si alguna vez mi mujer me engañaba, yo la habría engañado primero.

No vacilé. Conocía una posada de amor no lejos de mi casa, y corrí a ella, y entré como hace la gente que se arroja al agua para ver si sabe aún nadar.

Nadé, y muy bien. Y me quedé allí un buen rato, saboreando esta venganza secreta y refinada. Después me encontré en la calle a esa hora fresca en la que la noche va a acabar. Me sentía ahora tranquilo y seguro de mí, contento, en calma, y dispuesto aún, me parecía, a nuevas proezas.

Entonces regresé a casa con lentitud; y abrí despacito la puerta de mi habitación.

Gabrielle leía, acodada en su almohada. Levantó la cabeza y preguntó, en tono tímido:

—¿Ya está de vuelta? ¿Qué es lo que le ha pasado?

No respondí. Me desvestí con seguridad. Y recuperé, como dueño triunfante, el puesto que había abandonado como un cobarde.

Quedó estupefacta y convencida de que yo había empleado algún secreto misterioso.

Y ahora, venga o no a cuento, habla del método de Roger como hablaría de un infalible procedimiento científico.

Pero, ¡ay!, de esto hace diez años, y hoy la misma prueba no tendría muchas posibilidades de éxito, al menos para mí.

Pero si tienes algún amigo que tema las emociones de una noche de bodas, indícale mi estratagema y asegúrale que, de los veinte a los treinta y cinco, no hay mejor manera de desanudar las agujetas, como diría el señor de Brantôme.<sup>16</sup>

*Gil Blas*, 3 de marzo de 1885

---

<sup>16</sup> "Denouer les aiguillettes" dice Maupassant, aludiendo a la expresión nouer les aiguillettes = atar las agujetas, que se refería desde antiguo a un supuesto maleficio del que resultaba un impedimento para la consumación del matrimonio. Estas agujetas no son, por supuesto, los dolores musculares de hoy, sino las agujetas que recoge ya Covarrubias en el XVII (Tesoro de la Lengua Castellana, pág. 53): "Agu geta. La cinta que tiene dos cabos de metal, que como aguja entra por los agugeros." Las agujetas se empleaban, entre otras cosas, para sujetar las calzas al jubón, y de ahí la locución metafórica "atar las agujetas".

# *El miedo (I)*

---

*La peur*

El tren corría, a todo vapor, en medio de las tinieblas.

Me hallaba solo, frente a un anciano que miraba por la ventanilla. Olía con fuerza a fenol en aquel vagón del P.L.M., procedente sin duda de Marsella<sup>17</sup>.

La noche era sin luna, sin aire, sofocante. No se veían estrellas, y el vapor que despedía el tren nos arrojaba a la cara una cosa caliente, blanda, abrumadora, irrespirable.

Habíamos salido de París hacía tres horas y nos dirigíamos hacia el centro de Francia sin ver nada de las regiones que atravesábamos.

De pronto fue como una aparición fantasmal. Alrededor de una gran hoguera, en un bosque, había dos hombres de pie.

Lo vimos durante un segundo; nos pareció que eran dos miserables harapientos, rojos por la luz resplandeciente del fuego, con sus caras barbudas vueltas hacia nosotros, y a su alrededor, como un decorado de drama, árboles verdes, de un verde claro y brillante, con los troncos heridos por el vivo reflejo de las llamas, por el follaje atravesado, penetrado y mojado por la luz que fluía hasta dentro.

Luego todo se volvió otra vez oscuro.

¡Extraña visión fue aquélla! ¿Qué hacían en aquel bosque aquellos dos vagabundos? ¿Por qué aquella hoguera en medio de una noche asfixiante?

Mi vecino sacó su reloj y me dijo:

—Son las doce de la noche en punto, señor, acabamos de ver algo muy singular.

Me mostré de acuerdo y empezamos a hablar, a suponer qué podrían ser aquellos personajes: ¿malhechores que quemaban pruebas o brujos que preparaban un filtro? No se enciende un fuego como aquel a media noche, en pleno verano, en un bosque, para hervir una sopa. ¿Qué hacían entonces? No pudimos figurarnos nada verosímil.

Y mi vecino empezó a hablar... Era un anciano cuya profesión no conseguí determinar. Un hombre original a buen seguro, muy culto y que tal vez parecía algo trastornado.

Pero ¿sabe alguien quiénes son los sabios y quiénes los locos en esta vida donde la razón debería llamarse a menudo necedad y la locura genio?

Me decía:

—Estoy contento por haberlo visto. Durante unos minutos he sentido una sensación desaparecida.

"¿Qué turbadora debía ser antaño la tierra, cuando era tan misteriosa!

"A medida que se alzan los velos de lo desconocido, se despuebla la imaginación de los hombres. ¿No le parece, señor, que la noche está muy vacía y es de una oscuridad muy vulgar desde que ya no hay apariciones?

"Suele decirse: "Basta de fantasías, basta de creencias extrañas, todo lo inexplicado es explicable. Lo sobrenatural mengua como un lago que desagua un canal; la ciencia hace retroceder, día tras día, los límites de lo maravilloso."

---

<sup>17</sup> Una epidemia de cólera, traída a Toulon por la tripulación de un navío a finales de junio de 1844, y que luego brotó en Marsella, en Arles y en París (en julio), había provocado veintitrés muertos en Toulon, 48 en Marsella y 8 en Arles, dando lugar a reacciones excesivas provocadas por el miedo.

"Pues yo, señor, pertenezco a la vieja raza, a la que le gusta creer. Pertenezco a la vieja raza acostumbrada a no comprender, a no analizar, a no saber, habituada a los misterios circundantes y que rechaza la simple y clara verdad.

"Sí, caballero, han despoblado la imaginación al descubrir lo invisible. Hoy nuestro mundo me parece un mundo abandonado, vacío y desnudo. Han desaparecido las creencias que lo hacían poético.

"Cuando salgo de noche, cuánto me gustaría estremecerme con esa angustia que hace santiguarse a las viejas cuando pasan junto a las tapias de los cementerios, y echar a correr a los últimos supersticiosos ante los vapores extraños de los pantanos y los fantásticos fuegos fatuos! ¡Cuánto me gustaría creer en algo vago y terrorífico que uno imaginaba sentir pasar en la sombra.

"¡Cuán sombría y terrible debía ser en otro tiempo la oscuridad de las noches, cuando estaba llena de seres fabulosos, de desconocidos, de merodeadores malvados cuyas formas no podían adivinarse, cuya aprensión helaba el corazón, cuyo oculto poder superaba los límites de nuestro pensamiento y cuya expectativa era inevitable!

"Al desaparecer lo sobrenatural, el verdadero miedo ha desaparecido de la tierra, porque sólo se tiene miedo realmente de lo que no se comprende. Los peligros visibles pueden conmover, turbar, asustar. ¿Y qué es eso comparado con la convulsión que produce en el alma la idea de que vamos a tropezar con un espectro errante, que vamos a sufrir el abrazo de un muerto, que vamos a ver avanzar hacia nosotros una de esas bestias espantosas que ha inventado el espanto de los hombres? Las tinieblas me parecen luminosas desde que ya no las frecuentan.

"Y la prueba de que es cierto es que si de pronto nos encontráramos solos en este bosque, nos perseguiría la imagen de los dos singulares seres que acaban de aparecérsenos a la luz de su hoguera mucho más que la aprensión de un peligro cualquiera y verdadero."

Y repitió: "Sólo se tiene miedo realmente de lo que no se comprende."

Y de pronto me vino a la memoria un recuerdo, el recuerdo de una historia que nos contó Turgueniev, un domingo, en casa de Gustave Flaubert<sup>18</sup>.

No sé si acaso la escribió en alguna parte.

Nadie ha sabido mejor que el gran novelista ruso trasladar al alma ese estremecimiento de lo desconocido, velado, y, en el claroscuro de un cuento extraño, dejar que se vislumbre todo un mundo de cosas inquietantes, inciertas y amenazadoras.

Él sabe hacer sentir, como nadie, el miedo vago a lo invisible, el miedo a lo desconocido que hay tras la pared, tras la puerta, tras la vida aparente. Con él nos vemos bruscamente atravesados por luces dudosas que sólo iluminan lo suficiente para aumentar nuestra angustia.

A veces parece mostrarnos el significado de coincidencias extrañas, de acercamientos inesperados de circunstancias en apariencia fortuitas, aunque guiadas por una voluntad oculta y taimada. Con él, uno cree sentir el hilo imperceptible que nos guía de forma misteriosa a través de la vida como a través de un sueño nebuloso cuyo sentido sin cesar se nos escapa.

No penetra osadamente en lo sobrenatural, como Edgar Poe o Hoffmann; cuenta historias sencillas a las que sólo se mezcla un no sé qué de vagaroso y turbador.

También nos dijo ese día: "Sólo se tiene realmente miedo de lo que no se comprende."

---

<sup>18</sup> En 1876, Maupassant había conocido a Iván Turgueniev, por quien sentía gran respeto, en casa de Flaubert, a la que el escritor ruso acudió los domingos durante años. Maupassant dedicó a la narrativa y a la personalidad de Turgueniev varios artículos.



Estaba sentado, o más bien hundido en un gran sillón, con los brazos colgando, las piernas estiradas y distendidas, la cabeza totalmente cana, hundido en aquel gran oleaje de barba y de pelos plateados que le daban el aspecto de un Padre eterno o de un Río de Ovidio.

Hablaba despacio, con cierta pereza que prestaba encanto a las frases y cierta vacilación en la lengua, algo pesada, que subrayaba la precisión coloreada de las palabras. Sus ojos claros y muy abiertos reflejaban, como ojos de niño, todas las emociones de su pensamiento.

Éste fue el relato que nos hizo:

Cazaba, en su juventud, en un bosque de Rusia<sup>19</sup>. Había caminado todo el día y, al final de la tarde, llegó a orillas de un riachuelo tranquilo.

Corría bajo los árboles y entre los árboles, lleno de hierbas flotantes, profundo, frío y claro.

Del cazador se apoderó una necesidad imperiosa de arrojar a sus transparentes aguas. Se quitó la ropa y se lanzó a la corriente. Era un joven muy alto y muy fuerte, vigoroso y nadador intrépido.

Se dejaba arrastrar despacio por la corriente, con el ánimo tranquilo, rozado por hierbas y raíces, feliz de sentir contra su carne el contacto ligero de las lianas.

De pronto una mano se posó en su hombro.

Se volvió de una sacudida y vio un ser espantoso que lo miraba ávidamente.

Aquello se parecía a una mujer o a una mona. Tenía una cara enorme, llena de pliegues y gesticulante, que reía. Dos cosas inenarrables, dos tetas sin duda, flotaban delante de ella, y unos cabellos larguísimo, enmarañados, rubios de sol, rodeaban su rostro y flotaban a su espalda.

Turgueniev se sintió dominado por el miedo horroroso, el miedo glacial a las cosas sobrenaturales.

Sin reflexionar, sin pensar, sin comprender, empezó a nadar de forma frenética hacia la orilla. Pero el monstruo nadaba más deprisa y le tocaba el cuello, la espalda y las piernas con pequeñas risitas de alegría. El joven, enloquecido de espanto, alcanzó por fin la orilla y se lanzó a toda velocidad a través del bosque, sin pensar siquiera en recuperar sus ropas y su escopeta.

El ser espantoso le siguió, corriendo tan deprisa como él y gruñendo.

El fugitivo, extenuado y paralizado de terror, estaba a punto de caer cuando acudió un niño que guardaba unas cabras armado de un látigo; empezó a golpear a la horrible bestia humana, que escapó lanzando gritos de dolor. Y Turgueniev la vio desaparecer en el bosque, como si fuese una hembra de gorila.

Era una loca que vivía en aquel bosque hacía más de treinta años de la caridad de los pastores, y que pasaba la mitad de sus días nadando en el río.

El gran escritor ruso añadió: "Nunca en mi vida he tenido tanto miedo, porque no comprendía qué podía ser aquel monstruo."

Mi compañero, a quien conté esta aventura, prosiguió:

—Sí, sólo se tiene miedo de lo que no se comprende. Realmente, sólo se experimenta esa horrible convulsión del alma llamada espanto cuando se mezcla al miedo un poco del terror supersticioso de los siglos pasados. Yo he sentido ese espanto en todo su horror, y por una cosa tan simple y tan tonta que apenas me atrevo a decirlo.

"Viajaba yo por Bretaña completamente solo y a pie. Había recorrido el Finisterre, las landas desoladas y las tierras desnudas en que sólo crece el junco, cerca de las grandes piedras sagradas, de las piedras frecuentadas por apariciones. Había visitado la víspera la siniestra punta del Raz, ese cabo del viejo mundo donde combaten desde la

---

<sup>19</sup> Turgueniev se había dado a conocer en 1852 con un libro titulado "Memorias de un cazador".

eternidad dos océanos: el Atlántico y el mar de la Mancha; mi espíritu estaba invadido por leyendas, por historias leídas o contadas sobre esa tierra de creencias y supersticiones.

"E iba de Penmarch a Pont-l'Abbé, de noche. ¿Conoce Penmarch? Una ría llana, completamente llana, muy baja, más baja que el mar al parecer. Desde cualquier sitio se ve, amenazador y gris, ese mar lleno de escollos babeantes como bestias furiosas.

"Había cenado en una taberna de pescadores y ahora caminaba por una carretera recta, entre dos landas. La oscuridad era muy densa.

"De vez en cuando, una piedra drúidica semejante a un fantasma en pie parecía contemplar mi paso, y poco a poco iba apoderándose de mí una vaga aprensión; ¿de qué? No lo sabía. Hay noches en que uno cree que a su lado pasan rozándole espíritus, en que el alma tiembla sin razón, en que el corazón palpita por el miedo confuso de un no sé qué invisible que yo echo en falta.

"Me parecía larga la carretera, larga e interminablemente vacía.

"No había más ruido que el ronquido de las olas a lo lejos, a mi espalda, y en ocasiones ese ruido monótono y amenazador parecía muy próximo, tan próximo que creía tenerlo a mis talones, corriendo por la llanura con su frente de espuma, y me entraban deseos de escapar, de huir a toda velocidad hacia adelante.

"El viento, un viento a ras de tierra que soplab a ráfagas, hacía silbar los juncos a mi alrededor. Y aunque iba muy deprisa, sentía frío en los brazos y en las piernas: un infame frío de angustia.

"¡Ay, cuánto hubiera deseado encontrarme con alguien!

"Era tan densa la oscuridad que en ese momento apenas si distinguía la carretera.

"Y de súbito oí delante de mí, muy lejos, el fragor de unas ruedas. Pensé: "Bien, un coche." Luego no volví a oír nada.

"Al cabo de un minuto percibí con toda claridad el mismo ruido, más cercano.

"Sin embargo, no veía ninguna luz; pero me dije:

"No tienen linterna. Nada sorprendente en este país de salvajes."

"El ruido volvió a detenerse, luego continuó. Era demasiado débil para que fuese una carreta; además no oía ningún trote de caballo, cosa que me sorprendía porque la noche era tranquila.

"Empecé a pensar: "¿Qué será eso?"

"¡Se acercaba deprisa, muy deprisa! Pero no oía más que una rueda... ningún golpeteo de hierros o de pies... nada. ¿Qué era aquello?"

"Estaba muy cerca, muy cerca; me lancé a una zanja con un movimiento instintivo, y vi pasar a mi lado una carretilla que corría... completamente sola, nadie la empujaba... Sí... una carretilla..., completamente sola..."

"Mi corazón empezó a latir con tanta violencia que me derrumbé en la hierba mientras escuchaba el traqueteo de la rueda que se alejaba, que se iba hacia el mar.

"Y no me atreví ya a levantarme, ni a caminar, ni a hacer ningún movimiento; porque si hubiera vuelto, si me hubiera perseguido, me habría muerto de terror.

"Tardé tiempo en reponerme, mucho tiempo. E hice el resto del camino con tal angustia en el alma que el menor ruido me cortaba el aliento.

"¿Es estúpido, verdad? ¡Pero qué miedo! Cuando más tarde he pensado en este caso, lo he entendido: un niño descalzo empujaba sin duda la carretilla; y yo buscaba la cabeza de un hombre de altura normal.

"¿Lo comprende usted?... Cuando en el alma ya se tiene un escalofrío de lo sobrenatural... una carretilla que corre... completamente sola... ¡Qué miedo!"

Calló un momento y luego agregó:

—Ya lo ve, señor, asistimos a un espectáculo curioso y terrible: ¡esa invasión del cólera!

"Puede oler el fenol con que están emponzoñados estos vagones; y eso quiere decir que el cólera está ahí, en alguna parte.

"Hay que ver Toulon en este momento. Vaya, se huele perfectamente que el cólera está ahí. El cólera. Y no es el miedo a una enfermedad lo que enloquece a la gente. El cólera es otra cosa, es lo invisible, es un azote de antaño, de los tiempos pasados, una especie de Espíritu malhechor que vuelve y que nos deja tan atónitos como espantados porque, al parecer, pertenece a épocas desaparecidas.

"Me dan risa los médicos con su microbio. No es un insecto lo que aterroriza a los hombres hasta el punto de hacerlos tirarse por la ventana; ¡es el cólera, el ser indecible y terrible que viene del fondo de Oriente!

"Cruce usted Toulon, bailan en las calles.

"¿Por qué bailar en estos días de muerte? En el campo, alrededor de la ciudad, están quemando fuegos artificiales; encienden hogueras de alegría; las orquestas tocan melodías alegres en todos los paseos públicos.

"Es que Él está ahí, es que desafían no al Microbio sino al Cólera, y que pretenden dárseles de valientes ante él, como ante un enemigo oculto que acecha. Bailan, ríen, gritan, encienden hogueras y tocan esos valsés por él y para él, para el Espíritu que mata, al que notan presente en todas partes, invisible, amenazador, como uno de esos antiguos genios del mal que conjuraban los sacerdotes bárbaros...

*Le Figaro*, 25 de julio de 1884

## *El miedo (II)*

---

*La peur*

*A J.K. Huysmans*

Volvimos a subir a cubierta después de la cena. Ante nosotros, el Mediterráneo no tenía el más mínimo temblor sobre toda su superficie, a la que una gran luna tranquila daba reflejos. El ancho barco se deslizaba, echando al cielo, que parecía estar sembrado de estrellas, una gran serpiente de humo negro; detrás de nosotros, el agua blanquísima, agitada por el paso rápido del pesado buque, golpeada por la hélice, espumaba, removía tantas claridades que parecía luz de luna burbujeando.

Ahí estábamos, unos seis u ocho, silenciosos, llenos de admiración, la vista vuelta hacia la lejana África, adonde nos dirigíamos. De pronto el comandante, que fumaba un puro en medio de nosotros, retomó la conversación de la cena.

—Sí, aquel día tuve miedo. Mi navío se quedó seis horas con esa roca en el vientre, golpeado por el mar. Afortunadamente, por la tarde nos recogió un barco carbonero inglés que nos había visto.

Entonces un hombre alto con el rostro quemado, de aspecto serio, uno de esos hombres que uno imagina que han cruzado largos países desconocidos, en medio de peligros incesantes, y cuyos ojos tranquilos parecen conservar, en su profundidad, algo de los países extraños que han visto; uno de esos hombres que uno adivina empapado en el valor, habló por primera vez:

—Usted dice, comandante, que tuvo miedo; no le creo en absoluto. Usted se equivoca en la palabra y en la sensación que experimentó. Un hombre enérgico nunca tiene miedo ante un peligro apremiante. Está emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El comandante prosiguió, riéndose:

—¡Caray! Le vuelvo a decir que yo tuve miedo.

Entonces el hombre de tez morena dijo con una voz lenta :

—¡Permítame explicarme! El miedo (y hasta los hombres más intrépidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horroroso del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia. Pero cuando se es valiente, esto no ocurre ni ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas de peligro: ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los fantasmas y se imagina ver un espectro en la noche debe de experimentar el miedo en todo su espantoso horror. Yo adiviné lo que es el miedo en pleno día, hace unos diez años. Lo experimenté, el pasado invierno, una noche de diciembre. Y, sin embargo, he pasado por muchas vicisitudes, muchas aventuras que parecían mortales. He luchado a menudo. Unos ladrones me dieron por muerto. Fui condenado, como sublevado, a la horca en América y arrojado al mar desde la cubierta de un buque frente a la costa de China. Todas las veces creí estar perdido e inmediatamente me resignaba, sin enternecimiento e incluso sin arrepentimientos. Pero el miedo no es eso.

Lo presentí en África. Y, sin embargo, es hijo del Norte; el sol lo disipa como una niebla. Fíjense en esto, señores. Entre los orientales, la visa no vale nada; se resignan en

seguida; las noches están claras y vacías de las sombrías preocupaciones que atormentan los cerebros en los países fríos. En Oriente, donde se puede conocer el pánico, se ignora el miedo. Pues bien, esto es lo que me ocurrió en esa tierra de África:

Atravesaba las grandes dunas al sur de Uargla. Es éste uno de los países más extraños del mundo. Conocerán la arena unida, la arena recta de las interminables playas del Océano. ¡Pues bien! Figúrense al mismísimo Océano convertido en arena en medio de un huracán; imaginen una silenciosa tormenta de inmóviles olas de polvo amarillo. Olas altas como montañas, olas desiguales, diferentes, totalmente levantadas como aluviones desenfrenados, pero más grandes aún, y estriadas como el moaré. Sobre ese mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del sur derrama su llama implacable y directa. Hay que escalar aquellas láminas de ceniza de oro, volver a bajar, escalar de nuevo, escalar sin cesar, sin descanso y sin sombra. Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al bajar la otra vertiente de las sorprendentes colinas.

Íbamos dos amigos seguidos por ocho espahíes y cuatro camellos con sus camelleros. Ya no hablábamos, rendidos por el calor, el cansancio, y resecos de sed como aquel desierto ardiente. De pronto uno de aquellos hombres dio como un grito; todos se detuvieron; permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en aquellas regiones perdidas.

En algún lugar, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; sonaba con claridad, unas veces más vibrante, otras debilitado, deteniéndose, e iniciando de nuevo su redoble fantástico.

Los árabes, espantados, se miraban; uno dijo, en su idioma: "La muerte está sobre nosotros." Y entonces, de pronto, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, se cayó de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

Y durante dos horas, mientras intentaba en vano salvarle, aquel tambor inalcanzable me llenaba el oído con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y sentía deslizarse por mis huesos el miedo, el verdadero miedo, el odioso miedo, frente al cadáver amado, en ese agujero incendiado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos arrojaba, a doscientas leguas de cualquier pueblo francés, el redoble rápido del tambor.

Aquel día entendí lo que era tener miedo; y lo supe aún mejor en otra ocasión...

El comandante interrumpió al narrador:

—Perdone, señor, pero ¿aquel tambor? ¿Qué era?

El viajero contestó:

—No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales, a menudo sorprendidos por ese ruido singular, lo suelen atribuir al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente inflado por las ondulaciones de las dunas, de una lluvia de granos de arena arrastrados por el viento al chocar con una mata de hierbas secas; ya que siempre se ha comprobado que el fenómeno se produce cerca de pequeñas plantas quemadas por el sol, y duras como el pergamino. Aquel tambor no sería más que una especie de espejismo del sonido. Eso es todo. Pero no lo supe hasta más tarde. Sigo con mi segunda emoción.

Ocurrió el invierno pasado, en un bosque del noreste de Francia. El cielo estaba tan oscuro que la noche llegó dos horas antes. Tenía como guía a un campesino que andaba a mi lado, por un pequeñísimo camino, bajo una bóveda de abetos a los que el viento desenfrenado arrancaba aullidos. Entre las copas veía correr nubes desconcertadas, nubes enloquecidas que parecían huir ante un espanto. A veces, bajo una inmensa ráfaga, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido con un gemido de sufrimiento; y me invadía el frío, a pesar de mi paso ligero y mi ropa pesada. Teníamos que cenar y

dormir en la casa de un guardabosque, cuya morada ya no quedaba muy lejos. Iba allí para cazar.

A veces mi guía levantaba los ojos y murmuraba: "¡Qué tiempo tan triste!" Luego me habló de la gente a cuya casa llegábamos. El padre había matado a un cazador furtivo dos años antes y, desde entonces, parecía sombrío, como atormentado por un recuerdo. Sus dos hijos, ya casados, vivían con él.

La noche era profunda. No veía nada delante de mí, ni a mi alrededor, y las ramas de los árboles chocaban entre sí llenando la noche de un incesante rumor. Finalmente vi una luz y en seguida mi compañero llamó a una puerta. Nos contestaron los gritos agudos de unas mujeres. Después una voz de hombre, una voz sofocada, preguntó: "¿Quién es?" Mi guía dio su nombre. Entramos. Fue un cuadro inolvidable.

Un hombre viejo de pelo blanco y mirada loca, con la escopeta cargada en la mano, nos esperaba de pie en mitad de la cocina mientras dos mozarrones, armados con hachas, vigilaban la puerta. Distinguí en los rincones oscuros a dos mujeres arrodilladas, con el rostro escondido contra la pared. Nos presentamos. El viejo volvió a poner su arma contra la pared y mandó que se preparara mi habitación; luego, como las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Verá usted, señor; esta noche, hace dos años, maté a un hombre. El año pasado volvió para buscarme. Le espero otra vez esta noche—. Y añadió con un tono que me hizo sonreír: —Por eso no estamos tranquilos.

Le tranquilicé como pude, feliz por haber venido precisamente aquella noche, y asistir al espectáculo de ese terror supersticioso. Conté varias historias y conseguí tranquilizarles a casi todos.

Cerca del fuego, un viejo perro, bigotudo y casi ciego, uno de esos perros que se parecen a gente que conocemos, dormía el morro entre las patas. Fuera, la tormenta encarnizada azotaba la pequeña casa y, a través de un estrecho cristal, una especie de mirilla situada cerca de la puerta, veía de pronto todo un desbarajuste de árboles empujados violentamente por el viento a la luz de grandes relámpagos.

Notaba perfectamente que, a pesar de mis esfuerzos, un terror profundo se había apoderado de aquella gente, y cada vez que dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban a lo lejos. Cansado de presenciar aquellos temores estúpidos, iba a pedir acostarme, cuando el viejo guarda de pronto saltó de su silla, cogió de nuevo su escopeta, mientras tartamudeaba con una voz enloquecida:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Le oigo!

Las dos mujeres volvieron a caerse de rodillas en los rincones, escondiendo el rostro; y los hijos volvieron a coger sus hachas. Iba a intentar tranquilizarles otra vez, cuando el perro dormido se despertó de pronto y, levantando la cabeza, tendiendo el cuello, mirando hacia el fuego con sus ojos casi apagados, dio uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecerse a los viajeros, de noche, en el campo. Todos los ojos se volvieron hacia él; ahora permanecía inmóvil, tieso sobre las patas, como atormentado por una visión; se echó de nuevo a aullar hacia algo invisible, desconocido, sin duda horroroso, ya que todo el pelo se le ponía de punta. El guarda, lívido, gritó: —¡Lo huele! ¡Lo huele! Estaba ahí cuando lo maté— y las dos mujeres enloquecidas se echaron a gritar con el perro.

A mi pesar, un gran escalofrío me corrió entre los hombros. El ver al animal en aquel lugar, a aquella hora, en medio de aquella gente enloquecida, resultaba espantoso. Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como preso de angustia en un sueño; y el miedo, el espantoso miedo entró en mí; ¿el miedo a qué? ¿Lo sabré yo? Era el miedo, y punto. Permanecíamos inmóviles, lívidos, en espera de un acontecimiento horroroso, aguzando el oído, el corazón latiendo, descompuestos al

menor ruido. Y el perro se puso a dar vueltas alrededor del cuarto, oliendo las paredes y siempre gimiendo. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces el campesino que me había guiado, se abalanzó sobre él, en una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba a un pequeño patio, echó al animal afuera. Éste se calló en seguida, y nos quedamos sumidos en un silencio aún más terrorífico. Y de pronto todos a la par tuvimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared, en el exterior, hacia el bosque; luego pasó junto a la puerta, que pareció palpar, con una mano vacilante; no volvimos a oír nada más durante dos minutos que nos convirtieron en insensatos; luego volvió, siempre rozando la pared; y raspó ligeramente, como lo haría un niño con la uña; y de pronto una cabeza apareció contra el cristal de la mirilla, una cabeza blanca con ojos luminosos como los de una fiera. Y un sonido salió de su boca, un sonido indistinto, un murmullo quejumbroso. Entonces un estruendo formidable estalló en la cocina. El viejo guarda había disparado. Inmediatamente sus hijos se precipitaron, taparon la mirilla levantando la gran mesa que sujetaron con el aparador. Y les juro que al oír el estrépito del disparo que no me esperaba tuve tal angustia en el corazón, el alma y el cuerpo, que me sentí desfallecer y a punto de morir de miedo.

Nos quedamos ahí hasta la aurora, incapaces de movernos, de decir una palabra, crispados en un enloquecimiento inefable. No nos atrevimos a desatracar la salida hasta no ver, por la hendidura de un sobradillo, un fino rayo de día.

Al pie del muro, junto a la puerta, yacía el viejo perro, con el hocico destrozado por una bala. Había salido del patio escarbando un agujero bajo una empalizada.

El hombre de rostro moreno se calló; luego añadió:

—Aquella noche no corrí ningún peligro, pero preferiría volver a vivir todas las horas en las que me enfrenté con los peligros más terribles, antes que el minuto único del disparo sobre la cabeza barbuda de la mirilla.

*Le Gaulois*, 23 de octubre de 1882

# *Un millón*

---

*Un million*

Era el hogar modesto de un empleado. El marido, oficial en un Ministerio, era un estricto cumplidor de sus deberes. Llamado Leopoldo Bonnin. Joven y menudo de cuerpo, se preocupaba de todo lo que tenía importancia. Había sido educado religiosamente, pero desde que la República tendía a la separación de la Iglesia y el Estado, sus creencias fueron debilitándose. Solía decir de forma que le oyesen en los pasillos de su Ministerio: "Yo soy hombre religioso, y si me apuran, muy religioso; pero religioso de Dios, yo no soy clerical." De lo que más se jactaba era de ser un hombre honrado y lo proclamaba golpeándose el pecho con la mano. En efecto, era un hombre honrado, en el sentido más a ras de tierra de la palabra. Llegaba al trabajo con puntualidad, se marchaba a su hora; no mataba el tiempo, y se mostraba siempre muy recto en cuestiones de dinero. Se había casado con la hija de un compañero pobre, pero que tenía una hermana cuya fortuna ascendía a un millón, porque había hecho una boda de amor. Esta mujer no había tenido hijos, lo que constituía su desconsuelo, y la heredera de sus riquezas era, por consiguiente, la sobrina.

Esa herencia constituía la preocupación de la familia. Se cernía sobre la casa, y se cernía también sobre el Ministerio; se sabía que los Bonnin llegarían a entrar en posesión de un millón.

Pero tampoco este matrimonio joven tenía hijos, cosa que no les daba a ellos cuidado, porque vivían tranquilos en su honradez estrecha y sosegada. El cuarto en que vivían era limpio, bien arreglado, silencioso; eran gente tranquila y moderada en todo, y estaban convencidos de que un hijo no haría otra cosa que trastornar su vida, su casa, su tranquilidad.

Ellos no habrían hecho esfuerzo alguno por no tener hijos; pero, ya que el Cielo no se los enviaba, mejor que mejor.

La tía millonaria se desconsolaba viendo su esterilidad, y les daba consejos para remediarla. Ella, en sus tiempos, había recurrido, sin éxito, a un sinfín de recursos que le habían sido revelados por amigas o adivinatoras.

Aunque ya había pasado para ella la edad de procrear, le habían aconsejado otros mil recursos que ella suponía infalibles, aunque, con gran dolor suyo, no podía ponerlos personalmente a prueba; pero se obstinaba en hacérselos conocer a los esposos, repitiéndoles constantemente:

—¿Qué? ¿Habéis probado el remedio que os aconsejé el otro día?

\*\*\*

La tía murió. El matrimonio joven sintió en su corazón una de esas alegrías secretas que se recatan ante sí mismos y ante los demás debajo del luto. La conciencia se viste de negro, mientras el alma se estremece de gozo.

Se les avisó que existía un testamento en casa de determinado notario. Volaron a su despacho as salir de la Iglesia.

La tía, fiel a lo que había sido idea fija de toda su vida, dejaba el millón al primer hijo que tuviesen, quedando la renta del mismo a beneficio de los padres hasta su fallecimiento. Si el joven matrimonio no tenía descendencia antes de tres años, la fortuna sería distribuida entre los pobres.



Marido y mujer quedaron estupefactos, aterrados. El marido cayó enfermo y estuvo ocho días sin aparecer por la oficina. Una vez restablecido, tomó la resolución enérgica de ser padre.

Se obstinó en ello por espacio de seis meses, hasta que se convirtió en sombra de sí mismo. Recordaba todos los remedios que les había indicado la tía, y los ponía en ejecución concienzudamente; pero en vano. Su resolución desesperada le daba una energía artificiosa, y que estuvo a punto de resultarle fatal. Se vio minado por la anemia; se temió la tuberculosis. Consultó a médico y éste le metió el miedo en el cuerpo, obligándole a volver a su apacible vida de antes, a un régimen de vida más apacible aún que el de antes, a un régimen reconstituyente.

En el Ministerio se comentaba el caso alegremente, porque se conocía ya la desilusión del testamento y se hacían chistes en todos los negociados a propósito de la célebre jugarreta del millón. Unos daban a Bonnin consejos irónicos; otros se ofrecían con descaro a cumplir con la cláusula desesperante. Un buen mozo, principalmente, que tenía fama de ser juerguista terrible, y cuyas conquistas eran célebres en todas las oficinas del Ministerio, lo acosaba con alusiones y frases verdes, asegurándole que se comprometía a hacerle ganar la herencia en veinte minutos.

Leopoldo Bonnin se enojó un día, y poniéndose bruscamente en pie, con la pluma en la oreja, le lanzó a la cara este insulto:

—Caballero, es usted un miserable; si no fuese por el respeto que me tengo a mí mismo, le escupiría a la cara.

Se enviaron el uno al otro los testigos, hecho que tuvo en conmoción al Ministerio durante tres días. A todas horas se los veía por los pasillos, comunicándose actas, y cambiando puntos de vista sobre el asunto. Los cuatro delegados convinieron por último, unánimemente, en los términos del acta que habían de redactar, y ésta fue aceptada por los dos interesados, que cruzaron gravemente entre ellos un saludo y un apretón de manos ante el jefe de cada negociado, balbuciendo algunas palabras de excusa.

Durante el mes siguiente, ambos se saludaban con ceremoniosidad rebuscada y con officiosidad. de personas bien educadas, lo mismo que dos adversarios que se han visto frente a frente. Hasta que un día, que se dieron un encontronazo al volver un recodo del pasillo, preguntó el señor Bonnin con un interés lleno de dignidad:

—¿Lo he lastimado, caballero?

El otro le contestó:

—No ha sido nada, caballero.

De allí en adelante, les pareció que era cuestión de buenas formas el cruzar entre sí algunas palabras siempre que se encontraban. Poco a poco fueron tratándose más; simpatizaron, se comprendieron, se tomaron aprecio, pesarosos del concepto erróneo que mutuamente habían tenido, y acabaron siendo amigos inseparables.

Pero la infelicidad había entrado en el hogar de Leopoldo. Su mujer lo acosaba con alusiones desdorosas, lo martirizaba con frases de segunda intención. Y el tiempo pasaba; había transcurrido ya un año desde el fallecimiento de la tía. La herencia parecía perdida.

La señora de Bonnin decía al sentarse a la mesa:

—La cena es pobre; otra cosa sería si fuésemos ricos.

Al salir Leopoldo de casa para la oficina, solía decirle su esposa al darle el bastón:

—Señor chupatintas, si tuviésemos cincuenta mil libras de renta, no necesitarías echar allí los bofes.

Y en los días de lluvia, la señora de Bonnin no dejaba nunca de farfullar cuando tenía que salir:

Si tuviéramos un coche, no tendría yo que enfangarme con semejante tiempo.

En todo momento, con cualquier motivo, parecía estar echando en cara a su marido algún hecho vergonzoso, presentándolo como culpable único, como el responsable de la pérdida de aquella fortuna.

Exasperado el marido, acabó llevándola a que la examinase un médico célebre; después de una larga consulta, declaró éste que no veía nada de anormal; que estos casos ocurrían con bastante frecuencia; que con los cuerpos ocurre lo que con los temperamentos; que habiendo visto tantos matrimonios disueltos por incompatibilidad de carácter, no había que extrañarse de que los hubiese estériles por incompatibilidad física. Esto les costó cuarenta francos.

Pasó otro año; estalló entre los dos esposos la guerra, una guerra incesante, encarnizada, una especie de odio feroz. La señora de Bonnín no dejaba de repetir:

—¿No es una desgracia el perder una fortuna por haberse casado con un imbécil?

Otras veces:

—¡Y pensar que, si hubiese tropezado con otro hombre, tendría hoy cincuenta mil libras de renta!

O si no:

—Hay personas que son un estorbo en la vida. Todo lo echan a perder.

Las cenas, y sobre todo las veladas, llegaron a ser insoportables. No sabiendo ya qué partido tomar, y temiendo una escena horrible en casa, Leopoldo se llevó con él a su amigo, a Federico Morel, el mismo con el que había estado a punto de batirse en duelo. No tardó Morel en ser el amigo de la familia, el consejero atendido por los dos esposos.

Sólo faltaban ya seis meses para que expirase el plazo, transcurrido el cual, el millón iría a parar a los pobres; Leopoldo cambiaba poco a poco de actitud con respecto a su mujer, se hacía agresivo, la agujoneaba con alusiones oscuras, hablaba con misterio de ciertas mujeres de empleados que habían sabido conseguir para sus maridos una brillante posición.

De cuando en cuando, relataba la historia de algún ascenso extraordinario de que algún oficial del Ministerio había sido objeto.

—Ravinot, ese hombrecillo que hace cinco años era supernumerario, acaba de ser nombrado subjefe.

La señora de Bonnín sentenciaba:

—Tú no serías capaz de una cosa así.

Entonces Leopoldo se encogió de hombros:

—Como si Ravinot hubiese hecho algo que no somos capaces de hacer los demás. Lo que tiene él es una mujer inteligente, y nada más. Ella ha sabido ganarse al jefe de negociado, y consigue de él todo cuanto quiere. En la vida es preciso saber arreglarse para no ser burlado por las circunstancias.

¿Qué quería decir exactamente con estas palabras? ¿Qué sentido les dio su mujer? ¿Qué ocurrió? Los dos tenían cada cual su calendario, en el que marcaban los días que los separaban del plazo fatal; a cada semana que pasaba se sentían invadidos por una locura, por una rabia desesperada, por una desatinada furia, y por tal desesperación, que, de haber estado la solución en un crimen, hubieran sido capaces de cometerlo.

Pero he aquí que cierta mañana la señora de Bonnín, que tenía los ojos brillantes y cuyo rostro parecía transfigurado, apoyó sus dos manos en los hombros de su marido, y mirándole hasta el fondo del alma con una mirada fija y alegre, le dijo, muy bajito:

—Creo que estoy encinta.

Le dio al marido un vuelco tan grande el corazón, que estuvo a pique de caer de espaldas; abrazó bruscamente a su mujer, la besó con ardor, la sentó sobre sus rodillas,

volvió a abrazarla como a una niña adorada, y dejándose llevar de la emoción, lloró, sollozó.

Dos meses más tarde, ya no tuvieron duda alguna. La llevó a un médico para que certificase su estado, y este certificado lo llevó al notario en cuyo poder estaba el testamento.

El hombre de leyes declaró que, puesto que el hijo existía, nacido o sin nacer, él se inclinaba ante la realidad, y que mantenía en suspenso la ejecución del testamento hasta el término del embarazo.

Nació un niño, al que llamaron Diosdado, en recuerdo de una costumbre adoptada en las casas reales.

Fueron ricos.

Ahora bien: cierta noche en que el señor Bonnin regresaba a su casa, donde estaba invitado a cenar con ellos su amigo Federico Morel, le dijo la mujer sin darle importancia:

—Acabo de rogar a nuestro amigo Federico que no vuelva a poner los pies en esta casa; ha estado incorrecto conmigo.

El marido, durante un segundo, clavó en ella su mirada; había en sus pupilas una sonrisa de agradecimiento; y abrió sus brazos; la mujer se precipitó en ellos y se dieron un beso muy largo, muy largo, lo mismo que cuando eran dos buenos recién casados, muy tiernos, muy unidos, muy honrados.

¡Y hay que oír hablar a la señora de Bonnin de las mujeres que han pecado por amor y de aquellas otras a las que un arrebató del corazón ha precipitado en el adulterio!

*Gil Blas*, 2 de noviembre de 1882

# *Minué*

---

*Menuet*

—Las grandes desgracias no me impresionan. He visto muy de cerca la guerra y he pasado sin emocionarme por encima de montones de cadáveres —decía Juan Bridelle, un solterón con cara de escéptico—. Las tremendas atrocidades de la naturaleza y de la humanidad pueden arrancarnos gritos de indignación o de espanto, pero no alcanzan a darnos esa punzada en el corazón, ese escalofrío que nos corre por la espina dorsal cuando vemos ciertas escenas pequeñas y tristes.

Para una madre, perder un hijo es la cosa más penosa que le puede ocurrir, como es, para cualquier hombre, la pérdida de su madre. Son desgracias crueles, terribles, que trastornan y desgarran; pero de la misma manera que se cicatrizan las heridas profundas y sangrientas, se cura también el alma que ha sufrido tales catástrofes. Sin embargo, ciertos hechos pequeños, ciertas realidades apenas advertidas, apenas adivinadas, ciertos pesares secretos, ciertas perfidias del destino que remueven en nuestro interior todo un mundo de dolorosos pensamientos, que nos entreabren la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados e incurables, tanto más profundos cuanto menos benignos, tanto más vivos cuanto más fugaces, tanto más persistentes cuanto menos espontáneos, nos dejan en el alma un reguero de tristeza, un regusto de amargura, un sensación de desencanto de la cual nos cuesta mucho desprendernos.

En este momento recuerdo dos o tres hechos en los que quizás otros no habrían reparado, pero que se metieron en mí como punzadas hondas e incurables.

Les parecerá a ustedes incomprensibles la emoción que me han dejado esas fugaces impresiones. Voy a relatarles solamente una, que data de antiguo, pero que sigue tan palpitante como si fuese de ayer. Es posible que el enternecimiento que me produce sea obra por completo de mi imaginación.

Hoy tengo cincuenta años. Entonces era un muchacho estudiante de derecho.

Yo era un joven algo triste y soñador, impregnado de una filosofía melancólica. En ese momento no me gustaban los cafés bulliciosos ni los compañeros alborotadores ni las muchachas livianas. Madrugaba, y uno de mis placeres favoritos era el de pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por los viveros de árboles del Luxemburgo.

Ustedes no han conocido esos viveros, ¿no es así? Eran como un jardín olvidado del último siglo, un parque bonito como una dulce sonrisa de anciana. Tupidos setos dividían las avenidas angostas y rectas, eran avenidas tranquilas, resguardadas por dos muros de follaje, recortados con exactitud geométrica. Las grandes tijeras del jardinero no cesaban de trabajar igualando aquellos verdes muros; de trecho en trecho había terrazas de flores festoneadas de minúsculos arbolitos, alineados como colegiales de paseo, grupos de rosales magníficos y grandes plantaciones de árboles frutales.

Un lugar preferencial de aquel parque cautivador estaba reservado a las abejas. Sus colmenas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablones, abrían al sol sus puertas, del tamaño del hueco de un dedal; y por donde quiera que caminase, zumbaban los insectos de oro, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, auténticos paseantes de aquellas avenidas que parecían pasillos. Allí pasaba yo casi todas las mañanas. Me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba el libro sobre mis rodillas para soñar, para escuchar en torno mío la palpitación de la vida de París y gozar del sosiego infinito de aquel parque del siglo pasado.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que yo no era el único visitante habitual que aparecía en aquel sitio desde que se abrían las puertas; y más de una vez, al doblar un matorral, me encontré cara a cara con un viejecito curioso. Usaba zapatos con hebillas de plata, pantalones con portañuelas, levita color tabaco de España, una puntilla por corbata y un inverosímil sombrero gris de anchas alas, de la época del diluvio.

Era seco, muy seco, anguloso, sonriente y algo amanerado. Sus ojos, llenos de viveza, parecían palpar y estremecerse debido a que sus párpados se abrían y se cerraban constantemente. Se apoyaba en un magnífico bastón con puño de oro que sería, seguramente, algún antiguo recuerdo.

En un principio aquel extraño viejecito despertó mi asombro, pero acabó interesándome de una manera extraordinaria. Lo espiaba a través de aquellos muros de hojas, lo seguía de lejos y me detenía en los recovecos de los bosquecillos para que no me viese.

Hasta que una mañana, creyéndose completamente solo, se puso a hacer unos movimientos sorprendentes: dio primero unos saltitos e hizo enseguida una reverencia; sus frágiles piernas trenzaron luego una cabriola, con bastante soltura, y a continuación empezó a girar sobre sí mismo, dando saltos y moviéndose con viveza, de una manera especial, sonriendo como si estuviera ante un público, haciendo venias, entrelazando sus brazos, contorsionando su cuerpo de muñeco, repartiendo en aquella soledad leves inclinaciones de cabeza, enternedoras y ridículas. ¡Bailaba!

Quedé suspendido por el asombro, pensando si estaría loco él o sería yo el que veía visiones.

Abruptamente la danza terminó y el viejecito se adelantó como un actor en un escenario, se inclinó y, retrocediendo graciosamente, empezó a lanzar sonrisas y besos, los que enviaba con mano trémula a las hileras de árboles recortados. A continuación reanudó con mucha seriedad su paseo.

Desde aquel día no lo perdí de vista; todas las mañanas repetía la inverosímil escena.

Me entraron unas ganas locas de conversar con él. Me arriesgué y, después de saludarlo, le dije:

—Hace un hermoso día, señor.

Me hizo una reverencia.

—Así es, caballero, parece un día de otros tiempos.

A la semana éramos grandes amigos y me enteré de su vida. Había sido maestro de baile en el teatro de la Ópera durante el reinado de Luis XV. Su hermoso bastón le había sido regalado por el Conde de Clermont. Cuando llegábamos al tema de la danza no dejaba de hablar.

Un día me confidenció que se había casado con la Castris, quien hacía su aparición en las tardes.

—Este jardín —me decía— es nuestra delicia y nuestra vida. No nos queda ya más de aquellos tiempos. Si nos lo quitasen, creo que no podríamos seguir viviendo. Tiene abolengo y distinción, ¿no le parece? Me hace el efecto de que aquí respiro la misma atmósfera de mi juventud. En él pasamos mi mujer y yo todas las tardes; pero yo soy madrugador y vengo desde la mañana.

Apenas terminé de comer volví al Luxemburgo y tropecé muy pronto con mi amigo, quien llevaba del brazo a una viejecita menuda, vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la famosa bailarina, amada de príncipes, amada del rey, amada por todo un siglo que dejó tras de sí un aroma de amor galante. Nos sentamos en un banco. Corría el mes de mayo. Por el follaje de las avenidas perfumadas por el aroma

de las flores se deslizaba un sol benigno que derramaba sobre nosotros una débil luz. El vestido de la Castris parecía humedecido por gotitas luminosas.

El jardín estaba solitario; a lo lejos se oía un sonido de carruajes. Entonces le pregunté al anciano bailarín:

—¿Querría usted darme una idea de lo que era el minué?

Se estremeció.

—El minué, caballero, es la reina de las danzas, y la danza de las reinas. ¿Me comprende usted? Al desaparecer los reyes, desapareció con ellos el minué.

Comenzó un elogio ditirámico, hecho en un lenguaje pomposo, sobre el estilo y las figuras y otros detalles, de lo cual no llegué a entender nada. Le pedí que me describiese los pasos, los movimientos, las posturas. Se confundió entero y, al ver su impotencia, se puso nervioso y preocupado. Pero de pronto se volvió a su antigua compañera, que permanecía seria y silenciosa, y le dijo:

—Elisa, ¿serías tan gentil de ayudarme a mostrarle a este señor lo que era el minué?

Miró ella a todos lados con ojos inquietos y después, sin decir palabra, fue a situarse frente a frente al bailarín.

Lo que vi entonces no lo olvidaré jamás.

Ambos iban y venían haciendo delicados gestos infantiles, se dirigían sonrisas, se deslizaban, se inclinaban, daban brinquitos como dos viejas muñecas movidas por un artificio mecánico de otros tiempos, algo forzado, obra de un obrero muy hábil para su época, pero que hoy aparecía algo obsoleto. Yo contemplaba en silencio, con el corazón turbado por sensaciones extraordinarias, sintiendo una indecible melancolía. Creía encontrarme ante una visión lamentable y cómica, ante el remedo anticuado de otra época. Me entraban ganas de reír y sentía necesidad de llorar.

Se detuvieron de improviso; habían terminado las figuras del baile. Durante unos segundos permanecieron en pie, cara a cara, haciendo los más extraños ademanes; después se besaron entre sollozos.

A los pocos días tuve que salir de París. No volví a verlos. A mi regreso, dos años más tarde, habían deshecho los viveros. ¿Qué habrá sido de aquella pareja sin su amado jardín de otros tiempos, con sus paseos dispuestos en forma de laberinto, con su aroma del pasado y las graciosas curvas de sus glorietas? ¿Habrán muerto ya? ¿Andarán errantes, almas en pena, como en país extraño, por las calles modernas? ¿Bailan tal vez, como espectros grotescos, un fantástico minué entre cipreses de un cementerio, al claro de luna, por sendas bordeadas de tumbas?

El recuerdo suyo me persigue, me obsiona, me tortura; ha quedado dentro de mí como una herida sin cicatrizar. ¿Por qué? Lo ignoro.

Y ustedes creerán seguramente que estos persistentes recuerdos no son más que una gran tontería.

*Le Gaulois*, 20 de noviembre de 1882

# *Miseria humana*

---

*Misère humaine*

Jean d'Espars se animaba:

—Déjenme en paz con esa tonta felicidad, esa dicha de imbéciles que satisface una simpleza cada vez más vulgar, un vaso de viejo vino o el roce de una hembra. Yo les digo, yo, que la miseria humana me destroza, que la veo por todas partes, con ojos agudos, que la encuentro donde ustedes no perciben nada, ustedes, que van por la calle con el pensamiento en la fiesta de esta tarde o en la fiesta de mañana.

Miren, el otro día, avenida de la Ópera, en el medio de un público bullicioso y jovial que el sol de mayo embriagaba, vi pasar de repente a un ser, un ser innumerable, una vieja curvada en dos, vestida de andrajos que fueron vestidos, cubierta con un sombrero de paja negro, completamente despojada de sus viejos ornamentos, cintas y flores desaparecidas desde tiempos indefinidos. Y ella iba arrastrando sus pies tan penosamente, que yo sentía en el corazón, tanto como ella misma, más que ella misma, el dolor de todos sus pasos. Dos bastones la sostenían. ¡Ella pasaba sin ver a nadie, indiferente a todo, al ruido, a la gente, a los coches, al sol! ¿A dónde iba? ¿Hacia qué cuchitril? Llevaba algo envuelto en un papel, que colgaba del extremo de una cuerda. ¿Qué? ¿Pan? Sí, sin duda. Nadie, ningún vecino hubiera querido hacer por ella este recorrido que ella había emprendido, ella, este viaje horrible, de su buhardilla al panadero. Dos horas de camino, al menos, para ir y venir. ¡Y qué camino doloroso! ¡Un calvario más terrible que el de Cristo!

Levanté los ojos hacia los techos de las casas inmensas. ¡Ella iba allá arriba! ¿Cuándo llegaría allí? ¿Cuántos descansos jadeantes sobre los peldaños, a lo largo de la pequeña escalera negra y tortuosa?

¡Todo el mundo se volvía para mirarla! Murmuraban: “Pobre mujer”, ¡después seguían! Su falda, su harapo de falda, la arrastraba sobre la acera, apenas unida a su vestigio de cuerpo. ¡Y había un pensamiento allá dentro! ¿Un pensamiento? No, ¡pero sí un sufrimiento espantoso, incesante, agobiante! ¡Oh! La miseria de los viejos sin pan, de los viejos sin esperanza, sin niños, sin dinero, sin ninguna otra cosa que la muerte delante de ellos, ¿piensan ustedes en eso? ¿Piensan en los ancianos ansiosos de las buhardillas? ¡piensan en las lágrimas de esos ojos apagados, que fueron brillantes, emotivos y joviales, en otro tiempo?

Se había callado algunos segundos; después continuó:

—Toda mi “alegría de vivir”, para servirme de la palabra de uno de los más poderosos y más profundos novelistas de nuestro país, Emile Zola, que ha visto, comprendido y contado como nada la miseria de los ínfimos, toda mi alegría de vivir ha desaparecido, se ha desvanecido de repente, hace tres años en otoño, un día de caza, en Normandía.

Llovía, iba solo, por la llanura, por los grandes labrados de barro fértil que se deshacían y resbalaban bajo mi pie. De vez en cuando una perdiz sorprendida, acurrucada contra un montículo de tierra, levantaba vuelo pesadamente bajo el diluvio. Mi disparo, apagado por la cortina de agua que caía del cielo, restallaba apenas como un latigazo, y la bestia gris se desplomaba con sangre sobre sus plumas.

Yo me sentía triste hasta el punto de llorar, de llorar como las nubes que lloraban sobre el mundo y sobre mí, empapado de tristeza hasta el corazón, abrumado de

cansancio hasta ya ni levantar mis piernas embadurnadas de arcilla.; e iba a volver cuando observé en el medio de los campos el cabriolet del médico que seguía un atajo.

El coche negro y bajo, cubierto de su capota redonda y tirado por un caballo pardo, pasaba como un presagio de muerte errante en la campiña en ese día siniestro. De repente, se paró; la cabeza del médico se asomó y gritó:

—¡Eh! ¿Señor d'Espars?

Fui hacia él. Me dijo:

—¿Le tiene usted miedo a las enfermedades?

—No.

—¿Quiere usted ayudarme a asistir a una diftérica? Estoy solo, y sería necesario sujetarla mientras le arranco las infectas membranas de su garganta.

—Voy con usted —le dije. Y subí a su coche.

Él me contó esto:

La angina, la horrible angina que ahoga a los hombres desdichados, había penetrado en la granja de los Martinet, ¡unas pobres gentes!

El padre y el hijo habían muerto a comienzos de semana. La madre y la hija se morían ahora también.

Una vecina que las cuidaba, sintiéndose también indispuesta de repente, había huido la misma víspera, dejando la puerta abierta y las dos enfermas abandonadas sobre sus camastros de paja, sin nada que beber, solas, solas, jadeando, extenuadas, agonizantes, ¡solas desde hace veinticuatro horas!

El médico acababa de limpiar la garganta de la madre, y la había hecho beber; pero la niña, enloquecida por el dolor y por la angustia de los sofocos, había hundido y escondido su cabeza en su colchón sin consentir dejarse tocar.

El médico, acostumbrado a estas miserias, repetía con voz triste y resignada:

—No puedo, a pesar de todo, pasar mis jornadas en casa de mis enfermos. ¡Cristo! Esas oprimen el corazón. Cuando pienso que han quedado veinticuatro horas sin beber.

El viento soplaba la lluvia hacia sus lechos. Todas las gallinas se habían puesto al abrigo en la chimenea. Llegamos a la granja. Ató su caballo a la rama de un manzano delante de la puerta; y entramos.

Un fuerte olor a enfermedad y humedad, fiebre y moho, hospital y cueva, nos impregnó la garganta. Hacía frío, un frío de ciénaga en esta casa sin fuego, sin vida, gris y siniestra. El reloj estaba parado; la lluvia caía por la gran chimenea cuyas cenizas habían sido esparcidas por las gallinas y se oía en una esquina sombría un ruido de fuelle ronco y rápido. Era la niña que respiraba.

La madre, tendida en una especie de caja grande de madera, la cama de los campesinos, y escondida por viejos cobertores y viejos trapos, parecía tranquila. Giró un poco la cabeza hacia nosotros.

El médico le preguntó:

—¿Tiene usted una vela?

Ella respondió con una voz baja, fatigada:

—En el aparador.

Él cogió la luz y la llevó al fondo de la habitación, hacia la litera de la niña.

Jadeaba, las mejillas hundidas, los ojos brillantes, los cabellos enredados. ¡Horroroso!. En su cuello delgado y tirante, profundos huecos se formaban con cada respiración. Estirada sobre su espalda, agarraba con las dos manos los andrajos que la cubrían; y, tan pronto como nos vio, giró su cara para esconderse en el colchón.

La agarré por los hombros y el doctor, forzándola a mostrar la garganta, arrancó de ella una enorme piel blanquecina, que me pareció seca como el cuero.



Respiró mejor al momento, y bebió un poco de agua. La madre, apoyada en un codo, nos miraba. Balbuceó:

—¿Ya está?

—Sí, está.

—¿Vamos a quedar solas?

Un miedo, un miedo horrible hacía temblar su voz, miedo de este aislamiento, de este abandono, de las tinieblas y de la muerte que ella sentía tan próxima.

Yo respondí:

—No, mi valiente señora. Yo esperaré a que el señor Pavillon les haya enviado al guardia.

Y girándome hacia el doctor:

—Envíele a la madre Maudit. Yo la pagaré.

—Perfecto. La envío en seguida.

Me apretó la mano, salió y yo oí su cabriolet que se iba por la carretera húmeda.

Me quedé solo con las dos moribundas.

Mi perro Paf se había acostado delante de la chimenea negra, y me hizo pensar que un poco de fuego sería beneficioso para todos nosotros. Volví a salir, pues, para buscar madera y paja; y pronto un gran fuego iluminó hasta el fondo de la habitación la cama de la pequeña que comenzaba a jadear.

Y me senté, extendiendo mis piernas hacia el hogar.

La lluvia batía contra los cristales; el viento sacudía el techo; yo escuchaba el aliento corto, áspero, silbante de las dos mujeres, y el aliento de mi perro que suspiraba de placer, circulando delante del fuego vivo.

¡La vida! ¡La vida! ¿Qué era más que esto? ¡Estas dos miserables que habían siempre dormido sobre paja, comido pan negro, trabajado como dos animales, sufrido todas las miserias de la tierra, iban a morir! ¿Qué habían hecho? El padre estaba muerto, el hijo estaba muerto. Estos pordioseros, sin embargo, pasaban por buena gente que eran queridos y estimados, ¡gentes sencillas y honestas!

¡Yo observaba cómo se ahumaban mis botas y dormía mi perro, y en mí entró una alegría desconocida, profunda y orgullosa, al comparar mi suerte con la de estos esclavos!

La niña volvió a agonizar y de repente su respiración ronca se me hizo intolerable; me desgarraba como una sierra mordiendo mi corazón con cada jadeo.

Fui hacia ella:

—¿Quieres beber? —le dije.

Ella movió la cabeza para decir que sí, y le vertí en la boca un poco de agua que no tragó.

La madre, más calmada, se había girado para mirar a su niña; y he aquí que de repente un miedo me rozó, un miedo siniestro que me resbaló sobre la piel como el contacto de un monstruo invisible. ¿Dónde estaba yo? ¡Ya no lo sabía! ¿Soñaba? ¿Qué pesadilla me había embargado?

¿Era verdad que ocurrían cosas semejantes? ¿Qué se moría así? Y miraba en las esquinas sombrías de la choza como si hubiera esperado ver, acurrucado en un ángulo oscuro, una forma horrible, innombrable, espantosa. La que acecha la vida de los hombres y los mata, los carcome, los destruye, los ahoga; la que ama la sangre roja, los ojos encendidos por la fiebre, las arrugas y las marchiteces, los cabellos blancos y las descomposiciones.

El fuego se extinguía. Eché de nuevo leña y me calenté la espalda, dado que tenía frío en los riñones.

¡Al menos yo esperaba morir en una buena habitación, yo, con médicos alrededor de mi cama, y medicamentos sobre las mesas!

¡Y estas mujeres habían quedado solas veinticuatro horas en esta cabaña sin fuego, con sólo agua para beber, y agonizando sobre la paja...!

De repente escuché el trote de un caballo y el circular de un coche; la guardia entró, tranquila, contenta de haber encontrado trabajo, sin asombrarse delante de aquella miseria.

Le dejé algún dinero y me largué con mi perro; me escapé como un malhechor, corriendo bajo la lluvia, creyendo oír siempre los silbidos de las dos gargantas, corriendo hacia mi casa caliente donde me esperaban mis criadas preparándome una buena cena.

*Gil Blas*, 8 de junio de 1886

# *Miss Harriet*

---

*Miss Harriet*

Éramos siete en el coche: cuatro mujeres y tres hombres; uno iba en el pescante, junto al cochero; los caballos ganaban al paso la empinada pendiente sobre la cual serpenteaba el camino.

Habiendo salido de Etrétat muy temprano para ir a ver las minas de Tancarville, nos desperezábamos aún, estremecidos, respirando el aire fresco de la mañana. Sobre todo las mujeres, poco acostumbradas a los madrugones de los cazadores, cerraban a cada punto sus párpados, cabeceando y bostezando, insensibles a la emoción del amanecer.

Era otoño. A uno y otro lado del camino se extendían los rastrojos, mostrando los tallos del trigo y de la avena segados, como una barba mal afeitada. La bruma, baja, parecía humo desprendido de la tierra. Las alondras piaban revoloteando y otros pajarillos cantaban ocultos entre los matorrales.

Al fin el sol apareció en el horizonte, rojo al principio, y a medida que ascendía, más claro de minuto en minuto; la campiña parecía despertarse y sonreía, sacudiéndose y quitándose la camisa de vapores blancos.

El conde de Etraille, sentado en el pescante, gritó:

—¡Ahí va una liebre!

Y extendió el brazo hacia la izquierda, señalando a un campo de trébol. El animal se deslizaba, casi oculto por el verde, mostrando sólo sus grandes orejas; luego atravesó una tierra labrada, se detuvo, emprendió nuevamente su rápida marcha, cambió de rumbo, se paró otra vez, inquieto; observaba los peligros, indeciso acerca del camino que debía tomar; al fin se lanzó a correr, desesperado, y desapareció en un ancho campo do remolachas. Todos los hombres se animaron viendo la carrera loca del animalito.

René Lemanoir exclamó:

—No pecamos de galante por la mañana.

Y contemplando a su vecina la baronesita de Serennes, que luchaba contra el sueño, le dijo a media voz:

—No se preocupe de su marido, baronesa. Tranquilícese; no vuelve hasta el sábado. Aún le quedan a usted cuatro días.

Ella respondió, esforzándose para sonreír:

—¡Qué tonto es usted!

Y sacudiendo la modorra prosiguió:

—Cuente usted algo para entretenernos. O usted, Chenal, a quien se atribuyen más conquistas venturosas que al duque de Richelieu, cuéntenos una historia de amor, algo que le haya sucedido, lo que guste.

Leon Chenal, un pintor viejo, que había sido buen mozo, guapetón, fuerte, orgulloso de su figura y muy favorecido por las mujeres, acariciándose la barba luenga y canosa, y sonriendo, reflexionó algunos instantes; de pronto dijo seriamente:

—No es una historia divertida; voy a referir el más lamentable amor de mi juventud. Y no deseo a mis amigos que inspiren jamás otro semejante.

## I

Tenía yo entonces veinticinco años y andaba pintando por las costas normandas; vagabundo, con los trabajos al hombro, de mesón en mesón. Esa vida errante a través de la Naturaleza es lo más delicioso que puede gozarse. Libre, sin trabas de ninguna

especie, sin cuidados y sin preocupaciones, sin pensar siquiera en el mañana. Se toma el camino que parece más agradable, sin más guía que la imaginación, sin más consejero que el encanto de los ojos. Nos detiene un arroyo que seduce con su frescura, o el olor de papas fritas en la puerta de una posada. Tal vez un perfume de clemátida o la mirada inocente de una moza, deciden nuestro rumbo. No desprecien tan rústicas ternezas. Las mujeres del campo también tienen corazón, alma y sentidos, mejillas rosadas y frescos labios, cuyos besos resultan sabrosos como fruta silvestre. Venga de donde venga, el amor siempre nos encanta. Un corazón que palpita cuando nos presentamos, unos ojos que lloran cuando nos despedimos, son cosas tan agradables, tan dulces, tan preciosas, que nunca deben despreciarse.

Conocí las citas en sotillos cuajados de violetas, detrás del establo donde duermen las vacas y sobre los pajares que aún conservaban el calor del sol. Guardo recuerdos muy dulces de telas bastas que cubrían carnes duras, de inocentes y brutales caricias, más delicadas y sinceras que los placeres estudiados, ofrecidos por mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que más agrada en esas divagaciones al azar es el campo. El amanecer, el bosque, los crepúsculos y las noches de luna, son para los pintores como un viaje de novios con la Naturaleza, sólo con ella, en largas y silenciosas entrevistas. Así, tumbado entre margaritas y amapolas mientras el sol baña la tierra, se descubre un caserío y en el saliente campanario resuena el toque de oración.

Se descansa junto a un manantial que brota al pie de una encina, entre hierbas delgadas, altas, relucientes, fecundas. Arrodillado, inclinándose, se bebe agua fresca y cristalina que moja el bigote y la nariz, se bebe con ansia, como besando a la fuente labio a labio. A veces, cuando se descubre un hoyo en esos arroyuelos, el cuerpo desnudo se baña, sintiendo sobre la piel, desde la cabeza hasta los pies, como una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

Se alegra el alma en las cumbres y languidece con melancolía junto a los estanques; se exalta cuando se sumerge el sol en un océano de nubes rojizas, lanzando sobre las aguas reflejos de sangre. Y de noche, bajo la luna, se sueñan mil cosas que no asaltarían la imaginación en pleno día.

Así, vagando por esta misma tierra, llegué una vez a Benoiville, un pueblecillo situado entre Yport y Etretat. Había salido de Fécamp siguiendo la costa, la costa rocosa y lisa como una muralla, con salientes sobre el mar. Anduve toda la mañana sobre el césped fino y suave como una alfombra, que junto al abismo crece oreado por los aires marinos. Y cantando alegremente, ya contemplaba el majestuoso y lento vuelo de una gaviota, cuyas alas blancas destacaban en el cielo azul, ya la vela oscura de una barca de pesca, dibujándose sobre la superficie verde del mar; pasé un día feliz, despreocupado y libre.

Me dieron razón de una casa de labranza donde admitían huéspedes, especie de posada regida por una campesina, en medio de un corralón normando rodeado por una doble fila de hayas.

Abandonando la costa me acerqué al caserío, casi oculto entre los árboles, y me presenté en casa de la señora Lecacheur.

Era una vieja campesina, arrugada, ceñuda, que parecía recibir a los huéspedes contra su gusto, con una especie de desconfianza.

Corría el mes de mayo; los manzanos floridos cubrían el corral con sus perfumadas copas, derramando sus pétalos rosados en continua lluvia, cayendo sobre la hierba.

Pregunté al llegar:

—Dígame, señora Lecacheur, ¿tiene usted habitación para mí?

Asombrada al oírme llamarla por su nombre, como si la conociese, me respondió:

—Según sea; lo tengo todo alquilado. Pero, sin embargo, podremos verlo.

En cinco minutos nos convinimos y dejé mi saco en el suelo terroso de una habitación rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y un lavabo. Comunicaba con la cocina, grande, ahumada, donde los huéspedes, cuando los había, comían con los jornaleros de la casa y con la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja estaba asando un pollo en el hogar donde colgaba la cadena cubierta de hollín.

—¿Tienen forasteros ahora? —pregunté. Y me respondió con displicencia:

—Tengo una señora, una inglesa de "cierta edad"; ocupa el otro cuarto.

Conseguí, pagando veinticinco céntimos de aumento, que me dejaran comer solo en el patio, los días buenos.

Me sirvieron el cubierto junto a la puerta y empecé a destrozar con los dientes la carne flaca del pollo normando, bebiendo sidra clara, comiendo pan duro, pero excelente.

De pronto el portillo de madera que daba al camino se abrió y una extraña figura se dirigió hacia la casa. Era muy delgada, muy alta, envolviéndose de tal modo en un chal escocés a cuadros rojos, que se la hubiera creído privada de brazos, al no asomar una larga mano a la altura del muslo, sosteniendo una sombrilla blanca. Su rostro de momia, rodeado por bucles de cabello gris que oscilaban a cada paso, se me apareció como un arenque de cuba que se hubiese adornado con rizos. Pasó delante de mí de prisa y bajando los ojos; luego desapareció en el interior de la casa.

Aquella singular figura me hizo gracia; era seguramente mi vecina, la inglesa de "cierta edad" de quien me hablaba la patrona.

No volví a verla en todo el día. Al siguiente, habiéndome acomodado para pintar en el fondo del hermoso valle que todos ustedes conocen y que se prolonga hasta Etrotat, descubrí, levantando los ojos, algo singular, erguido sobre una cresta del collado; parecía un mástil empavesado. Era ella. Viéndome, desapareció.

Volví a la casa a medio día y me senté a almorzar en la mesa de la cocina para entablar amistades con aquella figura original. Pero no contestó a mis cumplidos, insensible a mis atenciones. Le llené la copa de agua, ofreciéndole los platos para que se sirviera. Con una suave inclinación de cabeza, casi imperceptible, y una palabra inglesa pronunciada tan bajo que no la entendí, quedé contestado.

No volví a ocuparme de ella, pero seguía pensando en ella.

A los tres días la señora Lecacheur me había contado cuanto sabía de la inglesa.

Se llamaba miss Harriet. Buscando un oculto caserío para pasar el verano, se había detenido en Bonouville mes y medio antes que yo, y no parecía dispuesta a marcharse. No hablaba nunca en la mesa, comía de prisa y leyendo algún libro de propaganda protestante; regalaba muchos libritos de esos a todo el mundo. Hasta el señor cura había recibido cuatro por conducto de un muchacho, al cual daba la inglesa diez céntimos por cada recado. Algunas veces decía a la patrona de pronto, sin que nada preparase esta declaración: "Amo a Dios sobre todas las cosas; lo admiro en todas sus obras, lo adoro en toda la Naturaleza y lo llevo siempre en mi corazón." Y dicho esto entregaba a la campesina, sorprendida, un librito de los destinados a convertir al universo.

En el pueblo no la estimaban. Habiéndola clasificado el maestro de atea, pesaba sobre la inglesa un desprecio general. El cura, consultado por la señora Lecacheur, respondía:

—Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador; y yo la juzgo persona de una moralidad perfecta.

Estas palabras "atea", "hereje", cuyo significado preciso no se conocía en el pueblo, llenaban de dudas las almas sencillas de los campesinos. Además aseguraban que la

inglesa era rica y que había pasado toda su vida recorriendo el mundo, porque su familia la echó de su casa. ¿Por qué su familia la echó de su casa? Por su impiedad, naturalmente.

Era, en verdad, una exaltada por los principios, una puritana obstinada, como sólo en Inglaterra se producen; una de esas bondadosas e insoportables solteronas que frecuentan las fondas y posadas de toda Europa, deslucen Italia, envenenan Suiza, hacen imposibles las más hermosas ciudades del Mediterráneo, llevan a todas partes sus estrambóticas manías: sus costumbres de vestales petrificadas, sus tocados indescriptibles y un cierto olor a caucho, como si de noche las encerraran en un estuche.

Cuando tropezaba en un hotel con una de esas mujeres, yo huía como los pájaros que ven un espantajo en un sembrado.

Aquella, sin embargo, me parecía tan singular que no me disgustaba.

La Señora Lecacheur, hostil por instinto a todo lo que no era campesino, sentía en su alma limitada una especie de odio hacia las maneras estáticas de la solterona. Y había encontrado una expresión para calificarla, una expresión despreciativa seguramente, que asomó no sé cómo a sus labios, provocada por no sé qué misterioso esfuerzo de su inteligencia. La llamaba la endemoniada. Y esta expresión, refiriéndose a la mujer austera y sentimental, me parecía irresistiblemente irónica. Yo tampoco la llamaba más que la "endemoniada", sintiendo cierta delicia cuando al verla pronunciaba en alta voz el apodo.

Pregunté a la señora Lecacheur:

—¿Qué hace hoy nuestra endemoniada?

—Y la campesina me respondió indignadísima:

—¿Creerá usted que ha recogido un sapo, al cual había pisado una pata, que lo ha llevado a su habitación y que lo ha dejado en su jofaina, poniéndole una venda como a una persona herida? ¡Qué profanación!

Otra vez, paseando por la costa, había comprado un hermoso pez que acababan de pescar, sin más objeto que devolverlo nuevamente al agua, y el marinero, aún cuando cobró espléndidamente, la llenó de improperios y de insultos, más exasperado que si la pobre mujer le hubiese robado el dinero del bolsillo. Al cabo de un mes, aún no podía recordar aquello sin enfurecerse y sin disparatar, vomitando ultrajes. ¡Oh! Sí; era seguramente una endemoniada miss Harriet; la señora Lecacheur había estado verdaderamente inspirada cuando la bautizó así.

El mozo de cuadra, al que llamaban Zapador porque había servido en el ejército de África, abrigaba otras opiniones. Decía con intención maliciosa:

—Es una vieja que ha hecho de las suyas.

¡Si la pobre solterona lo hubiera sabido!

La criada Celestina le servía siempre a disgusto, sin que yo acertase a comprender por qué. Acaso únicamente porque miss Harriet era extranjera, de otra raza, de otra lengua, de otra religión. ¡Era positivamente una endemoniada!

Todo el día vagaba por el campo, tratando de adorar a Dios en la Naturaleza. Yo la encontré una tarde arrodillada sobre un zarzal. Distinguiendo algo rojo entre las hojas, aparté unas ramas, y miss Harriet se levantó avergonzada de que la hubiera descubierto, fijando en mí sus ojos asustados, como los de un búho sorprendido en pleno día.

Algunas veces, cuando yo trabajaba en las rocas, la veía de pronto en la costa, semejante a una señal del semáforo, contemplando el ancho mar dorado por la luz, y el inmenso cielo encendido como una hoguera. A veces la descubría en lo más hondo de una cañada, caminando muy de prisa, con su paso elástico de inglesa, y me acercaba entonces a ella, movido no sé por qué curiosidad, sólo para ver su rostro iluminado, su rostro seco, indescriptible, bañado en un placer interior y profundo.

Con frecuencia la encontraba junto a una casa de labranza, sentada sobre la hierba y a la sombra de un manzano, con su libreo bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada flotando a lo lejos.

Yo tampoco me iba de allí, sujeto a aquel terruño plácido y tranquilo por mil lazos amorosos que me unían a sus dulces paisajes. Me sentía satisfecho en aquel rincón ignorado, lejos de todo, cerca de la tierra, de la bondadosa, de la sana, de la verde tierra que todos fertilizaremos con nuestro cuerpo algún día. Y acaso también, fuerza es confesarlo, una pequeña curiosidad me retenía en casa de la señora Lecacheur. Yo deseaba conocer algo a la extraña miss Harriet y descubrir lo que pasa en las almas solitarias de las errantes solteras inglesas.

## II

Intimamos al fin de un modo singular. Yo acababa un estudio que me parecía muy atrevido, y lo era en efecto. Algunos años más tarde alcanzó un precio de quince mil francos. Era tan sencillo como dos y dos son cuatro, y exento de todas las reglas académicas. Toda la parte izquierda del lienzo representaba una roca, una enorme roca rugosa, cubierta de algas pardas, amarillas y rojas, sobre las cuales se deslizaba el sol como aceite. La luz, sin que apareciera el astro, oculto detrás de mí, caía sobre la piedra y la doraba con su fuego. No había más; un primer término de claridad deslumbradora: inflamado, soberbio. A la derecha el mar; no el mar azul: el mar pizarroso, verduzco, lechoso, bajo un cielo también recargado.

Yo estaba tan satisfecho de mi obra que brincaba de gusto cuando iba con ella de regreso para mi posada. Hubiera deseado que la contemplara en aquel instante el mundo entero. Recuerdo que la enseñé á una vaca, al borde del camino, diciéndole:

—Mira esto; no verás con frecuencia cosas parecidas.

Llegando a la casa, llamé a gritos a la señora Lecacheur vociferando:

—¡Eh! patrona, patrona; salga usted en seguida y quítese las telarañas de los ojos para ver esto.

La campesina salió, contemplando mi obra con ojos estúpidos que no distinguían nada, que no sabían siquiera si aquello representaba un buey o una cabaña.

Miss Harriet entraba, pasando detrás de mí en el momento en que yo presentaba el lienzo para enseñárselo a la patrona. "La endemoniada" no pudo dejar de verlo, porque yo cuidaba de colocarlo de manera que no escapase a su vista. Miss Harriet se detuvo en seco, sobrecogida, estupefacta. Era su roca, según creo, la roca donde solía subir para soñar a su gusto.

Murmuró un "¡Aah!" británico tan acentuado y tan halagador, que me volví hacia ella sonriendo y dije:

—Es mi último estudio, señorita.

Ella murmuró extasiada, cómica y tiernamente:

—¡Oh, señor! Usted interpreta la Naturaleza de un modo palpitante.

Me ruboricé, a fe mía, más conmovido por aquel elogio que si me lo hiciese una reina. Me sedujo, me conquistaba, me vencía. Le hubiera dado un beso; ¡palabra de honor!

Me senté á su lado en la mesa, como siempre.

Por vez primera me habló, como si continuara en alta voz su pensamiento.

—¡Ah! Yo adoro la Naturaleza.

Le ofrecí pan, le serví agua y vino. Aceptaba mis atenciones con una sonrisita de momia. Y comencé a hablar de paisajes.

Terminada la comida y habiéndonos levantado a un tiempo, anduvimos a través del corral; luego, atraído sin duda por el incendio formidable que el sol poniente reflejaba

en el mar, abrí el portillo que daba hacia la costa y salimos juntos, como dos personas que acaban de comprenderse y de penetrarse.

Era una tarde templada y dulce; una de esas tardes bienhechoras en que la carne y el espíritu se sienten dichosos. El aire tibio y embalsamado, lleno de los olores de las hierbas y de las algas, acariciaba el olfato con sus perfumes silvestres, acariciaba el paladar con su sabor marítimo, acariciaba el alma con su dulzura penetrante. Caminábamos por el borde del abismo, sobre un mar anchuroso que removía sus pequeñas ondas a cien metros de profundidad; y absorbíamos, con la boca entreabierta y el pecho dilatado, la fresca brisa que después de atravesar el océano acariciaba nuestra piel: brisa lenta y salada, porque había recibido el beso de las olas.

Envuelta en su chal a cuadros, con la expresión de inspirada y mostrando los dientes, la inglesa contemplaba cómo el sol enorme se hundía en el mar. Ante nosotros, lejos, muy lejos, en la línea del horizonte, un barco de tres palos cubierto de velas dibujaba su contorno sobre un cielo inflamado, y otro barco de vapor, más próximo, pasaba lanzando una columna de humo que dejaba, como una nube oscura, un rastro en el cielo.

El globo rojo descendía constante y lentamente. Llegó a tocar el agua detrás del barco de vela, el cual apareció, inmóvil como en un cuadro de fuego, sobre el astro deslumbrador, que se hundía poco a poco devorado por el mar. Aquello acabó. Sólo el barco de vela seguía ofreciendo su perfil sobre un cielo dorado.

Miss Harriet contemplaba con ojos apasionados el fin majestuoso del día, sintiendo un deseo inmoderado de abarcar el cielo, el mar, el horizonte.

Murmuró:

—¡Aoh! He querido..., he querido..., he querido...

Una lágrima humedeció sus párpados. Luego prosiguió:

—¡...ser un pájaro y volar hacia el firmamento!

Y seguía de pie, rígida, como la vi tantas veces en la costa envuelta en su chal purpurino. Se me pasaron ganas de hacer un apunte de aquella figura en mi álbum. Hubiera parecido la caricatura del éxtasis.

Volví la cabeza para que no me viera sonreír.

Luego seguí hablándole de pintura, como hablaría con un camarada, indicando los tonos, las energías, el vigor, con los términos del oficio. Ella escuchaba muy atenta, comprendiendo, tratando cuando no de adivinar el oscuro sentido de las palabras y penetrar en mis ideas. De vez en cuando murmuraba:

—¡Oh! Lo he comprendido, lo he comprendido. Era muy palpitante.

Regresamos.

Al día siguiente, en cuanto me vio, se acercó para tenderme la mano. Y nos hicimos amigos.

Era una interesante criatura que tenía una especie de resortes en el alma que la obligaban a manifestar a saltos sus emociones. Le faltaba el equilibrio como a todas las solteras de cincuenta años. Parecía confitada en una inocencia agriada; pero había conservado en el corazón algo muy joven, algo inflamable aún. Adoraba la Naturaleza y sentía por los animales un afecto exaltado, como el fermento de un vino de muchos años, como una derivación del amor sensual que no había dado a los hombres.

Es cierto que la presencia de una perra dando de mamar a sus cachorros, de una burra comiendo en el prado con su pollino entre las piernas, de un nido de pájaros con las crías piando, con el pico abierto, la cabeza enorme y el cuerpo desnudo, la hacían palpar con emociones exageradas.

¡Pobres criaturas solitarias, errantes y tristes, de las fondas y hosterías! ¡Pobres criaturas ridículas y lamentables! ¡Me inspiran amor desde que pude conocer a aquélla!



Pronto comprendí que deseaba decirme algo pero no se atrevía, y para mí era un motivo de gozo su timidez. Cuando yo salía de mañana con mi caja al hombro, ella me acompañaba un rato, silenciosa, con ansia visible y buscando palabras para comenzar. Luego se apartaba de mí bruscamente y se iba de prisa, con el balanceo de sus pasos.

Un día por fin se atrevió.

—Deseo ver cómo pinta usted. ¿Quiere? Siento una gran curiosidad.

Y se puso colorada, como si hubiese pronunciado palabras muy atrevidas.

La conduje hasta el fondo del valle donde había comenzado un gran estudio.

Se quedó de pie detrás de mí, observando todos mis gestos con atención reconcentrada.

Luego, de pronto, acaso temerosa de molestarme, dijo:

—Gracias —y se fue.

Pero en poco tiempo demostró mucha confianza y me acompañaba todos los días con un placer visible. Llevaba su sillita de tijera debajo del brazo, sin consentirme que yo se la cogiese, y se sentaba a mi lado. Allí permanecía horas y horas inmóvil y muda, siguiendo con la vista la punta de mi pincel en todos sus movimientos. Cuando yo conseguía, con un empuje de color puesto bruscamente con la cuchilla, un efecto justo y deseado, ella lanzaba contra su voluntad un "¡Aoh" de asombro, de alegría, de admiración. Sentía respeto y ternura por mis telas, respeto casi religioso por aquella copia humana de la Naturaleza, la obra divina. Mis estudios le parecían así como cuadros de santidad, y algunos veces me hablaba de Dios, queriendo catequizarme.

¡Oh! Era un hombre bondadoso y agradable su Dios; una especie de filósofo de aldea, sin grandes medios y sin gran poder, porque lo suponía siempre desconsolado por las injusticias cometidas en su reino, como si Él no hubiese podido evitarlos.

Se mostraba excelentemente relacionada con el Creador y hasta parecía recibir confidencias de sus secretos y de sus contrariedades. Decía: "Dios quiere" o "Dios no quiere", como un sargento participando a un recluta lo que "el coronel ha ordenado".

Deploraba en el fondo de su corazón mi ignorancia de las intenciones celestes, que se esforzaba en revelarme; y yo encontraba cada día en mis bolsillos, en mi sombrero cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de pinturas, en mis botas embetunadas ante mi puerta al levantarme, aquellos libritos de propaganda piadosa que sin duda recibía ella directamente del Paraíso.

Yo la trataba como una antigua amiga, con una franqueza cordial; pero pronto noté que sus maneras habían cambiado; al principio no le di importancia.

Cuando yo trabajaba en el fondo de la cañada, la veía de pronto aparecer, llegando con su marcha rápida y ondulante. Se sentaba bruscamente, fatigada como si hubiese corrido o como si alguna emoción profunda la agitase.

Estaba muy colorada, con ese rojo inglés que ningún otro pueblo posee. Luego, sin motivo, palidecía, poniéndose del color de la tierra y como si fuese a desmayarse. Poco a poco recobraba su fisonomía ordinaria y comenzaba la conversación.

Pero de pronto se interrumpía en una frase que dejaba sin concluir, y se levantaba, yéndose tan de prisa y tan bruscamente que me preocupaba, imaginando si pude hacer alguna cosa que la disgustara o la hiriera.

Al cabo supuse que debía ser aquella su manera de ser, algo modificada en mi honor, al principio de nuestras amistades.

Cuando entraba en la casa, después de andar hora tras hora sobre una ladera azotada por el viento, sus largos cabellos retorcidos en espiral estaban lacios y colgaban como si se les hubiera roto el resorte.

Entraba en su cuarto para componerse y atusarse un poco, y cuando yo le decía con una galantería familiar que la escandalizaba siempre: "Hoy está usted hermosa como un

astro, miss Harriet", le subía el rubor a las mejillas: el rubor de la joven, el rubor de los quince años.

Al fin acabó mostrándose muy esquiva; ya no me acompañaba ni me veía pintar. Supuse: "una crisis que pasará". Pero no pasó. Cuando yo le dirigía la palabra, me respondía con afectada indiferencia o con sorda irritación. Tenía brusquedades, impaciencias, nervios. Solamente a las horas de comer la veía y apenas hablábamos. Creyendo que sin mala intención acaso pude ofenderla, una tarde la pregunté:

—Miss Harriet, ¿por qué no está usted conmigo como antes? ¿Qué hice para disgustarla? Siento verla indiferente.

Y me respondió con acento de cólera y algo de malicia:

—Estoy con usted lo mismo que siempre. Lo que usted supone no es verdad, no es verdad.

Y corrió a encerrarse en su cuarto. A veces me miraba de un modo extraño. Luego he creído que los condenados a muerte deben mirar así cuando les anuncian que ha llegado el último día de su vida. Había en sus ojos una especie de locura; una locura misteriosa y violenta, y además una fiebre, un deseo exasperado, impaciente, impotente, de lo irrealizado y de lo irrealizable. Y me parecía también adivinar en ella un combate interior: su corazón luchando con una fuerza desconocida que no podía dominar; y acaso también otra cosa... ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!

### III

Fue una revelación extraña.

Llevaba yo bastantes días trabajando todas las mañanas desde el amanecer en un cuadro, cuyo asunto era el siguiente:

Un barranco profundo tapizado por malezas, y a cuya boca se asomaban los árboles de la orilla, casi anegado en ese vapor lechoso que flota en las cañadas al nacer el día. Y en el fondo de aquella bruma espesa y translúcida se veían aparecer, o más bien se adivinaban, dos enamorados: un muchachote y una mozuela, unidos, abrazados; ella con la cabeza levantada hacia él, y él inclinándose hacia ella ofreciéndole los labios.

El primer rayo de sol, atravesando entre las hojas, lanzaba un reflejo rosáceo, destacando las fugitivas sombras de los rústicos enamorados sobre una claridad argentada. Me gustaba de veras, me gustaba mucho aquel estudio.

Esto lo hacía en la pendiente que conduce al valle de Etrepat. Aquella mañana encontré por suerte la flotante niebla que yo apetecía.

Algo se irguió ante mí como un fantasma; era miss Harriet. Viéndome, quiso huir; pero la detuve llamándola.

—Venga usted, señorita, venga usted a ver lo que pinto.

Se acercó a disgusto. Le presenté mi boceto. No dijo nada, pero estuvo largo tiempo inmóvil, contemplando; y, bruscamente, arrancó a llorar. Lloraba con espasmos nerviosos, como quien ha luchado mucho contra sus lágrimas, y que no pudiendo más, viéndolas derramarse, resiste aún. Me levanté de un salto, conmovido por aquella tristeza que no comprendía, y le cogí las manos con un movimiento de afecto brusco, un movimiento irreflexivo, realizado antes que meditado.

Abandonó durante algunos segundos sus manos entre las mías, y las sentí palpar como si todos sus nervios se retorciesen. Luego las retiró bruscamente; más aún, las arrancó a la opresión de mis dedos.

Reconocí aquel estremecimiento por haberlo sentido; no lo confundiría con nada. ¡Oh! El estremecimiento amoroso de una mujer, ya tenga quince años, ya cincuenta, ya sea una campesina o una gran señora, me va tan derecho al corazón que nunca dudo para comprenderlo.

Todo su pobre ser había temblado, vibrado, desfallecido; yo lo sabía. Se apartó de mí sin que yo le dijese una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro, y desconsolado como si me sintiera culpable de un crimen.

No acudí a la hora del almuerzo. Fui a dar un paseo por la costa, con tantas ganas de llorar como de reír, pareciéndome semejante aventura cómica y desconsoladora, sintiéndome ridículo y juzgándola infeliz hasta la demencia.

Reflexionaba qué sería prudente hacer.

Deduje que lo mejor sería irme y acepté por buena mi resolución.

Después de vagar toda la tarde algo triste y algo soñador, volví a casa a la hora de comer.

Nos sentamos a la mesa como de costumbre. Miss Harriet comía gravemente, sin hablar a nadie y sin levantar los ojos. En su rostro y en sus maneras no se advertía cambio alguno.

Esperé a que terminase la comida, y entonces, dirigiéndome a la patrona, dije:

—Señora Lecacheur: ya muy pronto nos despediremos.

La pobre mujer, sorprendida y disgustada, exclamó:

—¡Qué dice usted, señor? ¡Irse ya! ¡Nos habíamos acostumbrado a verle!

Miré de reojo a miss Harriet; su rostro no se había inmutado. Pero Celestina, la criada, clavó sus ojos en mí. Era una moza de dieciocho años, abundante, fresca, fuerte como un caballo; y limpia, cosa rara. Tropezándola en los rincones, la había besado varias veces, por no perder la costumbre, nada más.

Fui a fumarme una pipa bajo los manzanos y paseándome de un extremo a otro del corral. Todas las reflexiones que me había hecho en el día, el extraño descubrimiento de la mañana, aquel amor grotesco y apasionado que motivaba yo, recuerdos despertados por aquella revelación, recuerdos agradables y turbadores, acaso también los ojos encendidos de la criada clavados en mí al anuncio de mi viaje: todo esto mezclado, revuelto, estremecía mi carne, provocando en mis labios ansia de besos y encendiendo en mis venas el deseo de hacer alguna bestialidad.

Cerraba la noche; vi a Celestina que salía del gallinero. Corrí en su busca tan ligeramente y tan silencioso que no me sintió llegar, y cuando ella se levantaba después de ajustar el pequeño agujero por donde salen y entran las gallinas, la oprimí entre mis brazos, cubriendo su rostro de caricias. Ella se defendía riendo, acostumbrada a recibir achuchones.

¿Por qué la solté bruscamente? ¿Por qué me volví estremecido? ¿Cómo noté la mirada de alguien a mi espalda?

Era miss Harriet que regresaba de su paseo, que nos vio, y que permanecía inmóvil como ante un espectro. Luego se perdió entre las sombras de la noche.

Me sentí avergonzado, turbado, desesperado, al verme sorprendido así por ella. Menos me impresionara si me hubiese visto cometiendo cualquier acción criminal.

Apenas dormí, enervado, abrumado por tristes pensamientos. Me parecía oír llorar. No sería cierto. Varias veces también creí que andaban por la casa y que abrían la puerta de salida.

Al amanecer, la fatiga me rindió; dormí aletargado y desperté muy tarde. A la hora de almorzar salí a la cocina, confuso aún, sin saber cómo presentarme.

Nadie había visto a miss Harriet aquella mañana. La esperamos, pero no llegó. La señora Lecacheur entró en su cuarto; la inglesa había salido; y debió salir muy temprano, antes de amanecer.

Nadie la extrañó y empezamos a comer en silencio.

Hacía calor, mucho calor; uno de esos días abrasadores y pesados en que no se mueve una hoja en los árboles. Habían sacado la mesa fuera, bajo un manzano, y de

cuando en cuando Zapador iba a la bodega para llenar el jarro de sidra; todos teníamos bastante sed. Celestina servía un guisado de carnero con papas, un conejo salteado y ensalada. Luego puso en la mesa un frutero con cerezas, las primeras del año.

Queriendo lavarlas y refrescarlas, pedí a la moza que sacara del pozo un cubo de agua fresca.

Fue para complacerme, y al cabo de cinco minutos volvió diciendo que el pozo estaba seco. Habiendo soltado toda la cuerda, el cubo había tocado al fondo, subiendo vacío. La señora Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma de aquello que le parecía extraño, y fue hacia el pozo. Volvió asegurando que sucedía en el pozo algo que no era natural. Estaba cegado; sin duda un vecino, por vengarse de ella, arrojó al agujero algunos haces de paja.

Yo también quise verlo y me pareció distinguir una cosa blanca. ¿Qué sería? Se me ocurrió bajar un farol con una cuerda. La claridad pálida se derramaba sobre las paredes, hundiéndose poco á poco. Los cuatro estábamos inclinados sobre la boca del pozo, porque Celestina y Zapador curioseaban también. El farol se detuvo sobre una masa confusa, blanca y negra, extraña, incomprensible.

Zapador exclamó:

—Es un caballo. Habrá caído por la noche, saliéndose del prado.

Pero de pronto sentí un estremecimiento que me penetró hasta los huesos. Había reconocido la forma de un pie, de una pierna.

Y murmuré, temblando tanto que la linterna bailaba en mi mano.

—Es una mujer... no hay duda... Es miss Harriet.

Zapador no se inmutó. ¡Había visto en África tantas cosas!

La señora Lecacheur y Celestina, echando a correr, lanzaban gritos penetrantes.

Era necesario sacar de allí el cadáver. Até fuertemente al criado por la cintura y lo bajé, ayudado por la polea, muy despacio, viéndolo hundirse en el agujero. Llevaba el farol y otra cuerda. Pronto su voz, que parecía salir del centro de la tierra, gritó:

—¡Basta!

Y vi que removía un cuerpo en el agua; sacó la otra pierna, luego atando los dos pies a la cuerda que llevaba, gritó:

—¡Arriba!

Lo hice subir, pero me sentía los brazos tronchados, los músculos reblandecidos; temí que la cuerda se me escapara de las manos, dejando caer al hombre. Cuando vi aparecer su cabeza, le pregunté:

—¿Qué hay?

Como si aguardase noticias del pobre ser dormido para siempre.

Entre los dos, uno a cada lado, inclinados sobre la abertura, izamos el cadáver.

La señora Lecacheur y Celestina nos contemplaban desde lejos. Al ver asomar los zapatos y las piernas, corrieron a esconderse.

Zapador, cogiéndola por los tobillos, echó fuera el cuerpo de la pobre mujer, en la postura más vergonzosa para su castidad. La cabeza, horrible, negra y destrozada, y sus largos cabellos grises, destrenzados para siempre, colgaban, chorreando agua y lodo. Zapador exclamó despreciativamente:

—¡Recontra, qué flacucha estaba!

La llevamos a su cuarto, y como las dos mujeres no aparecieron, entre el criado y yo tuvimos que amortajarla.

Lavé su triste rostro descompuesto. Al tocarla, un ojo se abrió, mirándome con la expresión pálida y fría de los cadáveres, con esa mirada que parece venir del otro lado de la vida. Recogí como pude sus cabellos y con mis manos inhábiles coloqué sobre su frente una cofia nueva y singular. Luego le quité las ropas empapadas en agua,

descubriendo un poco sus hombros y su pecho, avergonzado como si cometiese una profanación. Sus hombros y su pecho y sus brazos eran delgados como ramas de arbusto.

Salí a buscar flores, amapolas, margaritas, hojas frescas y perfumadas, con las cuales cubrí su lecho funerario.

Hallándome solo con ella, también tuve que cumplir las formalidades acostumbradas.

En uno de sus bolsillos encontré una carta, escrita en los últimos instantes, pidiendo que la enterrasen en aquel villorrio donde había pasado sus últimos días. Un terrible pensamiento me oprimió el corazón. ¿No era yo la causa de que deseara permanecer allí?

Al anoecer, las comadres de la vecindad llegaron para ver a la difunta, pero no consentí que entraran en su cuarto; prefería estar solo y velé toda la noche.

A la luz de los cirios contemplaba yo a la miserable mujer desconocida, muerta lejos de su casa tan horrorosamente. ¿Dejaba en algún lugar de la tierra parientes o amigos? ¿Qué fueron su infancia y su juventud? ¿De dónde había salido tan sola, errante, como un perro abandonado por su dueño? ¿Qué secreto sufrimiento, qué íntima desesperación guardaba el cuerpo sin atractivos, el cuerpo arrastrado como una vergüenza durante toda la vida, ridícula envoltura que alejó de la infeliz todo afecto y todo amor?

¡Hay seres muy desgraciados! Yo sentía gravitar sobre aquel despojo humano la eterna injusticia de la implacable naturaleza. ¡El mundo acabó para ella, sin que acaso hubiera sentido jamás lo que sostiene a todos los desheredados: la esperanza de que los amen alguna vez! ¿Por qué se ocultaba, huyendo de las gentes? ¿Por qué adoraba con tierna pasión todas las cosas y todos los seres vivos, excepto los hombres?

Me parecía natural que la infeliz creyera en Dios y esperara en un porvenir la compensación de su miseria. Llegaba la hora en que su cuerpo daría jugo a las plantas, florecería con el sol, sería pasto de los animales, que a su vez son pasto del hombre: transformándose así de nuevo en carne humana. Pero su espíritu se apagó para siempre en el pozo estrecho. Ya no sufría.

Pasaban las horas en aquella soledad siniestra. Una pálida claridad anunció el nuevo día; luego un haz de luz rojiza penetró hasta el lecho. ¡Era la hora que más le agradaba! Los pájaros cantaron entre los árboles.

Abrí la ventana, separé las cortinas para que la claridad nos inundase, y acercándome al cadáver cogí entre mis manos la cabeza desfigurada; luego, lentamente, sin terror y sin disgusto, la besé; un beso largo en aquella boca triste, que no había recibido nunca un beso...

León Chenal acabó así. Las mujeres lloraban; en el pescante el conde de Etraille sacó repetidas veces el pañuelo. Los caballos, que no sentían la fusta, iban acortando el paso. El coche no avanzaba, como si en él gravitase todo el peso de tan espantosa tristeza.

*Le Gaulois*, 9 de julio de 1883

## *Misti (Memorias de un soltero)*

---

*Misti (Souvenirs d'un garçon)*

Tenía yo entonces por amante a una mujercita muy graciosa. Estaba casada, por supuesto, pues siento un sacrosanto horror por las ninfas. ¿Qué placer puede sentirse, en efecto, al tomar una mujer que tiene el doble inconveniente de no pertenecer a nadie y de pertenecer a todo el mundo? Y además, realmente dejando a un lado la moral, no comprendo el amor como medio de sustento. Me asquea un poco. Es una debilidad, lo sé, y la confieso.

El encanto mayor que presenta para un soltero el tener de amante a una mujer casada es que ella le da un hogar, un hogar dulce, amable, donde todos os cuidan y miman desde el marido a los criados. Allá se encuentran todos los placeres juntos, el amor, la amistad, incluso la paternidad, la cama y la mesa, en fin, lo que constituye la felicidad de una vida, con la incalculable ventaja de poder cambiar de familia de vez en cuando, de instalarse sucesivamente en todos los ambientes, en verano, en el campo, en casa del obrero que os alquila una habitación, y en invierno en casa de un burgués, o incluso entre la aristocracia, si uno es ambicioso.

Tengo otra debilidad, y es la de querer a los maridos de mis amantes. Y hasta confieso que cienos esposos ordinarios o groseros me quitan las ganas de sus mujeres, por encantadoras que sean. Pero cuando el marido tiene ingenio y encanto, infaliblemente me enamoro de ella como un loco. Y tengo buen cuidado, si rompo con la mujer, de no romper con el esposo. Así he conseguido mis mejores amigos, y de esa manera he comprobado, innumerables veces, la indudable superioridad del macho sobre la hembra, en la raza humana. Ésta os procura todas las complicaciones posibles, os hace escenas, reproches, etcétera; aquel, que tendría todo el derecho a quejarse, os trata en cambio como si fuerais la providencia de su hogar.

Así pues, tenía por amante a una mujercita muy graciosa, una morenita, caprichosa, antojadiza, devota, supersticiosa, crédula como un fraile, pero encantadora. ¡Tenía sobre todo una forma de besar que no he encontrado jamás en ninguna otra!... Pero no es este el lugar... ¡Y una piel tan suave! Yo sentía un infinito placer con solo cogerle las manos... Y unos ojos... Su mirada os pasaba por encima como una caricia lenta, sabrosa y sin fin. A menudo yo colocaba la cabeza en sus rodillas, y nos quedábamos inmóviles, ella inclinada hacia mí con esa sonrisita fina, enigmática y tan turbadora que tienen las mujeres, yo con los ojos alzados hacia ella, recibiendo así, como una embriaguez venida en mi corazón, dulce y deliciosamente, su mirada clara y azul, clara como si estuviera llena de pensamientos de amor, azul como si hubiera sido un cielo lleno de delicias.

Su marido, inspector de un gran servicio público, se ausentaba a menudo, dejándonos dueños de nuestras veladas. A veces las pasaba en su casa, tendido en el diván, con la frente en una de sus piernas, mientras sobre la otra dormía un enorme gato negro, —llamado Misti, al que ella adoraba. Nuestros dedos se encontraban sobre el lomo nervioso del animal, y se acariciaban en su pelaje de seda. Yo sentía contra mis mejillas el cálido flanco que se estremecía en un eterno "ron-ron", y a veces una pata extendida colocaba sobre mi boca o sobre mi párpado cinco unas abiertas, cuyas puntas me pinchaban en los ojos y se cerraban al punto.

Otras veces salíamos para hacer lo que ella llamaba nuestras escapatorias. Eran muy inocentes, por lo demás. Consistían en ir a cenar a un mesón de las afueras, o bien, tras

haber cenado en su casa o en la mía, a recorrer cafés de mala nota, como estudiantes de jarana.

Entrábamos en los cafetuchos populares e íbamos a sentarnos, al fondo del ahumado tugurio, en sillas cojas ante una vieja mesa de madera. Una nube de humo acre en el que perduraba un olor del pescado frito de la cena llenaba la sala; hombres con guardapolvos vociferaban mientras tomaban una copita; y el camarero, asombrado, nos ponía delante dos copas de licor de cerezas.

Ella, trémula, miedosa y encantada, se levantaba hasta la punta de la nariz, que lo sujetaba en el aire, su velillo negro doblado en dos; y empezaba a beber con el gozo que se siente al realizar una adorable maldad. Cada cereza tragada le daba la impresión de una falta cometida, cada trago del fuerte líquido descendía por su interior como un disfrute delicado y prohibido.

Después me decía a media voz: "Vámonos". Y nos marchábamos. Ella se escurría con viveza, con la cabeza gacha, a pasos menudos, entre los bebedores que la miraban pasar con aire descontento; y cuando nos encontrábamos en la calle, lanzaba un gran suspiro, como si acabásemos de escapar de un terrible peligro.

A veces me preguntaba estremeciéndose: "Y si me insultaran en esos lugares, ¿qué harías?". Yo respondía con tono arrogante: "Pues te defendería, ¡pardiez!". Y ella me apretaba el brazo, feliz, con el confuso deseo, quizás, de ser insultada y defendida, ¡de ver a unos hombres pelearse por ella, incluso a aquellos hombres, conmigo!

Una noche, cuando estábamos sentados en una tasca de Montmartre, vimos entrar a una vieja andrajosa, que llevaba en la mano una baraja mugrienta. Al descubrir a una señora, la vieja se nos acercó al punto, ofreciéndose a decirle la buenaventura a mi compañera. Emma, en cuya alma arraigaban todas las creencias, se estremeció de deseo y de inquietud, y le hizo un sitio, a su lado, a la comadre.

La otra, vetusta, arrugada, con ojos cercados de carne viva y una boca vacía, sin un diente, dispuso sobre la mesa sus sucios cartones. Hacía montones, los recogía, desplegaba de nuevo las cartas murmurando palabras que no se entendían. Emma, pálida, esperaba, sin resuello, jadeante de angustia y de curiosidad.

La bruja empezó a hablar. Le predijo cosas vagas: felicidad e hijos, un joven rubio, un viaje, dinero, un proceso, un caballero moreno, el regreso de una persona, un éxito, una muerte. El anuncio de esta muerte impresionó a la joven. ¿La muerte de quién? — ¿Cuándo? ¿Cómo?

La vieja respondía: "Lo que es eso, las cartas no son bastante claras, tendría que venir mañana a mi casa. Se lo diré con los posos del café, que nunca engañan".

Emma se volvió ansiosa hacia mí: "Oye, ¿quieres que vayamos mañana? ¡Oh!, por favor, di que sí. Si no, no puedes figurarte cuánto voy a sufrir".

Me eché a reír: "Iremos si te apetece, querida". Y la vieja nos dio su dirección.

Vivía en un sexto piso, en una casa horrorosa, detrás de las Buttes-Chaumont. Nos dirigimos allá al día siguiente.

Su habitación, un desván con dos sillas y una cama, estaba llena de cosas raras, de hierbas colgadas de clavos, en manojos, de animales disecados, de tarros y frasquitos que contenían líquidos de diversos colores. Sobre la mesa, un gato negro disecado miraba con sus ojos de vidrio. Parecía el demonio de aquella siniestra morada.

Emma, desfallecida de emoción, se sentó, y al punto dijo: "¡Oh, querido! Fíjate cómo se parece a Misti este minino". Y le explicó a la vieja que poseía un gato igualito, ¡igualito del todo!

La bruja respondió gravemente: "Si ama usted a un hombre, no debe conservarlo".

Emma, muerta de miedo, preguntó: "¿Y por qué?". La vieja se sentó familiarmente a su lado y le cogió la mano: "Es la desdicha de mi vida", dijo.

Mi amiga quiso saber. Se apretujaba contra la comadre, le preguntaba, le rogaba: una credulidad similar la hermanaba en pensamiento y corazón. La mujer por fin se decidió:

—A ese gato, dijo, lo he querido como se quiere a un hermano. Yo era joven entonces, y estaba sola, trabajaba de modista. Solo lo tenía a él, a Cordero. Me lo había regalado un inquilino. Era tan inteligente como un niño, y a pesar de eso dulce, y me idolatraba, mi querida señora, me idolatraba como a un fetiche. Todo el día ronroneaba en mis rodillas, y toda la noche en mi almohada; yo sentía latir su corazón, ya ve usted.

"Ahora bien, ocurrió que conocí a un guapo mozo que trabajaba en un almacén de ropa blanca. La cosa duró tres meses sin que yo le concediera nada. Pero, ya sabe usted, una cede, a todo el mundo le ocurre, y además había empezado a amarlo. Era tan amable, tan amable; ¡y tan bueno! Quería que viviéramos juntos del todo, por economía. En fin, una noche le permití venir a mi casa. No estaba decidida a la cosa, ¡oh no!, pero me agradaba idea de que estaríamos una hora juntos.

"Al principio, estuvo muy correcto. Me decía piropos que me llegaban al alma. Y después me besó, señora, me besó como se besa cuando se ama. Yo había cerrado los ojos, y allí estaba como acalambrada de felicidad. Y de repente, siento que hace un gran movimiento, y lanza un grito, un grito que no olvidaré nunca. Abro los ojos y veo que Cordero le había saltado a la cara y le arrancaba la piel, a arañazos, como si hubiera sido un trapo. Y la sangre corría, señora, una verdadera lluvia.

"Yo quiero coger al gato, pero él se resistía, seguía desgarrando; y me mordía, tan fuera de sí estaba. Por fin lo agarro y lo tiro por la ventana, que estaba abierta, pues nos encontrábamos en verano.

"Cuando empecé a lavar la cara de mi pobre amigo, me di cuenta de que le había sacado los ojos, ¡los dos ojos!

"Tuvo que ingresar en el hospicio. Murió de pena al cabo de un año. Yo quería tenerlo en mi casa y alimentarlo, pero no lo consintió. Se hubiera dicho que me odiaba después de aquello.

"En cuanto a Cordero, dejó el pellejo en la caída. El portero recogió el cuerno. Y yo lo mandé disecar, en vista de que de todas formas sentía cariño por él. Si había hecho eso, es porque me amaba, ¿no?

La vieja se calló y acarició con la mano el animal inanimado cuyo cuerno tembló sobre un esqueleto de alambre.

Emma, con el corazón en un puño, había olvidado la muerte predicha. O, por lo menos, no volvió a hablar de ella; y se marchó, tras entregar cinco francos.

Como su marido regresaba al día siguiente, estuve unos días sin ir a su casa.

Cuando volví, me extrañó no ver a Misti. Pregunté dónde estaba.

Ella se ruborizó, y respondió: "Lo he regalado. No estaba nada tranquila". "¿Nada tranquila? ¿Nada tranquila? ¿A santo de qué?"

Ella me besó largamente, y muy bajito: "Temí por tus ojos, querido".

*Gil Blas*, 20 de enero de 1884



## *La modelo*

---

*Le modele*

Encorvado como una media luna, el pueblo de Etretat, con sus arenas blancas, sus blancas rocas y su mar azul, reposada tranquilamente bajo el sol de un hermoso día de julio. A uno y otro extremo de la media luna, los dos muelles, el menor a la derecha y el mayor a la izquierda, cortaban el agua tranquila; el primero, como un pequeño pie, y el segundo, como una pierna colosal.

En la playa, sobre la línea donde mueren las olas, una muchedumbre, sentada, se divertía contemplando a los bañistas, mientras en la terraza del Casino, formando grupo y en constante agitación, otra muchedumbre lucía sus galas, presentando al sol, como un jardín espléndido, las bordadas flores de las sombrillas rojas y azules.

En el paseo, al extremo de la terraza, otros veraneantes, los más reposados, los más tranquilos, iban y venían lentamente a distancia de los grupos elegantes.

Un joven pintor, estimado, famoso, Juan Summer, avanzaba tristemente junto a un cochecillo de paralítico, donde iba una mujer, la suya. Un criado empujaba suavemente aquella especie de sillón con ruedas, y la señora impedida contemplaba con ojos lánguidos los esplendores del cielo, la orgía de luz y la satisfacción de todos.

Iban en silencio. Ni siquiera se miraban.

—Detengámonos un poco —dijo la señora.

Se detuvieron, y el artista se sentó en una silla de tijera que le prestó el criado.

Los que pasaban junto a la pareja inmóvil y silenciosa los miraban con simpatía, interesados por una conmovedora leyenda, según la cual se había casado el pintor con la impedida, compadecido ante su desgracia y su ternura.

No lejos de allí dos jóvenes hablaban, sentados en un cabestrante, con la mirada fija en el horizonte lejano.

—Lo que dicen del matrimonio es mentira. Conozco mucho a Juan Summer.

—¿Cómo se explica, pues, que conste se casara con una impedida?

—Se casó con una impedida... como se casan otros con mujeres demasiado... ágiles.

Por estupidez.

—No me convences.

—No te convengo... Debieras haberte convencido ya de que sólo por estupidez se casan los hombres. Y tampoco ignoras que los pintores tienen la especialidad, el privilegio de hacer matrimonios ridículos, casándose la mayoría con sus modelos, con sus queridas, con mujeres descalificadas en todos conceptos. ¿Por qué? No se concibe. Lo sensato fuera que tratando, como tratan, constantemente a una caterva de bribonas que se llaman las modelos, y conociéndolas como las conocen, sintiesen repugnancia de ellas. Pero sucede lo contrario. Después de copiarlas en todas las posturas imaginables y de divertirse a su placer, se casan con ellas. Daudet nos lo dice, cruel, hermosa y sinceramente en su precioso libro *Mujeres de artistas*.

La pareja que tenemos delante se unió por un accidente singular y terrible. No es un caso común: la mujercita representó una comedia muy a lo vivo, jugándose de una vez el todo por el todo; un final dramático. ¿Fue sincera? ¿Estaba realmente apasionada? ¿Cómo saberlo nunca? ¿Quién podría separar lo verdadero de lo engañoso en los actos, de las mujeres? Fingen con sinceridad, haciendo su papel convencidas, emocionadas. Su voluble sentimentalismo las hace de pronto ardientes, agradecidas, criminales, encantadoras o innobles. Mienten sin cesar y sin querer, sin comprenderlo y sin

sospecharlo; y a pesar de sus constantes mentiras, en sus actos domina la sinceridad, que se veía en sus resoluciones inesperadas, incomprensibles, irreflexivas, inverosímiles a veces, que de pronto contradicen los razonamientos lógicos, nuestra costumbre razonadora y todos los cálculos de nuestro egoísmo. La brusquedad y la sorpresa de sus resoluciones las hacen aparecer a nuestro juicio como indescifrables enigmas. Y nos preguntamos a cada instante: ¿Son falsas o sinceras?

Amigo mío: sinceras y falsas a la vez, porque su naturaleza las exige que oscilen sin cesar entre dos opuestos caminos y no se decidan por éste ni por aquél. Son ambas cosas y ninguna.

Reflexiona los recursos que las más prudentes emplean para conseguir de nosotros lo que se proponen. Recursos tan complicados...como inocentes. Lo bastante complicados para que nunca los adivinemos, y tan inocentes que, al sentirnos víctimas, no podemos contener nuestra sorpresa, pensando: "¿Es posible que me haya dejado engañar así?"

Consiguen todo lo que se proponen. Sobre todo, cuando se proponen casarse.

Pero limitémonos a la historia de Juan Summer.

La que hoy lleva su nombre fue una modelo, naturalmente; su modelo. Era hermosa; sobre todo, elegante, y tenía una cintura divina. Se enamoró Juan como nos enamoramos de cualquier mujer agradable a la que vemos con frecuencia, y supuso que la quería con toda su alma. Es una singular aberración. En cuanto nos gusta una mujer y la deseamos, ya suponemos que no es posible vivir sin ella. El más desmemoriado recuerda que le ocurrió lo mismo varias veces —y que a la satisfacción de un deseo ha seguido el desencanto en todas las ocasiones; que para unir dos existencias no es bastante complacer al brutal apetito de la carne, pronto saciado, sino que precisa un acuerdo absoluto de las almas, del temperamento, del humor.

Es necesario saber distinguir si el apasionamiento que sentimos lo inspiran los atractivos corporales, un deseo voluptuoso que nos embriaga, o el encanto profundo y suave del espíritu.

Lo cierto es que Juan Summer imaginó que la quería con toda su alma, haciéndola mil juramentos de fidelidad y vivió completamente consagrado a ella.

Era una mujer fascinadora, con el desparpajo elegante que tan fácilmente muestran las criaturas de París. Bromeaba, charlaba, canturriaba, diciendo tonterías brillantes como rasgos de ingenios por la gracia que las envuelve al ser lanzadas. Tenía siempre actitudes y gestos oportunos para seducir al artista. Levantando los brazos, inclinándose, tendiendo la mano, subiendo al coche, se movía con desenvoltura y garbo.

En un trimestre, Juan Summer no reparó que su adorable modelo era, como todas las modelos.

Para veranear tomaron una casita en Andressy, donde cierta noche sobresaltaron el espíritu del pintor las primeras inquietudes.

Hacía un tiempo delicioso, una luna espléndida y decidimos dar un paseo por la orilla del río. La bóveda celeste reflejaba su esplendor en el agua temblorosa, quebrando sus reflejos amarillos en los remansos quietos, en el cauce rumoroso, en toda la extensión líquida que se deslizaba lentamente.

Avanzábamos, poseídos por la vaga exaltación que nos producen esas noches fascinadoras. Hubiéramos querido realizar sobrehumanas empresas, descubrir amores de seres desconocidos y extraordinariamente poéticos. Sintiendo amagos de aspiraciones, ansias y éxtasis incomprensibles, callábamos, envueltos por la serena y penetrante frescura de la noche ideal, por la placidez luminosa de la carne, que baña el espíritu perfumándolo y sumergiéndolo en un goce infinito.

De pronto, Josefina (se llama Josefina) prorrumpió bulliciosamente:

—¡Ah! ¡Mira un pez que salta! ¿Lo has visto?

Juan respondió sin mirar hacia donde la mujer señalaba.

—Sí, nena mía.

Ella se disgustó, increpándole:

—No mientas; no lo has visto; mirabas a otro lado y no volviste siquiera los ojos a donde yo te indiqué.

Juan sonrió.

—Es tan delicioso este ambiente que nos rodea de una vaguedad soñadora... Ni miro nada, ni pienso nada, ni sé nada...

Josefina se contuvo, pero al poco rato, lanzada por el prurito de hablar, preguntó:

—¿Irás a París mañana?

El dijo:

—No lo sé.

Josefina se puso nerviosa. exaltándose:

—¡Qué divertido! ¡Pasear toda la noche, sin decir una palabra! ¡Como unos tontos!

Juan seguía callado, y entonces ella, con el perverso instinto de la mujer exasperada y que se ha propuesto exasperar a los otros, voceó la estúpida copla, con la cual nos habían ensordecido ya durante dos años, y que principia:

...Mirando las musarañas...

Juan insistió:

—Te ruego que te calles.

Ella repuso, furiosa y descompuesta:

—¡Que me calle! ¿Por qué?

¿Hay algún moribundo?

Juan repuso:

—No turbes el goce que nos ofrece la quietud luminosa del paisaje.

Replicó la mujer, vomitando una sarta imbécil, odiosa, con salpicaduras de reproches inauditos, con recriminaciones intempestivas y lágrimas al final. De todo hubo.

Se retiraron. Juan la dejó desfogarse, sin contradecirla, sin atenderla, sumergido en la contemplación de la Naturaleza.

Y a los tres meses luchaba por sacudir aquellas ligaduras invencibles e invisibles. Ella le retenía, le oprimía, le martirizaba. Hubo altercados violentos, injurias reciprocas y hasta golpes brutales

Al cabo, él se propuso terminar aquello, separarse a toda costa, romper las cadenas. Vendiendo todas las obras que pudo terminar —no era muy famoso aún— y amparándose con los amigos, reunió veinte mil francos; los puso una mañana sobre la chimenea con una carta, despidiéndose, y se fué a refugiar en mi casa.

Por la tarde llamaron a la puerta. Yo mismo abrí. Una mujer, empujándome, arañándome, atropellándome, se precipitó en mi estudio. Era Josefina.

Juan, al verla, se levantó.

Arrojando a los pies de su amante los veinte mil francos, le dijo con acento grave y en actitud gallarda:

—Toma tu dinero. No lo necesito.

La vi pálida, temblorosa, resuelta seguramente a cualquier locura. El palideció también, exasperado y colérico, decidido acaso a todas las violencias, interrogándola:

—¿Qué pretendes?

Ella respondió:

—Pretendo que no me trates como a una mujerzuela. Me suplicaste. Cedí a tus promesas. Soy tuya, sólo tuya. No he pedido nunca nada. ¿Por qué me abandonas?

Juan dio una patada furiosa en el suelo, irguiéndose:

—Abusas de mi prudencia, y si te propones...

Le contuve, diciéndole:

—Calla, y déjame resolver la situación.

Me acerqué a Josefina lentamente, con suavidad; hice todas las reflexiones oportunas. Me oyó inmóvil, con los ojos fijos, indiferente y obstinada.

Por fin, agotando los razonamientos, apelé a un recurso de comedia:

—Te quiere, te adora como antes, ¡criatura! Pero su familia se ha empeñado en casarle... Ya comprenderás...

—¡Comprendo! — exclamó indignada; y acercándose a Juan, dijo:

—¿Vas a casarte?

—Si —respondió él con soberbia. Josefina se adelantó, provocadora, y diciendo:

—Si te casas... ¡me mato! ... ¡Ya lo sabes!

Juan se encogió de hombros, para responder:

—Puedes hacerlo cuando gustes.

Con angustia, con espanto, ella balbució:

—¿Qué dices?... ¿Qué dices?... ¡Repítelo!

—Que puedes hacerlo cuando gustes.

Josefina repuso, pálida y descompuesta:

—Si me provocas, ahora mismo, aquí, me arrojaré por la ventana.

Riendo, Juan, se adelantó, abrió la ventana, y saludó, como una persona que hace finuras para ceder el paso a otra, y diciendo:

—Adelante.

Josefina le miró un segundo con los ojos encendidos, terribles, desesperados. Luego, tomando carrera, como para saltar una valla en el campo, cruzó ante mí, junto a él, y precipitándose rápidamente sobre la balaustrada, cayó...

Nunca podré olvidar el efecto que me produjo aquella ventana, cuando hubo desaparecido tras ella el cuerpo de Josefina. Me pareció verla rasgarse, abrirse anchurosa como el espacio vacío. Y retrocedí, como si temiese que me tragara su boca siniestra.

Juan, horrorizado, se quedó inmóvil.

Unos hombres la subieron, con las dos piernas rotas, imposibilitada para siempre.

Su amante, acosado por el remordimiento y tal vez agradecido a la terrible prueba de amor, la hizo su esposa.

Esta es la verdad.

Caía la tarde. Sintiendo frío, ella quiso volver a casa; el criado empujó de nuevo el cochecillo y el pintor andaba junto a su mujer, sin que hubieran cruzado ni una palabra en una hora.

*Le Gaulois* 17 de diciembre de 1883

# *Moiron*

---

*Moiron*

Como seguían hablando de Pranzini, el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo con el Imperio, nos dijo:

—¡Oh! Yo intervine, en tiempos, en un asunto muy curioso, curioso por varios extremos, como van a ver ustedes.

Yo era en ese momento fiscal en provincia, y muy bienquisto, gracias a mi padre, presidente de la Audiencia en París. Ahora bien, tuve que tomar la palabra en una causa que se hizo célebre con el nombre de caso del maestro Moiron.

El señor Moiron, maestro en el norte de Francia, gozaba en toda la comarca de excelente reputación. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso, un poco taciturno, se había casado en el municipio de Boislinot, donde ejercía su profesión. Había tenido tres hijos, muertos sucesivamente del pecho.

A partir de ese momento, pareció consagrar a la chiquillería confiada a sus cuidados toda la ternura escondida en su corazón. Compraba, de su bolsillo, juguetes para sus mejores alumnos, para los más buenos y amables; les daba de merendar, atiborrándolos de golosinas, dulces y pasteles. Todo el mundo quería y alababa a aquel hombre tan bueno, de tan gran corazón, cuando, de repente, cinco de sus alumnos murieron de una forma rara. Se pensó en una epidemia procedente del agua corrompida por la sequía; se buscaron las causas sin descubrirlas, tanto más cuanto que los síntomas parecían de lo más extraños. Los niños aparentaban una enfermedad de postración, dejaban de comer, se quejaban de dolores de barriga, iban tirando así cierto tiempo, y después espiraban en medio de abominables sufrimientos.

Se hizo la autopsia del último muerto sin encontrar nada. Las vísceras enviadas a París fueron analizadas y no revelaron la presencia de ninguna sustancia tóxica.

Durante un año no pasó nada, y después dos niños pequeños, los mejores alumnos de la clase, los preferidos de Moiron, espiraron en cuatro días. Se prescribió el examen de los cuerpos y se descubrió, tanto en uno como en otro, fragmentos de vidrio machacado incrustados en los órganos. Se llegó a la conclusión de que los dos críos habrían comido imprudentemente algún alimento en malas condiciones. Bastaba con que un vaso se hubiera roto encima de un cuenco de leche para producir aquel espantoso accidente, y el asunto no hubiera pasado de ahí si la criada de Moiron no hubiera caído enferma en aquel momento. El médico al que llamaron comprobó las mismas señales mórbidas que en los niños anteriormente afectados, la interrogó y obtuvo la confesión de que había robado y comido unos caramelos comprados por el maestro para sus alumnos.

Por mandato judicial se hizo un registro en la escuela, y se descubrió un armario lleno de juguetes y de golosinas destinados a los niños. Ahora bien, casi todos aquellos comestibles contenían fragmentos de vidrio o trozos de agujas rotas.

Moiron, detenido en seguida, pareció tan indignado y estupefacto por las sospechas que pesaban sobre él que estuvieron a punto de soltarlo. Sin embargo, aparecían indicios de su culpabilidad que combatían en mi ánimo mi convicción inicial, basada en su excelente reputación, en su vida entera y en la inverosimilitud, en la carencia total de motivos que provocaran semejante crimen.

¿Por qué aquel hombre bueno, sencillo, religioso, iba a matar a unos niños, y a los niños que más parecía querer, a quienes mimaba, a quienes atiborraba de golosinas, para quienes gastaba en juguetes y caramelos la mitad de su sueldo?

Para admitir este acto, ¡había que suponer una locura! Pero Moiron parecía tan razonable, tan tranquilo, tan lleno de juicio y de sentido común, que la locura parecía imposible de probar en su caso.

¡Y, sin embargo, se acumulaban las pruebas! Se demostró que caramelos, pasteles, melcochas y otros géneros recogidos en los productores donde se surtía el maestro de escuela no contenían ningún fragmento sospechoso.

Él pretendió entonces que un enemigo ignorado había debido de abrir su armario con una llave falsa para introducir el vidrio y las agujas en las golosinas. Y supuso toda una historia de herencias que dependían de la muerte de un niño, decidida y buscada por un campesino cualquiera y lograda así, haciendo recaer las sospechas sobre el maestro. Aquel animal, decía, no se había preocupado de los otros desdichados niños que morirían también.

Era posible. El hombre parecía tan seguro de sí y tan desolado que sin duda lo hubiéramos absuelto, a pesar de los cargos que pesaban sobre él, de no haber hecho dos descubrimientos abrumadores, uno tras otro.

El primero, ¡una petaca llena de vidrio machacado! ¡Su petaca, en un cajón secreto del escritorio donde guardaba el dinero!

Explicó de nuevo este hallazgo de una forma casi aceptable, como una suprema astucia del verdadero culpable ignorado, pero un mercero de Saint-Marlouf se presentó al juez de instrucción contándole que un caballero había comprado en su tienda agujas, en varias ocasiones, las agujas más finas que había podido encontrar, rompiéndolas para ver si le gustaban.

El mercero, puesto ante una docena de personas, reconoció a la primera a Moiron. Y la investigación reveló que el maestro, en efecto, había ido a Saint-Marlouf los días señalados por el comerciante.

Omito las terribles declaraciones de los niños sobre la elección de las golosinas y el cuidado de que se las comieran delante de él y de eliminar los menores rastros.

La opinión pública, exasperada, reclamaba la pena capital, y adquiría esa fuerza de creciente terror que arrolla todas las resistencias y las vacilaciones.

Moiron fue condenado a muerte. Después se rechazó su apelación. Sólo le quedaba la petición de indulto. Supe por mi padre que el emperador no se lo concedería.

Ahora bien, una mañana estaba yo trabajando en mi despacho cuando me anunciaron la visita del capellán de la cárcel.

Era un anciano sacerdote que tenía un gran conocimiento de los hombres y estaba muy acostumbrado a los criminales. Parecía turbado, molesto, inquieto. Tras haber charlado unos minutos de esto y aquello, me dijo bruscamente, al levantarse:

«Si Moiron es decapitado, señor fiscal, habrá dejado usted que ejecuten a un inocente.»

Y después, sin despedirse, salió, dejándome profundamente impresionado por sus palabras. Las había pronunciado de forma emocionante y solemne, entreabriendo, para salvar una vida, sus labios cerrados y sellados por el secreto de confesión.

Una hora después salía yo para París, y mi padre, advertido por mí, pidió inmediatamente una audiencia al emperador.

Me recibió al día siguiente. Su Majestad trabajaba en un saloncito cuando nos introdujeron allí. Expuse todo el asunto hasta la visita del sacerdote, y estaba a punto de contarla cuando se abrió una puerta detrás del sillón del soberano, y la emperatriz, que

lo creía solo, apareció. Napoleón la consultó. En cuanto estuvo al tanto de los hechos, ella exclamó:

«Hay que indultar a ese hombre. ¡Es preciso, ya que es inocente!»

¿Por qué esta repentina convicción de una mujer tan piadosa sembró en mi mente una terrible duda?

Hasta entonces yo había deseado ardientemente una conmutación de la pena. Y de repente me sentí juguete, víctima de un criminal astuto que había empleado al sacerdote y la confesión como último medio de defensa.

Expuse mis vacilaciones a Sus Majestades. El emperador seguía indeciso, incitado por su bondad natural y retenido por el temor de dejarse burlar por un miserable; pero la emperatriz, convencida de que el sacerdote había obedecido a una inspiración divina, repetía: «¡Qué importa! ¡Más vale perdonar a un culpable que matar a un inocente!» Su opinión triunfó. La pena de muerte fue conmutada por la de trabajos forzados.

Ahora bien, unos años después me enteré de que Moiron, cuya conducta ejemplar en el presidio de Tolón se le había señalado de nuevo al emperador, estaba empleado como criado del director del centro penitenciario.

Después no volví a oír hablar de aquel hombre durante mucho tiempo.

Ahora bien, hace unos dos años, cuando pasaba el verano en Lila, en casa de mi primo De Larielle, me avisaron una noche, en el momento de sentarme a la mesa para cenar, que un joven sacerdote deseaba hablarme.

Ordené que lo hicieran entrar, y me suplicó que acudiera al lado de un moribundo que deseaba verme con urgencia. Eso me había ocurrido a menudo durante mi larga carrera de magistrado y, aunque apartado por la República, aún me llamaban de vez en cuando en tales circunstancias.

Seguí, pues, al eclesiástico, que me hizo subir a un alojamiento miserable, bajo los tejados de una alta casa obrera.

Allí encontré, sobre un jergón, a un extraño agonizante, sentado, con la espalda contra la pared, para respirar.

Era una especie de esqueleto gesticulante, con ojos profundos y relucientes.

En cuanto me vio, murmuró:

«¿No me reconoce?»

—No.

—Soy Moiron.»

Sentí un estremecimiento, y pregunté:

«¿El maestro?»

—Sí.

—¿Cómo se encuentra usted aquí?

—Sería demasiado largo. No tengo tiempo... Iba a morir... me trajeron este cura... y como sabía que usted estaba aquí, he mandado a buscarle... Es con usted con quien quiero confesarme... ya que me salvó la vida... en tiempos.»

Apretaba con sus manos crispadas la paja de su jergón, a través de la tela. Y prosiguió con voz ronca, enérgica y baja.

—Eso es... Le debo a usted la verdad... a usted... pues es preciso contársela a alguien antes de dejar esta tierra.

Fui yo el que maté a los niños:... a todos... Fui yo... ¡por venganza! Escuche. Yo era un hombre honrado, honradísimo... muy honrado, muy puro —adoraba a Dios, al Dios Bueno, al Dios que nos enseñan a amar, y no al Dios falso, al verdugo, al ladrón, al asesino que gobierna la tierra—. No había hecho daño a nadie, jamás había cometido un acto ruin. Yo era tan puro como pocos, señor.

Una vez casado, tuve hijos y empecé a amarlos como jamás un padre o una madre amó a los suyos. Sólo vivía para ellos. Los adoraba. ¡Y murieron los tres! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Me rebelé, me rebelé furiosamente; y después de repente abrí los ojos como cuando uno se despierta; y comprendí que Dios es malo. ¿Por qué había matado a mis hijos? Abrí los ojos, y vi que le gusta matar. Sólo le gusta eso, caballero. ¡Sólo da la vida para destruirla! Dios, caballero, es un asesino. Todos los días necesita muertos. Y se los procura de todas las maneras, para divertirse más. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse tranquilamente a lo largo de los meses y los años; y además, cuando se aburre, tiene las epidemias, la peste, el cólera, las anginas, la viruela; ¿acaso sé yo todo lo que ha ideado ese monstruo? Y no le bastaba con eso, ¡todos esos males se parecen!, y se permite guerras de vez en cuando, para ver a doscientos mil soldados en el suelo, aplastados entre sangre y lodo, reventados, con los brazos y las piernas arrancados, las cabezas rotas por bolas como huevos que caen sobre una carretera.

Y eso no es todo. Ha hecho que los hombres se devoren entre sí. Y además, como los hombres se vuelven mejores que él, ha hecho a los animales para ver a los hombres cazarlos, degollarlos y alimentarse con ellos. Y eso no es todo. Ha hecho esos animalillos que viven un día, las moscas, que mueren a millones en una hora, las hormigas que se aplastan, y otros, muchos, tantos que no podemos imaginárnoslos. Y todo eso se mata entre sí, se da mutua caza, se devora entre sí y muere sin cesar. Y el buen Dios mira y se divierte, pues lo ve todo, a los grandes y a los pequeños, a los que están en las gotas de agua y a los de otras estrellas. Los mira y se divierte. ¡Qué canalla!

Y entonces yo, caballero, también maté a niños. Le gasté esa mala pasada. Con esos no pudo él. No pudo él, fui yo. Y habría matado otros muchos, pero usted me cogió. ¡Ahí tiene!

Yo iba a morir guillotinado. ¡Yo! ¡Cómo se habría reído ese reptil! Entonces pedí un sacerdote, y mentí. Me confesé. Mentí; y he vivido.

Ahora se acabó. No puedo ya escapar de él. Pero no le tengo miedo, caballero, lo desprecio demasiado.

Era espantoso ver al infeliz que jadeaba, hablaba entre hipos, abriendo una boca enorme para escupir a veces palabras que apenas se entendían, y tenía estertores, y arrancaba la tela de su jergón, y agitaba, bajo una manta casi negra, sus piernas flacas, como para escapar.

¡Oh! ¡Qué horrible ser y qué horrible recuerdo!

Le pregunté.

«¿No tiene usted nada más que decir?

—No, señor.

—Pues entonces, adiós.

—Adiós, caballero, un día u otro...»

Me volví hacia el sacerdote, lívido y que pegaba a la pared su alta silueta oscura:

«¿Se queda usted, señor cura?

—Me quedo.»

Entonces el moribundo rió burlescamente:

«Sí, sí, él envía sus cuervos sobre los cadáveres.»

Yo ya tenía bastante; abrí la puerta y escapé.

*Gil Blas*, 27 de septiembre de 1887



## *Mosca (Recuerdos de un remero)*

---

Mouche

Nos dijo:

¡He visto cosas curiosas, y también chicas curiosas, en mis tiempos de remero! Muchas veces me dieron ganas de escribir un librito, titulado *Sobre el Sena*, para contar esa vida de fuerza y despreocupación, de alegría y pobreza, de juergas sanas y bulliciosas que llevé desde los veinte a los treinta años.

Yo era un empleado sin un céntimo; ahora soy un hombre que ha triunfado, y que puede tirar gruesas sumas por el capricho de un segundo. Llevaba en el corazón mil deseos modestos e irrealizables que me doraban la existencia con todas las esperanzas imaginarias. Hoy, no sé realmente qué fantasía podría levantarme del sillón en el que me adormilo. ¡Qué sencillo era, y qué agradable, y qué difícil vivir así, entre la oficina en París y el río en Argenteuil! Mi grande, mi única, mi absorbente pasión fue, durante diez años, el Sena. ¡Ah! ¡Río hermoso, tranquilo, variado y apestoso, lleno de espejismos e inmundicias! Lo amé tanto, creo, porque me dio, me parece, el sentido de la vida. ¡Ah! ¡Qué paseos a lo largo de las riberas floridas, con mis amigas las ranas que soñaban, con la tripa al fresco, sobre una hoja de nenúfar, y los lirios de agua coquetos y frágiles, entre las grandes hierbas finas que me abrían de pronto, detrás de un sauce, una página de álbum japonés cuando el martín pescador huía ante mí como una llama azul! He amado todo esto con un amor instintivo de los ojos que se difundía por todo mi cuerpo con una alegría natural y honda.

Al igual que otros tienen recuerdos de noches tiernas, yo tengo recuerdos de salidas de sol entre las brumas matinales, flotantes, errantes vapores, blancas como muertas antes de la aurora, y después, con el primer rayo que se deslizaba sobre las praderas, iluminadas de un rosa arrobador; y tengo recuerdos de luna plateando la trémula corriente con un resplandor que hacía florecer todos los sueños.

Y todo esto, símbolo de la eterna ilusión, nacía para mí sobre el agua corrompida que arrastraba hacia el mar todas las basuras de París.

Y, además, ¡qué alegre aquella vida con los camaradas! Éramos cinco, una pandilla, hoy hombres serios; y como todos éramos pobres, habíamos fundado, en un horrible figón de Argenteuil, una colonia indescriptible que no poseía sino una habitación-dormitorio donde he pasado las más locas veladas de mi existencia, sin duda. Sólo nos preocupaba divertirnos y remar, pues el remo era para nosotros, salvo para uno, un culto. Me acuerdo de aventuras tan singulares, de bromas tan inverosímiles, inventadas por los cinco pillastres, que hoy nadie las podría creer. Ya no se vive así, ni siquiera en el Sena, pues la frenética fantasía que nos tenía en vilo ha muerto en las almas actuales.

Entre los cinco poseíamos una sola embarcación, comprada con grandes sacrificios y en la que nos hemos reído como jamás volveremos a reír. Era una ancha yola un poco pesada, pero sólida, espaciosa y cómoda. No les trazaré el retrato de mis camaradas. Había uno bajito, muy listo, apodado Novato; uno alto, de aspecto salvaje, con ojos grises y pelo negro, apodado Tomahawk; otro, agudo y perezoso, apodado Birrete, el único que no tocaba jamás un remo, con el pretexto de que haría zozobrar la barca; uno delgado, elegante, muy atildado, apodado *Un Solo Ojo* por alusión a una novela entonces reciente de Cladel<sup>20</sup> y porque llevaba monóculo; y por último yo, a quien me

---

<sup>20</sup> Leon Cladel (1835—1892), conoció cierto éxito con un grupo de novelas en las que describe las costumbres rurales del Quercy. *N'a qu'un oeil* se publicó en 1882.

habían bautizado José Ciruelo. Vivíamos en perfecta inteligencia, con el único pesar de no tener una timonera. Una mujer es indispensable en una embarcación. Indispensable porque mantiene despiertos la cabeza y el corazón, porque anima, divierte, distrae, sazona y resulta decorativa con su sombrilla roja que se desliza sobre las verdes orillas. Pero no necesitábamos una timonera corriente nosotros cinco, que no nos parecíamos a nadie. Necesitábamos algo imprevisto, raro, dispuesto a todo, casi imposible de encontrar, en fin. Habíamos probado muchas sin éxito, chicas de timón, y no timoneras, bateleras imbéciles que preferían siempre el vinillo que emborracha al agua que corre y sostiene las yolas. Las conservábamos un domingo, y después las despedíamos, asqueados.

Ahora bien, un sábado por la tarde Un Solo Ojo nos trajo una criatura endeble, vivaracha, saltarina, bromista y llena de gracejo, de ese gracejo que sustituye al ingenio en los golfillos varones y hembras que crecen en las calles de París. Era graciosa, aunque no bonita, un boceto de mujer en el que había de todo, una de esas siluetas femeninas que los dibujantes bosquejan en tres trazos sobre una servilleta de café después de cenar, entre una copa de aguardiente y un cigarrillo. La naturaleza las hace a veces así.

La primera tarde nos extrañó, nos divirtió y nos dejó sin opinión, de tan inesperada como resultaba. Caída en aquel nido de hombres dispuestos a todas las locuras, muy pronto se hizo dueña de la situación, y al día siguiente ya nos había conquistado.

Por lo demás, estaba totalmente chalada, había nacido con un vaso de ajeno en la barriga, pues su madre debió de bebérselo en el momento de parir, y la borrachera no se le había quitado jamás, porque su nodriza, decía, se tonificaba con tragos de tafía; y ella misma nunca llamaba sino "mi santa familia" a todas las botellas alineadas detrás del mostrador de las tiendas de vinos.

No sé cuál de nosotros la bautizó Mosca ni por qué se le dio ese mote, pero le iba bien y se le quedó. Y nuestra yola, que se llamaba Hoja al Revés<sup>21</sup>, llevó flotando todas las semanas por el Sena, entre Asnières y Maisons-Laffite, a cinco mozos felices y robustos, timoneados, bajo un quitasol de papel pintado, por una personilla vivaracha y atolondrada que nos trataba como a esclavos encargados de pasearla por el agua, y a quien queríamos mucho.

Todos la queríamos mucho, por mil razones al principio, por una sola a continuación. Era, en la popa de nuestra embarcación, una especie de molinillo de palabras, cotorreando al viento que se deslizaba rozando el agua. Parloteaba sin fin con el leve ruido continuo de esos mecanismos alados que giran en la brisa; y decía aturdidamente las cosas más inesperadas, más chuscas, más estupefacientes. En aquella cabeza, cuyas diversas partes parecían dispares, a la manera de jirones de todos los géneros y colores, no cosidos sino meramente hilvanados, había fantasía como en un cuento de hadas, había gracia picante, impudor, imprudencia, sorpresas, comicidad y aire, aire y paisaje como en un viaje en globo.

Le hacíamos preguntas por provocar respuestas sacadas quién sabe de dónde. Había una con la cual la acosábamos con mucha frecuencia:

"¿Por qué te llaman Mosca?"

Ella descubría razones tan inverosímiles que dejábamos de bogar para reírnos.

Nos gustaba también como mujer; y Birrete, que no remaba nunca y se pasaba el día sentado a su lado en el timón, respondió una vez a la pregunta habitual:

"¿Por qué te llaman Mosca?"

---

<sup>21</sup> El nombre de la yola, *Feuille à l'envers* tiene una connotación picante. "*Voir la feuille à l'envers*" era una locución común a finales del XIX para designar a las parejas que se amaban al aire libre, bajo el follaje, y que veían, por lo tanto, "las hojas al revés".

—Porque es una pequeña cantárida"

Sí, una pequeña cantárida zumbadora y febril, no la clásica cantárida latosa, brillante y albardada, sino una pequeña cantárida de alas rojizas que empezaba a turbar extrañamente a la entera tripulación de la Hoja al Revés.

¡Cuántas bromas estúpidas, también, sobre aquella hoja donde se había posado aquella Mosca!

Un Solo Ojo, después de la llegada de Mosca a la barca, había adquirido entre nosotros un papel preponderante, superior, al papel de un señor que tiene una mujer al lado de otros cuatro que no la tienen. Abusaba de este privilegio hasta el punto de exasperarnos a veces besando a Mosca delante de nosotros, sentándosela en las rodillas al final de las comidas y con otras muchas prerrogativas tan humillantes como irritantes.

Los habíamos aislado en el dormitorio mediante una cortina.

Pero pronto percibí que mis compañeros y yo debíamos de hacernos el mismo razonamiento .en el fondo de nuestros cerebros solitarios: " ¿Por qué, en virtud de qué ley de excepción, de qué privilegio inaceptable, Mosca, que no parecía estorbada por ningún prejuicio, iba a ser fiel a su amante, cuando las mujeres de la mejor sociedad no lo son a sus maridos? "

Nuestra reflexión era exacta. Pronto nos convencimos de ello. Sólo que habríamos debido hacerlo antes para no tener que lamentar el tiempo perdido. Mosca engañó a Un Solo Ojo con todos los demás marineros de la Hoja al Revés.

Lo engañó sin dificultad, sin resistencia, al primer ruego de cada uno de nosotros.

¡Dios mío, las personas púdicas se indignarán mucho! ¿Por qué? ¿Cuál es la cortesana en boga que no tiene una docena de amantes, y cuál de esos amantes es lo bastante tonto para ignorarlo? ¿No está de moda tener una noche fija en casa de una mujer célebre y cotizada, al igual que uno tiene una noche en la Opera, en el teatro Francés o en el Odeón, desde que se representan en éste los semiclásicos? Se juntan diez para mantener a una mujer galante que se las ve y se las desea para distribuir su tiempo, al igual que se juntan diez para poseer un caballo que monta un solo jockey, verdadera imagen del amante de corazón.

Por delicadeza, le dejábamos Mosca a Un Solo Ojo desde la noche del sábado a la mañana del lunes. Los días de navegación eran suyos. Sólo lo engañábamos entre semana, en Paris, lejos del Sena, lo cual, para remeros como nosotros, casi no era engañar.

La situación tenía una particularidad: los cuatro merodeadores de los favores de Mosca no ignoraban aquel reparto, hablaban de él entre sí, e incluso con ella, mediante veladas alusiones que la hacían reír mucho. Sólo Un Solo Ojo parecía ignorarlo todo; y esta posición especial engendraba cierto malestar entre él y nosotros, parecía apartarlo, aislarlo, alzar una barrera entre nuestra antigua confianza y nuestra antigua intimidad. Eso le otorgaba un papel difícil, un papel ridículo, un papel de amante engañado, casi de marido.

Como era muy inteligente, y estaba dotado de un especial ingenio para bromear con mucha seriedad, nos preguntábamos a veces, con cierta inquietud, si no sospecharía nada.

El mismo se encargó de informarnos, de una forma penosa para nosotros. Ibamos a almorzar a Bougival, y remábamos con vigor, cuando Birrete, que tenía, esa mañana, una facha triunfante de hombre satisfecho y que, sentado al lado de la timonera, parecía apretarse contra ella un poco de más, en nuestra opinión, interrumpió la boga gritando: "¡Stop!"

Los ocho remos salieron del agua.

Entonces, volviéndose a su vecina, preguntó:

" ¿Por qué te llaman Mosca? "

Antes de que ella hubiera podido responder, la voz de Un Solo Ojo, sentado en proa, articuló en tono seco:

"Porque se posa en todas las carroñas."

Hubo al principio un gran silencio, cierto malestar, al que siguieron unas ganas de reír. La propia Mosca se habla quedado cortada.

Entonces, Birrete ordenó:

" ¡Adelante! "

La barca reanudó la marcha.

Se había cerrado el incidente, se había hecho la luz.

Esta pequeña aventura en nada cambió nuestros hábitos. Se limitó a restablecer la cordialidad entre Un Solo Ojo y nosotros. Volvió a ser el honroso propietario de Mosca, desde la noche del sábado a la mañana del lunes, pues su superioridad sobre nosotros había quedado perfectamente establecida por esta definición, que clausuró además la era de las preguntas sobre la palabra Mosca. Nos contentamos en el futuro con el papel secundario de amigos agradecidos y atentos que aprovechaban discretamente los días de la semana sin comentarios de ninguna clase entre nosotros.

La cosa marchó muy bien durante unos tres meses. Pero de repente Mosca adoptó, con todos nosotros, actitudes extravagantes. Estaba menos alegre, nerviosa, inquieta, casi irritable. Le preguntábamos sin cesar:

"¿Qué te pasa?"

Respondía:

"Nada. Déjame en paz."

Un Solo Ojo nos hizo la revelación un sábado por la noche. Acabábamos de sentarnos a la mesa en un comedorcito que Barbichon, nuestro figonero, nos reservaba en su merendero, y, acabada la sopa, esperábamos el pescado frito, cuando nuestro amigo, que parecía bastante preocupado, cogió la mano de Mosca y habló a continuación:

"Queridos camaradas —dijo—, tengo que comunicaros algo muy grave y que quizá va a provocar largas discusiones. Tendremos tiempo de reflexionar entre plato y plato.

"La pobre Mosca me ha anunciado una desastrosa noticia, y al mismo tiempo me ha encargado comunicárosla.

"Está embarazada.

"Sólo añadido dos palabras:

"No es éste el momento de abandonarla y está prohibido investigar la paternidad."

Se produjo al principio una sensación de estupor, de desastre; y nos mirábamos unos a otros con ganas de acusar a alguien. Pero ¿a quién? ¡Ah! ¿A quién? Jamás había sentido yo como en ese momento la perfidia de esa cruel broma de la naturaleza que no permite nunca saber a un hombre con seguridad si es el padre de su hijo.

Después, poco a poco, nos invadió una especie de consuelo que nos reconfortó, nacido de un confuso sentimiento de solidaridad.

Tomahawk, que casi no hablaba, formuló este comienzo de sosiego con estas palabras:

"A lo hecho, pecho; la unión hace la fuerza."

Entraban los gobios, traídos por un pinche. No nos lanzamos sobre ellos, como de costumbre, porque a pesar de todo los espíritus estaban turbados.

Un Solo Ojo prosiguió:

"Ella ha tenido, en esta circunstancia, la delicadeza de hacerme una completa confesión. Amigos míos, todos somos igualmente culpables. Démonos la mano y adoptemos al niño."

La decisión fue tomada por unanimidad. Alzamos los brazos hacia la bandeja de pescado frito y juramos:

"Lo adoptamos."

Entonces, salvada de repente, liberada del horrible peso de la inquietud que torturaba desde hacía un mes a aquella loca y gentil mendiga del amor, Mosca exclamó:

"¡Oh! ¡Amigos míos! ¡Amigos míos! Tenéis buen corazón..., buen corazón..., buen corazón... ¡Gracias a todos! " Y lloró por primera vez delante de nosotros.

Desde entonces en la barca se habló del niño como si ya hubiera nacido, y cada uno de nosotros se interesaba, con exagerada y partícipe solicitud, por el desarrollo lento y regular de la cintura de nuestra timonera.

Dejábamos de remar para preguntar:

"¿Mosca? "

Ella contestaba:

"Presente.

—¿Niño o niña?

—Niño.

—¿Y qué va a ser de mayor?"

Entonces ella daba libre curso a su imaginación de la manera más fantástica. Eran relatos interminables, invenciones estupefacientes, desde el día del nacimiento hasta el triunfo definitivo. Fue de todo, aquel niño, en el sueño ingenuo, apasionado y enternecedor de aquella extraordinaria criatura, que vivía ahora, casta, entre nosotros cinco, a quienes llamaba sus "cinco papás". Lo vio y lo describió de marino, descubriendo un nuevo mundo mayor que América; de general, devolviendo a Francia Alsacia y Lorena; después, de emperador, fundando una dinastía de soberanos generosos y prudentes que darían a nuestra patria la felicidad definitiva; después, de sabio, desvelando primero el secreto de la fabricación del oro, y a continuación el de la vida eterna; después, de aeronauta, inventando un medio para visitar los astros y convirtiendo el cielo infinito en un inmenso paseo para los hombres, realización de todas las ensoñaciones más imprevistas y magníficas.

¡Cielos, qué simpática y divertida fue, la pobre chiquilla, hasta el fin del verano!

Fue el veinte de septiembre cuando se desinfló su sueño. Volvíamos de almorzar en Maisons-Laffite y pasábamos por delante de Saint-Germain cuando ella tuvo sed y nos pidió que paráramos en Pecq.

Desde hacía algún tiempo se sentía pesada, y eso la fastidiaba mucho. Ya no podía brincar como antes, ni saltar de la embarcación a la ribera, como solía hacer. Lo seguía intentando, pese a nuestros gritos y nuestros esfuerzos; y veinte veces, sin nuestros brazos extendidos para cogerla, se hubiera caído.

Aquel día cometió la imprudencia de querer desembarcar antes de que la embarcación se detuviese, por una de esas bravatas que cuestan la vida a los atletas enfermos o fatigados.

En el preciso momento en que íbamos a atracar, sin que hubiéramos podido prever o impedir su movimiento, se levantó, cogió impulso e intentó saltar al muelle.

Demasiado débil, se limitó a tocar el borde de la piedra con la punta del pie, resbaló, chocó con todo el vientre contra el ángulo agudo, lanzó un gran grito y desapareció en el agua.

Nos zambullimos los cinco al mismo tiempo para recoger un pobre ser desfalleciente, pálida como una muerta y que sufría ya atroces dolores.

Hubo que llevarla a toda prisa a la posada más próxima, adonde llamamos a un médico.

Durante las diez horas que duró el aborto soportó con un valor de heroína abominables torturas. Nosotros nos desolábamos a su alrededor, afiebrados de angustia y de miedo.

Al final le extrajeron un niño muerto; y durante unos cuantos días sentimos los mayores temores por su vida.

El médico nos dijo una mañana, por fin: "Creo que está salvada. Es de acero, esta chica." Y entramos juntos en su cuarto, con el corazón radiante.

Un Solo ojo le dijo, hablando por todos:

"Ya no hay peligro, Mosquita, estamos muy contentos. "

Entonces, por segunda vez, lloró delante de nosotros y, con los ojos velados por las lágrimas, balbució:

"¡Oh! Si supierais..., si supierais..., qué pena..., qué pena..., no me consolaré nunca.

—¿De qué, Mosquita?

—De haberlo matado, ¡porque lo maté! ¡Oh! ¡Sin querer! ¡Qué pena! ... "

Sollozaba. La rodeábamos, emocionados, sin saber qué decirle.

Prosiguió:

"¿Y vosotros? ¿Lo habéis visto?" Respondimos al unísono:

"Sí.

—Era un niño, ¿verdad?

—Sí.

—Guapo, ¿verdad?"

Vacilamos mucho. El Novato, el menos escrupuloso, se decidió a afirmar:

"Guapísimo."

Hizo mal, porque ella empezó a gemir, casi a chillar de desesperación.

Entonces, Un Solo Ojo, que tal vez era el que más la quería, tuvo una idea genial para calmarla, y, besando sus ojos empañados por el llanto:

"Consuélate, Mosquita, consuélate, te haremos otro." El sentido de lo cómico, que tenía hasta la médula, despertó de pronto, y entre convencida y guasona, lacrimosa aún y con el corazón crispado de pena, preguntó, mirándonos a todos:

"¿De veras?" Y respondimos a una:

"De veras."

*L'Echo de Paris*, 10 de febrero de 1890

# *La muerta*

---

*La morte*

¡La había amado desesperadamente! ¿Por qué se ama? Cuán extraño es ver un solo ser en el mundo, tener un solo pensamiento en el cerebro, un solo deseo en el corazón y un solo nombre en los labios... un nombre que asciende continuamente, como el agua de un manantial, desde las profundidades del alma hasta los labios, un nombre que se repite una y otra vez, que se susurra incesantemente, en todas partes, como una plegaria.

Voy a contarles nuestra historia, ya que el amor sólo tiene una, que es siempre la misma. La conocí y viví de su ternura, de sus caricias, de sus palabras, en sus brazos tan absolutamente envuelto, atado y absorbido por todo lo que procedía de ella, que no me importaba ya si era de día o de noche, ni si estaba muerto o vivo, en este nuestro antiguo mundo.

Y luego ella murió. ¿Cómo? No lo sé; hace tiempo que no sé nada. Pero una noche llegó a casa muy mojada, porque estaba lloviendo intensamente, y al día siguiente tosía, y tosió durante una semana, y tuvo que guardar cama. No recuerdo ahora lo que ocurrió, pero los médicos llegaron, escribieron y se marcharon. Se compraron medicinas, y algunas mujeres se las hicieron beber. Sus manos estaban muy calientes, sus sienas ardían y sus ojos estaban brillantes y tristes. Cuando yo le hablaba me contestaba, pero no recuerdo lo que decíamos. ¡Lo he olvidado todo, todo, todo! Ella murió, y recuerdo perfectamente su leve, débil suspiro. La enfermera dijo: "¡Ah!" ¡y yo comprendí! ¡Y yo comprendí!

Me consultaron acerca del entierro pero no recuerdo nada de lo que dijeron, aunque sí recuerdo el ataúd y el sonido del martillo cuando clavaban la tapa, encerrándola a ella dentro. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Ella estaba enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Vinieron algunas personas... mujeres amigas. Me marché de allí corriendo. Corrí y luego anduve a través de las calles, regresé a casa y al día siguiente emprendí un viaje.

\*\*\*

Ayer regresé a París, y cuando vi de nuevo mi habitación —nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, todo lo que queda de la vida de un ser humano después de su muerte—, me invadió tal oleada de nostalgia y de pesar, que sentí deseos de abrir la ventana y de arrojarme a la calle. No podía permanecer ya entre aquellas cosas, entre aquellas paredes que la habían encerrado y la habían cobijado, que conservaban un millar de átomos de ella, de su piel y de su aliento, en sus imperceptibles grietas. Cogí mi sombrero para marcharme, y antes de llegar a la puerta pasé junto al gran espejo del vestíbulo, el espejo que ella había colocado allí para poder contemplarse todos los días de la cabeza a los pies, en el momento de salir, para ver si lo que llevaba le caía bien, y era lindo, desde sus pequeños zapatos hasta su sombrero.

Me detuve delante de aquel espejo en el cual se había contemplado ella tantas veces... tantas veces, tantas veces, que el espejo tendría que haber conservado su imagen. Estaba allí de pie, temblando, con los ojos clavados en el cristal —en aquel liso, enorme, vacío cristal— que la había contenido por entero y la había poseído tanto como yo, tanto como mis apasionadas miradas. Sentí como si amara a aquel cristal. Lo toqué; estaba frío. ¡Oh, el recuerdo! ¡Triste espejo, ardiente espejo, horrible espejo, que haces sufrir tales tormentos a los hombres! ¡Dichoso el hombre cuyo corazón olvida

todo lo que ha contenido, todo lo que ha pasado delante de él, todo lo que se ha mirado a sí mismo en él o ha sido reflejado en su afecto, en su amor! ¡Cuánto sufro!

Me marché sin saberlo, sin desearlo, hacia el cementerio. Encontré su sencilla tumba, una cruz de mármol blanco, con esta breve inscripción:

«Amó, fue amada y murió.»

¡Ella está ahí debajo, descompuesta! ¡Qué horrible! Sollocé con la frente apoyada en el suelo, y permanecí allí mucho tiempo, mucho tiempo. Luego vi que estaba oscureciendo, y un extraño y loco deseo, el deseo de un amante desesperado, me invadió. Deseé pasar la noche, la última noche, llorando sobre su tumba. Pero podían verme y echarme del cementerio. ¿Qué hacer? Buscando una solución, me puse en pie y empecé a vagabundear por aquella ciudad de la muerte. Anduve y anduve. Qué pequeña es esta ciudad comparada con la otra, la ciudad en la cual vivimos. Y, sin embargo, no son muchos más numerosos los muertos que los vivos. Nosotros necesitamos grandes casas, anchas calles y mucho espacio para las cuatro generaciones que ven la luz del día al mismo tiempo, beber agua del manantial y vino de las vides, y comer pan de las llanuras.

¡Y para todas estas generaciones de los muertos, para todos los muertos que nos han precedido, aquí no hay apenas nada, apenas nada! La tierra se los lleva, y el olvido los borra. ¡Adiós!

Al final del cementerio, me di cuenta repentinamente de que estaba en la parte más antigua, donde los que murieron hace tiempo están mezclados con la tierra, donde las propias cruces están podridas, donde posiblemente enterrarán a los que lleguen mañana. Está llena de rosales que nadie cuida, de altos y oscuros cipreses; un triste y hermoso jardín alimentado con carne humana.

Yo estaba solo, completamente solo. De modo que me acurruqué debajo de un árbol y me escondí entre las frondosas y sombrías ramas. Esperé, agarrándome al tronco como un náfrago se agarra a una tabla.

Cuando la luz diurna desapareció del todo, abandoné el refugio y eché a andar suavemente, lentamente, silenciosamente, hacia aquel terreno lleno de muertos. Anduve de un lado para otro, pero no conseguí encontrar de nuevo la tumba de mi amada. Avancé con los brazos extendidos, chocando contra las tumbas con mis manos, mis pies, mis rodillas, mi pecho, incluso con mi cabeza, sin conseguir encontrarla. Anduve a tientas como un ciego buscando su camino. Toqué las lápidas, las cruces, las verjas de hierro, las coronas de metal y las coronas de flores marchitas. Leí los nombres con mis dedos pasándolos por encima de las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡Y no pude encontrarla!

No había luna. ¡Qué noche! Estaba asustado, terriblemente asustado, en aquellos angostos senderos entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Sólo tumbas! A mi derecha, a la izquierda, delante de mí, a mi alrededor, en todas partes había tumbas. Me senté en una de ellas, ya que no podía seguir andando. Mis rodillas empezaron a doblarse. ¡Pude oír los latidos de mi corazón! Y oí algo más. ¿Qué? Un ruido confuso, indefinible. ¿Estaba el ruido en mi cabeza, en la impenetrable noche, o debajo de la misteriosa tierra, la tierra sembrada de cadáveres humanos? Miré a mi alrededor, pero no puedo decir cuánto tiempo permanecí allí. Estaba paralizado de terror, helado de espanto, dispuesto a morir.

Súbitamente, tuve la impresión de que la losa de mármol sobre la cual estaba sentado se estaba moviendo. Se estaba moviendo, desde luego, como si alguien tratara de levantarla. Di un salto que me llevó hasta una tumba vecina, y vi, sí, vi claramente cómo se levantaba la losa sobre la cual estaba sentado. Luego apareció el muerto, un



esqueleto desnudo, empujando la losa desde abajo con su encorvada espalda. Lo vi claramente, a pesar de que la noche estaba oscura. En la cruz pude leer:

«Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Amó a su familia, fue bueno y honrado y murió en la gracia de Dios.»

El muerto leyó también lo que había escrito en la lápida. Luego cogió una piedra del sendero, una piedra pequeña y puntiaguda, y empezó a rascar las letras con sumo cuidado. Las borró lentamente, y con las cuencas de sus ojos contempló el lugar donde habían estado grabadas. A continuación, con la punta del hueso de lo que había sido su dedo índice, escribió en letras luminosas, como las líneas que los chiquillos trazan en las paredes con una piedra de fósforo:

«Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Mató a su padre a disgustos, porque deseaba heredar su fortuna; torturó a su esposa, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó todo lo que pudo y murió en pecado mortal.»

Cuando hubo terminado de escribir, el muerto se quedó inmóvil, contemplando su obra. Al mirar a mi alrededor vi que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los muertos habían salido de ellas y que todos habían borrado las líneas que sus parientes habían grabado en las lápidas, sustituyéndolas por la verdad. Y vi que todos habían sido atormentadores de sus vecinos, maliciosos, deshonestos, hipócritas, embusteros, ruines, calumniadores, envidiosos; que habían robado, engañado, y habían cometido los peores delitos; aquellos buenos padres, aquellas fieles esposas, aquellos hijos devotos, aquellas hijas castas, aquellos honrados comerciantes, aquellos hombres y mujeres que fueron llamados irreprochables. Todos ellos estaban escribiendo al mismo tiempo la verdad, la terrible y sagrada verdad, la cual todo el mundo ignoraba, o fingía ignorar, mientras estaban vivos.

Pensé que también ella había escrito algo en su tumba. Y ahora, corriendo sin miedo entre los ataúdes medio abiertos, entre los cadáveres y esqueletos, fui hacia ella, convencido de que la encontraría inmediatamente. La reconocí al instante sin ver su rostro, el cual estaba cubierto por un velo negro; y en la cruz de mármol donde poco antes había leído:

«Amó, fue amada y murió.»

Ahora leí:

«Habiendo salido un día de lluvia para engañar a su amante, pilló una pulmonía y murió.»

Parece que me encontraron al romper el día, tendido sobre la tumba, sin conocimiento.

*Gil Blas*, 31 de mayo de 1887

# *La mujer de Paul*

---

*La femme de Paul*

El restaurante Grillon, ese falansterio de los remeros, se vaciaba lentamente. Había, ante la puerta, un guirigay de gritos, de llamadas; y mocetones de camiseta blanca gesticulaban con los remos al hombro.

Las mujeres, con claros vestidos de primavera, embarcaban con precaución en las yolas y, sentándose al timón, disponían sus trajes, mientras el dueño del establecimiento, un robusto joven de barba roja, de célebre vigor, daba la mano a las damitas manteniendo en equilibrio las frágiles embarcaciones. Los remeros ocupaban a su vez sus puestos, con los brazos desnudos y sacando el pecho, posando para la galería, una galería compuesta de burgueses endomingados, de obreros y soldados acodados en la barandilla.

Las barcas, una a una, se apartaban del pontón. Los remadores se inclinaban hacia delante, luego se enderezaban con un movimiento regular; y, al impulso de los largos remos curvados, las rápidas yolas se deslizaban sobre el río, se alejaban, se achicaban, desaparecían por fin bajo el otro puente, el del ferrocarril, bajando hacia Charca de Ranas.

Sólo había quedado una pareja. El joven, casi imberbe aun, menudo, de cara pálida, ceñía el talle de su querida, una morenita flaca con andares de saltamontes; y a veces se miraban a los ojos.

El dueño gritó: "Vamos, don Paul, dense prisa." Y se acercaron.

De todos los clientes de la casa, Paul era el más querido y el más respetado. Pagaba bien y con regularidad, mientras que los otros se hacían rogar mucho, si es que desaparecían, insolventes. Además constituía una especie de reclamo vivo del establecimiento, pues su padre era senador. Y cuando algún forastero preguntaba:

"¿Quién es ese tipo bajito, que está tan colado por su damisela?", algún parroquiano respondía a media voz, con aire importante y misterioso: "Es Paul Baron, ¿sabe? el hijo del senador." Y el otro, invariablemente, no podía dejar de decir: "¡Pobre infeliz! ¡Lo tiene bien amarrado! "

La señora Grillon, una buena mujer, experta en el negocio, llamaba al joven y a su compañera "mis dos tordillos", y parecía muy enternecida con aquel amor tan ventajoso para la casa.

La pareja avanzaba a pasitos cortos; la yola Magdalena estaba preparada; pero, en el momento de montar a ella, se besaron, lo cual hizo reír al público agolpado en el puente. Y Paul, cogiendo los remos, partió también hacia la Charca de Ranas.

Cuando llegaron iban a ser las tres, y el gran café flotante rebosaba de gente.

La inmensa balsa, cubierta con un techo alquitranado, que se apoya en columnas de madera, está unida a la encantadora isla de Croissy por dos pasarelas, una de las cuales penetra hasta el centro de este establecimiento acuático, mientras que la otra pone en comunicación su extremidad con un islote minúsculo con un árbol, denominado "la Maceta", y, desde allí, llega a tierra junto la oficina de los baños.

El señor Paul amarró su embarcación al costado del establecimiento, trepó por la barandilla del café y después, cogiendo a su querida de las manos, la alzó, y los dos se sentaron en la punta de una mesa, frente a frente.

Al otro lado del río, en el camino de sirgas, se alineaba una larga fila de carruajes. Los simones alternaban con los finos coches de los gomosos: pesados los unos, con su

panza enorme que aplastaba los muelles, enganchados a un penco de cuello caído, de rodillas débiles; esbeltos los otros, espigados sobre ruedas finas, con caballos de patas delgadas y tensas, de cuello erguido, con el bocado nevado de espuma, mientras que el cochero, envarado en su librea, con la cabeza muy tiesa dentro de su gran cuello, permanecía con los riñones inflexibles y el látigo sobre una rodilla.

La ribera estaba cubierta de gente que llegaba en familia, o en pandilla, o de dos en dos, o en solitario. Arrancaban briznas de hierba, bajaban hasta el agua, volvían a subir por el camino, y todos ellos, al llegar al mismo paraje, se detenían, esperando al barquero. La pesada barca iba sin fin de una orilla a otra, descargando en la isla sus viajeros.

El brazo del río (llamado el brazo muerto), al que da este pontón-café, parecía dormir, de tan débil como era la corriente. Flotas de yolas, de esquifes, de piraguas, de podoscafes, de canoas, de embarcaciones de todas las formas y todos los estilos, navegaban sobre la onda inmóvil, cruzándose, mezclándose, abordándose, deteniéndose bruscamente con una sacudida de los brazos para lanzarse de nuevo con una brusca tensión de los músculos, y deslizarse vivamente como largos peces amarillos o rojos.

Llegaban sin cesar otras: unas de Chatou, aguas arriba; otras de Bougival, aguas abajo; y de una barca a otra se cruzaban sobre el río risas, llamadas, interpelaciones o broncas. Los remeros exponían al ardor del sol la carne morena y torneada de sus bíceps; y, semejantes a flores extrañas, a flores que nadaran, las sombrillas de seda roja, verde, azul o amarilla de las timoneras se abrían en la popa de los botes.

Un sol de julio llameaba en medio del cielo; el aire parecía lleno de una alegría ardiente; ni el menor temblor de brisa movía las hojas de sauces y álamos.

Allá lejos, enfrente, el inevitable monte Valérien escalonaba en la luz cruda sus escarpas fortificadas; mientras que, a la derecha, el adorable otero de Louveciennes, girando con el río, se redondeaba en semicírculo, dejando pasar a trechos, a través del poderoso y sombrío verdor de los grandes jardines, las blancas tapias de las casas de campo.

En las inmediaciones de la Charca de Ranas, una muchedumbre de paseantes circulaba bajo los gigantescos árboles que hacen de este rincón de la isla el más delicioso parque del mundo. Mujeres, jovencitas de pelo amarillo, senos desmesuradamente rollizos, grupa exagerada, rostro empastado de afeites, ojos pintados con carbón, labios sanguinolentos, ajustadas, ceñidas en trajes extravagantes, arrastraban sobre el fresco césped el mal gusto chillón de sus atavíos; mientras que a su lado los jóvenes se exhibían con sus ridículas vestimentas de grabados de modas, con guantes claros, botinas de charol, junquillos del grosor de un hilo y monóculos que subrayaban la necesidad de sus sonrisas.

La isla se estrangula justamente en la Charca de Ranas, y en la otra orilla, donde también funciona un transbordador que trae sin cesar a la gente de Croissy, el brazo rápido, lleno de torbellinos, de remolinos, de espuma, corre con trazas de torrente. Un destacamento de pontoneros, con uniforme de Artillería, está acampado en esa orilla, y los soldados; sentados en fila en una larga viga, miraban correr el agua.

En el establecimiento flotante había un barullo furioso y gritón. Las mesas de madera, donde las consumiciones derramadas formaban delgados regueros pegajosos, estaban cubiertas de vasos medio vacíos y rodeadas por gentes medio borrachas. Toda aquella multitud chillaba, cantaba, berreaba. Los hombres, con el sombrero hacia atrás, la cara colorada, ojos relucientes de borrachos, se agitaban vociferando con una necesidad de alborotar propia de animales. Las mujeres, en busca de una presa para la noche, se hacían invitar a una copa mientras tanto; y, en el espacio libre entre las mesas,

dominaba el público normal del lugar, un batallón de remeros alborotadores y sus compañeras, con cortas faldas de franela.

Uno de ellos bregaba con el piano y parecía tocar con manos y pies; cuatro parejas brincaban una cuadrilla; y los miraban unos jóvenes elegantes y correctos, que habían parecido respetables si, a pesar de todo, no se trasluciera una tara.

Pues se huele allí, en plena nariz, toda la escoria de la sociedad, toda la crápula distinguida, toda la podredumbre del mundillo parisiense: mezcla de horteras, de comicastros, de ínfimos periodistas, de hidalgos bajo curadoría, de bolsistas turbios, de juerguistas tarados, de viejos vividores podridos; tropel equívoco de todos los seres sospechosos, conocidos a medias, perdidos a medias, saludados a medias, deshonorados a medias, fulleros, pícaros, alcahuetes, caballeros de industria de traza digna, de aire matamoros que parece decir: "Al primero que me llame bribón, lo rajo."

Ese lugar rezuma estupidez, apesta a canallada y a galantería de bazar. Machos y hembras vienen a ser lo mismo. Flota allí un olor de amor, y se baten por un quítame allá esas pajas, con el fin de sostener reputaciones carcomidas que los sablazos y las balas de pistola no hacen sino hundir mas.

Algunos habitantes de los alrededores pasan por allá, curiosos, todos los domingos; algunos jóvenes, jovencísimos, aparecen por allí cada año, aprendiendo a vivir. Caen por allí paseantes que matan el tiempo, y algunos ingenuos que se extravían.

Se llama, con razón, la Charca de Ranas. Al lado de la balsa cubierta donde se bebe, y muy cerca de la "Maceta", la gente se baña. Aquellas mujeres cuyas redondeces son satisfactorias, acuden allí a mostrar al natural su mercancía y a buscar clientes. Las otras, desdeñosas, aunque amplificadas por el algodón, apuntaladas con muelles, enderezadas por aquí, modificadas por allá, miran con aire despreciativo a sus hermanas que chapotean.

En una pequeña plataforma, los nadadores se apretujan para tirarse de cabeza. Son largos como estacas, redondos como calabazas, nudosos como ramas de olivo, encorvados hacia adelante o echados hacia atrás por la amplitud del vientre, e, invariablemente feos, saltan al agua que salpica a los bebedores del café.

A pesar de los árboles inmensos inclinados sobre la casa flotante y a pesar de la proximidad del agua, un calor sofocante reinaba en aquel lugar. Las emanaciones de los licores derramados se mezclaban con el olor de los cuerpos y el de los violentos perfumes que impregnaban la piel de las vendedoras de amor y se evaporaban en aquel horno. Pero bajo todos esos olores diversos flotaba un ligero aroma de polvos de arroz que a veces desaparecía, reaparecía, que se encontraba siempre, como si una mano oculta hubiera sacudido en el aire una borla invisible.

El espectáculo estaba sobre el río, donde el incesante ir y venir de las barcas atraía las miradas. Las timoneras se exhibían en su asiento frente a sus machos de fuertes muñecas, y examinaban con desprecio a las buscadoras de cenas que merodeaban por la isla.

A veces, cuando una tripulación lanzada pasaba a toda velocidad, los amigos que habían desembarcado los animaban con gritos, y todo el público, súbitamente presa de locura, se ponía a chillar.

En el recodo del río, hacia Chatou, aparecían sin cesar nuevas barcas. Se acercaban, crecían y, a medida que se reconocían los rostros, brotaban otras vociferaciones.

Una canoa cubierta con un toldo y tripulada por cuatro mujeres bajaba lentamente la corriente. La que remaba era bajita, flaca, ajada, vestida con un traje de grumete, con el cabello recogido bajo un sombrero de hule. Frente a ella, una gruesa rubianca vestida de hombre, con una chaqueta de franela blanca, estaba tumbada de espaldas en el fondo de la barca, con las piernas al aire sobre el banco, a ambos lados de la remera, y fumaba un

cigarrillo, mientras a cada esfuerzo de los remos su pecho y su vientre se estremecían, bamboleados por la sacudida. En la parte de atrás, bajo el toldo, dos guapas chicas altas y esbeltas, una morena y otra rubia, se cogían por la cintura y miraban sin cesar a sus compañeras.

Un grito salió de la Charca de Ranas: " ¡Ahí viene Lesbos! ", y, de pronto, se produjo un impetuoso clamor; hubo un bullicio terrorífico; los vasos caían; la gente se subía a las mesas; todos, entre un ruido delirante, vociferaban: " ¡Lesbos! ¡Lesbos! ¡Lesbos! " El grito rodaba, se volvía indistinto, no formaba ya sino una especie de aullido espantoso, y después, de repente, parecía elevarse de nuevo, subir por el espacio, cubrir la llanura, llenar el tupido follaje de los grandes árboles, extenderse hasta los lejanos oteros, llegar hasta el sol.

La remera, ante esta ovación, se había detenido tranquilamente. La gruesa rubia tendida en el fondo de la canoa volvió la cabeza con aire indolente, alzándose sobre los codos; y las dos guapas chicas de la popa se echaron a reír saludando a la muchedumbre.

Entonces las vociferaciones se redoblaron, haciendo temblar el establecimiento flotante. Los hombres levantaban los sombreros, las mujeres agitaban sus pañuelos, y todas las voces, agudas o graves, gritaban a una:

" ¡Lesbos! " Hubiérase dicho que aquella gente, aquel hato de corrompidos, saludaba a un jefe, como esas escuadras que disparan cañonazos cuando un almirante pasa frente a ellas.

La numerosa flota de barcas aclamaba también a la canoa de las mujeres, que reanudó su marcha soñolienta para atracar un poco más lejos.

Paul, al contrario de los otros, se había sacado una llave del bolsillo y silbaba con todas sus fuerzas. Su querida, nerviosa, todavía pálida, le sujetaba el brazo para hacerlo callar y lo miraba esta vez con rabia en los ojos. Pero él parecía exasperado, como sublevado por unos celos de hombre, por un furor profundo, instintivo, desordenado. Balbució, con labios trémulos de indignación:

" ¡Es vergonzoso! ¡Habría que ahogarlas como a perros, con una piedra al cuello!"

Pero Madeleine, bruscamente, se encolerizó; su vocecita agria se volvió sibilante, y hablaba con volubilidad, como defendiendo su propia causa:

"¿Y a ti qué te importa? ¿No son libres de hacer lo que quieran, ya que no deben nada a nadie? Déjanos en paz con tus remilgos y métete en tus asuntos... "

Pero él le cortó la palabra:

"Le importa a la policía, ¡y haré que las encierren en Saint-Lazare!"

Ella tuvo un sobresalto:

" ¿Tú?"

—Sí, ¡yo! Y, mientras tanto, te prohíbo hablar con ellas, oyes, te lo prohíbo."

Entonces ella se encogió de hombros y, calmada de repente:

"Hijo mío, haré lo que me apetezca; si no estás a gusto, lárgate, y enseguida. No soy tu mujer, ¿verdad? Pues, entonces, cállate."

El no respondió y se quedaron frente a frente, con la boca crispada y la respiración rápida.

En la otra punta del gran café de madera, las cuatro mujeres hacían su entrada. Las dos vestidas de hombre iban delante: flaca la una, parecida a un chiquillo avejentado, con tonos amarillos en las sienes; la otra, llenando con sus grasas las ropas de franela blanca, abombando con la grupa el ancho pantalón, se balanceaba como una gruesa oca, pues tenía unos muslos enormes y las rodillas metidas. Sus dos amigas las seguían y la muchedumbre de remeros acudía a estrecharles la mano.

Habían alquilado las cuatro un chalecito a orillas del agua, y vivían allí, como hubieran vivido dos matrimonios.

Su vicio era público, oficial, patente. Se hablaba de él como de algo natural, que casi las hacía simpáticas, y se cuchicheaban en voz baja historias extrañas, dramas nacidos de violentos celos femeninos, y visitas secretas de mujeres conocidas, de actrices, a la casita a orillas del agua.

Un vecino, asqueado por aquellos escandalosos rumores, había avisado a la Gendarmería, y el cabo, seguido por un número, había ido a hacer una investigación. La misión era delicada; a fin de cuentas, no se podía acusar de nada a aquellas mujeres, que no se dedicaban a la prostitución. El cabo, muy perplejo, e incluso ignorante de la naturaleza de los presuntos delitos, había interrogado al azar, y hecho un informe monumental que llegaba a la conclusión de su inocencia.

Se habían reído de eso hasta en Saint-Germain.

Cruzaban a lentos pasos, como reinas, el establecimiento de la Charca de Ranas; y parecían orgullosas de su celebridad, felices con las miradas clavadas en ellas, superiores a aquella multitud, a aquella turba, a aquella plebe.

Madeleine y su amante las miraban llegar, y en los ojos de la muchacha se encendía una llama.

Cuando las dos primeras mujeres estuvieron en la punta de la mesa, Madeleine gritó: " ¡Pauline! " La gorda se dio la vuelta, se detuvo, sin soltar el brazo de su grumetillo hembra:

" ¡Vaya! Madeleine... Tengo que hablar contigo, querida."

Paul crispó los dedos sobre la muñeca de su querida; pero ésta le dijo con tal aire: "Ya sabes, nene, puedes largarte", que se calló y se quedó solo.

Entonces ellas charlaron en voz baja, de pie, las tres. Pasaban por sus labios ocurrencias felices; hablaban deprisa; y Pauline, a veces, miraba a Paul a hurtadillas con una sonrisa socarrona y maligna.

Al final, sin poder aguantarse, él se levantó de pronto y estuvo junto a ella de un solo impulso, temblando con todo el cuerpo. Agarró a Madeleine por los hombros:

"Ven, te lo exijo —dijo—; te he prohibido hablar con estas golfas."

Pero Pauline alzó la voz y empezó a insultarlo con su repertorio de verdulera. En torno a ellos se reían; se acercaban; se ponían de puntillas a fin de ver mejor. Y él permanecía sobrecogido bajo aquella lluvia de insultos abyectos; le parecía que las palabras que salían de aquella boca y caían sobre él lo ensuciaban como basura, y, ante el escándalo que se iniciaba, retrocedió, volvió sobre sus pasos, y se acodó en la barandilla hacia el río, dando la espalda a las tres mujeres victoriosas.

Allí se quedó, mirando el agua, y a veces, con un gesto rápido, como si la hubiera arrancado, se quitaba con un dedo nervioso una lágrima formada en la comisura del ojo.

Y es que amaba locamente, sin saber por qué, pese a sus instintos delicados, pese a su razón, pese a su propia voluntad. Había caído en aquel amor como quien cae en un hoyo cenagoso. De natural tierno y fino, había soñado con relaciones exquisitas, ideales y apasionadas; y hete aquí que aquella chiquilicuatro, tonta, como todas las chicas, de una tontería exasperante, ni siquiera bonita, flaca y colérica, lo había atrapado, cautivado, poseído de pies a cabeza, en cuerpo y alma. Sufría ese embrujamiento femenino, misterioso y omnipotente, esa fuerza desconocida, esa dominación prodigiosa, brotada de no se sabe dónde, del demonio de la carne, y que arroja al hombre más sensato a los pies de una chica insignificante sin que nada en ella explique su poder fatal y soberano.

Y allá, a sus espaldas, sentía que se preparaba una cosa infame. Las risas penetraban en su corazón. ¿Qué hacer? Lo sabía muy bien, pero no podía.

Miraba fijamente, en la orilla frontera, un pescador de caña, inmóvil.

De pronto el tipo sacó bruscamente del río un pececillo de plata que coleaba en la punta del sedal. Después trató de retirar el anzuelo, lo torció, le dio vueltas, pero en vano; entonces, impaciente, se puso a tirar, y todo el gazarate sangrante del animal salió con un paquete de vísceras. Y Paul se estremeció, desgarrado también él hasta el corazón; le pareció que aquel anzuelo era su amor, y que, si era preciso arrancarlo, todo lo que tenía en el pecho saldría así en la punta de un hierro curvado, enganchado en lo más hondo, y cuyo sedal sujetaba Madeleine.

Una mano se posó en su hombro; tuvo un sobresalto, se volvió; su querida estaba a su lado. No se hablaron y ella se acodó como él en la barandilla, los ojos clavados en el río.

El buscaba lo que debía decir, y no encontraba nada. Ni siquiera conseguía desentrañar lo que ocurría en su interior; todo lo que experimentaba era alegría al sentirla allí, cerca de él, de vuelta, y una cobardía vergonzosa, una necesidad de perdonarlo todo, de permitirlo todo con tal de que no lo abandonase.

Por fin, al cabo de unos minutos, le preguntó con voz muy dulce: "¿Quieres que nos vayamos? Hará más fresco en la barca. "

Ella respondió: "Sí, cariño."

Y él la ayudó a bajar a la yola, sosteniéndola, apretándole las manos, muy enternecido, con algunas lágrimas aún en los ojos. Entonces ella lo miró sonriente y se besaron de nuevo.

Remontaron el río muy despacio, bordeando la orilla plantada de sauces, cubierta de hierba, húmeda y tranquila en la tibieza de la tarde.

Cuando estuvieron de vuelta en el restaurante Grillon, eran apenas las seis; entonces, dejando la yola, echaron a andar por la isla, hacia Bezons, a través de los prados, a lo largo de los altos álamos que bordean el río.

El alto heno, a punto de siega, estaba cuajado de flores. El sol que bajaba desplegaba sobre él un lienzo de luz rojiza, y, en el calor mitigado del día que tocaba a su fin, las flotantes exhalaciones de la hierba se mezclaban con los húmedos olores del río, impregnaban el aire de tierna languidez, de leve felicidad, como de un vapor de bienestar.

Un muelle desfallecimiento invadía los corazones, y una especie de comunión con aquel esplendor tranquilo de la tarde, con aquel vago y misterioso temblor de vida esparcida, con aquella poesía penetrante, melancólica, que parecía salir de las plantas, de las cosas, y ensancharse, revelada a los sentidos en aquella hora dulce y recogida.

El percibía todo eso, pero ella no lo comprendía. Caminaban uno junto al otro; y de repente, cansada de callarse, ella empezó a cantar. Cantó con su vocecita agria y desafinada algo que corría por la calle, una tonada pegadiza, que desgarró bruscamente la profunda y serena armonía del atardecer.

Entonces él la miró, y percibió entre ellos un infranqueable abismo. Ella golpeaba las hierbas con su sombrilla, con la cabeza un poco gacha, contemplando sus pies, y cantando, soltando sonidos, ensayando gorgoritos, atreviéndose a trinos.

Su pequeña frente, estrecha, que él amaba tanto, ¡estaba vacía, pues, vacía! Sólo había allí dentro esta música de organillo, y los pensamientos que por azar se formaban eran parecidos a esa música. Ella no lo comprendía; estaban más separados que si no vivieran juntos. ¿Sus besos no iban nunca, pues, más allá de los labios?

Entonces ella alzó los ojos hacia él y sonrió de nuevo. Se sintió emocionado hasta la médula y, abriendo los brazos, con amor redoblado, la estrechó apasionadamente.

Como le arrugaba el vestido, ella acabó por desprenderse, murmurando en compensación: "Hale, te quiero mucho, cariño. "

Pero él la cogió del talle y, presa de locura, la arrastró corriendo; y la besaba en la mejilla, en la sien, en el cuello, mientras saltaba de alegría. Se dejaron caer, jadeantes, al pie de un zarzal incendiado por los rayos del sol poniente y, antes de haber recobrado el resuello, se unieron, sin que ella comprendiese su exaltación.

Regresaban cogidos de la mano cuando de pronto, a través de los árboles, divisaron en el río la canoa tripulada por las cuatro mujeres. La gruesa Paulina también los vio, pues se incorporó, enviándole besos a Madeleine. Después gritó: " ¡Hasta la noche! "

Madeleine respondió: " ¡Hasta la noche! "

Paul creyó sentir de pronto su corazón envuelto en hielo.

Y volvieron al restaurante para cenar.

Se instalaron bajo uno de los cenadores al borde del agua y empezaron a comer en silencio. Cuando cayó la noche, trajeron una vela, encerrada en un globo de vidrio, que los alumbraba con un resplandor débil y vacilante; y se oían a cada momento los estallidos de los gritos de los remeros en el gran comedor del primero.

A los postres, Paul, cogiendo tiernamente la mano de Madeleine, le dijo: "Me siento muy cansado, monina; si quieres, nos acostaremos temprano."

Pero ella había comprendido el ardid, y le lanzó una mirada enigmática, esa mirada páfida que aparece tan pronto en el fondo de los ojos de las mujeres. Después, tras haber reflexionado, respondió: "Te acostarás tú si quieres, yo he prometido ir al baile de la Charca."

El esbozó una sonrisa lamentable, una de esas sonrisas con que se velan los más horribles sufrimientos, pero respondió en tono acariciador y desolado: "Si fueras buena chica, nos quedaríamos los dos." Ella dijo "no" con la cabeza, sin abrir la boca. El insistió: " ¡Por favor! gatita mía." Entonces ella prorrumpió bruscamente: "Ya sabes lo que te he dicho. Si no estás a gusto, la puerta está abierta. Nadie te retiene. Por mi parte, lo he prometido: iré."

Puso él los dos codos sobre la mesa, apretó la frente entre las manos y así se quedó, con sus dolorosos pensamientos.

Los remeros bajaron alborotando. Marchaban con sus yolas al baile de la Charca de Ranas.

Madeleine le dijo a Paul: "Decídete: si no vienes, pediré a uno de estos señores que me lleve."

Paul se levantó: " ¡Vamos! ", murmuró.

Y salieron.

La noche era negra, llena de astros, cruzada por un hálito abrasador, por un soplo pesado, cargado de ardores, de fermentos, de gérmenes vivos que, mezclados con la brisa, le imprimían lentitud. Paseaba sobre los rostros una caricia cálida, hacía respirar más deprisa, jadear un poco, de tan densa y pesada como parecía.

Las yolas se ponían en camino, llevando en la delantera un farolillo veneciano. No se distinguían las embarcaciones, sino solamente aquellas luces de colores, rápidas y danzarinas, parecidas a luciérnagas enloquecidas; y por doquier corrían voces en la sombra.

La yola de los dos jóvenes se deslizaba suavemente. A veces, cuando una embarcación pasaba lanzada junto a ellos, vislumbraban de repente la espalda blanca del remero iluminada por su farol.

Cuando doblaron el recodo del río, la Charca de Ranas apareció en lontananza. El establecimiento en fiesta estaba engalanado con girándulas, guirnaldas de lamparillas de colores, racimos de luces. Por el Sena circulaban lentamente grandes barcas que representaban cúpulas, pirámides, monumentos complicados con luces de todos los



tonos. Festones encendidos se arrastraban hasta el agua, y a veces un farol rojo o azul, en la punta de una inmensa caña de pescar invisible, parecía una gran estrella oscilante.

Toda esta iluminación difundía un resplandor en torno al café, iluminaba de abajo arriba los grandes árboles de la ribera, cuyo tronco se destacaba en gris pálido, y las hojas en verde lechoso, sobre la negrura profunda de los campos y el cielo.

La orquesta, compuesta por cinco artistas de suburbio, lanzaba a lo lejos su música de charanga, pobre y saltarina, que hizo de nuevo cantar a Madeleine.

Quiso entrar enseguida. Paul deseaba dar antes una vuelta por la isla, pero tuvo que ceder.

La concurrencia se había depurado. Quedaban los remeros casi solos, con unos cuantos burgueses y algunos jóvenes acompañados por sus chicas. El director y organizador de aquel cancán, majestuoso con su traje negro raído, paseaba en todas direcciones su cabeza estragada de viejo comerciante de placeres públicos baratos.

La gruesa Paulina y sus compañeras no estaban, y Paul respiró.

Se bailaba: las parejas hacían locas cabriolas frente a frente, lanzaban las piernas al aire hasta la nariz de sus compañeros.

Las hembras, descoyuntando los muslos, saltaban entre un revuelo de faldas que dejaba al descubierto su ropa interior. Sus pies se alzaban por encima de sus cabezas con sorprendente facilidad, y balanceaban los vientres, agitaban la grupa, sacudían los senos, difundiendo en torno a ellas un fuerte olor de mujeres sudorosas.

Los machos, agazapándose como sapos, con gestos obscenos, se contorsionaban, gesticulantes y odiosos, daban volteretas sobre las manos, o bien, esforzándose por resultar graciosos, esbozaban melindres con una gracia ridícula.

Una gruesa criada y dos camareros servían las consumiciones.

Como aquel café-barco, cubierto solamente por un techo, no tenía el menor tabique que lo separase del exterior, el baile desenfrenado se desplegaba de cara a la noche pacífica y al firmamento salpicado de astros.

De repente el monte Valérien, allá lejos, enfrente, pareció iluminarse como si un incendio hubiera prendido detrás de él. El resplandor se extendió, se acentuó, invadiendo poco a poco el cielo, describiendo un gran redondel luminoso, de una luz pálida y blanca. Después apareció algo rojo, que creció, de un rojo ardiente como un metal sobre el yunque. Esto se ampliaba lentamente en círculo, parecía salir de la tierra; y la luna, separándose pronto del horizonte, ascendió despacito por el espacio. A medida que se alzaba, su tono púrpura se atenuaba, se volvía amarillo, de un amarillo claro, reluciente; y el astro parecía menguar a medida que se alejaba.

Paul la miraba hacía tiempo, perdido en esta contemplación, olvidado de su amante. Cuando se dio la vuelta, ésta había desaparecido.

La buscó, pero sin encontrarla. Recorría las mesas con ojos ansiosos, yendo y viniendo sin cesar, preguntando a unos y a otros. Nadie la había visto.

Vagaba así, martirizado por la inquietud, cuando uno de los camareros le dijo: "¿Busca usted a doña Madeleine? Acaba de irse ahora mismo en compañía de doña Pauline." Y en ese preciso momento Paul veía, de pie en el otro extremo del café, al grumete y las dos guapas chicas, enlazadas las tres por el talle, que lo acechaban entre cuchicheos.

Comprendió y, como un loco, se lanzó hacia la isla.

Corrió primero hacia Chatou; pero, ante la llanura, volvió sobre sus pasos. Entonces se puso a registrar la espesura del monte bajo, a vagabundear enloquecido, deteniéndose a veces para escuchar.

Los sapos, en todo el horizonte, lanzaban su nota metálica y corta.

Hacia Bougival, un pájaro desconocido modulaba unos sonidos que llegaban debilitados por la distancia. Sobre los anchos céspedes la luna derramaba su blanca claridad, como un polvillo de guata; penetraba en el follaje, hacía correr su luz sobre la corteza plateada de los álamos, acribillaba con su lluvia brillante las copas temblonas de los grandes árboles. La embriagadora poesía de aquella noche de verano entraba en Paul a su pesar, impregnaba su desatinada angustia, conmovía su corazón con una ironía feroz, desarrollando hasta la furia en su alma dulce y contemplativa necesidades de ideal ternura, de desahogos apasionados en el seno de una mujer adorada y fiel.

Se vio obligado a detenerse, estrangulado por sollozos precipitados, desgarradores. Superada la crisis, volvió a ponerse en marcha.

De repente recibió como una cuchillada; alguien se besaba allí, tras un zarzal. Corrió hacia allá: era una pareja de enamorados, cuyas dos siluetas se alejaron con viveza al aproximarse él, enlazadas, unidas en un beso interminable.

No se atrevía a llamar, pues sabía muy bien que ella no respondería; y tenía un miedo atroz de descubrirlas de repente.

Los ritornelos de las cuadrillas con los solos desgarradores del cornetín, las risas falsas de la flauta, los furores agudos del violín le retorcían el corazón, exasperando su sufrimiento. La música rabiosa, renqueante, corría bajo los árboles, ya debilitada, ya acrecida por una ráfaga pasajera de brisa.

De repente se dijo que acaso ella habría regresado. ¡Sí! ¡Había regresado! ¿Por qué no? Había perdido la cabeza sin motivo, estúpidamente, arrastrado por sus temores, por las desordenadas sospechas que lo invadían desde hacía tiempo.

Y, presa de una de esas treguas singulares que atraviesan a veces las mayores desesperaciones, volvió hacia el baile.

Recorrió la sala de un vistazo. Ella no estaba allí. Dio una vuelta entre las mesas, y bruscamente se encontró de nuevo cara a cara con las tres mujeres. Mostraba al parecer un semblante desesperado y gracioso, pues las tres a una resplandecieron de gozo.

Huyó de allí, se lanzó a la isla, se precipitó a través del monte bajo, jadeante. Después escuchó de nuevo, escuchó mucho tiempo, pues sus oídos zumbaban; pero, al final, creyó oír algo más lejos una risita penetrante que conocía muy bien; y avanzó muy despacito, arrastrándose, apartando las ramas, con el pecho tan sacudido por el corazón que no podía respirar.

Dos voces murmuraban palabras que no entendía bien. Después enmudecieron.

Entonces le entraron unas ganas inmensas de escapar, de no ver, de no saber, de huir para siempre, lejos de aquella pasión furiosa que lo destrozaba. Iba a regresar a Chatou, a tomar el tren, y no volvería más, no la vería nunca más. Pero su imagen lo invadió bruscamente, y la evocó cuando se despertaba por la mañana, en su cama tibia, se apretaba mimosa contra él, echándole los brazos al cuello, con el pelo suelto, un poco enredado sobre la frente, con los ojos cerrados aún y los labios abiertos para el primer beso; y el recuerdo súbito de aquella caricia matinal lo llenó de nostalgia frenética y de desatinado deseo.

Hablaban de nuevo; y se acercó, doblado en dos. Después un leve grito corrió bajo las ramas muy cerca de él. ¡Un grito! Uno de esos gritos de amor que había aprendido a conocer en las horas locas de su ternura. Seguía avanzando, todavía, como a su pesar, atraído invenciblemente sin tener conciencia de nada... y las vio.

¡Oh! ¡Si la otra hubiera sido un hombre! ¡Pero aquello! , ¡aquello! Se sentía encadenado por su propia infamia. Y permanecía allí, aniquilado, trastornado, como si hubiese descubierto de repente un cadáver querido y mutilado, un crimen contra natura, monstruoso, una inmundicia profanación.

Entonces, en un relámpago de pensamiento involuntario, pensó en el pececillo cuyas vísceras había visto arrancar... Pero Madeleine murmuró: " ¡Pauline! ", con el mismo tono apasionado con que decía: " ¡Paul! " y se sintió atravesado por un dolor tal que huyó con todas sus fuerzas.

Chocó contra dos árboles, cayó sobre una raíz, volvió a correr, y se encontró de pronto ante el río, ante el brazo rápido iluminado por la luna. La corriente torrenciosa formaba grandes torbellinos donde jugaba la luz. La alta ribera dominaba el agua como un acantilado, dejando a sus pies una ancha franja oscura donde los remolinos se oían en la sombra.

En la otra orilla, las casas de campo de Croissy se escalonaban en plena claridad.

Paul vio todo eso como en un sueño, como a través de un recuerdo; no pensaba en nada, no entendía nada, y todas las cosas, su propia existencia, se le aparecían vagamente, lejanamente, olvidadas, acabadas.

El río estaba allí. ¿Supo lo que hacía? ¿Quiso morir? Estaba loco. Se volvió sin embargo hacia la isla, hacia ella; y, en el aire tranquilo de la noche en el cual seguían danzando los estribillos obstinados y débiles de la charanga, lanzó una voz desesperada, sobreaguda, sobrehumana, un espantoso grito: " ¡Madeleine! "

Su desgarradora llamada cruzó el ancho silencio del cielo, corrió por todo el horizonte.

Después, con un salto formidable, con un salto de animal, saltó al río. El agua salpicó, volvió a cerrarse, y, en el lugar donde había desaparecido, nació una sucesión de grandes círculos, ensanchando hasta la otra ribera sus brillantes ondulaciones.

Las dos mujeres lo habían oído. Madeleine se incorporó: "Es Paul." Una sospecha brotó en su alma. "Se ha ahogado", dijo. Y se lanzó hacia la orilla, donde la gruesa Pauline la alcanzó.

Una pesada barca tripulada por dos hombres daba vueltas y más vueltas en el lugar. Uno de los barqueros remaba, el otro hundía en el agua un gran palo y parecía buscar algo. Pauline gritó: " ¿Qué hacen ustedes? ¿Qué pasa?" Una voz desconocida respondió: "Es un hombre que acaba de ahogarse."

Las dos mujeres, apretujadas una contra otra, despavoridas, seguían las evoluciones de la barca. La música de la Charca de Ranas seguía retozando a lo lejos, parecía acompañar cadenciosamente los movimientos de los oscuros pescadores; y el río, que ocultaba ahora un cadáver, remolineaba, iluminado.

La búsqueda se prolongaba. La horrible espera hacía tiritar a Madeleine. Por fin, al cabo de por lo menos una media hora, uno de los hombres anunció: " ¡Lo tengo! "Y fue sacando su largo bichero despacio, muy despacio. Luego apareció algo grande en la superficie del agua. El otro marinero soltó sus remos, y los dos, uniendo sus fuerzas, tiraron de la masa inerte, volteándola sobre su embarcación.

A continuación se acercaron a tierra, buscando un sitio iluminado y bajo. En el momento en que atracaban, llegaban también las mujeres.

En cuanto lo vio, Madeleine retrocedió horrorizada. Bajo la luz de la luna, parecía ya verde, con la boca, los ojos, la nariz, la ropa llenos de fango. Los dedos cerrados y rígidos eran espantosos. Una especie de barniz negruzco y líquido le cubría todo el cuerpo. La cara parecía hinchada, y de su pelo pegado por el cieno corría sin cesar un agua sucia.

Los dos hombres lo examinaron.

"¿Tú lo conoces?", dijo uno.

El otro, el barquero de Croissy, vacilaba: "Sí, me parece que he visto esa cara; pero ya sabes, así, es difícil de reconocer. " Después, de repente: " ¡Pero, si es don Paul! "

" ¿Qué Paul?", preguntó su camarada.

El primero prosiguió:

"Pues don Paul Baron, el hijo del senador, aquel chico tan enamorado."

El otro agregó filosóficamente:

"Bueno, pues se le acabó la diversión; ¡lástima, después de todo, cuando uno es rico! "

Madeleine sollozaba, caída en el suelo. Pauline se acercó al cuerpo y preguntó: "¿Seguro que está muerto?, ¿del todo?"

Los hombres se encogieron de hombros: " ¡Oh!, ¡después de tanto tiempo, seguro que sí! "

Luego uno de ellos interrogó: "Paraba en Grillón, ¿no?"

—Sí, replicó el otro; habrá que llevarlo, nos darán una propina."

Volvieron a subir a la embarcación y se marcharon, alejándose con lentitud a causa de la rápida corriente; y mucho tiempo después de no vérselos ya desde el sitio donde las mujeres se habían quedado, se oyó caer en el agua los golpes regulares de los remos.

Entonces Pauline cogió en sus brazos a la pobre Madeleine, desolada, la mimó, la besó un buen rato, la consoló: "Qué quieres, la culpa no es tuya, ¿no? No se puede impedir que los hombres hagan tonterías. Lo ha querido, pues peor para él, ¡después de todo! " Luego, levantándola: "Vamos, querida, ven a dormir a casa; no puedes regresar a Grillon esta noche" La besó de nuevo "Hale, nosotras te curaremos", dijo.

Madeleine se levantó y, si dejar de llorar, pero con sollozos más débiles, con la cabeza en el hombro de Pauline, como refugiada en una ternura más íntima y segura, más familiar y confiada, echó a andar a pasitos cortos.

*Ediciones Havard*, 1 de mayo de 1881

## *El niño*

---

*L'enfant*

Después de jurar mil veces que no se casaría nunca, Jaime Bourdillère mudó repentinamente de parecer. Sufrió esa mudanza, de pronto, un verano, a la orilla del mar.

—Hallándose una mañana recostado en la arena, entretenido en ver salir del agua a las mujeres, atrajo su atención un pie diminuto y lindo. Mirando más arriba, el resto de la persona le sedujo, a pesar de ver sólo unos tobillos y una cabeza, saliendo por abajo y por arriba de una capa de franela cuidadosamente cerrada.

Sensualote y mujeriego, sintióse al punto atraído por la gracia de la forma; luego le cautivó la dulzura, el encanto de un alma inocente, fresca y ruborosa como las mejillas y los labios.

Presentado a la familia, fue bien recibido, y enamoróse como un loco. Al ver de lejos a Berta Lannis en la extensa playa de arenas doradas, estremcábase de pies a cabeza. Junto a ella estaba mudo, no sabiendo qué decir, porque se trabucaban sus pensamientos y sentía en el corazón un barboteo, en las orejas un zumbido, en el alma un sobresalto, que no le dejaban punto de reposo. ¿Era el amor así?

Lo ignoraba, no pudo comprenderlo; y, sin embargo, insistía. Insistía resuelto, en todo caso, a convertir aquella criatura en mujer propia.

Los padres dudaban, sin decidirse, preocupados por la fama de Jaime, quien —según referencias— tenía una querida, un empeño firme, un amorío tenaz, un lazo de los que se juzgan rotos y sujetan siempre; sin que hubiera evitado esto otras muchas relaciones, más o menos durables, con todas las mujeres que se pusieron a su alcance.

Pero se formalizó, apartándose por completo de la que durante algunos años había sido su compañera. Encargóse un amigo de conseguirle una pensión, asegurando su existencia. Jaime pagó, pero no quiso ni oír hablar de su querida, proponiéndose olvidar hasta su nombre. No leía las cartas de aquella mujer, encolerizándose más y más cada vez que recibía una, rasgándolas en pedazos menudos, creyéndolas acusadoras y doloridas.

Como no estaba muy seguro de su perseverancia, prolongó hasta fines de invierno la prueba, y en abril su petición fue acordada.

La boda tuvo lugar en París, a principios de mayo.

Decidieron suprimir el clásico viaje de novios. Después de bailar un poco —hasta las once solamente; una fiesta de familia que no eternizase la ceremonia— los recién casados pasarían la primera noche de su matrimonio en su casa; luego, a la mañana siguiente, irían solos a la playa donde se conocieron, donde se apasionaron.

Llegó la noche. En el salón bailaban los invitados. Habíanse recogido los novios en un gabinete japonés tapizado con sedas brillantes, donde un farol de colores apenas lucía, pendiente del techo, como un huevo colosal. Por la ventana, entreabierta, se deslizaba de cuando en cuando un soplo tenue y fresco, la caricia del aire perfumado, porque la noche, sosegada, esparcía efluvios de primavera.

Callaban, con las manos cogidas, oprimiéndoselas fuertemente de cuando en cuando. Berta mostrábase con alguna turbación en los ojos, desconcertada por aquel absoluto cambio de su vida; pero sonriente, sensible, temerosa, desfallecida casi de placer, segura de que se trasformaba todo en el mundo con lo que le sucedía, inquieta

sin saber por qué, sintiendo su carne y su alma invadidas por una indefinible y deliciosa laxitud.

Jaime la contemplaba obstinadamente, sonriendo sin cesar. Quería decirle algo, y no sabiendo qué decirle, imprimía todo su arrobamiento en la presión de sus manos. A veces murmuraba: "¡Berta!"; y alzando los ojos ella le miraba con ternura; permanecían un momento así, fascinados y embebecidos, y al punto ella bajaba los ojos.

No hablaban. Los habían dejado solos; pero de cuando en cuando, al pasar una pareja, dirigíales una mirada furtiva, como si fuese testigo y confidente de un misterio.

Abrióse la puerta lateral y entró un criado con una carta urgente que acababa de llevar un mozo. Jaime la cogió, tembloroso, con un vago miedo; el miedo a las desgracias imprevistas.

Miró el sobre, cuya escritura desconocía, no atreviéndose a rasgarlo; deseaba romper la carta, no enterarse, metérsela en el bolsillo, diciéndose: "Mañana me enteraré. Mañana, lejos de aquí, ¡poco me importa!". Pero en una esquina vio dos palabras subrayadas: Muy urgente, que le desconcertaron. Y preguntando a la novia: "¿Me permites, hijita?", rasgó el sobre y leyó. Leyendo palidecía; lo abarcó primero con la vista, como si en una sola mirada quisiera enterarse de todo, luego, lentamente, parecía deletrearlo.

Cuando alzó la cabeza, su rostro estaba demudado, y masculló: "Hijita, es... de mi mejor amigo... y le amenaza una enorme desventura. Me necesita inmediatamente para un asunto apremiante, un asunto en que le va la vida. ¿Me permites que vaya? Son veinte minutos. Volveré pronto, muy pronto".

Berta balbució, temblorosa y turbada: ",Vete... si has de ir!", no atreviéndose aún a interrogarle para conocer los motivos.

Jaime desapareció y Berta quedóse arrinconada y sola, oyendo cómo se divertían los invitados en el salón contiguo.

El marido se había encasquetado un sombrero cualquiera, se puso el primer sobretodo que se le vino a la mano y bajó los escalones de cuatro en cuatro. En el momento de salir a la calle se detuvo para releer de nuevo, a la luz de un farol, aquella carta, que decía:

"Caballero: la señorita Ravet, su antigua querida, según parece, acaba de parir una criatura. La madre, agonizante, desea verle a usted; lo pide por caridad. Yo cumplo su encargo, rogándole que le conceda este último favor. Sin duda no se lo negará usted a la infeliz. Su afectísimo,

El doctor Bonnard "

Cuando entró en la alcoba de la moribunda tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerla; sus facciones habían cambiado. Asistíanla el médico y dos enfermeras. Había sobre los muebles algunas vasijas llenas de hielo y muchos trapos empapados en sangre.

El agua derramada inundaba el suelo, y lucían sobre un velador dos bujías. Detrás de la cama, en una cuna de mimbre, se desgañitaba la criatura, y, a cada uno de sus vagidos, la madre, agonizante, quería inclinarse para ver a su hijo, temblorosa bajo las compresas heladas.

Íbase desangrando, herida ya de muerte, asesinada por el nuevo ser. Toda su sangre corría; y, a pesar, del hielo, a pesar de los cuidados, no era posible contener la hemorragia.

Reconociendo a Jaime, quiso levantar los brazos; no pudo; ¡tan débil estaba! Pero sobre sus mejillas, demacradas, resbalaron dos gotas de llanto.

Él se arrodilló junto a la cama, y cogiendo una mano de la enferma, besóla frenéticamente; luego acercóse, poco a poco, al descarnado semblante y estremeciéndose a su contacto. Una de las enfermeras, en pie, alumbraba con una bujía en la mano, y el médico los contemplaba desde un extremo del gabinete.

Con la voz desfallecida, jadeante, la enferma dijo:

—Voy a morir. Prométeme que no saldrás de aquí hasta que yo haya muerto. No me abandones ahora; no me abandones en los últimos instantes.

Besándola en la frente y en el cabello, el hombre murmuró:

—Tranquilízate; me quedo aquí.

Durante algunos minutos le fue imposible hablar: tan débil se hallaba. Luego prosiguió:

—El niño... es tuyo. Lo juro ante Dios; lo juro por la salvación de mi alma... en el momento de morir. No he querido a ningún hombre... Sólo a ti... El niño es tuyo... Prométeme no abandonarlo. Jaime quiso sostener entre sus brazos aquel pobre cuerpo que languidecía, que agonizaba; un cuerpo sin sangre. Y balbució, atenzado por el remordimiento y el dolor:

—Te lo juro. Lo adoraré, lo cuidaré; no se apartará nunca de mi lado.

Entonces ella quiso besar a Jaime. No pudiendo alzar la cabeza, ofreció sus labios descoloridos pidiendo un beso. Él acercó su boca, para recoger aquella lamentable y abrumadora caricia.

Murmuró algo repuesta:

—Tráele; cógele, para que yo vea que le quieres.

Jaime colocó suavemente sobre la cama, entre los dos, la criatura, que dejó entonces de llorar. Ella murmuró:

—¡No te muevas!

Y Jaime no se movió, fijo allí, teniendo en su mano ardiente la mano agónica, estrechándola, como estrechaba poco antes la otra mano crispada por ansias de amor.

De cuando en cuando miraba la hora disimuladamente. Y el reloj señalaba las doce; luego, la una; luego, las dos.

El médico se había retirado. Las enfermeras, después de ir y venir de un lado para otro, dormitaban cada una en su silla. El niño dormía, y la madre, con los ojos cerrados, parecía dormir también.

De pronto, cuando los primeros albos matinales se filtraban ya entre las cortinas cerradas, ella tendió los brazos con tanta brusquedad, que poco faltó para que hiciera caer al niño. Escapóse de su garganta un estertor, y quedó inmóvil, muerta.

Las enfermeras, al acercarse, dijeron.

—¡Ya no existe!

Jaime contempló el cadáver de aquella mujer que había sido suya; luego miró el reloj: eran las cuatro; fuese como escapado, a cuerpo, sin recoger el sobretodo, con el niño en brazos.

Habiéndose quedado sola, Berta, le aguardó —al principio bastante resignada— en el gabinete japonés. Como tardaba tanto en volver, decidióse a entrar en el salón, indiferente y tranquila en apariencia, pero con una inquietud horrible. Sólo su madre lo había notado, y le preguntó por su marido.

Berta respondió:

—Está en su cuarto; pronto vendrá.

Pero como al cabo de una hora todos la interrogaban, confesó lo de la carta, el rostro descompuesto de Jaime y sus temores de una desdicha.

Seguían aguardándole; y al fin, desfilaban ya invitados. A medianoche quedaban sólo parientes próximos y los padres. Acostaron a la novia, que lloraba sin consuelo. Su

madre y sus dos tías, en torno de la cama, oían a la infeliz sorber sollozos reprimidos y desolados... El padre salió, para informarse de lo que podía ocurrir, en la Delegación de Policía.

—Las cinco eran ya cuando se oyeron pasos; una puerta se abrió y se cerró suavemente; luego vióse turbado el silencio de la estancia por una voz semejante a un maullido.

La madre y las dos tías, que se habían sentado, se pusieron en pie. Berta saltó de la cama envuelta en un peinador. Jaime, lívido, palpitante, aparecía con una criatura entre los brazos.

Las cuatro mujeres le miraron aterradas, preguntándole:

—¿Qué sucede? ¿Qué significa esto?

El estaba loco, y respondió tartamudeando:

—Sucede... que tengo un hijo... que acaba de nacer, y cuya madre acaba de morir.

Y presentaba en sus manos inhábiles a la criatura, que seguía gimoteando.

Berta, sin decir ni una sola palabra, cogió al niño, lo besó, y estrechándolo contra su pecho, dijo a Jaime, con los ojos llenos de lágrimas:

—Pero... ¿es verdad que no tiene madre?

—Acaba de morir. Desde que te conozco no la veía. El médico me ha llamado; yo lo ignoraba todo...

Y Berta murmuró:

—Está bien. Déjamelos. Ya tiene madre.

*Le Gaulois*, 24 de julio de 1882



# *Noche de Navidad*

---

*Nuit de Noël*

—¡La Nochebuena! ¡Ah la Nochebuena! Jamás celebraré yo la Nochebuena...

Y Enrique Tenipiler decía esto con una voz tan furiosa como si se le propusiera una infamia.

Los otros, riendo, exclamaban:

—¿Por qué te encolerizas así?

—Porque la Nochebuena me ha jugado la más abominable de las burlas, porque guardo un invencible horror a esta noche de alegría imbécil.

—¿Qué fue?

—¿Qué? ¿Vosotros queréis saberlo? Pues escuchad: Aquel invierno era muy frío, tan frío que hacía morir a los pobres en las calles. Tenía yo entonces entre manos una obra urgente y rehusé todas las invitaciones que me fueron hechas para celebrar la Nochebuena, prefiriendo pasar la noche delante de mi mesa de trabajo. Comí solo y volví a mi tarea. Pero hacia las diez, el ruido de las calles, que a pesar de mis preocupaciones percibía, y los preparativos de cenas, que se advertían en la vecindad me agitaron.

No sabía lo que hacía. Escribía cien disparates, y comprendí que no haría cosa de provecho en aquella noche. Daba grandes pasos por mi cuarto; me sentaba, me levantaba; indudablemente sufría la misteriosa influencia de alegría de fuera y me resigné. Llamé a mi muchacha y le dije:

—Angela, vaya usted a buscar cena para dos: ostras, una perdiz, cangrejos, jamón y pasteles. Traiga usted también dos botellas de champaña; ponga dos cubiertos y acuéstese usted.

Obedeció un poco sorprendida. Cuando todo estuvo preparado, me puse el abrigo y salí.

Quedaba una gran cuestión que resolver. ¿Con quién celebraría la Nochebuena. Mis amigos estarían todos invitados. Para contar con uno hubiera sido necesario comprometerle anticipadamente. Entonces pensé en realizar una buena acción al mismo tiempo que me procuraba compañía. Y me dije:

—Paris está lleno de hermosas pobres jóvenes que no tienen esta noche cena y que andan errantes en busca de un muchacho generoso. Yo seré la Providencia de Navidad para una de las desheredadas. Voy a corretear un poco por las calles, entraré en los lugares del placer, preguntaré, ojearé y escogeré a mi gusto.

Y empecé a recorrer la ciudad. Desde luego encontré gran número de muchachas infelices que buscaban aventura, pero unas eran feas hasta proporcionar una indigestión, y otras tan delgadas que podían quebrarse por los pies si se les tropezaba. Yo soy débil, ya lo sabéis. Adoro las mujeres llenitas. Cuanto más metidas en carnes más me gustan. De pronto, cerca del teatro de Variedades, descubro un perfil que me agrada. Una cabeza hermosa y dos curvas atractivas: la del pecho, muy bella; la de más abajo, sorprendente. Una barriga de pato gordo. Apreté el paso. Era encantadora, muy joven, morena y con grandes ojos negros. Le hice mi proposición, que aceptó sin vacilar. Un cuarto de hora después estábamos sentados a la mesa en el comedor de mi casa.

Al entrar exclamó:

—¡Ah, qué bien se está aquí!

Y miraba alrededor con la satisfacción visible de haber encontrado habitación y mesa en aquella noche glacial. Era una mujer arrogante y gruesa. Se quitó el abrigo y el sombrero. Se sentó y se puso a comer; pero no parecía del todo bien dispuesta. De cuando en cuando, su cara, un poco pálida, se alteraba como si sufriera un dolor oculto. Le pregunté:

—¿Tienes algún disgusto, te pasa alguna cosa?

Me contestó:

—¡Bah! Olvidémonos del todo.

Empezó a beber. Vaciaba de un sorbo su vaso de champaña y lo llenaba sin cesar. Bien pronto empezó a ponerse encarnada y a reír locamente. Yo la adoraba ya, la besaba apasionadamente y descubrí que no era vulgar ni grosera.

En fin: llegó el momento de acostarse, y mientras yo levanté la mesa colocada delante de la chimenea, ella se desnudó vivamente y se deslizó entre las sábanas. Mis vecinos hacían un ruido infernal, riendo y cantando como locos, y yo pensaba:

"He hecho bien en ir a buscar esta hermosa muchacha. No hubiera sido posible trabajar de ningún modo."

Un quejido profundo me hizo volver la cabeza.

—¿Qué tienes, querida?

No respondió, pero siguió suspirando dolorosamente, como si sufriera de una manera horrible.

—¿Estás indispuesta?— le pregunté.

Al mismo tiempo lanzó un grito, un grito espantoso. Me precipité hacia ella con una bujía en la mano. Su fisonomía estaba descompuesta por el dolor. Se retorció las manos y salían de su garganta gemidos sordos como el estertor de un agonizante. Aturdido, le preguntaba:

—¿Qué tienes?

No respondía, y comenzó a dar alaridos. De pronto las vecinas callaron y se pusieron a escuchar lo que pasaba en mi habitación.

—¿Qué sufres? Dímelo —repetía yo—. ¿Qué te duele?

Entonces balbució:

—¡Oh mi vientre, mi vientre! Levanté las ropas y vi...

Aquella mujer, amigos míos, estaba dando a luz!

Entonces, con la cabeza perdía, fui hacia la pared de mi cuarto y empecé a dar puñetazos gritando con todas mis fuerzas:

—¡Socorro, socorro! Mi puerta se abrió, y se precipitó en mi cuarto una multitud de hombres vestidos de frac, mujeres escotadas, pierrots, turcos, mosqueteros. Esta invasión me enloquecía de tal modo, que no acertaba a explicarme. Temían un accidente grave, un crimen quizá, y no me comprendían. Yo pude decir al fin:

—Es..., es... que está dando luz.

Entonces todos la examinaron, dando cada uno su opinión. Un capuchino, sobre todo, pretendía ser inteligente en el asunto y quería ayudar a la Naturaleza. Todos estaban más o menos borrachos, y creo que la hubieran matado.

Yo me precipité sin sombrero por la escalera para buscar un médico viejo que vivía cerca. Cuando volví con el médico, los vecinos de todos los pisos ocupaban mi habitación. Cuatro desahogados, sentados a la mesa, concluían con mis cangrejos y mi champaña.

A mi llegada oí un grito formidable, y una lechera me presentó sobre una tabla un pedazo de carne, arrugada y doblada, que gemía y maullaba como un gato.

—Es una niña —me dijo.

El médico examinó a la parida, declarando que su estado era grave, por haber ocurrido el parto después de una cena, y se fue, anunciándome que mandaría una enfermera y una nodriza. Las dos mujeres llegaron una hora después, trayendo un paquete de medicamentos. Yo pasé la noche en mi butaca, demasiado aturdido para poder reflexionar en las consecuencias del lance.

Volvió el médico por la mañana y halló bastante mal a la enferma.

—Su mujer de usted...—me dijo.

—No es mi mujer —le interrumpí.

—O vuestra querida, poco me importa —y siguió enumerando los cuidados, los medicamentos y el régimen que necesitaba.

¿Qué hacer? Enviar a esta desgraciada al hospital hubiera sido aparecer a los ojos de toda la vecindad, del barrio entero, como un desalmado. La retuve en mi casa y estuvo seis semanas enferma en mi misma cama.

¿El niño? Lo di a criar en un pueblo cercano. Me cuesta diez francos al mes, y habiéndolo pagado hasta hoy, me veo forzado a pagar hasta que me muera. Cuando tenga criterio para comprender, supondrá que soy su padre.

Y para colmo de desdichas, cuando la muchacha estuvo curada..., me quería, me quería con delirio, la muy...

Pero se puso delgada como un gato hambriento. Y me paso el día huyendo de la maldita, que parece un esqueleto y que me aguarda en las calles, se esconde para verme pasar, me detiene de noche cuando salgo, para besarme la mano, me aburre y me vuelve loco.

Ya sabéis por qué yo no celebraré ya nunca la Nochebuena.

*Gil Blas*, 26 de diciembre de 1886

# *Noche de Primavera*

---

*Par un soir de printemps*

Jeanne iba a casarse con su primo Jacques. Se conocían desde la infancia y el amor no adoptaba entre ellos las formas ceremoniosas que toma generalmente en la buena sociedad. Habían sido criados juntos sin sospechar que se amaban. La joven, algo coqueta, le hacía, sí, algunos arrumacos inocentes al joven; lo encontraba agradable, además, y buen chico, y cada vez que lo volvía a ver, lo abrazaba con toda su alma, pero sin estremecimientos, sin ese estremecimiento que parece arrugar la carne, desde la punta de las manos a la punta de los pies.

El pensaba simplemente: "Es mona, mi primita"; y la evocaba con esa especie de enternecimiento instintivo que un hombre experimenta siempre hacia una chica guapa. Sus reflexiones no iban más lejos.

Pero he aquí que un día Jeanne oyó por casualidad a su madre decir a su tía (a su tía Alberte, pues la tía Lison se había quedado soltera): "Te aseguro que se amarán en seguida, esos chicos; se ve. Por mi parte, Jacques es enteramente el yerno soñado"

E inmediatamente Jeanne se había puesto a adorar a su primo Jacques. Entonces se había ruborizado al verlo, y su mano había temblado en la mano del joven; bajaba los ojos cuando encontraba su mirada, y se las arreglaba de mil maneras para que él la abrazase; hasta el punto de que él se había dado cuenta de todo. Había comprendido y, con un impulso en el cual se hallaba tanto la vanidad satisfecha cuanto un cariño verdadero, había cogido a su prima entre sus brazos susurrando a su oído: "¡Te amo, te amo!".

A partir de ese día, todo fue arrullos, galanterías, etc., un despliegue de todos los modales amorosos que la pasada intimidad volvía libres y desenvueltos. En el salón, Jacques abrazaba a su novia delante de las tres ancianas señoras, las tres hermanas, su madre, la madre de Jeanne y su tía Lison. Paseaba con ella, solos los dos, días enteros por los bosques, a lo largo del pequeño río, a través de las praderas húmedas, donde la hierba estaba acibillada de flores campestres. Y esperaban el momento fijado para su unión, sin una impaciencia demasiado viva, pero envueltos, acunados por una deliciosa ternura, saboreando el exquisito encanto de las caricias insignificantes, de los dedos oprimidos, de las miradas apasionadas, tan largas que las almas parecen mezclarse; y vagamente atormentados por el deseo aún indeciso de los grandes abrazos, sintiendo como inquietudes en sus labios que se llamaban, parecían acecharse, esperarse, prometerse.

A veces, cuando habían pasado todo el día entre esta especie de tibieza apasionada, entre estas platónicas ternuras, tenían, por la noche, como un cansancio singular, y lanzaban ambos hondos suspiros, sin saber por qué, sin comprender, suspiros henchidos de espera.

Las dos madres y su hermana, la tía Lison, miraban este joven amor con risueño enternecimiento. Tía Lison, sobre todo, parecía muy emocionada al verlos.

Era una mujer bajita que hablaba poco, se borraba siempre, no hacía nada de ruido, aparecía solamente a las horas de las comidas, volvía a subir en seguida a su habitación, donde permanecía encerrada sin cesar. Tenía un aire bondadoso y anticuado, ojos dulces y tristes, y casi no contaba en la familia.

Las dos hermanas, que eran viudas, y que habían ocupado un puesto en la buena sociedad, la consideraban en parte como un ser insignificante. Se la trataba con una

familiaridad sin miramientos que ocultaba una especie de bondad algo despreciativa hacia la solterona. Se llamaba Lise, pues había nacido por los días en que Béranger (1) reinaba en Francia. Cuando se había visto que no se casaba, que ya no se casaría sin duda, de Lise había pasado a Lison. Hoy era "tía Lison", una humilde anciana muy limpita, espantosamente tímida incluso con los suyos, que la querían con un cariño en el que entraban el hábito, la compasión y una benévola indiferencia.

Los niños no subían nunca a besarla a su habitación. Sólo la criada penetraba allí. Para hablar con ella, la mandaban a buscar. Apenas se sabía dónde estaba situada esa habitación, esa habitación donde transcurría en solitario aquella pobre vida. No ocupaba un sitio. Cuando no estaba presente, nunca se hablaba de ella, jamás se pensaba en ella. Era uno de esos seres borrosos que sus mismos allegados desconocen, como inexplorados, y cuya muerte no deja un hueco ni un vacío en una casa, uno de esos seres que no saben entrar ni en la existencia ni en los hábitos, ni en el amor de quienes viven a su lado.

Caminaba siempre a pasitos presurosos y mudos, jamás hacía ruido, jamás chocaba con nada, semejaba comunicar a los objetos la propiedad de no producir el menor sonido; sus manos parecían hechas de una especie de algodón, al manejar tan leve y delicadamente los objetos que tocaban.

Cuando se pronunciaba: "tía Lison", esas dos palabras no despertaban, por así decirlo, el menor pensamiento en el espíritu de nadie. Es como si se hubiera dicho: "la cafetera" o "el azucarero".

La perra Lotte poseía ciertamente una personalidad mucho más acusada; la miraban sin cesar, la llamaban:

"Mi querida Lotte, Lotte, guapita, mi pequeña Lotte". La llorarían infinitamente más.

La boda de los dos primos debía celebrarse a finales del mes de mayo. Los jóvenes vivían con los ojos en los ojos, las manos en las manos, el pensamiento en el pensamiento, el corazón en el corazón. La primavera, tardía ese año, vacilante, aterida hasta entonces bajo las blancas heladas de las noches y la brumosa frescura de las mañanas, acababa de estallar de repente.

Algunos días cálidos, un poco velados, habían removido toda la savia de la tierra, abriendo las hojas como por milagro, y difundiendo por doquier ese buen olor debilitante de los brotes y de las primeras flores.

Después, una tarde, el sol victorioso, secando por fin los vahos flotantes, se había desplegado, irradiando sobre toda la llanura. Su clara alegría había llenado la campiña, había penetrado por todas partes, en las plantas, los animales y los hombres. Los pájaros enamorados revoloteaban, batían las alas, se llamaban, Jeanne y Jacques, oprimidos por una deliciosa felicidad, pero más tímidos que de ordinario, inquietos por aquellos sobresaltos nuevos que entraban en ellos con la fermentación de los bosques, se habían quedado todo el día uno al lado de otro en un banco a la puerta de la quinta, no atreviéndose ya a alejarse solos, y mirando con ojos vagos, allá lejos, sobre el lienzo de agua, los grandes cisnes que se perseguían.

Luego, ya atardecido, se habían sentido apaciguados, más tranquilos, y, después de la cena, se habían acodado, charlando suavemente, en la ventana abierta del salón, mientras sus madres jugaban a los cientos en la claridad redonda que formaba la pantalla de la lámpara, y la tía Lison calcetaba medias para los pobres del pueblo.

Un alto oquedal se extendía a lo lejos, detrás del estanque, y entre el follaje aún menudo de los grandes árboles, la luna había aparecido de repente. Había subido poco a poco a través de las ramas que se dibujaban sobre su orbe, y, ascendiendo en el cielo, entre las estrellas que borraba, había empezado a derramar sobre el mundo ese

resplandor melancólico en donde flotan blancuras y sueños, tan caro a los tiernos, a los poetas, a los enamorados.

Los jóvenes la habían mirado al principio, y después, totalmente impregnados por la tierna suavidad de la noche, por aquella iluminación vaporosa de césped y macizos, habían salido a pasos lentos y paseaban por la hierba blanca hasta el lienzo de agua que brillaba.

Cuando hubieron terminado las cuatro partidas de cientos de todas las noches, las dos madres, que se adormecían poco a poco, tuvieron ganas de acostarse.

"Hay que llamar a los chicos", dijo una.

La otra, de un vistazo, recorrió el horizonte pálido donde dos sombras erraban dulcemente.

"Déjalos, prosiguió, ¡hace tan bueno fuera! Lison los esperará, ¿verdad, Lison?".

La vieja señorita alzó sus ojos inquietos, y respondió con su voz tímida:

"Claro que sí, los esperaré".

Y las dos hermanas se fueron a la cama.

Entonces tía Lison se levantó a su vez, y, dejando en el brazo del sillón la labor iniciada, su lana y la gran aguja, fue a acodarse a la ventana y contempló la encantadora noche.

Los dos enamorados caminaban sin tregua, a través del césped, desde el estanque a la escalinata, desde la escalinata al estanque. Se estrechaban los dedos y ya no hablaban, como sacados de sí mismos, mezclados con la poesía visible que exhalaba la tierra. Jeanne vio de repente en el marco de la ventana la silueta de la vieja señorita, dibujada a la claridad de la lámpara.

"Vaya, dijo, tía Lison nos mira".

Jacques alzó la cabeza.

"Sí, repitió él, tía Lison nos mira".

Y continuaron soñando, marchando lentamente, amándose.

Pero el rocío cubría la hierba. Tuvieron un pequeño escalofrío de frescor.

"Volvamos ya", dijo ella.

Y regresaron.

Cuando penetraron en el salón, tía Lison se había puesto a calcetar otra vez; tenía la frente inclinada sobre su trabajo, y sus pequeños dedos flacos temblaban un poco como si hubieran estado muy fatigados.

Jeanne se acercó:

"Tía, nos vamos ya a dormir".

La vieja señorita volvió los ojos. Estaban rojos como si hubiese llorado. Jacques y su novia no le prestaron atención. Pero el joven vio los finos zapatos de la muchacha totalmente empapados de agua. Le asaltó la inquietud y preguntó tiernamente:

"¿No habrás cogido frío en tus piececitos?".

Y de repente los dedos de la tía fueron sacudidos por un temblor tan fuerte que la labor se le escapó de ellos; el ovillo de lana rodó a lo lejos por el entarimado; y ocultando bruscamente el rostro entre las manos, la vieja señorita se echó a llorar con grandes sollozos convulsivos.

Los dos jóvenes se lanzaron hacia ella; Jeanne, de rodillas, abrió los brazos, trastornada, repitiendo:

"¿Qué tienes, tía Lison? ¿Qué tienes, tía Lison?..." Entonces la pobre vieja, balbuciente, con la voz bañada en lágrimas y el cuerpo crispado de pena, respondió:

"Es que... es que... cuando él te ha preguntado: '¿No habrás cogido frío... en... tus piececitos?...' ¡Jamás me han... jamás me han dicho esas cosas a mí!... ¡Jamás!... ¡Jamás!".

*Le Gaulois*, 7 de mayo de 1881

# *La noche*

---

*La nuit*

Amo la noche con pasión. La amo, como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos, que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire caliente, en el aire ligero de la mañana clara. El búho huye en la noche, sombra negra que atraviesa el espacio negro, y alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desidia y salgo con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me fatiga como si levantara una enorme carga.

Pero cuando el sol descende, una confusa alegría invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra me siento distinto, más joven, más fuerte, más activo, más feliz. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: ahoga la ciudad como una ola inaprensible e impenetrable, oculta, borra, destruye los colores, las formas; oprime las casas, los seres, los monumentos, con su tacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos, y un impetuoso deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, unas veces camino por los barrios ensombrecidos, y otras por los bosques cercanos a París donde oigo rondar a mis hermanas las fieras y a mis hermanos, los cazadores furtivos.

Aquello que se ama con violencia acaba siempre por matarle a uno.

Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo hacer comprender el hecho de que pueda contarlo? No sé, ya no lo sé. Sólo sé que es. Helo aquí.

El caso es que ayer —¿fue ayer?—. Sí, sin duda, a no ser que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año —no lo sé—. Debí ser ayer; pues el día no ha vuelto a amanecer; pues el Sol no ha vuelto a salir. Pero, ¿desde cuándo dura la noche? ¿desde cuándo...? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá nunca?

El caso es que ayer salí como todas las noches después de la cena. Hacía bueno, una temperatura agradable, hacía calor. Mientras bajaba hacia los bulevares, miraba sobre mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle, que se curvaba y ondeaba como un auténtico torrente, un caudal rodante de astros.

Todo se veía claro en el aire ligero, desde los planetas hasta las farolas de gas. Brillaban tantas luces allá arriba y en la ciudad que las tinieblas parecían iluminarse. Las noches claras son más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar resplandecían los cafés; la gente reía, pasaba, o bebía. Entré un momento al teatro; ¿a qué teatro? ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque brutal de luz en el oro de los balcones, por el destello ficticio de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esta claridad falsa y cruda.

Me dirigí hacia los Campos Elíseos, donde los cafés concierto parecían hogueras entre el follaje. Los castaños radiantes de luz amarilla parecían pintados, parecían árboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas destelleantes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas, vivas, hacían palidecer



bajo su claridad nacarada, misteriosa y real, los hilos de gas, del feo y sucio gas, y las guirnaldas de cristales coloreados.

Me detuve bajo el Arco de Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada, que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros, los astros allá arriba, los astros desconocidos, arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen soñar e imaginar.

Entré en el Bois de Boulogne y permanecí largo tiempo. Un extraño escalofrío se había apoderado de mí, una emoción imprevista y poderosa, un pensamiento exaltado que rozaba la locura.

Anduve durante mucho, mucho tiempo. Luego volví.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco de Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía y nubes, grandes nubes negras, se esparcían lentamente en el cielo.

Por primera vez, sentí que iba a suceder algo extraordinario, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi amada noche, se volvía pesada en mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Solos, dos agentes de policía paseaban cerca de la parada de coches de caballos y, por la calzada iluminada apenas por las farolas de gas que parecían moribundas, una hilera de vehículos cargados con legumbres se dirigía hacia el mercado de Les Halles. Iban lentamente, llenos de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles, y los caballos mantenían un paso uniforme, siguiendo al vehículo que los precedía, sin ruido sobre el pavimento de madera. Frente a cada una de las luces de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos se iluminaban de blanco, las coles se iluminaban de verde, y pasaban, uno tras otro, estos coches rojos; de un rojo de fuego, blancos, de un blanco de plata, verdes, de un verde esmeralda.

Los seguí, y luego volví por la calle Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. Ya no había nadie, ya no había cafés luminosos, sólo algunos rezagados que se apresuraban. Jamás había visto un París tan muerto, tan desierto.

Una fuerza me empujaba, una necesidad de caminar. Me dirigí, pues, hacia la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, porque ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, densa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.

Volví sobre mis pasos. No había nadie a mi alrededor. En la Place du Château d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a punto de tropezar conmigo, y luego desapareció. Durante algún tiempo seguí oyendo su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de caballos que descendía hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer rondaba cerca de la calle Drouot: «Escúcheme, señor». Aceleré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Luego nada. Ante el Vaudeville, un trapero rebuscaba en la cuneta. Su farolillo vacilaba a ras del suelo. Le pregunté:

—¿Amigo, qué hora es?

—¡Y yo qué sé! —gruñó—. No tengo reloj.

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas estaban apagadas. Sabía que en esta época del año las apagaban pronto, antes del amanecer; por economía; pero aún tardaría tanto en amanecer...

«Iré al mercado de Les Halles —pensé—, allí al menos encontraré vida.»

Me puse en marcha, pero ni siquiera sabía ir. Caminaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles, contándolas.

Ante el Crédit Lyonnais ladró un perro. Volví por la calle Grammont, perdido; anduve a la deriva, luego reconocí la Bolsa, por la verja que la rodea. Todo París dormía

un sueño profundo, espantoso. Sin embargo, a lo lejos rodaba un coche de caballos, uno solo, quizás el mismo que había pasado junto a mí hacía un instante. Intenté alcanzarlo, siguiendo el ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras, negras como la muerte.

Una vez más me perdí. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ningún transeúnte, ningún rezagado, ningún vagabundo, ni siquiera el maullido de un gato en celo. Nada.

«¿Dónde estaban los agentes de policía? –me dije–. Voy a gritar; y vendrán.» Grité, no respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz voló, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esta noche impenetrable.

Grité más fuerte: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Mi desesperada llamada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Oí el leve tic-tac de la pequeña pieza mecánica con una desconocida y extraña alegría. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Caminé de nuevo como un ciego, tocando las paredes con mi bastón, levantando los ojos al cielo, esperando que por fin llegara el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Me parecía caminar desde hacía un tiempo infinito pues mis piernas desfallecían, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar a la primera cochera. Toqué el timbre de cobre, que sonó en toda la casa; sonó de una forma extraña, como si este ruido vibrante fuera el único del edificio.

Esperé. No contestó nadie. No abrieron la puerta. Llamé de nuevo; esperé... Nada.

Tuve miedo. Corrí a la casa siguiente, e hice sonar veinte veces el timbre en el oscuro pasillo donde debía dormir el portero. Pero no se despertó, y fui más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o apretando los timbres, golpeando con mis pies, con mi bastón o mis manos todas las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto, vi que había llegado al mercado de Les Halles. Estaba desierto, no se oía un ruido, ni un movimiento, ni un vehículo, ni un hombre, ni un manojo de verduras o flores. Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto.

Un espantoso terror se apoderó de mí. ¿Que sucedía? ¡Oh Dios mío! ¿Qué sucedía?

Me marché. Pero, ¿y la hora? ¿Y la hora? ¿Quién me diría la hora?

Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: «Voy a abrir el cristal de mi reloj y tocaré la aguja con mis dedos». Saqué el reloj... ya no sonaba... se había parado. Ya no quedaba nada, nada, ni siquiera un estremecimiento en la ciudad, ni un resplandor; ni una vibración de un sonido en el aire. Nada. Nada más. Ni tan siquiera el rodar lejano de un coche, nada.

Me encontraba en los muelles, y un frío glacial subía del río.

¿Corría aún el Sena?

Quise saberlo, encontré la escalera, bajé... No oía la corriente bajo los arcos del puente... Unos escalones más... luego la arena... el fango... y el agua... hundí mi brazo, el agua corría, corría, fría, fría, fría... casi helada... casi detenida... casi muerta.

Y sentí que ya nunca tendría fuerzas para volver a subir... y que iba a morir allí abajo... yo también, de hambre, de cansancio, y de frío.

*Gil Blas*, 14 de junio de 1887

## *Una noche*

---

*Un soir*

El Kléber acababa de echar el ancla, y yo contemplaba maravillado el admirable golfo de Bougie, que se abría delante de nosotros. Los bosques-cabilas cubrían las altas montañas; a lo lejos, amarillentas arenas ofrecían al mar una orilla de polvo dorado, y el sol derramaba torrentes de fuego sobre las blancas casas de la pequeña población.

La cálida brisa, la brisa africana, traía a mi gozoso corazón el fuerte perfume del desierto, el olor del gran continente misterioso donde el hombre del Norte no penetra jamás. Tres meses hacía que vagaba por aquel mundo profundo y desconocido, por las costas de aquella tierra fantástica del avestruz, del camello, de la gacela, del hipopótamo, del gorila, del elefante y del negro. Había visto al árabe galopar empujado por el viento, como una bandera que flota, vuela y desaparece; me había acostado bajo la oscura tienda, en la errante morada de esas blancas aves del desierto.

Estaba ebrio de luz, de fantasía de espacio.

Ahora, después de la última excursión, sería necesario marchar, volver a Francia, ver a París, la ciudad de la charla inútil, de los cuidados insignificantes, de los innumerables apretones de manos. Tendría que despedirme de aquellas cosas queridas, tan nuevas, apenas entrevistas, que tanto iba a echar de menos.

Una verdadera flota de barcas rodeaba al paquebote. Salté a una de ellas, donde remaba un negrito, y muy pronto estuve en el muelle, cerca de la vieja puerta sarracena, cuyas grises ruinas, a la entrada de la ciudad-cabila, parecen un escudo de armas de añeja nobleza.

Parado me encontraba en mitad el puerto, en pie al lado de mi equipaje, mirando en la bahía al enorme navío anclado, y, estupefacto de admiración ante aquella costa única, ante aquel circo de montañas bañadas por las azules olas, más hermoso que el de Nápoles, tan hermoso como los de Ajaccio y Porto, las grandes poblaciones de Córcega, cuando sentí caer sobre mí espalda una pesada mano.

Volviéndome al punto me hallé delante de un hombre de elevada estatura y larga barba, con sombrero de paja y blanco traje de franela, y que, en pie al lado mío, me examinaba con sus ojos azules.

—¿No es usted mi antiguo compañero de colegio?—me dijo.

—¡Es posible! ¿Cómo se llama usted?

—Trémoulin.

—¡Voto al infierno! ¡Mi antiguo condiscípulo! ¡Venga esa mano!

—Te he reconocido inmediatamente.

Y su larga barba rozó mis mejillas.

Aquel hombre parecía tan contento, tan alegre, tan feliz con mi presencia que, en un impulso de amistoso egoísmo, estreché fuertemente las dos manos de aquel camarada de otro tiempo, sintiéndome a mi vez muy satisfecho del encuentro.

Trémoulin había sido para mí, durante cuatro años, el más íntimo, el mejor de aquellos compañeros de clase que tan pronto olvidamos al salir del colegio. Era entonces un muchacho de cuerpo largo y delgado, que sustentaba una cabeza demasiado grande, una enorme cabeza redonda, pesada, que inclinaba el cuello tan pronto a un lado como a otro, y aplastaba el augusto pecho de aquel alto colegial de largas piernas.

Inteligentísimo, dotado de una maravillosa facilidad, de una rara comprensión, de una especie de intuición instintiva para todos los estudios literarios, Trémoulin era el

alumno más aprovechado de nuestra clase. Se tenía en el colegio el convencimiento de que, andando los años, sería un hombre ilustre, un poeta sin duda, porque hacia versos y era un ingenioso sentimental. Su padre, farmacéutico en el barrio del Panteón, no pasaba por rico.

Después del bachillerato le había perdido de vista.

—¿Qué haces aquí?—exclamé.

—Soy colono.

—¿Eh? ¿Plantas?

—Y cosecho.

—¿Qué cosechas?

—Uvas, con las que hago vino.

—Y ¿van bien los negocios?

—Van muy bien.

—Lo celebro, amigo mío.

—¿Te dirigías a la fonda?

—Es claro.

—Pues bien: te hospedarás en mi casa.

—Pero...

—No hay más que hablar.

Y dijo al negrito, que espiaba todos nuestros movimientos:

—A mí casa, Alí.

Alí respondió al punto:

—Está bien, señor.

Luego echó a correr con mi maleta al hombro, sacudiendo y levantando polvo con sus negros pies.

Trémoulin me cogió del brazo y me obligó a seguirle. Lo primero que hizo fue dirigirme varias preguntas acerca de mi viaje, sobre las impresiones; y viendo mi entusiasmo, aún se mostró más afectuoso.

Su vivienda era una vieja casa morisca, con patio interior, sin balcones a la calle y dominada por una terraza más alta que las de todas las viviendas contiguas desde la cuál se divisaban el golfo y los bosques, las montañas y el mar.

—¡Ah! ¡Esto es lo que a mí me gusta! —exclamé—. Todo el Oriente penetra en mi corazón, mirando desde esta casa. ¡Oh, qué dichoso eres viviendo aquí! ¡Qué noches debes de pasar en esta terraza! ¿Duermes en ella?

—Todo el estío: subiremos esta noche. ¿Te gusta la pesca?

—¿Qué pesca?

—La pesca con hachones.

—¡Oh, mucho!

—Pues bien: pescaremos después de cenar. Y en seguida regresaremos para tomar en la terraza unos sorbetes.

En cuanto me hube bañado, me hizo visitar la deliciosa ciudad-cabila, una verdadera cascada de casas blancas rodando hacia el mar; regresamos al anochecer, y después de una exquisita comida, bajamos al puerto.

Sólo se veían las luces de las calles y las estrellas, esas grandes estrellas relucientes, chispeantes, del cielo de África.

En un rincón del puerto, una barca esperaba. En cuanto estuvimos en ella, un hombre, cuyo rostro no pude distinguir, se puso a remar, en tanto que mi amigo preparaba el brasero que había de alumbrarnos en breve.

—Has de saber —me dijo— que yo soy quien tira el arpón. No tengo rival en el manejo de ese instrumento.

—Te felicito.

Habíamos costeado una especie de muelle y nos encontrábamos en una pequeña bahía limitada por altas rocas, cuyas sombras tenían la apariencia de torres levantadas en el agua, y observé de pronto que el mar estaba fosforescente. Los remos, que sacudían al agua con lentitud, con regularidad, producían en ella, a cada golpetazo, un fulgor movible y sorprendente, que huía en seguida a lo lejos detrás de nosotros, extinguiéndose. Yo, inclinándome, miraba aquella capa de pálida claridad desmenuzada por los remos, aquel inexplicable fuego del mar, aquel fuego frío que un movimiento enciende y que muere en cuanto se calma el oleaje.

Los tres, sumergidos en las tinieblas, nos deslizábamos sobre aquella claridad.

¿Adónde íbamos? Yo no veía a mis compañeros; sólo veía los luminosos remolinos y las chispas de agua arrancadas por los remos. Hacia calor, mucho calor. La sombra parecía calentada en un horno, y mi corazón se turbaba en aquel viaje misterioso con aquellos dos hombres en aquella silenciosa embarcación.

Los flacos perros árabes, de pelo rojo, nariz puntiaguda y ojos brillantes, aullaban a lo lejos, como aúllan todas las noches en esa tierra desmesurada, desde las orillas del mar hasta el fondo del desierto, donde campan las tribus errantes. Los zorros, los chacales y las hienas respondían; y, no muy lejos debía de gruñir, sin duda, algún león solitario en un desfiladero del Atlas.

Súbitamente, el que remaba se detuvo. ¿Dónde estábamos? Un pequeño ruido sonó detrás de mí. Surgió la llama de una cerilla, y vi una mano, sólo una mano, llevando la ligera llama hacia la hornilla de hierro suspendida en la delantera de la embarcación y cargada de leña como una hoguera flotante.

Yo miraba aquello sorprendido, como si el espectáculo hubiera sido perturbador y nuevo, y seguí emocionado la pequeña llama, que llegando al borde del hogar, prendió en un puñado de brezos secos que crepitaron de pronto.

Entonces, en la noche adormecida, en la pesada noche ardiente, brotó una vivísima llama, iluminando, bajo un dosel de tinieblas que pesaba sobre nosotros, la barca y a los dos hombres, un viejo marinero flaco, arrugado y canoso, con un pañuelo anudado en torno de la cabeza, y Trémoulin, cuya rubia barba relucía.

—¡Adelante! —dijo.

El otro remó y nos pusimos de nuevo en marcha, en medio de un meteoro, bajo la cúpula de sombra movible que se paseaba con nosotros.

Trémoulin echaba continuamente leña en el brasero, que ardía más y más, brillante y rojo.

Inclinándose otra vez, distinguí el fondo del mar. A pocos pies de la embarcación se desarrollaba lentamente, a medida que pasamos, el extraño país del agua, agua que vivifica, como el aire del cielo, plantas y animales. Introduciendo el brazo hasta las rocas en viva luz, nos deslizábamos sobre bosques sorprendentes de hierbas rojizas, sonrosadas, verdes y amarillentas. Entre ellas y nosotros, un cristal de admirable transparencia, un cristal líquido, casi invisible, las hacía fantásticas, las llevaba a un ensueño, al ensueño que despiertan los profundos océanos. Aquella nda tan límpida, que no se distinguía, que más bien se adivinaba, ponía entre aquellas vegetaciones y nosotros algo perturbador como la duda de la realidad, haciéndolas misteriosas como los paisajes de los sueños.

A veces las hierbas llegaban a la superficie con la apariencia de cabellos, movidas apenas por la lenta marcha de la embarcación.

En medio de ellas, plateados pececillos se deslizaban, huían, desapareciendo apenas vistos. Otros, adormecidos aún, flotaban suspendidos en medio de aquellas marañas acuáticas, relucientes y diminutos, casi imperceptibles. De cuando en cuando, una

langosta corría hacia un agujero para ocultarse, o bien una medusa azulada y transparente, invisible casi, flor de un azul pálido, verdadera flor marina, dejaba arrastrar su cuerpo líquido en nuestro ligero remolino; súbitamente, el fondo desaparecía, descendiendo más, mucho más, en una espesa niebla vidriosa. Y entonces se distinguían vagamente grandes rocas y sombríos restos de buques sumergidos, apenas iluminados por el brasero.

Trémoulin, en pie en la delantera, inclinado el cuerpo, teniendo en las manos el tridente de agudas puntas que se llama arpón, escrutaba las rocas, las hierbas, el mudable fondo del mar, con encendidas pupilas de bestia que caza.

De repente dejó resbalar en el líquido, con un movimiento vivo y suave, la punta de su arma, para lanzarla en seguida como una flecha, con tal prontitud, que alcanzó a la carrera a un enorme pez que huía a nuestro paso.

Yo no había visto más que el movimiento de Trémoulin, pero le oí gruñir de alegría; y cuando levantó su arpón sobre la claridad de la hoguera, distinguí un animal que se retorció atravesado los dientes de hierro. Era un congrio. Después de contemplarle habérmelo enseñado, paseándolo por encima de la llama, mi amigo lo arrojó al fondo de la embarcación. La serpiente marina, con cinco agujeros en el cuerpo, se deslizó, se arrastró, rozando mis pies, en busca de un agujero para huir; y habiendo encontrado entre los tablones de la embarcación un pequeño charco de agua salobre, penetró en él y se enroscó, ya casi muerta.

Desde entonces, de minuto en minuto, Trémoulin cogía con una destreza sorprendente, con la rapidez del rayo, con una seguridad milagrosa, todos los extraños moradores del agua salada. Veía uno tras otro pasar por encima del fuego, con las convulsiones de la agonía, lobos plateados, sombrías lampreas manchadas de sangre, erizos de mar, extraños animales que escupían tinta y ennegrecían el mar por unos instantes en torno de la embarcación.

A la vez me parecía estar oyendo constantemente chillidos de aves a nuestro alrededor, en la noche oscura, y levantaba la cabeza esforzándome para ver de dónde procedían aquellos agudos silbidos, próximos o lejanos, cortos o prolongados. Eran innumerables, incesantes, como si una nube de alas se hubiera cernido sobre nosotros, atraídas sin duda por la llama. A veces estos rumores engañaban el oído y parecían salir del agua.

Pregunté:

—¿Qué es lo que silba así?

—Hombre, son las ascuas que caen.

En efecto, el brasero sembraba el mar de una lluvia de carbones encendidos. Caían rojos o ardiendo aún, y se extinguían con un lamento dulce, penetrante, extraño, que tan pronto era un gorjeo como un corto llamamiento de emigrante que pasa. Gotas de resina caían asimismo zumbando como balas o como abejorros, y morían bruscamente sumergiéndose; hubiéraselas creído verdaderas voces de seres, un inexplicable y débil rumor de vida errante en la sombra que nos envolvía. Trémoulin gritó de pronto:

—¡Ah..., pícara!

Lanzó su arpón, y, al levantarlo vi, envolviendo sus dientes y pegado a la madera, una especie de enorme harapo de carne roja que palpitaba y se movía, enrollando y desenrollando largos, blandos y fuertes apéndices cubiertos de chupadores en torno del mango del tridente. Era un pulpo.

Acercó a mí aquella presa, y distinguí los dos enormes ojos del monstruo que me miraban, ojos saltones, turbios y terribles, surgiendo de una especie de bolsa semejante a un tumor. Creyéndose libre, el animal alargó lentamente uno de sus tentáculos, cuyas blancas ventosas vi avanzar hacia mí. Su punta era delgada como un hilo, y en cuanto

aquella pierna devoradora se hubo agarrado al banco, se levantó otra, desplegándose para seguirla. Se sentía allí dentro, en aquel cuerpo musculoso y blando, en aquella ventosa viva, rojiza y fofa, una fuerz irresistible.

Trémoulin había sacado su cuchillo, y con un brusco movimiento se lo introdujo al animal entre los ojos.

Se oyó un suspiro, un rumor de aire que se escapa, y el pulpo cesó avanzar.

Sin embargo, aún no estaba muerto, porque la vida es tenaz en estos cuerpos nerviosos; pero su vigor estaba destruido, roto su aparato chupador, y ya no podía beberse la sangre, absorber y vaciar el caparazón de las langostas. Trémoulin arrancaba de la embarcación, como para jugar con aquel agonizante, sus impotentes ventosas; y, presa súbitamente de una espantosa cólera, gritó:

—Espera; voy a calentarte los pies.

De un golpe de arpón volvió a cogerlo, y levantándolo de nuevo, le hizo pasar a través de la llama, frotando contra los enrojecidos barrotes de la hornilla las delgadas puntas de carne de los miembros del pulpo.

Los músculos crepitaron, retorciéndose, enrojecidos, acortados por el fuego; y yo sentí dolor hasta la punta de los dedos ante el sufrimiento del horrible animal.

—¡Oh, no hagas eso!—grité.

El respondió con calma:

—¡Bah! Esto no es nada, en comparación de lo que merece.

luego soltó sobre la barca el pulpo, mutilado, que se arrastró por entre mis piernas hasta el agujero lleno de agua salobre, donde se recogió para expirar en medio de los peces muertos.

Y la pesca continuó aún largo rato, hasta que se acabó la leña.

Cuando ya no hubo bastante para alimentar el fuego, Trémoulin arrojó al mar el brasero encendido, y la noche, suspendida sobre nuestras cabezas por la brillante llama, cayó sobre nosotros, sepultándonos de nuevo en sus tinieblas.

El viejo remó otra vez lentamente. con golpes. regulares. ¿Dónde estaba el puerto, dónde la tierra, dónde la entrada del golfo y el extenso mar?

Yo no lo sabía. El pulpo se movía aun a mis pies, y me dolían las uñas, como si a mi vez me las hubiesen quemado. De pronto divisé luces; entrábamos nuevamente en el puerto.

—¿Tienes sueño ya?—me preguntó mi amigo.

—No; nada de eso.

—Entonces vamos a charlar, un poco a mi terraza.

—Con mucho gusto.

En el momento de llegar a la terraza, la luna, en cuarto creciente, surgió detrás de los montes. La cálida brisa se deslizaba a lentos soplos, llena de olores ligeros, casi imperceptibles, como si hubiese barrido a su paso el sabor de los jardines de todos los países quemados por el sol.

En torno de nosotros, las blancas casas de cuadrados tejados descendían hacia el mar, y en ellos se distinguían formas humanas tumbadas o en pie, que dormían o meditaban bajo las estrellas; familias enteras envueltas en largos vestidos de franela, y descansando, en la tranquila noche, del calor del día.

Me pareció de pronto que en mi entraba el alma oriental, el alma poética y legendaria de los sencillos pueblos de floridas ideas. Tenía el corazón lleno de la Biblia y de Las mil y una noches; oía a los profetas anunciar milagros, y veía en las terrazas de los palacios cruzar princesas con pantalones de seda, mientras quemaban en estufillas de plata finas esencias, cuyo humo adoptaba formas de genios.

Dije a Trémoulin:

—¡Qué suerte tuviste al encontrar esta casa!

Me contestó:

—La casualidad me trajo a ella.

—¿La casualidad?

—Sí; la casualidad o la desdicha.

—¿Has sido desgraciado?

—Muy desgraciado.

Estaba en pie delante de mí, envuelto en su albornoz, y el tono con que hablara hizo correr un estremecimiento por mi piel; tan doloroso le encontré.

Agregó al cabo de un instante de silencio:

—Puedo contarte mi pena. Tal vez hablando de ella la sienta menos.

—Explicáte ya.

—¿La quieres conocer?

—Sí.

—Pues escucha. Recordarás lo listo que yo era en el colegio: una especie de poeta criado en una farmacia. Soñaba con hacer libros, y lo intenté después de mi bachillerato. No me salió bien la prueba. Publiqué un volumen de versos y luego una novela, sin vender más los unos que la otra; luego hice una obra teatral que no llegó a representarse.

Y me enamoré. No te contaré mi pasión. Junto a la tienda de papá puso la suya un sastre, el cual tenía una hija. La vi y la amé. Era inteligente, había obtenido premios por su conocimiento de las asignaturas que componen la segunda enseñanza, y tenía un espíritu vivo, animado, muy en armonía, por otra parte, con su persona. Se la hubiera creído de quince años, a pesar de tener veintidós. Era una mujer bajita, de rasgos, líneas y tono muy finos, como una delicada acuarela. Su nariz, su boca, sus ojos azules, sus rubios cabellos, su sonrisa, su talle, sus manos, todo parecía hecho para una vitrina y no para la vida al aire libre. Sin embargo, era vivaracha, despabilada y sumamente activa. Me enamoré locamente de ella. Recuerdo todavía dos o tres paseos al jardín del Luxemburgo, junto a la fuente de Médicis, que serán siempre con toda seguridad las mejores horas de mi vida. Conocerás seguramente ese estado extraño de tierna locura que nos obliga a pensar sólo en actos de adoración.

El amante se convierte en un poseído, obsesionado por una mujer —y para él no existe nada fuera de ella.

En breve nos desposamos. Le comuniqué mis proyectos para el porvenir, que ella reprobó.

No me creía ni poeta, ni novelista, ni autor dramático, y opinaba que el comercio, cuando prospera, puede proporcionar la verdadera dicha.

Renunciando, pues, a componer volúmenes, me contenté con venderlos, y compré, en Marsella, la Librería Universal, cuyo propietario había muerto.

Pasé allí tres buenos años. Habíamos hecho de nuestro almacén, una especie de salón literario, donde todos los hombres ilustres de la ciudad iban de tertulia.

Se entraba en nuestra casa como se entra en el círculo, y se cambiaban ideas sobre los libros, los planetas y, principalmente, acerca de la política. Mi mujer, que dirigía la venta, gozaba de verdadera notoriedad en la población.

En cuanto a mí, mientras se charlaba en la tienda, trabajaba en mi gabinete del primer piso, que comunicaba con la librería por una escalera de caracol. Oía las voces, las risas, las discusiones y a ratos soltaba la pluma para escuchar. Había empezado en secreto a escribir una novela... que no he terminado.

Los concurrentes más asiduos eran el señor Montina, un rentista, gallardo y apuesto mozo, un hermoso muchacho del Mediodía, de pelo negro y ojos acariciadores; el señor Barbet, magistrado, los señores Faucil y Labarregue, comerciantes, y el general



marqués de Fléche, jefe del partido realista, el personaje principal de la provincia, un señor de sesenta y seis años.

Los negocios marchaban bien. Yo era feliz, muy feliz.

Un día, a eso de las tres, haciendo unas diligencias, pasé por la calle de Saint-Ferreol, y vi salir de una casa a una mujer cuyo aspecto se asemejaba tanto al de la mía, que me hubiera dicho: <¡Es ella!>, a no haberla dejado algo indispuesta en el almacén una hora antes. Caminaba delante de mí con rápido paso, sin volverse. La seguí casi a pesar mío, sorprendido, inquieto.

Me decía: "No es ella. No. De ningún modo, puesto que tenía jaqueca. Por otra parte, ¿qué habría ido a hacer a esta casa?"

Sin embargo, quise cercionarme, y apreté el paso a fin de alcanzarla. No sé si me sintió, me adivinó o me reconoció en el modo de andar; lo cierto es que se volvió bruscamente. ¡Era ella! Al verme, se puso encarnadísima y se detuvo; luego dijo sonriendo:

—¡Toma! ¿Eres tú?

Yo tenía oprimido el corazón.

—Sí. ¿Has salido? ¿Y tu jaqueca?

—Sintiéndome algo mejor, he salido a hacer unas compras.

—¿Adónde?

—A la calle de Cassinelli, a casa de Lacaussade, con objeto de encargar unos lápices.

Me miraba de frente. Ya no estaba encarnada; más bien la encontraba un poco pálida. Sus ojos claros y limpidos—¡ah los ojos de las mujeres!—parecían llenos de ingenuidad; pero sentí vaga, dolorosamente, que mentían. Permanecía delante de ella más confuso, más embarazado, más sobrecogido que ella misma, sin atreverme a sospechar nada, pero seguro de que mentía, ¿Por qué? Lo ignoraba.

Me limité a decirle:

—Has hecho bien en salir si te sentías mejor.

—Si; mucho mejor.

—Y ¿vuelves a casa?

—Es claro.

Me separé de ella y me puse a recorrer las calles solo. ¿Qué sucedía? Frente a ella tuve la intuición de su falsedad. Ahora ya no podía creerla un hecho; y cuando regresé a la hora de la comida me reconvine por haber dudado un segundo de su sinceridad.

¿Alguna vez has tenido celos? ¡Poco importa que los hayas tenido o no! Continúo. La primera gota de celos había caído en mi corazón. Estas gotas son gotas de fuego. No formulaba nada, no creía en nada. Sabía únicamente que había mentido. Piensa que todas las noches, cuando quedábamos los dos solos, luego de marcharse los clientes y la dependencia, ya fuésemos a dar una vuelta hasta el muelle, si hacía bueno, o ya permaneciésemos charlando en mi despacho, si el tiempo era desapacible, yo dejaba que mi corazón se abriese delante de ella con sincero abandono, porque la amaba. Ella era una parte de mi existencia, la principal, y toda mi alegría. En sus diminutas manos tenía mi alma cautiva, confiada y fiel.

Durante los primeros días, esos primeros días de dudas y sufrimientos que transcurren antes de que la sospecha se precise y vaya en aumento, me sentía abatido y helado como cuando una enfermedad va apoderándose de nosotros. Sin cesar tenía frío, verdadero frío, y ni comía ni dormía.

¿Por qué me mintió? ¿Qué hacía en aquella casa? Fui allá para tratar de descubrir algo.

Nada pude saber. El inquilino del primer piso, un tapicero, me había informado acerca de todos los vecinos, sin que nada me pusiera sobre una pista. En el segundo habitaba una comadrona, en el tercero una modista y una manicura; y en las guardillas, dos cocheros con sus familias.

¿Por qué mintió? ¿No le hubiera sido igualmente fácil decirme que había ido a casa de la modista o a la de la manicura? ¡Oh! ¡Qué deseos tuve de interrogarlas también! No lo hice por miedo a que avisaran y conociera mis sospechas.

El caso era que había entrado en aquella casa y me lo había ocultado. Se encerraba en esto un misterio. ¿Cuál?

En ocasiones me imaginaba loables razones: que la había llevado allí una buena acción que deseaba permaneciese oculta; que había ido en busca de unos informes; y me echaba entonces en cara mi injusta sospecha. ¿No tenemos todos el derecho de tener nuestros secretillos inocentes, una segunda vida interior, de la cual no se cuenta nada a nadie? Un hombre, por el hecho de habersele dado por compañera una mujer, ¿puede exigir que no piense ni haga nada sin avisarle antes o después? ¿Significa la palabra matrimonio renuncia de toda independencia, de toda libertad? ¿No podría ser que hubiera ido a casa de una modista sin decirme nada o que la hubiese llevado allí el deseo de socorrer a la familia de uno de los cocheros? ¿No podría ser igualmente que su visita a aquella casa, sin ser culpable, fuese de tal índole que mereciera, no mis censuras, pero si la crítica mía? Ella me conocía hasta en mis manías más ocultas, y temía tal vez un reproche, al menos una discusión. Tenía las manos muy lindas y acabé por suponer que se las hacía cuidar en secreto por la manicura de la casa en cuestión y no lo confesaba por no parecer derrochadora. Siempre había sido partidaria de orden y del ahorro, y tenía además mil precauciones de mujer económica y entendida en los negocios. Confesando aquel ínfimo gasto de coquetería, indudablemente se hubiera considerado rebajada a mis ojos. ¡Tienen las mujeres tantas sutilezas y picardías nativas en el alma!...

Pero mis razonamientos no lograban tranquilizarme. Tenía celos. La sospecha me desgarraba, me devoraba. Aquello no era todavía una sospecha, pero era la sospecha. Llevaba en mí un dolor, una angustia horrible, un pensamiento aún velado, y no me atrevía a alzar el velo que lo cubría por no encontrar debajo una horrible duda... ¡Un amante! ¡Sueño, sueño! ¿Tendría un amante? ¡Era inverosímil, imposible!... ¡Y sin embargo!

La figura de Montina cruzaba sin cesar ante mis ojos. Veía a aquel guapetón de cabellos relucientes sonreírla, y no podía menos de decirme: "¡Es él!"

Me imaginaba la historia de su pasión. Habían hablado a solas de un libro, discutido la aventura amorosa, encontrado algo que se los asemejaba, y de esta analogía habían hecho una realidad.

Los vigilaba, presa del suplicio más horrible que pueda soportar un hombre. Había comprado botas con suelas de caucho a fin de andar sin hacer ruido, y me pasaba la vida subiendo y bajando la escalerilla de caracol para sorprenderlos. A veces hasta me dejaba resbalar cogido con ambas manos a la barandilla, adelantando la cabeza a fin de ver lo que hacían los dos. Luego tenía que subir hacia atrás con esfuerzos y trabajo infinito, después de ver que mi dependiente los acompañaba en el almacén.

No vivía; sufría. No podía pensar en nada, ni trabajar ni ocuparme de mis asuntos. En cuan salía, en cuanto había dado cien pasos en la calle, me decía: "¡Ya estará ahí él!", y volvía a casa. No le veía y salía de nuevo. Pero, apenas me había alejado nuevamente, pensaba: " Ahora sí habrá ido!", y volvía al punto.

De este modo pasaba el día. La noche era aún más horrible, pues la sentía a mi lado, en mi cama. Estaba allí, durmiendo fingiendo dormir. ¿Dormía? No, indudablemente. ¡También aquello era un engaño!

Yo permanecía inmóvil, tumbado boca arriba, abrasado por el calor de su cuerpo; jadeante y torturado. ¡Oh!, ¡qué deseo, deseo innoble y poderoso me acometía de levantarme, coger una bujía y un martillo y, de un solo golpe, romperle la cabeza, para ver lo que había dentro! Hubiera visto, lo sé de sobra, sesos y sangre. ¡Y nada hubiera sabido! ¡Era imposible saber nada! ¡Y sus ojos! Cuando los clavaba en mí, sentía una rabia loca. Se la mira... ¡Ella mira también! Sus ojos son transparentes, cándidos... ¡y pérfidos, pérfidos, pérfidos!, y no puede adivinarse el pensamiento que encubren. Me acometían deseos de alfilerárselos, de quebrar aquellos espejos de falsedad. ¡Ah! ¡Como me explico la Inquisición! Le habría retorcido las muñecas con puños de hierro. "¡Habla..., confiesa! ... ¿No quieres? ¡Aguarda...!" Le hubiera oprimido un poco la garganta... "¡Habla... confiesa! ¿No quieres?..." Y hubiera apretado, apretado, hasta su estertor, hasta verla ahogarse, morir... O bien le hubiera quemado entonces los dedos a fuego lento... ¡Oh! ¡Con qué placer lo habría efectuado! " ¡Habla..., habla!... ¿No quieres?" Se los hubiera mantenido sobre las ascuas, y se habrían quemado por las puntas... ¡Y habría hablado..., ya lo creo que habría hablado...

\*\*\*

Trémoulin, en pie y cerrados los puños, vociferaba. En derredor de nosotros, sobre los tejados vecinos, las sombras se erguían, se despertaban, escuchaban, turbadas en su reposo.

Y yo, conmovido, dominado por un poderoso interés, veía delante de mí, en mí, en la noche, cual si la hubiese conocido a aquella mujercita, a aquel pequeño ser rubio, vivaracho y artero. La veía vender sus libros, hablar con los hombres, turbados por su apariencia infantil, y veía en su cabecita de muñeca las ideas solapadas, las locas fantasías, los ensueños de modistilla perfumada con muguete y enamorada de todos los héroes de las novelas de aventuras. Como a él, me inspiraba sospechas, y como él, la odiaba, la aborrecía y le hubiera quemado los dedos para que confesara.

El infeliz prosiguió en tono mas tranquilo:

—No sé por qué te cuento esto. Jamás hablé de ello a nadie. Pero también es verdad que no he visto a nadie en dos años. ¡No he hablado con nadie, con nadie! Y todo esto se removía en mi corazón como inmundicia que fermenta. Lo vacío. Peor para ti.

Pues bien: me equivocaba. Lo que estaba ocurriendo era más repugnante aún de lo que yo había creído, más repugnante que todo. Escucha. Me valí del medio que más se practica: fingí ausencias. Cada vez que me marchaba, mi mujer iba a almorzar fuera de casa. No te referiré cómo compré un mozo de una fonda para sorprenderlos.

La puerta de su gabinete debía abrirse ante mí, que me presenté a la hora convenida con el camarero, con la resolución formal de matarlos. Desde la víspera estaba viendo la escena como si ya hubiese tenido lugar. ¡Yo entraba! Una mesita cubierta de copas, botellas y platos la separaba de Montana. Yo, sin pronunciar una palabra, dejaba caer sobre la cabeza del hombre el puño de plomo de mi bastón. Muerto de un golpe, él caía de bruces sobre el mantel. Me volvía acto seguido hacia ella y le daba tiempo —unos segundos— para comprender, y alargar hacia mí las manos, loca de terror, antes de morir a su vez. ¡Oh! Me sentía pronto fuerte, decidido y satisfecho, satisfecho hasta la embriaguez. La idea de la mirada de extravío que ella dirigía a mi bastón levantado, de sus manos tendidas hacia mí, del grito que saldría de su garganta, de su rostro — súbitamente lívido y convulso, vengándome de antemano. ¡A ella no la mataría al primer golpe! Me encuentras feroz, ¿verdad? ¡Es que no sabes lo que se sufre al pensar

que una mujer, esposa o querida, quien se ama, se da a otro, se entrega a él como a uno mismo, acogiendo sus labios como los nuestros! ¡Es una cosa atroz, espantosa! Cuando se ha conocido un día de este sufrimiento, se es capaz de todo. ¡Oh! ¡Me admira que no haya más asesinatos; porque todos los que han sido engañados desearon matar, gozaron con esa muerte soñada, hicieron, solos en su cuarto o en caminos solitarios, acosados por la alucinación de la venganza, el gesto de estrangular o de aplastar!

Llegué a la fonda. Pregunté: "¿Están ahí?" El mozo comprado me contestó: "Ahí están"; me hice subir una escalera, y mostrándome una puerta, dijo: "En. ese cuarto" Yo oprimí el bastón como si mis manos hubieran sido de hierro. Entré.

No pude escoger con más acierto el instante. Se besaban; pero no era Montina. ¡Era el general de Fléche, aquel general que contaba sesenta y seis años!

Tan seguro iba yo de encontrar al otro, que me quedé inmóvil de sorpresa.

Luego..., luego... Todavía no sé que ocurrió en mi..., no..., ¡no lo sé! ¡En presencia del otro, el furor me habría puesto convulso. En presencia de aquél, delante de aquel viejo ventruado y de fofas mejillas, el asco se apoderó de mí. ¡Ella, tan menuda, que parecía tener quince años, se entregaba a aquel hombre gordo, gastado, porque era marqués, general y el amigo y representante de los reyes destronados! No, no sé lo que sentí ni lo que pensé. ¡Alzar la mano sobre aquel viejo! ¡Qué vergüenza! ¡Ya no tenía deseo de matar a mi mujer, sino a todas las mujeres capaces de hacer cosas semejantes! ¡Ya no estaba celoso, estaba aturdido, como si hubiese visto el horror de los horrores!

Dígame lo que se quiera de los hombres, su vileza no llega a ser tanta. Cuando se sabe de uno que se ha abandonado de esa manera, se le señala con el dedo. El esposo o amante de una mujer vieja es más despreciado que un ladrón. Nosotros somos limpios, amigo; pero ellas..., ¡ellas son meretrices de sucio corazón! Son de todos, de los jóvenes y de los viejos, por razones despreciables y distintas, porque tal es su profesión, su vocación y su función. Son las eternas, inconscientes y serenas prostitutas, que entregan su cuerpo sin disgusto, porque es mercancía de amor, lo vendan o le den al viejo que va por la calle con dinero en el bolsillo, o bien por vanagloria, al viejo soberano lúbrico, al personaje viejo, célebre y repugnante...

\*\*\*

Vociferaba como un profeta antigua, con furibunda voz, bajo el cielo estrellado, enumerando, con rabia de desesperado, la vergüenza glorificada de todas las queridas de los monarcas viejos, la vergüenza respetada de todas las vírgenes que aceptan el esposo viejo; la vergüenza tolerada de todas las mujeres jóvenes que recogen, sonriendo, caricias de hombres viejos.

Y evocadas, llamadas por él, veía surgir en derredor de nosotros, en aquella noche de Oriente, todas las mujeres, las bellas mujeres de alma vil que, desde el origen del mundo, ignorando, como las bestias, la edad del macho, fueron dóciles a sus deseos seniles. Se alzaban siervas de los patriarcas, cantadas por la Biblia: Agar, Rut, las hijas de Lot, la morena Abigail, la virgen de Sunnam que, con sus caricias, reanimó a David, agonizante, y todas las demás jóvenes, gruesas, blancas, patricias o plebeyas, irresponsables hembras de un amo, carne de esclava sumisa, deslumbrada o pagada.

Le pregunté:

—¿Y qué hiciste?

Respondió sencillamente:

—Huir..., y aquí estoy.

Luego permanecimos el uno frente al otro largo rato sin hablar,...soñando...

Conservo de aquella noche una impresión inolvidable. Todo lo que vi, sentí, escuché, adiviné; la pesca, el pulpo también quizá, ¡el relato punzante en medio los

blancos fantasmas de los vecinos tejados, todo parecía concurrir en una emoción única. Ciertos encuentros, ciertas inexplicables combinaciones de cosas, contienen, seguramente, sin que nada excepcional aparezca en ellas, mayor cantidad de secreta quinta esencia de vida que la dispersada en los momentos corrientes de la existencia.

*L'Illustration*, 19 de enero de 1889

## *Un normando*

---

*Un normand*

Acabábamos de dejar a Ruán y marchábamos a trote largo por la carretera de Jumiéges. El coche avanzaba ligero, cruzando praderas; al empezar a subir la cuesta de Cantaleu, el caballo se puso al paso.

Se descubre desde allí uno de los espléndidos panoramas del mundo. A nuestras espaldas, Ruán, la ciudad de las iglesias y de las torres góticas, cinceladas con minuciosidad de figurillas de marfil; delante, Saint-Sever, el barrio de las fábricas, que yergue al cielo sus mil chimeneas humeantes frente por frente de las mil torrecillas sagradas de la vieja ciudad. Aquí, la flecha de la catedral, cúspide de la más elevada de los monumentos humanos, y allá, la "bomba de Fuego", de "El Rayo", su rival, tan gigantesca como ella, y que sobrepasa en un metro a la más alta de las pirámides de Egipto.

Frente a nosotros se alargaba el Sena, ondulante, salpicado de islas, costado a la derecha por blancas escarpas que corona un bosque, y a la izquierda por praderas anchísimas, que también limitan un bosque, allá al fondo, muy lejos.

De trecho en trecho, grandes barcos anclados a lo largo de las riberas del ancho río. Tres enormes vapores desfilaban uno tras otro rumbo al Havre; y un rosario de embarcaciones, formado por un buque de tres palos, dos goletas y un bergantín, subía río arriba, hacia Ruán, arrastrado por un pequeño remolcador que despedía una humareda negra.

Mi acompañante, natural de la región, no se molestaba siquiera en mirar tan extraordinario paisaje; se limitaba a sonreír; parecía estar gozando de antemano con otra cosa. Y de pronto exclamó:

—Va usted a ver en seguida una cosa curiosa: la capilla de San Mateo. Eso sí que es gloria pura, amigo mío.

Lo miré con sorpresa, y él siguió diciendo:

—Voy a ponerle en las narices algo típicamente normando, tan de la tierra que se le va a hacer la boca agua por mucho tiempo. El tío Mateo es el más gallardo normando de la provincia, y su capilla es una de las maravillas del mundo. No quito ni una letra, pero antes quiero adelantarle una pequeña explicación. El tío Mateo, conocido también por "La Cuba", es un antiguo sargento primero que se ha retirado a vivir en su tierra. En él se dan, en la proporción necesaria para componer un conjunto perfecto, la fanfarronería del que ha sido soldado largos años y la picardía astuta del normando. Gracias a múltiples patronazgos y artimañas inverosímiles, llegó a ser, al instalarse de nuevo en su país, guarda de una capilla milagrosa, una capilla puesta bajo la advocación de la Virgen, y que frecuentan, sobre todo, las solteras que han quedado embarazadas. El tío Mateo ha bautizado la milagrosa imagen con el nombre de Nuestra Señora del Bombo, y habla de ella con una familiaridad chocarrera, que no excluye hasta cierto punto el respeto. Ha hecho imprimir una plegaria especial, obra de su propio ingenio, dirigida a su Bondadosa Virgen.

La tal plegaria es una obra maestra de ironía no calculada, de ingeniosidad normanda, que mezcla la chanza con el miedo al "Santo", el miedo supersticioso o un algo que puede ejercer influencia secreta. No cree ciegamente en su Patrona, pero un poquito sí, por prudencia; y le guarda ciertos miramientos, por lo que pudiera ser.

Esta sorprendente plegaria empieza así:

"¡Oh, Señora bondadosa, Santa Virgen María, Patrona natural de las doncellas-madres, en este pueblo y en todo el orbe, extiende el manto de tu protección sobre esta servidora tuya, que ha pecado en un descuido..."

La plegaria termina de la siguiente manera:

"Y, sobre todo, ¡oh, Santísima Virgen, no olvides recomendarme a tu Santo Esposo, e intercede con Dios Padre a fin de que me conceda un buen marido, que se parezca al tuyo."

El clero de la región ha prohibido que circule esta plegaria, pero él la vende bajo cuerda y se dice que las que la recitan con devoción salen favorecidas.

En una palabra, el tío Mateo habla de su Virgen igual que hablaba cierto lacayo de un príncipe al que todos temían y de cuyos pequeños secretos íntimos él era confidente. Sabe, a propósito de la intercesión de su Patrona, una cantidad de anécdotas divertidas, y cuando está bebido se las suele contar en voz baja a sus amigos.

Usted mismo va a tener ocasión de tratarlo.

Pareciéndole escasas las ganancias que le reportaba la Patrona, agrandó el comercio principal con un anexo de santos. Los tiene todos o casi todos. Como en la capilla no hay sitio suficiente para tenerlos expuestos, almacena los sobrantes en la leñera, sacándolos de allí cuando se los pide algún devoto. Él mismo cinceló en madera sus imágenes, de una comicidad inimaginable, y las pintó de verde, aprovechando la pintura con que estaba acicalando su casa.

Sus santos curan, en general, todas las enfermedades; pero cada cual tiene su especialidad. Hay que tener cuidado de no cometer a este respecto errores o confusiones, porque en cuanto a jurisdicción son tan celosos como los comediantes.

Para no caer en falta, las viejas devotas consultan sus casos con el tío Mateo.

—¿Qué santo es el más seguro para el dolor de oídos?

Y les contesta que San Osimo es bueno; pero tampoco Santa Pánfila lo hace mal.

Pero el tío Mateo no se limita a eso.

Le sobra tiempo, después de atender a su obligación, y bebe; pero bebe como un especialista, como un convencido, y por la noche está indefectiblemente borracho.

Su borrachera no lo atonta; tan despierta conserva la cabeza que anota todos los días el grado exacto de aquélla. Vive sobre todo para eso; lo de la capilla pasa a segundo término.

Ha inventado, ¡abra el oído y agárrese!, el borrachímetro.

El instrumento no tiene existencia real, pero las observaciones de Mateo tienen precisión matemática.

Le oirá usted decir, por ejemplo: "Desde el lunes he pasado de los cuarenta y cinco." O quizá: "Estaba entre los cincuenta y dos y los cincuenta y ocho." O bien: "Llegaría a los setenta o a los ochenta."

Cuando no: "Diablo de instrumento, cuando más tranquilo estaba creyéndome en los cincuenta, miro y veo que llegaba a los setenta y cinco."

No se equivoca nunca. Asegura no haber llegado jamás al metro, pero como reconoce que después de los noventa no puede responder de la exactitud de sus observaciones, no hay que fiarse demasiado. Ahora bien, cuando él dice que no ha pasado de los noventa, hay base para creer que tenía una borrachera monumental.

Su mujer, Melia, tan pintoresca como el marido, monta en cólera cuando él llega a casa en tal estado; se planta en la puerta y vocifera como loca:

—¡Ya estás aquí, cochino, puerco, borracho indecente!

El tío Mateo se pone entonces serio, se planta en jarras frente a ella, y le dice en tono severo:

—Cállate, Melia; esta no es hora de conversación Espera a mañana.

Y si ella sigue vociferando se acerca y le grita con voz amenazadora:

—No ladres, que estoy en los noventa; ya no funciono; me entran ganas de pegar.  
¡Ten cuidado, Melia!

La mujer entonces se bate en retirada. Si al día siguiente intenta volver sobre el tema, se le ríe en las narices y le contesta:

—¿Quién se acuerda ya de eso? Lo pasado, pasado. Mientras no llegue al metro, no pasa nada. Si paso del metro, entonces sí, castígame; te doy permiso, palabra de honor.

Habíamos llegado al punto más alto de la cuesta. La carretera se adentraba en el admirable bosque de Róurnare.

El otoño, el maravilloso otoño, salpicaba de oro y de púrpura los verdes que todavía conservaban su lozanía, como si el cielo hubiese derramado en la espesura de los bosques chorreones de sol fundido.

Atravesamos a Duclair, pero en lugar de seguir hacia Jumiéges, mi amigo dobló hacia la izquierda, tomó un atajo y sé metió en la espesura.

Al poco rato volvimos a descubrir desde lo alto de una gran colina el valle magnífico del Sena y el río tortuoso que describía meandros a nuestros pies.

Teníamos a nuestra derecha un pequeño edificio, con techo de pizarra, coronado por un campanario de la altura de una sombrilla. Estaba adosado a una linda casita de persianas verdes, revestida de madreselvas y de rosales.

Oímos un vozarrón que gritaba:

.—¡Sean bienvenidos los amigos!

Y Mateo apareció en la puerta. Era un hombre de sesenta años, flaco, de barba corta y largos bigotes blancos.

Mi acompañante le dio un apretón de manos, hizo mi presentación; Mateo nos pasó a una habitación fresca, que servía de cocina y de comedor. Dijo cuando entramos:

—Mi casa no es elegante La verdad es que a mí me gusta estar cerca de los guisos. Se siente uno como acompañado entre las cacerolas.

Se volvió hacia mi amigo:

—¿Cómo se le ha ocurrido venir en jueves? Ya sabe usted que es el día de consulta de mi Patrona. No podré salir de aquí esta tarde.

Corrió a la puerta y lanzó como un bramido formidable: "¡Meliaaa!" que debió sobresaltar hasta a los marineros de los barcos que subían y bajaban por la ría, allá en lo más hondo del valle.

Melia se hizo la desentendida. Mateo nos hizo un guiño picaresco.

—No está de buenas conmigo, porque ayer llegué con los noventa.

Mi acompañante se echó a reír.

—¿Dice usted que con los noventa? Y ¿cómo fue eso, amigo Mateo?

Éste contestó:

—Se lo voy a explicar. El año pasado no encontré sino veinte cargas de manzana albaricoquera. No había más; pero como no hay esa clase de manzana para hacer sidra, me dio para llenar una cuba y se me ocurrió probarla ayer. Un verdadero néctar; ya me lo dirán ustedes. Estaba conmigo Palito, nos ponemos a echar un trago, luego echamos otro, sin llegar a saciarnos —es como para estarse bebiendo hasta el día siguiente—, y de trago en trago llegué a sentir frío en el estómago. Le dije a Palito:

—¿Qué te parecería un vaso de aguardiente para entrar en calor?

No le pareció mal. Pero este aguardiente fino le quema a uno las entrañas, y hubo que volver a la sidra. De lo frío a lo caliente y de lo caliente a lo frío; compruebo de pronto que estoy en los noventa. Polito no andaba lejos del metro...

Se abrió la puerta. Apareció Melia y, sin saludarnos siquiera, le soltó:

—Grandísimo cochino, los dos estaban por encima del metro.



El tío Mateo se enfadó al oírla.

—No digas eso, Melia; no digas eso. Yo no he llegado jamás al metro.

Nos prepararon un almuerzo apetitoso, a la sombra de dos tilos, delante de la puerta, al lado de la capillita de Nuestra Señora del Bombo, y frente al paisaje inmenso. Mateo, con una mezcla de zumba y credulidad auténtica, nos contó inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido una buena cantidad de sidra deliciosa, agridulce fresca, que se subía a la cabeza y que era la bebida preferida de Mateo; estábamos fumando nuestras pipas, a horcajadas en las sillas, cuando se presentaron dos devotas mujeres.

Eran viejas, apergaminadas, encorvadas. Después de saludar, le pidieron el San Blanco. Mateo nos hizo un guiño y contestó:

—Ahora mismo se lo saco.

Y se metió en la leñera. No le vimos en cinco minutos, y cuando salió traía expresión consternada. Alzó los brazos.

—No sé dónde está, no lo encuentro; sin embargo, estoy seguro de que lo tenía.

Hizo tornavoz con las manos y volvió a mugir:

—¡Meliaaaa!

Su mujer le contestó desde el fondo del corral:

—¿Qué pasa?

—¿Dónde has puesto a San Blanco, que no lo encuentro en la leñera?

Melia voceó esta explicación:

—¿No será el que cogiste la semana pasada para tapar con él un agujero de la conejera?

Mateo se estremeció.

—¡Rayos y centellas! Puede que sí. Entonces les dijo a las mujeres:

—Acompañenme.

Le siguieron y nosotros también, reventando de ganas de reír.

En efecto, San Blanco, clavado en el suelo como una estaca, manchado de barro y cieno, servía de esquina a la Conejera.

Las dos devotas se arrodillaron en cuanto lo vieron, hicieron la señal de la cruz y empezaron a recitar oraciones. Pero Mateo les dijo apresuradamente:

—¡Un momento! Están arrodilladas en el barro; voy a ponerles un buen haz de paja.

Trajo paja y les arregló una especie de reclinitorio. Se quedó luego mirando al embarrado santo y pareciéndole que podía redundar en descrédito de su comercio, agregó:

—Voy a arreglárselo un poco.

Echó mano a un cubo de agua y a un cepillo y refregó con energía la figura de madera, mientras las dos viejas seguían rezando.

Acabada su labor, dijo:

—Ya está todo en buena disposición —y nos llevó a echar otro trago.

Al llevar el vaso a la boca se detuvo, y nos habló con alguna turbación.

—La verdad es que cuando puse a San Blanco en la conejera fue porque creí que ya no daría dinero. Llevaba dos años sin que nadie me lo pidiese. Pero, ya ven ustedes, los santos nunca pasan del todo.

Bebió y luego siguió hablando:

—Ea, echemos un trago más. Cuando uno está entre amigos tiene que subir por lo menos hasta los cincuenta; hasta ahora sólo ando por los treinta y ocho.

## *Nuestras cartas*

---

*Nos lettres*

Ocho horas de ferrocarril a unos les dan sueño y a otros los desvelan. A mí el menor viaje me agita, no permitiéndome dormir a la noche siguiente.

Las cinco eran cuando llegué a casa de mis amigos Muret de Artús, con objeto de hospedarme unos días en su propiedad de Abelle, una casa preciosa, construida a fines del siglo pasado por uno de sus abuelos y que había pertenecido siempre a la familia. Tiene, por tanto, ese carácter de intimidad propio de los hogares habitados, amueblados y animados por las mismas gentes. Nada varía en ellos, y su espíritu persiste, su fisonomía no cambia; sus tapices no han sido arrancados nunca; fueron rozándose, decolorándose, palideciendo sobre aquellas paredes. No desechan jamás ninguno de los muebles antiguos, que sólo se apartan, de cuando en cuando, haciendo lugar a otro nuevo, el cual se halla como un recién venido entre sus mayores.

La casa está sobre un ribazo, en el centro de un jardín, cuyo suelo va en declive hasta el río, cruzado en aquella parte por un puente de piedra. Se extienden a la otra orilla los prados, adonde llegan con su calmoso andar vacas gordas y lucidas, cuyos ojos húmedos parecen bañados en el rocío, en la vaguedad suave de la neblina y en la frescura de la verde hierba que pastan.

Me agrada ese hogar como nos agrada lo que deseamos ardientemente poseer; voy allá todos los años con un gusto indeleble y me despido con tristeza.

Cuando hube comido en familia, entre mis bondadosos amigos, que me trataban como a un pariente, pregunté a Pablo Muret, mi camarada:

—¿Qué habitación me reservaste?

—La de la tía Rosa.

Poco después, la señora Muret de Artús, a la cual seguían sus tres retoños —dos niñas y un chiquillo travieso— me aposentó en la estancia de la tía Rosa, donde yo no había dormido nunca.

En cuanto me vi solo examiné las paredes, los muebles, toda la fisonomía del aposento para instalar mi espíritu en él. Había entrado allí pocas veces, y distraído; sólo recordaba el retrato al pastel de la tía Rosa, y no porque me interesara poco ni mucho aquella señora vieja, con su peinado primoroso, pálida y borrosa tras el cristal. Parecía, por su aspecto, una mujer de rígidas costumbres, muy conocedora de máximas de pura moral y de buenas recetas de cocina; una de esas damas respetables que ahuyentan los goces, y son el ángel triste y lacio de las familias provincianas.

Nunca me hablaron mis amigos de su tía Rosa; ignoraba yo en absoluto su vida y su muerte.

¿De qué tiempos era? ¿Cuándo murió? ¿Fue su existencia tranquila o agitada? ¿Llevó al cielo un alma pura de solterona, un alma tranquila de madre de familia, o un alma exaltada por el amor? Y a mi, ¿qué me importaba? El nombre de "tía Rosa" me parecía ridículo, indiferente, ordinario.

Cogí una vela para contemplar su rostro sereno encerrado a bastante altura, en un marco de talla dorado. Me pareció desapacible, insignificante, hasta un poco antipático, y comencé a curiosear los muebles, que sin duda me agradarían más.

Eran algunos de la época de Luis XVI, y los más recientes eran de la Revolución y del Directorio. Ni una silla ni un cortinaje de fecha más próxima ocuparon aquel aposento, cuyas maderas, cuyas alfombras, cuyos muebles, cuyas colgaduras

conservaban como un suave perfume los recuerdos, como los conservan algunas moradas en donde la vida palpité amando y sufriendo.

Me acostó, pero no dormí. Después de una o dos horas de abatimiento, me levanté para escribir algunas cartas.

Abrió un pequeño escritorio de caoba con incrustaciones de cobre, colocado entre las dos ventanas, creyendo encontrar papel y tinta, pero sólo encontré un portaplumas viejo, algo mordido por la punta. Me disponía a cerrar el mueble, cuando un punto brillante fijó mi atención; era como una cabeza de clavo dorado que sobresalía en el rincón de una tableta. La toqué y me pareció que se meneaba: entonces la agarré entre dos uñas, y al tirón cedió suavemente, saliendo. Era un largo alfiler de oro, caído y oculto en una rendija de la tabla.

Se me ocurrió de pronto que serviría para oprimir el muelle de algún escondrijo y me puse a buscarlo. Fue tarea larga, y a las dos horas de inútiles tanteos hallé un orificio en el centro de otra rendija, simétricamente al punto donde se hallaba el alfiler. Al clavarlo, saltó una tableta, dejando al descubierto dos paquetes de cartas amarillas, atadas con una cinta azul.

Las leí todas, y copié las dos que ahora reproduzco:

"Amiga mía: Desea usted que le devuelva sus cartas, y se las devuelvo, pero con un pesar horrible.

"¿Teme que yo las pierda? Las tengo bajo llave. ¿Que me las roben? No es posible. Las guardo bien. ¡Son mi más preciado tesoro!

"Su resolución me apena. Me pregunto si habrá sentido usted algún remordimiento; no de haberme querido, porque me quiere todavía, sino de haber fijado en un papel sus frases de amor apasionado, siempre que su corazón, lejos de mí, confiaba sus emociones a la pluma. Cuando amamos, sentimos deseos de confidencia, sentimos ansias de hablar o escribir, y hablamos y escribimos. Las palabras vuelan, las amorosas palabras que son armónica vibración y ternura, fugaces y ardientes, desvanecidas al punto de ser pronunciadas, dejan grato recuerdo en la memoria; pero no podemos verlas, ni acariciarlas, ni besarlas, como vemos y acariciamos lo escrito.

"Le devuelvo sus cartas, porque usted lo desea; esa devolución me ocasiona un dolor muy grande.

"Sin duda, su pudor se ha exaltado contra el apasionamiento de palabras imborrables; lamenta usted, alma tímida y sensible, haber escrito a un hombre que le quería, como aún le quiere. Ha recordado usted sus frases emocionadas y se ha dicho: "Lo convertiré todo en ceniza."

"Tranquílcese; ahí van esos papeles reveladores de una pasión que desea ocultarse. Adorándola, no sabría dejar de obedecerla. "

\*\*\*

"Amigo mío: No me comprendió usted, ni supo adivinar. No me arrepiento ni me arrepentiré nunca de haber escrito que le quiero, y seguiré diciéndoselo en mis cartas; pero, en cuanto las haya leído, me las devolverá usted.

"El motivo de mi exigencia nada tiene de fantástico: es una precaución. Mi cariño es culpable; tengo miedo, todo me asusta. De usted no desconfío; pero a veces la casualidad nos hace traición. Y no quiero que trascienda mi falta; debe morir conmigo.

¡Morir! La muerte nos acecha. Un accidente imprevisto, una caída de caballo, un lance, una enfermedad repentina, un vuelco del coche; la muerte nos acecha en todas partes, a todas horas; vivimos de milagro. Y, si guardase usted mis cartas, la muerte de usted me ocasionaría, con el dolor más grande, la vergüenza más deshonrosa.

"¿Qué dirían su hermana, su hermano, su cuñada cuando encontrasen mis cartas?"

"¿Supone usted que me quieren bien?. Yo lo dudo. Y, además, aun cuando me adoraran, ¿es posible que, hallándose un secreto entre dos mujeres y un hombre, y siendo, por añadidura, secreto de amor, no se divulgue?"

"Sin duda no han de serle gratas mis reflexiones. Le recuerdo que ha de morir, y pongo en duda la discreción de su familia. Pero ¿no hemos de morir los dos? Y como es inevitable que uno sea el primero, no es ocioso prever los peligros que pudieran ocasionársele al otro.

"Yo guardaré sus cartas junto a las mías, en el escondrijo de mi escritorio. Se las enseñaré cuando venga, metidas en la misma caja, como dos enamorados en un mismo sepulcro, rebosantes de amor.

"Podría decirme usted que, si yo muero antes, mi marido encontrará las cartas.

"No lo temo. Por de pronto, él ignora que mi escritorio tenga un escondrijo; y aunque lo sospechase, no lo buscaría, y si lo buscase y lo encontrara..., tampoco lo temo.

"¿No le han preocupado a usted nunca las cartas amorosas que dejan al morir las mujeres?"

"A mí sí me han preocupado mucho, y las reflexiones que me ha sugerido semejante preocupación me decidieron a pedirle mis cartas.

"Nunca, nunca una mujer quema ni rompe las cartas de amor. Toda nuestra vida, toda nuestra esperanza, todas nuestras ilusiones y los más dulces ensueños de la existencia femenina se reducen a querer y a que nos quieran.

"Las cartas de amor nos acarician con dulces palabras; son reliquias; las mujeres gustan de los templos, y prefieren aquellos cuyos altares ocupan, donde reciben las adoraciones del hombre. Las cartas de amor son ejecutorias de belleza, de gracia y de atractivo; son el orgullo secreto de las mujeres, el tesoro de su alma. No, no; en ningún caso destruye una mujer esos ocultos y deliciosos archivos de su vida.

"Pero nosotras morimos, como muere todo el mundo; y entonces... alguien encuentra esas cartas! ¿Quién? El marido; y ¿qué hace? Nada; las quema.

"¡Oh! He pensado mucho en esto, mucho, mucho. Todos los días mueren mujeres que han sido amadas; los vestigios y las pruebas de su desliz caen en las manos del marido, y nunca se produce un escándalo ni se provoca un lance por esta causa.

"Tal es el corazón del hombre. Se venga, se bate con quien le deshonorra, mientras ella vive; jamás cuando ella muere. ¿Por qué?... Sí, ¿por qué? Lo ignoro. Pero es indudable que las pruebas halladas entre los papeles de una muerta son cenizas, olvido, perdón; y el marido continúa estrechando la mano del amante, muy satisfecho de haber sido él quien hallase las cartas, porque así pudo cuidadosamente destruirlas.

¡Oh! Cuántos conozco, entre mis amigos, que han debido de quemar un paquete de cartas, que fingen ignorar el pasado, y que se habrían batido como tigres. hallando las pruebas poco antes, cuando la mujer vivía. Pero ha muerto, y todo cambia; todo, hasta el honor. La tumba purifica; no llegan tan lejos los disgustos matrimoniales. Vea usted cómo yo puedo guardar impunemente nuestras cartas, que serían para los dos, en manos de usted, un peligro.

"Atrévase a decir que me falta razón.

"Adiós. Mil besos.

Rosa. "

\*\*\*

Miré al retrato de la tía Rosa. contemplando su rostro arrugado, grave, un poco malévolo, y me hizo pensar en todas las almas femeninas que apenas conocemos,

creyéndolas muy diferentes de lo que son en realidad, sin comprender su astucia instintiva y suave, su inocente doblez; y un verso del poeta Vigny acudió a mi memoria:

*Toujours ce compagnon dont le Coeur n'est pas sur*<sup>22</sup>

*Le Gaulois*, 29 de febrero de 1888

---

<sup>22</sup> Siempre ese compañero cuyo corazón no es seguro.

# *Nuestros ingleses*

---

*Nos anglais*

Un cuadernito yacía en el mullido asiento del vagón. Lo cogí, hojeándolo con cierta curiosidad. Era un Diario de viaje olvidado sin duda por su dueño.

Copio a continuación las tres últimas páginas.

\*\*\*

1 de febrero

Mentón, capital de los tísicos; famosa por sus tubérculos pulmonares. En absoluto diferentes del tubérculo llamado patata, que vive y retoña en la tierra para servir de alimento al hombre y engordarlo; esa humana vegetación adquiere desarrollo a expensas de la carne del hombre y, a su vez, alimenta y engrasa la tierra.

Me dio a conocer semejante definición, muy gráfica y algo científica, un sabio médico del país.

Busco un hotel. Me indican el Gran Hotel de Rusia, de Inglaterra, de Alemania y de Holanda.

Rindiendo culto a la inteligencia cosmopolita del fondista, me quedo en aquel hospital que me parece deshabitado, tal vez por sus enormes anchuras.

Luego doy un vistazo a la habitación, agradable y resguardada por una montaña imponente (véanse las descripciones en las Guías). Tropiezo con personas que tienen semblantes melancólicos, los enfermos, y las acompañan otras personas con semblantes aburridos. Algunos usan aquí tapabocas, (Aviso a los naturalistas que temen su completa desaparición.)

Las seis. La hora de comer. Ocupa la mesa un salón inmenso en donde podrían acomodarse trescientos huéspedes, pero sólo se sientan veintidós. Llega primero un inglés, larguirucho y afeitado; lleva una levita de mucho vuelo y muy entallada, cuyas mangas oprimen sus brazos esqueléticos, lo mismo que oprime al paraguas la funda. Recuerda el uniforme civil de los antiguos militares, el de los inválidos, la sotana de algunos clérigos y luce por delante una fila de botones, también forrados de paño negro, y tann juntos como un reguero de hormigas. Frente a ellos, una fila de ojales que parecen abrirse con el deseo de abrocharlos, inspiran ideas viciosas.

El chaleco está cerrado por el mismo sistema. Embutido en sus vestiduras, el inglés no aparenta un carácter alegre. Me saluda, y respondo a su cortesía.

Entran luego tres damas inglesas: la madre y dos hijas. Toda lucen sobre su cabeza un tocado de huevo batido, lo cual me sorprende. Las hijas y la madre representan la misma edad. Son igualmente descarnadas, huesudas, tiesas, descoloridas. Y asoman unos largos dientes entre los labios para infundir terror a los manjares y a los hombres.

Llegan más huéspedes, ingleses todos. Uno, solamente uno, es gordo y colorado, con patillas blancas. Todas las mujeres —y son catorce— lucen sobre su cabeza un tocado como de huevo batido. Noto que aquel entremés que se han encasquetado todas, a manera de sombrero, está construido con encajes blancos o tul espumoso; no lo sé a punto fijo. Pero no parece cosa dulce. Todas aquellas mujeres presentan el aspecto de conservas en vinagre, aun cuando cinco son jóvenes y bastante agraciadas, a pesar de sus perfiles rectos y escurridos y su expresión desengañada.

Recuerdo una estrofa del poeta Bouilhet:

*¡Qué importa que tu pecho no tenga exuberancias!  
Así hallaré más próximo tu amante corazón.  
Tu delgadez informe acorte las distancias  
y de tus pobres huesos en el tenue armazón,  
me alegra —como un mirlo que sobre un pie dormita  
en su jaula encerrado— el amor que me incita.*

Dos ingleses, bastante jóvenes, entran, oprimidos por sus levitas eclesiásticas. Son sacerdotes laicos, pastores protestantes, casados y con hijos. Parecen más pulcros, más reverendos y menos amables que nuestros curas. Yo no cambiaría una cuba de éstos por un barril de los otros. Cada cual tiene sus gustos.

En cuanto se hallan reunidos todos, el pastor de más categoría toma la palabra y pronuncia —en inglés, no en latín— una especie de benedicite, muy largo, que los demás oyen con recogimiento.

Así, cuando, a pesar mío, hasta mis alimentos quedan consagrados al Dios de Israel y de Albión, comenzamos a comer la sopa.

Reina en el salón espacioso un silencio solemne, un silencio que no debe de ser lo acostumbrado. Supongo que mi presencia resulta desagradable para la colonia inglesa, entre la cual no se había intercalado hasta entonces ningún intruso, ninguna oveja impura.

Sobre todo las mujeres, contenidas y tirantes, como si temiesen que se les cayera en el plato su toca de huevo batido, muestran una dificultosa y grave actitud.

El pastor de más categoría dirige algunas frases a otro pastor que come a su derecha. Como tengo la desgracia de saber inglés, puedo asombrarme al notar que prosiguen una conversación interrumpida, comentando los textos de los profetas.

Todos atienden y reflexionan cada palabra.

Y me atiborran —a pesar mío— de sentencias bíblicas.

"Derramaré agua para que beba el sediento", dijo Isaías.

Yo, ignorante, no lo sabía; como tampoco tuve, hasta el presente, conocimiento de las verdades que lanzaban Jeremías, Malaquías, Ezequiel, Gagachías y Elías.

Aquellas verdades penetran en mis oídos y zumban en mi cerebro como abejorros.

"El que tiene hambre reclama un alimento."

"En el aire viven los pájaros, como los peces en el mar."

"La higuera produce higos; y la palmera, dátiles."

"El hombre que no escucha no aprovechará lo que dice la ciencia."

¡Cuánto más grandioso y más profundo es nuestro Enrique Mannier, que puso en boca de un hombre solo, de su inmortal Proudhon, tal cúmulo de sorprendentes verdades, que no dijeron tantas entre todos los profetas!

Viendo el mar, exclamó: "Es hermoso el Océano; pero ¡cuánta extensión de tierra perdida para el cultivo! "

Y formula en breves frases la eterna política del mundo: "Esta espada es el día más hermoso de mi existencia. La consagraré a luchar por el Gobierno que me la ofrece, y sí es necesario, a combatirlo."

De hallarme presentado a la sociedad inglesa que me rodea, seguramente algunas frases, elegidas entre las muchas famosas de nuestro profeta francés, hicieran mella.

Terminada la comida, los huéspedes pasan a otro salón.

Yo me aíso, sentándome cómodamente. La tribu evangélica parece conspirar, apiñándose al otro extremo de la estancia inmensa.

De pronto, una señora se dirige al piano.

Y reflexiono: " ¡Ah! Un poco de música. ¡Me place!"

Ocupa la banquetta, levanta la tapa y toda la colonia se arremolina en torno y la envuelve.

¿Se disponen a cantar una ópera?

El pastor de más categoría, convertido en maestro de coros, hace una señal con la mano y un clamor indescriptible y horroroso fluye de todas las gargantas. ¡Entonan su cántico!

Las mujeres chillan, los hombres mugen, los cristales retiemblan. El perro del hotel, furioso, aúlla en el patio y otro le responde con aullidos feroces desde una ventana.

Escapo, aturdido, y voy a dar un paseo por las calles. No encontrando casino, teatro ni lugar donde cobijarme, vuelvo al hotel.

Ellos cantan aún.

Me acuesto. Siguen cantando. Cantarán hasta medianoche sus preces al Señor, con voces desentonadas y chillonas, las más horribles que oí en mi vida, mientras yo, turbado por el espantoso instinto de imitación, que puede arrastrar a todo un pueblo en una danza macabra, sin querer, improviso, canturreando:

*Compadezco al Señor, poderoso de Albión,  
cuyas glorias berrea la tribu en el salón.  
Si tiene más oído  
que su pueblo rendido;  
si le alegra el talento, la belleza,  
el ingenio, el placer, la gentileza,  
la mímica elegante,  
la música sentida e insinuante...  
Compadezco al señor, poderoso de Albión;  
le compadezco, sí, ¡de todo corazón'*

Y cuando logré, al fin, dormirme, tuve sueños horrorosos. Vi a los profetas, cabalgando sobre los pastores y comiendo huevos batidos en descarnadas calaveras.

¡Horrible! ¡Horrible!

2 de febrero.

En cuanto despierto, pregunto al fondista si aquellos bárbaros invasores de su hotel repiten a diario su espantosa diversión.

Y me responde, sonriente.

—No, caballero. Ayer era domingo, y el domingo, ya lo sabe usted, lo dedican a sagradas ceremonias.

Entonces improviso:

*Nada es sagrado para un pastor;  
ni mi descanso reparador,  
ni mi comida, ni mis oídos  
que aturde ¡bárbaro! con sus berridos.  
Como repitan —lo sabe bien—  
me voy en busca del primer tren.*

Algo sorprendido, el fondista me prometió indicarme mis quejas.

De día, he dado un agradable paseo por la montaña.

Por la noche, al sentarme a la mesa, soy testigo del propio benedicite. Luego vamos al salón. ¿Qué harán esta noche? Durante una hora..., nada.

Y, de pronto, la misma señora que ayer acompañó los cánticos, se dirige al piano, lo abre —tiemblo de horror— y toca... ¡un vals!

Las jóvenes bailan.



El pastor de más categoría lleva el compás, golpeándose un muslo con la mano; tiene la costumbre de llevar el compás en las ceremonias. Los caballeros invitan a las damas y los huevos batidos comienzan a girar; giran, giran, giran, como si alguien continuara batiéndolos.

¡Vaya! ¡Eso me gusta! Después del vals, un rigodón, una polca.

No habiendo sido presentado, mi papel se reduce a observar desde mi rincón.

9 de febrero.

Otro agradable paseo al vetusto Castellar, admirable ruina que aún guarda entre sus restos informes algún vestigio de su grandeza.

Nada tan hermoso como las crestas graníticas de un castillo roquero, asomado entre las nieves de los Alpes (véanse las Guías). Un panorama delicioso.

Durante la comida, ya que nadie puede presentarme, me presento yo mismo a la señora que se sienta junto a mí: desparpajo francés. Ella no se digna contestarme: corrección británica.

Por la noche, baile de ingleses.

4 de febrero.

Excursión a Mónaco (véanse la Guías).

Por la noche, baile de ingleses. Lo presencio desde mi rincón, a distancia, como un apestado.

5 de febrero.

Excursión a San Remo (véanse las Guías).

Por la noche, baile de ingleses. Continúa mi cuarentena.

6 de febrero.

Excursión a Niza (véanse las Guías).

Por la noche, baile de ingleses. Desde la mesa me voy a la cama.

7 de febrero.

Excursión a Cannes (véanse las Guías).

Por la noche, baile de ingleses. Tomo un té, refugiado en mi rincón.

8 de febrero.

Domingo. Ha llegado la hora de mi desquite. Nos veremos. Afectan el recogimiento propio del día sagrado, preparándose a cantar como energúmenos.

Pero antes de la comida, me deslizo hasta el salón, cierro el piano y me guardo la llave. Después le digo al camarero que se halla de servicio en el despacho:

—Si los ingleses piden la llave del piano, dígales que yo la he cogido, que se dirijan a mí.

Durante la comida tratan varios puntos de la Biblia que se prestan a dudas, comentan los textos, aclaran las genealogías de los personajes bíblicos.

Luego van al salón. Se acercan al piano. ¡Estupor! Se consultan. La tribu parece aterrada. Los huevos batidos se agitan como si quisieran volar. Después, el pastor de más categoría se aparta del grupo, sale del salón; al poco rato entra de nuevo. Discuten. Me observan con ojos indignados, y, al fin, los tres pastores avanzan hacia mí, en orden, alineados, como una embajada. En su actitud hay algo de imponente.

Saludan. Me levanto. El de más categoría me dirige la palabra ceremoniosamente:

—Señor, me dicen que tiene usted la llave del piano. Las señoras desean abrirlo para entonar el cántico.

Respondo:

—Señor clérigo, me lastima no complacer a las señoras, cuyo deseo parece justo; pero usted es un hombre religioso y comprenderá que, siéndolo yo también, mis doctrinas, más intransigentes que las de usted, sin duda, me obligan a evitar la profanación que ustedes proyectan. Yo no puedo admitir, caballeros, que se valgan, para entonar cánticos al Señor, del instrumento que durante seis días ha servido para que se divirtieran bailando las muchachas. Nosotros no damos bailes públicos en las iglesias, ni tocamos vales ni rigodones en los órganos. El uso que ustedes hacen del piano me indigna y me subleva. Pueden participar a las señoras mis opiniones y mi resolución.

Los tres pastores, confusos, se retiran. Las señoras los oyen estupefactas. Y se deciden a entonar su cántico sin acompañamiento.

9 de febrero.

El fondista me advierte que busque hotel, no pudiendo alojarme ya en el suyo. Los ingleses le han exigido que me arroje de su casa.

Los tres pastores atisban, deseosos de verme salir para no volver. Salgo a su encuentro, y, después de saludarlos, digo:

—Caballeros, parece que han estudiado ustedes a fondo la Sagrada Escritura. Yo también domino algo la exégesis bíblica. Y quisiera someter al juicio de ustedes una preocupación que turba mi conciencia de católico. El incesto es considerado como abominable, ¿no es así? Pero la Biblia nos refiere un caso abrumador para la fe. Lot, al huir de Sodoma, fue seducido por sus dos hijas, y perdió a su mujer, convertida en estatua de sal. De aquel doble y horrible incesto, nacieron Ammón y Moab, fundadores de pueblos poderosos: los ammonitas y los moabitas. Esto no lo ignoran ustedes. Y tampoco ignoran que Rut, la segadora que despertó al dormido Booz, haciéndole padre, fue uña moabita. ¿No dice Victor Hugo:

*Rut, una moabita, se tiende vacilante  
de Booz a los pies, cautelosa y desnuda  
y aguarda que un rayo de gloria la sacuda  
cuando el hombre despierte luminoso y triunfante*

El rayo de gloria que sacudió el desnudo cuerpo de Rut, fue causa la que naciera Obed, abuelo de David. y Nuestro Señor Jesucristo, ¿no es descendiente del rey David?

Los tres pastores, en silencio, se miran consternados.

Y prosigo:

—Me dirán ustedes que hablo de la genealogía de José, esposo legítimo, pero inútil, de Maria, madre de Jesús. Como José no contribuyó poco ni mucho al nacimiento de su hijo, aun siendo su origen incestuoso, el incesto no mancha la cuna del Niño Dios. ¿Eh? Conformes. Pero he de hacer dos advertencias: una, que José y Maria, siendo primos, debieron de emanar de la misma procedencia; otra, que resulta escandaloso hacernos leer diez páginas genealógicas para despedirnos con salida inconcebible. Nos quedamos ciegos aprendiendo que A engendró a B, el cual engendró a C, el cual engendró a D, el cual engendró a E, quien engendró a F, y cuando ya estamos locos de seguir línea por línea tan aplastante serie de engendros, llegamos al último, que no engendró nada. Eso puede llamarse, caballeros, el colmo de la burla.

Bruscamente, los tres pastores me vuelven la espalda en silencio, escapando.

A las dos tomo el tren de Niza."

\*\*\*

El diario no continúa. Y aun cuando esas notas revelan poca delicadeza en su autor, conceptos vulgares y sobrada grosería, las publico suponiendo que puedan servir a muchos viajeros para librarse o apartarse de los invasores ingleses.

Debo añadir que también se refugian con frecuencia en Francia ingleses agradables y correctos. Algunos conozco. Pero, en general distan mucho de ser así los que frecuentan los balnearios.

*Gil Blas*, 10 de febrero de 1885

## *Odisea de una moza*

---

*L'odyssée d'une fille*

No podré olvidar nunca el suceso que durante media hora me produjo la siniestra sensación de una fatalidad invencible: algo semejante al estremecimiento que produce un pozo de mina. Toqué lo más profundo, lo más recóndito de la miseria humana, y comprendí que no todos podían, aunque lo procurasen, vivir honradamente.

Iba yo desde el teatro del Vaudeville a la calle Drouot, apresuradamente. Una lluvia menuda lo empapaba, lo entristecía todo. Era más de medianoche. La calle relucía. Los transeúntes, malhumorados, no miraban a nadie.

Las mozas galantes, con las faldas muy recogidas, guareciéndose y aguardando en los umbrales de las puertas o atravesando el bulevar, lanzaban a los hombres frases borrosas y estúpidas. Seguían al que juzgaban asequible, apretándose contra él y lanzándole al rostro su aliento pútrido; convencidas al fin de la ineficacia de sus exhortaciones, se apartaban con un respingo en busca de alguien que las atendiese, moviendo mucho las caderas al andar.

Avanzaba yo, entre los ceceos y piropos de las infelices, detenido por unas y molestado por otras, cuando vi de pronto que tres de ellas corrían como alocadas, alarmando todo el batallón de prostitutas. Unas tras otras corrían, huyendo, con el vestido muy levantado para ir más aprisa. De pronto, un brazo se agarró al mío y una voz turbada murmuró a mí oído:

—Sálveme usted, caballero; no me abandone.

Miré a la moza. No habría cumplido aún veinte años, y su rostro estaba ya marchito.

—No tenga miedo —le dije.

—Gracias, muchas gracias —respondió.

Y pasamos entre los grupos de agentes que iban a caza de palomas nocturnas.

Alejado el peligro, mi compañera me preguntó:

—¿Iremos a casa?

—No.

—¿Por qué? Me hiciste un favor; soy agradecida.

Para que no insistiera, le dije:

—Soy un hombre casado.

—¿Qué importa?

—Basta ya. Te saqué del apuro. Déjame tranquilo.

La calle, desierta y oscura, ofrecía un aspecto siniestro.

Y aquella moza que me oprimía el brazo aumentaba la sensación de tristeza que me invadía. Quiso besarme; la rechacé con horror, y con voz severa exclamé:

—¡Sucia!

Noté un impulso de rabia en ella. Luego, de pronto, gimoteó. Yo estaba confuso, enternecido, sin explicarme aquello.

—¿Por qué lloras?

—Si... vosotros no sabéis... No es divertido..., no es divertido...

—¿Qué?

—Vivir así... ¡Qué vida!

—¿Por qué la escogiste?

—¿Tengo yo la culpa?

—¿Quién. si no tú?

—¿Alguien escoge su vida? Nos la dan...

Me interesó. Hice que me contara su historia.

A los dieciséis años, en Ivetot, estaba de criada en casa del señor Lerable, comerciante en granos. Mis padres habían muerto yo no tenía parientes. Mi amo solía mirarme de un modo particular, y sus ojos me hacían cosquillas en la cara. Nada podía cogermme de sorpresa; en el campo los niños lo saben todo.

Mi amo era un viejo rezador, que iba todos los domingos a misa. No le hubiera creído capaz de un abuso. Pero un día entró en la cocina dispuesto a obligarme con violencia. Me resistí. No pudo conseguir nada y se fue.

Frente por frente a nuestra casa, en la tienda de comestibles del señor Dután, había un dependiente joven y bien parecido. Me agradó y me abandoné a sus ruegos. A cualquiera le pasa otro tanto, ¿no es verdad? Por las noches yo dejaba sin echar el cerrojo de la puerta, y él subía para estar conmigo.

Pero una vez el señor Lerable oyó ruido, y tropezándose con Antonio, quiso matarle. Fue una batalla, y se dieron de firme. Asustada, recogí mi ropa y escapé.

Tenía miedo. Me vestí en el umbral de una puerta. Luego eché calle arriba. Supuse que se matarían, y que los gendarmes me buscaban ya. Salí al camino de Ruán, suponiendo más difícil que me hallaran en Ruán.

Estaba muy oscuro; apenas se veían las acequias. Los perros ladraban. ¡Se oyen tantos ruidos en la soledad de la noche! Hay pájaros que chillan como un hombre a quien le ahogan; otros cuyo canto parece un lamento y muchos que sobrecogen sin saber por qué... Yo temblaba, persignándome a cada instante, como si me viera en peligro de muerte. No es posible imaginar tales angustias. Cuando clareaba perdí el miedo, y otra idea me sobrecogió. ¡Los gendarmes! Me puse a correr. Cuando me iba tranquilizando, sentí hambre. Pero no tenía dinero; no había recogido mis ahorros, dieciocho francos, todo mi caudal sobre la tierra.

Y seguí andando con el vientre vacío. Hacía calor. El sol abrasaba. Era ya mediodía. Y andando siempre.

De pronto sentí pisadas de caballos en la carretera. ¡Los gendarmes! El corazón me dio un vuelco; estuve a punto de caer desmayada, pero me contuve. Se acercaron; me miraron, y el más viejo de los dos me dijo:

—Buenos días, muchacha.

—Buenos días.

—¿Adónde vas?

—Voy a Ruán, a servir de criada.

—Y ¿cómo vas a pie?

—Porque no puedo ir de otro modo.

Mi corazón, agitándose violentamente, me ahogaba. Pensando: "me detienen", tuve tentaciones de correr, de huir. Pero me hubieran alcanzado en seguida. Continué andando en silencio.

El viejo dijo:

—Podemos acompañarte hasta Barantin.

—Muchas gracias; yo se lo agradezco...

Y empezamos la conversación.

Yo procuraba serles agradable, mostrarme alegre, para que no sospechasen; y ellos creyeron otra cosa.

Mientras atravesábamos un bosque, dijo el viejo:

—¿Quieres, muchacha, que descansemos un rato sobre la hiera?

Yo contesté, sin reflexionar:

—Como usted guste.

Se apeó dejando su caballo al pañero y nos alejamos entre los árboles.

Era imposible negar nada. ¿Qué hubiera hecho usted en mi puesto? Hizo lo que le agradó, y al acabar me dijo: "Hay que acordarse del compañero."

Y se fue a guardar los caballos mientras el otro se acercaba. Sentí una vergüenza, caballero, hubiera llorado, si; hubiera llorado; pero no me atreví a negarme ¡La cosa era difícil en aquella situación!

Emprendimos de nuevo la marcha. No hablábamos. Yo iba triste, además, tenía un hambre cruel. En una casa me dieron los gendarmes un vaso de vino, que me reanimó. Nos separamos, y quedé sola, sentada en la cuneta, llorando.

Aún tuve que andar tres horas. A las siete de la noche llegué a Ruán. En los caminos hay cunetas y ribazos donde puede uno sentarse y hasta dormir. En las calles de una ciudad nada es posible. Me flaqueaban las piernas y sentía vahidos. Comenzó a llover menuda, menuda como la de hoy, que todo lo cala. No tengo fortuna cuando llueve. Anduve por las calles, mirando las casas y reflexionando: "Habrá tantas camas y tantos panes, y para mí no hay ni un mendrugo ni un jergón." Vi algunas mujeres que llamaban y detenían a los hombres que pasaban. Hice como ellas, no sabiendo cosa mejor que hacer. En esos casos hay que someterse a todo. Pero nadie me atendía. Hubiera querido morirme. Así estuve hasta medianoche. Ya no sabía qué hacer ni qué decir. Al cabo, un hombre me preguntó: "¿Dónde vives?" La necesidad nos hace maliciosos. Le contesté: "no es posible ir a mi casa, porque vivo con mi madre. Pero ¿no hay casas adonde ir?" El dijo: "Hay muchas; todo se arregla con un franco." Y luego añadió: "Vente conmigo. Sé un lugar tranquilo donde nadie nos interrumpirá". Y pasamos un puente, llegando a un extremo de la población; y me llevó a un prado, cerca del río. Apenas podía seguirle.

Me hizo sentar, y tratamos del asunto que nos había reunido; pero como acabando una cosa empezaba otra, cansada, me dormí.

Se fue sin pagarme. No supe cuándo se fue. La lluvia seguía. Entonces, durmiendo toda la noche sobre tierra mojada, cogí dolores que aún me duran.

Me despertaron dos agentes que me condujeron a la Delegación, y después a la cárcel, donde pasé ocho días, mientras averiguaban mi procedencia y mis intenciones. Yo no dije la verdad por miedo; pero todo se aclaró y me dejaron libre.

Volví a correr en busca de un pedazo de pan pretendiendo una colocación, y me fue imposible hallar ninguna, porque nadie quiere servirse de una criada que sale de la cárcel.

Entonces recordé a uno de los jueces que decretaron mi libertad, al cual, sin duda, no había desagradado mi presencia, según la cara que puso y la manera de fijar los ojos en mí, como lo hacía el señor Lerable, de Ivetot. Y fui a verle.

No me había equivocado. Me dio cinco francos al despedirme, diciéndome: "Siempre que vengas te daré otro tanto; pero no quiero verte más que dos veces por semana."

Era bastante a su edad; me hice cargo de todo. Y reflexioné:

"Los jóvenes entretienen mucho y ayudan poco. Los viejos traen más cuenta." Ya conocía sus mañas y me decidí.

¿Sabe usted lo que hice? Me vestí como una criadita modesta y me recorría las calles como si volviese de la compra todas las mañanas. Ellos caían en la tentación.

Acercándose, me preguntaban:

—Buenos días, muchacha.

—Buenos días, caballero.

—¿A dónde vas?

—A casa de mis amos.

—¿Viven muy lejos?

—Así, así...

Dudaban; yo iba despacio para darles tiempo y que pudieran explicarse.

Me decían piropos en voz baja, y acababan rogándome que fuera con ellos. Yo accedía. Llegué a tener distribuida la mañana entre cuatro, y libres la tarde y la noche ¡Qué tiempos! Fui dichosa. Pero lo bueno dura poco.

La suerte quiso que me conociese un ricacho, un viejo presidente de Audiencia que tenía setenta y cinco años.

Una noche me llevó a cenar a un restaurante de las afueras de la población. Después de los postres, no pudo reprimirse, quiso gozarme y murió de repente, sobre mí.

Con tal motivo, estuve presa largo tiempo.

Luego vine a París.

¡Oh! Aquí es muy difícil ganar algo, caballero. No puedo comer todos los días. Hay demasiadas mujeres. ¡Bah! Peor que peor. Para lo que se vive...

Calló. Yo andaba con el corazón oprimido. Ella se detuvo tuteándome de nuevo:

—¿No subes a mi casa?

—Ya te dije que no.

—Bueno. De todos modos, ya sabes que te agradezco lo que hiciste. ¿No subes? Tu te lo pierdes...

Y se alejó. La vi, ya lejos, a la luz de un farol, con la falda levantada, recibiendo la lluvia...Luego la vi desaparecer entre sombras...

¡Pobre muchacha!

*Gil Blas*, 25 de septiembre de 1883

# *El olivar*

---

*Le champ d'oliviers*

## I

Cuando los hombres del puerto, del puertecino provenzal de Garandou, al fondo de la bahía de Fisca, entre Marsella y Tolón, divisaron la barca del padre Vilbois que volvía de la pesca, bajaron a la playa para ayudar a sacar la embarcación.

El cura estaba solo, y remaba como un auténtico marinero, con una energía extraordinaria a pesar de sus cincuenta y ocho años. Las mangas remangadas sobre los brazos musculosos, la sotana levantada por abajo y sujeta entre las rodillas, algo desabrochada sobre el pecho, la teja en el banco de al lado, y tocado con un sombrero acampanado de corcho recubierto con tela blanca, parecía un fornido y extravagante eclesiástico de los países cálidos, más hecho para las aventuras que para decir misa.

De vez en cuando, miraba hacia atrás para identificar bien el punto de atraque, y después, recomenzaba a remar, de forma rítmica, metódica y fuerte, para demostrar, una vez más, a aquellos malos marineros del Sur, cómo bogan los hombres del Norte.

La barca tocó la arena con fuerte impulso y se deslizó como si fuera a subir toda la playa hundiendo en ella la quilla; después se paró en seco, y los cinco hombres que contemplaban la llegada del cura se acercaron, afables, satisfechos, simpáticos con el sacerdote.

"¿Qué?, dijo uno con su fuerte acento de Provenza, ¿buena pesca, señor cura?"

El padre Vilbois metió los remos, se quitó el sombrero acampanado para tocarse con la teja, se bajó las mangas sobre los brazos, se abrochó la sotana, y después, habiendo recuperado su aspecto y su prestancia de párroco de pueblo, respondió con orgullo:

"Sí, sí, muy buena, tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles."

Los cinco pescadores se habían acercado a la barca, e inclinados sobre la borda, examinaban, con aire de entendidos, los bichos muertos, las lubinas gruesas, las morenas de cabeza plana, repugnantes serpientes de mar, y los jureles violetas estriados en zigzag por franjas doradas del color de la piel de naranja.

Uno de ellos dijo:

"Voy a ayudarle a llevar todo eso a su casa, señor cura. "

"Gracias; muchacho. "

Tras estrechar las manos, el sacerdote se puso en camino, seguido por un hombre y dejando a los demás al cuidado de su embarcación.

Marchaba a pasos largos y lentos, con un aire de fuerza y de dignidad. Como aún estaba acalorado por haber remado con tanto vigor, se destocaba a veces al pasar bajo la sombra leve de los olivos, para ofrecer al aire de la tarde, siempre tibio, pero un poco refrescado por una vaga brisa del mar abierto, su frente cuadrada, coronada de pelo blanco, tieso y corto, una frente de oficial más bien que una frente de cura. El pueblo aparecía sobre una loma, en medio de un ancho valle que descendía en llanura hacia el mar.

Era una tarde de julio. El sol deslumbrador, a punto de tocar la dentada cresta de las colinas remotas, proyectaba oblicuamente sobre la blanca carretera, enterrada bajo un sudario de polvo, la interminable sombra del eclesiástico cuya teja desmesurada paseaba por el campo contiguo una mancha oscura que parecía jugar a trepar ágilmente por



todos los troncos de olivos que encontraba, para caer enseguida al suelo, donde se arrastraba entre los árboles.

Bajo los pies del padre Vilbois, una nube de fino polvo, de esa harina impalpable que cubre, en verano, los caminos provenzales, se elevaba, humeando en torno a la sotana que velaba y cubría, por abajo, de un tono gris cada vez más claro. Caminaba, ya refrescado y con las manos en los bolsillos, con la marcha lenta y poderosa de un montañés que hace una ascensión. Sus ojos tranquilos contemplaban el pueblo, su pueblo, cuyo párroco era desde hacía veinte años, pueblo elegido por él, obtenido como un gran favor, y donde pensaba morir. La iglesia, su iglesia, dominaba el ancho cono de casas agolpadas a su alrededor, con sus dos torres de piedra parda, desiguales y cuadradas, que erguían en aquel hermoso vallecito meridional sus antiguas siluetas, más parecidas a defensas de un castillo que a campanarios de un monumento sagrado.

El sacerdote estaba contento, pues había pescado tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles.

Tendría ese nuevo y pequeño triunfo ante sus feligreses, él, a quien respetaban sobre todo por ser, a pesar de su edad, el hombre más musculoso del pueblo. Estas ligeras vanidades inocentes eran su mayor placer. Su puntería con la pistola le permitía cortar los tallos de las flores, a veces practicaba la esgrima con el estanquero, su vecino, exayudante del maestro de armas de un regimiento, y nadaba mejor que nadie en la costa.

Era además un exhombre de mundo, muy conocido en tiempos, muy elegante, el barón de Vilbois, que se había hecho cura, a los treinta y dos años, a consecuencia de un desengaño amoroso.

Descendiente de una antigua familia picarda, monárquica y religiosa, que desde hacía siglos consagraba sus hijos al ejército, a la magistratura o al clero, pensó primero en tomar los hábitos por consejo de su madre, y después, a instancias de su padre, se decidió simplemente a trasladarse a París, estudiar derecho, y buscar un importante empleo en la curia.

Pero mientras terminaba sus estudios, su padre sucumbió de una neumonía, de resultas de unas cacerías en los pantanos, y su madre, embargada de dolor, murió poco tiempo después. Así, pues, al haber heredado de pronto una gran fortuna, renunció a sus proyectos de seguir una carrera, para contentarse con vivir como un hombre rico.

Guapo, inteligente, aunque de un espíritu limitado por creencias tradicionales y principios tan hereditarios como sus músculos de hidalgo picardo, gustó, tuvo éxito entre la gente seria, y disfrutó de la vida como un hombre joven, rígido, opulento y considerado.

Pero he aquí que tras algunos encuentros en casa de un amigo, se enamoró de una joven actriz, de una jovencísima alumna del Conservatorio, que se presentaba brillantemente en el Odeón.

Se enamoró con toda la violencia, con todo el arrebato de un hombre nacido para creer en ideas absolutas. Se enamoró viéndola a través del papel novelesco con el que había obtenido, el mismo día en que se mostró por vez primera al público, un gran éxito.

Ella era bonita, perversa por naturaleza, con un aire de niña ingenua que él calificaba de angelical. Supo conquistarlo por completo, convertirlo en uno de esos locos delirantes, uno de esos extasiados dementes a quienes una mirada o unas faldas de mujer abrasan en la hoguera de las Pasiones Mortales. La tomó por amante, la obligó a dejar el teatro, y la amó, durante cuatro años, con ardor siempre creciente. Seguramente, a pesar de su apellido y de las tradiciones honorables de su familia, habría acabado casándose con ella, de no haber descubierto, un día, que lo engañaba desde hacía tiempo con el amigo que se la había presentado.

El drama fue tanto más terrible cuanto que ella estaba encinta, y que él esperaba el nacimiento del niño para decidirse al matrimonio.

Cuando tuvo entre sus manos las pruebas, unas cartas, encontradas en un cajón, le reprochó su infidelidad, su perfidia, su ignominia, con toda la brutalidad del semisalvaje que era.

Pero ella, hija de las aceras de París, tan imprudente como impúdica, tan segura del otro hombre como de éste, y además atrevida como esas hijas del pueblo que se encaraman a las barricadas por simple chulapería, lo desafió y le insultó; y cuando él alzaba la mano, le mostró su vientre.

El se detuvo, palideciendo, pensó que un descendiente suyo estaba allí, en aquella carne mancillada, en aquel cuerpo vil, en aquella criatura inmunda, ¡un hijo suyo! Entonces se abalanzó sobre ella para aplastarlos á ambos, para aniquilar aquella doble vergüenza. Ella tuvo miedo, sintiéndose perdida, y cuando rodaba por el suelo bajo sus puños, cuando veía su pie dispuesto a golpear en el suelo la cadera abultada donde vivía ya un embrión humano, le gritó, con las manos alargadas para parar los golpes:

"No me mates. No es tuyo, es de él."

Retrocedió de un salto, tan estupefacto, tan trastornado que su furia quedó en suspenso como su tacón, y balbució:

"¿Qué... qué dices?"

Ella, de repente loca de miedo ante la muerte entrevista en los ojos y en el gesto aterradores de aquel hombre, repitió:

"No es tuyo, es de él."

El murmuró, apretando los dientes, anonadado.

"¿El niño?"

—Sí.

Y de nuevo esbozó el gesto del pie que va a aplastar a alguien, mientras su amante, de rodillas, tratando de retroceder, seguía balbuciendo:

"Te aseguro que es de él. Si fuera tuyo, ¿no lo habría tenido ya hace tiempo?"

Este argumento lo impresionó como la verdad misma. En uno de esos relámpagos de la mente donde todos los razonamientos aparecen al mismo tiempo con iluminadora claridad, concretos, irrefutables, concluyentes, irresistibles, se convenció, estuvo seguro de que él no era el padre del miserable hijo de zorra que ella llevaba en las entrañas; y aliviado, liberado, casi apaciguado de pronto, renunció a destruir a aquella infame criatura.

Entonces le dijo con voz más tranquila:

"Levántate, márchate, y que no te vuelva a ver nunca."

Ella obedeció, vencida, y se marchó.

No volvió a verla jamás.

El partió por su lado. Bajó hacia el Sur, hacia el sol, y se detuvo en un pueblo, que se alzaba en el centro de un valle, a orillas del Mediterráneo. Le gustó una posada que daba al mar; cogió una habitación y se quedó. Estuvo allí dieciocho meses, con su pesar, con su desesperación, en total aislamiento. Vivió con el recuerdo devorador de la mujer traidora, de su encanto, de su fingimiento, de su embrujo inconfesable, y con la nostalgia de su presencia y sus caricias.

Vagaba por los vallecitos provenzales, paseando al sol tamizado por las grisáceas hojitas de los olivos su pobre cabeza enferma donde moraba una obsesión.

Pero las antiguas ideas piadosas, el ardor algo apaciguado de su fe inicial volvieron muy suavemente a su corazón en aquella dolorosa soledad. La religión, que le había parecido en tiempos un refugio contra la vida desconocida, se le aparecía ahora como un refugio contra la vida engañosa y torturadora. Había conservado el hábito de rezar. Se

aferró a él en su pesar, y a menudo iba, al atardecer, a arrodillarse en la iglesia en sombras donde sólo brillaba, al fondo del coro, el punto luminoso de la lámpara, centinela sagrada del santuario, símbolo de la presencia divina.

Confió su pena a Dios, a su Dios, y le contó toda su miseria. Le pedía consejo, compasión, auxilio, protección, consuelo, y en su oración, repetida cada día con mayor fervor, ponía cada vez una emoción más intensa.

Su corazón martirizado, roído por el amor de una mujer, seguía abierto y palpitante, ávido de ternura; y poco a poco, a fuerza de rezar, de vivir como un ermitaño con crecientes hábitos de piedad, de abandonarse a esa comunicación secreta de las almas devotas con el Salvador que consuela y atrae a los miserables, el amor místico de Dios entró en él y venció al otro.

Entonces reanudó sus primeros proyectos, y decidió ofrecer a la Iglesia una vida rota que había estado a punto de entregarle virgen.

Y se hizo sacerdote. Gracias a su familia, a sus relaciones, consiguió que lo nombrasen párroco de aquel pueblo provenzal al que el azar lo había arrojado y, consagrando a obras de beneficencia gran parte de su fortuna, conservando sólo lo necesario para ser hasta su muerte útil a los pobres y compasivo con ellos, se refugió en una tranquila existencia de prácticas piadosas y de entrega a sus semejantes.

Fue un sacerdote de miras estrechas, pero bueno, una especie de guía religioso con temperamento de soldado, un guía de la iglesia que conducía a la fuerza por el camino recto a la humanidad errante, ciega, perdida en esta selva de la vida donde todos nuestros instintos, nuestros gustos, nuestros deseos, son senderos que nos extravían. Pero buena parte del hombre antiguo seguía viviendo en él. No dejaron de gustarle los ejercicios violentos, los deportes nobles, las armas, y detestaba a las mujeres, a todas, con un miedo de niño ante un misterioso peligro.

## II

El marinero que seguía al sacerdote sentía en la lengua unas ganas muy meridionales de charlar. No se atrevía, pues el sacerdote disfrutaba entre su grey de gran prestigio. Al final se aventuró.

"Entonces, dijo, ¿se encuentra usted a gusto en la alquería, señor cura?"

Esta alquería era una de esas casas microscópicas donde los provenzales de ciudades y pueblos van a residir, en verano, para tomar el aire. El sacerdote había alquilado la casita en un campo, a cinco minutos de la rectoral, demasiado pequeña y como ahogada en el centro de la parroquia, pegada a la iglesia.

No habitaba con regularidad, ni siquiera en verano, en el campo; iba sólo a pasar allí unos días de vez en cuando, para vivir en plena vegetación y tirar al blanco con la pistola.

"Sí, amigo mío, dijo el sacerdote, me encuentro muy a gusto."

La pequeña vivienda aparecía, construida en medio de los árboles, pintada de rosa, listada, cuadriculada, cortada en pedacitos por las ramas y las hojas de los olivos plantados en el campo sin cercado, donde parecía haber brotado como una seta de Provenza.

Se veía también una mujer alta que circulaba ante la puerta preparando una mesita para la cena donde colocaba cada vez que volvía, con metódica lentitud, un solo cubierto, un plato, una servilleta, un trozo de pan, un vaso. Iba tocada con el gorrito de las arlesianas, puntiagudo cono de seda o de terciopelo negro sobre el que florece una seta blanca.

Cuando el sacerdote estuvo a tiro de voz, le gritó:

"¡Eh! ¡Marguerite!"

Ella se detuvo para mirar y, reconociendo a su amo:

"¡To! ¿Es usted, señor cura?"

—Sí. Le traigo una buena pesca, me va usted a asar ahora mismo una lubina, una lubina con mantequilla, sólo con mantequilla, ¿me entiende?" La sirvienta, que había salido al encuentro de los hombres, examinaba con mirada experta los peces que llevaba el marinero.

"Es que ya tenemos gallina con arroz, dijo.

—Lo siento, pero el pescado de un día no es lo mismo que el pescado recién sacado del agua. Me daré un banquete, cosa que no ocurre todos los días; y además, el pez no es muy grande."

La mujer escogía la lubina, y cuando ya se iba, llevándosela, se volvió:

"¡Ah! Ha venido un hombre en su busca tres veces, señor cura. "

El preguntó con indiferencia:

"¿Un hombre? ¿Qué tipo de hombre?"

—Pues un hombre no muy recomendable.

—¿Cómo? ¿Un mendigo?"

—A lo mejor, sí, no digo que no. Más bien diría un maóufatan. "

El padre Vilbois se echó a reír de aquella palabra provenzal, que significa maleante, merodeador de caminos, pues conocía el alma timorata de Marguerite que no podía residir en la alquería sin imaginarse durante todo el día y sobre todo por la noche que los iban a asesinar.

Dio unas monedas al marinero, que se marchó, y mientras decía, pues había conservado todos los hábitos de limpieza y porte de un hombre de mundo: "Voy a mojarme un poco la cara y las manos", Marguerite le gritó desde la cocina, donde rascaba a contrapelo, con un cuchillo, el lomo de la lubina, cuyas escamas un poco manchadas de sangre se despegaban como íntimas piecitas de plata:

"¡Ahí lo tiene!"

El sacerdote se volvió hacia la carretera y vio en efecto a un hombre, que le pareció, desde lejos, muy mal vestido, y que se acercaba, a pasitos cortos, a la casa. Lo esperó, riéndose aún del terror de su criada, y pensando:

"A fe mía, creo que tiene razón, tiene toda la pinta de un maoufatan. "

El desconocido se acercaba con las manos en los bolsillos, los ojos clavados en el sacerdote, sin apresurarse. Era joven, llevaba barba, rizada y rubia; mechones de cabellos se rizaban en bucles al salir de un sombrero de fieltro blando, tan sucio y abollado que nadie habría podido adivinar su color y su forma iniciales. Llevaba un largo gabán marrón, unos pantalones desflecados en torno a los tobillos, y calzaba alpargatas, lo cual le imprimía unos andares blandos, mudos, inquietantes, un paso imperceptible de merodeador.

Cuando estuvo a unas zancadas del eclesiástico, se quitó el pingajo que le cubría la frente, destocándose con un aire un poco teatral, y mostrando una cabeza ajada, libertina y hermosa, calva en lo alto del cráneo, señal de cansancio o de precoz desenfreno, pues seguramente el hombre no contaba más de veinticinco años.

El sacerdote se destocó al punto, adivinando y sintiendo que aquel no era un vagabundo corriente, un obrero sin trabajo o alguien con antecedentes penales errante entre dos cárceles y que ya no sabe hablar más que el misterioso lenguaje de los presidios.

"Buenos días, señor cura", dijo el hombre. El sacerdote respondió simplemente: "¡Hola!", no queriendo llamar "señor" a aquel transeúnte sospechoso y desharrapado. Se contemplaban fijamente y el padre Vilbois, ante la mirada de aquel merodeador, se

sentía turbado, emocionado como frente a un enemigo desconocido, invadido por una de esas extrañas inquietudes que se deslizan como un escalofrío en la carne y la sangre.

Al final, el vagabundo prosiguió:

—¿Qué? ¿No me reconoce?

El sacerdote, muy extrañado, respondió:

—No, en absoluto, no le conozco de nada.

—Ah, conque no me conoce de nada. ¡Míreme bien!

—Por mucho que le mire, no le he visto nunca.

—Eso es cierto —prosiguió el otro, irónico—, pero voy a enseñarle a alguien a quien usted conoce bien." Se caló el sombrero y se desabrochó el gabán. Su pecho estaba desnudo, debajo. Un cinturón rojo, atado a su flaco vientre, le sujetaba el pantalón por encima de las caderas.

Se sacó del bolsillo un sobre, uno de esos inverosímiles sobres jaspeados por todas las manchas posibles, uno de esos sobres que guardan, en los forros de los pordioseros errantes, esos pocos papeles, auténticos o falsos, robados o legítimos, preciosos defensores de su libertad cuando tropiezan con un gendarme. Sacó una fotografía, una de esas cartulinas del tamaño de una carta, que se hacían con frecuencia antaño, amarillenta, gastada, arrastrada mucho tiempo por doquier, calentada contra la carne del hombre y empañada por su calor.

Entonces, levantándola a la altura de su cara, preguntó:

—¿Y a éste, lo conoce?

El sacerdote dio dos pasos para ver mejor y se quedó pálido, trastornado, pues era su propio retrato, hecho para ella en la remota época de su amor.

No respondió nada, pues no comprendía.

El vagabundo repitió:

—¿Reconoce, a éste?

Y el sacerdote balbució:

—Claro que sí.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Usted mismo?

—Claro que sí.

—¡Muy bien! Pues mírenos, a los dos, ahora, ¡a su retrato y a mí!

Ya lo había visto, el pobre hombre, había visto que aquellos dos seres, el de la cartulina y el que se reía a su lado, se parecían como dos hermanos, pero seguía sin comprender, y tartamudeó:

—¿Qué quiere usted de mí, a fin de cuentas?

—Entonces, el pordiosero, con voz maligna:

—¿Qué qué quiero? Pues quiero que en primer lugar me reconozca.

—¿Quién es usted?

—¿Lo que soy? Pregúnteselo a cualquiera en el camino, pregúnteselo a su criada, vamos a preguntárselo al alcalde del pueblo si quiere, enseñándole esto; y se reirá con ganas, se lo digo yo. ¡Ah! ¡Conque no quiere usted reconocer que soy su hijo, papá cura!

Entonces el anciano, alzando los brazos con un gesto bíblico y desesperado, gimió:

—¡No es cierto!

El joven se acercó mucho a él, frente a frente.

—¡Ah, no es cierto. ¡Ah!, padre cura, hay que dejar de mentir, ¿me entiende?

Tenía una cara amenazadora y los puños cerrados, y hablaba con una convicción tan violenta que el sacerdote, siempre retrocediendo, se preguntó cuál de los dos se engañaba en ese momento.

No obstante, afirmó una vez más:

—Jamás he tenido un hijo.

El otro replicó:

—¿Ni tampoco una amante, quizás?

El anciano pronunció resueltamente una sola palabra, una orgullosa confesión:

—Sí.

—Y esa amante, ¿no estaba embarazada cuando usted la despidió?

De pronto, la antigua cólera, ahogada veinticinco años antes, no ahogada, sino emparedada en el fondo del corazón del amante, rompió las bóvedas de fe, de resignada devoción, de renuncia a todo, que había construido sobre ella, y él gritó, fuera de sí:

—La despedí porque me había engañado y llevaba en su seno al hijo de otro; de no ser por eso, la habría matado, señor, y a usted con ella.

El joven vaciló, sorprendido a su vez por el sincero arrebató del cura, y después replicó más suavemente:

—¿Quién le dijo eso de que el niño era de otro?

—Pues ella, ella misma, desafiándome.

Entonces, el vagabundo, sin discutir esta afirmación, concluyó con el tono de indiferencia de un golfo que juzga una causa:

—¡Bueno! Fue mamá la que se equivocó al provocarle, eso es todo.

Volviendo a ser de nuevo dueño de sí, tras aquel movimiento de furor, el sacerdote interrogó a su vez:

—¿Y quién le dijo, a usted, que era mi hijo?

—Ella, al morir, señor cura... ¡Y también esto!

Y alargaba, ante las narices del sacerdote, la fotografía.

El anciano la cogió, y lentamente, largamente, con el corazón oprimido por la angustia, comparó a aquel transeúnte desconocido con su vieja imagen, y ya no dudó más, era su hijo.

El desamparo se apoderó de su alma, una emoción inefable, terriblemente penosa, como el remordimiento de un antiguo crimen. Comprendía algo, adivinaba el resto, volvía a ver la brutal escena de la separación. Para salvar su vida, amenazada por el hombre ultrajado, la mujer, la engañosa y páfida hembra, le había lanzado a la cara aquella mentira. Y la mentira había tenido éxito. Y un hijo suyo había nacido, había crecido, se había convertido en aquel sórdido trotacaminos, que olía a vicio como un macho cabrío huele a bestialidad.

Murmuró:

—¿Quiere usted dar una vuelta conmigo, para explicarnos mejor?

El otro se echó a reír burlonamente.

—¡Pardiez que sí! He venido justamente a eso.

Echaron a andar juntos, uno al lado del otro, por el olivar. El sol había desaparecido. El intenso frescor de los crepúsculos del Sur extendía sobre la campiña un invisible manto frío. El sacerdote temblaba y, alzando de pronto los ojos, con un movimiento habitual de oficiante, vio por doquier a su alrededor, trémulo contra el cielo, el menudo follaje grisáceo del árbol sagrado que había cobijado bajo su frágil sombra el mayor dolor de Cristo, su único desfallecimiento.

Una plegaria brotó en su interior, breve y desesperada, hecha de esa voz interna que no pasa por la boca y con la que los creyentes imploran al Salvador: "Dios mío, ayudadme."

—Entonces, ¿su madre ha muerto?

Un nuevo pesar despertaba en él, al pronunciar estas palabras: "Su madre ha muerto", y crispaba su corazón, una extraña miseria de la carne del hombre que jamás acabó de olvidar, y un cruel eco de la tortura que había sufrido, pero acaso aún más, puesto que ella estaba muerta, una vibración de aquella delirante y corta felicidad juvenil de la que nada quedaba ahora, salvo la llaga del recuerdo.

El joven respondió:

—Sí, señor cura, mi madre ha muerto.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, tres años ya.

Una nueva duda invadió al sacerdote.

—¿Y cómo no vino a verme antes?

El otro vaciló.

—No pude. Tuve ciertos impedimentos... Pero, permíteme que interrumpa estas confidencias, que le haré más adelante, tan detalladas como guste, para decirle que no he comido nada desde ayer por la mañana.

Un estremecimiento de compasión sacudió por entero al anciano y, tendiendo bruscamente las dos manos:

—¡Oh! ¡Pobre hijo mío!—, dijo.

El joven recibió aquellas grandes manos extendidas, que envolvieron sus dedos, más delgados, tibios y febriles.

Después respondió con aquel aire burlón que no se desprendía de sus labios:

—¡Ea! De verdad, empiezo a creer que acabaremos entendiéndonos.

El cura echó a andar.

—Vamos a cenar dijo.

Pensaba de pronto, con una alegría instintiva, confusa y rara, en el hermoso pez pescado por él, que unido a la gallina con arroz constituiría, ese día, una buena comida para aquel desgraciado muchacho.

La arlesiana, inquieta y ya regañona, esperaba ante la puerta.

—Marguerite, gritó el sacerdote, coja la mesa y llévesela a la sala, de prisa, y ponga dos cubiertos, pero a toda prisa.

La criada estaba pasmada, ante la idea de que su amo iba a cenar con aquel maleante.

Entonces el padre Vilbois se puso él mismo a recoger y a trasladar, a la única estancia de la planta baja, el cubierto preparado para él.

Cinco minutos después estaba sentado, frente al vagabundo, delante de una sopera llena de sopa de coles, que hacía ascender, entre sus rostros, una nubecita de vapor hirviente.

### III

Cuando los platos estuvieron llenos, el vagabundo empezó a engullir ávidamente su sopa a rápidas cucharadas. El sacerdote ya no tenía hambre; y se limitaba a aspirar con lentitud la sabrosa sopa de coles, dejando el pan en el fondo del plato.

De repente preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

El hombre rió, satisfecho de calmar su hambre.

—Padre desconocido— dijo— y sin más apellido que el de mi madre, que probablemente usted no habrá olvidado aún. Tengo, en cambio, dos nombres que no me van muy bien, entre paréntesis, Philippe Auguste.

El sacerdote palideció y preguntó, con un nudo en la garganta:

—¿Por qué le pusieron esos nombres?

El vagabundo se encogió de hombros.

—Debería adivinarlo. Tras haberse separado de usted, mamá quiso hacer creer a su rival que yo era suyo, y él lo creyó más o menos hasta que tuve quince años. Pero, en ese momento, empecé a parecerme demasiado a usted. Y aquel canalla renegó de mí. Me habían puesto, pues, sus dos nombres, Philippe Auguste; y si hubiera tenido la suerte de no parecerme a nadie o de ser simplemente el hijo de un tercero en discordia que no hubiese aparecido, me llamaría hoy el vizconde Philippe Auguste de Pravallon, hijo tardíamente reconocido del conde del mismo nombre, senador. Yo me he bautizado "Malapata".

—¿Cómo sabe todo eso?

—Porque hubo explicaciones delante de mí, pardiez, y explicaciones bien duras, vaya. ¡Ah!, eso le enseña a uno qué es la vida.

Algo más penoso y más atrozante que todo lo que había sentido y sufrido desde hacía media hora oprimía al sacerdote. Había en él una especie de ahogo que se iniciaba, que iba a crecer y que acabaría matándolo, y eso procedía, no tanto de las cosas que oía, cuanto de la manera en que se las decían y de la cara de libertino del golfo que las subrayaba. Entre aquel hombre y él, entre su hijo y él, empezaba a sentir ahora esa cloaca de las suciedades morales que son, para ciertas almas, un veneno mortal. ¿Era su hijo aquello? No podía creerlo aún. Quería todas las pruebas, todas; saberlo todo, oírlo todo, escucharlo todo, sufrirlo todo. Pensó de nuevo en los olivos que rodeaban la pequeña alquería y murmuró por segunda vez: "¡Oh, Dios mío! ¡Ayudadme!"

Philippe Auguste había terminado la sopa. Preguntó:

—¿Qué? ¿No se come más, padre cura?

Como la cocina se encontraba fuera de la casa, en un edificio anejo, y Marguerite no podía oír la voz del cura, éste la avisaba de que la necesitaba dando unos golpes a un gong chino colgado cerca de la pared, a sus espaldas.

Cogió pues el mazo de cuero y golpeó varias veces la placa redonda de metal. Primero escapó un sonido débil, después creció, se acentuó vibrante, agudo, sobreagudo, desgarrador, horrible queja del cobre herido.

La criada apareció. Tenía la cara crispada y lanzaba furiosas miradas al maoufatan como si hubiera presentido, con su instinto de perro fiel, el drama caído sobre su amo. En las manos llevaba la lubina asada de la que se desprendía un sabroso olor a mantequilla derretida. El sacerdote, con una cuchara, dividió el pescado de un extremo a otro, y ofreciendo el filete de lomo al hijo de su juventud:

—Lo acabo de pescar yo mismo— dijo con un resto de orgullo que afloraba en medio de su desconsuelo.

Marguerite no se marchaba.

El sacerdote prosiguió:

—Traiga vino, del bueno, vino blanco del Cabo Corso.

Ella tuvo casi un gesto de rebelión, y él debió repetir, adoptando un aire severo: "Vamos, dos botellas. " Pues, cuando invitaba a vino a alguien, raro placer, siempre se obsequiaba a sí mismo con una botella.

Philippe Auguste, radiante, murmuró:

—¡Formidable! Qué buena idea. Hace mucho que no comía así.

La sirvienta regresó al cabo de dos minutos. Al sacerdote le parecieron dos eternidades, pues la necesidad de saber le quemaba ahora la sangre, tan devoradora como el fuego del infierno.



Las botellas estaban descorchadas, pero la criada allí seguía, con los ojos clavados en el hombre.

—Déjenos solos— dijo el cura. Ella fingió no oírlo.

El prosiguió casi con dureza:

—Le he ordenado que nos deje solos.

Entonces ella se marchó.

Philippe Auguste comía el pescado con voraz precipitación; y su padre lo miraba, cada vez más sorprendido y desolado por cuando de bajeza descubría en aquella cara que tanto se le parecía. Los trocitos que el padre Vilbois se llevaba a los labios se le quedaban en la boca, pues su garganta cerrada se negaba a dejarlos pasar; y los masticaba un buen rato, buscando, entre todas las preguntas que acudían a su mente, aquélla cuya respuesta deseaba más pronto.

Acabó por murmurar:

—¿De qué murió?

—Del pecho.

—¿Estuvo enferma mucho tiempo?

—Dieciocho meses, más o menos.

—¿De qué le vino el mal?

—No se sabe.

Enmudecieron. El sacerdote pensaba. Le oprimían muchas cosas que le habría gustado conocer ya, pues desde el día de la ruptura, desde el día en que estuvo a punto de matarla, no había sabido nada de ella. Es cierto que tampoco había deseado saber, pues la había relegado con resolución a una fosa de olvido, a ella, y a sus días de felicidad; pero ahora sentía nacer en sí, de repente, cuando ella había muerto, un ardiente deseo de enterarse, un deseo celoso, casi un deseo de amante.

Prosiguió:

—¿No estaba sola, ¿verdad?

—No, seguía viviendo con él.

El anciano se estremeció.

—¿Con él? ¿Con Pravallon?

—Sí, claro.

Y el hombre traicionado en tiempos, calculó que la misma mujer que lo había engañado se había quedado más de treinta años con su rival.

Casi a su pesar balbució:

—¿Fueron felices juntos?

Riendo burlescamente, el joven respondió:

—Sí, claro, ¡con altibajos! La cosa habría ido muy bien sin mí. Yo siempre lo estropeo todo.

—¿Cómo? ¿Y por qué? —dijo el sacerdote.

—Ya se lo he contado. Porque creyó que yo era hijo suyo hasta que tuve unos quince años. El viejo no era idiota, y descubrió por sí solo el parecido, y entonces tuvieron sus trifulcas. Yo escuchaba detrás de las puertas. Acusaba a mamá de habérsela pegado. Mamá replicaba: "¿Es que es mía la culpa? Sabías muy bien, cuando me hiciste tuya, que era la amante de otro." El otro era usted.

—¡Ah! ¿Con que hablaban de mí a veces?

—Sí, pero nunca lo nombraron delante de mí, salvo al final, muy al final, los últimos días, cuando mamá se sintió perdida. Desconfiaban de mí, después de todo.

—¿Y usted.., usted se enteró pronto de que su madre vivía en una situación irregular?

—¡Pardiez! No soy nada ingenuo, yo, ni nunca lo fui. Esas cosas se adivinan en seguida, en cuanto uno empieza a conocer el mundo.

Philippe Auguste se servía vino una y otra vez. Sus ojos se encendían, el largo ayuno le hacía embriagarse con rapidez.

El sacerdote se dio cuenta; a punto estuvo de detenerlo, pero le rozó la idea de que la embriaguez volvía imprudente y charlatán, y, cogiendo la botella, llenó de nuevo el vaso del joven.

Marguerite traía la gallina con arroz. Tras dejarla sobre la mesa, cayó de nuevo los ojos en el merodeador, y después le dijo a su amo con aire indignado:

—¿No ve usted que está borracho, señor cura?

—Déjanos en paz, replicó el sacerdote, y vete.

Salió dando un portazo.

El preguntó:

—¿Qué es lo que su madre decía de mí?

—Pues lo que se dice normalmente de un hombre al que se ha dejado; que su trato no era fácil, cargante para una mujer, y que le habría complicado mucho la vida con sus ideas.

—¿Dijo eso a menudo?

—Sí, a veces con subterfugios, para que no lo entendiese, pero yo lo adivinaba todo.

—¿Y a usted, cómo lo trataban en aquella casa?

—¿A mí? Muy bien al principio, y después muy mal. Cuando mamá vio que le echaba a perder el negocio, me dejó en la estacada.

—¿Cómo es eso?

—¿Que cómo? Pues muy sencillo. Hice algunas calaveradas hacia los dieciséis años; y entonces los muy asquerosos me metieron en un correccional, para desembarazarse de mi.

Puso los codos en la mesa, apoyó las mejillas en ambas manos y, totalmente ebrio, la mente anegada en vino, le asaltó de repente una de esas irresistibles ganas de hablar de sí mismo que hacen divagar a los borrachines en fantásticas jactancias.

Y sonreía amablemente, con una gracia femenina en los labios, una gracia perversa que el sacerdote reconoció. No sólo la reconoció, sino que la sintió, odiada y acariciadora, aquella gracia que lo había conquistado y perdido antaño. El hijo se parecía ahora más a su madre, no por los rasgos del rostro, sino por la mirada cautivadora y falsa y sobre todo por la seducción de la sonrisa engañosa que parecía abrir la puerta de la boca a todas las infamias del interior.

Philippe Auguste contó:

—¡Ja, ja, ja! Menuda vida llevé, desde el correccional, una vida notable por la que un gran novelista pagaría mucho dinero. De veras, el viejo Dumas, en su Montecristo, no ha inventado cosas tan chuscas como las que me han ocurrido a mi.

Se calló, con la gravedad filosófica de un borracho que medita, y después, lentamente:

—Quien desee que un chico salga bien, no debería nunca enviarlo a un correccional, sea lo que sea lo que haya hecho, a causa de las amistades de allá dentro. Yo había hecho una buena, pero me salió mal. Estaba estirando las piernas con tres amigos, un poco achispados los cuatro, una noche, hacia las nueve, por la carretera, cerca del vado de Folac, cuando encontré un carruaje donde todos dormían, el conductor y su familia, era una gente de Martinon que volvía de cenar en la ciudad. Cogí el caballo de las riendas, lo hice subir al transbordador, y empujé la barcaza al centro del río. Con el ruido, el tipo que conducía se despertó, no vio nada, dio unos latigazos. El caballo echó a andar y saltó al agua con el carruaje. ¡Todos ahogados! Mis amigos me

denunciaron. Y eso que al principio se habían reído con ganas al ver mi broma. De veras, no habíamos pensado que saldría tan mal. Esperábamos sólo un buen baño, para reírnos un poco.

"Después de eso, las hice peores para vengarme de la primera, que no merecía un castigo, palabra. Pero no, vale la pena contarlas. Le diré solamente la última, porque estoy seguro de que le gustará. Le he vengado a usted, papá. "

El sacerdote contemplaba a su hijo con ojos aterrados, y ya no comía nada.

Philippe Auguste iba a seguir hablando.

—No— dijo el sacerdote, no ahora, dentro de un rato.

Volviéndose, golpeó el estridente címbalo chino, haciéndole gemir.

Marguerite entró al punto.

Y su amo le ordenó, con una voz tan dura que ella bajó la cabeza, asustada y dócil:

—Tráenos la lámpara y todo lo que tengas que poner aún en la mesa, y después no aparezcas hasta que yo toque el gong.

Ella salió, regresó y dejó sobre el mantel una lámpara de porcelana blanca, con una pantalla, un gran pedazo de queso, fruta, y luego se marchó.

Y el sacerdote dijo resueltamente:

—Y ahora, le escucho.

Philippe Auguste llenó con tranquilidad su plato de postre y su vaso de vino. La segunda botella estaba casi vacía, aunque el cura apenas la había tocado.

El joven prosiguió, tartamudeando, con la boca pastosa de comida y de borrachera:

—Ahí va la última. Es de abrigo: Yo había vuelto a casa... y allí me quedaba a pesar de ellos porque me tenían miedo... me tenían miedo... ¡Ah!, a mí no hay que jorobarme... soy capaz de todo cuando me joroban... Ya sabe usted... vivían juntos y no vivían juntos. El tenía dos domicilios, un domicilio de senador y un domicilio de amante. Pero vivía con mamá más a menudo que en su casa, pues no podía prescindir de ella... ¡Ah!... sí que era lista, y de armas tomar... mamá... ¡sabía cómo atar a un hombre! Lo dominó en cuerpo y alma, y lo conservó hasta el final. ¡Los hombres son idiotas! Así, pues, yo había regresado y los tenía en un puño gracias al miedo. Soy yo muy cuco, también, y en picardía, en mano izquierda, y hasta en puños, no me gana nadie. Y mamá cae enferma y él la instala en una hermosa finca cerca de Meulan, en medio de un parque tan grande como un bosque. La cosa dura unos dieciocho meses... como le dije. Después sentimos que se aproxima el final. El venía todos los días de París, y estaba apenado, esta vez de veras.

Así pues, una mañana, habían estado charlando cerca de una hora, y yo me preguntaba de qué podían parlotear tanto tiempo, cuando me llamaron. Y mamá me dijo:

"Estoy a punto de morir y hay algo que quiero revelarte, a pesar de la opinión del conde." Siempre le llamaba "el conde" cuando hablaba de él. "Y es el nombre de tu padre, que aun vive."

Yo se lo había preguntado más de cien veces..., más de cien veces..., el nombre de mi padre... más de cien veces..., y siempre se había negado a decírmelo... Creo incluso que un día le largué unas bofetadas para que lo escupiera, pero no sirvió de nada. Y después, para desembarazarse de mí, me anunció que usted había muerto sin un céntimo, que no era usted gran cosa, un error de juventud, una metedura de pata de una chica virgen, vamos. Me lo contó tan bien, que me tragué, pero del todo, la muerte de usted.

Conque ella me dijo:

"Es el nombre de tu padre."

El otro, que estaba sentado en un sillón, replicó esto, tres veces:

"Es un error, es un error, es un error, Rosette."

Mamá se sienta en la cama. La estoy viendo aún, con los pómulos rojos y los ojos brillantes, porque a pesar de todo me quería mucho; y le dice:

"Entonces, ¡haga algo por él, Philippe!"

Al hablarle, le llamaba "Philippe" y a mí "Auguste".

El se puso a chillar como un loco:

"¡Nunca! Por este sinvergüenza, por este golfo, por este delincuente habitual, por este... este... este... "

Y encontré mil calificativos para mí, como si sólo hubiera buscado eso durante toda su vida.

Iba a enfadarme, pero mamá me hizo callar y le dijo:

"Entonces lo que usted quiere es que se muera de hambre, pues yo nada tengo."

Replicó, sin inmutarse:

"Rosette, le he dado a usted treinta y cinco mil francos al año, desde hace treinta, eso suma más de un millón. Gracias a mí ha vivido usted como una mujer rica, una mujer amada, me atrevo a decir, una mujer feliz. Nada le debo a este pordiosero que ha estropeado nuestros últimos años; y no recibirá nada de mí. Es inútil que insista. Dígale el nombre del otro, si quiere. Lo siento, pero me lavo las manos. "

Entonces mamá se vuelve hacia mí. Yo me decía:

"Bueno, mira por donde encuentro a mi verdadero padre... si tiene guita, estoy salvado... "

Ella continuó:

"Tu padre, el barón de Vilbois, se llama hoy el padre Vilbois, y es cura en Garandou, cerca de Tolón. Era mi amante cuando lo abandoné por éste. "

Y me lo contó todo, salvo que se la jugó también sobre su embarazo. Pero las mujeres, ya sabe, nunca dicen la verdad.

Se reía burlón, inconsciente, dejando salir libremente todo aquel lodo. Bebió un poco más, y con cara siempre risueña, prosiguió:

—Mamá murió dos días... dos días después. Seguimos su ataúd hasta el cementerio, él y yo... es gracioso... fíjese... él y yo... y tres criados..., nada más. El lloraba como un becerro... íbamos uno al lado del otro... hubiérase dicho papá y su hijito.

Después volvimos a la casa. Nosotros dos solos. Yo me decía: "Habrá que largarse, y sin un céntimo." Tenía exactamente cincuenta francos. ¿Qué podría ocurrírseme para vengarme?

Me toca el brazo, me dice:

"Tengo que hablar con usted."

Lo seguí a su despacho. Se sentó a su mesa, y después, farfullando entre lágrimas, me cuenta que no quiere ser tan malo conmigo como le decía a mamá; me ruega que no le moleste a usted... —Eso., eso nos concierne a usted y a mi...— Me ofrece un billete de mil., mil... mil... ¿qué podía hacer con mil francos... yo... un hombre como yo? Vi que tenía más en el cajón, un verdadero montón. La vista de esa clase de papel me da ganas de rajarlo. Alargo la mano para coger el que me ofrecía, pero en vez de recibir su limosna, salto sobre él, lo derribo al suelo, y le aprieto la garganta hasta hacerle revolver los ojos; después, cuando vi que iba a palmarla, lo amordacé, lo até, lo desnudé, le di la vuelta y luego... ¡ja, ja, ja!... ¡Le vengué a usted de una forma muy divertida!...

Philippe Auguste tosía, estrangulado por el gozo, y en el pliegue feroz y alegre que alzaba su labio, el padre Vilbois seguía hallando la antigua sonrisa de la mujer que le había hecho perder la cabeza.

—¿Y después?—dijo.

—Después... ¡Ja, ja, ja!... Había un gran fuego en la chimenea..., era en diciembre... con los grandes fríos... cuando murió..., mamá..., un gran fuego de carbón... Cojo el atizador... lo pongo al rojo... y ya está... le marco cruces en la espalda, ocho, diez, no sé cuantas, después le doy la vuelta y hago otro tanto en el vientre. ¡Qué divertido! ¿eh, papá? Así es como marcaban en otros tiempos a los forzados. El se retorció como una anguila... pero yo lo había amordazado bien, no podía gritar. Después cogí los billetes —doce—, con el mío eran trece... Eso me dio mala suerte. Y escapé diciéndoles a los criados que no molestasen al señor conde hasta la hora de la cena, porque dormía.

Pensaba que no diría nada, por miedo al escándalo, en vista de que es senador. Pero me engañé. Cuatro días después me pillaron en un restaurante de París. Me gané tres años de cárcel. Por eso no pude venir a verlo antes.

Bebió un poco más, y farfullaba, pronunciando apenas las palabras:

—Y ahora..., papá... ¡papá cura!... ¡Es divertido tener por padre a un cura!... ¡Ja, ja!, hay que ser amable con mi menda, porque mi menda no es normal..., y porque le gastó una buena... ¿no?... una buena... al viejo...

La misma cólera que había enloquecido en tiempos al padre Vilbois ante la amante traidora, lo agitaba ahora frente a aquel hombre abominable.

El, que tanto había perdonado, en nombre de Dios, los secretos infames susurrados en el misterio del confesionario, se sentía sin piedad, sin clemencia en su propio nombre, y ya no llamaba en su ayuda a aquel Dios benigno y misericordioso, pues comprendía que ninguna protección celestial y terrena puede salvar aquí abajo a aquellos sobre quienes caen tamañas desgracias.

Todo el ardor de su corazón apasionado y de su sangre violenta, extinguido por el sacerdocio, despertaba en medio de una irresistible rebelión contra aquel miserable que era su hijo, contra aquel parecido con él, y también contra la madre, la madre indigna, que lo había concebido semejante a ella, y contra la fatalidad que remachaba a aquel pordiosero a su pie paterno como una bola de presidiario.

Veía, preveía todo con repentina lucidez, despertado de sus veinticinco años de piadoso sueño y de tranquilidad por aquel choque.

Convencido de pronto de que había que hablar con dureza para ser temido por aquel maleante y aterrarlo ya desde el principio, le dijo, con los dientes apretados de furor, y sin pensar ya en su embriaguez:

—Ahora que me lo ha contado todo, escúcheme. Se marchará mañana por la mañana. Vivirá usted en un pueblo que le indicaré y del que no saldrá nunca sin una orden mía. Le pasaré una pensión que le bastará para vivir, pero pequeña, pues no tengo dinero. Y si desobedece una sola vez, se habrá acabado y tendrá que vérselas conmigo...

Aunque embrutecido por el vino, Philippe Auguste entendió la amenaza; y el criminal que había en él surgió de repente. Escupió estas palabras, entre hipo:

—¡Ah, papá!, no me gastes bromas... Eres cura..., te tengo cogido...! y pasarás por el aro, como los otros!

El sacerdote se sobresaltó; y hubo, en sus músculos de viejo hércules, un invencible deseo de agarrar a aquel monstruo, de doblarlo como una varilla y de demostrarle que tendría que ceder.

Le gritó, sacudiendo la mesa y empujándola contra su pecho:

—¡Ah! Tenga cuidado, tenga cuidado... ¡No tengo miedo de nadie!

El borracho, perdiendo el equilibrio, se bamboleaba en la silla. Notando que iba a caer y que estaba en poder del sacerdote, alargó la mano, con una mirada asesina, hacia uno de los cuchillos que había sobre el mantel. El padre Vilbois vio el gesto, y le dio a la mesa tal empujón que su hijo cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo. La lámpara rodó y se apagó.

Durante unos segundos un cristalino tintineo de vasos entrechocados cantó en la oscuridad; después hubo una especie de deslizamiento de un cuerpo blando sobre el pavimento, y después nada más.

Al romperse la lámpara una súbita oscuridad se había extendido sobre ellos, tan repentina, inesperada y profunda que se quedaron estupefactos como ante un suceso pavoroso. El borracho, acurrucado contra la pared, no se movía; y el sacerdote permanecía en su silla, sumido en aquellas tinieblas, que ahogaban su cólera. Aquel negro velo arrojado sobre él detuvo su arrebatado, inmovilizando también el furioso impulso de su alma; y le asaltaron otras ideas, sombrías y tristes como la oscuridad.

Se hizo el silencio, un espeso silencio de tumba cerrada, donde nada parecía vivir y respirar. Tampoco nada llegaba de fuera, ni el paso de un carruaje a lo lejos, ni un ladrido de perro, ni siquiera el roce en las ramas o sobre las paredes de un leve soplo de viento.

La cosa duró mucho tiempo, muchísimo tiempo, acaso una hora. Después, de pronto, ¡el gong tañó! Tañó herido por un solo golpe duro, seco y fuerte, al que siguió un gran ruido extraño de una caída y de una silla derribada.

Marguerite, que estaba al acecho, acudió; pero en cuanto abrió la puerta, retrocedió espantada ante las sombras impenetrables. Después, temblorosa, el corazón estremecido, con voz jadeante y baja, llamó:

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

Nadie respondió, nada se movió.

"¡Dios mío! ¡Dios mío!, pensó, ¿qué han hecho? ¿Qué ha ocurrido?"

No se atrevía a avanzar, no se atrevía a salir en busca de una luz; y unas ganas locas de escapar, de huir y de gritar la asaltaron, aunque se sentía con las piernas flojas como para caer allí mismo. Repetía:

—Señor cura, señor cura, soy yo, Marguerite.

Pero de pronto, pese a su miedo, un deseo instintivo de auxiliar a su amo, y una de esas valentías de mujer que a veces las vuelven heroicas, llenaron su alma de aterrada audacia y, corriendo a la cocina, trajo su quinqué.

En la puerta de la sala, se detuvo. Vio primero al vagabundo, tumbado junto a la pared, y que dormía o parecía dormir, después la lámpara rota, y después, debajo de la mesa, los dos pies negros y las piernas con calcetines negros del padre Vilbois, que había debido caer de espaldas golpeando el gong con la cabeza.

Palpitante de espanto, las manos trémulas, repetía:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es esto?

Y como avanzaba a pasitos cortos, con lentitud, resbaló en algo grasiento y estuvo a punto de caer.

Entonces, inclinándose, vio que sobre el pavimento rojo corría un líquido también rojo, extendiéndose en torno a sus pies y fluyendo con rapidez hacia la puerta. Adivinó que era sangre.

Enloquecida, huyó, tirando la luz para no ver nada, y se precipitó al campo, hacia el pueblo. Marchaba tropezando con los árboles, los ojos clavados en las luces remotas y chillando.

Su voz aguda volaba por la noche como un siniestro grito de lechuza y clamaba sin descanso: "El maoufatan... ¡el maoufatan... el maoufatan!. . ."

Cuando llegó a las primeras casas, unos hombres asustados salieron y la rodearon; pero se debatía sin responder, pues había perdido la cabeza.

Al fin comprendieron que acababa de ocurrir una desgracia en el campo del cura, y un grupo se armó para correr en su ayuda.

En medio del olivar la pequeña alquería pintada de rosa se había vuelto invisible en la noche profunda y muda. Desde que la única luz de su ventana iluminada se había apagado como un ojo cerrado, estaba anegada en sombras, perdida en las tinieblas, imposible de encontrar para quien no fuera natural del pueblo.

Pronto unas luces corrieron a ras de tierra, a través de los árboles, yendo hacia ella. Paseaban sobre la hierba agostada largas claridades amarillas; y bajo su errante resplandor los atormentados troncos de los olivos parecían a veces monstruos, serpientes del infierno enlazadas y retorcidas. Los reflejos proyectados a lo lejos hicieron surgir de pronto en la oscuridad una cosa blanquecina y vaga, y después, en seguida, la pared cuadrada y baja de la casita volvió a ser rosa ante las linternas. Las llevaban algunos campesinos, escoltando a dos gendarmes, con los revólveres empuñados, al guarda rural, al alcalde y a Marguerite, a quien sostenían unos hombres, porque desfallecía.

Frente a la puerta que seguía abierta, espantosa, se produjo un instante de vacilación. Pero el sargento, agarrando un farol, entró seguido por los otros.

La sirvienta no había mentido. La sangre, coagulada ahora, cubría el pavimento como una alfombra. Había corrido hasta el vagabundo, mojando una de sus piernas y una de sus manos.

El padre y el hijo dormían, el uno, con la garganta cortada, el sueño eterno, el otro el sueño de los borrachos. Los dos gendarmes se arrojaron sobre él y antes de que se despertase tenía ya las esposas en las muñecas. Se frotó los ojos, estupefacto, atontado por el vino; y cuando vio el cadáver de su padre pareció aterrado, sin entender nada.

—¿Cómo es que no escapó?—dijo el alcalde.

—Estaba demasiado borracho— replicó el sargento.

Y todos fueron de su opinión, pues a nadie se le pasó por la cabeza que el padre Vilbois hubiera podido darse muerte.

*Le Figaro*, 14 de febrero de 1890

## *Opinión pública*

---

*Opinion publique*

Como acababan de dar las once, los señores empleados, temiendo la llegada del jefe, se apresuraban dirigiéndose a sus despachos.

Cada uno echaba una mirada rápida sobre los papeles traídos en su ausencia; luego, tras haber cambiado la chaqueta o la levita por el viejo uniforme de trabajo, iba a ver al vecino.

Pronto fueron cinco en el despacho donde trabajaba el señor Bonnenfant, un alto funcionario, y la conversación de cada día comenzó como de costumbre. El señor Perdrix, encargado del orden, buscaba piezas perdidas, mientras que el aspirante a subjefe, el señor Piston, ayudante de la Academia, fumaba su cigarrillo calentándose los muslos. El viejo expedicionario, el padre Grappe, ofrecía al corrillo su actuación tradicional, y el señor Rade, burócrata periodístico, escéptico burlón y revolucionario, con voz de grillo, astuto y con gestos bruscos, se divertía escandalizando al mundo.

—¿Qué hay de nuevo esta mañana? —preguntó el señor Bonnenfant.

—Nada nuevo —contestó el señor Piston—, los periódicos siempre están llenos de detalles sobre Rusia y el asesinato del Zar.

El encargado del orden, el señor Perdrix, levantó la cabeza, y articuló en un tono convencido:

—Le deseo mucha felicidad a su sucesor, pero no cambiaría mi puesto por el suyo.

El señor Rade se rió:

—¡Él tampoco! —dijo.

El padre Grappe tomó la palabra, y preguntó en un tono lamentable:

—¿Cómo acabará todo esto?...

El señor Rade lo interrumpió:

—No acabará nunca, padre Grappe. Sólo morimos nosotros. Desde que hay reyes ha habido regicidios.

Entonces el señor Bonnenfant se interpuso:

—Explíqueme pues, señor Rade, por qué siempre se ha atacado a los buenos en vez de a los malos. Enrique IV, el Grande, ha sido asesinado; Luis XV murió en su cama. Nuestro rey Luis-Felipe ha sido toda su vida el blanco de los asesinos, y aseguran que el zar Alejandro era un hombre benevolente. ¿No fue él además quién emancipó a los siervos?

El señor Rade se encogió de hombros.

—¿No han matado últimamente al jefe de una oficina? —dijo.

El padre Grappe, que olvidaba cada día lo que había pasado la víspera, exclamó:

—¿Han matado a un jefe de oficina?

El aspirante a subjefe, el señor Piston, respondió:

—Claro que sí, recuerda el asunto del marisco.

Pero el padre Grappe lo había olvidado.

—No, no lo recuerdo.

El señor Rade le recordó los hechos.

—¿Veamos, padre Grappe, no recuerda un empleado, un chico, que además ha sido absuelto, que quiso ir un día a comprar marisco para su comida? El jefe se lo prohibió, el empleado insistió, el jefe le ordenó callarse y no salir, el empleado se sublevó, cogió su sombrero, el jefe se abalanzó sobre él, y el empleado, defendiéndose, clavó en el



pecho de su superior las tijeras reglamentarias. ¡Un verdadero final de burócrata, vamos!

—Habría que discutirlo —articuló el señor Bonnenfant—. La autoridad tiene límites; un jefe no tiene derecho de regular mi comida ni a reinar sobre mi apetito. Mi trabajo le pertenece, pero mi estómago no. El asunto es lamentable, es verdad, pero habría que discutirlo.

El aspirante a subjefe, el señor Piston, irritado, exclamó:

—Yo, señor, digo que un jefe debe ser dueño de su oficina, como un capitán a bordo; la autoridad es indivisible, si no, no habría servicio posible. La autoridad del jefe viene del gobierno: representa al estado en su oficina. Su derecho absoluto de mando es indiscutible.

El señor Bonnenfant se enfadaba también. El señor Rade los tranquilizó:

—Esto era lo que esperaba —dijo—. Una palabra de más, y Bonnenfant clavaría su abrecartas en el estómago de Piston. Para los reyes, es lo mismo. Los príncipes tienen una forma de entender la autoridad que no es la misma que la del pueblo. Sigue siendo la cuestión del marisco. "¡Yo quiero comer marisco!" "¡No lo comerás!" "¡Sí!" "¡No!" "¡Sí!" "¡No!" Y esto es a veces suficiente para causarle la muerte a un hombre o a un rey.

Pero el señor Perdrix retomó su idea:

—Eso da igual —dijo—, la profesión de soberano no es divertida hoy en día. Realmente, me gusta más el nuestro. ¡Es como ser bombero, tampoco es divertido!

El señor Piston, tranquilo, retomó:

—Los bomberos franceses son una de las glorias del país.

El señor Rade estaba de acuerdo:

—Los bomberos sí, pero no las bombas.

El señor Piston defendió las bombas y la organización añadiendo:

—Además se está estudiando la cuestión, la atención está despierta, hombres competentes se ocupan de ello, dentro de poco tendremos medios en armonía con las necesidades.

Pero el señor Rade agitó la cabeza.

—¿Lo cree de verdad? ¡Usted cree! Pues se equivoca, señor; no cambiará nada. En Francia no se cambian los sistemas. El sistema americano consiste en tener agua, mucha agua, ríos, pues tienen la malicia de detener los incendios con el Océano bajo la mano. En Francia, al contrario, lo dejan todo en manos de la iniciativa, de la inteligencia, de la invención, no hay agua, no hay bombas, nada de nada, sólo bomberos, y el sistema francés intenta quemar a los bomberos. ¡Esos pobres diablos, héroes, que apagan los incendios a golpe de hachas.! ¡Qué superioridad tenemos sobre América, piénselo!... Luego, cuando unos cuantos han sido abrasados, el consejo municipal habla, el coronel habla, los diputados hablan; se debaten los dos sistemas: ¡el del agua y el de la iniciativa! Y un dignatario cualquiera pronuncia sobre la tumba de las víctimas: "No les diremos adiós, bomberos, sino hasta luego". Así se actúa en Francia, señor.

Pero el padre Grappe, que olvidaba las conversaciones a medida que tenían lugar, preguntó:

—Donde he leído ese verso que acaba de decir: "No les diremos adiós, bomberos, sino hasta luego"...

—Es en Béranger —contestó gravemente el señor Rade.

El señor Bonnenfant, perdido en sus reflexiones, suspiró:

—¡El incendio del Printemps sí que fue, a pesar de todo, una gran catástrofe!

El señor Rade retomó:

—Ahora que se puede hablar de ello fríamente, tenemos el derecho, pienso, de discutir la elocuencia del director de ese establecimiento. Hombre de corazón, dicen, no lo dudo, hábil comerciante, es evidente, pero como orador, lo niego.

—¿Por qué? —preguntó el señor Perdrix.

—Porque, si el horroroso desastre que lo ha golpeado no hubiese atraído hacia él la conmiseración de todo el mundo, no habría habido suficientes risas para el discurso de La Palisse con el que tranquilizaba los temores de sus empleados: "Señores" —les dijo más o menos— "¿no saben con qué comerán mañana? Yo tampoco. ¡Oh, vamos, cómo hay que apiadarse de mí! Afortunadamente tengo amigos. Uno me prestó diez céntimos para comprar un puro, otro puso a mi disposición un franco setenta y cinco para coger un coche de punto en Belle Jardinière. ¡Sí, yo, el director del Printemps, estuve en la Belle Jardinière! Obtuve quince céntimos de otro para otra cosa, y como ya ni siquiera tenía paraguas, me compré uno por cinco francos con veinticinco céntimos, gracias a un quinto préstamo. Luego, como mi sombrero también había ardidido, y como no quería pedir más préstamos, he recogido un casco de bombero... ¡Aquí lo tienen! Sigán mi ejemplo, si tienen amigos, remítanse a su bondad... ¡En cuanto a mí, ya lo ven, mis pobres muchachos, estoy endeudado hasta el cuello!" Ahora bien, uno de sus empleados hubiera podido contestarle: "¿Qué demuestra eso, jefe? Tres cosas: primero, que no tenía una moneda en el bolsillo. Me sucede lo mismo cuando olvido mi monedero, pero eso no demuestra que no tenga propiedades, hoteles, valores, seguros; segundo, eso demuestra que aún tiene crédito antes sus amigos, mejor para usted, úselo; tercero, eso demuestra finalmente que es muy infeliz.! Pues claro, ¡lo sabemos y lo lamentamos de todo corazón! Pero eso no mejora nuestra situación. Nos la quería pegar, en realidad, con su equipo en la tienda".

Esta vez todo el mundo estuvo de acuerdo en la oficina. El señor Bonnenfant añadió, con un tono burlón:

—Me hubiese gustado ver todas las señoritas de la tienda cuando se escapaban en camisa.

El señor Rade continuó:

—No me fio de esos dormitorios de vestales que por poco han sido abrasados (como los caballos de la Compañía de los omnibuses en las cuadras, el año pasado).

—Si hubiese que encerrar algo, a los que habría que poner bajo llave sería a los subalternos que son los últimos monos, pero las pobres jovencitas de la lencería, por favor! ¡Un director, qué demonios! No puede ser responsable de todo el capital que descansa bajo su techo. ¡Es verdad que el de los subalternos se ha quemado en la caja; al menos habría que intentar salvar el de las señoritas! Lo que admiro, por ejemplo, son los gritos para llamar a los empleados. ¡Señores, qué quinto acto! Se imaginan en medio de las galerías llenas de humo, con las brasas de las llamas, el tumulto de la huida, el pánico de todos, mientras que, de pie en el cruce central, en zapatillas y pantalón corto, se oye a pleno pulmón un Hernani moderno, un Roland de la novedad!

Entonces el señor Perdrix, el encargado del orden, pronunció de repente:

—Da igual, vivimos en un siglo muy raro, en una época muy perturbada, así como lo demuestra el asunto de la calle Duphot...

Pero el ordenanza abrió bruscamente la puerta:

—El jefe ha llegado, señores.

Entonces, en un segundo, todos huyeron, salieron pitando, desaparecieron, como si el mismo ministerio se hubiese quemado.

## *El ordenanza*

---

*L'ordennance*

El cementerio, atestado de oficiales, parecía un florido campo. Los quepis y los pantalones encarnados, los galones y los botones de oro, los sables, los cordones del Estado Mayor, los galones de los cazadores y de los húsares, pasaban por entre las tumbas, cuyas cruces blancas o negras abrían sus brazos de hierro, de mármol o de madera, sobre el Pueblo desaparecido de los muertos.

Se acababa de enterrar a la esposa del coronel de Limousin, que dos días antes se ahogó tomando un baño.

Todo había terminado y el clero se había ido ya; pero el coronel, sostenido por dos oficiales, permanecía en pie delante del hoyo en cuyo fondo se veía aún la caja de madera que ocultaba, ya descompuesto el cuerpo de su rnujercita.

Era casi un viejo, delgado, de elevada estatura y cano bigote, que había contraído matrimonio tres años antes, con la hija de un camarada, huérfana al morir su padre, el coronel Sortís.

El capitán y el teniente en los cuales se apoyaba, trataban de apartarle de aquel sitio. El resistía, con los ojos llenos de lágrimas, que no quería dejar correr por heroísmo, y, murmurando en voz baja: "No, todavía no", se obstinaba en permanecer allí, temblorosas las piernas, al borde de aquel agujero, que se le antojaba sin tondo y como un abismo en el cual habían caído su corazón y su vida, todo lo que en la tierra le quedaba.

De repente el general Ormont se acercó, cogió del brazo al coronel y, arrastrándole casi por fuerza, le dijo:

—Vamos, vamos, amigo mío, hay que salir de aquí.

El coronel obedeció entonces y regresó a su casa.

Al abrir la puerta de su gabinete divisó una carta sobre su mesa de trabajo. Poco faltó, al cogerla, para que cayese de sorpresa y emoción, pues había reconocido la letra de su mujer. Y la carta llevaba el sello de Correos con la fecha de aquel mismo día. Abriéndola, leyó:

"Padre: Permíteme llamarte así, como en otro tiempo. Cuando recibas esta carta estaré muerta y enterrada. Y quizá me perdones entonces.

"No quiero tratar de conmoverte ni de atenuar mi falta. Lo único que quiero es decir, con toda la sinceridad de la mujer que se va a matar dentro de una hora, la verdad entera y completa.

"Cuando, por generosidad, te casaste conmigo, me entregué a ti por agradecimiento y te amé con todo mi corazón de niña. Te amé como amaba a mi padre, casi tanto como a él; y un día que me encontraba sobre tus rodillas, al estrecharme en tus brazos, te llamé "padre", a pesar mío. Fue aquél un grito del corazón, instintivo, espontáneo. Verdaderamente, tú eras para mí un padre, sólo un padre. Te echaste a reír, diciéndome: Llámame eso siempre, hija mía; me proporcionarás un gran placer."

"Vinimos a esta ciudad y —perdóname, padre— aquí me enamoré. ¡Oh, resistí mucho tiempo, dos años casi, lee bien esto, casi dos años, y, por último, cedí; me hice culpable, me convertí en una pérdida.

"En cuanto a él... No adivinarás quién es. Bien tranquila estoy por ese lado, pues eran doce oficiales, siempre a mi alrededor, a quienes tú llamabas "mis doce constelaciones".

"Padre, no trates de conocerle y no le aborrezcas. Hizo lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar; además, estoy segura de que él también me amaba con todo su corazón.

"Pero escucha: un día nos citamos en la isla de las Becadas, tú ya la conoces, aquella islita que está junto al molino. Yo debía ir a ella a nado, y él me esperaba oculto entre los matorrales, para permanecer luego allí hasta por la noche, a fin de que nadie le viese salir. Acababa de llegar donde él estaba cuando las ramas se entreabrieron y distinguimos a Felipe, tu ordenanza, que nos había sorprendido. Comprendí que estábamos perdidos sin remedio, y lancé un grito agudo; mi amigo el oficial me dijo entonces: "Váyase usted a nado, sin apresurarse, y déjeme aquí solo con este hombre."

"Yo me puse en marcha, tan conmovida, que poco faltó para que me ahogara, y volví a tu casa, temiendo un desenlace espantoso.

"Una hora después Felipe me decía en voz baja en el corredor del salón donde le encontré: "Estoy a las órdenes de la señora, si tiene alguna carta que confiarme." Entonces comprendí que se había vendido, que mi amigo le había comprado.

"Le he dado cartas, todas mis cartas. Las llevaba y me traía las respuestas.

"Esto duró dos meses, aproximadamente. Teníamos en él confianza, como tú la tenías también.

"Padre mio, ahora verás lo que ocurrió: Un día, en la misma isla de las Becadas, a la cual había ido yo a nado, pero sola esta vez, encontré a tu ordenanza. Me esperaba, y me advirtió que nos denunciaría a ti, entregándote varias cartas que había conservado, cartas robadas, si yo no cedía a sus deseos.

"¡Oh padre, padre mío; tuve miedo, un miedo infame, indigno, miedo por ti sobre todo, por ti, tan bueno, y engañado por mí; miedo por él, además —tú le habrías matado—, por mí también acaso, ¿lo sé yo? Estaba loca, atontada, y quise comprar de nuevo a aquel miserable que me amaba también... ¡Qué vergüenza!

"Las mujeres somos tan débiles, que perdemos la cabeza mucho antes que vosotros. Además, cuando una ha caído ya, cada vez se cae más bajo, más bajo. ¿Por ventura supe lo que hacía? Lo único que comprendí fue que uno de vosotros dos y yo íbamos a morir, y para evitarlo me entregué a aquel bruto.

"Ya ves, querido padre, que no trato de excusarme.

"Entonces..., entonces sucedió lo que yo debí prever. Aterrándome, cuando le plugo abusó de mí. Fue también mi amante, como el otro, de todos los días. ¿No es esto abominable? ¡Qué castigo, padre mío! Entonces me dije: "Es preciso morir."

"Viva, nunca te hubiera podido confesar tal crimen. Muerta, me atrevo a todo, no tenía más remedio que morir; nada me habría lavado; tan grande era la mancha caída sobre mí. Ya no podía ni ser amada; me parecía que ensuciaba a las personas sólo con darles la mano.

"Dentro de muy poco voy a tomar mi baño, del cual no volveré.

"Esta carta para ti irá a casa de mi amante. El la recibirá después de mi muerte y, sin comprender nada, la hará llegar a tus manos, cumpliendo mi última voluntad, y tú la leerás al volver del cementerio.

"Adiós, padre; nada más tengo que decirte. Haz lo quieras y perdóname."

El coronel se enjugó la frente, cubierta en sudor. Había súbitamente recobrado su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla.

Llamó.

Se presentó un criado.

—Que venga Felipe —le dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

Entró casi en seguida el ordenanza, un soldado alto y recio, con bigote rojo, expresión maliciosa y mirar solapado.

El coronel clavó en él sus ojos.

—¡Vas a decirme el nombre del amante de mi esposa!

—¡Pero mi coronel!...

El oficial tomó su revólver del cajón entreabierto.

—¡Ea, pronto! ¡Ya sabes que no bromeo!

—Pues bien, mi coronel..., es el capitán Saint-Albert.

Apenas había dicho este nombre, cuando una llamarada abrasó sus ojos, y cayó de bruces, con la frente atravesada de un balazo.

*Gil Blas*, 23 de agosto de 1887

## *El Oriente*

---

*L'orient*

¡Llegó el otoño! No puedo menos, al sentir el primer escalofrío del invierno, de acordarme del amigo mío que vive allá lejos, en la frontera del Asia.

La última vez que entré en su casa comprendí que ya no volvería a verlo. Fue a fines de septiembre, hace ya tres años. Lo hallé tumbado en su diván, en pleno sueño de opio. Me tendió la mano sin mover el cuerpo, y me dijo:

—Quédate ahí, háblame; yo te contestaré de cuando en cuando, pero no me moveré; ya sabes que, cuando se ha aspirado la droga, es preciso permanecer tumbado de espaldas.

Me senté y le referí mil cosas, temas de París y del bulevar. El me dijo:

—No consigues interesarme; no pienso sino en los países claros, den ¡Cuánto debió de sufrir el pobre Gautier, acosado siempre por el anhelo del Oriente! Tú no sabes lo que es eso; no sabes cómo ése país se apodera de ti, cómo te cautiva; se te mete hasta el corazón y no te abandona ya. Se cuelga en ti por la vista, por la piel, por toda clase de seducciones invencibles, y en cualquier sitio del mundo al que te haya lanzado el azar, te sujeta y tira de ti constantemente por un hilo invisible. Para pensar en el Oriente, envuelto en el delicioso atontamiento del opio, tomo yo esta droga.

Se calló y cerró los ojos. Yo le pregunté:

—¿Qué goce. experimentas en tomar este veneno? ¿Qué delicia produce, ya que nadie renuncia a él hasta la muerte?

Me contestó:

—No se trata de un goce físico, es algo mucho mejor, mucho más; con frecuencia estoy triste, aborrezco la vida, que diariamente lastima con todos sus ángulos, con todas sus durezas. El opio consuela de todo, hace que demos a cada cosa su valor. ¿Sabes en que consiste ese estado de ánimo que yo llamaría de irritación hostigadora? Yo vivo de ordinario en ese estado. Dos cosas pueden curarme del mismo: el opio o el Oriente. Así que tomo opio, me tumbo y espero. Espero una hora, dos a veces. Empiezo por sentir en las manos y en los pies un ligero hormigueo; no es un calambre, sino un entumecimiento vibrante; poco a poco experimento la sensación deliciosa de que mis miembros han desaparecido. Parece que me los fueran quitando, y esta sensación va subiendo paulatinamente, me envuelve, me invade por completo. Llego a no tener cuerpo. Tan sólo me queda del mismo un recuerdo agradable. Ya no me resta sino la cabeza. y ésta trabaja. Pienso con un gozo material infinito, con una lucidez sin parangón, con una penetración sorprenden te. Razono, deduzco, lo entiendo todo, descubro ideas que nunca se deslizaron, ni aun. superficialmente, por mi cerebro; bajo a profundidades nuevas, me elevo a cumbres maravillosas. Floto en un piélagos del pensamiento, saboreo la dicha incomparable, el goce ideal de esta embriaguez, pura y serena, de la inteligencia, incorpórea.

Se calló y cerró de nuevo los ojos. Yo hablé otra vez:

—Tu anhelo de vivir en el Oriente nace de modo exclusivo de esa embriaguez. Vives en constante alucinación. ¿Cómo es posible sentir anhelo por ese país bárbaro, en el que el espíritu está muerto, y el pensamiento estéril dos no sale de los estrechos límites de la vida sin hacer esfuerzo alguno por lanzarse, crecer y conquistar?

Me contestó:

—Y ¿qué valor tiene el pensamiento práctico? A mí sólo me seduce el ensueño. Es lo único bueno, es lo único grato. La realidad implacable me conducirla al suicidio, si el ensueño no me permitiese esperar. Pero acabas de decir que el Oriente es país de bárbaros. Cállate, desdichado; es el país de los sabios, la región cálida en la que se deja que la vida fluya, suavizando las aristas.

Bárbaros somos nosotros, los pueblos del Occidente, que nos llamamos civilizados; somos bárbaros odiosos, que vivimos con rudeza, como las bestias.

Fíjate en nuestras ciudades de piedra, en nuestros muebles de madera, angulosos y duros. Subimos jadeantes por escaleras estrechas y de fuerte pendiente, que nos llevan a departamentos ahogados, en los que el aire penetra silbando para escapar en seguida por el tubo de la chimenea, que hace de bomba, estableciendo corrientes de aire mortíferas y con fuerza suficiente para hacer girar un molino. Nuestras sillas son duras, nuestras paredes, frías, y las cubrimos con papeles antipáticos; por todas partes hay aristas que nos lastiman: en las mesas, en las chimeneas, en las puertas, en las camas. Vivimos en pie o sentados; jamás nos tumbamos si no es para dormir, lo cual es un absurdo, porque de ese modo ya no percibimos en el sueño la dicha de permanecer horizontales.

Reflexiona también en nuestra vida intelectual. Es una lucha, una batalla incesante. Los cuidados se ciernen siempre sobre nosotros, las preocupaciones nos acosan; ni siquiera nos dejan la posibilidad de dedicarnos a las dos o tres cosas buenas que tenemos al alcance de nuestra mano.

Es el duelo a muerte. Nuestro carácter, aún más que nuestros muebles, está lleno .de aristas ¡Por todas partes aristas!

Así que nos levantamos de la cama, corremos al trabajo, llueva o hiele. Luchamos contra la competencia, las rivalidades, las enemistades. Cada hombre es un enemigo del que hay que temer y al que hay que derribar; con el que hay que rivalizar en astucias. El mismo amor tiene entre nosotros ciertos aspectos de victoria y derrota. Es también una lucha.

Permaneció algunos segundos ensoñando, y luego prosiguió:

—Conozco ya la casa que pienso comprar. Es cuadrada, con el techo horizontal y recortes de madera al estilo de Oriente. Desde la terraza se domina el mar, cruzado aquí por velas blancas en forma de alas puntiagudas de los barcos de griegos y musulmanes. Los muros casi no tienen aberturas al exterior. El centro de la casa lo constituye un jardín espacioso, en el que, bajo las sombrillas de las palmeras, flota una atmósfera cálida; sube desde el suelo el chorro de un surtidor, que al desmenuzarse bajo los árboles vuelve a caer en un amplio tazón de mármol, que está enarenado en el fondo de polvo dorado. Yo me bañaría dentro de él en cualquier momento, entre dos pipas, dos ensueños o dos besos.

No tendré para servirme una criada, una de esas repugnantes criadas con delantal grasiento que, al retirarse de mi presencia, levantan con la chancleta vieja del pie los bajos enfangados de sus faldas. No puedo evitarlo; se me revuelve de asco el corazón viendo su tobillo amarillento cada vez que levantan el talón. ¡Y todas lo tienen de ese color, las condenadas! No escucharé el pataleo de las suelas en el entarimado, ni los portazos ruidosos, ni el estrépito de la vajilla que se les cae al suelo.

Me serviré de esclavos negros, esbeltos, envueltos en amplias telas blancas, que corren descalzos sobre alfombras que ahogan el ruido.

Las paredes de mis habitaciones estarán acolchadas y tendrán la elasticidad de pechos de mujer; habrá sobre mis divanes, adosados a las paredes de cada cuarto, almohadones de todas las formas imaginables, lo que me permitirá tumbarme en todas las posturas posibles.

Y cuando esté ya fatigado de aquel descanso delicioso, fatigado de gozar de la inmovilidad y de mi ensueño eterno, fatigado del tranquilo placer de sentirme cómodo, mandaré que me traigan a la puerta de mi casa un caballo, blanco o negro, que sea capaz de correr muchísimo.

Y saldré montado en él, bebiendo el aire que azota y emborracha, el aire sibilante de los galopes furiosos.

Pasaré como una flecha por aquel paisaje de colores que embarga las pupilas y que es sabroso a la vista lo mismo que un vino.

En la serenidad del atardecer, marcharé en carrera frenética hacia el ancho horizonte que el poniente tiñe de rosa. A la hora del crepúsculo, todo se vuelve de color de rosa en aquel país; las montañas calcinadas, la arena, las ropas de los árabes, el pelaje blanco de los caballos.

Los flamencos color de rosa alzarán su vuelo de las lagunas para surcar el cielo rosa; y yo dejaré escapar gritos delirantes, hundido en el carmín infinito del mundo.

No veré ya a lo largo de las aceras, ensordecido por el estrépito de los carruajes que ruedan por la calzada; no veré ya esos hombres vestidos de negro que beben su ajeno sentados en sillas incómodas y hablando de negocios.

Nada sabré de cotizaciones de Bolsa, de fluctuaciones de valores, de todas las inútiles idioteces en que derrochamos nuestra existencia, corta, miserable y engañosa. ¿Para qué tantos esfuerzos, sufrimientos y luchas? Yo descansaré en mi casa, suntuosa y luminosa, al abrigo del viento.

Tendré cuatro o cinco esposas en cuartos acolchados; cinco esposas llegadas de las cinco partes del mundo, y que me traerán el sabor de la belleza femenina florecida en todas las razas.

Volvió a callarse, y después dijo con voz lánguida:

—Vete.

Me marché. No volví a verlo.

Dos meses después me escribió estas dos únicas palabras: "Soy dichoso"

Su carta trascendía a incienso y a otros suaves aromas.

*Le Gaulois*, 13 de septiembre de 1883



## *El padre (I)*

---

*Le père*

Como estaba empleado en el Ministerio de Instrucción Pública y vivía en Batignolles, tomaba todas las mañanas el ómnibus a la misma hora para ir a la oficina. Y todas las mañanas iba en el mismo coche sentada frente a él, hasta el centro de Paris, una muchacha, de la cual se prendó.

Era una morenita de las que tienen los ojos muy negros, ojeras muy pronunciadas, como dos manchones, y un cutis pálido, con reflejos de marfil viejo.

Diariamente la veía revolver la misma esquina y tomar la misma calle, corriendo hasta que alcanzaba el pesado vehículo.

Corría presurosa, con ligereza, con gracia, y de un salto se ponía en el estribo antes que se detuvieran los caballos. Luego entraba en el interior un poco agitada, respirando con afán, y después de sentarse tranquilamente revolvía los ojos mirando en torno para reconocer cuanto la rodeaba. Era puntual siempre, obligada por sus ocupaciones en un almacén de novedades.

Desde la primera vez que la vio correr airosamente y subir al ómnibus de un salto, Francisco Tessier se convenció de que la muchacha le agradaba extraordinariamente.

No es cosa rara que una mujer, presentándose de pronto a nuestra vista, nos impresione de tal modo que sintamos deseos irresistibles de oprimirla entre los brazos, como si de toda la vida la conociéramos y la estimáramos.

Aquella muchacha reunía todas las condiciones imaginables para satisfacer, como ninguna otra, los íntimos deseos del empleado, sus ansias infinitas, sus anhelos, el ideal amoroso que guardamos en lo más profundo, en lo más ignorado a veces de nuestro corazón.

La miró fija, obstinadamente a su pesar. Contrariada por la insistencia de aquel hombre, se ruborizó la muchacha, y advirtiéndolo él, para no ser desagradable ni molesto, quiso apartar los ojos; pero a cada punto los clavaba de nuevo en ella, sin que toda su voluntad bastase para evitarlo.

A los pocos días, y sin haberse dirigido la palabra, se trataban amistosamente. Francisco Tessier cedía su asiento a la muchacha cuando estaba lleno el ómnibus y subía desolado a la Imperial, privándose de verla por servirla. Ella le saludaba ya con una tenue sonrisa, y aun cuando bajaba los ojos al sentir la mirada provocativa y ardiente del hombre, aquella obstinación constante no pareció desagradarla.

Por fin hablaron, y se estableció al punto entre los dos intimidad rápida, una intimidad que los unía durante media hora. Era para el empleado aquella media hora la más feliz de su vida. No pensaba en otro asunto, rumiándola sin cesar durante su permanencia en la oficina, reviviéndola constantemente de día y de noche, obsesionado, poseído, rebotando en el delirio insistente y tenaz que nos hace sentir el recuerdo amoroso de una mujer deseada.

Le parecía que la posesión completa de aquella criatura encantadora sería para él un goce absoluto, incomparable a todo goce humano.

Ya se despedían todas las mañanas dándose un apretón de manos, y Francisco Tessier conservaba la sensación de aquel expresivo contacto; imprimían un recuerdo profundo en su carne los deditos primorosos y suaves; le parecía conservar sobre la piel una huella profunda.

Aguardaba sin cesar, ansiosamente, durante horas y horas, que llegara el momento feliz de subir al ómnibus, para gozar de nuevo las dulzuras de aquel repetido y corto viaje. Los domingos le parecían tristes y angustiosos.

También ella le quería sin duda, porque al ser invitada por él un sábado, en primavera, para ir al día siguiente a pasear por el campo y a comer en Maisons-Laffitte, aceptó.

\*\*\*

A pesar de que Francisco Tessier llegó temprano a la estación, ella le aguardaba ya. Se sorprendió al verla tan madrugadora, y entonces la muchacha le dijo:

—Antes de seguir adelante, necesito hablar con usted. Faltan aún veinte minutos y hay tiempo de sobra.

Apoyó su mano temblorosa en el brazo del hombre, y palideciendo, bajando los ojos, prosiguió:

—No quisiera que usted me juzgara mal. Soy una mujer honrada, y no le acompañaré, no puedo acompañarle, si no me promete, si no me jura no intentar..., no intentar nada..., que no sea..., que no sea..., decente.

Al pronunciar la última palabra se ruborizó de tal modo que sus mejillas parecían dos amapolas. Hubo un silencio. Tessier no sabía contestar, dichoso y desasosegado a un tiempo. En lo más íntimo de su corazón, tal vez le halagaba lo que oía; y, sin embargo... como la noche antes se había dejado acariciar por esperanzas que abarcaron sus venas... era una decepción para su deseo. Seguramente la querría menos juzgándola fácil y complaciente pero, en aquellos instantes, ¡era tan delicioso, tan dulce para él! Todos los cálculos egoístas que inventa la imaginación de los hombres en asuntos de amor, le preocupaban, seduciéndole.

No sabía qué responder a la muchacha, y ella cortó el silencio, hablando conmovida, con ojos inundados de lágrimas:

—Si usted no me promete portarse dignamente conmigo, abusar de mi confianza, me vuelvo ahora mismo a mi casa.

Entonces Tessier, oprimiéndole amorosamente un brazo, respondió:

—Se lo prometo; no me propararé en manera alguna; usted hará lo que le plazca.

Casi del todo tranquila, preguntó, sonriente:

—¿De veras?

El hombre la miró a los ojos mientras decía con toda sinceridad:

—¡Se lo juro!

—¡Vamos a tomar los billetes y al tren!—dijo ella.

Por el camino apenas hablaron. El vagón en que viajaban iba lleno, prestándose poco a conversaciones íntimas y amorosas.

Al apearse luego en Maison—Laffitte, se dirigieron hacia el Sena.

El aire tibio, primaveral, emperezaba los cuerpos y las almas. El sol caía de lleno, a plomo, sobre la superficie tersa del río, sobre la verdura oscilante y sobre la hojarasca móvil de las riberas y provocaba con sus reflejos encantos y alegrías.

Tessier y la muchacha iban cogidos de la mano, bordeando la corriente, viendo los pececillos se deslizan presurosos entre dos aguas. Iban satisfechos, inundados por un goce inmenso, a impulsos de una felicidad infinita, que no les dejaba sentir la tierra bajo sus pies, como si los hiciera flotar en el aire.

Al fin, ella dijo:

—¡Debo parecerle a usted una a la locuela!

Y él preguntó:

—¿Por qué motivo?

La muchacha insistió:

—¿No es una locura venirme a pasear con usted, como he venido, sola?

—¡Eso es muy natural!

—No, no es natural; no debí hacerlo. Me propuse no ser mala, no faltar a mis deberes, no caer en el vicio... Y así empezaron todas las infelices. ¡Así empezaron! Pero ¡si usted supiera! ¡Es tan triste vivir haciendo siempre lo mismo! Todos los días lo mismo; todos los días del mes y todos los meses del año. ¡Aburre, cansa! Yo vivo con mi madre. La pobre tiene muchas penas y nunca está para bromas. Pero, a pesar de todo, yo procuro reír y hago lo posible para divertirme y alegrarme. No siempre lo consigo... ¡Lo consigo muy pocas veces! Hoy mismo vine para distraerme... y comprendo que hice mal. Le ruego que no me juzgue casquivana. Tráteme bien...

De pronto, el hombre la besó en una oreja. La muchacha se apartó bruscamente y, enfadándose, dijo:

—¡Ah! ¡Señor Tessier! Pronto ha olvidado su promesa y su juramento.

Silenciosos, regresaron hacia Maisons-Laffitte.

Almorzaron en el Petit-Havre, que sólo tiene piso bajo, construido junto al agua y oculto entre cuatro álamos enormes. El calor, el aire libre, los vapores del vinillo blanco y la turbación de verse juntos allí, solos en tan apartado lugar, sofocablos, oprimíanlos, ahogaban sus pensamientos. Ni a él ni a ella se les ocurría nada que decir. Pero después de sorber el café se sintieron de pronto envueltos en una racha de alegría, y habiendo pasado al otro lado del río, lo bordearon, dirigiéndose al pueblo de La Frette.

No hablaban aún. De repente, al hombre se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

Y ella respondió con voz suave:

—¡Luisa!

—¡Luisa, Luisa!—repitió Francisco.

Y volvieron a quedar silenciosos.

El río describía una curva muy amplia, reflejando a lo lejos una hilera de casitas blanqueadas, que parecían inclinar la cabeza sobre la corriente para ver mejor imagen. La muchacha iba cogiendo margaritas y otras flores campestres de largos tallos, formando un grueso haz; y el hombre caminaba desaforadamente con toda la fuerza de sus pulmones, ebrio de alegría, como un potro que abandona la cuadra para salir al prado. Viñedos y más viñedos se extendían a su izquierda; pero al fin el paisaje le ofreció un aspecto diferente. Se detuvo Tessier, admirado, sorprendido, lleno de asombro, y dijo:

—¡Ah! ¡Vea usted! ¡Vea usted!

Allí acababan los viñedos, cubriéndose toda la ribera de lilas en flor. Era un bosque violáceo, una especie de alfombra floreciente y perfumada, tendida sobre dos o tres kilómetros de tierra, llegando hasta el pueblo de La Frette.

También Luisa se quedó admirada y murmuró:

—¡Qué delicioso!

Corrieron a través de los campos se dirigieron hacia la escondida colina, que proporciona todos los años a las vendedoras ambulantes de Paris las cargas de lilas que pasean por las calles en carritos.

Una vereda muy angosta se perdía entre los arbustos. Se encaminaron por allí, avanzando hasta llegar a una plazoleta, donde se sentaron.

Legiones de moscas revoloteaban zumbando sobre sus cabezas, agitando el aire con una especie de ronquido sordo y continuado. Y el sol espléndido, el sol abrasador de una tarde sin brisa, inundo la ribera en la calma del ambiente, desprendía del bosque

florido aromas penetrantes, algo así como el poderoso aliento perfumado de la tierra fecunda.

Se oyó vibrar, a lo lejos la campana de una Iglesia.

Y suavemente, místicamente, la mujer y el hombre se besaron, se oprimieron, reclinándose con ternura sobre la hierba, inconscientes, ajenos a todo, con ansia de caricias y de amor.

Ella, con los ojos entornados, le abrazaba estrechamente, sin preocupación, sin propósito, sin ideas, con la razón desvanecida, por instinto, sintiéndose inundada por un deseo apasionado. Y se ofreció, entregándose a él, sin darse cuenta de lo que hacía, sin reflexionar, sin advertir nada, sin comprender siquiera la emoción, el encanto de su abandono.

Y al despertar luego, con el estremecimiento que advierte de las irremediables desdichas, lloró, gimió dolorida y angustiada, cubriéndose la cara con las manos. El quiso inútilmente consolarla; pero ella no le atendía, pensando sólo en huir de aquel sitio, en volver a su casa lo antes posible.

Y apresurándose, andando ansiosamente, repetía incesante:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El suplicaba:

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Te lo ruego! ¡No te vayas! ¡Aún es temprano! ¡Espera!

Luisa tenía las mejillas arrojadas y los ojos hundidos.

Al verse ya en la estación de París, se apartó de su amante sin despedirse; ni siquiera le dijo ¡adiós!

\*\*\*

Al día siguiente, cuando se vieron como todos los días en el ómnibus, ella parecía otra mujer: paliducha y enflaquecida. Y dijo a Tessier:

—Es necesario que hablemos.

Al aparecer los dos en el bulevar, ella le dijo:

—Después de lo que ha sucedido, no debemos volver a vernos. Despidámonos para siempre.

Y él balbució:

—¿Por qué?

—Porque resultaría muy violento para mí encontrarme con usted. He sido culpable. Cedí sin saber cómo. He sido culpable, pero no volveré a serlo.

Entonces el amante suplicó, imploró, torturado por el ansia de poseerla, de gozarla en el abandono absoluto de las noches de amor.

Ella repetía obstinadamente:

—No es posible; no puedo, no puedo.

El se animaba, excitándose más. Prometió casarse, y ni aun con eso pudo convencerla.

La muchacha respondía invariablemente a todo:

—No es posible. ¡No!

Y se fue, dejándole aún con una súplica entre los labios.

Durante una semana, Francisco no la vio. No le fue posible dar con ella; y como ignoraba dónde vivía, perdió la esperanza de volver a verla jamás.

Pero a los ocho días, al anochecer, sonó la campanilla, y Francisco abrió la puerta. Era Luisa, que se arrojó en sus brazos, abandonada completamente. Ya no volvió a negarse ni a resistir.

Por espacio de tres meses fue su querida.

El se iba cansando ya, cuando ella le advirtió que se hallaba embarazada. Francisco se vio desde aquel momento dominado por una idea tenaz: romper sus relaciones a todo trance.

No encontrando motivo ni ocasión oportuna, sin saber cómo resolverse ni qué decir, atormentado por sus inquietudes, por el mielo que le infundía la llegada próxima de una criatura, tomó una resolución suprema y repentina, mudándose de casa, desapareciendo una noche, de pronto, sin dejar dicho adónde iba.

Fue aquello tan inesperado y rudo, que Luisa no trató siquiera de inquirir el paradero de quien de tal modo la abandonaba. Echándose a los pies de su madre, confesó entre sollozos y llanto su desdicha; y algunos meses después tuvo un hijo.

\*\*\*

Pasaban los años. Francisco Tessier envejecía, sin que se hubiera producido el menor cambio en su monótona existencia; continuaba igual que siempre, viviendo como viven los burócratas, adormecidos en su pasiva tranquilidad, sin esperanzas y sin ilusiones. Se levantaba a la misma hora todas las mañanas, recorría las mismas calles, entraba por la misma puerta, guardada por el mismo portero; se dirigía al mismo despacho, se sentaba en el mismo sillón y se ocupaba en el mismo trabajo. Estaba solo en el mundo; completamente solo de día entre sus compañeros, indiferentes; completamente solo de noche en su estancia de solterón. Economizaba mensualmente cien francos para que la vejez no le cogiera desprevenido.

Los días de fiesta solía dar un paseo por los Campos Elíseos para recrearse viendo cómo se luce la sociedad encopetada, viendo trenes costosos y damas hermosas.

Y a la mañana siguiente comunicaba sus impresiones a su compañero de mesa en la oficina, diciéndole:

—Fue un magnífico espectáculo el desfile de coches en la tarde de ayer.

\*\*\*

Pero un domingo, distraídamente, lanzándose por otras calles, fue a parar al parque Monceau. Era una hermosa y nítida mañana de verano.

Las niñeras, las nodrizas y las mamás, sentadas en los bancos de los paseos, veían jugar a los niños, tranquilamente.

De pronto, Francisco Tessier se estremeció. Pasaba una señora llevando cogidos de la mano a un niño de diez años y a una niña de cinco. Era Luisa.

El oficinista continuó su paseo; pero no había dado cien pasos más, cuando tuvo que sentarse, tembloroso, rendido por la emoción. Ella no le había reconocido. A lo lejos la vio sentarse; y se quedó, absorto, contemplándola. El niño, muy juicioso, permanecía junto a la madre, mientras la niña se entretenía haciendo afanosamente montones de arena. Era Luisa; no podía ser otra que Luisa; la reconoció bien, a pesar del cambio de su figura. Tenía el aspecto de una señora grave, prudente y digna, vistiendo con sencillez.

La miraba desde lejos con insistencia, no atreviéndose a acercarse. Cuando el niño volvió la cabeza, Francisco Tessier tembló. Era su hijo, indudablemente. Contemplándolo, creyó reconocerse, creyó revivir en aquella criatura que le recordaba un retrato suyo, una fotografía hecha en su infancia.

Permaneció detrás de un árbol, oculto, aguardando a que la señora se levantase, para seguirla.

No le fue posible dormir aquella noche. Sobre todo, la idea del niño le obsesionaba. ¡Su hijo! ¡Ah! ¡Si hubiese tenido la certeza, el convencimiento absoluto de lo que pensaba! Pero ¿qué hubiera hecho?

Siguiéndola, llegó hasta la casa donde Luisa vivía. Se informó, y supo que su amante se había casado con un vecino, un hombre honrado y serio, de severas costumbres, que se compadeció de aquella desdicha. Un hombre bondadoso, que, perdonando a la infeliz su extravío, prohijó a la criatura.

Y Francisco Tessier fue desde entonces al parque Monceau todos los domingos. Todos los domingos la veía; y al verla se sentía impulsado por un ansia enloquecedora, violenta, irresistible, de levantar a su hijo entre los brazos cubriéndole de besos, y correr, huir con él, robándolo, secuestrándolo.

Padecía espantosamente en su aislamiento miserable de viejo solterón sin afecciones; padecía un suplicio atroz, desgarrado por una ternura paternal amasada con remordimientos, envidia, celos, y con el ansia de amar a la propia descendencia que la Naturaleza puso en las entrañas de todos los seres vivos.

Se decidió al fin a practicar una tentativa desesperada; y acercándose a Luisa un domingo, cuando entraba en el parque, murmuró poniéndose frente a ella, lívido, con los labios temblorosos:

—¿Ya no me conoce usted?

Luisa levantó los ojos, le miró; lanzando un grito de sorpresa y espanto al reconocerle, cogió a los dos niños de la mano, y llevándolos casi a remolque, se fue precipitadamente.

Ya de regreso en su casa, lloró.

\*\*\*

Pasaron algunos meses. Francisco no pudo volver a verla; pero de día y de noche le perturbaba, le devoraba su ternura paternal.

Por una caricia de su hijo hubiera dado la vida, hubiera sido capaz de asesinar, de cometer cualquier exceso, de realizar cualquier trabajo penoso, hubiese desafiado todos los peligros, aventurándose a todas las audacias.

Se decidió a escribirle, y ella no contestó. Después de veinte cartas, comprendiendo que nunca lograría convencerla, puso en práctica una resolución peligrosa, resuelto a recibir un balazo según el giro que tomara el asunto.

Y dirigió al marido de Luisa una esquela, redactada como sigue:

*"Caballero: Mi nombre, que sin duda no ignora usted, debe parecerle molesto y despreciable; acaso le inspire horror.*

*"Pero soy tan desdichado, de tal modo me torturan mis tristezas, que pongo en usted toda mi esperanza.*

*"Me atrevo a suplicarle que me conceda una entrevista de diez minutos.*

*"Le saluda respetuosamente,*

FRANCISCO TESSIER.

No se hizo esperar la respuesta:

*"Caballero: El martes, a las cinco, me tendrá usted a sus órdenes en mi casa."*

\*\*\*

Mientras iba subiendo la escalera, se vio obligado Tessier a pararse varias veces, ahogado por la emoción. Sentía en su pecho un repiqueteo precipitado, como el galopar

de una bestia campestre; un ruido sordo y violento. Apenas respiraba, y para no caerse tuvo que agarrarse bien a la barandilla.

Llamó en el tercer piso. Una criada le abrió la puerta, y Tessier dijo:

—¿El señor Flamel?

—Aquí vive, caballero; pase usted.

La criada le condujo a un salón decentemente amueblado, dejándole allí solo. Aguardaba, sobresaltado, enloquecido, como si presintiera una catástrofe.

Se abrió la puerta y apareció un hombre alto, grueso, tranquilo, grave, que vestía levita negra.

Después de saludarle, inclinando la cabeza, le señaló con la mano una butaca, invitándole a que se sentara.

Francisco Tessier se sentó, y este luego dijo con voz emocionada:

—Caballero... Caballero... Ignoro si conoce usted mi nombre..., si está usted enterado.

—Cualquier explicación sería impropio, caballero. Mi mujer me lo ha dicho todo.

Hablaba con la dignidad propia de un hombre bondadoso que se propone mostrarse algo severo; con la firmeza persuasiva de un hombre honrado.

Francisco Tessier prosiguió:

—Pues bien, caballero, vea usted lo que me sucede: me asesinan el dolor, el remordimiento, la vergüenza. Y quisiera una vez..., una sola vez..., dar un beso..., al niño...

El señor Flamel, acercándose a la chimenea, junto a la cual se hallaba el cordón de la campanilla, en silencio, llamó.

Al presentarse la criada, le dijo:

—Que venga Luisín.

La criada se retiró.

Quedaron los dos hombres frente a frente, silenciosos, porque nada tenían que decirse, aguardando.

Y de pronto, un mozalbete de diez años entró en la sala, corriendo hacia el señor Flamel; pero se detuvo, turbándose, al ver que su papá no estaba solo.

El señor Flamel dijo, acariciando al mozalbete:

—Quiero que le des un beso a este señor.

El niño, sin cortedad alguna, se acercó al desconocido, mirándole confiado, creyéndole tal vez un amigo de la familia.

Francisco Tessier se había puesto en pie. Se le cayó de las manos el sombrero y estuvo a punto de desplomarse: tanta era su emoción contemplando a su hijo.

El señor Flamel, por delicadeza, le volvió la espalda, y acercándose al balcón, fingía distraerse mirando a la calle.

Sorprendió a la criatura el aspecto dolorido y turbado de aquel señor. Cogió el sombrero para dárselo, y entonces Francisco Tessier, oprimiendo a Luisín cariñosamente, le cubrió la cara de besos; le besaba como un desesperado en las mejillas, en la boca, en los ojos, en los cabellos.

El niño, inquieto, volvía la cabeza para evitar aquellas intempestivas manifestaciones afectuosas y levantaba sus manecitas infantiles, defendiéndose contra las caricias voraces de aquel hombre.

Hasta que Francisco Tessier, anonadado, soltándole de pronto, dijo:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se fue huyendo, como huye un criminal.

*Gil Blas*, 20 de noviembre de 1883



## *El padre (II)*

---

*Le père*

Jean de Valnoix es un amigo al que voy a ver de vez en cuando. Vive en una pequeña casa de campo, a orillas de un río, en el bosque. Se había retirado ahí tras haber vivido en París, una vida de loco, durante quince años. De repente se hartó de los placeres, las cenas, los hombres, las mujeres, las cartas, de todo, y se vino a esta finca en la que había nacido.

Somos dos o tres los que vamos a pasar, alguna que otra vez, quince días o tres semanas con él. Desde luego está encantado de volver a vernos cuando llegamos y de volver a encontrarse solo cuando nos vamos.

Fui, pues, a su casa la semana pasada y me recibió con los brazos abiertos. Pasábamos las horas unas veces juntos, otras en solitario. Generalmente, él lee y yo trabajo durante el día; y cada noche hablamos hasta la medianoche.

El martes pasado, tras un día sofocante, estábamos ambos sentados, sobre las nueve de la noche, mirando cómo corría el agua del río a nuestros pies e intercambiando ideas muy vagas sobre las estrellas que se bañaban en la corriente y que parecían nadar delante de nosotros. Intercambiábamos ideas muy vagas, muy confusas, muy breves, ya que nuestras mentes son muy limitadas, muy simples, muy impotentes. Yo me enternecí con el sol que muere en la Osa Mayor. Palidece tanto que sólo se puede ver cuando la noche está clara. Cuando el cielo está un poco nubloso éste, agonizante, desaparece. Pensábamos en los seres que pueblan estos mundos, en sus modales inimaginables, en sus insospechadas facultades, en sus órganos desconocidos, en los animales, en las plantas, en todas las especies, en todos los reinos, en todas las esencias, en todas las materias que el sueño del hombre ni siquiera puede atisbar.

De repente una voz gritó a lo lejos:

—¡Señor, señor!

Jean contestó:

—Estamos aquí, Baptiste.

Y cuando el criado nos encontró, anunció.

—Es la bohemia del Señor.

Mi amigo se echó a reír, con un ataque de risa extraño en él, luego le preguntó:

—¿Estamos, pues, a 19 de julio?

—Claro que sí, Señor.

—Muy bien. Dígale que me espere. Hágala cenar. Volveré a casa en diez minutos.

Cuando el hombre desapareció, mi amigo me cogió del brazo.

—Vamos tranquilamente, te voy a contar esa historia.

“Hace ahora siete años, era el año de mi llegada aquí, salí una noche para dar un paseo por el bosque. Hacía buen tiempo, como hoy, y andaba despacio por debajo de los árboles, contemplando las estrellas a través de las hojas, respirando y bebiendo a pleno pulmón el fresco de la noche y del bosque.

"Acababa de irme de París para siempre. Estaba harto, harto; más asqueado de lo que pudiera expresar por todas esas tonterías, bajezas, perrerías que había visto y en las que había participado durante quince años.

"Fui lejos, muy lejos, por ese bosque profundo, siguiendo un camino vacío que llevaba al pueblo de Crouzille, a quince kilómetros de aquí.

"De repente mi perro, Bock, un pastor alemán grande, que no se separaba nunca de mí, se paró en seco y se puso a gruñir. Pensé que podía ser un zorro, un lobo o un jabalí, y avancé lentamente, de puntillas, para no hacer ruido; pero de repente oí gritos, gritos humanos, quejumbrosos, sofocados, desgarradores.

"Sin duda alguna asesinaban a alguien en el bosquecillo. Me puse a correr, apretando en mi mano derecha un pesado bastón de roble, una auténtica maza.

"Me acercaba a los gemidos que me llegaban ahora más nítidos, más extrañamente sordos. Parecía que salían de una casa, de una choza de carbonero tal vez. Bock, tres pasos delante de mí, corría, se paraba, volvía a irse, muy excitado, siempre gruñendo. De repente otro perro, un perro negro, grande, con ojos de fuego, nos cortó el camino. Veía perfectamente sus colmillos blancos que parecían brillar en su boca.

"Corrí hacia él con el bastón en alto, pero Bock ya le había saltado encima y las dos bestias se revolcaban en el suelo, las bocas cerradas sobre los cuellos. Pasé y por poco tropiezo con un caballo tendido en el camino. Cuando me detuve, muy sorprendido, para examinar al animal, divisé un coche delante de mí, o mejor dicho una casa con ruedas, una de esas casas de saltimbanquis y de feriantes que van a nuestras aldeas de feria en feria.

"Los gritos salían de ahí, horribles, continuos. Como la puerta estaba del otro lado, le di la vuelta a ese cacharro y subí bruscamente tres escalones de madera, dispuesto a precipitarme sobre el malhechor.

"Lo que vi me pareció tan extraño que al principio no entendí nada. Un hombre, de rodillas, parecía rezar, mientras que en la cama que contenía esta caja, algo que me era imposible reconocer, un ser medio desnudo, deformado, torcido, al que no le veía el rostro, se movía, se agitaba y gritaba.

"Era una mujer con dolores de parto.

"En cuanto comprendí el tipo de accidente que provocaba esas quejas, me presenté, y el hombre, una especie de marsellés preso del pánico, me suplicó que lo salvase, que la salvase, prometiéndome con palabras innumerables un reconocimiento increíble. Nunca había visto un parto, socorrido a un ser hembra, mujer, perra o gata, en estas circunstancias, y lo declaré ingenuamente al mirar con asombro lo que gritaba tan fuerte en la cama.

"Luego, cuando recuperé la calma, le pregunté al hombre atemorizado por qué no iba hasta el próximo pueblo. Su caballo al caer en una rodada se debía de haber roto la pierna y ya no podía levantarse.

"—¡Bien!, amigo mío —le dije— somos dos ahora, vamos a arrastrar a su mujer hasta mi casa.

"Pero los aullidos de los perros nos obligaron a salir, y tuvimos que separarlos a bastonazos, a riesgo de matarlos. Luego tuve la idea de atarlos con nosotros, uno a la derecha, el otro a la izquierda de nuestras piernas, para ayudarnos. En diez minutos todo estuvo listo, y el coche se puso en marcha lentamente, sacudiendo en los baches de las profundas rodadas a la pobre mujer con el costado desgarrado.

"¡Qué carretera! Íbamos jadeando, refunfuñando, bañados en sudor, resbalando y cayendo a veces, mientras que nuestros pobres perros respiraban como fraguas en nuestras piernas.

"Necesitamos tres horas para llegar al castillo. Cuando llegamos ante la puerta, los gritos habían cesado en el coche. La madre y el niño se encontraban bien.

"Los acostamos en una buena cama, luego hice que engancharan los caballos para ir a buscar al médico, mientras que el marsellés, tranquilo, consolado, triunfante, comía hasta atragantarse y se embriagaba para celebrar el feliz nacimiento.

"Era una niña.

"Retuve a esta gente ocho días en mi casa. La madre, la señorita Elmire, era una vidente sonámbula que me prometió una vida interminable e infinita felicidad.

"Al año siguiente, el mismo día, cerca del anochecer, el criado que me llamó hace un momento vino a buscarme al fumadero después de cenar y me dijo:

“—Es la bohemia del año pasado que viene darle las gracias al Señor.

"Ordené que la hicieran entrar y me quedé asombrado al divisar a su lado un muchacho alto, gordo y rubio, un hombre del Norte que, tras haberme saludado, tomó la palabra como jefe de la comunidad. Se había enterrado de mi bondad hacia la señorita Elmire y no había querido dejar pasar este aniversario sin mostrarme su agradecimiento y testimoniarme su reconocimiento.

"Les ofrecí de cenar en la cocina y hospitalidad para la noche. Se fueron al día siguiente.

"Ahora bien, la pobre mujer vuelve todos los años, en la misma fecha, con su hija, una chiquilla excepcional, y un nuevo... hombre cada vez... Sólo uno, uno auvernés que me dio muy efusivamente las gracias, apareció dos años seguidos. La niña los llamaba a todos papá, como decimos señor en nuestro pueblo.”

Llegábamos al castillo y divisamos vagamente, delante de la escalinata, tres sombras que nos esperaban.

La más alta dio cuatro pasos, y con un gran saludo:

—Señor conde, hemos venido este día, sabe, a manifestarle nuestro reconocimiento...

¡Era un belga!

Después habló la pequeña, con esa voz afectada y artificial de los niños que recitan un cumplido.

Yo, haciéndome el inocente, me llevé aparte a la señorita Elmire y, tras unas palabras, le pregunté:

—¿Es el padre de su hija?

—¡Oh!, no, señor.

—El padre está muerto.

—¡Oh! No, señor. Aún nos vemos algunas veces. Es gendarme.

—¡Ah! ¿Entonces no era el marsellés, el primero, el del parto?

—¡Oh! No, señor. Ese era un crápula que me robó mis ahorros.

—Y el gendarme, el verdadero padre, ¿conoce a su hija?

—¡Oh! Sí, señor, e incluso le tiene cariño, pero no puede encargarse de ella porque tiene otros hijos, con su mujer.

*Gil Blas*, 26 de julio de 1887

# *El padre de Simón*

---

*Le papa de Simón*

Las doce acababan de sonar. La puerta de la escuela se abrió y los chicos se lanzaron fuera, atropellándose por salir más pronto. Pero no se dispersaron rápidamente, como todos los días, para ir a comer a sus casas; se detuvieron a los pocos pasos, formaron grupos y se pusieron a cuchichear.

Todo porque aquella mañana había asistido por vez primera a clase Simón, el hijo de la Blancota.

Habían oído hablar en sus casas de la Blancota; aunque en público le ponían buena cara, a espaldas de ella hablaban las madres con una especie de compasión desdeñosa, de la que se habían contagiado los hijos sin saber por qué.

A Simón no lo conocían, porque no salía de su casa, y no los acompañaba en sus travesuras por las calles del pueblo, o a orillas del río. No le tenían, pues, simpatía; por eso acogieron con cierto regocijo y una mezcla considerable de asombro, y se la fueron repitiendo, unos a otros, la frase que había dicho cierto muchachote, de catorce a quince años, que debía estar muy enterado, a juzgar por la malicia con que guiñaba el ojo:

—¿No lo sabéis?... Simón... no tiene papá.

Apareció a su vez en el umbral de la puerta de la escuela el hijo de la Blancota. Tendría siete u ocho años. Era paliducho, iba muy limpio, y tenía los modales tímidos, casi torpes.

Regresaba a casa de su madre, pero los grupos de sus camaradas le fueron rodeando y acabaron por encerrarlo en un círculo, sin dejar de cuchichear, mirándolo con ojos maliciosos y crueles de chicos que preparan una barrabasada. Se detuvo, dándoles la cara, sorprendido y embarazado, sin acertar a comprender qué pretendían. Pero el muchacho que había llevado la noticia, orgulloso del éxito conseguido ya, le preguntó:

—Tú, dinos cómo te llamas.

Contestó el interpelado:

—Simón.

—¿Simón qué?

El niño repitió desconcertado:

—Simón.

El mozalbete le gritó:

—La gente suele llamarse Simón y algo más... Eso no es un nombre completo... Simón.

El niño, que estaba apunto de llorar, contestó por tercera vez:

—Me llamo Simón.

Los rapazuelos se echaron a reír, y el mozalbete alzó la voz con acento de triunfo:

—Ya veis que yo estaba en lo cierto y que no tiene padre.

Se hizo un profundo silencio. Aquel hecho extraordinario, imposible, monstruoso —un chico que no tiene papá—, había dejado estupefactos a los chicos. Lo miraban como a un fenómeno, a un ser fuera de lo corriente, y sentían crecer dentro de ellos el desprecio con que sus madres hablaban de la Blancota y que les resultaba inexplicable hasta entonces.

Simón, por su parte, se había apoyado en un árbol para no caer y permanecía sin moverse, como aterrado por un desastre irreparable. Hubiera querido explicarse, pero no

encontraba nada que contestarles para desmentir aquella afirmación horrible de que no tenía papá. Por fin, pálido, les gritó, por contestar algo:

—Sí, lo tengo.

—Dinos dónde está —le preguntó el mayor.

Simón se calló; no lo sabía. Los niños reían, dominados por una gran excitación; eran campesinos, vivían en contacto con los animales, y los aguijoneaba el mismo instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la que sangra. Simón acertó a ver a un chico vecino suyo, hijo de una viuda, al que siempre había visto solo con su madre, lo mismo que él. Y le dijo:

—Y tú tampoco tienes papá.

—Sí que lo tengo —respondió el otro.

—Dinos dónde está —respondió Simón.

El pequeño replicó con magnífico orgullo:

—Se murió. Está en el cementerio.

Corrió entre aquellos tunantuelos un murmullo de aprobación, como si el hecho de tener el padre muerto y en el cementerio hubiese dado talla a su camarada para aplastar a este otro, que no lo tenía en ninguna parte. Y aquellos truhanes, cuyos padres eran, casi todos, malas personas, borrachos, ladrones y brutales con sus mujeres, apretaban más y más el cerco, atropellándose, como si, a fuer de legítimos, hubiesen querido ahogar con una presión común al que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba al lado mismo de Simón, se mofó de él sacándole la lengua y le gritó:

—¡Que no tienes papá! ¡Que no tienes papá! Simón le agarró del pelo con las dos manos y le acribilló a puntapiés las pantorrillas, contestando el otro con un feroz mordisco en un carrillo. Se armó una batahola fenomenal. Separaron a los combatientes y llovieron los golpes sobre Simón, que rodó por el suelo, magullado, con la ropa en jirones, entre el círculo de pilluelos que aplaudían. Se levantó, y cuando se limpiaba maquinalmente su blusilla, sucia de tierra, le gritó uno de los chicos:

—Vete a contárselo a tu papá.

Simón fue presa de profundo descorazonamiento. Eran los más fuertes, le habían pegado, y nada tenía que contestarles, porque se daba buena cuenta de que no tenía papá. El orgullo le hizo luchar por espacio de algunos segundos con las lágrimas que lo agarrotaban. Le acometió un ahogo y rompió a llorar en silencio, con un acompañamiento de profundos sollozos que lo sacudían precipitadamente.

Estalló entre sus enemigos un regocijo feroz, y al igual que hacen los salvajes en sus júbilos terribles, se dieron espontáneamente las manos y se pusieron a bailar en círculo a su alrededor, repitiendo como estribillo: "¡Que no tiene papá! ¡Que no tiene papá!"

De improviso dejó Simón de sollozar. Lo sacó de quicio la ira. Había piedras a sus pies, las cogió y las tiró con todas sus fuerzas contra sus verdugos. Alcanzó a dos o tres, que huyeron llorando; cundió el pánico entre los demás, al ver su aspecto amenazador. Cobardes, como lo es siempre la muchedumbre frente a un hombre exasperado, huyeron a la desbandada.

El pequeño sin padre echó a correr hacia el campo, así que se quedó solo, porque lo asaltó un recuerdo que le impulsó a tomar una gran resolución: ahogarse en el río.

Se había acordado de aquel pobre mendigo que ocho días antes se tiró al agua porque no tenía dinero. Allí estaba Simón cuando sacaron el cadáver; aquel desgraciado, que le había parecido siempre digno de compasión, sucio y feo, le impresionó por el aspecto de tranquilidad que tenía con sus mejillas pálidas, su larga barba impregnada de agua y el mirar sereno de sus ojos abiertos. Alguien de los que estaban allí dijo:

—Está muerto.

Otros agregaron:

—Ahora al menos es feliz.

También Simón quería ahogarse, pues si aquel desdichado no tenía dinero, él no tenía padre.

Llegó hasta muy cerca del agua y se quedó viéndola correr. Jugeteaban rápidos algunos peces en la corriente limpia; de cuando en cuando daban un saltito y atrapaban alguna mosca que revoloteaba en la superficie del agua. Dejó de llorar y se quedó mirándolos, atraído con aquellas maniobras. Sin embargo, lo mismo que en las calmas momentáneas de una tempestad cruzan de improviso fuertes ráfagas de viento que hacen crujir los árboles a su paso y van a perderse en el horizonte, así también surgía de cuando en cuando en la cabeza del niño un pensamiento que le producía vivo dolor: "Voy a ahogarme, porque no tengo papá".

Hacía buen tiempo y mucho calor. La caricia del sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Simón pasaba por instantes de arrobamiento, de una languidez que suele seguir a las lágrimas, y entonces le entraban muchas ganas de echarse a dormir sobre la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó en el suelo junto a sus pies. Se inclinó a cogerla. Se le escapó. Insistió en perseguirla y ella le esquivó tres veces seguidas. Logró al fin atraparla de la extremidad de sus patas posteriores, y se echó a reír viendo los esfuerzos que el animalito hacía para escapar. Recogíase sobre sus largas patas y las alargaba de pronto con un esfuerzo brusco, poniéndolas rígidas como el hierro; mientras tanto, hinchaba su ojo redondo encerrado en un círculo de oro y manoteaba con sus dos patitas delanteras. Le hizo recordar a un juguete de listas de madera clavadas en zigzag unas con otras, con soldaditos sujetos encima y que se movían como un desfile por un movimiento parecido al de la rana. Esto lo llevó a pensar en su casa y en su madre; le acometió una gran tristeza y rompió de nuevo a llorar. Sentía escalofríos en sus brazos y piernas; se puso de rodillas y rezó sus oraciones como antes de acostarse. No pudo acabarlas, porque le volvió a dominar un acceso de sollozos, tan acelerados, tan tumultuosos, que lo sacudían de arriba abajo. Ya no pensaba; ya no veía nada de cuanto le rodeaba, entregado por completo a su llanto.

Una manaza se apoyó de improviso en su hombro, y una voz ronca le preguntó:

—Vamos a ver, hombrecito, ¿qué es lo que te aflige tanto?

Simón se volvió. Un trabajador fornido, de barba y cabellos negros muy rizados, lo contemplaba con cara bondadosa. Le contestó con los ojos y la voz cuajados de lágrimas:

—Me han pegado los otros chicos... porque yo..., yo... no tengo... papá, no tengo... papá.

—¿Cómo puede ser eso? Todos tenemos un papá —le contestó el otro, sonriente.

El niño repitió a duras penas, en medio de los espasmos de su dolor:

—Yo..., yo... no lo tengo.

El trabajador se puso serio; había caído en la cuenta de que aquél era el hijo de la Blancota, y aunque forastero, conocía vagamente su historia.

—Ea, pequeño, consuélate, y vamos a tu casa. Ya te buscaremos un papá.

Echaron a andar, el niño de la mano del hombre, y éste, sonriéndose de nuevo, porque no le disgustaba el ver a aquella Blancota, de la que se decía que era una de las muchachas más guapas de la región. Allá en el fondo de sus pensamientos, quizá se decía que quien había caído una vez tal vez caería otra.

Llegaron delante de una casita blanca, muy limpia.

—Aquí es —dijo el niño; y luego gritó—: ¡Mamá! Apareció una mujer, y el trabajador ya no siguió sonriendo, porque comprendió de golpe que no estaba para que

nadie jugase con ella la buena moza de pálida cara que se había quedado en la puerta con expresión severa, como para impedir el acceso de un hombre a la casa en que ya otro la había traicionado. Se quitó la gorra con cortedad y balbució:

—Mire, señora, le traigo a su pequeño, que andaba perdido por el río.

Pero Simón saltó al cuello de su madre y le dijo con un nuevo acceso de llanto:

—No es verdad, mamá. Yo he querido ahogarme en el río, porque los otros chicos me han pegado..., me han pegado... porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba, y besó, traspasada de dolor, a su hijo, mientras corrían rápidas por su rostro las lágrimas. El hombre permaneció allí conmovido, no acertando a despedirse. Simón corrió de pronto hacia él y le dijo:

—¿Quiere usted ser mi papá?

Hubo un momento de profundo silencio. La Blancota, muda y torturada por el bochorno, con las dos manos sobre el corazón, se apoyaba en la pared. El niño, viendo que no había contestado a su pregunta, insistió:

—Si no quiere usted serlo, volveré para tirarme al río. El trabajador lo echó a broma y contestó riendo:

—¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer?

—Dime cómo te llamas —suplicó entonces el niño— para que pueda contestarles cuando quieran saber tu nombre.

—Me llamo Felipe —contestó el trabajador.

Simón estuvo pensativo un momento, como grabando bien aquel nombre en su memoria, y luego le tendió los brazos, sin rastro de aflicción, diciéndole:

—Pues bien, Felipe: tú eres mi papá.

Felipe lo alzó en vilo, lo besó bruscamente en los dos carrillos y salió como huyendo, a grandes zancadas.

Risas malignas acogieron al chico cuando, al día siguiente, entró en la escuela. A la salida quiso el mozalbete volver a empezar; pero Simón le lanzó al rostro, como una pedrada, estas palabras:

—Se llama Felipe, para que lo sepas, mi papá. Estallaron a su alrededor alaridos de regocijo:

—¿Felipe qué...? ¿Felipe cómo?... ¿Qué significa eso de Felipe?... ¿Adónde has ido a sacarlo a ese Felipe?

Simón no contestó, pero su fe era inquebrantable, y los desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir. El maestro le sacó de aquel trance y el chico regresó a su casa.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales el fornido obrero Felipe pasó con frecuencia cerca de la casa de la Blancota. Algunas veces hasta se lanzó a dirigirle la palabra al verla cosiendo junto a la ventana. Ella le contestaba cortésmente, sin salir de su seriedad, ni reír con él, y jamás le dio entrada en casa. Sin embargo, un poco fatuo, como todos los hombres, llegó a imaginarse que cuando hablaban, ruborizábase ella con más frecuencia y mayor intensidad que de costumbre.

Pero es tan difícil rehacer la buena reputación perdida y tan expuesta queda a todos los ataques, que a pesar de la reserva suspicaz de la Blancota, ya se hablaba de ello en el pueblo.

Simón estaba encantado con su nuevo papá, y se paseaba con él todas las tardes, una vez que salía del trabajo. No faltaba nunca a la escuela, y pasaba por entre sus camaradas muy digno, sin contestarles nunca.

Hasta que cierto día le dijo el mozalbete que había sido el primero en meterse con él:

—Nos has mentido, porque no es cierto que tengas un papá que se llama Felipe.

—¿Que no lo tengo? —contestó Simón, muy emocionado. El mozalbete se frotaba las manos, y siguió diciendo:

—No, porque si lo tuvieses sería el marido de tu mamá.

Simón se quedó desconcertado con la exactitud de aquel razonamiento. Pero, no obstante, replicó:

—Pues, con todo y eso, es mi papá. El otro le dijo entonces con sorna:

—Puede que sí; pero sólo es un papá a medias. El hijo de la Blancota bajó la cabeza y se alejó meditabundo en dirección a la herrería del tío Loizón, en la que trabajaba Felipe.

Se hallaba la herrería como sepultada debajo de los árboles. Su interior era lóbrego, sin más luz que el rojo resplandor de una hoguera formidable que se proyectaba con viveza sobre los brazos desnudos de cinco herreros que caían sobre los yunques con terrible estrépito. En pie, abrasándose como demonios, no apartaban la vista del hierro que sufría sus martirios, y su pensamiento se alzaba y caía pegado a sus martillos.

Simón penetró sin ser visto por nadie y tiró de la manga a su amigo. Este se volvió. Los hombres interrumpieron de golpe la tarea y se quedaron mirando, muy atentos. Y en el silencio, tan extraño en aquel sitio, resonó la vocecita débil de Simón:

—Oye, Felipe, el muchacho de la tía Medialumbre acaba de decirme que tú no eres mi papá más que a medias.

—¿Y en qué se funda? —preguntó el obrero.

El chico respondió con absoluta ingenuidad:

—Dice que no eres el marido de mamá.

A nadie se le ocurrió reírse. Descansando su frente sobre el reverso de sus manazas, que se apoyaban en la cabeza del astil del martillo, tieso encima del yunque, Felipe reflexionaba. Sus cuatro compañeros tenían clavadas en él sus miradas, y Simón, minúsculo entre aquellos gigantones, esperaba con ansiedad. Uno de los herreros, como respondiendo al pensamiento de todos, dijo de pronto a Felipe:

—Después de todo, la Blancota es una chica buena y cabal, seria y valerosa, a pesar de su desgracia. Ningún hombre honrado tendría por qué avergonzarse de ser su marido.

—Esa es la pura verdad —dijeron los otros tres. El primero siguió diciendo:

—¿Se le puede echar en cara a la chica su caída? Se comprometió a casarse con ella. Más de una conozco yo que hizo otro tanto y que hoy vive respetada por todos.

—Esa es la pura verdad —contestaron a coro los tres.

Y el otro prosiguió:

—Sólo Dios sabe las fatigas que ha pasado la pobre para sacar adelante a su chico sin ayuda alguna y lo que ha llorado desde que no sale de casa si no es para ir a la iglesia.

—Eso también es la pura verdad.

Durante unos momentos no se oyó más que el soplido del fuelle que avivaba la fragua. Felipe se inclinó bruscamente hacia Simón:

—Ve y dile a tu mamá que al anochecer iré a hablar con ella.

Cogió al chico por los hombros y le empujó hacia afuera.

Reanudó su tarea, y los cinco martillos cayeron de golpe sobre los yunques. No dejaron de batir el hierro hasta la noche, sólidos, potentes, alegres, como martillos satisfechos. Pero al igual que la campana mayor destaca sobre las más chicas, cuando repican en los días festivos, así el martillo de Felipe, sobresaliendo por encima del estrépito de los demás, caía acompasado, con un ruido ensordecedor. En pie entre el chisporroteo, rebrillándole los ojos, forjaba Felipe apasionadamente.



El cielo estaba cuajado de estrellas cuando llamó a la puerta de la Blancota. Vestía su chaqueta dominguera, camisa nueva y se había hecho arreglar la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con tono dolorido:

—Ha hecho usted mal, don Felipe, en venir tan tarde.

Fue a responder, salieron de su boca unos balbuceos y se quedó ante ella desconcertado.

La joven siguió diciendo:

—Ya se dará usted cuenta de que es preciso evitar que sigan hablando de mí.

Felipe soltó de golpe:

—¿Tiene eso importancia si usted consiente en ser mi mujer?

Nadie le contestó, pero creyó percibir en la oscuridad de la habitación un ruido, como un cuerpo que se desplomaba. Se precipitó dentro; Simón, que estaba acostado, creyó distinguir el chasquido de un beso y el susurro de unas frases que pronunciaba su madre. De pronto, se sintió levantado en vilo por las manos de su amigo, y éste, sosteniéndolo en alto con sus brazos estirados, le gritó:

—Les dices a tus camaradas que tu papá es Felipe Remy, el herrero, y que iré a tirarle de las orejas a cualquiera que te maltrate.

Al siguiente día, con la escuela de bote en bote, y a punto de empezar la clase, el pequeño Simón se irguió, muy pálido, con labios trémulos, y les dijo con voz muy clara:

—Mi papá es Felipe Remy, el herrero, y tened por seguro que a cualquiera que me maltrate le tirará de las orejas.

En esta ocasión ya no se rió nadie, porque conocían muy bien a Felipe Remy, el herrero: un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.

*La Reforme politique e littéraire*, 1 de diciembre de 1879

## *Palabras de amor*

---

*Mots d'amour*

Domingo, "Mi hermoso gallo querido: Tú no me escribes, yo no te veo y tú no vienes nunca. ¿Has dejado de quererme, acaso? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho? ¡Dímelo, te lo suplico, mi querido amor! ¡Yo te quiero tanto, tanto y tanto! Quisiera tenerte siempre junto a mí y besarte todo el día dándote, ¡oh corazón mío, mi gato querido!, todos los nombres que se me ocurriesen. ¡Te adoro, te adoro, te adoro, oh hermoso gallo mío!. Tu pichona, Sophie."

"Lunes.

"Querida mía: Tú no comprenderás absolutamente nada de lo que voy a decirte. Pero no importa. Si mi carta cae, por azar, en las manos de cualquier otra mujer, acaso le sea provechoso.

"Si hubieses sido sorda y muda, te habría querido, sin duda, mucho, mucho tiempo. La desgracia proviene de lo que hablas; he ahí todo. Un poeta ha dicho:

*Tú no has sido otra cosa, en bien escasos días,  
que un trivial violín bajo el arco de mi amor;  
y cual viento que en el bosque toca bajos de guitarra,  
yo he cantado mi ensueño a tu vacío corazón*

"En amor, como ves, se hace siempre cantar a los sueños; pero para que los sueños canten, es preciso no interrumpirlos. Pues bien, cuando se habla entre dos besos, se interrumpe siempre el ensueño que une a las almas, a menos de decir palabras sublimes; y las palabras sublimes no nacen en las cabecitas de las muchachas encantadoras.

"No comprendes nada, ¿verdad? Mucho mejor. Continúa. Tú eres seguramente una de las más deliciosas, una de las más adorables mujeres que haya conocido jamás.

"¿Acaso hay sobre la tierra unos ojos que contengan más sueños que los tuyos, más promesas desconocidas, más infinito amor? No lo creo. Y cuando tu boca sonríe con sus labios rechonchos luciendo tus maravillosos dientes, parece que va a salir de esa boca encantadora una música inefable, algo inverosímilmente delicado, tan dulce, que va a hacer sollozar.

"Pero entonces tú me dices tranquilamente: "Mi conejo adorado." Y me parece de repente que entro en tu cabeza, que voy a hacer funcionar a tu alma, a tu almita de mujercita encantadora y bonita pero..., y eso me disgusta, ¿sabes?, me disgusta mucho. Preferiría no verte.

"Continúa sin comprender nada en absoluto, ¿verdad? Contaba con ello.

"¿Te acuerdas de la primera vez que viniste a mi casa? Entraste de improviso con un olor a violetas oculto en tus vestidos; nos contemplamos mucho tiempo sin decir una palabra, después nos besamos como locos, después..., después, basta el día siguiente, no hablamos nada.

"Pero cuando nos separamos, nos temblaban las manos y los ojos se decían cosas, unas cosas..., que no se pueden expresar en ninguna lengua. Al menos, así lo creo yo. Y muy bajito, al dejarme, murmuraste: "¡Hasta pronto!" Eso es todo lo que dijiste; y no te imaginarás nunca qué lleno de ensueños me dejabas, todo lo que entreveía, todo lo que creía adivinar en tu pensamiento.

"¿Ves, niñita mía? Para los hombres que no viven sólo su lado animal, para los hombres un poco refinados, un poco superiores, el amor es un instrumento tan

complicado que la cosa más insignificante lo echa a perder. Vosotras, las mujeres, no os dais cuenta jamás de lo ridículo de ciertas cosas cuando amáis, y de lo grotesco de algunas expresiones que se os escapan.

"¿Por qué una palabra cabal en la boca de una mujercita morena, es soberanamente falsa y cómica en la de una mujer alta y rubia? ¿Por qué el gesto zalamero de una está fuera de lugar en la otra? ¿Por qué ciertas caricias encantadoras de aquélla son desagradables en ésta? ¿Por qué? Porque hay en todo, pero más especialmente en el amor, una perfecta armonía, una concordancia absoluta del gesto, de la voz, de la palabra, y de la expresión de la ternura con la persona que actúa, habla y se expresa; con su edad, con el grosor de su cintura, el color de sus cabellos y la fisonomía de su belleza.

"Una mujer de treinta y cinco años, en la edad de las grandes pasiones, que conservase simplemente una insignificancia de la afectación cariñosa del amor de sus veinte años, que no comprendiese que debe expresarse de otra manera, besar de otra forma, que debe ser una Didon y no ya una Juliette, inspiraría hastío infaliblemente a nueve de cada diez amantes, aunque no se diese cuenta de las razones de su alejamiento.

¿Comprendes? ¡No! (Ya lo esperaba.)

"El día en que abriste el grifo de tus ternuras, te acabaste para mí, amiga mía.

"Algunas veces nos besábamos durante cinco minutos, en un solo beso interminable, pasional, en uno de esos besos que hacen cerrar los ojos, como si pudiera escaparse por la mirada, como para conservarlos más enteros en el alma entenebrecida que ellos desgarran. Después, cuando separábamos los labios, me decías riendo, con una risa clara: "¡Qué bueno es, perrito mío! Entonces te hubiese pegado.

"Pues me has dado sucesivamente todos los nombres de animales y legumbres que has encontrado sin duda en la Cocinera burguesa, el Perfecto jardinero y los Elementos de historia natural para uso de las clases inferiores. Pero eso no es nada aún.

"La caricia de amor es brutal, bestial, y más cuando se piensa así. Musset dijo:

""Recuerdo todavía esos espasmos terribles, los besos profundos y los músculos ardientes, Con todo el ser absorto y apretando los dientes. Si esos momentos no son divinos, son horribles."

"¡O quizá grotescos! ¡Oh mi niña mala!, ¿qué genio burlón, qué espíritu perverso te podía, pues, inspirar tus palabras... al acabar de besarnos?

"Las he coleccionado, pero, por amor a ti, no te las repetiré.

"Y, además, tú carecías realmente de conversación, y siempre encontrabas medio de soltar un "¡Te quiero!" exaltado en ocasiones tan singulares, que tenía que reprimir unas ganas locas de echarme a reír. Hay momentos en que esa frase "¡Te quiero!" está tan fuera de lugar que, entérate bien, es inconcebible.

"Pero tú no me comprendes.

"Muchas mujeres tampoco me comprenderán y me juzgarán estúpido. Me importa poco, por lo demás. Los hambrientos comen como glotones, pero los espíritus delicados se hastían y tienen a menudo, por bien poca cosa, invencibles repugnancias. Ocurre en el amor como en la cama.

"Lo que yo no comprendo es cómo algunas mujeres que conocen tan bien la irresistible seducción de las medias de seda finas y bordadas, y el encanto exquisito de los matices, y el embrujamiento de los preciosos encajes ocultos en la profundidad de las ropas íntimas, y el perturbador sabor del lujo secreto, de los bajos finísimos, de todas las sutiles delicadezas de las elegancias femeninas, no comprenden nunca el irresistible disgusto que nos inspiran las palabras fuera de propósito o neciamente tiernas.

"Una palabra brutal, a veces, causa maravilla, excita la carne, hace brincar de gozo el corazón. Esas palabras están permitidas en las horas de combate. ¿No es sublime la de Cambonne? Nada de lo que se dice a tiempo molesta. Pero también hay que saber callar, y evitar en ciertos momentos las frases a lo Paul de Kock "Y te beso apasionadamente, con la condición de que no digas nada, René."

*Gil Blas*, 2 de febrero de 1882

# *Pan maldito*

---

*Le pain maudit*

*A Henry Brainne.*

## I

El tío Taille tenía tres hijas: Anna, la mayor, de quien apenas se hablaba en la familia; Rose, la mediana, que tenía ahora dieciocho años, y Claire, la más pequeña, todavía una chiquilla, que acaba de cumplir sus quince primaveras.

El tío Taille se había quedado viudo, y era maestro mecánico de la fábrica de botones de monsieur Lebrument. Era un hombre honrado, muy considerado, diestro y comedido, una especie de obrero modelo. Vivía en la calle de Angouleme, en Le Havre.

Cuando Anna se fugó de casa, el viejo se encolerizó de una manera espantosa, y amenazó con matar al seductor, un joven inexperto que era jefe de sección de un gran almacén de novedades de la ciudad. Después se había enterado por diversos conductores que su hija se arreglaba bien, que tenía dinero en obligaciones del estado, que no pindongueaba por las calles, pues se había liado con un hombre de edad, un juez del tribunal de comercio monsieur Dubois, y se habla calmado.

Se preocupaba de todo lo que ella hacía; pedía informes sobre su casa a sus antiguas amigas que habían ido a verla; y cuando le aseguraban que tenía sus muebles y un montón de vasos de color en las repisas de las chimeneas, cuadros colgados en las paredes, péndulos dorados y tapices por todas las partes, una leve sonrisa de contento se esbozaba en sus labios. ¡Treinta años llevaba él trabajando para reunir unos cinco o seis mil miserables francos! Su hija no era tonta, después de todo.

Pues bien, una mañana aconteció que Touchard hijo, cuyo padre era el tonelero que vivía al final de la calle, vino a pedirle la mano de Rosa, su segunda hija. El corazón del viejo empezó a latir aceleradamente. Los Touchard eran ricos y estaban bien situados; decididamente, tenía suerte con sus hijas.

Fue acordada la boda, y resolvieron que sería de importancia. Se celebraría en Sainte-Adresse, en el restaurante de la tía Jusa. Costaría muy caro, eso sí, pero por una vez quién lo iba a saber.

Pero un día, cuando el viejo regresaba de casa para comer, en el momento en que se sentaba a la mesa con sus dos hijas, la puerta se abrió bruscamente y apareció Anna. Venía elegantemente vestida, con sortijas y un sombrero de plumas. Estaba hermosa como un sol con todo eso. Saltó al cuello de su padre, que ni siquiera tuvo tiempo de decir "uf", y se arrojó llorando en los brazos de sus dos hermanas, y luego se sentó enjugándose las lágrimas, y pidió un plato para tomar la sopa con la familia. Esta vez, el tío Taille se enterneció y lloró a su vez, y repetía muy frecuentemente:

—Esto está bien, pequeña, esto está bien.

Entonces ella dijo en seguida a lo que había ido. No quería que la boda de Rose se hiciese en Sainte-Adresse; no, no quería que se hiciese allí. Se haría en su casa, y así la boda no le costaría nada al padre. Ya había tomado sus disposiciones, había arreglado todo y ya estaba todo listo. ¡Ella se encargaría de todo, ya está!

—Está bien, pequeña, está bien —repetía el viejo—. Pero de pronto se le ocurrió un escrúpulo. ¿Consentirían los Touchard? Rosa, la novia, sorprendida, preguntó:

—¿Y por qué no van a querer? Déjame a mí, yo me encargo de esto, voy a hablar con Philippe.

Y, en efecto, habló con su pretendiente aquel mismo día. Philippe declaró que le parecía perfectamente. Los padres Touchard quedaron también encantados de hacer una buena boda sin que costase nada. Y decían:

—Así estará muy bien seguramente, ya que el señor Dubois nada en oro.

Solamente pidieron permiso para invitar a una amiga, a mademoiselle Florence, la cocinera del primer piso. Anna consintió en todo.

El casamiento se fijó para el último martes del mes.

## II

Después de la formalidad en la alcaldía y de la ceremonia religiosa, la boda se dirigió hacia la casa de Anna. Los Taille habían invitado, por parte suya, a un primo, ya anciano, monsieur Sauvetanin, hombre de reflexiones filosóficas, ceremonioso y afectado, de quien esperaban heredar, y a una tía, también anciana, madame Lamondois.

Sauvetanin había sido designado para ofrecer su brazo a Anna. Se los había acoplado destacadamente, pues se los consideraban las personas más importantes y distinguidas de la reunión.

En cuanto llegaron a la puerta de la casa de Anna, ésta abandonó inmediatamente a su caballero y se adelantó corriendo, mientras decía:

—Voy a enseñaros el camino.

Subió corriendo la escalera, en tanto que el cortejo de los invitados seguía detrás, más despacio.

Una vez que la joven abrió su casa, se apartó un poco para dejar pasar a la gente que desfilaba ante ella volviendo la cabeza y los ojos hacia todos los lados para ver ese lujo misterioso.

La mesa se había puesto en el salón, pues se había juzgado que el comedor resultaba demasiado pequeño. Un restaurante próximo había servido los cubiertos, y las botellas de vino brillaban bajo los rayos del sol que entraban por una ventana.

Las señoras entraron en el dormitorio para desembarazarse de sus chales y de sus sombreros, y el tío Touchard, de pie ante la puerta, guiñaba un ojo mirando hacia la cama, baja y ancha, al tiempo que, dirigiéndose a los hombres, hacía gestos guasones y cariñosos. El tío Haille, muy digno, contemplaba con orgullo íntimo el mobiliario suntuoso de su hija, iba de habitación en habitación, y, llevando siempre el sombrero en la mano, inventariaba los objetos con una mirada de comerciante, a la manera de un sacristán en la iglesia.

Anna iba y venía, corría, daba órdenes y se apresuraba para que estuviese lista en seguida la comida.

Por fin, apareció en el umbral del comedor desalojado de muebles, y exclamó:

— ¡Venid todos por aquí un momento!

Los doce invitados se apresuraron a entrar y vieron doce vasos de vino Madeira, puestos en corona, sobre un velador.

Rose y su marido se abrazaban y besaban ya por los rincones. Sauvetanin no quitaba ojo a Anna, acosado sin duda por ese ardor, por esa espera que agita a los hombres, aunque sean viejos y feos, cuando están junto a mujeres galantes, como si debiesen por oficio, por obligación profesional un poco de sí misma a todos los varones.

Luego se sentaron a la mesa y comenzó la comida. Los padres ocupaban una punta de la mesa, y los jóvenes la otra. Madame Touchard presidía a la derecha, y la recién casada presidía a la izquierda. Anna se ocupaba de todos y de cada uno, y vigilaba para que vasos y platos estuviesen siempre llenos. Un embarazo respetuoso, y cierto apocamiento ante la riqueza de la sala y solemnidad del servicio, paralizaban a los invitados. Se comía bien y de lo bueno, pero no se bromeaba como debe bromearse en

las bodas. Se sentía en una atmósfera demasiado distinguida, y eso molestaba. Madame Touchard, que era muy bromista, intentó animar la situación; y al llegar a los postres, gritó:

—¡Vamos, Philippe, cántanos algo!—pues su hijo pasaba, en su calle, por tener una de las voces más bonitas del Havre.

El novio se levantó en seguida, sonrió y, volviéndose hacia su cuñada, por educación y por galantería, buscó algo apropiado, serio, algo que juzgase conveniente y en armonía con la gravedad de la comida.

Anna adoptó un aire de contento y se recostó en su silla para escuchar. Todos los rostros se mostraron atentos y vagamente sonrientes.

El cantor anunció "El pan maldito", y echando el brazo derecho alrededor de su cuerpo, por lo que le sobresalía el frac un poco sobre el cuello, comenzó:

*Hay, sí, un pan bendito que la tierra, huraña,  
cede si se le arranca con brazo victorioso.  
Es el pan del trabajo; el que el hombre honrado  
lleva a sus hijos todos los días, tan gozoso.  
Pero hay otro pan, de aspecto tentador,  
pan maldito que el diablo sembró para el mal.  
¡Hijos, no lo toquéis, porque es el pan del vicio!  
¡Guardaos, hijos míos, de tocar ese pan!*

Toda la reunión aplaudió con frenesí. El tío Touchard declaró:

—¡Ahí queda eso!

La cocinera invitada rodeó con la mano un picatoste que estaba mirando con enternecimiento. Sauvetanin murmuró:

—¡Muy bien!

Y la tía Lamondoís se enjugó las lágrimas. con su servilleta.

El novio anunció:

—Segunda canción —y se lanzó con una energía cada vez mayor—:

*Respetar al pobre que, bajo el peso de los años,  
nos implora, al pasar a nuestro lado, su pan.  
Mas despreciemos a quien deserta del trabajo  
y, estando sano y fuerte, se atreve a mendigar.  
Los que así mendigan, roban a la vejez  
y al obrero encorvado de tanto trabajar.  
¡Afrenta a quien vive del pan de la pereza!  
¡Guardaos, hijos míos, de tocar ese pan!*

Todos, incluso los dos camareros que permanecían de pie, apoyados contra la pared, corearon el estribillo. Las voces falsas y agudas de las mujeres desentonaban con las voces graves de los hombres.

La tía y la novia lloraban a lágrima viva. El tío Taille se sonaba con un ruido de trombón, y el tío Touchard enloquecido blandía un pan entero alargando el brazo hasta el centro de la mesa. La cocinera dejaba caer silenciosamente unas lágrimas sobre su picatoste, que continuaba manoseando.

Sauvetanin, en medio de la emoción general, dijo:

—He aquí cosas sanas, bien diferentes de las chocarrerías.

Anna, conmovida también, enviaba besos a su hermana y le mostraba con un gesto amistoso a su marido, como para felicitarla.

El novio embriagado por al éxito, continuó:

*Encerrada en tu humilde hogar, gentil obrera,  
pareces escuchar la voz del tentador.  
¡Bah, créeme, pobre niña, no abandones tu aguja!  
Tus padres sólo en ti tienen su felicidad.  
¿Encontrarás encanto en un lujo vergonzoso  
cuando a ti te maldiga tu padre al expirar?  
El pan del deshonor se amasa con tristes lágrimas.  
¡Guardaos, hijos míos, de tocar ese pan!*

Únicamente los sirvientes y el tío Touchard repitieron el estribillo. Anna, completamente pálida, bajó los ojos. El novio, cortado, miraba en torno suyo sin comprender la causa de aquella frialdad súbita. La cocinera dejó de repente su picatoste como si estuviese envenenado.

Sauvetanin declaró gravemente, para salvar la situación:

—La última canción está de sobra.

El tío Taille, rojo hasta las orejas, lanzaba miradas furiosas a su alrededor.

Entonces Anna, que tenía los ojos llenos de lágrimas, dijo con voz empañada, con voz de mujer que está llorando:

—Traigan el champaña.

En seguida la alegría reinó de nuevo entre los invitados, cuyas caras se volvieron resplandecientes. Y como el tío Touchard, que no había visto, ni oído, ni comprendido nada, seguía blandiendo su pan y cantando solo, mientras se lo mostraba a los invitados:

*¡Hijos míos, guardaos de tocar ese pan!,*

toda la boda, electrizada al ver aparecer las botellas sin descorchar y con sus envolturas de plata, reanudó con un ruido de trueno:

*¡Hijos míos, guardaos de tocar ese pan!*

*Gil Blas, 29 de mayo de 1883*



# *El paraguas*

---

*Le parapluie*

La señora de Oseille era muy económica. Sabía lo que vale un duro y conocía un sinfín de severos principios acerca de la multiplicación del dinero. A su criada le costaba mucho trabajo poderle sisar alguna cosa, y el señor Oseille, sólo con grandes apuros obtenía el dinero necesario para sus gastos particulares. Sin embargo, vivían satisfechos, y sin hijos. Para la señora de Oseille era un verdadero disgusto ver salir las monedas de su casa. Se le desgarraba el corazón cada vez que tenía necesidad de hacer un gasto de alguna importancia, aunque indispensable, y dormía muy mal a la noche siguiente.

Oseille repetía sin cesar a su mujer:

—Deberías ser más espléndida, puesto que nunca gastamos el total de la renta.

—No se sabe lo que puede suceder —respondía la señora—. Más vale que sobre, que no que falte.

Era una mujercita de unos cuarenta años, viva, arrugada, limpia y fácilmente irritable.

Su marido solía quejarse de las privaciones que su mujer le hacía sufrir, algunas de las cuales atacaban principalmente a su vanidad.

Oseille desempeñaba un destino en el Ministerio de la Guerra, únicamente para obedecerla y aumentar los ingresos de la casa. Pues bien: durante dos años había ido a la oficina con el misio paraguas viejo y remendado, siendo el hazmerreír de sus compañeros. Hasta que harto ya de tantas burlas, exigió a su esposa que le comprase otro paraguas. Ella entonces adquirió uno de ocho francos y medio, artículo de reclamo de un almacén, que se había prodigado a millares por todo París, y los compañeros de su marido reanudaron sus bromas, con las que Oseille sufría horriblemente. El paraguas, que nada valía, a los tres meses estaba en un estado lastimoso, y la guasa se hizo general en el Ministerio. Hasta compusieron una canción alusiva, que se oía desde la mañana a la noche en todos los negociados.

Oseille, exasperado, ordenó a su mujer que le comprase otro paraguas de seda, cuyo precio no bajara de veinte francos, y exigiéndole una factura justificativa.

Compró uno de dieciocho francos, y, roja de cólera, le declaró a su esposo:

—Aquí tienes uno para cinco años, lo menos.

Oseille alcanzó en la oficina un verdadero triunfo.

Cuando regresó por la noche a su casa, su mujer, dirigiendo una mirada inquieta al paraguas, le dijo:

—No debes dejarle doblado, porque se abre la seda. Ya puedes cuidarlo, pues no pienso comprarte otro en mucho tiempo.

Lo cogió, y desdoblándolo con cuidado, lo sacudió, pero, de pronto, se quedó estupefacta. Acababa de ver en la tela del paraguas un agujero redondo, del tamaño de un céntimo. Era una quemadura de cigarro.

—¿Qué es esto?—le preguntó.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir? —contestó tranquilamente su marido sin mirarla.

La cólera la ahogaba; no podía articular ni una palabra.

—¡Has..., has..., has quemado el paraguas! ¡Pero... estás loco! ¡Quieres arruinarnos!

—¿Qué dices?—exclamó su marido, volviéndose y sintiéndose palidecer.

—Digo que has quemado el paraguas... Mira.

Y abalanzándose hacia él como para pegarle, le puso bajo las narices la quemadura circular.

Se quedó atontado ante aquella señal, murmurando:

—Pero... ¿pero qué es esto? ¡Yo no lo sé, nada hice, te lo juro! ¡Yo no sé qué tiene este paraguas!

Pero ella gritaba sin oírle:

—Apostaría a que has hecho alguna estupidez con el paraguas en la oficina, alguna payasada; lo habrás abierto para enseñarlo.

—Sólo una vez lo he abierto para enseñarlo, para que lo vieses todos. Nada más, te lo juro.—contestaba él.

Pero ella, loca de furor, le dio un escándalo de esos que hacen el hogar familiar, para un hombre pacífico, más temible que un campo de batalla donde llueven las balas.

Su mujer se lo arregló, remendando el agujerito con un pedazo de la tela del paraguas viejo, que era del mismo color, y al día siguiente Oreille salió de su casa con el artefacto compuesto y con aspecto humilde.

Lo dejó en su armario y no pensó en él más que como se piensa en un recuerdo desagradable.

Pero por la noche, apenas hubo entrado en su casa, su mujer, quitándole el paraguas de entre las manos, lo abrió para enterarse de su estado; y se quedó atónita ante un desastre irreparable. Estaba acribillado de agujeritos procedentes, indudablemente, de quemaduras, como si hubieran sacudido sobre la tela del paraguas la ceniza de una pipa en encendida. Estaba perdido, perdido sin remedio.

Contemplaba estos desperfectos sin decir una palabra, pues su excesiva indignación no la permitía articular ningún sonido. También él, examinando aquellos estragos, permanecía sobrecogido, consternado, estúpido.

Luego se miraron; él bajó los ojos; después recibió en el rostro el objeto estropeado; y al fin ella recobrando la voz, en un acceso de furia, gritó:

—¡Ah! ¡Canalla, canalla! ¡Lo has hecho a propósito! ¡Pero ya me las pagarás! No tendrás otro en toda tu vida!..

Y el escándalo se reanudó. Después de una hora de borrasca, el marido pudo al fin explicarse. Juró que no comprendía lo que pasaba, que sólo podía achacarlo a una mala intención o a una venganza.

Un campanillazo vino a salvarle.

Era un amigo que cenaba con ellos aquella noche.

La señora de Oreille le expuso el caso. Pero respecto a la compra de un nuevo paraguas no había ni que hablar. Su marido no volvería seguramente a tener otro.

El amigo arguyó con mucha razón:

—Señora, entonces estropeará la ropa, que indudablemente vale mucho más.

La mujercita, siempre furiosa le contestó:

—Pues, en ese caso, usará el paraguas de la cocinera; no le daré otro de seda.

Oreille se rebeló con semejante idea.

—¡Entonces presentaré mi dimisión! Pues yo te aseguro que no iré al Ministerio con el paraguas de la cocinera.

—Mande usted que le forren éste de nuevo; no es muy cara la compostura —repuso el amigo.

La señora de Oreille balbució, exasperada:

—Lo menos cuesta ocho francos forrarle. Ocho francos y dieciocho hacen veintiséis. Veintiséis francos por un paraguas. Pero ¡es una locura, es una demencia!

El amigo, pobre burgués, tuvo de pronto una inspiración:

—Que lo pague la Compañía de seguros, que indemniza de los objetos quemados siempre que la catástrofe haya tenido lugar en el domicilio asegurado.

Con este consejo la mujer se tranquilizó, y después de unos momentos de reflexión, dijo a su marido:

—Mañana, antes de ir al Ministerio, irás a las oficinas de "La Maternal" para hacer constar el estado de tu paraguas y reclamar una indemnización.

El señor Oreille se sobresaltó.

—No me atreveré jamás en la vida a dar ese paso. Se pierden los dieciocho francos y se acabó. No nos moriremos por eso.

Al día siguiente salía con sur bastón. Afortunadamente hacia buen tiempo.

La señora Oreille, sola en su casa, no podía consolarse de la pérdida de sus dieciocho francos.

Daba vueltas en torno de la mesa del comedor, sobre la cual estaba el paraguas, sin decidirse a tomar una resolución.

La idea de la Compañía de seguros no la abandonaba un instante, pero no se atrevía a afrontar las miradas burlonas de los señores que la recibieran, pues era tímida con la gente, se ruborizaba por cualquier cosa, y se azoraba cuando tenía que hablar con personas desconocidas.

El recuerdo de los dieciocho francos perdidos la hacía sufrir más que una herida. Aunque deseaba no pensar en ellos, la idea continua de semejante pérdida la martirizaba dolorosamente.

¿Qué hacer? Pasaban las horas, y a nada se decidía. Luego, de pronto, como los cobardes que se envalentonan, tomó una resolución.

—¡Iré, y ya veremos!

Lo primero, era menester dejar el paraguas en condiciones que indicaran un desastre completo, para que la causa fuese de fácil defensa. Cogiendo un fósforo de encima de la chimenea, hizo entre las varillas una quemadura tan grande, que por ella cabía una mano; luego, enrollando cuidadosamente lo que restaba de seda, la sujetó con la cinta elástica, y poniéndose el sombrero y el abrigo se encaminó a toda prisa a la calle de Nicoli, donde estaban las oficinas de la Compañía de seguros.

Pero a medida que se iba aproximando acortaba el paso. ¿Qué diría? ¿Qué le contestarían?

Miraba la numeración de las casas. La faltaban veintiocho. Muy bien. Tenía tiempo de reflexionar. Cada vez andaba más despacio.

De pronto se estremeció. Había llegado a la puerta sobre la cual, con letras de oro, brilla el rótulo siguiente:

## LA MATERNAL COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

¡Ya! Se detuvo un segundo, ansiosa, avergonzada; luego siguió adelante; después volvió atrás; avanzó de nuevo y volvió a retroceder; al fin se dijo:

—Tengo que entrar a la fuerza. Cuanto antes mejor.

Pero al entrar en la casa reparó que el corazón la latía con violencia.

Se introdujo en una gran habitación rodeada de ventanillas, por cada una de las cuales se veía la cabeza de un hombre cuyo cuerpo estaba oculto por una celosía.

Apareció un caballero llevando un fajo de papeles. Le detuvo al paso, y con una vocecita muy tímida, dijo:

—Dispense usted, caballero: ¿puede usted indicarme adónde hay que dirigirse para reclamar la indemnización de los objetos quemados?

—En el primero, a la izquierda, oficinas de los incendios —contestó con voz sonora.

Estas palabras la intimidaron más todavía; casi tenía deseos de marcharse sin reclamar nada y sacrificar los dieciocho francos. Pero la importancia de esta cantidad le dio un poco de valor y subió muy sofocada, deteniéndose en cada peldaño de la escalera.

En el primero vio una puerta, donde llamó.

—Adelante —dijo una voz muy clara.

Después de abrir la puerta se encontró en una habitación donde tres señores, condecorados, hablaban en pie, con tono solemne.

—¿Qué desea usted, señora?—le preguntó uno de ellos.

No encontrando palabras oportunas, balbució:

—Vengo..., vengo..., para..., para una reclamación.

—Tenga la bondad de esperar un instante, soy con usted al momento —le dijo el desconocido ofreciéndola una silla, y volviéndose hacia los otros dos, prosiguiendo la conversación:

—La Compañía, señores, no cree tener que indemnizarles más que con cuatrocientos mil francos. No podemos admitir reivindicaciones por los cien mil francos que pretenden hacernos pagar de más. Por otra parte, la tasación...

Uno de los dos, interrumpiéndole, dijo:

—No hablemos más; los tribunales decidirán. Sólo nos queda retirarnos.

Y salieron después de hacer mil saludos ceremoniosos.

¡Oh, si hubiera tenido valor de marcharse tras ellos, lo habría hecho; hubiera huido abandonándolo todo! Pero ¿podía hacerlo? El caballero se dirigió hacia ella, e inclinándose atentamente le dijo:

—¿En qué puedo servirla, señora?

—Vengo por..., por esto.

El director bajó los ojos con inocente extrañeza hacia el objeto que le mostraba.

La señora, con mano trémula procuraba desabrochar la cinta elástica. Después de muchos esfuerzos lo consiguió, abriendo bruscamente el esqueleto andrajoso del paraguas.

El hombre, con tono compasivo dijo:

—Me parece que está muy malo.

—Me ha costado veinte francos —declaró ella sin vacilar.

—¡De veras! ¿Tan caro?—exclamó admirado el director.

—Si, era excelente. Por eso quiero que vean su estado actual.

—Muy bien; ya lo veo. Pero no sé en qué puede esto interesarme.

Una gran inquietud se apoderó de la señora al pensar que quizá, la Compañía no pagara menudencias como aquella.

—Pero..., está quemado.

El caballero no lo negó.

—Ya lo veo.

La señora se había quedado con la boca abierta, no sabiendo qué decir; pero de pronto, advirtiendo su olvido, añadió con precipitación:

—Soy la señora de Oseille. Estamos asegurados en "La Maternal", y vengo a reclamar el precio de este desperfecto.

Temiendo una negativa se apresuró a añadir:

—Sólo pido que me lo manden forrar.

El director, con tono desapacible, declaró:

—Pero, señora., no comerciamos en paraguas. No podemos encargarnos de esta clase de composturas.

La mujercita recobraba su aplomo. Era menester luchar. Lucharía.

Ya nada temía.

—Sólo exijo el importe de la compostura. Yo me encargo de mandarla hacer.

El director dudaba qué responderle.

—Verdaderamente, es muy poco lo que reclama, señora. Pero nunca nos piden indemnización por accidentes de tan mínima importancia. No podemos reembolsar, compréndalo usted, los pañuelos, los guantes, las escobas, el calzado y todas las menudencias que se hallan a diario expuestas a sufrir las averías del fuego.

Ella enrojeció, sintiendo que la cólera la invadía.

—Pero, caballero: en el mes de diciembre hemos tenido un fuego en la chimenea, que nos ha costado lo menos quinientos francos de reparaciones; el señor Oreille nada reclamó a la Compañía; por lo cual es muy justo que hoy me pague la tela del paraguas.

El director, adivinando el embuste, dijo sonriendo:

—Es preciso confesar que es muy extraño que no habiendo reclamado el señor Oreille una indemnización de quinientos francos, reclame ahora cinco o seis francos por un paraguas.

Sin inmutarse, la mujer replicó:

—Dispense usted, caballero: los quinientos francos conciernen al señor de Oreille, y la indemnización de los dieciocho francos atañe a la señora de Oreille, que no es lo mismo.

Comprendiendo que no se libraría fácilmente de aquella mujer que acabaría exasperándole, dijo con resignación:

—Tenga la bondad de contarme de qué modo se produjo el accidente.

Sintiéndose victoriosa, comenzó su cuento:

—Verá usted, caballero: Tengo en el vestíbulo de mi casa una especie de mueble de bronce, donde se dejan los paraguas y los bastones. El otro día, al volver de la calle, dejé éste en dicho sitio. No puedo prescindir de decirle que, justamente encima, hay una mensulita para poner las velas y las cerillas. Alargo el brazo y cojo cuatro cerillas. Restriego una; no arde. Cojo otra; se enciende y se apaga en seguida. Con la tercera me sucede lo mismo.

El director la interrumpió para decir una frase ingeniosa:

—Serían cerillas de las que fabrica el Gobierno.

Ella, sin comprenderle, prosiguió:

—Puede ser. El caso es que la cuarta ardió y yo encendí mi vela, después de lo cual, entré en mi habitación para acostarme. Al cabo de un cuarto de hora, me pareció oler a quemado. Siempre he tenido mucho miedo al fuego. ¡Si alguna vez hay un incendio en mi casa, no será por culpa mía! Sobre todo, desde ese fuego de la chimenea que le he referido, no vivo tranquila. Me levanto, salgo, busco, olfateo por todos los lados, como un perro de caza, y, por fin, observo que mi paraguas arde. Probablemente se había caído alguna cerilla en él; y ya ve cómo ha quedado.

El director, que tenía formada su resolución, le preguntó:

—¿En cuánto calcula usted el desperfecto?

La señora permaneció muda, sin atreverse a decir una cantidad; luego, queriendo ser espléndida, dijo:

—Puede usted mismo mandarlo a componer. Confío en usted.

—De ningún modo, señora —contestó él, rehusando el encargo—. ¡Pida usted lo que crea conveniente!

—Pues... me parece que... caballero; quiero conducirme como a mi honrado proceder corresponde; hagamos una cosa. Llevaré mi paraguas a la fábrica, donde lo forrarán de seda, todo seda, y le traeré la factura. ¿Le parecía usted bien?

—Perfectamente señora; estamos conformes. Voy a darle una nota, para que en la caja le reembolsen el gasto del arreglo.

Al decir esto, entregó una tarjeta a la señora de Oseille que, cogiéndola, se levantó y salió dando las gracias, deseosa de verse fuera de allí, con el temor de que cambiara el otro de parecer.

Andaba alegremente, buscando una tienda de paraguas que le pareciera elegante. Cuando vio una de buen aspecto, entró en ella, diciendo con voz segura.

—Este paraguas, para que lo forren de seda, de muy buena clase. Lo mejor que tengan ustedes. No reparo en el precio.

*Le Gaulois*, 10 de febrero de 1884

# *Un parricida*

---

*Un parricide*

EL abogado había alegado locura. ¿De qué otro modo explicar aquel extraño crimen?

Cierta mañana, entre los cañaverales, cerca de Chatou, habían encontrado dos cadáveres abrazados; una mujer y un hombre, personas conocidas de la buena sociedad, ricas, ya no muy jóvenes, y casados solamente el año anterior, porque la mujer sólo era viuda desde hacía tres años.

No se les conocían enemigos, no les habían robado. Al parecer les habían tirado desde la ribera al río, después de haberlos herido, uno tras otro, con un largo estilete.

La investigación no descubría nada. Nada sabían los marineros interrogados; ya iba a sobreseer el caso cuando un joven ebanista de un pueblo vecino, llamado Georges Louis, y apodado "el burgués" se entregó prisionero.

En todos los interrogatorios únicamente respondió esto:

—Conocí al hombre hace dos años, a la mujer hace seis meses. Venían a menudo para encargarme que restaurase muebles antiguos, porque soy hábil en mi oficio.

Y cuando le preguntaban:

—¿Por qué los mató?

Respondía obstinado:

—Los maté porque quise matarlos.

No pudieron sacarle más.

El hombre era sin duda hijo natural, dado a criar en otro tiempo en la región y luego abandonado. No tenía más nombre que Georges Louis, pero, como al crecer resultó singularmente inteligente, con gustos y delicadezas instintivas que no poseían sus camaradas, lo apodaron "el burgués", y nadie le llamaba de otro modo. Tenía fama de ser notablemente hábil en el oficio de ebanista que había adoptado. E incluso hacía algunos trabajos como tallista. También se le tenía por exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilista, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con dramas sangrientos, elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros o campesinos.

El abogado había alegado locura.

Porque ¿cómo si no admitir que aquel obrero hubiese matado a sus mejores clientes, unos clientes ricos y generosos (él lo reconocía), que en dos años le habían encargado trabajos por valor de tres mil francos (de ello daban fe sus libros)? Sólo podía haber una explicación: la locura, la idea fija del desclasado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión a ese apodo de EL BURGUÉS que la región daba al niño abandonado; exclamaba:

—¿No es una ironía, y una ironía capaz de exaltar más aún al desventurado muchacho sin padre ni madre? Es un republicano ardiente. ¿Qué digo? Pertenece incluso a ese partido político que la República fusilaba y deportaba no hace mucho, al que hoy acoge con los brazos abiertos, a ese partido para el que el incendio es un principio y el asesinato un recurso muy simple.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Guesde fundó del Partido Obrero Francés en 1879, año en el que Blanqui fue elegido diputado por Burdeos. Al otorgarse la amnistía a los antiguos communards al año siguiente, el regreso de los exiliados provocó un aumento de las actividades políticas de izquierda. De Guesde se apartó en 1882 Paul Brousse, para fundar un partido "posibilista": de este modo, en el momento en que Maupassant escribe *El parricida*

"Esas tristes doctrinas, aclamadas ahora en las reuniones públicas, han provocado la perdición de ese hombre. Ha oído a los republicanos, a mujeres incluso, sí, a mujeres, pedir la sangre del señor. Gambetta, la sangre del señor Grévy; su espíritu enfermo se trastornó: ¡también él quería sangre, sangre de burgués!

"¡No es a él a quien hay que condenar, señores, es a la Comuna!"

Corrieron murmullos de aprobación. Se notaba claramente que el abogado había ganado la causa. El ministerio fiscal no replicó.

Entonces el presidente hizo al reo la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿tiene usted algo que añadir en su defensa?

El hombre se levantó.

Era de pequeña estatura, de un rubio de lino, ojos grises, fijos y brillantes. De aquel frágil muchacho salía una voz fuerte, franca y sonora y cambiaba repentinamente, a las primeras palabras, la opinión que se hubieran hecho de él.

Habló con altivez, en un tono declamatorio, pero tan nítido que sus menores palabras se hacían oír en el fondo de la gran sala:

—Señor presidente, como no quiero ir a una casa de locos, y antes prefiero la guillotina, voy a decirle todo.

"Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

"Ahora, escúcheme y júzgueme.

"Tras haber dado a luz un niño, una mujer lo envió a cierto lugar para que lo criasen. Tal vez ni siquiera supo a qué región llevó su cómplice al pequeño ser inocente, pero ya condenado a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, y aún más, a la muerte, puesto que lo abandonaron, puesto que la nodriza, al dejar de recibir la pensión mensual, podía, como hacen a menudo, dejarlo perecer, sufrir hambre y morir de abandono.

"La mujer que me crió fue honrada, más honrada, más mujer, más grande, más madre que mi madre. Ella me crió. Hizo mal cumpliendo su deber. Más vale dejar perecer a esos infelices arrojados a los pueblos de las afueras como se arroja la basura fuera de las aceras.

"Crecí con la vaga impresión de que sobre mí llevaba una deshonra. Los otros niños me llamaron un día "bastardo". No sabían lo que significaba esa palabra, oída por uno de ellos en casa de sus padres. También yo la ignoraba, pero la sentí.

"Puedo afirmar que yo era uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiera sido un hombre honrado, señor presidente, acaso un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

"Y ese crimen, ellos lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos los culpables. Yo estaba indefenso, ellos fueron despiadados. Debían amarme: me rechazaron.

"Yo, sí, les debía la vida; pero ¿es la vida un regalo? En cualquier caso, la mía no era más que una desgracia. Tras su vergonzoso abandono, no les debía otra cosa que la venganza. Ellos hicieron contra mí el acto más inhumano, el más infame, el más monstruoso que puede cometerse contra un ser.

"Un hombre injuriado golpea; un hombre robado recupera lo que es suyo por la fuerza. Un hombre engañado, burlado y martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata; un hombre deshonrado mata. Yo fui más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente y deshonrado que todos esos cuya cólera usted absuelve.

"Me he vengado, he matado. ese era mi legítimo derecho. Tomé su vida a cambio de la vida horrible que ellos me impusieron.



"Hablarán ustedes de parricidio. ¿Eran mis padres esas personas para las que yo fui una carga abominable, un terror, una mancha de infamia; para quien mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta; tuvieron un hijo imprevisto. Eliminaron al niño. Ha llegado mi turno de hacer lo mismo con ellos.

"Y sin embargo, hasta hace poco todavía, estuve dispuesto a quererles.

"Hace dos años, ya se lo he dicho, el hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Yo nada sospechaba. Me encargó dos muebles. Supe más tarde que se había informado por el cura, bajo secreto de confesión, por supuesto.

"Volvió a menudo; me daba trabajo y pagaba bien. En ocasiones incluso hablaba un poco de unas cosas y otras. Sentí en mí afecto por él.

"A comienzos de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando ella entró, temblaba tanto que la creí enferma de una dolencia nerviosa. Luego pidió un asiento y un vaso de agua. No dijo nada: miró mis muebles con aire enloquecido y sólo respondía sí y no, a tontas y a locas, a cuantas preguntas yo le hacía. Cuando se hubo marchado, la creí algo perturbada.

"Volvió al mes siguiente. Estaba tranquila, dueña de sí. Ese día se quedaron bastante tiempo hablando, y me hicieron un encargo de consideración. Volví a verla tres veces más todavía, sin adivinar nada; pero cierto día ella empezó a hablarme de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Yo respondía: "Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron." Entonces ella se llevó la mano al corazón, y cayó sin conocimiento. Enseguida pensé: "¡Es mi madre!", pero me guardé mucho de darlo a entender. Quería verla venir.

"Así pues, también yo tomé mis informes. Supe que sólo estaban casados desde el mes de julio anterior, porque mi madre no había enviudado sino hacía tres años. Se rumoreaba que se habían amado en vida del primer marido, pero no había ninguna prueba. La prueba era yo, la prueba que al principio se había ocultado y luego habían esperado destruir.

"Aguardé. Volvió ella una tarde, siempre acompañada por mi padre. Ese día me parecía muy emocionada, no sé por qué. Luego, en el momento de irse, me dijo: "Le estimo porque me parece usted un joven honrado y trabajador; sin duda pensará en casarse un día; yo le ayudaré a elegir libremente la mujer que le convenga. A mí me casaron una vez contra mi gusto, y sé cómo se sufre. Ahora soy rica, sin hijos, libre y dueña de mi fortuna. Ahí tiene su dote."

"Y me tendió un gran sobre lacrado.

"La miré fijamente y luego le dije: "¿Es usted mi madre?"

"Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme más. Él, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: "¿Pero está usted loco?"

"Respondí: "Nada de eso. Sé de sobra que ustedes son mis padres. No es fácil engañar. Confiésenlo y les guardaré el secreto; no les odiaré por ello; seguiré siendo lo que soy, un ebanista."

"Él retrocedía hacia la salida sin dejar de sostener a su mujer, que empezaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, me metí la llave en el bolsillo y proseguí: "¡Mírela y siga negando que es mi madre!"

"Entonces él se enfureció, se puso muy pálido, asustado por la idea de que el escándalo evitado hasta entonces podía estallar de pronto; que su situación, su fama y su honor quedarían arruinados de un solo golpe; balbuceaba: "Es usted un canalla que quiere sacarnos el dinero. ¡Haga usted bien al pueblo, a esta gentuza, ayúdelos, socórralos!"

"Mi madre, enloquecida, repetía una y otra vez: "¡Vámonos, vámonos!"

"Como la puerta estaba cerrada, él gritó: "¡Si no me abre usted inmediatamente, haré que le metan en la cárcel por chantaje y violencia!"

"Yo seguía siendo dueño de mí; abrí la puerta y les vi hundirse en la oscuridad.

"Entonces, de pronto me pareció que acababa de convertirme en huérfano, y de ser abandonado y tirado al arroyo. Me invadió una tristeza espantosa, mezcla de rabia, odio y repugnancia: sentía una especie de sublevación de todo mi ser, una sublevación de la justicia, de la rectitud, del honor, del cariño rechazado. Eché a correr para alcanzarlos por la orilla del Sena, que ellos tenían que seguir para llegar a la estación de Chatou.

"No tardé en darles alcance. La noche ya había cerrado por completo. Avanzaba a paso de lobo por la hierba, y por eso no me oyeron. Mi madre seguía llorando. Mi padre decía: "La culpa es tuya. ¿Por qué te empeñaste en verle? En nuestra posición, era una locura. Habríamos podido hacerle el bien de lejos, sin presentarnos. Si no podemos reconocerle, ¿para qué servían estas visitas peligrosas?"

"Entonces les salí al encuentro suplicante. Balbucí: "Ya ven ustedes que son mis padres. Una vez me abandonaron, ¿van a rechazarme ahora de nuevo?"

"Entonces, señor presidente, él alzó la mano sobre mí, se lo juro por el honor, la ley y la República. Me golpeó, y cuando yo le agarraba de las solapas sacó del bolsillo un revólver.

"Sólo sé que me puse furioso; tenía mi compás en el bolsillo; le golpeé con él, le golpeé cuanto pude.

"Entonces ella se puso a gritar: "¡Socorro! ¡Al asesino!", arrancándome la barba. Parece que también la maté. ¿Sé acaso lo que hice en ese momento?"

"Luego, cuando les vi a los dos en el suelo, los tiré al Sena, sin reflexionar.

"Eso es todo. Ahora, júzgueme".

El acusado volvió a sentarse. Ante aquella revelación, el caso fue aplazado para la siguiente sesión. Pronto ha de celebrarse. Si fuéramos jurado, ¿qué haríamos con este parricida?

*Le Gaulois*, 25 de septiembre de 1882

# *Paseo*

---

## *Promenade*

Cuando el señor Leras, tenedor de libros en la casa Labuze y Compañía, salió del almacén, quedó unos instantes deslumbrado por el sol poniente. Había trabajado todo el día bajo la luz amarilla de un mechero de gas, en el cuartucho de la trastienda con ventana al patio estrecho y profundo como un pozo. Era tan sombrío aquel rincón donde pasó los días enteros trabajando durante cuarenta años, que sólo en el rigor del verano era posible ver algo sin luz artificial, haciendo buen sol.

Estaba siempre húmedo y frío; y las emanaciones de aquella especie de foso entraban por la ventana, Impregnando el ambiente de un olor de moho y de una peste de alcantarilla.

El señor Leras, durante cuarenta años, se encerraba cada día en su cárcel, a las ocho de la mañana, y no salía de allí hasta las siete de la noche, Inclinado sobre sus libros y escribiendo con una diligencia de buen empleado.

Ganaba tres mil francos anuales, habiendo comenzado por mil quinientos, y se mantuvo soltero porque sus haberes no le permitían casarse. No habiendo gozado jamás de nada, tampoco sentía mucho afán por ninguna cosa. De cuando en cuando, solamente, fatigado por su trabajo monótono y continuo, formulaba un deseo platónico: "¡Cristo! si tuviera yo cinco mil francos de renta, qué vida tan regalada me chuparía!" Pero nunca llegó el caso, ni tuvo más dinero que su paga mensual.

Su vida se deslizaba sin acontecimientos y sin ilusiones, y casi también sin esperanzas. La potencia soñadora que todos tenemos no se había desarrollado en la pobreza de sus ambiciones.

A los veinte años entró en la casa Labuze y Compañía, en la cual estuvo siempre trabajando. En 1856 murió su padre, y en 1859, su madre. Desde la muerte de su madre sólo padeció una contrariedad; tuvo que mudarse de casa porque le subieron mucho el alquiler.

Todos los días, a las seis en punto, avisado por el repiqueteo de su despertador, saltaba de la cama.

El despertador se le había descompuesto dos veces: una, en 1866, y otra, en 1874, sin que pudiera decir cómo; se vestía, hacia su cama, barría su cuarto, Quitaba el polvo del sillón y de la cómoda. En todos los quehaceres domésticos se entretenía hora y media.

Luego, al salir, compraba un panecillo de media luna, en la panadería Lahure, donde conoció nueve dueños distintos, y seguía su camino, comiéndoselo.

Su existencia toda se desarrollaba en el estrecho escritorio sombrío, tapizado con el mismo papel durante cuarenta años. Entró allí joven, a las órdenes del señor Brunet y con la esperanza de reemplazarle.

Sucedió esto algunos años después, y ya no esperaba otra cosa.

Toda la cosecha de recuerdos que recogen los hombres en el curso de su vida, sucesos imprevistos, amores tiernos o trágicos, viales de aventura, todos los azares de una existencia libre, no existieron jamás para él.

Días, semanas, meses, estaciones, años, todo semejante.

A la misma hora se levantaba todos los días, a la misma hora salía y almorzaba; trabajaba, comía y se acostaba, siempre a la misma hora, sin que nada hubiera

interrumpido jamás la regularidad monótona de las mismas ocupaciones, de los mismos cuidados y de los mismos pensamientos.

Antiguamente, contemplaba sus bigotes rubios y sus cabellos rizados, en el pequeño espejo redondo que allí dejó su antecesor. Luego contemplaba cada tarde, al salir, sus bigotes blancos y su cabeza calva, en el mismo espejo. Cuarenta años habían transcurrido, interminables y rápidos, vacíos como un día triste y semejantes como las horas de una mala noche. Cuarenta años de los que no quedaba ni un recuerdo, ni una desdicha, después de la muerte de sus padres. Nada.

El señor Leras aquel día quedó a la puerta de la calle, deslumbrado por el sol poniente; y en lugar de irse a su casa, tuvo la idea de pasear un poco antes de comer, cosa que hacía solamente cuatro o cinco veces al año.

Atravesó los bulevares, por los que circulaba una muchedumbre a la sombra de los árboles frondosos. Era una tarde de primavera, uno de los primeros días templados y perezosos que turban las almas con una embriaguez de vida.

El señor Leras avanzaba como un viejo a saltitos, con los ojos alegres, dichoso con el goce universal y el perfume del aire.

Llegó a los Campos Elíseos y siguió andando, reanimado por los efluvios de juventud fecunda que arrastraban las brisas.

El cielo estaba rojo; el Arco de Triunfo recostaba su masa negra sobre un horizonte deslumbrador como un gigante en pie junto a un incendio. Cuando estuvo cerca del monstruoso monumento, el viejo tenedor de libros sintió hambre y entró en una taberna para comer.

Le sirvieron pata de cordero, una ensalada y espárragos, en una de las mesas de la calle; Leras comió al aire libre, como no había comido en mucho tiempo. Remojó un poco de queso de Erie con media botella de burdeos fino; tomó una taza de café, cosa que hacía raras veces, y luego su copita de coñac.

Cuando hubo pagado, se sintió ligero, alegre y hasta un poco desvanecido. Pensó: "Buena tarde. Continuaré mi paseo hasta el bosque de Bolonia. Me conviene andar."

Anduvo. Una vieja canción que cantaba en otro tiempo una de sus vecinas, le saltó a la memoria obstinadamente:

*Cuando florece la rosa  
me dice mi enamorado:  
"Ven a respirar, hermosa,  
debajo del emparrado."*

Lo repetía mil veces, canturreando sin cesar. La noche caía sobre París, una noche sin viento, una noche de estufa.

El señor Leras avanzaba por la gran avenida del bosque de Bolonia, viendo los coches. Pasaban, uno detrás de otro, con sus faroles encendidos, mostrándole un momento parejas enlazadas: la mujer con vestido claro, el hombre con traje negro.

Era una interminable procesión de enamorados, que paseaban su dicha bajo un cielo estrellado y abrasador, Y constantemente se sucedían unos a otros; reclinados, mudos y estrechamente unidos, trastornados por sus alucinaciones en la cuestión de sus deseos, poseídos por el estremecimiento de la caricia próxima.

La sombra cálida parecía llena de besos que revoloteaban, que flotaban. Una sensación de ternura impregnaba el aire haciéndolo más abrumador. Todas aquellas gentes enlazadas que sentían igual impaciencia, que se recreaban con el mismo pensamiento, comunicaban a su derredor la fiebre de sus pasiones. Todos aquellos carruajes rebosando caricias, dejaban al pasar como una emanación sutil y turbadora.

El señor Leras, bastante fatigado, se sentó para seguir viendo el desfile de los coches cargados de amor, y al punto una mujer tomó asiento a su lado, diciéndole:

—Buenas tardes, caballero.

El no respondió. Ella insistía:

—Déjate querer un poco, rico mío. Verás cómo te doy gusto.

El dijo:

—Usted se equivoca, señora.

Ella enlazó su brazo con el del viejo.

—Vaya, no seas tonto; atiende...

El se levantó, alejándose con el corazón oprimido.

A los cien pasos otra mujer le abordaba:

—¿Quiere usted sentarse un ratito a mi lado, buen mozo?

El entonces preguntó:

—¿Por qué se dedican ustedes a ese oficio?

Ella, irguiéndose amenazadora, con voz enronquecida, le respondió:

—¡Maldita sea! No lo hago siempre por mi gusto.

El insistió dulcemente:

—¿Entonces qué la obliga?

Ella gruñó:

—Nadie vive sin comer; hay que buscarlo.

Y se alejó canturreando.

El señor Leras se quedó despavorido. Pasaban junto a él otras mujeres que se le ofrecían y le provocaban. Le pareció que algo muy negro, algo doloroso, se cernía sobre su cabeza.

Y volvió a sentarse. Los coches pasaban.

"Más prudente hubiera sido no venir —pensó—; me hallo molesto, fastidiado."

Y empezó a reflexionar acerca de aquellos amores triviales o apasionados, acerca de aquellos besos, vendidos o cariñosos, que desfilaban en su presencia.

El amor. Apenas lo conocía Sólo gozó en tantos años tres mujeres por casualidad, por sorpresa; no le permitían sus recursos ningún exceso. Y pensaba en su vida, tan diferente de la de todos aquéllos, tan sombría, tan pálida tan simple, tan inútil.

Hay criaturas que no son afortunadas. Y de pronto, como si un tupido velo se hubiese desgarrado, descubrió la miseria, la grande, la monótona miseria de su vida; la miseria pasada, la miseria presente, la miseria futura; los últimos días parecidos a los primeros; nada en el porvenir, nada en la memoria, nada en derredor, nada en su alma, nada para él en parte alguna.

El desfile de los coches continuaba. Constantemente veía comparecer, desaparecer y reaparecer los dos seres silenciosos y enlazados. Como si la Humanidad entera desfilase por allí, mostrándosele borracha de placer, de goces y de venturas. Y él estaba solo contemplándolo; solo, enteramente solo. Y a la tarde siguiente y todas las tardes, también estaría solo; solo como ninguno lo está.

Se levantó, dando algunos pasos, y pronto, con fatiga, como si hubiera realizado un gran viaje, se volvió a sentar en el banco siguiente.

¿Qué podía esperar? Nada. Imaginaba que debe de ser muy dulce a la vejez encontrar, al volver a casa, niños que juegetean. No es triste, no, envejecer, cuando uno se ve rodeado por las criaturas que nos deben la vida, que nos quieren, que nos acarician y nos dicen esas palabras encantadoras y triviales que reconfortan el corazón y consuelan de todo.

Y acordándose de su habitación pequeña, de su habitación solitaria, limpia y fría, donde jamás entraba nadie sino él, una sensación de angustia oprimió su alma, y su habitación le parecía más triste aún que su escritorio.

Nadie iba para verle y nadie hablaba con él jamás. Era su habitación triste, muda, sin eco de voz humana. Diríase que las paredes reflejan algo de las personas que a su amparo viven, algo de sus maneras, de su figura, de sus palabras. Las casas habitadas por familias felices son alegres, y espantosas las que abrigan a miserables. La casa de Leras se hallaba vacía de recuerdos, como su vida. Y la sola idea de volver a encerrarse allí solo, de acostarse, de repetir las mismas faenas de cada noche, le aterraba. Y como si quisiera alejarse más aún de su rincón siniestro y del instante de volver a entrar en él, se dirigió hacia una espesura y se reclinó en la hierba...

Oía en derredor, por encima, en todas partes, rumores confusos, inmensos, interminables, formados con ruidos múltiples y diferentes; un rumor sordo, cercano, lejano, una vaga y enorme palpitación de vida; un aliento de París que respiraba como un ser gigantesco.

\*\*\*

El sol derramaba ya su esplendorosa luz entre los árboles del bosque de Bolonia. Los coches, y los jinetes empezaban a circular.

Una parejita paseaba por un camino solitario. De pronto, la mujer, levantando los ojos, vio colgar de una rama una cosa oscura. Sorprendida, inquieta, dijo:

—Mira: ¿que hay allí?

Luego, lanzando un grito, cayó espantada en los brazos de su acompañante.

Los guardas, poco después, descolgaron el cadáver de un viejo ahorcado con los tirantes.

Se comprobó que había muerto la noche antes. Los papeles que llevaba pertenecían a un tenedor de libros de la casa Labuze y Compañía, llamado Leras.

Se atribuyó la muerte a un suicidio, cuyas causas eran desconocidas. ¿Tal vez un pronto de locura?

*Gil Blas*, 27 de mayo de 1884

# *Una pasión*

---

*Une passion*

La mar estaba brillante y en calma, apenas movida por la marca, y en el espigón toda la ciudad del Havre miraba cómo entraban los navíos.

Se los veía a lo lejos, numerosos: unos, los grandes navíos, empenachados de humo; otros, los veleros, arrastrados por remolcadores casi invisibles, irguiendo sobre el cielo sus mástiles desnudos, como árboles despojados.

Acudían de todos los puntos del horizonte hacia la estrecha boca del muelle que se comía a aquellos monstruos; y gemían, gritaban, silbaban, expectorando chorros de vapor como un aliento jadeante.

Dos jóvenes oficiales paseaban por el malecón, atestado de gente, saludando, saludados, deteniéndose a veces a charlar.

De pronto, uno de ellos, el más alto, Paul de Henricel, apretó el brazo de su compañero, Jean Renoldi, y después, en voz baja: "Mira, ahí tienes a la señora Poinçot; fijate bien, te aseguro que te guiña el ojo."

Ella se acercaba del brazo de su marido, un rico armador. Era una mujer de unos cuarenta años, aún muy hermosa, algo gruesa, pero que se conservaba tan fresca como a los veinte años gracias a sus carnes. La llamaban, entre sus amigos, la Diosa, a causa de su altivo porte, de sus grandes ojos negros, de toda la nobleza de su persona. Siempre había sido irreprochable; jamás una sospecha había rozado su vida. La citaban como ejemplo de mujer honorable y sencilla, tan digna que ningún hombre había osado pensar en ella.

Y he aquí que desde hacía un mes Paul de Henricel afirmaba a su amigo Renoldi que la señora Poinçot lo miraba tiernamente, e insistía: "Puedes estar seguro de que no me equivoco; lo veo con claridad, te ama; te ama apasionadamente, como una mujer casta que nunca ha amado. Los cuarenta años son una edad terrible para las mujeres honestas, cuando tienen sentidos; se vuelven locas y hacen locuras. Esta está tocada, amigo mío; como un ave herida, cae, va a caer en tus brazos... Mira, fijate."

La corpulenta señora, precedida por sus dos hijas, de doce y quince años, se acercaba, pálida de repente al divisar al oficial. Lo miraba ardientemente, con la vista fija, y no parecía ver nada más a su alrededor, ni a sus hijas, ni a su marido, ni al gentío. Devolvió el saludo de los jóvenes sin bajar la mirada, inflamada por una llama tal, que por fin una duda penetró en la mente del teniente Renoldi.

Su amigo murmuró: "Estaba seguro. ¿Lo has visto esta vez? ¡Caray, todavía es un bocado apetitoso! "

Pero Jean Renoldi no quería intrigas mundanas. Poco buscador de amores, deseaba ante todo una vida tranquila y se contentaba con las relaciones ocasionales que un joven siempre encuentra. Todo el acompañamiento de sentimentalismo, las atenciones, las ternuras que exige una mujer bien educada, le aburrían. La cadena, por ligera que fuese, que ata siempre en una aventura de esta índole, le daba miedo. Decía: "Al cabo de un mes estoy hasta las narices, y me veo obligado a aguantar seis meses por educación." Además, una ruptura le exasperaba, con las escenas, las alusiones, las insistencias de la mujer abandonada.

Evitó encontrarse con la señora Poinçot.

Ahora bien, una noche se halló a su lado, en la mesa, en una cena; y tuvo sin cesar sobre la piel, en los ojos y hasta en el alma, la mirada ardiente de su vecina; sus manos

se encontraron y, casi involuntariamente, se estrecharon. Era ya el comienzo de una aventura.

Volvió a verla, siempre a pesar suyo. Se sentía amado; se enterneció, invadido por una especie de piedad vanidosa ante la violenta pasión de aquella mujer. Se dejó adorar, pues, y se mostró simplemente galante, esperando no pasar de este sentimiento.

Pero ella le dio un día una cita, para verse y charlar libremente, decía. Cayó en sus brazos, desfallecida; y él se vio forzado a ser su amante.

Aquello duró seis meses. Ella lo amó con un amor desenfrenado, anhelante. Encerrada en aquella pasión fanática, ya no pensaba en nada; se había entregado por entero; su cuerpo, su alma, su reputación, su posición, su dicha, todo lo había arrojado a aquella llamarada de su corazón, como se arrojaban, en un sacrificio, todos los objetos valiosos a una hoguera.

El estaba harto desde hacía tiempo y añoraba vivamente sus fáciles conquistas de guapo oficial; pero se hallaba atado, retenido, prisionero. Ella le decía a cada momento: "Te lo he dado todo, ¿qué más quieres?" A él le entraban ganas de responder: "Pero yo no te pedía nada, y te ruego que recobres lo que me has dado." Sin preocuparse de que la vieran, de comprometerse, de perderse, ella iba a su casa todas las tardes, cada vez más inflamada. Se lanzaba a sus brazos, lo estrechaba, se deshacía en besos exaltados que a él le fastidiaban horriblemente. Decía con voz cansada: "Vamos, sé razonable." Ella respondía: "Te amo", y se desplomaba a sus pies para contemplarlo un buen rato en actitud de adoración. Bajo aquella mirada obstinada, él se exasperaba por fin, quería levantarla. "Vamos, siéntate, charlemos." Ella murmuraba: "No, déjame", y allí se quedaba, en éxtasis el alma.

El le decía a su amigo De Henricel: " Acabaré pegándole, ¿te enteras? No quiero saber nada, no quiero saber nada. Es preciso que esto acabe, ¡y en seguida! "Luego añadía: " ¿Qué me aconsejas? " El otro respondía:

"Rompe." Y Renoldí agregaba, encogiéndose de hombros: "Te tiene sin cuidado. ¿Crees que es fácil romper con una mujer que te martiriza con sus atenciones, que te tortura con su deferencia, que te persigue con su ternura, cuya única preocupación es agradarte y su único error haberse entregado a su pesar? "

Pero he aquí que una mañana se supo que el regimiento iba a cambiar de guarnición; Renoldí se puso a bailar de alegría. ¡Estaba salvado! ¡Salvado sin escenas, sin gritos! ¡Salvado! ... ¡Ya sólo era cuestión de aguantar dos meses! ... ¡Salvado!

Por la tarde, ella entró en su casa aún más exaltada que de costumbre. Sabía la horrible noticia, y sin quitarse el sombrero, cogiéndole las manos y apretándolas nerviosamente, le clavó los ojos, y con voz vibrante y resuelta dijo: "Vas a marcharte, lo sé. Al principio sentí el alma rota, luego comprendí lo que tenía que hacer. Ya no vacilo. Vengo a traerte la mayor prueba de amor que pueda ofrecer una mujer: te sigo. Por ti abandono a mi marido, a mis hijas, a mi familia. Me pierdo, pero soy feliz; me parece que me entrego a ti de nuevo. Es el último y mayor sacrificio: ¡Soy tuya para siempre! "

Sintió él un sudor frío en la espalda, y fue presa de una rabia sorda y furiosa, una cólera de ser débil. Sin embargo, se calmó, y con tono desinteresado, con mil dulzuras en la voz, rechazó su sacrificio, trató de apaciguarla, de razonarle, ¡de hacerle comprender su locura! Ella lo escuchaba mirándolo a la cara con sus ojos negros, desdeñosos los labios, sin responder nada. Cuando hubo acabado, se limitó a decirle: " ¿Es que eres un cobarde? ¿Eres de los que seducen a una mujer y luego la abandonan, al primer capricho? "

El palideció y reanudó sus razonamientos; le señaló las inevitables consecuencias de semejante acción, hasta la muerte de ambos: sus vidas destrozadas, la sociedad cerrada para ellos... Ella respondía obstinadamente:



"¡Qué importa, cuando uno se ama! "

Entonces, de repente, él estalló: "Pues bien, ¡no! No quiero. ¿Oyes? No quiero, te lo prohíbo." Después, arrebatado por sus largos rencores, vació su corazón:

"¡Diantre! Hace ya bastante tiempo que me amas a mi pesar; sólo faltaría que te llevase conmigo. ¡Gracias, nada de eso! "

Ella no respondió; pero su rostro lívido tuvo una lenta y dolorosa crispación, como si todos sus nervios y sus músculos se hubiesen retorcido. Y se marchó sin decirle adiós.

Esa misma noche se envenenaba. La creyeron perdida durante ocho días. Y en la ciudad se cotilleó, se la compadeció, disculpando su falta en gracia a la violencia de su pasión; pues los sentimientos extremados, al volverse heroicos en sus arrebatos, se hacen perdonar siempre cuanto tienen de condenable. Una mujer que se mata no es, por así decirlo, adúltera. Y pronto hubo una especie de condena general contra el teniente Renoldi, que se negaba a verla, un unánime sentimiento de censura.

Se contaba que la había abandonado, traicionado, pegado. El coronel, apiadado, le dijo dos palabras a su oficial, con una discreta alusión. Paul de Henricel fue a ver a su amigo. "¡Qué diantre!, chico, no se deja morir a una mujer; eso no es decente."

El otro, exasperado, obligó a callar a su amigo, quien pronunció la palabra infamia. Se batieron. Renoldi fue herido, con general satisfacción, y guardó cama mucho tiempo.

Ella lo supo, lo amó aún más, creyendo que se había batido por ella; pero, al no poder salir de su habitación, no volvió a verlo antes de la marcha del regimiento.

Llevaba él tres meses en Lila cuando recibió, una mañana, la visita de una joven, hermana de su antigua amante.

Después de prolongados sufrimientos y de una desesperación que no había podido vencer, la señora Poinçot iba a morir. Estaba desahuciada sin remedio. Quería verlo un minuto, sólo un minuto, antes de cerrar los ojos para siempre.

La ausencia y el tiempo habían aplacado la saciedad y la cólera del joven; se enterneció, lloró, y salió hacia El Havre.

Ella parecía en la agonía. Los dejaron solos; y él tuvo, junto al lecho de aquella moribunda, a quien había matado a su pesar, una crisis de espantosa pena. Sollozó, la besó con labios dulces y apasionados, como jamás había hecho con ella. Balbucía: "No, no, no morirás; te curarás, nos amaremos... nos amaremos... siempre... "

Ella murmuró: "¿De veras? ¿Me amas?" Y él, en su desolación, juró, prometió esperarla cuando estuviera curada; se apiadó un buen rato besando las manos tan flacas de la pobre mujer, cuyo corazón latía desordenadamente.

Al día siguiente regresaba a su guarnición.

Seis semanas después ella se reunió con él, muy envejecida, irreconocible, y todavía más enamorada.

Enloquecido, él la recobró. Después, como vivían juntos, a la manera de la gente unida por la ley, el mismo coronel que se había indignado por el abandono se rebeló contra aquella situación ilegítima, incompatible con el buen ejemplo que los oficiales deben dar en un regimiento. Previno a su subordinado, luego actuó con rigor: y Renoldi presentó su dimisión.

Fueron a vivir a un chalet a orillas del Mediterráneo, el clásico mar de los enamorados.

Transcurrieron tres años más. Renoldi, doblegado bajo el yugo, estaba vencido, acostumbrado a aquella ternura perseverante. Ella tenía ahora el pelo blanco.

El se consideraba un hombre acabado, ahogado. Toda esperanza, toda carrera, toda satisfacción, toda alegría le estaban ahora vedadas.

Ahora bien, una mañana le entregaron una tarjeta:

"Joseph Poinçot, armador. El Havre." ¡El marido! El marido, que no había dicho nada, al comprender que no se lucha contra la desesperada obstinación de una mujer. ¿Qué quería?

Esperaba en el jardín, pues se había negado a penetrar en el chalet. Saludó cortésmente; no quiso sentarse, ni siquiera en un banco de un sendero, y empezó a hablar con claridad y lentitud:

"Caballero, no he venido a dirigirlle reproches; sé demasiado bien cómo han ocurrido las cosas. He sufrido... hemos sufrido... una especie de... de... de fatalidad. Jamás los hubiera molestado en su retiro si la situación no hubiese cambiado. Tengo dos hijas, caballero, Una de ellas, la mayor, ama a un joven, y es amada por él. Pero la familia de ese muchacho se opone a la boda, arguyendo la situación de la... madre de mi hija. No siento cólera, ni rencor; pero adoro a mis hijas, caballero. Vengo, pues, a reclamarle a mí... mi mujer; espero que hoy consentirá en regresar a mi casa... a su casa. En cuanto a mí, aparentaré haber olvidado por... por mis hijas."

Renoldi sintió un violento golpe en el corazón, y le inundó una alegría delirante, como un condenado que recibe el indulto.

Balbuceó: "Claro que sí... Ciertamente, caballero... yo mismo..., puede creerlo..., sin duda... es justo, muy justo."

Y le daban ganas de coger las manos de aquel hombre, de estrecharlo en sus brazos, de besarlo en las dos mejillas.

Prosiguió: "Entre usted. Estará mejor en el salón; voy a buscarla."

Esta vez el señor Poinçot no se resistió ya, y se sentó.

Renoldi subió a saltos la escalera; después, ante la puerta de su amante, se calmó y entró gravemente:

"Preguntan por ti abajo, dijo; es para una comunicación acerca de tus hijas." Ella se alzó: "¿De mis hijas? ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿No habrán muerto?"

El prosiguió: "No. Pero hay una grave situación que sólo tú puedes resolver." Ella no escuchó más y bajó rápidamente.

Entonces él se derrumbó sobre una silla, emocionadísimo, y esperó.

Esperó mucho tiempo, mucho tiempo. Después, como hasta él ascendían voces irritadas, a través del techo, se decidió a bajar.

La señora Poinçot estaba en pie, exasperada, dispuesta a salir, mientras su marido la retenía por el vestido, repitiendo: " ¡Pero comprenda usted que pierde a nuestras hijas, a sus hijas, a nuestras niñas! "

Ella respondía obstinadamente: "No regresaré a su casa." Renoldi lo comprendió todo, se acercó desfalleciente y balbuceó: " ¿Cómo? ¿Se niega? " Ella se volvió hacia él y, con una especie de pudor, no lo tuteó ante su esposo legítimo: " ¿Sabe usted lo que él me pide? ¡Quiere que vuelva bajo su techo!" Y se reía sarcástica, con un inmenso desdén hacia aquel hombre, casi arrodillado, que le suplicaba.

Entonces Renoldi, con la determinación del desesperado que juega su última carta, empezó a hablar a su vez: defendió la causa de las pobres niñas, la causa del marido, su causa. Y cuando se interrumpía, buscando algún nuevo argumento, el señor Poinçot, agotados sus recursos, murmuraba, tuteándola en un retorno a viejos hábitos instintivos: "Vamos, Delphine, piensa en tus hijas."

Entonces ella los envolvió a ambos en una mirada de soberano desprecio, y después, huyendo hacia la escalera con un solo impulso; les gritó: " ¡Sois dos miserables! "

Al quedarse solos se examinaron por un momento, tan abatidos, tan consternados el uno como el otro; el señor Poinçot recogió su sombrero, caído junto a él, desempolvó con la mano sus rodillas blanqueadas por el entarimado, y después, con un gesto

desesperado, mientras Renoldi lo acompañaba a la puerta, pronunció, despidiéndose:  
"Somos muy desdichados, caballero."  
Después se alejó con pesados pasos.

*Gil Blas*, 22 de agosto de 1882

# *El pastel*

---

*Le gâteau*

Digamos que se llamaba la señora de Anserre, a fin de que no se descubra su nombre verdadero.

Era uno de esos cometas parisienses que dejan tras sí como un rastro luminoso. Hacía versos, inventaba noticias; tenía un corazón poético y era soberanamente hermosa. Recibía poco, nada más a las personas distinguidas, a aquellos a quienes comúnmente se llaman príncipes de algo. Ser admitido en su casa era un título, un verdadero título honorífico; así, al menos, se apreciaban sus invitaciones.

Su marido desempeñaba el papel de un satélite oscuro. Ser el esposo de un astro no es cosa que carezca de inconvenientes. Aquél, sin embargo, había tenido una idea feliz: la de crear un Estado en el Estado y poseer un mérito propio, mérito de segundo orden, es verdad; pero, en fin, conduciéndose de aquel modo, los días en que su esposa recibía, él recibía también; tenía su público especial, que le apreciaba y le escuchaba, prestándole más atención que a su brillante compañera.

Se había entregado a la agricultura, a la agricultura de gabinete. Porque hay agricultores de gabinete, como hay generales de gabinete —¿acaso no lo son todos los que nacen, viven y mueren sobre los redondeles de cuero del Ministerio de la Guerra?—, marinos de gabinete —los del Ministerio de Marina—, colonizadores de gabinete, etc., etc. Había, pues, estudiado la agricultura; pero la había estudiado profundamente, en sus relaciones con las demás ciencias, con la economía política, con las artes —entran las artes en todas las salsas, puesto que "obras de arte" se llama a los horribles puentes de los caminos de hierro—. Había, en fin, conseguido que se dijera de él: "Es un hombre inteligente." Se le citaba en las revistas técnicas, y su mujer le había hecho nombrar miembro de una comisión en el Ministerio de Agricultura.

Esta gloria modesta le bastaba.

Bajo el fútil pretexto de reducir gastos, invitaba a sus amigos el mismo día que su mujer recibía a los suyos; de manera que unos y otros se mezclaban; mejor dicho, no, formaban dos grupos. La señora, con su escolta de artistas, académicos y ministros, ocupaba una especie de galería amueblada y decorada con arreglo al estilo del Imperio. El señor se retiraba generalmente con sus labradores a una habitación más pequeña, que hacía las veces de fumadero, y que la señora de Anserre llamaba irónicamente el salón de Agricultura.

Ambos bandos estaban bien atrincherados. El señor, sin envidia, por otra parte, penetraba a veces en la Academia, donde cambiaba cordiales apretones de manos; pero la Academia desdeñaba infinitamente al salón de Agricultura, y era raro que uno de los príncipes de la ciencia, del pensamiento o de cualquier otra cosa, se aventurase entre los labriegos.

Estas recepciones se hacían sin gastos: un té, un bollo, y nada más. Al principio, el señor había reclamado dos bollos: uno para la Academia y otro para los labradores; pero la señora había justamente replicado que aquel modo de obrar hubiese dado a entender que allí había dos bandos, dos recepciones, dos partidos, y el señor no insistió; de manera que sólo se servía un bollo, del que la señora de Anserre hacía los honores a la Academia y que pasaba en seguida al salón de Agricultura.

Pues bien: este bollo fué en breve para la Academia un motivo de observación de los más curiosos. La señora de Anserre nunca lo partía con propias manos. Este papel recaía siempre en uno u otro de los Ilustres concurrentes.

Cargo tan especial, particularmente honroso y solicitado, duraba más o menos tiempo para cada uno, en ocasiones tres meses, pocas veces más; y se observó que el privilegio de "dividir el pastel" parecía llevar consigo una multitud de superioridades más, una especie de realeza o, mejor dicho, de vicerrealeza muy acentuada. El partidario reinante hablaba más alto que nadie, tenía un marcado tono de mando; y todos, absolutamente todos los favores de la dueña de la casa, eran para él. Llamábase a estos seres afortunados en la intimidad, a media voz, por detrás, los "favoritos del pastel", y cada cambio de favorito ocasionaba en la Academia una especie de revolución. El cuchillo era un cetro; el pastel, un emblema; se felicitaba a los elegidos. Los labradores nunca cortaban el bollo. Hasta el señor estaba excluido de este cargo bilen que se comiese su parte.

El pastel fue sucesivamente partido por poetas, pintores y novelistas. Un músico célebre midió las porciones durante algún tiempo; le sucedió un embajador. En ocasiones, un hombre menos conocido, pero elegante y solicitado, uno de esos a quienes se llama, según las épocas, verdadero gentleman, o perfecto caballero, o dandi o de otro modo, se sentó a su vez delante del pastel simbólico.

Cada cual, durante su reinado efímero, atestiguaba al esposo una consideración mayor; luego, cuando llegaba la hora de su caída, pasaba a otro el cuchillo y se confundía de nuevo entre la multitud de cortesanos y admiradores de la "hermosa señora de Anserre".

Tal estado de cosas duró mucho, mucho tiempo; mas los cometas no tienen siempre el mismo brillo. Todo envejece en el mundo. Hubiérase dicho que, poco a poco, el apresuramiento de los partidarios disminuía; en ocasiones parecían vacilar cuando se les tendía el plato; aquel cargo, antes tan envidiado, cada vez se solicitaba menos y se conservaba menos tiempo, pareciendo los comensales cada vez menos orgullosos de él. La señora de Anserre prodigaba las sonrisas y las amabilidades; mas, ¡ay!, ya nadie partía el pastel de buena gana. Los nuevos invitados parecían negarse a efectuarlo. Los "antiguos favoritos" reaparecían uno a uno como príncipes destronados a quienes se coloca por un instante en el poder. Luego, los elegidos se hicieron raros. Durante un mes, ¡oh prodigio!, el encargado de partir el pastel fué el señor de Anserre; en seguida pareció cansarse, y un día se vio a la señora de Anserre, a la bella señora de Anserre, partirlo con sus propias manos.

Mas esto parecía molestarle mucho, y al siguiente día tanto insistió con un invitado, que éste no se atrevió a desairarla.

Sin embargo, el símbolo se conocía de sobra, y se miraban unos a otros disimuladamente y con semblante asustado, ansioso. Partir el pastel no era nada; pero los privilegios a que tal favor había siempre dado derecho causaban miedo ahora; así que, en cuanto la bandeja aparecía, los académicos pasaban en tropel al salón de Agricultura, como para guarecerse detrás del marido, que sonreía sin cesar. Y cuando la señora de Anserre, ansiosa, se dejaba ver a la puerta con el pastel en una mano y en la otra el cuchillo, todos parecían alinearse en derredor del esposo como para pedirle protección.

Pasaron dos años más. Ya nadie partía; pero, por una vieja costumbre inveterada, aquella a quien se seguía llamando galantemente la "hermosa señora de Anserre" buscaba con la vista todas las noches un individuo fiel que tomase el cuchillo; y siempre en torno de ella se producía el mismo movimiento: una huida general, hábil, llena de maniobras combinadas y diestras, para evitar la orden que veían en sus labios.

De repente, he aquí que un día se presenta en la casa un jovenzuelo tan inocente como ignorante. No conocía el misterio del pastel; así que, cuando apareció éste, en el momento de escapar todos, en el momento de tomar la señora de Anserre de manos del criado la bandeja y el cuchillo, continuó tranquilamente a su lado.

—¿Tiene usted, querido caballero, la amabilidad de partir este bollo?—le dijo la dueña de la casa.

El se apresuró a despojarse de los guantes, entusiasmado al verse honrar de aquel modo.

—¿Cómo no, señora? Con el mayor placer —contestó.

A lo lejos, en los rincones de la galería, en el marco de la puerta, abierta de par en par, del salón de los labradores, los invitados miraban estupefactos. Luego, cuando vieron que el nuevo invitado partía sin vacilar, se aproximaron vivamente.

Un viejo poeta festivo dio al neófito un par de palmaditas en el hombro.

—¡Bravo, joven!—le dijo al oído. Le miraban con curiosidad. Hasta el esposo pareció asombrado. Por lo que hace al joven, le sorprendía la consideración que de repente parecía mostrársele, extrañando sobre todo las marcadas atenciones, el evidente favor y la especie de mudo reconocimiento que le significaba la dueña de la casa.

Parece, no obstante, que, por último comprendió.

¿En qué momento, en qué lugar le fue revelada la cosa? No se sabe; pero, cuando reapareció en la velada siguiente, mostraba un aire preocupado, avergonzado casi, y miraba con inquietud a su alrededor. Dio la hora del té. Apareció el lacayo. La señora de Anserre, sonriente, cogió el plato y buscó con la vista a su amigo; mas éste había escapado tan pronto, que ya no le distinguió. Se echó entonces a buscarle, y en breve le halló en el fondo del salón de labradores. Del brazo del esposo, le consultaba con angustia acerca de los medios empleados para la destrucción de la filoxera.

—Querido caballero —le dijo—. ¿tendría usted la amabilidad de partirme este bollo?

El se ruborizó hasta las orejas y balbució algo, perdiendo el tino. Pero el señor de Anserre tuvo piedad de él y, volviéndose hacia su esposa, le dijo:

—Amiga mía, serías muy amable si dejaras de molestarnos; hablamos de Agricultura. Que Bautista te parta el pastel.

Y nadie, desde aquel día, cortó ya el bollo de la señora de Anserre.

*Gil Blas*, 19 de enero de 1882

# *La patrona*

---

*La patronne*

*Au docteur Baraduc.*

—En aquella época —dijo Georgen Kervelen— yo vivía en una pensión de la rue des Saints-Peres.

"Cuando mis padres decidieron que fuese a estudiar Derecho a París, hubo grandes discusiones para disponerlo todo. Se estableció la suma de mi asignación en dos mil quinientos francos, pero mi pobre madre tenía un temor que expuso a mi padre:

"—Si malgasta el dinero y no come de modo adecuado, su salud se resentirá mucho. Los jóvenes son capaces de todo.

"Entonces, decidieron que me buscarían una pensión modesta y cómoda, que mi familia iba a pagar cada mes directamente. Yo, hasta entonces, jamás había salido de Quimper. Deseaba todo cuanto se desea a mi edad y me disponía a vivir lo más alegremente posible.

"Unos vecinos, a los que se pidió consejo, indicaron a cierta paisana, Madame Kergaran, que tenía huéspedes. Mi padre, por tanto, se puso de acuerdo por carta con esa respetable señora, a cuya casa llegué yo una noche con mi maleta.

"Madame Kergaran tenía alrededor de cuarenta años. Era fuerte, muy fuerte, hablaba en el mismo tono que un oficial instructor y ponía fin a las discusiones con una palabra seca y definitiva. Su vivienda, muy estrecha, con sólo una abertura a la calle en cada piso, daba la impresión de una cadena de ventanas o, bien, de una lonja de casa, emparedada entre otras dos.

"La patrona vivía en el primer piso, con su sirvienta, cocinaban y comíamos en el segundo, y en el tercero y cuarto se alojaban otros cuatro estudiantes bretones. Yo tenía dos habitaciones en el quinto.

"Una escalera negra, retorcida como un tirabuzón, conducía hasta mi buhardilla. Durante toda la jornada, sin descansar un solo momento, Madame Kergaran subía y bajaba por aquella espiral, vigilando su casa igual que un capitán su nave. Por lo menos entraba diez veces seguidas en cada habitación, lo supervisaba todo con un desconcertante torrente de palabras, se aseguraba de que las camas estaban hechas, si habían cepillado las ropas y si el servicio no dejaba nada que desear. En fin, se ocupaba de sus huéspedes como una madre, mejor que una madre.

"Pronto conocí a mis cuatro paisanos. Dos estudiantes de Medicina y otros dos de Derecho, pero todos ellos sometidos al despótico yugo de la patrona. Le tenían tanto miedo como un merodeador al guarda jurado.

"En cuanto a mí, yo sólo sentía deseos de independencia, ya que por instinto soy rebelde. Comencé por declarar que me retiraría a la hora que me pareciese bien, pues Madame Kergaran había señalado la medianoche como límite. Ante ésa afirmación, la patrona fijó en mí sus ojos claros y, al cabo de unos segundos exclamó:

"—Eso no es posible. No puedo permitir que durante toda la noche despierten a Annette. Además, usted no tiene nada que hacer después de esa hora.

"Le contesté con firmeza:

"—Según la ley, está usted obligada a abrirme a cualquier hora. Si se niega, lo haré comprobar por dos alguaciles y me hospedaré en un hotel a costa suya, pues a eso tengo

derecho. Así que está usted obligada a abrirme o a despedirme. La puerta o el adiós. Elija.

"Me reía en sus propias narices mientras exponía mis condiciones. Tras un momento de estupor, ella quiso parlamentar, pero me mantuve irreducible y al fin cedió. Convinimos en que me entregaría una llave, pero con la condición de que lo ignorasen los demás.

"Mi energía le causó una saludable impresión, y desde aquel momento me trató con innegable preferencia. Me demostraba unas atenciones, pequeños cuidados y cierta delicadeza, junto con una brusca ternura que no me desagradaban en absoluto. A veces, en momentos de euforia, la besaba por sorpresa en busca del fuerte bofetón que me propinaba. Cuando conseguía besarla en la cara, su mano me pasaba por encima de la cabeza con la rapidez de una bala y yo me reía como un loco, mientras huía al tiempo que ella gritaba:

"—¡Ah, sinvergüenza! ¡Ya te devolveré eso!

"Nos habíamos convertido en buenos amigos.

"Pero por fin conocí en la calle a una muchachita empleada en unos almacenes.

"Ya sabéis lo que son esos amoríos de París. Un día, camino de la Universidad, se encuentra uno a una muchachita con la cabeza destocada que se pasea del brazo de una amiga antes de ir a trabajar. Se cambian unas miradas, y se siente en seguida ese pequeño sobresalto que proporcionan los ojos de ciertas mujeres. Considero como una de las cosas más agradables de la vida esas rápidas simpatías físicas que despierta un encuentro, esa ligera y delicada seducción que de súbito nos domina al relacionarse con el ser que ha nacido para satisfacernos y para que nosotros lo amemos. Lo queremos mucho o poco, pero eso no importa. Está en su naturaleza responder al secreto deseo de amor que hay en la nuestra. Desde el primer instante en que se advierte ese rostro, esa boca, esos cabellos, esa sonrisa, se siente cómo sus encantos entran en nosotros con una alegría dulce y deliciosa, se siente una especie de bienestar general que nos domina y cómo despierta de súbito una ternura aún confusa que arrastra hacia esa mujer desconocida. Se diría que hay una llamada a la que respondemos, una atracción incontenible; es como si la conociésemos desde hace tiempo, igual que si ya la hubiésemos visto, y supiésemos lo que piensa.

"Al día siguiente, a la misma hora, se pasa por la misma calle. Volvemos a verla. Luego, hacemos lo mismo al otro día y al otro. Por fin, se entabla conversación. Y el amorío sigue su curso, regular como una enfermedad.

"Por tanto, al cabo de tres semanas, me encontraba con Emma en el período que precede a la caída. Ésta hubiera ocurrido mucho antes de haber dispuesto de un lugar donde provocarla. Mi amiga vivía en familia y se negaba con especial energía a franquear el umbral de una casa de citas. Me rompí la cabeza para encontrar algún medio, una estratagema, una oportunidad. Al fin, tomé una decisión desesperada y me decidí a llevármela a casa, hacia las once de la noche, con el pretexto de una taza de té. Madame Kergaran se acostaba siempre a las diez. Podría, por tanto, entrar silenciosamente, gracias a mi llave, sin que lo advirtieran. Al cabo de una hora o dos, descenderíamos de igual modo.

"Emma aceptó mi invitación después de hacerse rogar un poco.

"Pasé un mal día. No estaba tranquilo. Temía complicaciones, alguna catástrofe, un escándalo ruidoso. Llegó la noche. Salí de casa y entré en una cervecería, tomé dos tazas de café y cuatro o cinco copas para darme ánimos. Luego, me fui a pasear por el Boulevard Saint-Michel. Oí tocar las diez y las diez y media y, sin prisas, me encaminé al lugar de la cita. Ella me esperaba. Tomó mi brazo con aire zalamero y nos encaminamos pausadamente hacia mi casa. Conforme me acercaba a la puerta, iba



creciendo mi angustia. No hacía más que pensar: ¡Ojalá que Madame Kergaran se haya acostado!

"Un par o tres de veces le dije a Emma:

"—Sobre todo, no hagas ruido en la escalera.

"Ella se echó a reír:

"—¿Tanto miedo te da que nos oigan?

"—No, pero no quiero despertar a mi vecino, que está gravemente enfermo.

"Llegamos a la rue des Saints-Peres. Me acerqué a la casa con esa aprensión con la que vamos al dentista. Todas las ventanas estaban a oscuras. Tanto los huéspedes como la patrona dormían ya. Respiré aliviado. Abrí la puerta con las mismas precauciones de un ladrón. Hice entrar a mi compañera, volví a cerrar y ascendí la escalera de puntillas, conteniendo el aliento y encendiendo cerillas para que la muchacha no diera un paso en falso.

"Al pasar ante el dormitorio de la patrona, mi corazón comenzó a latir precipitadamente. Al fin, llegamos al segundo piso, luego al tercero, y por último, al quinto. Entré en mi habitación. ¡Victoria!

"No me atrevía a hablar más que en voz baja y me había quitado los zapatos para no hacer ruido. El té, preparado sobre una lámpara de alcohol, lo bebimos en un ángulo de la cómoda. Luego, comencé a presionar cada vez con más insistencia, y poco a poco, como en un juego, le fui quitando a mi amiga, una a una, todas sus ropas; ella cedía sin dejar de resistirse, ruborizada, confusa, retrasando siempre el instante fatal y encantador.

"No llevaba ya más que una corta camisa blanca cuando se abrió de improviso la puerta y apareció Madame Kergaran, con una vela en la mano y el mismo atuendo que Emma.

"De un brinco me aparté de su lado y me quedé de pie, aturdido, contemplando a las dos mujeres, que se estudiaban. ¿Qué iba a suceder?

"La patrona exclamó en un tono altivo que jamás le había oído:

"—En mi casa no quiero golfas, Monsieur Kervelen.

"Yo balbucí:

"—Pero, Madame Kergaran, la señorita es amiga mía. Ha venido a tomarse una taza de té.

"La otra replicó:

"—Para tomar té nadie se queda en camisa. Hágala usted salir en seguida.

"Emma, consternada, rompió a llorar mientras se cubría la cara con la camisa. A mí se me iba la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir. La patrona añadió en un irrefutable tono de autoridad:

"—Ayude usted a la señorita a vestirse y sáquela de aquí inmediatamente.

"La verdad es que no podía hacer otra cosa, por lo que recogí su traje, caído en el suelo y se lo pasé por la cabeza a la muchacha para después intentar abrocharlo y ajustarlo con una infinita tristeza. Ella me ayudaba, mientras seguía llorando, queriendo darse prisa, por lo que cometía continuos errores, al no encontrar ni los ojales ni los lazos; y Madame Kergaran, impasible, erguida, enarbolando la vela, nos alumbraba en actitud de severa reconvención.

"Emma se daba mayor prisa, se tapaba casi con desesperación, anudaba, sujetaba, se abotonaba con furia, impulsada por un impetuoso deseo de huir; y, sin siquiera abrocharse las botinas, pasó a todo correr ante la patrona para lanzarse escaleras abajo. La seguí en zapatillas, también a medio vestir, repitiendo:

"—Mademoiselle, Mademoiselle.

"Comprendía que algo debía decirle, pero no sabía qué. La alcancé justo ante la puerta de la calle y quise tomarla por el brazo, pero me rechazó violentamente, balbuciendo con una voz entrecortada:

"—Déjeme..., déjeme..., no me toque.

"Y salió a la calle cerrando la puerta a su espalda.

"Regresé. Madame Kergaran me esperaba en el primer piso, y yo fui subiendo la escalera con paso lento, esperándomelo todo.

"El dormitorio de la patrona estaba abierto. Me hizo entrar, diciéndome en tono severo:

"—Debo hablarle, Monsieur Kervelen.

"Pasé ante ella con la cabeza baja. Colocó la vela sobre la chimenea y, cruzando los brazos sobre sus opulentos pechos, que mal cubrían una fina camisola blanca, exclamó:

"—Bien, Monsieur Kervelen, por lo visto toma usted esta pensión por una casa pública.

"No me sentía agresivo. Murmuré:

"—No, no, Madame Kergaran. No debe usted enfadarse, se lo ruego; ya sabe usted lo que es un joven.

"Ella me respondió:

"—Sé que no quiero golfillas en mi casa, entérese. Sé que haré que respeten mi casa, y la reputación de mi casa, ¿ha comprendido? Sé...

"Siguió hablando durante veinte minutos por lo menos, acumulando motivos para indignarse, apabullándome con la honorabilidad de su casa, cubriéndome de reproches mordientes.

"El hombre es un animal muy extraño, y yo, en vez de escuchar, me limitaba a contemplarla. No comprendí ni una palabra, ni una sola palabra. Tenía unos senos soberbios, gallardos, firmes, blancos y grandes, quizás un poco en exceso, pero lo bastante tentadores para darme escalofríos en la espalda. Jamás había imaginado, la verdad, que hubiera unas cosas así bajo la ropa de lana de la patrona. Parecía haber rejuvenecido diez años al desnudarse. Y de pronto comencé a sentirme muy raro..., ¿cómo lo diría...?, sobresaltado. Volví a encontrarme ante la patrona en idéntica situación a la que se interrumpió hacía un cuarto de hora en mi dormitorio. Detrás de ella, al fondo, en la alcoba, se veía su cama. Estaba entreabierta, aplastada, mostrando el hueco de las sábanas por la presión del cuerpo que allí se había acostado. Y yo me decía que en aquel lecho se debía de estar muy bien y muy tibio, mucho más tibio que en el mío. ¿Por qué tibio? Sin duda a causa de la opulencia de las carnes que lo ocupaban.

"¿Hay algo más inquietante y más encantador que una cama deshecha? Aquella me enajenaba desde lejos y me hacía correr escalofríos por la espalda.

"La patrona seguía hablando, pero con más dulzura, en plan de amiga franca y amable que no desea más que perdonar.

"Balbucí:

"—Mire..., mire..., Madame Kergaran..., mire.

"Como ella callase para esperar que continuara, la tomé entre mis brazos y comencé a besarla, pero a besarla como un hambriento, como un hombre que lo está esperando desde hace tiempo.

"Ella se debatía y volvía la cabeza, aunque sin enfadarse demasiado, mientras no dejaba de repetir maquinalmente, según su costumbre:

"—Sinvergüenza, sinvergüenza, sin...!"

"No pudo concluir la palabra, pues yo había conseguido alzarla y la arrastraba, estrechándola contra mí. En determinados momentos, uno se siente muy fuerte.

"Llegué a la cama y caí encima, sin soltarla.

"Efectivamente, se estaba allí muy bien y muy tibio.

"Una hora más tarde, la patrona se levantó para encender una nueva vela, pues la anterior se había consumido. Y al regresar a mi lado, mientras colocaba una pierna redonda y mórbida bajo las ropas, exclamó con voz mimosa, satisfecha y quizás agradecida:

"—¡Sinvergüenza, sinvergüenza!

*Gil Blas*, 1 de abril de 1884

# *El pecio*

---

*Épaves*

Me gusta el mar en diciembre, cuando los extranjeros se han marchado, pero me gusta, lógicamente de un modo sobrio. Acabo de pasar tres días en lo que se llama una ciudad costera.

En el pueblo, tan lleno de parisinos no hace mucho, tan ruidoso y alegre, no hay más que pescadores que pasan en grupo, caminando con pesadumbre, con sus grandes botas marineras, el cuello envuelto por la lana, llevando en una mano una botella de aguardiente y en la otra la linterna del barco. Las nubes llegan del norte y corren alocadas en un cielo ensombrecido; el viento sopla. Las extensas redes están extendidas en la arena, cubierta de restos devueltos por las olas. Y la playa tiene un aspecto penoso, ya que los botines de las mujeres ya no dejan marcados los profundos agujeros de sus altos tacones. El mar, gris y frío, con un borde espumoso, sube y baja sobre este arenal desierto, ilimitado y siniestro.

Al llegar el atardecer, todos los pescadores llegan a la misma hora. Dan vueltas durante largo tiempo alrededor de las barcazas encalladas, que semejan pesados peces muertos; guardan en sus bolsas pan, algo de mantequilla, un vaso, luego empujan hacia el agua la pesada mole que pronto se balancea, abre sus alas marrones y desaparece en la noche, con una pequeña luz en el extremo del mástil. Unos grupos de mujeres que habían permanecido hasta la salida del último pescador, regresan al pueblo adormecido, y sus voces turban el profundo silencio de las calles apaciguadas.

Yo mismo iba a regresar cuando divisé un hombre: estaba solo, envuelto en un abrigo oscuro; caminaba deprisa y recorría con la mirada la extensa soledad del arenal, escrutando el horizonte, buscando a alguien.

Me vio, se acercó, me saludó y lo reconocí horrorizado. Me iba a dirigir la palabra, sin duda, pero otras personas hicieron su aparición. Llegaban apretadas para tener menos frío. El padre, la madre, las tres hijas; todo el conjunto ataviado con gabanes, impermeables antiguos, mantones de los que se entreveía nada más que la nariz y los ojos. El padre estaba enrollado en una manta de viaje, que le subía hasta la cabeza. Entonces el paseante solitario se encaminó hacia ellos; fuertes apretones de manos fueron intercambiados y se pusieron a andar con idas y venidas en la terraza del casino, ahora cerrado.

¿Quiénes son estas gentes que habían permanecido ahí cuando todo el mundo se había marchado?

Son los restos del naufragio del verano. Cada playa tiene los suyos.

El primero es un gran hombre. Entendámonos, un gran hombre de esos que se bañan en el mar. Un grupo numeroso.

Quién de nosotros que, llegando en pleno verano a lo que se da en llamar "una ciudad costera", no ha encontrado un amigo cualquiera o un simple conocido llegado hace algún tiempo y que conoce todos los rostros, los nombres, todas las historias, todos los cotilleos.

Damos juntos una vuelta por la playa. De repente encontramos un señor de frente, observando como los demás bañistas se dan la vuelta para contemplarlo de espaldas. Parece una persona muy importante; sus cabellos largos, cubiertos artísticamente con una boina de mariner, ensucian algo el cuello de su chaquetón; se contornea andando

rápido, los ojos vacíos, como si se dedicara a un trabajo mental importante, y se diría que está como en su casa, que se sabe simpático. En definitiva, está posando.

Vuestro compañero os presiona el brazo:

—Es Rivoil.

Preguntáis ingenuamente:

—¿Quién es Rivoil?

Vuestro amigo se para bruscamente y os mira a los ojos fijamente, indignado:

—¡Ah!, ¿De dónde salís, querido amigo? ¿No conocéis a Riveil, el violinista? ¡esto es muy fuerte! Pero si es un artista de primera categoría, un genio, no se puede ignorarlo.

Uno se calla, ligeramente humillado.

Cinco minutos más tarde, se trata de una persona pequeña y fea como un oso, obesa, sucia, con gafas y un aire estúpido; este es Prosper Glosse, el filósofo que toda Europa conoce. De Baviera o suizo-alemán naturalizado, su origen le permite hablar un francés un tanto vulgar, el equivalente a aquel que le ha servido para escribir un volumen de inconcebibles bobadas con el título de *Mélanges*. Fingís no ignorar nada de la vida de este macaco del que nunca habíais oído hablar.

Os tropezáis también con dos pintores; un hombre de letras, redactor de un periódico ignorado; y también con un jefe de oficina del cual se dice: "Es el Sr. Boutin, director del ministerio de obras públicas. Se encarga de uno de los servicios más importantes de la Administración: la sección de cerraduras. No se compra una cerradura para los edificios públicos sin que el asunto no pase por sus manos."

Aquí están los grandes hombres; y su renombre se debe únicamente a la regularidad de sus regresos. Desde hace doce años aparecen regularmente por la misma fecha; y como todos los años algunos bañistas del año anterior regresan, heredándose de un verano para otro esas reputaciones locales que, por efecto del tiempo, han llegado a ser verdaderas celebridades, eclipsando en la playa elegida a todas las reputaciones pasajeras.

Solo una clase de hombres los hace estremecer: los académicos; y cuanto más desconocido sea, más temida será su llegada. Estalla en la ciudad costera como un obús.

Uno está preparado siempre para la llegada de un hombre famoso. Pero el anuncio de un académico que todos desconocen produce el efecto súbito de un descubrimiento arqueológico sorprendente. Uno se pregunta: "¿Qué ha hecho? ¿Quién es?" Todos hablan del asunto como si hubiese que dar solución a un jeroglífico, y el interés que suscita se incrementa cuanto menos se sepa de él.

Este es el enemigo. Y la lucha se inicia entre el gran hombre oficial y el gran hombre local.

Cuando los bañistas se marchan, queda el gran hombre; permanece mientras quede una sola familia. Aún por unos días será un gran hombre para esta familia. Esto le basta.

Y también permanece igualmente una pobre familia de la ciudad vecina con tres hijas casaderas. La familia viene cada verano; y las señoritas Bautamé son tan conocidas en el lugar como el gran hombre. Desde hace diez años protagonizan su particular "pesca" del marido (sin resultados por otra parte) al igual que los marineros hacen su temporada del arenque. Pero envejecen. Los habitantes del pueblo conocen su edad y lamentan su soltería. Son bien afables, sin embargo.

Y así, después de la huida del mundo elegante, cada otoño la familia y el hombre famoso se reencuentran cara a cara. Permanecen ahí un mes, dos meses, viéndose cada día, y sin decidirse a dejar la playa en la cual viven sus sueños. En la familia hablan de él como si fuera Víctor Hugo; a menudo cena con ellos en el hotel triste y vacío.

El no es bello, ni joven ni adinerado. Pero aquí, en la región, es Monsieur Rivoil, el violinista. Cuando se le pregunta porque no regresa a París, allí donde le esperan tantos éxitos, responde de modo rutinario: "A mí me encanta la naturaleza solitaria. Esta región me gusta sólo cuando se queda desierta".

Un marinero que me había reconocido, se me acercó. Después de hablarme de la pesca que no estaba en sus mejores momentos, que el arenque se había vuelto escaso en aquellos parajes, que los de Terra-Nova que habían regresado y de la cantidad de bacalao recogido, me mostró con un guiño a los paseantes, y añadió:

—"¿Sabe que Monsieur Rivoil se va a casar con la última de las señoritas Bautané.?"

En efecto, paseaba solo a su lado, detrás del conjunto familiar.

Y me sobrecogí pensando en esos restos de naufragio de la vida, en esos tristes seres perdidos, en ese matrimonio "fuera de temporada" después de esa última esperanza esfumada, en ese gran hombre "de bisutería", aceptado como un ruiseñor por esa incauta muchacha, la cual, sin él, habría sido prontamente una mujer como el pescado salado lo es al fresco.

Y cada año, similares reuniones han tenido lugar, acabada la temporada en esas ciudades costeras abandonadas.

*Animo, ánimo jóvenes doncellas  
Buscad marido frente al mar.*

Decía el poeta.

Desaparecieron en la oscuridad.

La luna ascendía en el cielo; primero roja, luego palidecía a medida que iba subiendo, y proyectaba sobre la espuma de las olas unos pálidos resplandores, a veces apagados, a veces iluminados.

El ruido monótono del reflujo estremecía el espíritu, y una tristeza desmesurada me llegaba de la soledad infinita de la tierra, del mar y del cielo.

De repente, unas voces jóvenes me despertaron y dos chicas altas, descomunales, aparecieron inmóviles mirando el océano. Sus cabellos volaban al viento; y enfundadas en impermeables grises, semejaban postes telegráficos que hubieran tenido melenas.

Reconocí unas inglesas.

De todos los restos del naufragio, esos son los más abaneados.

En todos los confines de la tierra los hay varados, están presentes en todas las ciudades por las que la gente pasa.

Se reían con su risa grave, hablaban alto con voces de hombres serios, y me preguntaba que singular placer tienen estas chicas que uno encuentra por doquier en las playas desiertas, en los bosques profundos, en las ciudades ruidosas y en los grandes museos llenos de obras de arte; en experimentar la contemplación sin pausa de cuadros, monumentos de largos paseos melancólicos y olas algodonosas bajo la luna sin jamás llegar a comprenderlo totalmente.

*Le Gaulois, 9 de diciembre de 1881*

# *La pequeña Roque*

---

*La petite Roque*

## I

El peatón Médéric Rompel, a quien la gente de la región llamaba familiarmente Médéri, salió a la hora de costumbre de la casa de Correos de Roüy-le-Tors. Tras cruzar la pequeña población con su largo paso de soldado veterano, atajó primero por los prados de Villaumes para llegar a orillas del Brindille, que lo llevaba, siguiendo el agua, al pueblo de Carvelin, donde iniciaba el reparto.

Caminaba de prisa, a lo largo del estrecho río que espumeaba, gruñía, hervía y fluía por su lecho de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Las grandes piedras que detenían la corriente tenían a su alrededor un anillo de agua, una especie de corbata rematada por un nudo de espuma. En algunos lugares había cascadas de un pie de altura, a menudo invisibles, que hacían, bajo las hojas, bajo los bejucos, bajo un techo de verdor, un gran ruido colérico y suave; más adelante las riberas se ensanchaban, se encontraba un laguito apacible donde nadaban truchas entre toda esa cabellera verde que ondea en el fondo de los arroyos tranquilos.

Médéric seguía su camino, sin ver nada, y sin pensar más que en esto: «Mi primera carta es para los Poivron, luego tengo una para el señor Renardet; conqué tengo que atravesar el oquedal.»

Su chaqueta azul, ceñida a la cintura por una correa de cuero negro, pasaba con marcha rápida y regular bajo la fila verde de los sauces; y su bastón, una fuerte vara de acebo, avanzaba a su lado al mismo ritmo que sus piernas.

Así pues, salvó el Brindille por un puente que consistía en un solo árbol, lanzado de una orilla a otra, y que tenía por única barandilla una cuerda sostenida por dos estacas clavadas en las riberas.

El oquedal, perteneciente al señor Renardet, alcalde de Carvelin, y el principal propietario del lugar, era una especie de bosque de viejos árboles, enormes, rectos como columnas, y que se extendía en una longitud de media legua, a la orilla izquierda del río, que servía de límite a aquella inmensa bóveda de follaje. A lo largo del agua habían crecido grandes arbustos, caldeados por el sol; pero en el oquedal no se encontraba más que musgo, un musgo espeso, suave y blando, que difundía por el aire estancado un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Médéric aflojó el paso, se quitó el quepis negro galoneado de rojo y se enjugó la frente, pues ya hacía calor en los prados, aunque aún no eran las ocho de la mañana.

Acababa de ponérselo otra vez y de reanudar su paso ligero cuando vio, al pie de un árbol, un cuchillo, un cuchillito de niño. Cuando lo recogió, descubrió también un dedal, y después un alfilerero dos pasos más adelante.

Habiendo recogido aquellos objetos, pensó: «Se los entregaré al señor alcalde»; y prosiguió su camino; pero ahora con los ojos bien abiertos, esperando siempre encontrar otra cosa.

De repente se detuvo en seco, como si hubiera chocado con una valla de madera, pues, a diez pasos de él yacía, tendido de espaldas, un cuerpo infantil, desnudo, sobre el musgo. Era una niña de unos doce años. Tenía los brazos abiertos, las piernas separadas, la cara tapada con un pañuelo. Un poco de sangre maculaba sus muslos.

Médéric avanzó de puntillas, como si temiera hacer ruido, o recelara un peligro; y abría mucho los ojos.

¿Qué era aquello? Estaría dormida, sin duda. Después reflexionó que nadie duerme así, completamente desnudo, a las siete y media de la mañana, bajo árboles fríos. Entonces estaba muerta; y se hallaba en presencia de un crimen. Ante esta idea, un escalofrío le corrió por los riñones, aunque fuese un ex soldado. Y además era una cosa tan rara en la región, un asesinato, y el asesinato de un niño, encima, que no podía dar crédito a sus ojos. Pero no presentaba ninguna herida, sólo aquella sangre coagulada en la pierna. ¿Cómo, pues, la habían matado?

Se había detenido muy cerca de ella; y la miraba, apoyado en su bastón. La conocía, claro, pues conocía a todos los habitantes de la comarca; pero, al no poder verle la cara, no podía adivinar su nombre. Se inclinó para retirar el pañuelo que le cubría el rostro; después se detuvo, con la mano extendida, retenido por una reflexión.

¿Tenía derecho a alterar algo del estado del cadáver antes de las pesquisas de la justicia? Se imaginaba a la justicia como una especie de general a quien nada se le escapa y que concede tanta importancia a un botón perdido como a una cuchillada en el vientre. Bajo aquel pañuelo, quizá se encontrase una prueba capital; era una pieza de convicción, en fin, que podría perder su valor tocada por una mano torpe.

Entonces se levantó para correr a casa del alcalde; pero otro pensamiento lo retuvo de nuevo. Si la chiquilla estaba aún viva, por casualidad, no podía abandonarla así. Se arrodilló, muy suavemente, bastante lejos de ella, por prudencia, y alargó la mano hacia su pie. Estaba frío, helado, con ese frío terrible que hace tan espantosa la carne muerta y que no deja lugar a dudas. El cartero, ante aquel tacto, sintió que el corazón le daba un vuelco, como dijo después, y que la saliva se le secaba en la boca. Levantándose bruscamente, echó a correr por el oquedal hacia la casa del señor Renardet.

Marchaba a paso gimnástico, con el bastón bajo el sobaco, los puños cerrados, la cabeza echada hacia adelante; y su bolsa de cuero, llena de cartas y periódicos, le golpeaba cadenciosamente los riñones.

La casa del alcalde se encontraba al final del bosque que le servía de parque y bañaba todo una esquina de sus muros en un pequeño estanque que formaba en aquel lugar el Brindille.

Era una gran mansión cuadrada, de piedra gris, muy antigua, que había sufrido asedios en tiempos, y rematada por una enorme torre, de veinte metros de altura, edificada en el agua.

Desde lo alto de aquella ciudadela se vigilaba antaño toda la región. La llamaban la torre del Zorro (*Renard*), sin que se supiera exactamente por qué; y de esa apelación sin duda había salido el apellido Renardet que llevaban los propietarios de aquel feudo que, según decían, pertenecía a la misma familia hacía más de doscientos años. Pues los Renardet formaban parte de esa burguesía casi noble que con frecuencia se encontraba en las provincias antes de la Revolución.

El cartero entró de un salto en la cocina, donde desayunaban los criados, y gritó: «¿Se ha levantao el señor alcalde? Tengo que hablarle ahora mismo.» Sabían que Médéric era hombre de peso y de autoridad, y comprendieron en seguida que había ocurrido algo grave.

El señor Renardet, avisado, ordenó que pasase. El peatón, pálido y jadeante, con el quepis en la mano, encontró al alcalde sentado ante una larga mesa cubierta de papeles esparcidos.

Era un hombre alto y grueso, pesado y rubicundo, fuerte como un buey y muy querido en la región, aunque violento en exceso. De unos cuarenta años de edad y viudo desde hacía seis meses, vivía en sus tierras como un hidalgo rural. Su temperamento fogoso le había acarreado con frecuencia situaciones penosas, de las que lo sacaban siempre los magistrados de Rouÿ-le-Tors, como amigos indulgentes y discretos. ¿Acaso



no había un día derribado de lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado a punto de aplastar a su perro de muestra, Micmac? ¿No le había partido las costillas a un guardabosques que levantaba un acta contra él porque atravesaba, con la escopeta al hombro, unas tierras pertenecientes a un vecino? ¿E incluso no cogió por las solapas al subprefecto, que se detenía en el pueblo en el curso de una visita administrativa, calificada por el señor Renardet de visita electoral? Porque, por tradición familiar, militaba siempre en la oposición al gobierno.

El alcalde preguntó: «¿Qué pasa, Médéric?

—He encontrado una niñita muerta en su oquedal.»

Renardet se irguió, con la cara de color de ladrillo:

«¿Qué dice?... ¿Una niña?

—Sí, señor, una niñita, desnuda del todo, de espaldas, con sangre, ¡muerta, bien muerta!»

El alcalde renegó: «¡Maldita sea! Apuesto a que es la pequeña Roque. Acaban de avisarme de que ayer por la noche no regresó a casa de su madre. ¿En qué lugar la descubrió usted?»

El cartero explicó el sitio, dio detalles, se ofreció a acompañar al alcalde.

Pero Renardet respondió con brusquedad: «No. No lo necesito a usted. Envíeme en seguida al guarda rural, al secretario del ayuntamiento y al médico, y prosiga su ronda. Rápido, rápido, váyase, y dígalos que se reúnan conmigo en el oquedal.»

El peatón, hombre disciplinado, obedeció y se retiró, furioso y desolado de no asistir a las diligencias.

El alcalde salió a su vez, cogió su sombrero, un gran sombrero flexible, de fieltro gris, de alas muy anchas, y se detuvo unos segundos en el umbral de su residencia. Ante él se extendía un vasto césped sobre el que se destacaban tres grandes manchas, roja, azul y blanca, tres macizos de flores abiertas, una frente a la casa y las otras a los lados. Más lejos se erguían hacia el cielo los primeros árboles del oquedal, mientras que a la izquierda, por encima del Brindille ensanchado en estanque, se veían largas praderas, toda una región verde y llana, cortada por acequias y por hileras de sauces semejantes a monstruos, a enanos rechonchos, siempre podados y luciendo sobre un tronco enorme y corto un tembloroso plumero de delgadas ramas.

A la derecha, detrás de los establos, los cobertizos, todas las edificaciones que dependían de la finca, empezaba el pueblo, rico, habitado por ganaderos.

Renardet bajó lentamente los peldaños de la escalinata, y, doblando a la izquierda, llegó a la orilla del agua, que siguió a pasos lentos, las manos a la espalda. Caminaba con la cabeza gacha; y de vez en cuando miraba a su alrededor por si veía a las personas a quienes había mandado a buscar.

Cuando hubo llegado bajo los árboles, se detuvo, se destocó y se enjugó la frente como había hecho Médéric; pues el ardiente sol de julio caía como lluvia de fuego sobre la tierra. Después el alcalde prosiguió su marcha, se detuvo de nuevo, volvió sobre sus pasos. De pronto, bajándose, mojó el pañuelo en el arroyo que corría a sus pies y se lo extendió en la cabeza, debajo del sombrero. Gotas de agua se deslizaban a lo largo de sus sienes, por sus orejas siempre violáceas, por su cuello poderoso y rojo y entraban, una tras otra, bajo el blanco cuello de su camisa.

Como nadie aparecía aún, se puso a golpear el suelo con el pie, y después llamó: «¡Eh! ¡Eh!»

Una voz respondió a la derecha: «¡Eh! ¡Eh!»

Y el médico apareció bajo los árboles. Era un hombrecillo flaco, ex cirujano militar, tenido por muy capaz en las cercanías. Cojeaba, pues había sido herido en campaña, y se ayudaba con un bastón para caminar.

Después vio al guarda rural y al secretario del ayuntamiento que, avisados al mismo tiempo, llegaban juntos. Tenían cara de espanto y acudían jadeantes, andando y corriendo sucesivamente para darse prisa, y agitando tanto los brazos que parecían acometer con ellos más trabajo que con las piernas.

Renardet le dijo al médico: «¿Sabe usted de qué se trata?

—Sí, una niña muerta que Médéric encontró en el bosque.

—Está bien. Vamos.»

Se pusieron a caminar uno al lado del otro, seguidos por los otros dos hombres. Sus pasos no hacían el menor ruido sobre el musgo; sus ojos buscaban algo delante de sí, a los lejos.

El doctor Labarbe extendió el brazo de pronto: «Miren, ¡ahí está!»

Muy lejos, bajo los árboles, se divisaba una cosa clara. De no haber sabido lo que era, no lo hubieran adivinado. Parecía reluciente y tan blanca que se la hubiese tomado por una sábana caída, pues un rayo de sol que se deslizaba entre las ramas, iluminaba la carne pálida con una gran raya oblicua que cruzaba el vientre. Al acercarse, distinguieron poco a poco la forma, la cabeza cubierta, vuelta hacia el agua, y los dos brazos separados como para una crucifixión.

«Tengo un calor terrible», dijo el alcalde.

Y, bajándose hacia el Brindille, mojó de nuevo el pañuelo, que volvió a colocarse sobre la frente.

El médico apresuraba el paso, interesado por el descubrimiento. En cuanto estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo, aunque sin tocarlo. Se había puesto los quevedos, como cuando uno mira un objeto curioso, y daba lentas vueltas alrededor.

Dijo sin alzarse: «Violación y asesinato, que vamos a comprobar ahora mismo. Esta chiquilla es, por lo demás, casi una mujer, vean su busto.»

Los dos senos, ya bastante desarrollados, caían sobre el pecho, flácidos por la muerte.

El médico quitó suavemente el pañuelo que cubría la cara. Esta apareció negra, espantosa, con la lengua fuera, los ojos saltones. Prosiguió: «Pardiez, la han estrangulado una vez hecha la cosa.»

Le palpaba el cuello: «Estrangulada con las manos sin dejar además ningún rastro especial, ni marca de uñas ni huella de dedos. Muy bien. Es la pequeña Roque, en efecto.»

Volvió a colocar delicadamente el pañuelo: «No puedo hacer nada; está muerta desde hace doce horas, por lo menos. Hay que avisar a la justicia.»

Renardet, de pie, con las manos a la espalda, miraba fijamente el cuerpecito extendido en la hierba. Murmuró: «¡Qué miserable! Habría que encontrar sus vestidos.»

El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas. Dijo: «Acababa sin duda de darse un baño. Deben estar al borde del agua.»

El alcalde ordenó: «Tú, Príncipe (era el secretario del ayuntamiento), vete a buscarme esas prendas a lo largo del arroyo. Tú, Máxime (era el guarda rural), corre a Roüy-le-Tors y tráeme al juez de instrucción y a los gendarmes. Tienen que estar aquí dentro de una hora. Ya sabes.»

Los dos hombres se alejaron con viveza; y Renardet le dijo al doctor: «¿Qué canalla habrá podido hacer semejante cosa en este pueblo?»

El médico murmuró: «¿Quién sabe? Cualquiera sería capaz. Cualquiera en particular y nadie en general. No importa, debe ser algún vagabundo, algún obrero sin trabajo. Desde que tenemos la República, no se ve por los caminos más que eso.»

Ambos eran bonapartistas.

El alcalde prosiguió: «Sí, no puede ser más que un extraño, un transeúnte, un vagabundo sin hogar ni tierra...»

El médico agregó con una apariencia de sonrisa: «Y sin mujer. Al no tener ni una buena cena ni un buen albergue, se ha procurado lo demás. Nadie se imagina cuántos hombres hay en la tierra capaces de una fechoría en un momento dado. ¿Sabía usted que la pequeña había desaparecido?»

Y con la punta de su bastón, tocaba uno tras otro los dedos rígidos de la muerta, como si de las teclas de un piano se tratase.

«Sí. La madre vino a buscarme ayer, hacia las nueve de la noche, pues la niña no había regresado a las siete a cenar. La hemos llamado hasta medianoche por los caminos; pero no se nos ocurrió pensar en el oquedal. Por lo demás, era preciso que hubiera luz, para realizar búsquedas verdaderamente útiles.

—¿Quiere usted un cigarro? —dijo el médico.

—No, gracias, no tengo ganas de fumar. Me da cierta grima ver eso.»

Permanecían ambos de pie, frente a aquel frágil cuerpo de adolescente, tan pálido, sobre el musgo oscuro. Una gran mosca de vientre azul que se paseaba a lo largo de un muslo, se detuvo sobre las manchas de sangre, volvió a echar a andar, subiendo siempre, recorriendo la cadera con su marcha viva e irregular, trepó a un seno, después bajó para explorar el otro, buscando algo de beber sobre aquella muerta. Los dos hombres miraban aquel punto negro errante.

El médico dijo: «Qué bonita es una mosca en la piel. Las damas del siglo pasado tenían mucha razón cuando se pegaban un lunar en la cara. ¿Por qué se habrá perdido esa costumbre?»

El alcalde parecía no oírlo, perdido en sus reflexiones.

Pero de repente se volvió, pues un ruido lo había sorprendido; una mujer con gorro y delantal azul corría bajo los árboles. Era la madre, la Roque. En cuanto vio a Renardet, empezó a chillar: «¡Mi niña! ¿Dónde está mi niña?», tan enloquecida que no miraba al suelo. La vio de repente, se paró en seco, juntó las manos y alzó los dos brazos lanzando un clamor agudo y desgarrador, un clamor de animal mutilado.

Después se abalanzó hacia el cuerpo, cayó de rodillas y quitó, como si lo arrancase, el pañuelo que cubría la cara. Cuando vio aquel rostro espantoso, negro y convulso, sé irguió con una sacudida, después se postró con el rostro en el suelo, lanzando entre el espesor del musgo gritos espantosos y continuos.

Su gran cuerpo flaco, al que se le pegaban las ropas, palpitaba, sacudido por convulsiones. Se veían sus tobillos huesudos y sus secas pantorrillas envueltas en gruesas medias azules estremecerse horriblemente; y escarbaba en el suelo con sus dedos engarfiados como para hacer en él un hoyo donde esconderse.

El médico, emocionado, murmuró: «¡Pobre vieja!» Renardet sintió en la barriga un ruido singular; después lanzó una especie de ruidoso estornudo que le salió al mismo tiempo por la nariz y por la boca; y, sacándose el pañuelo del bolsillo, se echó a llorar, tosiendo, sollozando y sonándose con estrépito. Balbucía: «¡Mal... mal... mal... maldita sea! ¿Quién será el cerdo que ha hecho esto?... Me... me... me gustaría verlo en la guillotina...»

Pero reapareció Principe, con aire desolado y las manos vacías. Murmuró: «No encuentro nada, señor alcalde; nada de nada en ninguna parte.»

El otro, pasmado, respondió con voz grosera, ahogada en lágrimas: «¿Qué es lo que no encuentras?»

—Las ropas de la pequeña.

—Pues... pues... busca mejor... y... y... encuéntralas... o... o tendrás que vértelas conmigo.» El hombre, sabiendo que al alcalde no se le podía llevar la contraria, volvió a marcharse con pasos desalentados, lanzando al cadáver una ojeada oblicua y temerosa.

Bajo los árboles se alzaban voces lejanas, un rumor confuso, el ruido de una muchedumbre que se aproximaba, pues Médéric, durante su ronda, había diseminado la noticia de puerta en puerta. La gente del pueblo, estupefacta al principio, había charlado de eso en la calle, de un umbral a otro; después se había congregado; habían cotilleado, discutido, comentado el acontecimiento durante unos minutos, y ahora acudían a ver.

Llegaban en grupos, un poco vacilantes e inquietos, por miedo a la primera emoción. Cuando distinguieron el cuerpo, se detuvieron, sin atreverse a avanzar más y hablando en voz baja. Después se armaron de valor, dieron unos pasos, volvieron a detenerse, avanzaron de nuevo, y pronto formaron en torno a la muerta, a su madre, al médico y a Renardet, un apretado corro, agitado y ruidoso que se cerraba con los súbitos empujones de los recién llegados. Pronto llegaron hasta el cadáver. Algunos incluso se bajaron a palparlo. El médico los apartó. Pero el alcalde, saliendo bruscamente de su torpor, se puso furioso y, cogiendo el bastón del doctor Labarbe, se arrojó sobre sus administrados balbuciendo: «Largaos de aquí... largaos de aquí... hato de bestias... largaos de aquí.» En un segundo el cordón de curiosos se ensanchó en doscientos metros.

La Roque se incorporó, se dio media vuelta, se sentó, y ahora lloraba con las manos unidas sobre la cara.

Entre la multitud, se discutía el asunto; y ávidos ojos de muchachos exploraban el joven cuerpo desnudo. Renardet se dio cuenta y, quitándose bruscamente su chaqueta de lino, la echó sobre la chiquilla, que desapareció por entero bajo la amplia prenda.

Los curiosos se aproximaban poco a poco; el oquedal se llenaba de gente; un continuo rumor de voces ascendía bajo el espeso follaje de los grandes árboles.

El alcalde, en mangas de camisa, seguía de pie, el bastón en la mano, en actitud de combate. Parecía exasperado por aquella curiosidad del pueblo y repetía: «Si uno de vosotros se acerca, le rompo la cabeza como a un perro.»

Los campesinos le tenían mucho miedo; se mantuvieron apartados. El doctor Labarbe, que fumaba, se sentó al lado de la Roque, y le habló, intentando distraerla. La vieja se quitó en seguida las manos de la cara y respondió con un torrente de frases lacrimosas, vaciando su dolor en la abundancia de palabras. Contó toda su vida, su boda, la muerte de su hombre, boyero, matado de una cornada, la infancia de su hija, su miserable existencia de viuda sin recursos con la pequeña. No tenía más que eso, su pequeña Louise; y se la habían matado; la habían matado en aquel bosque. De repente, quiso volver a verla y, arrastrándose de rodillas hasta el cadáver, levantó por una punta la prenda que la cubría; después la dejó caer y empezó a chillar de nuevo. La multitud callaba, mirando ávidamente todos los gestos de la madre.

Pero de pronto se produjo un gran alboroto; gritaban: «¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes!»

A lo lejos aparecieron dos gendarmes, que llegaban a todo correr, escoltando a su capitán y a un señor bajito de patillas rojas, que bailaba como un mono sobre una gran yegua blanca.

El guarda rural había encontrado al señor Putoin, el juez de instrucción, en el mismo momento en que éste montaba a caballo para su paseo de todos los días, pues se las daba de gran jinete, con gran regocijo de sus subordinados.

Echó pie a tierra con el capitán, y estrechó las manos del alcalde y del doctor, lanzando una mirada de hurón a la chaqueta de lino abultada por el cuerpo que yacía debajo.

Cuando estuvo perfectamente al tanto de los hechos, mandó ante todo alejar al público, al que los gendarmes echaron del oquedal, pero que reapareció bien pronto en el prado y formó una hilera, una gran hilera de cabezas excitadas e inquietas a lo largo del Brindille, del otro lado del arroyo.

El médico, a su vez, dio sus explicaciones, que Renardet escribía a lápiz en su agenda. Se hicieron todas las comprobaciones, se anotaron y comentaron sin conducir a ningún descubrimiento. Príncipe también había regresado sin haber hallado rastros de la ropa.

Esa desaparición sorprendía a todo el mundo, pues nadie podía explicársela más que por un robo; y, como aquellos andrajos no valían un franco, el propio robo resultaba inadmisibile.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el doctor se habían puesto también a buscarlas de dos en dos, apartando las más pequeñas ramas a lo largo del agua.

Renardet le decía al juez: «¿Cómo puede ser que ese miserable haya escondido la ropa o se la haya llevado, y dejado así el cuerpo al aire libre, a la vista?»

El otro, socarrón y perspicaz, respondió: «¡Eh! ¡Eh! ¿Acaso una astucia? El crimen ha sido cometido o por un animal o por un pillo redomado. En cualquier caso, conseguiremos descubrirlo.»

El ruido de un carruaje les hizo volver la cabeza. Eran el suplente, el médico forense y el escribano del tribunal que llegaban a su vez. Se volvió a iniciar la búsqueda mientras charlaban con animación.

Renardet dijo de repente: «Les comunico que se quedarán a almorzar conmigo.»

Todos aceptaron con sonrisas, y el juez de instrucción, opinando que ya se había ocupado bastante, por ese día, de la pequeña Roque, se volvió hacia el alcalde

«Puedo mandar que lleven a su casa al cuerpo, ¿no? Ya tendrá usted alguna habitación para guardármelo hasta esta noche.»

El otro se turbó, balbuciendo: «Sí, no... no... A decir verdad, prefiero que no entre en mi casa... a causa... a causa de mis criados... que... que ya hablan de aparecidos en... en mi torre, en la torre del Zorro... Ya sabe usted... No se quedaría ni uno solo... No... Prefiero no tenerlo en casa.»

El magistrado esbozó una sonrisa: «Bueno... Mandaré que se lo lleven de inmediato a Roüy, para el examen legal.» Y, volviéndose hacia el suplente: «Puedo utilizar su coche, ¿no?»

—Sí, claro.»

Todos volvieron hacia el cadáver. La Roque, ahora, sentada al lado de su hija, le cogía una mano, y miraba ante sí con ojos vagos y alelados.

Los dos médicos trataron de llevársela para que no viera cómo cogían a la pequeña; pero ella comprendió en seguida qué iban a hacer y, arrojándose sobre el cuerpo, lo estrechó entre sus brazos. Acostada sobre él, gritaba: «No se la llevarán, es mía, es mía ahora. Me la han matao, ¡quiero quedarme con ella! ¡No me la quitarán!»

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían de pie a su alrededor. Renardet se arrodilló para hablarle. «Escuche, señora Roque, es preciso, para saber quién la ha matado; si no, no se sabría; es preciso que lo busquemos para castigarlo. Se la devolveremos cuando lo hayamos encontrado, se lo prometo.»

Este razonamiento ablandó a la mujer y en su mirada enloquecida despertó el odio: «Entonces, ¿lo cogerán?, dijo.

—Sí, se lo prometo.»

Ella se levantó, decidida a dejar actuar a aquella gente; pero, cuando el capitán murmuró: «Es sorprendente que no se encuentren sus ropas», una nueva idea que aún no se le había ocurrido penetró bruscamente en su cabeza de campesina, y se preguntó:

«¿Dónde está su ropa? Es mía. La quiero. ¿Dónde la han metido?»

Le explicaron que no se había podido encontrar; entonces la reclamó con desesperada obstinación, llorando y gimiendo: «Es mía, la quiero; ¿dónde está? ¡La quiero!»

Cuanto más intentaban calmarla, más sollozaba ella, más se obstinaba. No pedía ya el cuerpo, quería los vestidos, los vestidos de su hija, acaso tanto por inconsciente codicia de pobre para quien una pieza de plata representa una fortuna, como por ternura materna.

Y cuando el cuerpecito, envuelto en mantas que habían ido a buscar a casa de Renardet, desapareció en el coche, la vieja, de pie bajo los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba: «Ya no tengo na, na de na, na más en este mundo, na de na, ni siquiera su gorrito, su gorrito; ya no tengo na, na de na, ni siquiera su gorrito.»

El cura acababa de llegar; un sacerdote muy joven y ya gordo. Se encargó de llevarse a la Roque, y se fueron juntos hacia el pueblo. El dolor de la madre se atenuaba con las sagradas palabras del eclesiástico que le prometía mil compensaciones. Pero repetía sin cesar: «Si tuviera aunque sólo fuese su gorrito...», obstinándose con esa idea que dominaba en ese momento sobre todas las otras.

Renardet gritó desde lejos: «Almuerza usted con nosotros, señor cura. Dentro de una hora.»

El sacerdote volvió la cabeza y respondió: «Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré con ustedes al mediodía.»

Y todos se dirigieron hacia la casa, cuya fachada gris y cuya alta torre, plantada al borde del Brindille, se divisaba a través de las ramas.

La comida duró mucho tiempo; se hablaba del crimen. Todo el mundo fue del mismo parecer; había sido cometido por algún merodeador, que pasaba por allí por casualidad, mientras la pequeña se bañaba.

Después los magistrados regresaron a Roüy, anunciando que volverían al día siguiente muy temprano; el médico y el cura se fueron a sus casas, mientras Renardet, tras un largo paseo por los prados, regresó al oquedal, por donde paseó hasta la noche, a pasos lentos, las manos a la espalda.

Se acostó muy temprano y dormía aún al día siguiente cuando el juez de instrucción entró en su cuarto. Se frotaba las manos; parecía contento, dijo:

«¡Ah! ¡Ah! ¿Duerme usted aún? ¡Eh!, bueno, amigo mío, tenemos novedades esta mañana.»

El alcalde se había sentado en la cama:

«¿Qué pasa?»

—¡Oh! Algo muy singular. Ya recuerda usted cómo la madre reclamaba, ayer, un recuerdo de su hija, el gorrito, sobre todo. Pues bien, al abrir la puerta esta mañana ha encontrado, en el umbral, los dos zuecos de la niña. Eso prueba que el crimen ha sido cometido por alguien del pueblo, por alguien que se apiadó de ella. Y además el cartero Médéric me ha traído el dedal, el cuchillo y el alfiletero de la muerta. Conque el nombre, al llevarse las ropas para ocultarlas, dejó caer los objetos que había en el bolsillo. Por mi parte, concedo sobre todo importancia al asunto de los zuecos, que indica cierta cultura moral y capacidad de enternecimiento en el asesino. Conque, si le parece bien, vamos a pasar revista juntos a los principales habitantes del pueblo.»

El alcalde se había levantado. Llamó para que le trajesen agua caliente para afeitarse. Decía: «Encantado; pero será bastante largo, y podemos empezar en seguida.»

El señor Putoin se había sentado a horcajadas sobre una silla, continuando así, incluso dentro de casa, con su manía de la equitación.

El señor Renardet ahora se cubría el mentón de espuma blanca mirándose en el espejo; después pasó la navaja por el suavizador y prosiguió: «El principal habitante de Carvelin se llama Joseph Renardet, alcalde, rico propietario, hombre brusco que pega a los guardas y a los cocheros...»

El juez de instrucción se echó a reír: «Con eso me basta; pasemos al siguiente...

—El segundo en importancia es el señor Pedellent, teniente de alcalde, ganadero, también rico propietario, un campesino astuto, muy socarrón, muy retorcido en cuestiones de dinero, pero incapaz, en mi opinión, de haber cometido semejante fechoría.»

El señor Putoin dijo: «Sigamos.»

Entonces, mientras se afeitaba y se lavaba, Renardet prosiguió la inspección moral de todos los habitantes de Carvelin. Tras dos horas de discusión, sus sospechas se habían centrado en tres individuos de poco fiar: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y cangrejos llamado Paquet y un boyero llamado Clovis.

## II

Las investigaciones duraron todo el verano; no se descubrió al criminal. Los sospechosos, detenidos, pudieron probar con facilidad su inocencia, y la justicia tuvo que renunciar a perseguir al culpable.

Pero el asesinato parecía haber conmovido al pueblo entero de forma singular. En las almas de sus habitantes perduraba una inquietud, un vago temor, una sensación de misterioso espanto, procedente no sólo de la imposibilidad de descubrir la menor huella, sino también y sobre todo el extraño hallazgo de los zuecos delante de la puerta de la Roque, al día siguiente. La certidumbre de que el homicida había asistido a las comprobaciones, que vivía aún en el pueblo, sin duda, acosaba los espíritus, los obsesionaba, parecía cernerse sobre la región como una incesante amenaza.

El oquedal, por otra parte, se había convertido en un lugar temido, evitado, que se creía lleno de aparecidos. En otros tiempos, los habitantes iban a pasear por él los domingos por la tarde. Se sentaban en el musgo al pie de los enormes árboles, o bien marchaban a lo largo del agua acechando a las primeras truchas que escapaban bajo las hierbas. Los chavales jugaban a las bochas, a los bolos, al chito, a la pelota, en ciertos lugares de suelo llano y apisonado que habían descubierto; y las chicas, en hileras de cuatro o cinco, se paseaban del brazo, cantaban con chillonas voces romanzas que herían los oídos, cuyas notas falsas turbaban el aire tranquilo y daban dentera como si fuesen gotas de vinagre. Ahora nadie iba ya bajo la bóveda tupida y alta, como si esperasen encontrarse siempre con algún cadáver tirado.

Llegó el otoño, cayeron las hojas. Caían día y noche, descendían arremolinándose, redondas y ligeras, a lo largo de los grandes árboles; y se empezaba a ver el cielo a través de las ramas. A veces, cuando una racha de viento pasaba sobre las copas, la lluvia lenta y continua se espesaba bruscamente, se convertía en un chaparrón vagamente rumoroso que cubría el musgo con una tupida alfombra amarilla, que crujía un poco bajo los pasos. Y el murmullo casi inasible, el murmullo flotante, incesante, dulce y triste de aquella caída, parecía una queja, y las hojas que seguían cayendo parecían lágrimas, grandes lágrimas derramadas por los grandes árboles tristes que lloraban noche y día por el final del año, por el final de las auroras tibias y de los dulces crepúsculos, por el final de las brisas cálidas y de los claros soles, y también quizás por el crimen que habían visto cometer bajo su sombra, por la niña violada y muerta a sus pies. Lloraban en el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abandonado y temido, por el que debía vagar, muy sola, el alma, el almita de la chiquilla muerta.

El Brindille, crecido con las tormentas, fluía más de prisa, amarillo y colérico, entre sus riberas, entre dos hileras de sauces finos y desnudos.

Y he aquí que Renardet, de repente, volvió a pasearse por el oquedal. Todos los días, a la caída de la noche, salía de su casa, bajaba a pasos lentos la escalinata, y caminaba bajo los árboles con aire soñador, las manos en los bolsillos. Marchaba durante mucho tiempo sobre el musgo húmedo y blando, mientras una legión de cuervos, que había acudido desde las cercanías para dormir en las grandes copas, se desplegaba a través del espacio, a la manera de un inmenso velo de luto que flotaba al viento, lanzando clamores violentos y siniestros.

A veces se posaban, acribillando a manchas negras las ramas enredadas contra el cielo rojo, contra el cielo sangriento de los crepúsculos de otoño. Y luego, de repente, volvían a remontarse graznando espantosamente y desplegando de nuevo por encima del bosque el largo festón oscuro de su vuelo.

Se dejaban caer por último sobre las cimas más altas y poco a poco cesaban sus rumores, mientras la noche creciente mezclaba sus plumas negras con el negro del espacio.

Renardet seguía errando al pie de los árboles, lentamente; después, cuando las opacas tinieblas ya no le permitían andar más, regresaba a casa, caía como un piedra en su sillón, ante la chimenea clara, tendiendo hacia el hogar sus pies húmedos, que humeaban un buen rato contra la llama.

Ahora bien, una mañana corrió una gran noticia por la región: el alcalde mandaba talar el oquedal.

Veinte leñadores estaban ya trabajando. Habían empezado por el rincón más próximo a la casa, y avanzaban a toda velocidad en presencia del amo.

Primero, los podadores trepaban por el tronco.

Sujetos a él por un cinturón de cuerda, lo rodean primero con los dos brazos, y después, levantando una pierna, le asestan un fuerte golpe con una punta de cero fijada a la suela. La punta entra en la madera, queda clavada en ella, y el hombre se eleva por encima como en un peldaño para asestar con el otro pie un golpe con la otra punta, sobre la que se sostendrá de nuevo mientras vuelve a empezar con la primera.

Y, conforme va subiendo, levanta un poco más el cinturón de cuerda que lo ata al árbol; sobre sus riñones, cuelga y brilla la hacheta de acero. Sigue trepando suavemente como un animal parásito atacando a un gigante, asciende pesadamente a lo largo de la inmensa columna, abrazándola y espoleándola para ir a decapitarla.

En cuanto llega a las primeras ramas, se detiene, suelta de su costado el agudo podón y golpea. Golpea con lentitud, con método, cortando el miembro muy cerca del tronco; y de pronto la rama cruje, se dobla, se inclina, es arrancada y cae, rozando en su caída los árboles vecinos. Después se aplasta contra el suelo con un gran ruido de maderas rotas, y todas sus menudas ramitas palpitan un buen rato.

El suelo se cubría de restos que otros hombres cortaban a su vez, liaban en haces y apilaban en montones, mientras que los árboles que aún seguían en pie parecían desmesurados postes, estacas gigantescas amputadas y afeitadas por el cortante acero de los podones.

Y, cuando el podador había terminado su tarea, dejaba en lo alto del tronco recto y esbelto el cinturón de cuerda que había llevado allá, volvía a bajar en seguida a golpes de espuela por el tallo desmochado, que los leñadores atacaban entonces por la base asentando grandes golpes que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando le herida del pie parecía bastante profunda, unos cuantos hombres tiraban, lanzando un grito cadencioso de la cuerda sujeta en la cima, y el inmenso mástil de pronto crujía y caía al suelo con el ruido sordo y la sacudida de un lejano cañonazo.



Y el bosque disminuía cada día, perdiendo sus árboles derribados como un ejército pierde sus soldados.

Renardet no se apartaba de allí; allí estaba de la mañana a la noche, contemplando, inmóvil y con las manos a la espalda, la muerte lenta de su oquedal. Cuando caía un árbol, le ponía un pie encima, como sobre un cadáver. Después alzaba los ojos al siguiente con una especie de impaciencia secreta y tranquila, como si esperase, desease algo al final de aquella carnicería.

Entretanto, se acercaban al lugar donde había sido encontrada la pequeña Roque. Llegaron por fin a él, una tarde, a la hora del crepúsculo.

Como estaba oscuro, con el cielo cubierto, los leñadores quisieron interrumpir el trabajo dejando para el día siguiente el derribo de una enorme haya, pero el dueño se opuso, y exigió que en el acto se podara y abatiera aquel coloso que había dado su sombra al crimen.

Cuando el podador lo hubo dejado desnudo, hubo terminado el arreglo del condenado, cuando los leñadores hubieron socavado su base, cinco hombres empezaron a tirar de la cuerda atada a lo alto.

El árbol resistió; su poderoso tronco, aunque cortado hasta el centro, era rígido como el hierro, los trabajadores, todos a una, con una especie de saltos regulares, tensaban la cuerda hasta casi acostarse en el suelo, y lanzaban un sofocado grito gutural que mostraba y regulaba sus esfuerzos.

Dos leñadores, de pie junto al gigante, seguían empuñando sus hachas, como dos verdugos dispuestos a golpear de nuevo, y Renardet, inmóvil, con la mano sobre la corteza, esperaba la caída con una emoción inquieta y nerviosa.

Uno de los hombres le dijo: «Está usted demasiado cerca, señor alcalde; cuando caiga, puede herirle.»

No respondió ni retrocedió; parecía dispuesto a agarrar él mismo el haya con ambos brazos para derribarla como un luchador.

Se produjo de repente, en el pie de la alta columna de madera, un desgarramiento que pareció correr hasta la cima como una dolorosa sacudida; se inclinó un poco, a punto de caer, pero resistiéndose aún. Los hombres, excitados, atiesaron los brazos, hicieron un esfuerzo mayor; y cuando el árbol, roto, se derrumbaba, de pronto Renardet dio un paso hacia adelante, y después se detuvo, con los hombros levantados para recibir el choque irresistible, el choque mortal que lo aplastaría contra el suelo.

Pero el haya, desviándose un poco, se limitó a rozarle los riñones, tirándolo de bruces a cinco metros de allí.

Los trabajadores se abalanzaron a levantarlo; ya se había alzado él mismo sobre las rodillas, atontado, con ojos extraviados, y pasándose la mano por la frente, como si despertase de un ataque de locura.

Cuando estuvo de nuevo en pie, los hombres, sorprendidos, lo interrogaron, sin comprender lo que había hecho. Respondió, balbuciendo, que había tenido un instante de extravío, o mejor dicho, un segundo de retorno a la infancia, que se había imaginado que tendría tiempo de pasar bajo el árbol, como los críos pasan corriendo ante los carruajes al trote, que había jugado con el peligro, que, desde hacía ocho días, sentía crecer en su interior esa necesidad, preguntándose, cada vez que un árbol crujía para caer, si se podría pasar bajo él sin ser alcanzado. Era una tontería, lo confesaba; pero todo el mundo tiene esos minutos de insanía y esas tentaciones de un estupidéz pueril.

Se explicaba con lentitud, buscando las palabras, con voz sorda; y luego se marchó diciendo: «Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.»

En cuanto entró en su habitación, se sentó ante su mesa, que la lámpara, rematada por una pantalla, iluminaba vivamente, y, cogiéndose la frente entre las manos, se echó a llorar.

Lloró mucho tiempo, después se enjugó los ojos, alzó la cabeza y miró el reloj de pared. Aún no eran las seis. Pensó: «Tengo tiempo antes de cenar», y fue a cerrar la puerta con llave. Entonces volvió a sentarse ante la mesa; abrió el cajón del centro, cogió un revólver y lo colocó sobre sus papeles, a plena luz. El acero del arma brillaba, lanzaba reflejos semejantes a llamas.

Renardet lo contempló algún tiempo con la mirada turbia de un hombre borracho; después se levantó y empezó a caminar.

Iba de un extremo a otro de la estancia, y de vez en cuando se detenía para volver a caminar al punto. De pronto abrió la puerta de su cuarto de aseo, empapó una servilleta en el cántaro de agua y se mojó la frente, como había hecho la mañana del crimen. Después volvió a caminar. Cada vez que pasaba ante la mesa, el arma brillante atraía su mirada, buscaba su mano, pero él espiaba el reloj y pensaba: «Aún tengo tiempo.»

Dieron las seis y media.. Cogió entonces el revólver, abrió la boca mucho con una horrible mueca, y se metió dentro el cañón como si hubiera querido tragarlo. Permaneció así unos segundos, inmóvil, con el dedo en el seguro, y después, bruscamente sacudido por un estremecimiento de horror, escupió la pistola sobre la alfombra.

Y volvió a caer en su sillón, sollozante: «No puedo. ¡No me atrevo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué hacer para tener el valor de matarme?»

Llamaban a la puerta; se irguió, enloquecido. Un criado decía: «La cena del señor está servida.» Respondió: «Está bien. Ahora bajo.»

Entonces recogió el arma, la encerró de nuevo en el cajón, después se miró al espejo de la chimenea para ver si su rostro no le parecía demasiado convulso. Estaba rojo, como siempre, acaso un poco más rojo, nada más. Bajó y se sentó a la mesa.

Comió lentamente, como un hombre que quiere prolongar la comida, que no quiere encontrarse a solas consigo mismo. Después fumó varias pipas en la sala mientras quitaban la mesa. Después volvió a subir a su habitación.

En cuanto se hubo encerrado allí, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, exploró todos los rincones, registró todos los muebles. A continuación encendió las velas de la chimenea y, dando varias vueltas sobre sí mismo, recorrió con la vista toda la estancia, pues sabía perfectamente que iba a verla, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la chiquilla que había violado y después estrangulado.

Todas las noches recomenzaba la odiosa visión. Era al principio una especie de zumbido en sus oídos como el ruido de una trilladora o el paso lejano de un tren sobre un puente. El empezaba entonces a jadear, a ahogarse, y tenía que aflojarse el cuello de la camisa y el cinturón. Caminaba para hacer circular la sangre, intentaba leer, intentaba cantar; era en vano; su pensamiento, a su pesar, volvía al día del asesinato, y se lo hacía recomenzar en sus más secretos detalles, con todas las más violentas emociones desde el primer minuto al último.

Había sentido, al levantarse aquella mañana, la mañana del horrible día, un poco de aturdimiento y de jaqueca, que atribuía al calor, de modo que se quedó en su habitación hasta que lo llamaron a almorzar. Después de comer, había echado una siesta; y luego había salido a media tarde para respirar la brisa fresca y sedante bajo los árboles de su oquedal.

Pero en cuanto estuvo fuera, el aire pesado y ardiente de la llanura lo oprimió aún más. El sol, todavía alto en el cielo, derramaba sobre la tierra calcinada, seca y sedienta, oleadas de encendida luz. Ni el menor soplo de viento movía las hojas. Todos los

animales, los pájaros, los mismos saltamontes, callaban. Renardet llegó a los grandes árboles y empezó a caminar sobre el musgo, allí donde el Brindille evaporaba un poco de frescura bajo la inmensa techumbre de ramas. Pero no se sentía a sus anchas. Le parecía que una mano desconocida, invisible, le apretaba el cuello; y casi no pensaba en nada, aunque de ordinario tenía pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento le obsesionaba desde hacía tres meses, el pensamiento de volverse a casar. Sufría al vivir solo, sufría moral y físicamente. Habitado desde hacía diez años a sentir una mujer cerca de sí, acostumbrado a su presencia de todos los instantes, a su abrazo cotidiano, sentía la necesidad, una necesidad imperiosa y confusa de su contacto incesante y sus besos regulares. Desde la muerte de la señora Renardet, sufría sin cesar, sin entender bien por qué, sufría al no sentir ya su vestido rozándole las piernas todo el día, y al no poder ya calmarse y debilitarse entre sus brazos, sobre todo. Llevaba apenas seis meses viudo y ya buscaba por los contornos alguna jovencita o al alguna viuda con la que podría casarse cuando hubiera terminado el luto.

Tenía un alma casta, pero alojada en un poderoso cuerpo de Hércules, y las imágenes carnales empezaban a turbar su sueño y sus vigias. Las expulsaba; regresaban; y murmuraba a veces riéndose de sí mismo: «Aquí estoy, como San Antonio.»

Habiendo tenido esa mañana varias de esas obsesivas visiones, le asaltó de repente el deseo de bañarse en el Brindille para refrescarse y apaciguar el ardor de su sangre.

Conocía algo más lejos un punto ancho y profundo donde la gente del pueblo iba a remojarse a veces en verano. Allá fue.

Tupidos sauces ocultaban aquel claro estanque donde la corriente se remansaba, dormitaba un poco antes de volver a fluir. Renardet, al acercarse, creyó oír un ligero ruido, un débil chapoteo que no era el del arroyo en las riberas. Apartó suavemente las hojas y miró. Una chiquilla, completamente desnuda, toda blanca a través de las ondas transparentes, golpeaba el agua con las dos manos, bailando un poco dentro de ella, y girando sobre sí misma con encantadores ademanes. Ya no era una niña, no era aún una mujer; era regordeta y desarrollada, aunque conservaba un aire de cría precoz, crecida de prisa, casi madura. Él no se movía, paralizado por la sorpresa, por la angustia, con el aliento cortado por una emoción rara y punzante. Permanecía allí con el corazón palpitante como si uno de sus sueños sensuales acabara de realizarse, como si un hada impura hubiese hecho aparecer ante él aquel ser turbador y demasiado joven, aquella pequeña Venus campesina, nacida de las burbujas del arroyuelo, como la otra, la grande, de las olas del mar.

De pronto la niña salió del baño y, sin verlo, avanzó hacia él para recoger sus ropas y vestirse. A medida que se acercaba con pasitos vacilantes, por miedo a los guijarros puntiagudos, él se sentía empujado hacia ella por una fuerza irresistible, por un arrebató bestial que excitaba toda su carne, enloquecía su alma y lo hacía temblar de pies a cabeza. Ella se quedó de pie, unos segundos, tras el sauce que lo ocultaba. Entonces, perdiendo la razón, él apartó las ramas, se arrojó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. Ella cayó, demasiado asustada para resistirse, demasiado espantada para llamar, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Despertó de su crimen como uno despierta de una pesadilla. La niña empezaba a llorar.

El dijo: «Cállate, cállate ya. Te daré dinero.»

Pero ella no escuchaba; sollozaba.

Él prosiguió: «Pero cállate de una vez. Cállate ya. Cállate ya.»

Ella gritó, retorciéndose para escapar.

Él comprendió bruscamente que estaba perdido; y la agarró por el cuello para detener en su boca aquellos clamores desgarradores y terribles. Como ella seguía debatiéndose con la fuerza exasperada de un ser que pretende huir de la muerte, él colocó sus manos de coloso sobre la pequeña garganta henchida de gritos, y en unos instantes la había estrangulado, de tan furiosamente que apretaba, sin que pensara en matarla, sino sólo en hacerla callar.

Después se enderezó, enloquecido de horror.

Yacía ante él, ensangrentada y con la cara negra. Iba a escapar, cuando en su alma trastornada surgió el instinto misterioso y confuso que guía a todos los seres en peligro.

Había que tirar el cuerpo al agua; pero otro impulso lo empujó hacia las ropas, con las que hizo un pequeño paquete. Entonces, como llevaba bramante en los bolsillos, lo ató y lo escondió en un profundo hoyo del río, bajo un tronco de árbol cuyo pie se bañaba en el Brindille.

Después se marchó, a grandes pasos, llegó a los prados, dio un enorme rodeo para que lo vieran los campesinos que habitaban muy lejos de allí, al otro lado del pueblo, y regresó a cenar a la hora de costumbre, contando a sus criados todos los detalles de su paseo.

Esa noche durmió, sin embargo; durmió con un denso sueño de animal, como deben dormir a veces los condenados a muerte. Sólo abrió los ojos con los primeros resplandores del día, y esperó, torturado por el miedo al descubrimiento de la fechoría, la hora normal de despertarse.

Después tuvo que asistir a todas las diligencias. Lo hizo a la manera de los sonámbulos, con una alucinación que le mostraba las cosas y los hombres a través de una especie de sueño, entre una nube de embriaguez, con esa sospecha de irrealidad que turba el ánimo a la hora de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque le atravesó el corazón. En ese momento estuvo a punto de arrojar a los pies de la vieja, gritando: «Fui yo.» Pero se contuvo. Sin embargo, durante la noche fue a sacar del agua los zuecos de la muerta, para llevarlos al umbral de la madre.

Mientras duró la investigación, mientras tuvo que guiar y despistar a la justicia, estuvo tranquilo, fue dueño de sí, astuto y sonriente. Discutía sosegadamente con los magistrados todas las suposiciones que se les pasaban por la cabeza, rebatía sus opiniones, demolía sus razonamientos. Incluso experimentaba cierto placer agrio y doloroso al perturbar sus pesquisas, al enredar sus ideas, al declarar la inocencia de los sospechosos.

Pero a partir del día en que se abandonaron las investigaciones, se volvió cada vez más nervioso, más excitable aún que antaño, aunque dominase sus cóleras. Los ruidos repentinos le hacían saltar de miedo; temblaba por la menor cosa, se estremecía de pies a cabeza cuando una mosca se posaba en su frente. Entonces lo invadió una imperiosa necesidad de moverse, forzándolo a carreras prodigiosas, teniéndolo levantado noches enteras, durante las que caminaba por su cuarto.

No es que lo acosaran los remordimientos. Su naturaleza brutal no se prestaba al menor matiz de sentimiento o de temor moral. Hombre enérgico e incluso violento, nacido para guerrear, asolar los países conquistados y matar a los vecinos, lleno de instintos salvajes de cazador y de batallador, para él no contaba en nada la vida humana. Aunque respetase a la Iglesia, por política, no creía ni en Dios ni en el diablo, y no esperaba por consiguiente, en la otra vida, ni castigo ni recompensa por sus actos en la de aquí. Por toda creencia, conservaba una vaga filosofía compuesta por todas las ideas de los enciclopedistas del siglo pasado; y consideraba la religión como una sanción

moral de la ley, inventadas una y otra por los hombres para regular las relaciones sociales.

Matar a alguien en duelo, o en la guerra, o en una disputa, o por accidente, o por venganza, o incluso por baladronada, le hubiera parecido una cosa divertida y arrogante, y no hubiera dejado más huellas en su espíritu que el disparo a una liebre; pero había sentido una emoción profunda con el asesinato de aquella niña. Lo había cometido al principio enloquecido por una embriaguez irresistible, en una especie de tormenta sensual que le arrebató la razón. Y había guardado en el corazón, guardado en la carne, guardado en los labios, guardado hasta en sus dedos de asesino, una especie de amor bestial, al mismo tiempo que un horror espantado, hacia aquella chiquilla sorprendida por él y matada cobardemente. A cada instante su pensamiento volvía a aquella escena horrible; y aunque se esforzaba por desechar aquella imagen, aunque la apartaba con terror, con desagrado, la sentía vagar por su espíritu, dar vueltas a su alrededor, esperando sin cesar el momento de reaparecer.

Entonces tuvo miedo de las noches, miedo de las sombras que caían a su alrededor. No sabía aún por qué las tinieblas le parecían pavorosas; pero las temía instintivamente; las notaba pobladas de terrores. El pleno día no se presta al espanto. En él se ven las cosas y los seres; y por ello durante él sólo se encuentran las cosas y los seres naturales que pueden mostrarse a la luz del sol. Pero la noche, la noche opaca, más espesa que las murallas, y vacía, la noche infinita, tan negra, tan vasta, donde uno puede rozar cosas espantosas, la noche en la que se siente errar, merodear, un terror misterioso, ¡le parecía ocultar un peligro desconocido, próximo y amenazador! ¿Cuál?

Pronto lo supo. Una noche que no dormía, y que estaba sentado en su sillón, bastante tarde, creyó ver moverse la cortina de su ventana. Esperó, inquieto, con el corazón palpitante; la colgadura estaba inmóvil; después, de pronto, se agitó de nuevo; o al menos él pensó que se agitaba. No se atrevía a levantarse; no se atrevía a respirar; y, sin embargo, era valiente; había luchado a menudo y le habría gustado descubrir ladrones en su casa.

¿Era cierto que se movía la cortina? Se lo preguntaba, temeroso de que sus ojos lo engañaran. Era tan poca cosa, por lo demás, un leve estremecimiento del tejido, una especie de temblor de los pliegues, apenas una ondulación como la que produce el viento. Renardet permanecía con la mirada fija, el cuello estirado; y bruscamente se levantó, avergonzado de su miedo, dio cuatro pasos, cogió la colgadura con las dos manos y la apartó lentamente. Al principio no vio sino los cristales negros, negros como láminas de tinta reluciente. La noche, la gran noche impenetrable se extendía detrás de ellos hasta el invisible horizonte. Él seguía de pie ante aquella sombra ilimitada; y de repente distinguió un resplandor, un resplandor móvil, que parecía remoto. Entonces acercó la cara al marco, pensando que un pescador de cangrejos pescaba furtivamente en el Brindille, pues era medianoche pasada, y el resplandor se arrastraba a orillas del agua, bajo el oquedal. Como aún no divisaba nada, Renardet encerró los ojos entre las manos; y bruscamente el resplandor se convirtió en una claridad, y vio a la pequeña Roque desnuda y ensangrentada sobre el musgo.

Retrocedió crispado de horror, chocó con el asiento y cayó de espaldas. Se quedó unos minutos angustiado, después se sentó y empezó a reflexionar. Había tenido una alucinación, sin más; una alucinación provocada por un merodeador nocturno que caminaba a orillas del agua con un farol. ¿Qué había de extraño, por lo demás, en que el recuerdo de su crimen le trajese a veces la visión de la muerta?

Levantándose, bebió un vaso de agua, y después se sentó. Pensaba: «¿Qué voy a hacer, si esto vuelve a empezar?» Y volvería a empezar, lo notaba, estaba seguro. Ya la ventana tentaba su mirada, lo llamaba, lo atraía. Para no verla, le dio la vuelta a la silla;

después cogió un libro e intentó leer; pero pronto le pareció oír que algo se agitaba a sus espaldas, e hizo girar bruscamente sobre una pata su sillón. La cortina se movía de nuevo; sí, se había movido, esta vez; no cabía ninguna duda; se lanzó hacia ella y la cogió con una mano tan brutal que la tiró al suelo con su galería; después pegó ávidamente la cara al vidrio. No vio nada. Todo estaba negro allá fuera; y respiró con la alegría de un hombre a quien le acaban de salvar la vida.

Después volvió a sentarse; pero casi en seguida le embargó de nuevo el deseo de mirar otra vez por la ventana. Desde que la cortina había caído, aquélla constituía una especie de agujero oscuro, atrayente, temible, sobre la campiña en sombras. Para no ceder a esta peligrosa tentación, se desnudó, sopló las velas, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, de espaldas, con la piel caliente y sudorosa, esperaba el sueño. De repente una gran luz atravesó sus párpados. Los abrió, creyendo la casa en llamas. Todo estaba negro, y se apoyó en un codo para tratar de distinguir la ventana que seguía atrayéndole, irremisiblemente. A fuerza de tratar de ver, divisó unas estrellas; y se levantó, cruzó la habitación a tientas, encontró los cristales con las manos extendidas, aplicó la frente sobre ellos. Allá abajo, entre los árboles, ¡el cuerpo de la chiquilla relucía como el fósforo, iluminando la sombra a su alrededor!

Renardet lanzó un grito y escapó hacia la cama, donde se quedó hasta la mañana, la cabeza escondida debajo de la almohada.

A partir de ese momento, su vida resultó intolerable. Pasaba los días con el terror de las noches; y cada noche, la visión recomenzaba. Apenas encerrado en su habitación, intentaba luchar, pero en vano. Una fuerza irresistible le hacía levantarse y lo empujaba hacia los cristales, como para llamar al fantasma, y al punto lo veía, tendido primero en el lugar del crimen, tendido con los brazos abiertos, las piernas abiertas, tal como había sido encontrado el cuerpo. Después la muerta se levantaba y avanzaba, a pasitos cortos, como había hecho la niña al salir del río. Avanzaba suavemente, en derechura, pasando sobre el césped y sobre el macizo de flores secas; después se elevaba en el aire; hacia la ventana de Renardet. Iba hacia él, como había ido el día del crimen, hacia el asesino. Y el hombre retrocedía ante la aparición, retrocedía hasta la cama y se desplomaba sobre ella, sabiendo perfectamente que la pequeña había entrado y que ahora estaba detrás de la cortina, que se movería en seguida. Y miraba la cortina hasta que se hacía de día, clavaba en ella los ojos, esperando sin cesar ver salir a su víctima. Pero ésta no se mostraba; se quedaba allí, bajo el tejido agitado a veces por un temblor. Y Renardet, con los dedos crispados sobre las sábanas, las apretaba al igual que había apretado la garganta de la pequeña Roque. Oía dar las horas; escuchaba latir en el silencio el péndulo del reloj y los golpes profundos de su corazón. Y sufría, el mísero, más de lo que ningún hombre haya sufrido nunca.

Después, en cuanto una línea blanca aparecía en el cielo raso, anunciando la proximidad del día, se sentía liberado, por fin solo, solo en su cuarto; y volvía a acostarse. Dormía entonces unas horas, con un sueño inquieto y febril, en el cual volvía a iniciarse a menudo la espantosa visión de sus vigias.

Cuando bajaba a almorzar a mediodía, se sentía con agujetas como tras una prodigiosa fatiga; y apenas comía, obsesionado siempre por el temor a aquélla, a la que volvería a ver a la noche siguiente.

Sabía perfectamente, empero, que no se trataba de una aparición, que los muertos no vuelven, y que su alma enferma, su alma obsesionada por un solo pensamiento, por un recuerdo inolvidable, era la única causa de su suplicio, la única evocadora de la muerta resucitada por ella, llamada por ella y puesta en pie también por ella ante sus ojos, donde permanecía impresa la imborrable imagen. Pero sabía también que no se

curaría, que jamás escaparía a la persecución salvaje de su memoria; y se decidió a morir, con tal de no soportar más aquellas torturas.

Entonces buscó la manera de matarse. Quería algo sencillo y natural, que no hiciera pensar en un suicidio, pues tenía en mucho su reputación, el apellido legado por sus padres; y si alguien sospechaba la causa de su muerte, pensarían sin duda en el crimen inexplicable, en el asesino aún sin hallar, y no tardarían en acusarle de la fechoría.

Se le había ocurrido una idea extraña, la de dejarse aplastar por el árbol al pie del cual había asesinado a la pequeña Roque. Se decidió, pues, a mandar talar el oquedal y a simular un accidente. Pero el haya se negó a romperle el espinazo.

Al volver a su casa, presa de loca desesperación, había cogido el revólver, y luego no se había atrevido a disparar.

Sonó la hora de la cena; había comido, y después había vuelto a subir. Y no sabía lo que iba a hacer. Se sentía cobarde ahora que había escapado por primera vez. Hacía un rato estaba dispuesto, fortalecido, decidido, dueño de su valor y de su resolución; ahora era débil y tenía miedo a la muerte, tanto como a la muerta.

Balbuía: «No me atreveré, no me atreveré»; y miraba con terror, ora el arma sobre la mesa, ora a la cortina que tapaba su ventana. Le parecía también que en cuanto su vida cesara se produciría algo horrible. ¿Algo? ¿Qué? ¿Acaso la encontraría? Ella la acechaba, lo esperaba, lo llamaba, y era para atraparlo a su vez, para atraerlo a su venganza y decidirlo a morir por lo que se mostraba así todas las noches.

Se echó a llorar como un niño, repitiendo: «No me atreveré». Después cayó de rodillas y balbució: «Dios mío, Dios mío.» Aunque sin creer en Dios, empero. Y no se atrevía ya, en efecto, a mirar a la ventana, donde sabía que se agazapaba la aparición, ni a la mesa, donde brillaba el revólver.

Cuando se levantó, dijo en voz alta: «Esto no puede seguir así, hay que acabar de una vez.» El sonido de su voz en la habitación silenciosa hizo correr un estremecimiento de miedo por sus miembros; pero como no se decidía a tomar una resolución; como sentía perfectamente que el dedo de su mano se negaría siempre a soltar el seguro del arma, volvió a ocultar la cabeza bajo las mantas de la cama, y reflexionó.

Tenía que encontrar algo que lo forzara a morir, que inventar una astucia contra sí mismo que no le permitiera la menor vacilación, el menor retraso, ninguna posible queja. Envidiaba a los condenados a quienes llevan al patíbulo entre soldados. ¡Oh! ¡Si pudiera rogarle a alguien que disparase; si pudiera, confesando el estado de su alma, confesando su crimen a un amigo de confianza que no lo divulgaría jamás, obtener de él la muerte! Pero ¿a quién pedirle tan terrible servicio? ¿A quién? Buscaba entre la gente que conocía. ¿Al médico? No. Sin duda lo contaría todo, más adelante. Y de repente una extravagante idea cruzó por su mente. Le escribiría al juez de instrucción, al que conocía íntimamente, para denunciarse. Le diría todo, en aquella carta, el crimen, las torturas que soportaba, su resolución de morir, sus vacilaciones, el medio que empleaba para forzar su desfalleciente valor. Le suplicaría, en nombre de su vieja amistad, que destruyese la carta en cuanto supiera que el culpable se había hecho justicia a sí mismo. Renardet podía contar con el magistrado, sabía que era de fiar, discreto, incapaz incluso de una palabra ligera. Era uno de esos hombres que tienen una conciencia inflexible regida, dirigida, regulada por su sola razón.

Apenas hubo trazado este proyecto, una extraña alegría invadió su corazón. Ahora estaba tranquilo. Escribiría su carta, lentamente, y después, al nacer el día, la depositaría en el buzón clavado en el muro de su granja, después subiría a la torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la chaqueta azul se marchara, se arrojaría de cabeza sobre las rocas donde se apoyaban los cimientos. Tendría buen cuidado de que lo vieran antes los trabajadores que talaban el bosque. Después podría subir al escalón saliente

que sujetaba el mástil de la bandera que ondeaba en los días de fiesta. Rompería el mástil de un empujón y se precipitaría con él. ¿Cómo no pensar en un accidente? Y se mataría en el acto, dados su peso y la altura de la torre.

Saltó al punto de la cama, se sentó a la mesa y empezó a escribir; no olvidó nada, ni un detalle del crimen, ni un detalle de su vida de angustias, ni un detalle de las torturas de su corazón, y terminó anunciando que se había condenado a sí mismo, que iba a ejecutar al criminal, y rogando a su amigo, a su viejo amigo que velase para que jamás se empañara su memoria.

Al acabar la carta, se dio cuenta de que había llegado el día. La cerró, la lacró, escribió la dirección, después bajó con pasos ligeros, corrió hasta la cajita blanca pegada al muro, en una esquina de la granja, y cuando hubo echado en ella el papel que le pesaba en la mano, regresó a toda prisa, echó los cerrojos de la puerta principal y se encaramó a la torre para esperar el paso del peatón que se llevaría su sentencia de muerte.

¡Se sentía tranquilo ahora, liberado, salvado!

Un viento frío, seco, un viento helado pasaba sobre su rostro. Lo aspiraba ávidamente, con la boca abierta, bebiendo su caricia glacial. El cielo estaba rojo, de un rojo ardiente, de un rojo invernal, y toda la llanura blanca de escarcha brillaba bajo los primeros rayos de sol, como si estuviera salpicada de vidrio molido. Renardet, de pie, destocado, miraba la vasta comarca, los prados a la izquierda, a la derecha el pueblo cuyas chimeneas empezaban a humear para la comida matinal.

A sus pies veía deslizarse el Brindille, entre las rocas donde en seguida se aplastaría. Se sentía renacer en aquella hermosa aurora helada, y lleno de fuerza, lleno de vida. La luz lo bañaba, lo cercaba, penetraba en él como una esperanza. Mil recuerdos lo asaltaban, recuerdos de mañanas semejantes, de marchas rápidas sobre la tierra dura que resonaba bajo los pasos, de cazas afortunadas a orillas de las lagunas donde duermen los patos salvajes. Todas las buenas cosas que le gustaban, las buenas cosas de la existencia se agolpaban en su recuerdo, lo agujoneaban con deseos nuevos, despertaban todos los vigorosos apetitos de su cuerpo activo y poderoso.

¿E iba a morir? ¿Por qué? ¿Iba a matarse súbitamente, porque tenía miedo de una sombra? ¿Por miedo a nada? ¡Era rico y todavía joven! ¡Qué locura! Pero ¡si bastaba con una distracción, con una ausencia, con un viaje, para olvidar! Esa misma noche no había visto a la niña porque su mente, preocupada, se había distraído con otra cosa. ¡Acaso ya no volvería a verla! Y si lo acosaba aún en aquella casa, ¡con toda seguridad no lo seguiría a otros lugares! ¡La tierra era grande, y el futuro largo! ¿Por qué morir?

Su mirada vagaba por los prados, y divisó una mancha azul en el sendero a orillas del Brindille. Era Médéric que venía a traer las cartas de la ciudad y a llevarse las de la aldea.

Renardet tuvo un sobresalto, la sensación de un dolor que lo traspasaba, y se lanzó por la escalera de caracol para recoger su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba que lo vieran, ahora; corría a través de la hierba donde la helada ligera de las noches formaba una espuma, y llegó ante el buzón, en la esquina de la granja, al mismo tiempo que el peatón.

El hombre había abierto la cajita de madera y cogía los pocos papeles dejados allí por los habitantes del pueblo.

Renardet le dijo:

«Buenos días, Médéric.

—Buenos días, señor alcalde.

—Oiga, Médéric, he echado al buzón una carta que necesito. Vengo a pedirle que me la dé.



—Está bien, señor alcalde, se le devolverá.»

Y el cartero alzó los ojos. Se quedó estupefacto ante el rostro de Renardet; tenía las mejillas amoratadas, los ojos turbios, cercados de negro, como hundidos en la cabeza, el pelo en desorden, la barba enredada, la corbata suelta. Era evidente que no se había acostado.

El hombre preguntó: «¿Es que está usted enfermo, señor alcalde?»

El otro, comprendiendo de pronto que su aspecto debía ser muy extraño, perdió su aplomo, balbució: «No... claro que no... Sólo que he saltado de la cama para pedirle esa carta... dormía... ¿Comprende?...»

Una vaga sospecha pasó por la mente del ex soldado. Preguntó: «¿Qué carta?»

—La que usted va a devolverme.»

Ahora Médéric vacilaba, la actitud del alcalde no le parecía natural. Quizás había un secreto en aquella carta» un secreto político. El sabía que Renardet no era republicano, y conocía todos los trucos y todas las supercherías que se emplean en las elecciones.

Preguntó: «¿A quién va dirigida la tal carta?»

—Al señor Putoin, el juez de instrucción: ya sabe usted, el señor Putoin, ¡muy amigo mío!»

El peatón buscó entre los papeles y encontró el que le reclamaban. Entonces empezó a mirarlo, dándole vueltas y más vueltas entre sus dedos, muy perplejo, muy turbado por el temor a cometer una falta grave o enemistarse con el alcalde.

Viéndolo vacilar, Renardet hizo un movimiento para coger la carta y arrebatársela. Aquel gesto brusco convenció a Médéric de que se trataba de un misterio importante y lo decidió a cumplir con su deber, costara lo que costara.

Metió el sobre en su bolsa y la cerró, respondiendo:

«No, no puedo, señor alcalde. Puesto que es para la justicia, no puedo.»

Una espantosa angustia oprimió el corazón de Renardet, que balbució:

«Pero usted me conoce bien. Puede usted incluso reconocer mi letra. Le digo que necesito ese papel .

—No puedo.

Vamos, Médéric, sabe usted que soy incapaz de engañarle, le digo que lo necesito.

—No. No puedo.»

Un estremecimiento de cólera sacudió el alma violenta de Renardet.

«Pero, ¡rediez!, tenga cuidado. Sabe usted que no me ando con bromas yo, y que puedo hacer que lo despidan de su puesto, ¡monigote!, y sin tardanza. Y además soy el alcalde del pueblo, a fin de cuentas; y ahora le ordeno que me devuelva ese papel.»

El peatón respondió con firmeza: «No, ¡no puedo, señor alcalde!»

Entonces Renardet, perdiendo la cabeza, le agarró del brazo para quitarle la bolsa; pero el hombre se soltó con una sacudida y, retrocediendo, levantó su grueso bastón de acebo. Pronunció, sin perder la calma:

«¡Oh! No me toque, señor alcalde, o le doy un palo. Tenga cuidado. ¡Cumpló con mi deber!»

Sintiéndose perdido, Renardet, bruscamente se volvió humilde, dulce implorante como un niño que llora.

«Vamos, vamos, amigo mío, devuélvame esa carta, le recompensaré, le daré dinero; tenga, tenga, le daré cien francos, ¿oye usted?, cien francos.»

El hombre giró sobre sus talones y echó a andar.

Renardet lo siguió, jadeante, balbuciendo: «Médéric, Médéric, escuche, le daré mil francos, ¿oye usted?, mil francos.»

El otro seguía andando, sin responder. Renardet prosiguió: «Lo haré a usted rico... ¿oye?, lo que usted quiera... Cincuenta mil francos... Cincuenta mil francos por esa carta... ¿Qué le importa?... ¿No quiere?

Bueno, pues cien mil... dígame... cien mil francos... ¿oye usted?... cien mil francos... cien mil francos.»

El cartero se volvió, con gesto duro, mirada severa: «Ya está bien; basta, o repetiré a la justicia todo lo que acaba de decirme.»

Renardet se paró en seco. Se había acabado. Ya no cabían esperanzas. Se dio la vuelta y escapó hacia su casa, galopando como un animal perseguido.

Entonces Médéric se detuvo a su vez y contempló con estupefacción aquella huida. Vio al alcalde entrar en la casa, y siguió esperando, como si no pudiera dejar de ocurrir algo sorprendente.

Pronto, en efecto, la alta figura de Renardet apareció en la cima de la torre del Zorro. Corría como un loco en torno a la plataforma; después agarró el mástil de la bandera y lo sacudió con furia sin lograr romperlo, y después, de pronto, como un nadador que se tira de cabeza, se lanzó al vacío con las dos manos hacia adelante.

Médéric se abalanzó para prestarle auxilio. Al cruzar el parque, vio a los leñadores que iban a su trabajo. Les dio voces proclamando el accidente; y encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado, cuya cabeza se había aplastado contra una roca. El Brindille rodeaba la roca y por sus aguas, ensanchadas en aquel lugar, claras y tranquilas, se veía correr un largo reguero rosa de sesos y sangre mezclados.

*Gil Blas*, 18 de diciembre de 1885

# *El perdón*

---

*Le pardon*

Había sido educada en una familia de las que viven absolutamente retraídas, aislándose por completo de todo. Ignoran los acontecimientos políticos, aun cuando los comenten de sobremesa. Juzgan los cambios de Gobierno como si ocurrieran a distancia en lo pasado; para ellos la palpitante actualidad se confunde con la historia, y lo que acaba de ocurrir no lo diferencian de los sucesos lejanos, como la muerte de Luis XVI o el desembarco de Napoleón I.

Las costumbres se modifican, las modas cambian y se suceden, pero apenas lo repara la familia, que se aferra en los usos tradicionales de sus antepasados. Y si algún hecho escabroso acontece que alborote su vecindad, el escándalo acaba en el umbral de aquella mansión pacífica. Sólo el padre y la madre, una noche cambian sus impresiones acerca del asunto, pero a media voz, porque las paredes oyen.

El padre dice discretamente:

—¿Llegó a tus oídos lo que se cuenta de los Rivoll? ¡Es horrible!

Y la madre contesta:

—¿Es posible que resulte verdad? ¡Sería espantoso!

Los hijos nada sospechan, y llegan con los ojos vendados en la edad en que se lanzan a la vida las gentes, desconociendo lo engañoso del trato social, sin advertir que se piensa de un modo y se habla de otro —a veces contrario— que se dice una cosa y se hace otra, generalmente opuesta; ignorando que vivimos en lucha con todos, o en una paz armada, sin sospechar que a los inocentes los engañan, a los sinceros los burlan y a los buenos los maltratan.

Algunos conservan hasta la muerte su ceguera de honradez, lealtad, honor, tan obstinadamente íntegros que nada les abre los ojos.

Otros, desengañados, pero no bastante advertidos, tropiezan frenéticos, luchan desesperados y mueren juzgándose víctimas de una fatalidad, seguros de que su mala fortuna les puso en el camino circunstancias funestas y hombres perversos.

\*\*\*

Los Lavignol casaron a su hija Berta, cuando tenía dieciocho años, con un joven parisiense —Jorge Barón— que negociaba en Bolsa. Era un guapo mozo, hablaba decorosamente y ofrecía todas las apariencias de probidad necesarias; pero en el fondo le hacían reír los padres de su mujer, a quienes, entre amigos y en confianza, solía llamar "estimables fósiles".

Berta llevó una buena dote; su marido era un hombre de calidad, bien relacionado. Resolvieron ir a vivir a París.

Ella se convirtió en una de las abundantes "provincianas de París". Ignoraba las costumbres, las elegancias, los goces parisienses, como ignoraba también las perfidias y los misterios de la vida.

Encerrada en su hogar, apenas conocía otras calles que la suya, y cuando tenía precisión de ir algo lejos, regresaba como de un largo viaje a una ciudad lejana y extranjera diciendo por la noche:

—Hoy he atravesado los bulevares.

Dos o tres veces al año, su marido la llevaba al teatro. Eran festejos cuya inextinguible memoria motivaba conversaciones incesantes.

Algunas veces, mientras comían, se ponía de pronto a reír, y exclamaba:

—¿Recuerdas aquel actor con traje de general que imitaba el canto del gallo?

Y lo vio tres meses atrás.

Se limitaban sus amistades a dos familias emparentadas con ellos y que para Berta eran la representación de toda la Humanidad: los Martinet y los Michelin.

Su marido vivía muy a sus anchas, trasnochando —a veces hasta el amanecer— pretextando negocios que le permitieran ausentarse, no conteniéndose poco ni mucho, en la certeza de que su mujer, alma cándida, nunca sospecharía.

En esto, Berta recibió un anónimo.

Se quedó consternada; su inocencia no le permitía comprender la infamia de las delaciones ni despreciar los avisos del canalla que se decía inspirado por lo mucho que le interesaban las dichas y el porvenir de Berta, por el odio que le inspiraba el mal y por amor a la verdad.

Le advertía que su marido estaba, en relaciones amorosas con una mujer viuda y joven: la señora de Rosset, un pasatiempo que duraba ya dos años.

Berta no supo fingir, ni disimular, ni observar, ni engañar. A la hora del almuerzo arrojó el anónimo sobre la mesa, y ahogada en lágrimas, se retiró a su gabinete.

Jorge pudo hacerse cargo de todo, y habiendo meditado su excusa se presentó ante su mujer, la cual ni levantaba los ojos del suelo. Sonriente, se sentó, y atrayéndola sobre sus rodillas, con voz suave y algo burlona, dijo:

—Nena mía: efectivamente, soy amigo de la señora Rosset; la conozco hace más de diez años, y la quiero mucho. Además, tengo muchísimas relaciones amistosas, de las cuales nunca te hablé siquiera, seguro de que no te agrada el trato social y que sería, un sacrificio para ti hacer lo que a otros les divierte. No quiero exigirte que trates a todas las familias que yo trato; pero conviene, para que te convenzas de lo que valen esas infamias anónimas, que visitemos hoy mismo, después de almorzar, a la señora de Rosset, que sin duda será, en cuanto la conozcas, tu mejor amiga.

Berta se arrojó en los brazos de su Jorge. Impulsada por implacable curiosidad femenina se resolvió a seguir el consejo de su marido, el cual se quedó algo confuso al oírla. Instintivamente sabía la mujer que un riesgo conocido está casi evitado.

Vivía la señora de Rosset en un cuartito muy lindamente amueblado, lleno de chucherías preciosas, en el cuarto piso de una hermosa casa.

Cinco minutos aguardó el matrimonio en una salita oscurecida por sendos cortinajes, colocados con muy buen gusto, hasta que, abriéndose una puerta, se presentó una señora joven, moreneta, regordeta, sonriente.

Jorge hizo la presentación.

La viuda se adelantó, satisfecha, tendiendo ambas manos. Dijo que no esperaba recibir tan agradable sorpresa, enterada por Jorge del retraído carácter de su esposa. Y por esto era más de agradecer aquella distinción. ¡Estimaba tanto a Jorge (le llamaba Jorge a secas, y siempre con una confianza fraternal), que tenía vivos deseos de conocer a la compañera encantadora y amante de su amigo!

Al cabo de un mes, las dos eran inseparables. Se veían a diario, y dos veces algunos días; comían todas las noches juntas, ya en una casa, ya en la otra. Jorge salía poco, no hablaba de asuntos que le obligasen a largas ni breves ausencias, y era feliz, arrinconado en su hogar, según decía.

La señora Barón supo que se desalquilaba un piso en la casa donde vivía la señora Rosset, y suplicó a Jorge que lo tomase, para verse aún con más frecuencia y tratarse con mayor intimidad.

Durante dos años, no se presentó en aquel horizonte ni una sola nube; su amistad era entrañable y completa: una delicia. Berta no hablaba sin referirse a Julia Rosset, a la

cual tenía por modelo de todas las perfecciones, realizando con su amistad una dicha completa, suave y tranquila.

Por desgracia, la señora Rosset enfermó. Berta la cuidaba cariñosamente, velándola todas las noches, desconsolándose y su marido también estaba triste.

Una noche, el médico advirtió a Jorge y a Berta que su amiga se hallaba muy grave.

Aterrados por aquella noticia, cuando hubieron acompañado al médico hasta la escalera, se sentaron los dos en la sala y se pusieron a llorar. Velaron juntos aquella noche; a cada momento.

Berta besaba con ternura el rostro de su amiga, mientras Jorge la contemplaba silencioso desde los pies de la cama.

Iba de mal en peor; pero al anochecer del día siguiente, hallándose algo animada, la enferma rogó a sus amigos que fuesen a comer.

Bajaron a su casa, pero apenas comieron; estaban tristes y pensativos. La doncella entregó a Jorge una carta, cuya lectura le hizo palidecer, y levantándose, dijo a Berta, extrañamente desconcertado:

—Aguárdame aquí salgo, pero volveré pronto. No te muevas de casa. Espérame. No te muevas de casa.

Y fue a buscar el sombrero.

Berta le aguardó, torturada por una inquietud nueva. Pero, siempre dócil, se resolvió a no subir a casa de su amiga, mientras Jorge no volviese.

Como no volvía, se le ocurrió de pronto ver si había cogido los guantes.

Los vio sobre la mesa, y, junto ellos, un papel machacado. Era la carta que Jorge acababa de recibir. Y por vez primera en su vida, sintió ardientes deseos de saber, de averiguar y descubrir. Su conciencia la contenía, y una comezón de curiosidad la fustigaba; cogiendo el papel reconoció la letra de Julia, trazos temblorosos y escritos con lápiz. Leyó:

"Ven a besarme por última vez; quiero verte a solas antes de morir"

De pronto no comprendió aquello, quedando como estúpida, obsesionada por la idea de la muerte. Pero su amiga tuteaba en aquellas frases a Jorge, y esto fue una revelación para Berta como un relámpago, que alumbró en un momento los últimos años de su dichosa vida, revelándole toda la verdad infame, traidora y pérfida. Comprendió la miserable astucia de los amantes, la burla que hicieron de su inocencia. Los vela por las noches, a la luz del quinqué, leyendo en el mismo libro, consultándose con los ojos al acabar cada página.

Y su corazón indignado, herido, se hundió en un desconsuelo espantoso.

Al ir que alguien acercaba, se acercó, llorando, en su alcoba.

Su marido llamó a la puerta, diciéndole:

—Corre; la señora Bosset agoniza.

Y Berta respondió con voz temblorosa:

—Vuelve a su lado; yo no debo estar allí.

Aturdido por el dolor de su desgracia, Jorge insistió:

—De prisa, de prisa; que se muere.

Y Berta dijo:

—¡Lástima que no sea yo quien se muera!

Entonces el marido se retiró confuso y volvió a casa de la señora Rosset, acompañándola en sus horas de agonía. Lloró su muerte sin disimulo, sin pudor, sin preocuparse de las angustias de Berta, que ni le miraba, ni le hablaba, y vivía sola, sin otro consuelo para su desesperación que sus constantes oraciones.

Vivían juntos, comían juntos en silencio, desesperados.

Él se iba tranquilizando, pero ella no le perdonó.

Y su existencia continuaba fatigosa para el uno y para el otro.

Durante un año no hablaron ni se miraron, y casi llegaron a desconocerse. Berta estuvo en riesgo de volverse loca.

Una mañana salió muy temprano y volvió con un magnífico ramo de rosas blancas, muy blancas.

Y advirtió a su marido, valiéndose de la doncella, que deseaba tener con él una entrevista.

Jorge acudió inquieto y sobresaltado. Berta le dijo:

—Saldremos juntos. Lleva tu esas flores. Pesan demasiado para mí.

Cogiendo el ramo, siguió a su mujer. Un coche los aguardaba en la puerta, y, en cuanto hubieron subido, se puso en marcha.

Se detuvo ante la verja del cementerio. Y la esposa, con los ojos llenos de lágrimas, dijo al esposo:

—Guíame hasta su tumba. Jorge temblaba, sin comprender aún lo que ocurría, y avanzó en silencio con el ramo de rosas blancas en la mano. Se detuvo al fin ante una sepultura, sin despegar siquiera los labios.

Ella cogió las flores y, arrodillándose, las dejó muy suavemente sobre la blanca lápida mientras rezaba una oración.

En pie, a su espalda, Jorge, torturado por los recuerdos, lloraba.

Levantándose Berta, y ofreciéndole sus manos, murmuró:

—Si tu quieres, en adelante seremos amigos.

*Le Gaulois*, 16 de octubre de 1882

# *Pierrot*

---

*Pierrot*

*A Henri Roujon*

La señora Lefèvre era una dama de pueblo, una viuda, una de esas medio campesinas de lazos y sombreros faralas, una de esas personas amaneradas, que en público se dan aires de grandeza y que esconden un alma de bruto pretencioso bajo una apariencia cómica y pomposa, pero que disimulan sus gordas manos enrojecidas en guantes de seda cruda.

Tenía por sirvienta a una campesina muy simple, llamada Rose.

Las dos mujeres vivían en una casita con postigos verdes, junto a la carretera, en Normandía, en pleno corazón de la región de Caux.

Delante de la casa tenían un reducido jardín, en el que cultivaban algunas hortalizas.

Pero, hete aquí que, una noche, les robaron una docena de cebollas.

En cuanto Rose advirtió el hurto, corrió a avisar a su señora que bajó en falda de lana. Fue la desolación y el terror. ¡Habían robado, robado, a la señora Lefèvre! Pues si robaban en la comarca, luego podían reincidir.

Y las dos mujeres, espantadas, contemplaban las huellas de las pisadas, discutiendo, suponiendo cosas:

—Mire, han pasado por allí. Han pisado la cerca; han saltado sobre los arriates.

Y temblaban por su futuro. ¡Cómo dormir tranquilas a partir de ahora!

La noticia del robo se expandió. Los vecinos llegaron, observaron, discutieron a su vez; y las dos mujeres explicaban a cada recién llegado sus observaciones y sus ideas.

Un granjero vecino les dio este consejo:

—Deberían tener un perro.

Tenía razón; deberían tener un perro, aunque sólo fuera para dar la alarma. ¡No un perro enorme, Santo Cielo! ¡Qué harían con un perro grande! Las arruinaría en comida. Sino un perro pequeñito, (en Normandía, se pronuncia quin), un quin pequeñajo pero que ladrara escandalosamente.

En cuanto todos se marcharon, la señora Lefèvre comenzó a rumiar largamente sobre la idea del perro. Aunque tras cada reflexión, oponía mil objeciones, aterrada por la imagen de una escudilla repleta de pitanza; ella pertenecía a esa raza cicatera de damas campesinas que siempre llevan en la faltriquera algunos céntimos sueltos para dar ostensiblemente una limosna a los pobres de los caminos y en la colecta dominical.

Rose, que amaba a los animales, aportó sus razones y las defendió con astucia. Decidieron pues tener un perro, un perro chiquitito.

Iniciaron la búsqueda, pero no encontraban más que perros grandes, de esos que engullían tanta sopa que ellas se estremecían de terror. El tendero de Rolleville tenía un perro, uno pequeñito; pero exigía el pago de dos francos para cubrir los gastos de la crianza. La señora Lefèvre declaró que estaba dispuesta a alimentar a un quin, pero no a comprarlo.

Ahora bien, el panadero, sabedor de los acontecimientos, les llevó, una mañana, en su coche, un extraño animalillo de color amarillento, casi sin patas, con cuerpo de cocodrilo, cabeza de zorro y una cola en forma de trompeta, un verdadero penacho, tan grande como todo el resto de su figura. Un cliente quería deshacerse de él. La señora

Lefevre encontró bastante aceptable a ese gozque inmundo, que no costaba nada. Rose lo besó, luego preguntó cómo se llamaba. El panadero respondió:

—Pierrot.

Lo acomodaron en una vieja caja de jabón, y le dieron primero agua para beber. La bebió. Luego le ofrecieron un pedazo de pan. Lo comió. La señora Lefèvre, inquieta, opinó:

—Cuando se haya acostumbrado bien a la casa, lo dejaremos suelto. Encontrará su comida merodeando por los contornos.

Lo dejaron suelto, en efecto, pero eso no impidió que siguiera con hambre. Por otra parte, únicamente ladraba para reclamar su pitanza, y, en este caso, ladraba con insistencia.

Todo el mundo podía entrar en el jardín. Pierrot hacía fiestas a todos los recién llegados, pero se quedaba absolutamente mudo.

La señora Lefèvre se fue acostumbrando al animal. Llegó incluso a tomarle cariño, y hasta a darle, de su propia mano, de vez en cuando, algún que otro trozo de pan mojado en las salsas de sus guisos.

Pero no se le había ocurrido pensar en los impuestos, y cuando le reclamaron ocho francos, —¡ocho francos, señora!— por ese escuchimizado quin, que ni siquiera ladraba, a punto estuvo de desmayarse del pasmo.

Decidió deshacerse de él, inmediatamente. Nadie lo quiso. Ni en diez leguas a la redonda. Entonces, a falta de otro remedio, tomó otra solución, hacerlo piquer du mas.

Piquer du mas es "arrojar al margal". Se hace piquer du mas a todos los perros que la gente quiere deshacerse.

En el centro de una vasta planicie hay una especie de cabaña, o más bien un pequeño techo de paja, colocado sobre el suelo. Es la entrada del margal. Un pozo profundo se hunde en línea recta a veinte metros bajo tierra, hasta desembocar en una extensa red de galerías de minas.

Una vez al año se baja a esa cantera, durante la estación en la que se margan las tierras. El resto del tiempo, sirve de cementerio para los perros condenados; y a menudo, cuando se pasa cerca del orificio, aullidos lastimeros, ladridos furiosos o desesperados, llamadas desgarradoras suben hasta uno.

Los perros de los cazadores y de los pastores huyen espantados de las inmediaciones de ese agujero de gemidos; y, cuando uno se asoma a él, sale de allí una pestilenta olor a podredumbre.

Unos dramas horribles se consuman en la oscuridad.

Cuando un animal agoniza, tras diez o doce días en el fondo, alimentado por los restos inmundos de sus predecesores, un nuevo animal, más grande, posiblemente más vigoroso, es precipitado de nuevo. Están ahí, solos, hambrientos, los ojos refulgentes. Se observan, se siguen, vacilan, ansiosos. Pero el hambre les apremia: se atacan, luchan encarnizadamente durante largo rato; y el más fuerte se come al más débil, lo devora vivo.

Cuando decidieron piquer du mas a Pierrot, buscaron a un ejecutor. El peón caminero que arreglaba la carretera pidió diez céntimos por la encomienda. Eso parecía extremadamente exagerado a la señora Lefèvre. El aprendiz de albañil del vecino se contentaba con cinco céntimos; era aún demasiado; y Rose sugirió que lo mejor era llevarlo ellas mismas, porque así no sería maltratado durante el camino ni alertado de su suerte; decidieron, pues, llevarlo ellas mismas al anochecer.

Aquella noche, le dieron una buena sopa con un dedo de mantequilla, la engulló hasta la última gota; y, como movía la cola de contento, Rose lo puso en su delantal.



Marchaban a grandes zancadas, como dos merodeadoras, a través de la planicie. Pronto avistaron el margal y lo alcanzaron; la señora Lefèvre se asomó para escuchar si algún animal gemía. No, ninguno. Pierrot estaría solo. Entonces Rose, que lloraba, lo besó, luego lo arrojó por el agujero, y las dos se inclinaron, el oído atento.

Primero oyeron un ruido sordo; luego el lamento agudo, desgarrador, de un animal herido, luego la sucesión de pequeños aullidos de dolor, luego llamadas desesperadas, súplicas de perro que imploraba, con la cabeza levantada hacia la abertura.

¡Ladraba, oh, cómo ladraba!

Presas de remordimiento, de espanto, de un miedo atroz e inexplicable, echaron a correr. Y, como Rose iba más deprimida, la señora Lefèvre gritaba:

—¡Espéreme, Rose, espéreme!

Tuvieron una noche atormentada por pesadillas espantosas.

La señora Lefèvre soñó que se sentaba a la mesa para tomar su sopa, pero, cuando destapaba la sopera, Pierrot estaba dentro. Se le abalanzaba y le mordía la nariz.

Se despertó y creyó oírle ladrar aún. Escuchó; se había equivocado.

Se durmió de nuevo y se encontró en una gran carretera, una carretera interminable, que ella seguía. De pronto, en medio del camino veía una cesta, una cesta grande, abandonada; y esa cesta le daba miedo.

Pero terminaba por abrirla, y Pierrot, escondido dentro, le agarraba la mano y ya no la soltaba; y ella escapaba, asustada, llevando así, en el extremo del brazo, el perro suspendido, con las mandíbulas apretadas.

Al amanecer, se levantó, como loca, y corrió al margal.

Ladraba, todavía ladraba, había ladrado toda la noche. Ella se echó a llorar y lo llamó con mil nombres cariñosos. Él respondió con todas las inflexiones tiernas de su voz de perro.

Entonces quiso volver a verlo, y prometió hacerlo feliz hasta su muerte.

Corrió a casa del pocero encargado de la extracción de la marga, y le contó el caso. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando hubo acabado, le dijo:

—¿Quiere usted a su quin? Serán cuatro francos. Se sobresaltó; su aflicción desapareció en un santiamén.

—¡Cuatro francos! ¡Usted, usted quiere matarme! ¡Cuatro francos!

El hombre respondió:

—¿Es que voy a llevá todas mi cuerdas, mi manivelas y montá todo eso, ir hasta allí con mi chico, para que después me mue 'da su maldito quin, sólo por el placé de devuelve 'selo? No habe 'lo tirado.

Se marchó indignada. "¡Cuatro francos!"

En cuanto entró en la casa, llamó a Rose y le contó las pretensiones del pocero. Rose, muy resignada, repetía:

—¡Cuatro francos! Es mucho dinero, señora. —Luego, añadió—: ¿Y si echáramos de comer a ese pobre quin para que no muera así?

La señora Lefèvre lo aprobó, muy contenta; y se fueron al margal, con un enorme pedazo de pan untado con mantequilla.

Lo cortaron a trocitos y se lo echaban de uno en uno, mientras le iban hablando. Y en cuanto el perro se había comido el pedacito, ladraba para reclamar otro trozo.

Volvieron por la noche, luego al día siguiente, todos los días. Pero sólo hacían un viaje.

Pero una mañana, cuando iban a dejar caer el primer pedacito, oyeron de repente, en el fondo del pozo, un ladrido formidable. ¡Eran dos! ¡Habían tirado a otro perro, uno grande!

Rose gritó:

— ¡Pierrot!

Y Pierrot ladró, ladró. Entonces le echaron la comida; pero a cada pedacito, distinguían perfectamente un tumulto terrible, luego los aullidos lastimeros de Pierrot, mordido por su compañero, que se lo comía todo, porque era más fuerte.

Por más que le dijeran: "¡Es para ti, Pierrot!", Pierrot, evidentemente, no comía nada.

Las dos mujeres se miraban asombradas; y la señora Lefèvre declaró en tono agrio:

—Por supuesto, yo no voy a alimentar a todos los perros que tiren ahí dentro. Hay que renunciar.

Y, abochornada por la sola idea de todos esos perros alimentados a sus expensas, se marchó, llevándose lo que quedaba del pan, que lo comió por el camino.

Rose la seguía, enjugándose los ojos con la punta de su delantal azul.

*Le Gaulois*, 9 de octubre de 1882

## *La pira*

---

*Le bûcher*

El pasado lunes murió en Etretat un príncipe hindú, Bapu Sahib Khanderao Ghathay, pariente de su alteza el Maharajá Gaikwar, príncipe de Baroda, en la provincia de Gujarath, presidencia de Bombay.

Desde hacía más o menos tres semanas, se veía por las calles a una docena de jóvenes indostánicos, pequeños, ágiles, de piel negra, vestidos de trajes grises y con la cabeza cubierta con gorras de palafreneros ingleses. Eran grandes señores, que habían venido a Europa para estudiar las instituciones militares de las principales naciones de Occidente. Componían el pequeño grupo tres príncipes, un amigo noble, un intérprete y tres servidores.

El que acaba de morir era el jefe de la misión; era un anciano de setenta y cuatro años, suegro de Sampatrao Kashivao Gaikwar, hermano de su alteza el Gaikwar de Baroda.

El yerno acompañaba al suegro. Los otros indostánicos se llamaban Gampatrao Shraavanrao Gaikwar, primo de su alteza Khasherao Gadhay; Vasudey Madhav Samarth, intérprete y secretario; y los esclavos Ramchandra Bajají. Ganu bm Pukaram Kokate, Rhambhaji bm Favji.

El personaje que ha muerto el otro día, fue víctima, en el momento de abandonar a su patria, de una aguda crisis de pesar; convencido de que nunca más regresaría, quiso desistir del viaje, pero no tuvo más remedio que plegarse a la voluntad de su noble pariente, el príncipe de Baroda, y se puso en camino.

Vinieron a pasar el final del verano en Etretat; la gente iba todas las mañanas, llena de curiosidad, a verlos bañarse en el balneario Roches-Blanches.

Hará cosa de cinco o seis días, Bapu Sahib Khanderao Ghatgay se sintió atacado de dolores en las encías; la inflamación llegó a la garganta, y se ulceró. Se declaró la gangrena, y el lunes los médicos manifestaron a sus jóvenes compañeros que su pariente iba a morir. La agonía empezó casi en seguida; como el desdichado apenas si podía respirar, sus amigos lo sacaron en vilo de la cama y lo tendieron en el suelo de la habitación, para que entregase su alma tendido sobre la tierra, nuestra madre, según los preceptos de Brahma.

Después solicitaron permiso del alcalde, señor Baissaye, para quemar el cadáver, obedeciendo a las terminantes prescripciones de la religión indostánica. El alcalde, no atreviéndose a decidir, telegrafió a la prefectura pidiendo instrucciones, aunque anunciaba que interpretaría la falta de contestación como respuesta afirmativa. No habiendo llegado contestación a las nueve de la noche, se tomó la resolución de que, habida cuenta de que la enfermedad que había acabado con el indostánico era de carácter infeccioso, la cremación del cadáver tendría lugar aquella misma noche, bajo los acantilados, a orillas del mar, durante la marea baja.

Hoy se censura al alcalde por haber tomado semejante resolución, aunque ciertamente ha obrado como hombre inteligente, decidido y liberal, y ha contado con el apoyo y el consejo de los tres médicos que habían atendido al enfermo y certificado su defunción.

\*\*\*

Aquella noche se bailaba en el Casino. Era una noche de otoño prematuro, algo fría. Soplaban de alta mar un viento bastante fuerte, sin que las aguas estuviesen todavía alborotadas, y corrían por el cielo las nubes rápidas, desgarradas, deshilachadas. Avanzaban desde la línea del horizonte, como una mancha sobre el fondo del firmamento, y se iban tornando blancas a medida que se aproximaban a la luna; pasaban rápidas por delante de ella, envolviéndola con un velo, pero sin llegar a ocultarla.

Los grandes acantilados cortados a pico, que dan forma a la playa en curva de Etretat y que terminan en las dos célebres arcadas conocidas con el nombre de Las Puertas, quedaban envueltas en la oscuridad, igual que manchones negros en el paisaje suavemente iluminado.

Había llovido durante todo el día.

La orquesta del Casino ejecutaba valeses, polcas y contradanzas. Súbitamente, se propagó un rumor por todos los grupos. Decía ese rumor que un príncipe indostánico acababa de fallecer en el hotel de los Baños, y que se había solicitado autorización del ministro para quemar su cadáver. Nadie lo creyó o, por lo menos, nadie supuso tan próximo el hecho, por tratarse de una práctica tan en pugna con nuestras costumbres; a medida que fue avanzando la noche, la concurrencia se retiró, marchando cada cual a su casa.

El empleado del gas, corriendo de calle en calle, apagó a medianoche, una tras otra, las llamas amarillas que iluminaban las casas dormidas, el barro y los charcos. Nosotros esperábamos, acechando la hora en que la pequeña población estuviese desierta y callada.

Un ebanista se hallaba desde el mediodía atareado en cortar madera, y pensaba con asombro en el destino de todas aquellas tablas aserradas en trozos menudos, lo que constituía un despilfarro de una madera de la mejor calidad. La madera aserrada se cargó en una carreta que se dirigió por calles desviadas hasta la playa, sin despertar sospechas en las personas trasnochadoras con quienes se cruzaba en el camino. Llegó hasta la playa pedregosa, al pie mismo del acantilado, y una vez descargada la madera, los tres servidores indostánicos dieron principio a la tarea de construir una pira algo más larga que ancha. Trabajaban solos, porque ninguna mano profana debía colaborar en aquella tarea santa.

A la una de la madrugada se anunció a los parientes del difunto que podían llevar a cabo su obra.

Se abrió la puerta de la casita que ocupaban, y pudimos ver, tendido en unas parihuelas, en el estrecho vestíbulo débilmente alumbrado, el cadáver envuelto en seda blanca. Bajo aquel velo pálido, se marcaba con claridad su cuerpo, tendido de espaldas.

Serios, en pie y delante de los pies del muerto, permanecían los indostánicos inmóviles, mientras uno de ellos llevaba a cabo las ceremonias de rigor, murmurando en voz baja y monótonas palabras incomprensibles. Daba vueltas en torno al cadáver, lo tocaba de cuando en cuando, y finalmente, echando mano de una urna colgada de tres cadenitas, lo roció abundantemente con agua sagrada del Ganges, que los indostánicos están obligados a llevar consigo, adondequiera que vayan.

Cuatro indostánicos levantaron las parihuelas y echaron a caminar lentamente. La luna se había puesto, dejando en la oscuridad las calles fangosas y desiertas, pero eran tales los brillos de la seda blanca, que el cadáver que iba sobre las parihuelas parecía luminoso; y embargaba el ánimo al ver pasar en la noche la forma tersa de aquel cuerpo, conducido por hombres de piel tan oscura que no se distinguían en la noche sus caras ni sus manos de sus ropas.

Seguían detrás del muerto tres indostánicos, y tras éstos, rebasándolos con toda la cabeza, se dibujaba la elevada silueta de un inglés, envuelta en un gran abrigo de viaje

de un color gris suave; se trataba de un caballero amable y distinguido, amigo de los indostánicos, que los guiaba y los aconsejaba en sus viajes por Europa.

Me parecía asistir a una especie de espectáculo simbólico, bajo el cielo brumoso y frío de esta pequeña playa del Norte. Me parecía que allí se llevaban al genio de la India, vencido, y que le seguía, como se sigue a los muertos, el genio victorioso de Inglaterra, vestido de un abrigo gris.

Al llegar a la playa pedregosa los que transportaban el cadáver se detuvieron algunos segundos para tomar aliento, y luego reanudaron la marcha; caminaba ahora a pasitos cortos, agobiados bajo la carga. Llegaron por fin hasta la pira. Esta había sido construida en un repliegue, al pie mismo del acantilado, que se alzaba perpendicular, hasta cien metros de altura, oscuro en la noche, a pesar de su blancura.

La pira tendría, poco más menos, un metro de altura; colocaron encima de ella el cadáver; uno de los indostánicos pidió luego que le indicasen cual era la estrella polar. Le fue indicada, y entonces colocaron al Rajá muerto con los pies en dirección a su patria. Vertieron luego sobre él una docena de botellas de petróleo y lo cubrieron por completo con tablitas de pino. Parientes y servidores estuvieron ocupados cerca de una hora en levantar cada vez más la pira, que tenía el aspecto de una de las pilas de madera que suelen guardar los ebanistas en los desvanes de sus casas. Derramaron encima de todo veinte botellas de aceite y vaciaron en la cúspide misma un saco de virutas finas. A unos pasos de la pira temblaba una llama en una estufilla de bronce que permanecía encendida desde la llegada del cadáver.

Habla llegado el momento. Los parientes fueron en busca del fuego. Como éste era muy débil, vertieron encima algo de aceite; bruscamente se alzó una llama que iluminó desde abajo hasta arriba el gran muro de rocas. Uno de los indostánicos, que estaba inclinado sobre la estufilla, se incorporó, con las dos manos levantadas y los codos doblados, y vimos de pronto que una sombra colosal, la sombra de Buda en su actitud hierática, subía y subía, proyectando su negrura sobre la superficie blanca del acantilado. Y el birrete puntiagudo con que cubría su cabeza daba la impresión de ser el peinado del dios.

Tan emocionante e imprevisto fue aquel detalle, que mi corazón se puso a latir apresuradamente, como si ante mi hubiese surgido una aparición sobrenatural.

Era ella, sin duda; la imagen antigua y sagrada, que había venido desde el lejano Oriente hasta esta extremidad de Europa, para velar al hijo suyo que iba a ser quemado en aquel lugar.

Desapareció. Traían el fuego.

Las virutas de la cima de la pira se prendieron y pegaron fuego a su vez a la madera; una violenta claridad iluminó la costa, la playa pedregosa y la espuma de las olas que se rompían en la orilla.

La llama crecía por momentos e iluminaba, mar adentro, la cresta saltarina de las olas.

Soplaba en ráfagas una brisa de mar adentro, y aceleraba el ardor de la llama que se tumbaba, giraba, se alzaba, despidiendo millares de chispas. Subían éstas acantilado arriba con vertiginosa velocidad, y se perdían en el cielo, mezclándose con las estrellas y aumentando su número. Algunas aves marinas que se habían despertado lanzaban su grito lastimero, y después de trazar grandes curvas, cruzaban con sus alas blancas extendidas dentro del círculo luminoso del foco del fuego, perdiéndose de nuevo en la noche.

La pira se convirtió pronto en una masa de fuego no roja, sino amarilla, de un amarillo cegador; en una hoguera azotada por el viento. De pronto, sacudida por un golpe de aire más fuerte, osciló, desmoronándose en parte, inclinada del lado del mar y

el cadáver quedó por completo a la vista, masa negra sobre su lecho de fuego, y ardiendo también él con largas llamas azules.

El brasero se desmoronó aún más hacia la derecha, y el cadáver se dio vuelta, lo mismo que un hombre en su cama. Volvieron a cubrirlo con madera de reserva y el fuego cobró mayor fuerza que antes.

Los indostánicos, sentados en semicírculo sobre el suelo pedregoso, contemplaban el espectáculo con rostros serios y tristes. Como hacia mucho frío, nosotros nos aproximamos al fuego, hasta darnos en la cara el humo y las chispas. No percibimos otro olor que el de la madera de pino y el del petróleo.

Transcurrían las horas; se aproximaba el día. Hacia las cinco de la mañana ya no quedaba sino un montón de cenizas. Los parientes del difunto las recogieron; arrojaron una parte a los cuatro vientos, otra al mar y guardaron una pequeña cantidad en una vasija de bronce que llevarán con ellos a la India. Finalmente, se retiraron para plañir en su casa.

Con medios insuficientes a su disposición, estos jóvenes príncipes y sus criados han sabido realizar de un modo perfecto la cremación de su pariente, con notable habilidad y una dignidad extraordinaria. Todo fue hecho según el rito, de acuerdo con las prescripciones rigurosas de su religión. Su pariente muerto descansa en paz.

\*\*\*

Desde que se hizo de día, reinó en Eretat una emoción indescriptible. Unos afirmaban que se había quemado a un hombre vivo; otros, que se había pretendido hacer desaparecer las huellas de un crimen; aquéllos, que el alcalde sería encarcelado, y los de más allá, que el príncipe indostánico había muerto víctima del cólera.

Algunos hombres mostraban su asombro; algunas mujeres daban rienda suelta a su indignación. En el sitio en que se alzó la pira, hubo durante todo el día una muchedumbre de gente que buscaba huesos entre las piedras todavía calientes. Recogieron huesos como para rehacer diez esqueletos, porque los granjeros de la costa tienen la costumbre de tirar al mar los carneros que se les mueren. Los jugadores guardaban con mucho cuidado en sus portamonedas estos fragmentos. Pero la verdad es que ninguno de ellos está en posesión de una reliquia auténtica del príncipe Indostánico.

Aquella misma tarde llegó un delegado del Gobierno, comisionado para iniciar una investigación. Es cierto que juzgaba aquel caso singular como hombre de ingenio y de buen criterio. Pero ¿qué dirá en su informe?

Los indostánicos declararon que si se les hubiese prohibido en Francia quemar su muerto, se habrían ido con el cadáver a otro país más libre, donde hubiesen podido cumplir con lo que es uso y costumbre suya.

He visto, pues, consumirse el cadáver de un hombre en una pira, y ese espectáculo ha despertado en mí el deseo de desaparecer de la misma forma.

Por ese procedimiento, todo se acaba en el acto. El hombre activa la obra lenta de la Naturaleza en vez de retardarla aún más con el féretro repugnante, en el que el cadáver se descompone durante meses. La carne está muerta, el espíritu ha huido. El fuego purificador dispersa en algunas horas lo que fue un ser vivo; lo lanza al viento, lo convierte en aire y cenizas, y no en repugnante podredumbre.

Es un procedimiento limpio y sano. La putrefacción bajo la tierra, en un cajón cerrado, en el que el cadáver se convierte en pasta blancuzca, negra y hedionda, tiene en sí algo de atroz y repugnante. El ver hundirse el féretro en la fosa llena de fango atenaza el corazón, mientras que la pira que llamea bajo el firmamento tiene algo de grandioso, bello y solemne.

*Le Figaro*, 7 de septiembre de 1884



# *El pordiosero*

---

*Le gueux*

Había conocido tiempos mejores, a pesar de su miseria y su invalidez.

A la edad de quince años, un coche le aplastó las dos piernas en la carretera de Varville. Desde ese momento, mendigaba arrastrándose a lo largo de los caminos, a través de los corrales de las granjas, balanceándose sobre sus muletas que le habían levantado los hombros hasta la altura de las orejas. Su cabeza parecía hundida entre dos montañas.

Niño hallado en una zanja por el cura de Les Billettes, la víspera del día de difuntos, y bautizado por esa razón Nicolás Todos los Santos, criado por caridad, ajeno a toda instrucción, lisiado tras haber bebido unas copas de aguardiente invitado por el panadero del pueblo, tan sólo por reírse un poco, y vagabundo a partir de entonces, no sabía hacer otra cosa que tender la mano.

En tiempos la baronesa de Avary le dejaba para dormir una especie de nicho lleno de paja, al lado del gallinero, en la granja lindante con el castillo: y estaba seguro, los días de mucha hambre, de encontrar siempre un pedazo de pan y un vaso de sidra en la cocina. Con frecuencia recibía también allí unas monedas arrojadas por la anciana dama desde lo alto de la escalinata o de las ventanas de su habitación. Ahora ella había muerto.

En los pueblos no le daban casi nada; lo conocían demasiado; estaban hartos de él desde hacía cuarenta años que lo veían pasear de casucha en casucha su cuerpo andrajoso y deforme sobre sus dos patas de madera. No obstante, él no quería marcharse, porque no conocía otra cosa en la tierra que aquel rincón del país, aquellos tres o cuatro villorrios por donde había arrastrado su miserable vida. Había puesto fronteras a su mendicidad y jamás habría traspasado los límites que estaba habituado a no franquear.

Ignoraba si el mundo se extendía más allá de los árboles que habían siempre acotado su vista. No se lo preguntaba. Y cuando los campesinos, cansados de encontrarlo siempre al borde de sus campos o a lo largo de sus cunetas, le gritaban:

"¿Por qué no te largas a otros pueblos, en vez de cojear siempre por aquí?", no respondía y se alejaba, asaltado por un vago temor a lo desconocido, por un temor de pobre que recela confusamente de mil cosas, de los rostros nuevos, de los insultos, de las miradas desconfiadas de personas que no lo conocen, y de los gendarmes que van de dos en dos por las carreteras y que le hacían meterse, por instinto, entre los matorrales o detrás de los montones de guijarros.

Cuando los divisaba a lo lejos, relucientes bajo el sol, encontraba de pronto una singular agilidad, una agilidad de monstruo para llegar a algún escondrijo. Soltaba sus muletas, se dejaba caer como un trapo, y se hacía una bola, se volvía pequeñísimo, invisible, agazapado como una liebre en su madriguera, confundiendo sus harapos pardos con la tierra.

Sin embargo jamás había tenido que ver con ellos. Pero lo llevaba en la sangre, como si hubiera recibido ese temor de sus padres, a los cuales no había conocido.

No tenía refugio, ni techo, ni choza, ni abrigo. Dormía en cualquier parte, en verano, y en invierno se deslizaba bajo las trojes o en los establos con notable habilidad. Salía pitando siempre antes de que se dieran cuenta de su presencia. Conocía los agujeros para entrar en los edificios; y como el manejo de las muletas había dado a sus



brazos un sorprendente vigor, trepaba con la sola fuerza de las muñecas hasta los hórreos donde se quedaba a veces cuatro o cinco días sin moverse, cuando había recogido en su ronda suficientes provisiones.

Vivía como los animales del bosque, en medio de los hombres, sin conocer a nadie, sin querer a nadie, limitándose a excitar entre los campesinos una especie de desprecio indiferente y de hostilidad resignada. Le habían puesto el mote de "Campana", porque se balanceaba, entre sus dos estacas de madera, como una campana entre sus soportes.

Desde hacía dos días no había comido. Nadie le daba nada. No querían saber de él. Las campesinas, en sus puertas, le gritaban de lejos al verlo venir:

"¿Quieres largarte, desgraciao? ¡Hace tres días que te he dao un cacho pan!"

Y él giraba sobre sus rodrigones y se iba a la casa vecina, donde lo recibían de la misma manera.

Las mujeres declaraban de una puerta a otra:

"No vamos a estar alimentando a este gandul to el año. "

Sin embargo el gandul necesitaba comer todos los días.

Había recorrido Saint-Hilaire, Varville y Les Billettes, sin cosechar un céntimo o un mendrugo. Sólo le quedaba la esperanza de Tournolles; pero tenía que andar dos leguas por la carretera, y se sentía fatigado a más no poder, con el vientre tan vacío como su bolsillo.

No obstante, se puso en marcha.

Era diciembre, un viento frío corría por el campo, silbaba entre las ramas desnudas; y las nubes galopaban a través del cielo bajo y sombrío, precipitándose no se sabe a dónde. El lisiado marchaba lentamente, desplazando sus soportes uno tras otro con un penoso esfuerzo, apoyándose en la pierna torcida que le quedaba, rematada por un pie zopo y calzado con un andrajo.

De vez en cuando, se sentaba en la cuneta y descansaba unos minutos. El hambre sembraba en su alma una angustia confusa y pesada. Sólo tenía una idea: "comer", pero no sabía por qué medio.

Durante tres horas, penó por el largo camino; después, cuando divisó los árboles del pueblo, aceleró sus movimientos.

El primer campesino al que encontró, y al cual le pidió limosna, le respondió:

"Toavía andas por aquí, desdichao? ¿Es que nunca nos libraremos de ti? "

Y Campana se alejó. De puerta en puerta lo trataron duramente, lo despidieron sin darle nada. Sin embargo, él seguía su ronda, paciente y obstinado. No recogió un céntimo.

Entonces visitó las granjas, deambulando a través de las tierras blandas de lluvia, tan extenuado que no podía ya alzar los bastones. Lo echaron de todas partes. Era uno de esos días fríos y tristes que oprimen el corazón, que irritan el ánimo, en el cual el alma está ensombrecida, la mano no se abre ni para dar ni para socorrer.

Cuando terminó de visitar todas las casas que conocía, fue a sentarse en el ángulo de una zanja, a lo largo del corral del señor Chiquet. Se descolgó, como se decía para expresar cómo se dejaba caer entre sus altas muletas haciéndolas deslizarse bajo los brazos. Y se quedó un buen rato inmóvil, torturado por el hambre, pero demasiado embrutecido para comprender a fondo su insondable miseria.

Esperaba no se sabe qué, con esa vaga espera que perdura constantemente en nosotros. Esperaba en el rincón de aquel corral, bajo el viento helado, la ayuda misteriosa que siempre se espera del cielo o de los hombres, sin preguntarse cómo, ni por qué, ni de quién podría llegar. Una bandada de gallinas negras pasaba, buscándose la vida en la tierra que nutre a todos los seres. A cada momento picoteaban un grano o un insecto invisible, luego continuaban su búsqueda lenta y segura.

Campana las miraba sin pensar en nada; después le asaltó, más en el vientre que en la cabeza, la sensación más que la idea de que uno de aquellos animales resultaría apetitoso asado en un fuego de leña seca.

Ni siquiera lo rozó la sospecha de que iba a cometer un robo. Cogió una piedra al alcance de su mano y, como era hábil, mató de un golpe, al lanzarla, a la gallina más próxima a él. El animal cayó de lado agitando las alas. Las otras huyeron, balanceándose sobre sus flacas patas, y Campana, encaramándose de nuevo en sus muletas, se puso en marcha para recoger su caza, con movimientos semejantes a los de las gallinas.

Cuando llegaba junto al cuerpecito negro manchado de rojo en la cabeza, recibió un terrible empujón en la espalda que le hizo soltar sus bastones y lo envió rodando a diez pasos de allí. Y el señor Chiquet, exasperado, precipitándose sobre el merodeador, lo molió a golpes, pegándole como un obseso, como pega un campesino robado, con el puño y la rodilla en todo el cuerpo del inválido, que no podía defenderse.

La gente de la granja llegaba a su vez y empezó a apalearlo al mendigo junto con el dueño. Después, cuando estuvieron hartos de pegar, lo recogieron y se lo llevaron, encerrándolo en la leñera mientras iban a buscar a los gendarmes.

Campana, medio muerto, sangrando y reventando de hambre, se quedó tendido en el suelo. Llegó la tarde, después la noche, después la aurora. Seguía sin comer.

Hacia el mediodía, aparecieron los gendarmes y abrieron la puerta con precaución, esperando una resistencia, pues el señor Chiquet pretendía haber sido atacado por el pordiosero y haberse defendido con mucho trabajo.

El sargento gritó:

"¡Vamos, de pie!"

Pero Campana no podía ya moverse, y aunque trató de alzarse sobre sus estacas, no lo consiguió. Creyeron que fingía, que era una astucia, mala voluntad del malhechor, y los dos hombres armados, maltratándolo, lo agarraron y lo colocaron a la fuerza entre sus muletas.

Le había entrado miedo, ese miedo instintivo de la pieza ante el cazador, del ratón ante el gato. Y, con sobrehumanos esfuerzos, consiguió seguir en pie.

"¡En marcha!", dijo el sargento. Echó a andar. Todo el personal de la granja lo miraba partir. Las mujeres le amenazaban con el puño; los hombres se burlaban, lo insultaban: ¡por fin lo habían cogido! Ya era hora.

Se alejó entre sus dos guardianes. Encontró la energía desesperada que necesitaba para arrastrarse aún hasta la noche, embrutecido, sin saber siquiera lo que le ocurría, demasiado espantado para entender nada.

La gente que encontraban se detenía para verlo pasar, y los campesinos murmuraban:

"¡Es algún ladrón!"

Llegaron, al anochecer, a la capital del distrito. Nunca había ido hasta allá. Realmente no se imaginaba lo que ocurría, ni lo que podía sobrevenir. Todas aquellas cosas terribles, imprevistas, aquellas caras y aquellas casas nuevas lo consternaban.

No pronunció una palabra, no teniendo nada que decir, pues no entendía ya nada. Además, desde hacía tantos años que no hablaba con nadie, casi había perdido el uso de la lengua; y sus ideas eran también demasiado confusas para formularse con palabras.

Lo encerraron en la cárcel del pueblo. Los gendarmes no pensaron que podía tener necesidad de comer, y lo dejaron hasta el día siguiente.

Pero, cuando fueron a interrogarlo, muy de mañana, lo encontraron muerto, en el suelo. ¡Qué sorpresa!

*Le Gaulois*, 9 de marzo de 1884

## *El pozo*

---

*Le trou*

Muerte ocasionada por golpes y heridas. Así rezaba el cargo de acusación por el cual comparecía ante el juzgado del crimen un tal Leopoldo Renard, tapicero.

Rodeando al acusado se hallaban sus principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima; Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, gasfitero.

Junto al acusado se encontraba su esposa, vestida de negro, pequeña y fea, con aspecto de mona vestida de dama.

Leopoldo Renard refirió con estas palabras el drama:

—Dios mío, fue una desgracia de la cual fui yo, en todo momento, la mayor víctima y en la que mi voluntad no intervino para nada. Los hechos hablan por sí mismos, señor juez. Soy un hombre honesto, un hombre trabajador. Hace dieciséis años que trabajo como tapicero en la misma calle. Todos los vecinos me conocen, me quieren, me respetan, me consideran, como lo han declarado. Hasta la portera, que no está casi nunca de buen humor. Me gusta el trabajo, me gusta el ahorro. Me gustan la gente decente y los placeres honestos. Eso me perdió. ¡Qué le vamos a hacer! Lo hice sin querer, y por eso sigo creyéndome un hombre de honor.

"Hace ya cinco años que mi señora y yo vamos todos los domingos a pasar el día a Poissy Tomamos el aire, y además nos gusta pescar con caña. Eso sí: a los dos nos gusta con locura. Melie es quien me aficionó a la pesca, ¡la haragana! Ella se apasiona mucho más que yo, ¡la muy tiñosa! y ella tiene la culpa de todo este asunto, como verán si me prestan atención.

"Soy vigoroso, pero bonachón No tengo un pelo de maldad. Ella, en cambio, bueno..., ella. ¡Oh, si parece que no mataría una mosca, tan chica, flacucha! ¡Pero más mala que una garduña! No niego sus buenas cualidades, algunas muy importantes para un comerciante. ¡Pero su carácter! Pregunten a los vecinos. La misma portera que declaró en mi favor hace un momento podrá decir algo.

"Todos los días me reprochaba mi mansedumbre: "Yo no aguantaría que me hicieran tal cosa! ¡Yo no aguantaría que me hicieran tal otra!" Si yo la escuchara, señor juez, tendría que agarrarme a bofetadas por lo menos tres veces al mes.

La Señora Renard lo interrumpió, murmurando:

—Charla, charla. Quien ríe último, ríe mejor.

Él se volvió para decirle con inocencia:

—Puedo inculparte porque no estás procesada.

Y encarándose con el juez, prosiguió:

—Ahora continúo. Ya le he dicho que íbamos a Poissy todos los sábados por la tarde para pescar el domingo desde la madrugada. Es una costumbre que se ha convertido para nosotros en una segunda naturaleza, como suele decirse. Había encontrado yo, hace tres años, un sitio, ¡pero qué sitio! Un sitio a la sombra, con ocho pies de agua por lo menos; tal vez diez. Un pozo grande con sus cuevas bajo la orilla. Un criadero de peces en toda la regla, el paraíso para un pescador. Ese pozo, señor juez, podía considerarlo mío, visto que yo había sido su Cristóbal Colón. Todo el mundo lo sabía, todos sin excepción lo aceptaban. Decían: "Aquí se instala Renard". Y nadie se habría atrevido a ocuparlo, ni siquiera el señor Plumeau, que tiene fama, dicho sea sin ofenderlo, de birlar sitios descubiertos por otros.

"Así, pues, sintiéndome seguro de mi sitio, regresaba cada semana y lo consideraba de mi propiedad. Apenas llegaba, el sábado por la tarde, nos embarcábamos, mi señora y yo, en la Dalila. Bueno: Dalila es mi lancha, que ordené me construyera Fournaise, y es cierto que pocos le ganan en ligereza y seguridad. Le decía, pues, que embarcábamos en la Dalila, y llegábamos hasta el pozo para echar el cebo. Nadie me gana en poner el cebo: lo dicen todos los amigos. ¿Se preguntará usted qué cebo uso? No puedo contestarle. No es asunto que se relacione con el accidente. No puedo contestarle: es mi secreto. Hay más de doscientas personas que me lo han preguntado. ¡Los vasos de vino, las fritangas, los caldillos que me ofrecen para que lo diga! ¡Las zalamerías que me hacen para que les dé mi receta! ¡Mi mujer es la única que lo sabe...!, ¡pero ella tampoco lo dirá, menos que yo! ¿Verdad que no, Melie?

El juez le interrumpió para advertirle:

—Al grano, al grano. Evite las divagaciones...

El procesado prosiguió:

—Ya voy, ya voy, señor juez. El sábado ocho de julio partimos, pues, en el tren de las cinco veinticinco, y antes de ponernos a comer fuimos, como de costumbre cada sábado, a echar el cebo. El tiempo se anunciaba bueno. Le dije a Melie: "¡Mañana va a estar formidable, formidable!" Y ella respondió: "¡La cosa promete!" Nunca hablamos más cuando estamos juntos.

"Luego volvimos a comer. Estaba yo muy alegre y sediento. Fue la causa de todo, señor juez. Dije a Melie: "Oye, Melie, hace calor, qué te parece que me tomo una botella del despertador". Es un vinito blanco: lo llamamos así porque si se bebe mucho de él, no deja dormir. Es como un despertador. Usted comprende.

"Ella me respondió: "Bebe si te da la gana, pero seguro que otra vez te enfermarás y no podrás levantarte mañana". Lo cual era verdad. Eso era lo sensato, lo prudente, lo perspicaz, lo confieso ahora. Pero no pude contenerme y me bebí la botella. Ahí empecé todo.

"Estuve desvelado, por la gran..., hasta las dos de la mañana, con el despertador de jugo de uva en la cabeza Y luego, ¡paf!, me quedé dormido. Cuando me quedo dormido ni la trompeta del Ángel que anuncia el Juicio Final es capaz de despertarme.

"Mi mujer logra despertarme a las seis de la mañana. Salto de la cama, me pongo de prisa el pantalón y la chaqueta, me salpico apenas la cara, y nos embarcamos en la Dalila. Demasiado tarde. Cuando llegamos a mi pozo, ¡el sitio estaba ocupado! ¡Nunca me había sucedido algo parecido, señor juez, nunca, en tres años! Aquello me produjo el efecto de un despojo. Dije: "Por la..., por la..., por la gran..." Y ahí mismo mi mujer comienza a hostigarme. ¡Ah, ah, ah, tu famoso despertador! ¡Miren al borrachito! ¿Estarás contento, imbécil?" Yo no contestaba: ella tenía razón.

"Pese a todo desembarcamos cerca del lugar. Pensábamos aprovechar de todas maneras el viaje. Acaso el hombre no lograra pescar. Acaso se fuera pronto.

"El pescador era un hombrecito flaco. Llevaba traje de crea y sombrero de paja. Su mujer, una gorda sentada detrás de él, bordaba.

"Cuando vio que nos instalábamos junto a su marido, murmuró:

"—¿No hay otro sitio donde pescar en el río?

"Y mi mujer, que reventaba de rabia, contesta:

"—Las personas educadas, antes de instalarse en sitios reservados, averiguan cuáles son las costumbres del lugar..."

"Como no quería pleitos, le dije a mi señora:

"—¡Cállate, Melie! No hagas caso. No hagas caso. Ya veremos.

"Había dejado la Dalila a la sombra de los sauces, y luego de haber desembarcado, pescábamos Melie y yo, codo a codo, justo al lado de los otros dos.

"Aquí, señor juez, debo detallar un poco.

"Hacia cinco minutos que pescábamos cuando el sedal de mi vecino se hunde una, dos, tres veces; alza la caña y saca un pez grueso como un muslo, tal vez un poco menos, ¡pero casi tan grande! Me palpitaba el corazón, sudaba de angustia. Melie me dice:

"—¡Mira, borrachín, mira eso!

"En ese momento el señor Bru, abarrotero de Poissy y aficionado a la pesca, que pasaba por allí en su barca, me gritó:

"—¿Le han tomado su sitio, señor Renard?

"Yo le respondí:

"—Pues sí, señor Bru. En este mundo hay personas muy poco finas que ignoran las buenas costumbres.

"Mi vecino, el hombrecito vestido de crea, se hacía el sordo, también su mujer, ¡aquella gorda que parecía una auténtica vaca!

Por segunda vez el juez lo interrumpió, advirtiéndole:

—¡Cuidado! Usted insulta a la viuda de Flameche, aquí presente.

Renard se excusó diciendo:

—Perdón, perdón, la culpa la tiene mi pasión por la pesca, que me domina.

Prosiguió:

—Sólo había transcurrido un cuarto de hora cuando el hombrecito vestido de crea pescó otro pez tan grande como el primero, y casi enseguida otro, y cinco minutos más tarde, otro.

"Yo casi lloraba, y mi mujer hervía. Me pinchaba sin cesar.

"—¿No ves, estúpido? ¿Ves cómo nos roban la pesca? ¿Lo ves? Pescarás nada, nada, nada, ni una rana, nada de nada. ¡Sólo de pensarlo me da calentura!

"Yo me decía: "Esperemos hasta el mediodía. Esos pescadores furtivos irán a almorzar y volveré a ocupar mi sitio". Porque yo, señor juez, almuerzo todos los domingos allí mismo. Traemos los alimentos en la Dalila.

"¡No ocurrió nada! Dieron las doce y no se movieron. Llevaba un pollo envuelto en un periódico, el muy desgraciado, y mientras comía, ¡pum!, saca otro de los gordos.

"Melie y yo probamos un bocado, nada más, y a la fuerza. No teníamos apetito.

"Y después, como suelo hacer siempre para ayudar a la digestión, leí mi periódico. Todos los domingos acostumbro leer así el Gil Blas, a la sombra de un árbol y a la orilla del agua. Los domingos aparece Colombina, usted sabe: Colombina, la que escribe artículos en el Gil Blas. Siempre hago rabiar a mi señora diciéndole que conozco a Colombina. No es verdad, no la conozco, no la he visto nunca, pero escribe muy bien; dice cosas que tienen mucha miga. Algo extraño en una mujer. A mí me gusta. No hay muchas como ella.

"Empiezo, entonces, a bromear con mi mujer, pero se enoja de inmediato: se pone rígida. En vista de esto, callo.

"En ese momento aparecieron en la otra orilla del río los dos testigos presentes: el señor Ladureau y el señor Durdent. Nos conocíamos de vista.

"El hombrecito se puso a pescar de nuevo. Me daban escalofríos ver cómo sacaba uno tras otro esos peces gordos. Su mujer le dijo entonces:

"—¡Este lugar es fenomenal! Volveremos todos los domingos, Desiderio.

"Sentí frío en la espalda. La señora Renard me incitaba repitiéndome:

"—¡Eres un marica, eres un marica! ¡Tienes sangre de gallina!

"Me limité a contestarle:

"—Mira, vámonos. Es mejor. No quiero hacer un disparate.

"Ella, como si me pusiese unas tenazas al rojo bajo las narices, me acicatea al decirme:

"—Eres un marica, eres un marica. Huyes, te rindes, entregas lo tuyo. ¡Vamos, cobarde!

"Sus palabras me hicieron mella. Pero, a pesar de todo, me contuve.

"Mientras tanto, el otro tira la caña y saca un sargo. ¡Nunca en mi vida había visto otro igual! ¡Nunca!

"Mi mujer, en ese mismo instante, empezó a decir, como si pensara en voz alta:

"—Esto sí que puede llamarse robo. Fuimos nosotros los que cebamos el pozo. Tendrían que pagarnos por lo menos el costo del cebo.

"Entonces la señora gorda del hombrecito del traje de crea replica:

"—¿Usted se refiere a nosotros, señora?

"Y la mía dice:

"—Me refiero a los ladrones de pescado que se aprovechan del dinero que otros han gastado en el cebo.

"La gorda insiste:

—¿A nosotros nos dice ladrones de pescado?

"Replican una y otra vez hasta que terminan insultándose. ¡Y qué insultos, por la gran...! ¡Qué repertorio tienen las bribonas! ¡Insultos a granel! Gritan tan fuerte que los dos testigos, aquí presentes, que estaban en la otra orilla, en son de burla gritan también:

"—¡Eh! ¡Ustedes! Un poco de silencio, que no dejan pescar a sus maridos.

"Lo cierto es que ni el hombrecito de la crea ni yo interveníamos en la pelea. Lo mismo que si fuéramos de palo. Teníamos los ojos fijos en el agua y nos hacíamos los sordos.

"¡Por la gran...! ¡Bien que las oíamos, sin embargo! "¡Usted es una mentirosa!" "¡Usted una mujer de mala vida!" "¡Usted una puta!" "¡Usted una cerda!" Y así por el estilo. ¡Ni un marinero les habría ganado!

"De pronto, un ruido a mi espalda me obligó a volverme. La gorda golpeaba a mi mujer con una sombrilla. ¡Pam! ¡Pam! Melie había recibido dos golpes. Melie estaba furiosa, y cuando se pone furiosa Melie pega. Agarra a la gorda del pelo y empiezan a caer como ciruelas las bofetadas. ¡Plam, plam, plam, plam!

"Yo, la verdad, no habría intervenido. Las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. No hay que mezclar los golpes. Pero el hombrecito de la crea se levanta como un loco y quiere lanzarse sobre mi mujer. ¡Y eso no: era demasiado! ¡Eso sí que no, mi amigo! Cuando se acerca se encuentra con mis puños el pajarraco aquel, y ¡pum!, y ¡pum!, un derechazo en la nariz y otro en el vientre. Levantó primero los brazos, luego las piernas, y cayó de espaldas en el río, justo dentro del pozo.

"Habría podido sacarlo de inmediato, señor juez, si hubiera tenido tiempo de hacerlo. Pero, por desgracia, en aquel momento la gorda volvía al ataque y le propinaba a mi mujer una gran paliza. Es verdad que no debí ayudarla mientras el otro estaba en el agua.

Pero jamás pensé que se ahogaría. Al contrario, me dije: "¡Bah! ¡Eso lo refrescará!"

"Me acerqué corriendo a las dos mujeres, para separarlas. Al intentarlo recibí una buena dosis de puñetazos, arañazos y mordiscos. ¡La gran...! ¡Qué fieras!

"Total: necesité por lo menos cinco minutos, o quizá diez, para separar a estas dos lapas.

"Me doy vuelta entonces, pero ya no se veía nada. El agua estaba tan tranquila como un lago. Los pescadores, al otro lado del río, me gritaban:

"—¡Sácalo! ¡Sácalo!

"¡Sí! Decirlo era muy fácil. Yo no sé nadar, y bucear mucho menos.

"Al fin se presentaron el encargado del embalse y dos señores que portaban garfios. Fue cuestión de un cuarto de hora. Lo rescataron del fondo del pozo, más o menos a unos ocho pies de agua de profundidad, tal como lo dije. ¡Ahí estaba el hombrecito de la crea!

"Los hechos sucedieron tal cual los cuento, lo juro, señor juez. ¡Soy inocente, soy un hombre honesto!"

Como las declaraciones de los testigos lo favorecían, fue absuelto.

*Gil Blas*, 9 de noviembre de 1886



# *La primavera*

---

*Au printemps*

Cuando llegan los primeros días de sol, se despierta y reverdece la tierra, y la tibieza perfumada del aire nos acaricia la epidermis, penetra en los pulmones y parece llegar hasta el mismo corazón, nos vemos asaltados por confusos deseos de dicha indefinible, sentimos impulsos de correr, de caminar al acaso, de buscar lo imprevisto, de emborracharnos de primavera.

Como el último invierno había sido muy crudo, al llegar el mes de mayo me invadió este acuciamiento de mi vitalidad, como un arrebató, como un empuje de savia que se desborda.

Al despertar cierta mañana, descubrí desde mi balcón, por encima de las casas próximas, la inmensa capa azul del cielo. encendida de sol. Los canarios se desgañitaban en sus jaulas colgadas en las ventanas; las criadas cantaban en todos los pisos; ascendían de la calle rumores alegres, y yo salí de casa con gozo de día festivo, para ir a cualquier parte.

Las personas con quienes me encontraba, sonreían; en la cálida luz de la primavera recobrada, flotaba por todas partes un soplo de felicidad. Hubiérase dicho que una brisa de amor se había derramado por la urbe; al cruzar junto a las mujeres jóvenes que lucían sus vestidos mañaneros, descubría en sus ojos una ternura que había estado oculta, una gracia más lánguida en sus andares, y mi corazón latía desordenado.

Sin saber cómo ni por qué. fui a desembocar a la orilla del Sena. Algunos barcos de vapor marchaban con rumbo a Suresnes, y me asaltó de golpe un ansia incontenible de correr por el bosque.

La cubierta del vaporcito mosca estaba llena de pasajeros, porque las primeras jornadas de sol empujan a la gente, consciente o inconscientemente, fuera de casa, y todo el mundo se despabila, va, viene y traba conversación con el que tiene al lado.

Yo tenía junto a mí a una mujer: debía de ser una obrerita, joven, con un donaire exclusivo de París y una encantadora cabecita rubia, coronada por cabellos que formaban bucles en las sienes. Parecían rizos de luz, acariciaban las orejas, se alargaban hasta la nuca, flotaban al viento y se convertían, al llegar al cuello, en pelusilla tan fina, tan ligera, tan rubia, que apenas se distinguía, pero que despertaba unas ganas locas de poner allí un montón de besos.

Al sentir que yo la miraba con insistencia, volvió hacia mí la cabeza y luego bajó bruscamente los ojos: un ligero pliegue, un amago de sonrisa hundió levemente la comisura de su labios y descubrió también allí la fina pelusilla sedosa y pálida, que el sol doraba un poco.

El río se ensanchaba plácidamente. Una paz cálida se cernía en la atmósfera, un susurro de vida parecía llenar el espacio. Mi vecina levantó la vista, y, como yo seguía mirándola, no recató ya una sonrisa franca. Estaba así encantadora, y en su mirada fugitiva descubrí mil cosas que hasta entonces ignoraba. Descubrí profundidades insospechadas, toda la sugestión de las ternuras, toda la poesía con que soñamos, toda la dicha que no acabamos de encontrar. Sentí deseos locos de abrir mis brazos, de llevármela a cualquier parte y murmurar a su oído la suave música de las frases de amor.

Iba yo a abrir la boca para hablarle, pero en ese instante sentí que me daban un golpecito en el hombro. Me volví sorprendido y me vi frente a un hombre de aspecto corriente, ni joven ni viejo que me contemplaba con expresión de tristeza.

—Desearía hablarle— me dijo.

Se fijó, sin duda, en la mueca que hice, porque agregó:

—Es para un asunto de importancia.

Me levanté y fui tras él al otro extremo del barco. Una vez allí tomó la palabra de nuevo:

—Caballero, cuando se acerca el invierno con sus fríos, con la lluvia y la nieve, el médico de cabecera nos dice todos los días: "Conserve los pies bien calientes, evite los enfriamientos, los romadizos, las bronquitis, las pleuresías." Adoptamos entonces mil precauciones: llevamos ropa interior de franela, abrigo grueso, calzado sólido: pero, así y todo, nadie nos quita el par de meses en cama. En cambio, cuando la primavera vuelve, cargada de verdor y de flores, de brisas tibias enervantes, del vaho que exhalan los campos penetrándonos de vagas inquietudes, de enternecimientos inexplicables, a nadie se le ocurre venir a decirnos: "Caballero, ¡cuidado con el amor! Tiende sus emboscadas por todas partes, acecha desde todos los rincones, tiene montadas todas sus trampas, afiladas todas sus armas, a punto todas sus perfidias. ¡Cuidado con el amor!... ¡Cuidado con el amor! ¡Es más peligroso que el romadizo. la bronquitis y la pleuresía! No perdona a nadie y hace cometer tonterías irreparables." Si, caballero; afirmo que el Gobierno debía cargar con la obligación de poner todos los años en las paredes grandes cartelones que dijiesen: "La primavera vuelve. Ciudadanos franceses: ¡cuidado con el amor!" Pero, puesto que no lo hace el Gobierno, yo me pongo en su lugar y le digo a usted: "¡Cuidado con el amor! Está usted a pique de que os eche el guante, y obligación mía es advertírselo, como cualquier transeúnte advierte en Rusia al que se le está helando la nariz y no se da cuenta."

Me quedé de una pieza frente a tan singular individuo, y le dije, tomando un continente digno:

—Creo, señor mío, que se está usted metiendo en lo que no le va ni le viene.

Hizo un gesto brusco y me contestó:

—¡Caballero! ¡Caballero! Según eso, si veo que un hombre se va a ahogar en un sitio peligroso. ¿no he de intervenir para evitar su muerte? Le voy a contar a usted mi historia y se explicará entonces que me haya atrevido a hablarle de esta manera.

Y empezó su relato:

—Fue el año último, por esta misma época. Quiero empezar por advertirle que estoy empleado en el Ministerio de la Marina, en el que nuestros jefes, los comisarios, toman muy en serio sus galones de oficiales plumíferos y nos tratan como gavieros. (Entre paréntesis, ¡ya podían ser paisanos todos los jefes!) En resumen: desde mi oficina se descubría un pedacito de cielo surcado por las golondrinas, y me entraban unas ganas locas de ponerme a bailar entre mis legajos. A tal punto llegaron mis ansias de libertad, que, a pesar de mi repugnancia, fui a presentarme a mi principal. Era un hombrecillo gruñón, que siempre estaba de malas pulgas. Me hice el enfermo. El me miró desconfiado, y gritó:

—No le creo ni una palabra; pero, en fin, lárguese. ¿Pensarán que puede marchar un negociado con empleados de esta calaña?

Eché a andar y me vine al Sena. Hacía el mismo tiempo que hoy; subí al vaporcito mosca para dar una vuelta por Saint-Cloud.

¡Ay, caballero! ¿Por qué mi jefe no me negó el permiso?

Al sentir la caricia del sol me pareció que me esponjaba.

El barco, el río, los árboles las casas, los que estaba a mi lado, todo, todo despertaba mi cariño. Me daba impulsos de abrazarme a algo, a lo que fuese era que el amor me tendía su trampa.

De pronto, en el Trocadero subió a bordo una joven que llevaba un paquetito en la mano, y tomó asiento enfrente de mí.

Era bonita, sí, señor; pero hay que ver qué realce cobran las mujeres a nuestra vista en los primeros días primaverales de sol; se nos suben a la cabeza, se revisten de un encanto de un algo que no tienen en otros momentos. Hacen el efecto del vino después del queso.

Yo la miraba y ella también me miraba...; pero solo de cuando en cuando, lo mismito que la de usted. Tanto nos miramos, que llegó un momento en que yo creí que ya nos conocíamos lo bastante para entablar conversación, y le dirigí la palabra. Me contestó. Su respuesta fue como un flechazo. Había dado con una chica encantadora. Me embelesaba querido señor.

Al llegar a Saint-Cloud desembarcó..., y yo tras ella. Iba a entregar un encargo. Cuando volvió, se había justamente marchado el barco. Fui acompañándola; la suavidad del ambiente nos arrancaba suspiros a los dos.

—¡Qué bien se ha de estar en el bosque!— le dije yo.

Y ella contestó:

—¡Ya lo creo!

—¿Y si fuésemos a dar un paseo? ¿Qué le parece señorita?

Me miró por lo bajo, con una ojeada rápida, como para calcular si yo le convenía; titubeó un poco y aceptó al fin. Y hétenos entre los árboles, el uno junto al otro. Las hojas, todavía menudas, dejaban pasar el sol, que inundaba la hierba, alta, tupida, de un verde lustroso, como de barniz, en la que se hacían también el amor infinidad de animalitos. Llegaba de todas direcciones el canto de los pájaros. Mi compañera, ebria de aquel aire cargado de efluvios campestres, echó a correr dando brincos. Y yo corría detrás, retozando también. Caballero hay momentos en que uno hace el asno.

Luego, como una desesperada, se puso a cantar infinidad de cosas: trozos de ópera, la canción de Musette. ¡Ay, la canción de Musette! ¡Qué poética la encontraba entonces!... Casi me arrancaba lágrimas. Esa clase de necedades es la que nos hace perder la cabeza. Si usted quiere seguir mi consejo, guárdese de tomar por mujer a la que canta cuando sale al campo, sobre todo si le da por cantar la canción de Musette.

Pronto se fatigó, y se sentó en un ribazo verde. Yo me senté a sus pies, y me apoderé de sus manos, unas manecitas picoteadas por la aguja de coser. Esta observación me enterneció. Me decía a mí mismo: "He aquí las señales del trabajo que santifica." ¡Ay caballero, caballero! ¿A que no sabe usted lo que quieren decir esas señales del trabajo que santifica? Cuando las vea usted en una mano, dígame que son un pregón de las habladurías del obrador, del cuchichear de picardías, de un alma manchada de las indecencias que ha escuchado, de la castidad perdida, de las charlas insustanciales, de la mezquindad de las rutinas cotidianas, de toda la estrechez de ideas de la mujer vulgar.

Permanecemos largo rato mirándonos a los ojos.

¡Ojos de mujer! ¡Qué potencia tienen! ¡Cómo conturban, penetran, poseen, dominan! ¡Qué abismos rebosantes de promesas, de infinito hay en ellos! ¡A eso suele llamarse mirarse hasta el fondo del alma! ¡Vaya una simpleza, caballero! Si pudiésemos ver en el fondo del alma, andaríamos con más tiento, se lo aseguro.

Para terminar, yo estaba desbocado, loco. Pretendí estrecharla entre mis brazos, y ella me dijo: "¡Nada de sobos!"

En vista de eso, me arrodillé a su lado, y le abrí de par en par mi corazón; fui vertiendo en sus rodillas todas las ternuras que me ahogaban. Mi cambio de actitud pareció asombrarla; me miró de reajo, como si estuviese diciendo para sus adentros: "¡Ay, canelo, qué fácil eres de manejar! ¡Vamos a ver qué sale de aquí!"

Le digo, caballero, que en asuntos de amor los hombres somos siempre cándidos, y las mujeres, mercachifles.

En aquel momento hubiera podido hacerla mía, estoy seguro; andando el tiempo comprendí mi estupidez; pero yo no iba en busca de su cuerpo, sino de ternuras, de algo ideal. En lugar de aprovechar bien la ocasión, me entregué al sentimentalismo.

Cuando ya se hartó de mis declaraciones amorosas, se puso en pie. Volvimos a Saint-Cloud. No la dejé hasta Paris. Tenía una expresión tan triste desde que emprendimos el regreso, que no pude menos de preguntarme porqué. Ella me contestó:

—Estoy pensando en que en la vida son pocos los días como el de hoy.

El corazón quería saltárseme del pecho.

Nos volvimos a ver al domingo siguiente, y al otro y todos los domingos. La conduje a Bougival, a Saint-Germain, a Maisons-Laffitte, a Poissy, en fin, a todos los lugares que son escenarios de amor en los alrededores de París.

Por su parte, la muy bribona representaba su papel de mujer apasionada.

En fin, que perdí por completo la razón, y que me casé con ella a los tres meses... ¡Qué le va usted a hacer, caballero! Era un empleado, me encontraba solo, sin nadie que me aconsejase bien... Piensa uno que se ha de vivir dichoso al lado de una mujer... Y en cuanto la encuentra se casa con ella.

Y, una vez casados, ella se dedica a insultarnos desde la mañana a la noche, es incapaz de comprender nada, lo ignora todo, no acaba nunca de cotorrear, canta a voz en cuello la canción de Musette —la canción de Musette, que es una tabarra—, riñe con el carbonero, cuenta a la portera las intimidades del hogar, se confiesa con la criada del vecino a propósito de los secretos de alcoba, desacredita a su marido en las tiendas en que hace sus compras habituales y anda siempre con la cabeza atiborrada de cuentos tan majaderos, de creencias tan idiotas, de opiniones tan grotescas y de prejuicios tan fabulosos, que siempre que hablo con la mía, caballero, acabo echándome a llorar.

\*\*\*

Se calló porque le faltaba el aliento y estaba emocionado. Yo lo contemplaba, compadecido de aquel pobre hombre tan cándido, e iba a contestarle algo, pero en aquel momento se detuvo el barco. Llegábamos a Saint-Cloud.

La mujercita que tanto me había trastornado se levantó para bajar a tierra. Al pasar junto a mí me miró de reajo con sonrisa furtiva, esa clase de sonrisas que a uno le enloquecen, y saltó al malecón.

Hice un brusco movimiento para seguirla, pero mi acompañante me cogió de la manga. Me desasí de un tirón, pero entonces me cogió por los vuelos de la levita y tiró de mí hacia atrás, repitiendo:

—¡No permitiré que la siga! ¡No permitiré que la siga!

Lo dijo en voz tan alta, que todos se volvieron a mirarnos.

Hubo un círculo de risas en torno nuestro; yo permanecí inmóvil, furioso, pero sin atreverme a afrontar el ridículo y el escándalo.

Y, entre tanto, reanudó su marcha el barco.

La mujercita, que no se había movido del malecón, dibujó una expresión de desencanto viendo cómo yo me alejaba, mientras que mi impertinente interlocutor me cuchicheaba a la oreja, frotándose las manos de gusto:

—Le he hecho a usted un favor que no lo pagará con nada, caballero.

*La Maison Tellier*, 1 de mayo de 1881

# *Primera nevada*

---

*Premiere neige*

El largo paseo de la Croisette traza un arco a orillas del agua azul. Allá, a la derecha, en la lejanía, el Esterel se adentra en el mar, tapando la vista y cerrando el horizonte con el hermoso decorado meridional de sus numerosos picos, extraños y puntiagudos.

A la izquierda, las islas de Sainte-Marguerite y Saint-Honorat, tendidas sobre las aguas, muestran su dorso cubierto de abetos.

Y a lo largo del amplio golfo, a lo largo de las altas montañas asentadas alrededor de Cannes, la blanca multitud de villas parece dormida bajo el sol. Se ven a lo lejos las casitas luminosas, diseminadas por las faldas de los montes, como pequeñas manchas de nieve sobre el oscuro verdor.

Las que están más cerca del agua, abren sus verjas sobre el amplio paseo bañado por las olas tranquilas. Hace buen tiempo. Es un tibio día de invierno, apenas traspasado por algún soplo de frescor. Por encima de los muros de los jardines, se ven los naranjos y los limoneros llenos de frutos dorados. Algunas señoras caminan lentamente por la arena de la avenida, charlando con un caballero, o seguidas de niños que hacen rodar sus aros.

\*\*\*

Una señora joven acaba de salir de su pequeña y linda casa, cuya puerta da a la Croisette. Se detiene un momento a mirar a los paseantes, sonríe y, caminando pesadamente, va hasta un banco vacío, frente al mar. Cansada de haber dado veinte pasos, se sienta, jadeando. Su pálido rostro parece el de una muerta. Tose, y se tapa la boca con sus dedos transparentes, como para detener esas sacudidas que la dejan agotada.

Mira el cielo lleno de sol y de golondrinas, los caprichosos picos del Esterel a lo lejos, y, muy cerca, el mar, tan azul, tan tranquilo, tan bello.

Sigue sonriendo y murmura:

—¡Oh, qué feliz soy!

Sin embargo, sabe que va a morir, que no volverá a ver la primavera; que, dentro de unos años, a lo largo del mismo paseo, esas mismas personas que desfilan ante ella, vendrán otra vez a respirar el aire tibio de esta dulce región, con sus niños un poco más crecidos, con el corazón siempre lleno de esperanzas, de ternuras, de felicidad, mientras que, sepultada en un ataúd de roble la pobre carne que todavía le queda hoy habrá empezado a pudrirse, dejando sólo sus huesos envueltos en el vestido de seda que ha escogido como mortaja.

Ella ya no estará. Todas las cosas de la vida continuarán por otros. Para ella, todo habrá acabado, todo habrá acabado para siempre. Ella ya no estará. Sonríe, y respira con todas sus fuerzas, con sus pulmones enfermos, los hálitos perfumados de los jardines.

Y se queda pensativa.

\*\*\*

Empieza a recordar. La casaron, hace ahora cuatro años, con un hidalgo normando. Era un joven fuerte, barbudo, encendido, ancho de hombros, corto de ideas, y de humor alegre.

Los emparejaron por intereses de fortuna que ella nunca llegó a conocer. De buena gana hubiera dicho "no". Dijo "sí" con un movimiento de cabeza, para no contrariar a su padre y a su madre. Era parisina, risueña, llena de alegría de vivir.

Su marido se la llevó a su mansión de Normandía. Era un vasto edificio de piedra rodeado de grandes árboles, muy viejo. Un alto macizo de abetos tapaba el horizonte que se veía desde la fachada. A la derecha se abría un calvero que dejaba ver la desnuda llanura que se extendía hasta las granjas lejanas. Por delante de la valla pasaba un camino que llevaba a la carretera, que estaba a tres kilómetros de allí.

Oh, lo recuerda todo: su llegada, el primer día en su nuevo hogar y, luego, su vida retirada.

Cuando bajó del coche, miró el vetusto edificio y declaró riendo:

—¡No es muy alegre que digamos!

Su marido se echó a reír también y contestó:

—¡Bah! Todo es acostumbrarse. Ya lo verás. Yo no me aburro nunca aquí.

Aquel día pasaron el tiempo entre besos y caricias, y a ella no se le hizo demasiado largo. Al día siguiente, hicieron lo mismo, entregados a sus efusiones amorosas, toda la semana se les pasó, realmente, volando.

Luego, ella se ocupó de organizar la casa. Aquello duró todo un mes. Ocupada en tareas insignificantes y, sin embargo, absorbentes, se le iban pasando los días, uno tras otro. Iba aprendiendo el valor y la importancia de las pequeñas cosas de la vida. Descubrió que es posible interesarse por el precio de los huevos, que cuestan unos céntimos más, o menos, según la época del año.

Era verano. Iba al campo para ver segar. La alegría del sol alimentaba la de su corazón.

Llegó el otoño. Su marido empezó a salir de caza. Salía por la mañana con sus dos perros, Médor y Mirza. Ella, entonces, se quedaba sola, aunque no le entristecía la ausencia de Henry. No es que no lo quisiera, pero no lo echaba de menos. Cuando volvía, eran los perros el principal objeto de su ternura. Todas las noches los cuidaba con afecto maternal, los acariciaba sin parar, les prodigaba mil apelativos cariñosos que jamás se le hubiera ocurrido dar a su marido.

Él le contaba, invariablemente, cómo había ido la caza. Nombraba los lugares en los que había encontrado perdices; se extrañaba de no haber encontrado liebres en los campos de trébol de Joseph Ledentu, o bien se mostraba indignado por el comportamiento de M. Lechapelier, de El Havre, que seguía constantemente las lindes de sus tierras para disparar a las piezas que había levantado él, Henry de Parville.

Ella contestaba: "Sí, realmente no está bien", mientras pensaba en otra cosa.

Llegó el invierno, el invierno normando, frío y lluvioso. Interminables aguaceros caían sobre las pizarras del gran tejado puntiagudo, levantado como una ola hacia el cielo. Los caminos parecían ríos de cieno, el campo, una llanura de cieno, y no se oía más ruido que el del agua al caer; no se veía más movimiento que el vuelo arremolinado de los cuervos que se desplegaban como una nube, caían sobre algún campo y luego se marchaban otra vez.

Hacia las cuatro, un ejército de sombríos animales volado venía a posarse sobre las grandes hayas que crecían a la izquierda de la mansión, lanzando gritos ensordecedores. Durante casi una hora, revoloteaban de copa en copa, parecían pelearse, graznaban; ponían una negra agitación en el ramaje grisáceo.

Ella los miraba, cada tarde, con el corazón encogido, completamente traspasada por la lúgubre melancolía de la noche que iba cayendo sobre las tierras desiertas.

Luego llamaba, para que le trajeran la lámpara; y se acercaba al fuego. Quemaba montones de leña sin llegar a calentar las inmensas habitaciones invadidas por la

humedad. Tenía frío todo el día, en todas partes, en el salón, durante las comidas, en su alcoba. Le parecía que tenía el frío metido en los huesos. Su marido sólo venía a cenar, porque cazaba constantemente, o bien se ocupaba de las simientes, de las labranzas, de todas las faenas del campo.

Volvió contento, lleno de barro, se frotaba las manos y declaraba:

—¡Qué tiempo más asqueroso!

O bien:

—¡Qué gusto estar al lado del fuego!

O, a veces, preguntaba:

—¿Qué contamos hoy? ¿Estás contenta?

Era feliz, sano, no deseaba nada, no soñaba en nada diferente a aquella vida sencilla, saludable y tranquila.

Hacia diciembre, cuando llegaron las nieves, ella sufrió tanto a causa del aire glacial de la mansión, de la vieja mansión que parecía haberse enfriado con los siglos, como los hombres con los años, que pidió, una tarde, a su marido:

—Mira, Henry, deberías hacer instalar aquí un calorífero; eso secaría las paredes. Te aseguro que no puedo entrar en calor en todo el día.

Al principio, él se quedó atónito ante aquella extravagante idea de instalar un calorífero en su mansión. Le hubiera parecido más natural servir la comida a sus perros en vajilla de plata. Luego lanzó, con toda la fuerza de sus pulmones, una formidable carcajada, repitiendo:

—¡Un calorífero aquí! ¡Un calorífero aquí! ¡Ja, ja, ja! ¡Menuda broma!

Ella insistía:

—Te aseguro que se hiela uno, querido; tú no te das cuenta porque estás siempre moviéndote, pero se hiela uno.

Él contestó, sin dejar de reír:

—¡Bah! Todo es acostumbrarse y, además, eso es estupendo para la salud. Te encontrarás mucho mejor. No somos parisinos, diantre, para vivir encima de las brasas. Y, además, la primavera está a punto de llegar.

\*\*\*

Hacia principios de enero, le sobrevino una gran desgracia. Su padre y su madre murieron en un accidente de coche de caballos. Ella fue a París para los funerales. Y, durante unos seis meses, sólo el pesar ocupó su espíritu.

La dulzura de los días soleados acabó por despertarla, y se abandonó a una triste languidez hasta el otoño.

Cuando volvió el frío, se encaró por vez primera con el sombrío porvenir. ¿Qué iba a hacer? Nada. ¿Qué iba a ocurrirle de ahora en adelante? Nada. ¿Qué ilusión, qué esperanza podría reanimar su corazón? Ninguna. Un médico al que habían consultado había declarado que ella no tendría nunca hijos.

El frío, más crudo y aún más penetrante que el año anterior, la hacía sufrir continuamente. Acercaba a las llamas sus manos estremecidas. El fuego resplandeciente le quemaba el rostro; pero un aliento helado parecía deslizarse por su espalda, penetrar entre la carne y la tela. Y temblaba de pies a cabeza. Innumerables corrientes de aire parecían haberse instalado en los aposentos, corrientes de aire vivas, astutas, encarnizadas como enemigos. Las sentía constantemente; le soplaban sin cesar su odio pérfido y helado sobre su rostro, sobre sus manos, sobre su cuello.

Volvió a hablar otra vez del calorífero; pero su marido la oyó como si hubiera pedido la luna. La instalación de semejante artefacto en Parville le parecía tan imposible como el descubrimiento de la piedra filosofal.



Un día que fue a Rouen, a resolver un asunto, le trajo a su mujer una bonita estufa de cobre, a la que llamaba, en broma un "calorífero portátil"; y juzgó que aquello bastaría para que, de allí en adelante, no volviese a tener frío.

Hacia finales de diciembre, ella comprendió que no podría seguir viviendo así, y preguntó tímidamente, una noche, mientras cenaban:

—Dime, querido, ¿no vamos a pasar una o dos semanas en París antes de la primavera?

Él se quedó estupefacto.

—¿En París? ¿En París? Pero, ¿para qué? Pues no, claro que no. Estamos muy bien aquí, en casa. ¡A veces tienes cada idea!

Ella balbució:

—Así nos distraeríamos un poco.

Él no entendía nada.

—¿Qué es lo que necesitas para distraerte? ¿Teatros, reuniones, cenas? Sin embargo, sabías de sobra al venir aquí que no debías esperar ese tipo de distracciones.

Ella vio un reproche en aquellas palabras y en el tono con que habían sido pronunciadas. Se calló. Era tímida y dulce, sin rebeldías y sin voluntad.

En enero volvió el frío con violencia. Luego, la nieve cubrió la tierra.

Una tarde, mientras miraba cómo se desplegaba alrededor los árboles el gran torbellino de los cuervos, se echó a llorar, sin poder evitarlo.

Su marido entraba en ese momento y preguntó muy sorprendido:

—Pero, ¿qué es lo que te pasa?

Él era feliz, completamente feliz; jamás había soñado con otra vida, con otros placeres. Había nacido en aquella triste región, había crecido en ella. Allí se sentía bien, en su casa, a gusto tanto física como espiritualmente.

No comprendía que se pudiera desear que sucediera algo, que se pudiera estar sediento de renovadas alegrías; no entendía que a ciertos seres no les pareciera natural quedarse en el mismo sitio durante las cuatro estaciones; parecía ignorar que la primavera, el verano, el otoño, el invierno, ofrecen a multitud de personas nuevos placeres en nuevas regiones.

Ella no podía contestar nada, y se secaba los ojos apresuradamente. Al fin, balbució, desesperada:

—Yo... tengo..., estoy un poco triste..., me aburro un poco...

Pero se quedó aterrorizada de haber dicho aquello, y añadió inmediatamente:

—Y, además... tengo... tengo un poco de frío.

Ante estas palabras, él se irritó:

—¡Ah, ya...! Otra vez tu idea del calorífero. ¡Pero, diantre, si no has tenido ni un constipado desde que estás aquí!

\*\*\*

Llegó la noche. Ella subió a su habitación, porque había exigido tener un dormitorio separado. Se acostó. Hasta en la cama tenía frío. Pensaba:

—Será así siempre, siempre, hasta la muerte.

Y pensaba en su marido. ¿Cómo había podido decirle aquello: "No has tenido ni un constipado desde que estás aquí"?

Entonces, era preciso que se pusiera enferma, que tosiera, para que él se diera cuenta de su sufrimiento.

Y se llenó de indignación, de una indignación exasperada de persona débil y tímida.

Era preciso que tosiera. Entonces, él tendría compasión de ella, seguro. ¡Pues bien, tosería! Él la oiría toser; habría que llamar al médico; ¡iba a ver, su marido, iba a ver!

Se había levantado con las piernas desnudas, descalza, y una idea infantil la hizo sonreír: "Quiero un calorífero y lo tendré. Toseré tanto, que no tendrá más remedio que instalar uno".

Y se sentó casi desnuda; en una silla. Esperó una hora, dos horas. Tiritaba, pero no se resfriaba. Entonces se decidió por los grandes recursos.

Salió de su habitación sin ruido, bajó las escaleras, abrió la puerta del jardín.

La tierra, cubierta de nieve, parecía muerta. Adelantó bruscamente su pie descalzo y lo hundió en aquella espuma ligera y helada. Una sensación de frío, dolorosa como una herida, le llegó hasta el corazón; sin embargo, adelantó la otra pierna, y se puso a bajar los peldaños lentamente.

Luego, avanzó a través del césped, diciéndose: "Iré hasta los abetos".

Iba despacio, jadeando, perdiendo el aliento cada vez que hacía penetrar sus pies descalzos en la nieve.

Tocó con la mano el primer abeto, como para convencerse a sí misma de que había cumplido hasta el final su proyecto; luego volvió. Por dos o tres veces creyó que iba a desplomarse, hasta tal extremo se sentía entumecida y agotada. Antes de entrar en casa, sin embargo, se sentó en aquella espuma gélida, e incluso recogió un poco para frotarse el pecho con ella.

Luego volvió y se acostó. Al cabo de una hora, le pareció que tenía un hormiguero en la garganta. También le corrían hormigas a lo largo de sus miembros. Sin embargo, durmió. Al día siguiente, tosía, y no pudo levantarse.

Tuvo una fluxión en el pecho. Deliró, y en su delirio pedía un calorífero. El médico exigió que se instalara uno. Henry cedió pero con una repugnancia irritada.

No pudo curarse. Los pulmones habían sido afectados profundamente, y se temía por su vida.

—Si se queda aquí, no llegará hasta que empiecen los fríos —dijo el médico.

La mandaron al sur.

Vino a Cannes, conoció el sol, amó el mar, respiró el aire de los naranjos en flor.

Luego, en primavera, volvió al norte.

Pero ahora vivía con el miedo de curarse, con el miedo de lo largos inviernos de Normandía; y, en cuanto se encontraba mejor, abría, por la noche, la ventana, pensando en las suaves orilla del Mediterráneo.

Ahora, va a morir; ella lo sabe. Es feliz.

Despliega un periódico que no había abierto, y lee este titular: "La primera nevada en París".

Entonces se estremece, y luego sonríe. Mira, allá, el Esterel teñido de rosa por el sol poniente; mira el vasto cielo azul, tal azul, el vasto mar azul, tan azul, y se levanta.

Y, luego, vuelve a casa, con paso lento, deteniéndose sólo para toser, porque se ha quedado demasiado tiempo fuera, y ha sentido frío, un poco de frío.

Se encuentra con una carta de su marido. La abre, sin dejar de sonreír, y lee:

*"Querida mía:*

*Espero que estés bien y que no eches demasillado de menos nuestra hermosa región. Desde hace algunos días, tenemos una buena helada que anuncia nieve. Yo adoro este tiempo, y ya te imaginarás que me guardo mucho de encender tu maldito calorífero..."*

Deja de leer, completamente feliz ante la idea de que, al fin, ha obtenido su calorífero. Su mano derecha, que sostiene la carta, cae lentamente sobre las rodillas, mientras se lleva a la boca la mano izquierda, como para calmar la terca tos que le desgarró el pecho.

*Le Gaulois*, 11 de diciembre de 1883

# *Los prisioneros*

---

*Les prisonniers*

En el bosque sólo se oía el ligero murmullo de la nieve cayendo sobre los árboles. Caía desde el mediodía, una nievecita menuda que empolvaba las ramas con una espuma helada, que arrojaba sobre las hojas secas de la espesura un leve techo de plata, tendía sobre los caminos una inmensa alfombra muelle y blanca, y espesaba el silencio ilimitado de aquel océano de árboles.

Ante la puerta de la casa forestal, una joven, con los brazos desnudos, cortaba leña a hachazos sobre una piedra. Era alta, esbelta y fuerte, una hija de los bosques, hija y esposa de guardas forestales.

Una voz gritó desde el interior de la casa:

«Estamos solas esta noche, Berthine, habría que entrar, llega la noche, y quizás hay prusianos y lobos merodeando.»

La leñadora respondió hendiendo un tronco a grandes golpes que erguían su pecho a cada movimiento para alzar los brazos.

«Ya acabé, madre. Ya voy, ya voy, no hay miedo; es aún de día.»

Después recogió haces y leños y los apiló junto a la chimenea, volvió a salir para cerrar los postigos, enormes postigos de roble macizo, y al regresar, por fin, corrió los pesados cerrojos de la puerta.

Su madre, una vieja arrugada a la que la edad había vuelto temerosa, hilaba junto al fuego.

«No me gusta, dijo, cuando padre está fuera. Dos mujeres no es gran cosa.»

La joven respondió:

«¡Oh! Yo podría matar a un lobo, y hasta a un prusiano.»

E indicaba con la mirada un gran revólver colgado sobre el lar.

Su hombre había sido incorporado al ejército al comienzo de la invasión prusiana, y las dos mujeres se habían quedado solas con el padre, el viejo guarda Nicolas Pichon, apodado Zancos, que se había negado obstinadamente a abandonar su casa para recogerse en la ciudad.

La ciudad próxima era Rethel, antigua plaza fuerte encaramada sobre un peñón. Allí eran patriotas, y los burgueses habían decidido resistir a los invasores, encerrarse y aguantar un asedio según la tradición de la ciudad. Ya en dos ocasiones, bajo Enrique IV y Luis XIV, los habitantes de Rethel se habían distinguido por heroicas defensas. Harían otro tanto esta vez, ¡voto a judas!, o bien arderían entre sus murallas.

Habían comprado, pues, cañones y fusiles, equipado una milicia, formado batallones y compañías, y se adiestraban todo el día en la Plaza de Atinas. Todos, panaderos, tenderos de ultramarinos, carniceros, notarios, procuradores, ebanistas, librerías, y hasta los farmacéuticos, maniobraban por turno, a horas fijadas, a las órdenes del señor Lavigne, exsuboficial de dragones, hoy mercero, al haberse casado con la hija del señor Ravaudan y heredado su tienda.

Había adoptado el grado de comandante mayor de la plaza y, como todos los jóvenes habían marchado al ejército, había alistado a todos los demás, que se entrenaban para la resistencia. Los gordos ya sólo andaban por las calles a paso gimnástico para fundir las grasas y reforzar el resuello, los débiles llevaban fardos para fortalecer los músculos.

Y esperaban a los prusianos. Pero los prusianos no aparecían. No estaban lejos, sin embargo, pues ya en dos ocasiones sus exploradores habían llegado a través del bosque hasta la casa forestal de Nicolas Pichon, apodado Zancos.

El viejo guarda, que corría como un zorro, había ido a avisar a la ciudad. Habían apuntado los cañones, pero el enemigo no se había mostrado.

La morada del Zancos servía de puesto avanzado en el bosque de Aveline. El hombre iba, dos veces por semana, en busca de provisiones y llevaba a los burgueses ciudadanos noticias del campo.

Se había marchado ese día para anunciar que un pequeño destacamento de infantería alemana se había detenido en su casa la antevíspera, hacia las dos de la tarde, y después había vuelto a partir casi en seguida. El suboficial que lo mandaba hablaba francés.

Cuando el viejo se iba así, se llevaba a sus dos perros, dos molosos de fauces de león, por temor a los lobos que empezaban a mostrarse feroces, y dejaba a las dos mujeres recomendándoles que se atrincheraran en la casa al acercarse la noche.

La joven no tenía miedo de nada, pero la vieja temblaba sin parar y repetía:

«Esto acabará mal, ya veréis como acaba mal.» Esa noche estaba más inquieta que de costumbre: «¿Sabes a qué hora volverá padre?, dijo.

—¡Oh!, no antes de las once, seguro. Cuando cena en casa del comandante, siempre vuelve muy tarde.»

Y colgaba la marmita sobre el fuego para hacer la sopa, cuando dejó de removerla, al escuchar un vago ruido que llegaba por el tubo de la chimenea.

Murmuró:

«Alguien marcha por el bosque, hay unos siete hombres, por lo menos.»

La madre, aterrada, detuvo su torno, balbuciendo: «¡Oh! ¡Dios mío! ¡Y padre no está aquí!»

No había acabado aún de hablar cuando unos violentos golpes hicieron temblar la puerta.

Como las mujeres no respondían, una voz poderosa y gutural gritó:

« ¡Afran! »

Después, tras un silencio, la misma voz prosiguió: « ¡Afran o rrombo la huerta!»

Entonces Berthine deslizó en el bolsillo de la falda el gran revólver de la chimenea, y luego, pegando la oreja a la puerta, preguntó:

«¿Quiénes son ustedes?» La voz respondió:

«Zoy el teztacamento del otro día.» La joven prosiguió:

«¿Qué quieren?

—Eztoy berdido tezde ezta mañana, en el pozque, con mi teztacamento. Afran o rrombo la huerta.»

La guardesa no podía elegir; corrió vivamente el gran cerrojo, y después, al tirar de la pesada hoja, distinguió en la pálida sombra de las nieves seis hombres, seis soldados prusianos, los mismos que habían llegado la víspera. Pronunció con tono resuelto:

«¿Qué vienen a hacer por aquí a estas horas?» El suboficial repitió:

«Eztoy berdido, toro berdido, y regonocí la casa. No he gomido nada dezde ezta mañana, mi teztacamento tamboco. »

Berthine declaró:

«Es que estoy sola con mi madre, esta noche.» El soldado, que parecía buena persona, respondió: «No imborta. No haré daño, bero uzted noz dará de gomer. Nos gaemos de hambre y de canzancio.» La guardesa retrocedió:

«Entren», dijo.

Entraron, espolvoreados de nieve, llevando sobre los cascos una especie de crema espumosa que los asemejaba a merengues, y parecían cansados, extenuados.

La joven les señaló los bancos de madera a ambos lados de la gran mesa.

«Siéntense, dijo, voy a hacerles una sopa. Es cierto que parecen rendidos.»

Después volvió a correr los cerrojos de la puerta. Añadió agua a la marmita, echó de nuevo manteca y patatas y después, descolgando un trozo de tocino colgado en la chimenea, cortó la mitad y la metió en el caldo.

Los seis hombres seguían con los ojos todos sus movimientos con el hambre reflejado en la mirada. Habían dejado los fusiles y los cascos en un rincón, y esperaban, quietos como niños en los bancos de la escuela.

La madre había vuelto a hilar, lanzando a cada momento miradas intranquilas a los soldados invasores. No se oía sino el leve zumbido del torno y el crepitar del fuego, y el murmullo del agua que se calentaba.

De pronto un ruido extraño los estremeció a todos, algo así como un aliento ronco junto a la puerta, un aliento de bestia, fuerte y sonoro.

El suboficial alemán había dado un salto hacia los fusiles. La guardesa lo detuvo con un gesto, y dijo sonriendo:

«Son los lobos. Son como ustedes, merodean y tienen hambre.

El hombre, incrédulo, quiso mirar, y cuando abrió la hoja distinguió dos grandes animales grises que huían con un trote rápido y largo.

Volvió a sentarse, murmurando: «Nunca lo hufiera greído.»

Y esperó que la sopa estuviera lista.

La comieron vorazmente, con las bocas abiertas hasta las orejas para tragar más, con ojos redondos que se abrían al mismo tiempo que las mandíbulas, y con ruidos de garganta similares a gorgoteos de canalones.

Las dos mujeres, mudas, miraban los rápidos movimientos de las grandes barbas rojas; y las patatas parecían sumergirse en aquellas pelambreras oscilantes.

Como tenían sed, la guardesa bajó a la bodega para sacarles sidra. Se quedó allá mucho tiempo; era una pequeña cueva abovedada que, durante la revolución, había servido de cárcel y de escondrijo, según decían. Se llegaba a ella por medio de una estrecha escalera de caracol cerrada por una trampilla en el fondo de la cocina.

Cuando Berthine reapareció, se reía, se reía sola, con aire socarrón. Y les dio a los alemanes la jarra de bebida. Después cenó ella también, con su madre, en el otro extremo de la cocina.

Los soldados habían acabado de comer, y se estaban durmiendo los seis, alrededor de la mesa. De vez en cuando una frente caía sobre el tablero con un ruido sordo, y entonces el hombre, despertado bruscamente, se enderezaba.

Berthine le dijo al suboficial:

«Acuéstense ante el fuego, pardiez, hay sitio bastante para seis. Yo subo a mi habitación con mi madre.» Y las dos mujeres subieron al primer piso. Se las oyó cerrar su puerta con llave, andar durante algún tiempo; luego no hicieron el menor ruido.

Los prusianos se tumbaron en el suelo, con los pies hacia el fuego, la cabeza apoyada en los capotes enrollados, y pronto estaban roncando los seis en seis tonos distintos, agudos o sonoros, pero continuos y formidables.

Dormían hacía ya mucho tiempo cuando sonó un tiro, tan fuerte que se diría disparado contra las paredes de la casa. Los soldados se levantaron al punto. Pero estallaron dos nuevas detonaciones, seguidas por tres más.

La puerta del primer piso se abrió bruscamente y apareció la guardesa, descalza, en camisa, con enaguas, con una vela en la mano y aspecto aterrado. Balbució: «Los

franceses, son por lo menos doscientos. Si los encuentran aquí, me queman la casa. Bajen en seguida a la cueva, y no hagan ruido. Si hacen ruido, estamos perdidos. »

El suboficial, asustado, murmuró:

«Eztá fien, eztá fien. ¿Por donde hay que fajar?»

La joven alzó con precaución la trampilla estrecha y cuadrada, y los seis hombres desaparecieron por la escalerilla de caracol, hundiéndose en el suelo uno tras otro, de espaldas, para tantear bien los peldaños con el pie.

Cuando la punta del último casco hubo desaparecido, Berthine, dejando caer la pesada plancha de roble, gruesa como una pared, dura como el acero, sujeta por unas bisagras y una cerradura de calabozo, dio dos buenas vueltas de llave y luego se echó a reír, con una risa muda y encantada, con unas ganas locas de bailar sobre la cabeza de sus prisioneros.

No hacían el menor ruido, encerrados allá dentro como en una caja sólida, una caja de piedra que sólo recibía aire por una lumbrera provista de barras de hierro.

Berthine volvió a encender al punto el fuego, puso sobre él la marmita, e hizo más sopa, murmurando: «Padre se habrá cansado esta noche.»

Después se sentó y esperó. Sólo el péndulo sonoro del reloj paseaba en el silencio su tictac regular.

De vez en cuando la joven lanzaba una mirada a la esfera, una mirada impaciente que parecía decir:

«No marcha muy de prisa.»

Pero pronto le pareció que murmuraban bajo sus pies. A través de la bóveda de albañilería de la bodega le llegaban palabras bajas, confusas. Los prusianos empezaban a adivinar su astucia, y pronto el suboficial subió por la escalerilla y golpeó con el puño la trampilla. Gritó de nuevo:

«Afran. »

Ella se levantó, se acercó e, imitando su acento: «¿Qué ez lo que quiere?

—Afra.

—No pienso afrir.»

El hombre se enfadaba: «Afra o rrompo la buerta.» Ella se echó a reír:

«Rómpela, chico; rómpela, chico.»

Y él empezó a dar golpes con la culata del fusil contra la trampilla de roble, cerrada sobre su cabeza. Pero ésta hubiera resistido una catapulta.

La guardesa lo oyó bajar. Después acudieron los soldados, uno tras otro, a probar sus fuerzas, a inspeccionar la cerradura. Pero, juzgando sin duda inútiles sus tentativas, volvieron a bajar todos a la bodega y empezaron a hablar entre sí.

La joven los escuchaba, y después fue a abrir la puerta de fuera y aguzó los oídos en la noche.

Le llegó un lejano ladrido. Ella empezó a silbar como hubiera hecho un cazador y, casi al punto, dos enormes perros surgieron de las sombras y se lanzaron sobre ella brincando. Los cogió del cuello y los sujetó para impedir que corriesen. Después gritó con todas sus fuerzas:

«¡Eh! ¡padre!»

Una voz respondió, todavía muy lejos: «¡Eh! ¡Berthine!»

Ella esperó unos segundos, luego continuó: «¡Eh! ¡Padre!»

La voz, más próxima, repitió: «¡Eh! ¡Berthine!»

La guardesa prosiguió:

«No pases por delante de la lumbrera. Hay prusianos en la bodega.»

Y bruscamente la gran silueta del hombre se dibujó hacia la izquierda, parada entre dos troncos de árbol. Preguntó, inquieto:

«¿Prusianos en la bodega? ¿Y qué hacen?» La joven se echó a reír:  
«Son los de ayer. Se habían perdido en el bosque, y los he puesto a la sombra en la bodega.»

Y contó su aventura, cómo los había asustado con disparos de revólver y encerrado en la cueva.

El viejo, siempre serio, preguntó:

«¿Y qué quieres que hagamos ahora?» Ella respondió:

«Vete a buscar al señor Lavigne y a su tropa. El los hará prisioneros. Estará encantado.»

Y el abuelo Pichon sonrió: «Sí que estará encantado.» Su hija prosiguió:

«Tienes ahí sopa, cómetela en seguida y luego márchate. »

El viejo guarda se sentó a la mesa, y empezó a comer la sopa tras haber dejado en el suelo dos platos llenos para sus perros.

Los prusianos, al oír hablar, se habían callado.

El Zancos se marchó un cuarto de hora después. Y Berthine, con la cabeza entre las manos, aguardó.

Los prisioneros se agitaban de nuevo. Gritaban ahora, llamaban, asestaban sin cesar culatazos furiosos contra la inmovible trampa.

Después empezaron a disparar los fusiles por la lumbrera, esperando sin duda ser oídos si algún destacamento alemán pasaba por las cercanías.

La guardesa no se movía, pero todo aquel ruido la exasperaba, la irritaba. Una aviesa cólera despertaba en ella; hubiera querido asesinarlos, a aquellos miserables, para que se callasen.

Después, como crecía su impaciencia, empezó a mirar el reloj, a contar los minutos.

Hacía hora y media que su padre había partido. Ya habría llegado ahora a la ciudad. Creía verlo. Le contaba el asunto al señor Lavigne, que palidecía de emoción y llamaba a su criada para que le diera su uniforme y sus armas. Le parecía oír al tambor corriendo por las calles. Aparecían, en las ventanas, cabezas asustadas. Los soldados-ciudadanos salían de sus casas, apenas vestidos, sofocados, abrochándose los cinturones, y partían, a paso gimnástico, hacia la casa del comandante.

Después la tropa, con el Zancos a la cabeza, se ponía en marcha, en la noche, entre la nieve, hacia el bosque. Miraba el reloj: «Pueden estar aquí dentro de una hora.»

La invadía una nerviosa impaciencia. Los minutos le parecían interminables. ¡Cómo tardaban!

Por fin la aguja marcó el tiempo que ella había fijado para la llegada.

Abrió de nuevo la puerta, para oírlos venir. Distinguió una sombra que avanzaba con precaución. Tuvo miedo, soltó un grito. Era su padre.

Dijo:

«Me mandan para ver si continúa todo igual. —Todo igual.»

Entonces el lanzó a su vez, en la noche, un silbido estridente y prolongado. Y pronto vieron una cosa parda que avanzaba, bajo los árboles, lentamente: la vanguardia, compuesta por diez hombres.

El Zancos repetía a cada instante:

«No pasen por delante de la lumbrera.»

Y los primeros en llegar mostraban a los recién venidos la temida lumbrera.

Por fin apareció el grueso de la tropa, doscientos hombres en total llevando cada uno doscientos cartuchos. El señor Lavigne, agitado, tembloroso, los dispuso de forma que rodearan la casa por todas partes, dejando un amplio espacio libre ante el pequeño agujero negro, a ras del suelo, por el que el sótano recibía aire.



Después entró en la habitación y se informó sobre las fuerzas y la actitud del enemigo, que se había quedado tan mudo que habría podido creérsele desaparecido, desvanecido, evaporado por la lumbrera.

El señor Lavigne golpeó con el pie la trampilla y llamó: «¡Señor oficial prusiano!»

El alemán no respondió. El comandante insistió:

«¡Señor oficial prusiano!»

Fue en vano. Durante veinte minutos conminó a aquel oficial silencioso a rendirse con armas y bagajes, prometiéndole la vida y honores militares para él y sus soldados. Pero no obtuvo el menor signo de asentimiento o de hostilidad. La situación se ponía difícil.

Los soldados-ciudadanos pisoteaban la nieve, se daban grandes palmadas en las espaldas, como hacen los cocheros para calentarse, y miraban la lumbrera con unas ganas crecientes y pueriles de pasar ante ella.

Uno, por fin, se aventuró, un tal Potdevin que era muy ágil. Tomó impulso y pasó corriendo como un ciervo. La intentona tuvo éxito. Los prisioneros parecían muertos. Una voz gritó:

«No hay nadie.»

Y otro soldado cruzó el espacio libre ante el peligroso agujero. Entonces fue como un juego. A cada minuto, un hombre se lanzaba, pasaba de una tropa a otra como hacen los niños jugando al marro, y lanzaba a sus espaldas salpicaduras de nieve, de tan vivamente que agitaba los pies. Habían encendido, para calentarse, grandes hogueras de leña seca, y el perfil del guardia nacional que pasaba corriendo aparecía iluminado en un rápido viaje del campo de la derecha al campo de la izquierda. Alguien gritó:

«¡Te toca, Maloison!»

Maloison era un gordo panadero cuyo vientre hacía reír a sus camaradas.

Vacilaba. Se burlaron de él. Entonces, decidiéndose, se puso en marcha, con un pasito gimnástico regular y jadeante que sacudía su poderosa panza.

Todo el destacamento lloraba de risa. Gritaban para animarlo:

« ¡Muy bien! ¡Muy bien, Maloison!»

Estaba llegando más o menos a los dos tercios de su trayecto cuando una llama larga, rápida y roja, brotó de la lumbrera. Una detonación resonó, y el enorme panadero cayó de bruces con un grito espantoso.

Nadie se lanzó a socorrerlo. Entonces lo vieron arrastrarse a cuatro patas por la nieve, gimiendo; cuando hubo finalizado el terrible trayecto, se desmayó.

Tenía una bala en la parte carnosa del muslo, muy arriba.

Después de la sorpresa inicial y del inicial susto, se alzaron nuevas risas.

Pero el comandante Lavigne apareció en el umbral de la casa forestal. Acababa de preparar su plan de ataque. Ordenó con voz vibrante:

«¡El cinquero Planchut y sus operarios!» Se acercaron tres hombres.

«Arranca los canalones de la casa.»

En un cuarto de hora le llevaron al comandante veinte metros de canalón.

Entonces mandó practicar, con mil prudentes precauciones, un agujerito circular en el borde de la trampilla y, preparando una conducción de agua de la bomba a aquella abertura, declaró con aire satisfecho:

«Vamos a invitar a beber a los señores alemanes.» Un frenético «¡viva!» de admiración estalló, seguido por chillidos de gozo y risas locas. Y el comandante organizó pelotones de trabajo que se relevarían cada cinco minutos.

Después ordenó: «¡Dadle a la bomba!»

Habiéndose puesto en marcha el volante de hierro, un ruidito se deslizó a lo largo de los tubos y cayó pronto en el sótano, peldaño tras peldaño, con un murmullo de cascada, un murmullo de estanque de pececitos rojos. Esperaron.

Transcurrió una hora, luego dos, luego tres.

El comandante se paseaba febril por la cocina, pegando la oreja al suelo de vez en cuando, tratando de adivinar lo que hacía el enemigo, preguntándose si capitularía pronto.

El enemigo se agitaba ahora. Lo oían mover barricadas, hablar, chapotear.

Después, hacia las ocho de la mañana, una voz salió por la lumbrera:

«Yo querer hablar al zeñor oficial fancéz.»

Lavigne respondió, desde la ventana, sin asomar demasiado la cabeza:

«¿Se rinden? —Me rrindo. —Entonces, tiren afuera los fusiles.»

Al punto vieron salir un arma por el agujero y caer en la nieve, después dos, tres, todas las armas. Y la misma voz declaró:

«No tengo más. Denze priza. Eztamos ahogadoz.» El comandante ordenó:

«Paren»

El volante de la bomba quedó inmóvil.

Y, habiendo llenado la cocina de soldados que esperaban, con el arma al pie, alzó lentamente la trampilla de roble.

Aparecieron cuatro cabezas, empapadas, cuatro cabezas rubias de largos cabellos descoloridos, y se vio salir, uno detrás de otro, a los seis alemanes tiritando, chorreantes, asustados.

Los cogieron y los ataron sólidamente. Y después, como temían una sorpresa, partieron al punto, en dos columnas, una que llevaba a los prisioneros y otra que llevaba a Maloison sobre un colchón colocado sobre dos varas.

Entraron triunfalmente en Rethel.

El señor Lavigne fue condecorado por haber capturado una vanguardia prusiana, y el gordo panadero recibió la medalla militar por herida infligida por el enemigo.

*Gil Blas*, 30 de diciembre de 1884

# *El protector*

---

*Le protecteur*

Nunca habría soñado semejante fortuna. Hijo de un escribano de provincias, Jean Marin fue, como tantos otros, a seguir la carrera de derecho en el barrio latino. En las diversas cervecerías que sucesivamente frecuentó, se hizo amigo de varios estudiantes habladores, que escupían política mientras se bebían sus bocks. Se convirtió en su admirador y les siguió obstinadamente, de café en café, pagando incluso sus consumiciones cuando tenía dinero.

Luego se hizo abogado, y tuvo pleitos, y los perdió. Una mañana, se enteró por la prensa de que uno de sus antiguos compañeros del barrio acababa de ser nombrado diputado.

Volvió a ser su perro fiel, el amigo que hace los encargos, las gestiones, el amigo a quien se manda a buscar cuando se le necesita y con quien no hace falta cumplidos. Y sucedió, por un azar parlamentario, que el diputado se convirtió en ministro; seis meses después, Jean Marin era nombrado consejero de estado.

\*\*\*

Tuvo al principio una crisis de orgullo que le hizo perder la cabeza. Iba por las calles por el placer de que le vieran, como si se pudiera adivinar su posición sólo con verle. Se las arreglaba para decir a los comerciantes en cuyas tiendas entraba, a los vendedores de periódicos, incluso a los cocheros de punto, a propósito de las cosas más insignificantes:

—Yo, que soy consejero de estado...

Luego sintió, naturalmente, como una consecuencia de su categoría, como una necesidad profesional, como un deber de hombre poderoso y generoso, una imperiosa ansia de proteger. Ofrecía su apoyo a todo el mundo, en cualquier circunstancia, con una inagotable generosidad.

Cuando veía en los bulevares un rostro conocido, se adelantaba con un aire feliz, le cogía las manos, le preguntaba por la salud, sin esperar a que le preguntase nada, declaraba:

—Yo soy consejero de estado y estoy a su disposición. Si puedo serle útil en cualquier cosa, venga a mí sin reparos. En mi posición, se tiene mucha influencia.

Y entraba en los cafés con el amigo encontrado para pedir una pluma, tinta y papel de carta:

—Sólo una hoja, camarero, es para escribir una carta de recomendación.

Y escribía cartas de recomendación, diez, veinte, cincuenta al día. Las escribía en el Café Américaines, en Chez Bignon, en Chez Tortoni, en la Maison Dorée, en el Café Riche, en el Helder, en el Café Anglais, en el Napolitain, en todas partes. Se las escribía a todos los funcionarios de la república, desde los jueces de paz hasta los ministros. Y era feliz, completamente feliz.

\*\*\*

Una mañana, al salir de su casa para ir al consejo de estado, empezó a llover. Dudó si tomar un coche de punto, pero no lo cogió y se dirigió a pie por las calles.

El aguacero se hacía terrible, encharcaba las aceras, inundaba la calzada. El señor Marin se vio obligado, a refugiarse en un portal. Alguien se le había adelantado: era un

cura viejo, de cabellos blancos. Antes de llegar a consejero de estado, al señor Marin no le gustaba el clero. Ahora, le trataba con consideración desde que un cardenal le había consultado cortésmente sobre un asunto difícil. Aumentaba la lluvia, obligando a los dos hombres a huir de ella hasta la portería para evitar las salpicaduras. El señor Marin, que sentía siempre una especie de comezón por hablar para darse a valer, declaró:

—Hace un tiempo muy malo, señor abate.

El viejo cura asintió:

—Sí, señor, y sobre todo resulta desagradable cuando se viene a París sólo por unos días.

—¡Ah! ¿Es usted de provincias?

—Sí, señor, sólo estoy aquí de paso.

—En efecto, es muy desagradable que llueva cuando se está sólo por unos días en la capital. A nosotros, los funcionarios, que estamos aquí todo el año, apenas si nos importa.

El cura no contestó. Miraba la calle, donde el aguacero había aflojado. Y de pronto, tomando una resolución, alzó su sotana como las mujeres se alzan los vestidos para pasar los arroyos.

El señor Marin, al ver que se marchaba, exclamó:

—Se va usted a empapar, señor abate. Espere aún unos instantes, que esto pasa.

El buen hombre, indeciso, se detuvo. Luego dijo:

—Es que tengo prisa. Tengo una cita urgente.

El señor Marin parecía desolado.

—Pero se va usted a calar completamente. ¿Puedo preguntarle a qué barrio va?

El cura parecía vacilar. Luego dijo:

—Voy hacia el palacio real.

—En ese caso, si me lo permite, señor abate, le ofrezco la protección de mi paraguas. Yo voy al consejo de estado. Soy consejero de estado.

El viejo cura levantó la nariz y miró a su vecino:

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo—. Acepto encantado.

Entonces, el señor Marin le cogió del brazo y le hizo andar. Le conducía, velaba por él, le aconsejaba:

—Tenga cuidado con ese regato, señor abate. Desconfíe, sobre todo, de las ruedas de los coches; a veces le salpican a uno de los pies a la cabeza. Y mucha atención a los paraguas de la gente que pasa. No hay nada más peligroso para los ojos que la punta de sus varillas. En especial las mujeres son insoportables; no prestan atención a nada y en cuanto uno se descuida le meten a uno por la cara las puntas de sus sombrillas o paraguas. Y nunca se preocupan por nadie. Da la impresión de que la ciudad les pertenece. Reinan en las aceras y en la calle. A mí me parece que se ha descuidado mucho su educación.

Y el señor Marín se echó a reír.

El cura no contestó. Caminaba un poco encogido, eligiendo con cuidado los sitios donde pisaba para no salpicarse de barro los zapatos y la sotana.

El señor Marin continuó:

—Seguramente habrá venido a París para distraerse un poco, ¿no?

—No —respondió el buen hombre—. Vengo por un asunto.

—¡Ah! ¿Es un asunto importante? ¿Es un atrevimiento preguntarle de qué se trata? Si puedo serle útil, estoy a su disposición.

El cura parecía embarazado. Murmuró:

—Bueno, es un asuntillo personal. Una dificultad con... con mi obispo. No tiene interés para usted. Es un... un asunto de régimen interno..., de... de... materia eclesiástica.

El señor Marin se apresuró a intervenir:

—Pero sí precisamente es el consejo de estado el que resuelve esas cosas. Si es así, acuda a mí.

—Sí, señor, yo también voy al consejo de estado. Es usted muy amable. Tengo que ver a los señores Lerepóre y Savon, y quizá también al señor Petitpas.

El señor Marín se detuvo bruscamente:

—Pero si son amigos míos, señor abate, mis mejores amigos, excelentes compañeros; gente encantadora. Le voy a recomendar a los tres, y calurosamente. Déjelo de mi cuenta.

El cura le dio las gracias, se deshizo en excusas, balbució mil acciones de gracias.

El señor Marin estaba encantado.

—Verdaderamente, puede presumir de tener buena suerte, señor abate. Ya verá, ya verá. Gracias a mí, su asunto irá como sobre ruedas.

Llegaron al consejo de estado. El señor Marin hizo subir al cura a su despacho, le ofreció asiento, le colocó ante la chimenea, y luego él se sentó a la mesa y empezó a escribir: "Mi querido colega: permítame recomendarle con calor a un venerable eclesiástico, de los más dignos y valiosos, el señor abate..." Se interrumpió para preguntar:

—¿Su nombre, por favor

—Abate Ceinture.

El señor Marin continuó escribiendo: "... Ceinture, que necesita de sus buenos oficios para un asunto del que le hablará él mismo. Celebro esta ocasión, que me permite, querido colega..." Y terminó con los cumplidos habituales.

Cuando hubo escrito las tres cartas, se las entregó a su protegido, que se marchó tras expresarle repetidamente su agradecimiento.

\*\*\*

El señor Marin atendió su trabajo, regresó a su casa, pasó la jornada tranquilamente, durmió en paz, se despertó contento y pidió los periódicos.

El primero que abrió era un diario radical. Leyó: "Nuestro clero y nuestros funcionarios.— Nunca acabaremos de contar las fechorías del clero. Cierta cura, llamado Ceinture, convicto de haber conspirado contra el gobierno actual, acusado de actos indignos que callaremos, sospechoso de ser además un antiguo jesuita disfrazado de cura, destituido por un obispo por motivos inconfesables, según se dice, y llamado a París para que dé explicaciones sobre su conducta, ha encontrado un ardiente defensor en el señor Marin, consejero de estado, que no ha vacilado en dar a este malhechor de sotana las cartas de recomendación más calurosas para todos los funcionarios republicanos colegas suyos. Señalamos la incalificable actitud de este consejero de estado a la atención del ministro..."

El señor Marín se puso en pie de un salto, se vistió y corrió a casa de su colega Petitpas, el cual le dijo:

—¿Ah, es usted? ¿Está loco para recomendarme a ese viejo conspirador?

Y el señor Marín, desconcertado, tartamudeó:

—No, no..., mire usted..., me han engañado... Tenía un aspecto tan de buena persona... Me ha manejado... Me ha manejado indignamente. Se lo ruego, haga que le castiguen con la máxima severidad. Escribiré lo que sea. Dígame qué es lo que tengo

que escribir para que le castiguen. Voy a ver al procurador general y al arzobispo de París, sí, al arzobispo...

Y sentándose bruscamente al despacho del señor Petitpas, escribió: "Monseñor: tengo el honor de poner en conocimiento de su ilustrísima que acabo de ser víctima de las intrigas y mentiras de cierto abate Ceinture, el cual ha sorprendido mi buena fe. Engañado por las manifestaciones de dicho eclesiástico, he llegado a..."

Cuando hubo firmado y cerrado su carta, se volvió a su colega y dijo:

—Ya ve usted, amigo mío. Que esto le sirva de enseñanza: no recomiende jamás a nadie.

*Gil Blas*, 5 de febrero de 1884

# *La prueba*

---

*L'épreuve*

## I

Un buen matrimonio, el de los esposos Blondel, aunque a veces regañasen. Discutían por motivos con fútiles, pero se reconciliaban en seguida.

Blondel, que había sido comerciante y se había retirado de sus negocios después de reunir una fortunita, que le permitía vivir de acuerdo con sus gustos sencillos, alquiló en Saint-Germain una casita con jardín y se acomodó en hasta ella con su señora.

Era hombre de temperamento sosegado, de ideas bien asentadas, de las que le costaba mucho trabajo apartarse. Poseía cierta instrucción y leía los periódicos serios, aunque sabía apreciar el ingenio zumbón. Su fuerte era la razón, la lógica, el sentido práctico que distingue al industrioso burgués de Francia; discurría poco, pero certeramente, y no tomaba ninguna resolución que no estuviese precedida de consideraciones cuya infalibilidad le aseguraba su instinto.

Su estatura era mediana, el cabello entrecano, y los rasgos de su rostro denotaban distinción.

No carecía su señora de algunos defectos, a pesar de sus muchas cualidades, muy apreciables. Era de carácter arrebatado, de una franqueza de expresión que rayaba con la violencia, de una cabezonería que no se rendía a nada; y sus rencores contra las personas eran definitivos. Había sido guapa; pero, andando el tiempo, engordó con exceso, le salieron colores demasiado fuertes; pero con todo, pasaba en su barrio de Saint-Germain por una espléndida mujer, un ejemplar de hembra sana con cara de mal genio.

Sus peleas surgían casi siempre a la hora del desayuno, a propósito de cualquier discusión sin importancia, y su enojo duraba hasta la noche, y muchas veces el día siguiente. Una vida sencilla y tan limitada como la suya daba a sus preocupaciones más insignificantes un aire de trascendencia, y cualquier tema de conversación degeneraba en disputa. No les había ocurrido eso en otro tiempo, cuando los negocios ocupaban su atención, coincidían sus mutuas preocupaciones, mantenían apretados sus afectos, los enlazaban y mantenían juntos en la malla de una empresa y de un interés común.

Pero en Saint-Germain se trataba con menos gente. Tuvieron que rehacer su círculo de conocimientos, creándose, en un medio que les era extraño, una vida nueva, horra de actividades. Como consecuencia de la monotonía de aquellas horas siempre iguales, sus relaciones mutuas se agriaron; la dicha tranquila que habían esperado y anhelado con la holgura de medios materiales, no se veía por parte alguna.

Acababan de sentarse a la mesa cierta mañana del mes de junio, y Blondel preguntó de pronto:

—¿No conoces a la familia de la casita roja que hay al extremo de la calle del Berceau?

Se conoce que la señora Blondel se había levantado de malas, porque contestó:

—Sí y no; los conozco, pero no me interesa tratarme con ellos.

—¿Por qué? Parecen gente muy amable.

—Porque...

—Esta mañana me crucé con el marido, que estaba en la terraza, y hemos dado juntos un par de vueltas.

Dándose cuenta de que amenazaba tormenta, agregó Blondel:

—Fue él quien se me acercó y me habló el primero.

La mujer le miraba con desagrado, y exclamó:

—Hubiera sido mejor que pasases de largo.

—Pero ¿por qué?

—Porque se habla mucho de ellos.

—¿Qué habladurías corren?

—¡Qué habladurías! Pues las de siempre.

El señor Blondel cometió el error de mostrarse algo vivo:

—Querida amiga, ya sabes que los cuentos de la gente me inspiran verdadero horror. El solo hecho de que murmuren de una persona me la hace simpática. Te aseguro que yo tengo muy buen concepto de esa familia.

Ella le soltó, enfurecida, esta pregunta:

—También de la mujer, ¿verdad?

—Pues verás, de la mujer también, aunque apenas si he podido echarle una ojeada.

Y como tenían pocos temas de conversación, siguieron con aquél encarnizadamente, y la disputa se fue envenenando poco a poco.

La señora Blondel se obstinaba en no decir los chismes que corrían acerca de aquellos vecinos suyos, pero dejaba entrever que se trataba de cosas feas, sin concretar. Blondel se encogía de hombros, se burlaba, exasperando a su mujer. Esta acabó gritando:

—¡Pues bien! Que ese caballero es un cornudo; eso es lo que se dice.

El marido replicó, sin demostrar ninguna emoción:

—No veo yo en qué puede afectar eso a la honorabilidad de un hombre.

Ella se quedó estupefacta:

—¿Cómo? ¿Que tú no ves.... que tú no ves?... Esta sí que es gorda... ¿De modo que a ti...? ¡Pero si es un escándalo público y está deshonorado de puro cornudo que es!

El contestó:

—¡Por ahí sí que no paso! ¿De modo que porque a un hombre le engañen, porque le traicionen, porque le roben, ya queda deshonorado? ¡No y no! Pase que consideren deshonorada a la mujer; pero ¿al hombre?

—A él lo mismo que a ella. Están desacreditados y es una vergüenza pública.

Esto lo dijo cada vez más furiosa. Blondel le preguntó con mucha flema:

—Empecemos porque no sabemos si es verdad. ¿Quién puede afirmar semejante cosa mientras no se les haya cogido en flagrante delito?

La señora Blondel botaba en su asiento.

—¿Cómo que quién puede afirmarlo? ¡Todo el mundo. Todo el mundo! Si está a la vista como los ojos de la cara, de tan descarado como es el caso... Lo sabe todo el mundo, y lo repite todo el mundo. No cabe dudar. Está tan visto como una fiesta de gran rumbo.

El se sonreía irónicamente:

—También estuvo todo el mundo y durante largo tiempo seguro de que el sol daba vueltas alrededor de la tierra, y de otros muchos disparates que parecían cosas evidentes. Este caballero adora a su mujer; habla de ella con ternura, con veneración. Te digo que eso no es verdad.

Ella balbució, pataleando:

—¡Como que aún no se ha enterado ese imbécil, ese cretino, ese hombre sin honor!

Blondel no se enfadaba; aducía razones:

—¡Bueno, bueno! Ese caballero no es ningún idiota. Al contrario: El me ha dado la impresión de ser muy inteligente y avisado. No me harás creer que un hombre que tiene cabeza no se habría dado cuenta de lo que ocurre en su casa, cuando los vecinos,



que no están dentro de ella, conocen el adulterio con todos sus detalles, porque seguramente que no se les ha escapado ninguno.

La señora Blondel se sintió acometida de un acceso de alegría, que consiguió irritar los nervios de su marido.

—¡Ajajá! ¡Si son todos iguales, todos, todos! ¡Como si hubiese en el mundo un solo hombre capaz de descubrirlo, como alguien no se lo ponga delante de las mismísimas narices!

La disputa iba tomando otros derroteros. Ella se lanzó de lleno a hablar de la ceguera de los maridos engañados, que el señor Blondel ponía en duda, y que ella afirmaba con aires de desprecio tan personales, que aquél acabó por molestarse.

Y entonces se enzarzaron en una disputa acalorada, en la que ella tomó partido por las mujeres y él defendió a los hombres.

El señor Blondel cometió la tontería de hacer esta afirmación:

—Pues yo te aseguro que, si me hubiese encontrado en un caso semejante, lo habría advertido, y sin tardar mucho. Y te habría quitado las ganas de volver a repetirlo de una manera tan radical, que habrías necesitado de más de un médico para levantarte de la cama.

Tales palabras despertaron la cólera de su mujer, y ésta le gritó en plena cara:

—¿Tú? ¿Tú? ¡Pero si eres tan estúpido como los demás! ¿Te has enterado?

Él volvió a insistir:

—Pues yo te juro que no.

Ella soltó una carcajada tan impertinente, que el señor Blondel sintió que el corazón le latía aceleradamente, y que se le ponía la carne de gallina.

Pero aún insistió por tercera vez:

—Yo me habría dado cuenta.

Su mujer se levantó, sin dejar de reírse con la misma intención, y exclamó:

—¡Esta es demasiado fuerte!

Y salió de la habitación dando un portazo.

## II

Blondel se quedó solo y muy incómodo. Aquella risa insolente, provocadora, le había herido como un aguijón de mosca venenosa, cuyo pinchazo no se siente al pronto, pero que al rato produce un escozor insoportable.

Salió de casa, caminó, se forjó mil desvaríos. La soledad de su nueva vida le inclinaba a los pensamientos tristes, a ver las cosas negras. De repente, tropezó con el vecino aquel con quien se había encontrado por la mañana. Se dieron un apretón de manos y entablaron conversación. Después de tocar varios temas, recayó su charla en sus respectivas mujeres. Parecía que uno y otro quisiesen hacerse una confidencia, comunicarse un pensamiento indecible, confuso, doloroso, acerca de la naturaleza de aquel ser asociado a sus vidas: la mujer.

El vecino se expresaba así:

—Parece verdaderamente como si sintiesen a veces una especie de animosidad especial contra su marido, por el solo hecho de serlo. Yo quiero a mi mujer. La quiero mucho, la aprecio y la respeto. Pues bien: hay ocasiones en que parece mostrar más confianza y menos reservas con nuestros amigos que conmigo mismo.

Blondel pensó inmediatamente: "Ya está visto; mi mujer estaba en lo cierto."

Una vez que se quedó solo, reanudó sus meditaciones. Sentía dentro de su alma un revuelo sí, confuso de pensamientos contradictorios, una especie de hervor doloroso, y aún resonaba en sus oídos la risa impertinente, aquella risa irritada que parecía decir: "¡Pero si tú eres uno de tantos, imbécil!" Aquello había sido, desde luego, una

provocación, una de las insolentes provocaciones de mujeres, que para herir y humillar al hombre contra el cual están irritadas son capaces de arriesgarlo todo.

De modo, pues, que aquel pobre hombre era por lo visto un marido engañado, como tantos otros. El mismo habla dicho tristemente: "Hay ocasiones en que parece mostrar más confianza y menos reservas con nuestros amigos que conmigo mismo." Así era como un marido —el ciego sentimiento que la ley llama un marido— expresaba sus juicios acerca de las especiales atenciones que su mujer dedicaba a otro hombre. No iba más allá. No veía nada más en ellas. Se parecía a todos los demás... ¡A los demás!

Y al recordar que su propia mujer, la suya, la señora Blondel, había reído de aquella manera tan extraña: "Tú también...,tú también ¡Qué desatinadas e imprudentes son las mujeres! Sólo por darse el gusto de provocar son capaces de introducir una sospecha como aquélla en el corazón de un hombre.

Fué remontando por el pasado de su vida en común, rebuscando entre sus pasadas amistades, por si con alguna de ellas dió señal de mayor confianza y menos reservas que con él. Tan tranquilo y seguro de ella y confiado fue siempre, que jamás había sospechado de nadie.

Sim embargo, ahora recordaba, que había tenido un amigo, amigo íntimo, que por espacio de cerca de un año iba a cenar con ellos tres veces por semana, Tancret, el bueno de Tancret, el honrado Tancret, al que Blondel llegó o querer como a un hermano, y con el que seguía entrevistándose a espaldas de su mujer, desde que ésta se enojó con aquel simpático mozo, sin que supiese nunca el motivo.

Se detuvo, para meditar, escudriñando el pasado con ojos inquietos. Pero, de pronto, se revolvió contra sí mismo, contra aquella deshonrosa insinuación del yo desconfiado, del yo celoso, del yo maligno que todos nosotros llevamos dentro, Y se censuró por ello, se sintió culpable, se injurió, sin dejar por eso de acordarse de las visitas, de las maneras de aquel amigo a quien tanto apreciaba su mujer, y al que echó de casa sin razón aparente. Pero acudieron de improviso a su memoria otros recuerdos de rupturas de amistades muy parecidas a aquélla, y que fueron la consecuencia del carácter vengativo de la señora Blondel, que no perdonaba jamás una ofensa a su amor propio. Se echó a reír francamente de sí mismo y de aquel sentimiento angustioso que había empezado a dominarle; recordó la expresión rencorosa que tomaba el rostro de su esposa siempre que él le decía al volver a casa:

"Me he encontrado con el bueno de Tancret, y me ha preguntado por ti." Esto le devolvió la tranquilidad.

Porque ella respondía siempre: "Cuando hables con ese caballere te puedes decirle que yo lo relevo de la obligación de ocuparse de mi." ¡Con qué cara de irritación, con qué cara feroz pronunciaba aquellas palabras! No cabía dudar, oyéndola, de que no perdonaba, de que no perdonaría jamás. ¿Cómo había podido sospechar él, ni por un segundo?... ¡Qué estupidez!

Pero bien: ¿y por qué se había enfadado ella de aquel modo? Jamás le había dado una explicación concreta de la desavenencia, ni del motivo de su rencor. Lo cierto es que le guardaba un rencor profundo, muy profundo... ¿Sería que...? ¡De ningún modo! De ningún modo! Blondel se dijo a sí mismo que se envilecía dando pábulo a semejantes pensamientos.

Desde luego, se rebajaba, pero no podía dejar de pensar en ello, y acabó preguntándose con espanto si, una vez que había entrado en su espíritu aquella sospecha, arraigaría en su corazón como un gusano que le atormentaría siempre. Se conocía a sí mismo; se dedicaría a rumiar aquello, como rumiaba en otro tiempo sus operaciones comerciales durante días y noches, interminablemente, sopesando el pro y el contra.

Ya empezaba a dar señales de excitación; caminaba con paso más vivo, perdía su calma. Es inútil luchar contra la idea. Es inexpugnable, nadie la arroja de donde ella se asienta, nadie la puede matar.

De improviso surgió en su imaginación un proyecto audaz, tan audaz que estuvo al principio dudando en si lo ejecutaría o no.

Siempre que se encontraba con Tancret, éste le pedía noticias de su señora, y Blondel le contestaba: "Sigue un poco enfadada." Y nada más... ¡Santo Dios, y hasta qué punto se había conducido él como un verdadero marido! ... ¡Quién sabe si...!

Tomaría el tren de Paris, Iría a casa de Tancret, lo traería con él aquella misma tarde, asegurándole que el misterioso resentimiento de su mujer había pasado ya. Pero ¿qué cara pondría su señora?... ¡Qué escena! ¡Qué furor! ¡Qué escándalo! ... Peor que peor... Así se vengaría de aquella risa suya y no se le escaparía la emoción de la verdad que se pintaría en sus rostros cuando se viesen de pronto frente a frente, sin que ella estuviese advertida de nada.

### III

Se fue derecho a la estación, sacó el billete, subió al vagón; pero cuando el tren se puso en marcha y empezó a descender la cuesta del Pecq, sintió un poco de temor, le acometió algo de vértigo pensando en su audaz proyecto. Y para que no flaquease su resolución, se echase atrás, y acabase regresando a casa solo, hizo esfuerzos para no pensar más en el asunto, para distraerse con otras ideas, y llevar de hecho con ciega resolución lo que tenía decidido. Quiso evitar que trabajase su cerebro, y se dedicó durante todo el trayecto hasta Paris a cantar trozos de música de opereta y de café—concert.

Así que se vio en las aceras que habían de conducirlo a la casa de Tancret, le entraron ganas de detenerse. Se distrajo mirando algunos escaparates, se fijó en los precios de ciertos artículos, se interesó por algunas novedades, le apeteció tomar un bock, cosa que no entraba en sus costumbres. Finalmente, al verse ya cerca de la casa de su amigo, le pareció que se alegraría de no encontrarlo.

Ahora bien: Tancret estaba en casa, solo, y dedicado a la lectura. Se sorprendió al verlo, se levantó, y exclamó:

—¡Usted por aquí, Blondel!. ¡Me alegro de verlo!

Blondel, cohibido, contestó:

—Vine para despachar algunos asuntos, y he querido darle un apretón de manos.

—Es una atención que agradezco, una gran atención de parte suya. Especialmente porque ya hace algún tiempo que venia olvidándose del camino de mi casa.

¡Qué le vamos a hacer, amigo mío! Aunque uno no quiera, siempre sufre determinadas influencias, y como mi señora parecía resentida contra usted...

—¿Que parecía, dice usted?... No se anduvo con remilgos, y me echó de su casa.

—Pero ¿a santo de qué fue eso? no he llegado jamás a saberlo.

—¡Por nada! Por una verdadera tontería... que le llevé la contraria en una discusión.

—Y ¿sobre qué fue la discusión?

—Pues a propósito de una señora que tal vez conozca usted de nombre; la señora de Boutin, amiga de ella.

—¿Nada más que por eso? Pues verá usted; creo que mi señora ya no le guarda rencor, porque esta mañana me habló de usted en términos muy afectuosos.

Tancret no pudo reprimir un sobresalto, y quedó tan atónito que durante unos segundos no supo qué decir. Pero luego preguntó:

—¿De modo que le ha hablado de mí en términos afectuosos?

—Así es.

—¿No se equivocará usted?

—¡No lo he soñado, se lo aseguro!

—¿Y algo más?

—Algo más... que he querido aprovechar mi visita a Paris para decírselo, porque sabía que le agradaría.

—¡Naturalmente que me agrada... naturalmente que me agrada!

Blondel pareció titubear, pero agregó al cabo de un corto silencio:

—Como que se me ha ocurrido una idea... algo original.

—¿Qué idea?

—Llévame a cenar con nosotros esta noche.

Tancret, que era hombre de temperamento prudente, se mostró algo receloso al oír quella proposición.

—¿Cree usted? ¿Le parece posible? ¿No nos exponremos a que haya... sus más o sus menos?

—Le aseguro que no.

—Es que... ya sabe usted que su señora es muy rencorosa.

—Sí que lo es; pero en este caso le aseguro que se le ha pasado. Y hasta tengo la seguridad de que le causará una gran satisfacción el volver a verlo, así, de improviso.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues bien: vamos allá, amigo mío. Por mi parte, me declaro encantado. Le aseguro que esta desavenencia me dolía muchísimo.

Cogidos del brazo, tomaron el camino de la estación de San Lázaro.

El viaje fue silencioso. Los dos parecían sumidos en profundas meditaciones. Sentados el uno frente al otro en el vagón, se miraban sin hablarse, pero cada cual observó que el otro estaba pálido.

Al bajar del tren, volvieron a cogerse del brazo, como para enfrentarse unidos contra un peligro. Después de una corta caminata, se detuvieron jadeantes delante de la casa de Blondel. Este hizo pasar a su amigo, le siguió hasta entrar al salón, llamó a la criada y le dijo:

—¿Está la señora en casa?

—Sí señor.

—Haga el favor de decirle que baje en seguida.

Y se quedaron esperando, arrellanados en los sillones, pero sacudidos los dos por el mismo impulso de escapar de allí antes que apareciese en el umbral de la puerta el personaje tan temido.

Se oyó un paso familiar a los dos, un paso firme de alguien que bajaba por la escalera. Una mano tocó el manillar de la cerradura, y los dos hombres vieron que giraba. La puerta se abrió de par en par. La señora Blondel se detuvo, para echar un vistazo antes de entrar.

Miró, pues; se puso colorada, se estremeció, retrocedió medio paso, se quedó inmóvil, apoyándose con las dos manos en ambos lados del marco de la puerta.

Entonces Tancret, que estaba pálido como si fuese a desmayarse, se puso en pie, dejando caer el sombrero, que rodó por el suelo; y al mismo tiempo balbució:

—Soy yo... Señora... Creí..., me atreví... Me dolía tanto...

Al ver que ella no contestaba, agregó:

—¿Me perdona usted?... ¿Verdad que sí?

Entonces ella, como arrebatada por un súbito impulso, avanzó hacia él con ambas manos extendidas; y cuando él las cogió entre las suyas, las estrechó y retuvo, ella le

dijo con una voz tierna, lánguida y desfalleciente, que jamás había empleado con su marido:

—¡Querido amigo! ¡Estoy de veras satisfecha!

Blondel, que no les quitaba ojo, se sintió helado de la cabeza a los pies, como si lo hubiesen sumergido en un baño frío.

*L'Echo de Paris*, 13 de julio de 1889

# *La puerta*

---

*La porte*

—¡Ah! —exclamó Karl Massouliny— he aquí una cuestión difícil, ¡la de los maridos complacientes! Desde luego, yo he visto de todos los tipos y no sabría dar una opinión sobre uno únicamente. A menudo he intentado determinar si son en realidad ciegos, clarividentes o débiles. Yo creo que hay de estas tres categorías.

Hagamos un pase rápido sobre los ciegos. Estos en absoluto son serviciales puesto que no saben lo infelices que son, nunca ven más lejos de sus narices. Por otra parte, una cosa curiosa, e interesante de apuntar, es la facilidad de los hombres, e incluso de las mujeres, de todas las mujeres, para dejarse engañar.

Nos sorprenden con las más pequeñas astucias todos los que nos rodean, nuestros niños, nuestros amigos, nuestros criados, nuestros proveedores. La humanidad es crédula y nosotros no gastamos en sospechar, adivinar y desbaratar las destrezas de los otros, ni la décima parte de la sutileza que utilizamos cuando queremos, cuando nos toca engañar a alguien.

Los maridos clarividentes pertenecen a tres razas. Los que tienen interés, un interés económico, ambición, o bien los que su mujer tiene un amante o amantes. Los que quieren, poco más o menos, únicamente salvaguardar las apariencias, y están satisfechos de ello. Los que rabian. Se haría una hermosa novela sobre ellos. En fin, ¡los débiles! los que tienen miedo del escándalo.

Hay también los impotentes, o más bien los fatigados, que huyen del lecho conyugal por temor a un síncope o a una apoplejía y que se resignan con ver a un amigo correr riesgos.

En cuanto a mí, he conocido un marido de una especie bastante rara y que se ha defendido de todo esto de una forma espiritual y rara.

Yo había conocido en París un matrimonio elegante, mundano, muy liberal. La mujer, activa, alta, delgada, muy encorsetada, pasaba por haber tenido aventuras. Me gustó por su espíritu y creo que yo también le gusté. Le hice la corte, una corte a prueba, a la que ella respondió con provocaciones evidentes. Pronto llegamos a las miradas tiernas, las manos cogidas, a todas las pequeñas galanterías que preceden al gran ataque.

Sin embargo, yo dudaba. Creo, en resumen, que la mayor parte de las uniones mundanas, inclusive las muy cortas, no valen el mal que nos producen ni todas las preocupaciones que de ellas pueden resultar. Yo comparaba, pues, mentalmente, los atractivos e inconvenientes que podía esperar y temer cuando creí darme cuenta de que el marido sospechaba de mí y me vigilaba.

Una tarde, en el baile, mientras yo le decía cosas tiernas a la joven en un saloncito contiguo a los grandes donde se bailaba, percibí de repente, en un espejo, el reflejo de una cara que me espiaba. Era él. Nuestras miradas se cruzaron; después lo vi, siempre en el espejo, girar la cabeza e irse.

Murmuré:

—Su marido la espía.

Ella pareció estupefacta.

—¿Mi marido?

—Sí, varias veces nos ha estado vigilando.

—¡Vamos! ¿Está usted seguro?

—Muy seguro.

—Qué extraño. Al contrario, ordinariamente se muestra de lo más amable con mis amigos.

—¿Puede ser que haya adivinado que la amo?

—¡Vamos! Usted no es el primero que me hace la corte. Toda mujer un poco de buen ver colecciona un rebaño de pretendientes.

—Sí. Pero yo la amo profundamente.

—Admitiendo que esto fuese verdad, ¿acaso un marido adivina nunca este tipo de cosas?

—Entonces, ¿no es celoso?

—No... no...

Ella reflexionó ciertos instantes y después siguió:

—No, nunca noté que fuera celoso.

—¿Nunca la ha... nunca la ha vigilado?

—No... Como le decía, es muy amable con mis amigos.

A partir de ese día le hice la corte más regularmente. La mujer no me gustaba mucho, pero los celos probables del marido me seducían bastante.

En cuanto a ella, la juzgaba con frialdad y lucidez. Tenía un cierto encanto mundano que provenía de un espíritu alerta, alegre, amable y superficial, pero ningún tipo de seducción real y profunda. Era, como yo le había ya dicho, una casquivana, siempre fuera, con una elegancia un poco ostentosa de más. ¿Cómo explicárelo...? Era... era... un decorado, nada hogareña.

Ahora bien, un día, como yo había cenado en su casa, su marido, en el momento en que me retiraba, me dijo:

—Querido amigo —me trataba como a un amigo desde hacía algún tiempo—, nosotros vamos a irnos pronto para el campo. Ahora bien, sería un gran placer, para mi mujer y para mí, recibir allí a la gente que apreciamos. ¿Aceptaría pasar un mes con nosotros? Sería muy amable por su parte.

Quedé estupefacto pero acepté.

Así que, un mes más tarde llegué a su casa en la propiedad de Vertcresson, en Touraine.

Me esperaban en la estación, a cinco kilómetros del castillo. Eran tres: ella, el marido y un señor desconocido, el conde de Morterade, a quien fui presentado. Éste pareció contento de haberme conocido, y las ideas más extrañas pasaron por mi espíritu mientras que seguíamos al trote un hermoso camino profundo, entre dos filas de verde hierba.

Yo me decía: Veamos, ¿qué quiere decir esto? He aquí un marido que no puede dudar de que su mujer y yo estamos tonteando, y él me invita a su casa, me recibe como a un íntimo y parece decirme: "¡Vamos, vamos, querido, el camino está libre!".

Después me presentan a un señor, muy distinguido a fe mía, instalado ya en la casa y... y que busca tal vez dejar de serlo, y que parece tan contento como el marido con mi llegada.

¿Se trata de un anciano que busca su retiro? Podría ser. Pero, entonces, ¿los dos hombres estarían pues de acuerdo, tácitamente, por medio de uno de esos hermosos pequeños pactos infames tan comunes en la sociedad? Y me proponen, sin decirme nada, entrar en la asociación, tomando el relevo. Me tienden las manos, me tienden los brazos. Me abren todas las puertas y todos los corazones.

¿Ella? Un enigma. Ella no debe, no puede ignorar nada. ¿Sin embargo?... ¿sin embargo?... He aquí que... ¡Yo no entiendo nada!

La cena fue muy alegre y cordial. Cuando dejábamos la mesa, el marido y su amigo se pusieron a jugar a las cartas mientras que yo iba a contemplar el claro de luna, sobre

la escalinata, con la señora. Parecía muy turbada por la naturaleza y yo juzgué que el momento de mi felicidad estaba próximo. Aquella tarde la encontré realmente encantadora. El campo la había enternecido, o más bien debilitado. Su alargada estatura delgada aparecía hermosa sobre la escalinata de piedra, al lado del enorme jarrón con una planta. Tenía ganas de arrastrarla bajo los árboles y de arrojarme a sus pies diciéndole palabras de amor.

La voz de su marido gritó:

—¿Louise?

—Sí, querido.

—Olvidas el té.

—Ya voy, querido.

Entramos y ella nos sirvió el té. Los dos hombres, acabada su partida de cartas, tenían visiblemente sueño. Tuvimos que subir a nuestras habitaciones. Yo me dormí muy tarde y muy mal.

Al día siguiente se decidió una excursión por la tarde y marchamos en landó descubierto para ir a visitar unas ruinas cualesquiera. Ella y yo estábamos al fondo del coche y ellos en frente de nosotros, de espaldas.

Hablábamos animadamente, con simpatía, con abandono. Yo soy huérfano y me parecía que acababa de encontrar a mi familia dado que me sentía como en mi casa al lado de ellos.

De repente, como ella había extendido su pie entre las piernas de su marido, él murmuró con aire de reproche:

—Louise, te lo ruego, no uses tus viejos zapatos. No hay razón para cuidarse más en París que en el campo.

Yo bajé la mirada. Ella llevaba, en efecto, unos viejos botines torcidos en los tacones y me di cuenta de que sus medias no estaban para nada estiradas. Ella había enrojecido retirando su pie bajo el vestido. El amigo miraba a lo lejos con aire indiferente y como ajeno a la situación.

El marido me ofreció un cigarrillo que acepté. Durante varios días me fue imposible estar a solas con ella ni dos minutos, ya que él nos seguía a todos los lugares. Por otra parte, esto era delicioso para mí.

Ahora bien, una mañana, como había venido a buscarme para dar un paseo a pie antes de comer, llegamos a hablar del matrimonio. Dije algunas frases sobre la soledad y algunas otras sobre la vida común que se vuelve maravillosa por la ternura de una mujer. De repente me interrumpió:

—Amigo, no hable de lo que no conoce en absoluto. Una mujer que no tiene interés en amarlo, no lo ama mucho tiempo. Todas las coqueterías que las hacen exquisitas cuando no nos pertenecen definitivamente, cesan tan pronto como son nuestras. Y después, por otra parte... las mujeres honestas... es decir, nuestras mujeres... son.... no son.... les falta.... en fin, no conocen suficientemente su oficio de mujer. Bueno... yo me entiendo.

No dijo nada más sobre esto y no pude adivinar exactamente su pensamiento.

Dos días después de esta conversación me llamó a su habitación, muy temprano, para enseñarme una colección de grabados.

Me senté en un sillón, en frente de la puerta grande que separaba su apartamento del de su mujer, y detrás de esta puerta escuché andar, moverse, y casi ni pensaba en los grabados, exclamando:

—¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Exquisito, exquisito!

Él dijo de repente:

—¡Oh! ¡Pero si tengo una maravilla al lado! .Voy a buscársela.



Y se precipitó sobre la puerta cuyos dos batientes se abrieron completamente como por un efecto teatral.

En una sala grande en desorden, en el medio de faldas, cuellos, corpiños sembrados por el suelo, un ser grande y enjuto, despeinado, la parte inferior del cuerpo cubierta con una vieja falda de seda ajada que ceñía su talle delgada, cepillaba delante de un espejo unos cabellos rubios, cortos y escasos.

Sus brazos formaban dos ángulos puntiagudos y a la vez que se giraba espantada, vi bajo una camisa de tela vulgar, un cementerio de costillas que una falsa pechera de algodón disimulaba en público.

El marido emitió un grito muy natural, volvió a entrar cerrando las puertas y con aire afligido:

—¡Oh!, Dios mío! Mira que soy estúpido! ¡Oh! ¡Realmente soy tonto! Esta es una equivocación que mi mujer no me perdonará jamás!

Yo tenía ganas de darle las gracias.

Me fui tres días después, tras haber apretado intensamente las manos de los dos hombres y besado la de la mujer, que me dijo adiós fríamente.

Karl Massouligny se calló.

Alguien preguntó:

—Pero, ¿quién era el amigo?

—No sé... Sin embargo... sin embargo parecía desolado por verme partir tan rápido.

*Gil Blas*, 3 de mayo de 1887

# *El puerto*

---

*Le port*

## I

Habiendo salido del Havre el 3 de mayo de 1882, para un viaje a los mares de China, el bergantín barca Nuestra Señora de los Vientos regresó al puerto de Marsella el 8 de agosto de 1886, tras cuatro años de viajes. Después de dejar su primer cargamento en el puerto chino al cual se dirigía, había encontrado al instante un nuevo flete para Buenos Aires, y, allí, había recogido mercancías para el Brasil.

Otras travesías, y también averías, reparaciones, calmas de varios meses, rachas de viento que desvían de la ruta, en suma, todos los accidentes, aventuras y desventuras de la mar, habían mantenido lejos de su patria a aquel bergantín normando que regresaba a Marsella con la bodega llena de cajas de hojalata que contenían conservas de América.

Al zarpar llevaba a bordo, amén del capitán y el segundo, catorce marineros, ocho normandos y seis bretones. Al regreso sólo quedaban cinco bretones y cuatro normandos; el bretón había muerto por el camino, los cuatro normandos desaparecieron en circunstancias diversas y fueron reemplazados por dos americanos, un negro y un noruego, reclutado, una noche, en una taberna de Singapur.

El gran barco, con las velas cargadas, las vergas en cruz sobre la arboladura, arrastrado por un remolcador marsellés que jadeaba delante de él, deslizándose sobre un resto de marejada que la calma sobrevenida dejaba morir suavemente, pasó por delante del castillo de If, y después bajo todas las rocas grises de la rada que el sol poniente cubría de un vaho de oro, y entró en el viejo puerto donde se agolpan, flanco contra flanco, a lo largo de los muelles, todos los navíos del mundo, en revoltillo, grandes y pequeños, de todas las formas y todos los aparejos, bañándose como una bullabesa de barcos en esa dársena demasiado estrecha, llena de agua pútrida donde los cascos se rozan, se frotan, parecen escabechados en un zumo de flota.

Nuestra Señora de los Vientos ocupó su puesto, entre un bricarca italiano y una goleta inglesa que se apartaron para dejar pasar a su camarada; después, cuando todas las formalidades de la aduana y el puerto estuvieron cumplidas, el capitán autorizó a dos tercios de la tripulación a pasar la noche en tierra.

Había caído la noche. Marsella se iluminaba. En el calor de la tarde de verano, un olor de cocina con ajo flotaba sobre la ciudad bulliciosa, llena de voces, de circulación, de portazos, de alegría meridional.

En cuanto se vieron en el puerto, los diez hombres a quienes la mar mecía desde hacía meses echaron a andar muy despacito, con una vacilación de seres desorientados, desacostumbrados a las ciudades, de dos en dos, en procesión.

Se balanceaban, se orientaban, olfateando las callejas que desembocan en el puerto, inflamados por un apetito de amor que había crecido en sus cuerpos durante los últimos setenta días de mar. Los normandos marchaban a la cabeza, guiados por Célestin Duclos, un mocetón fuerte y listo que servía de capitán a los otros cada vez que saltaban a tierra. Adivinaba los buenos sitios, inventaba faenas muy suyas y no se aventuraba demasiado en las trifulcas, tan frecuentes entre marineros en los puertos. Pero cuando se veía metido en una, no temía a nadie.

Tras alguna vacilación entre todas las calles oscuras que bajan hacia el mar como cloacas y de las que salen pesados olores, a modo de aliento de tugurios, Célestin se decidió por una especie de tortuoso corredor donde brillaban, encima de las puertas,

faroles que exhibían números enormes sobre sus vidrios esmerilados y coloreados. Bajo la estrecha bóveda de las entradas, mujeres con delantal, como criadas, sentadas en sillas de enea, se levantaban al verlos llegar, daban tres pasos hasta el arroyo que dividía la calle en dos y cortaban el paso a aquella fila de hombres que avanzaba lentamente, canturreando y bromeando, enardecidos ya por la vecindad de aquellas prisiones de prostitutas.

A veces, al fondo de un vestíbulo, aparecía, detrás de una segunda puerta abierta de pronto y acolchada de cuero pardo, una gruesa chica semidesnuda, cuyas pesadas caderas y abultadas pantorrillas se dibujaban bruscamente bajo un tosco calzón de algodón blanco. Su falda corta parecía un cinturón ahuecado, y la carne blanda de su pecho, de sus hombros y de sus brazos ponía una mancha rosa sobre un corpiño de terciopelo negro rematado por un galón de oro. Llamaba desde lejos: " ¿Entráis, hermosos? " y a veces salía para colgarse de uno de ellos y atraerlo hacia su puerta, con todas sus fuerzas, aferrada a él como una araña que arrastra un animal más grande que ella. El hombre, excitado por este contacto, resistía blandamente, y los otros se detenían a mirar, vacilantes entre las ganas de entrar en seguida y las de prolongar aún más el apetitoso paseo. Después, cuando la mujer, tras denodados esfuerzos, había atraído al marinero hasta el umbral de su morada, donde toda la pandilla iba a precipitarse detrás de él, Célestin Duclos, que entendía de casas, gritaba de pronto: " ¡No entres ahí, Marchand, no es ése el sitio! "

El hombre entonces, obediente a esta voz, se soltaba con una brutal sacudida y los amigos volvían a formar el grupo, perseguidos por los inmundos insultos de la exasperada moza, mientras otras mujeres, a lo largo de la calleja, delante de ellos, salían de sus puertas, atraídas por el ruido, y lanzaban con roncas voces llamadas cargadas de promesas. Caminaban, pues, cada vez más enardecidos, entre las zalamerías y las seducciones anunciadas por el coro de porteras del amor de la parte de arriba de la calle, y las maldiciones innobles lanzadas contra ellos por el coro de abajo, por el coro despreciado de las mozas decepcionadas. De vez en cuando se encontraban con otra pandilla, soldados que marchaban con golpeteo de hierro sobre la pierna, más marineros, burgueses aislados, empleados de comercio. Por doquier se abrían nuevas calles angostas, consteladas de turbios fanales. Seguían andando por aquel laberinto de tugurios, sobre adoquines grasientos entre los que rezumaban aguas pútridas, entre aquellos muros llenos de carne de mujer.

Por fin Duclos se decidió y, deteniéndose ante una casa de bastante buena apariencia, hizo entrar a toda su gente.

## II

¡La fiesta fue completa! Durante cuatro horas, los marineros se atiborraron de amor y de vino. La paga de seis meses desapareció.

Se habían instalado como dueños y señores en la gran sala del café, mirando con ojos malévolos a los parroquianos habituales que se instalaban ante los veladores, en los rincones, donde una de las chicas que habían quedado libres, vestida de gordo bebé o de cantante de caféconcierto, corría a servirles, después se sentaba con ellos.

Cada hombre, al llegar, había elegido su compañera que conservó toda la velada, pues el vulgo no es mudable. Habían juntado tres mesas y, tras la primera ronda, la procesión desdoblada, aumentada en tantas mujeres como marinos había, se había vuelto a formar en la escalera. Sobre los peldaños de madera, los cuatro pies de cada pareja resonaron un buen rato, mientras se metía, por la estrecha puerta que llevaba a las habitaciones, el largo desfile de enamorados.

Después bajaron para beber, subieron de nuevo, volvieron a bajar otra vez.

Ahora, casi borrachos, vociferaban. Cada uno, con los ojos rojos, su preferida en las rodillas, cantaba o gritaba, daba puñetazos en la mesa, entonelaba vino en su garganta, dejaba en libertad a la bestia humana. En medio de ellos, Célestin Duclos, estrechando contra sí a una chica alta de mejillas rojas, a caballo sobre sus piernas, la miraba con ardor. Menos curda que los otros, y no porque hubiera bebido menos, tenía aún otros pensamientos y, más tierno, trataba de charlar. Las ideas se le escapaban un poco, se iban, regresaban y desaparecían sin que pudiera acordarse exactamente de lo que había querido decir.

Reía, repitiendo:

"Entonces, entonces... ¿hace mucho que estás aquí?

—Seis meses", respondió la chica.

Pareció encantado por ella, como si hubiera sido una prueba de buena conducta, y prosiguió:

"¿Te gusta esta vida?"

Ella vaciló, y después, resignada:

"Se acostumbra una. No es más fastidiosa que otra. Ser criada o buscona, siempre son oficios sucios."

El pareció aprobar de nuevo esta verdad.

"No eres de aquí", dijo.

Ella dijo que no con la cabeza, sin responder.

"¿Eres de lejos?"

Ella dijo que sí de la misma manera.

"¿Y de dónde?"

Pareció buscar en sus recuerdos, refrescarlos, después murmuró:

"De Perpiñán."

Quedó de nuevo muy satisfecho y dijo:

"¡Ah! ¿Sí?"

A su vez ella preguntó:

"Y tú, ¿eres marino?"

—Sí, hermosa.

—¿Vienes de lejos?"

— ¡Ah, sí! He visto países, puertos y de todo.

—¿Quizás has dado la vuelta al mundo?"

—Ya lo creo, más bien dos veces que una".

De nuevo ella pareció vacilar, buscar en su cabeza una cosa olvidada, y después, con voz un poco diferente, más seria:

" ¿Has encontrado muchos navíos en tus viajes?"

—Ya lo creo, hermosa.

—¿No habrás visto el Nuestra Señora de los Vientos, por casualidad?"

El se rió burlón:

"No más tarde de la semana pasada."

Ella palideció, toda la sangre abandonó sus mejillas, y preguntó:

"¿De verdad, de verdad de la buena?"

—De verdad, como ahora te estoy hablando.

—¿No me estarás mintiendo, al menos?"

El levantó la mano.

" ¡Lo juro ante Dios!, dijo.

—Entonces, ¿sabes si Célestin Duclos sigue embarcado en él?"

Sorprendido, inquieto, quiso, antes de responder, saber más cosas.

"¿Lo conoces?"

A su vez ella desconfió.

" ¡Oh, yo no! ¡Hay una mujer que lo conoce!

—¿Una mujer de aquí?

—No, de al lado.

—¿En la misma calle?

—No, en otra.

—¿Qué mujer?

—Pues una mujer, una mujer como yo.

—¿Y qué es lo que le quiere, esa mujer?

—¡Y yo qué sé! ¿Qué pasa?"

Se miraron fijamente, para espiarse, sintiendo, adivinando que algo grave iba a surgir entre ellos.

El prosiguió:

"¿Puedo verla, a esa mujer?

—¿Y qué le dirías?

—Le diría... le diría... que he visto a Célestin Duclos.

—¿Estaba bien, al menos?

—Como tú y como yo, es un buen tipo".

Ella enmudeció de nuevo, ordenando sus ideas, y después, con lentitud:

" ¿Y a dónde iba el Nuestra Señora de los Vientos?

—Pues a Marsella, claro". No pudo reprimir un sobresalto. "¿De verdad de la buena?

—De verdad de la buena.

—¿Conoces a Duclos?

—Sí, lo conozco".

Vaciló otra vez, y después, muy despacito:

"Bueno. ¡Está bien!

—¿Qué es lo que le quieres?

—Escucha, dile... ¡no, nada! "

El la seguía mirando, cada vez más molesto. Al final quiso saber.

"¿Y tú, tú lo conoces?

—No, dijo ella.

—Entonces, ¿qué le quieres? "

Ella tomó bruscamente una resolución, se levantó, corrió a la barra donde reinaba la patrona, cogió un limón que partió y cuyo zumo exprimió en un vaso, después llenó de agua pura el vaso y, trayéndolo:

" ¡Bébetelo eso!

—¿Para qué?

—Para que se te pase el vino. Te hablaré después".

El bebió dócilmente, se limpió los labios con el dorso de la mano, y luego anunció:

"Ya está, te escucho.

—Vas a prometerme que no le contarás que me has visto, ni por quien sabes lo que voy a decirte. Tienes que jurarlo.

—Lo juro.

—¿Por Dios?

—Por Dios.

—Pues bueno, dile que su padre ha muerto, que su madre ha muerto, que su hermano ha muerto, los tres en un mes, de fiebres tifoideas, en enero de 1883, hace ya tres años y medio".

A su vez, él sintió que toda la sangre se le helaba en el cuerpo, y se quedó durante unos instantes tan impresionado que no se le ocurrió nada que responder; después le entraron dudas y preguntó:

"¿Estás segura?"

—Estoy segura.

—¿Quién te lo ha dicho?"

Ella le puso las manos en los hombros, y mirándolo desde lo más hondo de los ojos:

"¿Me juras que no te irás de la lengua?"

—Te lo juro.

—¡Soy su hermana! "

El soltó este nombre, a su pesar:

"¿Françoise? "

Ella lo contempló de nuevo fijamente, después, sublevada por un espanto loco, por un profundo horror, murmuró muy bajo, casi para sí:

" ¡Oh! ¡Oh! ¿Eres tú, Célestin?"

No se movieron, sin quitarse ojo.

A su alrededor, los camaradas seguían chillando. El ruido de los vasos, de los puñetazos, del taconeo que acompañaba las coplas y los gritos agudos de las mujeres se mezclaban con el jaleo de las canciones.

El la sentía sobre sí, enlazada a él, cálida y aterrada, ¡a su hermana! Entonces, muy bajito, por miedo a que alguien lo escuchara, tan bajo que ella apenas lo oyó:

"¡Qué desgracia! ¡Menuda cochinidad que hemos hecho! "

A ella, en un segundo, se le llenaron los ojos de lágrimas, y balbució:

—"¿Es mía la culpa?" Pero él, de pronto:

"Entonces, ¿han muerto?"

—Han muerto.

—¿Padre, madre, y mi hermano?"

—Los tres en un mes, como te dije. Me quedé sola, sin más que mis cuatro trapos, en vista de que debíamos la farmacia, el médico y el entierro de los tres difuntos, que pagué con los muebles.

"Entré entonces de sirvienta en casa del señor Cacheux, ya sabes, el cojo. Tenía quince años justos en ese momento porque cuando te marchaste aún no tenía catorce. Cometí una falta con él. ¡Una es tan tonta cuando es joven! Luego estuve de criada con el notario, que también me corrompió y me llevó al Havre, a una habitación. Pronto no volvió más; pasé tres días sin comer y luego, como no encontraba trabajo, entré en una casa, como otras muchas. ¡También yo he visto mundo! ¡Ah, y un mundo bien sucio! Ruán, Evreux, Lila, Burdeos, Perpiñán, Niza, y luego Marsella, ¡y aquí me tienes! "

Las lágrimas le salían de los ojos y de la nariz, mojaban sus mejillas, le corrían hasta la boca.

Prosiguió:

" ¡Te creía muerto también, pobre Célestin! "

El dijo:

"No te habría reconocido, eras tan pequeña entonces, ¡y ahora estás tan grande! Pero ¿cómo no me reconociste tú?"

Ella tuvo un gesto desesperado.

"Veo tantos hombres que todos me parecen iguales". El seguía mirándola a lo hondo de los ojos, oprimido por una emoción confusa y tan intensa que le daban ganas de gritar como un crío al que pegan. La tenía aún entre sus brazos, a caballo sobre él, las manos abiertas en la espalda de la chica, y a fuerza de mirarla la reconoció por fin, a la hermanita dejada en el pueblo con todos aquellos a quienes había visto morir, ella,

mientras él corría los mares. Entonces, cogiendo de pronto entre sus gruesas manazas de marino aquella cabeza recobrada, se puso a besarla como se besa la carne fraterna. Después, unos sollozos de hombre, largos como olas, ascendieron por su garganta, semejantes a hipos de borrachera.

Balbuçia:

"Aquí estás, aquí estás, Françoise, mi pequeña Françoise... "

Después se levantó de pronto, empezó a jurar con una voz formidable asestando tal puñetazo sobre la mesa que los vasos volcados se rompieron. Después dio tres pasos, se tambaleó, extendió los brazos, cayó de bruces. Y se revolcaba por el suelo gritando, golpeando el piso con sus cuatro miembros, y lanzando tales gemidos que parecían estertores de agonía.

Todos sus camaradas lo miraban riendo.

"Está un poco borracho, dijo uno.

—Hay que acostarlo, dijo otro, si sale lo van a meter en chirona".

Entonces, como llevaba dinero en los bolsillos, la patrona ofreció una cama, y sus camaradas, tan curdas también que no se tenían en pie, lo subieron por la estrecha escalera hasta el cuarto de la mujer que lo había recibido hacía un momento, y que se quedó en una silla, a los pies del tálamo criminal, llorando tanto como él, hasta la mañana.

*L'Écho de Paris*, 15 de marzo de 1889

## *La querida*

---

*Ça ira*

Me había detenido en Bauilles, únicamente porque leí en una Guía (no sé cuál): "Hermoso museo: dos Rubens, un Teniers, un Ribera."

Y me dije: "Veamos todo eso. Comeré en el hotel de Europa, excelente al decir de la Guía, y a las veinticuatro horas, otra vez en marcha."

El museo estaba cerrado; solamente lo abrían a instancia de algún viajero; se abrió para mi, que lo solicité, y pude contemplar algunas vetusteces atribuidas por un conservador chiflado a los mejores maestros de la pintura.

Luego, ya solo y sin tener absolutamente en qué pasar el tiempo, lanzado en las calles de una pequeña ciudad construida en el centro de inmensa llanura, me dediqué a contemplar escaparates y recorrí algunos pobres comercios. A las cuatro de la tarde me sentía desalentado, inútil para todo, sin fuerzas para soportar el aburrimiento invencible.

¿Qué hacer, Dios, mío, qué hacer? Hubiera premiado con quinientos francos a quien me sugiriese la idea de una distracción. A mi no se me ocurría nada, y decidido sencillamente a fumar un buen cigarro, busqué un estanco. Pronto lo reconocí por su farolito rojo y entré. La estanquera me presentó varias cajas, para que yo escogiese. Después de mirar los cigarros, malísimos en mi opinión, miré a la estanquera, una mujer cuarentona, rolliza y blanca.

En su rostro, simpático y respetable, creí hallar un recuerdo algo conocido. ¿Habría visto en otra parte aquella cara? ¿No era posible? Sí; era posible. Los años cambian las fisonomías, la gordura las deforma, pero siempre las facciones conservan algún rasgo peculiar que se fija en la memoria.

Le dije:

—Perdone usted, señora, que la mire con tanta insistencia; pero me parece recordarla.

Ella contestó ruborizándose:

—Yo también creo recordar a usted.

De pronto grité:

—¡Oh! ¡Sin duda! ¡Ça irá!

Ella levantó las manos con expresión cómicamente desesperada y balbució:

—¡Si le oyesen!...

Y recordando a su vez, dijo luego en voz alta:

—¡Oh! ¿Eres tú, Jorge?

Miró a todas partes con temor de que alguien hubiera oído aquellas palabras, pero se tranquilizó, y dijo risueña:

—Estamos completamente solos.

—¡Ça irá! ¿Cómo pude reconocer a Ça irá —una pobre criatura débil y flaca— en la sonriente y rolliza estanquera?

¡Ça Irá! ¡Cuántas memorias acudían rápidamente a la imaginación! Bougival, La Grenouillère, Chatou, el restaurante Fournaise, muchos días pasados en las canoas, bogando contra la corriente; diez años de placer transcurridos en las deliciosas orillas del río.

Éramos entonces doce compañeros, huéspedes en la casa Galopois, de Chatou; vivíamos alegremente, a todas horas medio desnudos y medio borrachos. Las costumbres han cambiado; los remeros de ahora llevan monóculo. ¿Teníamos entre los



doce, unas o veinte queridas, más o menos constantes. Algunos domingos acudían sólo cuatro; a veces acudían todas. Algunas eran fijas y hasta fieles; otras iban cuando estaban desocupadas. Cinco o seis vivían a costa de todos y servían a todos los que no tenían una querida propia; una de ellas fue Ça irá.

Cojeaba; era tímida, torpe, infeliz; no tenía suerte ni acierto para nada. Se acercaba con miedo al más humilde, al más insignificante, al más pobre de la pandilla, que le daba de comer un día, o un mes: lo que alcanzaban sus recursos. Nadie supo jamás de qué manera vino a nosotros. ¿La reclutamos en un baile, un día de borrachera, con otras mujeres de las que pasaban sólo una noche en nuestra casa? ¿La invitamos a almorzar, compadecidos de su abandono? Lo cierto es que ingresó en la pandilla.

La llamábamos Ça irá, porque se lamentaba siempre de sus desdichas, de los obstáculos en que tropezaba, de su poca fortuna. La preguntábamos todos los domingos: "Cómo van los asuntos?" Y ella nos respondía invariablemente: "No muy bien; pero confío en que las cosas cambien."

¿Cómo aquella infeliz, desagradable y torpe, se había dedicado, al oficio que requiere más gracia, más animación, más belleza y astucia? ¡Misterio! En París abundan las mujeres de placer, bastante feas y desapacibles para dar asco a un gendarme.

Pasaba los domingos con nosotros; pero ¿y los seis días restantes de la semana? Nos dijo repetidas veces que trabajaba. ¿Dónde? ¿En qué? No teníamos curiosidad alguna por averiguarlo, indiferentes a su existencia.

Nuestro grupo se deshizo poco a poco. También a ella la perdimos de vista. Dejamos nuestras canoas y nuestras alegrías a la generación siguiente.

Yo almorzaba de cuando en cuando en el restaurante Fournaise, y allí supe que Ça irá frecuentaba la nueva pandilla. Pasó dos veces de una generación a otra —una generación de remeros vive tres años, regla general; después los jóvenes que la formaron abandonaron el Sena para entrar en la Magistratura, en el ejercicio de la Medicina o en los debates políticos. Nuestros sucesores, ignorantes de lo que significaba llamarla Ça irá, creyeron que sería el nombre oriental Zira. Más adelante convirtieron el Zaira en Zaa, y éste se convirtió en Sara. Los últimos que la conocieron, al oír que la llamaban Sara, de tal nombre dedujeron su origen y la llamaron la Judía.

Luego desapareció.

Y al cabo de tantos años la encontraba de estanquera en Bauilles.

\*\*\*

Le dije:

—¿Cómo van los asuntos?

Y respondió:

—No del todo mal.

Tuve curiosidad por conocer su vida. En otra ocasión, estoy seguro de que no me hubiera preocupado; pero allí en aquellas circunstancias, me intrigaba, me atraía, me interesaba. Le pregunté:

—¿Cómo te las arreglaste para conseguir esto?

—No lo sé. Cuando menos lo esperaba, la fortuna me ayudó.

—¿En Chatou?

—¡No! En París.

—De modo que tú vivías en París.

—Trabajaba en el establecimiento de la señora Ravalet.

—¿Qué señora Ravalet?

—¿No la conoces? La modista: la famosa modista de la calle de Rivoli.

Y empezó a referirme incidentes de su pasado, mil secretos de la vida parisiense, el interior de una casa de confecciones, los apuros de los oficiales, sus aventuras y sus pensamientos, la historia de aquellas lechuzas callejeras, que andan a la caza de un hombre por todo París al ir al taller por la mañana, cuando salen a la hora del almuerzo, y cuando se retiran por la noche.

Me decía, gozosa de sus recuerdos:

—¡Se hacen tantas picardías! Luego nos las contábamos unas a otras y nos reíamos de los hombres.

\*\*\*

El primer engaño que hice fue con un paraguas. Yo llevaba uno de algodón, una cosa despreciable. Mientras lo cerraba difícilmente, al llegar al taller, un día de gran chaparrón, Luisa me dijo:

—¿Cómo te atreves a salir con ese paraguas?

—Porque no lo tengo mejor, ni dinero para comprarlo. Aguardaré a que suban los fondos.

Para mi los fondos nunca subían.

Ella me respondió:

—Vete a buscar uno a la Magdalena.

No la comprendí. Luisa continuaba:

—En la Magdalena los cogemos todas. Hay tantos como quieras.

Y me explicó. Una cosa muy sencilla.

Fui a la Magdalena con Irma. Buscamos al sacristán; le dijimos que nos habíamos dejado en la Iglesia un paraguas la semana anterior. Nos preguntó la forma del puño, y le describí un puño de ágata. Entonces nos hizo entrar en un cuarto donde había más de cincuenta paraguas de personas que se los dejaban olvidados; los miramos todos uno por uno, sin que apareciera el mío; pero me fijé mucho en el que me gustaba más: un paraguas muy bonito, con puño de marfil labrado. Luisa fue a pedirlo al día siguiente. Lo describió según mis instrucciones, y se lo dieron sin dificultad.

Para esas aventuras nos vestíamos lo mejor posible.

¡Hacíamos tantas cosas!, ¡tan divertidas! Éramos cinco en el taller: cuatro, pobres y vulgares; pero una, muy guapa, muy elegante: Irma, la bella Irma. Parecía una señora y tenía un amante que era consejero de Estado. Lo cual no la impidió nunca apechugar con todo lo que se le presentaba. Una tarde nos dijo:

—¡Ya veréis lo que hacemos! Y nos lo contó.

Irma tenía un cuerpo delicioso y una cara ideal, una cintura y unas caderas admirables. Era un cebo para los hombres. Imaginó la manera de hacernos ganar a cada una cien francos. Verás cómo lo hizo.

Todas queríamos comprarnos una sortija y nos faltaba lo principal. Era preciso ingeniarse. Cada una tenía dos o tres amigos que daban algo, pero no lo suficiente. Cuando salíamos para almorzar alguna vez picaba en el anzuelo un hombre; le impacientábamos durante quince días y al fin cedíamos a sus deseos. Pero la ganancia no era mucha. En Chatou no hice más que divertirme. Dinero, nada. ¡Oh! ¡Cómo te reirías oyéndome referir todas nuestras famosas invenciones!

¡Figúrate la cara que pondríamos al saber que Irma proyectaba la manera de hacernos ganar, a cada una, cien francos!

La cosa es canallesca; pero te lo contaré todo; no importa; conoces la vida y después de ir a Chatou durante cuatro años, nada puede sorprenderte.

Irma nos dijo:

—Vamos a secuestrar en el baile de la Opera a los hombres más ricos, más elegantes y más generosos: yo sé a cuáles dirigirme.

Al principio el proyecto nos pareció irrealizable, porque hombres así no van al baile para entretenerse con unas modistillas como nosotras. Con Irma, sí. ¡Oh, tenía tanto gancho! En el taller decíamos que si el emperador la hubiera conocido se habría casado con ella.

Nos mandó a todas que nos vistiéramos lo mejor posible, y nos dijo:

—Vosotras no entraréis en el baile. Metidas cada una en un coche, aguardaréis en las calles próximas. Un caballero subirá, y al sentarse a vuestro lado le besaréis del modo más agradable que sepáis; luego, lanzaréis una exclamación de sorpresa para indicar que os equivocasteis, que no era el que aguardabais, que hubo confusión. Esto seducirá seguramente al infeliz, satisfecho de suplantar a otro, y hará lo posible por quedarse con su desconocida. Vosotras resistiréis, al cabo..., cediendo a sus instancias, consentiréis en que os lleve al restaurante... Lo demás corre de vuestra cuenta.

¿No comprendes aún? Pues mira tú lo que hizo la condenada:

Nos metió a cada una de las cuatro en un coche de casino: coches decentes, con librea, y después de colocarnos en las calles próximas a la Opera, entró en el baile. Como conocía por su nombre a muchos mundanos y había visto a sus esposas en casa de la modista, se acercó a uno y le dijo lo bastante para intrigarle, pues no carecía de ingenio. Cuando lo tuvo ilusionado, se quitó la careta y el infeliz cayó en la red. Quiso llevársela en seguida, pero ella le cita en un coche, frente al número veinte de la calle Taitbout a la media hora justa, porque necesitaba esa media hora para despistar a otro pretendiente.

Yo estaba en el coche parado allí, muy tapadita. De pronto, un caballero preguntó, asomado a la portezuela:

—¿Me aguardaba usted?

Respondí en voz baja:

—Suba pronto.

Subió, le besé, le oprimí hasta cortarle la respiración y entre suspiros le dije:

—¡Soy dichosa! ¡Muy dichosa!

Luego exclamé:

—¿Pero no eres tú? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y me puse a llorar.

¡Imagínate cómo se quedaría el hombre! Trató de consolarme; dijo, sinceramente, que también él se había equivocado, y me pidió mil perdones.

Yo lloraba con angustiosos y conmovedores sollozos. El me dijo palabras muy dulces. Era un caballero muy fino, muy bien educado, y le satisfacía ver que sus razonamientos me consolaban poco a poco.

De unas cosas a otras, acabó por invitarme a cenar. Yo me resistí como una fiera; quise abandonar el coche, me detuvo, me besó...

Y cenamos... Ya comprendes... Al despedirnos, me dio quinientos francos... ¡Hay hombres generosos!

Todas conseguimos bastante más de lo que deseábamos. Luisa, la menos favorecida, sacó doscientos francos. Ya sabes que Luisa estaba en los huesos.

\*\*\*

La estanquera seguía refiriéndome los recuerdos, las impresiones de su vida, que guardaba en el corazón sin haber podido confiarlos a nadie en mucho tiempo. Se sentía atraída por su pasado galante y canallesco, su vida parisina, amasada con sórdidos amores, risas, miserias, engaños y ráfagas de verdadero cariño.

La interrumpí luego para preguntarle:

—¿Cómo conseguiste un estanco?

Ella sonrió:

—¡Tiene su historia! Figúrate que vivía frente por frente a mi cuarto un estudiante de leyes, un estudiante de los que nunca estudian. Pasaba los días enteros en el café, y el billar era su delirio. Cuando yo estaba sola pasaba conmigo las noches. Nació Rogelio.

—¿Qué Rogelio?

—Mi hijo.

—¡Ah!

—Me señaló una pequeña pensión para criarlo. No he visto en mi vida un estudiante más gandul. A los diez años, no había podido aprobar el primero de carrera, y su familia, convencida de no sacar ningún provecho de aquel carambolista, le hizo dejar los estudios y volver a su casa. Pero seguimos en correspondencia por el niño.

Figúrate que, hace dos años, en las últimas elecciones, salió diputado por su distrito. Habló en la Cámara y, como en el país de los ciegos el tuerto es rey..., adquirió influencia; fui a verle, y obtuvo para mí un estanco...Disimula, entra Rogelio.

Un joven estirado, grave, satisfecho de si, entró en la tienda, se acercó a su madre y la besó en la frente.

La estanquera me dijo:

—Este joven, caballero, es hijo mío; secretario del Ayuntamiento ahora, y futuro gobernador...

Saludé al digno empleado y salí para encaminarme hacia el hotel, después de estrechar correctamente la mano a la estanquera.

*Gil Blas*, 10 de noviembre de 1885

# ¿Quién sabe?

---

*Qui sait?*

## I

¡Señor! ¡Señor! Al fin tengo ocasión de escribir lo que me ha ocurrido. Pero ¿me será posible hacerlo? ¿Me atreveré? ¡Es una cosa tan extravagante, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loca!

Si no estuviese seguro de lo que he visto, seguro también de que en mis razonamientos no ha habido un fallo, ni en mis comprobaciones un error, ni una laguna en la inflexible cadena de mis observaciones, me creería simplemente víctima de una alucinación, juguete de una extraña locura. Después de todo, ¿quién sabe?

Me encuentro actualmente en una casa de salud; pero si entré en ella ha sido por prudencia, por miedo. Sólo una persona conoce mi historia: el médico de aquí; pero voy a ponerla por escrito. Realmente no sé para que. Para librarme de ella, tal vez, porque la siento dentro de mí como una intolerable pesadilla.

Hela aquí:

He sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, que se conformaba con poco, sin acritudes contra los hombres y sin rencores contra el cielo. He vivido solo, en todo tiempo, porque la presencia de otras personas me produce una especie de molestia. No es que me niegue a tratar con la gente, a conversar o a cenar con amigos, pero cuando llevan mucho rato cerca de mí, aunque sean mis más cercanos familiares, me cansan, me fatigan, me enervan, y experimento un anhelo cada vez mayor, más agobiante, de que se marchen, o de marcharme yo, de estar solo.

Este anhelo es más que un impulso, es una necesidad irresistible. Y si las personas en cuya compañía me encuentro siguiesen a mi lado, si me viese obligado, no a prestar atención, pero ni siquiera a escuchar sus conversaciones, me daría, con toda seguridad, un ataque. ¿De qué clase? No lo sé. ¿Un síncope, tal vez? Sí, probablemente.

Tanto me agrada estar solo, que ni siquiera puedo soportar que otras personas duerman bajo el mismo techo que yo. No vivo en París, porque sería para mí una perpetua agonía. Me siento morir moralmente, es para mí un martirio del cuerpo y de los nervios esa muchedumbre inmensa que hormiguea, que se mueve a mi alrededor, hasta cuando duerme. Porque, aún más que la palabra de los demás, me resulta insufrible su sueño. Cuando sé, cuando tengo la sensación de que, detrás de la pared, existen vidas que se ven interrumpidas por esos eclipses regulares de la razón, no puedo ya despertar.

¿Por qué soy de esta manera? ¡Quién lo sabe! Es imposible que la razón de todo esto sea muy sencilla; todo lo que ocurre fuera de mí me cansa muy pronto. Y son muchos los que se encuentran en mi mismo caso.

En la tierra vivimos gentes de dos razas. Los que tienen necesidad de los demás, aquellos a quienes los demás distraen, ocupan, sirven de descanso, y a los que la soledad cansa, agota, aniquila, lo mismo que la ascensión a un nevero o la travesía de un desierto, y aquellos otros a los que, por el contrario, los demás cansan, molestan, cohíben, abruman, en tanto que el aislamiento los tranquiliza, les proporciona un baño de descanso en la independencia y en la fantasía de sus meditaciones.

En resumidas cuentas, se trata de un fenómeno psíquico normal. Unos tienen condiciones para vivir hacia afuera; otros, para vivir hacia adentro. En mí se da el caso

de que la atención exterior es de corta duración y se agota pronto, y cuando llega a su límite, me acomete en todo mi cuerpo y en toda mi alma un malestar intolerable.

Como consecuencia de todo lo que antecede, yo me apegó, es decir, estaba fuertemente apegado a los objetos inanimados, que vienen a adquirir para mí una importancia de seres vivos. Mi casa se convierte, se había convertido en un mundo en el que yo llevaba una vida solitaria, pero activa, en medio de aquellas cosas: muebles, chucherías familiares, que eran para mí como otros tantos rostros simpáticos. Había ido llenándola poco a poco, adornándola con ellos, y me sentía contento y satisfecho allí dentro, feliz como en los brazos de una mujer agradable cuya diaria caricia se ha convertido en una necesidad suave y sosegada.

Hice construir aquella casa en el centro de un hermoso jardín que la aislaba de los caminos concurridos, a un paso de una ciudad en la que me era dable encontrar, cuando se despertaba en mí tal deseo, los recursos que ofrece la vida social. Todos mis criados dormían en un pabellón muy alejado de la casa, situado en un extremo de la huerta, que estaba cercada con una pared muy alta. Tal era el agrado y el descanso que encontraba al verme envuelto en la oscuridad de las noches, en medio del silencio de mi casa, perdida, oculta, sumergida bajo el ramaje de los grandes árboles, que todas las noches permanecía varias horas para saborearlo a mis anchas, costándome trabajo meterme en la cama.

El día de que voy a hablar habían representado *Sigurd* en el teatro de la ciudad. Era aquélla la primera vez que asistía a la representación de ese bello drama musical y fantástico, y me produjo un vivo placer.

Regresaba a mi casa a pie, con paso ágil, llena la cabeza de frases musicales y la pupila de lindas imágenes de un mundo de hadas. Era noche cerrada, tan cerrada que apenas se distinguía la carretera y estuve varias veces a punto de tropezar y caer en la cuneta. Desde el puesto de arbitrios hasta mi casa hay cerca de un kilómetro, tal vez un poco más, o sea veinte minutos de marcha lenta. Sería la una o la una y media de la madrugada; se aclaró un poco el firmamento y surgió delante de mí la luna, en su triste cuarto menguante. La media luna del primer cuarto, es decir, la que aparece a las cuatro o cinco de la tarde, es brillante, alegre, plateada; pero la que se levanta después de la medianoche es rojiza, triste, inquietante; es la verdadera media luna del día de las brujas. Esta observación han debido hacerla todos los noctámbulos. La primera, aunque sea delgada como un hilo, despide un brillo alegre que regocija el corazón y traza en el suelo sombras bien dibujadas; la segunda apenas derrama una luz mortecina, tan apagada que casi no llega a formar sombras.

Distinguí a lo lejos la masa oscura de mi jardín y, sin que yo supiese de dónde me venía, se apoderó de mí un malestar al pensar que tenía que entrar en él. Acorté el paso. La temperatura era muy suave. Aquella gruesa mancha del arbolado parecía una tumba dentro de la cual estaba sepultada mi casa.

Abrí la puerta y penetré en la larga avenida de sicomoros que conduce hasta el edificio y que forma una bóveda arqueada como un túnel muy alto, a través de bosquecillos opacos unas veces y bordeando otras los céspedes en que los encañados de flores estampaban manchones ovalados de tonalidades confusas en medio de las pálidas tinieblas.

Una turbación singular se apoderó de mí al encontrarme ya cerca de la casa. Me detuve. No se oía nada. Ni el más leve soplo de aire circulaba entre las hojas. "¿Qué es lo que me pasa?", pensé. Muchas veces había entrado de aquella manera desde hacía diez años, y jamás sentí el más leve desasosiego. No era que tuviese miedo. Jamás lo tengo durante la noche. Si me hubiese encontrado con un hombre, con un merodeador, con un ladrón, todo mi ser físico habría experimentado una sacudida de furor y habría

saltado encima de él sin la menor vacilación. Iba, además, armado. Llevaba mi revólver, porque quería resistir a aquella influencia recelosa que germinaba en mí.

¿Qué era aquello? ¿Un presentimiento? ¿El presentimiento misterioso que se apodera de los sentidos del hombre cuando va a encontrarse frente a lo inexplicable? ¡Quién sabe!

A medida que avanzaba, me corrían escalofríos por la piel; cuando me hallé frente al muro de mi gran palacio, que tenía las contraventanas echadas, tuve la sensación de que tendría que dejar pasar algunos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Me senté en un banco que había debajo de las ventanas del salón. Y allí me quedé, un poco trémulo, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos abiertos y clavados en la sombra del arbolado. Nada de extraordinario advertí a mi alrededor en aquellos primeros instantes. Me zumbaban algo los oídos, pero ésta es una cosa que me ocurre con frecuencia. A veces creo oír trenes que pasan o campanas que tocan o él pataleó de muchedumbres en marcha.

Pero aquellos ruidos interiores se hicieron más netos, más precisos, más identificables. Me había engañado. No era el bordoneo habitual de mis arterias el que me llenaba los oídos con aquellos rumores; era un ruido muy característico y, sin embargo, muy confuso, que procedía, sin duda alguna, del interior de la casa.

Distinguía aquel ruido continuo a través del muro, tenía casi más de movimiento que de ruido, un confuso ajetreo de una multitud de objetos, como si moviesen, cambiasen de sitio y arrastrasen con mucho tiento todos mis muebles.

Estuve largo rato sin dar crédito a mis oídos; pero aplicando la oreja a una de las contraventanas para distinguir mejor aquel extraño ajetreo que parecía tener lugar dentro de mi casa, quedé plenamente convencido, segurísimo, de que algo anormal e incomprensible ocurría. No sentía miedo, pero estaba..., ¿cómo lo diré?, asustado de asombro. No amartillé mi revólver, porque tuve la intuición segura de que no me haría falta. Esperé.

Esperé largo rato, sin decidirme a actuar, con la inteligencia lúcida, pero dominado por loca inquietud. Esperé de pie y seguí escuchando el ruido, cada vez mayor, que adquiriría por momentos una intensidad violenta, hasta parecer un refunfuño de impaciencia, de cólera, de motín misterioso.

Me entró de pronto vergüenza de mi cobardía, eché mano al manojito de llaves, elegí la que me hacía falta, la metí en la cerradura, di dos vueltas y empujé con todas mis fuerzas, enviando la hoja de la puerta a chocar con el tabique.

Aquel golpe resonó como el estampido de un fusil, pero le respondió, de arriba abajo de mi casa, un tumulto formidable. Fue una cosa tan imprevista, tan terrible, tan ensordecedora, que retrocedí unos pasos y, aunque tan convencido como antes de su inutilidad, saqué el revólver de la funda.

Esperé todavía, aunque muy poco tiempo. Lo que ahora oía era un pataleo muy raro en los peldaños de la escalera, en el entarimado, en las alfombras, pero no era un pataleo de calzado, de zapatos de hombre, sino de patas de madera y de patas de hierro que vibraban como címbalos. Y, de pronto, veo en el umbral de la puerta un sillón, mi cómodo sillón de lectura, que se marchaba de casa, contoneándose. Y se fue por el jardín hacia adelante. Y detrás de él, otros, los sillones de mi salón, y a continuación los canapés bajos, arrastrándose como cocodrilos sobre sus patitas cortas, y en seguida todas las sillas, dando saltitos de cabra, y los pequeños taburetes que trotaban como conejos.

¡Era una cosa emocionante! Me escondí en un bosquecillo, y allí permanecí agazapado, contemplando aquel desfile de mis muebles, porque se marchaban todos, uno detrás de otro, con paso vivo o pausado, de acuerdo con su altura o su peso. Mi

piano, mi magnífico piano de cola cruzó al galope, como caballo desbocado, con un murmullo musical en sus ijares; los objetos menudos iban y venían por la arena como hormigas, los cepillos, la cristalería, las copas en las que la luna ponía fosforescencias de luciérnagas. Las telas reptaban o se alargaban a manera de tentáculos, como pulpos de mar. Vi que salía mi escritorio, una joya rara del siglo pasado, en el que estaban todas las cartas que yo recibí, la historia toda de mi corazón, una historia antigua que me ha hecho sufrir mucho. Dentro de él había también fotografías.

De improviso se me pasó el miedo, me abalancé sobre él, lo agarré como se agarra a un ladrón, como se agarra a una mujer que escapa; pero él llevaba una marcha incontenible y, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de mi cólera, no conseguí moderar su velocidad. Yo hacía esfuerzos desesperados para que no me arrastrase aquella fuerza espantosa y caí al suelo. Entonces me arrolló, me arrastró por la arena y los muebles que venían detrás empezaron a pisotearme, magullándome las piernas; lo solté por fin y entonces los demás pasaron por encima de mi cuerpo, lo mismo que pasa un cuerpo de caballería que carga por encima del soldado que ha sido derribado del caballo.

Loco de terror, conseguí al fin arrastrarme hasta fuera de la gran avenida y ocultarme de nuevo entre los árboles, a tiempo de ver cómo desaparecían los objetos más íntimos, los más pequeños, los más modestos, los que yo conocía menos entre todos los que habían sido de mi propiedad.

Así estaba, cuando oía lo lejos, dentro de mi casa, que había adquirido sonoridad, como todas las casas vacías, un ruido formidable de puertas que se volvían a cerrar. Empezaron los portazos en la parte más alta, y fueron bajando hasta que se cerró por último la puerta del vestíbulo que yo, insensato de mí, había abierto para facilitar aquella fuga.

También yo escapé, echando a correr hacia la ciudad, y no recobré mi serenidad hasta que me vi en sus calles y tropecé con algunas gentes trasnochadoras. Fui a llamar a la puerta de un hotel en el que era conocido. Me había sacudido las ropas con las manos para quitar el polvo; les expliqué que había perdido mi llavero, en el que tenía también la llave de la huerta en que estaba el pabellón aislado donde dormían mis criados, huerta rodeada de altas tapias que impedían a los merodeadores meter mano en las verduras y frutas.

Me tapé hasta los ojos en la cama que me dieron, pero no pude conciliar el sueño, y aguardé la llegada del día escuchando los golpes acelerados de mi corazón. Les había dicho que avisaran a mi servidumbre en cuanto amaneciese, y mi ayuda de cámara llamó a mi puerta a las siete de la mañana.

Parecía trastornado.

—Ha ocurrido esta noche una gran desgracia, señor, —me dijo.

—¿Qué sucedió?

—Han robado todo el mobiliario del señor; absolutamente todo, hasta los objetos más insignificantes.

Aquella noticia me alegró. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! Yo me sentía muy dueño de mí, estaba seguro de poder disimular, de no decir a nadie una palabra de lo que había visto, de ocultar aquello, de enterrarlo en mi conciencia como un espantoso secreto. Le contesté:

—Entonces se trata de los mismos individuos que anoche me robaron a mí las llaves. Es preciso dar parte a la policía inmediatamente. Voy a levantarme y me reuniré en seguida con usted.

Cinco meses duró la investigación. No se llegó a descubrir el paradero de nada, no se encontró la más insignificante de mis chucherías, ni se llegó a dar con el más ligero rastro de los ladrones. ¡Claro está que si yo hubiese dicho lo que sabía!... Si hubiese



hablado..., me habrían encerrado a mí; no a los ladrones, sino al hombre que aseguraba haber visto semejante cosa.

Supe cerrar la boca. Pero no volví a amueblar mi casa. ¿Para qué? Se hubiera repetido siempre el mismo caso. No quería entrar de nuevo en ella. No entré. No volví a verla.

Regresé a París, me instalé en un hotel y consulté a los médicos acerca de mi estado nervioso, que me preocupaba mucho desde los acontecimientos de aquella noche lamentable.

Me animaron a que viajase. Seguí su consejo.

## II

Empecé por hacer una excursión a Italia. El sol me sentó bien. Vagabundé por espacio de seis meses de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Recorrí después toda Sicilia, país admirable por sus paisajes y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y por los normandos. Me trasladé al África y crucé pacíficamente el gran desierto amarillo y tranquilo, en el que van de aquí para allá los camellos, las gacelas y los vagabundos árabes, cuya atmósfera ligera y transparente está libre de espectros, lo mismo de día que de noche.

Regresé a Francia por Marsella; a pesar de la alegría provenzal, sentí tristeza, porque el cielo tenía menos luz. Al poner otra vez el pie en el continente, experimenté esa especial sensación de un enfermo que se cree curado ya de su enfermedad, pero al que un dolor sordo le advierte que no está apagado aún el foco del mal.

Volví a París. Al mes, ya sentía aburrimiento. Era en otoño, y antes que se echase encima el invierno, quise hacer una excursión por Normandía, desconocida para mí.

Empecé por Ruán, como es natural, y vagabundé durante ocho días, distraído, encantado, entusiasmado en aquella ciudad de la Edad Media, en aquel maravilloso museo de monumentos góticos extraordinarios.

Una tarde, a eso de las cuatro, al meterme por una calle inverosímil, por la que corre un río negro como esa tinta que llaman "agua de Robec", y mientras iba fijándome en el aspecto curioso y antiguo de las casas, mi atención se desvió de improviso hacia una serie de comercios de chamarileros, que se sucedían una puerta sí y otra también.

¡Bien habían sabido elegir el sitio para sus negocios aquellos sórdidos traficantes de cosas viejas, en una callejuela quimérica, encima de la siniestra corriente de agua, al abrigo de aquellos techos puntiagudos de tejas y pizarras en los que se oía rechinar aún las giraldillas del pasado!

Al fondo de aquellos lóbregos comercios, se amontonaban las arcas talladas, las porcelanas de Ruán, de Nevers, de Moustiers, las estatuas pintadas, las de madera de roble, los cristos, las vírgenes, los santos, los ornamentos de iglesia, casullas, capas pluviales, hasta algunos vasos sagrados y un antiguo tabernáculo de madera dorada, del que Dios se había mudado. ¡Qué extrañas cavernas las que había en aquellas altas casas, en aquellos caserones, atiborrados desde las bodegas hasta los graneros de objetos de toda clase cuya existencia parecía acabada, que habían sobrevivido a sus poseedores naturales, a su siglo, a su tiempo, a sus modas, para ser comprados como curiosidades por las nuevas generaciones!

Mi ternura por las chucherías volvió a despertarse en aquella ciudad de anticuarios. Pasaba de un comercio a otro, atravesando en dos zancadas los puentes de cuatro tablas podridas tendidos sobre la nauseabunda corriente del "agua de Robec".

¡Misericordia! ¡Qué sacudida! En el extremo exterior de una bóveda atiborrada de objetos, que parecía la entrada de las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos,

vi de pronto uno de mis más hermosos armarios. Me acerqué todo tembloroso, tan tembloroso que no me atreví a tocarlo. Adelanté la mano, y me quedé vacilando. Sin embargo, era el mismo: un armario Luis XIII, único, que cualquiera que lo hubiese visto una vez lo identificaría. Dirigí de pronto los ojos más hacia el interior, hacia las más lóbregas profundidades de aquella galería, y distinguí tres de mis sillones tapizados, y más adentro aún, mis dos cuadros Enrique II, tan raros que hasta de París venían a verlos.

¡Figúrense! ¡Figúrense cuál sería el estado de mi alma!

Me adelanté, atónito, agonizante de emoción, pero me adelanté, porque soy valiente; me adelanté como pudiera penetrar un caballero de las épocas tenebrosas en una mansión de sortilegios. Paso a paso fui encontrando todo lo que me había pertenecido: mis candelabros, mis libros, mis cuadros, mis tapicerías, mis armas, todo, menos el escritorio que llevaba mis cartas, al que no vi por parte alguna.

Anduve de un lado para otro, bajando a galerías oscuras para en seguida subir a los pisos superiores. Estaba solo. Llamaba, pero nadie contestó. Estaba solo; no había nadie en aquella casa inmensa y tortuosa como un laberinto.

Se echó encima la noche, y tuve que sentarme, en medio de aquellas tinieblas, en una de mis sillas, porque no quería marcharme de allí. De cuando en cuando gritaba:

—¿Hay alguien en casa? ¿Hay alguien en casa? ¿No hay nadie?

Llevaría más de una hora cuando oí pasos, unos pasos callados, lentos, que no podía precisar en dónde sonaban. Estuve a punto de echar a correr, pero poniéndome rígido, volví a llamar otra vez y distinguí una luz en la habitación de al lado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

—Yo contesté:

—Un comprador.

Me replicaron.

—Es muy tarde para entrar de ese modo en un comercio.

Volví a decir:

—Estoy esperándolo desde hace más de una hora.

—Podía usted volver mañana.

—Mañana me habré marchado ya de Ruán.

Yo no me atrevía a avanzar y él no venía hacia mí. Seguía viendo el resplandor de su luz, que se proyectaba sobre un tapiz en el que dos ángeles volaban por encima de los cadáveres de un campo de batalla. También era de mi propiedad. Le dije:

—¿Viene usted o no? Él me contestó:

—Lo estoy esperando.

Me levanté y me fui hacia donde él estaba.

En el centro de una habitación muy espaciosa había un hombrecito muy pequeño y muy grueso, grueso como un fenómeno, como un repugnante fenómeno.

Tenía una barba extravagante, de pelos desiguales, ralos y amarillentos, pero no tenía ni un solo pelo en la cabeza. ¡Ni un solo pelo! Como sostenía la vela encendida a todo lo que daba su brazo para verme a mí, su cráneo me hizo el efecto de una luna pequeña en aquella inmensa habitación atiborrada de muebles viejos. Tenía la cara arrugada y como entumecida, y no se le distinguían los ojos. Regateé el precio de tres sillas, que eran de mi propiedad, y le pagué por ellas en el acto una fuerte cantidad, sin dar más que el número de mi habitación en el hotel. Deberían entregármelas al día siguiente antes de las nueve de la mañana.

Salí y él me acompañó a la calle con mucha cortesía. Acto seguido, me dirigí a la Comisaría Central de Policía y relaté al comisario el robo de mis muebles y el descubrimiento que acababa de hacer.

En el acto solicitó informes por telégrafo al juzgado que había instruido las diligencias en aquel robo, rogándome que tuviese a bien esperar la contestación. Le llegó al cabo de una hora, y fue completamente satisfactoria para mí. Entonces me dijo:

—Voy a mandar que detengan a ese hombre para proceder en seguida a interrogarlo, porque pudiera ser que hubiese concebido alguna sospecha, haciendo desaparecer lo que es propiedad de usted. Vaya a cenar y vuelva dentro de un par de horas; lo retendré aquí para someterlo a un nuevo interrogatorio en presencia de usted.

—Encantado, señor; se lo agradezco de todo corazón.

Cené en mi hotel, con mejor apetito del que me había imaginado. Estaba de bastante buen humor. Le habíamos echado el guante.

Al cabo de dos horas me presenté de nuevo ante el funcionario de policía, que me estaba esperando.

—Verá usted, caballero —me dijo en cuanto me vio— No hemos dado con nuestro hombre. Mis agentes no han podido echarle el guante.

—¿Cómo ha sido eso?

Me sentí desfallecer.

—¿Pero han encontrado la casa, verdad? —seguí preguntando.

—Desde luego. Será vigilada hasta que él regrese. Porque ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido?

—Desaparecido. Acostumbra pasar las noches en casa de una vecina, chamarilera también, una especie de bruja, la viuda de Bidoin. Dice que no lo ha visto esta noche y que no puede dar dato alguno sobre su paradero. Habrá que esperar hasta mañana.

Me marché. ¡Qué siniestras, inquietantes y espectrales me parecieron las calles de Ruán!

Dormí muy mal, con un sueño interrumpido por pesadillas.

Al día siguiente, para que no me creyesen demasiado intranquilo ni precipitado, esperé hasta las diez antes de presentarme en la comisaría.

El chamarilero no había sido visto y su almacén seguía cerrado aún.

El comisario me dijo:

—He dado todos los pasos necesarios. El juzgado está al corriente del asunto; vamos a ir juntos a ese comercio, lo haré abrir y usted me indicará todo lo que es suyo.

Un cupé nos llevó hasta la casa. Delante del comercio había algunos guardias con un cerrajero. Se abrió la puerta.

Pero, una vez dentro, no vi ni mi armario ni mis sillones ni mis mesas ni nada, absolutamente nada del mobiliario de mi casa, siendo que la noche anterior no podía dar un paso sin tropezar con alguno de los objetos de mi pertenencia.

El comisario central, sorprendido, me miró al principio con desconfianza.

—Pues, señor —le dije—, la desaparición de estos muebles coincide de un modo extraño con la del comerciante.

Se sonrió:

—Es cierto. Hizo usted mal en comprar y pagar ayer noche aquellas sillas, porque con eso le dio usted la alerta.

Yo agregue:

—Lo que me parece incomprensible es que todos los espacios que anoche ocupaban mis muebles están ahora ocupados por otros.

—Eso no es extraño —contestó el comisario—, porque ha dispuesto de toda la noche y seguramente de cómplices. Esta casa debe tener comunicación con las de al lado. Descuide usted, señor; me voy a ocupar con gran interés de este asunto. No estará suelto mucho tiempo el ladrón, porque vigilamos su guarida.

¡Ah, mi corazón, mi pobre corazón, cómo palpitaba!

Permanecí quince días en Ruán, pero nuestro hombre no volvió. ¿Por qué? ¿Quién podía ponerle obstáculos o sorprenderlo?

El decimosexto día recibí de mi jardinero que había quedado para guardar la casa saqueada, esta carta tan extraña:

"Señor:

"Tengo el honor de informarle que ha ocurrido, durante la noche pasada, algo que no entiende nadie, y mucho menos la policía. Han vuelto todos los muebles, todos sin excepción; hasta los objetos más pequeños. La casa se encuentra hoy dispuesta exactamente como lo estaba la víspera del robo. Es para volverse loco. Esto ha ocurrido la noche del viernes al sábado. Igual que el día de su desaparición, los caminos están llenos de huellas, como si hubiesen arrastrado todas las cosas, desde la entrada del jardín hasta la puerta de la casa.

"Quedamos esperando al señor, de quien soy humilde servidor.

*Felipe Raudin"*

¿Volver yo? ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! Llevé la carta al comisario de Ruán, quien me dijo:

—Es una devolución muy hábil. Nos haremos el muerto y le pondremos la mano encima a nuestro hombre cualquier día de estos.

Pero no le echaron el guante. No, señor. No le echaron el guante, y le tengo miedo, igual que si fuese una fiera que han soltado para que me persiga.

Nadie lo encuentra, nadie puede encontrar a aquel monstruo con el cráneo de luna. Nadie le echará el guante jamás. No volverá a su casa. ¡Bastante le importa a él su casa! Yo soy el único que podría dar con él, pero no quiero.

¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y aun en el supuesto de que volviese y entrase en su comercio, ¿quién va a probarle que mis muebles estaban allí? No hay en contra suya más que mi testimonio, y me doy perfecta cuenta de que empieza a ser sospechoso.

¡Cómo iba yo a poder vivir así! Tampoco podía guardar el secreto de lo que han visto mis ojos. No me era posible seguir viviendo como una persona cualquiera, con el temor de que esos hechos se repitiesen cualquier día.

Vine a ver al médico que dirige esta casa de salud y se lo he referido todo.

Al cabo de un largo interrogatorio, me dijo:

—¿Tendría usted inconveniente, caballero, en permanecer aquí algún tiempo?

—Me quedaré gustosísimo.

—¿Quiere usted un pabellón independiente?

—Sí, señor.

—¿Desea recibir a algunos amigos?

—No, señor; a nadie. El hombre de Ruán podría tratar de llegar hasta aquí mismo con idea de vengarse...

Y desde hace tres meses vivo solo, solo, absolutamente solo. Estoy casi tranquilo. Un miedo tengo, sin embargo: que el anticuario se vuelva loco..., y que lo traigan a este asilo... Ni las cárceles son seguras.

*L'Echo de Paris, 6 de abril de 1890*

## *La rabia*

---

*Enragée?*

Mi querida Genoveva: Me pides que te cuente mi viaje de boda. Me atreveré? ¡Ah! ¿Por qué no me dijiste algo, por qué no me diste a entender algo? Yo, ignorante, no sabía nada; pero absolutamente nada. ¡Me parece bien! Hacia dieciocho meses que te casaste, dieciocho meses que lo sabes todo, tú, mi amiga del alma, que antes eras tan comunicativa conmigo, y en ocasión tan dificultosa no tuviste ni caridad para prevenirme. Si me hubieses advertido, si hubieses despertado siquiera mi curiosidad, si me hubieses dejado entrever la menor sospecha, me habrías ahorrado una simpleza de que aún me avergüenzo, de la cual se reirá mi marido toda la vida; y es tuya la culpa.

He quedado en ridículo para siempre; cometí una estupidez, cuyo recuerdo no se borra fácilmente. Y tú podías evitarlo. ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!

Prométeme que no te reirás de mí, si quieres que te diga lo que pasó.

No; no es una comedia, es un drama.

Me casé por la tarde, y debíamos tomar el tren de la noche para el viaje de novios; ya lo sabes, yo distaba mucho de parecerme a Paulina, cuyas aventuras nos ha referido tan graciosamente Gyp en su bonita novela *En torno del matrimonio*.

Y si mamita me hubiese dicho como la señora de Häütretan dice a su hija: «Tu marido te oprimirá entre sus brazos, y...», yo no podría responder como Paulina, riendo: «No sigas, no me hace falta preparación; estoy al tanto de lo que debe ocurrirme...»

Yo lo ignoraba todo, y mamá, la pobre mamá, conmovida, no se atrevió a insinuarme la menor idea referente a un suceso tan escabroso.

A las cinco desfilaban ya los invitados; el coche nos aguardaba para llevarnos a la estación.

Aún me parece ver a los criados cargando los baúles, y oigo la voz de papá, cascada por el llanto, que a duras penas podía contener. Los hombres han de ser fuertes. Al despedirse de mí, besándome y abrazándome, dijo: « ¡Valor, hijita!», como si fuesen a sacarme una muela. En cambio, mamá estaba hecha un mar de lagrimas. Mi marido apresuraba la despedida, procurando acortar aquella situación difícil. Yo, completamente dichosa, en aquel momento, sin embargo, lloraba también. De pronto sentí que me tiraban de la falda: era *Bijou*, al cual había olvidado por completo, no haciéndole ninguna caricia; y el animalito me daba su adiós a su manera. Me enternecí, y cogiéndole —ya sabes que no abulta más que un puño—, le cubrí de besos. Me gusta mucho acariciar a los animalitos; el contacto de su piel me produce una sensación agradable, un escalofrío delicioso.

El perrito estaba loco de alegría, y agitándose y lamiéndome, de pronto, me clavó los dientes en la nariz, No pude contener un grito, y solté a *Bijou*, porque la menuda herida me dolía y sangraba. Toda la familia se alarmó. Pidieron agua, vinagre, hilas y mi cariñoso marido me hizo la cura. No era nada; una rozadura insignificante. Al cabo de cinco minutos nos fuimos.

Pensábamos permanecer mes y medio en Normandía, y a media noche llegamos a Dieppe.

Ya sabes de qué modo me gusta el mar. Comunicué a mi esposo mi deseo de no acostarme sin haberlo visto, y comprendí que mi pretensión le contrariaba. «¿Tienes ya sueño?»—le pregunté riendo, y respondió—: «No tengo sueño; pero comprenderás que tengo un ansia de hallarme solo contigo»

Su respuesta me sorprendió y dije:

«¿Solo conmigo? ¿Pues no hemos venido solos en el vagón» «Sí —replicó sonriendo—, pero un vagón de tren, aun estando solos no puede compararse con una alcoba nupcial»

«También en la playa estaremos solos a estas horas...—insistí—. Nadie nos acompañará.»

Decididamente mi proyecto no era de su gusto, pero accedió afectuoso: «Lo que tú quieras, ángel mío.»

¡Espléndida noche! Una de esas noches que inspiran ideas grandiosas y vagas, casi más que pensamientos, emociones; algo así como un ansia de abrir los brazos, de extender las alas, de abarcar el cielo,... ¡qué sé yo! Algo así como si fuéramos de pronto a comprender lo incomprensible, a conocer lo desconocido.

Respiramos el ensueño, la poesía penetrante del ambiente, una delicia ultraterrena, un encanto que tal vez irradian las estrellas, la luna, la plateada y rugiente superficie del mar. Son los más bellos instantes de la vida, y que no nos permiten adivinar la otra existencia, como la revelación de lo que podía ser..., o de lo que será.

Sin embargo, mi esposo mostraba impaciencia, inquietud.

«¿Tienes frío?»—le preguntaba yo; y él me respondía negativamente.

Quise comunicarle mi entusiasmo.

«¿No ves a lo lejos un buque? Parece que se ha dormido sobre las aguas. Míralo... ¿Dónde podíamos disfrutar lo que disfrutamos aquí? Yo pasaría aquí toda la noche... ¿Quieres que aguardemos a ver salir el sol?»

Creyendo que me burlaba, me arrastró casi violentamente hasta el hotel. Si yo hubiera sospechado... ¡Ah miserable!

Cuando estuvimos en nuestras habitaciones, me sentí avergonzada, cohibida, sin saber por qué; te lo juro. Le rogué que me dejara sola para desnudarme y meterme en la cama.

Y ahora llega lo dificultoso, No sé cómo decírtelo. Haré lo posible para darme a entender.

Creyó malicia mi extremada inocencia, y fingimiento mi absoluta ignorancia; supuso que mi abandono, confiado y sencillo, era un estudio, una táctica, y no se preocupó de las delicadas atenciones precisas para que semejantes misterios no sorprendan y resulten siquiera tolerables a una criatura que no está preparada ni advertida.

Primero temí que se hubiera vuelto loco, y después me aterró la idea de morir a sus manos. El miedo no deja lugar a la reflexión; poseída por el miedo, sin razonar, imaginé cosas horribles en un segundo. Todas las gacetillas de los periódicos donde se refieren sucesos extraordinarios, crímenes complicados, todas las relaciones de fieros dramas conyugales, acudieron a mi memoria, ¿No podía ser un malvado quien me trataba de aquel modo? Me defendí, le rechacé como pude, y, defendiéndome desesperadamente, hasta le arranqué un mechón de pelo y una guía del bigote; al fin, conseguí librarme de sus garras con un supremo esfuerzo, y gritando «¡Socorro! ¡Socorro!», me precipité, casi desnuda, por la escalera.

Se abrieron a mis gritos, ante mí, varias habitaciones, asomando a las puertas hombres en camisa, con la palmatoria en la mano. Me arrojé desatinada en los brazos de uno de ellos, implorando su protección. Otro detuvo a mi marido.

No puedo precisarte lo que ocurrió entonces. Vocearon, se golpearon y acabaron riendo a carcajadas, unas carcajadas ruidosas y estremecidas. ¡Qué manera de reír! Toda la casa se reía, desde los desvanes hasta las bodegas. Resonaban en los corredores y en las alcobas ecos de hilaridad; los cocineros y las doncellas, se retorcían de tanto reír en

las buhardillas, y el mozo de guardia rodaba sobre su colchón, como si se hallase accidentado, en el vestíbulo.

Imagínate, mujer. ¡En una fonda!

Volví a verme sola con mi esposo, el cual me ofreció algunas ligeras nociones del caso, como explican los maestros, antes de realizarlo, un experimento de química. El hombre no se mostraba muy satisfecho; yo lloré toda la noche, y en cuanto amaneció, huimos de allí.

Pero aún hay más.

Al día siguiente llegamos a Pourville, que sólo es un embrión de balneario. Mi esposo me agobiaba con sus atenciones y sus ternuras. Pasado el primer sofocón, parecía muy satisfecho. Avergonzada y desolada por mi aventura de la víspera, procuré mostrarme todo lo amable y dócil que pude; pero, no te imaginarás todo el horror, la repugnancia, casi el odio que me inspiró Enrique, al revelarme del todo el infame secreto que se oculta con tanto afán a las muchachas. Me sentía desconsolada, con una tristeza mortal, arrepentida, y espoleada por el deseo de volver al hogar paterno, a mi vida sin azares, de soltera. Llegamos a Etretat. Los bañistas se hallaban hondamente preocupados por un horrible suceso: acababa de morir una joven a la cual había mordido un perrito rabioso. Al enterarme, sacudió mi cuerpo un escalofrío. Me dolió al instante la mordedura de mi perrito —de cuyo accidente ya no me acordaba siquiera—, y sentí un cosquilleo extraño.

Por la noche no me fue posible dormir, sobresaltada, olvidándome por completo de mi marido. ¡También yo podía morir de hidrofobia! Por la mañana le hice referir detalladamente al camarero la historia de la víctima. ¡Qué angustia! Pasé todo el día paseando por la playa, sin hablar, meditando: «¡Morir de hidrofobia! ¡Qué muerte tan horrible! »...

Mi esposo me preguntaba:

«¿En qué piensas? Te veo triste.»

Y le respondía:

«No estoy triste; no pienso nada.»

Mis ojos se fijaban desvanecidos en el mar, en los campos, en las alquerías; pero sin ver nada preciso. Nadie hubiera podido saber lo que me atormentaba, y a nadie hubiera comunicado yo mis pensamientos. Sentía un dolorcillo, un verdadero dolor en la nariz. Quise retirarme.

Apenas de regreso en la fonda, me encerré, sola, para examinar la mordedura. No pude ver nada, y, sin embargo, era indudable que me dolía.

Escribí a mamá una carta breve, ansiosa —que debió de causarle mucha sorpresa— pidiéndole una respuesta categórica y urgente a insignificantes preguntas. Y cuando hube firmado, añadí esta posdata.

«Sobre todo, no dejes de hablarme del perrito; me interesa mucho.»

A la mañana siguiente, se me atravesaba la comida, no pude tragar ni un bocado, pero no consentí que llamaran al médico. Recostada en la arena, veía como se chapuzaban los bañistas. Los había gordos y flacos, pero todos me parecieron horribles o ridículos. Yo no tenía humor de burla ni ganas de risa, y pensaba:

«¡Qué felices deben de ser todos! No les ha mordido un perro, como a mí, como a la desventurada que ya murió. Nada temen y nada les apura. Vivirán mientras yo muero. Pueden saltar y alegrarse; divertirse a su gusto, satisfechos.»

A cada momento me llevaba la mano a la nariz, palpándome. ¿No se hinchaba? Y de regreso en la fonda, me encerré sola para mirarme al espejo. ¡Sí! Tenía ya otro color. ¡Estaba próxima la muerte!

Por la noche, sentí de pronto una ternura inexplicable hacia mi esposo, una ternura desesperada. Le creí amable y busqué apoyo en su brazo. Estuve a punto veinte veces de confesarle mi secreto espantoso; pero me contuve.

Abusó ferozmente de mi abandono y de mi languidez. Me faltaron fuerza y voluntad para resistirle. Al día siguiente, recibí carta de mamá, contestando a mis preguntas, pero sin decirme ni una sola palabra del perrito. De pronto pensé: «Habrá muerto y trata de ocultármelo.» Quise ir inmediatamente al telégrafo para librarme de tantas dudas en pocas horas; pero me detuvo esta reflexión: «Tampoco sabré la verdad; si el animalito ha muerto, no se atreverán a decírmelo.» Me resigné a pasar otros dos días de angustia y escribí de nuevo. En mi carta pedía que nos facturasen al perro, para que me acompañara y me distrajera, porque me aburría un poco.

Por la tarde, comencé a sentir temblores. No cogía un vaso de agua sin que se me derramara la mitad. Era lamentable mi situación. Al anochecer, huyendo a mi esposo, me fui a la iglesia, y recé mucho.

Al salir de la iglesia, me dolió más que nunca la nariz; y entrando en una farmacia expliqué al farmacéutico el caso de una señora mordida por un perro y le pregunté qué sería prudente hacer. El farmacéutico era un hombre muy afable y servicial; me dio toda clase de instrucciones pero yo las iba olvidando a medida que iba él explicándolas; a tal punto estaba perturbado mi espíritu. Solamente retuve un consejo: «Los purgantes han estado con frecuencia indicados» Y compré varias botellas de no sé qué medicamentos «para enviárselos a la paciente»

Los perros que me salían al paso por la calle me horrorizaban, y me costaba gran esfuerzo contenerme y no echar a correr. También me pareció sentir deseo de morderlos.

Pasé toda la noche horriblemente agitada; mi marido se aprovechó. Al día siguiente, recibí carta de mamá, excusándose de facturar al perrito por temor a que padeciese hambre o ser abandonado tantas horas en una perrera del ferrocarril. Entendí que no podía enviármelo, que sin duda estaba muerto.

No dormí en toda la noche. Mi esposo roncaba; se despertó varias veces. Mi abatimiento era mayor a cada instante.

Quise bañarme y estuve a punto de caer desmayada en cuanto metí los pies en el mar; tanto me impresionó el frío del agua. Las piernas, temblorosas, apenas podían sostenerme; pero ya no me dolía la nariz.

Casualmente, me salió al encuentro el médico director de los baños; un hombre muy amable. Con habilidad suma, encaminó la conversación según mi conveniencia. Le dije que un perrito me había mordido en la nariz, algunos días antes, y pregunté qué sería necesario hacer si la inflamación sobreviniera. Riendo, me contestó:

«En su caso, no se me ocurre más que un remedio, señora mía: ponerse narices postizas, de cartón.»

Y segura de que yo no le había comprendido, añadió:

«O decirle a su esposo que tenga cuidado.»

No quedé más tranquila ni más enterada.

Enrique parecía estar aquella noche más alegre y más satisfecho que nunca. Fuimos al concierto, y antes que acabará me propuso que nos retirásemos y accedí porque todo me resultaba indiferente.

Me revolvía, sin cesar, fatigosa, inquieta en la cama; los nervios, alterados y vibrantes, no me dejaban punto de reposo. Enrique tampoco dormía. Suavemente me acariciaba, me besaba, como si hubiera comprendido al fin mi sufrimiento y tratase de aplacarlo con su ternura. Yo recibía sus caricias sin emocionarme, sin comprenderlas.



Pero de pronto, una sensación extraordinaria, violenta, enloquecedora, me hizo estremecer. Lancé un grito espantoso y desasiéndome del hombre que me tenía oprimida, salté al suelo y fui a desplomarme junto a la puerta. ¡Era la hidrofobia; la horrible hidrofobia. No habla salvación para mí.

Enrique me recogió, asustado, curioso de saber lo que yo sentía. Resignada, insensible, aguardando la muerte próxima, creía yo que después de algunas horas de tranquilidad, vendría otra conmoción violenta, y otra, y otra, repitiéndose hasta la crisis mortal.

Me dejé llevar a la cama, y al amanecer, las irritantes obsesiones de mi esposo, provocaron otro desequilibrio, que fue más duradero. Yo ansiaba chillar, morder, arañar, era terrible, pero menos doloroso de lo que yo temía.

Las ocho daban cuando me dormí; no había dormido en cuatro noches.

A las once me despertó una voz adorada. Era mamá, que asustada por mi correspondencia, quiso verme. llevaba en la mano un canastillo, dentro del cual, un bicho ladraba. Lo abrí con inquietud, esperanzada y vacilante a un tiempo. Y el perrito saltó sobre mi cama, lamiéndome, bailoteando, revolcándose, loco de alegría.

Pues bien, Genoveva; tampoco entonces comprendí...

Pero a la noche siguiente...

¡Oh la imaginación! ¡Cómo trabaja! ¡Y pensar que yo supuse!... ¡Que simpleza!, ¿verdad?

No he confesado a nadie —comprenderás la razón— mis torturas de aquellos cuatro días. ¡Mira tú que si Enrique lo supiera!... Ya se burla bastante de mí por el escándalo que armé la primera noche.

Sin embargo, sus burlas no me desagradan.

Me voy acostumbrando.

Nos acostumbramos a todo en la vida...

*Gil Blas*, 7 de agosto de 1883

## *Recuerdo (I)*

---

*Souvenir*

...Desde la víspera no habíamos comido nada. Durante todo el día, permanecemos ocultos en un granero, apretados unos contra otros para tener menos frío, los oficiales mezclados con los soldados, y todos reventados de cansancio.

Algunos centinelas, tumbados en la nieve, vigilaban los alrededores de la granja abandonada que nos servía de refugio con el fin de evitarnos cualquier sorpresa. Se les relevaba de hora en hora, para que no se adormeciesen.

Aquellos de nosotros que podían dormir, dormían; los demás permanecían inmóviles, sentados en el suelo, cruzando alguna frase con sus vecinos de vez en cuando.

Desde hacía tres meses la invasión, como un mar desbordado, entraba por todas partes. Eran grandes oleadas de hombres que llegaban unas tras otras, sembrando en torno a ellas una espuma de merodeadores.

En cuanto a nosotros, reducidos a doscientos francotiradores de los ochocientos que éramos un mes antes, nos batíamos en retirada, rodeados de enemigos, cercados, perdidos. Necesitábamos, antes del día siguiente, llegar a Blainville, donde esperábamos encontrar aún al general C... Si no conseguíamos recorrer por la noche las doce leguas que nos separaban de la ciudad, o si la división francesa se había alejado, ¡adiós toda esperanza!

No podíamos marchar de día, pues la campaña estaba infestada de prusianos.

A las cinco de la tarde oscurecía, con esa oscuridad macilenta de la nieve. Los mudos copos blancos caían, caían, sepultándolo todo bajo una gran sábana helada, que seguía espesándose bajo la innumerable multitud y la incesante acumulación de los vaporosos trozos de aquella guata de cristal.

A las seis el destacamento se puso en marcha.

Cuatro hombres avanzaban de exploradores, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres al mando de un teniente, y después el resto de la tropa, en bloque, en desorden, según el cansancio y la largura de los pasos. A cuatrocientos metros, a los flancos, algunos soldados iban de dos en dos. El blanco polvo que caía de las nubes nos revestía por entero, no se fundía sobre los quepis ni sobre los capotes, nos convertía en fantasmas, como espectros de soldados muertos.

A veces descansábamos unos minutos. Sólo se oía entonces ese deslizamiento confuso de la nieve que cae, ese rumor casi inasible que forma el entremezclarse de los copos. Algunos hombres se sacudían, otros no se movían. Después circulaba una orden en voz baja. Nos echábamos los fusiles al hombro y, con paso extenuado, reanudábamos la marcha.

De pronto los exploradores se replegaron. Algo les preocupaba. Circuló la palabra «¡alto!». Había un gran bosque ante nosotros. Seis hombres salieron de reconocimiento. Esperábamos entre un silencio lúgubre.

De repente un grito agudo, un grito femenino, esa desgarradora y vibrante nota que ellas lanzan en sus terrores, atravesó la noche espesada por la nieve.

Al cabo de unos minutos trajeron dos prisioneros, un viejo y una jovencita.

El capitán los interrogó, siempre en voz baja:

«¿Cómo se llama?»

—Pierre Bernard.

—¿Profesión?

—Cantinerero del conde de Roufé.

—¿Es hija suya?

—Sí.

—¿Qué hace?

—Es costurera en el castillo.

—¿Y por qué vagabundean así, de noche, vive Dios?

—Nos ponemos a salvo.

—¿Por qué?

—Han pasado esta tarde doce fulanos. Fusilaron a tres guardias y ahorcaron al jardinero. Yo temí por la pequeña.

—¿A dónde van?

—A Blainville.

—¿Por qué?

—Porque dicen que allí hay un ejército francés.

—¿Conocen el camino?

—Perfectamente.

—Basta con eso. Quédese a mi lado.»

Y se reanudó la marcha campo a través. El viejo, silencioso, seguía al capitán. Su hija se arrastraba junto a él. De repente ella se detuvo.

«Padre, dijo, estoy tan cansada que no puedo seguir adelante.»

Y cayó al suelo. Temblaba de frío, y parecía a punto de morir. Su padre quiso llevarla. Pero ni siquiera pudo levantarla.

El capitán pateaba, juraba, furioso y apiadado. «¡Maldita sea, no puedo dejarlos reventar aquí!»

Se habían alejado algunos hombres; regresaron con ramas cortadas. En un minuto quedó preparada una camilla.

El capitán se enterneció: «¡Maldita sea! ¡Ha sido un detalle amable! Vamos, muchachos, ¿quién presta ahora su capote? Es para una mujer, ¡vive Dios!»

Veinte capotes fueron desabrochados de golpe y arrojados sobre la camilla. En unos segundos la joven, envuelta en aquellas cálidas ropas de soldado, se encontró alzada por seis robustos brazos que la llevaban.

Volvíamos a emprender la marcha, como si hubiéramos tomado un trago de vino, más gallardos, más alegres. Incluso circulaban bromas, y se despertaba esa alegría que la presencia de una mujer infunde siempre en la sangre francesa.

Los soldados ahora marcaban el paso, canturreaban toques de trompeta, caldeados de pronto. Y un viejo francotirador, que seguía a la camilla, esperando su turno para reemplazar al primer camarada que flaqueara, le abrió su corazón a su vecino. «Ya no soy joven, pero no hay como el sexo, condenado tunante, para reanimarnos de los pies a la cabeza.»

Hasta las tres de la madrugada avanzamos casi sin descansar; pero, bruscamente, como un jadeo, se susurró de nuevo la voz de mando: «¡Alto!» Después, casi por instinto, todo el mundo se pegó al suelo.

Allá abajo, en medio de la llanura, algo se movía. Parecía correr, y como la nieve ya no caía, se distinguía vagamente, muy lejos aún, una apariencia de monstruo que se alargaba como una serpiente, y después, de repente, parecía empequeñecerse, hacerse una bola, extenderse de nuevo con rápido impulso, se detenía de nuevo, y se ponía otra vez en marcha sin cesar.

Entre los hombres tumbados corrieron órdenes susurradas; de vez en cuando chasqueaba un ruidito seco y metálico.

Bruscamente la forma errante se aproximó, y vimos venir a trote largo, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche.

Estaban tan cerca ahora que se oía el resoplar de los caballos, y el sonido de chatarra de las armas, y el crujido del cuero de las sillas.

Entonces, la sonora voz del capitán gritó: « ¡Fuego, vive Dios! »

Y cincuenta disparos de fusil rompieron el silencio helado de los campos; cuatro o cinco detonaciones retrasadas partieron todavía, y después otra, totalmente sola, la última; y cuando se disipó la ceguera de la pólvora inflamada, vimos que los doce hombres, con nueve caballos, habían caído. Tres animales huían a un galope loco, y uno arrastraba detrás, colgado del estribo por el pie, y dando tumbos, el cadáver de su jinete.

El capitán gritó, gozoso: «Doce menos, ¡vive Dios!» Un soldado, del grupo, respondió: «¡Y otras tantas viudas!» Otro añadió: «No se necesita mucho tiempo para dar el salto.»

Entonces, del fondo de la camilla, bajo el montón de capotes, salió una vocecita soñolienta: «¿Qué pasa, padre? ¿Por qué disparan?» El viejo respondió: «No es nada. Duerme, pequeña.» Y reanudamos la marcha.

Caminamos aún cerca de cuatro horas.

El cielo palidecía; la nieve se volvía clara, luminosa, reluciente; un viento frío barría las nubes; y un pálido rosa, como un débil lavado de acuarela, se extendía hacia oriente.

Una voz lejana gritó de pronto: «¿Quién vive?» Le respondió otra voz. Todo el destacamento hizo alto. Y el propio capitán se adelantó.

Esperamos mucho tiempo. Después reanudamos el avance. Pronto divisamos una casucha y ante ella, un puesto francés, arma al brazo. Un comandante a caballo nos miraba desfilar. De repente preguntó: «¿Qué llevan ustedes en esas parihuelas?» Entonces los capotes se movieron; se vieron salir primero dos pequeñas manos que los apanaban, después una cabeza despeinada, rodeada por una nube de cabellos, pero que sonreía y respondía: «Soy yo, señor, he dormido muy bien. No tengo frío.» Una carcajada estalló entre los hombres, una risa de viva satisfacción; y como un entusiasta, para expresar su alegría, vociferaba: «¡Viva la República!», toda la tropa, como asaltada por la locura, bramó frenéticamente: «¡Viva la República!»

.....  
Han transcurrido doce años.

La otra noche, en el teatro, la fina cabeza de una joven rubia despertó en mí un confuso recuerdo, un recuerdo obsesivo, pero indefinible. Pronto me turbó de tal manera el deseo de saber el nombre de aquella mujer, que se lo pregunté a todo el mundo.

Alguien me dijo: «Es la vizcondesa de L..., hija del conde de Roufé.»

Y todos los detalles de aquella noche de guerra se alzaron en mi memoria, tan claros que se los conté inmediatamente, a fin de que los escribiera para el público, a mi vecino de butaca y amigo, que firma.

MAUFRIGNEUSE<sup>24</sup>.

*Gil Blas*, 16 de febrero de 1882

---

<sup>24</sup> Maupassant firmó con el seudónimo de Maufrigneuse sus colaboraciones en «Gil Blas».

## *Recuerdo (II)*

---

*Souvenir*

¡Cuántas memorias de mi juventud despierta la suave caricia del sol! Hay una edad en que todo es bueno, agradable, alegre, seductor. ¡Cómo embriagan los recuerdos amorosos de primaveras pasadas!

¿Habéis olvidado, viejos camaradas, hermanos míos, aquellos años venturosos en los cuales nuestra vida fue un triunfo constante y una carcajada continua?

¿Olvidasteis los días de vagancia en torno de París, nuestra esplendorosa pobreza, nuestros paseos a través de los bosques, nuestras borracheras de aire y de luz en las orillas del Sena y nuestras aventuras de amor, tan sencillas y encantadoras?

Quiero referir una de aquellas aventuras. Tiene doce años de fecha y me parece que ya envejeció; tan vieja me parece, que se dibuja en el otro extremo de mi vida, cuando en el último recodo ya descubro el final de mi viaje.

Yo tenía entonces veinticinco años. Era nuevo en París, donde acababa de instalarme, disputando un destinillo en un Ministerio, y los días de fiesta me aparecían como extraordinarias dichas, aun cuando nada se me ofrecía en ellos de sorprendente.

Hoy, para mí, todos los días son fiesta. Pero quisiera volver a los tiempos en que sólo tenía una fiesta por semana. Qué días tan dichosos, con seis francos para derrochar en ellos!

\*\*\*

Me desperté muy temprano, con la sensación de libertad que tan bien conocen los oficinistas; una sensación de redención, de reposo, de tranquilidad, de independencia.

Abrí la ventana. Hacía un tiempo admirable. El cielo azul que cubría la ciudad estaba lleno de sol y de golondrinas.

Me vestí rápidamente y salí, resuelto a pasar el día en el bosque, a respirar el verdor de las hojas, cosa muy agradable para mí, que, por ser de origen campesino, pasé mi niñez sobre la hierba y a la sombra de los árboles.

París despertaba, alegre, sumergido en el templado ambiente y en la espléndida luz. Las fachadas de las casas, brillaban; los ruiseñores de las porterías se desgañaban cantando en sus jaulas, y un inmenso goce inundaba la calle, iluminaba los rostros, lo hacia sonreír todo, como una satisfacción indefinible de los seres y de las cosas, producida por el claro sol naciente.

Me acerqué al Sena para embarcarme en la Golondrina, que debía conducirme a Saint-Cloud. Me ilusionaba mucho aguardar en el embarcadero la llegada del vaporcito. Me hacía la ilusión de partir hacia países nuevos y maravillosos, al fin del mundo. Lo veía aparecer bajo el segundo puente y acercarse con su penacho de humo, haciéndose mayor cada vez, hasta que tomaba, engrosado también por la imaginación, apariencias de un buque trasatlántico.

Se arrimaba al embarcadero, y de un salto me ponía yo sobre cubierta.

Se llenaba de gentes domingueras, vestidas con trajes lucidos, con cintas de colores brillantes y rostros arrebolados. Yo me colocaba en la proa, en pie, viendo cómo dejábamos atrás, los muelles, los árboles y las casas. De pronto, se nos ofrecía el gran viaducto del Point-de-Jour, que parece cerrar el río; era el fin de París, el principio de la campiña, y detrás de la doble fila de arcos, se ensanchaba el Sena como si le

devolvieran allí espacio y libertad, recobrando su carácter de río plácido que baña llanuras, corre al pie de colinas frondosas, atraviesa campos y bordea bosques.

Después de pasar entre dos islas, la Golondrina siguió una costa verde salpicada por casitas blancas. Una voz gritó: "¡Basmudón!"; algo más lejos: "¡Sévrrres!", y más lejos aún: "¡Saint-Cloud!"

Salté a tierra, y seguí rápidamente la carretera que, atravesando el pueblo, conduce al bosque. Yo llevaba un plano de los alrededores de París, para no perderme en los caminos que atraviesan en todas direcciones aquellos bosques donde pasean los parisienses.

Cuando me hallé a la sombra, hice mi itinerario, que me pareció de una sencillez encantadora. Tomaría primero hacia la derecha; luego, a la izquierda, y otra vez a la izquierda, llegando a Versalles de noche, para comer.

Andaba tranquilamente bajo las hojas nuevas, bebiendo el aire perfumado por la frondosa vegetación. Iba despacio —sin acordarme de los expedientes, ni de la oficina, ni del jefe, ni de los colegas— imaginando cosas agradables, todo lo desconocido que me guardaba el porvenir. Renacían en mi espíritu recuerdos infantiles, despertados por el perfume de la tierra, por las emanaciones vivas y palpitantes de los bosques templados por el sol de junio.

De cuando en cuando me sentaba para contemplar en un ribazo muchas florecillas, cuyos nombres desde la niñez me fueron familiares. Yo las reconocía como si fueran exactamente las mismas que se ofrecieron a mis ojos en otros tiempos, en mi país. Las había rojas, amarillas, azules; las había pequeñas y grandes; unas, con tallos largos; otras, pegadas a la tierra. Insectos de todos colores y de varias magnitudes, alargados o redondos, de formas extraordinarias, monstruosos, diminutos y espantables, hacían ascensiones penosas por una hierbecilla que se inclinaba rindiéndose al peso.

Luego, me dormí algunas horas en una hondonada, emprendiendo mi excursión nuevamente, descansado, fortalecido por el sueño.

Abriase ante mí un espléndido paseo, cuyo follaje poco tupido cernía el sol, cuyos rayos besaban sobre el suelo las margaritas blancas. El silencio y la calma de aquel interminable camino, sólo eran turbados por el zumbido monótono de un abejorro que volaba delante de mí, deteniéndose de cuando en cuando para libar el néctar de una flor. Su cuerpo deforme parecía de terciopelo pardo con rayas amarillas, y sus alas transparentes y cortas, se agitaban con esfuerzo.

De pronto, vi a lo lejos una pareja, un hombre y una mujer que avanzaban hacia mí. Disgustado al ver turbada mi soledad tranquila, hice intención de cambiar de rumbo, cuando me pareció que me llamaban. La mujer agitaba la sombrilla, y el hombre, en mangas de camisa, con el chaqué puesto en un brazo, agitaba el otro brazo como pidiendo auxilio.

Proseguí mi camino acercándome a ellos. Avanzaban precipitadamente, muy sofocados los dos; ella con paso menudo y rápido; él, a grandes zancadas. En sus rostros se pintaban la fatiga y el mal humor.

La señora, ya de cerca, me preguntó:

—Caballero, ¿podría usted decirme dónde nos hallamos? El imbécil de mi esposo, con la pretensión de conocer perfectamente la tierra que pisa, me ha extraviado.

Respondí con seguridad:

—Señora, van ustedes hacia Saint-Cloud y vuelven las espaldas a Versalles.

Ella prosiguió, mirando piadosa y despreciativamente a su marido:

—¡Cómo! Nos alejábamos de Versalles, adonde precisamente debemos ir. Nos proponíamos comer en Versalles.

—Yo también, señora, tenía ese proyecto.

Ella repitió muchas veces, acompañando sus palabras con un movimiento de hombros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—con este tono de soberano desprecio que usan las mujeres para expresar su exasperación. Era joven y muy bonita, morena, con una sombra de bozo en el labio.

El hombre sudaba y se pasaba el pañuelo por la frente. Parecían un matrimonio modesto de la clase media. El marido estaba desolado, aterrado, quebrantado, y balbució:

—Recuerda que tú fuiste quien...

Ella no le dejó acabar, interrumpiéndole con esta rociada:

—¿Yo? Es cierto; ¡yo tengo la culpa! ¡Yo he querido embarcarme sin tener noticia del camino, confiando en hallar siempre salida! ... ¡Yo he guiado hacia la derecha, por lo alto del ribazo, suponiendo reconocer el camino! ¡Yo vine cargada con Cachou!...

Como si de momento se volviera loco, el marido dio un grito penetrante, indescriptible, agudo; un grito de tal naturaleza, que no hay en la lengua humana frase ni sonidos para describirlo y remedarlo.

Pero la mujer no le atendió, ni se conmovió, prosiguiendo:

—¡No! Hay personas, tan estúpidas que pretenden saberlo todo. ¿Fui yo acaso el imbécil que tomó el año pasado el tren de Dieppe en vez de tomar el del Havre? ¿Fui yo, por ventura? ¿Era yo quien apostaba que Letourneau vivía en la calle de los Mártires? Y ¿era yo quien a ciencia y paciencia negaba que Celestino fuese ladrón?

Continuó así con verdadera furia, con una locuacidad sorprendente, acumulando las más variadas y heterogéneas acusaciones, las más inesperadas y las más abrumadoras, rebuscadas situaciones íntimas de su existencia, reprochándole al marido su proceder, sus pensamientos y sus maneras, sus tentativas y sus trabajos; toda su existencia desde el día en que se unieron hasta la hora presente.

El trató de contenerla, de calmarla, balbuciendo:

—Pero..., repara..., todo es inútil... Este caballero... Das un espectáculo... Lo que dices no puede interesarle...

Dirigía sus ojos contristados hacia la espesura del bosque, como si quisiera medir sus profundidades misteriosas y tranquilas, para lanzarse a su centro, escapar, desaparecer, ocultarse a todas las miradas; y de cuando en cuando, lanzaba otro grito prolongado y agudo. Supuse que sería una costumbre nerviosa.

La mujer, de pronto, dirigiéndose a mí, cambiando repentinamente de tono, dijo:

—Si usted nos lo permite, caballero, iremos en su compañía. No sea que nos perdamos de nuevo y tengamos que dormir en el bosque.

Me incliné aceptando respetuosamente. Apoyándose en mi brazo, me habló de mil cosas: de sus costumbres, de su familia, de su casa, de su comercio. Eran dueños de una guantería en la calle de San Lázaro.

Su marido andaba en silencio, lanzando constantemente miradas de loco hacia la espesura del bosque y repitiendo con frecuencia su grito indescriptible y agudo.

Al fin me atreví a preguntarle:

—¿Por qué grita usted de tal modo?

Y respondió, consternado y desesperado:

—¡He perdido mi perro!

—¡Cómo! ¿Ha perdido usted su perro?

—Sí. Tiene un año solamente, y no había salido nunca de la tienda. Quise traerlo para que se paseara por el bosque. No había visto jamás hierbas, ni hojas, y se ha puesto

como loco. Echó a correr, ladrando, y desapareció en la espesura. Pudo influir también el miedo que pasó en el ferrocarril.

Yo lo llamaba inútilmente. Se morirá de hambre. ¡Pobrecito!

La mujer objetó, sin mirar a su marido siquiera:

—Si no le hubieses quitado la cadenita, lo tendríamos aquí. Lo has perdido por tonto, por lo que te suceden tantas cosas desagradables.

El murmuró tímidamente:

—Recuerda que tú fuiste.,,

La mujer se detuvo, y, mirándole a los ojos, como si hubiera querido arrancárselos, volvió a soltar por su boca infinitos reproches.

Atardecía. El velo de bruma que baja sobre los campos a la hora del crepúsculo, iba extendiéndose lentamente. Y una emoción poética y dulce se mezclaba con la frescura singular y encantadora que se respira entre los árboles cuando se acerca la noche.

De pronto, el marido se detuvo, palpándose todos los bolsillos febrilmente.

—¡Oh! Me parece que...

La mujer le miraba, desdeñosa.

—¿Qué? Acaba.

—Llevando el chaqué al brazo, parece que perdí la cartera... con todo el dinero que traíamos.

La mujer tembló de cólera, sofocada por la indignación.

—¡No faltaba más! Ya sería el colmo de la estupidez. ¿Es posible que me haya casado con un ser tan idiota? Si perdiste la cartera, búscala, y haz todo lo necesario para encontrarla. Yo sigo hacia Versalles con este caballero. No te acompaño, porque no me seduce dormir en el bosque.

El marido murmuró:

—Si; me parece bien. ¿Dónde aguardarán ustedes?

Me habían recomendado un restaurante, y le hice la indicación.

El marido retrocedió inclinado, los ojos fijos en el suelo; con frecuencia repetía su agudo grito.

Al fin desapareció, y aún se oían sus inimitables llamadas al perro perdido.

Yo avanzaba con paso firme, dichoso en la dulzura del crepúsculo, llevando a aquella mujer del brazo, aquella desconocida que se apoyaba en mí.

Buscando palabras galantes, propias de la ocasión, estuve sin pronunciar ninguna, en silencio, turbado, encantado.

Pero llegamos a un camino que se cruzaba con el paseo. A la derecha, en un valle, se alzaba un pueblecito. ¿Cuál sería?

Pasaba un hombre. Le pregunté y me respondió:

—Bougival.

Volví a preguntarle, insistiendo:

—¿Cómo Bougival? ¿Está usted seguro?

—Ya lo creo, ¡segurísimo!

La mujer, de mi brazo, reía como una loca.

Me ofrecí a tomar un coche para llevarla a Versalles, pero ella me dijo:

—De ninguna manera. Es muy gracioso el chasco; además tengo mucho apetito. No me intranquilizo. Mi esposo no se desesperará. Y me veré libre de su compañía por algunas horas.

Entramos en un restaurante, a la orilla del agua, y nos metimos en un gabinete particular.

Ella se alegró con champaña, cantó, estuvo graciosísima; hizo toda clase de locuras... Y, al fin, la mayor de todas.



Así gocé por vez primera las delicias del adulterio.

*Gil Blas*, 20 de mayo de 1884

# *Recuerdos*

---

*Souvenirs*

Cruzaba yo el otro día por Rúan. Se estaba celebrando la feria de Saint-Romain.

Imaginad una fiesta como la de Neuilly, más importante, más solemne, de una seriedad provinciana, con una muchedumbre que se mueve pesadamente y que es también más compacta y silenciosa.

Hay varios kilómetros de barracas y de vendedores, porque hay mucha mayor cantidad de puestos que en Neuilly, dado que los campesinos hacen muchas compras. Comerciantes de artículos de vidrio, porcelana, cuchillería, cintas, botones, libros propios de campesinos, artículos raros y divertidos que se emplean en los pueblos, exhibidores de curiosidades, y una verdadera profusión de mujeres descomunales, género del que parecen muy entusiastas los ruanenses. Una de esas mujeres acaba de enviar una afectuosa carta a la prensa local, invitando a los señores periodistas a que vayan a visitarla y disculpándose de no poder ir ella en persona, porque sus dimensiones le impiden toda salida.

"...De su gordura se lamenta, que a la orilla la amarra."

¡Se hundió Luis XIV!

Vienen después los luchadores: el simpático señor Bazin, que habla como los de la Comedia francesa, saludando al público con el índice.

Hay, además, un circo de monos, un circo de pulgas, un circo de caballos y cien curiosidades más de toda clase. Es un público especial: gente endomingada de la ciudad, de ademanes serios y moderados, pero armónicos, porque el hombre y la mujer actúan a un tiempo, con circunspecta gravedad, como si la Naturaleza los hubiese dotado de una misma manivela; gentes del campo, de ademanes todavía más lentos, pero cada uno con su movimiento propio, formando una pareja descompasada por la diversidad de sus ocupaciones; el varón, encorvado, arrastrando los pies; la mujer, contoneándose como si llevase cubos de leche.

Lo que en la feria de Saint-Romain hay de más notable es el olor, un olor que a mí me gusta, porque me acostumbré a él desde muy pequeño, pero que a ti, lector, te repugnaría, sin duda. Huele a arenques asados, a barquillos y a patatas cocidas.

Esto ocurre porque entre barraca y barraca, en todos los rincones, asan arenques al aire libre, pues estamos en lo más activo de la temporada pesquera, y se tuestan barquillos, se doran patatas, hermosas patatas normandas, en grandes platos estañados.

Oigo tocar una campana. Una emoción extraña me atenaza de pronto el corazón. Me asaltan dos recuerdos: el uno, de mis primeros años; el otro, de la adolescencia.

Pregunto al amigo que me compañía:

—¿Es siempre el mismo?

Mi amigo me comprende y contesta:

—Siempre es él o, mejor dicho, ellos. Porque aún figura el violín de Bouilhet.

No tardo en distinguir la tienda, la pequeña tienda de campaña, en la que se sigue tocando, lo mismo que en tiempos de mi niñez, la Tentación de San Antonio, que encantaba a Gustavo Flaubert y a Luis Bouilhet.

Un anciano de blancos cabellos, tan anciano y tan encorvado que a la impresión de ser centenario, conversa en la plataforma con un clásico polichinela. ¡Tenga usted en cuenta, señora, que también mis padres vieron esta Tentación de San Antonio, cuando tenían diez o doce años de edad! Y el que la exhibe es siempre el mismo hombre.

Por encima de su cabeza cuelga un cartelón que dice: "Se traspasa por motivos de salud." Si el pobre viejo no encuentra un interesado, desaparecerá el espectáculo ingenuo y raro que desde hace sesenta años es la diversión de todas las generaciones de pequeños normandos.

Subo los escalones de madera que se estremecen al pisarlos; quiero ver una vez más, quizá por última vez, el San Antonio de mi infancia.

En los bancos, unos pobres bancos escalonados, hay una muchedumbre de gente menuda, sentada y en pie, que chacharea y produce un rumor de multitud, un rumor de multitud de diez años. Los padres, acostumbrados a aquella obligación anual, permanecen callados. Algunos farolillos alumbran el oscuro interior de la barraca.

Se alza el telón.

Aparece en escena un fantoche de bastante tamaño haciendo gestos torpones, suspendido de los hilos.

Y de pronto, todas las cabecitas rompen a reír, las manos se agitan, los pies patalean sobre los bancos y de todas las bocas se escapan gritos gozosos, gritos agudos.

Experimento la sensación de que soy un niño más, que he entrado allí para ver, divertirme y tener fe, lo mismo que ellos. Encuentro dentro de mí bruscamente despiertas, todas las sensaciones de otros tiempos. En la alucinación del recuerdo, advierto que he vuelto a ser el mismo niño ante este mismo espectáculo de entonces.

Empieza a tocar el violín. Me levanto para verlo. También es el mismo: un viejo, muy enjuto, muy triste, con una larga melena blanca echada hacia atrás, y la cabeza abultada, inteligente y noble.

Recuerdo de pronto mi segunda visita a San Antonio. Tenía dieciséis años.

Cierto día —por aquel entonces yo era alumno del colegio de Ruán—, cierto día, digo, un jueves creo que era, subía yo por la calle de Bihorel, para visitar a mi ilustre y severo amigo Luis Bouilhet, con objeto de enseñarle unos versos míos.

Al entrar en el despacho del poeta y a través de la humareda, vi a dos hombres grandullones y voluminosos, hundidos en sus sillones y que fumaban y hablaban.

Frente a Luis Bouilhet estaba Gustavo Flaubert.

Conservé mis versos en el bolsillo y permanecí en un rincón, muy modosito, sentado en una silla, escuchando.

A eso de las cuatro, Flaubert se levantó.

—Ea —dijo—, acompáñame hasta el final de tu calle; Iré a pie hasta el barco.

Cuando llegamos al bulevar en donde se celebra la feria de Saint-Romain, exclamó de pronto Bouilhet

—¿Qué os parecería si diésemos una vuelta por las barracas?

Iniciaron un paseo despacioso, formando pareja, sobresaliendo entre todos por su estatura, divirtiéndose como dos niños, haciéndose mutuamente observaciones a propósito de las caras que se cruzaban con nosotros.

Con sólo ver las caras se imaginaban el carácter de los individuos, rehacían las conversaciones de las mujeres con sus maridos. Bouilhet representaba el papel de marido y Flaubert el de la mujer, sirviéndose de expresiones normandas, arrastrando las palabras y con la expresión de perpetuo asombro propia de las gentes de la región.

Cuando llegaron ante la barraca de San Antonio, dijo Bouilhet:

—Entremos a ver al violinista.

Y entramos.

Años después, muerto ya el poeta, publicó Gustavo Flaubert sus versos póstumos, las Dernières Chansons.

Hay entre ellas una poesía que lleva por título "Una barraca de feria". He aquí algunos fragmentos de la misma:

*¡Oh! ¡Qué triste que estaba el violinista,  
y cómo tiritaba en su rincón!  
La barraca de tablas oscilaba  
sacudía a la loma el ventarrón.*

*Antonio reza dentro de su cerca,  
sobre la frente echado el capuchón.  
Bailan los diablos. El cerdito corre,  
lleva atado en el rabo ardiente hachón.*

*Está pálido y triste el violinista;  
rasca el arco maldito con dolor;  
la levita parece aún más siniestra  
a la luz opalina del farol.*

*Como el antiguo coro multiforme,  
ha de hacer frente a complicada acción,  
abandonando, por decir un chiste,  
la (entre dientes) ya suelta maldición*

*Para ganar el pan de cada día,  
la pipa de la noche y el colchón  
duro; para vivir y ser un hombre,  
hay que cantar, ¡que siga la función!*

*Pero a veces el pobre violinista,  
transida el alma, triste en su rincón,  
a sus muñecos recamados de oro  
que no sufren, los mira con rencor.*

*Y después..., soñador empedernido,  
sabe que es todo efímera ilusión,  
y en la gloria de las apoteosisse  
calienta las manos sin rubor*

Al salir ahora de la barraca, me pareció volver a oír la voz sonora de Flaubert:  
—¡Pobre... hombre!  
Y la de Bouilhet, que respondía:  
—¡Sí! La vida no es alegre para todos.

*Le Gaulois*, 4 de diciembre de 1884

## *El regreso*

---

### I

El mar bate la costa con un vaivén monótono. Blancas nubecillas cruzan rápidamente sobre un cielo azul, como los pájaros, arrastradas por el viento, y el caserío, en un repliegue del valle que desciende hasta el mar, se calienta el sol.

La casa de los Martin-Levesque, aislada junto al camino, es una reducida vivienda de pescador, con paredes de barro y techo de paja; tiene frente a la puerta un jardincito grande como un pañuelo, donde crecen algunas cebollas, coles y perejil, todo ello rodeado por una cerca.

El hombre ha salido a pescar, la mujer está remendando las redes tendidas a lo largo del muro, como inmensa tela de araña. Una muchacha de catorce años, a la entrada del jardincito, sentada en una silla de anea, cuyo respaldo se apoyaba en la tapia, repasa la ropa, una ropa vieja, zurcida, estropeada, puros andrajos. Otra muchacha un poco menor tiene en brazos a una criatura de pocos meses, y dos niños, uno de dos y otro de tres años, este último echado en el suelo, hacen montones de tierra y se tiran barro.

Nadie habla. Sólo el pequeño se hace oír, llora con un sonsonete agudo. Un gato duerme acurrucado en la ventana, y los alhelíos abiertos forman, al pie del muro, un hermoso haz de flores blancas, a cuyo derredor zumba un enjambre de insectos.

La muchacha que repasa la ropa dice de pronto:

—¡Madre!

La mujer contesta:

—¿Qué quieres?

—¡Se acerca otra vez! Están inquietas desde muy temprano, porque anda rondando por allí un anciano que parece pordiosero. Le vieron al acompañar al padre a la barca, estaba sentado en la cuneta frente a la puerta. Al volver le hallaron aún contemplaba fijamente la casa.

Parecía enfermo y miserable. Había permanecido inmóvil más de una hora; luego, comprendiendo tal vez que infundía los celos que infunde un malhechor, se levantó y se fue arrastrando una pierna.

Pero pronto le vieron volver con paso fatigoso; volvió a sentarse algo más lejos, como para observarlas.

La madre y las muchachas tenían miedo.

La madre, sobre todo, de naturaleza débil y asustadiza, pensaba con horror que su hombre, Levesque no volvía de pescar hasta la noche.

Se llamaba Levesque el marido, a ella la llamaban Martín y eran conocidos por los Martin-Levesque. Veréis por qué razón ella se había casado con un pescador llamado Martin, que iba todos los veranos a Terranova a la pesca del bacalao.

A los dos años de matrimonio tenían una hija, y estaba embarazada de seis meses cuando la barca de tres palos Das Hermanas, en que iba su marido, naufragó.

No hubo más noticia; ninguno de los tripulantes apareció; se consideró todo perdido.

La Martin aguardó a su hombre durante diez años, educando y manteniendo penosamente a sus dos hijas; luego, como era muy trabajadora y buena mujer, un pescador de aquella costa, Levesque, viudo con un hijo, se casó con ella. Tuvieron dos hijos más en tres años.

Vivían humilde y trabajosamente. En aquella morada iba escaso el pan, y la carne casi era desconocida. En invierno, compraban al fiado en la panadería durante los meses borrascosos. Los niños crecían robustos, a pesar de la miseria.

La gente decía:

—Son muy buenos y muy honrados los Martín-Levesque. La Martín es trabajadora como ninguna, y Levesque no tiene igual en toda la costa.

## II

La muchacha, sentada junto al portillo del jardín, murmuró:

—Sin duda nos conoce. Debe de ser un pordiosero de Epreville o de Auzebore.

Pero la madre no se engañaba. No, no era nadie conocido en la región, era un extraño, uno que venía de lejos.

Como el pobre no se movía y fijaba obstinadamente los ojos en la casa de los Martín-Levesque, la mujer, enfurecida y envalentonada por el miedo mismo, cogió una vara y salió al portillo, amenazadora.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó al vagabundo.

El pobre respondió con la voz enronquecida:

—Tomo el fresco. ¿Estorbo?

Ella insistió:

—¿Por qué se puso usted de centinela como un espía delante de la casa?

El pobre dijo:

—No hago daño a nadie. ¿No está permitido sentarse a descansar?

No sabiendo qué responder, la Martín entró en su casa.

Hacia el mediodía, el hombre desapareció. A eso de las cinco pasó de nuevo. No le vieron más en toda la tarde.

Levesque regresó por la noche. Le contaron lo que ocurría, y dijo:

—Es algún ratero, algún tunante.

Y se acostó tranquilamente, mientras que su compañera pensaba en aquel vagabundo que la miraba de un modo tan extraño.

Al amanecer hacía mucho viento, y el pescador, decidiendo no salir al mar, se puso a recoser las redes con su esposa.

A eso de las ocho, la hija mayor, una Martín, que había ido a comprar pan, volvió corriendo aterrada, gritando:

—¡Madre! ¡Ya vuelve! ¡Ya vuelve!

La madre se conmovió, y, pálida le dijo a su hombre:

—Háblale tú, Levesque, hasta conseguir que se vaya; esto me desespera.

Y Levesque, un marinerazo de barba espesa y rubia, de ojos azules con un punto negro, ancho y robusto cuello, vestido siempre con blusa de lana para resguardarse del viento y de la lluvia, salió tranquilamente, aproximándose al vagabundo.

Y hablaron.

La madre y los hijos los observaban desde lejos, ansiosos y agitados.

De pronto, el desconocido se levantó, dirigiéndose con Levesque hacia la casa.

La Martín, espantada, retrocedió. Su hombre le dijo:

—Dale un pedazo de pan y un vaso de sidra; no ha comido nada desde anteayer.

Y los dos entraron en la vivienda, seguidos por la mujer y por los hijos. El vagabundo, sentándose, comenzó a comer con la cabeza baja.

La mujer, en pie, lo observaba; las dos muchachas, las de Martín, pegadas a la puerta, llevando la mayor al pequeñuelo en brazos, clavaban ansiosamente sus ojos en el pobre, y los dos niños, acurrucados junto a la chimenea, dejaron de jugar con el ahumado puchero para fijarse también en el desconocido.

Levesque, tomando una silla, le preguntó:

—¿Viene usted de muy lejos?

—Vengo de Séte.

—¿A pie?

—Sí, a pie. Cuando no hay recursos, la necesidad obliga.

—Y ¿adónde va usted?

—Aquí.

—¿Conoce usted a alguien del pueblo?

—Es posible.

Callaron. Comía lentamente, a pesar del hambre, y bebía de cuando en cuando un sorbo de sidra. Su rostro estaba envejecido, arrugado, con señales de hondo sufrimiento.

Levesque le preguntó con brusquedad:

—¿Cómo se llama?

El pobre contestó, sin levantar la cabeza:

—Me llamo Martín.

Un extraño temblor sacudió a la madre. Avanzó un paso, como para ver de más cerca al vagabundo, y se quedó frente a él con los brazos caídos y la boca abierta. Nadie hablaba.

Levesque dijo, al fin.

—¿Es usted de aquí?

El pobre respondió:

—Soy de aquí.

Y como al decir esto alzó la cabeza, sus ojos y los de la mujer se encontraron, mirándose fijamente, confundiendo sus miradas en una sola.

Y ella balbució, temblando, angustiosamente:

—¿Serás tú mi marido?

El pobre dijo con calma:

—Sí, yo soy.

No se movió; seguía comiendo el pan.

Levesque, más extrañado que conmovido, insistió:

—¿Eres tú Martín?

Y el pobre dijo sencillamente:

—Sí, yo soy.

El segundo marido preguntó:

—¿De dónde vienes?

El primero dijo:

—De la costa de África. Embarrancamos, y sólo pudimos llegar a la orilla tres: Picard, Vatinel y yo. Nos cogieron los salvajes; Picard y Vatinel murieron; yo estuve doce años prisionero de los salvajes. Un viajero inglés me ha rescatado y me llevó a Séte. Aquí estoy.

La Martín lloraba, cubriéndose la cara con el delantal.

Levesque dijo:

—¿Qué haremos ahora?

Martín preguntó:

—¿Estás casado con ella?

Levesque respondió:

—Sí, nos casamos.

Se miraron en silencio.

Entonces Martín, viendo a los niños que le rodeaban, señalando a las dos niñas mayores, dijo:

—¿Son las mías?

—Si, las tuyas.

Ni se levantó, ni las acarició, limitándose a decir:

—¡Cuánto han crecido!

Levesque preguntó:

—¿Qué haremos?

Martín, perplejo, no sabía qué resolver. Por fin se decidió:

—No quiero perjudicarte. Arreglémoslo todo. Hay dos hijos, y tuyos tres. La mujer, ¿será tuya, será mía? Resuelve a tu gusto. Pero la casa es mía, porque mi padre me la dejó, porque nací en ella, y los papeles están en la notaría.

La Martin seguía llorando, y, tapándose la cara con su delantal azul, sollozaba. Las dos muchachas, acercándose más, contemplaban a su padre con inquietud. En cuanto acabó el pan, dijo:

—¿Qué resolvemos?

Levesque tuvo una idea.

Vamos a casa del señor cura y que decida él.

Levantóse Martin, y la mujer se arrojó sobre su pecho sollozando:

—Mi pobre Martin, ya viniste! Mi pobre Martin, ¡ya estás en casa!

Y lo oprimía entre los brazos, poseída bruscamente por los recuerdos amorosos de muchos años atrás, que la recordaban su juventud y sus primeras caricias.

Martín, emocionado, le dio un beso en la cabeza. Los dos pequeños, en la chimenea, empezaron a berrear viendo que su madre lloraba, y el de mantillas, en brazos de la menor de las Martín, chillaba como un pífano descompuesto.

Levesque, en pie, aguardaba, y dijo:

—Vamos, hay que arreglarlo todo.

Separándose de Martin, la mujer dijo a las muchachas:

—Abrazad a vuestro padre.

Se aproximaron a él con los ojos secos, muy sorprendidas y algo temerosas. El hombre las besó en las mejillas. Al ver de cerca el rostro del desconocido, el pequeñuelo lanzó convulsivamente gritos atronadores.

Luego los dos hombres salieron juntos.

Al pasar frente al café del Comercio, Levesque preguntó a Martin:

—¿Quieres que tomemos una copa?

—Bueno —contestó el vagabundo.

Entraron, se sentaron y Levesque llamó.

—¡Eh! ¡Mozo! Dos copitas de aguardiente.

Cuando el camarero vino con el servicio que le habían pedido, Levesque le dijo:

—Mira, Martin ha vuelto, ¿sabes? Martin el de mi mujer, el de la barca Dos Hermanas que se perdió hace muchos años.

El mozo, aproximándose con dos vasos y una botella, preguntó sencillamente:

—¡Hola! ¿Conque apareció Martin?

Y el repatriado contestó:

—Aquí me tienes.



# *La reina Hortensia*

---

*La reine Hortense*

La llamaban, en Argenteuil, la reina Hortensia. Nadie supo jamás por qué. ¿Acaso porque hablaba con energía, como un oficial que da órdenes? ¿Acaso porque era alta, huesuda, imperiosa? ¿Acaso porque gobernaba un pueblo de animales domésticos, gallinas, perros, gatos, canarios y cotorras, esos animales tan caros a las solteras? Pero no tenía con aquellos animales familiares ni mimos, ni palabras cursis, ni esas pueriles ternuras que parecen fluir de los labios de las mujeres sobre el pelaje aterciopelado del gato que ronronea. Gobernaba a sus bichos con autoridad, reinaba sobre ellos.

Era una solterona, en efecto, una de esas solteras de voz cascada, gesto seco, cuya alma parece dura. No admitía jamás contradicción, ni réplica, ni vacilación, ni indolencia, ni pereza, ni fatiga. Nunca se la había oído quejarse, añorar lo que fuese, envidiar a cualquiera. Decía: "A cada cual lo suyo", con una convicción de fatalista. No iba a la iglesia, no le gustaban los curas, no creía en Dios, llamaba a todas las cosas religiosas "mercancía de llorones".

En los treinta años que llevaba viviendo en su casita, precedida por un pequeño jardín que bordeaba la calle, jamás había modificado sus costumbres, cambiando sólo despiadadamente de criadas, cuando éstas cumplían veintiún años.

Reemplazaba sin lágrimas ni disgustos a sus perros, sus gatos y sus pájaros cuando morían de viejos o por accidente, y enterraba a los animales difuntos en un arriate, con una pequeña layá, y luego amontonaba la tierra encima con unas cuantas patadas indiferentes.

Tenía en la ciudad algunas amistades, familias de empleados cuyos hombres iban a París todos los días. De vez en cuando, la invitaban a ir a tomar una taza de té al atardecer. Se dormía inevitablemente en aquellas reuniones, había que despertarla para que volviese a su casa. Jamás permitió que nadie la acompañase, pues no tenía miedo ni de día ni de noche. No parecían gustarle los niños.

Ocupaba su tiempo en mil tareas masculinas, carpintería, jardinería, cortaba madera con la sierra o el hacha, reparaba su casa envejecida, e incluso hacía de albañil cuando era preciso.

Tenía unos parientes que venían a verla dos veces al año: los Cimme y los Colombel, pues sus dos hermanas se habían casado una con un herbolario, otra con un modesto rentista. Los Cimme no tenían descendencia; los Colombel poseían tres hijos: Henri, Pauline y Joseph. Henri contaba veinte años, Pauline diecisiete y Joseph sólo tres años, al haber llegado cuando parecía imposible que su madre fuera todavía fecundada.

La solterona no se sentía unida por la menor ternura a sus parientes.

En la primavera del año 1882, la reina Hortensia cayó enferma de repente. Los vecinos fueron a buscar un médico, al que ella despidió. Al presentarse entonces un sacerdote, salió de la cama semidesnuda para arrojarlo a la calle.

La criadita, desolada, le hacía tisanas.

Al cabo de tres días de cama, la situación pareció agravarse tanto que el tonelero de al lado, por consejo del médico, que había vuelto de manera imperativa a la casa, se encargó de avisar a las dos familias.

Estas llegaron en el mismo tren hacia las diez de la mañana, y los Colombel traían al pequeño Joseph.

Cuando se presentaron en la entrada del jardín, lo primero que vieron fue a la criada que lloraba, en una silla, junto a la pared.

El perro dormía acostado en el felpudo de la puerta de entrada, bajo un ardiente sol; dos gatos, que parecían muertos, estaban tumbados en el alféizar de las dos ventanas, los ojos cerrados, las patas y la cola extendidas todo a lo largo.

Una gorda gallina cloqueante paseaba un batallón de polluelos, revestidos de plumón amarillo, tan ligero como el algodón, a través del pequeño jardín; y una gran jaula colgada del muro, cubierta de álsine, contenía toda una tribu de pájaros que se desgañitaban a la luz de aquella cálida mañana de primavera.

Dos inseparables, en otra jaulita en forma de chalet, permanecían tan tranquilos, uno al lado del otro en su travesaño.

El señor Cimme, un gordísimo personaje resoplante, que entraba siempre el primero en todas partes, apartando a los otros, hombres o mujeres, cuando era preciso, preguntó:

"¿Qué, Céleste? ¿La cosa no marcha?"

La criadita gimió entre lágrimas:

"Ya ni me reconoce. El médico dice que es el fin".

Todos se miraron.

La señora Cimme y la señora Colombel se abrazaron al instante, sin decir una palabra. Se parecían mucho, pues siempre habían llevado bandós lisos y chales rojos, casimires franceses refulgentes como brasas.

Cimme se volvió hacia su cuñado, hombre pálido, amarillo y flaco, consumido por una dolencia de estómago, y que cojeaba espantosamente, y pronunció con tono serio:

"¡Caramba! Ya era hora".

Pero nadie se atrevía a penetrar en la habitación de la moribunda, situada en la planta baja. Hasta el propio Cimme cedía el paso a los otros. Fue Colombel quien se decidió primero, y entró balanceándose como un mástil de navío, haciendo resonar en las baldosas la contera de su bastón.

Las dos mujeres se aventuraron a continuación, y el señor Cimme cerró la marcha.

El pequeño Joseph se había quedado fuera, seducido por la vista del perro.

Un rayo de sol cortaba en dos la cama, iluminando precisamente las manos que se agitaban nerviosamente, abriéndose y cerrándose sin cesar. Los dedos se movían como si un pensamiento los hubiera animado, como si hubieran significado cosas, indicado ideas, obedecido a una inteligencia. Todo el resto del cuerpo permanecía inmóvil bajo la sábana. El anguloso rostro no tenía un estremecimiento. Los ojos estaban cerrados.

Los parientes se desplegaron en semicírculo y empezaron a mirar, sin decir una palabra, el pecho oprimido, la respiración entrecortada. La criadita los había seguido y continuaba lloriqueando.

Al final, Cimme preguntó:

"¿Qué ha dicho exactamente el médico?"

La sirvienta balbució:

"Dice que la dejemos tranquila, que no hay nada que hacer".

Pero, de pronto, los labios de la solterona empezaron a agitarse. Parecían pronunciar palabras silenciosas, palabras escondidas en aquella cabeza de moribunda, y las manos precipitaban su movimiento singular.

De repente habló con una vocecita endeble que nadie reconocía, con una voz que parecía venir de lejos, ¿acaso del fondo de aquel corazón siempre cerrado?

Cimme se marchó de puntillas, juzgando penoso el espectáculo. Colombel, cuya pierna lisiada se fatigaba, se sentó.

Las dos mujeres se quedaron en pie.

La reina Hortensia parloteaba ahora muy de prisa sin que se comprendiera nada de sus palabras. Pronunciaba nombres, muchos nombres, llamaba tiernamente a personas imaginarias.

"Ven aquí, Philippe, pequeñín, besa a tu madre. Tú quieres mucho a mamá, ¿verdad, hijo mío? Y tú, Rosa, vas a cuidar de tu hermanita mientras yo salgo. Sobre todo, no la dejes sola, ¿me oyes? Y te prohíbo que toques las cerillas".

Callaba unos segundos, y después, con un tono más alto, como si estuviera llamando: "¡Henriette!". Esperaba un poco, y proseguía: "Dile a tu padre que venga a hablar conmigo antes de irse a la oficina". Y de pronto:

"Estoy un poco indispuesta hoy, cariño; prométeme que no volverás tarde. Dile a tu jefe que estoy enferma. Comprenderás que es peligroso dejar solos a los niños cuando estoy en la cama. Para cenar te haré una fuente de arroz con leche. A los niños les encanta. ¡Qué contenta se pondrá Claire! "

Se echaba a reír, con una risa joven y bulliciosa, como nunca se había reído: "Mira a Jean, qué carita tiene. Se ha embadurnado de mermelada, ¡el muy sucio! Mira, cariño, ¡qué gracioso está! "

Colombel, que cambiaba de posición a cada momento la pierna cansada por el viaje, murmuró:

"Sueña que tiene hijos y un marido, es la agonía que comienza".

Las dos hermanas seguían sin moverse, sorprendidas y atónitas.

La criadita pronunció:

"Tienen que quitarse los chales y los sombreros, ¿quieren pasar a la sala?".

Ellas salieron sin haber pronunciado una palabra. Y Colombel las siguió cojeando, dejando de nuevo completamente sola a la moribunda.

Cuando se hubieron desembarazado de sus ropas de viaje, las mujeres se sentaron por fin. Entonces uno de los gatos dejó su ventana, se estiró, saltó a la sala, y después a las rodillas de la señora Cimme, que se puso a acariciarlo.

Se oía al lado la voz de la agonizante, viviendo, en esta última hora, la vida que había esperado sin duda, viviendo sus propios sueños en el momento en que todo iba a acabar para ella.

Cimme, en el jardín, jugaba con el pequeño Joseph y el gato, divirtiéndose mucho, con una alegría de hombre gordo en pleno campo, sin el menor recuerdo de la moribunda.

Pero de repente entró en la casa y, dirigiéndose a la criada:

"Oye, hija mía, danos algo de almorzar. ¿Qué vais a tomar vosotras?"

Acordaron que una tortilla, un trozo de solomillo con patatas nuevas, queso y una taza de café.

Y como la señora Colombel hurgaba en su bolsillo buscando el portamonedas, Cimme la detuvo; después, volviéndose a la criada: "¿Tú debes de tener dinero?". Ella respondió:

"Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Quince francos.

—Bastará. Date prisa, hija mía, empiezo a tener hambre".

La señora Cimme, mirando en el exterior las flores trepadoras bañadas en sol, y dos palomas enamoradas sobre el tejado de enfrente, pronunció con aire consternado:

"Es una desgracia haber venido por una circunstancia tan triste. ¡Se estaría tan bien hoy en el campo!".

Su hermana suspiró sin responder y Colombel murmuró, emocionado acaso por la idea de una marcha:

"La pierna me molesta tremendamente".

El pequeño Joseph y el perro hacían un ruido terrible; uno lanzando gritos de gozo, otro ladrando a más no poder. Jugaban al escondite alrededor de tres arriates, corriendo como locos el uno detrás del otro.

La moribunda seguía llamando a sus hijos, charlando con cada cual, imaginándose que los vestía, que los acariciaba, que les enseñaba a leer: "Vamos! Simón, repite: A B C D. No lo dices bien, veamos, D D D, ¿me oyes? Repítelo. . ."

Cimme pronunció: "Es curioso lo que uno dice en esos momentos".

La señora Colombel preguntó entonces:

"¿No valdría más volver a su lado?". Pero Cimme la disuadió en seguida:

"¿Para qué, ya que no puede usted hacer nada por ella? Estamos igual de bien aquí".

Nadie insistió. La señora Cimme examinó los dos pájaros verdes, llamados inseparables. Alabó con unas cuantas frases aquella fidelidad singular y censuró a los hombres por no imitar a aquellos animales. Cimme se echó a reír, miró a su mujer, canturreó con aire de guasa: "Tra-la-la. Tra-la-la", como dando a entender muchas cosas sobre su fidelidad, la suya, la de Cimme.

Colombel, a quien le estaban dando dolores de estómago, golpeaba el pavimento con su bastón.

El otro gato entró con la cola levantada.

Hasta la una no se sentaron a la mesa.

En cuanto hubo probado el vino, Colombel, a quien le habían recomendado que no bebiera más que buen burdeos, llamó a la sirvienta:

"Oye, hija mía, ¿es que no hay nada mejor que esto en la bodega?"

—Sí, señor, hay del vino fino que les servíamos cuando venían ustedes.

—¡Bueno!, pues ve a buscarnos tres botellas."

Probaron aquel vino, que les pareció excelente; no es que procediera de un caldo muy notable, pero llevaba quince años en la bodega. Cimme declaró: "Es un auténtico vino de enfermo."

Colombel, asaltado por unos deseos ardientes de poseer aquel burdeos, interrogó de nuevo a la criada:

"¿Cuánto queda, hija mía?"

—¡Oh!, casi todo, señor; la señorita no lo bebía nunca. Es el montón del fondo."

Entonces él se volvió hacia su cuñado:

"Si quiere usted, Cimme, le cambio ese vino por otra cosa, le va de maravilla a mi estómago."

La gallina había entrado a su vez con su bandada de polluelos; las dos mujeres se divertían echándoles migas.

Mandaron de nuevo al jardín a Joseph y al perro, que habían comido ya bastante.

La reina Hortensia seguía hablando, pero en voz baja ahora, de manera que no se distinguían las palabras.

Cuando acabaron el café, todos fueron a comprobar el estado de la enferma. Parecía calmada.

Salieron y se sentaron en círculo en el jardín para la digestión.

De repente el perro empezó a girar alrededor de las sillas con toda la rapidez de sus patas, llevando algo en la boca. El niño corría tras él a todo correr. Ambos desaparecieron en la casa.

Cimme se durmió con la barriga al sol.

La moribunda volvió a hablar en voz alta. Después, de repente, gritó.

Las dos mujeres y Colombel se apresuraron a entrar para ver qué tenía. Cimme, despertado, ni se molestó, pues no le gustaban esas cosas.

Ella se había sentado, con los ojos extraviados. Su perro, para escapar a la persecución del pequeño Joseph, había saltado sobre la cama, pasando por encima de la agonizante; y, parapetado tras la almohada, miraba a su compañero con ojos brillantes, dispuesto a saltar de nuevo para comenzar la partida. Llevaba en la boca una de las zapatillas de su ama, destrozada por sus colmillos, desde hacía una hora que jugaba con ella.

El niño, intimidado por aquella mujer que se alzaba de pronto ante él, permanecía inmóvil frente al lecho.

La gallina, que también había entrado, amedrentada por el ruido, había saltado a una silla; y llamaba desesperadamente a sus polluelos que piaban, asustados, entre las cuatro patas del asiento.

La reina Hortensia gritaba con voz desgarradora:

"¡No, no, no quiero morir, no quiero! ¡No quiero! ¿Quién criará a mis hijos? ¿Quién cuidará de ellos? ¿Quién los querrá? No, ¡no quiero!... no..."

Cayó de espaldas. Se había acabado.

El perro, muy excitado, saltó de un brinco de la cama.

Colombel corrió a la ventana, llamó a su cuñado:

"Venga enseguida, venga enseguida. Creo que acaba de morir."

Entonces Cimme se levantó y, resignándose, penetró en el cuarto balbuciendo:

"Ha sido menos largo de lo que me temía."

*Gil Blas*, 24 de abril de 1883

# *La reliquia*

---

*La relique*

Señor abate Louis de Ennemare. Soisson.

”Mi querido abate: Mi boda con tu prima se ha roto, y de la manera más necia, por una broma pesada que le jugué casi involuntariamente a mi prometida.

“Recurro a ti, mi viejo camarada, en el lío en que me encuentro, ya que tú puedes sacarme de él. Y te quedaré eternamente reconocido por ello.

“Tú conoces a Gilberte, o más bien crees conocerla; pues, ¿se conoce nunca a las mujeres? Todas sus opiniones, sus creencias, sus ideas son sorprendentes, llenas de vueltas y revueltas, de imprevistos, de razonamientos incomprensibles, de lógica a contrapelo, de terquedades que parecen definitivas y que ceden porque un pajarillo ha llegado a posarse en el borde de una ventana.

“No tengo ni que decirte que tu prima es extremadamente religiosa, educada por las damas blancas o negras de Nancy.

“Todo esto tú lo sabes mejor que yo. Lo que ignoras, sin duda, es que es tan exaltada en todo como en religión. Su pensamiento vuela a la manera de una hoja, haciendo cabriolas en el viento; y es una mujer, o más bien una joven, que como ninguna otra tan pronto está contenta o enojada, pasando rápidamente del cariño al odio, y al revés; y es bonita..., como sabes; y mucho más deliciosa de lo que se puede decir..., y como tú no sabrás nunca.

“Pues bien, estábamos prometidos y la adoraba como la adoro aún; y ella parecía quererme.

“Una noche, recibí un despacho para que fuera a Colonia a una consulta, que tal vez iría seguida de una operación grave y difícil. Como tenía que salir al día siguiente, corrí a despedirme de Gilberte y decirle por qué no comería en casa de mis futuros suegros el miércoles, sino el viernes, día de mi regreso. ¡Ah, ten cuidado con los viernes, te aseguro que son funestos!

“Cuando le hablé de mi marcha, se le vinieron las lágrimas a los ojos; pero, en cuanto le dije que estaría en seguida de regreso, comenzó a dar palmaditas y exclamó: “¡Qué felicidad! ¿Me traerás alguna cosa? Nada, un simple recuerdo, pero un recuerdo elegido para mí. Hay que adivinar lo que me causará más placer, ¿comprendes? Así veré si tienes imaginación”, y tras de reflexionar unos segundos, añadió: “Te prohíbo que te gastes en él más de veinte francos. Quiero solamente que me conmueva y me impresione la intención y la inventiva, señor, no el precio.” Luego, tras un nuevo silencio, me dijo a media voz, con los ojos bajos:

“Si te cuesta poco dinero y es algo agradable y exquisito, te... te besaré.”

“Al día siguiente estaba en Colonia. Se trataba de un accidente terrible que había causado un gran disgusto a toda una familia. Era urgente una amputación. Se me alojó, se me encerró casi; no veía nada *más* que gente llorando y gritando tan desesperadamente que me ensordecían; operé a un moribundo, a quien faltó muy poco para que se me muriese entre las manos; permanecí dos noches a su lado, y cuando vi que estaba fuera de peligro, me hice conducir a la estación.

“Pero me había equivocado, y llegué una hora antes de la salida del tren. Erraba por las calles pensando aún en mi pobre enfermo, cuando me abordó un individuo.

“Yo no sé alemán; él no sabía francés; por fin, comprendí que me proponía unas reliquias. El recuerdo de Gilberte me atravesó el corazón. Había encontrado su regalo,

pues conocía su fanática devoción. Seguí al hombre a un almacén de objetos de santidad y elegí un “trocito de hueso de las once mil vírgenes”.

“La pretendida reliquia estaba encerrada dentro de una bonita caja de plata vieja, lo que decidió mi elección.

“Metí el objeto en mi bolsillo y subí al vagón.

“Al entrar en mi casa, se me ocurrió examinar de nuevo mi compra. La saco, y... ¡la caja estaba abierta y la reliquia se había perdido! Por más que rebusqué en mi bolsillo, lo volví y lo revolví, no encontré nada: el huesecito, de un tamaño como la mitad de un alfiler, había desaparecido.

“Yo tengo una fe muy tibia, como tú sabes, mi querido abate; mas tienes la grandeza de alma de tolerar mi tibieza y de dejarme en paz, esperando el porvenir, como dices; pero soy absolutamente incrédulo en las reliquias que venden esos chamarileros de la fe; y tú compartes mis absolutas dudas a este respecto. Por tanto, la pérdida de esta partícula de esqueleto de un cordero no me desoló en nada; y me procuré, sin ningún esfuerzo, un fragmento análogo, que ajusté cuidadosamente en el interior de mi joya.

“Y fui a casa de mi prometida.

“En cuanto me vio entrar, se abalanzó hacia mí, anhelante y sonriente: “¿Qué me has traído?” Puse cara de habérseme olvidado, pero no me creyó. Me hice de rogar, de suplicar incluso, y cuando la vi ya loca de curiosidad, le ofrecí el santo medallón. Se puso loca de júbilo. “¡Una reliquia; oh, una reliquia!” Y besaba apasionadamente la caja. Me dio vergüenza de mi superchería.

“Mas de pronto le surgió una ligera inquietud, que en seguida se convirtió en un temor horrible; y mirándome al fondo de los ojos, me dijo: “¿Estás seguro de que es auténtica?” “Completamente seguro.” “¿Y por qué?” Estaba pillado. Confesar que había comprado ese hueso a un vendedor de la calle, era perderme. ¿Qué decir, pues? Una idea loca me cruzó por la mente, y respondí bajito y con tono misterioso: “La he robado para ti.”

“Me contempló con sus grandes ojos encantados y maravillados. “¿La has robado? ¿Y dónde?” “En la catedral, en el relicario mismo de las once mil vírgenes.” Su corazón latía agitado, y desfalleciendo de dicha, murmuró: “¡Oh, has hecho eso... por mí! ¡Cuéntame..., dímelo todo!” Había empezado, y no podía retroceder ya. Inventé una historia fantástica con unos detalles precisos y sorprendentes. Le dije que había dado cien francos al guardián del edificio para visitarlo solo; el relicario estaba en reparación, pero había ido precisamente a la hora en que estaban comiendo los obreros y el clero: y al levantar un panel de madera, que volví a ajustar cuidadosamente, pude coger un pequeño huesecito, ¡y tan pequeño!, en medio de una gran cantidad de otros muchos (dije una gran cantidad pensando en lo que deben dar los restos de los once mil esqueletos de vírgenes). Después, me fui a la casa de un orfebre y compré una joya digna de la reliquia.

“No me disgustó decirle que el medallón me había costado quinientos francos. Pero ella no pensaba apenas en eso; me escuchaba trémula, en éxtasis. Y murmuró: “¡Cuánto te quiero! “, y se dejó caer en mis brazos. Date cuenta de esto: yo había cometido por ella un sacrilegio. Había robado; había violado una iglesia, violado un relicario; había violado y robado unas reliquias sagradas. Y me adoraba por eso; me veía enamorado, perfecto, divino. Así es la mujer, mi querido abate, todas las mujeres.

“Durante dos meses, fui el más admirable de los novios. Había preparado en su habitación una especie de capilla magnífica para colocar en ella esa partícula de costillita que, según creía, me había hecho cometer ese divino crimen de amor; y se exaltaba ante ella, de la noche a la mañana.

“Le había rogado que guardase el secreto, por temor, le decía, de verme detenido,

condenado y entregado a Alemania. Y había cumplido su palabra.

“Pero he aquí que a comienzos de este verano le entraron unos deseos locos de ir a ver el lugar de mi hazaña. Le rogó tanto y tanto a su padre (sin confesarle su secreta razón) que la llevó a Colonia, ocultándome este viaje, según el deseo de su hija.

“No tengo necesidad de decirte que no he visto la catedral por dentro. Ignoro dónde está la tumba (¿hay tumba?) de las once mil vírgenes. Se cree, ¡ay!, que este sepulcro es inaccesible.

“A los ocho días, recibí una carta de diez líneas deshaciendo nuestro compromiso: y una carta explicativa de su padre, confidente tardío.

“Por sólo el aspecto del relicario, había comprendido mi superchería, mi mentira, y al mismo tiempo, mi real inocencia. Al preguntar al guardián de las reliquias si se había cometido algún robo, éste se echó a reír, demostrándole la imposibilidad de semejante intento.

“Y desde el momento en que yo no había fracturado un lugar sagrado ni metido mi mano profana en medio de unos restos venerables, ya no era digno de mi rubia y exquisita prometida.

“Se me prohibió la entrada en la casa. Por más que rogué y supliqué, no logré enternecer a la hermosa devota.

“Caí enfermo de tristeza.

“Mas, la semana pasada, su prima, que es también la tuya, *madame* de Arville, me rogó que fuese a verla.

“He aquí las condiciones de su perdón. Tengo que llevarle una reliquia, pero una reliquia verdadera y auténtica, certificada por nuestro santo padre el Papa, de una virgen y mártir cualquiera.

“Me voy a volver loco de perplejidad y de inquietud.

“Iría a Roma si fuese preciso. Pero no puedo presentarme al Papa de improviso y relatarle mi necia aventura. Y, además, dudo que se confíen a los particulares reliquias verdaderas.

“¿No podrías recomendarme a algún monseñor o aunque sólo fuese a un prelado francés, propietario de fragmentos de una santa? ¿Tú mismo, acaso, no tendrás en tus colecciones el precioso objeto que se me reclama?

“¡Sálvame, mi querido abate, y te prometo convertirme diez años más pronto!

“*Madame* de Arville, que toma el asunto muy en serio, me ha dicho: “La pobre Gilberte no se casará jamás.”

“Mi buen camarada, ¿dejarás morir a tu prima víctima de una estúpida farsa? Te lo suplico, haz que no sea la once mil una virgen.

“Perdona, soy indigno; pero te abrazo y te quiero de todo corazón, tu viejo amigo,  
HENRY PONTAL.”

MAUFRIGNEUSE

*Gil Blas*, 17 de octubre de 1882



# ***El repartidor de agua bendita***

---

*Le donneur d'eau bénite*

En otros tiempos vivía a la entrada del pueblo, en una casita al lado de una gran carretera. Se había establecido como carretero después de su matrimonio con la hija de un granjero de la comarca, como ambos trabajaban duro, llegaron a amasar una pequeña fortuna. Lo único que les apesadumbraba era no tener hijos. Por fin tuvieron uno al que llamaron Jean a quien acariciaban constantemente, arropándolo con su amor, amándolo con tal ternura que no podían pasar una hora sin verlo.

Cuando Jean tenía cinco años, pasaron por la región unos saltimbanquis que montaron sus barracas en la plaza del ayuntamiento.

Él, que los había visto, se escapó de casa, y su padre, después de haberlo buscado durante bastante tiempo, lo encontró lanzando grandes risotadas, sentado en las rodillas de un viejo payaso, entre las cabras sabias y los perros acróbatas.

Tres días más tarde, a la hora de la cena, justo en el momento de sentarse a la mesa, el carretero y su mujer se dieron cuenta de que su hijo no estaba en casa. Lo buscaron por el jardín y, como no lo encontraron, el padre, se puso al borde de la carretera y gritó con todas sus fuerzas: "¿Jean?" —La noche se echaba encima; el horizonte se llenaba de una bruma oscura que empujaba los objetos hacia una lejanía tenebrosa y amedrentadora. Muy cerca de allí, tres grandes pinos parecían llorar. Nadie respondía; pero parecía como si en el aire se percibieran unos gemidos confusos. El padre los escuchó durante largo tiempo siempre queriendo creer que se oía algo, unas veces a su derecha, otras a su izquierda, y como si hubiera perdido la cabeza, se sumergía en la noche llamando sin cesar: "¿Jean?" "¿Jean?"

Así dio vueltas toda la noche, llenando con sus gritos las tinieblas, espantando a los animales vagabundos, asolado por una terrible angustia y creyendo enloquecer por momentos. Su mujer se quedó llorando, sentada en el quicio de la puerta, hasta el amanecer.

Su hijo no apareció.

A partir de aquel momento empezó para ellos la rápida vejez de una tristeza sin consuelo.

Al final acabaron vendiendo su casa y se lanzaron directamente a la búsqueda.

Preguntaron, en los pueblos a los campesinos y a las autoridades en las ciudades. Pero hacía ya mucho tiempo que su hijo estaba perdido; nadie sabía nada; sin duda él mismo habría ya olvidado su nombre y el de su pueblo; y ellos aun sin esperanza, seguían llorando.

Llegó un momento en el que el dinero se acabó; entonces se pusieron a trabajar de jornaleros en las granjas y las posadas para suplir sus modestas necesidades, viviendo de los restos de los demás, durmiendo en suelo duro y pasando frío. Pero como a costa de tantas fatigas se habían debilitado cada vez más ya nadie los quería para trabajar por lo que se vieron obligados a mendigar por los caminos. Se acercaban al paso de los viandantes con la cara triste y voz suplicante; imploraban un mendrugo de pan a los segadores que comían al mediodía bajo un árbol en medio de la llanura; y comían en silencio, sentados al borde de la cuneta.

Un día un mesonero, a quién habían relatado su desgracia, les dijo: "yo conocía también a uno que había perdido a su hija y la encontró en París".

Inmediatamente se pusieron en camino hacia París.

Cuando entraron en la gran ciudad se quedaron impresionados por su inmensidad y por la multitud que pasaba.

Entonces se dieron cuenta de que él debía de encontrarse en medio de todos aquellos hombres pero no sabían como arreglárselas para buscarlo. Además temían también no reconocerlo pues hacía ya catorce años que no lo habían visto.

Recorrieron todas las plazas, todas las calles, se pararon en todos los amontonamientos que vieron, esperando un encuentro providencial, algún prodigio del azar, la piedad del destino.

A menudo andaban al paso de la gente, uno al lado del otro, con un aspecto tan triste y pobre que les daban limosnas sin haberlo pedido.

Todos los domingos se pasaban el día en la puerta de las iglesias, buscando en los rostros de la gente algún lejano parecido. Varias veces creyeron reconocerlo, pero siempre se equivocaban.

En el umbral de una de las iglesias que frecuentaban había un repartidor de agua bendita que se hizo amigo suyo. Su historia era también muy triste y la pena que sentían por él hizo nacer una gran amistad. Acabaron viviendo los tres juntos en un cuchitril en lo alto de una casa grande situada a las afueras en pleno campo, y el carretero a veces sustituía a su nuevo amigo en la iglesia cuando éste estaba enfermo. Llegó un invierno muy duro. El pobre aspergista murió y el cura de la parroquia que era conocedor de su desgracia, designó al carretero para reemplazarlo.

A partir de aquel entonces venía todas las mañanas a sentarse en el mismo sitio, en la misma silla, sobando con el frote de su espalda la columna en la que se apoyaba. Miraba fijamente cada hombre que veía entrar, y esperaba el domingo con la impaciencia de un escolar porque ese día la iglesia estaba siempre a rebosar.

Se hizo muy viejo, se debilitaba todavía más con la humedad de aquellas bóvedas; y su esperanza se hacía migas cada día.

Ahora conocía ya a todos los que venían a los oficios; conocía la hora, las costumbres, reconocía sus pasos sobre las losas.

Su existencia era tan encogida que la entrada de un extraño en la iglesia era para él todo un acontecimiento. Un día entraron dos señoras, una anciana y una joven. Probablemente madre e hija.

Detrás de ellas apreció un hombre que las seguía. Los saludó a la salida y, después de ofrecerles el agua bendita, tomó por el brazo a la anciana.

"Debe de ser el prometido de la joven" pensó el carretero.

Y estuvo todo el día buscando entre sus recuerdos dónde podía haber visto él un hombre del mismo parecido. Pero aquel que le venía a la memoria debía de ser ahora ya un anciano, porque le parecía que lo había conocido en su juventud.

Este mismo hombre volvió a menudo a acompañar a las dos damas, y este parecido vago, alejado y familiar que no conseguí recordar molestaba tanto al repartidor de agua bendita, que hizo venir a su mujer con él para ayudar a su debilitada memoria.

Una tarde, al anochecer, los extraños entraron los tres juntos. En cuanto hubieron pasado:

"¿Que¿lo conoces?" dijo el marido.

La mujer inquieta trataba también de acordarse. De repente dijo en voz baja:

"Sí...sí...pero es más moreno, más grande, más fuerte y va vestido como un señor; y sin embargo, padre, si te fijas, es tu cara cuando eras joven."

El viejo se sobresaltó.

Era verdad; se le parecía, y se parecía también a su hermano que ya había muerto, y a su padre a quién además había conocido joven. Estaban tan emocionados que no podían decir una palabra. Las tres personas estaban saliendo. Él tocó el hisopo con un

dedo. Entonces el viejo con la mano tan temblorosa que salpicaba el suelo de agua bendita, pronunció: "¿Jean?"

El hombre se paró mirándolo.

Repitió más bajo: "¿Jean?"

Las dos mujeres lo miraban sin comprender.

Entonces dijo por tercera vez con voz entrecortada:

"¿Jean?"

El hombre se inclinó hacia él, acercándosele a la cara, e iluminado por un recuerdo infantil, respondió: "¡Papá Pierre, Mamá Jeanne!".

Se había olvidado de todo, el apellido de su padre y el nombre de su pueblo; pero todavía recordaba esas dos palabras que tantas veces había repetido: "¡Papá Pierre, Mamá Jeanne!".

Se agachó, la cara contra las rodillas del anciano, y lloraba, y abrazaba a uno y a otro, su padre y su madre, sofocados por una alegría desmesurada.

Las dos damas también lloraban, comprendiendo que algo maravilloso se estaba produciendo.

Entonces se pusieron todos en marcha hacia la casa del hombre y allí éste les relató su historia.

Los saltimbanquis lo habían raptado. Durante tres años recorrió con ellos muchos países. Después la compañía se separó, y un día, en un palacio, una anciana que lo había encontrado agradable, pagó para quedarse con él. Como era inteligente, lo mandaron al colegio, después al instituto, y como la anciana no tenía descendencia, le había dejado toda su fortuna. También él había buscado a sus padres; pero como sólo se acordaba de sus nombres: "Papá Pierre, Mamá Jeanne", no había podido encontrarlos. Ahora iba a casarse, y les presentó a su prometida que era muy buena y muy hermosa.

Después de haberle contado todas sus penas y fatigas, los dos ancianos lo abrazaron otra vez; y se quedaron hasta muy entrada la noche, sin atreverse a acostarse, por miedo a que, después de tanto tiempo, se les escapara la felicidad mientras dormían.

Pero ellos habían ya desgastado la tenacidad de la desgracia, y fueron felices hasta su muerte.

*Le mosaïque*, 10 de octubre de 1877

## *Los restos del naufragio*

---

*L'epave*

Era ayer, 31 de diciembre.

Acababa de almorzar con mi viejo amigo Georges Garin. El sirviente le entregó una carta cubierta de sellos y estampillas extranjeras.

Georges me dijo:

— ¿Me permites?

— Por supuesto.

Y se puso a leer ocho páginas de un manuscrito inglés grande, cruzado en todas las direcciones. Las leía lentamente, con atención grave, con aquel interés que ponemos a las cosas que nos tocan el corazón.

Luego puso la carta en la repisa de la chimenea y dijo:

— ¡Ahí tienes una historia curiosa que nunca te conté; sin embargo, una aventura sentimental que me sucedió! ¡Ah! ¡Ése fue un Día de Año Nuevo extraordinario! ¡Han pasado veinte años, porque tenía entonces treinta años y ahora tengo cincuenta!

Era entonces inspector de seguros marítimos de la compañía que dirijo actualmente. Me había propuesto pasar en París la fiesta del primero de enero, de acuerdo a la costumbre de hacer de ese un día festivo, cuando recibí una carta del gerente ordenándome partir inmediatamente para la Isla de Ré, donde se había varado un velero de tres palos de Saint-Nazaire, asegurado por nosotros. Eran las ocho de la mañana. Llegué a la oficina a las diez para recibir las instrucciones y esa misma tarde tomé el expreso que me dejó en La Rochelle al día siguiente: el 31 de diciembre.

Tenía dos horas antes de embarcar en el barco a Ré, el Jean-Guiton. Hice un paseo por la ciudad. Es verdaderamente una ciudad peculiar y de gran carácter La Rochelle, con sus calles enmarañadas como un laberinto, y las veredas que corren bajo interminables galerías, galerías bajo arcadas como aquellas de la calle de Rivoli, pero más bajas. Galerías y arcadas aplastadas, misteriosas, que parecen construidas y permanecen como escenario de conspiradores, el escenario antiguo y notable de guerras de otros tiempos, unas guerras de religión heroicas y salvajes. Es la antigua ciudad Hugonote, seria, discreta, sin ninguno de los admirables monumentos que hacen de Rouen tan magnífica, pero extraordinaria por toda su fisonomía severa. Un poco silenciosa también, una ciudad de pendencieros obstinados, donde debe florecer el fanatismo; la ciudad donde se exalta la fe de los Calvinistas y donde nació el complot de los Cuatro Sargentos.

Después de que había vagado durante algún tiempo por esas interesantes calles, me embarqué en un pequeño barco de vapor, negro y panzudo, que debía llevarme a la Isla de Ré. Zarpó silbando, con un aire de enojo. Pasó entre los dos torreones antiguos que protegen el puerto, atravesó la bahía y salió del dique construido por Richelieu, en el cual se ve a flor de agua las enormes piedras, encerrando la ciudad como un inmenso collar; luego el barco cayó a estribor.

Era uno de esos días tristes que oprimen, aplastan la mente, aprietan el corazón y disminuyen toda nuestra fuerza y energía. Un día gris, glacial, frío, sucio por una llovizna pesada, húmeda como la lluvia, tan frío como la escarcha, pestilente para respirar como hedor de un albañal.

Bajo este techo de niebla baja y triste, la mar amarilla, poco profunda y arenosa, de playas inmensas, estaba sin una onda, sin un movimiento, sin vida; una mar de agua

turbia, de agua grasienta, de agua estancada. El Jean-Guiton navegaba balanceándose un poco por hábito, cortando esa masa opaca y lisa, dejando atrás algunas olas, algunas salpicaduras, algunas ondulaciones que pronto se aquietaban.

Me puse a charlar con el capitán, un hombre pequeño de piernas cortas, tan redondo como su barco y balanceándose de la misma manera. Quise saber algunos detalles del siniestro que iba a constatar. Un gran velero de tres palos con aparejo de velas cangrejas, el Marie-Joseph, de Saint-Nazaire, había encallado en una noche de temporal, en los bajos arenosos de la Isla de Ré.

La tempestad había arrastrado tan lejos el carguero, escribía el armador, que había sido imposible reflotarlo y tuvieron que desembarcar con mucha prisa todo lo que podía removerse. No obstante, yo debía examinar la situación de los restos del naufragio, estimar cuál debió ser su estado antes del naufragio y juzgar si todos los esfuerzos habían sido intentados para reflotarla. Yo venía como agente de la compañía para testimoniar después como contraparte, si fuera necesario, en el proceso.

Al recibir mi informe, el gerente debería tomar las medidas que juzgara necesarias para proteger nuestros intereses.

El capitán del Jean-Guiton sabía perfectamente el asunto, había sido llamado a tomar parte, con su buque, en las tentativas de salvataje.

Me contó la historia del siniestro, muy simple por lo demás. El Marie-Joseph, empujado por un ventarrón violento, perdido en la noche, navegando sin rumbo, en un mar encrespado —"un mar de sopa de leche", dijo al capitán— había venido a encallar en esos inmensos bancos de arena que cambian las costas de esta región en Saharas infinitos, a las horas de marea baja.

Mientras hablábamos, yo miraba a mi alrededor y hacia adelante. Entre el océano y el cielo amenazador había una claridad donde el ojo podía ver a lo lejos. Estábamos navegando hacia una costa. Pregunté:

— ¿Es esa la Isla de Ré?

— Sí, señor.

— Y de repente el capitán extendió su mano derecha hacia adelante nuestro, mostrándome, en medio del mar, una cosa casi imperceptible, y me dijo:

— Vea, allá está su buque.

— ¿El Marie-Joseph?

— Sí.

Estaba asombrado. Ese punto negro, casi invisible, que habría tomado por un arrecife, me parecía que estaba a tres kilómetros por lo menos de la costa.

—Continué:

— Pero, capitán, debe haber cien brazas de agua en el lugar que usted me indicó.

Se puso a reír.

— ¡Cien brazas, mi amigo!... ¡no más de dos, debo decirle!....

Era un Bordelés. Continuó:

— Estamos en pleamar, son las nueve y cuarenta minutos. Baje a lo largo de la playa con las manos en sus bolsillos después del almuerzo del Hotel Dauphin, y yo le prometo que a las dos y cincuenta o a las tres a lo más, usted tocará los restos sin mojar sus pies, mi amigo, y tiene una hora cuarenta y cinco a dos horas para estar a bordo, pero no más, o usted sería atrapado. Mientras más lejos el mar se retira, más rápido regresa. ¡Esta costa es tan plana como una tachuela!. Volviendo a las cuatro y cincuenta, créame, usted regresará a las siete y media a bordo del Jean-Guiton que lo dejará esta misma noche en el muelle de La Rochelle.

Agradecí al capitán y fui a sentarme en la proa del vapor para mirar la pequeña ciudad Saint-Martin, a la cuál nos acercábamos rápidamente.

Se parecía a todos los pequeñísimos puertos que sirven de capitales de las pequeñas islas esparcidas a lo largo de la costa. Era una caleta de pescadores grande, un pie en el mar y uno en tierra, subsistiendo de pescados y de aves de corral, de verduras y mariscos, rábanos y mejillones. La isla es muy baja y poco cultivada, y parece sin embargo estar muy poblada; pero no entré al interior.

Después de almorzar, subí un pequeño promontorio; luego, como la mar bajaba rápidamente, caminé por las arenas hacia una suerte de piedra negra que divisaba sobre la superficie del agua, lejos, lejos.

Caminé rápido por la llanura amarilla. Era elástica, como la carne, y parecía sudar bajo mi pie. El mar se alejaba a cada instante. Ahora yo lo percibía a lo lejos, huía perdiéndose de vista, ya no podía distinguir la línea que separaba la arena del océano. Creí estar en un mundo encantado gigantesco y sobrenatural. El Atlántico había estado delante de mí y de repente desapareció en la arena, así como la escenografía desaparece en los escenarios; y yo estaba caminando ahora en medio de un desierto. Sólo la sensación, el hálito de agua salada, permanecía en mí. Percibía el olor de las algas, el olor del mar, el olor fuerte y bueno de las costas. Caminé rápido; no tenía frío. Miraba los restos varados que crecían a medida que avanzaba, y se parecía a una enorme ballena náufraga.

Parecía salir del suelo y tomaba, sobre ese inmenso plato amarillo extendido, unas proporciones sorprendentes. Lo alcancé por fin, después de una hora de camino. Recostado sobre su costado, reventado, destrozado, exhibiendo como el costado de un animal, sus huesos rotos, sus huesos de madera alquitranada agujereadas con clavos enormes. La arena ya lo había invadido, entrando por todas las grietas, y lo apresaba, lo poseía, negándose a liberarlo. Parecía haber echado raíces en la arena. La proa había entrado profundamente en esta playa dulce y traicionera, mientras la popa, suspendida en el aire, parecía lanzar al cielo, como un grito de socorro desesperado, esas dos palabras blancas sobre el coronamiento negro: Marie-Joseph.

Trepé al cadáver del barco por el costado más bajo; luego, habiendo alcanzado la borda, entré a sus entrañas. La luz del día entraba por las puertas desquiciadas y las fisuras de los costados, aclarando tristemente esa suerte de cuevas largas y oscuras, llenas de maderaje demolido. No contenían nada más que arena, que servía de suelo a este subterráneo de tablones.

Me puse a tomar notas sobre el estado de la nave. Me senté en un barril vacío y quebrado, escribía a la luz de una gran grieta por donde yo podía percibir la extensión infinita de la playa. Un extraño estremecimiento de frío y soledad recorría mi piel de vez en cuando; paraba de escribir por un momento para escuchar los ruidos vagos y misteriosos del naufragio: ruido de cangrejos rascando el entablado con sus pinzas ganchudas, el ruido de mil animalitos del mar, instalados ya en este cadáver, y también el ruido suave y regular de la broma que roe sin cesar, con su molienda de taladro, toda la vieja armazón, ahuecándola y devorándola.

De repente, muy cerca de mí, escuché voces humanas. Salté como si hubiera visto un fantasma. Creí realmente, durante un segundo, que iba a ver levantarse, del fondo de la bodega dañada, los dos ahogados que me contarían cómo murieron. Ciertamente, no me tomó mucho tiempo para trepar a la cubierta a fuerza de puño. Vi de pie, por la proa del buque, un señor alto con tres jóvenes muchachas, o más bien un inglés alto con tres misses. Seguramente ellos estaban aún más asustados que yo, al ver surgir esta aparición repentina en el velero de tres palos abandonado. La muchacha más joven huyó, las otras dos se tomaron de los brazos de su padre. En cuanto a él, abrió su boca; ese fue el único gesto que dejó ver su emoción.

Luego, después de varios segundos, dijo:

— Señor, ¿usted es el dueño de esta nave?

— Sí, Señor.

— ¿La puedo visitar?

— Sí, Señor.

Pronunció entonces una larga frase en inglés en la que yo sólo distinguí la palabra "gracious" varias veces repetidas. Como él estaba buscando un lugar para trepar, le mostré la manera más fácil y le di una mano. Subió. Después ayudamos a las tres muchachas, ya calmadas. Ellas eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubia de dieciocho años, lozana como una flor, y muy fina y preciosa. Verdaderamente las inglesas bonitas tienen el aire tierno de los frutos del mar. Uno habría dicho que acababa de salir de las arenas y que sus cabellos habían guardado el color. Hacen pensar, con su lozanía exquisita, en los colores delicados de las conchas rosadas y las perlas nacaradas, extraordinarias, misteriosas, escondidas en las profundidades ignotas de los océanos.

Ella hablaba mejor francés que su padre y nos servía de intérprete. Tuve que relatar el naufragio en sus mínimos detalles, que inventé, como si hubiera estado presente en el accidente. Luego, toda la familia bajó al interior de los restos abandonados. En cuanto penetraron en esa cavidad oscura, apenas alumbrada, profirieron exclamaciones de asombro y admiración. Inmediatamente el padre y sus tres hijas tuvieron en sus manos los cuadernos de bocetos, que habían traído protegidos indudablemente en sus impermeables, y comenzaron todos al mismo tiempo cuatro croquis a lápiz de ese lugar triste y peculiar.

Se sentaron lado a lado en una viga saliente, y los cuatro cuadernos, sobre las ocho rodillas, se cubrían de pequeñas líneas negras que debían representar las entrañas entreabiertas del Marie-Joseph.

Mientras trabajábamos, la mayor de las jóvenes conversaba conmigo mientras yo continuaba inspeccionando el esqueleto de la nave.

Supe que estaban pasando el invierno en Biarritz y que habían venido rápidamente a la Isla de Ré a contemplar el velero de tres palos varado. No tenían nada de la usual arrogancia inglesa; eran simples y valientes soñadores, de esos vagabundos eternos con que Inglaterra cubre el globo. El padre era largo, seco, con una cara roja encuadrada por patillas blancas, verdadero sándwich viviente, una lonja de jamón tallada en una cabeza humana, entre dos cojines de pelo. Las hijas, de piernas largas como de pequeñas cigüeñas en crecimiento, secas también, excepto la mayor. Las tres agradables, pero sobre todo la mayor.

Tenía una manera cómica de hablar, de decir, de reír, de comprender y de no entender, de subir sus ojos para preguntar, unos ojos azules como el agua profunda, de dejar de dibujar para observar, de volver a trabajar y de decir "sí" o "no", que yo habría permanecido eternamente escuchándola o contemplándola.

De repente, murmuró:

—Siento un pequeño movimiento en este barco.

Puse atención; y distinguí inmediatamente un ligero ruido, extraño, continuo. ¿Qué era eso? Me levanté par ir a mirar por la grieta y di un grito violento. El mar nos había alcanzado nuevamente; ¡nos iba a rodear!

Nos fuimos al puente inmediatamente. Era demasiado tarde. El agua nos rodeaba y corría hacia la costa con una velocidad prodigiosa. No, no corría, se deslizaba, se arrastraba, se extendía como una mancha inmensa. Apenas algunos centímetros cubrían la arena, pero ya no se veía la línea creciente de la imperceptible marea.

El inglés quiso saltar. Lo detuve. Escapar era imposible debido a los charcos profundos que habíamos evitado cuando vinimos y donde podríamos caer al volver.

Hubo, en nuestros corazones, un minuto de horrorosa angustia. Entonces la pequeña muchacha inglesa se puso a sonreír y murmuró:

— Ahora somos nosotros los náufragos.

Intenté reírme, pero el miedo me invadió, un miedo despreciable, espantoso, vil y traicionero como la marea. Todos los peligros que nosotros corríamos se me aparecieron a un tiempo. Quise gritar: —Socorro—. ¿Pero a quién?

Las dos muchachas más jóvenes estaban aferradas a su padre que miraba con ojos consternados el mar inmenso alrededor nuestro.

La noche caía tan rápidamente como el océano subía, una noche pesada, húmeda, helada.

Dije:

— No hay nada más que hacer que quedarse en este barco:

El inglés contestó:

— ¡Ah!, ¡Yes!

Esperamos un cuarto de hora, media hora, de hecho no sé cuánto tiempo, mirando alrededor de nosotros, esa agua amarilla que se arrastraba, arremolinaba, parecía hervir, parecía jugar sobre la inmensa playa reconquistada.

Una de las jovencitas tuvo frío, y tuvimos la idea de volver a bajar para protegernos del viento suave pero helado, que nos arañaba y nos agujoneaba la piel. Me apoyé en el escotillón. La nave estaba llena de agua. Debimos entonces acurrucarnos contra la borda de popa que nos protegía un poco.

La oscuridad, ahora, nos envolvió, y permanecimos apretados unos contra otros, rodeados de sombras y de agua. Sentía temblar, contra mi hombro, el hombro de la joven inglesa, sus dientes castañeteaban de vez en cuando. Pero también sentía el calor dulce de su cuerpo a través de las ropas, y ese calor me era tan delicioso como un beso. No hablamos más; nos manteníamos inmóviles, mudos, agachados como los animales en una cueva cuando arrecia el temporal. No obstante, a pesar de todo, a pesar de la noche, a pesar del peligro terrible y creciente, yo empecé a sentirme feliz de estar allí, feliz del frío y el peligro, feliz de las largas horas de oscuridad y angustia que yo debía pasar sobre esa cubierta tan cerca de esta hermosa y exquisita muchacha. Me pregunté el porqué de esta extraña sensación de bienestar y de alegría que me inundaba.

¿Por qué? ¿Se sabe? ¿Porque ella estaba allí? ¿Quién? ¿Ella, la muchacha inglesa desconocida? No la amaba, no la conocía siquiera, y me sentía emocionado, conquistado. ¡Quería salvarla, sacrificarme por ella, hacer mil locuras! ¡Cosa extraña! ¿Cómo es que la presencia de una mujer nos trastorna de esa manera? ¿Es el poder de su encanto que nos envuelve? ¿Es la seducción de su belleza y juventud que nos embriagan como el vino?

¿No es más bien una suerte de toque del Amor, del misterioso Amor que busca sin cesar unir los seres, que prueba su fuerza en el momento que pone cara a cara al hombre y la mujer, y que los penetra de emoción, de una emoción confusa, secreta, profunda, como se moja la tierra para hacer crecer las flores.

El silencio de la oscuridad se puso aterrador, el silencio del cielo, porque escuchábamos a nuestro alrededor, vagamente, un susurro suave, infinito, el rumor sordo de la mar que subía y el monótono chapoteo de la corriente contra el barco.

De repente escuché unos sollozos. La más joven de las inglesas lloraba. Su padre intentaba consolarla, se pusieron a hablar en su propia lengua, que yo no comprendí. Adiviné que la consolaba y que ella tenía mucho miedo.

Le pregunté a mi vecina:

— ¿No tiene usted mucho frío, miss?

— ¡Ah!, sí. Tengo mucho frío.



Le ofrecí darle mi abrigo; se negó. Pero me lo había sacado y la cubrí con él contra su voluntad. En el momentáneo forcejeo su mano tocó la mía y sentí un escalofrío delicioso en todo el cuerpo.

Después de algunos minutos, el viento aumentó, el chapoteo del agua golpeó más fuerte contra los costados. Me levanté; una ráfaga de viento pasó por mi cara.

¡El viento aumentaba!

El inglés se dio cuenta al mismo tiempo que yo. Él dijo simplemente:

— Esto es malo para nosotros, esto...

Realmente era malo, era la muerte segura si el oleaje, aún las olas débiles, atacaban y sacudían los restos del naufragio, tan golpeado y dividido que a la primera ola violenta lo pulverizaría.

Así nuestra angustia aumentaba a cada momento con las rachas cada vez más recias. Luego, el mar rompía un poco, y vi en la oscuridad unas líneas blancas que aparecían y desaparecían, líneas de espuma, las olas que golpeaban el casco del Marie— Joseph, lo movían con un corto estremecimiento que nos llegaba al corazón.

La joven inglesa temblaba. Sentía que se estremecía contra mí. Y yo tenía un deseo salvaje de estrecharla en mis brazos.

Abajo, delante, a la izquierda, a la derecha, detrás de nosotros, los faros brillaban a lo largo de la costa, los faros blancos, amarillos, rojos, girando, parecidos a ojos enormes, a ojos de gigantes que nos miraban, nos observaban, esperando ávidamente que desapareciéramos. Uno de ellos, sobre todos, me irritó. Se apagaba cada treinta segundos para volver a encenderse. Era de hecho un ojo, con su párpado continuamente cerrado cubriendo su mirada ardiente.

De vez en cuando el inglés encendía un fósforo para ver la hora; luego volvía a poner su reloj en su bolsillo. De repente me dijo, por encima de las cabezas de sus hijas, con una solemne formalidad:

— Señor, feliz año nuevo.

Era la media noche. Le tendí mi mano que él apretó, luego pronunció una frase en inglés, inesperadamente él y sus hijas empezaron a cantar "God save the Queen", que ascendió a través del aire nocturno, del aire silencioso y desapareció a través del espacio.

Al principio sentí deseos de reír; luego me cogió una emoción poderosa, extraña.

Era algo siniestro y extraordinario, este canto de los náufragos, de los condenados, algo como una oración y también algo más grande, algo comparable al antiguo "Ave, Caesar, morituri te salutant".

Cuando terminaron, le pedí a mi vecina que cantara sola una balada, una folclórica, algo que le gustara, para hacernos olvidar nuestras angustias. Ella consintió, e inmediatamente su voz clara y joven voló en la noche. Cantó algo indudablemente triste, porque las notas se arrastraban mucho tiempo, salían lentamente de su boca, y aleteaban, como pájaros heridos sobre las olas.

El mar subía, golpeando ahora nuestro naufragio. En cuanto a mí, yo pensaba sólo en esa voz. Pensaba también en las sirenas. ¿Si una nave hubiera pasado cerca de nosotros, qué habrían dicho los marineros? ¡Mi espíritu atormentado se perdió en el ensueño! ¡Una sirena! ¿No era en efecto una sirena, esta hija del mar que me había retenido en este barco carcomido y quien estaba a punto de hundirse conmigo en las olas?

Pero de repente todos rodamos bruscamente sobre el puente, porque el Marie-Joseph se acomodó sobre estribor. La inglesa cayó sobre mí, la estreché entre mis brazos y frenéticamente, sin saber, sin comprender, creyendo que venía mi último

momento, besé con toda mi boca su mejilla, su sien y su cabello. El barco no se movió más, y nosotros también, permanecemos inmóviles.

El padre dijo:

— ¡Kate!

La que yo retenía contestó "yes" e hizo un movimiento para librarse. Ciertamente, en ese momento yo habría deseado que el barco se partiera en dos para caer al agua con ella.

El inglés continuó:

— Un pequeño balance, no es nada. Tengo mis tres hijas seguras.

Sin ver a la mayor, la había creído perdida en el mar.

Me paré lentamente, y de repente vi una luz en el mar muy cerca de nosotros. Grité; contestaron. Era un bote que nos buscaba, el dueño del hotel había adivinado nuestra imprudencia.

Fuimos rescatados. Yo estaba desolado. Nos recogieron desde nuestra balsa salvavidas y nos devolvieron a San-Martin.

El inglés, ahora, se frotaba las manos y murmuraba:

— ¡Una buena cena! ¡Una buena cena!

Cenamos, efectivamente. Yo no estaba contento. Echaba de menos al Marie-Joseph.

Debimos separarnos al día siguiente, después de muchos apretones de manos y promesas de escribirnos. Ellos partieron a Biarritz. Poco faltó para que yo los siguiera.

Estaba chalado. Quise pedirle a esta jovencita que nos casáramos. ¡Ciertamente, si nosotros hubiéramos pasado ocho días juntos, nos casábamos! ¡De qué manera el hombre, a veces, es débil e incomprensible!

Dos años pasaron sin que escuchase una palabra de ellos. Después recibí una carta de Nueva York. Ella estaba casada y me lo decía. Desde entonces nos escribimos todos los años, en el Día de Año Nuevo. ¡Ella me cuenta sobre su vida, me habla de sus niños, de sus hermanas, nunca de su marido! ¿Por qué?

¡Ah! ¿Por qué?... En cuanto a mí, yo hablo sólo del Marie-Joseph. Quizás sea la única mujer que he amado... no... que habré amado. ¡Ah, bien! ¿Quién puede decir?... Los acontecimientos lo arrastran a uno. Y luego... Y luego... todo pasa. Debe estar vieja, ahora. No la reconocería. ¡Ah! ¡Ella, la de aquel tiempo... ella, la del naufragio... qué criatura divina!. Me escribe que sus cabellos están todos blancos... Dios mío... me causó una pena horrible ¡Ah! Sus cabellos rubios. No, la mía no existe más. ¡Que triste es... todo eso!

*Gil Blas*, 1 de enero de 1886

## *Un retrato*

---

*Un portrait*

—¡Ahí va Millai!—dijo alguien cerca de mí.

Miré al individuo a quien se referían, porque desde hacía mucho tiempo deseaba conocer a aquel Don Juan.

No era ya joven. Sus cabellos grises, de un gris algo turbio, evocaban, el parecido de uno de esos gorros de piel con que se cubren la cabeza ciertos pueblos del Norte y también su barba fina, larga, que le caía sobre el pecho, producía una sensación de piel de animal. Estaba conversando con una señora, y se inclinaba hacia ella, le hablaba en voz baja, envolviéndola en una mirada dulce llena de homenajes y de caricias.

Yo conocía su vida, por lo menos la parte que era del dominio público. Lo amaron con locura, y más de una vez hubo dramas en los que anduvo envuelto su nombre. Se hablaba de él como de un hombre muy seductor, casi irresistible. Interrogué en más de una ocasión a varias mujeres, porque éstas eran sus más entusiásticas panegiristas, para saber en qué consistía aquella fuerza suya, y todas me contestaron, después de pensarlo un rato:

—No lo sé...; es que fascina.

Guapo no se podía decir que fuese. Carecía en absoluto de las gracias que supone debe poseer el conquistador de corazones femeninos, Tenía interés yo por, descubrir dónde se ocultaba su seducción. ¿Era cosa, tal vez, de su ingenio? Nadie me había citado una frase suya, ni siquiera me habían elogiado su inteligencia... ¿Estaría en la mirada? Era posible... ¿O en su voz? Hay voces impregnadas de sensualidad, irresistibles, que tienen el sabor de manjares exquisitos. Sentimos hambre de escucharlas, y el timbre de sus palabras nos produce el efecto de una golosina.

Pasaba cerca un amigo y le pregunté:

—¿Te tratas con Millai?

—Sí.

—Encárgate, pues, de presentarnos el uno al otro.

Un minuto más tarde cambiábamos un apretón de manos y charlábamos entre dos puertas. Las discurría bien, se le oía con gusto, sin que dijese ninguna cosa extraordinaria. Su voz era, en efecto, hermosa, suave, acariciadora, musical; pero yo había oído otras más cautivadoras, más excitantes. Se le escuchaba con agrado, lo mismo que se ve correr un manantial cristalino. No era necesario poner en tensión el pensamiento para seguirle; no había ningún oculto sentido que mantuviese despierta la curiosidad, ni lograba tener en acecho el interés en espera de algo. Su día conversación era más bien tranquila, sin encender en nosotros el deseo de contestarle y de contrariarle, ni mantenernos en una aprobación embobada.

Y tan fácil como escucharle, resultaba el mantener el diálogo él. En cuanto acababa de hablar se venía la contestación a los labios espontáneamente y surgían frases de respuesta como si lo que él acababa de decir las evocase con toda naturalidad.

Una cosa me llamó la atención al poco rato. No hacía más de un cuarto de hora que nos habían presentado y ya lo trataba yo como a uno de mis amigos antiguos, pareciéndome que todo en su persona me era familiar de mucho tiempo atrás: su rostro, sus gestos, su voz, sus ideas.

Le habían bastado unos minutos de charla para instalarse súbitamente en mi intimidad. No había ya puertas que nos separasen, y si él me lo hubiese pedido, le habría

hecho yo, acerca de mí mismo, las confidencias que únicamente suelen hacerse a los más antiguos camaradas.

Desde luego, allí había un misterio. Entre él y yo. y lo mismo debía de ocurrir entre él y todas las demás personas, hombres o mujeres, que la casualidad ponía en su camino, parecía que no existiesen esos portazos que cierran el acceso a la zona íntima de las personas, y que se abren, uno después de otro, a fuerza de tiempo, cuando la simpatía, la semejanza de aficiones, la identidad de cultura intelectual y el trato constante, han ido haciendo saltar poco a poco las cerraduras.

Nos separamos al cabo de media hora, dándonos mutuamente la seguridad de visitarnos con frecuencia y quedando yo invitado a almorzar. dos días después en su casa, cuyas señas me dio.

Llegué antes de la hora, porque la había olvidado; él no había vuelto a casa todavía. Un criado, correcto y mudo, me abrió la puerta de acceso a un salón algo oscuro, íntimo, recogido. Me sentí a mis anchas en él, como si estuviese en mi propia casa. Me ha llamado muchas veces la atención la influencia que ejerce la disposición interior de una casa en el carácter y en el espíritu. Hay habitaciones en las que uno parece sentirse como apagado; en otras, por el contrario, nos sentimos siempre llenos de inspiración. Algunas nos entristecen, aunque sean luminosas, blancas y brillantes; y otras nos alegran, a pesar de sus colgaduras de matices suaves. Al igual que nuestro corazón, nuestras pupilas sienten odios y ternuras, de las que no sabemos nada, pero que se imponen sigilosamente, de un modo furtivo, a nuestra disposición temperamental. Y lo mismo que el aire libre de los bosques, del mar o de la montaña modifica nuestra condición física, la armonía de los muebles y de las decoraciones murales y el estilo del conjunto actúan instantáneamente sobre nuestra condición intelectual.

Me senté en un diván atestado de almohadones, y tuve la sensación de que aquellas bolsas de plumón revestidas de seda me sostenían, me levantaban, me acolchaban, como si en aquel mueble estuviese vaciada de antemano la forma de mi cuerpo en un sitio determinado.

Me puse a mirar. No había nada de extraordinario en la habitación; por todas partes, cosas bellas, pero modestas; muebles sencillos, pero poco vistos; cortinajes de Oriente que no parecían proceder del Louvre, sino del interior de un harén, y en frente de mí, un retrato de mujer. Era de tamaño regular, abarcaba la cabeza y la mitad superior del cuerpo, teniendo un libro en las manos. Representaba a una mujer joven, a pelo, peinada con bandas lisas y sonriendo tristemente. Quizá por no llevar nada en la cabeza o por la impresión que daba de naturalidad, me pareció que no había visto nunca un retrato que estuviese tan en su ambiente como aquél en aquella habitación. Casi todos los que he visto están como representando un papel, lo mismo si la retratada se nos muestra con sus atavíos más bellos y el peinado que mejor le sienta, muy sabedora de que, después de exhibirse ante el pintor, seguirá mostrándose ante todos los que contemplen el retrato, que si adopta una actitud de abandono, apareciendo en un calculado desaliño.

Hay unas que aparecen en pie, majestuosas, en la plenitud de su belleza, con una expresión de altivez que con seguridad no fueron capaces de sostener mucho tiempo en su vida ordinaria. A otras se las ve hacer monerías, a pesar de la inmovilidad del cuadro, y en todas se observa algún detalle insignificante: una flor, una alhaja, un pliegue en la ropa o en los labios, que está allí porque lo ha querido el pintor, como efecto decorativo. Se adivina algo que no es natural en ellas, ya estén tocadas con un sombrero, luzcan un encaje en el peinado, o se muestren a pelo. ¿En qué consiste ese algo? No lo sabemos, porque no las hemos conocido, pero tenemos la intuición de que es así. Se diría que están de visita en casa de personas a las que quieren agradar, a las que quieren producir

la mejor impresión, y llevan bien estudiada su actitud, que lo mismo puede ser modesta que altanera.

¿Qué nos sugiere la mujer de este retrato? Estaba en su casa y no había allí más que ella. Sí, estaba sola, porque se sonreía como lo hacemos al pensar en algo que es al mismo tiempo triste y quizá dulce y no como sonreímos cuando sabemos que nos miran. Estaba tan sola y tan en su casa, que producía el vacío en aquel gran departamento; el vacío absoluto. Era la única que lo habitaba, llenándolo, animándolo; aunque entrase en él mucha gente y todos hablasen, se riesen y hasta cantasen, siempre estaría ella sola, con su sonrisa solitaria, y ella sería la única que le diese vida con su mirada de retrato.

Era también única la mirada suya. Sin parecer verme, caía recta sobre mí, acariciadora y firme. Todos los retratos saben que la gente los mira, y, en respuesta, miran también, con ojos que ven, que piensan, que se pegan a nosotros y nos siguen desde que entramos en el cuarto en que ellos habitan hasta que salimos.

Este de ahora no me veía a mí, no veía nada, aunque tuviese la mirada clavada en mí, recta. Se me vino a la memoria aquel extraordinario verso de Baudelaire:

*Y tus ojos que atraen, como los de un retrato.*

Me atraían, en efecto, de una manera irresistible, removiendo dentro de mí una turbación extraña, fuerte, nueva, aquellos ojos pintados que tuvieron vida y que quizás la tuviesen todavía. De aquel cuadro oscuro y de aquellos ojos impenetrables emanaba un encanto infinito y enervante, como el de una brisa que pasa, fascinador, como un cielo que muere en un crepúsculo lila, rosa y azul, un poco melancólico como la noche que viene después. Aquellos ojos, obra de algunas pinceladas, escondían en ellos el misterio de algo que parece existir, pero que no tiene corporeidad, de algo que unos ojos de mujer puede expresar, de algo que hace brotar en nosotros el amor.

Se abrió la puerta. Entró el señor Millai. Se disculpó de llegar retrasado y yo .de haber llegado antes de tiempo. Luego le pregunté:

—¿Sería indiscreto preguntarle quién es esa señora?

El me contestó:

—Es mi madre, que murió de muy joven.

Y entonces comprendí de dónde nacía la inexplicable seducción de aquel hombre.

Le Gaulois, 29 de octubre de 1888

## *Los reyes*

---

*Les rois*

¡Ah!, dijo el capitán, Conde de Garens. ¡Claro que me acuerdo de aquella cena de Reyes durante la guerra! Yo era entonces sargento de húsares, y hacía quince días que rondaba de explorador ante una vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado a unos ulanos y perdido tres hombres, uno de ellos el pobrecito Raudeville. Ya saben ustedes, Joseph de Raudeville.

Ahora bien, ese día mi capitán me ordenó que cogiera diez jinetes y fuera a ocupar y custodiar durante toda la noche el pueblo de Porterin, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. En aquel avispero no quedaban en pie veinte casas ni doce habitantes.

Cogí, pues, diez jinetes y partí hacia las cuatro. A las cinco, en plena noche, llegamos a las primeras tapias de Porterin. Hice alto y ordené a Marchas, ya saben, Pierre de Marchas, que se ha casado luego con la pequeña Martel-Auvelin, la hija del Marqués de Martel-Auvelin, que entrara solo en el pueblo y me trajera noticias.

Yo había escogido sólo voluntarios, todos de buenas familias. Da gusto, en el servicio, no tener que tratar con patanes. Este Marchas era espabilado como nadie, fino como un zorro y ágil como una serpiente. Sabía husmear prusianos igual que un perro husmea la liebre, encontrar víveres allá donde sin él hubiéramos muerto de hambre, y conseguía informaciones de todo el mundo, informaciones siempre seguras, con una habilidad inimaginable. Regresó al cabo de diez minutos:

—Todo va bien —dijo—; ningún prusiano ha pasado por aquí desde hace tres días. ¡Qué pueblo más siniestro! He charlado con una monja que cuida cuatro o cinco enfermos en un convento abandonado.

Ordené avanzar y penetramos en la calle principal. Se distinguían vagamente, a derecha e izquierda, paredes sin tejados, apenas visibles en la profunda noche. De trecho en trecho, una luz brillaba tras un cristal: una familia se había quedado para guardar su casa, más o menos en pie, una familia de valientes o de pobres. La lluvia empezaba a caer, una lluvia menuda, helada, que nos congelaba antes de habernos mojado, con sólo tocar los capotes. Los caballos tropezaban con piedras, con vigas, con muebles. Marchas nos guiaba, a pie, ante nosotros, arrastrando a su animal por la brida.

—¿A dónde nos llevas? —le pregunté. Respondió:

—He encontrado un refugio, y bueno.

Y se detuvo pronto ante una casita burguesa que seguía intacta, bien cerrada, dando a la calle y con un jardín atrás.

Por medio de un grueso guijarro recogido cerca de la verja, Marchas hizo saltar la cerradura, después subió la escalinata, forzó la puerta de entrada a patadas y empujones, encendió un cabo de vela que siempre llevaba en el bolsillo, y nos precedió por una buena y cómoda morada de particular rico, guiándonos con seguridad, con admirable seguridad, como si hubiera vivido en aquella casa que veía por primera vez.

Dos hombres se habían quedado fuera guardando nuestros caballos.

Marchas le dijo al gordo Ponderel, que le seguía:

—La cuadra debe estar a la izquierda; lo he visto al entrar; vete a acomodar los animales, no los necesitamos.

Después, volviéndose hacia mí:

—¡Da órdenes, rediez!

Siempre me asombraba aquel buen mozo. Respondí riendo:

—Voy a poner centinelas en las inmediaciones del pueblo. Volveré aquí.

Preguntó:

—¿Cuántos hombres te llevas?

—Cinco. Los otros los relevarán a las diez de la noche.

—Está bien. Me dejas cuatro para buscar provisiones, cocinar y poner la mesa. Ya encontraré yo el escondite del vino.

Y me fui a reconocer las calles desiertas hasta la salida a la llanura, para colocar a mis guardias.

Media hora más tarde estaba de regreso. Encontré a Marchas tumbado en un gran sillón Voltaire, al que le había quitado la funda, por amor al lujo, decía. Se calentaba los pies al fuego, fumando un excelente cigarro cuyo aroma llenaba la estancia. Estaba solo, con los codos en los brazos del asiento, la cabeza hundida entre los hombros, las mejillas rosadas, los ojos brillantes y aspecto satisfecho.

En la pieza contigua oí un ruido de vajilla. Marchas me dijo, sonriendo beatífico:

—La cosa marcha, he encontrado el burdeos en el gallinero, el champán bajo los peldaños de la escalinata, el aguardiente —cincuenta botellas del fino— en el huerto, debajo de un peral que, al examinarlo con la linterna, no me pareció muy derecho. Y, de sólido, tenemos dos gallinas, una oca, un pato, tres pichones y un mirlo cogido en una jaula; nada más que carne de pluma, como ves. Todo se está guisando en este momento. Este pueblo es una maravilla.

Yo me había sentado frente a él. La llama de la chimenea me abrasaba la nariz y las mejillas:

—¿De dónde has sacado esa madera? —pregunté. Murmuró:

—Magnífica madera, el coche del dueño, cortado. Es la pintura la que hace esa llama, un ponche de bencina y de barniz. ¡Buena casa!

Yo me reía, pues encontraba muy gracioso a aquel animal. Prosiguió:

—¡Y pensar que hoy es la noche de Reyes! Mandé meter una sorpresa en la oca; pero no tenemos reina, ¡es un fastidio!

Repetí, como un eco:

—Es un fastidio; pero ¿qué quieres que le haga?

—Pues que la encuentres, ¡diantre!

—Que encuentre ¿qué?

—Mujeres.

—¿Mujeres?... ¡Estás loco!

—Pues yo encontré el aguardiente bajo un peral, y el champán bajo los peldaños de la escalinata; y eso que nada podía guiarme. Mientras que, en tu caso, unas faldas son un indicio seguro. Busca, joven.

Tenía un aire tan serio, tan convencido, que no sabía si estaba bromeando.

Respondí:

—Veamos, Marchas, ¿estás de broma?

—Jamás bromeo durante el servicio.

—Pero ¿dónde diablos quieres que encuentre mujeres?

—Donde quieras. Deben quedar tres o cuatro en el pueblo. Da con ellas y tráelas.

Me levanté. Hacía demasiado calor ante aquel fuego. Marchas prosiguió:

—¿Quieres una idea?

—Sí.

—Vete a ver al cura.

—¿Al cura? ¿Para qué?

—Invítalo a cenar y ruégale que traiga una mujer.

—¿El cura? ¿Una mujer? ¡Ja, ja, ja!

Marchas prosiguió con extraordinaria gravedad:

—A mí no me hace gracia. Vete a ver al cura, cuéntale nuestra situación. Debe de aburrirse espantosamente, vendrá. Pero dile que necesitamos una mujer como mínimo, una mujer como Dios manda, claro, puesto que todos somos hombres de mundo. Debe conocer a sus feligreses al dedillo. Si hay alguna posible para nosotros, y si te das maña, te la indicará.

—¡Vamos, Marchas! ¡Qué cosas se te ocurren!

—Querido Garens, puedes hacerlo muy bien. E incluso sería muy divertido. Somos educados, ¡pardiez!, y nos mostraremos de una distinción perfecta, de una elegancia suma. Dile nuestros nombres al padre, hazlo reír, enternécelo, sedúcelo ¡y decídelo!

—No, es imposible.

Acercó su sillón y, como conocía mi punto flaco, el pícaro prosiguió:

—Imagínate lo estupendo que será hacerlo ¡y qué divertido contarlo! Se hablará de eso en todo el ejército. Y te dará una reputación envidiable.

Yo vacilaba, tentado por la aventura. Insistió:

—Vamos, Garens. Eres el jefe del destacamento, sólo tú puedes ir a ver al jefe de la Iglesia en este pueblo. Por favor, ve. Contaré la cosa en versos en la Revue des Deux Mondes, después de la guerra, te lo prometo. Se lo debes a tus hombres. Los obligas a marchar desde hace un mes.

Me levanté preguntando:

—¿Dónde está la rectoral?

—Coge la segunda calle a la derecha. Al final encontrarás una avenida; y, al final de la avenida, la iglesia. La rectoral está al lado.

Salí; me gritó:

—¡Cuéntale el menú para que le entre hambre!

Descubrí sin dificultad la casita del eclesiástico, al lado de una fea y gran iglesia de ladrillo. Di unos puñetazos en la puerta, que no tenía ni timbre ni aldaba, y una voz potente preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

Respondí:

—Un sargento de húsares.

Oí un ruido de cerrojos y de una llave que giraba, y me encontré ante un sacerdote alto de vientre prominente, con un pecho de luchador, formidables manos que salían de las mangas remangadas, tez roja y aspecto de buena persona.

Hice el saludo militar.

—Buenas noches, señor cura.

Había temido una sorpresa, una asechanza de merodeadores, y sonrió al responder:

—Buenas noches, amigo mío; pase.

Lo seguí a una pequeña habitación de suelo rojo, donde ardía un fuego pobre, muy diferente de la hoguera de Marchas.

Me indicó una silla, y después me dijo:

—¿En qué puedo servirle?

—Señor cura, permítame ante todo presentarme.

Y le tendí mi tarjeta. La leyó a media voz:

—El Conde de Garens.

Proseguí.

—Somos once aquí, señor cura, cinco de guardia y seis instalados en casa de un vecino desconocido. Esos seis se llaman Garens, aquí presente, Pierre de Marchas, Ludovic de Ponderel, el Barón de Etreillis, Karl Massouligny, hijo del pintor, y Joseph



Herbon, un joven músico. Vengo, en su nombre y el mío, a rogarle que nos haga el honor de cenar con nosotros. Es una cena de Reyes, señor cura, y quisiéramos que resultara un poco alegre.

El sacerdote sonrió. Murmuró:

—No me parece que sea el momento de divertirse.

Respondí:

—Nos batimos todos los días, padre. Catorce de nuestros camaradas han muerto desde hace un mes, y tres han caído ayer mismo. Es la guerra. Nos jugamos la vida a cada instante, ¿no tenemos derecho a jugarla alegremente? Somos franceses, nos gusta reír, sabemos reír en cualquier parte. ¡Nuestros padres se reían en el cadalso! Esta noche, quisiéramos desentumecernos un poco, como personas bien educadas y no como soldados, ya me entiende. ¿Es un error?

Respondió vivamente:

—Tiene usted razón, amigo mío, y acepto su invitación con gran placer.

Gritó:

—¡Hermance!

Una vieja campesina, encorvada, arrugada, horrible, apareció y preguntó:

—¿Qué pasa?

—No ceno aquí, hija mía.

—¿Dónde cena, entonces?

—Con los señores húsares.

Me dieron ganas de decir «Tráigase a su criada», para ver la cara de Marchas, pero no me atreví.

Proseguí:

—Entre sus feligreses que se han quedado en el pueblo, ¿se le ocurre alguno o alguna a quien pudiera invitar también?

Vaciló, reflexionó y declaró:

—¡No, nadie!

Insistí:

—¿Nadie?... Vamos, señor cura, piense un poco. Sería muy grato contar con señoras. Quiero decir con matrimonios. ¡Yo qué sé! El panadero y su mujer, el tendero de ultramarinos, el... el... el relojero... el... el zapatero, el farmacéutico con la farmacéutica... Tenemos una buena comida, vino, estaríamos encantados de dejar un buen recuerdo entre la gente de aquí.

El cura meditó un buen rato, después pronunció con resolución:

—No, nadie.

Me eché a reír:

—¡Caramba!, señor cura, es fastidioso no tener una reina, ya que tenemos una sorpresa. Vamos, piénselo. ¿No hay un alcalde casado, un teniente de alcalde casado, un concejal casado, un maestro casado?...

—No, todas las señoras se han marchado.

—¿Cómo? ¿No hay en todo el pueblo una valiente burguesa con su correspondiente marido, a quienes podríamos darles ese gusto, pues será un gusto para ellos, y grande, en las presentes circunstancias?

De repente el cura se echó a reír, con una risa violenta que lo agitaba por entero, y gritaba:

—¡Ja, ja, ja! Ya di con lo que necesitan. ¡Jesús, María y José! ¡Ya di con ello! ¡Ja, ja, ja!, vamos a divertirnos, hijos míos, vamos a divertirnos. Y ellas estarán encantadas, sí, encantadísimas. ¡Ja, ja!... ¿Dónde se albergan ustedes?

Le describí la casa para explicárselo. Comprendió:

—Muy bien. Es la finca del señor Bertin-Lavaille. Estaré allí dentro de media hora con cuatro señoras... ¡Ja, ja, ja! ¡¡Cuatro señoras!!...

Salió conmigo, sin dejar de reír, y me dejó, repitiendo:

—Ya está; dentro de media hora, en casa de Bertin-Lavaille.

Regresé en seguida, muy extrañado, muy intrigado.

—¿Cuántos cubiertos? —preguntó Marchas al verme.

—Once. Somos seis húsares, más el señor cura y cuatro señoras.

Se quedó estupefacto. Yo exultaba.

—¿Cuatro señoras? ¿Has dicho cuatro señoras?

—Eso dije: cuatro señoras.

—¿Mujeres de verdad?

—Mujeres de verdad.

—¡Caray! ¡Enhorabuena!

—La acepto. Me la merezco.

Abandonó su sillón, abrió la puerta y vi un hermoso mantel blanco puesto sobre una larga mesa en torno a la cual tres húsares con delantales azules disponían platos y copas.

—¡Habrán mujeres! —gritó Marchas.

Y los tres hombres se pusieron a bailar, aplaudiendo con todas sus fuerzas.

Todo estaba preparado. Esperábamos. Esperamos casi una hora. Un delicioso olor de aves asadas flotaba en toda la casa.

Un golpe dado en el postigo nos levantó a todos al mismo tiempo. El gordo Ponderel corrió a abrir y, al cabo de apenas un minuto, una monja bajita apareció en el marco de la puerta. Era flaca, arrugada, tímida, y saludó sucesivamente a los cuatro pasmados húsares que la miraban entrar. Detrás de ella, un ruido de bastones martilleaba el pavimento del vestíbulo, y en cuanto ella hubo entrado en el salón vi, una detrás de otra, tres viejas cabezas con gorros blancos, que avanzaban balanceándose con diferentes movimientos, una tambaleándose hacia la derecha cuando otra se tambaleaba hacia la izquierda. Y se presentaron tres buenas mujeres, cojeando, arrastrando una pierna, lisiadas por las enfermedades y deformadas por la vejez, tres inválidas inservibles, las tres únicas pensionistas capaces de andar aún del centro hospitalario que dirigía la hermana San Benito.

Esta se había vuelto hacia sus impedidas, llena de solicitud con ellas; después, viendo mis galones de sargento, me dijo:

—Le agradezco mucho, señor oficial, que haya pensado en estas pobres mujeres. Tienen pocos placeres en la vida, y para ellas es al mismo tiempo una gran felicidad y un gran honor lo que ustedes hacen.

Distinguí al cura, que se había quedado en la penumbra del pasillo y se reía con toda su alma. A mi vez me eché a reír, mirando sobre todo la cara de Marchas. Después, indicando a la religiosa las sillas:

—Siéntese, hermana; estamos muy orgullosos y muy felices de que hayan aceptado ustedes nuestra modesta invitación.

Ella cogió tres sillas de junto a la pared, las alineó ante el fuego, condujo a ellas a sus tres buenas mujeres, las sentó, les quitó los bastones y las toquillas, que fue a dejar en un rincón; después, señalando a la primera, una flaca de vientre enorme, seguramente hidrópica:

—Esta es la señora Paumelle, cuyo marido se mató al caer de un tejado y cuyo hijo murió en África. Tiene sesenta y dos años.

Después señaló a la segunda, una muy alta cuya cabeza temblaba sin cesar:

—Esa es la señora Jean-Jean, de sesenta y siete años. Casi no ve, porque en un incendio se abrasó la cara y la pierna izquierda se le quemó hasta la mitad.

Nos mostró, por fin, a la tercera, una especie de enana con ojos saltones que giraban hacia todos los lados, redondos y estúpidos.

—Es la Putois, una simple. Tiene sólo cuarenta y cuatro años.

Yo había saludado a las tres mujeres como si me hubieran presentado a altezas reales y, volviéndome hacia el cura:

—Es usted, señor cura, un hombre admirable, a quien todos debemos gratitud.

Todos reían, en efecto, salvo Marchas, que parecía furioso.

—¡La hermana San Benito está servida! —gritó de pronto Karl Massouligny.

La hice pasar delante con el cura, después levanté a la Paumelle, a la que cogí del brazo y arrastré hasta la estancia contigua, no sin trabajo, pues su vientre inflado parecía más pesado que el hierro.

El gordo Ponderel se llevó a la Jean-Jean, que gemía para que le dieran su muleta; y el joven Joseph Herbon condujo a la idiota, a la Putois, hacia el comedor, lleno de aromas de viandas.

En cuanto estuvimos ante nuestros platos, la hermana dio tres palmadas y las mujeres hicieron, con la precisión de soldados que presentan armas, una gran señal de la cruz, rápidamente. Después el sacerdote pronunció, lentamente, las palabras latinas del Benedicite.

Nos sentamos, y aparecieron las dos gallinas, traídas por Marchas, que quería servir para no tener que asistir como comensal a aquella ridícula comida.

Pero yo grité:

—¡El champán, pronto!

Saltó un tapón con un ruido de pistola que se descarga y, pese a la resistencia del cura y de la hermana, los tres húsares sentados al lado de las tres inválidas les metieron a la fuerza en la boca tres copas llenas.

Massouligny, que tenía la virtud de estar como en su casa en cualquier parte y a sus anchas con todo el mundo, le hacía la corte a la Paumelle de la forma más graciosa. La hidrópica, que seguía siendo de humor alegre, a pesar de sus desdichas, le respondía bromeando con una voz de falsete que parecía fingida, y se reía tanto con las gracias de su vecino que su grueso vientre parecía a punto de encaramarse a la mesa y rodar sobre ella. El joven Herbon había emprendido seriamente la tarea de emborrachar a la idiota y el Barón de Etreillis, que no era muy despierto, interrogaba a la Jean-Jean sobre la vida, costumbres y reglamentos del asilo.

La religiosa, espantada, le gritaba a Massouligny:

—¡Oh! ¡Oh! La va usted a poner enferma; no la haga reír así, por favor, caballero. ¡Oh!, caballero...

Después se levantaba y se arrojaba sobre Herbon para arrancarle de las manos una copa llena que él vaciaba prestamente entre los labios de la Putois.

Y el cura se desternillaba de risa y repetía a la hermana:

—Déjelas por una vez, no les hace daño. Déjelas.

Después de las dos gallinas, habíamos comido el pato, acompañado de los tres pichones y del mirlo; y apareció la oca, humeante, dorada, difundiendo un cálido olor de carne dorada y grasa.

La Paumelle, que se animaba, aplaudió; la Jean-Jean dejó de responder a las numerosas preguntas del Barón, y la Putois lanzó gruñidos de gozo, mitad gritos, y mitad suspiros, como hacen los niños cuando les enseñan caramelos.

—¿Me permiten —dijo el cura— encargarme de ese animal? Soy un experto en ese tipo de operaciones.

—Desde luego, señor cura.

Y la hermana dijo:

—¿Por qué no abrimos un poco la ventana? Tienen demasiado calor. Estoy segura de que se pondrán enfermas.

Me volví hacia Marchas:

—Abre la ventana un minuto.

Abrió, y el aire frío de fuera entró, hizo vacilar las llamas de las velas y revolotear el humo de la oca, cuyas alas el sacerdote, con una servilleta al cuello, levantaba con mucha ciencia.

Lo mirábamos trinchar, sin hablar ya, interesados por el tentador trabajo de sus manos, asaltados por un renovado apetito a la vista de aquel grueso animal dorado, cuyos miembros caían uno tras otro en la salsa oscura, en el fondo de la bandeja.

Y de repente, en medio de aquel silencio glotón que nos mantenía atentos, entró, por la ventana abierta, el ruido remoto de un disparo.

Me puse en pie tan rápidamente que la silla rodó a mis espaldas; y grité:

—¡Todos a caballo! Tú, Marchas, ve a buscar dos hombres y tráeme noticias. Te espero aquí dentro de cinco minutos.

Y mientras los tres jinetes se alejaban al galope en la noche, monté a caballo con mis otros dos húsares, ante la escalinata de la casa, mientras el cura, la hermana y las tres buenas mujeres asomaban por las ventanas sus cabezas asustadas.

No se oía nada, sólo un ladrido de perro en la campiña. La lluvia había cesado; hacía frío, mucho frío. Y pronto distinguí de nuevo el galope de un caballo, de un solo caballo que regresaba.

Era Marchas. Le grité:

—¿Qué ocurre?

Respondió:

—Nada, François ha herido a un viejo campesino, que se negaba a responder al "¿Quién vive?" y seguía avanzando, a pesar de la orden de alejarse. Ahora lo traen. Ya veremos de qué se trata.

Ordené que devolviesen los caballos a la cuadra y envié a mis dos soldados al encuentro de los otros; después entré en la casa.

Entonces el cura, Marchas y yo bajamos un colchón a la sala para poner al herido; la hermana, rasgando una servilleta, preparó hilas, mientras las tres mujeres, asustadas, permanecían sentadas en un rincón.

Pronto distinguí un ruido de sables arrastrados por el camino; cogí una vela para alumbrar a los hombres que regresaban; y aparecieron, llevando esa cosa inerte, blanca, larga y siniestra en lo que se convierte un cuerpo humano cuando la vida ya no lo sostiene.

Depositaron al herido en el colchón preparado para él, y vi a la primera ojeada que estaba moribundo. Respiraba con estertores y escupía sangre que corría de las comisuras de los labios, expulsada de la boca por cada uno de los hipos. ¡El hombre estaba cubierto de sangre! Sus mejillas, su barba, sus cabellos, su cuello, sus ropas, parecían haber sido frotados, bañados en una cuba roja. Y la sangre se había pegado a él, se había vuelto apagada, mezclada con barro, con un aspecto espantoso.

El viejo, envuelto en una gran capa de pastor, entreabría a veces los ojos tristes, apagados, sin ideas, que parecían estupefactos, como los de esos animales a los que el cazador mata y que lo miran, caídos a sus pies, casi muertos, ya embrutecidos por la sorpresa y el espanto. El cura exclamó:

—¡Ah! Es el Plácido, el viejo pastor de los Molinos. Es sordo. El pobre no habrá oído nada. ¡Ay, Dios mío! ¡Han matado ustedes a ese infeliz!

La hermana había apartado la blusa y la camisa, y miraba en el centro del pecho un agujerito violeta que ya no sangraba.

—No hay nada que hacer —dijo.

El pastor, jadeando espantosamente, seguía escupiendo sangre con cada uno de sus últimos alientos, y en su garganta se oía, hasta el fondo de los pulmones, un gorgoteo siniestro y continuo.

El cura, en pie sobre él, alzó la mano derecha, trazó la señal de la cruz y pronunció, con voz lenta y solemne, las palabras latinas que lavan las almas.

Cuando las hubo terminado, el viejo fue agitado por una breve sacudida, como si algo acabara de romperse en su interior. Ya no respiraba. Estaba muerto.

Al volverme, vi un espectáculo más espantoso que la agonía de aquel miserable: las tres viejas, de pie, apretadas una contra otra, horrorosas, haciendo muecas de angustia y de terror.

Me acerqué a ellas y empezaron a lanzar gritos agudos, tratando de escapar, como si fuera a matarlas también a ellas.

La Jean-Jean, a la que su pierna quemada ya no sostenía, cayó al suelo cuan larga era.

La hermana San Benito, abandonando al muerto, corrió hacia sus invalidas y, sin decirme una palabra, sin mirarme, las cubrió con sus toquillas, les dio sus muletas, las empujó hacia la puerta, las hizo salir y desapareció con ellas en la noche profunda, tan negra.

Comprendí que ni siquiera podía mandar que las acompañase un húsar, pues el mero ruido del sable las habría asustado.

El cura seguía mirando al muerto. Por fin, volviéndose hacia mí:

—¡Ah! ¡Qué escándalo! —dijo.

*Le Gaulois*, 23 de enero de 1887

# ***La roca de los pájaros bobos***

---

*La roche aux guillemots*

He aquí la estación de los pájaros-bobos.

Desde abril a fines de mayo, antes de que arriben los bañistas parisienses, aparece súbitamente, sobre la pequeña playa de Etretat, un grupo de viejos señores que calzan botas, vestidos con ropa de caza. Pasan cuatro o cinco días en el hotel Hauville, desaparecen, regresan tres semanas más tarde; luego, después de una nueva estancia, se van definitivamente.

Se presentan de nuevo a la primavera siguiente.

Son los últimos cazadores de pájaros-bobos, los que quedan de los antiguos, pues hace treinta o cuarenta años eran una veintena de fanáticos; ahora no son más que unos cuantos entusiastas tiradores.

El pájaro-bobo es un pájaro viajero muy raro, cuyas costumbres son muy extrañas. Habita casi todo el año los parajes de Terre-Neuve, las islas de Saint-Pierre y Miquelon, pero en la época del celo, una bandada de emigrantes atraviesa el océano y, todos los años, vienen a aovar y empollar en el mismo lugar, en la roca llamada de los Pájaros-bobos, cerca de Etretat. No se los encuentra más que allí, sólo allí. Siempre arriban, siempre son cazados, pero ellos regresan otra vez: volverán siempre. Tan pronto los pequeños han sido criados, parten, desaparecen por un año.

¿Por qué no van jamás a otra parte, no eligen algún otro punto de esa larga costa blanca y pareja que se extiende desde el Paso de Calais al Havre? ¿Qué primera emigración, qué tempestad lanzó quizá a sus padres, antaño, sobre esta roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos, todos los descendientes de los primeros han regresado siempre?

No son muchos: un centenar, a lo sumo, como si sólo una familia tuviera esta tradición, cumpliera este peregrinaje anual.

Y cada primavera, desde el momento en que la pequeña tribu viajera se ha reinstalado en su roca, los mismos cazadores también reaparecen en el pueblo. Se los ha conocido jóvenes, antiguamente; ahora son viejos, pero fieles a la cita regular que se conserva desde hace treinta o cuarenta años.

No faltarían por nada del mundo.

Era una noche de abril de uno de los últimos años. Tres ancianos cazadores de pájaros-bobos acababan de llegar, pero faltaba uno, el señor d'Arnelles.

No había escrito a nadie, no había dado noticias. Sin embargo, no había muerto, como tantos otros: lo hubieran sabido. En fin, después de esperarlo, los recién llegados se sentaron a la mesa; la comida llegaba a su término, cuando un carruaje rodó en el patio del hotel, y en seguida el retrasado apareció.

Se sentó, alegre, frotándose las manos y comió con gran apetito; cuando uno de los comensales se sorprendió de que llevara levita, respondió tranquilamente: "No he tenido tiempo de cambiarme."

Se acostaron en cuanto hubieron comido, pues para sorprender a los pájaros, era necesario partir antes de que amaneciera.

No hay nada más hermoso que esta cacería, que este paseo matinal.

A las tres de la mañana, los marineros despiertan a los cazadores lanzando arena en las ventanas. En pocos minutos están prontos para descender a Le Perret. Aunque el crepúsculo todavía no ha empezado, las estrellas se ven algo pálidas; el mar hace

resonar los guijarros; la brisa es tan fresca que uno siente escalofríos, a pesar de las gruesas ropas.

Pronto las dos barcas, empujadas por los hombres, resbalaron bruscamente sobre la pendiente de cantos rodados, con un sonido de tela que se desgarrar; después, se balancean sobre las primeras olas. La vela marrón asciende al mástil, se infla un poco, palpita, oscila y combada, redonda como un vientre, impulsa los cascarones alquitranados hacia la gran puerta que se distingue vagamente aguas abajo en la sombra.

El cielo se ilumina; las tinieblas parecen fundirse; la costa asoma, todavía velada, la gran costa blanca, recta como una muralla.

Se atraviesa la Manne-Porte, bóveda enorme por la que pasaría un navío; se dobla la punta de la Courtine; he aquí el valle de Antifer, el cabo del mismo nombre, y en seguida se divisa una playa sobre la que cientos de gaviotas están posadas. Esta es la roca de los Pájaros-bobos.

Se trata simplemente de un pequeño relieve de la costa; y sobre las estrechas cornisas de la roca, aparecen las cabezas de los pájaros que observan las barcas.

Están allí, inmóviles, esperando, sin decidirse aún a partir. Algunos instalados en la orilla erguidos en forma de botella, parecen estar sentados sobre sus traseros, pues tienen las patas tan cortas que al caminar, dan la impresión de deslizarse sobre ruedas; para volar, no pudiendo tomar ímpetu, deben dejarse caer como piedras, y pasan casi rozando a los hombres que los acechan.

Los pájaros conocen su debilidad y el peligro en que están, pero no se deciden a huir rápidamente.

Pero los marineros se echan a gritar, baten la borda con los toletes de madera y los pájaros, llenos de temor, se lanzan uno a uno al vacío, precipitándose a ras de las olas; después, batiendo las alas con golpes rápidos, huyen, huyen hacia alta mar, si una lluvia de perdigones no los arroja al agua.

Durante una hora se los persigue así, forzándolos a abandonar, uno tras otro, el lugar; a veces, las hembras que están empollando en los nidos, se resisten a partir, y reciben las sucesivas descargas que hacen saltar sobre la blanca roca las gotas de sangre rosada, hasta que el animal expira sin haber abandonado sus huevos.

El primer día, el señor d'Arnelles cazó con su ardor habitual; pero al regresar, a eso de las diez, bajo el alto sol radiante que lanzaba grandes triángulos de luz en las calas blancas de la costa, se mostró algo preocupado, pensativo incluso, contra su costumbre.

Cuando volvieron al pueblo, una especie de criado vestido de negro se le acercó, y le habló en voz baja. El pareció reflexionar; después dijo:

—No, mañana.

Y al otro día se reanudó la caza. El señor d'Arnelles, esta vez, erraba el tiro con frecuencia, y, sin embargo, los animales se dejaban caer casi al extremo del cañón del fusil. Sus amigos, riendo, le preguntaban si estaba enamorado, si algún problema secreto embargaba su corazón y su espíritu.

Por fin, él explicó:

—Sí, es cierto, debo partir en seguida, y eso me desagrada.

—¿Cómo, se va usted? ¿Y por qué?

—¡Oh! Hay un asunto que me requiere, no puedo tardar más.

Después se habló de otra cosa.

Terminado el desayuno, el criado de negro reapareció. El señor d'Arnelles ordenó enganchar; y el hombre estaba por salir cuando los otros tres cazadores intervinieron, insistieron, rogando y solicitando que su amigo permaneciera allí. Uno de ellos, al fin, preguntó:

—¿Es tan grave ese asunto? ¡No debe serlo, si ha esperado ya dos días!

El cazador, reflexionaba, perplejo, visiblemente dividido entre el placer y una obligación; se sentía desdichado y turbado.

Después de una larga meditación, murmuró, vacilante:

—Es que... es que... yo no estoy solo aquí; tengo conmigo a mi yerno.

Hubo gritos de exclamación:

—¿Vuestro yerno! Pero ¿dónde está?

Entonces, súbitamente, él pareció confuso y enrojeció.

—¡Cómo! ¿No lo saben?... El... está en la cochera. Está muerto.

Se hizo un silencio de estupefacción.

El señor d'Arnelles agregó, cada vez más turbado:

—Tuve la desgracia de perderlo; y, como conducía el cuerpo a mi casa, en Briseville, hice un pequeño rodeo para no faltar a nuestra cita. Pero como ustedes comprenderán, no puedo permanecer aquí por más tiempo.

Entonces, uno de los cazadores, más audaz, dijo:

—Sin embargo..., ya que está muerto..., me parece que puede esperar un día más.

Los otros dos no dudaron más:

—Es incontestable —dijeron.

El señor d'Arnelles pareció aliviado de un gran peso; sin embargo, todavía un poco inquieto, preguntó:

—Pero... francamente... ¿ustedes creen...?

Los otros tres, como un solo hombre, respondieron:

—¡Por Dios!, querido, dos días más o menos no importan en su estado.

Entonces, completamente tranquilo, el suegro se volvió hacia el enterrador:

—¡Pues bien, amigo mío: será para pasado mañana!

*Le Gaulois, 14 de abril de 1882*



# *Rosalía Prudent*

---

*Rosalie Prudent*

Tenía que haber en aquel caso un misterio que ni los jurados, ni el presidente, ni el fiscal mismo lograban desentrañar.

La joven Rosalía Prudent, que servía en casa de los señores Varambot, de Mantes, quedó encinta sin que sus amos, lo supieran, y dio a luz en la guardilla de la casa, matando luego a su hijo y enterrándolo en la huerta.

Era uno de tantos infanticidios cometidos por chicas de servir. Pero había un hecho inexplicable. El registro realizado en la habitación de Rosalía Prudent llevó al descubrimiento de un equipo completo para recién nacido, hecho con sus propias manos por Rosalía, que había empleado sus noches, por espacio de tres meses, en cortarlo y coserlo. El dueño de la tienda, que le había vendido a cuenta de su salario las velas que le hicieron falta para llevar a cabo un trabajo tan largo, se presentó como testigo. Quedó también probado que la comadrona del pueblo, a la que había ido a consultar, le dio instrucciones detalladas y consejos prácticos, por si le ocurría dar a luz en horas en que a ella le fuese imposible atenderla. No contenta con esto, le había buscado colocación en Poissy, porque Rosalía sospechaba que sería despedida, pues los señores Varambot hilaban muy delgado en lo tocante a cuestiones de moral.

Allí estaban, asistiendo a la vista, el marido y la mujer, pequeños rentistas provincianos. indignados contra aquella pérdida que habla mancillado su casa. Ellos hubieran querido que la condujesen en el acto, sin juzgarla, a la guillotina, y la abrumaban con sus declaraciones rencorosas, que en su boca equivalían a otras tantas acusaciones.

La culpable, una moza de la baja Normandía, alta y hermosota, bastante instruida, teniendo en cuenta su posición social, lloraba sin cesar, pero no contestaba nada.

Como se deducía de todo que la joven pensaba guardar y criar a su hijo, no había más remedio que suponer que había cometido aquella atrocidad, indudablemente, en un momento de desesperación y de locura.

Intentó el presidente una vez más hacerle hablar, conseguir una confesión completa, y le dio a entender que aquellos hombres que estaban allí reunidos para juzgarla no querían su muerte, y que podían incluso llegar a compadecerla.

Esto la decidió.

—Vamos a ver —le dijo el presidente—. ¿Quién es el padre de su hijo?

Hasta aquel momento se había negado obstinadamente a declararlo.

Y de pronto, mirando a sus amos, que acababan de calumniarla con saña, contestó:

—El señor José, el sobrino del señor Varambot.

Los dos esposos se sintieron acometidos por un sobresalto, y gritaron al unísono:

—¡Falso! Miente. Es una infamia.

El presidente los obligó a callar, y dijo a la procesada:

—Prosiga usted, yo se lo ruego. Díganos cómo fue eso.

Ella entonces rompió en un torrente de palabras, aliviando así la presión de su corazón, de su pobre corazón solitario y desgarrado, vertiendo su dolor, todo su dolor, delante de aquellos hombres severos a los que hasta entonces había tomado por enemigos y jueces inflexibles.

—Sí, es del señor José Varambot; de cuando estuvo el año pasado de vacaciones.

—¿Qué profesión tiene el señor José Varambot?

—Es suboficial de Artillería, señor. Dos meses vivió en la casa, dos meses, durante el verano. Yo no había pensado en nada, pero él empezó a mirarme, y luego a lisonjearme, y por último a decirme frases de cariño desde la mañana hasta la noche. Y yo acabé creyéndole, señor... A fuerza de repetirme que era guapa, que era simpática..., que le gustaba. También a mi me gustaba él, ;esa es la verdad..., ¿qué quiere usted? Cuando una está sola, tan sola como yo estoy, suenan bien estas cosas. Estoy sola en el mundo, señor... No tengo nadie con quien poder hablar..., nadie a quien poder comunicar mis dificultades. Ni padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ¡nadie! Cuando él empezó a hablarme, fue como si me hubiese resucitado un hermano. Y una noche me pidió que bajase con él hasta la orilla del río, para que charlásemos sin que nadie nos oyese. Yo fui..., después, ¿qué sé yo? Me cogió de la cintura. Yo no quería, se lo aseguro; no quería... No, no quería...; pero no pude; sentía ganas de llorar, de tan suave que estaba la noche... Había un claro de luna...; no pude, no..., se lo juro...; no pude..., y él hizo lo que quiso... Así seguimos tres semanas más: todo el tiempo que él estuvo. Yo le habría seguido hasta el fin del mundo... Se marchó, por fin... Yo no sabía que estaba preñada. No lo supe hasta el mes siguiente.

Rompió a llorar con tal fuerza, que hubo que darle tiempo para que se repusiese. Hasta que el presidente volvió a decir con el mismo tono de un sacerdote en el confesionario:

—Vamos, continúe.

Y la joven siguió hablando:

—Cuando me vi embarazada, fui a contárselo a la señora Boudin, que está ahí, y que puede decirlo, y le pregunté cómo me las apañaría si no podía acudir ella. Y me puse a hacer el equipo, noche a noche, trabajando hasta la una de la madrugada; y me busqué otra colocación, porque sabía que sería despedida; pero quería estar en la casa hasta el último instante, para economizar lo que pudiese, porque yo no dispongo de dinero y me haría falta para el pequeño...

—Siendo así, es que no tenía intención de matarlo.

—De seguro que no la tenía, señor.

—Y entonces, ¿por qué lo mató?

—Miren ustedes cómo fue. La cosa vino antes de lo que yo creía. Me acometió en la cocina, cuando estaba acabando de fregar la vajilla. El señor y la señora Varambot estaban ya acostados; subí, con muchas fatigas, agarrándome a la barandilla; me tumbé en el suelo, encima de los ladrillos, para no estropear la cama. Me costó una hora, dos, tres, no sé a punto fijo cuánto tiempo, porque el dolor era terrible; al fin, empujé con todas mis fuerzas, sentí que salía y lo recogí.

Estaba contenta, si, señor; estaba contenta. Hice todo lo que la señora Boudin me encargó, ¡odo! Y, de pronto, me vuelven los dolores, pero con tal fuerza que creí que me moría... Si ustedes supiesen lo que es eso, no harían tantos, se lo aseguro... Caí primero de rodillas; luego, de espaldas, en el suelo..., y vuelve a empezar todo otra vez, durante una hora o dos tal vez, y yo allí sola..., y de pronto sale otro..., si, otro niño...; dos..., ¡dos, nada menos! Lo recogí como al primero, y lo puse en la cama, el uno junto al otro... ¡Dos! Díganme ustedes, ¿podía ser aquello? ¡Dos hijos, yo que gano veinte francos al mes!... Díganme ustedes, ¿podía ser aquello? Uno si, era posible, con grandes privaciones; ¡pero dos! Me volví loca. ¡Qué sabía yo! ¿Podía elegir entre los dos? ¡Díganme ustedes!

¡Ni yo sé lo que me pasó! Me pareció que todo había acabado para mi. Sin darme cuenta, les puse la almohada encima... No podía quedarme con los dos..., y me apoyé sobre la almohada. Y hasta que entró la luz por la ventana estuve retorciéndome y llorando; estaban muertos los dos, debajo de la almohada; no podía ser menos. Entonces

los cogí en mis brazos, bajé las escaleras, salí a la huerta, cogí la azada del jardinero y los sepulté, lo más hondo que pude; pero no juntos, para que no fuesen a hablar de su madre, si es que hablan los niños muertos. ¡Qué sé yo!

Después me acosté y estuve tan mal que no pude levantarme. Llamaron al médico y éste cayó en la cuenta de todo. Esa es la verdad, señor juez. Hagan lo que quieran; estoy preparada para todo.

La mitad de los miembros del Jurado se sonaban una y otra vez las narices para no llorar. Algunas mujeres del público sollozaban.

El presidente preguntó:

—¿Dónde enterró usted al otro?

—¿Cuál es el que han encontrado?—dijo ella.

—¿Cuál?... Pues el de..., el que estaba entre las alcachofas.

—¡Bien! Pues el otro está en el fresal, cerca del pozo— y estalló en sollozos tan profundos que partían el alma.

La joven Rosalía Prudent fue absuelta.

*Gil Blas*, 2 de marzo de 1886

Se hallaban sumergidas entre flores; el coche, lleno de ramos, parecía una canastilla gigantesca. Violetas de Parma, rosas alhelíes, lirios, margaritas y azahares, parecían oprimir los dos cuerpos de mujer delicados, que apenas asomaban entre aquel hacinamiento de tan distintos colores y tan diferentes perfumes.

El látigo del cochero estaba revestido de anemones; los arneses de los caballos y las ruedas iban adornados también; en lugar de faroles, llevaban dos magníficos ramos, como si fueran los ojos de aquel jardín ambulante.

Llegaron al bulevar de la Fonciere, donde comenzó la batalla. Una doble fila de coches, a lo largo del inmenso paseo, se extendía como una cinta de colores. Los ramos cruzaban el aire como balas y caían muchas veces al suelo, donde una turba de muchachos los recogía.

Los que ocupaban los coches se llamaban, se reconocían, se ametrallaban con rosas. Un carro lleno de mujeres vestidas de rojo, como diablos, atraía las miradas. Un caballero, semejante a los retratos de Enrique IV, arrojaba con alegre ardor un ramillete sujeto a una cinta elástica. Temiendo el golpe, las mujeres se tapaban los ojos y los hombres bajaban la cabeza; pero el proyectil, suave, rápido y obediente, interrumpía su trayectoria para volver a la mano de su tirador, que lo arrojaba luego sobre otra cara nueva.

Las dos bonitas mujeres vaciaban a manos llenas su arsenal y recibían una lluvia de ramos. Después de una hora de combate cansadas al fin, mandaron al cochero que se dirigiese hacia la calle de \*, que tiene vistas al mar.

El sol se ocultaba detrás del Estartel, dibujando en oscuro, sobre un fondo rojo, los picos de la montaña. El mar, tranquilo, azul y claro, se unía en el horizonte con la bóveda celeste, y grandes buques, anclados en el golfo, parecían un rebato de apocalípticas bestias, enormes y tranquilos, acorazados y ventrudos, luciendo sus palos delgados como un ligero adorno y alumbrando el espacio por la noche con sus ojos de luz blanca.

Las dos bonitas mujeres, recostadas en los almohadones de su landó, miraban lánguidamente.

Una dijo, al fin:

—Hay deliciosas tardes en que todo agrada. ¿No es verdad?

La otra respondió:

—Sí; todo agrada. Pero se necesita otra cosa, además.

—¿Qué? Me considero completamente feliz: nada necesito.

—Acaso tú no lo sientas como yo; pero la mujer, aun cuando un dulce bienestar invada su cuerpo, necesita siempre algo para el corazón.

Y la otra decía, sonriendo:

—¿Un poco de amor?

—Sí.

Callaron. Después, una de las dos, mirando hacia delante, exclamó:

—La vida no me parecería soportable sin amor. Necesito que me quieran. Somos todas lo mismo, aunque no todas lo confiesen.

—No soy yo de tu opinión. Que me quiera quien yo quiero, sí. De los demás, nada me importa. Piensas que podría serme grata la ternura de..., de... .—y buscando un

término a su frase, recorría el panorama con los ojos, que, se fijaron en los dos relucientes botones de la levita del cochero, y, soltando la risa, prosiguió—:...la ternura de mi cochero?

La otra, con una leve sonrisa, dijo en voz baja:

—Te aseguro que resulta muy divertido ser adorada por un criado. Lo sé por experiencia. Los pobres abren unos ojos tan ardientes, que hay para morirse de risa. Pero es preciso mostrarse tanto más severa cuanto más enamorados están; luego se los despide un día con cualquier pretexto, evitando el ridículo de que lo note alguien que pueda importarnos.

Su amiga la escuchaba, y después de reflexionar un poco añadió:

—Te aseguro que no advertiría siquiera el apasionamiento de mi lacayo. Cuéntame cómo reparas en que te quieren.

—Pues la cosa es de lo más elemental: se les conoce, como a nuestros amigos, en que se vuelven estúpidos.

—Un hombre de mi clase no me parece muy estúpido cuando me desea.

—Se ponen idiotas, amiga mía, incapaces de sostener una conversación, de contestar oportunamente, de discurrir...

—Pero ¿qué gusto podía darte la pasión de un criado? ¿Te halagaba? ¿Te conmovía?

—¿Conmoverme? No. ¿Halagarme? Si; un poco. Siempre halaga el amor de un hombre; de cualquier hombre.

—No lo entiendo.

—Sí. Voy a contarte una increíble aventura que me ocurrió. Verás cómo es curioso e inexplicable lo que sentimos en esas ocasiones.

Hace cuatro años, en otoño, habiéndome quedado sin doncella, probé seis o siete seguidas, con tanta desgracia que ninguna me sirvió.

Leí entonces en los anuncios de un diario que deseaba colocación una joven que sabía coser, bordar, peinar y con buenos antecedentes. Además también sabía el inglés. Dirigí una tarjeta al sitio indicado en el anuncio, y al día siguiente la joven se presentó. Era bastante alta, delgada, pálida y con expresión tímida. Tenía grandes ojos negros y buen cutis; me satisfizo su presencia.

Le pregunté acerca de sus informes, y me presentó un certificado en inglés, porque había servido solamente a lady Rymbell durante diez años.

El papel decía que la joven salió de Londres por su voluntad para volver a Francia; que no había hecho nada punible durante su largo servicio y que sólo podía tachársela de un poco de coquetería francesa.

La pudibundez de la frase inglesa me hizo sonreír, y, desde luego, decidí que la joven quedase a mi servicio como doncella.

Se llamaba Rose. En un mes fue para mi necesaria, insustituible. Rose era un feliz hallazgo, una joya, un fenómeno.

Sabía peinar con un gusto exquisito; adornaba un sombrero mejor que una modista y hasta cortaba con acierto un vestido.

Me asombraban sus facultades. Nunca me vi tan bien servida.

Me vestía rápidamente, con una ligereza inexplicable. Nunca rozaba con sus dedos mi piel; no hay cosa que me disguste más que las manos de una criada. Adquirí costumbres perezosas en exceso, porque me agradaba que me vistiera y me desnudase de pies a cabeza, desde la camisa hasta los guantes, con tanto primor, aquella doncella que no hablaba jamás y que siempre se acaloraba un poco en esos quehaceres. Al salir yo del baño, me frotaba y me secaba, mientras yo, con los ojos cerrados, me adormecía en el diván. Llegó a parecerme, por su delicadeza, una señorita sin recursos.

Pero una mañana el portero dijo que tenía que hablarme. Mi portero es un hombre de toda confianza, soldado viejo y antiguo servidor de mi marido.

Se atragantaba, como si fuese poco agradable lo que tenía que decirme. Al fin, rompió:

—Señora, en el portal aguarda el comisario de Policía.

Pregunté bruscamente:

—¿Qué tenemos que ver con la Policía?

—Quiere hacer un registro en el hotel.

Indudablemente la Policía es útil, pero yo la detesto. Me parece una profesión poco noble. Molesta por aquel recado intempestivo, dije:

—Un registro, ¿a santo de qué? No entrará.

El portero añadió:

—Asegura que se oculta un criminal en esta casa.

Esto me atemorizó, y di orden para que dejaran pasar al comisario. Era un hombre correcto. Me pidió mil perdones, me ofreció mil excusas y acabó asegurándome que había entre mi servidumbre un presidiario.

Aquello me indignó. Le dije que yo respondía de la honradez de mis criados, y los fui enumerando a todos:

—El portero, Pierre Courtin, viejo soldado.

—No es el que busco.

—El cochero, François Pingau, campesino, hijo de un arrendador de haciendas mías.

—Tampoco es él.

—Un mozo de cuadra, también labriego, hijo de labriegos, y un lacayo, que usted ha visto al entrar.

—No es ninguno de los que la señora nombra.

—Ya ve usted cómo vino engañado.

—Perdón, señora; estoy seguro de no equivocarme. Como se trata de un criminal terrible, sería conveniente, para descubrirlo, que la señora me presentase a todos, absolutamente a todos los que viven en su casa.

Me parecía demasiada exigencia, pero accedí. Llamé a toda la servidumbre, mujeres y hombres.

—¿No hay más?

—Una joven que no le parecerá, sin duda, un presidiario.

—¿Puedo verla?

—Sí.

Llamé a Rose, la cual se presentó al punto. Inmediatamente hizo el comisario una señal, y dos policías, que hasta entonces no vi, se precipitaron sobre mi doncella, oprimieron sus brazos y ataron sus manos con un cordel.

Exaltada por semejante atropello grité, quise defenderla.

El comisario me detuvo con estas palabras:

—Señora, su doncella es un hombre que se llama Jean Nicolás Lecapet, condenado a muerte hace tres años por asesinato y violación. Un indulto le alcanzó, reduciéndole a cadena perpetua. Se fugó del presidio hace cuatro meses.

Yo no lo creía. El comisario, sonriente, añadió:

—Voy a dar a la señora una prueba. Tiene un tatuaje de colores en el brazo izquierdo.

Le arremangaron y vi la señal. El comisario pronunció entonces una frase de mal gusto:

—Conténtese usted con esta comprobación y no exija otras más terminantes.

Y se la llevaron.

Mira: lo que me indignaba no era el engaño ni el peligro en que me vi; no era tampoco la vergüenza de que un hombre me hubiese vestido y desnudado, secándome y frotándome tantas veces; lo que me indignaba era una humillación de mujer... ¿Comprendes?

—No del todo.

—Reflexiona. Ese mozo habla sido condenado por violación... Yo pensaba... en la mujer a la ¿cual violó... Aquello era humillante para mi, que le había tenido tan cerca siempre, que me había visto desnuda tantas veces, que me había envuelto en la sábana sin... ¿comprendes ahora?

La otra no respondía. Miraba con una fijeza singular los dos brillantes botones de la levita del cochero, y en sus labios se dibujaba una sonrisa de esfinge, propia de una mujer.

*Gil Blas*, 29 de enero de 1884

# *Un sabio*

---

*Un sage*

## *Al barón de Vaux*

Blérot era mi amigo de la infancia, mi camarada más querido; no teníamos ningún secreto. Estábamos ligados por una honda amistad de los corazones y de las mentes, una intimidad fraternal, una total confianza del uno en el otro. El me contaba sus pensamientos más delicados, hasta esos pecadillos de la conciencia que uno apenas se atreve a confesarse a sí mismo. Otro tanto hacía yo con él.

Yo había sido el confidente de todos sus amores. El lo había sido de todos los míos.

Cuando me anunció que iba a casarse, me sentí herido como por una traición. Percibí que se había acabado el cordial y absoluto cariño que nos unía. Su mujer estaba entre nosotros. La intimidad del lecho establece entre dos seres, incluso cuando han dejado de amarse, una especie de complicidad, de alianza misteriosa. Son, el hombre y la mujer, como dos socios discretos que desconfían de todo el mundo. Aunque ese lazo tan estrecho que anudan los besos conyugales se rompe bruscamente el día en que la mujer toma un amante.

Recuerdo como si fuera ayer toda la ceremonia de la boda de Blérot. Yo no había querido asistir a la fiesta de las capitulaciones, pues soy poco aficionado a esta clase de acontecimientos; fui solamente al ayuntamiento y a la iglesia.

Su mujer, a quien yo no conocía, era una jovencita alta, rubia, un poco flaca, bonita, con ojos pálidos, cabellos pálidos, tez pálida, manos pálidas. Caminaba con un leve movimiento ondulante, como si la llevaran en una barca. Semejaba hacer, al avanzar, una serie de largas y graciosas reverencias.

Blérot parecía muy enamorado. La miraba sin cesar, y yo sentía temblar en él un deseo inmoderado de aquella mujer.

Fui a visitarlo al cabo de unos días. Me dijo: "No te figuras lo feliz que soy. La amo locamente. Además, ella es..., es..." No remató la frase, pero poniéndose dos dedos en la boca hizo un gesto que significaba: divina, exquisita, perfecta, y otras muchas cosas más.

Le pregunté riendo: "¿Tanto como eso?"

Respondió: "¡Todo lo que puedas soñar!"

Me presentó a ella. Se mostró encantadora, familiar en la justa medida, me dijo que su casa era la mía. Pero yo sentía que él ya no era mío, él, Blérot. Nuestra intimidad se había cortado en seco. Apenas encontramos nada que decirnos.

Me marché. Después hice un viaje a Oriente. Regresé por Rusia, Alemania, Suecia y Holanda.

Sólo volví a París después de dieciocho meses de ausencia.

Al día siguiente de mi llegada, mientras vagaba por el bulevar para recobrar el aire de París, divisé, viniendo hacia mí, a un hombre muy pálido, de rasgos hundidos, que se parecía a Blérot tanto como un tísico demacrado puede parecerse a un mozo rubicundo y con un poco de panza. Lo miraba sorprendido, inquieto, preguntándome: "¿Será él?" Me vio, lanzó un grito, alargó los brazos. Yo abrí los míos, y nos abrazamos en pleno bulevar.

Después de unas cuantas idas y venidas de la calle Drouot al Vaudeville, cuando nos disponíamos a separarnos, pues él parecía ya extenuado de andar, le dije:



"No tienes muy buen aspecto. ¿Estás enfermo?" Respondió: "Sí, un poco indispueto."

Tenía todas las apariencias de un hombre que va a morir; y una oleada de cariño me ascendió al corazón ante aquel viejo y queridísimo amigo, el único que he tenido nunca. Le estreché las manos.

"¿Qué te ocurre? ¿Te duele algo?"

—No, un poco de fatiga. No es nada.

—¿Qué te dice el médico?...

—Habla de anemia y me receta hierro y carnes rojas."

Una sospecha cruzó por mi mente. Pregunté:

"¿Eres feliz?"

—Sí, muy feliz.

—¿Feliz del todo?"

—Del todo.

—¿Tu mujer...?"

—Encantadora. La amo más que nunca."

Pero advertí que se había ruborizado. Parecía cohibido, como si temiera nuevas preguntas. Lo cogí del brazo, lo empujé a un café vacío a aquellas horas, le hice sentarse a la fuerza y, clavando mis ojos en los suyos:

"Vamos, chico, dime la verdad." El balbució: "No tengo nada que decirte."

Proseguí con voz firme: "Eso no es cierto, René. Estás enfermo, enfermo del alma, sin duda, y no te atreves a revelar a nadie tu secreto. Te corroe algún pesar. Pero me lo dirás a mí. Vamos, estoy esperando."

Se ruborizó de nuevo, después tartamudeó, volviendo la cabeza:

"Es estúpido..., pero estoy..., ¡estoy acabado!"

Como callaba, le dije: "Ea, vamos, habla." Entonces él pronunció bruscamente, como si arrojara fuera de sí un pensamiento torturador, inconfesado aún.

"¡Pues bien! Tengo una mujer que me mata..., eso es."

Yo no comprendía. "¿Te hace desgraciado? ¿Te hace sufrir día y noche? Pero ¿cómo? ¿En qué?"

Murmuró con voz débil, como si estuviera confesando un crimen: "No... la amo demasiado."

Quedé cortado ante esta confesión brutal. Después me entraron ganas de reír, y por fin pude responder:

"Pues me parece que..., que podrías..., amarla menos."

Había vuelto a ponerse muy pálido. Se decidió por fin a hablarme con el corazón en la mano, como antaño:

"No. No puedo. Y me muero. Ya lo sé. Me muero. Me estoy matando. Y tengo miedo. Ciertos días, como hoy, tengo ganas de dejarla, de irme para siempre, de marcharme al fin del mundo, para vivir, para vivir mucho tiempo. Y después, cuando llega la noche, regreso a casa, a mi pesar, a pasitos, con la mente atormentada. Subo la escalera lentamente. Llamo. Ella está allí, sentada en un sillón. Me dice: "¡Qué tarde llegas!" Yo la beso. Después nos sentamos a la mesa. Pienso todo el tiempo durante la cena: "Voy a salir después de cenar y cogeré el tren para ir a cualquier lado." Pero cuando volvemos al salón, me siento tan fatigado que ya no tengo ánimos para levantarme. Me quedo. Y después..., y después... Sucumbo siempre..."

No pude contener una nueva sonrisa. El la vio y prosiguió: "Tú te ríes, pero te aseguro que es horrible!"

—"¿Por qué —le dije— no adviertes a tu mujer? A menos que sea un monstruo, lo comprenderá."

Se encogió de hombros: "¡Oh! Hablar es fácil. Si no la advierto, es porque conozco su naturaleza. ¿Nunca has oído decir de ciertas mujeres?: "Esa ya va por su tercer marido." Sí, ¿verdad?, y la cosa te ha hecho sonreír, como hace un momento. Y, sin embargo, era cierto. ¿Qué hacer? La culpa no es suya, ni mía. Ella es así, porque la naturaleza la ha hecho así. Tiene, querido mío, un temperamento de Mesalina. Lo ignora, pero yo lo sé muy bien, y peor para mí. Y es encantadora, dulce, tierna, encuentra naturales y moderadas nuestras locas caricias, que a mí me agotan. Tiene todo el aire de una colegiada ignorante. Y es ignorante, pobre niña.

"¡Oh! Cada día tomo enérgicas resoluciones. Comprendo que me muero. Pero basta una mirada de sus ojos, una de esas miradas donde leo el deseo ardiente de sus labios, y al punto sucumbo, diciéndome: "Es la última vez. No quiero saber más de estos besos mortales." Y después, cuando he cedido una vez más, como hoy, salgo, camino sin rumbo pensando en la muerte, diciéndome que estoy perdido, que se acabó.

"Tengo el espíritu tan herido, tan enfermo, que ayer fui a dar una vuelta por el Père Lachaise. Miraba aquellas tumbas alineadas como dominós. Y pensaba: "Pronto estaré ahí." Volví a casa, muy decidido a fingirme enfermo, a huirle. No he podido.

"¡Oh! No conoces esto. Pregúntale a un fumador a quien la nicotina envenena si puede renunciar a su hábito delicioso y mortal. Te dirá que lo ha intentado cien veces sin lograrlo. Y añadirá: "Mala pata. Prefiero morir de eso." Yo estoy así. Cuando uno está enganchado en el engranaje de una pasión tal o de un vicio tal, hay que meterse por entero."

Se levantó, me tendió la mano. Una cólera tumultuosa me invadía, una horrorosa cólera contra aquella mujer, contra la mujer, contra ese ser inconsciente, encantador, terrible. El se abrochaba el abrigo para irse. Le arrojé bruscamente a la cara: "Pero, ¡rediez!, antes de dejarte matar así, proporcióname amantes."

Se encogió de nuevo de hombros, sin responder, y se alejó.

Estuve seis meses sin verlo. Cada mañana esperaba recibir una esquela de defunción invitándome a su entierro. Pero no quería poner los pies en su casa, obedeciendo a un sentimiento complicado, hecho de desprecio hacia aquella mujer y hacia él, de cólera, de indignación, de mil sensaciones diversas.

Un hermoso día de primavera paseaba por los Campos Elíseos. Era una de esas tardes tibias que remueven en nuestro interior alegrías secretas, que nos encienden los ojos y vierten sobre nosotros una tumultuosa dicha de vivir. Alguien me golpeó en un hombro. Me volví: era él; era él, espléndido, rebosando salud, rosado, gordo, ventruado.

Me tendió las dos manos, desbordante de placer, y gritó: " ¡Benditos los ojos, traidor! "

Lo miraba paralizado por la sorpresa: "Pues... sí. ¡Caracoles, te felicito! Has cambiado desde hace seis meses."

Se puso escarlata, y prosiguió, con una risa falsa:

"Se hace lo que se puede."

Yo lo miraba con una obstinación que le molestaba visiblemente. Articulé: "Entonces, ¿te has..., te has curado? "

Balbució muy deprisa: "Sí, del todo. Gracias." Después, cambiando de tono: " ¡Qué suerte encontrarte, chico. ¿Eh? Ahora nos veremos, y a menudo, eso espero, ¿no?"

Pero yo no abandonaba mi idea. Quería saber. Pregunté: "Veamos, ya te acordarás de la confidencia que me hiciste, seis meses atrás... Entonces..., entonces..., ahora resistes."

El articuló atropelladamente: "Supongamos que no te he dicho nada, y déjame tranquilo. Pero, ¿sabes?, ahora que te he encontrado no te suelto. Vente a cenar a casa."

Me entraron de pronto unas ganas locas de ver aquel hogar, de comprender. Acepté.

Dos horas después, él me introducía en su casa.

Su mujer me recibió de forma encantadora. Tenía un aire sencillo, adorablemente ingenuo y distinguido, que arrobaba la vista. Sus largas manos, su mejilla, su cuello, eran de una blancura y de una delicadeza exquisitas: era carne noble y fina, carne de raza. Y seguía andando con aquel largo movimiento de chalupa, como si cada pierna, a cada paso, hubiera flaqueado levemente.

René la besó en la frente, fraternalmente, y preguntó: "¿Aún no ha llegado Lucien?"

Ella respondió, con voz clara y ligera: "No, aún no, amigo mío. Ya sabes que siempre se retrasa un poco."

Sonó el timbre. Apareció un muchacho alto, muy moreno, de mejillas vellosas y aspecto de hércules mundano. Nos presentaron: se llamaba Lucien Delabarre.

René y él se estrecharon enérgicamente las manos. Y después nos sentamos a la mesa.

La cena fue deliciosa, llena de alegría. René no cesaba de hablarme familiarmente, cordialmente, francamente, como antaño. Era: "Ya sabes, chico. Dime, chico. Escucha, chico." Después, de pronto, exclamaba: "No te figuras el gusto que me ha dado encontrarte. Me parece renacer. "

Yo miraba a su mujer y al otro. Se comportaban con perfecta corrección. Me pareció, no obstante, que una o dos veces intercambiaban una ojeada rápida y furtiva.

En cuanto acabó la comida, René, volviéndose hacia su mujer, declaró: "Querida, he vuelto a encontrar a Pierre y me lo llevo; vamos a charlotear por el bulevar, como en tiempos. Perdónanos esta calaverada..., de solteros. Además, te dejo al señor Delabarre."

La joven sonrió y me dijo, tendiéndome la mano: "No lo retenga mucho tiempo."

Ya estábamos en la calle, del brazo. Entonces, queriendo saber a toda costa: "Vamos, ¿qué ha pasado? Cuén..... " Pero me interrumpió bruscamente y, con el tono gruñón de un hombre tranquilo a quien molestan sin razón, respondió: " ¡Ah, chico, déjame en paz de una vez con tus preguntas!" Después agregó a media voz, como hablando consigo mismo, con la pinta convencida de la gente que ha tomado una sabia resolución: "Era demasiado idiota dejarse reventar así, a fin de cuentas."

No insistí. Caminábamos a buen paso. Nos pusimos a charlar. Y de pronto me susurró al oído: "¿Y si nos fuéramos a ver chicas, ¿eh?"

Me eché a reír francamente: "Como quieras. Vamos, muchacho. "

*Gil Blas*, 4 de diciembre de 1883

# *El salto del pastor*

---

*Le saut du berger*

De Dieppe al Havre, la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared.

De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente y un vahecho angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, a una playa cubierta de guijarros, a la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente. La Naturaleza ha formado estos valles, que las tempestuosas lluvias han rematado con aquellas hondonadas tallando lo que quedaba de roca, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso a los hombres, por

A veces se vislumbran en estos valles un pueblo al que azota el duro huracán.

He pasado el estío en uno de esos claros de la costa, albergado en casa de un aldeano cuya morada, situada de cara a las olas, permitía ver desde la ventana un enorme triángulo de agua azul limitada por las verdes pendientes del peñasco y manchada a veces por blancas y lejanas velas en un golpe de sol.

El camino que conducía al mar seguía el fondo del desfiladero, y, bruscamente, se hundía entre dos paredes de marga y se convertía en una especie de profundo pantano, antes de desembocar en una hermosa sábana de guijarros extendidos, redondeados y pulimentados por la secular caricia de las olas.

Este sitio se llama el Salto del Pastor.

Ved aquí el drama al cual debe su nombre:

Se cuenta que aquel pueblo se hallaba antiguamente gobernado por un sacerdote austero y violento.

Había salido del Seminario lleno de odio hacia los que viven con arreglo a las leyes naturales, y no conforme a las de Dios. De inflexible severidad para consigo mismo, se mostró para los demás implacablemente intolerante; una cosa le llenaba, sobre todo, de cólera y de disgusto; y esta cosa era el amor.

Si hubiese vivido en las ciudades, en medio de los civilizados y refinados que disimulan tras de los velos delicados del sentimiento y de la ternura los brutales actos que impone la Naturaleza; si hubiese confesado en la sombra de las elegantes naves a las pecadoras perfumadas, cuyas faltas parecen atenuadas por la gracia de la caída y la nube de ideal en torno del beso material, tal vez no hubiera sentido aquellas locas revueltas, aquellos furiosos desordenados que le acometían ante el sucio emparejamiento de los pordioseros en el lodo de una cuneta o sobre la paja de una granja.

Comparaba con los brutos a aquellas gentes que no conocían el amor y se unían solamente como los animales; y les odiaba por lo grosero de su alma, por la sucia satisfacción de su instinto, por la repugnante jovialidad de los viejos cuando hablaban todavía de aquellos inmundos placeres.

Tal vez se encontraba también, a pesar suyo, torturado por la angustia de apetitos no satisfechos y minado por la lucha de su cuerpo rebelado contra un espíritu despótico y casto. Ello era que todo lo tocante a la carne le indignaba, le ponía fuera de sí; y sus violentos sermones, llenos de amenazas y furiosas alusiones, hacían bromear a las mozas y a los muchachos, que se miraban a hurtadillas en la misma iglesia; y los

labriegos de blusa azul y las labradoras de mantilla negra, se decían al salir de misa, volviéndose hacia la casucha, cuya chimenea lanzaba al cielo un hilo de negro humo:

—No bromea con eso el señor cura.

En cierta ocasión hasta llegó a enfurecerse sin motivo. Iba a ver a un enfermo. Pues bien: apenas hubo penetrado en el corral de la granja, divisó un grupo de niños, los de la casa y los de la vecindad, aglomerados en torno del camastro del perro. Miraban curiosamente alguna cosa, y la contemplaban inmóviles, con atención concentrada y muda. El sacerdote se acercó a ellos. Era que la perra paría allí. Delante del camastro, cinco cachorros se movían en torno, de la madre, que los lamía tiernamente, y, en el momento en que el cura alargaba el cuello por encima de las cabezas de los muchachos, aparecía un nuevo perrillo. Llenos de alegría, todos los galopines se pusieron a gritar: "Otro, otro " Aquello era un juego para los muchachos, un juego natural, en que nada impuro entraba; contemplaban aquel nacimiento como hubieran mirado llover manzanas; pero el ensotinado se crispó de indignación y, extraviada la cabeza, levantó su paraguas de tela azul y se puso a golpear con él a los chiquillos. Estos huyeron a escape. Entonces él, viéndose solo frente a la perra recién parida, la golpeó con toda su fuerza. Como estaba sujeta por una cadena, la perra se revolvía gimiendo y el cura la emprendió a patadas, haciéndole echar fuera un último cachorro y rematándola después a taconazos. Luego dejó el cuerpo ensangrentado en mitad de los recién nacidos, que, chillones y torpes, buscaban ya las tetas.

\*\*\*

Daba largos paseos solitarios, caminando a grandes zancadas, con aire salvaje. Y un día del mes de mayo, al regresar de una lejana excursión, conforme avanzaba a lo largo de la roca mirando al pueblo, le acometió un acceso de furia. No se veía ninguna casa; sólo se divisaba la desnuda costa, que el océano acribillaba con sus flechas de agua.

El agitado mar removía sus espumas, y las grandes nubes sombrías se reunían en el horizonte aumentando la fuerza de la lluvia. El viento silbaba, soplaba, tumbaba las jóvenes mieses y zurraba al empapado abate, pegando a sus piernas la humedecida sotana y llenando de ruido sus oídos y de tumulto su exaltado corazón.

Se descubrió, ofreciendo su frente a la tempestad, y poco a poco se fue acercando a la aldea. Pero le alcanzó una ráfaga tan fuerte, que no pudo seguir avanzando. De repente divisó junto a una red de ovejas la choza ambulante de un pastor.

Aquello era un abrigo, y a él dirigió sus pasos.

Los perros, atontados por el huracán, no se movieron cuando se acercó; y llegó a la cabaña de madera, especie de camastro establecido sobre ruedas, que los pastores arrastran durante el estío de paraje en paraje.

Encima de un escabel, la puerta inferior se abría, dejando ver la paja de dentro.

El sacerdote iba a penetrar, cuando divisó en la sombra una pareja amorosa que se abrazaba. Entonces, bruscamente, cerró la puerta con pasador; y en seguida, empuñando las varas, doblando su delgado cuerpo, tirando como una bestia y resoplando bajo su empapada ropa de paño, echó a correr, arrastrando hacia la pendiente rápida, hacia la pendiente mortal, a los jóvenes sorprendidos en mutuo abrazo, que golpeaban por dentro con el puño, creyendo, sin duda, que aquello era una broma de un transeúnte.

Cuando estuvo en lo alto del precipicio, soltó la ligera choza que, rodó hacia la parte inclinada.

Precipitaba su carrera locamente impelida, yendo cada vez más veloz, saltando, tropezando como una bestia, golpeando la tierra con sus varas.

Un viejo mendicante que se había guarecido en un agujero la vio pasar sobre su cabeza, oyendo horribles gritos que salían de la vivienda de madera.

De repente perdió una rueda en un choque, cayó de lado y corrió como una bola, como una casa desarraigada correría desde la cima de un monte; luego, llegando al borde de la última hondonada, saltó, describiendo una curva, y, cayendo en el fondo, se estrelló en él como un huevo.

Los amantes fueron extraídos de allí magullados, aplastados, con todos los miembros rotos, pero abrazados siempre, ligados los brazos por los codos en el espanto como en el placer.

El cura no permitió que sus cadáveres entraran en la iglesia, y negó su bendición a los féretros.

Y el domingo, en el púlpito, habló con calor del séptimo mandamiento de la ley de Dios, amenazando a los enamorados con un brazo vengador y misterioso, y citando el ejemplo terrible de los dos infortunados muertos en el momento de pecar.

Conforme salía de la iglesia, dos gendarmes le detuvieron.

*Gil Blas*, 9 de marzo de 1882

# *Las sepulcrales*

---

*Les tombales*

Estaban acabando de cenar. Eran cinco amigos, ya maduros, todos hombres de mundo y ricos; tres de ellos, casados, y los otros dos solteros. Se reunían así todos los meses, en recuerdo de sus tiempos mozos y, acabada la cena, permanecían conversando hasta las dos de la madrugada. Seguían manteniendo amistad íntima, les agradaba verse juntos y eran tal vez aquellas veladas las más felices de su vida. Charlaban de todo, de todo lo que al hombre de París interesa y divierte. Al estilo de los salones de entonces, hacían de viva voz un repaso de lo leído en los diarios de la mañana.

Uno de los más alegres entre los cinco era José de Bardón, soltero, quien sólo pensaba en vivir de la manera más caprichosa la vida parisiense. No era un libertino, ni un depravado; más bien era versátil, el calaverón todavía joven, porque apenas alcanzaba los cuarenta. Hombre de mundo, en el más amplio y benévolo sentido que se puede asignar al vocablo, estaba dotado de mucho ingenio, aunque no de gran profundidad; enterado de muchas cosas, no llegaba por eso a ser un verdadero erudito; rápido en el comprender, pero sin verdadero dominio de las materias, convertía sus observaciones y aventuras, cuanto veía, se encontraba o descubría, en episodios de novela a un tiempo cómica y filosófica, y en comentarios humorísticos que le daban en la capital fama de hombre inteligente.

Le correspondía en aquellas cenas el papel de orador. Se daba por descontado que siempre contaría algún lance, y él llevaba su cuento preparado. No aguardó, para entrar en materia, a que se lo pidiesen.

Fumando, con los codos sobre la mesa, una copita de *fine champagne* a medio llenar delante de su platillo, entumecido por aquella atmósfera de humo de tabaco aromatizado por el vaho del café caliente, sentase en su propio elemento, como ciertos seres que en determinados lugares y circunstancias parecen estar como en casa; por ejemplo: una beata en la iglesia o un pez de colores en su globo de cristal.

Entre bocanada y bocanada de humo, comenzó a decir:

—Me ocurrió no hace mucho una curiosa aventura. De todas las bocas salió casi a un tiempo la misma petición:

"¡Venga!" Él prosiguió:

—Allá voy. Ya sabéis que yo recorro París como los coleccionistas de chucherías los escaparates. Ando al acecho de escenas, de tipos, de cuanto pasa por la calle y de cuanto en la calle ocurre.

"Hacia la mitad de septiembre, con unos días magníficos, salí de casa por la tarde, sin rumbo fijo. Más o menos, nunca falta ese deseo indefinido de visitar a una mujer bonita cualquiera. Se hace un repaso mental de las que conocemos, comparándolas, sopesando el interés que nos inspiran, el encanto que sobre nosotros ejercen y se deja uno llevar por la preferida del día. Pero un sol hermoso y una atmósfera tibia borran muchas veces las ganas de hacer visitas.

"Esa tarde hacía un sol hermoso y una atmósfera tibia; encendí un cigarro y me dejé ir, sin pensarlo siquiera, hacia los bulevares exteriores. Caminando sin rumbo ni propósito, me asaltó de improviso la idea de seguir hasta el cementerio de Montmartre y penetrar en él. A mí me gustan mucho los cementerios; responden a la necesidad que siento de sosiego y de melancolía. Hay en ellos, además, buenos amigos a los que ya nadie visita; yo sí voy a verlos de cuando en cuando. En ese cementerio de Montmartre,

precisamente, tengo un capítulo de amor, una querida que me hizo sufrir mucho y sentir mucho: una mujercita adorable, cuyo recuerdo me deja profundamente dolorido, pero también pesaroso..., pesaroso por muchos conceptos... Sobre su tumba suelo abandonarme a mis pensamientos... Todo ha acabado para ella.

"Mi amor a los cementerios nace también de que son ciudades enormes, habitadas por un número prodigioso de personas. Imagínense la cifra de muertos que habrá en espacio tan reducido, la cantidad de generaciones de parisienses que están alojadas allí para siempre, trogloditas perpetuos, encerrados cada cual en su pequeña bóveda cubierta con una piedra o marcada con una cruz, mientras los imbéciles de los vivos exigen tanto espacio y arman tanto estrépito.

"Hay más aún: en los cementerios encuéntrense monumentos casi tan interesantes como en los museos. Tengo que decir que la tumba de Cavaignac me ha traído el recuerdo de la obra maestra de Jean Goujon, la estatua yacente de Luis de Brézé, en la capilla subterránea de la catedral de Ruán; de ahí ha salido, señores, ese arte que llamamos moderno y realista. La estatua yacente de Luis de Brézé tiene más de verdad, más de carne que se quedó petrificada en las convulsiones de la agonía que todos los cadáveres dislocados que hoy se someten al tormento sobre las tumbas.

"Puedese admirar también en el cementerio de Montmartre el monumento de Baudin, obra que tiene cierta majestad; el de Gautier, el de Murger. ¿Quién depositaría en éste la solitaria y modesta corona de amarillas siemprevivas que vi yo hace poco? ¿Las llevó la última superviviente de sus alegres modistillas, viejísima ya y tal vez hoy portera de algún inmueble de los alrededores? ¡El monumento tiene una linda estatuilla de Millet, carcomida de suciedad y de abandono! ¡Para que cantes a la juventud, oh, Murger!

"Entré, pues, en el cementerio de Montmartre, y me sentí de pronto impregnado de tristeza, pero no de una tristeza exagerada, sino de una de esas tristezas capaces de sugerir al hombre que goza de buena salud esta reflexión: 'No es muy alegre este lugar; pero de aquí a que yo venga ha de pasar un tiempo...'

"El ambiente de otoño, con su olor a tibia humedad de hojas muertas y sol extenuado, mortecino y anémico, agudiza, envolviéndola en poesía, la sensación de soledad, de acabamiento definitivo que flota sobre aquel lugar en el que el hombre husmea la muerte.

"Iba adelantando a paso lento por las calles de tumbas en las que los vecinos no se tratan ni se acuestan por parejas ni leen los periódicos. Pero yo sí que me puse a leer los epitafios. Les aseguro que es la cosa más divertida del mundo. Ni Labiche ni Meilhac me han movido jamás a risa tanto como la comicidad de la prosa sepulcral. Las planchas de mármol y las cruces en que los deudos de los muertos dan rienda suelta a su dolor, hacen votos por la felicidad del que se fue y pintan el anhelo que los acucia de ir a reunirse con él son más eficaces que las mismas obras de Paul de Kock para descongestionar el hígado... ¡Vaya bromistas!

"Lo que mayor reverencia me inspira en este cementerio es la parte abandonada y solitaria, poblada de grandes tejos y cipreses, viejo barrio de los muertos antiguos que ha de convertirse pronto en un barrio flamante, cuando se derriben los árboles verdes, nutridos con savia de cadáveres humanos, para ir colocando en fila, debajo de pequeñas chapas de mármol a los difuntos recientes.

"Cuando, a fuerza de vagabundear por allí, sentí aligerado mi espíritu, supe comprender que la insistencia traería el aburrimiento y que no me quedaba por hacer otra cosa que llevar el homenaje fiel de mi recuerdo al lecho postrero de mi amiguita. Al acercarme a su tumba, experimenté una ligera angustia. ¡Pobre mujercita querida, tan



gentil, tan apasionada, tan blanca, tan lozana como era!... Mientras que ahora..., si esa losa se alzase...

"Asomado por encima de la verja de hierro, le expresé, muy quedo, mi aflicción, completamente seguro de que ella no me oía. Disponíame a partir, cuando vi que se arrodillaba junto a la tumba de al lado una mujer vestida de negro, de luto riguroso. El velo de crespón, echado hacia atrás, dejaba al descubierto una linda cabeza rubia, y sus cabellos, partidos en dos bandas laterales simétricas, brillaban con reflejos de luz de aurora, entre la noche de su tocado. Me quedé donde estaba.

"No cabía duda de que el dolor que la aquejaba era profundo. Sepultados los ojos en las palmas de las manos, rígida como estatua que medita, volando en alas de sus pesares, desgranando a la sombra de sus ojos ocultos y cerrados las cuentas del rosario torturador de sus recuerdos, se le hubiera podido tomar por una muerta que estaba pensando en un muerto. Adiviné de improviso que iba a romper a llorar; lo adiviné por un movimiento apenas perceptible de sus espaldas, algo así como un escalofrío del viento en un sauce. Al suave llanto de los primeros momentos sucedió otro más fuerte, acompañado de rápidas sacudidas del cuello y de los hombros. Dejó ver de pronto sus ojos. Estaban cuajados de lágrimas y eran encantadores; los paseó en torno suyo, y tenían expresión de loca que parece despertar de una pesadilla. Cayó en la cuenta de que yo la miraba y ocultó, como avergonzada, el rostro entre las manos. Sus sollozos se hicieron convulsivos y su cabeza se fue inclinando lentamente hacia el mármol. Apoyó en él su frente, y el velo, que se desplegó en torno de ella, vino a cubrir los ángulos blancos de la sepultura amada como una pena nueva. La oí gemir y, de pronto, se desplomó, quedando inmóvil y sin conocimiento, con la mejilla apoyada en la loseta.

"Me precipité hacia ella, le di golpecitos en las manos, le soplé sobre los párpados, y entre tanto recorría con mi vista el sencillo epitafio: 'Aquí descansa Luis-Teodoro Carrel, capitán de infantería de marina, muerto por el enemigo en Tonquín. Rogad por él'.

"La muerte databa de algunos meses. Me enternecí hasta derramar lágrimas y puse doble interés en mis cuidados. Fueron eficaces y ella volvió en sí. Mi emoción se reflejaba en mi rostro —no soy mal parecido, aún no he cumplido los cuarenta—. Me bastó su primera mirada para comprender que sería atenta y agradecida. Lo fue, después de otro acceso de lágrimas y de contarme su historia, que fue saliendo entrecortada de su pecho anhelante; cómo al año de casados cayó el oficial muerto en Tonquín, y cómo había sido el suyo un matrimonio de amor, porque ella era huérfana de padre y madre, y apenas disponía de la dote reglamentaria.

"Le di ánimos, la consolé, la incorporé, la levanté del suelo y luego le dije:

"—No debe permanecer aquí. Venga.

"Ella murmuró:

"—Me siento incapaz de caminar.

"—Yo la sostendré.

"—Gracias, caballero, es usted bondadoso. ¿También usted ha venido para llorar a algún muerto?

"—También, señora.

"—¿Tal vez a una mujer?

"—A una mujer; sí, señora.

"—¿Su esposa?

"—Una amiga mía.

"—Se puede querer a una amiga tanto como a su propia esposa; la pasión no reconoce ley.

"—Exacto, señora.

"Y hétenos en marcha, juntos los dos, ella apoyándose en mí, yo llevándola casi en brazos por los caminos del cementerio. Fuera ya de éste, murmuró con acento desfallecido:

"—Temo que me vaya a dar un desmayo.

"—¿Por qué no entramos en algún sitio? Podría tomar usted alguna cosa.

"—Entremos, sí, señor.

"Descubrí un restaurante, uno de esos establecimientos en los que los amigos del difunto celebran haber cumplido ya con la pesada obligación. Entramos. Hice que bebiese una taza de té bien caliente, y esto pareció reanimarla. Se esbozó en sus labios una tenue sonrisa. Me habló de sí misma.

"Era triste, muy triste, encontrarse sola en la vida; sola siempre en casa, noche y día; sin tener ya nadie a quien dar su cariño, su confianza, su intimidad.

"Tenía visos de sincero todo aquello. Dicho por tal boca, resultaba un encanto. Me enternecí. Era muy joven, quizá de veinte años.

"Le dirigí algunos cumplidos, que ella aceptó con agrado. Me pareció que aquello se alargaba demasiado y me brindé a llevarla a su casa en carruaje. Aceptó, y dentro ya del coche nos quedamos tan juntos, hombro con hombro, que el calor de nuestros cuerpos se mezclaba a través de la ropa, que es una cosa que a mí me trastorna por completo.

"Al detenerse el carruaje frente a su casa, me dijo ella en un susurro:

"—Vivo en el cuarto piso, y me siento sin fuerzas para llegar por mi pie hasta arriba. Puesto que ha sido tan bondadoso, ¿quiere darme una vez más su brazo para subir a mis habitaciones?

"Me apresuré a aceptar. Subió despacio, jadeando mucho. Cuando estuvimos frente a su puerta, agregó:

"—Entre usted y pase conmigo unos momentos para que pueda darle las gracias.

"Entré, ¡vaya si entré!

"El interior era modesto, casi tirando a pobre, pero sencillo y muy en orden.

"Nos sentamos, el uno junto al otro, en un pequeño canapé, y otra vez me habló ella de su soledad. Llamó a su criada, con intención de ofrecerme alguna bebida, pero la criada no acudió, con grandísimo contento mío. Supuse que la tendría nada más que para las mañanas; lo que se llama una asistencia.

"Se había quitado el sombrero. Era un verdadero encanto de mujer, y sus ojos claros se clavaban en mí; se clavaban de tal manera y eran tan claros, que sentí una tentación terrible, y me dejé llevar de la tentación. La cogí entre mis brazos, y sobre sus párpados, que se cerraron de pronto, puse besos... y besos... y cada vez más besos.

"Ella forcejeaba rechazándome, a la vez que repetía:

"—Acabe..., acabe..., acabe ya.

"¿En qué sentido lo decía? Dos por lo menos puede tener, en situaciones semejantes, el verbo acabar. Yo le di el que era de mi gusto, y salté de los ojos a la boca para hacerla callar. No llevó su resistencia al extremo; y cuando, después de tamaño insulto a la memoria del capitán muerto en Tonquín, volvimos a mirarnos, vi en ella una expresión de languidez, enternecimiento y resignación, que disipó mis inquietudes.

"Entonces me mostré galante, solícito, agradecido. Después de otra charla íntima de casi una hora, le pregunté:

"—¿Dónde acostumbra cenar?

"—En un pequeño restaurante de aquí cerca.

"—¿Completamente sola?

"—Desde luego.

"—¿Quiere cenar conmigo?

"—¿Dónde va a ser?

"—En un buen restaurante del bulevar.

"Se mostró un poco reacia. Insistí, y ella se rindió, diciendo para justificarse a sí misma:

"—Me aburro tanto..., tanto.

"Y agregó a continuación:

"—Es preciso que me ponga un vestido menos lúgubre.

"Se metió en su dormitorio y cuando reapareció vestía de alivio luto; estaba encantadora, delicada y esbelta con su sencillísimo vestido gris. Tenía, por lo visto, trajes distintos para el cementerio y para la ciudad.

"La cena fue cordial. Bebió champaña, se enardeció, cobró valor y yo me recogí a su casa con ella.

"Esta conexión, trabada sobre las tumbas, duró cerca de tres semanas. Pero todo cansa, y aún más las mujeres. La dejé, alegando como pretexto cierto viaje ineludible. Me despedí con mucha esplendidez, lo que me valió su efusivo agradecimiento. Me hizo prometer, me hizo jurar que volvería a visitarla a mi regreso. Parecía que, en efecto, me hubiese tomado algo de cariño.

"Corrí en busca de otras ternuras, y transcurrió casi un mes sin que el pensamiento de entrevistarme otra vez con aquella delicada amante funeraria se me presentase con fuerza tal que me obligase a ceder a él. A decir verdad, nunca la olvidé por completo. Me asaltaba a menudo su recuerdo como un misterio, como un problema de psicología, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución nos agujonea.

"Sin saber por qué sí ni por qué no, vino a figurármeme cierto día que otra vez iba tropezar con ella en el cementerio de Montmartre, y allí me fui.

"Largo rato anduve paseando sin encontrar más que a las visitas corrientes de aquel lugar, es decir, personas que no han roto del todo sus lazos con los muertos. Ninguna mujer derramaba lágrimas sobre la tumba del capitán muerto en Tonquín, ni había flores ni coronas sobre el mármol.

"Pero al desviarme por otro barrio de aquella gran ciudad de difuntos, descubrí de pronto, al final de una estrecha avenida de cruces, a una pareja, hombre y mujer, que venían en dirección a donde yo estaba. ¡Qué asombro! ¡Era ella! ¡La reconocí cuando se acercaron!

"Me vio, se ruborizó y, al rozar yo con ella de pasada, me dirigió un guiño imperceptible que quería decir: 'Haga como que no me conoce', pero que también debía de entenderse como: 'No dejes de verme, amor mío.'

"Su acompañante era un caballero distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor, como de cincuenta años. La iba sosteniendo como yo mismo la sostuve cuando salimos del cementerio.

"Me alejé de allí, estupefacto, dudando aún de lo que había visto, preguntándome en qué clasificación biológica habría que colocar a la cazadora sepulcral. ¿Era una chica cualquiera, una prostituta inspirada que hacía sobre las tumbas su cosecha de hombres tristes, apegados a la memoria de una mujer, esposa o amante, y sacudidos todavía por el recuerdo de las caricias que se fueron para siempre? ¿Era ella la única? ¿Existen otras más? ¿Se trata de una verdadera profesión? ¿Corren unas el cementerio como otras corren la acera? ¡Cazadoras sepulcrales! ¿O es que tuvo ella acaso la idea admirable, de una filosofía profunda, de explotar la necesidad de un amor que quienes lo perdieron sienten reavivarse en aquellos lugares fúnebres?

"¡Me hubiera gustado saber el nombre del difunto de quien había enviudado por aquel día!"

*La maison Tellier*, 9 de enero de 1891

# *¡Salvada!*

---

*Sauvée*

La Marquesa de Reunedón entró como una exhalación y empezó a reír a carcajadas, con toda la fuerza de sus pulmones, con tantas ganas como se reía un mes antes, al anunciar a su amiga que acababa de engañar a su marido para vengarse, nada más que para vengarse, y por una sola vez, porque verdaderamente el Marqués, su esposo, era tan estúpido como celoso.

La Baronesa de la Grangerie dejó sobre el diván el libro que leía y miró a Julia con curiosidad, contagiada por la alegría de su amiga.

—¿Qué has hecho, vamos a ver, qué has hecho? —le preguntó.

—¡Oh!... querida mía... querida mía... es curioso, curiosísimo... Figúrate que ¡me he salvado!... ¡me he salvado!... ¡me he salvado!... ¡Sí; salvado!

—¿Pero de qué? ¿Cómo salvado?

—¡De mi marido, hija mía, de mi marido! ¡Ya estoy libre!...

—¿Libre?... ¿En qué?...

—¿En qué?... ¡Oh, el divorcio!... ¡Sí, ya tengo en mi mano el divorcio!

—¿Te has divorciado?

—No, mujer, no; ¡qué cosas tienes! ¡No se divorcia una en tres horas! ¡Pero tengo pruebas... pruebas de que me era infiel... un fragante delito...un fragante delito... ya lo he conseguido!...

—¡Ay, cuéntame, cuéntame! ¿De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... sí y no... no lo sé. En fin, tengo pruebas, que es lo esencial.

—¿Pero qué ha sucedido?

—¿Qué ha sucedido? Pues ahora verás... Te aseguro que lo he hecho bien... ¡bien!... Desde hace tres meses mi marido estaba insoportable, odioso, brutal, grosero, déspota, innoble, en fin. Esto no puede seguir así, me decía a mí misma, el divorcio se impone, pero ¿cómo? La cosa no era fácil de obtener. He hecho todo lo posible para que me pegara: no lo he podido conseguir. Me contrariaba desde por la mañana hasta la noche, me obligaba a salir cuando yo no quería, a quedarme en casa cuando yo deseaba salir; me hacía la vida imposible durante todos los días de la semana, pero no me pegaba. Entonces traté de averiguar si tenía querida. Sí, en efecto, tenía una; pero tomaba todo género de precauciones para ir a su casa. Era punto menos que imposible sorprenderlos juntos. Entonces, ¿sabes lo que he hecho?

—¡Que sé yo!

—¡Claro, cómo lo has de saber! He rogado a mi hermano que me proporcionara un retrato de esa mujerzuela.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Al día siguiente, y mediante quince luises, había conseguido el retrato y el original... Y es guapa ¡vaya! Y mi hermano Jacobo me ha dado interesantes detalles sobre su talle, el color de sus cabellos... sobre mil cosas...

—No comprendo el interés que tenías...

—Ahora verás. Cuando supe todo lo que quería saber, me fui... ¿cómo diré? a casa de... de un hombre de negocios... ya sabes... de esos hombres que se dedican a toda especie de negocios... agentes de... publicidad y de complicidad... de esos hombres... en fin, ya comprendes.

—¡Ya, ya! ¿Y qué le has dicho?

—Pues me fui a su casa y enseñándole la fotografía de Clarisa (así se llama) le dije:

—Caballero, necesito una criada que se parezca a este retrato. Es preciso que sea bonita, elegante, fina, limpia. La pagaré lo que quiera; no reparo en el precio. La tendré a mi servicio tres meses todo lo más.

El hombre aquel me preguntó, con un aire algo asombrado:

—¿Desea usted que esa persona sea irreprochable?

Yo me puse colorada y contesté:

—Sí; en cuanto a probidad.

El hombre continuó:

—¿Y en cuanto a... costumbres?...

Yo no me atreví a responder; sólo tuve valor para hacer un signo con la cabeza que quería decir: no. Pero de pronto comprendí que el agente tenía una horrible sospecha y exclamé precipitadamente, avergonzada por la malicia de aquel hombre:

—¡Oh, caballero... es para mi marido, que me es infiel, que me engaña fuera de mi casa... y yo quiero que me engañe en mi propio domicilio... para sorprenderlo. ¿Comprende usted?

El hombre de negocios se echó a reír y en la mirada que me dio comprendí que me había devuelto su estimación, hasta el punto de que estoy segura que, en aquel momento, sentía ganas de estrecharme la mano.

—Dentro de ocho días —me dijo— tendré lo que usted necesita; Si no reúne las condiciones deseadas se cambiará por otra. No respondo del éxito. Usted me pagará después de que el asunto esté del todo terminado. De modo que esta fotografía representa la querida de su señor esposo de usted?

—Sí, señor.

—Es guapa... delgada... bien; ¿y el perfume?

Yo no comprendí al principio su pregunta.

—¿Cómo el perfume?—dije.

Él continuó sonriendo.

—Sí, señora; el perfume es esencial para seducir a un hombre, porque le inspira inconscientes recuerdos que lo colocan en excelentes disposiciones. El perfume establece oscuras confusiones en su espíritu, lo turba y lo enerva, recordándole sus placeres. También nos convendría saber lo que su señor esposo de usted tiene costumbre de comer cuando está en compañía de esa señora. De esa manera podría usted servirle los mismos platos el día señalado para la sorpresa. ¡Oh, son nuestros, señora, son nuestros!

Me marché contentísima, encantada. Decididamente había tenido la suerte de encontrar en aquel agente un hombre inteligentísimo.

Tres días después vi llegar a mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, con un aire atrevido y modesto al mismo tiempo, un aire de taimada que daba gusto verla.

Estuvo correctísima conmigo y yo, no sabiendo a punto fijo quién pudiera ser aquella mujer, la saludé llamándola 'señorita'. Entonces ella me dijo:

—¡Oh! La señora me puede llamar Rosa, sencillamente.

Y comenzamos a hablar.

—Y bien, Rosa, usted sabe para qué viene usted a mi casa?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien... ¿Y eso... le... le disgusta... a usted?

—¡Oh! Señora, con éste será el octavo divorcio que habré facilitado; ya estoy acostumbrada.

—Entonces perfectamente. Le hace a usted falta mucho tiempo para conseguir... la cosa?

—¡Ah! Eso depende absolutamente del carácter del señor. Cuando lo haya visto a solas durante cinco minutos, podré responder exactamente a la señora.

—Va usted a verle en seguida, hija mía; pero le advierto a usted que es bastante feo.

—¡Bah! Eso no me importa, señora. Ya he separado a algunos que eran horriblos. Pero... me permitiré preguntar a la señora si se ha informado del perfume...

—Si, querida Rosa: la verbena.

—Tanto mejor, señora; me gusta mucho ese olor. La señora puede decirme si la... amiga del señor gasta ropa interior de seda?

—No, hija mía; de batista con encajes.

—¡Oh! Entonces se trata de una persona distinguida. La seda va haciéndose cursi.

—¡Es verdad! Tiene usted razón, Rosa.

—Si la señora me lo permite voy a empezar mi servicio.

Y, en efecto, comenzó a ocuparse de los quehaceres de la casa, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

Una hora después volvió mi marido. Rosa no levantó siquiera los ojos hacia él; pero... él sí los levantó hacia ella. Rosa olía a verbena a una legua de distancia.

Al cabo de cinco minutos Rosa salió.

Mi marido me preguntó en el acto:

—¿Quién es esa muchacha?

—Mi nueva doncella.

—¿Quién te la ha recomendado?

—La Baronesa de la Grangerie me la ha enviado con los mejores informes.

—¡Ah!; es bastante mona, ¿eh?

—¿Tú encuentras?...

—¡Psch... para una criada!

Aquella misma noche Rosa me dijo:

—Puedo asegurar a la señora que el asunto no durará más de quince días. ¡El señor es muy fácil!

—¡Ah! ¿Ha ensayado usted ya?

—No, señora; pero eso se nota a primera vista. He comprendido que tenía ganas de besarme al pasar a mi lado.

—¿No le ha dicho a usted nada?

—No, señora. Me ha preguntado solamente cuál era mi nombre... para oír de ese modo el timbre de mi voz.

—Muy bien, Rosa, muy bien; vaya usted tan rápido como pueda.

—Descuide la señora. No resistiré más que el tiempo necesario...

Al cabo de ocho días mi marido apenas salía de casa. Lo veía a todas horas por los pasillos; y lo que había de más significativa en su conducta era que no me impedía a mí salir.

Y, por mi parte, yo estaba fuera casi todo el día... para... para dejarle el campo libre.

Al noveno día, Rosa, al tiempo de hacer mi toilette para acostarme, me dijo con un aire tímido y candoroso:

—Ya está, señora; desde esta mañana...

Al principio me sentí sorprendida, hasta un poco emocionada, no de la noticia, si no más bien de la manera en que Rosa me la dijo; y balbuceé:

—¿Y... y ha sucedido sin dificultades?...

—Oh, sin ninguna, señora... Desde hace tres días el señor se mostraba más solícito y más apremiante conmigo; pero yo no he querido ir demasiado de prisa. La señora tendrá la bondad de prevenirme para cuándo desea el flagrante delito.

—Sí, hija mía. Vamos a señalar el jueves.

—Muy bien, el jueves. A fin de interesarle más no le concederé nada al señor hasta ese día.

—¿Está usted segura del éxito, Rosa?

—Oh, segurísima; sí, señora. Emplearé los grandes recursos para tenerle entretenido hasta el momento preciso que la señora tenga a bien designarme.

—Bueno; entonces, el jueves a... las cinco de la tarde. ¿Le parece a usted bien?

—Perfectamente... ¿Y en qué sitio?

—Pues... en mi cuarto.

—Sea. En el cuarto de la señora, el jueves, a las cinco en punto.

Ya comprenderás lo que hice después de esa conversación. Fui primero a buscar a mi padre y a mi madre, luego a mi tío Orvelin, el presidente, y después a M. Raplet, el juez amigo de mi marido.

No les advertí lo que iban a presenciar. Los hice entrar a todos, andando de puntillas hasta la puerta de mi cuarto. Allí esperé a que fueran las cinco; las cinco en punto... ¡Oh! ¡Cómo me latía el corazón! Hice que subiera también el portero para tener un testigo más... Por último, en el momento en que empezó a sonar la campana del reloj... ¡pam! Abrí la puerta de par en par... ¡Ah, hija mía, qué escena! Qué cara... Si hubieras visto su cara... ¡Porque el muy imbécil volvió la cara hacia nosotros!... ¡Yo me retorció de risa!... Mi padre quería pegar a mi marido, mientras el portero lo ayudaba a vestirse... Allí delante de nosotros... ¡Delante de nosotros!. ¡Y le abrochaba los tirantes!... ¡Estaba graciosísimo! ¡En cuanto a Rosa, perfecta... perfectísima!... Y lloraba... lloraba muy bien. Te aseguro que es una joya... ¡Te la recomiendo si alguna vez te encuentras en mi caso!

Y aquí me tienes... que he venido a contarte inmediatamente el caso. ¡Ya soy libre! ¡Viva el divorcio!

Y empezó a bailar en medio del salón, mientras la Baronesa, pensativa y preocupada, murmuraba:

—¿Por qué no me has invitado a ver eso?

*Gil Blas*, 22 de diciembre de 1885



# *San Antonio*

---

*Saint-Antoine*

Lo llamaban "San Antonio" porque, además de llamarse Antonio, era bondadoso, alegre, bromista, buen bebedor y vigoroso perseguidor de mozas, a pesar de sus sesenta años.

Labriego en la comarca de Caux, de color arrebatado, ancho pecho y voluminoso vientre, parecía encaramado sobre sus largas piernas, excesivamente delgadas para las anchuras de su cuerpo.

Viudo, vivía sólo con su criada y dos criados en la casa de labranza cuyos trabajos dirigía, echando una mano en toda ocasión, atento siempre a sus conveniencias, muy entendido en sus asuntos, en la cría de ganados y en el cultivo de las tierras. Sus dos hijos y sus tres hijas, casados todos ventajosamente, vivían también en los contornos de Caux, y una vez al mes iban a comer con su padre. Su vigor era celebrado por cuantos lo conocían, repitiéndose allí, como un proverbio, esta frase: "Tal o cual es fuerte como 'San Antonio'". Cuando llegó la invasión prusiana, "San Antonio", en la taberna, prometió comerse un ejército, porque era charlatán como un verdadero normando, bastante mandria y fanfarrón. Daba puñetazos en las mesas, que retemblaban haciendo saltar las tazas y los vasos, y gritaba, con el rostro enrojecido y la mirada socarrona, con la exaltación mentirosa de un hombre satisfecho:

—¡Voy a tragármelos! ¡Por vida de...!

Imaginaba que los prusianos jamás llegarían a Tanneville; pero en cuanto supo que se habían apoderado ya de Rautot, se encerró en su casa y desde la ventana de la cocina miraba constantemente hacia la carretera, esperando el momento en que brillarían a distancia los fusiles.

Una mañana, mientras "San Antonio" almorzaba con sus criados, se abrió la puerta y apareció el señor Chicot, alcalde, seguido de un soldado que llevaba sobre la cabeza un casco negro con punta dorada. "San Antonio" se levantó de un brinco y sus criados lo miraron creyendo que se arrojaría sobre el prusiano para descuartizarlo; pero se limitó a ofrecer la mano al alcalde, que le decía:

—Un alojado para ti, "San Antonio". Han llegado por la noche. No hagas tonterías que pudieran comprometernos, pues amenazan con fusilar a todo el mundo y abrasarlo todo al menor desmán. Te lo aviso. Dale de comer; parece un buen muchacho. Adiós. Voy a hospedar a los otros. Hay para todos los vecinos.

Y se fue, dejando allí al soldado.

"San Antonio", lívido, miró a su prusiano. Era un buen mozo, grueso y blanco; tenía los ojos azules, el pelo rubio, mucha barba y una expresión idiota y tímida de infeliz. El malicioso normando lo comprendió al punto, y, tranquilizándose, le indicó por señas que tomase asiento. Luego le preguntó:

—¿Quieres comer?

El alemán no comprendía. Entonces Antonio tuvo un golpe de audacia, y poniéndole bajo las narices un plato lleno de comida, exclamó:

—Toma; trágate esto, cochino.

El soldado se puso a comer con ansia, mientras el campesino, comprendiendo que había reconquistado su reputación, hizo un guiño a sus criados, que ponían unas caras muy particulares, a un tiempo medrosos y con ganas de reír.

Cuando el soldado consumió lo que tenía en el plato, "San Antonio" le sirvió nuevamente, y el alemán hizo desaparecer la segunda ración con la misma ligereza; pero rechazó el tercer plato que le ofrecía el campesino con insistencia, repitiendo:

—Vaya, te cabe más en el vientre; quiero engordarte, quiero engordarte; quiero que seas el mayor de todos: mi cerdo.

Y el soldado, entendiendo solamente que le ofrecían más comida, satisfecho, reía e indicaba por señas que ya estaba lleno.

Entonces Antonio, con un movimiento familiar, le dio unos golpecitos en la barriga, diciendo:

—Sí que tiene repleta la panza, mi cerdo.

Y de pronto, retorciéndose de risa, se arrebató como si le amagara un ataque; ni pudo hablar. Una idea muy graciosa lo divertía, enloqueciéndolo.

—¡Claro que sí! ¿No me llaman San Antonio? San Antonio tiene un cerdito... Ahí tienen a mi cerdo.

Y los tres criados rieron a carcajadas.

El viejo estaba tan satisfecho, que hizo llevar aguardiente superior y todos bebieron. Brindaron con el prusiano, que se relamía para mostrar su agradecimiento, y "San Antonio" gritaba:

—¿Eh? Cosa fina. En la tierra de ustedes no beben así; no te dan aguardiente como éste, cerdo mío.

Desde aquel día no salió Antonio a la calle sin su prusiano. Había resuelto su problema, imaginando una venganza propia de su carácter socarrón. Y toda la comarca, poseída por el miedo, reía bárbaramente a espaldas de los vencedores, con la burla de "San Antonio". Verdaderamente, la broma no tenía igual; no había otro para inventar cosas como aquella.

Recorría cada tarde varias casas de sus vecinos, apoyándose en el brazo del alemán, al que presentaba en todas partes alegremente, dándole unos golpecitos en el hombro:

—Ahí lo tienen: mi cerdo. Miren cómo engorda este animalito.

Y los campesinos lo admiraban. ¡Era tan bromista y tan ocurrente aquel maldito Antonio!...

—Te lo vendo, César; pero has de pagármelo bien.

—Te lo compro, Antonio, y te convidó a comer las morcillas que hagamos.

—Dale un tiento en la barriga y verás cómo tiene buena manteca.

Y todos guiñaban un ojo; pero sin atreverse a reír mucho, temiendo que, al fin, el prusiano adivinara la burla. Solamente Antonio, atreviéndose más de día en día, le pellizcaba los muslos diciendo:

—Magnífica manteca.

Le daba golpecitos en las nalgas, advirtiendo:

—Tocino superior.

Y lo alzaba entre sus brazos de viejo coloso, exclamando:

—Pesa ya seiscientos y no tiene merma.

Había establecido la costumbre de que dieran de comer a "su cerdo" en todas las casas adonde iba. Era la gran diversión de todos los días.

—Denle cualquier cosa; lo traga todo.

Y ofrecían al soldado pan y manteca, papas cocidas, guisado frío y embuchado; atreviéndose a decir:

—De tu propia carne; de carne de los tuyos.

El soldado, estúpido y dulzón, comía por no despreciar los ofrecimientos, que juzgaba corteses; agradecido a tantas atenciones, prefería una indigestión a una

negativa, y engordaba mucho, hasta el punto de quedarle estrecho el uniforme, lo cual llenaba de gozo a "San Antonio" y le hacía exclamar:

—Cerdo mío, será necesario hacerte otra jaula.

Con todo esto, eran los mejores amigos del mundo, y cuando el viejo recorría la comarca resolviendo sus negocios, el prusiano lo acompañaba por el solo gusto de ir con él.

El tiempo era crudo; helaba fieramente, y el invierno de 1870 parecía lanzar sobre Francia todos sus rigores.

Antonio, que preparaba las cosas con tiempo y aprovechaba las ocasiones, previendo que le faltarían abonos para las labores de la primavera, compró el estercolero de un vecino que se hallaba necesitado. Conviniéron que iría todas las tardes a llenar un carro, para trasladarlo poco a poco a su corral.

Diariamente, al anochecer, se ponía en camino hacia la masía de Los Sauces, distante media legua; "su cerdo" lo acompañaba. Y cada tarde resultaba más divertido el "pienso" que ofrecía al "animal". Todos los campesinos de las cercanías acudían allí como van a misa el domingo.

El soldado comenzó a recelar, y cuando todos reían bárbaramente, los miraba con inquietud; a veces asomaba la cólera a sus ojos.

Una tarde, cuando había comido hasta satisfacerse, negándose a tomar un bocado más, trató de levantarse para irse. Pero "San Antonio" lo detuvo, poniendo sus pesadas manos sobre los hombros del soldado y haciéndole sentar de nuevo con violencia tal, que la silla crujió, rompiéndose.

Aquello produjo una carcajada, y Antonio, radiante, ayudó a "su cerdo", que se incorporaba difícilmente, frotándolo como si lo curara, y dijo:

—Ya que no quieres comer, beberás. ¡Por vida de...!

Y fueron a buscar una botella de aguardiente.

El soldado lanzaba sobre todos miradas coléricas; pero, aguantándose, bebió, bebió cuanto le ofrecieron, y "San Antonio" le sostenía la cabeza con gran regocijo y algazara de los presentes.

El normando, rojo como un tomate y con los ojos encandilados, llenaba las copas y brindaba, paladeando:

—¡A tu salud!

El prusiano, sin decir una palabra, bebía una tras otra las copas de coñac.

Era una lucha, una batalla, un desquite. A ver quién resistía más... Ninguno de los dos podía ya con su alma cuando acabaron la botella de litro; pero ninguno de los dos quedaba derrotado. Se fueron apoyándose mutuamente. Sería preciso volver al otro día. Salieron tambaleándose y andaban junto al carro del estiércol, arrastrado lentamente por dos caballos.

Comenzaba a nevar, y la noche sin luna se iluminaba tristemente con los reflejos blanquecinos de la llanura muerta. El frío aumentaba la embriaguez de los dos hombres, y "San Antonio", descontento de no haber triunfado, se complacía empujando a su contrincante para hacerle caer en la cuneta. El otro evitaba estos ataques haciéndose fuerte, y pronunciaba palabras alemanas, en tono irritado, que hacían reír al campesino. Al fin, el prusiano se decidió, y cuando Antonio le daba nuevamente con el hombro para tirarle, recibió un terrible puñetazo que lo descompuso.

Inflamado por el aguardiente, Antonio agarró al soldado por la cintura, lo zarandéo como hubiera hecho con un chiquillo, y empujándole con brío lo hizo caer al otro lado de la cuneta. Satisfecho de su obra, se cruzó de brazos para reír.

Pero el soldado se incorporó ágilmente, con la cabeza desnuda, porque el casco había rodado, y desenvainando el sable se precipitó sobre "San Antonio". Al ver esto el campesino, cogió por la punta su látigo de acebo, fuerte y flexible como un vergajo.

El prusiano acometió, con la cabeza baja y el sable tendido, seguro de matar; pero el viejo, apartando con el brazo la hoja cuya punta debía agujerearle el vientre, dio un golpe tan violento con el puño del látigo en la cabeza de su enemigo, que rodó éste sin conocimiento.

Después contempló aterrado, estúpido, sorprendido, aquel cuerpo inmóvil. Se inclinó, lo sacudió, lo examinó durante un rato. El otro no abría los ojos, y un hilillo de sangre le surcaba la frente. A pesar de que la noche era oscura. Antonio veía la mancha de sangre sobre la nieve.

Se quedó allí anonadado, mientras los dos caballos avanzaban tranquilamente con su carga.

¿Qué hacer? ¡Lo fusilarían! Quemarían su casa y asolarían la comarca. Ocultar el crimen, esconder el cadáver, engañar a los prusianos... ¿Cómo? Resonaron lejanas voces en el silencio de la nieve. Entonces, apresurado, recogió el casco, lo puso en la cabeza de la víctima, y cargando con el cuerpo inerte corrió con él hasta el carro y lo dejó sobre el estiércol.

Iba despacio. Aunque se devanaba los sesos, nada se le ocurría que aclarase su difícil situación. Se consideraba perdido. Entró en el corral. Una luz brillaba en una ventana; la criada no estaba dormida, sin duda. Entonces hizo retroceder el carro hasta el borde del foso donde depositaba el estiércol, y pensó que volcándolo allí, el cuerpo, colocado encima, cayendo primero y con más fuerza, quedaría debajo de la carga.

Como lo había previsto, el alemán quedó enterrado en el estiércol. Antonio allanó la superficie con el horcón, que luego clavó en la tierra. Llamó a su criado para que desenganchara las bestias y las llevase a la cuadra, y se retiró a su alcoba.

Se acostó pensando qué partido debería tomar; pero ninguna. idea lo iluminaba, y su espanto crecía en la inmovilidad del lecho. ¡Fusilado! Sudaba de miedo; castañeaban sus dientes y se incorporó temblando: no podía parar en la cama.

Bajó a la cocina, cogió la botella de coñac y volvió a su cuarto; pero al aumentar su embriaguez no disminuía su angustia. ¡Se había lucido, como hay Dios, realizando aquella torpeza!

Paseaba de un extremo a otro buscando astucias, explicaciones y engaños, y de cuando en cuando tomaba un sorbo de coñac para reanimar su espíritu decaído.

Pero no se le ocurría nada: nada.

Hacia medianoche, su perro guardián, una especie de lobo al cual llamaba "Devorador", comenzó a dar aullidos de muerte. "San Antonio" sintió frío en los huesos, y cada vez que el animal repetía su gemido lúgubre y prolongado, un temblor pánico corría por la piel del viejo.

Se había dejado caer sobre una silla, fatigado, abatido. sin alientos para nada, esperando con ansiedad que "Devorador" aullara de nuevo y sacudido por todos los sobresaltos con que el miedo hace vibrar nuestras fibras.

En el reloj de abajo dieron las cinco. El campesino enloquecía. Se levantó para que se alejase, para no oírle. Bajó, abrió la puerta y avanzó en la oscuridad nocturna.

Seguía nevando. Todo estaba cubierto de nieve. "San Antonio" se acercó a la caseta del perro y lo desató. Entonces "Devorador" saltó y se detuvo con el pelo erizado, las patas extendidas, mostrando los colmillos, tendiendo las narices hacia el estercolero.

"San Antonio", temblando de pies a cabeza, balbució:

—¿Qué te pasa, maldito? —y avanzaba, penetrando con los ojos la oscuridad incolora del corral.

Y descubrió un bulto: ¡la forma de un hombre sentado en el estercolero!

Mirándolo se sentía presa de invencible angustia, sin fuerzas para moverse ni hablar; pero de pronto, viendo clavado en la tierra el horcón, lo empuñó, y arrancándolo y esgrimiéndolo, en uno de esos arrebatos que hacen temerarios a los más cobardes, avanzó decidido para ver lo que tenía delante.

Era el prusiano que, habiéndose reanimado por el calor del estiércol, apartó la inmundicia que lo cubría y se sentó maquinalmente, quedando allí bajo la nieve, atontado aún por la borrachera, aturdido por el golpe y extenuado por la pérdida de sangre.

Al ver a "San Antonio" hizo un movimiento para levantarse. Pero el viejo, al reconocerlo, rugía como una fiera rabiosa.

—¡Cochino! ¡Cochino! ¡Aún no estás muerto! ¡Aún vives! ¡Y vas a denunciarme!... ¡Aguarda, cochino aguarda!

Y lanzándose contra el alemán, esgrimiendo como una lanza el horcón, hundió las cuatro puntas de hierro en el pecho del soldado. Éste cayó de espaldas, lanzando un suspiro de agonía, mientras el viejo campesino, arrancado el arma de las heridas, la hundió de nuevo en el vientre y en la garganta después, golpeando como un loco, desde los pies a la cabeza, el pobre cuerpo ensangrentado y palpitante.

Luego se detuvo, fatigado por la violencia de su trabajo, respirando con ansia el aire frío, satisfecho del crimen realizado.

Y como los gallos cantaban ya, y como el día clareaba, se decidió a enterrar a su víctima.

Hizo un hoyo en el estercolero, hasta encontrar en el fondo tierra; siguió ahondando con furia, con toda la energía de sus brazos y de su cuerpo.

Cuando el hoyo fue bastante profundo empujó el cadáver con el mango del horcón, lo cubrió con tierra primero, apisonándola; luego puso el estiércol encima y sonrió, viendo que la nieve completaba su obra, cubriendo los rastros con su velo blanco.

Clavó el horcón sobre el estiércol y volvió a su cuarto. La botella de coñac, mediada, le saltó a los ojos, y vaciándola de un trago se acostó y durmió profundamente.

Al despertar ya no estaba borracho, y su espíritu en calma podía juzgar el caso y prevenir los acontecimientos.

Recorrió la comarca preguntando a todo el mundo por su huésped. Visitó a los oficiales para enterarse de los motivos que tuvieron para retirarle al soldado.

Como era conocida su intimidad, ninguno sospechó y el mismo "San Antonio" dirigía las pesquisas, afirmando que su alemán iba todas las noches a caza de aventuras amorosas.

Un gendarme retirado, que tenía una posada en un pueblo cercano y una hija hermosa y joven, fue detenido y fusilado.

*Gil Blas*, 3 de abril de 1883

## *La seña*

---

*Le signe*

La marquesita de Rennedon estaba durmiendo aún en su alcoba oscura y perfumada, sobre su blando y elegante lecho, entre sábanas de vaporosa batista, acariciadoras como un beso; dormía sola, tranquila, feliz, el sueño profundo y dichoso de los divorciados.

Dos voces, que vivamente se replicaban en el salón azul, la despertaron. Creyó adivinar a su íntima la baronesita de Grángerie, disputando con la doncella, que defendía la puerta de su señora.

Entonces la marquesita se levantó, descorrió los pestillos, dio vuelta a la llave, entreabrió la puerta y asomó su cabecita, nada más que su cabecita rubia, envuelta en una nube de cabellos.

—¿Qué te ocurre para venir tan temprano?—dijo—. No son las nueve aún.

La baronesita, muy pálida, nerviosa, febril, contestó:

—Necesito hablarte; me ocurre una cosa horrible.

—Anda, entra.

Entró y se besaron; la marquesita volvió a su lecho, mientras la doncella abría las ventanas, que inundaron la alcoba de aire y de luz. Al quedar solas allí las dos amigas, la de Rennedon preguntó:

—¿Qué te sucede?

A la de Grángerie se le escaparon algunas lágrimas brillantes y transparentes, lágrimas de las que hacen más seductoras a las mujeres, y balbució sin enjugarse los ojos para no enrojecérselos:

—¡Ay amiga! Es abominable, abominable lo que me sucede. No he dormido en toda la noche ni un minuto, ni un solo minuto. Mira cómo late mi corazón, cómo salta.

Y cogiendo la mano de la condesa la puso en su pecho, sobre aquel redondo y duro estuche de corazón femenino que satisface frecuentemente a los hombres lo bastante para que no se preocupen de buscar lo que puede haber debajo. En efecto, su corazón latía violentamente.

Y la baronesa continuó:

—Me ha sucedido ayer..., a eso de las cuatro y media; no sé a punto fijo la hora. Ya recuerdas el saloncito donde suelo pasar mis tardes, que abre sus balcones sobre la calle de San Lázaro, en el entresuelo de la casa; ya sabes que tengo la costumbre de asomarme, para distraerme viendo a los transeúntes. ¡Es tan alegre aquel barrio de la estación, tan concurrido, tan agitado! ... En fin, ¡me gusta! Ayer estaba sentada en el balcón, sin pensar en nada, respirando el aire azul. Ya recuerdas qué día tan hermoso el de ayer. De pronto advierto que frente a mí, en la parte opuesta de la calle, hay también una señora en el balcón, una señora vestida de rojo; yo llevaba mi traje color malva; ya lo has visto, es muy elegante. Aquella señora desconocida era nueva en la vecindad, sin duda; pero en seguida reparé que la tal era una... tunanta. Por de pronto, me causó disgusto que una mujer así estuviera, como yo, asomada, y, a poco, me fue interesando; la observé... Apoyada en los codos veía pasar a los hombres, y los hombres también miraban. Hubierase dicho que, al acercarse, algo les advertía, pues llegando a la casa oliscaban como los perros cazadores, levantando la cabeza y cambiando con la mujer una expresiva mirada.

Ella decía con los ojos: "¿Usted gusta?", y el transeúnte contestaba: "No tengo tiempo", o bien: "No traigo dinero", o bien: "¿Quieres no escandalizar, sinvergüenza? " Eran los ojos de padres de familia los que decían esta última frase.

No puedes imaginar qué divertidos resultaban los manejos; aquella mujer trabajando en su oficio.

Cada vez que cerraba bruscamente las vidrieras de su balcón, un caballero entraba en su portal. Le había pescado como un pescador de caña a un pececillo. Yo miraba entonces el reloj. Tardaban de doce a veinte minutos; nunca más. Verdaderamente acabó interesándome aquella especie de araña. ¡Y no era fea la indina!

Yo me preguntaba: "¿Cómo se las arregla para darse a entender tan bien, tan pronto, completamente? ¿Refuerza su mirada con un mohín o con una seña? "

Y cogí mis gemelos de teatro para estudiar su procedimiento ¡Ah, era bien sencillo! Una mirada, una sonrisa y un guiño significando: "Suba usted." Pero tan ligero, tan vago, tan discreto, que se necesitaba mucha gracia para darse a entender de aquel modo. Y me pregunté: "¿Acaso yo tendría bastante malicia para repetir la seña como esa mujer?" Era ciertamente un guiño muy gracioso.

Fui a ensayarme delante del espejo. Amiga mía, lo hice mejor que la otra, ¡mucho mejor! Quedé satisfecha y volví al balcón.

La vecina se esforzaba ya inútilmente, no consiguiendo pescar a nadie. No estuvo afortunada. Y debe de ser terrible ganarse la vida de tal manera; terrible y divertido a la vez, porque, después de todo, entre los hombres que tropezamos en la calle los hay bastante simpáticos.

Ya todos pasaban por mi acera y ninguno por la de mi vecina. Pasaban los unos detrás de los otros, jóvenes, viejos, morenos, rubios, grises y blancos.

Algunos, verdaderamente seductores, muy seductores, mucho más que tu marido y el mío; es decir, que tu antiguo marido, porque ya estás divorciada. ¡Ya puedes elegir!

Yo pensaba: "Si les hiciera la seña, ¿me comprenderían a mí, que soy una mujer decente?" Y me dieron tentaciones de hacer la seña; pero unas tentaciones irresistibles, como antojos de mujer embarazada...; tentaciones violentas, contra las cuales no sabemos defendernos. La cosa era extraña, estúpida; pero creo que las mujeres tenemos almas de mono. Me han dicho —y lo ha dicho un médico— que el cerebro del mono se parece al nuestro. Necesitamos imitar siempre. Imitamos a nuestros maridos, cuando los queremos, en el primer mes de matrimonio; luego imitamos nuestros amantes, a nuestras amigas, a nuestros confesores. Nos apropiamos su manera de pensar, su manera de hablar, sus palabras y sus gestos; todo. Esto es estúpido.

En fin, cuando me ha tentado mucho el deseo de hacer una cosa cualquiera, siempre la hice.

Me decía en aquella ocasión: "Probaré con uno, con uno solo para observar. ¿Qué puede sucederme? ¡Nada! Cambiaremos una sonrisa y no le volveré a ver; si le veo no me reconocerá, y si me reconoce negaré. ¡Vaya!

Di principio a la elección. Quería dirigirme a uno bien portado. Vi acercarse un rubio elegante, guapo y buen mozo. Ya sabes que me gustan los rubios.

Le miré. Me miró. Sonreí. Sonrió. Hice la seña. ¡Oh! Apenas la hice, respondiendo que sí con la cabeza, entró en el portal de mi casa.

No puedes comprender lo que sentí en un momento. ¡Un miedo loco! ¡Imagínate! Hablaría con mis criados; con José, tan afecto a mi marido; y José pensaría que yo conozco al visitante.

¿Qué hacer? Dime: ¿qué hacer? Iba a llamar el caballero antes de un segundo. ¿Qué hacer? Dime. Pensé que lo mejor sería salirle al encuentro, decirle que se equivocaba y

suplicarle que se fuera. El se compadecería de una mujer, de una pobre mujer. Me precipité a la puerta y abrí cuando él iba a llamar.

Murmuré atolondrada:

—Váyase usted, caballero, váyase usted; soy una mujer virtuosa, una mujer casada. Es un error, un espantoso error; confundí a usted con uno de mis amigos que se le parece mucho.

Riendo grandemente, amiga mía; riendo con toda su alma, me contestó:

—Buenas tardes, gatita. Ya sabes; conozco la historia. Eres casada, bueno; son dos luises en lugar de uno. Te los daré. Vamos: guíame a tu alcoba.

Y empujándome suavemente, cerró la puerta. Yo quedé aterrada junto a él, que me besaba y cogía por la cintura, conduciéndome hacia el salón que había quedado abierto.

Y después comenzó a examinarlo todo como un tasador, diciendo:

—Chica, tienes una casa muy elegante; no comprendo cómo, a estas alturas, haces tus pesquisas en el balcón. Debes de hallarte mal de fondos.

Yo volví a suplicarle:

—Caballero, váyase usted; váyase usted. Mi marido puede llegar. Llegará de un instante a otro. Es ya su hora. Le juro a usted que se ha equivocado.

Pero él me respondió tranquilamente:

—Calla, tontuela; no te apures. Y si viene tu marido, le daré dos luises para que vaya un rato a la taberna de enfrente.

Como vió sobre la chimenea una fotografía de Raúl, me dijo:

—¿Es tu marido ése? Si es él, tiene cara de bruto. Y ésta, ¿quién es? ¿Una de tus amigas?

Era tu retrato, ¿recuerdas?, el que te hiciste hace poco en traje baile. No sabiendo ya lo que decía, murmuré:

Sí, es una de mis amigas.

—Es muy guapa; me la presentarás —replicó.

Eran ya las cinco. Raúl vuelve todos los días a las cinco y media. Si llegara y encontrase al otro ¡Imagínate! ... Perdí la cabeza... De pronto..., pensé..., pensé..., que..., que lo mejor... era..., era librarme de aquel hombre., lo más pronto posible..., cuanto antes..., y..., y... pues era preciso..., era preciso, amiga mía... no se hubiera ido sin eso... Entonces... Entonces... Corrí el cerrojo de la puerta del salón...

La marquesita de Renneon soltó una carcajada, riendo locamente, con la cabeza entre los almohadones. Cuando se calmó un poco, preguntó:

—Pero ¿no era guapo y buen mozo?

—Sí, ¡ya lo creo!

—¿Pues de qué te quejas?

—Pues..., pues... de que dijo que volvería hoy a la misma hora, y volverá. Tengo un miedo atroz. Tú no sabes hasta qué punto es tenaz y voluntarioso... ¿Qué haré, dime; qué me aconsejas?

Se sentó la marquesita en la cama para reflexionar; luego dijo bruscamente:

—Hazle prender.

La baronesita, estupefacta, balbució:

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que piensas? ¿Hacerle prender? ¿Con qué pretexto?

—Es muy sencillo. Ves al comisaría de Policía; le dices que un caballero te persigue hace tres meses; que ayer tuvo la insolencia de subir a tu casa y que te amenazó con otra visita para hoy. Pides protección a la ley; pondrán a tu disposición dos agentes para detenerle.

—Pero si él cuenta lo que ocurrió ayer...



—No le darán crédito, ¡simple!si has preparado bien al comisario. Y te darán la razón, sabiendo que eres una señora irreprochable.

—No me atrevo, no me atrevo.

—Es preciso atreverse o estás perdida.

—Piensa que... me insultará... cuando le detengan.

—Como tendrás testigos, le condenarán.

—Condenarle, ¿a qué?

—A daños y perjuicios. En esos casos hay que ser implacable.

—A propósito de indemnizaciones... Hay un detalle que me tiene inquieta..., mucho... Me dejó... dos luses., encima de la chimenea.

—¿Dos luses?

—Sí.

—¿Nada más?

—No.

—Es poco.

—Eso me humillaría bastante.

—¿Y qué?

—¿Pues qué hago yo de ese dinero?

La marquesita dudó un rato, y luego respondió con voz pausada:

—Con esos dos luses debes hacer..., debes hacer un regalo a tu marido... Lo merece.

*Gil Blas, 27 de abril de 1886*

# *El señor Parent*

---

*Monsieur Parent*

## I

Jorgito, agazapado en el suelo, hacía montones de arena que luego coronaba con hojas de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, en aquel jardín público, lleno de gente, sólo tenía ojos para contemplar a su hijo con atención concentrada y amorosa.

A lo largo del paseo circular otros niños jugaban, mientras las niñas, indiferentes, miraban al espacio con aspecto embrutecido, y las mamás charlaban sin perder nunca de vista a sus pequeñuelos.

Las nodrizas, de dos en dos, paseaban con gravedad, llevando en brazos un envoltorio de blancas telas y finos encajes, y a su espalda oscilaban las vistosas cintas de sus tocados, mientras las niñas, con la falda muy corta y las pantorrillas al aire, mantenían serias conversaciones entre dos carreras en pos de los aros; y el guarda, con su traje verde, paseaba entre aquella diminuta muchedumbre, dando rodeos para no destruir con el pie las construcciones de arena, para no pisar las manecitas, para no ser obstáculo a la constante labor de hormiguero en que afanaban aquellos retoños humanos.

El sol desaparecía detrás de los tejados de la calle de Saint-Lazare y lanzaba sus últimos resplandores oblicuos entre aquella muchedumbre infantil y afanosa. Los castaños brillaban con reflejos amarillos, las tres cascadas y el estanque parecían de plata líquida.

El señor Parent miraba cariñosamente a su hijo agazapado en el suelo; no perdía un gesto de la criatura ni un detalle de su labor; se hubiera dicho que sus labios temblorosos besaban sin cesar aquella imagen adorada.

Pero al dirigir los ojos hacia el reloj del alto campanario, notó que habían pasado allí cinco minutos más de lo acostumbrado. Entonces abandonando su asiento, cogió al niño por un brazo, le puso en pie, sacudió su vestidito cubierto de polvo, limpió las tiernas manecitas con el pañuelo de bolsillo y le condujo hacia la calle Blanche. Apretaba el paso temeroso de hacer aguardar a su esposa; y el pequeño, que apenas podía seguirlo, trotaba para no rezagarse.

Luego el padre le cogió en brazos para ir más de prisa, y respiraba fatigado al subir la cuesta. Era un buen señor de cuarenta años, ya canoso, anchote, de semblante inexpresivo y vientre abultado, con la timidez de un hombre feliz al que apocaran las contrariedades. Había contraído matrimonio con una joven a la cual adoraba tiernamente, y era tratado por ella con un despotismo y un despego abrumadores. Le reprendía sin cesar por todo lo hecho y por lo que dejaba de hacer. Le reprochaba con acritud sus palabras y sus acciones, sus costumbres y sus goces inocentes, sus gustos y sus maneras, sus gestos, su abultado abdomen y su plácida voz.

A pesar de todo, él sentía verdadero amor por ella; pero más que a su esposa quería sin duda al niño, a Jorgito, que acababa de cumplir tres años, y era la única dicha y la única preocupación de su alma. Con su renta de veinte mil francos vivía ocioso, y su mujer, que no le llevó dote, le reprochaba constantemente su ociosidad.

Llegado al portal de su casa, dejó al niño en el primer escalón, se secó la frente y subieron.

En el segundo piso llamó.

Una criada vieja, que le había visto nacer, una de esas criadas fieles que son los tiranos de las familias salió a la puerta, y él preguntó angustiado:

—¿Ha venido ya la señora?

La criada se encogió de hombros.

—¿Cuándo ha visto el señor que la señora volviese antes de las siete y media?

El respondió algo molesto:

—Mejor; así podré mudarme de ropa; vengo muy sudado.

La criada le miró entre despreciativa y piadosa.

—¡Oh! Ya lo veo que suda. Y debió correr con el niño en brazos; todo para no retrasarse, para estar aquí, de plantón, hasta que a las siete y media comparezca la señora. Como lo sé de siempre, no me doy prisa. La cena estará para las ocho, y si han de aguardar, ¡paciencia! Un asado no puede apresurarse.

El señor Parent, como si no la hubiese oído murmuró:

—Bueno, bueno. Hay que lavar las manos a Jorgito, que ha jugado con tierra. Entretanto voy a mudarme la camisa. Dile a la doncella que deje al niño bien aseado.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta con el pestillo para estar solo, muy solo, completamente solo. Acostumbrado a verse despreciado y maltratado, no se defendía, y nada más se juzgaba seguro bajo la protección de un encierro. No se atrevía ni a pensar, ni a reflexionar, ni a echar cuentas consigo mismo, sin que le amparase una cerradura contra todas las miradas y suposiciones ajenas. Se situó para descansar un poco antes de desnudarse y reflexionó que Julia, su vieja criada, iba siendo un conflicto más en la casa. Indudablemente odiaba a la señora; odiaba también a Pablo Limousin, el amigo íntimo y familiar del matrimonio, que había sido desde la infancia el inseparable compañero de Parent.

Era Limousine quien le defendía vivamente, hasta severamente, de los reproches inmerecidos que lanzaba Enriqueta contra su esposo, de los altercados tormentosos, de todas las miserias cotidianas que amargaban su existencia.

Julia se permitía ya indicaciones y apreciaciones maliciosas acerca de la señora, juzgaba sus actos y repetía sin cesar: "Si yo estuviera en el caso del señor, de otro modo andaríamos... En fin... Cada uno es... como es"

Un día llegó a insolentarse con Enriqueta, la cual se había limitado a decir por la noche a su marido: "A la primera palabra inconveniente que me diga en adelante, la despido". Sin embargo, Enriqueta, que para toda era tan resuelta, parecía tener algún temor a la criada, y Parent atribuía esa mansedumbre a la consideración de que la pobre vieja le había visto nacer y había cerrado los ojos a su madre.

Pero todo tiene un límite, y las cosas no podían continuar de aquel modo mucho tiempo. Al buen hombre le horrorizaba la idea de lo que podía suceder allí. ¿Qué resolvería? Despedir a Julia era muy doloroso; ni pensarlo. Apoyarla contra Enriqueta ¡imposible! y, sin embargo, antes de un mes el conflicto sería inevitable.

Se quedó abandonado, con los brazos caídos, buscando vagamente la manera de conciliarlo todo, sin hallar la solución ansiada. Luego pensó: "Afortunadamente, me consuela tener a Jorgito, porque sin él yo sería muy desgraciado"

Se le ocurrió consultar a Limousin: eso haría; pero al punto recordó el odio mal disimulado que le tenía Julia, y temeroso de que su amigo le aconsejara despedirla se perdió de nuevo en sus incertidumbres angustiosas.

Sonaron las siete; al oír las campanadas tembló. ¡Ya eran las siete y no se había mudado aún la camisa! Entonces precipitadamente, se desnudó, se lavó, se puso una camisa limpia y volvió a vestirse con rapidez, como si alguien le aguardase para un acontecimiento de trascendental importancia.

Luego entró en la sala, satisfecho de hallarse a punto y sin temor alguno.

Pasó la vista por un periódico, se asomó al balcón, volvió a sentarse en el sofá; una puerta se abrió y entró el niño, lavado, peinado, limpio y risueño. Parent le oprimió entre los brazos, le besó amorosamente, primero en el pelo, después en los ojos, en las mejillas, en la boca, en las manos. Le balanceó en el aire, de pie; le alzó sobre su cabeza. Volvió sentarse fatigado; montó a Jorgito sobre sus rodillas y le hizo saltar. "¡Arre, caballito!..."

La criatura reía y agitaba los brazos; gritaba, entusiasmado con el juego. El padre también reía y gritaba de gozo, y su abultado vientre retemblaba.

¡Quería tanto al niño! Le quería con toda su alma de ser débil, resignado y apocado; le quería con entusiasmos de loco; sus caricias eran casi brutales; toda la ternura que no se atrevió a mostrar con su mujer, porque hasta en los primeros meses del matrimonio Enriqueta fue siempre par él reservada y fría; toda su ternura vergonzante y tímida se desbordaba en aquellos juegos, a solas con el niño.

Julia se asomó a la puerta con el semblante pálido, los ojos brillantes, y dijo temblorosa y exasperada:

—Ya son las siete y media, señor.

Parent fijó en el reloj una mirada inquieta, y resignado murmuró:

—En efecto; ya son las siete y media.

—Tengo a punto la comida.

Al ver próxima la tormenta, el buen hombre quiso evitarla:

—¿No me has dicho que la preparabas para las ocho?

—¿Para las ocho? ¡Estaríamos aviados! El niño no puede comer a las ocho; es muy tarde. Lo dije por decir. Pero con ese desarreglo, ¡bueno andaría el niño! ¡A las ocho! ¡Y pensar que su madre no toma esto en cuenta! ¡Vaya una madre! ¡Da compasión que haya madres así!

Parent, angustiado y tembloroso, creyó necesario cortar en seco la amenazadora escena.

—Julia —dijo—, no te consiento que hables como hablas de tu señora. ¿Lo has oído? No te lo consentiré jamás, y procura no olvidarlo.

La criada, rabiosa y sorprendida le volvió la espalad, y al salir cerró con tal violencia, que todos los cristales retemblaron; durante algunos segundos produjeron sonido semejante al de campanillas invisibles que se agitasen en el ambiente silencioso de la sala.

Jorgito, repuesto de la primera impresión, que fue de asombro, batió palmas, hinchó sus carrillos, y lanzó un ruidoso "¡bum!" con toda la fuerza de sus pulmones, para imitar el ruido que hizo la puerta.

Entonces su padre le contó algunos cuentos; pero la preocupación de su espíritu le hacía perder con frecuencia el hilo de la narración; el pequeñuelo, sin comprender lo que pasaba por el alma del infeliz, abría mucho sus ojos asombrados.

Parent no quitaba los suyos del reloj. Hubiera querido pararlo, detener el tiempo hasta que se presentara su mujer. No le preocupaba la tardanza; pero tenía miedo; miedo a lo que pudiera ocurrir; miedo a ella, y a Julia, y a todo. Diez minutos bastarían para producir una catástrofe irremediable; violencias y explicaciones que no hubiera querido imaginar siquiera. Suponerlo nada más, el presentimiento de la disputa, las voces descompuestas, las injurias que silban en el aire como balas, las dos mujeres frente a frente, cada una con los ojos fijos en los ojos de la otra y arrojándose a la cara frases hirientes. La idea sólo de que pudiera ocurrir, le hacía palpitar el corazón violentamente, le dejaba la boca seca, le ablandaba como un trapo. Le desconcertaba de tal modo que ella ni siquiera tenía fuerza bastante para levantar al niño, para hacerle saltar sobre las rodillas.

Sonaron las ocho. La puerta se abrió nuevamente para dejar paso a Julia. Ya no estaba descompuesta ni exasperada; su rostro expresaba una intención dañina y severa, más temible aún.

—Señor —dijo—, he servido a su madre hasta la hora de su muerte, y sirvo a usted, señor, desde que lo vi nacer hasta la fecha. No se dirá de mí que no los quiero.

Se detuvo. Aguardaba una respuesta. Parent balbució:

—Sí, ya lo sé, mi pobre Julia.

—Usted sabe también que no estimo el dinero, que nunca mentí, que nunca tuvo usted que reñirme...

—Sí, sí, mi buena Julia...

—Pues bien, señor; esto no puede continuar. Por el cariño que a usted le tengo, he callado; pero ya es imposible; ya lo sabe todo el barrio, y se ríen de usted... Es indispensable que yo se lo diga... que usted lo sepa... y no me gustan los chismes ni las delaciones; pero... ¡ya es mucho! La señora se retrasa tanto, porque hace cosas... abominables.

Parent quedó asombrado, sin comprender nada. Sólo pudo balbucear:

—Cállate; ya sabes que te prohíbo...

Pero ella le interrumpió resuelta, irresistible:

—No callaré; ya es preciso que lo diga todo. Hace mucho tiempo que la señora tiene relaciones con el señor Limousin. Los he visto más de veinte veces besarse detrás de las puertas. ¡Vaya! Si el señor Limousin fuese rico, la señora no se hubiera casado con usted. Y si el señor recordara cómo se hizo la boda, lo comprendería todo fácilmente...

Parent irritado, lívido, se levantó y exclamó:

—Calla, cállate, o...

Julia continuaba:

—No; quiero decir todo lo que sé. La señora se casó con el señor para tener dinero, y le ha engañado desde el primer día. Era cosa convenida entre la señora y el amigo. Basta reflexionar para comprenderlo. Y como la señora no estaba satisfecha de haberse casado con el señor, y no le quería, le amargaba la existencia de tal modo, que me lastimaba porque yo lo veía...

Parent avanzaba con los puños en alto:

—¡Calla, cállate!

No se le ocurría otra réplica.

Pero la criada no retrocedió; estaba decidida.

El niño, sorprendido primero y luego aterrado por aquellas voces desentonadas, comenzó a llorar ruidosamente. Detrás de su padre, con la cara contraída y la boca muy abierta, chillaba.

El clamor del niño exasperó a Parent, le enfureció y le envalentonó; se arrojó sobre Julia con los brazos levantados, y gritaba, dispuesto a golpearla:

—¡Miserable! ¿Quieres que se vuelva loco de terror mi pobre hijo?

Ella le arrojó a la cara:

—Puede pegarme, pero no dejará de ser cierto que su esposa le ha engañado, y que la criatura es del otro.

Parent se detuvo en seco; dejó caer los brazos y quedó frente a Julia tan aturdido, que no le sería ya posible comprender nada.

—Basta mirar al niño —prosiguió la vieja— para reconocer al padre verdadero. ¡Si es un retrato del señor Limousin! No hay más que ver los ojos y la frente. Ni a un ciego engañarían...

Parent le atenazó los hombros con las manos y la sacudía violentamente:

—¡Víbora!, ¡víbora! ¡fuera de aquí! Vete, o te mato. ¡Vete! ¡vete!...

Y con un esfuerzo desesperado, la empujó hasta la habitación próxima. Julia tropezó en la mesa ya servida, y los vasos al caer se hicieron pedazos; luego, huía del señor, en torno de la mesa para tenerle siempre a distancia y evitarle cuando intentaba cogerla, sin dejarle de escupirle a la cara palabras terribles.

—Si quiere convencerse... luego de comer salga... Y entre al momento... Verá... verá si he mentido. Pruébelo... pruébelo y se convencerá...

Julia pudo escaparse por la puerta de la cocina. El subió tras ella por la escalera interior, hasta la puerta del desván, donde la criada logró encerrarse.

—¡Ahora mismo vete de mi casa!

Julia contestó:

—Ya lo creo. Antes de una hora me habré ido.

El bajó la escalera muy despacio. Se apoyaba en la pared para no caerse, y volvió al salón, donde Jorgito lloraba sentado en el suelo.

Parent se desplomó en una butaca y miró al niño con estúpida fijeza. No comprendía nada, no sabía nada; se sentía aturdido, embrutecido, loco, lo mismo que si acabara de recibir sobre la cabeza un tremendo golpe; apenas recordaba las frases horribles de Julia. Pero poco a poco, sinrazón, como el agua turbia, se aclaró, calmándose, y la noticia triste y abominable comenzó a torturar su alma.

Julia lo había manifestado tan claramente, con tal energía, con tal seguridad, con tal sinceridad, que Parent no dudaba de su buena fe; pero se obstinaba en dudar de su perspicacia. Pudo confundirse, cegada por su cariño hacia él, arrastrada por su odio inconsciente contra Enriqueta. Sin embargo, a medida que trataba de tranquilizarse y convencerse, mil pequeños incidentes despertaban en su memoria palabras de su mujer, miradas de Limousin, un montón de minucias, no tomadas hasta entonces en consideración o apenas advertidas; retrasos repetidos, ausencias simultáneas y hasta gestos insignificantes, pero extraños, que no había sabido interpretar ni comprender, y que, al fin, adquirirían a sus ojos mucha importancia, cuando establecía entre todos ellos unidad y connivencia. Cuanto había ocurrido desde su casamiento surgía bruscamente en su memoria sobreexcitada por la angustia. Lo recordaba todo; entonaciones singulares, actitudes sospechosas. Y su pobre corazón de hombre tranquilo y bondadoso martirizado por la duda, le mostraba en aquel instante como cierto lo que no eran acaso más que sospechas.

Recorría obstinadamente, encarnizadamente, sus cinco años de matrimonio; procuraba revivirlos mes por mes, día por día; y cada suceso inquietante que recordaba, le hería como un aguijón de abeja.

Ya no pensaba en Jorgito, que permanecía silencioso apoyado en la pared; pero al advertir el niño que nadie se ocupaba de él, volvió a llorar.

Parent corrió a buscarle, le oprimió con ternura y le besó con frenesí. Mientras le quedara el niño, ¿qué le importaba lo demás? Le cogía, le apretaba sin apartar la boca de sus cabellos rubios, tranquilo, consolado, repitiendo: "¡Hijo mío, hijo mío, hijo mío!..." De pronto recordó lo que había dicho Julia... Sí; la criada le dijo que la criatura era del otro... ¡Ah! ¡Esto sí que le parecía imposible! No, no podía creerlo, no podía siquiera dudar ni un segundo. Aquello fue una de las odiosas infamias que germinan en las almas innobles de seres vulgares. Y repetía: "¡Hijo mío, hijo mío!..."

El pequeño, al sentirse acariciado, calló.

Parent sentía el calor de aquel cuerpecito, que penetraba en su carne a través de la ropa, y le inundaba de ternura, de valor, de alegría; el calor dulce del niño le acariciaba, le fortalecía, le salvaba.

Entonces apartó un poco de sí aquella cabeza pequeña y rizada para mirarla con pasión. Y la contempló ávidamente, fijamente, delirante de gozo al repetir: "¡Hijo mío... hijo mío!..."

De pronto reflexionó: "Se parece al otro... sin-embargo."

Y se produjo en su naturaleza un fenómeno extraño, terrible; una punzante y violenta sensación de frío, como si sus huesos de repente se hubieran helado. ¡Ah! ¡Se parecía mucho a Limousin!... Y analizaba las facciones del niño, que ya reía. Le miraba con los ojos turbados, feroces y rudos; buscaba en su frente y en su nariz, en su boca y en sus mejillas, algo que recordara la frente, la nariz, la boca y las mejillas del amante.

Su pensamiento divagaba como el de un loco, y la cara de Jorgito se transformaba continuamente a sus ojos y le ofrecía modificaciones muy extrañas, parecidos inverosímiles.

Había dicho Julia: "Ni a un ciego engañan." Y había, en efecto, algo que saltaba de pronto a los ojos, algo imborrable. Pero ¿qué? ¿La frente acaso? Limousin tenía la frente más estrecha. ¿La boca? ¿Era posible comparar un rostro barbudo con la cara gordinflona del niño?

Parent pensó: "No veo nada, no puedo ver nada; estoy perturbado; no podría cerciorarme aunque lo viera... Es preciso aguardar... Por la mañana le miraré tranquilamente."

Luego reflexionó: "Y si el niño se parece a mí, estoy salvado, ¡salvado!"

Atravesó la sala en dos zancadas, para examinar en el espejo el rostro del niño junto al suyo.

Sentando a Jorgito en su brazo para que las dos cabezas apareciesen juntas, hablaba en alta voz, tanta era su turbación: "Sí... La misma forma de nariz... La misma forma... tal vez no... Y la mirada... Tiene los ojos azules, muy azules... Tampoco eso... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco! No quiero ver más... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco!..."

Como si huyera se alejó del espejo; fue a sentarse en una butaca y puso al niño en otra. El pobre hombre lloraba, lloraba como un desesperado, y al oírle gemir de aquel modo, el niño, asustado, comenzó a berrear.

Sonó el timbre de la puerta. Parent dio un salto, como si le hubiese atravesado una bala y dijo: "Es ella; ¿qué haré?" Corrió hacia su cuarto para encerrarse, reponerse, secar sus lágrimas. Pero a los pocos instantes el timbre le hizo estremecerse de nuevo, y pensó entonces que Julia se habría ido sin avisar a la doncella. ¿Quién abriría la puerta? ¡El mismo!

Se sintió de pronto resucito y envalentonado, dispuesto al disimulo y a la lucha. La horrible sacudida le había curtido en un momento. Además, quería saber, averiguar algo, con furor de tímido y tenacidad de bonachón exasperado.

A pesar de todo, temblaba. ¿De miedo? Sí. ¿Acaso aún temía, como siempre, a su mujer? ¿Alguien sabe cuánta cobardía fustigada contiene un movimiento audaz?

Se acercó a la puerta sin hacer ningún ruido, y se detuvo a escuchar. Su corazón latía furiosamente; los golpes que resonaban en su pecho y la voz chillona del niño... No conseguía oír otra cosa.

De pronto el timbre resonó sobre su cabeza, sacudiéndole como una explosión, y anheloso, desfallecido, abrió la puerta.

Su mujer y Limousin se le aparecieron en el descansillo.

Enriqueta le dijo, a un tiempo irritada y sorprendida:

—¿Por qué abres tú? ¿Y Julia?

Parent sentía en la garganta un nudo, y la respiración fatigosa; quiso responder, pero no pudo pronunciar ni una palabra.

Ella insistió:

—¿Te has quedado mudo? ¿Y Julia?

Entonces él dijo, balbuciente:

—Julia... Julia se ha ido...

Enriqueta se enardecía:

—¡Cómo! ¿Se ha ido? ¿A dónde? ¿Por qué?

Parent recobraba su aplomo; sintió brotar en su corazón un odio implacable contra la insolencia de aquella mujer.

—Sí... Se ha ido para siempre. La he despedido.

—¿A Julia? Estás loco.

—Sí; la he despedido porque se había insolentado; y además... porque ha maltratado al niño.

—¿Julia?

—Sí, Julia.

—¿Y por qué se ha insolentado?

—Refiriéndose a ti...

—¿A mí?

—Dijo que la comida se pasaba... y tú no volvías...

—¿Eso ha dicho?

—Y más... Cosas desagradables para ti... que yo no he comprendido... ni quiero comprenderlas.

—Dímelo todo.

—Es inútil repetirlo.

—Quiero saberlo todo.

—Dijo, que para un hombre como yo, era una desgracia estar casado con una mujer como tú, que nunca eres puntual, ni ordenada, ni cuidadosa, ni atiendes a las obligaciones de tu casa, ni a tu hijo, ni a mí.

Enriqueta, seguida por Limousin, que no despegó los labios sorprendido en aquella situación difícil, avanzaba y cerró bruscamente la puerta. Dejó caer su abrigo sobre una silla, para encararse con su marido, irritada, irascible:

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Que yo soy...?

Parent estaba pálido y tranquilo:

—Yo no digo nada, esposa mía; te repito solamente las frases de Julia que deseas conocer; y te hago notar que la despedí, precisamente, por esas frases.

Enriqueta hubiera querido arrancarle las barbas y los carrillos con uñas. En la voz, en el tono, en la expresión del hombre, notaba claramente la rebeldía; sin saber cómo atacarle, buscaba una frase directa y mortificadora, dispuesta, como siempre, a tomar la ofensiva.

—¿Comiste ya?

—Te aguardábamos. Enriqueta hizo un movimiento de impaciencia.

—Es una estupidez aguardar tanto. Debisteis comer a las siete y media, seguro de que me habría entretenido en alguna parte; por algún asunto; de compras.

De pronto le pareció necesario explicar de qué modo había invertido el tiempo, y refirió ligeramente, con altivez, que al ir a ver unos muebles, muy lejos, a la calle de Rennes, encontró a Limousin a eso de las siete, en el bulevar Saint-Germain, y le había rogado que la acompañase para poder tomar algo en un restaurante, por no atreverse a entrar sola; y sentía mucha debilidad. Por eso habían tomado los dos precipitadamente, para retrasarse lo menos posible, una sopita y medio pollo.

Parent, respondió sencillamente:

—Hiciste bien; ya ves que no te digo nada.



Limousin, callado hasta entonces, y casi oculto detrás de Enriqueta, se acercó al marido, tendiéndole una mano:

—¿Cómo estás?

Parent alargó fríamente la suya, y dijo:

—Muy bien.

Pero la mujer había recogido una frase de la última respuesta del marido.

—"¡No me dices nada!"... ¿Qué podrías decirme?

Parent se disculpó.

—No tengo motivo. Quise decirte, que no me había preocupado tu mucha tardanza.

Ella buscaba un pretexto para reñir, y se agarró a lo que pudo:

—¡Mi tardanza!... Como si hubiese comparecido a la madrugada, y pasase noches enteras en la calle.

—No, esposa mía. Digo "tardanza", porque no sé decirlo de otro modo. Te aguardábamos a las seis y media, y vienes a las ocho y media. Bueno... Está bien., y no hay para extrañarse... Por eso digo "tu mucha tardanza", no sé decirlo de otro modo.

—Pronuncias la frase con cierto retintín...

—¡Vaya, no lo creas!

Enriqueta comprendió que no hallaría resistencia, y al dirigirse a su cuarto, los gritos del niño la sorprendieron. Entonces preguntó sobresaltada:

—¿Por qué llora esa criatura?

—Ya te dije que Julia le ha maltratado.

—Pero ¿qué le ha hecho esa miserable?

—¡Oh! Casi nada. Le ha dado un empujón y el niño se ha caído...

Enriqueta, para ver a Jorgito, entró presurosa en el comedor y se detuvo ante el mantel empapado en vino, los vasos rotos y la sal derramada.

—¿Qué significa esto?

—Es Julia, que...

Enriqueta le interrumpió enfurecida:

—¡Ya es demasiado! Julia dice desvergüenzas de mí, pega al niño, rompe la vajilla, revuelve toda la casa, y parece que tú encuentras natural todo esto.

—No... La he despedido.

—¡Claro! Pero debiste avisar a la policía para que la llevaran a la cárcel.

—Pero, mi querida esposa... No hay para tanto... Seguramente no hay para tanto... Y hubiera sido muy difícil...

Enriqueta, con un desdén infinito se encogió do hombros:

—Siempre serás lo mismo: un pobrete, un infeliz, un hombre sin voluntad, sin carácter y sin energía. ¡Oh! ¡Qué desvergüenzas debió decir para que te hayas decidido a despedirla! Me hubiera gustado verlo un minuto, un minuto nada más.

Abrió la puerta de la sala, en busca de Jorgito: le alzó, le oprimió entre sus brazos, le bazuqueó:

—Jorgito, ¿qué tienes? ¿Qué te han hecho, mono mío, lucero mío?

Al sentirse acariciado por su madre, dejó de llorar el niño.

—¿Qué tienes? ¿Dímelo tú? ¿Qué tienes?

Y respondió con su media lengua:

—Julia... Julia... ha pegado... a papá...

Enriqueta se volvió hacia su marido, estupefacta. Después, el deseo insano de soltar la risa brilló en sus ojos, se dibujó como un temblor en sus mejillas rosadas, asomó a sus labios, levantó las alas de su nariz, y salió, al fin, de su boca, ruidosamente, con vibraciones de alegría satisfecha, sonora, vibrante como el trino de un pájaro. Enriqueta

repetía, entre gritos agudos, que dolían a Parent como si fueran mordeduras de aquellos dientes blancos:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ella te pegó!... ¡Ja, ja!... ¡Tiene gracia... mucha gracia....! ¡Ja, ja! ¡Oiga usted, Limousin!... ¡Le ha pegado Julia!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Sí...ha pegado a mi marido la criada! ¡Ja, ja, ja! ¡Es muy gracioso!

Parent murmuraba:

—No... no... Te digo que no es cierto. Al contrario: yo fui quien... Yo la empujé tan violentamente que al encontronazo hizo caer cuanto había en la mesa... Jorgito no lo vio. Yo fui quien...

Enriqueta dijo al niño:

—Anda, mi cielo, di otra vez: ¿Julia pegó a papá?

—Sí; Julia —exclamó el niño.

Asaltada por otra idea, la mujer preguntó:

—¿Tampoco disteis de comer al niño? ¿No comiste aún, tesoro mío?

—No, mamá.

Revolviéndose furiosa contra su marido, Enriqueta gritó:

—¿Estás loco, archiloco! ¡Las ocho y media y el niño está sin haber comido aún!

Parent se disculpaba, desconcertado por aquella escena, perdido entre tan engorrosos comentarios, aplastado por aquel desmoronamiento de toda su existencia.

—Hija mía: no quise comer sin ti. Como siempre te retrasas algo, te aguardábamos de un momento a otro.

Ella se quitó el sombrero, lo tiró sobre una butaca, y dijo con voz nerviosa:

—Es intolerable tratar con personas que nada entienden y no adivinan nada; que nada saben hacer. ¡Claro! Y si me ocurre venir a media noche, tampoco hubiera comido la criatura. ¡Como si no pudieras comprender, cuando a las siete y media yo no volvía, que alguna causa...

El marido temblaba, sintiéndose arrebatado por la cólera; pero Limousin se interpuso y dijo a Enriqueta:

—La veo a usted algo injusta en esta ocasión. El no pudo adivinar que hoy vendría usted más tarde que otras veces. Además, después de haber despedido a Julia, solo, ¿era tan fácil salir del paso?

Exasperada Enriqueta, contestó:

—Pues yo no pienso ayudarle; que haga lo que pueda.

Y entró en su cuarto bruscamente, sin preocuparse de que su hijo no había comido.

Limousin se esforzó para endulzar la difícil situación. Recogió los vasos rotos, dispuso los cubiertos, y sentó al niño en su poltrona, mientras Parent iba en busca de la doncella para que sirviese la comida.

La doncella no se había enterado de nada. Sacó la sopa; luego carne con puré de patata.

Parent se había sentado junto al niño, estúpido y desalentado por aquella catástrofe. Hacía comer al pequeño y trataba también de comer algo; partía menuda la carne, y aún después de masticarla mucho, le costaba un esfuerzo para tragarla.

Poco a poco se alzó en su alma un deseo invencible de mirar a Limousin que, sentado frente a él, hacía bolitas de pan. Deseaba comprobar su parecido con la criatura. pero no se atrevía a levantar los ojos. Al fin, se decidió y observó aquel rostro que tanto conocía y que, sin embargo, le pareció no haber examinado nunca; tan diferente le hallaba de como lo supuso.

De cuando en cuando lanzaba una mirada rapidísima, queriendo retener todos los perfiles, toda su expresión; luego clavaba los ojos en el niño, distraídamente, como si pensara sólo en comer.

Dos palabras zumbaban en su oído: "¡Su padre, su padre, su padre!"; resonaban rítmicamente en cada latido del corazón. Sí; aquel hombre, aquel hombre tranquilo, sentado frente a él, junto a su mesa, podía ser el padre de Jorgito, de su Jorgito... Parent dejaba de comer, sin fuerzas para proseguir. Un dolor terrible, uno de esos dolores que hacen aullar y retorcerse y morder, le desgarraba las entrañas. Tuvo tentaciones de coger un cuchillo y clavárselo en el vientre. Esto le tranquilizaría, le salvaría, sería el fin de todo.

¿Era posible vivir así? ¿Levantarse todas las mañanas, comer a sus horas, andar por las calles, acostarse por la noche, con aquel pensamiento invencible? ¡Limousin es el padre de Jorgito!" ¡No; no tendría fuerzas para dar un paso, ni para vestirse, ni podría pensar en nada, ni hablar con nadie! A todas horas, a cada momento, siempre! se preguntaría lo mismo; trataría de saberlo, de adivinar, de sorprender aquel horrible secreto. Y el niño, el niño adorado... No podía verle sin aumentar el espantoso tormento de aquella duda; sin sentirse desgarrado hasta lo más profundo, sin que hasta la médula de sus huesos le doliera... Y permanecer allí, en aquella casa, junto al niño, ¡que le inspiraba odio y amor a un tiempo! Odio, sí, acabaría por odiarle. ¡Qué suplicio! ¡Ah! ¡Si al menos estuviera seguro de que Limousin era el padre, tal vez se calmara y se adormeciera en sus desdichas, en su dolor! ¡Pero no saber nada seguro, era intolerable!

No saber nada seguro, buscar siempre, sufrir siempre y besar al niño a cada instante. Pasearlo por las calles, cogerlo en brazos, sentir como una caricia el roce de sus finos cabellos, adorarlo y pensar: "¡Acaso es del otro!" ¿No valdría más no verle, abandonarlo, perderlo? ¿No valdría más huir solo, muy lejos, tan lejos que nunca oyese hablar de nada nunca, nunca?

Le sobresaltó el chirrido de la puerta que se abría.

—Tengo hambre —dijo al entrar la señora—. ¿Y usted, Limousin?

—¡Caramba! yo también —contestó el amigo.

Enriqueta mandó que volviesen a sacar la sopa.

Parent pensaba: "¿Será cierto que han comido ya, o se habrán retrasado en una entrevista amorosa?"

Los dos comieron con mucho apetito. Ella tranquila, risueña, ocurrente, bromeaba. Los ojos de Parent seguían sus movimientos, a intervalos y con disimulo. Enriqueta se había puesto una bata de color de rosa con encajes blancos, y su cabeza rubia, su cuello terso y sus manos finas y carnosas, asomaban de aquel traje lindo que parecía una concha de nácar bordada con espuma. ¿Cómo estuvo ella toda la tarde con el amigo? Los imaginaba estrechamente abrazados entre caricias y palabras ardientes! Y ¿no sería posible saber nada ni adivinar nada, cuando los veía juntos frente a él?

¡No se habrían reído poco de su misma crueldad si le engañaban desde fecha lejana! ¿Era posible que de tal modo se hiciese burla de un hombre honrado para servirse de su dinero? ¿Por qué no se leen esas maldades en las almas? ¿Por qué los corazones bondadosos no adivinan los engaños de los corazones infames? ¿Por qué la voz que miente y la que adora suenan de igual modo? ¿Por qué la mirada falaz no se distingue de la mirada sincera?

Después de observarlos furtivamente y coger al vuelo una palabra, una entonación, un guiño, una sonrisa, de pronto pensó: "Esta misma noche quiero sorprenderlos." Y dijo:

—Hija mía, como he despedido a Julia, es necesario que busque lo antes posible otra cocinera. Tal vez logre que pueda venir alguna desde mañana temprano si lo procuro desde ahora. Me voy en seguida y si tardo en volver, no lo extrañes.

—Bueno —contestó Enriqueta—; Limousin me dará conversación hasta que vuelvas. Te aguardaremos.

Y encarándose con la doncella., prosiguió:

—Acueste usted a Jorgito, levante los manteles y retírese.

Parent, ya de pie, oscilaba sobre sus piernas, aturdido, titubeante.

—Hasta luego —murmuró; y apoyándose un poco en la pared, porque le parecía que la casa oscilaba como un barco, salió pausadamente.

La doncella se había llevado a Jorgito. Enriqueta y Limousin pasaron a la sala.

—¿Estás loca? —dijo el amante—. ¡Hostigas demasiado a tu marido!

—Oye; no empieces como de costumbre; me violentan mucho tus reflexiones ¡empeñado en presentarme a Parent como un mártir!

—No te lo presento como un mártir —dijo Limousin que arrellanado en una butaca ponía una pierna sobre la otra—;pero me parece ridículo, en tu situación, provocarle con saña.

Ella cogió sobre la chimenea un cigarrillo, y contestó mientras lo encendía:

—Si no le provoco; al contrario: me irrita su estupidez... y le trato como se merece.

Limousin, algo impaciente, replicaba:

—Es ridículo eso que haces. ¡Y todas las mujeres hacéis algo semejante! Un excelente hombre, de sobra confiado y de sobra bondadoso, que nunca estorba, que nos deja libres, que confía en ti como un estúpido, sin dudar ni un momento; y tú, haces lo posible para enfurecerle y que se turbe nuestra existencia tranquila.

—¡Calla! —¡Me aburres! ¡También eres cobarde como todos los hombres! ¡Tienes miedo! ¡Te da miedo ese infeliz!

El se levantó vivamente, furioso.

—Yo quisiera saber qué daño te ha hecho, y por qué le odias... ¿Te maltrata? ¿Qué hace contra tí? Es demasiada crueldad torturar a un hombre por el solo motivo de ser bueno, y odiarle únicamente porque le engañas.

Ella se acercó a Limousin y le miró fijamente a los ojos.

—Y ¿eres tú quien me lo echa en cara? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tienes vergüenza para eso?

—No he querido echártelo en cara; defiendo a Parent, porque necesitamos, para ser felices, de su ceguera. Y deberías comprenderlo.

Estaban muy cerca el uno del otro; él, grandote, moreno, con patillas largas, guapetón, con la vulgar apostura de un hombre satisfecho de sí mismo; ella, bonita, sonrosada y rubia, una deliciosa parisién, semi-galante y semi--burguesa, nacida en una trastienda, educada junto al escaparate de un comercio en el mecanismo de atraer parroquianos con los ojos, y casada al azar de aquella pesca del transeúnte, con el primer infeliz que se apasionó por ella, complacido al verla en el mismo lugar dos veces al día: al salir por la mañana y al regresar por la tarde.

Enriqueta dijo a Limousin:

—¿Pero tú no adivinas, inocente, que le aborrezco, precisamente porque se ha casado conmigo, porque me ha comprado con su dinero, porque todo lo que dice, todo lo que hace, todo lo que piensa, me ataca a los nervios? A cada instante me desespera con su estupidez, que tú llamas bondad; con su torpeza, que tú llamas confianza, y, sobre todo, porque yo quisiera que fueses tú mi marido y no él. Aunque no molesta mucho, le siento entre los dos a todas horas. Es insoportable... ¿Y qué? ¡No!, es demasiado idiota para sospechar nada. Yo quisiera verle celoso alguna vez. Me dan tentaciones de gritarle: "¡Ciego, bruto, ¿no ves? ¿No adivinas ¡Y ¿no comprendes que Pablo es mi amante?"

—Por ahora —dijo Limousin risueño— te agradeceré que lo calles y no turbes nuestra existencia.

—¡Oh! No la turbaré, no te apures; con ese idiota no es posible temer nada. Pero me parece absurdo que no comprendas cuánto le odio —y cuánto me repugna. En cambio, tú le tratas con afecto, le das la mano con gusto. Los hombres sois atroces.

—Hay que disimular, cariño mío.

—No se trata del disimulo; se trata del sentimiento. Desde que burláis a un hombre, parece que le queréis más; nosotras le odiamos a partir del momento en que le hubimos engañado.

—No veo razón para odiar a un buen hombre desde que se le roba el amor de su mujer.

—¿No ves razón? ¿Que no ves razón? Es un delicadeza que os falta. ¡Está bien! Hay cosas que sentimos y no acertamos a explicar. Por añadidura en estos asuntos... No; no me comprenderías; mi razonamiento sería inútil. Vosotros no entendéis ciertas delicadezas...

Y sonriente, con un dulce abandono de viciosa, puso las manos en los hombros de su amante para ofrecerle sus labios; él inclinó la cabeza, oprimió su cintura con fuerte abrazo, y se unieron sus bocas. Como estaban de pie delante del espejo de la chimenea, otros amantes, reflejados en el cristal se besaron también...

Y no habían oído nada, ni el ruido de la llave ni el roce de la puerta; pero Enriqueta, bruscamente, lanzando un grito agudo, se apartó de Limousin. El y ella vieron la imagen de Parent que los contemplaba, lívido, con los puños apretados, descalzo y con el sombrero sobre la frente, junto a las cejas.

Se volvieron para mirarle, primero ella, luego él, con un rápido movimiento de los ojos y sin mover apenas la cabeza. El marido tenía la cara descompuesta. Sin decir una palabra se arrojó sobre Limousin, y le agarró fuertemente para estrujarlo y ahogarlo; a empujones y sacudidas lo arrastró hasta un ángulo de la sala, tan impetuosamente, que Limousin perdió el equilibrio, y al caer se dio un golpazo en la cabeza.

Pero Enriqueta, segura de que su marido quería matar al amante, se arrojó sobre Parent, le acogotó, le clavó en el cuello las diez uñas de sus manecitas rosadas, le apretó de tal modo, con la fuerza nerviosa de una mujer desesperada, que hizo sangre. Le mordía en el hombro, como si hubiera querido despedazarlo con los dientes, y Parent, casi estrangulado, sofocado, soltó a Limousin para sacudirse de su mujer, agarrada fuertemente a su cuello, y cogiéndola por la cintura, de un empujón la hizo ir hasta el otro extremo de la sala.

Luego, como sólo sentía la cólera instantánea de los bonachones y la violencia repentina de los débiles, quedó entre sus dos enemigos, jadeante, agotado, sin saber qué partido tomar. Su furor se había disipado en aquel esfuerzo, como la espuma del vino, y su energía insólita se abatió en un ahogo prolongado.

Y cuando pudo hablar, balbuceó:

—¡Fuera. de aquí!... Los dos.... Inmediatamente... ¡Fuera de aquí!

Limousin continuaba inmóvil en el suelo, arrimado a la pared, muy atontado aún para comprender nada; muy despavorido para mover ni un dedo. Enriqueta, con las manos apoyadas en un velador, con la cabeza erguida, con el vestido desabrochado, el pecho desnudo y el cabello en desorden, aguardaba como una fiera que se dispone a saltar.

Parent repetía con la voz más enérgica:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! ¡Inmediatamente!

Segura ya de que no había peligro, envalentonada Enriqueta, se acercó a él y le dijo:

—¿Te has vuelto loco? ¿Te has vuelto loco?

Parent, amenazador, gritaba:

—¡Oh!... ¡Es demasiado!... ¡Es demasiado! Lo sé todo..., todo... todo.... lo he oído todo... ¿entiendes? Todo, ¡miserable!... ¡miserable!... ¡Sois unos canallas! ¡Fuera de aquí!... ¡los dos!... ¡He de mataros!... ¡Canallas!... ¡Fuera de aquí!

Ella comprendió que no había remedio; que no había manera de justificarse, que todo estaba perdido; y su impudicia y su odio la impulsaron. Con ansias de insolente provocación, dijo:

—Vámonos, Limousin, ya que nos echa de aquí; vámonos a tu casa.

Pero Limousin no se movía. Parent, recobrados los bríos, gritaba:

—¡Inmediatamente! ¡Canallas!... ¡Fuera de aquí!... O ahora mismo...

Enriqueta, rápidamente atravesó la sala, cogió por un brazo a su amante, le ayudó a levantarse del suelo, y al dirigirse con él hacia la puerta, repetía:

—Vámonos, hijo mío; anda; ese hombre se ha vuelto loco; anda, me voy contigo...

Al salir, ella miró a su esposo con el ánimo de inventar algo para torturarlo una vez más, antes de salir de aquella casa; y una idea venenosa, feroz, mortal, acudió a su pensamiento; una idea en la que fermentaba toda la perfidia femenil:

—¡Quiero llevarme a mi hijo!

Parent, estupefacto, balbuceó:

—¿Tu... tu hijo? ¿Te atreves a recordarlo siquiera? ¿Te atreves a pedirme tu hijo?... ¡Ah! ¡Es mucho, es mucho! ¿Te atreves?... ¡Oh! ¡Fuera de aquí... miserable! ¡Fuera!

La mujer se acercó al marido, casi risueña; casi vengada ya, y provocándole, irguiéndose, le dijo cara a cara:

—¡Quiero llevarme al hijo!... que no debe quedarse aquí, en tu casa, ¡porque no es tuyo!... ¿Lo entiendes? No es tuyo, no es tuyo; es de mi amante.

Parent, ya loco, gritó:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Canalla!

Y ella insistía:

—No es tuyo, ¡imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Su padre, ahí le tienes: mírale y te convencerás.

Parent retrocedió vacilante; luego, bruscamente, cogió una bujía, entró en el dormitorio y volvió al punto con el niño envuelto en las ropas de la cuna.

Jorgito, sobresaltado con el brusco despertar, lloraba. Parent se lo entregó a la madre, sin decir una palabra más, y la empujó violentamente hacia la puerta, luego hacia la escalera, donde Limousin, acobardado, aguardaba.

Cerró, con llave, corrió el cerrojo, y al entrar en la sala, cayó desplomado en el suelo.

## II

Parent vivía solo, enteramente solo. Durante las primeras semanas que siguieron a la separación, el aturdimiento de su vida nueva no le permitió hacer muchas reflexiones. Andaba por las calles vagabundo, como cuando era soltero; comía en un restaurante. Para evitar el escándalo señaló a su mujer una pensión y formalizó notarialmente su compromiso. Pero, poco a poco, el recuerdo del niño turbaba su pensamiento. Con frecuencia, cuando estaba solo en casa por las noches, le parecía oír la voz de Jorgito que le llamaba "papá". Su corazón latía muy angustiosamente, y el pobre hombre, levantándose, abría la puerta del piso para ver si, por acaso, el niño había vuelto. Creía posible que volviera solo, como vuelven los perros y las palomas... ¿Por qué había de tener la criatura humana menos instinto que un animal? Seguro ya de su error, volvía a sentarse en una butaca para pensar en Jorgito. Meditaba durante horas enteras, durante días enteros. No era solamente una obsesión sentimental: era también una obsesión física, un ansia material, nerviosa, de besarle, de tenerle, de oprimirle, de sentarle sobre

sus rodillas y hacerle saltar. Le exasperaba el recuerdo febril de las caricias pasadas. Sentía los bracitos en torno de su cuello; la boquita, que imprimía sobre su barba ruidosos besos; la cabellera rubia, que le cosquilleaba en la mejilla. El deseo de aquellos dulces halagos perdidos, la piel suave, sonrosada y tibia, dónde puso con placer sus labios, le enloquecía como el deseo de una mujer adorada que huye.

De pronto, en la calle, no podía contener su llanto al acordarse del pequeño que saltaba y corría junto a él. Ya de regreso, a solas, con la cabeza entre las manos, lloraba toda la tarde.

Luego veinte veces, mil veces en un día se hizo la misma pregunta: ¿Era o no era el padre de Jorgito? Pero, sobre todo, por la noche, le obsesionaba esa idea con razonamientos interminables. Apenas acostado, repetía sin cesar la misma serie de reflexiones desconsoladoras.

Al principio no dudaba: el niño era seguramente de Limousin, como había confesado Enriqueta. Pero más adelante, poco a poco, empezó a dudar. Seguramente las palabras de su esposa no tenían valor. Ella quiso provocarle, desesperarle. Y, al pesar el pro y el contra fríamente, no era descabellado suponer que su afirmación fue un embuste.

Acaso Limousin hubiera dicho la verdad. Pero ¿cómo preguntárselo? ¿cómo decidirle a que lo confesara?

Algunas veces, Parent, despierto de madrugada, resolvía de pronto buscar a Limousin, rogarle, ofrecerle cuanto quisiera para poner término a tan abominable angustia. Luego se descorazonaba, desesperaba, seguro de que también mentiría el amante. Mentiría, seguramente, para impedir que recobrase al niño el padre verdadero.

¿Qué hacer? ¡Nada!

Y se desconsolaba por haber precipitado brutalmente los acontecimientos, por no haberlo reflexionado con calma, por no haber sabido esperar, fingir, durante un mes o dos, para convencerse y enterarse por sus propios ojos. Debió tener disimulo y dejar que se traicionaran sin darse cuenta. Debió esperar ocasiones en que Limousin acariciase al niño; esto le bastaría para saber la verdad: un amigo no besa como un padre. Los hubiera observado, oculto detrás de las puertas. ¿Cómo no se le ocurrió esto? Si Limousin, a solas con el niño, no le hubiese cogido en brazos para oprimirle y besarle apasionadamente; si le hubiese dejado jugar, con indiferencia, sin ocuparse de él: no era posible dudar; en ese caso no era, no se creía, no se sentía padre.

Y al separarse de la madre, Parent hubiera conservado al hijo, y hubiera sido feliz con él; ¡todo lo feliz que pueda ser un hombre!

Se revolvía en la cama, sudoroso, dolorido y obstinado en recordar cómo trataba Limousin a la criatura. Pero no recordaba nada, absolutamente nada: ningún gesto, ninguna mirada, ninguna palabra, ninguna caricia sospechosa. La madre tampoco se ocupaba mucho de Jorgito. Si fuera hijo del amante, seguramente le quisiera más.

Sin duda le separaron del niño por venganza, por crueldad, en castigo de la sorpresa.

Y Parent decidía salir temprano para presentar al juez lo antes posible, su reclamación, resuelto a recobrar a su Jorgito.

Pero de pronto le invadía la certeza de lo contrario. Como fue Limousin desde un principio el amante de Enriqueta, el amante adorado: ella debió entregarse a él con toda su alma, con todo el abandono y el amor que hacen madres a las mujeres. Y por otra parte, la reserva y la frialdad que mostró siempre la esposa en sus relaciones íntimas con el marido, no eran causa bastante para suponer que no pudo fecundarla su acoplamiento.

Luego lo que se proponía era tener a su lado constantemente y cuidar al hijo de otro. No podría mirarle, besarle, oírle decir "papá", sin que le hiriera un pensamiento

desgarrador: "¡No es hijo mío!" Se condenaba para siempre a un suplicio, a una vida miserable. ¡No! Más prudente sería estar solo, vivir solo, envejecer solo, morir solo.

Y todos los días le asediaban esas abominables vacilaciones y esas torturas, que por nada podía calmar ni vencer. Al acercarse la noche temía la oscuridad, la tristeza del crepúsculo. Una lluvia de tristeza, un torrente de amarguras anegaban y enloquecían su corazón con los últimos reflejos de la tarde. Tenía horror de sus pensamientos, como si fueran sus más encarnizados enemigos, y huía de sus reflexiones, como huye una bestia perseguida. Temía, sobre todo, su casa desierta, siempre oscura y terrible, y las calles solitarias donde sólo brilla, de trecho en trecho, una luz de gas, donde el transeúnte silencioso, que vemos venir a distancia, parece un ladrón que nos persigue o nos sale al encuentro. Parent, a su pesar, por instinto, buscaba lugares bien alumbrados y concurridos. La luz y la concurrencia le atraían, le interesaban y le aturdían. Se fatigaba de andar, de vagar entre la multitud, y cuando los transeúntes eran menos y las calles quedaban silenciosas, el horror a la soledad le impelía hacia un café concurrido, bullicioso, de luz espléndida. Sentado junto a una mesita redonda pedía un bock, y lo bebía lentamente, inquietándose cada vez que alguno se levantaba para irse; hubiera querido cogerle del brazo, retenerle, rogarle que se quedara un rato más; de tal modo temía la hora en que al salir en grupos todos los concurrentes, le dejaban solo, y un mozo le decía con voz áspera: "Caballero, que vamos a cerrar."

Porque todas las noches era el último que se iba. Veía recoger las sillas, cubrir los divanes, apagar uno tras otro los mecheros del gas: todos menos dos, el de su mesa y el del mostrador. Veía con ojos doloridos al encargado, que después de contar el dinero echaba la llave al cajón; y al fin se iba, casi empujado por los mozos, que rezongaban: "¡Ese pelmazo! Cualquiera diría que no tiene dónde acostarse".

Y en cuanto ponía los pies en la calle oscura, comenzaba a pensar en Jorgito, a barrenar el magín, y a retorcer sus pensamientos para descubrir si era o no era padre de aquella criatura;

Se fue acostumbrando a pasar horas y horas en una cervecería, confundido con los impenitentes bebedores que forman un público familiar y silencioso, donde el denso humo de las pipas adormece las inquietudes mientras la cerveza pastosa embota el espíritu y calma el corazón.

Allí vivía. En cuanto se levantaba de la cama, se iba allí a sentarse cerca de personas, en las cuales podía entretener sus miradas y sus pensamientos. Por no moverse, decidió comer allí. Hacia medio día golpeaba suavemente la mesa de mármol con la copa de cristal, y el mozo le llevaba un cubierto; después del postre sorbía lentamente su café con los ojos fijos en la botella que le proporcionaba más tarde una hora de feliz embrutecimiento. Primero humedecía sus labios en el coñac, paladeándolo; después, lo saboreaba, lo vaciaba despacito, casi gota por gota, y levantaba la cabeza para bañar con el fuerte licor su paladar, sus encías, toda la mucosa de sus carrillos; lo mezclaba con abundante saliva, segregada por las glándulas, excitadas por el alcohol, y luego lo tragaba con recogimiento, sintiéndolo resbalar por la garganta y sumergirse en el estómago.

Después de cada comida tomaba poco a poco, durante más de una hora, tres o cuatro copitas que le adormecían suavemente. Inclina la cabeza sobre el vientre y cerraba los ojos. A media tarde los abría, para tender la mano hacia el bock de cerveza que un mozo acababa de presentarle. Torpemente se removía un poco sobre el diván de terciopelo encarnado, levantaba la cintura del pantalón y estiraba el chaleco, para cubrir la camisa que aparecía entre uno y otro; y cogía de nuevo los periódicos de la mañana.

Repetía su lectura del principio al fin, hasta los anuncios, la cotización de la Bolsa y los programas de los teatros.



Luego daba un paseo por los bulevares, para refrescarse un poco, según decía; y al regresar, ocupaba el mismo sitio de siempre, y tomaba su ajenjo.

De conversación con algunos clientes, comentaban las últimas novedades, los sucesos y la política; todo esto hasta la hora de comer. La noche la pasaba como las primeras horas de la tarde. No salía de allí hasta la hora de cerrar. Era el momento terrible; no había más remedio que sumergirse en la negrura, volver a la casa desierta, guardadora de recuerdos azarosos, de pensamientos horribles y de angustias sin fin. Nunca veía ni a sus amigos de antes ni a sus parientes; no trataba con ninguno que pudiese recordarle su vida pasada.

Pero como su casa era un infierno para él, tomó un cuarto en una fonda, un hermoso cuarto, en el entresuelo, para ver a los transeúntes. Ya no estaba solo; en aquel establecimiento sentía removerse a su alrededor a cuantos allí vivían; oía conversaciones a través de los tabiques; cuando sus antiguas preocupaciones le hostigaban demasiado cruelmente junto a su cama entreabierta ya, o delante de su chimenea solitaria, se asomaba a los corredores y paseaba frente a las puertas cerradas, mirando con tristeza el calzado puesto delante de cada una; zapatitos de mujer junto a fuertes botas de hombres; y pensaba que muchas parejas felices dormían amorosamente, abrazados, felices bajo el suave calor de las mantas.

Cinco años transcurrieron así; cinco años aburridos y sin otra variación que la visita de dos horas por dos luises, a una prostituta, de vez en cuando.

Pero un día, mientras daba su acostumbrado paseo entre la Madelaine y la calle Drout, se fijó de pronto en una mujer que iba delante y cuya figura le dio algo que pensar. Un caballero alto y un niño le acompañaban. Parent se preguntó: "¿De dónde recuerdo a esa gente?" Y de pronto reconoció en ella un movimiento de la mano: era su esposa; iba con Limousin y con su Jorgito.

El corazón del infeliz latió con tal violencia, que casi le ahogaba; sin embargo, no se detuvo; quería verlos; iban como un buen matrimonio burgués. Enriqueta se apoyaba en el brazo de Limousin; le hablaba cariñosamente y volvía la cabeza para mirarle con ternura. Parent la vio de perfil; reconoció la línea graciosa de su rostro, los movimientos de sus labios, la dulzura de su mirada. El niño, sobre todo, le preocupó mucho. ¡Cuánto había crecido y qué robusto estaba! Parent, que no podía verle la cara, se fijó en la hermosa cabellera rubia que le cubría el cuello con rizados bucles. Era Jorgito, hecho un mozo ya; con las pantorrillas al aire, iba muy formal junto a su madre.

Como se detuvieron ante un escaparate, los vio de pronto a los tres. Limousin estaba muy envejecido, canoso y macilento. Por el contrario, Enriqueta, más lozana y agradable que nunca, más bien había engordado; el niño estaba desconocido, ¡tan diferente de antes!

Otra vez se pusieron en marcha. Parent se obstinó en seguirlos; apresuró el paso para verlos de frente, y al hallarse junto al niño, le acometió un deseo, un violento deseo de cogerle y llevárselo entre sus brazos. Le rozó, como por casualidad; el niño levantó la cabeza y miró despreciativamente al importuno que le había molestado. Entonces Parent huyó, abatido, perseguido, herido por aquella mirada. Huyó como un ladrón, sintiendo el horrible temor de que pudieran reconocerle su esposa y el amante. No paró hasta llegar a la cervecería, y caer, abrumado, sobre un diván.

Aquella noche bebió tres ajenjos.

Durante cuatro meses tuvo en el corazón abierta la llaga que le había producido aquel encuentro. Cada noche se le aparecían los tres, felices y tranquilos: el padre, la madre y el niño, paseaban por el bulevar antes de ir a comer a su casa.

Y aquella visión nueva borraba la antigua; era distinta su alucinación, pero tan dolorosa como la de antes. El niño, su Jorgito, a quien adoró y que le besaba en otro

tiempo, desaparecía en un pasado lejano, veía sólo al muchachito de ahora, como a un hermano de aquél; un muchachito con las pantorrillas desnudas, ¡y que no le conocía! Este pensamiento le martirizaba horriblemente. El amor del niño había muerto; ningún lazo quedaba entre los dos; el niño no tendía ya los brazos al verle, y hasta le miraba con desprecio.

Poco a poco, su espíritu se calmó; las torturas mentales se debilitaban; la imagen aparecida ante sus ojos, turbadora de sus noches, fue cada vez más indecisa y más borrosa. Se dedicó a vivir como todo el mundo, como todos los desocupados que beben cerveza junto a las mesas de mármol y desgastan sus pantalones contra el duro terciopelo de los divanes.

Envejeció entre el humo denso de las pipas, perdió su cabello bajo las luces de gas, fueron sus únicas preocupaciones el baño cada semana, el peluquero cada quince días y la compra de alguna prenda de vestir. Cuando entraba en la cervecería con un sombrero nuevo, se miraba largo rato al espejo antes de sentarse; se lo ponía y se lo quitaba muchas veces, de varios modos, y preguntaba al fin a su amiga, la señorita del mostrador, que le atendía con mucho interés: "¿Le parece a usted bien?"

Dos o tres veces al año iba al teatro, y en verano solía pasar algunas noches en un café cantante de los Campos Elíseos. Conservaba en su memoria canciones que luego le distraían mentalmente durante semanas enteras y a veces tarareaba, como un murmullo acompañado con el pie, mientras permanecía sentado frente a su bock.

Los años pasaban lentos, monótonos y vacíos.

Parent no se daba cuenta del tiempo que le arrastraba hacia la muerte, sin conmovérle, sin agitarle. Sentado junto a una mesa de cervecería; y sólo el espejo, donde apoyaba su cráneo más calvo cada vez, reflejaba los estragos del tiempo que pasa, que huye, que devora silenciosos a los hombres, a los míseros hombres.

### III

Apenas pensaba ya en el espantoso drama que amargó su alma, porque habían pasado veinte años desde aquella terrible noche.

Su nuevo género de vida le había envejecido mucho, debilitándole, consumiéndole, agotándole; con frecuencia el dueño de la cervecería, el cuarto dueño desde que Parent se convirtió en asiduo parroquiano de aquel establecimiento, le decía: "Debiera usted sacudir algo su modorra; debiera tomar los aires del campo; le aseguro que mejoraría mucho en poco tiempo."

Y cuando Parent salía, el comerciante comunicaba su pensamiento a la señorita del mostrador. "Ese desdichado se mata poco a poco; es una locura enterrarse así en un barrio populoso. Convénzale usted para que vaya de campo algún día siquiera. Ya llega el buen tiempo; el aire puro le reanimará."

Y la muchacha, piadosamente y llena de buenos deseos, repetía cada tarde al obstinado Parent:

"¿Cuándo se decidirá usted a dar un buen paseo por las afueras? ¡Es tan hermoso el campo en un día sereno! ¡Ah! ¡Si yo pudiese, pasaría la vida en el campo!" Y le comunicaba sus ensueños, los ensueños poéticos y sencillos de todas las pobres muchachas que vegetan detrás de los cristales de una tienda; y al ver pasar la vida ficticia y ruidosa de la calle, piensan en la vida sosegada y dulce de los campos, a la sombra de los árboles, bajo el sol radiante que inunda las praderas; piensan en los bosques sombríos, en las claras riberas junto a las vacas perezosas que pacen, y entre flores campestres, azules, rojas, blancas, amarillas: ¡tan hermosas, tan frescas, tan perfumadas! todas las flores silvestres, que invitan con su abundancia a hacer lindos ramos.

Y gozosa, la pobre muchacha le hablaba sin cesar de su deseo infinito, nunca realizado y tal vez irrealizable, mientras él, triste viejo sin esperanzas, la oía gustoso. Había tomado la costumbre de sentarse junto al mostrador para estar cerca de la señorita Zoé y discurrir con ella las excelencias del campo. Lentamente sintió un vago deseo de realizar una vez siquiera lo que le aconsejaban, para convencerse al fin de que lejos de las calles populosas había un aire puro y vivificador.

Una mañana preguntó:

—¿Sabe usted algún sitio de las cercanías de París donde me diesen de almorzar pasablemente?

Y ella contestó:

—Vaya usted a la Terraza de Saint Germain. ¡Es precioso aquello!

Parent había estado allí en su juventud; volvería.

Eligió un domingo, sin razón fundada, solamente porque todos acostumbran a salir de campo el domingo, aun cuando no tengan durante la semana otra cosa que hacer.

Un domingo, temprano, se fue a Saint-Germain.

Era uno de los primeros días de Julio, brillante y caluroso. Sentado junto a la ventanilla del vagón, contemplaba el paso de los árboles y las casitas de los alrededores de París. Se sentía más triste y aburrido que nunca, y lamentaba su decisión, perturbadora de sus costumbres; El paisaje vario, le parecía siempre monótono y desolador. Sentía sed; hubiera bajado en cualquiera estación para sentarse tranquilamente y tomar un bock o dos y volver a París en el primer tren que pasara luego. El viaje se le hacía largo, muy largo. Durante meses enteros permanecía sentado ante las mismas cosas inmóviles; y consideraba enervante, fatigoso, recorrer tantos lugares y verlo girar todo a su alrededor mientras él no se movía.

El río atrajo su atención cada vez que lo cruzaba. Desde el puente Chatou vio algunas lanchas movidas por los poderosos remos, alzados a compás y con ritmo por los tripulantes que mostraban los brazos desnudos. "Esos no deben aburrirse", pensó. La orilla del río, cuando pasaban por el puente del Pecq, despertó en el fondo de su corazón un deseo de pasear junto al agua; pero el tren se precipitó en seguida en el túnel que precede a la estación de Saint-Germain, y se detuvo pronto en el andén de llegada.

Parent bajó del coche. Vencido por la fatiga, con las manos atrás y el cuerpo inclinado, avanzó hacia la Terraza. Luego, junto a la barandilla de hierro, se detuvo para contemplar el horizonte. La llanura inmensa se extendía a su vista como un mar anchuroso y cuajada de pueblecitos. Carreteras blancas atravesaban aquellos campos verdes; algunos bosques aparecían como grandes manchas negruzcas; los pantanos del Vesinet brillaban como láminas de plata, y los ribazos de Sannois y de Argenteuil se dibujaban entre una bruma ligera y azulada, que apenas permitía descubrirlos. El sol bañaba con su luz abundante y abrasadora todo el paisaje, algo velado por el vaho matinal, por el sudor de la tierra caliente y por las emanaciones húmedas del Sena, que deslizándose con un serpenteo sin fin a través de las llanuras, bordea los pueblos y lame las faldas de las colinas.

Una brisa muy suave, impregnada en el perfume de la savia, de la vida vegetal, acariciaba la piel y penetraba en lo más profundo del pecho; parecía rejuvenecer el corazón, aligerar el espíritu, vivificar la sangre.

Parent, sorprendido, respiraba con ansia, distraía los ojos asombrados ante la extensión del paisaje, y pensaba: "Es cierto que me sienta bien estar aquí".

Avanzó algunos pasos y se detuvo nuevamente interesado en su contemplación. Creía descubrir cosas desconocidas y nuevas, no las cosas que sus ojos veían, sino las que presentía su alma; sucesos ignorados, dichas adivinadas, placeres no sentidos; todo

un horizonte de vida, nunca imaginada por él, se abrió bruscamente sobre la extensión de la campiña sin límites.

La espantosa tristeza de su existencia le apareció iluminada por la potente claridad que inundaba la tierra. Recordó sus veinte años de café, pálidos, monótonos, abrumadores. Hubiera podido viajar, como lo hacen otros, irse lejos, muy lejos, a países nuevos, a tierras casi desconocidas, más allá de los mares; pudo interesarse por todo lo que apasiona a otros hombres; las artes, las ciencias; y apreciar en mil formas la vida, la vida misteriosa, triste o alegre, siempre varia, siempre inexplicable y atrayente.

Ya era tarde para variar. Iría de bock en bock hasta su acabamiento, sin familia, sin amigos, sin esperanzas y sin curiosidades. Un abandono infinito le poseía, un deseo de huir, de ocultarse, de volver a París, a su rincón de la cervecería y a su embrutecimiento. Sin embargo, todas las ideas, todos los ensueños, todas las ilusiones que duermen en la pereza de las almas inactivas, se habían despertado en él, por la eficacia del sol que inundaba la llanura.

Le pareció que si permanecía más tiempo allí, ante aquel espectáculo, acabaría por enloquecer, y corrió a refugiarse en el pabellón Enrique IV para almorzar, aturdirse con el vino y los licores, y hablar con alguien.

Sentado junto a una mesita en el bosquecillo desde donde se descubre la campiña, escogió los platos que le apetecían y recomendó que se los sirvieran lo antes posible.

Llegaron otros excursionistas que ocuparon las mesas próximas. Parent se rehizo; ya no estaba solo.

En un cenador almorzaban tres personas. Parent había mirado hacia ellos varias veces y sin saber por qué, del modo que se mira a los indiferentes.

De pronto, una voz femenina estremeció al pobre hombre hasta la médula.

La voz había dicho sencillamente: "Jorge, trincha el pollo."

Y otra voz había respondido: "Sí, mamá."

Parent, atento a esas palabras, comprendió, adivinó en seguida, quiénes eran aquellas gentes. Sin oír la voz de Enriqueta no los hubiera reconocido. Su mujer tenía todo el pelo blanco y estaba gruesa, convertida en una señorona respetable; al comer, adelantaba mucho la cabeza por temor de mancharse, a pesar de tener tendida sobre el pecho la servilleta. Jorgito era todo un hombre; ya tenía barba, esa barba desigual, incolora casi, que apunta en las mejillas de los adolescentes. Llevaba sombrero de copa, un chaleco blanco y monóculo; no era elegante. Parent le miraba estupefacto. ¿Sería Jorgito hijo suyo? No, no le reconocía; no podía existir nada común entre los dos.

Limousin estaba un poco encorvado por la vejez. Pero aquellas tres personas vivían, sin duda, felices y satisfechas; iban a almorzar al campo, a sitios concurridos; vivían tranquilos en familia, en una buena casa, en la que disfrutaban de todas las pequeñeces que hacen agradable la vida, de todas las dulzuras del afecto, de todas las palabras amables que se cruzan sin cesar entre los que se quieren. ¡Y habían podido vivir así, gracias a Parent, con el dinero de Parent, después de haberle engañado y destruido! ¡Le condenaron, a él, al inocente, al crédulo, al bondadoso!, le condenaron a todas las tristezas de la soledad, a la vida horrible que arrastraba de la calle a la cervecería y de la cervecería a la calle, a todas las torturas morales y a todas las miserias físicas! Hicieron de él un ser inútil perdido en el mundo, un pobre viejo sin alegrías posibles, sin ilusiones, que nada esperaba de nadie. Para él era un desierto la tierra, porque no podía estimar nada sobre la tierra. Aun cuando recorriera todos los pueblos y todas las calles, aun cuando registrara todas las casas de París y abriera todas las puertas, no asomaría en parte alguna el rostro deseado, querido el rostro de la mujer o del niño que sonríen al vernos. Y aquella idea le consumía: la idea de la puerta que abrimos para sorprender y besar un rostro que aparece.

¡Aquellos tres miserables tenían la culpa! Su desgracia era obra de aquella mujer indigna, de aquel amigo infame y de aquel muchacho rubio que aparentaba una expresión arrogante.

¡Ya odiaba tanto a Jorgito como a los otros! ¿No era seguramente hijo de Limousin? ¿Acaso Limousin le conservara, le quisiera, sin esto? ¿Acaso Limousin no hubiera abandonado a la madre y al hijo, si el hijo no fuera suyo, bien suyo? ¿Alguien se molesta en educar hijos ajenos?

Y allí estaban, muy cerca, los tres malhechores que le impusieron tantas angustias.

Parent los miraba, se irritaba, se exaltaba con el recuerdo de todos sus dolores, de toda su pena, de todo su desconsuelo. Y le desesperaba, sobre todo, contemplar la expresión plácida y satisfecha de los tres. Sentía deseos de matarlos, de arrojarles a la cara el sifón de agua de Seltz. ¡Abrir la cabeza de Limousin, que se inclinaba tranquila y acompasadamente sobre el plato!

¿Ellos continuarían viviendo de aquel modo, sin preocupaciones y sin inquietudes de ninguna clase? No, no. ¡Era ya demasiado! Su venganza no se haría esperar. De momento, ¡ya que la ocasión los puso entonces al alcance de su mano! Pero ¿cómo? Imaginaba cosas horribles, escenas de folletín patibulario, y no se le ocurría nada hacedero. Bebía, bebía sin cesar, para excitarse, para decidirse y no perder la ocasión propicia que no se le presentaría otra vez.

De pronto concibió una idea, una idea terrible, y dejó de beber para reflexionar. Una sonrisa frunció sus labios. Y meditaba: "Ya son míos, ya son míos. Ahora veremos, ahora veremos."

Un mozo le dijo: —¿Qué más desea el señor?

—Nada; café y coñac.

Los contemplaba mientras paladeaba su copita. había demasiada concurrencia en el restaurante para realizar allí sus proyectos; aguardaría, los seguiría, porque sin duda irían luego a pasear por la terraza o por el bosque. Cuando estuvieran más distantes de la gente, los alcanzaría para vengarse. ¡Oh, sí: para vengarse! ¡Ya era tiempo, después de padecer veinte años! ¡Ellos no sospechaban lo que les podía ocurrir!

Acabado el almuerzo, Parent observó que hablaban tranquilamente; no podía oír su conversación, pero veía sus gestos reposados. La cara de su mujer, sobre todo, le exasperaba. Descubrió en su esposa una expresión altanera, una expresión de beata satisfecha, inabordable, cumplidora de sus deberes y acorazada en su virtud.

Luego pagaron el gasto y se levantaron. Entonces vió de frente a Limousin. Le parecía un diplomático retirado; tanta importancia se daba con sus hermosas patillas rizadas y blancas, cuyos extremos rozaban las solapas de la levita.

Salieron. Jorgito fumaba un puro y llevaba el sombrero inclinado sobre una oreja. Parent los siguió.

Dieron una vuelta por la terraza, admiraron con placidez el paisaje, como admiran las gentes satisfechas; luego se internaron en el bosque.

Parent, los seguía a cierta distancia, prudentemente, para no fijar a destiempo su atención, y se frotaba las manos muy satisfecho.

Iban despacio, como si tomaran un baño de verdor y de aire tibio. Enriqueta se apoyaba en el brazo de Limousin y andaba muy erguida, como una esposa fiel y satisfecha. Jorgito golpeaba las hojas de los árboles con su bastón, y saltaba de cuando en cuando las cunetas del camino, ligero como un potro de sangre, dispuesto a lanzarse al trote por la espesura.

Parent se acercaba poco a poco, ahogándose de fatiga y emoción; estaba fatigado porque no tenía costumbre de andar. Pronto los alcanzó; pero dominado por un temor inexplicable, apresuró el paso, decidido a volverse y encararse con ellos.

Iba con el corazón palpitante, y al sentirlos a su espalda se repetía sin cesar: "Ahora es la ocasión. ¡Audacia! ¡Es la ocasión!"

Se detuvo para mirarlos. Al pie de un árbol, se habían sentado los tres sobre la hierba, y hablaban.

Se decidió; avanzó hacia ellos rápidamente. Se detuvo ya cerca, y balbuceó con la voz cascada por su emoción:

—¡Miradme! Aquí estoy! ¿No me aguardabais?

Los tres examinaron al hombre y creyeron que se trataba de un loco.

Parent proseguía:

—¡Parece que no me reconocéis! ¡Miradme bien! ¡Soy Enrique! Sí. ¿No me aguardabais? ¡Pensasteis que todo había concluido, que todo había concluido para siempre, que no volveríais a verme jamás, jamás, jamás!... ¡Oh! ¡Aquí me tenéis! ¡Vuelvo! Y ahora, ¡vamos a explicarnos!

Enriqueta, impresionada, cubierto el rostro con las manos, murmuró: "¡Ah, Dios mío!"

En presencia de aquel desconocido, que parecía amenazar a su madre, Jorge se había levantado para alejarle de allí a viva fuerza.

Limousin, espantado, miraba con ojos de horror al aparecido, el cual, después de tomar alientos, prosiguió:

—Vamos a explicarnos ahora. Ha llegado el momento. Sí. ¡Me habéis engañado, me condenasteis a una existencia de presidiario, y creísteis que nunca nos encontraríamos!

El joven le cogió por los hombros y dijo:

—¿Está usted loco? ¿Qué se propone? Siga su camino al instante, o le abofeteo.

Parent respondió:

—¿Lo que me propongo? Decirte lo que son esas gentes.

Pero exasperado Jorge, le zarandeaba, dispuesto a golpearle.

Parent prosiguió:

—¡Suéltame! ¡Soy tu padre!...¡Mira!... Obsérvalos! ¡Ahora me reconocen!

Aterrado el joven, soltó al infeliz para mirar a su madre. Parent avanzó hacia ella:

—¡Dile quién soy, díselo! ¡Dile que soy su padre, porque tú eres mi esposa y él lleva mi apellido; porque vive, como vosotros, de mi dinero, de la pensión que te señalé al arrojarte de mi casa! ¡Dile por qué motivo te arrojé de mi casa! ¡Dile que te sorprendí con ese miserable, con ese malvado, con tu amante! Dile que yo era un hombre bondadoso, que te casaste conmigo por el dinero; y me burlaste desde el primer día! ¡Que sepa lo que sois y lo que yo he sido para él!

Tartamudeaba, sofocado por la cólera.

Enriqueta gritó con voz desgarradora:

—¡Pablo, Pablo! ¡Haz que se calle! ¡Oblígale, ruégale!... ¡Que no diga eso delante de mi pobre hijo!

Limousin, a su vez, se había levantado y murmuró:

—¡Cállese usted, cállese usted; comprenda el daño que hace!

Parent proseguía, enardecido:

—¿Y el daño que me hicieron a mí? Sé perfectamente lo que digo, y lo digo a conciencia. Pero no acabé aún: hay algo que necesito saber, que me tortura desde hace veinte años.

Y dirigiéndose al joven, anonadado, que se apoyaba en un tronco para no caerse, le dijo:

—Escúchame. Cuando ella salió de mi casa, como si no fuera bastante su engaño, quiso acrecentar mi desesperación. Tú eras todo mi consuelo, toda mi vida; pues bien,

me dijo que yo no era tu padre, que lo era el otro, y se fue, llevándote consigo. ¿Mintió aquel día? Lo ignoro. Hace veinte años que me lo pregunto. ¿Mintió aquel día?

Y avanzando hacia ella, trágico, terrible, la obligó bruscamente a mostrar el rostro que había escondido entre las manos y prosiguió:

—Ahora di: exijo que lo digas ahora. ¿Quién es el padre verdadero? ¿Tu amante o tu esposo? ¡Vaya! ¡Que lo sepamos de una vez!

Limousin le acometió; Parent pudo rechazarle con la energía de un desesperado.

—¡Ahora eres valiente! ¡Ahora das la cara! No haces como aquel día, no huyes, no tiembles como cuando quise matarte. ¡Oh! Si ella no lo dice, dilo tú; dilo tú, que debes saberlo como ella. ¡Dilo tú! ¿Eres el padre de Jorge?

Y de nuevo encarado con su esposa, prosiguió:

—Si no queréis decírmelo, decídselo a él. Ya es un hombre; tiene derecho a saber cómo vino al mundo. Yo ignoro eso aún; jamás lo supe. Si yo lo supiera, se lo diría. ¡Pobre muchacho!

Enloquecía, su voz tomaba entonaciones agudas, y sus brazos se agitaban como los de un epiléptico.

—Me parece... Me parece que tampoco ella lo sabe... No lo sabe; apuesto a que no lo sabe de seguro. ¡No! Ella también lo ignora... Nadie lo sabe de seguro... Nadie... Si a un tiempo te entregabas a los dos... ¿cómo averiguar estas cosas? Tú no lo sabrás nunca, pobre mozo; no lo sabrás nunca; tampoco yo lo sabré jamás... Anda, pregúntaselo a ellos: convéncete de que no lo saben... Ni yo... Ni ella... Ni él... Ni tú... Nadie lo sabe de seguro. Puedes elegir el padre que tú quieras: él o yo. Elige... Adiós... Y si te decidieras por mí, si ella te indicase algo, vete a decírmelo al hotel de los Continentes. ¿Irás? Me gustaría saberlo... Adiós, y que seáis felices...

Hablaba solo, gesticulaba y andaba resueltamente a la sombra de los árboles respirando el aire puro, impregnado con aromas de la tierra fecunda. No volvió la cabeza para mirarlos. Iba derecho, impulsado por sus furores, embebecido en su idea fija.

Llegó a la estación; subió al tren. Su cólera fue apaciguándose poco a poco; y al verse de nuevo en París, apenas pudo explicarse su audacia.

Se sentía quebrantado, magullado, cuando entró en la cervecería.

Sorprendió a la señorita Zoé verle tan pronto de regreso, y le preguntó:

—Tempranito vuelve; ¿se ha fatigado mucho?

—Sí, mucho, mucho... Como he perdido la costumbre de salir... No, no volveré al campo... Mejor cuenta me tenía quedarme... No volveré al campo... ni a moverme de aquí.

Ella no pudo lograr que le relatara sus impresiones.

Por vez primera en su vida, Parent cogió una borrachera fenomenal. Por la noche, tuvieron que llevarle a su casa en brazos.

*Monsieur Parent* (volumen antológico del mismo título), 1 de enero de 1885

## *El señor Yocasta*

---

*M. Jocaste*

¿Recuerda usted, señora, la viva discusión que mantuvimos una noche en el saloncito japonés, a propósito del padre que cometió un incesto? ¿Recuerda usted su propia indignación, las frases violentas que me dirigió, sus arrebatos de cólera? Y ¿recuerda mis alegatos en defensa del hombre? Usted me condenó; pero yo apelo.

Nadie en el mundo, afirmaba usted, absolutamente nadie, dejaría de encontrar culpabilidad en la infamia de la que yo me constituía en defensor. Pues bien: voy a relatar hoy en público aquel drama.

Acaso haya quien esté dispuesto no a disculpar el hecho inmundo y brutal, sino a comprender la imposibilidad de luchar contra ciertas fatalidades que se diría que son caprichos horribles de la omnipotente Naturaleza.

La casaron a los dieciséis años con un hombre de edad y sin sentimientos, con un negociante que ambicionaba su dote. Era ella una linda mujercita rubia, alegre y soñadora al mismo tiempo, con grandes anhelos de una dicha ideal.

El desencanto cayó a plomo sobre su corazón y lo aplastó. Comprendió de golpe lo que era la vida, la pérdida de su porvenir, la ruina de sus esperanzas y en su alma subsistió tan sólo un anhelo: el de tener un hijo en quien desahogar su amor.

Pero no lo tuvo.

Transcurrieron dos años. Amó. Amó a un joven de veintitrés, que era capaz, en la adoración que sentía por ella, de cometer cualquier locura. Ella resistió, sin embargo, con firmeza y durante mucho tiempo. El joven se llamaba Pedro Martel.

Pero cierta velada de invierno se encontraron los dos a solas en casa de ella. Había ido él a tomar una taza de té. A continuación se sentaron junto al fuego, en un asiento bajo. Apenas hablaron; los agujijoneaba el deseo; sus labios sentían la sed furiosa que hace buscar otros labios, sus brazos se estremecían con el ansia de abrirse y de abrazar.

La lámpara, velada con encajes, proyectaba en el salón silenciosos un resplandor íntimo.

Uno y otro se sentían embarazados; de cuando en cuando pronunciaban algunas frases; pero cuando se encontraban sus miradas, sufrían un vuelco sus corazones.

¿Qué pueden contra la violencia de los instintos los sentimientos creados por la educación? ¿Qué puede, contra la irresistible voluntad de la Naturaleza, el prejuicio del pudor?

Sus dedos se tocaron casualmente. No hizo falta más. La fuerza brutal de los sentidos los empujó el uno hacia el otro. Se abrazaron y ella se entregó.

Quedó encinta. ¿De su amante o de su esposo? Ni ella misma podía saberlo. Sin duda que del amante.

Se sintió de pronto acosada por el terror; estaba segura de que moriría de parto, y constantemente le hacía jurar al que de ese modo la había poseído que cuidaría del hijo durante toda su vida, que no le negaría nada, que sería par él todo, absolutamente todo y que llegaría, si fuese preciso, hasta cometer un crimen por él.

Era una obsesión que lindaba con la locura y que se iba exaltando conforme se acercaba la hora de dar a luz.

Murió al dar vida a una niña.

\*\*\*



La desesperación del joven fue horrible; fue la suya una desesperación tan furiosa que no podía ocultarla. Acaso el marido tuvo sus sospechas. ¡Acaso sabía que la niña no había podido ser engendrada por él! Cerró las puertas de su casa al que se consideraba padre verdadero de la niña, y la sustrajo a su contacto, haciéndola criar secretamente.

Corrieron muchos años.

Pedro Martel olvidó, como se olvida todo. Llegó a ser rico, pero nunca se enamoró, ni contrajo matrimonio. Vivía como cualquier otra persona, feliz y tranquilo. No había vuelto a tener noticia alguna del esposo al que había burlado, ni de la joven que él suponía hija suya.

Pero una buena mañana recibió carta de un individuo que nada tenía que ver en el asunto, y en ella le daba incidentalmente la noticia del fallecimiento de su antiguo rival. Se sintió acometido de un vago malestar, de una especie de remordimiento. ¿Qué sería de la niña aquella, de su hija? ¿No podría hacer nada por ella? Tomó informes. La joven había sido recogida por una tía suya, y era pobre; tanto, que casi estaba en la miseria.

Se propuso verla y ayudarla. Se hizo presentar en casa de la única parienta de la huérfana.

Su apellido no despertó ningún recuerdo. El tenía cuarenta años y representaba ser aún joven. Al ser recibido, no hizo mención alguna de que hubiese conocido a la madre, por temor a despertar más tarde algún recelo.

Pues bien: cuando apareció en el saloncito donde Pedro esperaba anhelante su llegada, tuvo él un sobresalto que lindaba con el terror. ¡Era ella! ¡La otra! ¡La difunta!

Tenía la misma edad, los mismos ojos, los mismos cabellos, el mismo talle, la misma sonrisa, la misma voz. Era una ilusión tan completa, que lo enloquecía; no vio nada más, desvariaba; en el fondo de su corazón bullía a borbotones el amor tumultuoso de otros tiempos. Ella era, como su madre, alegre y sencilla. Daba su amistad, tendía su mano en el acto.

Cuando estuvo de vuelta en su propia casa, advirtió que la antigua herida se había vuelto a abrir y lloró con desconsuelo, oprimiéndose la cabeza con las manos; lloró a la otra, acosado por sus recuerdos, perseguido por las frases familiares que tenía por costumbre decir, víctima otra vez de una desesperación irremediable.

Frecuentó la casa en que vivía la joven. Le era imposible prescindir de ella, de su charla alegre, del roce de sus vestidos, del sonido de su voz. Confundía en sus pensamientos y en su corazón a las dos, a la difunta y a la viva, prescindiendo de distancias, del tiempo transcurrido, de la muerte, amando a aquélla en ésta, amando a ésta en el recuerdo de la otra, sin querer ya distinguir, ponerse en la realidad, ni preguntarse siquiera si, en efecto, ella no sería hija suya.

De cuando en cuando, al ver la estrechez y pobreza en que vivía la que él adoraba con aquella pasión doble, confusa e incomprensible para él mismo, sufría horriblemente.

¿Qué podía hacer? ¿Ofrecerle dinero? ¿Con qué títulos? ¿Con qué derecho? ¿Asumiría el papel de tutor? ¡Si representaba casi su misma edad! Lo tomarían por amante de ella. ¿Casarla? Esta idea, que surgió de pronto en su alma, le causó espanto. Pero pronto se aquietó. ¿Quién se quería casar con ella? No tenía dote alguna; absolutamente nada.

La tía lo veía venir, dándose cuenta de que estaba enamorado de la joven. Esperaba. ¿Qué? ¿Lo sabía Pedro?

Una noche se encontraron a solas. Conversaban tranquilos, el uno al lado del otro, en el canapé del saloncito. De pronto, Pero le agarró la mano con impulso paternal. Y la retuvo entre las suyas; le dieron un vuelco el corazón y los sentidos, a pesar suyo, sin atreverse a abandonar aquella mano que ella le entregaba, y sintiéndose desfallecer si la guardaba entre las suyas. Ella se dejó caer bruscamente en sus brazos, porque lo amaba.

ardientemente. Igual que su madre lo había amado, como si hubiese heredado de ella la pasión fatal.

Fuera de sí besó los rubios cabellos de la joven, y al levantar esta la cabeza con el propósito de huir, sus labios se encontraron. Hay momentos en que enloquecemos. Eso les ocurrió a ellos.

Ya en la calle, Pedro echó a andar sin rumbo fijo, sin propósito fijo.

\*\*\*

Recuerdo, señora, vuestro grito e indignación: "¡No le quedaba otra salida que matarse ¡"

Yo le contesté a usted: "¿Y ella? ¿También debía matarla a ella."

La joven lo amaba con locura, con frenesí, con la pasión fatal y hereditaria que la había derribado, virgen, ignorante y desatinada, sobre el pecho de aquel hombre. Ella obró de esa manera porque se hallaba en ese estado de irresistible embriaguez que se apodera de todo el ser, cuando ya éste no sabe lo que se hace y se entrega; cuando el instinto alborotado nos arrebatara, nos precipita a los brazos de un amante, igual que lanza entre los animales la hembra hacia el macho.

¿Qué sería de ella, si Pedro se matase?... ¡Moriría de dolor!... Moriría deshonrada, desesperada, entre atroces torturas.

¿Qué hacer?

¿Abandonarla? ¿Dotarla? ¿Casarla?... Se moriría también; se moriría de pena, sin aceptar ni su dinero ni otro esposo, ya que se había entregado a él. Había roto su vida, había destrozado toda la dicha que pudiera esperarla; la había condenado a una angustia eterna, a una desesperación eterna, a un fuego eterno, a una soledad eterna o a morir.

Pero, además, Pedro la amaba. ¡La amaba ahora con horror, pero arrebatadamente! ¿Que era su hija? Bueno. El azar de las fecundaciones, la ley brutal de la reproducción, un contacto de un segundo, habían hecho hija suya a este ser que no estaba ligado a él por ningún lazo legal, al que él quería como había querido a su madre y aún más, como si se hubiesen acumulado en él dos amores. ¿Era, por lo demás, hija suya? Y aunque lo fuese, ¿qué importaba? ¿Quién iba a saberlo?

Y le venía a la memoria el recuerdo de los juramentos hechos a la moribunda. "Había prometido que consagraría toda su vida a esta niña y que no repararía en cometer un crimen si era preciso para hacerla feliz."

Y zambullido en el recuerdo de su acción, abominable y dulce, desgarrado de dolor y asolado de anhelos, la amaba.

¿Quién había de saberlo?... El otro, el padre, había muerto.

"¡Sea!—se dijo—. Este secreto vergonzoso podrá destrozarme el corazón. Pero ella no lo sospechará jamás, y yo cargaré con él."

Pidió su mano y se casó con ella.

Ignoro si fue feliz; pero yo habría hecho lo mismo, señora.

*Gil Blas*, 23 de enero de 1883

# *La señorita Perla*

---

*Mademoiselle Perle*

## I

¡Qué extraordinaria idea había tenido, realmente, esa noche, de elegir por reina a la señorita Perla! Todos los años voy a celebrar Noche de Reyes a la casa de mi gran amigo Chantal. Mi padre, que era su camarada más íntimo, me llevaba allá cuando yo era un niño. He continuado y continuaré sin duda mientras yo viva y en tanto exista un Chantal en este mundo.

Los Chantal, por lo demás, llevan una existencia particular; viven en París como si vivieran en Grasse, Evetot, o Pont-un-Mousson.

Son dueños de una casa con jardín junto al observatorio. Viven allí como si estuvieran en provincia. De París, del verdadero París, no saben nada, no sospechan nada; ¡ellos están lejos, muy lejos! De vez en cuando, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje. La señora Chantal va a las grandes provisiones, como se dice en familia. He aquí como se hace el gran aprovisionamiento.

La señorita Perla, que tiene las llaves del armario de la cocina (porque los armarios de la ropa blanca son administrados por la propia señora dueña de casa), verifica si el azúcar está a punto de terminarse, si las conservas se han agotado y que no queda gran cosa en el fondo de la bolsa de café.

Así, en guardia contra la hambruna, la señora Chantal pasa la inspección a lo que queda, tomando notas en una libreta. Luego que ha anotado muchos números, se entrega, en primer lugar, a largos cálculos, y a continuación mantiene largas discusiones con la señorita Perla. Finalmente, sin embargo, se ponen de acuerdo y fijan la cantidad de cada cosa que se aprovisionarán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, café, mermeladas, latas de arvejas, de porotos, de mariscos, de pescado ahumado o salado, etc.

Después de lo cuál se fija el día de compras, van en un coche, un coche de dos pisos, a una gran tienda de comestibles al otro lado del río en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen este viaje juntas, misteriosamente, y vuelven a la hora de cenar, extenuadas aunque todavía excitadas, agitadas y apretujadas en el cupé, donde el techo está cubierto de paquetes y bolsas, como en un carro de mudanzas.

Para los Chantal toda la zona de París situada al otro lado del Sena está constituida por los barrios nuevos, barrios habitados por una población singular, ruidosa, poco honorable, que pasa los días en vicios y placeres, las noches en juerga, y que tira el dinero por las ventanas. De vez en cuando, sin embargo, llevan a las jóvenes hijas a la Opereta Cómica en el Teatro Francés, cuando la obra está recomendada en el periódico que lee el señor Chantal.

Las jóvenes tienen diecinueve y dieciséis años. Son dos hermosas muchachas, altas y saludables, muy bien educadas, demasiado bien educadas, que pasan inadvertidas como dos bonitas muñecas. Jamás tendría la idea de flirtear o cortejar a las señoritas Chantal. Apenas se atreve uno a hablarles, siendo ellas tan inmaculadas. Casi se teme ser mal educado al saludarlas.

En cuanto al padre, es un hombre encantador, muy culto, muy franco, muy amable, pero que ama ante todo el reposo, la calma, la tranquilidad, y ha contribuido poderosamente, así, a momificar su familia por vivir a su gusto en una inmovilidad

paralizante. Lee mucho, charla con agrado, y se conmueve con facilidad. La ausencia de contactos y de no abrirse paso a codazos en el mundo ha hecho muy sensible y delicada su epidermis, su epidermis moral. La menor cosa lo conmueve, lo excita, y le hace sufrir.

Sin embargo, los Chantal tienen relaciones, pero relaciones restringidas, elegidas con cuidado en el vecindario. Intercambian también dos o tres visitas por año con parientes que viven lejos.

En cuanto a mí, voy a cenar a su casa el quince de agosto y el Día de Reyes. Es parte de mis deberes con la Comunión Pascual para los Católicos.

El 15 de agosto se invita a algunos amigos, pero en Reyes soy el único convidado extraño.

## II

Así que, este año, como los anteriores, me invitaron a cenar a la casa de los Chantal para festejar Epifanía.

Según la costumbre, abracé al señor Chantal, a la señora Chantal y a la señorita Perla, e hice un gran saludo a las señoritas Luisa y Paulina. Me interrogaron sobre miles de cosas, sobre los acontecimientos en los paseos públicos, sobre la política, sobre lo que piensa la opinión pública de los negocios de Tonkin, y sobre nuestros parlamentarios. La señora Chantal, una señora gorda, cuyas ideas siempre me dan la impresión de ser cuadradas como baldosas, tenía la costumbre de emitir esta frase como conclusión a toda discusión política:

—Todo es mala semilla para más tarde.

¿Por qué siempre imaginé que las ideas de la señora Chantal eran cuadradas?. No sé; pero todo lo que ella dice toma esta forma en mi mente: un cuadrado, un cuadrado grande, con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas siempre me parecen redondas y ruedan como unos aros. En cuanto empiezan una frase sobre cualquier cosa, ruedan, sin parar, saliendo diez, veinte, cincuenta ideas redondas, grandes y pequeñas, que yo veo correr una detrás de la otra, hasta el final del horizonte. Otras personas tienen también ideas puntiagudas...En fin, eso importa poco. Nos sentábamos a la mesa y la cena terminaba sin haber dicho nada excepcional.

Al postre se trae la Torta de Reyes. Todos los años el señor Chantal era el rey. Si esto era efecto de un azar continuado o una tradición familiar, yo no sé, pero él encontraba infaliblemente el frijol en su pedazo de pastel, y él proclamaba reina a la señora Chantal. Por consiguiente, me quedé estupefacto cuando sentí en un bocado de pastel algo tan duro que casi me hizo romper un diente. Saqué suavemente esta cosa de mi boca y vi que era una pequeña muñeca de porcelana, no más grande que una judía. La sorpresa me hizo exclamar:

—¡Ah!

Todos me miraban, y Chantal exclamaba aplaudiendo:

—¡Es Gastón! ¡Es Gastón! ¡Viva el rey! Viva el rey! —Todos repetían a coro—: ¡Viva el rey!

Me ruboricé hasta la punta de mis orejas, como me sucede a menudo sin razón, en situaciones que son un poco tontas. Permanecí con los ojos bajos, sujetando entre dos dedos esta semilla de porcelana, esforzándome a reír sin saber qué hacer o decir, cuando Chantal prosiguió:

—Ahora debe elegir una reina.

Entonces yo estaba aterrorizado. En un segundo mil pensamientos y suposiciones cruzaron mi mente. ¿Querían que yo escogiera una de las señoritas Chantal? ¿Era este

un truco para hacerme decir cuál de ellas prefería? ¿Era una suave, ligera presión indirecta de los padres hacia un posible matrimonio? Las ideas de matrimonio rondan sin cesar en las casas con hijas casaderas, y toman todas las formas, todos los disfraces, y todos los medios. Un miedo atroz de comprometerme me invadió, y también una extrema timidez ante la actitud obstinadamente correcta y reservada de las señoritas Luisa y Paulina. Elegir a una de ellas en detrimento de la otra me parecía tan difícil como escoger entre dos gotas de agua. Y entonces el miedo de aventurarme en un asunto en que sería conducido al matrimonio a pesar mío, suavemente, por medios discretos e imperceptibles y también tranquilos, como este reinado intrascendente, me perturbaba horriblemente.

Pero, de repente, tuve una inspiración y le ofrecí a la señorita Perla la muñeca simbólica. Al principio todo el mundo se sorprendió, luego apreciaron sin duda mi delicadeza y discreción, porque aplaudieron furiosamente. Gritaban:

—¡Viva la reina! ¡Viva la reina!

En cuanto a ella, la pobre solterona había perdido toda su serenidad; temblaba, tartamudeaba y balbucía:

—No... no... ¡Ah! No... yo no... por favor... yo no... por favor...

Entonces, por primera vez en mi vida, miré a la señorita Perla y me pregunté quién era ella. Estaba acostumbrado a verla en esta casa, así como uno ve los viejos sillones tapizados en los cuales ha estado sentándose desde la niñez sin fijarse nunca en ellos. Un día, sin saber por qué, tal vez un rayo de sol que cae sobre el sillón, y uno piensa de repente: Vaya, es muy interesante este mueble; y entonces descubre que la madera ha sido trabajada por un verdadero artista y que el tapiz es notable. Nunca me había fijado en la señorita Perla.

Era parte de la familia Chantal, eso era todo. ¿Pero cómo? ¿A título de qué?. Era una persona alta, delgada, que se esforzaba en pasar desapercibida, pero que no era apocada. Se le trataba amigablemente, mejor que a una ama de llaves, menos que a un pariente. Observé, de repente, una cantidad de matices que yo nunca había asociado hasta ahora.

La señora Chantal decía: "Perla". Las jóvenes: "señorita Perla", y Chantal sólo la llamaba "señorita", quizás con un aire de respeto mayor.

Me puse a observarla. ¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años. No era vieja, era joven, pero ella se envejecía. Me sorprendí de repente por este hecho. Ella se peinaba, se vestía, se presentaba ridículamente, y a pesar de todo, no era en lo más mínimo ridícula, tanto que tenía una gracia simple, natural, una gracia velada, cuidadosamente escondida. ¡Qué extraordinaria criatura, verdaderamente! ¿Cómo no la había observado mejor? Se peinaba de una manera grotesca, con ricitos de solterona de lo más absurdos; bajo esta cabellera de virgen retocada, se veía una gran frente serena, atravesada por dos arrugas profundas, dos arrugas de larga tristeza, luego dos ojos azules, grandes y tiernos, tan tímidos, tan vergonzosos, tan humildes; dos bellos ojos que permanecían tan ingenuos, plenos de asombros infantiles, de sensaciones jóvenes y también de penas que habían entrado enterneciéndolos sin turbarlos.

Todo el rostro era fino y mesurado, uno de esos rostros que se extinguen sin haber sido usados o marchitados por las fatigas o las grandes emociones de la vida.

¡Que boca tan bonita! ¡Qué dientes tan bellos! Pero se podía decir que no se atrevía a sonreír.

Y, repentinamente, la comparé con la señora Chantal. Indudablemente la señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más fina, más noble, más elegante.

Estaba estupefacto de mis observaciones. Sirvieron el champaña. Dirigí mi vaso a la reina bebiendo a su salud con un cumplido bien estudiado. Quiso, yo me di cuenta,

esconder su cara detrás de la servilleta. Entonces, cuando mojaba sus labios en el vino transparente, todos gritamos:

—¡La reina bebe! ¡La reina bebe!

Ella se puso roja y se atragantó. Nos reímos; aprecié bien cuánto la amaban en esa casa.

### III

En cuanto terminamos la cena Chantal me tomó por el brazo. Era la hora de su puro, una hora sagrada. Cuando estaba solo, salía a fumar a la calle; cuando había un invitado a cenar, subían a la sala de billar y fumaba mientras jugaba. Esa noche se había encendido la chimenea por ser Noche de Reyes; mi viejo amigo tomó su taco, uno muy fino, que lo frotó con tiza con gran cuidado; entonces dijo:

—¡Te toca, mi muchacho!

Me tuteaba, aunque yo tenía veinticinco años, pero él me había conocido desde niño.

Empecé el juego; hice algunas carambolas. Fallé algunas, pero como la imagen de la señorita Perla rondaba en mi cabeza, le pregunté de repente:

—¿A propósito, señor Chantal, la señorita Perla es pariente suyo?

Dejó de jugar, muy sorprendido, y me miró.

—¿Qué no sabes? ¿No conoces la historia de la señorita Perla?

—No

—¿Tu padre no te la contó nunca?

—No.

—¡Vaya, vaya, qué raro! ¡Realmente raro! Porque es toda una aventura.

Hizo una pausa, y luego continuó:

Y si supieras cómo es de especial que me preguntes hoy día, en Noche de Reyes.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿Por qué? Escucha. Sucedió hace cuarenta y un años, hoy día, el día de Epifanía. Nosotros vivíamos entonces en Rouy-le—Tors, en las fortificaciones; pero primero tengo que describirte la casa para que puedas entender bien. Rouy se construyó en una colina, o más bien sobre un promontorio que domina una vasta región de praderas. Nosotros teníamos una casa allí con un bello jardín colgante, sostenido en el aire por los viejos muros de las fortificaciones. La casa miraba hacia el pueblo y la calle, mientras el jardín dominaba la llanura. Había también una puerta de salida del jardín a la campiña, al final de una escalera secreta que descendía por dentro de los muros, como se encuentra en las novelas. Un camino pasaba delante de esta puerta que estaba provista de una campana grande, para que los campesinos, evitando un rodeo, entregaran por allí las provisiones.

¿Te imaginas bien los lugares, verdad? Bien, ese año, antes de Reyes, había estado nevando durante una semana. Uno podría decir que era el fin del mundo. Cuando fuimos a los baluartes para contemplar la llanura, sentimos frío en el alma. Esta inmensa región blanca, toda blanca y helada, brillaba como si estuviera barnizada. Se podría decir que el buen Dios había empaquetado la tierra para enviarla al granero de los mundos antiguos. Puedo asegurarte que era muy triste.

Vivíamos en familia en aquel tiempo, numerosa, muy numerosa: mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas; eran unas lindas niñitas. Me casé con la más joven. De toda esa muchedumbre, sólo hay tres sobrevivientes: mi mujer, yo y mi cuñada que vive en Marsella. ¡Cristo! Cómo desaparece una familia, me hace temblar cuando pienso. Yo tenía entonces quince años, y ahora cincuenta y seis.

Así, íbamos a celebrar Noche de Reyes, estábamos muy contentos, muy felices. Todos esperábamos la cena en el salón, cuando mi hermano mayor, Santiago, dijo:

—Hay un perro que aúlla en la llanura hace diez minutos, debe ser una pobre bestia perdida. No había terminado de hablar cuando la campana del jardín sonó. Tenía el sonido profundo de una campana de iglesia que hace pensar en los muertos. Todo el mundo se estremeció. Mi padre llamó al sirviente y le dijo que fuera a ver. Estábamos en completo silencio; pensábamos en la nieve que cubría toda la tierra. Cuando el hombre volvió, afirmó que no había visto nada. El perro se mantenía aullando sin cesar, y su aullido no cambiaba de lugar.

Nos sentamos a la mesa; pero estábamos un poco intranquilos, sobre todo los jóvenes. Todo anduvo bien hasta el asado, cuando la campana empezó a sonar de nuevo, tres veces continuadas, tres golpes pesados, largos, que hicieron vibrar hasta la punta de nuestros dedos y qué nos cortó el aliento violentamente. Sentados, mirándonos con el tenedor en el aire, todavía estábamos escuchando y sobrecogidos por una especie de miedo sobrenatural.

Mi madre por fin habló:

—Es extraño que hayan esperado tanto para volver a llamar. No vaya solo, Bautista, uno de estos señores lo acompañará.

Mi tío Francisco se levantó. Era una especie de Hércules, muy orgulloso de su fuerza, y no temía a nada en el mundo. Mi padre le dijo:

—Toma un arma. No se sabe qué puede ser. Pero mi tío sólo tomó un bastón y salió inmediatamente con el sirviente.

Nosotros continuábamos temblando de terror y angustia, sin comer, sin hablar. Mi padre intentó tranquilizarnos:

—Ya verán —dijo— que es algún mendigo o algún viajero perdido en la nieve. Después de llamar la primera vez, ya que la puerta no fue abierta inmediatamente, intentó encontrar su camino de nuevo, y como no fue posible, volvió a nuestra puerta.

La ausencia de nuestro tío pareció durar una hora. Él volvió, por fin, furioso, maldiciendo:

—Nada, nada en absoluto; es un bromista. Nada más que ese perro condenado que aúlla a cien metros del muro. Si yo hubiera llevado un fusil, lo habría matado para hacerle callar.

Volvíamos a la cena, pero todos estábamos angustiados, sentíamos muy bien que esto no había terminado, que pasaría alguna cosa, que la campana, en cualquier momento, sonaría otra vez.

Y sonó justo en el momento de cortar el pastel de Reyes. Todos los hombres se levantaron al mismo tiempo. Mi tío Francisco, que había bebido champaña, afirmó con tanta fuerza que lo masacraría, que mi madre y mi tía se lanzaron sobre él para evitarlo. Mi padre, muy calmado y un poco desvalido (él cojeaba de una pierna desde que se había caído del caballo), dijo, a su vez, que él deseaba saber de qué se trataba y que él iría. Mis hermanos, de dieciocho y veinte años, corrieron a buscar sus fusiles; y como nadie se fijaba en mí yo cogí una carabina del jardín, disponiéndome también a acompañar la expedición.

Partimos inmediatamente. Mi padre y mi tío caminaban adelante con Bautista que portaba una linterna. Mis hermanos, Santiago y Pablo, les seguían, y yo iba detrás a pesar de los ruegos de mi madre, que estaba con su hermana y mis primas en el umbral de la puerta de la casa.

Había estado nevando de nuevo durante la última hora y los árboles estaban cargados. Los pinos estaban doblados bajo el pesado vestido pálido, parecían pirámides blancas, enormes panes de azúcar; apenas se percibían, a través de las cortinas grises de

copos menudos y apresurados, los arbustos más pequeños, todos pálidos en la sombra. La nieve caía tan espesa que no veíamos a más de diez pasos de nosotros. Pero la linterna proyectaba una gran claridad delante de nosotros. Cuando empezamos a bajar la escalera de caracol del muro yo me asusté verdaderamente. Sentía como si alguien estuviera caminando detrás de mí, iba agarrarme por los hombros y llevarme, sentía un fuerte deseo de volver; pero, como tendría que volver a cruzar todo el jardín solo, no me atreví. Escuché abrir la puerta que daba al campo; mi tío empezó a jurar de nuevo:

—Por la gran... ¡Se ha ido de nuevo! ¡Si yo viera su sombra no se escaparía, el cerdo!

Era siniestro ver la llanura, o más bien sentirla delante de nosotros, porque no podíamos verla; podíamos ver sólo un velo espeso e interminable de nieve, en lo alto, en el suelo, al frente, al lado derecho, a la izquierda, por todas partes.

Mi tío continuó:

—Escuchen, de nuevo el perro aúlla; le enseñaré cómo disparo. Al menos algo ganaremos.

Pero mi padre que era de buen corazón, dijo:

—Será mucho mejor buscar a ese pobre animal que llora de hambre. Ladra por ayuda, pobre infeliz; llama como un hombre en peligro. Vamos por él.

Así nos pusimos en marcha a través de la cortina, a través de esta caída continua y espesa de nieve que llenaba la noche y el aire, que se agitaba, flotaba, caía y enfriaba la carne, derritiéndose. La enfriaba con una sensación ardiente, como un dolor penetrante y fugaz sobre la piel, a cada toque de los pequeños copos blancos.

Nos hundíamos hasta las rodillas en esa masa suave y fría; teníamos que levantar muy altas las piernas para caminar. A medida que avanzábamos, el aullido del perro se hacía más claro, más fuerte. Mi tío gritó:

—¡Aquí está!

Nos detuvimos para observarlo, como se debe hacer enfrente de un enemigo que se encuentra por la noche. Yo no veía nada, entonces me uní a los otros, y lo vi; era espantoso y fantástico ver ese perro, un perro negro grande, un perro pastor con pelo largo y la cabeza de un lobo, parado en sus cuatro patas, al final del largo sendero luminoso de la linterna sobre la nieve. No se movió; se calló; y nos miró.

Mi tío dijo:

—Es extraño, no avanza ni retrocede. Mejor le pego un tiro de fusil.

Mi padre contestó con voz firme:

—No, debemos agarrarlo.

Entonces mi hermano Santiago agregó:

—Pero no está solo. Hay algo a su lado.

Había una cosa detrás de él, en efecto, algo gris, imposible de distinguir. Reanudamos la marcha con precaución.

Cuando nos vio acercarnos el perro se sentó sobre sus cuartos traseros. No tenía un aire amenazante. Parecía, más bien, contento de haber llamado la atención de la gente.

Mi padre fue derecho a él y lo acarició. El perro lamió sus manos. Estaba amarrado a la rueda de un cochecito, una suerte de coche de juguete envuelto completamente en tres o cuatro mantas de lana. Levantamos la ropa con cuidado y cuando Bautista acercó su linterna al frente del pequeño vehículo que se parecía a una casa de perro rodante, vimos en él un bebé que dormía.

Quedamos tan sorprendidos que no podíamos decir palabra. Mi padre fue el primero en reaccionar, y como tenía un gran corazón y un alma un poco exaltada, extendió la mano sobre el techo del coche y dijo:



—Pobre expósito abandonado, tú serás nuestro —y ordenó a mi hermano Santiago que empujara delante de nosotros nuestro hallazgo.

Mi padre continuó, pensando en voz alta:

—Un niño, hijo del amor cuya pobre madre ha venido a tocar a mi puerta en esta noche de Epifanía en memoria del Niño de Dios.

Se detuvo y con toda su fuerza gritó cuatro veces, a través de la noche, hacia los cuatro rincones del cielo:

—Lo hemos encontrado

Luego, poniendo su mano en el hombro de su hermano, murmuró:

—¿Si hubieras disparado al perro, Francisco?

Mi tío no contestó, pero hizo en la sombra un gran signo de la cruz; era muy religioso a pesar de sus actitudes fanfarronas.

Se había soltado al perro y nosotros lo seguíamos.

¡Ah! Pero lo que fue digno de ver fue la vuelta a la casa. Al principio fue difícil subir el coche por la escalera de caracol del muro; pero tuvimos éxito para llevarlo rodando hasta el vestíbulo.

Qué excitada, contenta y sorprendida estaba mamá, y mis cuatro primas pequeñas (la más joven tenía sólo seis años); parecían cuatro gallinas alrededor de un nido. Finalmente sacamos al bebé del coche: aún dormía. Era una niña de seis semanas de edad, aproximadamente. Encontramos, en su ropa, diez mil francos en oro, sí, diez mil francos en oro, qué papá ahorró para su dote. Por consiguiente, no era un niño de gente pobre, pero, quizás, el niño de algún noble y una campesina del pueblo... o quizás... hicimos mil suposiciones y nunca supimos algo... ni una pista. El perro mismo no fue reconocido por nadie. Era un extraño en la comarca. De todos modos, la persona que tocó tres veces a nuestra puerta conocía bien a mis padres, para haberlos elegidos de ese modo.

Así es cómo la señorita Perla entró, a la edad de seis semanas, en la casa de los Chantal.

Sólo más tarde se le llamó señorita Perla. Fue bautizada al principio: "María, Simona, Clara". Clara más adelante le serviría como nombre de pila.

Puedo asegurarte que nuestra vuelta al comedor fue muy divertida, con la criatura despierta que miraba las personas y luces a su alrededor con ojos grandes, azules y curiosos.

Nos sentamos a la mesa y se repartió el pastel. Yo fui el rey, y tomé por reina a la señorita Perla, así como usted ahora. Ella no se dio cuenta, ese día, del honor que le hacíamos.

Así, la niña fue adoptada y criada en la familia. Ella creció, los años volaron. Era paciente, dulce y obediente. Todo el mundo la amaba tanto que la habrían mimado abominablemente si mi madre no lo hubiese impedido.

Mi madre era una mujer de disciplina y gran respeto a las distinciones jerárquicas. Consintió en tratar a la pequeña Clara como a sus propios hijos, pero trataba, no obstante, que la distancia que nos separaba fuera bien marcada y la situación bien establecida. Por consiguiente, en cuanto la niña pudo comprender, le hizo conocer su historia y le hizo penetrar, dulcemente, tiernamente, en la mente de la pequeña que, para los Chantal, ella era una hija adoptada, acogida, pero, no obstante, una extraña.

Clara entendió la situación con una inteligencia singular y con un instinto sorprendente; y supo tomar y guardar el lugar que le habían asignado, con tanto tacto, gracia y bondad que emocionaba a mi padre hasta hacerlo llorar.

Mi madre misma se emocionó tanto por la gratitud apasionada y la devoción un poco tímida de esta amable y tierna criatura que ella comenzó llamándola "mi hija". A

veces, cuando la pequeña había hecho alguna cosa buena, mi madre levantaba sus lentes sobre su frente, algo que indicó siempre una emoción en ella, y repetía:

—Pero si es una perla, una verdadera perla esta niña.

Este nombre se quedó para la pequeña Clara y vino a ser y permaneció para nosotros como la señorita Perla.

#### IV

El señor Chantal se detuvo. Estaba sentado en el borde de la mesa de billar, los pies colgando, y manipulando una pelota con su mano izquierda, mientras con su derecha arrugaba un trapo que servía para borrar los puntos sobre la pizarra y que llamábamos "el trapo de la tiza". Un poco rojo, la voz sorda, hablaba consigo mismo, perdido en sus recuerdos, avanzando suavemente, a través de las cosas antiguas y los viejos sucesos que despertaron en su pensamiento. Cuando atravesamos caminando los antiguos jardines de la familia, donde fuimos criados y donde cada árbol, cada sendero, cada planta, cada seto puntiagudo, los laureles perfumados, los tejos cuyas semillas rojas y grasosas triturábamos entre los dedos, hacen surgir a cada paso un pequeño acontecimiento de nuestra vida pasada, uno de esos pequeños sucesos insignificantes y deliciosos que forman el fondo mismo, la trama de la existencia.

Yo estaba frente a él, apoyado contra la muralla, mis manos descansando en mi taco de billar ocioso.

Él continuó al cabo de un minuto:

—¡Jesús, qué bonita era ella a los dieciocho años... y graciosa... y perfecta... ¡Ah! ¡Hermosa... hermosa... hermosa y buena... y muy buena... una muchacha encantadora... Tenía los ojos... los ojos azules... transparente... claros... como yo nunca había visto parecidos... ¡Jamás!

Se calló nuevamente. Yo pregunté:

—¿Por qué nunca se casó?

Respondió, no a mí, sino a la palabra en pasado "casó".

—¿Por qué? ¿Por qué? No ha querido... nunca ha querido. Tenía, sin embargo, treinta mil francos de dote, y fue solicitada muchas veces... ella nunca ha querido. Parecía triste en aquella época. Eso era cuando yo me casé con mi prima, la pequeña Carlota, mi mujer, con quien estuve comprometido durante seis años.

—Miré al señor Chantal, y me pareció que yo penetraba en su alma, y que yo penetraba repentinamente en uno de esos humildes y crueles dramas de corazones honrados, de corazones sinceros, de corazones sin culpa, uno de esos dramas inconfesables, inexplorados, que la gente no sabe, incluso las propias silenciosas y resignadas víctimas. Una curiosidad precipitada me impelió de repente, y pronuncié:

—¿Es usted con quién debió casarse, señor Chantal?

Se estremeció, me miró y dijo:

—¿Yo? ¿Casarme con quién?

—La señorita Perla.

—¿Por qué?

—Porque usted la amaba más que a su prima.

Me miró fijamente con ojos extraños, redondos, espantados, luego tartamudeó:

—¿Yo la he amado... yo? ¿Cómo? ¿Quién te dijo eso?...

—Porque, cualquiera puede ver que... y es la misma causa por la que usted tardó tanto tiempo en desposar a su prima que había estado esperando durante seis años.

Dejó caer la pelota que tenía en la mano izquierda, y tomando a dos manos el trapo de la tiza, y cubriéndose la cara, comenzó a sollozar en él. Lloraba de una manera

desconsolada y ridícula, como llora una esponja que se aprieta, por los ojos, la nariz y la boca al mismo tiempo. Tosía, escupía, se sonaba en el trapo de la tiza, se secaba los ojos, estornudaba; volvieron a fluir de nuevo las lágrimas por todas las arrugas de su cara, con un ruido de garganta que hacía pensar en gárgaras.

Yo me sentía asustado, avergonzado; quise correr lejos, y no supe qué decir, qué hacer, qué intentar.

De repente la voz de la señora Chantal resonó en la escala.

—¿Terminaron ya de fumar?

Abrí la puerta y grité:

—Sí, señora, ya bajamos.

Entonces me precipité hacia su marido, y tomándolo por los codos:

—Señor Chantal, mi amigo Chantal, escúcheme; su mujer nos está llamando; serénete, domínese rápido. Debemos bajar; cálmese. Tartamudeó:

—Sí... Sí... Yo voy... pobre muchacha... voy... dile que voy.

—Comenzó a limpiar cuidadosamente su cara con el trapo, que después de dos o tres años borrando la tiza de la pizarra, le dejó medio blanco y medio rojo la frente y la nariz, las mejillas y la barbilla pintarrajeados de tiza, sus ojos hinchados aún, llenos de lágrimas.

Lo tomé por las manos y lo arrastré a su dormitorio, mientras murmuraba:

—Le pido perdón, le pido mil perdones, señor Chantal, por haberle causado esta pena... pero... pero... yo no sabía... usted... usted entiende.

Apretó mi mano:

—Sí... sí... hay momentos difíciles...

Entonces sumergió la cara en su lavatorio. Cuando se levantó, no me pareció suficientemente presentable; pero ideé una estratagema. Como se angustiaba más mirándose en el espejo, le dije:

Todo lo que debe decir es que tiene una mota de polvo en el ojo y puede llorar delante de todos tanto como usted desee.

Bajó frotándose los ojos con su pañuelo. Todos se preocuparon; todos querían buscar la mota que no existía; y se contaron las historias de casos similares dónde había sido necesario llamar a un médico.

Me reuní junto a la señorita Perla y la miré, atormentado por una curiosidad abrasadora que devenía en sufrimiento. Ella debió ser muy bella en efecto, con sus dulces ojos, tan grandes, tan tranquilos, tan grandes que parecía que nunca los cerraba, como lo hacían los otros humanos. Su vestido era un poco ridículo, un verdadero vestido de solterona, que le sentaba mal sin parecer torpe.

Me parecía que veía dentro de ella, como hacía poco había visto el alma del señor Chantal; me di cuenta, de principio a fin, de esta vida humilde, simple y sacrificada. Pero una necesidad me vino a los labios, una necesidad irresistible de preguntarle, de saber si ella también lo había amado; si ella había sufrido, como él, este largo sufrimiento secreto, profundo, que no se ve, que no se sabe, que no se supone, pero que aparece en la noche, en la soledad del dormitorio oscuro. La miraba, y veía latir su corazón bajo su blusa bordada, y me pregunté si esta dulce cara inocente había llorado, cada noche, en la profundidad suave de la almohada, y sollozado, su cuerpo sacudido de sobresaltos, por la fiebre del lecho ardiente. Le dije en voz baja, como hacen los niños que rompen una joya para ver lo que hay dentro:

—Si usted hubiera visto llorar al señor Chantal hace un momento, le habría tenido lástima.

Ella se estremeció:

—¿Qué? ¿Estaba llorando?

—¡Ah! ¡Sí, estaba llorando!

—¿Y por qué?

Parecía muy conmovida. Yo le contesté:

—Por su culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí. Me contó cuánto la había amado en el pasado; y cuánto le había costado casarse con su prima en lugar de usted.

Su cara pálida pareció alargarse un poco; sus ojos que siempre permanecían abiertos, sus ojos tranquilos, se cerraron repentinamente tan rápido que pareció que se cerraban para siempre. Se resbaló de su silla al suelo, y se desplomó, suavemente, lentamente, como lo habría hecho una bufanda al caer. Yo grité:

—¡Socorro! ¡Socorro! La señorita Perla se siente mal. La señora Chantal y sus hijas vinieron en su ayuda, y mientras ellas buscaban agua, una toalla y vinagre, tomé mi sombrero y me puse a salvo. Me alejé a grandes pasos, mi corazón agitado, mi conciencia llena de remordimientos y pesar. Y a veces también me sentía contento; sentía que había hecho algo loable y necesario.

Me preguntaba: "¿Hice mal? ¿Hice bien?" Ellos tenían eso en su alma como se guarda una bala de plomo en una herida cerrada. ¿No serán ahora más felices? Era demasiado tarde para que recomenzaran su tortura y bastante temprano para que ellos se recordaran con ternura.

Y puede ser que una tarde de la próxima primavera, conmovidos por un rayo de la luna que cae sobre la hierba a sus pies, a través de las ramas, se tomarán y apretarán la mano en memoria de todo este sufrimiento opresivo y cruel. Y quizás también este corto contacto les puede infundir en sus venas un poco de esta emoción que no habían conocido, y dará a esas dos almas resucitadas, en un segundo, la rápida y divina sensación de esa embriaguez, de esa locura que da a los enamorados más felicidad, en un estremecimiento, del que pueden experimentar en toda su vida otros hombres.

*Le Figaro*, 16 de enero de 1886

## *Sobre el agua*

---

*Sur l'eau*

El verano pasado había alquilado una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Después de unos días conocí a uno de mis vecinos, un hombre de unos treinta a cuarenta años, que desde luego era el tipo más raro que había visto nunca. Era un viejo barquero, pero un barquero fanático, siempre cerca del agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y seguramente muera en la botadura final.

Una noche, mientras paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Entonces el buen hombre se animó, se transfiguró, se volvió locuaz, casi poeta. Tenía en el corazón una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

—¡Ay! —me dijo—, ¡cuántos recuerdos tengo en este río que ve fluir ahí cerca de nosotros! Vosotros, los habitantes de las calles, no sabéis lo que es un río. Pero escuche cómo un pescador pronuncia esa palabra. Para él es la cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y de las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no son, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto es el cementerio más siniestro, aquél donde no se tiene tumba.

Para el pescador la tierra tiene límites, pero en la oscuridad, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y malo, es verdad, pero grita, aúlla: el mar abierto es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre siempre sin ruido, y el eterno movimiento del agua que fluye es más espantoso para mí que las altas olas del Océano. Ciertos soñadores pretenden que el mar esconde en su seno inmensos países azulados, donde los ahogados ruedan entre los grandes peces, en mitad de extraños bosques y en cuevas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras en cuyo limo nos pudrimos. Sin embargo, es bello cuando brilla al sol que se levanta y cuando chapotea suavemente entre sus orillas llenas de cañas que murmuran.

Un poeta, hablando del Océano, dijo:

*«¡Oh, mares, cuántas lúgubres historias conocéis!*

*Mares profundos, temidos por las madres arrodilladas*

*Historias que os contáis cuando suben las mareas*

*Y es lo que os da las voces desesperadas*

*Que tenéis, a la noche, cuando venís hacia nosotros».*

Pues bien, creo que las historias cuchicheadas por las finas cañas, con sus vocecitas tan dulces, deben de ser aún más siniestras que los dramas tétricos contados por los aullidos de las olas. Pero ya que me pregunta por algunos de mis recuerdos, le voy a contar una aventura singular que me ocurrió aquí, hace unos diez años.

Vivía, como hoy, en la casa de la madre Lafon, y uno de mis mejores amigos, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al canotaje, a sus pompas y a su desaliño para entrar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblo de C..., dos leguas más abajo. Cenábamos todos los días juntos, unas veces en su casa, otras en la mía. Una noche, cuando volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi gran barco, un

océano de doce pies que utilizaba siempre de noche, me paré unos segundos para recobrar aliento cerca de la punta de las cañas, allí, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico; la luna resplandecía, el río brillaba, la noche era suave, sin viento. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que sería muy agradable fumar una pipa en aquel lugar. La acción siguió al pensamiento; cogí el ancla y la tiré al río. El bote, que volvía a bajar con la corriente, corrió su cadena hasta el final, y se paró; me senté atrás en mi piel de borrego, tan cómodamente como me fue posible. No se oía nada, absolutamente nada: tan sólo a veces me parecía percibir un pequeño chapoteo casi insensible del agua contra la orilla, y veía unos grupos de cañas más altas que tomaban aspectos sorprendentes y parecían agitarse por momentos.

El río estaba completamente tranquilo; aun así me sentí emocionado por el silencio extraordinario que me envolvía. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantantes nocturnos de las ciénagas, se callaban. De pronto, a mi derecha, muy cerca de mí, una rana croó. Me estremecí. Se calló. Ya no oí nada más y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, aunque era un fumador de pipa experimentado, no pude fumar; en cuanto tomé la segunda bocanada, me mareé y lo dejé. Me puse a canturrear; el sonido de mi voz me resultaba lamentable; entonces me tumbé en el fondo del barco y miré el cielo. Durante unos instantes permanecí tranquilo, pero pronto los ligeros movimientos de la barca me preocuparon. Me pareció que daba bandazos gigantescos, tocando sucesivamente una y otra orilla del río; luego creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua, levantándola después y dejándola caer de nuevo. Me estaba tambaleando como en mitad de una tormenta; oí ruidos a mi alrededor; me puse en pie de un salto: el agua brillaba; todo estaba tranquilo.

Entendí que tenía los nervios un poco alterados y decidí irme. Empecé a tirar de la cadena; el bote se puso en movimiento, pero noté una resistencia. Tiré más fuerte, el ancla no vino; había enganchado algo en el fondo del agua y no podía subirla; volví a tirar, pero en vano. Entonces, con mi remos, hice dar la vuelta a mi barco y lo llevé río arriba para cambiar la posición del ancla. Fue inútil, seguía enganchada; me puse furioso y sacudí la cadena con rabia. Nada se movió. Me sentí desanimado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper la cadena ni en separarla de la embarcación, ya que era enorme y estaba clavada en la proa en un trozo de madera más gordo que mi brazo; pero como el tiempo seguía estando tan bueno, pensé que, sin duda, no tardaría en encontrar a algún pescador que me prestaría socorro. Mi desventura me había tranquilizado; me senté y pude por fin fumarme la pipa. Tenía una botella de ron, de la que tomé dos o tres vasos, y me reí de mi situación. Hacía mucho calor, por lo que en último caso podría pasar sin demasiados problemas la noche al sereno.

De repente sonó un pequeño golpe contra la borda. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. Aquel ruido venía sin duda de algún trozo de madera arrastrado por la corriente, pero había bastado para que me sintiera invadido de nuevo por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y tiré con todo mi cuerpo en un esfuerzo desesperado. El ancla resistió. Me volví a sentar, agotado. Entretanto, el río se había ido cubriendo poco a poco con una niebla blanca muy espesa que reptaba a muy baja altura sobre el agua, de modo que al ponerme de pie, ya no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barco, sino que sólo veía las puntas de las cañas y, más lejos, la llanura palidísima que formaba la luz de la luna reflejada, con grandes manchas negras que ascendían en el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de una singular blancura, y me venían a la mente imágenes fantásticas. Me figuraba que intentaban subir a mi barca, que ya no podía distinguir, y que el río, escondido por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Sentía un malestar horrible, tenía las sienes

oprimidas y mi corazón latía hasta casi ahogarme. Perdí la cabeza y pensé en escaparme nadando, pero en seguida aquella idea me hizo estremecer de espanto. Me vi, perdido, yendo a la aventura en aquella bruma espesa, forcejeando en medio de las hierbas y de las cañas que no podría evitar, boqueando de miedo, sin ver la orilla, sin encontrar mi barco, y me imaginaba que me arrastrarían por los pies hasta el mismo fondo de esa agua negra. Efectivamente, como habría tenido que remontar al menos quinientos metros la corriente antes de encontrar un lugar libre de hierba y de juncos donde poder hacer pie, tenía un noventa por ciento de posibilidades de no poder orientarme en aquella niebla y de ahogarme, por muy buen nadador que fuera.

Intentaba razonar sentía que tenía la muy firme voluntad de no tener miedo, pero había en mí otra cosa además de la voluntad, y esa otra cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi yo valiente se burló de mi yo cobarde y no reparé nunca tan bien como aquel día en la oposición de los dos seres que están en nosotros, el uno queriendo, el otro resistiendo, y cada cual ganando a ratos.

Aquel pavor tonto e inexplicable seguía creciendo y se iba convirtiendo en terror. Permanecí inmóvil, con los ojos abiertos, el oído al acecho y esperando. ¿Qué? No tenía ni idea, pero debía de ser terrible. Creo que habría bastado con que a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, para hacerme caer redondo, sin conocimiento. Sin embargo, gracias a un esfuerzo violento, acabé por recobrar poco a poco la razón que se me escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí a grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse a gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi garganta estuvo totalmente paralizada, me paré a escuchar: un perro aullaba, muy lejos. Volví a beber y me tumbé cuan largo soy en el fondo de mi barco. Permanecí así quizá una hora, quizás dos, sin dormir, con los ojos abiertos, con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y sin embargo lo deseaba vivamente; minuto a minuto lo retrasaba. Me decía a mí mismo "¡Vamos, en pie!", y me daba miedo hacer un solo movimiento. Al final me levanté con infinitas precauciones como si mi vida dependiera del menor ruido que pudiera hacer, y miré por encima de la cubierta.

Quedé deslumbrado por el espectáculo más maravilloso, más sorprendente que se pueda ver. Era una de esas visiones contadas por los viajeros que vuelven de muy lejos y a quienes escuchamos sin creerles. La niebla que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco a poco y acurrucado en las orillas. Y, al dejar el río completamente libre, había formado sobre cada orilla una colina ininterrumpida, de una altura de seis o siete metros, que brillaba bajo la luna con el soberbio resplandor de la nieve. De este modo no se veía nada más que el río laminado de fuego entre aquellas dos montañas blancas; y arriba, sobre mi cabeza, se extendía, llena y ancha, una gran luna alumbradora en medio de un cielo azulado y lechoso. Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban furiosamente, mientras que oía, unas veces a un lado, otras al otro, la nota corta, monótona y triste, que lanza a las estrellas la voz cobriza de los sapos. Sorprendentemente, ya no tenía miedo; estaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las singularidades más fuertes no hubieran podido sorprenderme.

No sé cuánto tiempo duraría, ya que caí en una cierta somnolencia. Cuando volví a abrir los ojos, la luna se había puesto y el cielo estaba lleno de nubes. El agua chapoteaba lúgubrementemente, soplabla viento, hacía frío, la oscuridad era profunda. Bebí lo que me quedaba de ron y acuché tiritando el roce de las cañas y el ruido siniestro del río. Intentaba ver, pero no pude distinguir mi barco, ni mis propias manos, que acercaba a mis ojos.

Poco a poco, sin embargo, el espesor de la oscuridad amainó. De pronto creí notar que una sombra se deslizaba muy cerca de mí; di un grito, una voz contestó; era un pescador. Le llamé, se acercó y le conté mi desventura. Colocó entonces su barco al lado del mío, y ambos tiramos de la cadena del ancla. No se movió. Se estaba haciendo de día, un día sombrío, gris, lluvioso, glacial, uno de esos días que nos traen tristezas y desgracias. Vi otra barca, le dimos una voz. El hombre que la llevaba unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces, poco a poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, despacio, y cargada con un peso considerable. Finalmente vimos una masa negra y la echamos en la cubierta de mi barca.

Era el cadáver de una anciana que llevaba al cuello una piedra de gran tamaño.

*Le Bulletin français*, 16 de marzo de 1876



## *Sobre las nubes*

---

*[En el verano de 1888, Guy de Maupassant realizó una ascensión en el globo aerostático El Horla. La crónica de ese viaje fue publicada en la revista La Lecture, y permaneció inédita hasta hace poco. En ella, Maupassant da muestra de su capacidad de apreciación y nos ofrece un curioso documento de aeronáutica. Aquí aparece, por vez primera, en español.]*

Cuando entré en el taller de La Villette, vi, yacente sobre la hierba del patio, enfrente de la armada de negras y monstruosas chimeneas, el enorme globo amarillo, casi inflado por completo, igual a una calabaza colosal posada en medio de gasómetros en el huerto de un cíclope.

Un largo conducto de tela barnizada, igual a ese pequeño rabo torcido por donde las calabazas doradas beben la vida en la tierra, insuflaba al Horla el alma de los aeróstatos. Palpitaba y se levantaba poco a poco, y una docena de hombres lo rodeaban, desplazando de cuando en cuando los sacos de lastre enganchados a las amarras para permitirle moverse.

Un cielo bajo y gris, una pesada bóveda de nubes se extendía sobre nuestras cabezas. Eran las cuatro y media de la tarde, y la noche, ya, parecía próxima.

Curiosos y amigos entraban al taller. Observaban, con sorpresa, la pequeñez de la barquilla, los parches sobre las delgadas fisuras del globo, todos los preparativos para este viaje por el espacio.

Aún se cree que las ascensiones exponen a los viajeros a grandes peligros, cuando en verdad presentan los mismos, o menos, que un simple paseo por el mar o en coche de punto. Cuando el material es adecuado, el aeronauta prudente y experimentado, como lo son los señores Jovis y Mallet, se puede partir hacia una excursión al cielo con una tranquilidad anímica más completa que si uno se embarcara hacia América, lo que no es del todo espantoso.

Cuatro hombres vienen por la barquilla al taller, gran cesta cuadrada muy parecida a las nuevas valijas de viaje, de mimbre tejido. En dos de los costados de este vehículo volador, se lee, en letras de oro sobre una placa de madera: El Horla.

Sujetamos el globo cautivo, que eleva su lastre, y al racimo de hombres prendidos de las amarras; luego metemos la cesta de las provisiones, la caja con herramientas y los instrumentos: dos barómetros ordinarios, un barómetro registrador, dos termómetros, unos gemelos para navegación. Todo está listo. Los amigos forman un círculo; y los viajeros, usando una silla como escala, suben al borde de la barquilla, luego saltan al interior. El Sr. Mallet trepa al fleje, por encima de nuestras cabezas, bajo el apéndice del globo, estrecha boca de tela por donde saldrá el exceso de gas si encontramos capas de aire más caliente.

El aeronauta Sr. Jovis calcula en tanto la fuerza de ascensión a fin de hacer un buen despegue. Vaciamos un saco de lastre; las manos de los hombres aferradas a los bordes de la barquilla la aflojan un poco, y nosotros nos sentimos suavemente elevados, luego recapturados por todos estos dedos de nuevo uncidos, finalmente abandonados una vez más cuando otro saco ha sido vertido.

Un teniente de la fuerza aérea, vinculado a la escuela militar de aeronáutica de Meudon, que vino a ver el despegue, ha querido con gusto ayudar a nuestra partida.

Retiene entre sus manos la cuerda que nos liga a tierra hasta que se escucha el grito que lanza Jovis: "Suelten."

De repente el gran círculo de amigos que nos rodea y nos habla, las ropas claras, los brazos extendidos, los sombreros negros, se hunden alrededor nuestro y desaparecen – nada sino aire–; partimos, alzamos el vuelo.

Volamos ya sobre una inmensa ciudad, sobre un plano de París desmesurado, semejante a los planos en relieve de las exposiciones, con los techos azules, las calles rectas o tortuosas, el río gris, los monumentos puntiagudos, el domo dorado de los inválidos, y más lejos el campanario aún inconcluso de *Notre-Dame-de-la-Chaudronnerie*<sup>25</sup>, la Torre Eiffel.

Inclinados sobre el borde de la barquilla, vemos en el patio del taller a una muchedumbre de hombres y mujeres empequeñecidos que agitan brazos, sombreros y pañuelos blancos. Pero son tan pequeños, tan insectos, están tan lejanos, que no comprendemos que los hayamos dejado en unos instantes –ocho o diez segundos.

–Miren –grita Jovis con entusiasmo–, ¿no es hermoso, hijos míos?

Un rumor inmenso sube hacia nosotros, un rumor hecho de miles de ruidos, de toda la vida de las calles, de la circulación de los vehículos sobre los adoquines, de los relinchos de los caballos, del chasquido de los látigos, de las voces humanas, del estrépito de los trenes. Dominando todo, próximos o lejanos, en extremo agudos o graves, los pitidos de las locomotoras parecen desgarrar el aire, tan vibrantes y claros son. He aquí ahora la llanura alrededor de la ciudad, la planicie verde que cortan las vías blancas, rectas, cruzadas en todos los sentidos, innumerables. Pero de pronto los detalles de la tierra, tan nítidos, se pierden un poco, como si los hubiesen difuminado suavemente, luego se empañan tras vapores casi imperceptibles, después se confunden del todo enturbiados, casi eliminados. Penetramos en las nubes.

Es, ante todo, un velo que nos envuelve, ligero y transparente. Se espesa y se vuelve gris, opaco, se cierra sobre nosotros, nos aprisiona, nos contiene, nos oprime. Luego, pronto, esta muralla de niebla húmeda y sombría se despeja, blanquea, aclara. Por entonces nos deslizamos a través de un algodón vaporoso, entre un humo lácteo, a través de un rocío plateado. De segundo en segundo, una luz misteriosa, deslumbrante, venida de lo alto, ilumina cada vez más las olas blancas que surcamos; y de súbito, bruscamente, emergemos hacia un cielo azul esplendoroso de sol. Ninguna locura puede crear un sueño similar al que acabamos de ver.

Volamos, ascendemos siempre, por encima de un caos ilimitado de nubes que tienen la apariencia de la nieve. Se extienden hasta donde alcanza la mirada, fantásticas, inimaginables, sobrenaturales.

Se despliegan, estas nieves de un brillo intolerable, en todas direcciones por debajo de nosotros. Hay praderas, cumbres, picos, valles. Las formas de este nuevo universo, de este país de hadas que no se puede ver sino desde el cielo, son desconocidas en la tierra. Se erigen provincias de pináculos, de agujas, de torres de cristal, de océanos de olas revueltas, sublevadas, inmóviles y furiosas, cuya espuma reluciente ciega los ojos, precipicios violeta ahuecados por las nubes más bajas, y montañas inverosímiles alzando en el espacio infinito us grupos monstruosos de claridad enloquecedora.

Pero de pronto, cerca de nosotros –cerca o lejos, no sabríamos decirlo pues no tenemos noción de la distancia– aparece en el aire límpido una mancha transparente, enorme, redonda, que flota y sube, un globo, otro globo, con su barquilla, su bandera, sus viajeros. Levanto un brazo y veo a uno de los pasajeros de esta aparición alzar un brazo. Distinguimos las nubes, el horizonte desmesurado a través de esta sombra

---

<sup>25</sup> \*"Nuestra Señora de la Calderería". Maupassant era un profundo detractor de la construcción de la Torre Eiffel.

fantástica como si no existiese; y, alrededor de ella, se dibuja un gran arco iris que lo encierra en una corona luminosa y multicolor.

Más real que el buque fantasma de los navegantes, este globo fantasma nos acompaña a través del espacio, por debajo del desierto ilimitado de nubes, rodeado de una aurora deslumbrante, parece que nos enseña, en medio del cielo inexplorado, la apoteosis de los viajeros del aire. Se nombra a este fenómeno bien conocido "la aureola de los aeronautas".

La sombra del globo proyectada sobre las nubes vecinas explica esta aparición sorprendente; pero, para explicar el arco iris que lo rodea, hay bastantes teorías.

He aquí la más verosímil.

La tela del aeróstato sigue siendo, a pesar de la calidad del tejido y del barniz, permeable al gas del interior. Ha ocurrido por tanto una pérdida constante por toda la superficie y crea alrededor del globo una ligera capa de humedad. El sol, al atravesar esta rociada, engendra los colores del prisma como en la fina llovizna de las cascadas, y los proyecta en corona, siguiendo la sombra del globo, sobre la nube más próxima. Ahora bien, como ascendemos iempre, este espectro vaporoso cesa pronto de seguirnos, y, más pequeño a cada instante, a medida que nos elevamos, sigue estando por debajo de nosotros, flotando sobre el océano de los nubarrones blancos. El sol oblicuo lo arroja a lo lejos, abajo, donde sigue todos nuestros movimientos, semejante a una pelota que rueda, que vaga por el desierto tumultuoso de las nieves.

Entre más tiempo pasamos en el aire, más intenso parece el calor y más la reverberación de la luz que sobre esta inmensidad reluciente se vuelve prodigiosa e insoportable. El termómetro marca veintiséis grados en tanto que en tierra sólo teníamos trece, y el globo, demasiado dilatado, deja escapar por el apéndice una oleada de gas que se derrama en el aire como una vaharada.

Hemos pasado los dos mil metros, planeamos por tanto a cerca de mil quinientos metros por encima de las nubes, y no vemos otra cosa que estas flotas de plata interminables, bajo el azul ilimitado del cielo.

De vez en cuando ocurren agujeros violeta, abismos en los que no se ve el fondo. Vamos lentamente, empujados por una brisa que no sentimos, hacia una de estas fisuras. Diríamos, desde lo lejos, que un glaciar se ha postrado en la inmensidad, dejando, entre dos montañas, una grieta desmesurada.

Tomo los gemelos para examinar la depresión azulada del precipicio y atisbo en el fondo un pedazo de pradera, dos caminos, una gran ciudad. Pronto estamos encima. ¡He aquí carneros en un campo, vacas, vehículos! ¡Se ven lejanos, pequeños, insignificantes! Pero los nubarrones que circulan por debajo de nosotros cierran bruscamente esta mirilla abierta en esta bóveda de tormentas.

Entre tanto, el Sr. Mallet repite de vez en cuando: "Lastre, suelten lastre." El globo, desinflado por la dilatación del gas y enfriado de golpe por la proximidad de la tarde, cae como una piedra. En torno a nosotros las hojas de papel de arroz, lanzadas sin cesar para apreciar las ascensiones y los descensos, revolotean como mariposas blancas. Es éste el mejor medio para saber lo que hace un aeróstato. Cuando sube, el papel de arroz parece caer hacia tierra; cuando desciende, la hojita parece remontarse hacia el cielo.

—Lastre. Suelten más lastre.

Vaciamos, puñado a puñado, los sacos de arena, que se derrama por debajo de nosotros a manera de lluvia blanca que el sol dora. El Horla se desploma sin remedio y vemos reaparecer muy cerca de nosotros, como si viniese a nuestro encuentro, no habiendo podido seguirnos, el globo fantasma en su aureola.

Mientras tanto, rozamos el mar de nubes, y la barquilla, a veces, parece remojarse en la espuma de olas que se evaporan a su alrededor. De nuevo aparecen los orificios

por donde atisbamos el terreno, un castillo, una vieja iglesia, siempre rutas y campos verdes.

A fuerza de soltar lastre, hemos terminado por frenar la caída; pero el globo, fofo y blando, semeja un andrajo de tela amarilla, y enflaquece a simple vista, asido por el frío de las nieblas que rápidamente condensa el gas. De nuevo entramos en las nubes, nos ahogamos en estas flotillas de bruma.

Los ruidos del mundo nos llegan más distintos, ladridos de perros, gritos de niños, circulación de vehículos, chasquidos de látigos. He aquí la tierra, el inmenso mapa geográfico que hemos podido ver por cerca de medio minuto al partir: estamos apenas a seiscientos metros por encima de ella, distinguimos detalles menores. Algunas gallinas, en un gran patio, vuelan despavoridas, tomándonos sin duda por algún gavilán monstruoso que planea.

¿Qué extraño animal es ése que corre en el campo? ¿Un pavo blanco, o un borrego, o un ganso? No. Es un niño, vestido con pantalón y una camisa, que nos ha visto y que, boca arriba, se ha tendido, lo que me ha permitido reconocer un cuerpo humano.

Lanzamos a tierra avisos frecuentes con nuestra bocina. Los hombres responden con gritos y nos acompañan corriendo a través del campo, abandonando los vehículos en los caminos, y vemos en medio de las cosechas verdes una multitud insensata que trota.

El aerostato sigue bajando. La primer ancla se arrastra entre los árboles, la segunda toca tierra cuando estamos por alcanzar una de las vías del tren cuyos cables telegráficos van a impedirnos el paso.

—Hay que esquivar los cables —grita Jovis, pues el telégrafo es la guillotina de los aeronautas.

El último saco de lastre es vaciado, casi de golpe, y el globo agonizante hace un último esfuerzo, parece dar un último aletazo, y salva el terraplén final justo en el momento en que llega un tren, cuyo maquinista nos saluda con un pitido.

Estamos de nuevo a treinta metros del suelo. Con un navajazo, Jovis corta la soga del ancla, que cae en un campo de trigo. Aliviado de este peso, El Horla asciende un poco; pero jalamos con todas nuestras fuerzas la cuerda de la válvula de escape y la barquilla cae a tierra, sin sacudida alguna, en medio de un pueblo de campesinos que la atrapan y retienen.

Abandonamos la barquilla, afligidos por ver terminado este corto y grandioso viaje, esta inimaginable ascensión a través del espacio, en un hechizo de nubes blancas que poeta alguno ha soñado.

Un amable terrateniente de Thieux, donde habíamos caído, el Sr. Gilles, que también ha realizado muchas ascensiones, viene a recibirnos con la promesa de una excelente cena en su casa.

## *El soldadito*

---

*Le petit soldat*

Todos los domingos, en cuanto estaban libres, los dos soldaditos echaban a andar.

Doblaban a la derecha al salir del cuartel, cruzaban Courbevoie a rápidas zancadas, como si estuvieran dando un paseo militar; después, cuando habían salido de las casas, seguían con paso más tranquilo la carretera polvorienta y desnuda que lleva a Bezons.

Eran bajos, delgados, perdidos en sus capotes demasiado anchos, demasiado largos, cuyas mangas les tapaban las manos, molestos por los pantalones rojos, demasiado amplios, que los obligaban a apartar las piernas para andar de prisa. Y bajo el chacó rígido y alto, no se veía sino una pequeña parte de su cara, dos pobres caras enjutas de bretones, ingenuas, de una ingenuidad casi animal, con ojos azules dulces y tranquilos.

Nunca hablaban durante el trayecto, caminando en derechura, con la misma idea en la cabeza, que sustituía a la conversación, pues habían encontrado a la entrada del bosquecillo de Chamieux un lugar que les recordaba su pueblo, y sólo se sentían a gusto allí.

En el cruce de las carreteras de Colombes y Chatou, al llegar bajo los árboles, se quitaban el sombrero que les aplastaba la cabeza, y se secaban la frente.

Se detenían siempre un rato en el puente de Bezons para mirar el Sena. Allí se quedaban, dos o tres minutos, doblados en dos, inclinados sobre el pretil; o bien contemplaban la gran cuenca de Argenteuil, por donde corrían las velas blancas e inclinadas de los clíper, que, quizá, les rememoraban la mar bretona, el puerto de Vannes, cerca del cual vivían, y los barcos de pesca que se alejaban por el Morbihan, mar adentro.

En cuanto habían cruzado el Sena compraban provisiones en la salchichería, la panadería y la tienda de vinos del pueblo. Un trozo de morcilla, veinte céntimos de pan y un litro de tintorro constituían los víveres que envolvían en sus pañuelos. Pero tan pronto como salían del pueblo avanzaban a paso más lento y empezaban a hablar.

Ante ellos, una árida llanura sembrada de grupos de árboles conducía al bosque, al bosquecillo que creían semejante al de Kermarivan. Los trigos y las avenas bordeaban el estrecho camino perdido entre el joven verdor de las cosechas, y Jean Kerderen decía todas las veces a Luc Le Ganidec:

—Es igualito que los alrededores de Plounivon.

—Sí, es igualito.

Y avanzaban uno al lado del otro, la mente llena de vagos recuerdos de su tierra, llena de imágenes evocadas, de imágenes ingenuas como las aleluyas coloreadas de a perra chica. Aquello les recordaba un cornijal, un seto, un trozo de landa, una encrucijada, una cruz de granito.

Todas las veces también se detenían junto a una piedra que limitaba una finca, porque tenía algo del dolmen de Locneuen.

Al llegar al primer grupo de árboles, Luc Le Ganidec arrancaba todos los domingos una varita, una varita de avellano, y empezaba a sacarle despacito la corteza pensando en la gente de allá lejos.

Jean Kerderen llevaba las provisiones.

De vez en cuando Luc citaba un nombre, recordaba un hecho de su infancia, con unas cuantas palabras que les daban materia para soñar un rato. Y su tierra, su querida

tierra lejana volvía a poseerlos poco a poco, les enviaba, a través de la distancia, sus formas, sus ruidos, sus horizontes conocidos, sus olores, el olor de la landa verde donde corría el aire marino.

Ya no sentían las exhalaciones del estiércol parisiense con el que se abonan las tierras de las afueras, sino el perfume de las algas floridas que recoge y arrastra la brisa salada del mar. Y las velas de los remeros, que aparecían por encima de las riberas, les parecían las velas de los barcos de cabotaje, divisadas detrás de la larga llanura que llegaba desde su casa hasta el borde de las olas.

Caminaban a pasitos cortos Luc Le Ganidec y Jean Kerderen, contentos y tristes, perseguidos por un dulce pesar, un pesar lento y penetrante de animal enjaulado, que recuerda.

Y cuando Luc había acabado de despojar la delgada varita de su corteza, llegaban al rincón de bosque donde almorzaban todos los domingos.

Encontraban los dos ladrillos escondidos por ellos en una mata y encendían un pequeño fuego de ramas para asar su morcilla en la punta de un cuchillo.

Y cuando habían almorzado, comiéndose hasta la última miga de pan, permanecían sentados en la hierba, uno junto a otro, sin decir nada, los ojos en la lejanía, los párpados pesados, los dedos cruzados como en misa, las piernas rojas estiradas al lado de las amapolas del campo; y el cuero de los chacós y el cobre de los botones relucían bajo el sol ardiente, haciendo detenerse a las alondras, que cantaban planeando sobre sus cabezas.

A eso del mediodía empezaban a volver sus miradas, de vez en cuando, hacia el pueblo de Bezons, pues iba a llegar la muchacha de la vaca.

Esta pasaba por delante de ellos todos los domingos para ir a ordeñar y encerrar su vaca, la única vaca del pueblo que comía hierba, y que pastaba en una estrecha pradera en la linde del bosque, más lejos.

Pronto divisaban a la criada, único ser humano que caminaba a través del campo, y se sentían regocijados por los brillantes reflejos que lanzaba el balde de hojalata bajo las llamas del sol. Jamás hablaban de ella. Se limitaban a estar contentos de verla, sin comprender por qué.

Era una chica alta y robusta, pelirroja y quemada por el ardor de los días claros; una mocetona atrevida de la campiña parisiense.

Una vez, al verlos sentados en el mismo sitio, les dijo:

—Hola... ¿Vienen ustedes siempre aquí?

Luc Le Ganidec, más osado, balbució:

—Sí, venimos a descansar.

Fue todo. Pero al domingo siguiente ella se rió al distinguirlos; rió con una benevolencia protectora de mujer despabilada que advertía la timidez de ellos, y preguntó:

—¿Qué hacen ahí? ¿Es que miran crecer la hierba?

Luc, divertido sonrió también:

—Puede ser.

Ella prosiguió:

—¡Caray! Pues lleva su tiempo.

El replicó, sin dejar de reír:

—Sí que lo lleva.

Ella pasó. Pero al regresar con su balde lleno de leche se detuvo otra vez delante de ellos y les dijo:

—¿Quieren un trago? Les recordará el pueblo.

Con su instinto de ser de la misma raza, acaso también lejos de su casa, había adivinado y dado en el clavo.

Se emocionaron los dos. Entonces ella vertió un poco de leche, con bastante dificultad, en el gollete de la botella de cristal donde llevaban el vino; y Luc bebió el primero, a sorbitos, deteniéndose a cada momento para ver si sobrepasaba su parte. Después le dio la botella a Jean.

Ella permanecía en pie delante de ellos, las manos en jarras, el balde posado en el suelo, a sus pies, encantada con el placer que sentían.

Después se marchó, gritando:

—¡Adiós, hasta el domingo!

Y ellos la siguieron con la vista, todo el tiempo que pudieron distinguirla, su alta silueta que se marchaba, que disminuía, que parecía hundirse en el verdor de las tierras.

Cuando salieron del cuartel, a la semana siguiente, Jean dijo a Luc:

—¿Qué tal si le compráramos algo bueno?

Y se quedaron muy embarullados con el problema de elegir una golosina para la chica de la vaca.

Luc opinaba que un trozo de embutido, pero Jean prefería caramelos rellenos, pues le gustaba el dulce. Triunfó su opinión y compraron, en un ultramarinos, diez céntimos de caramelos blancos y azules.

Almorzaron más pronto que de costumbre, agitados por la espera.

Jean la vio primero.

—Ahí viene— dijo.

Luc prosiguió:

—Sí. Ahí viene.

Ella se reía desde lejos al verlos. Gritó:

—¿Les va bien la vida?

Respondieron al tiempo:

—¿Y a usted?

Entonces ella charló, habló de cosas sencillas que les interesaban, del tiempo, de la cosecha, de sus amos.

No se atrevían a ofrecerle los caramelos, que se derretían poco a poco en el bolsillo de Jean.

Luc se armó de valor al fin y murmuró:

—Le hemos traído algo.

Ella preguntó:

—¿Qué es?

Entonces Jean, ruborizado hasta las orejas, sacó el cucuruchito de papel y se lo tendió.

Ella empezó a comer los trocitos de azúcar, que hacía rodar de una mejilla a otra y que formaban bultos bajo la carne. Los dos soldados, sentados delante de ella, la miraban, emocionados y encantados.

Después ordeñó la vaca y volvió a darles leche al regreso.

Pensaron en ella toda la semana, hablaron de ella varias veces. Al domingo siguiente, se sentó a su lado para platicar más tiempo, y los tres, uno al lado del otro, los ojos perdidos a lo lejos, las rodillas encerradas en las manos cruzadas, contaron menudos hechos y menudos detalles de los pueblos donde habían nacido, mientras que la vaca, allá al fondo, al ver que la sirvienta se había parado por el camino, extendía hacia ella su pesada cabeza de húmedos ollares y mugía prolongadamente para llamarla.

La chica aceptó en seguida tomar un bocado con ellos y beber un poquito de vino. A menudo les traía ciruelas en los bolsillos pues había llegado la temporada de las ciruelas. Su presencia espabilaba a los dos soldaditos bretones, que charlaban como pájaros.

Ahora bien, un martes Luc Le Ganidec pidió permiso, lo cual no ocurría nunca, y solo regresó a las diez de la noche.

Jean, inquieto, buscaba en su cabeza la razón por la cual su camarada habría podido salir así.

Al viernes siguiente Luc, tras pedir prestados cincuenta céntimos a su vecino de cama, volvió a solicitar autorización para marcharse durante unas horas; y lo consiguió.

Y cuando se puso en camino con Jean para el paseo dominical tenía una pinta muy graciosa, emocionadísimo, muy cambiado. Kerderen no entendía nada, pero sospechaba vagamente algo, sin adivinar qué podía ser.

No dijeron una palabra hasta llegar al sitio habitual, cuya hierba habían gastado a fuerza de sentarse en el mismo punto; y almorzaron lentamente. Ni uno ni otro tenían hambre.

Pronto apareció la chica. La veían llegar como hacían todos los domingos. Cuando estuvo muy cerca, Luc se levantó y dio dos pasos. Ella dejó el balde en el suelo y lo besó. Lo besó fogosamente echándole los brazos al cuello, sin ocuparse de Jean, sin pensar que estaba allí, sin verlo.

Y él estaba desconcertado, el pobre Jean, tan desconcertado que no entendía, con el alma trastornada, el corazón deshecho, aunque sin darse todavía cuenta.

Después la chica se sentó al lado de Luc y empezaron a charlar.

Jean no los miraba, adivinaba ahora por qué su camarada había salido dos veces entre semana, y sentía en su interior un pesar punzante, una especie de herida, ese desgarramiento que provocan las traiciones.

Luc y la chica se levantaron para ir juntos a encerrar la vaca.

Jean los siguió con los ojos. Los vio alejarse uno al lado del otro. Los pantalones rojos de su camarada ponían una mancha brillante en el camino. Fue Luc quien recogió el mazo y golpeó la estaca que sujetaba al animal.

La chica se bajó para ordeñarla, mientras él acariciaba con mano distraída el lomo cortante de la bestia. Después dejaron el balde en la hierba y se hundieron en el bosque.

Jean no veía sino el muro de hojas donde habían entrado; y se sentía tan turbado, que, de haber intentado levantarse, seguramente se habría caído allí mismo.

Permanecía inmóvil, embrutecido por el asombro y el sufrimiento, un sufrimiento ingenuo y profundo. Tenía ganas de llorar, de escaparse, de esconderse, de no volver a ver nunca a nadie.

De repente los distinguió que salían de la espesura. Regresaron despacito, de la mano, como hacen los novios en las aldeas. Era Luc quien llevaba el balde.

Se besaron de nuevo antes de separarse, y la chica se marchó tras haberle lanzado a Jean un buenas tardes amistoso y una sonrisa de inteligencia. Ese día no pensó en ofrecerle leche.

Los dos soldaditos siguieron uno al lado del otro, inmóviles como siempre, silenciosos y tranquilos, sin que la placidez de sus rostros mostrase nada de lo que turbaba sus corazones. El sol caía sobre ellos. La vaca, a veces, mugía al mirarlos desde lejos.

A la hora normal se levantaron para regresar.

Luc pelaba una varita. Jean llevaba la botella vacía. La dejó en la tienda de vinos de Bezons. Después se metieron por el puente y, al igual que cada domingo, se detuvieron en el medio para ver correr el agua unos instantes.



Jean se inclinaba, se inclinaba cada vez más sobre la balaustrada de hierro, como si hubiera visto en la corriente algo que lo atraía. Luc le dilo:

—¿Es que quieres beber un trago?

Cuando pronunciaba la última palabra, la cabeza de Jean arrastró al resto, las piernas levantadas describieron un círculo en el aire y el soldadito azul y rojo cayó de golpe, entró en el agua y desapareció en ella.

Luc, con la garganta paralizada de angustia trataba de gritar, en vano. Vio moverse algo un poco más lejos; después, la cabeza de su camarada surgió en la superficie del río para entrar en él en seguida.

Más lejos aún distinguió de nuevo una mano, una sola mano, que salió del río y volvió a hundirse. Fue todo.

Los barqueros que acudieron corriendo no encontraron el cuerpo ese día.

Luc regresó solo al cuartel, a todo correr, enloquecido, y contó el accidente, los ojos y la voz llenos de lágrimas y sonándose una y otra vez:

—Se inclinó., se... se inclinó., tanto., tanto, que la cabeza le falló... y... y... cayó...,cayó...

La emoción lo estrangulaba, no pudo decir más.

Si hubiera sabido...

*Le Figaro*, 13 de abril de 1885

# Soledad

---

*Solitude*

Habíamos comido juntos varios amigos de buen humor, alegres y contentos. Uno de ellos, el más viejo de todos nosotros, me dijo:

—¿Quieres que subamos a pie la avenida de los Campos Eliseos?

Y salimos juntos siguiendo a paso lento el largo y ancho paseo bajo los árboles casi desprovistos de hojas. No se oía otro ruido sino ese rumor confuso y continuo que se escucha en París a todas horas. Un vientecillo fresco nos azotaba el rostro, y allá arriba el cielo oscuro, negro, cubierto de estrellas, parecía sembrado de un polvo de oro. Mi compañero me dijo:

—No sé por qué respiro aquí de noche mejor que en ninguna otra parte. Me parece que mi pensamiento se ensancha. Hay momentos en que siento esa especie de luz en el entendimiento que hace creer, durante un segundo, que se va a descubrir el divino secreto de las cosas. Pero pasado ese instante la luz se extingue... la ventana se cierra y ¡se acabó!

De cuando en cuando veíamos deslizarse dos sombras a lo largo de los árboles, o pasábamos por delante de un banco donde estaban dos seres sentados uno junto a otro, y cuyas negras siluetas se confundían en una sola. Mi amigo murmuró:

—¡Pobre gente! No es repugnancia el sentimiento que me inspiran, sino el de una inmensa piedad. Entre todos los misterios de la vida humana hay uno que yo he penetrado: el grande, el cruel tormento de nuestra existencia, proviene de que estamos eternamente solos, y todos nuestros esfuerzos, todos nuestros actos no tienden sino a huir esa soledad en que vivimos. Esos enamorados al aire libre que acabamos de ver sentados en esos bancos tratan, como nosotros, como todas las criaturas, de hacer cesar ese aislamiento, aunque sólo sea durante un minuto: pero permanecen y permanecerán siempre solos, y nosotros también. Unos se aperciben más que otros de esa verdad; pero todos la comprenden. ¡Desde hace algún tiempo sufro yo el abominable suplicio de "haber comprendido", de haber descubierto la espantosa soledad en que vivo, y sé que nada, ¿entiendes?, nada puede hacerla cesar! ¡Sea lo que sea que intentemos o hagamos, cualesquiera que sean los impulsos de nuestro corazón, el grito de nuestros labios, el abrazo de nuestros cuerpos, estamos siempre, siempre solos! Yo te he arrastrado esta noche a este paseo para no volver tan temprano a mi casa, porque sufro horriblemente de la soledad que allí me rodea. Sí, te he arrastrado conmigo por eso; ¿y de qué me sirve? Yo te estoy hablando, tú me escuchas y estamos uno al lado del otro, pero solos. ¿Me entiendes? "Bienaventurados los pobre de espíritu", dice la Escritura. ¡Ellos tienen la ilusión de la felicidad; no sienten nuestra solitaria miseria, no. Vagan como yo, por la vida, sin otro contacto que el de los codos, sin otra alegría que la egoísta satisfacción de comprender, de ver, de adivinar y de experimentar sin tregua ni reposo esa eterna sensación de aislamiento!

"Me encuentras algo loco, ¿verdad? Escúchame. Desde que he sentido la soledad de mi ser, me parece que voy hundiéndome cada día más en un sombrío subterráneo cuya salida no veo, cuyo fin no conozco y que no tiene fondo quizá. Y allá voy, sin nadie a mi alrededor, sin ningún ser viviente que me acompañe en ese tenebroso viaje. Ese subterráneo es la vida. A veces oigo ruidos, voces, gritos... marchó a tientas hasta esos ruidos confusos, pero jamás logro saber de dónde parten; no encuentro jamás a nadie,

ni tropieza la mía con otra mano en esa oscuridad que me rodea. ¿Me comprendes? Hombres hay que han adivinado este atroz sufrimiento. Musset ha dicho:

¿Quién viene? ¿Quién me llama? Nadie...

Estoy solo; es el reloj que suena...

¡Oh, soledad! ¡Oh, miseria!

"Pero en él no era sino una duda pasajera lo que en mí es una definitiva certidumbre. Musset era poeta; poblaba la vida de fantasmas, de sueños, de ilusiones. No estaba, pues, verdaderamente solo. ¡Yo... sí lo estoy! Gustave Flaubert, uno de los hombres más desgraciados de este mundo, por lo mismo que era uno de los más lúcidos, escribía a una amiga suya esta frase desesperante: 'Todos vivimos en un desierto. Nadie comprende a nadie.'

"No, nadie comprende a nadie, piensen lo que piensen, digan lo que digan, intenten lo que intenten. La tierra ¿sabe lo que pasa en esas estrellas que miramos, arrojadas como granos de fuego a través del espacio, tan lejanas de nosotros que apenas percibimos la claridad de algunas, mientras las demás, las que no vemos, innumerables y perdidas allá en lo infinito están tan próximas unas de otras que forman tal vez un todo, como las moléculas de un cuerpo? Pues bien, el hombre no sabe lo que pasa en otro cualquiera de sus semejantes. Estamos más lejos unos de otros que esos astros, sobre todo más aislados, porque el pensamiento es insondable.

"¿Tienes tú idea de algo más horroroso que ese constante rozamiento con los seres en cuyo pensamiento no podemos penetrar, a quienes no comprendemos? Nos amamos los unos a los otros como si estuviéramos encadenados, cerca muy cerca, con los brazos tendidos unos hacia otros, sin conseguir alcanzarnos con la punta de los dedos. ¡Nos sentimos dominados por una torturante necesidad de unión; pero todos nuestros esfuerzos permanecen estériles, nuestros abandonos inútiles, nuestras confianzas infructuosas, nuestros abrazos impotentes, nuestras caricias vanas. Cuando querernos entremezclarnos, nuestros impulsos no logran sino apartarnos más y más a los unos y a los otros!

"Yo no me siento nunca más solo que cuando abro mi corazón a un amigo, porque entonces comprendo y aprecio mejor el infranqueable obstáculo. Ese hombre, ese amigo está ahí, enfrente de mí; ¡veo sus ojos claros fijos en los míos! pero su alma... ¡ah! su alma que se oculta tras de sus ojos... ¡no la conozco, no la veo! Mi amigo me escucha. ¿Que piensa? Sí; ¿en qué está pensando? ¿Tú no comprendes este tormento?... ¿Me odia quizá, o me desprecia, o se burla de mí? Mientras yo hablo él reflexiona en lo que le estoy diciendo y me juzga y me condena, estimándome tonto o vulgar. ¿Cómo saber lo que piensa? ¿Cómo saber si me aprecia, si me quiere como yo lo quiero... y lo que se agita en esa cabeza redonda? ¡Oh! ¡Qué misterio tan profundo es el pensamiento desconocido de un ser, el pensamiento oculto y libre, que no podemos conocer, que no podemos conducir, ni dominar, ni vender!

"Yo mismo he deseado ardientemente entregarme todo entero, abrir por completo las puertas de mi alma, y no lo he conseguido porque guardo allá en el fondo, muy en el fondo, ese lugar secreto del yo donde nadie penetra, que nadie puede descubrir porque nadie se me parece, porque nadie comprende a nadie. Tú mismo, di, ¿me comprendes en este momento? No; tú me crees loco, ¡me examinas con desconfianza y te pones en guardia contra mí! Y te preguntas: "¿Qué tendrá ese hombre esta noche?" Pero si tú llegaras un día a palpar, si adivinaras este horrible y sutil sufrimiento, ven y dime tan solo estas palabras: ¡Te he comprendido!, y me harás feliz, durante un segundo, quizá.

"Son las mujeres quienes me hacen percibir aún más mi soledad. ¡Ah! ¡Miseria, miseria! ¡Cuánto he sufrido por ellas, puesto que ellas me han dado más frecuentemente que los hombres la ilusión de no estar solo! Cuando se entra en el Amor parece que se

ensancha el alma. Se siente uno invadido por una idea sobrenatural! ¿Y sabes por qué? ¿Sabes de dónde procede esa sensación de inmensa felicidad? Únicamente porque uno se imagina que no está solo. El aislamiento, el abandono del ser humano parece que cesa... ¡Qué horror! ¡Más atormentada aún que nosotros por esa eterna necesidad del amor que roe nuestro solitario corazón, la mujer es la gran mentira de la ilusión. Tú conoces muy bien esas deliciosas horas pasadas frente a ese ser de largos cabellos, de rasgos encantadores, y cuya mirada nos enloquece. ¡Qué delirio extravía nuestro espíritu! ¡Qué ilusión nos embarga los sentidos! ¡Parece que vamos a confundirnos con ellos, a no formar sino un todo, dentro de un instante! Pero ese instante no llega nunca, y después de semanas y meses de espera, de ilusiones y de alegrías engañosas, un día se encuentra uno bruscamente solo, más solo de lo que se había estado hasta entonces. Después de cada beso, después de cada abrazo, el aislamiento aumenta. ¡Y qué aflictivo es y qué espantoso!

"Otro poeta, Sully Prudhomme, ha escrito:

Y pasadas esas caricias, esos transportes... ¡adiós! se acabó.

"¡Apenas si se reconoce a esa mujer que ha sido todo para nosotros durante un momento de la vida y de la que, sin duda, jamás hemos conocido el pensamiento interno y banal! En esas mismas horas en que parece que, por virtud de un misterioso acuerdo de dos seres, un absoluto compenetramiento de deseos y de aspiraciones ha logrado descender hasta lo más profundo de su alma... una palabra, un gesto a veces nos revela nuestro error, mostrándonos como un relámpago en la noche el negro abismo que a ambos nos separa.

"Y sin embargo, no hay en el mundo nada mejor que pasar una noche al lado de una mujer querida, sin hablar, casi completamente dichoso por la sola sensación de su presencia. No pidamos más, porque jamás se mezclan enteramente dos seres. En cuanto a mí, ya tengo el alma cerrada. No digo a nadie lo que pienso, lo que creo, lo que amo. Sabiendo que estoy condenado a horrible soledad, miro las cosas sin jamás emitir mi parecer sobre ellas. ¡Qué me importan las opiniones, las querellas los placeres, las creencias! No pudiendo compartir nada con nadie, he llegado a desinteresarme de todo. Mi pensamiento invisible permanece inexplorado. Tengo frases frívolas para responder a los interrogatorios de cada día y una sonrisa que dice "sí" cuando no quiero tomarme la molestia de hablar. ¿Me comprendes?"

Habíamos subido la larga avenida hasta el arco del triunfo de la Estrella , y descendido luego hasta la plaza de Concordia, porque mi amigo había enunciado todo aquello lentamente, añadiendo aún otras muchas cosas de las que ya no me acuerdo.

Se detuvo y, bruscamente, levantando su brazo hacia el obelisco de granito que se alzaba en medio de la plaza, perdiéndose en la oscuridad de la noche su largo perfil egipcio, monumento desterrado que lleva en su flanco escrita con extraños y misteriosos signos la historia de su país, mi amigo exclamó:

—Ahí tienes; todos nosotros somos como esa piedra...

Y se alejó de mí sin pronunciar una palabra.

¿Estaba borracho? ¿Estaba loco? ¿O estaba tal vez demasiado cuerdo?... No lo sé...

A veces me parece que tiene razón. Otras pienso que había perdido el juicio.

*Le Gaulois*, 31 de marzo de 1884

# *Una sorpresa*

---

*Une surprise*

Nosotros, mi hermano y yo, fuimos educados por nuestro tío el abad Loisel, “el cura Loisel” como nosotros le llamábamos. Habiendo fallecido nuestros padres durante nuestra infancia, el abad nos recogió en la casa parroquial y nos amparó.

Él servía desde hacía dieciocho años a la comunidad de Join-le-Sault, no lejos de Yvetot. Se trataba de un pueblecito, situado en el hermoso centro de la planicie de la región de Caux, sembrado de granjas que levantaban aquí y allá sus parcelas de árboles por los campos.

La comunidad, a parte de las chozas diseminadas por la planicie, no tenía más que seis casas alineadas a los dos lados de la carretera principal, con la iglesia en un extremo de la región y el ayuntamiento nuevo en el otro extremo.

Mi hermano y yo pasamos nuestra infancia jugando en el cementerio. Como éste estaba al abrigo del viento, mi tío nos impartía allí sus lecciones, sentados los tres sobre la única tumba de piedra, la del anterior cura cuya familia, rica, lo había hecho enterrar señorialmente.

El abad Loisel, para fortalecer nuestra memoria, nos hacía aprender de memoria los nombres de los muertos inscritos sobre la cruz de madera negra y, con la finalidad de ejercitar al mismo tiempo nuestro discernimiento, nos hacía empezar esta insólita cantinela, unas veces por un extremo del campo fúnebre y otras por el opuesto, a veces por el medio, señalando, de repente, una sepultura determinada:

—Veamos, la de la tercera fila, cuya cruz cuelga a la izquierda.

Cuando se presentaba un entierro, teníamos prisa por conocer lo que se inscribiría sobre el símbolo de madera, e íbamos incluso a menudo junto al carpintero para leer el epitafio, antes de que fuera colocado sobre la tumba. Mi tío preguntaba:

—¿Conocéis el nuevo?

Nosotros respondíamos los dos a la vez:

—Sí, tío,— y nos poníamos rápidamente a farfullar:

—Aquí descansa Joséphine, Rosalía, Gertrude Malaudin, viuda de Théodore Magloire Césaire, fallecida a la edad de sesenta y dos años, sentida la pérdida por su familia, buena hija, buena esposa y buena madre. Su alma descansa en paz en la celeste morada.

Mi tío era un cura enorme y huesudo, tan cuadrado de ideas como de cuerpo. Su propia alma semejava dura y precisa, igual que una respuesta de catecismo. Nos hablaba a menudo de Dios con voz de trueno. Pronunciaba esa palabra violentamente como si hubiera disparado un pistoletazo. Su Dios, por otra parte, no era “el buen Dios”, sino “Dios” a secas. Él debía de pensar en Él de la misma forma que un merodeador piensa en un gendarme, un prisionero en un juez de instrucción.

A mi hermano y a mí nos educó rudamente, enseñándonos a temer antes que a amar.

Cuando tuvimos uno catorce años y el otro quince, nos metió internos, a precio reducido, en la institución eclesiástica de Yvetot. Éste era un triste y gran edificio, lleno de curas y de alumnos casi todos destinados al sacerdocio. No puedo todavía pensar en ello sin sentir escalofríos de tristeza. Allí se olía la oración como se huele el pescado en el mercado un día de marejada. ¡Oh! ¡El triste colegio, con sus eternas ceremonias religiosas, la fría misa de cada mañana, las meditaciones, las recitaciones del evangelio,

las lecturas piadosas a la cena! ¡Oh! El remoto y triste tiempo pasado dentro de esos muros enclaustrados donde no se oía hablar de nada más que de Dios, del Dios tempestuoso de mi tío.

Vivíamos allá en una piedad estrecha, rumiante y forzosa, y también en una suciedad verdaderamente loable, ya que, me acuerdo que no nos hacían lavar los pies a los niños más que tres veces al año, la víspera de las vacaciones. En cuanto a los baños, los ignorábamos tan completamente como el nombre del Sr. Víctor Hugo. Nuestros maestros debían de tenerlos en gran desprecio.

Salí del bachiller el mismo año que mi hermano, y, provistos de algunas calderillas, nos despertamos los dos una mañana en París, empleados por dieciocho céntimos de franco en la administración pública, gracias a la protección del Monseñor de Rouen.

Durante algún tiempo todavía seguimos siendo muy honestos, mi hermano y yo, viviendo juntos en el pequeño apartamento que habíamos alquilado, semejantes a pájaros de noche que uno saca de su agujero para lanzarlos a pleno sol, aturdidos, despavoridos.

Pero poco a poco, el aire de París, los colegas, los teatros, nos fueron espabilando. Nuevos deseos, ajenos a los placeres celestiales, comenzaron a penetrar en nosotros, y a fe mía, una tarde, la misma tarde, después de largas dudas, de grandes inquietudes y de los temores propios del soldado ante su primera batalla, nos dejamos llevar... ¿como diría...? nos dejamos seducir por dos vecinitas, dos amigas empleadas en el mismo almacén, y que habitaban en la misma vivienda.

Ahora bien, pronto tuvo lugar un cambio entre las dos parejas, un reparto. Mi hermano cogió el apartamento de las dos chicas y se quedó con una de ellas. Yo me apoderé de la otra, que se vino a mi casa. La mía se llamaba Louise; tendría unos veintidós años. Era una buena chica, lozana, alegre, rolliza toda ella, muy rolliza incluso en ciertas parte. Se instaló en mi casa como la mujercita que toma posesión de un hombre y de todo lo que depende de ese hombre. Organizó, ordenó, hizo de comer, reguló la despensa con ahorro, y me procuró, por otra parte, muchos beneplácitos nuevos para mi.

Por su parte, mi hermano estaba muy contento. Cenábamos los cuatro juntos, un día en nuestra casa, un día en la suya, sin una sombra en el alma ni una preocupación en el corazón.

De vez en cuando yo recibía una carta de mi tío que me creía perdurablemente viviendo con mi hermano, y que me transmitía noticias de la región, de su criada, de los muertos recientes, de la tierra, de las cosechas, todo ello mezclado con muchos consejos sobre los peligros de la vida y las bajezas del mundo.

Estas cartas llegaban por la mañana en el correo de las ocho. El conserje las deslizaba por debajo de la puerta dando un escobazo en la pared para avisar. Louise se levantaba, iba a recoger el sobre de papel azul, y se sentaba al borde de la cama para leerme las “epístolas del cura Loisel” como ella también le llamaba.

Durante seis meses fuimos felices.

Ahora bien, una noche, hacia la una de la madrugada, un violento campanillazo nos hizo estremecer a la vez, ya que en ese momento no dormíamos en absoluto. Louise dijo:

—¿Qué puede ser eso?

Yo respondí:

—No sé. Seguramente se equivocan de piso.

Y no nos movimos más, aunque... al final permanecimos abrazados el uno contra el otro, aguzado el oído, muy nerviosos.

Y de repente, un segundo campanillazo, después un tercero, después un cuarto llenaron de estruendo el pequeño apartamento y nos hicieron enderezarnos y sentarnos a la vez en nuestra cama. No nos equivocábamos; era por nosotros. Puse rápido un pantalón, calcé mis chancletas y corrí hacia la puerta del vestíbulo, temiendo una desgracia. Pero antes de abrir pregunté:

—¿Quién está ahí? ¿Qué quieren?

Una voz, una grave voz, la de mi tío, respondió:

—Soy yo, Jean, abre rápidamente, en nombre de un pequeño buen hombre, no tengo ganas de dormir en las escaleras.

Pensé volverme loco. ¿Qué hacer? Corría hacia la habitación, y con una voz jadeante, le dije a Louise:

—Es mi tío, escóndete.

Después volví, abrí la puerta de fuera; el cura Loisel estuvo a punto de derribarme con su maleta tapizada.

Gritó:

—¿Qué hacías pues, tunante, para no abrir?

Yo respondí balbuceando:

—Dormía, tío.

Él continuó:

—Dormías, vale, pero después, cuando me has hablado, allí, detrás de la puerta.

Yo tartamudeé:

—Había dejado mi llave en el bolsillo de mis pantalones, tío.

Después para evitar otras explicaciones, me lancé a su cuello, abrazándole con violencia.

Él se suavizó, se explicó:

—Heme aquí por cuatro días, granuja. He querido echar un vistazo sobre este infierno de París para hacerme una idea del otro. Y se rió con una risa vociferante, y después continuó:

—Puedes alojarme donde quieras. Retiraremos un colchón de tu cama. Pero, ¿dónde está tu hermano? ¿Duerme? ¿No vas a despertarlo?

Perdí los estribos; finalmente murmuré:

—Jacques no ha vuelto: esta noche tienen mucho trabajo adicional en el despacho.

Mi tío, sin desconfianza, se frotó las manos preguntando:

—Entonces, ¿va bien el trabajo?

Y se dirigió hacia la puerta de mi habitación. Yo casi le salto al alzacuellos.

—No... no... por aquí, tío

Se me había ocurrido una idea, y añadí:

—Usted debe de tener hambre, después del viaje, venga a comer algo.

Sonrió.

—Es verdad que tengo hambre. Me comería un trocito de pan.

Y lo empujé a la sala.

Justamente habíamos cenado en casa ese día, así que la alacena estaba bien provista. Primero saqué un trozo de carne adobada que el cura atacó gozosamente. Yo le animaba a comer, sirviéndole de beber, haciéndole recordar las grandes cenas normandas para activar su apetito.

Cuando hubo terminado, dejó su plato delante de él declarando:

—Ya está, estoy lleno.

Pero yo tenía mis reservas; conocía la debilidad del buen hombre, y traje un paté de ave, una ensalada de patatas, un tarro de nata y vino con la finalidad de que no finalizara.

Estuvo a punto de caer de espaldas y gritó:

—¡En nombre de un pequeño buen hombre, qué despensa!

Y tomó de nuevo su plato aproximándose a la mesa. La noche avanzaba, continuaba comiendo; y yo buscaba un medio para salir de aquel apuro sin dar con ninguno que me pareciera adecuado.

Por fin, mi tío se levantó. Me sentí desfallecer. Quise retenerle de nuevo.

—Venga, tío, una vaso de aguardiente; es añeja, es buena.

Pero él dijo:

—No, ahora sí que estoy servido. Veamos tu apartamento.

No había forma de cortar a mi tío, yo lo sabía; escalofríos me corrieron por la espalda. ¿Qué iba a acontecer? ¿Qué escena? ¿Qué escándalo? ¿Qué situación violenta tal vez?

Lo seguí con unas ganas locas de abrir la ventana y lanzarme a la calle. Lo seguía estúpidamente sin osar decir una palabra para retenerlo; lo seguía sintiéndome perdido, a punto de desmayarme de angustia, confiando sin embargo en algún tipo de suerte.

Entró en mi habitación. Una suprema esperanza me hizo saltar el corazón. La valiente joven había cerrado las cortinas de la cama; y ni un solo trapo de mujer aparecía tirado. Los vestidos, collares, manguitos, medias finas, guantes, broches, anillos, todo había desaparecido.

Yo balbuceé:

—No vamos a acostarnos ahora, tío, ya es de día.

El cura Loisel respondió:

—Tu estás bien, tú, pero yo dormiría tranquilamente una hora o dos.

Y se acercó a la cama, su vela en la mano. Yo esperaba, ansioso, perdido. ¡De un solo manotazo abrió las cortinas!.. Hacía calor (era junio); habíamos retirado todas las mantas, y solo quedaba la sábana que Louise enloquecida había echado sobre su cabeza. Sin duda para esconderse mejor, se había enrollado como una bola, y se veía... se veía.. su contorno pegado contra la tela.

Sentí que me iba a caer de espaldas.

Mi tío se giró hacia mí riéndose a carcajadas, de manera que estuve a punto de descomponerme de estupefacción.

Gritó:

—¡Ah! bromista, no has querido despertar a tu hermano. Y bien, vas a ver como le despierto yo.

Y vi su mano, su gruesa mano de aldeano que se elevaba; y mientras que él reventaba de risa, se precipitó con un formidable ruido sobre... sobre los contornos que aparecían expuestos delante de él.

Y un grito terrible se oyó en la cama; y a continuación una furiosa tormenta bajo la sábana. Aquello se movía, se movía, se estremecía, se agitaba. Ella no era capaz de liberarse, tan enredada como estaba allá dentro.

Finalmente una pierna apareció por una esquina, un brazo por la otra, después la cabeza, a continuación todo el pecho, desnudo y con sacudidas; y Louise, furiosa, se sentó mirándonos con unos ojos brillantes como linternas.

Mi tío, enmudecido, se alejaba reculando, la boca abierta como si hubiera visto al demonio, y soplando como un buey.

Yo consideré la situación demasiado grave para hacerle frente y me escapé atropelladamente.

No regresé hasta dos días más tarde. Louise había partido dejando la llave en conserjería. Jamás la he vuelto a ver.



¿En cuanto a mi tío? Me ha desheredado a favor de mi hermano que, avisado por la dueña de la casa, ha jurado que él se había separado de mi como consecuencia de mis excesos de los que no podía permanecer como testigo.

No me casaré, las mujeres son demasiado peligrosas.

*Gil Blas*, 15 de mayo de 1883

## *Un sueño (Despertando)*

---

*Réveil*

Desde que se casó, y hacia ya tres años, no había salido nunca del valle de Giré, donde su marido tenía dos fábricas de hilados, viviendo tranquila, sin hijos, feliz, en su casa oculta entre los árboles.

El señor Vasseur, que la llevaba muchos años, era muy bueno. Ella le quería y nunca un pensamiento culpable había entrado en su corazón. Su madre pasaba todos los veranos con ellos en Giré, y volvía de nuevo a París en cuanto comenzaban a caer las hojas.

Cada otoño Juana tosía un poco. El estrecho valle por el cual serpenteaba el río era húmedo y brumoso durante cinco meses del año. Una tenue niebla se formaba primero sobre los prados y el paisaje aparecía como un extenso lago, sobre cuya superficie flotaban los tejados de las casas. Luego aquella blanca nube subía como una marea, envolviéndolo todo, convirtiendo el valle en un país de fantasmas, donde los hombres, a diez pasos uno de otro, se cruzaban sin reconocerse. Los troncos de los árboles, entre jirones de niebla, se cubrían de musgo con tanta humedad.

Pero las gentes que pasaban por las cercanías, de la brumosa blancura del valle veían surgir las dos chimeneas gigantes de las fábricas del señor Vasseur, que arrojaban día y noche al cielo sus enroscadas columnas de humo negro. Era la única señal aparente de vida en aquel hoyo cegado por una masa de algodón.

Al llegar el mes de octubre, el médico aconsejó a Juana que se fuera con su madre a París; el húmedo ambiente del valle no era lo más recomendable para sus pulmones.

Y Juana se fue.

Al principio sólo pensaba en su hogar abandonado, en sus costumbres, en sus muebles que le inspiraban cariñosa ternura; pero al fin se hizo a la vida nueva, y se fue aficionando a diversiones mundanas, a banquetes, a teatros, a bailes.

Había conservado hasta entonces sus modales de soltera, algo de indeciso y de soñoliento, un andar vago, una sonrisa forzada. Y de pronto apareció vivaracha y alegre, dispuesta siempre a divertirse. Los hombres la pretendieron. Ella se distrajo con sus palabras, jugó con sus galanterías, muy segura de sí, un tanto desilusionada en asuntos de amor, por lo que de tales cosas la hizo conocer el matrimonio.

La sola idea de entregarse a las groseras caricias de aquellos personajes barbudos le producían risa y repugnancia a un tiempo. Se preguntaba con estupor cómo algunas mujeres podían consentir ciertos contactos íntimos con amantes después de verse obligadas a tolerarlos con el esposo. Juana hubiera estimado más al señor Vasseur, si viviesen como dos amigos, limitándose a los castos besos, que son las caricias de las almas.

Pero se divertía mucho con las atenciones obsequiosas y con los deseos revelados por los ojos de sus pretendientes y jamás por ella sentidos, con los ataques directos, las declaraciones hechas al oído por sus acompañantes, mientras pasaban del comedor al salón, y las palabras dichas tan levemente que se hacía indispensable adivinarlas; todo aquello que no conmovía su alma ni su carne, hormigueando en su coquetería inconsciente, llenándola de satisfacción y haciendo sonreír sus labios, chisporrotear sus ojos y estremecer su corazón femenino, que recibía las adoraciones como un homenaje forzoso.

Le agradaban esas entrevistas al declinar la tarde, junto a la chimenea, en el salón casi oscuro, cuando el hombre insiste inquieto, balbuciente; cuando tiembla y cae de rodillas. Era para Juana un placer exquisito y nuevo contemplar aquellas pasiones fogosas que no compartía; decir "no" con la cabeza y con los labios, retirar sus manos, levantarse y pedir luces con la mayor frialdad, y ver alzarse confuso y rabioso, para que no le sorprendiera el criado en postura tan humilde, al infeliz que suplicaba temblando a sus pies.

Juana sabía reír secamente para helar una frase abrasadora; tenía palabras duras que lanzaba como un jarro de agua fría sobre las promesas ardientes, y entonaciones capaces de convertir en suicidas a los verdaderos enamorados.

Dos jóvenes, entre todos, la perseguían con obstinación, y eran completamente diferentes el uno del otro. Pablo Peronel, un buen mozo, galante y atrevido, afortunado con las mujeres, y que sabía escoger y aguardar las ocasiones. El señor D'Avancelle, que acercándose a Juana se estremecía, no atreviéndose apenas a expresar su ternura, pero siguiéndola como la sombra, confesando sus deseos desesperados en miradas penetrantes.

Ella llamaba Capitán Esttuendo al primero y Cordero Fiel al segundo, acabando por hacer de éste una especie de esclavo, sujeto a sus caprichos y del que usaba como de un lacayo.

Poco se hubiera reído Juana si le dijeran que acabaría queriéndole.

Y, sin embargo, le quiso de un modo especial. Como a todas horas le veía, se acostumbró a su voz, a sus gestos y a sus maneras, como se acostumbra uno a todo lo que ve continuamente.

Con frecuencia el rostro de el Cordero Fiel se le aparecía en sueños obstinadamente, como era en realidad: dulce, delicado y humilde amante; ella despertaba poseída por esas imaginaciones, creyendo sentirle y oírle aún. Pero una noche —tenía fiebre, sin duda— Juana se vio sola con él en un bosquecillo, sentados juntos sobre la hierba.

El decía frases encantadoras, oprimiendo y besando sus manos. Ella sentía el calor de su piel, su agitado aliento, y, sencillamente, sin extrañarse de lo que hacía, le acariciaba los cabellos.

En el sueño pasan las cosas de muy distinta manera que en la vida. Juana rebosaba ternura por él, una ternura tranquila y profunda, dichosa de tocar aquella frente y de sentirle junto a ella. Poco a poco el amante la envolvía entre sus brazos, la besaba en las mejillas y en los ojos sin que Juana tratase de huir, y sus labios acabaron encontrándose. Entonces ella se abandonó.

Aquello —la realidad no tiene éxtasis tan profundos— fue un momento de dicha inconcebible y sobrehumana, ideal y carnal, enloquecedora, imborrable.

Juana despertó vibrando conmovida, y no pudo volver a dormirse; se sentía obsesionada, poseída por él.

Y cuando le vio realmente se turbó, y mientras él hablaba con timidez de sus amores, ella recordaba sin cesar, no pudiendo evitarlo; recordaba sin cesar la caricia suprema del ensueño delicioso.

Le amaba; le amaba con singular ternura, exquisita y sensual, fundada sobre todo en el recuerdo de aquel sueño, aun cuando ella temía que llegase a realizarse el deseo despertado ya en su alma.

El acabó comprendiéndolo, ella se lo confesó todo, hasta el miedo que le inspiraban sus besos; y le hizo jurar que la respetaría.

\*\*\*

La respetó. Pasaron largas horas de amor exaltado, en las cuales solamente sus almas se acariciaban, separándose al fin enervados, desfallecidos, febriles.

Sus labios alguna vez se unían, cerrando los ojos, saboreaban aquella caricia larga, siempre ideal y pura.

Juana comprendió que no resistiría más tiempo, y para evitar una caída segura escribió a su marido que deseaba volver al valle y reanudar allí su vida tranquila, solitaria.

El señor Vasseur contestó una carta bonachona, disuadiéndola de volver a medio invierno y exponerse al cambio brusco y a las brumas glaciales.

Juana se aterró, indignándose contra el marido confiado, que no comprendía, que no adivinaba las dichas de su corazón.

Se presentó febrero luminoso y templado, y aun cuando Juana temía encontrarse largo rato a solas con su Cordero Fiel, aceptó en su compañía un paseo en coche al anochecer. Hubiérase dicho que aquella tarde la savia del mundo entero despertaba; de tal modo era tibio el ambiente. Llegaba la noche y el coche iba al paso; ellos muy juntos y con las manos enlazadas.

"Esto acabó, esto acabó; estoy perdida", pensaba ella, sintiendo un deseo implacable, una imperiosa necesidad de aquella suprema caricia que se le había ofrecido tan completa en un sueño. A cada instante sus bocas se buscaban, se unían, y se apartaban para volver a encontrarse. El Cordero Fiel no se atrevió a subir con ella cuando llegaron a su casa y se despidió en la puerta, dejándola turbada y desfallecida.

Pablo Peronel la aguardaba en el oscuro saloncito.

Al darle la mano sintió que ardía y se puso a decirle a media voz frases galantes, meciendo su alma femenina con el encanto de palabras amorosas. Ella le oía en silencio, creyendo aún oír al otro, creyendo sentirle contra ella en una especie de alucinación. La imagen del amante la obsesionaba. No comprendía que hubiese otro hombre para ella en el mundo, y cuando sonaron en su oído las palabras "te amo", "te amo", era su amante quien las pronunciaba, era su amante quien iba besando sus dedos, era su amante quien la oprimía contra su pecho como poco antes en el coche; su amante quien buscaba en sus labios caricias victoriosas, quien la enlazaba y a quien se abandonó con toda la vehemencia de su alma, con todo el ardor exasperado de su carne.

Al darse cuenta de aquella realidad, que parecía un sueño, Juana lanzó un grito espantoso.

El Capitán Estruendo, de rodillas junto a ella, le daba las gracias apasionadamente por su complacencia, besando sus cabellos desprendidos.

Juana gritó:

—¡Váyase usted, váyase usted, váyase usted.!

Y como él, no comprendiendo lo que ocurría, trató de abrazarla, ella, evitándole, rugió:

—¡Canalla!, le odio a usted, me ha robado; váyase de aquí.

El se levantó sin más explicaciones, y cogiendo el sombrero, se fue.

\*\*\*

Al día siguiente Juana volvió al valle.

Su esposo, sorprendido, la reprendió por aquella solución que podía ser perjudicial para su salud.

—No me acostumbro a vivir lejos de ti —arguyó Juana.

El marido la encontró cambiada, más triste que antes, y al preguntarle: "¿Qué tienes? ¿Qué te hace infeliz? ¿Qué deseas?", ella contestó:

—Nada. Solamente los sueños son agradables en la vida.

En verano, Cordero Fiel fue a visitarla.

Juana le recibió sin turbación y sin pena, comprendiendo de pronto que sólo le había querido en un sueño, del cual Pablo Peronel la despertó brutalmente.

Pero el joven, que no dejaba de adorarla, pensó, yéndose de allí: "Las mujeres son criaturas bien extrañas y de complicaciones inexplicables."

*Gil Blas*, 20 de febrero de 1883

# Sueños

---

*Rêves*

Fue después de una cena de amigos, de viejos amigos. Eran cinco: un escritor, un médico, y tres solteros ricos sin profesión.

Se había hablado de todo, y se había llegado a una lasitud, esa lasitud que precede y decide la partida después de una fiesta. Uno de los comensales, que miraba desde hacía cinco minutos, sin hablar, el agitado bulevar, constelado por las boquillas del gas y lleno de zumbidos, dijo de pronto:

—Cuando no se hace nada de la mañana a la noche, los días son largos.

—Y las noches también —añadió su vecino—.

Yo apenas duermo, los placeres me cansan, las conversaciones no varían; jamás encuentro una idea nueva, y experimento, antes de hablar con no importa quién, un furioso deseo de no decir nada y no oír nada. No sé qué hacer con mis veladas.

Y el tercer desocupado proclamó:

—Estarla dispuesto a pagar bien una forma de pasar, cada día, sólo dos horas agradables.

Entonces el escritor, que acababa de echarse el abrigo al brazo, se acercó.

—El hombre —dijo— que descubriera un vicio nuevo, y lo ofreciera a sus semejantes, aunque eso redujera su vida a la mitad, haría un servicio más grande a la humanidad que aquél que encontrara el medio de asegurar la salud y la juventud eternas.

El médico se echó a reír, y mientras mordisqueaba un cigarro dijo:

—Sí, pero las cosas no se descubren de este modo. Aunque se ha buscado encarecidamente y trabajado el asunto desde que el mundo existe. Los primeros hombres llegaron de golpe a la perfección en esto. Nosotros apenas los igualamos.,,

Uno de los tres desocupados suspiró.

—¡Es una lástima!

Luego, al cabo de un minuto, añadió:

—Si tan sólo pudiéramos dormir, dormir bien sin tener ni frío ni calor, dormir con ese anonadamiento de las noches de gran cansancio, dormir sin sueños.

—¿Por qué sin sueños? —preguntó su vecino.

—Porque los sueños no siempre son agradables —respondió el otro—, y siempre son extraños, inverosímiles, deshilachados, y porque durmiendo ni siquiera podemos saborear los mejores a placer. Es preciso soñar despierto.

—¿Quién se lo impide? —preguntó el escritor.

El médico arrojó su cigarro.

—Mí querido amigo, para soñar despierto es preciso un gran poder y un gran trabajo de voluntad, y el resultado es una gran fatiga. El auténtico sueño, ese paseo de nuestro pensamiento a través de encantadoras visiones, es con toda seguridad lo más delicioso del mundo; pero es preciso que venga de forma natural, que no esté penosamente provocado, y que esté acompañado por un bienestar absoluto del cuerpo. Este sueño puedo ofrecérselo, a condición de que me prometa no abusar de él.

El escritor se encogió de hombros.

—¡Ah! Sí, ya sé, el hachís, el opio, la confitura verde, los paraísos artificiales. He leído a Baudelaire; y yo mismo he saboreado la famosa droga, que me ha puesto terriblemente enfermo.

Pero el médico se había sentado.

—No, el éter, tan sólo el éter, y el añadido que ustedes, los hombres de letras, deberían usar a veces.

Los tres hombres ricos se acercaron. Uno de ellos pidió:

—Explíquenos pues los efectos.

El médico prosiguió:

—Dejemos de lado las grandes palabras, ¿de acuerdo? No hablo ni de medicina ni de moral: hablo de placer. Ustedes se libran todos los días a excesos que devoran su vida. Quiero indicarles una sensación nueva, posible tan sólo para hombres inteligentes, digamos incluso muy inteligentes, peligrosa como todo lo que excita nuestros órganos, pero exquisita. Añado que les hará falta una cierta preparación, es decir un cierto hábito, para captar en toda su plenitud los singulares efectos del éter.

»Son diferentes de los efectos del hachís, de los efectos del opio y de la morfina; y cesan inmediatamente después de interrumpirse la absorción del medicamento, mientras que los otros productores de sueños prosiguen su acción durante horas.

»Ahora intentaré analizar lo más claramente posible lo que se siente. Pero la cosa no es fácil, tan delicadas, casi inaprehensibles, son esas sensaciones.

»Sufría violentas neuralgias cuando utilicé este, remedio, del que quizás he abusado un poco después.

»Sentía vivos dolores en la cabeza y en el cuello, y un insoportable calor en la piel, una inquietud de fiebre. Tomé un gran frasco de éter y, tras acostarme, me puse a aspirarlo lentamente.

»Al cabo de algunos minutos creí oír un murmullo vago que se convirtió muy pronto en una especie de zumbido, y tuve la impresión de que todo el interior de mi cuerpo se volvía ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba.

»Luego hubo una especie de torpor del alma de soñoliento bienestar, pese a que persistían los dolores, aunque ahora dejaban de ser penosos. Era uno de estos sufrimientos que se pueden soportar, y no ese horrible desgarrar contra el cual protesta nuestro torturado cuerpo.

»Muy pronto, la extraña y encantadora sensación de vacío que sentía en el pecho se extendió, alcanzó los miembros, que se volvieron a su vez ligeros, ligeros como si la carne y los huesos se hubieran fundido y sólo quedara la piel, la piel necesaria para hacerme percibir la dulzura de vivir, de estar tendido en ese bienestar. Entonces me di cuenta de que ya no sufría. El dolor se había ido, se había fundido, evaporado. Y oí voces, cuatro voces, dos diálogos, sin comprender nada de las palabras. Tan pronto no eran más que sonidos indistintos, tan pronto me llegaba alguna que otra palabra. Pero reconocí que simplemente era el zumbido acentuado de mis oídos. No dormía, estaba despierto; comprendía, sentía, razonaba con una claridad, una profundidad, una potencia extraordinarias, y una alegría de espíritu, una embriaguez extraña venida de esta multiplicación de mis facultades mentales.

»No era un sueño como con el del hachís, no eran las visiones un poco enfermizas del opio; era una agudeza prodigiosa del razonamiento, una nueva forma de ver, de juzgar, de apreciar las cosas de la vida, y con la certidumbre, la conciencia absoluta de que esta forma era la verdadera.

»Y la vieja imagen de las Escrituras me vino repentinamente al pensamiento. Tuve la impresión de que había saboreado el árbol de la ciencia, que todos los misterios se desvelaban, y que me hallaba bajo el imperio de una lógica nueva, extraña, irrefutable. Y los argumentos, los razonamientos, las pruebas, acudían atropellándose hacia mí, derribados de inmediato por una prueba, un razonamiento, un argumento más fuerte. Mi cabeza se había convertido en el campo de batalla de las ideas. Era un ser superior,

armado con una inteligencia invencible, y saboreaba una alegría prodigiosa ante la constatación de mi poder..

»Eso duró mucho, mucho tiempo. Seguía respirando todavía por el orificio de mi frasco de éter. De pronto, me di cuenta de que estaba vacío. Y sentí un terrible pesar.

Los cuatro hombres pidieron a la vez:

—¡Doctor, rápido, una receta para un litro de éter!

Pero el médico se puso el sombrero y respondió:

—En cuanto a eso, no: ¡vayan a hacerse envenenar por otros!

Y se marchó.

Señoras y señores, ¿qué les dice su corazón al respecto?

*Le Gaulois*, 8 de junio 1882



# *Suicidas*

---

*Suicides*

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

"Anoche, los vecinos de la casa número tal de la calle tal oyeron dos o tres detonaciones y, saliendo a la escalera para saber lo que ocurría, entre todos pudieron comprobar que se habían producido en el cuarto del señor X. Al abrir la puerta de dicho cuarto —después de llamar inútilmente— vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un charco de sangre y empuñando aún el revólver con el cual se había ocasionado la muerte.

"Se ignora la causa de tan funesta determinación, porque el señor X. vivía en posición desahogada y, teniendo ya cincuenta y siete años, disfrutaba de bastante salud."

¿Qué angustiosos tormentos, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten a esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto, dramas pasionales, misterios de amor, desastres de intereses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables: "Misterio, misterio".

Una carta escrita poco antes de morir, por uno de los muchos que "se suicidan sin motivo", cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada de lo extraordinario que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones y acaso explique —a los nerviosos y a los sensitivos, al menos— la tragedia inexplicable de "suicidios inmotivados".

Leámosla:

"Son ya las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy a matarme. ¿Por qué? Trato de razonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

"Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

"Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor llegó incluso a sustraerme de las poéticas ternuras.

"Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

"Envejeciendo, me había resignado a la horrible miseria de las cosas, a lo vano de todo esfuerzo, a lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

"¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba: las mujeres al pasar, las calles, mi vivienda, y aun la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas, los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

"Todos los días, a la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo restaurante, durante treinta años, a las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

"Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíame tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví a tomar el camino de mi casa.

"Y, entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa —cada casa que habitamos, con el tiempo adquiere un olor especial— acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

"Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir —al volver cada noche— la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el fósforo se inflama. Y todo me provoca —para verme libre de una existencia tan ruin— a tirarme por el balcón.

"Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme, y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

"Ni siquiera me complace tropezar con personas a las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto que adivino lo que me dirán y lo que les diré; a fuerza de razonar con las mismas, descubrimos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma ni ofrece lances imprevistos ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

"Al retirarme hoy a mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, oscureciendo los faroles de gas, que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga. Seguramente hago una digestión difícil.

"Y una buena digestión lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos a los jóvenes enamorados, luminosas ideas a los pensadores, alegría de vivir a todo el mundo, y permite comer con abundancia —lo cual es también una dicha. Un estómago enfermo conduce al escepticismo, a la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

"Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor, creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

"¿De qué medio valerme para escapar a mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo me parece más odioso que la acción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

"Hacía tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó a preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca me atreví a empezar.

"Esta noche me senté junto a mi escritorio y abrí, resuelto a preservar algunos papeles y romper la mayor parte.

"Quedéme de pronto pensativo ante aquel hacinamiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

"¡Oh! Si aprecian en algo su vida, no toquen jamás las cartas viejas que guardan los cajones de su escritorio. Y si no pueden resistir la tentación de abrirlos, cojan a granel, con los ojos cerrados, los paquetes de cartas para tirarlos al fuego; no lean ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, los lanza en un océano de recuerdos; quemén esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas,

pisotéenlos para convertirlos en impalpables cenizas... Y si no lo hacen así, los anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

"¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y a las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero, de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí, sí; los muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

"Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado, he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas, como si me hubiesen magullado las carnes.

"Así he ido remontándome a través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí lo recuerdo. En las cartas de mi madre, resucitan criados antiguos, el aspecto de nuestra casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

"Sí; he visto de pronto los vestidos que usó mi madre en distintas épocas y, según la moda y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día, llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: 'Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida!'

"Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pañuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores... Y las novelas de mi vida sentimental me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, los ojos insinuantes, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!... Y ¡el primer beso!... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos a la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

"Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas y en mi corazón desolado por los recuerdos sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¿Por qué las abandoné o por qué me abandonaron?

"Quedaba por ver una carta fechada hacía medio siglo. Me la dictó el maestro de escritura: 'Mamita de mi alma: hoy cumplo siete años. A esa edad ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

'Tu hijo que te adora, *Roberto*'.

"Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise profundizar en lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto a mí!

"El revólver está sobre la mesa... Es tentador... "¡No lean nunca las cartas de otros tiempos! ¡No recuerden viejas memorias!..."

Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.

# *El sustituto*

---

*Le remplaçant*

"¿La señora Bonderoi?"

—Sí, la señora Bonderoi.

—¡No es posible!

—Se lo aseguro.

—¿La señora Bonderoi, esa vieja de cofias de puntillas, la beata, la santa, la honorable señora Bonderoi que parece que lleva pegados alrededor del cráneo unos pelillos postizos?

—La misma.

—¡Oh! Vamos, ¿está usted loco?"

—Se lo juro.

—Pues cuénteme todos los detalles.

—Aquí los tiene. En la época del señor Bonderoi; el exnotario, la señora Bonderoi utilizaba a los pasantes, dicen, para su servicio personal. Es una de esas respetables burguesas de vicios secretos y principios inflexibles, como, hay muchas. Le gustaban los guapos mozos, ¿hay algo más natural? ¿No nos gustan a nosotros las buenas mozas?"

"Una vez que el viejo Bonderoi murió, la viuda se puso a vivir como una rentista pacífica e irreprochable. Frecuentaba asiduamente la iglesia, criticaba desdeñosamente al prójimo, y no daba nada que hablar.

"Después envejeció, se convirtió en la mujercita que usted conoce, afectada, agria, maligna.

"Ahora bien, he aquí la inverosímil aventura ocurrida el pasado jueves: mi amigo Jean de Anglemate es, como usted sabe, capitán de dragones, y está acuartelado en el arrabal de La Rivette.

"Al llegar al cuartel, la otra mañana, se enteró de que dos hombres de su compañía se habían dado una zurra fenomenal. El honor militar tiene leyes severísimas. Se produjo un duelo. Después del asunto, los soldados se reconciliaron e, interrogados por su oficial, le contaron el motivo de la disputa. Se habían pegado por la señora Bonderoi.

—Sí, amigo mío, ¡por la señora Bonderoi!"

Pero le cedo la palabra al dragón Siballe."

\*\*\*

La cosa fue así, mí capitán. Hace unos dieciocho meses paseaba yo por la calle, entre las seis y las siete de la tarde, cuando me abordó una individua.

Me dijo, como si me preguntara una dirección: "Militar, ¿quiere ganarse honradamente diez francos por semana?"

Le respondí sinceramente: "A su disposición, señora." Entonces ella me dijo: "Venga a verme mañana, a mediodía. Soy la señora Bonderoi, de la calle de la Tranchée, número 6.

—No faltaré, señora, esté tranquila."

Después se separó de mí muy contenta, agregando:

"Se lo agradezco mucho, militar.

—Soy yo el agradecido, señora."

La cosa no dejó de inquietarme hasta el día siguiente.

A mediodía, llamaba a su casa.

Vino a abrirme en persona. Llevaba un montón de cintitas en el pelo.

"Démonos prisa —dijo—, porque mi criada podría volver."

Respondí: "Toda la prisa que usted quiera. ¿Qué hay que hacer?"

Entonces ella se echó a reír y replicó: "¿No lo comprendes, picaruelo?"

Yo no caía, mi capitán, palabra de honor.

Ella vino a sentarse muy cerca de mí, y me dijo: "Si repites una sola palabra de esto, haré que te metan en la cárcel. Júrame que serás mudo."

Le juré todo lo que quiso. Pero seguía sin comprender. Tenía la frente bañada en sudor. Entonces me quité el casco, donde estaba mi pañuelo. Ella cogió el pañuelo, y me secó el pelo de las sienes. Y de pronto me besa y me susurra al oído:

"Entonces ¿quieres?"

Respondí: "Quiero lo que usted quiera, señora, pues para eso he venido."

Entonces ella se manifestó abiertamente para darse a entender. Cuando vi de qué se trataba, dejé mi casco en una silla, y le demostré que un dragón no retrocede nunca, mi capitán.

No es que la cosa me dijera mucho, porque la individuo ya estaba más que pasada. Pero no hay que andarse con miramientos en este oficio, en vista de que los cuartos andan escasos. Y además uno tiene una familia que mantener. Yo me decía: "Sacaré cinco francos para mi padre, con esto."

Cumplida la faena, mi capitán, me dispuse a retirarme. Ella habría querido que no me marchara tan pronto. Pero yo le dije: "Las cuentas claras, señora. Una copita cuesta cuarenta céntimos, y dos copitas cuestan ochenta céntimos."

Ella entendió bien el razonamiento y me metió en la palma de la mano un napoleón de diez castañas. No me convenía nada, esa moneda, porque se escurre en el bolsillo, y cuando los pantalones no están bien cosidos, uno la encuentra en las botas, o no la encuentra.

Mientras yo miraba aquella oblea amarilla diciéndome esto, ella me contempla; y después se pone colorada, y se equivoca sobre mi expresión, y me pregunta:

"¿Es que opinas que no es suficiente?"

Yo le respondo:

"No es exactamente eso, señora, pero, si no le importa, preferiría dos piezas de cinco francos."

Me las dio y me largué.

Pues bien, mi capitán, hace dieciocho meses que dura la cosa. Voy allí todos los martes, por la noche, cuando usted accede a darme permiso. Ella prefiere eso, porque su criada está ya acostada.

Ahora bien, la semana pasada me encontraba indispuerto, y tuve que pasar a la enfermería. Llega el martes, no hay manera de salir; y me reconcomía la sangre por las diez castañas a que estoy acostumbrado.

Me dije: "Si no va nadie, menuda lata; seguro que se busca un artillero." Y eso me alborotaba.

Entonces mandé a buscar a Paumelle, un paisano mío, y le conté el asunto: "Habrán cinco francos para ti y cinco para mí, ¿de acuerdo?"

Acepta, y se pone en camino. Yo le había dado todas las informaciones. Llama; ella abre; lo hace pasar; no lo mira a la cara y ni se da cuenta de que no es el mismo.

Ya comprenderá usted, mi capitán, un dragón y otro dragón, si llevan el casco puesto, se parecen.

Pero de pronto descubre la transformación, y pregunta con aire colérico:

"¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? Yo a usted no lo conozco."

Entonces Paumelle se explica. Demuestra que estoy indispuerto y expone que lo he enviado de sustituto.

Ella lo mira, lo obliga a jurar el secreto, y después lo acepta, como puede imaginarse usted, en vista de que Paumelle tampoco está nada mal.

Pero cuando ese perro volvió, mi capitán, no quiso darme mis cinco francos. Si hubieran sido para mí, no habría dicho nada, pero, pero eran para mi padre; y en eso, no admito bromas.

Le dije:

"Tu proceder no es delicado, para un dragón, y deshonoras el uniforme."

El me levantó la mano, mi capitán, diciendo que aquella faena valía más del doble.

Cada cual con su opinión, ¿no? Nadie lo obligaba a aceptar. Le di un puñetazo en la nariz. El resto ya lo sabe usted.

\*\*\*

El capitán de Anglemare lloraba de risa contándome la historia. Pero también me hizo jurar el secreto que él había garantizado a los dos soldados. "Sobre todo no vaya usted a traicionarme, guárdese para usted, ¿me lo promete?"

— ¡Oh!, no tema. Pero, en definitiva, ¿cómo se arregló todo?"

—¿Cómo? ¡Apuesto lo que sea a que no lo adivina!"

La señora Bonderoi se ha quedado con sus dos dragones, reservándoles un día a cada uno. De esta manera, todos contentos.

— ¡Oh! ¡Esa sí que es buena, buenísima!"

—Y los ancianos padres tienen ingresos para rato. La moral está satisfecha."

*Gil Blas*, 2 de enero 1883

## *El testamento*

---

*Le testament*

Hacía poco tiempo que conocía a aquel muchacho que se llamaba René de Bourneval. Su trato era amable, aunque un poco triste; parecía desengañado de todo, sumamente escéptico, de un escepticismo mordaz, hábil sobre todo para poner de manifiesto, con una sola palabra, las hipocresías humanas. Con frecuencia lo oía decir: "En la vida no hay hombres honrados o al menos no lo son sino relativamente a los tunantes". Tenía dos hermanos con quienes no trataba nunca, y yo suponía que su madre se había casado dos veces en vista del apellido distinto de aquellos. En algunas ocasiones había oído decir que en aquella familia había ocurrido una extraña historia, pero no me daban de ella ningún detalle. Las condiciones morales de aquel hombre me gustaban y bien pronto nos hicimos amigos.

Una noche, después de haber comido los dos solos en su casa, le pregunté, no sé por qué: ¿Usted nació del primero o del segundo matrimonio de su madre? Lo vi palidecer un poco, después sonrojarse; permaneció algunos segundos sin hablar, visiblemente turbado.

Al fin, con la sonrisa dulce y melancólica que le era peculiar, dijo:

—Mi querido amigo, si no le fastidia a usted voy a darle sobre mi origen algunos detalles bien singulares. Sé que es usted un hombre inteligente y no temo que su amistad por mí disminuya al saberlos; si lo temiera así, no sentiría el gusto y la satisfacción que siento teniéndolo por amigo.

"Mi madre era una mujer bondadosa y tímida, y por cuya fortuna, bastante considerable, M. Courcils la hizo la corte y acabó por casarse con ella. Toda su vida fue un martirio. De alma delicada, temerosa y amante, fue maltratada por aquel que debió ser mi padre, hombre de noble cuna, que no era por su aspecto ni por sus inclinaciones sino un palurdo zafio y grosero. Al cabo de un mes de matrimonio, tenía por querida una criada de la casa, sin dejar por eso de perseguir y hacer el objeto de sus torpes amores a las hijas y mujeres de sus colonos.

"Nada de esto le impidió tener dos hijos de su mujer; debería decir tres, comprendiéndome a mí. Mi madre nada decía; en aquella casa llena de ruido y algazara, vivía mi madre como esos ratoncillos que se ocultan debajo de los muebles. Asustada, acobardada, estremecida, miraba a la gente con sus ojos claros e inquietos, siempre moviéndolos de un lado a otro, con los ojos propios de una persona azorada, dominada siempre por el miedo. Era bonita, sin embargo; muy bonita, rubia, de un rubio gris, un rubio tímido, por decirlo así, como si sus cabellos se hubiesen descolorido por sus incesantes temores. Entre los amigos de M. de Coureils, que venían constantemente al castillo, se encontraba un antiguo oficial de caballería, viudo, hombre temible, de carácter a un tiempo tierno y violento, y capaz de las más enérgicas resoluciones: M. de Rousseau; hubiera podido asegurarse que había heredado algo de aquellas resoluciones de su antepasado. Sabía de memoria el Contrato social, La nueva Eloísa y todos esos libros filosóficos que han ido poco a poco preparando y realizando la transformación de nuestros antiguos usos, de nuestros prejuicios, de nuestras rancias y antiguas leyes, de nuestra moral estúpida e imbécil.

"Amó a mi madre y fue por ella correspondido. Aquellas relaciones permanecieron secretas hasta el punto de que nadie las sospechó. La pobre mujer, abandonada y triste, debió unirse a aquel hombre de una manera desesperada, y adquirir con su trato su

mismo modo de pensar: teorías del libre sentimiento, audacias de amor independiente; pero como era tímida hasta el punto de no osar levantar la voz, todas aquellas teorías fueron encerradas, condensadas, prensadas en su corazón, que no se abría jamás. Mis dos hermanos habían sido duros, ariscos con ella como su padre; nunca la acariciaban, y acostumbrados al poco caso que de ella se hacía, a lo poco que se le consideraba en la casa, la trataban casi como a una criada. Yo fui el único de sus hijos que la quiso verdaderamente y a quien ella también amó.

"Murió cuando yo tenía 18 años. Debo añadir, para que usted comprenda lo que voy a contarle, que por consejo judicial se había pronunciado en el matrimonio una separación de bienes en provecho de mi madre. Había conservado, gracias a los artificios de la ley y a los buenos oficios de un notario que la era adicto, el derecho de testar a su capricho.

"Fuimos, pues, prevenidos de la existencia de un testamento en casa de aquel notario e invitados a asistir a su lectura.

"Me acuerdo de aquella como si fuera ayer. Fue una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, producida por la protesta, por la indignación y la revelación póstuma de aquella muerta, por aquel grito de libertad, aquella reivindicación desde el fondo de la tumba, de aquella mártir oprimida por nuestras costumbres durante su vida y que lanzaba desde su sepulcro un grito desesperado de independencia. El que pasaba por ser mi padre, un hombre grueso, sanguíneo, cuyo aspecto despertaba la idea de un carnicero, y mis hermanos, dos muchachones con veinte y veintidós años, respectivamente, esperaban tranquilamente sentados la lectura del documento. M. de Bourneval, invitado a presenciar el acto, entró colocándose detrás de mí. Estaba vestido con una larga y ajustada levita negra que hacía resaltar notablemente su intensa palidez, y con un movimiento nervioso mordisqueaba su bigote que comenzaba a blanquear; indudablemente sabía lo que allí iba a suceder.

"El notario cerró la puerta con llave y comenzó la lectura, después de haber roto en nuestra presencia el sobre sellado con cera encarnada y del cual ignoraba el contenido."

Bruscamente mi amigo calló. Levantándose de su asiento se acercó a la mesa y de uno de sus cajones tomó un papel amarillento, lo desplegó y, besándolo con respeto, con verdadera devoción, repuso:

—He aquí el testamento de mi adorada madre.

"Yo, la abajo firmante, Ana Catalina Genoveva-Matilde de Croiluxe, esposa legítima de Juan Leopoldo-José Gontrán de Coureils, sana de cuerpo y alma, expreso aquí mis últimas voluntades.

"Pido perdón a Dios, primero, y después a mi hijo René, del acto que voy a realizar. Creo a mi hijo dotado de bastante buen corazón para comprenderme y perdonarme. He sufrido horriblemente toda mi vida. He sido casada por cálculo; después despreciada, desconocida, oprimida, engañada sin cesar por mi marido. Yo lo perdono, pero no le debo nada.

"Mis hijos mayores no me han querido, no me han consolado con sus caricias, con sus cuidados; apenas me han tratado como a una madre.

"Yo he sido para ellos, durante mi vida, lo que debía ser; no les debo tampoco nada después de mi muerte. Los lazos de la sangre no existen sin la afección constante, sagrada, de cada día. Un hijo ingrato es menos que un extraño; es un culpable, porque no tiene el derecho de ser indiferente con su madre.

"Yo he temblado siempre ante los hombres, ante sus leyes injustas e inicuas, sus costumbres inhumanas y sus infames prejuicios. Ante Dios no temo nada. Muerta ya, arrojo de mí la vergonzosa hipocresía; me atrevo a decir mi pensamiento, declarar y firmar el secreto de mi corazón.



"He dejado en depósito toda la parte de mi fortuna de que la ley me permite disponer a mi amante Pedro Germen-Simón de Bourneval, a quien adoro, para que sea entregada en seguida a nuestro querido hijo René.

("Esta voluntad está formulada de manera más precisa en un acta notarial.)

"Y ante el Juez Supremo que me escucha declaro que habría maldecido al cielo y a la existencia si no hubiese encontrado la afición profunda, constante, tierna de mi amante; si en sus brazos no hubiese comprendido que el Creador ha hecho los seres para amarse, sostenerse, consolarse y llorar juntos en las horas de amargura.

"Mis dos hijos mayores tienen por padre a M. de Courcils; René sólo debe la vida a M. de Bourneval. Yo ruego a Dios, amo y señor de todos los hombres y de sus destinos, que coloque por encima de los prejuicios sociales al padre y al hijo, que les inspire un mutuo y eterno cariño y respeto hacia mi memoria.

"Tal es mi último pensamiento y mi postrer deseo.

"Matilde de Croiluxe."

M. de Courcils se había levantado, gritando:

—Ese es el testamento de una loca.

Entonces M. de Bourneval avanzó un paso y con voz fuerte, con voz cortante, pronunció estas palabras:

—Yo, Simón de Bourneval, declaro que este escrito no encierra sino la estricta verdad. Estoy pronto a probarlo por cartas que conservo en mi poder.

M. de Courcils marchó hacia él.

Yo creí que iban a lanzarse uno sobre otro. Y estaban allí frente a frente, grandes los dos, delgado y pálido el uno, grueso y apoplético el otro, ambos estremecidos de furor. El marido de mi madre, con voz alterada por la rabia, balbuceó:

—¡Es usted un miserable!

El otro pronunció con el mismo tono vigoroso y seco:

—En otro lado nos entenderemos. Ya le hubiera a usted abofeteado y provocado hace mucho tiempo si no me hubiese preocupado, ante todo, la tranquilidad y el sosiego durante su vida de la pobre mujer a quien tanto ha hecho usted sufrir.

Después, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Usted es mi hijo. ¿Quiere seguirme? Yo no tengo el derecho de llevarlo a usted conmigo; pero me lo tomo si quiere acompañarme.

Yo estreché su mano sin pronunciar palabra.

Y salimos juntos.

Dos días más tarde M. de Bourneval mataba en duelo a M. Courcils. Mis hermanos, por temor a un terrible escándalo, se han callado. Yo les he cedido y ellos han aceptado la mitad de la fortuna dejada por mi madre. He tomado el nombre de mi verdadero padre, renunciando al que la ley me daba y que no era el mío. M. de Bourneval murió hace cinco años y yo no me he consolado de su muerte.

Se levantó, dio algunos pasos, y colocándose delante de mí:

—Y bien, yo digo que el testamento de mi madre es uno de los actos más hermosos, más leales, más grandes que una mujer puede realizar. ¿No piensa usted lo mismo?

Le alargué mis dos manos, y estrechando fuertemente las suyas, exclamé con toda la sinceridad de mi alma:

—¡Oh, sí, ciertamente, amigo mío!

## *El tic*

---

*Le tic*

Los comensales entraban lentamente en la gran sala del hotel y se sentaban en sus sitios. Los criados empezaron a servir lentamente para dar tiempo a los que llegaban con retraso y no tener que traer de nuevo los platos; y los antiguos bañistas, los habituales, aquellos que llegaban antes de la época, miraban con interés la puerta cada vez que se abría con el deseo de ver aparecer nuevos rostros.

Esta es la gran distracción de las villas termales. Se espera la hora de la cena para inspeccionar las llegadas del día, para adivinar quiénes son, lo que hacen, lo que piensan. Un deseo ronda nuestro espíritu, el deseo de los reencuentros agradables, de conocer gente amable, tal vez de amores. En esta vida de codo con codo, de vecinos, los desconocidos adquieren una importancia extrema. La curiosidad se pone en guardia, la simpatía en espera y la sociabilidad a trabajar.

Hay antipatías de una semana y amistades de un mes, se mira a la gente con ojos diferentes bajo la óptica especial del conocimiento de la villa termal. Se descubre a los hombres súbitamente en una conversación de una hora, por la tarde, después de cenar, bajo los árboles del parque donde borbotea el manantial curativo. Una inteligencia superior y con méritos sorprendentes, pero un mes más tarde hemos olvidado completamente estos nuevos amigos, tan encantadores los primeros días.

Allí también se forman lazos duraderos y serios, más rápido que en cualquier otra parte. Uno se ve todo el día, nos conocemos muy aprisa, y entre el afecto que empieza se mezcla algo de dulzura y del abandono de viejas intimidades. Más tarde queda el recuerdo querido y enternecedor de las primeras horas del amistad, el recuerdo de las primeras conversaciones mediante las que se llega al descubrimiento del alma, de las primeras miradas que preguntan y responden a las cuestiones y pensamientos secretos que la boca todavía no ha pronunciado, el recuerdo de esta primera confianza cordial, el recuerdo de esta sensación encantadora de abrir tu corazón a alguien que también parece abrirnos el suyo.

Y la tristeza de la estación de los baños, la monotonía de los días iguales, hacen más completa, a medida que las horas pasan, esta eclosión de afecto.

Así que, aquella tarde, como todas las tardes, esperábamos la entrada de figuras desconocidas.

Sólo vinieron dos, pero muy extraños: un hombre y una mujer, padre e hija. Dieron la sensación, enseguida, de personajes literarios; sin embargo, había en ellos un algo especial, un halo de desgracia. Yo me los imaginé como víctimas de la fatalidad. El hombre era muy grande y delgado, un poco encorvado, con el pelo todo blanco, demasiado blanco para su fisonomía todavía joven. Había en su aspecto y en su persona algo grave, un porte austero que caracteriza a los protestantes. La hija, de 24 ó 25 años, era pequeña, muy delgada también, muy pálida, con aire cansado, fatigado, agotado. Nos encontramos así personas que parecen demasiado débiles para los trabajos y necesidades de la vida, demasiado débiles para moverse, para andar, para hacer todo lo que hacemos diariamente. Esta chiquilla era bastante hermosa, de una belleza de apariencia diáfana; y comía con una lentitud extrema, como si fuera incapaz de mover sus brazos.

Era ella seguramente la que venía a tomar las aguas.

Se colocaron en frente de mí, al otro lado de la mesa, y me di cuenta inmediatamente de que el padre tenía un tic nervioso muy singular.

Cada vez que quería coger un objeto, su mano describía un rápido gancho, una especie de zigzag enloquecido, antes de llegar a tocar lo que buscaba. Al cabo de unos instantes ese movimiento me cansó tanto que giraba la cabeza para no verlo.

Me di cuenta también de que la joven tenía, para comer, un guante en la mano izquierda.

Después de cenar fui a dar una vuelta por el parque del complejo termal. Todo esto tenía lugar en una pequeña estación de Auvergne, Chatel-Guyon, escondida en una garganta, a los pies de la alta montaña, de esta montaña de donde emanan tantas fuentes termales, llegadas del hogar profundo de ancianos volcanes. Allá abajo, bajo nosotros, los domos, cráteres extinguidos, levantaban sus cabezas truncadas por debajo de la larga cadena montañosa; Chatel-Guyon está al principio del país de los domos. Más lejos se extiende el país de las cumbres; y, más abajo todavía, el país de las cortaduras. El monte Dome es el más alto de los domos, el pico de Nancy el más alto de los picos y la cortadura de Chantal la más grande de las cortaduras.

Hacía mucho calor aquella tarde. Yo iba a lo largo y ancho de la sombría avenida, sobre el mamelón que dominaba el parque, escuchando la emisión de las primeras canciones del Casino. Percibí, acercándose a mí con un paso lento, al padre y la hija. Los saludé como saludamos en las villas termales a los compañeros de hotel; y el hombre, parándose enseguida, me preguntó:

—No podría, señor, indicarnos un paseo corto, fácil y bonito, si es posible; y perdone mi indiscreción.

Yo me ofrecí a conducirlos al pequeño valle por donde fluye el riachuelo, el valle profundo de garganta estrecha entre dos grandes pendientes rocosas y cubiertas de árboles. Ellos aceptaron.

Y hablamos, naturalmente, de la virtud de las aguas.

—Oh —decía él —mi hija tiene una extraña enfermedad, cuyo origen ignoramos. Sufre de ataques nerviosos incomprensibles. Tan pronto la creemos afligida por una enfermedad de corazón, tan pronto por una de hígado, tan pronto por una enfermedad de médula espinal. Hoy día se la atribuyen al estómago, que es la gran caldera y el gran regulador del cuerpo, ese mal proteico con mil formas y mil ataques. Por eso estamos aquí. Yo creo más bien que son los nervios. En todo caso, es muy triste.

El recuerdo del violento tic de su mano me vino enseguida y le pregunté:

—Pero, ¿eso no es hereditario? ¿No está usted también enfermo de los nervios?

Él respondió tranquilamente:

—¿Yo?. ¡Que va! Siempre he estado bien de los nervios...

Luego, de repente, después de un silencio, volvió:

—¡Ah!, ¿usted se refiere al espasmo de mi mano cada vez que quiero coger algo? Eso se debe a una terrible emoción que he sufrido. Figúrese usted, ¡que esta chiquilla ha sido enterrada viva!

Yo no encontré nada más que decir que un "¡Ah!" de sorpresa y emoción.

Él siguió:

—Esta es la historia. Es sencilla. Juliette tenía desde hacía algún tiempo graves problemas en el corazón. Nosotros creíamos en una enfermedad de este órgano y esperábamos de todo.

"La trajeron un día fría, inanimada, muerta. Acababa de caer en el jardín. El médico constató el deceso.

"Velé a su lado un día y dos noches; la puse yo mismo en el ataúd que acompañé hasta el cementerio, donde fue depositado en nuestro panteón familiar. Esto sucedía en pleno campo, en Lorraine.

"Yo había querido que fuera enterrada con sus joyas, brazaletes, collares, anillos, todos los regalos que ella conservaba míos, y con su primer vestido de baile.

"Imagínese usted cómo era el estado de mi corazón y de mi alma volviendo a mi casa. Sólo la tenía a ella, mi mujer había muerto hacía mucho tiempo. Volví solo, medio loco, extenuado, a mi habitación y me dejé caer en mi sillón, sin pensamientos, sin fuerza ahora para hacer un movimiento. Ya no era más que una máquina dolorosa, vibrante, un despellejado: mi alma parecía una herida abierta.

"Mi viejo ayuda de cámara, Prosper, que me había ayudado a depositar a Juliette en el ataúd y a prepararla para su último sueño, entró sin hacer ruido y preguntó:

"—¿Señor, quiere usted tomar algo?

"Yo hice un 'no' con la cabeza, sin responder.

"Él añadió:

"—El señor está equivocado. El señor va a enfermar. ¿El señor quiere, pues, que yo lo meta en la cama?

"Dije:

"—No, déjame.

"Y él se retiró.

"Cuántas horas transcurrieron, no lo sé, ¡Oh! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Hacía frío; el fuego se estaba apagando en la gran chimenea; y el viento, un viento de invierno, un viento helado, un fuerte viento completamente gélido, golpeaba las ventanas con un ruido siniestro y regular.

"¿Cuántas horas transcurrieron? Yo estaba allí, sin dormir, hundido, abatido, los ojos tristes, las piernas estiradas, el cuerpo debilitado, muerto, y el espíritu embotado de desesperación. De repente, la gran campana de la puerta de entrada, la gran campana del vestíbulo, sonó.

"Sufrí tal sacudida que mi asiento crujió. El sonido grave y pesado vibraba en el castillo vacío como en una tumba. Me giré para ver la hora en mi reloj. Eran las dos de la mañana. ¿Quién podía venir a esta hora?

"Y bruscamente la campana sonó de nuevo dos veces. Los sirvientes, sin duda, no osaban levantarse. Cogí un candelabro y descendí. Estuve a punto de preguntar:

"—¿Quién está ahí?

"Después tuve vergüenza de esta debilidad; y saqué lentamente los gruesos cerrojos. Mi corazón latía; tenía miedo. Abrí bruscamente la puerta y percibí en la sombra una forma vestida de blanco, algo como un fantasma.

"Me eché hacia atrás, baldado por la angustia, balbuciendo:

"—¿Quién... quién... quién eres tú?

"Una voz respondió:

"—Soy yo, padre.

"Era mi hija.

"Ciertamente, creí que estaba loco; retrocedí a trompicones delante de este espectro que entraba; yo me iba hacia atrás haciendo con la mano, como para espantarla, este gesto que usted ha visto a todas horas; ese gesto que ya no me ha abandonado.

"La aparición siguió:

"—No tengas miedo, papá, no estaba muerta. Han querido robarme mis anillos y me han cortado un dedo; la sangre empezó a fluir y eso me ha reanimado.

"Y me di cuenta, en efecto, de que estaba cubierta de sangre.

"Caí de rodillas, sofocado, sollozando, agonizante.

"Luego, cuando hube recobrado un poco la razón, tan enajenado todavía que entendía mal la terrible suerte que me venía, la hice subir a mi habitación, la hice sentarse en mi sillón; después llamé a Prosper con golpes precipitados para que volviera a encender el fuego, que preparara algo para beber y fuera a buscar ayuda.

"El hombre entró, miró a mi hija, abrió la boca con un espasmo de espanto y de horror, luego cayó tieso de espaldas, muerto.

"Era él quien había abierto el féretro, quien había mutilado y después abandonado a mi niña, ya que no podía borrar las huellas del robo. Ni siquiera había tenido cuidado en volver a colocar el ataúd en su nicho, seguro, como estaba por otra parte, de no ser sospechoso para mí, ya que gozaba de toda mi confianza.

"—Ve usted, señor, nosotros somos personas muy desgraciadas".

Él hombre calló.

La noche había llegado, envolviendo el pequeño valle solitario y triste, y una especie de misterioso miedo me oprimía al sentirme al lado de estos seres extraños, de esta muerta vuelta a la vida y de este padre con gestos horribles.

Yo no encontraba nada qué decir. Murmuré:

—¡Qué cosa más horrible!

Después, un minuto después, añadí:

—¿Y si entráramos?, me parece que hace fresco.

*Le Gaulois*, 14 de julio 1884

# *El tío Amable*

---

*Le père Amable*

## I

El cielo, húmedo y gris, parecía oprimir con su peso la extensa llanura parda. El olor del otoño, olor triste de las tierras desnudas y empapadas de agua, de la hojarasca y de la hierba seca, contribuía a hacer aún más pesado y denso el aire estancado del atardecer. Todavía trabajaban los campesinos, desparramados por el campo, en espera del toque del Angelus que les indicaría que era hora de regresar a sus granjas, cuyos techos de bálago se distinguían aquí y allá, por entre las ramas desnudas de los árboles que resguardaban del viento los cercados de manzanos.

Un niño pequeño, sentado con las piernas abiertas, en un montón de prendas de vestir, a la orilla del camino, jugaba con una patata, que a veces se le caía encima del vestido, mientras cinco mujeres, encorvadas, con la grupa en alto, trasplantaban en el campo colindante matitas de colza. Hundían, con movimiento rápido y continuo, un palo puntiagudo en el lomo del surco que acababa de levantar el arado, metían en el agujero la planta, un poco mustia ya, que se doblaba; cubrían después su raíz y seguían repitiendo la operación.

Pasó un hombre, con un látigo en la mano, calzados en zuecos sus pies desnudos, y se detuvo junto al niño, lo cogió y le besó. Una de las mujeres se incorporó al verlo, y fue hacia él. Era una muchacha alta y colorada, ancha de caderas, de cintura y de hombros, una buena moza normanda, de pelo amarillo y cara sanguínea.

Se dirigió al hombre con acento decidido:

—Hola, Cesáreo ¿qué hay?

Cesáreo que era un mozo flaco y de expresión triste, murmuró:

—Pues nada, nada de nada, siempre igual.

—¿Se niega?

—Se niega.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Lo sé yo mismo?

—Vete a ver al cura.

—Bueno.

—Vete ahora mismo.

—Bueno.

Se miraron el uno al otro. Cesáreo seguía con el niño en brazos. Lo besó otra vez y volvió a colocarlo sobre las ropas de las mujeres.

En el horizonte, por entre dos granjas, se distinguía el grupo que formaban un arado, el caballo que tiraba de él, y el hombre que empujaba la mancera. Bestia, instrumento y labrador se movían suavemente sobre el fondo del apagado cielo crepuscular.

La mujer reanudó sus preguntas:

—Entonces, ¿qué es lo que dice tu padre?

—Que no quiere de ninguna manera.

—Y ¿por qué razón no quiere de ninguna manera?

El mozo señaló primero con un gesto al niño que acababa de dejar en tierra, y después con la mirada al hombre que empujaba el arado, allá lejos. Y dijo:

—Porque tu chico es de ése.

La muchacha se encogió de hombros y contestó con enojo:

—¡Vaya! Como si todo el mundo no lo supiera que es de Víctor. Y ¿qué hay con eso? ¡He faltado! ¿Soy la única? También mi madre faltó, antes que yo, y también la tuya, antes de casarse con tu padre. ¿Cuál es la que no ha faltado en este pueblo? Yo falté con Víctor, porque me pilló dormida, ésa es la verdad; y aun que no hubiese estado dormida me habría casado con él, de no haber sido un criado. ¿Soy menos trabajadora por eso?

El hombre contestó, sin darle importancia:

—Yo te tomo tal cual eres, con o sin el niño. Es únicamente padre quien se opone, pero ya veremos de arreglarlo.

Volvió ella a insistir:

—Vete ahora mismo a ver al cura.

—Voy, pues.

Y echó camino adelante, con sus pesados andares de campesino, en tanto que la moza, con las manos en jarras, volvía a su tarea de trasplantar colzas.

En efecto, aquel hombre que se alejaba, Cesáreo Houlbreque, hijo de Amable Houlbreque, un viejo, quería casarse, a pesar de la oposición de su padre, con Celeste Levesque, que tenía un hijo de Víctor Lecoq, simple criado que estaba trabajando, cuando ocurrió el hecho en la granja de sus padres, de la que fue despedido por esa razón.

Sin embargo, no existe en el campo la división de castas, y si el criado es ahorrador, puede tomar en arriendo una granja, con lo que pasa a ser un igual de su antiguo amo.

Iba, pues, Cesáreo Houlbreque, con el látigo bajo el brazo, rumiando sus ideas, alzando uno después de otro sus zuecos cargados de barro. Desde luego, él estaba resuelto a casarse con Celeste Levesque, aunque tuviese un hijo, porque era la mujer que le convenía. No hubiera sabido explicar por qué le convenía; pero era así, y él estaba seguro. No tenía más que mirarla a la cara para convencerse, y para sentir en su interior una cosa extraña, una emoción, una alegría que lo emborrachaba. Le gustaba incluso besar al hijo de Víctor, porque era cosa de ella.

Y miraba, sin rencor, la silueta lejana de aquel hombre que empujaba el arado allá, sobre la línea misma del horizonte.

Pero al tío Amable se le había atragantado aquel matrimonio. Se oponía a él con una testarudez de hombre sordo, con una testarudez rabiosa.

En vano Cesáreo le gritaba a la oreja, a la única por la que oía un poco:

—Nosotros le cuidaremos bien, padre. Le digo a usted que es una buena muchacha, y además trabajadora, y además ahorrativa.

El viejo repetía siempre:

—Mientras viva yo, no lo verán mis ojos.

No había quien lo sacase de ahí, ni quien doblegase su obstinación. Sólo una esperanza le quedaba a Cesáreo. El tío Amable tenía miedo al cura, por recelo hacia la muerte, que sentía acercarse. No es que le inspirase temor el Dios del cielo, ni tampoco el demonio ni el infierno, ni el purgatorio, de los que no tenía la más remota idea; pero al cura sí que le temía, porque en él se representaba su entierro; es decir, era algo así como asustarse del médico por el miedo que inspiran las enfermedades. Celeste, que conocía aquella debilidad del viejo, venía desde hacia ocho días apremiando a Cesáreo para que fuese a ver al cura: pero Cesáreo vacilaba aún, porque tampoco le gustaban mucho las sotanas, en las que sólo veía unas manos abiertas siempre para alguna colecta o para el pan bendito.

Pero, al fin, se había decidido, y se dirigió hacia la casa parroquial, pensando en la manera de exponer su asunto.

El abate Raffin era un cura pequeño, vivaracho, flaco, y al que nunca se le veía bien afeitado; en aquel momento estaba calentándose los pies en el hogar de la cocina, mientras llegaba la hora de cenar.

Así que vio entrar al campesino, le preguntó, sin moverse, volviendo un poco la cabeza:

—¡Hola, Cesáreo! ¿Qué es lo que quieres?

—Quisiera hablar con usted, señor abate.

Seguía en pie, acobardado, con la gorra en una mano y el látigo en la otra.

—Habla, pues.

Cesáreo se quedó mirando a la criada, una vieja que arrastraba los pies, y que estaba colocando el cubierto de su amo en una esquina de la mesa, delante de la ventana. Y dijo balbuciendo:

—Es que esto que voy a decirle es casi una confesión.

El abate Raffin examinó atentamente al campesino, observando su confusión, su embarazo y la inseguridad de su mirada. Entonces ordenó a su sirvienta:

—Maria, vete cinco minutos a tu habitación para que pueda hablar con Cesáreo.

La criada lanzó a éste una mirada de enojo, y se fue refunfuñando.

El sacerdote se dirigió a Cesáreo:

—Vamos, desembucha ya.

El mozo no salía de su indecisión, se miraba los zuecos, manoseaba la gorra; pero de pronto, se soltó:

—Vea usted: yo me querría casar con Celeste Levesque.

—Perfectamente, muchacho, ¿y quién te lo impide?

—Es mi padre quien no quiere.

—¿Tu padre?

—Sí, mi padre.

—Y ¿qué inconveniente pone tu padre?

—Dice que Celeste ha tenido un hijo.

—No es la primera mujer a la que le ocurre eso, desde nuestra madre Eva.

—Un hijo con Víctor, Victor Lecoq, el criado de Anthime Loisel.

—¡Ajá!... ¿De modo que no quiere?

—No quiere de ningún modo.

—¿Lo que se dice por nada del mundo?

—Igual que cuando una burra se empeña en no andar, dicho sea con perdón de usted.

—Y ¿no le das tus razones para convencerlo?

—Yo le digo que es una buena muchacha, y además trabajadora, y además, ahorrativa.

—Y ¿ni aun con eso se decide? Entonces, lo que tú quieres es que yo le hable.

—Eso mismo. ¡Tal como usted dice!

—Y ¿qué voy a decirle yo a tu padre?

—Pues..., lo mismo que dice usted en el púlpito para que suelten las perras.

En el cerebro del campesino, todo lo que hacia la religión sólo tenía un fin, el de aflojar la bolsa, el de vaciar los bolsillos de los hombres para llenar el tesoro del cielo. La consideraba como una inmensa casa de comercio de la que los curas eran los representantes, representantes ladinos, astutos, listos como nadie, que manejan los negocios de Dios a costa de los campesinos.

No ignoraba que los sacerdotes prestan servicios, servicios muy importantes, a la gente más pobre, a los enfermos, a los moribundos, asistiendo, consolando, aconsejando, dando ánimos, pero todo ello lo hacían por dinero, a cambio de muy



buenas monedas de plata, porque en dinero contante y sonante se pagaban los sacramentos y las misas, los consejos y la protección, la absolución de los pecados y las indulgencias, el purgatorio y el paraíso, según fuesen la riqueza y la generosidad del pecador.

El abate Ruffin, que conocía el paño y que no se enfadaba nunca, se echó a reír.

—Perfectamente, muchacho; yo me encargaré de contarle un bonito cuento a tu padre; pero tú, tú vas a venir los domingos a oír el sermón.

Houlbreque alargó la mano para jurar:

—Palabra de hombre pobre, que si hace usted eso por mi, se lo prometo.

—Entonces, quedamos de acuerdo. ¿Cuándo quieres que vaya a ver a tu padre?

—Cuanto antes, mejor; esta misma noche, si le es posible.

—Entonces iré dentro de media hora, después de la cena.

—Hasta dentro de media hora, pues.

—Hasta luego, muchacho.

—Hasta más ver, señor cura; y muchas gracias.

—No hay de qué, muchacho.

Cesáreo Houlbreque regresó a su casa, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Padre e hijo llevaban en arriendo una granja pequeña, muy pequeña, porque no eran ricos. Vivían solos con una criada de quince años, que les preparaba la sopa, cuidaba las gallinas, ordeñaba las vacas y batía la leche para hacer manteca; aunque Cesáreo era un buen labrador, su vida era mísera. Con las tierras y el ganado que tenían, sólo podían ganar para lo indispensable.

El viejo no trabajaba ya. Triste, como todos los sordos, baldado de dolores, encorvado, torcido, vagaba por los campos apoyándose en un bastón, mirando a los animales y a los hombres con mirada dura y recelosa. Se sentaba a veces al borde de un cercado y se quedaba allí, inmóvil, horas y horas, pensando sin fijeza alguna en las cosas que durante toda su vida le habían preocupado, en el precio de los huevos y de los cereales, en el sol y en la lluvia que estropean o dan fuerza a las cosechas. Sus caducos miembros, atacados por el reuma, seguían allí, absorbiendo la humedad del suelo, lo mismo que habían absorbido por espacio de setenta años el vaho que rezumaban las paredes de su casita baja, cubierta con un techo de húmeda paja.

A la caída de la tarde volvía a ella, se sentaba a un lado de la mesa, en la cocina, y cuando le ponían delante la vasija de barro cocido, con su ración de sopa, la cogía entre sus dedos retorcidos que parecían haber tomado la misma curva del cacharro, y se calentaba las manos, fuese invierno fuese verano, antes de empezar a comer; no quería que se desperdiciase nada, ni siquiera un poquitín de aquel calor que daba el fuego, y que era muy caro, ni siquiera una gota de aquella sopa que contenía grasa y sal, ni siquiera una migaja del pan, que se hace con trigo.

Acabada la cena, se encaramaba por una escalera a un granero donde tenía un jergón de paja; el hijo se acostaba en la planta baja, dentro de una especie de nicho que había cerca de la chimenea, y la criada se encerraba en una especie de bodega, una cueva oscura que servía en otros tiempos para almacenar las patatas.

Cesáreo y su padre no hablaban entre ellos casi nunca. De cuando en cuando, si se trataba de vender una cosecha o de comprar un ternero, pedía el joven opinión al viejo, y haciendo tornavoz con las dos manos, le metía a gritos en la cabeza sus razonamientos; y el tío Amable los aprobaba o los combatía con voz pausada y hueca, que parecía salir de lo más hondo de su estómago.

Y así fué como una noche Cesáreo se acercó a él, igual que si fuese a tratar de la compra de un caballo o de una becerra, y le anticipo, a pleno pulmón, en la oreja misma, su propósito de casarse con Celeste Levesque.

Y el tío Amable se enojó ¿Por qué? ¿Por moralidad? De ninguna manera. Entre los campesinos itene muy poca importancia la honradez de una moza. Era que su avaricia, su hondo y feroz instinto de ahorro, se había sublevado al pensar en que su hijo iba a encargarse de mantener a un niño que no era suyo. De súbito, en menos de un segundo, había pensado en todas las sopas que engulliría el pequeño antes que fuese de alguna utilidad en la granja, había calculado las libras de pan y los litros de sidra que comería y bebería aquel pillastre hasta que tuviese catorce años; una cólera sorda se desencadenó en su interior contra Cesáreo, que no pensaba en nada de aquello.

Le contestó dando a su voz energía inusitada:

—Pero ¿dónde tienes la cabeza?

Cesáreo se puso entonces a enumerar las razones que tenía, a decir las buenas cualidades de Celeste, a demostrar que ella ganaría cien veces más de lo que pudiera costar el chico. El viejo ponía los méritos en duda, pero de lo que no tenía ninguna era de la existencia del chico. Una vez y otra, sin dar más explicaciones, contestaba.

—No lo consiento. No lo consiento. Eso no será mientras yo viva.

Así llevaban tres meses, sin ceder ni el uno ni el otro, reanudando por lo menos una vez a la semana la misma discusión, con los mismos argumentos, con las mismas palabras, los mismos gestos y la misma inutilidad.

Fué entonces cuando Celeste le aconsejó que fuese a pedir ayuda al cura del pueblo.

Cuando Cesáreo llegó a su casa, encontró a su padre sentado a la mesa, porque la visita a la casa parroquial le había hecho llegar con retraso.

Cenaron en silencio, frente a frente, después de la sopa, se pusieron en el pan un poco de manteca, acompañándolo con un vaso de sidra; luego siguieron en sus sillas, a la mortecina claridad de la vela que había encendido la criadita para lavar las cucharas, enjugar los vasos, y cortar por adelantado las sopas para el desayuno de primera hora.

Dieron un golpe en la puerta, se abrió ésta, y entró el sacerdote. El viejo, alzó hacia él una mirada llena de inquietud, cargada de celos, y, barruntando un peligro, se dispuso a encaramarse por su escalera; pero el abate Ruffin le puso la mano en el hombro, y vociferó en su misma sien.

—Tengo que hablar con usted, tío Amable.

Aprovechándose de que la puerta había quedado sin cerrar, desapareció Cesáreo. Era tal el miedo que sentía, que no quiso oír lo que hablaban; no quería que sus esperanzas se fuesen desmenuzando poco a poco, a cada negativa obstinada de su padre; prefería saber más tarde y de una vez la verdad, buena o mala; por eso se alejó de allí, caminando en la oscuridad. Era una noche sin luna, sin estrellas, una de esas noches de niebla en las que el aire está saturado de humedad. Un ligero olor a manzanas salía de todos los patios de las granjas porque era la estación en que se recogían las más precoces variedades. Cuando Cesáreo pasaba junto a los muros de los establos .le daba en la cara, saliendo por las estrechas ventanas, el cálido olor de los animales vivos que dormían sobre la cama de estiércol; y al pie de las cuadras, oía el pataleo de los caballos, y el ruido de sus mandíbulas sacando y masticando el heno de los pesebres.

Caminaba sin rumbo, pensando en Celeste. En su cerebro sencillo, las ideas eran simples imágenes directas de los objetos, y los pensamientos amorosos se resumían en la evocación de una moza alta y coloradota, en pie en mitad de un camino abierto entre dos taludes, con cara de risa y las manos en jarras.

Así fue como la vio el día en que se despertó en Cesáreo el deseo de hacerla suya. Se conocían desde niños, pero nunca se había fijado en ella como aquella mañana. Estuvieron hablando unos minutos, y, al marcharse, iba él pensando: "¡Dios, qué chica más guapa! Es una lástima que haya cometido esa falta con Víctor" Durante todo el día estuvo pensando en lo mismo; y también al día siguiente.

Cuando se volvió a encontrar con ella, sintió un cosquilleo en la garganta, como si le hubiesen metido por la boca hasta el pecho una pluma de gallo; y desde entonces, con gran sorpresa suya, le acometió aquel cosquilleo siempre que estaba al lado de la joven. Tanto le gustaba, que a las tres semanas resolvió casarse con ella. Cesáreo hubiera sido incapaz de explicar el porqué de aquel dominio que ejercía sobre él, y sólo sabía decir que "estaba endemoniado", como si el ansia de hacer suya aquella moza se hubiese apoderado de él como un espíritu infernal. No le preocupaba su falta. Después de todo, ¿qué más daba? No la privaba de ningún encanto; ni siquiera sentía rencor contra Víctor Lecoq.

¿Qué iba a hacer él si el cura no obtenía éxito? Tanto le atormentaba aquella inquietud, que no quería ni pensarlo.

Llegó a la casa parroquial, y se sentó junto a la pequeña valla de madera, para aguardar el regreso del señor cura.

Llevaría allí una hora, cuando oyó pasos en el camino, y, aunque la noche estaba muy oscura, distinguió pronto la silueta, más oscura todavía, de la sotana.

Se puso en pie, tambaleante, sin atreverse a hablar, sin atreverse a saber lo ocurrido.

El sacerdote lo vio y le dijo alegremente:

—Bueno, muchacho; ya está hecho.

—¿Qué está hecho? Pero... ¡no es posible!—balbució Cesáreo.

—Te digo que sí, muchacho, aunque ha costado buen trabajo. ¡Vaya una burra vieja que está hecho tu padre!

El campesino repetía:

—~¡Si no es posible!

—¡Cuando yo te lo digo! ... Ven a verme mañana al mediodía para que arreglemos el asunto de la lectura de las amonestaciones.

Cesáreo se apoderó de la mano del cura, y la apretaba, la sacudía, deshaciéndosela, mientras tartamudeaba:

—La verdad verdadera, señor cura... Palabra de hombre honrado..., que el domingo me verá usted... en el sermón.

## II

Se realizó la boda a mediados de diciembre. Fué modesta, porque los novios no eran ricos. Cesáreo, con traje nuevo, estaba ya preparado a las ocho de la mañana para ir en busca de su prometida y conducirla a la alcaldía; pero, como era aún temprano, se sentó a la mesa de la cocina, esperando que llegasen los miembros de la familia y los amigos que iban a venir en busca suya.

Nevaba desde hacía ocho días, la tierra parda, la tierra fecundada ya con las siembras del otoño, se había quedado lívida, dormida bajo una inmensa sábana de hielo.

Hacia frío dentro de las casas de bálago cubiertas de un gorro blanco; los redondos manzanos de los patios de las granjas parecían haber florecido, pues estaban empolvados de blanco igual que en el lindo mes en que abren sus yemas.

Los nubarrones del Norte, los nubarrones cargados de lluvia habían desaparecido aquel día, y el cielo desplegaba su azul sobre la tierra blanca, en la que el sol ponía sus reflejos de plata.

Cesáreo no pensaba en nada, se sentía feliz, y miraba por la ventana, a lo lejos.

Se abrió la puerta; entraron primero dos mujeres, dos campesinas endomingadas, que eran tía y prima del novio; después tres hombres, sus primos, y luego una vecina. Se sentaron en las sillas, quedándose inmóviles y callados, a un lado de la cocina, las mujeres, y al otro los hombres, como atados súbitamente de timidez, de esa tristeza cohibida que se apodera de las personas que se reúnen para una ceremonia. Uno de los primos preguntó al poco rato:

—¿No será ya la hora?

Cesáreo contestó:

—Me temo que sí.

—Andando, pues —dijo el otro.

Se levantaron. Cesáreo, al que acababa de acometer cierta inquietud, se encaramó por la escalera hasta el granero, para ver si su padre estaba preparado. El viejo, que solía madrugar mucho, no se había dejado ver todavía. Su hijo lo encontró tumbado en su jergón de paja, envuelto en la manta, con los ojos abiertos y una expresión de malignidad en la cara.

Le gritó en su mismo timpano:

—Vamos, padre, levántese. Es ya la hora de ir a la boda.

El sordo murmuró con voz dolorida:

—No puedo más. Me ha cogido un aire toda la espalda. No puedo ni moverme.

El joven le miraba, aterrado, adivinando la treta.

—Vamos, padre, tiene que hacer usted un esfuerzo.

—Es que no puedo.

—Vamos, yo le ayudaré.

Se agachó hacia el viejo, le destapó la manta, lo cogió por los sobacos y lo levantó; pero el tío Amable empezó a gemir:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor! ¡Ay! No puedo. Tengo la espalda agarrotada. Alguna corriente que se ha metido por este maldito tejado.

Comprendió Cesáreo que no conseguiría nada, y, furioso contra su padre por primera vez en su vida, le gritó:

—Pues bien: se quedará usted sin comer, porque celebramos el banquete en el mesón de Pólito.

Así aprenderá usted a hacer cabezonadas.

Se descolgó por la escalera y comenzó a andar, seguido de sus parientes e invitados.

Los hombres se habían arremangado el pantalón para no quemarse los bajos en la nieve; las mujeres se recogían las faldas y enseñaban sus tobillos descarnados, sus medias de lana gris, sus pantorrillas huesudas, derechas como palos de escoba. Todos marchaban uno detrás de otro, con un balanceo de pierna a pierna, sin hablar, poco a poco, por prudencia, para no salirse del camino que había desaparecido bajo la capa de nieve, lisa, uniforme, ininterrumpida.

Al acercarse a otras granjas, veían a una o dos personas que estaban esperándolos para agregarse a ellos; y la procesión se alargaba constantemente, siguiendo las invisibles líneas del camino; parecía un rosario animado, de cuentas negras, que serpenteaban por la campiña blanca.

Un grupo numeroso esperaba al novio delante de la casa de la novia, pataleando para ahuyentar el frío. Lo recibieron con aclamaciones, y Celeste salió casi en seguida de su cuarto, con vestido azul, un mantoncito rojo sobre los hombros, y la cabeza florida de azahares.

Todos le preguntaron a Cesáreo:

—¿Dónde está tu padre?

Y él les contestaba cohibido:

—No puede ni moverse de los dolores que tiene.

Los campesinos movían la cabeza con aire incrédulo y malicioso.

Salieron en dirección a la alcaldía. Una campesina iba detrás de los futuros esposos, llevando en brazos al hijo de Víctor, como si se tratase de un bautizo; y los campesinos caminaban ahora, de dos en dos, cogidos del brazo, balanceándose en la nieve como una barca en el mar.

Después que el alcalde unió a a los novios en el pequeño edificio del Ayuntamiento, el cura los unió, a su vez, en la modesta casa del Señor. Bendijo su enlace, prometiéndoles la fecundidad, y después les predicó las virtudes matrimoniales, las sencillas y sanas virtudes de la gente del campo, el trabajo, la concordia y la fidelidad; y el niño, entre tanto, muerto de frío, berreaba detrás de la recién casada.

Al aparecer los novios en la puerta de la iglesia, salió de las tapias del cementerio una descarga. No se veía más que la boca de las escopetas que vomitaban rápidas bocanadas de humo; apareció luego la cabeza de un hombre que contemplaba el cortejo; era Víctor Lecoq, que festejaba el casamiento de su buena amiga, y celebraba su dicha con estallidos de pólvora que eran como otras tantas felicitaciones. Había contratado a cinco o seis criados de granja, amigos suyos, para hacer aquellas salvas. A todos les pareció muy bien su actitud.

\*\*\*

Tuvo lugar la comida de bodas en el mesón de Pólito Cacheprune. Habían puesto veinte cubiertos en el salón grande que funcionaba los días de mercado; una pierna enorme que giraba en el asador, las aves que se doraban en su propio jugo, el embuchado que se encogía encima de la brasa viva, llenaban la casa de un aroma denso, de humo de grasa que caía sobre el fuego, de olor fuerte y pesado de comida campesina.

A las doce se sentaron a comer, en seguida se llenaron los platos de sopa. Las caras empezaron a animarse; las bocas se abrían para lanzar bromas, y los ojos se reían con guiños de picardía.

Iban a divertirse, ¡qué caramba!

Se abrió la puerta, y apareció el tío Amable. Traía cara de pocos amigos, venía furioso, arrastrando los pies y apoyándose en sus bastones, gimoteando a cada paso que daba, para demostrar así que sufría.

Todos se callaron al verlo entrar; de pronto, el tío Malivoire, que vivía en una granja cercana, gordinflón y bromista, conocedor de todas las artimañas de la gente, le gritó a pleno pulmón, poniendo las dos manos de tornavoz, al estilo de Cesáreo:

—¡No eres poco listo, viejo! Vaya nariz la tuya, para oler desde tu casa el tufillo de la cocina de Pólito!

Una carcajada espantosa estalló en todas las gargantas. Malivoire, animado por el éxito, siguió diciendo:

—No hay nada como una cataplasma de embuchado para quitar cualquier dolor. Con eso, y un vaso de aguardiente de treinta y seis grados, se conserva caliente la barriga.

Los hombres lanzaban alaridos, golpeaban la mesa con el puño, se hacían a un lado para reír, doblando y levantando el torso como si estuviesen haciendo funcionar una bomba. Las mujeres cloqueaban como gallinas; las criadas, en pie junto a la pared, se retorcían. El único que no se reía era el tío Amable; sin contestar una palabra, aguardaba a que le hiciesen sitio.

Lo colocaron en el centro de la mesa, frente a su nuera, y, en cuanto estuvo sentado, se puso a comer. Después de todo, su hijo era el que pagaba, y no debía de perder él su parte. Con cada cucharada de sopa que le caía en el estómago, con cada bocado de pan o

de carne que deshacía entre sus a encías, con cada vaso de sidra o de vino que le corría por el gznate, él se hacia la ilusión de que recuperaba algo de lo que era suyo, de que salvaba un poco del dinero que aquellos tragaldabas devoraban, una parte, en fin, de lo que le pertenecía. Comía en silencio, con un ahinco de avaro que ahorra dinero, con la sombría tenacidad que ponía en sus buenos tiempos en el trabajo constante.

Vió de pronto en uno de los extremos de la mesa al hijo de Celeste, que una mujer tenía sobre las rodillas, y ya no le quitó la vista de encima. Seguía comiendo, pero con la mirada clavada en el pequeño, que mordiscaba trocitos de carne que la niñera le ponía de cuando en cuando en la boca. Más le hacían sufrir al viejo aquellos bocados que chuperreteaba el renacuajo, que lo que se tragaban todos los demás.

La comida duró hasta el oscurecer, y .cada cual se retiró luego a su casa.

Cesáreo ayudó al tío Amable a levantarse.

—Vamos, padre, hay que volver a casa —le dijo.

Le puso en las manos sus dos bastones. Celeste cogió en brazos a su hijo y echaron a andar, muy despacio, en la noche blanquecina, iluminada por la nieve. El viejo sordo, que iba casi borracho, y al que la borrachera hacía más perverso, se obstinaba en acortar el paso. Llegó incluso a sentarse varias veces, con idea de que su nuera se enfriase; lanzaba gemidos, sin pronunciar una sola palabra, dejando escapar una especie de lamentación prolongada y doliente.

No bien llegaron a casa, subió a su granero mientras Cesáreo arreglaba una cama para el niño, junto al nicho profundo en que él iba a acostarse con su mujer.

Per como los recién casados no se durmieron en seguida, oyeron durante largo rato moverse al viejo en su jergón, y hasta habló varias veces en voz alta, ya porque estuviese soñando, ya porque bajo la obsesión de una idea fija le escapase, a pesar suyo, el pensamiento por la boca.

Al día siguiente, cuando se descolgó por su escalera, vió a su nuera haciendo las faenas de la casa.

Ella le gritó:

—¡Ea, padre, dése prisa, que le espera una buena sopa!

Y le puso en un extremo de la mesa la vasija redonda de barro cocido, llena del liquido humeante. El tío Amable tomó asiento, sin contestar nada, cogió el cacharro, que quemaba, se calentó las manos, según tenía por costumbre, y, como hacia mucho frío, lo arrimó al pecho, como para meter un poco del vivo calor del agua hirviente en su viejo cuerpo entumecido por los inviernos.

Buscó luego sus bastones y salió al campo helado, hasta las doce, hora de comer, porque vió al hijo de Celeste que dormía aún, acomodado dentro de un cajón.

No se resignó. Seguía viviendo en la casita, aunque parecía que no estuviese allí, que nada iba con él, que aquellas personas, su hijo, la mujer y el niño eran extraños, a los que no conocía ni dirigía jamás la palabra.

\*\*\*

Pasó el invierno. Habla sido largo y crudo. Vino la primavera, y otra vez entraron en actividad los gérmenes; y otra vez los campesinos, como hormigas laboriosas, pasaron sus días en el campo, trabajando desde la aurora hasta el anoecer, con cierzo y con lluvia, entre los surcos de tierra parda que gestaban el pan de la Humanidad.

El año se presentaba bien para el nuevo matrimonio. Las mieses crecían apretadas y vigorosas; no hubo heladas tardías; los manzanos en flor dejaban caer sobre la hierba una nevada rosa y blanca que prometía ser para el otoño granizada de frutos.

Cesáreo trabajaba afanosamente; se levantaba temprano y volvía tarde, para economizar el gasto de un criado.

Su mujer le decía a veces:

—Acabarás enfermando un día u otro.

Pero él contestaba:

—No pases cuidado; ya tengo costumbre.

Sin embargo, una noche volvió a casa tan cansado, que se acostó sin cenar. A la mañana siguiente se levantó a la hora de todos los días, pero no pudo probar bocado, a pesar de su ayuno de la víspera, y a mitad de la tarde tuvo que volver, para acostarse otra vez. En el transcurso de la noche comenzó a toser; se revolvía en su jergón, febril, con la frente ardiendo, la lengua seca y una sed devoradora.

A pesar de su estado, salió a sus tierras en cuanto amaneció; pero al día siguiente hubo necesidad de llamar al médico, que lo encontró muy mal, atacado de pulmonía.

No volvió a salir ya del nicho oscuro que le servía de cama. Se le oía toser, jadear y agitarse dentro de aquel agujero. Para poder verlo, darle las medicinas y aplicarle las ventosas, era preciso colocar una vela encendida en la boca del nicho. Y a su luz se distinguía una cara hundida, manchada por una barba larga, debajo de un tejido espeso de telas de araña que colgaban y se ondulaban a impulso del viento. Las manos del enfermo yacían como muertas sobre las ropas grises de la cama.

Celeste le cuidada con una actitud alarmada, le hacía beber los medicamentos, le aplicaba los vejigatorios, iba y venía por la casa, y, entre tanto, el tío Amable miraba desde el borde de su granero hacia el oscuro hueco en donde agonizaba su hijo. No se acercaba a él por odio a la mujer, enfurruñado aún como perro envidioso.

Transcurrieron seis días más; una mañana, cuando Celeste, que ahora dormía en el suelo sobre un montón de paja, fué a ver si el hombre estaba mejor, no oyó en el nicho profundo que le servía de cama la respiración jadeante. Y preguntó asustada:

—Cesáreo, ¿qué tal te encuentras hoy?

Pero él no contestó.

Alargó ella la mano para tocarle y tropezó con la carne ya helada de su cara. Gritó, con uno de esos gritos prolongados de mujer asustada. Estaba muerto.

Al grito aquel, asomó el viejo sordo en lo alto de la escalera, y viendo que Celeste corría fuera de casa para pedir socorro, descendió rápidamente, palpó a su vez la cara de su hijo, comprendió de pronto lo que ocurría y fué y cerró la puerta por dentro, para que no pudiese entrar la mujer y para tomar otra vez posesión de su casa, ahora que ya no vivía su hijo.

Después se sentó en una silla junto al muerto.

Iba llegando gente de las granjas cercanas, y llamaban, golpeando la puerta. El viejo no los oía. Uno de los llegados rompió un cristal de la ventana y saltó dentro de la habitación. Otros le siguieron, abriendo de nuevo la puerta, y entró Celeste, llorando a lágrima viva, con las mejillas hinchadas y los ojos enrojecidos. Entonces el tío Amable, vencido, subió a su granero sin decir palabra.

El entierro tuvo lugar al día siguiente; acabada la ceremonia, el suegro y la nuera quedaron en la casa solos, con el niño.

Era hora de cenar. Celeste encendió el fuego, cortó las sopas, puso en la mesa los platos; el viejo, sentado en una silla, esperaba, aunque parecía no fljarse en nada.

Cuando estuvo preparada la comida, le gritó ella a la oreja:

—Vamos, padre, hay que comer.

Se levantó, tomó asiento a un extremo de la mesa, vació su plato de sopa, masticó el trozo de pan untado de manteca, bebió sus dos vasos de sidra y se marchó.

Era uno de esos días tibios, favorables, en que la vida fermenta, palpita, florece en toda la extensión del suelo.

El tío Amable caminaba por un sendero estrecho, cruzando los campos. Miraba los trigos nuevos, las nuevas avenas y pensaba en que su hijo, su pobre hijo, estaba ahora bajo tierra. Iba caminando con su paso inseguro, arrastrando la pierna, cojeando un poco. Cuando se vio completamente solo en medio de la llanura, completamente solo bajo el cielo azul, en medio de las mieses que iban creciendo, completamente solo con las alondras que veía pasar por encima de su cabeza, sin oír sus graves gorjeos, se echó a llorar, sin interrumpir su caminata.

Se sentó luego junto a una charca y no se movió de allí en toda la tarde, viendo cómo los pajarillos venían a beber en ella; cuando ya caía la noche, volvió a su casa, cenó sin decir una palabra trepó a su granero.

Su vida siguió siendo la misma. Fuera de que su hijo Cesáreo dormía en el cementerio, todo seguía siendo igual.

¿Qué iba a hacer el pobre viejo? No podía trabajar, no valía ya sino para comer las sopas que le hacía su nuera, Y las comía en silencio, mañana y tarde, acechando con ojos iracundos al pequeño, que también comía, frente a él, en la otra punta de la mesa. Después salía, merodeaba por el campo como un vagabundo, se escondía detrás de las granjas para dormir una o dos horas, como temeroso de que le viesen, y regresaba a su casa al atardecer.

Entre tanto, el cerebro de Celeste se veía agujoneado por grandes preocupaciones. Hacía falta un hombre que cuidase y trabajase las tierras, que estuviera siempre allí, con el ojo puesto en el campo. No bastaba con un asalariado; hacía falta un verdadero labrador, un amo, que supiese el oficio y tuviese interés por la explotación. Una mujer sola, no podía llevar adelante los cultivos, estar al tanto de los precios de los cereales, dirigir la venta y compra de ganado. Entonces acudieron a su cabeza ciertas ideas, ideas prácticas, sencillas, que iba rumiando todas las noches. No podía volver a casarse antes de un año, pero tenía necesidad urgente, inmediata, de salvar intereses que apremiaban, que no admitían dilación.

Sólo un hombre podía sacarla de apuros: Víctor Lecoq, el padre de su hijo. Era trabajador, entendido en las cosas de la tierra; si hubiese tenido algún dinero disponible, habría sido un excelente labrador. Ella lo sabía bien, por días que lo había visto trabajar en casa de sus padres.

Una mañana, pues, que lo vio pasar por la carretera con un carro de estiércol, salió Celeste en busca suya. Cuando él se dio cuenta, detuvo los caballos; ella le dijo, como si se hubiesen visto la víspera:

—Buenos días, Víctor, ¿cómo andamos?

El le contestó:

—Vamos tirando; ¿y por casa?

—Todo iría bien, si no estuviese yo sola, y esto me trae de cabeza por cuestión del cuidado de las tierras.

Hablaron largo y tendido, apoyados en la rueda del pesado carro. El se rascaba de cuando en cuando la cabeza por debajo de la gorra, y meditaba; ella, con la cara encendida, hablaba con mucha animación, exponía argumentos, combinaciones, proyectos para el porvenir. Víctor murmuró, finalmente:

—Sí, podría ser.

Ella alargó la mano abierta, como hacen los campesinos cuando cierran un trato, y preguntó:

—¿Hecho, entonces?

Él alargó la suya y le dio un apretón:

—Hecho.

—Quedamos para el domingo.



- Para el domingo.  
—Adiós, Víctor.  
—Adiós, señora Houlbreque.

### III

Se celebraba aquel domingo la fiesta del pueblo, es decir, la fiesta anual del patrón, lo que llaman feria, en Normandía.

Iban llegando desde hacia ocho días por las carreteras, al paso cansino de jamelgos grises o rojizos, los carros de feriantes, en los que viven con sus familias andariegos los vendedores de feria, directores de loterías, casetas de tiro, juegos de toda clase y curiosidades.

Los sucios carricoches, de cortinas flotantes, que van de un lugar a otro con un perro triste que camina entre sus ruedas con la cabeza baja, habían ido haciendo alto, uno después de otro, en la plaza del Ayuntamiento. Armaron luego una tienda delante de cada casa ambulante; por los agujeros de la lona se distinguían objetos de mucho brillo, que excitaban el deseo y la curiosidad de los muchachos.

El día de la fiesta, desde por la mañana, se abrieron todas las barracas, desplegando sus magnificencias de cristal y de porcelana; cuando pasaban los campesinos camino de la misa, miraban ya con ojos de ingenua satisfacción aquellos modestos comercios, aunque estaban acostumbrados a verlos todos los años.

Desde primera hora de la tarde se congregó en la plaza una muchedumbre. De todos los pueblos próximos llegaban los campesinos con sus mujeres y sus hijos, en faetones de dos ruedas que sonaban a chatarra y que, al oscilar como básculas, zarandeaban a sus ocupantes. Desenganchaban en casas de amigos; los patios de las granjas estaban llenos de estos carromatos grises, altos, esqueléticos, desvencijados y ganchudos, que parecían bichos de largas patas del fondo del mar.

Todas las familias iban a la feria, los chiquillos delante, los grandes detrás, caminando despacio, sonrientes, con las manos abiertas, unas manos rojas, huesudas, acostumbradas al trabajo y que no sabían qué hacer en el descanso.

Un prestidigitador tocaba el cornetín; el organillo del tiovivo desgranaba en el aire sus notas lloronas y saltarinas; la rueda de las rifas rechinaba como una tela que se desgarraba; cada segundo sonaba el chasquido de un tiro de carabina. La muchedumbre pasaba con lentitud, perezosamente, por delante de las barracas, como una pasta que fluye, con remolinos de rebaño, con torpeza de animal pesado que ha salido por casualidad.

Las chicas, cogidas del brazo en filas de seis u ocho, cantaban canciones con voz chillona; los mozos las seguían, dirigiéndoles bromas, con la gorra ladeada sobre la oreja, y la blusa, rígida por el aderezo de la tela, hinchada como un globo azul.

Toda la gente del pueblo y del contorno estaba allí: amos, criados y criadas.

Hasta el mismo tío Amable, luciendo su levita antigua y verdosa, había querido ver la feria; ningún año dejaba de ir.

Miraba las rifas, se paraba delante de las barracas de tiro al blanco, para apreciar la puntería; pero lo que más le interesó fue un juego muy sencillo que consistía en meter una gruesa bola de madera por la boca de un monigote pintado en un tablero.

Alguien le dio de improviso un golpecito en la espalda. Era el tío Mailvoire, que le gritó:

—¡Eh, padre, le invito a echar una copa!

Se sentaron a una mesa de un despacho de bebidas montado al aire libre y echaron una copa, y luego dos, y después tres copas; el tío Amable siguió vagando por la feria. Empezaba a enturbiársele la cabeza, se sonreía sin saber por qué, se sonreía viendo las

rifas, delante del tiovivo, pero sobre todo en la barraca del tiro a muerte. Permaneció allí largo rato de espectador, gozando cuando un aficionado derribaba al gendarme o al cura, las dos autoridades por las que sentía un temor instintivo. Volvió al despacho de bebidas y tomó un vaso de sidra, para refrescar. Era ya tarde; la noche se echaba encima. Un campesino, de cerca de su casa le advirtió:

—Va usted a llegar tarde para guisado, abuelo.

Echó a andar para su granja. Una oscuridad suave, la tibia oscuridad de los atardeceres de primavera, iba cubriendo lentamente la tierra.

Cuando llegó delante de su puerta, le pareció ver por la ventana iluminada dos personas dentro de casa. Se detuvo, muy sorprendido; entró al fin, y vio a Víctor Lecoq sentado a la mesa, frente a un plato lleno de patatas, cenando precisamente en el sitio de su hijo.

Dio media vuelta, como para marcharse. Era ya completamente de noche. Celeste se levantó, y le gritó:

—Venga pronto, padre, que tenemos un buen guisado por ser ferias.

Obedeció por inercia, y tomó asiento, mirando, uno después de otro, al hombre, a la mujer y al chico. Después se puso a comer tranquilamente, como todos los días.

Víctor Lecoq estaba como en su casa: conversaba de cuando en cuando con Celeste, cogía al niño en sus rodillas y lo besaba. Celeste le volvía a servir comida, le echaba de beber, parecía contenta cuando le hablaba. El tío Amable lo observaba todo, siguiéndolos con la mirada, aunque no entendía lo que decían. Cuando acabó de cenar —y estaba tan trastornado que no comió apenas—, se levantó; pero, en vez de subir al granero como todas las noches, abrió la puerta del patio y salió al campo.

Al ver que se había marchado, preguntó Celeste, algo intranquila:

—¿Qué irá a hacer?

Víctor le contestó con indiferencia:

—No te preocupes. Ya volverá cuando se canse.

Celeste hizo entonces la limpieza: lavó los platos, limpió la mesa y, mientras tanto, Víctor se desnudó tranquilamente. Después se metió en aquella cama oscura y profunda en la que ella había dormido con Cesáreo.

Se abrió otra vez la puerta del patio. Apareció el tío Amable. Después de entrar se quedó mirando a todas partes, como perro que husmea. Buscaba a Víctor Lecoq. Al no verlo por ningún lado, cogió de encima de la mesa la vela y se acercó al nicho oscuro en el que su hijo había muerto. Vio, acostado en el fondo del mismo, a Víctor, que dormitaba ya. El sordo se retiró sin meter ruido, volvió a poner la vela sobre la mesa y salió otra vez al patio. Celeste acabó sus tareas, acostó a su hijo, puso todas las cosas en su sitio y esperó a que regresase su suegro, para acostarse al lado de Víctor.

Esperaba, sentada en una silla, con las manos inertes y la mirada perdida en el vacío.

Al ver que no regresaba, murmuró con fastidio, con enojo:

—Nos va a hacer gastar lo menos veinte céntimos de vela, este viejo inútil.

Víctor le contestó desde el fondo del nicho:

—Hace más de una hora que salió; habrá que mirar si no se ha dormido en el banco de delante de la puerta.

Celeste dijo:

—Voy a ver.

Se levantó, cogió la luz y salió, haciendo pantalla con una mano, para mejor ver en la oscuridad.

Nada vio delante de la puerta, ni en el banco, ni en el estercolero, donde el tío Amable se sentaba algunas veces para estar caliente.

Al volverse para entrar en casa, alzó casualmente los ojos hacia un gran manzano, que servía de abrigo a la entrada de la granja, y distinguió de pronto dos pies, los dos pies de un hombre, que colgaban a la altura de su cara.

Dio tres gritos terribles:

—¡Víctor! ¡Víctor! ¡Víctor!

Este acudió corriendo, en camisa. Ella, sin poder hablar, volviendo la cabeza para no ver, alargaba el brazo señalándole el árbol.

Victor, que no comprendía, cogió la vela para alumbrarse y distinguió, entre el ramaje iluminado desde abajo, al tío Amable colgado del cuello, a gran altura, de una cuerda del establo.

Apoyada en el tronco del manzano, había una escalera.

Victor corrió a buscar un hacha, se encaramó al árbol y cortó la cuerda. El viejo estaba ya frío, y sacaba la lengua de un modo horrible, con una mueca que daba miedo.

*Gil Blas*, 30 de abril de 1886

## *El tío Judas*

---

*Le père Judas*

Toda la región era sorprendente, estaba marcada por un carácter de grandeza casi religiosa y de siniestra desolación.

En el centro de un vasto círculo de colinas yermas donde no crecían más que aliagas, y, en algunos sitios, un extraño roble torcido por el viento, se extendía una vasta laguna salvaje, de agua negra y dormida, donde temblaban millares de cañas.

Una sola casa a orillas de aquel lago sombrío, una casita baja habitada por un viejo barquero, el tío Joseph, que vivía del producto de la pesca. Todas las semanas llevaba sus peces a los pueblos vecinos, y regresaba con las sencillas provisiones que necesitaba para vivir.

Quise ver a aquel solitario, y él se ofreció a llevarme a retirar sus nasas. Acepté.

Su barca era vieja, carcomida y tosca. Y él, huesudo y flaco, remaba con un movimiento monótono y suave que acunaba el espíritu, cercado ya por la tristeza del horizonte.

Me creía transportado a los primeros tiempos del mundo, en medio de aquel paisaje antiguo, en aquella embarcación primitiva que manejaba aquel hombre de otra época.

Levantó sus redes, y arrojaba los peces a sus pies con ademanes de pescador bíblico. Después quiso pasearme hasta el final de la ciénaga, y de pronto divisé, en la otra orilla, una ruina, una choza despanzurrada cuya pared tenía una cruz, una cruz enorme, que parecía trazada con sangre, bajo los últimos resplandores del sol poniente.

Pregunté:

—¿Qué es eso?

El hombre se persignó al punto, y después respondió:

—Allí es donde murió Judas.

No me sorprendí, como si hubiera podido esperarme tan extraña respuesta.

Insistí, sin embargo:

—¿Judas? ¿Qué Judas?

Él agregó:

—El Judío errante, señor.

Le rogué que me contase aquella leyenda. Pero era más que una leyenda; era una historia, y casi reciente, pues el tío Joseph había conocido al hombre.

Antaño aquella cabaña estaba ocupada por una mujer muy alta, una especie de mendiga, que vivía de la pública caridad. El tío Joseph ya no se acordaba de quién le había dado la choza. Ahora bien, una noche, un viejo de barba blanca, un viejo que parecía dos veces centenario, y que se arrastraba con dificultad, pidió al pasar limosna a aquella miserable.

Ella respondió:

—Siéntese, abuelo; todo lo que hay aquí es de todos, porque de todos procede.

El se sentó en una piedra delante de la puerta. Compartió el pan de la mujer, y su cama de hojas, y su casa.

Ya no se separó de ella. Habían acabado sus viajes. El tío Joseph agregó:

—Fue la Virgen Nuestra Señora la que lo permitió, señor, en vista de que una mujer había abierto su puerta a Judas.

Pues el viejo vagabundo era el Judío errante.

En la región no se supo enseguida, pero pronto se sospechó, pues caminaba sin parar, tan acostumbrado estaba a hacerlo.

Otra razón hizo nacer las sospechas. La mujer que albergaba en su casa al desconocido pasaba por judía, pues nunca se la había visto en la iglesia.

En diez leguas a la redonda solo la llamaban "la Judía". Cuando los niños pequeños de la región la veían llegar mendigando, gritaban: "¡Mamá, mamá, es la Judía!".

El viejo y ella empezaron a vagar por los pueblos vecinos, tendiendo la mano en todas las puertas, balbuciendo súplicas a espaldas de todos los transeúntes. Se les vio a cualquier hora del día, por senderos perdidos, a lo largo de los pueblos, o bien comiendo un pedazo de pan a la sombra de un árbol solitario, con el gran calor del mediodía.

Y en la comarca empezaron a llamarle al mendigo "el tío Judas".

Ahora bien, un día, trajo en sus alforjas dos cerditos vivos que le habían dado en una granja, porque había curado al granjero de un mal.

Y pronto dejó de mendigar, muy ocupado en conducir a sus cerdos para alimentarlos, paseándolos a lo largo de la laguna, bajo los robles aislados de los vallecitos vecinos. La mujer, en cambio, vagaba sin cesar en busca de limosnas, pero se reunía con él todas las noches.

Tampoco él iba nunca a la iglesia, y nunca lo habían visto hacer la señal de la cruz delante de los cruceros. Todo ello provocaba muchos cotilleos.

Una noche, a su compañera le dio la fiebre y empezó a temblar como una tela agitada por el viento. El se acercó a la aldea a buscar medicinas, después se encerró a su lado, y durante seis días no se le volvió a ver.

Pero el cura, habiendo oído decir que "la Judía" iba a morir, acudió a llevar los consuelos de su religión a la moribunda, y a ofrecerle los últimos sacramentos. ¿Era judía? El no lo sabía. Deseaba, en cualquier caso, intentar salvar su alma.

En cuanto llamó a la puerta, el tío Judas apareció en el umbral, jadeante, con los ojos encendidos, con toda la gran barba agitada como un agua que chorrea, y gritó en una lengua desconocida palabras blasfemas, extendiendo sus flacos brazos para impedir que el sacerdote entrase.

El cura quiso hablar, ofrecer su bolsa y sus cuidados, pero el viejo seguía insultándolo, haciendo con las manos el ademán de tirarle piedras. Y el sacerdote se retiró, perseguido por las maldiciones del mendigo.

Al día siguiente la compañera del tío Judas murió. Él mismo la enterró ante su puerta. Era una gente tan insignificante que nadie se ocupó del asunto.

Y se volvió a ver al hombre guiando a sus cerdos a lo largo de la laguna y por las laderas de las colinas.

A menudo también él volvía a mendigar para comer. Pero ya no le daban casi nada, tantas eran las historias que sobre él circulaban. Y cada cual sabía también de qué manera había recibido al cura. Desapareció. Era durante la Semana Santa. Nadie se preocupó.

Pero el lunes de Pascua, unos chicos y chicas que habían ido de paseo hasta la laguna oyeron un gran ruido en la choza. La puerta estaba cerrada; los chicos la derribaron y los dos cerdos escaparon saltando como machos cabríos. Nadie los volvió a ver.

Entonces, al entrar toda aquella gente, descubrieron en el suelo algunas ropas viejas, el sombrero del mendigo, unos huesos, sangre seca y restos de carne en las cavidades de una calavera.

Sus cerdos lo habían devorado.

Y el tío Joseph agregó:

—Eso ocurrió, señor, el Viernes Santo, a las tres de la tarde.

Pregunté:

—¿Cómo lo sabe?

Respondió:

—No cabe la menor duda.

Traté de hacerle comprender que era muy natural que los animales hambrientos se hubieran comido a su dueño, muerto de repente en su choza.

En cuanto a la cruz de la pared, había aparecido una mañana, sin que se supiera qué mano la había trazado de aquel extraño color.

A partir de entonces, nadie dudó que el Judío errante había muerto en aquel lugar.

Yo mismo lo creí durante una hora.

*Le Gaulois*, 28 de febrero 1883.

# *Mi tío Jules*

---

*Mon oncle Jules*

*Al Sr. Achille Bénouville*

Un viejo pordiosero, de barba blanca, nos pidió limosna. Mi compañero, Joseph Davranche, le dio cinco francos. Quedé sorprendido. El me dijo:

—Ese infeliz me ha recordado una historia que voy a contarte y cuyo recuerdo me persigue sin cesar. Es ésta.

Mi familia, originaria del Havre, no era rica. Íbamos tirando, sin más. Mi padre trabajaba, regresaba tarde de la oficina y no ganaba gran cosa. Yo tenía dos hermanas.

Mi madre sufría mucho por la escasez en que vivíamos, y a menudo encontraba palabras agrias para su marido, reproches velados y pérfidos. El pobre hombre hacía entonces un gesto que me afligía. Se pasaba la mano abierta por la frente, como para enjugar un sudor que no existía, y no contestaba nada. Yo notaba su dolor impotente. Economizábamos en todo: nunca aceptábamos una cena, para no tener que devolverla; comprábamos las provisiones de saldo, los restos de existencias. Mis hermanas se hacían ellas mismas la ropa y sostenían largas discusiones sobre el precio de un galón que valía a quince céntimos el metro. Nuestro alimento ordinario consistía en un sopicaldo y carne de buey aderezada con todas las salsas. Es sano y reconfortante, al parecer; yo hubiera preferido otra cosa.

Cada botón perdido o un siete en un pantalón me costaban altercados abominables.

Pero todos los domingos íbamos a dar nuestro paseo por la escollera vestidos de punta en blanco. Mi padre, de levita, gran sombrero, guantes, daba el brazo a mi madre, empavesada como un navío en día de fiesta. Mis hermanas, las primeras en estar preparadas, aguardaban la señal de partida; pero, en el último momento, se descubría siempre una mancha olvidada en la levita del padre de familia, y era preciso limpiarla rápidamente con un trapo empapado en gasolina.

Mi padre, con su gran sombrero en la cabeza, esperaba, en mangas de camisa, que se rematara la operación, mientras mi madre se apresuraba, tras haberse ajustado sus gafas de miope, y quitado los guantes para no estropearlos.

Nos poníamos en marcha con toda ceremonia. Mis hermanas iban delante, dándose el brazo. Estaban en edad casadera, y se las exhibía en la ciudad. Yo me mantenía a la izquierda de mi madre, y mi padre iba a su derecha. Y recuerdo el aire pomposo de mis pobres padres durante los paseos del domingo, la rigidez de sus rasgos, la solemnidad de sus andares. Avanzaban con paso grave, el cuerpo erguido, las piernas rígidas, como si un asunto de suma importancia dependiera de su porte.

Y cada domingo, al ver entrar los grandes navíos que regresaban de países desconocidos y remotos, mi padre pronunciaba invariablemente las mismas palabras:

" ¡Ah! ¡Qué sorpresa, si Jules llegara en uno de éstos!"

Mi tío Jules, el hermano de mi padre, era la única esperanza de la familia, tras haber sido su terror. Yo había oído hablar de él desde la infancia, y me parecía que lo reconocería al primer vistazo, tan familiar me resultaba su idea. Conocía todos los detalles de su existencia hasta el día de su marcha a América, aunque sólo se hablara en voz baja de ese período de su vida.

Había tenido, al parecer, muy mala conducta, es decir se había comido algún dinero, lo cual es el mayor de los crímenes en las familias pobres. Entre los ricos, un hombre que se divierte hace tonterías. Es lo que suele llamarse, sonriendo, un juerguista. Entre los necesitados, un mozo que fuerza a sus padres a mermar el capital se convierte en un mal tipo, un golfo, un sinvergüenza.

Y esta distinción es justa, aunque el hecho sea el mismo, pues sólo las consecuencias determinan la gravedad del acto.

En fin, el tío Jules había disminuido notablemente la herencia con la cual contaba mi padre, tras haberse comido también su parte hasta el último céntimo.

Lo habían embarcado para América, como se hacía entonces, en un barco mercante que iba del Havre a Nueva York.

Una vez allá, mi tío Jules puso una tienda de no sé qué, y escribió muy pronto que ganaba un poco de dinero y que esperaba poder resarcir a mi padre del perjuicio que le había causado. Esta carta provocó en la familia una profunda emoción. Jules, que no valía para maldita la cosa, como suele decirse, se convirtió de golpe en un hombre honrado, un mozo todo corazón, un auténtico Davranche, íntegro como todos los Davranche.

Un capitán nos informó además de que había alquilado una gran tienda y que realizaba tratos de envergadura.

Una segunda carta, dos años después, decía: "Mi querido Philippe, te escribo para que no te preocupes por mi salud, que es buena. También los negocios van bien. Me marcho mañana a un largo viaje por América del Sur. Quizás esté varios años sin darte noticias. Si no te escribo, no te preocupes. Volveré al Havre una vez que haya hecho fortuna. Espero que no será demasiado tarde, y que viviremos felices juntos..."

Esta carta se había convertido en el evangelio de la familia. Se leía con cualquier motivo, se la enseñaban a todo el mundo.

Durante diez años, en efecto, el tío Jules no volvió a dar noticias; pero la esperanza de mi padre crecía a medida que avanzaba el tiempo; y también mi madre decía a menudo:

"Cuando el bueno de Jules esté aquí, nuestra situación cambiará. ¡Ese sí que ha sabido salir adelante!"

Y cada domingo al ver llegar desde el horizonte los grandes vapores negros que vomitaban hacia el cielo serpientes de humo, mi padre repetía su eterna frase:

" ¡Ah! ¡Qué sorpresa, si Jules llegara en unos de éstos!"

Y casi esperábamos verlo agitar un pañuelo, y gritar:

"¡Eh!, Philippe!"

Se habían trazado mil proyectos contando con la seguridad de aquel retorno; incluso íbamos a comprar, con el dinero del tío, una casita de campo cerca de Ingouville. Y no me atrevería a afirmar que mi padre no hubiera ya entablado negociaciones sobre este asunto.

La mayor de mis hermanas tenía entonces veintiocho años; la otra, ventiséis. No se casaban, y eso era un motivo de gran pesar para todos.

Por fin apareció un pretendiente para la segunda. Un empleado, no rico, pero honorable. Siempre tuve la convicción de que la carta del tío Jules, enseñada una tarde, había terminado con las vacilaciones del joven y provocado su resolución.

Se le aceptó con gran placer, y se decidió que después de la boda toda la familia haría un viajecito a Jersey.

Jersey es el ideal del viaje para la gente pobre. No está lejos; se pasa la mar en un paquebote y se está en tierra extranjera, pues ese islote pertenece a los ingleses. Por lo tanto, un francés, con dos horas de navegación, puede permitirse el lujo de ver a un



pueblo vecino en su propia casa y de estudiar las costumbres, deplorables, por otra parte, de esta isla amparada por el pabellón británico, como dicen las personas que hablan con sencillez.

Este viaje a Jersey se convirtió en nuestra preocupación, nuestra única expectativa, nuestro sueño de todos los instantes.

Partimos por fin. Lo estoy viendo como si fuera ayer: el vapor calentando las calderas junto al muelle de Granville; mi padre, asustado, vigilando el embarque de nuestros tres bultos; mi madre, inquieta, cogida del brazo de mi hermana soltera, que parecía perdida desde la marcha de la otra, como un pollito, el único que ha quedado de su nidada; y, detrás de nosotros, los recién casados que siempre se quedaban rezagados, lo cual me hacía volver la cabeza con frecuencia.

El barco silbó. Subimos a bordo, y el navío, apartándose de la escollera, se alejó por una mar lisa como una mesa de mármol verde. Mirábamos cómo huía la costa, felices y orgullosos como todos los que viajan poco.

Mi padre tensaba el vientre bajo su levita, cuyas manchas habían sido limpiadas cuidadosamente esa misma mañana, y difundía a su alrededor ese olor a gasolina de los días de paseo que me hacía reconocer los domingos.

De repente, divisó dos elegantes señoras a las que dos caballeros ofrecían ostras. Un viejo marinero andrajoso abría con un cuchillo las conchas y se las pasaba a los caballeros, que se las tendían en seguida a las señoras. Estas comían de una manera delicada, sujetando la ostra con un fino pañuelo y estirando los labios para no mancharse el vestido. Después bebían el agua con un pequeño movimiento rápido y tiraban la concha al mar.

Mi padre, sin duda, quedó seducido por aquel distinguido acto de comer ostras en un navío en marcha. Le pareció de un gran estilo, refinado, superior, y se acercó a mi madre y mis hermanas preguntando:

—¿Queréis que os invite a ostras?

Mi madre vacilaba, a causa del gasto; pero mis dos hermanas aceptaron en seguida. Mi madre dijo, en tono contrariado:

—Me temo que me sienten mal en el estómago. Invita sólo a los chicos, pero no demasiados, se pondrán enfermos.

Después, volviéndose hacia mí, agregó:

—Y para Joseph, no es necesario; no hay que mimar a los niños.

Me quedé, pues, al lado de mi madre, pareciéndome injusta aquella distinción. Seguí con la mirada a mi padre, que guiaba pomposamente a sus dos hijas y su yerno hacia el viejo marinero andrajoso.

Las dos señoras acababan de marcharse, y mi padre indicaba a mis hermanas cómo había que arreglárselas para comerlas sin que se escapara el agua; quiso incluso dar ejemplo y se apoderó de una ostra. Tratando de imitar a las damas, derramó inmediatamente todo el líquido en su levita, y oí murmurar a mi madre:

—Más valdría que se quedara tranquilo.

Pero de repente mi padre me pareció inquieto; se alejó unos pasos, miró fijamente a su familia apretujada en torno al ostrero, y, bruscamente, vino hacia nosotros. Me pareció muy pálido, con unos ojos raros. Le dijo, a media voz, a mi madre:

—Es extraordinario cuánto se parece a Jules el hombre que abre las ostras.

Mi madre, sobrecogida, preguntó:

—¿A qué Jules?...

Mi padre prosiguió:

—Pues..., a mi hermano... Si no supiera que está en buena posición, en América, creería que es él.

Mi madre balbució espantada:

—¡Estás loco! Puesto que sabes perfectamente que no es él, ¿por qué dices semejantes tonterías?

Pero mi padre insistió:

—Vete a verlo, Clarisse; prefiero que te asegures por tí misma, con tus propios ojos.

Ella se levantó y fue a reunirse con sus hijas. También yo miraba al hombre. Era viejo, estaba sucio, lleno de arrugas, y no apartaba la vista de su tarea.

Mi madre volvió. Me di cuenta de que temblaba. Pronunció muy rápido:

—Creo que es él. Vete a pedirle informes al capitán. Y sobre todo sé prudente, ¡no vaya a caernos ahora ese granuja entre los brazos!

Mi padre se alejó, pero yo lo seguí. Me sentía extrañamente emocionado.

El capitán, un señor alto, flaco, de largas patillas, se paseaba por el puente con aire importante, como si hubiera mandado el correo de las Indias.

Mi padre lo abordó ceremonioso, interrogándolo sobre su oficio, con gran acompañamiento de cumplidos:

"¿Cuál era la importancia de Jersey? ¿Sus productos? ¿Su población? ¿Sus costumbres? ¿La naturaleza del suelo?", etc., etc.

Hubiérase dicho que se trataba por lo menos de los Estados Unidos de América.

Después habló del barco que nos llevaba, el Express; después llegaron a la tripulación. Mi padre, por fin, con voz turbada:

—Tiene usted ahí un viejo vendedor de ostras que parece muy interesante. ¿Conoce algún detalle sobre ese hombrecillo?

El capitán, a quien aquella conversación estaba irritando, respondió secamente:

—Es un viejo vagabundo francés que encontré en América el año pasado, y al que repatrié. Tiene, al parecer, parientes en El Havre, pero no quiere volver a su lado, porque les debe dinero. Se llama Jules...Jules Darmanche, o Darvanche, o algo por el estilo. Parece que en cierto momento fue rico allá, para ya ve usted a lo que está reducido ahora.

Mi padre, que se estaba poniendo lívido, articuló, con la garganta seca, los ojos extraviados:

—¡Ah!, ¡Ah! Muy bien..., estupendo... No me extraña nada... Se lo agradezco mucho, capitán.

Y se marchó, mientras el marino lo miraba alejarse con estupor.

Regresó junto a mi madre, tan descompuesto que ella le dijo:

—Siéntate; se van a dar cuenta de que pasa algo.

Se desplomó sobre el banco, tartamudeando:

—¡Es él, claro que es él!— Después preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?...

Ella respondió vivamente:

—Hay que alejar a las niñas. Ya que Joseph lo sabe todo, que vaya a buscarlas. Y sobre todo hay que tener cuidado de que nuestro yerno no sospeche nada.

Mi padre parecía aterrado. Murmuró:

—¡Qué catástrofe!

Mi madre agregó, furiosa de repente:

—Siempre sospeché que ese ladrón nunca haría nada, ¡y que nos caería encima otra vez! ¡Cómo si se pudiera esperar algo de un Davranche! ...

Y mi padre se pasó la mano por la frente, como hacía ante los reproches de su mujer.

Esta añadió:

—Dale dinero a Joseph para que vaya a pagar las ostras, ahora. Sólo faltaba que ese mendigo nos reconociera. ¡Lindo efecto que causaría en el barco! Vámonos al otro extremo, ¡y arréglatelas para que ese hombre no se nos acerque!

Se levantó, y se alejaron tras haberme entregado una moneda de cinco francos.

Mis hermanas, sorprendidas, esperaban a su padre. Yo afirmé que mamá se encontraba un poco indispuesta, por culpa del mar, y le pregunté al abridor de ostras:

—¿Cuánto le debemos, señor?—Tenía ganas de decir: tío.

Él respondió:

—Dos francos con cincuenta.

Tendí mis cinco francos y él me dio la vuelta.

Yo miraba su mano, una pobre mano de marinero toda arrugada, y miraba su rostro, un viejo y miserable rostro, triste, abrumado, diciéndome:

"¡Es mi tío, el hermano de papá, mi tío!"

Le dejé cincuenta céntimos de propina. Me dio las gracias:

"Dios lo bendiga, jovencito."

Con el acento de un pobre que recibe limosna. ¡Pensé que había debido de mendigar, allá lejos!

Mis hermanas me contemplaban, estupefactas de mi generosidad.

Cuando le devolví los dos francos a mi padre, mi madre, sorprendida, preguntó:

—¿Te ha costado tres francos?... No es posible.

Declaré con voz firme:

—Le di cincuenta céntimos de propina.

Mi madre tuvo un sobresalto y me miró a los ojos:

—¡Estás loco! ¡Dar cincuenta céntimos a ese hombre, a ese bribón!...

Se detuvo ante una mirada de mi padre, que indicaba a su yerno.

Después enmudecimos.

Ante nosotros, en el horizonte, una sombra violeta parecía surgir del mar. Era Jersey.

Cuando nos acercamos a los muelles, me asaltó un violento deseo de ver una vez más a mi tío Jules, de acercarme a él, de decirle algo consolador, tierno.

Pero como nadie comía ya ostras, había desaparecido, había bajado sin duda al fondo de la infecta cala donde se alojaba el infeliz.

Y regresamos en el barco de Saint-Malo, para no encontrarlo, Mi madre estaba devorada por la inquietud.

¡Jamás he vuelto a ver al hermano de mi padre!

Por eso me verás a veces dar cinco francos a los vagabundos.

*Le Gaulois*, 7 de agosto 1883

# *El tío Mongilet*

---

*Le père Mongilet*

En la oficina, el tío Mongilet tenía fama de raro. Era un antiguo empleado, buen hombre, que no había salido de París más que una vez en la vida.

Estábamos a fines de julio, y los domingos todos salíamos al campo para tumbarnos sobre la hierba o darnos un chapuzón. Los pueblos vecinos: Asnières, Argenteuil, Chetou, Bougival, Maison, Passy, tenían sus visitantes asiduos y sus fanáticos. Se discutían apasionadamente los méritos y las ventajas de estos lugares célebres y deliciosos para los empleados de París.

El tío Mongilet declaraba:

—¡Pandilla de corderos! ¿Qué tiene de linda vuestra campiña?

Nosotros le preguntábamos:

—Y tú, Mongilet, ¿no sales nunca a pasear?

—Permitidme. Yo me paseo en autobús. Después de haber desayunado bien y sin prisas, en la taberna de abajo, elijo mi itinerario con un plano de París y el indicador de líneas y de correspondencias. Y después trepo a lo alto del autobús, abro mi sombrilla y ¡jarre, cochero! Oh, veo tantas cosas! ¡Más que vosotros! Cambio de barrio. Es como si hiciera un viaje a través del mundo, tan variada es la gente de una calle a la otra. Conozco París mejor que nadie. Por otra parte, no hay nada más encantador que los entresuelos. Las cosas que se ven en ellos, con una sola mirada, son inimaginables. Se descubren escenas domésticas observando el rostro de un hombre que grita; te entra risa al pasar frente a los peluqueros, que sueltan la nariz del cliente, completamente blanca de jabón, para contemplar la calle. Miras seductoramente a las modistillas, cara a cara, pero en broma, porque no hay tiempo de bajar. ¡Ah, cuántas cosas se ven! Es teatro, buen teatro, verdadero, el teatro de la naturaleza, contemplado al trote de dos caballos. ¡Jesús! Yo no cambiaría mis paseos en autobús por vuestros tontos paseos por el bosque.

Le decíamos:

—Prueba, Mongilet, ven una vez al campo para saber cómo es.

El respondía:

—Ya fui una vez, hace veinte años, y no volveré nunca.

—Cuéntanos cómo fue, Mongilet.

—Como queráis. Fue así: ¿Conocéis a Boivin, el antiguo jefe de redacción que llamábamos Boileau?

—Sí, perfectamente.

—Era mi compañero de oficina. Este granuja tenía una casa en Colombes y siempre me invitaba a pasar un domingo en ella. Me decía: "Vamos, Maculotte (me llamaba Maculotte en broma). Verás qué bonito paseo haremos." ( Juego de palabras entre Mongilet, que significa: mi chaleco, y Maculotte, que significa mis calzones)

"Me dejé atrapar como un tonto, y partí, una mañana, en el tren de las ocho. Llegué a una especie de pueblo, un pueblo en el campo, completamente vacío, y al cabo de un tiempo encontré, al final de un callejón, entre dos paredes, una vieja puerta de madera con una campanilla de hierro.

"Llamé. Esperé largo rato, y al fin me abrieron. ¿Quién vino a abrirme? A primera vista no pude definirlo: ¿era una mujer o una mona? Era vieja, fea, iba envuelta en

viejos trapos, parecía sucia y mezquina. Tenía plumas de ave en los cabellos y me miraba como si fuese a devorarme.

"Me preguntó:

"¿Qué desea?

"—¿El señor Boivin? —pregunté.

"—¿Para qué le quiere al señor Boivin?

"Me sentí a disgusto frente al interrogatorio de esta mujer iracunda. Balbuceé:

—El me espera.

"Ella dijo:

"—¡Ah! ¿Es usted el invitado que viene a comer?

"Tartamudeé un "sí" tembloroso.

"Entonces, volviéndose hacia la casa, gritó con una voz llena de rabia:

"—¡Boivin! ¡He aquí a tu compadre!

"Era la esposa de mi amigo. El pequeño Boivin apareció en seguida en el umbral de una especie de caseta de yeso, cubierta con un techo de zinc, semejante a una estufa. Llevaba un pantalón de dril blanco lleno de manchas y un grasiento sombrero panamá.

"Después de haberme estrechado las manos, me condujo a lo que él llamaba su jardín; estaba al final de otro pasaje flanqueado de enormes paredes; era un pequeño cuadrado de tierra, del tamaño de un pañuelo de bolsillo, y rodeado de casas tan altas que el sol sólo le daba durante dos o tres horas por día. Pensamientos, adormideras, alhelíes, algunos rosales, agonizaban al fondo de ese pozo sin aire y caliente como un horno por la reverberación de los tejados.

"—No tengo árboles —dijo Boivin—, pero las paredes vecinas ocupan su lugar. Me dan sombra como en un bosque.

"Después, me asió por un botón de la chaqueta y me dijo en voz baja:

"—Tienes que hacerme un favor. ¿Has visto a mi esposa? ¡No es amable, eh! Hoy, como te he invitado, me ha dado ropas limpias; pero si las mancho, estoy perdido; cuento contigo para regar mis plantas.

"Asentí. Me quité la chaqueta, me arremangué y me puse a bombear agua con todas mis fuerzas; el aparato silbaba, resoplaba, jadeaba con estertores de asmático, y por fin dejó salir un hilo de agua parecido al desagüe de una fuente Wallace. Fueron necesarios diez minutos para llenar una regadera. Yo estaba empapado. Boivin me guiaba:

"—Aquí... a esta planta... un poco más... Basta... A esta otra.

"La regadera estaba agujereada, y mis pies recibían más agua que las flores. Los bajos de mi pantalón, mojados, se impregnaban de barro. Tuve que repetir la operación veinte veces seguidas. Volví a empaparme los pies y torné a sudar haciendo gemir el mango de la bomba. Pues cuando quería detenerme extenuado, Boivin, suplicante, me asía del brazo.

"—Una regadera más. Una sola y terminamos.

"Para darme las gracias, me regaló una rosa, una rosa grande; pero apenas tocó mi ojal, se deshojó por completo dejándome, como adorno, una pequeña pera verdosa, dura como la piedra. Quedé sorprendido, pero no dije nada.

"La voz lejana de la señora Boivin se dejó oír:

"—¿Vais a venir o no? ¡Ya os he dicho que la comida está lista!

"Nos dirigimos hacia la caseta.

"Si el jardín se encontraba a la sombra, la casa, en cambio, se hallaba a pleno sol, y el segundo sudadero de Hamman (Hamman: establecimiento parisiense de la época, inspirado en los baños turcos, donde se podían tomar baños de vapor. El primer baño era a 50 grados, y el segundo a 80.) es más frío que el comedor de mi compañero.

"Tres platos, flanqueados por tenedores de estaño mal lavados, estaban posados en la mesa de madera amarilla. En el medio, una vasija de barro que contenía buey hervido, acompañado con patatas. Nos pusimos a comer.

"Un gran jarro lleno de agua, ligeramente teñida de rojo, atraía mi mirada. Boivin, confuso, dijo a su esposa:

"—Dime, querida, para esta ocasión, ¿no puedes servirnos un poco de vino solo?

"Ella lo miró furiosamente.

—¿Para que ambos os emborrachéis, verdad, y os quedéis alborotando todo el día?  
¡Gracias por la ocasión!

"Boivin se calló. Después del guiso, la mujer trajo otro plato de patatas cocidas con tocino. Cuando el nuevo manjar fue consumido en silencio, declaró:

—Se terminó. Ahora marchaos.

"Boivin la contempló, estupefacto.

—Pero el ave..., el ave que desplumaste esta mañana...

"Ella apoyó sus manos en sus caderas:

"—¿No habéis tenido bastante? Porque hayas traído a alguien no es preciso devorar todo lo que tenemos en casa. ¿Qué comeré si no esta noche?

"Nos pusimos de pie. Boivin me susurró al oído:

"—Espérame un minuto y nos iremos.

"Después fue a la cocina, donde su esposa ya había entrado.

"—Dame veinte duros, querida.

—¿Qué piensas hacer con veinte duros?

"—No se sabe lo que puede pasar. Siempre es bueno llevar algo de dinero en el bolsillo.

"Ella gritó para que yo la oyera:

"—¡No! ¡No te los daré! Dado que ese hombre ha comido en tu casa, lo menos que puede hacer es pagar tus gastos del día.

"Boivin vino a buscarme. Como yo quería ser cortés, me incliné frente a la dueña de la casa y balbucí:

"—Señora..., muchas gracias..., gracias por su acogida...

"Ella respondió:

"—Está bien. Pero no me lo traiga borracho, porque tendrá que vérselas conmigo, sépalo bien.

Partimos.

"Tuvimos que atravesar una llanura lisa como una tabla, a pleno sol. Quise coger una planta a lo largo del camino, y lancé un grito de dolor. A estas hierbas se les llama ortigas. Y olía a estiércol por todas partes, era un olor insoportable y mareante.

"Boivin me dijo:

"—Un poco de paciencia, ya estamos llegando a la orilla del río.

"En efecto, llegamos a la orilla del río. Allí olía a barro y a agua sucia, y caía un sol tan fuerte sobre el agua, que sentía que los ojos me ardían.

"Le rogué a Boivin que nos refugiáramos en algún lugar. Me hizo entrar a una especie de choza llena de gente, una taberna de marineros de agua dulce. Me dijo:

"—El lugar no tiene buen aspecto, pero está bien.

"Yo tenía hambre. Pedí una tortilla. Pero hete aquí que después del segundo vaso de vino, este miserable Boivin perdió la cabeza y comprendí entonces el por qué su mujer le servía sólo agua coloreada.

"Comenzó a discursar, se levantó, quiso hacer pruebas de fuerza, se mezcló como pacificador en una pelea de dos borrachos, y nos habrían zurrado de lo lindo de no haber intervenido el patrón.

"Lo arrastré, sosteniéndolo como se sostiene a los borrachos, hasta el primer matorral, donde lo deposité. Yo también me eché allí, a su lado, y creo que me dormí.

"Seguramente dormimos largo tiempo, pues cuando me desperté era de noche. Boivin roncaba junto a mí. Lo sacudí. Se puso de pie, pero todavía estaba ebrio, aunque un poco menos.

"Y volvimos a avanzar, en la oscuridad, a través de la llanura. Boivin pretendía encontrar el camino. Me hizo torcer a la izquierda, luego a la derecha, después otra vez a la izquierda. No se veía nada a nuestro alrededor, y nos encontramos perdidos en medio de un bosque de estacas que nos llegaban a la altura de la nariz. Debían ser vides con sus rodrigones. No se divisaba un solo punto de luz en el horizonte. Debimos de estar vagando por allí quizá una hora o dos dando vueltas, vacilando, extendiendo los brazos, despistados, sin encontrar el camino, pues siempre teníamos que volver sobre nuestros pasos.

"Al fin, Boivin se dejó caer sobre un rodrigón que le arañó la mejilla, y sin preocuparse, permaneció sentado en el suelo, lanzando con toda su fuerza ayes prolongados y resonantes, mientras yo gritaba:

""¡Socorro!", con todas mis fuerzas mientras encendía fósforos de cera para guiar a los salvadores y para conservar el coraje.

"Por fin, un campesino rezagado nos oyó y nos indicó el camino.

"Conduje a Boivin hasta su casa. Pero cuando estaba por dejarlo en el umbral de su jardín, la puerta se abrió bruscamente y su mujer apareció con una vela en la mano. Me dio miedo su aspecto.

"En cuanto hubo advertido la presencia de su marido, al que debía esperar desde la caída del sol, gritó, lanzándose hacia mí:

"—¡Ah, canalla! ¡Ya sabía yo que usted lo traería borracho!

"Os aseguro que salí corriendo hasta la estación, y como pensé que la loca me perseguiría hasta allí, me encerré en el retrete, ya que el próximo tren no pasaría hasta media hora después.

"Hete aquí por qué no me he casado y por qué nunca salgo de París.<sup>26</sup>

*Gil Blas*, 24 de febrero 1885

---

<sup>26</sup> Este cuento está reproducido exactamente igual en uno de los relatos que componen el cuento largo "Los domingos de un burgués en París" titulado "Dos amigos".

# *Mi tío Sosthène*

---

*Mon oncle Sosthène*

El tío Gregorio era un librepensador como hay muchos, librepensador de puro ignorante. Por el mismo camino llegan otros a ser creyentes. Ver a un sacerdote y sentir un furor desenfrenado, para él, era todo uno; le amenazaba, la hacía burla, y se curaba en salud por si le había dado mal de ojo; es decir, que ya no era un librepensador verdadero, pues creía en el mal de ojo; y tratándose de creencias irreflexivas, hay que rendirse a todas o no tener ninguna.

Yo, que soy también un librepensador, es decir, un refractario a todos los dogmas que fraguó el miedo a la muerte, no me irrito contra los templos, ya sean católicos, apostólicos, romanos, protestantes, rusos, griegos, budistas, judíos o musulmanes. Además, tengo una manera de razonar su condición. Un templo es un homenaje a lo desconocido. Cuanto más se remonte el pensamiento humano, menor es el dominio de lo desconocido, y se derrumban los templos. Me agradaría —eso sí— que tuvieran, en vez de incensarios, telescopios, microscopios y máquinas eléctricas.

Mi tío se diferenciaba por completo de mí; éramos casi lo contrario el uno del otro.

Él blasonaba de patriota; yo no, porque, a mi entender, el patriotismo es una religión como cualquiera, y es además el huevo de donde salen todos los crímenes colectivos.

Mi tío era francmasón; y los francmasones me parecen más fánaticos aún que las viejas devotas. Yo sostengo mis opiniones. De admitir una religión, me quedo con la de mis padres.

Y estos mentecatos no hacen más que imitar a los curas. Tienen por símbolo un triángulo en vez de una cruz; fundan iglesias, que llaman logias, con varios cultos: el rito escocés, el rito francés, el Grande Oriente y otra porción de majaderías que hacen reír.

¿A qué aspiran? A establecer socorros mutuos, haciéndose cosquillas en la palma de la mano. Quisieron poner en práctica el precepto cristiano: "Amaos los unos a los otros". La única diferencia consiste en el cosquilleo. Pero ¿valdrá la pena de hacer tantas ceremonias para prestarle cinco francos a un pobrete? Los religiosos, para quienes el socorro y la limosna constituyen una obligación o un oficio, encabezan sus cartas con tres letras: J. M. J., y los francmasones colocan tres puntos en triángulo a continuación de su nombre. ¿Hay tanta diferencia? ¡Todos compadres!

Mi tío me objetaba:

—Precisamente, nosotros enarbolamos una religión frente a otra religión; hacemos del librepensador el arma que acabará con el clericalismo. La francmasonería es la ciudadela donde se han cobijado todos los demoledores de las divinidades.

Yo, insistía:

—Pero, tío, precisamente aquello de que usted se vanagloria es lo que yo juzgo reprochable. No destruyen; organizan otro fanatismo en competencia; la competencia rebaja el precio de las mercancías, pero nada más. Y aun ¡si no hubiera en la masonería más que librepensadores! Pero admiten a todo el mundo. Son masones una muchedumbre de católicos, y hasta jefes de partido. Pío Noveno fue masón antes de ser papa. Si llama usted a una sociedad compuesta de tal modo ciudadela contra el clericalismo, le diré que me parece muy ruin su ciudadela.

Mi tío, guiñando los ojos, afirmaba:



—Nuestra poderosa influencia; nuestra influencia temible, sobre todo es política. Sin cesar minamos los tronos.

Al oírle yo, comentaba:

—¿Sí? ¡Qué tunantes! Dígame que la francmasonería es una fábrica de triunfos electorales, y lo creo; que tiene recursos para convertir en votos favorables a los más reacios, también lo creo; que resulta indispensable para los ambiciosos políticos, lo creo también. Pero, si usted me dice que la masonería socava los cimientos del trono... me reiré en sus barbas. Medite usted un poco acerca de la extendida y misteriosa asociación democrática, la cual tiene por jefe a un príncipe heredero en Alemania y al hermano del zar en Rusia, contando entre sus afiliados al rey Humberto, al príncipe de Gales y a todas las testas coronadas del orbe...

Mi tío me decía entonces, en tono confidencial:

—No te falta razón; pero también es cierto que los príncipes coadyuvan a nuestra obra sin sospecharlo.

Yo añadía:

—Y viceversa, ¿no es verdad?

Y para mi capote. ¿No es verdad, rebaño de imbéciles?

Era de ver cómo el tío Gregorio abordaba de pronto a cualquier francmasón. Primero, un guiño, y después, al darse la mano, una serie de presiones y contorsiones misteriosas y visibles. Cuando yo quería oírle despotricar furioso, le decía que también los perros tienen maneras francmasónicas para reconocerse. Luego, iban por todos los rincones, ocultándose de la gente como si tuviesen que decirse algo muy dificultoso y de suma importancia; y si comían juntos, en la mesa, frente a frente, se miraban de un modo especial a cada bocado, a cada sorbo, como diciéndose: "Lo somos, ¿eh?".

¡Y pensar que se cuentan por millones los hombres que se divierten con esas tonterías!

Prefiero el jesuitismo.

Precisamente, había en el pueblo un jesuita, el cual era la obsesión de mi tío Gregorio. Cada vez que le veía murmuraba: "¡Indecente!". Y agarrándose a mi brazo me confiaba sus temores:

—Piensa que tarde o temprano, ese indecente nos dará que sentir. Estoy seguro.

Acertó. Y, por fatalidad, yo fui la causa. Veréis cómo:

Terminaba la cuaresma, y mi tío Gregorio tuvo la idea de organizar un banquete de carne para el Viernes Santo. Me resistí cuanto pude:

—Comeré carne —le dije— lo mismo que todos los días del año; pero, en mi casa, como siempre. Considero estúpida la ostentación. ¿Para qué dar escándalo? ¿En qué nos perjudica ni nos molesta que una porción de familias no coman carne por Semana Santa?

Pero no pude convencerle y convidó a tres amigos para ir a comer juntos en el restaurante; como era mi tío quien pagaba el gasto, accedí a ser de la partida.

Antes de las cuatro, nos reunimos en el café Penélope, de ordinario muy concurrido, y mi tío Gregorio, levantando mucho la voz para que le oyeran todos, nos decía lo que íbamos a comer.

A las seis nos sentamos a la mesa y a las diez aún estábamos comiendo. Entre los cinco, vaciamos dieciocho botellas de Burdeos y cuatro de champaña.

Mi tío propuso que hiciéramos lo que llamaba él "ronda de arzobispo". Consistía en llenar seis copitas con licores diferentes y apurarlas una tras otra mientras los presentes contaban: "uno, dos, tres, cuatro", hasta veinte; un estúpido alarde que a mi tío le pareció entonces de oportunidad. A las once ya lo teníamos borracho como una cuba.

Hubo que llevarlo a su casa en coche y acostarle. Ya era seguro que su alarde anticlerical se convertiría para él en una espantosa indigestión.

Retirábame, borracho también, pero con alegre borrachera, cuando una idea diabólica, en consonancia con mi arraigado escepticismo, surgió en mi cerebro.

Me atusé un poco, puse una cara lo más afligida posible, y fingiéndome desconsolado fui a llamar a la puerta del jesuita. Era sordo, y tuve que armar un estrépito para que me oyera. Tales fueron mis voces y mis patadas, que al fin apareció, preguntando:

—¿Qué ocurre?

Yo grité:

—¡Pronto! ¡Pronto!, reverendo padre. ¡Un moribundo reclama los misericordiosos auxilios de la religión!

El pobre viejo se puso inmediatamente un pantalón, y en mangas de camisa bajó a la puerta. Le conté, angustiado, con la voz entrecortada por sollozos, que mi tío, el contumaz librepensador, atacado por una dolencia repentina que hacía temer un funesto desenlace, temeroso de morir, deseaba sin duda en aquel trance la compañía de un sacerdote, oír sus consejos, conocer lo que saben los católicos de la otra vida, y disponerse tal vez para entrar en el cielo, confesando y comulgando, arrepentido al fin de sus errores. Y acabé diciendo:

—Como lo desea, estoy seguro de que puede ser muy saludable para el enfermo la presencia de usted, reverendo padre.

Atolondrado, complacido, tembloroso, el jesuita me rogó que le aguardara un momento; pero yo añadí:

—No, no le acompañaré; mis convicciones me lo impiden. Ya me ha sido bastante violento venir a su casa, y le ruego que no haga mención de mi visita, que no hable de mí; puede suponer que la dolencia de mi tío le fue revelada misteriosamente...

Consintió, y muy de prisa encaminóse hacia la casa de mi tío Gregorio. La criada abrió en seguida y vi desaparecer la vestimenta sacerdotal en el oscuro antro del pensamiento libre.

Me puse en acecho arrimado a una puerta próxima. En circunstancias normales, mi tío hubiera dado al cura un buen recorrido; pero me constaba que no podía ni siquiera levantar los brazos aquella noche. ¡Qué impresión la de ambos al encontrarse frente a frente! ¿Cómo se presentaría el uno, y cómo lo recibiría el otro? ¿Qué se dirían? ¿Qué replicarían? ¿Y cómo acabaría todo aquello?

Sólo de imaginarlo, me retozaba la risa en el cuerpo: "¡Vaya una broma!, ¡qué broma!".

Se levantaba frío hacia la madrugada, ¡y el jesuita sin acabar de salir! Una hora, dos, tres horas pasaron. ¿Qué pudo suceder? ¿Acaso la violenta impresión produjo a mi tío la muerte o, levantándose de pronto, estranguló al cura? ¿Se habían devorado mutuamente? La última versión me pareció inverosímil, porque mi tío no se hallaba en condiciones de tragar ni un gramo de alimento, ni de sorber una gota de sangre.

Amaneció.

Inquieto, y no atreviéndome a entrar, acudí a un amigo que vivía enfrente. Se lo dije todo, haciéndole reír mucho, y me asomé con mil precauciones a una ventana.

Me reemplazó a las nueve y dormí algo. A las once ocupé su lugar. Indecisos, comenzábamos a temer una desdicha.

Pero a las seis de la tarde salió el jesuita, pacífico y satisfecho.

Entonces, avergonzado y receloso, llamé a la puerta de mi tío. Abrió la criada, y no atreviéndome a preguntar, subí en silencio.

Mi tío Gregorio, pálido, abatido y desencajado, con los brazos inertes y los ojos tristes, yacía en la cama. Vi una estampita piadosa puesta con un alfiler en las colgaduras.

Un olor nauseabundo pregonaba la indigestión. Dije:

—¿Aún continúa usted acostado? ¿Está enfermo?

Me respondió con la voz apagada.

—Hijo mío: estuve a punto de morir.

—¿Es posible?

—¡Tan posible! Y lo más raro es, que siendo repentina mi enfermedad, le fue revelada misteriosamente al sacerdote que acaba de salir de casa. Hijo mío: ¡hay Providencia!

—¿Sí? —apenas pude contener la risa.

—Una revelación. Ya lo ves.

Fingí un estornudo para no soltar la carcajada; y al cabo de un minuto, fingiéndome indignado, exclamé:

—¿Ha recibido al jesuita en su casa? ¿Un librepensador, un hermano masónico, tuvo al jesuita en su casa y no lo arrojó por una ventana.

Confundido, balbució:

—Era providencial; te lo aseguro. Vino guiado por una voz del cielo. Y además: ha debido de conocer a mi padre; me habló de mi familia, que ya no existe...

De su familia, de su padre...

—Sí; ya ves...

—No veo motivo para recibir a un jesuita.

—Tienes razón; pero yo estaba enfermo, gravísimo: y él, ¡me ha cuidado con tanta solicitud, con tanto desinterés durante toda la noche! Le debo la vida, no lo dudes; ha hecho más que un médico...

—¡Ah! ¡Le ha cuidado toda la noche! .No dijo usted que acababa de salir de casa!

—Naturalmente; y es cierto. Como fue tan bondadoso conmigo, dispuse que le preparasen almuerzo. Almorzó ahí junto a mi cama, en un veladorcito, mientras yo tomaba una taza de té.

—Y ¿ha comido carne?

Mi tío Gregorio hizo un gesto desapacible, como si yo acabara de cometer una grave inconveniencia:

—No estoy para bromas. En esta ocasión me parecen inoportunas. Fue conmigo afectuoso y me cuidó con mucha solicitud. No hicieron otro tanto los demás.

La indirecta me cortó los vuelos y dije:

—Bien, tío Gregorio. Y después de almorzar, ¿qué hicieron ustedes

—Jugamos al tute una hora. El rezó sus oraciones mientras yo leía un librito que puso en mis manos, y que por cierto me agradó bastante.

—¿Un libro piadoso?

—Hasta cierto punto. Es la historia de las misiones en el África central; un libro de viajes y aventuras. Admira lo que hicieron allí unos cuantos hombres.

Empecé a comprender que tomaba un cariz desagradable aquel asunto, y levantándome de la silla, dije:

—Vaya, que se ha dejado usted convertir. ¿Y la masonería y el librepensamiento? Es usted un apóstata.

Un poco indeciso aún, mi tío murmuró:

—La Iglesia es una especie de masonería.

—¿Volverá el jesuita? —le pregunté.

Y balbució:

—Acaso mañana...

Salí completamente atolondrado.

Tuvo fatales consecuencias la broma fraguada por mí.

Mi tío se hizo católico; pero ¡sí no fuera más!

Lo triste, lo verdaderamente intolerable para un sobrino es que a su muerte sólo se pudo encontrar un testamento en el cual me desheredaba, dejando todos sus bienes al jesuita.

*Gil Blas*, 12 de agosto 1882

# *La tos*

---

*La toux*

*Para Armand Silvestre  
Mi querido colega y amigo*

Tengo una pequeña historia para usted, un cuentecillo anodino. Espero que le guste si es que llego a contarlo bien, tan bien como la persona que me lo contó.

La tarea no es fácil en absoluto, ya que mi amiga es una mujer de espíritu imperecedero y de expresión libre. Yo nunca he tenido los mismos recursos. No puedo, como ella, dar este loco júbilo a las cosas que cuento; y, reducido a la necesidad de no utilizar palabras demasiado especiales, me declaro incapaz de encontrar, como usted, los delicados sinónimos.

Mi amiga, que es además una mujer de teatro de gran talento, no me ha autorizado a hacer pública su historia.

Así que me veo obligado a reservar sus derechos de autor por si ella quisiera, un día u otro, escribir esta aventura ella misma. Lo haría mejor que yo, no lo dudo. Siendo mejor conocedora del tema, encontraría además mil detalles divertidos que yo no puedo inventar.

Pero vea usted en qué aprieto me encuentro. Necesitaría, desde la primera palabra, encontrar un vocablo similar, y querría que fuese genial. La tos no es mi problema. Para entendernos, necesito un comentario o una perífrasis del estilo del abad Delille:

—La tos de que se trata jamás procede de la garganta.

Dormía mi amiga al lado de un hombre amado. Era de noche, claro.

A este hombre ella lo conocía poco, o más bien desde hacía poco. Estas cosas ocurren a veces, principalmente en el mundo del teatro. Dejemos que se asombren los burgueses. En cuanto a dormir al lado de un hombre poco importa que se le conozca poco o mucho, esto casi no modifica la manera de actuar en la intimidad del lecho. Si yo fuera mujer creo que preferiría los amigos nuevos. Deben de ser, en todos los aspectos, más amables que los asiduos.

Hay, en eso que se da en llamar la gente correcta, una manera de ver diferente y que no es en absoluto la mía. Lo siento por las mujeres de ese mundo; pero yo me pregunto si la manera de ver modifica sensiblemente la de actuar...

Así pues, ella dormía al lado de un nuevo amigo. Esto es algo delicado y difícil en exceso. Con un viejo compañero uno coge demasiada confianza, uno nunca se enfada, puede volver a sus viejas costumbres, dar patadas, invadir las tres cuartas partes del colchón, sacar toda la manta y envolverse dentro, roncar, refunfuñar, toser, digo toser a falta de algo mejor, o estornudar (¿qué piensa usted de estornudar como sinónimo?)

Pero para llegar hasta aquí hacen falta al menos seis meses de intimidad. Y hablo de personas que son de un temperamento familiar. Las otras siempre guardan ciertas reservas, con las que yo, por mi parte, estoy de acuerdo. Pero tal vez no todos tengamos la misma manera de sentir sobre esta materia. Cuando se trata de hacer un nuevo conocido, de una nueva cita que podemos suponer sentimental, es necesario tomar algunas precauciones para no incomodarlo en el lecho, y para guardar un cierto prestigio, poesía y una cierta autoridad.

Ella dormía. Pero de repente un dolor interior, punzante, viajero, la recorrió. Éste comenzó en la cavidad del estómago y empezó a moverse hacia... hacia... hacia la parte inferior del pecho... con un discreto ruido intestinal como de trueno.

El hombre, el nuevo amigo, yacía tranquilo, de espaldas, con los ojos cerrados. Ella lo observaba por el rabillo del ojo, inquieta, indecisa.

Se encuentra usted, amigo, en una sala de estreno, con un catarro en el pecho. Toda la sala ansiosa, anhelante en medio de un completo silencio; pero usted ya no escucha nada, espera, loco, un momento de rumor para toser. Hay, a lo largo de su garganta, unos cosquilleos, un picazón espantoso. En fin, ya no lo soporta más. Peor para los vecinos. Tose. Toda la sala grita: “¡A la calle!”

Ella estaba en la misma situación, obsesionada, torturada por unas ganas locas de toser. (Cuando digo toser, supongo que ustedes ya me entienden, traduzcan.)

Él parecía que dormía; respiraba tranquilo. Realmente dormía.

Ella se dijo:

—Tomaré mis precauciones. Intentaré simplemente respirar, suavemente, para no despertarle.

E hizo como esos que esconden su boca bajo la mano y se esfuerzan por despejar su garganta, sin ruido, expectorando el aire con cuidado.

Fuera porque lo hizo mal o bien porque el picor era demasiado fuerte, tosió.

Al punto, perdió la cabeza. ¡Qué vergüenza si él se ha enterado! ¡Y qué riesgo! ¡Oh! ¿Y si de casualidad no estuviese dormido? ¿Cómo saberlo? Lo miró fijamente, y a la luz de la lamparita, creyó ver una sonrisa en su rostro que tenía los ojos cerrados. Entonces, si reía... pues... no dormía... y si no dormía...

Intentó, con la boca, causar un ruido semejante para... confundir a su compañero.

Éste no se parecía en absoluto.

¿Pero... dormía?

Ella se giró, se movió, lo empujó para cerciorarse.

Él ni se movió.

Entonces ella se puso a canturrear.

El hombre no se movía.

Volviéndose loca, lo llamó:

—Ernesto.

Él no hizo ni un movimiento, pero respondió rápidamente:

—¿Qué quieres?

Ella se estremeció. Él no dormía. ¡Jamás había dormido!...

Le preguntó:

—¿Entonces, no duermes?

Él murmuró con resignación:

—Ya lo ves.

Ella ya no sabía qué decir, enloquecida. Por fin, dijo:

—¿No has escuchado nada?

Él respondió, siempre inmóvil:

—No.

Ella sentía cómo le venían unas ganas locas de abofetearlo, y sentándose en la cama:

—¿Sin embargo me ha parecido...?

—¿Qué?

—Que alguien andaba por la casa.

Él sonrió. Indudablemente, esta vez ella lo había visto sonreír, y él dijo:

—Déjame en paz, llevas media hora molestándome.

Ella se estremeció.

—¿Yo?... Eso es difícil de creer. Acabo de despertarme. Entonces, ¿no has escuchado nada?

—Sí.

—¡Ah! ¡Al final sí que has escuchado algo! ¿Qué?

—Han... ¡tosido!

Ella dio un brinco y gritó exasperada:

—¡Han tosido! ¿Dónde? ¿Quién ha tosido? Pero, ¿tú estás loco? ¡Respóndeme!

Él comenzó a impacientarse.

—Veamos, ¿se acaba de una vez esta monserga? Sabes perfectamente que fuiste tú.

Esta vez ella se indignó, vociferando:

—¿Yo? ¿Yo? ¿Yo? ¿Yo he tosido? ¿Yo? ¡Yo he tosido! ¡Ah! Me insulta, me ofende, me menosprecia. Así que, ¡adiós! ¡Yo no me quedo al lado de un hombre que me trata así!

E hizo un movimiento enérgico para salir de la cama.

—Vamos a ver, estate tranquila. Soy yo el que ha tosido.

Pero ella tuvo un nuevo arrebato de cólera.

—¿Cómo? ¡Usted ha... tosido en mi cama!... ¿A mi lado... mientras dormía? ¿Y lo confiesa? Usted es innoble. Y usted creerá que yo estoy con hombres que... tosen a mi lado... ¿Pero, por quién me toma?

Y se puso de pie sobre la cama, intentando saltar por encima para irse.

Él la cogió tranquilamente por los pies y la hizo tenderse a su lado, y se reía, burlón y contento:

—Vamos a ver, Rose, estate tranquila. Has tosido. Porque eras tú. Yo no me quejo, no me enfado; incluso estoy contento. Pero, vuelve a acostarte, diantre.

Esta vez ella se le escapó con un brinco y saltó a la habitación; y buscaba desesperadamente sus ropas, repitiendo:

—Y usted cree que yo voy a permanecer al lado de un hombre que permite a una mujer... toser en su cama. Usted es innoble, querido.

Entonces él se levantó y, antes de nada, la abofeteó. Después, como ella se resistía, la acribilló a pescozones; y, tomándola después en brazos, la arrojó sobre la cama.

Y como permanecía tendida, indolente y llorando contra la pared, él se volvió a acostar a su lado, y girando después su espalda hacia él, tosió... tosió con un ataque de tos..., con silencios y reanudaciones.

De repente, se puso a reír, pero a reír como una loca, gritando:

—¡Qué divertido! ¡Qué divertido!

Y lo agarró bruscamente entre sus brazos, pegando su boca a la de él, murmurándole con sus labios:

—Te quiero, gatito mío.

Y ya no durmieron más... hasta la mañana.

Esta es mi historia, mi querido Silvestre. Perdóneme esta incursión en su dominio. Hete aquí de nuevo una palabra impropia. No es “dominio” lo que habría que decir. Usted me divierte tan a menudo que no he podido resistir el deseo de arriesgarme un poco siguiendo sus pasos. Pero le quedará la gloria de habernos abierto, muy a lo grande, esta senda.

*Panurge*, 28 de enero 1883

## *En el tren*

---

*En wagon*

El sol estaba próximo a ocultarse detrás de la cordillera, sobre la que se alzaba gigantesco el Puy de Dôme, y la sombra de las cumbres invadía el profundo valle de Royat.

Algunas personas circulaban por los jardines en torno del kiosco de la música. Otras permanecían aún sentadas, en grupos, a pesar de que refrescaba el atardecer.

En uno de los grupos discutíase animadamente un importante asunto que preocupaba de veras a la señora de Sarcagnes, a la señora de Vaulacelle y a la señora de Bridoie. Se aproximaban las vacaciones y había que sacar a los niños de los colegios de Jesuitas y Dominicos donde se educaban.

Y como no entraba en los cálculos de aquellas madres tomar el tren para ir en busca de sus descendientes, al discurrir acerca de lo dificultoso de tan delicada misión, no sabían a quién pudieran confiarla.

Era en los últimos días de julio y París ya estaba casi despoblado. No sería fácil hallar un mensajero que las inspirase toda la confianza por ellas apetecida.

Aumentaba sus zozobras un suceso indecoroso que había sido pocos días antes causa de un escándalo en el ferrocarril. Y la señora de Sarcagnes, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie, llegaron a suponer que todas las tunantas de la capital pasaban su vida en los rápidos, entre aquella región de veraneo y París. Además, un periódico tan bien informado en estos asuntos como *El Gil Blas* —y esto lo advertía el señor de Bridoie— notificaba la presencia en Vichy, en Mont-Doré y en la Bourboule, de todas las horizontales conocidas y por conocer. Para que se hallaran en esos puntos, era indispensable que hubieran ido en el tren; y en el tren volverían seguramente; aún más: no dejarían de ir y venir a todas horas. Resultaba de tales afirmaciones un acarreo continuo de mujeres galantes en la maldita línea férrea. Y aquellas mamás de colegiales dolíanse amargamente de que no se prohibiera viajar en ferrocarril a las impuras, por lo menos en ciertas épocas.

Rogelio de Sarcagnes tenía quince años, Contrán de Vaulacelles trece y Gastón de Bridoie once. ¿Cómo exponerles a que tropezasen con una perdida, o con dos, y pasaran algunas horas en contacto con ellas en el mismo departamento de un vagón, y enterándose de las abominaciones que las dirían sus acompañantes, porque sin duda no irían solas?

El peligro tomaba proporciones abrumadoras cuando acertó a pasar la señora de Martinsee, la cual se detuvo para saludar a sus amigas, y ellas la enteraron de sus preocupaciones, de sus angustias.

—No hay motivo para lamentarse— afirmó la señora de Martinsee—. La educación de mi Rodolfo no se resentirá mucho por apartarlo de su preceptor durante un par de días. El Padre puede ir a buscar esas criaturas.

Y quedó acordado que a fines de la semana próxima, el padre Lecuir, clérigo joven y de bastante cultura, preceptor de Rodolfo de Martinsee, haría un viaje a París en busca de los tres colegiales.

El sacerdote se puso en camino el viernes. El domingo por la mañana; después de recoger en sus colegios de París a los tres mozalbetes, hallábase con ellos en la estación para regresar en el expreso de las ocho, nuevo rápido especial establecido pocos días antes a petición de los bañistas.



Iba y venía de un extremo al otro del andén, seguido por los tres colegiales, en busca de un departamento — si no vacío al menos ocupado por señores de aspecto respetable—, deseoso de atender a todas las advertencias que le habían hecho la señora de Sarcagns, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie.

Vió a una pareja de nobles ancianos (ella tenía todo el pelo blanco y él ostentaba las insignias de la Legión de Honor), que despedían a una señora instalada ya en un vagón. Por sus modales y su porte aparentaban ser personas muy distinguidas.

"Ya tengo lo que busco", pensó el sacerdote y precedido por los tres mozalbetes se instalaron todos en aquel departamento.

La noble anciana decía:

—Cúidate, cúidate mucho. La viajera contestaba.

—Sí, mamá; no te preocupes.

—En cuanto sientas algo, avisa inmediatamente al médico.

—Si, sí, mamá.

—Vamos; adiós, hija mía.

Se besaron muchas veces; la joven dijo:

—Adiós, mama.

Un empleado cerró la portezuela y el tren se puso en marcha.

No había entrado ningún otro viajero; el sacerdote, complacido, se felicitaba por el acierto de su resolución, y comenzó a sondear con preguntas el carácter y la inteligencia de los tres colegiales que serían sus alumnos durante las vacaciones —porque así lo había dispuesto la señora de Martinsee en obsequio a sus amigas.

Roger de Sarcagnes, el mayor de los tres, era un mocito espigado, cuya naturaleza daba un estirón violento que le enflaquecía y casi le desarticulaba. La lentitud y la ingenuidad eran las características de su expresión.

Por el contrario, Gontrán de Vaulacelles se había estacionado: era rechoncho, fornido, travieso, cazurro y guasón. Se burlaba de todo el mundo. Tenía ocurrencias felices, impropias de su edad, y réplicas de doble sentido que preocupaban a sus padres.

El menor de los tres, Gastón de Bridoie, no era ni alto ni bajo, ni fuerte ni flojo, ni guapo ni feo; no mostraba ninguna inclinación mala ni buena. Era un animalito semejante a su papá en todo.

El sacerdote les advirtió que durante los dos meses de verano dirigiría sus estudios, y con este motivo les endilgó un discursito bien pergeñado acerca de las ocupaciones que les impondría, de cómo pensaba tratarlos, y de sus procedimientos para que fuese lo más provechosa posible su enseñanza.

Era un preceptor de mucha rectitud, un hombre de buena voluntad, aunque de sobra sistemático y ampuloso.

Interrumpió su perorata un profundo suspiro escapado a la viajera. El sacerdote la miró bondadosamente; la señora permanecía inmóvil en su rincón, erguida, con los ojos muy abiertos y las mejillas algo pálidas. El sacerdote volvió a ocuparse de sus futuros discípulos.

El tren, lanzado a toda máquina, cruzaba sembrados y bosques, pasaba puentes y túneles, y con su trepidación violenta estremecía el rosario de vagones llenos de personas.

Gontrán de Vanlacelles preguntó al padre Lacuir si había playa en Royat. ¿Pescarían? ¿Montarían a caballo? Se impacientaba por saber qué diversiones podía prometerse.

De pronto, la señora lanzó un grito agudo y prolongado, un grito doloroso.

Inquieto, el sacerdote le preguntó:

—¿Se halla usted indispueta, señora?

Ella quiso disimular, disculparse:

—No; no es nada, señor cura; nada... Un dolorcito... Pasará... Estoy algo enferma... y el traqueteo del tren me fatiga.

Su rostro se había desenchajado.

El sacerdote insistió:

—Si yo pudiera servirla de algo, señora...

—Gracias, muchas gracias... No hay más que tener paciencia... De todos modos, agradezco su atención.

El sacerdote volvió a dirigirse a los colegiales para instruirles con un anticipo de los métodos que pensaba emplear en sus lecciones futuras.

Pasaban las horas. El tren se detenía de cuando en cuando, y de nuevo reanudaba su marcha.

La señora, en un rincón, parecía dormir, quieta, desmadejada. Ya era más de media tarde y no había probado alimento. El sacerdote pensaba: "Debe sentirse mal; estará enferma."

Faltaban dos horas para llegar a Clermont-Ferrant, cuando la viajera empezó de pronto a gemir; se deslizaba del asiento, se apoyaba sólo ya en la rigidez de los brazos, y con los ojos extraviados y las facciones crispadas, repetía: ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!"

El sacerdote se acercó a ella:

—Señora... Señora... ¿qué la ocurre?

—Me temo... ¡Ah! Me temo que voy...a dar... a luz.

Y sin poder ya refrenarse, lanzaba terribles gritos, que se convirtieron pronto en un clamor interminable, desconsolado, que parecía desgarrar su garganta; un clamor agudo, espantoso, cuya tonalidad siniestra revelaba las angustias de su alma y la tortura de su cuerpo.

El pobre sacerdote, aturdido, confuso, de pie ante la señora, no sabía qué hacer, ni qué decir, ni qué intentar y murmuraba:

—¡Dios mío! Si yo supiera... ¡Dios mío! ¡Si yo supiera!

Estaba ruborizado hasta los ojos; y los tres colegiales contemplaban entre curiosos y asombrados a la señora, que desfallecía entre convulsiones y alaridos.

De pronto, la viajera se retorció, alzó los brazos, y sus caderas y su vientre se agitaron con una sacudida extraña, un estremecimiento de toda su carne.

Angustiado el sacerdote para que la pobre señora no muriera por falta de auxilio y a pesar de su ignorancia completa en un trance como aquel, se ofreció resueltamente a servirla.

—Señora: yo desconozco en absoluto., pero, acaso podré ayudarla... Estoy obligado a ello... a socorrer a todos los que sufren.

Y encarándose con los tres mozalbetes, dijo:

—Asómense a las ventanillas, contemplen el paisaje hasta que yo les avise, y el que vuelva la cabeza sin mi consentimiento, copiará mil veces una frase de Virgilio.

Bajó los tres cristales, y cuando estuvieron asomadas las tres cabezas, bajó hasta los tres pescuezos las cortinillas azules, mientras añadía:

—Al que haga siquiera un movimiento, no le llevaré a ninguna excursión de las muchas que proyecto para divertir las vacaciones. Y tengan presente que no valen arrepentimientos conmigo. Jamás perdono.

Arremangose y se acercó nuevamente a la viajera.

Sollozos y alaridos se alternaban sin cesar. El sacerdote, sofocado, arrebolado, la asistía, la exhortaba, la reconfortaba, sin dejar de advertir con frecuencia, de reojo, la

actitud de sus futuros discípulos, que se agitaban impacientes, muy preocupados por las funciones misteriosas que su nuevo preceptor ejercía.

—Señor de Vaulacelles: copiará usted veinte veces, conjugado, el verbo desobedecer —gritaba el preceptor, angustiado y enérgico.

—Señor de Bridoie: durante un mes no tornará usted postre.

De repente cesaron los alaridos y sollozos de la viajera, y a poco se oyó un guá-guá insistente y sobresaltado, la protesta inútil de las criaturas que asoman a la vida. Los tres colegiales no pudieron ya reprimirse y volvieron la cabeza.

Tenía entre las manos el sacerdote un recién nacido, y al mirarlo con asombro a la vez se mostraba gozoso y desolado, con ganas de reír y de llorar a un tiempo. Su fisonomía expresaba diversas e inexplicables emociones; a cada momento variaba la expresión de sus ojos, de su boca, de sus mejillas, como si de pronto hubiera perdido el juicio.

En el tono que hubiera empleado si anunciase a sus discípulos una trascendental noticia, exclamó:

—Es niño.

Y después de un silencio, entregado a su acostumbrada verbosidad, comenzó a disponer:

—Señor de Sarcagne, alcánceme la botella de agua que dejamos en la rejilla. Bien. Descórchela en seguida. Muy bien. Écheme unas gotas en la mano; sólo unas gotas. Perfectamente.

Y humedeciendo la cabeza de la criatura recién nacida, rezó:

—Yo te bautizo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

El tren acababa de llegar a Clermont. La señora de Bridoie, que aguardaba en el andén, se acercó a la portezuela, y el sacerdote, completamente loco ya, presentándole con los brazos tendidos aquella larva humana, el fruto recién alcanzado, murmuró:

—Una señora que viene aquí nos ha dado esta sorpresa en el viaje.

Con la frente sudorosa, los cabellos en desorden, el cuello desabrochado y la sotana sucia ; con el aspecto de un hombre que acabara de recoger la criatura en un albañal, se apresuró a decir con insistencia:

—No han visto nada, nada, nada; puedo asegurarlo. No les quitaba ojo y les había ordenado que desde las ventanillas contemplaran el paisaje.. No han visto nada, nada; estoy seguro.

Salieron cuatro niños del vagón donde sólo habían entrado algunas horas antes los tres que fue a buscar el sacerdote, mientras la señora de Sarcagne, la señora de Vanlacelles y la señora de Bridoie, se miraban sorprendidas hasta el punto de no saber qué decir ni qué actitud adoptar en presencia de aquel desastre que sobrecogía su espíritu.

Por la noche, para celebrar la llegada de los colegiales comieron juntas las tres familias. La conversación era muy lánguida: los padres, las madres, y hasta los niños, parecían preocupados.

Gastón de Bridoie, lanzó de pronto esta pregunta:

—Di, mamá, ¿de dónde ha sacado aquel niño el señor cura?

La madre, no sabía qué responder y procuró evadirse:

—Come y no hagas preguntas; no se hacen preguntas en la mesa.

Gastón estuvo callado unos instantes, pero luego insistió:

—En el coche, sólo venía una señora con dolores de barriga, y se quejaba mucho. La señora no llevaba ningún niño. Son juegos de manos; como los hacen esos prestidigitadores que sacan una pecera con peces de un pañuelo donde no había nada. El señor cura también sabe hacer juegos de manos.

—Cállate y no te preocupes por lo que no entiendes. Los niños los envía Dios.  
—Pero aquel niño, ¿por dónde se metió en el coche? ¿por una ventanilla?  
La señora de Bridoie se intranquilizaba:  
—Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.  
—Pero, mamá, si en los coches del ferrocarril no hay hongos.  
Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que sonreía maliciosamente, dijo:  
—Claro que habría un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.

*Gil Blas*, 24 de marzo de 1885

# *Tribunales rústicos*

---

*Tribunaux rustiques*

En la sala del Juzgado de paz de Gorgeville se hallaban muchos labriegos aguardando, apoyados en las paredes, inmóviles, a que diera principio la sesión.

Los había de muy diferente complexión: altos y bajos, gordos, coloradotes como tomates y flacuchos denegridos que parecían hechos con un tronco de manzano. Habían dejado en el suelo sus canastas y se mostraban reposados y silenciosos, apoyados en las paredes, rumiando cada uno sus asuntos. Apestabán todos a establo y a sudor, a leche agria y a estercolero. Revoloteando, zumbaban las moscas junto al techo blanquecino, y se oían cantar los gallos en los corrales del pueblo.

Sobre una especie de estrado se alzaba una larga mesa revestida con un tapete verde. Un viejo rugoso escribía sentado en la extremidad izquierda. Un gendarme, tieso como un huso, con la cabeza muy erguida, se sentaba al extremo de la derecha. Y sobre la pared enjalbegada y desnuda, un Cristo de madera, retorciéndose, tallado en una postura dolorosa, parecía ofrecer aún sus padecimientos para redimir una vez más los pecados irremediables de aquellos brutos que olían como las bestias.

Al fin compareció el señor juez de paz. Era un hombre barrigudo, colorado; y al entrar apresuradamente, como quien se dispone a no perder ni un instante, sacudía y balanceaba su negra toga; se sentó, dejó el birrete sobre la mesa y miró a la concurrencia con el desprecio más profundo. Era un abogadillo de provincia y un refinado, un culto del distrito, un presuntuoso de los que traducen a Horacio, saborean los epigramas de Voltaire y saben de memoria Vert-Vert y las poesías impúdicas de Parny. Al sentarse, dijo:

—Señor Potel, vaya usted llamando.

Y, sonriendo, murmuró:

—*Quidquid tentabarn dicere versus erat.*

El escribano, alzando su calva frente, masculó de un modo ininteligible:

—La señora Victorina Bascule, contra Isidoro Paturón.

Avanzó hacia el estrado una mujer enorme, una pudiente campesina, una señora de la cabeza de partido, tocada con su capota de anchas bridas, luciendo en el reloj una cadena de oro que ondeaba sobre su abultado vientre, con sortijas en los dedos y pendientes en las orejas, deslumbrantes como luces encendidas.

El juez de paz la saludó con una mirada sonriente, donde pudo adivinarse un destello de irónica burla, y dijo:

—Señora Bascule, formule usted sus quejas.

La parte contraria se había colocado en el otro extremo, formando un grupo; eran tres personas: un campesino de veintiséis años, mofletudo como una manzana y colorado como las amapolas; una mujer —su esposa— muy joven, flacucha, endeble, pequeña, como una gallina mojada, llevando su cabeza raquítica tocada con una cofia que hacía el efecto de una cresta; sus ojos eran redondos, asombrados y coléricos: no miraban de frente, sino a uno y otro lado, como los de las aves; y el padre el campesino, un viejo encorvado, cuyo cuerpo retorcido se escondía bajo una blusa inflada y tiesa, como dentro de una campana.

La señora Bascule declaró:

—Señor juez de paz: hace quince años que recogí a ese mozo. Lo eduqué, tomándole cariño, como una madre. Todo lo hice por él, para convertirlo en un hombre

de provecho. Me había prometido vivir conmigo, jurándome que no se apartaría nunca de mi; hasta me firmó un papel, asegurándomelo; y fiada de esto, yo le doté, cediéndole mis tierras del Bec-de-Mortin, que valen unos ocho mil francos. Así vivíamos; una polilla, una enredadora, una lechuza, una desvergonzada...

JUEZ DE PAZ.— Conténgase usted, señora Bascule.

S<sup>o</sup> BASCULE.— Una... una..., una... ¡Bien, me lo callo! Le volvié del revés el juicio, haciéndole no sé qué... Sí... No sé qué le hizo para entontecerle; y el estúpido se casó con ella; se casó, aportando al matrimonio las tierras del Bec-de-Mortin... ¡Ah!... Eso no es tolerable..., no es posible... No, y mil veces no. Tengo un papel, un compromiso firmado. Ese matrimonio es nulo. Vea usted mi documento. Y si no vuelve a mi casa el mozo, que me devuelva mis campos. Hicimos para la cesión de las tierras una escritura notarial, y para el arreglo amistoso, un escrito privado; también es un documento. Cada cual debe quedarse con lo suyo, ¿no es verdad, señor juez? *(Al decir esto, le presentó un papel sellado, extendido.)*

ISIDORO.— No es verdad.

JUEZ DE PAZ.— Cállese usted. Ya le llegará su turno. *(Leyendo.)* "El firmante, Isidoro Paturón, se compromete con toda formalidad a vivir en compañía de la señora Bascule, atendiéndola y sirviéndola como se merece, mientras viva, en pago de los favores recibidos. Gorgeville, cinco de agosto de mil ochocientos ochenta y tres" *(Acabada la lectura y apartando la vista del papel, siguió hablando.)* Hay una cruz en vez de firma. ¿Es que usted no sabe firmar?

ISIDORO.— No sé firmar, señor juez

EL JUEZ.— ¿Reconoce usted que hizo esa cruz?

ISIDORO.— No; no la hice, señor juez.

EL JUEZ.— Sabe usted quién la hizo?

ISIDORO.— Ella; ella la hizo.

EL JUEZ.— ¿Juraría usted que no hizo esa cruz?

ISIDORO.— *(Precipitándose.)* Sobre la cabeza de mi padre, de mi madre, de mi abuelo, de mi abuela y del Cristo que me oye, juro que no la hice. *(Tiende la mano, y escupe por el colmillo para reforzar su juramento.)*

JUEZ DE PAZ.— *(Sin que le sea posible contener la risa.)* ¿Qué género de relaciones tuvo usted con la señora Bascule, aquí presente?

ISIDORO.— Pues... las relaciones que tienen los hombres y las mujeres... en la cama. Quiso que durmiéramos juntos. *(Risa en el auditorio.)*

EL JUEZ.— ¿Quiere usted decir que su trato con la señora Bascule no ha sido tan puro como ella supone?

EL VIEJO.— *(Adelantándose a dar su opinión, que nadie le pide.)* tenía el mozo quince años, cuando me lo pervirtió.

EL JUEZ.— ¿Está usted seguro?

EL VIEJO.— No tenía quince años Desde los diez le robustecía; lo engordaba, como se ceba un pavo para que sepa mejor después. Le atiborraba de comida, le hacía comer hasta reventar para que fuera un mozo potente. Y cuando le pareció que ya estaba en

disposición de saborearlo..., hizo... lo que hizo... Me lo pervirtió.

EL JUEZ.— Y ¿usted callaba, consintiéndolo?

EL VIEJO.— Yo consentí, porque al cabo habría de suceder, con ella o con otra...

EL JUEZ.— Pensando así, ¿de qué se lamenta?

EL VIEJO.— De nada. ¡Oh! Absolutamente de nada; sólo que ya se hartó, llegando un día en que no pudo más; y es un hombre libre. Yo no me quejo; lo que es pedir que las leyes le protejan.

S<sup>a</sup> BASCULE.— Estas gentes me abruman con sus mentiras y su desvergüenza. Lo cierto es que lo hice hombre.

EL JUEZ.— ¡Caramba!

S<sup>a</sup> BASCULE.— Y ahora, faltando a su compromiso, me huye, me abandona y me quita lo mío: mis tierras. No se las di para que se divirtiese con otra.

ISIDORO.— Señor juez, hace ya cinco años que yo me propuse dejarla, porque había engordado mucho, teniendo un vientre atroz; y un vientre así, no está bien; un vientre así es una cosa muy desagradable; yo no puedo... Y se lo dije; le dije que me iba. Entonces comenzó a llorar como una desesperada, y me prometió cederme sus tierras del Bec-de-Mortin si continuaba con ella durante algunos años, cuatro o cinco solamente. Yo lo medité, y resolví aceptarlo. Era una proposición muy tentadora. Usted, ¿qué hubiera hecho en mi lugar, señor juez? Continué viviendo con ella cinco años, día por día, hora por hora. Estábamos, al fin, en paz; a cada uno lo suyo. ¡Valía bien la pena!

*(La mujer de Isidoro, hasta entonces callada y encogida, grito de pronto, con voz penetrante de cotorra:)*

MUJER ISIDORO— Pero mírela usted, mírela usted, señor juez. ¡Mire a esa tarasca, y dígame si no valía el campo que le dio, y mucho mucho más lo que le hizo hacer!

EL VIEJO.— *(Bajando la cabeza, convencido, repitió.)* ¡Si; valía mucho más lo que le hizo hacer!

*(La señora Bascule se desplomó en un banco, desmayada, y cayeron de sus ojos lagrimones como puños.)*

JUEZ DE PAZ.— *(Suavemente y consolador.)* ¿Qué quiere usted, señora? No puedo nada en este asunto. Usted hizo donación de las tierras de Bec-de-Mortin en una escritura notarial en toda regla. No es posible remediarlo. El estuvo en su derecho casándose y llevando al matrimonio los bienes que le había regalado usted. Yo no puedo inmiscuirme ahora en ciertas cuestiones de..., de... delicadeza... Estoy obligado a ver sólo en este asunto el aspecto legal. Siento no hallarme, señora, en condiciones de servirla.

EL VIEJO.— *(Con una especie de altivez, orgulloso de su victoria.)* ¿Podemos irnos a nuestra casa?

EL JUEZ.— Cuando quieran. El juicio terminó.

*(Isidoro, su mujer y su padre salieron; todos los campesinos los admiraban al pasar, como se admira siempre al vencedor en*

*cualquier pleito. La señora Bascule se quedó lloriqueando, sentada)*

JUEZ DE PAZ.— *(Sonriente)* Tranquilícese usted, señora; tranquilícese usted; serénesse, cálmese y... si me pidiera consejo... le diría..., le diría que buscara otro mocito..., para educarle con su protección... y hacerle hombre.

S<sup>a</sup> BASCULE.— *(Sorbiendo lágrimas.)* Ya no lo encontraré... Ya no... Ya no...

EL JUEZ.— Siento no poder indicarle alguno...

*(Ella dirigió sus ojos empañados hacia el Cristo que se retorcía en la cruz. Luego se puso en pie y salió sollozando, angustiada y afligida, cubriéndose la cara con el pañuelo.)*

JUEZ DE PAZ.— *(Dirigiéndose al escribano y en tono burlesco.)* Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises... *(Se detuvo, mudando la expresión de su rostro para decir, en serio, con autoridad:)* Siga usted llamando.

EL ESCRIBANO.— *(Entre dientes)* Celestino Hipólito Lecacheur... Próspero Magloire Dieulafait.

*Gil Blas, 25 de noviembre de 1884*



# Truco

---

Rouerie

—¿Las mujeres? ¡Bah!

—¿Qué tiene usted que decir de las mujeres?

—Tengo que decir que no hay prestidigitadores más sutiles que ellas para jugar con nosotros a cada paso, con o sin razón, a veces por el solo placer de jugar. Y lo hacen con una sencillez invisible, con una audacia sorprendente, con una invencible finura. Lo hacen desde por la mañana hasta por la noche, y todas, las más honradas, las más sensatas, las más rectas. Añádase que a veces se ven obligadas a hacerlo. Constantemente, el hombre tiene testarudeces de imbécil y deseos de tirano. Un marido, en su hogar, impone a cada momento ridículas voluntades. Está lleno de manías; su mujer le halaga engañándole. Le hace creer que una cosa vale tanto, porque chillaría si aquella costase más, Y sale diestramente de apuros por medios tan fáciles y malignos, que nos dejan estupefactos cuando por casualidad los llegamos a descubrir. Y nos decimos, llenos de sorpresa: "Pero ¿cómo no nos habremos percatado antes?"

\*\*\*

El que así hablaba era un antiguo ministro del Imperio, el conde de L\*\*\*, muy taimado según él decía, y un espíritu superior.

Le escuchaban varios jóvenes.

Prosiguió:

—Una humilde burguesa me engañó en cierta ocasión de un modo cómico y magistral.

Voy a referirles el suceso para que aprendan.

Era yo entonces ministro de Negocios Extranjeros, y todas las mañanas tenía la costumbre de dar un largo paseo a pie por los Campos Elíseos. Corría el mes de mayo; yo caminaba respirando el agradable aroma de las hojas primeras.

Muy pronto me di cuenta de que todas las mañanas encontraba a una adorable mujercita, una de esas sorprendentes y graciosas criaturas que llevan encima el sello de París. ¿Linda? Sí y no. ¿Bien formada? No; mejor aún. El talle era en extremo delgado; los hombros demasiado angostos; el pecho en extremo abultado; pero prefiero esas exquisitas muñecas de redonda carne al enorme armazón de la Venus de Milo.

Por otra parte, andan de un modo incomparabilísimo, y el solo temblor de su cuerpo hace correr el estremecimiento del deseo por nuestra médula. Parecía mirarme al pasar. Pero estas mujeres todo lo aparentan, y nunca se sabe...

Una mañana me la encontré sentada en un banco y con un libro abierto en la mano. Me apresuré a sentarme junto a ella. Cinco minutos después éramos amigos. Entonces, todos los días, después del saludo sonriente: "Buenos días, señora", "Felices, caballero", se conversó. Ella me hizo saber que estaba casada con un empleado, que la vida era triste, que los placeres eran raros y las preocupaciones frecuentes, y otras mil cosas.

Yo le dije quién era, por casualidad y por vanidad tal vez; ella fingió bien la sorpresa.

Al siguiente día fue a verme al Ministerio, y tan a menudo me visitó en él desde entonces que los ujieres, conociéndola ya, se decían en voz baja unos a otros, cuando la veían acercarse, el apodo con que la habían bautizado: La señora León. Este es mi nombre de pila.

Durante tres meses la vi todas las mañanas sin cansarme de ella un segundo; de tal modo sabía variar y aderezar su ternura. Pero un día observé que tenía los ojos irritados y brillantes por un llanto contenido, que, perdida en secretas preocupaciones, le costaba trabajo hablar.

Le rogué, le supliqué me pusiese al corriente de la inquietud de su corazón, y acabó por murmurar, estremeciéndose:

—Estoy..., estoy encinta. Y se puso a sollozar.

¡Oh! Hice un horrible gesto, y debí de palidecer, como acontece al oír noticias semejantes.

No podrían ustedes imaginarse lo desagradable que es el golpe que se recibe cuando se escucha el anuncio de estas paternidades inesperadas. Pero ya lo sabrán pronto o tarde. A mi vez tartajeé:

—Pero..., pero... tú estás casada, ¿no es verdad?

Ella respondió:

—Sí; mas mi marido se encuentra en Italia desde hace dos meses y no regresará en mucho tiempo.

Yo quería, costara lo que costase, eludir mi responsabilidad.

Dije:

—Es necesario ir a reunirse a él inmediatamente.

Ella se ruborizó hasta las orejas, y bajando la vista.

—Sí... —replicó—; pero...

No se atrevió o no quiso acabar.

Yo había comprendido y le entregué discretamente lo necesario para el viaje.

\*\*\*

Ocho días después me dirigía una carta desde Génova. Y de Florencia recibí otra a la semana siguiente. Luego tuve otra de Liborna, de Roma, de Nápoles. Me decía:

*"Marcha la cosa, querido amor mío; pero estoy horrible. No quiero que me vuelvas a ver hasta que todo haya terminado; no me amarías ya si hoy me mirases. Mi marido no ha sospechado nada. Como su misión le retendrá todavía mucho tiempo en este país, no regresaré a Francia sino después de mi alumbramiento."*

Y al cabo de ocho meses aproximadamente, recibí de Venecia estas palabras: "Es un niño."

Poco tiempo después ella entró, bruscamente una mañana en mi despacho, más fresca y más linda que nunca, y se dejó caer sobre mi pecho.

Y nuestra antigua ternura recomenzó.

Dejé el Ministerio; fui a mi hotel de la calle de Grenelle. Con frecuencia me hablaba del niño, mas yo no la escuchaba; aquello me tenía sin cuidado. De cuando en cuando le daba una suma singular, diciéndole sencillamente:

—Coloca eso a su nombre.

Transcurrieron dos años más; ella insistía en darme noticias del pequeñuelo, "de León". A veces lloraba.

—Tú no le quieres —decía—. Ni aun deseas verle. ¡Si supieras lo que me haces sufrir!...

Un día me mareó tanto, que le prometí ir al siguiente a los Campos Elíseos a la hora en que le sacaban de paseo.

Mas, en el momento de salir, cierto temor me detuvo. El hombre es débil y bestia; ¿quién sabía lo que iba a ocurrir en mi corazón? ¿Y si empezaba a cobrar amor a aquel pequeño ser, nacido gracias a mi, a mi hijo?

Tenía el sombrero puesto y los guantes en la mano. Tiré los guantes encima de mi mesa y dejé el sombrero sobre una silla, diciéndome interiormente: "No; decididamente, no voy; la prudencia ante todo."

Se abrió la puerta de mi despacho. Mi hermano apareció. Me tendió una misiva anónima, recibida aquella mañana, y que decía lo siguiente:

*"Advierta usted al cond L\*\*\*, su hermano, que la mujercita de la calle de Cassete se burla desvergonzadamente de él. Que tome informes acerca de ella..."*

Nunca había contado a nadie respecto a aquella vieja intriga. Quedé estupefacto y referí a mi hermano la historia desde el principio al fin, agregando después:

—Por lo que a mi hace, no me quiero ocupar de nada; pero tú tendrás la amabilidad de informarme en nombre mío.

Mi hermano se marchó y yo quedé allí, diciéndome: "¿En qué me puede engañar? ¿Tiene otros amantes? Y ¡qué me importa! Es más; joven, franca y linda; no le pido más. Parece amarme y, en resumidas cuentas, me cuesta poco cara. Francamente, no me explico la cosa."

Mi hermano volvió en seguida. En la Prefectura de Policía le habían dado informes terminantes acerca del marido. "Empleado en el Ministerio del Interior, correcto, ordenado, sesudo, pero casado con una mujer cuyos gastos parecían algo exagerados, dada su modesta posición. ." Y nada más.

Por otra parte, habiendo mi hermano buscado su domicilio, al enterarse en él de que había salido la inquilina, había hecho charlar, pagándole bien, a la portera.

—La señora D\*\*\* —le dijo ésta— es una buena mujer, y su esposo un hombre excelente: nada presumidos, no ricos, pero generosos.

Mi hermano preguntó, por oír algo:

—¿Qué edad cuenta ahora su hijo?

—¡Si no tienen ninguno, caballero!

—¡Cómo! ¿Y el pequeño León?

—Señor mío, usted se confunde.

—Pero ¿y el que tuvo durante su viaje a Italia, un viaje que hizo dos años atrás?

—La señora no ha estado nunca en Italia, caballero; en los cinco años que llevan en esta casa nunca salió de París.

Mi hermano, sorprendido, había nuevamente interrogado, ahondado, profundizado en sus investigaciones. No había niño ni había habido viaje.

Yo quedé prodigiosamente admirado, pero sin comprender el sentido final de aquella comedia.

—Quiero — dije — saber a qué atenerme. Le voy a rogar que venga mañana aquí. Tú la recibirás en mi lugar: si se ha burlado de mí, le entregarás de mi parte estos diez mil francos y no volveré el verla. Si he de ser franco, principiaba ya a cansarme.

\*\*\*

¿Lo creerían ustedes? El día antes me desolaba tener un hijo de aquella mujer, y estaba ahora irritado, avergonzado y disgustado no teniéndolo ya. Me encontraba libre, exento de toda obligación, de toda inquietud, y me sentía furioso.

Al siguiente día mi hermano la esperó en mi gabinete. Entró en él vivamente, como de costumbre, corriendo a él con los brazos abiertos, y se detuvo de pronto al verle.

Saludó, se excusó.

—Dispense usted, señora, que ocupe aquí el lugar de mi hermano; mas tengo encargo suyo de recabar de usted algunas explicaciones, que a él le hubiera sido penoso obtener por sí mismo.

Y, en seguida, mirándola fijamente, agregó:

—Sabemos que no tiene usted ningún hijo de él.

Pasado el primer momento de estupor, ella había ido recobrando su sangre fría, se había sentado y miraba sonriendo a aquel juez, respondiendo sencillamente:

—No; no tengo ningún hijo.

Sabemos también que no ha estado usted en Italia.

Al oír esto, no pudo contenerse y se echó a reír.

No; no he estado en Italia.

Estupefacto, mi hermano añadió:

—El conde me ha dado el encargo de entregar a usted este dinero y decirle que todo ha terminado.

Ella se puso seria otra vez, se guardó tranquilamente el dinero en el bolsillo y preguntó con naturalidad:

—Según eso..., ¿no volveré a ver al conde?

—No, señora.

Pareció contrariada, y añadió en tono tranquilo:

—Mucho lo siento; le amaba.

Viendo que tan resueltamente había tomado su partido, mi hermano, sonriendo a su vez, le preguntó:

—A ver, dígame usted ahora por qué inventó esa larga y complicada comedia del viaje y el niño.

Ella miró a mi hermano atontada, cual si le hubiese dirigido una pregunta estúpida, y respondió:

—¡Vaya una malicia! ¿Cree usted que una pobre burguesilla insignificante como yo iba a haber tenido relaciones durante tres años con el conde de L\*\*\*, un ministro, un gran señor, un hombre a la moda, rico y seductor, si él no le hubiese dado algo que guardar? Ahora todo ha concluido. Lo siento. La cosa no podía ser eterna. No por eso hice poco en tres años. Dele usted muchos recuerdos de mi parte.

Se levantó. Mi hermano le dijo aún:

—Pero... ¿y el niño? ¿Tenía usted uno para enseñarle?

—Ciertamente, el hijo de mi hermana. Me lo hubiera prestado. Y aposaría a que ella es la que les ha avisado a ustedes.

—Bueno. ¿Y todas las cartas de Italia?

Ella volvió a sentarse para reír más cómodamente.

—¡Oh! ¡Las cartas! ¡Eso es todo un poema! En fin, no en balde el señor conde era ministro de Negocios Extranjeros.

—¡Cómo! ¿Aún hay más?

—Lo que haya o deje de haber, me lo reservo. No me gusta comprometer a nadie.

Y saludando con una sonrisa burlona, salió sin más emoción, como actriz cuyo papel ha concluido.

\*\*\*\*

Y el conde de L\*\*\* añadió a guisa de moraleja:

—¡Fíense ustedes ahora de esa casta de pájaros!

*Gil Blas*, 9 de enero de 1891

## *La tumba*

---

*La tombe*

El diecisiete de julio de mil ochocientos ochenta y tres, a las dos y media de la mañana, el guarda del cementerio de Béziers, que vivía en un pequeño pabellón en el extremo del campo de los muertos, fue despertado por los ladridos de su perro encerrado en la cocina.

Bajó al punto y vio que el animal olfateaba debajo de la puerta ladrando con furia, como si algún vagabundo merodease alrededor de la casa. El guarda Vincent cogió entonces su escopeta y salió con precaución.

El perro echó a correr en dirección a la avenida del general Bonnet y se paró en seco junto al mausoleo de la señora Tonloiseau.

Avanzando entonces con precaución, el guarda vislumbró enseguida una lucecita hacia la avenida Malenvers. Se deslizó entre las tumbas y fue testigo de un acto horrible de profanación.

Un hombre había desenterrado el cadáver de una mujer joven sepultada la víspera, y la sacaba en ese momento de la tumba.

Una pequeña linterna sorda, colocada sobre un montón de tierra, alumbraba aquella escena repugnante.

Tras lanzarse sobre aquel miserable, el guarda Vincent lo derribó, le ató las manos y lo condujo al puesto de policía.

Era un joven abogado de la ciudad, rico y bien considerado, que se llamaba Courbataille.

Fue juzgado. El ministerio fiscal recordó los actos monstruosos del sargento Bertrand<sup>27</sup> y conmocionó al auditorio.

Escalofríos de indignación recorrían la multitud. Cuando se sentó el magistrado estallaron gritos de: "¡A muerte! ¡A muerte!" Al presidente del tribunal le costó gran esfuerzo que se restableciera el silencio.

Luego dijo en tono grave:

—Acusado, ¿qué tiene usted que decir en su defensa?

Courbataille, que no había querido abogado, se puso en pie. Era un joven guapo, alto, moreno, de cara franca, rasgos enérgicos y mirada audaz.

Del público brotaron silbidos.

Él no se alteró, y empezó a hablar con voz algo velada, algo baja al principio, pero que fue afirmándose poco a poco.

—Señor presidente,

"Señores jurados:

---

<sup>27</sup> Para todo el siglo XIX francés, el símbolo de la necrofilia estuvo encarnado por el sargento François Bertrand, apodado "el vampiro". Nacido en 1824, se licenció en filosofía en el seminario de Langres; luego entró en el ejército, donde consiguió cierto prestigio. Atraído de forma irresistible por los cadáveres, al principio se dedicó a las carroñas animales; pasó luego a los cadáveres humanos, que desenterraba para arrancarles los miembros y las entrañas, llegando entonces al goce sexual. Sus accesos de vampirismo iban precedidos de fuertes crisis de agitación, que él mismo describió en una confesión pública, editada por el Doctor Ambroise Tardieu bajo el título de *Extrait d'un manuscrit autographe du nommé Bertrand, déterreur de cadavres*. Fue procesado en 1849 en medio de gran expectación popular y fuerte polémica, dado que la ley francesa sólo castigaba con un año de prisión a los violadores de tumbas. (Nota del traductor)

"Tengo muy poco que decir. La mujer cuya tumba violé había sido mi amante. La amaba.

"La amaba no con un amor sensual, no con una simple ternura de alma y corazón, sino con un amor absoluto, completo, con pasión desesperada.

"Escúchenme:

"Cuando la conocí por primera vez, al verla sentí una sensación extraña. No fue sorpresa ni admiración, no fue lo que se llama un flechazo, sino un sentimiento de bienestar delicioso, como si me hubieran metido en un baño de agua tibia. Sus gestos me seducían, su voz me fascinaba, al mirarla toda su persona provocaba en mí un placer infinito. Me parecía además que la conocía hacía mucho, que ya la había visto. Llevaba en ella un no sé qué de mi propio espíritu.

"Me parecía una especie de respuesta a un llamamiento lanzado por mi alma, a ese llamada vaga y continuada que lanzamos a la Esperanza durante todo el curso de nuestra vida.

"Cuando la conocí un poco más, el solo pensamiento de volver a verla me turbaba de un modo exquisito y profundo; el contacto de su mano y la mía suponía tal delicia para mí que antes nunca lo hubiera imaginado; su sonrisa derramaba en mis ojos una alegría frenética, me daba deseos de correr, de bailar, de rodar por el suelo.

"Así pues se convirtió en mi amante.

"Fue más que eso, fue mi vida misma. Yo no esperaba nada más en la tierra, no deseaba nada, nada más. No anhelaba nada más.

"Al día siguiente se le declaró una fluxión de pecho. Ocho días más tarde, expiraba.

"Durante las horas de agonía, el asombro y el espanto me impidieron comprender bien y reflexionar.

"Cuando estuvo muerta, la desesperación brutal me dejó tan aturdido que no tenía siquiera pensamiento. Lloraba.

"Durante todas las horribles fases del entierro, mi dolor agudo y furioso seguía siendo un amor de loco, una especie de dolor sensual, físico.

"Luego, cuando hubo partido, cuando estuvo enterrada, mi espíritu se aclaró de pronto y pasé toda una serie de sufrimientos morales tan espantosos que hasta el amor mismo que ella me había dado resultaba caro a tal precio. Entonces me obsesionó esta idea fija: "Nunca más volveré a verla."

"Cuando se piensa en esto durante todo un día, se apodera de uno la demencia. ¡Piensen! ¡Un ser que te adora, un ser único, porque en toda la extensión de la tierra no existe otro que se le parezca! Ese ser se ha entregado a vosotros, crea con vosotros esa unión misteriosa que se llama el Amor. Sus ojos os parecen más vastos que el espacio, más fascinantes que el mundo, esos ojos claros donde sonrío la ternura. Ese ser os ama. Cuando os habla, su voz derrama una oleada de felicidad.

"¡Y de golpe desaparece! ¡Piensen! Desaparece no solo para ustedes, sino para siempre. Está muerto. ¿Comprenden esta palabra? Nunca, nunca, nunca, en ninguna parte volverá a existir ese ser. Nunca esos ojos mirarán ya nada; nunca esa voz, nunca una voz semejante, entre todas las voces humanas, pronunciará de la misma forma una siquiera de las palabras que pronunciaba la suya.

"Nunca ningún rostro volverá a nacer semejante al suyo. ¡Jamás, jamás! Se guardan los moldes de las estatuas; se conservan las marcas que permiten reconstruir los objetos con los mismos contornos y los mismos colores. Pero ese cuerpo y esa cara nunca volverán a reaparecer sobre la tierra. Y sin embargo nacerán millares de criaturas, millones, miles de millones, y mucho más aún, y entre todas las mujeres futuras ésa no volverá a renacer. ¿Es posible? Pensando en ello, uno se vuelve loco.

"Ha vivido veinte años, no más, y ha desaparecido para siempre, para siempre, para siempre.

"Ella pensaba, sonreía, me amaba. Nada más. Las moscas que mueren en otoño son tantas como nosotros en la creación. Nada más. Y yo pensaba que su cuerpo, su cuerpo fresco, cálido, tan dulce, tan blanco, tan hermoso, iba a pudrirse en el fondo de un ataúd bajo tierra. Y su alma, su pensamiento, su amor, adónde?

"¡No volver a verla! ¡No volver a verla! Me atormentaba la idea de ese cuerpo descompuesto que, sin embargo, acaso yo pudiera reconocer. ¡Y quise contemplarlo una vez más!

"Salí con una azada, una linterna y un martillo. Salté la tapia del cementerio. Encontré el agujero de su tumba; aún no lo habían tapado por completo.

"Descubrí el féretro. Y levanté una tabla. Un olor abominable, el aliento infame de las putrefacciones subió hasta mi cara. ¡Oh, su lecho, perfumado de lirios!

"¡Abrí sin embargo el ataúd, y hundí dentro mi linterna encendida, y la vi. ¡Tenía la cara azulada, tumefacta, espantosa! De su boca había fluido un líquido negro.

"¡Ella! ¡Era ella! Me sobrecogí de horror. ¡Pero estiré el brazo y cogí su pelo para atraer hacia mí aquella cara monstruosa!

"Fue entonces cuando me detuvieron.

"Toda la noche guardé, como se guarda el perfume de una mujer tras un abrazo amoroso, el aroma inmundado de aquella podredumbre, el aroma de mi amada.

"Hagan ustedes de mí lo que quieran."

Un extraño silencio se dejó caer sobre la sala. Todos parecían esperar algo más. Los jurados se retiraron para deliberar.

Cuando regresaron al cabo de unos minutos, el acusado parecía no temer nada e incluso faltarle la capacidad de pensar.

El presidente, con las fórmulas de costumbre, le anunció que sus jueces lo declaraban inocente.

Él no hizo ni un gesto, y el público aplaudió.

*Gil Blas, 29 de julio 1884*

# *Tombouctou*

---

*Tombouctou*

El bulevar, ese río de vida, bullía en el polvo de oro del sol poniente. Todo el cielo estaba rojo, cegador; y, por detrás de la Madeleine, una inmensa nube arrebolada arrojaba sobre toda la larga avenida un oblicuo diluvio de fuego, vibrante como el vapor de una fogata.

La muchedumbre, alegre, palpitante, caminaba bajo aquella bruma encendida y parecía en una apoteosis. Los rostros estaban dorados; los sombreros negros y los trajes tenían reflejos de púrpura; el charol de los zapatos lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Ante los cafés, multitud de hombres tomaban bebidas brillantes y coloreadas que parecían piedras preciosas fundidas en el cristal.

Entre los parroquianos vestidos con trajes ligeros y oscuros, dos oficiales con uniforme de gala hacían bajar todos los ojos con el deslumbramiento de sus entorchados. Charlaban, alegres sin motivo, entre aquella gloria de vida, entre la radiante irradiación de la tarde; miraban a la muchedumbre, los hombres lentos y las mujeres apresuradas que dejaban tras sí un perfume intenso y turbador.

De repente un enorme negro, vestido de negro, ventrudo, con un chaleco de dril recargado de dijes, con la cara tan reluciente como si le hubieran sacado brillo, pasó ante ellos con aire triunfal. Sonreía a los transeúntes, sonreía a los vendedores de periódicos, sonreía hacia el cielo resplandeciente, sonreía a París entero. Era tan alto que sobrepasaba todas las cabezas; y, a su paso, todos los papanatas se volvían para contemplarlo de espaldas.

Pero de pronto divisó a los oficiales y, atropellando a los bebedores, se lanzó hacia ellos. En cuanto estuvo ante su mesa, clavó en ellos sus ojos brillantes y encantados, y las comisuras de la boca le subieron hasta las orejas, descubriendo unos dientes blancos, claros como una luna creciente en un cielo negro. Los dos hombres, estupefactos, contemplaban a aquel gigante de ébano, sin entender su alegría.

Exclamó, con una voz que hizo reír a todas las mesas: «Buena tarde, mi teeniente.»

Uno de los oficiales era jefe de batallón, el otro coronel. El primero dijo:

«No lo conozco a usted, caballero; ignoro lo que pretende de mí.»

El negro prosiguió:

«Yo querer mucho a ti, teeniente Vedié, sitio Bézi, muucha uvaa, buscaba yo.»

El oficial, completamente desconcertado, miró fijamente al hombre, buscando en el fondo de sus recuerdos; y bruscamente exclamó:

«¿Tombuctú?»

El negro, radiante, se golpeó el muslo lanzando una risa de una violencia inverosímil y berreando:

«Sí, sí, ya, mi teeniente, reconoce Tombuctú, ya, buena tarde. »

El comandante le tendió la mano riéndose también con toda su alma. Entonces Tombuctú se puso serio. Cogió la mano del oficial y, con tanta rapidez que el otro no pudo impedirlo, se la besó, según la costumbre negra y árabe. Confuso, el militar le dijo con voz severa:

«Vamos, Tombuctú, no estamos en África. Siéntate ahí y dime cómo es que te encuentro aquí.» Tombuctú hinchó la barriga y, tartamudeando, de lo deprisa que hablaba:



«Ganado mucho dinero, mucho, gran restaurante, comido bien, prusianos, yo, mucho robado, mucho, cocina francesa, Tombuctú, cociner del Emperadó, doscientos mil francos a mí. ¡Ja, ja, ja, ja! »

Y reía, retorciéndose, chillando con una alegría loca en la mirada.

Cuando el oficial, que entendía su extraño lenguaje, lo hubo interrogado cierto tiempo, le dijo:

«Bien, hasta la vista, Tombuctú, hasta pronto.»

El negro se levantó al punto, estrechó, esta vez, la mano que le tendían, y, sin dejar de reír, gritó: «Bueena tarde, bueena tarde, mi teeniente.»

Y se marchó, tan contento que gesticulaba al andar y lo tomaban por un loco.

El coronel preguntó: «¿Quién es ese animal?» El comandante respondió:

«Un buen chico y un valiente soldado. Voy a contarle lo que sé de él; es bastante divertido.»

Ya sabe que al comienzo de la guerra de 1870 estuve encerrado en Bezières, que ese negro llama Bézi. No estábamos sitiados, sino bloqueados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de nuestros cañones, y ya no disparaban sobre nosotros, sino que pretendían rendirnos por hambre.

Yo era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba compuesta por tropas de todo tipo, restos de regimientos destrozados, fugitivos, merodeadores separados de los cuerpos de ejército. Teníamos de todo, incluso doce turcos llegados una noche no sé cómo, no sé por dónde.

Se habían presentado en las puertas de la ciudad, agotados, andrajosos, hambrientos y borrachos. Me los encomendaron.

Pronto comprendí que eran rebeldes a toda disciplina, siempre estaban fuera y siempre achispados. Probé con la prevención, e incluso con el calabozo, no conseguí nada. Mis hombres desaparecían durante días enteros, como si se los hubiera tragado la tierra, y después reaparecían borrachos como cubas. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo, y con qué?

La cosa empezaba a intrigarme vivamente, tanto más cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa perpetua y su carácter de niños traviosos.

Me di cuenta entonces de que obedecían ciegamente al más alto de todos, ése que usted acaba de ver. Los gobernaba a su antojo, preparaba sus misteriosas empresas como jefe todopoderoso e indiscutido. Mandé que viniera a verme y lo interrogué. Nuestra conversación duró unas tres horas, pues me costaba mucho trabajo entender su sorprendente algarabía. El pobre diablo, por su parte, hacía esfuerzos inauditos para que lo entendiera, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba con el esfuerzo, se enjugaba la frente, resoplaba, se detenía y volvía a empezar bruscamente cuando creía haber encontrado un nuevo método para explicarse.

Adiviné al final que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombuctú. Le pregunté su nombre. Respondió algo así como Chavajaribujalijranafotapolara. Me pareció más sencillo ponerle el nombre de su tierra: «Tombuctú.» Y, ocho días después, nadie en la guarnición lo llamaba de otra manera.

Pero sentíamos una curiosidad loca por saber dónde el expríncipe africano encontraba bebida. Lo descubrí de un modo singular.

Estaba yo una mañana en las murallas, estudiando el horizonte, cuando divisé en un viñedo algo que se movía. Se aproximaba la época de la vendimia, las uvas estaban maduras, pero no pensé en nada de eso. Creí que un espía se acercaba a la ciudad, y organicé una expedición en regla para atrapar al merodeador. Tomé yo mismo el mando, tras haber obtenido la autorización del general.

Había mandado salir, por tres puertas diferentes, tres pequeñas tropas que debían reunirse cerca del viñedo sospechoso y rodearlo. Para cortarle la retirada al espía, uno de esos destacamentos tenía que marchar durante una hora, por lo menos. Un hombre que había quedado de observación en la muralla me indicó por señas que el ser divisado no había salido del campo. Avanzábamos con mucho sigilo, arrastrándonos, casi tumbados entre los surcos. Por fin, llegamos al punto designado; despliego bruscamente a mis soldados, que se lanzan al viñedo, y encuentran... a Tombuctú, andando a cuatro patas entre las cepas y comiendo uvas, o mejor dicho dando dentelladas a las uvas como un perro que come sus sopas, con toda la boca, pegado a la planta, arrancando el racimo con los dientes.

Quise que se levantara; ni pensarlo, y comprendí entonces por qué se arrastraba así sobre manos y rodillas. Cuando lo enderezaron sobre sus piernas, osciló unos segundos, extendió los brazos y cayó de bruces. Tenía la mayor borrachera que yo había visto nunca.

Nos lo llevamos sobre dos rodrigones. No cesó de reír durante todo el camino gesticulando con brazos y piernas.

Ese era todo el misterio. Mis mozos bebían de la misma uva. Después, cuando estaban borrachos a más no poder, se dormían allí mismo.

En cuanto a Tombuctú, su amor al viñedo sobrepasaba toda medida, era increíble. Vivía allí dentro como los tordos, a quienes por lo demás odiaba con un odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

«Lo toordo comido tooda la uva, ¡sinvegüenza!»

Una tarde fueron a buscarme. Se distinguía en la llanura algo que venía hacia nosotros. Yo no había cogido mi antejo y veía mal. Hubiérase dicho una gran serpiente que se desenrollaba, un convoy, ¡yo qué sé!

Envié unos hombres al encuentro de aquella extraña caravana que pronto hizo una entrada triunfal. Tombuctú y nueve de sus compañeros traían sobre una especie de altar, hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cortadas, sangrientas y expresivas. El décimo turco tiraba de un caballo a la cola del cual habían atado otro, y otros seis animales más los seguían, sujetos de la misma manera.

He aquí lo que me contaron. Al salir a los viñedos, mis africanos habían visto de repente un destacamento prusiano que se acercaba a un pueblo. En lugar de huir, se habían escondido; después, cuando los oficiales echaron pie a tierra ante una posada para tomar algo fresco, los once mozos se lanzaron, pusieron en fuga a los ulanos que se creyeron atacados, mataron a los dos centinelas, y además al coronel y los cinco oficiales de su escolta.

Ese día abracé a Tombuctú. Pero me di cuenta de que le costaba andar. Lo creí herido; se echó a reír y me dijo:

«Yo, poovisione pal país.»

Y es que Tombuctú no hacía la guerra por la gloria, sino por la ganancia. Todo lo que encontraba, todo lo que le parecía de valor, todo lo que brillaba, sobre todo, se lo metía en el bolsillo. ¡Y qué bolsillo! Un pozo sin fondo que empezaba en las caderas y terminaba en los tobillos. Habiendo retenido un término de la tropa, lo llamaba «mis alforjas», ¡y eran unas auténticas alforjas, ¡en efecto!

De modo que había arrancado los galones de los uniformes prusianos, el cobre de los cascos, los botones, etc., arrojándolo todo en sus «alforjas», que estaban llenas hasta rebosar.

Todos los días precipitaba en su interior cualquier objeto brillante que cayera en sus manos, pedazos de estaño o piezas de plata, lo cual le daba a veces un aspecto infinitamente gracioso.

Contaba con llevarse todo al país de los avestruces, de los cuales parecía hermano aquel hijo de rey torturado por la necesidad de tragar los cuerpos brillantes. Si no hubiera tenido sus alforjas, ¿qué habría hecho? Sin duda los hubiera engullido.

Todas las mañanas su bolsillo estaba vacío. Tenía, pues, un almacén general donde se amontonaban sus riquezas. Pero, ¿dónde? No pude descubrirlo.

El general, advertido de la gran hazaña de Tombuctú, mandó en seguida enterrar los cuerpos que habían quedado en el pueblo vecino, para que nadie descubriera que habían sido decapitados. Los prusianos regresaron al día siguiente. El alcalde y siete vecinos notables fueron fusilados en el acto, en represalia, como denunciadores de la presencia de los alemanes.

Llegó el invierno. Estábamos agotados y desesperados. Ahora nos batíamos a diario. Los hombres, hambrientos, no podían andar. Sólo los ocho turcos (habían matado a tres) seguían gordos y relucientes, vigorosos y siempre dispuestos a luchar. Tombuctú incluso engordaba. Me dijo un día:

«Tu muucha hambre, yo buena carne.»

Y en efecto, me trajo un excelente filete. Pero ¿de qué? Ya no nos quedaban bueyes, ni carneros, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse un caballo. Reflexioné sobre todo esto tras haber devorado mi carne. Entonces me asaltó un horrible pensamiento. ¡Aquellos negros habían nacido en una tierra donde se come a los hombres! ¡Y caían diariamente tantos soldados en torno a la ciudad! Interrogué a Tombuctú. No quiso responder. No insistí, pero a partir de entonces rechacé sus presentes.

Me adoraba. Una noche, la nieve nos sorprendió en las avanzadas. Estábamos sentados en el suelo. Yo miraba compasivo a los pobres negros tiritando bajo aquel polvo blanco y helado. Como tenía mucho frío, empecé a toser. Al punto sentí que algo caía sobre mí, como una grande y cálida manta. Era el capote de Tombuctú, que él me echaba sobre los hombros.

Me levanté y, devolviéndole su prenda: «Quédatelo, hijo mío; lo necesitas más que yo.» El respondió:

«No, mi teeniente, pa ti, yo no necesitar, yo calieente, calieente. »

Y me contemplaba con ojos suplicantes. Proseguí:

«Vamos, obedece, quédate con el capote, te lo mando. »

El negro entonces se levantó, desenvainó el sable, que sabía conservar afilado como una hoz, y, sosteniendo con la otra mano su ancho capote que yo rechazaba:

«Si tu no queda abrigo, yo coorto; nadie abrigo.»

Lo hubiera hecho. Yo cedí.

Ocho días después, habíamos capitulado. Algunos de los nuestros habían podido escapar. Los demás iban a salir de la ciudad y entregarse a los vencedores.

Me dirigía a la plaza de Armas, donde debíamos congregarnos, cuando me quedé asombrado ante un negro gigantesco vestido de dril blanco y tocado con un sombrero de paja. Era Tombuctú. Parecía radiante y se paseaba, con las manos en los bolsillos, ante una tiendecilla donde se exhibían dos platos y dos vasos.

Le dije:

«¿Qué estás haciendo?»

Respondió:

«Yo no sufrí, yo buen coociner, yo hecho comer coronel, Argeel; yo comido pusianos, mucho roobado, muucho. »

Helaba a diez grados. Yo tiritaba ante aquel negro vestido de dril. Entonces me cogió del brazo y me hizo entrar. Vi una muestra inmensa que iba a colgar ante la puerta cuando nos hubiéramos marchado, pues tenía cierto pudor.

Y leí, trazado por la mano de algún cómplice, este reclamo:

**COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBUCTÚ  
EXCOCINERO DE S.M. EL EMPERADOR  
ARTISTA DE PARÍS — PRECIOS MÓDICOS**

A pesar de la desesperación que me roía el alma, no pude dejar de reírme, y dejé a mi negro entregado a su nuevo negocio.

¿No valía más eso que hacer que se lo llevaran prisionero?

Acaba usted de ver que ha tenido éxito, el mozo.

Beziéres, hoy, pertenece a Alemania. El restaurante Tombuctú es un comienzo de desquite.

*Le Gaulois*, 2 de agosto de 1883.

# *El vagabundo*

---

*Le vagabond*

Llevaba más de un mes caminando en busca de trabajo por todas partes. Por falta de él había dejado su país, Ville-Avaray, en la Mancha. Maestro carpintero, de unos veintisiete años, honrado trabajador, había estado durante dos meses sosteniendo a su familia, por ser el mayor de los hijos, teniendo que cruzarse de brazos ante la escasez de todo. El pan empezó a faltar en la casa; las dos hermanas trabajaban a jornal, pero sus ganancias eran escasas, y él, Santiago Randel, el más fuerte, no hacía nada porque no tenía nada en qué emplearse y había de comerse la ración de los otros. Entonces se presentó en la Alcaldía y el secretario le dio esperanzas de encontrar trabajo en el Departamento Central. Partió, pues, provisto de papeles y certificados, con siete francos en el bolsillo y llevando al hombro, en un pañuelo azul sujeto al extremo de un palo, un par de zapatos de repuesto, un pantalón y una camisa.

Había caminado sin descansar ni de día ni de noche, por interminables caminos, bajo el sol y la lluvia, sin llegar nunca a ese país misterioso donde encuentran trabajo fácilmente los obreros.

Se había empeñado, desde un principio, en que no debía trabajar más que de carpintero, puesto que ese era su oficio. Pero en todos los talleres en que se presentaba le respondían que acababan de despedir obreros por falta de demandas, y terminó por decidirse, al encontrarse falto de recursos, a aceptar la primera colocación que le saliera al encuentro. En poco tiempo fue picapedrero, mozo de cuadra, empedrador, leñador, pocero, albañil, cestero y hasta pastor, todo mediante una mezquina retribución, que él mismo proponía para tentar la codicia de aldeanos y patrones, que a pesar de todo, una vez terminado su trabajo, se deshacían de él. Luego, durante una semana, si no encontraba nueva ocupación, consumía lo que tenía y muchas veces sólo comía un pedazo de pan, gracias a la caridad de algunas mujeres, a quienes pedía desde el umbral de las puertas a su paso por las calles. Llegaba la noche, y Santiago Randel, harapiento, con el estómago vacío, las piernas destrozadas y el alma angustiada, marchaba descalzo sobre la hierba por el borde del camino, para conservar el último par de zapatos, pues los primeros hacía tiempo no existían.

Era un sábado a fines de otoño. Espesas, nubes grises cruzaban el cielo rápidamente, arrastradas por el viento que gemía entre los árboles. El tiempo amenazaba lluvia; el campo estaba desierto, porque había oscurecido y era víspera de fiesta. De trecho en trecho, en medio de la huerta, se elevaban, semejantes a grandes hongos amarillos, montones hacinados de paja trillada; las tierras, desnudas de toda vegetación, ocultaban en su seno la simiente de la próxima cosecha. Randel sintió hambre, un hambre brutal, una de esas hambres que arroja al lobo sobre el hombre. Extenuado, alargaba el paso para llegar antes; y con la cabeza pesada, sintiendo el zumbido de la sangre en los oídos, los ojos inyectados, la boca seca, apretaba su palo convulsivamente, sintiendo el vago deseo de apalearse al primer transeúnte que encontrase entrando en su casa a cenar.

Miraba los bordes del sendero, sin apartar de su memoria la imagen de un montón de papas desenterradas y esparcidas por el suelo. Si hubiera encontrado unas cuantas, hubiera reunido unas ramas secas y allí, en el mismo barranco, después de hacer fuego, se hubiera proporcionado una buena cena con aquellos redondos tubérculos, bien asados, que con seguridad hubieran hecho desaparecer el frío que le crispaba las manos.

Pero la época de la papa había pasado y habría de contentarse con roer, como había hecho la víspera, una remolacha cruda arrancada de uno de aquellos surcos.

Dos días después hablaba en voz alta consigo mismo, alargando el paso por la obsesión de sus ideas. No había pensado hasta entonces nada en concreto; todas sus facultades, su inteligencia entera, la había puesto al servicio de su profesión.

Pero la fatiga, la encarnizada persecución de un trabajo que no hallaba, las repulsas, las malas acogidas, las noches pasadas sobre la hierba, el ayuno y el desprecio que notaba por parte de los bien acomodados que lo tomaban por vagabundo; el consejo diariamente recibido: "¿Por qué salió usted de su pueblo?"; la tristeza de no poder ocupar en nada sus robustos y forzudos brazos; el recuerdo de sus padres abandonados en el pueblo, sin recursos casi, iban acumulándola poco a poco en su corazón una sorda cólera, amasada cada día, cada hora, cada minuto con nuevos ultrajes y que iba saliendo a la superficie a pesar de él, traducéndose en frases cortas e irritadas.

Al tropezar continuamente en los guijarros que rodaban bajo sus pies descalzos, refunfuñaba: "¡Desgracia... miseria ... montón de cochinos..., dejar reventar de hambre a un hombre ... a un trabajador... montón de cochinos..., ni cuatro cuartos ... ni un céntimo... y ahora a llover ... eso faltaba ... cochinos, más que cochinos!"

Y se indignaba con las injusticias de la suerte, tomando por testigos a todos los hombres, de que la naturaleza, nuestra madre común, era ciega, injusta, pérfida y feroz. Y repetía entre dientes: "¡Montón de marranos!", contemplando al mismo tiempo la pequeña nube de humo gris que salía de los tejados de una aldea cercana a aquella hora, que era la de cenar. Y sin reflexionar en la otra injusticia humana, que se llama violencia y robo, sentía ardientes deseos de correr hacia el pueblo, entrar en una de sus casas, aplastar a los habitantes y sentarse en su lugar a la mesa.

"Yo tengo el derecho de vivir —decía—, y ahora con mas razón, puesto que me dejan reventar de hambre... ¡cochinos!... yo no pido más que trabajo, nada más, ¡cochinos!" Y el dolor de sus miembros, el dolor de su estómago, el dolor de su corazón se le subía a la cabeza como una especie de formidable borrachera, haciendo nacer en su cerebro esta idea sencilla: "¡Tengo el derecho de vivir, puesto que el aire es de todos! ¡No hay derecho alguno que pueda privarme del pan que necesito para alimentarme!"

Caía una lluvia fría, espesa y helada. Se detuvo, murmurando: "¡Miseria..., desgracia... todavía un mes de camino para volver a casa!" Y, en efecto, volvía allá pensando en que era más fácil encontrar pronto en qué ocuparse en su pueblo natal, donde era conocido, que en aquellas carreteras en las que a todos se hacía sospechoso.

Puesto que la carpintería no prosperaba, sería peón de albañil, yesero, picapedrero, cualquier cosa. Aunque no ganara más que veinte sueldos diarios, tendría, por lo menos, para comer.

Se arrolló al cuello lo que restaba de su último pañuelo, un pingajo, a fin de impedir que el agua fría se escurriese por el pecho y la espalda; pero pronto sintió que atravesaba la delgada tela de sus ropas e instintivamente lanzó a su alrededor una angustiada mirada, en la que se retrataba el dolor de no encontrar un sitio donde guarecerse, donde resguardar su cuerpo, donde apoyar su cabeza.

Llegó la noche, cubriendo de sombra los campos; allá lejos, en un prado, percibió una mancha oscura sobre la hierba; era una vaca. Atravesó el barranco y se dirigió hacia allí sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando llegó cerca de ella, el animal levantó al verle su gruesa cabeza. "Si siquiera tuviera un cacharro —pensó—, podría beber un poco de leche". Miraba a la vaca, que, a su vez, no separaba los ojos de él; le dio un puntapié en el vientre, diciéndole: "¡Arriba!", y el pobre animal se levantó lentamente, dejando al descubierto las colgantes y pesadas ubres; se acostó entre las patas del animal, tendiéndose boca arriba, y bebió con avidez largo tiempo, estrujando con ambas

manos el tibio pezón que aún olía a establo. Y bebió tanto, que se hartó de leche en aquella fuente vivificadora.

La lluvia caía ahora más espesa y glacial y en toda la llanura desierta no había un abrigo donde refugiarse. Tenía frío; de cuando en cuando veía brillar entre los árboles la luz que filtraban las ventanas de una casa.

La vaca se había vuelto a acostar pesadamente. Se sentó a su lado, acariciándole la cabeza, agradecido del alimento que le había proporcionado. El aliento tibio y fuerte del animal saliendo de su hocico como dos chorros de vapor, acariciaba la cara del trabajador, que le decía: "¡No debes tener frío ahí dentro, como yo!" Y le daba palmaditas en el pecho e introducía sus manos bajo las patas para buscar calor. Entonces tuvo una idea; acostarse y pasar la noche arrimado a aquel tibio y grueso vientre; buscó un sitio donde acomodarse, y por fin recostó su cabeza sobre las voluminosas ubres que acababan de prestarle su alimento. Quebrantado de fatiga, no tardó en dormirse. Se despertó varias veces con el pecho o la espalda helados, según el costado que aplicaba al vientre del animal; entonces daba una vuelta para calentarse y secar la parte del cuerpo que había quedado expuesta al relente de la noche y se dormía otra vez pesadamente.

El canto de un gallo lo hizo ponerse en pie. Amanecía; no llovía ya y el cielo aparecía puro y despejado. La vaca descansaba aún con el hocico pegado al suelo; se inclinó, apoyándose sobre las palmas de las manos, y besando el húmedo y caliente hocico, le dijo:

—Adiós, hermosa ... hasta otra vez; eres un animal caritativo ... Adiós.

Y después que se hubo calzado, emprendió su marcha. Durante dos horas avanzó por el mismo camino de siempre, hasta que el cansancio le produjo una lasitud tan grande que se vio precisado a tomar asiento sobre la hierba. Ya había salido el sol; las campanas de las iglesias repicaban; mujeres con blanca cofia, unas a pie y otras en carritos, comenzaban a pasar por el camino en dirección a los pueblos vecinos, a festejar el domingo con sus amigos o parientes.

Vio un aldeano, ya de edad, que conducía delante de él un rebaño de corderos que balaban inquietos, y que un perro hacía marchar agrupados, corriendo tras los revoltosos que pretendían separarse de sus compañeros.

—¿No tendría trabajo para un obrero muerto de hambre? —le preguntó Randel, levantándose y saludando.

—No tengo trabajo para la gente que encuentro por los caminos —contestó el pastor, midiendo de pies a cabeza al vagabundo con recelosa mirada.

Y el carpintero volvió a sentarse al borde del camino. Allí esperó largo tiempo, viendo desfilar delante de él a los campesinos y buscando una buena cara, un rostro compasivo, para volver a formular su petición. Al fin, se decidió a dirigirse a una especie de burgués bien abrigado, con un largo gabán desabrochado que dejaba ver una cadena de oro cruzando su pecho.

—Busco trabajo hace dos meses —le dijo—: no encuentro nada y no tengo ni un céntimo en el bolsillo.

—Debías haber leído —le contestó el burgués— el bando fijado a la entrada del pueblo prohibiendo la mendicidad en el territorio de la comuna. Soy el alcalde, y si no te marchas pronto, de prisa, te haré detener.

Randel, a quien empezaba a dominar la cólera, murmuró:

—Hágame detener, si quiere, tal vez será mejor para mí; al menos no me moriré de hambre.

Y se volvió a sentar sobre la senda.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora cuando dos gendarmes aparecieron en el camino. Marchaban despacio, juntos, bien vestidos; sus sombreros de hule relucían al

sol; brillaban los ribetes amarillos de sus trajes y los botones de metal como si desde lejos quisieran espantar a los malhechores y hacerles huir.

El carpintero, a pesar de estar persuadido de que venían por él, no se movió; estaba poseído de una sorda rabia y de un gran deseo de desafiarlos, de ser cogido y de vengarse más tarde de ellos.

Los gendarmes se aproximaron sin parecer percatarse de él, marchando con ese paso marcial zambo y pesado como el de un ganso. De pronto, al pasar a su lado, hicieron ademán de haberlo descubierto, y parándose, empezaron a mirarlo de pies a cabeza con gesto amenazador y furioso.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó el cabo, avanzando hacia él.

—Descansar —respondió Santiago tranquilamente.

—¿De dónde, viene?

—Si fuera a enumerarle todos los pueblos por donde he pasado, tendría para más de una hora.

—¿A dónde va usted ahora?

—A Ville-Avaray.

—¿Dónde está eso?

—En la Mancha.

—¿Es el pueblo de usted?

—Es mi pueblo.

—¿Por qué se ha marchado usted de él?

—Para buscar trabajo.

El cabo se volvió hacia su compañero y con el tono colérico del que está cansado de oír la misma superchería, exclamo:

—Todos estos granujas dicen lo mismo. Conozco el sistema.

—¿Tiene usted sus papeles en regla? —dijo, volviéndose al carpintero.

—Sí, señor.

—Muéstrelos.

Randel sacó de su bolsillo sus papeles, sus certificados, pobres y mugrientos documentos que estaban hechos pedazos, y los alargó al gendarme.

Éste los delectó mascullando. Después, convencido de que estaban al corriente, se los devolvió, con el aire descontento del hombre a quien se le acaba de jugar una mala partida.

—¿Lleva dinero encima? —preguntó de nuevo, después de unos momentos de reflexión.

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni un céntimo siquiera?

—Ni un céntimo.

—Entonces, ¿de qué vive usted?

—De lo que me dan.

—¿Mendigando?

—Cuando puedo —respondió Randel, resueltamente.

Entonces el gendarme, con tono solemne, declaró:

—Ha sido sorprendido usted en flagrante delito de vagancia y de mendicidad sobre el camino, y le ordeno que me siga.

—Adonde quiera —contestó el carpintero, levantándose.

Y colocándose entre los gendarmes, antes de recibir la orden, añadió:

—Préndame; al menos estaré bajo techo cuando llueva.



Y se dirigieron hacia el pueblo del que se veían los tejados a través de los árboles desprovistos de hojas, desde un cuarto de legua de distancia.

Era la hora de la misa mayor cuando atravesaron el pueblo. La plaza estaba llena de gente formando calle para ver pasar al malhechor, al que seguían corriendo una nube de chiquillos. Aldeanos y aldeanas lo contemplaban al verlo pasar, y en sus miradas se notaba el ardiente deseo de apedrearlo, de arañarlo, de magullarlo a patadas. Unos decían que era un ladrón; otros aseguraban que un asesino. El carnicero, antiguo sargento, afirmaba que era un desertor; el estanquero creía reconocer en él a un pordiosero que le había pasado aquella misma mañana una moneda de dos reales falsa, y el quincallero apostaba a que aquél era el misterioso asesino de la viuda Malet, que la policía buscaba hacia seis meses.

En la sala del Concejo Municipal, donde lo hicieron entrar sus guardianes, Randel encontró al alcalde sentado ante la mesa-despacho, teniendo a su lado al secretario.

—¡Hola, hola! —exclamó el magistrado—. ¡Ya estás aquí, valiente! ¿No te dije que te haría encerrar? ¿Qué ha sucedido, cabo?

—Un vagabundo sin casa ni hogar, señor alcalde —respondió éste—, sin recursos y sin dinero encima, según él mismo afirma, arrestado en pleno ejercicio de mendicidad y vagancia, provisto de certificados de buena conducta y de documentos en regla.

—Vamos a ver esos papeles —dijo el alcalde.

Los cogió, los leyó y relejó, y después de devolvérselos, ordenó:

—Regístrenlo.

Los gendarmes lo registraron, sin encontrar nada. El alcalde, perplejo, preguntó al obrero:

—¿Qué hacías esta mañana sobre el camino?

—Buscaba trabajo.

—¿Trabajo?... ¿En el camino?

—¿Cómo había de encontrarlo si me escondiera en el bosque?

Y se contemplaron los dos con un odio de animales pertenecientes a dos especies distintas:

—Voy a ponerte en libertad —dijo el alcalde—; ¡pero cuidado con que te vuelva a encontrar!

—Mejor quiero que me encierre —dijo el carpintero—; estoy cansado de correr por los caminos.

—Cállate —ordenó el alcalde con severidad.

—Y volviéndose a los gendarmes:

—Lleven a este hombre —les dijo— hasta doscientos metros del pueblo y déjenlo continuar su camino.

—Denme de comer siquiera —murmuró el obrero.

—¡No faltaba más! —exclamó el alcalde, indignado—. No tengo obligación de alimentarte. ¡Estaría bueno!

—Si me dejan marchar hambriento —repitió Randel con tono firme— me obligarán a que haga una barbaridad. Tanto peor para ustedes, los satisfechos.

—¡Llévenselo en seguida, porque acabaré por incomodarme! —dijo el alcalde levantándose.

Los gendarmes cogieron entonces por ambos brazos al carpintero y lo arrastraron. Se dejó llevar así hasta las afueras del pueblo, donde siguiendo el mismo camino, y una vez llegados al poste kilométrico que señalaba los doscientos metros convenidos, dijo el cabo:

—Aquí es; andando y de prisa; que no lo vuelva a ver más en el pueblo, o sabrá quién soy yo.

Randel se puso en marcha sin responder y sin saber a punto fijo adónde se dirigía. Durante quince o veinte minutos caminó, embrutecido de tal modo que no se le ocurría ni una idea ni un pensamiento.

De pronto, al pasar frente a una casita cuya ventana estaba abierta, percibió un olor de comida tan agradable que lo hizo detenerse junto a la puerta. Sintió hambre, un hambre feroz, devoradora, enloquecedora, que lo atraía como a una bestia inconsciente hacia aquella casa solitaria.

—¡Por Cristo vivo! —exclamó en voz alta e irritada—, es preciso que me den de comer cualquiera cosa esta vez.

Y empezó a golpear la puerta fuertemente con su palo; nadie respondió; aporreó con más fuerza, gritando:

—¿No hay nadie en esta casa? ¡Abran por favor!... ¡Eh, abran!

—Nadie se movía en el interior; aproximándose a la ventana la empujó y el aire encerrado en la cocina, un ambiente tibio y lleno de olores de carne cocida, de sopa exquisita y de coles hervidas, le acarició el estómago hambriento, escapándose luego arrastrado por el viento frío del exterior.

De un salto el carpintero entró en la casa; sobre una mesa había colocados un par de cubiertos; sin duda los propietarios habían ido a misa y dejado a punto, sobre el fuego, la comida, el buen guisado del domingo, con la sopa de legumbres substanciosas.

Un pan tierno se veía sobre la chimenea, entre dos botellas llenas al parecer. Randel se arrojó violentamente sobre el pan y lo mordió con tanta violencia como si tratase de estrangular a un hombre; luego empezó a tragar con avidez grandes trozos; el olor de la carne cerca de él lo atrajo hacia la chimenea, y después de levantar la tapa de la olla metió en ella un tenedor y sacó un gran pedazo de ternera atada con un bramante. Después de esto, cogió unas berzas, unas zanahorias, algunas cebollas, y cuando llenó una silla de provisiones, lo puso todo sobre la mesa y sentándose enfrente cortó la ternera en cuatro partes y empezó a comer como si estuviera en su casa. Cuando hubo devorado casi todo el pedazo de carne y una buena cantidad de aquellas legumbres, notó que tenía sed y cogió las dos botellas que había sobre la chimenea. Apenas vertió el líquido en su vaso, conoció que era un vino excelente. Tanto mejor; aquello era caliente, le encendería la sangre, que buena falta le hacía después de haber tenido tanto frío; y bebió.

A pesar de haber perdido la costumbre, encontró buena la bebida y se sirvió un vaso lleno, vaciándolo en dos sorbos. Y casi repentinamente se sintió alegre, resucitado por el alcohol, contento y decididor como si dentro de su estómago sintiese un gran consuelo. Y continuó comiendo con más tranquilidad, mojando pedazos de pan en el caldo. Las sienes le latían con fuerza, la piel se le iba poniendo ardiente. Sintió a lo lejos el tintineo de una campana; era que la misa había concluido. Y obedeciendo al instinto más que al miedo, a ese instinto de conservación que guía y hace perspicaces a los que se encuentran en peligro, se levantó de su asiento y después de introducir en sus bolsillos el resto del pan y una de las botellas de vino saltó por la ventana al camino.

Aún no se divisaba nadie. Entonces se puso en marcha, pero en vez de seguir el camino real tomó a través del campo, en dirección a un bosque que desde allí se divisaba.

Se sentía fuerte, alegre, contento de lo que acababa de hacer y tan ágil que saltaba a pies juntos de un solo salto las zanjales de la huerta.

Cuando llegó bajo los árboles sacó de su bolsillo la botella y se puso a beber a grandes tragos, sin interrumpir su marcha. Empezaban a embrollarse sus ideas, a turbársele la vista, y sus piernas entorpecidas le hacían dar frecuentes traspiés. Luego lanzó al aire una antigua canción popular.

Marchaba entonces sobre una espesa alfombra de húmeda y fresca hierba. Aquel dulce tapiz le produjo una loca alegría y un deseo infantil de hacer cabriolas. Tomó carrera y después de cada voltereta volvía a cantar la misma canción.

De pronto se encontró al borde de un camino en desmonte, y vio venir hacia él una mujer ya madura, una criada que volvía al pueblo, llevando un garrafón de leche en cada mano, separados del cuerpo por un aro de cuba. Randel la esperó, inclinado, con los ojos encendidos como los de un perro a la vista de una codorniz.

Al llegar junto a él, alzó la vista la mujer y se echó reír gritándole:

—¿Era usted el que cantaba?

Sin responder palabra, el carpintero saltó al camino, a pesar de la altura del talud, que no bajaba de seis pies.

—¡Qué susto me ha dado usted! —dijo ella al verlo su lado.

El desgraciado no la oía; estaba borracho, loco, poseído de otra rabia más voraz que el hambre; poseído de la fiebre alcohólica y de la furia de un hombre que ha carecido de todo durante dos meses y que es fuerte y joven; poseído de todos los apetitos del macho, de todas las necesidades de la carne.

La mujer retrocedía ante él, asustada de su semblante, de su mirada, de su boca entreabierta, de sus brazos extendidos. Randel la cogió por los hombros y sin decirle una palabra la tumbó sobre el camino. Los garrafones cayeron, rodando con estrépito y vaciándose por completo, y la mujer empezó a gritar hasta que, convencida de que no había de servirle de nada llamar en aquel desierto, y comprendiendo que no se trataba de un asesinato, cedió sin gran pena, sin incomodarse, porque aunque brutal, el joven era fuerte y viril. Pero al levantarse y ver sus garrafones vacíos, sintió tal furor que, arrojándose a su vez sobre el hombre y quitándose un zapato, lo amenazó con romperle la cabeza si no le pagaba la leche.

Pero Randel, despreciando este ataque violento y sintiéndose un poco despejado, echó a correr con toda la ligereza de sus piernas, asustado, espantado de lo que acababa de hacer, mientras que ella le arrojaba piedras, algunas de las cuales lo alcanzaron en la espalda.

Corrió largo tiempo, hasta que sintiéndose cansado de un modo extraordinario y viendo que sus piernas se negaban a continuar, se acostó al pie de un árbol; sus ideas eran confusas, había perdido el recuerdo de todo y la facultad de pensar.

A los cinco minutos dormía profundamente. Un gran golpe lo despertó y al abrir los ojos vio dos tricornios de hule inclinados sobre él y conoció los dos gendarmes de aquella mañana, que le estaban atando los brazos.

—Ya sabía yo que nos volveríamos a ver —le dijo burlonamente el cabo.

Randel se levantó sin responder palabra. Los gendarmes lo sacudían, prontos a tratarlo con más rudeza si hacía un gesto, porque desde aquel momento era suyo; ya era prisionero; una especie de pieza cobrada por estos cazadores de criminales que no soltarían ya.

—¡En marcha! —ordenó el gendarme.

La noche se aproximaba, extendiendo sobre la tierra el velo pesado y siniestro de un crepúsculo de otoño. Al cabo de media hora llegaron al pueblo. Todas las puertas estaban abiertas, pues ya se sabía lo sucedido. Aldeanos y aldeanos, poseídos de cólera, como si ellos hubieran sido los robados, como si ellas hubieran sido las violadas, querían ver entrar al miserable para insultarlo y maltratarlo. Fue una gritería que empezó en la primera casa para terminar en la Alcaldía, donde el alcalde, deseando vengarse también del vagabundo, esperaba con impaciencia.

—¡Hola, valiente! ¡Ya estamos aquí!... —le gritó desde lejos.

Y se frotaba las manos, contento como nunca.

—Ya lo había dicho yo; ya lo habla dicho yo —repetía—, con sólo verlo en el camino.

Y en un desbordamiento de alegría, exclamó:

—¡Ah, miserable, granuja, pillo, indecente: ya tienes techo por lo menos para veinte años!

*La Nouvelle Revue*, 1 de enero 1887

## *Vanos consejos*

---

*Vains conseils*

Mi querido amigo, el consejo que me pides es difícil de dar.

Tienes, pues, un lío amoroso que no eres capaz de deshacer y que me parece que se encuentra en una situación lamentable para ti. Soy viejo; te han dicho que yo había vivido, y haces una llamada a mi experiencia para ayudarte. Temo no poder hacer nada por ti, me parece que no estás en una buena situación.

Si he comprendido bien tu carta, he aquí tu caso: Has conquistado a una mujer casada demasiado tenaz. Y voy a hacer unas precisiones para estar seguro de no equivocarme.

Tú eres joven, muy joven, veinticinco años. Después de haber correteado un poco, a derecha y a izquierda, por las calles y las mujeres de la calle, te has sentido llamado, como lo somos todos, al deseo de amores más refinados.

Entonces te fijaste en una amiga de tu madre que se fijaba en ti desde hacía ya algún tiempo.

Ella se encontraba entonces en ese momento en el que la mujer se encuentra aun bien, pero a punto de empeorar. Cuarenta años cumplidos, la gordura, el frescor, ese frescor de las uvas conservadas y el cariño suficiente como para vender, el cual su marido no consumía desde hace bastante tiempo.

Empezasteis intercambiando miradas. Luego vuestros apretones de manos fueron un poco más largos, más estrechos, con una fuerza tímida al principio, luego más significativa. Después la besaste, una noche, detrás de una puerta y ella te devolvió tu beso con usura.

Saliste para pasearte, encantado, ligero, delirante. Estabas preso. Unos días más tarde la cadena estaba bien cerrada. Una dura cadena, mi pobre amigo.

En primer lugar la edad de tu amante constituye en sí misma un peligro terrible. Las mujeres llegadas a ese punto, buscan su última proeza, meter el trigo en el granero para los últimos días. Pero el granero está reforzado. Mejor. ¿Pero qué importa? Un viejo zorro es más retorcido que un joven. Y además piensa que la cosa a la que una mujer está menos dispuesta a renunciar es al amor. Retarda ese momento de abdicación lo más posible y, si puede, hasta la parálisis senil. Yo querría que se condenase el desenfreno de las mujeres mayores como las corrupciones de menores. ¿Es más culpable, en efecto, de comenzar demasiado pronto que de acabar demasiado tarde? En ambos casos, se viola la naturaleza.

Mi pobre chico, ¡cuánto te compadezco! He aquí que la cosa dura cinco años, ¿no? Sí, he entendido bien, aún era apetecible. Ya no lo es. Cinco años, en la edad de dar volteretas, cuenta como cincuenta. La has visto deteriorarse día a día. Cuando tú la tomaste era un plato digerible. Pero ya no son más que sobras... para tirar.

A partir de ahora no tendrás, me temo, más consuelo que el verla envejecer. Esto es, por lo menos una venganza... y una buena venganza.

No puedo imaginar pues como podrías deshacerte de ella, a menos que se lo cuentes a tu madre, lo que no sería cortés. Ella cena en vuestra casa dos veces a la semana, va de visita, por la noche, cuando quiere. Su marido te adora y te lleva al espectáculo. Es lo normal. En cuanto a ella, te lapida con sus atenciones, cuidados, muestras de cariño y muestras indudables de amor.

He aquí dos cosas que se debería de enseñar a los niños con el alfabeto: Nunca se debe tener una amante que ya no puede ser infiel y hay que mantenerse alejado lo más posible de las relaciones a las que no se puede poner fin con dinero.

Cuando una mujer es aún deseable, maneándose bien, puede uno a menudo deshacerse de ella en perjuicio de un amigo. Tú no tienes esa esperanza. Sin embargo, quieres romper a cualquier precio, ¡romper! ¡vaya problema!

Aquel que hiciera un buen manual sobre el arte de romper haría un mayor favor a la humanidad, a los hombres sobre todo, que el inventor del ferrocarril. Busquemos medios prácticos.

Si viviésemos en otro siglo y con otras costumbres, te aconsejaría simplemente envenenarla, ya que cena a menudo en tu casa. Pero lo harías mal y te cogerían.

Sé que hay también otros medios de envenenar a una mujer que la ley no puede prever ni castigar. No soy yo quien debe desvelártelos, continuemos.

Solo existe en realidad, para romper con una amante, un buen método: la zambullida. Se desaparece y ya no se vuelve a aparecer. Que le escribe, uno no le responde, que viene a verle, uno ha cambiado de domicilio. Que le busca por todas partes, usted se mantiene imposible de localizar y si por casualidad uno la encuentra, hace como si no la conociera y pasa de largo. Si ella le para, se le pregunta con cortesía: ¿qué desea, señora? Y se disfruta de su asombro, de su furor indignado. Con este procedimiento, solo hay que temer al vitriolo. Este medio tiene la ventaja de ser radical y grosero. Pero no es aplicable en tu caso, desgraciadamente, ya que vives con tu familia. Es necesario que el conejo cazado vuelva siempre a encerrarse en su agujero: por muy larga que sea la ausencia hay que volver siempre a la casa paterna. Te volverá a atrapar a tu vuelta, así de fácil.

Entonces, ¿qué? ¡Resignarte! Seguir con ella. Sé bien que ahora sientes hacia ella tanto odio como asco. Mala suerte. Creo que es necesario que apliques solamente tu habilidad para evitar las ocasiones. Luego, elúdela, pierde el conocimiento, simula ataques de nervios, de rabia o de epilepsia, grita: ¡Fuego! ¡Al asesino! Desde el momento en el que estéis solos, deja tu abrigo o incluso más, paga a un sirviente para que golpee las puertas tan pronto como ella se encuentre encerrada contigo. Pero resignate a sufrir, al menos platónicamente, su pasión.

Ahora si de todas maneras necesitas una ruptura, haz que su marido te sorprenda en flagrante delito, te librarás de ella solo con dos meses de prisión. Es poco. En cuanto al procedimiento no lo creas poco delicado, es tan lícito como legal.

Sé que el marido quizás no querrá sorprenderte y que te expones así a una cita capital y muy penosa. Voy a indicarte la manera de atraer hacia tu trampa al esposo suspicaz y prudente. Escríbele una carta de amor que firmarás con el nombre de una actriz, joven y guapa, pidiéndole una hora para encontrarse con él en persona.

Todo hombre tiene una tendencia a creerse irresistible. Vendrá. Y le habrás recomendado entrar valientemente en la mansión indicada sin llamar. Tú no pasarás el cerrojo y te resistirás el mayor tiempo posible.

Si él se enfada o si te perdona, arreglará tu asunto. Ten sin embargo cuidado de tener testigos en un armario por si negase todas las evidencias.

El amor, mi niño, es una cosa muy agradable y muy desagradable al mismo tiempo. “cuando está cansado, hay que beberlo” como decía el mariscal de Saxe desgraciadamente los viejos vinos del cariño no equivalen a los viejos vinos de las bodegas.

Me doy cuenta de que te he dado un largo sermón, y de que no te doy, en suma, ninguna fórmula práctica. No hay. Todo depende de la habilidad personal, del tacto y de las personas.

También puedes hacerte cura o, ¿quemarte el cerebro?

También podrías... ¡un matrimonio! Pero, ¿eso acaso no sería ir de mal en peor? Y además... ¿te liberaría eso?

En fin, entre nosotros, ¿sabes lo que haría en tu lugar? Es una mezquindad lo que voy a decirte, pero todo está permitido para defenderse. Y bien, trataría de hacerla madre, si aún es posible. Te odiaría tanto que puede que te dejase.

Pero yo querría que hubiera en los colegios una enseñanza especial para prevenir a los jóvenes alumnos de los peligros de esta índole. Se os enseña el griego y el latín que os son poco útiles, y no se os enseña a defenderos de las mujeres que son en suma el mayor peligro de nuestra vida. Debería de revelárenos su naturaleza, sus trucos, su tenacidad otras mil cosas. Avisarnos sobre ellas. Es verdad que nada de eso nos serviría quizás de nada.

Te doy la mano, como se hace en la puerta de los cementerios, a las personas que no se puede ni aliviar ni consolar.

Para copia compulsada

MAUFRIGNEUSE

*Gil Blas*, 26 de febrero de 1884

## *Una vendetta*

---

*Une vendetta*

La viuda de Pablo Savarini habitaba sola con su hijo en una pobre casita de los alrededores de Bonifacio. La población, construida en un saliente de la montaña, suspendida sobre el mar, mira por encima el estrecho erizado de escollos de la costa más baja de la Cerdeña. A sus pies, del otro lado, la rodea casi enteramente una cortadura de la costa que parece un gigantesco corredor, el cual sirve de puerto a las lanchas pescadoras italianas o sardas, y cada quince días al viejo vapor que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas forma una mancha más blanca aun, como nidos de pájaros salvajes acurrucados sobre su roca, dominando aquel paso terrible en que no se aventuran los barcos grandes.

El viento sin reposo fustiga el mar, que golpea sobre la costa desnuda y se mete por el estrecho, cuyos dos bordes destruye.

La casa de la viuda Savarini, abierta al borde mismo de la costa, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte salvaje y desolado.

Allí vivía sola con su hijo Antonio y su perra "Vigilante", una perraza flaca con pelos largos y bastos, de la raza de los perros de ganado, y que servía al joven para cazar.

Una tarde, después de una reyerta, Antonio Savarini fue muerto a traición de una puñalada por Nicolás Rovalati, que aquella misma noche huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que dos amigos le llevaron, no lloró, pero se quedó inmóvil mirándolo; después tendió su arrugada mano sobre el cadáver y juró vengarlo.

No quiso que nadie se quedara allí; se quedó sola con el cuerpo y se encerró acompañada de la perra, que aullaba de un modo lastimero y no se separaba del lado de su amo. La madre, inclinándose sobre el cuerpo de su hijo, con la mirada fija, lloraba lágrimas silenciosas contemplándolo.

El joven estaba tendido de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso, que se veía desgarrada en el pecho: parecía dormir, pero se veía sangre por todas partes: sobre la camisa rota para la primera cura, en el chaleco, en el pantalón, en la cara, en las manos; cuajarones de sangre se le habían quedado entre la barba y los cabellos.

La madre se puso a hablarle; al oír su voz la perra se calló.

—Yo te vengaré, hijo mío; duerme, duerme, descansa, que serás vengado, ¿entiendes? ¡Tu madre te lo promete! Y ya sabes que cumple siempre sus promesas.

Después se inclinó sobre él, poniendo sus labios fríos sobre los labios del muerto. Entonces "Vigilante" se puso a dar unos aullidos largos, desgarradores, horribles.

Así siguieron los dos, la mujer y el animal, hasta por la mañana que enterraron a Antonio Savarini, y ya nadie se acordó de aquello en Bonifacio.

\*\*\*

No había dejado ni hermanos, ni primos, ni ningún pariente que pudiera vengarlo; sólo su madre. Así pensaba la anciana, mirando sin cesar un punto blanco de la costa, que era un pueblecillo sardo, llamado Longosardo, donde se refugiaban los bandidos corsos. Éstos poblaban aquella aldea delante de las costas de su patria, y allí esperaban el momento de volver. En aquella aldea se había refugiado Nicolás Rovalati.



Siempre sola y sentada delante de la ventana, la anciana pensaba en su venganza. ¿Cómo la llevaría a cabo, enferma y casi al pie del sepulcro? Pero lo había prometido, lo había jurado al cadáver; no podía olvidarlo y no podía esperar. ¿Qué haría? No dormía ninguna noche, ni tenía sosiego ni reposo. La perra, echada a sus pies, la miraba, y a veces levantaba la cabeza y ladraba. Desde que su amo no estaba allí, no hacía otra cosa.

Una noche que "Vigilante" parecía llamar a su amo, la anciana tuvo una idea salvaje, vengativa, feroz; lo meditó hasta la mañana, y cuando fue de día se fue a la iglesia. Allí, de rodillas, pidió a Dios que la ayudara y sostuviera, dándole fuerzas para vengar a su hijo.

Volvió a su casa y ató a la perra con una cadena; el animal aulló todo el día y toda la noche, y la anciana sólo le dio agua, nada más que agua.

Pasó el día, y la perra, extenuada, dormía; por la mañana tenía los ojos relucientes, el pelo erizado, y tiraba sin cesar de la cadena.

La anciana no le dio de comer, y la perra, furiosa, ladraba sin cesar, y así pasó otro día y otra noche; a la mañana siguiente, la Savarini fue a casa de un vecino a rogar que le dieran un costal de paja. Cogió un traje viejo que había sido de su marido, lo relleno hasta que pareció ser un cuerpo humano, y luego lo clavó en un palo delante del sitio donde la perra estaba encadenada. Después le puso una cabeza de trapos.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja y callaba, aunque la devoraba el hambre.

Entonces la vieja se fue a buscar en casa del carnicero un gran pedazo de morcilla negra, volvió a su casa y la puso a asar. "Vigilante", enloquecida, estaba echando espuma con los ojos fijos sobre el embutido.

La vieja hizo con el asado una corbata al hombre de paja, y se la ató bien fuerte; después soltó a la perra.

De un salto formidable, el animal alcanzó la garganta del maniquí, y con las patas sobre los hombros se puso a desgarrarlo. Cuando arrancaba un pedazo se bajaba y se lanzaba luego por otro, metiendo su hocico entre las cuerdas y arrancando los pedazos de morcilla.

La vieja, inmóvil, miraba con los ojos brillantes; después volvió a atar a la perra, la hizo ayunar otros dos días y volvió a repetir aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses la acostumbró a aquella especie de lucha, a aquella comida conquistada a mordiscos. Ya no la ataba; pero con un gesto la hacía lanzarse sobre el maniquí. Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, hasta cuando no tenía la comida en el cuello. Luego le daba como recompensa la morcilla asada.

Desde que veía al maniquí, "Vigilante" se estremecía y miraba a su ama, que le decía:

—¡Anda! —con una voz aguda y levantando el dedo.

Cuando lo juzgó oportuno, la Savarini confesó y comulgó un domingo con mucha devoción, y luego se puso un traje de hombre y se embarcó en la barca de un pescador, que la condujo al otro lado de la costa, acompañada de su perra.

Llevaba en un saco un gran pedazo de asado que le hacía oler a la perra, la cual hacía dos días que ayunaba.

Entraron en Longosardo, y acercándose a una panadería, preguntó por la casa de Nicolás Rovalati. Éste, que era de oficio zapatero, trabajaba en un rincón de su tienda.

La vieja empujó la puerta y dijo:

—¡Eh, Nicolás!

Él se volvió, y entonces, soltando la perra, dijo:

—¡Anda! ¡Anda! ¡Come! ¡Come!

El animal, enloquecido, se lanzó y lo mordió en la garganta. El hombre tendió los brazos y rodó por tierra; durante algunos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después quedó inmóvil, mientras "Vigilante" le apretaba el cuello, que luego arrancaba en pedazos.

Dos vecinos recordaron después haber visto salir de la casa del muerto a un pobre viejo con un perro que comía unos pedazos negros que le daba su amo.

Por la tarde la vieja volvió a su casa, y aquella noche durmió muy bien.

*Le Gaulois*, 14 de octubre 1883

## ***Los veinticinco francos de la superiora***

---

*Les vingt-cinq francs de la supérieure*

—Sí, señor; era graciosísimo el tío Pavilly, con aquellas piernas largas que parecían las de una araña, su cuerpo menudo, sus brazos kilométricos y su cabeza puntiaguda, coronada por un ramillete de pelo rojo en la cúspide del cráneo.

Era un payaso, un payaso campesino, espontáneo, que había nacido para la broma, para hacer reír, para representar papeles, sencillos desde luego, porque era hijo de un labrador y él mismo lo era, y si leía le costaba su trabajo. Sí, señor; Dios lo había creado para divertir a los demás, a los pobres diablos del campo, que no disponen de teatros ni de festejos. Y los divertía a conciencia. Siempre había quien pagaba su ronda en el café, para tenerlo a su lado, y él bebía como un valiente, entre risas y cuchufletas, gastando bromas a todo el mundo, pero sin ofender a nadie y haciendo que todos se retorciesen de risa a su alrededor.

Tan gracioso era que, a pesar de su fealdad, ni siquiera las mozas se le resistían, a fuerza de hacerlas reír. Entre broma y broma él las llevaba detrás de un muro, o a una cerca, o las metía en el establo, y una vez allí las cosquilleaba y las apremiaba con dicharachos tan cómicos, que las chicas tenían que apretarse los costados mientras rechazaban sus intentos. Entonces se ponía a dar zapatetas, hacia como si fuese a ahorcarse y ellas se doblaban de risa hasta saltárseles las lágrimas; él acechaba el momento propicio para voltearlas, y lo haría con tal oportunidad, que no se le escapaba una; ni siquiera las que habían empezado desafiándolo, por pura diversión.

Resultó, pues, que a fines de julio se contrató para la siega en casa de maese Le Harivau, cerca e Rouville. Día y noche, por espacio de tres semanas enteras, hizo las delicias de los segadores y segadoras con sus bufonadas. Se exhibía durante el día en la llanura, entre las gavillas, con un sombrero de paja que le tapaba su rojo tupé, recogiendo la dorada mies con sus larguísimos brazos y atándola en haces; se detenía de pronto, y dibujaba un gesto extravagante que despertaba por todo el campo la risa de los trabajadores, que no le perdían nunca de vista. Durante la noche se escabullía como un reptil por la paja de los graneros en que dormían las mujeres, y sus manos merodeaban, levantando gritos, armando tumultos. Llovían sobre él golpes de zuecos, y él entonces escapaba a cuatro patas, semejante a un mono de caricatura entre los estallidos de regocijo de todo el pajar.

Conducido por un mozo de blusa, que llevaba en la gorra una escarapela, avanzaba el último día por la blanca carretera, al paso lento de seis caballos tordos, el carro de los segadores, engalanado con cintas, acompañado de música de gaitas, rebosante de gritos, cantos, alegría y borracheras. Pavilly, en medio de las mujeres que se revolcaban de risa, bailaba un paso de sátiro ebrio, que contemplaban con la boca abierta desde los taludes de las granjas los muchachitos inexpertos y los campesinos, atónitos de ver la inverosímil estructura de aquel cuerpo.

Cuando llegaban a la barrera de entrada de la granja de maese Le Harivau, dio de improviso un salto, levantando al mismo tiempo los brazos; pero al caer fue a dar en un borde de aquella larga carreta, salió volteado por encima, cayó sobre la rueda y de allí rebotó a la carretera.

Sus compañeros se abalanzaron para socorrerlo. Estaba inmóvil, con un ojo cerrado y el otro entreabierto, lívido del susto, en el suelo a todo lo largo de sus larguísimos miembros.

Cuando le tocaron la pierna derecha se puso a dar grandes gritos, y al intentar ponerlo en pie se desplomó.

—Mucho me temo que se haya roto una pata —dijo uno de los hombres.

En efecto, se había partido una pierna.

Maese Le Harivau hizo que lo tendiesen encima de una mesa y un hombre a caballo salió para Rouville en busca del médico, que llegó una hora después.

El granjero se mostró muy espléndido y anunció que pagaría los gastos de Pavilly en el hospital. El médico se lo llevó, pues, en su coche, y lo dejó en un dormitorio enjalbegado, donde le fue reducida la fractura.

Así que se dio cuenta de que no moriría de aquélla y que lo iban a cuidar, a curar y a tratarlo con todo regalo, sin tener que trabajar, con sólo estar tumbado de espaldas y entre sábanas, sintió Pavilly que se apoderaba de él una alegría desbordante y se echó a reír con una risa muda y continua, que ponía al descubierto su dentadura podrida.

En cuanto veía acercarse a su cama una monja, le hacía mil carantoñas alegres, guiñaba los ojos, torcía la boca, movía la nariz, que la tenía muy larga y con la que hacía a voluntad toda clase de contorsiones. Sus compañeros de dormitorio no podían contener la risa, por muy enfermos que estuviesen, y la hermana superiora solía acercarse con frecuencia a la cama de Pavilly para pasar un cuarto de hora entretenido. Inventaba para ella las más graciosas bufonadas, bromas inéditas, y como llevaba dentro de sí mismo el germen de todos los histrionismos, se hacía el devoto para complacerla, y hablaba del buen Padre Celestial con la seriedad de un hombre que sabe que hay momentos en la vida que no son risa.

Se le ocurrió un día cantar canciones. La superiora quedó encantada y desde entonces volvió con más frecuencia; para sacar partido de aquella voz, le trajo un libro de himnos. Como ya empezaba a poder moverse, Pavilly solía sentarse en la cama y entonaba con voz de falsete las alabanzas del Altísimo, de María y del Espíritu Santo, mientras la buenaza y voluminosa hermana, a la derecha al pie de su cama, llevaba el compás con un dedo, enseñándole la música. Así que estuvo en disposición de caminar, le ofreció la superiora si quería quedarse algún tiempo más para cantar los oficios en la capilla, ayudando también a misa y haciendo las demás funciones del sacristán. Aceptó. Cojeando, vestido con sobrepelliz blanca, se le vió durante un mes entero entonar responsos y salmos con tan graciosos movimientos de cabeza, que aumentó la concurrencia de fieles y éstos hacían el vacío a la parroquia para acudir a las vísperas del hospital.

Pero, como todo tiene un fin en este mundo, no hubo más remedio que despedirlo, así que estuvo completamente curado. La superiora le hizo un regalo veinticinco francos, en señal de agradecimiento.

Al verse Pavilly en la calle con aquel dinero en el bolsillo, se puso a pensar en lo que haría. ¿Regresar al pueblo? No sin antes haber echado un trago, desde luego, cosa que no había podido hacer en mucho tiempo. Entró, pues, en un café. Nunca acostumbraba ir a la ciudad arriba de una o dos veces al año; de una de esas visitas especialmente, conservaba un recuerdo confuso y embriagador de orgía. Pidió una copa de aguardiente, que se echó al cuerpo de un trago, para engrasar la tubería, y luego otra, para poder tomarle el gusto.

En cuanto sintió en el paladar y en la lengua el sabor del aguardiente, de muchos grados y cargado de especias, se despertó en él con mayor viveza, después de periodo tan largo de sobriedad, el gusto y el ansia del alcohol que acaricia, que cosquillea, aromatiza y abrasa la boca. Comprendió que iba a beberse toda la botella, y preguntó su precio, para que le saliese más barata que al detalle. Le dijeron que tres francos, y los pagó; después de esto procedió a emborracharse con toda tranquilidad.

Es preciso decir que lo hacía con método, pues quería mantenerse lo bastante despierto para gozar de otros placeres. Cuando ya estaba al borde de responder al saludo de las chimeneas, se levantó y salió con paso inseguro, llevando la botella debajo del brazo, rumbo a una casa pública.

Su trabajo le costó, pero dio al fin con ella, después de haber preguntado la dirección a un carretero, que no la sabía; a un cartero, que se la dio equivocada; a un panadero, que empezó a soltar palabrotas y lo trató de viejo cochino, y, ya por último, a un militar, que le acompañó galantemente hasta la casa y le aconsejó que fuese con la Reina.

Aunque apenas eran las doce del día, entró Pavilly en aquel lugar de delicias, donde lo recibió una criada que quería darle con la puerta en las narices. Pero le hizo reír con una carantoña, le enseñó tres francos, tarifa normal de los servicios en aquel lugar, y fue tras ella, no sin fatigas, por una escalera muy oscura que conducía al primer piso. Una vez que lo metieron en un dormitorio, reclamó la presencia de la Reina, y mientras llegaba echó un trago más, bebiendo de la botella misma.

Se abrió la puerta y se presentó una mujer. Era grande, gordinflona, coloradota, enorme. De un vistazo certero, un vistazo de mujer que conoce el paño, miró con desdén al borracho, que se había dejado caer en una silla, y le dijo:

—¿No te da vergüenza de venir a semejante hora?

Pavilly balbució:

—Vergüenza, ¿de qué, princesa?

—De molestar a una señora sin darle siquiera tiempo de comer la sopa.

El esbozó una risa.

—La que es valiente no tiene horas.

—Y para coger una merluza como la que tú traes tampoco hay horas, cuba vieja.

Pavilly se molestó.

—En primer lugar, no soy una cuba, y en segundo lugar no traigo una merluza.

—¿Que no estás borracho?

—Que no estoy borracho.

—¡No está borracho ¡Si ni siquiera puedes tenerte en pie!

Ella le miraba con la ira y la rabia de una pupila que piensa en que sus compañeras están comiendo.

El se irguió:

—¿Yo? ¿Yo? Para que veas, te voy a bailar una polca.

Y para dar una demostración de resistencia se subió a la silla, hizo una pirueta y saltó encima de la cama, dejando en ella las horribles marcas de sus zapatos enfangados.

—¡Ah cerdo!—gritó la mujer.

Se abalanzó hacia él y le asestó un puñetazo en el vientre, un puñetazo tal, que Pavilly perdió el equilibrio, hizo balancín en el pie de la cama, dio una vuelta completa, fue a caer sobre la cómoda, arrastró la palangana y la jarra del agua y se desplomó dando alaridos.

Tan terrible fue el estruendo y tan desgarradores los alaridos, que acudió toda la casa, el amo, el ama, la criada y el personal.

El amo se apresuró a levantar al hombre; pero, así que lo puso en pie, el campesino perdió otra vez el equilibrio, y rompió a vociferar gritando que se había roto la otra pierna, la sana, la sana.

Y era verdad. Fueron corriendo en busca de un médico, y acudió precisamente el que había curado a Pavilly en casa de maese Harivau.

—Pero ¿cómo? ¿Otra vez?

—Si, señor.

—¿Qué le pasa?

—Que ahora se me ha roto la otra, señor.

—¿Quién se la ha roto?

—Una mujerzuela.

Todos estaban atentos a lo que hablaba. Las pupilas en traje de aseo, con las bocas todavía grasientas de la comida que tuvieron que interrumpir, el ama furiosa, el amo inquieto.

—Este va a ser un asunto desagradable —dijo el médico—. Ya saben ustedes que el Ayuntamiento los tiene entre ojos. Lo mejor sería buscar la manera de que no trascendiese la cosa.

—Y ¿cómo?—preguntó el amo.

—Tal vez conviniese enviar a este hombre al hospital, de donde acaba de salir, dicho sea de paso, pagando su estancia allí.

El amo contestó:

—Por mi parte, prefiero eso a andar con líos.

Y así fue como Pavilly volvía media hora más tarde al hospital, del que había salido una hora antes.

La superiora alzó los brazos, afligida, porque lo apreciaba de veras, aunque también sonriente, porque no le disgustaba volver a verlo.

—Pero ¿qué le ha pasado, buen hombre?

—La otra pierna que se me ha roto, mi señora y bondadosa hermana.

—¿Otra vez se ha subido usted a una carreta de paja, viejo bromista?

Pavilly, confuso y cazurro, balbució:

—No, no...; esta vez no ha sido eso...; esta vez no... No tuve yo la culpa, no la tuve... Era de paja, pero no era una carreta, sino un jergón.

La superiora no consiguió sacarle más, y no se enteró nunca de que la culpa de aquella recaída la tenían sus veinticinco francos.

*Gil Blas*, 28 de marzo de 1888

## *Una velada (I)*

---

*Une soirée*

Al señor Saval, notario de Vernon, le gustaba la música con pasión. Siendo joven, aunque ya calvo, siempre afeitado cuidadosamente, un poco grueso, como conviene a su categoría, con quevedos de oro en lugar de las antiguas gafas, activo, galante y alegre, en Vernon pasaba por ser un artista. Tocaba el piano y el violín, daba veladas musicales en las que se interpretaba las óperas nuevas.

Tenía incluso lo que se llama un hilo de voz, sólo un hilo, un hilillo; pero lo manejaba con tanto gusto que los "¡Bravo! ¡Exquisito! ¡Sorprendente! ¡Admirable!" brotaban de todas las bocas cuanto terminaba de murmurar la última nota.

Tenía un abono con un editor de música de París, el cual le enviaba las novedades, y él, de cuando en cuando, enviaba a la alta sociedad de la población tarjetitas redactadas de la siguiente forma:

"Ruego a usted tenga a bien asistir el lunes por la noche a la primera audición en Vernon de Saïs, que tendrá lugar en casa del señor Saval, notario." Algunos oficiales, dotados de buena voz, hacían el coro. Dos o tres damas de la localidad cantaban también. El notario hacía de director de orquesta con tanta seguridad, que el músico mayor del 190 regimiento de infantería, cierto día, en el Café de l'Europe había dicho de él:

—El señor Sayal es un maestro. Es una lástima que no haya seguido la carrera del arte.

Cuando citaban su nombre en un salón, siempre había alguien que decía:

—No es un aficionado, es un artista, un verdadero artista.

Y dos o tres personas repetían, con una profunda convicción:

—Sí, sí, un verdadero artista —recalcando mucho el "verdadero".

Siempre que se interpretaba una nueva obra en un importante teatro de París, el señor Saval hacía el viaje hasta la Capital.

Un año, siguiendo su costumbre, quiso ir a escuchar Enrique VIII. Tomó, pues, el expreso que llega a París a las cuatro y media, decidido a regresar en el tren de las doce y treinta y cinco de la noche para no tener que pasar una noche en el hotel. Llevaba puesto su traje de etiqueta, frac negro y corbata blanca, que disimulaba bajo su abrigo con el cuello levantado.

En cuanto pisó la calle de Amsterdam, se sintió contento. Se decía: "Decididamente, el ambiente de París es único. Tiene un no sé qué de excitante, de embriagador, que te produce unas ganas locas de saltar y de hacer otra cosa muy distinta. En cuanto llego, tengo de pronto la impresión de que acabo de beberme una botella de champaña. ¡Qué vida se podría hacer en esta ciudad, entre artistas! ¡Dichosos los elegidos, los grandes hombres que gozan de fama en una ciudad como ésta! ¡Qué existencia la suya!"

Y hacía proyectos: habría querido conocer a algunos de aquellos hombres célebres, para hablar de ellos en Vernon y pasar de cuando en cuando una velada con ellos cuando fuera a París.

De pronto tuvo una idea. Había oído hablar de los pequeños cafés de los bulevares exteriores, donde se reunían pintores ya conocidos, escritores y hasta músicos, y comenzó a subir hacia Montmartre a paso lento.

Tenía dos horas por delante. Quería darse una vuelta para ver algo. Pasó ante las cervecerías frecuentadas por los últimos bohemios, mirando a los rostros, tratando de adivinar quiénes eran los artistas. Al fin, entró en la Ret-Mort, atraído por el nombre.

Cinco o seis mujeres acodadas sobre las mesas de mármol hablaban de sus asuntos amorosos, de las disputas de Lude con Hortense, de la astucia de Octave. Eran maduras, demasiado gordas o demasiado flacas, se las veía fatigadas, desgastadas. Se las adivinaba casi calvas; y bebían bocks de cerveza como hombres.

El señor Saval se sentó alejado de ellas, y esperó, pues faltaba poco para la hora del ajenjo.

Pronto vino a sentarse junto a él un joven alto. La patrona le llamó "señor Romantin". Al notario le dio un vuelco el corazón. ¿Sería ese Romantin que acababa de obtener una primera medalla en el último salón?

El joven llamó al camarero con un gesto.

—Me vas a traer la cena en seguida, y luego llevarás a mi nuevo estudio, bulevar de Clichy, quince, treinta botellas de cerveza y el jamón que encargué esta mañana. Vamos a celebrar la nueva casa.

El señor Saval, inmediatamente, pidió de cenar. Luego se quitó el abrigo, dejando ver su frac y su corbata blanca.

Su vecino no parecía fijarse en él. Había cogido un periódico y lo estaba leyendo. El señor Saval le miraba de reojo, ardiendo en deseos de hablarle.

Entraron dos jóvenes, vestidos con chaquetas de terciopelo rojo, y con barbas en punta a lo Enrique III. Se sentaron enfrente de Romantin.

El primero dijo:

—¿Es para esta noche?

Romantin le estrechó la mano:

—Eso parece, amigo, y estará todo el mundo. Irán Bonnat, Guillemet, Gervex, Béraud, Hébert, Duez, Clairin, Jean-Paul Laurens; ¡una fiesta estupenda! ¡Y con mujeres, ya verás! Todas las actrices sin excepción, todas las que no tengan nada que hacer esta noche, naturalmente.

El dueño del establecimiento se había acercado:

—¿Inaugura usted a menudo estudio?

El pintor respondió:

—Tiene razón. Cada tres meses, al vencer el plazo para pagar.

El señor Saval no se pudo contener más y, con voz vacilante:

—Le ruego me excuse si le molesto, caballero —dijo—, pero he oído su apellido y me gustaría saber si es usted el señor Romantin, cuya obra he admirado tanto en el último salón.

El artista respondió:

—El mismo, en persona, caballero.

El notario, entonces, le hizo un elogio muy hábil, demostrando que era un hombre culto.

El pintor, encantado, respondió con cortesías. Charlaron.

Romantin volvió a la inauguración, que seguramente sería una fiesta magnífica.

El señor Sayal le interrogó a propósito de todas las personas que iba a recibir, y añadió:

—Para un forastero sería una suerte extraordinaria encontrar a tantas celebridades reunidas en la casa de un artista de su valía.

Romantin, conquistado, contestó:

—Si le agrada, venga.



El señor Sayal aceptó con entusiasmo, pensando: "Me dará tiempo a ver el Enrique Octavo."

Habían acabado los dos de cenar. El notario se empeñó en pagar las dos notas, pues quería corresponder a la atención del artista. Pagó también las consumiciones de los jóvenes vestidos de terciopelo rojo; al fin, salió con su pintor.

Se detuvieron ante una casa muy larga y de escasa altura, cuyo primer piso parecía un invernadero interminable. Seis estudios se alineaban en fila, en la fachada del bulevar.

Romantín entró delante, subió la escalera, abrió una puerta, encendió una cerilla y con ella una vela.

Se encontraron en una habitación inmensa, cuyo mobiliario consistía en tres sillas, dos caballetes, y algunos bocetos por el suelo apoyados en las paredes. El señor Saval, estupefacto, se quedó inmóvil en la puerta.

El pintor dijo:

—Como ve, espacio tenemos; pero todo está por hacer —luego, examinando el alto apartamento medio vacío, cuyo techo parecía perderse en la sombra, declaró—: Se podría sacar un gran partido de este estudio —se dio una vuelta por él, contemplándolo con mucha atención, y luego siguió—: Tengo una querida, que habría podido ayudarnos. Para poner colgaduras, las mujeres son incomparables. Pero la he mandado al campo a pasar el día, para librarme de ella esta noche. No es que me aburra, pero no tiene mucho trato; habría sido molesto para los invitados —reflexionó unos segundos y luego añadió—: Es una buena chica, pero difícil. Si supiera que recibo a gente, me arrancarían los ojos.

El señor Sayal no había hecho un solo movimiento: no comprendía.

El artista se acercó a él:

—Ya que le he invitado, me ayudará a algo.

El notario declaró:

—Utilíceme como desee. Estoy a su disposición.

Romantín se quitó la chaqueta.

—Perfecto, ciudadano: manos a la obra. Empecemos a limpiar.

Fue hasta detrás de uno de los caballetes que tenía una tela representando un gato, y cogió una escoba muy desgastada.

—Tenga, usted barre mientras yo me ocupo de la luz.

El señor Saval cogió la escoba, la miró y se puso a restregar torpemente el suelo levantando una nube de polvo.

Romantín, indignado le contuvo:

—¿Es que no sabe usted barrer? Mire, fijese en mí.

Y empezó a barrer hacia delante, formando montones de basura gris, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida; luego le dio la escoba al notario, que le imitó.

En cinco minutos, una enorme polvareda llenaba el taller, y Romantín tuvo que preguntarle.

—¿Dónde está? Ya no le veo.

El señor Saval, tosiendo, se acercó. El Pintor le dijo:

—¿Qué se le ocurre para improvisar una araña? El otro, aturdido, preguntó:

—¿Una araña?

—Sí, una araña para alumbrar, con velas. El notario no comprendía nada. Contestó:

—No sé.

El pintor empezó a hacer cabriolas, tocando las castañuelas con los dedos:

—¡Ya lo tengo! Resuelto —y luego, con más calma, continuó—: ¿Tiene usted cinco francos?

El señor Saval respondió:

—Sí, naturalmente.

El artista le dijo:

—¡Estupendo! Vaya a comprar cinco francos de velas mientras yo voy a comprar una cuba.

Y empujó al notar lo hacia la puerta, vestido con su frac. Cinco minutos después estaban de vuelta, uno con las velas, el otro, con un aro de cuba. Romantín buscó en una alacena y sacó unas veinte botellas vacías, que ató al aro formando una especie de corona. Bajó luego para que la portera le prestara una escalera, tras haber explicado que se había ganado a la vieja haciendo el retrato de su gato, que era el que estaba en el caballete.

Regresó con una banqueta y le preguntó al señor Saval:

—¿Es usted ágil?

El otro, sin comprender, respondió:

—Sí.

—Estupendo. Súbase ahí y cuelgue esa araña del techo. Después le pone una vela en cada botella y las enciende todas. Puede creerme que soy un as en esto de la iluminación. Pero quítese su frac, caramba, parece un camarero.

La puerta se abrió brutalmente y apareció una mujer, con los ojos brillantes, que se quedó inmóvil en el umbral.

Romantín la contempló con ojos de espanto.

Ella esperó unos segundos, cruzó los brazos sobre el pecho. Al fin, con una voz aguda, vibrante, exasperada, gritó:

—¡Grosero! ¡Cerdo! ¿Para esto me dejas sola?

—Romantín no contestó; la mujer continuó—: ¡Ah, canalla! Y todavía te hacías el generoso mandándome al campo. Vas a ver cómo arreglo yo tu fiesta. Sí, soy yo quien va a recibir a tus amigos —se iba animando—. Les voy a plantar en la cara las botellas con sus velitas...

Romantín, con voz muy dulce, dijo:

—Mathilde...

Pero ella no le hizo caso, y siguió:

—¡Espera un poco, sinvergüenza, vas a ver!...

Romantín se acercó, intentando cogerle las manos:

—Mathilde...

Pero ella estaba ya lanzada; se paseaba, vaciando su arsenal de palabrotas y su depósito de insultos. Brotaban de su boca como un torrente que arrastra inmundicias. Las palabras precipitadas parecían luchar por salir. Tartamudeaba, farfullaba, se atropellaba, recuperando de pronto la voz para lanzar un insulto, un juramento.

Él le había cogido las manos, sin que la muchacha se hubiera dado cuenta; no parecía ni siquiera verle, tan ocupada estaba hablando, desahogando su corazón. Y de pronto rompió a llorar. Las lágrimas le fluían de los ojos sin que hubieran dejado de brotar sus quejas. Pero las palabras adquirieron entonaciones chillonas y de falsete, le salían gallos, y de pronto los sollozos las interrumpieron. Atacó de nuevo dos o tres veces aún, pero se volvía a detener atascada, y al fin se calló, en un desbordamiento de lágrimas.

Romantín la estrechó entre sus brazos, besándole los cabellos, enternecido él mismo.

—Mathilde, mi pequeña Mathilde, escucha. Vas a ser razonable. ¿Sabes? Doy una fiesta para agradecerle a esos caballeros mi medalla del salón. No puedo recibir

mujeres. Deberías comprenderlo. Con los artistas, la cosa es distinta que con el resto de la gente.

Ella balbució entre lágrimas:

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Para no molestarte —siguió él—, para que no te disgustaras. Escucha: te voy a acompañar a tu casa. Sé buena, pórtate bien y quédate tranquilamente esperándome en tu camita y yo iré en cuanto esto haya terminado.

Ella murmuró:

—Sí, pero ¿no volverás a empezar?

—No, te lo juro.

Se volvió hacia el señor Saval, que, al fin, acababa de colgar la araña:

—Amigo mío, vuelvo dentro de cinco minutos. Si llegara alguien estando yo ausente, hágale los honores en mi nombre, ¿de acuerdo?

Y arrastró a Mathilde, que se secaba los ojos y se sonaba la nariz alternativamente.

Al quedarse solo, el señor Saval acabó de poner en orden todas las cosas. Luego encendió las velas y esperó.

Esperó un cuarto de hora, media hora, una hora. Romantin no volvía. De pronto, se produjo en la escalera un ruido espantoso, una canción aullada a coro por veinte bocas, y pasos rítmicos como los de un regimiento prusiano. Las sacudidas regulares de los pies hacían retumbar toda la casa. Se abrió la puerta, y una muchedumbre apareció. Hombres y mujeres en fila, cogidos de los brazos, de dos en dos y dando rítmicos taconazos, penetraron en el estudio como una serpiente que se desenrosca.

Aullaban:

*Entrez dans mon établissement,  
bonnes d'enfants et soldats!...*<sup>28</sup>

El señor Saval, desconcertado, en traje de etiqueta, permaneció bajo la araña. La procesión le descubrió y lanzó un berrido:

—¡Un camarero! ¡Un camarero!

Y empezaron a dar vueltas alrededor de él, encerrándole en un círculo de griteríos. Luego se cogieron de la mano y bailaron en corro como locos.

Él trataba de explicarse:

—Caballeros... Señoras...

Pero no le oían. Daban vueltas, saltaban, gritaban.

Al fin, la danza se detuvo.

El señor Saval dijo:

—Caballeros...

Un muchachote rubio y barbudo hasta la nariz le interrumpió:

—¿Cómo se llama, amigo? El notario, asustado, dijo:

—Soy el señor Saval. Una voz gritó:

—Querrás decir Baptiste. Una mujer dijo:

—Dejadle tranquilo al chico. Va a acabar molestándose. Le han pagado para servirnos y no para que nos riamos de él.

Entonces, el señor Saval descubrió que cada invitado traía sus provisiones. Uno tenía una botella, otro un pastel de carne; aquél, un pan; éste, un jamón.

El muchachote rubio le puso en las manos un salchichón enorme y le ordenó:

---

<sup>28</sup> "Pasad a mi barraca, niñeras y soldados"

—Toma, prepara el buffet en aquella esquina. Pon las botellas a la izquierda y las cosas de comer a la derecha.

Saval, perdiendo la cabeza, exclamó:

—¡Pero, caballeros, yo soy un notario! Hubo un instante de silencio, estalló una carcajada loca. Escamado, un señor le preguntó:

—¿Cómo ha venido aquí?

Lo explicó todo, contando su proyecto de ir a la ópera, su partida de Vernon, su llegada a París; todo lo que le había pasado.

Estaban sentados a su alrededor escuchándole; hacían chistes a su costa y alguien le llamó Schehrazada.

Romantín no volvía. Iban llegando más invitados. A todos le presentaban al señor Sayal para que les contara otra vez su historia. Él se negaba, pero le obligaban a contarla; le ataron a una de las tres sillas, entre dos mujeres que le servían continuamente de beber. Él bebía, se reía, hablaba y hasta cantó. Quiso bailar con su silla, y se cayó.

A partir de aquel momento no recordaba ya nada. Le pareció, sin embargo, que le desnudaron, que le acostaron y que le dieron náuseas.

Cuando se despertó era ya de día. Estaba acostado en un cuartucho, en una cama que no conocía.

Una vieja, con la escoba en la mano, le contemplaba con expresión furiosa. Al fin, le dijo:

—¡Cerdo, más que cerdo! ¿Hay derecho a emborracharse así?

Se sentó en la cama. Se encontraba malo. Preguntó:

—¿Cómo estoy aquí?

—¿Que cómo está aquí, so cerdo? ¡Pues borracho perdido! ¡Ya puede largarse de aquí, y en seguida!

Quiso levantarse. Pero estaba desnudo en aquella casa. Sus ropas habían desaparecido.

—¡Señora, yo...!—dijo, y luego se acordó... ¿Qué haría? —: ¿No ha vuelto el señor Romantín?, preguntó.

La portera vociferó:

—¡Lárguese de aquí, no le vaya a encontrar cuando vuelva!

El señor Saval, confundido, declaró:

—No tengo mis ropas. Me las han quitado.

Tuvo que esperar, explicar su caso, recurrir a unos amigos suyos, pedir dinero prestado para comprarse ropa. Hasta la noche no pudo marcharse.

Y cuando se habla de música en su casa, en su bello salón de Vernon, declara con autoridad que la pintura es un arte muy inferior.

*Le Gaulois*, 21 de septiembre 1883.

## *Una velada (II)*

---

*Une soirée*

### I

El sargento de caballería Varajou obtuvo diez días de licencia para pasarlos en casa de su hermana, la señora Padole. Varajou, de guarnición en Rennes, donde llevaba una vida licenciosa, encontrándose sin dinero y en malas relaciones con su familia, escribió a la señora Padole que podría dedicarle ocho días. Y eso no lo hizo por cariño a su hermana, mujer chiquita, beata, moralizadora, irascible, sino porque, necesitando algún dinero con urgencia, pensó que de todos sus parientes era ella la única persona a la que no puso jamás a contribución.

El padre de Varajou, antiguo horticultor de Angéres, ya retirado de los negocios, había cerrado la bolsa al calavera de su hijo, no le vio en dos años. La hija estaba casada con Padole, empleado en Hacienda, que acababa de ser nombrado recaudador de contribuciones de Vannes.

Apeándose del tren, Varajou se hizo conducir a casa de su cuñado. Le encontró en el despacho discutiendo con labriegos bretones de las cercanías. Padole se levantó, y tendiendo la mano militar por encima de la mesa atestada de papeles, le dijo:

—Siéntate; estoy al instante contigo.

Y volvió a tratar de su asunto con los labriegos. Los cuales no comprendían sus razonamientos como el recaudador no comprendía las explicaciones de los labriegos; él hablaba francés; los otros, dialecto bretón, y el dependiente que servía de intérprete parecía no comprender tampoco a ninguno.

Aquello fue muy largo, muy largo. Varajou, contemplando a su cuñado, reflexionaba: "¡Que Imbécil!"

Padole debía de tener cerca de cincuenta años; era delgado, alto, lento, veloso, con las cejas muy arqueadas, que formaban sobre sus ojos dos bóvedas de pelo cubierto con un gorro bordado de sedas y oro, miraba con la misma blandura propia de todas sus acciones. Hablaba, se movía y pensaba con abandono. Varajou reflexionaba: "¡Qué imbécil!"

Era el sargento un alegre perdulario de los que reducen su vida a la tertulia del café y a la mujer pública. Estos eran los dos puntos culminantes de su existencia. Charlatán, bullicioso, indiferente a todo lo demás, despreciaba el universo entero desde la cúspide de su ignorancia. Cuando exclamaba: "¡Carajo! ¡Una juerga monumental!", había manifestado la más grande admiración de que era capaz.

Habiéndose despedido al fin de los labriegos, Padole le preguntó:

—¿Cómo estamos?

—Yo no del todo mal, como ves. ¿Y tú?

—Bastante bien, gracias. Te agradecemos que te acordaras de nosotros.

—¡Oh! Hace mucho tiempo que deseaba poder venir; pero ya sabes que tenemos poca libertad en el ejército. Antes no le dan a uno licencia...

—Ya lo sé, ya lo sé. Mayor motivo para agradecértelo.

—Y Josefina, ¿cómo sigue?

—Bien, gracias. Ahora la verás.

—¿No está en casa?

—No; ha salido a visitar. Aquí e tenemos abundantes relaciones. En esta población hay un trato muy distinguido.

—No lo dudo.

## II

La puerta se abrió, dejando paso a la señora Padoie. Acercándose al militar sin hacer extremos de alegría, le tendió la mano y le preguntó:

—¿Hace mucho rato que llegaste?

—No; media hora escasamente.

—Yo creía que llegaba más tarde el tren. Si quieres venir conmigo a la sala...

—Y pasaron a la habitación contigua, dejando al recaudador sumergido en sus números, ajustando las cuentas de los contribuyentes.

Cuando los dos hermanos estuvieron solos, dijo ella:

—¡He tenido muy famosas noticias de ti!

—¿Buenas?

—He sabido que te portas como un truhán, que te emborrachas y contraes deudas.

Fue para él una sorpresa desagradable.

—¿Yo? ¡Jamás!

—No lo niegues. Lo he sabido por buen conducto.

Trató de convencerla, defendiéndose; pero ella le tapó la boca y le obligó a callarse con una reprensión violenta. Luego añadió:

—Comemos a las seis; hasta esa hora puedes hacer lo que gustes. No te acompaño porque tengo muchas ocupaciones.

Al verse ya solo, dudó qué haría, si dormir o pasear. Alternativamente fijaba los ojos en la puerta de la alcoba y en la del pasillo. Se decidió por salir a la calle.

## III

Se fue a vagar tranquilamente, arrastrando el sable por la triste ciudad bretona, entumecida, casi muerta, junto al mar interior, que se llama le "Morbhian". Contemplando las fachadas grises, los escasos transeúntes y las tiendas vacías, pensaba: "No es alegre, no es alegre, no es retozona esta ciudad. ¡Mala idea tuve al venir a Vannes!"

Llegó al puerto, silencioso y triste; volvió al centro, solitario y lúgubre, y entró en casa antes de las cinco, echándose para dormitar hasta la hora de comer.

La criada le despertó con unos golpecitos en la puerta.

—Ya está la comida, señorito.

Bajó al comedor; un comedor tan húmedo, que se despegaba el papel de las paredes, hasta un metro del suelo. Una sopera descollaba melancólicamente sobre una mesa redonda y con mantel de hule, donde había tres cubiertos.

El señor Padole y su esposa entraron al mismo tiempo que Varajou.

Tomaron asiento, se bendijo la mesa y se persignaron; después de lo cual Podole sirvió la sopa; una sopa grasienta. Era día de cocido.

Después de la sopa sacaron la carne, demasiado hervida, con mucho gordo y deshilachada. El sargento la comía lentamente, aburrido, fatigado, rabioso.

La señora Padole preguntó a su marido:

—¿Irás a casa del señor presidente de la Audiencia esta noche?

—Pienso ir.

—No vuelvas tarde. Te fatigas mucho. Tu salud está muy resentida para trasnochar.

Y habló de las tertulias de Vannes, de las distinguidas personas que los recibían con mucha consideración, gracias a sus ideas religiosas.

Luego sirvieron puré de patatas con embutido, en honor al forastero.

De postre, queso. Y no más. Nada de café.

Cuando Varajou comprendió que le tocaba pasar la velada en compañía de su hermana oyendo sermones, aguantando reprimendas y sin tener siquiera una copita de coñac para ir pasando a sorbos el aburrimiento, juzgando superior a sus fuerzas aquel suplicio, alegó como excusa, para irse de casa, la precisión de refrendar su pasaporte.

Y escapó a eso de las siete.

#### IV

Apenas se voy en la calle, se sacudió como un perro al salir del agua, y dijo entre dientes:

—¡Carajo, carajo, carajo; qué fastidio!

Buscó un café, el mejor café de la ciudad, y lo encontró en la plaza; lucían en la puerta dos mecheros de gas, y en el interior, media docena de menestrales bebían y hablaban tranquilamente mientras dos jugadores de billar daban vueltas a la mesa buscando en silencio sus carambolas, sin más ruido que los choques del marfil y la voz del marcador que decía:

—Dieciocho, diecinueve. ¡Mala suerte! ¡Bonita jugada! Once. Debió ir sobre la otra. Veinte. Doce. ¿Tenía yo razón?

Varajou pidió:

—Una taza de café y coñac del mejor.

Se sentó, aguardando a que le sirvieran.

Tenía la costumbre de pasar las veladas con sus amigos entre la bulliciosa conversación y el humo de las pipas, y aquel silencio, aquella tranquilidad, le fastidiaban y entristecían. Tomó su café impaciente y luego la copa de coñac; pidió la segunda, y esto le animó; ya sentía deseos de cantar, de reír, de pegarse con alguno, pensando: "Es necesario divertirse, ya estoy alegre", quiso averiguar dónde hallaría mujeres de placer que le hiciesen agradables las horas.

Llamó al mozo:

—¡Eh!, muchacho.

—Aquí me tiene, señor.

—Dí, muchacho; ¿dónde se... divierte un forastero en esta ciudad?

—No sé qué decirle, señor. Aquí...

—¿Aquí? ¿Tú sabes lo que significa divertirse?

—Me parece divertido beber cerveza y buen coñac.

—¿Beber? ¡Ah! ¿Sin mujeres? ¿Dónde hay mujeres?

—¿Mujeres, dice usted?

—Mujeres, digo.

El mozo bajó la voz misteriosamente:

—Usted quiere saber dónde hay una casa de...

—¡Sí, diablo!

—Pues bien; tome usted la segunda calle, a la izquierda; luego, la primera, a la derecha. Es el número quince.

—Gracias, amigo. Eso para ti.

—Muchas gracias, caballero.

#### V

Varajou salía del café, mascullando:

—Segunda, a la izquierda; primera, a la derecha, número quince.

Pero al cabo de unos segundos reflexionó: "Segunda de la izquierda... De la izquierda de la calle... Pero al salir del café, ¿había que tomar hacia abajo o hacia arriba? ¡Bien, adelante! ¡Ya veremos por dónde salimos!"

Y avanzó, tomando la segunda bocacalle, a la derecha, y luego la primera, a la izquierda; buscó el número quince. Era una casa de buen aspecto, y a través de las persianas, se veían luces en el primer piso. La puerta estaba entreabierta y lucía un farol en el vestíbulo. El sargento pensó:

"Debe de ser aquí."

Se coló y, como no vio a nadie, llamó:

—¡Eh! ¡Ohé!

Una criadita salió a su encuentro, sorprendiéndose al ver a un soldado. El dijo:

—Buenas noches. ¿Están arriba?

—Sí, señor.

—¿En el salón?

—Sí, señor.

—Subo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿La primera puerta?

—Sí, señor.

Subió, abrió la puerta y descubrió en una sala, alumbrada por dos quinqués, una araña y dos candelabros, cuatro señoras escotadas y con esa expresión especial de quien espera.

Estaban las tres más jóvenes sentadas en sillones de terciopelo rojo y en actitudes algo violentas, aun cuando pretendían ser naturales, y la otra, de unos cuarenta y cinco años, colocaba unas flores en un jarroncito; era gruesa, y llevaba un vestido de seda verde, que dejaba escapar de su envoltura, semejante al cáliz de una flor monstruosa, sus brazos enormes y su abundante pecho, rojizos y empolvados.

El sargento saludó:

—Muy buenas noches.

La que arreglaba las flores volvió la cabeza, sorprendida, y contestó:

—Buenas noches, caballero. Varajou se arrellanó cómodamente sobre un sillón; pero reparando que no le atendían, que no hacían demostraciones de agrado al verle, supuso que debía de ser aquella una casa donde acostumbraban ir los oficiales, y les parecía inconveniente la presencia de un sargento. De pronto también sintió alguna contrariedad; pero serenándose rápidamente pensó:

"¡Bah! Si viene algún jefe, veremos lo que se hace" Y decidido, resolvió no retirarse, para lo cual inició una conversación:

—¡Vaya, vaya! ¿Todo sigue bien?

—Muy bien, gracias.

No se le ocurría nada que decir. Callaron. Aquel silencio le molestaba, y para salir adelante, dijo riendo:

—¿Aquí nadie se divierte? ¡Hay que animarse! Yo pago una botella.

## VI

No había terminado la frase cuando, abriéndose de pronto la puerta, dejó paso a Padoie, vestido de levita.

Entonces Varajou lanzó un grito de alegría, y, levantándose, abrazó a su cuñado, y arrastrándole por la sala en rápidos valsos, vociferaba:

—¡Este es un hombre! ¡Así me gustan los hombres!



Luego, dejando al recaudador, asombrado y enmudecido por aquella sorpresa, le dijo:

—¡Ah tunante! Conque también te gusta el jolgorio... Y dejas a mi hermana para darte un serie... ¡Ah bribón! ¡Así me gusta!

Imaginando ya todas las ventajas que le resultarían de aquel encuentro casual e inesperado, en un sitio comprometido, ¡el empréstito forzoso!, se tiró, riendo, sobre un sofá con tal abandono, que las maderas crujieron.

Las tres jóvenes se levantaron y salieron escapadas, mientras que la otra señora, junto a la puerta, casi desmayada, no sabía qué hacer.

Llegaron dos caballeros de levita y condecorados; Padole se acercó a ellos.

—¡Oh señor presidente! Un loco... Está loco... Vino a casa convaleciente de una enfermedad y... ahí le ven ustedes..., loco rematado... Se ha vuelto loco.

Varajou se hallaba sentado sin comprender la sorpresa de todos, y barruntó al fin que habría hecho alguna enorme barbaridad. Luego, levantándose y dirigiéndose a su cuñado, le preguntó:

—¿Pero que casa es ésta?

Y Padole, rojo de cólera, balbució:

—¿Qué casa es esta?...Miserable... Infame... Desdichado ¿Preguntas qué casa es ésta?

Pues...la casa del señor presidente de..., de..., de..., de... ¡Ah! ¡Miserable!...¡Miserable!...

*Le Gil Blas*, 29 de marzo de 1887

## *En venta*

---

*A vendre*

¡Qué delicia andar a pie salida del sol, a través de los campos cubiertos de rocío y a la orilla del mar en calma!

¡Qué delicia! Todo agrada, sonrío: la luz, la frescura, el aire ligero.

¿Por qué guardamos tanto el recuerdo profundo de ciertos minutos de amor con la tierra, el recuerdo de una sensación deliciosa y rápida, la caricia del paisaje hallado a la revuelta de un camino, a la entrada de un valle, a la orilla de un río, como se hallaría una complaciente mujer?

Recuerdo un día, entre otros. Avanzaba yo a lo largo de la costa bretona, hacia el cabo Finisterre. Avanzaba sin la menor ocupación, rápidamente, bordeando el Océano tranquilo. Era en las cercanías de Quinsperlé, en la región más hermosa y suave de la Bretaña.

Una mañana de primavera, una de esas mañanas que nos rejuvenecen volviéndonos a los veinte años, resucitando nuestras esperanzas y nuestro ensueño de adolescentes, avanzaba yo por un camino incierto entre los trigos y el agua.

Las espigas del sembrado estaban inmóviles y las aguas del mar se movían apenas. Se sentían perfectamente los perfumes de la cosecha madura y de las algas marinas. Avanzaba yo sin preocupaciones, andando rápidamente, seguía mi viaje, comenzado quince días antes: un paseo por toda la costa de Bretaña. Sintiéndome fuerte, ágil, dichoso y alegre, avanzaba.

Sí, avanzaba sin preocupaciones. ¿Por qué preocuparse en esas horas de alegría inconsciente, profunda, carnal, goce de bestia que corre por los prados o que vuela en el espacio azul bajo el sol? Oí cantos religiosos a lo lejos. Imaginé que sería una procesión; era domingo. Al ganar un pequeño risco, descubrí cinco barcas pescadoras llenas de hombres, de mujeres y de niños que iban al perdón de Plounevez.

Bordeaban la costa suavemente arrastrados por una brisa blanda que tan pronto hinchaba un poco las oscuras velas como las dejaba caer lacias a lo largo de los palos.

Las pesadas barcas resbalaban lentamente hundidas por el peso de la muchedumbre que conducían. Todos cantaban. Los hombres, en pie y con la cabeza cubierta por grandes sombreros, lanzaban sus notas potentes; las mujeres gritaban sus notas agudas, y las voces de los niños parecían desafinaciones chillonas de flauta entre aquel piadoso y violento clamor. Los pasajeros de las cinco barcas entonaban el mismo cántico, elevándose en la inmensidad plácida del cielo su monótono ritmo; y las cinco barcas iban una tras la otra, muy cerca una de otra.

Pasaron delante de mí; las vi alejarse; las voces se debilitaban con la distancia y, por fin, se extinguió el cántico.

En el silencio imaginé delirios deliciosos, como los imaginan los jóvenes, de una manera pueril y encantadora.

¡Qué pronto pasa esa edad del ensueño, la única edad feliz de la existencia! Nunca se vive solo, nunca se vive triste, nunca taciturno, ni desesperado, cuando se lleva dentro de sí el divino poder de sumergirse en ilusiones. ¡Qué mundo de hadas aquel donde se realizan las alucinaciones del pensamiento! ¡Qué vida tan hermosa cuando la adornan las esperanzas! ¡Ay, todo esto acabó ya!

¿En qué pensaba yo entonces? En lo que siempre se aguarda y siempre se desea: en la fortuna, en la gloria, en la mujer.

Avanzaba rápidamente, acariciando las espigas doradas de los trigos que se inclinaban bajo mis dedos y me hacían cosquillas, como si hubiese acariciado una cabecita rubia.

Gané un pequeño promontorio, y vi en el fondo de una playa, estrecha y circular, una casita blanca construida sobre la última de tres terrazas que se escalonaban hasta el borde del mar.

¿Por qué la vista de aquella casa me hizo estremecer de gozo? ¿Puedo saberlo acaso? A veces, de camino, al azar, se descubren cosas que, siendo nuevas, producen la impresión de muy conocidas; de tal modo se nos ofrecen familiares y a tal punto nos agradan. ¿Es posible que no las hayamos visto nunca? ¿Es posible que no hayan formado parte de nuestra vida? Todo nos seduce, todo nos encanta: la suave línea del horizonte, la disposición de los árboles, el color del suelo.

¡Oh! La preciosa casa construida en la más alta de las terrazas, donde crecían árboles frutales y flores diversas.

Me detuve, preocupado por el amor que me inspiraba aquel retiro. ¡Con qué gusto hubiera vivido siempre allí!

Me acerqué a la puerta, emocionado, con el corazón palpitante, y vi en la reja un letrero que decía: Se vende. Sentí una sacudida de gozo como si me ofrecieran, como si me regalaran de pronto aquel retiro. ¿Por qué me alegraba? Sí. ¿Por qué? Lo ignoro.

Se vende. Luego en realidad no era de nadie; podía ser de cualquiera, podía ser mía. ¿Por qué mí gozo, la sensación de gozo profundo, inexplicable, si estaba yo seguro de no comprarla? ¿Cómo la hubiera pagado? No importa. Se vendía. El pájaro en su jaula pertenece a un dueño; el pájaro libre puede ser mío, porque no es de nadie.

Entré en el jardín, un bonito jardín con muchas flores y con muchas higueras.

Cuando estuve en la parte más alta, miré al horizonte: la pequeña playa se extendía a mis pies, circular y arenosa, separada del mar inmenso por un peñasco negruzco donde irían a estrellarse las olas en tiempo borrascoso.

Al extremo, dos piedras enormes, una en pie y otra echada, como un menhir y un dolmen, semejantes a dos esposos extraños, inmovilizados por un maleficio, parecían mirar constantemente la casita que vieron construir, porque desde siglos antes ellos permanecían empotrados en aquella bahía solitaria; la casita que verían desmoronarse, hundirse, desaparecer hecha polvo: la casita en venta.

¡Oh viejo dolmen! ¡Oh viejo menhir, cómo atraíais mi corazón!

Llamé a la puerta como hubiera llamado a la de mi casa. Una mujer salió, una criada, una vieja criada vestida de negro con su cofia blanca y aspecto monjil. Me pareció que también la conocía, y le dije:

—¿Usted no es de Bretaña, verdad?

Ella me respondió:

—No, caballero; soy de Lorena. ¿Viene usted a ver la casa?

—Sí; a eso vengo.

Y entré. Me parecía reconocerlo todo: las paredes y los muebles. Casi me sorprendió no hallar mis bastones en el vestíbulo. Entré en el saloncito, un elegante saloncito bañado en luz por tres ventanas que daban al mar. Vi sobre la chimenea, entre porcelanas de china, un retrato fotográfico de mujer; me acerqué, seguro de que también la reconocería. La reconocí, aunque no estaba cierto haberla visto jamás. Pero era ella, ella misma, la que yo deseaba, la que yo aguardaba, la que yo buscaba; sí, era la misma, cuyo semblante me había obsesionado en sueños. Ella; era la que se busca siempre y por todas partes, la que deseamos en la calle y a todas horas, la que adivinamos en los caminos cuando vemos aparecer a lo lejos, en el campo, una sombrilla roja; la que sin

duda llegó antes que nosotros al hotel donde nos apeamos; la que debiera de estar en el vagón donde subimos y en la sala cuya puerta se abre para dejarnos paso.

Era ella seguramente; sin duda era ella.

La reconocí en sus ojos que me miraban, en sus cabellos peinados a la inglesa; en su boca obre todo, en la sonrisa de sus labios que imaginé sin duda muchas veces.

Ante aquella fotografía, pregunté:

—¿De quién es el retrato?

La criada, con aspecto conventual, me respondió secamente:

—De la señora.

Insistí preguntando:

—¿La dueña de la casa?

La criada entonces dijo con expresión devota y dura:

—¡No! No, señor.

Tomé asiento y dije:

—Cuénteme usted lo que ocurre.

La criada quedó sorprendida, inmóvil y silenciosa.

Insistí:

—¿No es la dueña de casa?

—No, señor.

—¿Pues de quién es la casa?

—De mi amo, el señor Tournelle.

Señalé con el dedo la fotografía.

—Y esta mujer, ¿quién es?

—La señora.

—¿Pero no es la esposa del de la casa?

—No, señor.

—Entonces, la querida.

La beata no respondió.

Unos celos vagos, un odio confuso contra el hombre que había encontrado, poseído aquella mujer, me sobrecogieron y pregunté:

—¿Dónde está ahora?

La criada murmuró:

—El amo está en París; la señora no sé adónde habrá ido.

Sentí un estremecimiento.

—¡Ah! ¿No están juntos?

—No, señor.

Acudí a un juego de malicia y dije con voz grave:

—Cuénteme lo que ha sucedido; acaso pueda yo ser útil a su amo. Conozco bien a esa mujer; es algo perversa.

La vieja me miró y la expresión de mi rostro debió de inspirarle confianza.

—¡Oh caballero! La señora hizo a mi amo infeliz. La conoció en Italia y la trajo consigo aquí como si estuviese casado con ella. La señora cantaba muy bien. Mi amo la quería mucho; ¡daba pena verle! Vinieron a esta playa el año pasado y vieron esta casa, que sin duda fue construida por algún loco; se necesita estar loco de remate para construir una casa como ésta, lejos del pueblo. La señora quiso comprarla para vivir en ella con mi amo, el cual en seguida la compró, deseoso de complacerla. Vivieron aquí todo el verano y casi todo el invierno. Y una mañana, a la hora del almuerzo, me llamó el amo y me dijo: "Serafina, ¿la señora no ha vuelto aún?" Yo le dije: "No ha vuelto aún." Y aguardó todo el día. Mi amo estaba furioso. La buscó por todas partes, Inútilmente. La señora se había ido, caballero, y nunca supimos cómo ni adónde.

¡Qué alegría sentí! Tuve deseos de abrazar a la beata y dar unos valsones por el saloncito.

¡Bien! Aquella mujer adorable se había ido, se había escapado, le abandonó fatigada, cansada... Esta idea me hizo feliz.

La vieja prosiguió:

—Mi amo se moría de pena y ha vuelto a París, dejándome aquí para vender la casa. Pide veinte mil francos.

Yo no la oía. Pensaba en ella. Y de pronto me pareció que al salir de la casa la encontraría; que la mujer encantadora volvía para visitar, durante la primavera, su retiro, su precioso retiro que le hubiera sido tan agradable sin él.

Puse diez francos en la mano de la vieja; cogí la fotografía y escapé. Corría y besaba el rostro de aquella imagen deliciosa.

Proseguí mi camino con los ojos puestos en el retrato.

¡Qué gusto pensar que la mujer aquella era libre y se hallaba en salvo! Seguramente nos encontraríamos aquel mismo día, o al siguiente; si no, a la otra semana. Era seguro que debíamos de encontrarnos alguna vez. Para eso, nada más que para eso, se habría separado de su amante.

Y era libre, libre del todo. Sólo faltaba que nos encontrásemos, puesto que yo la conocía bien.

Acariciando nuevamente las doradas espigas del trigo, absorbía el aire del mar, que me hinchaba el pecho, y sentía la caricia del sol en mi rostro. Avanzaba rápidamente, radiante de dicha, de entusiasmo, de esperanza. Avanzaba, seguro de que la encontraría pronto y volveríamos los dos a cobijarnos bajo el techo de nuestra bonita casa en venta.

¡Cuánto le gustaría vivir allí conmigo!

*Le Figaro*, 5 de enero 1885

## *La ventana*

---

*La fenêtre*

Conocí a la señora de Jadelle en París el invierno pasado. Me gustó en seguida muchísimo. Usted la conoce tanto como yo... Digo..., casi tanto como yo. Usted sabe de qué modo es a un tiempo extravagante y soñadora, desenvuelta en sus maneras y de corazón impresionable, voluntariosa, emancipada y atrevida, libre de toda preocupación, y a pesar de lo dicho, sentimental, delicada, susceptible, tierna y púdica.

Es viuda; yo adoro a las viudas, por pereza. Entonces pensaba oír en casarme y la pretendí. Cuanto más la trataba, mejor me parecía, y juzgué llegado el momento de manifestar mi pretensión. Me sentía muy enamorado y en peligro de que fuera ya con exceso. Para casarse conviene mucho no estar muy enamorado de la mujer, porque un enamorado hace siempre tonterías, se turba y aparece a un tiempo tímido y brutal. Conviene dominarse. Cuando se lanza demasiado un marido la primera noche, vive muy expuesto a que su mujer se lance al cabo de un año.

Un día me presenté de visita en su casa, con guantes claros, y le dije:

—Señora, tengo la fortuna de sentirme apasionado por usted y vengo a pedir una esperanza y a ofrecerle mi nombre y mi vida.

Ella me respondió tranquilamente:

—¡Cuánta precipitación, caballero! Ignoro en absoluto si me gustará usted algún día, pero me ofrezco a una prueba. Como figura me parece usted mal. Falta saber lo que pueden parecerme su corazón, su carácter y sus costumbres. La mayor parte de los matrimonios, criminales o infelices, lo son porque la mujer y el hombre se unieron sin conocerse. Basta lo más pequeño: una manía cultivada, una idea firme sobre un punto insignificante de moral, de religión o de cualquiera cosa; un gesto de disgusto, un resabio, un mínimo defecto, una cualidad poco simpática para convertir en irreconciliables enemigos, encarnizados el uno contra el otro hasta la muerte, a los dos amantes más tiernos y más apasionados...

Yo no me casaré, caballero, sir conocer a fondo, hasta en los rinconcitos más ocultos de su existencia, al hombre con el cual he de compartir la vida. Le quiero estudiar detenidamente, muy de cerca, durante un mes.

Atienda usted lo que le propongo: Vaya usted a pasar el verano conmigo en mi casa de campo en Lauville y allí veremos, con mucha calma, si es posible que vivamos juntos...

Le retoza la risa. Tiene usted un mal pensamiento. ¡Ah! Si yo no estuviera segura de mi, no haría semejante proposición. El amor, tal como lo comprenden ustedes los hombres, me inspira un desprecio, una repugnancia, que hacen imposible para mí una derrota. ¿Convenido? ¿Acepta?

Le besé la mano.

—Señora, ¿cuándo iremos?

—El diez de mayo. ¿Le parece bien?

—Admirable.

Al cabo de un mes, me hallé instalado en su casa. Era una mujer singular. A todas horas me observaba, estudiándome. Como le gustaban los paseos a caballo íbamos al bosque todos los días y me hablaba de todo, queriendo penetrarme, descubrir mis íntimos pensamientos, mientras reparaba en todas mis acciones, en todas mis actitudes.

Yo enloquecía cada vez más apasionado, y sin preocuparme poco ni mucho de la consonancia de nuestros caracteres. Pronto noté que hasta dormido era objeto de vigilancia. Alguien dormía en el cuarto contiguo a mi habitación, retirándose de allí a horas muy avanzadas y con precauciones infinitas. Este continuo espionaje acabó por molestarme. Quise apresurar la solución, y cierta noche me decidí a mostrarme atrevido. Ella me recibió de tal modo, que me abstuve de toda nueva tentativa; pero me dominaba el deseo de rebelarme contra el régimen policiaco a que me sometía, y se me ocurrió una idea feliz.

Ya conoce usted a Cesarina, su doncella —una preciosa muchacha de Granville, donde son guapas todas las mujeres—. Cesarina es tan rubia como es morena su señora.

Una tarde, atrayéndola sigilosamente a mi habitación, le di cien francos, y le dije:

—No te pediré nada malo; pero deseo hacer con tu señora lo que ella hace conmigo.

La muchacha sonreía con expresión picaresca. Yo proseguí:

—Me observan a todas horas del día y de la noche; ya lo sé. Me ven comer, beber, afeitarme, vestirme y hasta ponerme las zapatillas; ya lo sé.

La doncella exclamó:

—¡Caramba, señorito!...

Yo proseguí:

—Tú duermes en el cuarto contiguo para escuchar si ronco y si sueño en voz alta...

¡No lo niegues!

Riendo, repetía:

— ¡Caramba, señorito!...

Me animé:

—Comprendes que no es justo que la señora se vaya enterando de todo lo mío y que yo ignore todo lo suyo. Si hemos de casarnos, hemos de conocernos igualmente. La quiero con toda mi alma. Su rostro, su corazón, su talento, su figura, todo lo suyo es tal como yo lo deseaba: en este punto soy el más dichoso de los hombres; pero hay cosas...

Cesarina se decidió a guardar en el bolsillo mi billete de cien francos. Comprendí que me serviría.

—Oye. A los hombres nos interesan mucho ciertos..., ciertos detalles..., físicos; pequeñeces que no quitan a la mujer su hermosura, pero que pueden rebajar su valor a nuestros ojos. No te pido que murmures de tu señora ni que me descubras defectos ocultos, caso que los tenga. Responde solamente, con sinceridad, a las cuatro o cinco preguntas que te haré. Conoces a tu señora a ti misma, puesto que la vistes y la desnudas todos los días. Dime pues, una cosa: ¿Es tan... exuberante como aparenta?

La muchacha calló; yo proseguí:

—Ya sabes que algunas mujeres rellenan su corsé con algodón y también lo llevan algunas en ... otra parte... Donde... se sientan. Dime, ¿tu señora se abulta con algodones?

—Cesarina, con los ojos bajos, dijo tímidamente:

—Siga preguntando; contestaré luego a todo.

—Bien. Hay mujeres cuyas rodillas, inclinadas hacia dentro se rozan al andar; otras, las tienen muy separadas, y sus piernas forman un arco... Así, como un puente; se descubre por medio el paisaje. Una y otra forma resultan... agradables. Dime: ¿cómo son las piernas de tu señora?

La muchacha no contestó y proseguí:

—Algunas tienen tan blando el pecho, que les cae sobré el vientre. Otras tienen los brazos gordos y delgado el busto. Las hay que son muy abultadas por delante y muy lisas por detrás; otras, al revés, muy abultadas por detrás y muy lisas por delante. Todo es muy apetecible, muy bonito; pero quisiera saber qué formas tiene tu señora. Dímelo y te daré mucho dinero...

Cesarina levantó los ojos, mirándome francamente, y riendo contestó:

—Aparte de ser mi señora morena y yo rubia, en todo lo demás de su cuerpo está formada como yo.

Se fue, dejándome burlado.

Me pareció ridícula mi situación, y decidí vengarme, al menos, de aquella muchacha impertinente.

Al cabo de una hora entré con mil precauciones en el cuarto desde donde me vigilaba cuando yo dormía, y quité los tornillos de la cerradura.

Llegó a medianoche a su observatorio. La seguí. Viéndome, quiso gritar, pero le tapé la boca... . Y me convencí sin gran esfuerzo de que, si no había mentido la doncella, su señora estaría muy bien formada.

Me aficioné a comprobar estas observaciones, que no disgustaban a Cesarina.

Era, en verdad, una hermosa muestra de la raza normanda, fina y fuerte a un tiempo. Le faltarían tal vez algunas delicadezas cuidadosas, que hubiera despreciado Enrique IV. Yo se las indiqué, y como me encantan los perfumes, le regalé aquella misma noche un frasco de agua de espliego aromatizada.

Simpatizamos bien pronto, mucho más íntimamente de lo que pude imaginar. Ella fue una querida muy dulce, deliciosa, naturalmente inspirada y provocadora en el goce. Hubiera sido en París una cortesana de mucho mérito.

Los placeres que me ofrecía me permitieron aguardar sin impaciencia las resoluciones de la otra. Mostré un carácter bondadoso, ligero, dócil, complaciente.

A la señora de Jadelle debí parecerle un hombre delicioso, comprendí por ciertos indicios que muy pronto me daría de alta. Era yo el amante más venturoso del mundo aguardando tranquilamente la caricia legal de una mujer adorada, en los brazos de una muchacha encantadora.

.....

Ya sería oportunismo, amiga mía, que bajase usted los ojos o volviese un poco la cabeza, por que llegamos a lo escabroso del asunto.

.....

Una tarde, cuando volvíamos a caballo de nuestro paseo, la señora de Jadelle se lamentó amargamente de que sus palafreneros no tuviesen con el potro que montaba ella ciertas precauciones exigidas. Repitió muchas veces "Que tengan cuidado; que tengan cuidado; hay un recurso para sorprenderlos."

Pasé la noche muy tranquilo en mi cama. Despertando ardoroso; emprendedor, me vestí.

Tenia costumbre de fumar cada mañana un cigarro sobre el torreón del palacete, adonde conducía una escalera de caracol iluminada por un ventanal abierto en el primer piso.

Calzado con zapatillas, no hice ruido, y alzando los ojos, imaginé que Cesarina estaba en el ventanal mirando hacia fuera.

No vi por completo a Cesarina, apareciendo solamente a mi vista la mitad inferior, la más de mi gusto. De la señora de Jadelle hubiera preferido la otra.

En aquella posición estaba provocativa... Su redondez, apenas velada por un vestido blanco...Aquella mitad parecía ofrecerse a mi apetito.

Me acerqué sigilosamente, me puse de rodillas; con mil precauciones cogí el vestido por el borde y, rápido, lo alcé. Reconocí al punto macizo, suave, fresco, el traspuntín de mi querida, y estampé —señora, perdón si el momento es arriesgado—, estampé un beso dulce..., un beso de amante que a todo se atreve.



Me sorprendió notar perfume de verbena; pero no tuve tiempo de resolver mis dudas; recibí un golpe, mejor dicho, un empujón violento, que, a dárseme con algo menos carnoso, me aplastara la nariz. Un grito me puso los pelos de punta. La mujer que se revolvía contra mí era la señora de Jadelle.

Agitó los brazos como una loca, dudó un instante y, haciéndome un gesto despreciativo, se fué corriendo.

A los diez minutos, Cesarina, estupefacta, me presentó una tarjeta, y leí:

*"La señora de Jadelle supone que saldrá inmediatamente de su casa el señor de Brives."*

Me fui, pero nunca me consolaré. Quise hacerme perdonar, usando todos los recursos, todas las explicaciones imaginables. Ha sido inútil.

Desde aquel día conservo en... el corazón un perfume de verbena que me obsesiona y me hace desear lo imposible.

*Gil Blas, 10 de julio de 1883*

# *El vengador*

---

*Le vengeur*

Cuando Antoine Leuillet se casó con Mathilde, viuda de Souris, hacia ya diez años que estaba enamorado de ella.

Souris había sido amigo suyo y compañero de colegio. Leuillet le apreciaba mucho, pero le encontraba un poco tonto. Solía decir: "Este pobre Souris no ha inventado la pólvora."

Cuando Souris se casó con la señorita Mathilde Duval, Leuillet se sintió sorprendido y algo molesto, pues estaba un poco encaprichado de ella. Era hija de una vecina, antigua mercera que se había retirado después de reunir una pequeña fortuna. Era bonita, fina, inteligente. Aceptó a Souris por su dinero.

Entonces, Leuillet concibió otras esperanzas. Le hizo la corte a la mujer de su amigo. Tenía buena presencia, no era tonto y también era rico. Estaba seguro de su éxito, pero fracasó. Ello hizo que se enamorara completamente, y fue un enamorado a quien la amistad con el marido le hacía ser discreto, tímido, cohibido. La señora Souris creyó que ya no pensaba en ella de forma peligrosa y se convirtió en una buena amiga suya. Las cosas siguieron así nueve años.

Una mañana, un recadero le llevó a Leuillet una nota desesperada de la pobre mujer. Souris acababa de morir súbitamente a consecuencia de un tumor.

Recibió una impresión espantosa, pues eran de la misma edad, pero casi inmediatamente sintió una honda alegría, un alivio infinito, y le embargó una sensación de libertad. La señora Souris era libre ya.

Supo mostrarse, no obstante, tan afligido como convenía, esperó el tiempo oportuno, observó todas las convenciones. Al cabo de quince meses, se casó con la viuda.

Su acto pareció natural e incluso generoso. Era una acción propia de un buen amigo y de hombre honrado.

Vivieron en la más afectuosa intimidad, pues se habían comprendido y apreciado desde el primer momento. No tenían secretos el uno para el otro y se decían sus más íntimos pensamientos. Leuillet amaba a su mujer con un amor tranquilo y confiado; la amaba como a una compañera tierna y leal que es una igual y una confidente. Pero le quedaba en el alma un singular e inexplicable rencor contra el difunto Souris, que había sido el primero en poseer a aquella mujer, que había tenido la flor de su juventud y de su alma, que incluso la había despoetizado un poco. El recuerdo del marido muerto estropeaba la felicidad del marido vivo, y estos celos póstumos atormentaban día y noche a Leuillet. A menudo le hablaba largamente de Souris, le preguntaba mil detalles íntimos y secretos sobre él, queriendo conocer a fondo sus costumbres y su forma de ser. Y le perseguía con burlas hasta la tumba, recordando con complacencia sus defectos, insistiendo sobre sus aspectos ridículos y recalcando sus faltas.

A cada momento llamaba a su mujer, desde un extremo al otro de la casa:

—¡Matilde!

—Voy, querido.

—Ven a decirme una cosa.

Ella llegaba siempre sonriente, sabiendo perfectamente que iban a hablar de Souris, y no le importaba seguir a su nuevo esposo en la inofensiva manía.

—Dime, ¿tú te acuerdas de un día en que Souris quiso demostrarme que los hombres bajos son siempre más amados que los altos?

Y se lanzaba a reflexiones desagradables para el difunto, que era bajo, y discretamente ventajosas para él, Leuillet, que era alto.

La señora Leuillet le daba a entender que él tenía razón, toda la razón; y se reía con todas sus ganas, burlándose dulcemente del antiguo esposo para darle gusto al nuevo, que siempre acababa añadiendo:

—Da lo mismo. ¡Qué tonto era Souris!

Eran felices, completamente felices. Y Leuillet no dejaba de demostrarle a su mujer su amor inagotable en la vida de cada día.

Una noche en que no conseguían dormirse, emocionados los dos por un rebrote de juventud, Leuillet, que tenía a su mujer estrechamente cogida entre sus brazos y la besaba con todo su ardor, le preguntó de pronto:

—Escucha, querida.

—¿Qué?

—Souris... Es difícil lo que te voy a preguntar...¿Souris te demostraba... te demostraba bien su amor?

Ella le dio un beso, murmurando:

—No tan bien como tú, gatito.

El marido se sintió halagado en su amor propio de hombre, y añadió:

—Debía de ser... torpe..., ¿verdad?

Ella no contestó. Soltó tan sólo una risita maliciosa, escondiendo su cara en el cuello del marido.

Este preguntó:

—Debía de ser muy torpe, y poco... poco..., ¿cómo te diría?... poco hábil, ¿no?

Ella hizo un leve movimiento con la cabeza que significaba: "No..., nada hábil."

Continuó el hombre:

—Y algunas noches te produciría fastidio, ¿eh?

Ella tuvo un acceso de franqueza esta vez y le respondió:

—¡Sí, sí, mucho!

La besó de nuevo por aquella confesión y murmuró:

—¡Qué animal era! No eras muy feliz con él, ¿verdad?

—No —contestó ella—. La cosa no era muy divertida todos los días.

Leuillet se sintió encantado, estableciendo mentalmente una comparación del todo ventajosa para él entre la antigua situación de su mujer y la nueva.

Permaneció algún tiempo sin hablar, y luego tuvo una sacudida de risa y preguntó:

—Dime una cosa.

—¿El qué?

—¿Quieres ser franca, completamente franca conmigo?

—Claro, amor mío.

—Bueno, ¿no sentiste nunca la tentación de... de... de engañar a aquel imbécil de Souris?

La señora Leuillet soltó un breve "¡Oh!" de pudor y se ocultó aun más en el pecho de su marido. Pero él pudo darse cuenta de que se reía.

Insistió:

—Dime la verdad. Confíésalo. ¡Tenía una cabeza tan de cornudo aquel animal! ¡Sería tan divertido! Pobre Souris. Anda, querida, bien puedes decírmelo a mí, sobre todo a mí.

Recalcaba mucho el "a mí", pensando que si hubiera tenido deseos de engañar a Souris, habría sido con él, Leuillet, con quien lo habría hecho y se estremecía de placer

esperando esta confesión, seguro de que si ella no hubiera sido la mujer virtuosa que era, habría sido él quien la hubiese conseguido.

Pero ella no contestaba, y no paraba de reírse, como si recordara algo enormemente cómico.

Leuillet se echó a reír también ante el pensamiento de que él habría podido hacer a Souris cornudo. ¡Qué jugarreta! ¡Qué broma! ¡Sí, sí, qué broma tan estupenda!

Sacudido por la risa, balbucía:

—¡El pobre Souris! ¡El pobre Souris! ¡Ah, sí, tenía una cabeza muy apropiada! ¡Sí, sí!

La señora Leuillet se retorció entre las sábanas, llorando de tanto reírse, y se le escapaban grititos.

Y Leuillet repetía:

—Anda, reconócelo. Confiésalo. Sé franca. Comprenderás que a mí no tiene por qué molestarme.

Entonces, ella balbució, muerta de risa:

—Sí, sí.

Su marido insistió:

—Sí, ¿qué? Vamos, dilo todo.

Ella se rió ya sólo de una forma discreta y, acercando la boca hasta la oreja de Leuillet, que esperaba una agradable confidencia, murmuró:

—Sí... Le engañé.

Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y, desconcertado, tartamudeó:

—¿Tú..., tú... le engañaste... del todo?

Ella creyó todavía que encontraba la cosa enormemente divertida y contestó:

—Sí..., del todo..., completamente.

Tuvo que sentarse en la cama por la angustia, la respiración se le cortó, abrumado como si acabara de enterarse de que el cornudo era él.

Permaneció callado al principio; luego, al cabo de unos segundos, dijo, sencillamente:

—¡Ah!

Ella también había dejado de reír, comprendiendo demasiado tarde su error.

Leuillet, al fin, preguntó:

—¿Y con quién?

La mujer guardó silencio, buscando una argumentación.

Insistió él:

—¿Con quién?

Al fin, dijo:

—Con un hombre.

Se volvió hacia ella bruscamente y, con voz seca:

—Ya me imagino que no fue con una cocinera. Te pregunto con qué hombre, ¿me oyes?

Ella no contestó. El marido agarró la sábana con la que ella se tapaba la cabeza y la apartó hasta el centro de la cama, repitiendo:

—Quiero saber con qué hombre, ¿me oyes?

Entonces, ella, penosamente, dijo:

—Lo decía en broma.

Pero él se estremecía de cólera:

—¿Cómo? ¿En broma? ¿Te estás burlando de mí, entonces? No me vengas con pretextos, ¿me oyes? Te estoy preguntando cómo se llamaba el hombre.

No contestó, siguió tumbada sobre la espalda, inmóvil.

La cogió de un brazo y se lo apretó fuertemente:

—¿Me oyes o no me oyes? Quiero que me contestes cuando te hablo.

Entonces, ella, muy nerviosa, dijo:

—¡Te estás volviendo loco! ¡Déjame en paz!

El marido tembló de furor, sin saber qué decir, exasperado; la empezó a sacudir con todas sus fuerzas, repitiendo:

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

Ella quiso soltarse con un movimiento brusco, y golpeó con la punta de los dedos la nariz de su marido. El hombre, creyendo que lo había hecho aposta, se enfureció y se arrojó sobre ella.

La tenía sujeta bajo él, abofeteándola con todas sus fuerzas y gritando:

—¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Falsa! ¡Perdida! ¡Perdida!

Cuando se quedó sin aliento, agotado, se levantó y se dirigió hacia la cómoda para prepararse un vaso de agua de azahar azucarada, pues se sentía a punto de caer sin conocimiento.

Y ella lloraba en un rincón de la cama, con grandes sollozos, viendo toda su dicha deshecha por culpa suya.

Deshecha en lágrimas, balbució:

—Escúchame Antoine. Ven aquí: te he mentado, verás cómo lo comprendes... Escúchame.

Y, dispuesta ya a la defensa, armada de razones y de astucias, alzó un poco su cabeza aturdida, con el gorro de dormir torcido.

Y él, volviéndose hacia la mujer, se acercó, avergonzado de haberle pegado, pero sintiendo en el fondo de su corazón de marido un odio inextinguible contra aquella mujer que había engañado al otro, a Souris.

*Gil Blas, 6 de noviembre 1883*

## *Velando el cadáver*

---

*La veillée*

Había muerto sin agonía, tranquilamente, como mujer cuya vida fue irreprochable; y descansaba ahora en la cama boca arriba, cerrados los ojos, tranquilas sus facciones, los largos cabellos blancos cuidadosamente peinados cual si hubiese hecho su tocado diez minutos antes de morir, y toda su fisonomía de difunta tan recogida, tan reposada, tan resignada, que se comprendía que un alma tiernísima había habitado en aquel cuerpo, que aquella anciana serena había llevado la más tranquila de las existencias, que en su fin no había habido ni sacudidas ni remordimientos.

De rodillas junto al lecho mortuario, su hijo, un magistrado de principios inflexibles, y su hija Margarita, en religión la hermana Eulalia, lloraban amargamente.

Desde su infancia les había inculcado una irreprochable moral, enseñándoles la religión sin debilidades y el deber sin transacción. Él, el varón, se había hecho magistrado, y blandiendo la ley sacudía sin piedad a los débiles, a los desfallecidos; ella, la muchacha, empapada en la virtud que la había bañado en aquella familia austera, se había casado con Dios, disgustada de los hombres. No habían conocido a su padre; lo único que sabían era que había hecho a su madre desgraciada; y no tenían más detalles acerca de él.

La religiosa besaba locamente una de las manos de la muerta, una mano de marfil semejante a la del Cristo amortajado. Al otro lado del cuerpo tendido, la otra mano de la difunta parecía tener todavía la colcha estrujada con ese errante gesto que se llama el decisivo; y la ropa había allí conservado pequeñas arrugas, como un recuerdo de los movimientos que preceden a la eterna inmovilidad. Unos ligeros golpes dados en la puerta hicieron que se alzasen los dos trastornados rostros, y el sacerdote, que acababa de cenar, entró nuevamente. Estaba rojo, sofocado por los comienzos de la digestión, pues había echado mucho coñac en el café para luchar contra la fatiga de las pasadas noches y la de la noche de vela que comenzaba.

Parecía triste; en su rostro se veía esa falsa tristeza del eclesiástico para quien la muerte es una manera de ganarse la vida. Hizo la señal de la cruz, y acercándose con su gesto profesional:

—Aquí estoy, pobres hijos míos —murmuró—, dispuesto a ayudarlos a pasar estas tristes horas.

Pero sor Eulalia se levantó súbitamente:

—Gracias, padre mío; mi hermano y yo deseamos quedar solos con ella. Son éstos los últimos instantes que la veremos, y deseamos estar los tres solos, como en otra época, como cuando..., cuando... cuando éramos niños y nuestra po..., pobre madre...

No pudo acabar; tantas eran sus lágrimas, de tal modo la oprimía el dolor.

El sacerdote se inclinó, más alegre, pensando en su cama.

—Como gustéis, hijos míos —dijo. Se arrodilló, se santiguó, rezó, se levantó y salió despacito, murmurando:

—¡Era una santa!

La difunta y sus hijos quedaron solos. Un oculto reloj producía en la sombra un ruido regular, y por la abierta ventana los suaves perfumes del heno y de la madera penetraban con un lánguido claror de luna. De la campiña no llegaba ningún sonido más que el de las notas volantes de los sapos y, a veces, el ronquido de un insecto nocturno que penetraba como una bala y chocaba en la pared. Una infinita paz, una divina

melancolía y una silenciosa serenidad rodeaban a aquella difunta, pareciendo huir con ella y echarse fuera de allí apaciguando la propia Naturaleza.

De pronto, el magistrado, de rodillas siempre y con la cabeza oculta entre las ropas del lecho, con voz lejana, desgarradora, lanzada a través de las mantas y las sábanas, gritó:

—¡Madre, madre, madre!

Y la hermana, echándose contra el suelo, dando en el entarimado con su frente de fanática, convulsionada, retorcida, vibrante, como en una crisis de epilepsia, gimió:

—¡Jesús, Jesús, madre, Jesús! Y, sacudidos por un huracán de dolor, ambos jadeaban, gemían amargamente.

Mucho tiempo después se levantaron y se quedaron mirando el querido cadáver. Y los recuerdos, esos recuerdos lejanos, ayer tan dulces y hoy tan crueles, se presentaban en su imaginación con todos esos pequeños detalles olvidados, esos pequeños detalles íntimos y familiares que hacen vivir de nuevo al ser desaparecido. Recordaban circunstancias, palabras, sonrisas, entonaciones de voz de la que ya no volvería a hablarles. La tornaban a ver feliz y tranquila, se repetían las frases que en otro tiempo les dirigiera con un ligero movimiento de la mano que ella empleaba a veces, como para llevar el compás, cuando pronunciaba un discurso importante.

Y la amaban como nunca la habían amado. Y comprendían, midiendo su desesperación, hasta qué punto iban ahora a verse abandonados.

Luego, poco a poco, la fuerza de la crisis fue disminuyendo como las lluviosas calmas siguen a las borrascas en el agitado Océano, y se pusieron a llorar de un modo más suave.

Era su sostén, su guía, toda su juventud, toda la alegre parte de su existencia lo que desaparecía; era su lazo con la vida, la madre, la mamá, la carne creadora, el punto de unión con los abuelos que no tenían ya.

Ahora quedaban solitarios, aislados; ya no podrían mirar tras sí.

La monja dijo a su hermano:

—Ya sabes que mamá tenía grande afición a leer sus viejas cartas; todas están ahí, en ese cajón. ¿No haríamos bien en leerlas a nuestra vez, reviviendo toda su vida en esta noche que hemos de pasar junto a ella? Sería como un camino del Calvario, como un conocimiento que haríamos con su madre, con nuestros viejos parientes desconocidos, cuyas cartas se encuentran ahí, y de quienes tan a menudo nos hablaba. ¿Te acuerdas?

\*\*\*

Y tomaron del cajón unos diez legajos de papeles amarillentos, cuidadosamente sujetos y colocados unos contra otros. Depositaron encima de la cama estas reliquias y escogiendo una de ellas, sobre la cual estaba escrita la palabra "Padre", la abrieron y leyeron.

Eran esas viejas epístolas que se encuentran en los antiguos muebles familiares, esas epístolas que tienen el olor de otro siglo. La primera rezaba: "Querida mía"; y otra: "Mi hermosa hijita", y las otras: "Mi querida niña", y otras, por fin: "Mi querida hija." Y de pronto la monja se puso a leer en voz alta, a leer nuevamente a la muerta su historia, todos sus dulces recuerdos. Y el magistrado, con un codo apoyado en la cama, le prestaba atención, fijos los ojos en su madre. Y el cadáver Inmóvil parecía feliz.

Interrumpiéndose, sor Eulalia dijo de pronto:

—Será menester meterlas en su tumba, hacerle un sudario de todo esto y amortajarla con él.

Y cogiendo otro legajo, sobre el cual nada había escrito, principió a leer como antes.

*"Querida mía: Te amo hasta la locura. Desde ayer sufro como un condenado, achicharrado por tu recuerdo. Siento tus labios bajo los míos, tus ojos bajo mis ojos, tu carne bajo mi carne. ¡Te amo, te amo! Me has enloquecido. Mis brazos se abren, jadeo impulsado por un ansia inmensa de poseerte nuevamente. He conservado en mi boca el sabor de tus besos..."*

El magistrado se había puesto en pie; la monja se interrumpió; le arrancó la carta, buscó la firma. No la llevaba el papel; sólo se leían estas palabras: "El que te adora"; el nombre era "Enrique". Su padre se llamaba Renato. Entonces el hijo, con rápidas manos, revolvió el paquete de cartas, tomó otra y leyó:

*"No puedo vivir sin tus caricias..."*

Y en pie, severo como en su tribunal, miró impasible a la muerta. La monja, erguida como una estatua, con algunas olvidadas lágrimas en los extremos de los ojos, contemplando a su hermano, esperaba. El atravesó entonces el aposento andando despacio, llegó a la ventana y, con la mirada perdida en la noche, meditó.

Cuando volvió la cabeza, sor Eulalia, ya secos los ojos, permanecía en pie, junto al lecho, baja la cara.

El avanzó, recogió vivamente las cartas y las fué echando revueltas en el cajón; en seguida corrió los cortinajes de la cama.

Y cuando el día hizo palidecer las bujías que ardían sobre la mesa, el hijo abandonó lentamente su sillón y, sin mirar ni una vez más a la madre, que había, condenándola, separado de ellos, dijo lentamente:

—Ahora, hermana mía, salgamos de aquí.

*Gil Blas, 7 de junio de 1882*



# Viajando

---

En voyage

Saint-Agnés, 6 de mayo

*Mi querida amiga:*

*Me pidió usted que le escriba con frecuencia, y que le relate sobre todo cosas vistas por mí. Y también me rogó que registre entre los recuerdos de mis viajes, por si descubro en ellos algunas de esas anécdotas breves, oídas de labios de un campesino hallado al azar, de un hotelero, de un desconocido con el que nos hemos cruzado casual mente, y que imprimen en nuestra memoria una especie de sello del país. Opina usted que basta un paisaje esbozado en algunas líneas y una historieta dicha en pocas frases para presentar el verdadero carácter de una región y evocarle con su vida, colorido y dramatismo. Intentaré amoldarme a los deseos de usted. Le escribiré de cuando en cuando cartas en las que no hablaré ni de usted ni de mí, y si del panorama y de los hombres que en él se mueven. Empiezo, pues.*

\*\*\*

Creo que la primavera es una época en la que deberíamos nutrirnos de paisaje, beber paisaje. Es la estación de los estremecimientos, lo mismo que el otoño lo es de las reflexiones. El campo en primavera agita la carne, y en otoño conmueve el espíritu.

Quise este año respirar el aroma de los azahares, y me vine al Mediodía, cuando todos se marchan del Mediodía. Crucé por Mónaco, la ciudad de los peregrinos, rival de la Meca y de Jerusalén, sin dejar mi oro en el bolsillo de otros, y he subido a la alta montaña, bajo un techo de limoneros, naranjos y olivos.

¿No ha dormido usted nunca, amiga mía, en un campo de naranjos en flor? Se aspira con delicia un aire que es quinta esencia de aromas. Es un olor fuerte y suave, sabroso como una golosina, que parece meterse en nosotros, impregnarnos, embriagarnos, que nos llena de languidez, que nos infiltra un entumecimiento soñoliento y ensoñador. Diríase que es opio preparado por manos de hadas y no de farmacéuticos.

Esta es una región de barrancos. Las vertientes de los montes están tajadas y acuchilladas por todas partes, y en sus repliegues sinuosos crecen verdaderos bosques de limoneros. De trecho en trecho, allí donde la rápida pendiente del valle forma como un escalón, los hombres han construido un estanque para almacenar el agua de las tormentas. Son unos agujeros grandes, entre murallas lisas que no ofrecen el menor agarradero a la mano de quien caiga allí dentro.

Subía yo a paso lento la pendiente de una cañada, e iba contemplando por entre el follaje los frutos de vivo color que aún quedaban en las ramas. Aquella garganta, que iba como encajonada, hacía más fuertes aún los ya espesos aromas de las flores. Se apoderó de mí la languidez y busqué sitio donde sentarme. Corría por entre la hierba un hilillo de agua; pensé que habría cerca de allí, alguna fuente, y caminé cuesta arriba un

poco más, pensando encontrarla. Pero a donde llegué fué al borde de uno de aquellos estanques, grandes y profundos.

Me senté a la turca, con las piernas cruzadas, y me quedé como ensoñando delante de aquel agujero, que parecía estar lleno de tinta, de tan negro y estancado como estaba el líquido. A lo lejos, por entre las ramas, distinguía, a modo de manchas, trozos del Mediterráneo, que ardía en brillos eneguedores. Pero mis ojos iban a parar siempre al pozo extenso y oscuro, el cual no debía de estar habitado por ningún, animal nadador, a juzgar por la inmovilidad de la superficie. Una voz me hizo de pronto estremecer. Un caballero de edad, que andaba en busca de flores —porque ésta es la región de Europa más rica para los herbolarios—, me preguntó:

—¿Es usted acaso pariente de esos pobres niños, caballero?

Lo miré estupefacto.

—¿De qué niños habla usted, caballero?

El se quedó turbado, me saludó, y dijo:

—Perdóneme. Al verlo tan absorto en sus pensamientos delante del estanque, creí que meditaba en el espantoso drama que tuvo lugar en el mismo.

Esta vez sentí despierta mi curiosidad, y le rogué que me relatase el hecho.

\*\*\*

Es una historia muy triste y muy lamentable, querida amiga, aunque sea de lo más vulgar. Una simple gacetilla de sucesos. Ignoro si es preciso atribuir mi emoción a la manera dramática como me fue hecho el relato, al decorado de montañas, al contraste entre la alegría del sol y de las flores y el agujero negro y fatídico; el hecho es que se me retorció el corazón y mis nervios sufrieron una ruda sacudida. Quizá usted, que lo leerá en su habitación, sin tener ante los ojos el paisaje del drama, no lo juzgue tan terriblemente conmovedor.

Ocurrió en la primavera de uno de los últimos años. Dos muchachitos solían ir a jugar junto a aquel estanque, en tanto que su preceptor, tumbado debajo de un árbol, leía algún libro. Pues bien: así estaba cierta tarde calurosa, cuando un grito vibrante despertó de su modorra al preceptor, y el ruido del agua que saltaba por efecto del choque de un cuerpo caído en ella le hizo ponerse en pie de un salto. El muchacho más pequeño, que tendría once años, daba alaridos, en pie junto al estanque, cuyas aguas removidas se estremecían en la superficie, después de haberse tragado al muchacho mayor, que se cayó mientras corría por la cornisa de piedra.

El preceptor, desatinado; sin esperar a más, sin meditar en los medios de salvar al niño, se lanzó al pozo, y debió de golpearse con el cráneo en el fondo, porque no volvió a reaparecer.

En el mismo instante, el muchacho, que acababa de volver a la superficie, alargaba los brazos frenético hacia su hermano. Entonces el que estaba en tierra se tumbó y alargó el cuerpo, mientras el otro intentaba nadar, acercarse a la pared; no tardaron las cuatro manecitas en juntarse, y se agarraron unas a otras, crispadas, inseparables. Los dos muchachos experimentaron un momento de gozo agudo, creyéndose ya con la vida a salvo, y un escalofrío de quien ha dejado atrás el peligro.

El mayor intentó encaramarse, pero no lo consiguió porque la cara de la pared era vertical; y el otro hermano, de pocas fuerzas, se iba deslizando poco a poco hacia el agujero.

Entonces, sacudidos por el terror, permanecieron inmóviles, y esperaron.

El más pequeño apretaba con todas sus fuerzas las manos del mayor, y lloraba nerviosamente, repitiendo:

—No tengo fuerzas para sacarte; no tengo fuerzas para sacarte. De pronto rompió a gritar: "¡Socorro! ¡Socorro! " Pero su vocecita no conseguía apenas traspasar la bóveda de follaje que se extendía sobre sus cabezas. Y así permanecieron mucho tiempo, horas y horas, cara a cara, los dos niños, poseídos del mismo pensamiento, de la misma angustia, y del miedo horrendo de que uno de los dos, agotado, aflojase sus manecitas. Y pedían socorro, pero siempre en vano. Por último, el mayor, que tiritaba de frío, dijo al pequeño:

—No puedo más. Me voy a hundir. Adiós, hermanito.

Entre tanto, el otro repetía jadeante:

—Todavía no, todavía no; espera.

Llegó la noche, la noche serena, y las estrellas se miraron en el agua. El mayor, que desfallecía, volvió a decir:

—Suéltame una mano, que quiero darte mi reloj.

Se lo habían regalado algunos días antes, y constituía desde entonces la mayor preocupación de su corazón. Consiguió hacerse con él, se lo entregó al pequeño, y éste lo depositó sollozando en la hierba, cerca de él.

La noche ha cerrado. Los dos pobrecitos, rendidos ya, apenas conseguían sostenerse.

El mayor, sintiéndose perdido, dijo por fin:

—Adiós, hermanito, besa a papá y a mamá.

Sus dedos agarrotados se abrieron; se hundió y no volvió a reaparecer.

El pequeño, al verse solo; rompió a gritar desesperado:

—¡Pablo, Pablo!...

Pero el hermano ya no volvió a la superficie. Y se precipitó entonces montaña bajo, tropezando en las piedras cayendo, enloquecido por la angustia más espantosa que puede agarrar el corazón de un niño, y llegó, con cara cadavérica, al salón en donde esperaban sus padres. Al pretender conducirlos hacia el estanque sombrío volvió perderse. No daba con el camino. Por último se orientó:

—¡Allí es, sí; allí es!

Era preciso agotar el pozo, y el propietario se negaba en redondo, porque necesitaba el agua para sus limoneros.

Hasta el día siguiente no se encontraron los cadáveres.

\*\*\*

Ya ve usted, mi querida amiga, que se trata de una simple gacetilla de sucesos. Pero, si hubiese usted tenido ocasión de ver con sus propios ojos el pozo, habría sentido desgarrarse el corazón pensando en la agonía de un niño, pendiente de las manos de su hermano; en la lucha largísima de aquellos dos rapazuelos que hasta entonces sólo habían sabido reír y jugar, y en este sencillo detalle: el reloj dado al hermano.

Y yo pensaba: "¡Que el Destino me libre de recibir jamás semejante reliquia! ¿Hay nada más espantoso que ese recuerdo asociado a un objeto familiar del que no podemos desprendernos? Cada vez que el superviviente tenga en mano en aquel reloj, que es una reliquia, volverá a ver la horrible escena, el estanque, la pared, el agua inmóvil, las facciones desencajadas del hermano, vivo aún, pero tan perdido ya como si estuviese muerto. Y a todas horas, durante toda su vida, tendrá delante de sí la visión, porque resucitará cuantas veces toque el bolsillo del chaleco con la punta del dedo."

Estuve triste hasta el anochecer. Siempre cuesta arriba, pase de la zona de los naranjos a la de los olivos, y de la de los olivos pasé a la de los pinos; entré luego en una cañada pedregosa, llegué a las ruinas de un antiguo castillo, construido, según

dicen, en el siglo X por un jefe sarraceno, hombre inteligente, que se hizo bautizar por amor a una joven.

Me veo rodeado de montañas, y tengo ante mí al mar, al mar que tiene una mancha borrosa, Córcega o, mejor dicho, la sombra de Córcega.

Pero en las cumbres ensangrentadas por el sol poniente, en el inmenso cielo y sobre el mar, por todo el horizonte espléndido que había venido a contemplar, ya no distingo más que a dos pobres niños, el uno tumbado al borde del agujero lleno de agua negra, y el otro metido en el agua hasta el cuello, enlazados por las manos y llorando cara a cara, enloquecidos. Y creo escuchar una vocecita cansada que repite: "¡Adiós, hermanito, toma mi reloj!"

\*\*\*

Esta carta ha de parecer a usted lúgubre, querida amiga. Otro día me esforzaré por ser más alegre.

*Le Gaulois*, 10 de mayo 1882

# *Viejas cosas*

---

*Vieux objets*

Querida Colette:

No sé si recordarás un verso del ¡señor de Sainte-Beuve, que juntas leímos y que ha quedado grabado en mi pensamiento; porque este verso me dice a mí muchas cosas, y en repetidas ocasiones, sobre todo desde hace algún tiempo, tranquiliza mi corazón. Helo aquí:

*¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!*

Actualmente estoy sola en esta casa donde nací, donde he vivido y donde espero acabar mis días. Esto no es muy alegre que digamos, pero es dulce, porque aquí me hallo rodeada de recuerdos.

Mi hijo Enrique es abogado: pasa aquí dos meses cada doce. Juana habita con su esposo en la otra extremidad de Francia, y yo soy quien va a verla todos los otoños. Me hallo, pues, aquí sola, completamente sola, pero rodeada de objetos familiares, que sin cesar me hablan de los míos, de los muertos y de los ausentes.

No leo mucho, soy vieja; pero pienso sin cesar o, mejor dicho, sueño. ¡Oh! ¡Y ya no sueño a la manera de otro tiempo! ¿Recuerdas nuestras locas ocurrencias, las aventuras que combinábamos en nuestros cerebros de veinte años y todos los entrevistados horizontes de felicidad?

Nada de todo aquello se ha realizado; o mejor dicho, lo que ha tenido efecto es otra cosa menos deliciosa, menos poética, pero satisfactoria para los que saben tomar valientemente un partido en la vida.

¿Sabes por qué las mujeres somos desgraciadas con tanta frecuencia? Porque cuando jóvenes se nos enseña a creer demasiado en la dicha. Jamás se nos educa en la idea de que hay que combatir, luchar y padecer. Y, al primer choque, nuestro corazón se hace añicos; esperamos, abierta el alma, los torrentes de acontecimientos felices. No los vemos pasar más que semibuenos, y sollozamos inmediatamente. La dicha, la verdadera dicha de nuestros sueños, he aprendido a conocerla. No consiste en la venida de una gran felicidad, porque las grandes felicidades son muy raras y muy cortas, sino que reside, sencillamente en la espera infinita de una serie de alegrías que no llegan jamás. La dicha es la espera feliz, es el horizonte de esperanzas; es, pues, la ilusión inacabable. Si, querida amiga; lo único bueno son las ilusiones, y vieja como soy, aún las tengo nuevas a diario; sólo que siendo los mismos mis deseos, han cambiado de finalidad. Te dije antes que soñando paso la mayor parte del tiempo. ¿Qué otra cosa podría hacer? Y tengo dos maneras de soñar. Voy a comunicártelas; tal vez te sean útiles.

¡Oh! La primera es muy sencilla; consiste en sentarme junto al fuego, en un sillón bajito y tan blando como mis viejos huesos lo requieren, y transportarme a los acontecimientos que pasaron.

¡Qué corta es una vida! Sobre todo las que transcurren por entero en el mismo sitio.

*¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!*

Los recuerdos están amontonados, pegados unos a otros; y cuando se es vieja, parece en ocasiones que hace apenas diez se era joven. Sí; todo se deslizó como si se tratara de un día: mañana y tarde; y llega la noche, ¡la noche sin amanecer!

Mirando horas y horas al fuego, el pasado renace como si entre él y el presente mediara sólo un día. No se sabe ya dónde se está; el sueño se le lleva a una; se atraviesa nuevamente toda la propia existencia entera.

Y en ocasiones me hago la ilusión de que soy una niña; tantas y tales son las impresiones de otro tiempo, las sensaciones de juventud, hasta los impulsos, los latidos de corazón, toda esa savia de los dieciocho años; y tengo, claras como realidades nuevas, extrañísimas visiones de cosas olvidadas.

¡Oh! ¡Cómo me asaltan entones los recuerdos de mis paseos de muchacha! Allí, en mí sillón, delante de la chimenea, volvía a ver de un modo raro hace varias tardes una puesta de sol en el Monte de San Miguel, y a continuación una cacería en el bosque de Uville, con el olor de la tierra húmeda y los perfumes de las flores bañadas de rocío, y con el calor del gran astro hundiéndose en el agua y la tibieza mojada de sus primeros rayos mientras galopaba por el soto. Y todo lo que pensé entonces, mi exaltación poética ante las infinitas lejanías del mar, el vivo e intenso goce que experimentaba al rozar los ramajes, mis menores ideas, todo, los pequeños trozos de ensueño, de deseo y de sentimiento, todo, todo me vino a la imaginación cual si me hubiera estado ocurriendo, como si después no hubiesen transcurrido cincuenta años, enfriando mi sangre y cambiando enormemente mis 'esperanzas.

Pero mi otra manera de revivir el pasado es mucho mejor.

Sabrás, o no sabrás, querida Colette, que 'en casa nada se destruye. Tenemos arriba, en el desván un gran aposento destinado sólo a los objetos ya inútiles, llamado "la habitación de las cosas viejas". Todo lo que se pone inservible es encerrado allí. Muchas veces subo a este aposento y miro a mí alrededor. Entonces encuentro gran número de insignificancias en las cuales no me había ocurrido pensar, y que me recuerdan otras tantas cosas. No son esos benditos muebles amigos que conocemos desde nuestra niñez y a los cuales va unido el recuerdo de acontecimientos, de alegrías o de tristezas; fechas de nuestra historia, que han tomado, a fuerza de confundirse en nuestra vida, una especie de personalidad, una fisonomía; que son los compañeros de nuestras horas dulces o sombrías, los únicos compañeros, ¡ay!, que estamos seguros de, no perder, los únicos que no mueren como los otros, aquellos cuyas facciones, cuyos amantes ojos, cuya boca y cuya voz desaparecieron para siempre. En la confusión aquella, encuentro chucherías estropeadas, esas viejas cosillas insignificantes que rodaron por espacio de cuarenta años junto a nosotros, sin que nunca nos fijásemos en ellas, y que, cuando de pronto se vuelven a ver, toman una importancia, una significación de testigos antiguos. Me hacen el efecto de esas personas a quienes se vio tiempo infinito sin que se revelasen, y que, de repente, una tarde, por un motivo fútil, se desbordan en una' charla inacabable, contando acerca de si mismas unas cosas que ni siquiera se sospechaban.

Y voy de un objeto a otro con ligeras sacudidas en el corazón, exclamando: "¡Toma! Esto yo lo rompí; y lo rompí el día que Pablo marchó a Lyon", o bien: "¡Ah!, ésta es la pequeña linterna de mamáita; aquella linterna que empleaba para ir a la iglesia las noches de invierno."

Hasta encuentro cosas que no me dicen nada, que vienen de mis abuelos: cosas que no conoció ninguna de las personas vivas hoy, cuya historia, cuyas aventuras no sabe nadie; a cuyos propietarios nadie conoció. Nadie vio las manos que las sobaron ni los ojos que las miraron. ¡Y éstas me hacen pensar mucho tiempo! Representan para mí a seres abandonados, cuyos últimos amigos fallecieron.

Tú, mi querida Colette, no debes comprender esto, y te van a hacer reír mis tonterías, mis infantiles y sentimentales manías. Eres parisiense, y vosotras las parisienses no conocéis esta vida interna, estas excursiones al propio corazón. Vivís exteriormente, con todos vuestros pensamientos al aire libre. Como paso la existencia

sola, no puedo hablarte más que de mi. Cuando me contestes, háblame de ti un poco, que pueda yo ponerme en tu lugar, como te podrás tú poner mañana en el mío.

Pero tú no comprenderás nunca por entero el verso del señor de Sainte-Beuve:

*¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!*

Mil besos de tu antigua amiga,

ADELAIDA.

*Gil Blas*, 29 de marzo de 1882

# *De viaje (Aventura en el tren)*

---

*En voyage*

*A Gustave Toudouze*

## I

El vagón venía completo desde Cannes; la gente charlaba, todos se conocían. Cuando pasaron por Tarascón, alguien dijo: "Aquí es donde ocurren los asesinatos." Y se pusieron a hablar del misterioso y escurridizo asesino que, desde hace dos años, se permite el lujo de matar a un viajero de vez en cuando. Cada cual hacía suposiciones, cada cual daba su opinión; las mujeres miraban escalofriadas la oscura noche de detrás de los cristales, con el temor de ver aparecer de repente una cabeza de hombre en la portezuela. Y empezaron a contar historias espantosas de malos encuentros, viajes a solas con locos en un rápido, horas pasadas frente a un personaje sospechoso.

Cada hombre sabía una anécdota que lo honraba, cada cual había intimidado, derribado y agarrotado a algún malhechor en sorprendentes circunstancias, con una presencia de ánimo y una audacia admirables. Un médico, que pasaba los inviernos en el Sur, quiso a su vez contar una aventura.

\*\*\*

Yo, dijo, jamás he tenido la suerte de probar mi valor en un caso de este tipo; pero conocí a una mujer, una de mis clientas, hoy muerta, a quien le ocurrió la cosa más singular del mundo, y también de lo más misteriosa y enternecedora.

Era una rusa, la condesa María Baranof, una gran dama, de exquisita belleza. Ya saben ustedes lo guapas que son las rusas, o al menos lo guapas que nos parecen, con su nariz fina, su boca delicada, sus ojos juntos, de color indefinible, de un azul grisáceo, y su gracia fría, un poco dura. Tienen algo de malvado y seductor, de altanero y dulce, de tierno y severo, totalmente fascinante para un francés. En el fondo, acaso sea sólo la diferencia de raza y de tipo lo que me hace ver en ellas tantas cosas.

Su médico la veía amenazada, desde hacía varios años, por una enfermedad del pecho, y trataba de decidirla a venir al sur de Francia; pero ella se negaba obstinadamente a abandonar Petersburgo. Por fin el pasado otoño, juzgándola perdida, el doctor previno al marido, quien ordenó al punto a su esposa que partiera para Menton.

Cogió ella el tren, sola en su vagón, pues su servidumbre ocupaba otro departamento.

Estaba sentada junto a la portezuela, un poco triste, viendo cómo pasaban campos y aldeas, sintiéndose muy aislada, muy abandonada en la vida, sin hilos, casi sin parientes, con un marido cuyo amor había muerto y que la arrojaba así al otro extremo del mundo sin venir con ella, como quien envía al hospital a un criado enfermo.

En todas las estaciones su servidor, Iván, venía a informarse de si la señora necesitaba algo. Era un viejo criado, ciegamente servicial, dispuesto a cumplir todas las órdenes que ella le diera.

Cayó la noche, el tren rodaba a toda velocidad. Ella no podía dormir, nerviosa en exceso. De repente se le ocurrió la idea de contar el dinero que su marido le había entregado en el último minuto, en oro francés. Abrió su pequeño bolso y yació sobre sus rodillas el brillante raudal metálico.



Pero de pronto una ráfaga de aire frío hirió su rostro. Sorprendida, alzó la cabeza. La portezuela acababa de abrirse. La condesa María, trastornada, arrojó bruscamente un chal sobre el dinero extendido sobre su vestido, y esperó. Transcurrieron unos segundos, después apareció un hombre, destocado, herido en la mano, jadeante, con traje de etiqueta. Cerró la puerta, se sentó, miró a su vecina con ojos brillantes, y después envolvió con un pañuelo su muñeca, de la que corría la sangre.

La joven se sentía desfallecer de miedo. Aquel hombre la había visto contar su dinero, con toda seguridad, y habla venido a robarla y a matarla.

El la miraba fijamente, sin resuello, el rostro convulso, dispuesto a saltar sobre ella, sin duda.

El dijo bruscamente:

"¡Señora, no tenga miedo!"

Ella no respondió nada, incapaz de abrir la boca; oía los latidos de su corazón y los zumbidos de sus oídos.

El prosiguió:

"No soy un malhechor, señora."

Ella seguía sin decir nada, pero al hacer un movimiento brusco sus rodillas se acercaron y el oro empezó a correr por la alfombra como el agua corre de un canalón.

El hombre, sorprendido, miraba aquel chorro de metal, y de pronto se agachó a recogerlo.

Ella, aterrada, se levantó, lanzando al suelo toda su fortuna, y corrió a la portezuela para precipitarse a la vía. Pero él comprendió lo que iba a hacer: se abalanzó, la cogió entre sus brazos, la obligó a sentarse a la fuerza, y sujetándola por las muñecas: "Oígame, señora, no soy un malhechor, y la prueba es que voy a recoger ese dinero y a devolvérselo. Pero soy un hombre perdido, un hombre muerto, si usted no me ayuda a pasar la frontera. No puedo decirle más. Dentro de una hora estaremos en la última estación rusa; dentro de una hora y veinte, cruzaremos la frontera del Imperio. Si usted no me socorre, estoy perdido. Y, sin embargo, señora, no he matado, ni robado, ni he hecho nada contrario al honor. Se lo juro. No puedo decirle más."

Y poniéndose de rodillas recogió el oro bajo los asientos, buscando las últimas piezas, que habían rodado a lo lejos. Después, cuando el bolsito de cuero estuvo de nuevo lleno, se lo entregó a su vecina sin agregar una palabra, y volvió a sentarse en la otra esquina del vagón.

Ya no se movían ni el uno ni la otra. Ella permanecía inmóvil y muda, todavía desfallecida de terror, pero calmándose poco a poco. En cuanto a él, no hacía un gesto, ni un movimiento; seguía muy tieso, los ojos clavados en el vacío, palidísimo, como si estuviera muerto. De vez en cuando ella le lanzaba una brusca mirada, desviándola en el acto. Era un hombre de unos treinta años, muy guapo, con toda la apariencia de un hidalgo.

El tren corría en las tinieblas, lanzaba entre la noche llamadas desgarradoras, aflojaba a veces la marcha, y después volvía a arrancar a toda velocidad. Pero de pronto moderó su avance, silbó varias veces y se detuvo del todo.

Iván apareció en la portezuela para recibir órdenes.

La condesa María, con voz trémula, examinó por última vez a su extraño compañero, y después dijo a su servidor, con voz brusca:

"Iván, vas a regresar con el conde, ya no te necesito."

El hombre, desconcertado, abrió unos ojos enormes.

Balbució:

"Pero... barina."<sup>29</sup>

Ella prosiguió:

"No, no vendrás, he cambiado de opinión. Quiero que te quedes en Rusia. Ten, ahí tienes dinero para regresar. Dame tu gorro y tu abrigo."

El viejo doméstico, pasmado, se destocó y tendió su abrigo, sin replicar, siempre obediente, habituado a las voluntades repentinas y a los irresistibles caprichos de los amos. Y se alejó con lágrimas en los ojos.

El tren arrancó, corriendo hacia la frontera.

Entonces la condesa María le dijo a su vecino:

"Estas cosas son para usted, caballero; usted es Iván, mi servidor. No pongo sino una condición a lo que hago: y es que no me hablará nunca, no me dirá una palabra, ni para darme las gracias ni para nada de nada."

El desconocido se inclinó sin pronunciar una palabra.

Pronto se detuvieron de nuevo y unos funcionarios de uniforme visitaron el tren. La condesa les tendió sus papeles, y señalando al hombre sentado en el fondo de su vagón:

"Es mi criado Iván, y éste es su pasaporte."

El tren reanudó la marcha.

Durante toda la noche permanecieron a solas, mudos los dos.

Llegada la mañana, cuando se pararon en una estación alemana, el desconocido se apeó; y después, de pie en la portezuela:

"Perdóneme, señora, por romper mi promesa; pero la he privado de su criado, y es justo que lo reemplace. ¿No necesita usted nada?"

Ella respondió fríamente:

"Vaya a buscar a mi doncella."

Y él se fue. Después desapareció.

Cuando ella bajaba en alguna cantina, lo divisaba a lo lejos, mirándola. Llegaron a Menton.

## II

El doctor enmudeció un segundo, después prosiguió:

Un día que recibía yo a mis clientes en la consulta, vi entrar a un joven alto, que me dijo:

"Doctor, vengo a pedirle noticias de la condesa María Baranof. Soy, aunque ella no me conozca, un amigo de su esposo."

Respondí:

"Está perdida. No regresará a Rusia."

Y el hombre empezó de repente a sollozar, después se levantó y salió dando traspies como un borracho.

Esa misma tarde advertí a la condesa que un extranjero había venido a interrogarme sobre su salud. Pareció emocionada y me contó toda la historia que acabo de narrarles. Agregó:

"Ese hombre, que no sé quién es, me sigue ahora como mi sombra, lo encuentro cada vez que salgo; me mira de una forma extraña, pero no me ha hablado nunca."

Reflexionó, y después añadió:

"Mire, apuesto a que está bajo mis ventanas."

---

<sup>29</sup> Barin significa señor en ruso. Maupassant le da una terminación femenina, y santas pascuas, sin tener en cuenta la palatalización que sufre el femenino, báriña.

Abandonó su chaise longue, fue a correr las cortinas y me mostró, en efecto, al hombre que había venido a verme, sentado en un banco del paseo, con los ojos alzados hacia el hotel. Nos vio, se levantó y se alejó sin volver la cabeza una sola vez.

Entonces asistí a una cosa sorprendente y dolorosa: al amor mudo de aquellos dos seres que no se conocían.

El la amaba con la fidelidad de un animal salvado, agradecido y fiel hasta la muerte. Venía todos los días a preguntarme: "¿Cómo sigue?", comprendiendo que yo lo había adivinado. Y lloraba terriblemente cuando la veía pasar, más débil y más pálida cada día.

Ella me decía:

"Sólo he hablado una vez con ese hombre singular, y me parece que lo conozco hace veinte años."

Y cuando se encontraban, ella le devolvía el saludo con una sonrisa grave y encantadora. Yo la notaba feliz a ella, tan abandonada y que se sabía condenada; la notaba feliz por ser amada así, con aquel respeto y aquella constancia, con aquella poesía exagerada, con aquella abnegación dispuesta a todo. Y, no obstante, fiel a su obstinación de exaltada, se negaba desesperadamente a recibirlo, a saber su nombre, a hablarle. Decía: "No, no, eso estropearía esta extraña amistad. Es preciso que sigamos ajenos el uno al otro."

En cuanto a él, era igualmente una especie de Don Quijote, pues nada hizo para acercarse a ella. Quería cumplir hasta el fin la absurda promesa de no hablarle nunca que había hecho en el vagón.

A menudo, durante sus largas horas de debilidad, ella se levantaba de la chaise longue e iba a entreabrir las cortinas para mirar si él estaba allí, bajo su ventana. Y cuando lo había visto, siempre inmóvil en su banco, volvía a acostarse con una sonrisa en los labios.

Murió una mañana, hacia las diez. Al salir yo del hotel, él vino hacia mí, con el rostro descompuesto; sabía ya la noticia.

"Quisiera verla un segundo, delante de usted", dijo.

Lo cogí del brazo y entré de nuevo en la casa.

Cuando estuvo delante del lecho de la muerta, le cogió la mano y la besó con un interminable beso, después escapó como desatinado.

\*\*\*

El doctor enmudeció de nuevo, y prosiguió:

"Ahí tienen, con toda seguridad, la más singular aventura de ferrocarril que conozco. Hay que decir también que los hombres están completamente chalados."

Una mujer murmuró a media voz:

"Esos dos seres no estaban tan locos como ustedes creen... Eran... "

Pero no podía hablar, de tanto como lloraba. Y cambiaron de conversación para calmarla; nunca se supo lo que quería decir.

*Le Gaulois*, 10 de mayo 1883

## *Viaje de salud*

---

*Voyage de santé*

El señor Panard era un hombre prudente que a todo temía en la vida. Tenía miedo a los contratiempos, a los fracasos, a los carruajes, a los ferrocarriles, a todos los probables accidentes, pero por encima de todo temía a las enfermedades.

Había llegado a la conclusión, con una extrema convicción, de que nuestra existencia estaba amenazada sin cesar por todo lo que nos rodea. Pensar en una caminata le hacía temer un esguince, en brazos y piernas rotas; la visión de un cristal le sugería las horrorosas heridas provocadas por los cortes del vidrio; la presencia de un gato, en ojos arrancados. Vivía con una prudencia meticulosa, reflexiva, paciente, completa.

Decía a su esposa, una valiente mujer, que consentía sus manías:

—Paciencia, querida, que poco es necesario para destruir a un hombre. Es horroroso pensar en esto. Uno sale a la calle con buena salud, atraviesa el bulevar; un carruaje llega y te atropella; o bien uno se detiene cinco minutos bajo un portal a conversar con un amigo y no se percata de una pequeña corriente de aire que le resbala por la espalda, provocándole una pleuresía. Esto es suficiente. Le puede ocurrir a cualquiera.

Panard se interesaba en especial por la sección “Sanidad Pública” de los periódicos. Conocía la cifra normal de muertes en tiempos de paz, siguiendo las estaciones, la marcha y los caprichos de las epidemias, sus síntomas, su probable duración, el modo de prevenirlas, de pararlas, de curarlas. Poseía una biblioteca médica con todas las obras relativas a los tratamientos puestos a disposición del público por los médicos divulgadores y prácticos.

Había creído durante seis meses en las teorías de Raspail, en la homeopatía, en la medicina dosimétrica, en la metaloterapia, en la electricidad, en el masaje, en todos los sistemas que se suponen infalibles contra los males. Hoy en día, era un tanto escéptico y pensaba, con sabiduría, que el mejor modo de evitar las enfermedades consistía en huir de ellas.

Ahora bien, hacia comienzos de invierno el señor Panard supo, por su periódico, que París sufría una ligera epidemia de fiebre tifoidea: una inquietud, que rápidamente lo invadió, se convirtió, en poco tiempo, en una obsesión. Compraba cada mañana dos o tres periódicos para hacer un estudio promedio con los distintos informes contradictorios, y se convenció en seguida de que su barrio estaba particularmente afectado.

Entonces fue a ver a su médico para pedirle consejo. ¿Qué debía hacer? ¿Irse o quedarse? Con las respuestas evasivas del doctor, el señor Panard concluyó que había peligro y decidió partir.

Regresó a casa para deliberar con su esposa. ¿A dónde irían? Él preguntaba:

—¿Piensas, querida, que Pau será un buen lugar?

A ella le ilusionaba ver Niza, y respondió:

—Debe de hacer bastante frío allí debido a la proximidad de los Pirineos. Cannes debe ser más sano, puesto que los príncipes de Orleans van allí.

Este razonamiento convenció a su marido. Dudada, sin embargo, un poco.

—Sí, pero en el Mediterráneo hay cólera desde hace dos años.

—¡Ah!, amigo mío, nunca durante el invierno. Piensa que el mundo entero se da cita en esta costa.

—Eso es verdad. De todas formas coge desinfectantes y ten especial cuidado en completar mi botiquín de viaje.

Partieron un lunes por la mañana. Llegando a la estación, la señora Panard entregó a su marido su neceser personal:

—Toma —dijo ella—. Aquí están tus medicamentos en orden.

—Gracias, querida.

Subieron al tren.

Después de haber leído muchas obras sobre los centros de salud del Mediterráneo, obras escritas por los médicos de cada ciudad del litoral, y de las cuales cada uno exaltaba su playa en detrimento de las otras, el señor Panard, que había pasado por las más grandes dudas, acababa por fin de decidirse por Saint-Raphaël, por la única razón de que él había visto, entre los nombres de los principales propietarios, los de varios profesores de la Facultad de Medicina de París.

Si ellos habitaban allí, era seguramente porque la región estaba sana.

Así que descendió a Saint-Raphaël y se dirigió de inmediato a un hotel cuyo nombre había leído en la guía Sarty, que es la quintaesencia de las estaciones de invierno de esta costa.

Nuevas preocupaciones ya lo asaltaban. ¿Qué menos seguro que un hotel en una región buscada ansiosamente por los tuberculosos? ¿Cuántas enfermedades, y qué enfermos han dormido en estos colchones, bajo estas mantas, sobre estas almohadas, dejando en las lanas, en las plumas, en las telas, miles de gérmenes imperceptibles, procedentes de su piel, de su aliento, de sus fiebres? ¿Cómo osaría él acostarse en estas camas sospechosas, dormir con la pesadilla de un hombre agonizante sobre el mismo lecho, algunos días antes?

Entonces una idea lo iluminó. Pediría una habitación hacia el norte, muy hacia el norte, sin ningún sol, sobre la que ninguna enfermedad habría podido desarrollarse.

Le dieron un gran apartamento glacial que juzgó, a primer golpe de vista, totalmente seguro, ya que parecía frío e inhabitable. Encendió el fuego y luego subió sus pertenencias.

Se paseaba con paso ligero de un lado a otro, un poco inquieto, con la idea de un posible catarro, y decía a su esposa:

—Mira, querida, el peligro de este país es vivir en habitaciones frescas, raramente ocupadas. Se pueden contraer dolencias. Serías muy amable si deshicieras nuestros baúles.

Ella empezaba, de hecho, a vaciar los baúles y a llenar los armarios y la cómoda, cuando el señor Panard se detuvo bruscamente en su paseo y se puso a resoplar con fuerza, como un perro que husmea una pieza de caza. Dijo confuso de repente:

—Pero huele... huele a enfermedad aquí... se puede oler la droga... Estoy seguro de que huele a droga... en serio, ha habido un... un... un tuberculoso en esta habitación ¿no lo hueles, querida?

La señora Panard olfateaba a su alrededor. Respondió:

—Sí, huele un poco a... a... no reconozco bien el olor. En fin, esto huele a medicamento.

Él se lanzó contra el timbre, lo pulsó y cuando el mozo apareció, le dijo:

—Haga venir rápidamente al patrón, por favor.

El patrón llegó en seguida, saludando y con una sonrisa en los labios.

El señor Panard, mirándolo al fondo de los ojos, le preguntó bruscamente:

—¿Cuál fue el último viajero que durmió aquí?

El gerente del hotel, sorprendido en un primer momento, trataba de entender la intención, el pensamiento o la sospecha de su cliente, y, por otra parte, cómo debía

responder. Y como nadie había dormido en esa habitación desde hacía mucho meses, dijo:

—Fue el Conde de la Roche-Limonière.

—¡Ah!, ¿un francés?

—No, señor. Un... un... un belga.

—¡Ah! ¿Y disfrutaba de buena salud?

—Sí, es decir no, sufría mucho cuando llegó aquí, pero se fue totalmente curado.

—¡Ah! ¿De que padecía?

—De dolores.

—¿Qué tipo de dolores?

—De dolores... de dolores de hígado.

—Muy bien, señor. Muchas gracias. Pensaba quedarme aquí cierto tiempo, pero acabo de cambiar de opinión. Partiré rápidamente con la señora Panard.

—Pero... señor...

—Es inútil, señor. Nos iremos. Envíe la nota, ómnibus, habitación y servicio.

El gerente, estupefacto, se retiró mientras que el señor Panard decía a su mujer:

—¡Eh!, querida. ¿Lo he descubierto? ¡Has visto como dudaba!... dolores... dolores... dolores de hígado... que más quisiera que dolores de hígado.

El señor y la señora Panard llegaron a Cannes por la noche, cenaron y se acostaron pronto.

Pero apenas llegaron a la cama, el señor Panard gritó:

—¡Eh! El olor. ¿Lo hueles esta vez? Pero...es ácido fénico, querida...; han desinfectado esta habitación.

Se levantó de la cama, se vistió rápidamente y como era demasiado tarde para llamar a alguien, se decidió rápidamente a pasar la noche sobre un sillón.

La señora Panard, a pesar de las solicitudes de su marido, rechazó imitarlo y se quedó en sus sábanas donde durmió felizmente, mientras que él murmuraba con sus riñones destrozados:

—¡Qué país... que país más horroroso, qué horrible país!. En todos los hoteles no hay más que enfermedades.

Tan pronto amaneció, el patrón fue llamado.

—¿Cuál es el último viajero que ha ocupado esta habitación?

—El Ggran Duque de Bade y Magdebourg, señor. Un primo del Emperador de... de... Rusia.

—¡Ah! ¿Disfrutaba de buena salud?

—Muy buena, señor.

—¿Seguro que buena?

—Seguro.

—Es suficiente. La señora y yo partimos para Niza al mediodía.

—Como guste, señor.

Y el patrón, furioso, se fue, mientras que el señor Panard decía a su esposa:

—¡Qué farsante! ¡Ni siquiera quiere confesar que su viajero estaba enfermo! ¡Enfermo! ¡Ah, sí! ¡Enfermo! Ni siquiera enfermo; lo que estaba era fiambre. Contéstame. ¿Hueles el ácido fénico? ¿Lo hueles?.

—Sí, querido.

—¡Qué bribones, estos gerentes de hotel! Ni siquiera reconocen que estaba enfermo aún habiendo muerto. ¡Que bribones!

Cogieron el tren de la una y media. El olor los siguió dentro del vagón.

Muy inquieta, la señora Panard murmuraba:

—Huele por todas partes. Debe de ser una medida de higiene general en el país. Es probable que rieguen las calles, los parques y los vagones con el agua fénica por orden de los médicos y las autoridades municipales.

Pero cuando llegaron al hotel de Niza, el olor llegó a ser intolerable.

Panard, aterrado, erraba por su habitación abriendo los cajones, visitando las esquinas oscuras, buscando en el fondo de los muebles. Descubrió en el armario de luna un viejo periódico y le echó un vistazo al azar, leyendo: “Los rumores que se habían hecho correr sobre el estado sanitario de nuestra ciudad carecen de fundamento. Ningún caso de cólera ha sido detectado en Niza ni en sus alrededores...”

Dio un saltó y gritó:

—Señora Panard... señora Panard... es el cólera... el cólera... el cólera... estoy seguro... No deshagas nuestras maletas... Regresamos a París rápidamente...rápidamente.

Una hora más tarde volvían a tomar el rápido rodeados de un olor asfixiante a fenol.

Tan pronto como llegaron a su casa, Panard consideró procedente tomar algunas gotas de un anticolérico enérgico y abrió la maleta que contenía sus medicamentos. Un vapor sofocante salió de su interior. Su frasco de ácido fénico se había roto y el líquido, derramado, había quemado todo dentro del bolso.

Entonces su mujer, con un ataque de risa, gritó:

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... amigo mío...aquí está...aquí tienes tu cólera!

*Le Petit Journal*, 18 de abril de 1886

# *El viaje del Horla*

---

*Le voyage du Horla ("De Paris a Heyst")*

Había recibido, durante la mañana del 18 de julio, el siguiente telegrama:

*"Buen tiempo. Continúan mis predicciones. Fronteras belgas. Salida del material y del personal a mediodía, a la sede social. Comienzo de maniobras a las tres. Así pues, os espero en la fábrica a partir de las cinco.*

JOVIS."

A las cinco en punto yo entraba en la fábrica de gas de la Villette. Parecían las ruinas colosales de una ciudad de cíclopes. Enormes y oscuras avenidas se abren entre los pesados gasómetros alineados uno detrás del otro, semejantes a columnas monstruosas, truncadas, inigualmente altas y que sin duda portaban en otra época algún espantoso edificio de hierro.

En el patio de entrada, donde yacía el aerostato, un enorme disco de tela amarilla, aplastado contra el suelo, bajo una red. Se le llama la puesta en espera de la pesca; y de hecho tiene el aspecto de un enorme pez pescado y muerto.

Doscientas o trescientas personas lo observan, sentadas o de pie, o bien examinan la barquilla, una hermosa cesta cuadrada, una canasta de carne humana que porta sobre su flanco, en letras doradas, en una placa de caoba: "El Horla".

De repente nos precipitamos, ya que al fin el gas penetra en el globo por un largo tubo de tela amarilla que se arrastra sobre el suelo, se infla, palpita como un desmesurado gusano. Pero otro pensamiento, otra imagen golpea a todos los ojos y a todos los espíritus. Es así como la propia naturaleza alimenta a los seres hasta su nacimiento. La bestia que despegará pronto comienza a sublevarse, y los asistentes del capitán Jovis, a medida que el Horla crece, esparcen y colocan en su sitio la red que lo cubre, de forma que la presión sea muy regular e igualmente repartida por todos los puntos.

Esta operación es muy delicada y muy importante, ya que la resistencia de la tela de algodón tan delgada, de la que está hecho el aerostato, está calculada en razón de la extensión de contacto de esta tela con la red de mallas cortadas que llevará la barquita.

El Horla, por otra parte, ha sido diseñado por el Sr. Mallet, construido bajo su atenta mirada y por él. Todo ha sido hecho en los talleres del Sr. Jovis, por el personal activo de la sociedad, y nada fuera.

Añadamos que todo es nuevo en el aerostato, desde el barniz hasta la válvula, dos cosas esenciales en la aerostática. Debe conseguir que la tela sea impenetrable al gas, como los flancos de un navío son impermeables al agua. Los antiguos barnices a base de aceite de lino tenían el doble inconveniente de fermentar y quemar la tela que, en poco tiempo, se deshacía como el papel.

Las válvulas presentaban el peligro de cerrarse de nuevo imperfectamente una vez que hubieran sido abiertas y de que se quebrantara el revestimiento, llamado cataplasma, con el que se les guarnecía. La caída del Sr. Lhoste, en el medio del mar y en plena noche, ha constatado, la semana pasada, la imperfección del viejo sistema.

Podemos decir, que los dos descubrimientos del capitán Jovis, principalmente el del barniz, son de un valor inestimable para la aerostática.



Por otra parte, entre la muchedumbre se habla de ello y, hombres que semejan especialistas, afirman con autoridad, que volveremos a caer antes de las fortificaciones. Muchas otras cosas además son censuradas en este globo de un modelo nuevo que vamos a experimentar con mucha suerte y éxito.

Siempre crece, lentamente. Le descubrimos pequeños rasgones hechos durante el transporte, y se le cierran, según la costumbre, con trozos de periódico aplicados sobre la tela mojándolos. Este procedimiento de obstrucción inquieta y emociona al público.

Mientras que el capitán Jovis y su personal se ocupan de los últimos detalles, los viajeros van a cenar a la cantina de la fábrica de gas, según la costumbre establecida.

Cuando salimos, el aerostato se balancea, enorme y transparente, prodigioso fruto dorado, pera fantástica que continúan madurando, cubriéndola de fuego, los últimos rayos de sol.

Así que, se ata la barquilla, se traen los barómetros, la sirena que haremos gemir y bramar en la noche, también las dos bocinas, y las provisiones alimenticias, los gabanes, todo el pequeño material que puede contener, además de los hombres, esta cesta volante.

Como el viento empuja el globo sobre los gasómetros, tuvimos que, en repetidas veces, alejarlo para evitar un accidente durante la salida.

De repente el capitán Jovis llama a los pasajeros.

El lugarteniente Mallet trepa primero a la malla aérea entre la barquilla y el aerostato, desde donde vigilará, durante toda la noche, la marcha del Horla a través del cielo, como el oficial de guardia, de pie sobre la pasarela, vigila la marcha del navío.

El Sr. Étienne Beer sube luego, después el Sr. Paul Bessand, después el Sr. Patrice Eyriès, y después yo.

Pero el aerostato está demasiado cargado para la larga travesía que debemos emprender, y el Sr. Eyriès debe, no sin gran pesar, abandonar su plaza.

El Sr. Jovis, de pie sobre el borde de la nave, ruega a las damas, en términos muy galantes, que se aparten un poco ya que teme que elevándose, caiga arena sobre sus sombreros; después ordena:

—¡Soltad amarras!— y cortando de un cuchillazo las cuerdas que suspenden a nuestro alrededor el lastre accesorio que nos retiene unidos a tierra, concede al Horla su libertad.

En un segundo partimos. No sentimos nada; flotamos, subimos, volamos planeamos. Nuestros amigos gritan y aplauden, nosotros ya casi ni les oímos, casi ni les vemos ¡Estamos ya tan lejos! ¡tan alto! ¡Como! ¿acabamos de abandonar allá abajo a toda esa gente? ¿Cómo es posible? Bajo nosotros ahora, se extiende Paris, una plataforma azul oscura, entrecortada por las calles, y desde donde se alzan, de lugar en lugar, cúpulas, torres, atalayas; después, todo alrededor, la llanura, la tierra que perfila los caminos extensos, estrechos y blancos en el medio de los verdes campos, de un verde delicado y profundo, y de los bosques casi negros.

El Sena semeja una gran serpiente enrollada, acostada inmóvil, de la que no se percibe ni la cabeza ni la cola; viene desde allá abajo, se va hacia allá abajo, atravesando Paris, y la tierra entera tiene aspecto de una inmensa hondonada de prados y de bosques que encierra en el horizonte una montaña pequeña, lejana y circular.

El sol que ya no percibíamos desde tierra, reapareció para nosotros, como si se levantara de nuevo, y nuestro globo se ilumina con esta claridad; a los que nos observan debe de parecerles un astro. El Sr. Mallet, de segundo en segundo, arroja al vacío una hoja de papel de liar y dice tranquilamente:

—Ascendemos, ascendemos continuamente,— mientras que el capitán Jovis, radiante de alegría, se frota las manos repitiendo:

—¿Cómo?, este barniz, ¡eh!, este barniz.

En efecto, no se pueden apreciar los ascensos y los descensos más que arrojando de vez en cuando una hoja de papel de liar. Si este papel, que en realidad queda suspendido en el aire, parece caer como una piedra, entonces el globo sube; si semeja por el contrario volar hacia el cielo, es que el globo desciende.

Los dos barómetros indican alrededor de quinientos metros, y nosotros observamos, con admiración entusiasta, esta tierra que abandonamos, a la que no nos sujeta nada y que parece un mapa de geografía pintado, un plano desmesurado de provincia.

Todos sus ruidos sin embargo nos llegan distintos, difícilmente reconocibles. Se escucha sobre todo el ruido de las ruedas sobre las carreteras, el chasquido de los látigos, el traqueteo de los carreteros, el recorrido y el pitido de los trenes, y las risas de los chiquillos que corren y juegan en las plazas.

Unos hombres nos llaman; locomotoras silban; nosotros respondemos con la sirena que emite gemidos quejumbrosos, horribles, suaves, voz real de un ser fantástico errante alrededor del mundo.

Se encienden luces de sitio en sitio, fuegos aislados en las granjas, rosario de gas en las ciudades. Vamos hacia el noroeste después de haber planeado durante largo tiempo sobre el pequeño lago de Enghien. Aparece un río: es el Oise. Entonces discutimos por saber dónde estamos. Esta ciudad que brilla allá abajo, ¿es Creil o Pontoise? Si estuviéramos sobre Pontoise, deberíamos de ver la unión del Sena y del Oise; y además ese fuego, ese enorme fuego sobre el margen izquierdo, ¿no es el alto horno de Montataire?

Nos encontramos en realidad sobre Creil. El espectáculo es sorprendente, sobre la tierra es de noche y nosotros tenemos todavía luz, a las diez pasadas. Ahora escuchamos los ruidos ligeros de los campos, sobre todo el doble grito de las codornices, después el maullido de los gatos y los aullidos de los perros. Verdaderamente, los perros huelen el globo, lo ven y dan la alarma. Se les escucha, por toda la llanura ladrar hacia nosotros y gemir, como gimen a la luna. Los bueyes, así mismo parecen despertarse en los establos, porque mugen; todas las bestias asustadas se mueven delante de este monstruo aéreo que pasa.

Y los aromas del suelo suben hacia nosotros deliciosos, olores del heno, de flores, de la tierra verde y húmeda, perfumando el aire, un aire ligero, tan ligero, tan suave, tan sabroso que jamás en mi vida había respirado con tanta dicha. Un bienestar profundo, desconocido, me invadía; bienestar del cuerpo y del espíritu, pleno de indolencia, de reposo infinito, de olvido, de indiferencia a todo y de esta sensación nueva de atravesar el espacio sin sentir nada de eso que hace insoportable el movimiento, sin ruido, sin sacudidas y sin vibraciones.

Por momentos ascendíamos y por momentos descendíamos. De minuto en minuto, el lugarteniente Mallet, suspendido de su tela de araña, dice al capitán Jovis:

—Descendemos, arrojad medio puñado. Y el capitán, que charla y ríe con nosotros, con un saco de lastre entre su rodillas, agarra de dicho saco un poco de arena y lo lanza por encima del borde.

No hay nada más divertido, más delicado y más apasionante que la maniobra del globo. Es un enorme juguete, libre y dócil, que obedece con sorprendente sensibilidad, pero que también es, antes que nada, el esclavo del viento, al que nosotros no dominamos.

Una pizca de arena, la mitad de un periódico, algunas gotas de agua, los huesos del pollo que acabamos de comer, arrojados hacia fuera, lo hacen subir bruscamente.

El río o el bosque que atravesamos, soplándonos un aire húmedo y frío, lo hace descender unos doscientos metros. Sobre los campos de trigo maduro se mantiene, y sobre las ciudades, se eleva.

La tierra duerme en estos momentos, o más bien, el hombre duerme sobre la tierra, pues los animales despiertos anuncian siempre nuestra cercanía. De vez en cuando nos llega la circulación de un tren o el silbido de la máquina. Sobre las zonas habitadas hacemos rugir la sirena y los paisanos perturbados en sus camas deben de preguntarse temblando si se trata del ángel del juicio final que pasa.

Pero un olor a gas, fuerte y continuo, nos golpea: hemos vuelto a encontrar sin duda una corriente cálida, y el globo se infla, perdiendo su sangre invisible por el tubo de escape, que denominamos apéndice y que se cierra él solo tan pronto como cesa la dilatación.

Ascendemos. La tierra ya no nos reenvía el eco de nuestras bocinas; hemos ya sobrepasado los seiscientos metros. No vemos lo suficiente para consultar los instrumentos, únicamente sabemos que las hojas de papel de arroz caen bajo nosotros como mariposas muertas, que continuamente subimos, permanentemente. Ya no distinguimos la tierra; brumas ligeras nos separan de ella y sobre nuestras cabezas la multitud de estrellas tintinean.

Pero un fulgor apareció delante de nosotros, un resplandor plateado que hace palidecer el cielo; y de repente, como si se elevara desde las desconocidas profundidades del horizonte inferior, la luna apareció sobre el borde de una nube. Parece venida de abajo, mientras que nosotros la observamos desde muy alto, acodados en nuestra cesta como espectadores sobre un balcón. Ella, reluciente y redonda, se libera de las nubes que la envolvían, y asciende hacia el cielo con lentitud.

La tierra ya no está, la tierra está ahogada bajo los vapores lechosos que se asemejan a un mar. Así pues, ahora estamos solos con la luna, en la inmensidad, y la luna parece un globo que viaja en frente de nosotros; y nuestro globo que brilla parece una luna más grande que la otra, parece un mundo errante en el medio del cielo, en el medio de los astros, en medio de la superficie infinita. Ya no hablamos, ya no pensamos, ya no vivimos; vamos, deliciosamente inertes, a través del espacio. El aire que nos transporta ha hecho de nosotros seres que se le asemejan, seres mudos, alegres y locos, embriagados por esta grandeza prodigiosa, curiosamente alertas aunque inmóviles. Ya no sentimos la carne, ya no sentimos los huesos, ya no sentimos palpar el corazón, nos hemos convertido en algo inexplicable, pájaros a los que ni merece la pena aletear.

Todo recuerdo ha desaparecido de nuestras almas, toda preocupación ha abandonado nuestros pensamientos, ya no tenemos penas, proyectos ni esperanzas. Observamos, sentimos, disfrutamos perdidamente de este fantástico viaje; ¡nadie más que la luna y nosotros en el cielo! Somos un mundo vagabundo, un mundo en marcha, como nuestros hermanos los planetas; y este pequeño mundo en marcha lleva cinco hombres que han abandonado la tierra y ya casi la han olvidado. Ahora se ve como en pleno día; nos miramos sorprendidos por esta claridad, ya que no tenemos más que mirar que a nosotros y algunas nubes plateadas que flotan más abajo. Los barómetros indican mil doscientos metros, después mil trescientos, después mil cuatrocientos, después mil quinientos; y las hojas de papel de arroz caen siempre a nuestro alrededor.

El capitán Jovis afirma que la luna a menudo ha hecho acelerar demasiado a los aerostatos y que el viaje en altura va a continuar.

Ahora estamos a dos mil metros; subimos todavía a dos mil trescientos cincuenta metros, el globo por fin se detiene.

Y hacemos sonar la sirena, sorprendidos de que no nos respondan las estrellas.

Ahora, descendemos, muy rápido, sin desconfiar; el Sr. Mallet grita sin cesar:

—¡Arrojad lastre, arrojad lastre! Y el lastre que precipitamos al vacío, arena y piedras mezcladas, nos vuelven a la cara, como si subiera despedido desde abajo hacia los astros, así de rápida es nuestra caída.

¡He ahí la tierra!

—¿Dónde estamos? Este pico en el aire ha durado más de dos horas. Pasa de la medianoche y atravesamos un gran país seco, bien cultivado, lleno de carreteras, muy poblado. Aquí una ciudad, una gran ciudad a la derecha, otra a la izquierda más lejos. Pero, de repente, en la superficie del suelo, una luz resplandeciente, mágica, se enciende y se apaga, después reaparece, se extingue de nuevo. Jovis, a quien embriaga el espacio, grita:

—Mirad, mirad ese fenómeno de la luna en el agua. No se puede ver nada más hermoso en la noche.

Nada, en efecto, puede hacer imaginar cosa parecida, nada puede dar la idea del estallido prodigioso de esas placas de claridad que no son fuego, que no parecen reflejos, que nacen bruscamente aquí o allá y se extinguen igualmente rápido.

Sobre los arroyos que serpentean, esos focos ardientes aparecen al mismo tiempo en cada giro del curso del agua; pero como el globo pasa tan rápido como el viento, a penas tenemos tiempo de verlos.

Ahora estamos tan cerca de la tierra que nuestro amigo Beer grita:

—¡Mirad! ¿qué es lo que corre allá abajo en el campo? ¿No es un perro?

Algo corre en efecto sobre el suelo con una prodigiosa velocidad, y esta cosa parece atravesar las zanjas, las carreteras, los árboles con tal facilidad que no llegábamos a comprender. El capitán se reía:

—Es la sombra de nuestro globo,—dijo. Va creciendo a medida que descendamos.

Escuché claramente un enorme ruido de fragua en la lejanía, y como no habíamos parado en toda la noche de dirigirnos hacia la estrella polar, que a menudo yo he mirado y analizado desde el puente de mi pequeño yate sobre el Mediterráneo, indudablemente nos dirigíamos hacia Bélgica.

Nuestra sirena y nuestras dos bocinas vociferan sin parar. Algunos gritos nos responden, gritos de carretero que se detiene, grito de bebedor rezagado. Nosotros vociferamos:

—¿Dónde estamos?

Pero el globo va tan deprisa que jamás el hombre estupefacto tiene tiempo de respondernos. La sombra amplificada del Horla, dilatada como una pelota de niño, huye delante de nosotros, sobre los campos, las carreteras, los trigales y los bosques. Avanza, avanza, precediéndonos medio kilómetro; y en estos momentos, escucho, inclinado por fuera de la cesta, el enorme ruido del viento en los árboles y sobre las cosechas.

Digo al capitán Jovis:

—¡Cómo sopla!

Él me responde:

—No, son sin duda saltos de agua.— Insisto, seguro de mi oído que reconoce bien el viento por haberlo escuchado muy a menudo soplar en los cabos. Entonces Jovis me da un codazo; tiene miedo de alterar a sus pasajeros alegres y tranquilos, ya que sabe perfectamente que una tormenta se acerca. Un hombre finalmente nos ha comprendido y responde:

—Norte.

Otro nos dice la misma palabra.

Y de repente una ciudad considerable, dada la extensión de su nube de contaminación, aparece justo delante de nosotros. Tal vez sea Lille. A medida que nos

aproximamos a ella aparece bajo nosotros, de repente, una tan sorprendente lava de fuego, que me creo transportado a un país fabuloso donde se fabrican piedras preciosas para los gigantes.

Es una fábrica de ladrillos, parece. Hay más, dos, tres. Los materiales en fusión hierven, tintinean, arrojan resplandores azules, rojos, amarillos, verdes, reflejos de diamantes monstruosos, de rubíes, de esmeraldas, de turquesas, de zafiros, de topacios. Y cerca de allí, las grandes forjas exhalan su aliento estridente, parecido a los rugidos del león apocalíptico; las altas chimeneas arrojan al viento sus penachos de llamas, y oímos ruidos de metal que rueda, de metal que suena, de martillos enormes que retumban.

—¿Dónde estamos?

Una voz, voz de farsante o de loco, nos responde:

—En un globo.

—¿Dónde estamos?

—Lille

No nos habíamos equivocado en absoluto. Ahora ya no veíamos la ciudad y a la derecha aparecía Roubaix, además de campos bien cultivados, regulares, en tonos diferentes según los cultivos y que todos parecen amarillos, grises o castaños en la noche. Pero nubes se están aglutinando por detrás de nosotros, cubriendo la luna, mientras que por el Este el cielo se aclara, volviéndose de un azul claro con reflejos rojos. Es el alba. Crece rápidamente mostrándonos ahora todos los pequeños detalles de la tierra, los trenes, los arroyos, las vacas, las cabras. Y todo esto pasa bajo nosotros a una prodigiosa velocidad; no tenemos tiempo de mirar, a penas tiempo de ver como otros prados, otros campos, otras casas ya han huido. Los gallos cantan, pero la voz de los canarios lo domina todo de modo que se diría que el mundo está poblado de ellos, repleto, por el ruido que hacen.

Los paisanos matutinos agitan los brazos gritándonos:

—¡Dejaos caer!— Pero nosotros avanzamos continuamente, sin subir ni bajar, inclinados al borde de la cesta y mirando deslizarse el universo a nuestros pies.

Jovis señala otra ciudad, muy lejos. Se aproxima, arrebatadora, dominada por antiguas campanas, vista así desde lo alto. Discutimos. ¿Es Courtrai? ¿Es Gand?

Ya estamos muy cerca y vemos que está rodeada de agua, atravesada en todos los sentidos por canales. Se diría una Venecia del Norte. Justo en el momento en que pasamos sobre el campanario, tan cerca que nuestro cabo-guía, larga cuerda colgante bajo la cesta, ha estado a punto de tocarlo, el campanario flamenco se pone a dar las tres. Sus sonidos ligeros y vertiginosos, suaves y claros, parecen surgidos para nosotros de este delgado techo de piedra rozado en nuestra carrera errante. Es un buen día, fascinante, un buen día amigo que nos proporciona la Flandre. Respondemos con la sirena cuya horrible voz resuena por las calles.

Se trataba de Bruges; pero a penas la habíamos perdido de vista, cuando mi vecino Paul Bessand me pregunta:

—¿No ve usted nada a la derecha y delante de nosotros? Se diría que es un río.

Delante de nosotros, en efecto, se extiende a lo lejos una línea luminosa bajo la claridad del alba. Sí, eso tiene aspecto de un río, de un inmenso río, con sus islas.

—Preparamos el descenso,—dice el capitán. Hace volver a la nave al Sr. Mallet siempre colgado de su cuerda; a continuación atamos los barómetros y todos los objetos duros que podrían hacernos daño con las sacudidas.

El Sr. Bessand grita:

—Pero ahí se ven mástiles de navíos a la izquierda. Estamos sobre el mar.

Las brumas nos lo habían escondido hasta ahora. El mar estaba por todas partes, a la izquierda y en frente, mientras que a nuestra derecha el Escaut, fusionado al Meuse, extendía hasta el mar sus bocas más inmensas que un lago.

Había que descender en un minuto o dos.

La cuerda de la válvula, religiosamente encerrada en una bolsita de tela blanca y colocada bien a la vista para que no fuese tocada por nadie, fue desenrollada, y el Sr. Mallet la sostiene en la mano, mientras que el capitán Jovis busca en la lejanía un lugar favorable.

Detrás de nosotros el trueno crece, y ningún pájaro se atrevería a seguir nuestra loca carrera.

—¡Tirad!,—grita Jovis.

Pasábamos sobre un canal. La nave tembló dos veces y se inclinó. El cabo-guía ha tocado los enormes árboles de las dos orillas.

Pero nuestra velocidad es tal que la larga cuerda que arrastra ahora no parece ralentizarla, y llegamos con una rapidez de bala sobre una enorme granja, cuyos pollos, palomas, patos asustados vuelan en todos los sentidos, mientras que los terneros, gatos y perros huyen, perturbados, hacia la casa.

Nos queda justo medio saco de lastre. Jovis lo tira, y el Horla se alza ligeramente por encima del tejado.

—¡La válvula!, gritó de nuevo el capitán.

El Sr. Mallet se suspende de la cuerda y descendemos como una flecha.

De un cuchillazo, la amarra que retiene el ancla es cortada y la dejamos atrás en un enorme campo de remolacha.

Aquí están los árboles.

—¡Atención! ¡Enganchaos! ¡Cuidado con las cabezas!

Pasamos de nuevo por encima; a continuación una fuerte sacudida nos zarandea. El ancla ha picado.

—¡Atención! ¡Sujétense bien! Levántense con la fuerza de los puños. Vamos a tocar tierra.

La nave toca, en efecto. Y después se eleva de nuevo. Vuelve a caer, rebota y, finalmente, se posa sobre tierra, mientras que el globo se resiste furiosamente, con esfuerzos agonizantes.

Acudían paisanos pero no osaban en ningún momento aproximarse. Estuvieron mucho tiempo decidiéndose antes de venir a liberarnos, ya que no podemos poner pie en tierra sin que el aerostato esté casi completamente desinflado.

Además, al mismo tiempo que los estupefactos hombres, algunos de los cuales saltaban de asombro con gestos salvajes, todas las vacas que pasaban sobre las dunas se acercaban a nosotros, rodeando nuestro globo en un extraño y cómico círculo de cuernos, de enormes ojos y de narices soplantes.

Con la ayuda de los paisanos belgas, complacientes y hospitalarios, pudimos, en poco tiempo, empaquetar todo nuestro material y llevarlo a la estación de Heyst donde volvíamos a tomar a las ocho el tren para Paris.

El descenso había tenido lugar a las tres y quince minutos de la mañana, precediéndonos no más que de algunos segundos la lluvia torrencial y los resplandores cegadores de la tormenta que nos daba caza delante de nosotros.

Pudimos, pues, gracias al capitán Jovis, de cuya intrepidez mi colega Paul Ginisty me había hablado ya hacía mucho tiempo, ya que ellos habían caído juntos y voluntariamente en pleno mar, en frente de Menton, nosotros hemos podido pues, en una sola noche, ver, desde lo alto del cielo, la puesta de sol, la elevación de la luna y la vuelta del día e ir de Paris a las bocas del Escaut a través del aire.

*Le Figaro, 6 de julio de 1887*

# *El viejo*

---

*Le vieux*

Un tibio sol de otoño se derramaba en el patio del cortijo, cayendo a plomo por encima de las enormes hayas que lo bordeaban.

Bajo la hierba, rapada por el ganado, la tierra, impregnada por lluvia reciente, se hallaba reblandecida. y en ella se hundían los pies con un ruido semejante al chapoteo del agua. Las ramas de los manzanos, crujiendo al peso de su abundante fruta de un verde pálido, la dejaban caer, matizando el verde terroso de la hierba.

Cuatro chotas pacían, atadas en hilera; berreando a cada momento, alzaban la cabeza en dirección de la casa. Las gallinas animaban el estercolero, coloreándolo, agitándose frente al establo, escarbando, yendo y viniendo, cacareando, mientras los dos gallos cantaban sin cesar, buscando gusanillos para ofrecérselos a sus favoritas, a las cuales llamaban con impaciente clamoreo.

El portillo de madera se abrió, dejando paso a un hombre que tendría tal vez cuarenta y dos años y representaba sesenta por lo arrugado y descolorido de su rostro, el encogimiento y abandono de su figura, su andar lento, inseguro y dificultoso al arrastrar las pesadas almadreñas llenas de paja. Sus brazos, de sobra largos, colgaban de sus hombros decaídos y faltos de vigor. Cuando se acercó a la casa del cortijo, un gozque amarillento, atado al pie de un peral enorme, junto a un barril viejo que le servía de caseta, menó la cola y se puso luego a ladrar mostrando su alegría.

El hombre le dijo:

—¡Te callas, Finot!

Y el perro enmudeció.

Una campesina salía de la casa en aquel momento. Su cuerpo anguloso y flaco, sin pecho ni caderas, se dibujaba oprimido por un estrecho jubón de lana. Una falda gris, muy corta, le dejaba casi por completo descubiertas las pantorrillas, a las que se ajustaban medias azules; también tenía los pies metidos en almadreñas llenas de paja. Una cofia de un blanco amarillento y sucio cubría en parte su pelo pegajoso y lacio, y su rostro cetrino, descarnado, con las facciones irregulares y la boca sin dientes, mostraba la fisonomía bestial y estúpida que ofrecen con frecuencia los rostros de las campesinas.

El hombre, al verla, preguntó:

—¿Cómo sigue?

La mujer dijo:

—El señor cura dice que no pasará la noche, que se acaba por momentos.

El hombre y la mujer entraron en la casa.

Después de atravesar la cocina, se metieron uno tras otro en una alcoba muy baja de techo y muy oscura, porque solo recibía luz de un ventano cubierto con un pingajo de indiana de Normandía. Las toscas vigas del techo, denegridas, ahumadas, atravesando la estancia de parte a parte, sostenían el delgado piso del granero, por donde sin cesar evolucionaba de día y de noche un ejército de ratas.

El suelo era de tierra, húmedo y desigual, giboso, grasiento; y en el fondo, entre tanta negrura y oscuridad, aparecía un bulto grande, blanquecino: era la cama.

Un resoplido continuado, ronco; una respiración difícil y angustiada, un estertor agudo como un silbido, un gorgoteo semejante al que produce una bomba descompuesta, salía de las ropas de la cama tenebrosa, donde agonizaba un viejo: el padre de la campesina.



El hombre y la mujer, acercándose, contemplaron al moribundo con ojos tranquilos y resignados.

El hombre dijo:

—Ahora va de prisa; no hay remedio. No es posible que dure toda la noche.

La mujer insinuó:

—Desde mediodía está lo mismo. Luego quedaron silenciosos, inmóviles.

El viejo había cerrado los ojos, y sus facciones se dibujaban tan secamente, que su rostro pardusco parecía de madera. En su boca entreabierta resonaba el estertor de su aliento entrecortado y dificultoso; a cada trabajosa y ronroneante aspiración oscilaban las ropas, movidas por el pecho agarrotado.

Después de un largo silencio, el hombre dijo:

—No podemos hacer nada por él, y lo mejor será dejarle que muera tranquilamente. De todos modos, me impide apalear las cascabras que tenemos puestas al sol, en la era.

La mujer pareció inmutarse con esa reflexión.

A su vez reflexionó algunos instantes, y luego dijo:

—Padre se muere hoy por la noche; le enterraremos pasado mañana, y te queda mañana el día libre para meter en casa las legumbres.

Preocupado el campesino, insistió:

—Sí; el entierro será pasado mañana; pero mañana perderé todo el día participando la muerte a la familia y a los amigos, invitándolos al entierro. Necesito cerca de seis horas para ir a Tourville y a Manetot.

La mujer, después de meditar dos o tres minutos, le advirtió:

—No son las tres aún; podrías ir a Tourville, aprovechando la tarde, y decirles a todos que mi padre ha muerto ya, pues le falta muy poco. Avisales que pasado mañana es el entierro, y así te queda mañana todo el día libre para apalear las cascabras, cerner el grano y entrarlo en el granero.

El hombre se quedó algunos instantes perplejo pensando en las ventajas y en los inconvenientes de aquella idea, y al cabo se decidió:

—Me parece bien; voy ahora mismo.

Al salir se detuvo y retrocedió para decirle a su mujer:

—Ya que no tienes nada que hacer esta tarde, podrías entretenerte cogiendo manzanas y luego preparando cuatro docenas de rebocíños, que se comerán muy a gusto los que vengán al entierro, porque después de la caminata no puede faltarles algo que reconforte. Para encender el horno toma leña menuda de la que hay en el cobertizo, junto a la prensa del aceite. Bien seca esté.

Salió de la alcoba, y al pasar por la cocina, sacó del armario un pan grande y cortó una rebanada, muy primorosamente, recogiendo en la palma de la mano las migas que al cortar cayeron sobre la tabla del estante y echándoselas a la boca para no desperdiciar nada. Tomó con la punta de la navaja un poco de manteca de cerdo salada que había en un tarro de loza pardusca, y la extendió en la rebanada de pan, comiéndoselo al fin reposadamente, como lo hacía todo.

Luego salió al patio, acarició al perro para tranquilizarle y evitar que ladrara, tomó el camino que bordeaba su hacienda, y se alejó dirigiéndose hacia Tourville.

\*\*\*

Ya sola en casa, la mujer dio principio a su labor. Destapando la artesa de amasar, dispuso la masa para los rebocíños. La trabajaba mucho, estrujándola, retorciéndola, volviéndola, revolviéndola, reuniéndola y aplastándola. Luego hizo una gruesa bola de color blanco amarillento y la dejó en una esquina de la mesa. Entonces fue a buscar las manzanas, y para no dañar el árbol sacudiéndolo, con una vara, se encaramó hasta

donde sus manos alcanzaran la fruta, valiéndose de una banqueta. Escogió con mucho cuidado, para coger solamente las manzanas bien maduras, y las fue echando en su delantal. Una voz la llamó desde el camino:

—¡Eh, señora Chicot!

La campesina volvió la cabeza para enterarse de quién la llamaba. Era un vecino, el señor Osimo Favet, alcalde, que se iba a estercolar sus tierras, sentado sobre la carga de su carro.

La mujer dijo al reconocerle:

—¿Se le ofrece a usted algo, señor Osimo?

—¿Y tu padre? ¿Qué hace tu padre?

La campesina gritó:

—Está en las últimas. El sábado será el entierro, a las siete, porque no podemos perder todo el día; no podemos dejar sin recoger el grano de las cascabras que tenemos en la era.

El alcalde repuso:

—Comprendido. Buena suerte. que sigáis tan buenos.

Ella respondió a tanta cortesía:

—Gracias. Lo mismo le deseamos a usted.

Y continuó cogiendo manzanas. Cuando acabó su tarea, entrando en la cocina, dejó la fruta y se asomó a la alcoba de su padre, creyendo ya encontrarle muerto, pero desde la puerta oyó el estertor continuo, ruidoso, y juzgando inútil entrar, se acercó a la mesa para ir preparando los rebociños.

Después iba envolviendo las manzanas, una por una, en una hoja tenue de masa, y así revestidas, las alineaba en el borde de mesa. Cuando tuvo cuarenta y ocho en cuatro filas de a doce, se puso a preparar la cena, colgando en el gancho del hogar el perolillo donde cocía las patatas. Había dejado en suspenso la preparación de los rebociños, reflexionando que sería inútil encender el horno aquella tarde teniendo aún todo el día siguiente disponible para concluir de preparar la sabrosa golosina.

El hombre volvió al anochecer. Sus primeras palabras fueron para preguntar:

—¿Acabó ya de sufrir?

Y le respondió la mujer:

—Aún se resiste; continúa el gorgoteo sin parar.

Entraron para ver al moribundo, que seguía en el mismo estado, en la misma posición. Su estertor incesante, acompasado, como la marcha de un reloj, ni aceleraba ni disminuía; solamente variaba un tanto de tono en algunos momentos.

El hombre le miró, y dijo:

—Acabará de un momento otro, apagándose como un candil sin aceite.

Volvieron a la cocina y, en silencio, comenzaron a cenar. Después de haberse comido el potaje, untaron rebanadas de pan de manteca de cerdo, y cuando la mujer acabó de fregar los cacharos, ambos volvieron a ver al agonizante.

La mujer, empuñando un candil, cuya mecha humeaba horriblemente, lo acercó al rostro del viejo. Si no le sintieran respirar le hubieran creído muerto, sin duda. Estaba inmóvil, rígido, cadavérico.

La cama del matrimonio se hallaba oculta en una especie de nicho, cubierto con una cortina, en otro rincón de la misma alcoba. Se acostaron sin decir ni una palabra, y después de apagar el candil cerraron los ojos. Pronto dos ronquidos muy diferentes, un amplio y grave, y otro precipitado y agudo, acompañaron al estertor monótono del agonizante.

Las ratas corrían por el granero, sobre sus cabezas.

\*\*\*

El hombre despertó con la primera claridad del día. Y al enterarse de que su suegro continuaba respirando aún, despertó a la mujer, molestando por aquella resistencia incomprensible del moribundo.

—¿Oyes, Eufemia? No quiere acabar. Tú, ¿qué harías?

Confiaba mucho en las prudentes resoluciones de su esposa.

La cual respondió:

—No es posible que pase de hoy; no hay que temerlo. Y aunque tarde un poco en morir, aunque muera por la noche, no se opondrá el señor alcalde a que sea mañana el entierro; ya recuerdas lo que hizo por el viejo Renard, que murió precisamente a mitad de la siembra.

Convenció al hombre aquel evidente razonamiento, y se fue a la era.

La mujer calentó el horno, puso a cocer los rebocinos y luego ejecutó una tras otra, como de costumbre, varias faenas de la casa.

A mediodía el agonizante no había muerto aún. Los jornaleros que habían ido para apalear las cascablas puestas al sol en la era, entraron todos juntos en la alcoba. Cada uno dijo su frase; después volvieron a trabajar.

A las seis, cuando pusieron fin a su labor los campesinos, el viejo respiraba todavía. Su yerno acabó por desconcertarse.

—¿Qué harías tú, Eufemia? ¿Qué se te ocurre?

La mujer no sabía ya qué partido tomar. Fue a tratarlo con el señor alcalde, su vecino, el cual prometió hacer la vista gorda y consentir el entierro a la mañana siguiente aun cuando muriera estando muy avanzada la noche. También el practicante, que debía certificar el fallecimiento, se comprometió, para complacer a Chicot y tenerle agradecido, a falsear la fecha.

El marido y la mujer volvieron a su casa completamente satisfechos por el resultado favorable de sus diligencias.

Se acostaron y durmieron toda la noche, como la víspera, mezclando sus ronquidos, firmes y sonoros, con el estertor, ya más débil, del moribundo.

Cuando el matrimonio despertó, el viejo agonizaba todavía.

\*\*\*

Marido y mujer se quedaron aterrados. En pie, junto a la cabecera del enfermo, le miraban recelosos, como si temiesen que lo hiciera expresamente para jugarles una mala partida, para engañarlos, para contrariarlos, por gusto de comprometerlos; y renegaban de aquella fatalidad incomprensible, sobre todo por el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

—Y ¿qué se hace ahora?

Ella tampoco lo sabía; sin embargo, dijo:

—¡Es una contrariedad! ¡No hay remedio!

Era imposible advertir a todos los invitados, que no tardarían en llegar. Resolvieron que lo mejor sería esperarlos y referirles punto por punto lo sucedido.

A eso de las siete menos cuarto se presentaron los primeros. Las mujeres, vestidas de negro cubriéndose la cabeza con grandes mantos, procuraban tener rostro compungido. Los hombres, molestos en sus chaquetones de paño, avanzaban más resueltamente, de dos en dos, hablando de las cosechas.

Chicot y su mujer los recibieron desolados; y ambos a un tiempo, llegándose al primer grupo, se pusieron a llorar. Explicaron lo sucedido, creyendo que las circunstancias los disculparían, agasajando a todos, invitándolos a que tomaran asiento, andando solícitos del uno al otro, queriendo convencerse de que cualquiera en su caso hubiera obrado como ellos; y no dejaban de hablar un instante, de pronto convertidos en

charlatanes, de tal suerte, que a ninguno daban lugar para meter baza. Iban y venían entre los invitados, repitiendo:

—¡Nunca lo hubiéramos creído! ¡No es creíble que dure tanto!

Los invitados, al pronto, sorprendidos y algo molestos, como las personas que pierden una ceremonia ofrecida y esperada, no sabían qué hacer ni qué actitud adoptar, hallándose unos en pie y otros sentados. Alguien quiso irse, pero Chicot le detuvo amablemente con estas palabras:

—De todos modos, tomaremos un bocado. Habíamos hecho rebociños. Hay que probarlos.

Con esta idea se animaron los rostros más decaídos. Se entablaron conversaciones en voz baja. El patio se iba animando; engrosaba la concurrencia. Los ya enterados cuchicheaban con los recién venidos. La promesa de una golosina reanimó a todo el mundo.

Las mujeres entraban en la alcoba para contemplar al agonizante, y junto a la cama, después de persignarse, rezaban entre dientes alguna oración; luego salían de nuevo al patio. Los hombres, menos curiosos, se limitaban a mirar por la ventana.

La mujer de Chicot explicaba la agonía de su padre:

—Hace dos días que le vemos así: ni atrás ni adelante; ni mejor ni peor; y respira como una bomba descompuesta que no sube agua.

\*\*\*

Cuando todos hubieron visto al agonizante, comenzaron a ocuparse del refrigerio; y como eran muchos para caber en la cocina, decidieron sacar al patio la mesa. Y las cuatro docenas de rebociños dorados, apetitosos, atraían las miradas, colocados en varias fuentes. Cada uno de los invitados se apresuró a coger el suyo, creyendo que no habría bastantes; pero hubo para todos, y aún sobraron tres.

Chicot dijo con la boca llena:

—Si mi suegro nos viese, nos tendría envidia. Mientras vivió, era esto lo que más le gustaba.

Un campesino gordo y jovial añadió:

—Ya nunca podrá comerlos. A cada uno le llega su hora.

Esta reflexión, lejos de entristecer a los invitados, pareció alegrarlos. Para todos ellos había llegado también la hora de saborear los rebociños.

La mujer de Chicot no hacía otra cosa que ir y venir de la bodega, sin descanso, desolada con el cuantioso consumo de sidra. Las colodras iban sucediéndose y vaciándose instantáneamente. Los invitados reían, hablaban a gritos, como se grita en las comilonas de fiesta.

De pronto, una vieja campesina que se había quedado junto al agonizante, con voz aguda clamó:

—¡Ya no respira! ¡Ya no respira!

Todos callaron. Las mujeres levantándose, fueron a verlo.

Ya no existía; era verdad; su estertor había terminado para siempre. Los hombres, en silencio, se miraban unos a otros bajando luego la vista para fijarla en el suelo, con cierta inquietud; no habían acabado aún de comerse los rebociños. Aquel inoportuno, había escogido para expirar el momento peor, aguándoles así la fiesta.

Pero el matrimonio Chicot no lloraba. Todo había terminado al fin. Ya estaban tranquilos el yerno y la hija del difunto.

Y decían:

—Sabíamos que no podía durar. Si al menos hubiese muerto algunas horas antes, por la noche o de madrugada, no hubiera ocasionado tantas molestias.

No Importa, ya no era posible remediarlo. Habría que aplazar el entierro para el lunes, y se comerían otros tantos rebociños y se beberían otra cuba de sidra los invitados, que sin duda ya contaban con ello desde aquel instante.

Se fueron todos comentando el suceso y satisfechos de haberlo presenciado; pero más satisfechos aún de haber comido y bebido a su gusto.

Cuando el hombre y la mujer quedaron solos en su casa frente a frente, dijo ella con el rostro angustiado por una preocupación:

—¡Habrá que disponer otras cuatro docenas de rebociños ¡¡Por qué no habrá muerto unas horas antes!

Y el marido, más resignado, le respondió:

—Paciencia. Tengamos paciencia. Esto no sucede todos los días.

*Le Gaulois*, 6 de enero de 1884

# *Un viejo*

---

*Un vieux*

Todos los periódicos habían insertado este anuncio: “La nueva estación balneario de Rondelis ofrece ventajas deseables para una estancia prolongada e incluso para una permanencia definitiva. Sus aguas ferruginosas, reconocidas como las primeras del mundo contra todas las afecciones de la sangre, parecen poseer además cualidades particulares, propias para prolongar la vida humana. Este resultado singular es tal vez debido en parte a la situación excepcional del pequeño pueblo, edificado en plena montaña, en el medio de un bosque de abetos. Pero desde siempre han existido casos de longevidad extraordinarios.”

Y el público asistía en masa.

Una mañana, el médico de las aguas fue requerido por un nuevo viajero, el señor Daron, llegado hacía unos días y que había alquilado una casa encantadora, en el límite del bosque. Era un anciano de ochenta y seis años, todavía joven, enjuto, bien parecido, activo y que tenía una preocupación infinita por disimular su edad.

Hizo sentar al médico y lo interrogó rápidamente:

—Doctor, si estoy bien, es gracias a la higiene. Sin ser demasiado viejo, tengo ya una cierta edad, pero evito todas las enfermedades, todas las indisposiciones, todos los más ligeros malestares gracias a la higiene. Se dice que el clima de este país es muy bueno para la salud. Estoy dispuesto a creerlo, pero antes de establecerme aquí, quiero pruebas. Le rogaría, pues, que viniese a visitarme una vez por semana para darme exactamente los siguientes informes:

Primero deseo la lista completa, muy completa, de todos los habitantes de la ciudad y de los alrededores que han pasado de los ochenta años. Necesito también algunos detalles físicos y psicológicos de ellos. Quiero conocer su profesión, su forma de vida, sus costumbres. Cada vez que una de estas personas muera, usted deberá avisarme, e indicarme la causa precisa de su muerte, así como las circunstancias.

A continuación, añadió graciosamente:

—Espero, doctor, que llegaremos a ser buenos amigos —y tendió su pequeña mano arrugada, que el médico apretó prometiéndole su servicial cooperación.

El señor Daron siempre había temido a la muerte de una forma extraña. Se había privado de casi todos los placeres porque eran peligrosos, y cuando alguien se extrañaba de que no bebiera vino, ese vino que da sueño y alegría, él respondía con un tono que denotaba miedo:

—Amo mi vida.

Y pronunciaba ese MI, como si esta vida, SU vida, tuviera un valor ignorado. Ponía en ese MI una diferencia tal entre su vida y la de los otros que no había nada que añadir.

Por lo demás, poseía una forma muy particular de acentuar los pronombres posesivos que designaban todas las partes de su persona, o incluso las cosas que le pertenecían. Cuando decía: “Mis ojos, mis piernas, mis brazos, mis manos”, se notaba perfectamente que no había lugar a dudas, que esos órganos no eran en absoluto los de todo el mundo. Pero donde aparecía sobre todo esta distinción era cuando hablaba de su médico: “Mi doctor”. Se diría que este doctor era exclusivo de él, nada más que de él, hecho para él solo, para ocuparse de sus enfermedades y de nada más, y superior a todos los médicos del universo, a todos, sin excepción.

Jamás había considerado a los otros hombres más que como una especie de peleles creados para amueblar la naturaleza. Los diferenciaba en dos clases: los que saludaba, porque una casualidad lo había puesto en contacto con ellos, y los que no saludaba. Por otro lado, estas dos categorías de individuos le resultaban igualmente indiferentes.

Pero a partir del día en que el médico de Rondelis le trajo la lista de los diecisiete habitantes del pueblo que pasaban de los ochenta años, sintió despertar en su corazón un interés nuevo, un interés desconocido hacia estos ancianos que había visto caer uno tras otro.

No los quiso conocer, pero se hizo una idea muy clara de sus personas, y no hablaba más que de ellos con el médico que cenaba con él cada día. Le preguntaba:

—Y bien, Doctor, ¿cómo va hoy Joseph Poinçot? Lo habíamos dejado un poco convaleciente la semana pasada.

Y cuando el médico había hecho el boletín de salud de la enfermedad, el señor Daron proponía modificaciones al régimen, pruebas, formas de tratamiento que podría rápidamente aplicarse a él mismo si tenían éxito sobre los demás. Eran, estos diecisiete ancianos, un campo de experimentación del que él extraía conocimientos.

Una tarde, el doctor, entrando, anunció:

—Rosalía Tournel murió.

El señor Daron se estremeció y rápidamente preguntó:

—¿De qué?

—De una angina.

El viejecito emitió un “ah” de alivio. Continuó:

—Estaba demasiado gorda, demasiado fuerte. Debía de comer mucho esta mujer. Cuando tenga su edad me vigilaré más. (Él era dos años más viejo pero no confesaba más que setenta años).

Algunos meses después fue el turno de Henri Brissot. El señor Daron se emocionó mucho. En este caso se trataba de un hombre delgado, justo de su edad, pero con una diferencia de tres meses. Él no era capaz de preguntar, esperando que el médico hablara, y se quedó inquieto.

—¡Ah! ¿Se murió así, de repente? Estaba muy bien la semana pasada, habrá cometido alguna imprudencia, ¿no, doctor?

El doctor, que se estaba divirtiendo, respondió:

—No creo. Sus hijos me han dicho que siempre había sido muy sensato.

Entonces, no conteniéndose más, lleno de angustia, el señor Daron preguntó:

—Pero... pero... entonces de qué se ha muerto?

—De una pleuresía.

Esto supuso una alegría, una auténtica alegría. El viejecito golpeó sus secas manos una contra la otra.

—¡Pues claro, bien que le dije a usted que él había cometido alguna imprudencia! No se coge una pleuresía sin motivo alguno. Habrá querido tomar el aire después de cenar. Y el frío le habrá afectado al pecho. ¡Una pleuresía! Eso es un accidente, eso no es una enfermedad. ¡Sólo los locos mueren de pleuresía!

Y cenó alegremente hablando de los que quedaban.

—Ahora ya no son más que quince, pero son fuertes ¿no? Toda la vida es así, los más débiles caen primero; las personas que pasan de los treinta tienen muchas posibilidades de llegar a los sesenta; los que pasan de sesenta llegan a menudo a ochenta; y los que pasan de ochenta alcanzan casi siempre el centenario, porque estos son los más robustos, los más prudentes, los más vigorosos.

Dos más desaparecieron de nuevo durante el año, uno de una disentería y el otro de un sofoco. Al señor Daron le hizo mucha gracia la muerte del primero y sacó la conclusión de que él había seguramente comido la víspera algo excitante.

—La disentería es la enfermedad de los imprudentes; qué diablos, doctor, usted habría debido vigilar su higiene.

En cuanto al que se lo había llevado un sofoco, éste sólo podía provenir de una enfermedad del corazón mal controlada hasta ese momento.

Pero una noche el médico anunció el óbito de Paul Timonet, una especie de momia del que se esperaba hacer una especie de centenario-propaganda para el balneario.

Cuando el señor Daron preguntó según su costumbre:

—¿De qué murió? —el médico respondió:

—En verdad que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Siempre se sabe. ¿No tenía alguna lesión orgánica?

El doctor movió la cabeza:

—No, ninguna

—¿Tal vez alguna afección al hígado o los riñones?

—En absoluto, todo eso estaba sano.

—¿Había observado si el estómago funcionaba regularmente? Un ataque proviene a menudo de una mala digestión.

—No ha tenido ataque

El señor Daron, muy perplejo, se agitaba:

—Pero veamos, ¿de algo tuvo que morir! ¿De qué, según usted?

El médico levantó los brazos:

—No sé nada, absolutamente nada. Murió porque murió, ya está.

El señor Daron entonces, con voz emocionada, preguntó:

—¿Qué edad tenía justamente? Ya no me acuerdo.

—Ochenta y nueve años.

Y el viejecito con aspecto incrédulo y seguro, gritó:

—¡Ochenta y nueve años! ¡Entonces no murió de viejo!

*Gil Blas*, 26 de setiembre de 1882



# *El viejo Milon*

---

*Le père Milon*

Desde hace un mes, un sol abrasador lanza sobre los campos su lumbre. Una vida radiante estalla bajo ese diluvio de fuego; la tierra está verde hasta perderse de vista. Hasta los límites del horizonte, el cielo es azul. Las granjas normandas diseminadas por la llanuras parecen, desde lejos, bosquecillos, encerradas en su cinturón de esbeltas hayas. De cerca, cuando se abre la carcomida barrera, se cree ver un gigantesco jardín, pues todos los antiguos manzanos, tan huesudos como los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, nudosos, retorcidos, alineados junto al corral, despliegan bajo el cielo sus copas deslumbrantes, blancas y rosas. El dulce perfume de su floración se mezcla con el intenso olor de los establos abiertos y con los vapores del estiércol que fermenta, cubierto de gallinas.

Es mediodía. La familia come a la sombra del peral plantado ante la puerta: el padre, la madre, los cuatro hijos, las dos sirvientas y los tres criados. Apenas hablan. Toman la sopa, después destapan la fuente de estofado llena de papas con tocino.

De vez en cuando una sirvienta se levanta y va a la bodega a llenar la jarra de sidra.

El hombre, un tipo alto de cuarenta años, contempla, pegada a la casa, una parra que ha quedado desnuda, y que corre, retorcida como una serpiente, bajo los postigos, a lo largo del muro.

Dice por fin:

—La parra del viejo brota pronto este año. Pues que dé fruto.

La mujer también se vuelve y mira, sin decir una palabra.

Esa parra está plantada justamente en el lugar donde el viejo fue fusilado.

Era durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la comarca. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, les hacía frente.

Ahora bien, el Estado Mayor prusiano se había emplazado en aquella granja. El campesino que la poseía, el viejo Pierre Milon, los recibió e instaló como mejor pudo.

Hacía un mes que la vanguardia alemana se hallaba de observación en el pueblo. Los franceses permanecían inmóviles, a diez leguas de allí; sin embargo, cada noche desaparecían unos cuantos ulanos.

Todos los exploradores aislados, aquellos a quienes se enviaban de ronda, siempre que salieran sólo dos o tres, no regresaban jamás.

Los recogían muertos, por la mañana, en un campo, cerca de un corral, en una zanja. Hasta sus caballos yacían a lo largo de los caminos, degollados de un sablazo.

Estas muertes parecían realizadas por los mismos hombres, a quienes no se conseguía descubrir.

Reinó el terror en la comarca. Se fusiló a algunos aldeanos por una simple denuncia, se encarceló a mujeres; se pretendió obtener, por el temor, revelaciones de los niños. No se descubrió nada.

Pero he aquí que una mañana apareció el viejo Milon tendido en su cuadra, con el rostro cortado por una cuchillada.

Dos ulanos, despanzurrados, fueron encontrados a tres kilómetros de la granja. Uno de ellos tenía aún en la mano su arma ensangrentada. Había luchado, se había defendido.

Al punto se constituyó un consejo de guerra al aire libre, delante de la granja, y el anciano compareció ante él.

Tenía sesenta y ocho años. Era bajo, flaco, un poco torcido, con grandes manos parecidas a las pinzas de un cangrejo. Un pelo sin brillo, escaso y leve como el plumón de un patito, dejaba ver por todas partes la carne del cráneo. La piel morena y arrugada del cuello mostraba gruesas venas que se perdían bajo las mandíbulas y reaparecían en las sienes. En la región pasaba por hombre avaro y difícil en los negocios.

Lo colocaron de pie, entre cuatro soldados, ante la mesa de la cocina que habían sacado. Cinco oficiales y el coronel se sentaron frente a él.

El coronel tomó la palabra en francés.

—Abuelo Milon, desde que estamos aquí no tenemos más que alabanzas para usted. Ha sido siempre complaciente e incluso atento con nosotros. Pero hoy una terrible acusación pesa sobre usted, y es preciso aclarar la situación. ¿Cómo recibió usted la herida que tiene en el rostro?

El campesino no respondió nada.

El coronel prosiguió:

—Su silencio lo condena, abuelo Milon. Pero quiero que me responda, ¿entiende? ¿Sabe usted quién mató a los dos ulanos que encontramos esta mañana cerca del Calvario?

El viejo articuló claramente:

—Fui yo.

El coronel, sorprendido, enmudeció un segundo, mirando fijamente al prisionero. El viejo Milon permanecía impassible, con su aire embrutecido de campesino, con los ojos bajos como si estuviera hablando con el cura.

Una sola cosa podía revelar una turbación interna, y es que tragaba saliva a cada instante, con un visible esfuerzo, como si lo estuvieran estrangulando.

La familia del buen hombre, su hijo Jean, su nuera y dos chiquillos estaban tras él, a unos diez pasos, despavoridos y consternados.

El coronel prosiguió:

—¿Sabe usted también quién mató a todos los exploradores de nuestro ejército que cada mañana encontramos, desde hace un mes, en el campo?

El viejo respondió con la misma impassibilidad brutal:

—Fui yo.

—¿Usted los ha matado a todos?

—A todos, sí. Yo mismo.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

—Dígame cómo se las arreglaba.

Esta vez el hombre pareció emocionado; la necesidad de hablar durante mucho tiempo lo incomodaba visiblemente. Balbució:

—¿Y yo qué sé? Me las apañé como vino a cuento.

El coronel prosiguió:

—Le advierto que tendrá que contármelo todo. Conque haría bien decidiéndose inmediatamente. ¿Cómo empezó?

El hombre lanzó una inquieta mirada a su familia, atenta a sus espaldas. Dudó todavía un instante y después, de repente, se decidió.

—Volvía a casa una noche, pues que sobre las diez, al día siguiente de llegar ustedes aquí. Usted, y así mismo sus soldados, me habían quitado más de cincuenta escudos de forraje, y encima una vaca y dos carneros. Me dije: Tantas veces como me quiten veinte escudos, otras tantas me los cobraré. Y además tenía otras cosas también en el corazón, ya les diré cuáles. En esto que vi uno de sus jinetes que fumaba su pipa junto a mi zanja, detrás de mi granero. Fui a descolgar mi hoz y volví a pasitos cortos

por detrás, él no oyó nada de nada. Y le cortó la cabeza de un golpe, de uno solo, como una espiga, ni tiempo tuvo de decir «¡ay!». No tienen más que buscar en el fondo de la charca: lo encontrarán dentro de un saco de carbón, con una piedra de la cerca. Yo tenía mi idea. Le quité todos sus chismes, de las botas al gorro, y los escondí en el horno de yeso del bosque Martín, detrás del corral.

El anciano calló. Los oficiales, pasmados, se miraban. Volvió a empezar el interrogatorio, y he aquí lo que supieron:

Una vez cometido su crimen, el hombre había vivido con este pensamiento: «¡Matar prusianos!» Los odiaba con un odio solapado y sañudo de campesino codicioso y al propio tiempo patriota. Tenía su idea, como él mismo decía. Esperó unos cuantos días.

Disfrutaba de libertad para ir y venir, para entrar y salir a su guisa, pues se había mostrado muy humilde con los vencedores, sumiso y complaciente. Todas las tardes veía partir a los correos; y una noche salió, tras haber oído el nombre del pueblo al cual se dirigían los jinetes, ya que había aprendido, con el trato de los soldados, las pocas palabras de alemán que necesitaba.

Salió de su corral, se deslizó en el bosque, llegó al horno de yeso, penetró hasta el final de la larga galería y, encontrando en el suelo las ropas del muerto, se vistió con ellas.

Entonces empezó a vagar por los campos, arrastrándose, siguiendo los taludes para ocultarse, escuchando los menores ruidos, inquieto como un cazador furtivo.

Cuando creyó llegada la hora, se acercó al camino y se escondió en un matorral. Siguió esperando. Por fin, hacia medianoche, sonó sobre la tierra dura de la senda el galope de un caballo. El hombre pegó la oreja al suelo para asegurarse de que se acercaba un solo jinete, y después se preparó.

El ulano llegaba a trote ligero, trayendo unos despachos. Marchaba con ojo alerta y oído aguzado. Cuando estuvo sólo a diez pasos, el viejo Milon se arrastró a través del camino gimiendo: «Hilfe! Hilfe! ¡Socorro! ¡Socorro!» El jinete se detuvo, reconoció a un alemán desmontado, lo creyó herido, bajó del caballo, se acercó sin sospechar nada y, al inclinarse sobre el desconocido, recibió en pleno vientre la larga hoja curvada del sable. Se derrumbó, sin agonía, sacudido solamente por unos estremecimientos supremos.

Entonces el normando, radiante con una alegría muda de viejo campesino, se levantó y, por puro gusto, cortó la garganta del cadáver. Después lo arrastró hasta la cuneta y lo arrojó a ella.

El caballo, tranquilo, esperaba a su amo. El viejo Milon montó en él, y partió al galope a través de las llanuras.

Al cabo de una hora distinguió a dos ulanos juntos que volvían al cuartel. Se lanzó en derechura hacia ellos, gritando de nuevo: «¡Hilfe! ¡Hilfe!» Los prusianos lo dejaron acercarse, al reconocer el uniforme, sin la menor desconfianza. Y el viejo pasó como una bala entre los dos, derribándolos a uno y otro con su sable y un revólver.

Después degolló los caballos, ¡caballos alemanes! Después regresó lentamente al horno de yeso y ocultó un caballo en el fondo de la oscura galería. Se quitó el uniforme, recogió sus míseros harapos y, de vuelta en su cama, durmió hasta la mañana.

Durante cuatro días no salió, esperando a que finalizase la investigación abierta; pero al quinto día partió de nuevo, y mató dos soldados más con la misma estrategia. A partir de entonces ya no se detuvo. Todas las noches vagaba, erraba a la ventura, matando prusianos ora aquí, ora allá, galopando por los campos desiertos, bajo la luna, ulano perdido, cazador de hombres. Después, acabada su tarea, dejando a sus espaldas cadáveres tendidos a lo largo de los caminos, el viejo jinete regresaba para ocultar en el fondo del horno de yeso su caballo y su uniforme.

A eso del mediodía, con aire tranquilo, iba a llevar avena y agua a su montura que se había quedado en el fondo del subterráneo, y la alimentaba con profusión, pues exigía de ella un gran trabajo.

Pero, la víspera, uno de los atacados estaba en guardia y había asestado un sablazo en la cara del viejo campesino.

¡Los había matado a los dos, sin embargo! Había regresado, había escondido el caballo y recogido su humilde traje; pero, al volver, lo asaltó la debilidad y se arrastró hasta la cuadra, sin poder llegar a la casa.

Allí lo habían encontrado ensangrentado, sobre la paja...

Cuando hubo acabado su relato, levantó de golpe la cabeza y miró orgullosamente a los oficiales prusianos. El coronel, que se retorció el bigote, le preguntó:

—¿No tiene usted nada más que decir?

—No, nada más; la cuenta es redonda: maté dieciséis, ni uno más, ni uno menos.

—¿Sabe usted que va a morir?

—No les he pedido gracia.

—¿Ha sido usted soldado?

—Sí. Hice una campaña, hace tiempo. Y además, ustedes mataron a mi padre, que era soldado del primer Emperador. Sin contar con que han matado a mi hijo el pequeño, François, el mes pasado, cerca de Evreux. Les debía algo, ya lo he pagado. Estamos en paz.

Los oficiales se miraban. El viejo prosiguió:

—Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, estamos en paz. Lo que es yo, no he querido buscarles pelea. ¡No los conozco de nada! Sé solamente de dónde vienen. Y aquí están en mi casa, mandando como si estuvieran en la suya. Me he vengado por los otros. Y no me arrepiento de nada.

E, irguiendo su torso anquilosado, el viejo cruzó los brazos en una actitud de humilde héroe.

Los prusianos hablaron mucho tiempo en voz baja. Un capitán, que también había perdido a su hijo el mes anterior, defendía a aquel magnánimo pordiosero.

Entonces el coronel se levantó y, acercándose al viejo Milton, bajando la voz:

—Escuche, abuelo, quizás haya un medio de salvarle la vida, y es...

Pero el hombrecillo no lo escuchaba y, con los ojos clavados en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba el vello de su cráneo, hizo una mueca espantosa que crispó su flaco rostro surcado por la cuchillada, e, hinchando el pecho, le escupió en plena cara al prusiano, con todas sus fuerzas.

El coronel, enloquecido, alzó la mano, y el hombre, por segunda vez, le escupió a la cara.

Todos los oficiales se habían levantado y gritaban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el hombrecillo, siempre impasible, fue adosado al muro y fusilado, mientras lanzaba sonrisas a Jean, su hijo mayor, a su nuera y a los dos chiquillos, que miraban, trastornados.

*Le Gaulois*, 22 de mayo 1883.

## *Una viuda*

---

*Une veuve*

Ocurrió el suceso, durante la época de caza, en el Castillo de Banneville. El otoño era lluvioso y triste; las hojas secas, en vez de crujir bajo los pies, se pudrían en las rodadas de los caminos empapadas por los aguaceros.

Casi desnudo ya de hojas, el bosque desprendía humedad como una sala de baños. Al penetrar en él, se sentía bajo los árboles, azotados por los chubascos, un tufo mohoso, un vaho de agua pantanosa, de hierbas humedecidas, de tierra mojada, y los cazadores, abrumados por aquella inundación continua; los perros, macilentos, con el rabo entre las patas y el pelo pegado sobre los lomos, y las jóvenes cazadoras, con los vestidos calados por la lluvia, regresaban todas las tardes, fatigadas de cuerpo y alma.

Después de comer, en el gran salón jugaban a la lotería, displicentes y sin animación, mientras el viento empujaba con violencia los postigos y hacia girar las veletas como un trompo. Quisieron entretenerse narrando cuentos, como dicen las novelas que se hace; pero a ninguno se le ocurrió nada que distrajera. Los cazadores explicaban aventuras a escopetazos, matanzas de conejos, y las mujeres se quebraban la cabeza sin hallar algo semejante a la imaginación de Scheherazada.

Se disponían a buscar otra diversión, cuando una muchacha, jugando distraídamente con la mano de una tía suya, vieja solterona, tropezó en una sortija hecha con cabellos rubios, que había visto ya otras veces sin que fijara su atención, y haciéndola girar en el dedo, preguntó:

—Dime, tía: ¿qué significa esto? Parece pelo de niño.

La señorita se ruborizó, luego palideció y dijo al fin con voz temblorosa:

—Es una historia tan triste, tan triste, que jamás quiero referirla, porque originó la desgracia de toda vida. Entonces era yo muy joven, pero me ha quedado un recuerdo tan doloroso, que aún me hace llorar.

Todos quisieron conocer la historia, pero la solterona se negaba a explicarla; por fin, tanto y tanto la rogaron, que la explicó:

—Ustedes me han oído hablar muchas veces de la familia Santéze, ya extinguida. Yo he conocido a los tres últimos hombres de la casa; los tres murieron de igual manera; este pelo es del último, que a los trece años se mató por mi. Les parece a ustedes raro, ¿verdad?

¡Oh!, era una raza original, raza de locos acaso, pero de una locura encantadora: eran locos de amor. Todos, de padres a hijos, tenían pasiones violentas, ímpetus que los lanzaban a las más extraordinarias empresas, a fanáticos sacrificios, a criminales intentos. El amor era en su familia tan exaltado como la piedad lo es en ciertas almas. Los trapenses no tienen la misma naturaleza que los trasnochadores.

Entre los parientes se decía: "Enamorado como un Santéze." Su aspecto los delataba; tenían el pelo ondulado, sobre la frente; la barba, rizada; rasgados los ojos, y sus penetrantes miradas eran perturbadoras.

El abuelo del último, cuyo recuerdo conservo, después de muchas aventuras, raptos y desafíos, a los sesenta y cinco años se enamoró perdidamente de la hija de su colono. He conocido a los dos.

Ella era rubia, pálida, fina; hablaba lentamente con voz suave, y su mirada era dulce, tan dulce como la de una Virgen. El anciano se la llevó consigo, y se sintió tan cautivado por la moza, que no podía estar un minuto sin ella. Su hija y su nuera,

viviendo en el castillo, encontraban aquello muy corriente; hasta ese punto era el amor tradicional en la familia. Tratándose de apasionamientos, nada podía sorprenderlas, y si se hablaba en su presencia de inclinaciones contrariadas, de amantes desunidos y hasta de venganzas que siguieron a traiciones amorosas, decían las dos con el mismo tono compasivo: "¡Ah! ¡Cuánto habrá sufrido para llegar a ese extremo!" Y nada más. Los dramas del corazón las emocionaban, pero no las indignaban nunca, aun cuando fuesen verdaderos crímenes.

Un otoño, el joven señor de Gradelle, que había sido invitado a cazar, se llevó a la moza.

El señor de Santéze pareció tranquilo, como si hubiese pasado; pero a los pocos días le encontraron ahorcado en una cuadra.

Su hijo murió de igual modo, en un hotel de París, durante un viaje que hizo en mil ochocientos cuarenta y uno, después de haber sido burlado por una cantante de ópera. Dejó un hijo de doce años y una viuda, hermana de mi madre. Los dos fueron a vivir casa, en nuestras posesiones de Bertillón. Entonces tenía yo diecisiete años.

No pueden ustedes figurarse la precocidad asombrosa de aquel niño. Parecía que toda la ternura, toda la exaltación de su raza se habían condensado en aquel último vástago. Deliraba siempre y se paseaba solo, durante horas y horas, por una calle de olmos, del castillo al bosque. Yo lo contemplaba desde mi balcón andar lentamente, con las manos a la espalda, la cabeza inclinada y deteniéndose de trecho en trecho para levantar los ojos, cual si percibiera, comprendiera y sintiera emociones impropias de su edad.

Muchas veces, después de comer, en las noches claras, me decía: "Prima, vamos a soñar..." Y salíamos juntos al parque. Se detenía bruscamente al llegar a una plazoleta, donde flotaba como neblina ligera y blanca el claror de luna, y me decía oprimiéndome las manos: "Mira, mira. Pero tú no me comprendes, lo adivino; si me comprendieras, seríamos felices. Es necesario amar para comprender." Yo reía y besaba tiernamente al niño, amante hasta morir.

Con frecuencia, durante la velada se sentaba sobre las rodillas de mi madre, diciéndole: "Vamos tía, cuéntanos historias de amor." Mi madre, para entretenerle le refería todas las leyendas de su familia, todas las apasionadas aventuras de sus antecesores, pues eran muchas las que se contaban, verdaderas y falsas. Fue su misma fama lo que perdió a todo los hermanos Santéze; Se exaltaban y se enorgullecían de no desmentir el renombre de su casa.

El niño se entusiasmaba con los relatos amorosos o terribles, y aplaudía, exclamando: " ¡Yo también, yo también sé amar, y mejor que todos ellos! "

Luego comenzó a galantearme; un galanteo tímido y tierno, del que nos reíamos los demás encontrándolo muy gracioso. Todas las mañanas tenía yo flores, cogidas por él, y todas las noches, antes de retirarse a su habitación, me besaba la mano murmurando: "¡Te adoro!"

Fui culpable, muy culpable; lloro sin cesar por ello, y por ello toda mi vida hice penitencia, quedando soltera o, mejor dicho, novia y viuda: su viuda. Me divertía con aquella pueril ternura, hasta la excitaba; fui coqueta, seductora, como si se tratase de un hombre; fui pérfida y atractiva. Enloquecí al pobre niño. Era un juego para mí y una distracción alegre para nuestras madres. ¡Figúrense ustedes, tenía doce años! ¡Quién habría tomado en serio aquella pasión infantil ¡A su ruego, yo le besaba y escribía para él cartas amorosas que leían nuestras madres; me contestaba en cartas ardientes que aún conservo. El desgraciado creía secreta nuestra intimidad amorosa, juzgándose un hombre. ¡Todos habíamos olvidado que era un Santéze!

Aquello duró casi un año. Una noche, en el parque, arrodillándose ante mí y besando la fimbria de mi vestido en un arranque furioso, repetía: " ¡Te adoro! ¡Te adoro! ¡Te adoraré hasta muerte! Si algún día me burlas, óyelo bien, si me abandonas por otro, haré como mi padre... " Y añadió con voz firme, que hacía estremecer: "Ya sabes lo que hizo."

Viendo mi sorpresa se levantó y, alzándose sobre las puntas de los pies para llegar hasta mi oído —pues no era tan alto como yo—, moduló mi nombre: " ¡Genoveva!" con voz tan suave, tan amorosa, que me hizo temblar de pies a cabeza.

Yo murmuré: "Retirémonos, retirémonos." El me siguió en silencio, pero al llegar junto a la escalinata, me detuvo para decirme: "Ya sabes que si me abandonas, me mato."

Entonces comprendí que había llegado muy lejos y procuré mostrarme reservada. Un día en que me reprochó mi conducta le dije: "Eres ya poco niño para jugar así con una mujer, y poco hombre para enamorarla. Esperemos."

En otoño le pusieron interno en un colegio. Cuando volvió en el verano próximo yo tenía novio. Él lo comprendió al punto, y durante ocho días lo vi tan reflexivo que me tuvo inquieta.

Al día noveno, cuando desperté, vi un papel echado por debajo de la puerta. Lo cogí, lo abrí, leyendo lo siguiente: "Me has abandonado y ya sabes lo que te dije. Has decretado mi muerte. Como quiero que seas tú quien me encuentre, baja al parque, acércate al mismo lugar donde el año pasado te dije que te adoraba y mira hacia arriba."

Creí volverme loca. Me vestí de prisa y corrí sin detenerme, al lugar indicado. Su gorrita de colegial estaba en el suelo, en el barro, porque durante la noche había llovido. Levanté los ojos y distinguí algo que se mecía entre las ramas al impulso del viento.

No sé lo que hice luego. Debí de gritar, desvanecerme, desplomarme o correr al castillo. Cuando recobré los sentidos, estaba en mi cama, con mi madre a la cabecera.

Creí que todo aquello lo había soñado en un delirio horroroso, y pregunté: "¿Y él?... ¿Y él?" No me contestaron. ¡Era verdad!

No me atreví a verlo otra vez, pero pedí un mechón de sus cabellos. Esto..., esto...

Y la vieja señorita, con ademán desesperado, alargaba su mano temblorosa.

Luego se sonó repetidas veces. se limpió los ojos y añadió: "Sin decir la causa, renuncié al matrimonio, decidiendo ser para siempre... la..., la viuda de aquel niño de trece años."

Después inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó llorando largo rato.

Cuando se retiraban todos a sus habitaciones para dormir, un grueso cazador, cuya tranquilidad habitual se había perturbado con aquella historia, murmuró al oído de su vecino:

—¿No es una desdicha ser sentimental hasta ese punto?

*Le Gaulois*, 1 de septiembre 1882

## *Yveline Samoris*

---

*Yveline Samoris*

La condesa de Samoris.

—¿Esa señora de negro, allá lejos?

—La misma, lleva luto por su hija, a quien mató.

— ¡Vamos! ¿Qué me cuenta?

—Una historia muy simple, sin crimen y sin violencias.

—¿Qué pasó, pues?

—Casi nada. Dicen que muchas cortesanas nacieron para ser mujeres honestas; y muchas mujeres llamadas honestas, para ser cortesanas, ¿no? Pues la señora de Samoris, nacida cortesana, tenía una hija nacida mujer honesta, y eso es todo.

—No lo entiendo bien.

—Me explicaré.

\*\*\*

La condesa de Samoris es una de esas extranjeras de pacotilla que llueven a cientos sobre París, todos los años. Condesa húngara o polaca, o no sé qué, apareció un invierno en un piso de los Campos Elíseos, ese barrio de las aventureras, y abrió sus salones al primero que llegara.

Yo iba allí. ¿Por qué?, me dirá usted. No lo sé demasiado bien. Iba como vamos todos, porque se juega, porque las mujeres son fáciles y los hombres indecentes. Ya conoce usted ese mundo de filibusteros con condecoraciones variadas, todos nobles, todos con títulos, todos desconocidos en las embajadas, con excepción de los espías. Todos hablan del honor a troche y moche, citan sus antepasados, cuentan su vida, fanfarrones, mentirosos, tramposos, peligrosos como sus naipes, engañosos como sus apellidos, la aristocracia del presidio, en fin.

Adoro a esa gente. Son interesantes de estudiar, interesantes de conocer, divertidos de oír, a menudo ingeniosos, jamás triviales como funcionarios públicos. Sus mujeres son siempre bonitas, con un leve sabor de pillería extranjera, con el misterio de su existencia transcurrida acaso a medias en un correccional. Tienen en general ojos soberbios y un pelo inverosímil. Las adoro también.

La señora de Samoris es el prototipo de esas aventureras: elegante, madura y todavía guapa, encantadora y felina, se la nota viciosa hasta la médula. Nos divertíamos mucho en su casa, jugábamos, bailábamos, cenábamos a altas horas...; en fin, hacíamos todo cuanto constituye los placeres de la vida mundana.

Y tenía una hija, alta, espléndida, siempre alegre, siempre propensa a las fiestas, siempre riendo a todo reír y bailando hasta reventar. Una auténtica hija de aventurera. Pero una inocente, una ignorante, una ingenua, que no veía nada, no sabía nada, no entendía nada, no adivinaba nada de cuanto pasaba en la casa paterna.<sup>30</sup>

—¿Cómo lo sabe usted?"

—¿Cómo lo sé? Es de lo más gracioso. Lllaman una mañana a mi casa, y mi ayuda de cámara viene a avisarme de que don Joseph Bonenthal pregunta por mí. Digo al punto:

—¿Quién es ese señor?

---

<sup>30</sup> Aunque el adjetivo paternelle no parezca el más adecuado en este caso, puesto que no hay padre a la vista, todas las ediciones, salvo la de Schmidt, son concordes en darlo así.



Mi servidor respondió:

—No lo sé muy bien, señor, quizás se trate de un doméstico.

Era un doméstico, en efecto, que quería entrar en mi casa.

"¿De dónde sale usted?"

—De casa de la señora condesa de Samoris.

—¡Ah! Pero mi casa no se parece en nada a la suya.

—Lo sé perfectamente, señor, y por eso quisiera entrar en la casa de usted; estoy harto de esa gente; uno pasa por ella, pero no se queda.

Justamente necesitaba un hombre, y lo contraté.

Un mes después, la señorita Yveline Samoris moría misteriosamente; y he aquí todos los detalles de esa muerte, que supe por Joseph, quien los sabía por su amiga la doncella de la condesa.

Una noche de baile, dos recién llegados charlaban detrás de una puerta. La señorita Yveline, que acababa de bailar, se apoyó contra esa puerta para respirar un poco de aire. No la vieron acercarse; ella los oyó. Decían:

—Pero ¿quién es el padre de la jovencita?

—Un ruso, parece, el conde Ruvalof. Ya no ve a la madre.

—¿Y el príncipe reinante de hoy?

—Ese príncipe inglés que está de pie junto a la ventana. La señora Samoris lo adora. Aunque sus adoraciones nunca duran más de un mes o seis semanas. Por lo demás, ya ve usted que el personal de amigos es numeroso; todos son llamados... y casi todos son escogidos. Cuesta un poco caro, pero... ¡bah!

—¿De dónde sacó ese nombre de Samoris?

—Del único hombre al que quizás amó, un banquero israelita de Berlín que se llamaba Samuel Morris.

—Bien. Se lo agradezco. Ahora que estoy informado, lo veo todo claro. Y me lanzaré de cabeza.

¿Qué tormenta estalló en aquel cerebro de jovencita dotada de todos los instintos de una mujer honesta? ¿Qué desesperación trastornó aquella alma sencilla? ¿Qué torturas apagaron la alegría incesante, la risa encantadora, la exultante dicha de vivir? ¿Qué combate se entabló en su corazón, tan joven, hasta la hora en que hubo marchado el último invitado? Eso era lo que Joseph no podía decirme. Pero esa misma noche Yveline entró bruscamente en el cuarto de su madre, que iba a meterse en cama, mandó salir a la camarera, que se quedó detrás de la puerta, y de pie, pálida, con los ojos agrandados, dijo:

—Mamá, esto es lo que he oído hace un poco en el salón.

Y contó palabra por palabra la conversación que le he citado.

La condesa, estupefacta, no sabía al principio qué responder. Después lo negó todo con energía, inventó una historia, juró, puso a Dios por testigo.

La joven se retiró trastornada, pero no convencida. Y espío.

Recuerdo perfectamente el extraño cambio que había sufrido. Estaba siempre seria y triste; y clavaba en nosotros sus grandes ojos fijos como para leer en el fondo de nuestras almas. No sabíamos qué pensar, y se pretendía que buscaba un marido, ora definitivo, ora pasajero.

Una noche no le cupieron más dudas: sorprendió a su madre. Entonces, fríamente, como un hombre de negocios que plantea las condiciones de un trato, dijo:

—Mamá, he decidido una cosa. Nos retiraremos las dos a un chalecito o bien al campo; viviremos sin ruido, como podamos. Sólo tus joyas valen una fortuna. Si encuentras un hombre honrado con quien casarte, mejor que mejor; y mejor aún si también yo encuentro uno. Si no consientes en esto, me mataré.

Esta vez la condesa mandó a su hija a la cama y le prohibió repetir aquella lección, tan inoportuna en sus labios.

Yveline respondió:

—Te doy un mes para reflexionar. Si en un mes no hemos cambiado de existencia, me mataré, pues no me queda ninguna otra salida honorable en la vida.

Y se marchó.

Al cabo de un mes, se seguía bailando y cenando a altas horas en el hotel Samoris.

Yveline entonces pretendió que le dolían las muelas y mandó comprar en un farmacéutico vecino unas gotas de cloroformo. Al día siguiente volvió a hacerlo; tuvo que recoger en persona, cada vez que salía, dosis insignificantes del narcótico. Llenó una botella.

La encontraron, una mañana, en su cama, ya fría, con una careta de algodón sobre el rostro.

Su ataúd fue cubierto de flores, la iglesia revestida de blanco. Hubo una muchedumbre en la ceremonia fúnebre.

Pues bien, ¡de veras! , si lo hubiera sabido —aunque nunca se sabe—, quizás me habría casado con aquella muchacha. Era terriblemente guapa.

\*\*\*

—Y la madre, ¿qué pasó con ella?

— ¡Oh! Lloró mucho. Sólo hace ocho días que vuelve a recibir a sus íntimos.

—¿Y qué dijeron para explicar esa muerte?

—Se habló de un nuevo modelo de estufa cuyo mecanismo se había estropeado. Como ya en otra época habían tenido mucha resonancia los accidentes de esos aparatos, la cosa no pareció nada inverosímil.

*Le Gaulois*, 20 de diciembre 1882.

## *Yvette (El vicio amoroso)*

---

Yvette

### I

Al salir del café, Juan de Servigny dijo a su amigo León Laval:

—Si te parece, no tomaremos coche. Da gusto andar con un tiempo tan hermoso.

Y su amigo contestó:

—Me parece muy bien.

Juan repuso:

—No son las once aún; llegaremos antes de medianoche; vayamos tranquilamente.

Una muchedumbre agitada bullía en el bulevar, con la animación propia de las noches de verano, bebiendo, susurrando y deslizándose como una corriente de bienestar y alegría. De cuando en cuando, las ventanas de un café arrojaban su claridad sobre los que ocupaban en la calle las mesitas atestadas de botellas y de vasos, Y en el arroyo, los coches con faroles rojos, verdes o azules, pasaban rápidamente, mostrando la silueta del penco flaco y trotador, el perfil del cochero y la caja sombría.

Los dos amigos andaban lentamente, con el abrigo al brazo, el cigarro en la boca, una flor en el ojal de la levita y el sombrero algo inclinado, como alguna vez se lleva con cierto abandono, desués de comer bien y cuando sopla un airecillo agradable y templado.

Se habían conocido en el colegio, y desde la niñez los unía estrecha, sólida y firme amistad.

Juan de Servigny, de regular estatura, esbelto, un poquito calvo y bastante delgado, muy elegante, con el bigote muy rizado, los ojos claros, los labios finos, era uno de esos trasnochadores que parecen nacidos y educados en pleno bulevar, infatigable aun cuando tenía siempre apariencias de fatigado, vigoroso y descolorido; era el tipo del parisiense delicado, que a fuerza de gimnasia, esgrima, duchas y estufa, consigue una fuerza nerviosa y ficticia. Tan conocido por sus calaveradas como por su ingenio, por su fortuna, por sus relaciones, por la sociabilidad, amabilidad y galantería mundana, peculiares a ciertos hombres.

Verdadero parisiense, despreocupado, escéptico, variable, irresistible, irresoluto y enérgico, egoísta por educación y generoso por instinto, capaz de todo y de nada, consumía sus rentas con moderación y se divertía con higiene. Indiferente y apasionado, se abandonaba y se reprimía sin cesar, combatido por inclinaciones opuestas y cediendo a todas, para obedecer al fin a su conveniencia de hombre placentero, cuya lógica de veleta consistía en seguir el viento y aprovecharse de las circunstancias como se ofrecieren, pero sin tomarse nunca la molestia de prepararlas.

Su compañero León Laval, rico también, era uno de esos arrogantes colosos que, al pasar por la calle, obligan a las mujeres a volver la cabeza para contemplarlos. Daba la idea de un monumento hecho hombre, de un modelo de la raza, como esos ejemplares elegidos que se ven en las exposiciones. Demasiado hermoso, demasiado alto, demasiado fornido y demasiado resistente, superaba por exceso en todo, por exceso de cualidades. Había inspirado muchas pasiones.

A la puerta del Vaudeville preguntó a su amigo:

—¿Anunciaste a esa señora mi presentación?

Servigny soltó la risa.

—¡Anunciar una presentación a la marquesa Obardi! ¿Anuncias al conductor de un ómnibus que subirás en su carruaje cuando te dé la gana?

Laval, entonces, preguntó algo perplejo:

—¿Qué clase de mujer es ésa?

Y el otro respondió:

—Es una advenediza, una improvisada, una farfullera muy agradable, que apareció un día nadie sabe cómo ni por dónde, en la sociedad aventurera, y supo lucir y convencer. ¿Qué nos importa lo demás? Dicen que su verdadero nombre, su nombre de familia es Octavia Bardin. con el cual formó su título de Obardi, conservando la primera letra del nombre y suprimiendo la última del apellido. Es una mujer muy agradable, de la que serás amante sin excusa posible, por tu físico. No se lleva en balde a Hércules a casa de Mesalina. Tengo que advertirte que, si la entrada es libre, como en los bazares, en esa casa no se adquiere la obligación forzosa. de adquirir lo que dentro se vende. Allí se juega y se ama, pero no te comprometen a esto ni a aquello. Es libre también la salida. Se instaló hace tres años en el barrio de la Estrella, lugar sospechoso, y abrió sus salones a esa espuma de los continentes que llega para ejercer en París sus talentos varios, temibles y criminales. ¿Cómo fui a su casa? No lo sé. Acaso porque había en ella juego, amores fáciles y hombres viciosos. Me atrae la sociedad filibustera con sus decoraciones variadas; todos extranjeros, todos nobles, todos felices, al parecer, y todos desconocidos en las embajadas de sus respectivas naciones, excepto los espías. Todos hablan del honor a propósito de... unas botas, y citan a sus antepasados en toda ocasión; refieren su historias sin venir a cuento; son charlatanes, embusteros, tramposos; falsos como su nombre; osados por necesidad, como los bandoleros, que sólo pueden robar a caminantes arriesgando sus vidas. Forman algo así como la aristocracia del presidio. Me divierten; me interesa conocerlos, penetrarlos; me distrae oírlos; con frecuencia son decisores y nunca son vulgares como los funcionarios franceses. Nacen mujeres hermosas, con un dejo de bribonería extraña, con el misterio de su existencia desconocida.

Ellas tienen por lo general ojos abrasadores y cabellos incomparables, todo lo necesario para ser deseadas; ¡una gracia que emborracha, una seducción que enloquece, un encanto perturbador, irresistible! Son dominadoras como los aventureros de otras épocas; rapaces, verdaderas hembras de pajarracos de rapiña. Me resultan adorables. La marquesa Obardi es el modelo de tan elegantes perdidas. Algo madura y siempre bella, encantadora y felina, se la siente viciosa y brutal hasta la medula de los huesos. Su casa es de lo más divertido, allí se juega, se baila, se cena..., y se hace todo lo que resulta un placer en la vida mundana.

León Laval preguntó:

—¿Fuiste o eres su amante?

Servigny le respondió:

—No lo he sido, ni lo soy, ni lo seré. Me gusta la hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

—¡Maravillosa! ¡Una hija maravillosa! Hoy por hoy es el principal atractivo en aquella caverna. Gallarda, buena moza; dieciocho años..., ¡a punto de caramelo! Tan rubia como su madre morena, siempre alegre, siempre dispuesta para diversiones, riendo y bailando siempre. ¿Cuándo y dónde caerá? ¿Cayó a estas alturas? No lo sé. Muchos aguardamos la ocasión. Veremos. Una criatura como ésa, en manos de una mujer como la Obardi, es un tesoro. Se defienden bien las dos malditas. Nadie comprende su juego.

Acaso aguardan algo que les convenga más..., que yo. Pero yo te aseguro que me aprovecharé si la ocasión se me ofrece alguna vez. La muchacha me desconcierta por

completo. Si no es el mayor monstruo de perversidad y astucia que imaginarse podría, es el caso de inocencia más ideal que se haya visto. Vive en ese ambiente de corrupción, satisfecha, tranquila y triunfante, admirablemente disimulada o sencilla. Maravilloso retoño de aventurera, nacido en el estercolero del peor mundo, como una planta magnífica entre basura, acaso es hija de algún aristócrata, de algún artista genial, de algún príncipe, de algún rey divertido una hora en el lecho de la madre. Tan misterioso como su existencia es también su pensamiento. Ya verás.

Laval reía, diciendo:

—Estás enamorado.

—No. Estoy en lista, no es lo mismo. Te presentaré a mis rivales más temibles. Pero me parece que les llevo alguna ventaja. Ella me distingue con sus atenciones.

Repitió Laval:

—Estás enamorado.

—No. La muchacha me turba, me seduce y me inquieta, me atrae y me descompone; pero desconfío de todo junto a ella, receloso de una emboscada; la deseo, como deseo un sorbete cuando estoy sediento. Me fascinan sus encantos y me acerco a ella con las aprensiones que sentiría si me acercase a un ladrón. A su lado me conmueve su candor posible y me hace desconfiar su malicia no menos probable. La siento como un ser anormal, sustraído a las rigurosas leyes de la Naturaleza, sublime o detestable, no lo sé.

Laval repetía por tercera vez:

—Estás enamorado. Hablas de la mujer con énfasis poético y lirismos de trovador. Vaya, obsérvate, abre los ojos, palpa tu corazón y confiesa.

Servigny anduvo un rato en silencio; después, continuó:

—Es posible. Desde luego me preocupa mucho. Sí; acaso estoy enamorado. Pienso con excesiva frecuencia en ella: dormido y despierto... La cosa es grave. Su imagen me sigue, me persigue, me acompaña sin cesar, a mi lado siempre, alrededor de mí, dentro de mí. ¿Esto es amor? ¿Es una obsesión física? Tan profundamente se grabó su rostro en mi alma, que se me aparece cada vez que cierro los ojos. Al verla, el corazón me palpita, no lo niego. Amo, no lo dudo, pero de mala manera. La deseo ardientemente y la idea de que pueda ser mi esposa me parece una locura, una estupidez, una monstruosidad. A veces me hace temer como temen los pájaros cuando el gavilán voltea. Y vivo celoso de todo lo que se me oculta en aquel incomprensible corazón. En ocasiones me pregunto: ¿Es una encantadora niña o una perversa? Dice las cosas con una ingenuidad aterradora; pero las cotarras hablan así también. Suele mostrarse imprudente o impúdica de tal modo, que me hace afirmar su candor immaculado, o sencilla con sencillez inverosímil, que me hace suponer que nunca fue casta. Me provoca, excitándome como una cortesana y despidiéndose como una virgen. Creo que me quiere y que se burla de mí; en público se ofrece como si fuera mi querida, y en la intimidad me trata como a un hermano unas veces, y otras, como a un criado.

Ya imagino que tiene tantos amantes como su madre, ya la creo ignorante de la vida, ignorante de todo. ¿Comprendes? Ha leído muchas novelas. Yo, aguardando mejor empleo, dirijo sus lecturas. Ella me llama su "bibliotecario". Cada semana, la Librería Nueva, le remite de mi parte cuanto se publica, y todo lo lee. Tanta lectura desordenada formará en su cerebro un pisto atroz, ¡y acaso éste sea el motivo principal de sus maneras inexplicables. A través de quince mil novelas, deben formarse ideas muy extrañas de la vida. Espero. Ciertamente, nunca sentí por mujer alguna lo que siento por ésta; pero estoy seguro de no casarme con ella. Si tuvo amantes aumentaré su lista cuando el turno me llegue; si no los ha tenido, la encabezaré siendo el primero. El caso es muy sencillo. Una mujer así no puede casarse. ¿Dónde hay un marido para la hija de

la marquesa Obardi, Octavia Bardin? Imposible, por mil razones. ¿Un hombre de buena sociedad cargaría con ella? Nunca. Es la de la madre una casa pública, y la niña sirve de cebo para la clientela. No hay quien lo pase. ¿Y un burgués? Menos. Además, la marquesa no admite malos negocios, y necesita para la muchacha un hombre de brillante posición. Una mujer que no pertenece a la nobleza ni a la burguesía, ni al pueblo humilde, no puede casarse. Por su descendencia, por su nacimiento, por su educación, por sus maneras, por sus costumbres pertenece a la prostitución elegante, y no escapa, so pena de hacerse monja, lo que no es probable. Sólo hay para ella un porvenir: el amor. Caerá con el tiempo, si no ha caído, y así sea en mis brazos. Lo espero. Tiene muchos pretendientes: un francés, el señor de Belvigne; un ruso, llamado el príncipe Kravalov; un italiano, el caballero Valreall, presentaron francamente sus candidaturas y maniobran por triunfar. Son los principales y hay muchos otros merodeadores de menos importancia. La marquesa está en acecho, pero me parece que puso los ojos en mí, creyéndome tal vez más rico y más aficionado que mis contrincantes. El salón de la marquesa es de lo más original que se ha visto en este género de exposiciones. Encuéntrase allí caballeros en toda regla, no seremos los únicos. En cuanto a mujeres, ha escogido lo mejor entre las buscadoras de oro. No sé dónde las busca ni cómo las encuentra; pero esas mujeres elegantes y cultas, al parecer, no son muy diferentes de las verdaderas perdidas. La Obardi tuvo una inspiración genial: reunió especialmente aventureras madres, prefiriendo siempre a las que tienen hijas y las llevan consigo. De modo que un imbécil supone que allí trata con señoras decentes.

## II

Llegaban a la avenida de los Campaos Elíseos. Una brisa ligera removía dulcemente las hojas de los árboles y refrescaba los rostros como el dulce balanceo de un abanico gigante. Sombras mudas vagaban entre los árboles; otras, en los bancos, uníanse fomando masas confusas. Y éstas y aquéllas hablaban muy bajo, como si se confiaran secretos importantes o vergonzosos.

Servigny prosiguió:

—No puedes imaginarte la colección de títulos fantásticos y nuevos que te asaltan en aquella guarida. Y, a propósito; voy a presentarte haciéndote conde; si, "el conde Laval"; Laval a secas no resultaría de buen efecto.

Su amigo exclamó:

—De ningún modo. No quiero que nadie me atribuya, ni un solo instante, ni siquiera esas gentes, la ridícula pretensión de lucir un título imaginario. ¡Ah! Eso, nunca.

Servigny saltó la risa.

—Eres muy estúpido. A mí, en aquel centro, me llaman el duque de Servigny. No sé cómo ni por qué me bautizaron; y soy en aquella casa "el duque", sin quejarme ni protestar. Allí no me importa; y sin esto, me desdeñarían espantosamente.

Laval no se dejaba convencer.

—Tú eres de una familia noble, y eso en ti puede pasar. Pero yo no puedo admitir esa farsa, no; seré el único plebeyo del salón; en esto me distinguiré de todos y acaso esta diferencia me dé mayor importancia.

Servigny obstinándose, repetía:

—No es posible, te aseguro que no es posible. ¿Oyes? No es posible; parecerías casi un monstruo. Harías el efecto de un traperero entre una reunión de magnates. Déjame presentarte como virrey del Alto Missisipi: a nadie sorprenderá.

—No quiero, en absoluto; no quiero.

—Sea. Pero soy muy tonto en esforzarme por convencerte, cuando estoy seguro de que al entrar, sin decirles nada, te decoran con un título, como reparten a las damas ramitos de violetas a la puerta de algunos almacenes de modas.

Tomaron la calle de Berry, subieron al primer piso de un elegante hotel de construcción moderna y dejaron sus abrigos y bastones a cuatro criados que iban de calzón corto.

Un hálito abrasador, de fiesta, de flores, de perfumes, de mujeres, se respiraba al entrar; un murmullo intenso y continuado salía de las habitaciones inmediatas, llenas de gente.

Uno así como maestro de ceremonias, alto, derecho, grueso, se rio y con patillas blancas, se acercó a los recién llegados preguntando:

—¿A quién debo anunciar?

Servigny respondió:

—Al señor de Laval.

Entonces, levantando la cortina, el hombre de las patillas dijo con voz sonora:

—El señor duque de Servigny. El señor barón de Laval.

El primer salón estaba lleno de mujeres que lucían sus pechos desnudos asomando por escotes abiertos en trajes lucidos y primorosos.

La señora de la casa estaba en pie hablando con tres amigas y se acercó a ellos con paso majestuoso, con graciosos movimientos y sonrisas amables.

Su frente, muy estrecha, se coronaba de abundante cabello negro y brillante.

Era buena moza y arrogante, demasiado gruesa y un poco madura, pero muy hermosa, de una belleza palpitante y dominadora. Bajo un casco de cabellos que hacían soñar y obligaban a sonreír, haciéndola misteriosamente apetecible, abríanse dos ojos enormes, negros también. La nariz era pequeña, la boca grande, infinitamente seductora, hecha para sonreír y acariciar.

Su mayor atractivo estaba en la voz, que salía entre sus labios como el agua de un manantial, tan fácil, tan ligera, tan bien timbrada, tan cristalina, que oyéndola solamente se gozaba de una voluptuosidad. Era un goce para el oído recoger aquellas notas dulces, aquellas palabras vibrantes como la corriente de un arroyuelo; era un goce para los ojos ver el movimiento de aquellos labios, con exceso encendidos.

Teniendo una mano abandonada a Servigny, que la besó, soltó el abanico, pendiente de una preciosa cadena de oro labrado, para ofrecer la otra mano a Laval, diciéndole:

—Sea usted bienvenido, barón; todos los amigos del duque, aquí están en su casa.

Luego clavó su brillante mirada en el coloso. La condesa tenía cubierto el labio superior por una sombra de bozo que se le notaba más cuando hablaba. Su perfume favorito, fuerte, irritante, agradable, atraía; era, sin duda, aroma de América o de la India.

Otros visitantes llegaron: condes, marqueses, príncipes; ella dijo a Servigny, con expresión maternal:

—Encontrará usted a la niña en el otro salón. A divertirse; cuanto hay en mi casa es de ustedes.

Y los dejó para saludar a los recién llegados, lanzando a Laval una mirada furtiva y risueña, de las que usan las mujeres para dar a entender a un hombre que las agradó.

Servigny cogió del brazo a su amigo, diciéndole:

—Voy a guiarte. Aquí se reúnen las mujeres; mira, este salón es un templo de la Carne..., fresca o en adobo. Servicios usados, que valen como nuevos y a veces más, que se cotizan bien y se alquilan. A la izquierda, el juego: aquel salón es el templo del Dinero. En el del fondo, se baila: el tercer salón es el templo de la Inocencia. el santuario, el... mercado donde se negocian las doncellas. Allí exhiben estas damas los

productos de su fabricación. Hasta se consienten uniones legítimas. Aquello es el porvenir, la esperanza de... nuestras noches, lo más curioso que se observa en este museo de enfermedades morales; niñas que tienen dislocada el alma como los miembros de los infantiles clowns, hijos de saltimbanquis. Vamos a verlas.

Saludaba, prodigando expresiones galantes, a derecha y a izquierda, hundiendo la mirada en las desnudeces de sus conocidas. En el salón de las vírgenes, una orquesta tocaba un vals; se detuvieron a la puerta para ver. Quince parejas danzaban; los hombres, gravemente; las mujeres, con la sonrisa en los labios. Iban casi todas escotadas como sus mamás, y los corpiños de algunas se apoyaban ligeramente sobre los hombros con un lazo de cinta estrecha, dejando ver en ocasiones las axilas velludas.

Bruscamente, desde el fondo del salón, una muchacha hermosa y arrogante, haciéndose lugar entre los que bailaban y sosteniendo con su mano izquierda la desmesurada cola de su vestido, avanzó hacia ellos, gritando:

—¡Eh! ¡Galán! ¡Buenas noches, galán!

Había en sus facciones una exuberancia de vitalidad y el placer se irradiaba en su rostro como una brillante aureola. Su cutis era blanco, sonrosado, transparente y sus abundantes cabellos, dorados al fuego, resplandecían, pesando con su abundancia sobre su frente angelical y sobre su cuerpo flexible, un poco delgado.

Parecía formada para moverse, como la madre para hablar; de tal modo eran sencillos, naturales y nobles sus gestos. Viéndola inclinarse, andar, bracear, sentíase un goce moral y un placer físico.

Siguió alborotando:

—¡Eh! ¡Galán! ¡Buenas noches, galán!

Servigny le dió la mano, sacudiéndola violentamente, como a un hombre, mientras hacia la presentación:

—La señorita Yvette; mi amigo, el barón de Laval.

Yvette saludó al desconocido y, contemplándole sonriente, le preguntó:

—¿Está usted así tan crecido todos los días?

Con el tono burlón que le servía para encubrir sus desconfianzas, su incertidumbre, Servigny respondió:

—No, señorita. Hoy se ha estirado lo más posible para presentarse a mamá, que gusta de los buenos mozos.

La muchacha dijo con muy cómica seriedad:

—Perfectamente; pero cuando venga usted por mi, achíquese un poco, si es posible; yo prefiero los hombres más pequeños. Mire usted a mi galán, que tiene las necesarias proporciones.

Y ofreció a su nuevo y gigantesco amigo una mano pequeña y fina, diciendo a Servigny:

—¿Baila usted, galán? Vaya. Una vuelta de vals conmigo.

Sin responder, con un movimiento rápido, Servigny estrechó el talle de la muchacha y se alejaron con la furia de un torbellino.

Iban más de prisa que todos; girando, girando, avanzaban muy juntos, con los cuerpos rígidos y las piernas casi inmóviles, como si un mecanismo invisible los impulsara.

Parecían infatigables. Todas las parejas terminaron y ellos continuaban solos, valsando indefinidamente, como si no supiesen lo que hacían ni dónde estaban, como si hubieran huido lejos de allí, en un éxtasis. Los músicos de la orquesta seguían tocando, con los ojos puestos en la pareja endiablada. Todo el mundo los contemplaba, y cuando al fin se detuvieron, todos los aplaudían.



Ella tenía un poco arrebatado el color, y en sus ojos una expresión extraña; ojos ardientes y tímidos, nos muy turbados, con el iris tan azul y la pupila tan negra, que no parecían ojos humanos.

Servigny se sintió desvanecido, y se apoyó en una puerta para recobrar su aplomo.

Yvette le dijo:

—Se le va la cabeza, mi pobre galán. Yo soy más fuerte.

El sonreía nerviosamente y la devoraba con los ojos, concibiendo brutales deseos.

Ella, frente a él, brindaba sonriente a las miradas del hombre un pecho desnudo y palpitante, y dijo:

—En algunas ocasiones parece usted un gato dispuesto a saltar sobre su presa. Vaya, déme usted el brazo y busquemos a su amigo.

Sin decir una palabra, Servigny le ofreció su brazo y atravesaron el gran salón.

Laval no estaba solo ya. La marquesa Obardi le acompañaba. Le hablaba de cosas corrientes, de asuntos mundanos, con aquella voz encantadora que hacia delirar. Y clavándole hasta lo más profundo los ojos, parecía decirle otras frases distintas de las que pronunciaba su boca. Viendo a Servigny, la marquesa le sonrió, diciéndole:

—Sepa usted, duque amigo, que tengo alquilada en Bougival una villa para pasar dos meses en ella. Supongo que nos visitarán usted y su amigo. Me voy el próximo lunes. ¿Quieren ir a comer el sábado y quedarse allí todo el domingo?...

Servigny volvió bruscamente la cabeza para mirar a Yvette. Ella sonrió, tranquila, serena, y dijo con un aplomo que no dejaba lugar a dudas:

—Claro es que mi galán irá el sábado a comer con nosotras. Y nos divertiremos lo indecible, corriendo por el campo.

Servigny creyó adivinar una promesa en la sonrisa y sorprender una intención en el tono.

Entonces la marquesa, fijando en Laval sus magníficos ojos negros, le preguntó:

—¿Usted irá también?

Y su sonrisa era seguramente una promesa; Laval, inclinándose, contestó:

—Es para mi un gran placer, señora.

Yvette murmuró con una malicia inocente o pérfida:

—Escandalizaremos a todo el mundo allí, ¿verdad, galán? Haremos que mi tropa rabie.

Y con una mirada ligera, señaló a varios hombres que la observaban desde lejos.

Servigny añadió:

—Todo lo que usted quiera, señorita.

La marquesa dijo muy satisfecha, entretenida visiblemente por otro pensamiento, y sin apartar los ojos de Laval:

—¡Qué muchachos tan alegres!

—Mi galán me gusta, me divierte. Quisiera tenerle siempre cerca —dijo Yvette sencillamente.

Y Servigny, haciendo una gran reverencia, repuso:

—No me apartaría de usted ni de día ni de noche.

Yvette sintió algo así como un latigazo y dijo:

—¡Ah, no; eso, no! De día me gusta, pero de noche me disgustaría.

El preguntó con impertinencia:

—¿Por qué?

Y ella contestó con audacia tranquila:

—Porque no debe de ser usted muy atractivo en paños menores.

La marquesa exclamó sin emocionarse:

—Dices unas enormidades... Niña, esto ya pasa los límites de la inocencia.

Y Servigny añadió, burlonamente:

—Claro que pasa, y soy del mismo parecer, marquesa.

Yvette clavó los ojos en él, enfadada y altanera:

—Señor Servigny, acaba usted de cometer una grosería, y de algún tiempo a esta parte, le sucede a usted lo mismo con frecuencia —y volviéndose a los que la miraban desde lejos añadió—: Caballeros, defiéndanme, aquí me insultan.

Un señor moreno, flacucho, de pausados modales, se acercó.

¿Quién es el culpable?—dijo sonriendo.

Ella señaló a Servigny con la cabeza:

—Es él. Pero hasta cuando me insulta me agrada más que todos ustedes. Mi galán es menos aburrido.

El caballero Valreali dijo, haciendo una reverencia:

—No sabemos hacer más. Acaso tengamos facultades más cortas; pero nuestros deseos de servir a usted son muy grandes.

Se acercó otro, barrigudo, alto, con patillas grises, y con voz de trueno:

—Señorita Yvette, estoy a sus órdenes.

Ella exclamó:

—¡Ah! El señor de Belvigne.

Luego, dirigiéndose a Laval, hizo la presentación:

—Mi pretendiente oficial, gordo, alto, rico y tonto. Así me gustan los hombres. Un tambor mayor..., de casa de huéspedes. ¡Hola! Usted es más alto aún. ¿Cómo los llamaría yo a estos gigantes? ¡Ah! Sí: "Sucesores de Rodas", porque deben de ser nietos del coloso de Rodas. Buenas noches. Me despido, porque deben de teñir ustedes cosas muy interesantes que decirse por encima de las cabezas de todos.

Y se fué hacia la orquesta para pedir a los músicos un rigodón.

La señora Obardi estaba distraída, y dijo a Servigny con voz lenta, por hablar de algo:

—La impaciente usted, la provoca demasiado y así contribuirá a que ella tenga un carácter irascible.

El replicó:

—¿No han terminado ustedes aún su educación?

La marquesa, como si no le hubiera entendido, continuó sonriendo benévolamente.

Y descubriendo a un señor solemne y cargado de cruces, que se dirigía hacia ella, corrió a su encuentro.

—¡Ah príncipe! Príncipe, ¡qué fortuna!

Servigny volvió a cogerse del brazo de Laval y se alejaron.

—Es el último pretendiente serio; el príncipe Kravalov. Y ella, ¿qué te ha parecido?

Laval respondió:

—Las dos me resultan admirables, y me contentaría con la mamá.

—Cuando gustes; ella no ha de poner inconvenientes.

Se disponían las parejas a bailar el rigodón.

—Vayamos a ver que hacen los jugadores —añadió Servigny.

Entraron en la sala de juego.

Alrededor de cada mesa, un cerco de hombres, en pie, miraba. Escasa conversación y de cuando en cuando el sonido del oro, arrojado sobre el tapete y recogido con brusquedad, mezclaba una ligera vibración metálica entre los murmullos de los jugadores, como si la voz del dinero dijese también su frase junto a las voces humanas. Todos aquellos hombres, condecorados, lucían insignias de varios colores, presentando un mismo porte vulgar y severo, con rostros distintos. Principalmente se los distinguía por las barbas. El americano la llevaba corta y estrecha, formando herradura; el inglés,

como un abanico abierto sobre el pecho; el español, cubriéndole todo el rostro, hasta cerca de los ojos; el romano, con los bigotazos enormes de que Victor Manuel dotó a Italia; el austriaco, con sus patillas; un general ruso, parecía llevar el labio armado con dos lanzas de pelo, y los franceses con los bigotes galantes, y varios lucían las invenciones de todos los barberos del mundo.

—¿Tú no juegas? —preguntó Servigny a Laval.

—No, ¿y tú?

—Aquí, nunca. Si quieres, vayámonos; otro día volveremos tranquilamente; hay demasiada concurrencia hoy. No se puede adelantar nada.

—Vámonos.

Y desaparecieron por una puerta que conducía al vestíbulo.

Llegando a la calle, Servigny preguntó:

—¿Qué me dices?

—Me resulta interesante; sobre todo, el salón de las mujeres.

—Ya lo creo. Esas mujeres son lo mejor que hay para nosotros en la raza. ¿No te parece oler el amor entre todas, como se huele a perfumes entrando en una peluquería? Verdaderamente, sólo en estos lugares puede uno divertirse por su dinero. Y ¡cuánto saben! ¡Cuántos primores del oficio! ¡Verdaderas artistas! ¿Has comido alguna vez pasteles en las panaderías? Tienen buena facha y no valen cosa; el que los hace sólo sabe hacer pan. Pues bien: los amores de una mundana vulgar me recuerdan siempre los pasteles de panadería, mientras que los amores que te sirven en casa de la marquesa Obardi son cosa exquisita. ¡Oh! ¡Estas hacen deliciosamente sus pasteles! se pagan bastante más caros, pero queda uno satisfecho.

Laval preguntó:

—¿Quién es ahora el amante pagano?

Encogiéndose de hombros, contestó Servigny.

—Nada sé, amigo mío. El último era un lord, que se fué hace tres meses. Ahora la marquesa debe de sacar dinero de todo: el juego y los jugadores le pagan sus caprichos. Decididamente, ¿Iremos el sábado a comer con ellas en Bougival? En el campo se goza de más libertad y acabaré por enterarme de lo que tiene Yvette en su preciosa cabecita.

Laval añadió:

—Me parece admirable; nada tengo que me lo impida el sábado.

Y volviendo por los Campos Elíseos interrumpieron las oraciones de unos prójimos. que se hallaban acostados en un banco, a la luz de las estrellas.

Servigny murmuró:

—¡Qué torpeza y qué sublime cosa! ¡De qué modo y hasta qué punto es vulgar, divertido, monótono y variado el amor! Y el miserable que paga un franco a esa prostituta le pide lo mismo que se pide a una Obardi cualquiera por diez mil francos, y acaso la del hotel no sea más joven y fresca, ni menos bruta que la de la calle. ¡Qué pequeñeces!

Callaron algunos minutos; luego prosiguió:

—Lo mismo da; considerarla una fortuna llegar a tiempo, ser el primer amante de Yvette. ¡Oh! Diera por serlo, diera..., diera...

Y no supo decir lo que daría. Laval se despidió cuando llegaron a la esquina de la calle Real.

### III

Habían servido la mesa en el mirador que dominaba la orilla del río. La villa Primavera, alquilada por la marquesa Obardi, se hallaba dentro de la curva que forma el Sena, y que en aquel punto se inclina hacia Marly. Frente a la casa, la isla de Croissy

formaba un horizonte de copudos árboles, una masa de verdura y se veía una extensión de agua considerable hasta el café flotante de La Rana, oculto en el follaje.

Anohecía; era una tarde silenciosa y quieta, dulce y sonrosada; una tarde tranquila de las que ofrecen sensaciones de felicidad. Ni un soplo de aire mecía las ramas, ni se rizaba la superficie brillante del Sena. Sin hacer mucho calor, era templado el ambiente; daba gozo vivir. La frescura de las aguas se comunicaba y se extendía hasta el cielo azul, sin una sola nube.

El sol iba cayendo tras de los árboles hacia otros lugares, y al parecer se aspiraba el bienestar de la tierra de pronto adormecida, la paz del espacio, la perezosa palpitación del mundo.

Al salir del salón para sentarse a la mesa, cada uno sintió el éxtasis; la dicha y la ternura invadieron los corazones; todos imaginaban que allí comerían deliciosamente, admirando la campiña, el río, la puesta del sol y respirando un aire perfumado y fecundo.

La marquesa iba del brazo de Laval. Yvette se apoyaba en el de Servigny.

No había más invitados.

Las dos mujeres no parecían las mismas de París: Yvette, sobre todo, estaba desconocida: sin hablar casi, languideciendo, seria.

Laval, extrañado, le preguntó:

—¿Qué tiene usted, señorita? En una semana cambió por completo de carácter. Ahora parece usted una persona formal.

Ella dijo:

—El campo me transforma; no soy la misma; todo esto me produce una extraña impresión. Además, nunca me hallará usted igual dos días seguidos. Hoy le pareceré una loca y mañana una elegía. Cambio como el tiempo; ignoro por qué. Soy capaz de todo, según las ocasiones. Algunas veces, me dan ganas de matar, y mataría hombres; animales, nunca, ¡pobrecitos! Y otras veces lloro por nada; todo me conmueve. Cruzan mi cerebro ideas muy distintas. Del humor que tengo al despertarme depende todo. Tal vez son los ensueños de la noche que influyen para todo el día en mí, tal vez mis lecturas, lo último que leí me impresiona de cierto modo, según sea.

Su traje de franela blanca la envolvía delicadamente; flotando con blandura y a través de los anchos pliegues de la tela, se marcaban los pechos, libres, duros y bien desarrollados. Entre blondas, asomaba su cuello delgado, inclinándose con dulces movimientos, como cediendo al peso de su abundante cabellera de oro.

Servigny la miraba con insistencia y dijo:

—Está usted adorable, señorita. Quisiera verla siempre así.

Ella contestó, con algo de su acostumbrada malicia:

—No se me declare usted ahora, galán, porque podría yo tomarlo en serio y costarle a usted caro.

La marquesa parecía estar satisfecha, muy satisfecha.

De negro, noblemente vestida y con un traje sencillo que dibujaba sus líneas firmes y llenas, con una guirnalda de claveles rojos, cayendo desde la cintura como una cadena; una rosa encarnada en el pelo, mostraba en toda su persona y sencillo adorno, en su mirada profunda, en su voz lenta, en sus movimientos, algo de ardiente y apasionado.

Laval también estaba serio, absorto. De cuando en cuando se estiraba la negra barba, cortada en punta, y parecía meditar cosas difíciles.

Todos callaron durante algunos minutos.

Mientras servían una trucha, Servigny dijo:

—El silencio tiene una ventaja: con frecuencia, en silencio estamos en más íntima comunicación con los que nos rodean que charlando. ¿Verdad, marquesa?

La Obardi respondió, inclinándose un poco hacia él:

—Es verdad. ¡Es tan dulce pensar callando en las mismas cosas agradables!

Alzando los ojos, clavó en Laval una mirada ardiente, y durante algunos instantes permanecieron así, los ojos del uno fijos en los del otro.

Un pequeño movimiento, imperceptible casi, se produjo bajo la mesa.

Servigny prosiguió:

—Señorita Yvette: Si continúa tan comedida como hasta este momento, supondré que vive usted enamorada. Y ¿de quién? Ayúdeme a indagar, si es tan complaciente. Dejemos a un lado el batallón de moscones vulgares, tomemos nota de los más granaditos. ¿Será el príncipe Kraivalov?

Al oír este nombre, Yvette se revolvió:

—¿Puede usted suponerlo siquiera, galán? El príncipe me parece un ruso de museo de figuras de cera, que hubiese obtenido premio en concursos de peluquería.

—Bien; suprimamos al príncipe. Usted ha tenido ciertas distinciones para el vizconde Pedro de Belvigne.

Yvette soltó la risa, preguntando:

—Supóngame usted colgada tiernamente del cuello de Belvigne, susurrando en sus narices: "Amado mío, adorable Pedro, Pedrin de mi alma, ofréceme tu cabezota para que la bese tu mujercita."

Servigny exclamó:

—Desechado también el número dos; falta el caballero Valreali, quien la marquesa patrocina.

Yvette recobró en este instante toda su alegría.

—¡El sauce llorón, sentimental como una Magdalena! Es de los que acompañan los entierros de primera clase. Cuando fija en mí sus húmedos ojos, creo hallarme de cuerpo presente.

—Y van tres inútiles. Queda Laval, que pudo inspirarle una pasión violenta, instantánea.

—¿Rodas? Menos, ¡imposible! No me deslumbran las grandezas. ¡Me parecería tener amores con el Arco de Triunfo!

—Entonces, Yvette, como hemos pasado a todos revista y sólo falta mi nombre, que pongo en último lugar por modestia, y... prudentemente: ¿sin duda soy el favorecido, el que la preocupa, el que la hizo sentir amor? Gracias, Yvette.

—¿Enamorada..., y de usted, galán? Eso, no. Le quiero mucho, pero no le quiero así. Acaso algún día... No se debe desconfiar de nada... Es posible, pero no ha llegado aún... Tiene usted algunas probabilidades... Insista, galán; preténdame, oblígueme con sus atenciones, con su respeto, con sus cuidados, con mucha humildad, siempre dócil a mis caprichos..., y veremos con el tiempo...

—Pero, señorita, cuanto usted me pide podría ofrecérselo de igual manera después que antes, si a usted le fuera lo mismo.

Ella preguntó ingenuamente:

—¿Después de qué, galán?

—Después de haberme probado que me quería como quieren los amantes.

—Bien; suponga que le quiero así; créalo si le place.

—Pero falta...

—Silencio, galán; hemos hablado ya bastante.

Servigny, haciendo un saludo militar, calló.

El sol se había hundido por completo detrás de la Isla, pero el cielo estaba enrojecido aún; el agua tranquila era entonces del color de la sangre. Los reflejos del horizonte lo enrojecían todo, y la rosa que llevaba prendida la marquesa parecía una gota de púrpura caída sobre su cabeza.

Yvette miraba a lo lejos, y la mano de su madre se acercó distraídamente a la de Laval; pero al volverse la niña, la marquesa retiró su mano con rapidez.

Servigny, que se daba cuenta de todo, preguntó a Yvette:

—¿Quiere usted que vayamos a pasear por la isla?

Le pareció muy bien la idea:

—Sí, si: muy agradable el paseo. Vamos usted y yo solos, ¿verdad, galán?

—Sí; yo solo con usted, Yvette. Hubo un silencio.

La tranquilidad soñolienta de la tarde pesaba en los ánimos de todos, en los cuerpos, en las ideas, en las palabras. Hay horas tranquilas, horas de recogimiento, en las cuales resulta difícil hablar.

Los criados servían sin ruido; el incendio del firmamento se apagaba, y la noche, lentamente, desplegaba sobre la tierra su apacible sombra. Laval preguntó:

—¿Permanecerán ustedes aquí muchos días?

Y la marquesa respondió, acentuando mucho las palabras:

—Mientras me resulte agradable aquí la vida.

Cuando se quedaban a oscuras, trajeron luces. Se cubrió la mesa de reflejos pálidos, y una nube de mosquitos apareció de pronto, revoloteando. Eran diminutos, y quemándose las alas, caían sobre los manteles, en los platos, en las copas; aparecían mezclados con el vino, con las salsas, y se los veía removerse en el pan; ciegamente saltaban al rostro, a las manos, obligando a tirar las bebidas, a cubrir las fuentes, a preservar con precauciones infinitas cada bocado.

En esto se divertía Yvette. Servigny cuidaba mucho de librar de ataques lo que pensaba ella comer, de servirle vino sin cuerpos náufragos y de tender la servilleta, para que no se enredaran entre los pelos. Pero la marquesa, poniéndose nerviosa con la invasión de insectos, aligeró el final de la comida.

Yvette, que no había olvidado el ofrecimiento de Servigny, le dijo:

—Ahora iremos a la Isla.

Su madre le recomendó con languidez:

—No tarden mucho en volver. Los acompañaremos hasta el embarcadero.

Avanzaban de dos en dos, la niña y su amigo delante. La marquesa y Laval iban hablando en voz baja, muy baja y rápidamente. Todo estaba oscuro, no se veía nada. Pero en el cielo aparecían, como chispas de lumbre, innumerables estrellas.

Las ranas cantaban con su graznido monótono y duro.

Muchos ruiseñores lanzaban sus trinos entre la enramada.

Yvette preguntó de pronto:

—¿Dónde se han metido? ¿No venían detrás? ¡Mamá!

Nadie respondía. La niña insistió:

—No pueden estar lejos. Hace un momento los oí aún.

Servigny murmuraba:

—Tal vez se pararon. Acaso mamá sentía frío.

Y siguieron avanzando.

Una luz brillaba.

Era el merendero de Martinet, fondista y pescador.

Llamaron; salió de la casa un hombre, y se metieron los tres en una lancha grande, amarrada entre las hierbas de la orilla.

El barquero empuñó los remos, la pesada barca se deslizó, despertando los reflejos de las estrellas, dormidos en el agua; los hacía oscilar como en una danza frenética y se iban calmando tras ellos, a medida que la barca se alejaba lentamente.

Al llegar a la otra orilla, saltaron al pie de los árboles.

Un perfume fresco de tierra húmeda se extendía bajo las ramas exuberantes, que parecían sustentar más ruiseñores que hojas.

Se oyó a lo lejos un piano que tocaba un vals popular.

Servigny se había cogido al brazo de Yvette, y deslizando la mano suavemente por el cuerpo de la muchacha, estrechó su cintura, diciendo:

—¿En qué piensa usted?

—¿Yo? No pienso en nada. ¡Soy muy feliz!

—Y ¿es cierto que no me ama usted?

—Sí, galán; yo le quiero mucho; pero déjeme tranquila, no me pregunte. Lo que aquí se goza es demasiado hermoso para interrumpirlo con palabras.

El la oprimía contra sí; ella trataba de apartarse, pero sin violencia, y a través del vestido, blando y suave, sentía el hombre todo el encanto de la mujer, y murmuraba:

—Yvette, Yvette...

—¿Qué ocurre?

—Que te amo, ¡que yo te amo!

—Esto no es muy serio, galán.

—Sí; hace tiempo que te amo.

Ella intentaba separarse, y hacía esfuerzos para retirar un brazo, que no podía mover, oprimido entre los dos cuerpos. Y avanzaban lentamente, luchando en silencio, tambaleándose como borrachos.

El no sabía qué decir, comprendiendo que no debe hablarse a una muchacha como a una mujer. Turbado, no sabiendo cómo empezar, preguntándose a cada punto si ella consentía o si estaba ignorante de sus pretensiones, torturaba su ingenio para encontrar las palabras tiernas, convincentes, precisas, propias en aquella ocasión.

Y repetía:

—¡Yvette! ¡Yvette! ¡Yvette! Bruscamente, jugando el todo por el todo, le dió un beso en la mejilla. Ella hizo intención de apartarse, diciéndole disgustada:

—¡Esto es ridículo! ¿Quiere dejarme tranquila?

El tono de su voz no dejaba descubrir claramente sus pensamientos ni sus intenciones, y no creyéndola muy enfadada, Servigny volvió a besarla en el cuello, junto al primer mechón dorado, en el sitio que más atraía su deseo.

Entonces ella se revolvió para huir; pero él, con los dos brazos la sujetaba fuertemente, y sorprendió en sus labios una caricia delirante y profunda.

Yvette se deslizó entre los brazos del hombre con una rápida ondulación de todo el cuerpo; resbalando por el pecho de Servigny, se escapó, y vivamente desapareció en la oscuridad, haciendo con sus enaguas un ruido semejante al vuelo de un pájaro.

Servigny quedó inmóvil, sorprendido por tanta ligereza y la rapidez de la desaparición. Después, nada oía; llamó a media voz:

—¡Yvette! ¿Nadie le contestó. Avanzaba procurando ver entre la sombra; pretendiendo descubrir entre los arbustos el blanco traje de Yvette; pero todo era negrura y oscuridad. Entonces gritó:

—¡Yvette! ¡Yvette!

Los ruiseñores callaron.

Apretó el paso, cada vez más inquieto, y alzando más la voz cada vez:

—¡Yvette! ¡Yvette! ¡Yvette!

Nada. Se detuvo; escuchó. Toda la Isla estaba silenciosa; apenas se oía un murmullo de hojas en las copas de los árboles. En el suelo sólo algunas ranas hacían oír su canto estridente.

Entonces registró mata por mata; iba en dirección a Bougival; retrocedía otra vez; andaba de un lado a otro, repitiendo:

—¡Yvette! ¿Dónde se ha escondido? ¡Conteste ya! ¡Fué una broma! ¡Vaya! Conteste. No me haga buscarla tanto: me doy por vencido.

Y seguía. Un reloj lejano dio las doce. Hacía dos horas que la perdió. Sin duda Yvette estaría ya en la villa.

Se decidió a retirarse, ansioso, dando la vuelta por el puente.

\*\*\*

Un criado le aguardaba, soñoliento, dormitando en un sillón del vestíbulo.

Servigny le preguntó:

—¿Hace mucho que ha vuelto la señorita?

—Sí; la señorita volvió a las diez, señor duque.

Entró en su cuarto y se acostó. Estuvo con los ojos abiertos; no podía dormir. Aquel beso robado le desconcertaba. Y se decía: ¿Qué quiere? ¿Qué piensa? ¿Qué sabe? ¡Oh! ¡Estaba tan hermosa, tan atractiva!

Los deseos juveniles fatigados en su agitada vida por todas las mujeres gozadas, por todos los amores logrados, se despertaban de nuevo, revividos por aquella criatura singular, tan lozana, tan provocativa, tan misteriosa.

Oyó dar la una, luego las dos. Decididamente no pegaba los ojos. Tenía calor, sudaba. Su corazón latía con violencia. Decidió levantarse y abrir la ventana.

Y aspiró con delicia el aire fresco. Fijaba sus ojos en la sombra negra, callada, inmóvil. De pronto, en la oscuridad apareció un punto encendido, una chispa, un cigarro. No podía ser otro que Laval, en el jardín, a tales horas. Le llamó queodo:

—¡León!

Y una voz queda también dijo:

—¡Eres tú, Juan?

—Sí. Aguárdame, abajo.

Se vistió para salir al encuentro de su amigo, que fumaba tranquilamente, sentado a horcajadas en una silla de hierro.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Laval contestó riendo:

—¿Yo? Descanso.

Apretándole una mano. Servigny dijo:

—Mi enhorabuena. Pues yo... me aburro.

—Esto significa, sin duda...

—Significa esto: que Yvette y su madre... no se parecen.

—¿Qué te ha sucedido? Cuéntame.

Servigny refirió sus tentativas y su fracaso. Luego añadió:

—Esa muchacha me turba. No me ha sido posible dormir. ¡Es tan encantadora! En su expresión inocente, ¡cualquiera descubre algo! A una mujer que ha vivido, que ha gozado, que nada ignora, se la conoce fácilmente: la ciencia no se disimula; pero con una virgen, con una inexperta, nada se adivina. Voy creyendo que se burla de mí.

Laval, meciéndose, decía:

—Cuidado, amigo: esto puede conducirte al matrimonio. Recuerda tantos ilustres ejemplos. Por tales procedimientos, la Montijo, que al menos era de buena raza, llegó a emperatriz. No hagas de Napoleón.



Servigny replicó:

—No temas; yo me aseguro. Ni soy necio ni emperador. Es preciso llegar a ser una de ambas cosas para dar semejante campanada. ¿No tienes sueño?

—No.

—¿Quieres ir a pasear por la orilla del río?

—Con mucho gusto.

Abrieron la verja, y avanzaron por la pendiente hacia Marly.

Era la hora que precede al crepúsculo matinal, hora de profunda quietud, de gran reposo, de inmensa calma. Hasta los rumores más leves de la noche habían cesado. Los ruiseñores ya no cantaban, las ranas habían puesto fin a su algarabía; sólo un animalejo ignorado, un pájaro tal vez, hacía un ruido como de sierra, débil, monótono, acompasado, constante.

Servigny, que a ratos era poeta y a ratos filósofo, dijo:

—Decididamente, me turba esa muchacha. En aritmética, uno y uno son dos; en amores, uno y uno debieran ser uno solo, y también son dos. ¿Tú no lo sentiste nunca? ¿Desconoces el deseo de absorber a tu amada o de ser absorbido por ella? No me refiero a las atracciones brutales de la carne, sino al tormento moral y a la preocupación intelectual que incitan a fundirse con otro ser, abriéndole toda el alma, entregándole todo el corazón, penetrando en su pensamiento hasta lo más profundo. Y no se consigue averiguar nada, nunca se descubren todas las fluctuaciones de su voluntad, sus deseos y sus ideas. Nunca se adivina la más pequeña cosa del misterio de un alma que sentimos tan cerca, de un alma oculta en unos ojos que nos miran, claros como el agua, transparentes como si no hubiera secreto en ellos, de un alma que vibra en las frases de unos labios que se nos ofrecen; de un alma que nos comunica sus delirios, y que, sin embargo, está más lejos de nosotros y es aún más impenetrable que las estrellas. ¿No es curioso esto?

Laval contestó:

—Yo no pido tanto a una mujer. Yo no miro detrás de los ojos. No me preocupa el contenido si la forma es atractiva.

Y Servigny murmuró:

—Yvette es una extraña criatura. ¿De qué modo me tratará en adelante?

Cuando llegaron a la máquina hidráulica de Marly, el cielo palidecía.

Los gallos empezaron a cantar, y sus voces lejanas se percibían distintamente. Un pajarillo piaba en un jardín, repitiendo sin cesar su ritornelo, de una sencillez inocente y cómica.

—Ya me parece oportuno que volvamos —dijo Laval.

Volvieron. Y cuando Servigny entraba en su cuarto, vió por su ventana, que había quedado abierta, el horizonte sonrosado con las primeras luces de la aurora.

Cerrando la persiana y las cortinas, durmió.

#### IV

Un ruido singular le despertó. Incorporándose para oír mejor, de pronto no percibía nada. Luego sonó en las persianas un tamborileo, semejante al que produce una granizada.

Saltó de la cama, y abriendo las cortinas y los póstigos de par en par, vió a Yvette en el jardín, que le tiraba puñados de arena.

Llevaba un vestido color de rosa, y un sombrero de paja de anchas alas, adornado con una pluma grande, a lo mosquetero, y reía burlesca y maliciosamente.

—Hola, galán. ¿Dormía usted aún? ¿Qué ha hecho usted esta noche para levantarse a estas horas? ¿Anduvo usted en aventuras, mi pobre galán?

El estaba deslumbrado por la penetrante luz del sol, que hirió de pronto sus ojos, entumecido aún por el sueño y el cansancio, y asombrado ante la tranquilidad irónica de la muchacha.

Contestó:

—Bajo en seguida. Un minuto para zambullir las narices en el agua, y bajo en seguida.

Ella gritó:

—Ande listo. Son ya las diez. Y he de participarle un gran proyecto, una conspiración. Ya sabe que a las once se almuerza.

Al bajar Servigny, la encontró sentada en un banco. Tenía sobre la falda un libro; cualquier novela. Se levantó; le tomó el brazo familiarmente, amigablemente, con alegre ingenuidad, como si nada hubiese ocurrido la víspera, y llevándole a un extremo del jardín, le dijo:

—He aquí mi proyecto. Desobedeceremos a mamá, que no me deja ir al restaurante de La Rana. Yo quiero ir con usted, quiero ver eso. Mamá dice que las muchachas decentes no pueden ir allí. Pero me da lo mismo que se pueda o no se pueda. Yo quiero, y usted me acompaña, ¿verdad, galán? Y nos divertiremos ruidosamente con los bateleros.

Yvette olía bien, sin que Servigny pudiese adivinar qué aroma tenue y sutil revoloteaba en derredor de la niña. No era como los penetrantes perfumes de la madre, sino una reminiscencia tal vez de polvos iris, y acaso algo de verbena.

¿De dónde se desprendía el aroma imperceptible? ¿Del traje, de los cabellos, del cutis? Como ella le hablaba de muy cerca. Servigny recibía en pleno rostro el aliento de la virgen, y lo respiraba con delicia. Supuso entonces que acaso el aroma que le intrigaba era solamente obra de los sentidos exaltados, algo así como la emanación engañosa de aquella gracia juvenil y atractiva.

Ella decía:

—Conformes en todo, ¿verdad, galán? Como después de almorzar hace mucho calor, no es posible que salga mamá. Dejándola con el gigante, nos vamos. Luego diremos que fuimos al bosque. ¡Si usted supiera cuánto me divertirá ver La Rana!

Llegaron a la verja, frente al río. El sol caía sobre las aguas dormidas y brillantes. Un cálido vapor se desprendía formando sobre la superficie una bruma ligera y reverberante.

De cuando en cuando, paraban embarcaciones, canoas ligeras, botes pesados; se oían a distancia silbidos, cortos o prolongados: los de los trenes que arrojan cada domingo el pueblo de Paris a la campiña, los de los vaporcillos que avisan para el paso en la presa de Marly.

Una campana sonó. Los llamaban para el almuerzo.

Entraron.

Comieron silenciosamente. Un bochornoso mediodía de julio pesaba sobre la tierra y deprimía la voluntad. El calor se hacía denso, paralizando los cuerpos y los espíritus. Las palabras torpemente salían de los labios y los movimientos se hacían difíciles, como si hubiese que vencer en el aire obstáculos penosos.

Bien que silenciosa, como los demás, Yvette sentíase animada, viva, impaciente.

Apenas hubieron tomado el postre, dijo:

—Podríamos ir a pasearnos. Dará gusto ponerse a la sombra de los árboles.

La marquesa, con expresión fatigada, murmuró:

—¿Estás loca? ¿Se puede salir con un tiempo semejante?

La muchacha, satisfecha, insistía:

—Bueno; el barón puede quedarse contigo; pero Servigny me acompañará; Iremos al bosque, para sentarnos a leer sobre la hierba.

Y dirigiéndose a Servigny:

—¿Qué dice usted a eso?

—Que haré lo que usted guste.

Ella corrió a buscar el sombrero.

La marquesa se encogió de hombros, suspirando:

—Está loca, loca rematada.

Luego tendió perezosamente la mano al barón, mostrando, hasta en este movimiento amoroso, la fatiga, y Laval se inclinó para cogerla y besarla.

Yvette y Servigny salieron. Por la orilla del río llegaron al puente, que los condujo a la isla. Como era pronto para ir a La Rana, se sentaron bajo un sauce, sobre la hierba.

La muchacha sacó un libro, y dijo riendo:

—Galán, tendrá usted que leer para distraerme.

Y le ofreció el volumen.

El hizo un movimiento, rechazándolo.

—¿Yo, Yvette? ¡Pero si no sé leer!

Ella insistió con gravedad.

—Vaya; no caben excusas ni explicaciones. Me parece usted un magnífico pretendiente. Sí. Todo por nada; ésta es su divisa.

El, cogiendo y abriendo el volumen, quedó sorprendido. Era un tratado de entomología. Una historia de las hormigas, por un autor inglés. Y, como quedase inmóvil, creyendo que Yvette se burlaba, la muchacha se impacientó, diciéndole:

—Vamos, lea usted.

El preguntó:

—¿Es un empeño formal o una broma ligera?

—No, galán; vi este libro en una librería; me dijeron que no había estudio más completo acerca de las hormigas, y me pareció divertido conocer las costumbres de los diminutos animales que vemos correr entre la hierba. Lea usted.

Se tendió Yvette de cara al suelo, con los codos apoyados, la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el césped.

Servigny leyó:

"Sin duda los monos antropoides, entre todos los animales, son los que se parecen más al hombre por su estructura anatómica; pero si consideramos las costumbres de las hormigas, su organización social, sus extensas relaciones, las casas y los caminos que construyen, su manera de domesticar a otros animales, y hasta algunas veces de hacer esclavos, nos vemos obligados a reconocer que tienen derecho a exigir un lugar inmediato al hombre en la escala de las inteligencias..."

Y continuaba con monótona entonación, parándose de cuando en cuando para preguntar:

—¿Hemos leído bastante?

Yvette decía que no con la cabeza; y habiendo recogido en el extremo de un tallo de hierba una hormiga, se divertía viéndola correr de un extremo a otro. Escuchaba con atención muda todos los detalles sorprendentes de la vida de tan pequeños animales, acerca de sus instalaciones subterráneas, acerca de los procedimientos que usan para criar los pulgones, encerrándolos y alimentándolos, para beber el licor azucarado que segregan, como nosotros hacemos con las vacas de leche en nuestros establos; acerca de la costumbre de domesticar pequeños insectos ciegos, a los cuales educan para que limpien los hormigueros, y de la costumbre de batallar para conseguir esclavos, que sirvan a los vencedores con solicitud.

Y, poco a poco, como si el animalito, inteligente y diminuto, hubiera despertado en su corazón una ternura maternal, Yvette contemplaba cariñosamente a la hormiga, que paseaba sobre su índice, y sentía deseos de besarla.

Y cuando Servigny leía de qué modo viven en comunidad, cómo juegan, cómo luchan amigablemente, haciendo ejercicios de fuerza y de agilidad, la joven, entusiasmada, quiso besar al insecto, que se deslizó corriendo sobre su rostro. Entonces Yvette lanzó un grito penetrante, como si se viera amenazada de un gran peligro, y con gestos de terror se golpeaba las mejillas para espantar a la bestezuela. Servigny, riendo estrepitosamente, la cogió sobre la sien, cerca de los cabellos, y puso en el mismo lugar donde hizo su presa un beso prolongado, sin que Yvette se apartara.

Luego dijo ella, incorporándose:

—Me gusta más que una novela este libro. Vamos a La Rana; ya es hora.

Llegaron a la parte de la isla cultivada como un parque y sembrada por árboles inmensos. Muchas parejas amorosas llegaban a la orilla del río, bajo el espeso follaje. Mujeres públicas y jóvenes libertinas, obreras con sus amantes, que iban en mangas de camisa, con la chaqueta al brazo y el sombrero echado hacia atrás, con expresión de fatiga y borrachera; burgueses humildes con sus familias, emperejiladas las mujeres Y con la ropa de los domingos, y saltando las criaturas como una pollada en torno de sus padres.

Un rumor lejano y continuo de voces humanas, un clamor sordo y regañón, anunciaba la proximidad del establecimiento preferido por los bateleros.

Una inmensa barcaza, provista de un techo, amarrada en la orilla, sostenía una muchedumbre de mujeres y hombres bebiendo, sentados alrededor de las mesas, en pie, gritando, cantando, chillando, bailando, saltando al compás de un piano quejumbroso, desafinado, estridente como una matraca. Rollizas mozas de cabellos rojos lucían por delante y por la espalda la doble provocación de sus pechos y de sus caderas, yendo y viniendo, con los ojos encandilados, los labios rojos, casi borrachas y diciendo obscenidades.

Otras bailaban como locas, emparejadas con mozalbetes casi desnudos, pues no llevaban más que pantalón de hilo y camiseta de algodón, cubriéndose la cabeza con gorras de colores, como los jockeys.

Y olía todo aquello a sudor y polvos de arroz, emanaciones de perfumería ordinaria y de sobacos.

Los bebedores, alrededor de las mesas, tragaban líquidos blancos, amarillos, verdes, y gritaban y vociferaban sin motivo, cediendo a una violenta necesidad de alborotar, a un brutal placer de sentirse las orejas y el cerebro aturdidos.

A cada instante, un bañista, sobre el cobertizo, se arrojaba al agua, salpicando a los más próximos y lanzando gritos salvajes.

Y numerosas embarcaciones cruzaban el río. Canoas largas y estrechas volaban, deslizándose a fuerza de remos impulsados por brazos desnudos y fibrosos. Las bateleras, vestidas de azul o de rojo, con sombrillas rojas o azules también, se recostaban en sus asientos a popa, inmóviles, adormecidas.

Embarcaciones más pesadas iban despacio, llenas de gente. Un colegial bromista, queriendo lucirse, remaba con movimientos de aspa de molino, tropezando con todas las canoas, cuyos tripulantes le insultaban, poniendo en peligro de ahogarse a dos nadadores; luego se alejaba rápidamente, perseguido por las voces de la muchedumbre amontonada en el café flotante.

Yvette, entusiasmada, confundiéndose del brazo de Servigny, entre aquel público ruidoso y vario, parecía satisfecha de tantos apretones maleantes, contemplando a las mozas con ojos compasivos y serenos.

—Mire usted, galán, qué bonito pelo tiene aquélla. Parece que se divierten mucho todas.

Cuando el pianista —un batelero vestido de rojo y cubierto con un colosal sombrero de paja— empezó un vals, Yvette se agarró bruscamente a su compañero por la cintura y comenzaron a bailar vertiginosamente; y tantas vueltas dieron, y tanto se mantenían infatigables, que ya todos los miraban. Los bebedores, en pie sobre las mesas, llevaban el compás golpeando en la tabla; otros, con los vasos, y el músico, como si se hubiera vuelto loco, golpeaba las teclas de marfil con el puño cerrado, moviendo todo el cuerpo y balanceando rápidamente la cabeza, cubierta de un inmenso quitasol.

De pronto, se detuvo, echándose al suelo, como hubiera muerto de fatiga. Una risotada vibró en los ámbitos del café, y todos aplaudieron.

Cuatro amigos se precipitaron sobre la supuesta víctima, como suele ocurrir en los accidentes, recogiendo a su camarada, llevándolo uno por cada remo, después de colocar sobre su cuerpo el sombrero enorme que le servía de tienda.

Un guasón se unió al grupo entonando el *De profundis*, y casi todos formaron filas detrás, recorriendo los paseos del parque, arrastrando en el séquito a cuantos hallaban a su paso. Yvette seguía también, satisfecha, riendo con toda su alma y hablando con todo el mundo, enloquecida por el movimiento y por el ruido. Algunos jóvenes la miraban fijamente, acercándose mucho, encendidos, como si olfatearan, como si quisieran comérsela con los ojos; y Servigny temía ya que terminase de mala manera la broma.

La procesión seguía y aceleraba su marcha, porque los cuatro que llevaban al pianista iban casi al trote, seguidos por la muchedumbre bulliciosa. Pero de pronto, se dirigieron a la orilla del río, detuviéronse junto al agua, y, balanceando a su compañero, lo dejaron caer al Sena.

Un inmenso grito de loco entusiasmo salió de todas las gargantas, mientras el pianista, desagradablemente sorprendido, escupía, tosía, juraba, renegaba, y hundido en el fango, esforzándose por ganar la orilla.

El sombrero que fué arrastrado por la corriente, lo recogió una barca.

Yvette saltaba de alegría, batiendo palmas y repitiendo:

—¡Ah, galán, qué divertida estoy! ¡Qué divertida estoy!

Servigny la observaba, serio, algo cohibido, algo desencantado al verla tan a gusto entre aquella canalla. Un instinto se revelaba en él, un instinto de superioridad que un hombre bien nacido no pierde nunca, ni cuando se abandona más; un instinto que rechaza las familiaridades viles y los contactos puercos.

Y pensaba:

—¡Canastos! Lo lleva en la masa de la sangre.

Y sentía deseos de tutearla, como la tuteaba mentalmente, como se tutea de improviso a las mujeres que son de todos. Apenas la distinguía de las vulgares criaturas de cabellos rojos que allí los codeaban gritando, con voces enronquecidas, frases obscenas. Corrían entre la muchedumbre; las frases puercas, cortas y sonoras, parecían revolotear sobre sus cabezas, nacidas allí como las moscas en un estercolero. No molestaban ni sorprendían a nadie. Yvette no las había extrañado siquiera.

—Galán, quiero bañarme —dijo— vamos a nadar.

El contestó:

—Lo que usted diga.

Y se acercaron al despacho para tomar unos trajes de alquiler. Estuvo lista primero y le aguardó en la orilla, sonriente, bajo todas las miradas. Después entraron juntos en el agua templada.

Ella nadaba, satisfecha, gozosa, estremeciéndose de placer con las caricias del agua, levantando los brazos como si de un solo impulso quisiera lanzarse a la orilla. Servigny

la seguía difícilmente, fatigándose, disgustado al sentirse vencido. Ella moderó su marcha, y luego, saltando bruscamente con los pies juntos, quedó tendida sobre el agua, los brazos cruzados, y los ojos fijos en el cielo azul. Servigny contemplaba la línea ondulosa de su cuerpo sobre la superficie del río, los pechos duros, mostrados a través de la tela mojada, su forma perfecta y sus pezones muy salientes, y el vientre y el muslo de curvas admirables, las pantorrillas desnudas y el pie diminuto.

Veíala del todo, como si se mostrara expresamente para tentarle, para ofrecérsele, para burlarse de nuevo, y la deseaba con un ardor apasionado, rendido. Yvette volvió a ocultarse, nadando, mirándole y riendo, diciéndole:

—Tiene usted una bonita cabeza.

Servigny se sintió molestado por esta broma, y con la cólera maligna de un enamorado escarnecido, cediendo torpemente a un confuso instinto de venganza, un deseo mayor de humillar y de herir que de guardarse y defenderse, preguntó:

—¿Le gustaría mucho a usted esta vida?

Ella, con ingenuidad, repuso:

—¿Qué vida?

—¡Vamos! No se haga la tonta; ya sabe lo que le digo.

—Palabra de honor, que no lo sé.

—Aquí acaba la comedia, ea, ¿Quiere o no quiere usted?

—No entiendo.

—¡Bah! No es usted tan simple. Además, el otro día lo hablamos.

—¿Qué? No recuerdo.

—Que yo adoro en usted.

—¿Sí?

—De veras.

—¡Qué guasa!

—Lo juro.

—Falta que lo pruebe.

—¡No deseo ya otra cosa!

—¿Qué?

—Probarlo.

—A ello, pues.

—No me decía usted tanto ayer tarde.

—No me propuso usted nada.

—¡Qué simpleza!

—Y, además, no es a mí a quien debe usted dirigirse.

—¡Qué gracia! ¿Pues a quién?

—A mamá.

Servigny rió estrepitosamente.

—¿A su mamá? No. ¡Es demasiado!

Yvette se puso de pronto muy seria, mirándole fijamente.

—Oiga usted, Servigny: si me quiere para casarse conmigo, digáselo a mamá; luego hablaremos nosotros.

El creyó que la niña se burlaba, y rabioso, dijo:

—Señorita, me confunde usted..., con otro.

Ella guardó silencio, clavando en él sus ojos claros.

Después de breves dudas, le dijo:

—Tampoco ahora le comprendo a usted.

Entonces él, vivamente, con algo de brusquedad y de malicia en sus entonaciones, añadió:

—Yvette; ya es tiempo de que acabe una farsa ridícula que dura demasiado. Está usted jugando a la niña inocente, y ese papel ya no le sienta, créame usted. Sabe de sobra que no podemos tratar seriamente de casamiento usted y yo..., sino de amor. Digo que adoro en usted y es la verdad; lo repetiré mil veces: adoro... y deseo. No haga usted niñerías porque me comprende, y no soy digno de que me trate como a un tonto.

Estaban en pie, metidos aún los dos en el agua, frente a frente, sosteniéndose con pequeños movimientos de los brazos. Ella quedó algunos instantes inmóvil, como si no pudiera decidirse a penetrar el sentido de aquellas frases; después se ruborizó hasta los cabellos, y sin contestar palabra se dirigió a la orilla nadando con toda su fuerza, precipitadamente. Y no pudiendo alcanzarla, él se ahogaba siguiéndola.

La vio salir del agua, recoger su toalla y entrar en su caseta sin volver los ojos.

El tardó algo en vestirse, muy perplejo acerca de lo que había dicho, imaginando si debía excusarse o insistir.

Cuando Servigny salió, Yvette se había ido sola. El regresó lentamente, ansioso y turbado.

La marquesa, del brazo de Laval, paseaba por el jardín y viendo llegar a su amigo, le dijo con el dulce abandono que guardaba desde la víspera:

—Ya les dije que no es prudente salir con tanto calor. Yvette se ha sofocado y tuvo que acostarse. Ha venido como una amapola, ¡pobre criatura!, con una jaqueca terrible. Habrán estado al sol, habrán hecho locuras. ¡Quien sabe!.. Usted es tan irreflexivo como ella.

La muchacha no bajó al comedor, y cuando le dijeron que le llevarían a su cuarto la comida, les respondió que no tenía ganas, que se había encerrado y que la dejasen tranquila.

\*\*\*

Servigny se marchó con Laval en el tren de las diez, prometiendo repetir la visita el jueves próximo. Y la marquesa se quedó junto a la ventana para soñar en sus amores, oyendo lejana la música del baile de los bateleros, que interrumpía el solemne silencio de la noche.

Arrastrada por el amor y para el amor, sentía repentinas ternuras que la invadían como una enfermedad. Esas pasiones la dominaban bruscamente, la poseían por completo, la enloquecían, la enervaban o la abrumaban, según ofrecieran un carácter exaltado, violento, dramático o sentimental.

Era una de esas mujeres nacidas para amar y para ser amadas. Procedente de una humilde familia, se encumbró a la sombra de la galantería que profesaba, ignorante casi de lo que hizo y obrando instintivamente, por natural disposición: aceptaba el dinero como las caricias, sencillamente, sin distinguir, empleando su pericia de una manera inconsciente, como lo hacen los animales para satisfacer las obligaciones de su existencia. Muchos hombres llegaron a su lecho sin hacerle sentir ninguna ternura, sin que tampoco le inspirasen repugnancia sus caricias. Admitía ciertos tratos con sosegada indiferencia, como se come viajando lo que ofrecen diversas cocinas, porque hay que vivir. Pero, de cuando en cuando, su corazón o su carne se enardecían, y entonces se apasionaba profundamente durante semanas o meses, según las condiciones físicas y morales del amante. Aquéllos eran los momentos deliciosos de su vida. Entregaba todo su cuerpo, toda su alma, con arrebató, con éxtasis. Se sumergía por completo en su amor, como el suicida se sumerge en el río para dejarse arrastrar y ahogarse, dispuesta siempre a morir. Pero de gozo, enloquecida, embriagada, infinitamente dichosa. Cada vez imaginaba que nunca sintió un deleite parecido, y se hubiera asombrado si le

recordasen el número de amantes diferentes que la hicieron delirar muchas noches mientras contemplaba las estrellas.

Laval la había cautivado, esclavizando el cuerpo y el alma de la marquesa. Pensaba en él, acariciada por su imagen y por su recuerdo, en la exaltación tranquila del placer satisfecho, de la dicha presente y segura.

Un ruido que sintió a su espalda le hizo volver la cabeza. Yvette entraba, con el mismo traje que llevó por la tarde, pálida y encandilados los ojos como después de grandes fatigas.

Se apoyó en el alféizar de la ventana, frente a su madre.

—Tenemos que hablar —le dijo.

La marquesa la miró sorprendida. La quería con egoísmo de madre, satisfecha de la belleza de la muchacha, como de una fortuna, sintiéndose aún bastante apetecible para no hallarse celosa, demasiado indiferente para reflexionar los proyectos que se la imponían, demasiado sutil para desconocer sus conveniencias.

Respondió:

—Ya te oigo, hija mia: ¿qué sucede?

Yvette clavaba en su madre los ojos como para leer en el fondo de su alma, pensando sorprender todas las sensaciones que producirían sus palabras.

—Ha sucedido una cosa extraordinaria.

—¿Cuál?

Servigny me ha dicho que me quiere.

La marquesa oía con inquietud. Pero como Yvette no dijo más, preguntó:

—Y ¿cómo te ha dicho eso? Explicáte.

La niña, sentándose a los pies de su madre en una postura cariñosa que le era familiar, le cogió las manos, añadiendo:

—Ha dicho que pensaba casarse conmigo.

La señora Obardi, haciendo un movimiento brusco de asombro, exclamó:

—¿Servigny? ¡Estás loca!

Yvette no apartaba la vista del rostro de su madre, queriendo espíar su pensamiento y su sorpresa. Entonces, le preguntó gravemente:

—¿Por qué me llamas loca? ¿Por qué Servigny no puede casarse conmigo?

La marquesa, turbada, balbució:

—Te has equivocado; eso no es posible. Habrás oído mal; interpretarías mal una frase. Porque Servigny es demasiado rico para pretenderte... Demasiado..., demasiado..., parisiense, para casarse.

Yvette se había puesto en pie lentamente, y añadió:

—Pero si me quiere como dice...

Su madre, impaciente, murmuraba:

—Te creí bastante avisada, bastante instruida en las cosas del mundo, para que te preocupasen ciertas ilusiones... Servigny es un calavera, un egoísta. De casarse, lo hará con una mujer de su categoría y de su fortuna. Si te habló de matrimonio... fué..., fué por...

La marquesa no atreviéndose a descubrir su sospecha, calló un instante, interrumpiéndose, y exclamando al fin:

—¡Vaya! Déjame tranquila y acuéstate.

La muchacha, como si ya supiera todo lo que deseaba saber, contestó dócilmente:

—Si, mamá.

Besó en la frente a su madre, y se retiró con mucha calma.

Cuando estaba ya en la puerta, la marquesa dijo:

—Y ¿cómo sigues de tu insolación?



—Aquello no era nada, no tuve nada. Sólo esta idea...

—Ya lo trataremos otro día. Entre tanto, procura no quedarte sola con él en algún tiempo; convéncete de que no, se casará contigo; no lo dudes; él sólo quisiera..., comprometerte. No encontró otra palabra más oportuna para expresar su pensamiento.

Yvette se retiró a su cuarto. La señora Obardi se entregó de nuevo a sus divagaciones...

\*\*\*

Gozando muchos años de una quietud amorosa y opulenta, procuraba rehuir todo pensamiento que pudiera preocuparla, inquietarla o entristecerla. Jamás quiso preguntarse qué sería de Yvette; siempre sería tiempo de reflexionarlo cuando llegara el momento dificultoso. Su instinto de cortesana, le hizo comprender que su hija sólo podría casarse con un hombre rico y aristócrata por una casualidad venturosa, por una sorpresa de amor violento, como las que algunas veces sentaron a aventureras en los tronos. Con eso no contaba, ni ponía en juego los medios que pudieran conseguirlo, muy ocupada con asuntos propios, para combinar proyectos que no la concernían directamente.

Yvette sería, sin duda, como su madre, una mujer galante, ¿por qué no? Pero jamás la marquesa se decidió a pensar cuándo ni cómo aquello sucedería.

Y hete ahí que la muchacha, de pronto, sin preparación, le hacía una de las preguntas incontestables, obligándola repentinamente a tomar una actitud en un asunto difícil, muy delicado, muy peligroso en todos los conceptos, perturbador de su conciencia, de la conciencia que se debe mostrar cuando se trata de una hija, y de tales cosas.

Tenía demasiada astucia natural, astucia soñolienta, pero no dormida, para engañarse ni un fomento acerca de las intenciones de Servigny; conocía bastante a los hombres por experiencia, y, sobre todo, a los hombres de aquella raza. Por eso desde las primeras palabras de Yvette pensaba sin querer:

"Pero ¿cómo habrá usado ese recurso viejo, él, malicioso, calavera, hombre muy hecho al trato de mujeres? ¿Qué decidiría? Y ¿cómo prevenir a la muchacha? ¿Cómo decírselo más claramente? ¿Cómo defenderla? Porque podía también abandonarse a sentimentalismos inconvenientes. ¿Hubiérase creído jamás que Yvette estuviera tan inocente de todo, tan poco enterada de lo que veía, que fuese tan poco maliciosa?"

Y la marquesa, confusa, cansada ya de reflexionar, buscaba inútilmente una solución, porque el caso le parecía muy comprometido.

Eludiendo preocupaciones molestas, pensó:

"¡Bah! Los vigilaré mucho, de cerca, y resolveré según las circunstancias. Si es preciso, hablaré a Servigny, que me comprenderá fácilmente con media palabra."

No pensó qué le diría, ni qué pudiera él responder, ni qué género de inteligencia era posible que se afirmara entre ambos, pero satisfecha de haberse tranquilizado, sin haber tenido que tomar una resolución, volvió a extasiarse con el recuerdo del arrogante Laval, y con los ojos fijos en las profundidades vagas de la noche, contemplando la hermosa claridad que se cernía sobre París lejano, lanzó dos besos en la sombra, sin darse cuenta de lo que hacía, y con voz trémula y ahogada, como si hablase aún con el amante, murmuró:

—¡Te amo! ¡Te amo!

## V

Yvette no dormía. Como su madre se asomaba a la ventana de su cuarto, abierta de par en par, y lloraba: eran las primeras lágrimas tristes que arrasaron sus ojos.

Hasta entonces había vivido, se había educado en la confianza expansiva y serena de la dichosa juventud. ¿Por qué se preocupaba, reflexionaba, indagaba? ¿qué no había de ser ella una joven como las otras? ¿Por qué una duda, un temor, una terrible sospecha la desconsolaban?

Parecía saberlo todo porque hablaba de todo, porque adoptaba la entonación, las maneras, las atrevidas palabras de las personas que vivían a su alrededor. Pero no sabía mucho más que una criatura educada en un convento; sus audacias de frase no procedían de su pensamiento, sino de su memoria, de la facultad de imitación y de asimilación que tienen las mujeres, y de su razonamiento.

Hablaba de amor como el hijo de un pintor o de un músico puede hablar a los diez años de música o de pintura. Sabía, o más bien sospechaba, qué clase de misterio se cubría con ese nombre —demasiadas bromas había oído acerca del particular para que su inocencia no las hubiese sospechado—; pero ¿cómo deducir de aquello que todas las familias no eran como la suya?

Besaban las manos de su madre con respeto aparente; los amigos que iban a verlas ostentaban títulos de nobleza; todos eran o parecían ricos; todos nombraban familiarmente a príncipes de sangre real. Hasta dos hijos de reyes fueron algunas veces de noche a casa de la marquesa, ¿Cómo sospechar de todo esto?

Además, Yvette era, por temperamento, inocente. No indagaba ni olfateaba como su madre. Vivía tranquila, demasiado satisfecha de vivir para inquietarse de aquello que pudiera parecer sospechoso a naturalezas más reflexivas, más recelosas, menos expansivas y menos triunfantes.

Pero de pronto Servigny, con algunas palabras cuya brutalidad ella sentía sin comprenderlas, despertaba una inquietud súbita, inexplicable al principio, y luego convertida en aprensión atormentadora.

Había vuelto a casa, huyendo tres, como una bestia herida; herida en realidad bárbaramente por las palabras que repetía, para comprender todo lo que significaban, todo su alcance: "No podemos tratar seriamente de casamiento sino... de amor."

¿Qué significaba esto? Y ¿por qué tal injuria? ¿Ignoraría ella sin duda un secreto vergonzoso? ¿Lo ignoraría ella sola? Pero ¿qué podía ser? Y se aterraba pensándolo, como quien descubre una infamia oculta, la traición de un ser amado, un desastre del corazón que abrumba y enloquece.

Había meditado, reflexionado, investigado; llorado; había mordido en todos los temores y en todas las sospechas. Luego, su gran alma juvenil y alegre recobraba la serenidad combinando una simple aventura, una situación anormal y dramática zurcida con todos los recuerdos de novelás poéticas y sentimentales que había leído. Recordaba peripecias conmovedoras, relaciones tiernas y sombrías, revolviéndolas con su propia historia, embelleciendo el misterio, adornando su vida.

No se desconsolaba ya; soñando plácidamente, recorría velos, imaginaba complicaciones inverosímiles, mil cosas singulares, terribles, seductoras, a lo menos por su extrañeza.

¿Sería tal vez la hija natural de un príncipe? Su pobre madre, seducida y abandonada, hecha marquesa por un rey, acaso por el rey de Italia, pudo tener que huir ante la indignación de su familia...

También era posible que fuese una criatura abandonada por sus padres, muy nobles y muy ilustres, fruto de un amor clandestino, recogida por la marquesa, que la crió y educó.

Y otras muchas imaginaciones cruzaban su pensamiento. Las aceptaba o las rechazaba caprichosamente. Se enternecía compadeciéndose, dichosa en el fondo y también triste; sobre todo, satisfecha de verse convertida en una especie de personaje de

novela, y creyéndose obligada en lo sucesivo a mostrarse adoptando actitudes nobles, dignas de su raza. Pensaba en el papel que tendría que desempeñar según se ofrecieran los acontecimientos. Vagamente veía el personaje que le tocaba representar como una creación de Scribe o de Jorge Sand, un compuesto de sacrificio, abnegación, dignidad, grandeza de alma, ternura y bonitas frases. Su naturaleza veleidosa se alegraba casi de la nueva situación.

Estuvo toda la tarde pensando qué debía resolver, buscando estratagemas para sonsacar a la marquesa la verdad.

Y cuando llegó la noche, favorable a las situaciones trágicas, había combinado un engaño sencillo y sutil para conseguir lo que se prometía: decir bruscamente a su madre que Servigny la pidió en matrimonio.

Sorprendida la señora Obardi con esta nueva, de seguro dejaría escapar alguna palabra o alguna exclamación que arrojase luz sobre las dudas de la muchacha.

Yvette realizó su proyecto.

Esperaba una explosión de asombro, una expansión de amor, una confidencia llena de gestos y lágrimas.

Pero la señora Obardi, lejos de mostrarse devorada ni sorprendida, mostró cierto cansancio; y en la expresión aburrida, turbada y descontenta de su madre, comprendió la niña que no era prudente insistir; despertaron de pronto en ella toda la astucia, la malicia y la perversidad femeninas, indicándole que sería de otra naturaleza el misterio, doloroso de averiguar, y más oportuno descubrirlo a solas. Por eso volvió a su cuarto con el corazón oprimido, el alma dolorida, y abrumada por la sospecha de una desdicha verdadera, sin saber con precisión por qué ni de dónde procedían estas emociones. Y lloraba con los codos apoyados en el alféizar de la ventana.

Lloró mucho tiempo, sin pensar ya en nada, sin esforzarse para descubrir algo más, y poco a poco el desfallecimiento la vencía. Cerraba los ojos, amodorrábase algunos minutos con el sueño pesado de las personas fatigadas que no tienen resolución para desnudarse y acostarse, y entrecortado por sacudidas bruscas, cada vez que la cabeza resbala entre las manos.

No se acostó hasta que aparecieron los primeros resplandores del día, y el frío matinal, helando su cuerpo, la obligó a cerrar la ventana.

Y, durante dos días, conservó una actitud reservada y melancólica. Un trabajo de reflexión, incesante y rápido, la transformaba; y acostumbróse a espiar, adivinar y razonar. Una claridad, vaga todavía, la hizo ver de un modo nuevo a su alrededor los hombres y las cosas; y nacía en ella una suspicacia contra todos, contra todo lo que había creído, contra su madre. Hizo en esos dos días infinitas suposiciones. Examinó todas las posibilidades, arrojándose a las resoluciones más extremas con el ímpetu de su temperamento variable y desmedido. El miércoles determinó su plan, toda una regla de conducta y un sistema de espionaje. Se levantó el jueves por la mañana con la intención de ser más redomada que un policía, y prevenida para luchar con todo el mundo.

Hasta se resolvió a tomar por divisas estas palabras: "Yo sola", y trató, durante más de una hora, de qué modo podría disponerlas para que hiciesen buen efecto, grabadas en derredor de sus iniciales, en su papel de cartas.

Laval y Servigny llegaron a las diez. La muchacha les tendió la mano con reserva, pero sin turbación, y familiarmente dijo:

—Buenos días, galán. ¿Cómo le va?

—Bien, señorita; ¿y a usted?

Servigny la observaba pensando: "¿Qué nueva comedia quiere representarme?"

Habiéndose apoyado la marquesa en el brazo de Laval, Servigny ofreció el suyo a Yvette y dieron un paseo por el jardín, apareciendo y desapareciendo a cada instante detrás de los macizos de verdura y de los grupos de árboles.

Yvette se mostraba prudente y reflexiva; con los ojos bajos, mirando las piedrecillas del suelo, escuchando poco a su acompañante y contestándole apenas.

De pronto le preguntó:

—¿Es usted verdaderamente amigo mío?

—Ya lo creo, señorita.

—¿Verdaderamente? ¿Con toda sinceridad?

—Sí; con toda mi alma y con toda mi vida.

—Pero ¿hasta el punto de no mentirme, de no engañarme ni una sola vez?

—Ni... dos veces, cuando sea preciso.

—¿Hasta el punto de confesarme la verdad, la torpe verdad toda entera?

—Sí.

—Bueno. ¿Qué piensa usted, qué juicio tiene del príncipe Kravalov?

—¡Ah! ¡Diablo!

—¿Se tomó usted el tiempo necesario para inventar una mentira?

—No, pero rebusco las palabras para que sean oportunas del todo. El príncipe Kravalov es un ruso, un verdadero ruso, que habla en ruso, que ha nacido en Rusia, que acaso tuvo un pasaporte para venir a Francia y que no tiene más de falso que su nombre y su título.

Ella le miró a los ojos con fijeza.

—¿Quiere usted decir que es...?

El dudó; luego, resueltamente, dijo:

—Un aventurero, señorita.

—Gracias. Y el caballero Valreali, ¿no vale más, ciertamente?

—Usted lo ha dicho.

—¿Y el señor de Belvigne?

—Ya es otra cosa. Es un hombre de mundo..., un provinciano distinguido y noble..., hasta cierto punto. Pero un poco estragado...

—¿Y usted?

A esta pregunta respondió Servigny de corrido:

—Yo soy lo que se llama un trueno, un hijo de buena familia y un hombre de buen talento, que lo ha derrochado haciendo frases ingeniosas; que tenía una salud robusta y la perdió en locuras, que podía ser algo en el mundo y sólo es un calavera. Me queda bastante dinero y práctica de la vida; una carencia de preocupaciones casi completa, un desprecio profundo por los hombres y acaso también por las mujeres, una muy arraigada convicción de mi absoluta inutilidad y una gran tolerancia por la canallería general. Tengo ráfagas de noble franqueza como usted puede observar, y soy capaz de mentir cuando conviene. Con estos defectos y estas cualidades quedo a sus órdenes, Yvette, moral y físicamente. para que disponga usted de mí a su antojo.

Ella no reía, escuchaba seriamente, analizando las frases y las intenciones. Luego preguntó:

—¿Qué piensa usted de la condesa de Lammy?

El contestó vivamente:

—Le ruego que me permita reservar mis opiniones acerca de las mujeres.

—¿No me dirá lo que piensa de ninguna?

—De ninguna.

—Eso es decirme que las juzga usted muy mal a todas. Veamos, busque usted. ¿No hay una excepción siquiera?

Servigny sonrió irónicamente con la insolencia que pocas veces ocultaba y con la brutal audacia que para él era una fuerza, un arma, dijo:

—Siempre se hace una excepción de los presentes.

Ella se ruborizó un poco, preguntándole con mucha calma:

—¿No puedo saber lo que piensa usted de mi?

—¿Usted lo exige? Sea. Veo en usted una persona de gran sentido y de gran práctica. Si le parece a usted mejor, de gran sentido práctico, que domina perfectamente su juego, que sabe divertir a las gentes, ocultar sus intenciones, tender sus lazos y que aguarda sin impacientarse los sucesos.

Yvette preguntó:

—¿Eso es todo?

—Todo.

Entonces ella dijo con mucha gravedad:

—Yo haré que mude usted de opinión.

Y se acercó a su madre, que andaba a pasos menudos y con la cabeza inclinada, con ese abandono particular de los que, paseándose, hablan en voz muy baja de cosas íntimas y dulces. Avanzando poco a poco, hacía rayas en la arena, letras acaso, con la contera de su sombrilla y hablaba sin mirar a Laval; hablaba seguido, lentamente, apoyándose mucho en su brazo, apretada contra él. Yvette, de pronto, fijó los ojos en ella, y un presentimiento, una sospecha tan vaga que no llegó a formularse, más bien una sensación de duda, cruzó su espíritu como cruza la tierra la sombra de una nube arrastrada por el viento.

La campana avisó para el almuerzo, que fué silencioso, casi lúgubre.

En el espacio azul se fraguaba una tormenta. Nubes grandes, inmóviles, parecían aguardar en acecho, limitando el horizonte, mudas, pesadas, amenazadoras.

Cuando hubieron tomado el café en la terraza, la marquesa preguntó:

—Oye, hijita, ¿vas a salir hoy también con Servigny? La tarde convida.

Yvette lanzó a su madre una mirada profunda; fué un momento nada más, porque inmediatamente dirigió hacia otra parte la vista, y dijo:

—No, mamá; hoy no saldré de casa.

La marquesa, contrariada, insistió:

—Vete a dar un paseo, hija mía; te conviene mucho andar.

Entonces Yvette dijo bruscamente:

—No, mamá; hoy no pienso salir de casa; ya sabes el motivo, puesto que anoche te lo dije.

La señora Obardi no lo recordaba ya, embebecida en el deseo de quedar sola con Laval. Se ruborizó, se turbó, inquietándose por si misma, no sabiendo cómo podría procurarse una o dos horas de absoluta libertad.

—Es verdad; lo había olvidado; tienes razón. Tengo la cabeza perdida.

La muchacha, cogiendo una labor de bordado que llamaba "la salud pública" y en la cual trabajaba seis o siete veces al año en los días de calma chicha, se sentó junto a su madre, mientras los dos hombres, a horcajadas en sillas de tijera, fumaban sus cigarros.

El tiempo transcurría en una conversación perezosa y mortecina. La marquesa, impaciente, lanzaba sobre Laval rayos de pasión, clavando en él sus ojos, buscando un pretexto para separarse de su hija. Comprendió al fin que no conseguiría su propósito y, no sabiendo qué recurso adoptar, dijo:

—Sepa usted, señor duque de Servigny, que no consentiré que se vayan esta noche. Quiero que almorcemos juntos mañana, en el restaurante Fournaise, de Chatou.

Comprendiendo la femenil astucia, sonriendo, contestó:

—Estamos a sus órdenes, marquesa.

Y la tarde avanzaba lenta, perezosamente, bajo los preparativos de tempestad.

Llegó la hora de comer. El cielo se cubrió de nubes lentas y pesadas. Ni un soplo de aire refrescaba el ambiente.

La comida fué silenciosa. Una molestia, una turbación, una especie de temor vago parecía enmudecer a los dos hombres y a las dos mujeres.

Cuando terminaron, siguieron en la terraza, hablando poco y con largos intervalos de silencio. y la noche cerraba, terriblemente bochornosa. De pronto, rasgó el horizonte una inmensa línea de fuego, que iluminó con claridad alucinadora y amarillenta los cuatro rostros que ya se hallaban hundidos en la sombra. Luego un ruido lejano, un ruido sordo y débil, semejante al rodar de un coche por un puente, cruzó la tierra, y parecía que el calor aumentaba, que la atmósfera se hacía más densa y el silencio de la noche más profundo.

Yvette se levantó y dijo:

—Me voy a la cama, la tormenta me hace daño.

Y ofreciendo la frente a su madre y las manos a los dos amigos, se retiró.

Como su habitación caía sobre la terraza, las bojas de un gran castaño que había frente a la puerta se iluminaron de pronto con una verde claridad. Servigny fijó los ojos en aquel reflejo pálido, en el cual parecía, de cuando en cuando, ver cruzar una sombra. pero pronto la luz se apagó. La señora Obardi, suspirando profundamente, dijo:

—Mi hija se ha acostado ya.

Servigny se levantó.

—Yo pienso hacer otro tanto. marquesa, con su permiso.

Le besó la mano que ella le ofrecía y se retiró.

La señora Obardi quedaba sola con Laval. Se enlazaban, se oprimían; luego, aunque. trató el tunante de evitarlo, ella se arrodilló a sus pies, murmurando:

—Quiero contemplarte a la luz de las estrellas.

Pero Yvette, después de apagar la bujía, volvió a la ventana con los pies descalzos, deslizándose como una sombra, y escuchaba, roída por una sospecha dolorosa y confusa.

No podía verlos hallándose sobre el mismo techo de la terraza. Oía solamente un susurro de voces, y su corazón palpitaba con tal violencia, que llenaba de murmullos sus oídos. Una ventana se cerró en el piso de más arriba. Esto la hizo suponer que Servigny había subido. Su madre quedaba sin duda sola con el otro.

Un segundo relámpago, rasgando el cielo, hizo surgir por un instante la campiña, que Yvette conocía bien, inundándola de una claridad violada y siniestra, y vio el río, de color de plomo fundido, como los ríos que se imaginan en los países fantásticos. Al mismo tiempo, una voz decía en la terraza:

—¡Te adoro!

Nada más oyó. Un extraño temblor había estremecido todo su cuerpo, y su espíritu flotaba en una turbación espantosa.

Un silencio abrumador, infinito, que parecía el silencio eterno, pesaba sobre la tierra. Yvette respiraba difícilmente; le oprimía el pecho algo desconocido y horrible. Otro nuevo relámpago brilló en el espacio, iluminando el horizonte un instante. Después otro, y otro más.

Y la misma voz, exaltándose, repetía:

—¡Oh! ¡Cómo te adoro! ¡Cómo te adoro!

Yvette reconoció entonces aquella voz; no había duda; era la voz de su madre.

Una gruesa gota cayó sobre su frente y se agitaron las hojas del castaño, estremecidas por la lluvia.

Luego se produjo un rumor lejano, un rumor confuso, que se acercaba, semejante al bramido del viento entre los árboles. Era un chubasco azotando la tierra, el río, los árboles. En pocos minutos, el agua chorreaba por todas partes, la cubría, la salpicaba, la empapaba como un baño; Yvette no apartó. Pensaba sólo en lo que ocurría en la terraza.

Los oyó que se incorporaban, que subían a sus habitaciones, y se cerraron algunas puertas, y la niña, obedeciendo a una curiosidad irresistible que la enloquecía el y la torturaba, salió a la escalera, y abriendo con tiento la puerta del jardín, salió, azotada por la lluvia furiosa, para ocultarse tras un macizo de verdura y mirar desde allí las ventanas.

En una veía luz: en la de su madre. Y, de pronto, aparecieron dos sombras en el cuadro luminoso; estaban muy juntas; luego se acercaron más aun, confundándose al fin en una sola, y a la luz de un relámpago, que proyectó sus resplandores en la fachada, Yvette vio a los dos enamorados besándose, unidos apasionadamente.

Sin reflexionar, sin saber lo que hacía, lanzó un grito, una voz potente: "¡Mamá!", como se grita para prevenir a cualquiera de un peligro mortal.

Su grito desesperado se perdió entre los repiqueteos de la lluvia, pero los amantes se apartaron uno de otro, inquietos. Y una de las sombras desapareció, mientras la otra se esforzaba por descubrir algo entre las negruras del jardín.

Entonces, temiendo que la sorprendiesen, temiendo la presencia de su madre, Yvette corrió a la casa y subió precipitadamente la escalera, dejando tras de sí un reguero de agua que corría de escalón en escalón. Se encerró por dentro y decidió no abrir para nadie la puerta de su cuarto.

Sin quitarse la ropa empapada y pegada a sus carnes, cayó de rodillas, uniendo las manos, implorando en su aflicción algún remedio sobrehumano, algún socorro misterioso del Cielo, esa desconocida ayuda que reclaman los atribulados en las horas de llanto y desesperación.

Los relámpagos iluminaban frecuentemente con reflejos lívidos el cuarto, y ella se veía en el espejo, con los cabellos en desorden, chorreando y con tan dolorosas apariencias que no se reconocía.

Estuvo así mucho tiempo; tanto, que cesó la tempestad sin que se diese cuenta.

## VI

No llovía. Una tenue claridad inundó el cielo aún oscurecido por las nubes, y una frescura tibia, deleitosa, deliciosa, una frescura de hierba y de hojas humedecidas entró por la ventana abierta.

Yvette se puso en pie, se quitó las ropas empapadas y frías y, sin pensar siquiera en lo que hacía, se metió en la cama. Quedó así con los ojos fijos en las claridades del naciente día. Luego lloró de nuevo, reflexionando.

¡Su madre! ¡Un amante! ¡Qué vergüenza! Pero había leído tantos libros en que las mujeres, las madres inclusive, se abandonaban así para renacer al honor en las últimas páginas, que acabó por no impresionarle mucho aquella situación, tan semejante a las de muchos personajes de sus lecturas. La violencia de su primer disgusto, el espanto cruel de la sorpresa, ya se atenuaban un poco mezclándose con el recuerdo confuso de accidentes análogos. Su pensamiento se había de tal modo sumergido en aventuras trágicas, poéticamente conducidas por los noveladores, que el horrible descubrimiento le parecía poco a poco la natural continuación de algún folletín leído la vispera.

Y se dijo:

"Yo salvaré a mamá."

Serenándose casi por completo con esta resolución de heroína, se sentía fuerte, poderosa, dispuesta desde luego al sacrificio y a la lucha. Y pensaba los medios que le

sería preciso emplear. La agradó uno sólo, en consonancia con su temperamento novelesco. Y preparó, como un actor ensaya la escena que debe representar, la entrevista que se proponía tener con su madre.

Había salido el sol. Los criados circulaban por la casa. La doncella entró con el chocolate; Yvette se lo hizo dejar sobre la mesilla y le dió el recado siguiente:

—Diga usted a mamá que no estoy buena, que no me levantaré hasta que se hayan ido esos caballeros; que no me ha sido posible dormir en toda la noche y que le ruego que me dejen tranquila porque deseo descansar.

La doncella, sorprendida, vio sus vestidos mojados, caídos como pingajos en el suelo, y exclamó:

—Pero ¿la señorita ha salido en la lluvia?

—Sí, bajé a pasear para refrescarme.

La doncella recogió las faldas, las enaguas, las medias, los zapatos enlodados y salió, llevando con precauciones para no mancharse aquellas ropas que parecían las vestiduras de un ahogado.

Yvette aguardó, segura de que su madre subiría.

Y así fué. Al oír las primeras palabras de la doncella, saltó de la cama y se vistió de prisa. No tenía quietud completa desde que oyó en la sombra del jardín aquel grito: "¡Mamá!"

La marquesa, subiendo al cuarto de su hija, le preguntó:

—¿Qué sientes?

Yvette la miraba, murmurando:

—Siento..., siento...

Y poseída por una emoción terrible, comenzó a sollozar.

Sorprendida su madre le preguntó de nuevo:

—¿Qué sientes? Dimelo.

Entonces, olvidando todos sus proyectos y sus frases preparadas, la muchacha, ocultando su rostro entre las manos, balbució:

—¡Mamá! ¡Oh! ¡Mamá!

La señora Obardi estaba en pie junto a la cama, de sobra conmovida para comprender bien aquello, pero adivinándolo casi, por el instinto sutil que siempre la guió.

Como Yvette no pudiese hablar, ahogada por sus lágrimas; la arquesa, inquietándose al fin y sintiendo que llegaba la hora de una explicación molesta, preguntó bruscamente:

—Acabemos. ¿Dirás a tu madre lo que te sucede?

Yvette pudo pronunciar difícilmente:

—Anoche... vi... tu ventana.

La marquesa, palideciendo, interrogó

—¿Y qué?

La hija repetía entre gemidos;

—¡Mamá! ¡Oh! ¡Mamá!...

La señora Obardi, cuyas turbaciones y sobresaltos convirtiéronse ya en cólera, encogiéndose de hombros, hizo ademán de irse:

—Veo que te has vuelto loca del todo. Cuando estés más tranquila, si quieres algo, avísame.

Pero la muchacha, de pronto, apartó de sus manos el rostro cubierto de lágrimas, diciendo:

—¡No te vayas!... Oyeme... Tenemos que hablar... Oyeme... Prométeme una cosa. Que nos iremos las dos en seguida, muy lejos..., al campo, a vivir allí como labradoras,



y nadie sabrá en donde nos ocultamos... Di, mamá, ¿quieres? Te lo ruego; te lo suplico. Mamá, ¿quieres?

La marquesa, irresoluta, se detuvo en el centro del cuarto. Corría por sus venas sangre plebeya, sangre irascible. Además, la vergüenza, un pudor de madre se había mezclaban a un miedo vago, a una exasperación de mujer apasionada. cuyo amor se ve amenazado. Estremecíase, no sabiendo si pedir perdón o mostrarse violenta. Y dijo:

—No te comprendo.

Yvette insistió:

—Mamá..., te vi... anoche... No lo puedes negar... Si tú supieras... Vayámonos las dos. Te querré tanto, que mi cariño te lo hará olvidar todo.

La señora Obardi, con voz temblorosa, dijo:

—¡Escucha, hija mía. Ciertas cosas no puedes comprenderlas aun. Y nunca olvides que te prohíbo... que te prohíbo hablarme de todo eso.

Pero Yvette, representando con más vehemencia que nunca el papel de redentora que se había impuesto, añadió:

—No, mamá; ya no soy una chiquilla; tengo derecho a saberlo todo. Pues bien: sé que recibimos a personas de mala reputación, aventureros, y sé que por este motivo nadie nos respeta. Sé mucho más. Todo ha de acabarse; no puede ser que vivamos así. Nos iremos. Venderás tus joyas, trabajaré si hace falta para vivir honradamente, lejos de aquí, en cualquier parte. Y si puedo casarme, tanto mejor.

Su madre la miraba con sus ojos negros encendidos, y exclamó:

—Estás loca. Levántate, vístete y baja como todos los días al comedor cuando nos llamen para el almuerzo.

—No, mamá; eso, no. Le vería sentado a la mesa y no quiero verle. Si no le arrojas de tu casa, me iré yo. Elige.

Se había sentado en la cama, y hablaba gesticulando y alzando la voz, como las actrices en escena, planteándose al fin el drama que había imaginado, olvidada casi de su disgusto para cuidar de su misión.

La marquesa, estupefacta, no sabiendo qué decirle, repetía:

—Estás loca; pero loca del todo.

Yvette pronunció con acento muy teatral:

—No, mamá. Si ese hombre no abandona esta casa, me iré yo. Estoy resuelta; no cedo.

—Y ¿adónde irás tú? ¿Qué harías tú?

—No lo sé, ni me importa en este momento. Sólo aspiro a que vivamos como viven las mujeres honradas.

Al oír "mujeres honradas", la marquesa desbordóse con todo el furor de una prostituida.

—Cállate; no tolero que me hables así. Yo valgo lo que otra cualquiera. ¿Lo entiendes tú? Soy una cortesana, verdad, y no me avergüenzo; las "mujeres honradas" valen menos que yo.

Yvette la miraba, horrorizándose de lo que oía, y balbuciendo:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Pero la marquesa iba exaltándose y excitándose.

—Bien. Sí, es cierto; soy una cortesana. ¿Y qué? Si yo no fuese cortesana, tú serías cocinera; ¡tú!, como lo he sido yo; y ganarías un jornal mezquino fregando platos, yendo a la compra con el cesto, y el ama te despediría si te distrajeras; mientras que ahora te distraes y te diviertes día y noche, porque yo soy una cortesana. Sí, no hay remedio; cuando una es humilde criada, con cincuenta francos de ahorro por todo capital, necesita industriarse para no morir hambrienta; y no hay más que un modo para salir de penas;

no es fácil escoger; uno solamente para buscar fortuna: la propia carne; sólo nuestra carne.

Se golpeaba el pecho como un penitente que se confiesa, exaltándose, acalorándose y acercándose a la cama.

—Joven y hermosa..., es preciso vivir de la hermosura y de la juventud o pasar penas toda la vida; no hay otro remedio.

Después, volviendo a su idea bruscamente:

—Por supuesto que las "mujeres honradas" tampoco se privan. Ellas, aún son más bribonas, porque nada las obliga. Tienen dinero, tienen de qué vivir y gozar y admiten amantes por vicio. Son más bribonas, mucho más.

En pie, junto a la cama, imponía su presencia, y la muchacha, llorando a gritos como lloran los pequeños cuando les pegan, estaba a punto de huir o de pedir "socorro".

La marquesa calló, miró a su hija y hallándola tan descensolada, sintióse dolorida; el remordimiento, la ternura, la piedad la vencieron, y arrojándose hacia Yvette con los brazos abiertos, comenzó también a llorar, balbuciendo:

—¡Mi pobre niña, pobre niña; si tú supieras qué daño me hiciste!

Y lloraron las dos largo tiempo.

Luego la marquesa, cuyos disgustos no eran duraderos nunca, se incorporó dulcemente, y dijo en voz baja:

—Vamos, nenita; las cosas del mundo son como son. Ya no hay remedio. Hay que tomar la vida como se ofrece.

Yvette seguía llorando. El golpe fué muy rudo, brutal, inesperado. No era fácil reflexionar y tranquilizarse de pronto.

Su madre continuó:

—Vaya, levántate, baja almorzaremos todos juntos; que nadie note nada.

La muchacha decía que "no" con la cabeza, sin poder hablar. Al fin, dijo con voz lenta, conteniendo el llanto:

—No, mamá. Te lo dije; no cambio de parecer. No quiero salir de mi cuarto hasta que hayan ido. No quiero ver a ahora; y a gentes como éstos..., nunca, nunca... Si vuelven, yo... no los veré.

La marquesa ya tenía enjutos los ojos y, fatigada por la emoción, murmuró:

—Hija, reflexiona; sé razanable.

Y, después de un minuto de silencio, añadió:

—Bueno, mejor será que descanses y te tranquilices. Por la tarde subiré a verte.

Y dando un beso a su hija, fue a vestirse para el almuerzo, ya del todo repuesta.

En cuanto su madre desapareció, levantóse la muchacha correr el cerrojo de la puerta para sentirse apartada, sola, enteramente sola, y comenzó a reflexionar.

Llamó la doncella a eso de las once, preguntando a través de la puerta:

—La señora marquesa me hace subir por si la señorita desea cualquier cosa o quiere almorzar.

Yvette respondió:

—No tengo apetito. Sólo que me dejen tranquila, que no me importunen.

Y no se movió de la cama como si estuviese de verdad enferma.

Llamaron de nuevo hacia las tres. Yvette preguntó:

—¿Quién?

Era su madre.

—Yo, nenita; vengo a ver cómo sigues.

Yvette dudó. ¿Qué respondería?

Se levantó y volvió a la cama después de abrir.

La marquesa se fué acercando, hablándola como a un convaleciente, a media voz:

—¿Cómo estás? ¿Mejor? ¿No quieres unos huevos pasados por agua?

—No, gracias; no tengo apetito.

La señora Obardi se sentó junto a la cama.

Estuvieron silenciosas buen rato; luego, como Yvette seguía inmóvil, con los brazos inertes y tendidos por encima de la colcha, la marquesa preguntó:

—¿No quieres levantarte?

Yvette dijo:

—Sí; en seguida.

Y añadió con tono grave y lento:

—He reflexionado mucho, mamá, y estoy resuelta..., resuelta del todo. Lo pasado, pasado; no se hable más. Pero el porvenir, será diferente... Si no..., ya sé lo que debo hacer. Por ahora, no digamos nada; esto acabó.

La marquesa, que ya daba por terminado el incidente, se impacientó bastante. Aquello era excesivo. La gansa de su hija debió mucho antes hacerse cargo de todo. Reprimiéndose, limitóse a decir:

—¿Te levantarás pronto?

—En seguida.

Su madre la sirvió, dándole unas medias, un corsé..., una falda y un beso.

—¿Querrás pasearte un poco antes de comer?

—Sí, mamá.

Y fueron las dos a la orilla del río, hablando solamente de cosas triviales.

## VII

A la mañana siguiente, Yvette salió sola y fué a sentarse donde Servigny había leído para ella la historia de las hormigas, pensando:

"Es indispensable que tome pronto una resolución."

Frente a ella, casi a sus pies, corría el agua, llena de susurros y de remolinos que huían rápidos.

Yvette ya tenía meditados todos los aspectos de la situación y todos los recursos para resolverla.

¿Qué decidiría ella si la madre no respetaba escrupulosamente la condición propuesta, si no quería renunciar a su mundo, a sus placeres, a todo, para ocultarse y vivir sólo del amor de su hija en un país lejano?

Podía irse, abandonarla, huir.

Pero ¿adónde? ¿Cómo? ¿De qué viviría?

¿Trabajando? ¿En qué? ¿A quién dirigirse para encontrar labor? Además, la existencia humilde y oscura de las pobres obreras le parecía un poco vergonzosa, indigna de ella. Pensó en hacerse institutriz como las heroínas de ciertas novelas; la enamoraría y se casaría luego con ella el señorito de la casa. Pero era necesario, para este final, ser de una familia noble y poder exclamar, cuando el padre la increpara por haber conseguido el amor del joven: "Me llamo Yvette Obardi."

No podía, y, además, era éste un recurso muy visto, muy gastado.

El convento no resultaba mucho mejor. No sentía inclinaciones hacia la vida religiosa, teniendo sólo una devoción intermitente y fugaz. Nadie podía redimirla por el matrimonio, siendo hija de quien era. ¡Ningún socorro podía prometerse de un hombre, ningún arbitrio posible, ningún recurso definitivo!

Y además ella intentaba resolver algo que probase mucha energía, fuerza y voluntad; algo que sirviese de ejemplo. Y aceptó la idea del suicidio.

Decidióse de pronto, como si se tratara de un viaje, tranquilamente, sin reflexionar qué cosa es morir, sin ocurrírsele que aquello era el final de lo que ya nunca esperaba, la marcha sin regreso posible y el adiós eterno a la tierra y a la vida.

Se dispuso inmediatamente a esta determinación extrema, con la sencillez irreflexiva de las almas exaltadas y jóvenes. Pensando qué medio emplearía, todos le parecieron difíciles, inseguros y dolorosos; todos exigían un impulso violento que la repugnaba.

Rechazó desde luego el puñal, y el revólver, que pueden herir sin matar, estropeando y desfigurando, que requieren una mano robusta y experta. La cuerda, tampoco; ahorcarse resulta muy vulgar, feo y ridículo: es el recurso de los pobres. El agua, imposible sabiendo nadar. Quedaba el veneno. Pero ¿qué veneno? Casi todos hacen padecer y provocan vómitos. Ella no quería padecer ni vomitar. Entonces recordó el cloroformo, habiendo leído en un periódico en qué forma se asfixió una pobre mujer por este procedimiento.

Y al resolverse, al fin, sintió una especie de alegría, un orgullo íntimo, una sensación de arrogancia. Se vería pronto de cuánto era capaz.

Entró en el pueblo de Bugival, fué a casa del farmacéutico y le pidió cloroformo para una muela que le dolía. El hombre, que la conocía, le dió en un frasquito un poco del narcótico.

Entonces fué a otro pueblo cercano, Croissy, donde se procuró, con la misma excusa, otra pequeña porción. Obtuvo luego una tercera en Chatou y una cuarta en Reuil, llegando a la villa muy pasada la hora del almuerzo. Después de la caminata sintió bastante apetito y almorzó mucho.

Su madre, satisfecha mirándola comer de aquel modo, tranquilamente, dijo cuando se levantaron de la mesa:

—Todos nuestros amigos vendrán a vernos el domingo. He invitado al príncipe, al caballero Valreali y al señor de Belvigne.

Yvette palideció algo, pero no respondió nada.

Salió en seguida, fué a la estación y pidió billete para Paris.

Durante toda la tarde recorrió farmacias, comprando en cada una un poquito de cloroformo.

Regresó por la noche, con muchos frascos en los bolsillos.

Al día siguiente hizo también otro tanto, y habiendo entrado por casualidad en un almacén de drogas, pudo conseguir de un solo golpe un cuarto de litro.

El sábado no salió de casa: era un día nublado y bochornoso; estuvo en la terraza tendida sobre una butacona de mimbre.

No se preocupaba por nada, muy resuelta y muy tranquila. Vistióse a la mañana siguiente con un traje azul que le sentaba muy bien; quería estar hermosa.

Y mirándose al espejo, se dijo de pronto: "Mañana estaré muerta." Y un temblor extraño estremeció todo su cuerpo. "¡Muerta! ¡No hablaré, no pensaré, no existiré; nadie me verá..., y no verá a nadie!"

Atentamente se contemplaba como si nunca se hubiera visto, examinando principalmente sus ojos, descubriendo mil cosas en ella, un carácter, oculto hasta entonces, de su fisonomía, y asombrándose de verse, como si tuviese ante sí una persona desconocida, pensaba:

"Soy la misma en el espejo. ¡Qué cosa tan extraña, verse a sí misma! Sin el espejo no llegaríamos a conocernos jamás. Y sabrían todos como éramos y nosotros no lo sabríamos nunca."

Deshizo su peinado y dejó caer sobre su pecho toda la cabellera, sin perder ninguno de sus movimientos y actitudes.

"¡Qué bonita soy!—pensaba—. Mañana estaré muerta."

Miró su cama, pareciéndole que ya estaba rígida en ella, pálida, entre cirios.

"Muerta. Dentro de ocho días mi cara, estos ojos y estas mejillas no serán más que podredumbre. Y estaré metida en una caja debajo de la tierra."

Una horrible angustia oprimía su corazón.

Un sol espléndido se derramaba por la campiña, y entró por la ventana un aire apacible.

Sentóse pensando en esto:

"¡Muerta!" Y reflexionaba.

Era como si el mundo fuese a desaparecer para ella. Pero no; en el mundo nada cambiaría con su muerte; ni siquiera su cuarto. Si; hasta su cuarto y su cama quedarían allí, con todos los muebles. Hasta los frascos de su tocador. Y ella, sólo ella, desaparecería para siempre. Exceptuando tal vez a su madre, ninguno sentiría tristeza.

Dirían, sin duda: "¡Qué lástima! ¡Era tan bonita...!"

Y al ver su mano apoyada en el brazo del sillón, pensó de nuevo en la miseria, en la podredumbre que había de consumir su carne. Y nuevamente sintió un estremecimiento y cierta repugnancia; y no comprendía cómo era posible desaparecer así del mundo, sin que todo el mundo se aniquilara. De tal manera se creía integrada en todo: en el campo, en el aire y en el sol y en la vida.

En el jardín estallaron risas, voces, gritos, el desconcierto alegre y ruidoso de los invitados y la voz sonora del señor de Belvigne, que cantaba:

Asómate a la ventana para dar celos al sol.

Se levantó sin reflexionar y asomóse. Todos aplaudieron. Estaban allí los cinco y dos más a los que no conocía.

Retrocedió bruscamente, desgarrada por una idea. Todos iban a divertirse a casa de su madre, a casa de una cortesana.

Llamaron para el almuerzo.

"Voy a enseñarles cómo se muere", se dijo Yvette.

Y bajó con paso firme, con algo del ardimiento de los mártires, cuando entraban en el circo, en donde los aguardaban leones y panteras.

Dio la mano a todos, afablemente, risueña, pero altiva.

Servigny le preguntó:

—¿Está usted menos regañona hoy, señorita?

Ella respondió con tono severo y singular:

—Quiero hacer locuras. Me siento de un humor endiablado. Guárdense de mí.

Luego, dirigiéndose al señor de Belvigne, añadió:

—Usted será mi "víctima" hoy. Todos me acompañarán luego a las ferias de Marly.

Presentáronle a los dos forasteros: el conde de Tamine y el marqués de Briquetot.

Mientras almorzaron, Yvette no habló casi nada, reservando su voluntad para mostrarse alegre luego, para que ninguno comprendiese nada, para que les cogiera más de improviso la desdicha, para que se dijese después:

"¿Quién lo hubiera pensado? ¡Estaba tan alegre, tan satisfecha! ¡Cómo se trastornan esas cabecitas?"—

Esforzábese para no pensar en el anochecer, hora elegida, cuando estuvieran todos en la terraza.

Bebió mucho vino, queriendo aturdirse, y dos copitas de coñac. Se levantó de la mesa muy sofocada, con el cuerpo y el espíritu muy caldeados. Tenía fuerzas y resolución para todo.

—¡En marcha!—dijo.

Y apoyada en el brazo del señor Belvigne, ordenó a los otros:

—Vaya, formen ustedes mi batallón. A Servigny le nombró sargento. Usted, fuera de línea. En primer lugar, la guardia extranjera; los dos exóticos, el caballero y el príncipe. Detrás de todos, los reclutas, los dos forasteros, que hoy toman las armas a mis órdenes. ¡Marchen!

Y salieron. Servigny tocaba la corneta con el puño cerrado, y los los nuevos imitaban el rataplán del tambor.

El señor de Belvigne, algo confuso, dijo en voz baja:

—Yvette, sea usted razonable; no haga cosas que la comprometan.

Ella respondió:

—A usted le comprometo, y le apuro; me preocupa muy poco lo que digan de mí. Yo no pierdo nada; usted supone que puede perder algo. Peor para usted. Hay que guardarse, no ir a ferias con muj eres como yo.

Atravesaron el pueblo de Bougival, con asombro de los paseantes.

Todos los miraban; salían a sus puertas los vecinos; los viajeros de la vía férrea que va de Rueil a Marly, silbaron. Los hombres, en pie sobre la plataforma, gritaban:

—¡Al río con ellos!... ¡Al río!... ¡Al río!

Yvette, con paso militar, avanzaba del brazo de Belvigne, llevándole como se lleva un prisionero. Ella no reía. Bañaba su semblante una palidez grave, una especie de inmovilidad siniestra. Servigny dejó la trompeta para gritar voces de mando.

El príncipe y el caballero se divertían mucho, encontraban aquella farsa muy agradable y muy distinguida. Los dos forasteros tocaban el tambor sin descanso.

Cuando llegaron a la feria, dieron el golpe. Las mozas aplaudían, los hombres alborotaban; un señor gordo, que iba del brazo de su mujer, dijo, envidiándolos:

—Ahí tienes unos que no se aburren.

Se acercaron a los caballitos. Yvette hizo montar a Belvigne a su derecha, mientras el batallón asaltaba los corceles giratorios. Cuando se detuvo la máquina, ella no quiso apearse, y su escolta estuvo también a caballo durante cinco sesiones. El público reía y lanzaba pullas. El señor Belvigne, lívido, tenía dolor de estómago al apearse.

Luego vagaron entre las barracas. Yvette les mandó apearse, rodeados por muchos curiosos y guasones. Les hizo comprar juguetes ridículos, obligándoles a mostrarlos. El príncipe y el caballero empezaban a encontrar pesda la broma. Sólo Servigny, el corneta, y los dos tambores, no se descorazonaban.

Cuando lo hubieron recorrido todo, Yvette miró a sus acompañantes de un modo singular, con ojos burlones y malévolos, y una extraña fantasía cruzó su pensamieto. Los alineó junto a la orilla del río.

—Quien me quiera, que se arroje al agua.

Ninguno saltó. Apiñóse a su espalda una muchedumbre. Algunas mozas, con delantal blanco, los miraban asombrados. Y unos soldados con pantalón rojo reían estupidamente.

Yvette repitió:

—¿No hay uno, entre todos, capaz de satisfacer mi deseo?

Servigny dijo:

—¡Vamos allá!

Y se tiró al agua vestido.

Al caer, salpicó el traje de Yvette. Un murmullo de asombro y alegría se alzó entre la multitud.

Entonces Yvette, cogiendo un pedacito de tabla que había en el suelo y tirándolo a la corriente, gritó:

—¡Búscalos, galán, búscalos!

Servigny, nadando, cogió la tabla con la boca, y la llevó como un perro, arrodillándose al salir del agua.

Yvette le acarició la cabeza, y dijo:

—Bravo, galán.

Una vieja, indignada, exclamó:

—¡Parece increíble!

Otra indicó:

—Y ¿se divierten con esas cosas?

Un hombre clamaba:

—¡Cualquier día me decido yo a eso por ninguna!

Yvette volvió a tomar el brazo de Belvigne, diciéndole:

—Es usted un estúpido; no sabe lo que se ha perdido.

Al volver, Yvette miraba con ojos irritados a los transeúntes, murmurando:

—Qué facha de necios tienen todos.

Luego, fijándose con descaro en el rostro del señor de Belvigne, añadió:

—Y usted también.

Yvette notó que habían desaparecido el príncipe y el caballero. Servigny, chorreando, silencioso, ya no tocaba la corneta; los dos forasteros, fatigados, tampoco tocaban ya el tambor.

Yvette, riendo con sequedad, les dijo:

—Al parecer, se hartaron; ya no quieren más. Y a eso llaman divertirse, ¿no es cierto? Ustedes venían a eso, a divertirse, y quedan bien servidos.

Luego, siguió andando en silencio; y de pronto, Belvigne vió lágrimas en sus ojos. Alterado, preguntó:

—¿Qué tiene usted, señorita?

—Déjeme: a nadie le importa.

Pero él insistía neciamente:

—Señorita, ¿qué tiene usted? ¿Por qué llora?

Ella dijo, impacientándose:

—¡Calle usted!

Y bruscamente, sin resistir más la tristeza profunda que se desbordaba en su corazón, echóse a llorar de tal modo que no le fué posible seguir andando.

Cubrió su rostro con las dos manos, gemía y se ahogaba con la violencia de su desconsuelo.

Belvigne, quieto a su lado, repetía:

—¡Qué podrá ser!

Pero Servigny, avanzando bruscamente, dijo:

—Vamos a casa; que no la vean llorar en la calle. ¿Por qué hace semejantes locuras si le entristecen?

Y cogiéndola por el codo, la hizo andar. Pero, en cuanto estuvieron frente a la villa, Yvette, corriendo escapada, cruzó el jardín, subió la escalera y encerróse por dentro en su cuarto.

Compareció a la hora de comer, pálida y muy seria.

Estaban todos muy alegres, y Servigny había comprado en un comercio blusa, camisa con flores, pantalón de pana; vestía como un campesino y procuraba imitar los modales de la gente del pueblo.

Yvette sintió que le faltaban fuerzas; cuando estuvo servido el café, retiróse a su cuarto.

Bajo su ventana todos reían. El caballero decía chuscadas, usando frases infelices y groseras. Servigny, un poco alegre, hacía de obrero borracho, llamando a la marquesa "patrona". Y de pronto dijo a Laval:

—¡Eh! ¡Patrón!

Fué una carcajada unánime.

Yvette, en aquel momento, se resolvió. Y en una hoja de papel de cartas, puso:

*"Bugival. Domingo, nueve de la noche. Me mato por no ser una entretenida.*

*Yvette"*

Luego añadió esta posdata:

*"Mamá, perdóname. Te quiero mucho. Adiós."*

El sobre iba dirigido a la señora marquesa de Obardi.

Acercó a la ventana un sillón y una mesa, dejando en ella el frasco del cloroformo y algodón en rama.

Un magnífico rosal cubierto de rosas, que desde la terraza subía a su ventana, exhalaba en la noche un perfume delicado y suave. Yvette lo aspiró. La luna, en cuarto creciente, flotaba sobre un cielo negro, mordida y a veces velada por pequeñas nubes.

Yvette se decía: "¡Voy a morir, voy a morir!"

Y su corazón, henchido ya de sollozos, reventaba de pena. La infeliz sentía necesidad, ansia, de que la socorriesen, de que la salvaran, de que la quisieran.

La voz de Servigny se destacó, refiriendo una historia obscena, interrumpida por carcajadas a cada paso. La marquise reía brutalmente y repetía sin cesar:

—Sólo él sabe decir esas cosas...Ja... ja... ja

Yvette cogió la botella y la destapó, empapando unos algodones. Un olor fuerte, azucarado, extraño, se desprendió, y cuando lo acercó a sus labios, el sabor irritante la hizo toser.

Cerró la boca y aspiró por las narices aquellas emanaciones de muerte. Cerraba los ojos, evitando pensamientos que pudiesen hacerla desistir.

Le parecía que su pecho se iba ensanchando, que su alma se aligeraba, sacudiendo el peso de sus penas; tanto se aligeraba, que parecía dispuesta para remontarse y volar...

Percibía una sensación apacible que penetraba todo su cuerpo, sus manos y sus pies, toda su carne, una especie de borrachera vaga, de fiebre dulce.

Los algodones ya estaban secos y aún ella no estaba muerta. Sus sentidos se habían afinado, eran más sutiles, más despiertos.

Oyó hasta las más leves frases pronunciadas abajo. El príncipe Kravalov refería de qué modo mató en duelo a un general austriaco.

Luego, de lejos, de la campiña, llegaban los ruidos nocturnos, de perros y sapos, y el murmullo imperceptible casi de las hojas.

Volvió a empapar los algodones y volvió a respirar el veneno. Durante un instante nada sintió; después, el suave y apacible bienestar volvió a invadirla.

Dos veces más añadió cloroformo a los algodones, ansiosa de conservar la sensación física y la sensación moral, aquel desvanecimiento delicioso en que se perdía su alma.

Parecía que no tenía huesos ni carne; que no tenía brazos ni piernas. Se fue despojando suavemente de todo, sin que lo notara. El cloroformo había consumido su cuerpo, no dejando más que su alma despierta, más viva, más libre, más poderosa de lo que nunca fue.



Recordaba mil detalles olvidados, pequeñeces de su infancia, que la complacían. Su pensamiento, con agilidad hasta entonces desconocida, saltaba entre ideas muy distantes, recorría mil aventuras, vagaba en el pasado y se perdía en el porvenir. Activo y negligente a un tiempo, le ofrecía un encanto sensual, un placer divino.

No dejaba de oír las voces, pero ;sin comprender ya las palabras, que tenían para ella un valor disinto. Se hundía poco a poco en una especie de maravilla exótica variada.

En un barco gigantesco atravesaba un país florido. Veía en las playas personas que gritaban mucho. Luego, sin saber cómo, estaba otra vez en tierra, y Servigny, en traje de príncipe, la conducía del brazo a una corrida de toros. Estaban llenas las calles de transeuntes que hablaban, y ella oía todas las conversaciones, reconociendo las voces, porque, a través de su turbación soñadora, oía reír y hablar a los amigos de su madre abajo, en la terraza.

Todo se hizo más vago.

Al fin, despertó, deliciosamente abatida y recordando con dificultad.

## VIII

Yvette se daba cuenta de que no estaba todavía muerta.

Sentía un descanso absoluto, un bienestar físico muy agradable, una dulzura espiritual; era su anonadamiento de tal modo exquisito, que ya, sin ansia de acabar, lo hubiera prolongado por su gusto infinitamente.

Respiraba despacio, viendo la luna frente a ella, por encima de los árboles. Algo había cambiado en su alma; ya no pensaba como antes. El cloroformo, debilitando su cuerpo y su espíritu, había calmado su pena y adormecido su deseo de morir.

¿Por qué no volver a la vida? ¿Por qué no ser amada y dichosa? Ya todo le parecía posible, fácil y cierto. Ya era todo agradable y dulce, todo era encantador.

Queriendo soñar siempre, humedeció de nuevo los algodones, y aspiraba sólo a intervalos para no absorber demasiado, para no morir. Miraba la luna, y veía un rostro de mujer que se balanceaba en pleno cielo; después cantaba, cantaba con una voz muy conocida, la Aleluya de amor.

La marquesa, retirándose de la terraza, se había sentado al piano.

Yvette volaba. En el silencio de la noche, de una clara y transparente noche, volaba por encima de los árboles y del río. Volaba deliciosamente, abriendo las alas, batiéndolas, arrastrada por el viento como por una caricia. Se revolvía en el aire que besaba su piel, y deslizábase rápida; tan rápida, que no tenía tiempo de mirar abajo. Y luego se hallaba en la orilla de un lago; allí pescaba.

Echando el anzuelo, sentía un tirón fuerte, como si un pez grande mordiera en él. Alzando la caña, sacó al extremo del hilo un magnífico y elegante collar de perlas que había deseado mucho. No la sorprendía el hallazgo, pareciéndole cosa natural aquella pesca; y clavaba los ojos en Servigny, que apareció a su lado, sin explicarse cómo, pescando también y haciendo salir del agua un caballito de madera.

Después tuvo de nuevo la sensación de un despertar y oyó que la llamaban.

Su madre había dicho:

—Apaga la bujía.

Y Servigny, fingiendo algo la voz, gritaba con entonaciones cómicas:

—Apague usted la bujía, señorita Yvette.

Y todos repetían a coro:

—Señorita Yvette, apague usted la bujía.

Ernpapó nuevamente los algodones en el cloroformo; pero como ya no quería morir, los puso a cierta distancia para respirar el aire fresco, inundando al mismo tiempo

su habitación con las emanaciones asfixiantes del narcótico. Imaginaba que subirían, y tomando una postura de completo abandono, una postura de muerta, esperó.

La marquesa dijo:

—No estoy tranquila. Esa locuela se durmió dejando encendida la vela y abierta la ventana. Diré a Clementina que suba para que cierre los cristales y apague la luz.

La doncella dió unos golpecitos en la puerta, llamando:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Hubo un silencio, y prosiguió:

—Señorita Yvette, la señora desea que apague usted la bujía y cierre la ventana.

Otro silencio. Clementina esperaba escuchando. Luego dió con los nudillos más fuerte, arreciando la voz:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Como Yvette no contestaba, la doncella bajó y dijo a la señora:

—La señorita se habrá dormido, sin duda, muy profundamente. Ha cerrado por dentro y no despierta.

La señora Obardl murmuró:

—¡Y habrá que dejarla con los cristales abiertos y la luz encendida!

Todos, a propuesta de Servigny, se reunieron al pie de la ventana de Yvette y gritaron a coro:

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! ¡Señorita, señorita!

El clamor vibró en la noche tranquila, se alzó hasta la luna en el aire transparente, repercutió en toda la campiña y fué perdiéndose como el ruido cada vez más débil de un tren en marcha que se aleja.

Yvette no respondió, y su madre dijo:

—Mientras no le haya sucedido algo... Empiezo a intranquilizarme.

Servigny, cogiendo rosas y capullos del rosal que trepaba por la pared, arrojándolos al aire, los hacía entrar por la ventana.

Al recibir el primero que la tocó, Yvette se estremeció y estuvo a punto de gritar. Rosas y capullos cayeron sobre su falda, sobre su cabellera; otros pasaban por encima, llegando a la cama, que se cubrió de flores.

La marquesa gritó con toda su fuerza:

—¡Hija mía! ¿No respondes?

Entonces advirtió Servigny:

—Realmente, lo que ocurre no es natural. Subiré trepando a la ventana.

Pero el caballero se indignó.

—Permítame. Yo reclamo para mí el favor que me parece demasiado. Es una oportunidad para obtener una cita.

Los otros, creyendo que todo era una broma de Yvette, gritaron:

—¡Protesto! ¡Protesto! ¡Hay añagaza! ¡Están convenidos! ¡Que no suba! ¡Que no suba!

Pero la marquesa, emocionada, insistió:

—Es necesario saber lo que ocurre.

Con dramática entonación dijo el príncipe:

—Favorece al duque; nos hace traición.

—Juguémoslo a cara o cruz; el que gane, subirá —objetó el caballero, sacando una moneda de cien francos.

Y pidió primero el príncipe:

—¡Cruz!

Fué cara.

El príncipe cogió la moneda, preguntando a Laval; éste dijo:

—¡Cara!

El príncipe tiró la moneda.

Fué cruz.

Y así, todos perdían...

Sólo faltaba Servigny, el cual advirtió con aire insolente:

—¡Claro Hace trampa

El ruso, llevándose una mano al corazón y ofreciendo a su rival con la otra la moneda, murmuró:

—Tire usted mismo, amable duque.

Servigny cogió la moneda y la tiró al aire, gritando:

—¡Cara!

Fué cruz.

Devolvió la moneda, y señalando al príncipe los pilares de la terraza, dijo:

—Príncipe, suba usted.

Pero el príncipe miraba en derredor con inquietud:

¿Qué busca? —preguntó Valreali.

—Busco..., busco una escalera

Todos rieron estrepitosamente.

Laval, adelantándose, dijo:

—Le ayudaremos.

Y alzándole de pronto entre sus brazos hercúleos, añadió:

—Agárrese a los hierros.

Se agarró bien el Príncipe, y al dejarle Laval, quedó suspendido, puer agitando las piernas y sin avanzar. Servigny, agarrando aquellos pies que buscaban un apoyo en el vacío, tiró con fuerza, y el príncipe cayó como una masa inerte sobre la barriga del señor Belvigne, que se acercaba para sostenerlo.

—¿A quién le toca por turno? —preguntó Servigny.

Pero nadie reclamaba su derecho.

—Valor, Belvigne

—Gracias, le tengo mucho cariño a mis huesos.

—Veamos, caballero Valrealí; usted acaso tenga costumbre

—Le cedo mi vez, amable duque.

—Vaya; la cosa no es para tanto.

Y Servigny trepó, abrazando la columna; luego se agarró a los hierros, hizo una contracción y saltó a la ventana.

Todos, con la cabeza levantada, la plaudían. Servigny gritó:

—¡Acudan pronto! Yvette está desmayada.

La marquesa, lanzando un grito se precipitó a la escalera.

La muchacha, con los ojos cerrados, se hacía la muerta.

Servigny descorrió el cerrojo, y la marquesa entró desesperada:

—¿Qué tiene? ¿Qué tiene?

Servigny, recogiendo el frasco del cloroformo, dijo:

—Se asfixló.

Y acercando el oído al pecho de Yvette:

—Respira; la reanimaremos. ¿Hay amoníaco?

La doncella, turbada, repetía:

—¿Qué pide, señor? ¿Qué pide?

—Agua sedativa.

—Sí; agua.

—Tráigala corriendo y deje la puerta de par en par. Que circule el aire.

La marquesa cayó de rodillas, gimoteando:

—¡Yvette! ¡Yvette! ¡Hija mía! ¡Cielo mio! ¡Escúchame! ¡Contéstame! ¡Yvette!  
¡Hija mía! ¡Oh! ¿Qué tienes?

Y todos, revolviéndose despavoridos, inútiles, iban y venían con agua, toallas, vasos, vinagre.

Alguien dijo:

—Habrá que desnudarla.

Y la marquesa trató de hacerlo pero no supo. Sus manos temblaban, tropezaban, se perdían; y ella sollozaba:

—No acierto... No sé... No sé... No acierto...

La doncella entró con una botella. Servigny, empapando un pañuelo en el amoniaco, lo aproximó a la nariz de Yvette.

—Respira bien. Esto no será nada.

Y la frotó con el mismo pañuelo mejillas, nuca y sienes.

Luego indicó a la doncella que aflojase los vestidos y le quitase el corsé, y levantándola entre sus brazos, la llevó a la cama, estremeciéndose al contacto del cuerpo casi desnudo, sintiendo el perfume de aquella carne. Cuando la hubo puesto sobre los colchones, se incorporó, muy pálido, y dijo:

—Pronto volverá en sí. Esto no es nada.

Había sentido su respiración continua y regular.

Viendo que todos los hombres fijaban los ojos en el cuerpo de Yvette, se sintió irritado, celoso, y dirigióse a ellos, indicando:

—Señores, aquí somos demasiados y hace falta mucho aire. Déjenos a Laval y a mi.

Usaba un tono seco y autoritario. Los cuatro salieron.

La señora Obardi se arrojó en los brazos de su amante, gritando:

—¡Salvémosla! ¡Salvémosla!

Y Servigny vió sobre la mesa la carta. Leyendo el sobre, pensó: "Mejor será que la madre no lo sepa." Rasgando la envoltura, enteróse del contenido.

"¡Caramba!—pensó—. Esto merece la pena."

Y disimuladamente se guardó la carta en un bolsillo.

Luego, acercándose a Yvette, comprendió que la niña estaba ya en sus cabales, no atreviéndose a manifestarlo, por vergüenza y por temor a las preguntas.

La marquesa, de rodillas, a los pies de la cama, lloraba. De pronto exclamó:

—Un médico, en seguida; que venga un médico.

Pero Servigny, que acababa de hablar en voz baja con Laval, dijo:

—No; no hace falta. Déjeme sola con ella un minuto, y cuando usted vuelva su hijo la besará: lo prometo.

Laval, cogiendo a la señora de Obardi por un brazo, salió con ella.

—Señorita: escúcheme.

Ella no respondió. Se sentía tan bien, tan dulcemente, allí echada, que no quería moverse, ni hablar, ni vivir de otro modo. Un bienestar infinito la invadía, un bienestar que hasta entonces nunca sintió.

El aire tibio de la noche inundaba el cuarto en ondas tenues, oreando el rostro de la enferma de un modo exquisito y apenas perceptible. Era una caricia, era como un beso del aire, como un aliento sutil, como el soplo de un abanico formado con todas las hojas de los árboles y todos los misterios de la noche, de las brumas del río y de las flores del jardín; porque las rosas caídas poco antes en el lecho, y las que trepando se asomaban a la ventana, mezclaban su perfume lánguido con el fecundo sabor de la brisa nocturna.

Yvette bebía con placidez aquel aire, y conservaba los ojos cerrados y el corazón divertido aún en la persistente somnolencia del opio; no deseaba morir; al contrario: sentía un deseo poderoso de vivir, de ser dichosa, de ser querida, muy querida, mucho, mucho.

Servigny repetía:

—Yvette, escúcheme.

Y ella se decidió a tener los ojos abiertos.

Viéndola reanimada, él prosiguió:

—¿Qué significan esas locuras?

Yvette murmuraba:

—Mi pobre galán, la tristeza me vencía.

Servigny la oprimió paternalmente.

—Así no se adelanta nada. Veamos. ¿Promete no insistir?

Yvette no contestó, pero movía la cabeza, sonriendo con una débil contracción, apenas visible.

Servigny sacó del bolsillo la carta que recogió sobre la mesa.

—¿Quiere usted que se lo digamos a mamá?

Ella hizo un signo de negación. El no sabía qué decir, el caso era difícil. Murmuró:

—Yvette, encantadora Yvette, es necesario resolverse, conformarse... Hay situaciones dolorosas... Yo prometo a usted...

Ella balbució:

—Usted es muy bueno.

Callaron. Servigny la contemplaba. En los ojos de la mujer había mucha ternura, desfallecimiento, y de pronto ella levantó los brazos como si quisiese atraer al hombre. Servigny se inclinó y se unieron sus labios.

Duró mucho aquel beso. Cuando él, comprendiendo que se acababa, se incorporó, ella sonreía, reteniéndole:

—Voy a buscar a la marquesa —dijo el amante.

Ella murmuraba:

—¿Me querrá usted mucho?

El, arrodillándose, besaba la mano de Yvette, y decía:

—¡Te adoro!

Alguien estaba junto a la puerta. Servigny salió, y con su acostumbrada tranquilidad, siempre algo irónica, dijo:

—Entre usted, marquesa. Ya está salvada.

La madre corrió hacia su hija; se abrazaron, se besaron frenéticamente, con los ojos llenos de lágrimas, y Servigny, con el corazón alborotado y la carne ansiosa, fué hacia la ventana para respirar a plenos pulmones el aire de la noche, tarareando:

*La mujer varia,  
como la veleta;  
nadie la comprende,  
nadie las sujeta.*

*Le Figaro*, del 29 de agosto al 9 de septiembre de 1884

## *Los zuecos*

---

*Les sabots*

El anciano cura lanzaba atropelladamente los últimos párrafos de su sermón por encima de los gorros blancos de las campesinas y de los cabellos de los campesinos, enmarañados unos, acicalados otros. Las granjeras, que habían acudido de muy lejos para oír misa, tenían junto a ellas, en el suelo, sus grandes canastos; el calor pegajoso de un día de julio desprendía de todos aquellos cuerpos olor a establo, husmillo de ganado. Llegaban por la gran puerta entreabierta el quiquiriquí de los gallos y los mugidos de las vacas tumbadas en un campo cercano.

De cuando en cuando se metía violentamente por el pórtico una oleada de aire impregnado de aromas silvestres, jugueteaba al paso con los cintajos de las cabezas y llegaba así hasta los cirios del altar, haciendo estremecer sus llamitas amarillentas.

—Como Dios manda... ¡Y que así sea! —dijo el sacerdote, y se calló.

Abrió después un libro y empezó el capítulo de los pequeños asuntos íntimos de la comunidad, sobre los cuales solía aconsejar a sus ovejas. Era un anciano de cabellos blancos, que llevaba cuarenta años administrando la parroquia y que se servía de la plática dominical para comunicarse con llaneza con todos sus feligreses.

Dijo, entre otras cosas:

—Recomiendo a sus oraciones a Desiderio Vallin, que está muy enfermo, y también a la Paumelle, que siempre tarda mucho en reponerse de sus partos.

Quería acordarse de más cosas; repasaba trozos de papel que tenía entre las hojas de su breviario. Halló al fin los dos que buscaba, y prosiguió:

—Hay que impedir que los mozos y las mozas se cuelen de noche en el cementerio. De lo contrario, daré aviso al guardia rural. El señor César Omont desea una chica formal para criada.

Se quedó todavía pensativo unos momentos y agregó:

—No se me ocurre más, y ésta es la gracia que les deseo, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Bajó del púlpito y siguió con su misa.

Así que los de Malandain estuvieron de regreso en su casucha, la última de la aldea de La Sablière, junto a la carretera de Fourville, el padre, un campesino viejo, bajito, seco y arrugado, se sentó a la mesa, mientras su mujer descolgaba la olla y su hija Adelaida sacaba del aparador vasos y platos, y habló así:

—Tal vez conviniese la colocación ésta para servir en casa del señor Omont, porque es viudo, su nuera no lo quiere, no tiene a nadie y puede sacarse mucho. Quizá no haríamos mal en enviar a Adelaida.

La mujer colocó en la mesa la olla renegrada, la destapó y se quedó pensativa, mientras subía al techo el vapor de la sopa, cargado de olor de coles.

El marido siguió diciendo:

—Puede sacarse mucho, te lo digo yo. Pero se necesitaría una mujer despabilada, y Adelaida es una tontina.

La mujer intervino entonces:

—Podríamos ver, de todas maneras.

Se volvió hacia su hija, una buena moza con cara de simplona, rubia, mofletuda y rubicunda como cáscara de manzana, y le gritó:

—¿Oyes, borricota? Irás a casa del señor Omont a ofrecerte de criada, y le obedecerás en todo lo que te mande.

La hija se echó a reír como una tonta, sin contestar nada. Y se pusieron a comer los tres.

Al cabo de diez minutos reanudó el padre la conversación:

—Óyeme unas palabras, hija, y procura seguir al pie de la letra lo que voy a decirte...

Y le trazó, en frases lentas y minuciosas, una regla completa de conducta, previendo los más pequeños detalles, disponiéndola para la conquista de un viudo ya maduro que estaba indispuerto con su familia.

La madre había dejado de comer para escuchar, y con el tenedor en la mano, yendo y viniendo con la mirada desde su marido hasta su hija, seguía aquellas instrucciones con atención reconcentrada y muda.

Adelaida permanecía inmóvil, mirando sin fijeza a todas partes, dócil y entontecida.

Acabada la comida, hizo la madre que su hija se pusiese el gorro, y salieron las dos para ir a ver al señor César Omont. Vivía éste en un pequeño pabellón de ladrillo, adosado a la casa de labor que ocupaban sus granjeros. Se había retirado de la profesión de subastador, para vivir de sus rentas.

Andaba por los cincuenta y cinco; era obeso, jovial y brusco, como buen ricachón. Se reía y gritaba con un vozarrón capaz de tirar un tabique, bebía sidra y aguardiente a vaso lleno y se le tenía por fogoso, a pesar de sus años.

Le gustaba pasear por el campo con las manos cruzadas a la espalda, hundiendo sus zuecos de madera en la tierra fértil, examinando la altura del trigo o la floración de los campos de colza con ojo de aficionado rico al que sigue gustándole el campo, pero sin darle demasiada importancia.

La gente comentaba, hablando de él:

—Marca siempre buen tiempo, aunque algunos días sólo a medias.

Recibió a las dos mujeres sin moverse de la mesa, mientras tomaba el café. Se echó hacia atrás en la silla y les preguntó:

—¿Qué es lo que quieren?

Fue la madre quien habló:

—Esta es nuestra hija Adelaida, y yo quisiera que la tomase de criada por lo que el señor cura ha dicho esta mañana en el púlpito.

El señor Omont miró con ojos escrutadores a la chica y preguntó sin más rodeos:

—¿Cuántos años tiene esta cordera?

—Veintiuno por San Miguel, señor Omont.

—¡Hecho! Le daré quince francos al mes y la comida.

Que venga mañana por la mañana, para prepararme la sopa del desayuno.

Y las despidió.

Adelaida entró en funciones al siguiente día, y sin hablar palabra se puso a trabajar tan afanosamente como lo hacía en casa de sus padres.

A eso de las nueve, mientras limpiaba los cristales de la cocina, oyó el vozarrón del señor Omont, que la llamaba:

—¡Adelaida!

Acudió corriendo.

—¡Aquí estoy, señor!

Al verla delante, con las manos enrojecidas y desaseadas, la mirada inquieta, le espetó esta declaración terminante:

—Óyeme bien, para que no tengamos confusiones entre nosotros. Tú eres aquí mi criada y solamente mi criada. ¿Me comprendes? No vamos a juntar los zuecos.

—Sí, mi amo.

—Tú en tu sitio y yo en el mío, muchacha; la cocina, para ti; la sala, para mí. Fuera de eso, todo es de los dos por igual. ¿De acuerdo?

—Sí, mi amo.

—Entonces, a trabajar.

La chica reanudó sus tareas.

Al mediodía preparó la mesa del señor en su comedorcito tapizado de papel de colores; cuando tuvo la sopa en la mesa, fue a llamar al señor Omont:

—Está usted servido, mi amo.

Entró, tomó asiento, desdobló la servilleta, se quedó indeciso un instante y de pronto gritó con voz de trueno:

—¡Adelaida!

La muchacha llegó toda azorada. El señor Omont le gritó, como si fuera a hacerla pedazos:

—Pero, bueno, ¡Dios de Dios! ¿En dónde está tu cubierto?

—Pero..., mi amo...

Él vociferó:

—A mí no me agrada comer solo, ¡carámbanos! Ahora mismo te sientas a comer aquí, y si no te gusta ya te estás largando. Tráete plato y vaso.

Fuera de sí del susto, trajo la chica su cubierto y balbució:

—Aquí me tiene, mi amo.

Se sentó a la mesa frente a él.

Entonces el señor Omont recobró su buen humor; bebió, golpeó la mesa con el puño, contó historias que ella escuchaba con los ojos bajos, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

De cuando en cuando se levantaba la chica para traer pan, sidra, platos.

Cuando sirvió café, sólo trajo una taza y la colocó delante del amo. Éste montó en cólera otra vez y gruñó:

—Pero ¿y tú?

—No lo tomo, mi amo.

—¿Qué es eso de que no lo tomas?

—Que no me gusta.

El señor Omont estalló de nuevo:

—Te digo, ¡Dios de Dios!, que no me gusta tomar solo el café. Si ahora mismo no te sirves tú, ya te puedes ir largando... Ve por una taza y aligera.

Se trajo una taza, volvió a sentarse, probó el líquido oscuro e hizo una mueca; pero como el amo tenía clavada en ella su mirada furibunda, se lo echó todo al cuerpo. Y después del café tuvo que tomar el primer vaso de aguardiente, para enjuagar el segundo, para empujar al del enjuague, y el tercero, el del puntapié, y a casa.

El señor Omont le dijo entonces:

—Ahora te vas a fregar; eres una buena chica.

La escena se repitió por la noche. Y acabada la cena, jugaron al dominó; después la envió a acostarse.

—Vete a la cama; yo subiré de aquí a un rato.

La chica se dirigió a su habitación, que era una guardilla debajo del tejado. Rezó sus oraciones, se desnudó y se metió entre las sábanas.

De improviso saltó, aterrada, de la cama.

—¡Adelaida!

Un grito tremebundo había hecho retemblar la casa. Ella abrió la puerta y gritó desde su sotabanco:



—Estoy aquí, mi amo.

—¿Qué estás dónde?

—¿Dónde voy a estar? En mi cama, señor amo.

Al oírla, vociferó él:

—Ya estás bajando en seguida. ¡Dios de Dios! No me gusta dormir solo, ¡carámbanos!; y si no bajas, ya estás de más aquí, recontra.

Ella entonces, desatinada, mientras encendía la vela, gritó desde arriba:

—Voy en seguida, mi amo.

El señor Omont oyó el ruido que hacían sus pequeños zuecos en las escaleras de pino; cuando llegó a los últimos escalones, la tomó del brazo y, dándole apenas tiempo para poner sus estrechos zuecos de madera junto a los voluminosos del amo, la metió en su cuarto, gruñendo:

—¡Aligera, Dios de Dios!

Ella, sin saber ya lo que se decía, balbucía:

—¡Ya estoy aquí, mi amo; ya estoy aquí!

A los seis meses fue la chica a ver a sus padres un domingo. El padre la miró con gran detenimiento y luego le preguntó:

—¿No estás tú preñada?

Ella se miró el vientre con cara de idiota y contestó:

—No creo; no, no debo de estarlo.

Él quiso enterarse bien y procedió a interrogarla:

—Ven acá... ¿No será que alguna noche ustedes han juntado los zuecos?

—¡Eso sí! Los juntamos la primera noche, y después, todas.

—Entonces, no me digas más... Estás hecha un tonel relleno.

Ella estalló en sollozos:

—Yo no sabía nada. Yo no sabía nada.

El tío Malandain la miraba de arriba abajo, con ojo despierto y cara satisfecha, y le preguntó:

—¿Qué es lo que tú no sabías?

Ella contestó, con frases entrecortadas

—No sabía, no; no sabía que así... se hacían los niños.

En aquel instante llegaba su madre. El marido le explicó, sin señales de enfado en la voz:

—Ahí la tienes preñada, donde la ves.

La madre, dejándose llevar por el instinto de mujer, se indignó, insultando a boca llena a su hija, que lloraba, y tratándola de cochina y arrastrada.

El marido la hizo callar. Al coger la gorra para ir a tratar de sus asuntos con el señor César Omont, hizo este comentario:

—Es aún más estúpida de lo que me imaginaba. Ni siquiera se daba cuenta la tontina de lo que se hacía.

En la plática del domingo siguiente, anunciaba el anciano sacerdote las amonestaciones del señor Onofre César Omont con Celeste Adelaida Malandain.

*Gil Blas*, 8 de agosto de 1882

## ***La novela: Prólogo a Pedro y Juan***

---

No es mi intención abogar a favor de la novelita que sigue. Por el contrario, las ideas que intentaré hacer comprender implicarían más bien la crítica del género llamado de estudio psicológico, estudio que he emprendido en Pedro y Juan.

Voy a ocuparme de la novela en general.

No soy el único a quien los mismos críticos dirigen el mismo reproche cada vez que aparece un nuevo libro.

Entre las frases de elogio, encuentro por lo general la siguiente, debida a las mismas plumas:

“El mayor defecto de esta obra es que, propiamente hablando, no es una novela”.

Ahora bien, podría responderse con el mismo argumento: “El mayor defecto del escritor que me honra con su juicio es que no es un crítico”.

¿Cuáles son, en efecto, los caracteres esenciales de un crítico?

Es preciso que, sin prejuicio alguno, ni opiniones preconcebidas, sin ideas de escuela, sin compromisos con ningún grupo de artistas, comprenda, distinga y explique las tendencias más opuestas, los temperamentos más contrapuestos y admita las más diversas búsquedas del arte.

Así pues, el crítico que tras Manon Lescaut, Pablo y Virginia, Don Quijote, Las amistades peligrosas, Werther, Las afinidades electivas, Clarisse Harlowe, Emile, Candide, Cinq-Mars, René, Los tres mosqueteros, Mauprat, Papá Goriot, La prima Bette, Colomba, El rojo y el negro, Mademoiselle de Maupin, Nuestra Señora de París, Salambó, Madame Bovary, Adolfo, El señor de Camors, L'assomoir, Sapo, etcétera, se atreve a escribir también: “Esto es una novela y aquello no lo es”, me parece que está dotado de una perspicacia que se asemeja mucho a la incompetencia. Por lo general, este crítico entiende por novela una aventura más o menos verosímil, dispuesta como una obra teatral en tres actos, de los que el primero contiene la exposición, el segundo la acción y el tercero el desenlace.

Este modo de componer es absolutamente admisible, pero a condición de que se acepten todos los demás.

¿Existen reglas para escribir una novela, fuera de las cuales una historia escrita debiera llamarse de otro modo?

Si Don Quijote es una novela, ¿no lo es también El rojo y el negro? Si El Conde de Montecristo es una novela, ¿no lo es también L'assomoir? ¿Puede establecerse una comparación entre Las afinidades colectivas de Goethe, Los tres mosqueteros de Dumas, Madame Bovary de Flaubert, El Señor de Camor de M.O. Feuillet y Germinal de Zola? ¿Cuál de estas obras es una novela? ¿Cuáles son esas famosas reglas? ¿De donde proceden? ¿Quién las ha establecido? ¿En virtud de qué principio, de qué autoridad y de qué razonamientos?

No obstante, parece ser que esos críticos saben de una manera cierta, indudable, lo que constituye una novela y lo que la distingue de otra que no lo es. Esto, sencillamente, significa que sin ser productores están agrupados en una escuela y rechazan, a la manera de los mismos novelistas, todas las obras concebidas y realizadas fuera de su estética.

En cambio, lo que debería hacer un crítico inteligente es buscar aquello que menos se parece a las novelas ya escritas y estimular todo lo posible a los jóvenes para que emprendan nuevos caminos.

Todos los escritores, Victor Hugo igual que Zola, han reclamado con insistencia el derecho absoluto, derecho indiscutible de componer, es decir, de imaginar u observar de

acuerdo con su concepto personal del arte. El talento procede de la originalidad que es una manera especial de pensar, de ver, de comprender y de juzgar.

Así pues, el crítico que pretende definir la novela según la idea que de ella se ha forjado con arreglo a las novelas que prefiere, y establecer ciertas reglas invariables de composición, luchará siempre contra un temperamento de artista que aporte un nuevo procedimiento. Un crítico totalmente merecedor de este nombre debería ser tan sólo un analista exento de tendencias, de preferencias, de pasiones, etcétera, y apreciar tan sólo, al igual que un perito en pintura, el valor artístico del objeto de arte que se le somete. Su comprensión, abierta a todo, debe absorber hasta tal punto su personalidad, que pueda descubrir y alabar incluso los libros que no le satisfacen como hombre, pero que debe comprender como juez.

Pero la mayor parte de los críticos no son, en realidad, más que lectores, y el resultado es que nos censuran casi siempre erróneamente o que nos elogian sin reserva y sin tino.

El lector, que únicamente busca en un libro satisfacer la tendencia natural de su espíritu, pide al escritor que responda a su gusto predominante y califica invariablemente como bien escrita la obra o el párrafo que agrada a su imaginación idealista, alegre, picaresca, triste, soñadora o positiva.

En suma, el público está compuesto por numerosos grupos que nos gritan:

*«Consuélenme.»*

*«Distráiganme.»*

*«Entristézcanme.»*

*«Enternézcánme.»*

*«Háganme soñar.»*

*«Háganme reír.»*

*«Hagan que me estremezca.»*

*«Háganme llorar.»*

*«Háganme pensar.»*

Tan sólo algunos espíritus selectos piden al artista: «Escriban algo bello, en la forma que mejor les cuadre, según su temperamento.»

El artista lo intenta y triunfa o fracasa.

El crítico sólo debe apreciar el resultado con arreglo a la naturaleza del esfuerzo; y no le asiste el derecho a preocuparse de las tendencias.

Esto se ha escrito ya mil veces, pero habrá que seguir repitiéndolo.

Así pues, tras las escuelas literarias que han querido darnos una visión deformada, sobrehumana, poética, enternecedora, encantadora o soberbia de la vida, vino una escuela realista o naturalista que pretendió indicarnos la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad.

Es preciso admitir con el mismo interés esas teorías de arte tan diferentes y juzgar las obras que producen únicamente desde el punto de vista de su valor artístico, aceptando a priori las ideas generales que les han dado vida.

Discutir el derecho que asiste a un escritor para hacer una obra poética o realista es quererle forzar a modificar su temperamento, recusar su originalidad y no permitirle utilizar la visión y la inteligencia que le proporcionó la naturaleza.

Echarle en cara que vea las cosas hermosas o feas, pequeñas o épicas, graciosas o siniestras, es como reprocharle estar configurado de tal o cual manera y no tener una visión que concuerde con la nuestra.

Dejémoslo en libertad para comprender, observar, concebir como guste, mientras sea un artista. Procuremos exaltarnos poéticamente para juzgar a un idealista y demostrémosle que su sueño es mezquino, trivial, no lo bastante extravagante o magnífico. Pero si juzgamos a un naturalista, indiquémosle en qué difiere la verdad de la vida de la verdad de su libro.

Es evidente que tan distintas escuelas han debido emplear procedimientos de composición totalmente opuestos.

El novelista que transforma la verdad constante, brutal y desagradable, para lograr una aventura excepcional y seductora, debe, sin preocuparse demasiado por la verosimilitud, manejar a su antojo los acontecimientos, prepararlos y arreglarlos para complacer al lector, emocionarle o enternecerle. El plan de su novela no es más que una serie de combinaciones ingeniosas que conducen con habilidad al desenlace. Los incidentes se disponen y dirigen hacia el punto culminante, y el resultado final, que es un acontecimiento capital y decisivo, debe satisfacer todas las curiosidades excitadas al principio, poniendo un límite al interés y acabando de una manera tan completa la historia relatada, que ya no se desee saber qué les ocurrirá en el futuro a los personajes más sobresalientes.

En cambio, el novelista que pretende darnos una imagen exacta de la vida debe evitar cuidadosamente cualquier encadenamiento de hechos que pudiera parecer excepcional. Su finalidad no estriba en contarnos una historia, divertirnos o entristecernos, sino en forzarnos a pensar, a comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos. A fuerza de observar y meditar, mira el universo, las cosas, los hechos y los hombres de cierto modo que le es peculiar y que se deriva del conjunto de sus observaciones meditadas. Esta es la visión personal del mundo que intenta comunicarnos reproduciéndola en un libro. Para conmovernos, como le ha conmovido a él mismo el espectáculo de la vida, debe reproducirla ante nuestros ojos con escrupulosa semejanza. Por lo tanto, deberá componer su obra de una manera tan hábil, tan disimulada y en apariencia tan sencilla, que sea imposible adivinar e indicar el plan, descubrir sus intenciones.

En lugar de tramar una aventura y desarrollarla de modo que resulte interesante hasta el desenlace, tomará al personaje en determinado período de sus existencia y lo conducirá, mediante transiciones naturales, hasta el siguiente período. Así dará a conocer cómo se modifican los caracteres bajo la influencia de las circunstancias inmediatas, cómo se desarrollan los sentimientos y las pasiones, cómo se ama, cómo se odia, cómo se combate en todos los medios sociales, cómo luchan los intereses de familia y los intereses políticos.

Por lo tanto, la habilidad de su plan no consistirá en la emoción o el hechizo, en un comienzo atractivo o en una catástrofe emocionante, sino en la hábil agrupación de pequeños hechos constantes, de donde se desprenderá el sentido definitivo de la obra. Si hace caber en trescientas páginas diez años de una vida para demostrarnos cuál ha sido, en medio de todos los seres que la han rodeado, su significación particular y muy característica, deberá saber eliminar, entre los innumerables y menudos hechos cotidianos, todos los que le resulten inútiles, y destacar de una manera especial todos aquellos que pasarían inadvertidos para observadores poco perspicaces y que proporcionan al libro su interés y su valor de conjunto.

Se comprende que semejante manera de componer, tan diferente del antiguo procedimiento visible a todos los ojos, desconcierte con frecuencia a los críticos, y que

éstos no descubran todos los hilos, tan tenues, tan secretos, casi invisibles, empleados por ciertos artistas modernos en lugar de la trama única cuyo nombre era intriga.

En resumidas cuentas, si el novelista de ayer escogía y relataba las crisis de la vida, los estados agudos del alma y del corazón, el actual novelista escribe la historia del corazón, del alma y de la inteligencia en estado normal. Para producir el estado que persigue, es decir, la emoción de la simple realidad, y para hacer resaltar la enseñanza artística que pretende descubrir, o sea la revelación de lo que es verdaderamente a sus ojos el hombre contemporáneo, deberá emplear tan sólo hechos de una verdad irrecusable y constante.

Pero, al situarnos en el mismo punto de vista de esos artistas, debemos discutir e impugnar su teoría, que parece poder resumirse con estas palabras: «Nada más que la verdad y toda la verdad.»

Siendo su propósito hacer resaltar la filosofía de ciertos hechos constantes y corrientes, deberán modificar con frecuencia los acontecimientos en provecho de la verosimilitud y en menoscabo de la verdad, ya que

Lo verdadero puede, a veces, no ser verosímil.

El realista, si es un artista, no intentará mostrarnos la fotografía trivial de la vida, sino proporcionarnos una visión más completa, más sorprendente y más cabal que la de la misma realidad.

Contarlo todo resultaría imposible, ya que en ese caso sería menester, por lo menos, un volumen por día a fin de enumerar la multitud de incidentes insignificantes que llenan nuestra existencia.

Se impone, por tanto, una selección, lo cual significa ya una primera vulneración de la teoría de toda la verdad.

Además, la vida está compuesta por cosas totalmente diferentes, las más imprevistas, las más contrarias, las más contrapuestas; es brutal, sin sucesión, sin encadenamiento, repleta de catástrofes inexplicables, ilógicas y contradictorias, que deben clasificarse en el capítulo de los «sucesos corrientes».

He aquí por qué el artista, una vez elegido el tema, tomará tan sólo, de esta vida repleta de contingencias y casualidades, los detalles característicos útiles a su argumento, y rechazará todo lo demás, todo cuanto quede al margen de él.

Vaya un ejemplo entre mil:

Es considerable el número de personas que muere a diario víctimas de un accidente. Pero ¿podemos nosotros hacer que caiga una teja sobre la cabeza del personaje principal, o arrojarlo bajo las ruedas de un coche, en medio de una frase, con el pretexto de que deben tenerse en cuenta los accidentes?

La vida, también, deja todo en el mismo plano, precipita los acontecimientos y los prolonga indefinidamente. El arte, en cambio, consiste en usar precauciones y preparaciones, en disponer transiciones sabias y disimuladas, en poner tan sólo en evidencia mediante la habilidad de la composición el grado de relieve que convenga, según su importancia, en provocar la profunda sensación de la verdad especial que se pretende demostrar.

Escribir con verdad consiste, pues, en dar la completa ilusión de lo verdadero, siguiendo la lógica ordinaria de los hechos, y no en transcribirlos servilmente en el desorden de su sucesión.

Deduzco de ello que los realistas de talento deberían llamarse con más propiedad ilusionistas.

Por otra parte, ¡qué pueril es creer en la realidad, ya que llevamos cada cual la nuestra en nuestro pensamiento y en nuestros órganos! Nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro olfato, nuestro gusto, diferentes, crean tantas verdades como hombres hay en la

tierra. Y nuestras mentes, que reciben las instrucciones desde esos órganos, impresionados de una manera diversa, comprenden, analizan y juzgan como si cada uno de nosotros perteneciera a otra raza.

Por lo tanto, cada uno de nosotros se forja sencillamente una ilusión del mundo, ilusión poética, sentimental, gozosa, melancólica, impura o lúgubre, según la naturaleza. Y la misión del escritor no es otra sino reproducir con fidelidad esta ilusión mediante todos los procedimientos del arte que haya aprendido y de que pueda disponer.

¡Ilusión de lo bello, que es una convención humana! ¡Ilusión de lo feo, que es una opinión variable! ¡Ilusión de lo verdadero, jamás invariable! ¡Ilusión de lo innoble, que atrae a tantos seres! Los grandes artistas son aquellos que imponen a la humanidad su ilusión particular.

No nos enojemos, pues, contra ninguna teoría, puesto que cada una de ellas es, simplemente, la expresión generalizada de un temperamento que se analiza.

Están dos, sobre todo, que se han discutido con frecuencia, oponiendo la una a la otra en lugar de admitir ambas: la de la novela de análisis puro y la de la novela objetiva. Los partidarios del análisis instan al escritor para que se dedique a indicarles las menores evoluciones de un carácter y los más secretos móviles que determinan nuestras acciones, concediendo al hecho en sí una importancia tan sólo secundaria. Es el punto de llegada, un simple hito, el pretexto de la novela. Según ellos, habría que escribir, por tanto, esas obras precisas y soñadas en las cuales la imaginación se funde con la observación, del mismo modo que un filósofo compone un libro de psicología; exponer las causas tomándolas en sus más lejanos orígenes, explicar todos los porqués de todos los deseos y discernir todas las reacciones del alma actuando bajo el impulso de los intereses, de las pasiones o de los instintos.

Los partidarios de la objetividad (¡desafortunada palabra!), al pretender, en cambio, proporcionarnos la representación exacta de lo que ocurre en la vida, evitan cuidadosamente toda explicación complicada, toda disertación sobre los motivos, y se limitan a presentar ante nuestros ojos los personajes y los acontecimientos.

Opinan que la psicología debe estar oculta en el libro como lo está en realidad bajo los hechos de la existencia.

La novela, concebida de este modo, adquiere interés, movimiento en el relato, color, vida bulliciosa.

Por tanto, en lugar de explicar extensamente el estado del espíritu de un personaje, los escritores objetivos buscan la acción o el gesto por medio del cual ese estado de ánimo coloca a ese hombre en una situación determinada. Y hacen que se comporte de tal modo, desde el principio al final del libro, que todos sus actos, todos sus movimientos, sean el reflejo de su naturaleza íntima, de todos sus pensamientos, de todos sus deseos, de todos sus titubeos. Por lo tanto, ocultan la psicología en lugar de exhibirla; construyen el esqueleto de la obra, del mismo modo que la osamenta invisible es el esqueleto del cuerpo humano. El pintor que realiza nuestro retrato no descubre nuestro esqueleto.

Creo también que la novela así realizada gana en sinceridad. En primer lugar, porque es más verosímil, ya que las personas que vemos actuar en torno nuestro no nos dicen los móviles a los que obedecen.

Luego hay que tener en cuenta que, si bien a fuerza de observar a los hombres podemos determinar su naturaleza con bastante exactitud, a fin de prever su actitud en casi todas las circunstancias, si bien podemos decir con precisión: «Tal hombre, de tal temperamento, hará esto en tal caso», no se sigue de ello que podamos determinar, una a una, todas las secretas evoluciones de un pensamiento, que no es el nuestro, todas las misteriosas sollicitaciones de sus instintos, que no son iguales a los nuestros, todas las

incitaciones confusas de su naturaleza, cuyos órganos, nervios, sangre y carne son diferentes a los nuestros.

Sea cual sea la inteligencia de un hombre débil, afable, sin pasiones, enamorado tan sólo de la ciencia y el trabajo, nunca se podrá abismar de una manera bastante completa en el alma y el cuerpo de un mozo avispado y exuberante, sensual, violento, agitado por todos los deseos e incluso todos los vicios, para poder comprender e indicar sus impulsos y sus sensaciones más íntimas aun cuando sí puede prever y relatar perfectamente todos los actos de su vida.

En suma, quien hace psicología pura no puede ponerse en el lugar de todos sus personajes en las diferentes situaciones donde los sitúa, ya que le resulta imposible cambiar sus órganos, que son los únicos intermediarios entre la vida exterior y nosotros, que nos imponen sus percepciones, determinan nuestra sensibilidad y crean en nosotros un alma esencialmente diferente de todo lo que nos rodea. Nuestra visión, nuestro conocimiento del mundo, adquirido mediante la ayuda de los sentidos, nuestras ideas sobre la vida, solamente podemos trasladarlo parcialmente a todos los personajes de los que pretendemos descubrir su ser íntimo y desconocido. Por lo tanto, somos siempre nosotros los que nos mostramos en el cuerpo de un rey, de un asesino, de un ladrón o de un hombre honrado, de una cortesana, de una religiosa, de una joven educada o de una verdulera, ya que estamos obligados a plantearnos el problema de este modo: «Si yo fuera rey, asesino, ladrón, ramera, religiosa, joven educada o verdulera, ¿qué es lo que yo pensaría?, ¿qué es lo que yo haría?, ¿cómo me conduciría?» Por consiguiente, sólo diversificamos a nuestros personajes variándoles la edad, el sexo, la situación social y todas las circunstancias de la vida de nuestro yo, al que la naturaleza ha rodeado de una barrera de órganos infranqueables.

La habilidad consiste en no dejar que el lector reconozca ese yo bajo las máscaras que nos sirven para ocultarlo.

Pero si bien, desde el punto de vista de la absoluta exactitud, es discutible el puro análisis psicológico, puede no obstante proporcionarnos obras de arte tan hermosas como los otros métodos de trabajo.

He aquí actualmente a los simbolistas. ¿Por qué no? Su sueño de artistas es respetable; y lo que es particularmente interesante es que proclaman la extrema dificultad del arte.

En efecto, hay que ser muy loco, muy audaz, muy presumido o muy estúpido para continuar escribiendo hoy en día. Tras tantos maestros de tan variadas naturalezas, de inteligencia múltiple, ¿qué queda por hacer que no se haya hecho y qué queda por decir que no se haya dicho? ¿Quién de nosotros puede vanagloriarse de haber escrito una página, una frase, que no encontremos escrita, casi igual, en otra parte? Cuando leemos, nosotros, que estamos saturados de escritura francesa, que tenemos la impresión de que nuestro cuerpo entero está formado por una masa compuesta por palabras, ¿acertamos con un línea, con un pensamiento que no nos sea familiar y del cual no hayamos tenido, por lo menos, un presentimiento confuso?

El hombre que tan sólo se propone divertir a su público con la ayuda de procedimientos ya conocidos, escribe con seguridad, en el candor de su mediocridad, unas obras destinadas a la muchedumbre ignorante y desocupada, Pero aquellos sobre quienes pesan todos los siglos de la literatura francesa pasada, aquellos a quienes nada satisface, a quienes todo disgusta porque sueñan con algo mejor, a quienes todo les parece ya desflorado, a quienes su obra les da siempre la impresión de un trabajo inútil y común, llegan a juzgar arte literario como algo inaferrable, misterioso, que apenas nos revelan unas páginas de los más famosos maestros.

Veinte versos o veinte frases, leídos de corrido, nos conmueven como una revelación sorprendente; pero los versos siguientes se parecen a todos los versos, la prosa que luego sigue se parece a todas las prosas.

Los hombres ingeniosos no sufren, sin duda, estas angustias y estos tormentos, porque llevan consigo una irresistible fuerza creadora. No se juzgan a sí mismos. Los demás, nosotros, que somos simples trabajadores conscientes y tenaces, sólo podemos luchar contra el invencible desaliento mediante la continuidad del esfuerzo. Hay dos hombres que con sus enseñanzas, sencillas y luminosas, me han proporcionado esta fuerza de intentarlo siempre todo: Louis Bouilhet y Gustave Flaubert. Si hablo aquí de ellos y de mí, se debe a que sus consejos, resumidos en pocas líneas, serán quizás útiles a algunos jóvenes menos confiados en sí mismos de los que se suele ser de ordinario cuando se inicia la carrera literaria.

Bouilhet, a quien conocí primero, de una manera algo íntima, unos dos años antes de granjearme la amistad de Flaubert, a fuerza de repetirme que cien versos —o quizá menos— bastan para cimentar la reputación de un artista, si esos versos son irreprochables y contienen la esencia del talento y de la originalidad de un hombre incluso de segundo orden, me hizo comprender que el trabajo continuado y el profundo conocimiento del oficio pueden, un día de lucidez, de orden y de arrebató, mediante la feliz conjunción de un argumento que concuerde bien con todas las tendencias de nuestro espíritu, provocar esta aparición de la obra corta, única y tan perfecta como somos capaces de crearla.

Comprendí que los escritores más conocidos nunca han dejado más de un volumen, y que es preciso, ante todo, tener la suerte de encontrar y descubrir, en medio de la multitud de materias que se presentan a nuestra elección, aquella que absorberá todas nuestras facultades, toda nuestra valía, toda nuestra potencia artística.

Más adelante, Flaubert, a quien veía con frecuencia, me honró con su amistad. Me atreví a someterle algunos ensayos. Los leyó bondadosamente y me respondió: «Ignoro si tendrá usted talento. Lo que me entrega revela cierta inteligencia, pero no olvide usted esto, joven: el talento, en frase de Bufón, es tan sólo una larga paciencia. Trabaje».

Trabajé y volví con frecuencia a su casa, dándome cuenta de que le caía en gracia, ya que me llamaba, sonriendo, su discípulo.

Durante siete años escribí versos, cuentos, novelas e incluso un drama abominable. Nada quedó de todo ello. El maestro lo leía todo; luego, el domingo siguiente, mientras almorzaba, desarrollaba sus críticas e infundía en mí, poco a poco, dos o tres principios que son el resumen de sus largas y pacientes enseñanzas: «Si se posee originalidad —decía—, es preciso destacarla; si no se posee, es preciso adquirirla.» «El talento es una larga paciencia»; se trata de observar todo cuanto se pretende expresar, con tiempo suficiente y suficiente atención para descubrir en ello un aspecto que nadie haya observado ni dicho. En todas las cosas existe algo inexplorado, porque estamos acostumbrados a servirnos de nuestros ojos sólo con el recuerdo de lo que pensaron otros antes que nosotros sobre lo que contemplamos. La menor cosa tiene algo desconocido. Encontrémoslo. Para descubrir un fuego que arde y un árbol en una llanura, permanezcamos frente a ese fuego y a ese árbol hasta que no se parezcan, para nosotros, a ningún otro árbol y a ningún otro fuego.

Esta es la manera de llegar a ser original.

Además, tras haber planteado esa verdad de que en el mundo entero no existen dos granos de arena, de moscas, dos manos o dos narices iguales totalmente, me obligaba a expresar, con unas cuantas frases, un ser o un objeto de forma tal a particularizarlo claramente, a distinguirlo de todos los otros seres o de otros objetos de la misma raza y de la misma especie.



«Cuando pases —me decía— ante un tendero sentado a la puerta de su tienda, ante un portero que fuma su pipa, ante una parada de coches de alquiler, muéstrame a ese tendero y a ese portero, su actitud, toda su apariencia física indicada por medio de la maña de la imagen, toda su naturaleza moral, de manera que no los confunda con ningún otro tendero o ningún otro portero, y hazme ver, mediante una sola palabra, en qué se diferencia un caballo de coche de los otros cincuenta que lo siguen o lo preceden.»

He desarrollado en otro lugar sus ideas sobre el estilo. Guardan mucha relación con la teoría de la observación que acabo de exponer.

Sea lo que queramos decir, existe una sola palabra para expresarlo, un verbo para animarlo y un adjetivo para calificarlo. Por lo tanto, es preciso buscar, hasta descubrirlos, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo, y no contentarse nunca con algo aproximado, no recurrir jamás a supercherías, aunque sean afortunadas, a equilibrios lingüísticos para evitar la dificultad.

Se pueden traducir e indicar las cosas más sutiles aplicando este verso de Boileau:

*Mostró el poder de una palabra colocada en su lugar.*

No es en absoluto necesario recurrir al vocabulario extravagante, complicado, numeroso e ininteligible que se nos impone hoy día, bajo el nombre de escritura artística, para fijar todos los matices del pensamiento; sino que deben distinguirse con extrema lucidez todas las modificaciones del valor de una palabra según el lugar que ocupa. Utilicemos menos nombres, verbos y adjetivos de un sentido casi incomprensible y más frases diferentes, diversamente construidas, ingeniosamente cortadas, repletas de sonoridades y ritmos sabios. Esforcémonos en ser unos excelentes estilistas en lugar de coleccionistas de palabras raras.

En efecto, es más difícil manejar la frase a nuestro antojo, lograr que lo diga todo, incluso aquello que no expresa, llenarla de sobreentendidos, de secretas intenciones no formuladas, que inventar nuevas expresiones o buscar, en lo más profundo de antiguos y desconocidos libros, todas aquellas cuyo uso y significado se ha ido perdiendo y que son, para nosotros, como expresiones muertas.

Por otra parte, la lengua francesa es un agua pura que los escritores amanerados no han logrado ni lograrán jamás enturbiar. Cada siglo ha echado en esa límpida corriente sus modas, sus arcaísmos pretenciosos y sus preciosismos, sin que prevalezca ninguno de esos inútiles intentos, de esos esfuerzos impotentes. La naturaleza propia a esta lengua consiste en ser clara, lógica y nerviosa. No se debe debilitar, oscurecer o corromper.

Los que hoy día construyen imágenes sin prestar atención a los términos abstractos, los que hacen caer el granizo o la lluvia sobre la «limpieza» de los cristales, pueden también lanzar piedras a la sencillez de sus colegas. Acaso los alcancen, porque poseen un cuerpo, pero jamás alcanzarán a la sencillez, porque carece de él.

*La Gillette, Etretat, septiembre de 1887*

## *Biografía*

---

El 5 de Agosto de 1850 nace René Albert Guy de Maupassant en el castillo de Miromesnil en el distrito de Tourville-sur-Arques, según la versión oficial. Parece que hay alguna duda respecto del lugar dado que es posible que sus padres inventaran esta localización toda vez que ambos aspiraban a la gloria de una nobleza bastante dudosa, aunque biógrafos de la talla de Henri Troyat reafirman esta localización, pese a que el certificado de su defunción localiza su nacimiento en Sotteville, cerca de Yvetot. El gran defensor de la tesis contraria, quién afirma que Maupassant nació en Fécamp, es el biógrafo Georges Normandy, en su libro *Guy de Maupassant*

Su padre, Gustave Maupassant era descendiente de una familia lorenesa establecida en Normandía desde el siglo XVIII. El apellido Maupassant probablemente derivaba de *mauvais passant*. Su esposa Laure Genevieve Le Poittevin, nació en Rouen en 1821. Ésta, hija de armadores, pertenecía a la alta burguesía normanda y era un tanto neurótica con grandes delirios de grandeza, hasta el extremo que no accedió a casarse con Gustave mientras no le fuese reconocido el "de" que precede al apellido Maupassant. Laure y su hermano Alfred habían sido amigos de infancia de Gustave Flaubert, hecho decisivo en la posterior andadura de Guy en el terreno literario. Laure se casó con Gustave Maupassant en 1846.

La infancia de Guy se vio entristecida por las continuas disputas entre un padre disoluto y violento y una madre neurótica. Su padre era un cabeza hueca y un mariposón. Traicionaba a su mujer a mansalva. En 1856 nace Hervé (Tanto Guy como su hermano más joven, Hervé, heredaron una enfermedad de origen venéreo que les conduciría a ambos a la locura y a la muerte). La maternidad recompensó en parte a la señora Maupassant de sus diferencias conyugales que culminaron en la separación en 1862. Laure siempre luchó, en detrimento de Hervé, por conseguir que Guy fueran un hombre de éxito.

En 1859 y 1860, realizó sus estudios en el Liceo Napoleón, en el colegio eclesiástico de Yvetot, de donde fue expulsado al serle encontrada una poesía irreverente, y finalmente en el Liceo de Rouen, donde el joven Maupassant mantuvo una relación epistolar con Louis Bouilhet, gran amigo de Flaubert. Estudios, vagabundeos y borracheras, lecturas y descubrimientos. La adolescencia del escritor estuvo conformada por estas fecundas contradicciones y por la presencia imperiosa de una madre que acababa de separarse del marido. Poco a poco, Flaubert representará en la imaginación del adolescente y más tarde, del escritor, el papel de padre. Fue precisamente este último quien le corrigió las primeras poesías y los primeros cuentos enseñándole el arte de escribir.

En el prólogo a su novela "Pedro y Juan", Maupassant describe como Flaubert lo estimula y aconseja. (si quiere leer dicho prólogo haga clic [aquí](#)). Lenguas maledicentes llegaron a afirmar que Flaubert era el padre biológico de Maupassant, pero esto carece de total credibilidad toda vez que el parecido físico con su padre Gustave es evidente.

Maupassant fue llamado a las armas y hubo de participar en la guerra franco-prusiana, aunque no llegó a estar en el frente. Tras su regreso a la vida civil, en 1872, trabajó como empleado en el ministerio de Marina. La vida de oscuro funcionario y la atmósfera kafkiana del ministerio le inspirarán una de sus obras maestras *L'Heritage*. Odiaba el trabajo rutinario del Ministerio y repartía su tiempo libre entre la creación literaria bajo la guía de Flaubert, amigo de su madre, y las excursiones a lo largo del Sena en compañía de jovencitas fáciles y remeros. En este ambiente fluvial llegó a tener

un grupo de amigos con los que compartía su afición por el remo y las muchachas. Esta vida inspiraría su relato "Mosca. Recuerdos de un remero".

En 1876 y merced al padrinazgo de Flaubert, Maupassant comienza a colaborar en diversos periódicos y revistas con el seudónimo de Guy de Valmont. Se hace construir una casa donde fueron representadas privadamente algunas de las obras de teatro que escribió en esta época, de carácter marcadamente erótico y libertino. La obra que representaban, se titulaba "A la feuille de rose" y en ella los actores eran todos hombres, disfrazándose de mujer cuando algún personaje lo requería.

Famoso por sus aventuras amorosas en las que nunca puso sentimiento, tan solo instinto animal, estaba orgulloso de sus conquistas y de su potencia sexual, llegando a presumir de que podía realizar el acto sexual diez veces seguidas en un lapso corto de tiempo. Amigo de prostitutas y a la vez de damas de alta sociedad, Maupassant frecuentó ambos mundos indistintamente. Su apetito sexual lo conducía a las primeras, mientras que el afán de destacar socialmente y cierto deleite intelectual lo dirigía a las reuniones de las otras. Sus cuentos contienen la fiel descripción de ambos mundos.

Su debut literario está ligado al relato Bola de sebo (Boule de suif, 1880), aparecido en el volumen Las veladas de Médan (Les soirées de Médan), especie de manifiesto del naturalismo, que reunía cuentos sobre el tema de la guerra de 1870 escritos por varios escritores que constituían el llamado grupo Médan, dirigido por Emile Zola y frecuentado por J.—K. Huysmans, Paul Alexis, León Hennique y Henry Céard. Maupassant hizo alarde en él de su talento de narrador gracias a una aguda capacidad de observación; fustigaba con violencia satírica a pequeños y grandes burgueses, desenmascarados en su bellaquería por la guerra; y presentaba con una dureza grotesca el penoso sacrificio de una prostituta inmolada al pudor de las damas y a la oración de dos monjas.

Lógicamente se había establecido que el relato de Zola tuviera prioridad sobre los demás. Maupassant fue el último en leer su relato. Apenas acabada la lectura, le aclamaron a coro y en un impulso de entusiasmo, típicamente francés, le proclamaron maestro.

Curiosamente casi nadie, a simple vista, había intuido el genio de Maupassant; Zola contó a Frank Harris que en la época de Las veladas de Médan nadie esperaba nada de él.

El éxito es inmediato. Maupassant entra en la vida literaria como un meteoro (y saldría como un rayo, según sus propias palabras.)

Así lo describe su amigo Frank Harris, otro erudito y licencioso caballero, cuando lo conoció en 1881: " Maupassant no parecía un hombre genial. Apenas de estatura media, era robustísimo y guapo; la frente alta y cuadrada, el perfil griego, la mandíbula fuerte y sin dureza, los ojos gris-azulados profundamente hundidos, el bigote y el pelo casi negros. Tenía modales perfectos, pero al primer momento parecía reservado y poco propenso a hablar de sí mismo o de sus obras..."

En 1881 vio la luz su primer volumen de relatos, La casa Tellier (La maison Tellier), seguido por Mademoiselle Fifi (Mademoiselle Fifi, 1882) y luego por novelas de gran éxito: Una vida (Une vie, 1883), delicada trama narrativa centrada en un aspecto femenino de ascendencia flaubertiana, y Bel Ami (1885), que explota el tema del arribismo social a través del periodismo y las mujeres para condenar políticamente el mundo de las altas finanzas especulador y colonialista. El éxito obtenido con sus primeras obras le permitió no sólo vivir de la pluma, sino también poder realizar sus sueños: el lujo, la inagotable actividad amorosa, los largos y solitarios viajes por mar en su yate Bel Ami y el ingreso en la buena sociedad de Cannes y de Paris, donde se ganó una fama de seductor inveterado. Curiosamente estaba más orgulloso de sus empresas

amorosas que de sus obras literarias: "¿Quién puede prever si mis historias sobrevivirán? ¿Quién puede saberlo? Hoy te consideran un gran hombre y la próxima generación te tira al mar. La gloria es cuestión de suerte, una jugada a los dados, mientras el amor es una sensación nueva arrancada a la nada".

Era deportivo, practicaba el piragüismo y estaba orgulloso de su fuerza. Solía decir: "Dentro del buen animal encontramos al buen hombre". Su vigor físico era increíble y aseguraba que después de un día de piragüismo por el Sena, todavía podía remar la noche entera. Le atraían los ejercicios violentos aún cuando llevara la peor parte.

Con la publicación de *Mademoiselle Fiif*, Maupassant se convierte en el escritor de moda, lo que hoy llamaríamos un autor de best-sellers, y sus derechos de autor le proporcionan muy buenos ingresos, y, en el giro de unos años, una verdadera fortuna: tiene por esos años un piso en París —más un apartamento para encuentros clandestinos con mujeres—, una casa de campo en Etretat (La Guillette) y un par de residencias en la Costa Azul, amén de su yate *Bel Ami*. Son también años de frecuentes viajes —Italia, África, Inglaterra...

En 1883 nace su primer hijo, Lucien (puede verse su foto en el álbum de familia) fruto de sus relaciones con Joséphine Litzelmann, una aguadora de los muchos balnearios que el escritor visitó. Guy tendría otros dos hijos con la joven, pero nunca quiso reconocerlos, aunque sentía por ellos mucho cariño y siempre se preocupó de atender a sus necesidades materiales. Hay biógrafos que curiosamente no mencionan este extremo.

Hacia el final de su vida, la adulación de la aristocracia le confirió un ligero tinte de esnobismo y dice la leyenda que en el interior de su sombrero sus iniciales iban presididas por una corona de marqués y que ni siquiera tenía derecho a la preposición con la que hizo preceder siempre su apellido. Sus cartas tenían un membrete regio.

Su actividad literaria, por otra parte, no conoció desmayos. De 1887 es *Mont-Oriol*, de 1888 *Pierre et Jean*, análisis psicológico de una pareja de hermanos divididos repentinamente por una herencia y por el descubrimiento de su origen adúltero. En 1889 apareció *Fuerte* como la muerte. Mientras tanto se había ido sucediendo una ininterrumpida producción de relatos, en la que brilla mejor la perspicacia estilística de Maupassant (aparte de las recopilaciones citadas, merecen ser recordadas: *Miss Harriet*, 1884; *Las hermanas Rondoli*, 1884; *Claro de luna*, 1884; *Tonio*, 1885; *Cuentos del día y de la noche*, 1885; *Monsieur Parent*; 1886; *El horla*, 1887; *La mano izquierda*, 1889 *Nuestro corazón*, 1890.

En el final de su carrera, una buena cantidad de cuentos está inspirada por la idea fija del suicidio, la obsesión de lo invisible, la angustia. Ya había cumplido con negar a la Providencia y considerar a Dios como "ignorante de todo lo que hace". También había cumplido con describir una ruta de pesimismo, diciendo que el Universo es un desencadenamiento de fuerzas ciegas y desconocidas, y que "el hombre es una bestia escasamente superior a las demás"—El pesimista Maupassant acentuó para sus últimos años la hostilidad hacia los demás y terminó consumido en una soledad que solamente lo nutrió de fantasías como "El miedo". Este y otros cuentos escritos en los últimos años de su vida, los tomaron los psiquiatras como fieles testimonios de su progresiva locura. Cuentos de terror y angustia como *El miedo* ,demostraron no sólo a los psiquiatras que Maupassant era todo un maestro del cuento fantástico, haciendo recordar la grandeza de Edgar Allan Poe.

La noche del 1 de enero de 1892, intentó por tres veces abrirse la garganta con un cortaplumas de metal, tras otro intento previo de suicidio disparándose con su revólver. Sus amigos y el fiel Françoise Tassart, lo trasladaron a París; allí fue internado el 7 de enero en la clínica del doctor Blanche, donde moriría al cabo de dieciocho meses —el 6

de julio de 1893—, periodo que transcurrió en una inconsciencia casi total, aunque con periódicas crisis violentas que obligaban a los enfermeros a ponerle la camisa de fuerza, padeciendo de fuertes delirios, ora de grandeza, ora de persecución. Llegó incluso a gritar: "Soy hijo de Dios. Mi madre se acostó con Cristo"...

En su entierro, los escritores y compañeros de Maupassant, para distraerse del tedio angustioso, intercambian chistes y anécdotas fúnebres de subida obscenidad. Su funeral, en el que sus padres no estuvieron presentes, se celebró bajo un calor sofocante que no impidió que un emocionado Zola diera un breve discurso en su honor. Hoy puede visitarse su sobria tumba en el cementerio de Montparnasse Sud, en París.

## *Bibliografía*

---

### A

- Abandonado (L'abandonné)...1884  
Abuela Sauvage, La (La mère Sauvage)...1884  
\*Aderezo, El (Ver: El collar) (La parure)...1884  
¡Adios! (Adieu!)...1884  
Afeminado, El (L'homme-fille)...1883  
\*Aguas de río (Ver: Sobre el agua) (Sur l'eau)...1881  
A las aguas (Aux eaux)...1883  
Ahogado, El (Le noyé)...1888  
Albergue, El (L'auberge) 1886  
Alexandre (Alexandre)...1889  
Alfileres, Los (Les éplines)...1888  
Algo sobre los gatos (Sur les chats)...1886  
Allouma (Allouma)...1889  
Amigo Joseph, El (L'ami Joseph)...1883  
Amigo Patience, El (L'ami Patience)...1883  
Amor (Amour)...1886  
Antón (Toine)...1885  
\*Amor de toda una vida (Ver: Enrejilladora) (La rempailleuse)...1882  
Amorosa... (Etrennes)...1887  
\*Añoranza (Ver: Arrepentimiento) (Regret)...1883  
Aparición (Aparition)...1883  
Ardid, El (Ruse, Une)...1882  
Armario, El (L'armoire)...1884  
Arrepentimiento (Regret)...1883  
Asesino, El (L'assasin)...1887  
\*Astucia (Ver: Ardid) (Une ruse)...1882  
Asunto de Madame Luneau, El (Le case de madame Luneau)...1883  
Aventura de Walter Schnaffs, La (L'aventure de Walter Schnaffs)...1883  
\*Aventura en el tren (Ver: De viaje) (En voyage)...1883  
Aventura parisiense, Una (Une aventure parisienne)...1881

### B

- Bandido corso, Un (Un bandit corse)...1882  
Baronesa, La (La baronne)...1887  
Barrilito, El (Le petit fût)...1884  
Bautismo, El (Le baptême)...1885  
—Vamos doctor, un poco de cognac...  
Bautismo, El (Le baptême)...1884  
—Los hombres, vestidos con sus trajes...  
Becada, La (La bécasse)...1882  
Becadas, Las (Les bécasses)...1885  
Belleza inútil, La (L'inutil beauté)...1890  
Berta (Berthe)...1884

Beso, El (Le baiser)...1882  
 Bicho de Belhomme, El (La bête à Maît'Belhomme)...1885  
 Bigote, El (La moustache)...1883  
 Blanco y azul (Blanc et blue)...1885  
 Boda del lugarteniente Lare, La (Le mariage du lieutenant Laré)...1878  
 Boitelle (Boitelle)...1889  
 Bola de sebo (Boule de suif)...1880  
 Borracho, El (L'ivrogne)...1884  
 Bosque, En el (Au bois)...1886  
 Broma normanda (Farce normande)...1882  
 Bromazo, El : Memorias de un guasón (Farce. Mémoires d'un farceur)...1883  
 Buhonero, El (Le colporteur)... 1900  
\*Buque abandonado, El (Ver: Restos del naufragio, Los) (L'épave)...1886  
 Burro, El (L'âne)...1883

## C

Caballo, A (À cheval)...1883  
 Cama, La (Le lit)...1882  
 Cama 29, La (Le lit 29)...1884  
 Cabellera, La (La parure)...1884  
 Camarero ¡Una caña! (Garçon, un bock!...)...1884  
 Campanilla (Clochette)...1886  
 Campesinos (Aux champs)...1882  
 Cantó un gallo (Un coq chanta)...1882  
 Caricias, Las (Les caresses)...1883  
\*Cariños de familia (Ver: Familia, En) (En famille)...1881  
 Carta, Una (Une lettre)...1885  
 Carta de un loco (Lettre d'un fou)...1885  
 Carta encontrado a un ahogado (Lettre trouvé sur un noyé)...1884  
\*Casa de placer, La (Ver: Casa Tellier) (La maison Tellier)...1881  
 Casa Tellier, La (La maison Tellier)...1881  
 Caso de divorcio, Un (Un case de divorce)...1886  
\*Caso de Madame Luneau, El (Ver: El caso de madame Luneau) (Le case de madame Luneau)...1883  
 Cena de nochebuena, Una (Un réveillon)...1882  
 Ese cerdo de Morín (Ce cochon de Morin)...1882  
 Cerrojo, El (Le verrou)...1882  
 Châli (Châli)...1884  
 Ciego, El (L'aveugle)...1882  
 Cita, La (La rendez-vous)...1889  
 Claro de luna (Claire de lune)...1882  
 —El padre Marignan hacía honor a su nombre...  
 Claro de luna (Claire de lune)...1882  
 —La señora Julia Roubère esperaba a su hermana...  
 Cobarde, Un (Un lâche)...1884  
 Coco (Coco)...1884  
 "¡Coco, coco, coco fresco!" ("Coco, coco, coco frais!")...1878  
 Collar, El (La parure)...1884  
 Colono, El (Le fermier)...1886  
 Condecorado (Décoré!)...1883

Condenado a muerte, El (Le condamné à mort)...1883  
Conejo, El (Le lapin)...1887  
Confesión, La (La confession)...1883  
—Margarita de Théreiles agonizaba...  
Confesión, La (La confession)...1884  
—Todo Véziers-le-Réthel había asistido al duelo...  
Confesión, La (La confession)...1884  
—Cuando el capitán Héctor Marie de Fontenne se casó...  
Confesión de Teodulio Sabot, La (La confession de Théodule Sabot)...1883  
Confesiones de una mujer (Confession d'une femme)...1882  
Confidencia, La (La confidence)...1885  
Cordelillo, Un (La ficelle)...1883  
Correspondencia (Correspondance)...1882  
\*Criada campesina (Ver: Historia de una moza campesina) (Histoire d'une fille de ferme)...1881  
Criatura, La (Le petit)...1883  
Crimen del tío Bonifacio, El (Le crime au père Boniface)...1884  
Crónica (Chronique)...1884  
Cuarto 11, El (La chambre 11)...1884  
Cuento de Navidad (Conte de Noël)...1882

## D

*Declaración, La* (L'aveu)...1884  
**Denis** (Denis)...1883  
**Desconocida, La** (L'inconnue)...1885  
**Descubierta** (Découverte)...1884  
\**Deheredado, El* (Ver: *Pordiosero, El*) (Le gueux)...1884  
\**Despertando* (Ver: Sueño, Un) (Réveil)...1883  
*Después* (Après)...1900  
**Desquite, El** (La revanche)...1884  
**Día de campo**, Un (Une partie de campagne)...1881  
*Día festivo* (Jour de fête)...1886  
**Diablo, El** (Le diable)...1886  
**Diario de un enfermo** (Mes vingt-cinq jours)...1885  
**Diario de un viajero** (Notes d'un voyageur)...1884  
**Dicha, La** (La bonheur)...1884  
**Divorcio** (Divorce)...1888  
**Doncel de Madame Husson, El** (Le rosier de Madame Husson)...1887  
**Doctor Heraclius Gloss, El** (Le docteur Héraclius Gloss)...1875  
**Domingos de un burgués en París, Los** (Les dimanches d'un bourgeois de Paris)...1880  
**Dormilona, La** (L'endormeuse)...1889  
*Dote, La* (La dot)...1884  
*Drama verdadero, Un* (Un drame vrai)...1882  
**Duchoux** (Duchoux)...1887  
*Duelo, Un* (Un duel)...1883

## E

*¿Él?* (Lui?)...1883



**Encuentro** (Rencontre)...1882  
 —**Los reencuentros son el encanto de los viajes...**  
**Encuentro** (Rencontre)...1884  
 —**Fue una casualidad, una verdadera casualidad...**  
*Enfermos y médicos* (Malades et medecins)...1884  
 \**Enmohecido, El* (Ver: Herrumbre) (La rouille)...1882  
*Enrejilladora, La* (La rempailleuse)...1882  
**Enseñanza del latín, La** (La question du latin)...1886  
*Ermitaño, El* (L'ermite)...1886  
 \***Escarmentado** (Ver: Tío Mongilet, El) (Le père Mongilet)...1885  
*Ese cerdo de Morín* (Ce cochon de Morin)...1882  
**Espera, la** (L'attente)...1883  
**¡Esto se acabó!** (Fini)...1885  
 \**Estratagema, Una* (Ver: Ardid ) (Une ruse)...1882

## F

Familia, En (En famille)...1881  
 Familia, Una (Une famille)...1886  
 \**Felicidad, La* (Ver: Dicha, La) (La bonheur)...1884  
 Fracaso, Un (Un échec)...1885  
 \*¿Fue un sueño? (Ver: Muerta, La) (La morte)...1887

## G

\*Gallo cantó, Un (Ver: Cantó un gallo) (Un coq chanta)...1882  
 Golpe de Estado, Un (Un coup d'Etat)...1883  
 \*Gordinflona, La (Ver: Bola de sebo) (Boule de suif)...1880  
 \*Gordita, La (Ver: Bola de sebo) (Boule de suif)...1880  
 Grito de alarma (Cri d'alarme)...1886  
 Guarda, El (Le garde)...1884

## H

Haragan, Un (Bombard)...1884  
 Hautot, padre e hijo (Hautot père et fils)...1889  
 Herencia, La (L'heritage)...1884  
 Hermanas Rondoli, Las (Les soeurs Rondoli)...1884  
 Herrumbre, La (La rouille)...1882  
 Hijo, Un (Un fils)...1882  
 Hijo, El (L'enfant)...1882  
 Historia de una moza campesina (Histoire d'une fille de ferme)...1881  
 Historia corsa (Histoire corse)...1881  
 Historia de un perro (Histoire d'un chien)...1881  
 Historia verdadera (Histoire vrai)...1882  
 Hombre de Marte, El (L'homme de Mars)...1887  
 Horla, El—1ª versión (Le horla)...1886  
 Horla, El (Le horla)...1887  
 Horquilla, La (L'éplinge)...1885  
 Horrible, Lo (L'horrible)...1884  
 Huérfano, El (L'orphelin)...1883  
 Humilde Drama (Humble drame)...1883

## I

Ideas del coronel, Las (Les idées du Colonel)...1884  
Idilio (Idylle)...1884  
Imprudencia (Imprudence)...1885  
\**Inválido, El* (Ver: Lisiado, El) (L'infirmé)...1888  
Invernadero, El (La serre)...1883

## J

*Jadis (Jadis)*...1880  
Joseph (Joseph)...1885  
Joyas, Las (Les bijoux)...1883  
Julie Romain (Julie Romain)...1886  
Junto a un muerto (Auprès d'un mort)...1883  
Junto al lecho (Au bord du lit)...1883

## L

Ladrón, El (Le voleur)...1882  
Legado, El (Le legs)...1884  
Leño, El (La bûche)...1882  
Leyenda del Monte Saint-Michel, La (La légende du Mont Saint-Michel)  
Lisiado, El (L'infirmé)... 1888  
Llanto de André, El (Le mal d'André)...1883  
Llega la primavera (Au printemps)...1881  
Lobo, El (Le loup)...1882  
Loca, La (La folle)...1882  
Loco (Un fou)...1885  
¿Loco? (Fou?)...1882  
¿Loco, Un? (Un fou?)...1885  
Luna de miel (Voyage de noce)... 1882

## M

Madame Baptiste (Madame Baptiste)...1882  
Madame Hermet (Madame Hermet)...1887  
Madame Parise (Madame Parisse)...1886  
Mademoiselle Cocotte (Mademoiselle Cocotte)...1883  
Mademoiselle Fifi (Mademoiselle Fifi)...1882  
Madre de los monstruos, La (La mère aux montres)...1883  
Magnetismo (Magnétisme)...1882  
*Mahomed — Fripouille (Mahomed — Fripouille)*...1884  
\*Mancebía, La (Ver: Casa Tellier, La) (La maison Tellier)...1881  
\*Mano desollada, La (Ver: Mano disecada, La) (La main d'écorché)...1875  
Mano disecada, La (La main d'écorché)...1875  
Mano, La (La main)...1883  
Mar, En la (En mer)...1883  
Marqués de Fumerol, El (Le Marquis de Fumerol)...1886  
Marroca (Marroca)...1882  
Martina, La (La Martine)...1883  
Máscara, La (La masque)...1889

Método de Roger, El (Le moyen de Roger)...1885  
Mi esposa (Ma femme)...1882  
Mi mujer (Ver: Mi esposa) (Ma femme)...1882  
Mi tío Jules (Mon oncle Jules)...1883  
Mi tío Sosthene (Mon oncle Sosthene)...1882  
Miedo, El (La peur)...1882  
Acabada la cena, subimos otra vez al puente...  
Miedo, El (La peur)...1884  
El tren corría, a pleno vapor...  
Millón, Un (Un million)...1882  
Minué (Menuet)...1882  
Misericordia Humana (Misère humain)...1882  
Modelo, La (La modèle)...1883  
*\*Mohamed, el golfo (Ver: Mahomed-Fripouille) (Mahomed-Fripouille)...1884*  
*\*Mozo, un bock!...(Ver: Camarero, un bock!...) (Garçon, un bock!...)...1884*  
*Muerta, La (La morte)...1887*  
Mujer de Paul, La (La femme de Paul)...1881

## N

*Niño, El (L'enfant)...1883*  
Noche de primavera, En una (Par un soire de printemps)...1881  
Noche, La (La nuit)...1887  
*Noche, Una (Un soir)...1889*  
Noche de Navidad (Nuit de Noël)...1882  
*Normando, Un (Un normand)...1882*  
Nuestras cartas (Nos lettres)...1888  
Nuestros ingleses ( Nos anglais)...1885

## O

Odisea de una moza, La (L'odyssée d'une fille)...1883  
Olivar, El (Le champ d'oliviers)...1890  
Ordenanza, El (L'ordonnance)...1887  
Oriente, El (L'orient)...1883  
*\*Otro tiempo, El (Ver: Jadis) (Jadis)...1880*

## P

*Padre, El (Le père)...1883*  
Palabras de amor (Mots d'amour)...1882  
Pan maldito, El (Le pain maudit)...1883  
*Papá de Simón, El (Le papá de Simón)...1879*  
Paraguas, El (Le parapluie)...1884  
Parricida, Un (Un parricide)...1882  
*\*Partida de campo, Una (Ver: Día de campo, Un) (Une partie de champ)...1881*  
Paseo (Promenade)...1884  
Pasión, Una (Une passion)...1882  
Pastel, El (Le gâteau)...1882  
Patrona, La (La patronne)...1884  
Pecio, El (Épave)...1881  
Pedro y Juan (Pierre et Jean)

Perdón, El (Le pardon)...1882  
Pierrot (Pierrot)...1882  
Pira, La (Le bûcher)...1884  
*Pordiosero, El* (Le gueux)...1884  
*Pozo, El* (Le trou)...1886  
\*Primavera, La (Ver: Llega la primavera) (Au printemps)...1881  
Primera Nevada (Première Neige)...1883  
*Prisioneros, Los* (Les prisonniers)...1884  
Protector, El (Le protecteur)...1884  
Prueba, La (L'épreuve)...1889  
\*Puerco de Morin, El (Ver: Ese cerdo de Morin) (Ce cochon de Morin)...1882  
*Puerta, La* (La porte)...1887  
Puerto, El (Le port)...1889

## Q

Querida, La (Ça ira)...1885  
*¿Quién sabe?* (Qui sait?)...1890

## R

*Rabia, La* (Enragée) ...1883  
Recuerdo (Souvenir)...1882  
Recuerdo (Souvenir)...1884  
\*Refugio, El (Ver: Albergue, El) (L'auberge)...1886  
Regreso, El (Le retour)...1884  
Reina Hortensia, La (La reine Hortense)...1883  
*Reliquia, La* (La relique)...1882  
*Repartidor de agua bendita, El* (Le donneur d'eau bénédite)...1877  
\**Restos del naufragio* (Ver Ver: El pecio) (*Épaves*)...1881  
Restos del naufragio, Los (L'épave)...1886  
Retrato, El (Le portrait)...1888  
*Reyes, Los* (Les rois)...1887  
Río, En el (Ver: Sobre el agua) (Sur l'eau)...1881  
Roca de los pájaros bobos, La (La roche aux guillemots)...1882  
Rosalía Prudent (Rosalie Prudent)...1886  
Rose (Rose)...1884

## S

Sabio, Un (Un sage)...1883  
*Saint-Antoine* (Saint-Antoine)...1883  
Salto del pastor, El (Le saut du berger)...1882  
*¡Salvada!* (Sauvéé!)...1885  
\*Se vende (Ver: Venta, En) (A vendre)...1885  
Seña, La (Le signe)...1886  
Señor Parent, El (Monsieur Parent)...1885  
Señor Yocasta, El (M. Jocaste)...1883  
*Señorita Perla, La* (Mademoiselle Perle)...1886  
*Sepulcrales, Las* (Les tombales)...1891  
\**Sillera, La* (Ver: *Enrejilladora, La*) (La rempailleuse)...1882  
*Sobre el agua* (Sur l'eau)...1881

Soldadito, El (Petit soldat)...1885  
Soledad (Solitude)...1884  
¡Solo! (Ver: Soledad) (Solitude)...1884  
Sueño, Un (Réveil)...1983  
Sueños (Rêves)...1882  
Suicidas (Suicides)...1883  
Sustituto, El (Le remplaçant)...1882

## T

*Testamento, El* (Le testament)...1882  
\*Tía columpio, La (Ver: Campanilla) (Clochette)...1886  
\*Tía Sauvage, La (Ver: Abuela Sauvage, La) (La mère Sauvage)...1884  
*Tic, El* (Le tic)...1884  
Tío Amable, El (Le père Amable)...1886  
Tío Judas, El (Le père Judas)...1883  
Tío Mongilet, El (Le père Mongilet)...1885  
Tizón, El (Ver: Leño, El) (La bûche)...1882  
Toine (Toine)...1885  
*Tombuctú* (Tombuctú)...1883  
Tónico (Ver: Toine) (Toine)...1885  
Tren, En el (En wagon)...1885  
Truco (Rouerie)...1882  
Tumba, La (La tombe)...1884  
\**Tumbales, Las* (Ver: Sepulcrales, Las) (Les tombales)...1891

## V

*Vagabundo, El* (Le vagabond)...1887  
Veinticinco francos de la superiora, Los (Les vingt-cinq francs de la supérieure)...1888  
Velada, Una (Une soirée)...1883  
*Vendetta, Una* (Une vendetta)...1883  
Vengador, El (Le vengeur)...1883  
\*Venganza, Una (Ver: Vendetta, Una) (Une vendetta)...1883  
Venta, En (A vendre)...1885  
Ventana, La (La fenêtre)...1883  
*Viaje, De* (En voyage)...1883  
*Viaje de salud* (Voyage de santé)...1886  
Viajando (En voyage)...1882  
Vicio amoroso, El (Ver: Yvette) (Yvette)...1884  
*Viejo, El* (Le vieux)...1884  
*Viejo Milón, El* (Le père Milon)...1883  
Viuda, Una (Une veuve)...1882

## Y

Yveline Samoris (Yveline Samoris)...1882  
Yvette (Yvette)...1884

## **Z**

*Zuecos, Los* (Les sabots)...1883